OBRAS COMPLETAS DE

FILÓN DE ALEJANDRÍA



Traducción directa del griego, introducción y notas de

JOSÉ MARÍA TRIVIÑO

Catedrático de la Universidad Nacional de La Plata

Buenos Aires 1976

TOMO I

ÍNDICE

PREFACIO 3

INTRODUCCIÓN 4
PROPÓSITOS DE ESTA INTRODUCCIÓN 4
TRASCENDENCIA DE LA OBRA FILONIANA 4
FILÓN Y SU ÉPOCA 5
EL CORPUS FILONIANO 8
LISTA DE LOS TRATADOS 9
EL TEXTO BÍBLICO Y SU EMPLEO POR FILÓN 11
LA DEUDA INTELECTUAL DE FILÓN 12
EL MÉTODO ALEGÓRICO 16
LA COSMOVISIÓN FILONIANA 18
DIOS 21
LOS INTERMEDIARIOS 22
EL LOGOS 22
LOS OTROS INTERMEDIARIOS 23
LA SABIDURÍA (SOPHÍA) DIVINA 24
EL ESPÍRITU (PNEÜMA) 24
LAS POTENCIAS DIVINAS 25
LOS ÁNGELES O MENSAJEROS 26
EL MUNDO DE LAS FORMAS EJEMPLARES (IDÉAI) 26
EL "HOMBRE DE DIOS" 27
EL MUNDO SENSIBLE Y LA CREATURA HUMANA 27
LAS METAS DE FILÓN Y LOS ALCANCES DE SU ÉTICA 29
ADVERTENCIAS SOBRE LA PRESENTE TRADUCCIÓN 31

BIBLIOGRAFÍA 35

SOBRE LA CREACIÓN DEL MUNDO SEGUN MOISES (DE OPIFICIO MUNDI) 37

INTERPRETACIÓN ALEGORICA DE LAS LEYES SAGRADAS CONTENIDAS EN EL GÉNESIS II Y III (LEGUM ALLEGORIAE) 71
INTERPRETACIÓN ALEGÓRICA I 71
INTERPRETACIÓN ALEGÓRICA II 91
INTERPRETACIÓN ALEGÓRICA III 110

SOBRE LOS QUERUBINES, LA ESPADA FLAMÍGERA Y CAÍN, PRIMER HOMBRE NACIDO DE HOMBRE (DE CHERUBIM) 155

SOBRE EL NACIMIENTO DE ABEL Y LOS SACRIFICIOS OFRECIDOS POR ÉL Y SU HERMANO CAÍN (DE SACRIFICIIS ABELIS ET CAINI) 177

SOBRE LAS HABITUALES INTRIGAS DE LO PEOR CONTRA LO MEJOR (GUOD DETERIUS POTIORI INSIDIARI SOLET) 203

PREFACIO

ACERVO CULTURAL incorpora hoy a su colección Valores en el tiempo las obras completas de Filón de Alejandría, traducidas directamente del griego aquellas que se han conservado en esa lengua, y del inglés las llegadas hasta nosotros solamente en una versión armenia.

Con esta publicación la dirección de la Editorial entiende que viene a llenar un sentido vacío, respondiendo a una urgente necesidad bibliográfica en el ámbito hispanohablante, ya que hasta el presente resultaba imposible la consulta o lectura de las obras del filósofo alejandrino en lengua española.

Dichas obras pertenecen a aquella parte del patrimonio intelectual de la humanidad caracterizada por su permanente vigencia y actualidad con que se ofrecen a la curiosidad y apetencia espiritual de las viejas y nuevas generaciones, pues concretan y compendian reflexiones y conclusiones que tienen como punto de partida las incógnitas que perpetuamente le plantean al ser humano la realidad y el misterio de la existencia, lo presente y la eternidad, las raíces y causas del universo, el maravilloso equilibrio que lo sustenta, y sobre todo el *factum humanum,* centro y eje de toda cosmovisión, el microcosmos individual, en torno del cual el pensamiento se proyecta en busca de respuestas que le permitan atisbar o develar la "verdad" cósmica.

Filón de Alejandría figura entre los cerebros privilegiados que en el curso de los milenios, acuciados por ansias torturantes de superar los estadios de la ignorancia, se empeñaron en descorrer el velo del misterio de la creación y la vida.

La filosofía del exégeta hebreo marca un hito de importancia suma en el desarrollo del pensamiento humano, al que aportó un cuerpo de ideas y doctrinas tendientes a fundamentar racionalmente las tradiciones religiosas de su pueblo trasvasándolas a los esquemas del pensamiento filosófico griego como obligado recurso para hacerlas comprensibles a sus contemporáneos.

Esta circunstancia nos permite aguardar con razonable optimismo una favorable acogida por parte del público lector para la erudita traducción que damos a luz. Ello compensará cumplidamente el ingente esfuerzo editorial que por su carácter, presentación y extensión la misma ha demandado.

La presente publicación será seguida por la de las obras completas de Baruj Spinoza —conmemorando los trescientos años de su muerte—, el filósofo del siglo XVII que analizó, dentro de los cánones metodológicos del más riguroso racionalismo, la esencia y los atributos de Dios como ser y como creador cuya sustancia permanece en su creación y la satura.

Acervo Cultural / Editores

INTRODUCCIÓN

PROPÓSITOS DE ESTA INTRODUCCIÓN

De su lectura será fácil colegir que la presente introducción va destinada más que a especialistas, al público lector en general, dentro del cual es de suponer que predominarán los interesados por una guía sencilla para abordar la lectura de Filón antes que en una erudita exposición acerca de la problemática por demás compleja y extensa de la obra filoniana, sobre la mayoría de cuyos puntos distan, por otra parte, de haberse puesto de acuerdo hasta el presente los estudiosos que se han venido ocupando de las numerosas cuestiones vinculadas a la crítica externa e interna del pensamiento del exégeta judío.

Ello me exime de intentar cualquier tipo de replanteos sobre los temas controvertidos, y las páginas que siguen se limitarán a tratar de facilitar al lector el acceso al texto y al mundo intelectual en el que se desenvuelven la dialéctica y la apologética de Filón. Tal información resultará sumamente útil, imprescindible diría, para quien por primera vez se aboca a familiarizarse con las ideas de este pensador, complicado, por momentos casi cabalístico, y siempre denso de sentidos que sólo examinados a la luz de los presupuestos ideológicos en que cobraron vida, de las particularidades metodológicas qué le sirvieron de carriles y de las circunstancias histórico-personales que los impregnaron de las improntas espirituales de su época, llegan a cobrar perfiles suficiente o aceptablemente claros para la intelección del lector corriente.

No estará de más advertir que, aún dentro de este propósito harto modesto, la cantidad y la calidad de la información están condicionadas por una decepcionante escasez de fuentes co-etáneas relativas al autor judío, hecho que ha limitado las posibilidades de la crítica moderna casi al exclusivo empleo de la obra misma de Filón para dilucidar los múltiples problemas que ella encierra.

Tal es la penuria de otra documentación, que en determinados casos el orden resulta invertido y no sólo no hallamos testimonios ajenos que respalden nuestra comprensión del texto filoniano, sino que este texto es la única fuente para el conocimiento de datos tocantes a otros pensadores y escuelas, que conocemos gracias a su mención en la obra de Filón e ignoraríamos de otro modo totalmente.

Constreñida a manejarse con tan exiguo caudal de información externa es comprensible que la moderna erudición vea en muchos casos reducido el fruto de pacientes estudios a conjeturas, hipótesis y conclusiones que, aunque metódicamente fundadas, llevan el sello de lo verosímil antes que de lo seguro. En ese terreno, pues, nos moveremos también en este prólogo, al que su carácter no erudito lejos de evitarle las dificultades derivadas de las condiciones apuntadas, se las torna más engorrosas por cuanto la misma brevedad y simplicidad perseguidas reclaman enunciados sencillos y categóricos,, que, no siempre, como es obvio, será dable encontrar.

Consecuente, en fin, con el propósito de simplificar las cosas, ahorraré al lector la mención de fuentes en notas de pie de página, sin que ello involucre usurpación de ideas o datos, ya que la advertencia arriba expuesta de renunciar a todo replanteo de cuestiones equivale a manifestar que cuanto se diga en la presente introducción es material ya elaborado, al que, en todo caso, sólo he aportado una labor de selección de lo más interesante y accesible. Por otra parte, una bibliografía que contiene las publicaciones más importantes, servirá para orientar al lector hacia los trabajos más aconsejables para la ampliación de su información, y a la vez le permitirá conocer los autores y obras en que se apoyan muchas afirmaciones.

TRASCENDENCIA DE LA OBRA FILONIANA

Frente al general estrago que la *incuria temporum* ha causado en la mayor parte de las obras de los autores de la antigüedad clásica, reduciendo su legado a contadas reliquias de la inmensa creación literaria, religiosa, científica y filosófica de aquellos tiempos, sorprende el hecho de que el voluminoso corpus filoniano haya llegado casi intacto hasta nosotros.

La razón fundamental de esta conservación reside en el interés que el pensamiento de Filón despertó en los exégetas cristianos, que, desde los orígenes mismos de la fundamentación teológico-filosófica de la doctrina evangélica, hallaron en las obras del escritor judío una fuente inagotable de teorías y conceptos adaptables a las creencias básicas del cristianismo, no obstante las profundas diferencias que, por otra parte los separan. En vista de esta vinculación de la patrística con Filón, nada tiene de extraño que Eusebio de Cesárea sostuviera tres siglos después de su muerte que el autor hebreo había sido cristiano.

El interés por su obra no ha cesado de renovarse hasta nuestros días, especialmente porque el conocimiento de la exégesis filoniana es imprescindible para el estudio del pensamiento cristiano en su gestación inicial y en su posterior desarrollo, particularmente en autores como Ambrosio de Milán y los alejandrinos Clemente y Orígenes. Si bien estudios recientes han replanteado el problema de los alcances de esa influencia, cuestionando el grado de importancia que anteriormente se le atribuía especialmente en cuanto a la concepción del logos en el Evangelio de Juan, tal influencia es innegable y fue intensa especialmente en las orientaciones menos ortodoxas asumidas por ciertos apologistas y exégetas.

Desde mediados del siglo pasado, el interés primordial por la búsqueda de puntos de coincidencia entre la patrística y Filón ha cedido lugar a otras indagaciones, prácticamente marginadas hasta entonces, tales como las concernientes al origen del pensamiento filoniano, a sus conexiones con la exégesis judía coetánea tanto alejandrina como Palestina, en procura de determinar el grado de dependencia o de originalidad; y a la correcta ubicación de los préstamos tomados de la filosofía griega en el contexto de determinadas doctrinas y escuelas.

Asimismo numerosos pasajes de sus tratados han procurado a los historiadores de la filosofía antigua importantes noticias sobre puntos del pensamiento helénico no registrados o testimoniados muy imperfectamente en otras fuentes, por lo que también desde este punto de vista resulta provechoso y aun indispensable el manejo de las obras de Filón.

Finalmente, sus tratados de carácter histórico, gráfica evocación de sucesos de los que fue testigo y protagonista, interesan al historiador del Imperio Romano por cuanto documentan instancias dramáticas vividas por una de la ciudades más importantes de él durante el principado de Calígula.

Filón no resulta ser, ciertamente, un autor cuyas obras puedan atraer el interés del gran público, ya que la temática abordada en ellas no es precisamente de las que concentran el interés masivo en un mundo cuyas circunstancias vivenciales se hallan tan distantes de las que le confirieron actualidad hace casi dos mil años; ni el corpus de sus tratados se halla destinado a una lectura corrida y conjunta, pues el carácter de su contenido y la extensión tornan impracticable o por demás improbable esa posibilidad. Tampoco son ellos utilizables hoy como fuente apologética ni como documento de una doctrina filosófica original que justifique la atención de los especialistas. Pero las características y contenidos arriba apuntados y las demás que el lector advertirá a lo largo de esta introducción los convierten en una obra de consulta sumamente útil aun para el no especialista, y por supuesto, en una fuente indispensable para abordar el estudio del pensamiento antiguo y medieval.

FILÓN Y SU ÉPOCA

Las noticias biográficas sobre Filón se reducen a los escasos datos que él mismo desliza en ciertos pasajes de su obra, y a alguna mención de Josefo. Cronológicamente el único punto de referencia es su presidencia de la embajada enviada ante Calígula por los judíos alejandrinos

en el 40 d. C, cuando ya era de avanzada edad. Sobre esa base se calcula que debió de nacer hacia la penúltima década precristiana. Nos consta que pertenecía a una familia adinerada e influyente de Alejandría; que su hermano C. Julio Alejandro llegó a desempeñar el cargo de alabarca de esa ciudad, función cuya verdadera naturaleza ignoramos; y que un hijo de éste, Tiberio, Julio Alejandro, cediendo a la atracción que por entonces ejercía el pensamiento griego en el espíritu de no pocos jóvenes israelitas, abandonó la fe judía y abrazó las creencias paganas, convirtiéndose en entusiasta cultor de las doctrinas filosóficas griegas contrarias a la fe de sus mayores. Del contenido y extensión de las obras de Filón se desprende qué recibió una educación conforme con el sistema de las escuelas de la época, que adquirió una profunda versación en las doctrinas contenidas en los libros sagrados de su raza y en la tradición oral, juntamente con una fe profunda en la verdad de las mismas, y que dedicó buena parte de su tiempo y sus esfuerzos a la labor apologético-exegética.
Sus frecuentes invectivas a propósito de todos los géneros de vida licenciosos y del placer en general nos mueven a pensar en una personalidad austera, casi conventual, por lo que no deja de llamar la atención el leer en alguno que otro pasaje de sus reflexiones confesiones tales como la registrada en *Interpretación alegórica* III, 156, que más bien encajarían en las memorias de un hombre de mundo, arrepentido algo tardíamente.
Sin duda su excelente posición económica de burgués adinerado y las comprobadas vinculaciones de su familia con la dinastía Herodiana dan suficiente pie para pensar en que Filón desempeñó un papel destacado en los sucesos políticos de la comunidad judeo-alejandrina, pero solo de un hecho saliente de esta naturaleza ha llegado noticia hasta nosotros. De la prolija cuenta que de él nos da en *Sobre la embajada ante Cayo* sabemos que en 40 presidió la ya mentada embajada enviada ante Calígula para pedir justicia y protección para los judíos de Alejandría. A tan escasas referencias se limita nuestra información sobre la vida y persona del exégeta.
En cuanto a la población hebrea de Alejandría, falta una fuente histórica dedicada específicamente a ella, pero podemos rastrear su génesis y desarrollo en diversos textos que hacen referencia ocasional a ella y en el mismo relato bíblico. Los judíos alejandrinos constituían la comunidad de esa raza más importante de la diáspora. Su arraigo en tierra egipcia comenzado en tiempos remotos, concretamente a la caída del reino de Judá, siglo VI a. C, cuando grupos numerosos emigraron hacia el sur huyendo de la dominación babilónica para radicarse en diversos lugares del país en el que, según la tradición bíblica, ya habían residido sus lejanos antepasados en los tiempos patriarcales.
Nos consta que en el siglo siguiente el grupo radicado en Elefantina, en el lejano sur, fue objeto de una violenta persecución, al parecer por su adhesión a la causa persa.
Durante el periodo tolemaico el número de judíos de Egipto se multiplicó considerablemente, habiendo Tolomeo I traído como prisioneros a muchos de ellos en una de sus campañas. Otros llegaban a título de mercenarios y de simples inmigrantes, *y,* según se afirma, el total de radicados sobrepasaba el millón en el siglo I a. C.
Alejandría se convirtió en uno de los más importantes centros demográfico;; de ese pueblo, y en ella los judíos constituían uno de los tres núcleos más numerosos de la población urbana, la que se completaba con griegos y egipcios. Gradualmente adoptaron la lengua griega, olvidando el hebreo, aunque algunos lo siguieron hablando hasta fines del siglo n a. C, como parece desprenderse del papiro Nash, que contiene el Decálogo y el comienzo del Shema en hebreo. Pero, como la mayor parte de los hebreos alejandrinos, además de los conversos a la religión judaica de otras nacionalidades, lo ignoraban y por ello no tenían acceso a la lectura de las Escrituras, se procedió en tiempos de Tolomeo II Filadelfo a traducirlas al griego. Tal traducción se conoce con el nombre de versión de los Setenta, por haber sido ese el número de traductores que realizó la tarea, según la tradición conservada por Aristeas y repetida por Filón.

En el seno de esta comunidad, como en general en el resto del pueblo judío de Palestina y de la diáspora, se puso en evidencia a lo largo de los tres últimos siglos precristianos y del siguiente una creciente helenización, favorecida por el hecho de vivir la mayor parte de esas comunidades en el área político-cultural de las monarquías helenísticas surgidas del desmembramiento del imperio de Alejandro y culturas y propagadoras de las conquistas intelectuales del genio griego y de los ideales de vida de la Hélade.
Esta osmosis espiritual, favorecida por la total ausencia de barreras oficiales, y el fomento por parte de las cortes, se acentuó con el correr del tiempo, impregnando de ideas y costumbres helénicas a todas las poblaciones del Cercano Oriente y el Mediterráneo Oriental, especialmente en las ciudades cosmopolitas, a las que afluyeron masivamente inmigrantes griegos después de la conquista macedonia. La influencia griega no afectó seguramente en la mayoría de los casos la fe y la fidelidad de los hebreos a las tradiciones nacionales, pero engendró en no pocos, como en el sobrino de Filón arriba mencionado, tal entusiasmo por el legado cultural griego, que llegaron a considerar un estorbo las leyes y costumbres ancestrales y apostataron.
Superar el antagonismo que algunos espíritus consideraban inconciliable entre ambas tradiciones religioso-culturales, armonizado para ello las dos corrientes de pensamiento a través de una labor exegética que permitiera hallar los puntos de coincidencia y limar aristas demasiado opuestas de las concepciones de ambas fue uno de los objetivos principales de los esfuerzos intelectuales de Filón, fervoroso creyente y celoso practicante de las normas legales de la Torah, por una parte, y admirador profundo de la sabiduría griega, por otra.
Esto, en lo que hace al contexto cultural en el que el pensador judío alejandrino elaboró sus tratados.
En cuanto a las condiciones sociopolíticas de sus connacionales en el seno del Imperio Romano y de la polis alejandrina en particular, resulta prematuro en el estado actual de las investigaciones aventurar conclusiones definitivas.
La fuente principal la constituyen Flavio Josefo y los papiros que hacen referencia a la comunidad judía y de su información puede inferirse que ésta no gozaba de los plenos derechos de ciudadanía, aunque sí de numerosos privilegios, entre los cuales figuraba el de autoadministrarse en materia de asuntos internos de la comunidad. Su situación era, pues, intermedia entre la de los ciudadanos y la de los simples extranjeros afincados. En una carta que Claudio envió a los alejandrinos grecoegipcios y judíos conjuntamente con instrucciones acerca del mutuo trato y las relaciones entre ambos sectores de población, seguramente con ánimo de poner fin definitivamente a los lamentables enfrentamientos habidos durante el reinado de su antecesor en el trono, recomienda a los primeros tratar humanitaria y respetuosamente a los segundos sin ponerles obstáculos en la observancia de sus costumbres; y a los judíos no intentar inmiscuirse en las esferas de acción que les estaban vedadas; de donde se infiere que sus derechos eran limitados; y no enviar embajadas por separado, como si se tratara de dos ciudades y no de una sola.
De estas recomendaciones imperiales puede inferirse la existencia de dos tendencias entre los judíos alejandrinos: una de borrar barreras y asimilarse completamente al resto de la población, y otra dé practicar un categórico aislacionismo y operar separadamente incluso en las gestiones ante Roma.
El ideal de Filón al respecto parece haber sido combinar ambas en una política sensata consistente, por una parte, en guardar celoso respeto y observancia de las leyes del imperio y de las leyes locales de las ciudades o países donde residían las comunidades hebreas, cohabitando en paz y armonía con los no judíos; y por otra, en permanecer fieles al estilo mosaico de vida, cuyas modalidades estaban expresamente prescriptas por la ley de sus antepasados. Tal es lo que se desprende de las aspiraciones expresadas por él en diversos pasajes de sus obras, aunque es muy difícil precisar por el contenido de esos pasajes tanto las

condiciones jurídico-políticas reales en las que aspiraba a que se concretase ese equilibrio entre ambas tendencias, como el grado de difusión y adhesión que ese ideal encontraba entre sus compatriotas.
Las dolorosas experiencias vividas durante el reinado de Calígula seguramente debieron de hacerlo reflexionar sobre la inestabilidad de las condiciones favorables para la concreción de esa aspiración y sobre las perspectivas sobre el particular observadas desde un ángulo realista. Pero las condiciones políticas de entonces no aconsejaban otro camino, y Filón, por lo que se advierte a lo largo de su obra, aunque en algunos pasajes se deje llevar por cierto lírico optimismo y aunque su ética nos sepa a demasiado elevada para concretarse en este mundo, era un hombre que se atenía a las realidades. Por otra parte, aquella calamidad fue afortunadamente episódica dentro de un proceso histórico de saldo ampliamente favorable para la pacífica convivencia entre judíos y gentiles. Las condiciones de seguridad que la instalación del dominio romano en Oriente y Egipto habían traído aparejadas y el favor que la casa imperial de los Julios había dispensado a los judíos desde los días de la vinculación del etnarca Antípatro con Julio César en el 48 a. C. en Alejandría precisamente parecían augurar largos tiempos de bonanza.
Aunque no estaban lejanos los trágicos acontecimientos que culminarían en el 70 con la destrucción de Jerusalén y el implacable escarmiento impuesto por el vencedor romano, hechos de los que la muerte impidió que Filón llegase a ser testigo.

EL CORPUS FILONIANO

No existe un acuerdo unánime entre los estudiosos y editores en cuanto a la clasificación y ordenación de los tratados que integran el voluminoso corpus de las obras de Filón llegadas hasta nosotros.
Por tratarse de la más reciente, citaré, sin que ello implique establecer precedencias en cuanto a acierto o fundamentos, la de Arnaldez, quien los distribuye así: 1) tratados que contienen la exposición de la ley; 2) la interpretación alegórica; 3) los escritos puramente filosóficos; 4) los escritos apologéticos a favor de los judíos; y 5) los que se ocupan de los problemas relativos al Génesis y al Éxodo.
El punto más controvertido es el concerniente a la ubicación del tratado titulado *Sobre la creación del mundo según Moisés,* que en la presente edición, como en la mayoría, precede a todos los restantes y va seguido por la *Interpretación alegórica.*
El problema reside en si encabeza realmente la *Interpretación alegórica* o si, por el contrario, esta parte de la obra de Filón llevaba como introducción un tratado perdido titulado *Hexamerón* o *Los seis días,* como sostienen Cohn, Massebieau y Brehier. En este último caso, *Sobre la creación del mundo* encabezaría la serie de tratados consagrados a la exposición de la ley, precediendo inmediatamente al titulado *Sobre Abraham,* con lo cual el conjunto de los tratados que se vinculan al Pentateuco quedarían distribuidos así:

1. Interpretación alegórica
    - a) Los seis días (perdido)
    - b) Interpretación alegórica de las sagradas leyes contenidas en el Génesis II y III
    - c) Tratados sobre diversos temas sugeridos por pasajes del Génesis

2. Exposición de la ley
    - Parte Narrativa
        - a) Sobre la creación del mundo según Moisés
        - b) Vidas de los patriarcas: Sobre Abraham, Sobre Isaac (perdido), Sobre Jacob (perdido), Sobre José y Vida de Moisés (excluido de esta sección por algunos e

incluido entre las obras apologéticas)

Parte Descriptiva

a) Decálogo

b) Sobre las leyes particulares

c) Problemas relativos al Génesis y al Éxodo

Una breve consideración sobre el plan seguido por Filón en el tratamiento del Pentateuco permitirá al lector advertir las razones del problema. Filón entiende que las leyes divinas pueden conocerse a través de tres instancias: el orden cósmico o legislación universal (cosmópolis), impresa por Dios en la naturaleza; la legislación mosaica, codificación inspirada por Dios a Moisés, que se ajusta en todo a las leyes de la naturaleza o cósmicas; y finalmente el ejemplo de hombres sabios y buenos, que ajustaron sus vidas a la voluntad divina y al orden cósmico antes de que existiera la legislación escrita revelada en el Sinaí. Así como el Pentateuco es la ley escrita, las ejemplares vidas de los patriarcas, verdaderos cosmopolitas o ciudadanos del mundo, son la ley viviente, como que ellos, aunque no llegaron a conocer la legislación escrita, ajustaron su pensamiento y sus actos a las pautas impresas por el Creador en el universo.

Consecuentemente, en la exposición de las leyes es razonable que, respetando este esquema tripartito y el orden cronológico y el seguido en el Pentateuco, incluya una parte narrativa, que a su vez se divide en una cosmogonía o narración del proceso creador, en el que se fijan el esquema y las normas universales, y en lo que podríamos llamar biografías de las leyes vivientes o patriarcas; y una parte descriptiva, que comprende un estudio de las leyes fundamentales o genéricas contenidas en el Decálogo, y un prolijo inventario, acompañado de las explicaciones pertinentes, de todas las leyes específicas o particulares.

Pero casi los mismos títulos por los que se lo sitúa-inmediatamente antes de la narración de las vidas de los patriarcas, podrían esgrimirse para colocar *Sobre la creación del mundo* como preámbulo de la *Interpretación alegórica,* ya que también ésta versa sobre asuntos que presuponen una cosmovisión basada en el conocimiento de la génesis del mundo.

El problema es, pues, prácticamente insoluble, al menos mientras no se demuestre fehacientemente que Filón escribió el *Hexamerón,* el que, en todo caso, no aparece como estrictamente necesario ya que se trataría en gran parte de una repetición de lo considerado en *Sobre la creación del mundo.*

LISTA DE LOS TRATADOS

La lista que sigue presenta ordenados según lo hace la edición Colson, ordenación que se respeta en la presente traducción, los tratados conservados. Los títulos latinos son los que se emplean tradicionalmente para encabezarlos y para extraer las abreviaturas con que suele citárselos en las notas de pie de página y en las demás remisiones.

I) TRATADOS CONSERVADOS EN SU TEXTO ORIGINAL GRIEGO

1. Sobre la creación del mundo según Moisés
   (De opifício mundi)
2. Interpretación alegórica de las sagradas leyes contenidas en el Génesis II y III.
   (Legum allegoriae. Libri I, II, III)
3. Sobre los querubines, la espada flamígera y Caín, primer hombre nacido de hombre
   (De Cherubim)
4. Sobre el nacimiento de Abel y los sacrificios ofrecidos por él y su hermano Caín.
   (De sacrificas Abelis et Caini)

5. Sobre las habituales intrigas de lo peor contra lo mejor.
(Quod deterius potiori insidian solet)
6. Sobre la posteridad de Caín y su exilio
(De posteritate Caini)
7. Sobre los gigantes
(De gigantibus)
8. Sobre la inmutabilidad de Dios
(Quod Deus inmutabilis sit)
9. Sobre la agricultura
(De agricultura)
10. Sobre la obra de Noé como plantador
(De planlatione)
11. Sobre la ebriedad
(De ebríetate)
12. Sobre las súplicas e imprecaciones de Noé una vez sobrio
(De sobrietate)
13. Sobre la confusión de las lenguas
(De confusione línguarum)
14. Sobre la migración de Abraham
(De migratione Abrahami)
15. Sobre quién es el heredero de las cosas Divinas
(Quis rerum divinarum heres)
16. Sobre la unión con los estudios preliminares
(De congressu quaerendae eruditionis gratia)
17. Sobre la huida y el hallazgo
(De fuga et inventione)
18. Sobre aquellos cuyos nombres son cambiados y sobre los motivos de los cambios
(De mutatione nominum)
19. Sobre los sueños enviados por Dios
(De somniis. Libri I, II)
20. Sobre Abraham
(De Abrahamo)
21. Sobre José
(De Iosepho)
22. Sobre la vida de Moisés
(De vita Mosis. Libri I, II)
23. Sobre los diez mandamientos o decálogo, que son compendios de las leyes
(De decálogo)
24. Sobre las leyes particulares
(De specialibus legibus. Libri I, II, II, IV)
25. Sobre las virtudes
(De *virtutibus)*
26. Sobre los premios y los castigos
(De praemiis et poenis)
27. Todo hombre bueno es libre
(Quod omnis probus liber sit)
28. Sobre la vida contemplativa
(De vita contemplativa)
29. Sobre la indestructibilidad del mundo
(De aeternitate mundi)

30. Flaco
(In Flaccum)
31. Hipotéticas (Apología de los judíos)
(Apología pro Iudaeis)
32. Sobre la providencia
(De provídentia)
33. Sobre la embajada ante Cayo
(De legatione ad Gaium)

II) TRATADOS CONSERVADOS EN LENGUA ARMENIA SOLAMENTE
34. Problemas y soluciones sobre el Génesis
(Quaestiones et lolutiones in Genesim)
35. Problemas y soluciones sobre el Éxodo
(Quaestiones et solutiones in Exodum)

EL TEXTO BÍBLICO Y SU EMPLEO POR FILÓN

En su exégesis del Pentateuco o Torah Filón no emplea el texto original hebreo sino la traducción griega de los Setenta, aunque las libertades que se toma en la lectura de los pasajes han dado pie para que se sostenga la existencia de otras versiones en griego y su empleo por él. Pero en todo caso su punto de referencia textual fue siempre una versión griega. Esta circunstancia y el hecho de que ningún papiro local en lengua hebrea de los que han llegado hasta nosotros sea fechable después del 250 a. C. aproximadamente, parecerían probar que la comunidad hebrea de Alejandría al adoptar la lengua griega para la comunicación cotidiana había olvidado completamente el idioma de sus antepasados. Cuesta, sin embargo, creer que ni siquiera entre los sacerdotes y gente-docta de una comunidad tan numerosa quedaran quienes pudieran tener acceso directo a la lectura del texto hebreo por lo menos para los fines cultuales y exegéticos, y lo más sensato es pensar que el hebreo se mantenía como lengua litúrgica, análoga al latín en el cristianismo moderno.
El problema reviste sumo interés porque en él va involucrada la cuestión de si Filón estaba en condiciones de consultar el Pentateuco en su lengua original y, por ende, de si el exclusivo empleo que hace en su obra de la versión de los Setenta se debió tan sólo a que los lectores a los que aquélla, iba destinada no hubieran podido seguir sus argumentaciones si las apoyaba en la lectura de los textos sagrados en lengua hebrea. Ésta y no su ignorancia del idioma tradicional de su pueblo sería, en ese caso, la razón de su elección en cuanta a textos; con lo que la hipótesis de su dominio del hebreo resultaría perfectamente verosímil. Pero lo que, en suma, prueban estos argumentos es solamente que el uso que Filón hace de la Biblia en griego no significa que ignorara la lengua do sus antepasados. Queda en pie, pues, el probar que realmente la sabía, y en ese sentido se explaya Wolfson, quien, con pruebas convincentes a su juicio, afirma categóricamente que la dominaba a la perfección.
El interés por dilucidar con certeza esta complicada cuestión estriba más que en la posibilidad de determinar el grado de olvido de la lengua hebrea por la comunidad judeo-alejandrina. o las razones que realmente pueden haber movido a Filón a utilizar la versión de los Setenta, en el hecho de que su desconocimiento de aquélla, si ésa hubiera sido la situación, le hubiera impedido el acceso a la exégesis palestinense, practicada sobre el texto original, con todas las consecuencias que tal limitación supondría en cuanto al origen de sus ideas, las que en tal caso de ningún modo podrían proceder de los targums los midrhashim, el halaka y el hagada de la literatura rabínica.
Al margen del problema de las razones por las que la exégesis filoniana se apoya en el texto

griego del Pentateuco, reviste suma importancia el examinar el criterio de Filón aplicó para fundar la legitimidad de apoyarse en una mera traducción, aun en el caso de que una razón de fuerza mayor, como su posible ignorancia del hebreo o los requerimientos derivados de la condición de los destinatarios de su obra, no le dejara otra alternativa. Esta pregunta es más justificada si se tienen en cuenta ciertas características de la dialéctica filoniana.
Muchas, en efecto, de sus argumentaciones se apoyan exclusivamente en razones puramente idiomáticas que no son otra cosa que contingencias formales o semánticas de la lengua griega, tales como parafonías, polisemias y etimologías, que, por supuesto, solo valen en cada caso para los términos griegos y nada tienen que ver con las voces hebreas correspondientes del texto original. Esta manera, ingenua por así decir, de aceptar la legitimidad de inferencias hechas a partir de una lengua carente de todo parentesco o vínculo con la del texto inspirado por Dios a Moisés sólo admite una explicación, a menos que se pretenda negar a Filón la elemental sensatez para advertir el vicio inicial de tales razonamientos; y esa explicación no es otra que su convencimiento absoluto de que una segunda inspiración divina había guiado a los setenta traductores de la isla del Faro en la tarea de escoger los términos precisos, portadores en su forma y en su semántica de revelaciones eventualmente desentrañables a través de una exégesis acertada.
Siempre dentro de las consideraciones que tocan al manejo del texto bíblico por Filón, es preciso señalar su inclinación a hacer uso de una libertad de interpretación que raya frecuentemente en lo arbitrario, proponiendo las lecturas más sorprendentes, fragmentando unidades, conectando expresiones originalmente disociados o simplemente alterando el texto con adiciones, quitas o trueques, de modo que más bien lo ajusta a sus propósitos exegéticos que adapta éstos al sentido real del texto verdadero. Sin duda estas arbitrarias enmiendas no surgen de un movimiento descontrolado o de una deshonestidad intelectual sino de dar por descontado que la inspiración que Dios hizo descender sobre Moisés primero y sobre los traductores después alcanzaba y alcanzaría siempre a los comentadores sobre todo cuando en el texto se advierten obscuridades o incoherencias salvables con algunos adecuados retoques. Y también pudo impulsarlo honradamente a ellas el convencimiento de que la no literalidad de su interpretación rezaba no sólo con la intelección del contenido del texto sino también con la presentación idiomática del mismo, por lo que era lícito tomarse con ésta las mismas libertades que con aquélla.

LA DEUDA INTELECTUAL DE FILÓN

La formación religiosa e intelectual de Filón, así como su labor de exégeta y apologista, transcurren en el multiforme ambiente de la Alejandría de fines del siglo I a. C. y de la primera mitad del siguiente, incorporada no mucho antes al dominio romano, epicentro de una cultura universalista y un saber enciclopédico, que hoy seguramente calificaríamos de libresco, laboratorio de investigaciones más fecundas en acopios de información erudita que en hallazgos de nuevos conceptos o sistemas. Cosmopolita y lugar de confluencia de las más heterogéneas corrientes de ideas, lo era sobre todo en el aspecto religioso y en el filosófico, en los que privaban las tónicas del sincretismo y el eclecticismo.
En este contexto intelectual la obra de Filón, fruto, por otra parte, no de un filósofo de profesión sino de un apologista aficionado a los temas de la filosofía, no podía, ciertamente, constituir una excepción, y sea cual fuere el grado de originalidad que pueda concedérsele en algunos enfoques parciales, su lectura revela a las claras que se mueve siempre en los terrenos frecuentados por las diversas escuelas filosóficas. Por otra parte, su interés primordial, si no único, residió en la exégesis bíblica con miras a la extracción de normas ético-legales y no en dilucidar personalmente cuestiones cosmológicas, lógicas, científicas, antropológicas o políticas, ni en poner de acuerdo a las escuelas griegas en cada uno de los muchos puntos

controvertidos; por lo que resulta natural y legítimo el que haya prescindido de una investigación personal en tales direcciones, y preferido recurrir, sin pecar por demasiado coherente en ocasiones, al saber acumulado durante siglos por los filósofos griegos.

Múltiples son, pues, los préstamos y los vínculos que unen al exégeta judío con las escuelas de la Hélade en su afán de lograr una síntesis instrumental con miras a su interpretación del Pentateuco.

Pero al buscarla no perseguía introducir la armonía entre ambas corrientes de pensamiento, es decir, superar contradicciones o desacuerdos conceptuales, ya que Filón no advierte oposición alguna entre ambos mundos intelectuales, por lo que mal podía preocuparle un problema de esa índole, para él inexistente. A su juicio ambos legados culturales: el helénico y el judío se complementan sin superponerse ni excluirse. Los principios ético-legislativos y las prescripciones contenidos en la legislación mosaica, como que son réplicas codificadas de las leyes que rigen el universo y no meras convenciones concebidas por hombres, encuadran perfectamente en él contexto filosófico griego, que al margen de las discrepancias, parciales entre las escuelas, son el fruto del esfuerzo racional por explicar ese mismo universo y contienen un fondo común de verdad.

Su tarea de forjar la síntesis en una doctrina única que contuviera ambos aportes se apoyaba en el convencimiento de ambas fuentes no se superponían sino se completaban. El genio helénico, sin excluir la ética del campo de sus especulaciones, se había volcado preferentemente a lo teórico, formulando cosmovisiones racionales y metódicamente fundadas; en tanto que la revelación que el Pentateuco registra, si no soslaya las referencias a la constitución del orden cósmico, encara los problemas relativos a éste sólo en función de la finalidad ética, legal y cultural, y por su redacción presenta en su parte narrativa una versión revestida más con los atuendos del mythos que del logos.

Es sumamente sugerente, en otro orden de cosas, la poca atención que presta Filón a las legislaciones de otros pueblos y el tono poco favorable con que las considera en las escasas ocasiones en que se refiere a ellas. Y más extraña lo primero por la estrecha vinculación que esas fuentes legales tenían con su exégesis. La explicación de ello se encuentra sin duda en que, a su juicio, existía una gran distancia entre la inmensa sabiduría teorética de los griegos y el nivel de calidad de sus realizaciones legales concretas. Los códigos y constituciones de las *póleis* griegas no podían, de acuerdo con sus puntos de vista, equipararse con las normas mosaicas en sensatez y sentido de justicia. De allí que prácticamente las ignore.

Pero este desdén es la excepción; en todo el resto de su labor intelectual son las ideas griegas las que afloran constantemente, y los esquemas y nomenclaturas de la filosofía helénica los que le proporcionan las sugerencias para su interpretación de la Biblia y para la redacción de sus explicaciones. Esta característica intelectual suya, que encuadra perfectamente en el marco de su época y en el de su formación personal, llega a manifestarse en ciertos tratados como *Sobre la providencia* o *Todo hombre bueno es libre,* en los que no persigue fines exegéticos, con una preeminencia tal, que excluye casi por completo al aporte bíblico.

El hecho de la influencia helénica es por demás claro, pero no lo es en igual medida el determinar de cuáles o de cuál de las escuelas o corrientes desarrolladas en el seno de la filosofía griega era fundamentalmente adepto y tomó los préstamos más importantes. Las opiniones de los estudiosos sobre el particular discrepan totalmente.

La consideración de los fundamentos de cada una de ellas excedería los límites de extensión razonables que me he impuesto, por lo que me concretaré a caracterizarlas y a remitir a fuentes más explícitas al lector interesado en ahondar su información sobre las mismas. La tesis de un Filón totalmente estoico, ajeno a toda influencia platónica incluso, es sustentada por J. Leisegang. Una marcada preeminencia estoica atenuada con aportes del platonismo y el neopitagorismo es sostenida por H. Lewy, E. Brehier y E. Turowski entre otros, agregando este último influencias egipcias y orientales en la concepción del logos. Por un Filón

fundamentalmente platónico se manifiesta en especial Th. H. Billings, quien se esfuerza en probar con prolijos argumentos que no hubo influencia estoica.
Frente a estas tesis de la exclusividad de una escuela o de la preeminencia decisiva de una, H. Ritter y M. Heinze se inclinan hacia la concepción de un Filón ecléctico totalmente, sin preferencias definidas ni tampoco discernimiento suficiente para advertir las contradicciones entre los conceptos a que echaba mano, según el primero de estos autores. Otros estudiosos sostienen un eclecticismo circunscripto a determinadas escuelas. E. Zeller sostiene, juntamente con L. Robin, W. Win-delband y F. H. Colson, que su pensamiento es estoico y platónico a la par.
Opuesta a todas las tesis anteriores es la de H. A. Wolfson, quien, enfocando a Filón más que como un producto de las tendencias sincretistas de su época como el punto de partida del pensamiento medieval, iniciador de una nueva época en la historia de la filosofía, entiende que no existe entre el pensador judío y las escuelas filosóficas griegas ninguna relación salvo el hecho de recurrir a la terminología corriente en las distintas escuelas filosóficas griegas para revestir y expresar de manera inteligible para sus potenciales lectores una doctrina totalmente ajena al pensamiento griego, de extracción bíblica exclusivamente. La deuda de Filón respecto de Grecia se limitaría solamente a algo tan accidental y accesorio como el ropaje externo, no alcanzando a los conceptos, y este ropaje externo lo habría utilizado, según el mismo Wolfson, sin hacer cuestión de veracidad, congruencia o precisión en cuanto a la semántica tradicional del léxico empleado, por cuanto lo adaptaba libremente a la realidad de los nuevos conceptos que manejada, los que, como queda dicho, poco o nada tenían que ver con los sentidos con que lo empleaban los griegos. El propósito de Filón no habría sido, pues, demostrar la armonía supuestamente existente entre la doctrina bíblica y las doctrinas filosóficas profanas, para encuadrar la primera en los moldes racionales de las segundas; sino probar la inmensa superioridad del saber revelado sobre el alcanzado sólo mediante la humana inteligencia, y salir por los fueros de su religión frente a los errores del politeísmo pagano o la incredulidad ateísta.
A las discrepancias señaladas respecto del origen de la deuda o de la originalidad intelectual de Filón, considerada global-mente, se suman las dispares opiniones con relación a los más diversos aspectos particulares de su exégesis; de todo lo cual el lector podrá formarse una exacta apreciación sobre la pluralidad casi polémica de puntos de vista y pareceres en que se halla al presente la ardua tarea de interpretar la obra filoniana y en especial de determinar sus entronques conceptuales. En esta utilización, reconocida, salvo que nos adhiriéramos a la tesis de Wolfson, de elementos conceptuales de la filosofía griega, por lo que se advierte a lo largo de la lectura de su obra, Filón manifiesta escasa preocupación por manejar con la precisión técnica requerida las nociones y los términos, y escasa claridad y coherencia cuando expone ciertas doctrinas filosóficas. Ello prueba que, si bien poseyó una amplísima información, enciclopédica verdaderamente, adquirida en sus estudios escolares y en sus lecturas privadas, ello no significaba que poseyera una versación a fondo, lo que se explica porque, como ya señalé, no fue un filósofo de profesión. Además el hecho de usar esas nociones tan sólo en función de otra doctrina: la bíblica, y de no adherirse probablemente a un sistema determinado, lo lleva constantemente a parcelar lo que de otro modo podría haber constituido un cuerpo claro, ordenado, continuo y coherente de doctrina. Más en momento alguno fue su propósito organizar un nuevo sistema filosófico original, cosa que, por otra parte, difícilmente hubiera estado al alcance de sus fuerzas intelectuales y de su preparación filosófica.
Frente a todo ello cabe preguntarse si en la dinámica interna de su obra global y de cada tratado en particular se advierte un orden que confiera unidad y coherencia a su exposición. La respuesta es que este orden se da ciertamente, pero no sobre el plan impuesto por un sistema racional de intelección de la realidad total sino simplemente sobre el esquema ideado por él para su exégesis bíblica, plan que en gran parte se ajusta al orden de exposición del

Pentateuco, pero que en otras sigue los dictados de sus propias reflexiones.
A los problemas tocantes a la deuda intelectual de Filón respecto del pensamiento griego se suman los relativos a sus vínculos con el pensamiento judío tradicional y coetáneo.
Estos vínculos no se limitan, indudablemente, a sus lecturas del texto bíblico y a sus personales reflexiones y conclusiones sobre él.
La profunda versación que pone de manifiesto al respecto, los pasajes en que atestigua la existencia de más de una interpretación tradicional sobre ciertas cuestiones y la frecuencia con que recalca cuan grande era el celo que ponían los de su raza en la interpretación de las normas de la ley mosaica, no dejan dudas en cuanto a sus contactos doctrinales.
Las fuentes escritas llegadas hasta nosotros, aunque lamentablemente poco abundantes, confirman que en la interpretación de los conceptos bíblicos, en la apologética doctrinal y en el proselitismo religioso habíanle precedido otros autores, algunos de ellos alejandrinos también, de cuya sagacidad e inspiración eran ñuto obras interpretativas, alegatorias, exhortativas, proféticas, apocalípticas, hagiográficas, escatológicas, mecánicas o simplemente litúrgicas.
Algunos estudiosos entienden que en la lista de trabajos concebidos con fines de divulgación del pensamiento religioso de] Judaísmo debe incluirse la misma traducción de la Biblia al pliego, la que se habría llevado a cabo no con el exclusivo fin de hacer accesible su lectura a los judíos impedidos de hacerlo hasta entonces por su ignorancia de la lengua hebrea, sino también con el propósito de divulgar primero el Pentateuco y más tarde los restantes libros sagrados entre los paganos. Los judíos alejandrinos, por lo menos, tuvieron plena conciencia de la utilidad del texto griego del Pentateuco como instrumento para una exégesis y una apologética destinadas a ganar adeptos entre los gentiles; y comprendiendo que la mera lectura de un mensaje extraño para éstos e incomprensible o expuesto a críticas en muchos pasajes no bastaba, se esforzaron por elaborar una interpretación que obviara ese inconveniente. Y la traducción de los Setenta se convirtió en el punto de partida de una serie de trabajos de exégesis y apología, cuyo contenido no nos interesa examinar aquí en detalle. Entre estas obras figuran los Libros Sibilinos Judíos (o. 140 a. C), la traducción al griego del Eclesiástico de Jesús ben Sirac (traducido hacia 136 a. C), la Sabiduría de Salomón (s. II o I a. C), el Cuarto libro de los Macabeos (s. i a. C.-I d. C.) y la Carta de Aristeas (c. 200 a. C).
Este proselitismo judío se basaba en el convencimiento de los hebreos de la diáspora de la superioridad de su tradición religiosa sobre la filosofía dialéctica de los griegos. Aristóbulo, autor de los tiempos de Tolomeo IV, llegó a sostener que la escuela peripatética estaba inspirada en Moisés y en otros profetas. Este mismo autor, en un alegato religioso elevado a aquel faraón con la intención de aclarar cómo deben entenderse los rasgos antropomórficos atribuidos a Dios en el Pentateuco, que según él son alegorías, introduce en su exégesis ideas tales como la trascendencia absoluta del ser divino, la fuerza operante de Dios en sus creaturas, y la existencia de seres intermedios entre la Divinidad y el mundo, que posteriormente sostendrá Filón.
El tercer libro de los Oráculos Sibilinos contiene relatos en los que se reducen a la categoría de simples seres humanos a los dioses y semidioses del paganismo, al modo evhemerista, de modo de hacer patente la existencia de un solo Dios, que lo es tanto del pueblo judío como de las demás naciones; y anuncia la futura conversión de estas últimas y el advenimiento del reino de Dios en la tierra, por obra de un rey mesiánico venido del Oriente, que inaugurará una era de paz y bonanza.
Dentro de estas pautas se desarrolla toda la literatura judeo-alejandrina, en la que W. Bousset distingue dos posiciones o corrientes: una apologética, cuyos propósitos eran atraer y convertir a los gentiles; y otra, polemista, que tendía a combatir los errores del paganismo y probar la verdad de la religión hebrea. Ambas, empero, tenían un mismo objetivo final: probar las excelencias de la ley mosaica y propagarla entre los paganos.

En Filón se da una síntesis de ambas, pues en su obra sé combinan la explicación y fundamentación de la ley con la refutación y censura de los errores religiosos de los que la rechazan o subestiman.
Respecto de la exégesis palestinense con relación a su uso por Filón sólo cabe señalar que ignoramos si Filón tuvo acceso a ella, ya que ignoramos si conocía hebreo y/o arameo o si pudo hacerlo por otra vía, como traducciones o maestros bilingües. Nada tendría de extraño que los sacerdotes judíos de Alejandría dominaran aquellas lenguas e incluyeran en sus enseñanzas ideas recogidas en fuentes palestinenses.
El hecho de que Filón omita toda mención a la doctrina de los esenios al hablar de ellos expresamente en dos extensos pasajes de sus obras es sumamente sugerente y nos hace pensar que la ignoraba. Pero, como señala Danielou, bien pudo deberse su silencio a razones de discrepancias de puntos de vista, como en el caso de las ideas escatológicas de los esenios, que él no compartía; y a razones de prudencia, por cuanto el cerrado nacionalismo que se advierte en los escritos esenios, no resultaría tema merecedor de divulgación para un judío si no obsecuente por lo menos conforme con la situación de su raza en el concierto del Imperio Romano; y porque, además, consideraría que las perspectivas apocalípticas pregonadas por ellos más que atraer alejarían a los espíritus paganos.
En suma, que en el estado actual de las investigaciones filonianas es imposible determinar con certeza o siquiera aproximación si los intérpretes palestinos aportaron o no ideas y soluciones a las cuestiones que abordó Filón en su exégesis.

EL MÉTODO ALEGÓRICO

Para Filón, como para nosotros, resultaba obvio que de la inteligencia literal del texto bíblico surgen conclusiones y datos absolutamente incompatibles con lo que atestiguan la experiencia y el sentido común. Sólo que esas contradicciones, tocantes al plano cosmológico y al antropológico por igual, proceden para nosotros de los actuales conocimientos científicos normalmente, y para Filón, en cambio, surgían de supuestas contradicciones internas del contexto mismo de los libros sagrados entendidos literalmente. Un ejemplo es el caso de los días de la creación, seis según el relato bíblico, cuyo número mal pudo calcularse o medirse, según él, por cuanto el sol, mediante cuya diaria trayectoria se hace tal cosa, fue creado en el curso del proceso creador, en el cuarto "día" exactamente. Otras veces las razones a que echa mano para probar lo inexacto o absurdo de ciertas afirmaciones del autor sagrado, tomadas *litterali sensu,* son más subjetivas aún que la ya expuesta. En todo caso, para él resulta sobradamente claro que, a menos de exponerse a confesar que buena parte del Pentateuco está vacía de todo sentido coherente, es preciso reconocer la existencia de un mensaje o simbolismo subyacente tras la significación aparente; y admitir también la posibilidad de captarlo mediante los recursos interpretativos del método alegórico, posibilidad que sólo podría cuestionarse so pena de aceptar que el mensaje divino se halla viciado de falta de inteligibilidad en buena parte y destinado a resultar parcialmente ineficaz.
Esto sin perjuicio de reconocer que numerosos pasajes pueden Ser entendidos literalmente y que otros admiten una doble interpretación, la literal y la alegórica, de modo que, al margen de las conclusiones registradas en el plano de la alegoría, la parte narrativa o histórica, textualmente entendida, sirva como memorial de pautas sobre la recta conducta (historia didáctica), y la parte dispositiva contenga prescripciones y prohibiciones que deben ser observadas al pie de la letra. De todos modos, su preferencia, si no excluyente sí decisiva, se advierte en las frecuentes reservas con que encara la interpretación literal y sus absurdas conclusiones. Al respecto son muy ilustrativos pasajes como los que se repiten en *Sobre las habituales intrigas de lo peor contra lo mejor* desde 13 hasta el final.
El alegorismo consiste en exponer, el que forja la alegoría, y en descubrir, el que la interpreta,

una idea o sentido abstracto, no de manera directa y abierta, sino a través de una imagen concreta, que en el caso de la comunicación oral o escrita es el sentido literal do las expresiones. Tras ese sentido literal subyace, hábil o tal vez torpemente sugerido, fácil de desentrañar o rebelde a la exégesis, el simbolismo, cuya captación, reservada a la inteligencia, no a los sentidos, según afirma Filón, persigue el cultor del método alegórico de interpretación.
Este se aplica a su tarea leyendo entre líneas, atando cabos, desentrañando metáforas, recurriendo a paralelismos, hilvanando conjeturas verosímiles y sobre todo tratando de hallar, mal le pese al sentido literal, pautas que permitan demostrar la coincidencia de los ocultos sentidos con ciertos principios preconcebidos, en el caso de Filón las "verdades" contenidas en la sagrada legislación, los que iluminan la obscuridad inicial que supone la esencia misma de lo alegórico, tornando claro lo que sin ese punto de referencia resultaría caótico e indescifrable.
Este camino, en el que paradójicamente el punto de partida se confunde así con el de llegada, vale decir, en el que Filón desde un comienzo tiene presentes, y se ajusta a ellos, los conceptos que quiere fundamentar y que lógicamente deberían ser las conclusiones de su exégesis, se reduce, en consecuencia, en la mayoría de los casos a encontrar los supuestos eslabones que encadenarían al sentido literal contenido en el texto y el sentido oculto que se le atribuye de antemano. De ello resulta que tal género de interpretación o renuncia a toda diagramación coherente o se torna arbitraría al ser determinada más por las predisposiciones mentales del intérprete que por evidencias surgidas del examen de las palabras del texto.
Estas son las limitaciones que se pueden echar en cara, conforme con nuestro modo de entender las cosas en nuestra época, a los antiguos alegoristas como Filón, pero tales objeciones no regían para los intelectuales ni para el gran público de la antigüedad, los que hallaban perfectamente legítimo el procedimiento por aberrante que pueda parecemos.
Por otra parte, los "cánones de la alegoría", a los que Filón se refiere repetidas veces, eran sumamente amplios y elásticos, lo suficiente como para permitir enfoques y apreciaciones particulares, totalmente subjetivas y discordantes entre sí. Filón, por ejemplo, cita a menudo más de una interpretación tradicional a propósito de ciertos pasajes; y él mismo olvida la explicación dada en determinada parte de su exégesis y desarrolla una distinta al volver a considerar en otro lugar, el mismo contexto bíblico. En esta diversidad interpretativa incidían sobre todo los ya mentados presupuestos doctrinarios de cada intérprete o escuela.
El método alegórico de exégesis no fue, por supuesto, descubrimiento de Filón. El empleo de tal procedimiento, que entronca con la visión mítica del universo y perdura a través de varios siglos de investigación racional, era general en el mundo griego; y aunque cultivado de un modo especial por la escuela estoica, ninguna de las otras corrientes de pensamiento filosófico renunciaba a competir con ella en el empeño por descubrir mediante los elásticos carriles de la interpretación alegórica las marcas probatorias de que sus respectivas doctrinas se hallaban alegóricamente expresadas en las teogonias, cosmogonías y demás relatos y descripciones de la poesía épica.
De los dos tipos de alegoría empleados por el estoicismo: la alegoría física, en la que las fuerzas de la naturaleza aparecen simbolizadas por los dioses; y la alegoría ética, según la cual los dioses personifican virtudes o facultades del alma, el exégeta judío, como bien señala Leisegang, aunque emplea ambas, hace un uso mucho más frecuente de este último. El vestido del sumo sacerdote, por ejemplo, simboliza según él el universo y sus partes, y Adán es símbolo de la inteligencia, en tanto que Eva lo es de la sensibilidad.
Una tercera modalidad alegórica es la que encierra y descubre los simbolismos o sentidos ocultos en las conexiones etimológicas de las palabras o en las demás características formales y semánticas de las expresiones, modalidad que hallaría seguramente un inmejorable campo de cultivo en aquel ambiente intelectual de Alejandría, tan inclinado a las investigaciones filológicas; y que, como el lector comprobará, fue una de las preferidas de Filón.

Entre los judíos de la época helenística anteriores a Filón la interpretación alegórica fue cultivada también, aunque en mucho más moderada escala. Cierto es que el mismo Filón afirma que entre sus connacionales existían cuatro escuelas o modalidades interpretativas, y que una de ellas era la de los alegoristas; y además asegura que dos de las restantes, los esenios y los terapeutas, dultivaban también la alegoría; pero fuera del ya mencionado Aristóbulo, quien, para probar que no deben entenderse literalmente los pasajes bíblicos en que se atribuyen rasgos antropomórficos a la Divinidad, recurre a la interpretación alegórica, no han llegado a nosotros testimonios que prueben un empleo generalizado de ese procedimiento entre los exégetas y apologistas hebreos de Alejandría. Por otra parte, la escuela rabínica de intérpretes palestinos se circunscribe a la explicación literal de la ley exclusivamente, de modo que no puede hablarse de una influencia sobre Filón en lo que hace al empleo del método alegórico, aun en el supuesto caso de que, conociendo la lengua hebrea, hubiera podido leerlos.
En cuanto a sus afirmaciones en el sentido de que tanto la secta de los esenios como la comunidad de los terapeutas cultivaron dicho procedimiento, cabe decir respecto de los primeros que la veracidad del dato de que en sus asambleas sabáticas se instruían con la lectura de la ley interpretada alegóricamente ha sido puesta en tela de juicio considerándola algunos una mera idealización adscripta por Filón al género de vida de estos cenobitas, a los que admiraba sobremanera. Esta noticia, juntamente con las de otras particularidades de la ascética esenia, no vuelve a mencionarse fuera del pasaje de *Todo hombre bueno es libre,* ni en la *Apología de los judíos,* donde trata el mismo asunto, ni en los pasajes de Flavio Josefo en que éste da noticias de los esenios. De modo que aquélla es la única referencia que poseemos respecto del cultivo del alegorismo por éstos.
A los terapeutas de Egipto les atribuye una larga tradición en ello, e insiste en que la norma era aplicada permanente y sistemáticamente, pero carecemos de otros testimonios que lo confirmen. La proximidad de esta comunidad a Alejandría nos hace pensar que conocía bien sus costumbres, pero nada prueba que no idealizaba, y como en el caso de los esenios subsiste la duda sobre sí unos y otros cultivaban realmente ese tipo de exégesis.
Pese a estas dudas, lo concreto es que el método fue cultivado en el seno del judaísmo desde mucho tiempo antes de Filón. Lo atestiguan, por una parte, el análisis de la obra de autores que le precedieron, y por otra, sus propias afirmaciones en ese sentido, sobre todo cuando asegura, especialmente en el tratado *Sobre Abraham* que muchas de las interpretaciones que expone o fundamenta no son de su propia inventiva sino legadas por una tradición exegética de ese género.
Lo que sí es dable afirmar, dentro de los límites y reservas a que nos obliga la escasez de fuentes con la secuela de dudas que ella trae aparejada, es que, fuera cual fuera la influencia recibida, Filón aparece como un cultor sin paralelos del método alegórico, no pudiendo equiparársele en este aspecto ninguno de los de su raza que le precedieron en la exégesis y la apología de la tradición mosaica. Y lo fue por la amplitud con que aplicó dicha técnica hermenéutica y por el cometido que le asignó, que no es ya el de explicar determinados aspectos de la religión judía o desvirtuar ciertas interpretaciones literales consideradas absurdas, sino desentrañar el contexto total de las relaciones entre Dios y el hombre.

LA COSMOVISIÓN FILONIANA

Aunque la exégesis filoniana es fundamentalmente de orden ético-religioso, sus conclusiones morales y cultuales encuadran en un contexto intelectual que tiene por base o telón de fondo una cosmovisión (entendido el término en el moderno sentido de visión global de toda realidad, no en la acepción más restringida con que tal vez lo entendería Filón de panorama del cosmos físico, al margen de otras realidades superiores a él). Esta cosmovisión está

forjada a base de un complejo de nociones reveladas contenidas en los libros sagrados y de otras aprendidas en sus estudios filosóficos. En cambio no tienen parte en ella, por lo menos no hace referencia alguna a los mismos, los conocimientos científicos, tan desarrollados en la Alejandría de entonces, que con Aristarco de Samos habían alcanzado a la concepción heliocéntrica del mundo, entre otros avances.

Esa cosmovisión no aparece expuesta de manera ordenada, sistemática y continua, sino a medida que la lectura del texto bíblico le sugiere el tratamiento de sus diversos puntos, y siempre en función de sus fines éticos y cultuales. Y esa misma dispersión y la intención centrada en otro orden de problemas llevan aparejado un marcado descuido respecto de la precisión de los conceptos y de la debida concordancia entre afirmaciones expuestas en distintos lugares a propósito de los mismos o de distintos aspectos.

Convendrá, sin embargo, advertir que el hecho de no entrar en su plan la mera teorización o utilización de teorías ajenas con el exclusivo propósito de exponer doctrinas cosmológicas no justifica su indiferencia en la materia, por cuanto no se trata de un simple tema accesorio sino de una pieza fundamental en el esquema de su exégesis, ya que, como se ha señalado en otro lugar, tanto el plan divino o mundo de las formas ejemplares, como el mundo sensible, réplica material de aquél, constituyen no un escenario cósmico cualquiera, sino dos versiones paralelas de la gran cosmópolis diagramada y regida según las mismas normas contenidas en la codificación mosaica, es decir, según las leyes de la naturaleza, y por ello cabía esperar un tratamiento tan cuidadoso como el aplicado al resto de su exégesis. Pero el caso es que tampoco se advierte tal preocupación en el resto.

El esquema general de la cosmovisión filoniana es tripartito: Dios-los intermediarios-el mundo ¦ sensible. En torno de estos tres órdenes de realidades se agrupan los-restantes conceptos, conceptos que en todos los casos encuadran en el orden de las causas primeras y nunca incursionan en el plano de las leyes físicas, salvo alguna que otra descripción ocasional de fenómenos naturales. Las causas segundas no atraen su atención por cuanto no cree hallar en ellas símbolos de conceptos religiosos y morales.

Aunque en principio se adscribe Filón al dualismo platónico, que se opone a la concepción unitaria de la realidad del estoicismo, se aparta de aquél al no aceptar la inmanencia del ser supremo; y al concebirlo totalmente trascendente y ajeno a las otras realidades, de la bipartición del platonismo pasa a una tripartición acorde con lo que le sugiere su interpretación de los libros sagrados. El ser supremo, en efecto, que en el platonismo no es sino la cúspide de la pirámide de los demás seres, la "idea" primera, el bien sumo, en otras palabras, un integrante más, aunque superlativo, del mundo de las formas ejemplares, se torna en Filón una entidad al margen de las otras dos categorías, con lo cual pone a buen resguardo la. noción de trascendencia divina, claramente deducible de la doctrina revelada.

El punto de partida de la tripartición filoniana debe buscarse en el problema del origen del mal y del contacto, imposible en su opinión, de Dios con éste, que requieren la intervención de intermediarios, ya que ni dicho origen puede atribuirse a la acción divina, ni cabe pensar en que lo imperfecto y corruptible esté directamente vinculado a la Divinidad.

La explicación platónica no satisfacía, por supuesto, a un pensador que se negaba a aceptar la relatividad de la existencia del mundo sensible y la vaga fórmula de la "participación" como explicación de sus características. De la fuente bíblica surgía claramente la realidad absoluta de aquél y la definida naturaleza del proceso creador.

El platonismo, forzado a explicar la semirrealidad del mundo sensible, no halla otra salida para descargar de culpa *y* cargo al demiurgo que alegar que la perfección original o teórica de este cosmos (que no podía ser sino perfecto dado que su origen está en la bondad del ser supremo y es copia de las perfectas formas ejemplares) se ve menoscabada, concretamente limitada, porque su receptividad de perfección está condicionada por la limitada medida del espacio que lo contiene. El espacio sería, pues, una causa segunda, y también lo sería el hecho

de que el ente sensible participa por igual del ser (origen de perfección) y del no ser (causa de imperfección); y ambos a la par, espacio y no ser, resultarían ser los responsables del mal en general, y del mal moral en particular, mal cuyo origen no sería otro que el contacto del alma con la materialidad corpórea, de perfección limitada como todo lo sensible.
Estas sutilezas metafísicas no parecieron a Filón compatibles con los conceptos acerca de la acción creadora divina y con el origen del mal que sugiere la narración bíblica en la tradición relativa a los primeros padres del género humano. De ésta se desprende que Dios, movido por su bondad, tras concebir el logos o plan paradigmático del mundo sensible, vale decir, el mundo do las "ideas" o formas ejemplares, puso personalmente manos a la obra y en seis días o etapas, que simbólicamente no expresan períodos de tiempo sino el orden numérico impreso en la creación, según Filón, forjó el mundo» sensible. Pero en el sexto introdujo una creatura especial, destinada a gobernar la tierra y gozar de los dones de ella. Esta creatura, el hombre, tenía una particularidad esencial que la diferenciaba de las restantes: su capacidad para ser sujeto del bien y del mal moral. Y en este punto clave de toda la cuestión el texto bíblico acude en ayuda del exégeta proporcionándole la fórmula que desvincula a Dios de toda intervención en la creación de esta creatura y por ende en el origen del' mal; como que, sí hasta el momento el texto sagrado había empleado el singular para describir las sucesivas creaciones, ahora por primera vez pluraliza y pone en boca del creador la expresión: "*Hagamos* al hombre". Ello le sugiere o confirma a Filón la idea de que Dios ha echado mano a colaboradores, y en esta ocasión de un modo especial, tanto que la circunstancia es mencionada expresamente, a los que habrá de atribuirse el origen de la creatura capaz de optar entre el bien y el mal moral, atributo negado a las demás, a las perfectas porque están destinadas forzosamente al bien, y las irracionales: porque carecen de capacidad de opción consciente.
Agregúese que de la letra del relato del Génesis y de la cronología de los hechos se desprende claramente la preexistencia divina y su total independencia de todo vínculo con las creaturas en cuanto a su esencia (el derivado de su acción y el problema que ello trae aparejado se tratará más adelante), y se habrán señalado los conceptos básicos, extraídos del relato sagrado, en que se fundamenta el esquema tripartito de Filón: Dios-intermediarios o mundo de los seres aprehensibles por la inteligencia-mundo de los seres sensibles.
Pero cuando del plano cosmológico o teórico se vuelcan estas ideas en el plano ético-cultural, el esquema se modifica, sin abandonar la tripartición. Porque, mientras en el esquema cosmológico el alma humana aparece integrada en el mundo sensible, como parte constitutiva que es de una las creaturas de éste; en el enfoque moral, en cambio, independizada ya del complejo cuerpo-alma, con una independencia que desborda el mero análisis metodológico, aparece aislada como el Otro extremo o polo de la escala que desciende desde la Divinidad, diagramada de la siguiente manera: Dios-intermediarios (incluido el mundo sensible)-alma.
El mundo sensible aparece así integrado entre los intermediarios, como se señalará más adelante.
Sobre este eje giran las relaciones del hombre con Dios y en él protagoniza la creatura humana el drama de la lucha moral y la aventura de su aproximación a Dios a través del saber relativo a las cosas divinas y las rectas acciones, incluidas las prácticas rituales.
El papel de los intermediarios es distinto. Todos ellos, incluido el mundo sensible, tienen asignado, aparte de un cometido cultural respecto de Dios, una misión consistente en ser instrumento de la Divinidad en la creación.
En las páginas que siguen se tratará de señalar los rasgos y cometidos fundamentales que asigna Filón a los seres de esa escala, así como su jerarquía dentro de la misma, previa advertencia, reiterando lo ya expresado en otras ocasiones, de que no siempre será posible definir nítidamente lo que piensa el exégeta sobre cada uno de ellos.

DIOS

Aunque en ciertos pasajes lo concibe al modo platónico, es decir, como idéntico a la "idea" suprema o forma ejemplar del bien, situándolo así en la misma escala de los demás seres arquetípicos, de los que sólo lo separa la jerarquía suprema que se le asigna; en otros afirma su total trascendencia y absoluta diferencia respecto del resto de los seres, al asegurar que es "mejor que el bien", "anterior a la unidad" (ente supremo ésta según los neopitagóricos). Califícalo además de *ápoios = sin cualidades,* lo que podría significar simplemente que no se le pueden atribuir rasgos propios de las creaturas en general, o que, como opinan otros, es totalmente ajeno a la condición corpórea. Las maneras más frecuentes de designarlo son *tó ón = el que es* o *el ser por excelencia,* y *kyríos hó théós* = Señor *Dios.*
En su vinculación con las creaturas Dios aparece como la inteligencia y el alma del universo, y aunque está fuera del tiempo y del espacio, todo lo penetra y lo llena. Es el creador y el padre, arconte universal cuya providencia compara Filón con la función del gobernante, el piloto, el auriga, o el general; y gobierna el mundo con la solicitud con que un padre cuida a su hijo y un artista o artesano sus creaciones.
Al concebir la obra y la providencia divina en el universo en general y respecto del hombre en particular, conforme con la doctrina mosaica, atribuye Filón a la Divinidad características que aparentemente contradicen la concepción de él como ser absoluto y desvinculado cualitativamente de todo lo creado. Esta antinomia tendría su explicación, según Brehier, a la luz de las dos perspectivas desde las cuales enfoca Filón separadamente, y sin preocuparse por superarla, el problema del ser supremo: la perspectiva que tomando a Dios mismo por centro de la interpretación nos lleva a concebirlo como un ser situado a infinita distancia de todo otro ser, imaginándolo inmutable, inmóvil e inoperante porque todo lo que implique cambio repugna a su perfección y plenitud; y la que tiene como origen el alma humana, la que lo siente próximo, operante y revestido de sus propias cualidades, en grado superlativo sí pero compartidas al fin y al cabo.
En cuanto al papel de la Divinidad en su operación creadora del universo, la absoluta desvinculación de la esencia divina respecto del mundo sensible y los demás seres excluye del pensamiento filoniano la idea de que el proceso consistiera en una mera derivación o evolución de su divina esencia, como cabe concebirlo si se identifica a ésta con la forma ejemplar primera o con la sustancia primitiva.
Dios aparece en la exégesis filoniana como el artífice ajeno a la materia con la que configura el mundo sensible. En esta materia, preexistente eternamente, inanimada e inmóvil de por sí, según la concebían los estoicos, mezcla confusa de los cuatro elementos, el demiurgo universal introduce el orden *(cosmos),* separando y aislando los elementos opuestos en aras de la armonía cósmica, con lo cual se ponen de manifiesto las naturalezas de los seres particulares. El móvil de la acción creadora divina no es la necesidad sino la bondad de Dios, que lo inclinó a desear la mejor de las dos alternativas: orden o desorden.
Es en realidad difícil, si no imposible, determinar si tienen razón los estudiosos que afirman que de ciertos pasajes de Filón se desprende que también la materia amorfa, preexistente antes de su ordenación por Dios, fue creada previamente ex nihilo por éste. A ser cierta esta interpretación, Dios sería a la vez *potetes y ktistés,* es decir, creador en el sentido de productor de algo a partir de la nada, y *demiourgós* u operario que elabora una obra con materiales ya existentes.
El mundo sensible no es copia o imitación de Dios, sino réplica de un modelo mental creado por él ex profeso. Este mundo inmaterial, aprehensible sólo por la inteligencia, sí fue producido de la nada.
En la creación y en la providencia se manifiesta la acción Divina respecto de sus creaturas. En la dirección opuesta el hombre puede aproximarse a él por la vía ascética que le permita

desvincularse de las cosas sensibles y remontarse intelectualmente hacia él. Dios se complace en las manifestaciones culturales del hombre y le ha concedido la posibilidad de aprehender, si no su esencia, que eso está más allá de las fuerzas de la humana inteligencia, sí su existencia. Esto lo logra el hombre sabio a partir de la experiencia sobre las cosas que perciben sus sentidos pero superándolas y saliendo de sí mismo para elevarse, después de trasponer todos los grados de la creación, hasta las regiones etéreas, desde donde podrá atisbar la realidad del ser por excelencia.

LOS INTERMEDIARIOS

EL LOGOS

La concepción del logos, punto capital de la exégesis de Filón no es coherente ni unitaria. En ella se conjugan ideas griegas y judías de las más diversas concepciones doctrinales. Brehier señala a propósito del logos filoniano que éste resume características sumamente heterogéneas determinables según varios puntos de vista.

En la concepción básica del logos se advierten tres caracterizaciones, que corresponden a igual número de funciones y proceden de otras tantas escuelas filosóficas. Con los estoicos, entiende Filón que se trata de un principio universal, lazo o nexo entre todos los seres sensibles, que, extendido por todas partes, continuo e indivisible, dirige el mundo como un piloto, uniendo y manteniendo la cohesión de sus partes e impidiendo su dispersión en el vacío.

De Heráclito toma la idea del logos divisor, agente de la armonía del mundo, que situado como barrera entre los contrarios, evita que se mezclen y confundan perdiendo su individualidad, es decir, los rasgos distintivos que determinan la naturaleza de las cosas. El logos es, pues, el pacificador que evita que las fuerzas antagónicas de las que está constituido el universo rompan el equilibrio y se destruyan.

Con la idea del logos divisor supera Filón la doctrina estoica sobre la conflagración universal, que supone la precariedad del equilibrio existente. El exégeta judío entiende que la eterna estabilidad de ese equilibrio está asegurada por la acción del logos divisor, quien ni permite que se altere el orden jerárquico de los demás seres ni tolera la confusión y la mezcla.

Finalmente, sigue a Platón en cuanto a concebir al logos como una forma ejemplar o "idea", perfecta e idéntica siempre a sí misma, y a partir de esa concepción lo presenta como el modelo mental o ideal de este mundo sensible, paradigma concebido por Dios, compuesto por todas las formas ejemplares, vale decir, como pensamiento divino puro. De modo que el logos, así enfocado, no es sino el pensamiento de Dios en su operación creadora.

Dé esta triple caracterización, que aparentemente no dejaría lugar para la acción divina, ya que erige al logos en causa de la existencia de los seres, pasa en otros lugares Filón u definirlo como ser intermediario o instrumento de la Divinidad, y entonces hace patentes sus diferencias en el modo de concebirlo con respecto a los filósofos griegos. Ante todo el logos no es el ser supremo como el logos estoico *(ratio universalis)* o el pitagórico (mónada), sino un subordinado suyo, inferior a Dios pero superior a todos los demás seres.

Para ubicar al logos funcionalmente abandona Filón la unicidad causal del estoicismo y recurre al esquema aristotélico, dentro del cual él logos resulta ser la causa instrumental. Como instrumento de la Divinidad el logos, concebido a la manera de Heráclito como separador o divisor, sustituye a Dios, del que sólo puede proceder el bien, en una función que forzosamente supone el contacto con el mal, ya que bien y mal son polos correlativos y necesarios en cada pareja de contrarios. Filón no advierte aquí la contradicción entre el concepto de logos como el modelo sumo de la virtud y esta doctrina, que lo supone origen de los seres en los que se da la combinación del bien y del mal. En realidad, al desvincular a la

Divinidad de todo contacto con éste, no ha hecho sino transferir el problema al plano del logos, en el cual se vuelven a enfrentar las dos ideas antagónicas: un ente que en principio sólo puede ser origen de bien pero que en la realidad de las cosas resulta ser principio del mal también.
Una pregunta que se plantea constantemente el lector de Filón al seguir sus caracterizaciones del logos es si, en suma, se trata de un ente concreto, distinto de Dios, o si es simplemente un contenido mental de la divinidad, una inherencia de ella sin autonomía existencial. Enfocado el asunto en el plano puramente lógico resulta prácticamente imposible dar una respuesta categórica, ya que en determinados pasajes parece tratarse de lo primero y en otros uno se inclina a pensar en lo segundo. Pero si se examina el problema desde la perspectiva del conocimiento y el culto o servicio de Dios, se aprecia con nitidez la autonomía que le atribuye y la jerarquía que le corresponde, pues aparece como una meta claramente distinta e inferior respecto de aquél.
Ocurre, en efecto, que el logos, en primer lugar, y hombres sabios como Moisés, alcanzan la relación directa con la meta suprema: Dios mismo; mientras que aquellos que, aunque envueltos todavía en los vínculos con las cosas sensibles, realizan progresos en orden a la virtud, alcanzan la visión del logos y le rinden culto a él; y los que aún no han iniciado la marcha por el camino de la virtud no sobrepasan el conocimiento de las cosas sensibles, conocimiento que puede ser el punto de partida para el alma dispuesta a elevarse hacia las contemplaciones superiores, pero que supone o constituye un estado de impiedad si se lo tiene por meta definitiva, desconociéndose la existencia de lo inmaterial y rindiéndose culto a la materia como si ésta fuese la causa del mundo.
El logos es además la palabra de Dios, palabra que es revelada al hombre piadoso y conservada en su espíritu. Existe un logos interior *(lógos endiathetós)* consistente en pensamientos encerrados en la intimidad del alma, y un logos exterior *(lógos prophorikós),* que es el pensamiento expresado por la palabra. El logos divino revelado al sabio es el conjunto de pensamientos filosóficos impresos en ella. Estos pensamientos más las plegarias que ellos le inspiran constituyen el culto divino. Y mediante el logos pronunciado el sabio puede a su vez trasmitir a otros las doctrinas relativas a Dios y al culto del supremo ser.
También en este sentido de palabra divina o pensamiento del sabio el logos divino es un intermediario, de inferior jerarquía que Dios, por cuanto conforme con el pensamiento extendido entre los antiguos acerca del papel de la palabra (pensamiento según el cual el signo verbal no es arbitrario, sino copia, aunque imperfecta de las cosas), el logos divino es una copia imperfecta de Dios, como una sombra de Dios mismo; y alcanzar el logos divino es llegar a un punto más alto en el avance hacia el conocimiento de Dios. Todos los hombres imperfectos deben recorrer las etapas hacia el conocimiento de la divina existencia llevados de la mano del logos de Dios, el que instruye en las fórmulas de la verdadera sabiduría y de la virtud preparando para la ulterior visión de aquél. Para la palabra, aun la divina, es inferior, como vía de conocimiento, a la visión misma, en la misma medida en que el oído es inferior respecto de la vista.

LOS OTROS INTERMEDIARIOS

Además del logos de Dios Filón menciona otros intermediarios entre el ser supremo y las creaturas mortales. Aunque casi todas las cualidades y funciones que atribuye a estos seres las atribuye también al logos, sin embargo recalca que se trata de seres distintos y tiende a fijar una jerarquía o escala descendente a partir del ser supremo. Así en *Problemas relativos al Éxodo* II, 68 establece el siguiente orden jerárquico: 1) el ser más antiguo que la unidad y la mónada, 2) el logos de ese ser, sustancia generativa de los seres, 3) la potencia llamada Dios, potencia operativa, creadora y ordenadora, 4) la potencia llamada Señor o potencia real (de

rey), mediante la cual el demiurgo gobierna al mundo (ambas potencias proceden del logos como de una fuente), 5) la potencia llamada Benefactora, potencia propicia procedente de la potencia operativa, 6) la potencia llamada Castigadora, potencia legislativa, procedente de la potencia real, 7) el principio *(arkhé),* en el que está simbolizado el mundo de los entes aprehensibles por la inteligencia o formas ejemplares.
En la lista en cuestión no aparecen mencionados otros intermediarios tales como la Sabiduría y el "Hombre de Dios", que en los desarrollos se consideran en particular. ¿Se debe la omisión al propósito de Filón de encuadrarlos en el número siete o son para él idénticos algunos seres excluidos y otros incluidos? Brehier sustenta esta última opinión apoyándose en que la mirionimia o multinominación es familiar a Filón, que en ello se respalda en una larga tradición de la mitología.

LA SABIDURÍA (SOPHÍA) DIVINA

Las contradicciones, reales o aparentes, en que incurre Filón a propósito de los otros seres de su cosmovisión se multiplican en el caso de la sophía divina. Esta, por otra parte, presenta muchos rasgos comunes con el logos, prácticamente todas las características atribuidas a éste, excepto la de palabra o revelación divina impresa en el interior del alma del sabio. El resto, es decir, todo cuanto atañe al papel de creador y conservador del universo, conviene igualmente a la sabiduría de Dios, a estar a lo que sobre ella afirma el exégeta. Es, como el logos, divisora de las cosas y principio y fuente de las virtudes. Al igual que existen un logos celeste y uno terrestre, este último imitación de aquél, existen una sabiduría divina y una humana, copia ésta de la primera. Como principio de las virtudes unas veces se identifica coja el logos, en el carácter de fuente de la virtud genérica, es decir, el bien, virtud que a su vez se proyecta en las cuatro virtudes específicas; y otras, la sabiduría resulta ser la fuente del logos, al identificarse a éste con el bien; en tanto que en otros pasajes se afirma que el logos es la fuente de la sabiduría. De modo que tenemos la siguiente confusión: sabiduría idéntica al logos, fuente del logos, producto del logos.
Si la vinculación entre la sabiduría y el logos aparece bastante imprecisa, no ocurre otro tanto con la que une la sabiduría a Dios. Es esposa de él y sin desmedro de su virginidad ha engendrado, fecundada por la Divinidad, preñada de las divinas simientes, el mundo sensible.
Esta concepción de una tríada y una hierogamia es reflejo de las descripciones mitológicas en el pensamiento de Filón, a las que aporta un elemento propio del orfismo: la virginidad de la esposa madre.
Por otra parte, la sabiduría aparece también como hija de Dios, y carente de madre, como Atenea la hija de Zeus.

EL ESPÍRITU (PNEÜMA)

Los estoicos atribuían al aire o soplo *(pneüma)* la condición de principio de la vida. Filón halla una confirmación de ello en las palabras del Génesis: "El soplo de Dios flotaba sobre las-aguas", que han de entenderse, según él, en el sentido de que el agua, de por sí inerte, es portadora de vida en la medida en que el aire está presente en ella.
En el ser humano el alma es *pneüma,* ya que constituye el principio vital que se agrega al principio de cohesión que el cuerpo posee por sí mismo como componente del mundo creado. Reconoce Filón, de acuerdo con la doctrina estoica, que-el alma está compuesta por siete partes: los cinco sentidos, el órgano de la fonación y el de la función seminal, siendo esta alma, común al hombre y a los demás seres animados; y que aparte de esta existe un alma racional, el *hegemonikón* o principio dominante, cuya sustancia es el aliento o soplo, en tanto que de la primera lo es la sangre. Pero se aparta del estoicismo al considerar que el *pneüma*

del alma humana no es simple aire en movimiento sino una inspiración, marca o impresión procedente de un divino poder, al que Moisés llama "imagen". Este divino soplo es un don de Dios, que el alma por sí jamás podría lograr, consistente en una inspiración infundida por la Divinidad mediante la cual procura a aquélla una noción del ser divino. El soplo es, pues, un intermediario más entre Dios y los hombres, gracias al cual Dios, al infundírselo, suple la impotencia de la creatura humana para elevarse hacia él.
Este soplo no llega a todas las almas con la misma frecuencia e intensidad. A nadie, ciertamente, le es negado un mínimo, suficiente para que todo hombre alcance alguna noción del ser divino, sin lo cual no sería justo pedirle cuenta de sus errores y faltas, va que carecería del conocimiento del bien para evitar el mal. Pero sólo el "hombre de Dios" recibe esta inspiración en toda la plenitud de su fuerza y tensión. Al hombre terrestre, en cambio, el hecho de que la carne y la constante transformación de las cosas humanas impida que el divino soplo subsista perpetuamente en él, no le permite recibirlo sino parcial y precariamente.
En cambio, en las almas incorpóreas, como los astros, inteligencias puras, y los ángeles, no se da obstáculo alguno para que el divino espíritu se establezca definitivamente. Meta indispensable para el hombre que aspira a alcanzar la perpetuación de la divina presencia en su alma es desvincularse definitivamente de todas las preocupaciones que nacen de las exigencias del cuerpo.

LAS POTENCIAS DIVINAS

De las consideraciones que expone Filón en los numerosos pasajes en los que se refiere a las potencias divinas no surge nítidamente, como tampoco ocurre en el caso del logos, si se trata, como interpretan algunos estudiosos, de seres distintos de Dios mismo, intermediarios entre él y el alma del hombre, destinados a salvar el abismo existente entre la condición trascendente de Dios y el cosmos sensible, o si se trata de meros atributos inherentes a la esencia divina, integrados en ella y sólo analizables intelectualmente por la imperfecta aprehensión propia de la inteligencia humana, que es incapaz de representarse la naturaleza divina sino parcelada en fragmentos. A la primera interpretación se opone el hecho de que en numerosas ocasiones Filón presenta a Dios operando directamente sobre sus creaturas, sin que advierta en esas ocasiones la inconsecuencia entre tales afirmaciones y la tesis de la trascendencia divina y de la imposibilidad de contacto suyo alguno con lo imperfecto. En tal tesitura las potencias divinas no serían sino poderes divinos, que la Divinidad aplica a sus diversas operaciones. Para Brehier la presencia de las potencias divinas en la escala de los intermediarios se explica recurriendo una vez más a una explicación en función del propósito esencial de la exégesis filoniana de mostrar la senda ascendente de las almas en su camino hacia Dios y los grados de aproximación que les es dado alcanzar según la medida de los progresos y las cualidades innatas de cada hombre. Y así como algunas almas, no pudiendo alcanzar una aproximación a Dios mismo, se detienen en el conocimiento del logos divino, otras, menos dotadas y ejercitadas aún, deben contentarse con llegar al conocimiento de las potencias de Dios, ubicadas en la escala en un grado de jerarquía inferior al del logos.
El éxtasis, que es el conocimiento de Dios en su unidad misma, es una vivencia espiritual que sólo excepcionalmente es posible alcanzar a seres como los hombres, atados a las imperfecciones de la irracionalidad, pero para todos está abierta la posibilidad de acceder al culto del ser por excelencia a través del conocimiento de los seres creados. Por esa vía se van captando aspectos de la Divinidad, que en este caso no son otros que sus potencias. Con esta doctrina Filón preserva además la noción de la unidad divina frente a la aparentemente contradictoria concepción de su naturaleza como operante, supervisora, conservadora y gobernante a la vez, que pareciera parcelarla, y la preserva porque para el pensamiento del hombre esas potencias aparecen no como meros atributos suyos sino como seres

esencialmente diferentes de él, depositarios de la pluralidad operativa. Por otra parte, en el orden de las mismas potencias existe una jerarquía ascendente: potencia punitiva, que veda el mal, potencia legisladora, que prescribe el bien; potencia auxiliadora, potencia real o gobernante, potencia creadora. El alma va creciendo en perfecciones parciales a medida que llega al conocimiento de cada una de ellas y toma conciencia de los aspectos del ser divino que cada una representa. Después del conocimiento de la más alta, la creadora, puede pasar al conocimiento del logos.
Por otra parte, como se advierte, las funciones asignadas a las potencias divinas separadamente son idénticas a varias de las funciones asignadas al logos en otros pasajes de la exégesis.

LOS ÁNGELES O MENSAJEROS

Al igual que el cielo está poblado por los "dioses visibles", inteligencias puras, llamados astros, la tierra por los animales terrestres y el hombre, y las aguas de los mares y los ríos por los seres acuáticos; el aire, porción del cosmos que se extiende desde la esfera lunar hasta la superficie de la tierra, lo está, según Filón, por almas incorpóreas llamadas ángeles o mensajeros. El hecho de que no sean visibles no prueba su inexistencia, como tampoco prueba la del alma humana la imposibilidad de captarla sensorialmente. Además, siendo precisamente el aire el elemento que confiere la vida a los seres animados, resultaría absurdo que a su vez no contuviera creaturas vivientes. De estas almas, como en la escala de la visión de Jacob, unas descienden hasta unirse a cuerpos terrestres, otras se desprenden de ellos al cabo del tiempo de permanencia fijado por la naturaleza, algunas para volver posteriormente a descender y unirse a otro cuerpo impulsadas por su apego a la existencia terrenal; otras para escapar definitivamente de la prisión corpórea convencidas de lo mísero de la condición terrenal. En ello consistiría el proceso de los nacimientos y las muertes de los mortales.
Pero, aparte de éstas existe un tercer grupo: el de las que, poseyendo una condición más próxima a Dios, jamás apetecen las cosas de la tierra y están consagradas entera y perpetuamente al servicio de él, sirviéndole como mensajeros. Los filósofos griegos la llaman *dáimones,* la Escritura las denomina *ángeloi (ángeles) = mensajeros,* porque *angéllousi = comunican o anuncien,* a los hombres las divinas revelaciones y mensajes, y a Dios las humanas necesidades.
Los ángeles, pues, son almas ajenas a todo cuerpo y a la irracionalidad, que habitan la región aérea sublunar, siendo aprehensibles sólo por la inteligencia.
Como los otros intermediarios, cumplen la función de superar el vacío de contactos existente entre Dios y las creaturas. No pudiendo él manifestarse sino a seres incorpóreos, requiere su ministerio. Entre sus cometidos figura el de aplicar castigos y el de proteger a los hombres del mal.
Frecuentemente toman apariencia humana, y entonces su figura es de belleza incomparable y luminosidad suma.

EL MUNDO DE LAS FORMAS EJEMPLARES (IDÉAI)

Más allá del mundo sensible, que aprehenden nuestros sentidos, existe otro, modelo y causa ejemplar del primero, al que sólo tiene acceso el alma humana a través de la aprehensión o intuición intelectual. Tal como los sentidos reciben la impresión de las cosas sensibles, la inteligencia capta las del mundo de las formas ejemplares o "ideas" en el sentido platónico. En él penetra, dejando atrás la realidad material, y en él se compenetra e identifica con la realidad incorpórea hasta convertirla en su propia y verdadera morada eterna. Pero el acceso está reservado sólo a los hombres que, en vida aún, han desvinculado totalmente sus almas de

los lazos del cuerpo. El resto de la raza humana, inmerso como está en el orden de las cosas sensibles, no puede contemplarlo ni asimilarlo.
Tal mundo está poblado por inteligencias puras, ajenas a toda materia, llamadas formas ejemplares, porque son modelos de las cosas sensibles. En esta concepción se advierte un casi exacto paralelismo con el mundo de las ideas de Platón, pero Filón proyecta el dualismo platónico hacia el plano moral y establece entre el mundo de las formas ejemplares y el mundo sensible la misma relación que separa lo sagrado de lo profano, asignando al primero la santidad o sacralidad superlativa y al segundo la modesta santidad que le acuerda, pese a sus imperfecciones, la condición de intermediario entre Dios y el alma en el orden ascético.
A diferencia de Platón, que considera a las "ideas" como existencias independientes del demiurgo o creador, Filón las localiza en la inteligencia divina, y las hace consistir en el plan divino para la ordenación del mundo. Es decir, son puro pensamiento de Dios.

EL "HOMBRE DE DIOS"

Apoyado en la circunstancia de que el Génesis ofrece dos versiones o relatos distintos, atribuidos hoy a distintos autores, acerca de la creación del hombre, Filón distingue dos creaturas humanas: el hombre creado "a imagen de Dios" y el fabricado de tierra.
De uno y otro el exégeta judío presenta dos descripciones distintas en las dos ocasiones en que se ocupa de ellos, es decir, en los comienzos de *Sobre la creación del mundo* y al principio de la *Interpretación alegórica.*
En la primera el "hombre de Dios" es identificado con la inteligencia del hombre, que, como guía del alma, ocupa en el microcosmos humano la posición propia de Dios en el macrocosmos. Pero, a continuación se nos ofrece una concepción distinta, pues, al caracterizar ahora al hombre fabricado de tierra como una creatura de naturaleza sensible, cualitativa, compuesta de cuerpo y alma, masculino o femenino, lo opone al Filón "hombre de Dios", descrito como una forma ejemplar, como un género, carente de determinaciones específicas tales como la masculinidad o la feminidad, como un sello aprehensible solo intelectualmente, incorpóreo e incorruptible. Como se advierte en' este paralelo, el hombre hecho según la imagen de Dios ya no es presentado como la inteligencia *o* elemento superior del alma humana, sino como la forma ejemplar o paradigma de los hombres terrestres.
Esta segunda noción es la que se repite en *Interpretación Alegórica,* es decir, en la segunda descripción, donde el "hombre de Dios" figura entre los intermediarios, y es caracterizado como una imagen o copia del logos, tal como éste es, a su vez, una imagen o copia de Dios. Aquí ya no aparece la oposición hombre de Dios-hombre terrestre como la oposición entre la inteligencia y el compuesto humano total, o también la existente entre la forma ejemplar genérica y abstracta y el hombre concreto e individual; sino como la que se da entre la inteligencia totalmente ajena a la materia, que inspirada por Dios tiene acceso a la sabiduría, y aquella inteligencia que existe en el hombre terreno, inferior y obligada a escoger su inmortalidad o la muerte según opte por la senda del bien o la del mal. Vale decir, no sólo no se identifica al hombre forjado según la imagen de Dios con la inteligencia humana, como en la primera descripción, sino se expresa claramente que es otra inteligencia distinta e independiente del complejo humano.

EL MUNDO SENSIBLE Y LA CREATURA HUMANA

Las ideas cosmológicas de Filón, por no estar expuestas en un cuerpo compacto de explicaciones, deben extraerse de la lectura de los numerosos pasajes de su exégesis en los que toca puntos vinculados con el mundo sensible. Ellas responden en general a los conceptos estoicos sobre el universo. La mutua solidaridad de las partes del mundo, el juego de ten-

siones y relajamientos como origen de los seres, el papel de la *héxis* como factor de consistencia o cohesión, la mezcla de los cuatro elementos primarios, son, entre otras muchas, nociones tomadas de la cosmología estoica, con la que sólo discrepa en cuanto a la posibilidad de la conflagración universal o retorno de la naturaleza, actualmente diversificada en seres particulares, al estado o elemento ígneo, origen y meta de todo, según los estoicos. Filón sólo acepta la existencia de catástrofes parciales o locales, señales de la ira divina.
Dentro del mundo sensible ocupan el lugar preferente las esferas celestes, pobladas de astros, a los que, a imitación de Platón, llama "dioses visibles", los que son concebidos como seres vivientes y racionales. Y el nivel más bajo y a la vez cosmocéntrico corresponde a la tierra, a la que rodea la región sublunar.
En la tierra reside el hombre, creatura vinculada por el elemento rector del alma, en lo que ésta contiene de logos o racionalidad, a las naturalezas superiores de los intermediarios y de Dios mismo"; pero adscrito a la materialidad, al mal y a la muerte a causa del elemento corpóreo que lo ata a la realidad sensible.
El alma humana es dividida en la mayoría de los pasajes que la describen en una parte racional o inteligencia, y en otra irracional compuesta a su vez por siete partes: la generativa,' la elocutiva y los cinco sentidos, entre los cuales intenta Filón establecer una jerarquía, en la que ocupan los lugares superiores los dos sentidos llamados filosóficos por cuanto especialmente a través de ellos se tiene acceso al saber: la vista primero y el oído en segundo lugar.
Inteligencia y sensación concurren al conocimiento de las cosas sensibles, siendo los sentidos las atalayas abiertas al mundo exterior y la inteligencia la encargada de integrar las sensaciones en complejos nocionales.
El mundo corpóreo no tiene la razón de su existencia ni de su configuración. Filón combate las doctrinas según las cuales el mundo sensible se explica por sí mismo, sin que se requiera postular la existencia de una causa suprema, distinta del orden cósmico aprehensible por los sentidos, con lo que eliminan tanto a Dios como al logos divino y a los restantes intermediarios.
Con todo, el mundo sensible posee una porción de poder divino: el que le confiere su condición de intermediario entre Dios y el alma humana. A la realidad aprehensible por la inteligencia exclusivamente se agrega así la realidad captable por los sentidos en la escala de la marcha ascensional del alma; hacia Dios. Existe, pues, un culto al mundo sensible, pero un culto concebido como una etapa más en la superación ascética, no uno que haga del mundo físico el objeto supremo, de la veneración del hombre.
El mundo sensible es un gran templo, cuyo sancta sanctorum es el cielo; las ofrendas, los astros; y los ministros del culto, los ángeles.
Es, además, concebido como un ente inteligente, filosófico o sabio, destinado a una eterna felicidad, encabezador de una escala cósmica de seres perfectos, en la que en orden descendente le siguen el cielo, los astros, los ángeles y los hombres virtuosos.
Dos cometidos fundamentales asigna Filón también al mundo sensible: el castigo de la impiedad, materializado en catástrofes naturales, en la existencia de animales feroces y ponzoñosos y en los demás flagelos que persiguen a los impíos; y el beneficiar a la especie humana proporcionándole los medios de abrigo y subsistencia, a lo que concurren por igual los. cuatro elementos y las creaturas que los habitan.
Finalmente, el mundo sensible es definido como la polis universal, según la concepción estoica, la gran cosmópolis, regida por las leyes perfectas de la naturaleza, leyes no meramente mecánicas sino fuentes de moralidad.
Y tanto, que toda la legislación humana o se adecua a esas normas impresas en la creación o se condena a la imperfección y el error. Moisés ha tenido presente esa legislación cósmica al redactar su legislación humana y de ello procede, así como de la inspiración divina, la

perfección de su código. Ajustándose estrictamente a las normas de la naturaleza, y consecuentemente a las de Moisés, que son la versión exacta, de aquellas en la polis del pueblo elegido, el hombre se torna cosmopolita o ciudadano del mundo. Tal es la meta del hombre sabio, quien halla su heredad en esa polis ajena al mal y a los vicios, al ajustar su conducta a las leyes del cosmos.

LAS METAS DE FILÓN Y LOS ALCANCES DE SU ÉTICA

La mayor y principal parte de la obra de Filón es de carácter exegético, y sus esfuerzos intelectuales, excepción hecha de los consagrados a componer sus tratados estrictamente filosóficos o alegatos a favor de su raza, van encaminados a exponer ante la inteligencia de sus lectores los principios por los que se deben regir los hombres en sus relaciones con Dios, es decir, a hacer accesibles a sus connacionales y a los hombres de otras razas las normas éticas contenidas en el Pentateuco y convencerlos de la obligación de ponerlas en práctica. Su objetivo final es, pues, de carácter moral y cultural. Como metas intermedias o instrumentales, conducentes al logro de aquél, su discurrir persigue dejar en claro otras dos verdades: la total conformidad existente entre las leyes de sus ancestros y las leyes de la naturaleza, y la armonía y complementación que vinculaban las doctrinas contenidas en los libros sagrados y la filosofía griega, vinculación tan estrecha, que resultaba posible trasvasar aquéllas a los esquemas y nomenclaturas de ésta.

Con lo primero buscaba demostrar la superioridad de la legislación mosaica respecto de las convenciones legales de las demás comunidades humanas, en especial de las *póleis* griegas; tanto más imperfectas cuanto más lejos resultaban hallarse del código de la cosmópolis o polis universal. En lo segundo perseguía dos logros: uno, revestir las doctrinas y principios de su religión con el ropaje de los conceptos, teorías y terminologías propias de ciertas escuelas filosóficas, a fin de hacer accesible a los gentiles, y también a ciertos judíos hiperhelenizados, los argumentos en que se fundaban la verdad y superioridad de las leyes, creencias y costumbres judías; y el otro, dotar al legado religioso de su nación de una jerarquía intelectual comparable a la de la sabiduría griega, al probar que no sólo no había oposición entre uno y otra, sino existía en muchísimos puntos una armoniosa correspondencia, siendo las más de las diferencias meras resultantes de dos maneras distintas de presentar las cosas, no de concebirlas.

Pero esencialmente su propósito se centra en un proselitismo de orden ético religioso tendiente a inculcar el convencimiento de la necesidad y ventajas de vivir según las normas reveladas por Dios al legislador del pueblo hebreo.

Sentado este concepto de que el tema fundamental de la exégesis filoniana es la interpretación de la legislación mosaica con miras a inferir a partir de ella el canon de normas éticas recomendable a todo hombre, cabe preguntarse si la meta perseguida fue de orden práctico, vale decir, si su propósito era proporcionar las bases jurídicas para forjar una sociedad real conformada según ese modelo moral, o si sólo se trataba de señalar una meta ideal, abstracta, ajena a las realidades alcanzables por la humanidad, y reservada, en todo caso, a algunos escasos espíritus selectos, a los hombres sabios y justos, sobre cuya escasez insiste más de una vez en el curso de sus reflexiones.

No entraré a examinar los muchos argumentos en pro de una y otra posibilidad y me limitaré a las consideraciones más importantes.

La primera hipótesis choca con graves objeciones.

La vigencia universal de las normas éticas propuestas hubiera equivalido al acatamiento de la ley mosaica por el mundo pagano, hecho que supondría la llegada del pueblo judío al ejercicio de la hegemonía o arbitraje indiscutido sobre la ecúmene, única vía para llegar a la universalización de las normas por las que hasta el presente se regía el judaísmo

exclusivamente. Esta consideración es la que tienen presente casi todos los estudiosos modernos que han considerado este punto para inferir la imposibilidad de que tal haya sido la intención de Filón. El acceso a esa necesaria hegemonía supondría la acción de un poder mesiánico que invirtiera las situaciones y, sacando a la nación hebrea de su condición de pueblo sometido al poder romano, la convirtiera en dominadora del mundo. Pero en ninguna parte de la obra del exégeta se hace referencia a una intervención mesiánica, al menos a una revestida de los atributos guerreros capaces de llegar a buen término una rebelión victoriosa. Es más, Filón parece descartar completamente esa posibilidad cuando, al tenor de lo de "Dad a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César", afirma que el judío de la diáspora debe ser celoso cumplidor de las leyes profanas vigentes en el lugar donde reside y atenerse en cuanto a sus deberes religiosos a las normas de sus ancestros.

En suma, que lo que Filón tuvo en vista en su exégesis fue señalar una meta ideal, reservada para algunas almas clarividentes; meta de perfección que ni siquiera a la masa del pueblo judío le era dable alcanzar, como bien lo testimoniaban, por otra parte, las pasadas prevaricaciones y las frecuentes calamidades desatadas por Yahvé sobre él a título de castigo. El más categórico entre los sostenedores de este punto de vista es Heinemann, quien llega a afirmar la total intrascendencia de la moral filoniana en el plano humano, y que se trata tan sólo de un canon teórico, fruto del empeño de Filón por constatar la vigencia de los principios de la legislación mosaica en el esquema cósmico. Se trataría, pues, de una empresa puramente intelectual, apologética, sin fines prácticos si por tales se entiende perseguir una vigencia efectiva de las normas ético-legales que postulaba como perfectas y necesarias. Opuestos a este temperamento, otros autores sostienen el parecer de que las miras de Filón estaban puestas en objetivos no totalmente desprovistos de practicidad. Por de pronto, se ha intentado probar que no se trataba de un puro intelectual atraído exclusivamente por las especulaciones abstractas, sino de un pensador profundamente versado en materia de legislación positiva, experto en cuestiones concretas de jurisprudencia, con una experiencia adquirida en contacto con un tribunal judío que se supone funcionaba en el seno de la comunidad hebrea de Alejandría. La objeción antes señalada, basada en la ausencia de toda referencia al tema mesiánico pierde consistencia si se reflexiona con Gfroerer que los vaticinios y esperanzas mesiánicas se hallan expresados en los libros proféticos exclusivamente, y como Filón concentra su exégesis en los escritos atribuidos a Moisés, no pudo hallar en ellos ocasión para tratar la cuestión. A lo cual podría responderse que la ocasión se la brindaban ampliamente sus propios desarrollos dialécticos, que, por supuesto, invitaban a aclarar algo sobre la -eventual vigencia de los principios que sustentaba y sobre las vías para lograrla, aunque de ello nada dijera Moisés.

Por otra parte, alegan continuando con la fundamentación de su tesis, es imposible concebir que Filón viviera ajeno a las esperanzas mesiánicas compartidas por todos o la mayoría de los de su nación y de tan larga tradición en el seno del pueblo judío. La razón de su silencio al respecto no se hallaría, pues, en su indiferencia o escepticismo frente a la posibilidad de una redención terrenal mesiánica, sino al convencimiento de que su concreción era por demás improbable en un futuro inmediato por lo menos, si bien en ciertos pasajes no parece desechar un futuro más o menos remoto de bonanza, paz y vigencia de la virtud en el género humano. Tal vez mediaron para ese silencio razones de prudencia, justificadas por el contexto político del mundo de entonces, el que daba pie para fustigar las costumbres del mundo pagano pero no para correr el albur de desatar las iras de Roma con la publicidad de perspectivas inmediatas que podrían dar a su obra el carácter de alegato revolucionario.

Como se advierte, ambas hipótesis, la del carácter puramente abstracto e ideal de la ética de Filón, y la que sostiene los alcances prácticos de sus especulaciones legales, se fundan en supuestos y conjeturas más o menos atendibles. No obstante ello, en el estado actual de la cuestión es imposible definirse categóricamente en pro de una u otra o al menos superar las

numerosas objeciones e interrogantes que ambas dejan pendientes.

ADVERTENCIAS SOBRE LA PRESENTE TRADUCCIÓN

La traducción de las obras de Filón de Alejandría que hoy se da a luz, la primera que posibilitará al lector hispanohablante la lectura completa de los tratados del autor hebreo en nuestra lengua, ha sido hecha a partir del texto griego de la edición bilingüe de Colson, Whitaker y Marcus, la que adopta en general el establecido en de Cohn y Wendlad. La edición Colson agrega a los diez volúmenes que contienen las obras de Filón conservadas en griego, otros dos con la traducción inglesa de los tratados vertidos al armenio y conservados exclusivamente en esa lengua, descubiertos en Lamberg en 1791. Estos dos volúmenes, traducidos al español de la versión inglesa, completan la presente edición española.

La imposibilidad material de ofrecer una edición bilingüe complica considerablemente las cosas desde el punto de vista de la traducción. El lector deberá, ante la circunstancia apuntada, atenerse exclusivamente al texto español en un tipo de pensamiento en el que los matices semánticos resultan en muchos casos harto difíciles cuando no imposibles de reproducir con aceptable aproximación, o bien porque los términos españoles a los que es dable echar mano evocan unas veces tan sólo parcial o vagamente las connotaciones originales, y otras se prestan al equívoco por los sentidos que les ha ido adosando el curso de los siglos; o bien en muchísimos casos porque Filón emplea juegos de palabras acústicamente captables sólo en su lengua en que fueron concebidos; o bien, finalmente, porque las incursiones etimológicas a las que Filón es tan afecto, concebidas en el contexto de aquella etimología de los antiguos, en la que, como lúcidamente acotó Voltaire, "las vocales no cuentan y las consonantes cuentan poco", tornan por demás engorroso reproducir en nuestra lengua la fuerza dialéctica que el autor volcó en muchísimas expresiones apoyándose exclusivamente en reales o supuestos entronques etimológicos.

De allí las numerosas notas, algunas reiteradas frecuentemente, que no tendrían razón de ser o parecerían demasiado elementales y hasta triviales en una edición erudita o bilingüe.

En cuanto a las pautas a que he procurado ajustar la traslación del texto griego al español, merecen destacarse las siguientes: reproducir con mayor fidelidad posible el sentido original, exponer los pensamientos de la manera más clara que era dable, respetar los requerimientos estilísticos de la lengua española y procurar la mayor adecuación posible de la expresión al nivel, por fuerza limitado, de preparación filosófica del lector corriente.

Para lograrlo he tenido presente sobre todo que lo que corresponde traducir no son las palabras aisladamente sino contextos, y que entre los sentidos y los sintagmas que los contienen en una determinada lengua no existe una relación necesaria, siendo posible por lo tanto trasvasarlos a otra con plena libertad para la elección de las estructuras sintácticas más apropiadas a la índole de ella.

Si no siempre el resultado ha correspondido a este propósito de satisfacer las cuatro exigencias arriba señaladas, ello se ha debido en parte a lo limitado de mis fuerzas y en parte a las mismas trabas resultantes del carácter de los tratados.

La ya destacada dificultad de hallar los términos españoles precisos para una cabal reproducción de los sentidos de los vocablos griegos hubiera sido tal vez relativamente fácil de superar recurriendo a tecnicismos filosóficos, que en muchos casos no son sino palabras de uso corriente sacadas de sus acepciones habituales y circunscriptas a nociones cuya comprensión escaparía a la intelección del lector no erudito. En estos casos, para no echar en saco roto la cuarta de las pautas propuestas para esta traducción, he optado por desechar esos vocablos técnicos o técnicamente entendidos, y traducir mediante otros, tal vez menos precisos o más unilaterales semánticamente hablando pero más al alcance del lector común. Así, por ejemplo, el término *noetós,* literalmente: *inteligible,* aparece normalmente traducido

por *aprehensible por la inteligencia.* Podrá objetarse que filosóficamente connota algo más que una mera realidad fuera del alcance de los sentidos, pese á que la teoría platónica que acuñó el término parte de un planteo netamente gnoseológico. Lo cierto es que traduciéndolo por *inteligible* hubiera cortado el nudo gordiano de la dificultad. Pero el lector corriente, de acuerdo en ello con la Academia Española de la Lengua, hubiera entendido simplemente algo así como *que se puede entender* (sin importar por qué vía), salvo que, advertido por alguna nota de pie de página, tuviera permanentemente presente el sentido técnico, cosa por demás engorrosa, a mi juicio, teniendo en cuenta que no se trata de un caso único. Otras veces, sin embargo, la elección de vocablos no ha implicado, entiendo, menoscabo alguno en las connotaciones. Tal el caso de *idea,* término tomado del platonismo que al cabo de más de dos milenios de manipuleo idiomático dista mucho de evocar, fuera de aquel contexto filosófico que lo forjó, el concepto original de ente inmerso en un mundo ajeno al universo cambiante e imperfecto en que vivimos. He preferido, en vez del vocablo español *idea* con el que corrientemente se lo traduce en los tratados de filosofía y de historia de la filosofía, la fórmula *forma ejemplar,* que excluye toda corporeidad en la de "forma" y recalca la condición paradigmática propia de las "ideas" modelos del platonismo, a las que se refiere Filón aunque atribuyéndoles, por otra parte, características que difieren sustancialmente de las que les atribuyó Platón.
Distinta es la situación que se presenta a propósito de ciertas voces griegas para las que no existe equivalente alguno en español o sólo podrían hallarse equivalencias parciales. En estas contingencias he optado, según las conveniencias de cada caso, o bien por la transliteración del término griego o bien por el empleo de una traducción totalmente "libre" explicada en una nota.
E! ejemplo más importante de la primera de estas dos soluciones lo tenemos en el caso del vocablo *lógos,* cuya traducción no ofrece dificultades cuando Filón lo emplea con una acepción específica determinada, pero que no tiene equivalente en las lenguas modernas cuando es usado, como ocurre frecuentemente en Filón, con el complejo sentido con que lo emplearon el platonismo y el estoicismo o simplemente con la acepción bipolar de pensamiento-palabra. El tecnicismo "verbo" arrastra al lector común hacia las dominios de la gramática (cfr. "En el principio era el Verbo") y entiendo que la transliteración *logos* debe imponerse definitivamente.
De la otra alternativa es un ejemplo la voz griega *enkyklios,* literalmente: *circular,* en la expresión *enkyklios paidéia,* que designa el conjunto de estudios que precedían al de la filosofía y que abarcaban todo el saber prefilosófico de entonces. Siguiendo la sugerencia de Marrou, he traducido la expresión por *cultura general o estudios de la cultura general,* la que encierra una clara referencia al carácter no especializado de dichos estudios, por oposición a los superiores y reservados a círculos más selectos.
Otras veces, en fin, razones estilísticas me han hecho preferir una versión a otra. Así, me ha parecido poco castizo traducir *Kyrios ho theós* por Dios *Señor* o *el Señor Dios* o *Dios el Señor,* he preferido hacerlo por *Dios Soberano,* en la que, amén de conservarse intactas las connotaciones, la relativa adjetivación de *Kyrios* no excluye el paralelismo con que evidentemente usa Filón la expresión refiriéndose a los dos atributos o potencias supremas del ser divino: el de creador como Dios y el de juez como Señor.
En otro orden de cosas es de advertir lo siguiente. Al lector hispanohablante le llamará la atención, y aún le chocará dados sus hábitos gramaticales, que en ciertos razonamientos o descripciones hable Filón del simbólico matrimonio en el que *la* inteligencia es el esposo y *los* sentidos o el conjunto de ellos la esposa, y que recalque reiteradamente la masculinidad de la primera y la feminidad de los segundos. Se trata, por supuesto, de meras contingencias gramaticales, en las que muy probablemente Filón creyó hallar más o menos veladas sugerencias, dada su tendencia a extraer conclusiones de hechos puramente lingüísticos. El hecho

es que en griego sí hay coincidencia entre el género gramatical de *el noüs* (= inteligencia) y su condición de esposo y el de *la áisthesis* (= sentido) y su papel simbólico de esposa; e igualmente, se dan de manos la lógica y la gramática, en el texto griego, no así en español, cuando Filón atribuye la maternidad al número siete, *la hebdomás, y* en otros frecuentes casos similares.

Estas advertencias acerca de los problemas de la traducción hallan su complemento en otras, que aunque no se vinculan con ella, servirán para alertar al lector respecto de modalidades de la dialéctica filoniana que podrían en determinados momentos causarle cierta perplejidad y aun desorientarlo en cierta medida.

He aquí las más importantes.

La continuidad de tratamiento de los asuntos, si bien en sus líneas generales responde a un esquema o plan correcta y lógicamente trazado, se desvirtúa no pocas veces desarticulándose en una sucesión de consideraciones parciales impuestas por la tendencia de Filón a las acotaciones y digresiones, que frecuentemente se prolongan más allá de lo razonable, de modo que, cuando exabruptamente las concluye para retornar al punto de partida, el lector, que tal vez lo ha olvidado ya, debe reubicarse mentalmente en el punto en que la reflexión había quedado interrumpida. A menudo en el curso, de la digresión aparece otro asunto que el autor entiende no debe pasarse por alto y la incursión por las consideraciones laterales se prolonga y ramifica hasta que, dándose ya por plenamente satisfecho o apremiado por la extensión de las mismas, les da fin, no sin advertir a veces que tratará la cosa con más calma en otra oportunidad o en algún trabajo especial.

En cuanto a los pasajes bíblicos que Filón reproduce para su exégesis, el lector habrá de tener en cuenta que lo que en muchos casos podría parecer o error de traducción o simplemente error de gramática, no es sino efecto de la necesidad de traducir literalmente expresiones que o bien en la versión de los Setenta o bien en la versión que Filón da, presentan evidentes errores gramaticales en griego, errores que no ha sido posible evitar reproducir en la traducción por cuanto ellos son tenidos en cuenta normalmente por el exégeta para sus interpretaciones.

Otra de sus particularidades es que el mismo pasaje bíblico suele aparecer comentado o interpretado de distinta manera en lugares u ocasiones diferentes, sin que Filón lo haga presente ni aclare las razones para el distinto tratamiento.

Y una más: Filón, aunque se ha propuesto explicar las enseñanzas bíblicas mediante el sobrio estilo de la exposición filosófica, no siempre se sustrae, cosa que por otra parte tampoco hicieron muchos filósofos de la antigüedad, al deseo de emplear los recursos de la retórica para poner más énfasis y calor en especial a sus exhortaciones y diatribas. Y no desdeña la grandilocuencia cuando el asunto le impulsa a magnificar las cosas que le resultan superlativamente excelentes o deplorables. Por momentos, pues, se torna declamatorio y solemne. El lector habrá de tenerlo en cuenta para no atribuirle demasiada veracidad o tomar al pie de la letra ciertas aserciones suyas. Y el curso de la lectura hará además que no resulten familiares las a menudo ex abruptas arengas o admoniciones en segunda persona con que en muchos casos matiza el más o menos sobrio curso de sus razonamientos.

En otro orden de cosas, no estará de más, tratándose de la traducción de una obra clásica al español, insistir en la directa vinculación de la presente con el original griego, a fin de prevenir acerca del relativo valor de confrontarla con otras traducciones de nuestro autor a lenguas modernas, ya que, aunque cabe esperar, claro está, una coincidencia de sentido en general, el punto de referencia para juzgar sus aciertos o imperfecciones ha de ser en todos los casos el texto griego de la edición Colson citada en la bibliografía.

Finalmente, habiendo sido necesario recurrir a la transliteración de numerosos términos griegos, especialmente en las notas, para su intelección por el lector común desconocedor del sonido de la letras griegas, se habrán de tener presentes las siguientes aclaraciones: g ante e, i

— gu; kh = k con aspiración; ph = p con aspiración; rh == r inicial; th = t con aspiración; y = u francesa o ü alemana; el digrama ou = u; y el signo ^ señala un acento circunflejo.
Razones tipográficas me han impedido señalar le cantidad de las vocales e (épsilon y eta) y o (ómicron y omega), así como acentuar la vocal y, cuando corresponde.

BIBLIOGRAFÍA

1) Ediciones principales de; las obras de Filón

Edición Turnebe (1552)

Edición Hoeschel (1613 y 1640)

Edición Th. Mangey (Londres, 1742)

Edición C. E. Richter (Leipzig, 1828-1830)

Edición Holtze (Leipzig, 1893-1901). Comprende también las obras conservadas en una traducción armenia hallada en Lemberg en 1791 y traducidas al latín por J. B. Aucher (1822-1826)

Edición L. Cohn, P. Wendland y J. Reiter, con Índices de J. Leisegang (Berlín, 1896-1930)

Edición L. Cohn e I. Heinemann (Breslau, 1909-1929). Con traducción alemana.

Edición F. H. Colson, G. H. Whitaker y R. Marcus (Londres, 1929-1953). Con traducción inglesa.

Edición R. Arnaldez, J. Pouilloux y C l. Mondésert (París, 1961. Faltan aparecer sólo los volúmenes 33, 34 y 35). Con traducción francesa. Entre las numerosas ediciones de tratados separados merece destacarse: El Brehier, "Commentaire allégorique des saintes lois" (París, 1909)

2) Estudios

Además de los contenidos en las introducciones de algunas de las ediciones mencionadas, los principales trabajos sobre Filón y su obra son los siguientes, citados por orden alfabético de autores.

Belkin, S.: *Philo and the Oral Law* (Cambridge Mass., 1940)
Bentwich, N.: *Philo Judaeus of Alexandria* (Philadelphie, 1910)
Billings, Th. H.: *The Platonism of Philo Judaeus* (Chicago, 1919)
Bousset, W.: *Jüdisch-christlicher Schulbetrieb in Alexandria und Rom.* (Berlín, 1915)
Brehier, E.: *Les idees phüosophiques et réligieuses de Philon d'Álexandrie* (París, 1950)
— *Etudes de philosophie antique* (París, 1908)
Daniélou, J.: *Philon d'Alexandrie* (París, 1958)
Drummond, J.: *Philo Judaeus* (London, 1888)
Gfroerer, A.: *Kriltsche Geschichle des Urchrístentums* (Stuttgart, 1831).
Goettsberger, J.: *Einleitung in das Alt Testament* (Friburg, 1927)
Gregoire, F.: *Le Messie chez Fhilon d'AIexandrie* (Eph. Theol. Lov. XII, 1935)
Goodenough, E. R.: *An Introduction to Philo Judaeus* (New Haven, 1940)

— *The Polítics of Philo Judaeus* (New Haven, 1938)
— *By Light Light* (New Haven, 1935)
— *The Jurisprudence of ihe Jewish Courts in Egypt* (New Haven, 1929)
Heinemann, I.: *Philons griechishe und jüdische Bildung* (Breslau, 1932)
Heinze, M: *Die Lehre von Logos in der Griechischen Philosophie* (Oldenburg, 1872)
Herriot, E.: *Philon le Juif* (París, 1898) Juster, J.: *Les Juifs dans l'Empire Romain* (París, 1914)
Katz, P.: *Philo's Bible* (Cambridge, 1950)
Lagrange, M. J.: *La lettre de Claude aux Alexandrins.* En Rev. Bibl. (1931)
Lewy, H.: *Sobria Ebrietas* (Giessen, 1920)
Massebieau, L.: *Le classement des oeuvres de Philon.* En Bibl. de l'Ecole de Hautes Etudes. Sciences religieuses. Vol. I (París, 1889)
Mitteis, L. y Wucken, V.: *Grundzüge und Chrestomathie der Papyruskunde* (Leipzig, 1912)
Ritter, H.: *Philo und die Halacha* (Leipzig, 1878) Sandmel, S.: *Philos Place in Judaism* (Cincinnati, 1956)
Siegried, C: *Philo von Alexandria ais Atdeger des Alten Testaments* (Iena, 1875)
Stain, E,: *Die allegoriche Exegese des Pililos von Alexandrien* (Giessen, 1929)
Teherikover, V. : *Prolegómeno. En Corpus Papyrorum Judaicorum* (Cambridge Mass.. 1957)
Turowski, E.: *Die Wiederspiegelug des stoischen Systevis bei Philon von Alexandreia* (Leipzig, 1927)
Vólker, W.: *Fortschritt und Vollendung bel Philo von Alexandreia* (Leipzig, 1938).
Wendland, P.: *Philo und die kynisch-stoische Diatribe* (Berlín, 1895)
Wolfson, H. A.: *Philo* (Cambridge Mass, 1948)

3) Historias de la filosofía griega
Robin, L.: *El pensamiento griego y los orígenes del espíritu científico* (Barcelona, 1926)
Windelband, W.: *Historia de la filosofía antigua* (Buenos Aires, 1955)
Zeller, E.: *Die Philosophie der Grlechen* (Berlín, 1919-1920)

SOBRE LA CREACIÓN DEL MUNDO SEGUN MOISES

(DE OPIFICIO MUNDI)

1. I. Al codificar los demás legisladores las normas consideradas justas por los mismos, unos lo hicieron en forma desnuda y carente de todo atractivo; en tanto que otros, revistiendo sus pensamientos con ociosos agregados, confundieron a las multitudes ocultando la verdad tras el velo de míticas ficciones.

2. En cambio, Moisés, desdeñando una y otra modalidad, la una como irreflexiva, superficial e indigna de la filosofía, la otra por engañosa y llena de imposturas, compuso para su legislación un exordio pleno de belleza y magnificencia, evitando tanto el dictar sin preámbulo alguno los deberes y prohibiciones como el inventar mitos o aprobar los forjados por otros ante la necesidad de preparar el entendimiento de quienes habrían de regirse por sus leyes.

3. Su exordio es, como digo, admirable en sumo grado. Consiste en el relato de la creación, y de él se desprende que entre el mundo y la ley existe una recíproca armonía, y que, de ese modo, el hombre respetuoso de la ley es ciudadano del mundo, ya que ajusta su conducta a los dictados de la naturaleza, de conformidad con la cual es regido el mundo entero.

4. Poeta ni prosista alguno podría, por lo tanto, celebrar dignamente la belleza de los pensamientos contenidos en su relato de la creación, ya que ellos están más allá de nuestra capacidad de expresarnos y escuchar, siendo demasiado grandes y sublimes para que puedan adaptarse a las palabras y al oído de mortal alguno.

5. Mas no por ello hemos de callarlos; antes bien, por consideración al amado de Dios,[1] habremos de aventuramos aún más allá de nuestra capacidad. Nada de lo que digamos, procede de nosotros mismos, y solo nos referiremos a unas pocas de las muchas consideraciones hasta las cuales es dable avanzar a la inteligencia humana impulsada por el amor y el ansia de sabiduría.

[1] Es decir. Moisés.

6. El más pequeño de los sellos recibe al ser modelado las imágenes de cosas de colosales dimensiones, y cabe pensar que del mismo modo las excelsas hermosuras del relato de la creación del mundo contenido en la legislación, aunque con su deslumbradora luz turben las almas de los que las leen, serán puestas de manifiesto a través de los más diminutos trazos.
Pero antes hemos de indicar algo que no cabe pasar en silencio.

7. II. Algunos, efectivamente, admirando más al mundo que al Creador del mundo, han sostenido que el primero es increado y eterno, y afirmado falsa e impíamente la doctrina de una inmensa inactividad de Dios; cuando, por el contrario, deberían quedar pasmados ante Sus poderes como Creador y Padre, y no asignar al mundo una desmedida grandeza.

8. Moisés, en cambio, merced a que alcanzó la cúspide misma de la filosofía y a que fue profundamente instruido por Divinas revelaciones en los múltiples y más fundamentales conocimientos relativos a la naturaleza, comprendió que nada hay más necesario en lo existente que el que exista una causa activa y una pasiva, y que la causa activa es la purísima e inmaculada Inteligencia del universo, superior a la virtud, superior a la sabiduría, superior al

bien y a la belleza misma;

[9.] en tanto que la pasiva, inanimada e inmóvil de por sí, evolucionó, movida, configurada y vivificada por la Inteligencia, hacia la obra perfectísima que es este mundo. Los que sostienen que éste es increado no se dan cuenta de que eliminan el más provechoso y necesario de los incentivos hacia la piedad, vale decir, la providencia.

10. Porque, como lo demuestra la razón, el Padre y Hacedor vela por lo que ha llegado a la existencia. Un padre, en efecto, procura preservar a los nacidos de él, y un artífice los productos de su labor, y no escatiman medios para evitarles cuanto hay de funesto y dañoso, a la vez que anhelan procurarles cuanto les resulta útil y ventajoso. En cambio, ningún vínculo liga a lo que no ha sido creado con quien no ha creado.

11. Se trata, pues, de una doctrina indigna de sostenerse y trivial, que pretende que este mundo es semejante a una ciudad anárquica, carente del jefe, arbitro o juez que se encargue de administrarlo y presidirlo todo.

12. El gran Moisés, por el contrario, comprendiendo que lo inengendrado es de una naturaleza completamente distinta de cuanto está al alcance de nuestra vista, ya que todo lo perceptible por los sentidos está sujeto al nacimiento y a cambios y no permanece jamás en el mismo estado, atribuyó la eternidad a lo invisible y aprehensible por la inteligencia, como algo connatural y afín; y asignó a lo perceptible por los sentidos el apropiado nombre de "génesis".[2] Siendo, pues, visible, perceptible por los sentidos este mundo, necesariamente se sigue que es además creado. De allí el acierto de Moisés al describir también la génesis del mismo, manifestando así la grandiosa majestad de la obra de Dios.
[2] O creación, y por lo tanto, mundo de lo no eterno, de lo perecedero.

13. III. Dice que el mundo fue creado en seis días, mas no porque el Hacedor hubiera menester de una determinada cantidad de días; que Dios puede hacer todas las cosas simultáneamente, tanto ordenar las obras como concebirlas; sino porque en las cosas creadas era necesario un orden. El orden, por su parte, involucra número, y de los números, por imperio de las leyes de la naturaleza, el más vinculado a la generación de seres es el 6. Se trata, en efecto, del primer número perfecto a contar desde la unidad, y es igual al producto de sus factores, y, a la vez, a la suma de los mismos,[3] siendo el 3 su mitad, el 2 su tercera parte y el 1 su sexta parte. Y su naturaleza es, por así decir, masculina y femenina, resultado de combinar la potencia de uno y otro sexo. En las cosas existentes, en efecto, lo impar es masculino, y lo par femenino; y he aquí que la serie de los números impares comienza por el 3, y la de los pares por el 2, números de los que el 6 es producto.
[3] $1 + 2 + 3 = 6$; y $1 \times 2 \times 3 = 6$.

14. Siendo el mundo la más perfecta de las cosas que adquirieron existencia, preciso era que fuera conformado de acuerdo con un número perfecto, es decir, el 6; y que, habiendo de contener en sí a las creaturas nacidas de la unión sexual, recibiera la impresión de un número mixto, el primero que contiene lo par y lo impar, y encierra la forma ejemplar[4] del elemento masculino inseminador y del femenino receptor de las simientes.
[4] Traduzco así al término griego idea, para evitar el equívoco que traería aparejado el traducirlo por la palabra española idea. "Forma ejemplar" contiene las dos connotaciones que le atribuye Filón, de conformidad con la doctrina platónica al respecto: forma y modelo.

15. A cada uno de los días asignó Dios una de las porciones del universo mas no incluyó al

primero, al que evitó llamar "primero", a fin de quemo fuera enumerado junto con los otros. Lo llamó, en cambio, "uno" (Gen. I, 15), asignándole así una denominación exacta puesto que mediante tal nombre reconoce en él y le atribuye expresamente la naturaleza y denominación do la unidad. IV. Como es imposible enumerar todos los elementos que este número encierra en sí, hemos de limitarnos a los más que nos sea posible. Como elemento especial encierra al mundo aprehensible por la inteligencia, según se indica en el tratado acerca de dicho número.

16. Dios, en efecto, como que es Dios, conocía de antemano que ninguna copia hermosa podría ser producida jamás sino a partir de un modelo hermoso, y que ninguna de las cosas sensibles podría ser irreprochable si no era hecha como copia de un arquetipo y forma ejemplar aprehensible por la inteligencia. Y así, habiéndose propuesto crear este mundo visible, modeló previamente el mundo aprehensible por la inteligencia, a fin de usarlo como modelo incorpóreo y acabada imagen de la Divinidad en la producción del mundo corpóreo, creación posterior, copia de una anterior, que había de encerrar tantas clases de objetos sensibles cuantas de objetos mentales contenía ésta.

17. No es legítimo suponer o decir que el mundo constituido por las formas ejemplares se halla en un determinado lugar, pero sabremos cómo está constituido si consideramos atentamente cierta imagen tomada de nuestra propia experiencia. Cuando se va a fundar una ciudad para satisfacer los ambiciosos proyectos de algún rey o gobernante que, apropiándose de un poder sin límites y a la vez concibiendo brillantes ideas, busca añadir nuevo lustre a su prosperidad, algún arquitecto experto, tras acudir una y otra vez al lugar y observar sus ventajas de clima y posición, concibe primero en su mente el plano de casi todas las partes de la ciudad que se está a punto de fundar: templos, plazas, puertos, depósitos, calles, emplazamientos de murallas, ubicación de casas y demás edificios públicos.

18. Luego, habiendo recibido en su alma, como en una cera, las imágenes de cada una de ellas, lleva consigo la representación de una ciudad concebida por la inteligencia; y después de haber retenido[5] esas imágenes mediante su innata capacidad de recordar, e impreso sus rasgos con más intensidad aún en su inteligencia, comienza, como avezado artífice, con la vista puesta en el modelo, a construirla con piedras y maderas, cuidando que los objetos corpóreos sean iguales totalmente a cada una de las incorpóreas formas ejemplares.

[5] La mnéme = memoria, es, según Filón la facultad de conservar presentes los recuerdos, a diferencia de la anamnesis = reminiscencia, que es la capacidad de reactualizarlos tras el olvido. Ver Interpretación alegórica, III, 93.

19. Pues bien, en lo que a Dios hace hemos de pensar que procedió de manera análoga; que, resuelto a fundar la gran ciudad,[6] concibió primero las características de la misma, y habiendo conformado mediante ellas un mundo aprehensible por la inteligencia, fue produciendo en acabada forma también el mundo perceptible por los sentidos, empleando para ello aquél como modelo.

[6] Es decir, el mundo o universo.

20. V. Así, pues, como la ciudad concebida previamente en el espíritu del arquitecto no ocupa lugar alguno fuera de él, sino se halla impresa en el alma del artífice, de la misma manera el mundo de las formas ejemplares no puede existir en otro lugar alguno que no sea el logos Divino, que las forjó con ordenado plan. Porque, ¿qué otro lugar habría apto para recibir y contener en su pureza o integridad, no digo todas, pero ni siquiera una sola cualquiera de ellas, aparte de Sus potencias?

21. Y una de esas potencias es la creadora del mundo, potencia que tiene por fuente al verdadero bien. Porque entiendo yo que no andará errado quien desea averiguar la causa por la que este universo fue creado, si afirma, como, por otra parte, lo afirmó ya uno de los antiguos, que el Padre y Hacedor del universo es bueno, y que esa bondad hizo que no viera con malos ojos que participara de Su propia naturaleza excelsa una entidad carente de por sí de toda hermosura, aunque capaz de convertirse en la totalidad de las cosas.

22. Porque esta entidad era de por sí desordenada, sin cualidades, sin vida, sin semejanzas, llena de inconsistencia, de desarmonía y de desproporción; pero recibió una transformación, un cambio hacia las opuestas y más hermosas características, vale decir, orden, cualidad, vida, semejanza, cohesión, armonía y proporción, o sea, todo cuanto es propio de la forma ejemplar más excelente.[7]

[7] Platón, Timeo 29 e, donde se lee: "*El que ha formado el devenir y el mundo. . . ha querido que todas las cosas nacieran lo más parecidas a él que fuera posible*."

23. VI. Sin intervención de consejero alguno (¿qué otro ser existía aparte de Él?), por Su sola determinación resolvió Dios que habría de beneficiar con pródigos y valiosos dones a esa naturaleza, incapaz sin las Divinas larguezas de alcanzar por sí misma bien alguno. Mas no es en proporción a la grandeza de Su propia bondad como concede Sus beneficios, ya que esa bondad es infinita e inagotable; sino en la medida de la capacidad de los que son beneficiados. Porque no es la misma la natural capacidad de Dios para prodigar el bien que la de las creaturas para recibirlo. Los poderes de Dios sobrepasan toda medida; en tanto que el mundo, siendo, como es, demasiado débil para recibir tan inmensos dones, hubiera sucumbido si Dios no hubiera medido y distribuido los mismos en la debida proporción asignando a cada cosa lo que le correspondía.

24. Si alguien quiere expresarse en forma más simple y directa, bien puede decir que el mundo aprehensible por la inteligencia no es otra cosa que el logos de Dios entregado ya a la obra de la creación del mundo: la ciudad concebida por la inteligencia no es, en efecto, sino el entendimiento del arquitecto en el acto de proyectar la fundación de la ciudad.

25. Ésta es doctrina de Moisés, no mía. Al referirse, por ejemplo, más adelante a la creación del hombre, reconoce en forma explícita que éste fue modelado "según la imagen de Dios" (Gen. I, 27). Y si la parte[8] es imagen de una imagen, es evidente que también lo es el todo. Y si este mundo entero perceptible por los sentidos es una copia, mayor que la humana, de la Divina imagen, es asimismo evidente que ese sello arquetípico que decimos es el mundo aprehensible por la inteligencia, no puede ser otro que el logos de Dios.

[8] La parte, es decir, el hombre.

26. VII. Dice Moisés que "en el principio hizo Dios el cielo y la tierra", pero no atribuye al término "principio" Un sentido cronológico, como piensan algunos, pues no existía, ciertamente, el tiempo antes de existir el mundo, sino comenzó juntamente con él o después de él. El tiempo, en efecto, es un intervalo determinado por el movimiento del mundo, y el movimiento no podía haber existido antes de existir el objeto móvil, sino debió" aparecer o posterior o simultáneamente con éste, de lo que por fuerza se sigue que el tiempo es o coetáneo del mundo o más reciente que él; y osar sostener que es más antiguo que el mundo carece de base filosófica.

27. Ahora bien, puesto que el término "principio" no está tomado en este caso en sentido cronológico, bien cabe pensar que lo que indica es el principio en el orden numérico, de tal

modo que la expresión "en el principio hizo" equivaldría a "hizo primero el cielo". Y es, efectivamente, razonable que éste fuera lo primero en llegar a la existencia, ya que es lo más excelso de la creación y está formado con lo más. puro que existe, pues estaba destinado a ser la sacratísima mansión de los dioses visibles, perceptibles por los sentidos.[9]
[9] Filón emplea la terminología platónica para designar a los astros. Ver Timeo 40.

28. Aunque el Hacedor creó todas las cosas simultáneamente,. ello no significó menoscabo alguno para el orden que acompañaba a cuanto llegaba a la existencia. Ellas estaban dotadas de hermosura, y la belleza no existe en medio del desorden. Ahora bien, el orden es la sucesión y encadenamiento de determinadas cosas precedentes con otras que vienen después, encadenamiento que, aunque no se haga patente en las cosas ya acabadas,. existe, sin embargo, en los designios de sus autores, ya que sólo de ese modo esas cosas podían llegar a ser hechas con precisión» estables y libres de confusión.

29. En primer lugar, pues, hizo el Hacedor un cielo incorpóreo, una tierra invisible, la forma ejemplar del aire y la del vacío. Al aire lo llamó "obscuridad", puesto que es negro por naturaleza; y al vacío "abismo", ya que la inmensa abertura del vacío es precisamente una gran profundidad. Luego creó la esencia incorpórea del agua y la del aliento vital[10] y finalmente la de un séptimo elemento: la luz, la que, a su vez, fue el incorpóreo modelo, de naturaleza intelectual, del sol y de todos los luminosos astros que habrían de llegar a existir en la extensión celeste.
[10] Gen. I, 2.

30. VIII. Dignos de especial distinción fueron considerados por Moisés el aliento vital y la luz; y así, llamó al primero "aliento de Dios" por cuanto el aliento vital es el principio por excelencia de la vida, y Dios el autor de ésta. De la luz dice que es hermosura sin par.[11] Y en verdad, tanto la luz aprehensible por la inteligencia sobrepasa por su brillo resplandeciente a la visible, cuanto, a mi parecer, supera el sol a las tinieblas, el día a la noche, y la inteligencia, que es la parte rectora del alma, toda, a los ojos del cuerpo.
[11] Gen. I, 4.

31. Aquella invisible luz aprehensible por la inteligencia adquirió existencia como una imagen del logos Divino, en quien halla explicación su nacimiento. Trátase de un astro más que celestial, fuente de los astros perceptibles por los sentidos, al que no estaría desacertado llamar claridad universal, de la que el sol, la luna, los astros errantes y los fijos reciben las claridades apropiadas, cada uno según su propia capacidad. Aquella inmaculada y pura claridad empalidece tan pronto como comienza a transformarse trocándose de luz intelectual en luz visible, ya que nada de lo que se halla al alcance de nuestros sentidos está libre de impureza.

32. IX. Correcto es también afirmar que "la obscuridad estaba sobre el abismo" (Gen. I, 2). Porque, en cierto modo, el aire [12] se halla sobre el vacío, puesto que, descendiendo sobre él, llena completamente la desértica y vacía región que se extiende desde el ámbito lunar hasta nosotros.
[12] El aire, que es negro, según lo señalado en 29.

33. Después que comenzó a brillar la luz aprehensible por la inteligencia, creada antes que lo fuera el sol, la enemiga obscuridad retrocedió. Es que Dios, consciente de su recíproca oposición y connatural hostilidad mutua, estableció entre ellas un muro de separación. Para evitar que la discordia sobreviniera como resultado de la permanente vecindad de ambas, y la

guerra prevaleciera sobre la paz, con lo que hubiera establecido el desorden en el orden universal, no sólo separó la luz de la obscuridad, sino colocó además en los espacios intermedios vallas de separación, mediante las cuales retuvo a una y a otra en las partes extremas. Si hubieran permanecido vecinas, hubieran seguramente engendrado la confusión, enfrentadas en intensa e incesante lucha por la preeminencia; lo que hubiera ocurrido si límites erigidos entre ambas no las hubieran separado evitando así la mutua agresión.

34. Estos límites son el ocaso y el alba. Ésta anticipa la buena nueva de que el sol está a punto de elevarse, a la par que aleja suavemente a la obscuridad; el ocaso sobreviene con la puesta del sol, recibiendo apaciblemente el compacto avance de la sombra. También a éstos, me refiero al alba y al ocaso, ha de incluírseles en el orden de los objetos incorpóreos y aprehensibles por la inteligencia. Nada sensible, en efecto, hay en ellos, siendo, por el contrario, totalmente formas ejemplares, medidas, figuras y sellos, cosas incorpóreas destinadas a engendrar otras corpóreas.

35. Una vez que la luz hubo sido creada y la obscuridad se hubo retirado cediéndole lugar, y quedaron ya fijados como barreras en los intervalos entre ambas el ocaso y el alba, como lógica consecuencia quedó al punto determinada una medida del tiempo, que el Hacedor llamó "día"; y no día "primero", sino día "uno", denominación aplicada teniendo presente la unicidad del mundo aprehensible por la inteligencia, cuya naturaleza está vinculada a la unidad.

36. X. Hallándose, pues, concluido ya y firmemente fijado en el logos Divino el mundo incorpóreo, el sensible fue engendrado en su término preciso conforme con el diseño de aquél. Y de sus partes la más excelsa de todas, la primera que el Hacedor creó fue el cielo, al que con todo acierto llamó "firmamento",[13] como que es corpóreo, y el cuerpo es sólido por naturaleza ya que se trata de un ente tridimensional. ¿Qué otra noción tenemos de sólido y de cuerpo sino que es lo que se extiende en todas las direcciones? Con razón, pues, oponiendo al cielo intelectual e incorpóreo este otro sensible y de aspecto corpóreo, llamó a éste "firmamento".

[13] En griego: *steréoma* = construcción sólida o firme, firmamento; y *stereós* = sólido, firme, por lo que el *demiourgós* (artesano) al llamarlo así destaca su naturaleza.

37. Un poco más adelante, con toda exactitud y propiedad, lo denominó "cielo", en parte porque es límite de todas las cosas, y en parte por haber sido la primera de todas las cosas visibles.[14] Al que siguió a su creación lo llama segundo día, con lo que asigna al cielo el espacio y duración de un día entero, lo que se explica por la jerarquía y dignidad del cielo entre las cosas sensibles.

[14] Disquisición etimológica sin fundamento. Con todo, para los oídos griegos no dejaría de existir cierto parentesco fonético entre el termino *ouranós* = cielo, de etimología incierta, cuyo diagrama inicial ou- pronunciábase como o cerrada o como u tal vez, y las voces *hóros* = límite, y *horán* = ver. Contribuía a borrar las diferencias el hecho de que la aspiración inicial (h-) ni se pronunciaba ni se escribía en la época helenística.

38. XI. Después de esto, como el agua toda se derramaba sobre la totalidad y penetraba en todas sus partes, como a través de una esponja saturada de líquido, con lo que la tierra resultaba un pantano y un fango profundo, por hallarse ambos elementos entremezclados y confundidos a modo de amasijo en una única sustancia indiscernible y amorfa, dispuso Dios que toda el agua salada, que hubiera sido causa de esterilidad para sembrados y árboles, se concentrase afluyendo desde los intersticios de la tierra toda y ésta apareciese seca, quedando

en ella una reserva de agua dulce para su conservación, pues el agua dulce en cantidad adecuada sirve de elemento de cohesión que une las porciones separadas; para evitar que, completamente desecada, se convirtiera en estéril e improductiva, y para que, como una madre, proveyera a los que podríamos llamar sus hijos no de un solo género de alimentos: el sólido, sino de uno y otro: el sólido y el líquido. Ésa es la causa por la que la tierra contó con abundantes conductos de agua, semejantes a maternos senos, que, una vez abiertos, habrían de hacer brotar ríos y fuentes.

39. En no menor cantidad extendió Dios los ocultos "cursos de agua a través de toda la tierra pingüe y fecunda para que la producción de frutos fuese inagotable. Habiendo ordenado estos elementos, les asignó nombres, llamando "tierra" a la región seca, y "mar" a la separada de" ella.

40. XII. El siguiente paso fue organizar la tierra. Mandóle que se cubriera de verduras y espigas, y produjera toda clase de plantas, ubérrimos prados y todo cuanto habría de servir para forraje de las bestias y para alimento de los hombres. Además de todo ello produjo todas las especies de árboles sin omitir ninguna, ni de las silvestres ni de los llamados árboles de cultivo. Y, contrariamente a lo que ocurre actualmente, todos ellos al comenzar a existir estaban ya cargados de frutos.

41. Ahora, en efecto, el desarrollo tiene lugar progresivamente en etapas sucesivas, y no conjuntamente en un momento único. ¿Quién ignora que primero se realiza la siembra y la plantación, y luego el crecimiento de los sembrados y plantas; las primeras para hacer que las raíces se extiendan hacia abajo a modo de basamento, y el segundo mientras se elevan y desarrollan hacia lo alto los tallos y troncos? Siguen luego la germinación y los brotes de las hojas, y finalmente la producción del fruto. Y aquí se repite el proceso: el fruto no ha llegado a su pleno desarrollo, sino está sujeto a toda suerte de cambios, unos cuantitativos, es decir, de tamaño; otros cualitativos, o sea, en la variedad de aspecto. En efecto, al nacer el fruto se asemeja a indivisibles copos, apenas visibles a causa de su diminuto tamaño, a los qué no estaría desacertado calificar de las primeras cosas perceptibles por los sentidos. Después, por efecto de su gradual desarrollo, de la nutrición por irrigación, que proporciona humedad al árbol, y de la bien equilibrada temperatura de los aires, que se vivifican nutren con frescas y delicadas brisas, irá creciendo hasta alcanzar su tamaño completo. Y con el tamaño múdase también su aspecto, como si el experto pincel de un pintor lo fuera matizando con variados colores.

42. XIII. Pero, como dije, en la primera creación del universo hizo Dios que de la tierra nacieran ya plenamente desarrollados los vegetales, cargados de frutos, no inmaduros sino en plena sazón, para su inmediato uso y consumo por los animales que a, continuación serían creados.

43. Dios ordenó a la tierra engendrarlos, y ésta, como si hubiera estado desde largo tiempo preñada y gestándolos en su seno, dio a luz todas las especies de plantas, todas las de árboles, y además las incontables clases de frutos. Pero los frutos no sólo servía de alimento para los animales, sino también como dispositivo naturales para la perpetua generación de seres de la misma especie puesto que contienen en su seno la sustancia fecundantes, en las que hallanse ocultos e invisibles los principios de todas las cosas que se tornan manifiestos y visibles con el correr de las estaciones.

[15] El termino griego traducido aquí por principios contiene una clara referencia a los *logoi spermatikoí* = *rationes seminalis* de la filosofía estoica.

44. Dios, en efecto, por perpetuar y hacer partícipes de la inmortalidad a las especies, quiso que la naturaleza recorriera ciclos con retorno al punto de partida, y a tal efecto estableció que el principio avanzase hasta el fin, y que inversamente el fin retornase hacia el punto de partida. Y así, el fruto procede de las plantas, como un fin procedente de un principio; e inversamente, del fruto, que contiene en su interior la simiente, procede la planta, como un principio derivado de un fin.

45. XIV. En el cuarto día estableció Dios el orden en el cielo adornándolo con matizada belleza. Lo hizo cuando ya la tierra estaba completa, no porque colocara al cielo en un plano de inferior jerarquía al de la tierra, confiriendo preeminencia a la naturaleza inferior y considerando secundaria a la más alta y divina, sino para poner de manifiesto sin lugar a dudas la magnitud de Su poder. Es que, conociendo de antemano cuáles serían las maneras de pensar de los por entonces inexistentes hombres, quienes, atentos siempre a las apariencias y a la fuerza persuasiva de las prolijas argumentaciones antes que a la pura verdad, confiarían más en los testimonios de su vista que en Dios, admirando más a la sofística que a la sabiduría; y seguro de que, al observar la periodicidad de las revoluciones solar y lunar, de acuerdo con las cuales transcurren los veranos e inviernos, y retoman la primavera y el otoño, supondrían que son los astros del cielo el origen de todas las cosas que todos los años se engendran y nacen; para que nadie, ni por desvergonzada osadía ni por supina ignorancia, se atreviera a atribuir el primer puesto a una creatura mortal,

[46.] dice así: Vuelvan con el pensamiento hacia la creación inicial de todas las cosas, cuando, antes; de que existiesen el sol y la luna, la tierra producía toda suerte de vegetales y toda clase de frutos; y, al contemplar esto con el pensamiento, tengan por seguro que también en adelante los producirá conforme con lo que el Padre dispusiere, cuando Él lo juzgare oportuno, pues Él no ha menester de Sus creaturas del cielo, a las que concedió poderes pero no independientes, ya que, del mismo modo que un auriga que empuña las bridas o un piloto atento al timón, guía Dios todas las cosas por donde desea, de conformidad con la ley y la justicia sin necesidad de colaboración de otro alguno. Porque todo es posible para Dios.

47. XV. Tal es la causa por la cual la tierra germinó y se cubrió de verdor antes ya de que fuera ordenado el cielo. La ordenación de éste tuvo lugar después en un número perfecto, el 4. De este número no estaría desacertado decir que es la base y fuente del número completo,[16] es decir, el 10. Porque lo que el 10 es en acto, lo es evidentemente el 4 en potencia. Así, si se suman los números del 1 al 4 el resultado será 10, número éste que constituye el límite de la infinita serie de los números, los que en tomo de él, como alrededor de un eje, giran y vuelven sobre sus pasos.

[16] El 10 contiene a todos los números de la tetractys o serie de los cuatro primeros (1, 2, 3, 4), pues 1+2+3+4= 10. Según los pitagóricos, la tetractys "contiene en sí la fuente y la raíz de la eterna naturaleza".

48. Además el 4 encierra las relaciones de las consonancias musicales producidas por los intervalos de cuatro notas, de cinco, de octava y de doble octava, de los cuales resulta la más perfecta armonía. Del de cuatro notas la relación es 1⅓, del de cinco 1½, del de octava 2, del desdoble octava 4; a todas las cuales encierra en sí el 4: a 1⅓ en la relación 4/3, a 1½ en la relación 6/4, a 2 en la relación 4/2, y a 4 en la relación 4/1.

49. XVI. Existe otra propiedad del número 4 cuya mención y consideración provocan suma admiración. Dicho número, en efecto, fue el primero en poner de manifiesto la naturaleza de

lo sólido, en tanto que los anteriores estaban relacionados con cosas incorpóreas. Porque lo que en geometría se denomina punto se clasifica en la esfera del 1; y la línea en la del 2, como que de la extensión del 1 queda determinado el 2, y de la del punto la línea. A su vez, si a la línea, que es un largo sin anchura, se le añade la anchura se origina la superficie, la que está situada en la esfera del número 3. Y la superficie, para transformarse en un cuerpo, necesita de una dimensión más: la profundidad, cuya adición al 3 .produce 4. De todo lo cual resulta que este número es una cosa sumamente importante, ya que desde la existencia incorpórea y aprehensible por la inteligencia nos introduce en la noción de cuerpo de tres dimensiones, es decir, lo primero que por su naturaleza entra en el campo de la percepción sensorial.

50. Quien no hubiere entendido lo que digo lo comprenderá gracias a cierto juego muy común. Los que juegan con nueces acostumbran colocar tres nueces sobre una superficie plana, y luego añaden una más formando una figura piramidal. Pues bien, el triángulo del suelo se extiende hasta el número 3; la nuez agregada origina el número 4 en el orden numérico, y una pirámide, un cuerpo sólido ya, en el orden de las figuras.

51. Además de estas propiedades no debemos olvidar lo siguiente: el 4 es el primer cuadrado entre los números, producto de iguales factores multiplicados entre sí, medida de la justicia y la equidad;[17] y además el único que resulta indistintamente de la suma de 2 más 2, y de la multiplicación de 2 por 2, con lo que pone de manifiesto cierta hermosísima forma de consonancia, que a ninguno de los otros números es dada. Por ejemplo, el 6 es la suma de dos 3, pero no el producto de 3 por 3, que es 9.

[17] Las acepciones fundamentales del adjetivo griego *ísos* son *igual, igualmente distribuido, equitativo.* De allí que Filón afirme que el 4 es la medida de la justicia y la equidad, ya que es *isákis ísos = igual número de veces igual número,* es decir, dos veces dos, o 2 X 2, o el cuadrado de 2.

52. A muchas otras propiedades está vinculado también el 4, las que con mayor detenimiento habrán de ser expuestas en un trabajo especial sobre el mismo. Basta aquí con añadir lo siguiente: el 4 es el punto de partida de la creación del cielo y del mundo todo. En efecto, del número 4, como de una fuente, manaron los cuatro elementos con los que fue construido el universo. De él proceden además las cuatro estaciones del año, causas del nacimiento de los animales y las plantas, ya que el año ha sido dividido en cuatro partes: invierno, primavera, verano y otoño.

53. XVII. Pues bien, como dicho número ha sido considerado digno de tan gran preeminencia en la naturaleza, el Hacedor, como no podía ser de otro modo, llevó a cabo el ordenamiento del cielo en el cuarto día, y lo embelleció con el más hermoso y de más Divina forma entre los adornos: con los astros, portadores de claridad. Además, sabiendo que la luz es la mejor de todas las cosas, la convirtió en el instrumento del mejor de los sentidos, la vista; porque lo que la inteligencia es en el alma, lo es el ojo en el cuerpo. Tanto aquélla como éste ven: la inteligencia las cosas aprehensibles por vía intelectual, el ojo las sensibles. Y en tanto que la inteligencia ha menester de la ciencia para la aprehensión de las cosas incorpóreas, el ojo necesita de la luz para la visión de lo corpóreo.

54. La luz ha procurado a los hombres, aparté dé muchos otros bienes, sobre todo el bien mayor, que es la filosofía. En efecto, conducida por la luz hacia las alturas, la vista contempla en ellas la naturaleza de los astros, su armonioso movimiento, las bien ordenadas órbitas de las estrellas fijas y de las errantes, las primeras recorriendo órbitas idénticas e invariables, las segundas circulando con revoluciones dobles, desiguales y opuestas; y las armoniosas danzas

de todos ellos, coordinadas de acuerdo con las leyes de una música perfecta; y tal visión llena al alma de un gozo y placer indecible. El saborear sucesivas visiones, pues éstas se suceden unas a otras, trae aparejado un insaciable deseo de contemplaciones. Y entonces, como sucede habitualmente, el alma se pregunta intrigada cuál, es la esencia de estas cosas visibles; si se trata de entes increados o comenzaron a existir en un momento dado; cuál es el mecanismo de su movimiento, y cuáles son los principios por los que cada uno de ellos se rige; problemas éstos de los que surgió la filosofía, el más acabado de los bienes incorporados á la humana existencia.

55. XVIII. Así pues, con la mirada fija en aquella forma ejemplar de luz intelectual, mencionada ya dentro del orden de las cosas incorpóreas, creó Dios los astros perceptibles por los sentidos, Divinas y hermosísimas imágenes, a las que colocó en el cielo, como en el más puro templo de la sustancia corpórea. Los fines que se proponía eran muchos: uno proporcionar la luz, otro que sirvieran de señales, otro fijar las estaciones del año, y por último, determinar los días, los meses y los años, los que se convirtieron en las medidas del tiempo y originaron la naturaleza del número.

56. Cuánta utilidad y beneficio proporciona cada uno de los mencionados astros se pone de manifiesto por su misma evidencia, pero para una más precisa comprensión no estará, sin duda, fuera de lugar seguir la pista de la verdad también mediante un razonamiento.
Dividida la totalidad "del tiempo en dos partes: el día y la noche, el Padre asignó el dominio del día al sol, como a un gran soberano; en tanto que el de la noche lo entregó a la luna y a la multitud de los restantes astros.

57. La magnitud del poderío y mando correspondientes al sol tiene una clarísima prueba en lo ya mencionado. Porque, siendo uno y solo, tiene asignado, como porción privada y en atención a sí mismo, el día, es decir, la mitad del total del tiempo, mientras la otra, que se conoce con el nombre de noche, correspondió a los demás astros incluida la luna. Además, cuando el sol se eleva, las figuras de tan gran número de astros no sólo empalidecen sino se tornan invisibles ante la irradiación de la claridad de aquél; y cuando el sol se pone, comienzan a mostrar todos conjuntamente sus propias cualidades.

58. XIX. Pero, como Él mismo[18] lo ha dicho, no sólo para que esparcieran luz sobre la tierra fueron creados, sino también para que manifestaran señales de acontecimientos futuros. Efectivamente, por sus elevaciones, sus puestas, sus eclipses, o también por las épocas de sus apariciones y desapariciones o por otras variantes en sus movimientos, los hombres conjeturan lo que sobrevendrá: las buenas y malas cosechas, los nacimientos y las mortandades de animales, la claridad y nebulosidad del cielo, la calma y la violencia de los vientos, las crecidas y bajantes de los ríos, la tranquilidad y la agitación del mar, las irregularidades de las estaciones del año, así un verano trío, como un invierno cálido, o una primavera otoñal o un otoño primaveral.
[18] Gen. 1,14.

59. Ha habido quienes, por conjeturas basadas en los cambios que tenían lugar en el cielo, han preanunciado algún' movimiento o conmoción terrestre y otros innumerables acontecimientos fuera de lo común, lo que prueba la suma verdad que contiene el aserto de que los astros "han sido creados para ser señales".[19]
Pero con el siguiente agregado: "y para los tiempos oportunos". Por tales entendía Moisés las estaciones del año, y por cierto que con razón. Porque, ¿qué significación tiene el término "tiempo oportuno" sino la de "tiempo de buenos resultados"? Y buenos resultados son

aquellos a los que conducen las estaciones anuales al llevar a la plenitud de su desarrollo todas las cosas, así las siembras y los crecimientos de los frutos como las pariciones y los crecimientos de los animales.
[19] Señales que marcan las divisiones del tiempo.

60. Los astros fueron creados además para determinar la medida de los tiempos. En efecto, los días, los meses y los años quedaron determinados por las regulares revoluciones del sol, la luna y los demás astros. Consecuencia inmediata de esto fue que se puso de manifiesto lo más útil de todo: la naturaleza del número, siendo los períodos de tiempo quienes nos la revelan. De un día, en efecto, llegamos a concebir el número uno, de dos días el dos, de tres días el tres, de un mes el treinta, de un año el número equivalente a los días contenidos en doce meses, de un tiempo ilimitado el número infinito.

61. Tantos y tan útiles beneficios tienden a proporcionarnos las naturalezas celestes y los movimientos de los astros. ¡Y a cuántos otros procesos naturales, desconocidos para nosotros, porque no todo está al alcance de la inteligencia de los mortales, pero que contribuyen a la conservación del universo y se cumplen en todas partes y en todos los casos según leyes y normas que Dios fijó inalterables en el universo; se extiende, diría yo, esa benéfica influenciar!

62. XX. Ordenados convenientemente la tierra y el cielo, aquélla en el tercer día, éste en el cuarto, como se ha dicho, emprendió Dios la obra de crear, comenzando por los animales acuáticos, las especies mortales de creaturas vivientes en el quinto día, por considerar que no existe una relación más estrecha con el número 5 que la de las creaturas animales. No difieren, en efecto, las creaturas animadas de las inanimadas más que en la sensibilidad, y la sensibilidad está dividida en cinco partes: vista, oído, gusto, olfato y tacto. A cada una de ellas asignó el Hacedor un aspecto especial de la realidad material y un modo propio de captarlo, mediante el cual habría de obtener los datos sobre los objetos a su alcance. A la vista fuéronle asignados los colores, al oído los sonidos, al gusto los sabores, al olfato los olores, al tacto la blandura y la dureza, el grado de calor y de frío, las suavidades y las asperezas.

63. Ordenó, pues, que se formase toda suerte de especies de peces y monstruos acuáticos,. diferentes entre sí por los lugares de vida, los tamaños y las; características, ya que para distintos mares formáronse distinta? especies, aunque también las mismas correspondieron a veces a distintos mares. Mas no en todas partes se formaron todas, y sus razones hubo, ya que a algunas especies les placen las aguas de escasa altura, y de ningún modo el mar profundo, en tanto, que otras prefieren los puertos y las radas, no pudiendo ni arrastrarse sobre la tierra ni nadar mar adentro, y otras, habituadas a vivir en las profundidades del mar, rehuyen la proximidad de los salientes cabos, de las islas y de las rocas. Otras hállanse a sus anchas en las aguas calmas y tranquilas, mientras otras complácense en la violencia de las olas agitadas, como que, ejercitadas por los incesantes embates de éstas y embistiendo con fuerza contra su torrente, son más vigorosas y adquieren un desarrollo mayor..?
Acto seguido produjo también las distintas especies de aves, por tratarse de especies hermanas de las que viven en el agua, como que unas y otras son nadadoras; sin dejar incompleta ninguna clase de las creaturas que atraviesan el aire.

64. XXI. Una vez que el agua y el aire hubieron recibido, a manera de patrimonio propio, las especies de animales convenientes, llamó Dios una vez más a la tierra para que produjera la porción que había sido omitida, pues cuando creó los vegetales .habían quedado postergados los animales terrestres; y dijo: "Produzca la tierra rebaños, bestias salvajes y reptiles, según

cada especie" (Gen. I, 24). Al instante la tierra engendró las especies ordenadas, diferentes en la conformación, las fuerzas y la capacidad para dañar o beneficiar existentes en cada una.

65. En último término creó al hombre. De qué manera, lo diré un poco más adelante. Antes he de destacar la suma belleza del orden de sucesión con que procedió a concretar la creación de las creaturas animadas. De la vida animada, en efecto, la menos elaborada y de inferior configuración ha sido asignada al género de los peces; la más cuidadosamente forjada y superior en todos los aspectos, al género humano; la intermedia entre ambas, al de los animales terrestres y al de los voladores. Así, éstos tienen una capacidad de percepción sensorial más desarrollada que los peces pero menos aguda que los hombres.

66. Por tales razones de los seres animados creó primero Dios a los peces, más afines a la naturaleza puramente corpórea que a la anímica, en cierto modo animales y no animales, entes inanimados dotados de movimiento, a los que fue infundido el elemento espiritual con el solo objeto de la conservación de sus cuerpos, tal como dicen que se echan las sales a las carnes a fin le que no se pudran fácilmente.

67. Después de los peces creó las aves y los animales terrestres. Éstos son ya de sensibilidad más desarrollada y ponen de manifiesto en su constitución orgánica las cualidades propias de lo anímico más claramente. Y como coronación de todo creó, según se ha dicho, al hombre, a quien dotó de una inteligencia eminente, alma del alma, como la pupila en el ojo; que también de ésta los que investigan más a fondo la naturaleza de las cosas dicen que es el ojo del ojo.

67. XXII. En aquel tiempo todas las cosas se constituían simultáneamente, es verdad. Pero, aunque todas se constituían a la vez, como en adelante la llegada de los seres animados a la existencia tendría lugar procediendo unos de otros, el orden de sucesión aparece necesariamente descripto en la narración. En lo que toca a las creaturas particulares el orden es el siguiente: su naturaleza comienza por lo más bajo de todo, y termina en lo más elevado. Hemos de demostrar qué quiere decir esto. El semen resulta ser el punto de partida de la generación de los seres animados. Salta a la vista que se trata de algo de calidad sumamente baja, parecido a la espuma. Pero, una vez que ha sido depositado en la matriz, se solidifica, y acto seguido, habiendo adquirido movimiento, tórnase hacia su naturaleza.[20] Ésta es superior al semen, por cuanto en los seres creados el movimiento es superior a la inmovilidad. Como un artífice, o para decirlo con más precisión, con un arte irreprochable, ella plasma al ser animado distribuyendo la sustancia húmeda en los miembros y partes del cuerpo, y la aérea [21] en las facultades del alma, tanto en la de nutrición como en la de la aprehensión sensible. En cuanto a la facultad de razonar, hemos de diferir por ahora el ocuparnos de ella, teniendo en cuenta que hay quienes aseguran, que la misma procede de fuera, siendo Divina y eterna.

[20] Vale decir, hacia su natural desarrollo como ser animado.

[21] Sustancia aérea o sustancia espiritual (pneúma).

68. La naturaleza animada origínase, pues, en algo tan vil como el semen, y acaba en lo más excelso: la formación del animal y del hombre. Y por cierto que esto mismo ocurrió también en ocasión de la creación del universo. Cuando el Creador decidió formar creaturas animadas, fueron los peces, o sea, los más ruines, por así decir, los primeros en el orden; en tanto que los últimos fueron los mejores, es decir, los hombres; y entre ambos extremos, los restantes, vale decir, los animales terrestres y aéreos, superiores a los primeros, e inferiores a los otros.

69. XXIII. Como se ha señalado ya, Moisés dice que después de todas las otras creaturas fue creado el hombre a imagen y semejanza de Dios.[22] Y lo: dice con toda razón ya que ninguna

creatura terrestre es más semejante a Dios que el hombre. Nadie,. empero, imagine que la semejanza reside en las características corporales. Ni Dios tiene forma humana, ni el cuerpo humano se asemeja a Dios. El término "imagen" se aplica aquí a la parte rectora del alma, la inteligencia. Y efectivamente, la inteligencia de cada una de las creaturas que sucesivamente han llegado a existir ha sido conformada a imagen de una única inteligencia, aquella Inteligencia del universo, que es como un arquetipo, siendo, en cierto modo, un dios para aquel que la lleva y guarda reverentemente en su espíritu; porque, evidentemente, la inteligencia humana ocupa en el hombre la misma posición que el Gran Soberano ocupa en el mundo todo. Es, en efecto, invisible, mas ella lo ve todo; y siendo imposible de percibir su sustancia, ella aprehende las sustancias de todas las demás cosas. Además, mientras por obra de las artes y las ciencias abre caminos en todas direcciones, anchurosas vías todos ellos, marcha a través de la tierra y el mar investigando la naturaleza de cada una de las cosas.
[22] Gen. I, 26.

70. Y en una segunda etapa, después de remontarse como alada creatura y de contemplar el aire y sus cambios, se eleva más aún, hacia el éter [23] y las circulares vías del cielo; y tras deambular mezclada en las danzas que cumplen los planetas y las estrellas fijas según los modos de la música perfecta, siguiendo al amor por la sabiduría que guía sus pasos, dejando atrás toda la sustancia aprehensible por los sentidos, lánzase desde allí en procura de la aprehensible por la inteligencia. Y al contemplar en aquella región las incomparables bellezas que son. los modelos y formas ejemplares de las cosas sensibles que había visto aquí, presa de una sobria embriaguez, como los que experimentan el delirio de los Coribantes,[24] siéntese inspirada; y llena danzas rituales al son de embriagadora música, remedando de un ansia distinta y de un deseo superior, por el que es conducida hacia la alta estera de las cosas aprehensibles por la inteligencia, cree ir al encuentro del mismo Gran Rey.
[23] Región superior al aire según la cosmografía de los antiguos.
[24] Sacerdotes de la diosa Rea (Cibeles), que entregábanse al frenesí de desenfrenadas al cortejo de los míticos servidores que se suponía acompañaban a la diosa frigia por montes cubiertos de bosques durante las noches a la luz de las antorchas que ellos portaban. *Nephálios* =. sobrio, es un tecnicismo ritual que alude a las libaciones sin vino, solo con agua, leche y miel en honor de las Musas, las Ninfas y las Euménides.

71. Mas, cuando vivamente desea contemplarlo, puros e inmaculados rayos de compacta claridad se derraman como un torrente, de suerte que la mirada de la inteligencia es encandilada por los resplandores.
Como no toda imagen corresponde a su modelo y arquetipo, siendo muchas de ellas diferentes. Moisés completa el sentido de la expresión "según la imagen" añadiendo "y semejanza", para recalcar que se trata de una prolija reproducción de nítida impresión.

72. XXIV. No estaría desacertado quien se plantease la pregunta de por qué razón atribuye Moisés la creación del hombre no a un solo Creador como en el caso do las demás creaturas, sino a un mayor número, según parece desprenderse del texto. Presenta, efectivamente, al Padre del universo expresándose de esta manera: "llagamos al hombre según nuestra imagen y semejanza." (Gen. I, 26.)[26] Por ventura, entonces, diría yo, Aquél al que todas las cosas están, sujetas tiene necesidad de otro alguno? Si cuando creaba el cielo, la tierra y el mar no tuvo necesidad de nadie que cooperara con Él, ¿no habría de ser capaz, sin la colaboración de otros, de crear por Sí mismo, Él personalmente, a una creatura tan débil y perecedera como el hombre? La verdad plena sobre la causa de ello por fuerza sólo Dios la sabe, pero la que parece por verosímil ser una conjetura digna de fe y razonable no hemos de omitir mencionarla.

[25] Obsérvense los plurales "hagamos" y "nuestra" (pluralidad de poseedores), que dan pie a la deducción de Filón.

73. Es la siguiente: de los demás seres creados unos no tienen parte ni en la virtud ni en el vicio, como ocurre con los vegetales y los animales irracionales, ya que los primeros carecen de vida animada y se desenvuelven regidos por una naturaleza incapaz de percibir sensorialmente; los segundos porque han sido privados de inteligencia y razón, y la inteligencia y la razón son como la residencia de la virtud y del vicio, a los que la naturaleza ha hecho para habitar en ellas. Otros, a su vez, participan sólo de la virtud, permaneciendo libres de todo vicio: tales los astros. Se dice, en efecto, que éstos no sólo son creaturas animadas sino creaturas animadas inteligentes; o más bien, que cada uno de ellos constituye de por sí una inteligencia, totalmente recta en todos los aspectos y al abrigo de todo mal. Otros son de naturaleza mixta, como el ser humano, que admite las condiciones opuestas: sabiduría e insensatez, prudencia e incontinencia, valentía y cobardía, justicia e injusticia, y, resumiendo, cosas buenas y malas, nobles y ruines, virtud y vicio.

74. Pues bien, en razón del parentesco de las creaturas excelentes con Dios, Padre del universo, muy propio de Él era el crearlas. En cuanto a las indiferentes, no le era ajeno el hacerlo, por cuanto también éstas se hallan exentas del vicio, que es Su enemigo; pero crear las de naturaleza mixta era propio de Él en determinado aspecto, en otro no. Le era propio por cuanto en su composición está contenido un principio superior; pero ajeno a causa del principio contrario e inferior.

75. Ésta es la causa por la que sólo en el caso de la creación del hombre Dios, según afirma Moisés, dijo "hagamos", plural que revela la coparticipación de otros como colaboradores. El objeto fue que, cuando el hombre, obrara rectamente, con irreprochables designios y acciones, Dios, el Soberano del universo, fuera reconocido como el origen de ellos; y en los casos contrarios la responsabilidad fuera atribuida a otros del número de Sus subordinados; ya que no era posible que el Padre fuera causa de mal para Sus hijos, y el vicio y los actos viciosos son un mal.

76. Después de haber llamado "hombre" al género, muy acertadamente distingue Moisés sus especies diciendo que había sido creado "masculino y femenino , no obstante que aún no habían adquirido forma sus miembros particulares.[26] Es que las especies más inmediatas al género existen desde el comienzo en él, y se muestran claramente, como en un espejo, a aquellos que poseen agudeza de visión.
[26] La aclaración de Filón viene a propósito de que el párrafo bíblico dice textualmente: "Y creó Dios al hombre según Su imagen, a imagen de Dios los creó; varón y mujer los creó." Filón sostiene que esta creación no es la del primer :nombre y la primera mujer individuales, mortales, con cuerpo y alma, cuya creación tendrá lugar más tarde; sino de la forma ejemplar, género o arquetipo de orden intelectual de la raza humana, en el que las especies, es decir, los varones y las mujeres estaban potencialmente determinados o contenidos para que posteriormente se concretaran en los hombres y mujeres individuales. Ver 134 y ss.

77. XXV. Bien puede ser que alguien pregunte por qué motivo fue el hombre el último en la creación del mundo. El Hacedor y Padre, en efecto, como lo señalan las sagradas escrituras, lo creó después que a todas las otras creaturas. Pues bien, los que más han profundizado en la interpretación de las leyes de Moisés y han examinado con el máximo de minuciosidad su contenido, dicen que Dios, después de hacer al hombre partícipe del parentesco con Él mismo consistente en el uso de la razón, lo cual constituía el mejor de los dones, no quiso rehusarle la

participación en los demás; y por tratarse del más afín a Él y más amado de los seres animados, puso a su alcance anticipadamente todas las cosas del mundo, deseoso de que al llegar a la existencia no careciera de cosa alguna de las que permiten vivir, y vivir bien. Para vivir le proporcionan lo necesario los abundantes aprovisionamientos de cuanto contribuye a su provecho; para vivir bien, la contemplación de las creaturas celestes, conmovido por la cual, la inteligencia concibe un amor y deseo ardiente de conocerlas. A partir de él floreció la filosofía, por la cual el hombre, aunque es mortal, es convertido en inmortal.

78. Tal, pues, como los que ofrecen un banquete no invitan a pasar a comer hasta que están preparadas todas las cosas para el festín,. y los organizadores de los certámenes atléticos y espectáculos teatrales antes de congregar a los espectadores en los teatros y estadios tienen preparada una multitud de competidores y de intérpretes de espectáculos y conciertos; de la misma manera el Soberano del universo, como si fuera un organizador de certámenes o un anfitrión, a punto ya de llamar al hombre a gozar de un festín y un espectáculo, tuvo prestadas previamente las cosas necesarias para uno y otro género de goces, a fin de que, apenas hubiese el hombre entrado en el mundo, hallase un sacratísimo banquete y espectáculo, un banquete plenamente provisto de todo cuanto proporcionan la tierra, los ríos, los mares y el aire para uso y disfrute; y un espectáculo pleno de toda suerte de visiones que abarcan las más sorprendentes sustancias, las más asombrosas cualidades, los más admirables movimientos y danzas en formaciones armoniosamente dispuestas, según numéricas proporciones y con acordes revoluciones, tales que no andaría errado quien afirmara que en todas ellas se encuentra la música arquetipo, verdadera y ejemplar, de la cual los hombres de los posteriores tiempos, después de trazar en sus almas esas imágenes, brindaron a la vida humana la más trascendental y provechosa de las artes.

79. XXVI. Ésta es, al parecer, la primera causa por la que el hombre fue creado en último término. Pero debemos mencionar una segunda, que no carece de verosimilitud. El motivo por el que tuvo el hombre a su disposición todas las provisiones y para la vida en el mismo instante de llegar por primera vez a la existencia fue instruir a las futuras generaciones, pues fue casi como si la naturaleza proclamase abiertamente y a gritos que, y igual que el fundador del género humano, éstas habrían de vivir sin trabajo ni preocupación en medio de la más pródiga abundancia de todas las cosas necesarias; cosa que hubiera ocurrido, si no se hubieran enseñoreado del alma las irracionales pasiones, alzando contra ella el muro de la glotonería y él libertinaje; si las apetencias de gloria, riqueza y poder no le hubieran arrebatado el control de su vida; si las penas no hubieran abatido y torcido su entendimiento; si el temor, funesto consejero, no hubiese echado por tierra sus impulsos hacia las virtuosas acciones; y si no la hubieran asaltado la insensatez, la cobardía, la injusticia y la incontable multitud de los restantes vicios.

80. Porque en la actualidad, cuando prevalecen todos los mencionados vicios y los hombres se hallan entregados a las pasiones y a los incontrolados y reprochables impulsos que no es lícito mencionar siquiera, les ha salido al encuentro el merecido castigo, sanción por sus impías costumbres. Y este castigo consiste en la dificultad para obtener las cosas necesarias. Y así, arando trabajosamente la tierra llana e irrigándola con las corrientes de fuentes y ríos, sembrando y plantando, y soportando día y noche a lo largo del año la fatiga de los trabajos de la tierra, se procuran las provisiones necesarias, aunque a veces de calidad ínfima y en cantidad no suficiente del todo. Daño que les sobreviene por muchas causas; o bien porque los torrentes de sucesivas lluvias arrasan los cultivos; o bien porque el peso del granizo se precipita en masa sobre ellos y los arrasan; o bien porque la nieve los hiela; o bien porque la violencia de los vientos los arranca de raíz, pues son muchas las maneras como el agua y el

aire convierten la producción de frutos en esterilidad.

81. En cambio, si los desmedidos impulsos de las pasiones fueran apaciguados por la prudencia; y las tendencias a delinquir y las ambiciones lo fueran por la justicia; y, para decirlo en pocas palabras, si los vicios y sus infructuosas prácticas cedieran ante las virtudes y las virtuosas acciones; eliminada la guerra del interior del alma, que es verdaderamente la más terrible y penosa de las guerras; prevaleciendo la paz íntima, y brindando ella, con calmos y suaves modos, un bien reglado orden a las facultades de nuestro ser, habría esperanza de que Dios, como amante que es de la virtud, de la rectitud, y además del hombre, procurara a la especie humana los bienes sin necesidad de producirlos y al alcance de su mano; que, evidentemente, sería más fácil para Él aún proporcionar abundantemente, sin necesidad del trabajo agrícola, el producto de creaturas ya existentes, que el traer a la existencia aquellas que no existen.[27]

[27] Es decir, si fue capaz de crear a partir de lo no existente, ¿cómo no lo será, con más razón aún, de hacer que lo ya existente produzca sus frutos espontáneamente, sin necesidad de cultivo?

82. XXVII. Baste con lo expuesto en lo que toca a esta segunda causa. Una tercera es la siguiente. Habiendo discurrido Dios establecer una vinculación de íntima y amistosísima armonía entre el principio y el fin de las cosas creadas, hizo que el principio fuera el cielo, y el fin el hombre; el más perfecto el primero entre los seres incorruptibles aprehensibles por los sentidos; el de mayor jerarquía el otro entre los nacidos de la tierra y perecederos, al que con acierto podríamos calificar de cielo en miniatura, que lleva en su propio ser cual sagradas imágenes muchas naturalezas semejantes a los astros, gracias a las artes, las ciencias y a las loables máximas relativas a cada una de las virtudes. Y así, puesto que lo corruptible y lo incorruptible son contrarios entre sí por naturaleza, Dios asignó al principio y al fin lo de mayor jerarquía en uno y otro orden: el cielo, como se dijo, al principio, y el hombre al fin.

83. XXVIII. Finalmente, se menciona también como explicación una convincente razón, que es la siguiente. Era preciso que el hombre fuera creado en último término, cuando estaban ya creadas todas las cosas, para que apareciendo imprevistamente a último momento ante las demás creaturas animadas, produjese admiración en ellas, por cuanto éstas, al verlo por primera vez, habrían de quedar pasmadas y de rendirle homenaje como a un natural soberano y señor. Resultado de ello fue que todos los animales, al contemplarlo, tornáronse mansos en todas sus especies, y cuantos eran más salvajes por sus naturalezas no bien lo contemplaron por primera vez al punto se convirtieron en los más dóciles, dando muestras de sus implacables furias unos contra otros y comportándose, en cambio, mansamente solo con el hombre.

84. Ésta fue, además, la causa por la que el Padre, al crearlo como creatura animada naturalmente capacitada para gobernar, lo estableció como rey de todas las creaturas sublunares: terrestres, acuáticas y aéreas, no sólo de hecho sino .por elección expresa. Y efectivamente, cuantas creaturas mortales existen en los tres elementos: tierra, agua y aire, todas están subordinadas a él, excluidas las del cielo, por cuanto a éstas les ha correspondido una porción más cercana a Dios. La más clara prueba de esa soberanía la proporcionan los hechos que suceden ante nuestra vista. A veces innumerables multitudes de animales son conducidos por un solo hombre común, sin armas ni hierro ni otro medio alguno de defensa, sin más abrigo que una piel, y con sólo un bastón para señalarles el camino y apoyarse durante las marchas cada vez que se siente cansado.

85. Por ejemplo, un pastor, un cabrerizo o un boyero conducen inmensos hatos de ovejas, cabras y bueyes. Y no se trata de hombres de cuerpo robusto o fornido, como para que a causa precisamente de su corpulencia y vigor corporales provoquen abatimiento en quienes los ven. Y tan grandes vigores y poderes de tantos bien pertrechados animales; que, en verdad, poseen los medios de que los dotó la naturaleza para su defensa; se doblegan ante él, como esclavos ante un amo, y hacen lo que les va ordenando. Los toros son atados bajo el yugo para arar la tierra, y abriendo profundos surcos durante todo el día, y a veces también de noche, recorren su largo itinerario guiados por algún labrador. Carneros agobiados bajo el peso de las espesas lanas cuando al llegar la estación primaveral se cubren, de vellones, se colocan pacíficamente a una orden del pastor, y echados en tierra se dejan trasquilar sin alterarse, acostumbrados, como están, a entregar su lana, como las ciudades el tributo anual, a su natural soberano.

86. Y hasta el caballo, el más irritable de los animales, fácilmente es controlado por el freno, de modo que no se encabrite y rebele, Y ahuecando su lomo a modo de muy cómodo asiento recibe al jinete y conduciéndolo, en lo alto corre con rapidez suma presuroso por llegar y conducir a su amo a los lugares a los que éste tiene prisa por ir. Y el jinete, sentado sobre él sin molestias y con mucho reposo cumple su itinerario empleando el cuerpo y los pies de otro.

87. XXIX. Muchas otras cosas podría decir quien deseara extenderse en la demostración de que ninguna creatura se emancipa y queda libre de la autoridad del hombre; pero con, lo dicho basta para ponerla de manifiesto. Con todo, es preciso no pasar por alto lo siguiente: el hecho de haber sido el hombre creado en último término no involucra una inferioridad acorde con su lugar en el orden de sucesión. 88. Lo atestiguan los conductores de carros y los pilotos. Los primeros, marchando después de las bestias y ocupando su puesto detrás de ellas, las conducen por donde quieren teniéndolas sujetas de las riendas; lanzándolas unas veces en rápida carrera, y reteniéndolas otras, si corren con mayor velocidad que la necesaria. Los pilotos, por su parte, no obstante estar situados en la parte trasera de la nave, en la popa, son, por así decir, los de mayor jerarquía entre los que navegan, como que tienen en sus manos la seguridad de la embarcación y de los que viajan en ella. Pues bien, el Hacedor creó al hombre después de todas las cosas para que manejase las riendas y el timón de todos los seres que hay sobre la tierra, tomando a su cargo el cuidado de los animales y las plantas, como un gobernador dependiente del supremo y gran Rey.

89. XXX. Una vez que el mundo hubo sido concluido de conformidad con las propiedades del seis, número perfecto, el Padre honró al siguiente día, el séptimo, exaltándolo y declarándolo santo. Se trata, en efecto, de la fiesta, no de una sola ciudad o de un solo país, sino del universo, la única a la que cabe denominar con toda propiedad fiesta de todo el pueblo y natalicio del mundo.

90. Dudo yo que alguien pueda celebrar dignamente la naturaleza del número 7, pues es superior a cuanto se pueda decir. Mas no, porque sea más admirable que cuanto se diga sobre ella, hemos por eso de callamos al respecto; y habremos de atrevernos a mostrar, ya que no es posible todos ni los más esenciales aspectos, al menos aquellos que están al alcance de nuestros entendimientos.

91. El término siete se emplea con dos sentidos diferentes.[28] Hay un 7 comprendido dentro del 10, compuesto de siete unidades y determinado por la septuplicación de la unidad. Pero, hay otro fuera del 10. Se trata de un número cuyo punto de partida es siempre la unidad y se forma por duplicación, triplicación o, en general, multiplicación en regular progresión, como, por ejemplo, el 64, que es el producto de duplicar a partir de la unidad; y el 729, que lo es de

triplicar;[29] Cada una de estas formas del 7 ha de ser examinada con detenimiento.
[28] Como cardinal, igual a siete unidades, y como ordinal o séptimo.
[29] Se trata del séptimo término de las progresiones geométricas que tienen por punto de partida la unidad. En los ejemplos dados: 1 X 2 = 2; 2 X 2 = 4; 4 X 2 = 8; 8 X 2 = 16; 16 X 2 = 32; 32 X 2 == 64 y 1 X 3 = 3; 3 X 3 = 9; 9 X 3 = 27; 27 X 3 = 81; 81 X 3 = 243; 243 X 3 = 729.

92. La segunda posee una muy manifiesta superioridad. En efecto, siempre el séptimo término de una progresión geométrica regular de razón 2, 3 u otro número cualquiera, si su punto de partida es la unidad, resulta a la vez cubo y cuadrado, abarcando así ambas especies de sustancias: la incorpórea y la corpórea; la incorpórea, que corresponde a la superficie, determinada por cuadrados; y la corpórea, que corresponde a lo sólido y está determinada por cubos.

93. Una clarísima prueba son los números ya mencionados. Por ejemplo, el que resulta de duplicar siete veces a partir de la unidad, es decir, el 64, es un cuadrado, producto de 8 por 8; y además un cubo, producto de 4 por 4 por 4. Por su parte, el que resulta de triplicar siete veces a partir de la unidad, o sea, el 729 es un cuadrado, producto de multiplicar 27 por sí mismo; y un cubo, pues resulta de multiplicar 9 por 9 por 9.

94. Además, si en vez de la unidad se toma como punto de partida el séptimo término, se hallará con seguridad que siempre el producto es cubo y cuadrado a la vez. Así, por ejemplo, tomando como. punto de partida el 64 y formando la progresión geométrica de razón 2, se obtendrá un séptimo término, que es el 4096, cuadrado y cubo a la vez, cuadrado que tiene por lado a 64, y cubo con 16 por arista.[30]
[30] 64 x 2 = 128; 128 X 2 = 256; 256 X 2 = 512; 512 x 2 = 1024; 1024 X 2 = 2048; 2048 X 2 = 4096; y 16 X 16 = 96; 96 X 16 = 4096.

95. XXXI. Hemos de pasar a considerar también la otra especie de 7, la contenida dentro del 10, que presenta propiedades admirables y no inferiores a las de la primera especie. Por ejemplo, 7 es la suma de 1 más 2 más 4, números que contienen dos relaciones musicales de máxima armonía: la doble y cuádruple; de las que la primera produce la armonía del diapasón, y la cuádruple la del doble diapasón. Admite además el 7 otras divisiones, reunidas en pares como animales bajo el yugo. Se divide en primer lugar en 1 y 6, luego en 2 y 5, y finalmente en 3 y 4.

96. Musical en sumo grado es también la proporción de estos números. En efecto, la relación 6/1 es una proporción séxtuplo, proporción que produce la mayor distancia musical que existe, y que es la que separa el sonido más agudo del más grave, como demostraremos cuando de los números pasemos a la proporción en las armonías. Que la proporción 5/2 manifiesta una inmensa potencia en lo que hace a la armonía, comparable casi a la del diapasón, es cosa que está muy claramente establecida en la teoría musical. Por su parte, la proporción 4/3 produce la primera armonía, es decir, la epítrita o del intervalo de cuarta.

97. XXXII. Pone además de manifiesto el 7 otra belleza propia de él, muy sagrado asunto para la reflexión. Siendo, en efecto, la suma de 3 más 4, presenta lo que en las cosas existentes es estable y recto por naturaleza. Hemos de mostrar de qué manera. El triángulo rectángulo, que es el punto de partida de las cualidades, [31] está constituido por números: el 3, el 4 y el 5. El 3 y el 4, que son constituyentes del 7, producen el ángulo recto. Porque, mientras los ángulos obtuso y agudo evidencian la irregularidad, el desorden y la desigualdad, ya que unos resultan

ser más obtusos o agudos que otros, el recto, en cambio, no admite comparación, ni puede ser más recto que otro, sino permanece siempre idéntico, sin cambiar jamás su propia naturaleza. Ahora bien, si el triángulo rectángulo es el punto de partida de las figuras y de las cualidades, y, por otra parte, lo esencial de este triángulo, es decir, el ángulo recto, está proporcionado por los números que constituyen al 7, o sea, el 3 y el 4 juntamente, con razón puede el 7 ser considerado la fuente de toda figura y de toda cualidad.

[31] Es decir, punto de partida de las figuras con formas definidas. Ver Platón, Timeo 53 c.

98. XXXIII. A lo ya expuesto podría agregarse lo siguiente: que el 3 es el número correspondiente a la superficie, ya que el punto se clasifica en la categoría del 1, la línea en la del 2 y la superficie en la del 3; y el 4 corresponde a lo sólido por la adición de la unidad, es decir, agregando la profundidad a la superficie. Es por ello evidente que la naturaleza del 7 es el punto de partida de la geometría plana y de la sólida, y, para decirlo en pocas palabras, de las cosas incorpóreas y corpóreas conjuntamente.

99. Tal grado de sagrada dignidad se encierra en la naturaleza del 7, que en él se da una relación que ninguno de los demás números de la década posee. De éstos, en efecto, unos son factores sin ser a su vez divisibles; otros son divisibles y no son factores; otros, en fin, son ambas cosas: factores y múltiplos. Sólo el 7 no se observa en ninguna de estas categorías. Hemos de confirmar esta afirmación mediante una demostración. El 1 es factor de todos los otros números subsiguientes, en tanto que no es producto de ningún otro absolutamente. El 8 es producto de 4 por 2 pero no es factor de ningún otro número de la década. El 4, en cambio, pertenece a ambos órdenes: a los factores y a los múltiplos: duplicado da 8, y es divisible por 2 a la vez.

100. Solamente el 7, como digo, es de naturaleza tal, que ni divide ni es divisible. Por esta razón los otros filósofos asimilan este número a la no engendrada y virgen Nice,[32] la que, según la tradición, surgió de la cabeza de Zeus; en tanto que los pitagóricos lo identifican con el Soberano del universo. Se fundan éstos en que lo que ni engendra ni es engendrado permanece inmóvil, puesto que es la generación lo que implica movimiento, como que ni lo que engendra ni lo que es engendrado pueden darse sin movimiento, lo primero para engendrar; lo segundo para ser engendrado. Y sólo un ser existe que ni mueve ni es movido: el venerable Soberano y Guía, del que acertadamente podría decirse que el 7 es una imagen. Confirma esta aserción mía Filolao[33] en estas palabras: "Existe", dice, "un Guía y Soberano de todas las cosas. Dios, que es siempre uno, permanente, inmóvil, idéntico a Sí mismo, distinto de los demás".

[32] Trátase de Palas Atenea (Minerva), divinidad nacida, según una tradición, de la cabeza de Zeus, abierta de un hachazo por Hefesto (Vulcano). Téngase presente que ser factor y ser divisible o producto se expresan en .griego por germán = engendrar en voz activa y en pasiva respectivamente.

[33] Filósofo pitagórico del siglo V a. C.

101. XXXIV. En el orden, pues, de las cosas aprehensibles por la inteligencia el 7 pone de manifiesto lo carente de movimiento y libre de pasión; en tanto que en el de las cosas sensibles exhibe una inmensa potencia, de trascendencia suma [en el movimiento de los planetas], de los que derívanse naturales ventajas para todas las cosas de la tierra; y en las revoluciones de la luna. Hemos de examinar de qué manera. La suma de los números de 1 a 7 da 28,[34] número perfecto éste e igual a la suma de sus tactores.[38] El número resultante es el de los días en que se cumple un ciclo lunar completo, y retorna la luna, menguando su tamaño, a aquella forma desde la que había comenzado su crecimiento de manera perceptible. Crece, en efecto,

desde el primer brillo de la etapa creciente hasta la media luna en siete días; luego al cabo de otros tantos tiene lugar el plenilunio; y retorna en sentido inverso, como un corredor en la carrera de doble recorrido, por el mismo camino desde la luna llena hasta la media luna, otra vez en siete días, para luego desde ésta volver a la luna nueva en la misma cantidad de días, siendo la suma de todos los días empleados igual al ya mencionado número.

[34] 1 + 2 + 3 + 4 + 5 + 6 + 7 = 28.

[35] Igual a la suma de sus factores, como el 6 (ver 13); 1 + 2 + 4 + 7 + 14 = 28; siendo los sumandos sus factores porque 1 X 28 = 28; 2, x 14 = 28; 4 x 7 = 28.

102. Quienes acostumbran asignar nombres con toda propiedad llaman también "portador de perfección" al 7, por cuanto por él todas las cosas alcanzan su perfección. Pruebas de ello pueden extraerse del hecho de que todo cuerpo orgánico tiene tres dimensiones: largo, ancho y alto; y cuatro límites: punto» línea, superficie y sólido, sumados los cuales conjuntamente resultan ser 7. Mas hubiera sido imposible que estos cuerpos fueran medidos por el 7 de acuerdo con su constitución a partir de tres dimensiones y cuatro límites, si no ocurriera que las formas de los primeros números, 1, 2, 3 y 4, que son los fundamentos del 10,[36] confinen la naturaleza del 7, por cuanto dichos números contienen cuatro límites: el primero, el segundo, el tercero y el cuarto;[37] y tres intervalos: el primero, que va de 1 a 2; el segundo, que se extiende de 2 a 3; y el tercero, que separa 3 de 4.

[36] Porque 14-2+3+4= 10.

[37] Los cuatro límites o términos son en este caso el 1, el 2, el 3 y el 4,. números que encierran o limitan los tres intervalos: el que va del 1 al 2, el que va del 2 al 3, y el que va del 3 al 4. Nuestro vocablo término viene del latino *términus* = linde o límite.

103. XXXV. Aparte de las pruebas ya mencionadas, evidencian clarísimamente también la potencia perfeccionadora del 7 las etapas de la vida humana desde la infancia hasta la vejez, las que se distribuyen de la siguiente manera: durante los siete primeros años tiene lugar el crecimiento de los dientes; durante el segundo sobreviene la época de la posibilidad de emitir semen fecundante; en el tercero prodúcese el crecimiento de la barba; en el cuarto, el progresivo acrecentamiento de las fuerzas; en el quinto, la ocasión oportuna para los matrimonios; durante el sexto, la madurez del entendimiento; durante el séptimo, el mejoramiento y acrecentamiento progresivo de la inteligencia y la razón; en el octavo, la perfección de una y otra; en el noveno, la amabilidad y suavidad de trato, apaciguadas cada vez más las pasiones; y durante el décimo, el fin apetecible de la vida, cuando todavía los miembros del organismo se mantienen firmes. Porque una vejez prolongada suele abatirlos y destruir a cada uno de ellos.

104. Entre los que han descripto estas edades está el legislador ateniense Solón, quien compuso estos versos elegiacos:
El niño, impúber aún y tierno infante, las hileras de dientes produce y echa fuera primeramente durante siete años; cuando Dios ha completado los otros siete años, aparecen las señales de la juventud que sobreviene; en el tercer septenio la barba, a la par del desarrollo de sus miembros, le brota como flor de su cambiante piel; en el cuarto cada uno alcanza el tope de su vigor, el que los hombres tienen por signo de calidad personal; en el quinto sobreviene el momento oportuno para que el hombre se acuerde del matrimonio y se preocupe en adelante por engendrar hijos; en el sexto la inteligencia del hombre se ejercita en todo saber, y no desea ya, como antes, realizar acciones descabelladas; en el séptimo y el octavo, catorce años entre los dos septenios, llega a la suma excelencia en inteligencia y habla; en el noveno conserva, ciertamente, su fuerza, pero mengua la capacidad de su saber y su lengua

para las realizaciones de alta calidad; y quien llegare a completar el décimo exactamente no llegará a la inevitable muerte en edad inoportuna.

105. XXXVI. En los diez mencionados septenios distribuye, pues, Solón la existencia humana. En cambio, el médico Hipócrates dice que las etapas de la vida son siete: infancia, niñez, adolescencia, mocedad, edad adulta, edad madura y vejez; y que estas etapas se miden por múltiplos de 7, aunque no según la sucesión regular. Dice así: "En la vida humana hay siete etapas, que se llaman edades: infante, niño, adolescente, mozo, hombre adulto, hombre maduro y anciano. Se es infante durante siete años, mientras van creciendo los dientes; niño, hasta la emisión del semen, vale decir, hasta dos veces siete años; adolescente, hasta el crecimiento del pelo de la barba, o sea, hasta tres veces siete años; mozo, hasta el desarrollo total del cuerpo, es decir, hasta cuatro veces siete años; hombre adulto, hasta los cuarenta y nueve años, vale decir, hasta siete veces siete años; hombre maduro, hasta los cincuenta y seis, o sea, hasta siete veces ocho. A partir de entonces se es anciano."

106. En ponderación de la admirable posición que el número siete ocupa en la naturaleza menciónase también lo siguiente, por cuanto se trata de la suma de 3 más 4. Si se multiplica por 2, se halla que el tercer número a contar desde la unidad es un cuadrado, y que el cuarto es un cubo, mientras el séptimo, y número que procede de ambos, es un cuadrado y un cubo a la vez.[38] En efecto, el tercer número en esta multiplicación por 2, a partir de la unidad, vale decir, el 4 es un cuadrado; el cuarto, o sea, el 8 es un cubo; y el séptimo, vale decir, el 64 es a la vez cubo y cuadrado. De modo que el número siete es realmente portador de perfección, como que proclama ambas correspondencias: con la superficie, a través del cuadrado en virtud de su parentesco con el 3; y con el sólido, a través del cubo en razón de su vinculación con el 4; puesto que 3 más 4 suman 7.

[38] Primer número; 1; segundo: 2 (2 X 1); tercero: 4 (2 X 2); cuarto: 8 (2 X 4); quinto: 16 (2 X 8); sexto: 32 (2 X 16); séptimo: 64 (2 X 32). El tercero de ellos, es decir, el 4, es un cuadrado (2 X 2); el cuarto, o sea el 8, es un cubo (2 X 2 X 2); en tanto que el séptimo, el 64 es un cuadrado (8 X 8) y un cubo (4 X 4 X 4).

107. XXXVII. Mas no es sólo portador de perfección, sino también, por así decir, armonioso en sumo grado y, en cierto modo, fuente de la más hermosa de las escalas, la que contiene todas las armonías: la de cuarta, la de quinta y la de octava, y además todas las proporciones, a saber: la aritmética, la geométrica y también la armónica. El esquema está formado con los siguientes números: 6, 8, 9, 12. El 2 se halla con respecto al 6 en la proporción "4/3, a la que se ajusta la armonía de 4; el 9 con respecto al 6, en la proporción 3/2, por la que se rige la armonía de 5; el 12 con respecto al 6, en la proporción 2/1, que regula la armonía de octava.

108. Como digo, encierra además todas las progresiones: la aritmética formada por 6, 9 y 12, pues el segundo término es mayor que el primero en tres unidades, y el tercero sobrepasa al segundo en el mismo número de ellas; la geométrica formada por los cuatro números, por cuanto la misma relación que existe entre 12 y 9, se da entre 8 y 6, siendo la proporción 4/3; y la armónica, formada por tres números: 6, 8 y 12.

109. Hay dos maneras de distinguir una progresión armónica. Una es la siguiente: se da tal progresión cuando la relación entre el último término y el primero es igual a la relación que existe entre la diferencia del último al intermedio, y la de éste al primero. Un ejemplo clarísimo puede hallarse en los números que tenemos ante nosotros: el 6, el 8 y el 12. El último es el doble del primero, y la diferencia [39] también es el doble. En efecto, el 12 sobrepasa al 8 en cuatro unidades, y el 8 al 6 en dos, y 4 es el doble de 2.

[39] La diferencia entre el último (el 12) y el intermedio (el 8) es 4, en tanto que la diferencia entre el intermedio (8) y el primero (el 4) es 2, la mitad de 4.

110. Otra manera de comprobar la existencia de una proporción armónica es ésta. Se da esa proporción cuando el término intermedio sobrepasa a uno de los extremos en la misma proporción en que es sobrepasado por el otro. Así, el 8, que es el término intermedio, sobrepasa al primer extremo en un tercio, pues restándole 6 queda 2, que es un tercio de 6; y es sobrepasado por el último en la misma fracción, pues restando 8 a 12 queda 4, que es un tercio de 12.

111. XXXVIII. Baste con lo dicho acerca de la alta dignidad que encierra esa figura, esquema o como deba llamársele. Tan grandes cualidades y otras más pone el 7 de manifiesto en orden de las cosas incorpóreas y aprehensibles por la inteligencia. Mas su naturaleza trasciende esa esfera y se extiende a toda sustancia visible sin excepción, al cielo y a la tierra, hasta los extremos del universo. Porque, ¿qué sector del universo no es amante del 7, hallándose dominado por el amor y apasionado deseo hacia él?

112. Por ejemplo, se nos dice que el cielo está ceñido por siete círculos, cuyos nombres son ártico, antártico, trópico estival, trópico invernal, equinoccio, zodíaco y además la Vía Láctea. El horizonte, en cambio, es una impresión subjetiva nuestra solamente y su circunferencia aparece ora mayor ora menor según sea penetrante nuestra vista o lo contrario. Siete, también, son precisamente los órdenes en que están distribuidos los planetas, la hueste contrapuesta a la de las estrellas fijas, los que manifiestan una inmensa simpatía hacia el aire y la tierra. Alteran, en efecto, y hacen variable al primero, cíe modo que resulten las llamadas estaciones del año, produciendo en el transcurso de cada una de ellas innumerables cambios mediante períodos de calma, de atmósfera serena, de nubes espesas y de vientos excesivamente violentos; y al mismo tiempo provocan las crecientes y las bajantes de los ríos; convierten llanuras en pantanos e, inversamente las desecan; ocasionan cambios en los mares, cuando las aguas fluyen o refluyen.

113. A veces, en efecto, producido el reflujo de las aguas del mar, amplios golfos conviértense en bajo litoral repentinamente; y poco después, al volver el mar a derramarse, tornan a ser profundísimo mar, navegable no sólo por pequeñas embarcaciones chatas sino también por naves de pesadas cargas. Y hacen, asimismo, crecer y llegar a su completo. desarrollo a todas las cosas terrestres, tanto a las creaturas animadas como a las plantas productoras de frutos, preparándolas para perpetuar la naturaleza propia de cada una de ellas, de modo que nuevos individuos florezcan desde los viejos y lleguen a su plena madurez para proveer indefinidamente a los que los necesitan.

114. XXXIX. Siete, también, son las estrellas que forman la Osa Mayor, que dicen ser la guía de los navegantes. Con la vista puesta en ella los pilotos han trazado las innumerables rutas del mar, empeñados en una empresa increíble y superior a lo que cabe dentro de la humana naturaleza. Haciendo conjeturas basadas en las mencionadas estrellas, descubrieron los países hasta entonces desconocidos, islas los habitantes del continente, y tierras continentales los isleños. Correspondía, en efecto, que las partes más recónditas, así de la tierra como del mar, fueran puestas al alcance del conocimiento de la raza humana, es decir, de la creatura animada más amada por Dios, por lo más puro que existe en la naturaleza, el cielo.

115. Además de los grupos mencionados ya, también el coro de las Pléyades se compone de siete estrellas, cuyas apariciones y desapariciones llegan a ser origen de grandes beneficios

para todos, pues cuando ellas se ocultan se trazan los surcos para la siembra; cuando están próximas a reaparecer, anuncian el tiempo de la cosecha; y, elevadas ya, excitan a los jubilosos labradles para la recolección de los indispensables alimentos, y ellos con alegría acopian las reservas para el diario consumo.

116. También el sol, el magno señor del día, que dos veces cada año, en primavera y en otoño, produce sendos equinoccios, el de primavera en la constelación de Aries, y el de otoño en la de Libra,[40] ofrece una clarísima prueba de la excelsa dignidad del número siete. Cada uno de los equinoccios, en efecto, tiene lugar en el séptimo mes, y durante ellos se distribuyen por disposición de la ley las celebraciones de las más importantes y más vinculadas a la nación entre las fiestas, por cuanto en uno y otro llegan a su madurez todos los frutos de la tierra; en primavera el fruto del trigo y de todos los demás sembrados; en otoño el de la viña y de la mayoría de los otros árboles frutales.
[40] En la época de Filón (s. I d. C.) los judíos hacían comenzar el año sagrado o religioso en primavera, y el civil en otoño.

117. XL. Dado que las cosas de la tierra dependen de las del cielo de conformidad con cierta natural simpatía, el principio del número siete habiendo comenzado desde lo alto, descendió también hacia nosotros y visitó a las especies mortales. Por ejemplo, si no contamos a la parte rectora de nuestra alma,[41] el resto está dividido en siete partes, que son: los cinco sentidos, el órgano de la expresión y finalmente el de la generación. Todos ellos, como en los espectáculos de títeres, movidos por los hilos de la inteligencia, ora permanecen quietos ora se mueven, cada uno con las actitudes y los movimientos apropiados.
[41] Es decir, la inteligencia.

118. Hallará, asimismo, que son siete tanto unas como otras, quien se abocare a examinar las partes externas y las internas de nuestro cuerpo. En efecto, las partes visibles son: cabeza, pecho, vientre, dos brazos y dos piernas; y las internas, llamadas entrañas, son: estómago, corazón, pulmón, bazo, hígado y dos riñones.

119. Es más, la cabeza, que es parte principal de la creatura animada, hace uso de siete partes esencialísimas: dos ojos, dos oídos, dos fosas nasales y, en séptimo término, la boca; a través de la cual, como dijo Platón,[42] tienen su entrada las cosas mortales, y su salida las inmortales. Penetran, en efecto, por ella comidas y bebidas, alimentos perecederos de un cuerpo perecedero, en tanto que salen palabras, normas inmortales de un alma inmortal, mediante las cuales es guiada la vida racional.
[42] Platón, Timeo 75 d.

120. XLI. Los objetos que se distinguen a través del más elevado de los sentidos, la vista, participan de este número por sus clases. Siete, en efecto, son las especies visibles: cuerpo, distancia, forma, tamaño, color, movimiento y reposo; fuera de las cuales no hay otra alguna.

121. Mas he aquí que también las variantes de la voz son siete en total: aguda, grave, circunfleja, aspirada la cuarta, no aspirada la quinta, larga la sexta, y breve la séptima.

122. Y ocurre también que los movimientos son siete: hacia arriba, hacia abajo, hacia la derecha, hacía la izquierda, hacia adelante, hacia atrás y en círculo; movimientos que se distinguen con el máximo de claridad en los espectáculos de danza.

123. A dicho número, también, se limitan, así aseguran, las secreciones que fluyen a través

del cuerpo, a saber: las lágrimas, que se derraman a través de los ojos; los flujos cefálicos, que lo hacen a través de las fosas nasales; la saliva, que se escupe por la boca; a los que hay que agregar dos receptáculos, uno delante y otro detrás, para la eliminación de las sustancias superfinas; la sexta es el sudor, que fluye a través de todo el cuerpo, y la séptima, la muy acorde con la naturaleza, emisión de semen a través de los órganos genitales.

124. Asegura, además, Hipócrates, hombre versado en los procesos naturales, que el semen se solidifica y fija formándose el embrión en siete días. Por otra parte, a las mujeres les sobreviene el flujo «mensual hasta un máximo de siete días. Y siete meses tarda la naturaleza en hacer que los frutos del vientre se desarrollen plenamente; de lo que resulta algo sumamente paradójico: los infantes sietemesinos sobreviven, en tanto que los gestados durante ocho meses normalmente no pueden conservarse vivos.

125. También las graves enfermedades corporales, en especial los persistentes ataques de fiebre, debidos al desequilibrio do nuestras potencias interiores, hacen crisis generalmente en el séptimo día; él, efectivamente, decide la lucha por la vida, asignando a unos el restablecimiento, y a otros la muerte.

126. XLII. El poder de este número no sólo está estrechamente afincado en los campos ya mencionados, sino también en las más excelentes de las ciencias, es decir, la gramática y la música. En efecto, la lira de siete cuerdas, correspondiente al coro de los planetas, produce las melodías preferidas, y constituye prácticamente la pauta a la que se ajusta toda la construcción de instrumentos musicales. Y en la gramática, siete son las letras llamadas propiamente vocales en razón de que es evidente que suenan por sí mismas, y cuando se unen a otras letras producen sonidos articulados.[43] Por una parte, en efecto, completan aquello que les falta a las semivocales haciendo que los sonidos de éstas se tornen plenos; y por otra, transforman la naturaleza de las consonantes infundiéndoles su propio poder para que de letras impronunciables que son se conviertan en pronunciables.

[43] Vocales, en griego *phonéenta* = sonantes, por oposición a las *hemíphona* = semisonantes o semivocales, que según los gramáticos griegos. Eran l, m, n, r, ps, x, ds; y a las *áphona* = no sonantes o consonantes. Filón justifica el nombre de las sonantes o vocales asociando su efecto acústico con el hecho de sonar (*phoneísthal*) y el sonido (*phoné*),

127. Estas razones explican, a mi parecer, por qué los que originalmente asignaron nombres a las cosas, como sabios que eran, llamaron "siete" a este número derivándolo de la veneración do que es objeto y de la majestad que le es propia.[44] Los romanos, al añadir la letra s, omitida por los griegos; destacan con mas claridad aún el parentesco, pues lo llaman, con más propiedad "*septem*" derivándolo, según so ha dicho, de "majestuoso" y de "veneración".[45]

[44] Establece Filón un imaginario parentesco entre la familia de palabras formada por los términos *sebasmós* = reverencia; *semnótes* = majestad; *semnós* = venerable, entre otros, y *heptá* (derivado de *septá*, y éste de *septm*) = siete.

[45] En cuanto a la s inicial del término romano o latino *septem*, que según nuestro autor, hace más patente ese parentesco, se trata simplemente de la conservación de la norma primitiva, no de un agregado; en tanto que en la forma griega dicha s se transformó en la aspirada que transliteremos al español por h.

128. XLIII. Éstas y otras más son aseveraciones y meditaciones filosóficas, acerca del número siete, merced a las cuales este número ha alcanzado las más altas honras en la naturaleza. Hónranlo los más ilustres investigadores griegos y no griegos que se ocupan de la ciencia matemática, y muy especialmente ha sido honrado por Moisés, el amante de la virtud. Moisés

registró su hermosura en las sacratísimas tablas de la ley, y la imprimió en las inteligencias de todos los que lo han acatado, al disponer que al cabo de cada seis días observaran como sagrado el séptimo, absteniéndose de todas las labores destinadas a procurarse sustento, y aplicados a una sola cosa a meditar con miras a un mejoramiento del carácter y a someterse a la prueba de su conciencia, la cual, establecida en el alma como un juez, no se queda corta en sus reprimendas, empleando unas veces enérgicas amenazas, y otras, suaves advertencias, amenazas en los casos de mal proceder evidentemente premeditado, advertencias a fin de que no se vuelva a incurrir en lo mismo en los casos en que se ha faltado involuntariamente y por falta de previsión.

129. XLIV. En un sumario epílogo del relato de la creación del mundo dice Moisés: "Éste es el libro de la creación del cielo y de la tierra, cuando comenzaron a existir, en el día en que Dios hizo el cielo y la tierra, y toda verdura del campo antes de que existiera sobre la tierra, y toda hierba del campo antes de que brotase." (Gen. II, 4 y 5.) ¿No nos está presentando claramente a las incorpóreas formas ejemplares, aprehensibles por la inteligencia, que sirvieron como sellos para la completa conformación de los objetos sensibles? Antes que la tierra produjera verdes brotes, la verde vegetación en sí existía, se nos dice, en la naturaleza de las cosas incorpóreas; y antes de que la hierba surgiese en el campo, había una hierba invisible.

130. Hemos de suponer que también el caso de cada uno de los demás objetos que distinguen nuestros sentidos, previamente existieron formas y medidas más antiguas mediante las cuales adquirían forma y dimensión las cosas que llegaban a existir; porque, si bien no ha tratado todas las cosas en detalle sino de manera conjunta, preocupado como el que más por ser breve en las exposiciones, no es menos cierto que las pocas cosas que ha dicho son indicaciones que valen para la naturaleza de todas las cosas, la cual no lleva a cabo la producción de ninguna de las cosas de orden sensorial sin recurrir a un modelo incorpóreo.

131. XLV. Ateniéndose a la sucesión de los hechos, y observando fielmente el encadenamiento de las cosas precedentes con 'as siguientes, dice a continuación: "Y de la tierra brotó una fuente, y regó toda la superficie de la tierra." (Gen. II, 6.) Los demás filósofos afirman que toda el agua es uno de los cuatro elementos de que está hecho el mundo. Moisés, en cambio, gracias a que con visión más aguda está habituado a contemplar y aprehender exactamente aún las cosas más remotas, entiende que el gran mar que sus continuadores llaman océano, reconociendo que los mares navegados por nosotros tienen dimensiones de puertos comparados con él, es uno de los elementos, una cuarta porción del universo; pero distinguió el agua dulce y potable del agua salada del mar, y la asignó a la tierra, considerándola una parte de ella, no del mar, por la razón expuesta anteriormente, es decir, que la tierra mantiene su cohesión, cual si estuviese atada, gracias a la dulce cualidad del agua, semejante a una adherente cola. Porque, si se la hubiese dejado seca sin que la humedad la penetrase y se esparciese en todos los sentidos a través de sus poros, estaría ya desintegrada. Conserva, sin embargo, su cohesión y perdura gracias, en parte, al poder unificador del aliento vital, y en parte, porque la humedad impide que, desecada, se desintegre en pequeños y grandes fragmentos.

132. Ésa es una causa; pero hemos de mencionar también otra que apunta hacia la verdad como hacia un blanco. Es ley natural que ninguna de las creaturas nacidas de la tierra adquiera su conformación sin sustancia húmeda. Pénenlo en evidencia las simientes depositadas, las que o son húmedas, como las de los seres animados, o no germinan sin humedad, tal como sucede con las de las plantas. Coligóse de ello claramente que dicha sustancia húmeda no

puede ser sino parte de la tierra, que engendra todas las cosas; siendo su papel análogo al de la corriente de los flujos mensuales para las mujeres. Entre los estudiosos de las cosas de la naturaleza se dice, en efecto, que estos flujos constituyen la sustancia corpórea de los embriones.

133. Lo que he de mencionar también está de acuerdo con lo que acabamos de decir. La naturaleza, preparando de antemano la alimentación del futuro hijo, ha proporcionado a cada madre, como parte esencialísima de ella, senos, de los que dicho aumento mana como de una fuente. También la tierra es, evidentemente, una madre; y por eso los primeros hombres consideraron apropiado llamarla Deméter, combinando los términos ""madre" y "tierra".[46] No es la tierra, en efecto, quien imita a la mujer, sino la mujer quien imita a la tierra, como dice Platón.[47] Los poetas acostumbran llamarla acertadamente "madre universal", "portadora de frutos", "dadora de todas las clases de frutos",. porque es la causa del nacimiento y conservación de todos los animales y las plantas por igual. Con razón, pues, también a la tierra, la más antigua y fecunda de las madres, ha proporcionado la naturaleza, a modo de maternos senos, corrientes de ríos y fuentes para el riego de las plantas y para que los seres animados dispongan de abundante bebida.
[46] O sea, da = tierra, y meter = madre.
[47] Platón, Menéxeno 238 a.

134. XLVI. A continuación dice que "Dios formó al hombre tomando polvo de la tierra, y sopló en su cara el aliento de la vida." (Gen. II, 7.) También con estas palabras establece clarísimamente que existe una total diferencia entre el hombre formado ahora y aquel que anteriormente había llegado a la existencia "a imagen de Dios".[48] En efecto, el hombre formado ahora era perceptible por los sentidos, partícipe ya de la cualidad, compuesto de cuerpo y alma, varón o mujer, mortal por naturaleza; en tanto que el creado a imagen de Dios era una forma ejemplar, un ente genérico, un sello, perceptible por la inteligencia, incorpóreo, ni masculino ni femenino, incorruptible por naturaleza.
[48] Ver el parágrafo 76.

135. Dice que el hombre individual, perceptible por los sentidos, es por su constitución un compuesto de sustancia terrestre y aliento Divino. Dice, en efecto, que, después que el Artífice hubo tomado polvo, y de haber modelado con éste una forma humana, el cuerpo adquirió existencia; pero que el alma no se originó de ninguna cosa creada en absoluto, sino del Padre y Soberano del universo, porque no otra cosa era lo que Éste sopló sino un Divino aliento llegado desde aquella dichosa y feliz naturaleza a esta colonia que es nuestro mundo, para provecho de nuestra especie, a fin de que, aunque su porción visible es mortal, pudiera en lo que respecta a la porción invisible convertirse en inmortal. Por ello, con toda razón se puede decir que el hombre está en el límite entre la naturaleza mortal y la inmortal, participando de una y de otra en la medida de lo necesario, y que ha sido creado mortal e inmortal al mismo tiempo, mortal en lo que atañe al cuerpo, inmortal en lo que toca a su inteligencia.

136. XLVII. En mi opinión, aquel primer hombre nacido de la tierra, fundador de todo el género humano, al ser creado fue dotado de las mejores cualidades en una y otra parte de su ser, es decir, en su alma y en su cuerpo, y fue muy superior a los que vinieron después por sus sobresalientes cualidades en ambos elementos. Es que aquel hombre era realmente hermoso y bueno de verdad. Con tres hechos podría probarse que era hermosa la constitución de su cuerpo. El primero es el siguiente: como hacía poco que había aparecido la recién formada tierra, al separarse de ella la gran masa de agua que recibió el nombre de mar, sucedía que la

materia de las cosas creadas era sin mezcla, pura e incontaminada, y aun maleable y fácil de trabajar, y que las cosas producidas con ella eran, naturalmente, irreprochables.

137. La segunda prueba es ésta: no es verosímil que Dios haya tomado polvo de la porción de tierra que primero le vino a mano, al concretar con diligencia suma su propósito de modelar esta figura de forma humana; antes bien es razonable pensar que haya seleccionado lo mejor de toda la tierra, lo más puro y altamente refinado de la materia pura, lo que más se adaptaba para su estructura. Porque lo que fabricaba era una residencia o sagrado santuario para el alma racional; alma que el hombre había de llevar como una sagrada imagen, la más semejante a Dios de todas las imágenes.

138. La tercera prueba, incomparablemente más convincente que las ya mencionadas, es que el Creador, así como es excelente en las demás cosas, lo es también en la ciencia, como para hacer que cada una de las partes del cuerpo tuviera en sí misma individualmente las debidas proporciones, y resultara exactamente apropiada para participar en la conformación del todo; y así, ajustándose a esa simetría de las partes, modeló carnes lozanas y las pintó con bellos tonos, queriendo que el primer hombre ofreciera a la vista el más hermoso aspecto posible.

139. XLVIII. Es evidente que también el alma del primer hombre era excelente. No cabe pensar que para su formación el Creador haya empleado como modelo a otra cosa alguna de las creadas, sino solamente, como dije, a Su propio logos. Por eso dice Moisés que el hombre ha sido creado como imagen e imitación de éste al ser soplado en el rostro, donde se halla la sede de los sentidos. Con éstos el Creador tomó animado al cuerpo, y, una vez que hubo instalado en la parte rectora de ésta [49] a la soberana razón, se los concedió como escoltas para las percepciones de los colores, sonidos, sabores, olores y cualidades semejantes, que sin la percepción sensorial ella por sí misma no hubiera sido capaz de aprehender. Ahora bien, fuerza era que la imitación de un modelo de belleza plena fuera plenamente hermoso; y el logos Divino es superior a la belleza misma, a la belleza tal cual existe en la naturaleza; no porque esté adornado por la belleza, sino porque él mismo, a decir verdad, es el más hermoso adorno de la belleza.
[49] En la inteligencia.

140. XLIX. Con esas cualidades fue creado el primer hombre, a mi parecer, superior en el cuerpo y en el alma a los hombres de nuestra época y a los que han existido antes de nosotros. Es que a aquél lo creó Dios, en tanto que nuestro nacimiento procede de hombres, y cuanto mayor es la calidad del autor, tanto mayor es también la de lo producido. Por cierto que, así como lo que se halla en la plenitud de su ser es superior a aquello cuya plenitud pertenece al pasado, ya se trate de un animal, de una planta, de un fruto o de cualquier otra cosa de las que existen en la naturaleza, del mismo modo cabe pensar que el primer hombre que fue modelado constituyó la plenitud del ser de toda nuestra especie, en tanto que sus descendientes ya no alcanzaron esa plenitud igualmente, y fueron recibiendo formas y poderes siempre más apagados de generación en generación.

141. Yo he observado idéntica cosa en el caso de las esculturas y pinturas: las copias son inferiores a los originales, y las pinturas y modelados sacados de copias, mucho más inferiores aún debido a la gran distancia que los separa del original. También el imán presenta una experiencia análoga: aquel de los anillos de hierro que está en contacto con él cuelga adherido con toda firmeza; el que toca al que está en contacto directo lo hace con menos fuerza; el tercero pende del segundo; el cuarto del tercero, el quinto del cuarto y los demás unos de otros en larga serie, unidos todos por una sola fuerza de atracción, sólo que no de la

misma manera, puesto que los que están suspendidos lejos del punto de partida lo están con menos intensidad siempre, por cuanto la fuerza de atracción se debilita y ya no puede retener en la medida de los primeros. Es evidente que algo análogo le ocurre también a la raza de los hombres, los que de generación en generación han ido recibiendo más debilitadas las fuerzas y cualidades.

142. Ajustándonos a la más estricta verdad, diremos que aquel primer antepasado de la raza humana fue no sólo el primer hombre sino además el único ciudadano del mundo. El mundo, en efecto, era su morada y su ciudad, y, aunque no hubiera sido erigida construcción alguna de piedra y de madera, pasaba sus días con total seguridad como en su país natal, ajeno al temor, ya que había sido considerado digno de regir a todos los seres terrestres, y todas las creaturas mortales temblaban ante él y habían sido enseñadas y forzadas a obedecerle como a un señor; y vivía libre de todo peligro en medio de los goces propios de una paz nunca interrumpida por guerras.

143. L. Ahora bien, puesto que todo estado bien regido se ajusta a una constitución, era necesario que el ciudadano del mundo se rigiese por la constitución por la que se rige el mundo entero. Y esta constitución es el recto orden de la naturaleza, llamada con más propiedad "sagrada norma",[50] pues se trata de una Divina ley, conforme con la cual fue asignado a cada cosa lo que le convenía y correspondía. Preciso era que en este estado y bajo esta constitución existieran antes del hombre ciudadanos, a los que con justicia podría calificarse de ciudadanos del Gran Estado, ya que les cupo como residencia el más dilatado de los ámbitos, y fueron inscriptos en el padrón del más grande y perfecto de los estados.

[50] *Thesmós*, término que expresa toda norma o disposición emanada de la voluntad de los dioses, la ley divina o natural por oposición al *nómos* o ley redactada por legisladores humanos.

144. ¿Y qué podían ser estos ciudadanos sino racionales y Divinas naturalezas, unas incorpóreas y aprehensibles por la inteligencia, otras no carentes de cuerpos, como en el caso de los astros? En estrecha relación y convivencia con ellos, el hombre pasaba sus días en medio de una felicidad pura; y siendo estrechísimo su parentesco con el Soberano pues el Divino aliento habíase derramado abundantemente sobre él, empeñábase en decir y hacer todo de modo de complacer a su Padre y Rey, siguiéndolo paso a paso por las sendas que las virtudes trazan a modo de caminos reales, porque únicamente a las almas que tienen por meta el asemejarse a Dios, su Creador, les es lícito aproximarse a Él.

145. LI. Aunque con trazos muy inferiores a la verdad, hemos señalado en la medida de nuestras posibilidades al menos, la hermosura que en ambas partes de su ser, el cuerpo y el alma, poseía el primero que fue creado entre los hombres. En cuanto a sus descendientes, partícipes, como son, de la misma forma ejemplar que aquél, necesariamente habrían de conservar las marcas de su parentesco con su primer antepasado, aun cuando ellas estén borrosas.

146. Pero, ¿en qué consiste ese parentesco? Todo hombre por su inteligencia está íntimamente vinculado con el logos Divino, pues es como una impresión, fragmento e irradiación de aquella bienaventurada naturaleza; en tanto que en la conformación de su cuerpo está vinculado con el mundo todo pues es un compuesto de los mismos elementos de que lo está éste, a saber: tierra, agua, aire y fuego, habiendo aportado cada uno de ellos la porción necesaria para completar la cantidad exactamente suficiente, que el Creador habría de tomar para elaborar esta imagen visible.

147. Además, el hombre reside, como en sitios sumamente familiares y afines a él, en todos los mencionados elementos, cambiando de lugares y frecuentando ora uno ora otro; de modo que con toda propiedad se puede decir que el hombre es un ser de todos ellos: de la tierra, del agua, del aire y del cielo. En cuanto que habita y transita sobre la tierra es un animal terrestre; en cuanto que .muchas veces se zambulle, nada y navega es acuático. Clarísimo testimonio de esto último son los mercaderes, los capitanes de barcos, los pescadores de púrpuras y todos los que se aplican a la pesca de ostras y peces. Por cuanto su cuerpo es elevado y está suspendido apuntando desde la tierra hacia lo alto, bien puede decirse que es una creatura del aire; y también podemos decir que es del cielo, puesto que está en estrecho contacto con el sol, la luna y cada uno de los restantes astros errantes y fijos a través del sentido de mayor autoridad, es decir, la vista.

148. LII. Totalmente acertado es el haber atribuido al primer hombre la asignación de los nombres.[51] Porque tarea es ésta propia de la sabiduría y la realeza, y el primer hombre era sabio con un saber adquirido espontáneamente sin mediación de maestro alguno, como que se trataba de un ser salido de las manos Divinas; y además rey. Y compete a un soberano el dar nombre a cada uno de sus súbditos, Y es razonable pensar que el poder de mando de que estaba investido aquel primer hombre, al que Dios había modelado con solicitud y había considerado digno del segundo lugar, colocándolo como Su propio virrey y como soberano de todas las demás creaturas, era extraordinario; pues los hombres nacidos muchas generaciones después, aunque han perdido ya la vitalidad de la especie a causa de las largas edades transcurridas, conservan todavía sin mengua su dominio sobre las creaturas irracionales manteniendo la que podríamos llamar antorcha de la soberanía y la realeza heredada del primer hombre.

[51] Gen. II, 19.

149. Así, dice Moisés que Dios condujo todos los animales a la presencia de Adán, queriendo ver qué nombre asignarla a cada uno de ellos; no porque tuviera alguna duda; que nada hay oculto para Dios; sino porque sabía que había forjado en un ser mortal la natural capacidad de razonar por su propio impulso, para, de ese modo, permanecer Él mismo sin participación alguna en el vicio. Lo que hacía, en realidad, era poner a prueba a aquél, como quien guía a un discípulo, despertando la capacidad en él depositada, e impulsándolo a dar pruebas de sus propias obras, a fin de que confiriera por sí mismo las denominaciones, y no inadecuadas ni desacordes, sino tales que pusieran de manifiesto con toda claridad los rasgos de las creaturas que los llevarían.

150. Y así fue: Adán, siendo todavía pura la naturaleza racional que acababa de instalarse en su alma, y no habiéndose adentrado en su ser ni debilidad ni enfermedad ni pasión alguna, recibió de manera sumamente clara las imágenes de los cuerpos y de los hechos, y escogió las denominaciones exactas adecuándolas con sumo acierto a las cosas dadas a conocer por ellas, de tal modo que, al mismo tiempo que se las nombraba, se ponía de manifiesto la naturaleza de las mismas. A tal punto sobresalía el primer hombre en todas altas cualidades, alcanzando el límite mismo de la humana felicidad.

151. LIII. Mas, como ninguna de las cosas creadas es estable, y los seres mortales están sujetos fatalmente a transformaciones y cambios, era preciso que también el primer hombre experimentara alguna desventura. Y una mujer se convirtió para él en el principio de la vida reprochable. En efecto, mientras estaba solo, asemejábase en virtud de su soledad, al mundo y a Dios, y recibía en su alma las impresiones de la naturaleza de uno y Otro; no todas, pero sí

todas aquellas que su constitución mortal era capaz de recibir. Pero, una vez que hubo sido modelada la mujer, al contemplar una figura hermana de la suya, una forma de su misma estirpe, se alegró ante la visión, y aproximándose a ella la saludó con afecto.

152. Ella, no viendo otro ser viviente más parecido a sí misma que aquél, se alegra y devuelve el saludo con actitud modesta. Y sobreviene el amor, y reuniéndolos como si se tratara de dos partes separadas de una sola creatura viviente, los une en un mismo todo, tras haber afincado en cada uno de ellos el deseo de unirse con el otro a fin de producir un ser como ellos. Mas este deseo engendró también el placer corporal, el placer que es origen de iniquidades y pro-cederes ilegales, y a causa del cual los hombres truecan una vida inmortal y dichosa por la mortal y desdichada.

153. LIV. Cuando el hombre vivía aún una vida solitaria, por no haber sido formada todavía la mujer, plantó Dios, según nuestro relato, un parque en nada semejante a los familiares a nosotros.[52] En éstos la vegetación es inanimada, llena de árboles de todas clases, de los que unos están siempre verdes para brindar ininterrumpido placer a la vista; otros rejuvenecen y retoñan cada primavera; unos proporcionan el cultivado fruto no sólo para el necesario consumo, sino también para el goce superfluo propio de la vida regalada; mientras otros lo producen de otra especie, destinado a las bestias para satisfacer sus necesidades. En cambio, en aquel Divino parque todas las plantas estaban dotadas de alma y razón, y los frutos que producían eran las virtudes y además el conocimiento y el discernimiento infalibles, mediante los cuales se conocen lo noble y lo vergonzoso, la vida libre de enfermedades, la incorruptibilidad y todas las cosas semejantes a éstas.
[52] Gen. II, 9 y ss.

154. Mas, creo que esta descripción se interpreta mejor simbólicamente que literalmente. Porque, ni hasta ese momento habían aparecido sobre la tierra árboles de vida y de ciencia, ni es verosímil que hayan aparecido posteriormente. Lo que,. en cambio, quiso, al parecer, significar Moisés mediante "el parque" fue la parte rectora del alma, que está llena de innumerables opiniones, cual si fueran plantas; mediante "el árbol de la vida", la reverencia a Dios, que es la virtud suprema; virtud por la cual alcanza el alma la inmortalidad; y mediante "el árbol del conocimiento del bien y del mal", la prudencia, virtud intermedia, por la cual se disciernen las cosas opuestas por naturaleza.

155. LV. Habiendo establecido en el alma estas pautas, observaba Dios, como un juez, hacia cuál de las dos partes se inclinaría. Y cuando la vio inclinada hacia la maldad, y des-preocupada de la piedad y la santidad, de las que procede la vida inmortal, la arrojó y desterró del parque, como correspondía, sin concederle ni siquiera la esperanza de un posterior retomo, ya que sus ofensas eran imposibles de reparar y remediar, siendo, además, sobremanera reprochable la excusa dada para justificar el engaño; excusa que merece una explicación.

156. Se dice que en los antiguos tiempos la venenosa serpiente, nacida de la tierra, emitía sonidos propios de la voz humana, y que, habiéndose aproximado cierta vez a la mujer del primer hombre, le echó en cara su irresolución y exceso de escrúpulo, ya que tardaba y no se decidía a saborear un fruto de hermosísimo aspecto y gratísimo sabor, y además sumamente provechoso, mediante el cual podría conocer el bien y el mal. Ella, irreflexivamente y con criterio inseguro y sin fundamento, consintió, comió el fruto y dio una parte al hombre. Esto al punto los cambió trocando sus inocentes y sencillas costumbres en malicia. E irritado por ello, el Padre fijó contra ellos los castigos merecidos; que bien merecía Su cólera lo hecho, puesto. que, pasando de largo junto a la planta de la vida inmortal, es decir, junto a la plena

adquisición de la virtud, por la cual hubieran podido recoger el fruto de una vida prolongada y feliz,. habían escogido una existencia efímera y mortal, que no merece llamarse vida sino tiempo de desventura.

157. LVI. Pero estos relatos no son invenciones míticas de aquellas en las que se complacen los poetas y los sofistas, sino indicaciones de signos, las cuales nos invitan a la interpretación alegórica según las explicaciones logradas mediante conjeturas.
Y siguiendo una hipótesis verosímil, estaremos en lo justo si decimos que la serpiente en cuestión es un símbolo del placer. Lo es porque, en primer lugar, se trata de un animal carente de pies, echado boca abajo y caído sobre su vientre; en segundo lugar, porque consume terrones de tierra como alimento; en tercer lugar, porque lleva en sus dientes el veneno de que la naturaleza le ha provisto para matar a los mordidos por ella.

158. De ninguna de estas características está exento el amante de los placeres. Oprimido y agobiado, a duras penas levanta la cabeza, por cuanto su incontinencia lo doblega y derriba; y se alimenta, no del celestial manjar que ofrece la sabiduría mediante razonamientos y doctrinas a los amantes de la contemplación, sino del que produce en el curso de las estaciones del año la tierra, del que proceden la embriaguez, el refinamiento en los manjares y la glotonería, los que, haciendo estallar y encenderse los apetitos del vientre, acrecientan la gula y estimulan también la violencia de los arrebatos sexuales. Se relame, en efecto, con cuanto produce el esfuerzo de proveedores de alimentos y cocineros; y, haciendo girar su cabeza, se afana por aspirar el aroma que despiden las esencias; y, cuando advierte una mesa suntuosamente provista, deja caer toda su persona precipitándose sobre las cosas preparadas, ansioso de devorar todo a la vez. Y no es el saciar su apetito lo que persigue, sino el que no sobre nada de cuanto tiene a su disposición. De donde resulta que lleva en sus dientes el veneno no menos que la serpiente.

159. Éstos, en efecto, son los agentes y ministros del desenfreno, y cortan y desmenuzan todo cuanto sirve de alimento, y lo entregan en primer término a la lengua para que ésta, como juez en materia de sabores, decida; y a continuación a la faringe. Y el comer sin medida es algo mortífero y venenoso por naturaleza, puesto que, a causa del torrente de las sucesivas viandas que se presentan antes que las anteriores estén digeridas, es imposible su asimilación.

160. Se nos dice que la serpiente emitía voz humana, porque el placer cuenta con muchísimos campeones y defensores que tienen a su cargo su defensa y protección, los cuales se atreven a proclamar que él tiene asignada la soberanía sobre todas las cosas pequeñas y grandes, sin que nada absolutamente esté libre de ella.

161. LVII. Alegan que los primeros contactos del ser masculino con el femenino contienen un placer que los impulsa, y a través del cual se forjan las generaciones y nacimientos. Y que por ley natural la primera cosa que la prole persigue es el placer, gozando de él y soportando con desagrado lo opuesto, es decir, el sufrimiento. Por eso el tierno vástago, no bien nace, llora como si padeciese frío. Es que, habiendo pasado repentinamente del más cálido y ardiente de los lugares, la matriz, en la cual había habitado largo tiempo, al aire, lugar frío y desacostumbrado para él, ha sido fuertemente afectado, y se desata en llanto, señal clarísima de su dolor y de su desagrado por el sufrimiento.

162. Todo ser animado, dicen, se apresura tras el placer como tras su más necesario y esencial fin, y sobre todo el hombre. Porque, mientras los demás seres animados se lo procuran solamente a través del gusto y de los órganos de la reproducción, el hombre lo alcanza

también a través de los demás sentidos, persiguiendo mediante la vista y el oído cuantos espectáculos y sonidos pueden procurarle deleite. Como éstos son muchísimos los otros alegatos en alabanza de esta experiencia, y sobre su estrechísima relación y parentesco con los seres animados.

163. LVIII. Pero ya es suficiente con lo dicho hasta aquí para explicar por qué la serpiente parecía emitir voz humana. Lo que precede explica, a mi parecer, que también en las detalladas prescripciones donde el legislador, refiriéndose a los animales, registra cuáles es preciso comer y cuáles no, apruebe muy especialmente al llamado ofiómaca,[53] un reptil que encima de los pies tiene patas, de las que la naturaleza lo ha dotado para saltar desde el suelo y elevarse por los aires como las langostas.
[53] Lev. XI, 22. El *ophiomákhes* = que combate a las serpientes, es una especie de saltamontes.

164. El ofiómaca, en efecto, no es, en mi opinión, otra cosa que la representación simbólica de la moderación, la que libra una batalla implacable, una guerra sin tregua contra la intemperancia y el placer. Ella, en efecto, acoge afablemente a la sencillez, a la temperancia y a todo cuanto es necesario para una vida austera y digna; en tanto que la intemperancia lo hace con lo superfino y el derroche, causas para el alma y para el cuerpo de molicie y enervamiento, de los cuales resulta una vida culpable y más penosa aún que la misma muerte, a juicio de las personas sensatas.

165. El placer no se atreve a ofrecer sus seducciones y engaños al hombre, pero sí a la mujer, y por medio de ésta a aquél. Este procedimiento es apropiado y acertado en sumo grado. En efecto, en nuestro ser la inteligencia equivale al hombre, y la sensibilidad a la mujer; y el placer sale primeramente al encuentro de los sentidos, traba relación con ellos, y por mediación de ellos engaña también a la soberana inteligencia. Porque, cuando cada uno de los sentidos ha sido subyugado por sus atractivos, complacido con las cosas ofrecidas: la vista, con la variedad de colores y formas; el oído, con las armonías de los sonidos; el gusto, con las delicias de los sabores; y el olfato, con las gratas fragancias de los perfumes que aspira; después de recibir esos regalos, los ofrecen, a la manera de las criadillas, a la razón, como a un amo, llevando consigo para que alegue en su favor a la persuasión a fin de que aquélla no rechace nada en absoluto. La razón es al punto atrapada y se convierte de soberana en subordinada, de ama en esclava, de ciudadana en desterrada, de inmortal en mortal.

166. LIX. En suma, pues, no debemos olvidar que el placer, cual una cortesana o mujer lasciva, desea vivamente procurarse un amante, y busca rufianes, por cuya mediación habrá de seducirlo; y que el papel de los rufianes que .e procurarán el amante está a cargo de los sentidos. Una vez que los ha seducido, tiene sin dificultad a su arbitrio a la inteligencia, pues ellos le llevan a ésta las representaciones de afuera, se las anuncian, se las muestran, e imprimen en ella las formas de cada una engendrando la pasión correspondiente, pues la inteligencia es como una cera que recibe las impresiones a través de los sentidos, gracias a los cuales aprehende las cosas corpóreas, que por sí misma no puede aprehender, según he dicho ya.

167. LX. Los primeros [54] que se convirtieron en esclavos de una penosa e incurable pasión, al punto descubrieron cuáles son las recompensas del placer. A la mujer sobreviniéronle los violentos dolores del parto y las penas que una tras otra se suceden durante el resto de la vida, en especial las causadas por los alumbramientos de hijos y la crianza de los mismos, en las enfermedades y cuando están sanos, cuando les sonríe la fortuna y cuando les es adversa; y además la privación de la libertad, y el peso de la autoridad del hombre unido a ella en

matrimonio, cuyos mandatos le es preciso acatar. Por su parte el hombre experimentó trabajos, fatigas y continuos desvelos para la obtención de las cosas necesarias; y la privación de los espontáneos bienes que la tierra había sido enseñada a producir por sí sola sin la labor del agricultor; quedando atado a ininterrumpidos esfuerzos para procurarse medios de vida y alimentos, de modo de no perecer de hambre.
[54] Vale decir, el primer hombre y la primera mujer.

168. Creo yo, en efecto, que, así como el sol y la luna emiten sus luces siempre, habiendo recibido el mandato en una única ocasión, en el instante mismo de la creación original del universo, y observan el Divino precepto no por otra razón que porque el vicio se halla desterrado lejos de los confines del ciclo; de la misma manera también el pingüe y fértil suelo de la tierra produciría copiosos frutos con el correr de las estaciones del año, sin que interviniera la habilidad y colaboración de los agricultores. Pero, cuando el vicio comenzó a ser preferido a las virtudes, como actualmente, cerráronse las perennes fuentes de las gracias Divinas para que no las procuraran a quienes eran considerados indignos de ellas.

169. La verdad es que, si el género humano hubiera debido soportar un castigo acorde con la culpa, hubiera sido preciso que, por su ingratitud para con Dios, su benefactor y preservador, fuera aniquilado; pero, siendo Él misericordioso por naturaleza, movido a piedad, moderó la pena, permitiendo que la raza humana subsistiese; pero no ya como antes, es decir, recogiendo sus alimentos sin esfuerzo, a fin de evitar que los hombres, entregados a dos males, la indolencia y la saciedad, cometieran faltas y se ensoberbecieran.

170. LXI. Ésa es la vida de los que al principio se caracterizan por la inocencia y la sencillez, pero luego prefieren el vicio a la virtud.
A través del relato de la creación del mundo a que nos hemos referido, además de muchas otras cosas nos enseña Moisés cinco, qué son las más hermosas y excelentes de todas. En primer lugar, que la Divinidad existe y Su existencia es eterna.[55] Esto, a propósito de los ateos, algunos de los cuales han dudado sin decidirse en uno u otro sentido respecto de Su eterna existencia; en tanto que otros, más osados, han llevado su audacia hasta el extremo de afirmar que no existe en absoluto, y que se trata nada más que de afirmaciones provenientes de hombres que obscurecen la verdad mediante la invención de mitos.
[55] Es decir, previa a la existencia de todos los demás seres. Entiendo que en este sentido debe tomarse aquí el verbo *hypárkhein*, que también significa gobernar. Filón en este párrafo se está refiriendo a la existencia Divina, no a su poder. Renglones más abajo lo reitera empleando el sustantivo *hyparxis*, con neto sentido de existencia. El gobierno Divino es tratado en la quinta de las enseñanzas: la relativa a la providencia.

171. En segundo lugar, que Dios es uno. Esto, a causa de los que han enseñado la creencia politeísta, sin avergonzarse de trasladar desde la tierra al cielo el gobierno de la multitud, es decir, el peor de los regímenes políticos.
En tercer lugar, que el mundo, como ya queda dicho, ha sido creado. Esto, lo enseña teniendo presentes a aquellos que piensan que el mundo es increado y eterno, con lo que no asignan a Dios superioridad ninguna.
En cuarto lugar, que también el mundo es uno solo, por cuanto uno es su Creador, quien hizo Su obra semejante a Sí mismo en cuanto a la unicidad, y empleó la totalidad de la materia para la creación del universo. Éste, en efecto, no hubiera podido ser universo[56] si no hubiera sido formado y constituido de partes que eran totalidades. Existen, ciertamente, quienes suponen que hay más de uno, y otros los consideran infinitos. Se trata de ignorantes [57] y profanos respecto de la verdad de las cosas que merecen conocerse.

En quinto lugar, que la providencia de Dios se extiende sobre el mundo. En efecto, las leyes y normas de la naturaleza, conforme con las cuales también los padres velan por sus hijos, exigen que el Hacedor vele siempre por lo creado por Él.

[56] Universo o totalidad. Es imposible reproducir cabalmente el juego de palabras que el adjetivo *huios* = todo permite a Filón para explicar la contradicción que implicaría un universo que no fuera único y contuviera la totalidad de la materia.

[57] Otro juego de palabras intraducible: *ápeiros* expresa dos conceptos: infinito (*a* y *peírar* = sin límite) e ignorante (*a* y *peíra* == sin experiencia).

172. Quien ha comenzado por aprender estas cosas tanto por haberlas oído como por haber reflexionado sobre ellas, y ha impreso en su alma concepciones admirables y dignas de sostener a saber: que Dios existe y Su existencia es eterna; que el realmente Es es uno; que creó el mundo; y que creó uno solo según se ha dicho, asemejándolo a Sí mismo en cuanto a la unicidad; y qué siempre vela por Su creación; ése gozará de una vida dichosa y feliz pues lleva impresas en sí las enseñanzas de la piedad y la santidad.

INTERPRETACIÓN ALEGORICA DE LAS LEYES SAGRADAS

CONTENIDAS EN EL GÉNESIS II Y III [1]

(LEGUM ALLEGORIAE)

[1] Literalmente: interpretación alegórica de las sagradas leyes posteriores a los seis días.

INTERPRETACIÓN ALEGÓRICA

1. I. "Y fueron acabados el cielo, la tierra y todo el mundo de los mismos." (Gen. II, 1.) Habiendo hablado antes de la creación de la inteligencia y los sentidos; señala Moisés ahora concretamente la conclusión de ambos; mas, al decir que alcanzaron su plenitud, no se refiere ni a la inteligencia individual ni a los sentidos particulares sino a las formas ejemplares, [2] la de la inteligencia y la de la sensibilidad. En efecto, se expresa en forma simbólica y llama "cielo" a la inteligencia en mérito a que el cielo contiene las naturalezas que sólo ella puede aprehender; y "tierra" a la sensibilidad por cuanto a ella cupo ser un compuesto de forma corporal y de características más terrenas; estando el mundo de la inteligencia constituido por todas las cosas incorpóreas e inteligibles; y el de los sentidos por las corpóreas y por cuantas, en suma, se perciben a través de ellos.
[2] Ver Sobre la creación, nota 4.

2. II. "Y en el sexto día acabó Dios las obras que había hecho." (Gen. II, 2.) Simpleza suma sería pensar que la creación del mundo tuvo lugar en seis días o en un determinado transcurso de tiempo cualquiera fuere. ¿Por qué? Porque todo transcurso de tiempo es un conjunto de días y de noches, los que por fuerza se cumplen de acuerdo con el movimiento del sol en su marcha por sobre y por debajo de la tierra. Pero el sol fue creado como parte del mundo; de suerte que ninguna duda cabe de que el tiempo es más reciente que el mundo. Lo correcto, pues, sería decir, no que el mundo fue creado en determinado transcurso de tiempo, sino que el tiempo quedó determinado por medio del mundo, ya que fue el movimiento celeste quien puso de manifiesto la naturaleza del tiempo.

3. Las palabras "acabó en seis días Sus obras" han de entenderse, por lo tanto, como referencia no a un conjunto de días sino al 6; un número perfecto puesto que es el primero igual a la suma de sus partes; 1/2, 1/3 y 1/6,[3] y resulta de la multiplicación de dos factores distintos, de 2 por 3; números éstos que han dejado atrás la incorporeidad involucrada en el 1; el 2 por cuanto es la imagen de la materia, pues es fraccionable y divisible como ella; el 3 por ser representación del cuerpo sólido, pues tres son las dimensiones que se distinguen en lo sólido.
[3] 4+3+2+1=6. Sus factores, es además, la mitad más la tercera parte más la sexta parte de seis suman 6.

4. Pero además el 6 está emparentado con los movimientos de los animales dotados de miembros funcionales [4] porque son seis las direcciones en las que por ley natural se mueve el cuerpo provisto de miembros funcionales: hacia adelante, hacia atrás, hacia arriba, hacia abajo, hacia la derecha y hacia la izquierda. El propósito de Moisés es, pues, poner de manifiesto cómo tanto las especies mortales como las incorruptibles han sido formadas de acuerdo con los números que les son propios estableciendo, como he dicho, una correlación entre las mortales y el número seis, y entre las felices y bienaventuradas y el número siete.

[4] Ver Aristóteles, Ética III, 1 a 6.

5. Y así, en el séptimo día, una vez que ha puesto fin a la formación de las especies mortales, comienza el Creador a modelar otras más Divinas. III. Porque en ningún momento cesa Dios en su actividad creadora, antes bien, así como es propio del fuego el ardor y de la nieve el enfriar, es también propio de Dios el hacer. Y en grado mucho mayor aún, por cuanto además Él es el origen de la capacidad de obrar de todos los demás seres.

6. Con toda razón, pues, dice también "hizo cesar" y no "cesó";[5] porque hace cesar a las cosas que, aunque aparentemente producen, nada producen realmente; pero Él no cesa de hacer. Por ello Moisés añade a "hizo cesar" la aclaración "a aquellas cosas que Él había comenzado". (Gen. II, 3.) En efecto, todas aquellas cosas que se producen por medio de nuestras artes, una vez concluidas se estabilizan y permanecen como están; cuantas, en cambio, produce la Divina sabiduría, finalizadas entran en un nuevo movimiento, pues sus terminaciones son origen de otras cosas; como el fin del día es el comienzo de la noche y la iniciación de cada mes y de cada año ha de ser considerada limite de los que han transcurrido.
[5] En el texto griego de los Setenta aparece, efectivamente, la forma activa *katépause* = hizo cesar, en vez de la forma media *katepáusato* = cesó.

7. La generación se cumple como proceso paralelo al de la descomposición, y la corrupción se desarrolla mientras se generan otros seres; de modo que es verdad el aserto de que "nada de lo engendrado perece; separadas sus partes, da a luz una nueva forma".[6]
[6] Eurípides, fragmento 839.

8. IV. La naturaleza se complace en el número siete.[7] Siete son, en efecto, los planetas contrapuestos al movimiento uniforme de las estrellas fijas. Por siete estrellas está integrada la Osa, que es origen no sólo de relaciones comerciales sino también de acercamiento y unión entre los hombres. En siete días, por otra parte, se cumplen las fases de la luna, el astro más estrechamente vinculado con los seres terrestres. Asimismo las variaciones que la naturaleza produce en el aire, las cumple por obra especialmente de figuras [8] presididas por el siete.[9]
[7] Ver Sobre la creación, 89 a 128.
[8] Figuras celestes o del cielo.
[9] Referencia a los planetas, las Pléyades y los equinoccios, sobre los que se ha hablado en Sobre la creación, 113, 115 y 116.

9. Ciertamente las modificaciones de las cosas mortales, que tienen un Divino origen en el cielo, resultan benéficas cuando tienen lugar de conformidad con el número siete. ¿Quién, en efecto, ignora que los fetos de siete meses alcanzan a vivir, en tanto que los que se toman más tiempo, llegando a permanecer ocho meses en el seno materno, normalmente no sobreviven?

10. Y dicen que durante los primeros siete años el ser humano alcanza el uso de razón, y al cabo de ellos, dueño ya de la facultad de discernir, está en condiciones de comprender los nombres y verbos usuales; y que durante el segundo septenario llega a la plenitud de su ser, plenitud que consiste en la capacidad para engendrar al semejante. En efecto, hacia los catorce años el hombre puede ser padre de un semejante. Un nuevo lapso de siete años marca los límites del crecimiento, pues hasta los veintiún años el hombre desarrolla su estatura, siendo esta edad llamada por muchos la flor de la vida.

11. Además, siete son las partes no racionales del alma: los cinco sentidos, el órgano de la palabra y la que se extiende hasta los órganos genitales, es decir la procreadora.

12. Siete, asimismo, son, por su parte, los movimientos del cuerpo: seis funcionales y uno circular; siete también las vísceras: estómago, corazón, bazo, hígado, pulmón y dos riñones. Ése es, también, el número de las partes del cuerpo: cabeza, cuello, pecho, brazos, vientre, abdomen y piernas. Y la cara, la porción de mayor jerarquía en las creaturas animadas, presenta siete orificios: dos ojos, dos orejas, otras tantas fosas nasales y en séptimo término la boca.

13. Las excreciones son también siete: lágrimas, mucosidad, saliva, esperaría, los excedentes eliminados por dos conductos, y el sudor de todo el cuerpo. A su vez, en las enfermedades el séptimo día es el más crítico; y en las mujeres los flujos mensuales duran siete días.

14. V. A las más provechosas de las artes se extiende además el poder de este número. En gramática, por ejemplo, las letras de mayor calidad y fuerza, vale decir las vocales, son siete en total. En lo que toca a la música, la lira de siete cuerdas es probablemente el más excelente de todos los instrumentos, puesto que en ningún otro se aprecia como en ella el más excelso de los géneros melódicos, el enarmónico. Y es el caso que también son siete las variaciones de la pronunciación: sonido agudo, grave, circunflejo, aspirado, no aspirado, largo y breve.
15. Además es el 7 el primer número después del 6, número perfecto; y desde determinado punto de vista se identifica con el 1, puesto que, mientras los demás números que integran la década o son múltiplos o son factores, el siete, en cambio, ni divide a ningún otro de los diez primeros números ni es múltiplo de ninguno de ellos. Por eso los pitagóricos, recurriendo a un mito, lo comparan con la diosa eternamente virgen y sin madre, por cuanto ni fue engendrada ni dará a luz.[10]
[10] Ver Sobre la creación, 100 y nota 32.

16. VI. "En el séptimo día, pues, cesó [11] de todas las obras que había hecho." (Gen. II, 2.) Esto significa lo siguiente: Dios cesa de modelar las especies mortales cuando comienza a crear las Divinas y emparentadas con la naturaleza del número siete.:
Pero con relación a la conducta humana esto ha de entenderse así: cada vez que la santa razón, cuya pauta es el 7, sobreviene en el alma, anucíanse el 6 y cuantas cosas mortales parece producir con él aquélla.
[11] O "descansó"; pero literalmente "hizo cesar", según lo aclarado en la nota 5.

17. VII. "Y bendijo Dios al día séptimo y lo santificó." (Gen.11. 3.) Bendice Dios las disposiciones espirituales puestas en movimiento de conformidad con la séptima y verdaderamente Divina claridad, y acto seguido los declara santos; lo que se explica, pues están entre sí íntimamente vinculados el carácter bendito[12] y el carácter santo. Tal es la razón por la que refiriéndose a quien ha formulado el gran voto,[13] dice que, si, habiéndole sobrevenido un repentino cambio, éste contaminare su. inteligencia,[14] no será en adelante santo, y, por el contrario, "sus anteriores días no le serán tenidos en cuenta." (Núm. VI, 12.) [15] Cosa lógica, pues del hecho de que el carácter no santo no sea tenido en cuenta, despréndese que el bien tenido en cuenta[16] es santo.
[12] En griego, "que razona bien"; pero Filón, partiendo del parentesco formal entre *eulogeín* = hablar bien de alguien, bendecir, y *eulógistos* = buen razonador (términos ambos formados a partir de *eu* = bien, y logos = palabra y razón), asigna a *eulógistos* el sentido de bendito o bendecido.
[13] Sobre el gran voto o nazareato, ver Núm. VI, 2 a 21.
[14] Tal es lo que entiende Filón que significa la mancha que, según Núm. VI, 9, puede contraer el nazareo.

[15] *Álogos* significa no contado o no tenido en cuenta; y, como por su forma es asimilable al antónimo de *eulógistos* (bendito, según lo aclarado en la nota 12), es decir, a *alógistos* = no bendito (si se acepta dicha acepción de *eidógistos*), Filón infiere que no tenido en cuenta y no bendito son una misma cosa, y que, por lo tanto, también lo son tenido en cuenta y bendito.
[16] Partiendo de las supuestas equivalencias de sentido establecidas más arriba (notas 12 y 15), mediante un juego de palabras intraducibles al castellano, concluye Filón que el texto bíblico de Núm. VI, 12 confirma la estrecha relación entre bendito y santo. El razonamiento es mas o menos el siguiente: a) Según Gen. II, 3, *eulúgistos* (bendito) equivale a santo, b) Esto es confirmado en Núm. VI,. 5 a 12, ya que allí se lee que los días de santidad, dejan de ser santos, es. decir, son *alógistoi* (no benditos), y, por lo tanto, no santos ya, al mancharse en nazareo en contacto con un cadáver.

18. Con razón, pues, ha dicho Moisés que Dios bendijo y santificó al séptimo día "porque en él cesó [17] Dios de todas las obras que había comenzado a crear." (Gen. II, 3.) El motivo por el que el hombre cuya conducta se ajusta a la séptima y perfecta claridad es bien considerado [18] y santo, es que el advenimiento de este día señala el término de la formación de las cosas mortales. Y así ocurre, en efecto. Cada vez que la brillantísima y verdaderamente Divina claridad de la virtud se eleva, cesa la producción de las cosas de naturaleza contraria. Por otra parte, hemos demostrado que Dios cuando cesa,[19] no cesa de producir, antes bien inicia la creación de otros seres, en virtud de que no sólo es el Artífice sino también el Padre de las cosas que van adquiriendo existencia.
[17] Literalmente: "hizo cesar". Ver nota 5.
[18] O bendito.
[19] Literalmente: "hace cesar". Ver nota 5.

19. VIII. "Éste es el libro de la creación del cielo y de la tierra, cuando fueron creados." (Gen. II, 4.) Este perfecto logos,[20] que se mueve de acuerdo con el número siete, es el origen de la creación de la inteligencia ordenada según las formas ejemplares, y de la sensibilidad mental, si es lícito hablar de sensibilidad mental, ordenada según esas mismas formas. Moisés llama "libro" al Divino logos, en el que hállanse inscriptas y grabadas las estructuras de todos los demás seres.[21]
[20] Filón identifica el logos con "el libro", apoyándose en que el término. logos, además de razón, significa palabra.
[21] Ver Sobre la creación, 20.

20. Para que no pienses que la Divinidad, cuando crea algo sea lo que fuere, lo hace en períodos determinados de tiempo, y para que te des cuenta, en cambio, de que para la raza humana Sus actos creadores son invisibles, ininteligibles e ininterpretables, añade "cuando fueron creados"; sin delimitar en un determinado lapso ese "cuando"; debido a que no existe límite alguno en la adquisición del ser por parte de cuanto es creado por la Causa. Queda, en consecuencia, refutado el aserto de que la creación del universo duró seis días.

21. IX. "En el día en que creó Dios el cielo y la tierra y todo-verdor del campo antes de que brotase sobre la tierra, y toda hierba del campo antes de que brotase; porque no había hecho-Dios llover sobre la tierra ni había hombre alguno para que trabajase la tierra." (Gen. II, 4 y 5.) Más arriba ha llamado "libro" a este día; pues tanto en uno como en otro [22] registra la creación del cielo y de la tierra. Y así es: mediante Su propio logos, inmensamente diáfano y deslumbrante, Dios crea ambas cosas: la forma ejemplar de la inteligencia, a la que en términos figurados llama "cielo", y la forma ejemplar de la sensibilidad, a la que simbólicamente denomina "tierra".

[22] Es decir, en el libro ("Este es el libro de la creación") y en el (séptimo) día ("El día en que creó el cielo y la tierra").

22. Y compara. Moisés las formas ejemplares de la inteligencia y de la sensibilidad con dos campos, por cuanto la inteligencia tiene por frutos los productos del pensamiento, y la sensibilidad los datos del percibir sensorial. Y el pasaje significa más o menos lo siguiente:
así como antes de la inteligencia particular e individual existe una determinada forma ejemplar, como arquetipo y modelo de la misma; y a su vez, previa a la sensibilidad particular existe una forma ejemplar de sensibilidad, cuya relación respecto de aquélla es la que media entre un sello y las imágenes impresas. por él; del mismo modo, antes de que llegaran a existir las cosas aprehensibles por la inteligencia particular existió el intelectualmente aprehensible genérico en sí, del que por participación reciben también ese nombre los demás seres aprehensibles intelectualmente; y antes de que llegasen a existir las cosas sensibles particulares, existió el sensible genérico en sí, por cuya participación también llegaron a existir las demás cosas sensibles.

23. Llama, pues, "verdor del campo" a lo que es conocible por la inteligencia, puesto que, así como en el campo germinan y florecen las cosas verdes, del mismo modo las cosas aprehensibles intelectualmente son frutos de la mente. Antes, pues, de que existiese lo inteligible particular, produjo Dios ese intelectualmente aprehensible genérico en sí, al que, además, correctamente aplica el calificativo de "todo". Porque lo intelectualmente aprehensible particular, siendo, como es, imperfecto, no es un "todo" pero sí lo es el intelectualmente aprehensible genérico, por cuanto es algo pleno.

24 X. "Y toda hierba del campo antes de que brotara", dice. Lo que quiere decir: antes de que brotaran las cosas sensibles particulares, existió también, por previsión del Hacedor, el sensible genérico; al que también aplica Moisés el calificativo de "todo". Su comparación de las cosas sensibles con la hierba es, sin duda, razonable, pues, así como la hierba es el alimento de la creatura irracional, del mismo modo lo sensible ha sido asignado a la parte irracional del alma. Ahora bien, ¿por qué habiendo dicho ya "verdor del campo" agrega "y toda hierba", como afirmando que la hierba y el verdor son cosas totalmente distintas? Pues porque "el verdor del campo" es lo aprehensible intelectualmente, fruto de la inteligencia; y la "hierba" es lo sensible, fruto también, pero de la parte irracional del alma.

25 "No había hecho Dios llover sobre la tierra ni hombre alguno había para trabajar la tierra", dice. Exacto; pues, si Dios no enviare sobre los sentidos la "lluvia" de las percepciones de los objetos al alcance de ellos, la inteligencia tampoco "trabajará" ni intervendrá en la esfera de la sensibilidad, por cuanto de por sí ella sería ineficaz si la Causa no derramase, cual "lluvia" y riego, colores en la vista, sonidos en los oídos, sabores en el paladar y en los demás sentidos las sensaciones correspondientes.

26. Pero, no bien comienza Dios a regar a la sensibilidad con cosas sensibles, al punto también la inteligencia aparece como trabajadora de lo que podríamos llamar una fecunda tierra. Por otra parte, la forma ejemplar de la sensibilidad no ha menester do nutrición, pero sí la necesita la sensibilidad; y el alimento de ella, al que Moisés simbólicamente llama "lluvia", son las cosas' sensibles particulares, que son cuerpos. Con ellos ninguna relación, en cambio, tiene una forma ejemplar; y por eso, antes de que existiesen las cosas compuestas particulares, no había llovido Dios sobre la forma ejemplar de la sensibilidad, a la que Moisés llama tierra; vale decir, no le suministraba alimento. Y en verdad, aquélla no necesitaba en absoluto de cosa sensible alguna.

27. Las palabras "y no había hombre para trabajar la tierra" significan lo siguiente: la forma ejemplar de la inteligencia no "trabajaba" [23] la forma ejemplar de la sensibilidad. En efecto, mientras mi inteligencia o la tuya "trabajan" la sensibilidad mediante las cosas sensibles; la forma ejemplar de la inteligencia, en cambio, dado que, ciertamente, ningún cuerpo particular propio de ella existe, no trabaja la forma ejemplar de la sensibilidad, pues, si lo hiciera, sería mediante los objetos sensibles, y ningún objeto sensible existe en el ámbito de las formas ejemplares.
[23] Vale decir, no obraba u operaba en ella.

28. XI. "Una fuente brotó del seno de la tierra y regó toda la faz de la tierra" (Cén. II, 6.) Moisés llama a la inteligencia "fuente de la tierra", y a los sentidos "faz"[24] de ella" porque la naturaleza, que todo lo prevé, asignó a éstos tal lugar como el más apropiado de todo el cuerpo para sus actividades específicas; y la inteligencia "riega", a modo de "fuente", a los sentidos vertiendo en ellos las corrientes útiles a cada uno de ellos. Observa cómo, a manera de cadena, las potencias del ser viviente penden unas de otras. Siendo, en efecto, tres: la inteligencia, la sensibilidad y además el objeto sensible, la sensibilidad es la intermedia y en uno y otro extremo están situados la inteligencia y el objeto sensible.
[24] O cara.

29. Mas ni la inteligencia es capaz de trabajar, vale decir de obrar a través de la sensibilidad, si Dios no la riega y derrama a modo de "lluvia" el objeto sensible sobre ella; ni, habiendo tenido lugar tal lluvia del objeto sensible, resulta ella provechosa, si la inteligencia a modo de "fuente", tras conducir a aquél hasta la sensibilidad, no saca a ésta de su inactividad y la impele a la aprehensión del objeto a su alcance. De modo que la inteligencia y objeto sensible se aplican permanentemente a un recíproco trueque, éste poniendo al alcance de la sensibilidad lo que viene a ser su material; aquélla, moviendo a la sensibilidad hacia el objeto externo, como verdadero artífice, a fin de que se lance tras aquél.

30. El ser animado, en efecto, en dos cosas supera al inanimado: en la representación mental y en el impulso.[25] La representación mental se produce por la penetración del objeto externo, que se graba en la mente a través de la sensibilidad; el impulso, pariente próximo de la representación mental, resulta del poder de autoextensión propio de la inteligencia; poder que ella extiende a través de la sensibilidad; y así, pónese en relación con el objeto situado ante ella, y avanza Lacia él ansiando vivamente alcanzarlo y asirlo.
[25] Representación mental, o sea, la presentación del objeto en la inteligencia y la capacidad de captarlo; e impulso, o tendencia o apetito.

31. XII. "Y formó Dios al hombre tomando polvo de la tierra y sopló en su rostro el aliento de la vida y el hombre se convirtió el alma viviente." (Gen. II, 7.) Hay dos clases de hombres: uno es el hombre celestial, el otro el terrestre. El celestial, como que fue creado según la imagen de Dios, nada absolutamente tiene en común con la sustancia corruptible y terrenal; el terrestre, en cambio, ha sido formado de la materia dispersa que Moisés llama polvo. Por eso no dice que el hombre celestial fuera formado, sino que fue estampado según la imagen de Dios; en tanto que del terrestre dice que fue obra modelada por el Artífice, no vástago Suyo.

32. Hemos de considerar que ese hombre hecho de tierra es una inteligencia que se va incorporando al cuerpo, pero sin estar aún fundida con él. Por otra parte, esta inteligencia terrestre es, en realidad, corruptible también si Dios no llega a infundirle un poder de vida verdadera; porque, cuando ello ocurre, cesa ya de ser modelada, y se incorpora a un alma, y

no a un alma inoperante e informe, sino a una inteligente realmente y plena de vida. Por eso dice: "El hombre se convirtió en un alma viviente".

33. XIII. Podrían, por otra parte, formularse estas preguntas:
¿por qué Dios consideró digna de Su Divino aliento a la inteligencia nacida de la tierra y apegada a un cuerpo, y no a la creada según la forma ejemplar y Su propia imagen? Segundo: ¿qué quiere decir "sopló en"? Tercero: ¿por qué el soplo fue en el rostro? Cuarto: ¿por qué si conocía el término "espíritu", como se desprende de su expresión "Y el espíritu de Dios se extendió sobre las aguas" (Gen. I, 2), emplea ahora la palabra "aliento", y no "espíritu"?

34. Con respecto a la primera cuestión cabe manifestar una cosa: que, siendo Dios, como es, inclinado a prodigar dones, concede bienes a todos sin exceptuar a las creaturas imperfectas, impulsándolas así a la participación en la virtud y al celo por ella; y al mismo tiempo haciendo latente Su riqueza sin límites, como que alcanza también para aquellos que no sabrán sacar de ella el suficiente provecho. Esto vuelve a ponerlo de manifiesto en otras circunstancias clarísimamente. Así, cada vez que hace llover sobre el mar, cada vez que con lluvias llena las fuentes de los lugares mas desiertos, cada vez que riega la tierra árida, áspera y estéril, haciendo desbordar sobre ella los ríos mediante las crecientes, ¿qué otra cosa muestra sino la incomparable magnitud de Su riqueza y de Su bondad? Éste fue el motivo por el cual no creó alma alguna estéril para el bien, aun cuando su práctica sea imposible para algunos.

35. Debemos además señalar lo siguiente: Dios quiere atenerse a las normas establecidas del derecho. Seguramente quien no hubiese recibido el soplo de la verdadera vida, siendo, por el contrario, inexperto en lo que toca a la virtud, al ser castigado por faltas cometidas, hubiera alegado que era castigado injustamente, pues por ignorancia del bien había delinquido respecto del mismo, y que el culpable de ello es Aquél que no "sopló" en él ninguna noción acerca de lo bueno. Dirá posiblemente que no ha faltado en absoluto, por cuanto, como sostienen algunos, las acciones involuntarias o inconscientes no involucran falta alguna.

36. La expresión "sopló en" equivale a "inspiró" o "convirtió en animado" lo inanimado. Porque, no nos contaminemos con una extravagancia tal, que pensemos que, al "soplar", lo hizo Dios empleando órganos como la boca o las narices; ya que Dios no sólo no tiene forma humana, sino, además, es ajeno a toda determinación cualitativa. No; lo que la expresión pone de relieve es algo que está más de acuerdo con la naturaleza de las cosas.
37. Es preciso, en efecto, que haya tres cosas: la que sopla, lo que recibe el soplo y lo soplado. El que "sopla" es Dios; quien recibe es la inteligencia, y lo soplado es el espíritu.[26] ¿Qué se deduce, pues, de esto? Que tiene lugar una concurrencia triple: Dios proyecta el poder que procede de Sí mismo por conducto del soplo hasta quien yace ante Él. ¿Y con qué intención lo hace, sino para que lleguemos a adquirir un conocimiento de Él?
[26] Léese, en efecto, *pneúma* = espíritu, aunque por la aclaración de 42 se esperaría que dijera *pnoé* = aliento, soplo ligero.

38. Porque, ¿de qué manera hubiera conocido el alma a Dios, si Éste no hubiese soplado sobre ella, estableciendo un contacto en la medida de las posibilidades de ésta? La inteligencia humana, efectivamente, jamás se hubiera aventurado a remontarse tan alto como para comprender la naturaleza de Dios, si el mismo Dios no la hubiera levantado hacia Sí, hasta donde era posible que la inteligencia humana fuera elevada, e impreso en ella Su marca según la capacidad de conocimiento que a ésta le era dable alcanzar.

39. Lo de "soplo en su faz" ha de entenderse a la vez física y éticamente. Físicamente, porque fue en el rostro donde formó Dios los sentidos; como que se trata de la parte del cuerpo dotada más. que toda otra de actividad vital. Y éticamente, en este sentido: así como el rostro es la parte rectora del cuerpo, lo es del alma la inteligencia, y sólo en ella sopló Dios; a las restantes partes, es decir los sentidos, el órgano del habla y el de la reproducción, no las consideró dignas de tal cosa.

40. Son, en efecto, secundarias, por su capacidad. ¿Por quién, entonces, son inspiradas éstas? Evidentemente, por la inteligencia. De lo que Dios hizo partícipe a la inteligencia, de ello hace partícipe la inteligencia a la parte irracional del alma; de modo que, mientras la inteligencia es dotada de vida animada por Dios, la parte irracional la recibe de la inteligencia, puesto que la inteligencia es, en cierto modo, el dios de la parte irracional del alma; por lo que no titubeó Moisés en llamarse a sí mismo "Dios del Faraón." (Ex. VII, 1.) [27]
[27] Moisés o la inteligencia, dios del faraón o la irracionalidad.

41. Es que de las cosas que son creadas, unas lo son por el poder y la obra de Dios, otras por Su poder mas no por obra Suya. Las más excelsas fueron hechas por Su poder y por Su obra. Por ejemplo, se adelantará a decirnos ¿el legislador que "Dios plantó un parque." (Gen. II, 8.) La inteligencia también está en este mismo caso. Lo irracional, en cambio, fue hecho por el poder de Dios pero no por obra de Él, sino a través de la potencia racional que gobierna y reina en el alma.

42. "Aliento", y no "espíritu", ha dicho, dando a entender que media una diferencia entre ambas cosas. El espíritu, en efecto, está concebido como una fuerza, un vigor o un poder, en tanto que el aliento es como una brisa y un soplo sereno y suave. De la inteligencia hecha según la imagen y la forma ejemplar es posible afirmar que participa del espíritu, pues su discernimiento es robusto; en cambio, de la que procede de la materia podemos decir que participa de la brisa ligera e insustancial, cómo una exhalación cualquiera, tal como las que proceden de las sustancias aromáticas; las que, aunque se las conserve sin quemarlas, no por eso dejan de exhalar cierto grato perfume.

43. XIV. "Y plantó Dios un parque en el Edén hacia el oriente, y colocó allí al hombre que acababa de formar." (Gen. II, 8.) A través de muchas denominaciones ha señalado Moisés que la, sabiduría suprema y celestial tiene numerosos nombres, pues la ha llamado "principio", "imagen" y "visión de Dios". Ahora mediante la plantación del parque aclara que la sabiduría terrena es una imitación de aquella otra, como de un arquetipo. Porque, no haga presa del humano discernimiento una impiedad tal como para suponer que Dios trabaja la tierra y planta parques. Por cierto que, además, enseguida andaríamos sin saber por qué razón lo hace; ya que no será para procurarse gratas: distracciones y placeres. Ni nos pase por la mente jamás semejante superchería.

44. La verdad es que ni el mundo entero» seria digna sede y residencia para Dios, ya que Dios es Él mismo" Su sede. Él mismo se colma a Sí mismo y Él mismo se basta a Sí mismo; y Él es quien llena y contiene a las otras cosas, que en sí son menesterosas, desiertas y vacías; sin ser a Su vez contenido por ningún otro ser, por cuanto Él es único y el todo.

45. Pues bien, lo que Dios siembra y planta es la virtud terrena. para la raza mortal, virtud que es imitación y copia de la celestial. En efecto, compadecido de nuestra raza y observando que es un compuesto de una copiosa abundancia de males, hizo-arraigar en ella una virtud terrestre que la protegiera y defendiera de las enfermedades del alma; virtud que es, como

dije, imitación de la celestial y ejemplar, a la que Moisés designa con variados nombres. Mientras la virtud es designada figuradamente con el nombre de "parque"; al lugar próximo al parque se lo llama "Edén", que quiere decir "deleite"; y la paz, el bienestar y la dicha, en los que reside el verdadero deleite, están estrechamente unidos a la virtud.[28]
[28] Es decir, esas condiciones que conforman el verdadero deleite se hallan vinculados o próximos a la virtud, como unido al parque se halla el Edén.

46. Además la plantación del parque es "hacia el oriente". Es que la recta razón no se pone ni se apaga, sino que está en su naturaleza el "elevarse" [29] siempre; y así como, se me ocurre, el sol, al elevarse, llena de luz la obscuridad del aire, del mismo modo también la virtud, una vez elevada en el alma, ilumina sus tinieblas y dispersa su espesa sombra.
[29] Juego de palabras; *anatolé* -= oriente o levante, y *anatéllein* = elevarse, salir un astro.

47. "Y colocó", dice, "allí al hombre que acababa de formar". Siendo Dios, como es, bondadoso, y preparando a nuestra raza para la virtud como su cometido más propio, puso a la inteligencia en medio de la virtud, evidentemente para que a ninguna otra cosa sino a ésta cuidase y cultivase como buen agricultor.

48. XV. Ahora bien, podría alguien formular esta pregunta: ¿Por qué siendo, como es, acción piadosa imitar las obras de Dios, planta Él el parque y a mí no me está permitido plantar un bosque próximo al altar? Dice, en efecto, la ley: "No plantarás para ti un bosque; ningún bosque harás crecer para ti en las proximidades del altar del Señor tu Dios." (Deut. XVI, 21.) ¿Qué decir ante esto?

49. Que, aunque es a Dios a quien cuadra plantar y erigir en el alma las virtudes; con todo, la inteligencia es apegada a sí misma y olvidada de Dios, y piensa que es igual a Él y se tiene por productora, cuando, en realidad su papel es pasivo. Y, como el que siembra y planta los bienes en el alma es Dios, la inteligencia peca de impiedad al decir "La que planta soy yo". "No has de ser tú, pues, quien plante cuando Dios planta. Y en el caso de que tú también plantares en el alma, oh inteligencia, planta todas las especies fructíferas, pero no un bosque; que en un bosque crecen árboles salvajes además de los cultivados; y plantar en el alma al lado de la cultivada y fructífera virtud el estéril vicio, es como una lepra, la que se caracteriza por su doble naturaleza y su heterogéneo aspecto.

50. Si, pese a todo, llevares al mismo sitio cosas heterogéneas e imposibles de mezclar, distingüelas y sepáralas de la pura e inmaculada naturaleza que ofrece a Dios frutos sin defectos. Esta naturaleza es precisamente lo que simboliza el "altar", y es profanarlo el. atribuir al alma la paternidad exclusiva de una obra, cuando todas las obras llevan en sí una referencia a Dios, y confundir de ese modo [30] lo estéril con lo fructífero. Porque esta presunción es un defecto precisamente, y a Dios se le ofrecen las cosas sin defecto.
[30] Es decir, la esterilidad humana con la eficacia Divina. Filón recurre en el parágrafo a un juego de palabras basado en los dos sentidos de *anaphérein* = ofrendar y referir a, y *anaphorá* = ofrenda y referencia a.

51. Si transgredieres, pues, cualquiera de estas normas, oh alma, a quien dañarás será a ti misma, no a Dios. Por eso dice Moisés: "No plantarás para ti mismo". Nadie, en efecto, trabaja para Dios cosa alguna, sobre todo si se trata de cosas ruines. Y añade de nuevo: "No harás para ti mismo." Y en otro lugar dice también: "No erijáis a Mi lado dioses de plata ni construyáis para vosotros mismos divinidades de oro." (Ex. XX, 23.) Porque es a sí mismo a quien daña, y no a Dios, quien piensa que Dios es de naturaleza cualitativa o que no es uno o

que no es increado e incorruptible o que no es inmutable; de allí que diga: "No construyáis para vosotros." Porque es preciso concebirlo de naturaleza no cualitativa, uno, incorruptible e inmutable; y quien así no lo concibiere saturará su propia alma de falsa e impía opinión.

52. ¿No ves que, aun cuando Él nos condujere hacia la virtud y, conducidos a ella, plantáramos, no un árbol estéril, sino "todo árbol de fruto comestible", con todo, manda "purificar completamente su impureza"? (Lev. XIX, 23.) Esta impureza es el creer que plantamos; que lo que Él nos prescribe, es suprimir la presunción; y la presunción es algo impuro por naturaleza.

53. XVI. En cuanto al hombre que Dios acababa de modelar, en este pasaje dice solamente que lo colocó en el parque. ¿Quién es, entonces, aquel de quien más adelante dice que "tomó Dios Soberano al hombre que había hecho, y lo colocó en el parque para trabajarlo y cuidarlo?" (Gen. II, 15.) Seguramente éste es el otro, es decir, el creado según la imagen y forma ejemplar; de modo que son dos los hombres introducidos en el parque: el "modelado" y el "según la imagen".

54. El creado según la forma ejemplar no sólo se halla situado en el ámbito de las plantaciones de las virtudes sino además es plantador y guardián de las mismas, lo que implica que retiene en la memoria cuanto ha escuchado y practicado. El "modelado", en cambio, ni produce las virtudes ni las vigila; solamente es conducido a las verdades por la Divina liberalidad, y habrá de ser poco después desterrado de la virtud.

55. Por eso al que Dios solamente sitúa en el parque lo presenta Moisés como "modelado", en tanto que al referirse al que Dios designa trabajador y guardián no lo dice el "modelado" sino "al que había hecho". Y es a éste a quien Dios recibe, en tanto que a aquél lo rechaza. Y al que recibe lo juzga digno de tres dones, que constituyen juntos la natural capacidad, a saber: el acierto, la perseverancia y la memoria: el acierto, que es la colocación en el parque; la perseverancia, que consiste en la práctica de las dignas acciones; la memoria, o sea, el cuidado y conservación de las santas doctrinas. La inteligencia "modelada", en cambio, ni recuerda las cosas nobles ni las produce; simplemente las capta con facilidad y nada más. Por eso, colocada también en el parque, poco después huye y es arrojada fuera.

56. XVII. "E hizo crecer Dios del seno de la tierra toda clase de árboles hermosos para la contemplación y buenos para alimento, y el árbol de la vida en medio del parque; y el árbol de la ciencia, del bien y del mal." (Gen. II, 9.) Ahora señala Moisés los árboles de virtud que Dios planta en el alma, es decir, las virtudes particulares, las correspondientes actividades, los rectos procederes y los que los filósofos denominan deberes comunes.[31]
[31] Cicerón, *De Oficiis* I, 3, 8, y III, 3, 14.

57. Éstas son las plantas del parque. Moisés las caracteriza mostrando que el bien es asimismo lo más hermoso de verse y gozarse. Mientras algunas de las ciencias y las artes son, en efecto, teóricas y no prácticas, como la geometría, y algunas son prácticas y no teóricas, como la carpintería, el arte del forjador y todas las denominadas de artesanía; la virtud, en cambio, es a la vez teórica y práctica. Encierra, en efecto, una teoría en cuanto que el camino hacia ella, es decir la filosofía, también la involucra en sus tres partes: lógica, ética y física; y encierra además obras, pues la virtud es un arte de toda la vida, en el que se dan juntos todos los géneros de acciones.

58. Pero no sólo encierra una teoría y una práctica, sino además sobresale por sus excelencias

en uno y otro aspecto, puesto que la teoría de la virtud es hermosísima, y su práctica y ejercicio son sumamente apetecibles. Por eso Moisés, aludiendo a su aspecto teórico, dice que "es hermoso para la contemplación"; y refiriéndose a su práctica y ejercicio, que "es bueno para alimento".

59. XVIII. "El árbol de la vida" es la virtud en su acepción más amplia, la que algunos denominan bondad, y de la que proceden las virtudes particulares. Éste es el motivo por el que está situado en el centro del parque teniendo por sede la posición que más abarca, a fin de que, como a un rey, aquéllas le sirvieran a modo de guardias desde una y otra parte. Hay quienes dicen, sin embargo, que es el corazón lo que se denomina "árbol de la vida" por cuanto él es quien hace posible la vida, y a él le ha correspondido el lugar central del cuerpo, porque, según ellos, es la parte rectora.[32] Pero no olviden éstos que ellos se atienen más al punto de vista médico que al filosófico, en tanto que nosotros, como más arriba ya se ha dicho, decimos que es a la virtud en su sentido más lato a la que aquí se llama "árbol de la vida".

[32] Tal es la opinión de la mayoría de los estoicos; Platón, en cambio, la sitúa en la cabeza.

60. Mientras dice expresamente que este árbol está colocado en medio del parque; al mencionar al otro, en cambio, al de la ciencia del bien y del mal, no aclara ni si está dentro ni si está fuera del parque; y, después de las palabras "y el árbol de la ciencia del bien y del mal", so detiene al punto sin declarar dónde se encuentra. Muévelo a ello el deseo de que el. profano en filosofía natural no pueda admirar el lugar donde se halla el saber.

61. ¿Qué corresponde, pues, decir? Que este árbol está a la vez dentro y fuera del parque, en acto dentro, en potencia fuera. ¿Cómo es esto? Pues bien, la parte dominante de nuestro ser todo lo puede recibir, y se asemeja a la cera, que admite todas las impresiones hermosas y feas. Por ello también el su-plantador,[33] Jacob, lo reconoce cuando afirma: "Sobre mí han sobrevenido todas estas cosas." (Gen. XLII, 36.) En efecto, sobre el alma, siendo una sola como es, sobrevienen las innumerables impresiones de todas las cosas que hay en el universo; y en tanto que, si recibe la marca de la perfecta virtud se convierte en "el árbol de la vida"; si recibe la del vicio, se convierte en "el de la ciencia del bien y del mal". Pero el vicio se halla desterrado del Divino coro;[34] y en consecuencia, nuestra parte rectora, que lo ha recibido, está en acto en el parque pues en ella se encuentra asimismo la marca de la virtud, que está íntimamente vinculada con el parque; pero a la vez, virtualmente se halla fuera de él puesto que la marca del vicio es ajena al Divino oriente.

[33] Suplantador porque sustituyó a Esaú en la primogenitura. Gen. XXV a XXVII.

[34] Platón, Fedro 247 a.

62. Quizás lo que digo se pueda entender también de la siguiente manera: en este momento mi parte rectora está en mi cuerpo en acto, pero virtualmente en Italia o Sicilia, pues su pensamiento se concentra en estas regiones, y en el cielo cuando indaga acerca del cielo. Por eso también, frecuentemente, algunos, aunque se encuentran en lugares profanos, hállanse en realidad en los más sagrados pues sus pensamientos se concentran en las cosas tocantes a la virtud; y a la inversa, otros, hallándose en lugares sacros son profanos en lo que hace a su inteligencia, pues ésta se apropia de inclinaciones hacia el mal y de. groseras impresiones. De modo que el vicio ni está ni no está en el parque, pues puede estar en acto pero no puede estar virtualmente.

63. XIX. "Un río sale desde el Edén a regar el parque. Desde allí se reparte en cuatro cabeceras de ríos. Fisón es el nombre de uno de ellos. Éste es el que circunda toda la tierra de

Evilat, allí donde está el oro;[35] y el oro de aquella región es de buena calidad; además allí se dan el rubí y la piedra verde. El segundo río se llama Geón. Éste rodea en círculo toda la tierra de Etiopía. El tercer río es el Tigris; éste es el río que corre frente a Asiría; el cuarto río es el Eufrates." (Gen. II, 10 a 14.) Mediante los ríos quiere Moisés representar las virtudes particulares. Éstas son en número de cuatro: prudencia, templanza, fortaleza y justicia. El más grande de los ríos, del que proceden los cuatro restantes, es la virtud genérica, que conocemos con el nombre de bondad. Los cuatro derivados son las virtudes, cuyo número es ese mismo.
[35] "Allí donde está el oro". Tal es la traducción razonable del pasaje *exsí hoú esti tó krysíon*. Pero la forma hoú (= donde, si funciona como adverbio; = del cual, si se trata del genitivo de hós = quien, el cual, el que) da pie para una muy filoniana interpretación del texto, el que, para su;; propósitos, vendrían significar: "Allí (está Aquél) del cual es el oro". Es de advertir, para quien desconozca la lengua griega, que la elipsis del verbo *éinai* = ser, estar, y del antecedente del relativo no es extraña a la construcción griega. Ver las consecuencias de esta interpretación en los parágrafos 67 y 77.

64. La virtud genérica tiene, pues, origen en el Edén, es decir, en la sabiduría de Dios, la cual se complace, alegra y deleita solamente en Dios, su Padre, cifrando en Él su orgullo y su gloria. Las cuatro virtudes específicas, en cambio, son derivadas de la genérica, la que, cual un río, riega las rectas realizaciones de cada una de ellas con una abundante anuencia de nobles acciones.

65. Observemos también los términos que emplea: "Un río", dice, "sale desde el Edén a regar el parque". El "río" es la virtud genérica, es decir, la bondad. Ésta procede del Edén, vale decir, de la sabiduría de Dios, que es el logos de Dios, pues conforme a éste es como ha sido creada la virtud genérica. La virtud genérica, a su vez, riega el parque, es decir, alimenta a las virtudes particulares. Lo de "cabeceras de ríos" no ha de entenderse en el sentido de lugar sino de soberanía;[36] como que, efectivamente, cada una de las virtudes es una verdadera soberana y reina. "Se separa" equivale a "tiene límites determinados". La prudencia, cuya esfera son las cosas por realizarse, establece limites en torno a ellas; la fortaleza, a su vez, delimita a las que se han de soportar; la templanza, a las que se han de escoger la justicia; las que se han de asignar a cada uno.
[36] Arkhé significa mando, y, como una acepción secundaria, designa cabecera de río. De allí la aclaración de Filón.

66. XX. "Fisón es el nombre de uno de ellos; éste es el que circunda toda la tierra de Evilat, allí donde está el oro;[37] y el oro de aquella región es de buena calidad; además allí se dan el rubí y la piedra verde." Una especie dentro de las cuatro virtudes es la prudencia, a la que Moisés llama Fisón en mérito a que "ahorra" al alma iniquidades y la protege de ellas.[38] Circunda y rodea ella "la tierra de Evilat", es decir, rodea de cuidados a la benévola, suave y propicia disposición de espíritu; y, así como de las sustancias fundidas el oro es la más excelente y apreciada, del mismo modo de las virtudes del alma la más apreciada es la prudencia.
[37] O "allí (está Aquél) de quien es el oro"; según lo aclarado en la nota 35.
[38] Filón asocia el nombre *Pheison* (Fisón) con el verbo *phéidomai* (futuro: *phéisomai*) = economizo, evito.

67. Las palabras "allí *hoú*[39] está el oro" no hacen referencia a un lugar, como en "allí donde está el oro"; sino significan "allí (está Aquél)" de quien es propiedad la prudencia, que brilla como el oro, es purificada por el fuego y tiene un valor inapreciable; estando reconocida como la riqueza más hermosa de Dios. Y el lugar donde la prudencia reside es sede de dos

tipos de hombres: el que es prudente y el que obra prudentemente, a los que Moisés compara con el rubí y la piedra verde.
[39] Ver nota 35, sobre las dos acepciones de *hoú*: donde y de quien.

68. XXI. "Y el segundo río se llama Geón. Éste rodea en círculo toda la tierra de Etiopía." Este río simboliza a la fortaleza. En efecto, "Geón" significa "pecho" o "corneador", cosas ambas que son signo de fortaleza, pues ésta reside en los pechos humanos, donde también encuéntrase el corazón, y se halla bien pertrechada para la defensa.[40] Es, efectivamente, la ciencia de las cosas que se han de tolerar, de las que no deben serlo y de las que no entran en ninguno de los dos casos;[41] y "rodea" y sitia en son de guerra a la "Etiopía", nombre cuya interpretación es "bajeza", y la cobardía es cosa baja, en tanto que la fortaleza es enemiga de la bajeza y de la cobardía.
[40] Tal como los animales que poseen cuernos y cornean.
[41] Definición estoica de la fortaleza o valentía (*andréia*).

69. "Y el tercer rio es el Tigris; éste es el que corre frente a Asiría." La tercera virtud es la templanza, opuesta al placer, el que cree "dirigir" a su arbitrio la humana debilidad. En efecto, en lengua griega los asirlos son llamados "dirigentes". Moisés compara además el apetito,[42] del que se ocupa la templanza, con el tigre,[43] el más indómito de los animales.
[42] Apetito vicioso, es decir, concupiscencia o avidez de placeres.
[43] Tigris designa en griego tanto al animal de ese nombre como al río de Mesopotamia.

70. XXII. Vale la pena averiguar por qué la fortaleza está mencionada en segundo término, la templanza en el tercero y la prudencia en primer lugar; y por qué no se ha presentado a las virtudes en otro orden. Tengamos presente que nuestra alma comprende tres partes,[44] de las que una contiene la razón, otra la irascibilidad, y la tercera el apetito.[45] Y sucede que la cabeza es la sede y residencia de la parte racional; el pecho de la irascible, y el vientre de la apetitiva; y que "a cada una de las partes ha sido adaptada la virtud que le es propia: la prudencia a la parte racional, pues es propio de la razón tener el conocimiento de las cosas que se deben hacer y de las que no se deben hacer; la fortaleza a la irascible, y la templanza a la apetitiva, puesto que mediante la templanza nos curamos y sanamos de nuestros deseos.
[44] Conforme con la teoría de Platón, expuesta en el Fedro 439 d, en el famoso mito del carro del alma, del que es conductor la parte racional, y del que tiran dos caballos; uno más noble, la parte pasional o colérica; otro más vil, la parte apetitiva; si bien Filón se aparta de él al no distinguir la calidad de uno y otro caballo. En cuanto a la localización de las tres partes del alma en las tres partes del cuerpo, ajustase Filón a lo expuesto en el Timeo 69 e y 90 a.
[45] Es decir, la parte racional; la parte colérica o irascible o pasional, en el sentido de ánimo elevado o fortaleza de espíritu; y la parte apetitiva o de la concupiscencia.

71. Así, pues, como la cabeza es la parte primera y más elevada del ser viviente, el pecho la segunda y el vientre la tercera; y, a la vez, la parte racional es la primera en el alma; la parte irascible, la segunda; y la parte apetitiva, la tercera; así también de las virtudes es primera la prudencia, que atañe a la primera parte del alma, la racional, y reside en la primera parte del cuerpo, vale decir la cabeza; segunda es la templanza, porque concierne a la segunda parte del alma, que es la ira, y porque está encerrada en la correspondiente zona del cuerpo, o sen c1 pecho; y tercera es la templanza, y& que su esfera de acción es el vientre, que es la tercera porción del cuerpo, y la parte apetitiva, a la que está asignada la tercera zona del alma.

72. XXIII. "El cuarto río", dice, "es el Eufrates." "Eufrates" significa "fertilidad", y simboliza a la cuarta de las virtudes, la justicia, virtud realmente fructífera y regocijo de la inteligencia.

¿Cuándo se da esta virtud? Cuando las tres partes del alma guardan recíproca armonía; armonía que alcanzan cuando las sujeta a su dominio la parte superior. Por ejemplo, cuando las dos, la irascible y la apetitiva, son guiadas como dos corceles por la racional, entonces sobreviene la justicia, puesto que es justo que la dirección esté en manos de la parte mejor siempre y en todo lugar, y que la parte inferior obedezca; y la parte superior es la racional en tanto que la irascible y la apetitiva son las inferiores.

73. Cuando, por el contrario, la ira y el apetito se rebelan y se emancipan, y por la violencia del embate dan por tierra con el conductor, me refiero a la parte racional, y lo someten a su yugo, y una y otra pasión se adueñan de las bridas, prevalece la injusticia; porque, fatalmente, por la inexperiencia e incapacidad del conductor los uncidos son conducidos a través de lugares escarpados y barrancos, del mismo modo que con experiencia y eficiencia [46] se los evita.
[46] Incapacidad o vicio (*kakía*), y eficiencia o virtud (*areté*).

74. XXIV. Veamos ahora el asunto también de esta manera. "Fisón" significa "transformación de la boca" y "Evilat", "que sufre los dolores del parto". En ellos aparece claramente señalada la prudencia. Mientras los más, en efecto, juzgan prudente al hombre que descubre argumentos sofísticos y al que es hábil en expresar lo pensado, Moisés, en cambio, reconoce al tal hombre como aficionado a la palabra, pero de ningún modo como prudente. En efecto, la prudencia se comprueba en la "transformación de la boca", vale decir, en la transformación de la palabra que expresa lo pensado.[47] Lo que equivale a decir que el ser prudente no se determina en las palabras sino en la obra y en los hechos meritorios.
[47] Es decir, en la concreción de lo dicho, o en el pasar de las meras palabras al terreno de las realizaciones concretas.

75. La prudencia establece un círculo, un muro podríamos decir, en torno de Evilat, o sea, en torno de la insensatez, que sufre los dolores del parto, para asediarla y destruirla. Con toda propiedad dícese que la insensatez sufre tales dolores, ya que la inteligencia, insensata, enamorada de cosas fuera de su alcance, sufre cual parturienta en toda ocasión: cuando está prendada de las riquezas, de la fama, del placer, o de alguna otra cosa,

76. Pero no obstante sufrir los dolores del parto no engendra jamás, puesto que el alma del hombre necio es incapaz por naturaleza de engendrar vástago alguno; e incluso aquellas cosas que aparentemente produce resultan ser abortos y fracasos, que devoran la mitad de su propia carne, y equivalen a la muerte de dicha alma. Por eso Aarón, la sagrada palabra, pide a Moisés, el amado de Dios, que cure a Miriam de su transformación[48] para evitar a su alma los dolores del parto de males; por lo cual dice: "para que no se convierta en algo semejante a un cuerpo muerto, como un aborto que sale dé vientre de su madre y devora la mitad de su carne".
[48] Transformación consistente en haber contraído una repentina lepra por voluntad de Dios.

[77] (Núm-XII, 12.) 77. XXV. "Allí", dice "de quién[49] es el oro." Es decir, que no afirma simplemente que el oro está allí sino que allí está Aquél de quien el oro es. La prudencia, en efecto, a "a que compara con el oro, que es neto, puro, forjado a fuego, garantizado y precioso por naturaleza, se encuentra
"allí", vale decir en la Divina sabiduría; pero, aunque se halla en ella, no es propiedad de la sabiduría, sino de Aquél del que también lo es la sabiduría misma, vale decir, de Dios, que la produjo y posee.
[49] Ver nota 35.

78. "El oro de aquella tierra es-de buena calidad." (Gen. II, 12.) ¿Pero existe, entonces, otra oro que no sea de buena calidad? Sin duda, puesto que la prudencia es de dos clases: la universal y la particular. La prudencia que hay en mí, siendo como es particular, no es de buena calidad puesto que al perecer yo perece conmigo. En cambio la prudencia universal, la que reside en la sabiduría de Dios y en Su mansión, es de buena calidad pues, además de ser imperecedera, tiene por sede una mansión imperecedera.

79. XXVI. "Y allí se dan el rubí y la piedra verde"; es decir las dos formas concretas de esta virtud: el hombre de espíritu prudente, y el que es prudente en sus obras; es decir, el que se caracteriza por su discernimiento sensato, y el que se manifiesta sensato en la práctica. A causa, en efecto, de estos tipos concretos sembró Dios en el hombre terrestre la prudencia y la virtud en general. Porque, ,¡cuál sería la utilidad de la virtud si no existieran los actos racionales que la acogieran y recibiesen sus impresiones? [50] En consecuencia, es natural que allí donde existe la prudencia, existan tanto el hombre dotado de prudencia como el que obra con prudencia, es decir, las dos piedras preciosas.

[50] Es decir, si no hubiera existido la prudencia como disposición espiritual o actitud intelectual (propia del hombre sabio o prudente), para acoger y recibir las impresiones de la sabiduría en acción (virtud).

80. Judá e Isacar bien pueden representar estos tipos de hombre, pues, mientras el hombre que se ejercita en la Divina[51] prudencia proclama su reconocimiento a Quien liberalmente ha dispensado el bien; el otro realiza obras hermosas y meritorias. Del que proclama su gratitud es el símbolo Judá, con cuyo nacimiento cesaron los partos de Lía;[52] en tanto que el que ejecuta obras nobles está simbolizado en Isacar, pues "puso su hombro debajo para trabajar y se convirtió en labrador". (Gen. XLIX, 15.) A propósito de él dice Moisés que, cuanto ha sido. sembrado y plantado en el alma, "es una recompensa" (Gen. XXX, 18) ;[53] lo que significa que el trabajo no es en vano, siendo, por el contrario, galardonado y recompensado por Dios.

[51] Resulta extraña la aplicación del calificativo de *asketes* (practicante, ejercitante) a quien, como Judá, personifica la prudencia cómo disposición-espiritual o intelectual, por oposición al tipo humano que la encama en la practica, como Isacar.

[52] Gen. XXIX, 35.

[53] El nombre Judá deriva de un verbo que significa agradecer; el de Isacar, de un sustantivo cuya acepción es recompensa. Ver Sobre la obra de Noé como plantador 134.

81. Que es a ellos a quienes se refiere Moisés, lo pone éste de manifiesto en otro pasaje cuando dice, a propósito de la vestidura sacerdotal: 'Tejerás juntas en él piedras preciosas en cuatro hileras; la primera hilera de piedras constará de una cornalina, un topacio y una esmeralda", con lo que alude a Rubén, Simeón y Leví; "la segunda hilera", agrega, "constará de un rubí y un zafiro." (Ex. XXVIII, 17 y 18.) Ahora bien, el zafiro es una piedra verde; y Judá está grabado en el rubí, pues es el cuarto, e Isacar lo está en el zafiro.

82. ¿Por qué, entonces, así como dijo "una piedra verde",[54] no dice también "una piedra rubí"? Porque Judá, el carácter inclinado a confesar su gratitud, es inmaterial e incorpóreo. Y en efecto, del mismo nombre de la confesión de gratitud resulta claro que el reconocimiento es algo exterior al hombre mismo.[55] Cada vez, en efecto, que la inteligencia sale fuera de sí misma y se ofrece a Dios, como Isaac, es decir, "la risa",[56] entonces realiza su confesión de reconocimiento hacia el Que Es. En cambio, mientras la inteligencia supone que ella misma es causa de algo, se halla lejos de reconocer el papel de Dios y de mostrarse reconocida hacia Él. Y en verdad, preciso es tener presente que esta misma confesión de reconocimiento no es

obra del alma sino de Dios, que le proporciona el agradecimiento. Así pues, Judá, el que confiesa su gratitud, es inmaterial.
[54] Gen. II, 12.
[55] *Exhomologesis* = confesión de gratitud, es un nombre compuesto de *ex* = desde, exterior a, y *homológesis* = reconocimiento; por lo que, según Filón, el término ha de entenderse como reconocimiento que se halla fuera de uno mismo, o algo parecido.
[56] Isaac es la personificación o símbolo de la risa o la alegría, según Filón. Ver Sobre Abraham, 201.

83. En cambio Isacar, el hombre que ha progresado mediante su trabajo, necesariamente debe poseer un cuerpo material. Porque, ¿cómo el que se ejercita[57] distinguirá las cosas si carece de ojos? ¿Cómo sin oídos oirá las palabras, estimulantes? ¿Cómo habrá de comer y beber sin un estómago y su maravilloso mecanismo? Ésa es la razón por la que fue comparado con una piedra.
[57] La afirmación de que Isacar es representación del hombre "que se ejercita", contradice, aparentemente, lo dicho en 80 acerca de Judá.

84. Pero, además, difieren en los colores. En efecto, el color del rubí corresponde a quien confiesa su gratitud pues es abrasado por el fuego de su agradecimiento hacia Dios y se embriaga con sobria embriaguez; en cambio, a aquel que se halla en pleno trabajo, corresponde el color de la piedra verde, pues los que trabajan son pálidos por el agotador trabajo y por el temor de no alcanzar resultados acordes con sus súplicas.

85. XXVII. Vale la pena averiguar por qué los dos ríos, el Pisón y el Geón, circundan el uno a Evilat y el otro a Etiopía; cosa que ninguno de los dos restantes hace y del Tigris leemos que está frente a Asiría, en tanto que en el caso del.Eufrates no se señala ninguna región, no obstante quo ninguna duda cabe de que el Eufrates corre en torno a algunas regiones y tiene no pocas frente a sí. Pero el pasaje no se refiere al río sino a una enmienda del carácter.

86. Hemos de decir, pues, que la prudencia y la fortaleza son capaces de erigirse en muro circular frente a los opuestos vicios, es decir, la insensatez y la cobardía, y capturarlas. Ambas, en efecto, son débiles y fáciles de apresar, pues el hombre insensato es fácil presa del prudente, y el cobarde está a merced del valiente. La templanza, en cambio, no puede tender un círculo en torno al apetito y al placer, por cuanto éstos son contrarios tenaces y difíciles de vencer. ¿No ves que hasta los más capaces de controlarse, por imperio de su condición mortal frecuentan los alimentos y las bebidas, de los que derivan los placeres del vientre? Hemos de conformarnos con enfrentar y combatir a la estirpe del apetito.[58]
[58] Es decir: no cabe hacer mas que eso; sitiarla es imposible.

87. Ésa es la razón por la que el río Tigris está frente a los asirlos; vale decir, por la que la templanza está frente al placer. En cambio la justicia, a la que representa el río Eufrates, ni sitia ni cerca ni enfrenta a nadie. ¿Por qué? Porque la justicia es la encargada de asignar a cada uno lo que corresponde, y se ubica en un plano distinto al del acusador y al del acusado, en el de juez. Y, así como un juez no se propone vencer a nadie, ni combatir con nadie ni enfrentar a nadie sino emitir su dictamen en justa decisión, del mismo modo la justicia no es adversaria de nadie y acuerda a cada uno lo que le corresponde en derecho.

88. XXVIII. "Y tomó Dios Soberano al hombre que había hecho, y lo colocó en el parque para que lo trabajara y lo cuidara." (Gen. II, 15.) Como ya dije;[59] el hombre "que Dios había hecho" difiere del "que fue modelado". En efecto, mientras el hombre "modelado" es una

inteligencia más terrestre; el "creado" es más inmaterial, sin parte alguna de materia perecedera, dotado de una constitución más pura y nítida.
[59] Ver 53 a 55.

89. Esta pura inteligencia es, pues, la que toma Dios, no permitiendo que salga de Sí; y habiéndola tomado, la coloca en medio de las virtudes que tiene ya plantadas y germinadas para que las trabaje y las cuide. Muchos, en efecto, habiendo comenzado a practicar la virtud han cambiado al final, pero aquel a quien Dios provee de una firme ciencia, le concede ambas cosas: cultivar las virtudes y no renunciar jamás a ellas, sino administrar y cuidar a cada una siempre. Así, "trabajar" quiere decir practicar, y "cuidar" está por recordar.

90. XXIX. "Y dio el Soberano Dios instrucciones a Adán diciéndole: «Comerás alimentándote de todo árbol que hay en el parque, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal, de él no comáis; el día que comiereis de él moriréis con muerte»." (Gen. II.; 16 y 17.) Hemos de indagar a qué Adán imparte esta orden y quién es él; porque, hasta ahora Moisés no lo ha mencionado, siendo ésta la primera vez que lo nombra. Seguramente, entonces, lo que quiere es darnos el nombre del hombre "modelado". "Llámalo «tierra», dice, porque eso es lo que significa «Adán»; de modo que cuando oigas «Adán» no pienses sino en la inteligencia terrestre y perecedera, pues la inteligencia «según la imagen» no es terrestre sino celestial."

91. Por otra parte, debemos averiguar por qué, si Adán asignó nombres a todas las otras creaturas, no se lo asignó a sí mismo. ¿Qué decir, ante esto? Pues, que la inteligencia que hay en cada uno de nosotros puede aprehender las demás cosas pero es incapaz de conocerse a sí misma; porque, así como el ojo ve los otros objetos y no se ve a sí mismo, así también la inteligencia conoce las otras cosas pero no se percibe a sí misma. Y si no, que pruebe decir quién es y de qué especie, si aliento o sangre o fuego o aire o alguna otra sustancia corpórea; o solamente que es un cuerpo o por el contrario una sustancia incorpórea. ¿No resultan, por lo tanto, necios los que indagan sobre la naturaleza de Dios? ¿Cómo, en efecto, podrían discernir con acierto sobre la sustancia del Alma del universo, sí ignoran la sustancia de su propia alma? Porque a nuestro entender, Dios y el Alma del universo son una misma cosa.

92. XXX. Evidentemente, pues, Adán, o sea, la inteligencia, no obstante dar nombre a las demás cosas y aprehenderlas, no establece nombre para sí mismo porque ignora quién es y no conoce su propia naturaleza. A él es a quien Dios formula instrucciones; no al hombre hecho según Su imagen y según la forma ejemplar; pues, mientras este último, aun sin ajeno estímulo posee la virtud por propio conocimiento; aquél, en cambio, sin que alguien se la enseñe, no es capaz de alcanzar la prudencia.

93. Difieren entre sí estas tres cosas: el mandato, la prohibición y la instrucción acompañada de exhortación. Porque, en tanto que la prohibición versa sobre las faltas y se dirige al hombre ruin; el mandato se refiere al recto proceder, y la exhortación, a su vez, se dirige al hombre intermedio, es decir al que no es ni ruin ni bueno, ya que ni delinque como para que alguien le prohíba, ni obra rectamente según las normas de la recta razón; y tiene necesidad de una exhortación que le enseñe a evitar las ruindades y le impulse a tender hacia las cosas elevadas.

94. Mientras al hombre perfecto, pues, vale decir, al creado según la Divina imagen, no es menester ni mandarle ni prohibirle ni exhortarlo, por cuanto el hombre perfecto no tiene necesidad de ninguno de estos requerimientos; el ruin, en cambio, necesita de mandato y prohibición; el carente de la suficiente madurez, por su parte, ha menester de exhortación y enseñanza; del mismo modo que el perfecto gramático o músico no necesitan de ninguna

directiva de las relativas a sus artes; y, en cambio, el inseguro respecto del objeto de su estudio ha menester de ciertas normas con mandatos y prohibiciones; y el que recién Comienza a aprender, precisa la enseñanza.

95. Con razón, pues. Dios ahora instruye y exhorta a la inteligencia terrestre, que no es ni ruin ni buena, sino intermedia. Los dos títulos: "Soberano" y "Dios", refuerzan la exhortación. Dios, en efecto, "Dios Soberano lo ordenó", a fin de que si llegaba a obedecer las exhortaciones pudiera ser considerado digno de beneficios por Dios; mas si, por el contrario, llegaba a rebelarse fuese mandado salir de Su presencia por el Soberano, en Su condición de señor y dueño de la autoridad.

96. Por eso también cuando Dios lo expulsa del parque, echa Moisés mano a los mismos títulos, pues dice: "Y lo expulsó Dios Soberano del parque del deleite para que trabajase la tierra de la que había sido tomado." (Gen, III, 23), a fin.' de mostrar que, pues las instrucciones las había dado el Soberano, como señor, y Dios, como benefactor; ahora también con las mismas prerrogativas sancionaba al que la había desoído, como que con los mismos poderes en virtud de los cuales lo exhortaba a obedecer, destierra al desobediente.

97. XXXI. Su exhortación fue la siguiente: "Comerás alimentándote de todo árbol que hay en el parque." (Gen. II, 16.) Mueve al alma del hombre a beneficiarse no con un árbol, es decir, con una virtud, sino con todas las virtudes; porque el "comer" simboliza el alimento del alma, y el alma se alimenta mediante la adquisición de los bienes y la práctica de las rectas acciones.

98. No dice solamente "comerás" sino también "alimentándote", es decir desmenuzando y triturando el alimento, no como lo hace cualquiera sino como un atleta, a fin de cobrar vigor y poderío. Porque también los atletas reciben instrucción de sus maestros en el sentido de no engullir sino masticar con lentitud para adquirir más fuerza. En efecto, el atleta y yo perseguimos distintos fines al alimentarnos; yo lo hago sin otro objeto que conservar la vida; él para adquirir musculatura y fuerza además, por lo cual entre sus prácticas figura también el masticar los alimentos. Eso significan las palabras "comerás alimentándote".

99. Pero formémonos una imagen aún más acabada de esto. El honrar a los progenitores es algo que alimenta y nutre.[60] Pero de diferente manera los honran los hijos buenos y los hijos ruines, porque estos últimos lo hacen por costumbre, y no "comen alimentándose" sino "comen" solamente. ¿Cuándo, entonces, lo hacen también "alimentándose"? Cada vez que habiendo examinado e interpretado los motivos, juzgan por propia convicción que tal cosa es noble. Y los motivos [61] son como éstos: nos han engendrado, nos han nutrido, nos han educado y han sido el origen de todos nuestros bienes. Del mismo modo, también el honrar al Que Es, es algo que alimenta; y lo "comemos alimentándonos" cuando al hacerlo, también examinamos sus fundamentos y apreciamos sus motivos debidamente.

[60] Es alimento del alma por cuanto consiste en la adquisición de los bienes y en la práctica de las rectas acciones.

[61] Los motivos de la honra que deben tributarles.

100. XXXII. "Pero del árbol de la ciencia del bien y del mal, de él no comeréis." (Gen. II, 17.) Luego, este árbol no se halla dentro del parque; porque si exhorta a comer de todo árbol que hay en el parque y a no comer de éste, es evidente que éste no se encuentra en el parque. Y es natural, pues, como dije,[62] en acto está, pero en potencia no. En efecto, así como todos los sellos están en potencia en la cera y en acto sólo aquel que ha sido estampado, del mismo

modo también en alma, cuya naturaleza es como la de la cera, todas las figuras están contenida? potencialmente, pero no todas en acto, y sólo aquella que se imprime en ella prevalece, mientras no quede borrada por otro sello que grabe en ella una imagen más clara y nítida.
[62] En 60 a 62.

101. Además surge el siguiente problema: cuando Dios exhorta a comer de todo árbol del parque, su invitación se dirige a una sola persona; en cambio, cuando prohíbe echar mano al que es causa del mal y del bien habla con más de uno. Efectivamente, en este último caso dice: "no comeréis" y "el día que comiereis" y no "no comas", y también "moriréis", no "morirás".

102. Ante todo es preciso señalar esto: que el bien es escaso y el mal, abundante. Por esto es ardua tarea hallar un solo hombre sabio; mientras que la multitud de ruines, en cambio, es infinita. Es natural, entonces, que sólo a uno prescriba nutrirse con las virtudes, y a muchos, por el contrario, abstenerse de ruindades, pues son miríadas los que las practican.

103. En segundo lugar, para la adquisición y práctica de la virtud no se precisa más que de una cosa: nuestro discernimiento; el cuerpo, no sólo no coopera en ello, sino incluso lo obstaculiza. Bien podríamos afirmar en efecto, que el cometido propio de la sabiduría es convertirse en ajena al cuerpo y a los apetitos de éste. En cambio, para el goce del vicio no sólo ha de contarse en cierta manera con la inteligencia, sino también con la sensibilidad, la palabra y el cuerpo.

104. En efecto, el hombre ruin ha menester de todos ellos para saturarse de su propio vicio. Porque, ¿cómo divulgará sus secretas verdades si careciese del órgano de la palabra? ¿Cómo se entregará a los placeres privado de estómago y de los órganos de los sentidos? Forzosamente, pues, mientras a sólo el discernimiento se dirige Dios cuando se trata de la adquisición de la virtud; por cuanto, como he dicho, él solo basta para la adquisición de ésta; cuando se trata, en cambio, del vicio, dirígese a varios: al alma, al órgano de la palabra, a los sentidos y al cuerpo, pues a través de todos ellos se manifiesta el vicio.

105. XXXIII. Por otra parte, dice "en el día en que comiereis de él moriréis con muerte". (Gen. II, 17.) Sin embargo, habiendo comido no sólo no mueren, sino además engendran hijos y se constituyen en origen de nuevas vidas. ¿Qué decir ante esto? Que hay dos especies de muerte: la propia del hombre y la propia del alma. La del hombre consiste en la separación del alma y del cuerpo; la del alma en la ruina de la virtud y la adquisición del vicio. 106. Por eso también dice no sólo "morir" sino "morir con muerte" indicando que se trata no de la muerte común sino de la muerte especial y por excelencia, que es propia del alma que se ha sepultado en todas las pasiones y los vicios. Y esta muerte es casi lo opuesto de la otra. Aquélla, en afecto, consiste en la separación de los elementos combinados que son cuerpo y alma; ésta, por el contrario, es el encuentro de ambos, con la victoria del inferior, es decir, el cuerpo, y la derrota del superior, o sea, el alma.

107. Y observa que, cuando dice "morir con muerte", se refiere Moisés a la muerte por castigo, no a la que sobreviene naturalmente. La muerte natural es aquella por la cual el alma se separa del cuerpo; la impuesta por castigo se da cuando el alma pierde la vida de la virtud y vive la del vicio solamente.

108. También Heráclito, siguiendo en este punto la doctrina de Moisés, dice acertadamente:

'Vivimos la muerte de aquéllos y morimos su vida", queriendo significar que ahora, mientras vivimos, el alma está muerta, y se encuentra como enterrada en el cuerpo; en tanto que, cuando morimos, el alma empieza a vivir su propia vida libre ya de la funesta atadura de este cadáver que es el cuerpo.

INTERPRETACIÓN ALEGÓRICA II

1. I. "Y Dios Soberano dijo: «No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle un colaborador acorde con él»." (Gen. II, 18. ¿Por qué, olí profeta, no es bueno que el hombre esté solo? Porque, dice, bueno es que el que es único esté solo; mas solo y único en sí es Dios, que es uno; y nada hay semejante a Dios. En consecuencia, puesto que es cosa buena el que el Que Es esté solo; y, en verdad, solamente a Dios puede referirse lo bueno; no puede ser bueno que el hombre esté solo.

2. El hecho de que Dios esté solo se puede explicar también de este modo: ni antes de la creación había cosa alguna junto a Él; ni, al adquirir existencia el mundo, se coloca cosa alguna junto a Él, porque Dios no ha menester nada absolutamente. Pero una interpretación mejor es ésta: Dios es solo y único, vale decir de naturaleza simple, no un ser compuesto; al contrario de cada uno de nosotros y de cuantas cosas han sido creadas, que somos compuestos de muchas cosas. Por ejemplo, en mí están contenidas muchas cosas: un alma, un cuerpo, la parte racional y la parte irracional del alma, así como los elementos calientes y los fríos, los pesados y los livianos, los secos y los húmedos del cuerpo. Dios, en cambio, no es un compuesto ni está formado por muchos elementos, sino un ser sin mezcla con otro alguno.

3. En efecto, si algo se agregara a Dios sería o superior a Él o inferior o igual. Pero ninguna cosa es igual o superior a Él; y nada inferior se le agrega. Si ello ocurriera también Él se vería disminuido; y, en ese caso, también Él sería corruptible, lo que no es lícito pensar siquiera. Dios, pues, pertenece al orden de lo determinado por lo uno y la unidad; o más bien el único Dios es quien determina a la unidad, pues, como el tiempo,[1] todo número es más reciente que el mundo y Dios es anterior al mundo y autor de él.

[1] Ver Sobre la creación, 26.

4. II. No es bueno, pues, que hombre alguno esté solo. Porque son dos las especies de hombres: la creada "según la imagen" y la "modelada" con tierra; y ni para el hombre "creado 'según la imagen" es bueno estar solo puesto que tiende con ansia hacia esa imagen; por cuanto la imagen de Dios es arquetipo de las otras cosas, y toda imitación tiende vivamente hacia el modelo del que es copia, y su lugar está junto a él; ni tampoco lo es, y con más razón, para el "modelado". No sólo es malo para él, sino además imposible pues con la inteligencia así formada forman estrecha unidad sentidos, pasiones, vicios y muchísimas cosas más.

5. A este segundo hombre le es asociado un colaborador. Éste es, en primer lugar, creado. "Hagamos", dice, "en efecto, un colaborador para él." En segundo lugar, es más .reciente que el ayudado. Antes, en efecto, ha formado Dios la inteligencia y se dispone ahora a formar al colaborador. Mas también en esta ocasión, aunque emplea términos referentes a la natural condición de las cosas, Moisés se está expresando alegóricamente. En efecto, los colaboradores del alma son los sentidos y las pasiones, y son más recientes que ella. Ya veremos, pues, de qué manera la ayudan. Comencemos por considerar el hecho de que son posteriores.

6. III. Así como, según los mejores médicos y físicos, parece ser que el corazón es modelado antes que todo el resto del cuerpo, a manera de fundamento o de quilla de nave, y sobre él se edifica el resto del cuerpo; por lo cual dicen también que él late todavía después de la muerte, pues, así como comenzó a existir antes del cuerpo, del mismo modo perece después que éste; así también la parte rectora del alma existe con anterioridad al alma total, y la parte irracional es posterior. Moisés aún no ha expuesto la creación de esta última, pero se apresta a

describirla. La parte irracional consiste en la sensibilidad y las pasiones cuyo origen se halla en los sentidos, especialmente si ellas no son resultado de determinaciones nuestras.[2] Este colaborador es, pues, posterior y. por supuesto, creado.

[2] Es imposible determinar con seguridad cuál de .dos. interpretaciones, corresponde dar a la expresión de Filón. Ella puede. entenderse de dos maneras: a) que Filón acepta para unos casos y rechaza para otros el punto de vista estoico, según el cual las pasiones son juicios mentales o determinaciones de nuestra inteligencia; b) que pone en tela de juicio tal doctrina, aunque sin rechazarla categóricamente; y afirma que en su opinión las pasiones son engendros de la sensibilidad, cosa que resultaría indudable si se descartara la opinión estoica.

7. Veamos ahora el punto aún pendiente: cómo le presta la ayuda. ¿De qué . manera nuestra inteligencia aprehende que tal cosa es blanca,, o negra, si no es usando la vista como colaboradora?, ¿Cómo, aprecia que la voz del cantor es dulce, o por el contrario desentonada, si no es utilizando al oído como auxiliar? ¿Cómo reconoce que los perfumes son agradables o desagradables, si no es echando mano al olfato como aliado? ¿Cómo distingue los sabores, si no es gracias a la ayuda del gusto?

8. ¿Y cómo lo suave.; y lo áspero, si no es por medio del tacto? Pero, como dije, existe,. otra especie de colaboradores: las pasiones. En efecto, el placer y el apetito contribuyen a la perpetuación de nuestra, raza; en , tanto que la pena y el temor muerden al alma y la impulsan a no descuidar nada; y la cólera es un arma de defensa que ha brindado a muchos grandes beneficios. Y lo mismo en el caso, de las otras pasiones. Por eso Moisés está del todo, acertado, al decir que "el colaborador" era "acorde con él"; porque realmente tal auxiliar es familiar a la inteligencia, como si se tratase de un hermano de su misma sangre, ya que la sensibilidad y las pasiones son partes y vástagos de una sola alma.

9. IV. Las especies de colaboradores son dos: una atañe a las pasiones, la otra obra en el campo de los sentidos.- En la presente ocasión creará Dios sólo la primera especie, pues. dice: Moisés: "Y Dios modeló todavía, sacándolas de la tierra, todas las bestias salvajes del campo y todas las aves del cielo, y las» condujo ante Adán para ver qué nombre les daría; y, todo: nombre que Adán asignó a un alma viviente ese fue su nombre". (Gen. II, 19.) Como ves, ésos son nuestros colaboradores:. las bestias, o sea las pasiones, del alma. Habiendo, en, efecto, dicho "hagámosle un. colaborador acorde con él" añade lo de "modeló las bestias", manifestando que las bestias son nuestros colaboradores.

10. No es acertado, empero, llamarlas "colaboradores", e impropiamente se las llama así. En realidad, resultan ser enemigos nuestros, tal como a veces los aliados de los estados resultan ser traidores y desertores; y en las amistades privadas los aduladores se nos descubren como enemigos en vez de camaradas. En cuanto a los términos "cielo" y "campo", los emplea como sinónimos; y designan alegóricamente a la inteligencia. En efecto, la inteligencia es como un "campo" en el que se dan innumerables nacimientos y crecimientos y como el "cielo", a la vez, lleno de naturalezas brillantes, divinas y felices.

11. Las pasiones son comparadas por Moisés con las bestias salvajes y las aves, porque, siendo salvajes y no domesticadas, destrozan al alma; y porque, a modo de los seres voladores, se precipitan volando sobre el entendimiento. En efecto, el asalto de las pasiones es penetrante e irresistible. El "todavía" agregado a "modelo" está justificado. ¿Por qué? Porque también más arriba dice que las bestias fueron modeladas antes de la creación del hombre, como se ve en estas palabras referentes al sexto día: "Y dijo Dios: 'Produzca la tierra el alma viviente según su género cuadrúpedos, reptiles y bestias salvajes'". (Gen. I, 24.)

12. ¿Qué es lo que Lo mueve, pues, a modelar otras bestias salvajes; ahora, no satisfecho con haber modelado las primeras? Desde el punto de vista ético la respuesta es ésta: en el ser creado la estirpe del vicio es copiosa; de tal manera que las ruindades no cesan de proliferar en ella. Desde el punto de vista filosófico debemos decir lo siguiente; anteriormente, en los seis días, creó Dios los géneros y las formas ejemplares de las pasiones; ahora, en cambio, crea "todavía" las especies.

13. Por eso dice Moisés "modeló todavía", porque lo que fue creado en la primera ocasión fueron los géneros, como se colige claramente de las palabras empleadas: "Produzca la tierra el alma viviente", no según su especie, sino "según su género". En todos .los casos hallaremos que ésta es la norma del Creador. Antes, en efecto, de las especies concluye los géneros. El caso del hombre no es una excepción, pues habiendo conformado previamente el género hombre, en el que Moisés afirma que está contenido el género masculino y el género femenino, posteriormente produce a Adán, la especie.[3]

[3] Posiblemente los términos *genos* = género, y *eidos* = especie, no deban entenderse en este pasaje en su sentido habitual sino en los de forma ejemplar o "idea" -y forma sensible o espécimen concreto respectivamente.

14. V. Ésta es la especie de colaboradores a que se ha referido Moisés; la. otra, es decir, la especie de la sensibilidad, la deja para más adelante, cuando el Creador emprenda la creación de la mujer. Habiendo diferido esta cuestión, hace una metódica exposición sobre la asignación de los nombres. Tanto en su sentido figurado como en su inteligencia literal la exposición es digna de admiración. En su sentido literal lo es por cuanto que el legislador atribuye la asignación de los nombres al primer hombre.

15, En efecto, según los filósofos griegos fueron los sabios los primeros que asignaron los nombres a las cosas. La versión de Moisés es superior, en primer lugar porque lo atribuyó no a algunos de los hombres de antaño sino al primero que fue creado. Le movió a ello el propósito de que, así como Adán fue formado para ser el principio de la generación de los otros hombres, del mismo modo él también fuera considerado el origen del uso de la palabra. Porque si no hubiera habido nombres, tampoco hubiera existido el lenguaje. El segundo motivo es que, en caso de haber sido muchos los autores de nombres, éstos habrían de resultar discordantes y no combinables entre sí, por haber sido asignados unos según unas normas, y otros según otras; en tanto que la adjudicación por obra de uno solo resultaría por fuerza acorde con la cosa designada, y el nombre sería un signo idéntico para todos los hombres, tanto de la cosa que designara, como del sentido que encerrara.

16. VI. El sentido de sus palabras en el terreno ético se explica así: a menudo usamos tí en vez de dio tí;[4] por ejemplo, en estos casos: ¿Por qué te has bañado? ¿Por qué andas caminando? ¿Por qué conversas? En todos estos ejemplos sé ha usado tí en lugar de día tí. Cuando Moisés, pues, dice "para ver qué [5] las llamaría", debes tú entender algo así como "para ver por qué la inteligencia llamaría, invitaría a aproximársele y saludaría a cada una de ellas", si sería solamente por no poder prescindir de ellas, dado que lo mortal está fatalmente atado a las pasiones y los vicios; o además por falta de moderación y búsqueda de lo superfluo; y si, para satisfacer las necesidades propias de la créatura terrestre, o bien por considerar que dichas cosas son excelentes y admirables en grado sumo.

[4] Efectivamente, en griego tí, que fundamentalmente significa qué, puede emplearse por *diá tí* = por qué.

[5] El sentido del pasaje bíblico es el que se ha dado en la traducción en 9, pero Filón amolda el

mismo a sus intenciones de la siguiente manera: a) Del pronombre *tí* = qué hace, legítimamente, *diá tí* = por qué, según lo aclarado en la nota anterior; de modo que, en vez de leer: cómo las llamaría o qué nombre les daría, lee: por qué las llamaría, b) Del verbo *kaleín* = llamar, dar nombre, pasa a *proskaleísthai* = llamar hacia si, invitar a aproximarse, y a *aspázesthai* = Saludar, dar la bienvenida, c) Recalca la función predicativa de "alma viviente" anteponiendo un *hos* = como. En suma., que lo que, según Filón, trata de ver Dios es por qué motivos la inteligencia acoge y saluda a los placeres; y qué placeres son acogidos y saludados por ella, y considerados como almas vivientes, vale decir, de igual dignidad que su propia alma.

17. Por ejemplo, el ser creado no puede prescindir del placer, pero el ruin usará de él como si se tratase de un bien perfecto; en tanto que el hombre virtuoso lo hará movido por la necesidad solamente; ya que, sin placer nada llega a existir en la raza mortal. Análogamente, en lo que concierne a la adquisición de las riquezas, el ruin considerará tal adquisición como el bien más acabado; el hombre noble como algo necesario y útil únicamente. Es razonable, pues, que Dios quiera ver y examinar cómo invita a aproximarse y saluda la inteligencia a cada una de estas cosas; si como bienes, si como cosas indiferentes, o si como males pero, por otra parte, útiles.

18. Por ese motivo también todo lo que la inteligencia hubiera invitado y saludado como "alma viviente" considerándolo de igual dignidad que el alma, eso convertíase en nombre no sólo de la cosa llamada sino también de quien]a había llamado así.[6] Por ejemplo, si la inteligencia había acogido al placer, se llamaba "amante del placer"; si al deseo, "propensa al deseo"; si a la licencia, "licenciosa"; si a la cobardía, "cobarde", y así en los demás casos. En efecto, así como por las virtudes, según las propias de cada uno, el hombre llámase prudente, sensato, justo o valiente, del mismo modo por los vicios recibe la inteligencia el nombre de injusta, insensata y cobarde cada vez que ha llamado a sí y acogido complacida a las disposiciones de alma correspondientes.

[6] Según sea e1«placer escogido y los motivos de la elección, la inteligencia recibe el nombre que especifica de qué placer es amante, nombre derivado del nombre del placer preferido.

19. VII. "E hizo. descender Dios un éxtasis [7] sobre Adán y durmióse éste. Y le sacó uno de los costados",[8] etc. (Gen. II, 21.) El pasaje en su sentido literal entra en el terreno de lo fabuloso. Porque, ¿cómo podría alguien admitir que de un costado de un hombre haya nacido una mujer o, en general, un ser humano? ¿Y qué impedía a la Causa crear también de tierra a la mujer, tal como había creado al hombre? El Creador era el mismo y la materia con la que forjábase cada cualidad es prácticamente inagotable. ¿Por qué, entonces, no modelaba a la mujer con otra porción de aquélla, teniendo tantas a su disposición, en vez de hacerlo de un costado? Por otra parte, ¿cuál de los dos costados tomó? Porque reconozcamos que sólo a dos puede referirse su indicación, pues nada nos permite suponer que sugiriera la existencia de un elevado número de ellos. ¿El izquierdo o el derecho?

[7] O sopor. Pero traduzco éxtasis, por conformarse mejor este sentido con la interpretación que en 31 hace Filón del vocablo *ékstasis*.

[8] O una de las costillas. Pero por lo que sigue se advierte que Filón entiende costado.

20. Puesto que rellenó con carne la cavidad del costado sustraído, ¿implica ello que el restante no estaba hecho de carne? [9] La verdad es que nuestros costados son gemelos en todas sus partes y están hechos de carne.

[9] El texto bíblico dice: "Lo rellenó de carne para sustituirlo." (Gen. II, . 21.) De donde, en un alarde de gratuita sagacidad, infiere Filón que, si sustituyó con carne el costado sacado, éste

no sería de carne; y, como es de suponer que ambos costados serían de la misma sustancia, tampoco el otro, el no sustituido, seria de carne.

21. ¿Qué decir, pues? En el lenguaje corriente "costado" es sinónimo de "fuerzas". En efecto, decir que un hombre tiene "costados" equivale a decir que tiene fuerza; decir que un atleta es de "buenos costados" significa que es fuerte; y cuando queremos significar que un cantante posee una gran potencia de voz decimos que "tiene costados".

22. Aclarado esto, debemos señalar lo siguiente: la inteligencia, cuando aún está desnuda y no confinada en el cuerpo, pues a la que aún no había sido encerrada se refiere Moisés, tiene muchos poderes: el de cohesión,[10] el de crecimiento, el de vida animada, el de pensar y otros innumerables de diferentes especies y géneros. Común también a los seres inanimados, como las piedras y maderas, es el poder de cohesión, del que participan también los huesos de nuestro cuerpo, que son semejantes a piedras. El crecimiento alcanza también a los vegetales, y en nosotros hay también partes semejantes a los vegetales, entre ellas las uñas y los pelos. El crecimiento es la cohesión pero ya con movimiento.

[10] Es decir, el poder de mantener la integridad o consistencia, evitando la separación de las partes. Sobre la cuádruple clasificación debida a los estoicos aquí tratada, ver Sobre la inmutabilidad de Dios, 35 y ss. Es difícil, por otra parte, entender cómo pueden darse algunos de estos poderes en el alma desvinculada aún del cuerpo. Lo de "desnuda" alude al pasaje "estaban desnudos los dos" (Gen. II, 25). Ver 53.

23. La vida animada, a su vez, es el crecimiento complementado con la capacidad de representación mental y de impulso. Este género de vida es común también a los animales irracionales, pero nuestra inteligencia tiene cierta parte análoga al alma del irracional. En cuanto al poder de pensar, él es peculiar de la inteligencia y común probablemente también a las naturalezas más próximas a Dios; pero entre las creaturas mortales es exclusivo del hombre. Este poder es doble: aquel según el cual somos seres racionales como dotados que estamos de una inteligencia y aquel conforme al cual somos capaces de expresarnos.

24. Pero existe en el alma otro poder estrechamente vinculado con éstos: el de la aprehensión sensorial; y a él se refiere ahora Moisés, pues su objeto inmediato no es otro que describir el nacimiento de la sensibilidad activa. Y no sin razón. VIII. "Porque después de la inteligencia correspondía crear, acto seguido, la sensibilidad, como colaboradora y aliada de aquélla. Por lo tanto, habiendo concluido de crear la inteligencia, modela Dios una creación que sigue a aquélla en orden de importancia y en poder; me refiero a la sensibilidad activa. Y lo hace con miras a completar el alma totalmente, y para posibilitar la aprehensión de los objetos presentes ante ella.

25. ¿Cómo es creada, pues? Como el mismo Moisés lo dice también: es decir, cuando la inteligencia está dormida. Y así ocurre realmente: cuando la inteligencia se ha dormido es cuando sobreviene la sensibilidad; y, consecuentemente, cuando está despierta la inteligencia, la sensibilidad permanece apagada. He aquí una prueba: cuando queremos discernir algo con exactitud, huimos a la soledad, cerramos los ojos, nos tapamos los oídos, nos despedimos de los sentidos. Así pues, cuando la inteligencia se yergue y esta despierta, la sensibilidad se eclipsa.

26, Pero nos queda por ver el otro caso: ¿qué le sucede a la inteligencia durante el sueño? Cuando, despierta y ardiente la sensibilidad, la vista contempla las obras maestras de los pintores y escultores, ¿no es cierto que la inteligencia permanece inactiva sin ocuparse de

asunto intelectual alguno? ¿Y qué pasa cuando el oído se entrega a la melodía de una voz? ¿Puede entonces la inteligencia discernir alguna de las cosas que le son propias? Ni por asomo. Y mucho más inoperante todavía se vuelve cuando el gusto se levanta voraz y se satura con los placeres del vientre.

27. Por eso Moisés, temeroso de que alguna vez la inteligencia no sólo se duerma sino incluso perezca completamente, dice en otra parte: "Y tendrás una estaca sobre tu cinturón; la tendrás y, cuando te sentares aparte, cavarás con ella y ocultarás tu suciedad." (Deuter. XXIII, 13.) En forma simbólica llama "estaca" a la razón, que "excava" en lo recóndito de los asuntos.

28. Y manda llevarla "sobre" la pasión, a la que es menester "ceñir" [11] para impedir que quede libre y suelta. Esto, por otra parte, es preciso hacerlo cuando la inteligencia, renunciando a. la tensión de sus actividades específicas, se abaja hacia las pasiones y "se sienta aparte" cediendo ante los apremios del cuerpo, y arrastrada por ellos.
[11] Juego de palabras intraducible al español entre *zóne* = cinturón, y *zonnynai* = ceñir.

29. Y es así como sucede tal cosa: cuando la inteligencia durante las voluptuosas reuniones se olvida de sí misma, vencida por los estímulos que la llevan hacia los placeres, quedamos esclavos y dejamos al descubierto nuestra suciedad. Si, en cambio, la razón se esfuerza en purificar la pasión,, ni al beber nos embriagamos ni al comer reventamos de saciedad; y, dejando de lado el desvarío, nos alimentamos sobriamente.

30. En consecuencia, el despertar de los sentidos trae aparejado el sueño de la inteligencia, y el despertar de la inteligencia va parejo con la inactividad de los sentidos; tal como con la salida del sol témanse invisibles los brillos de los otros astros y al ponerse aquél resultan visibles éstos. Como el sol la inteligencia, cuando está despierta, oscurece a los sentidos; y cuando está dormida, hace que éstos resplandezcan.

31. IX. Dicho lo que antecede, es preciso que señalemos cómo concuerdan con ello las palabras de Moisés. "Dios, dice, hizo descender un éxtasis sobre Adán y éste se durmió." (Gen. II, 21.) Correcto, puesto que el éxtasis y cambio de la inteligencia significan que ella está dormida; y "sale fuera de sí" [12] cuando deja de ocuparse en las cosas intelectuales, que le atañen como propias. Cuando no se ocupa en ellas, duerme. Con todo acierto también, dice que sale fuera de sí, es decir, que se vuelve, no por sí misma sino por obra de Dios, que "hace descender sobre él", vale decir, le hace sobrevenir y le envía el cambio.
[12] *Ékstasis* (éxtasis) expresa, etimológicamente el hecho de estar fuera de sí (*ek + stásis*) y de trasladarse a otro lugar; y el verbo *exístasthai* significa salir fuera de sí; lo que permite a Filón un juego de palabras intraducible al castellano.

32. Y así es, en efecto; porque si realmente el cambiar dependiera de mí, recurriría a él cada vez que quisiera; y, cuando no mediare una previa decisión mía en ese sentido, seguiría inalterable. Pero, en realidad, el cambio resulta ser opuesto a mis intenciones; y muchas veces, cuando estaba deseoso de concebir algo conveniente, me vi inundado por las corrientes de cosas inconvenientes que fluyen sobre mí: y al contrario, cuando me hallaba a punto de enfrascarme en el pensamiento de alguna cosa ruin, me limpié de él con pensamientos dignos, habiendo Dios por Su gracia derramado en mi alma una dulce corriente en vez de la amarga.[13]
[13] Adaptación del pasaje de Platón, Fedro 243 d.

33. Es forzoso, pues, que toda cosa mortal cambie; ya que ello es inherente a su condición, como lo es de Dios el no cambiar. Pero hay quienes, tras cambiar, permanecen tales hasta su

completo aniquilamiento; y otros que continúan su cambio sólo hasta donde cabe experimentarlo a un ser mortal, para recobrarse acto seguido. 34. También a esto se refiere Moisés cuando dice: "No permitirá Dios que el destructor penetre en vuestras casas para golpearos." (Ex. XII, 23.) En efecto, permite Dios que el destructor, es decir el cambio, que es la destrucción del alma, penetre en ella a fin de poner de manifiesto lo que es inherente a la naturaleza de las cosas creabas; pero Él no permitirá que el hijo del vidente Israel cambie tanto, que sea "golpeado" por el cambio; y en cambio, lo forzará a que retorne y emerja como de un abismo y se recobre.

35. X. "Tomó uno de sus costados." (Gen. II, 21.) Es decir, tomó uno de los muchos poderes de la inteligencia, el de la aprehensión sensorial. El término "tomó" no ha de entenderse como equivalente de "sacó", sino como sinónimo de "registrar", "incorporar a la lista", a tenor de lo que en otro pasaje se lee: "Haz el recuento de los despojos de la cautividad." (Núm. XXXI, 26.) 36. ¿Qué es, pues, lo que quiere sugerir? El término sensibilidad es empleado con dos acepciones: una, como disposición estática; disposición que poseemos incluso cuando estamos dormidos; la otra como actividad. Del primer tipo de sensibilidad, es decir, como disposición estática, ningún beneficio se deriva para nosotros, ya que con ella no aprehendemos objeto, alguno de los que tenemos delante. De la segunda, vale decir de la sensibilidad como actividad, sí, porque mediante ella logramos la aprehensión de las cosas sensibles.

37. Habiendo, pues, creado Dios la primera, es decir la sensibilidad como disposición cuando creaba también la inteligencia; inteligencia que formó dotada de muchas potencias en reposo; quiere ahora producir la sensibilidad como actividad. Y este tipo de sensibilidad es producida cuando la sensibilidad como disposición estática adquiere movilidad y se extiende hasta la carne y los órganos de los sentidos. En efecto, así como la generación se produce merced al movimiento del semen, también del mismo modo la actividad se origina al ponerse en movimiento una disposición estática.

38. XI. "Y rellenó con carne su lugar." (Gen. II, 21.) Esto equivale a «completó la sensibilidad como disposición estática conduciéndola a la actividad y extendiéndola hasta la carne y a toda la superficie del cuerpo»." Por eso añade también: "Y con él construyó una mujer" (Gen. II, 22); con lo que prueba que el nombre más apropiado y exacto de la sensibilidad es "mujer". En efecto, así como el varón se manifiesta en la actividad y la mujer en la pasividad; análogamente, la inteligencia tiene por esfera de acción la actividad; y la sensibilidad, a manera de mujer, tiene su campo en la receptividad.

39. Esto es fácil de entender a través de testimonios claros. La vista experimenta los efectos producidos por las cualidades visibles que la ponen en movimiento: la blancura, la negrura y las demás; el oído, a su vez, es afectado por los sonidos; el gusto, por los sabores; el olfato, por los olores; el tacto, por la aspereza y la suavidad. Y todos los sentidos sin excepción permanecen quietos hasta que se presenta ante cada uno de ellos el agente que desde afuera habrá de moverlo.

40. XII. "Y la condujo a la presencia de Adán; y Adán dijo: «Esto es ahora hueso proveniente de mis huesos y carne proveniente de mi carne»." (Gen. II, 22 y 23.) Dios conduce a la sensibilidad ya dotada de actividad ante la inteligencia, sabiendo que el poder de movilidad y de aprehensión de aquélla debe retornar a la inteligencia. Ésta al contemplar a la que antes poseía como potencia y como disposición estática, convertida ahora en algo acabado, en actividad y en movimiento, se maravilla y alza la voz asegurando que no se trata de algo ajeno

a él; sino de algo estrechamente vinculado con él.

41. En efecto, "esto, dice, es hueso proveniente de mis huesos", o sea, "poder proveniente de mis poderes" (porque "hueso" está tomado aquí en el sentido de "poder y fuerza") y "pasión proveniente de mis pasiones"; "y carne, añade, proveniente de mi carne". Y así es; sin la inteligencia la sensibilidad no puede sostener sobre sí] ninguna de las impresiones que experimenta, por cuanto aquélla ' es su fuente y la base en que se apoya.

42. Merece considerarse la razón por la que se añade "ahora"; pues sus palabras son: "Esto es ahora hueso proveniente de mis huesos." La sensibilidad es por naturaleza un "ahora", ya que solo existe con relación al tiempo presente. Porque, mientras la inteligencia abarca los tres tiempos, y conoce las cosas presentes, recuerda las pasadas y espera las futuras;

[43.] la sensibilidad, en cambio, ni aprehende lo futuro, ni experimenta nada análogo a la expectación o la esperanza, ni se acuerda de las cosas pasadas; sino está destinada por la naturaleza a ser afectada sólo por aquello que en el instante presente se halla ante ella y se mueve. Por ejemplo, mientras el ojo percibe ahora el color blanco por el objeto blanco que se halla presente, y por el que no está presente nada experimenta, la inteligencia, en cambio, se proyecta hacia lo que no está presente: hacia lo pasado a través de la memoria, hacia el futuro alimentando esperanzas y aguardando.

44. XIII. "Ella también será llamada mujer (Gen. II, 23); que es como decir «por esto[14] la sensibilidad será llamada mujer»; porque ésta es tomada del hombre" que la pone en movimiento. ¿Por qué, pues, agrega "ésta"? Porque se trata de otra sensibilidad, no tomada de la inteligencia, sino nacida juntamente con la inteligencia. Las sensibilidades, en efecto, son dos, como ya he dicho: la que existe como disposición estática y la que se caracteriza por la actividad.

[14] En la traducción castellana no se advierte de dónde saca Filón la conexión causal en que apoya el razonamiento que sigue. Pero el texto griego comienza por el dativo *táutei* = para esta; forma que en griego puede emplearse como adverbio demostrativo causal, con el significado de por esto; y Filón adecua la frase a sus propósitos leyendo: "Por esto será llamada mujer."

45. La que existe como disposición estática no es tomada de la inteligencia, vale decir, del hombre; sino nace junto con él. En efecto, la inteligencia, según he demostrado, cuando fue creada, fue creada junto con muchos poderes y disposiciones: la racional, la psíquica, la del crecimiento, como también la de la aprehensión sensorial. La sensibilidad activa, en cambio, procede de la inteligencia. Fue, en efecto, derivada de la sensibilidad existente en la inteligencia como disposición estática, para que se convirtiera en sensibilidad activa; de modo que esta segunda sensibilidad, es decir, la que se caracteriza por el movimiento, tiene por origen la misma inteligencia.

46. Pero necio es quien supone ser cosa verdadera que, en general, proceda de su inteligencia o de sí mismo cosa alguna. ¿No ves cómo "el vidente" [15] reprende a la sensibilidad personificada en la que se sienta sobre los ídolos,[16] Raquel, cuando ésta juzga que los movimientos tienen su origen en la inteligencia? En efecto, ella dice: "Dame hijos; si no, yo me moriré." (Gen. XXX, 1.) Pero él responde: "¡Oh engañada!, la inteligencia no es el origen de cosa alguna; sino Dios, que precede a la inteligencia, es el autor." Y por eso añade: "¿Por ventura estoy yo en lugar de Dios, que te privó del fruto de tu vientre?" (Gen. XXX, 2.)

[15] Es decir, Jacob o Israel, el hombre de visión, el que ve a Dios, apelativos que Filón aplica

tanto al patriarca como al pueblo de Israel.
[16] Gen. XXXI, 33.

47. Que el que engendra es Dios lo testimoniará Moisés cuando a propósito de Lía diga: "Y viendo el Señor que Lía era aborrecida, abrió su matriz; Raquel, en cambio, era estéril." (Gen. XXIX, 31.) Compete al hombre abrir la matriz. Pero la raza mortal lleva en sí un innato aborrecimiento hacia la virtud, por lo cual Dios honra a la aborrecida concediéndole la precedencia en los alumbramientos.

48. Y dice en otro pasaje: "Si un hombre tuviere dos esposas, una de ellas amada y otra aborrecida, si éstas le dieren hijos y fuere primogénito el hijo de la aborrecida... no podrá conceder el derecho de primogenitura al hijo de la amada, dejando de lado al hijo de la aborrecida, que es el primogénito." (Deut. XXI, 15 y 16.) Y en efecto, mientras los productos de la aborrecida virtud son primeros y más perfectos que todos; los del apetecido placer son los últimos de todos.

49. XIV. "Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne." (Gen. II, 24.) A causa de la sensibilidad la inteligencia, cuando se convierte en esclava de aquélla, abandona a Dios, Padre del universo, y a la virtud y sabiduría de Dios, Madre de todas las cosas; y. se mezcla y hace una sola cosa con la sensibilidad, y se diluye dentro de ella, de modo que los dos se tornen una sola "carne" y una sola experiencia.

50. Observa que no es la mujer la que se une al hombre, sino, al revés, el hombre quien se une a le. mujer, es decir, la inteligencia a la sensibilidad. En efecto, cuando lo superior, vale decir, la inteligencia se ha unido a lo inferior, o sea, la sensibilidad, se diluye en el orden de la "carne", que es inferior; en la causa de las pasiones, es decir, la sensibilidad. Cuando, por el contrario, es lo inferior, la sensibilidad, la que se allega a lo superior, la inteligencia, ya no será carne sino ambos serán inteligencia. Tal es este[17] hombre, el que prefiere el amor de las pasiones al amor de Dios.
[17] Tal "como queda descripto es el hombre desposado con dos mujeres al que se refiere el pasaje Deut. XXI, 15 y 16, citado en 48.

51. Pero existe también el otro, el que ha escogido lo contrario, personificado en Leví, el "que dice a su padre y a su madre: 'No te he visto'; y no reconoció a sus hermanos y desconoció a sus hijos." (Deut. LXXIII, 9.) Este hombre abandona a su padre y a su madre, es decir, su inteligencia y su materia corpórea, deseoso de tener como porción propia al Dios .único. "El Señor mismo", en efecto, "es su porción." (Deut. X, 9.)

52. La pasión es, pues, la porción del que ama las pasiones; Dios, la de Leví, vale decir, del que ama a Dios. ¿No ves también que prescribe llevar en el décimo día del séptimo mes dos machos cabríos, "una porción para el Señor y una porción para el que aparta los males"? (Lev. XVI, 8.) Y efectivamente, la porción del que ama las pasiones no es otra • cosa que una pasión que debe ser "apartada".

53. XV. "Y los dos estaban desnudos. Adán y su mujer, y no se avergonzaban." "La serpiente, empero, era la más astuta de todas las bestias terrestres que Dios Soberano había 'creado." (Gen. II, 25 y III, 1.) "Desnuda" está la inteligencia que ni se ha revestido del vicio ni dé la virtud, sino se halla realmente desnuda de uno y otra. Tal él alma del niño infante aún, que no ' tiene parte ni en uno ni otra, es 'decir, ni en' el bien ni en el mal, y está desprovista y desnuda de velos. Aquéllos, en efecto, son los vestidos del alma, con los que ésta se cubre y cobija; el

bien, el vestido del alma noble; el mal, el del alma ruin.

54 Ahora' bien, tres tipos de desnudeces pueden darse en el alma. La primera tiene lugar cuando ella permanece sin cambios y libre de todo vicio, y se halla desvestida y alejada de todas las pasiones. Por esta causa "Moisés asienta su tienda fuera del campamento, lejos del campamento, y fue llamada tienda del testimonio." (Ex. XXXIII, 7.) Esto significa lo siguiente: el alma amante de Dios "se desnuda" del cuerpo y de las afecciones de éste; y, huyendo "lejos" de ellos, adquiere una sede fija y firme en las perfectas doctrinas de la virtud.

55. Por eso Dios le presta Su "testimonio" de que ella ama las cosas nobles. Dice, en efecto, Moisés que "fue llamada tienda del testimonio." Y si calló el nombre del que la llama así fue para estimularla a averiguar con atención quién es el que presta su testimonio a los discerní-, mientes amantes de la virtud.

56. Éste es el motivo por el cual el sumo sacerdote no penetrará en el Santo de los Santos' con su túnica (Lev. XVI, 1 y ss.); sino habrá de despojarse de la túnica de la opinión y de las impresiones del alma; y habiéndola dejado a aquellos que aman las cosas exteriores y estiman la opinión más que la verdad, "desnudo", sin colores ni ruidos,. penetrará para ofrecer la libación de la sangre del alma y ofrendar como incienso toda la inteligencia a Dios, el Salvador y el Benefactor.

57. También Nadab y Abiud [18] los que se acercaron a Dios y, habiendo dejado la vida mortal, alcanzaron la vida inmortal, se presentan "desnudos" de la vacía y perecedera opinión. En efecto, los encargados de conducirlos, si ellos no hubieran quedado "desnudos" por haber roto todas las ataduras de la pasión y de la necesidad corporal, no los hubieran llevado envueltos en sus túnicas,[19] a fin de que la desnudez de los mismos y su incorporeidad no fuera envilecida por la irrupción de impíos pensamientos. No a todos, en efecto, ha de ser dado penetrar en los secretos de Dios, sino sólo a aquellos que son capaces de mantenerlos ocultos y guardarlos.

[18] Lev. X, 1.

[19] Lev. X, 5.

58. Por esto Misad y Elsafán no los recogen envueltos en los vestidos de ellos mismos sino en los de Nadab y Abiud, que habían sido abrasados por el fuego y elevados.[20] Éstos, en efecto, tras haberse despojado de cuanto los cubría, ofrecieron su desnudez a Dios, y dejaron a Misael y Elsafán sus túnicas, las que simbolizan las partes de lo irracional, que ocultaban lo racional.

[20] Elevados hacia el ciclo.

59. También Abraham se desnuda cuando oye: "Abandona tu tierra y tus parientes." (Gen. XII, 1.) E Isaac no se desnuda, pero siempre está desnudo y sin cuerpo, pues ha recibido el mandato de no "descender hacia Egipto,[21] es decir, hacia el cuerpo. Jacob, por su parte, ama la desnudez del alma, pues su suavidad significa desnudez. Dice, en efecto Moisés que "era Esaú un hombre velludo, y Jacob, en cambio, un hombre suave" [22] (Gen. XXVII, 11); razón por la cual además tuvo por esposa a Lía.[23]

[21] Gen. XXVI, 2.

[22] Pues el texto aclara que Esaú era velludo, cubierto de vello, y nada dice al respecto de Jacob, éste, infiere Filón, no era velludo sino tenia la piel descubierta o desnuda.

[23] Lía, en griego Leía, del adjetivo *leíos* = suave.

60. XVI. Ésta es una, la más excelsa entre las formas de desnudez.[24] La segunda es la opuesta

a ésta, y consiste en la privación de la virtud a causa de un cambio, cuando el alma delira y enloquece. Éste es el tipo de desnudez que experimenta Noé, quien se queda desnudo cuando ha bebido vino. Pero, gracias ,a Dios, el cambio y la desnudez de la inteligencia debidos a la privación de la virtud, no trascendió hasta los lugares de afuera, sino permaneció en la casa. Leemos, en efecto, que "se quedó desnudo dentro de su casa." (Gen. IX, 21.) Y así es; el hombre sabio, si incurre en una falta, no corre alborotado como el necio. Mientras el vicio de éste se desborda, el de aquél, queda reprimido; y por eso retorna a la sobriedad, es decir, se arrepiente y se recobra como de una enfermedad.
[24] Entre las tres formas o tipos señalados en 54.

61. Pero consideremos con más profundidad lo de que la desnudez tiene lugar en la casa. Cuando el alma, en su alteración, solamente concibe algo absurdo, sin pasar adelante hasta concretarlo en obras; la falta tiene lugar en el recinto del alma y en casa. Pero, si al pervertido designio se suma su concreción en el terreno de los hechos, de modo que se traduzca en obras, entonces la iniquidad se desborda también hasta los lugares exteriores.

62. Esto explica por qué es pronunciada una maldición sobre Cañan, por cuanto este [25] ha divulgado el cambio del alma; lo que viene a significar que lo extendió hasta el exterior y lo concretó en hechos añadiendo al mal concebido otro nial, la ejecución por vía del hecho. En cambio, Sem y Jafet son alabados por no haber seguido al alma en su acto, y haber, en cambio, ocultado su perversión.[26]
[25] Gen. 22 a 25. Cam ha contado a sus hermanos la embriaguez y desnudez de Noé, su padre, y éste, enterado, maldice a Cañan, hijo de Cam.
[26] Gen. IX, 26 y 27.

63. Por ello, además, los votos y obligaciones del alma se anulan cuando tienen lugar en la casa del padre o del esposo,[27] siempre y cuando los razonamientos ni prescindan de intervenir ni añadan su peso a la alteración del alma, sino, por el contrario, impidan la ofensa. En este caso, en efecto, también el Soberano de todas las cosas "la purificará". El voto de la viuda, en cambio, o de la repudiada no permite que quede incumplido. Dice, en efecto: "Cuantos votos haya pronunciado en nombre de su alma, seguirán vigentes para ella." (Núm. XXX, 10.) Y es lo razonable, por cuanto, si, rechazada, ha marchado hasta lo exterior, de modo que no sólo ha cambiado sino además .ha delinquido mediante hechos consumados, permanece incurable, ajena ya al discernimiento del esposo y privada de la persuasión del padre.
[27] Núm. XXX, 4 y ss. "El padre y el esposo" representan a la razón; y nuestros deseos no son culpables si la razón impide que ellos se traduzcan en actos. La "viuda" es el alma que se ha independizado del control de la Tazón, siendo su situación tal que no cabe esperar la intervención moderadora o de obstrucción de ésta.

64. El tercer tipo de desnudez es el intermedio. La inteligencia en ese estado se caracteriza por ser irracional y no tener parte ni en la virtud ni en el vicio. A esta desnudez se refieren las palabras de Moisés, y de ella participa también el niño. Por lo tanto las palabras "Estaban ambos desnudos, Adán y su mujer" significan lo siguiente: ni la inteligencia concebía ni la sensibilidad percibía, sino la una hallábase desierta y "desnuda" de pensamiento, y la otra de sensación.

65. XVII. Veamos, asimismo, qué se entiende por "no se avergonzaban." [28] Tres sentimientos sugieren estas palabras a nuestra consideración: la desvergüenza, el pudor y la carencia tanto de desvergüenza como de pudor. La desvergüenza es peculiar del hombre ruin; el pudor, del hombre virtuoso; y el no ser desvergonzado ni pudoroso caracteriza al que es incapaz de

discernir y de consentir. A éste se refiere lo que dice el pasaje. Y en efecto, el que no ha alcanzado aún la aprehensión de lo bueno y lo malo' no está en condiciones ni de avergonzarse ni de no avergonzarse.
[28] Como se advierte por lo que sigue, especialmente en 68, Filón no entiende la frase en el sentido en que normalmente cabe interpretarla, es decir, "no se avergonzaban", sino en el de "no cometían actos vergonzosos".

66. Ejemplos, pues, de desvergüenza son todas las: indecencias, cuando la inteligencia, en vez de poner al descubierto las cosas vergonzosas que debería ocultar, se vanagloria y enorgullece por ellas. También a propósito de Mariam, que hablaba contra Moisés, se dice: "Si tu padre te hubiera escupido en la cara, ¿no hubieras sentido vergüenza durante siete días?"' (Núm. XII, 14.)

67. Es que, realmente desvergonzada e impudente es la sensibilidad al atreverse a censurar y acusar a Moisés por aquello, por lo que merecía ser alabado;[29] y es despreciada por Dios, su Padre, frente al "fiel en toda la casa de Dios",[30] al que el mismo Dios había dado por mujer a la etíope, es decir, el pensamiento inalterable y profundo.[31] Éste fue el más alto encomio para él, porque había tomado a la etíope, vale'
decir, la naturaleza inalterable, purificada al fuego y digna de fe. Pues, así como en el ojo la parte que ve es negra, del mismo modo la facultad de ver propia del alma recibe el nombre de etíope.[32]
[29] Núm. XII, 1.
[30] Núm. XII, 7.
[31] El adjetivo *katakorés* = saturado, profundo, intenso, significa también negro intenso; y probablemente Filón asocia el vocablo con el color de la piel de la mujer etíope. Pero, bien puede ser también un juego de palabras entre *kata-korés* y *kóre* = pupila del ojo, ya que luego menciona la parte negra de éste.
[32] Filón relaciona la mujer etiope con la pupila del ojo, asociando seguramente el término *aithíops* = etíope, con *óps* = ojo; y a través de ello con la pupila de éste, *kóre*, negra como la etíope.

68. ¿Por qué, pues, siendo, como son, muchas las obras del vicio, ha mencionado una sola, la que se relaciona con la vergüenza, diciendo: "no se avergonzaban", y no "no cometían injusticias" o "no incurrían en falta" o "no cometían errores"? La causa está a la vista. ¡Por el único Dios verdadero!, yo entiendo que ninguna cosa es tan vergonzosa como el suponer que soy yo el que discierne y que soy yo el que percibe.

69. ¿Mi inteligencia, autora de sus discernimientos? ¿Y cómo? Porque, ¿se conoce a sí misma, quién es y cómo llegó a ser? ¿Y la sensibilidad, origen de sus percepciones? ¿Cómo puede decirse semejante cosa, si no es conocida ni por ella misma ni por la inteligencia? ¿No ves, acaso, que la inteligencia, que presume de ser ella la que discierne, muchas veces se muestra abiertamente incapaz de razonar, en los momentos de glotonerías, en las embriagueces, en los desvaríos? ¿Dónde está en esos momentos ese pensar que se atribuye? Y a la sensibilidad, ¿no se le escapa a menudo la capacidad de percibir? A veces viendo no vemos y oyendo no oímos, cuando la inteligencia, apartando por un momento su atención, se concentra en algún otro objeto de orden mental.

70. Mientras se encuentran, pues, "desnudos", la inteligencia de discernimiento, y la sensibilidad de percepción, nada vergonzoso hay en ellos; pero, cuando comienzan a aprehender, caen en la vergüenza y cárganse de afrenta, pues a menudo serán hallados

echando mano más a la necedad y a la demencia que al saludable conocimiento, y eso no sólo durante los hartazgos, en los momentos de desazón y en los instantes de desvarío, sino también durante todos los demás momentos de la vida; porque, mientras el predominio está en manos de la sensibilidad, la inteligencia permanece esclava sin prestar atención a objeto alguno de orden intelectual, y cuando es la inteligencia la que priva, la sensibilidad se muestra inoperante e incapaz de aprehender ningún objeto sensible.

71. XVIII. "La serpiente era la más astuta de todas las bestias que Dios Soberano había creado sobre la tierra." (Gen. III, 1.) Habiendo sido creadas ya dos cosas: la inteligencia y la sensibilidad, y hallándose éstas desnudas de la manera como se ha expuesto, era preciso que viniera a sumarse a ambas una tercera: el placer, para posibilitar la aprehensión de lo inteligible y de lo sensible. Porque ni la inteligencia, separada de la sensibilidad, podía llegar a conocer a un vegetal, a un animal, a una piedra, a un leño o, en general, a un cuerpo; ni la sensibilidad, sin la cooperación de la inteligencia, era capaz de aprehender las cosas sensibles.

72. Puesto que era, pues, necesario que ambas concurriesen juntas a la aprehensión de los objetos situados a su alcance, ¿quién las uniría sino un tercero, una atadura de amor y deseo, bajo el cetro y mando del placer, al que Moisés llama simbólicamente serpiente? [33]

[33] Recuérdese que nous = inteligencia, es masculino, por lo que esta unión matrimonial resulta mis natural en el texto griego, ya que se trata de un elemento masculino y uno femenino, la *disthesis* = sensibilidad.

73. Con sumo acierto Dios, el Creador de los seres animados, determinó el orden de su creación. Primero modeló al hombre, es decir, la inteligencia, como que es lo más digno de estima en el ser humano; luego, a la mujer, vale decir, la sensibilidad, y a continuación, en tercer lugar, después de aquéllos, al placer. Pero tan solo potencialmente, es decir, sólo en el pensamiento, difieren en edad; en cambio son de la misma antigüedad en el tiempo concreto. El alma, en efecto, lleva consigo todas las cosas a la vez, solo que unas en acto, y otras en la posibilidad de concretarse, si bien aún no han alcanzado su plena realización.

74. El motivo por el que compara al placer con una serpiente es el siguiente: el movimiento del placer es, como el de la serpiente, tortuoso y variable.[34] En primer lugar, se desliza en cinco direcciones, porque a través de la vista, del oído, del gusto, del olfato y del tacto es cómo sobreviven los placeres; pero los más violentos por su intensidad son los relacionados con el contacto sexual, mediante el cual la naturaleza lleva a cabo la generación dentro de cada especie.

[34] En griego *poikílos*, que, además de variable, significa astuto, de variados recursos o artimañas, calificativos que caben muy bien a la serpiente-placer.

75. Y no sólo por eso, es decir, porque se desliza en torno a todas las partes del elemento irracional del alma, decimos que el placer es variable, sino también porque son variadas las vías con que serpentea en torno a cada una de ellas. Por ejemplo, a través de la vista se originan variados placeres: todos los producidos por las pinturas y esculturas y por todas las otras creaciones artísticas con que cada una de las artes deleita a nuestros ojos, así como también por los cambios de los vegetales cuando germinan, florecen y dan frutos; y por la múltiple belleza de las formas de ciertos animales. De modo análogo placen al oído la flauta, la cítara y toda clase de instrumentos; las melodiosas voces de algunas creaturas irracionales, como las golondrinas, los ruiseñores y los demás pájaros dotados por la naturaleza de un canto musical; la grata voz de seres racionales, de los cantores que exhiben su arte en la comedia, en la tragedia y en todas las demás representaciones teatrales.

76. XIX. ¿Y qué se necesita para ilustrar acerca de los placeres del vientre? Pues' podríamos decir que cuantas son variedades de gustos agradables a nuestro alcance para estimular nuestra sensibilidad, tantas son las variedades del placer. ¿Y no es cierto que, siendo, como es, el placer cosa tan variable, correspondía que se lo comparase con un animal variable,[36] es decir, la serpiente?
[36] O astuto. Ver la nota anterior.

77. Por esa razón también, cuando la parte plebeya y turbulenta que hay en nosotros, anhela las moradas de Egipto, vale decir, de la masa corpórea, se precipita en los placeres portadores de muerte, no de la muerte que consiste en la separación del alma y del cuerpo, sino de aquella que consiste en la ruina del alma por obra del vicio. Leemos, en efecto: "Y envió el Señor hacia el pueblo las serpientes mortíferas, y éstas mordían al pueblo y perecía gran cantidad de los hijos de Israel." (Gen. XXI, 6.) Y así es realmente; ninguna cosa ocasiona tanto la muerte al alma como el desenfreno en los placeres.

78. Mas lo que muere no es la parte rectora de nuestro ser, sino la sometida, la plebeya. Y tanto tiempo es pasible de muerte cuanto tardare en reconocer su cambio mediante el arrepentimiento. Aproximándose en efecto, a Moisés decían aquéllos: "Hemos delinquido murmurando contra el Señor y contra tí. Suplica, pues, al Señor; que aparte de nosotros las serpientes." (Núm. XXI, 7.) Bien hacen en no decir: "Hemos murmurado contra Dios porque pecamos"; sino: "Hemos pecado porque murmuramos contra Dios". Porque la inteligencia, cada vez que delinque y se aparta de la virtud, echa la culpa de ella a los Divinos designios atribuyendo a Dios su propia defección.

79. XX. Pues bien, ¿cómo sobreviene el remedio del sufrimiento de éstos? Cuando otra serpiente, contraria a la de Eva, es decir, el principio de la templanza, es fabricada. Porque la templanza opónese al placer; y a la variable pasión, la virtud, también variable y en guardia contra su enemigo el placer. Así pues, manda Dios a Moisés que fabrique la serpiente de la templanza y le dice: "Haz para tí mismo una serpiente y ponía sobre un estante." (Num. XXI, 8.) Observas que no para otro alguno sino para sí mismo prepara Moisés la serpiente, pues Dios le prescribe: "Hazla para ti mismo", para que conozcas que la templanza no está al alcance de cualquier hombre, sino sólo del amado de Dios.

80. Es preciso, por otra parte, indagar por qué razón prepara Moisés una serpiente de bronce, siendo así que no tenía ninguna instrucción previa acerca de sus características. Posiblemente por las siguientes razones: en primer lugar porque, mientras las gracias Divinas son inmateriales y no pertenecen al orden de lo cualitativo, las de los mortales se presentan acompañadas de la materia. En segundo lugar, porque, si bien Moisés ama las excelencias inmateriales, nuestras almas, en cambio, no pudiendo despojarse de los cuerpos desean ! ardientemente la virtud bajo formas corpóreas.

81. Y, como el principio de la templanza es vigoroso y firme, es comparado con la sustancia potente y dura del bronce; y quizá también, porque, mientras la templanza que posee el amado de Dios es la más excelente y semejante al oro, la que se da en el hombre que ha adquirido la sabiduría en forma gradual, ocupa el segundo lugar.[38] "Todo aquel, pues, a quien una serpiente hubiere mordido, si mirare a aquélla, vivirá." (Núm. XXI, 8.) Y es muy cierto esto, porque, si la inteligencia mordida por el placer, es decir, por la serpiente de Eva, tuviere la fuerza suficiente para mirar espiritualmente la belleza de la templanza, vale decir, de la

serpiente de Moisés, y a través de ella a Dios mismo, vivirá. No ha menester otra cosa sino ver y reflexionar.
[36] Como lo ocupa el bronce respecto del oro.

82.-XXI. ¿No ves que Sara, la soberana sabiduría,[37] dice: "Porque el que lo oyere, se reirá conmigo." (Gen. XXI, 6.) Supón que alguno logra oír que la virtud ha engendrado a Isaac, vale decir, a la felicidad;[38] acto seguido elevará un himno de congratulación. Pues bien, así como es propio del que tal ha oído el congratularse; es propio también del que con clara visión contempla a la templanza y a Dios, el no perecer.
[37] Sara es concebida por Filón como la personificación de la virtud o la sabiduría soberana.
[38] Isaac personifica, según Filón, la risa, la alegría y la felicidad.

83. Muchas almas, empero, prendadas otrora de la firmeza y la templanza, y libres de pasiones, han experimentado, sin embargo, el poder de Dios y recibido un cambio hacia un estado inferior, manifestando así el Señor la diferencia entre Él y la creación, entre Él, que eternamente permanece inmóvil, y la creación, que se balancea e inclina en opuestas direcciones.

84. Dice, en efecto, Moisés: "Aquél que te condujo a través de aquel grande y pavoroso desierto, en el que viven la mordedora serpiente y el escorpión, y reina la sed; donde no hay agua; El que hizo brotar para ti una fuente de agua de la durísima roca; El que te alimentó en el desierto con el maná, que no conocían tus padres." (Deut. VIH, 15 y 16.) Ves que no sólo, anhelando las pasiones de Egipto, se precipita el alma en medio de las serpientes; sino también a veces en el desierto es mordida por el placer, es decir, por la pasión, astuta y semejante a la serpiente. Y el modo como la pasión obra ha recibido un nombre apropiadísimo, pues llámaselo "mordedura".

85. Mas no sólo son mordidos por el placer los que se hallan en el desierto; también lo son los que se encuentran dispersos. Yo mismo, en efecto, habiendo dejado parientes, amigos y país y marchado muchas veces a la soledad para meditar en alguna cosa de las que merecen ser contempladas, ninguna ventaja obtuve en ello; antes, por el contrario, distraída o mordida mi inteligencia por la pasión torció su rombo hacia términos puestos. Otras veces, en cambio, aun en medio de multitud innumerable mantuvo tranquilo mi discernimiento. Dios había dispersado la turba de impedimentos del alma y me había enseñado que las condiciones buenas o desfavorables no resultan de las diferencias de los lugares sino es Él quien mueve y guía el vehículo del alma por donde prefiere.

86. Volviendo a lo que decía, el alma se precipita sobre un escorpión, que equivale a "dispersión",[39] en el desierto; y la sed de las pasiones hace presa en ella hasta que Dios envía la corriente que brota de Su solidísima[40] sabiduría apaga con la salud inagotable esa sed del alma apartada de Él. La roca durísima es, en efecto, la sabiduría de Dios, que Éste distinguió como el más elevado y de mayor jerarquía de todos Sus poderes; y de la que da de beber a las almas que Él ama. Una vez que han recibido el agua para beber, llénanse también del maná, la más genérica de las sustancias. El maná, en efecto, es llamado "algo";[41] y "algo" es el género supremo; género supremo que no es sino Dios, después del cual viene el logos Divino, en tanto que las demás cosas existen tan solo en las palabras, siendo en ciertos casos por sus hechos concretos idénticas a lo no existente.
[39] Juego de palabras intraducible entre *skorpíos* = escorpión, y *skor-písmós* = dispersión.
[40] O durísima, otra de las acepciones del adjetivo *akrótonos* = escarpado, sólido, durísimo.
[41] Ver Interpretación alegórica III, 175 y nota.

87, XXII. Nota ahora la diferencia entre el que se desvía en medio del desierto y el que lo hace en Egipto. El uno experimenta las mortíferas serpientes, vale decir, los insaciables placeres que provocan la muerte; el otro, el ejercitante [42] tan solo es mordido y "dispersado" por el placer, pero no matado. Aquél es curado por la templanza, es decir, por la serpiente de bronce construida por el sabio Moisés; éste recibe de Dios la más excelente de las bebidas, la sabiduría de la fuente que Él hizo brotar de Su propia sabiduría.
[42] Jacob.

88. Ni siquiera de Moisés, el amadísimo de Dios, se aparta el placer, semejante a una serpiente; y he aquí lo que se lee: "¿Y qué les diré si no creyeren en mí ni oyeren mi voz, diciendo: 'Dios no ha sido visto por ti? Y dijo el Señor a Moisés: '¿Qué tienes en la mano?' Él dijo: 'Una vara'. Y Él dijo: 'Arrójala sobre la tierra'. Y la arrojó sobre la tierra, y la vara se convirtió en serpiente y Moisés huyó de ella.
Y dijo el Señor a Moisés: 'Extiende tu mano y tómala por la cola'. Extendió, pues. Moisés su mano y la tomó de la cola, y aquélla. tornóse vara en su mano. 'Así te creerán.'" (Ex. IV, 1 a 5.)

89. ¿Cómo se podrá confiar en Dios? Si se aprende que todas las otras cosas son mudables y sólo Él es inmutable. Dios pregunta,. pues, al hombre sabio que hay en la vida activa de su alma, ya que la "mano" es símbolo de la actividad. Éste responde que allí está la instrucción, a la que llama "vara". Por eso dice también Jacob, el que suplanta a las pasiones: [43] "Efectivamente, sobre mi bastón atravesé este Jordán." (Gen. XXXII, 10.) "Jordán" significa "descenso". Cuanto entre en la esfera del vicio y la pasión es peculiar de la naturaleza baja,[44] terrena y corruptible. En cambio, la inteligencia ejercitada atraviesa todo eso mediante su instrucción; pues torpe sería interpretar que atravesaba un río con un bastón en la mano.
[43] Alusión al hecho de que Jacob suplantó a su hermano Esaú en la. primogenitura.
[44] Intraducible juego de palabras entre *katábasis* = descenso, y *káto* = bajo.

90. XXIII. Acertada, pues, es la respuesta de Moisés, el amado de Dios. Porque, verdaderamente, la conducta del hombre virtuoso se apoya en la instrucción, como en un bastón,[45] y apacigua el tumulto y agitación del alma, a la que asienta sobre bases: firmes. Esta vara, cuando ha sido arrojada, se toma serpiente. Es natural, pues si el alma deja de lado la instrucción, de amante de Dios que era se trueca en amante del placer. Por eso Moisés huye de ella, ya que el que ama a Dios se aparta de la pasión' y del placer.
[45] En el pasaje bíblico se lee literalmente "en" o "sobre" mi bastón, no "con".

91. Pero, por cierto que Dios no aprueba su huida. Es que contigo, oh inteligencia mía, que eres aún imperfecta, armoniza el procurar huir y ponerte fuera del alcance de las pasiones, pero en el caso de Moisés, el perfecto, corresponde mantenerse en actitud de combate frente a ellas, resistirlas y combatirlas. Si así no ocurriere, no hallando ellas resistencia ni obstáculo, tras escalar la ciudadela espiritual, la sitiarán por completo y saquearán al alma a la manera de un usurpador del poder.

92. Y ése es el motivo por el que Dios prescribe a Moisés que la "tome por la cola"; que es como decirle: No te espante la hostilidad del placer y su salvajismo; por el contrario, apodérate de ella asiéndola fuertemente y acaba por vencerla. Efectivamente, será de nuevo bastón en vez de serpiente, vale decir, en vez de placer se tomará en tu mano instrucción.

93. Y en cambio tendrá lugar "en la mano", vale decir, en la acción del sabio. Empero, es

imposible que llegue a asir y acabe por vencer al placer, si previamente la mano no se "extiende", es decir, si el alma no reconoce que todas sus acciones y progresos débense al Divino favor y evita atribuirse nada a sí misma. Quien tiene abiertos los ojos determínase a huir de la serpiente; pero fabrica otra, aquella de bronce,[46] es decir, el principio de la templanza, para que, si alguien ha sido mordido por el placer, el ver a la templanza viva la verdadera vida.
[46] La de Moisés.

94. XXIV. Ésta es la serpiente en la que Jacob suplica que se convierta Dan. Éstas son sus palabras: "Dan juzgará a su pueblo, como una de las tribus de Israel" y "Conviértase Dan en una serpiente en un camino, en acecho en una senda transitada, mordiendo el talón del caballo, y el jinete caerá hacia atrás aguardando la salvación del Señor." (Gen. XLIX, 16 a 18.) Mientras el quinto hijo legítimo de Jacob nacido de Lía es Isacar; aunque si contamos los dos nacidos de Zelfa es el séptimo; su quinto hijo[47] es Dan, nacido de Bala, la criada de Raquel. Pero el motivo de esta observación ya hemos de ponerlo en claro en un trabajo sobre el asunto. El tema de Dan merece ser tratado aparte.
[47] Quinto contando juntamente legítimos y naturales: Rubén, Simeón, Leví, Judá y Dan.

95. El alma engendra de dos estirpes de hijos: una divina y otra mortal. Cuando ya ha concebido la superior, allí se detiene. En efecto, cuando el alma ha alcanzado el reconocimiento incondicional hacia Dios y el sometimiento en todo a Él, no tiene adquisición más alta que alcanzar.. Por ello cesó Lía de engendrar una vez concebido Judá, es decir, el carácter que manifiesta su reconocimiento.

96. Pero ahora comienza a formar la clase mortal, o sea, la que subsiste gracias a la deglución. El alimento, en efecto, es, a modo de fundamento, la causa de la conservación de la vida en los seres vivientes; y "Bala" significa "deglución". Y de ella, precisamente, nace Dan, cuyo nombro quiere decir "acción de discernir". Esta estirpe, en efecto, distingue y separa las cosas inmortales de las mortales. Por eso Jacob hace votos porque Dan llegue a ser amante de la templanza, y por Judá, en cambio, no formulará deseo análogo, porque éste ya posee el reconocimiento hacia Dios y la cualidad de resultarle grato.

97. Dice, pues: "Conviértase Dan en una serpiente en un camino." Nuestro camino es el alma, pues, así como en los caminos es dable ver la diferencia entre los seres: inanimados y animados,' irracionales y racionales, buenos y malos, esclavos y libres, jóvenes y viejos, viriles y femeninos, extranjeros y ciudadanos, sanos y enfermos, mutilados y enteros; del mismo modo también en el alma se dan procesos inanimados, incompletos, enfermizos, esclavos, femeninos y otros incontables llenos de defectos, y sus contrarios, los animados, intactos, viriles, libres, sanos, venerables, buenos, legítimos y realmente ciudadanos.[48]
[48] Es decir, no advenedizos ni extraños.

98, Conviértase pues, el principio de la templanza en una serpiente sobre! El alma que marcha a través de todas las circunstancias de la vida;' y coloqúese en "una senda transitada." ¿Qué quiere decir esto? Que, si la senda de la virtud es poco transitada, pues son pocos los que la recorren; en cambio, es transitada la del vicio; y así, lo exhorta a ponerse al acecho y tender una emboscada sobre la transitada senda, es decir, sobre la pasión y el vicio, en los que transcurren las existencias de los entendimientos que huyen de la virtud.

99. XXV. "Mordiendo el talón del caballo." Es obvio que es el carácter que sacude la estabilidad de lo creado y perecedero quien ataca el talón;[49] y que lo que ha sido comparado a

un caballo son las pasiones. La pasión es, en efecto, como el caballo, de cuatro extremidades,[50] impulsiva, rebosante de confianza y petulante por naturaleza, pero el principio de la templanza ama el: morder, herir y destrozar a la pasión. Y, cuando la pasión ha caído en la celada y ha sido abatida, "el jinete caerá hacia atrás". Por "el jinete" debemos de entender "la inteligencia que cabalga sobre las pasiones", la que cae de las pasiones, cuando éstas han sido descubiertas y "echadas por tierra."

[49] El término griego *pternízein* (derivado de pierna = talón} significa literalmente golpear o atacar por el talón, pero posee varios sentidos figurados, tales como engañar, suplantar por engaño (como Jacob a Esaú en la primogenitura), hacer zancadillas, dar por tierra o descalabrar. De allí las conclusiones que siguen, a lo largo de las cuales Filón emplea el verbo en varios de sus sentidos.

[50] Alusión a las cuatro pasiones: dolor, placer, temor y deseo.

100. Está bien dicho que no es hacia adelante hacia donde cae el alma; porque no debe el alma marchar delante de las pasiones sino detrás de ellas, para así aprender a controlarse. En esa afirmación contiénese una sana doctrina, pues, si el alma, habiéndose lanzado hacia el proceder culpable, desistiese de ello y cayese hacia atrás, no incurrirá en falta; y si, movida hacia la irracional pasión, no se precipitare tras ella sino se mantuviere a la zaga» alcanzará el fruto más excelente, que es la carencia de pasiones.

101. Por eso también, Moisés, seguro de que la caída "hacia atrás" equivale al liberarse de las pasiones, añade "esperando la salvación del Señor"; porque es realmente por Dios por quien es salvado quien cae fuera de ellas y no llega a concretarlas en actos. ¡Ojalá cayere mi alma con caída tal; y jamás monte el caballo indómito de la pasión, para que, habiendo esperado la salvación de Dios, alcance la felicidad.

102. Por ello, también, Moisés en su canto celebra a Dios porque "arrojó al caballo y al montado en él al mar" (Ex. XV, 1); es decir, arrojó a las cuatro pasiones y a la inteligencia mísera que monta sobre ellas, a la completa ruina y al abismo sin límites. Y éste es el asunto capital de todo el canto poco más o menos, y todos los demás refiérense a él. Y es verdad; pues, si la ausencia de pasión llegare a adueñarse del alma, ésta alcanzará la felicidad completa.

103. XXVI. Pero, es preciso examinar por qué razón dice Jacob que "el jinete caerá hacia atrás" (Gen. XLIX, 17), y en cambio, Moisés canta que fueron arrojados al mar el caballo y el que lo montaba. Pues bien, debemos señalar, al respecto, que el arrojado al mar es el carácter egipcio, que, aunque huye, lo hace bajo el torrente de las pasiones; mientras que el jinete caído hacia atrás no es de aquellos que aman las pasiones. La prueba está en que éste es "jinete", mientras que aquél es "una persona montada".

104. Un jinete, pues, tiene como cometido propio domar el caballo y sujetarlo de las bridas cuando se encabrita; en tanto que el papel del que simplemente monta es dejarse llevar por donde el animal fuere. Otro tanto ocurre en el mar: es tarea propia del piloto guiar la nave, mantener y rectificar el rumbo; en tanto que del pasajero es experimentar cuanto le sucediere a la nave. Por eso el jinete, que doma las pasiones, no es arrojado al mar; y, desmontado de ellas, aguarda la salvación del Señor.

105. Ahora bien, la sagrada palabra prescribe en el Levítico comer "de los animales reptantes los que caminan sobre cuatro patas y tienen piernas sobre sus pies, de modo que saltan mediante ellas" (Lev. XI, 21), entre los que se cuentan la langosta sin alas, el ataco,[51] el

saltamontes y el ofiómaca [52] en cuarto término. Y así debe ser, porque, si el reptil placer es cosa que no alimenta sino daña, seguramente la naturaleza que combate contra el placer es muy nutritiva y salutífera, y ella no es otra que la templanza.

[51] Una de las especies de langostas.

[52] Otra especie de saltamontes. Su nombre *opluomákhes* significa literalmente: que combate a las serpientes.

106. Combate, pues, oh inteligencia mía, contra toda pasión y sobre todo contra el placer, porque ciertamente "la serpiente es la más astuta de todas las bestias que Dios Soberano ha creado sobre la tierra." (Gen. III, 1.)

107. En efecto, el placer es la creatura más astuta que existe. ¿Por qué? Porque todas las cosas están sujetas a él y la vida de los ruines es dominada por él, y por cierto que las cosas producidas por el placer son alcanzadas mediante todo género de ardides: el oro, la plata, la gloria, los honores, los altos cargos, los materiales de las cosas perceptibles por los sentidos, las artes mecánicas y todos los arbitrios, de muy variadas especies, que nos procuran placer. A causa del placer somos culpables, y las acciones culpables no se dan sin una extrema astucia.

108. Por lo tanto, opónle el ofiómaca, es decir, el discernimiento; y libra contra él hasta el fin la más noble de las contiendas; y esfuérzate en la lucha contra el placer, vencedor de todos los otros; para así alcanzar la noble y gloriosa corona, que asamblea humana alguna ha conferido jamás.

INTERPRETACIÓN ALEGÓRICA III

1. I. "Y se ocultaron Adán y su mujer fuera de la presencia de Dios Soberano en medio del bosque del parque." (Gen. III, 8.) Expone Moisés una doctrina que nos enseña que el hombre malvado es un desterrado. Siendo, en efecto, la virtud una ciudad propia de los sabios, el que no es capaz de tener parte en la virtud queda excluido de esa ciudad, de la que el hombre malvado es incapaz de formar parte. Queda, pues, excluido y desterrado solamente el malvado. Y el desterrado de la virtud al punto se ha ocultado de la vista de Dios; ya que, si los sabios, por ser Sus amigos, están a la vista de Dios, resulta claro que todos los malvados desaparecen y se ocultan de Él, como cabe esperar en hombres que combaten y detestan a la recta razón.

2. Y así, el legislador atestigua que el hombre malvado es un hombre sin ciudad y sin hogar, cuando, refiriéndose a Esaú, hombre de áspero carácter y diestro en el vicio, dice: "Esaú, que era un experto cazador, era un hombre de campo." (Gen. XXV, 27.) No está, en efecto, en la naturaleza de ese cazador de pasiones que es el vicio el habitar en la ciudad de la virtud, y sí el perseguir una vida rústica e inculta con grande insensatez. Por el contrario, Jacob, el pleno de sabiduría, es, sin duda, un hombre de ciudad y tiene como residencia la virtud. Y por eso, dice Moisés acerca de él: "En cambio, Jacob era un hombre sencillo, que habitaba en una casa." (Gen. XXV, 27.)

3. Por la misma razón dice también: "Porque temían a Dios, las parteras construyeron casas para sí." (Ex. I, 21.) Es que las almas inclinadas a investigar los secretos ¡misterios de Dios, lo que, precisamente, significa "traer a la vida a los varones" (Ex. I, 17), edifican las prácticas virtuosas, en las cuales están determinadas a residir.
Mediante estas consideraciones ha quedado aclarado cómo el hombre malvado es un hombre sin ciudad y sin hogar, vale decir, un desterrado de la virtud; en tanto que el hombre de bien ha recibido como patrimonio el tener a la sabiduría como ciudad y morada.

4. II. Veamos a continuación qué se entiende por ocultarse alguien de la vista de Dios. Como no se la interprete en forma simbólica, será imposible aceptar esta afirmación, por cuanto Dios llena todas las cosas, las penetra todas y nada queda vacío o desocupado de Su presencia. ¿En qué lugar, entonces, habría alguien de situarse en el que Dios no esté presente? Moisés confirma esto también en otros pasajes diciendo: "Dios está arriba en el cielo y abajo sobre la tierra, y nada más hay excepto Él" (Deut. IV, 39); y también: "Aquí estoy desde antes de que existieras tú." (Ex. XVII, 6.) Dios, en efecto, está antes que toda créatura, y se halla en todas partes; de modo que resulta imposible ocultarse de Él.

5, ¿Y por qué nos admiramos, si, suceda lo que sucediere, tampoco podríamos huir ni ocultarnos de aquellos elementos de la creación que se dan en mayor número de cosas? Intente, por ejemplo, huir alguien del agua, del aire, del firmamento o del mundo todo. Por fuerza tiene que permanecer rodeado por ellos, porque, claro está, a nadie le será posible huir fuera del mundo.

6. Luego, siendo, como es, el hombre incapaz de ocultarse de las partes del mundo o del mundo mismo, ¿le sería posible ocultarse de Dios? En modo alguno. ¿Cómo entender, entonces, lo de "se ocultaron"? El hombre malvado cree que Dios se halla en algún lugar, no conteniéndolo sino siendo contenido, y por ello entiende además que puede ocultarse de Él seguro de que la Causa no se halla en aquel lugar en que él tiene determinado esconderse.

7. III. Una posible interpretación de esto es la siguiente: en el hombre malvado la verdadera

opinión acerca de Dios hállase envuelta en sombras y oculta, pues se encuentra llena de oscuridad, ajena a la Divina claridad necesaria para investigar lo que son las cosas. El hombre de esta clase está desterrado de la Divina presencia lo mismo que el leproso o el que padece derrames;[1] de los cuales el primero, que presenta dos colores diferentes,[2] no obstante ser una sola la Causa, es decir, el Autor de todas las cosas, confunde como causas en un mismo todo a Dios y a la creación, naturalezas opuestas; en tanto que el afectado por derrames hace derivar todas las cosas del mundo y retomar todas a él, considerando que nada ha sido creado por Dios; saliéndonos para ello, como secuaz de la opinión de Heráclito que es, con asertos tales como "la saciedad y la necesidad", "la unicidad del universo" y "la recíproca transformación de todas las cosas".

[1] Evidente alusión a Heráclito y su teoría de que todo fluye o deviene.

[2] Referencia a la coloración de la piel del leproso: carne viva y color natural.

8. Por eso dice la Divina palabra: "Arrojen fuera del alma santa a todo leproso y a todo el que padece derrames, y a todo impuro en el alma, tanto varón como mujer" (Núm. V, 2 y 3), y a los eunucos, con los órganos reproductores del alma cortados, y a los fornicadores, que han rehuido la autoridad del Uno, a los cuales les está por completo vedada la participación en la asamblea de Dios. [3]

[3] Deut. XXIII, 2.

9. En cambio, los sabios discernimientos, no sólo no se ocultan sino anhelan ardientemente manifestarse. ¿No ves que Abraham "estaba aún en presencia del Señor y habiéndose aproximado a Él le dijo: 'No destruyas al justo junto con el impío' (Gen. XVIII, 22 y 23), 'al que Te es manifiesto y conocido junto con el que huye de Ti y evita Tu presencia? Porque éste es un impío; en cambio, el que permanece en Tu presencia y no huye es un justo; porque sólo a Ti, Señor, es justo honrar.

10. El hombre piadoso no se halla en el mismo plano que el impío; por el contrario, hemos de alegramos de que sea justo. Por eso dice: "No destruyas al justo junto con el impío." A Dios, en verdad, nadie alcanza a honrarlo como Él merece, sino simplemente como es justo. Porque, si es imposible retribuir aún a nuestros padres con beneficios iguales a los recibidos de ellos, dado que es imposible engendrarlos a su vez a ellos, ¿cómo no va a ser imposible recompensar y reconocer en la medida de Sus merecimientos a Dios, que ha producido el universo partiendo de la inexistencia? Con ello, ciertamente, nos proporcionó cada una de las virtudes.

11. IV. A través de tres ocasiones, pues, oh alma, es decir, a través de las tres partes que componen la totalidad del tiempo,[4] hazte manifiesta siempre a Dios, no arrastrando contigo la femenina pasión de los sentidos, sino emanando el incienso del varonil y esforzado ejercicio del discernimiento. En efecto, la sagrada palabra [5] determina que en tres ocasiones durante cada año se presente cada varón delante del Soberano Dios de Israel.

[4] Es decir, el pasado, el presente y el futuro. Filón, como en Sobra las leyes particulares, II, 42 y s., se refiere a que el culto divino debe ser interrumpido.

[5] Deut. XVI, 16.

12. Por esto, también Moisés, cuando hubo alcanzado la condición de presente ante Dios, huye del faraón, encarnación de la dispersión, quien se jacta diciendo que no conoce al Señor.[6] "Retiróse", leemos, en efecto, "de la presencia del faraón Moisés y residió en la tierra de Madián" (Ex. II, 15), es decir, en el discernimiento sobre las cosas de la naturaleza, "y se sentó sobre la fuente" (Ex. II, 15) aguardando para ver qué "bebida haría llover Dios para su

alma sedienta y deseosa del bien.
[6] Ex. V, 2.

13. Aléjase, pues, del faraón, es decir, de la opinión que desconoce a Dios y ejerce la soberanía sobre las pasiones; y marcha hacia Madián, vale decir, el discernimiento, averiguando si le cabe ahora el permanecer en la tranquilidad o habrá de entrar nuevamente en controversia con el ruin para destruirlo. Considera si atacándolo prevalecerá hasta alcanzar la victoria, por lo que, repito, se mantiene quieto a la espera de si Dios habrá de concederle mediante un profundo y nada superficial discernimiento una fuente capaz de ahogar bajo sus aguas la embestida del rey de los egipcios, es decir, la embestida de sus pasiones.

14. Y por cierto que es considerado merecedor de la gracia, ya que, habiendo emprendido la contienda por los fueros de la virtud no cesa en la lucha hasta que contempla postrados y fuera de acción a los placeres. Por eso Moisés, en realidad, no huye del faraón; en tal caso hubiera escapado para no retornar; simplemente se retira, es decir, hace un alto en la pelea, como un atleta cuando respira y busca recobrar el alimento; hasta que, habiendo logrado, mediante divinas palabras, la ayuda de la sabiduría y de las demás virtudes, se lanza al ataque con fuerza irresistible.

15. En cambio, Jacob, pues es un suplantador,[7] que va adquiriendo la virtud no sin esfuerzo, mediante metódicos artificios (su nombre, en efecto, aún no había sido cambiado por el de "Israel")[8], huye de Labán y de los bienes de éste, es decir, de los colores, de las formas y de los cuerpos en general, a los que la naturaleza ha conferido el poder de dañar a la inteligencia a través de los sentidos. En efecto, puesto que no podía vencerlos completamente haciéndoles frente, huye temiendo la derrota en manos de ellos; siendo por ello muy merecedor de aprobación. "Haréis", dice, en efecto, Moisés, "precavidos a los hijos del vidente"; [9] (Lev. XV, 31) mas no atrevidos y amantes de lo que está por sobre sus posibilidades.
[7] Jacob, que suplantó a su hermano mayor Esaú en la primogenitura, mediante la astucia.
[8] Gen. XXII, 28. No es aún "el que ve a Dios".
[9] Israel o Jacob.

16. V. "Y engañó Jacob a Labán el sirio, manteniéndolo ignorante de su huida. Y huyó con todas sus cosas y atravesó el río y tomó el camino del Monte Galaad." (Gen. XXXI, 20 y 21.) Nada más natural que el ocultar que huye y no comunicarlo a Labán, encarnación del discernimiento que está a merced de los sentidos. Por ejemplo, si habiendo visto una belleza, te sintieres cautivado por ella y estuvieres a punto de perderte por alcanzarla, huye de su vista en secreto y no lo comuniques ya a la inteligencia, es decir, no vuelvas a pensar en ella ni a ocuparte de ella; porque los recuerdos prolongados, al imprimir profundas huellas en la inteligencia, la dañan y frecuentemente la precipitan en la ruina contra su voluntad.

17. El mismo principio vale para todas las atracciones, cualquiera fuere el sentido que en ellas interviniere. En estos casos la salvación reside en la secreta fuga; seguir con el recuerdo, en cambio, hablar de él, volver sobre él insistentemente oprime y esclaviza violentamente al discernimiento. Por lo tanto, oh inteligencia mía, si estuvieres a punto de quedar presa de algún objeto sensible presente ante ti, jamás trabes relación con él ni lo frecuentes, para que no seas dominada y precipitada en la desgracia. Al contrario, huye libre y presurosa prefiriendo la indomable libertad a la mansa esclavitud.

18. VI. Ahora bien, ¿por qué razón, como si Jacob ignorara que Labán es sirio, dice Moisés: "Ocultó Jacob a Labán el sirio"? También esto encierra una explicación no sin importancia.

En efecto. Siria significa "regiones altas". Jacob, pues, es decir, la inteligencia que se ejercita, cuando ve a la pasión en actitud humilde, se mantiene en su sitio calculando por las respectivas fuerzas que vencerá; pero cuando la pasión aparece elevada, engreída y altanera, la inteligencia que se ejercita huye ella primero, seguida de inmediato por todas las partes de su ejercicio, a saber: lecturas, reflexiones, actos serviciales, recuerdos de las cosas nobles, autodominio, práctica de las obligaciones ordinarias; y atraviesa el río de los sentidos, que sumerge y hunde al alma en las corrientes de las pasiones; y, habiéndolo cruzado, lánzase hacia la alta y excelsa región, vale decir, hacia el principio de la virtud perfecta.

19. En efecto, "tomó el camino del monte Galaad", y "Galaad" significa "migración del testimonio"; siendo Dios quien hace emigrar al alma desde las pasiones, personificadas en Labán; y le da testimonio de que su migración es provechosa y conveniente, y la guía desde las cosas ruines que toman al alma baja y rastrera, hacia la altura y grandeza de la virtud.

20. Por eso Labán, el amigo de los sentidos, que obra conforme con ellos y no según la inteligencia, se irrita, lo persigue y le dice: "¿Por qué has huido en secreto" (Gen. XXXI, 26) 'y no has permanecido en el goce del cuerpo y en la doctrina que escoge los bienes corporales y exteriores? No sólo has huido de esta concepción de vida sino me has arrebatado también la sensatez, es decir, a Lía y Raquel'. Éstas, en efecto, mientras permanecían con el alma, producían en ella sensatos pensamientos; pero, al partir dejáronle ignorancia y necedad. Por eso él añade: "Me has robado", es decir, 'me has arrebatado la sensatez'.

21. VII. El legislador aclarará en qué consiste el ser sensato. Agrega, efectivamente: "Y te has llevado a mis hijas como prisioneras de guerra" (Gen. XXXI, 26); y "Si me hubieras avisado, yo te hubiera hecho partir." (Íd. 27) Tú no hubieras hecho partir cosas antagónicas unas de otras.[10] Porque, si hubieras realmente hecho partir y dado libertad al alma, le hubieras quitado todos los sonidos tocantes al cuerpo y a los sentidos; porque así es como la inteligencia se redime de los vicios y las pasiones. Pero la realidad es que dices, por una parte, que estás dispuesto a hacerla partir libre; mas, por otra, a través de los hechos confiesas que la hubieras tenido en prisión. Porque, si las hubieras enviado "con músicas, tamboriles y cítaras" (Gen. XXXI, 27) y con los placeres propios de cada uno de los sentidos, en realidad no la hubieras hecho partir.[11]

[10] Como son el verdadero bienestar y los deleites inferiores, representados por la "música, el tamboril y el harpa", que menciona el texto bíblico.

[11] En otras palabras: si lo que entiendes por dejar partir libre es eso, lo que hubieras hecho no hubiera sido dejar partir libre sino todo lo contrario.

22. Porque, no es sólo de ti de quien huimos, oh Labán, amigo de los cuerpos y los colores, sino también de todas tus cosas, entre las que se cuentan también las voces de los sentidos, voces acordes con los actos de las pasiones. Hemos, en efecto, realizado por nuestra parte, como hombres ejercitados en la virtud que somos, un estudio necesario, que también Jacob realizó, para arruinar y destruir a los dioses extraños a1 alma, dioses fabricados de metal, cuya fabricación prohibió Moisés,[12] y que equivalen a la disolución de la virtud y la felicidad y a la formación y fijación del vicio y las pasiones; pues el material que se moldea, tras ser derretido, adquiere de nuevo fijeza.

[12] Lev. XIX, 4.

23. VIII. Dice el legislador lo siguiente: "Y dieron a Jacob los dioses ajenos, que tenían en sus manos y los aretes que pendían de sus orejas; y Jacob los escondió debajo del terebinto que estaba en Siquem." (Gen. XXXV, 4.) Éstos son los dioses de los hombres mines. No dice que

Jacob los tomara, sino que los escondió y destruyó. Lo cual es del todo exacto, ya que el hombre de bien nada tomará con miras a enriquecerse de cosas procedentes del vicio; sino las ocultará y hará desaparecer en secreto.

24. Del mismo modo también, Abraham, dirigiéndose al rey de Sodoma, que intenta con artificios realizar un trueque de creaturas irracionales por seres racionales, de caballos por hombres, le dice que no tomará ninguna de sus cosas, sino "extenderá" la obra de su alma, a la que él llama simbólicamente "mano", "hacia el altísimo Dios" (Gen. XIV, 22), pues no tomará "desde un hilo hasta la correa del zapato" (Id. 22 y 23) cosa alguna perteneciente al rey, "para que éste no diga que ha hecho rico al vidente,[13] cuando lo que le está ofreciendo es pobreza a cambio de su riqueza en virtud".
[13] En este caso aplicase el epíteto de vidente a Abraham, aunque ordinariamente Filón lo refiere a Jacob o Israel.

25. Las pasiones están ocultas y guardadas siempre en Siquem,[14] cuyo nombre significa "hombro"; porque quien se esfuerza[15] en procura de los placeres es inclinado a cuidar los placeres; pero son, en cambio, destruidas y arruinadas en la esfera de acción del hombre sabio, y no por corto tiempo, sino "hasta el día de hoy", vale decir, por siempre, ya que todo el transcurso del tiempo se mide con relación al hoy, pues el ciclo diario es la medida de todo tiempo.
[14] Ver Sobre la migración de Abraham 221.
[15] Filón relaciona los hombros con el trabajo, seguramente, a través del verbo *omízesthat* = llevar sobre los hombros, de la misma raíz que *omía* y *omfasis* = hombro.

26. Por eso, también, Jacob da a José como porción escogida Siquem,[16] es decir, las cosas concernientes al cuerpo y a los sentidos, por cuanto él ocúpase de trabajar en ellas; y en cambio, a Judá, el que confiesa su reconocimiento, no da presente alguno fuera de la alabanza, los himnos y los magníficos cantos de parte de sus hermanos.[17] Jacob recibe Siquem, no de Dios, sino "ganándola con la espada y por los arcos" (Gen. XLIX, 22), es decir, con las palabras que penetran y defienden. En efecto, el sabio somete a su voluntad aun las cosas secundarias, mas, en habiéndolas sojuzgado, no las guarda sino hace merced de ellas a quien por naturaleza es inclinado a las mismas.
[16] Gen. XLVIII, 22.
[17] Gen. XLIX, 8.

27. ¿No ves que, aunque aparentemente recibe los dioses, no se queda con ellos, sino los oculta, los hace desaparecer y los destruye para siempre lejos de sí mismo?[18] ¿Y a qué alma le fue dado ocultar y hacer desaparecer el vicio, sino a aquella a la que Dios ' Sé manifestó y a la que consideró digna de Sus secretos misterios? En efecto, Él dice: "¿Habré de ocultar Yo a Abraham, Mi siervo, las cosas que hago?" (Gen. XVIII, 17.) Bien está, oh Salvador, que Tú muestres Tus propias obras al alma que anhela el bien y que no le tengas oculta ninguna de Tus obras. Gracias a ello posee la fortaleza necesaria para huir del vicio y ocultar, cubrir de sombras y destruir siempre la dañosa pasión.
[18] Gen. XXXV, 4.

28. IX. Queda, pues, ya demostrado de qué manera el hombre ruin es un desterrado y se oculta de Dios. Examinemos ahora dónde se oculta. Dice Moisés que "en medio del bosque del parque" (Gen. III, 8), es decir, en el centro de la inteligencia, la que, a su vez, es el centro mismo de lo que podemos denominar el parque del alma entera. Y así es: el que huye de Dios fúgase hacia sí mismo.

29. Siendo, en efecto, dos las inteligencias: la del universo, que es Dios, y la inteligencia individual; el que huye de su propia inteligencia se fuga hacia la del universo, pues aquel que abandona su propia inteligencia confiesa que nada importa cuanto produce la inteligencia humana, y todo lo refiere a Dios; pero en cambio, el que huye de Dios afirma que Éste no es autor de cosa alguna, y que es él mismo quien produce todo cuanto adquiere existencia.

30. Tal el caso de muchos que afirman que todas las cosas que hay en el mundo se desarrollan automáticamente sin alguien que las guíe; y que es la inteligencia humana la que por sí sola ha establecido las artes, las profesiones, las leyes, las costumbres, las formas de convivencia comunitaria, y los principios de la justicia colectiva y privada tanto para los hombres como para los animales irracionales.

31. Ahora bien, tú, oh alma mía, ves la diferencia entre ambas opiniones. La una, en efecto, abandonando a la inteligencia particular, creada y mortal, y se acoge sin retaceos al patrocinio de la Inteligencia universal, increada e inmortal; la otra, por el contrario, negando la dignidad Divina, recurre erróneamente a la alianza de la inteligencia que es incapaz de prestar auxilio alguno, ni siquiera a sí misma.

32. X. Por esto dice también Moisés que "si el ladrón fuere descubierto horadando un muro y muriere al ser golpeado, no es culpable de asesinato, pero si el sol hubiere salido ya sobre él, será convicto y dará reparación con su muerte".[19] (Ex. XXII, 2 y 3.) En efecto, si alguien horadare la aseveración firme, saludable y recta que testimonia la omnipotencia que a Dios solamente pertenece, abriendo en ella una brecha, y fuere sorprendido en el momento de hacerlo, es decir, en la horadada y violada doctrina que concibe que quien obra es la inteligencia de cada uno y no Dios, es un ladrón que sustrae lo que pertenece a otro.

[19] Por supuesto, el texto bíblico dice otra cosa, y es lo siguiente: "Si el ladrón fuere descubierto horadando un muro y muriere al ser golpeado, el que lo golpeare no es culpable de asesinato (literalmente: para aquél no existe culpa de asesinato); pero, si el sol hubiera salido ya sobre él (sobre el ladrón), su matador será convicto y dará reparación con su muerte." Filón, extremando su sutileza, aprovecha la circunstancia de que en la prótasis del primer período hipotético del pasaje el texto griego no menciona al matador, ni lo hace tampoco en la apódosis del segundo; y entiende? que el dativo *autói* = para aquél o para el mismo (que, indudablemente, se refiere al matador) señala al ladrón. Lo cual le permite la siguiente» interpretación: Si la inteligencia que se envanece de sí misma y desconoce a Dios no alcanza a traducir en hechos sus opiniones, ha de dársela por muerta y puede considerársela libre de culpa como al ladrón muerto en las sombras de la noche; no así en caso de que "hubiere salido ya el sol", es decir, en caso de que se hayan concretado sus ocultas intenciones.

33. Porque todas las cosas son posesión de Dios, de modo que quien se asigna algo a sí mismo se apropia de algo ajeno y recibe un golpe dolorosísimo y difícil de remediar, es decir, la presunción, cosa que raya en la ignorancia y la necedad. Moisés omitió mencionar al autor del golpe. Es que éste no es otro que el mismo golpeado. Así como quien se frota a sí mismo es también el frotado, y quien se mata es simultáneamente matado, por cuanto la misma persona concentra en sí la actividad del que ejecuta y la receptividad del que es afectado; del mismo modo el que roba lo que pertenece a Dios y se lo atribuye a sí mismo, resulta ultrajado por su propia impiedad y presunción.

34. Y ojalá perezca por efectos de los golpes, es decir, ojalá se quede sin llevar a cabo sus

propósitos; porque aparecerá menor su delito. En efecto, unas veces el vicio se presenta en reposo, otras en movimiento. Cuando está en movimiento se precipita hacia la plena concreción de sus designios, por lo mismo, es peor que el estacionario.

35. En consecuencia, si la inteligencia que imagina que ella es la causa de cuanto llega a existir y no Dios, pereciere, es decir, se quedare tranquila y se reprimiere, no habrá incurrido en culpa de asesinato; en otras palabras, no habrá consumado la destrucción de la excelsa doctrina que atribuye a Dios la totalidad de los poderes. Si, en cambio, se hubiere elevado el sol, es decir, la inteligencia, cuya claridad es patente en nosotros, y estimare que es ella la que discierne las cosas, ella la que lo decide todo sin que nada, se le escape, es culpable y morirá para reparar la excelsa doctrina que ha destrozado, doctrina según la cual Dios es la única causa. Morirá por cuanto es hallada sin remedio y realmente muerta en sí misma, es decir, por cuanto se ha convertido en autora de una doctrina irracional, mortal y errónea.

36. XI. Ésta es también la causa por la cual la sagrada palabra maldice al que coloca en un lugar oculto una imagen grabada o fundida, producto de las manos de un artífice.[20] En efecto, ¿por qué, oh inteligencia, acumulas y atesoras esas ruines opiniones: la que sostiene que Dios, al que no es atribuible cualidad alguna, es de orden cualitativo tal como son los grabados; y la que, no obstante ser Él incorruptible, lo concibe corruptible tal como las imágenes fundidas; en vez de sacarlas al descubierto para que seas instruida por los expertos en la verdad sobre lo que te conviene aprender? Tú, en efecto,, crees ser hábil, porque estás práctica en groseros métodos de persuasión con los que te es posible combatir la verdad; pero tu impericia se hace patente en tu indiferencia por remediar esa penosa enfermedad de tu alma que es la ignorancia.
[20] Deut. XXVII, 15.

37. XII. Que el hombre ruin, huyendo del Que Es, se encierra en su propia incoherente inteligencia, lo testimoniará Moisés, el "que mató al egipcio y escondió sus restos en la arena" (Ex. II, 12), o lo que es lo mismo, tomó debida cuenta del hombre que sostiene que las cosas del cuerpo tienen preeminencia y juzga que las del alma no son nada, considerando a las pasiones como un fin.

38. Habiendo observado, en efecto, el trabajo impuesto por el rey de Egipto, vale decir, por el vicio conductor de las pasiones, al que ve a Dios;[21] ve al hombre egipcio, es decir, a la humana y perecedera pasión, golpeando y ultrajando al vidente; y después de pasear la mirada por toda el alma hacia aquí y hacia allá, y de no ver a nadie firmemente situado,[22] excepto Dios, el Que Es, y contemplar revueltas, en cambio, y agitadas las demás cosas, tras golpear y reconocer prolijamente al amante de los placeres, ocúltalo en la incoherente y confusa inteligencia del mismo, inteligencia privada de cohesión y unión con las cosas elevadas.
[21] Ex. II, 11. "Al que ve a Dios", es decir, a Israel.
[22] "Habiendo paseado la mirada en derredor hacia uno y otro lado, no ve a nadie..." (Ex. II, 12). Lo de "incoherente", literalmente "dispersa", es interpretación alegórica de la arena.

39, Este hombre, pues, ha venido a quedar oculto en sí mismo. El opuesto a éste huye, en cambio, de sí mismo y se refugia en el Dios de cuanto existe. XIII. Por esto dice el legislador: "Sacóle fuera y le dijo: 'Levanta tu vista hacia el cielo y cuenta las estrellas'." (Gen. XV, 5.') Nosotros, insaciables en nuestro amor por la virtud, deseamos abarcar esas estrellas y examinarlas a fondo, mas escapa a nuestras fuerzas el medir la riqueza de Dios.

40. A pesar de eso, gracias sean dadas al Que ama prodigar dones, por decirnos de esta

manera que Él ha colocado en nuestra alma gérmenes radiantes, brillantes y totalmente intelectuales, tal como ha colocado las estrellas en el cielo. Pero, ¿no es ocioso el agregar "fuera" a "lo sacó"? Porque, ¿quién saca hacia adentro? Sin embargo, lo que quiere significar es seguramente lo siguiente: lo sacó hacia el espacio más exterior, no hacia cualquier sitio de afuera que pueda ser encerrado por otros. En efecto, así como en las casas las habitaciones de los hombres son más exteriores que las de las mujeres, y el patio está más adentro que ellas; y la puerta del patio es exterior a éste, pero está adentro respecto de la puerta de entrada; del mismo modo también en la esfera del alma lo que esta. fuera de una parte puede estar dentro de otra.

41. De la siguiente manera hemos, pues de entender el pasaje: sacó a la inteligencia hacia la parte más exterior. ¿Qué ventaja habría, en efecto, en que ella abandonara al cuerpo, pero se refugiara en la sensibilidad? ¿Qué ganaría renunciando a la sensibilidad para acogerse a la palabra? [23] Es preciso, pues, que la inteligencia que ha de ser "sacada" y dejada en libertad, se aparte de todo: de las necesidades del cuerpo, de los órganos sensoriales, de los argumentos capciosos, de la retórica persuasiva, y por último de ella misma.
[23] O el logos pronunciado. Ver Sobre los querubines, nota 8.

42. XIV. Por ello también en otra ocasión Moisés se jacta diciendo: "El Señor, el Dios del cielo y el Dios de la tierra, que me sacó de la casa de mi padre." (Gen. XXIV, 7.) En efecto, no es posible que llegue a estar junto a Dios quien reside en un cuerpo y entre la raza mortal; eso sólo es dado a aquel a quien Dios libera de la prisión.

43. Por este motivo también Isaac, la alegría del alma, cuando medita y está a solas con Dios, se marcha dejando atrás a su propia persona y a su propia inteligencia. Léese, en efecto: "Salió Isaac hacia la campiña al atardecer para meditar." (Gen. XXIV, 63.) Y Moisés, la palabra profética, dice: "Cuando salga de la ciudad extenderé mis manos." (Ex. IX, 29.) La ciudad es el alma, pues ésta es también una ciudad del ser viviente, a quien da leyes y costumbres. Extenderé y expondré todas mis obras ante Dios llamándolo para que sea testigo e inspector de cada una de ellas, Él, a quien por ley natural no puede el vicio pasar inadvertido, sino debe por fuerza mostrarse sin máscaras y manifestarse claramente.

44. Cuando el alma en todas sus palabras y obras se ha tornado diáfana y próxima a la Divinidad, cesan las voces de los sentidos y todos sus importunos y detestables ecos. Porque lo visible invoca y llama hacia sí a la vista; el sonido al oído; el aroma al olfato y, en general, lo sensible invita hacia sí a la sensibilidad, pero todo esto cesa cuando la inteligencia, abandonando la ciudad del alma, atribuye a Dios el origen de sus obras y reflexiones.

45. XV. Y ciertamente están "pesadas las manos de Moisés" (Ex. XVII, 12); porque así como las acciones del hombre ruin son livianas e inconsistentes, las del hombre sabio serán seguramente pesadas, estables e inconmovibles; razón por la cual éstas son sostenidas por Aarón, la palabra, y Hor, que representa la luz. Y como ninguna luz hay en las cosas más clara que la verdad, lo que quiere Moisés mostrarte de manera simbólica es que las acciones del sabio son sostenidas por las dos cosas más necesarias, la palabra y la verdad. Por eso también, cuando muere Aarón, es decir, cuando ha sido hecho perfecto, es subido hacia Hor, que es la luz;[24] porque la perfección de la palabra es la verdad, cuya claridad se extiende más allá de la luz, y en procura de la cual se esfuerza la palabra.
24 Núm. XX, 25.

46. ¿No ves que al recibir Moisés de Dios el tabernáculo,[25] es decir, la sabiduría, en la que

acampa y reside el hombre sabio, lo fijó, lo dotó de firme estructura y lo asentó sólidamente, no en el cuerpo, sino fuera de él? A éste, en efecto, lo representa en la figura de una fortaleza, de un campamento lleno de peleas y de cuantos males trae consigo la guerra, y en el que está completamente ausente la paz. "Y fue llamado 'tabernáculo del testimonio'" (Ex. XXXIII, 7), vale decir, 'sabiduría testimoniada por Dios'; y en efecto, "todo el que buscaba al Señor salía en dirección a Él". Afirmación en todo acertada; porque si buscas a Dios, olí inteligencia, sal fuera de ti misma y búscalo diligentemente; si, en cambio, permaneces en los embarazos del cuerpo o en las presunciones que encierra la inteligencia, no habrá en ti tal búsqueda de las cosas Divinas, aunque fingieres que las buscas.
25 Ex. XXXIII, 7.

47. Pero no es seguro que, aun cuando lo buscares, halles a Dios; a muchos, efectivamente, no Se ha manifestado, resultando infructuoso su empeño del principio al fin. Con todo, la simple búsqueda basta por sí sola para hacernos partícipes de bienes, porque siempre los intentos en procura del bien, aunque no alcanzaren plenamente su objeto, regocijan por anticipado a quienes se empeñan en ellos.

48. Así pues, el hombre ruin, huyendo y ocultándose de Dios, se refugia en su propia inteligencia, enfermizo auxiliar; en tanto que el hombre de bien, por el contrario, abandonándose a sí mismo, se vuelve hacia la aprehensión del Uno, obteniendo así la victoria en una noble carrera, en éste que es el más excelente de los certámenes.

49. XVI. "Y llamó Dios Soberano a Adán y le dijo: '¿Dónde estás?'" (Gen. III.,9.) ¿Por qué sólo Adán es llamado, siendo así que también su mujer estaba oculta con él? Ante todo es preciso señalar que la inteligencia es llamada, dondequiera se hallare,[26] cada vez que recibe un reproche tendiente a poner freno a su claudicación. Pero no sólo ella es la llamada, sino también todas sus facultades; porque sin las facultades la inteligencia por sí misma se encuentra desnuda y es como si no existiese. Y una de sus facultades es la sensibilidad, que es la mujer.
[26] Es decir, cualquiera fuere su situación.

50. Por lo tanto, juntamente con Adán es también llamada la mujer, es decir, la sensibilidad. Pero no la llama Dios a ella particularmente. ¿Por qué? Porque, siendo, como es, irracional, no está en condiciones de recibir por sí misma una reprensión, ya que ni la vista, ni el oído, ni ninguno de los otros sentidos es capaz de recibir instrucción; de modo que no les es posible abocarse a la aprehensión de los objetos. Aquél que creó a la sensibilidad solamente le confirió la facultad de distinguir entre las cosas materiales. La inteligencia, en cambio, es la que recibe instrucción, y por eso Dios la llama a ella y no a la sensibilidad.

51. XVII. La expresión "*Poû eí*"[27] puede ser explicada de varias maneras. Primeramente, no en forma interrogativa, sino enunciativa, como equivalente de "Te hallas en algún lugar", pronunciada en este caso con acento grave: " *Poû eí*". En efecto, puesto que habías pensado que Dios se paseaba en el parque y que era contenido por éste, aprende que esa impresión tuya no era acertada, y escucha la suma verdad de la palabra que procede de la Divina Sabiduría; palabra según la cual Dios no se halla en lugar alguno, porque no es contenido sino contiene al universo; siendo la ubicación espacial característica de lo que adquiere existencia, por cuanto necesariamente es ello contenido y no contiene.
[27] Translitero la expresión *Poû eí* = dónde estás, en vez de insertar directamente la traducción, por ser imposible de otra manera captar las sutilezas fonéticas y semánticas de que hace gala Filón en el presente caso, aprovechando la circunstancia de que *Poû* puede ser indefinido,

exclamativo e interrogativo.

52. Según una segunda interpretación la expresión equivale a lo siguiente: ¡A dónde has venido a encontrarte, oh alma! ¡Por cuan grandes males has trocado tan grandes bienes! [Habiéndote llamado Dios a participar de la virtud, tú te has allegado al vicio; y habiéndote procurado el árbol de la vida, es decir, de la sabiduría con la que hubieras podido vivir, tú te has hartado en el goce de la ignorancia y la corrupción, prefiriendo el infortunio, es decir, la muerte del alma, a la felicidad de la verdadera vida!

53. La tercera interpretación es la interrogativa, para la cual caben dos respuestas. Una respuesta a la pregunta "¿Dónde estás?" es 'En ninguna parte. En efecto, ningún lugar tiene el alma del hombre ruin para acogerse y en el que asentarse. Ése es el motivo por el que también se dice que el hombre ruin es un hombre carente de lugar.[28] Un mal imposible de clasificar es calificado como carente de lugar.[29]
Y ése es el hombre ajeno al bien, que vive siempre alterado e inestable, vagando de un lado a otro como viento variable, y apartado totalmente de toda opinión firme.
[28] *Átopos* = sin lugar, significa además absurdo, extravagante, insensato, sentidos todos éstos que Filón asocia a la idea de hombre malvado.
[29] Es decir, no ubicable dentro de una determinada categoría, desubicado.

54. La otra respuesta que podría darse, y que es la que también empleó Adán, es ésta: 'Escucha dónde estoy: estoy donde están los que son incapaces de ver a Dios; donde están los que no escuchan a Dios; donde están los que se ocultan de la Causa; donde están los que huyen de la virtud; donde están los desnudos de sabiduría; donde están los que temen y tiemblan por falta de hombría y por cobardía de alma.' En efecto, cuando Adán dice: "Escuché Tu voz en el parque; tuve miedo porque estoy desnudo y me oculté" (Gen. III, 10); manifiesta todo cuanto acabo de decir; según lo expuse con la debida detención en las anteriores secciones.

55. XVIII. No obstante, en este momento Adán no está desnudo. Poco antes se ha dicho: "Hicieron cinturones para sí." (Gen. III, 7.) Pero también mediante esto quiere Moisés enseñarte que entiende por desnudez, no la del cuerpo, sino aquella por la cual la inteligencia se muestra desprovista y desnuda de virtud.

56. "La mujer", leemos, "que me diste por compañera,[30] ella me dio del árbol y comí." (Gen. III, 12.) Bien está el que diga, no "la mujer que me diste para mí", sino "por compañera"; porqué no me has dado la sensibilidad en propiedad, sino que también a ella la dejaste libre y sin trabas, y rebelde en cierta manera a los mandatos de mi discernimiento. Por ejemplo, si la inteligencia quisiere ordenar a la vista que se abstenga de ver, no por eso mirará ella menos lo que tiene ante sí. Y con el oído ocurre otro tanto: aunque la inteligencia le ordenare resueltamente no escuchar, si una voz le llegare, la recibirá perfectamente. Y por su parte el olfato, en viniendo olores hacia él, olerá, aun cuando la inteligencia le prohibiere acogerlos.
[30] En el pasaje se lee textualmente: "que diste conmigo (*met´emoú*)"; lo que tomado al pie de la letra permite a Filón llegar a las conclusiones del párrafo 57.

57. Por esto, Dios no "dio" la sensibilidad "al" ser animado, sino la "dio con" el ser animado. Esto significa lo siguiente: nuestra sensibilidad conoce todas las cosas junto con nuestra inteligencia y al mismo tiempo que ella. Por ejemplo, la vista se aplica a lo visible al mismo tiempo que la inteligencia. En efecto, el ojo ha visto el objeto corpóreo, y al instante la inteligencia ha aprehendido lo visto: que es negro o blanco o amarillo o rojo; triangular o

cuadrangular o redondo; o los restantes colores y formas. Y otro tanto ocurre en el caso del oído; ha recibido la impresión de la voz y al mismo tiempo la ha recibido la inteligencia. Lo' prueba el hecho de que ésta al punto ha reconocido si se trata de una voz baja o alta, armoniosa y rítmica o, por el contrario, si es destemplada y disonante. Y lo mismo se hace patente en el caso de los otros sentidos.

58. Completamente acertado también es haber agregado: "Ella me dio del árbol". En efecto, nadie, como no sea la sensibilidad, da a la inteligencia la masa "arbórea"[31] y perceptible por los sentidos. Porque, ¿quién ha dado a la inteligencia la posibilidad de conocer el cuerpo o la. blancura? ¿No fue acaso la vista? ¿Y quién, la de conocer la voz? ¿No ha sido el oído? ¿Y quién, el olor? ¿No ha sido el olfato? ¿Y quién, el sabor? ¿Acaso no ha sido el gusto? ¿Y quién, lo áspero y lo suave? ¿No ha sido acaso el tacto? Con todo acierto y verdad, entonces, ha dicho la inteligencia que 'sólo la sensibilidad me da las aprehensiones de las cosas corporales'.[32]

[31] O sea, material, corporal.

[32] Paráfrasis de "Ella me dio del árbol y comí." (Gen. III, 12).

59. XIX. "Y dijo Dios a la mujer: '¿Por qué has hecho esto?" Y ella dijo: 'La serpiente me engañó y comí'." (Gen. III, 13.) Una cosa es lo que Dios pregunta a la sensibilidad, y otra lo que ésta responde. En efecto, Dios inquiere algo acerca del hombre,[33] y ella no menciona a éste sino contesta algo referente a si misma, diciendo "comí" en vez de "di".

[33] Es decir, según Filón, Dios ha preguntado a la mujer por qué ha dado de comer del árbol a Adán; y ella se limita a responder "comí". Pero,. el aparente absurdo de la respuesta no es tal, ya que, en realidad, ha respondido con una gran verdad: comer ella y dar de comer al hombre van parejos, pues no bien la sensibilidad "come", es decir, capta las cosas sensibles, la inteligencia automáticamente "come", vale decir, aprehende a su vez lo captado por la sensibilidad.

60. Se me ocurre, pues, que si interpretamos esto en forma alegórica, solucionaremos la dificultad y demostraremos que la mujer responde acertadamente a lo que se le inquiere. En efecto, es necesario que, si ella ha comido, coma también el hombre; porque, cada vez que la sensibilidad se lanza hacia el mundo sensible y se llena con la representación del mismo, acto seguido también la inteligencia toma contacto con él, lo ase y se satura, en cierta manera, del alimento que él le proporciona. Y lo que ella dice es esto: He dado al hombre no por mi voluntad; porque, habiéndome vuelto yo hacia lo que tenía delante de mí, él, que es rapidísimo en sus movimientos, recibió por sí solo la imagen y la impresión.

61. XX. Observa que, mientras el hombre dice que la mujer ""ha dado", en cambio la mujer no dice que la serpiente ha dado sino que "ha engañado". Es que, así como es propio de la sensibilidad el dar; del placer artero y semejante a la serpiente, en cambio, lo propio es el engañar e inducir a error. Por ejemplo, la sensibilidad da a la inteligencia lo que por naturaleza es blanco, negro, caliente, frío, y no con engaño sino ajustándose a la verdad. Porque, como son las cosas que tiene ella ante sí así es la representación que llega a la inteligencia desde ellas, a estar a la opinión de la mayoría de los que investigan las cuestiones relativas a la naturaleza con no bastante precisión.[34] El placer, en cambio, no da a conocer a la inteligencia el objeto tal cual este es, sino lo falsea con artificio haciendo aparecer como provechoso lo que es dañoso.

[34] O "que no exageran (o extreman) la precisión en las investigaciones sobre la naturaleza." La expresión es difícil de entender y no se puede precisar a ciencia cierta a qué pensadores se refiere Filón. Tal vez, como propone Bailey, se trate de Empédocles, Leucipo y Epicuro.

Colson sugiere que la traducción podría ser "filósofos materialistas". En todo caso, es extraño que, buscando Filón un aval para lo que afirma, aparezca menoscabando la autoridad científica de las fuentes a que alude.

62. Análogamente, entre las cortesanas es posible ver a las feas tiñiéndose y pintándose el rostro para ocultar su fealdad; y es también el caso del hombre incontinente inclinado al placer del vientre. Éste, en efecto, acoge como un bien la abundancia de vino puro y de aderezados manjares, y sin embargo es dañado por ellos en el cuerpo y en el alma.

63. Asimismo, es posible ver cómo a menudo los enamorados enloquecen por las mujeres de más desagradable aspecto, mientras el placer los engaña describiéndoles, poco más o menos, las bellezas de formas y colores, la lozanía y proporción de partes de mujeres cuyas características son todas opuestas a ésas. Lo cierto es que ellos miran con indiferencia a aquellas que de veras están dotadas de belleza irreprochable, en tanto que desfallecen por aquellas que he señalado.

64. Engaños de toda especie son, pues, absolutamente normales en el placer; "dar", en cambio, es muy propio de la sensibilidad. El placer engaña y desorienta a la inteligencia mostrándole los objetos no como realmente son, sino como no son; la sensibilidad, en cambio, le da las cosas materiales con toda nitidez, tales como son por naturaleza, sin ficciones ni artificios.

65. XXI. "Y dijo Dios Soberano a la serpiente: 'Porque has hecho esto, maldita serás desde todos los ganados y desde[35] todas las bestias de la tierra; andarás sobre tu pecho y tu vientre, y comerás tierra todos los días de tu vida. Y pondré enemistad entre tú y la mujer, y entre tu simiente y la suya. Ella [36] vigilará sobre tu cabeza y tú vigilarás sobre su talón." (Gen. III, 14 y 15).

[35] Traduzco literalmente la preposición *apó* = desde, en vez de entre, por requerirlo la lectura en que Filón basará en el párrafo 107 su interpretación del pasaje.

[36] Ver nota 95.

66. ¿Por qué razón maldice a la serpiente sin darle ocasión para justificarse, siendo así que en otra ocasión manda, como es razonable, "que se presenten los dos entre los que tiene lugar la disputa" (Deut. XIX, 17) y no dar crédito a uno sin haber oído antes al otro? Y ves también que Dios no acepta por anticipado el testimonio de Adán contra su mujer sino da a ésta la oportunidad de defenderse cuando inquiere: "¿Por qué has hecho esto?" (Gen. III, 13.) Ella, por su parte, confiesa haber incurrido en falta a causa del engaño del artero placer, semejante a una serpiente. ¿Qué impedía, entonces, aun habiendo dicho la mujer que la serpiente la había engañado, que interrogase a la serpiente sobre si ella había cometido el engaño, en vez de maldecirla sin previo juicio y sin que mediara su autodefensa?

67. Debemos decir, por lo tanto, que la sensibilidad no es clasificable entre las cosas ruines ni entre las nobles, sino es algo intermedio, común al sabio y al necio; y tal que cuando se halla en el necio se toma ruin, y cuando se encuentra en el hombre de bien resulta noble. Es razonable, entonces, que, pues de por si no tiene una naturaleza depravada sino fluctuante y se inclina ora hacia el bien, ora hacia el mal, no sea juzgada culpable hasta que haya confesado que ha seguido a la peor parte.

68. La serpiente, en cambio, vale decir, el placer, es depravada de por sí. Por eso no se encuentra absolutamente en el hombre de bien; sólo el ruin disfruta de él. Como corresponde,

pues, niega Dios oportunidad de alegato a la serpiente, y la maldice pues no hay en ella germen de virtud, siendo culpable y malvada en toda ocasión y lugar.

69. XXII. Por esto también en el caso de Er sabe Dios que se trata de un malvado y sin que medie una acusación expresa sobre su culpa, lo mata.[37] Es que Él no ignora que nuestra masa de piel ("de piel", en efecto, significa "Er"), es decir, el cuerpo, es malvada e insidiosa contra el alma, un cadáver, una cosa siempre muerta. No pienses, en efecto, que cada uno de nosotros hace otra cosa que transportar un cadáver; ya que el alma sostiene y conduce sin esfuerzo ninguno al cuerpo, que de por sí es un cadáver. Y observa, si quieres, el vigor de ella.
[38] "Ahora", es decir, al cabo de un determinado tiempo, en la interpretación alegórica del pasaje.

70. El más vigoroso de los atletas no tendría fuerzas para transportar su propia estatua durante breve tiempo; el alma, en cambio, a veces hasta los cien años, transporta con facilidad la estatua del ser humano, y sin cansarse. No es ahora,[38] en efecto, cuando Dios mata a Er; por el contrario, desde el principio hizo que el cuerpo fuera un cadáver.
[37] Gen. XXXVIII, 7.

71. Malvado por naturaleza, repito, insidioso contra el alma, no a todos, sin embargo, aparece así, sino solo a Dios y a quien es amigo de Dios. Dice Moisés, en efecto: "Er era malvado a los ojos del Señor." (Gen. XXXVIII, 7.) Y la inteligencia, cuando se ocupa de las cosas celestes y se inicia en los misterios del Señor, juzga al cuerpo malvado y hostil. Pero cuando ella abandona la investigación de las cosas sagradas, lo considera amigo, pariente y hermano, como lo atestigua el hecho de que se refugie en las cosas que éste ama.

72. Por eso difieren el alma del atleta y el alma del filósofo. Porque, mientras el atleta todo lo refiere a la buena complexión del - cuerpo y, amante del cuerpo, como es, sacrificaría a la misma alma en provecho de aquél; el filósofo, en cambio, prendado de lo noble que vive en su propio ser, cuida del alma y no hace caso del cuerpo, un cadáver en realidad, teniéndolo en cuenta solamente, para que la parte más excelsa de su ser, el alma, no sea dañada por un ruin cadáver vinculado a ella.

73. XXIII. Ves que el que mata a Er no es el Señor sino Dios. Es que, al aniquilar al cuerpo, lo hace, no en su condición de Gobernante y Soberano, y empleando la autoridad sin límites de Su poder; sino usando de Su bondad y benevolencia ("Dios', en efecto, es el nombre de la bondad de la Causa), a fin de que conozcas que también a las cosas inanimadas las ha creado empleando, no la autoridad sino la bondad, tal como en el caso de los seres animados. Era, en efecto, necesario que para que se pusieran claramente de manifiesto las naturalezas superiores tuviera lugar también la creación de las inferiores por el mismo poder, es decir, la bondad de la Causa: bondad que se llama Dios.

74. ¿Cuándo, entonces, oh alma, te considerarás a ti misma, sin retaceos, portadora de un cadáver? ¿No será, acaso, precisamente cuando hayas alcanzado la perfección, y seas considerada digna de premios y coronas? En efecto, entonces es cuando serás amante de Dios y no amante del cuerpo, .Y alcanzarás las recompensas si se convierte en tu esposa la nuera de Judá, Tamar, cuyo nombre significa "palma", es decir, el símbolo de la victoria. He aquí la prueba. Cuando Er la ha tomado por mujer, de inmediato es hallado malvado y matado. Dice, en efecto, el legislador: "Y tomó Judá para su primogénito Er una mujer cuyo nombre era Tamar" (Gen. XXXVIII, 6); y agrega en seguida: "Y Er fue malvado a los ojos del Señor, y Dios lo mató." (Gen. XXXVIII, 7.) Y así es: cuando la inteligencia alcanza los premios de la

virtud, condena a muerte al cadáver, que es el cuerpo.

75. Ves tú que, por una parte, maldice a la serpiente sin admitirle alegato alguno, pues es el placer; y, por otra, mata a Er sin manifestar expresamente la causa, porque se trata del cuerpo. Y si lo examinas, amigo, hallarás que Dios ha creado en el alma naturalezas culpables y censurables, así como otras nobles y ponderables en todo sentido, tal como en el caso de las plantas y los animales.

76. ¿No observas que entre las plantas también a unas el Creador las ha formado aptas para el cultivo, útiles y saludables; mientras que a otras las hizo salvajes, dañinas y origen de enfermedades y de muerte, y que otro tanto ocurre con los animales? Entre estos últimos, sin duda alguna, creó también a la serpiente, de la que estamos ocupándonos ahora; ya que se trata de un animal dañino y mortífero de por sí. Pues bien, lo que la serpiente hace al hombre, eso mismo hace el placer al alma; por eso la serpiente es símbolo del placer.

77. XXIV. Así, pues, como Dios ha mostrado su repugnancia hacia el placer y el cuerpo sin manifestar las razones, así también ha favorecido a las naturalezas bien dispuestas sin que medien razones expresas, no habiendo, antes de brindarles sus alabanzas, reconocido obra alguna de ellas. Si alguien, pues, preguntara por qué dice Moisés que Noé halló gracia ante el Señor,[39] siendo así que anteriormente no había realizado, hasta donde llega nuestra información, ninguna obra meritoria, responderemos como corresponde diciendo que ello es prueba de que se trata de una naturaleza loable desde su nacimiento; su nombre, en efecto, significa "reposo" o "justo": y es preciso que el que cesa de cometer injusticias y faltas, cesando para reposar en lo noble y compartiendo su existencia con la justicia, halle gracia „de parte de Dios.

[39] Gen. VI, 8.

78. Pero "hallar gracia" no es sólo, como algunos Diensan, .equivalente a causar agrado, sino además lo siguiente: el hombre justo, al indagar acerca de la naturaleza de los seres, descubre este único y el más excelso "hallazgo": que todas las cosas son una "gracia" de Dios; y que de la creación no procede "gracia" alguna, ya que nada es propiedad suya, sino todas las cosas son propiedad de Dios, por lo que también la gracia Le pertenece a Él exclusivamente. Por ejemplo, la forma más correcta de responder a los que inquieren por el origen de la creación es seguramente que tal origen se halla en la bondad y la gracia de Dios, que .Él ha prodigado sobre la raza situada inmediatamente después de Él.[40] Efectivamente, todo cuanto existe en el mundo y el mundo mismo constituyen dones, prodigalidad y gracia de Dios,

[40] Vale decir, la raza humana, que es la que sigue inmediatamente en orden jerárquico a la Divinidad, raza para la cual Dios ha provisto cuanto existe en la creación.

79. XXV. Otro ejemplo es Melquisedec, a quien hizo Dios rey de la paz (esto, en efecto, significa "Salem") y sacerdote Suyo,[41] sin haber dispuesto previamente la concreción de obra alguna del mismo, haciendo de él desde su origen un rey pacífico y digno de Su mismo sacerdocio. Es, en efecto, llamado "el rey justo"; y un rey es enemigo del déspota, por cuanto el uno es autor de leyes, en tanto que el otro es un agente de ilegalidad.

[41] Gen. XIV, 18.

80. Así, mientras la inteligencia que es despótica establece para el alma y el cuerpo órdenes violentas, perjudiciales y causantes de profundas penas; me refiero a las prácticas viciosas y a los disfrutes de las pasiones; la que es rey persuade más bien que ordena, en primer lugar; y luego emite instrucciones tales, que mediante ellas el ser animado, cual un navío, realizará la

feliz trayectoria de la vida encaminado por el buen piloto, que no es otro que la recta razón.

81. Llámese, pues, al déspota soberano de la guerra; al rey, en cambio, príncipe de la paz, de Salem; y ofrezca éste al alma alimentos plenos de gozo y alegría, pues trae panes y vino, que los amanitas y moabitas negáronse a proporcionar al vidente;[42] causa por la cual se hallan excluidos de la Divina reunión y asamblea. En efecto, los amanitas, cuya naturaleza procede de su madre, la sensibilidad, y los moabitas, procedentes de su padre, la inteligencia, es decir, los caracteres que piensan que todas las cosas, estén comprendidas por estas dos, la inteligencia y la sensibilidad, y no adquieren noción alguna de Dios, "no entrarán", dice Moisés, "en la asamblea del Señor, porque ellos no salieron a vuestro encuentro con pan y agua". (Deut. XXIII, 3 y 4) cuando salíais de las pasiones de Egipto.
[42] Es decir, al pueblo de Israel.

82. XXVI. Mas, ofrezca Melquisedec en vez de agua vino, y délo a beber puro a las almas, para que ellas se tomen poseídas de una Divina embriaguez, más sobria que la sobriedad misma; porque él es un sacerdote, es decir, la razón que posee como porción suya al Que Es y madura sobre Él altos, vastos y sublimes pensamientos, como que es "sacerdote del Altísimo".[43] Y dice "Altísimo" no porque haya algún otro no altísimo. Dios es único "arriba en el cielo y abajo en la tierra; y no hay otro fuera de Él" (Deut. IV, 39); sino porque el concebir acerca de Dios pensamientos, no humildes y bajos, sino elevados, tales que trascienden toda grandeza, más allá de toda referencia a la materia, sugiere la imagen del más elevado de los seres.
[43] Gen. XIV, 18.

83. XXVII. ¿Y qué obra meritoria había ya realizado Abram,[44] para que Dios le ordenara abandonar su patria y parientes y habitar una tierra que Él mismo le habría de dar;[45] tierra que es una ciudad hermosa, amplia y muy próspera, pues grandes y preciados son los dones de Dios? Es que también a este carácter lo creó dotado de un rasgo digno de estima, como que "Abram" significa "padre elevado"; y ambos nombres sugieren loables condiciones en él.
[44] "Abram", primer nombre del patriarca, trocado más tarde en Abraham. Compárese la favorable interpretación del nombre "Abram" expuesta aquí con las ofrecidas en Sobre los querubines 4, Sobre los gigantes 62 y Sobre el cambio de los nombres 66.
[45] Gen. XII, 1.

84. En efecto, la inteligencia, cuando no oprime al alma a manera de déspota, sino la gobierna como un padre, no proporcionándole las cosas agradables sino dándole las convenientes, aun contrariando los deseos de ella; cuando, en general, apartándose de las cosas bajas, y de cuanto conduce a las cosas mortales, se eleva y se aboca a la contemplación del universo y sus partes; y, remontándose aún más alto, indaga acerca de la Divinidad y de Su naturaleza, movida por un inefable amor al saber; no puede entonces permanecer en las opiniones que sustentaba al principio; y, empeñada en su propia superación, busca trocar su residencia por otra mejor.

85. XXVIII, A algunos, aun antes de su nacimiento, acuérdales Dios hermosa forma y nobles disposiciones, y tiene determinado de antemano que habrá de caberles la más excelente porción. ¿No ves qué es lo que dice Abraham acerca de Isaac, cuando aquél no espera que habrá de ser padre de un hijo tal, sino hasta se ríe de la promesa y dice: "¿Le sucederá esto a un hombre de cien años; y dará a luz Sara, que tiene noventa años?" (Gen. XVII, 17.) Dios ratifica y confirma Su promesa diciéndole: "Sí, he aquí que Sara, tu mujer, te engendrará un hijo, al que pondrás por nombre Isaac; y estableceré Mi pacto con él para alianza perpetua."

(Gen. XVII, 19.)

86. ¿Qué es, pues, lo que ha hecho éste para merecer aun antes de su nacimiento ser alabado? Algunos de los bienes resultan provechosos cuando han llegado a ser realidad y están presentes; tales por ejemplo la salud, la nitidez de las sensaciones, quizá la riqueza, la fama; pues aun estas cosas pueden llamarse, tomando el término en un sentido muy amplio, "bienes". Algunos, en cambio, no sólo benefician cuando ya existen sino también cuando está predicho que van a existir; por ejemplo, la alegría, que es una feliz disposición del alma, no sólo regocija cuando, ya presente, se desarrolla activamente, sino también alegra anticipadamente cuando se la aguarda. Es que ella posee también la siguiente especial ventaja: mientras los restantes bienes alcanzan eficacia sólo en razón de su propia bondad particular; la alegría, en cambio, es un bien particular y general. Acompaña, en efecto, a todos los demás, pues nos alegramos por la salud, por la libertad, por la honra y por todos los otros bienes; de modo que es lícito decir sin temor a equivocarse que ningún bien existe en el que no esté presente la alegría.

87. Mas no sólo nos alegramos por los otros bienes cuando éstos se han producido ya y están presentes; sino también cuando están a punto de darse y se esperan. Por ejemplo, cuando esperamos que habremos de enriquecernos, o de obtener algún cargo, o de merecer alabanzas, o de descubrir el modo de librarnos de enfermedades, o de alcanzar salud y fuerza, o de trocar nuestra ignorancia en sabiduría, sentimos una alegría sin límites. Ahora bien, puesto que la alegría no sólo cuando está presente sino también cuando se espera hace desbordar al alma de regocijo, es natural que Dios haya considerado a Isaac digno de este gran nombre y de un grande don antes de que fuese engendrado. "Isaac", en efecto, significa risa del alma, alegría y regocijo.

88. XXIX. Otro caso es el de Jacob y Esaú. Cuando aún se hallan en el vientre materno declara Dios que el uno es jefe, conductor y señor; en tanto que el otro, Esaú, es subordinado y siervo. Es que Dios, el Hacedor de los seres vivientes, conoce bien Sus propias producciones antes aún de cincelarlas acabadamente a ellas mismas, los poderes de que luego dispondrán y, en general, sus obras y experiencias. De ese modo, cuando Rebeca, es decir, el alma paciente, marcha a preguntar a Dios, Éste le responde: "Dos naciones hay en tu vientre y dos pueblos se dividirán desde tus entrañas, y un pueblo será más fuerte que el otro, y el mayor servirá al menor." (Gen. XXV, 25.)

89. Ante Dios, en efecto, es por naturaleza esclavo lo ruin e irracional, en tanto que lo noble, racional y superior está llamado a gobernar y ser libre; y no cuando ya uno u otro ha adquirido plena existencia en el alma, sino también cuando todavía su existencia es incierta. Y así es, generalmente aun una pequeña brisa de virtud señala no sólo la libertad sino también el mando y la soberanía, y, a la inversa, el principio, sea cual fuere, de un vicio esclaviza al discernimiento, aun cuando todavía su engendro no haya alcanzado completo desarrollo.

90. XXX. Cabe preguntarse qué indujo a este mismo Jacob, cuando José hubo traído a sus dos hijos. Manases, el mayor, y Efraín, el menor, a extender las manos y posar la derecha sobre Efraín, el más joven, y la izquierda sobre Manases, el de más edad; y qué lo movió a decir, ante el disgusto de José por el hecho, y su creencia de que su padre se había equivocado involuntariamente en la imposición de las manos: 'No he cometido error; por el contrario', "lo sé, hijo mío, lo sé; éste también vendrá a ser un pueblo, y éste también será engrandecido, pero su hermano menor será más grande que él." (Gen. XLVIII, 19.)

91. ¿Qué hemos de decir sino esto: que dos facultades en extremo necesarias habían sido creadas en el alma por Dios, la memoria y la reminiscencia? La memoria es superior; la reminiscencia, inferior. La primera, en efecto, mantiene fijas y claras las aprehensiones, de modo que no se cometan errores por ignorancia; en tanto que la reminiscencia es precedida en todos los casos por el olvido, cosa mutilada y ciega.

92. Pero lo inferior, la reminiscencia, resulta ser más vieja que la superior, la memoria; porque (mientras la reminiscencia supone intervalos de olvido, la memoria es) [46] continua e ininterrumpida. En efecto, los que por primera vez nos abocamos a las artes no podemos adquirir enseguida pleno dominio de los principios que les conciernen, y así, nos encontramos al principio con que los olvidamos, y nuevamente los recordamos, hasta que, por el reiterado olvidarlos y el sucesivo recordarlos, al cabo acabará por imponerse una firme memoria. De lo que se infiere que la memoria, pues ha nacido más tarde, es más joven que la reminiscencia.
[46] La parte entre paréntesis es una reconstrucción hipotética para llenar una laguna del texto griego. La idea es que la memoria es más reciente porque supone una fijación que normalmente no se da en la etapa inicial del acopio de recuerdos.

93. Pues bien, "Efraín" es el nombre figurado de la memoria, pues significa "fructificación", y el alma del hombre estudioso produce su propio fruto, cuando mediante la memoria es capaz de retener firmemente los principios estudiados. En cambio, Manases representa a la reminiscencia; se dice, en efecto, que su nombre traducido significa "salido del olvido"; y el que escapa del olvido forzosamente rememora. Con sumo acierto,. por lo tanto, el engañador de las pasiones y practicante de la virtud, Jacob, extiende su mano derecha sobre la fructífera memoria, es decir, Efraín, y considera merecedor del segundo lugar a Manases, o sea, a la reminiscencia.

94. Pero, también Moisés de los sacrificadores de la Pascua, a los que habían sacrificado primero los alaba sobremanera, porque tras haber emprendido la travesía .desde las pasiones de Egipto perseveraron en esa travesía y ya no tendieron hacia ellas; en tanto que a los que habían sacrificado en segundo término los juzga merecedores del segundo lugar,[47] por cuanto, después de haberse alejado de aquéllas retornaron por el mismo camino, y, como si se hubieran olvidado de sus deberes, de nuevo se lanzaron a. hacer lo mismo, mientras los primeros habían perseverado sin volverse atrás. Por lo tanto, Manases, el que sale del olvido». corresponde a los que sacrificaron la Pascua en segundo término; Efraín, el fructífero, a los que lo hicieron en primer término.
[47] Núm. IX, 6 y ss.

95. XXXI. Por eso también Dios llama a Besalel por su nombre, y le dice que le ha concedido el don de la sabiduría y la ciencia, y lo ha designado artesano y director de todas las obras del tabernáculo, es decir, de las obras del alma,[48] no obstante que no ha indicado antes obra alguna de él que pudiera serle alabada. Es preciso, pues, decir que también aquí se trata de una forma estampada por Dios en el alma como se estampa una moneda de buena ley. Cuál, entonces, es la imagen impresa lo sabremos si previamente nos informamos con exactitud sobre el significado del nombre.
[48] Ex. XXXI, 2 y ss.

96. Pues bien, "Besalel" significa "en la sombra de Dios". Pero la sombra de Dios es Su logos,[49] del que Él se ha servido como de un instrumento para la creación del mundo. Pero esta "sombra", esto que podemos considerar como la imagen de Dios, es el arquetipo de las restantes creaciones. En efecto, así como Dios es el modelo de esa imagen, a. la que acabamos

de denominar "sombra", del mismo modo la. imagen deviene el modelo de las otras cosas, tal como lo demostró Moisés al comienzo de la legislación diciendo: "E hizo Dios al hombre según la imagen de Dios" (Gen. I, 27); con lo que da a entender que la imagen fue hecha como una copia de Dios, y el hombre, a su vez, hecho como una copia de esa imagen, una vez que ésta hubo adquirido propiedad de modelo.
[49] Ver Sobre la creación, nota 6.

97. XXXII. Observemos, entonces, cuál es el carácter impreso. Los primeros hombres trataban de averiguar cómo llegamos nosotros a conocer a la Divinidad. Más tarde los que, al parecer, han filosofado mejor [50] dijeron que hemos logrado la aprehensión de la Causa partiendo del mundo, de sus partes constituyentes y de las fuerzas que subsisten en ellos.
[50] Los estoicos, cuyos argumentos sobre el particular se tratan en Sobre las leyes particulares I, 32 a 35.

98. En efecto, así como, si alguien llega a ver una casa cuidadosamente construida, con vestíbulo, columnas, apartamentos masculinos, cuartos de las mujeres, y las otras construcciones, se hará una idea del que la construyó, pues no pensará que la casa fue acabada sin un artesano y su técnica; y de la misma manera en el caso de una ciudad, de un tempIó o de toda construcción menor o mayor;

[99.] de idéntico modo también, si alguien, habiéndose aproximado a este mundo, como a una inmensa casa o ciudad, y habiendo contemplado el cielo rotando circularmente y conteniendo en sí todas las cosas; y los planetas y estrellas tijas moviéndose sin variación alguna rítmica y armoniosamente y con provecho para el universo; y la tierra, a la que cupo la región central, y las corrientes de agua y de aire ordenadas a modo de límites suyos; y además las creaturas vivientes, mortales e inmortales, y las diferentes especies de plantas y de frutos; razonará sin duda que estas cosas no han sido hechas sin un arte consumado, y que Dios fue y es el artífice de este universo. Los que así razonan llegarán al conocimiento de Dios a través de una "sombra", es decir, a la aprehensión del Artífice a través de Sus obras.

100. XXXIII. Existe, empero, cierta inteligencia más perfecta y más purificada, iniciada en los grandes misterios, que no conoce a la Causa partiendo de las cosas creadas, como podría conocerse la sustancia a partir de su sombra, sino dirigiendo la mirada más allá de lo creado, hasta alcanzar una clara visión del Increado, aprehendiendo así, desde Él mismo, a Él y a Su sombra; lo que equivale, como dijimos,[51] a aprehender a Su logos y a este mundo.
[51] Ver 96.

101. La inteligencia a que me refiero es Moisés, quien dice: "Manifiéstate a mí; que yo Te vea y Te conozca." (Ex. XXXIII, 13.) No me seas, pues, conocido a través del cielo, la tierra, el agua, el aire o, en suma, a través de cualquiera de los seres de la creación; ni vea yo Tu forma reflejada en otro alguno fuera de Ti, Dios, porque las formas, reflejadas en las cosas creadas, se diluyen mientras que en el Increado permanecen estables, firmes y eternas. Tal es el motivo por el que Dios ha llamado expresamente a Moisés y le ha hablado.

102. También llamó expresamente a Besalel, mas no de la misma manera. Uno recibe la nítida visión de Dios procedente de la misma Causa; el otro se informa acerca del Artífice, mediante un proceso de discernimiento, como a partir de una sombra, es decir, partiendo de las cosas creadas. Por esto hallarás que el tabernáculo y su ornamentación toda son preparados primero por Moisés y más larde por Besalel, ya que Moisés confecciona los arquetipos, y Besalel las reproducciones de los mismos. Es que Moisés tiene a Dios como instructor, conforme con la

norma impartida por Él: "Harás todo según el modelo que te ha sido mostrado en la montaña" (Ex. XXV, 40); en tanto que Besalel tiene por instructor a Moisés.

103. Y era lo previsible; porque, cuando se rebelan Aarón, la palabra, y Miriam, la sensibilidad, oyen que se les dice expresamente: "Si un profeta se aproximare al Señor, Él Se le dará a conocer en una visión" y en una sombra, no claramente; en cambio, a Moisés, que "es fiel en toda Mi casa, le hablaré de boca a boca, de manera clara y no con términos obscuros." (Núm. XII, 6 a 8.)

104. XXXIV. Puesto que hemos comprobado que son dos las naturalezas creadas, modeladas y cinceladas a la perfección por Dios, la una de por sí dañosa, vituperable y maldita; la otra, en cambio, provechosa y laudable; la una portadora de un carácter adulterado; la otra dotada de un legítimo cuño; elevemos una noble y armoniosa plegaria, que Moisés también ha elevado "para que Dios nos abra Su propio tesoro" (Deut. XXVIII, 12) y aquella excelsa razón preñada de Divinas luces a la que Él llamó cielo; y para que cierre completamente los tesoros de cosas malas.

105. Porque, así como los hay de bienes, así existen junto a Dios tesoros de cosas malas, como lo atestigua en el gran canto [52] cuando dice: "¿Acaso no están estas cosas guardadas junto a Mí y selladas en Mis tesoros en el día del castigo, cuando el pie de aquéllos resbalare?" (Deut. XXXII,. 34 y 35.) Como ves, existen tesoros de males; y, si el de los bienes es uno solo, pues, siendo uno Dios, uno es el tesoro de los bienes; muchos, en cambio, son los de males, puesto que los que delinquen son incontables, una multitud. Pero observa también en esto la bondad del Que Es: abre el tesoro de los bienes y cierra los denlos males, porque propio de Dios es ofrecer los bienes y apresurarse a distribuirlos, así como ser muy medido en lanzar los males.

[52] "El gran canto": así designa Filón en varios pasajes al Deuteronomio

106. Pero Moisés, insistiendo aún en la predisposición de Dios a prodigar dones y gracias, dice que no sólo en las demás circunstancias mantiene sellados los tesoros de males sino también, cuando el alma resbalare en su marcha en pos de la recta razón, es decir, cuando lo justo sería que se la considerara digna de castigo. Dice, en efecto, que mantiene "sellados los tesoros de males en el día del castigo"; demostrándonos así la sagrada palabra que ni siquiera contra los que pecan procede Dios a aplicar el castigo enseguida, sino les concede tiempo para el arrepentimiento y para que remedien y rectifiquen su yerro,

107. XXXV. "Y dijo Dios Soberano a la serpiente: 'Maldita serás desde todos los ganados y desde todas las bestias de la tierra'." (Gen. III, 14.)[53] Así como la alegría, siendo una buena disposición del alma, merece nuestros votos, el placer, es decir, la pasión,[54] que, alterando los límites del alma, la transforma en amante de las pasiones de amante de Dios que era, es digno de maldición. Y dice Moisés en las imprecaciones: "Maldito sea el que alterare los límites de su vecino." (Deut. XXVII, 17.) Dios, en efecto, ha colocado como límite y ley en el alma la. virtud, el árbol de la vida. Pero lo altera el que fija como límite el vicio, es decir, el árbol de la muerte.

[53] Desde", es decir, la maldición te llegará desde todos los ganados y desde todas las bestias de la tierra.

[54] La pasión por excelencia.

108. "Y maldito sea también el que hiciere perder su rumbo a un ciego en el camino" (Deut. XXVII, 18), "y el que golpeare a un prójimo arteramente." (Deut. XXVII, 24.) Y éstas son

cosas que hace el ateísimo placer. La sensibilidad, en efecto, es algo ciego por naturaleza, como que es irracional; pues es el poder de la razón el que nos hace ver. Por eso, con solo este poder aprehendamos también las cosas; en tanto que mediante la sensibilidad no alcanzamos a eso, por cuanto a través de ella solo llegamos hasta la representación de las cosas materiales solamente. 109. El placer, pues, ha engañado completamente a la ciega sensibilidad en la aprehensión de los objetos, ya que, cuando ella hubiera podido volverse hacia la inteligencia y recibir su apoyo, se lo ha impedido, conduciéndola hacia lo que solo se puede percibir exteriormente, y tornándola ávida de lo que produce placer; para que la sensibilidad, ciega como es, fuera guiada por un guía ciego; el objeto sensible; y, a su vez, la inteligencia, guiada por ambos guías incapaces de ver,: viniera a parar en tierra y no fuera ya dueña de sí.

110. Es que si en alguna medida las cosas hubieran sucedido como. naturalmente corresponde, preciso hubiera sido que esas ciegas facultades siguieran los pasos del clarividente poder de la razón, porque de ese modo los perjuicios hubieran sido más leves. Pero, tal como suceden las cosas, es tan grande la trama organizada por el placer contra el alma, que le ha sido forzoso a ésta echar mano a guías ciegos, constreñida y movida a trocar la virtud a cambio de cosas viles y a trocar su inocencia por maldades. XXXVI. La sagrada palabra prohíbe semejante trueque, cuando dice: "No cambiarás lo bueno por lo malo." (Lev. XXVII, 33.) 111. Maldito es por ello el placer. Pero, veamos cuan apropiadas maldiciones se pronuncian contra él. "Desde todos los ganados" dice Dios que es maldito.[55] Pues bien, nuestra irracional facultad de percibir sensorialmente es semejante a los ganados, y cada uno de nuestros sentidos maldice al placer como a su mayor y más odiado enemigo. Es que el placer es realmente enemigo de la sensibilidad. La prueba está en que, cuando estamos ya saciados de inmoderado placer, no podemos ni ver, ni oír, ni oler, ni gustar, ni tocar con claridad, siendo nuestros contactos con lo sensible confusos y. enfermizos.
55 Gen. III, 14.

112. Y esto es lo que experimentamos cuando cesamos de gozar del placer; mas, cuando nos hallamos en pleno goce del mismo, nos vemos privados por completo del sostén que nos brinda la cooperación de los sentidos, al punto de que nos parece haber quedado ciegos. ¿Cómo, pues, no proferirá maldiciones perfectamente justificadas la sensibilidad contra el placer, si éste la mutila?

113. XXXVII. Y también es maldito más que todas las bestias salvajes;[56] me refiero a las pasiones del alma, porque por ellas es herida y destrozada la inteligencia. ¿Por qué, pues, pensamos que es peor aún que las otras pasiones? Porque, podemos afirmarlo, el placer sustenta a todas ellas a modo de principio y base. En efecto, el apetito se origina a través del amor al placer; el dolor resulta de la pérdida del mismo; el miedo, a su vez, nace ante la incertidumbre de su conservación; de modo que es evidente que todas las pasiones dependen del placer, y que posiblemente aquéllas no se concretarían en absoluto si previamente no hubiese sido puesto aquello que las provoca, es decir, el placer.
[56] Aquí altera Filón el pasaje citado en 107, sustituyendo *apó* = desde, por para (seguida de acusativo) = más allá de.

114. XXXVIII. "Andarás sobre tu pecho y sobre tu vientre." (Gen. III, 14.) En efecto, en torno a estas partes, el pecho y el vientre, se cobija la pasión. Cuando el placer cuenta ya con los materiales que la producen, se instala en el vientre y las partes que están después de él; cuando, en cambio, carece de ellos, se afinca en el pecho, donde reside la cólera por cuanto los amantes del placer privados de los placeres se irritan y se exasperan.

115. Pero, examinemos con más detenimiento todavía el significado de esto. Nuestra alma consta de tres partes, que son: una, la parte racional; la segunda, la parte colérica,[57] y la tercera, la parte apetitiva. Algunos filósofos han distinguido las partes unas de otras por la potencia solamente; otros, también por sus lugares. Y más aún, han asignado a la parte racional la zona de la cabeza, diciendo que donde está el rey, allí están sus guardias personales; y que los guardias personales de la inteligencia, es decir, los sentidos, están situados en la cabeza, de modo que también el rey debe de hallarse en ella, por haberla recibido como la ciudadela de una ciudad, para residencia. A la parte colérica asígnanle el pecho, diciendo que por ello la naturaleza ha fortificado esta parte mediante una sólida y fuerte formación de huesos contiguos, como si hubiera armado a un buen soldado mediante una coraza y un escudo para la defensa contra sus oponentes. Y a la parte apetitiva le asignan la zona. abdominal y ventral, porque allí reside el apetito[58] es decir la tendencia irracional.

[57] Parte "colérica". Es imposible hallar en español un adjetivo que concentre las principales connotaciones del adjetivo griego *thymikós*, derivado del sustantivo *thymós* = soplo, vitalidad, fortaleza espiritual, corazón, voluntad, deseo, pasión, valor, cólera, etc. Escojo el sentido de colérica porque, al parecer, éste es el que más se adecua al juicio nada favorable que le merece a Filón esta parte del alma, a la que considera sede de una vituperable pasión, no de virtudes.

[58] O deseo de placeres o concupiscencia.

116. XXXIX. ¿Si, pues, averiguares, oh inteligencia, qué lugar tiene asignado como propio el placer, no examines la zona de la cabeza, donde reside la parte racional, pues no lo encontrarás ya que la razón combate a la pasión, y no puede residir en el mismo sitio que ésta. Efectivamente, cuando prevalece la razón, el placer se esfuma; cuando vence el placer, en cambio, la razón se convierte en desterrada. Busca en el pecho y en el vientre, residencias de la cólera y del apetito respectivamente, porciones de la parte irracional, pues es en ésta donde se encuentran nuestra facultad de elección y las pasiones.

117. Ahora bien, nada impide a la inteligencia salirse de los asuntos de orden intelectual, que le son propios, y entregarse a lo que es inferior. Esto ocurre cada vez que la guerra prevalece en el alma, ya que, entonces, forzosamente nuestra parte racional» que no es belicosa sino pacífica, se convierte en prisionera de guerra.

118. XL. En efecto, conociendo la sagrada palabra[59] cuan grande era la fuerza del impulso de una y otra pasión, de la cólera y el apetito, pone freno a ambas dándoles por conductor y piloto a la razón. Y primeramente refiriéndose a la cólera, empeñado en curarla y sanarla, se expresa de esta manera:

[59] Es decir, la palabra de Dios transmitida por Moisés.

119. "Y pondrás sobre el oráculo de los juicios la clara mostración y la verdad, y estará aquél sobre el pecho de Aarón cuando entrare en el lugar sacro, en presencia del Señor." (Ex.. XXVIII, 30.) Pues bien, el "oráculo" es en nosotros el instrumento del habla, que es la palabra pronunciada;[60] y ésta es o confusa y sin fundamento o probada y digna de fe; pero Moisés nos[61] lleva al conocimiento de la palabra pronunciada con discernimiento. Nos dice, en efecto, que el oráculo no es el indiscriminado e ilegítimo sino el "de los juicios", lo que equivale a "bien discernido y examinado".

[60] O mejor aún, el logos pronunciado. Ver nota 23.

120. Y expresa que dos virtudes excelentes en grado sumo, de esta palabra probada son la claridad y la verdad. Y está completamente en lo cierto; por cuanto, en primer lugar, la

palabra acude para hacer claras y evidentes los cosas a los demás, ya que escapa a nuestras posibilidades el manifestar la experiencia sobrevenida en nuestra alma por obra de las cosas exteriores, o dar siquiera una idea de ella. XLI. Ante esto nos vemos obligados a acudir a los signos transmisibles por la voz, es decir, los nombres y los verbos; los que es preciso que sean plenamente familiares a fin de que la otra persona capte claramente y en forma inequívoca su sentido. Además se hace presente a manifestarlas conforme a la verdad.

121. Porque, ¿qué utilidad encierra el expresarse con claridad y precisión, si por otra parte lo que decimos es falso? Si eso hacemos, por fuerza induciremos a error al que nos escucha y ello redundará en un inmenso perjuicio para él, ya que a su ignorancia se sumará la mala información. ¿Qué pasa, en efecto, si mostrándole una letra alfa digo al niño con claridad y precisión que es una gamma, o que la eta es una omega? ¿Y qué, si el músico señalando al principiante el género enarmónico le dijere que es el cromático; o señalándole el cromático, que es el diatónico; o refiriéndose a la nota más alta, sostuviere que es la intermedia; o indicando el tetracordio conjunto manifestare que se trata del "disjunto", o mostrando la cuerda más elevada, asegurare que es la más baja?

122. Hablará quizá en forma clara y precisa, pero no de acuerdo con la verdad, y de esta manera su palabra resultara perjudicial. En cambio, si respetare ambas condiciones: la claridad y la verdad, logrará que su palabra redunde en provecho del que aprende, merced a la aplicación de las dos virtudes de ella, las únicas, casi diría, que realmente posee.

123, XLII. Dice, pues, que la palabra de probada calidad,[61] es decir, la que posee las virtudes que le son propias, se asienta en el pecho (en el de Aarón, claro está), es decir, sobre la parte colérica, para que ésta sea guiada, en primer lugar, por la razón, y no sea dañada por su propia irracionalidad; luego, por la claridad, ya que por su misma naturaleza la cólera no es amiga de la claridad. Nadie ignora que en los que son presa de la cólera no sólo el discernimiento rebosa de alboroto y confusión sino también las palabras. Por lo tanto, era apropiado que la falta de claridad de la cólera fuera corregida por la claridad.

[61] Literalmente: juzgada, discernida; con lo que trata de recalcar Filón el sentido de la expresión "el oráculo de los juicios".

124. En tercer término, debe ser guiada por la verdad, porque además de los otros defectos la cólera tiene como peculiar también éste: el mentir; que ciertamente, de los que dan rienda suelta a esta pasión casi ninguno dice la verdad, como que son presa de una beodez, no del cuerpo, sino del alma. Ésos son los remedios para la parte colérica: razón, claridad de palabra y verdad en la misma; constituyendo virtualmente los tres una sola cosa, pues la razón unida a esas virtudes, es decir, a la verdad y a la claridad, cura la cólera, penosa enfermedad del alma.

125. XLIII. Ahora bien, ¿a quién incumbe llevar estas cosas? No a mi entendimiento ni al del primero que se presente, sino al entendimiento que ejerce el sacerdocio y ofrece los sacrificios con pureza, es decir, el de Aarón; y a este entendimiento no siempre, pues a menudo éste vuelve sobre sus pasos, sino cada vez que continúa sin volverse, cada vez que entra en el lugar santo, es decir, cada vez que el raciocinio entra acompañado de santas resoluciones y no las abandona.

126. Pero, a menudo la inteligencia entra con ellas en ciertas opiniones sagradas, santas y puras pero humanas al fin, como por ejemplo, las relativas a las obligaciones convenientes, las concernientes a las acciones rectas, las referentes a las normas establecidas, las que versan sobre la virtud según los hombres. Tampoco aquel cuyas disposiciones son éstas está en

condiciones de llevar el oráculo sobre su pecho con las virtudes correspondientes; sólo lo está, en cambio, aquel que entra en la presencia del Señor, vale decir, aquel que hace todas las cosas con intención puesta en Él y no sobreestima ninguna de las cosas inferiores a Él, sino atribuye a éstas lo que les corresponde, sin detenerse, empero, en ellas, sino remontándose hacia la familiaridad, el conocimiento y la gloria del Uno.

127. En efecto, la parte colérica de quien se hallare en estas condiciones será guiada por la purificada razón, que eliminará lo que hay de irracional en ella; por la claridad, que remediará lo que tiene de incierto y confuso; y por la verdad, que suprimirá lo falso.

128. XLIV. Aarón, pues, como es inferior a Moisés, quien amputa el pecho, vale decir, la cólera; no permite [62] que ésta se lance con desatinados impulsos, pues teme que dejada suelta se desboque como un caballo y pisotee al alma toda; antes bien, la cura y controla, primero, con la razón, para que contando son el mejor conductor no se rebele demasiado; y luego con las virtudes de la palabra, es decir, la claridad y la verdad. Porque, si la cólera es corregida de esta manera, de modo que acate a la razón ^ a la claridad y se ejercite en evitar la mentira, se evitará a sí misma una grande ebullición sino además dotará al alma entera de amables disposiciones.

[62] Es decir, como no puede amputarlo o eliminarlo totalmente, como Moisés, por ser inferior a éste, ha de conformarse con refrenarlo o moderarlo.

129. XLV. Pero, mientras Aarón, que, como he dicho, tiene esta pasión, intenta curarla con los salvadores remedios señalados; Moisés, en cambio, juzga que es preciso extirpar y separar del alma toda la cólera, inclinándose por la total supresión de la pasión y no por su atemperamiento. La sacratísima revelación testimonia mi aserto. Dice, en efecto: "Moisés tomó el pecho del carnero de la consagración y lo apartó como ofrenda ante el Señor; y esto se convirtió en la porción de Moisés." (Lev. VIII, 29.)

130. Del todo cierto; puesto que era cometido propio del amante de la virtud y amado de Dios, después de observar toda el alma, tomar el pecho, o sea, la cólera, y sacarla y cortarla, para que, amputada la parte belicosa, el resto tuviera paz. Pero lo saca no de cualquier animal, sino del carnero de la consagración, no obstante que también había sido ofrecido un becerro. Mas, dejando de lado a éste, fue hacia el carnero porque se trata de un animal naturalmente inclinado a dar topetazos, colérico e impetuoso, por lo cual los que construyen máquinas fabrican los más de los aparatos de guerra en forma de carneros.[63]

[63] Referencia a los arietes empleados para demoler murallas; máquinas cuyo extremo anterior remataba en una cabeza de camero de hierro o bronce, y cuyo nombre latino deriva precisamente del término latino aries = carnero.

131. La parte, pues, de nuestro ser semejante al carnero, impetuosa y confusa es la especie de la controversia; y la controversia es madre de la cólera; por lo que aquellos que más disputan en los debates y en las demás reuniones son también los que más fácilmente se encolerizan. Así pues, Moisés extirpa, como es necesario, la cólera, discordante engendro del alma disputadora y reñidora; para que, esterilizada, cese de engendrar cosas dañinas y para que esto, no el pecho ni la cólera, sino la extirpación de los mismos, se convierta en porción digna del amante de la virtud. Dios, en efecto, asignó al sabio la parte más excelente, es decir, el poder de extirpar las pasiones. Ves, pues, cómo el hombre perfecto procura siempre la total extirpación de la pasión.

132. En cambio, Aarón, el hombre que progresa permanentemente, siendo inferior a Moisés,

practica, repito, la moderación de la misma. En efecto, no puede todavía extirpar el pecho y la cólera; pero lleva, en cambio, hacia aquella al que la guiará, es decir, a la razón juntamente con las virtudes que la acompañan; en otras palabras, al oráculo, sobre el cual hállanse la clara exposición y la verdad.

133. XLVI. Pero más claramente nos expondrá la sagrada escritura la diferencia en el siguiente pasaje: "Porque de las manos de los hijos de Israel he tomado el pecho de la ofrenda puesta encima y el hombro [64] de la parte separada, de los sacrificios de vuestra salvación; y los di a Aarón y a sus hijos." (Lev. VII, 34.)

[64] Concretamente, el brazuelo, o sea, la parte de las patas delanteras de los cuadrúpedos comprendida entre el codo y la rodilla. Traduzco, empero, por hombro, por convenir al sentido que atribuye Filón a la parte del animal sacrificado, como se ve en el razonamiento que sigue.

134. Ves que éstos no son capaces de tomar sólo el pecho, y que han de tomarlo juntamente con el hombro. Moisés, en cambio, toma aquél sin éste. ¿Por qué? Porque él, como hombre perfecto que es, no pone sus miras en lo bajo [65] y vil, ni se conforma con moderar sus pasiones, y sin contemplación alguna ha extirpado completamente todas. Otros, en cambio, se lanzan a la guerra contra las pasiones sin imprimirle un ritmo intenso, flojamente, y se reconcilian y hacen las paces con ellas, tendiéndoles la palabra conciliatoria para que ella, a manera de un conductor, refrene su excesiva impetuosidad.

[65] Intraducible juego de palabras basado en la semejanza entre el sustantivo *brakhion* = hombro, brazuelo, y el adjetivo *brakhys* = corto, humilde, bajo, cuyo comparativo es *brakhion*, precisamente.

135. Además, el hombro es el símbolo del esfuerzo y del sufrimiento, y ellos caracterizan a aquel que atiende y administra las cosas santas, mediante la disciplina y el trabajo. En cambio, el hombre al que Dios ha favorecido con superabundancia de acabados dones está exento de trabajo. De más humilde condición y menos perfecto aparece el que adquiere la virtud con trabajo que Moisés, que la ha recibido de manos de Dios sin esfuerzo ni dificultad. En efecto, así como el mismo hecho de trabajar es de menor jerarquía e inferior a la exención de trabajo, así también lo es lo imperfecto respecto de lo perfecto, el ser que aprende del que sabe sin aprendizaje.[66] Por ello Aarón toma el pecho juntamente con el hombro, en tanto que Moisés toma el pedio sin el hombro.

[66] Es decir, saber revelado por Dios, adquirido sin necesidad de estudios ni maestros. Ver Sobre los sueños I, 167 y ss.

136. El motivo por el que lo llama "pecho de la ofrenda puesta encima" radica en que es necesario que la razón se coloque y asiente firmemente encima de la cólera, tal como si se tratara de un conductor que dirigiera a un caballo indócil y rebelde. Al hombro, en cambio, ya no lo llama "de la ofrenda" sino "de la parte separada". La razón es la siguiente: es preciso que el alma no se atribuya a s. misma su trabajo en procura de la virtud, sino "lo separe" de sí y lo atribuya a Dios, reconociendo que no son su propia tuerza ni su poder quienes le han procurado el bien, sino Aquél que además otorga el amor por el bien.

137. Ni el pecho ni el hombro son tomados como no sea del "sacrificio de salvación"; y es lo razonable, porque es entonces cuando el alma se salva; cuando, por una parte, la cólera está bajo las riendas de la razón y, por otra, el trabajo ha producido no un sentimiento de vanidad sino el reconocimiento de que todo se debe a Dios, el Benefactor.

138. XLVII. Hemos dicho ya que el placer avanza no sólo sobre el pecho sino también sobre el vientre, demostrando con ello que el vientre es la zona más apropiada para el placer, como que se trata, poco más o menos, del receptáculo de todos los placeres. En efecto, repleto el vientre, los apetitos por los demás placeres también se tornan vehementes; vaciado él, modéranse "éstos y se toman más tranquilos.

139. Por eso leemos en otro pasaje: "Todo el que avanza sobre su vientre y todo el que camina constantemente sobre cuatro patas, el que está provisto de muchos pies, es impuro." (Lev. XI, 42.) Tal es el hombre amante del placer, pues siempre avanza tras [67] el vientre y sus correspondientes pasiones. En el mismo plano del que se arrastra tras el vientre coloca Moisés al que camina sobre cuatro patas. Y con razón; pues cuatro son las pasiones inherentes al placer, como se ha señalado en un tratado especial sobre el asunto.[68] Impuros, pues, son tanto el que se halla habituado a una sola cosa: el placer, como el que se entrega a las cuatro pasiones por igual.

[67] Filón altera el pasaje, leyendo *epí koilían* = detrás del vientre, donde dice *epí koilíai* = sobre el vientre.

[68] Tratado del que no poseemos otra noticia.

140. Aclaradas estas cosas, observa una vez más la diferencia entre el hombre perfecto y el que progresa gradualmente. Anteriormente hemos comprobado, por una parte, que el hombre perfecto extirpa toda la cólera del alma irascible, y la toma gentil, sumisa, pacífica y amablemente dispuesta para todo así en las obras como en las palabras; y, por otra, que el hombre que progresa gradualmente, no pudiendo eliminar la pasión, por cuanto el pecho es su porción,[69] la modera con la palabra portadora de las dos virtudes: la claridad y la verdad. XLVIII. Ahora comprobaremos también, de modo análogo, que el hombre sabio y perfecto, o sea Moisés, arroja de sí y echa violentamente los placeres, en tanto que el de progreso gradual no hace otro tanto con toda pasión, sino contemporiza con aquella que es inevitable y simple, y aparta de sí a las que encierran deleites excesivos y superfluos.

[69] Lev. VII, 31.

141. Y así, a propósito de Moisés Icemos lo siguiente: "Y lavó con agua el vientre y las patas de la víctima ofrecida en holocausto." (Lev. IX, 14.) Perfectamente. El sabio, en efecto, consagra su alma entera [70] como digna que es de ser ofrendada a Dios por cuanto está libre de toda tacha voluntaria o involuntaria; y una vez en tales condiciones, se lava, purifica y desprende de todo el vientre y de todos los placeres que en él y más allá de él se originan; no de una determinada parte; y tanto desprecio hacia aquél le domina, que hasta prescinde de los alimentos y bebidas necesarias, nutriéndose con la contemplación de las cosas Divinas.

[70] Referencia a la víctima "ofrecida en holocausto", vale decir "quemada completamente".

142. Por eso también, en otro pasaje está atestiguado respecto de él que "durante cuarenta días no comió pan ni bebió agua" (Ex. XXXIV, 28), cuando se hallaba en el sagrado monte y escuchaba las Divinas comunicaciones en las que Dios manifestábale Sus leyes. Mas no sólo renunciaba a todo el, vientre sino también desprendíase al mismo tiempo de las piernas, vale decir, de los soportes [71] del placer; y los soportes del placer son las cosas que lo producen.

[71] Vale decir, los medios para alcanzarlo.

143. XLIX. Por eso, del hombre que progresa gradualmente, se dice que lava los intestinos y las piernas;[72] no todo el vientre, ya que no es capaz de expulsar a todo el placer, contentándose con poder desprenderse de las entrañas del mismo, es decir, de los delicados

deleites, que según los amantes del placer, son algo así como el aderezo final de los principales placeres; y son producidos por el rebuscado arte de delicados cocineros y confiteros.
[72] Lev. I, 9.

144. E insiste más todavía en que en el hombre que progresa gradualmente solo se trata de moderar las pasiones, señalando que mientras el sabio elimina sin necesidad de una orden, todo el placer del vientre, el hombre que progresa por grados lo hace mediando una orden. En efecto, a propósito del hombre sabio se dice: "Lavó con agua el vientre y las piernas" (Lev. IX, 14) sin orden previa y por libre decisión; en tanto que en el caso de los sacerdotes leemos esto: "Las entrañas y las piernas", no "las lavaron', sino "las lavarán."[73] (Lev. I, 9.) Muy exacto. Es, en efecto, necesario qua el hombre perfecto se encamine por su propia iniciativa hacia las acciones virtuosas, y que el que se ejercita lo haga ateniéndose a las prescripciones que respecto de lo que ha de hacer, que le formula la razón, a la que es noble cosa obedecer.
[73] O "habrán de lavar"; es decir, no se trata de algo librado a la propia iniciativa sino de una orden terminante de hacerlo.

145. Es preciso no olvidar que Moisés, al apartar de sí todo el vientre, vale decir, al hartazgo de su estómago, prácticamente se despoja también de las otras pasiones, pues el legislador recurre aquí a una porción para sugerir claramente el todo, y mencionando la parte más importante, describe virtualmente las otras a las que no se ha referido expresamente. L. Lo más importante en este caso es el hartazgo del estómago, que es como el fundamento de las otras pasiones. Ninguna de ellas, por lo menos, llega a desarrollarse si no es con el apoyo del vientre, al que la naturaleza ha hecho base de todas las cosas.

146. Por eso, habiendo nacido primeramente los hijos de Lía, es decir, los bienes del alma, y no teniendo aquélla más hijos después de Judá, el reconocimiento,[74] y estando a punto Dios de producir también los elementos de mejoramiento del cuerpo, apresta a Bala, la criada de Raquel para que engendre aún antes que su señora; y Bala es "la acción de engullir". Sabia Moisés, en efecto, que ninguna parte del cuerpo puede subsistir sin la deglución y sin el vientre, y que éste ejerce la dirección y mando de todo el cuerpo y de toda masa de materia vinculada al simple vivir.[75]
[74] Gen. XXIX, 35.
[75] Vale decir, dotada de las formas inferiores de vida: la vegetativa y la animal. Por eso ha dicho mis arriba que es la base o supuesto inicial de todo.

147. Observa atentamente, punto por punto, este sutil pasaje; porque no hallarás cosa alguna dicha sin fundamento. Moisés aparta el pecho; el vientre, en cambio, no lo aparta sino lo lava.[76] ¿Por qué? Porque el hombre perfecto, el sabio, es dueño de eliminar y cercenar totalmente la cólera poniéndose en guardia contra la ira; pero no puede cortar el vientre, por cuanto la naturaleza obliga a consumir los alimentos y bebidas, los que son imprescindibles aun para aquel que menos necesidades tiene de ellos, y se despreocupa incluso de los necesarios y ejercita en la abstinencia de ellos. Lave, pues, el vientre, y purifíquelo de las superfluas e impuras provisiones; que esto[77] es también un presente harto inmenso que hace Dios al amante de la virtud.
[76] Lev. VIII, 29 y IX, 14.
[77] El moderarse en los alimentos, ya que no es posible prescindir totalmente de ellos.

148. LI. Por eso [78] refiriéndose al alma sobre la que pesa sospecha de adulterio,[79] dice que, si ella, habiendo abandonado la recta razón, que es su esposo legítimo, fuere descubierta

entregada a la pasión, que deshonra al alma, "se hinchará en el vientre", lo que es como decir que, sin hartarse, insatisfechos siempre, la acompañarán los placeres y deseos del vientre, y jamás tendrá fin su insaciable apetito a causa de su grosería, sino llevará por siempre la pasión mientras aquéllos afluyen en indecible tropel.
[78] Referencia a lo dicho en el párrafo 146. Todo el párrafo 147 parece ser una acotación o nota del anterior.
[79] Núm. V, 27.

149. Yo, por ejemplo, conozco a muchos a tal punto precipitados en el abismo de los apetitos del vientre, que recurren a los vómitos para luego retomar de nuevo al vino puro y a lo demás. Es que la avidez del alma sin control no guarda relación con la capacidad receptiva de los órganos del cuerpo. Éstos, como receptáculos de limitada receptibilidad que son, nada admiten que la exceda y rechazan lo que sobrepase la medida; el apetito, en cambio, jamás se sacia, sino siempre continúa ávido y sediento.

150. Por ello. se añade también, como secuela del hecho de "hincharse el vientre", el "rasgarse el muslo".[80] En efecto, entonces desgárrase en el alma la recta razón, simiente y padre de las cosas nobles, como lo atestiguan estas palabras: "Si ella no fuere manchada y se mantuviere pura, será libre de culpa y dará a luz descendencia" (Núm. V, 28); es decir, si no fuere manchada por la pasión y fuere pura para con su legítimo esposo, que es la sana y soberana razón, tendrá un alma fecunda y fructífera, que engendrará el fruto de la prudencia, de la justicia y de toda virtud.
[80] Núm. V, 27.

151. LII. ¿Mas es posible, entonces, que nosotros, atados, como estamos, a un cuerpo, no atendamos a las necesidades corporales? ¿Y cómo es posible eso? Pero atiende. El sagrado guía indica al hombre que experimenta los apremios de la necesidad corporal la manera de encarar la cosa, la cual consisto en hacer uso de lo estrictamente necesario. Dice primeramente: "Haya un lugar para ti fuera del campamento" (Deut. XXIII, 12); llamando campamento a la virtud, en la que tiene asentados sus reales el alma. No es posible, en efecto, que la prudencia y la atención de la necesidad corporal ocupen el mismo emplazamiento.

152. Luego dice: "Saldrás allí afuera." ¿Por qué? Porque, mientras permanece al lado de la prudencia y su tiempo transcurre en la morada de la sabiduría, no puede el alma relacionarse con ninguno de los amigos del cuerpo, por cuanto su alimento consiste entonces en manjares más Divinos proporcionados por las ciencias, las que le hacen olvidarse también de la carne. Será, pues, cuando haya salido de los sagrados recintos de la virtud, cuando volverá hacia las cosas materiales que arruinan y oprimen al cuerpo. ¿Cómo, entonces nos habremos de poner en contacto con ellas?

153. "Ten, dice, una estaca en tu cinturón, y con ella cavarás." (Deut. XXIII, 13.) Es decir, la razón estará sobre la pasión extirpándola, acosándola y desenmascarándola. Lo que Dios, en efecto, desea es que nosotros ciñamos nuestras pasiones, y no las llevemos sueltas e incontroladas. Por eso con respecto a la travesía de las mismas, que es llamada Pascua, prescribe que sus "lomos estarán ceñidos" (Ex. XII, 11) o, lo que es lo mismo, que sus apetitos serán reprimidos. Marche, pues, la estaca, vale decir, la razón, tras la pasión e impídale tomar incremento. De ese modo, en efecto, sólo a las verdaderas necesidades atenderemos, y desecharemos, en cambio, lo superfluo.

155. LIII. Y si, hallándonos en convites y a punto de ir a gozar y aprovechar las cosas

preparadas, nos presentamos. acompañados de la razón, como por un arma defensiva, ni abusaremos de los alimentos más allá de la medida, como gaviotas» ni, por habernos saciado de vino puro desmedidamente, vendremos a parar en una borrachera con su obligada secuela de palabras necias. La razón, en efecto, frenará y sujetará la velocidad y el ímpetu de la pasión.

156. Bien lo sé yo, por ejemplo, que lo he experimentado a menudo. En efecto, he asistido a convites poco formales y a opulentas cenas, y cada vez que me he hecho presente sin la compañía de la razón, me convertí en esclavo de cuanto allí había preparado, quedando al arbitrio de salvajes señores, vale decir, de espectáculos, ejecuciones musicales y cantos, y cuanto produce placeres a través del olfato y el gusto. Cada vez, en cambio, que concurro acompañado de la convincente razón, en vez de esclavo me convierto en señor, y con la plenitud de mis fuerzas alcanzo la hermosa victoria de la fortaleza y la prudencia, en vigorosa y tenaz pugna con las cosas que excitan los desenfrenados deseos.

157. Pues, a ello se refiere cuando dice: "cavarás con la estaca" (Deut. XXIII, 13), es decir, desnudarás y distinguirás mediante la razón la naturaleza propia de cada pasión; del comer, del beber, de las complacencias sexuales; para que, discerniéndolas, conozcas la verdad sobre ellas; porque de ese modo sabrás que en ninguna de ellas se da el bien, sino solamente lo necesario y útil.

158. "Y llevando la estaca taparás tu inmundicia." (Deut. XXIII, 13.) Perfecto. Lleva, pues, a todas partes, oh alma, la razón, con la que es tapada, disimulada y cubierta toda inmundicia de la carne y la pasión. Porque todo lo que no está acompañado por la razón es inmundo, así como todo lo que está con ella es decente.

159. Así pues, mientras el hombre amante de los placeres avanza sobre su vientre; el hombre perfecto, en cambio, lava totalmente el vientre; y el hombre que progresa gradualmente, por su parte, lava las cosas que contiene el vientre; y el que está en los comienzos de su ejercitación saldrá afuera cuando se apreste a refrenar la pasión, llevando a la razón, llamada simbólicamente estaca, al encuentro de las exigencias del vientre.

160. LIV. También es acertado el agregar: "Andarás sobre tu pecho y sobre tu vientre." (Gen. III, 14.) El placer, en efecto, no pertenece a la categoría de las cosas tranquilas y estables; por el contrario, es de las móviles y llenas de trastornos. Porque, así como la llama está en movimiento, así, a modo de llama, la pasión, moviéndose en el alma, no permite que ésta permanezca en calma. Por eso Moisés no está de acuerdo con los que dicen que el placer es tranquilo.[81] La tranquilidad es propia de una piedra, de una madera y de toda cosa sin vida, pero es ajena al placer. Éste, en efecto, tiende a la excitación y al movimiento convulsivo, y en el caso de algunos, lejos de suponer tranquilidad, implica, por el contrario, entrega al movimiento intenso y violento.

[81] Probablemente alude a la filosofía epicúrea.

161. LV. Las palabras "Comerás tierra todos los días de tu vida" (Gen. III, 14) corresponden a la realidad de las cosas, pues los placeres que proporciona el alimento del cuerpo son placeres de tierra. Y yo diría que no puede ser de otro modo. Porque, siendo dos las partes de que se compone el hombre: el alma y el cuerpo, éste ha sido formado de tierra; en tanto que el alma, porción extraída de la Divinidad, es, en cambio, de aire, pues "Dios sopló en su rostro el aliento de la vida, y el hombre llegó a ser un alma viviente" (Gen. II, 7), y es, por lo tanto, razonable que el cuerpo, pues está formado de tierra,- tenga por alimentos familiares los que le proporciona la tierra; en tanto que el alma, como parte que es de la naturaleza etérea, tenga

alimentos etéreos y Divinos. Por eso, se alimenta con la ciencia, y no con las comidas y bebidas de las que ha menester el cuerpo.

162. LVI. Que los alimentos del alma no son terrestres sino celestiales lo atestigua suficientemente la sagrada escritura. "He aquí que Yo haré llover sobre vosotros panes del cielo, y el pueblo saldrá y recogerá la porción diaria para el día; de ese modo comprobaré si se guiarán por Mi ley o no." (Ex. XVI, 4) Ves que no con cosas terrestres y perecederas se nutre el alma sino con las palabras que Dios hace llover desde la elevada y pura naturaleza que Moisés denominó cielo.

163. Salgan, pues, el pueblo y conjunto todo del alma y recoja el saber e iniciése en él; no todo de una vez, sino "la porción diaria para el día"; en primer lugar porque no podrá contener toda junta la riqueza enorme de las gracias de Dios, sino se verá inundado por su impulso como por un torrente. En segundo lugar, porque es mejor que, recibiendo bienes suficientes en cantidad razonable, pensemos que Dios guarda en reserva los restantes.

164. El que va en busca de todo conjuntamente lo que consigue es perder la esperanza y la confianza, y llenarse de inmensa insensatez. Tórnase desesperanzado, por cuanto espera que Dios derramará bienes sobre él sólo en la presente ocasión y no también más tarde; desconfiado, puesto que no confía en que las Divinas gracias son ahora y siempre distribuidas profusamente entre quienes las merecen; e insensato, pues piensa que habrá de ser un guardián capaz de preservar lo que ha recogido de una vez, no obstante la oposición Divina. Una pequeña mudanza, en efecto, ha bastado para que la inteligencia que por orgullo atribuíase a sí misma seguridad y firmeza, se convirtiera en débil e inseguro guardián de todas aquellas cosas que creía bajo su segura custodia.

165. LVII. Recoge, pues, oh alma, lo suficiente y conveniente, y no más de lo suficiente, al punto de que resulte excesivo; ni menos tampoco, de tal modo que no alcance; a fin de que, manteniéndote en las justas medidas, no obres ilícitamente. Es preciso que cuando te ejercitas en la travesía que te aleja de las pasiones y cuando sacrificas la Pascua, alcances el progreso, que simboliza el cordero,[82] no en forma desmedida; porque dice]. Dios que "en cuanto al cordero, cada uno calculará lo que sea suficiente para él. (Ex. XII, 4.)[83]

[82] Etimológicamente *próbaton* = cordero, significa "el que avanza"; siendo de la misma raíz de *probáinein* == avanzar.

[83] El sentido literal del pasaje bíblico es que, si en una familia no hubiere suficientes miembros para consumir el cordero pascual, se invitará a participar en la cena al vecino mas próximo, y se calculará para él la porción de cordero que le resulte suficiente.

166. Tanto, pues, en el caso del maná como en el de todo otro beneficio que Dios otorga a nuestra raza, es bueno tomar lo razonablemente medido y calculado, y no lo que está por sobre nosotros. Porque hacer esto último es, ciertamente, propio de la codicia. Recoja, pues, el alma la porción diaria para el día; que así proclamará guardián de los bienes, no a sí misma, sino a Dios.

167. LVIII. Y el motivo de la prescripción que estamos considerando [84] es a mi parecer, éste: "el día" es símbolo de la luz, y la luz del alma es la instrucción. Muchos, ciertamente, han adquirido la luz que hay en su alma para la noche y la obscuridad, no para el día y la claridad. Por ejemplo, los que adquirieron las instrucciones elementales y la llamada cultura general,[85] y la filosofía misma sin otro propósito que lograr una vida regalada o una función de gobierno junto a sus soberanos. El hombre de bien, en cambio, adquiere el día sólo por amor al día; la

luz, sólo por amor a la luz; y la belleza, sólo por amor a la belleza y no con otro motivo cualquiera. Por eso es que también agrega Dios: "De ese modo comprobaré si se guiarán por Mi ley o no" (Ex. XVI, 4); que la norma Divina es ésa: valorar la virtud por la virtud misma.
[84] Es decir, la del pasaje del Ex. XVI, 4 (citado en 162), en la parte referente a recoger cada día la ¡porción diaria y nada más. Filón, empero, entiende lo de "para el día", no como una medida de tiempo, sino como lo opuesto a la noche, la luz frente a la obscuridad, como puede verse en las consideraciones que siguen.
[85] Traduzco por "cultura general" la expresión griega *enkyklíos paidéia* = educación o instrucción cíclica (literalmente), siguiendo a Marrou H. I., Historia de la educación en la Antigüedad, Eudeba, Buenos Aires, pág. 216. La *enkyklios paidéia* comprendía los estudios previos a la especulación filosófica, que durante la Edad Media se denominarían las siete artes liberales, vale decir: el *trivium* (gramática, retórica y dialéctica) y el *quadrivium* (geometría, aritmética, astronomía y música). Ver Sobre los querubines 105, y Sobre la unión con los estudios preliminares 11 y ss.

168. La recta razón, en efecto, prueba, como se prueba una moneda, a los que se ejercitan, para ver si están adulterados por referir el bien del alma a alguna cosa exterior; o si, como hombres cabales, la apartan y lo guardan en su entendimiento solamente. A tales hombres les es dado alimentarse, no con alimentos de tierra, sino con las celestiales ciencias.

169. LIX. Aclara aún más este punto cuando dice: "Por la mañana, cuando hubo cesado el rocío, apareció en tomo de todo el campamento; y he aquí que sobre la superficie del desierto había una cosa menuda como si se tratase de cilantro, blanca como escarcha sobre la tierra. Al verlo dijeron unos a otros: '¿Qué es esto?', porque no sabían lo que era. Mas Moisés les dijo: 'Este pan que nos ha proporcionado el Señor para que comamos es esta palabra que el Señor nos ha prescripto'". (Ex. XVI, 13 y ss.) Ves en qué consiste el alimento del alma: es la palabra de Dios, continua, a semejanza del rocío; la que encierra en derredor al alma toda y no permite que porción alguna esté ajena a ella.

170. Mas no en todas partes se manifiesta esta palabra; sino en el desierto de las pasiones y los vicios; y es sutil[86] para concebir y ser concebida, y sumamente clara y transparente para verse. Es, además, semejante al cilantro; y los agricultores aseguran que, si se divide la semilla del cilantro en innumerables porciones, cada una de las partes en que ha quedado dividida, si se siembra, germina tal como podía haberlo hecho la semilla entera. Tal es también la palabra Divina, capaz también de brindar beneficios no solo ella en conjunto sino además a través de cada porción, cualquiera fuere.
[86] "Sutil": Filón juega con las dos acepciones del término *leptós* = menudo (como se entiende en el pasaje bíblico) y sutil, tanto material como espiritualmente. En las consideraciones de este parágrafo y los siguientes se advierte que Filón toma el término lagos ora en el sentido específico de palabra ora en el de lagos divino en general.

171. Creo yo que la palabra de Dios se asemeja también a la pupila [87] de los ojos; pues, así como la pupila del ojo, no obstante ser una pequeñísima parte de él, alcanza a ver todas las zonas del universo, la inmensidad del océano, la vastedad del aire y del dilatado firmamento y cuanto el sol bordea en su marcha ascendente y descendente; así también la palabra de Dios está dotada de la más penetrante de las visiones, al punto de que es capaz de supervisarlo todo y con ella se hace claramente visible todo cuanto es digno de verse. ¿Qué puede, en efecto, ser más brillante y esplendente que la Divina palabra, por cuya participación también las demás cosas despójanse de su obscuridad y sombra ansiosas de participar de la claridad del alma?
[87] La semejanza del termino *kóre* = pupila, con *kórion* = cilantro (*coriandro*, en castellano

antiguo) ha sugerido, seguramente, a Filón, la relación entre uno y otro símbolo de la palabra de Dios.

172. LX. Una afección particular se origina en virtud de la palabra Divina. En efecto cuando ella ha llamado al alma hacia sí, provoca una congelación en todo lo terrestre corpóreo y sensitivo de nuestro ser. Por eso dice el legislador: "Como si fuera una escarcha sobre la tierra." (Ex. XVI, 14.) Y así es: cuando el que ve a Dios está abocado a su fuga de las pasiones, las olas, es decir, el ímpetu, el acrecentamiento y la soberbia de las mismas, solidifícanse. "Témanse sólidas en efecto, las olas en medio del mar" (Ex. XV, 8) para que el que ve al Que Es avance hasta dejar atrás a la pasión.

173. Pues bien, las almas que tienen ya experiencia sobre la palabra Divina, mas no son aún capaces de responder a la pregunta "¿Qué es?" (Ex. XVI, 15) pregúntanselo unas a otras. En efecto, muchas veces en presencia de un grato sabor no sabemos qué alimento es el que lo ha provocado y, habiendo percibido gratos aromas, no sabemos cuáles son. Pues, otro tanto ocurre con el alma; llena de alegría a veces, no sabe decir qué es lo que la alegra. Mas es instruida por el sagrado intérprete y profeta Moisés, quien le dirá: "Este pan" (Ex. XVI, 15) es el alimento que Dios ha proporcionado al alma para que se nutra de Su palabra y de Su doctrina; porque "este pan" que nos ha proporcionado para alimentarnos "es esta palabra". (Ex. XVI, 15.)

174. LXI. Dice asimismo en el Deuteronomio: "Y te afligió y te hizo padecer hambre y te alimentó con el maná, que no conocían tus padres, para revelarte que no sólo de pan vivirá el hombre sino también de toda palabra que sale a través de la boca de Dios." (Deut. VIII, 3.) Esta aflicción es una propiciación; como que, en el décimo día afligiendo a nuestras almas. nos será propicio.[88] En efecto, cuando nos vemos privados délas cosas agradables, pensamos que hemos sido afligidos, pero en realidad ocurre que Dios nos es propicio.
[88] Lev. XVI, 30.

175. Él provoca en nosotros también un hambre, no de virtud, sino de cuantas cosas engendran la pasión y el vicio. Lo prueba el hecho de que nos alimenta con Su propia palabra, lo más genérico que existe. "Maná", en efecto, significa "algo",[89] y éste es el más. genérico de los términos. Y la palabra de Dios está por sobre todo el mundo y es entre cuantas cosas han sido creadas la más antigua y genérica. Esta palabra "los padres no la conocían" (Deut. VIII, 3 y 16); no los verdaderos padres, sino los encanecidos por los años que decían: "Elijamos un caudillo y retornemos a Egipto" (Núm. XIV, 4), es decir, a la pasión.
[89] "Algo": otro cabal ejemplo de la desbordante fantasía de Filón en lo tocante a la lectura de los pasajes bíblicos. El aludido ahora es el de Ex. XVI, 13 y ss., citado en 169, según el cual los israelitas, al ver el blanco alimento, se preguntaban: "¿*Mahnú*? (¿Maná?)", equivalente a la pregunta griega: "*Tí estí toúto*?" = ¿Qué es esto?
Mas, como en griego la diferencia entre el interrogativo tí (qué) y el indefinido tí (algo) consiste tan solo en una variante de acento, le ha parecido a Filón que la diferencia es de tan poca monta, que bien pueden considerarse la misma palabra; y no ha vacilado en leer, en vez de "¿Qué es esto?", 'Esto es algo'. (Recuérdese que los signos de interrogación no se empleaban en los tiempos clásicos.)
Y, como en la terminología de los estoicos "ti" = "algo" es el término más genérico, el que más objetos abarca (equivalente al *on* = ente o ser aristotélico), que da fuera de toda duda que algo = maná = palabra o logos de Dios es lo más genérico que existe.

176. Proclame, pues, Dios al alma que "no sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra

que sale a través de la boca de Dios" (Deut. VIII, 3); vale decir, que será alimentada tanto mediante toda la palabra como mediante una porción de ella. "La boca", en efecto, es un símbolo del habla,[90] y la palabra es una parte de él. Pero es el alma de los más perfectos la que se alimenta con toda palabra; nosotros podemos estar contentos de ser alimentados con una porción de ella.
[90] Del "habla", vale decir, de toda palabra o del conjunto de las palabras.

177, LXII. Ahora bien, éstos [91] suplican ser alimentados por la palabra de Dios; Jacob, en cambio, mirando aún más allá de la palabra, afirma que es alimentado por el mismo Dios. Dice así: "El Dios al que complacieron mis padres Abraham e Isaac; el Dios que me alimenta desde mi juventud hasta este día; el mensajero que me libera de todos los males, bendiga a estos niños." (Gen. XL VIII,: 15 y 16.) Acertada manera de expresarse. Juzga que es Dios y no Su palabra, quien lo alimenta; pero, a la vez, juzga al mensajero, que es esa palabra, como un médico de males. Y nada más sensato que lo que dice; pues le parece bien que aquel Que Es dé Él mismo en persona los bienes principales, y que sus mensajeros y palabras den los secundarios, vale decir, todos los que involucran liberación de males.
[91] Los israelitas en el desierto.

178. Por esto, pienso yo, Dios, mientras nos concede por sí mismo, sin intervención de otro, la gracia de la salud. simple, es decir, de la que no ha sido precedida por alguna enfermedad en nuestros cuerpos; en cambio, la salud que sobreviene al quedar libres de una enfermedad, la concede a través del arte medicinal y la labor del médico, dejando a la medicina y al médico el mérito aparente de la curación, no obstante que, en rigor de verdad, es Él mismo quien cura mediante éstos o sin ellos. Y otro tanto ocurre en el caso del alma. Los bienes, o sea los alimentos. Él mismo los concede personalmente; en cambio, es a través de mensajeros y palabras como concede cuanto involucra liberación de males.

179. LXIII. La súplica de Jacob encerraba un reproche a José, el hombre de estado, el que se había atrevido a decir: "Te alimentaré aquí". Sus palabras habían sido: "Daos prisa, marchad hacia mi padre y decidle 'Esto dice...'" etc. Y luego: "Vuelve a mí y no te detengas"; para concluir así: "Y te alimentaré aquí, pues aún quedan cinco años de hambre." (Gen. XLV, 9 y 11.) Reprendiéndole, pues, Jacob y a la vez enseñando al engreído, dice: 'Ten presente, buen señor, que los alimentos del alma son las ciencias, las que han sido concedidas, no por la palabra perceptible a través de los sentidos, sino por Dios. El que me ha alimentado desde mi juventud y desde mi primera lozanía hasta mi plena virilidad,[92] Él mismo satisfará mis necesidades.
[92] O humanidad. Filón ha sustituido *eos tés heméras táutes* = hasta este día, del texto de los Setenta, por *mékhrt teléion photós*, que puede traducirse por: hasta (el) hombre completo, o por: hasta (la) perfecta claridad, según se interprete el genitivo *photós*. Como en 167 Filón ha dicho: "el día" es símbolo de la luz; bien podría aceptarse la segunda traducción.

180. José, pues, vivió la misma experiencia que su madre Raquel. Porque también ésta había supuesto que la creatura tiene algún poder, y por eso dice: "Dame hijos." (Gen. XXX, 1.) Pero el suplantador, censurándola, le dirá: 'Estás en un completo error, porque yo no estoy en lugar de Dios, el único que tiene poder para abrir las matrices de las almas, de sembrar en ellas las virtudes y de hacerlas fértiles y engendradoras de cosas nobles. Aprende de Lía, tu hermana, y hallarás que de ningún mortal ha recibido la simiente y el vástago, sino del mismo Dios', "como que, viendo el Señor que Lía era aborrecida, abrió su matriz; en tanto que Raquel era estéril." (Gen. XXIX, 31.)

181. Pero, observa una vez más lo sutil de este pensamiento: Dios abre las matrices de la virtud sembrando en ellas las nobles acciones; y la madre, habiendo recibido de Dios la virtud, no engendra para Dios, pues el Que Es no necesita de cosa alguna, sino engendra hijos para mí, Jacob. Pues por mí, seguramente, sembró Dios la simiente en la virtud, no para Sí. En consecuencia, hallamos que Uno[93] es el esposo de Lía, el que no es mencionado; y otro el padre de los hijos nacidos de aquélla; porque el que abrió su matriz es su esposo; y aquel para quien se dice que ella los da a luz. es el padre de los hijos.
[93] Es decir. Dios, quien fecundó a Lía.

182. LXIV. "Y pondré enemistad entre ti y la mujer." (Gen. III, 15.) Realmente el placer es un enemigo de la sensibilidad; a pesar de que algunos opinan que es un amigo íntimo. Pero, así como nadie llamaría amigo a un adulador, pues la adulación es una peste de la amistad; ni nadie diría que una cortesana es cariñosa para con su amante; ya que su ternura es para los regalos y no para él; del mismo modo hallarás, si lo examinas bien, que el placer se disfraza bajo una falsa apariencia de inmenso apego hacia la sensibilidad.

183. La verdad es que, cuando nos hemos saciado de placer, los órganos de nuestra sensibilidad pierden su vigor. ¿O no observas que los que se embriagan de vino o de amor, viendo no ven y oyendo no oyen,. y se ven privados del adecuado ejercicio de los demás sentidos? A veces también en medio de la turba desmedida del placer todo el vigor de los sentidos se relaja como si un sueño los abrazara. Precisamente el nombre del sueño proviene del relajamiento de los mismos.[94] Entonces, en efecto, el órgano de la percepción se afloja, del mismo modo que, cuando estamos. despiertos, pónese tenso, y las impresiones que recibimos de afuera no son ya obscuras sino sonoras y claras, y transmiten el sonido hasta la inteligencia. Es preciso, en efecto, que la inteligencia reciba el golpe del mismo para poder llegar a conocer las cosas exteriores, y alcanzar una vivida impresión de ellas.
[94] Filón se apoya en un inexistente parentesco entre *hyphesis* = relajamiento, y *hypnos* = sueño.

184. LXV. Observa que no dijo "Pondré enemistad para ti y la mujer" sino "entre ti y la mujer" ¿Por qué eso? Porque es "en medio", en lo que es un límite, por así decir, entre el placer y la sensibilidad, donde se origina la guerra entre ellos. Y lo hallado entre ambos son las bebidas, los comestibles y cuanto contribuye al logro de tales fines; cosas que son, cada una, a la vez objeto sensible y agente de placer. Cuando el placer, pues, ha abusado de éstas en forma inmoderada, al punto inflige un daño a la sensibilidad.

185. También las palabras "entre tu simiente y la de ella" se ajustan a la realidad de las cosas. En efecto, toda simiente es origen de existencia; pero, mientras el origen del placer es la pasión, un impulso irracional, el de la sensibilidad lo es la inteligencia, porque de ésta, como de una fuente, proceden los poderes de la sensibilidad. Tal es lo que enseña el sacratísimo Moisés, quien afirma que la mujer fue extraída de Adán al ser formada, lo que equivale a decir que la sensibilidad procede de la inteligencia. La misma relación, pues, que existe entre el placer y la sensibilidad media entre la pasión y la inteligencia, de modo que, pues aquéllos son enemigos, tampoco éstas pueden estar en paz.

186. LXVI. Y la guerra entre ambas es patente. Cuando la victoria queda del lado de la inteligencia, es decir,; cuando ésta se mantiene en la esfera de los objetos aprehensibles por vía intelectual e incorpóreos, huye la pasión; y, al revés; cuando es ésta la que obtiene una ruin victoria, la inteligencia cede quedando impotente para aplicarse a sí misma y a todas las

actividades que le son propias. Precisamente, dice el legislador en otro pasaje: "Cuando Moisés alzaba sus manos, Israel llevaba la ventaja; cuando las bajaba, prevalecía Amalec" (Ex. XVII, 11); mostrando con ello que, cuando la inteligencia se eleva a sí misma desde las cosas mortales y se mantiene en alto, cobra fuerza el que ve a Dios, es decir, Israel; cuando, en cambio, menguan los poderes que le son propios y se enferma, de inmediato se fortalece la pasión, es decir. Amalec, cuyo nombre significa "pueblo devorador", y en efecto, verdaderamente la pasión devora a toda el alma y la agota sin dejar en ella simiente ni chispa alguna de virtud.

187, Por ello también se dice: "Amalec dominadora de las naciones" (Núm. XXIV, 20), pues la pasión rige y domina a todos los que irreflexivamente viven en promiscua turba al azar y en confusión. Y, como a través de la pasión enciéndese toda guerra del alma, a las inteligencias a la que Dios otorga la paz, promételes Él arrancar "el recuerdo de Amalec de debajo del cielo". (Ex. XVII, 14.)

188. LXVII. Las palabras "Él[95] vigilará tu cabeza y tú vigilarás el talón de él" (Gen. III, 15), constituyen una incorrección de forma, aunque su sentido es correcto. Porque al dirigirse Dios a la serpiente háblale acerca de la mujer, y la mujer es "ella" y no "él". ¿Qué decir ante esto? Pues que ha dejado de referirse a la mujer, y ha pasado a hablar de la que es simiente y origen de la sensibilidad. Y el origen de la sensibilidad es la inteligencia; y el término "inteligencia" es masculino,[96] y refiriéndose a ella es preciso decir "él", "de él", etc. Correcto es, pues, decir al placer: 'La inteligencia vigilará tu fundamental y principal doctrina y tú vigilarás las bases y los fundamentos de lo que la complace, los que con razón han sido comparados con los talones.

[95] "Él": el texto griego emplea, en efecto, autos = él, cuando lo que cabía esperar era *auté* = ella, es decir, la mujer; por lo que en 65 he traducido: "Ella vigilará..."

[96] Masculino en griego. Ver Interpretación alegórica II, nota 33.

189. LXVIII. En cuanto al término "vigilará", él tiene dos acepciones: una es equivalente a 'cuidará y preservará'; la otra, igual a 'estará al acecho para destruir'. Ahora bien, por fuerza la inteligencia o es ruin o es noble. En consecuencia, la inteligencia insensata bien puede ser guardiana y atesoradora del placer, por cuanto se complace en éste, en tanto que la noble será enemiga de él; y aguardará con impaciencia el momento en que se halle en condiciones de destrozarlo totalmente lanzándose sobre él. Y, el revés, el placer protege los fundamentos de la inteligencia insensata, e intenta, en cambio, destruir y aniquilar los puntos de apoyo de la inteligencia sabia juzgando que ésta última se halla empeñada en arruinarlo a él, en tanto que la insensata procura los mejores medios para preservarlo.

190. Pero, aunque crea que engañará y frustrará a la inteligencia noble, él será el engañado por Jacob, experto en la lucha, no en la lucha del cuerpo sino en la que el alma libra contra los modos de vida contrarios a ella cuando combate contra las pasiones y los vicios. Y no soltará Jacob el talón de su antagonista, la pasión, antes de que ésta ceda y reconozca que ha sido engañada y vencida en dos ocasiones, una en su derecho de primogenitura, otra en la bendición.

191. Dice, en efecto, Esaú: "Con justicia ha recibido el nombre de Jacob, pues ya me ha suplantado[97] dos veces. En aquella ocasión tomó mi primogenitura; ahora ha tomado mi bendición." (Gen. XXVII, 36.) El hombre ruin asigna la procedencia a las cosas del cuerpo; el hombre de bien a las del alma, las que, en verdad, son de mayor jerarquía y realmente primeras como un magistrado en la ciudad, no por la edad [98] sino por su mérito y dignidad. Y

la soberana de este ser compuesto que somos es el alma.
[97] La relación entre el "talón" y el "suplantar" es inexpresable en castellano; pero en griego ambos términos son de la misma raíz: *pterná* = talón, y *pternízein* = suplantar (literalmente: golpear con el talón; de donde: hacer una zancadilla).
[98] Alusión al hecho de que Essaú era primogénito por la edad, y revestía la mayor jerarquía entre los hijos de Jacob, sin otro mérito que ése.

192. Quien es primero en virtud, pues, ha recibido las cosas que son primeras, y que le correspondían; pues ha recibido también la bendición junto con plegarias perfectas; y vano y fraguado sabio es el que dice: 'Tomó mis bendiciones y mis progenituras". Porque no son las tuyas, buen hombre, las que toma, sino las contrarias a las tuyas; ya que las cosas tuyas han sido consideradas dignas de servidumbre, y las de aquél, dignas de señorío.

193. Y si aceptas convertirte en siervo del sabio, podrás participar de la admonición y la corrección, desprendiéndote de la ignorancia y la grosería, plagas del alma; pues en su plegaria tu padre te dice: "Servirás a tu hermano." (Gen. XXVII, 40.) Mas no ahora, pues no habrá de soportar tu rebeldía, sino cuando "hayas desatado el yugo de tu cerviz" (Gen. XXVII, 40), arrojando de tí la jactancia y la insolencia que has adquirido al ponerte a ti mismo bajo el yugo del carro de las pasiones, al que guía la insensatez.

194. LXIX. Por ahora eres siervo de los pesados e insoportables amos que hay en ti, para los cuales la norma es no permitir que nadie llegue a ser libre. Pero si huyeres y te liberares de ellos, un señor que siente afecto hacía sus siervos, te concederá hospitalidad ofreciéndote claras esperanzas de libertad y no te entregará de nuevo a tus anteriores amos, pues ha aprendido de Moisés una lección y una norma inviolable: "No entregarás a su amo un sirviente que dejando a aquél se haya acogido a ti; y vivirá contigo en algún lugar de su agrado." (Deut. XXIII, 15 y 16.)

195. LXX. Pero, mientras no hayas huido y estés todavía sujeto a las bridas y riendas de aquellos señores, eres indigno de servir al sabio. La más elocuente prueba de tu natural no libre sino servil la tienes cuando dices: "Mi progenitura y mis bendiciones." [99] (Gen. XXVII, 36.) Estas palabras rayan en lo desmedido y torpe porque sólo a Dios compete hablar de "lo mío", ya que las cosas son realmente propiedad Suya.
[99] "Mis bendiciones": variante introducida por Filón en el pasaje citado en 191, donde dice "Mi bendición".

196. Por eso Él lo testimoniará también cuando diga: "Preservarás Mis presentes, Mis dones y Mis frutos." (Núm. XXVIII, 2.) Los "presentes" son superiores a los "dones", pues aquéllos se caracterizan por ser bienes grandes y perfectos, con que Dios favorece a los hombres perfectos; en tanto que los segundos se reducen a algo muy modesto, y son concedidos a los ejercitantes bien dotados que hacen progresos.[100]
[100] No hay diferencia de matices semánticos entre los términos griegos dóron y doma, los que significan presente, regalo, don, recompensa; de modo que en la traducción no he podido emplear términos que puntualicen las diferencias a que hace referencia Filón.

197. Por eso también Abraham, siguiendo el deseo Divino, se queda con los bienes que le venían de parte de Dios, pero desdeña quedarse con los caballos del rey de Sodoma,[101] así como los bienes de las concubinas.[102] Y, por su parte, Moisés juzga conveniente decidir personalmente los casos más importantes y confía el discernir en los asuntos sin importancia a jueces inferiores.[103]

[101] Gen. XIV, 21. Sobre la posibilidad de que la verdadera lectura sea "bienes que no lo son realmente" ver Sobre la migración de Abraham, nota 66.
[102] Gen. XXV, 6.
[103] Ex. XVIII, 26.

198. Quien se atreve a decir que algo es de él, quedará registrado como siervo a perpetuidad, lo mismo que el que dice: "He llegado a amar a mi señor, a mi mujer y a mis hijos; no saldré libre." (Ex. XXI, 5.) Bien está, ciertamente, que se reconozca siervo; pues, ¿cómo no ha de ser siervo el que dice: 'Mía es la soberana inteligencia, señora de sí misma cuyo poder es ilimitado; mía es también la sensibilidad, la que se basta a sí misma para discernir sobre las cosas corpóreas; míos son también los productos de ellos, tanto los intelectuales, que lo son de la inteligencia, como los sensibles, que lo son de la sensibilidad;
porque de mí depende el ejercicio del discernimiento y la experiencia de los sentidos'.

199. Pero no sea él el único que dé testimonio en su contra; sino sea también condenado por Dios, y soporte una eterna e inexorable esclavitud al ordenar Él que le sea agujereada la oreja para que no reciba palabras de virtud y sirva por siempre como esclavo de la inteligencia y la sensibilidad, malvados e implacables amos.

200. LXXI. "Y dijo a la mujer 'Multiplicaré tus penas y tu lamento'." (Gen. III, 16.) Es propio de la mujer, o sea, de la sensibilidad, una experiencia, un sufrimiento llamado "pena". Es que aquello que nos procura placer, es también origen de dolor; y pues nos deleitamos a través de los sentidos, por fuerza a través de ellos también padecemos. Pero, mientras la inteligencia noble y pura padece muy poco, pues muy poco alcanzan a afectarla los sentidos; por el contrario, no tiene límites el padecer de la inteligencia insensata, que no posee ningún antídoto en el alma, con qué defenderse de las enfermedades que provienen de los sentidos y las cosas sensibles.

201. Porque, de distintas maneras reciben golpes el atleta y el siervo: éste, soportando sumisamente los malos tratos y sometiéndose; el atleta, en cambio, aguardando firme, oponiéndose y rechazando los golpes que vienen sobre él. De una manera afeitas a un hombre y de otra esquilas a un cordero; ya que mientras el cordero se limita a sufrir pasivamente; en el caso del hombre, en cambio, se da una actividad recíproca, y podría decirse que éste corresponde a lo que experimenta, adoptando actitudes y posturas adecuadas al procesa de ser afeitado.

202. Pues bien, de manera análoga el hombre que procede irracionalmente soporta a otro como lo hace el esclavo; y se somete a los dolores como a insoportables señores, incapaz de hacerles frente y sin poder para extraer pensamientos varoniles y libres; por lo cual una incontable turba de sentimientos de dolor se derrama sobre él a través de los sentidos. En cambio, como si fuese un atleta saliendo con fuerza y vigor al encuentro de todas las cosas penosas, el hombre sapiente las enfrenta de modo tal que no es herido por ellas sino mira a cada una con absoluta indiferencia; y con juvenil ardor me parece pronunciar aquellas palabras ,de la tragedia dirigidas al dolor: "Quémame, consume mis carnes, satúrate de mí bebiendo mi negra sangre; porque las estrellas descenderán bajo la tierra y la tierra se elevará hasta el éter antes de que de mí te llegue una palabra lisonjera."[104]
[104] Fragmento de Eurípides.

203. LXXII. Ahora bien, así como Dios ha puesto en la sensibilidad todos los dolores en mayor medida, del mismo modo ha brindado al alma noble multitud incontable de bienes. Por

ejemplo, a propósito de Abraham, hombre perfecto, se expresa Dios de esta manera: "Por Mí mismo he jurado, dice el Señor; por Quien[105] has hecho esto; y por Mí no has rehusado a tu amado hijo; y bendiciendo verdaderamente te bendeciré, y multiplicando multiplicaré tu simiente como las estrellas del cielo y como las arenas de la orilla del mar." (Gen. XXII, 16 y 17.) Bien está, tanto el que haya confirmado su promesa con un juramento, como el que lo haya hecho con un juramento digno de Dios; porque, como ves. Dios no jura por otra cosa; puesto que nada es superior a Él; sino por Sí mismo, que es el más excelente de todos los seres.
[105] "por Quien"! así entiende Filón la expresión *hoû héneka*, que a veces toma ese significado, pero que en el pasaje oficia de conjunción causal, debiendo, por lo tanto, leerse: "porque has hecho..." Véase 209.

204. Sin embargo, algunos han dicho que no era apropiado para Él el jurar, ya que un juramento se toma como garantía de buena fe, y dignos de buena fe son sólo Dios y quien es amigo de Dios, como Moisés, del cual se dice: "Habiendo sido hallado fiel en toda Mi casa" (Num. XII, 7), y sobre todo, porque las palabras de Dios son verdaderos juramentos, leyes Divinas y sacratísimas normas; siendo prueba de su firmeza el hecho de que lo que Él dice ocurre, lo cual es la característica más importante de un juramento; de modo que se puede decir, como corolario, que todas las palabras de Dios son juramentos que resultan confirmados por su cumplimiento en el terreno de las realidades.

205. LXXIII. Dicen, ciertamente, que un juramento es poner a Dios por testigo acerca de un asunto en controversia, de modo que, si Dios jura, testimonia por Sí mismo; lo cual es absurdo, puesto que es preciso que el que testimonia algo sea una persona distinta de aquella por la cual da testimonio. ¿Qué hemos, pues, de decir? Ante todo, que nada hay de reprochable en que Dios dé testimonio para Sí mismo. ¿Qué otro, en efecto, sería capaz de dar testimonio por Él? En segundo lugar, que Él mismo es para Sí todo lo que hay de más preciado: pariente,. intimó, amigo, virtud, felicidad, dicha, ciencia, entendimiento,. principio, fin, todo, cada cosa, juez, decisión, consejo, ley, obra,. soberanía.

206. Además, si entendemos la expresión: "Por Mí mismo he jurado" en el sentido en que debe tomarse, acabaremos con esta argucia, que pasa de la medida. Porque, seguramente, esto debe entenderse del siguiente modo; ninguno de los seres que pueden dar garantía, puede darla en firme con respecto a Dios, pues a ninguno ha mostrado Él Su naturaleza, y ha dispuesto que ella sea invisible para toda nuestra raza. ¿Quién podrá decir de la Causa si es incorpórea o corpórea; si es cualitativa o que está exenta de cualidades?[106] En suma,. ¿quién podría asegurar algo sobre Su esencia o cualidad, sobre Su inmovilidad o movimiento? Sólo Él, ciertamente, afirmará. algo acerca de Sí mismo, por cuanto sólo Él posee con certeza un exacto conocimiento de Su propia naturaleza.
[106] Duda que está en flagrante contradicción con la seguridad de que hace gala Filón en numerosos pasajes cuando afirma que Dios es incorpóreo. y no cualitativo.

207. Es,. por lo tanto, solamente Dios la más firme garantía, en primer término de Sí mismo; en segundo lugar también de las obras. Suyas; de modo que es razonable que haya jurado por Sí mismo dando garantías respecto de Sí mismo; cosa que no sería posible que hiciese otro alguno fuera de Él. Por ello bien pueden ser considerados también como impíos aquellos que afirman que ellos han jurado por Dios, porque ciertamente, siendo, como es, imposible conocer nada acerca de Su naturaleza, debemos contentarnos con poder jurar por Su nombre, el cual como vimos, significa 'la palabra que interpreta". Su nombre, en efecto, puede ser Dios para nosotros los seres imperfectos, así como el Ser primero es Dios para los que son sabios y

perfectos.

208. Por eso Moisés, lleno de admiración ante la excelencia del Increado, dice: "Y tú jurarás por Su nombre" (Deut. VI, 13); no por Él mismo. Es, en efecto, suficiente para el mortal recibir seguridades y garantías de la palabra Divina; sea, en cambio, Dios la más firme seguridad y garantía de Sí mismo.

209. LXXIV. Las palabras "Por Quien has hecho esto" (Gen. XXII, 16) son señal de piedad; porque es norma piadosa hacer todas las cosas por Dios solamente. Por eso nos desprendemos del amado hijo de la virtud, es decir, el goce de la felicidad, cediéndolo al Creador, por entender que tal vástago debe ser considerado propiedad de Dios, y no de una creatura.

210. Bien dicho está lo de "bendiciendo bendeciré" (Gen. XXII, 17); ya que no faltan quienes llevan a cabo muchos actos que pueden calificarse de bendiciones, pero no lo hacen con el propósito de bendecir. Porque, incluso el hombre ruin ejecuta cosas que está obligado a hacer, pero no las ejecuta movido por una inclinación natural al cumplimiento del deber; y tanto el beodo como el demente a veces pronuncian palabras y realizan actos propios de personas sobrias, pero no son productos de un discernimiento sobrio; y los que están todavía en plena edad infantil hacen y dicen muchas cosas de las que se hacen y dicen una vez adquirido el uso de razón, pero lo hacer y dicen no como resultado de una aptitud para discernir, puesto que la naturaleza todavía no los ha educado para alcanzar ese discernimiento. Mas, lo que el legislador quiere es que el hombre sabio sea tenido por objeto de bendiciones no por un estado de ánimo pasajero ni por ser fácilmente maleable ante ajenas influencias, ni por simple azar, sino a causa de una fija disposición y condición bendecida.

211. LXXV. Pues bien,[107] no fue suficiente que la desventurada sensibilidad experimentara las penas en tan grande medida, y debió entregarse también "al lamento". El lamentarse supone una pena intensa hasta el exceso. Muchas veces, en, efecto, sufrimos sin que nos lamentemos; y cuando nos lamentamos es porque sufrimos las penas en medio de un inmenso torrente de aflicciones.
Dos son las formas de lamentación. Una sobreviene en los que apetecen y procuran cometer injusticias sin alcanzarlo: ésta es una lamentación ruin. La otra, en cambio, es propia de aquellos que se arrepienten y sienten dolor por su pasada claudicación, y dicen: [Desdichados de nosotros, cuánto tiempo hemos estado sin darnos cuenta de que nos hallábamos enfermos de la enfermedad de la insensatez, del extravío, de la injusticia en nuestra conductal.
[107] Retoma Filón la consideración del pasaje: "Multiplicaré tus penas y tu lamento." (Gen. III, 16.) Dicha consideración había quedado interrumpida en 203, para examinar el caso opuesto, vale decir, el de los abundantes bienes prodigados al alma noble.

212. Pero esta lamentación no sobreviene a menos que el rey de Egipto, es decir, la disposición atea e inclinada al placer cese y perezca abandonando el alma. Y en efecto; "después de aquel gran número de días murió el rey de Egipto" (Ex. II, 23); y entonces; no bien muerto el vicio, el que ve a Dios laméntase de su propia claudicación. "Los hijos de Israel", en efecto, "se lamentaron a causa de sus obras corporales y egipcias". Es que, mientras vive en nosotros el rey, que es la disposición de espíritu amante de los placeres, incita al alma a gozar con las faltas que comete; pero, cuando aquél muere, ésta se lamenta.

213. Por eso lanza gritos hacia su Señor suplicándole le evite en adelante claudicar y no permita que su perfeccionamiento sea incompleto. Porque a muchas almas descosas de arrepentirse no se lo permitió Dios; y, como impulsadas por contrarias corrientes, tomaron

sobre sus pasos, tal como le aconteció a la mujer de Lot,[108] la que se convirtió en piedra a causa de su amor hacia Sodoma y de su retorno hacia la naturaleza que Dios había destruido.
[108] Gen. XIX, 26.

214. LXXVI. Pero en el caso que nos ocupa, al decir que "el grito de aquéllos subió hasta Dios" (Ex, II, 23), da Moisés testimonio de la gracia concedida por el Que Es; porque, si Él no hubiera llamado hacia Sí a la palabra suplicante, ésta no hubiera subido, es decir, no hubiera sido elevada ni acrecentada, ni hubiera comenzado a remontarse hacia lo alto huyendo de la ruindad de las cosas terrestres. De allí que algo más adelante diga: "He aquí que el grito de los hijos de Israel llega hasta Mí." (Ex. III, 9.)

215. Muy hermoso fue que la súplica llegara hasta Dios, pero no hubiera llegado tan lejos a no mediar la benevolencia del Que la llamaba. En cambio, a algunas almas, se anticipa a salirles Él al encuentro: "Iré hacia ti y te bendeciré." (Ex. XX, 24.) Ves cuan grande es la gracia de la Causa, que se adelanta a nuestra indecisión y se anticipa a salimos al encuentro para beneficiar a nuestra alma con toda esplendidez. Y la expresión es una revelación plena de enseñanzas; porque, cuando un pensamiento de Dios penetra en la inteligencia, al punto se llena ésta de bendición y se cura de todas sus dolencias.

216. En cambio, la sensibilidad sufre siempre y se lamenta y engendra la aprehensión sensible con dolores y aflicciones irremediables, conforme Dios mismo dice: "Con dolores engendrarás hijos." (Gen. III, 16.) Engendran, en efecto, la vista la visión, el oído la audición, el gusto la gustación, y, en general, la, sensibilidad la aprehensión sensible; pero en el insensato ninguno de estos alumbramientos se produce sin penosa aflicción, ya que el dolor está presente cuando éste ve, oye, gusta, huele y, en general, aprehende sensorialmente.

217. LXXVII. Como antítesis de ello, en cambio, hallarás a la virtud rebosante de alegría en sus preñeces; al hombre de bien, engendrando con risa y buen ánimo, y al vástago de ambos, riendo también él. Que el hombre sabio engendra alegre y no con sufrimiento lo atestigua la Divina palabra en estos términos: "Dijo Dios a Abraham: 'Sara, tu mujer, no se llamará Sara sino que su nombre será Sara. La bendeciré y te daré un hijo de ella'." (Gen. XVII, 15 y 16.) Ya continuación agrega: "Y cayó Abraham sobre su cara y rió y dijo: '¿Quien tiene cien años tendrá un hijo, y Sara, que es ya nonagenaria, dará a luz?'." (Gen. XVII, 17.)

218. Es evidente que Abraham se alegra y ríe porque ha de engendrar a Isaac, o sea, la felicidad. Y ríe además Sara, vale decir, la virtud. Lo atestiguará el mismo libro diciendo: "Y Sara, cuyas menstruaciones habían cesado hacía tiempo, se rió en su inteligencia y dijo: 'Aún la felicidad no me ha sobrevenido hasta ahora; pero "mi señor", es decir, la palabra Divina, "es mayor" (Gen. XVIII, 11); a él le pertenece necesariamente aquélla,[109] y es bueno creer en él cuando promete".' Y lo engendrado es la risa y la alegría; porque eso significa "Isaac". Sufra, pues, la sensibilidad, y alégrese siempre la virtud.
[109] La felicidad. Por "mayor", que se refiere a la edad del esposo, en el sentido de "demasiado viejo", posiblemente entienda Filón "superior a ni".

219. Y en efecto, cuando ha sido engendrada la felicidad, dice la virtud con orgullo: "El Señor ha hecho la risa para mí; el que la oyere se reirá conmigo." (Gen. XXI, 6.) Abiertos, pues, los oídos, oh iniciados, recibid las sacratísimas instrucciones. La "risa" es la "alegría"; e "hizo" es equivalente a "engendró", de modo que lo que se ha dicho es lo siguiente: el Señor engendró a Isaac; pues Él es el Padre de la naturaleza perfecta, y siembra y engendra la felicidad en las almas.

220. LXXVIII. "Y dijo Dios: 'Y tu acogimiento será hacia tu esposo'." (Gen. III, 16.) Dos son los esposos de la sensibilidad: el legítimo y el corruptor. A manera de un esposo corruptor, en efecto, excita lo visible a la vista, la voz al oído, el sabor al gusto, y cada uno de los otros objetos sensibles a cada uno de los otros sentidos. Y estas cosas hacen volver y llaman hacia sí a la irracional sensibilidad, la dominan y la someten a su arbitrio. En efecto, la belleza esclaviza a la vista, el sabor grato al gusto y cada uno de los demás estímulos al sentido correspondiente.

221. Mira, si no, cómo el glotón es esclavo de los platos preparados por el trabajo de cocineros y reposteros; y cómo el que se conmueve hasta la turbación por la música, es dominado por la cítara, la flauta o un cantor de buenas condiciones. En cambio, sumo es el beneficio que obtiene la sensibilidad que se ha vuelto hacia su esposo legítimo, es decir, hacia la inteligencia.

222. LXXIX. Pues bien, veamos a continuación lo que expone el legislador a propósito de la inteligencia misma cuando la conducta de ésta se aparta de la recta razón: "Dijo Dios a Adán: 'Porque has prestado oídos a la voz de tu mujer y comido del árbol del que te había prescripto no comer, maldecida sea la tierra en tus obras'." (Gen. III, 17.) Sumo daño es que la inteligencia preste oídos a la sensibilidad; y también que la sensibilidad no escuche a la inteligencia; porque es preciso que siempre lo superior prevalezca sobre lo inferior, y que lo inferior acate a lo superior, y la inteligencia es superior a la sensibilidad.

223. Así como, cuando un conductor de carros domina y conduce con las riendas a los animales lleva el carro por donde se propone, pero, si éstos se rebelan contra las riendas y prevalecen, a menudo el conductor es dominado, y los animales, por la fuerza de su impulso, se precipitan a veces en una zanja y todo es arrastrado en desorden; y así como la nave lleva buen rumbo mientras el piloto, timón en manos, dirige la marcha convenientemente, pero zozobra cuando, soplando un viento contrario en el mar, las olas agitadas se han precipitado sobre ella;

[224.] del mismo modo, cuando la inteligencia, conductor y piloto del alma, gobierna a todo el ser viviente, como un gobernante en la ciudad, la vida sigue su recto curso; mas, cuando la irracional sensibilidad ejerce el predominio, una terrible confusión hace presa de ella, como cuando se alzan los siervos contra sus señores. Porque entonces, si hemos de decir la verdad, la inteligencia es presa del fuego y convertida en llamas, en medio de un incendio provocado por los sentidos sometidos a los objetos sensibles.

225. LXXX. Y Moisés nos previene acerca de tal incendio de la inteligencia, incendio que tiene lugar a través de los sentidos, diciendo: "Y las mujeres encendieron aún más el fuego en Moab". Porque "Moab" significa "procedente del padre", y nuestro padre es la inteligencia. El pasaje reza así: "Entonces dirán los que proponen enigmas:
'Id hacia Esebón para que sea edificada y para que la ciudad de Seón sea construida; porque un fuego ha surgido de Esebón y una llama de la ciudad de Seón y devoró incluso hasta Moab y consumió las columnas de Arnón. ¡Ay de ti, Moab! Has perecido, pueblo de Camós. Tus hijos buscaron su salvación en la huida, sus mujeres son cautivas de guerra del rey de los amorreos, Seón; y su simiente perecerá, Esebón hasta Debón; y las mujeres encendieron aún más el fuego sobre Moab'." (Núm. XXI, 27 a 30.)

226. "Esebón" significa "previsiones"; y éstas son enigmas llenas de obscuridad. Mira una

previsión de médico: 'Limpiaré al paciente, lo alimentaré, le prescribiré medicinas y una dieta, lo operaré y cauterizaré'. Sin embargo, muchas veces la naturaleza ha curado aun sin estas cosas, y otras veces el paciente ha sucumbido con ellas; de modo que ha quedado al descubierto que todos los cálculos del médico eran vanos sueños llenos de obscuridad y enigmas.

227. Por su parte el agricultor dice: 'Echaré las semillas, plantaré, crecerán las plantas, éstas darán frutos, los que no sólo serán útiles para el consumo necesario, sino además alcanzarán a dejar un sobrante'. Pero enseguida un imprevisto fuego, una tormenta o lluvias ininterrumpidas lo arruinan todo. A veces, sin embargo, lo que se había calculado se ha producido, pero el que lo había calculado no ha obtenido beneficio, sino ha muerto anteriormente, con lo que ha probado que era vana su presunción de gozar de los frutos de su trabajo.

228. LXXXI. Lo mejor, pues, es confiar en Dios y no en las obscuras previsiones y en las inseguras conjeturas. "Precisamente, Abraham confió en Dios, y fue tenido por justo." (Gen. XV, 6.) La preeminencia de Moisés, por otra parte, es testimoniada al asegurarse que es "fiel en toda Mi casa". (Núm. XII, 7.) Si, en cambio, confiamos en nuestros propios cálculos construiremos y edificaremos la ciudad de la inteligencia corruptora de la verdad. "Seón", en efecto, significa "que corrompe".

229. Por eso aquel que ha tenido sueños, al levantarse, descubre que todos los movimientos y esfuerzos del hombre insensato son sueños ajenos a la verdad. La misma inteligencia, en efecto, viene a resultar un sueño; porque así como es verdadera doctrina la que enseña a confiar en Dios, es falsa la que enseña a confiar en los vanos cálculos. Y un irracional impulso que se toma hábito "sale" de ambos: de los cálculos y la inteligencia corruptora de la verdad. Por eso dice Moisés: que "un fuego salió de Esebón y una llama de la ciudad de Seón." (Núm. XXI, 28.) Así, pues, es irracional el confiar en los persuasivos razonamientos o en la inteligencia que corrompe a la verdad.

230. LXXXII. "Devora incluso hasta Moab", es decir, hasta la inteligencia. Porque, ¿quién otro que no sea la desdichada inteligencia es engañado por la falsa opinión? Ésta devora y traga y consume las columnas que hay en ella, es decir, los pensamientos particulares, que están inscriptos y grabados como en una columna. Las columnas son "Arnón", que significa "luz de ellos", pues es en el razonamiento donde cada asunto-es aclarado.

231. Comienza, pues, a lamentarse por la terca y engreída inteligencia de esta manera: "|Ay de ti, Moabi has perecido". En efecto, si te atienes a enigmas con apariencias de verosimilitud has sacrificado la verdad. "Pueblo de Camós", es decir, tu pueblo y su poder, ha sido hollado, mutilado y cegado. "Camós", en efecto, significa "como a tientas"; y es propio del que no ve, andar de ese modo.

232. Los hijos de éstos, vale decir, los razonamientos particulares, se hallan fugitivos, y sus opiniones, que corresponden a sus mujeres, son prisioneras de guerra del rey de los amorreos, es decir, del "instructor de los charlatanes". Porque "amorreos" significa "charlatanes", siendo éstos un símbolo de la palabra pronunciada;[110] y el jefe de ellos es el instructor hábil en descubrir los artificios verbales y por él son embaucados los transgresores de las normas de la verdad.

[110] Ver Sobre los querubines, nota 8. En el pasaje emplea Filón para calificar al rey de los amorreos el término *sophistés* = instructor, sofista, .seguramente con toda la carga peyorativa del mismo.

233. LXXXIII. Seón, pues, el que corrompe la sana norma de la verdad, y su simiente perecerán junto con Esebón, es decir, los enigmas capciosos, "hasta Debón", cuyo nombre significa "pleito"; y con mucha razón porque las apariencias y los argumentos verosímiles no constituyen un conocimiento que tenga relación con la verdad sino polémica, disputa, enfrentamiento en controversia, rivalidad y todas las cosas de esta clase.

234. Pero no ha sido suficiente que la inteligencia soportara estas desgracias propias y en la órbita de lo intelectual; a ello hay que agregar que también las mujeres, es decir, los sentidos, han encendido un fuego, una gran hoguera sobre ella. Pero observa lo que quiere decir esto. Muchas veces durante la noche cuando no hacemos uso de nuestros sentidos concebimos extraños pensamientos acerca de muchas y diferentes cosas, pues el alma permanece siempre en actividad y sufre infinitos cambios. Cuanto ella misma de por sí ha engendrado bastaría, pues, para su ruina.

235. Pero, en realidad, también la turba de los sentidos ha introducido en ella una multitud incontable de desdichas. Ésta procede en parte de los objetos visibles, en parte de los sonidos; ora de los sabores, ora de los olores que excitan al olfato; y, seguramente, la llama que de ellos se eleva afecta al alma más desastrosamente aún que la que es engendrada por la misma alma sin el concurso de los órganos de los sentidos.

235. LXXXIV. Una de estas mujeres es la de Putifar, el jefe de cocina del faraón;[111] y es preciso examinar cómo éste, a pesar de ser eunuco, tiene mujer; porque aquellos que se ocupan más de la inteligencia literal de la ley que de su interpretación alegórica se hallarán ante algo aparentemente inexplicable. Ese verdadero eunuco y jefe de cocina que es la inteligencia que se entrega no sólo a los simples sino también a los excesivos placeres, ha merecido el nombre de eunuco y estéril en sabiduría, pues es eunuco, no de otro cualquiera sino del faraón, el dispersador de las cosas nobles. Porque, desde otro punto de vista, sería excelente convertirse en eunuco si ello consistiera en que nuestra alma pudiera huir del vicio y olvidarse de la pasión.

[111] Gen. XXXIX, 1 y ss.

237. Por esto también José, el carácter dueño de sí mismo, cuando el placer le dice: "Acuéstate conmigo" (Gen. XXXIX, 7), y puesto que eres hombre, no dejes de experimentar las pasiones y gozar de las delicias propias de la vida, se niega diciendo: "Pecaré contra Dios, el amante de la virtud, si me convierto en amante del placer; pues ésta es una mala acción." (Gen. XXXIX, 7.)

238. LXXXV. Y por ahora se limita a una pugna ligera, pero cuando el alma ha entrado en su propia casa y, refugiándose en sus propias fuerzas, ha renunciado a cuanto concierne al cuerpo y se ha abocado a las obras que le competen en cuanto alma, entonces el placer combatirá con tenacidad. José no entra ni en su casa ni en la de Putifar, sino "en la casa, para hacer su oficio." (Gen. XXXIX, 11.) Y el legislador no agrega de quién es la casa, a fin de que lo interpretes alegóricamente.

239. Pues bien, la casa es el alma, hacia la que él se retira abandonando las cosas de fuera, para estar, como se dice, dentro de sí mismo, y el "oficio" del hombre dueño de sí mismo consiste, podemos asegurarlo, en el cumplimiento de Divinos designios; porque allí no se encontraba ningún razonamiento contrario a ellos, de esos que suelen residir dentro del alma.[112] Pero el placer no desiste de combatir; y por el contrarío, habiéndolo tomado de sus

vestidos, le dice: "Acuéstate conmigo". Así como los vestidos son abrigo del cuerpo, lo son del ser viviente los alimentos y las bebidas. Y lo que la mujer dice es lo siguiente: ¿Por qué desistes del placer, sin el cual no te es posible vivir?
[112] Alegoría de las palabras finales de Gen. XXXIX, 11: "y ninguno de los de la casa se encontraba dentro".

240. Mira, yo me quedo con parte de lo que puede producirlo y te digo que no puedes subsistir si no aprovechas algunas cosas de las que producen placer. ¿Qué hace, ante esto, el dueño de sí mismo? Dice: 'Si estoy a punto de convertirme en esclavo de la pasión a causa de la materia que la produce, abandonaré también a la pasión y saldré afuera'. Dice, en efecto, que "dejando sus vestidos en las manos de aquélla, huyó y salió afuera." (Gen. XXXIX, 12.)

241. LXXXVI. "¿Quién preguntará tal vez alguien, sale adentro?[113] No pienses que pocos. ¿O acaso no están los que, habiendo desistido de saquear los templos, roban de una casa particular, y los que no golpean a su padre pero cometen atropellos contra un extraño? Éstos salen sí de las faltas mencionadas, pero incurren en otras.[114] Al hombre completamente dueño de sí mismo, en cambio, le es preciso huir de todas las faltas, tanto de las más graves como de las menos graves, y no estar complicado en ninguna absolutamente.
[113] Es decir, ¿no es una redundancia eso de "salir afuera"?
[114] O sea, siempre están dentro de la esfera de las faltas, aunque eviten algunas.

242. Ahora bien, José, como es un joven y no tiene fuerzas para contender con el cuerpo egipcio y vencer al placer, huye. En cambio, Fincas, el sacerdote, celoso con el celo por Dios, no ha procurado su propia salvación mediante la fuga; sino, tomando la "lanza", as decir, el espíritu del celo, no desistirá hasta que "haya atravesado a la madianita", vale decir, a la naturaleza que ha sido separada de la Divina compañía, "en medio de su vientre" (Núm. XXV, 7 y 8); para que jamás pueda esparcir el fruto o. la simiente del vicio. LXXXVII. En mérito a ello, el alma, extirpada la insensatez, obtiene una doble heredad en recompensa: la paz y la dignidad sacerdotal,[115] virtudes estrechamente emparentadas.
[115] Núm. XXVI, 13.

243. Preciso es, pues, no prestar oídos a tal mujer, me refiero a la miserable sensibilidad. "Dios", en efecto, "favoreció a las parteras" (Ex. I, 20) en atención a que no habían hecho caso de las disposiciones del faraón, el dispersador, y "habían salvado a los hijos varones" (Ex. I, 17)', que aquél quería aniquilar, pues estaba prendado de la naturaleza femenina, ignorando a la Causa y diciendo "No Lo conozco". (Ex. V, 2.) 244. Otra es la mujer en la que es preciso confiar; una mujer tal como nos consta fue Sara, es decir, la soberana virtud. El sabio Abraham le hace caso cuando ella le recomienda lo que debe hacer. En efecto, anteriormente, cuando aún no había llegado a ser perfecto y, antes de que su nombre fuera cambiado, todavía indagaba acerca de las cosas del mundo superior porque era incapaz de engendrar frutos de la virtud perfecta, Sara le aconseja que engendre hijos de su sierva, de Agar, es decir, de la cultura general.[116] "Agar" significa "residencia en el extranjero". Y en efecto, quien procura establecer su morada en la perfecta virtud, antes de ser inscripto en la ciudad de ésta reside en las enseñanzas tocantes a la cultura general para poder, mediante ellas, avanzar libremente en pos de la virtud.
[116] Ver la nota 85 sobre la *enkyklios paidéia*, simbolizada en Agar.

245. Pero, cuando ve que ha alcanzado la perfección y que ya puede engendrar.. .[117] Y si él, lleno de gratitud hacia la educación por medio de la cual se ha llegado a unir con la virtud, piensa que es penoso alejarla,[118] será apaciguado por una Divina comunicación que le manda:

"Cuanto te dijere Sara. presta oídos a su voz." (Gen. XXI, 12.) Sea ley de cada uno de nosotros lo que pareciere bien a la virtud, pues, si quisiéremos escuchar cuanto la virtud aprueba, seremos felices.
[117] Laguna en el texto griego. Seguramente debe suplirse algo así como: "Sara le pide que abandone ya a Agar, la instrucción general, pues ya puede engendrar hijos de ella misma, es decir, de la virtud".
[118] A Agar, la cultura general. "Alejarla", es decir, abandonarla para pasar a los estudios superiores.

246. LXXXVIII. Las palabras "Y has comido de este árbol, del único del cual te había prescripto no comer", son equivalentes a 'Has estado de acuerdo con el vicio, al que era preciso rechazaras con toda tu fuerza'. Por eso no eres tú el "maldito", sino lo es "la tierra en las obras tuyas". (Gen. III, 17.) ¿Cuál es, pues, la razón de esto? La serpiente es, lo sabemos ya, el placer, es decir, la irracional rebeldía del alma. Ella es maldita de por sí, pero la verdad es que sólo al hombre ruin se junta y no al hombre virtuoso. Pero, Adán es la neutral inteligencia, que unas veces resulta mejor y otras peor, por cuanto, siendo inteligencia, no es de naturaleza ni buena ni mala, sino suele, ya por obra de la virtud, ya por obra del vicio, cambiar lo bueno por lo malo y viceversa.

247. Es, pues, razonable, que Adán no sea maldecido a causa de sí mismo, como que él ni es vicio ni conducta regida por el vicio; y que, en cambio, en sus obras sea maldecida la tierra; ya que las acciones ejecutadas a través del alma toda, a la que el legislador denomina "tierra", son reprensibles y responsables cuando él realiza cada una de ellas obedeciendo los dictados del vicio. Por eso añade: "Con dolor comerás de ella" (Gen. III, 17), lo que es como decir: 'Con dolor alcanzarás el beneficio de la vida'. Efectivamente el hombre ruin penosamente durante toda su vida participa de su condición de ser viviente, sin tener motivo alguno de alegría. Motivo que por ley natural sólo puede tener origen en la justicia, en la prudencia y en las virtudes que comparten el trono de ésta.

248. LXXXIX. "Espinas y cardos te producirá." (Gen. III, 18.) ¿Y qué otra cosa se produce y germina en el alma insensata como no sean las pasiones, que pinchan y hieren? A éstas figuradamente las ha llamado Dios "espinas". El impulso irracional lánzase primeramente al encuentro de ellas como un fuego; y, una vez aparejado con ellas, incendia y destruye todas las cosas del alma. Leemos, en efecto, que. "si un fuego que se originare hallare espinas y quemare una era o espigas o un campo, el que prendió el fuego pagará indemnización". (Ex. XXII, 6.)

249. Ves que el fuego, es decir, un impulso irracional, al originarse no incendia las espinas, sino les sale al encuentro. En efecto, buscando, como busca, las pasiones, ha hallado a las que deseaba encontrar; y, cuando las ha hallado, incendia estas tres cosas: la virtud perfecta, el progreso gradual y las buenas cualidades naturales. Compara el legislador la virtud con la era, pues así como en ésta el grano es mezclado, del mismo modo mézclanse las cosas nobles en el alma del sabio. Al progreso gradual lo compara con las espigas puesto que uno y otras son incompletos y tienden hacia su plena madurez. Y a la buena disposición natural la compara con un campo porque recibe las semillas de la virtud.

250. Además, a cada una de las pasiones la llama abrojo [119] porque encierra tres elementos: la pasión en sí, lo que la produce y el resultado de ella; por ejemplo: el placer, lo placentero y la experiencia placentera; el deseo, lo deseable y el desear; la pena, lo penoso y el penar; el temor, lo temible y el temer.

[119] "Abrojo", que en griego se dice *tríbolos* o *tribólion* = de tren puntas, literalmente; de donde extrae Filón la consideración que sigue.

251. XC. "Y comerás la hierba del campo; con el sudor de tu rostro comerás el pan." (Gen. III, 18 y 19.) Usa como sinónimos los términos "hierba" y "pan"; ambos significan lo mismo. La hierba es el alimento del ser irracional; e irracional es el hombre ruin, que rechaza la recta razón; e irracionales son también los sentidos, que son parte del alma. Pero la inteligencia que se lanza en procura de las cosas sensibles por la vía de los irracionales sentidos, no sin trabajo y sudor las persigue. Dolorosa y penosa al máximo, en efecto, es la vida del insensato, puesto que persigue y se relame con todo lo que produce placer y con aquellas cosas que el vicio suele producir.

252. ¿Y hasta cuándo? "Hasta que", dice Dios, "retomes a la tierra de la que fuiste sacado". (Gen. III, 19.) En efecto, ¿no te ocupas ahora de las cosas terrestres y desordenadas, habiendo abandonado la celestial sabiduría? Corresponde, pues, averiguar cómo más tarde retorna. Pero tal vez el sentido de Sus palabras sea más o menos éste: la inteligencia insensata se ha apartado siempre de la recta razón, pero ella ha sido sacada no de la naturaleza que está en lo alto, sino de la materia más terrestre, y ya se mantenga estática ya se mueva, es siempre la misma y tiende siempre a lo mismo.

253. Por eso agrega también: "Porque tierra eres y hacia la tierra retornarás" (Gen. III, 19); lo que equivale a lo que antes he dicho. Pero también significa esto: tu principio y tu fin son uno solo y el mismo. Tuviste, en efecto, origen en las sustancias perecederas de la tierra, y de nuevo en ellas acabarás después de recorrer durante tu vida un camino, no un camino real, sino uno escabroso, lleno de zarzas y abrojos, producidos por la naturaleza para pinchar y herir.

SOBRE LOS QUERUBINES, LA ESPADA FLAMÍGERA

Y CAÍN, PRIMER HOMBRE NACIDO DE HOMBRE

(DE CHERUBIM)

1. I. "Y expulsó a Adán y puso frente al parque del deleite a los querubines y la flamígera espada[1] vuelta en todas las direcciones, para que vigilasen el camino del árbol de la vida." (Gen. III, 24.) Dice ahora Moisés "expulsó", en tanto que antes ha dicho "hizo partir" (Gen. III, 23); y no empleando los términos al azar, sino usándolos con pleno conocimiento de los objetos a los que con exacta y precisa correspondencia los aplica.

[1] En el texto de los Setenta figuran entre "deleite" y "a los querubines" las palabras "y colocó", por lo que el pasaje se lee: "Y expulsé a Adán y lo puso frente al parque del deleite; y colocó a los querubines y la flamígera espada.. ." Sin embargo, por lo que expresa Filón en 11 se advierte que no tiene en cuenta dichas palabras; por lo que las he omitido en la traducción.

2. Y así, mientras el que ha sido hecho partir 'no está impedido de alcanzar el retorno, el expulsado por Dios, en cambio, soporta un destierro eterno. En efecto, al que aún no ha sido apresado firmemente por el vicio le está permitido, si se arrepiente, retornar, como quien retorna a su patria, hacia la virtud, de la que se ha apartado; en tanto que el que está abrumado y dominado por una violenta e incurable enfermedad, queda fatalmente sujeto a sus inacabables horrores por toda la eternidad, arrojado miserablemente al lugar de los impíos, para que soporte una tremenda y permanente desgracia.

3. Así vemos que Agar, es decir, la cultura general intermedia,[2] se aparta dos veces de la soberana virtud, personificada en Sara; y que una vez vuelve sobre sus pasos. La primera vez, habiéndose alejado sin que mediara expulsión, cuando le hubo salido al encuentro un mensajero,[3] es decir, un Divino logos, retomó a la casa de su señor;[4] la segunda es desterrada definitivamente para no retornar.[5]

[2] Ver Interpretación alegórica III, 167.

[3] O ángel. Sobre los *lógoi*, mensajeros de Dios ver Sobre los sueños I, 137 a 149.

[4] Gen. XVI, 6 y ss.

[5] Gen. XXI, 14.

4. II, Hemos de señalar los motivos tanto del primer alejamiento como del destierro definitivo posterior. En la primera ocasión ni Abraham ni Sara habían aún recibido nuevos nombres; dicho en otras palabras: no se habían transformado en orden a la perfección de los rasgos de sus almas. El primero era, en efecto, todavía "Abram", o sea, "el elevado padre", empeñado en alcanzar la supraterrestre filosofía que se ocupa de cuanto acontece en el aire, y la filosofía sublime [6] de. los seres existentes en el cielo; filosofía que los matemáticos proclaman como la más elevada rama del estudio de la naturaleza.

[6] O elevada o celestial. Como poco antes en la calificación de supraterrestre, el adjetivo alude al nombre Abram = padre elevado.

5. Y Sara era todavía el símbolo de la soberanía personal, puesto que su nombre [7] significa "mi soberanía"; no habiendo experimentado aún la transformación en la virtud genérica, por cuanto todo género es necesariamente imperecedero, y el lugar de ella estaba aún en el orden de las virtudes particulares y específicas; siendo aún la prudencia como se da en mí, y del

mismo modo,]a templanza, la fortaleza, la justicia, virtudes perecederas todas ellas, dado que también yo, el ser que las ha recibido, soy perecedero.
[7] Que hasta entonces era Sara, y en adelante será Sarra. Filón traduce "Sara" al griego como "soberanía de mí", es decir, personal o de cada hombre. Por razones obvias en la traducción se mantendrá la forma "Sara", salvo en los casos en que Filón insiste en la oposición entre ambas variantes.

6. Por consiguiente, Agar, la cultura general intermedia, aunque hubiere intentado huir de la vida austera y severa de los amantes de la virtud, retornará de nuevo hacia esa misma vida, que es aún incapaz de poseer las virtudes genéricas y se limita todavía a participar de las particulares y específicas, en cuyo ámbito las cosas intermedias son preferidas a las elevadas.

7. Pero, más adelante Abram se convertirá ya de estudioso de las cosas de la naturaleza en sabio y amante de Dios, y le será trocado el nombre en Abraham, que significa "'escogido padre del sonido", por cuanto la palabra pronunciada [8] "suena", y el padre de la palabra, es decir, la inteligencia del hombre virtuoso es "escogido"; [9] y, por su parte, Sara dejará de ser "la soberanía personal" para convertirse en Sarra, nombre que significa "soberana"; en otras palabras, la virtud específica y perecedera se trocará en virtud genérica e imperecedera. 8. Y además los iluminará Isaac, la forma genérica de la felicidad, de la alegría y del gozo de los que han dejado atrás ya las reglas femeninas[10] y muerto para las pasiones;
Isaac, que persigue con diligencia los pasatiempos, no pueriles sino sagrados.[11] Y entonces serán expulsados los estudios preliminares, que llevan el nombre de Agar; y será expulsado también el hijo de aquéllos, el sofista llamado Ismael.
[8] O más precisamente: "el logas pronunciado", es decir, la palabra. Filón distingue dos *lógoi*: el lagos *endiáthetos* = logos pensado, razón o pensamiento; y el lagos *prophorikós* o *gegonós* = logos pronunciado, palabra. Con ello se ajusta a la distinción de los estoicos sobre el particular. Ver Sobre los gigantes 52, Sobre las intrigas 66, 92 y 126, y Sobre la migración de Abraham 71.
[9] "Escogido": adopto esta lectura, acorde con la cita del pasaje conservada en Clemente de Alejandría, Stromata V, 1, 8, desechando la de los manuscritos, por resultar aquélla más acorde con el resto del texto.
10 Gen. XVIII, 11.
[11] Alusión al Gen. XXVI, 8.

9. III. Entraran tales estudios en eterno destierro, siendo su expulsión confirmada por Dios al ordenar al hombre sabio atenerse a las palabras de Sara, quien sin rodeos dícele "que expulse a la criada y a su hijo". (Gen. XXI, 10.) Hermoso es obedecer a la virtud, sobre todo a la que nos presenta una doctrina como ésta, por cuanto las naturalezas más perfectas están completamente separadas de los modos de ser intermedios, y porque la sabiduría nada tiene que ver con la sofística, pues mientras ésta se esfuerza por elaborar argumentos verosímiles con miras a sentar falsas opiniones que perjudican al alma; la sabiduría, en cambio, mediante el estudio de las verdades, procura a la inteligencia el gran provecho del conocimiento de la recta razón.

10. ¿Por qué, pues, nos asombramos de que también Adán, la inteligencia que ha contraído la incurable enfermedad de la insensatez, haya sido desterrado por Dios de la región de las virtudes sin serle permitido retomar en adelante, si también arroja y expulsa de la sabiduría y de la presencia del hombre sabio, que han recibido de Él los nombres de Sarra y de Abraham, al hijo sofista y a su madre, la enseñanza de los conocimientos preliminares?

11. IV. Además en aquel momento [12] la flamígera espada y los querubines ocupan su puesto

frente al parque. La expresión "frente a" es empleada, ante todo, con el sentido de enfrentamiento hostil; en segundo lugar, aplicada a los que se someten a un arbitraje, como el que es juzgado por el juez; y en tercer lugar, para expresar una estrecha vinculación, como el estar frente a algo para observarlo detenidamente y familiarizarse más aún al cabo de una observación más cuidadosa, tal como se hallan "frente a" los pintores y escultores las pinturas y estatuas que les sirven de modelos.
[12] Es decir, en el momento en que Adán era expulsado del parque.

12. Un ejemplo del primer sentido, es decir, del de hostilidad es lo que se ha dicho de Caín: "Alejóse de la presencia del Señor y habitó la tierra de Nod, frente al Edén." (Gen. IV, 16.) "Nod" significa "agitación", en tanto que "Edén" quiere decir "deleite", siendo la primera, símbolo del vicio, que perturba al alma; y el segundo, de la virtud, que le brinda bienestar y deleite, no el enervado deleite que ofrece el placer a través de la irracional pasión, sino la alegría sin pena ni alteración a la que acompaña una grande placidez.

13. Pero, cuando la inteligencia se aparta de la visión de Dios, en la que le hubiera sido hermoso y provechoso permanecer sin alejarse, es forzoso que, como una nave en su travesía por el mar frente a la violencia de los vientos que la hostigan, sea al punto llevada de aquí para allá, sin que le quepa otra patria ni otra morada que la agitación y el trastorno, que son las cosas más opuestas a la firmeza del alma que nos viene de la alegría cuyo nombre es Edén.

14. V. Un ejemplo de estar "frente a" para un juicio lo constituye el caso de la mujer sospechosa de adulterio. Leemos, en efecto, lo siguiente: "El sacerdote colocará a la mujer frente al Señor y le descubrirá la cabeza." (Núm. V, 18.) Aclaremos qué es lo que Moisés quiere significar con esto. Lo conveniente resulta a veces inconveniente en la práctica, y lo no conveniente concrétase a veces de manera conveniente. Así, por ejemplo, la devolución de un depósito, cuando no tiene lugar por honesta resolución sino para perjuicio del que lo recibe o a título de treta con miras a la ulterior violación de una mayor confianza, no deja de ser una acción conveniente pero llevada a cabo de manera inconveniente.

15. En cambio, el hecho de que el médico, cuando tiene resuelto purgar u operar o quemar para bien del enfermo, no le diga la verdad, a fin de que no se atemorice por anticipado, y huya de la curación o sucumba extenuado en el momento del tratamiento; o el caso del hombre sabio que miente ante los enemigos para salvar a su patria, temeroso de que con la verdad resulte fortalecida la posición de los adversarios; siendo actos inconvenientes en sí, resultan justos en su ejecución. Por eso dice Moisés: "Sigue con rectitud la justicia" (Deut. XVI, 20); dando a entender que cabe la posibilidad de hacer lo justo sin rectitud, cuando el que decide no se aboca a ello con sana determinación.

16. Porque, en efecto, lo que se dice y se hace resulta claramente manifiesto para todos; pero, en cambio, no es claro el pensamiento según el cual se dice lo que se dice y se hace lo que se hace; y resulta imposible determinar si se trata de un pensamiento saludable y puro o si es enfermo y manchado con muchas impurezas. Ninguna creatura es capaz de discernir los motivos de una oculta determinación; sólo Dios lo puede y por ello dice Moisés que "las cosas ocultas son conocidas por Dios Soberano; las manifiestas lo son por la creatura". (Deut. XXIX, 28.)

17. Y también por eso ha sido dispuesto que el sacerdote y profeta, es decir, la razón, "coloque frente al Señor" (Núm. V, 18) al alma con la cabeza descubierta, vale decir, exponiendo sin ocultamientos la doctrina capital[13] y mostrando al descubierto los motivos en

los que ella se apoya, para que, juzgada por las exactísimas miradas de Dios, el incorruptible, o bien se ponga al descubierto su altanera simulación, verdadera moneda falsificada, o bien, si es inocente de todo mal, se vea limpia de los cargos contra ella, apelando al testimonio del único que es capaz de ver al alma desnuda.
[13] Juego de palabras entre *kephalé* = cabeza, y *kephálaion* = capital, principal, que encabeza.

18. VI. Tal es lo que se entiende por estar "frente a" para un juicio. En cuanto al estar "frente a" para forjar un vínculo estrecho, es el caso registrado a propósito del omnisciente Abraham. Dice, en efecto, la escritura: "Todavía seguía en pie frente a! Señor." (Gen. XVIII, 22.) Y prueba de esta intimidad son las palabras que siguen "Acercándosele dijo". (Gen. XVIII, 2.3.) Es que, así como armoniza con el sentimiento de hostilidad la separación y el desligamiento, con el de unión íntima, en cambio, armoniza la aproximación.

19. El mantenerse firme y adquirir una inteligencia inalterable es marchar cerca del poder de Dios, puesto que lo Divino es inalterable. En: cambio lo creado es variable por naturaleza. Si, pues, alguien, hubiera refrenado, por amor hacia el saber, el impulso propio del ser creado, y lo hubiere forzado a detenerse, no olvide que se halla próximo a la Divina felicidad.

20. Pues bien, es con sentido de intimidad [14] como asigna Dios la ciudad situada frente al parque a los querubines y a la flamígera espada; no como a enemigos que se aprestan a enfrentarse y combatirse, sino como a íntimos y amigos excelentes, para que sus potencias adquieran un recíproco anhelo por efecto de la común contemplación y de la ininterrumpida indagación, al inspirarles Dios, el generoso dispensador de dones, el alado y celestial amor.
[14] Intimidad entre los querubines y la espada, por una parte, y el parque por otra; no entre los querubines y la espada, o entre uno y otro querubín

21. VII. Hemos ahora de averiguar qué es lo que se simboliza mediante los querubines y la flamígera espada. Se me ocurre, en verdad, que representan alegóricamente el curso del cielo todo. En efecto, los movimientos asignados a las esferas celestes son de dos tipos opuestos: a una le ha correspondido el movimiento invariable, el propio de la identidad, orientado hacia la derecha; a la otra,[15] el variable, el propio de la alterabilidad, orientado hacia la izquierda.[16]
[15] En realidad, como se observa en lo que sigue, no se trata de "la otra' esfera, sino de las otras siete esferas que forman el circulo interior. Pero por lo visto, Filón emplea con harta libertad los términos *sphaíra* y *kykios* como se desprende también de lo que dice en 23, donde se lee que la esfera interior se divide en siete círculos. Sobre el sentido que en la cosmología platónica tienen los términos *tautoû* (por *toû autoû*) = de lo mismo o del mismo, y *thatérou* (por *toú hetérou*) == de lo otro o del otro, que, a falta de otras equivalencias españolas, he traducido por "de la identidad" y "de la alterabilidad", ver la nota siguiente.
[16] Recuérdese que en la astronomía platónica se concibe al universo como. una entidad esférica compuesta de un centro fijo: la tierra; en torno del cual giran las siete esferas del circulo interior, en el que se hallan el sol, la luna y cinco planetas o astros errantes, todos con movimientos irregulares: propios, de retroceso, de diferente velocidad y dentro de sus órbitas particulares; hallándose en la parte más exterior una octava esfera, o círculo exterior; la esfera de los astros no errantes o de cursos fijos, dotados de dos movimientos invariables: uno sobre sí mismo y el otro de avance a la par de la revolución del círculo exterior. Platón denomina a este círculo el circulo de "lo mismo", es decir, de la identidad o inmutabilidad, por oposición al círculo interior o círculo de "lo otro", vale decir, de la alterabilidad o variabilidad o cambio. Los astros de cursos fijos son calificados de "divinos" o "dioses visibles", tal como los califica Filón en Sobre la creación 27. Sobre el particular ver Timeo 36 c-d, 38 c-e y 40 a-b.

22. La esfera más exterior, que contiene las llamadas estrellas fijas, es una sola y siempre describe la misma revolución de este a oeste. Las esferas interiores, en cambio, siete en total, que contienen los planetas,[17] tienen dos movimientos de opuesta naturaleza cada una; uno voluntario y otro forzoso. Su movimiento involuntario [18] es análogo al de los astros fijos, como que se las ve pasar a diario. del oriente al poniente; en tanto que es de oeste a este el movimiento propio, en el que también sucede que las revoluciones de sus siete astros están asociadas a espacios de tiempo. Tales espacios de tiempo son iguales en el caso de los astros de iguales cursos, llamados el sol, la estrella matutina y el brillante.[19] Estos tres planetas son, en efecto, de la; misma velocidad. Son, en cambio, distintos los lapsos en el caso de los planetas de cursos diferentes; si bien guardan una proporción definida tanto cutre ellos mismos como entre ellos y aquellos tres.
[17] O astros errantes.
[18] Vale decir, que se produce forzosamente a la par del movimiento' universal.
[19] Venus y Mercurio.

23. Uno de los dos querubines representa, pues, la esfera más exterior, la zona extrema de todo el cielo, la bóveda en la. cual las estrellas fijas trasládanse en coro según un ritmo verdaderamente Divino, caracterizado por su regularidad y uniformidad, sin abandonar el lugar que el Padre, que las creó, ha establecido para ellas en el orden universal. El otro querubín es la esfera [20] contenida dentro, esfera en la que, al dividirla en siete partes, determinó Dios siete círculos que guardan determinada relación entre sí, adaptando a cada uno de ellos un planeta.
[20] Ver lo aclarado en la nota 15.

24. Y habiendo situado a cada astro en su propio círculo como a un conductor en su vehículo, a ninguno de esos conductores confió las riendas, temeroso de una conducción desacorde, y sujetó a todos a Su propio control, por entender que de ese modo sus marchas habrían de ser armoniosas y ordenadas al máximo. Con Dios, en efecto, todo es laudable;
sin Dios, en cambio, todo es vituperable.

25. VIII. Ésta es una interpretación de la alegoría de los querubines. En cuanto a la espada flamígera que gira, bien cabe suponer que representa el movimiento de los mismos y el eterno impulso del cielo todo. Pero quizá, según otra interpretación, los querubines simbolicen a ambos hemisferios;[21] puesto que están frente a frente cubriendo con las alas el propiciatorio;[22] y también los hemisferios están enfrentados uno con otro, hallándose extendido: sobre la tierra, que es el centro del universo, y separados por ella.
[21] En Sobre el Decálogo 56 y 57 se refiere Filón a los hemisferios celestes diciendo: "Como el cielo está en incesante revolución, los dos hemisferios se turnan diariamente, situándose uno arriba de la tierra y otro debajo de ella en apariencia, porque en realidad no hay arriba ni abajo en la esfera celeste."
[22] Ex. XXV, 19.

26. Como la tierra es la única porción del mundo que permanece fija, lo que permite que la revolución de uno y otro hemisferio resulte armoniosa en sumo grado al realizarse en lomo a un centro inmóvil, los antiguos la llamaron acertadamente Hestia.[23] La espada flamígera, por su parte, es símbolo del sol, el cual es, en efecto, una condensación de intensa llama, y resulta ser él más veloz de los seres, tanto que en un solo día da vuelta en torno de todo el mundo.[24]
[23] Hestia, divinidad protectora del hogar doméstico y público, personificaba también el fuego que se suponía ardía en el centro del universo. Filón aprueba tal designación, pues vincula la forma *hestía*, seguramente a través de la variante épico-jónica *histíe*, con el verbo *hístemi* = coloco, cuyo perfecto significa estoy colocado o fijo; y encuentra lógico que se dé un nombre

que significa fijeza a lo que permanece inmóvil.
[24] Es decir, posee las dos cualidades que se dan en la espada: la llama y el movimiento.

27. IX. Pero a menudo he escuchado un pensamiento más elevado, proveniente de mi propia alma, la que muchas veces suele sentirse inspirada por Dios y adivinar cosas que ignora. Lo evocaré y traduciré en palabras, si puedo. Decíame, en efecto, que aunque Dios es realmente uno solo,[25] dos son Sus supremas y primeras potencias: la bondad y la autoridad; y que mientras mediante Su bondad ha creado el universo, por Su autoridad gobierna lo creado.
[25] Ver Sobre la creación del mundo 171.

28. Y que en medio, como un nexo entre ambas, existe una tercera entidad, Su logos,[26] mediante el cual ejerce Su soberanía y manifiesta Su bondad. Los querubines son, pues, símbolo de estas dos potencias, la autoridad y la bondad; en tanto que la espada flamígera lo es del logos. El logos, en efecto, y sobre todo el de la Causa es rapidísimo en sus movimientos, y abrasador, como que él deja atrás a todas las cosas y las precede, habiendo sido concebido antes que todas ellas, y siendo manifiesto por sobre todas ellas.
[26] Ver Sobre la creación del mundo 20.

29. Acepta, pues, oh inteligencia, la imagen cabal de los dos querubines, para que, instruida acerca de la autoridad y la bondad de la Causa, recojas el fruto de una feliz suerte; ya que, de ese modo, conocerás enseguida cómo estas potencias sin mezcla forman una estrecha unidad, que pone de manifiesto la excelsitud de Su autoridad en las obras de Su bondad, y hace patente Su bondad en los actos de Su autoridad. De ese modo, podrás adquirir las virtudes que tienen origen en estas potencias, a saber, una animosa disposición y un piadoso temor ante Dios; y, consecuentemente, ante la grandeza de la soberanía del Rey no hablarás con jactancia cuando las cosas te fueren bien, y ante la dulzura del grande y dadivoso Dios no desesperarás de un cambio favorable, cuando soportares algo que te desagrada.

30. La presencia de una espada flamígera se explica por cuanto es preciso que acompañe a tales virtudes la razón,[27] ardiente e inflamada de por sí, que es la medida de las cosas, que jamás cesa de moverse con el máximo de celo en procura del bien, y rehuyendo de lo opuesto a él.
[27] Traduzco aquí logos por razón, aunque en otros párrafos translitero el término griego; porque sonaría algo extraño el decir logos humano en vez de razón humana. En otras palabras, he preferido la transliteración cuando el término se refiere a la potencia de Dios a cuyo cargo estuvo el concebir y crear el mundo, y empleo el pálido equivalente español razón cuando se trata de la facultad humana, aun en casos como el presente, en que parece referirse el autor a la doble acepción del término: razón y palabra. Ver Sobre la creación del mundo, nota 6.

31. X. ¿No ves que también el sabio Abraham, cuando comenzó a tomar a Dios por medida de todo y a no confiar en, ningún caso en lo creado, toma una imitación de espada llameante, "el fuego y el cuchillo" (Gen. XXII, 6), deseando vivamente separar y consumir lo mortal procedente de sí mismo a fin de remontarse hasta Dios con el entendimiento libre?

32. En cambio a Balaam, que es la personificación del pueblo insensato. Moisés, consciente de que el alma debe librar una guerra en procura del saber, lo presenta como desarmado, eludiendo el servicio de las armas y desertor. Dice, en efecto, Balaam a la asna, vale decir, a la norma irracional de vida,. sobre la que se halla montado todo insensato: "Si tuviera una espada, ya te habría traspasado." (Núm. XXII, 29.)[28] Infinitas: gracias demos al Artífice, por cuanto conociendo el frenesí de la insensatez, no le ha concedido el poder de la palabra (lo

que equivaldría a dar una espada a un demente), a fin de que no cause una tremenda e injusta destrucción entre todos los que le salen al paso.
[28] "Si tuviera espada...", dice Balaam; de lo que Filón infiere que no la tenía, y que, por lo tanto, no estaba armado.

33. Por otra parte, lo mismo que imputa [29] Balaam, imputa siempre desatinadamente cada uno de los. no purificados que dedican su vida al comercio, a la agricultura o a cualquiera otra actividad de las que procuran ganancias. Mientras sus asuntos se presentan todos sin excepción prósperos, cada uno de ellos cabalga regocijado, sostiene en firme las riendas y se niega tenazmente a soltarlas entendiendo que de ninguna manera estaría bien hacerlo; y a cuantos le hablan de desistir y moderar razonablemente sus deseos por cuanto el futuro es incierto, los tacha de envidiosos y celosos, proclamando que estas prevenciones no le son hechas con recta intención.
[29] Balaam echa en cara a su asna su presente dificultad, es decir, la atribuye la culpa de lo que le pasa.

34. Pero cada vez que le sobreviene un contratiempo o fracaso, reconoce en aquéllos una capacidad suma para prevenir los sucesos futuros como buenos adivinos; no obstante lo cual echa toda la culpa a lo que es absolutamente inocente, es decir, a la agricultura, al comercio, o a las otras actividades que juzgaba dignas de ser ejercidas como fuentes de recursos.

35. XI. Mas estas actividades, aunque desprovistas de órganos para hablar, se expresarán con el lenguaje de los hechos mismos, que es más claro aún que el lenguaje de la lengua, diciendo: [Falso calumniador], ¿no somos acaso aquellas en las que como bestias de carga cabalgabas muy pagado de tí mismo? ¿Acaso por mera insolencia te hemos preparado un desastre? [30] Mira al ángel armado, es decir, al logos de Dios, de pie frente a ti.[31] ¿No ves que es él quien hace que las cosas lleguen a buen o mal termino? ¿Por qué, entonces, nos enrostras ahora a nosotras, siendo así que antes, cuando los negocios presentaban buen aspecto para ti, no nos reprendías? Porque en lo que a nosotras toca seguimos siendo las mismas sin haber cambiado un ápice en nuestro modo de ser absolutamente.
[30] Núm. XXII, 30.
[31] Núm. XXII, 31.

36. Tú, en cambio, usando de criterios no sanos, andas impaciente sin razón ninguna, porque, si desde el principio hubieras entendido que la causa de tus éxitos o fracasos no es alguna de las empresas que acometes sino el logos Divino, que rige y guía cual piloto el universo, más fácilmente sobrellevarías lo que te sucede y dejarías de acusarnos falsamente y atribuimos cosas que no podemos hacer.

37. Si, pues, aquel guía, en un nuevo cambio, pusiere fin a tu guerra, y disipare las preocupaciones y confusiones que ésta provoca, proclamando la paz en tu vida; alegre y gozoso nos tenderás tu diestra, aun cuando seguiremos siendo las mismas que éramos; pero nosotras ni nos envanecemos por tu prosperidad ni nos preocupamos si te va mal; ya que estamos persuadidas de que no somos las causas ni de tus bienes ni de tus males, aunque a ti se te ocurran tales cosas acerca de nosotras. De lo contrarío, también habrían de atribuirse al mar en sí las prósperas navegaciones o los naufragios que sobrevienen y no a las variaciones de los vientos, que unas veces soplan con moderación en tanto que otras lo hacen con la violencia del huracán.

38. Porque a toda agua le ha correspondido por naturaleza el ser tranquila de por sí; y cuando

una brisa favorable acompaña a los timones y cada uno de los rizos va suelto, las naves, con las velas desplegadas, arriban a los puertos; pero, cada vez que repentinamente el viento se echa contra las proas, origina una violenta conmoción y trastorno y da vuelta la embarcación. Y sobre el mar, aunque en nada es culpable de lo sucedido, recae la aparente culpa, no obstante ser evidente que su calma o su violencia dependen de la suavidad o vehemencia de los vientos.

39. Pues, bien, entiendo que a través de todas estas consideraciones he demostrado suficientemente que, habiendo provisto la naturaleza al hombre de la razón como su mejor aliada, hace feliz y realmente sensato a quien es capaz de regirse por ella correctamente, y desdichado e insensato a quien no es capaz de ello.

40. XII. "Y conoció Adán a su mujer y ésta concibió y dio a luz a Caín; y Adán dijo: 'He obtenido un hombre por medio de Dios'. Y añadió Dios el engendrar ella a Abel, hermano de aquél."[32] (Gen. IV, 1 y 2.) A aquellos cuya virtud el legislador ha testimoniado, vale decir, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés y otros del mismo espíritu, no los presenta "conociendo" a mujeres.

[32] Como se advertirá en las consideraciones expuestas en 124, y en las contenidas en Sobre los sacrificios de Abel y Caín 10, Filón interpreta que el sujeto de "dijo" es Adán, y el de "añadió" es Dios, no obstante que la lectura correcta del pasaje es: "Y conoció Adán a su mujer, y ésta concibió y dio a luz a Caín, y dijo: 'He obtenido un hombre por medio de Dios'. Y añadió el engendrar (es decir: engendró en un segundo parto) a Abel, el hermano de aquél."

41. Es que, como la mujer, según decimos, es la personificación de la sensibilidad, y como el saber se alcanza mediante el apartamiento de la sensibilidad y la materia, se sigue que los amantes de la sabiduría más bien rechazan que buscan a, la sensibilidad. Y creo que es lo razonable. A aquellas que cohabitan con ellos llámaselas mujeres; pero, en realidad, se trata de virtudes: Sara, es decir, la autoridad y guía; Rebeca, o sea, la perseverancia en lo noble; Lía, rechazada y fatigada a causa de la ejercitación ininterrumpida, que todo insensato rechaza y aleja de sí con gesto de repulsa; y la compañera de Moisés, Sófora, cuyo nombre significa "avecilla", la que se eleva desde la tierra hacia el cielo, para contemplar allí las bienaventuradas y divinas naturalezas.

42. Es mi propósito hablar sobre la gestación y el nacimiento de las virtudes; pero tapen sus oídos o márchense aquellos que desvirtúan la santidad; porque es a los iniciados dignos de los sacratísimos misterios, a quienes se han de explicar misterios Divinos; y estos iniciados son los que practican con modestia una piedad realmente sincera y sin presunciones. No expondremos, en cambio, la sagrada revelación para aquellos que están envueltos en el incurable mal de la vanidad y miden lo puro y santo no con otro canon que la sutileza de sus palabras y frases y la impostura de sus ritos y costumbres.

43. XIII. Hemos, pues, de comenzar la sagrada instrucción de esta manera. El hombre se une a la mujer, es decir, el ser humano masculino al ser humano femenino, a fin de concretar, conforme con el orden de la naturaleza, los acoplamientos con miras a la generación de hijos. En cambio, a las virtudes, que engendran muchas y perfectas cosas, no les es lícito juntarse con hombre mortal; mas, si no reciben de ningún otro ser la simiente jamás de por sí solas podrán dar a luz.

44. ¿Quién, pues, es el que siembra en ellas los bienes sino el Padre de todas las cosas. Dios, el increado y creador de todo sin excepción? Él, pues, siembra, pero el fruto que Le es propio,

el fruto que ha sembrado, lo concede como un don. Es que Dios nada engendra para Sí, ya que nada necesita; sino para el que ha menester recibirlo todo.

45. Confirmaré lo que digo recurriendo al fehaciente testimonio del sacratísimo Moisés. Presenta, en efecto, a Sara concibiendo con ocasión de la visita que le hace Dios en su soledad,[33] pero engendrando no ya para el Autor de la visita sino para el que se deleita en el logro de la sabiduría, que se llama Abraham.
[33] Gen. XXI, 1.

46. Pero más claramente aún lo testimonia cuando, a propósito de Lía, dice que Dios fue quien abrió su matriz,[34] cometido éste que está reservado al esposo; y que ella al concebir engendró no para Dios, pues Éste de por Sí es totalmente suficiente para Sí, sino para el que sobrelleva un trabajo para el logro del bien, o sea, Jacob; de modo que la virtud recibe de la Causa las Divinas simientes, pero engendra para alguno de los que la aman, que es preferido a los otros pretendientes suyos.
[34] Gen. XXIX, 31.

47. A su vez, habiendo el omnisciente Isaac suplicado a Dios, tómase fecunda, por obra del que ha recibido la súplica. Rebeca, es decir, la perseverancia.[35] Y Moisés, sin que medie súplica ni ruego alguno, cuando toma a Séfora, la virtud alada y excelsa, hállala preñada sin intervención de mortal alguno absolutamente.[36]
[35] Gen. XXV, 21.
[36] Ex. II, 22. Sobre lo de "alada y excelsa" recuérdese lo dicho en 41.

48. XIV. Recibid en vuestras almas, ¡oh iniciados, cuyos oídos están purificados! estos pensamientos como misterios verdaderamente sacros, y guardaos de comunicarlos a ninguno de los profanos; antes poniéndolos en resguardo conservadlos en vuestro círculo como un tesoro en el que no hay ni oro ni plata, sustancias perecederas, pero está lo más hermoso de cuanto puede poseerse, es decir, el saber acerca de la Causa, de la virtud y, en tercer término, del fruto de ambas. Mas, si os hallareis con alguno de los iniciados que conociere algún nuevo secreto, uníos a él apremiándolo perseverantemente para que no os lo oculte, hasta que seáis claramente informados sobre él.

49. Yo mismo, iniciado en los misterios fundamentales a través de los escritos de Moisés, el amado de Dios, con todo, habiendo enseguida visto al profeta Jeremías, y conocido que no sólo se trata de un iniciado sino que es además de un experto intérprete de las sagradas verdades, no he titubeado en seguirlo; y él, como profundísimo inspirado que es, me ha revelado cierto oráculo, que pone en boca de Dios las siguientes palabras dirigidas a la pacifísima virtud: "¿No Me invocaste como tu casa, tu padre y el esposo de tu virginidad?" (Jerem. III, 4); con lo que establece claramente que Dios es una casa, la incorpórea sede de las incorpóreas formas ejemplares; el padre de, todas las cosas pues Él las ha creado, y el esposo de la sabiduría, que deposita la simiente de la felicidad en la tierra apta y virginal para beneficio de todo el género de los mortales.

50. Corresponde, en efecto, que los contactos de Dios sean con la naturaleza realmente virgen, incorruptible, intacta '¿y pura; lo contrario de lo que ocurre con nosotros, ya que los acoplamientos de los seres humanos con miras a la generación de hijos convierten a las vírgenes en mujeres. En cambio, cuando comienzan las relaciones de Dios con el alma, aquella que antes era mujer conviértese al punto en virgen, como que Aquél tomando a las degeneradas y nada viriles pasiones, por las cuales el alma se afeminaba, las sustituyen por las

rectas y puras virtudes. Así, no tendrá contacto con Sara hasta que en ésta hayan cesado definitivamente las menstruaciones [37] y haya tornado a la condición de virgen pura.
[37] Gen. XVIII, 11.

51. XV. Puede, con todo, suceder que eventualmente un alma virgen sea deshonrada al ser manchada por las desenfrenadas pasiones. Esto no afecta a la verdad del oráculo, pues éste no dice que Dios es esposo de una virgen, pues una virgen está expuesta a la mudanza y a la muerte, sino "de la virginidad", que, como forma ejemplar, es eternamente idéntica e inmutable. En efecto, mientras lo cualitativo está sujeto por ley natural a nacimiento y muerte; a las potencias que modelan las cosas particulares les ha sido asignada como patrimonio la inmortalidad.

52. Corresponde, pues, que Dios, que es increado e inmutable, siembre en la virginidad, que jamás se cambia en forma de mujer, las formas ejemplares de las inmortales y vírgenes virtudes. ¿Por qué, entonces, oh alma, siéndote conveniente permanecer virgen en la mansión de Dios, en contacto con la sabiduría, te mantienes alejada de ellas, y abrazas, en cambio, a la sensibilidad, que te corrompe y mancha? He aquí por qué engendrarás un hijo confuso y funestísimo, el fratricida y maldito Caín, una posesión que no es posesión. "Caín", en efecto, significa "posesión".

53. XVI. Tal vez resulte extraño este modo de expresarse que, contra lo que es habitual, emplea el legislador frecuentemente a propósito de muchas personas. Así, después de ocuparse de los nacidos de la tierra,[38] pasa a presentarnos al primer nacido de seres humanos; y, aunque acerca de él no nos tiene dicho absolutamente nada, dice simplemente: "engendró a Caín", como si muchas veces lo hubiera mencionado ya, y no se tratara de la primera vez que lo introduce para ocuparse de él en la narración. '¿Qué clase de hombre es este Caín, oh versado autor? ¿Qué nos has mostrado, poco o mucho, relativo a él antes?
[38] Es decir, Adán y Eva. La perplejidad que manifiesta Filón a continuación surge de que Moisés al mencionar por primera vez a Caín no ha aclarado su naturaleza y sexo.

54. Por cierto que no te era desconocido cómo deben asignarse los nombres con propiedad. Algo más adelante lo pondrás, por ejemplo, en evidencia, cuando, al pasar a referirte a esta misma Eva, digas que "conoció Adán a Eva; y, preñada, esta dio a luz un hijo, al que puso el nombre de Set". (Gen. IV, 25.) Seguramente hubiera sido mucho más apropiado que en el caso del primer vástago, que marcaba para los hombres el principio del engendramiento a partir de ambos progenitores, aclararás primeramente que la naturaleza del engendrado era masculina y a continuación dieras su nombre personal, Caín, si ése era.

55. Por lo tanto, puesto que no fue evidentemente la ignorancia de la manera como deben asignarse los nombres, lo que le hizo pasar por alto el uso normal en el caso de Caín, valdrá seguramente la pena indagar con qué propósito se expresó así al nombrar a los hijos de nuestros primeros padres empleando la forma apropiada para una mención incidental de los nombres en lugar de la que corresponde a una primera atribución de los mismos. Es posible que, como por conjeturas me parece a mí, la causa sea la siguiente.

56. XVII. Es norma general de la multitud de los demás hombres el asignar nombres sin que los mismos correspondan a las .cosas, de modo que nada tienen de común las cosas y las denominaciones que se les aplican. En los escritos de Moisés, en cambio, los nombres asignados son clarísimas representaciones de las cosas, a tal punto que forzosamente nombre y cosa resultan desde el principio lo mismo, y en nada difiere el nombre de la cosa a la que se

aplica. Posiblemente esto resulte más claro si consideramos el caso que tenemos a la vista.

57. Cuando la inteligencia que existe en nosotros, llamada Adán, habiéndose puesto en comunicación con la sensibilidad, causa, al parecer, de la vida de los seres animados,[39] llamada Eva, se le aproxima en procura de un mutuo acoplamiento. Ella, por su parte, envuelve y apresa, como en una red, en un proceso natural, lo sensible de afuera; a través de los ojos el color, a través de las orejas el sonido, a través de las fosas nasales el olor, a través de los órganos gustativos el sabor, a través de los del tacto cualquier tipo de cuerpo; y, fecundada, tórnase preñada y siente acto seguido los dolores del parto y engendra al mayor de los males del alma, la presunción. En efecto, la inteligencia pensó que todas estas cosas eran adquisiciones propias de sí misma, todo lo que había visto, lo que había oído, lo que había gustado, lo que había olido, lo que había palpado, y de todas ellas túvose a sí misma por inventora y artífice.
[39] Gen. III, 20. Ver Sobre la creación 139.

58. XVIII. Y nada tiene de extraño que le haya sucedido eso; porque tiempo hubo en que la inteligencia ni se comunicaba con la sensibilidad ni la tenía a su alcance, estando completamente aislada de toda convivencia y sociedad a la manera e los animales solitarios y no gregarios. En ese tiempo constituía por sí misma una clase de objetos, y no tenía contacto con un cuerpo, ni tenía a su alcance un instrumento de percepción sensorial mediante el cual perseguir a los objetos externos; siendo ciega e impotente; y no en el sentido en que lo dicen los más al contemplar a alguien privado de la vista, pues éste, despojado de un sentido, dispone, y con sobrada abundancia, de los otros;

[59.] en tanto que aquélla, privada de la totalidad de sus facultades sensitivas, era realmente impotente; resultando la mitad de un alma completa, al faltarle el poder mediante el cual la naturaleza ha dispuesto que sean percibidos los objetos corpóreos; una de por sí desafortunada fracción separada de su natural complemento, sin el soporte de los órganos de la sensibilidad, sobre los cuales hubiera podido apoyarse con fuerza en su vacilante andar. Por tal motivo profunda sombra derramábase sobre los objetos corpóreos, sin que ninguno resultara perceptible, ya que no existía la sensación en aquella por quien debían ser conocidos.

60. Queriendo, pues. Dios proveer a ésta no sólo de la aprehensión de las cosas incorpóreas sino también de la de los cuerpos sólidos, completó el alma total uniendo a la parte formada primeramente la otra sección, a la que designó con el nombre general de "mujer" y el nombre particular de "Eva", mediante el que simboliza a la sensibilidad.

61. XIX. Ésta, no bien adquirió existencia, derramó a través de sus partes, como a través de orificios, una compacta luz sobre la inteligencia, y dispersó las tinieblas; y, como si sirviera a un amo, la preparó para que de manera clara y muy nítida pudiera ver las naturalezas de las cosas corpóreas.

62. Y la inteligencia, como si hubiese sido iluminada por la resplandeciente claridad solar al cabo de la noche, o como si se despertase de un profundo sueno, o como un ciego que de improviso recobrase la vista, poníase en contacto de manera simultánea con todas las cosas que han sido creadas, cielo, tierra, agua, aire, vegetales, animales, con sus formas, cualidades, potencias, aposiciones temporarias y permanentes, movimientos, actividades, funciones, cambios, extinciones; y veía a unas, escuchaba a otras, gustaba a éstas, olía a aquéllas, tocaba a otras, y sentíase atraída hacia unas porque producían placer y retraíase de otras porque le causaban dolor.

63. Y así, habiendo observado en derredor aquí y allí, y tras considerarse a sí misma y considerar sus fuerzas, se atrevió a vanagloriarse con la misma presunción que el rey macedonio Alejandro. Dicen, en efecto, que también éste cuando estaba cierto de haber ganado el poder sobre Europa y Asia, hallándose de pie en un paraje dominante y habiendo observado atentamente toda la zona circundante, dijo: "Hacia una y otra parte, todo es mío", con lo que ponía de manifiesto en realidad una superficialidad propia de un alma pueril, ingenua y vulgar, no un espíritu real.

64. Pero antes de Alejandro, la inteligencia, al adquirir la facultad de percibir sensiblemente, y al aprehender a través de ella cada una de las formas corpóreas, llevada de una irracional presunción, hinchóse de vanidad, al punto de considerar que todas las cosas eran propiedades suyas y nada absolutamente de otro alguno.

65. XX. Ésta es la modalidad de nuestro ser que caracterizó Moisés bajo el nombre de Caín, nombre que significa "posesión"; modalidad que está llena de necedad o, más bien, de impiedad, por cuanto, en vez de pensar que todas las cosas son posesión de Dios, las supone suyas propias, aunque ni siquiera a sí misma se puede poseer con firmeza ni conoce siquiera cuál es su propia esencia. Sin embargo, si confía en los sentidos teniéndolos por capaces de captar las cosas sensibles exteriores, que nos diga de qué manera podría evitar el ver a medias, el oír confusamente o el errar en el caso de cada uno de los otros sentidos.

66. La verdad es que ninguno de nosotros está libre de caer constantemente en tales errores, por mucho que los órganos de que hagamos uso fueren precisos al máximo; ya que resulta difícil, por no decir imposible, liberarnos completamente de las naturales anomalías y del involuntario extravío, pues en nosotros y en torno de nosotros, fuera de nosotros y en todo el género mortal sin excepción se dan innumerables motivos de falsa opinión. No estaba, pues, en su sano juicio la inteligencia cuando supuso que son propiedades suyas a todas las cosas, y se jactó de ello en actitud presuntuosa.

67. XXI. También Labán, el que está aferrado a las cualidades, parece haber brindado ocasión de reír largo rato a Jacob, el que desechando éstas, pone su vista en la Naturaleza exenta de cualidades; cuando se atrevió a decirle: "Las hijas son hijas mías; los hijos, hijos míos son; los ganados son mis ganados y todo cuanto tú alcanzas a ver es mío y de mis hijas." (Gen. XXXI, 43.) En cada caso, en efecto, agrega "mío", a la vez que no pierde la ocasión de referirse a sí mismo y hablar de sí con jactancia.

68. Las hijas, dime, que son las artes y las ciencias que se dan en el alma, ¿dices tú que son hijas tuyas? ¿Y de qué manera? ¿Acaso, ante todo, no las posees por haberlas recibido de la inteligencia, que te las ha enseñado? En segundo lugar, es propio de tu naturaleza el que, así como pierdes otras cosas cualesquiera, también pierdas éstas, ya olvidado de ellas debido al cúmulo de los otros pensamientos, ya a causa de penosas e incurables enfermedades del cuerpo, ya por la vejez, dolencia sin remedio que fatalmente sobreviene a los de avanzada edad, ya por otros innumerables motivos cuyo número es imposible de determinar.

69. ¿Y qué? Cuando aseguras que "los hijos", vale decir, los pensamientos particulares del alma, son tuyos, ¿estás en tu sano juicio o te has vuelto loco, para suponer tales cosas? Porque tus melancolías, tus locuras, los extravíos intelectuales, las conjeturas sin fundamento, las falsas representaciones de los objetos, ciertos pensamientos vacíos, semejantes a sueños, que de por sí producen intranquilidad y agitación; el olvido, enfermedad habitual del alma, y otras

cosas más numerosas que las enumeradas socavan la seguridad de tu señorío y muestran que tales bienes son propiedad de otro y no tuya.

70. ¿Cómo te atreves a decir que son tuyos "los ganados", es decir, los sentidos? Porque la sensibilidad es algo irracional y semejante a las bestias. Constantemente te equivocas al ver y al oír; confundes a veces los sabores dulces con los amargos y otras veces los amargos con los dulces, y yerras continuamente más que aciertas en cada uno de los sentidos; y dime, ¿no te pones rojo de vergüenza sino te enorgulleces e hinchas de vanidad como si hicieras uso irreprensible de todas las facultades y actividades de tu alma?

71. XXII. Pues bien si tú cambiares y alcanzares una porción del discernimiento que necesitas, dirás que todas las cosas son propiedades de Dios, no tuyas: los razonamientos, los conocimientos, las artes, las conclusiones, los discernimientos particulares, las sensaciones, las actividades del alma a través de los sentidos y sin ellos. En cambio, si te abandonares definitivamente en la incultura y en la ignorancia, serás siempre esclavo de pesadas señoras:[40] presunciones, apetitos, placeres, injusticias, insensateces, falsas opiniones.

[40] Los sustantivos que siguen son todos femeninos en griego; de allí lo de "señoras".

72. Dios, en efecto, Moisés: "Si interrogado el siervo dijere: 'He llegado a amar a mi señor, a mi mujer y a mis hijos y no quiero salir libre' (Ex. XXI, 5); conducido ante el tribunal de Dios, teniendo a Éste por juez, le será confirmado aquello que ha pedido, previa perforación de su oreja con un punzón,[41] para que no pueda recibir la Divina comunicación de la libertad de su alma.

[41] Ex. XXI, 5 y 6.

73. En efecto, es propio del discernimiento verdaderamente esclavo[42] y del todo ingenuo, excluido y rechazado como fuera del Divino certamen, expresarse enfáticamente al referirse "al amor que ha llegado a sentir" por la inteligencia; a su opinión de que la inteligencia[43] es "su señor" y benefactor; a su afecto inmenso por la sensibilidad; y a su creencia de que ésta es propiedad suya y el mejor de los bienes y de que lo son también "los hijos" de ambos; tanto los de la inteligencia, es decir, el reflexionar, el razonar, el discernir, el deliberar, el conjeturar; como los de la sensibilidad, que son el ver, el oír, el gustar, el oler, el palpar, el percibir sensorial en general.

[42] El término griego *páis* = niño y esclavo, le permite a Filón, haciendo referencia a la primera significación, recalcar que el esclavo peticionante di pasaje bíblico comentado es completamente ingenuo, inmaduro.

[43] Recuérdese que *noús* = inteligencia, es masculino, lo que permite a Filón calificar a la inteligencia de "señor y benefactor".

74. XXIII. Es forzoso, realmente, que quien está vinculado estrechamente a estas cosas[44] no perciba ni en sueños la libertad, ya que solo huyendo y apartándonos de ellas alcanzamos a participar de la libertad. Otro[45] hay también, que, pagado de sí mismo y haciendo patente su demencia manifiesta: Aun cuando alguien me arrebatare algo, lucharé por ello como cosa que me pertenece y alcanzaré a imponerme. "Perseguiré"; dice, en efecto, "capturaré; me repartiré los despojos, satisfaré a mi alma; con mi espada causaré destrozos, y mi mano ejercerá el dominio". (Ex. XV, 9.)

[44] Vale decir, la inteligencia, la sensibilidad y sus "hijos".

[45] El faraón.

75. A éste puedo yo decirle: [Insensato!, no te das cuenta de que entre las creaturas todo aquel

que cree "perseguir" es perseguido; ya que las enfermedades, la vejez y la muerte, juntamente con la restante multitud de males voluntarios e involuntarios acosan, perturben y persiguen a cada uno de nosotros; y el que cree "capturar" a otro y "dominar" es capturado y dominado; y alguno, cuando aguardaba quedarse con el fruto de un saqueo y procedía a "repartir" las partes del botín, resultó vencido por los victoriosos enemigos, con lo que sobrevino a su alma la indigencia en vez de la "satisfacción" y la servidumbre en vez del "dominio"; y fue "'destrozado" en vez de destrozar sufriendo en plena medida todo cuanto pensó hacer a otros.

76. Es que este hombre era en realidad un enemigo de la convincente razón y de la misma naturaleza, cuando se atribuía a sí mismo todo cuanto toca al hacer y olvidaba todas las cosas que nos sobrevienen, como si estuviese libre del cúmulo de calamidades que de cada una de ellas se derivan.

77. XXIV. Trátase, en efecto, del "enemigo" que, según leemos, "dijo: 'Perseguiré y capturaré'." (Ex. XV, 9.) ¿Quién verdaderamente, puede ser enemigo más hostil para el auna que aquel que por orgullo atribuyese a sí mismo lo que es propio de Dios? Ciertamente, el hacer es propio de Dios y no es lícito adscribírselo a la creatura; lo propio del ser creado es la pasividad.[46]
[46] Es decir, el experimentar los efectos, el ser objeto de un acto sin intervenir en él como agente o autor.

78. Quien se anticipare a aceptar este papel pasivo como cosa propia y forzosa, fácilmente sobrellevará cuanto le sobreviniere, aun cuando fuere penosísimo; quien, en cambio, entendiere que no es cosa que le corresponda, oprimido por un peso infinito, sufrirá la pena de Sísifo [47] sin poder siquiera alzar la cabeza, agobiado por todas las cosas terribles que le acosan y postran, y añadiendo a cada una de ellas la bajeza y la sumisión, pasiones propias del alma degenerada y sin virilidad. Más le valdría, en efecto, que, fortalecido en su resolución y fortificado por su propia firmeza y perseverancia, virtudes poderosísimas, aguardase a pie firme, se aprestara para la lucha y ofreciese resistencia.
[47] Pena consistente en arrastrar rodando un gran peñasco hasta la cima de una montaña del Tártaro, desde la cual aquél volvía indefectiblemente a caer rodando hasta el fondo.

79. Aclaro esto. El ser trasquilado o afeitado se ejecuta de dos maneras; o con reacción y reciprocidad o con aceptación y sumisión de parte del que es trasquilado, o afeitado. Así, mientras una oveja, una piel o la llamada zalea [48] son trasquiladas por otro en actitud completamente pasiva, sin desarrollar actividad alguna ellas; el hombre, en cambio, mientras es afeitado opera conjuntamente, y se coloca y acomoda a sí mismo en la posición requerida combinando así la actividad con la pasividad. Otro tanto ocurre en la recepción de golpes.
[48] Piel de cordero.

80. Una manera es la que tiene lugar en el caso del esclavo que ha cometido faltas merecedoras de azotes o en el del hombre libre extendido sobre la rueda del suplicio en castigo de sus fechorías o en el de alguna cosa inanimada; porque son golpeadas las piedras, las maderas, el oro, la plata y todas las materias que se machacan y dividen en la fragua. La otra es propia del atleta que combate por la victoria y las coronas en un encuentro de pugilato o en el pancracio.[49]
[49] Competencia atlética en la que se combinaba el pugilato y la lucha denominada greco-romana.

81. Por cierto que éste aparta de sí con cada una de las manos los golpes que caen sobre él y

volviendo el cuello a uno y otro lado evita ser alcanzado por ellos; y a menudo apoyándose sobre la punta de los dedos de los pies y elevándose al máximo o conteniéndose y viniendo a las manos alternativamente logra mantenerse a distancia de las manos de su oponente, cuyos esfuerzos aseméjanse a un combate contra una sombra. El esclavo o el metal, en cambio, sométense sin reacción alguna soportando cuanto el que dispone determínase a ejecutar.

82. Pues bien, esta forma de pasividad jamás la admitiremos ni en lo que toca al cuerpo ni mucho menos en lo que atañe al alma; pero sí aceptaremos, dado que es forzoso que el mortal padezca, aquella que va acompañada de una reacción activa. De ese modo no nos extenuaremos enervados, postrados, doblegados anticipadamente, con las fuerzas del alma relajadas, como los afeminados; antes, por el contrario, fortalecidos con las energías de nuestra inteligencia, seremos capaces de aminorar y hacer más leve la embestida de las calamidades que nos amenazan.

83. Dado, pues, que ningún mortal aparece como sólido y firmemente dueño de cosa alguna, y los llamados señores reciben ese título como resultado de una mera opinión, no como expresión de la verdad; y puesto que es necesario que, así como hay vasallo y siervo, haya también jefe y señor en el universo; éste no puede ser otro que Dios, el único realmente gobernante y jefe; y el único de Quien con verdad puede decirse que todas las cosas son posesiones Suyas.

84. XXV. Reflexionemos además con cuánta sublimidad y de qué manera digna de la Divinidad enumera estas propiedades. "Todas las cosas", dice, "son Mías". Y todas las cosas son "presentes, dones y frutos, que cuidaréis y Me ofreceréis en Mis fiestas." (Núm. XXVIII, 2.) Con toda claridad ha establecido así que entre las cosas existentes unas son estimadas como beneficios intermedios llamados "dones"; otras, como beneficios, superiores designados con el nombre particular de "presentes"; otros, a su vez, son tales que no sólo pueden producir virtudes. como frutos sino además está en su naturaleza ser ya desde el principio al fin un fruto comestible, el único que nutre al alma del que persigue la visión Divina.

85. Quien hubiere aprendido esto y fuere capaz de conservarlo guardado en su inteligencia, ofrecerá a Dios su fe como irreprochable y hermosísimo sacrificio en "fiestas" que no son fiestas de mortales. Dios,. en efecto, reclama para sí las "fiestas", con lo cual establece una doctrina que no pueden desconocer aquellos que frecuentan la compañía de los filósofos.

86. Esta doctrina es la siguiente: solo Dios, en rigor de verdad, celebra fiestas, puesto que sólo en Él se dan el contento, la alegría y el regocijo; sólo a Él le es dado gozar de una paz sin mezcla alguna de guerra; Él está exento de pena, temor y participación en los males; Su existir es inalterable, sin dolor, lozano y pleno de felicidad pues Su naturaleza es perfectísima; o más bien, Dios es Él mismo la cima, el fin y el límite de la felicidad, y no participa de otra cosa alguna para acrecentar Su excelencia, sino, por el contrario, tiene distribuido desde la fuente de belleza que es Él mismo entre todos los seres particulares aquello que Le es propio. En efecto, las cosas buenas que hay en el mundo jamás habrían llegado a ser tales, a no haber sido hechas como copias de un arquetipo, el verdadero bien, el increado, feliz e incorruptible.

87. XXVI. Por eso Moisés en muchos pasajes de su legislación dice que el "sábado", que significa "reposo" es "de Dios" (Ex. XX, 10) y no de los hombres, con lo que puntualiza un rasgo esencial de la naturaleza de las cosas, porque entre los seres, en rigor de verdad, sólo hay uno en reposo y ése es Dios. Mas no es la mera inactividad lo que Moisés entiende por reposo, puesto que por naturaleza la Causa de todas las cosas es activa y jamás cesa de

producir las máximas excelencias; sino da ese nombre a la actividad caracterizada por una placidez inmensa y por la ausencia de todo sufrimiento o esfuerzo.

88. Es, en efecto, correcto decir que experimentan sufrimiento el sol, la luna, el cielo y el universo todo, ya que no son dueños de sí mismos y se mueven y trasladan sin interrupción, siendo clarísimo testimonio de sus esfuerzos las estaciones del año. En efecto, tanto los más importantes de los cuerpos celestes, al cambiar sus cursos volviéndose ora hacia el norte, ora hacia el sur, ora hacia otra parte; como el aire, calentándose, enfriándose y experimentando toda suerte de cambios en sus condiciones propias; prueban a las claras su cansancio, puesto que el cansancio es la causa de mayor importancia del cambio.

89. Necedad sería extendernos en referencias sobre las creaturas aéreas y las acuáticas, deteniéndonos a enumerar sus cambios generales y particulares, por cuanto éstas, en razón de que participan al máximo de la más baja de las sustancias, la terrestre, llevan en sí, como es lógico, una enfermedad mucho mayor que las creaturas del mundo superior.

90. En consecuencia, puesto que la causa natural del cambio en las cosas que cambian es el cansancio, Dios, que ni cambia ni se muda, debe necesariamente ser incansable. Por otra parte, el ser que está libre de debilidad, aunque haga todas las cosas, no cesará por toda la eternidad de estar en reposo; de modo que' sólo a Dios, y como cosa absolutamente propia, corresponde el estar en reposo.
XXVII. Hemos además demostrado que el celebrar fiestas es exclusivo de Dios; y que, por lo tanto, los sábados y las demás fiestas son fiestas solamente de la Causa y no de hombre alguno en absoluto.

91. Porque, consideremos, si quieres, nuestras celebradas reuniones festivas. Descartemos todas aquellas que han sido instituidas como resultado de ficciones míticas entre los pueblos bárbaros y los helenos, entre unos unas, entre otros otras, sin otro propósito que la vacua vanidad. Porque no alcanzaría la vida entera de los hombres para detallar las extravagancias propias de cada una de ellas. Con todo, algo podría decirse de todas conjuntamente sin extenderse demasiado, unas pocas palabras; y hemos de decirlas teniendo en cuenta sus ventajas.

92. En la totalidad de los festejos y celebraciones que tienen lugar entre los hombres, los hechos que despiertan admiración y apetitos son éstos: libertad sin trabas, desenfreno, holganza, excitación, embriaguez, festines, molicie, languidez, encuentros y festejos nocturnos, placeres indecorosos, lascivia a pleno día, insolencias violentísimas, empleo de las horas en actos de incontinencia, cultivo de la insensatez, preocupación por hacer bajezas, degradación total de lo noble, nocturnos trabajos en aras de los insaciables deseos, sueño durante el día, cuando es el momento de estar despierto, lo que significa obrar en contradicción con el orden natural.

93. En tales ocasiones mientras la virtud es objeto de irrisión, y tenida por cosa dañosa; el vicio, en cambio, es arrebatado con avidez, como algo provechoso; mientras las cosas que merecen practicarse son tenidas en menos, las que deben evitarse, son bien consideradas; mientras la música, la filosofía y toda cultura, imágenes verdaderamente divinas del alma Divina, permanecen calladas, alzan su voz aquellas artes, vehículos de corrupción, que procuran placeres al vientre y a los órganos que están más allá de éste.

94. XXVIII. Tales son las fiestas de aquellos a los que se titula felices. Y mientras sus

actitudes indecorosas se limiten a las casas y lugares profanos, menores me parecen sus faltas; pero cuando el desenfreno, como un torrente en avance, se lanza en todas las direcciones, e invade y viola los más santos lugares, no tarda en desvirtuar cuanto hay de santo en ellos consumando así sacrificios impíos, ofrendas ilegítimas, votos incumplidos, ritos sacrílegos, misterios profanados; y mostrando una piedad bastarda, una santidad adulterada, una pureza mancillada, una verdad falseada, un cuidado de Dios que es bufonada.[60]

[60] Clara alusión a los cultos orgiásticos y la prostitución sagrada.

95. Además purifican sus cuerpos con lustraciones y purificaciones; pero en cuanto a limpiar las pasiones de sus almas, pasiones que manchan la vida, ni lo quieren ni se preocupan. Muestran celo por ir a los templos con ropas blancas cubiertos de vestidos inmaculados, mas no se avergüenzan de ir hasta el mismo santuario llevando la inteligencia manchada.

96. Y mientras, si se descubre que algún animal no es perfecto e íntegro, es sacado del recinto consagrado, no permitiéndose que sea acercado a los altares, no obstante que en ningún caso el estar señalado por defectos corporales ha dependido de la voluntad del animal; en cambio, ellos, llevando sus almas cubiertas por llagas de penosas enfermedades que la potencia irresistible del vicio les ha producido; o más bien, mutilados, amputados de sus más nobles partes: la prudencia, la fortaleza, la justicia, la piedad y las otras virtudes que la naturaleza humana es capaz de cultivar; habiéndose llenado de impurezas por voluntaria determinación, se atreven a realizar actos de culto, seguros de que los ojos de Dios ven solamente lo exterior con ayuda de la luz solar, y sin considerar que, antes aún que las cosas visibles, contempla Él las invisibles empleando para ello Su propia claridad.

97. En efecto, la vista del Que Es no necesita de otra luz para la aprehensión, y Él mismo, siendo la luz arquetipo, emite incontables rayos, ninguno de los cuales es perceptible por los sentidos, y sí aprehensibles por la inteligencia todos. De allí que también solo Dios, que es aprehensible por la inteligencia, haga uso de ellos y ninguno de los seres que tienen asignada una parte en la creación los aproveche, ya que lo creado es de orden sensible y la naturaleza de orden intelectual no es perceptible por los sentidos.

98. XXIX. En consecuencia, puesto que Dios penetra de modo invisible en el recinto de nuestra alma, preparemos este lugar con toda la hermosura posible, para que llegue a ser residencia digna de Dios. De lo contrarío, se marchará sin ser visto hacia otra morada que Él tenga por mejor construida.

99. Porque, si cuando nos aprestamos a brindar una recepción a reyes, preparamos nuestras casas particulares con suficiente ornato, sin descuidar nada de lo que contribuirá a embellecerlas; echando mano a todas las cosas por nuestra propia iniciativa y liberalidad, conjeturando que así la residencia resulta la más grata, y a la vez posee la jerarquía que la hace digna de ellos, ¿qué clase de casa, entonces, es preciso preparar para Dios, el rey de los reyes, el señor de todas las cosas, que por dulzura y amor al hombre se ha dignado visitar a la creatura mortal y ha descendido desde las cimas del cielo hasta los confines de la tierra para beneficio de nuestra raza?

100. ¿Será de piedra o de madera? Ni lo pienses; no es santo decir tal cosa; porque, aun cuando la tierra toda se transformara de repente en oro o en algo más precioso que el oro; y enseguida fuera empleada, mediante las artes de los artífices, para la construcción de pórticos y propileos, habitaciones, atrios y templos, no se tendría un pedestal para Sus pies. En cambio, el alma honrada sí que es morada digna de Él.

101. XXX. Estaremos, pues, en lo justo y correcto si decimos que nuestra invisible alma es la morada terrestre del invisible Dios. Mas, para que la casa sea firme y hermosísima, coloqúense debajo como cimientos el natural talento y la instrucción; las virtudes y las prácticas nobles elévense sobre ellos y sea su ornato externo la adquisición de la cultura general.[51]
[51] Ver Interpretación alegórica III, 167.

102. Como raíces de un árbol destinado a procurar excelentes frutos, surgen del natural talento el acierto, la perseverancia y la memoria, y de la instrucción, la facilidad para aprender y la capacidad para concentrarse, condiciones sin las cuales la inteligencia no puede alcanzar su pleno desarrollo.

103. Merced a las virtudes y a las acciones cimentadas en ellas se originan la estabilidad y la firmeza de la segura residencia, resultando impotente frente a tanta fortaleza y fuerza todo intento de separar, alejar o hacer emigrar al alma del bien.

104. Del estudio de las lecciones preliminares en las que se adquiere la cultura general dependen las cosas que tocan al ornato de esa residencia que es el alma. En efecto, tal como los revestimientos, las pinturas, las tabletas, las aplicaciones de magníficas piedras, con las que se adornan no sólo los muros sino también los pisos, y todos los demás detalles de ese género nada agregan a la solidez; y el objeto de todos ellos es solamente producir placer a los residentes; del mismo modo el conocimiento que brindan los estudios de la cultura general adorna toda la mansión del alma.

105. La gramática lo hace escudriñando en el campo de la poesía y persiguiendo la información sobre los antiguos acontecimientos;[62] la geometría, proporcionándonos el sentido de la igualdad que resulta de la proporción, y remediando a través de la música elevada[63] mediante el ritmo, el metro y la melodía cuanto hay de desarmonioso, desmedido y discordante en nuestro ser; la retórica, buscando los medios de tratar con elocuencia cada uno de los asuntos, adaptando a todos ellos la expresión adecuada, provocando ora estados de tensión e impresiones intensas, ora el relajamiento de las tensiones y sensaciones de placer, juntamente con la fluidez y facilidad en el empleo de la lengua y de los órganos del habla.
[62] La *grammatiké* incluía, además de las cuestiones puramente gramaticales, el estudio de los autores literarios que hoy denominamos Filología.
[63] Extraña inclusión de la Música en el campo de la Geometría.

106. XXXI. Erigida una tal morada en el seno de nuestra raza mortal, todo cuanto hay sobre la tierra se llenará de bienhechoras esperanzas mientras aguarda el descenso de las potencias de Dios. Éstas llegarán portadoras de leyes y normas celestiales para santificarlas y consagrarlas en la tierra conforme con el mandato que les ha impartido el Padre. Entonces, convertidas en partícipes del mismo género de vida y compañeros de mesa de las almas amantes de la virtud sembrarán en ellas la estirpe feliz, tal como procuraron al sabio Abraham la más perfecta de las gracias, simbolizada en Isaac, por su residencia junto a él.[54]
[54] Gen. XVIII, 5 y ss.

107. Y en ninguna cosa se complace más la inteligencia purificada que en confesar que tiene por señor al Soberano de todas las cosas; ya que el ser siervo de Dios es el más alto motivo de orgullo, y no sólo es más estimable que la libertad sino también que la riqueza, que el poder, que todas las cosas que persigue el género humano.

108. Y de esta soberanía del Que Es resulta fehaciente testimonio el oráculo que dice: "La tierra no se venderá a perpetuidad, porque toda la tierra es Mía; pues vosotros sois extranjeros y forasteros en Mi presencia." (Lev. XXV, 23.)

109. ¿No establece clarísimamente que todas las cosas son propiedad de Dios y sólo en usufructo dispone de ellas la creatura? Dice, en efecto, que ninguno adquirirá a perpetuidad cosa alguna de la creación, puesto que solo hay Uno a quien absoluta y perpetuamente pertenecen todas las cosas. Dios, en efecto, ha cedido en calidad de préstamo todas las cosas creadas a las creaturas todas; y no ha hecho ninguno de los seres particulares completo al punto de no necesitar absolutamente de otra cosa, a fin de que, deseando cada uno obtener aquello de que carece deba forzosamente aproximarse al objeto que puede proporcionárselo y lo mismo haga éste con él, originándose así un mutuo y recíproco acercamiento.

[110.] De este modo, adaptadas unas a otras, y combinadas unas con otras tal como combínanse las desiguales notas de la lira, habían de llegar todas las creaturas a ser solidarias y concertadas; y a constituir una común armonía, acatando sin excepción cierto trueque universal que llevara al mundo todo a su plenitud.

111. Así es como los seres inanimados aman a los animados, los irracionales a los racionales, los árboles a los hombres, los hombres a las plantas, las especies salvajes a las cultivadas, las domésticas a las salvajes, el sexo masculino al sexo femenino y viceversa; y en general, las creaturas terrestres a las acuáticas, las acuáticas a las aéreas, y las voladoras a las ya nombradas; además el cielo a la tierra, la tierra al cielo, el aire al agua, el agua al aire y también las naturalezas intermedias unas a otras y a las extremas, así como las extremas a las intermedias y entre sí.

112. El invierno ama ciertamente al verano, el verano al invierno, la primavera a ambos y cada cosa carece y tiene necesidad, por así decir, de cada cosa, y todas las cosas han menester de todas las cosas, para que el todo, del que cada cosa es parte, pueda ser una obra, acabada, digna del Artífice, es decir, este mundo.[55]

[55] Para los párrafos 109 a 112 ver Epicteto, Máximas I, 12, 16. Recuérdese que el término griego *kósmos*, como el latino *mundus*, designa el orden, la belleza y la armonía de las partes.

113. XXXII. Habiendo, pues, combinado de este modo todas las cosas, reservó Dios para Sí mismo la soberanía sobre todas y asignó a Sus subordinados el uso y goce de ellos mismos y de las otras cosas; porque es a título de préstamo como poseemos para nuestro uso a nosotros mismos y a cuanto nos rodea. Por ejemplo, yo, que estoy formado de alma y cuerpo, aunque aparentemente poseo inteligencia, razón y sensibilidad, ninguna de estas cosas hallo que sea realmente mía.

114. Porque, ¿dónde se hallaba mi cuerpo antes de mi nacimiento? ¿Y a dónde se marchará cuando yo haya partido? ¿Dónde están, además, los cambios producidos por las distintas edades en quien aparentemente sigue siendo el mismo? ¿Dónde está el tierno infante, dónde el niño, dónde el recién salido de la niñez, dónde el poco ha adolescente, dónde el muchachito, dónde el barbiponiente, el joven, el hombre maduro? ¿De dónde proviene mi alma? ¿Adonde irá? ¿Cuánto tiempo será nuestra compañera? ¿Somos capaces de indicar cuál es su sustancia? ¿Y cuándo la hemos adquirido? ¿Antes del nacimiento? Pero, el caso es que no existíamos. ¿Y la poseeremos después de la muerte? Pero ocurre que los que somos compuestos y cualitativos y estamos dotados de cuerpos, habremos dejado de serlo, y nos lanzaremos hacia

nuestro renacer desprovistos de cuerpos, sin composición y sin cualidades.[56]
[56] Es imposible determinar si el renacer del que habla Filón consiste en la absorción del alma individual en el seno de la Divinidad, o si se trata de un sobrevivir de las almas a la conflagración general, para renacer en la posterior reconstrucción universal, como pensaban los estoicos. Al traducir "sin composición y sin cualidades" me he ajustado al texto de la edición Loeb, donde se lee "*asynkritoi ápoioi*"; lectura que se ajusta a la primera de ambas posibilidades, por cuanto la Divinidad es simple y sin cualidades. Si, en cambio, lo que quiere decir Filón es lo segundo, podríase aceptar la opinión de Cohn, quien, ajustándose a los manuscritos, lee "*synkritoi poiói*" = compuestos y cualitativos.

115. Pero ahora, mientras vivimos, obedecemos más que mandamos y somos conocidos más que conocemos; puesto que el alma nos conoce sin que nosotros la conozcamos a ella, y nos fija normas que por necesidad respetamos como respetan los siervos a su ama. Y cuando ella quiera acudirá en demanda de divorcio al arconte [57] y nos abandonará dejando nuestra casa desierta de vida. Y aunque la forcemos a permanecer, se nos escapará, ya que su naturaleza es sutil al punto de que no deja al cuerpo posibilidad alguna de asirla.
[57] Alusión a la práctica ateniense consistente en que la esposa acudiese ante el arconte en demanda de divorcio en el caso de que el esposo no consintiese de grado en la separación.

116. XXXIII. Y mi inteligencia, ¿es propiedad mía esta autora de falsas conjeturas, la proveedora de extravíos, la delirante, la fatua, la que en la enajenación, la melancolía y la senilidad manifiesta a las claras ser una negación de lo que su nombre sugiere? ¿Es posesión mía mi lenguaje, o mis órganos de expresión? ¿No es acaso suficiente una pequeña enfermedad para estropearnos la lengua, y coser la boca aun de los más elocuentes? ¿Acaso la consternación provocada por la creencia de un desastre inminente no ha paralizado la voz de muchísimos?

117. Ni siquiera de mi sensibilidad hallo que soy dueño; es más, quizá soy en cierto modo esclavo que la acompaña por donde ella va, hacia los colores, hacia las formas, hacia los sonidos, hacia los sabores y hacia las otras cosas materiales.
Entiendo que a través de todas estas consideraciones ha quedado en claro que son posesiones ajenas las cosas de que hacemos uso, y que no poseemos como cosas propias ni la gloria ni la riqueza ni los honores, ni los cargos ni cosa alguna de cuantas atañen al cuerpo o al alma, ni siquiera la misma vida.

118. Ahora bien, si reconocemos que sólo poseemos el uso de ellas, las cuidaremos como posesiones de Dios, teniendo presente desde el principio que la ley establece que el dueño cuando lo desea, retome las cosas suyas. De ese modo aliviaremos las penas que su privación nos provoca. En la práctica los más entienden que todas las cosas son propiedades de ellos y por tanto reciben grandísima pena no bien las pierden o echan de menos.

119. Resulta, en consecuencia, no sólo verdadera sino una de las doctrinas más reconfortantes la siguiente: el mundo y lo que hay en él son obras y posesiones de Aquél que las creó; pero el Propietario, como no tiene necesidad de ella, ha dispensado liberalmente la obra que le pertenece. El que la usa, en cambio, no la posee, porque no hay más que un solo Señor y Dueño de todas las cosas, el cual dirá con toda verdad: "La tierra toda es mía", lo que equivale a 'Todo lo creado es Mío'; "vosotros sois extranjeros y forasteros en Mi presencia". (Lev. XXV, 23.)

120. En efecto, unos respecto de otros todos los seres creados tienen la calidad de autóctonos

y eupátridas, [58] y gozan todos de idénticos honores y derechos; respecto de Dios, en cambio, todos están en la condición de extranjeros y forasteros. Cada uno de nosotros, en efecto, llega a este mundo, como sí llegase a una ciudad extranjera, de la cual no forma parte por derecho de nacimiento; y, ya en él, residimos temporariamente hasta que se cumple el tiempo de vida que se nos ha asignado.
[58] Términos usuales entre los atenienses, que aquí significan descendientes de la primitiva generación y de noble estirpe, indicando que entre los seres creados no hay diferencias de calidad o merecimientos.

121. XXXIV. Pero esas palabras encierran además una doctrina sapientísima que enseña que en rigor de verdad solamente Dios es ciudadano, siendo todo ser creado, extranjero y forastero; y que los llamados ciudadanos reciben ese título más por abuso de término que por que lo sean realmente. Mas para los hombres sabios es don suficiente el ser contados como extranjeros, forasteros junto a Dios, el único ciudadano, ya que en ningún caso un necio llega a ser extranjero y forastero en la ciudad de Dios, siendo, evidentemente un desterrado y nada más. Tal es lo que también ha proclamado Dios en términos que encierran una profunda doctrina. "La tierra, "dice", no será vendida en absoluto. [59] (Lev. XXV, 23.) No ha dicho por quién, a fin de que el iniciado en los conocimientos sobre la naturaleza saque provecho para su instrucción de lo que se ha callado.
[59] El pasaje está citado también en 108. Pero en la presente cita se aparta Filón de la fórmula original sustituyendo "*eis bebátosin*" = o perpetuidad, o "con carácter definitivo", por *prásei* = en absoluto, literalmente con venta.

122. Si examinas a todas las personas hallarás que los que se dice que otorgan beneficios más venden que dan y que aquellos a los que consideramos receptores de beneficios, en realidad los compran. En efecto, los que dan buscando el premio del aplauso o la fama, procurando una compensación por lo concedido, realizan en realidad una venta bajo el engañador nombre de regalo; pues no otra es la norma de los vendedores: recibir a cambio de lo que brindan. A su vez, los que reciben beneficios, preocupándose por retribuirlos y compensando de manera adecuada, actúan como verdaderos compradores, ya que los compradores saben que el recibir y el pagar van parejos.

123. Pero Dios no es un vendedor que pregona Sus bienes, sino un dispensador de todas las cosas, que hace brotar fuentes eternas de gracias, sin desear retribución, ya que ni Él necesita nada, ni creatura alguna es capaz de retribuir Su dádiva.

124. XXXV. Habiendo, pues, reconocido nosotros que todas las cosas son posesiones de Dios, mediante razonamientos fehacientes y con testimonios que no es lícito tachar de falsos, como que los que atestiguan son oráculos que Moisés registró en los libros sagrados; debemos repudiar a la inteligencia por haber pensado que el hijo nacido de su unión con la sensibilidad era. posesión suya, llamándolo por eso Caín;[60] y por haber dicho: "He obtenido un hombre por medio de Dios." (Gen. IV, 1.) También en esto último ha errado. ¿Por qué?
[60] Cuyo nombre significa, precisamente, posesión.

125. Porque Dios es la causa, no el instrumento; y lo que llega a la existencia es producido "por medio de" un instrumento, pero quien lo produce es una causa. Para la generación de algo, en efecto, es preciso que concurran varias cosas: aquello "por lo cual", aquello "de lo cual", aquello "mediante lo cual", y aquello "para lo que". Aquello "por lo cual" es la causa; aquello "de lo cual", la materia; aquello "mediante lo cual", el instrumento, y aquello "para lo que", el fin.

126. Pues bien, si preguntáramos qué es preciso que concurra para que toda casa o ciudad sea erigida, ¿no es cierto que la respuesta sería que se necesitan un constructor, piedra, madera e instrumentos? ¿Y quién es el constructor sino la causa "por la cual"? ¿Qué, las piedras y maderas sino la materia "de la cual" está hecha la construcción? ¿Cuáles, los instrumentos sino las cosas "mediante las cuales"?

127. ¿Y con qué fin sino para la protección y seguridad, es decir, aquello "para lo que"? Ahora bien, dejando las construcciones , particulares, contempla la más grande casa o ciudad, es decir, este mundo. Hallarás, en efecto, que su causa es Dios, por quien ha sido creado; que su materia son los cuatro elementos de que está compuesto; que el instrumento es el logos de Dios, mediante "el cual fue construido; y que la causa final de la construcción es la bondad del Constructor. Esta distinción es propia de los amantes de la verdad, que aspiran a un saber verdadero y santo. En cambio, los que afirman que han adquirido algo "por medio de" Dios, suponen que la Causa, el Autor, es un instrumento y que el instrumento, es decir, la inteligencia humana, es la causa.

128. La recta razón no puede menos que reprochar a José cuando éste afirma que el sentido correcto de los sueños sería descubierto "mediante" Dios.[61] Hubiera sido preciso, en efecto, que dijese que la exacta interpretación de las cosas ocultas tendría lugar necesariamente por obra de Dios, como causa de ella. Porque nosotros somos instrumentos empleados con mayor o menor intensidad, mediante los cuales tienen lugar las actividades particulares; el que produce el efecto de nuestras fuerzas corporales y anímicas es el Artífice, por quien todas las cosas son movidas.
[61] Gen. XL, 8.

129. Hemos, pues, de instruir como a ignorantes, a aquellos que no son capaces de distinguir las diferencias en las cosas; y a los que por afán de controversias confunden el sentido de sus expresiones, hemos de evitarlos como que se trata de meros disputadores. En cambio, hemos de aplaudir como a adeptos de una filosofía sin errores, a los que con cuidadosa indagación de las cosas que tienen ante sí, atribuyen a cada una que descubren el lugar que le es propio. 130. Precisamente Moisés dice a los que temen perecer en manos del ruin que con todo su ejército los persigue: "Manteneos firmes y mirad la salvación que procede del Señor, quien os la procurará" (Ex. XIV, 15); con lo cual nos enseña que la salvación llega, no "a través de" Dios, sino por obra de Dios, como autor de ella.

SOBRE EL NACIMIENTO DE ABEL Y LOS SACRIFICIOS OFRECIDOS POR ÉL Y SU HERMANO CAÍN

(DE SACRIFICIIS ABELIS ET CAINI)

1. I. "Y añadió Dios [1] el engendrar ella a Abel, hermano de aquél." (Gen. IV, 2.) La adición de una cosa implica la eliminación de otra, tal como sucede en el caso de los números y en el de los pensamientos del alma.[2] Luego, si hemos de decir que Abel es añadido, debemos suponer que Caín es eliminado. Para que lo desacostumbrado de los términos no confunda a muchos trataremos de averiguar con toda la exactitud posible la filosófica reflexión revelada en ellos.
[1] Ver Sobre los querubines, nota. 32.
[2] Pues en éstos el advenimiento de uno nuevo implica la exclusión del anterior del foco de la conciencia.

2. Ocurre que existen dos opiniones opuestas y en recíproca pugna; una, que todo lo atribuye a la inteligencia considerándola soberana de cuanto se da en nosotros al razonar, al percibir sensorialmente, en el movimiento y en la quietud; otra, que sigue a Dios y refiere todo a Él, como a un padre y soberano.[3] Alegoría de la primera es Caín, cuyo nombre significa "posesión", puesto que se cree dueño de todas las cosas; de la otra es símbolo Abel, cuyo nombre quiere decir "el que refiere (todo) a Dios".
[3] Sigo la corrección propuesta por Cohn para el final del pasaje, el que, leído tal como aparece en los manuscritos, es ininteligible.

3. Ahora bien, ambas opiniones son engendradas por una sola alma; mas, por fuerza, una vez nacidas, ellas son separadas, por cuanto es imposible que los enemigos convivan permanentemente. Por lo tanto, hasta que el alma no hubo engendrado a Abel, es decir, la doctrina del amor de Dios, residía en ella Caín, la doctrina del amor de sí mismo. Mas cuando aquélla hubo dado a luz al reconocimiento de la Causa, abandonó al reconocimiento de la inteligencia presuntuosa.

4. II. Pero más claramente aún aparecerá esto señalado a través del oráculo comunicado a Kebeca, la perseverancia.[4] En efecto, habiendo concebido en su vientre las dos naturalezas en pugna, la del bien y la del mal, y habiéndose representado cabalmente a una y otra conforme con lo que le sugería su recto discernimiento, y habiéndolas visto exaltadas y empeñadas en escaramuzas, preludios de la guerra en cierne, suplicó a Dios le manifestase qué le había sobrevenido y cuál podría ser el remedio de ello. Dios responde a su consulta diciendo: "Dos pueblos hay en tu vientre"; pero, agrega: "Dos pueblos serán separados desde tu vientre". Lo primero era lo que le había sobrevenido, es decir, la gestación del bien y del mal; lo segundo, el remedio, vale decir, la separación del bien y del mal, para que, apartados uno de otro, no habitasen en adelante el mismo lugar.
[4] Gen. XXV, 21 y ss.

5. Habiendo, pues. Dios agregado la buena doctrina, Abel, al alma, separó de ella a Caín, la opinión insensata. También Abraham, al abandonar las cosas mortales, "es agregado al pueblo de Dios" (Gen, XXV, 8), y recoge como fruto la incorruptibilidad, con lo que llega a ser igual a los ángeles.[5] Los ángeles, en efecto, son bienaventuradas almas sin cuerpos, y constituyen la hueste de Dios. Y del mismo modo se dice que el ejercitante Jacob se incorpora a un orden superior[6] tras abandonar el inferior.
[5] Vale decir, los mensajeros de Dios.

[6] Gen. XLIX, 33.

6. Asimismo Isaac, el que fue considerado digno del saber adquirido sin estudios, dejó todo lo corpóreo que estaba ligado a su alma, y fue agregado y asignado no ya a un pueblo, como los anteriores lo fueron, sino, según Moisés, a un género.[7] Es que el género es uno, lo más elevado de todo; "pueblo", en cambio, es un hombre común a muchos.
[7] Gen. XXXV, 29, donde se Ice; "Fue reunido con su familia." Como el término *genos* = familia, significa también género. Filón entiende que la suerte de Isaac (póstuma, según el texto bíblico) ha sido muy superior a la de los otros modelos de sabiduría, ya que en su condición de sabio a natura está situado en una categoría única y selecta, como es el género en la escala conceptual, de la cual constituye la culminación o cima, sin que comparta con otros géneros su situación de privilegio, como ocurre con las especies.

7. A cuantos, pues, se han perfeccionado mediante el estudio y la enseñanza cábeles un lugar entre los más; no es escaso, en efecto, el número de los que aprenden a fuerza de oír y ser instruidos, y a éstos ha asignado Moisés el nombre de pueblo. En cambio, los eximidos de las lecciones de los hombres y convertidos en discípulos bien dotados de Dios, una vez provistos del saber adquirido sin esfuerzo, son trasladados al género imperecedero y perfecto en grado sumo, siéndoles asignada una porción más valiosa que la de los anteriores; y entre los miembros de esta sagrada corporación está reconocido Isaac.[8]
[8] En los pasajes precedentes hace Filón referencia a las tres formas deeducación establecidas por Aristóteles: como don de la naturaleza, corno-resultado de la enseñanza y como fruto de la ejercitación; formas personificadas, según nuestro autor, por los patriarcas Isaac, Abraham y Jacob respectivamente.

8. III. Otro pensamiento del mismo orden nos es revelado...[9] Están además aquellos, a los que, habiendo Dios conducido más alto, preparó para remontarse por encima de todas las especies y los géneros, y los situó junto a Sí. Entre éstos cuéntase Moisés, a quien Dios dice: "Tú ponte aquí junto a Mí." (Deut. V, 31.) Así, a punto ya de morir, éste no "es agregado habiendo dejado. ..", como en el caso de los otros, pues no tienen cabida en el ni adición ni separación, sino es trasladado "a través de la palabra" (Deut, XXXIV, 6) de la Causa,[10] palabra mediante la cual fue formado el mundo todo. En ello aprenderás que Dios considera al sabio digno de los mismos honores que al mundo; pues mediante ese mismo logos que empleó para producir el universo, conduce a Su presencia al hombre perfecto desde las cosas terrenas.
[9] Laguna de cuatro renglones aproximadamente en el texto.
[10] La palabra de la Causa, es decir, Su logos. Filón emplea en este pasaje el término *rhéma* = palabra, que renglones más abajo sustituye por legos.

9. Y es más, cuando lo envió, a modo de préstamo, al ámbito de lo terreno, y permitió que residiese en él, no le asignó preeminencia alguna de las comunes a soberanos o reyes, mediante la cual ejerciera un dominio pleno sobre las pasiones del alma, sino lo erigió en dios, declarando súbditos y esclavos suyos a toda la región corpórea y a la inteligencia, soberana de ella. Dice, en efecto: "Te doy como un dios al faraón." (Ex. VII, 1.) Pero, en cuanto dios, no era susceptible de disminución o aumento, dado que Dios es pleno y totalmente idéntico a Sí mismo.[11]
[11] Es decir, inmutable.

10. Y por ese motivo se nos dice que nadie conoce el sepulcro de Moisés.[12] ¿Quién, en efecto, sería capaz de percibir el tránsito del alma perfecta hacia el Que Es. Ni siquiera ella misma, la que lo experimenta, creo yo que se da cuenta de su tránsito a un orden superior, pues está

poseída en esos momentos por la Divina inspiración. Dios, en efecto, no consulta la opinión del beneficiado respecto de las gracias que le habrá de otorgar, siendo Su norma extender sus abundantes beneficios a quien no piensa anticipadamente en ellos. Tal es el sentido de la afirmación de que Dios añadió a la inteligencia el nacimiento del bien perfecto, bien consistente en la santidad, cuyo nombre es Abel.
[12] Deut. XXXIV, 6.

11. IV. "Y Abel llegó a ser pastor de ovejas, en tanto que Caín era un trabajador de la tierra." (Gen. IV, 2.) ¿Por qué motivo, habiendo presentado Moisés a Caín como de más edad que Abel, ahora altera el orden, y menciona primero al más joven cuando se refiere a la elección de géneros de vida? Lo razonable, ciertamente, hubiera sido que primero el de más edad se aplicara al trabajo agrícola, y que después el más joven asumiera el cuidado de los rebaños.

12. Pero, evidentemente, Moisés no se anda tras las probabilidades y verosimilitudes, sino persigue la verdad pura. Precisamente cuando se acerca a Dios solo, sin testigo alguno, con franqueza Le dice que carece de facilidad de palabra, con lo cual da a entender que no siente apego por la elocuencia ni el arte de persuadir;

[13.] y agrega que esto lo experimenta desde unos pocos días atrás desde que Dios comenzó a hablarle como a Su servidor.[13] Y así ocurre: mientras aquellos que han entrado en la agitación y el oleaje de la vida son fatalmente arrastrados, sin que puedan asirse a ninguno de los firmes asideros que brinda el saber, dependiendo siempre de las probabilidades y conjeturas; por fuerza, en cambio, el servidor de Dios está asido a la verdad y rechaza sin más las invenciones ficticias, conjetúrales e inciertas de la elocuencia.
[13] Ex. IV, 10.

14. ¿Qué verdad se encierra, pues, en esto? [14] Que el vicio es mayor desde el punto de vista del tiempo, pero en calidad y dignidad es menor. Por consiguiente, quede la primacía para Caín en lo que a fechas de nacimiento se refiere, pero cuando se trata de comparar sus respectivas ocupaciones, es preciso adjudicar la preeminencia a Abel.
[14] En el problema de la precedencia entre ambos hermanos.

15. En efecto, ocurre que, no bien nace el ser animado,[15] desde los mismos pañales hasta que la edad de la madurez, renovándolo radicalmente, extingue el fuego ardiente de las pasiones, tiene por compañeros habituales a la insensatez, a la incontinencia, a la injusticia, al temor, a la cobardía y a las otras calamidades de esta clase; a cada una de las cuales nutren y acrecientan las nodrizas, los tutores y el hecho de que se inculquen y fijen costumbres y normas que destierran la piedad y forjan la superstición, que es la hermana de la impiedad.
[15] Más propiamente, el hombre, el ser humano.

16. Mas, cuando la juventud se ha ido, y se ha aliviado la agitada enfermedad de las pasiones; tal como al sobrevenir la calma de los vientos, comienza uno a sentirse dueño de una calma tardía y laboriosa alcanzada, asentado ya sobre la firmeza de la virtud, que ha apaciguado la continua e ininterrumpida agitación, el más pesado de los males del alma.[16]
Así pues, el vicio llevará la precedencia en el tiempo; la virtud, la primacía en reputación, honra y buen nombre. Testigo fehaciente de esto es el legislador mismo.
[16] Un desarrollo más completo de estas conclusiones se lee en Sobre la herencia de las cosas Divinas 293 a 299.

17. En efecto, tras presentarnos a Esaú, cuyo nombre significa insensatez, como mayor en

edad, concede la precedencia al nacido después, es decir, a Jacob, el epónimo de la ejercitación en el bien. Mas Jacob no se resolverá a aceptarla hasta que, como en un combate en la liza, su adversario sucumba dejando caer las manos en su impotencia y ceda los trofeos y la corona al que ha llevado a cabo una guerra sin tregua ni cuartel contra las pasiones. Dice, en efecto, que Esaú "entregó su progenitura a Jacob" (Gen. XXV, 33); admitiendo sin reticencias que, así como una flauta, una lira y los otros instrumentos musicales corresponden sólo al músico, del mismo modo lo supremo en valor, lo honroso según la virtud no corresponde a ningún hombre ruin, sino sólo al amante de la sabiduría.

19. V. Esta misma doctrina aparece expuesta en una ley que Moisés registra con sumo acierto y provecho, la que dice así: "Si un hombre llegare a tener dos mujeres, una amada por él y otra detestada, y tanto la amada como la detestada engendraren, y fuere primogénito el hijo de la detestada, al llegar el día en que distribuyere entre los hijos sus bienes, no podrá conceder el derecho de primogenitura al hijo de la amada dejando de lado al de la detestada, vale decir, al primogénito; sino reconocerá como primogénito al hijo de la detestada a efectos de entregarle de cuanto poseyere doble porción, porque éste es el principio de su descendencia y a él le corresponde el derecho de primogenitura." (Deut. XXI, 15 a 17.)

20. Fíjate bien, oh alma, y aprende quién es la detestada y quién el hijo de la detestada; y enseguida te darás cuenta de que a ningún otro que no fuere éste corresponde la dignidad de hijo mayor. Conviven, en efecto, en cada uno de nosotros dos mujeres hostiles y llenas del mutuo rencor, las que llenan la casa del alma con las controversias que originan sus celos recíprocos. De éstas a una la amamos teniéndola por dócil, dulce, muy apegada e íntima para con nosotros. Es la llamada placer. A la otra la detestamos considerándola áspera intratable, salvaje y completamente enemiga. Su nombre es virtud.

21. La primera se nos presenta lánguida a manera de cortesana y prostituta, con un andar tambaleante como resultado del exceso de lascivia y molicie, haciendo girar sus ojos, con los que seduce las almas de los jóvenes; lanzando miradas de osadía y desvergüenza, estirando el cuello para simular mayor altura de la que tiene, gesticulando y riendo con risa estudiada; con los cabellos de su cabeza trenzados con variado rebuscamiento, con los ojos pintados, con las cejas disimuladas; frecuentando unos tras otros los baños calientes; con un tono rosado que no es natural; vistiendo ropas suntuosas pintadas con profusos motivos florales; cubierta prácticamente de brazaletes, collares y todos los otros objetos fabricados de oro y piedras preciosas que constituyen el ornato femenino; despidiendo gratísimos aromas; teniendo la plaza por domicilio, contoneándose en las encrucijadas; persiguiendo una belleza espúrea a falta de la genuina.

22. Entre sus más asiduos acompañantes se cuentan la villanía, la precipitación, la desconfianza, la adulación, la impostura, el engaño, la falsedad, el perjurio, la impiedad, la injusticia, el libertinaje, situada en medio de los cuales, como directora de un coro, dice a la inteligencia: ¡Mira tul, en mis cofres hay de todos los bienes humanos (los Divinos están en el cielo), ninguno de los cuales hallarás fuera. Sí estuvieres dispuesto a convivir conmigo, te abriré tales tesoros y te brindaré por siempre el inacabable uso y disfrute de cuanto contienen.

23. Quiero, sin embargo, enumerarte previamente la multitud de los bienes atesorados, para que, si estuvieres de acuerdo, los acojas con pleno consentimiento y, en caso de que renunciares a ellos, no se deba tu negativa al desconocimiento. Conmigo están el desenfreno, la impunidad, la licencia, la despreocupación por los trabajos, la variedad de colores, las más melodiosas modulaciones de voz, costosos alimentos y bebidas, inmensa variedad de

gratísimos perfumes, amores sin fin, diversiones sin control, uniones carnales a voluntad, expresiones sin temor a censuras, acciones irresponsables, vida disipada, saciedad nunca colmada.

24. Si quisieres, pues, compartir conmigo tu tiempo, yo te prepararé y proporcionaré de estas cosas todo cuanto te conviniere, llevando cuenta de las comidas y las bebidas que te complacen, y de cuáles de las cosas que ven tus ojos, oyen tus oídos y huelen tus narices te son gratas. Nada de lo que descares te faltará; porque, a medida que consumas unas cosas tendrás otras aún en mayor número.

25. Porque en dichos tesoros hay plantas de verdor perenne, que germinan y producen frutos sin interrupción, de modo que a los ya madurados sigue detrás y alcanza la madurez de los nuevos de cada estación. Ninguna contienda interna o exterior ha devastado jamás a estas plantas; y desde que por primera vez la tierra las tomó en su seno, las rodea de cuidados, como una buena nodriza, hundiendo con toda fuerza hacia abajo las raíces cual si fueran cimientos, extendiendo su tallo sobre la tierra hacia el cielo, haciendo brotar ramas, que aseméjanse e imitan a los brazos y piernas de los seres vivientes, produciendo hojas, que crecen como cabelleras para la protección y a la vez el adorno, y finalmente frutos, objeto de todo el proceso.

26. Habiendo oído tales cosas la otra, que estaba colocada en un lugar oculto pero escuchando todo, temió que el entendimiento fuera, sin darse cuenta, cautivado, esclavizado y descarriado con tantos regalos y promesas; y al ceder además ante apariencias fraguadas hábil y astutamente para engañar, como que aquélla lo estimulaba, seducía y despertaba en él deseos de placer mediante amuletos y brujerías. Y haciéndose presente de improviso, se mostró llevando consigo todos los atributos que caracterizan a la mujer libre y ciudadana: andar seguro, serenísimo aspecto, color genuino tanto en lo que se refiere a su modestia como a su cuerpo, moral sin engaños, conducta libre de bajezas, resolución firme, expresión sincera, reflejo verísimo de sanos pensamientos, porte sin afectación, movimiento sin apresuramiento, vestidos decentes, y por adornos la sensatez y la Virtud, cosas más preciadas que el oro.

27. Acompañábanla la piedad, la santidad, la verdad, la licitud, la religiosidad, la fidelidad a los juramentos, la justicia, la equidad, el respeto a lo convenido, la solidaridad, la moderación, la prudencia, el orden, la continencia, la delicadeza, la frugalidad, el contentamiento, la modestia, la tranquilidad, la valentía, la nobleza, el buen discernimiento, la previsión, el buen sentido, la atención, el mejoramiento, el buen ánimo, la benevolencia, la gentileza, la dulzura, la filantropía, la grandeza de alma, la felicidad, la bondad. El día entero transcurriría mientras nombro las distintas especies de virtudes.

28. Y mientras éstas, colocadas a uno y otro lado, servían de escolta a la mujer, que iba en medio, ella, adoptando la actitud que le es habitual, comenzó con estas palabras: "He visto al charlatán, impúdico y falsario placer [17] preparado como para salir a escena y empeñado en asediarte con continuas conversaciones; de modo que, siendo, como soy, detestadora por naturaleza de los perversos, y temerosa de que seas engañado sin darte cuenta y de que consientas en los mayores males, creyéndolos excelentes bienes, he juzgado conveniente prevenirte, sin faltar en un punto a la verdad, sobre lo tocante a esta mujer a fin de que no vayas a caer en una impensada desdicha, apartado de lo que te conviene a causa de tu ignorancia al respecto.

[17] La circunstancia de que en español el término placer sea masculino (en griego *hedoné* es femenino) obliga a cambiar de género en el largo parlamento que la mujer-virtud dedica a la

mujer-placer; lo cual puede desorientar un poco al lector hispanohablante que ignore que en griego ambos términos: mujer y placer son del mismo género y, por lo tanto, no existe el inconveniente apuntado. Un inconveniente análogo presenta, según lo ya advertido en la Introducción (pág. 65), el término inteligencia (el *noús* en griego, y ente masculino en los razonamientos de Filón). Pero, mientras en el caso de "el placer" no ha sido posible sustituirlo por un equivalente femenino español, pues no existe, y he debido sacrificar la concordancia; en el caso de "la inteligencia", he salvado, en esta ocasión, el inconveniente echando mano a su sinónimo "el entendimiento".

29. Pues bien, entérate de que todo este aparato de que hace gala es prestado. Por de pronto, de las cosas que tocan a la genuina belleza nada lleva que le sea propio y provenga de sí; por el contrario, se ha cubierto de un espurio y falso atractivo, que no consiste en otra cosa que en redes y trampas tendidas para atraparte. Conociéndolas de antemano, procurarás, si eres sensato, dejarla sin su presa. Su aspecto es, en efecto, grato a los ojos, y su voz suena armoniosa en los oídos, pero está en su naturaleza el manchar al alma, el más precioso de los bienes, por éstos y por todos los otros medios. De las cosas que tiene, te ha mostrado las que habrán de serte placenteras si le prestares oído; mas ha ocultado con premeditada malicia las otras incontables que no procuran bienestar, previendo que a éstas nadie las aceptaría fácilmente.

30. Yo, en cambio, te revelaré y mostraré también ésas; y no imitaré los procedimientos de ella con el designio de hacerte ver sólo lo que hay en mí de atractivo y de disimular y ocultar lo que encierra dificultad; sino, por el contrario, pasaré por alto las cosas que brindan de por sí goce y alegría porque sé que ellas hablarán por sí mismas con la elocuencia de los hechos. En cambio, expondré con toda franqueza, en términos claros y mostrándolas abiertamente aquellas que causan dolor y son difíciles de soportar, a fin de poner bien al descubierto la naturaleza de cada una de ellas aun para aquellos que ven confusamente. Porque los que las experimentaren se convencerán de que las cosas mías que aparentemente constituyen los mayores males, resultan más nobles y estimables que los mayores bienes de ella.

31. Pero antes de comenzar a hablar sobre mis cosas, he de hacerte presente en la medida de lo posible todas las cosas que ella ha pasado por alto. En efecto, habiéndose referido a los bienes que ha atesorado: colores, sonidos, perfumes, sabores, cualidades, posibilidades propias del tacto y de todas las otras formas de sensibilidad; y después de hacerlas más dulces aún con la seducción de sus palabras; nada dijo de las otras cosas suyas: enfermedades y plagas que soportará sin remedio quien prefiriere sus favores; a fin de que, llevado por la brisa de alguna ventaja caigas preso en sus redes.

32. Ten, pues, presente, amigo, que si te convirtieres en su amante, serás todas estas cosas: inescrupuloso, atrevido, discordante, huraño, intratable, sin ley, violento, irascible, irrefrenable, insolente, indócil, apátrida, revoltoso, desordenado, impío, sacrílego, inconstante, inestable, excluido del culto, profano, maldecido, farsante, vengativo, jactancioso, presuntuoso, arrogante, vil, envidioso, murmurador, provocador, calumniador, frívolo, impostor, mentiroso, irreflexivo, relajado, artero, insociable, injusto, parcial, hosco, rencoroso implacable, engreído, desgobernado, sin amigos, sin hogar, criminal, indigno, rudo, bestial, esclavo, cobarde, incontinente, desarreglado, obsceno, afrentado, desvergonzado, inmoderado, insaciable, ignorante, insensible, disconforme, desobediente, rebelde, gemebundo, falaz, disimulado, desconfiado, mal reputado, aislado, inabordable, funesto, malévolo, desequilibrado, inoportuno, locuaz, charlatán, superficial, adulador, tardo, desconsiderado, imprevisor, imprudente, negligente, desapercibido, de mal gusto, engañado, fracasado, desorganizado,

indefenso, goloso, fácilmente arrastrable, flojo, sin firmeza, mañoso en grado sumo, pérfido, engañador, insidioso, alevoso, granuja, incorregible, indigente, siempre inseguro, vagabundo, agitado, impulsivo, vulnératele, enajenado, veleidoso, ambicioso, furibundo, vengativo, descontento, inconsolable, colérico, timorato, diferidor, contemporizador, suspicaz, infidente, pertinaz, mal pensado, pesimista, llorón, malicioso, demente, frustrado, informe, pernicioso, ávido de ganancias vergonzosas, pagado 'de ti, servil, demagogo, derrochador, insoportable, afeminado, inútil, disoluto, burlador, voraz, estúpido, es decir, un cúmulo de miserias indecibles.

33. Tales son los grandes secretos del muy hermoso y muy apetecido placer, que él con toda premeditación te ha ocultado por miedo de que tú, enterado, rehuyas unirte a él. En cambio, el sinnúmero y la grandeza de los bienes que guardo yo conmigo, ¿quién sería capaz de señalarlo dignamente? Los que ya han» participado de ellos los .conocen y también los conocerán a su ,tiempo aquellos que poseen un natural propicio, una vez llamados a participar en el festín, no en aquel con que los placeres saturan el vientre y alegran el cuerpo, sino en aquel del que la inteligencia, rodeada de virtudes y nutrida con ellas, goza y se alegra.

34. VI. Por esto y porque, como se dijo antes, las cosas santas en virtud de que está en su propia naturaleza el manifestar por sí mismas lo que son, desisto de referirme a ellas, aun cuando esto equivalga a pasarlas en silencio. Ni el sol ni la luna necesitan, ciertamente, de que alguien los dé a conocer, puesto que llenan de luz al mundo todo elevándose el uno de día y la otra de noche; su luminosidad es una prueba que no ha menester de testimonios por cuanto el dictamen de los ojos es más claro que el de los oídos.

35. Con franqueza, sin ocultar nada te diré que una cosa, sobre todo, de las que guardo conmigo resulta molesta y dificultosa; mas solo aparentemente, porque, si bien en un primer encuentro parece cosa penosa a nuestra imaginación, con su ejercicio resulta gratísima y la reflexión la muestra como conveniente. No es otra cosa que el trabajo, el enemigo de la indolencia, el primero y mayor de los bienes, el que lleva a cabo la guerra sin cuartel contra el placer. Porque, a decir verdad, Dios ha señalado a los hombres el trabajo como el origen de todo bien y de toda virtud; y fuera de él no hallarás que se concrete bien alguno entre los mortales.

36. Así como sin luz es imposible ver, siendo impotentes tanto los colores como los ojos para procurar la aprehensión mediante la visión, pues la naturaleza ha producido la luz como vehículo de comunicación entre ambos, y es a través de ella por donde el ojo se aproxima y aplica al color; por lo que la fuerza de uno y otro es inútil en la obscuridad; de la misma manera también el ojo del alma es impotente para aprehender las virtuosas acciones a menos que se sirva del trabajo como de una luz, en calidad de auxiliar. Situado, en efecto, entre la inteligencia y el bien hacia el que la inteligencia tiende, y atrayendo con una mano a una y con la otra al otro, él es quien produce los acabados bienes que son la amistad y la armonía entre ambos.

37. VII. Escoge el que quisieres entre los bienes; y hallarás que ha sido producido y ha llegado a ser firme mediante el trabajo. La piedad y la santidad son bienes, mas no podemos alcanzarlos sin el servicio de Dios, y un servicio está estrechamente vinculado con la emulación en los trabajos. La prudencia, la valentía y la justicia son todas ellas hermosas virtudes y bienes perfectos; mas no es dable alcanzarlas mediante el ocio. Hemos de darnos por contentos si mediante ininterrumpidos esfuerzos se tornan ellas accesibles para nosotros. El complacer a Dios y a la virtud es semejante a una por demás tensa armonía; [18] y ningún

alma está dotada de un instrumento capaz de sobrellevarla, por lo que a menudo el instrumento se ha relajado y aflojado de modo que ha descendido desde las elevadas formas del arte hasta las intermedias.[19]

[18] Referencia a la concepción platónica de la virtud como una armonía del alma; y, a la vez, al concepto estoico de que el mal moral es un relajamiento de la tensión existente en ella. Es por otra parte, frecuente en. 1 Ion comparar al alma con un instrumento musical, especialmente la lira. En el parágrafo hay una clara alusión a la tensión de las cuerdas de ésta.

[19] La virtud, según los estoicos, es el arte o técnica aplicado al gobierno de la propia existencia.

38. Sin embargo, también en las intermedias es grande el esfuerzo. Observa a todos los que se aplican al aprendizaje de la cultura general y a los llamados estudios preliminares; mira a los agricultores y a cuantos se proveen de lo necesario para vivir ejerciendo cualquiera de los . oficios y profesiones. Ni de día ni de noche están ellos libres de preocupaciones; por el contrario, nunca y en ninguna parte cesan," como se dice, de soportar sufrimientos en una mano, en un pie, en todas sus potencias; tanto que muchas veces prefieren incluso la muerte a su situación.

39. VIII. Y así como necesariamente han de ser cultivadas las, virtudes del alma por aquellos que anhelan tener su alma en condiciones propicias, así también se ven precisados a cultivar la salud y los poderes que le son anexos aquellos que prefieren, tener el cuerpo en condiciones favorables; y la verdad es que los cultivan mediante inacabables e ininterrumpidos trabajos todos aquellos que se toman a pecho las potencias que llevan eh sí y de las que resultan ser una combinación.

40. Todos los bienes, como ves, brotan y germinan del .trabajo como de una raíz única. Jamás, por lo tanto, consientas en renunciar a él, porque sin darte cuenta renunciarás al misma tiempo a un cúmulo inmenso de bienes. El Soberano del cielo y del mundo todo posee y proporciona a quien Él quiere los. bienes con una facilidad absoluta, como que también sin trabajo construyó otrora el mundo tan inmenso, y no cesa actualmente de conservarlo, también sin trabajo, para toda la eternidad. La ausencia de esfuerzo es, en efecto, un supremo atributo de Dios. En cambio a ningún mortal ha concedido la naturaleza el adquirir bienes sin trabajos. El objeto de esto es que Dios sea proclamado dichoso, el único feliz entre los seres, también por esta vía.

41. IX. Al trabajo, a mí parecer, le cabe la misma función que al alimento. Así como éste ha hecho depender de sí y puesto en directa conexión con él la vida y todas las actividades y experiencias propias del vivir; del mismo modo también el trabajo tiene pendientes de sí los bienes; pues, así como los que desean realmente vivir no pueden descuidar el alimentarse; de manera similar los que aspiran a adquirir los bienes han de pensar en el trabajo desde el principio; porque lo que es para la vida el alimento, es respecto del bien el trabajo.

42. Nunca,. pues, tengas en menos el trabajo; y así, mediante esa vía única,. podrás recoger la nutrida cosecha de todos los bienes. De ese modo, además, aunque en edad eres más joven serás considerado el mayor en edad,[20] y juzgado digno de la precedencia. Y, sí mejorando siempre, llegares a aproximarte a la perfección, no solo la precedencia se te concederá, sino además todos los bienes paternos, tal como a Jacob, el que mediante artimañas se-hizo dueño de los sitiales y fundamentos de la pasión; como a Jacob, que confesó sus experiencias diciendo: "Dios ha tenido misericordia de mí y todo es mío." (Gen. XXXIII, 11.) Palabras plenas de doctrina y de instrucción; ya que en la misericordia de Dios todas las cosas reposan

como en seguro puerto.
[20] Paralelo con la situación de Esaú y Jacob respecto de la primogenitura,

43. X. Tales verdades tiénelas aprendidas Jacob de Abraham, es decir, el abuelo de su educación, quien da al sabio Isaac todos sus bienes [21] sin dejar nada a los bastardos y torcidos pensamientos nacidos de sus concubinas como no fueran pequeños presentes acorde con la ínfima importancia de los mismos.
En efecto, los bienes verdaderos, es decir, las virtudes perfectas son posesiones del hombre perfecto y cabal; en tanto que los bienes que procuran los deberes secundarios se adaptan a los hombres no perfectos que llegan hasta los estudios de cultura general preparatorios, de los que son ejemplos Agar y Jetura; Agar, vale decir, "residencia en el extranjero", y Jetura, o "la que quema perfumes".
[21] Gen. XXV, 5. Filón califica aquí (Ver Sobre los sueños I, 47 y 75) a Abraham de "abuelo de la educación" de Jacob. Probablemente deba entenderse en el sentido de que a través de Isaac los principios a que Abraham ajustó su vida se transmitieron a su nieto.

44. Es que el que se contenta con los estudios de cultura general sólo como extranjero reside cerca de la sabiduría sin afincarse definitivamente limitándose a esparcir sobre el alma como una dulce fragancia procedente de la exquisitez del estudio de ella. Pero lo que él necesita para su salud no son fragancias sino alimentos. El olfato no es sino un servidor del gusto, algo así como el esclavo qué prueba previamente los alimentos de su reina;; y aunque reconocemos que escuna sabia creación de la naturaleza, consideramos que es un sentido subordinado. Y antes que los conocimientos subordinados hemos de procurar siempre los soberanos; antes que los conocimientos forasteros, los vernáculos.[22]
[22] Ver Interpretación alegórica III, 244.

45. Escuchadas tales cosas,[23] el entendimiento se aleja de la mujer placer, y se une a la virtud, pues reconoce la hermosura natural, legítima y santa en grado sumo de ésta. A la vez, conviértese entonces en pastor de ovejas,[24] en conductor, en piloto de las potencias irracionales del alma, y no permite que éstas se conduzcan de manera desordenada y discorde, sin quien las vigile y guíe, a fin de que sus rebeldes instintos no se precipiten en la ruina al carecer de asistencia como si una indefensa e incontrolada orfandad pesara sobre ellos.
[23] Vale decir, concluidas las advertencias hechas por la mujer-virtud. Sin embargo lo contenido en los párrafos 41 a 44 más parecen ser acotaciones personales de Filón que palabras puestas en boca de aquélla.
[24] Gen. IV, 2.

46. XI. Un ejemplo es el practicante,[25] quien, entendiendo que esa tarea es la más apropiada para la virtud, acepta "ser pastor de los rebaños de Labán" (Gen. XXX, 36), es decir, del que está apegado a los colores, las formas y los cuerpos inanimados en general. Pero lo será no de todos los rebaños, sino sólo de "los que habían sido dejados". (Gen. XXX, 36.) ¿Qué quiere decir esto? Por naturaleza lo irracional es de dos clases. Una es la irracionalidad propia del demente, al que suele calificarse de irracional, y consiste en la oposición a los dictados de la razón; la otra, que se da en los seres vivientes no racionales, consiste en la carencia de la razón.
[25] Jacob, el que practica o se ejercita en la virtud.

47. Los irracionales movimientos de aquél, me refiero a las actividades contrarias a los dictados de la razón, están a cargo de los hijos de Labán, "que se hallan situados a tres días de distancia" (Gen. XXX, 36.), forma simbólica de dar a entender que hallábanse separados de la

vida íntegra por toda la eternidad; como que el tiempo tiene tres partes, pues se compone de pasado, presente y futuro. En cambio, las fuerzas irracionales en el otro sentido, de las que también los animales irracionales participan, que no son contrarías a la recta razón, sino simplemente carentes de razón, son consideradas por el practicante como merecedoras de cuidado, pues entiende que sus errores proceden más que de un vicio maligno, de una ignorancia resultante de la falta de instrucción.

48. La ignorancia es un estado involuntario, un mal leve, y tiene en la enseñanza un remedio no difícil de lograrse; la maldad, en cambio, postración del alma contraída voluntariamente, obra de modo que resulta difícil de remediar si no incurable del todo. Y así, los hijos de Jacob, instruidos, como estaban, por su sapientísimo padre, aunque descienden hasta el cuerpo egipcio amante de las pasiones y entran en contacto con el faraón, el dispersador de los bienes, que se considera rey de ese compuesto que es el ser viviente; con todo, sin deslumbrarse ante su opulencia, confiesan que "no sólo ellos son pastores de ovejas sino también lo han sido sus padres". (Gen. XLVII, 3.)

49. XII. Y en verdad, nadie podría jamás enorgullecerse tanto por la autoridad y el poder como estos hombres se enorgullecían de ser pastores. Ciertamente, compete a los que son capaces de discernir, un cometido más augusto que la misma realeza, a saber: ejercer el dominio (como si se tratase del gobierno de una ciudad o de un país) del cuerpo, de los sentidos, del vientre, de los placeres que tienen lugar más allá del vientre, de las otras pasiones, de la lengua y, en general, de todo el compuesto que somos; y gobernarlos de manera enérgica y sumamente rigurosa, y al mismo tiempo con afabilidad. Porque,. al igual que un conductor de carros, deben ellos unas veces aflojar las riendas a los animales uncidos si obedecen sumisos; y otras ponerles freno conteniéndolos, cuando el impulso y el ímpetu hacia las cosas exteriores se tomen excesivos y rebeldes al control.

50. Yo admiro, además, al guardián de las leyes, Moisés, que, juzgando que el oficio de pastor es elevado y brillante cometido, lo tomó para sí. Él, efectivamente, preside y dirige las opiniones del superficial Jetró, conduciéndolas desde el tumulto de las preocupaciones de la vida ciudadana al aislamiento de la vida sin injusticias. En efecto, "condujo el ganado hasta el interior del desierto". (Ex. III, 1.)

51. Por eso también, como lógica consecuencia, "todo pastor de ganado es objeto de abominación por parte de los egipcios" (Gen. XLVI, 34), porque todo amante del placer abomina a la recta razón, el piloto y guía de cuanto es noble; tal como los muchachos díscolos detestan a sus maestros y tutores y toda actitud razonable encaminada a corregirlos e instruirlos. Moisés dice que "sacrificará a Dios las abominaciones de Egipto"[26] (Ex. VIII, 26), es decir, las virtudes, irreprochables y sumamente apropiadas ofrendas, que todo insensato sin excepción detesta.
De modo que es razonable que Abel, el que refiere las cosas más excelsas a Dios, sea llamado pastor; y que Caín, el que las atribuye a sí mismo y a su propia inteligencia, sea llamado trabajador de la tierra. En cuanto a qué se entiende por trabajo de la tierra, en anteriores libros [27] lo hemos expuesto.
[26] Es decir, lo que Egipto abomina, o sea, las virtudes.
[27] Nada se dice, sin embargo, en los libros precedentes acerca del tema. En cambio, en Sobre la agricultura 21 y ss. se presenta al trabajador de la tierra como hombre que trabaja para satisfacer las necesidades del cuerpo.

52. XIII. "Y sucedió que al cabo de unos días Caín trajo una ofrenda al Señor de los frutos de

la tierra." (Gen. IV, 3.) Dos cargos contra el amante de sí mismo aparecen aquí: uno es q...J manifestó su gratitud a Dios no inmediatamente, sino "al cabo de unos días y el otro, que ofreció "de los frutos" y no de los primeros frutes, o dicho con una sola palabra, de las "primicias".[28] Examinemos una y otra acusación; y primero la primera en el orden.

[28] "Primicias" o cosas producidas primero (*protogennémata*). El pasaje dice literalmente "cuyo nombre compuesto es".

53. Es necesario que nos apresuremos a abocarnos cuanto antes a la realización de las nobles acciones, obrando sin flojedad ni demora. No hay obra más excelsa que el agradar al Bien Primero sin dilación alguna. Por eso está prescripto: "Si hicieres un voto no tardes en cumplirlo." (Deut. XXIII, 21.) Ahora bien, un voto es, por una parte, un pedido de bienes a Dios,[29] y, por otra, una obligación para el que obtiene lo que esperaba, de ofrecer a Dios la corona del mérito, y no a sí mismo; y si es posible, hacer tal cosa sin dilación ni pérdida de tiempo.

[29] Quizá siga una laguna en el texto. Probablemente deba llenarse con algo así como: "con la promesa de satisfacer la deuda o la obligación contraída."

54. De los que en esto andan errados unos, por olvido de 'os beneficios de que gozan, han malogrado el bien inmenso que es la gratitud; otros, presa de una desmedida presunción, tiénense a sí mismos por autores de los bienes que les han cabido, y no a Aquél que es el verdadero origen de ellos; y, en tercer lugar, están los que incurren en la falta más leve que la de estos últimos y más grave que la de los primeros, de atribuir la producción de los bienes a la soberana Inteligencia pero sostener que es natural que ellos los obtengan, puesto que se trata de personas sensatas, valientes, sabias y justas, y en mérito a ello Dios los considera merecedores de Sus gracias.

55. XIV. La sagrada palabra opónese a cada uno de éstos. Al primero, es decir, a aquel a quien, perdida la memoria, le sobreviene un agudo olvido, le dice: "Cuando comas y te hartes, amigo, cuando edifiques y habites en hermosas casas, mientras crecen tus ovejas y tus bueyes y se multiplican tu plata, tu oro y todo cuanto te pertenece, no te ensoberbezcas en tu corazón, ni te olvides del Señor tu Dios." (Deut. VIII, 12 a 14.) ¿Cuándo, pues, no te olvidarás de Dios? Pues, cuando no te olvides de tí mismo. En efecto, si tienes presente la nada que eres tú en todo, tendrás presente la trascendencia de Dios en todas las cosas.

56. Al que se considera a sí mismo como autor de los bienes alcanzados lo llama a la reflexión en estos términos: "No digas: 'Mi fuerza y mi fortaleza de mi brazo me han dado todo este poder'. Antes bien, conserva en la memoria al Señor tu Dios, que es Quien te da la fuerza para alcanzar el poder." (Deut. VIII, 17 y 18.)

57. En cuanto al que se tiene por merecedor de la adquisición y goce de los bienes, reciba una novedosa lección en las palabras del oráculo que dice: "No en mérito a tu justicia ni por la santidad de tu corazón entrarás en esta tierra para poseerla", sino, en primer lugar, "a causa de la iniquidad de estas naciones", pues Dios hace que se precipite la ruina sobre sus maldades; en segundo lugar, "para que se cumpla el pacto que Él juró a nuestros padres". (Deut. IX, 5.) Ahora bien, "pacto de Dios" es una forma alegórica de designar las gracias de Dios; y por otra parte, es imposible que Dios, conceda gracia alguna que no sea perfecta; de modo que todos los dones del Increado son perfectos y completos, y entre cuantas cosas existen solo la virtud y las acciones virtuosas son completas.[30]

[30] El argumento es, al parecer, el siguiente: un pacto de Dios es un don de Dios: los dones de Dios son perfectos; y como solo la virtud es algo perfecto, la virtud es un donde Dios, no obra

del hombre.

58. Si, pues, acabáremos con el olvido, con la ingratitud, con el amor a nosotros mismos y con la generadora de tales vicios, la presunción, ya no andaremos tardos en el verdadero servicio ' por nuestra demora; y, dejando atrás y superando las cosas creadas, sin aferramos a ninguno de los seres mortales, iremos al encuentro del Señor preparados ya para estar en condiciones de cumplir Sus mandatos.

59. XV. Así, marchando con diligencia, rapidez y celo sumo exhortó Abraham a Sara, es decir, a la virtud, a que se diera prisa y amasase tres medidas de flor de harina y preparara panecillos cocidos bajo cenizas,[31] no bien Dios, escoltado por Sus dos más altas potencias, la soberanía y la bondad, y siendo uno en medio de ambas, hizo nacer en su alma vidente tres visiones, ninguna de las cuales es medible en modo alguno, pues Dios es infinito y también lo son Sus potencias; pero cada una es medida de todas las demás cosas. En efecto, Su bondad es la medida de los bienes; Su soberanía lo es de los sujetos a ella; y de todas las cosas corpóreas e incorpóreas lo es el Soberano mismo; en Cuyo servicio también aquellas potencias asumen la función de cánones y normas, y miden cuanto entra en sus respectivos campos.
[31] Gen. XVIII, 6.

60. Bien está que esas tres medidas sean como amasadas y mezcladas en el alma para que ésta, persuadida de que nada hay más excelso que Dios, quien está por sobre Sus mismas potencias, pues tanto se manifiesta aparte de ellas como se hace patente en las mismas, pueda recibir las señales de Su soberanía y de Su beneficencia; y, convertida en iniciada en los Divinos misterios, no los divulgue fácilmente, sino los guarde como un tesoro y los conserve en secreto y en silencio. Así pues, hallamos escrito "preparar panecillos cocidos bajo cenizas", porque es necesario que la sagrada palabra que nos inicia en lo tocante al Increado y Sus potencias permanezca oculta, dado que el conocimiento de los Divinos ritos es un depósito que no cualquiera es capaz de guardar.

61. XVI. La corriente de palabras que fluye a través de la boca y la lengua del alma incontrolada se derrama sobre todos los oídos. De los que las oyen unos, poseyendo anchurosos depósitos, guardan lo vertido; otros, en cambio, por la estrechez de sus conductos no pueden embeberlo, y lo desbordado se derrama sin control fuera y se esparce por todas partes, de modo que las verdades secretas flotan y sobrenadan en su superficie y, cosas dignas de todo cuidado, como ellas son, se precipitan cual si se tratase de simple basura, a merced de la corriente.

62. Por eso me parece que encararon la cosa con acierto aquellos que se iniciaron en los pequeños misterios antes de iniciarse en los grandes,[32] pues "cocieron[33] bajo la ceniza la masa que habían sacado de Egipto e hicieron panes ácimos" (Ex. XII, 39), es decir, cocieron la salvaje y cruda[34] pasión mediante la razón, que la ablanda, como si se tratara de un alimento; y no divulgaron el método de cocción y mejoramiento que le había proporcionado una Divina inspiración sino lo guardaron en secreto como un tesoro, sin ensoberbecerse por la revelación, sino humillándose y eliminando toda soberbia.
[32] Emplea aquí Filón las denominaciones con que los atenienses designaban las dos celebraciones anuales correspondientes a los misterios eleusinos. Para Filón "los pequeños misterios" son los ritos de la Pascua, ritos que constituyen la primera etapa en el camino de la perfección. En esta etapa el alma deja atrás Egipto, es decir, la pasión, y se inicia en las prácticas que llevan a la percepción de Dios.
[33] El verbo *péssein* = cocer, significa además madurar y ablandar los alimentos; y Filón juega,

en lo que sigue, con el doble sentido de este verbo y con el de *pepáineín* = madurar, cocer, aplacar, calmar.
[34] "Cruda" (en griego *omós*), tanto en el sentido de no cocido, como en el de crudeza o salvajismo moral.

63. XVII. Estemos, pues, siempre prestos y preparados para el agradecimiento y la honra del Omnipotente evitando toda postergación. Nos está prescripto, en efecto, cumplir con la Pascua, que consiste en el tránsito desde las pasiones hasta la práctica de la virtud, "ceñidas las espaldas", vale decir, prestos para el servicio; habiendo asido "las sandalias", es decir, nuestra masa de carne; "con los pies" firmes y asegurados; llevando "en la mano el bastón", o sea, la instrucción para la conducción recta y sin tropiezos de todos los actos a través de la vida; y, finalmente, comer "con prisa". (Ex. XII, 11.) Es que no se trata de un tránsito mortal; ya que es denominado la Pascua del Increado e Inmortal; y con mucha razón, pues no existe cosa noble alguna que no sea de Dios y Divina.

64. Examínalo, pues, sin dilaciones, oh alma, tal como el practicante Jacob, quien, al preguntarle su padre: "¿Qué es esto que has hallado tan presto hijo?", con profunda verdad respondió: "Es lo que colocó Dios Soberano ante mí." (Gen. XXVII, 20.) Experto, como había llegado a ser, en muchos asuntos, había aprendido que mientras cuanto la creación procura al alma ha menester de mucho tiempo para adquirir seguridad, tal como ocurre con las artes y las reglas de las artes que se imparten a los discípulos, las que, en efecto, no pueden llenar inmediatamente la inteligencia de los principiantes, como si se tratara de líquidos vertidos en vasijas; en cambio, cuando la fuente del saber, es decir, Dios, proporciona los diversos órdenes de conocimientos al género mortal, los proporciona al instante; razón por la cual aquellos que llegaron a ser discípulos aptos del único Sabio, alcanzaron rápidamente el descubrimiento de las cosas que buscábala.

65. XVIII. Ahora bien, la primera virtud de los principiantes es desear ardientemente que, imperfectos como ellos son, les sea dado imitar en la medida de lo posible la perfección de su maestro; y este Maestro es más rápido aún que el tiempo, como que el tiempo no cooperó con Él en la creación del universo, pues también él llegaba a la existencia a medida que lo hacía el mundo. Dios hablaba y simultáneamente creaba, sin que existiera intervalo entre ambos hechos. O para sugerir una doctrina más verdadera aún: Su palabra era obra. Por otra parte, nada hay aún cutre los mortales más veloz que la palabra, como que al torrente de nombres y de verbos desfila dejando atrás a la aprehensión de sus significados.

66. Y así como las corrientes perennes que manan a través de las fuentes, poseen un impulso que no cesa, pues siempre el nuevo flujo impide su cesación, del mismo modo la corriente de la palabra, cuando comienza a moverse, corre pareja con lo más rápido que hay en nosotros, la inteligencia, la cual deja atrás incluso a las naturalezas aladas.[35] Y tal como el Increado se anticipa a todas las cosas creadas, del mismo modo la palabra del Increado deja atrás la palabra de la creatura, aunque cabalgue a toda velocidad sobre las nubes. Por eso el Señor manifiesta francamente: "Ya verás sí Mí palabra te alcanza o no" (Núm. XI, 23);" con lo que señala que la palabra Divina supera en rapidez y da alcance a todas las cosas.
[36] O sea, más veloz que el vuelo de las aves. En Sobre el cambio de los nombres 247 hace Filón de las aves un símbolo de la palabra "pues la palabra es por naturaleza una cosa veloz y alada".

67. Pero, si Su palabra las deja atrás, con mucha más razón las deja el Mismo que la pronuncia, como en otro pasaje lo atestigua afirmando: "Yo estoy situado aquí y allí antes que

estuvieras tú." (Ex. XVII, 6.) Da a entender, en efecto, que Él subsiste antes que existiera cosa creada alguna; y que, estando aquí, está también allí y en otra parte y en todo lugar, por haberlo llenado todo totalmente sin haber dejado nada desierto de Sí.

68. Porque no dice: 'Yo estaré aquí y allí', sino: 'También ahora, cuando estoy presente, estoy situado al mismo tiempo aquí y allí. Y no porque me mueva cambiando de lugar de modo de alcanzar un sitio abandonando otro, sino con un movimiento de autoexpansión.
Por fuerza, pues, Sus leales hijos, que imitan la naturaleza del Padre, con toda diligencia y sin tardanza, ejecutan las nobles obras, entre las cuales la más excelente es honrar a Dios sin pérdida de tiempo.

69. XIX. En cambio, el faraón, el dispersador de las cosas nobles, no siendo capaz de recibir la visión de los poderes que escapan a las leyes del tiempo; y ciego, como es, de los ojos del alma, únicos que pueden aprehender las naturalezas incorpóreas, no se aviene a recibir ayuda a través de lo intemporal; y, abrumado por las ranas, vale decir, por las opiniones sin espíritu, productoras de sonidos y ruidos carentes y vacíos de sentido; al decirle Moisés: "Indícame cuándo he de suplicar por ti y tus servidores para acabar con las ranas" (Ex. VIII, 9); no obstante que, en apremios tan grandes como se hablaba, hubiera sido necesario decir; 'Ruega ahora mismo', hace caso omiso de ello y dice: "Mañana" a fin de mantener hasta último memento inalterable su irreligiosidad.

70. Esto es más o menos lo que acontece con todos los que no se deciden ni por uno ni por otro bando, aunque no quieran confesarlo en. sus declaraciones. En efecto,: cuando algo les sobreviene contra sus deseos, como no confían firmemente en Dios, su Salvador, de primera intención se acogen a los auxilios que procuran las créaturas: médicos, plantas, combinaciones de drogas, rígidas dietas y todas las otras ayudas que se usan entre los mortales. Y si alguien les dice: 'Acudid, necios, al único médico de las dolencias del alma, dejando de lado la falsamente, llamada ayuda que procede de la mudable creatura', ellos se reirán y bromearán diciendo por toda respuesta: 'Dejemos esto para mañana', dando a entender que en ningún caso suplicarán a la Divinidad en lo que concierne a la liberación de los males presentes.

71. Mas, cuando ninguno de los auxilios humanos basta, y todas las cosas, aun las medicinas, resultan ser nocivas, entonces, agobiados por su grande impotencia, renuncian los míseros a la ayuda procedentes de todos los demás seres y acudan, aunque contra su voluntad, tarde y reticentemente al único Salvador, Dios. Éste, como sabe que lo hecho por imperio de la necesidad carece de mérito, no en todos los casos obra conforme con Su norma habitual, sino sólo en aquellos en que hacerlo resulta conveniente y provechoso. Todo entendimiento, pues, que considera que todo cuanto existe es posesión suya, y se honra a sí mismo antes que a Dios (actitud que precisamente sugieren las palabras "sacrificar días después") ha de saber que se halla expuesto a ser acusado de impiedad.

72. XX, Hemos ya considerado suficientemente el primer cargo contra Caín. El segundo es como sigue: ¿Por qué las primicias que ofrenda son "de los frutos" y no de los primeros frutos? Seguramente, por la misma razón, es decir, para tributar la mayor honra a la creatura y una honra secundaria a la Divinidad. Porque, así como hay quienes prefieren el cuerpo al alma, el esclavo a la señora, así también hay quienes tienen reservada mayor honra a las créaturas que a Dios, no obstante la admonición del legislador para que "llevemos a casa de Dios Soberano las primicias de los primeros frutos de la tierra" (Ex. XXIII, 19), y no nos las atribuyamos a nosotros mismos. Y en verdad, lo justo es que reconozcamos como

pertenecientes a Dios todos aquellos movimientos del alma que ion primeros tanto en el orden como en valor.

73. Los primeros en el orden son de tal naturaleza que, no bien nacemos, comenzamos a participar de ellos: la alimentación, el crecimiento, la visión, la audición, el gusto, el olfato, el tacto, la palabra, el pensamiento, las partes del alma, las del cuerpo, las actividades de ambos y, en general, todos los cambios y movimientos naturales de los mismos. Los primeros en dignidad y valor, en cambio, son las rectas acciones, las virtudes y las prácticas acordes con ellas.

74. Es justo, pues, que ofrezcamos las primicias de los mismos; y las primicias de ellos consisten en la palabra portadora de gratitud que nace de una inteligencia sincera. Este ofrecimiento de gracias debemos dividirlo en las partes que le son propias, tal como tienen sus partes la lira y los otros instrumentos musicales. En efecto, cada uno de los sonidos que se arrancan de ellos es musical de por ,sí y está además plenamente adaptado para armonizar con los otros. Y lo mismo ocurre con los elementos gramaticales llamados vocales, los que tienen un sonido independiente y conforman un sonido completo unidos a otros.

75. Del mismo modo la naturaleza ha producido en nosotros poderes múltiples de sensibilidad, palabra e inteligencia, y ha dotado a cada uno de ellos de un cometido específico a la vez que los ha coordinado en la debida proporción para la recíproca cooperación y armonía; por lo cual, ya sea que consideremos cada uno de ellos separadamente ya todos en conjunto, con toda justicia podemos proclamar los felices resultados de su obra.

76. XXI. Así pues, "si trajeres una ofrenda de primicias", divídelas tal como la sacra palabra lo prescribe, a saber: primero "nuevas", luego "tostadas", luego "divididas", y finalmente "molidas". (Lev. II, 14.) "Nuevas", por el siguiente motivo. A aquellos que están apegados al tiempo antiguo, a la vieja edad de los mitos, y no han alcanzado a percibir la existencia del instantáneo e intemporal poder de Dios, ella los adoctrina e impulsa a la aprehensión de vigorosos pensamientos nuevos, lozanos y rejuvenecidos, a fin de que dejen de sustentar falsas opiniones nacidas de nutrirse de fraguados mitos que el largo curso de las edades ha transmitido para engaño de los mortales, y, por el contrario, al recibir del nunca envejecido Dios bienes nuevos y renovados, en abundancia sin límites, sean instruidos de modo que comprendan que con Él nada es antiguo, nada, en suma, es pasado, sino todo nace y subsiste al margen del tiempo.

77. XXII. Por este motivo dice también Moisés en otra expresión alegórica: "Te levantarás apartándote de la cabeza del encanecido y honrarás la cabeza del anciano." (Lev. XIX, 32.)[36] Con ella sugiere una profunda diferencia, porque "encanecido" significa aquí el tiempo con su total improductividad, del que es preciso apartarnos y huir, abandonando la ilusión que engaña a muchísimos y consiste en creer que el tiempo es capaz de producir algo. Por "anciano", en cambio, entiéndese aquel hombre que es merecedor de honra, de prerrogativa y de prioridad; y honrar al que es tal, fue la orden dada a Moisés, el amado de Dios. Dícele, en efecto, Dios: "Los que tú conoces, ésos son los ancianos." (Núm. XI, 16.) Con esto le da a entender que no acoge innovación alguna, y que Su norma es amar las verdades "ancianas" y dignas de la mayor reverencia.

[311] El pasaje, tal como aparece en la versión de los Setenta, se lee: "Te pondrás de pie delante de una cabeza encanecida." El razonamiento de Filón se basa en suponer que la persona encanecida es la que ha llegado a la vejez por el mero hecho de haber transcurrido el tiempo, mientras el anciano es aquel que, viejo o joven, se destaca por sus merecimientos y dignidad.

En griego presbíteros tiene ambas acepciones: anciano y venerable.

78. Es, en efecto, provechoso, aunque con ello no se tienda a la adquisición de la virtud perfecta sino simplemente a la formación como ciudadano, nutrirse con ancestrales y venerables pensamientos, y estar familiarizado con la antigua tradición de nobles empresas, que los historiadores y toda la familia poética han trasmitido para su recordación a los coetáneos y a la posteridad; mas, cuando el resplandor de la sabiduría adquirida sin estudio se nos ha encendido de improviso sin que lo previéramos ni esperáramos; cuando esta sabiduría, tras abrir los cerrados ojos del alma, nos convierte en espectadores de la sabiduría, en vez de oyentes de ella, colocando en nuestra inteligencia al más rápido de los sentidos, la vista, en lugar del sentido del oído, que es más lento; entonces resulta ocioso ya el ejercitar los oídos por medio de las palabras.

79. XXIII. Por eso también se dice: "Comeréis lo viejo y lo viejo de lo viejo, pero además sacarás lo viejo de la presencia de lo nuevo" (Lev. XVI, 10); [37] lo que significa que no es menester que rechacemos conocimiento alguno de los encanecidos por el tiempo; más aún, liemos de tender a la lectura de las obras de los hombres sabios y a escuchar los proverbios y narraciones de los que estudian la antigüedad, y desear siempre conocer lo relativo a los hombres y a las cosas de antaño, pues es gratísimo el no ignorar nada; pero, una vez que Dios haya hecho brotar en el alma los vástagos del saber adquirido sin maestros, hemos de abolir y extirpar de inmediato los conocimientos adquiridos mediante el estudio, los que, por otra parte, ya tienden a desaparecer y derrumbarse de por sí. Es, en verdad, imposible que el discípulo de Dios, el pupilo de Dios, el alumno de Dios, o como deba llamársele, soporte en adelante la guía de los mortales.

[37] El sentido probable del pasaje bíblico es: "Tendréis reservas en cantidad tal, que, para dar cabida a los nuevos alimentos, sacaréis fuera los nuevos."

80. XXIV. Sea además "tostada" la fresca madurez del alma, es decir, sea probada mediante el poder de la razón, tal como se prueba el oro con el fuego. La señal de haber sido probada y aprobada es su solidez. En efecto, así como el grano de las espigas bien crecidas es tostado para que en adelante no se ablande y la naturaleza ha querido que esto no se consiga sin fuego, de la misma manera también es preciso que la nueva ascensión hacia la madurez en la virtud adquiera solidez y firmeza por obra del poder inconmovible de la razón. La razón posee no sólo el don natural de fijar en el alma los principios adquiridos, impidiendo que éstos se dispersen, sino también el de aniquilar con vigor el impulso de la irracional pasión.

81. Observa, por ejemplo, cómo Jacob, el ejercitante, apréstase a cocer ese impulso en el preciso instante en que "Esaú" se encuentra "desfalleciente".[38] (Gen. XXV, 29.) Es que el hombre ruin se apoya en el vicio y en la pasión y, cuando ve que los fundamentos en los que se apoya son sometidos y debilitados por la razón, que los pone al descubierto, se encuentra, como era de esperarse, sin los vínculos que daban cohesión a sus fuerzas.

[38] El pasaje completo dice así en la versión de los Setenta; "Coció Jacob un guisado, y llegó Esaú agotado del campo.

82. Mas la razón no debe constituir un todo confuso sino ha de ser dividida en sus propias secciones. Esto es lo que quiere decir hacer ofrendas "divididas", pues en todas las cosas el orden es mejor que el desorden, y sobre todo en la razón, naturaleza que fluye con celeridad suma. XXV. Ella debe, en efecto, ser dividida en asuntos capitales, los llamados "asuntos pertinentes", y a cada uno de ellos deben de ajustarse los correspondientes procesos racionales, imitando de este modo a los arqueros hábiles, los que, después de colocar un determinado

blanco, tratan de que todas sus flechas den en él; pues el asunto capital aseméjase a un blanco; y el proceso racional a las flechas.

83. De esa manera el más preciado de los vestidos, vale decir, la razón, es tejido armoniosamente. En efecto, el legislador divide las láminas de oro en hilos, de manera de tejer con perseverancia mediante ellos las partes correspondientes.[39] Del mismo modo la razón, que es más preciosa que el oro, y constituye un variado conjunto de innumerables formas, es llevada a una loable perfección cuando es primero dividida con sutileza extrema en esos hilos que son los asuntos capitales, y luego recibe armoniosas demostraciones, semejantes a la trama de una tela.
[39] Éx. XXXVI, 10.

84. Además está prescripto que: "después de desollar la víctima del holocausto, la dividirán en sus miembros" (Lev. I, 6); a fin de que el alma se muestre primeramente desnuda, sin los vestidos con que la cubren las falsas y vacías conjeturas, y reciba luego las divisiones que correspondan. En efecto, la virtud, que es el todo y lo genérico, es dividida en sus especies primarias, a saber; prudencia, templanza, fortaleza y justicia, a fin de que, observando las diferencias que median entre ellas, aceptemos servirlas de voluntad a todas en conjunto y a cada una en particular.

85. Pero miremos cómo ejercitar nuestra alma para que no sea engañada y confundida por vagas y confusas representaciones, y para que pueda, en cambio, practicando las divisiones y clasificaciones de los objetos, considerar con detenimiento cada una de las cosas a fin de obtener una encuesta hecha con toda minuciosidad. Y otro tanto hagamos con la razón, la que, si se lanza en desordenada carrera, producirá obscuridad, pero si es dividida en sus propios asuntos capitales y en las demostraciones correspondientes a cada uno de ellos, resultará un todo armónico, un coherente conjunto formado por partes completas, semejante a un organismo viviente. Mas es preciso, si queremos que tales condiciones se afinquen firmemente en nosotros, practicar un ininterrumpido ejercicio y disciplina en las mismas. Porque el no perseverar en el saber cuando se ha tomado contacto con él, es como si, habiendo probado alimentos y bebidas, se nos impidiera comer y beber de ellos hasta estar satisfechos.

86. XXVI. Tras la ofrenda "dividida" corresponde hacer la "molida", esto es, después de la división conviene que residamos permanentemente, y descansemos en los pensamientos presentes en nuestro espíritu. Un ininterrumpido ejercicio torna sólido el conocimiento; del mismo modo que la falta de ejercitación engendra ignorancia. Muchísimos, en efecto, por descuido de la ejercitación física han llegado hasta la pérdida del vigor de que les había dotado la naturaleza. No siguieron el ejemplo de éstos aquellos que nutrieron su alma con el Divino alimento llamado maná; porque ellos lo molían y trituraban haciendo "panecillos cocidos bajo las cenizas" (Núm. XI, 8); resueltos a limpiar y pulir la celestial palabra de la virtud a fin de grabarla más firmemente en la inteligencia.

87. Así pues, cuando tú, conforme con la palabra Divina, reconozcas como ofrendas "nuevas" la plena madurez, como ofrendas "tostadas" la razón sometida al fuego e inconmovible, como ofrendas "divididas" la división y distinción de los objetos, y como ofrendas "molidas" la persistente práctica y ejercicio de las concepciones de la inteligencia, presentarás una ofrenda de los primeros y mejores frutos, vale decir, de las primicias del alma. Y, aunque nosotros anduviéremos lentos en ello. Dios no andará lento en tomar para sí a los aptos para Su servicio. Dice Él, en efecto: "Os tomaré para que seáis Mi pueblo y Yo seré vuestro Dios'"

(Ex. VI, 7); y "vosotros seréis para Mí un pueblo. Yo soy el Señor". (Lev. XXVI, 12.)

88. XXVII. Tales fueron los cargos contra Caín, que llevó su ofrenda después de unos días. Abel, en cambio, no ofreció lo mismo ni de la misma manera, sino llevó creaturas animadas en vez de inanimadas, mayores en edad y en dignidad en vez: de menores en uno y otro aspecto, vigorosas y suficientemente pingües en vez de debilitadas. Dice, en efecto, el legislador que su ofrenda consistía en "los primogénitos de sus ganados y en' los sebos de éstos". (Gen, IV, 4.)

89. En lo cual ajustábase a esta sacratísima prescripción: "Cuando el Señor tu Dios te haya introducido en la tierra de los cananeos, conforme a lo que juró a tus padres, y la haya puesto en tus manos, separarás para el Señor todo cuanto abre la matriz, los machos; de los rebaños de bueyes, en todos los ganados que poseyeres, todo cuanto abre la matriz, los machos, para el Señor, y a todo. el que abre la matriz de la asna, lo trocarás por un cordero; y si no lo trocares, lo rescatarás." (Ex. XIII, 11 a 13.) Lo que abre la matriz es el primogénito, y eso es lo que ofrenda Abel. Cuándo y cómo ha de ofrendarse esto, es lo que hemos de indagar.

90. Ocasión sumamente oportuna es, sin duda, el momento en que Dios te ha introducido en la tierra de los cananeos, es decir, en la razón presa de agitación; y no de cualquier manera sino "conforme a Su juramento", o sea, no para que soportes agitación, alteración y trastorno, arrastrado acá y allá sin estabilidad; sino para que, cesando tu agitación, goces de un sereno cielo y de la mar en calma y, arribando a la virtud,. que es como un refugio o una rada o un puerto excelente para. fondear, te asientes firmemente.

91. XXVIII. Respecto del juramento que Moisés atribuye a Dios, preciso es indagar si esto lo declara como cosa que de verdad puede ser atribuida a Dios; porque no son pocos, por cierto, los que creen que tal cosa no es propia de Él. Nosotros, en efecto, entendemos por juramento una apelación al testimonio Divino en un asunto controvertido. Pero Dios no puede? verse envuelto en incertidumbre o controversia por cuanto Él, no sólo la posee sino es quien ha mostrado a los demás claramente los modos de conocer la verdad. En cuanto a testigo, de ninguno ha menester absolutamente dado que no existe otro Dios, para que haya alguien igual a Él.

92. No es necesario insistir en que el que testimonia, por hacerlo precisamente, es superior a aquel para quien presta el testimonio. Es que, mientras éste necesita del testimonio, aquél lo brinda, y el que es útil merece siempre ser preferido al que necesita algo. Pero no es lícito pensar siquiera que haya algo superior a la Causa, cuando ni siquiera algo igual a Ella existe ni que le sea inferior por escasa diferencia, sino todo lo que viene después de Dios se halla a una distancia con respecto a Él equivalente a la que media entre dos órdenes de cosas esencialmente distintas.[40]

[40] Literalmente: "Todo lo que viene después de Dios aparece inferior a Él en todo un género."

93. Los hombres sí recurren al juramento para ganarse la confianza de aquellos que no confían en ellos; pero Dios es merecedor de confianza hasta en el simple hablar, de modo que por la seguridad que Sus palabras llevan implícita en nada difieren de los juramentos. Y sucede que, mientras nuestra sinceridad es confirmada por un juramento, el juramento mismo es garantizado por Dios, pues no es que Dios sea digno de confianza porque medie Su juramento, sino el juramento es seguro porque lo formula Él.

94. XXIX. ¿Por qué, entonces, le pareció bien al sagrado intérprete presentar a Dios

formulando un juramento? Para probar la flaqueza de la creatura; y, habiéndola probado, brindar a la vez consuelo y ánimo. Nosotros, en efecto, no somos capaces de conservar ininterrumpidamente en nuestra alma la reflexión capital, digna de la Causa, que dice: "Dios no es como el hombre" (Núm. XXIII, 19); para de ese modo elevarnos por sobre todas las representaciones antropomórficas.

95. Estamos en sumo grado atados a lo mortal, y sin poder concebir nada fuera de nosotros mismos, impotentes para salir de nuestras propias miserias y encerrados dentro de lo mortal como caracoles, y envolviéndonos a nosotros mismos a modo de una esfera, como los erizos, pensamos acerca del Bienaventurado e Increado lo mismo que pensamos de nosotros mismos; y, aun cuando evitamos la monstruosidad de decir que la Divinidad tiene forma humana, de hecho, sin embargo, admitimos la impiedad de pensar que tiene pasiones humanas.

96. Y así, le atribuimos manos, pies, entradas, salidas, enemistades, aversiones, hostilidades, arrebatos, es decir, partes y sentimientos, a los que la Causa es ajena, y entre esas cosas se halla también el juramento, que no es sino un recurso auxiliar de nuestra flaqueza.

97. "Si Dios, pues, te diere, separarás..." [41] (Ex. XIII, 11) dice Moisés delimitando situaciones. En efecto, si Él no te diere no tendrás, puesto que a Él Le pertenecen todas las cosas: cuanto hay fuera de ti, el cuerpo, la sensibilidad, la razón, la inteligencia, y todas las funciones de ellos; y no sólo tu persona, sino también este mundo. Y cualquier cosa que separares y sacares de él para ti, hallaras que se trata de algo ajeno. Nada posees, en efecto, como cosa propia ni la tierra ni el agua, ni el aire ni el cielo ni los astros ni forma alguna de cuantos animales y vegetales, seres perecederos y seres imperecederos hay:
de tal modo que, sea lo que fuere lo que trajeres a título de ofrenda, traerás siempre algo que pertenece a Dios y no a ti.
[41] El pasaje bíblico dice textualmente: "Cuando te la haya dado (o puesto en tus manos), separarás..."; pero Filón sustituye "cuando" por "'sí", y lee "Si Dios te diere..." Ello le permite sacar, una vez más, su conclusión favorita de que todo pertenece a Dios, y el hombre solo tiene en calidad de préstamo cuanto usa.

98. XXX. Observa, además, la perfecta santidad contenida en la prescripción de separar parte de aquello que nos ha sido dado y no presentar todo lo recibido. Porque son infinitos los dones que la Naturaleza [42] nos ha concedido, como porción reservada al género humano, sin que de todos participe Ella misma. Siendo, en efecto, increada, da la generación de seres; no necesitando Ella de alimentos, da alimentos; permaneciendo en el mismo estado, da el crecimiento; no admitiendo sustracción ni agregado, da la sucesión de etapas de la vida [no siendo corpórea], da este cuerpo orgánico con el que se puede tomar, dar, marchar, ver, oír, aproximar los alimentos, evacuarlos oportunamente una vez digeridos, apreciar las variedades de colores, hacernos oír mediante la palabra y realizar otras operaciones de las que conciernen a los servicios necesarios y útiles a la vez.
[42] Como en muchos otros pasajes, aquí la naturaleza aparece identificada con Dios.

99. Quizá diga alguien que estas cosas son indiferentes, pero que la Naturaleza no puede menos de tenerse reservada su parte en los bienes reconocidos como tales. Veamos, pues, de comprobarlo en los que a nuestro juicio son los más admirables entre estos "bienes de verdad", aquellos por cuya plena obtención en las mejores condiciones rogamos considerándonos felicísimos si los alcanzamos.

100. Pues bien, ¿quién no sabe que una vejez dichosa y una buena muerte son los mejores

entre los bienes humanos, y que de ninguno de los dos participa la Naturaleza, la que no conoce ni vejez ni la muerte? ¿Y qué tiene de extraño que el Increado no se digne a hacer uso de los bienes que tocan a los seres creados, cuando hasta los mismos seres creados tienden a poseer las virtudes, diferenciadas según las distintas especies en que se dividen? No pueden, por ejemplo, los hombres competir con las mujeres, ni las mujeres con los hombres en aquellas cosas que atañen exclusivamente al sexo opuesto; en caso contrario, si las mujeres trataran de imitar las prácticas de los hombres y éstos aceptaran las de las mujeres, cargarían las unas con la mala reputación de hombrunas, los otros con la de afeminados.

101. Por otra parte, la naturaleza ha separado ciertas capacidades, de modo que ni mediante la ejercitación podrían llegar a ser comunes. Así, el fecundar y engendrar es privativo del hombre conforme con las condiciones que le son propias, y la mujer no podría alcanzar tal cosa. A su vez, siendo la facilidad de dar a luz un bien propio de las mujeres, la naturaleza del varón no lo admite. En consecuencia, tampoco las palabras "como un hombre" (Deut. I, 31) han de entenderse literalmente en lo que a Dios se refiere. Se trata de una expresión de sentido figurado tendiente a ayudamos en nuestra debilidad.[43] Separa, pues, oh alma, todo lo engendrado, mortal, mudable, profano, de tu concepción de Dios, el Increado, el Imperecedero, el Inmutable, el Santo, el Único Bienaventurado.
[43] Es decir, en nuestra impotencia o incapacidad para aprehender las se nutre a un hijo.. ."

102. XXXI. Las palabras "de [44] todo cuanto abre la matriz, los machos, para el Señor" (Ex. XIII, 12) están del todo de acuerdo con la naturaleza de las cosas. Porque, así como las mujeres han sido dotadas por la naturaleza de una matriz como su parte más propia a fin de generar seres animados, así también en el alma ha sido establecido un poder para engendrar, mediante el cual la inteligencia se preña, gesta en su seno y da a luz muchas cosas.
[44] En el texto del pasaje bíblico citado en 89 no se lee "de todo.. ." (que es lo lógico) sino "todo..." En 104 y en la presente ocasión Filón altera el texto original empleando el genitivo *pantós* =: de todo. Por "que abre la matriz" entiéndase "primera cría".

103. Pero de los pensamientos engendrados unos son machos y otros hembras, tal como ocurre en el caso de los seres animados. Vástagos hembras del alma son el vicio y la pasión, bajo cuya influencia nuestra conducta toda resulta afeminada. Vástagos machos, en cambio, son las buenas disposiciones del alma y la virtud, por las que somos estimulados y fortalecidos. De estos vástagos las habitaciones de los hombres [45] han de ser reservadas exclusivamente a Dios; las habitaciones de las mujeres serán separadas para nosotros mismos. De allí la prescripción: "Todo cuanto abre la matriz, los machos, para el Señor".
[45] "Las habitaciones de los hombres" simbolizan aquí a los vástagos de sexo masculino, es decir, la virtud y las buenas disposiciones del alma; y "las habitaciones de las mujeres" aluden a los del sexo opuesto, o sea, el vicio y la pasión.

104. XXXII. Pero se lee además: "De todo cuanto abre la matriz de los rebaños de bueyes, en todos los ganados que poseyeres, los machos, para el Señor." (Ex. XIII, 12.) Después de haber hablado de los vástagos de la parte rectora,[46] comienza Moisés a instruirnos también acerca de los vástagos de la parte irracional, parte que cupo en suerte a los sentidos, a los que compara con los ganados. Ahora bien, los pequeños que se crían en los ganados son mansos y dóciles, como que son guiados por el cuidado de un pastor que los controla. Porque los que crecen sin control en plena libertad témanse salvajes por carecer de quién los domestique; en cambio, aquellos que se crían bajo guías, cabrerizos, boyeros, pastores, que ejercen la vigilancia requerida por cada clase de animales, ésos por fuerza se toman mansos.
[48] De la parte rectora del alma, es decir, de la inteligencia.

105. Así también la naturaleza ha dispuesto que el género los sentidos se divida en salvajes o mansos. Son salvajes, cuando, rebelándose contra la inteligencia, que es como un pastor para ellos, precipítanse insensatamente hacia las cosas sensibles exteriores; y son mansos, cuando, aceptando dócilmente el control, son guiados y regidos por el discernimiento, elemento rector de nuestro compuesto ser. Pues bien, todo cuanto los sentidos vieren, oyeren o, en general, percibieren bajo el control de la inteligencia, es macho y perfecto, pues cada percepción reúne las condiciones apropiadas.

106. Mas cuanto perciben sin ser guiados arruina a nuestro cuerpo, como se arruina una ciudad a causa de la anarquía. Una vez más, entonces, hemos de reconocer que entre los movimientos de los sentidos, los que responden al dictado de la inteligencia, que por fuerza son los mejores, se realizan de conformidad con la voluntad de Dios; en tanto que los rebeldes al control deben ser imputados a nosotros mismos, si somos arrastrados irracionalmente por el torbellino de las cosas sensibles exteriores.

107. XXXIII. Mas no sólo de estos animales sino también de "todo el amasijo" está mandado separar una parte. La prescripción está concebida en estos términos: "Y he aquí que, cuando comiereis del pan de la tierra, separaréis una porción consagrada al Señor. Como primicia de vuestro amasijo separaréis para ofrenda un pan. Como separáis la ofrenda de la era, así lo separaréis." (Núm. XV 19 y 20.)

108. El amasijo, en rigor de verdad, no es, estrictamente hablando, otra cosa que nosotros mismos, pues para nuestra plena conformación han sido reunidas y mezcladas numerosísimas sustancias. Mezclando, en efecto, y combinando frío con calor, y húmedo con seco, potencias opuestas, Aquél que modeló a los seres vivientes produjo con todas ellas un solo compuesto, el ser de cada uno de nosotros, que por tal razón es llamado aquí "amasijo". De este compuesto, cuyas dos divisiones fundamentales corresponden al alma y al cuerpo, hemos de consagrar las primicias.

109. Y las primicias son los santos impulsos de uno y otro elemento cuando prevalece la virtud, razón por la cual se establece un paralelo con la era. En efecto, así como en las eras los granos de trigo, de cebada y otros similares son separados en montones, en tanto que las espigas y las pajas y otros desechos son arrojados a otro lado, del mismo modo en nosotros unos elementos son excelentes y provechosos, y brindan alimentos verdaderos, mediante los cuales alcanza su perfección la vida recta. Éstos son los elementos que hemos de ofrecer a Dios. Los otros, en cambio, que nada tienen de Divino, han de ser abandonados como desechos para la raza mortal. Es de los primeros, pues, de los que hemos de separar las ofrendas.

110. Hay, empero, poderes enteramente libres de todo vicio a los que no es lícito mutilar para separarlos en porciones. Éstos son semejantes a los indivisos sacrificios, a los holocaustos, de los que es un claro ejemplo Isaac, el que fue designado para ser ofrecido a manera de víctima por no tener participación en corruptora pasión alguna.

111. En otro pasaje se dice también: "Conservaréis Mis presentes, Mis dones y Mis frutos para ofrecérmelos en Mis fiestas" (Núm. XXVIII, 2);[47] no separándolos o dividiéndolos sino ofreciéndolos plenos, perfectos y completos; porque la fiesta del alma consiste en el gozo que se halla en las virtudes perfectas, y perfectas son las que están libres de cuantos defectos son propios de la raza humana. Pero sólo el sabio celebra tal fiesta, y fuera de él ningún otro, ya

que es en extremo difícil hallar un alma que no haya gustado pasiones y vicios.
[47] Ver Interpretación alegórica 196, y Sobre los querubines 84.

112. XXXIV. Habiéndonos, pues, proporcionado Moisés la doctrina de las partes del alma, de la parte rectora y de la parte regida; y señalado en qué consiste lo masculino y lo femenino que hay en una y en otra, a continuación nos instruye acerca de las consecuencias que se siguen. Sabiendo claramente que sin esfuerzo no es posible alcanzar la generación masculina, dice a renglón seguido: "Todo lo que abre la matriz de la asna, lo trocarás por un cordero" (Ex. XIII, 13); lo que equivale a "Trocarás todo trabajo por progreso". En efecto, como sus nombres lo indican, el asno, que es un animal sufrido, simboliza el trabajo, en tanto que el cordero es símbolo de progreso.[48]
[48] Filón relaciona *ónos* = asno, con *pónos* = trabajo, aunque no existe parentesco alguno entre los dos términos griegos; y también, esta vez quizá con razón, los términos *próbaton* = cordero, y *probáinein* = avanzar, progresar.

113. Abócate, pues, al estudio de las artes, de las profesiones y de las demás cosas que pueden ser enseñadas, y no lo hagas en forma negligente y superficial sino con plena dedicación, teniendo tu inteligencia presta para sobrellevar pacientemente cualquier tipo de trabajo; y esfuérzate para que no te conviertas en presa de un trabajo inoperante, y logres, en cambio, progreso y mejoramiento, alcanzando el más honroso de los resultados. Porque el trabajo se sobrelleva por cuanto que es origen de progreso.

114. Pero si tú aceptares el esfuerzo que demanda el trabajo, y tu naturaleza ningún progreso hiciere en orden a tu mejoramiento, mostrándose opuesta a las mejoras derivadas del progreso, vuélvete y desiste; porque es difícil enfrentarse con la naturaleza. Por eso Moisés añade: "Pero si no lo trocares, lo rescatarás" (Ex. XIII, 13); lo que quiere decir:
"Si no pudieres alcanzar progreso a cambio de tu trabajo abandona también tu trabajo". Porque tal es lo que significa la palabra "rescatar", vale decir, que tu alma se libere de un cuidado" que no le aporta resultado y es ineficaz.

115. XXXV. Al hablar en estos términos no me refiero a las virtudes, sino a las artes secundarias y a otras labores necesarias que se practican con miras al cuidado del cuerpo y al logro de ventajas externas abundantes, porque el trabajo relacionado con los bienes y excelencias perfectos, aun cuando no alcanzare su objeto, es capaz de por sí de beneficiar a los que lo practican, en tanto que todo cuanto no tiene que ver con la virtud, si no es coronado por el éxito, es completamente inútil. Por ejemplo, en el caso de los seres animados, si los privares de la cabeza, se anulará el resto. Y la cabeza de nuestras acciones no» es sino el resultado de ellas, las que viven, por así decir, mientras ese resultado es adecuado, pero perecen si optas por fraccionarlo o amputarlo.

116. Así, desisten de proseguir, entre otros, los atletas incapaces de vencer y siempre vencidos. Desistan y cambien de profesión el comerciante y el armador que en sus travesías experimentan contratiempos uno tras otro. Y cuantos, habiendo cultivado los oficios intermedios, hubieren sido incapaces de adquirir conocimiento alguno a causa de su natural torpeza, merecerán aplauso si los abandonan. Porque tales cosas no se practican por el mero hecho de practicarlas sino con miras al objeto al que están destinadas.
117. Por lo tanto, si nuestra naturaleza pusiere trabas en el camino de los progresivos mejoramientos, no intentemos forzarla en vano. Sí, en cambio, ella nos favoreciere, honremos a la Divinidad con primicias y homenajes, que son los rescates de nuestra alma, que la liberan de crueles señores y la conducen a la libertad.

118. XXXVI. Moisés reconoce que los Levitas, que en lugar de los primogénitos llegaron a ser servidores del Único digno de ser servido, son los rescates de todos los otros. Dice, en efecto: "Y observa que Yo he tomado a los levitas de en medio de los hijos de Israel en lugar de todo primogénito que abre la matriz entre los hijos de Israel. Los levitas serán los rescates de éstos y serán Míos; porque Mío es todo primogénito. El día en que golpee a todo primogénito en la tierra de Egipto, Me consagré a todo primogénito en Israel." (Núm. III, 12 y 13.)

119. Llámase aquí levita a la razón que se ha refugiado en Dios y convertido en suplicante entre Él. Habiéndola Dios tomado de la parte central[49] y suprema rectora del alma, vale decir, habiéndola atraído y habiéndosela reservado para Sí, la juzgó digna de la porción correspondiente a los hijos mayores. De modo que de ello surge claramente que, mientras Rubén es el primogénito de Jacob, Leví lo es de Israel; y que si a uno cábele la precedencia en el tiempo, y al otro tócale en honra y dignidad.
[49] Alusión a lo de "en medio de los hijos de Israel".

120. En efecto, la natural capacidad, que es lo que significa el nombre de Rubén, es el origen del trabajo y el progreso, de los que Jacob es símbolo; en cambio, la fuente de la contemplación del único Sabio, contemplación en que ciméntase la dignidad de Israel, es el hábito del servicio Divino, del que es símbolo Leví. Así pues, tal como Jacob aparece como heredero de los derechos que confería a Esaú su primogenitura, cuando el celo por el vicio es vencido por el esfuerzo en pro de la virtud; del mismo modo también Leví, el que está adornado de la virtud perfecta, se llevará los derechos de mayorazgo de Rubén, el hombre de natural talento. La más clara muestra de esta perfección la constituye el hecho de que aquél se refugia en Dios y renuncia al trato de las cosas de la creación.

121. XXXVII. Éstos son, en sentido estricto, los precios que por su liberación y rescate paga el alma que anhela ser libre. Pero probablemente nos presenta Moisés también una doctrina muy necesaria, según la cual todo hombre sabio es un rescate para el insensato, el que no sobreviviría ni por escaso tiempo si aquél no procurara su conservación movido por la piedad y la previsión, como un médico que combate contra las enfermedades del enfermo, y las alivia o las cura totalmente, siempre y cuando la violencia del incontenible curso de las mismas no prevalezca sobre el cuidado solícito con que se les aplica el tratamiento.

122. Así, en efecto, es destruida Sodoma cuando en el platillo de la balanza bien alguno puede hacer contrapeso a la multitud indecible de males. Porque, si hubiera sido hallado el número cincuenta, conforme al cual es proclamada la liberación del alma de su esclavitud y su completa libertad,[50] o alguno de los números que a partir de éste va mencionando el sabio Abraham sucesivamente en orden descendente hasta el límite del diez, que corresponde a la educación,[51] no hubiera perecido la inteligencia tan miserablemente.[52]
[50] Referencia al año del Jubileo. Ver Lev, XXV, 10.
[51] La relación que establece Filón entre el número 10 y la educación tal vez se la haya sugerido el pasaje Lev. XXVII, 32, donde se lee: "Cada décima parte de cuanto pasa bajo el cayado será consagrada al Señor." En opinión de nuestro autor el cayado simboliza la educación como se advierte en Sobre la unión con los estudios preliminares 94, según Colson.
[52] Gen. XVIII, 24 y ss.

123. Con todo, es preciso que en la medida de nuestras fuerzas tratemos de salvar también a aquellos que están en vías de ser arruinados completamente por el vicio que llevan en sí,

imitando en ello a los buenos médicos, los que aun cuando ven que es imposible salvar a los pacientes, con todo prosiguen animosamente en sus cuidados, a fin de que, si sucediere algo contrario a lo que los otros esperan, no crean que ha sido por negligencia del médico. Por otra parte, si apareciere un principio de mejoría, por pequeño que fuere, su llama ha de ser avivada como la de un carbón al rescoldo con toda solicitud; porque existe la esperanza de que, desarrollándose y creciendo, pueda el hombre vivir una vida mejor y menos expuesta a tropiezos.

124. Yo por mi parte, ciertamente, cuando observo que alguno de los hombres de bien reside en una casa o en una ciudad, proclamo feliz a tal casa o a tal ciudad, y considero que su disfrute presente de bienes será duradero y que sus esperanzas de lograr los que le faltan se verán plenamente colmadas, pues Dios dispensa Su ilimitada e infinita riqueza a los que no la merecen en atención a los que son dignos de ella. Y hago además votos porque estos hombres de bien, ya que no les es dado escapar a la vejez, vivan al menos los más años posibles, porque entiendo que tanto tiempo durarán los bienes a los hombres, cuantos ellos alcanzaren a vivir.

125. Así, cada vez que veo u oigo que acaba de morir alguno de ellos, me entristezco y lleno de pesar. Y, no lo lamento tanto por ellos, como por los vivos. Ellos, al fin y al cabo, han llegado de conformidad con la naturaleza al fin inevitable después de haber vivido una vida dichosa y alcanzado una muerte honrosa; los otros, en cambio, privados de una grande y poderosa mano, por la que eran preservados, abandonados a su propia suerte, experimentarán pronto e intensamente las miserias que les son propias, a menos que una vez más en reemplazo de los anteriores la naturaleza les brinde nuevos protectores, tal como el árbol que, cuando se desprende de los frutos ya maduros, prepara otros que crecerán para alimento y disfrute de los capaces de aprovecharlos.

126. Así pues, como la más firme garantía de estabilidad en las ciudades son los hombres de bien, otro tanto ocurre en la ciudad compuesta de alma y cuerpo que constituye cada uno de nosotros: la más firme base de permanencia reside en los pensamientos amantes de la sensatez y el saber, a los que el legislador llama metafóricamente "rescates y primicias" por los motivos ya mencionados.

127. Así también dice que las ciudades de los levitas son "perpetuamente rescatables" (Lev. XXV, 32) porque el servidor de Dios cosecha como fruto la libertad eterna, renovándose incesantemente su salud en medio de los ininterrumpidos vaivenes del continuo devenir del alma. En efecto, el que las ciudades de los levitas sean rescatables no una vez sino, como él dice, siempre, sugiere la idea de que el servidor de Dios siempre está en cambio y siempre es liberado, sobreviniéndole el cambio en razón de su naturaleza mortal, y quedando reafirmada su libertad merced a la gracia del Benefactor, quien constituye la porción adjudicada al servidor.

128. XXXVIII. Vale la pena que examinemos, y no a la ligera, por qué razón tiene Dios abiertas las ciudades de los levitas a los fugitivos sin que Le parezca mal que convivan con los hombres más santos hombres considerados no santos, que han cometido homicidio involuntario. Hemos de señalar ante todo, conforme con lo dicho anteriormente, que el hombre de bien es un rescate para el ruin, de modo que es lógico que los que cometen faltas acudan a los consagrados a fin de alcanzar su propia purificación. En segundo lugar, diremos que los levitas acogen a fugitivos, y que también ellos son fugitivos virtualmente.

129. En efecto, así como aquéllos son desterrados de sus patrias, también éstos han renunciado a hijos, padres, hermanos, a cuanto hay de más íntimo y querido, para alcanzar la heredad inmortal a cambio de una perecedera. Difieren unos de otros en que la huida de aquéllos es contra sus deseos, como resultado de un hecho involuntario, en tanto que el exilio de éstos es voluntario y su origen está en el amor por lo más excelso; y además, en que los levitas constituyen el refugio de los primeros, mientras que el refugio de los levitas es el Soberano de todas las cosas. Mientras aquéllos en su imperfección tienen como provincia la sagrada palabra; éstos lo tienen a Dios, al que se consagran.

130. Y, todavía más, a los que han cometido un crimen involuntario les ha sido concedido habitar en las mismas ciudades en las que habitan los levitas porque también éstos han sido considerados dignos de privilegios en virtud de un sagrado crimen. En efecto, cuando el alma, vuelta hacia el dios egipcio, rindió inmerecido honor al cuerpo, representado en oro, entonces todas las sagradas palabras se lanzaron por su propia iniciativa armadas para la defensa con armas consistentes en demostraciones proporcionadas por el saber y, habiendo designado como guía y capitán a Moisés, el sumo sacerdote, profeta y amigo de Dios, libraron una guerra implacable en defensa de la piedad religiosa y no se llamaron a reposo hasta que hubieron destruido todas las doctrinas de los enemigos.[53] Es, por lo tanto, natural que quienes han ejecutado, si no las mismas obras, sí parecidas lleguen a vivir juntos.
[53] Ex. XXXII, 26 a 28.

131. XXXIX. Además de esta interpretación, admítase otra de carácter secreto, la que debe ser confiada a los oídos de las personas mayores vedándosela a los de los jóvenes. En efecto, entre todos los excelsos poderes concernientes a Dios hay uno que a ningún otro cede en excelencia, el de legislador. Él y no otro es el legislador y la fuente de las leyes y de Él dependen todos los legisladores particulares. Por su naturaleza esta potencia puede dividirse en dos: una, la que toca a la recompensa de los que obran rectamente; otra, la concerniente al castigo de los que obran mal.

132. El ministro de la primera de estas divisiones es. el levita. Éste, en efecto, tiene a su cargo todos los ritos referentes al perfecto sacerdocio, por cuyo oficio lo mortal alcanza la aprobación y el reconocimiento por parte de Dios, ya mediante los holocaustos ya con sacrificios propiciatorios ya en virtud del arrepentimiento de las faltas cometidas. De la segunda, es decir, de la referente al castigo, en cambio, llegan a ser ministros los que cometen un crimen involuntario.

133. Moisés lo testimonia en estos términos: "Pero no obró voluntariamente, sino lo entregó Dios en sus manos." (Ex. XXI, 13.) De lo que se desprende que las manos del matador son empleadas en calidad de instrumento, y que el que mediante ellas obra invisiblemente es otro, el Invisible. Bien está, pues, que convivan los dos servidores, ministros de ambas especies de la potencia legislativa; el levita, de la que asigna beneficios; el matador involuntario, de la que aplica los castigos.

134. Las palabras: "El día en que golpee a todo primogénito en la tierra de Egipto, Me consagré todo primogénito en Israel", no han de ser interpretadas en el sentido de que sólo en aquel tiempo en que Egipto soportó el rudo golpe del exterminio de sus primogénitos, los primogénitos de Israel tomáronse santos; sino hemos de entender que está en la naturaleza de las cosas el que esto suceda en nuestra alma siempre: antes, ahora y en el futuro. Cuando los más dominantes elementos de la ciega pasión son destruidos, entonces témanse santos los de más edad y más preciados hijos del que ve con agudeza a Dios.[54]

[54] De Israel.

135. El éxodo desde el vicio engendra, en efecto, la entrada en la virtud, como, a la inversa, el abandono del bien trae aparejada su sustitución por el mal en acecho. Por ejemplo, no bien acaba de partir Jacob,[55] cuando Esaú se hace presente en nuestra inteligencia, abierta a todo cuanto le llega, dispuesto a imprimir en ella, si puede, los caracteres del vicio en lugar de los rasgos de la virtud. Mas no podrá llevar a cabo su propósito pues, sin que él se percate de ello, se verá suplantado y privado de su herencia por la diligencia con que el hombre sabio ha sabido defenderse antes de ser víctima de su ataque.
[55] Gen. XXVII, 30.

136. XL. Pero Abel ofrece las primicias no sólo de entre los primogénitos sino de los sebos, [56] con lo que demuestra que han de apartarse para Dios las alegrías y abundancias del alma, todo cuanto protege y regocija. Observo asimismo yo que en las disposiciones sobre los sacrificios está establecido que las tres primeras cosas que se llevarán de las víctimas son el sebo, los riñones y el lóbulo del hígado,[57] A ellos nos referiremos separadamente. Ni una palabra, en cambio, del cerebro y del corazón, los que hubiera sido razonable que se ofrecieran antes que las otras partes, puesto que también en los escritos del legislador se reconoce que el elemento rector [58] reside en uno u otro de éstos.
[56] Gen. IV, 4. Aquí retoma Filón e) texto citado en 88, y habiendo tratado ya la primera parte, pasa a explicar la segunda.
[57] Lev. III, 3 y ss.
[58] Es decir, la inteligencia.

137. Más probablemente es por razones de profunda piedad y como resultado de un cuidadoso examen por lo que excluye estas partes de lo que se lleva al altar de Dios, ya que el elemento rector, por estar sujeto permanentemente a muchos cambios en uno y otro sentido, el bueno y el malo, siempre recibe impresiones diferentes, unas veces las de puro y legítimo cuño; otras, de cuño ruin y adulterado.

138. Así pues, el legislador, por entender que esta zona, que admite ambos elementos en pugna, lo noble y lo ruin, que es familiar a ambos, que tributa la misma deferencia a uno y a otro, no es menos impía que santa, apartóla del altar de Dios, porque lo ruin es profano, y lo profano es completamente impío.

139. Por esto ha excluido al elemento rector. Mas si éste experimentare una depuración, entonces, cuando todas sus partes estuvieren purificadas, será ofrecido en holocausto puro e inmaculado. Ésa es, en efecto, la ley relativa a los holocaustos: que nada, excepto los residuos de la alimentación y la piel,[59] que son evidencias de la debilidad del cuerpo, no de maldad, se deje para la creatura mortal; y que el resto, es decir, todo lo que muestra un alma completa en todas sus partes se ofrezca a Dios en holocausto.
[59] En ninguna parte del texto bíblico se encuentra referencia alguna a esta excepción en los holocaustos.

SOBRE LAS HABITUALES INTRIGAS DE LO PEOR CONTRA LO MEJOR

(GUOD DETERIUS POTIORI INSIDIARI SOLET)

1. I. "Y dijo Caín a Abel, su hermano: 'Vayamos al llano'. Y sucedió que hallándose ellos en el llano, alzóse Caín contra su hermano Abel y lo mató." (Gen. IV, 8.) Tal es lo que Caín desea: llevar a Abel mediante una provocación a una controversia y por medio de sofismas con apariencias de probabilidad y verdad llegar a dominarlo a viva fuerza. En efecto, extrayendo de lo que aparece claro conclusiones relativas a lo que resulta obscuro, decimos que el llano hacia el que lo cita para el encuentro es representación de una disputa y combate encarnizado.

2. Vemos, ciertamente, que los más de los encuentros en la guerra y en la paz tienen lugar en sitios llanos. En la paz cuantos contienden en los certámenes atléticos se lanzan al encuentro unos de otros en estadios y llanos espaciosos; en la guerra no es costumbre librar batallas de infantería y caballería en alturas, ya que mayores serían los daños resultantes de lo desfavorable de los terrenos que aquellos que se infirieren recíprocamente los enemigos.

3. II. La mejor prueba es que el que busca laboriosamente el saber, al enfrentarse con la condición contraria, es decir, la ignorancia, es presentado en un llano cuando guía, por así decir, el rebaño de los poderes irracionales del alma mediante reprensiones y correcciones. En efecto, "Jacob llamó a Lía y a Raquel,. y las envió hacia el llano donde estaban los rebaños" (Gen. XXXI, 4); con lo que establece claramente que el llano es representación de disputa.

4. ¿Por qué las llama? "Veo", decía, "que el semblante de vuestro padre no es para conmigo como era hasta hace poco tiempo. Mas el Dios de mi padre ha estado conmigo." (Gen. XXXI, 5.) 'Por eso', diría yo, 'Labán no te es favorable; por estar Dios contigo. Es que en el alma en la que se tributa honra a lo exterior y sensible cual si se tratase del mayor bien, en ésa no se encuentra la noble razón. En aquélla, en cambio, en la que Dios transita, no se considera como un bien lo sensible y exterior, a lo que corresponde la concepción y el nombre de Labán.

5. Cuantos se rigen por el principio del gradual progreso según la norma paterna, eligen el llano como lugar apropiado para orientar con renovadas enseñanzas los impulsos irracionales del alma. En efecto, las palabras dirigidas a José son éstas: "¿No están acaso tus hermanos apacentando en Siquem? Ven aquí, que te enviaré a su encuentro". Y él dijo: "Aquí estoy". Y Jacob le habló así: "Pues bien, anda y observa si tus hermanos gozan de buena salud y los ganados están en buen estado, y házmelo saber". Y lo envió desde el valle de Hebrón y él llegó a Siquem. Y un hombre lo halló errante en el llano, y el hombre le preguntó: "¿Qué buscas?" Y él dijo: "Busco a mis hermanos; dime dónde apacientan sus ganados". Díjole entonces el hombre: "Han partido de aquí; les oí decir: 'Marchemos hacia Dotaim'." (Gen. XXXVII, 13 a 17.)

6. III. Pues bien, de lo dicho se desprende claramente que era un llano el lugar donde ejercían la vigilancia de los irracionales poderes que había en ellos. Y por incapaz de soportar la sabiduría paterna, que es tan severa, José es enviado hacia aquéllos para que aprenda a cargo de más benignos instructores lo que debe hacer y lo que le resultará conveniente. Es que la doctrina que sigue es una maraña de elementos dispares, complicada y compleja en sumo grado; razón por la cual dice el legislador que se fabricaba para él una túnica de muchos colores,[1] con lo que demuestra que es el introductor de una doctrina inextricable e irresoluble.

[1] Gen. XXXVII, 3.

7. En efecto, sobre los tres géneros de bienes, a saber: los exteriores, los del cuerpo y los del alma, discierne más como un hombre de estado que. como buscador de la verdad; y, aunque trátase de cosas separadas unas de otras por diferencias totales de naturaleza, él las lleva a un mismo plano y las combina en una sola, pretendiendo demostrar que cada una ha menester de cada una de las otras y todas de todas, y que el complejo resultante de los elementos reunidos es realmente un bien perfecto y completo; en tanto que los ingredientes de los cuales esto ha sido formado son partes o elementos de cosas buenas, mas no bienes perfectos.

8. Dice, en efecto, que, así como ni el fuego, ni la tierra, ni cualquiera otro de los cuatro elementos de los que ha sido construido el universo constituye el mundo, pero sí lo constituye la reunión y mezcla de dichos elementos en un todo; de la misma manera no se halla que la felicidad se dé particularmente ni en las cosas exteriores ni en las del cuerpo ni en las del alma tomadas separadamente (cada una de ellas tiene, efectivamente, el carácter de elemento o parte), sino en el agregado de todas ellas.

9. IV. Es, pues, enviado para ser instruido en una doctrina distinta de ésta hacia hombres que consideran que sólo lo moralmente hermoso es bueno[2] y que lo moralmente hermoso es algo propio del alma como alma; y están convencidos de que las ventajas del mundo exterior y del cuerpo son bienes sólo de nombre, no de verdad. En efecto, Jacob le dice: "Mira, tus hermanos apacientan sus ganados" y gobiernan cada uno los elementos irracionales que hay en ellos, es decir, "en Siquem". (Gen. XXXVII, 13.) "Siquem" significa hombro, que es símbolo del trabajo paciente; y los amantes de la virtud llevan, efectivamente sobre sí una carga enorme, consistente en su resistencia al cuerpo y al placer corpóreo así como a las cosas exteriores y a los deleites que de ellas proceden.
[2] De conformidad con la doctrina estoica según la cual la belleza moral y el bien son una misma cosa. Ver Sobre la posteridad de Caín 133.

10. "Ven aquí, que te enviaré a su encuentro" (Gen. XXXVII, 13); vale decir: 'Acepta el llamado, y aproxímate llevando en tu entendimiento un espontáneo anhelo de instruirte en verdades superiores. Hasta el presente finges como si hubieras recibido la verdadera educación, ya que, aunque aún no has reconocido en tu fuero íntimo tal cosa, dices estar presto a ser objeto de una mejor enseñanza cuando dices: "Aquí estoy". Esto me hace pensar que estás más bien probando tu propia irreflexión y negligencia que manifestando solicitud por aprender. La prueba es que no pasará mucho tiempo sin que el verdadero hombre te encuentre errante en el camino,[3] siendo así que, si hubieras marchado con sana resolución hacia la ejercitación, no hubieras andado a la deriva.
[3] Gen. XXXVII, 15.

11. Y por cierto, las palabras con que tu padre te estimula no implican compulsión alguna, con el objeto de que sean tu espontánea diligencia y tu propia voluntad quienes te impusen a aplicarte a las prácticas más elevadas. Te dice, en efecto: "Anda y observa", es decir: 'Contempla, observa y considera el asunto con toda exactitud'. Preciso es, en efecto, que conozcas en primer lugar aquello sobre lo que habrás de esforzarte, y acto seguido entonces te apliques a la atención de ello.

12. Mas, cuando lo hubieres supervisado y abarcado con la mirada totalmente y en todas sus partes, examina además si aquellos que ya se han aplicado y han llegado a la plena consagración de ello, al hacer tal cosa "gozan de buena salud" (Gen. XXXVII, 14) y no des-

varían, como suponen los amantes del placer en medio de sus maledicencias y burlas contra ellos. Y no tengas por confirmados ni tu visión del asunto ni tu dictamen acerca de la salud de los que practican esta disciplina, hasta que lo "hayas hecho saber" (Gen. XXXVII, 14) a tu padre dándole noticia de ello. Porque los juicios de los recién iniciados en el aprendizaje son inconstantes e inestables; en tanto que los de aquellos que han hecho ya progresos son seguros, y solo apoyándose en ellos pueden los primeros adquirir solidez.

13. V. Si de esta manera buscares, oh inteligencia, las revelaciones de las palabras de Dios, por una parte, y de las leyes dictadas por hombres amados de Dios, por otra; ello te preservará contra cualquier aceptación de lo bajo y de lo indigno de la jerarquía de aquéllos. Porque este mismo relato del que nos ocupamos en estos momentos, ¿cómo podría admitirlo literalmente una persona en sus cabales? ¿No repugna acaso el buen sentido que Jacob, dueño, como era, de una riqueza propia de un rey, experimentara una escasez tal de servidores, que se viera precisado a enviar a uno de sus hijos a tierra extraña a traer informes sobre la salud de los otros hijos, así como sobre el estado de los ganados?

14. Su abuelo, aparte de la multitud de prisioneros de guerra que llevó tras derrotar a nueve reyes, poseía más de trescientos siervos nacidos en sus moradas. Y e ninguna manera hallábase mermado el patrimonio; por el contrario, con el transcurrir del tiempo todo sin excepción había ido acreciendo. Por lo tanto, pues disponía de servidumbre numerosa, no tendría Jacob por cosa conveniente enviar a un hijo, al que amaba especialmente, con un encargo que cualquiera de los menos listos de sus siervos hubiera podido llevar a buen término sin dificultad.

15. VI. Ves además que, como dato adicional, registra Moisés el nombre de la región desde donde Jacob lo envió, con lo cual invita casi abiertamente a renunciar a una interpretación literal. Dice, en efecto: "Desde el valle de Hebrón." (Gen. XXXVII, 14.) Ahora bien, Hebrón, es decir "unión" y "camaradería", designa simbólicamente a nuestro cuerpo, por cuanto éste se une al alma y ha establecido una especie de camaradería y amistad con ella. Los valles de él están constituidos por los órganos de los sentidos, que son grandes receptáculos de cuantos objetos sensibles hay en el exterior, objetos que derramando sus incontables cualidades y vertiéndolas en la inteligencia a través de los receptáculos inundan y sumergen totalmente a ésta.

16. Por ello en la ley relativa a la lepra está claramente señalado que, cuando en una casa aparecieren cavidades verduscas y rojizas, se remuevan las piedras en que aparecieren y se coloquen otras en su lugar,[4] es decir, que, cuando diversas cualidades, productos de los placeres, los deseos y sus parientes las pasiones, oprimiendo y abrumando al alma toda la ahuecan y disminuyen su nivel, débense remover los principios causantes de su dolencia e introducir en su lugar los principios saludables mediante la guía de la ley o también por obra de una correcta educación.

[4] Lev. XIV, 37 y ss.

17. VII. Viendo, pues, que José ha penetrado completamente en las cavidades del cuerpo y de los sentidos, invítalo Jacob a que, saliendo libre fuera de las madrigueras de éstos, se nutra del espíritu de fortaleza mediante la frecuentación de la compañía de aquellos que ejercitáronse antes en ella y son ahora maestros. Mas, aunque él piensa que ha realizado un avance, es hallado errante. En efecto, dice el legislador que "errante en el llano lo encontró un hombre" (Gen. XXXVII, 15); con lo que demuestra que el trabajo solo no es bueno, y que para serlo ha de ir acompañado por la habilidad.

18. Es que, así como resulta conveniente que cada arte sea cultivado con la calidad requerida y que no se cultive la música sin musicalidad, la gramática violando la gramática, y, en general, un arte sin arte o con arte grosero; del mismo modo no es el caso de cultivar la prudencia con malicia, la templanza por avaricia o ruindad, la fortaleza con temeridad, la piedad envuelta en supersticiones ni cualquier otro conocimiento conforme a la virtud sin verdadero conocimiento; pues toda práctica en estas condiciones constituye, lo reconocen todos, un camino impracticable. Por eso se ha establecido una ley que dice: "Sigue lo justo por vías justas" (Deut. XVI, 20); para que persigamos la justicia y toda otra virtud mediante las obras que guardan parentesco con ellas y no mediante las que les son contrarias.

19. Si, pues, vieres a alguien que no toma alimento o bebida cuando corresponde o rehúsa bañarse y untarse o descuida los vestidos que lo cubren o tiene el hábito de acostarse en el suelo y a la intemperie, y que con tales prácticas finge cultivar la templanza, compadécete de su extravío y muéstrale el verdadero camino de la templanza. Cuanto ha practicado no es otra cosa que un conjunto de trabajos infructuosos e interminables, que postran al alma y al cuerpo por el hambre y con otros malos tratos.

20. Puede alguien mediante aspersiones y purificaciones manchar su inteligencia mientras limpia su cuerpo; puede también gracias a su riqueza sobreabundante fundar un templo con esplendidez suma en sus expensas y gastos u ofrecer hecatombes o no cesar de sacrificar bueyes o adornar el templo con valiosas ofrendas empleando en ellas abundantes materiales y labores artísticas más estimables que el oro; no obstante ello no será registrado entre los hombres piadosos.

21. Es que también éste anda extraviado del camino que conduce a la piedad, puesto que cree que ésta consiste en ritos antes que en santidad, y ofrece dones al Incorruptible, que jamás aceptará tales cosas, adula al que no puede ser adulado, al que acoge complacido las demostraciones legítimas pero rechaza las bastardas. Y legítimas son las del alma que ofrece como simple y único sacrificio la verdad; bastardas son, en cambio, todas aquellas meras demostraciones mediante abundantes cosas exteriores.

22. VIII. Algunos sostienen que el nombre correspondiente al hombre que encontró a José errante por el llano no está mencionado.[5] En cierto modo también ellos son extraviados por su incapacidad para ver claramente el recto rumbo de las cosas. En efecto, si no tuvieran embotada la mirada del alma, hubieran conocido que este mismo nombre de "hombre" es el más apropiado y acertado para designar al hombre de verdad, el título más indicado para una inteligencia provista de expresión articulada y de razón.
[5] Gen. XXXVII, 15.

23. Este "hombre", que habita en el alma de cada uno de nosotros, unas veces aparece como gobernante y rey, otras como juez y arbitro de las controversias propias de la vida, pero otras, asumiendo el papel de testigo y acusador, nos convence desde dentro sin dejarse ver y sin permitirnos abrir la boca, asiendo y reteniendo la lengua con las riendas de la conciencia, modera su. presuntuosa y rebelde carrera.

24. Este demandante preguntó al alma, cuando vio su extravío: "¿Qué buscas?" (Gen. XXXVII, 15) '¿Acaso la prudencia? ¿Por qué, entonces, marchas tras la malicia? ¿O la templanza? Pero es que este sendero lleva a la ruindad. ¿La fortaleza, acaso? La temeridad es lo que se alcanza de este modo. ¿Es la piedad lo que persigues? Este camino, sin embargo, es

el de la superstición.'

25. Y, si el alma afirmare que busca los principios del saber y los ama como a los hermanos más próximos de su familia, no le creamos en absoluto. En efecto, no preguntaría ella: "¿Dónde apacientan?" (Gen. XXXVII, 15), sino '¿Dónde cuidan?'; porque los que apacientan proveen de toda clase de objetos sensibles en calidad de alimento al irracional e insaciable rebaño de los sentidos, un alimento por el que perdemos el control de nosotros mismos y nos sumimos en la desdicha; en tanto que los que cuidan, dueños, como son, del poder de gobernantes y guías, domestican, reprimiendo la vehemencia de los deseos, aquello que se ha tornado salvaje.

26. Por lo tanto, si buscara a los que realmente se ejercitan en la virtud, los hubiera buscado entre reyes y no entre coperos, panaderos y cocineros. Porque éstos preparan cuanto procura placer; aquéllos, en cambio, controlan a los placeres.

27. IX. Por lo cual responde acertadamente nuestro hombre al ver su engaño: "Han partido de aquí." (Gen. XXXVII, 17.) Refiérense a la masa corporal, señalando que todos aquellos que trabajan con tenacidad en procura de la virtud, alejados ya de la región terrena están resueltos a ocuparse de las cosas celestes sin llevar consigo ninguna flojedad corporal. Dice el hombre, en efecto, haber oído decir a aquéllos: "Marchemos a Dotaim" (Gen. XXXVII, 17), nombre que significa "abandono suficiente"; por lo que sus palabras atestiguan que no a medias sino en el más alto grado habíanse aplicado al retiro y abandono de las cosas que no contribuyen al logro de la virtud. A lo mismo aluden las palabras: "Sara había ya cesado de experimentar las reglas de las mujeres." (Gen. XVIII, 11.)

28. Las pasiones son femeninas por naturaleza y hemos de abocarnos a su abandono de acuerdo con los masculinos rasgos de las nobles afecciones.
Pues bien, "en un llano", es decir, en una disputa verbal, es hallado errante José, el introductor de una doctrina sutil, útil más para la política que para la verdad.

29. Entre los que luchan en los certámenes hay algunos que a causa del buen estado de su cuerpo, y al desistir por eso mismo sus opositores de pelear, han sido coronados sin haber peleado, obteniendo el trofeo de su fuerza incomparable sin haber hecho otra cosa sino frotarse con polvo para la lucha. Provisto de una fuerza como ésa en su inteligencia, la parte más divina de nuestro ser, Isaac "marcha hacia el llano" (Gen. XXIV, 63); no para enfrentar a alguien, ya que todos sus antagonistas sentíanse acobardados ante la grandeza y superioridad de cada uno de los rasgos de su naturaleza, sino queriendo solamente estar sin más compañía que Dios, el compañero de viaje y el guía de su camino y de su alma, y conversar a solas con Él.

30. Clarísimo testimonio de que no era mortal el que conversaba con Isaac es éste: Rebeca, la perseverancia, al no ver más que una persona, y recibir la impresión de una sola, preguntará al siervo: "¿Quién es ese hombre que viene a nuestro encuentro?" (Gen. XXIV, 65.) Es que el alma que persevera en los nobles propósitos es capaz de aprehender el saber adquirido sin estudio, que es lo que significa el nombre Isaac; mas no puede aún ver a Dios, el Soberano del saber.

31. Por esta razón el siervo, confirmando la impotencia de ella para captar al Invisible, al que conversa sin ser visto, dice: "Éste es mi señor" (Gen. XXIV, 65), refiriéndose en su indicación solamente a Isaac. No es, en efecto, razonable que, si hubieran sido dos los que se veían,

señalara a uno solo; pero ocurre que no había visto al Que no es posible señalar por ser invisible para todos los que se hallan todavía en las etapas intermedias.

32. X. Pues bien, creo que queda suficientemente demostrado que el llano hacia el que Caín invita a ir a Abel es símbolo de contienda y combate. En lo que sigue hemos de tratar de indagar sobre qué puntos versan sus investigaciones una vez que han marchado. ¿No está claro que sobre sus respectivos puntos de vista opuestos y en pugna? En efecto, Abel, que todas las cosas las refiere a Dios, encarna una doctrina amante de Dios; en tanto que Caín, que todo lo refiere a sí mismo, acorde con su nombre, que significa "posesión", es una doctrina amante de sí misma. Los amantes de sí mismos, cuando, una vez frotados con el polvo para la lucha, están prestos para enfrentar a los que honran a la virtud, combaten[6] sin cesar, hasta que han forzado a sus oponentes a ceder o los han destrozado completamente.

[6] Literalmente: "luchan en el pancracio". Esta competencia comprendía un encuentro de pugilato y otro de la llamada lucha greco-romana.

33. En efecto, en sus planteos no dejan, como se dice, piedra sin mover. ¿'No es, dicen el cuerpo la casa del alma'? ¿Por qué, entonces, no habremos de ocuparnos de la casa para evitar que se convierta en ruinas? ¿No son los ojos, los oídos y el conjunto de los demás sentidos algo así como la guardia personal y los amigos del alma? ¿No es, entonces, preciso estimarlos en la misma medida que a nosotros mismos? Y los placeres, los goces y los deleites que alcanzamos a través de toda la vida, ¿los ha creado la naturaleza para los ya muertos y para los que no han nacido jamás, y no para los que viven? ¿Qué es, entonces, lo que nos mueve a no aspirar a la riqueza, a la gloria, a los honores, a las dignidades y a las demás cosas de este orden, mediante las que se alcanza no sólo a vivir con seguridad sino también con felicidad?

34. La vida de estas dos clases de hombres es un testimonio de la verdad de lo que decimos. En efecto, los llamados amantes de la virtud son casi sin excepción gente de clase modesta, mirados con desprecio, humildes, carentes de las cosas necesarias, menos honrados que los mismos sometidos y esclavos, sucios, pálidos, esqueléticos, con el espectro del hambre a causa de su privación de alimentos, fáciles presas de enfermedades y siempre al borde de la muerte. Los que se preocupan por sí mismos, en cambio, son famosos, ricos, poderosos, aplaudidos, agasajados, sanos, corpulentos, robustos, de vida muelle y enervante, desconocedores del esfuerzo, y viven rodeados de los placeres que a través de los sentidos procuren las dulzuras de la vida al alma abierta para todas ellas.

35. XI. Cuando hubieron recorrido con su argumentación un dólico[7] de tal especie aparecieron como vencedores de los no experimentados en argucias sofísticas. La causa de la victoria, sin embargo, no residía en la fuerza de los vencedores sino en la debilidad de sus oponentes en esta clase de asuntos. En efecto, de los que se aplican a alcanzar la virtud, unos, habiendo llegado al grado de practicantes de obras dignas de aprobación, sólo en su alma atesoraron el bien, sin percatarse, ni siquiera en sueños, de las sutilezas verbales; otros alcanzaron ambas ventajas: su inteligencia se fortificó al máximo con el buen consejo y las buenas obras y sus palabras adquirieron vigor mediante el arte de la elocuencia.

[7] Dólico o estadio largo, equivalente a 24 estadios; extensión de la carrera más larga de las que se disputaban en los certámenes atléticos. La expresión significa aquí algo así como "cuando hubieron argumentado largo y tendido en semejantes términos".

36. Ahora bien, es conveniente que sean éstos los que salgan a librar las contiendas que deleitan a algunos, por cuanto están provistos de todo lo necesario para enfrentar en cualquier momento al enemigo; para los primeros, en cambio, no existe seguridad alguna. ¿Quiénes, en

efecto, estando desarmados, podrían enfrentar en igualdad de fuerza a hombres armados, en un combate que aun para los bien pertrechados resultaría desigual?

37. Pues bien, Abel no había aprendido el arte de la elocuencia y sólo con la inteligencia conocía lo noble. Por eso debió haber rehusado el encuentro en el llano, y no haber hecho caso de la propuesta del mal intencionado. Es preferible, en efecto, el retroceso a la derrota. A este retroceso los enemigos lo llaman cobardía; los amigos, precaución. Y puesto que los amigos no mienten, hemos de dar fe a ellos antes que a los mal intencionados.

38. XII. ¿No ves que Moisés a los sofistas que había en Egipto, vale decir, en el cuerpo, a los que llama brujos porque en cierto modo las buenas costumbres son sometidas a brujerías y arruinadas mediante los artificios y engaños de los sofismas, los trata. de evitar alegando que él no es elocuente,[8] lo que equivale a decir que no está naturalmente dotado para la oratoria, arte de exponer con brillo las conjeturas probables y verosímiles; y aseverando más adelante que no sólo no es elocuente sino además completamente mudo? [9] Pero mudo, no en el sentido con que aplicamos el término a los animales irracionales sino como lo atribuimos al que, no considerando justo echar mano a la palabra pronunciada a través del órgano del habla, se limita a estampar e imprimir en su inteligencia las normas de la verdadera sabiduría, que es la antítesis de la falsa sofística.

[8] Ex. IV, 10.
[9] Ex. VI, 12.

39. Y no se pondrá en marcha hacia Egipto ni entrará en pugna con los sofistas hasta ser ejercitado intensamente en la palabra oral. Dios le mostró y perfeccionó todas las cualidades que son esenciales en la expresión del pensamiento, eligiendo para ello a Aarón, hermano de Moisés, a quien éste acostumbra a llamar su "boca", su "portavoz" y su "profeta". (Ex. IV, 16; VII, 1.)

40. Todos estos títulos corresponden, en efecto, a la palabra, la que es hermana de la inteligencia; porque la inteligencia es la fuente de las palabras, y la palabra es la boca de aquélla, porque todos los pensamientos, como corrientes de agua provenientes de una fuente, manando a través de la palabra derrámase hacia donde son captados, y ésta es la encargada de exponer cuanto la inteligencia ha deliberado en su propio recinto de deliberaciones. Pero, además, la palabra es el profeta e intérprete de los oráculos que la inteligencia no cesa de emitir desde lo recóndito e invisible.

41. XII. Ésta es la manera adecuada de enfrentar a los que disputan acerca de estas doctrinas. Ejercitados en las formas de expresión ya no cederemos por inexperiencia en las artimañas sofísticas; antes bien, irguiéndonos y sosteniéndonos firmes, nos libraremos fácilmente de los hábiles lazos verbales de ellos. Éstos, después de ser puestos al descubierto una vez, aparecerán exhibiendo una fuerza que podrá servir para encuentros simulados pero no para combates de veras. En efecto, se trata de pugilistas que ganan fama mediante simulados combates entre ellos, pero adquieren pésimo renombre cuando se aventuran a una verdadera confrontación.

42. Pues bien, sí alguien, aunque tenga adornada su alma con todas las virtudes, no se ha puesto práctico en los recursos retóricos, si se mantiene callado hallará seguridad, ventaja exenta de riesgo; mas, si, como Abel, acude a la sutil disputa sucumbirá antes de lograr hacer pie firme.

43. Es que, así como en la medicina hay quienes saben curar casi todas las dolencias, enfermedades y debilidades sin ser por ello capaces de dar explicación, ni verdadera ni verosímil, sobre ninguna de ellas; y otros, al revés, siendo expertos en lo concerniente a las explicaciones teóricas y excelentes intérpretes de los síntomas, causas y tratamientos, asunto propio de la ciencia, resultan sumamente torpes en el cuidado de los cuerpos enfermos, e incapaces de procurarles ni aun la menor contribución a su curación; así también quienes se entregaron al logro de la sabiduría mediante las obras, olvidaron a menudo la manera de expresarla; en tanto que otros, instruidos a fondo en el arte de la palabra, ninguna enseñanza noble atesoraron en su alma.

44. No debemos, por lo tanto, sorprendernos de que estos últimos se atrevan a hacer gala de una lengua sin freno y plena de audacia, ya que no hacen sino poner de manifiesto la falta de sensatez que han cultivado desde un principio. A aquellos, en cambio, que, cual médicos, han sido instruidos en la parte concerniente a la cura de enfermedades y plagas del alma, conviéneles aguardar hasta que Dios les provea del mejor intérprete, vertiendo a modo de lluvia y haciéndoles visibles las fuentes de la expresión oral.

45. XIV. Hubiera sido, pues, conveniente que Abel, dando prueba de buen sentido, virtud salvadora, hubiera permanecido en la casa desechando la invitación para aquel enfrentamiento y enconada disputa, imitando con ello a Rebeca, la perseverancia, la que, ante la amenaza de Esaú, el cofrade del vicio, de dar muerte a Jacob, el practicante de la virtud, aconseja a éste, cuando está a punto de ser objeto de las maquinaciones de aquél, alejarse hasta que el cruel frenesí del mismo se apacigüe.

46. Es, en efecto, insoportable la amenaza que formula contra su hermano cuando afirma: "Acerqúense los días de duelo de mi padre para que pueda yo matar a mi hermano Jacob" (XXVII, 41); puesto que suplica que Isaac, el único ejemplo de creatura libre de pasiones, al que es revelado el Divino mandato de "no bajar hacia Egipto" (Gen. XXVI, 2), ajuste su conducta a los dictados de la irracional pasión, para que, según pienso yo, resulte herido por los aguijones del placer, de la pena o de alguna otra pasión. Con ello busca mostrar que el hombre que está aún lejos de la perfección y realiza progresos a fuerza de mucho trabajo puede no sólo ser herido sino destruido completamente. Mas Dios, que es bondadoso, ni permitirá que la representación de la estirpe invulnerable sea presa de la pasión, ni pondrá la ejercitación en la virtud en manos de un asesino demente para que éste la aniquile.[10]

[10] Es decir, no permitirá ni que Isaac, el perfecto, claudique ante la pasión ni que Jacob, el que progresa, perezca ante ella.

47. Y así, aunque la afirmación que sigue: "Alzóse contra Abel, su hermano, y lo mató" (Gen. IV, 8) sugiere al intérprete superficial la idea de que Abel fue aniquilado; una interpretación más cuidadosa permite afirmar que es el mismo Caín quien fue aniquilado por su propia mano. En efecto, debemos entender el pasaje de la siguiente manera: "Alzóse Caín y matóse a sí mismo",[11] no a otro.

[11] Sustituye Filón autón. = lo, al mismo, por heautón = a sí mismo, en el pasaje citado algo más arriba.

48. Y era de suponer que le sucedería tal cosa, puesto que el alma que ha extirpado de sí la doctrina de amor a la virtud y de amor a Dios está muerta para la vida de la virtud. En consecuencia Abel, he aquí lo más paradójico, es, a la vez, aniquilado y vive: es aniquilado en la inteligencia del insensato, pero vive la vida de felicidad en Dios. Testimonio de ello será lo que nos dice la Divina revelación en la que claramente se señala que Abel emplea su "voz", y

"manifiesta a gritos" [12] lo que ha soportado en manos de un familiar malvado. ¿Cómo, en efecto, podría hablar quien ya no existiera?
[12] Gen. IV, 10, donde se lee: "La voz de la sangre de tu hermano está clamando a Mí desde la tierra."

49. XV. Y así es: el hombre sabio, cuando en apariencias ha perdido la vida corruptible, vive en realidad la vida incorruptible; el ruin, en cambio, viviendo la vida del vicio, está muerto para la vida bienaventurada. Tratándose de los seres vivientes y cuerpos en general que se hallan separados entre sí,[13] es posible y fácil que lo activo se dé en unos y lo pasivo en otros. En efecto, cuando un padre castiga a su hijo tratando de corregirlo, o un maestro a su alumno, uno es el que castiga y otro el castigado. Mas cuando se trata de seres o de cuerpos unidos, en aquel donde se halla la actividad hállase también la pasividad y no en diferentes tiempos ni con relación a otra cosa sino al mismo tiempo y con relación al mismo sujeto. Por ejemplo, cuando un atleta se masajea en plan de adiestramiento, es indudable que también él es el masajeado; y si alguien se golpea o hiere a sí mismo, él es el golpeado o herido; y si se mutila o suicida no otro que él es el mutilado o la víctima del suicidio.
[13] Los estoicos clasificaban los cuerpos o cosas materiales en *diestôta* = separadas, como un ejército; *synemména* = conjuntas, como una casa o un barco; y *henoména* = unidas, que constituyen una unidad, como un ser animado.

50. ¿A qué viene lo que digo? A que el alma, no la perteneciente a los seres o cuerpos separados entre sí sino la de los que forman un todo unido debe necesariamente experimentar aquello que parece ejecutar, como ocurre por supuesto, en el caso presente; ya que, creyendo aniquilar la doctrina más amada de Dios, el alma resultó muerta ella misma por su propia mano. Prueba de esto es Lamec, el vástago de la impiedad de Caín, el cual dice a sus mujeres, dos opiniones contrarias a la razón:[14] "He matado a un hombre para herirme y a un joven para magullarme." (Gen. IV, 23.)

51. Es, en efecto, evidente que, si alguien mata al principio de la valentía, se hiere a sí mismo con la enfermedad opuesta, que es la cobardía; y que, si alguien aniquila la fuerza que le ha venido de la práctica de lo noble, se inflige a sí mismo desgracias y grandes ultrajes con no poca vergüenza. Y dice la perseverancia[15] que, si el ejercicio y gradual progreso[18] es aniquilado, pierde no un solo hijo sino también todos los demás, sobreviniéndole una completa privación de hijos.[17]
[14] Ver Sobre la posteridad de Caín 79 y 112. " Rebeca.
[16] Tacob.
[17] Gen. XXVII, 45.

52. XVI. Así como el que daña al hombre virtuoso [18] se inflige, como se ha visto, un castigo a sí mismo, del mismo modo el que reconoce que los mejores merecen las preeminencias alcanza un beneficio, que se dice ser para aquéllos, pero que de hecho es para sí mismo. La naturaleza y las leyes establecidas de conformidad con ella prestan fe a mis afirmaciones. En efecto, directa y claramente está establecido lo siguiente:
"Honra a tu padre y a tu madre, para que el bien sea para ti." (Ex. XX, 12.) No dice: "para los que reciben la honra" sino "para ti". Es que, si brindamos honra a la inteligencia, como al padre de nuestro compuesto ser, y a la sensibilidad, como a su madre, nosotros por nuestra parte seremos bien tratados por ellos.
[18] Personificados en Esaú y Jacob respectivamente.

53. Ahora bien, honrar a la inteligencia consiste en tributarle atenciones mediante cosas

convenientes y no mediante cosas placenteras. Y todo cuanto tiene su origen en la virtud es conveniente. A la sensibilidad, a su vez, se la honra no dejándola lanzarse de un solo impulso hacia las cosas sensibles exteriores, y sujetándola a las riendas de la inteligencia, la que time capacidad para dirigir como un piloto o conductor los irracionales poderes que hay en nosotros.

54. Si, pues, una y otra, la inteligencia y la sensibilidad alcanzaren el honor de que he hablado, forzosamente yo, que me sirvo habitualmente de ambos, resultaré beneficiado. Y, si aplicando estas consideraciones muy lejos de la inteligencia y la sensibilidad, acordares el honor propio de un padre al Creador del mundo, y el propio de una madre a la sabiduría, por cuyo medio llevóse a cabo la creación del universo, tú mismo experimentarás el beneficio. En efecto, ni Dios, que es plenitud, ni el sumo y consumado saber tienen necesidad de cosa alguna, de modo que quien Los sirve beneficia no a los Que reciben el servicio, pues de nada han menester, sino sobre todo a sí mismo.

55. El arte de los preparadores de caballos y el de los criadores de perros, consistentes en los conocimientos relativos a la crianza de caballos el uno y a la crianza de perros el otro, procuran a los animales las cosas útiles que éstos necesitan, y, si no lo proporcionaren, cabría pensar en que existe negligencia. Pero no es lícito decir que la religión, que consiste en el servicio de Dios, tiene por objeto procurar a la Divinidad cosas de que Ésta ha menester. Ella, ciertamente, no recibe utilidad de cosa alguna puesto que nada necesita y nada existe que sea capaz de beneficiar a Quien es superior en todas las cosas. Por el contrario, constante e incesantemente Ella beneficia al universo.

56. Así, pues, cuando decimos que la religión es el servicio de Dios, nos referimos a un servicio tal como el que a sus amos brindan los esclavo? que saben ejecutar con presteza lo que les está mandado. Mas habrá, a su vez, diferencias; porque los amos tienen necesidad de servicio, y Dios no lo necesita; de lo que resulta que aquéllos reciben de sus esclavos servicios que les beneficiarán; en tanto que a Dios nada procurarán los hombres fuera de un espíritu de amor hacia su Señor. Nada, en efecto, hallarán ellos que mejorar, dado que todas las cosas del Señor son excelentes desde un principio; y en cambio, alcanzarán para sí grandes beneficios al dar los pasos necesarios para llegar a ser partícipes de una relación estrecha con Dios.

57. XVII. Creo que lo dicho basta respecto de los que hacen aparentemente el bien o el mal a otros; pues ha venido a quedar en claro que es a sí mismo a quienes hacen una u otra cosa. Investigaremos ahora lo que sigue. Hay una pregunta en estos términos: "¿Dónde está Abel, tu hermano?" (Gen. IV, 9); a la que Caín responde: "No lo sé. ¿Soy acaso custodio de mi hermano?" (Gen. IV, 9.) Pues bien, merece considerarse si en rigor puede aceptarse el aserto de que Dios formula preguntas; porque el que pregunta o averigua, lo hace acerca de lo que ignora, y en procura de una respuesta, por la que vendrá a saber lo que ignora; y para Dios todo es conocido, no solo lo presente y lo pasado sino también lo futuro.

58. ¿Qué necesidad puede, entonces, haber de una respuesta que no ha de proporcionar al que interroga adquisición alguna de conocimiento? Pues bien, hemos de decir que tales expresiones [19] no deben, en el caso de la Causa, ser tomadas al pie de la letra; antes bien, así como es posible decir una mentira sin mentir, así también es posible formular una pregunta o interrogación sin preguntar ni averiguar. ¿Con qué objeto, entonces, se preguntará tal vez alguno se formulan tales preguntas? Pues, para que el alma que habrá de dar la respuesta se convenza por sí misma respecto de las cuestiones sobre las que expone bien o mal, y no por intermedio de otro que se le oponga o adhiera.

[19] Las del pasaje bíblico Gen. IV, 9.

59. Así, cuando Dios preguntó al sabio, me refiero a Abraham, acerca de Sara: "¿Dónde está tu virtud?" (Gen. XVIII, 9), no preguntó porque lo ignorara, sino porque entendía que era necesario que Abraham respondiera para destacar la alabanza que involucraban las palabras del mismo que hablaba. Leemos, en efecto, que dijo: "He aquí que está en la tienda" (Gen. XVIII, 9); vale decir, en el alma. ¿Y qué es lo loable que involucra la respuesta? Pues que dice: 'He aquí que llevo la virtud en mí mismo como un tesoro y ello no basta para hacerme feliz.

60. La felicidad, en efecto, consiste en el ejercicio y goce de la virtud, no solo en su mera posesión, mas yo no podría ejercitarme si Tú no trajeras desde el cielo la simiente y no la tornares fecunda y ella no diere a luz el género de la felicidad, es decir, a Isaac; y no concibo la felicidad sino como el ejercicio de la virtud perfecta a través de una vida perfecta. En consecuencia. Dios, complacido por su elección, concédele que oportunamente alcance a ver cumplido lo que ha pedido.

61. XVIII. A éste, pues, que reconoce que la virtud de por sí, sin la providencia Divina, es insuficiente para alcanzar el bien, la respuesta le trajo aparejada una alabanza. A Caín, en cambio, que asegura no conocer dónde se halla su hermano, alevosamente asesinado por él, la respuesta, consecuentemente, trájole un reproche. Creyó, en efecto, que engañaría al Que lo escuchaba, como si Éste no viera todas las cosas y no estuviera de antemano al tanto del engaño de que él se aprestaba a hacerle objeto. Mas todo el que piense que algo escapa a la mirada de Dios es hombre sin ley y degradado.

62. Además Caín incurre en la insolencia de decir: "¿Acaso soy yo custodio de mi hermano?" (Gen. IV, 9.) 'Pues, sumamente desdichada', díriale yo, 'habría de ser su vida si la naturaleza te hubiera designado guardián y custodio de tan gran bien, ¿O no ves que el legislador confía el cuidado y la custodia de las cosas santas, no al primero que se presenta, sino a los levitas, que son espíritus totalmente consagrados a Dios? La tierra, el agua, el aire y aun el cielo y el mundo todos fueron considerados heredad indigna de ellos; solo fue juzgado apropiado para ellos el Creador, en Quien habíanse refugiado en actitud de súplica genuina, convirtiéndose en servidores de Él, y haciendo patente su amor hacia su Señor mediante el ininterrumpido servicio y la incansable custodia de cuanto les está confiado.

63. XIX. Y no a todos los suplicantes les cupo convertirse en custodios de las cosas sagradas sino sólo a los que habían obtenido en suerte el número cincuenta, número que anuncia la desvinculación,[20] la liberación completa y el retorno hacia las pasadas situaciones'. Dice, en efecto, la escritura: "Esto es lo que concierne a los levitas: desde los veinticinco años entrará el levita en el servicio activo del tabernáculo del testimonio, y desde los cincuenta cesará en su ministerio y no ejercerá en adelante más sino será ministro su hermano. Estará a cargo de la custodia, mas no desempeñará funciones." (Núm. VIII, 24 a 26.)
[20] Ver Sobre los sacrificios 122.

64. Luego, puesto que el número cincuenta es perfecto,[21] y veinticinco es su mitad; y, como dijo uno de los antiguos, el principio es la mitad del todo, confía el legislador al que es la mitad de perfecto poner en práctica y realizar las santas acciones, mostrando su acatamiento a través de las obras; y al que es perfecto ya no le encarga el trabajo sino custodiar cuanto mediante el cuidado y el esfuerzo hubiere adquirido. Líbreme yo, en efecto, de aplicar mis esfuerzos a obtener cosas de las que luego no habré de ser el guardián.

[21] Filón no especifica ni aquí ni en otra parte alguna las razones para considerar perfecto al número cincuenta.

65. Así pues, mientras la práctica es un estado intermedio, no la perfección, puesto que se da en las almas no perfectas aún sino empeñadas en alcanzar la cumbre; la custodia, en cambio, es algo completo, consistente en entregar a la memoria los principios de las cosas sagradas adquiridas mediante la práctica, es decir, confiar el hermoso depósito del saber a una fiel guardiana,[22] la única que hace caso omiso de las múltiples y diestras redes del olvido. "Guardián", pues, es el nombre apropiado y saludable del hombre que recuerda todo lo que ha aprendido.
[22] Ver Interpretación alegórica I, 54 y ss.

66. En la etapa anterior, cuando se ejercitaba, éste era un discípulo bajo la guía de un maestro; pero, cuando llegó a ser capaz de custodiar, obtuvo la jerarquía y cargo de maestro, y eligió para los servicios subalternos de la enseñanza a su hermano, es decir, al logos pronunciado.[23] Leemos, en efecto, que "su hermano será ministro". (Núm. VIII, 26.) En consecuencia, la inteligencia del hombre de bien será la guardiana y administradora de las doctrinas de la virtud; mientras su hermano, la expresión oral, tendrá a su cargo la atención de los que persiguen la educación, a los que expondrá las doctrinas y principios del saber.
[23] Ver Sobre los querubines, nota 8.

67. He ahí por qué Moisés en sus bendiciones a Leví tras expresar muchas y asombrosas alabanzas concluye diciendo: "Él ha guardado Tus oráculos y ha observado Tu pacto"; y a continuación agrega: "Enseñarán Tus juicios a Jacob y Tu ley a Israel." (Deut. XXXIII, 9 y 10.)

68. Establece, pues, expresamente que el hombre virtuoso es el custodio de las palabras y del pacto de Dios; y además deja claramente sentado que es el mejor intérprete y maestro de Sus justas decisiones y leyes. La interpretación, en efecto, es una operación propia del órgano del habla, el que está emparentado estrechamente con ella; y la custodia, una función concerniente a la inteligencia, la que, creada por la naturaleza como un vasto depósito, contiene cómodamente las nociones de todas las sustancias y hechos. Ventajoso ciertamente hubiera sido aun para Caín, el amante de sí mismo, velar por Abel; puesto que, si hubiera sido custodio de éste, hubiera participado de una vida mixta e intermedia y no se hubiera saturado de vicio neto y sin mezcla.

69. XX. "Y dijo Dios: '¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama hasta Mí desde la tierra'." (Gen. IV, 10.) Las palabras "¿Qué has hecho?" expresan tanto la indignación por un acto ilícito como una burla hacia el hombre que cree que ha matado a traición. La indignación se produce ante la intención del autor del hecho, puesto que su propósito era destruir lo noble. La burla obedece a que éste cree que la trampa tendida ha sido contra alguien mejor que él, cuando en realidad ha atentado más contra sí mismo que contra su hermano.

70. Porque, como decía más arriba, el que parece estar muerto vive, puesto que aparece suplicando y haciendo oír su voz a Dios; en tanto que el que se supone que sobrevive está muerto con la muerte del alma, separado de la virtud, sin la cual no vale la pena vivir. De modo que la expresión "¿Qué has hecho?" equivale a 'Nada has hecho, nada has llevado a cabo'.

71. Ni tampoco, por cierto, logró su propósito, el sofista Balaam, vana turba de opiniones

discordantes y encontradas, cuando pretendió maldecir y dañar al hombre de bien; ya que Dios trocó sus maldiciones en bendición,[24] a fin de poner al descubierto la maldad del injusto, y al mismo tiempo, manifestar Su propio amor a la virtud.
[24] Núm. XXIII, 8.

72. XXI. Está en la naturaleza de los sofistas el disponer de sus poderes de manera encontrada, contradiciendo sus palabras a sus concepciones; y sus reflexiones a sus palabras, sin que haya acuerdo en punto alguno absolutamente. Fatigan nuestros oídos demostrándonos que la justicia tiene un valor social, que la prudencia es conveniente, que la templanza es cosa excelente, que la piedad es beneficiosa en sumo grado, y que las demás virtudes son sumamente saludables y salvadoras, y exponiendo paralelamente con lujo de detalles lo insociable de la injusticia, lo nocivo de la intemperancia, lo horrible de la impiedad y el enorme daño que ocasionan los otros vicios.

73. Y sin embargo, no cesan de pensar lo contrario de lo que dicen; y, cuando elevan loas a la prudencia, la templanza, la justicia y la piedad, entonces es cuando se los descubre más insensatos, inmoderados, injustos e impíos, perturbando y echando por tierra todas, podríamos decir, las leyes Divinas y humanas.

74. A éstos podría decírseles con razón lo mismo que la sagrada palabra preguntaba a Caín. ¿Qué habéis hecho? ¿Qué bien os habéis procurado? ¿Qué han aprovechado a vuestras almas tantos discursos acerca de la virtud? ¿Qué parte pequeña o grande de vuestras vidas habéis mejorado? ¿O qué? ¿No habéis, por el contrario, dado motivo para verdaderas acusaciones contra vosotros mismos; puesto que, mientras resultáis los mejores intérpretes, si se trata de sostener las nobles doctrinas y de fundamentarlas de palabra, se os sorprende siempre bien dispuestos y complacientes para con las cosas más ruines? ¿No ha muerto acaso en vuestras almas lo noble, y se ha encendido el fuego de lo ruin? Por ello ninguno de vosotros sobrevive.

75. Así como, al morir algún músico o algún gramático, la música o las nociones gramaticales que poseían perece juntamente con ellos, mas las formas ejemplares de aquéllas subsisten, y en cierto modo su vida es tan larga como el mundo mismo, y a ellas han de ajustarse los músicos y los gramáticos de hoy y del futuro en las sucesivas generaciones para siempre; así también, si la prudencia, la templanza, la fortaleza y la justicia, en una palabra, la sabiduría que alguien posee pareciere, no por ello estarán menos impresas en la naturaleza inmortal del universo la prudencia que no conoce fin y cada una de las otras imperecederas virtudes, conforme a las cuales hay actualmente hombres superiores, y los habrá en adelante.

76. A no ser que vayamos a afirmar que la muerte de determinado hombre particular produce la destrucción de la humanidad. Si esta humanidad es un género, una forma ejemplar, un concepto o como deba llamársele es cosa que sabrán los que se ocupan de indagar acerca de la exactitud de los nombres. Muchas veces, después de haber marcado un solo sello innumerables sustancias y habiéndose a veces reducido a nada todas las impresiones a la par de las mismas sustancias, él se conserva intacto sin haber experimentado en su propia naturaleza daño alguno.

77. Siendo así, ¿no creemos que las virtudes, aunque todos los caracteres que ellas han estampado en las almas de aquellos que las han practicado se anulasen como consecuencia de una conducta perversa o por cualquier otro motivo, conservarán eternamente su intangible e incorruptible naturaleza? Los profanos en educación, al no percibir las diferencias ni entre las totalidades y las partes ni entre los géneros y las especies, ni el hecho de que cosas distintas

suelen llevar el mismo nombre, mezclan y confunden completamente todas las cosas.

78. Aprenda, por lo tanto, todo amante de sí mismo, cuyo epónimo es Caín, que aquel que él ha matado es el homónimo de Abel, la especie, la parte, la impresión estampada que lo representa; no el arquetipo, el género, la forma ejemplar, que él supone que ha perecido junto con los seres vivientes, no obstante tratarse de algo imperecedero. Bien está, entonces, que alguien le diga en tono de vituperio y burla: '¿Qué has hecho, desventurado? ¿Acaso no está viva junto a Dios la doctrina del amor a Él, que tú crees haber aniquilado? Es de ti mismo de quien te has convertido en asesino al aniquilar arteramente lo único que podía hacerte capaz de vivir una vida irreprochable.'

79. XXII. Las palabras que siguen son excelentes en grado sumo no sólo en cuanto a la belleza de la expresión sino en cuanto a los pensamientos que nos descubre. Dicen así: "La voz de la sangre de tu hermano clama hasta Mí desde la tierra." (Gen. IV, 10.) La excelente factura de la frase resulta patente para todos los que no sean profanos en el arte de la palabra; en cuanto a los pensamientos que ella pone de manifiesto, los examinaremos en la medida de nuestra capacidad, comenzando por "la sangre".

80. En muchos pasajes de su legislación Moisés manifiesta que la sangre es la esencia del alma. Así, dice categóricamente que "el alma de toda carne es la sangre". (Lev. XVII, 11.) Sin embargo, cuando por vez primera, después de haber creado el cielo, la tierra y lo que hay entre ambos, el Modelador de los seres vivos creó al hombre, dice Moisés que "sopló en su rostro el aliento de la vida y el hombre se convirtió en alma viviente" (Gen. II, 7); con lo que, contrariamente a lo anteriormente afirmado, establece que la esencia del alma es el aliento.

81. Nótese que es norma de Moisés tener invariablemente presente siempre los principios sentados desde el comienzo, y considerar que las afirmaciones que siguen y se relacionan con las anteriores deben estar acordes con ellas. Por lo tanto, no diría que la esencia del alma es el aliento después de haber afirmado que lo era una sustancia diferente, la sangre, a menos que se estuviera refiriendo a alguno de los más necesarios y universales principios.

82. ¿Qué hemos, pues, de decir? Sucede que cada uno de nosotros según un primer análisis es doble: un animal y un hombre; y a cada uno de éstos le ha sido asignada una facultad, que le es connatural, de las propias del alma: al primero, la vital, en virtud de la cual vivimos; al segundo, la racional, por la que somos seres racionales. De la facultad vital participan también las creaturas irracionales; de la racional Dios es, no partícipe ciertamente, sino su origen, la fuente de la razón más antigua.[25]
[25] O de la razón arquetipo, que es el logos de Dios.

83. XXIII. Pues bien, a la facultad que es común a nosotros y a las creaturas irracionales cúpole la sangre como esencia; en cambio, a la facultad que emana de la Fuente de la razón cúpole como esencia el aliento; no el aire móvil, sino cierta impresión y huella del Divino poder, al que Moisés con apropiado nombre denomina "imagen", poniendo de manifiesto que el arquetipo de la naturaleza racional es Dios, en tanto que el hombre es imitación y copia; no me refiero a la creatura animada de doble naturaleza, sino a la más noble forma del alma, cuyo nombre es inteligencia y razón.

84. Por eso. dice que la sangre es el alma de la carne; porque sabe que la naturaleza de la carne no tiene asignada parte alguna en la inteligencia, sino participa de la vida tal como participa todo nuestro cuerpo, y llama, en cambio, aliento el alma del hombre, empleando el

término "hombre", no para designar el ser compuesto, como he dicho, sino aquella creación semejante a Dios, mediante la cual razonamos, cuyas raíces extendió Dios hasta el cielo y suspendió de la altísima bóveda de las llamadas estrellas fijas.[26]

[26] Ver Platón, Timeo 90 a y ss.

85. En efecto. Dios entre los seres terrestres creó sólo un retoño celestial: el hombre; y, mientras que fijó en la tierra las cabezas de los demás (todos, en efecto, tienen sus cabezas hacia abajo); elevó la del hombre hacia lo alto para que tuviera alimentos celestiales e imperecederos, y no terrestres y corruptibles. Por ese motivo fijó profundamente nuestros pies en la tierra alejando lo más posible de la facultad de razonar a la parte de nuestro cuerpo menos capaz de percibir sensiblemente, en tanto que a los sentidos, escoltas de la inteligencia, y a la inteligencia misma los estableció en la parte más alejada de las cosas terrestres poniéndolos en contacto con los círculos del aire y del cielo, que son imperecederos.

86. XXIV. No sigamos, entonces, los discípulos de Moisés, sin saber de qué manera alcanzó el hombre a formarse una concepción del invisible Dios. El mismo legislador, enterado de la. manera merced a una Divina comunicación, nos lo ha revelador y lo que dijo es esto: el Creador no ha provisto al cuerpo de un alma capaz de ver por sí misma al Hacedor; mas, por considerar cuan grandes beneficios reportaría a la creatura una concepción del Que la había creado, ya que Éste es la pauta de la felicidad y la dicha, sopló desde lo alto de Su propia deidad; el Invisible estampó en el alma invisible Sus propios rasgos para que ni siquiera el ámbito terrestre se viera privado de la imagen de Dios.

87. Pero el Arquetipo era de tal manera invisible, que tampoco Su imagen podía ser visible. Impresa según el modelo, encerraba concepciones no ya mortales sino inmortales. ¿Cómo, en verdad, una naturaleza mortal podría al mismo tiempo permanecer y estar ausente, observar este lugar y otro distinto, navegar por todo el mar y atravesar la tierra hasta sus confines, ocuparse de leyes y costumbres o, para decirlo en una palabra, de hechos y cosas? ¿O cómo podría aprehender, más allá de las cosas terrestres, también las cosas de lo alto, el aire y sus variaciones, las características de los períodos, y cuanto ocurre en las estaciones del año, ya inesperadamente ya de acuerdo con el curso normal de las mismas?

88. ¿Cómo, asimismo, le sería posible elevarse desde la tierra hasta el cielo a través del aire y escudriñar cómo son las naturalezas celestes, cómo se mueven, cuáles son los límites del comienzo y fin de sus movimientos, cómo de acuerdo con un determinado parentesco armonizan unas con otras y con el conjunto? ¿Cómo podría haber concebido las artes y las ciencias, que producen los objetos exteriores, y tienen una función en el mejoramiento del alma y del cuerpo; y forjado otras innumerables cosas, cuyo número y naturaleza no es fácil de expresar en palabras?

89. La inteligencia, como que es la más veloz de todas las cosas, es la única parte de nuestro ser que aventaja y deja detrás aun al tiempo, palpando fuera de las leyes del tiempo, merced a sus invisibles facultades, el universo, sus partes y las causas de aquél y de éstas. Mas al cabo, habiendo ido no sólo hasta los confines de la tierra y del mar sino hasta los del aire y el cielo, no permanece allí, pues considera que el mundo es un límite estrecho para su constante e incesante carrera y ansia ardientemente avanzar más allá y aprehender, si fuere posible la naturaleza de Dios, la que es inaprehensible excepto en lo que a Su existencia se refiere.

90. ¿Cómo, pues, podría explicarse que la inteligencia humana, tan pequeña, como es, contenida en un cerebro o en un corazón, es decir, en pequeñas cavidades, recorra abarcándola

en sí la inmensidad del cielo y el mundo, si no se tratara de una inseparable porción de aquella Divina y bienaventurada alma? Porque ninguna parte del ser Divino se separa y aparta de Él, solamente se extiende. Por eso la inteligencia, habiéndole cabido una parte de la perfección que existe en el universo; cuando se representa al mundo, se dilata hasta los confines de él, sin que por ello se desgarre; por cuanto su poder le permite extenderse.

91. XXV. Basten estas breves consideraciones en lo que toca a la esencia del alma. Siguiendo el debido orden, interpretaremos las palabras: "La voz de su sangre clama" (Gen. IV, 10) de la manera siguiente. Unas partes de nuestra alma son mudas; la otra posee voz. Las partes irracionales son mudas; la racional, la única que ha alcanzado la concepción de Dios, tiene voz. Con las otras partes no podemos aprehender ni a Dios ni cosa alguna de orden mental.

92. Una porción, pues, de la facultad vital, cuya sustancia es la sangre, ha obtenido, como especial prerrogativa, la voz y la palabra; no la corriente que fluye a través de la boca y la lengua; sino la fuente de la que por ley natural llénanse las cisternas del logos pronunciado. Esta fuente es la inteligencia, mediante la cual, ora voluntariamente ora involuntariamente, hacemos oír al Que Es nuestras peticiones y clamores.

93. Él, bondadoso y compasivo, como es, no rechaza a los suplicantes, y menos aun cuando gimiendo bajo el peso de los trabajos y padecimientos de Egipto claman sin falsedad ni fingimiento. En efecto, Moisés dice que entonces las palabras de aquéllos subían hasta Dios,[27] y que Él, al oírlos, los liberaba de los males que se cernían sobre ellos.
[27] Ex. II, 23.

94. Todas estas cosas sucedieron cuando hubo muerto el rey de Egipto. He aquí lo totalmente paradójico; porque era de esperar que, al morir el déspota, los oprimidos se alegrasen y regocijasen; y precisamente entonces gemían; pues se nos dice que "después de aquellos muchos días murió el rey de Egipto y gimieron los hijos de Israel." (Ex. II, 23.)

95. Tomada en su sentido literal la afirmación repugna al buen sentido; mas relacionándola con las potencias que existen en el alma se advierta la ilación interna. En efecto, cuando el que dispersa y rechaza las ideas sobre lo noble, es decir, el faraón, se muestra vivo y activo en nosotros y parece rebosar de salud, si es lícito hablar de buena salud en un ruin, acogemos el placer, desterrando la templanza más allá de los límites.[28] Cuando, en cambio, llega a ser impotente y, en cierto modo, muere el autor de la vida execrable y licenciosa, nosotros, ante el claro espectáculo de la vida sobria, deploramos y gemimos por nuestro viejo sistema de vida, pues, al preferir el placer a la virtud, hemos contaminado la vida inmortal con la mortal. Mas el único Benévolo, poseído de piedad ante nuestro incesante gemir, acoge a nuestras suplicantes almas, y dispersa sin dificultad la tormenta egipcia de las pasiones que se precipita sobre nosotros.
[28] O sea, lejos de nosotros.

96. XXVI. En cambio dirige contra Caín maldiciones del todo acordes con la enormidad del crimen de fratricidio, puesto que rehúsa arrepentirse. En efecto, en primer lugar le dice: "Ahora también serás maldito desde la tierra" (Gen. IV, 11); con lo que da a entender que no es ahora, con ocasión de su crimen, la primera vez que es abominado y maldito, sino también lo era antes, cuando proyectaba el asesinato, como que la intención es tan importante como la ejecución.

97. En efecto, mientras solamente concebimos acciones indignas con la imaginación desnuda

de la inteligencia, no somos acusados del designio ya que el alma puede, aun contra su deseo, desistir. Pero, cuando la ejecución se suma a los planes, también el haber tramado el hecho se torna reprensible, pues, por aquélla sobre todo se pone de manifiesto que el delito es de carácter deliberado.

98. Ahora bien, dice Dios que la inteligencia será maldita no desde otra cosa alguna sino "desde la tierra". Es que la parte terrena de cada uno de nosotros aparece como responsable de los más penosos infortunios de la inteligencia. Por ejemplo, el cuerpo, o afectado por una enfermedad arroja sobe ella las dolencias que le brotan y la llena de náuseas y desventura; o hinchado por el desmedido goce de los placeres, provoca el embotamiento de su agudeza de percepción.

99. Y por cierto que cada uno de los sentidos es un vehículo de daño, pues, viendo" el hombre la belleza, es herido' por los dardos de la terrible pasión del amor; oyendo anunciar la muerte de un pariente, es agobiado por el dolor. Hasta su paladar échasele encima muchas veces, maltratándolo con desagradables sabores u oprimiéndolo con una multitud de gustos deliciosos. ¿Y qué decir de las incitaciones a las complacencias sexuales? Éstas han arruinado ciudades enteras, países y vastas regiones de la tierra, de los que casi sin excepción da testimonió la multitud toda de poetas e historiadores.

100. XXVII. La manera como la inteligencia se torna maldita desde la tierra es descripta además en estas palabras: "la que [29] abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano". (Gen. IV, 11.) Es penoso, realmente, que las bocas de los sentidos se abran y se dilaten para que los objetos sensibles, como un río desbordado, se derramen en los abiertos orificios sin que nada se oponga al violento embate, porque, en esas circunstancias, la inteligencia, tragada por oleaje de tal magnitud, resulta sumergida, incapaz hasta de salir a flote y mirar por sobre él.
[29] Es decir, "la tierra, que..."

101. Es, sin embargo, forzoso que hagamos uso de cada una de estas facultades, no para todo cuanto ella fuere capaz, sino para lo de más valor solamente. La vista puede, en efecto, ver todos los colores y formas; pero debe ver solo las dignas de la luz, no las que merecen sombras. El oído está capacitado para percibir todas las voces, pero debe ser sordo para algunas pues de lo que se expresa son incontables las cosas inconvenientes. Y no porque la naturaleza te haya dotado del gusto, oh insensato, te has de hartar de todas las cosas insaciable como una gaviota; porque muchas de las enfermedades que van acompañadas de agudo dolor han sido producidas por ingerir no ya el alimento necesario sino cantidades inmoderadas.

102. Y no porque hayas sido dotado de órganos reproductores con miras a la perpetuación de la especie, vayas detrás de los estupros, los adulterios y las demás uniones impuras, sino procura solo aquellas que conforme a la ley son vehículo de la perpetuación de la especie humana. Y no porque te haya cabido una lengua, una boca y órganos de la palabra, divulgues todo, hasta los secretos. La verdad es que hay casos en que conviene abstenerse de hablar, y creo yo que el aprender a hablar y el aprender a callar van paralelos, como que la misma facultad nos proporciona ambas cosas y aquellos que se explayan en cuantos asuntos debieran callar ponen de manifiesto no facilidad de palabra sino falta de control de la lengua.

103. Por ello procuremos seriamente atar cada una de dichas bocas con las indestructibles ataduras de la templanza, pues, como dice Moisés en otro pasaje: "Todo cuanto no fuere cerrado con una tapadera es impuro." (Núm. XIX, 15.) Ello significa que la causa de la desdicha reside en que las partes del alma hállanse desunidas, abiertas y desatadas, en tanto

que la rectitud de vida y de palabra lógrase si están aquéllas unidas y vinculadas estrechamente. Por fuerza, pues, maldice Dios al ateo e impío Caín, puesto que, abriendo las cavidades de su confuso ser, se queda con la boca abierta ante todas las cosas exteriores suplicando en su avidez poder llegar a poseerlas y hallar sitio para ellas mediante la destrucción de Abel, la doctrina del amor de Dios.

104. XXVIII. Por esta razón "trabajará" la tierra (Gen. IV, 12), no la "cultivará". Es que, mientras todo agricultor es un hombre experto, como que la agricultura es un arte, en cambio, trabajadores de la tierra son muchos simples particulares que ejecutan su trabajo sin experiencia en procura de lo necesario para la vida. Por lo tanto, éstos, si no tienen quien los dirija causan mucho daño en las obras que realizan; y si algo hacen bien, su eficacia se debe a la casualidad, no a su discernimiento. En cambio, las obras de los agricultores, que son llevadas a cabo con método, resultan útiles todas forzosamente.

105. Por eso el legislador atribuyó al justo Noé el oficio de agricultor,[30] enseñando que, como un buen agricultor, el hombre honesto extirpa en la agreste vegetación todas las plantas dañosas brotadas de las pasiones y los vicios, y deja todas aquellas que, aunque no procuren frutos, pueden ser a manera de muros la más firme protección del alma; y además cuida de todas las plantas de cultivo según las necesidades de cada especie y con distintos métodos, podando a unas, haciendo agregados a otras, aumentando el tamaño de unas, reduciendo el de otras.

[30] Gen. IX, 20.

106. Cuando ha visto que una viña extiende sus sarmientos, él, después de cavar surcos, los introduce en la tierra y los cubre enseguida con ella. Al poco tiempo aquéllos se transforman en plantas completas de partes de plantas que eran, en madres en vez de hijas; y aún más, alivian el peso de la edad de la viña madre; por cuanto, como sus muchos vástagos son ahora capaces de nutrirse solos, ella ha cesado de dividir y distribuir el sustento entre ellos, tarea que la debilitaba pues pasaba penuria de alimentos; y apenas llega a nutrirse debidamente, cuando, recobrada ya, rejuvenece de nuevo.

107. He contemplado, por otra parte, a otro hombre, que, ocupándose de los árboles de cultivo, cortó de uno no bien desarrollado la parte que sobresalía de la tierra, dejando una sección muy pequeña además de las raíces propiamente dichas; y habiendo entonces tomado de otro árbol robusto una rama bien desarrollada, raspó a ésta en uno de sus extremos hasta la parte interna; y a la sección del árbol que había quedado unida a las raíces hízole una incisión no muy profunda pero suficiente exactamente para practicar el injerto. Acto seguido levantando la rama raspada la colocó fijamente en la abertura.

108, De la unión de estos dos elementos resultó una sola naturaleza de árbol produciendo cada porción beneficios a la otra, ya que las raíces nutren a la rama injertada e impiden que se seque, y la rama les retribuye su nutrición con el regalo de copiosos frutos. Y hay en la agricultura otras innumerables operaciones habilidosas que no es preciso recordar ahora, ya que, sí me he detenido en éstas, el motivo solo ha sido aclarar la diferencia que media entre uno que trabaja la tierra y un agricultor.

109. XXIX. El hombre ruin no cesa de trabajar sin método en su cuerpo de tierra, en los sentidos, que están emparentados con él, y en cuanta cosa sensible externa existe; y daña a su desdichada alma; pero, aún más, daña a aquello que él tiene por su mayor fuente de beneficios, su propio cuerpo. En cambio, toda materia [31] es manejada con habilidad y según la

razón por el hombre virtuoso experto, como es, en el arte de la agricultura. Y cada vez que los sentidos se yerguen insolentemente y se precipitan con incontenible ímpetu hacia las cosas sensibles exteriores, son fácilmente contenidos mediante alguno de los procedimientos que le ha procurado su arte.
[31] El término griego hyle significa selva, vegetación, madera, materia, lo que le permite a Filón pasar del cuidado de la "vegetación", que cultiva expertamente el buen agricultor, al cuidado de "toda materia" por parte del hombre de bien.

110. Cada vez que la turbadora pasión se toma en el alma desmedida, y produce cosquilleos y excitaciones derivados del placer y el deseo; o, por el contrario, origina pesares y temores resultantes del miedo y el dolor; es aplacada con una saludable medicina preparada de antemano.
Y, por cierto, si algún vicio se agranda más y más, semejante a la enfermedad que se extiende como herpe por el cuerpo, es cortado por la cuchilla de la razón bajo la dirección de la ciencia.

111. De esta manera, pues, los brotes de la vegetación salvaje témanse cultivados; y las plantas de las cultivadas y fructíferas virtudes tienen todas como retoños las normas de conducta, y como frutos las nobles acciones. El hábil cultivo del alma desarrollará cada una de ellas, y gracias a esos cuidados la parte sobre la que dicho cultivo obrare alcanzará la inmortalidad.

112. XXX. Claramente se advierte, pues, que el hombre de bien es un agricultor, en tanto que el hombre ruin es un simple trabajador de la tierra. Y ojalá, al menos, que la parte de tierra que le cupo prestara su fuerza a aquel que trabaja el suelo y no le privara hasta de lo que actualmente tiene; porque dicho está: "No continuará dándote su fuerza" (Gen. IV, 12); palabras que señalan a qué vendrá a parar el hombre que no cesa de comer y beber siempre insaciablemente o que vive en ininterrumpidos placeres sexuales y sin que sus apetitos decrezcan en pos de la unión camal.

113. Mientras la carencia, en efecto, engendra debilidad, y la plenitud produce fuerza; la insaciabilidad es hambre causada por la abundancia de cosas útiles cuando va acompañada de una terrible intemperancia; y desdichados son aquellos cuyos cuerpos están llenos mientras sus deseos continúan todavía insatisfechos y sedientos.

114. En cambio, dice el legislador refiriéndose a los amantes del deber en el Gran Canto: "Los elevó sobre la fuerza de la tierra y los nutrió con los productos de los campos" (Deut. XXXII, 13); con lo que pone de manifiesto que el hombre que niega a Dios no alcanza su meta, a fin de que sufra una pena mayor aún viendo que no sólo no le es "prestada fuerza" en sus acciones sino, por el contrario, se le priva de ella; en tanto que los que van en procura de la virtud, situados por sobre las cosas terrestres y mortales desprecian en su gran superioridad, el poder de las mismas, pues Dios es quien guía su superación y pone a su alcance para su goce y sumo provecho los productos de los campos. Aquí las virtudes son comparadas con los campos, y lo que ellas engendran, con los productos de los campos. Trátase, en efecto, de verdaderas producciones; la prudencia produce el sensato proceder; la moderación, la conducta modesta; la piedad, las piadosas acciones, y cada una de las otras virtudes, la correspondiente actividad.

115, XXXI. Estos "productos" son, estrictamente hablando, alimentos del alma, la que, como dice el legislador, es capaz de chupar "miel de la roca y aceite de la dura roca." (Deut. XXXII,

13.) El término "roca" alude a la sólida e indestructible sabiduría de Dios, el alimento, la amamantadora, la nodriza de los que persiguen un sistema de vida imperecedero.

116. Esta Divina sabiduría, en efecto, convertida como en una madre de las cosas del mundo, provee sin tardanza de su propia sustancia a los hijos por ella engendrados; aunque no todos éstos han sido juzgados merecedores del Divino sustento sino sólo aquellos que han sido hallados dignos de sus padres; ya que muchos de ellos perecieron por hambre de virtud, que es más dura que el hambre de alimento y bebida.

117. La fuente de Divina sabiduría fluye unas veces con corriente más plácida y más suave; otras, con velocidad más acelerada y mayor ímpetu e impulso. Cuando mana plácidamente, endulza a la manera de la miel; cuando corre rápidamente, resulta una compacta materia que alumbra al alma como el aceite.[32]
[32] De una lámpara.

118. En otro pasaje Moisés usa un sinónimo para designar a esta roca y la llama "maná"[33] El maná es el logos Divino, la primera de todas las cosas existentes, cuyo nombre, "algo",[34] es el de máxima extensión. De él resultan dos pasteles, uno de miel y otro de aceite,[35] es decir, dos vías de educación absolutamente inseparables y dignas de nuestro celo, que desde un comienzo brindan la dulzura de las investigaciones de la ciencia, y luego lanzan la claridad de la más brillante de las luces sobre los que, no con repugnancia sino fuerte y fijamente y con una perseverancia, sin interrupciones ni paréntesis, se aterran a las cosas que aman. Pues bien, éstos, como decía, "son elevados por sobre la fuerza de la tierra." (Deut. XXXII, 13.)
[33] Ver Interpretación alegórica III, 173 y ss., de cuyo contenido se infiere que Filón entiende que el maná es símbolo de la Divina razón-palabra, es decir, del Divino logos. Ver Sobre los querubines, nota 8.
[34] Sobre la equivalencia "maná" = "algo" ver Interpretación alegórica III, nota 89.
[35] A esta conclusión llega Filón partiendo de Ex. XVI. 31 y Núm. XI, 8.

119. XXXII. En cambio, a Caín, el que ignora a Dios, nada brinda la tierra de cuanto contribuye a la buena salud, no obstante que él no se ocupa de cosa alguna que no guarde relación con ella. Por eso, como era de preverse, es hallado "lamentándose y tembloroso sobre la tierra" (Gen. IV, 12), es decir» envuelto en llanto y temor. Tal es la vida miserable del desdichado, al que han cabido las más dolorosas de las cuatro pasiones, el temor y el llanto; equivalente éste al lamentarse, y aquél, al temblar. Por fuerza, en efecto, hay un mal o presente o en cíeme sobre una vida tal; de modo que la espera del mal futuro engendra el temor, la experiencia del que está presente trae consigo el dolor.

120. En cambio, el hombre que va en procura de la virtud es incluido en los correlativos estados de felicidad, por cuanto, o ha obtenido ya el bien o está en vías de obtenerlo; y el poseerlo ya trae aparejada una completa dicha, lo más hermoso que es dable alcanzar; en tanto que la posibilidad de obtenerlo engendra la esperanza, alimento de las almas amantes de la virtud, merced a la cual, desprendiéndonos de toda dilación, avanzamos con espontánea presteza hacia las nobles acciones.

121. Por lo tanto, cuando la justicia ha engendrado en un alma una descendencia masculina, vale decir, el justo razonamiento, todas las cosas penosas son desterradas de ella. Testimonio de esto será el nacimiento de Noé, cuyo nombre significa "justo", a propósito de quien se dice: "Este hombre nos proporcionará descanso de nuestros trabajos, de los quebrantos de nuestras manos y de la tierra que Dios Soberano» ha maldecido." (Gen. V, 29.)

122. Es que la justicia posee un don natural, en primer lugar, de producir reposo en lugar del esfuerzo, mostrándose totalmente indiferente respecto de las cosas intermedias entre la virtud y el vicio, tales como la riqueza, la fama, las dignidades, los honores y otras de la misma suerte, por las que se esfuerza la mayor parte del género humano; y, en segundo lugar, de eliminar las penas que sobrevienen como. resultado de nuestras propias acciones. Moisés, en efecto, contrariamente a lo que afirman ciertos impíos, dice que el autor de los males no es Dios, sino "nuestras propias manos", en las que simbólicamente representa nuestras empresas y las espontáneas desviaciones de nuestra inteligencia hacia lo peor.

123. XXXIII. Pero, sobre todo, la justicia nos da descanso "de la tierra que Dios Soberano ha maldecido"; tierra que no es otra cosa que el vicio, que fija su morada en las almas de los insensatos; y contra la que, como contra una pesada enfermedad, el justo resulta ser una protección por cuanto ha encontrado en su justicia un universal remedio.
Y cuando ha expulsado los males, llénase de dicha, como Sara. Ésta, en efecto, dice: "El Señor me ha procurado la risa"; y añade: "Así pues, el que oyere se regocijará conmigo." (Gen. XXI, 6.) 124. Dios, en efecto, es el creador de la risa sana y del regocijo; de modo que no hemos de pensar que Isaac es producto de creaturas, sino obra del Increado. Efectivamente, si "Isaac" significa "la risa" y, según Sara, testigo fehaciente, el autor de la risa es Dios, con perfecta razón se puede decir que el padre de Isaac es Él. Mas otorgó parte de Su propio título a Abraham, el sabio, al que ha regalado la alegría, es decir, el vástago de la sabiduría, apartando de él el dolor. Y si alguien es capaz de oír la poesía de Dios,[36] no puede menos de regocijarse y acompañar en su alegría a quienes la han escuchado ya antes.
[36] Es imposible concentrar en español en un mismo vocablo las ideas de autor o hacedor y poeta, que expresa el término griego *poietés*, empleado aquí por Filón para referirse a Dios como autor de la risa y de la poesía que regocija al hombre sabio.

125. En la poesía de Dios no hallarás ninguna de las falsedades de los mitos, sino grabadas todas las inmutables reglas de la verdad: ni medidas, ritmos y melodiosos versos que cautivan el oído con su musicalidad, sino las perfectísimas obras de la naturaleza, las que poseen su propia armonía. Y así como la inteligencia se alegra cuando se dispone a oír los poemas de Dios, del mismo modo se regocija necesariamente la palabra, que suena acorde con las concepciones de la inteligencia, y está, podríamos decir, pendiente de ella.

126. XXXIV. Claramente aparecerá esto en la Divina comunicación a Moisés expresada en los siguientes términos: "¿Y qué? ¿No está tu hermano Aarón, el levita? Sé que él hablará por ti; y he aquí que él saldrá a tu encuentro y, al verte, se alegrará en sí mismo." (Ex. IV, 14.) Dice, en efecto, el Hacedor que Él sabe que el logos pronunciado,[37] como hermano, que es, de la inteligencia, habla; ya que lo creó, como un instrumento para ser la expresión articulada de todo nuestro compuesto ser.
[37] Es decir, Aarón. Ver Sobre los querubines, nota 8.

127. Este logos, por una parte, suena, habla y expresa los pensamientos para mí, para ti y para todos los hombres; y por otra, se adelanta para ponerse en contacto con los razonamientos de la inteligencia. En efecto, cuando la inteligencia se excita y cobra impulso hacia alguno de los objetos de su propia esfera, o movida de dentro por sí misma o recibiendo diferentes impresiones de las cosas de fuera, préñase y sufre los dolores del alumbramiento de sus pensamientos; y aunque quiere darlos a luz, no puede hasta que el sonido producido por la lengua y los demás órganos del habla, tomando en sus manos, como una partera, los pensamientos, los saca a la luz.

128. Este sonido es una voz que derrama sobre nuestros pensamientos una resplandeciente claridad; pues, así como las cosas que yacen en la obscuridad están ocultas hasta que una luz, alumbrando sobre ellas, las hace visibles, así también, los pensamientos atesóranse en un lugar invisible, la inteligencia, hasta que la voz los ilumina y revela todos como una luz.

129. XXXV. Hermoso sobremanera es, pues, el aserto de que la palabra sale para ir al encuentro de los pensamientos y corre hacia ellos presurosa por captarlos movida por su deseo de darlos a conocer. Es que para cada ser lo más deseable es la función que le es propia; y lo propio de la palabra es hablar, cosa que se apresura a hacer con cierta natural familiaridad; y se regocija y alegra cuando, como iluminada, ve y aprehende totalmente el sentido del asunto que se presenta ante ella, porque entonces, tomándolo a su cargo conviértese en el mejor de los intérpretes.

130. En todo caso, rehuímos de aquellos que en sus exposiciones verbales no muestran poseer un completo dominio de las ideas, no siendo otra cosa que charlatanes y locuaces, y enhebran un sin fin de arengas vacías, extensas y también, para decirlo claro, sin alma. Justo es, pues, que la palabra de estos tales, con esas inconveniencias, se lamente; y consecuentemente, es forzoso que manifieste alegría la del hombre que, partiendo de la consideración de los contenidos mentales, marcha adecuadamente preparado hacia la exteriorización de cuanto ha visto y de cuanto ha captado eficazmente.

131. Éste es un hecho por casi todos nosotros conocido merced a la diaria experiencia: cada vez que conocemos a fondo las cosas de que hablamos, nuestra expresión es alegre y regocijada, y rica en palabras sumamente expresivas y precisas, cuyo uso en amplia medida permite exponer con presteza y sin tropiezos, y, lo que es más importante, clara y positivamente aquello que se busca manifestar. En cambio, cuando no alcanzamos a captar con claridad los pensamientos nuestra expresión resulta desacertada e impropia por efecto de la oprimente escasez de términos convenientes y exactos; y de resultas de ello no solo fluye y corre sin rumbo en medio del disgusto y el hastío; sino además, en vez de convencer a los que escuchan, impresiona, y no puede ser de otro modo, dolorosamente a los oyentes.

132. XXXVI. Pero no toda palabra debe ir al encuentro de todos los pensamientos; el perfecto Aarón ha de ir al encuentro del perfecto Moisés. Porque, ¿para qué agregó Dios "el levita" a la expresión "He aquí que tu hermano Aarón..."; sino para enseñarnos que sólo al levita, al sacerdote, a la palabra virtuosa le corresponde el revelar los pensamientos que han germinado en un alma perfecta?

133. Jamás, en efecto, las palabras de los ruines deben llegar a ser intérpretes de las Divinas doctrinas, pues menoscaban con sus fealdades la hermosura de ellas; ni tampoco han de ser expuestas las doctrinas licenciosas y bajas por boca de un hombre de bien; sino siempre sagradas y santas palabras han de exponer las santas ideas.

134. Es fama que en uno de los estados que cuentan con mejores leyes[38] rige la costumbre siguiente: cada vez que algún ciudadano de vida incorrecta manifiesta su intención de presentar una iniciativa ante el consejo o ante la asamblea popular, se le veda el hacerlo personalmente, y le es requerido por decisión de los magistrados que delegue la gestión en alguno de los ciudadanos de conducta intachable. Éste se pone de pie y, acto seguido, expone lo que le ha sido confiado, apareciendo como improvisado discípulo del que le ha instruido, cuya boca ha sido cerrada; y dando a conocer conclusiones ajenas, convencido de que el autor

de la idea no es merecedor de ocupar ni siquiera el lugar de oyente o espectador. A tal punto llega la convicción de algunos de que no es cosa digna sacar provecho de los hombres injustos, considerando que es mayor el perjuicio de la vergüenza que ello trae aparejada que el beneficio que se alcanzará.
[38] Alusión a Esparta. Ver Plutarco, Morales 41 b y 801 b.

135. XXXVII. Esta enseñanza ha sido, al parecer, expuesta por el sacratísimo Moisés. Tal es lo que se desprende, en efecto, del hecho de que Aarón, el levita, salga al encuentro de su hermano Moisés y, en viéndole, se alegre en sí mismo.[39] La expresión "Alegrarse en sí mismo", amén de lo ya dicho, pone de manifiesto una doctrina de mayor trascendencia en orden al bien común, en la que el legislador enseña cuál es la alegría legítima y la más propia del hombre.
[39] Ex. IV, 4. La enseñanza en cuestión es que sólo el hombre virtuoso debe hacer uso de la palabra.

136. Estrictamente hablando, no hay motivo para alegrarse por la abundancia de riquezas y propiedades ni por el brillo de la fama o, en general, por alguna de las cosas exteriores, que carecen de alma y estabilidad y llevan en su seno el germen de su propia ruina; ni tampoco, ciertamente, por la fuerza corporal, la buena salud y las demás ventajas del cuerpo, que son comunes entre los hombres ruines, y que muchas veces han causado irremediable ruina a sus poseedores.

137. Por lo tanto, puesto que sólo en los bienes del alma se halla la alegría legítima y genuina, todo sabio se alegra, "en sí mismo", no en las cosas que suceden en torno de sí. Es que las excelencias de la inteligencia, por las cuales es justo felicitarnos, residen en uno mismo; mientras que lo que acaece alrededor de nosotros es o bienestar corporal o abundancia de cosas externas, por las cuales no vale la pena que nos enorgullezcamos.

138. XXXVIII. Habiendo, pues, demostrado en la medida de lo posible, mediante el testimonio verísimo de Moisés, que alegrarse es propio del sabio, demostremos en lo que sigue, echando mano al mismo testimonio, que también es peculiar de él la esperanza. En efecto, del hijo del Set, llamado Enós, nombre que significa "hombre"... esperanza,[40] dice que "éste fue el primero que esperó pronunciar el nombre de Dios Soberano." (Gen, IV, 26.) Y habla saludablemente. ¿Qué, en efecto, puede ser más familiar a un hombre de verdad que la esperanza y la expectativa de obtener bienes de parte de Dios, el único dispensador de dones? Tal cosa constituye, a decir verdad, la única generación de hombres en estricto sentido, pues aquellos que no esperan en Dios no tienen participación en la naturaleza racional.
[40] El texto aparece incompleto. Tal vez deba leerse: "El hijo de Set llamado Enós, nombre que significa 'hombre'", se distinguió (o sea caracterizó) por la "esperanza".

139. Por ello, habiendo dicho a propósito de Enós que: "Éste esperó pronunciar el nombre de Dios Soberano", añade expresamente: "Éste es el libro de la generación de los hombres." (Gen. V, 1.) Y habla con todo fundamento pues regístrase en el libró de Dios que la esperanza es algo privativo del hombre, de modo que por lógica oposición el que no espera no es hombre. Por lo tanto, mientras la definición de este compuesto que somos es "ser animado dotado de razón y perecedero, la del hombre según Moisés es "la disposición del alma que espera en el realmente existente Dios'.

140. Posean, pues o aguarden en todos los casos bienes los hombres cabales tras alcanzar como feliz patrimonio la alegría y la esperanza. Los ruines, en cambio, de los que Caín es un

cofrade, envueltos en dolores y temores, recojan la más penosa de las cosechas: el participar en males o aguardarlos; lamentándose por los pesares presentes, y temblando y estremeciéndose por las cosas temibles que les aguardan.[41]
[41] Gen. IV, 12.

141. XXXIX. Baste sobre esto con lo ya dicho, e indaguemos sobre lo que sigue. Dice Moisés: "Y dijo Caín al Señor: 'La imputación que recae sobre mí por Tu abandono es demasiado grande'." (Gen. IV, 13.) Considerando casos análogos, nos daremos cuenta del carácter de esta manifestación. Si un piloto abandona una nave en alta mar, ¿no ocurre por fuerza que en cuanto atañe a la navegación le va mal al barco? ¿Y qué? Si el conductor abandona la cuadriga en la carrera de caballos, ¿no es inevitable que la carrera se convierta en algo desordenado y sin control? Y otro caso: cuando un estado hállase abandonado por sus gobernantes y sus leyes, leyes que, en verdad, van impresas también en aquellos,[42] ¿no es cierto que la tal ciudad es desgarrada por la anarquía y la ilegalidad, males supremos? Pues del mismo modo, está en la naturaleza de las cosas el que perezca el cuerpo por la pérdida del alma, ésta, a su vez, por la privación de la razón, y la razón si carece de virtud.
[42] Ver Sobre la vida de Moisés, donde Filón afirma que "el rey es una ley viviente, y la ley es un rey justo."

142. Puesto que cada una de estas cosas que he mencionado conviértese en causa de daño para aquello que es abandonado por ella, podemos inferir cuan grande infortunio sobrellevarán aquellos que hubieren sido abandonados por Dios, a quienes Él, rechazándolos como a desertores de las más sagradas prescripciones, destierra por comprobar que son indignos de Su dirección y gobierno. Porque es bueno saber, en suma, que quien es abandonado por parte de alguien superior a él y benefactor se halla bajo imputaciones y acusaciones muy graves. ¿Cuando, en efecto, diría uno que el hombre inhábil experimenta el mayor daño? ¿No es cierto que cuando es del todo abandonado por la ciencia?

143. ¿Y cuándo el excesivamente ignorante y falto de instrucción? ¿No es cierto que cuando la instrucción y la enseñanza se han divorciado de él? [43] ¿Y cuándo miramos como más desdichados que de ordinario a los insensatos? ¿No es, acaso, cuando la sensatez los abandona totalmente? ¿Cuándo, a los inmoderados e injustos? ¿No es, acaso, cuando la templanza y la justicia pronuncian contra ellos una sentencia de perpetuo destierro? ¿Cuándo, a los impíos? ¿No es cuando la piedad los excluye de sus propios sagrados ritos?
[43] Literalmente: "Han entablado un juicio de divorcio contra él." Se trata de una expresión técnica de la jurisprudencia ática, que expresa el pedido de separación conyugal o divorcio presentado por la esposa ante el arconte. Ver Sobre los querubines 115.

144. Por tal motivo, a mi parecer, aquellos que no están completamente excluidos de la purificación bien pueden suplicar ser castigados antes que ser abandonados; porque el abandono los destruirá con toda facilidad como a nave sin lastre ni piloto, en tanto que el castigo los enderezará de nuevo.

145. ¿No son, acaso, mejores los niños que son castigados por sus instructores, cuando obran mal, que aquellos que carecen de preceptores? ¿No son mejores los que, cuando no se desempeñan correctamente en el aprendizaje de las artes, son censurados por sus maestros, que aquellos que no tienen quien los reproche? ¿No son, acaso, más afortunados y mejores que los jóvenes sin vigilancia aquellos a los que, sobre todo, les han cabido el privilegio de la dirección y el control naturales, que están asignados a los. padres sobre los hijos; o que, al menos, han tenido la suerte de contar con guías supletorios,[44] que la piedad por la orfandad

suele elegir como tutores para llenar el lugar de los padres en todo cuanto es de provecho?
[44] Posiblemente se refiera Filón a los tutores que el arconte ateniense designaba a los huérfanos cuando el difunto padre no había dejado instrucciones expresas al respecto.

146. XL. Supliquemos, pues, a Dios los que estamos convictos, por la conciencia de nuestras propias malas acciones que antes nos castigue que nos deje de lado. Porque, si nos deja solos nos convertirá no ya en siervos de Él, el misericordioso, sino de la creación, que no conoce la piedad: en tanto que, si nos castigare como corresponde y con dulzura, conforme con Su natural bondadoso, corregirá nuestras faltas enviando desde Sí hacia nuestra inteligencia Su propia palabra censurante y correctora, mediante la cual, tras reconvenirla y reprocharle sus errores, la sanará.

147. Por eso dice el legislador que "todo voto que una viuda o una repudiada hubiere formulado contra su alma" (Núm. XXX, 10) mantendrá su vigencia para ella. Diremos, en efecto, con toda razón, por una parte, que Dios es el esposo y padre de todas las cosas, pues suministra el germen y la generación de todas ellas; y por otra, que la inteligencia ha sido repudiada y ha enviudado de Dios o por no haber recibido el Divino poder de engendrar, o porque, habiéndolo recibido, ha concebido luego voluntariamente un aborto.

148. Por eso,. cuanto ella hubiere determinado, contra sí misma lo habrá determinado, y sus determinaciones no tendrán ya remisión posible. ¿Cómo, en efecto, no ha de ser un mal abominable el que una creatura completamente inestable y a merced de las circunstancias determine y enuncie con fijeza algo concerniente a sí misma, atribuyéndose las prerrogativas del Creador? Una de estas prerrogativas es aquella según la cual determina Dios cada una de las cosas de modo indubitable y firme.

149. Por lo tanto, no sólo se convertirá esa inteligencia en viuda del saber sino además será repudiada. Esto equivale a lo siguiente: el alma que "ha enviudado", pero que aún no ha sido "repudiada" en cuanto al bien y la belleza puede, en cierta manera, si persevera, hallar los medios de reencontrarse y reconciliarse con su legítimo esposo, la recta razón. Mas, la que una vez ha sido separada de su esposo y de su hogar sin posibilidad de reconciliación, por toda la eternidad ha sido arrojada, y no le será dado retomar a su antigua morada.

150. XLI. Sobre las palabras "La imputación que recae sobre mí por Tu abandono es demasiado grande" baste con lo que hemos dicho. Consideremos lo que sigue. Dice Caín: "Si Tú me arrojas de la faz de la tierra, también de Tu faz seré ocultado." (Gen. IV, 14.) ¿Qué estás diciendo, buen hombre? Si fueres arrojado de toda la tierra, ¿todavía habrás de ocultarte? ¿De qué manera?

151. ¿Es que podrías vivir? ¿O ignoras que la naturaleza ha concedido a los seres vivientes lugares diferentes, no los mismos, para morada: el mar a los peces y a toda la especie acuática y la tierra a las creaturas terrestres? Y el hombre en razón, precisamente, de los elementos constitutivos de su cuerpo es indudablemente también un ser viviente terrestre. Así pues, cada creatura viviente, cuando abandona las zonas que le son propias y va, podríamos decir, al extranjero, fácilmente perece: las terrestres si se sumergen bajo el agua;
los animales acuáticos si se aventuran sobre la tierra firme.

152. Por lo tanto, hombre, como eres, ¿a dónde te volverías si fueras arrojado de la tierra? ¿Nadarías bajo el agua imitando la manera de ser de los seres acuáticos? Pero es el caso que debajo del agua perecerías enseguida. ¿O querrías proveerte de alas y levantar vuelo para

andar por los aires, trocando tu naturaleza terrestre en aérea? Cambia, si puedes, el modelo y sello de la Divina moneda. La verdad es que no puedes, porque cuanto más alto te elevares a ti mismo tanto más rápido desde una zona más alta y con más violencia serás devuelto a la tierra, tu lugar natural.

153. XLII. ¿Pero podría un hombre u otro alguno de los seres creados ocultarse de Dios? ¿Dónde ocultarse de Aquél que nos deja a la zaga en todas partes; de Aquél que penetra con la mirada hasta los lugares más recónditos; de Aquél que ha llenado el universo de Sí; de Aquél de cuya presencia ni la más mínima porción de lo existente hállase vacía? ¿Y qué tiene de extraño que a ninguna de las creaturas le sea dado ocultarse del Que Es, cuando ni siquiera a los primeros elementos materiales le es dado escapar, siéndole forzoso, si huye de uno de ellos pasar a otro?

154. Si el Que Es hubiera querido emplear aquel arte mediante el que creó a los anfibios para producir también un nuevo ser viviente capaz de vivir en todos los elementos, este ser viviente, si, en caso de hallarse situado en zonas profundas, abandonase la tierra y el agua, llegaría hasta las regiones livianas por naturaleza, es decir, aire y el fuego; y al revés, si, viviendo en las altas regiones, buscara apartarse de ellas, no haría sino trasladarse de allí hacia la opuesta región. Es que le sería preciso aparecer sin excepción en una de las porciones del mundo, dado que le sería imposible precipitarse fuera del universo. A esto añádase que el Creador no ha dejado cosa alguna fuera del mundo, sino ha agotado enteramente todos los cuatro elementos para construir con perfección suma de partes perfectas el universo.

155. Siendo, pues, absolutamente impracticable el huir de la obra de Dios, ¿cómo no va a ser aún más imposible el huir del Creador y Soberano de ella? Nadie, pues, aceptando sin examen lo primero que le sugieren las palabras, cargue a cuenta de la ley su propia necedad, sino adquiera un conocimiento claro, observando con cuidado por la vía alegórica el sentido oculto del pasaje.

156. XLIII. Probablemente lo que Moisés da a entender en las palabras de Caín "Pues Tú me arrojas hoy de la faz de la tierra, también de Tu faz seré ocultado" (Gen. IV, 14) es lo siguiente: 'Pues Tú no me provees de los bienes de la tierra, no acepto tampoco los del cielo; y puesto que no hago uso y gozo del placer, también renuncio a la virtud; y pues no me haces partícipe de los bienes humanos, quédate también con los Divinos.

157. Porque, a decir verdad, las cosas que entre nosotros son tenidas por necesarias, valiosas y genuinas son éstas: comer, beber, deleitarse con la visión de variados colores, gozar oyendo toda clase de melodiosos sonidos, rebosar de complacencia con las exhalaciones olorosas de vapores que penetran por nuestras fosas nasales; hacer uso hasta la saciedad de todos los placeres del vientre y los órganos vecinos a él; no descuidar la adquisición de plata y oro; rodearse de honras, dignidades y de cuantas cosas tienden a procurar fama. ¡Lejos de nosotros, en cambio, la prudencia, la fortaleza y las austeras disposiciones de la justicia, que conforman una vida de esfuerzo! Y si acaso no podemos evitar tener tales cosas en cuenta en nuestros actos, no habrá de serlo en calidad de bienes que se justifiquen en sí, sino como instrumentos para el logro de bienes.'

158. ¡Oh hombre por demás ridículo! Así que tú afirmas que, si te privaren de las ventajas corporales y exteriores, no llegarás a ver a Dios.[45] Yo, en cambio, te digo que si te privaren de ellas llegarás necesariamente a verlo; ya que, libre de las irrompibles ataduras del cuerpo y las cosas corpóreas, tendrás una clara visión del Increado.

[45] Así interpreta Filón el pasaje "No llegarás a la vista de Dios." El texto bíblico dice literalmente: "También de Tu faz seré ocultado."

159. XLIV. ¿No ves que Abraham, abandonando la región, la familia y la casa paterna (Gen. XII, .1), vale decir, el cuerpo, la sensibilidad y la palabra, comienza a entrar en relaciones con los poderes del Que Es? En efecto, la ley dice que, cuando hubo partido de toda su casa, "Dios se le apareció". (Gen. XII, 7.) Con ello demuestra que Dios se manifiesta claramente a aquel que abandona las cosas mortales y se remonta hasta la incorporal alma de este nuestro cuerpo.

160. Tal es el motivo por el que también Moisés, "tomando su tienda la planta fuera del campamento" (Éxodo XXXIII, 7), y establece su habitación lejos del recinto corpóreo movido por la esperanza de que sólo de esa manera llegará a ser un perfecto suplicante y servidor de Dios. Se nos dice con suma exactitud que esta tienda se llama "tienda del testimonio", para mostrar que la tienda del Que Es existe realmente, y no se trata de un mero nombre. En efecto, de las virtudes la de Dios existe de verdad con una existencia real; ya que también solo Dios existe con verdadera existencia. Por eso Moisés dirá acerca de Él con suprema elocuencia: "Yo soy el Que Es" (Ex. III, 14) dando a entender que los otros seres, los inferiores a Él, no existen con verdadera existencia, y que lo que convencionalmente llamamos existencia es una mera apariencia. La tienda de Moisés, que es la representación figurada de la virtud propía del hombre, habrá de ser considerada merecedora, no de la existencia, sino simplemente del nombre, por cuanto es sólo una copia e imitación de aquella virtud Divina.

161. De esto se infiere que cuando Moisés es designado "dios del faraón" (Ex. VII, 1), no llega a serlo en realidad, y sólo en apariencia se supone que sea tal; porque yo sé ciertamente que Dios da y brinda mercedes, pero no puedo concebir que sea dado; y en los libros sagrados se dice: "Te doy como dios al faraón" (Ex. VII, 1), siendo pasivo; no activo el que es dado, mientras que el realmente Existente es activo necesariamente, y no pasivo.

162. ¿Qué se infiere, pues, de esas palabras? Que se dice que el hombre sabio es un dios para el hombre insensato, pero, en rigor, no es un dios, tal como una pieza falsa de cuatro dracmas no es un tetradracmo. Y, si se comparare al hombre sabio con aquel Que Es, se hallará que es un hombre de Dios; mas, si, en cambio, se lo comparare con un insensato, se hallará que es concebido como un dios, aunque no de verdad ni de hecho, sino en el plano de la imaginación y la apariencia.

163. XLV. ¿A qué, pues, esa vanidad de decir: "Si me arrojas fuera de la tierra, también Tú me serás ocultado". Porque ocurre lo contrario: si te sacare del ámbito terreno claramente te mostrará Su propia imagen. La prueba la tienes en que si tú fueres sacado de la presencia de Dios, no por serlo habitarás menos tu cuerpo terrestre. Léese, en efecto, a continuación que "salió Caín de la presencia de Dios y habitó en la tierra". (Gen. IV, 16.) De modo que no has sido arrojado fuera de la tierra ni has ocultado de tí mismo a aquel Que Es, sino, por el contrario, te has alejado de Él, y te has refugiado en la tierra, es decir, en la región mortal.

164. Y, por cierto, no todo "el que te hallare te matará" (Gen. IV, 16); como tú, falseando la verdad, arguyes. Porque aquello que es hallado lo es necesariamente, una de dos: o por algo semejante o por algo distinto. Si es hallado por algo semejante y familiar ello ocurre a causa de la afinidad y el parentesco mutuo; si lo es por algo distinto, la causa es la oposición e incongruencia. La semejanza tiende a preservar a aquello que le es afín; lo desemejante es inclinado a destruir aquello que difiere de su modo de ser.

165. Sepa, pues, tanto Caín como cualquier otro bribón que no por cualquiera que hallare a su paso será matado; y que, por el contrario, los inescrupulosos, los entregados con ardor a los vicios estrechamente vinculados a ellos, se convertirán en custodios y protectores suyos; mientras que cuantos se esfuerzan en procura de la prudencia y de las demás virtudes lo destruirán como a un enemigo implacable, si pudieren. Porque todos los seres, podríamos decir, tanto las personas como las cosas, son preservados por los que les son afines y amigos, y arruinados por los que les son extraños y hostiles.

166. Por ello la sagrada palabra, testimoniando contra la simulada simplicidad de Caín, dice; "Tus palabras no están acordes con tus pensamientos" (Gen. IV, 15); pues dices que todo el que llegare a descubrir las estratagemas en que eres hábil te matará; pero sabes bien que no todos lo harán; puesto que son incontables los que se han alistado en tu bando; sino solamente el amigo de la virtud y enemigo irreconciliable de tí.

167. XLVI. "El que matare a Caín", leemos, "dejará libre siete objetos merecedores de castigo". (Gen. IV, 15.) No sé yo qué sentido tiene tomado literalmente; porque no se aclara ni cuáles son los siete objetos, ni cómo es que son punibles, ni de qué manera son dejados libres y sueltos. De modo que por fuerza debemos reconocer que todo esto encierra un sentido más profundo expresado alegóricamente. Seguramente lo que Moisés quiso sugerir es más o menos lo siguiente. 168. La parte irracional del alma está dividida en siete porciones: vista, oído, olfato, gusto, tacto, palabra y generación. Si alguien aniquilare a la octava, la inteligencia, que rige a las restantes, y que aquí está representada en Caín, paralizará también a las siete. Todas ellas, en efecto, fortifícanse conjuntamente gracias a la sólida fortaleza de la inteligencia; y témanse débiles, en cambio, con la flaqueza de ella; y, si la inteligencia se corrompe completamente por obra del vicio, ellas son presa de desmayo y desfallecimiento.

169. Estas siete partes hállanse puras y sin manchas en el alma del hombre sabio, y resultan dignas de honor dentro de ella; en cambio, en el alma del insensato encuéntranse impuras, manchadas y, como ha dicho Moisés, resultan "merecedoras de castigo", vale decir, dignas de que se les apliquen penas, y exijan reparaciones.

170. Cuando, por ejemplo, el Hacedor se ha determinado a purificar la tierra con agua; y ha resuelto que el alma sea objeto de una purificación por sus innumerables faltas mediante un lavado y una limpieza de sus manchas a modo de sagrada expiación, exhorta al hombre que demuestra ser justo, que no ha sido arrastrado por el torrente del diluvio, a introducir en el arca, que no es sino el cuerpo, vale decir, el recipiente que contiene al alma, "siete parejas, macho y hembra, de los ganados puros" (Gen. VII, 2), pues considera justo que la razón noble use en estado de pureza todas las partes del elemento irracional.

171. XLVII. Y esto que prescribe el legislador se cumple necesariamente en todos los sabios. Tienen, en efecto, purificada la vista y cuidadosamente probados el oído y toda su sensibilidad en general, y también tienen la palabra sin mancha y controlados los impulsos de la sexualidad.

172. Ahora bien, cada una de las siete facultades es, por una parte, masculina y, por otra, femenina.[46] En efecto, puesto que o permanece en reposo o se mueve (reposa cuando está tranquila en las horas de sueño, y se mueve cuando desarrolla actividad mientras estamos despiertos) considerada en su quietud e inactividad, dícese que es femenina pues se halla sujeta a la pasividad; pero considerados su movimiento y actividad califícasela de masculina pues se la concibe en actividad.

[46] Alusión a la expresión "macho y hembra" del pasaje citado en 170.

173. Así pues, en el hombre sabio las siete facultades aparecen puras; en el ruin, por el contrario, todas aparecen merecedoras de castigo. Porque, ¿a cuántos suponemos que asciende el número de la multitud de los que cada día son traicionados por los ojos que desertan tras los colores, las formas y las cosas que no es lícito ver? ¿Y por oídos que se van tras toda clase de sonidos? ¿Y por obra de órganos del olfato y el gusto, atraídos por la infinita variedad de olores y sabores?

174. ¿Debo recordarte además cuan inmenso es el número de los que han sido arruinados por el torrente incontenible que brota de una lengua sin freno, o por el incurable frenesí de las pasiones sexuales con sus inmoderadas apetencias? Llenas están las ciudades, llena de uno a otro confín la tierra toda de tales males, de los que brota para el género humano la guerra sin tregua ni respiro, la mayor de las guerras, la que en plena paz se libra así en el plano individual como en el colectivo.

175. XLVIII. Por eso, a mi parecer, aquellos que no son totalmente ignorantes prefieren antes quedar ciegos que ver lo que no deben ver, quedar sordos antes de oír palabras dañosas, y tener cortada la lengua si con ello evitan decir lo que no se ha de decir.

176. Por ejemplo, dicen que algunos sabios, al ser torturados con la intención de que revelasen secretos, han desgarrado su lengua creando así una tortura más terrible para sus torturadores, impotentes después de eso para obtener la información que deseaban vivamente. Es mejor, a no dudarlo, ser convertido en eunuco que volverse frenético tras uniones ilícitas. Por cierto que todas estas cosas, pues hunden al alma en desastres irreparables, pueden hallar, y con razón, un castigo y vindicta de extremo rigor.

177. Dice el legislador a continuación que "puso Dios Soberano un signo sobre Caín para que nadie que lo encontrara lo matara." (Gen., IV, 15), sin dejar en claro de qué signo se traía, no obstante que es habitual en él mostrar mediante un signo la naturaleza de cada cosa, como cuando en los acontecimientos de Egipto cambia la vara en serpiente, la mano de Moisés en forma de nieve y el río en sangre.

178 Posiblemente, pues, para Caín el signo no es otro que el hecho mismo de no ser asesinado, es decir, que su vida no se extinguirá; porque en toda la legislación no está mencionada su muerte; lo que permite suponer que, como la Escila de la fábula.[47] la insensatez es un mal que no muere, pues no está sujeta a la muerte consistente en estar muerto, aunque soporta, en cambio, por toda la eternidad la muerte que consiste en estar muriendo. ¡Ojalá, sin embargo, sucediera lo contrario, es decir, que la ruindad fuera eliminada como consecuencia de su destrucción total! Pero la realidad es que, permanentemente encendida en llamas, contamina con la enfermedad que nunca cesa a aquellos que una vez han sido presa de ella.

[47] Odisea XII, 118, donde se lee que Escila "no es mortal sino un mal inmortal."

OBRAS COMPLETAS DE

FILÓN DE ALEJANDRÍA



Traducción directa del griego, introducción y notas
de
JOSÉ MARÍA TRIVIÑO
Catedrático de la Universidad Nacional de La Plata
Buenos Aires 1976

TOMO II

ÍNDICE

SOBRE LA POSTERIDAD DE CAIN Y SU EXILIO (DE POSTERITATE CAIN) 3

SOBRE LOS GIGANTES (DE GIGANTIBUS) 35

SOBRE LA INMUTABILIDAD DE DIOS (QUOD DEUS INMUTABILIS SIT) 45

SOBRE LA AGRICULTURA (DE AGRICULTURA).. 73

SOBRE LA OBRA DE NOÉ COMO PLANTADOR (DE PLANTATIONE) 100

SOBRE LA EBRIEDAD (DE EBRIETATE) 128

SOBRE LAS SÚPLICAS E IMPRECACIONES DE NOÉ UNA VEZ SOBRIO (DE SOBRIETATE) 162

SOBRE LA CONFUSIÓN DE LAS LENGUAS (DE CONFUSIONE LINGUARUM) 174

SOBRE LA MIGRACIÓN DE ABRAHAM (DE MIGRATIONE ABRAHAMI).... 206

SOBRE LA POSTERIDAD DE CAIN Y SU EXILIO

(DE POSTERITATE CAIN)

1. I. "Y se alejó Caín de la faz de Dios y habitó la tierra de Nod, en la parte opuesta al Edén." (Gen. IV, 16.) Plantéemenos ahora el problema de si es preciso que escuchemos las. exposiciones contenidas en los libros en los que Moisés oficia como intérprete de Dios, partiendo de la convicción de que se trata más bien de expresiones figuradas; porque la impresión. que se desprende de sus palabras tomadas en sentido literal dista mucho de estar de acuerdo con la realidad de las cosas.

2. Veamos, si no. Si el Que Es tiene faz y quien desee abandonarlo puede retirarse sin ninguna dificultad a otro sitio,. ¿por qué repudiar la impiedad de Epicuro,[1] el ateísmo de los egipcios [2] o las invenciones míticas, de las que está lleno el mundo?
[1] Impiedad por afirmar que los dioses tienen forma humana.
[2] Ateísmo manifestado en la adoración de animales y en forjar divinidades antropomórficas y zoomórficas.

3. Porque la faz es una porción de la creatura viviente y, como Dios es un todo, no una sola parte, habríamos también de atribuirle forzosamente las otras partes: un cuello y un pecho, así como un vientre, órganos genitales y el resto de las innumerables partes internas y externas.

4. Y si tuviera forma humana habría de tener por fuerza las mismas experiencias que los hombres, porque también en el caso de estos órganos la naturaleza ha evitado producir elementos innecesarios y superfinos; y los ha producido para auxiliar en su debilidad a aquellos que han sido provistos de ellos, adaptando adecuadamente a dichos órganos todo cuanto atañe a los menesteres y servicios que les competen. Pero el Que Es de nada ha menester; de modo que, pues ninguna necesidad tiene del provecho que esas partes brindan, no puede de ninguna manera poseer parte alguna.

5. II. ¿Y de dónde "se aleja" Caín? ¿Será de los palacios del Soberano universal? Pero, ¿qué residencia de orden sensible podría tener Dios, aparte de este mundo, el que no es posible ni viable abandonar? En efecto, todas las partes de que se compone la creación están encerradas por el círculo celeste, que las oprime en su interior; y por cierto que las porciones de los seres que han perecido, reducidas a sus elementos originales, distribúyense nuevamente hacia las potencias del universo desde donde se habían desprendido para congregarse, y el préstamo acordado a cada uno por plazos desiguales, es saldado a la naturaleza, su acreedora, cuando ésta quiere recobrar lo que ha prestado.

6. Por otra parte, el que se aleja de alguien se sitúa en otro lugar distinto de aquel en que se halla el que es abandonado por él; pero el caso es que, a ser cierto aquello,[3] se seguiría que algunas partes del universo están vacías de Dios, cuando en realidad nada ha dejado Él vacío o desierto de Sí mismo, sino todo absolutamente lo ha llenado de Sí.
[3] Que Caín se aleja de Dios.

7. Pues bien, si Dios ni tiene faz, pues está fuera de las características propias de todos los seres creados; ni se halla en determinada parte solamente, pues Él todo lo contiene y no es contenido; si resulta imposible que parte alguna de este mundo lo abandone como

se abandona una ciudad, pues nada ha sido dejado fuera de Él; no nos queda sino concluir que ninguna de las expresiones expuestas se entienden literalmente, y volvemos al método de la interpretación alegórica, predilecto de los espíritus filosóficos,[4] y basar en él toda nuestra argumentación.
[4] Es decir, de aquellos que, desechando las interpretaciones míticas y vulgares, persiguen la verdad con fundadas demostraciones.

8. Si difícil es marcharse fuera de la vista de un rey mortal, ¿cómo no ha de ser en extremo difícil alejarse hasta escapar de la visión de Dios, con la determinación de no volver a verlo, es decir, de que, embotados los ojos del alma, se tornen incapaces de alcanzar una visión de Él?

9. Aquellos que han experimentado tal cosa contra su voluntad bajo el peso de una fuerza inexorable, más merecen piedad que aversión. Pero, cuantos por voluntaria decisión se han alejado del Que Es, traspasando los límites del mismo vicio incluso; pues no es posible hallar otro mal tan grave como éste; merecen ser castigados, no ya con los castigos acostumbrados sino con nuevas y renovadas penas. Y ciertamente, nadie, por más que meditare sobre ello, hallará pena más extraordinaria y mayor que el alejamiento y destierro de la presencia del Guía del universo.

10. III. Adán, pues, es desterrado por Dios; Caín se marcha porque quiere. Con esto nos muestra Moisés una y otra forma de alejamiento: la voluntaria y la involuntaria. El alejamiento involuntario, empero, puesto que no se concreta por decisión nuestra, hallará más tarde el previsible remedio. En efecto, "Dios hará surgir otra simiente en lugar de Abel, la víctima de Caín". (Gen. IV, 25.) Esta simiente es un vástago varón, Set, o sea, "la acción de dar de beber", que surge en el alma cuya caída no dependió de ella misma.

11. El alejamiento voluntario, en cambio, puesto que es por propia decisión y premeditación, traerá aparejadas calamidades que jamás se remediarán. En efecto, así como las rectas acciones que nacen de la libre decisión son superiores a las involuntarias; del mismo modo, en el caso de las faltas, son más leves las involuntarias que las deliberadas.

12. IV. La justicia, encargada de exigir cuenta a los impíos, aguarda, pues, a Caín tras alejarse éste de la faz de Dios. Moisés, en cambio, expondrá para sus discípulos un excelso precepto: "Amar, escuchar y unirse a Él" (Deut. XXX, 20), puesto que tal vida es la verdaderamente dichosa e inmortal. Muy expresiva es su invitación a honrar a Aquél que es digno de ser intensamente apetecido y amado, pues les dice que se "unan" a Él; con lo que declara cuan constante, ininterrumpida e inquebrantable es la armonía y unión que engendra la amistad íntima con Dios.

13. Estas y otras exhortaciones análogas dirige Moisés a los demás; pero tan incesantemente tiende él mismo a ver a Dios y a ser visto por Él, que Le suplica que manifieste claramente Su propia naturaleza,[5] tan difícil de conjeturar; para poder trocar la incierta duda en la más fundada confianza, dejando de lado por fin la falsa opinión. Y empeñado en ello, no habrá de disminuir su deseo, antes bien, aunque conoce que el objeto de su anhelo es difícil de aprehender o, para ser más precisos, inaccesible; con todo, luchará sin ceder en su firme empeño, poniendo en juego sin dilaciones ni rodeos todos los medios a su alcance para lograr su objeto.

[5]. Ex. XXXIII, 13.

14. V. Y así, en adelante penetrará en la obscuridad profunda donde Dios estaba,[6] es decir, en las impenetrables e invisibles concepciones sobre el Que Es, ya que la Causa no se encuentra en una zona de obscuridad profunda ni en un lugar determinado, en suma; sino hállase más alto que el espacio y el tiempo. Habiendo, en efecto, sujetado todo lo creado a Su control, Él no es contenido por cosa alguna sino está fuera de todas ellas. Trascendiendo, sin embargo, a lo creado y estando fuera de ello, no por eso ha dejado de llenar el mundo de Su propio ser; ya que, extendiendo a través de todas las cosas Sus poderes hasta los confines, las ha entrelazado unas con otras conforme con las leyes de la armonía.
[6] Ex. XX, 21.

15. Cuando, pues, un alma amante de Dios indaga en qué consiste la esencia del Que Es, emprende una investigación sobre algo que carece de forma material y es invisible; y de esa búsqueda resúltale el mayor de los bienes, consistente en comprender que el realmente existente Dios es inaprehensíble para creatura alguna, y ver precisamente eso: que es invisible.

16. Mas a mí se me ocurre que el sagrado intérprete conocía aun antes de emprender su indagación lo impracticable de la misma. Infiérese ello de las súplicas del mismo al Que Es para que fuera el intérprete y revelador de Su propia naturaleza. Dice, en efecto: "Manifiéstate a mí Tú mismo" (Ex. XXXIII, 13); sentando así de manera clarísima que ninguno de los seres creados es capaz de instruirse por sus propios medios respecto del realmente existente Dios.

17. VI. Por este mismo motivo, habiendo marchado Abraham hacia el lugar que Dios le había indicado, al tercer día, al alzar la vista, "ve el lugar desde lejos". (Gen. XXII, 4.) ¿Qué lugar? ¿Acaso aquel hacia el que se había puesto en marcha? ¿Y cómo es que se halla lejos si ha avanzado hasta llegar a él?

18. Lo que nuestro autor pretende sugerir es seguramente lo siguiente: el hombre sabio, siempre anhelante por conocer al Soberano del universo, cuando avanza en el sendero de la ciencia y la sabiduría, llega a tomar contacto con Divinas palabras, en las cuales hace su primer alto en la marcha; y, aunque hallábase decidido a realizar el resto de su viaje, se detiene, porque se han abierto los ojos de su inteligencia y ha visto con suficiente claridad que se halla abocado a la caza de una presa difícil de capturar, que se halla siempre en retirada y siempre conservándose lejos y aventajando por una inmensa distancia a sus perseguidores.

19. Y reflexiona con acierto; porque todas las cosas que más velozmente corren entre las que existen bajo el cielo darían la impresión de estar detenidas si se comparase su movimiento con el del sol, la luna y los otros astros, y como todo el cielo ha sido hecho por Dios y el autor siempre va delante de su obra, por fuerza no sólo las otras cosas que nos son familiares, sino la más veloz de todas, vale decir, la inteligencia, quédanse rezagadas a infinita distancia de la aprehensión de la Causa. Solo que mientras los astros dejan atrás a los objetos móviles estando ellos mismos en movimiento; Dios, y he aquí lo más asombroso, los aventaja en rapidez a todos permaneciendo inmóvil.

20. Decimos, pues, que Él, sin cambiar, está a la vez muy cerca y lejos de nosotros;

tocándonos por una parte, con sus potencias creadora y punitiva, que se hallan próximas a cada uno de nosotros; y alejando, por otra, al ser creado de Su realmente existente naturaleza, de modo que no podemos palparla ni siquiera con los puros e incorpóreos contactos de la inteligencia.

21. Nos alegramos, pues, con los amantes de Dios, que indagan acerca del que Es, no obstante que jamás lo descubren; porque la búsqueda de la Excelencia es suficiente de por sí para regocijar aunque no alcance su propósito. En cambio, con el amante de sí mismo, es decir, con Caín, nos condolemos, pues premeditadamente ha mutilado el único órgano con el que hubiera podido ver al Que Es, dejando a su propia alma privada de una concepción sobre Él.

22. VII. Vale también la pena averiguar hacia qué región se retira Caín al salir de la presencia de Dios. Se trata de la región llamada "agitación",[7] con lo que el legislador da a entender que el hombre insensato, siendo habituales en él los impulsos inestables y caprichosos, está a merced de la agitación y el tumulto, como el mar en plena tempestad, encrespado por contrarios vientos; y no ha experimentado ni en sueños la tranquilidad y la calma. Así como, cuando una nave es agitada durante la travesía, no es capaz en esos momentos ni de navegar ni de permanecer anclada; y, llevada de aquí para allá, se inclina y se recobra balanceándose hacia uno y otro flanco; del mismo modo el hombre ruin, con su inteligencia extraviada y agitada, es incapaz de enderezar su propia travesía, y está siempre a la deriva y forjando el naufragio de su vida.
[7] Nod.

23. Me colma de asombro la perfecta ilación que hay en todo esto. Ocurre, en efecto, que la proximidad de un objeto estable engendra, a causa del deseo de asemejársele, una apetencia de reposo. Ahora bien, lo invariablemente estable es Dios; y lo sujeto a movimiento es la creación. De ello resulta que mientras el que se aproxima a Dios desea la estabilidad; el que se aleja de Él, en cambio, debido a que se aproxima a la inestable creación, es, naturalmente, arrastrado sin rumbo fijo.

24. VIII. Por este motivo está escrito en las Imprecaciones: "No te concederá tranquilidad ni habrá descanso para la planta de tu pie." (Deut. XXVIII, 65.) Y un poco más adelante: "Tu vida estará pendiente delante de tus ojos." (Deut. XXVIII, 66.) Está, en efecto, en la naturaleza del hombre insensato el moverse siempre contrariamente a la recta razón, ser hostil a la quietud y el descanso y no permanecer firme ni fijamente en doctrina alguna.

25. Y así, ora sustenta una opinión ora otra, y a veces opiniones contrarias sobre los mismos asuntos, aunque ningún nuevo elemento de juicio haya sido introducido en ellos, convirtiéndose en un momento en grande y pequeño, enemigo y amigo y, para decirlo brevemente, en cuanto encierra recíproca contradicción. Y la vida toda le resulta, como ha dicho el legislador, pendiente, carente de una base firme y siempre a merced de tendencias que lo arrastran y arrebatan en opuestas direcciones.

26. Por esto dice Moisés en otro pasaje que "el que pende de un árbol es maldecido por Dios" (Deut. XXI, 23); porque, siendo preciso estar suspendido de Dios, este hombre se suspende a sí mismo de su cuerpo, que es en nuestro ser una masa leñosa, habiendo trocado la esperanza por el apetito, un bien supremo por un inmenso mal. La esperanza, en efecto, siendo, como es, la expectativa de los bienes, tiene pendiente a la inteligencia

de. la liberalidad Divina, en tanto que el apetito, generando irracionales tendencias, la tiene pendiente del cuerpo, al que la naturaleza ha forjado como receptáculo y sede de los placeres.

27. IX. Sean, pues, suspendidos tales hombres del apetito-como de una horca. En cambio, Abraham, el hombre sabio,. puesto que se mantiene firme, se acerca completamente a Dios, el ser que permanece. Dice, efectivamente, el legislador que "aquél estaba de pie delante del Señor y, tras aproximársele, dijo. . ." (Gen. XVIII, 22.) Es que solamente al alma inmutable le está realmente expedito el camino que lleva al inmutable Dios; y, si ésa es su disposición, se sitúa verdaderamente cerca. del Divino poder.

28. Con toda claridad, por cierto, pone de manifiesto la firmísima estabilidad propia del hombre de bien el oráculo revelado al sapientísimo Moisés que dice así: "Pero tú quédate aquí conmigo." (Deut. V, 31.) De este oráculo se deducen dos cosas: una, que el Que Es, que es quien mueve y muda todas las demás cosas, es inmóvil e inmutable; la otra, que hace partícipe de Su propia naturaleza, es decir, del reposo, al hombre de bien. En efecto, en mi opinión, así como lo desviado es enderezado. por una regla correcta; así también lo móvil es detenido y estabilizado por la fuerza de Aquél que subsiste inmóvil.

29. En este caso prescribe a otro permanecer con Él; en cambio en otro lugar dice: "Yo descenderé contigo a Egipto y finalmente te haré volver a subir" (Gen. XLVI, 4); y no: Tú descenderás Conmigo..." ¿Por qué? Porque lo propio de Dios es la quietud y la permanencia, en tanto que lo propio de la creación es el cambio de lugar y todo movimiento que implique mutación.

30. Cuando, pues, Él llama hacia Su propio bien, dice: "Tú quédate Conmigo", no: 'Me quedaré Yo contigo'. La permanencia, en efecto, no es en Él algo futuro sino eterno y presente. En cambio, cuando se trata de ir hacia lo que es propio de la creación, dirá con toda propiedad: "Yo descenderé contigo", "porque es a ti a quien corresponde el cambio de lugares. Por lo tanto, nadie descenderá Conmigo, pues el cambio es ajeno a Mí; pero sí permanecerá Conmigo, puesto que la quietud Me es cosa amada. Por otra parte, con los que descienden cambiando de lugar, pues el cambio les es estrechamente familiar, Yo descenderé por extensión de Mi propia presencia, sin cambiar de lugar, por cuanto tengo lleno el universo de Mi mismo.

31. Y esto lo hago, ciertamente, por piedad hacia la naturaleza racional, para que emprenda la marcha ascendente desde la baja región de las pasiones hacia las alturas de la virtud, guiada paso a paso por Mí, que, habiendo tendido el camino que conduce hacia el cielo, he mostrado su amplia ruta a todas las almas suplicantes para que al marchar no sucumban al cansancio'.

32. X. Habiendo mostrado, pues, ambas situaciones: el reposo del hombre bueno y la agitación del insensato, agreguemos a nuestra explicación un examen de lo que sigue. Dice Moisés, en efecto, que Nod, vale decir, la agitación, hacia la que emigró el alma, se halla frente al Edén. "Edén" es el nombre simbólico de la recta y Divina razón, y por ello su sentido literal es "deleite". Y en efecto, la recta razón se alegra y goza al máximo con el uso de los bienes puros e incontaminados, completos y plenos además; mientras Dios, dispensador de riqueza, derrama una lluvia de Sus virginales e imperecederas

gracias. Y por naturaleza el mal está en pugna con el bien, la injusticia con la justicia, la prudencia con la insensatez y cuanto pertenece a la esfera de la virtud contra las formas todas del vicio. Tal es lo que significa el estar Nod "frente al Edén".

33. XI. Habiendo expresado esto,[8] dice a continuación "Y conoció Caín a su mujer y ésta concibió y dio a luz a Enoc; y estaba Caín edificando una ciudad y por el nombre de su hijo la denominó Enoc." (Gén. IV, 17.) No es razonable que nos preguntemos quién es esta mujer que conoció Caín? Porque hasta el momento no se ha indicado que haya sido creada mujer alguna después de Eva, la modelada del costado de Adán.
[8] Es decir, lo contenido en el pasaje Gen. IV, 16, reproducido en el párrafo 1 y considerado hasta 32.

34. Si alguno llega a decir que Caín se casó con una hermana suya, no sólo será impío sino mentiroso. Las hijas de Adán son presentadas como nacidas más tarde. ¿Qué hemos, pues, de decir? Yo pienso que bajo el nombre de mujer alude aquí Moisés a la opinión del discernimiento impío, opinión que el hombre impío expone respecto de los asuntos, tal como han hecho muchísimos de los que se han ocupado de la filosofía, de los que unos han expuesto comunes puntos de vista como normas de vida, y otras doctrinas divergentes.

35. Entre estas opiniones características del hombre impío está la de que la inteligencia humana es la medida de todas las cosas, opinión que sustentó uno de los antiguos sofistas llamado Protágoras, un engendro de la demencia de Caín. Que esta opinión es lo que representa la mujer de Caín, lo conjeturo yo de la circunstancia de que, conocida la mujer por Caín, ésta engendró a Enoc, cuyo nombre significa "tu gracia".

36. En efecto, si el hombre es la medida de todas las cosas, todas las cosas son gracia y don de la inteligencia; de modo que el mirar es un presente de la vista; el oír, del oído; las otras sensaciones, de cada uno de los otros sentidos, y el hablar, de la facultad de expresarse oralmente. Y si todas estas cosas son dones, también lo es el pensar, incluidos en él innumerables reflexiones, resoluciones, consejos, previsiones, comprensiones, conocimientos científicos, habilidades técnicas, aptitudes tocantes al ordenamiento, y un número, en fin, imposible de determinar de otras facultades.

37. ¿Por qué, entonces, estáis todavía dispuestos a pronunciar y escuchar solemnes discursos acerca de la santidad y el honor de Dios, si tenéis con vosotros a la inteligencia, que hace las veces de Dios; que apropiándose con fuerza de todas las cosas humanas buenas y malas, a unos les brinda cosas de ambos órdenes; y a otros, de uno de ellos separadamente?

38. Y si alguien presentare una acusación de impiedad contra vosotros, defendeos animosamente alegando que habéis sido instruidos por un excelente maestro e instructor, por Caín, quien exhorta a honrar a lo que se tiene cerca antes que a la lejana Causa; y que debéis atender sus razones, entre otros motivos, sobre todo porque demostró con claros hechos la fuerza de su doctrina al vencer a Abel, el defensor de la opinión opuesta, y aniquilar su opinión junto con él.

39. Pero en lo que a mí y a mis amigos toca, sería preferible la muerte junto a los hombres piadosos, y no la vida al lado de los impíos, puesto que la vida inmortal aguarda a los que así mueren, en tanto que la eterna muerte recibirá a los que viven de

esa manera.

40. XII. Como el hijo engendrado por Caín se llama Enoc, y más adelante [9] un hijo de Set es llamado asimismo Enoc, es preciso que averigüemos si se trata de distintas personas o de la misma. Y de paso investiguemos las diferencias entre los otros que llevan nombres iguales. Porque el caso de Enoc se repite en Matusalén y Lamec, que son presentados como descendientes de Caín y a la vez como descendientes de Set.[10]

[9] Gen. IV, 17 y V, 18.

[10] Gen. IV, 18 y V, 21 y 25.

41. Conviene saber que cada uno de los nombres citados tiene una significación que puede interpretarse en dos sentidos. "Enoc", como ya dije, significa "tu gracia"; "Matusael" quiere decir "envío de la muerte"; "Lamec" equivale a "humillación". Pues bien, tomemos el primero. Algunos dicen "tu gracia" dirigiéndose a la inteligencia que hay en nosotros; los mejores, en cambio, emplean la expresión dirigiéndose a la Inteligencia del universo.

42. Los primeros, que afirman que todo cuanto concierne al pensar, sentir y hablar es un don de su propia alma, como sostenedores que son, de una opinión impía y atea, deben ser incluidos en la raza de Caín, que, incapaz de controlarse a sí mismo, se atrevió a decir que tenía la plena posesión de todas las otras cosas. Los otros, que, en cambio, no se apropian de cuantas cosas hermosas hay en la creación, sino las atribuyen a las Divinas gracias, como hombres bien nacidos que de verdad son, no por descender de antepasados ricos, sino por haber nacido de los amantes de la virtud, deben ser registrados entre los que reconocen a Set como padre de la estirpe.

43. Esta especie de hombres es muy difícil de hallar, pues es la de aquellos que huyen de una vida saturada de pasiones y vicios, artera, inescrupulosa, malvada y disoluta. En efecto, ya no se hallan entre el común de las gentes aquellos a los que Dios, habiendo hallado complacencias en ellos, ha trasladado y traspasado desde las razas perecederas a las inmortales.

44. XIII. Habiendo,. pues, distinguido las significaciones del nombre Enoc, pasaremos a considerar a continuación el de Matusael, que significa, según dijimos, "envío de la muerte". Dos cosas sugiere esta significación; una, que la muerte es enviada sobre alguno; otra, que la muerte es enviada fuera de alguno. Pues bien, aquel sobre quien es enviada muere irremediablemente; en tanto que aquel de quien es apartada vive y perdura.

45. Aquel que recibe la muerte es familiar de Caín, que siempre está muriendo respecto de la vida de la virtud; aquel de quien la muerte es alejada y aislada está estrechamente emparentado con Set; pues el hombre de bien cosecha para sí el fruto de la verdadera vida.

46. En cuanto a Lamec, nombre que significa "abatimiento", su sentido es doble también. En efecto, nos abatimos o bien cuando las energías de nuestra alma se reducen por efecto de las enfermedades y debilitamientos producidos por las irracionales pasiones; o bien cuando, en nuestra ansiosa búsqueda de la virtud nos liberamos a nosotros mismos de la hinchazón de la vanidad.

47. La primera forma de abatimiento se da como resultado de la debilidad, y es una especie de la lepra, enfermedad que presenta muchas formas y modalidades. Dice,[11] en efecto, el legislador que la penosa enfermedad de la lepra está declarada cuando desaparece el aspecto uniforme y saludable de la carne, y el mal es visible debajo de ella.[12]
[11] Lev. XIII, 3.
[12] Literalmente: "Y !a visión aparece más abajo (tapeinotéra) " Como el adjetivo griego tapeinotéra encierra los significados de rebajada, baja, humilde, abatida, etc., puede Filón relacionar la lepra con Lamec, cuyo nombre significa abatimiento o humillación.

48. La otra forma surge de una sólida fortaleza, que tiene como resultado una propiciación en la esfera del diez, número perfecto. En efecto, está establecido[13] que humillemos nuestras almas en el décimo día del mes, vale decir, que depongamos la vanidad, cuya extirpación conduce a implorar el perdón de nuestras faltas voluntarias e involuntarias. El Lamec que así se humilla es hijo de Set, y padre del justo Noé; el Lamec abatido en la otra forma es engendro de Caín.
[13] Lev. XIII, 27.

49. XIV. Podemos considerar a continuación por qué razón se nos presenta a Caín fundando y edificando una ciudad, sí está solo. Porque para residencia de una multitud de hombres sí es menester una gran ciudad, pero para tres personas que existían entonces un píe de colina o una pequeña caverna hubiera resultado habitación completamente adecuada. Y acabo de decir "para tres", pero lo razonable era decir "para él solo únicamente"; porque de ninguna manera los padres del asesinado Abel hubieran soportado habitar en la misma ciudad que su asesino, autor de un crimen más grave aún que el de matar a un hombre cualquiera, como es matar a su propio hermano.

50. A nadie dejará de parecerle, no sólo extraño, sino aun absurdo, el que un hombre solo edifique una ciudad. ¿Cómo es ello posible? Si ni siquiera podría edificar la parte más insignificante de una casa sin contar con otros trabajadores a sus órdenes, ¿podría acaso el mismo hombre cortar las piedras y las maderas, trabajar el hierro y el bronce, rodear el amplio perímetro de la ciudad con muros, construir las partes frontales de los edificios, fortificaciones, templos, santuarios, pórticos, arsenales, casas y todas las demás construcciones públicas y privadas que es usual erigir? ¿Y podría, además, en estas condiciones abrir canales bajo tierra, trazar calles, dotar a la ciudad de fuentes y conductos de agua y de todas las demás cosas que una ciudad necesita?

51. Puesto que esto no es verosímil, seguramente será mejor que recurramos a la interpretación alegórica y digamos que lo que Caín resolvió preparar, como si fuera una ciudad, es su propia doctrina.

52. XV. Ahora bien, toda ciudad necesita para existir construcciones, habitantes y leyes. Las construcciones de Caín son los argumentos para sus demostraciones, mediante los cuales, como desde las murallas, repele las embestidas de los adversarios, forjando invenciones convincentes pero contrarias a la verdad. Sus habitantes son los que se tienen por sabios, los amigos de la impiedad, del ateísmo, del egoísmo, de la presunción, de la falsa opinión; ignorantes de la verdadera sabiduría, que han compaginado una mezcla de ignorancia, falta de educación, incultura y demás pestes estrechamente emparentadas con éstas. Sus leyes consisten en ilegalidades, injusticias, desigualdad, licencia, osadía, necedad, arrogancia, desenfreno en las pasiones, deseos contra natura

que no es posible nombrar.

53. Cada uno de los impíos de tal ciudad aparece como un arquitecto de su mísera alma hasta que Dios, adoptando una resolución,[14] reduce a inmensa y total confusión sus sofísticas habilidades. Esto sucederá cuando no sólo "edificaren una ciudad sino también una torre cuya cúspide toque el cielo" (Gen. XI, 4), es decir, una exposición para fundamentar cada una de las doctrinas que introducen; fundamentación que tendrá por cúspide su propio designio, al que figuradamente llámase cielo; porque forzosamente la cúspide y remate de todo discurso ha de ser el pensamiento que tiende a ponerse de manifiesto, para cuya comunicación los hombres elocuentes tienen por norma desarrollar largas exposiciones y discursos.
[14] Gen. XI, 6.

54. XVI. A tal grado de impiedad han llegado éstos, que no sólo consideran lícito erigir tales ciudades con sus propias manos sino también acosan a la multitud de Israel, el amante de la virtud, eligiendo para ello inspectores e instructores de obras reprobables. Dícese, en efecto, que bajo los malos tratados de los inspectores construyen para el rey del país tres ciudades: Pitom, Ramesés y On, que es Heliópolis.[15]
[15] Ex.I, 11.

55. Estas ciudades significan, en sentido figurado, las facultades de nuestro ser: inteligencia, sensibilidad y habla. Pitom es el habla, pues a ésta compete el persuadir;[16] y la palabra significa "boca apremiante", en razón de que el discurso del hombre ruin se ocupa de acosar y echar por tierra todo lo bueno.
[16] El término griego Peitho significa -persuasión, y Filón escribe de ese modo el nombre de la Pithom de los Setenta.

56. Ramesés es la sensibilidad, pues significa "perturbación de la polilla", debido a que la inteligencia es devorada y comida internamente, como por un gusanillo, por cada uno de los sentidos, que la atormentan y destrozan, puesto que, cuando las representaciones sensibles penetran en ella contra su agrado, engendran una vida llena de pena y trabajo.

57. "On" quiere decir "acumulación", pero simbólicamente es la inteligencia. En ella, en efecto, se han atesorado las palabras de todos los hombres. Testigo de ello es el legislador cuando llama Heliópolis a On.[17]
En efecto, así como el sol al elevarse hace claramente visibles los objetos ocultos durante la noche, del mismo modo la inteligencia, irradiando su peculiar luz, hace posible la clara aprehensión de todas las cosas, tanto si se trata de cuerpos como si se trata de hechos.
[17] On. llamada Heliópolis, literalmente "ciudad del sol", por los griegos hallábase situada en la margen derecha del Nilo algo al norte de Menfis. No pudo haber sido construida por los hebreos pues existía desde tiempo inmemorial. Tal vez se trató de obras de reparación.

58. Por ello, no andará desacertado quien afirmare que la inteligencia es el sol de nuestro complejo ser; como que, si ella no se eleva e ilumina con su propia luz este microcosmos que es el hombre, al derramarse espesa tiniebla sobre los seres no permite que se tomen visibles.

59. XVII. A esta "acumulación" Jacob, el hombre que se ejercita, en su controversia con

Labán la toma como testigo,[18] mostrando la verdad profunda de que la inteligencia es para cada hombre un testigo de lo que madura en su interior, y su conciencia, un admonitor imparcial y veraz al máximo. Mas la ciudad del testimonio es edificada antes que estas ciudades.
[18] Gen. XXXI, 46 y ss. La escena tiene lugar entre Jacob y Labán en el monte Galad, nombre que en hebreo significa "acumulación del testimonio".

60. Dice, en efecto, Moisés que los espías marchaban hacia Hebrón y que allí estaban Ajiman, Sesai y Tolmai, hijos de Enac. Luego añade:
"Y Hebrón fue edificada siete años antes que Tanis de Egipto." (Núm. XIII, 22.) Filosófico en grado sumo es mostrar las variedades de significación que caben en un mismo nombre. Así, "Hebrón" significa "unión"; pero la unión puede ser de dos clases, ya sea que el alma se adhiera al cuerpo o que se adapte a la virtud.

61. La que se somete a las uniones con el cuerpo tiene como habitantes a los ya mencionados. "Ajiman" significa "mi hermano": "Sesai", "fuera de mí"; "Tolmai", "uno que está pendiente". Es, efectivamente, una necesidad para las almas amantes del cuerpo considerar al cuerpo como "hermano", y tener en preeminente estima a los bienes externos;[19] y todas las almas que tienen tales disposiciones están "pendientes" de las cosas sin espíritu, y a la manera de los empalados, que están clavados a sustancias perecederas hasta que mueren.
[19] Interpretación de la expresión "fuera de mí".

62. En cambio, el alma unida al bien obtuvo habitantes de relevantes virtudes, a los que la "doble gruta"[20] recibió por pares: Abraham y Sara, Isaac y Rebeca, Lía y Jacob, es decir, virtudes y poseedores de ellas. Esta Hebrón, guardiana de los tesoros de recuerdos de ciencia y sabiduría, es anterior a Tanis y a todo Egipto. Y así es: la naturaleza ha hecho que el alma preceda [21] al cuerpo, es decir, Egipto; y la virtud al vicio, o sea Tanis; pues "Tanis" significa "mandato de evacuación";[22] y la naturaleza determina la precedencia no por la extensión de tiempo sino por la dignidad.
[20] Así aparece traducido en la versión de los Setenta el nombre Makhpelah, con que el texto hebreo designa la gruta adquirida por Abraham para sepultura de los suyos en Hebrón.
[21] Literalmente: "fuera de mayor edad que".
[22] O exclusión o rechazo. El sentido alegórico que a juicio de Filón encerraría la expresión no es claro, aunque tal vez debe entenderse que el vicio (Tanis) es algo que debe ser evacuado o rechazado.

63. XVIII. Por ese motivo también a Israel, aunque menor en el tiempo, llámalo "primogénito"[23] en dignidad, lo que demuestra que el que ve a Dios,[24] que es el primer Progenitor, es honrado como primer vástago del Increado, concebido por la virtud, la que es odiada entre los mortales; y como aquel al que por ley se ha de dar una doble porción, es decir, la primogenitura, como corresponde al hijo mayor de edad.
[23] Ex. IV, 22.
[24] Es Oeur, Israel.

64. Otro caso lo constituye el numero siete. Éste, según el orden, es el número que fue engendrado después del seis, mas por su valor es mayor que todo otro número, no difiriendo en nada de la unidad. Moisés lo manifestará claramente, cuando "en el epílogo del relato de la creación afirma: "En el séptimo día descansó Dios de todas las

obras Suyas que había hecho. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó porque en él descansó Dios de las obras Suyas que había comenzado a hacer." (Gen. II, 2 y 3.)

65. Más adelante añade: "Éste es el libro de la creación del cielo y de la tierra, cuando fueron creados, en el día en que Dios hizo el cielo y la tierra." (Gen. II, 4.) Ahora bien, el cielo y la tierra fueron creados en el primer día, de modo que el día séptimo es referido al uno, el primer número y principio de todas las cosas. Me he extendido en estos argumentos con el objeto de hacer patente con mayor claridad la opinión que Caín juzga preciso establecer, tal como se edifica una ciudad.

66. XIX. El hijo de Enoc [25] lleva por nombre Gaidad,[26] que significa "rebaño", nombre que guarda estrecha correspondencia con el de su padre. Correspondía, en efecto, que el hombre que en todo se tiene a sí mismo por don de una inteligencia incapaz de comprender siquiera cuál es su propia naturaleza, engendrara irracionales facultades, reunidas en un rebaño; puesto que esta doctrina no es propia de hombres dotados de razón.

[25] Se trata aquí de Enoc, el hijo de Caín, cuyo nombre, según 41 y 55, significa "tu gracia" en el sentido en que se aplica esta expresión para atribuir a las creaturas el origen de los bienes; a diferencia del otro Enoc, el hijo de Set, cuyo nombre también quiere decir "tu gracia", pero cuando estos términos implican atribuir el origen de los bienes a Dios.

[26] Gen. IV, 18.

67. Ahora bien, todo rebaño que carece de un pastor que vele sobre él, se ve envuelto forzosamente en grandes desastres, puesto que no puede con sus propios medios apartar de sí los daños, ni escoger lo que le resultaría beneficioso. Por ello dice Moisés en tono de súplica: "Que Dios, Soberano de los espíritus y de toda carne, instituya un hombre al frente de esta comunidad, el que partirá a la vista de ellos, avanzará, los sacará y los guiará; y la comunidad del Señor no será como rebaño que carece de pastor." (Núm. XXVII, 16 y 17.)

68. En efecto, cuando el protector, el guardián, el padre, o como nos plazca llamarlo, de nuestro compuesto ser, que es la recta razón, se aleja, dejando solo al rebaño que hay en nosotros, éste perece por falta de cuidados en su abandono, y un gran daño sobreviénele a su dueño; y el irracional e indefenso vástago de éste,[27] privado de un guardián de rebaños que lo reprenda y discipline, es desterrado muy lejos de la vida racional e inmortal.

[27] Es decir, el rebaño.

69. XX. Por eso el hijo de Gaidad dícese que fue Maiel,[28] cuyo nombre traducido es "separado de la vida de Dios". En efecto, pues el rebaño es irracional, y Dios es la fuente de la razón, por fuerza el que vive irracionalmente está separado de la vida de Dios. Ahora bien, según Moisés, vivir de acuerdo con [29] Dios consiste en amarlo. Dice, efectivamente, que "tu vida es amar al Que Es". (Deut. XXX, 19.) 70. Un ejemplo de la vida opuesta a ésta, lo presenta en el macho cabrío sobre el que recayó la suerte. Dice, en efecto: "Lo colocará vivo delante del Señor para hacer una expiación sobre él, de modo de enviarlo luego afuera." (Lev. XVI, 10.) Y está harto acertado.

[28] Gen. IV, 18.

[29] O vivir no apartado de Dios.

71. Porque, así como ninguna persona de buen sentido aplaudiría a los ancianos por abstenerse éstos de los placeres, pues la vejez, la grande e incurable enfermedad, ha relajado y disipado la vehemencia de los impulsos; y todos, en cambio, juzgarían en ese caso meritorios a los jóvenes porque, cuando la llama del deseo está encendida por el pleno vigor propio de la edad,[30] con todo, habiéndose provisto de medios adecuados para apagarla, vale decir, de los principios que brinda la educación, moderaron la intensa llama y a la vez la ebullición de las pasiones; del mismo modo, es menor el aplauso que acompaña a aquellos que no soportan malestar alguno, a aquellos para los que resulta normal elevarse por sobre un mal sistema de vida, puesto que la naturaleza les ha asignado una parte fácil y la buena suerte de que gozan no se debe a ellos; y mayor, en cambio, el que corresponde a aquéllos, a quienes acosa un despierto malestar, sí quisieren y pudieren mantenerse firmes y dominarlo.
[30] En tal sentido interpreta Filón el término "vivo" del pasaje bíblico que comenta: en los ancianos los impulsos hacia los placeres están ya. muertos, no así en los jóvenes.

72. En efecto, la fuerza que vence con severo esfuerzo los incentivos del atractivo placer tiene el aplauso que merecen las victorias morales obtenidas a fuerza de voluntad. Si, por lo tanto, ninguna de las cualidades que han obtenido una feliz porción [31] viviere en nosotros; y estuvieren "vivas", en cambio, las nefastas enfermedades y debilidades, apresurémonos a destruirlas y abatirlas. Tal es lo que quiere decir "hacer una expiación" sobre ellas: reconocer que, teniéndolas vivas y activas en el alma, no cedemos, sino, oponiéndonos a todas con vigor, las combatimos hasta que las echemos fuera completamente.
[31] Simbolizados en el macho cabrío que en el sorteo ha resultado destinado al Señor y es sacrificado como victima expiatoria por el pecado; opuesto al otro, "sobre el que recayó La suerte", el que seguirá "vivo", que simboliza las enfermedades y debilidades del alma. Lev. XVI, 7.

73. XXI. ¿Y qué resulta de una vida no acorde con la voluntad Divina sino la muerte del alma? Esta muerte recibe el nombre de Matusael, que significa, como dije, "envío de la muerte". Por eso es hijo de Maiel, el hombre que ha abandonado su propia vida, al que es enviada la muerte, la del alma, la que consiste en el cambio del alma bajo el influjo de una irracional pasión.[32]
[32] Ver 69.

74. Cuando el alma ha concebido esta irracional pasión, ha engendrado con penosos dolores incurables enfermedades, por las cuales es agobiada y abatida entre contorsiones; por cuanto cada enfermedad la oprime, echando sobre ella una intolerable carga, al punto de que le es imposible reponerse. Todo esto tiene por nombre "Lamec", nombre que significa "abatimiento"; de modo que Lamec puede con todo derecho ser hijo de Matusael, vale decir, una abyecta y sumisa pasión, vastago de la muerte del alma; el agotamiento, hijo del irracional impulso.

75. XXII. "Lamec tomó para sí dos mujeres, una llamada Ada, la otra, Sela." (Gen. IV, 19.) Todo lo que el hombre ruin toma para sí es reprensible sin excepción, pues se halla manchado por un designio difícil de purificar; al revés de lo que sucede con las voluntarias acciones de los hombres virtuosos, las que son dignas de aplauso todas. Así, en este caso, Lamec, "al tomar para sí dos mujeres, escoge grandísimos males; todo lo contrario de Abraham, Jacob y Aarón, quienes, al tomar para sí mujeres, se allegan a bienes apropiados para ellos.

76. Léese, en efecto, acerca de Abraham lo siguiente: "Y tomaron Abraham y Nacor mujeres para sí. El nombre de la mujer de Abraham era Sara." (Gen. XI, 29.) Y en el caso de Jacob: "Levántate y huye hacia la Mesopotamia a casa de Batuel, padre de tu madre y toma de allí una mujer para ti de entre las hijas de Labán, hermano de tu madre." (Gen. XXVIII, 2.) Y a propósito de Aarón: "Tomó Aarón como mujer para sí a Elisabet. hija de Aminadán y hermana de Nasón." (Ex. VI, 23.) 77. Isaac y Moisés toman mujeres, mas no las toman por propia iniciativa, e Isaac, según se lee, la tomó en ocasión de entrar en la residencia de su madre,[33] mientras a Moisés le dio en matrimonio a su hija Sófora el hombre en cuya casa residía.[34]

[33] Gen. XXIV, 67.

[34] Ex. U, 21.

78. XXIII. No sin acierto están señaladas las diferencias entre estos casos en la obra de Moisés. En efecto, a los que realizan progresos y mejoramientos en su ejercitación se les testimonia la elección espontánea del bien, para que su empeño no quede sin recompensa. En cambio, a los que han sido juzgados dignos de una sabiduría que no resulta de la enseñanza ni del estudio, ocúrreles que, sin tener ellos parte alguna en la elección, reciben como esposa de manos de Dios a la razón, y alcanzan la ciencia, que es compañera de la vida de los sabios.

79. En cambio, aquel que ha sido arrojado fuera de las cosas humanas, el abyecto y ruin Lamec, toma por primera mujer a Ada, cuyo nombre significa "testimonio", habiendo él por sí mismo preparado el casamiento para sí. Es que piensa que el primer bien para el hombre es el suave movimiento y el paso de la inteligencia a lo largo de bien encaminados proyectos, sin que cosa alguna impida el proceso hacia una fácil aprehensión.[35]

[35] Según la doctrina epicúrea, las opiniones forjadas por la inteligencia a base de los datos sensoriales y pueden concluir en una confirmación o en una refutación, *epimartyresis* y *antimartyresís* respectivamente. Filón relaciona a Ada, o sea, el "testimonio" (en griego *martyría*) con dicha teoría, y emplea términos propios de la misma, tales como "proyecto" (*epibolé*) y "movimiento suave" (*léia kínesis*) .

80. Dice, en efecto: '¿Qué puede ser mejor que el hecho de que las ideas, los propósitos, las conjeturas, los designios, en suma, los planes marchen, como se dice, con buen pie, dé modo que alcancen su objetivo sin contratiempos, siendo testimoniada la inteligencia en-la totalidad de las cosas dichas?' Por mi parte, si un hombre emplea un correcto y bien encaminado discernimiento con miras a alcanzar sólo lo bueno, registro yo a tal hombre entre los hombres felices. Y al hacerlo me atengo a las enseñanzas de la ley, la que, en efecto, ha dicho que José fue un hombre afortunado pero "no en todas las cosas", sino en aquellas en las que Dios le concedía la gracia de un fácil éxito;[36] y los dones de Dios son todos buenos.

[36] Gen. XXXIX, 2.

81. Pero si alguien ha hecho uso de su natural habilidad y facilidad no para las cosas buenas exclusivamente sino también para las opuestas, sin establecer las debidas distinciones entre las de uno y otro orden, téngasele por desdichado. Tienen ciertamente acento de imprecación las palabras del pasaje de la confusión,[37] que dicen: "Nada les faltará de cuanto se proponen hacer." (Gen. XI, 6.) Irremediable desgracia del alma es, en efecto, el lograr éxito en todo lo que emprende, incluso lo malo.

[37] En el que se relata el episodio de la construcción de la torre de Babel y la confusión

de las lenguas.

82. Yo, por mi parte, suplicaría que, si llegare alguna vez a meditar alguna acción injusta, me falte la acción injusta; y si meditare vivir de manera indigna de un hombre, me falte la vida licenciosa; y si proyectare vivir de manera atrevida y malvada, me sobrevenga una absoluta carencia de atrevimiento y maldad. Es mejor, en efecto, a no dudarlo, para los que abrigan el propósito de robar, cometer adulterios o asesinar, presenciar la frustración y ruina de cada uno de estos propósitos.

83. XXIV. Apártate, pues, oh inteligencia, de Ada, la que da testimonio a las cosas ruines y es empleada como tal en las empresas tendientes al logro de cada una de esas cosas. Pero, si llegares a considerar que vale la pena tenerla como asociada, engendrarás un mal inmenso para ti, a Jobel, cuyo nombre significa "transformante". En efecto, si hallares deleite en el testimonio brindado a cuantas cosas se te presentaren, desearás retorcer y "transformar" cada una de ellas, modificando los límites fijados por la naturaleza.

84. Moisés, lleno de indignación contra los tales, los enrostra en estos términos: "Maldito es el que cambia los límites de su vecino." (Deut. XXVII, 17.) Llama "vecino" y "próximo" al bien, por cuanto no es necesario, según él, el elevarse hacia el cielo ni llegar más allá del mar en la búsqueda del bien; porque el bien se halla situado próximo y junto a cada hombre.

85. Y hace con profundo criterio filosófico una triple división del mismo, diciendo: "Se halla en tu boca, en tu corazón y en tus manos" (Deut. XXX, 11 a 14, es decir, en las palabras, en las determinaciones y en las acciones). Ésas son, es cierto, las partes del bien, el cual por naturaleza es una reunión de ellas, de tal suerte que la falta de una no sólo torna incompleto el todo, sino además lo anula completamente.

86. ¿Qué provecho hay, en efecto, en decir las cosas más excelentes, si se meditan y hacen las peores? Este proceder es propio de los sofistas, los que haciendo largos discursos sobre la prudencia y la moderación, fatigan los oídos hasta de los más sedientos de oír; pero en sus determinaciones y en los actos de sus vidas aparecen incurriendo en graves faltas.

87. ¿Qué aprovecha el pensar lo que es debido, si luego las obras y palabras habituales no son las que corresponden, y se perjudica con las palabras a los que las escuchan, y con sus obras a los que las soportan? Asimismo, es reprochable practicar actos excelentes si no van acompañados de la determinación ni de expresiones correspondientes.

88. Porque lo que se hace sin estas condiciones de ninguna manera puede ser aprobado pues entra en la categoría de los actos involuntarios. Si, en cambio, lograre alguien armonizar, como se templa una lira, todas las notas del bien, mostrando que sus palabras están en consonancia con sus pensamientos y sus pensamientos con sus actos, el tal hombre podrá ser tenido por perfecto y equilibrado de verdad. Así, pues, aquel que altera los límites del bien, es reprensible y con justicia se lo proclama como tal.

89. XXV-.Estos límites no han sido establecidos por la creación de la que formamos parte, sino por los Divinos principios, que son más antiguos que nosotros y que todo lo

terrestre. También esto ha quedado claramente demostrado por la ley, al recomendar ella a cada uno de nosotros no falsificar la moneda de la virtud, en estos términos: "No alterarás los límites de tu vecino, que establecieron tus padres" (Deut. XIX, 14); y en otro pasaje: "Pregunta a tu padre y te lo dirá; a tus mayores y te lo dirán: Cuando el Altísimo distribuyó las naciones, cuando dispersó a los hijos de Adán, estableció los límites de las naciones de acuerdo con el número de los ángeles de Dios. Y Jacob, Su pueblo, convirtióse en heredad del Señor; Israel, en Su lote hereditario." (Deut. XXXII, 7 a 9.)

90. Si preguntare yo al padre que me engendró y alimentó, o a los de su edad pero de más edad que yo, cómo distribuyó, dispersó o estableció Dios a las naciones, ¿me responderá con seguridad, como si hubieran seguido paso a paso el proceso de aquella distribución? No, por cierto, 'sino me dirán: También nosotros, cuando éramos jóvenes, hemos inquirido con gran interés sobre el tema a nuestros progenitores y a las personas de mayor edad que nosotros pero nada claro hemos aprendido de ellos. Es que nada tenían para enseñarnos, habiendo ellos mismos a su vez considerado que correspondía en su ignorancia acudir a otros que estuviesen informados sobre el asunto.

91. XXVI. Probablemente, entonces, lo que Moisés llama "padre" de nuestra alma es la recta razón, y bajo el calificativo de "más antiguos" designa seguramente a los compañeros y amigos de ésta. Se trata de los primeros que determinaron los límites de la virtud; y a ellos conviene recurrir para aprender con sus enseñanzas las verdades fundamentales. Éstas son las siguientes: cuando Dios distribuyó y separó las naciones del alma, separando y ubicando aparte a los de una común lengua de los de otras; cuando dispersó y apartó de Sí a los hijos de la tierra, a los que el legislador llama "hijos de Adán"; entonces fijó los límites de los frutos de la virtud, cuyo número es igual al de los ángeles. En efecto, cuantas son las palabras de Dios, tantas son las "naciones" o formas de la virtud.

92. Mas, ¿cuáles son las porciones de Sus ángeles, y cuál es la parte adjudicada a Sí mismo por el Soberano y Guía universal? Pues, las virtudes particulares corresponden a Sus servidores; en tanto que la escogida raza de Israel corresponde a Dios. En efecto, el que ve a Dios, [38] conducido por una inigualada hermosura, ha quedado adjudicado y asignado como heredad propia de Aquél al que ve.

[38] Israel.

93. ¿Cómo no va a ser, entonces, castigado Jobel, cuyo nombre traducido a la lengua griega significa "el que altera o transforma la naturaleza de las cosas"? Él, en efecto, ha trocado las excelencias de la prudencia, de la fortaleza, de la justicia y de la virtud en general, reflejos todas ellas de la Divina hermosura, cambiándolas en las opuestas formas de la insensatez, de la intemperancia, de la injusticia y de todo otro género de vicio, tras borrar los rasgos que llevaban impresos antes.

94. XXVII. Siempre ocurre, en efecto, que las segundas impresiones, al aplicarse, destruyen los caracteres de las primeras. Ahora bien, tanto dista la Ley de autorizar la sustitución de lo bueno por lo malo, que ni siquiera permite que lo noble se sustituya por lo ruin; entendiendo por ruin, no lo de poco," valor, pues necedad sería no desprenderse de las cosas sin valor a trueque de las mejores; sino lo fatigante y trabajoso que, llevando el acento a la primera sílaba, los áticos llaman "perverso".[39] Lo prescripto es lo siguiente: "De toda cosa que pasare bajo la vara en la cuenta, la décima

parte estará consagrada al Señor. No cambiarás una buena por una ruin. Si cambiares alguna, ella y la que la ha sustituido serán santas." (Lev. XXVII, 32 y 33.)
[39] El término griego poneros (de pónos = trabajo) los áticos lo acentuaban poneros cuando significaba específicamente malo, defectuoso o perverso. Por lo que sigue se advierte que Filón toma el término en el buen sentido y que lo de la variante ática es una mera acotación erudita.

95. Mas, ¿cómo es posible que lo ruin se tome santo? Es que, como he dicho, no se trata aquí de cosa de poco valor sino de cosa trabajosa, de modo que lo que se da a entender es lo siguiente: lo bueno es un bien perfecto, en tanta que el trabajo es un bien imperfecto. Por eso, si hubieres .adquirido aquello que es completo, no busques ya aquello que es incompleto. Pero, si movido por excesivo celo, quieres trabajar, ten presente que parecerás trocar una cosa por otra, pero en realidad adquirirás ambas cosas. En efecto, aunque una y otra poseen el mismo valor, ninguna de ellas es de por sí absolutamente santa.

96. XXVIII. Compruébase que una cosa es santa a través de tres testimonios: número ordinario, disciplina y número perfecto. Por eso se dice: "De toda cosa que pasare bajo la vara en la cuenta, la décima parte es santa." En efecto, aquello que no es considerado digno de ser contado es profano, no. santo, en cambio, lo que es contado, puesto que queda incluido en la cuenta, está desde ya aprobado. Por ejemplo, la ley dice que el trigo almacenado por José en Egipto no podía ser contado y añade: "Porque no había cuenta" (Gen. XLI, 49); ya que los alimentos del cuerpo y de las pasiones de Egipto no merecen en absoluto ser contados.

97. La vara es símbolo de la. disciplina; como que, si no se despierta un sentimiento de vergüenza y se aplica un castigo por determinadas transgresiones es imposible que la admonición y la corrección sean eficaces. El número diez es la garantía de perfección en el gradual progreso, cuyos primeros frutos es justo ofrendar a Aquél que nos, puso en orden, nos disciplinó y colmó cumplidamente nuestras esperanzas.[40]
[40] Tres logros que corresponden respectivamente: la puesta en orden, a la "cuenta"; la disciplina o educación, a la "vara o cayado" (ver Sobre los sacrificios, nota 51); y el pleno cumplimiento de las esperanzas, al perfecto número diez o "décimo".

98. XXIX. Lo dicho basta para dejar en claro lo relativo al hombre que altera y adultera la moneda original; hombre a quien Moisés llama padre de los que habitan en tiendas y alimentan ganados.[41] Los ganados son los irracionales sentidos; alimentadores de ganados son los que aman las pasiones y el placer, y les procuran como alimento las cosas sensibles exteriores. Son muy diferentes de los pastores. Éstos, en efecto, castigan, a manera de los jefes, las faltas de las creaturas de vida irregular; aquéllos, en cambio, a la manera de anfitriones, prepáranles alimentos incontables y les procuran total impunidad en las faltas; cosa comprensible, puesto que de inmediato se origina por fuerza la insolencia, hermana de la avidez y la saciedad.
41 Gen. IV, 20.

99. El que altera, pues, y desnaturaliza todas las cosas buenas es, lógicamente, padre de los que centran sus preocupaciones en todo lo sensible y sin alma; ya que, si su meta fueran las naturalezas incorpóreas y aprehensibles por la inteligencia, respetaría los límites fijados por los hombres de más edad; límites que establecieron, en lo que toca a la virtud, imprimiendo a cada especie de ella el rasgo que le es propio.

100. XXX. Dice el legislador que Jobel tuvo por hermano a Jubal,[42] cuyo nombre, afín al de aquél,[43] quiere decir "que inclina en uno y en otro sentido", lo que alegóricamente debe interpretarse como la palabra expresada. Ésta, en efecto, es por naturaleza "hermana" de la inteligencia, y con toda razón Moisés ha llamado así a la palabra de una inteligencia "que altera la realidad de las cosas". Ocurre, en efecto, que, en cierto modo, también esa palabra está situada entre dos caminos haciendo contrapeso como sobre platillo de balanza, o como una barca en el mar, que se inclina hacia uno y otro lado a causa del intenso oleaje. Es que el hombre insensato no ha aprendido a decir cosa alguna segura y sólida.

[42] Gen. IV, 21.

[43] Que, como se ha señalado en 93, significa "el que altera o transforma la naturaleza de las cosas".

101. Moisés piensa que es preciso no inclinarse ni a la derecha ni a la izquierda ni en general hacia parte alguna del terrestre Edón, y que se debe marchar por el camino central, al que con toda propiedad llama camino real.[44] En efecto, puesto que Dios es el primero y único rey del universo, también el camino que conduce a Él, siendo, como es, del Rey, llámase con razón real. Ten por cierto que este camino no es otro que el de la filosofía, no la que cultiva el bando sofístico de los hombres de hoy día, pues los tales, habiéndose ejercitado en el arte de la palabra para usarlo contra la verdad, han dado el nombre de sabiduría a su fraude, atribuyendo un nombre Divino a una obra lamentable; sino la que la antigua comunidad de los que se ejercitan persiguió con tenaz empeño, evitando las amables seducciones del placer, y entregada al estudio noble y austero del bien.

102. La ley, pues, llama voz y palabra de Dios a este camino real, que, decíamos, es la verdadera y genuina filosofía. Está escrito, en efecto: "De la palabra que hoy te prescribo no te apartarás ni a la derecha ni a la izquierda." (Deut. XXVIII, 14.) De modo que claramente queda demostrado que la palabra de Dios es lo mismo que el camino real, pues nos manda Dios que, sin apartarnos del camino real o de Su palabra; que ambos son términos sinónimos; avancemos con recto entendimiento por el sendero central y amplio que conduce en línea recta.

103. XXXI. "Este Jubal", leemos, "es un padre que inventó el psalterio y el arpa". (Gen. IV, 21.) Llama Moisés con propiedad suma padre de la música y de todos los instrumentos musicales a la palabra sonante,[40] porque, al dotar a los seres vivientes del órgano del sonido, como el primero y más perfecto, la naturaleza le proporcionó al punto todas las armonías y todos los géneros de melodías a fin de que sirviera de modelo anticipadamente preparado para los instrumentos que habrían de ser construidos mediante la humana industria.

[44] Núm. XX, 17.

[45] Ver Sobre los querubines, nota 8.

104. Y otro tanto ocurre con el oído. La naturaleza lo hizo esférico, trazando círculos dentro de círculos, los menores dentro de los mayores, para que el sonido que llegase a él no se esparciese disipándose fuera; y, una vez concentrado y encerrado dentro por los círculos, lo escuchado penetrara a través de ellos hacia los receptáculos de la facultad rectora.[46] Y también el oído fue luego modelo de los teatros de las ciudades prósperas. La disposición de éstos, en efecto, está imitada exactamente de la forma del oído.

Análogo es el caso de la tráquea. La naturaleza, modeladora de los seres animados, estirándola como una escala musical y combinando en ella las gamas enarmónica, cromática y diatónica, según las numerosas variedades de melodías, con breves y largos intervalos, estableció el modelo de todo instrumento musical.
[46] La inteligencia.

105. XXXII. Por ejemplo, cuantos sonidos producen las flautas, las liras y los instrumentos análogos tanto resultan inferiores a la musicalidad de los ruiseñores y los cisnes, cuanto es inferior una copia o imitación respecto de su modelo original, o una especie mortal respecto de un género imperecedero. Así, la música producida por la voz humana no puede ser objeto de comparación con otra alguna, por cuanto ella posee una superioridad extraordinaria en cuanto a la claridad de articulación, a lo que se debe la estima en que se la tiene.

106. Porque, mientras las otras especies mediante el uso de las modulaciones de voz y de los sucesivos cambios de tonos no hacen sino agradar a los oídos; el hombre, dotado por la naturaleza de expresión articulada así para hablar como para cantar, atrae tanto al oído como a la inteligencia, cautivando la atención del uno con la modulación armoniosa de los sonidos, de la otra con los pensamientos.

107. Porque, así como un instrumento puesto en manos de un profano en música resulta malsonante y, en cambio, en manos de un músico tómase armonioso gracias a su arte; del mismo modo la palabra, que, impulsada por una inteligencia ruin resulta discordante, en tanto que en boca de una inteligencia noble aparece perfectamente armoniosa.

108. Además, la lira, o alguno de los instrumentos semejantes, si nadie la tañe, quédase en silencio; y también la palabra, si no es tañida por la facultad rectora, forzosamente permanece muda, Y así como los instrumentos son templados para que varíen conforme con las infinitas combinaciones musicales; del mismo modo la palabra, convertida en armonioso intérprete de las cosas, adopta variaciones sin fin.

109. ¿Quién, en efecto, hablaría de la misma manera a sus primogenitores que a sus hijos, siendo, como es, esclavo de los primeros por naturaleza y señor de los segundos por haberlos engendrado? ¿Quién de la misma manera a sus hermanos, a sus primos y en general a los estrechamente emparentados que a los que lo son sólo en. grado lejano? ¿Quién se dirigiría a sus allegados de la misma forma que a los que le son extraños; a sus conciudadanos que a los extranjeros; siendo así que entre ellos median diferencias nada pequeñas ni comunes de condición y edad? Porque al anciano es preciso dirigirse de distinta manera que al joven; y de distinta manera también al personaje importante que a la persona insignificante; al rico que al pobre; al gobernante que al ciudadano privado; al servidor que al amo; a la mujer que al varón;
al torpe que al experto.

110. ¿Y para qué pasar revista a las innumerables clases de personas, en diálogo con las cuales nuestra conversación varía, tomando ora una forma ora otra? Porque también las particulares modalidades de los temas le imprimen sus propios caracteres, pues no es la misma la manera como se expresan las cosas grandes y las pequeñas, las numerosas y las escasas, las privadas y las públicas, las sagradas y las profanas, las antiguas y las recientes; y la forma corresponde en cada caso al número, importancia y grandeza, y ya

se eleva a un tono majestuoso, ya, por el contrario, se modera y toma más llana.

111. Brindan variedades a la expresión, además de los asuntos y las personas, las causas de los sucesos y las maneras como ocurren, así como también el lugar y el tiempo, circunstancias que se dan en todas las cosas. Con toda razón, pues, Jubal, el que altera los modos del habla, es llamado padre del psalterio y el arpa, que es como decir, de la música toda, pues por la parte se alude al todo, según queda demostrado.

112. XXXIII. Hemos, pues, demostrado quiénes son los hijos de Ada y quién es ella. Prestemos atención a Sela, la otra mujer de Lamec y a su hijo. Pues bien, "Sela" significa "sombra", y es símbolo de los bienes corporales y exteriores, los que en realidad nada difieren de la sombra. ¿No es acaso la hermosura una sombra, que tras breve florecer se marchita? ¿Qué otra cosa son la fuerza y el vigor del cuerpo, los que una imprevista enfermedad disipa? ¿No lo son también los órganos de los sentidos y la precisión que les es propia, la que un repulsivo reuma obstruye; o la vejez, enfermedad de la que nadie se libera, embota? Y todavía más; las riquezas, las famas, las dignidades, los honores y cuantas cosas exteriores son tenidas por bienes, ¿no son una sombra todos ellos?

113. Conviene que dirijamos nuestra inteligencia por etapas graduales hacia el principio del universo.[47] Hombres de aquellos que gozaban de reputación de ilustres han ido a Delfos, y allí han dedicado inscripciones en que referían sus prósperas vidas. Pues bien, cual si tratase de pinturas que se borran, estos hombres no todos se extinguieron con el correr del tiempo; algunos han exhalado su último suspiro entre agudos reveses de fortuna, y hay quienes, como barridos por el ímpetu de un torrente desbordado, desaparecieron de improviso.
[47] O hacia el origen de todas las cosas o primeros principios. Pensamiento tomado de Platón, Cratilo 211 c. En realidad no se advierte en este pasaje de Filón la exacta relación con el contexto.

114. De esta "sombra" y de sus inestables sueños nació un hijo llamado Tobel,[48] cuyo nombre significa "todo junto". Y en verdad, los que han alcanzado riqueza y salud, la combinación de bienes celebrada por muchos, piensan que han logrado todas las cosas grandes y pequeñas sin excepción.
[48] Gen. IV, 22.

115. Y si llegan a alcanzar una autoridad absoluta, henchidos de orgullo y alentados por una inteligencia inestable, olvidan lo que son y la materia corruptible de que proceden; imaginan haber sido dotados de una natural constitución superior a la humana, y glorifícanse a sí mismos llenos de vanidad por las honras que reciben, hasta concluir por deificarse. Por ejemplo, ya hubo quienes se atrevieron a afirmar que el verdadero Dios no existe,[49] olvidando, en su apego sin medida al cuerpo y a lo exterior, que no eran sino hombres.
[49] Ex. V, 2.

116. XXXIV. Habiendo caracterizado exactamente a cada uno de éstos, dice Moisés a continuación: "Este hombre era herrero, martillador de bronce y de hierro." (Gen. IV, 22.) El alma, en efecto, del que está entregado con vehemencia a los placeres del cuerpo o a las materias externas es martillada como se martilla sobre un yunque, bajo los golpes de los deseos en su ilimitada e inacabable persistencia. Siempre y en todas partes puedes

ver a los amantes del cuerpo tendiendo redes y trampas para la caza de aquello que apetecen; a los amantes del dinero y la fama extendiendo hasta los confines de la tierra y el mar su frenesí y avidez por estas cosas, y lanzándose con sus ilimitadas apetencias, cual si fueran redes, tras los productos de todas las regiones, hasta que la excesiva tensión culmina en un violento desgarramiento por efecto del esfuerzo y, volviéndose contra ellos, echa por tierra de cabeza a los que arrastra.

117. Todos ellos, por otra parte, son artesanos de la guerra. De allí que se diga que trabajan el hierro y el bronce, instrumentos de los que se enfrentan en plan de guerra. Cualquiera, en efecto, que observare, podrá advertir que las mayores diferencias entre los hombres en el campo privado y en el plano colectivo entre los estados, han sobrevenido antaño, tienen principio en nuestros días y tendrán lugar en el futuro o a causa de la hermosura de una mujer o por riquezas o por la gloria o por la fama o por el mando o por una adquisición o, en suma, para alcanzar cuanto constituye ventaja corporal y exterior.

118. En cambio, por causa de la cultura o la virtud, que son bienes de la inteligencia, la parte más elevada de nuestro ser, jamás estalló guerra alguna ni civil ni internacional. Es que estas cosas son pacíficas por naturaleza, y merced a ellas la estabilidad social, la observancia de las leyes y todas las clases de cosas de suprema hermosura son contempladas, no con la borrosa visión de los ojos del cuerpo, sino con la mirada, penetrante como ninguna, de los ojos del alma. Los ojos corporales, en efecto, sólo ven la superficie externa de las cosas; la mirada de la inteligencia, en cambio, penetra en el interior de las mismas; y, ahondando, contempla lo que hay oculto en sus mismas entrañas.

119. Todas las perturbaciones y sediciones que sobreviénenles a los hombres casi siempre tienen que ver no con otra cosa que con una verdadera sombra. Y así, el legislador llamó fabricante de instrumentos guerreros de bronce y de hierro a Tobel, el hijo de Sela, o sea, de la sombra; y su filosofía no se fundamenta en artificios verbales sino en la suma hermosura de las concepciones. Sabía, ciertamente, que toda fuerza naval o terrestre afronta los más grandes peligros a causa de los placeres del cuerpo y para obtener abundancia de cosas exteriores, sobre las que el tiempo, que todo lo atestigua, nada seguro y estable testimonia, porque estas cosas se parecen a las pinturas, las que son meras representaciones superficiales y desaparecen fuera de ellas mismas.

120. XXXV. Leemos que "la hermana de Tobel fue Noema" (Gen. IV, 22), cuyo nombre significa "obesidad". Y en efecto, cuando aquellos que persiguen el bienestar corporal y las cosas materiales de que he hablado obtienen algo de lo que apetecen, el resultado es que se tornan obesos. Yo, por mi parte, sostengo que tal obesidad no es señal de fuerza sino de debilidad, pues ella nos enseña a abstenemos de rendir honor a Dios, honor que es la primera y suprema posibilidad del alma.

121. Testigo de esto es la ley, que dice así en el gran canto: "Engordó, se puso pesado, se hinchó y olvidó a Dios, que lo creó, e hizo caso omiso de Dios, su Salvador." (Deut. XXXII, 13.) Es que realmente ya no se acuerdan del Eterno aquellos que en un momento propicio de la vida han alcanzado prosperidad. En todo caso, Dios para ellos no es otra cosa que esa ocasión favorable.

122. Y también por esto Moisés presta su testimonio exhortando a combatir las

doctrinas opuestas. Dice, en efecto: "La ocasión propicia los ha abandonado, pero el Señor está con nosotros." (Núm. XIV, 9.) De esto se concluye que el Divino lógos habita y transita en el ámbito de aquellos por los que es honrada la vida del alma, mientras que aquellos por quienes es honrada la vida de los placeres se quedan con efímeras y ficticias oportunidades. Éstos, pues, hinchados y abultados por la gordura y el deleite en creciente desarrollo, acaban por reventar. En cambio, aquellos que engordan gracias a la sabiduría, que alimenta a las almas amantes de la virtud, adquieren firme e inconmovible fuerza, de la que es símbolo la grasa de todo animal sacrificado que se ofrece en holocausto.

123. Dice, Moisés, a propósito de esto: "Toda grasa se debe siempre al Señor" (Lev. III, 16 y 17), mostrando que la opulencia de la inteligencia es atribuida a Dios y ofrecida a Él como cosa propia y de ese modo alcanza la inmortalidad; en tanto que la opulencia del cuerpo y de las cosas exteriores es atribuida a la ocasión que usurpa el lugar de Dios, y que ello muy presto pasa su lozanía.

124. XXXVI. Pienso que ha quedado suficientemente demostrado cuanto concierne a las mujeres e hijos de Lamec. Consideremos lo que podríamos llamar el nuevo nacimiento de Abel, el asesinado. "Conoció", dice el legislador, "Adán a su mujer Eva y ésta concibió y dio a luz un hijo y le dio el nombre de Set diciendo: 'Dios ha hecho surgir para mí otra simiente en lugar de Abel, a quien mató Caín." (Gen. IV, 25.) 125. "Set" significa "acción de regar". Así, en efecto, como las semillas y plantas de la tierra, cuando son regadas crecen, germinan y son fecundas en la producción de frutos; mas, si se las priva de riego se marchitan; del mismo modo el alma, a no dudarlo, cuando es regada por la grata corriente de la sabiduría, germina y progresa en su perfeccionamiento.

126. "Regar" [50] es a la vez una acción del que riega y una experiencia del que es regado. ¿Negaría alguien que cada uno de los sentidos es regado por la inteligencia, como por una fuente, y que la inteligencia extiende y proyecta sus poderes, como si fuesen canales? Quien esté en su sano juicio no dirá, ciertamente, que los que ven son los ojos, sino que es la inteligencia la que ve a través de los ojos; ni que son los oídos los que oyen, sino que aquélla oye a través de los oídos; ni que las fosas nasales huelen, sino que la facultad rectora lo hace por medio de las fosas nasales.
[50] O también dar de beber.

127. XXXVII. Por eso en el Génesis se dice: "Una fuente brotaba del seno de la tierra y regaba toda la superficie de la tierra." (Gen. II, 6.) En efecto, cuando la naturaleza destinó la cara para los sentidos, como su porción escogida dentro del cuerpo todo, la "fuente" que sube desde la facultad rectora, dividiéndose en muchas direcciones, elevó canales, por así decir, hasta la cara; y a través de ellos conduce los poderes hacia cada uno de los órganos de los sentidos. Análogamente, también el lógos de Dios riega las virtudes; puesto que él es el origen y la "fuente" de las nobles acciones.

128. Lo indica el legislador al señalar que: "Un río sale desde el Edén a regar el parque. Desde allí se reparte en cuatro cabeceras de ríos." (Gen. II, 10.) Las virtudes genéricas son, efectivamente, cuatro: prudencia, fortaleza, templanza, justicia; y cada una de ellas es una soberana y reina; y quien las ha adquirido conviértese al punto en soberano [51] y rey, aunque carezca de recursos materiales.
[51] Juego de palabras mediante el término arkhé, que significa manda y origen; lo que

permite a Filón afirmar que la expresión "en cuatro orígenes o cabeceras" (eis téssaras arkhás) significa 'en cuatro soberanas', que son las virtudes genéricas.

129. Las palabras "se divide en cuatro cabeceras de río" no señalan un distanciamiento entre ellas sino la soberanía y el poder de las virtudes. Ellas han brotado, como de una única fuente, del Divino lógos, al cual compara Moisés con un río debido al torrente permanente e ininterrumpido de principios y doctrinas, semejantes al agua potable,[52] con las cuales él nutre y hace crecer a las almas amantes de Dios.
[52] Literalmente: "bebible' (*potímos*), con lo que Filón alude a la acción de "regar o dar de beber" (*potímos*), que significa el nombre Set.

130. XXXVIII. Cuáles son las cualidades de estas almas nos lo enseña Moisés a fondo conduciéndonos paso a paso, y echando mano para su demostración a los procedimientos naturales. En exactísima descripción nos presenta, en efecto, a Agar, vale decir, la educación intermedia, que es criada de Sara, la virtud perfecta, llenando un odre de agua y dando de beber a su niño.[53] Cuando, pues, la educación intermedia, habiendo llegado hasta las profundidades del saber, al que Moisés llama "fuente", derrama sobre el alma, como dentro de una vasija las doctrinas y cuestiones en las que ella se ocupa, juzga conveniente nutrir al "niño" con lo mismo que le sirve a ella de alimento.
[53] Gen. XXI, 19.

131. Por "niño" entiéndese el alma recién lanzada en procura de la instrucción y, en cierto modo, engendrada poco antes para. el aprendizaje. Por ello [54] el niño, al llegar a mayor, se convierte en un sofista al que Moisés califica de "arquero", porque diestramente, como si se tratase de dardos, lanza pruebas contra el punto que se ha fijado como blanco.
[54] Por haberse nutrido exclusivamente de doctrinas de la categoría intermedia.

132. XXXIX. Rebeca, en cambio, aparece dando de beber a su discípulo, no ya con graduales progresos, sino con la perfección. La ley nos dirá de qué manera. Dice, en efecto: "La doncella era de muy hermoso aspecto; estaba intacta, no habiéndola conocido varón alguno. Habiendo bajado hasta la fuente, llenó su cántaro y tornó a subir. Un siervo corrió a su encuentro y le dijo: 'Dame de beber un poco de agua de tu cántaro', y ella le dijo: 'Bebe, señor'. Y apresuróse a bajar el cántaro sobre su brazo y le dio de beber hasta que él cesó de hacerlo. Y le dijo: 'También daré de beber a tus camellos hasta que hayan bebido todos'. Y se apresuró a vaciar su cántaro en el bebedero y, yendo de prisa al pozo, se proveyó de agua para los camellos." (Gen. XXIV, 16 a 20.)

133. ¿Quién no se sentirá admirado ante la precisión del legislador? Calificó a Rebeca de doncella y de doncella muy hermosa, pues la naturaleza de la virtud es libre de mezcla, sin adulteración, inmaculada y la única entre las cosas creadas que es a la vez hermosa y buena. De la virtud brotó la doctrina estoica de que sólo la belleza moral es buena.

134. XL. Pero, mientras algunas de las virtudes son siempre vírgenes; otras en cambio, trocáronse de mujeres no vírgenes en vírgenes. Tal es el caso de Sara. En efecto, "cesó de experimentar las reglas" (Gen. XVIII, 11) cuando concibió por primera vez en ocasión del alumbramiento de Isaac, personificación de la felicidad. La que es siempre

virgen, en cambio, no es conocida absolutamente por varón alguno, conforme con lo que dice Moisés, puesto que a ninguno de los mortales ha sido permitido manchar la naturaleza incorruptible ni aun conocer a ciencia cierta en qué consiste. Si, empero, llegare alguno a poder conocerla, no cesará de odiarla y de estar en guardia contra ella.

135. Tal es la razón por la que, con filosófico criterio, presenta Moisés a Lía como odiada.[55] Es que Lía, o sea, la que está al margen de las pasiones, no tolera a aquellos que son atraídos por los encantos de los placeres acordes con Raquel, vale decir, con la sensibilidad; y por eso, tratados con desprecio por ella, la odian. Mas para ella el distanciamiento respecto de lo creado trae aparejada la familiaridad con Dios; y, habiendo recibido de Él la simiente de la sabiduría, concibe Lía y da a luz ideas hermosas y dignas del Padre que las engendró. Si, pues, tú, oh alma, imitando a Lía, te alejares de las cosas mortales, te volverás por fuerza hacia el Inmortal, quien hará llover sobre tí las corrientes todas del bien.
[55] Gen. XXIX, 31. Ver Interpretación alegórica II, 47 y III, 180.

136. XLI. Dice Moisés que Rebeca bajó hasta la fuente a llenar su cántaro y que tornó a subir. ¿De dónde, en efecto, resulta natural que la inteligencia que bebe sabiduría se sature, sino de la sabiduría de Dios, la fuente inagotable y tal, que al descender hacia ella la inteligencia asciende de acuerdo con cierta innata característica del discípulo diligente? En efecto, la enseñanza de la virtud, acogiendo y tomando en sus brazos a los que descienden de la vacua altanería, los eleva con ilustre fama hacia las alturas. Ése es el motivo, creo yo, por el que Dios dice a Moisés: "Camina, desciende y sube" (Ex. XIX, 24); dando a entender que todo el que aprecia la magnitud de su propia inferioridad tórnase más altamente reputado entre los que juzgan con verdadero criterio.

137. Con mucha precisión dice el legislador que Agar lleva un odre hacia el lugar del agua, en tanto que lo que lleva Rebeca es un cántaro, puesto que aquélla, que preside el coro de los discípulos de la cultura general [56] necesita ciertos recipientes corporales, diríamos, de percepciones sensibles, es decir, los ojos y los oídos para la adquisición de los objetos del estudio, como que del mucho ver y del mucho oír resulta el beneficio para aquellos que aman aprender; en tanto que la que está llena de sabiduría sin mezcla, ninguna necesidad tiene absolutamente de una masa de cuero. Es que la que ama las cosas incorpóreas ha aprendido por vía de discernimiento a desnudarse por completo del cuerpo, simbolizado en el odre, y solamente necesita de un cántaro, que es símbolo de un recipiente que contiene a la facultad rectora, la que vierte copiosas corrientes a modo de agua. Si, concretamente, esta facultad es el cerebro o el corazón, quédese el dilucidarlo a cargo de los expertos en estas cosas.
[56] Ver Interpretación alegórica III, nota 85.

138. Viéndola, pues, verter de la sabiduría, vale decir, de la Divina fuente, las ciencias, el buen estudioso corre hacia ella y, cuando se halla frente a la misma, pénese a suplicarle que aplaque su sed de aprender. Ella, que ha sido instruida en la más respetable de las lecciones, la generosidad sincera, al punto le tiende el agua del saber, y lo invita a beber, al tiempo que llama "señor" al siervo. Ésta es la más alta de las verdades: que solamente el sabio es libre y señor, aun cuando su cuerpo estuviere sometido a innumerables amos.[57]
[57] Una de las más famosas paradojas del estoicismo. Ver Todo hombre bueno es libre.

139. XLII. Es del todo acertado que, al decirle el hombre "Dame un poco de beber", ella

no responda, como era de presumirse, "Te daré de beber", sino, "Bebe". Al decir "Bebe", en efecto, mostró la Divina abundancia, que ha sido derramada sobre todos aquellos que son dignos y capaces de sacar provecho de ella. Si, en cambio, hubiera dicho "Te daré de beber", ello hubiera equivalido a prometer que habría de instruirle. Pero nada que tenga que ver con una profesión [58] es propio de la virtud.
[58] Otro juego de palabras, esta vez entre *epangéllesthai* = prometer, y *epángelma* = promesa, y también profesión. La profesión a que aquí se hace referencia es, indudablemente, la enseñanza remunerada de quienes, como los sofistas, instruyen por motivos de lucro.

140. Suma es la sutileza con que Moisés caracteriza el método propio de la que enseña con provecho. Dice, en efecto: "Apresuróse a bajar el cántaro sobre su brazo". En las palabras "se apresuró" revélase la diligencia por procurar el bien, diligencia que surge de una disposición de la que se halla totalmente desterrada todo sentimiento de envidia; y la expresión "bajar sobre su brazo" muestra la estrecha relación que media entre el maestro y el discípulo, hacia el cual aquél se inclina para atenderlo con toda dedicación.

141. En efecto, necios son todos los maestros que se ponen a dictar lecciones no para capacitar a sus discípulos sino para aumentar su reputación personal, ignorantes de la gran diferencia que separa la educación de la ostentación. Porque el que se exhibe emplea sin embarazos el abundante caudal de capacidad que posee para exponer los resultados de largas horas de dedicación en su casa, como si se tratara de las obras de pintores o escultores expuestas en público, yendo a la caza del aplauso de los más. En cambio, aquel que se aplica a enseñar es como un buen médico, que, atento no a la grandeza de su arte, sino a las fuerzas del paciente, aplica, sin retaceos ni excesos, no cuanto le suministra su saber, que es ilimitado, sino lo que necesita el paciente.

142. XLIIL Por eso dice también Moisés en otro pasaje: "Prestarás al que necesita tanto cuanto necesitare, según su necesidad" (Deut. XV, 8); enseñando en la segunda parte que no todas las cosas deben ser concedidas a todos sino las correspondientes a la necesidad de los que las han menester. Es, en efecto, ridículo dar un ancla o un remo o un timón a un agricultor, o un arado o una azada a un piloto, o una lira a un médico, y los instrumentos de cirugía a un músico. Sería lo mismo que tener que llevar selectos manjares a los que padecen sed y brindar, en cambio, abundante vino puro a los que tienen hambre, sin otro objeto que hacer patente al mismo tiempo nuestra abundancia y nuestra aversión hacia nuestros semejantes al tomar a chanza las desgracias ajenas. Cosa de suma utilidad es determinar en las ayudas la cantidad en que, para no salirse de la medida, deben acordarse. Esto forma parte de la ayuda. "No des todo cuanto puedes", dice la recta razón, "sino cuanto el que necesita es capaz de recibir".

143. ¿No ves, por ventura, que también Dios manifiesta Sus comunicaciones no en proporción a Su propia perfección sino en relación con la capacidad de los que en cada caso habrán de recibir beneficios? Porque, por otra parte, ¿quién hubiera podido contener la potencia de los Divinos oráculos, si no hay oído cuya capacidad receptiva se equipare a la grandeza de los mismos? Tal es lo que con toda verdad parecen afirmar los que dicen a Moisés: "Hablanos tú y no nos hable Dios, porque pereceríamos." (Ex. XX, 19.) Es que se daban cuenta de que no poseían un órgano con capacidad para escuchar a Dios mientras Éste dictaba leyes para Su congregación.

144. Porque, si Él quisiera ostentar Su propia riqueza, no podría contenerla la tierra

entera, aun cuando el mar se convirtiera en tierra firme. A no ser que pensemos que la provisión de lluvias y de los otros bienes de la naturaleza se da conforme a períodos ordenados de estaciones y no ininterrumpidamente, a causa de que esos bienes son tal vez escasos e insuficientes, y no por una previsión en bien de los que se sirven de ellos, a quienes un goce ininterrumpido de dones como ésos traería aparejado más daño que provecho.

145. Por ello Dios impone un paréntesis siempre después de Sus primeras gracias, antes de que los que las reciben se tornen insolentes una vez saciados; y reserva otras para más tarde dispensarlas en reemplazo de las primeras; y una tercera tanda para reemplazar a la segunda, y siempre nuevas para sustituir a las precedentes, ora diferentes ora de la misma clase. La creación, en efecto, jamás se ve privada de los dones de Dios, pues, a ser así, hubiera perecido totalmente; mas no puede soportar su inmenso y copioso torrente. Ése es el motivo por el que, deseando Dios que nosotros tengamos el beneficio de los dones que dispensa, los limita a la capacidad receptiva de los que los recibimos.

146. XLIV. Merece, pues, nuestra aprobación Rebeca, la que, siguiendo las prescripciones del Padre, baja desde un lugar más elevado el recipiente de la sabiduría, representado por el cántaro, sobre su brazo, y alcanza al discípulo las enseñanzas que éste está capacitado para recibir.

147. Entre otras cosas también me asombra la prodigalidad de Rebeca; pues habiéndosele pedido un poco de beber, ella da mucho, hasta que el alma toda del que aprende se llena de las aguas de los discernimientos. Dice, en efecto, Moisés: "Le dio de beber hasta que cesó de hacerlo"; lo cual constituye un ejemplo admirable en grado sumo de amor al prójimo. Porque, si alguno llegare a estar necesitado de dones mayores y, viniendo a nuestro encuentro, pidiere poco por pudor, no hemos de ofrecerle sólo aquello que pide, sino también aquello que calla pero que realmente necesita.

148. Mas no es suficiente, para un completo aprovechamiento, que el discípulo se limite a aprehender aquello que el maestro le va enseñando, y la memoria debe unírsele también. Es ése el motivo por el que, dando muestra de su generosidad. Rebeca, una vez que le ha dado al siervo cuanto éste pudo beber, promete que dará también agua a los camellos, en los que debemos ver una representación de los recuerdos. Se trata, en efecto, de un animal rumiante, que desmenuza su alimento y, cuando recibe una carga muy pesada, agobiante, con grandísima vitalidad se levanta rápidamente.

149. Así también, el alma del que anhela aprender, cuando ha sido cargada con el peso de las investigaciones, no pierde su firmeza sino se regocija, elevándose. Y de la repetición y rumiación, por así decir, del alimento[59] depositado anteriormente resulta el recuerdo de lo que se ha observado.
[59] Los pensamientos aprehendidos ya, pero aún no memorizados.

150. Viendo ella que la naturaleza del siervo era susceptible de virtud, vació toda el agua, es decir, todo el saber en el alma del discípulo. En efecto, mientras que los sofistas, movidos por su avidez de lucro y por un espíritu envidioso, frustran las naturales cualidades de sus discípulos, al callar muchas cosas de las que debieran decir, reservándolas para sí mismos en espera de otra oportunidad de ganar dinero; [151.] la virtud, en cambio, caracterízase por la liberalidad y la generosidad, y no titubea jamás

en hacer el bien, empleando para ello, como se dice, la mano, el pie y todo su poder. Y cuando ha vertido como en un receptáculo, en la inteligencia de discípulo cuanto ella misma sabe,[60] va de nuevo a sacar agua del pozo, de la siempre fluyente sabiduría de Dios, para que el discípulo pueda fijar firmemente mediante la memoria lo ya aprendido anteriormente y beber otras nuevas nociones en el agua del saber. Es que la riqueza de la Divina sabiduría es ilimitada y produce nuevos frutos a continuación de los anteriores, sin cesar jamás de remozarse y renovar su lozanía.
[60] En evidente contradicción con las normas sobre la dosificación de los contenidos de la enseñanza recomendadas en 141 y ss.

152. Por eso, son completamente necios todos aquellos que pensaron haber alcanzado el límite extremo de algún saber, cualquiera fuere. Porque lo que en apariencias hállase próximo a su fin dista muchísimo de estarlo, ya que ninguno de los que han vivido ha alcanzado la perfección en ningún aspecto del saber; antes bien, tanto distan todos de ella cuanto dista un niñito recién nacido de un maestro que ya peina canas en lo que hace a la edad y a la preparación profesional.

153. XLV. Preciso es que indaguemos el motivo por el cual da Rebeca de beber de la fuente al siervo, y del pozo a los camellos. Probablemente el agua sea la misma. . .[61] la sagrada palabra, que alimenta las corrientes del saber; el pozo, en cambio, está vinculado a la memoria, ya que aquello que, habiendo estado presente, hállase actualmente sumergido es sacado, como de un pozo, mediante el recuerdo.
[61] Faltan algunas palabras en el texto griego. Posiblemente deba leerse algo como: "pero la fuente corresponde a la sagrada palabra que..."

154. Debemos pues, aprobar a tales hombres [62] por la excelente naturaleza que les ha correspondido. Y aunque entre los que se ejercitan hay algunos por quienes al principio el camino que conduce hacia la virtud es tenido por áspero, inaccesible y penoso, luego Dios, bienhechor universal, lo transforma en anchurosa ruta trocando en dulzura la amargura del esfuerzo. De qué manera lo transforma lo habremos de mostrar.
[62] Los discípulos de Rebeca, que se esfuerzan en pos de la perfección o la virtud perfecta.

155. Cuando Él nos sacó de Egipto, vale decir, de las pasiones del cuerpo, mientras marchábamos a lo largo del desolado sendero del placer acampamos en Mará, región sin fuentes de agua potable y que, en cambio, teníala completamente amarga.[63] Es que [64] todavía resonaban en nuestros oídos y nos cautivaban intensamente los deleites que llegan a nosotros a través de los ojos, los oídos, el vientre y los órganos sexuales.
[63] Ex. XV, 23.
[64] Vale decir, la razón de la amargura era que todavía resonaban.. .

156. Y así cada vez que queríamos liberarnos totalmente de ellos, ellos trataban de arrastrarnos en sentido contrario, atrayéndonos, envolviéndonos y seduciéndonos constantemente, al punto de que, sucumbiendo ante sus ininterrumpidos intentos de doblegarnos, nos apartábamos del esfuerzo como de algo muy amargo y desagradable, y deseábamos retornar de nuevo hacia Egipto, el refugio de una vida disoluta y licenciosa. Y así hubiera ocurrido si el Salvador, movido a compasión, no se hubiera anticipado y puesto en nuestra alma, cual un jarabe, un endulzante madero [65] trocando nuestro odio al esfuerzo en amor por éste.
[65] Ex. XV, 25.

157. Él sabía, en efecto, puesto que es el Creador, que es imposible para nosotros elevamos por sobre cosa alguna de las que existen, a menos que: un intenso amor [66] sobrevenga en nuestro ser. Ninguna, pues, de las cosas que cultivan los hombres llega a su adecuado coronamiento, si se carece de afección por ella; pero alcanzan el éxito más completo sí está presente además un sentimiento de amor y de íntima unión con el objeto deseado.
[66] Intenso amor por ese esfuerzo.

158. XLVI. El alimento del alma que se ejercita consiste precisamente en esto, en pensar que el trabajo no es cosa amarga sino muy dulce. Pero no a todos es dado participar de él sino. sólo a aquellos para quienes el becerro de oro, el ídolo egipcio, es decir, el cuerpo, quemado y molido, es disuelto en agua. Dícese, en efecto, en los sagrados libros que: "Habiendo Moisés tomado al becerro, lo quemó en el fuego y, luego de reducirlo a polvo, lo disolvió en agua y dio de beber la misma a los hijos de Israel." (Ex. XXXII, 20.)

159. El amante de la virtud, encendido por la brillante visión de la belleza, quema, en efecto, los placeres corporales, luego los corta y desmenuza mediante el principio de clasificación; y de este modo demuestra que la salud, la belleza, la precisión de los sentidos y la integridad física, así como la fuerza y la robustez, forman parte de los bienes corporales, de todos los cuales participan también los hombres abominables y malvados; no obstante que, por tratarse de bienes, de ninguno de ellos participaría ningún hombre ruin.

160. Sin embargo, estos hombres, aunque completamente depravados, como al fin y al cabo, son hombres y partícipes de la misma naturaleza que los hombres virtuosos, tienen participación en aquellos bienes a la par de estos últimos. Pero el caso es que también las más salvajes de las bestias se sirven de estos bienes, si realmente son bienes, en mayor medida aún que los seres racionales.

161. ¿Qué atleta, en efecto, podría igualar la fuerza de un toro o el vigor de un elefante? ¿Qué corredor podría igualar la velocidad de un perro joven o de una liebre? El hombre de mirada más penetrante resulta cortísimo de vista, ciertamente, comparado con el poder de visión de los gavilanes o las águilas. En cuanto al oído y al olfato, las creaturas irracionales, son muy superiores a los hombres, de modo que hasta un asno, tenido por la más estúpida de las creaturas irracionales, pondría al descubierto la torpeza de nuestro oído a poco que se estableciera un paralelo entre el suyo y el nuestro; en tanto que un perro con su enorme rapidez de olfato haría patente la insignificancia del olfato como parte del ser humano, puesto que llega a enormes distancias, al punto de que compite con la penetración de los ojos.

162. XLVII. ¿Y qué necesidad hay de extenderse en cada ejemplo? Esto, en efecto, estaba reconocido ya entre los más ilustres de los hombres de estudio antiguos, los que afirmaban que la naturaleza era la madre de los seres irracionales y la madrastra de los hombres, puesto que en lo que al cuerpo se refiere reconocían la debilidad de estos últimos así como la superioridad de la fuerza de aquéllos en todos los casos. Con razón, pues, el artífice desmenuzó el becerro, es decir, dividió en porciones todas aquellas cosas por las que prevalece el cuerpo, y puso de manifiesto que ellas están muy distantes del verdadero bien, no difiriendo en nada de las semillas sembradas en el agua.

163. Y éste es el motivo por el que se ha hecho constar que el becerro reducido a polvo fue diluido en el agua, como señal de que jamás podrá germinar en la materia perecedera ningún genuino retoño del bien. En efecto así como arrojada a la corriente de un río o de un mar, una simiente no puede poner de manifiesto los poderes que le son propios, por cuanto, si no ha sido colocada sujeta firmemente, como por anclas, mediante raíces a una porción de tierra fija cualquiera, resulta imposible que reverdezca, no diré ya un brote bien desarrollado, pero ni siquiera uno raquítico; o que produzca frutos con el correr de las estaciones; por cuanto el enorme y violento torrente del agua la destroza, al bañarla anticipándose a todos sus poderes procreadores; de idéntica manera, cuantas preeminencias atribuyen oradores y poetas al recipiente del alma son arruinadas antes de adquirir consistencia duradera, por efecto del constante fluir de la sustancia corpórea.

164. ¿Cómo, en efecto, sobrevendrían las enfermedades, la vejez y las formas de nuestro total aniquilamiento, si no hubiera un incesante drenaje de corrientes de contemplaciones de nuestra razón? Por eso, pues, el sagrado intérprete juzga conveniente que "demos de beber" [67] a nuestra inteligencia quemando completamente los placeres, moliendo y dispersando el complejo de los bienes corporales en minúsculo polvo, y pensando que de ninguno de ellos ha brotado ni florecido jamás la verdadera belleza, tal como no brotan ni florecen tampoco de las semillas que son colocadas bajo el agua.

[67] Es decir, que renovemos el caudal del recipiente que es nuestra inteligencia.

165. XLVIII. Los toros, los cameros y los machos cabríos, a los que Egipto rinde honor, y todas las otras estatuas hechas de materia perecedera, son tenidos por dioses, pero solo lo son para el oído,[68] no de verdad, y falsos son sus títulos. Aquellos que consideran que la vida es una representación teatral para viejos tontos graban, en efecto, falsas impresiones en las almas tiernas aún de los niños, valiéndose de los buenos oficios de los oídos, en los que vierten las necedades de los mitos. Vertiéndolas gota a gota hasta la misma inteligencia de aquéllos, fuerzan a forjarse dioses a aquellos que en cuanto a discernimiento jamás llegarán a ser hombres, y serán perpetuamente afeminados.

[68] O sea, de palabra, porque así lo pregonan.

166. El becerro, en efecto, no es fabricado con todas aquellas cosas que constituyen el atuendo femenino sino solamente con los aretes,[69] con lo que el legislador nos enseña que ninguno de los dioses fabricados por la mano del hombre es un dios para la vista y la verdad, sino para el oído y la fama; y para el oído de la mujer, no del hombre. Es que aceptar semejantes tonterías es, en realidad, obra propia del alma enervada y afeminada.

[69] EX. XXXIII, 2.

167. Sucede, en cambio, que el verdaderamente Existente es reconocido y percibido no sólo por la vía de los oídos sino también con los ojos de la inteligencia gracias al espectáculo de sus potencias que operan en el mundo y de la continua e incesante corriente de Sus inefables obras. Por ello en el gran canto pónese en boca de Dios estas palabras: "¡Ved, ved que Yo existo!" (Deut. XXXII, 39) con lo que establece que el Que realmente Existe es más bien aprehendido por una clara intuición que demostrado por argumentos verbales.

168. Al decir que el Que Es es visible no se emplea la expresión en sentido literal. Se

trata de un empleo fuera de regla de una expresión que se refiere a cada uno de Sus poderes. Tampoco en el pasaje que nos ocupa dice 'Vedme', puesto que es absolutamente imposible que el existente Dios pueda ser percibido por los seres. creados, sino "Ved que Yo existo", es decir 'Contemplad Mí subsistencia'. Basta, en efecto, para la inteligencia humana avanzar hasta comprender que la Causa de todas las cosas es y subsiste. Pretender avanzar más allá para indagar sobre Su esencia. y cualidades es simpleza propia de primitivos.

169. Ni siquiera a Moisés, el omnisciente, concedió Dios tal cosa, no obstante las innumerables súplicas de aquél. Una Divina comunicación, es: verdad, descendió sobre él diciéndole: "Verás Mis espaldas, mas. no Mi rostro" (Ex. XXXIII, 23); mas lo que esto significaba es lo siguiente: todo cuanto existe después de Dios es cognoscible para el hombre virtuoso, sólo Él es inaprehensible; inaprehensible a través de una aproximación frontal y directa, mediante la cual, en caso de que fuera posible, se revelaría cómo es Él; pero cognoscible a través de las potencias que Le siguen y acompañan, puesto que éstas ponen en evidencia, si no Su esencia, sí Su subsistencia más allá de las cosas que ha llevado a cabo.

170. XLIX. Habiendo, pues, engendrado la inteligencia un principio de buena disposición y cierta manera primaria de virtud, personificada en Set, cuyo nombre quiere decir "acción de regar", muéstrase ardorosa con un noble y santo ardor. Dice, en efecto: "Dios ha hecho surgir para mí otra simiente en lugar de Abel, a quien mató Caín." (Gen. IV, 25.) Con exactitud y de manera admirable queda señalado que ninguna de las Divinas simientes cae sobre la tierra sino todas marchan hacia lo alto "surgiendo" de los alrededores de la tierra.

171. En efecto, las simientes que son emitidas por los seres mortales para la generación de animales y plantas, no todas concluyen su cometido; y hemos de darnos por contentos si las que se malogran no son más que las que se conservan. Dios, en cambio, nada imperfecto siembra en las almas; sólo simientes tan provechosas y perfectas, que cada una produce al instante la multitud de frutos que le son propios.

172. L. En la afirmación de que Set germina como "otra simiente" no está aclarado respecto de quién es "otra". ¿Lo será respecto del asesinado Abel o del matador Caín? Mas probablemente el nuevo vástago difiera de uno y otro; de Caín como difiere un enemigo, puesto que la sed de virtud está en guerra total contra el desertor vicio; de Abel, como amigo y pariente, pues es "otro" no un extraño a él, y difiere como lo que está en los comienzos difiere de lo que ha alcanzado su completo desarrollo, y como lo que está en contacto con la creación difiere de lo que está en relación con el Increado.

173. Por esto mientras Abel, abandonando el ámbito mortal, se marcha y dirige en dirección a una naturaleza superior; Set, en cambio, como que es simiente de una virtud humana, jamás abandonará el orden de las cosas humanas, si bien alcanzará sucesivas prolongaciones.[70] La primera llega hasta el número perfecto diez, conforme al cual surge el justo Noé; la segunda, y superior a la primera, comienza en el hijo de Noé, Sem, y se extiende hasta completar el segundo diez, al que el fiel Abraham da su nombre; y la tercera, que llega al siete, número más perfecto que el diez, va desde Abraham hasta Moisés, el sabio en todas las materias; pues éste es el séptimo contando desde Abraham y no gira ya en la parte exterior de los santos recintos en calidad de iniciado, sino, como sacro intérprete, tiene su residencia en el santuario mismo.

[70] Mientras Abel ha abandonado esta vida sin dejar descendencia, Set se prolonga en su descendencia humana, la que Filón ordena en tres series, dos de diez descendientes cada una, y una de siete.

174. LI. Observa los avances en orden a su superación del alma que abriga deseos insaciables de saturarse de cosas nobles, y la ilimitada riqueza de Dios, quien ha dado como punto de partida para otros la meta alcanzada por los anteriores. En efecto, el límite del saber alcanzado por Set conviértese en el punto de partida del justo Noé. Abraham comienza su instrucción en el punto en que la concluyó Noé; y la culminación de la sabiduría de Abraham es la ejercitación inicial de Moisés.

175. Consejo y Consentimiento, las dos hijas de Lot, el hombre que, impulsado hacia lo alto, cae luego por efecto de la debilidad de su alma, desean engendrar hijos de su propio padre,[71] es decir, de la inteligencia, con distinto criterio que el que dice:
"Hizo surgir para mí Dios. ..": puesto que afirman que es la inteligencia la que puede proporcionarle aquello que el Que Es ha proporcionado a Adán; con lo cual sostienen la doctrina propia del alma embriagada y extraviada. Porque mientras es obra del sobrio y prudente discernimiento el reconocer a Dios como autor y padre del universo; del que ha sido arruinado por la embriaguez y la demencia lo es el pretender que él mismo es quien ha producido cada una de las cosas humanas.
[71] Gen. XIX, 32.

176. Las malas intenciones no llegan, pues, a la unión con su padre sin antes saturarlo del vino puro de la insensatez y ahogar su clarividencia, si es que alguna había en él. Consta, efectivamente, que: "Dieron de beber vino a su padre." (Gen. XIX, 33.) Por lo tanto, mientras no le den de beber, ninguna simiente legítima recibirán de la inteligencia en estado sobrio; cuando, en cambio, bajo los efectos de la bebida se embriagare, ellas quedarán preñadas, y serán vituperables sus dolores de parto, y malditos los hijos que engendren.

177. LII. Por eso Moisés arroja fuera completamente de la sagrada congregación a su impía e impura simiente. Dice, en efecto: "Los amonitas y los moabitas no entrarán en la asamblea del Señor." (Deut. XXIII, 2.) Y éstos no son otros que los descendientes de las hijas de Lot, los que suponen que por la inteligencia y por la sensibilidad, un macho [72] y una hembra, son engendrados, como por un padre y una madre, todas las cosas; y sostienen que éste es el origen verdadero de la creación.
[72] Recuérdese que *noús* = inteligencia, es masculino.

178. Nosotros, en cambio, si alguna vez hemos incurrido en este desatino, como quien sale a flote de entre el oleaje, procuremos el arrepentimiento, actitud firme y salvadora, y no lo abandonemos antes de habernos liberado completamente del agitado mar, vale decir, de la corriente impetuosa de nuestro extravío.

179. Conforme con esto, también Raquel, habiendo primero elevado un pedido a la inteligencia,[73] como si fuera incumbencia de ésta el engendrar vástagos, y habiendo escuchado esta respuesta: "¿Estoy yo, acaso en el lugar de Dios?" (Gen. XXX, 2), atendiendo a lo dicho y habiendo aprendido la lección, concretó una retractación plena de santidad. En efecto, la retractación de Raquel hállase escrita en una súplica grata a Dios: "Que Dios me añada otro hijo" (Gen. XXX, 24), súplica que es imposible que sea hecha por ninguno de los insensatos que sólo persiguen su propio placer y consideran

que todo lo demás es cosa de gran risa y chanza.
[73] Jacob.

180. LIII. Corifeo de esta doctrina es Onán, pariente del membranoso Er. Dice, en efecto, Moisés: "Conociendo éste que la descendencia no sería suya, cada vez que entraba en la mujer de su hermano, dejaba caer en tierra el esperma" (Gen. XXXVIII, 9), superando así todo límite en el egoísmo y el amor a los placeres.

181. Al procurar solo tu propio provecho, le diría yo, ¿anularás todas las cosas excelentes que existen sin alcanzar alguna ventaja de ellas, como el honor tributado a los padres, el cuidado de una mujer, la educación de los hijos, las satisfacciones de las relaciones con los servidores domésticos, la administración de una casa, la dirección de una ciudad, el mantenimiento de las leyes, la observancia de las costumbres, el respeto hacia los mayores, la veneración por los muertos, la solidaridad para con los vivos, la piedad hacia Dios en las palabras y en las obras? Porque estás destruyendo y disipando todas estas cosas, y engendrando y nutriendo para ti mismo el glotón e insaciable placer, origen de todos los males.

182. LIV. Rehuyendo de él, el sacerdote y ministro de la Belleza única, Fineas, el que, acorde con su nombre, que significa "bozal de la boca", controla las entradas y salidas del cuerpo, de manera que ninguna de ellas yerre y adopte actitudes arrogantes; tomando la lanza,[74] vale decir, explorando y averiguando la naturaleza de los seres y no descubriendo nada más venerable que la virtud, atravesó y destrozó con la razón a la creatura detestadora de la virtud y amante del placer, y los lugares de los cuales brotaron los ilegítimos y desvariados placeres y voluptuosidades.
[74] En realidad se trata de una especie de sonda metálica de prueba, empleada por los soldados antiguos para comprobar si el enemigo no había cavado pozos u hoyos en el terreno.

183. La ley dice, en efecto, que atravesó a la mujer en medio del vientre.[75] Habiendo, pues, hecho cesar de este modo la sedición que llevaba consigo y habiéndose desembarazado de su propio placer, en vista de su celo por Dios, el Primero y el Único, fue honrado y coronado con los dos mayores premios: la paz y el sacerdocio; con la paz, porque había puesto fin a la guerra intestina de los placeres del alma; con el sacerdocio, porque éste es de nombre [76] y de hecho hermano de la paz.
[75] Núm. XXV, 7 y ss.
[76] Quizá por el muy discutible parecido entre *etréne* = paz, y *hierosyne* = sacerdocio.

184. En efecto, siendo la inteligencia consagrada Su ministro y servidor, debe hacer todo aquello con lo que Su Señor se complace, y las complacencias de Éste están en el mantenimiento de la buena organización y estabilidad de la sociedad, y en la abolición de las guerras y sediciones, no sólo de las que los estados llevan a cabo unos contra otros, sino también de las que tienen lugar en el alma; las que son mayores y más graves por cuanto ultrajan a la razón, la más divina de nuestras facultades, en tanto que las armas llegan a dañar a los cuerpos y a los bienes, pero no pueden jamás inferir daño alguno a un alma sana.

185. Por ello, hubieran obrado rectamente las ciudades, si, antes de enviar unas contra otras armas y máquinas de guerra para la completa esclavitud y aniquilamiento de los hombres, hubieran persuadido a cada uno de los ciudadanos a poner fin al desorden

inmenso, grave e incesante que lleva en su interior. Porque este desorden, si hemos de hablar con franqueza, es el arquetipo de todas las guerras sin excepción; y abolido él, las guerras que se emprenden a imitación del mismo, no tendrán ya lugar, y la especie humana alcanzará a gozar y disfrutar de una paz profunda, instruida por la ley de la naturaleza, es decir, la virtud, en lo que hace a la honra que se ha de tributar a Dios y al servicio que ha de prestársele, pues este servicio es fuente de felicidad y larga vida.

SOBRE LOS GIGANTES

(DE GIGANTIBUS)

1. I. "Y esto sucedió cuando los hombres comenzaron a multiplicarse sobre la tierra y les fueron engendradas hijas." (Gen. VI, 1.) Vale la pena, yo pienso, preguntarse por qué razón a partir de Noé y sus hijos nuestra raza crece multiplicándose tanto. Pero quizá no sea difícil determinar el motivo. Siempre, en efecto, al aparecer algo excepcional, lo contrario se pone sobradamente de manifiesto.

2. Así, las felices disposiciones de uno ponen de manifiesto la ineptitud de muchísimos; y las habilidades artísticas y técnicas, la capacidad intelectual, y las cosas buenas y hermosas, escasas, como son, hacen patente la inadvertida e incontable multitud de hombres sin destreza, de cortos alcances, injustos y, en general, ruines.

3. ¿No ves que también el sol, que es único en el universo, esparce sus rayos alumbrando la infinita y profunda obscuridad que cubre tierras y mares? Es, pues, natural que también el nacimiento del justo Noé y de sus hijos confirme la abundancia de injustos, puesto que está en la naturaleza de los opuestos el que unos pongan de manifiesto con claridad suma la existencia de los 'otros.

4. En el dominio de lo espiritual no se da jamás el caso de que el injusto engendre un vástago masculino. Por el contrario, los hombres de pensamiento cobarde, enervado y afeminado por naturaleza engendran seres femeninos; sin llegar a sembrar árbol alguno de virtud, cuyos frutos serían por fuerza nobles y vigorosos, sino sólo árboles de vicios y pasiones, cuyos brotes son afeminados.

5. Por esa razón se dice que estos hombres han engendrado hijas, y de ninguno de ellos se dice que tuviera un hijo. En efecto, puesto que el justo Noé, adepto de la perfecta, recta y verdaderamente masculina razón, engendra hijos varones, la injusticia de la mayoría aparece como engendradora de una descendencia exclusivamente femenina, ya que resulta imposible que padres de naturaleza contraria engendren los mismos hijos; y los hijos son también de la naturaleza contraria.

6. II. "Al ver los ángeles de Dios que eran hermosas las hijas de los hombres, tomaron para mujeres suyas a las que eligieron entre todas." (Gen. VI, 2.) Moisés acostumbra llamar ángeles a los seres que otros filósofos suelen llamar genios.[1] Se trata de almas que vuelan por los aires.

[1] Los dáimones eran, en la mitología griega, seres inspiradores, espíritus intermediarios entre los dioses y los hombres.

7. Y nadie piense que lo dicho es una invención. Por fuerza el universo tiene que estar lleno de vida en todas sus partes y cada una de las divisiones primarias y elementales del mismo debe contener los seres vivientes que le son propios y adecuados; la tierra, los terrestres; el mar y los ríos, los acuáticos; el fuego, los de origen ígneo,[2] que, según es fama, existen sobre todo en Macedonia; y el cielo, los astros.

[2]. Mencionados por Aristóteles, Historia de los animales V, 552, y por otros escritores.

8. Estos últimos son, en efecto, almas totalmente incontaminadas y divinas,[3] por lo que

se mueven con el movimiento más familiar a la inteligencia, el circular, pues cada uno de ellos es una inteligencia purísima. Es, por consiguiente, necesario que también el aire esté lleno de seres vivientes. Éstos, sin embargo, nos resultan invisibles, lo que se explica, porque tampoco el aire es visible para nuestros sentidos.
[3] Conforme con la opinión de Platón, Aristóteles y los estoicos.

9. Mas del hecho de que la vista sea incapaz de percibir las formas de las almas, no se sigue que no existan almas en el aire. Preciso es que las mismas sean aprehendidas por la inteligencia a fin de que lo semejante sea discernido por lo semejante.

10. Y he aquí una consideración más. ¿No viven por el aire y por el aliento todas las creaturas vivientes terrestres y acuáticas? ¿Y no es verdad que cuando el aire se ha puesto en mal estado origínanse frecuentemente enfermedades pestilentes, como probando que el aire es el origen de la vida animal para cada una de las creaturas? Y por otra parte, ¿no es cierto que, cuando se presenta propicio y no dañoso, como sobre todo es frecuente que se halle en las brisas del bóreas, cada uno, al aspirar una atmósfera más pura, tiende a sentir una mayor y más duradera sensación de vitalidad?

11. ¿Es, entonces, razonable que el elemento gracias al cual están dotados de vida los otros, los acuáticos y los terrestres, esté él desierto y carente de seres vivientes? Por el contrario, pues, aun en el caso de que los restantes elementos no produjeran vida animal, el aire al menos debería necesariamente engendrar creaturas vivientes, por cuanto ha recibido como especial gracia del Creador las simientes de la vida.

12. III. Ahora bien, una parte de las almas descendió hacia los cuerpos; otra, en cambio, jamás se dignó a unirse con porción alguna terrestre. Estas almas se hallan consagradas y aplicadas al servicio del Padre; y el Creador las emplea permanentemente como ministros y servidores para el cuidado de los mortales.

13. Aquellas otras, en cambio, habiendo descendido hacia el cuerpo, como hacia un río, unas veces arrebatadas por la violencia del torrentoso torbellino fueron tragadas por él; otras, habiendo sido capaces de hacer frente a la corriente, primeramente salieron a la superficie y luego tornaron a subir al lugar de donde se habían lanzado hacia abajo.

14. Éstas, pues, son las almas de los que se han consagrado a la genuina filosofía, preocupadas desde el comienzo hasta el final por morir para la vida en los cuerpos a fin de alcanzar la vida incorpórea e incorruptible junto al Increado e Inmortal.

15. Las que se han hundido bajo la corriente, en cambio, son las de los otros hombres, que despreciaron la filosofía entregándose a las cosas inseguras y fortuitas, de las que ninguna tiene que ver con las partes más elevadas de nuestro ser, es decir, con el alma o con la inteligencia; y todas, por el contrario, miran a lo mortal que traemos con nosotros al nacer, es decir, al cuerpo, o a los objetos con menos vida aún que éste; me refiero a la gloria, las riquezas, las magistraturas, los honores y todas las otras ilusiones que son forjadas a modo de imágenes o pinturas por aquellos que no han contemplado las verdaderas bellezas y se guían por una falsa opinión.

16. IV. Si tuvieres presente, pues, que almas, genios y ángeles son una sola e idéntica cosa bajo diferentes nombres, te liberará» de la pesadísima carga que es el temor a los genios mitológicos. Ciertamente, así como la mayoría de los hombres habla de genios

buenos y malos, e igualmente admite que entre las almas hay buenas y malas, tampoco andarás errado si reconocieres como ángeles no sólo a los que son dignos de tal nombre, es decir, a ciertos embajadores de los hombres ante Dios, y de Dios ante los hombres,[4] de carácter sagrado e inviolable en mérito a este irreprochable y hermosísimo ministerio; sino además a los que no son sagrados ni merecen tal nombre.
[4] Ver Platón, Simposio 202 e.

17. Testimonio de lo que digo son estas palabras del salmista que leemos en uno de los salmos: "Lanzó Dios sobre ellos el furor de Su cólera; cólera, furor y aflicción, un envío a cargo de los malos ángeles." (Salmos LXXVII, 49.) Éstos son los ángeles malos, los ocultos bajo el nombre de ángeles, que no conocen a las hijas de la recta razón, vale decir, a las ciencias y a las virtudes, y cortejan, en cambio, a los placeres,[5] hijas mortales de hombres mortales, carentes de toda legítima belleza, belleza que sólo la inteligencia discierne; y revestidas de falsa hermosura, por la que son engañados los sentidos.
[5] *Hedoné* = placer, es femenino, por lo que en griego compagina más que en español el atribuir al placer naturaleza femenina, como hace Filón.

18. No todos ellos toman a todas las hijas, sino unos a unas y otros a otras de entre la multitud inmensa que escogieron para sí; unos, los placeres de la vista; otros, los del oído; otros, los del gusto y el vientre; algunos, los sexuales; y muchos también, no teniendo límites sus inmoderados deseos, se apoderaron de aquellos que se apartan muchísimo de lo común; ya que, por fuerza, las preferencias respecto de placeres variados han de ser variadas también, adaptándose a unos placeres unos, y otros a otros.

19. V. Entre estos tales es imposible que el espíritu de Dios habite y permanezca siempre, como lo declara el mismo legislador diciendo: "Dijo Dios Soberano: 'No permanecerá Mi espíritu entre los hombres para siempre, pues ellos son carnes'." (Gen. VI, 3.) En efecto. Su espíritu no permanece para siempre entre nosotros, es decir entre la mayoría de los hombres; aunque en ocasiones nos visita.

20. Porque, ¿quien es tan irracional y carente de espíritu, que jamás ni voluntaria ni involuntariamente haya recibido una -concepción de lo más elevado? Nadie; porque incluso sobre los malvados vuela a menudo de improviso la visión de lo noble; aunque éstos son impotentes para recogerla y guardarla consigo.

21. Es que ella se va rápidamente cambiando de lugar, y .se aleja de las residencias de aquellos que han llegado a su presencia después de haber vivido apartados de la ley y la justicia, y jamás hubiera venido hacia éstos a no mediar su propósito de refutar a los que eligen lo ruin en vez de lo hermoso.

22. El nombre "espíritu de Dios", entiéndese en dos sentidos. Según uno de ellos, designa el aire que fluye desde la tierra, es decir, el tercer elemento, que se mueve sobre el agua, por lo que en el relato de la creación dice Moisés: "El espíritu de Dios flotaba sobre las aguas" (Gen. I, 2); lo que se explica porque, siendo más liviano, el aire, se -eleva y flota arriba teniendo al agua como base; según el otro, se aplica al conocimiento puro del que, lógicamente, todo hombre sabio participa.

23. El legislador lo señala, cuando dice, refiriéndose al autor y artífice de las sagradas obras: "Llamó Dios a Beselel, y le llenó del Divino espíritu, de sabiduría, de entendi-

miento, de ciencia, para que discerniese en toda obra." (Ex. XXXI, 2 y 3.) Con lo dicho ha quedado descrito sucintamente lo que es el espíritu de Dios.

24. VI. Tal Divino espíritu es el que, posado en Moisés, visita. a los setenta de mayor edad para que puedan sobresalir sobre los otros y llegar a ser mejores; pues no es posible que éstos sean mayores [6] de verdad si no han recibido participación en aquel espíritu omnisciente. Leemos, en efecto, lo siguiente: "Tomaré el espíritu que hay en tí y lo colocaré sobre los setenta ancianos." (Números XI, 17.)

[6] El término presbyteros = de mayor edad, anciano, significa también, de mayor jerarquía, más dignos de veneración.

25. Mas no pienses que el tomar el espíritu es una operación similar a una amputación o separación de algo. Por el contrario, ocurre como cuando se saca fuego del fuego. Éste, aunque de él se encendieren infinitas antorchas, permanece tal cual estaba sin sufrir mengua alguna. Tal es también la naturaleza del saber: a todos los que acuden a él y se convierten en sus discípulos los transforma en hombres de provecho, y él, por su parte, no por eso disminuye en lo más mínimo. Y no sólo eso, sino a menudo tiende a mejorar, tal como, según dicen, mejoran las fuentes al serles sacada agua. Se sostiene, en efecto, que entonces las aguas se tornan más dulces.

26. Por cierto que las continuas enseñanzas brindadas a los demás, al vincular el estudio a la ejercitación, conducen a un total perfeccionamiento del saber. Si fuera, pues, el propio espíritu de Moisés o el de otro mortal cualquiera el que hubiera de ser distribuido entre tan gran número de discípulos, al ser fraccionado en otras tantas porciones, disminuiría.

27. Mas he aquí que el espíritu que hay sobre él es el espíritu del saber, el Divino, el no fraccionable, el indivisible, el excelente, el que se halla lleno en todas sus partes, el que beneficia sin sufrir daño, y, aun distribuido entre otros o agregado a otros, no disminuye ni en entendimiento ni en ciencia ni en sabiduría.

28. VII. Por eso, pues, el Divino espíritu puede permanecer un tiempo en el alma, pero no puede residir permanentemente en ella, según dijimos. ¿Y por qué nos asombramos de esto? La verdad es que ninguna otra cosa de las que poseemos constituye una firme y segura posesión, por cuanto las cosas humanas oscilan en vaivén, suben y bajan como platillos de balanza y a cada momento experimentan nuevos cambios.

29. Pero la mayor causa de la ignorancia es la carne y nuestra estrecha vinculación con la carne. Y es el mismo Moisés quien lo reconoce cuando afirma que "por ser ellos carnes" el Divino espíritu no puede continuar en ellos. Sin duda, el matrimonio, el cuidado de los hijos, la provisión de las necesidades, la falta de reputación con su secuela de pobreza, los negocios, tanto de la vida privada como de la pública, y otras innumerables cosas agostan la sabiduría antes de que ella florezca.

30. Mas ninguna de ellas constituye un obstáculo tan importante para su crecimiento como la naturaleza de las carnes. Ésta sirve de apoyo a la ignorancia y a la falta de estudio, cual si fuera un primero y principalísimo fundamento en el que cada una de dichas limitaciones se asienta como un edificio.

31. Y así, mientras las almas libres de la carne y el cuerpo pasan sus días en el teatro del

universo y gozan sin traba ninguna contemplando y oyendo Divinas cosas, dominadas por un amor insaciable hacia ellas; las que soportan la penosa carga de las carnes, en cambio, fatigadas y abrumadas, son incapaces de mirar a lo alto hacia las revoluciones celestes, y con sus cuellos hacia abajo, son forzadas a estar enraizadas en la tierra a modo de animales cuadrúpedos.

32. VIII. Por este motivo el legislador, decidido ya a terminar con las relaciones y uniones sexuales ilegales e ilícitas comienza de esta manera: "Un hombre, un hombre no se acercará a ninguno de los parientes de su carne para descubrir su vergüenza; Yo soy el Señor." (Lev. XVIII, 6.) ¿Cómo un mandato de desdeñar la carne y cuanto a ella atañe podría ser más imperativo que el formulado en estos términos?

33. Por cierto que no se limita a prohibir; sino afirma, además, concretamente que el hombre de verdad no se aproximará jamás por su voluntad a los placeres, amigos y parientes del cuerpo, sino siempre estará abocado al estudio del modo de mantenerse ajeno a ellos.

34. El hecho de repetir "un hombre, un hombre. ..", en vez de decirlo una sola vez, es señal de que no se refiere aquí del hombre compuesto de cuerpo y alma sino a aquel que cultiva la virtud. Éste, en efecto, es el verdadero hombre, el que decía buscar uno de los antiguos [7] cuando, lámpara en mano en pleno medio día, era interrogado sobre su propósito. Por otra parte, el no aproximarse a nada que fuere propio de la carne se apoya en un motivo convincente. En efecto, existen cosas que se han de admitir, como, por ejemplo, las cosas imprescindibles, cuyo empleo nos permite vivir sin enfermedades y con salud; pero han de desecharse las cosas superfluas que encienden los apetitos que con una sola llamarada consumen todas las cosas nobles.

[7] Diógenes el Cínico, según Diógenes Laercio VI, 41.

35. No sean, pues, excitados nuestros apetitos hacia ninguna de las cosas amigas de la carne, porque los incontrolables placeres a menudo, cuando nos adulan, a manera de perros, se vuelven contra nosotros y nos infieren mortales mordeduras. Por lo tanto, destruyamos la plebe múltiple, incontable, de implacables enemigos; y entreguémonos a la moderación, que es amiga de la virtud, y no a las cosas pertenecientes al cuerpo. Puede ocurrir que alguna circunstancia fortuita nos fuerce a tomarlas en mayor medida que la razonable y suficiente, pero que no sea nuestra propia iniciativa la que nos haga aproximar a ellas. Dice el legislador: "No se aproximará él mismo a descubrir la vergüenza".

36. IX. Merece que expliquemos qué significan estas palabras. Se ha dado frecuentemente el caso de hombres que poseyeron riquezas en cantidades imposibles de calcular, no obstante no haber emprendido negocio alguno. Otros, a su vez, no habiéndose preocupado por la gloria, han sido considerados merecedores de públicos aplausos y honores. Otros, por su parte, vivían sin esperanza de fuerza corporal ni aun pequeña, y les sobrevino un vigor sumo.

37. Aprendan todos éstos que no deben "aproximarse" con deliberado propósito a ninguna de dichas cosas, es decir, que no deben admirarlas ni aprobarlas con excesiva complacencia, y sí convencerse de que cada una de ellas no sólo no es un bien sino se trata de un grandísimo mal, tanto las riquezas como la opinión como la fuerza corporal. Porque es propio de los amantes de la riqueza el "aproximarse" a la riqueza; de los

amantes de la gloria, el ir al encuentro de la gloria; de los aficionados a las competencias artéticas y los ejercicios físicos, el procurar la fuerza corporal, puesto que han entregado el alma, lo mejor de ellos, a lo peor, las cosas sin alma.

38. En cambio, todos los que son dueños de sí muestran que sus brillantes y envidiables éxitos están sometidos al control de la inteligencia, como a un jefe; y si éstos se les "aproximan", los aceptan con el fin de mejorar sus vidas; mas, si están lejanos, no tratan de "aproximarse" a ellos, pues entienden que también apartados de ellos pueden vivir felices.

39. El que los busca y quiere ir tras sus huellas satura la filosofía de vulgar opinión; y por esto se dice "descubrir la vergüenza". ¿Cómo, en efecto, no van a ser claros y manifiestos los motivos de "vergüenza" de los que se dicen sabios, si trafican con la sabiduría y lucran con ella; tal como dicen que hacen los que pregonan sus mercancías en el mercado; unas veces por mezquina ganancia; otras por una grata y seductora palabra; en ocasiones por una peregrina esperanza no fundada en seguridad alguna y a veces por promesas que en nada difieren de los sueños.

40. X. Las palabras que siguen: "Yo el Señor" son de hermosura suma, y profunda es la enseñanza contenida en ellas. Dicen, en efecto: 'Compara, amigo mío, el bien de la carne con el del alma y del universo. Y no digas que, como el bien de la carne es el irracional placer, y el del alma y del universo es la Inteligencia de todas las cosas, vale decir, Dios; la comparación[8] es entre cosas que no son comparables y resulta ser algo tan disputado, que a causa de la estrecha semejanza puede inducir a engaño.[9]

[8] La comparación para decidir lo superior y lo inferior solo cabe entre creaturas, nunca entre éstas y Dios; por lo tanto no cabe comparar el placer con Dios.

[9] La traducción es meramente conjetural, pues el texto está, evidentemente, alterado e incompleto; y no resulta claro el sentido de la última parte del pasaje. Quizá deba entenderse que la comparación resulta impracticable por la total inexistencia de características comunes entre las cosas comparadas. En tal caso lo de "estrecha semejanza" tal vez encierre un dejo de ironía.

41. Porque en ese caso, podríamos afirmar que una misma cosa son lo vital y lo inerte, lo racional y lo irracional, lo ordenado y lo desordenado, lo adecuado y lo superfluo, la luz y las tinieblas, el día y la noche y cada cosa y su contraria.

42. Y, sin embargo, estas parejas de cosas tienen, al fin y al cabo, cierta afinidad y parentesco por el hecho de haber recibido la creación;[10] pero Dios no es semejante ni a la más excelsa de las cosas engendradas, pues ésta ha sido creada y seguirá siendo un ente pasivo, en tanto que Dios es increado y eternamente activo.

[10] Es decir, haber sido creados, estar dentro de la esfera de lo creado.

43. Hermoso es conservar el puesto en el orden Divino, en el que todos los que ocupan un lugar son excelentes sin excepción; y no desertar hacia el cobarde y tortuoso placer, que daña a sus amigos y ayuda a sus enemigos. La naturaleza del placer en efecto, es de lo más extraña, y a aquellos a los que desearía hacer partícipes de los bienes que posee, a ésos los perjudica; en tanto que a los que desearía despojar, les proporciona los mayores favores; pues daña cada vez que da; y favorece, cada vez que priva.

44. Por lo tanto, alma mía, si alguno de los atractivos del placer te incitare, repliégate

sobre ti misma y, girando hacia el lado opuesto la vista, contempla la genuina belleza de la virtud, y obsérvala continuamente hasta que un deseo vehemente te abrace y, como una piedra magnética, te atraiga, te acerque y te ate a lo que deseas.

45. XI. Pero al oír la expresión: "Yo, el Señor", no hemos de pensar que su significado es solamente. 'Yo soy la perfección, la incorruptibilidad y la verdadera bondad', con cuyo abrazo todo hombre evitará lo imperfecto, corruptible y dependiente de la carne. No, también significa "Yo soy el soberano, rey y señor".

46. Y peligroso es para los súbditos delinquir en presencia de sus monarcas, y para los esclavos faltar estando presentes sus amos. Lo prueba el hecho de que, cuando los que han de pedir cuentas están cerca, los que no están naturalmente capacitados para controlarse por sí mismos, se toman prudentes por efecto del miedo.

47. Dios, como todo lo ha llenado de Su ser, está cerca de nosotros, de modo que ante Su vigilancia y lo cercano de Su presencia, nos hemos de abstener de incurrir en faltas, por respeto hacia Él preferentemente; y si no es ése el motivo, al menos por temor ante el poder de Su soberanía, que es invencible, tremendo e inexorable en los castigos, una vez que ha resuelto hacer uso de ese poder de castigar. De este modo el Divino espíritu de sabiduría no cambiará fácilmente de sede abandonándonos, sino siempre permanecer; entre nosotros, pues también permaneció junto al sabio Moisés.

48. Éste, efectivamente, se caracteriza por sus posturas serenas en grado sumo, sea que se halle de pie, sea que permanezca sentado, siendo por naturaleza sumamente reacio al cambio y a las transformaciones. Se dice, en efecto, que "Moisés y el arca no se movieron". (Núm. XIV, 44.) Ello se debe o a que el sabio no puede apartase de la virtud, o a que ni la virtud está sujeta a movimiento ni el hombre de bien al cambio, sino hállanse ambos asentados sobre la solidez de la recta razón.

49. Y en otro pasaje dice de nuevo: "Pero tú quédate aquí Conmigo". (Deut. V, 31.) Se trata de un oráculo que anuncia al profeta que son inalterables la estabilidad y la tranquilidad que se experimentan en presencia de Dios, quien siempre permanece inmutable; porque, por fuerza, todo aquello que se ajusta a una sana norma sigue el recto camino.

50. Tal es, yo pienso, la razón por la que la desmedida vanidad, llamada Jetró, asombrada ante la norma de vida del sabio, firme, absolutamente consecuente y sin variantes en lo que hace a su naturaleza y modalidad, se arrima e inquiere así: ¿Por qué sólo tú permaneces sentado?" (Ex. XVIII, 14.)

51. Es que cualquiera, ante el espectáculo de la incesante guerra que en plena paz sostienen los hombres no sólo entre naciones, países y ciudades, sino también en el ámbito del hogar, y, más aún, dentro de cada hombre en particular; y de la inexpresable y oprimente tempestad de las almas, desatada por la violencia del torrente de los problemas de la vida; con razón se queda pasmado cuando alguien es capaz de conservar la serenidad en medio de la tempestad o la calma entre el oleaje del mar embravecido.

52. ¿Observas cómo ni siquiera el sumo sacerdote, el lógos,[11] aunque posee poder para entregarse a la tranquila meditación de las sagradas doctrinas, ha alcanzado licencia

para acercarse a ellas en todo tiempo, y apenas le es dado hacerlo una vez al año?[12] Es que el lógos en forma de palabra no es constante pues ésta es doble; en cambio, la contemplación del Que Es a través del alma solamente, sin mediación de palabra, es totalmente segura por cuanto se basa en la indivisible unidad.[13]

[11] Ver Sobre los querubines, nota 8. Aarón, según Filón, simboliza a ambos lógoi, y solo como personificación del lógos pensado puede entrar en el sagrado recinto para alcanzar a través de la meditación silenciosa la "inalterable serenidad" de Moisés.

[12] Lev. XVI, 2 y 34.

[13] La palabra es "doble" porque incluye el lógos pensado y el lógos pronunciado, vale decir, el pensamiento y su exteriorización; en tanto que la razón, pensamiento o lógos pensado es una unidad, pues no incluye al otro lógos o la palabra.

53. XII. Así pues, el espíritu de Dios no reside entre los más, vale decir, entre los que se han propuesto alcanzar muchas cosas de esta vida; sólo corto tiempo permanece entre ellos; y a una sola especie de hombres asiste con su presencia; a aquella que, habiéndose desprendido de las cosas de la creación y del profundo velo y envoltura de la mera opinión, marcha hacia Dios con la inteligencia desembarazada y desnuda.

54. Así también Moisés, sólo tras fijar su tienda fuera del campamento [14] y de toda la formación corpórea, vale decir, tras asentar sobre bases inconmovibles su pensamiento, comienza a adorar a Dios; y, habiendo penetrado en la obscuridad, en la región invisible, permanece allí iniciándose en los más sacros misterios. Y allí se convierte no sólo en iniciado sino también en intérprete y maestro de los Divinos ritos, que habrá de comunicar a aquellos cuyos oídos se hallaren purificados.

[14] Ex. XXXIV, 7.

55. A éste, pues, se aproxima siempre el Divino espíritu guiándolo permanentemente en todo recto camino; de los otros, en cambio, rapidísimamente se separa, como dije. Éstos son aquellos a cuya vida Él ha fijado una duración total de ciento veinte años. Dice, en efecto; "Los días de éstos serán ciento veinte años". (Gen. VI, 3.)

56. Pero el caso es que Moisés también tiene ciento veinte años cuando se aparta de la vida mortal.[15] ¿Cómo, entonces, se explica que los culpables vivan el mismo número de años que el omnisciente y profeta? Pues, por ahora, bastará con que digamos que las cosas que llevan el mismo nombre no en todos los casos son iguales; y a menudo difieren enteramente hasta en naturaleza; y lo ruin y lo noble pueden tener los mismos números y tiempos, dado que se presentan entrelazados en una existencia gemela; sin que ello obste para que posean poderes muy diferentes y distanciados entre sí.

[15] Deut. XXXIV, 7.

57. Mas postergaremos la consideración en detalle sobre los ciento veinte años para el momento en que nos toque indagar acerca de toda la vida del profeta, cuando hayamos llegado a estar en condiciones de comprender su misterio. Por ahora hablemos del pasaje que sigue.

58. XIII. "Los gigantes estaban sobre la tierra en aquellos días." (Gen. VI, 4.) Quizá alguno piense que el legislador se está refiriendo a los mitos de los poetas sobre los gigantes. Pero nada más ajeno a él que la invención de mitos, pues su norma es seguir paso a paso la verdad misma.

59. Por eso desterró de su comunidad la pintura y la escultura, artes altamente reputadas y de buen tono; porque, falseando la naturaleza de la verdad, maquinan engaños y falsedades a través de los ojos para las almas fáciles de seducir.

60. Ningún mito, pues, acerca de los gigantes presenta en absoluto, y lo que quiere es hacerte ver lo siguiente: algunos hombres han nacido de la tierra; otros, del cielo; y otros, de Dios. Hijos de la tierra son aquellos que persiguen los placeres del cuerpo, dedicándose a su goce y cultivo y a procurar los medios que conducen a cada uno de ellos. Hijos del cielo son todos los que cultivan las artes y las ciencias y gustan de aprender, pues la parte celestial que hay en nosotros, la inteligencia (y también es una inteligencia cada uno de los seres del cielo) se aplica a los estudios de la cultura general[16] y a todas las demás artes conjuntamente, afilándose, agudizándose, ejercitándose y adiestrándose en la comprensión por vía intelectual.
[16] Ver Interpretación alegórica III, 167.

61. Y los hombres de Dios son sacerdotes y profetas que no han aceptado tener parte en la comunidad del mundo y ser ciudadanos de él; y, remontándose más allá del ámbito de lo sensible, se han trasladado hacia el mundo perceptible por la inteligencia, y allí residen incorporados a la comunidad de las incorruptibles e incorpóreas formas ejemplares.[17]
[17] Ver Sobre la creación del mundo 4.

62. XIV. Por ejemplo, Abraham, mientras residía en la tierra de los caldeos, esto es, en la mera opinión, antes de .que su nombre Abram fuera cambiado, era un hombre del cielo, que escudriñaba la naturaleza de las altas y etéreas regiones y trataba de explicarse lo que allí ocurre, sus causas y lo demás del mismo carácter. Por eso recibió un nombre acorde con aquello a lo que se aplicaba: "Abram", el que, en efecto, significa "padre elevado", y designa a la inteligencia que inspecciona en todas sus partes todas las cosas de las alturas celestes, y a la que llámase padre porque esa inteligencia que se extiende hasta el éter y aún más arriba, es el padre de nuestro compuesto ser.

63. Pero, cuando, habiendo avanzado en su proceso de superación, se halla a punto de recibir un nuevo nombre, truécase en hombre de Dios, de conformidad con el oráculo que le ha sido anunciado: "Yo soy tu Dios; ven a Mi presencia a complacerme y hazte irreprochable." (Gen. XVII, 1.)

64. Pues bien, si el Dios del universo, el único Dios, es también Dios de él privadamente, merced a una especial gracia, sin duda él es necesariamente hombre de Dios. En efecto, recibe el nombre de Abraham, que significa "padre selecto del sonido", esto es, "razonamiento del hombre de bien"; porque tal razonamiento es selecto y purificado, y además es el padre de la voz, con la que emitimos los sonidos correspondientes a él. Y esta clase de razonamientos [18] es patrimonio del único y solo Dios; y convertido en compañero de Él, marcha derechamente por el sendero de su vida toda, recorriendo el que es verdaderamente un camino real,[19] el camino del único y omnipotente Rey, sin desviarse ni volverse a uno y otro lado.
[18] Es decir, los sabios como Abraham.
[19] Núm. XX, 17.

65. XV. Los hijos de la tierra, en cambio, habiendo alejado' sus inteligencias del razonamiento, y habiéndolas trasladado hacia la naturaleza sin alma ni movimiento de

las carnes, conforme con las palabras del legislador "Los dos se hicieron una sola carne" (Gen. II, 24); adulteraron la moneda de mejor ley y renunciaron a un orden mejor, que les era familiar y desertaron hacia otro peor y extraño. El primero en hacerlo fue Nemrod.

66. Dice, en efecto el legislador: "Éste comenzó a ser un gigante sobre la tierra." (Gen. X, 8.) Y "Nemrod" quiere decir "desertor". No bastó, en efecto a la más miserable de las almas el mantenerse equidistante de ambos órdenes; y, pasándose a. los enemigos, tomó armas contra sus amigos y les hizo frente en guerra abierta. Por ello, Moisés señala además que Nemrod comenzó su reinado en Babilonia.[20] Y "Babilonia" quiere decir "alteración", idea emparentada de nombre y de hecho con deserción; puesto que los preliminares de toda deserción son un cambio y "alteración" en los propósitos.
[20] Gen. X,10.

67. La conclusión, pues, podría ser que, según Moisés, el más santo de los hombres, el hombre ruin, además de carecer de hogar, ciudad y lugar fijo, y de ser fugitivo, es también un desertor; en tanto que el hombre de bien es un firmísimo aliado. Habiendo dicho hasta aquí lo suficiente sobre los gigantes, pasemos ahora a considerar las palabras que siguen en el texto.[21]
[21] Palabras que son examinadas en el tratado siguiente.

SOBRE LA INMUTABILIDAD DE DIOS

(QUOD DEUS INMUTABILIS SIT)

1. I. "Y después de esto", dice Moisés, "cuando los ángeles [1] de Dios penetraron en las hijas de los hombres y engendraron hijos para sí." (Gen. VI, 4.) Pues bien, merece ser desentrañado el sentido de "después de esto". Trátase, ciertamente, de una referencia que contribuye a esclarecer aún más algo dicho anteriormente.

[1] O mensajeros.

2. Ha hablado del Divino espíritu diciendo que ninguna cosa es más difícil que la permanencia del mismo para siempre en el alma, en la que se dan múltiples divisiones y formas, y que' lleva atada a sí una turba de carnes, la más oprimente de las cargas. "Después de este espíritu",[2] precisamente, los ángeles se aproximan a las hijas de los hombres.

[2] Es decir, "después de que este espíritu ha partido." Como *pneúma* = espíritu, es neutro en griego, resulta más natural la transformación de "después de esto" en "después de este espíritu" (*met'ekeîno en met'ekeîno pneúma*).

3. En efecto, mientras iluminan al alma puros rayos de sabiduría, merced a los cuales el hombre sabio ve a Dios y Sus potencias, ninguno de los mensajeros del engaño se acerca a la razón, sino todos ellos son rechazados fuera del recinto santificado por el agua lustral. Pero, cuando la luz del discernimiento es obscurecida y ensombrecida, impónense los amigos de las tinieblas, y se acoplan con las enervantes y afeminadas pasiones, a las que Moisés ha llamado "hijas de los hombres", y engendran para sí mismos, no para Dios.

4. Porque los hijos apropiados para Dios son las virtudes perfectas, en tanto que la parentela de los ruines está formada por los discordantes vicios. De Abraham, el perfecto, aprende, inteligencia, si así lo deseas, en qué consiste el no engendrar para sí mismo. Él presenta a Dios el amado y único vástago legítimo del alma, la más clara imagen de la sabiduría adquirida sin estudio, llamado Isaac, y lo ofrenda con ánimo plenamente dispuesto a título de necesario y apropiado testimonio de gratitud, luego de haber atado, como dice la ley,[3] los pies de la inusitada víctima. Movíale a ello o bien la convicción, nacida de una Divina inspiración, de que no es recto el marchar sobre cosa mortal alguna;[4] o bien el haber comprendido el grado de inseguridad e inestabilidad de lo creado, cuando hubo conocido la indubitable firmeza propia del Que Es, en la que se nos dice[5] descansaba su entera confianza.

[3] Gen. XXII, 9.

[4] La cosa mortal sobre la que caminamos son los pies, los que Abraham ata queriendo manifestar que renuncia a andar sobre ellos.

[5] Gen. XV, 6.

5. II. Discípula y sucesora de Abraham resulta ser Ana, es decir, el presente de la sabiduría de Dios. Su nombre, en efecto, significa "su gracia". Ésta, cuando hubo recibido las Divinas simientes, quedó preñada y, tras experimentar la totalidad de los dolores del parto, dio a luz al carácter registrado en la Divina formación al que llamó Samuel, nombre que interpretado significa "registrado para Dios"; y lo tomó y entregó al Dador a cambio de la gracia recibida, entendiendo que ninguna cosa buena le

perteneсía que no fuera don Divino.

6. Dice, en efecto, en el primer Libro de los Reyes lo siguiente: "Te doy a éste, un don" (I Samuel I, 28), vale decir, "a quien es un don"; de modo que el sentido del pasaje es: 'Te doy el que ha sido dado'. Tal actitud concuerda con la sacratísima prescripción que registra Moisés en estos términos: "Conservaréis Mis presentes, Mis dones y Mis frutos para ofrecérmelos." (Núm. XXVIII, 2.)

7. En efecto, ¿a quién sino a Dios se ha de manifestar gratitud mediante ofrendas? ¿Y en qué consistirán las ofrendas sino en aquellas cosas que Él nos ha dado, puesto que fuera de ellas no nos es posible disponer de otras? Dios, que no necesita de cosa alguna, lleva al más alto grado Su esplendidez para con nuestra raza al ordenar que Le ofrendemos las cosas que Le pertenecen. Es que, al cultivar la gratitud hacia Él y aplicarnos a rendirle honores, nos purificaremos de nuestras faltas v quedaremos lavados de cuanto mancha nuestra vida en las palabras, los pensamientos y las obras.

8. Absurdo es, en efecto, fijar como condición para entrar en los templos un previo lavado y limpieza del cuerpo, y admitir, en cambio, que quien lleva la inteligencia manchada y sucia aún se aboque a formular súplicas y ofrecer sacrificios. Los templos, al fin y al cabo, están hechos de la inanimada materia de las piedras y maderas, y el cuerpo en sí es también inanimado. Y con todo, estando, como está, vedado que lo inanimado entre en contacto con lo inanimado si previamente no hubiere pasado por las expiatorias purificaciones mediante aspersiones con agua lustral, ¿se habrá de atrever alguien a aproximarse con el alma sin purificar y sin intención alguna de arrepentimiento a Dios, que es la pureza suma?

9. Porque aquel que, además de estar resuelto a no cometer falta alguna en adelante, entiende que debe purificarse de las faltas pasadas ha de aproximarse con alegría; pero el que no se halla en esas condiciones debe alejarse, pues su purificación es difícil. Jamás, en efecto, escapará a la mirada del Que ve en lo profundo de la inteligencia y recorre sus inaccesibles recintos.

10. III. Clarísima manifestación del alma amante de Dios es también el cántico que dice así: "La estéril ha engendrado siete hijos; la fecunda en hijos ha languidecido, en cambio." (I Samuel, II, 5.)

11. Sin embargo, la que así habla es madre de un solo hijo, Samuel. ¿Cómo, entonces, afirma haber engendrado siete? Sólo de una manera: considerando, en todo de acuerdo con la realidad de las cosas, que la unidad es idéntica al siete,[6] no sólo en el plano numérico, sino también en la armonía del universo y en los pensamientos del alma virtuosa. En efecto, Samuel, que ha sido designado sólo para Dios sin la compañía de otro ser alguno absolutamente, está ordenado conforme con el realmente existente Uno y Mónada.

[6] Ver Sobre la posteridad de Caín 64.

12. Pero, esta condición es propia del siete, es decir, del alma que descansa en Dios y que por ninguna obra mortal se esfuerza ya, habiendo dejado atrás al seis, número que Dios asignó a los que no pueden alcanzar el primer lugar, y están limitados por fuerza a conformarse con el segundo.[7]

[7] Sobre el pensamiento de Filón acerca de los números seis y siete ver Interpretación

alegórica III, 2 a 16.

13. Razonable era, por lo tanto, que la mujer estéril: y "estéril" no significa infecunda sino sólida [8] y vigorosa todavía; la que había pugnado hasta el fin con firmeza, perseverancia y valor en las luchas en procura de lo mejor, engendrara a la unidad, cuyo valor es igual al del siete, ya que su naturaleza era propicia para una feliz y hermosa maternidad.
[8]. Filón identifica *steíra* (pronunciese *stéra*) = estéril, con *sterrá* = sólida, firme.

14. Y es del todo cierta y muy clara su afirmación de que la abundante en hijos languidecía, pues, cuando el alma, que es una sola, alejándose de la unidad alumbra con dolor a muchos, tórnase múltiple, como era de esperarse, y, fatigada y oprimida por la multitud de hijos suspendidos de ellas, los más de ellos nacidos antes de tiempo y abortados, encuéntrase totalmente extenuada.

15. Engendra, en efecto, la avidez por las formas y los colores que llegan por los ojos, engendra los deseos de sonidos que llegan a través de los oídos; y está preñada de los apetitos del vientre y de los que originan debajo de él; de tal modo que soportando, como soporta, la pesadísima carga de muchos vástagos que penden de ella, sé abate y, dejando caer las manos por efecto de la debilidad, queda postrada. Tal es la manera como resultan doblegados todos aquellos que engendran cosas corruptibles para los seres corruptibles que son ellos mismos.

16. IV. Y a algunos el amor a sí mismos no sólo les ha acarreado la derrota sino también la muerte. Onán, por ejemplo, "dándose cuenta de que la simiente no sería para sí" (Gen. XXXVIII, 9), no cesó de procurar la ruina del principio racional, el género más excelso que existe, hasta que una completa destrucción le sobrevino a él mismo; cosa del todo justa y conveniente.

17. En efecto, quienes todo sin excepción lo hacen sin otro fin que su propio provecho, no entrando en sus propósitos ni la honra de sus padres, ni el buen estado de sus hijos ni la conservación de la patria ni la preservación de las leyes ni la vigencia de las buenas normas ni el mejoramiento de las cosas privadas y públicas ni la santificación de los templos ni la piedad hacia Dios, serán desdichados.

18. Porque es cosa honrosa sacrificar hasta la misma vida en pro de uno solo de los bienes que he nombrado; pero éstos afirman que harán caso omiso de estos bienes tan dignos de procurarse, aunque se tratare de todos ellos juntos, sí los mismos no les habrán de procurar algún placer.[9] Resultado de esto es que Dios, en su incorruptible justicia, precipitará en la ruina a la malvada divulgación de una doctrina desnaturalizada, representada bajo el nombre de Onán.
[9] Clara referencia los epicúreos.

19. Repudiados deben ser todos aquellos que "engendran para sí mismos", es decir, cuantos persiguiendo-tan sólo su propio provecho, se despreocupan de los demás, entendiendo que sólo para ellos producen y no para las otras innumerables personas y cosas, para sus padres, para sus hijos,. para la patria, para el género humano y, si es preciso ir más allá en nuestra enumeración, para el cielo, para la tierra, para el universo todo, para las creencias, para las virtudes, para el Padre y Guía de todas las cosas. A cada una de ellas es preciso que adjudiquemos en la medida de nuestras fuerzas lo que

le corresponde, convencidos de que las cosas todas no son un apéndice de nosotros, sino más bien lo somos nosotros de las cosas.

20. V. Baste lo dicho en lo que a éstos se refiere; y entrelacemos en nuestras consideraciones las palabras que siguen. "Viendo Dios Soberano", dice Moisés, "que las maldades de los hombres se habían multiplicado sobre la tierra y que cada uno-de los hombres se esforzaba en maquinar cosas perversas en su corazón cada día, reflexionó Dios que había creado al hombre sobre la tierra y recapacitó. Y dijo Dios: 'Borraré de la faz de la tierra al hombre que he creado'." (Gen. VI, 5 a 7.)

21. Tal vez algunos de los que examinan las cosas superficialmente supondrán que el legislador insinúa que Hacedor, ante el espectáculo de la impiedad de los hombres, se arrepintió de haberlos creado y a causa de esa impiedad deseó destruir la raza toda. Sepan, sin embargo, los que así piensan, que están haciendo. que parezcan más leves y ligeras las faltas de aquellos antiguos hombres[10] ante la inmensidad de la impiedad de que. hacen gala.

[10] De aquellos que, según el texto bíblico, hicieron arrepentirse a Dios.

22. Porque, ¿qué mayor impiedad puede haber que la de suponer que el Inalterable experimenta cambios? No faltan, ciertamente, quienes sostienen [11] que tampoco en todos los hombres el espíritu [12] está sujeto al vaivén de los cambios; pues aquellos que se han entregado a la reflexión filosófica con sinceridad y pureza han hallado, como el mayor bien que pudo procurarles el saber, el de estar exentos de los cambios que imponen las circunstancias; y, por el contrario, asir en sus manos con seguridad indoblegable y firme constancia todo cuanto les resulta conveniente.

[11] Filón comparte la opinión de los estoicos según la cual la condición espiritual del sabio es inalterable.

[12] Es decir, los pensamientos y las resoluciones.

23. VI. También el legislador está acorde en que el hombre perfecto trata de alcanzar la quietud. En efecto, las palabras que pone en labios del Dios, dirigidas al sabio: "Tú quédate aquí Conmigo" (Deut. V, 31) establecen de modo categórico y clarísimo el carácter indoblegable, inconmovible y asentado del espíritu del hombre sabio.

24. Admirable es, realmente, la musical armonía con que el sabio gobierna su alma, cual si se tratara de una lira;[13] armonía que no consiste en la combinación de sonidos agudos y graves, sino en el conocimiento de los opuestos y la práctica de los mejores de ellos, sin excederse más allá de lo razonable ni declinar permitiendo se relaje la armonía de las virtudes y las cosas hermosas por naturaleza, y procurando, en cambio, arrancar de ella sones parejos y tañerla de manera acorde.

[13] Ver Sobre los sacrificios de Caín y Abel 37.

25. El alma es el más perfecto de los instrumentos creados por la naturaleza, arquetipo de los que produce la mano del hombre. Y, si ella estuviere en buena armonía, producirá la más excelente de todas las sinfonías, la que alcanza su plenitud no en cadencias y tonos de melodioso sonido, sino en la consistencia de los actos de la vida.

26. Pues entonces, si el alma del hombre, cuando el fuerte vendaval del vicio ha irrumpido provocando de improviso una violenta y tormentosa agitación, la frena con

las brisas de la ciencia y la sabiduría y, tras dar por tierra con la hinchazón y la parodia, se mantiene tranquila gozando de la serenidad de un horizonte en calma, ¿dudas tú de que el Imperecedero y Bienaventurado, el que Se ha reservado para Sí la soberanía de las virtudes y de la misma perfección y felicidad, está al margen de cualquier cambio de propósitos y permanece sin alterar un ápice de cuanto desde el principio ha resuelto?

27. Con los hombres, pues, ocurre que el cambiar es cosa inevitable a causa de la inestabilidad que les es inherente y de la que les viene de fuera. Así, por ejemplo, a menudo, después de haber escogido amigos y alternado con éstos corto tiempo, nos alejamos de ellos sin que nos resulte penoso el ir contra los mismos, cual si se tratase de enemigos o, en el mejor de los casos, de desconocidos.

28. Tal modo de proceder prueba nuestra liviana superficialidad y nuestra incapacidad para perseverar firmemente en los propósitos iniciales. Pero Dios no cambia de propósitos. Y, más aún, a veces estamos determinados a perseverar en los criterios adoptados, mas venimos a dar con otras personas que no permanecen constantes, y de esto resulta que también nuestras determinaciones se mudan al par de las de ellos.

29. Es que es imposible que quien no es más que un hombre prevea el curso futuro de los acontecimientos ni las intenciones de los demás. Para Dios, en cambio, todas las cosas son manifiestas como a plena luz. Tras penetrar hasta lo más recóndito del alma, contempla, gracias a sus naturales poderes, como a pleno día todo aquello que para los demás resulta invisible; y, empleando la previsión y la providencia, capacidades peculiares de Él, no permite que cosa alguna escape a Su control o se salga fuera de Su aprehensión; puesto que, como nada es obscuro ni futuro para Dios, ninguna incertidumbre acerca de lo que habrá de suceder puede existir para Él.

30. Es evidente, en efecto, que el padre no puede ser ignorante respecto de aquellos a los que ha engendrado; el fabricante, respecto de aquello que ha fabricado; y el administrador, de aquello que administra. Ahora bien. Dios es un verdadero padre, artífice y administrador de cuanto existe en el cielo y en el mundo; y lo que envuelve en sombras el futuro es el tiempo por venir, sea próximo o lejano.

31. Pero Dios es también autor del tiempo, pues es el padre del padre del tiempo, es decir, del mundo, que es padre del tiempo; y ha producido el movimiento del mundo, origen del tiempo.[14] Por lo tanto la relación del tiempo respecto de Dios es la de un nieto. En efecto, este universo, puesto que es perceptible sensorialmente, es el hijo menor de Dios. Al mayor, aprehensible por la inteligencia, lo juzgo digno de la primogenitura y determinó que permaneciese junto a Sí.
[14] Compárese con Platón, Timeo 37 y 38 b.

32. Así pues, este hijo menor, el mundo sensible, cuando fue puesto en movimiento hizo que la naturaleza del tiempo surgiera con súbita claridad. De modo que nada es futuro para Dios, ya que también de Él proceden y dependen los límites del tiempo. Su existencia, en efecto, es no ya tiempo sino eternidad, es decir, el arquetipo y modelo del tiempo, y en la eternidad no hay nada pasado ni futuro sino solo presente.

33. VII. Habiendo, pues, discurrido suficientemente sobre el hecho de que el Que Es no experimenta cambios de opinión, examinaremos seguidamente qué quieren decir las palabras "Reflexionó Dios que había creado al hombre sobre la tierra y recapacitó".[15]

[15] En realidad el sentido del verbo final es "se arrepintió", pero Filón acomoda a su propósito el pasaje y lee "recapacitó".

34. El Creador de todas las cosas se ha reservado para sí dos firmísimos poderes: la intelección, que es un pensamiento yacente en la inteligencia, y la reflexión, que es el pensamiento puesto en obra;[16] y de ellas hace uso siempre para contemplar Sus obras. Y a aquellas creaturas que no abandonan sus correspondientes lugares las alaba por su obediencia; en tanto que a las que desertan las persigue con el castigo que está destinado a los desertores.
[16] Según los estoicos la *énnoia* = intelección, pensamiento, es el pensamiento yacente o en reposo. En cuanto a la *dianóesis* como pensamiento' puesto en obra o en. acción, es tal vez una peculiar concepción de Filón, quien probablemente entiende que la *énnoia* se convierte en *dianóesis* cuando opera como sujeto de deliberación.

35. Porque de los seres corpóreos unos han recibido como característica propia [17] la cohesión, otros el crecimiento, otros la vida animada, y otros el alma racional. Así, puso Dios de la cohesión como una firmísima atadura en las piedras y en las maderas que se hallan separadas de sus conjuntos naturales. La cohesión es una corriente[18] que retoma sobre sí misma. Comienza, en efecto, desde las partes centrales y, habiéndose dirigido hacia los límites, tras tocar las superficies extremas desanda de nuevo su camino hasta que llega al mismo lugar desde el que ha iniciado su curso.
[17] Sobre esta cuádruple clasificación ver Interpretación alegórica II, 22. y 23.
[18] O soplo o aire.

36. Esta doble e ininterrumpida marcha de la cohesión es indestructible. Y es ésta la carrera que imitan los corredores, exhibiéndola como una grande, brillante y envidiable hazaña, durante los certámenes trienales que se llevan a cabo en los lugares de espectáculos públicos entre los hombres de todas las latitudes.

37. VIII. El crecimiento fue asignado por Él a las plantas, resultando de la mezcla de varias capacidades: la de nutrirse, la de transformarse y la de desarrollarse. Que las plantas se nutren pues han menester de alimento lo prueba el siguiente hecho: cuando no son regadas se agotan y marchitan, como, al revés, en recibiendo agua, crecen de manera patente. En efecto, los brotes, hasta un momento dado casi a nivel de la tierra a causa de su pequeñez, de pronto creciendo vertiginosamente se convierten en larguísimos tallos. ¿Y qué hemos de decir acerca de los, cambios de las mismas?

38. En los solsticios de invierno las hojas se precipitan al suelo marchitas, y los ojos, como los llaman los labradores, se cierran en las ramas cual los ojos de los animales; entonces todas las salidas destinadas a los brotes quedan cerradas pues en ese tiempo la naturaleza se encierra dentro y reposa a fin de tomarse un descanso, cual si fuese un atleta antes de entrar en pelea; y, tras haber concentrado la fuerza que le es peculiar, presentarse a reanudar las habituales luchas, cosa que ocurre en las estaciones de primavera y verano.

39. En efecto, surgiendo como de un profundo sueño, la naturaleza abre sus ojos, deja ampliamente expeditas las cerradas salidas y da a luz todo cuanto guarda en su seno: ramas, hojas, zarcillos, sarmientos y, como remate, el fruto. Entonces, cuando el fruto está completamente formado, ella, cual una madre al hijo, lo provee de alimento a través de ciertos invisibles conductos semejantes a los pechos de las mujeres, y no cesa de

nutrirlo hasta que llega a su completo desarrollo.

40. Este completo desarrollo es alcanzado por el fruto maduro totalmente, cuando, aunque nadie lo recogiere, él de por sí tiende a desprenderse de su centro natural por cuanto no ha ya menester de los alimentos que la que lo engendró le proporciona, y es capaz, si da con un terreno propicio, de fecundar y engendrar plantas análogas a las que le dieron la existencia.

41. IX. En tres aspectos hizo el Creador que la vida animada difiriese del mero crecimiento. Son éstos la sensibilidad, la representación [19] y el impulso. Las plantas son, en efecto, insensibles, carecen de representaciones y de impulso; cada uno de los seres animados, en cambio, participa del conjunto de dichas condiciones.
[19] El término *phantasía* = acción de mostrarse, aparición, designa en la terminología estoica el dato captado inmediatamente por la conciencia, presentado tanto ante la sensibilidad como ante la inteligencia.

42. La sensibilidad, que, como su mismo nombre lo indica, es cierta introducción,[20] introduce en la inteligencia aquello que se ha hecho perceptible; pues en ésta, como es un vastísimo depósito y universal receptáculo, todo cuanto penetra a través de la vista, el oído y los demás sentidos se coloca y atesora.
[20] Filón vincula etimológicamente *áisthesis* = sensibilidad, con *éisthesis* = introducción, aunque ninguna relación existe entre ambos términos.

43. La representación es una impresión en el alma; pues, a la manera de un anillo o sello, ella estampa en el alma la figura de las cosas que cada uno de los sentidos ha introducido. Semejante a una cera, la inteligencia recibe la impresión y la conserva en su seno perfectamente hasta que el enemigo de la memoria, el olvido, atenúa los rasgos y los toma vagos o los borra completamente.

44. Mas el objeto que se ha presentado y ha producido su impresión ejerce sobre el alma una influencia ora apropiada ora contraria. Y esta experiencia del alma se llama impulso, el que ha sido definido como el primer movimiento del alma.[21]
[21] Tal vez se esté refiriendo Filón al instinto de conservación de los seres animados.

45. Tales son las condiciones por las que los animales aventajan a las plantas. Mas veamos en qué es superior el hombre a los otros seres animados. X. Pues bien, éste ha recibido como especial prerrogativa la inteligencia, la que tiene por cometido la aprehensión de las naturalezas de todos los objetos corpóreos y de las cosas en general. Y así como en el cuerpo la primacía corresponde a la vista y el primer lugar en el universo está reservado a la luz, del mismo modo en la totalidad de nuestro ser la inteligencia es el elemento dominante.

46. Es que se trata de la vista del alma, a la que iluminan los rayos propios de ésta, gracias a los cuales la grande y profunda obscuridad que expande la ignorancia de las cosas es disipada. Esta sección del alma no está constituida por los mismos elementos de que están formadas las otras, sino le cupo aquella sustancia superior y más pura de la que eran formadas las naturalezas divinas.[22] Tal es, además, la razón por la que la inteligencia es, al parecer, la única parte incorruptible [23] de nuestro ser.
[22] Es decir, la *pémpte ousía* = quinta esencia o sustancia, de los pitagóricos y Aristóteles.

[23] O indestructible.

47. Es que sólo a ella consideró digna de libertad el Padre que la creó y, exceptuándola de las ataduras de la necesidad, admitió que fuese libre, concediéndole de la más peculiar de Sus posesiones y la más digna de Él, es decir, del libre albedrío, una porción acorde con la capacidad de recepción de ella. Las otras creaturas, en cuyas almas no existe la inteligencia, el elemento escogido para la libertad, sujetas al yugo y a las bridas, han sido entregadas a los hombres, como servidores a señores. El hombre, en cambio, dotado, como está, de una determinación voluntaria y espontánea, y rigiéndose en sus actividades por previas decisiones en la mayoría de los casos, es con razón reprochado por las faltas que comete deliberadamente, y alabado por sus rectas acciones ejecutadas por libre decisión.

48. En los otros seres, sean plantas o animales, ni el buen comportamiento es alabable ni las malas acciones son reprobables, por cuanto sus movimientos y cambios en uno y otro sentido los emprenden sin previa deliberación y no por propia decisión. Solamente el alma del hombre, como que ha recibido de Dios el movimiento voluntario, y en virtud de ello, especialmente ha sido hecha semejante a Él, habiendo sido liberada en la medida de lo posible del opresivo y violentísimo señorío de la necesidad, puede justamente ser objeto de acusación por no rendir el debido honor a su Libertador. De ese modo pagará con toda razón la inexorable pena que corresponde a los liberados ingratos.

49. De modo que no fue ésta la primera vez que "Dios reflexionó y recapacitó", sino desde antiguo ha reflexionado y recapacitado fija y permanentemente "que ha creado al hombre", o lo que es lo mismo, de qué naturaleza lo ha creado. Porque lo ha creado libre y dueño de sus actos, apto para proceder normalmente con deliberada y previa decisión en procura de lo que deseare, a fin de que, conociendo el bien y el mal, adquiriendo noción clara de lo noble y lo ruin, y aplicándose con sinceridad al reconocimiento de lo justo y lo injusto y, en general, de cuanto atañe a la virtud y el vicio, tenga por norma la elección de lo mejor y el rechazo de lo opuesto.

50. Por eso está registrado en el Deuteronomio un oráculo de este tenor: "Mira; he puesto ante tu faz la vida y la muerte, el bien y el mal; elige la vida." (Deut. XXX, 15 y 19.) Con estas palabras establece Dios dos verdades: una, que los hombres han sido hechos conocedores del bien y lo opuesto al bien; otra, que es su obligación escoger lo mejor y no lo peor, puesto que llevan en sí una capacidad de discernimiento, la que hace las veces de un incorruptible juez, que acatará todo cuanto la recta razón le sugiriere y rechazará las proposiciones de la razón contraria.

51. XI. Teniendo, pues, ya aclarado suficientemente todo lo que concierne a este punto, veamos lo que sigue. Dice así: "Arrojaré al hombre, al que he creado, de la faz de la tierra, desde el hombre hasta la bestia, desde los seres reptantes hasta los alados del cielo, porque me he encolerizado por haberlo creado." (Gen. VI, 7.)

52. Una vez más, no faltarán quienes, oyendo dichas palabras, supongan que el Que Es obra bajo los efectos de la cólera y la irritación. Mas Él ninguna pasión absolutamente puede abrigar. El desasosiego es rasgo peculiar de la humana debilidad, y Dios nada tiene que ver ni con las irracionales pasiones de nuestra alma ni con las partes y miembros de nuestro cuerpo en general. Tales expresiones del legislador no tienen otro

propósito que brindar una elemental lección con miras a reprender a aquellos que no son capaces de adquirir la sensatez de otro modo.

53. Así, entre las leyes contenidas en sus mandatos y prohibiciones, leyes en el estricto sentido de la palabra,[24] se establecen por sobre todas las demás dos normas capitales relativas a la Causa. La una, que dice: "Dios no es como un hombre" (Núm. XXIII, 19); la otra, que dice que Dios es como un hombre.
[24] Porque, en un sentido amplio, nomos significa costumbre o norma de conducta.

54. Pero, mientras la primera queda confirmada por la verdad más firme, la última se introduce para instruir a los más. Y así también se dice acerca de Él: "Como un hombre educará Él a Su hijo." (Deut. VIII, 5.) De modo que es con miras a la instrucción y reprensión que está-, dicho esto y no porque la naturaleza de Dios sea así.

55. Porque de los hombres unos son amigos del alma; otros del cuerpo. Los compañeros del alma, que pueden platicar con las naturalezas aprehensibles por la inteligencia e incorpóreas, no comparan al Que Es con forma alguna de las cosas creadas; sino descartan que se dé en Él determinación cualitativa alguna y admiten como única concepción de Él Su existencia sin atribuirle forma alguna. Y efectivamente, uno de los hechos que concurren a Su dicha y felicidad suma es que Su sustancia sea aprehendida como simple y sin caracterización determinada.

56. En cambio, aquellos que se han entregado a convenios y tratos con el cuerpo, incapaces de despojarse de la capa de carnes y de ver a la Naturaleza que en Su soledad no ha menester de cosa alguna y en Su simplicidad está exenta de toda mezcla y composición, atribuyen a la Causa de todas las cosas los mismos pensamientos que concibieron acerca de sí mismos, sin reflexionar en que, mientras el ser formado por la reunión de diversas facultades necesita de diversas partes para el servicio de las necesidades de cada una de aquéllas, [XII.] Dios, como increado que es, y autor de la creación de los otros seres, no necesita de ninguna de las propiedades que corresponden a las creaturas que Le deben el ser.

57. Porque, ¿qué debemos decir? Si Dios hace uso de las partes propias del organismo humano tiene pies para trasladarse. ¿Pero adonde irá, si todo lo llena con Su presencia? ¿Hacia. quién irá, si ningún ser es igual a Él? ¿Y con qué propósito irá? Porque no será en procura de salud, como ocurre con nosotros. Y tiene manos para tomar y dar.[25] Pero el caso es que Él nada toma de nadie, porque de nada ha menester y todo lo tiene como posesión Suya; y cuando da lo hace sirviéndose del ministerio de Su lógos, al que empleó asimismo para crear el mundo.[26]
[25] Es decir: si se admite que es corpóreo como el hombre, hay que admitir que tiene manos.
[26] Ver Sobre la creación del mundo, nota 6.

58. Ni tiene, por cierto, necesidad de ojos. Los ojos son incapaces de percibir sin la luz sensible. Pero esta luz sensible es algo creado, y Dios veía desde antes de la creación, siendo Él mismo Su propia luz.

59. ¿Y hay necesidad de que hablemos de los órganos de la alimentación? Porque, si los posee, también se alimenta y, satisfecha Su necesidad, cesa de hacerlo pero tiene nuevamente necesidad después de la pausa. Y mejor no hablar de todas las otras

características del tenor de éstas.[27] Se trata de invenciones míticas propias de impíos . que, al presentar a la Divinidad concebida con forma humana, Le atribuyen en realidad pasiones humanas.
[27] Atribuidas por algunos a Dios.

60. XIII. ¿Qué se propone, entonces. Moisés al hablar de pies, manos, entradas y salidas refiriéndose al Increado? ¿Por qué habla de Sus armas para defenderse contra Sus enemigos? Lo presenta, en efecto, blandiendo espada y usando como proyectiles los vientos y el mortífero fuego, a los que los poetas, mediante otros términos, llaman tempestades y rayos, diciendo que éstas son las armas de la Causa. ¿Por qué, asimismo, habla de Su recelo, de Su cólera, de Su irritación y de otras reacciones similares a éstas, describiéndolas en términos propios de la naturaleza humana?

61. Pues bien, a los que plantean esta cuestión les responde Moisés: 'Señores, al legislador que tiende, a. lo más alto, le es preciso no tener ante su vista más que un solo objetivo: beneficiar a todos aquellos a los que llegará su obra'. Hay quienes han sido dotados de una naturaleza afortunada y de una educación irreprochable en todo y han hallado amplio y recto el curso ulterior de sus vidas llevando a la verdad como compañera de camino, y siendo introducidos por ella en los inefables misterios del Que Es. Éstos conciben a Dios sin ninguno de los atributos de lo creado.

62. A juicio de los mismos el principio fundamental que encierran los oráculos revelados es que "Dios no es como un hombre", ni siquiera como el cielo ni como el mundo, los que no dejan de ser al fin y al cabo formas de determinada naturaleza al alcance de nuestros sentidos; en tanto que Él, por el contrario, no es aprensible ni siquiera por la inteligencia, como no sea en lo relativo a Su existencia. Su existencia es, en efecto, lo que aprehendemos; y ninguna otra cosa, ciertamente, fuera de Su existencia conocemos de Él.

63. XIV. Pero hay otros cuya naturaleza es más tarda y obtusa,. o cuya temprana formación ha dejado que desear, y que son incapaces de observar con agudeza. Éstos necesitan de legisladores que hagan las veces de médicos,[28] y conciban el tratamiento adecuado a la dolencia que les aqueja.
[28] Me atengo en este pasaje a los manuscritos, donde se lee *nomothetón*. = de los legisladores, aunque podría aceptarse la enmienda propuesta en algunas ediciones, consistente en sustituir dicho término por *nouthetón* = de admonitores, con lo que la traducción quedaría así: "necesitan de médicos, en el papel de admonitores, que..."

64. Útil les es a los criados sin educación y necios un amo inflexible, ya. que sólo por temor a sus conminaciones y amenazas, y contra su propia voluntad, son reprimidos mediante el miedo. Bien está, pues, que todos los de esta índole sean beneficiados mediante el aprendizaje de errores, ya que son incapaces de llegar al saber a través de la verdad.

65. Otro tanto ocurre con los que padecen peligrosas enfermedades corporales. Los más reputados entre los médicos se-abstienen de revelarles la verdad pues saben que de resultas de-ello se sentirán más desanimados y no se recobrarán de la enfermedad, mientras que, como resultado del ánimo que les infunde el decirles lo contrario, les serán más fácilmente llevaderos sus males presentes, y resultará aliviada la enfermedad.

66. ¿Quién, en efecto, entre los médicos sensatos diría a su paciente: 'Amigo, se os practicará un corte, una quemadura o una amputación' aun cuando por fuerza hubiere de ser sometido a estos tratamientos? Ninguno lo diría. Es que el paciente caería anticipadamente en el desánimo, y agregaría a la enfermedad ya existente del cuerpo otra más penosa aún del alma, con lo que rehusará a ser tratado. En cambio, si aguarda contento lo contrario, engañado por el médico, soportará pacientemente todo, aunque los medios que se empleen para salvarlo fueren dolorosísimos.

67. Así pues, nuestro legislador, erigido en el más excelente de los médicos de las dolencias del alma, propúsose una única obra y finalidad: cortar por sus mismas raíces las enfermedades de la inteligencia a fin de que ninguna de ellas, brotando nuevamente, produjera un retoño de enfermedad de difícil cura.

68. De este modo esperaba poder extirpar el mal si presentaba a la Causa manifestando amenazas, accesos de indignación e implacable cólera y además empuñando invencibles armas en sus embestidas contra los inicuos. Es que no hay otra vía para reprimir al necio.

69. Por ese motivo, en mi opinión, a las dos máximas antedichas: "Dios es como un hombre" y "Dios no es como un hombre", ha vinculado él otros dos principios, que guardan estrecha relación con ellas y son su consecuencia: el temor y el amor. Veo, efectivamente, que todas las exhortaciones a la piedad contenidas en las leyes se refieren o al amor o al temor hacia el Que Es. El amor, en efecto, es lo más apropiado para aquellos que piensan que el Que Es no tiene partes ni pasiones humanas, y lo honran de manera digna de Él y solamente por Él; en tanto que lo más apropiado para los otros es el temor.

70. XV. Tales son los puntos que era menester establecer previamente a nuestra indagación; y hemos de volver a la cuestión inicial, en la que hallábamos la dificultad, es decir, qué sentido encierra la expresión: "Me he encolerizado por haberlos creado." Tal vez lo que nos quiere sugerir Moisés es que los ruines han llegado a tal condición a causa de la cólera de Dios, y los buenos han llegado a serlo merced a Su gracia; pues a continuación dice: "Noé, sin embargo, halló gracia." (Gen. VI, 8.)

71. Pero la pasión de la cólera, que estrictamente hablando corresponde a los hombres, está atribuida aquí, acertadamente, con un sentido más metafórico al Que Es con el propósito de poner de relieve un hecho de capital importancia:'que todo •cuanto hacemos es tenido por merecedor de reproche y censura si al hacerlo nos guiamos por la cólera, el temor, el dolor, el placer o cualquiera de las otras pasiones; en tanto que cuanto hacemos con rectitud y saber merece aplauso.

72. Observa con cuánto cuidado procede en su afirmación diciendo: "Me he encolerizado por haberlos creado" y no el revés: "Porque los he creado me he encolerizado."[29] Esto último implicaría arrepentimiento, cosa que repugna a la naturaleza de Dios, que todo lo prevé.[30] Lo primero, en cambio, presenta una importante doctrina: que la cólera es la fuente del mal proceder, tal como el discernimiento lo es de las rectas acciones.

[29] Todas las conclusiones de los parágrafos 70 a 73 son extremadamente extrañas y confusas; y coronación de todo ello es la referencia a las diferencias de sentido que se seguirían del cambio de orden en la oración. Si se pospone "me he encolerizado", ello

equivale a admitir en Dios-una especie de arrepentimiento tardío (que, por otra parte, es lo que dice literalmente el texto bíblico); si se antepone, se evita atribuir tal cosa a la Divinidad, y se admite que la cólera Divina fue simultánea de la creación, y, por lo tanto, precedió al mal proceder de los hombres; lo cual en la interpretación alegórica significa que la cólera es el antecedente del mal proceder, tal como el razonamiento es el antecedente del recto obrar. En la presente reproducción del pasaje bíblico se lee *autóus* - los, en vez de *autón* = lo, como en 51. . ,
[30] Y por lo tanto no puede enterarse tardíamente para arrepentirse de lo ya hecho.

73. Pero Dios, teniendo presente Su perfecta y universal bondad, y aun cuando la multitud toda de los hombres se precipita hacia su ruina por los excesos de sus pecados, extiende hacia ellos Su salvadora diestra, los toma bajo Su protección y los levanta, no permitiendo que la raza resulte destruida y eliminada completamente.

74. XVI. Por eso ahora, cuando los otros que dieron pruebas de su condición de ingratos iban camino de pagar su culpa, nos dice Moisés que Noé halló gracia ante Dios; buscando con ello que la salvadora misericordia del Mismo aparezca unida a Su veredicto contra los malvados. En el mismo sentido' se expresa el salmista en un pasaje en que dice: "He de cantar para Ti Tu clemencia y Tu justicia." (Salmos C, 1.)

75. La verdad es que, si Dios se propusiera juzgar a la raza mortal despojándose de Su clemencia. Su sentencia sería condenatoria, por cuanto no hay hombre que por sus propios medios haya recorrido el sendero de una vida irreprochable desde el nacimiento hasta la muerte; antes por el contrario, los pies de cada uno de ellos han resbalado unas veces voluntariamente, otras contra su voluntad.

76. Así pues, para que nuestra raza subsista, aun cuando muchos de los que la forman se precipiten en el abismo, Dios mezcla con Su justicia Su clemencia, a la que se atiene para beneficiar incluso a los indignos de ella, y no sólo acompaña Su misericordia a Sus juicios sino también los precede, porque en Él la clemencia es anterior a la justicia puesto que conoce al merecedor de castigo, no solo después del juicio sino antes de él.

77. XVII. Por eso en otro pasaje se ha dicho: "Hay en la mano del Señor una copa llena de vino puro[31] mezclado." (Salmos LXXV, 8.) A decir verdad, lo "mezclado" no es precisamente "puro", mas estas palabras están del todo acordes con la realidad de las cosas y guardan ilación con lo dicho antes; por cuanto Dios emplea poderes puros en lo que a Sí mismo respecta, pero mezclados en lo que toca a la creación, ya que es imposible que en la naturaleza mortal tengan cabida Sus poderes sin mezcla.
[31] Textualmente: sin mezcla o no mezclado.

78. Sabemos que es. imposible contemplar la llama pura del sol, pues se extinguirá nuestra mirada debilitada por los resplandores de sus rayos antes que pueda aproximarse a ellos y percibirlos. Y eso que el sol no es sino una obra de Dios, una porción del cielo, una masa condensada de éter. ¿Y piensas que nuestra inteligencia sea capaz de concebir en su pureza sin mezcla aquellas increadas potencias que están en tomo de Dios y resplandecen con la más brillante de las luces?

79. Al extender, pues, Dios desde el cielo hasta los confines de la tierra los rayos del sol, debilitó y amenguó con aire frío el excesivo calor que hay en ellos. Los atemperó de ese modo para que la irradiación emitida por su llameante fuego, despojándose del

poder de quemar, mas reteniendo el de iluminar, fuera al encuentro de la luz pariente y amiga suya que atesoran nuestros ojos y la saludara; pues es la convergencia a un mismo lugar y el entrecruzamiento de ambas luces lo que produce la aprehensión visual. De la misma manera, ¿quién, siendo mortal, podría recibir la ciencia de Dios, Su sabiduría, Su prudencia, Su justicia y cada una de las demás virtudes Suyas, si previamente no hubieran sido atemperadas? No podrían hacerlo ni el cielo ni el mundo todo.

80. Conociendo, pues, el Creador Su sobresaliente preeminencia en todo cuanto es excelente, y la natural debilidad de las criaturas, debilidad no disimulada por la superlativa jactancia de las mismas, no quiere beneficiarlas ni castigarlas en la medida de Su poder, sino según la capacidad que Él ve en cada uno de los que han de ser objeto de una u otra medida.

81. Por cierto que, si nosotros tuviéremos capacidad para beber y gozar de esta diluida mezcla de una moderada cantidad de Sus poderes, podremos recoger suficiente felicidad. Desista, pues, la raza humana de intentar alcanzar una felicidad más perfecta que ésta, porque, como se ha demostrado, las excelencias realmente puras y sin mengua sólo existen en el Que Es.

82. XVIII. Aseméjase al pasaje citado lo que se ha dicho en otro lugar: "El Señor ha hablado una vez y estas dos cosas Le oí." (Salmos LXI, 11.) En efecto, "una vez" aseméjase a lo no mezclado por cuanto lo no mezclado es una unidad, y la unidad es sin mezcla. "Dos cosas", en cambio, es similar a lo mezclado, pues lo mezclado no es simple por cuanto admite combinación y separación.

83. Dios, pues, habla en unidades puras. Su palabra, en efecto, no consiste en un golpe de aire sonoro ni mezclado con otra cosa alguna en absoluto, sino es incorpórea y desnuda y no difiere de la unidad. Nosotros, en cambio, escuchamos algo doble.

84. En efecto, el soplo que parte de la facultad rectora, enviado hacia arriba a través de la tráquea, es mezclado en la boca por la lengua, como por un artesano, y llevado hacia afuera y, mezclado con su congénere el aire, sobre el que golpea, completa armoniosamente la mezcla que es una dualidad; pues la consonancia producida por sonidos diferentes es armonizada en la dualidad, originalmente dividida, que contiene un tono agudo y uno grave.

85. Con toda razón, pues, opuso el legislador a la multitud de injustos pensamientos la equidad de un hombre, uno solamente, inferior en número, pero superior en valor, a fin de que lo peor, al ser pesado como en el platillo de una balanza, no resultara dominante sino, cediendo ante el peso de la opuesta tendencia hacia lo mejor, resultase impotente.

86. XIX. Pero examinemos qué quiere decir "Noé halló gracia delante de Dios Soberano." (Gen. VI, 8.) Entre los que hallan algo unos encuentran de nuevo cosas que, habiendo sido suyas, las habían perdido; otros, en cambio, hallan ahora por primera vez lo que no habían adquirido anteriormente. Por eso los que procuran la precisión en las expresiones acostumbran llamar "hallazgo" a esto último y "recuperación" a lo primero.

87. Clarísimo ejemplo de lo primero son las prescripciones relativas al gran voto.[32] Un voto [33] es un pedido de bienes a Dios; un "gran voto", en cambio es el reconocimiento

de que Dios mismo y por Sí mismo es el origen de las cosas buenas y de que, aunque aparentemente la tierra produce frutos, las lluvias hacen crecer las semillas y las plantas, el aire es capaz de nutrirlas, la agricultura es causa de las cosechas, la medicina lo es de la salud y el matrimonio de la generación de hijos; no obstante eso, no existe cosa alguna que pueda ser considerada copartícipe de Él en la producción de beneficios. 88. Porque todas estas cosas están por obra del poder de Dios, sujetas a cambios y transformaciones, de modo que producen frecuentemente efectos contrarios a los ordinarios. Pues bien, quien formula el gran voto debe, según Moisés, ser "santo y dejarse crecer libremente los cabellos de su cabeza" (Núm. VI, 5); lo que equivale a decir que debe procurar el progresivo desarrollo de los capitales [34] brotes de las verdades relativas a la virtud que tienen lugar en la facultad rectora,[35] y enorgullecerse por ellas como quien se precia de llevar una larga cabellera.

[32] Ver Núm. VI, 2. Sobre el nazareato ver también Interpretación alegórica, I, 17.

[33] El término *eukhé* =: voto, significa también súplica.

[34] *Kephalaiódes* (de *kephalé* = cabeza) = capital, fundamental, sumario. Al calificar de "capitales" a los nacimientos o brotes de las verdades, está recurriendo Filón a un juego de palabras para vincular esos brotes con los cabellos de la cabeza, es decir, capitales (de *cáput* = cabeza; cápita).

[35] Es decir, en la inteligencia.

89. Pero ocurre que en ocasiones él las ha perdido por haber sobrevenido de improviso sobre el alma cierto torbellino que le ha arrebatado cuanto contenía de noble. Este torbellino consiste en cierta involuntaria claudicación, a la que Moisés llama muerte,[36] que repentinamente mancha el alma.

[36] Núm, VI, 9.

90. Pero con todo, habiéndolas perdido, acto seguido, purificado, resarce la pérdida y recuerda aquello que había olvidado hasta entonces y encuentra lo que había perdido; y como consecuencia de ello, los días anteriores, es decir, los de su claudicación,[37] no son tenidos en cuenta o en razón de que la claudicación es. algo al margen del cálculo,[38] desacorde con la recta razón y sin vinculación con la prudencia, o bien porque, tales días no merecen ser contados; ya que, como ha dicho alguien,[39] "no hay cuenta ni número para las cosas como esas."

[37] En realidad, los días que no se le tienen en cuenta al nazareo en caso de tener contacto con un cadáver son los anteriores a esta mancha. Pero, tal como explica Filón las cosas, esos días serían los de la prevaricación del hombre bueno, no los anteriores a ella.

[38] Es decir, carente de discernimiento, control o cálculo, o sea, irracional..

[39] Trátase de un proverbio.

91, XX. Por otra parte, frecuentemente venimos a encontrarnos con cosas que ni en sueños conocíamos antes. Un ejemplo es lo que algunos cuentan del labrador que, cavando en un terreno con intención de plantar un árbol frutal, vino a dar con un tesoro, de modo que gozó de una fortuna inesperada.

92. Así, el ejercitante,[40] cuando su padre le pregunta por el origen de su conocimiento diciéndole: "¿Qué es esto que has hallado rápidamente, hijo mío?", responde en estos términos: "Es lo que Dios Soberano puso ante mí." (Gen. XXVII, 20.) En efecto, cuando Dios nos proporciona el espectáculo de Su eterna sabiduría, sin que medie nuestra dedicación o esfuerzo, hallamos en él de improviso un tesoro de perfecta felicidad que no esperábamos.

[40] Jacob.

93. Sucede a menudo que aquellos que mediante su esfuerzo buscan algo no alcanzan al objeto buscado; en tanto que otros, sin proponérselo y con toda facilidad, encuentran aquello en lo que no habían pensado. Los hombres de espíritu tardo y pesado, en efecto, como si hubieran perdido la vista, se esfuerzan sin resultado en el estudio de alguna de las ramas del saber; mientras que los bien dotados por la naturaleza lo alcanzan de innumerables maneras, sin aplicarse a ello pues disponen de un certero e infalible acceso a él; de tal modo que, aunque no se apresuren a tomar contacto con los asuntos, éstos parecen verse impelidos a salir a su encuentro y procurarles la más exacta aprehensión que de ellos se pueda tener.

94. XXI. A éstos es a los que, según Moisés, están dadas-grandes y hermosas ciudades, que ellos no han edificado; casas repletas de bienes, que ellos no han llenado; cisternas. cavadas que ellos no han cavado; viñedos y olivares que ellos no han plantado." (Deut. VI, 10 y 11.)

95. Al decir "ciudades y casas" designa simbólicamente a las virtudes genéricas y específicas. En efecto, el género aseméjase a la ciudad, como que ésta se caracteriza por más anchos límites y abraza un mayor [41] número de cosas; en tanto que la especie se parece a la casa, pues 'es más concentrada y más ajena a la idea de comunidad.[42]

[41] "Mayor número de cosas" que la casa, como el género encierra mayor número de especies que las que, a su vez, encierra cada una de sus especies.

[42] Es decir, comparada con el género, la especie es un círculo más pequeño y más próximo a la unidad.

96. Las ya preparadas cisternas son los premios preparados para ser ganados sin esfuerzo, cisternas de celestiales y dulces aguas, depósitos preparados para guardar dichas virtudes, las que procuran al alma la perfecta dicha, que resplandece con la luz de la verdad; y así, en los viñedos nos proporciona un símbolo de la dicha, y en los olivares una representación de la luz.[43]

[43] Sobre el simbolismo aceite = luz, ver Sobre las habituales intrigas de lo peor contra lo mejor 118.

97. Felices, pues, son éstos, pues experimentan algo análogo a lo que sienten los que despiertan de un sueño profundo y contemplan de improviso el mundo sin hacer esfuerzo y sin dedicación a ello. Desdichados, en cambio, aquellos que pugnan ardorosamente en procura de aquello para lo que no están naturalmente dotados, apremiados por esa penosísima enfermedad que es la ambición de igualar a otros. 98. Porque, aparte de no alcanzar el fin propuesto, soportarán, como si se tratase de naves atravesando el mar entre contrarios vientos, además de un daño nada pequeño una grande vergüenza. En efecto, no sólo no alcanzan éstos a llegar a los puertos hacia los que se apresuran, sino muchas veces arruínanse a sí mismos, a su tripulación y su carga, dando origen al dolor de los amigos y al gozo de los enemigos.

99. XXII. A propósito de ello, la ley dice que "algunos subieron a la montaña con violencia, y el amorreo que habita en aquella montaña salióles al encuentro, los hirió como lo hacen las abejas y los persiguió desde Seir hasta Horma." (Deut. I, 43 y 44.)

100. No puede, en efecto, ser de otra manera. Si aquellos que no son aptos para la

aprehensión de las artes, se violentan en el esfuerzo para adquirirlas, no sólo no alcanzarán el fin perseguido sino además se harán merecedores de oprobio.[44] Y lo mismo aquellos que ejecutan alguna otra acción conveniente, pero lo hacen no voluntariamente con consentimiento de su discernimiento sino violentando sus inclinaciones: no proceden rectamente sino heridos y perseguidos por sus íntimos sentimientos.

[44] El mismo pensamiento sobre la esterilidad del esfuerzo si no va acompañado por la capacidad correlativa está desarrollado en Sobre los sacrificios de Caín y Abel 113 a 117.

101. ¿Dirías tú que existe alguna diferencia en lo que a honestidad se refiere entre aquellos que restituyen insignificantes préstamos de dinero con la esperanza de defraudar mayores cantidades, y aquellos que devuelven gruesas sumas pero violentando su natural deshonestidad, único aguijón que jamás cesan de sentir?

102. Cuantos se han abocado al servicio del único Sabio sin sinceridad, como si sobre un escenario hubieren representado santísimas normas de vida sin otro fin que realizar una exhibición ante los espectadores congregados, llevando en el alma bufonería y no piedad, ¿no están acaso extendiéndose y torturándose a sí mismos como sobre la rueda del suplicio para simular fingidamente lo que en realidad no experimentan?

103. Por eso, aunque por un corto tiempo permanecen encubiertos bajo los signos de la superstición, que es una valla para la piedad y origen de grande daño tanto para los que se hallan en tal estado como para los que tienen trato con ellos, con todo, al cabo de un tiempo, despojados de las envolturas exteriores, muestran desnuda su simulación; y entonces, como aquellos cuya condición de extranjeros se comprueba, son señalados como falsos ciudadanos que han inscripto ilegalmente sus nombres en el registro de la más grande de las ciudades, es decir, de la virtud, sin tener derecho alguno a hacerlo. Es que la violencia resulta de corta vida como el mismo nombre lo atestigua, pues deriva de "breve".[45] Este término, en efecto, designaba entre los antiguos lo de breve duración.

[45] Otra de las gratuitas derivaciones de Filón: *biaion* = violento, derivado de *baión* = de corta duración, breve, no obstante no existir parentesco alguno entre ambos términos.

104. XXIII. Pero queda aún por responder qué significa el pasaje: "Noé halló gracia ante Dios Soberano". ¿Significa que alcanzó una gracia o que fue hallado digno de gracia? No es razonable suponer lo primero. Porque, ¿qué más se le ha dado a Noé que, a decir verdad, no se haya dado a todas las creaturas, no sólo a las que son naturalezas compuestas de cuerpo y alma sino también a las simples naturalezas elementales, todas ellas admitidas como receptoras de la Divina gracia?

105. La segunda interpretación, en cambio, no carece de razonable sentido, puesto que la Causa juzga merecedores de Sus dones a los que no desvirtúan con prácticas vergonzosas esa Divina representación existente en ellos, que es la sacratísima inteligencia. Pero quizá esta interpretación no es la verdadera.

106. Porque, ¿cuánta grandeza es razonable suponer en el que fuera considerado por Dios digno de Su gracia? Yo entiendo que aun el mundo entero difícilmente alcanzaría tal cosa, no obstante tratarse de la primera, mayor y más perfecta de las Divinas obras.

107. Quizá, entonces, sea mejor admitir lo siguiente: el hombre de bien, ávido, como es,

de inquirir y saber muchas cosas, en todo aquello que indaga halla esta suprema verdad: que todas las cosas: la tierra, el agua, el aire, el fuego, el sol, los astros, los animales y las plantas en su totalidad, son gracia de Dios. Mas no es a Sí mismo a quien Dios ha agraciado; Él nada necesita; sino ha dado el mundo al mundo, y sus partes a sí mismas, a las demás y también al universo. 108. Pero no fue porque juzgase a alguien digno de Su gracia por lo que dio en abundancia bienes al universo y a sus partes; lo ha hecho con la mirada puesta en Su eterna bondad y considerando que el beneficiar es algo que atañe a Su dichosa y feliz naturaleza. De modo que, si alguien me preguntare cuál es la causa de la creación del mundo, yo responderé, habiéndolo aprendido de Moisés, que es la bondad del Que Es, la que precede a todas Sus potencias y es la fuente de las otras.[46]
[46] Existe una laguna en el pasaje y resulta difícil conjeturar su real sentido. Tal vez, como propone Colson, deba leerse algo así como: "esa bondad que es la más antigua de Sus gracias, y la fuente de otras." La reconstrucción seguida en la traducción es la de Wendiand.

109. XXIV. Pero hemos de observar que se nos dice que Noé complacía a las potencias del Que Es, al Señor y a Dios;[47] en tanto que Moisés complacía a Aquél que es escoltado por esas potencias y que fuera de ellas es concebido en cuanto a Su existencia solamente. Pénense, en efecto, en boca de Dios estas palabras: "Has hallado gracia delante de Mí" (Ex. XXXIII, 17); en las que Dios muéstrase a Sí mismo como Aquél que junto a Sí no tiene otro ser alguno.
[47] Gen. VI, 8. Filón entiende que el término "Señor" (*Kyrios*) designa a la potencia gobernante de la Divinidad, en tanto que el término "Dios"(*Theós*) alude a su potencia providencial y benefactora. Ver al respecto Sobre la obra de Noé como plantador 86 y ss.

110. Así pues, el Que Es considera por Su propia y exclusiva decisión digna de gracia a la suprema sabiduría qué hay en Moisés, en tanto que a la sabiduría de segundo orden[48] y de carácter más específico, que no es sino una copia de aquélla, la considera también merecedora de gracia pero a través de Sus potencias subordinadas, según las cuales Él es Señor, Dios, Regente y Benefactor.
[48] Es decir, más limitada e inferior a la sabiduría suma, cuya jerarquía es la propia del género con respecto a sus especies.

111. Mas existe otra inteligencia, amante del cuerpo y de las pasiones, que ha sido vendida al jefe de cocina [49] de nuestro compuesto ser, es decir, al placer; y privada, cual si se tratase de un eunuco, de todos los masculinos y fecundos órganos del alma; y vive a las nobles prácticas, incapaz de recibir el Divino mensaje, excluida de la sagrada congregación,[50] en la que siempre las pláticas y estudios versan sobre la virtud. Cuando esta inteligencia es arrojada a la prisión de las pasiones, encuentra de parte del jefe de cocina un favor que es más degradante que el repudio.
[49] Gen. XXXIX, 1.
[50] Deut. XXIII, 1.

112. En efecto, no son, estrictamente hablando, prisioneros aquellos que, después de ser condenados por magistrados designados por sorteo o por jueces elegidos por voto, son arrojados al sitio destinado a los delincuentes, sino aquellos cuyos rasgos espirituales son condenados por la naturaleza, pues desbordan insensatez, incontinencia, cobardía, injusticia, impiedad y otras innumerables plagas.

113. Mas el inspector, guardián y tesorero de éstos, el jefe de la prisión es un complejo y cúmulo de innumerables y múltiples vicios tejidos en una sola trama y figura, y complacerlo constituye el mayor de los castigos. Algunos, no viendo este castigo, y engañados al confundir lo dañoso con lo útil, acuden a él muy regocijados y se convierten en escoltas suyos con la esperanza de que, juzgados fíeles, habrán de llegar a ser subalternos y lugartenientes en la custodia de las faltas voluntarias e involuntarias.

114. Pero tú ciertamente, oh alma, considerando que tal señorío y mando es más cruel que la penosa esclavitud, elige en la medida de lo posible un sistema de vida sin cadenas, sin ataduras y libre.

115. Mas, si cayeres en las redes de la pasión, soporta antes convertirte en prisionera que en guardiana de prisión. Si sufres y eres oprimida alcanzarás misericordia, mas si te entregas a las intrigas con ánimo de obtener cargos, y a la sed de gloria, llegarás a ser guardiana de la prisión, oficio grato pero a la vez un mal, y el mayor de todos los males, por el que serás hecha completamente esclava para siempre.

116. XXV. Por lo tanto, aleja de ti con toda tu fuerza las complacencias para con los jefes de guardia de las prisiones; y anhela, en cambio, muy especialmente y con todo celo el complacer a la Causa. Mas si ello sobrepasare tus posibilidades, dado que la grandeza de Su dignidad está por sobre ellas, no desistas; ve hacia Sus potencias y conviértete en suplicante ante ellas hasta que las mismas, aceptando la constancia y legitimidad del servicio, te asignen tu lugar entre aquellos que les complacen; tal como hicieron con Noé, de cuya descendencia Moisés ha confeccionado la lista más extraña y novedosa.

117. Dice, en efecto: "Éstas son las generaciones de Noé. Noé fue un hombre justo, siendo perfecto en su engendramiento. Noé fue grato a Dios." (Gen. VI, 9.) Ciertamente, los vástagos de la creatura compuesta deben por naturaleza ser ellos también compuestos. Así, los caballos engendran por fuerza caballos; los leones, leones; los toros, toros; y de la misma manera, los hombres engendran hombres.

118. Los vástagos propios de la sana inteligencia, en cambio, no son de tal suerte sino lo son las mencionadas virtudes, a saber: su condición de "hombre", su condición de "justo", su condición de "perfecto" y su condición de "grato a Dios". Esta última, como que es el grado más alto de la perfección y el límite de la suprema felicidad, es mencionada en último término.

119. Una forma de generación consiste en la conducción y tránsito, por así decir, del no ser al ser. Ella constituye el natural proceso que forzosamente siguen siempre las plantas y los animales, pero existe otra, consistente en el cambio del género superior a la especie inferior, cambio al que se refiere Moisés cuando dice: "Éstas son las generaciones de Jacob. José tenía diecisiete años y aunque joven todavía, cuidaba como pastor los rebaños junto a sus hermanos, junto con hijos de Bala y los de Zelfa, las esposas de su padre." (Gen. XXXVII, 2.)

120. Pues bien, cuando esta razón diligente en la ejercitación y amante del saber[51] desciende desde las más divinas de las concepciones hacia las opiniones humanas y mortales, seguidamente es engendrado José, el que sigue el ritmo del cuerpo y de las cosas corpóreas. No obstante que lo avanzado de su edad había tornado grises sus

cabellos, es "joven aún". Y lo es porque aún no ha llegado en absoluto a comprender ni el pensamiento ni la lección de la edad madura, pensamiento y lección que los que son contados como miembros de la compañía de Moisés han aprendido, hallando en ellos un tesoro y un goce provechosos en grado sumo para sí y para los que están en estrecha relación con ellos.

121. Por eso, entiendo yo; porque quiere pintamos un. retrato de José y la más exacta representación de su carácter de la manera más clara, es por lo que nos lo presenta Moisés cuidando los rebaños en compañía no de hermano legítimo alguno, sino de hermanos bastardos, los hijos de las concubinas, los que son designados por el parentesco inferior, vale decir, el de las mujeres, y no por el superior, o sea, el de los hombres. En esta ocasión, en efecto, son llamados hijos de las mujeres Bala y Zelfa, y no de su padre Israel.

122. XXVI. Con razón podría alguien preguntar por qué motivo después de la mención de la perfección de Noé en lo que hace a las virtudes, se nos dice que "la tierra se corrompió delante de Dios y se llenó de iniquidad." (Gen. VI, 11.) Para quien no es demasiado profano en instrucción tal vez no resulte difícil dar con la respuesta.

123. Hemos de decir que, cuando en un alma el elemento incorruptible surge, el mortal se corrompe de inmediato, ya que la generación de las prácticas nobles implica la muerte de las innobles, por la misma razón que, cuando la luz ilumina, desaparece la sombra. Por eso en la ley relativa a la lepra está establecido con todo cuidada que "si un color vivo apareciere en el leproso, será manchado." (Lev. XIII, 14.)

124. Y con ánimo de confirmar esto y ponerle, por así decir, el sello, añade: "Y el color sano lo manchará." (Lev. XIII, 15.) Al expresarse así se sale de lo razonable y normal. En efecto, todos los hombres consideran que la corrupción de las cosas sanas es producida por las cosas enfermas, y la de las vivas por las muertas, y no que, al revés, las saludables y vivas corrompen a sus contrarias, entendiendo que por el contrario, aquéllas preservan a éstas.

125. Pero nunca faltan en la sabiduría de Moisés novedades sumas, y también en este caso pone de manifiesto su peculiar modalidad al enseñamos que lo sano y lo vivo es causa de impureza en las cosas manchadas. Pues bien, el sano y vivo color en el alma, cuando verdaderamente aparece sobre ella, es la convicción.[52]

[52] "Convicción" o reproche o prueba o refutación, es decir, el poder de poner al descubierto de manera irrebatible algo negativo. Prácticamente lo que entendemos por conciencia moral.

126. Cuando esta convicción se hace presente, realiza un inventario de todas las faltas de la misma y difícilmente cesa de echárselas en cara, hacerla avergonzar y reprenderla. La convicta alma reconoce sus yerros uno a uno y entonces se da cuenta de cuan insensata, intemperante, inicua y llena de manchas era.

127. XXVII. Por esta misma razón establece Moisés una ley sumamente paradójica, en la que declara que el que padece una lepra local es impuro, en tanto que el que ha sido invadido completamente por ella en todas las partes de su cuerpo, desde la planta de sus pies hasta el extremo de su cabeza, es puro.[53] No faltará seguramente quien haya

conjeturado lo contrario, cosa que sería razonable suponer, vale decir, que menos impura es la lepra parcial y limitada a una pequeña parte del cuerpo, y más impura la que está extendida al punto de envolverlo por completo.
[53] Lev. XIII, 11 a 13.

128. Pero éstas, entiendo yo, son expresiones simbólicas, con las que quiere mostramos Moisés esta verdad suma: las faltas involuntarias, aunque fueren las de máxima extensión,[54] son puras y no culpables y no son objeto del severo reproche de la conciencia; en cambio, las faltas voluntarias, aunque no se extendieren ampliamente, son halladas culpables por ese juez del alma,[55] demostrándose la falta de santidad, la suciedad y la impureza de las mismas.
[54] Es decir: extiéndanse hasta donde se extendieren, abarquen lo que abarcaren. Filón insiste en que la mayor cantidad no pesa, siendo lo voluntario o involuntario de la falta la condición esencial.
[55] Es decir, la "convicción" o conciencia.

129. Así pues, la lepra de doble naturaleza, que brota con dos colores, representa el vicio voluntario, pues [56] el alma, que lleva en sí a La salutífera, vivificante y recta razón, no la emplea como piloto para aproximarse a la seguridad que brindan, las cosas nobles, sino se abandona a los inexpertos en materia de navegación, y hace así zozobrar completamente el barco de su vida, el que en la calma y serenidad del mar podía haberse mantenido a salvo.
[56] La analogía entre tal tipo de lepra y el vicio voluntario se desprende al parecer, de que en una y otro lo característico es la falta de unidad; en la tal lepra a causa del doble aspecto y color, en tanto que en el alma viciosa como resultado de haberse apartado de la dirección única de la recta razón, y entregado a las varias tendencias que la llevan a la ruina.

130. En cambio, la lepra que evoluciona hacia un único aspecto blanco, representa el error involuntario, el que sobreviene cuando la inteligencia está completamente impedida de discernir y no subsiste en ella germen alguno de los que permiten tener conciencia de las cosas; y como los que hállanse envueltos en una niebla y obscuridad profunda, nada ven de lo que han de hacer, soportando, cual un ciego que cae sobre cada obstáculo sin poderlo ver antes, continuos deslices y sucesivas e involuntarias caídas.

131. XXVIII. Semejante a esto es también lo establecido acerca de la casa en la que los casos de lepra son frecuentes. Dice, en efecto, la ley que, "si se diere un síntoma de lepra en una casa, su propietario irá al encuentro del sacerdote y se lo comunicará diciendo: 'Ha aparecido en mi casa algo que parece ser una señal de lepra'" Y añade: "Y el sacerdote ordenará desocupar la casa antes de que el sacerdote entre en la casa y la observe, y cuanto hubiere en la casa no será impuro. Y después el sacerdote irá a practicar la inspección." (Lev. XIV, 34 a 36.)

132. Así pues, antes de que el sacerdote vaya a la casa, lo que hay en ella es puro; y a partir de su llegada todo se toma impuro. Sin embargo, lo razonable sería lo contrario, es decir, que al penetrar en ella un hombre purificado y perfecto, aplicado permanentemente a ofrecer plegarias, ceremonias religiosas y sacrificios por todos los hombres, cuanto hay dentro se tomara mejor, y de impuro viniera a ser puro. Mas aquí ni siquiera permanecen en el mismo estado, sino se cambia en uno inferior, cuando tiene

lugar la entrada del sacerdote.

133. Si estas cosas resultan coherentes a través de una interpretación directa y literal de la prescripción es algo que averiguarán los que acostumbran y gustan emplear tal género de interpretaciones. Mas nosotros debemos manifestar sin rodeos que no existen dos cosas que más congruencia guarden entre sí que la entrada del sacerdote y el simultáneo mancharse de cuanto la casa contiene.

134. En efecto, mientras la Divina razón no ha entrado aún en nuestra alma como en una residencia, todas las obras de ésta están libres de culpa, por cuanto el inspector, el padre, el maestro o como deba llamársele al sacerdote, el único que puede censurarla y guiarla hacia la sensatez, está muy lejos de ella. No se formulan cargos contra aquellos que faltan por ignorancia al no tener a la experiencia como consejera de lo que habrán de hacer. Realmente no alcanzan a concebir como {altas sus actos, y por el contrario, en los mayores errores a veces, juzgan estar obrando rectamente.

135. Mas cuando ese verdadero sacerdote que es la convicción, entra en nosotros como un rayo purísimo de luz, entonces tenemos clara noción de que los pensamientos que encierra nuestra alma no son santos, y que son dignas de reproche y culpables las acciones que hemos emprendido ignorantes de lo que nos convenía, y así, la convicción, en su carácter de sacerdote consagrado, las mancha a todas y manda quitarlas y sacarlas fuera, a fin de poder ver la casa del alma en su misma pureza; y, si en ella han sobrevenido determinadas enfermedades, curarlas.

136. XXIX. AI tratar este asunto me viene a la memoria el caso de la mujer viuda que según el Libro de los Reyes se encuentra con el profeta.[57] Es una viuda, no en el sentido que nosotros le damos al término, es decir, una mujer que ha perdido a su marido; sino por haber enviudado de las pasiones que corrompen y llenan de ignominia, a la inteligencia. Un ejemplo análogo nos presenta también la narración de Moisés en Tamar.

[57] I Reyes XVII, 10. Se trata del profeta Elias.

137. A ésta se la ha ordenado permanecer en su condición de viuda dentro de la casa de su padre, su único-salvador,[58] gracias al cual, habiendo abandonado para siempre los contactos y tratos con los mortales, vive aislada y "viuda'" de humanos placeres; y recibe la Divina fecundación y, llena de las simientes de la virtud, concibe y da a luz hermosas acciones. Y, cuando las ha engendrado, obtiene los trofeos de los combates contra sus enemigos y es registrada como vencedora, portando el símbolo de su victoria, la palma. "Tamar", en efecto, significa "palma".

58 Gen. XXXVIII, 11.

138. Ahora bien, toda inteligencia que se apresta a enviudar y desvincularse de lo ruin dice al profeta: "Hombre de Dios, tú has venido hasta mí para recordarme mis faltas e iniquidades." (I Reyes XVII, 18.) Y así es; cuando éste inspirado por Dios ha entrado en el alma, preso, como está, del celestial amor y movido en su celo por la virtud por los incontenibles aguijones del delirio que Dios le infunde, trae a la memoria. las pasadas iniquidades y faltas, no para que el alma incurra de nuevo en ellas, sino para que, presa de una gran angustia y derramando muchas lágrimas por su viejo error, rechace con. repugnancia a los vástagos del mismo y siga la guía de la razón, intérprete y profeta de Dios.

139. En efecto, los hombres de antaño llamaban a los profetas ora "hombres de Dios" ora videntes, dándoles así nombres precisos y adecuados a la inspiración y a la amplia visión de la realidad con que procedían.

140. XXX. Razón, pues, tuvo Moisés, el más santo de los hombres, al decir que, cuando se ponían de manifiesto las virtudes de Noé, corrompíase la tierra. Y dice más: "Estaba corrompida porque toda carne corrompía su camino sobre la tierra." (Gen.: VI, 12.) 141. Algunos son de la opinión de que la expresión está equivocada y de que la forma coherente e incuestionable debe de ser 'Porque toda carne corrompía Su [59] camino'. Dan como razón el que la forma masculina no puede concordar con un sustantivo femenino, como es "carne".
59 Como en el texto de los LXX se lee *autoû* = de él, referido indudablemente a Dios, Filón aclara que no se trata del camino de la carne, ya. que *sárx* = carne, es femenino, y debería decir *autês* = de ella, si se tratara. del camino de ésta y no del de Dios.

142. Pero, de seguro, las palabras de Moisés no se refieren solamente a la carne, para decir que corrompe su propio camino; lo que justificaría la hipótesis del error gramatical; sino hacen referencia a dos cosas: a la carne que está corrompiéndose, y a Otro, cuyo camino intenta la carne corromper y arruinar. De modo que el pasaje debe entenderse así: 'Toda carne corrompía el perfecto camino del Eterno e Incorruptible, el camino que lleva hacia Dios'.

143. Tal camino, tenlo presente, es la sabiduría; pues a través de esta recta y anchurosa vía la inteligencia es guiada y alcanza su meta, meta que no es otra que el conocimiento y la ciencia de Dios. Y este conocimiento es lo que odia, repudia y trata de corromper el amigo de la carne: pues no hay, ciertamente, oposición más profunda que la del placer contra la ciencia.

144. Así, contra los miembros de la raza vidente llamada Israel, cuando éstos hállanse determinados a avanzar a lo largo de este camino real, combate encarnizadamente el terrestre Edom, cuyo nombre significa, precisamente "terrestre", amenazando con ardor y con toda clase de preparativos apartarlos del camino y convertir éste en senda totalmente desusada e intransitable.

145. XXXI. Los embajadores enviados [60] se expresan, pues, en estos términos: "Atravesaremos tu tierra. No pasaremos a través de los sembrados ni de los viñedos; no beberemos agua de fuente tuya; recorreremos el camino real sin volvemos ni hacia la derecha ni hacia la izquierda hasta que hayamos salido de tus lindes." Mas Edom responde con jactancia: "No pasarás a través de mí. Si lo intentares me opondré yendo contra ti en armas". Los hijos de Israel dijéronle entonces: "Iremos a lo largo de la montaña, y si yo y mis ganados bebiéremos de tu agua te pagaré su valor. Pero la cosa es ínfima;[61] pasaremos a lo largo de la montaña." Mas Edom dijo: "No pasarás por mi tierra." (Núm. XX, 17 a 21.)
[60] Por los de Israel a los edomitas.
[61] Literalmente: "la cosa es nada", es decir, "lo que pido (o lo que haremos) es poca cosa".

146. La historia nos cuenta que uno de los antiguos,[82] al contemplar una procesión organizada con suntuosidad suma, volviéndose hacia algunos de sus discípulos, dijo:

"Ved, mis amigos, cuántas cosas de las que no siento necesidad." Tras la jactancia contenida en esta breve expresión enciérrase una profesión excelente y verdaderamente celestial.
[62] Refiérese a Sócrates. El episodio es narrado por Cicerón, Tusculanas V, 91, y Diógenes Laercio II, 25.

147. ¿Qué es lo que dices? [63] ¿Que has ganado la corona de la victoria en la olímpica lucha contra toda riqueza, y fuiste tan superior a cuanto ésta encierra, que no aceptaste nada de lo que ella te puede procurar para tu goce y uso? ¡Admirable es lo que dices! Y mucho más admirable todavía tu resolución, que ha crecido con tanta fuerza, que ya no ha menester de lucha para alcanzar una completa victoria.
[63] Una de las acostumbradas preguntas ex abrupto de Filón. Está dirigida imaginariamente al autor del precedente comentario, Sócrates.

148. XXXII. Pero entre los discípulos de Moisés no es sólo un hombre el que puede jactarse de haber sido instruido en los primeros elementos de la sabiduría; ello es también posible a toda una numerosísima nación. He aquí la prueba: el alma de cada uno de sus discípulos ha tenido la valentía y el coraje de decirle al rey de todos los bienes aparentes, al terrestre Edom (que realmente son terrestres todos los bienes aparentes): "Ahora pasaré a través de tu tierra".

149. ¡Oh extraordinaria y magnífica promesa! ¿Seréis capaces, decidme, de recorrer, atravesar y dejar detrás todas las cosas de la tierra, que parecen bienes, y son reconocidas como tales? ¿Y nada, entonces, que se oponga a vuestra marcha la contendrá y detendrá?

150. ¿Miraréis todos, uno tras otro, los tesoros de riqueza, repletos, y os apartaréis y desviaréis vuestra mirada de ellos? ¿Despreciaréis las honras de vuestros antepasados paternos y maternos y el blasón de una noble cuna ensalzada por los más? Y la gloria, por la que los hombres todo lo ofrendan, ¿la dejaréis de lado como algo completamente indigno? ¿Y qué? ¿Pasaréis de largo ante la salud del cuerpo, la agudeza de los sentidos, la muy apetecida belleza, la fuerza irresistible y todas las demás cosas con las que se adorna la casa del alma, o tumba o como deba llamarse, excluyendo a todas ellas del orden de lo bueno?

151. Rasgos inmensos de valor son estos, propios de un alma excelsa y celestial, que ha abandonado la región terrestre, ha sido conducida a lo alto, y habita en compañía de las Divinas naturalezas. Al llenarse de la visión de los bienes incorruptibles y legítimo», renuncia, y con razón, a los efímeros y espurios.

152. XXXIII. Porque, ¿qué utilidad reporta el pasar a través de todos los bienes mortales y pertenecientes a los mortales, si no los atravesamos bajo la guía de la recta razón sino, como algunos hacen, envueltos en el falso orgullo, o la indolencia o la inexperiencia acerca de ellos? Porque no todos ellos son estimados universalmente: unos lo son por algunos; otros por otros.

153. Por eso, queriendo señalarnos que es bajo la guía de la recta razón como debemos despreciar las cosas que hemos enumerado, a la afirmación "pasaré" le agrega "a través de tu tierra". Esto, sabía él,[64] es lo más fundamental: el hecho de que estemos envueltos por todas las inagotables materias de los bienes aparentes, y que, sin embargo, no

seamos presa de ninguna de las redes que lanza sobre nosotros cada una de ellas, sino, por el contrario, tengamos fuerza suficiente para quebrar con un solo impulso, como el fuego, sus sucesivos e ininterrumpidos embates.
[64] Moisés, al poner en boca de los enviados esas palabras.

154. Dice que por estas cosas "atravesarán"; en cambio, al referirse a los campos y viñedos va no emplea el término "atravesar".[65] Es que necedad grande sería atravesar las cultivadas plantas que en el alma producen cultivados frutos, es decir, meritorias palabras y laudables acciones. Al contrario, lo que han de hacer es permanecer, recogerlos y comerlos ávidamente sin saciarse jamás. Porque cosa hermosísima es el gozar insaciablemente de las perfectas virtudes, goce del que son símbolo los mencionados viñedos.
[65] En el texto de lo LXX se lee primero *pareleusómetha*, que Filón interpreta como atravesaremos sin hacer alto; en tanto que en la oración siguiente se lee *dieleusómetha*, que según la lectura de Filón debe entenderse como pasaremos sin prisa.

155. Por otra parte, nosotros, sobre quienes Dios derrama, como nevada o lluvia, las fuentes de Sus bienes desde lo alto, ¿beberemos de una cisterna y buscaremos pequeñas corrientes a lo largo de la tierra, cuando del cielo nos viene en incesante lluvia un alimento superior al néctar y la ambrosia de los mitos?

156. XXXIV. ¿O bien elevaremos con una cuerda el agua que ha sido atesorada por las maquinaciones de los hombres y aceptaremos como asilo y refugio una tarea sin esperanza, nosotros, para quienes el Salvador del universo ha abierto Su celestial tesoro para que usemos y gocemos de él? Eleva, en efecto, el sagrado intérprete Moisés, su súplica para que "el Señor nos abra Su buen tesoro, el cielo, para damos una lluvia" (Deut. XXVIII, 12); y las súplicas del amado de Dios son siempre oídas.

157. ¿Y qué? A Israel, el que piensa que ni el cielo ni la lluvia ni la cisterna ni cosa alguna creada en general es capaz de nutrirlo, y remontándose más allá de todas las creaturas, manifiesta lo que ha pasado con él diciendo: "Dios, que me alimentó desde mi juventud" (Gen. XLVIII, 15), ¿no crees-tú que ni siquiera le parecerán dignas de ser tenidas en cuenta las aguas todas contenidas en la tierra?

158. No podría, pues, beber de una cisterna aquel al que Dios provee de las corrientes de embriagadora bebida sin mezcla, unas veces mediante el ministerio de alguno de sus ángeles al que ha juzgado digno de oficiar de copero; otras por Sí mismo, sin poner a nadie entre el Dador y el que recibe.

159. Así pues, sin demora alguna procuraremos avanzar por el camino real quienes hemos adoptado la decisión de atravesar las cosas terrestres. Y no es real ningún camino del cual sea dueño un ciudadano común; solo, lo es aquel cuyo señor es él también el único verdadero Rey.

160. Este camino es, como dije hace poco, la sabiduría, a través de la cual hallan las almas suplicantes la única vía de escape hacia el Increado. Es natural, en efecto, que el que marcha a través del camino real sin hallar obstáculos no se llame a reposo hasta llegar a presencia del Rey.

161. Y entonces, los que han llegado reconocen la felicidad de Éste y su propia miseria.

Así, Abraham, habiéndose aproximado a Dios, al punto reconoció que él no era otra cosa que tierra y ceniza.[66]
[66] Gen. XVIII, 27.

162. Mas es preciso no inclinarse ni hacia la derecha ni hacia el lado opuesto del camino real, sino avanzar por el centro de él. En efecto, las desviaciones en una u otra dirección, ya por exceso hacia la exageración, ya por defecto hacia la flojedad, son reprensibles. En este asunto no menos digno de reproche es lo derecho que lo izquierdo.

163. En el caso de los que llevan una vida osada, por ejemplo, lo derecho es la temeridad, la cobardía es lo izquierdo; entre los que administran de manera vil sus riquezas la tacañería es lo derecho; el derroche incontrolado, lo izquierdo; y cuantos se exceden en materia de cálculos, consideran que se ha de elegir la picardía [67] y evitar la necedad; y algunos van tras la superstición como cosa recta y huyen de la impiedad como cosa digna de evitarse.
[67] O engaño o fraude. "Se exceden en materia de cálculos", es decir, no saben elegir el justo medio, lo equidistante entre los extremos viciosos.

164. XXXV. Luego, para que no seamos forzados a desviarnos y a entrar en la esfera de los opuestos vicios, optemos por ir derechamente por el centro del camino y supliquemos que ello nos sea factible. La valentía equidista de la temeridad y la cobardía; la economía del extravagante derroche y de la ruin mezquindad; la prudencia es el medio entre la picardía y la necedad; y finalmente, la piedad lo es entre la superstición y la impiedad.

165. Estas virtudes están en el medio de las desviaciones en uno y otro sentido, y son todas ellas amplios y transitables caminos, en los que es lícito caminar continuamente, no con los órganos corpóreos, sino mediante los movimientos del alma que va en procura de lo más excelente.

166. Disgustado al máximo por esto, el terrestre Edom, como teme que las doctrinas que le son propias resulten refutadas y confundidas, amenazará con la guerra sin tregua si por la fuerza marcháramos despedazando y saqueando sin cesar el fruto de su alma, fruto que él ha sembrado para la destrucción de la sabiduría pero que aún no ha cosechado. Dice, en efecto: "No pasarás por mi tierra. Si lo intentares me opondré yendo en armas contra ti."

167. Mas no nos preocupemos por sus amenazas y respondámosle: "Iremos a lo largo de la montaña", vale decir, mientras en permanente plática con los poderes elevados y superiores, examinamos cada caso mediante el análisis y la definición,[68] y averiguamos en cada cosa, cualquiera ella fuere, la explicación por la cual se reconozca su, naturaleza esencial, miraremos despectivamente todas las cosas-externas y corpóreas, puesto que éstas son cosas demasiado-bajas y pegadas a la tierra, amigas para ti, pero enemigas de nosotros, por lo cual no nos quedaremos con ninguna de ellas.
[68] Basado en su mal griego, asocia Filón los términos oros = montaña, con *hóros* = límite, definición; lo cual le permite, en un juego de palabras intraducible al español, sacar la conclusión de que el sentido de la expresión. "Iremos a lo largo de la montaña" es que la vida del sabio consiste en un recorrido intelectual a través de las cosas, entre las cuales establece los límites mentales de los análisis y las definiciones.

168. En efecto, con que las tocáramos con la punta de los-dedos, como se dice, te procuraríamos un honor y un "valor",[69] como que tú te jactarías y presumirías de que también nosotros, los amantes de la virtud, hemos cedido ante los incentivos del placer.
[69] *Timé* = honor, distinción, significa también precio o valor monetario que es lo que literalmente expresa el término en el texto. Pero Filón; como se advierte por las consideraciones que siguen, lo toma en el sentido moral.

169. XXXVI. Dice, en efecto: "Si yo y mis ganados bebiéremos de tu agua, te entregaré su valor". No se trata aquí de lo que los poetas llaman "precio", es decir, plata u oro o todas. las otras cosas que es costumbre que los que compran den en calidad de retribución a los que venden; lo que aquí significa el término valor es honor.

170. Y así es realmente. Todo incontinente, injusto o cobarde, cuando ve que alguno de los. que llevan una vida austera huye del trabajo, o se muestra ansioso de ganancias, o se ha inclinado hacia alguna de las. redes del placer, se alegra, goza y se siente honrado; y con ardor y ademanes jactanciosos comienza a discurrir ante la multitud acerca de la gran necesidad y ventaja de los vicios que lleva en sí. Se jacta, efectivamente, de que si la cosa no fuera así, fulano de tal, que es un hombre bien reputado, de ningún modo se avendría a tales prácticas.

171. Digamos,. pues, a todo corrompido: Si bebiéremos de tu agua, si tocáremos algo de lo que tu confuso torrente arrastra, te brindaremos honor y crédito, en vez de mala fama y deshonor, que es lo que tú mereces en realidad.

172. En efecto, la verdad es que la "cosa" [70] a la que dedicas tus afanes no es absolutamente nada. ¿O piensas que de verdad alguna de las cosas mortales existe y subsiste realmente, y no que se balancea suspendida en el vacío como sobre una falaz e inestable opinión, no difiriendo en nada de los falsos sueños?
[70] Filón interpreta alegóricamente la expresión del pasaje "La cosa es. nada", del parágrafo Núm. XX, 19, comentado en la nota 61; y saca como conclusión que las cosas terrenas nada valen, son vanas.

173. Si no deseas conocer las suertes de los hombres individualmente considerados, examina las vicisitudes en la buena y en la mala dirección de regiones y naciones enteras. Llegó en su oportunidad a su apogeo Grecia, pero los macedonios dieron en tierra con su poderío. A su turno Macedonia floreció, mas dividida en porciones [71] perdió su vigor hasta apagarse completamente.
[71] Alusión a las contiendas de los diádocos (323-281) y al fraccionamiento definitivo del imperio de Alejandro en varios estados, uno de los cuales, el reino de Macedonia sucumbió ante Roma en 268 a. C.

174. Antes de los macedonios la prosperidad sonreía a los persas, pero bastó un solo día para que su grande y vasto reino fuese destrozado, y hoy los partos dominan a los persas, es decir, los entonces sometidos mandan sobre sus amos de ayer. Brillante y de larguísima duración fue el aliento [72] de Egipto de antaño, y con todo, su gran prosperidad pasó como nube. ¿Y qué ha sido de los etíopes? ¿Qué de los cartagineses y de las naciones próximas a Libia? ¿Qué de los reyes del Ponto?
[72] Algo así como "soplaron buenos vientos sobre", en el sentido de "fueron tiempos prósperos para".

173. ¿Qué de Europa, de Asia y, para decirlo en una palabra, de toda la tierra habitada? ¿No es agitada arriba y abajo y sacudida como una nave en alta mar, sujeta ora a prósperos ora a adversos vientos?

176. En efecto, el Divino plan, al que llaman fortuna los más de los hombres, desarróllase describiendo círculos. En su incesante flujo en un punto traspasa de una ciudad a otra de una a otra nación, de una región a otra los bienes de unas a otras y los de todas a todas. Solamente de tiempo en tiempo altera esto a fin de que todo el mundo habitado cual una sola ciudad goce del mejor de los sistemas políticos, la democracia.[73]
[73] En varios pasajes de sus obras Filón expone esta favorable opinión sobre la democracia, sistema que opone a la oclocracia o gobierno de las turbas. En Sobre la confusión de las lenguas 108 señala como su principal característica la igualdad en los honores. En el presente pasaje la democracia que supone existir en el mundo consiste en que ningún pueblo acapara indefinidamente la hegemonía o la prosperidad, siendo cada uno a su tumo el que prevalece, en lo cual consiste precisamente esa igualdad en honores.

177. XXXVII. Así pues, ninguna obra, ninguna "cosa" de cuantas interesan a los humanos es "nada" sino sombra o brisa, que se va antes de adquirir consistencia, pues llega y se aleja de nuevo, como ocurre con los flujos y reflujos del mar. Las mareas, en efecto, ora avanzan en agitado torrente con estrépito y violencia y se precipitan formando un lago donde hasta ese momento había tierra firme, ora se retiran y toma a ser tierra firme una gran porción de mar.

178. Así también la prosperidad que ha inundado a una grande y populosa nación, tuerce a veces el curso de su corriente hacía otro lado y no deja tras de sí ni una ínfima gota, a fin de que no quede rastro alguno de la antigua abundancia.

179. Mas no todos captan estas sensatas y cabales reflexiones, sino sólo aquellos que tienen por norma el no apartarse de la recta y constante regla de la definición[74] y la razón. Son, en efecto, los mismos los que dicen ambas cosas: "Lo que concierne a la creación es nada absolutamente" y: "Pasaremos a lo largo de la montaña".
[74] Ver nota 68.

180. Es que resulta imposible que quien no transita habitualmente por los altos senderos de la definición [74] renuncie a las cosas mortales y se desvíe y emigre hacia las cosas incorruptibles.
El terrestre Edom, pues, pretende obstruir el celestial y real camino de la virtud; la Divina razón, por la parte opuesta, propónese cortar el camino de Edom y sus colaboradores.

181. Entre estos colaboradores debemos registrar a Balaam. También éste es creatura de la tierra, no vástago del cielo. He aquí la prueba. Seguidor, como es, de los presagios y las falsas adivinaciones, ni siquiera cuando los cerrados ojos de su alma recobraron la visión y "vio al ángel de Dios frente a él" (Núm. XXII, 31), se volvió y se alejó de las malas acciones, sino, dio libre curso al torrente de su insensatez, y fue sumergido y tragado por él.

182. Entonces, en efecto, es cuando las dolencias del alma se toman no sólo difíciles de curar sino completamente incurables; cuando al presentarse ante nosotros la convicción,

que es la Divina razón, el ángel que guía nuestros pasos y aparta los obstáculos ante ellos para que podamos caminar sin dificultad a lo largo del amplio camino,[75] nosotros, a pesar de todo, permitimos que priven nuestras irreflexivas opiniones sobre los consejos de aquélla, que procura brindárnoslo incesantemente a fin de llamamos a la reflexión, disciplinarnos y reformar nuestra vida toda.

[75] Salmos XC (XCI), 11 y 12

183. Por eso aquel que no la acata, que no desanda su camino movido por la convicción, que le sale al encuentro, recibirá pronto la destrucción "en compañía de los heridos" (Núm. XXXI, 8) a los. que las pasiones atravesaron e hirieron con sus dardos. La desgracia de éste habrá de resultar para aquellos que no son absolutamente rebeldes a la purificación, una lección sumamente eficaz por si sola sobre la necesidad de alcanzar la benevolencia del juez que llevan dentro.[76] Y la alcanzarán si acatan sin reticencias todo cuanto ha sido rectamente dictaminada por él.

[76] Es decir, de la convicción. Sobre el sentido de este término ver nota 52.

SOBRE LA AGRICULTURA

(DE AGRICULTURA)

1. I. "Y Noé comenzó a ser agricultor y plantó un viñedo y bebió vino y se embriagó dentro de su casa."[1] (Gen. IX, 20 y 21.) Los más de los hombres, ignorantes, como son, de las naturalezas de las cosas, yerran forzosamente en la asignación de los nombres a las mismas. Porque, mientras aquellas que son conocidas a fondo, como si hubieran sido sometidas a una disección, llevan designaciones correctas y adecuadas; en cambio, las que se presentan confusamente son designadas con no mucha exactitud.

[1] Literalmente : "Comenzó a ser un hombre agricultor de la tierra." En cuanto a la parte final del parágrafo, en el texto de los LXX se lee: "Se embriagó y quedó desnudo dentro de su casa."

2. Moisés, dotado, como estaba, de un rico caudal de conocimientos acerca de las cosas, tenía por norma usar los nombres más acertados y expresivos. En muchas partes de su legislación hallaremos comprobada la veracidad de nuestro aserto, y no es la menor de las pruebas la que se da en el presente capítulo en el que el justo Noé es presentado como agricultor.

3. ¿A quién, en efecto, de los que encaran superficialmente las cosas no le ha de parecer que la agricultura y el trabajo de la tierra son una misma cosa, no obstante que no sólo no son lo mismo sino se trata además de cosas en extremo distanciadas, al punto de que resultan contrarias y antagónicas? [2]

[2] Sobre la misma oposición ver Sobre las habituales intrigas de lo peor contra lo mejor 104 y ss. Ver Hesiodo, los trabajos y los días. 600 a 604.

4. Cualquiera, en efecto, aun siendo ignorante, puede ocuparse del cuidado de la tierra; el agricultor, en cambio, no es un profano sino un experto, cosa que está atestiguada por su misma denominación, que ha sido derivado de la ciencia agrícola, de la que lleva el nombre.

5. Además de esto también hemos de tener presente lo siguiente: el trabajador de la tierra, como que no tiene sino un único objetivo, el jornal, ya que se trata de un asalariado y nada más, ninguna preocupación tiene por hacer bien su trabajo; en cambio, el agricultor consentiría no solamente en invertir muchas de sus propiedades sino además en gastar alguna parte de sus recursos domésticos a fin de mejorar la tierra y evitar la crítica de los que la han visto. Su único anhelo, en efecto, desechando ganancias procedentes de otras fuentes cualesquiera, es recoger los frutos que año tras año le procuran sus fértiles cultivos.

6. Este hombre ansiará convertir en árboles de cultivo los árboles salvajes, y acrecentar mediante sus cuidados los cultivados; contener mediante podas el excesivo crecimiento de aquellos que están nutridos en demasía, y contribuir al crecimiento, traducido en las apariciones de nuevos brotes, de aquellos cuyo desarrollo hállase estacionario y refrenado; extender bajo tierra en no muy profundos surcos los abundantes zarcillos de las plantas de buena calidad, y mejorar las de frutos malos mediante el injerto de otras en la parte de su tronco próxima a las raíces, de modo que produzcan una única naturaleza común. Sucede, en efecto, lo mismo que entre los hombres cuando los hijos

adoptivos se adaptan firmemente a familias ajenas en virtud de las buenas cualidades que les son connaturales.

7. Además, nuestro hombre ha arrancado y extirpado hasta sus mismas raíces incontables árboles enteros cuyo crecimiento habíase tornado estéril para la producción de frutos, y que a causa de la proximidad en que se hallaban plantados resultaban sumamente dañosos para los productivos. Tal es el arte relativo a las plantas que brotan de la tierra; consideremos a su tumo también la agricultura del alma.

8. II. En primer lugar, esta ciencia cuida que nada improductivo se siembre o plante, y sí todo lo cultivado y fructífero, que habrá de producir anuales tributos para el hombre, su soberano. A éste, en efecto, ha designado definitivamente la naturaleza como señor tanto de los árboles como de todas las otras creaturas vivientes que son mortales.

9. Mas, ¿quién puede ser el hombre que hay en cada uno de nosotros sino la inteligencia, la cual recoge normalmente los beneficios derivados de cuanto se ha sembrado y plantado? Y así como para los infantes el alimento es la leche y para los hombres maduros lo son los panes de trigo, del mismo modo en el caso del alma el papel de los alimentos lácteos vienen a desempeñarlo las etapas preliminares, de la cultura general[3] y el de los alimentos perfectos y decorosos para los hombres formados las instrucciones que señalan la senda a través de la prudencia, de la templanza y de toda virtud. Estas enseñanzas, en efecto, sembradas y plantadas en la inteligencia, producirán los frutos de mayor provecho, vale decir, nobles y loables acciones.

[3] Ver Interpretación alegórica III, nota 85.

10. Asimismo, prescribe esta agricultura que se proceda a cortar de raíz y a extirpar todos los árboles de pasiones y vicios, que, habiendo crecido .y ganado altura, producen frutos de perdición; de modo que no quede en ningún caso ni siquiera una diminuta porción, de la que puedan brotar otra vez nuevos retoños de faltas.

11. Y en los casos de árboles cuyos frutos no son ni útiles ni dañosos la norma será cortarlos pero sin permitir que perezcan, y destinándolos, en cambio, a un uso acorde con su condición, vale decir, colocándolos como empalizada o valla en torno de un campamento; o, si no, como cercado de una ciudad para hacer las veces de muralla.

12. III. Dice Moisés, en efecto: "Cortarás todo árbol que no produce frutos comestibles y harás una fortificación para enfrentar a la ciudad que emprenderá la guerra contra ti." (Deut. XX, 20.) Estos árboles representan las capacidades puramente intelectuales, que no pasan más allá de la simple teoría.

13. Entre ellas se han de contar la teoría médica ajena a las medidas concretas con las que es conveniente procurar el restablecimiento de los pacientes; la especie de retórica destinada a la defensa en los juicios y remunerada, que ocúpase no en determinar lo justo sino en convencer a los oyentes mediante el engaño; asimismo todas las formas de argumentación y del discurrir geométrico [4] que en nada contribuyen al mejoramiento del carácter, pero, en cambio, agudizan a la inteligencia impidiendo que la atención que presta a cada uno de los problemas que se le presentan adolezca de falta de penetración, y permitiéndole trazar nítidas distinciones en todos los casos, de modo que se ponga de relieve la particular naturaleza de cada cosa en contraste con las cualidades que posee de común con otras.

[4] Literalmente: "la dialéctica y la geometría". Filón entiende que una parte de ambas ramas del saber contribuye al mejoramiento del carácter y otra no. Respecto de la dialéctica lo aclara a continuación; respecto de la geometría no lo hace, pero probablemente halla ese valor de formación en la contribución de la aritmética, implícita en la geometría, ya que los números sagrados que aquélla contiene son de un valor espiritual considerable.

14. A propósito de ello, dicen que los antiguos comparaban la disquisición filosófica y sus tres partes con un campo, estableciendo un paralelo entre la física y los árboles y plantas; entre la ética y los frutos, que son la razón del existir de las plantas; y entre la lógica y el cercado que rodea al campo.

15. En efecto, así como el vallado erigido en derredor sirve de protección a los frutos y plantas que hay en el campo, conteniendo a los que pretenden penetrar con ánimo de dañarlos, del mismo modo la parte lógica de la filosofía es, por así decir, una solidísima guarnición que protege a aquellas otras dos partes, la ética y la física.

16. En efecto, cuando, aclarando las expresiones imprecisas y ambiguas, pone al descubierto los sofismas en que se basan los argumentos persuasivos y, mediante exposiciones clarísimas y demostraciones que no dejan lugar a dudas, refuta al seductor engaño, inmensa y funesta trampa para el alma, convierte a la inteligencia en algo semejante a una alisada cera, presta para recibir las impresiones intactas y totalmente genuinas del saber relativo a la naturaleza y del que se ocupa de las normas de conducta.[6]

17. IV. Las promesas, pues, que la agricultura a el alma proclama ante todo son éstas: 'Cortaré todos los árboles de la insensatez y la incontinencia, de la injusticia y de la cobardía; extirparé asimismo las plantas del placer y del deseo, de la cólera, de la irritación y de las pasiones semejantes a éstas, aunque hubieren crecido hasta el cielo; quemaré hasta sus mismas raíces, dejando que el ímpetu del fuego penetre hasta los extremos de la tierra de modo que no quede absolutamente ni porción ni huella ni sombra de ellas.

18. Arrancaré éstos, pero sembraré, en cambio, para las almas en edad infantil renuevos cuyos frutos las nutrirán. Estos renuevos son el estudio de la escritura sin tropiezos y de la fluida lectura, la precisa indagación en las obras de los sabios poetas, la geometría y la práctica de la exposición retórica, y la totalidad de las enseñanzas que comprenden la cultura general. En cambio, para las almas que están en la etapa juvenil y en las que ya. han llegado a la madurez sembraré cosas superiores y más perfectas: la planta de la prudencia, la de la templanza, la de la justicia y la. de toda otra virtud.
5 Es decir, de la física y la ética.

19. Si, además, alguno. de los árboles ; de la llamada vegetación salvaje no produjere fruto comestible pero sirviere para ser empleado como cerco. y protección del fruto comestible, también a él lo conservaré,. no por él mismo sino porque posee naturales condiciones para servir al que es necesario y muy útil.

20. V. Por esto el omnisciente Moisés atribuye la agricultura del alma al hombre justo como una ciencia adecuada y concerniente a él, cuando dice: "Noé comenzó a ser agricultor"; en tanto que al injusto le atribuye el trabajo de la tierra sin un saber

científico y sujeto a las más pesadas penurias.

21. Dice, en efecto: "Caín era trabajador de la tierra" (Gen. IV, 2); y poco más adelante, cuando éste es descubierto tras haber consumado el sacrílego fratricidio, se le dice: "Maldito seas tú desde la tierra, la que ha abierto su boca para recibir la sangre de tu hermano proveniente de tu mano, con la que trabajarás la tierra; y ella no continuará dándote su fuerza." (Gen. IV, 11 y 12.)

22. ¿Cómo, en verdad, podría demostrarse con mayor claridad que el legislador considera "trabajador de la tierra" y no "agricultor'" al hombre ruin? No debemos, sin embargo, suponer que está refiriéndose al hombre capaz de operar con las manos, los pies o los otros poderes del cuerpo, o a la tierra montañosa o llana. No, a lo que alude es a las facultades que hay en cada uno de nosotros. Ocurre, en efecto, que el alma del ruin por ninguna cosa se interesa como no sea por su terrestre cuerpo y por todos los placeres del cuerpo.

23. Por cierto que, atravesando las regiones de la tierra, y avanzando hasta los confines de ésta, cruzando los océanos y buscando en lo recóndito del mar, sin dejar de explorar porción alguna del universo, la mayoría de los hombres procura siempre y en todas partes cuanto contribuya a aumentar e1 placer.

24. Porque, así como los pescadores echan sus redes, inmensas a veces, abarcando una extensa superficie del mar en derredor a fin de recoger la mayor cantidad posible de peces encerrados en aquéllas cual si estuvieran prisioneros entre muros; de la misma manera la mayor parte de los hombres no sólo sobre una porción del mar, sino sobre toda la naturaleza líquida, terrestre y aérea tienden las que los poetas llaman algo así como "redes para toda caza" y atrapan de todas partes todo cuanto conduce al goce y aprovechamiento del placer.

25. Excavan la tierra, atraviesan los mares y llevan a cabo todas las demás obras de la paz y de la guerra en procura de inagotables materias para el placer, como para un rey.[6] Ignoran los secretos de la agricultura del alma, ciencia que siembra y planta las virtudes y cosecha como fruto de ellas una vida feliz; y aplican sus esfuerzos[7] a los objetos apetecidos por la carne y van tras los mismos con sistemático empeño, al igual que tras este compuesto terroso, esta estatua modelada, esta casa estrechísima del alma, carga inmensa que desde el nacimiento hasta la muerte ella transporta como un cadáver sin despegarse de él.

[6] En el texto griego, *basilídi* = para la reina, pues *hedone* = placer, es femenino.

[7] Literalmente: trabajan; con lo cual Filón insiste en lo de "trabajador de la tierra".

26. VI. Queda, pues, establecido que el trabajo de la tierra es cosa distinta de la agricultura, y que el trabajador de la tierra difiere del agricultor. Pero debemos averiguar si no hay también otros casos emparentados con los ya mencionados que bajo una común designación oculten diferencias concretas. Existen, ciertamente, ejemplos de pares, que una cuidadosa búsqueda nos ha permitido hallar, acerca de los cuales diremos lo que convenga, en la medida de lo posible.

27. Por ejemplo, así como por la vía de la interpretación alegórica hemos hallado que los términos "agricultor" y "trabajador de la tierra", aunque aparentemente no difieren en significación el uno del otro, implican en realidad concepciones fundamentalmente

distintas, otro tanto ocurre con "pastor" y "criador de ganado". El legislador habla en unos casos de crianza de ganado y en otros de pastoría.

28. Los que no son suficientemente precisos quizá supongan que se trata de denominaciones sinónimas de la misma ocupación; mas, interpretados alegóricamente, resultan ser nombres de cosas diferentes.

29. Y en efecto, es costumbre aplicar uno y otro nombre, el de criador de ganado y el de pastor, indiscriminadamente a aquellos que cuidan animales; pero ello no es correcto si referimos tales términos a la facultad racional, a cuyo cargo está el rebaño del alma. En efecto, cuando se trata de este cuidador de rebaño, si es malo es llamado "criador de ganado", y cuando es bueno y genuino se le llama "pastor". En seguida mostraremos cómo es esto.

30. VII. La naturaleza nos ha creado poniendo en cada uno de nosotros un ganado. El alma, en efecto, ha producido, como brotados de una misma raíz, dos vástagos, de los cuales uno ha sido dejado indiviso y absolutamente intacto y se denomina inteligencia, en tanto que el otro ha sido dividido mediante una séxtuplo división en siete naturalezas: cinco correspondientes a los sentidos y dos a los otros dos órganos, el del habla y el de la reproducción.

31. Todo este conglomerado, como irracional que es, aseméjase a los rebaños; y un rebaño debe por ley natural poseer necesariamente un guía. Por ello, cuando un hombre carente de experiencia en el mando y a la vez rico se eleva y se constituye a sí mismo en guía, conviértese en causa de innumerables males para sus rebaños.

32. Él, en efecto, les proporciona con prodigalidad las cosas necesarias, y éstos, atracándose hasta el hartazgo como resultado del exceso de alimento, se toman insolentes, dado que la insolencia es el vástago natural de la saciedad; y en su insolencia se rebelan y resisten al control y, separados en distintos grupos, disuelven el compacto conjunto del rebaño.

33. La incapacidad del hasta entonces jefe queda al descubierto al ser abandonado por sus subordinados. Corre tras ellos procurando, por si es posible, retener y colocar nuevamente bajo su control a alguno de los animales. Mas, al fracasar, se lamenta y llora reprochándose su propio atolondramiento y acusándose a sí mismo por lo sucedido.

34. Esto mismo, precisamente, sucede con el ganado de los sentidos. Cuando la inteligencia es negligente y descuidada, aquél, devorando insaciablemente el exceso de alimento que le proporcionan los objetos sensibles, sacude el yugo y se rebela y se lanza a la ventura ajeno a toda moderación; los ojos, tendidos hacia lo visible, incluso hacia aquello que no es lícito ver, se precipitan a la deriva; los oídos, abiertos a toda clase de sonidos y nunca satisfechos, lánzanse en pos de ellos, sedientos siempre de injerencias indiscretas y de intromisiones en asuntos ajenos, e incluso en algunos casos, de temas para bromas vulgares.

35. VIII. ¿Por qué otra razón, si no, pensamos que en todas partes del mundo habitado se llenan los teatros de incontables multitudes? Los esclavos de los conciertos y espectáculos, permitiendo que sus oídos y ojos se lancen sin control y viviendo para

citaristas y citaredos[8] y toda clase de enervada y afeminada música, complaciéndose además con danzantes y demás actores, en mérito a que éstos se colocan y se mueven con posturas y movimientos indecentes, promueven una permanente contienda sobre la escena,[9] totalmente despreocupados de su propio mejoramiento y del mejoramiento común, arruinando, los desventurados, su propia vida a través de los ojos y los oídos.

[8] El citarista tocaba la cítara sin acompañamiento de canto; el citaredo. cantaba acompañado de la cítara.

[9] "Es decir, estimulan con sus aplausos los celos recíprocos y rivalidades de los actores, músicos y cantantes.

36. Existen otros que son más miserables y desdichados que éstos: aquellos que han dejado libre de ataduras, podríamos decir, al sentido del gusto. Éste, ya libre, lanzándose de inmediato en procura de toda clase de disfrutes de alimentos y bebidas, escoge para sí de cuantos hállanse ya servidos, y es presa de un apetito inacabable e insaciable respecto de los. que faltan, de modo tal que, aunque los receptáculos del vientre se hallen repletos, su eternamente vacía avidez escudriña y merodea movida aún por la pasión, llena de ardiente deseo, para ver si por casualidad no ha dejado escapar algún resto sin caer en la cuenta; a fin de devorar también esto a manera de fuego que todo lo consume.

37. A la glotonería la acompaña naturalmente su escolta, el placer sexual, portador de una desmedida demencia, una irrefrenable pasión y un penosísimo frenesí. En efecto, cuando los hombres han sido dominados por una refinada glotonería y por una avanzada embriaguez de vino puro, incapaces ya de controlarse, se lanzan llenos. de apremio en procura de uniones sexuales y merodean a sus puertas, hasta que ya libres del gran ardor de su pasión, logran llamarse a sosiego.

38. Tal es, al parecer, el motivo por el cual la naturaleza ha colocado los órganos sexuales debajo del vientre, sabiendo anticipadamente que éstos no hallan complacencia en el hambre, y que despiertan para las actividades que les son propias una vez que se ha llegado a la saciedad en materia de alimentos.

39. IX. Hemos, pues, de llamar "criadores de ganado" a aquellos que dan plena libertad a estas creaturas para hartarse con todo cuanto les atrae; y "pastores", en cambio, a todos aquellos que les proveen de lo necesario, quitando y separando toda abundancia excesiva y perniciosa, la que no es menos dañosa que la escasez y la necesidad; y que ponen gran cuidado para que el rebaño no enferme por negligencia o despreocupación suya, y ruegan además por que no sobrevengan las enfermedades que suelen declararse por causas externas.[10]

[10] Vale decir, por aquellas causas que no dependen de nosotros mismos y cuyo ataque no podemos controlar.

40. Y no es menor su preocupación por que el rebaño no se separe aquí y allí y termine dispersándose, para lo que le infunden mediante un constante castigo un temor eficaz para enderezar á los que nunca se atienen al dictado de la razón. Este castigo es moderado cuando se trata de rebeliones que tienen remedio; severo, en cambio, en los casos sin remedio. Es que el castigo, que aparentemente es una cosa odiosa, resulta un grandísimo bien para aquellos que obran insensatamente, tal como ocurre con la medicina en el caso de los que están corporalmente postrados.

41. X. Éstos son los menesteres propios de los "pastores", los que prefieren lo que es provechoso aunque implique desagrado, a lo que es placentero pero dañoso. Tan digna y provechosa es considerada la profesión del pastor que los poetas acostumbran llamar "pastores de pueblos" a los reyes, y el legislador aplica tal título a los sabios, los únicos que en realidad son reyes. Preséntalos, en efecto, dirigiendo, como a un rebaño, la irracional tendencia de todos los hombres.

42. Por ello atribuye el pastoril saber a Jacob, el que ha alcanzado la perfección mediante el ejercicio, Jacob,[11] es pastor de los rebaños de Labán,[12] vale decir, del alma necia que considera bienes solamente a las cosas sensibles y perceptibles por los ojos, engañada y esclavizada por colores y sombras. "Labán", en efecto, significa "acción de blanquear".

[11] Jacob, según Filón, forma con Abraham e Isaac la trilogía de arquetipos sumos del sabio. Jacob personifica al hombre de bien que tiende a alcanzar la perfección en la virtud mediante el ejercicio o práctica de la misma.

[12] Gén. XXX, 36.

43. La misma profesión es atribuida a Moisés, el omnisciente. Éste nos es presentado como pastor de una inteligencia que acoge la vanidad antes que la verdad, y acepta el parecer antes que el ser. "Jetró" significa "superfluo",[13] y la presunción es una cosa superflua y advenediza que llega a una recta existencia para engañarla. Su norma es introducir principios de justicia diferentes de una ciudad a otra, no los mismos en todas, sino unos en unas y otros en otras, no habiendo visto ni en sueños la universalidad y la inalterabilidad de las leyes de la naturaleza. Dícese, en efecto, que "Moisés estaba apacentando los" rebaños de Jetró, el sacerdote de Madián". (Ex. III, 1.)

[13] O tal vez, impar o dispar, condición o cualidad que compaginaría mejor con la desigualdad en la aplicación de las normas, a que se refiere a continuación Filón.

44. Este mismo Moisés eleva preces para que la multitud y el pueblo todo del alma no sea abandonado como rebaño sin guía, sino encuentre un buen pastor que lo saque de las redes de la insensatez, de la injusticia y de todo vicio, y lo conduzca hacia las enseñanzas de la disciplina y de toda otra forma de virtud. Dice, en efecto: "Establezca el Señor, el Dios de los espíritus y de toda carne, un hombre sobre esta congregación." Y luego. de unas breves palabras agrega: "Y la congregación del Señor no será como un rebaño que carece de pastor." (Núm. XXVII, 16.)

45. XI. ¿No es, acaso, cosa buena el suplicar para que el rebaño nacido y consustanciado con cada uno de nosotros no sea abandonado sin conductor y guía, para que no vivamos envueltos en incesantes desórdenes, tumultos y luchas intestinas, inficionados por la peor de las malas constituciones, la oclocracia,[14] que es una adulteración de la mejor de ellas, vale decir, de la democracia?

[14] O gobierno de las turbas. Como en otros pasajes. Filón refiere estos términos, no a formas reales de gobierno, sino al orden moral. Ver Sobre la inmutabilidad de Dios, nota 73.

46. Y no es la anarquía, madre de la oclocracia, el único peligro; también lo es el alzamiento ilegal y violento de algún aspirante al poder soberano. El tirano, en efecto, es por naturaleza un enemigo. En el caso de los estados se trata de un hombre; en el caso del cuerpo, del alma y de sus respectivas realizaciones es una ferocísima inteligencia que se ha hecho fuerte en su ciudadela para combatir a cada uno de

nosotros.

47. Pero no solamente estos despotismos resultan ser perjudiciales; lo son asimismo las magistraturas y las direcciones de los hombres demasiado complacientes. Es que la benignidad es una actitud expuesta al desprecio y dañosa para unos y otros, gobernantes y gobernados; para los primeros, porque no les es posible conducir rectamente cosa alguna ni privada ni pública a causa de la pobre opinión con que los encaran sus subordinados. En determinados casos hasta se ven precisados a abdicar. Para los gobernados lo es porque, como resultado del continuo desprecio hacia sus jefes, han terminado por no hacer caso de la persuasión, y sin temor alguno se han llenado de una presunción que los expone a un gran daño.

48. Debemos, pues, pensar que ninguna diferencia separa a tales subordinados de un rebaño, ni a sus conductores de los criadores de ganado; ya que éstos inducen a los primeros a vivir en la lujuria en medio de abundantísimos bienes materiales; y aquéllos, no pudiendo sobrellevar la saciedad, se toman insolentes. Lo que, en cambio, corresponde es que nuestra inteligencia gobierne como un cabrerizo, un boyero, un pastor o, en general, un apacentador de ganado que escoge para sí y para sus animales lo conveniente antes que lo agradable.

49. XII. El factor primero y único, por así decir, para que las diferentes partes del alma no queden abandonadas sin tutela, el que les asegura un pastor irreprochable y perfectamente bueno, es la cuidadosa supervisión de Dios. Cuando Él ha sido puesto al frente de ella, es imposible que la asamblea de la inteligencia llegue a convertirse en dispersión; puesto que, colocada bajo una única y misma dirección, necesariamente se la verá marchando bajo la supervisión de uno solo. Ciertamente, el verse forzado a someterse a muchas autoridades es una carga pesadísima.

50. Es, sin duda, tan buena cosa el ser pastor, que con justicia es atribuido no sólo a los reyes, a los hombres sabios y a las almas perfectamente purificadas sino también a Dios, el universal Soberano. Y el que da fe de esto no es uno de tantos sino un profeta, autor de los salmos, cuyos asertos son merecedores de confianza. Dice, en efecto, lo siguiente: "El Señor es mi pastor [15] y nada me faltará." (Salmos XXIII, 1.)
[15] O también: me cuida como un pastor o me apacienta.

51. Beneficioso, ciertamente, es para todo el que ama a Dios tener presente este canto; pero más provechoso aún lo es para el mundo. En efecto, Dios, el Pastor y Rey, guía, como a un rebaño, la tierra, el agua, el aire, el fuego, las plantas todas y los animales que hay en ellos, las cosas mortales y las divinas, incluso las naturalezas celestes, las trayectorias del sol y de la luna y las revoluciones y rítmicos movimientos de los otros astros. Los guía conforme con la justicia y la ley, habiéndoles impuesto Su recto lógos, Su hijo primogénito, quien tomará a su cargo, como jefe subordinado de un gran rey, el gobierno de este sagrado rebaño. Se ha dicho, efectivamente, en cierto pasaje: "Mira, soy Yo; envío a Mi ángel ante tu faz para cuidarte en el camino." (Ex. XXIII, 20.)

52. Diga, pues, también el mundo todo, el mayor y más perfecto rebaño de Dios, el Que Es: "El Señor es mi pastor y nada me faltará".

53. Y diga también eso mismo cada persona particular, no con la voz que fluye a través de la boca y los labios y se proyecta un corto trecho en el aire, sino con la voz de la

inteligencia, que se dilata y alcanza los confines del universo; pues es imposible que falte porción alguna de las cosas pertinentes, si quien ejerce la dirección es Dios, cuya norma es dispensar plenos y completos bienes a todos los seres.

54. XIII. Hermosísima es la exhortación a la santidad que se expresa en el citado canto. En efecto, el hombre, aunque aparentemente, posea todas las otras cosas, es en realidad incompleto y pobre si no se aviene a acatar la soberanía del Único. En cambio, el alma que tiene a Dios por pastor, como posee la única y sola cosa de la que todas las demás dependen, no ha menester, evidentemente, de otra cosa alguna; y así honra no a una riqueza ciega, sino a una riqueza que posee una visión y mirada profundamente penetrante.

55. Todos los instruidos en ella han llegado a poseer un intenso e irrenunciable amor por esta riqueza; y ese amor les ha movido a burlarse de la crianza de ganado y a consagrarse a la ciencia del pastoreo.

56. He aquí una prueba: José, el permanentemente ocupado en la fundamentación de lo relativo al cuerpo y a las vacías opiniones, desconoce la manera de regir y controlar a la naturaleza irracional. Es que habitualmente para los cargos que no se hallan sujetos al control superior se recurre a las personas más ancianas, y José, en cambio, es siempre un joven, no obstante haber llegado a la vejez que trae consigo el transcurrir del tiempo. Acostumbrado, como está, a alimentar y hacer crecer a irracionales creaturas, supone que también podrá persuadir a los amantes de la virtud a que se vuelvan hacia él para que, entregándose a esas creaturas irracionales y sin alma, no puedan ya ocuparse con provecho de los menesteres del alma racional.

57. Dice José, en efecto: "Si este intelecto, rey del país corpóreo, os preguntare cuál es vuestra ocupación, respondedle: 'Somos criadores de ganado'." (Gen. XLVI, 33.) Oyendo esto, sus hermanos se irritarán y con razón, pues, .siendo jefes, habrán de admitir que les corresponde una posición propia de subordinados.

58. Es que los que preparan alimentos para los sentidos mediante inagotable provisión de objetos sensibles, resultan esclavos de aquellos que son alimentados; y, a la manera de los sirvientes, presentan día tras día a sus señores la contribución establecida; en tanto que jefes son aquellos que ejercen el control de los sentidos y refrenan los excesivos impulsos con que éstos se lanzan movidos por un deseo insaciable.

59. Al principio, pues, aunque han oído con desagrado lo que se les acaba de decir, guardarán silencio entendiendo que no vale la pena dar explicaciones a quienes no habrán de comprender que existe diferencia entre la crianza de ganado y el pastoreo; pero luego, al entablarse la controversia al respecto, sostendrán sus puntos de vista con toda energía y no cejarán en su empeño de demostrar el carácter libre, noble y verdaderamente soberano de su naturaleza hasta triunfar en toda la línea. Y así, cuando el rey les pregunta: "¿De qué os ocupáis?", ellos responden: "Somos pastores, como lo fueron nuestros padres." (Gen. XLVII, 3.)

60. XIV. Semejante respuesta, ¿no dice a las claras que estaban ellos más. orgullosos de su condición de pastores que el rey que les hablaba, de la inmensidad de su poder? Y ciertamente testimoniaban que no sólo ellos, sino también sus padres habían escogido libremente tal género de vida como digno de toda dedicación y atención.

61. Con todo, si a lo que se referían era el cuidado de cabras y ovejas, tal vez se hubieran avergonzado de reconocerlo por temor a la deshonra, ya que tales ocupaciones son deshonrosas y vulgares en la opinión de aquellos que han alcanzado esa posición importante que proporciona la prosperidad, y en la que está ausente la sensatez; y sobre-todo en la opinión de los reyes.

62. Además, el espíritu dé los egipcios es orgulloso por naturaleza, más aún que el de los otros hombres, cuando cualquier pequeña brisa de buena fortuna sopla sobre él; y así, considera objeto de burla y amplia risa los cuidados y aspiraciones de la vida sustentados por los hombres de más humilde condición.

63. Pero, puesto que de lo que se trata aquí es de lo relativo a las facultades racionales e irracionales del alma, es lógico que se enorgullezcan aquellos que están persuadidos de que, pues cuentan con el apoyo de las facultades racionales, pueden dominar a las irra-cionales.

64. Si, empero, algún insidioso y difamador afirmare acusándolos: "¿Cómo es que, estando entregados al oficio pastoril y consagrados al cuidado y dirección del rebaño nacido y crecido con vosotros, se os ocurrió echar anclas en Egipto, la tierra del cuerpo y las pasiones, y no dirigisteis vuestra nave hacia otra parte?" A éste hay que decirle con franqueza: "Hemos venido a residir transitoriamente (Gen. XLVII, 4); no a fijar nuestra residencia aquí."

65. Y así es en realidad, toda alma de sabio ha recibido por patria el cielo, y como país extraño la tierra; y considera como propia la mansión de la sabiduría y como ajena la del cuerpo, y piensa que su residencia en esta última es la de un forastero.

66. Así pues, cuando el jefe de rebaños que es la inteligencia, al tomar a su cargo el rebaño del alma emplea para su instrucción la ley de la naturaleza, su conducción es vigorosa y lo hace merecedor de consideración y aprobación en alto grado; en cambio, cuando se aparta de la ley y se comporta despreocupada y descuidadamente, lo hace merecedor de reprensión. Con razón pues, en el primer caso tomará sobre sí el nombre de rey y será saludado como "pastor", en tanto que en el segundo caso llevará un nombre de cocinero o panadero, se lo titulará "alimentador de ganado", siendo su cometido preparar regalado festín para animales habituados a comer con voracidad.

67. XV. He puesto cuidado en dejar demostrado en qué consiste la diferencia entre un agricultor y un trabajador de la tierra, y entre un pastor y un criador de ganado. Mas existe un tercer caso vinculado con los ya expuestos, y de él nos ocuparemos ahora. En efecto, el legislador entiende que es grande la diferencia que media entre un jinete y un hombre montado,[16] no sólo cuando se trata de hombres sobre las grupas de animales que relinchan sino también en el caso de los razonamientos.

[16] En griego: *hippéus* = jinete o caballero; de *híppos* = caballo; y *anabátes* = hombre montado, de *anabáinein* = subir o montar.

68. Pues bien, aquel que sin habilidad en equitación está montado es llamado con razón "hombre montado". Se ha entregado a una irracional creatura, de modo tal que adonde ella va, es de todo punto de vista forzoso que sea llevado; y, no distinguiendo el animal a tiempo alguna abertura u hoyo profundo de la tierra, fatalmente se precipita en él a

causa del ímpetu con que corre, y junto con él es destrozado el hombre que lo monta.

69. El jinete, en cambio, cuando se apresta a montar coloca el freno en la boca del animal y, saltando sobre él de inmediato, queda asido a la crin que cubre el cuello y, aunque aparentemente es llevado, en realidad es él quien conduce a modo de un piloto a la creatura que lo sostiene sobre sí. Porque también el piloto, aunque parece ser conducido por la nave piloteada, en realidad es él quien conduce la nave y la dirige hacia los puertos a los que ansia llegar.

70. Cuando el animal marcha adelante dócilmente, el jinete, como mostrando su aprobación, acaricia al caballo; mas, cuando se lanza con demasiado ímpetu pasándose de la medida, aquél emplea la fuerza y con vigor lo retiene por las crines, de manera que aminore su rapidez. Si el animal continúa sin obedecer, tomando el freno, tira de él y rodea el cuello completamente, de modo que se ve forzado a detenerse.

71. Y para los continuos encabritamientos y turbulencias hay látigos y espuelas preparados amén de todos los otros medios de castigo de que disponen los domadores de caballos. Y nada asombroso hay en esto, porque, cuando el jinete sube sobre el caballo, también sube con él el arte hípico, de modo que siendo dos, un hombre transportado y una técnica, es razonable que se impongan a un solo animal sometido e incapaz de adquirir un arte.

72. XVI. Pasando, pues, de los animales que relinchan y de quienes montan sobre ellos a tu propia alma, examinémosla, si te place. Hallarás, en efecto, en sus diversas partes caballos, alguien que empuña las riendas y alguien que los monta, tal como ocurre en el mundo exterior.

73. El apetito y la cólera son los caballos, el uno macho, el otro hembra.[17] Por esto mientras el uno se encabrita y quiere verse suelto y libre, y tiene largo cuello, como macho que es; la otra es sumisa y servil, amiga de tretas, come a tus expensas y su manutención resulta ruinosa; es que se trata de una hembra. La inteligencia es tanto un hombre montado como un hombre que empuña las riendas. Cuando monta con sensatez es un hombre que empuña las riendas; cuando, en cambio, lo hace insensatamente es un hombre montado.

[17] Epithymía = apetito, deseo desordenado, concupiscencia, es femenino; thymós = fortaleza de espíritu, coraje, cólera, es masculino. De allí lo de macho y hembra. Los géneros, como se advierte, son opuestos en este caso a los de los términos españoles.

74. La insensata, pues, es incapaz, a causa de su ignorancia, de dominar las riendas. Ellas se le escapan de las manos y caen en tierra, y los animales, rebelándose al instante, emprenden una carrera sin orden ni control.

75. Aquel que halla montado sin asirse a cosa alguna por la que poder mantenerse fijo, cae; y el desdichado, despedazadas rodillas, manos y cara, llora profundamente su propia desgracia. Muchas veces también, enganchados sus pies en el pescante, queda suspendido, caído de espaldas y colgado, y es arrastrado, y en las mismas rodadas del carro destrózanse su cabeza, su cuello y ambos hombros; y a poco, llevado en todas direcciones y chocando con todo cuanto halla en el camino, soporta la más lamentable de las muertes.

76. Tal es el fin que le sobreviene a él. Por su parte, el vehículo, abandonado a sí mismo y lanzado hacia adelante con violencia, se destroza con toda facilidad al rebotar contra la tierra, de modo que jamás podrá ya ser ensamblado y reajustado. Los animales, a su vez, libres de todo control, se desbocan enfurecidos y no se detienen en su carrera hasta que, tropezando, caen, o precipitándose en algún profundo despeñadero, perecen.

77. XVII. Es, pues, previsible que todo el vehículo del alma con todos los que van sobre él perezcan de esta manera si la conducción es deficiente. Y es una ventaja, en verdad, que los tales caballos y los que montan sin habilidad sean destrozados, a fin de que los productos de la virtud sean exaltados, ya que la caída de la insensatez provoca el surgimiento de la sensatez.

78. Por eso dice Moisés en las exhortaciones: "Si salieres a la guerra contra tus enemigos y vieres un caballo, un hombre montado y mucha gente, no temerás pues Dios Soberano está contigo." (Deut. XX, 1.) Es que la cólera, la concupiscencia y, en general, todas las pasiones y todos los razonamientos que van sobre cada una de ellas como sobre caballos, aun teniéndose presente el irresistible impulso de que están animados, han de ser despreciados por aquellos que cuentan con la fuerza del Gran Rey, fuerza que los protegerá y luchará por ellos en toda ocasión y lugar.

79. Forman la Divina hueste las virtudes, que luchan en defensa de las amias amantes de Dios y a las que, en presencia de la derrota del adversario, corresponde entonar un himno de excelsa hermosura y en todo apropiado en honor de Dios, que da la victoria y la alcanza gloriosamente. Y dos coros, el de la sección de los hombres y el de la de las mujeres, elevarán con alternantes voces un armonioso canto.

80. El coro de los hombres tendrá por conductor a Moisés, una inteligencia perfecta; el de las mujeres, a Miriam, una sensibilidad purificada.[18] Justo es, en efecto, que la inteligencia y los sentidos eleven himnos y cánticos de gracias a la Divinidad sin pérdida de tiempo, y que uno y otro instrumento sean ejecutados armoniosamente, el de la inteligencia y el de la sensibilidad, para expresar la gratitud y rendir honras al único Salvador.

[18] Ex. XVI, 1 y 20.

81. Así pues, todos los hombres cantan el canto de la ribera,[19] no con ciego entendimiento sino con aguda visión, bajo la conducción de Moisés. Por su parte, las realmente mejores entre las mujeres, las que están inscriptas en la comunidad de la virtud, cántanlo también bajo la dirección de Miriam.

[19] El cántico que entonan junto al mar los israelitas para celebrar la ruina del ejército del faraón bajo las aguas del Mar Rojo. Ex. XV, 1 y ss.

82. XVIII. El mismo himno es cantando por ambos coros, y tiene un estribillo admirable en sumo grado, que es hermoso cantar. Es éste: "Cantemos al Señor, pues ha sido glorificado gloriosamente: caballo y caballero arrojó Él al mar." (Ex. XV, 1.)

83. Quien examina el caso no puede hallar victoria mayor ni más completa que aquella en la cual ha sido derrotado el cuadrúpedo, encabritado y desbocado tropel de las pasiones y los vicios, osado como ninguno. Los vicios, en efecto, son de cuatro especies e igual el número de las pasiones.[20] En esta victoria, además, cae y perece el que va montado sobre aquéllos, es decir, la inteligencia detestadora de la virtud y amante de la

pasión; la inteligencia cuya dicha residía en los placeres y los vicios, en las injusticias y las ruindades, así como en los despojos, en las ambiciones y en todo ganado análogo.
[20] Los cuatro vicios, correspondientes a las cuatro virtudes, son la insensatez, la cobardía, la incontinencia y la injusticia; y las cuatro pasiones son la aflicción, el temor, la concupiscencia y el placer, según los estoicos. A su número alude lo de "cuadrúpedo".

84. Con razón, pues, ha enseñado el legislador en sus exhortaciones [21] a no proclamar gobernante a un criador de caballos, considerando que es incompetente para la autoridad todo aquel que, cual un desenfrenado y rebelde caballo, se enfurece enloquecido sin poderse contener tras los placeres, los deseos y los amores. Sus palabras son éstas: "No podrás poner sobre ti a un extranjero, pues no es tu hermano; no sea que multiplique caballos para sí o haga volver al pueblo hacia Egipto." (Deut. XVII, 15.)
[21] Es decir, en el Deuteronomio, al que Filón designa a veces con el título de Exhortaciones.

85. Por lo tanto, ninguno de los criadores de caballos, según Moisés, el más santo de los hombres, ha sido dotado por la naturaleza de aptitudes para el mando. Sin embargo, podría decir alguien que la fuerza de caballería es un gran elemento de apoyo para su rey, no menos importante que la infantería y la flota; en muchos casos más útil aún, especialmente en las ocasiones en que es preciso que la ofensiva sea instantánea y vigorosamente rápida, cuando la situación no admite dilaciones sino está en su punto crítico, de modo que con razón se considera que el actuar tardíamente más que a no alcanzar la ventaja equivale a fracasar del todo, ya que, tomando la delantera la ocasión pasa de largo como una nube.

86, XIX. Nosotros les diríamos a estas personas: Lo que hace el legislador, buenos señores, no es cercenar la guarnición de ningún jefe; ni mutilar el ejército reunido por éste, separando la parte más efectiva de su fuerza, vale decir, la caballería, sino tratar en la medida de lo posible de aumentarlo para que, creciendo en poderío y número los que combatirán juntos, abatan a sus contrarios con facilidad suma.

87. Profundo conocedor de estas materias, ¿quién tan capaz como él de ordenar y formar en batalla un ejército, de distribuirlo por falanges, de designar comandantes, jefes de escuadrones y otros jefes de mayores o menores formaciones o de indicar cuanto se ha inventado en materia de táctica y estrategia a quienes habrían de hacer correcto empleo de ello?

88. Pero la verdad es que sus palabras no se refieren ahora a la fuerza de caballería, fuerza que un jefe tiene que organizar para la destrucción de los enemigos y la seguridad de los amigos; sino al movimiento irracional, desmedido e insubordinado que se da en el alma; movimiento que es útil obstruir a fin de que no haga jamás volver a todo su pueblo hacia Egipto, el país del cuerpo, ni lo transforme con toda su fuerza en amante del placer y de la pasión antes que en amante de la virtud y de Dios. Quien adquiere una multitud de caballos no puede menos, como dijo el mismo legislador, que tomar el camino hacia Egipto.

89. En efecto, cuando el alma, a causa de la violencia de las pasiones e iniquidades que soplan sobre ella, se contrabalancea e inclina hacia una y otra borda, como una nave, ora hacia el lado de la inteligencia o hacia el de la sensibilidad, y el oleaje se lanza sobre

ella desde lo alto; entonces, como es de esperarse, la inteligencia acaba por sumergirse y hundirse. El abismo en el que se hunde y sumerge no es otro que el cuerpo, representado aquí por Egipto.

90. XX. Nunca, pues, te entregues a esta clase de crianza de caballos. También resultan reprensibles aquellos que se dedican a la otra clase de crianza.[22] ¿Y cómo no habían de serlo? Entre ellos la mayor[23] estima corresponde a anímales irracionales, y tropas de bien tratados caballos avanzan desde sus moradas, mientras ninguno de los hombres que van detrás halla, no ya un regalo superfluo, mas ni siquiera una ayuda para remediar su indigencia.

[22] Se refiere a la crianza de caballos reales, por oposición a la de los caballos simbólicos.

[23] Mayor que a los animales racionales, es decir, que a los hombres.

91. Pero, con todo, las faltas de estas gentes. no son tan graves. Ellos arguyen que al preparar caballos de carrera velan por el esplendor de los sagrados certámenes y de las festividades nacionales que se celebran en todas partes y que a ellos se debe no sólo el placer y el deleite que el espectáculo brinda a los espectadores sino también el cultivo y práctica de cosas nobles. En efecto, dicen que los que observan en los animales el deseo de alcanzar la victoria, animados por el amor a la honra y el celo por la virtud, llénanse de cierto" inexpresable apremio y emulación y, asumiendo con buen. ánimo trabajos que les incumben y les sobrevienen, no desistirán hasta llegar al término de los mismos.

92. Pero, mientras éstos encuentran argumentos para justificar sus faltas; en cambio, no tienen justificación alguna en su mal obrar aquellos que toman a la inteligencia, a la que cabalga sin ser experta en equitación, y la colocan sobre las grupas del cuadrúpedo» vicio y la cuadrúpeda pasión.

93. Mas, si instruido en el arte de la equitación, te hubieres familiarizado en alto grado en él mediante una persistente práctica, y considerares que ya estás en condiciones de dominar caballos, monta y toma las riendas. De esta manera, ni si se encabritan los animales, caerás tú sufriendo heridas difíciles de curar entre las risas de los maliciosos testigos, ni serás apresado si los enemigos se lanzan sobre ti de frente o por detrás, pues a los que te sorprenden por la espalda los dejarás rápidamente a distancia aventajándolos en velocidad, y los que te atacan frontalmente te tendrán sin cuidado en razón de tu saber acerca de cómo poder rechazarlos sin peligro alguno.

94. XXI. ¿No es, pues, razonable que, mientras celebra la destrucción de los que montan a caballo, suplique Moisés por la completa salvación de los jinetes? Éstos son capaces, mediante la aplicación de la espuela a las irracionales facultades, de frenar el excesivo impulso de su movimiento. He aquí su súplica: "Sea Dan", dice, "una serpiente en el camino, en acecho en la ruta, mordiendo el talón del caballo, y caerá hacia. atrás el jinete esperando la salvación que proviene de Dios". (Gen. XLIX, 17 y 18.)

95. Es preciso señalar qué es lo que oculta esta plegaria. "Dan" significa "juicio", y Moisés ha comparado la facultad de examinar, precisar, discernir y, en cierta manera, de juzgar a cada una de las cosas del alma con una. serpiente, que es un animal de sinuosos movimientos, de gran inteligencia, presto a la lucha y muy capaz de defenderse contra injustas agresiones. No la ha comparado con la serpiente amiga y consejera de la vida, vida que en nuestro idioma suele llamarse Eva;: sino con la que fue fabricada por él de

bronce, serpiente ante cuya vista aquellos que han sido mordidos por serpientes venenosas, aunque estuvieren a punto de morir, sobreviven y no mueren jamás, según se nos dice.[24]
[24] Núm. XXI, 9.

96. XXII. Así expuestas, estas cosas parecen prodigios y maravillas: una. serpiente emitiendo voz humana, exponiendo hábiles insinuaciones a espíritus totalmente ingenuos, engañando a una mujer con seductoras persuasiones; y otra convertida en origen de-completa salvación para todos cuantos la miran.

97. Pero si recurrimos a la interpretación de su sentido oculto, todo lo mítico desaparece y el verdadero sentido se muestra con toda claridad. Decimos, en efecto, que la serpiente de la mujer, es decir, de la vida [25] dependiente de la sensibilidad y la carne es el placer, cosa tortuosa y astuta en sumo grado, siempre echada hacia abajo, que se arrastra tras los bienes de la tierra. únicamente, que busca las cavidades del cuerpo, y se introduce en cada uno de los sentidos, como en hoyos y grietas, consejera. del hombre;[26] que se deleita con el aniquilamiento de lo que es mejor que ella, gozosa de matar con ponzoñosas mordeduras sin dolor. Decimos, en cambio, que la serpiente de Moisés es la disposición opuesta al placer, es decir, la moderación, razón por la cual se la presenta como fabricada de bronce, materia solidísima.[27]
[25] "Y llamó Adán Eva a su mujer.. ." (Gen. III, 20). "Eva" en hebreo. significa "vida"; y en el presente pasaje de los LXX se lee *Zoé* = vida, en vez de Éua, como habitualmente.
[26] Extraño calificativo para esta serpiente. Tal vez deba entenderse algo. así como mala o perversa consejera.
[27] El término *kartería* = moderación, templanza, autodominio, significa además firmeza y constancia, sentidos éstos que explican el simbolismo que halla Filón en la solidez del bronce.

98. Forzoso es, por lo tanto, que viva aquel que ha mirado con suma atención la forma de la moderación, aun cuando hubiere sido mordido antes por los engaños del placer; puesto que mientras el placer amenaza al alma con la muerte inevitable, la moderación pone a su alcance la salud y la conservación de la vida, y esa alojadora de males que es la templanza constituye un antídoto contra la licencia.

99. Y aquello que es noble y que además procura una completa salvación merece el amor de todo hombre sabio. Así pues, cuando Moisés suplica o que haya para Dan una serpiente o que éste mismo sea una serpiente, pues el pasaje puede interpretarse en uno u otro sentido,[28] suplica por una serpiente análoga a la construida por él mismo, no por una igual a la de Eva, pues la súplica es en este caso un pedido de cosas buenas.
[28] La forma invariable Dan del texto griego puede tomarse como nominativo (sujeto) o como dativo (para. . .), de donde resulta la ambigüedad a que se refiere Filón: "sea Dan" o "sea para Dan una serpiente".

100. Y el de la moderación, pues, es un género bueno, y es vehículo de inmortalidad, un bien perfecto; el placer, en cambio, pertenece al orden de las cosas ruines, y nos inflige la más grande de las penas, la muerte. Por eso dice el legislador: "Sea Dan una serpiente", no en otra parte sino "en el camino".

101. Es que la incontinencia, la glotonería y todo aquello que engendran y paren los inmoderados e insaciables placeres, fecundados por la abundancia de cosas externas,

impiden al alma marchar por el camino amplio y recto, y la fuerzan a precipitarse en los despeñaderos y barrancos hasta que la destrozan completamente. En cambio, sólo la práctica de la moderación, de la templanza y de las otras virtudes [asegura al alma un buen camino],[29] donde no hay ningún objeto resbaladizo bajo los pies en el cual pueda el alma tropezar y caer. Con toda razón, pues, ha dicho el legislador que la templanza toma el recto camino, puesto que es propio de la opuesta condición, vale decir, del libertinaje, frecuentar un camino intransitable.
[29] El texto es inseguro en este pasaje, y me atengo a la hipotética restauración de Wendland.

102. XXIII. La idea que sugieren las palabras "en acecho en la ruta" es, estoy convencido de ello, como sigue. Por ruta entiéndese el camino para caballos y carruajes transitado por hombres y bestias de carga.

103. Muy parecido a este camino dicen que. .es el placer. En efecto, casi desde el nacimiento hasta la avanzada vejez lo atraviesan, pasean y pasan su tiempo a lo largo de él ociosa y muellemente no sólo los hombres sino también todas las demás especies de creaturas vivientes que existen; porque, no hay una sola creatura que ante los incentivos del placer no se sienta arrastrada y atraída por sus complicadísimas redes,-de las que mucho trabajo cuesta escapar.

104. En cambio, los caminos de la prudencia, la moderación y las demás virtudes, aunque no sean intransitados, son, sin embargo, muy poco recorridos. Escaso es, efectivamente, el número de los que avanzan por ellos, de los que se han esforzado sinceramente en adquirir el saber y no han entrado en otra sociedad que la de lo noble y hermoso, renunciando 'de una vez a todas las otras.

105. "En acecho", pues, y no una sola vez,[30] "está" todo aquel en quien ha entrado un celo y un cuidado por la templanza, y lo está para salir desde su lugar de acecho al encuentro del habitual placer, fuente de inagotables males, interceptarlo y arrojarlo fuera de la región del alma.
[30] Sino permanentemente.

106. Entonces, como con perfecta ilación dice Moisés, "morderá el talón del caballo"; ya que es propio de la moderación y la templanza trastornar y destruir los accesos hacia el altanero vicio y la exaltada, veloz y rebelde pasión.

107. XXIV. La serpiente de Eva, pues, es presentada por el legislador sedienta de sangre humana. Dice, en efecto, en las imprecaciones: "El[31] vigilará tu cabeza y tú vigilarás su talón." (Gen. III, 15.) En cambio, la serpiente de Dan, de la que nos estamos ocupando, es presentada como mordiendo el talón de un caballo, no el de un hombre.
[31] Sobre el masculino él en vez del femenino ella ver Interpretación alegórica III, 15.

108. Es que, como se ha demostrado anteriormente, la serpiente de Eva, como símbolo del placer que es, ataca al hombre, vale decir, a la facultad racional que hay en cada uno de nosotros. El goce y uso de abundantes placeres implica, en efecto, la ruina de la inteligencia.

109. La serpiente de Dan, por el contrario, como que es imagen de la más vigorosa de las virtudes, la moderación, morderá a un caballo, el símbolo de la pasión y el vicio, por

cuanto la templanza tiende a la destrucción y ruina de éstos. Cuando éstos hayan sido mordidos y abatidos, "el jinete", dice, "caerá".

110. El sentido alegórico de esta frase es el siguiente: Moisés entiende que no es cosa buena ni digna de procurarse el que nuestra inteligencia cabalgue sobre cosa alguna procedente de la pasión y el vicio; y considera que, en el caso de verse forzada a subir sobre alguna de ellas, lo mejor es procurar saltar abajo y caer, por cuanto tales caídas traen aparejadas las más gloriosas victorias. Este mismo motivo movió a uno de los antiguos,[32] al ser provocado a una denigrante competencia, a decir que jamás se presentaría a semejante disputa, en la que es peor el vencedor que el vencido.
[32] Demóstenes.

111. XXV. Tampoco, pues, tú, amigo, te presentes jamás a una competencia de maldades ni pugnes por la primacía en tales encuentros, sino esfuérzate ante todo por evitarla, si te fuere posible; mas, si impelido en algún caso por una fuerza más potente que tú, te vieres obligado a mezclarte en la competencia, no titubees en aceptar la derrota.

112. En ella el vencido será un cabal vencedor, mientras que los vencedores serán los derrotados. Y no permitas que sea el heraldo el que anuncie la victoria y el arbitro el que corone vencedor al contrario; acércate tú mismo y alcánzale los premios y las palmas y corónalo, si no se opone, y cíñele la cabeza con las cuitas y proclama tú mismo en alta y firme voz este anuncio: "Yo soy el vencido, señores espectadores y organizadores, en este certamen de avidez, cólera y desenfreno; el vencedor es éste que aquí veis. Tan categórica ha sido su victoria, que aun nosotros, sus oponentes, en quienes era de esperarse un sentimiento de envidia, no lo experimentamos".

113. Cede, pues, a otros los premios de estos afligentes certámenes, mas cíñete tú los de las realmente sacras competiciones. Y no consideres sacros los certámenes que las ciudades celebran en los festivales trienales, para los que han erigido teatros capaces de contener muchas miríadas de hombres. En estos festivales, en efecto, llévase los trofeos o bien aquel que pone fuera de combate a alguno y lo tiende de espaldas o de cara en tierra o bien el que puede boxear o competir en el pancracio y no se queda corto en actos ultrajantes e injustos.

114. XXVI. Hay quienes, habiendo aguzado a fondo las tortísimas puntas de hierro de una correa, tras atarla alrededor de una y otra mano, destrozan las cabezas y las caras de sus adversarios y mutilantes el resto del cuerpo cuando alcanzan a colocar sus golpes, y en seguida reclaman premios y coronas por su implacable ferocidad.

115. Y en cuanto a los otros certámenes, ¿qué persona de buen discernimiento no se reirá de los corredores y de los que compiten en el pentatlón, al verlos ejercitados en saltar lo más lejos posible, recorriendo determinadas distancias y compitiendo sobre la rapidez de sus piernas? No sólo la gacela y el ciervo entre los animales de mayor talla, sino también el perro y el lebratillo entre los más pequeños los dejan detrás sin tomarse mucha prisa, aunque ellos corran con ímpetu y sin tomarse respiro.

116. Ninguno de estos certámenes es, estrictamente hablando, sagrado, aunque todos los hombres sostengan tal cosa. En su interior no podrán menos de sentirse convictos, de falso testimonio. Los admiradores de estas cosas han establecido leyes contra los

violentos y castigos para los ultrajes y han elegido jueces para investigar cada uno de los casos.
117. ¿Y cómo, entonces, puede aceptarse que las mismas personas, por una parte, se rebelen contra los que ultrajan a alguien en privado y fijen penalidades inexorables contra ellos; y, por otra, dicten leyes que establecen coronas, públicas proclamas y otros honores para los mismos hechos cuando tienen lugar públicamente en festivales nacionales y teatros?

118. Porque, si dos medidas, contraria la una de la otra, han sido determinadas contra una persona o una acción, por fuerza tienen que ser buena una y mala la otra. Es imposible que sean buenas ambas. ¿Cuál de las dos, pues, corresponde aprobar? ¿No es verdad que el castigo es de los que han originado actos de violencia? Luego, no podrá evidentemente sino censurarse la medida contraria, es decir, el honrarlos.

119. XXVII. Ahora bien, ninguna cosa sagrada es reprobable, sino ilustre en todo; por lo tanto sólo el certamen olímpico[33] puede ser llamado sagrado con justicia; mas, no el que organizan los habitantes de Elide, sino el que tiene como trofeo la adquisición de las divinas y verdaderamente olímpicas virtudes. En este certamen inscríbense todos los que, siendo los más débiles en sus cuerpos, son los más fuertes en lo que a las almas se refiere; y en seguida, tras desnudarse y practicar el frotado previo a la lucha con polvo, realizan todo cuanto la técnica y la fuerza les permite hacer, sin omitir nada que pueda conducirlos a la victoria.
[33] Evidentemente, Filón asocia el Olimpo con el cielo, y toma sus respectivos adjetivos olímpico y celestial como sinónimos.

120. Así prevalecen estos atletas sobre sus oponentes; pero también entre ellos compiten a su vez por los supremos galardones. En efecto, la victoria no puede ser la misma para todos, aunque todos son dignos de honor por haber destruido y dispersado a enemigos poderosos y temibles.

121. El más admirable de todos es aquel que sobresale entre ellos, al que no debe mirársele con envidia cuando recibe los primeros premios. Mas no se avergüencen los que han sido considerados merecedores del segundo o tercer premio, pues éstos también son asignados como recompensa por la adquisición de la virtud, y para aquellos que no pueden alcanzar las virtudes supremas es útil la adquisición de las intermedias, adquisición que es tenida por más firme aún, por cuanto ella está libre de la envidia que se arraiga en los que prevalecen.

122. Muy instructivas son, pues, las palabras "el jinete caerá", dichas con ánimo de que pueda reaccionar, apresurarse tras las cosas buenas y ser colocado en una recta posición aquel que "cayere" desde las cosas malas. También es sumamente aleccionadora la aclaración de que la caída no es hacia adelante sino "hacia atrás", puesto que es de suma utilidad el quedar retrasado en el vicio y la pasión.

123. Es preciso, en efecto, que en la práctica del bien nos adelantemos, pero que, a la inversa, en la ejecución de bajas acciones seamos tardos; que vayamos al encuentro de aquél pero que lleguemos tarde a estas últimas y quedemos a la zaga cuanto nos fuere posible, ya que aquel para quien es natural quedar detrás de las iniquidades y las pasiones, se mantendrá libre de enfermedad.[34] Dice, en erecto, que el jinete "esperará la salvación que procede de Dios"; y lo dice para que en la medida en que queda a la zaga

de las acciones injustas, se apresure a, correr tras las obras justas.
[34] De enfermedad del alma.

124. XXVIII. Queda, pues, dicho lo concerniente al jinete y al que monta sin serlo, al criador de ganado y al pastor, y además al que trabaja la tierra y al agricultor; y han sido expuestas con toda la minuciosidad posible las diferencias .que median entre los componentes de cada pareja.

125. Pero ya es tiempo de que retomemos el hilo de nuestro asunto. EL legislador presenta, al que aspira a la virtud como no poseyendo completamente la agricultura del alma y como no habiendo hecho ningún esfuerzo fuera del de ocuparse de los. principios de dicha ciencia. Dice, en efecto: "Noé comenzó a ser agricultor." Ahora bien, como dijo uno de los antiguos, "el comienzo es la mitad del todo", en el sentido de que el comienzo equivale a la mitad del camino hacia el fin, mas,. si el fin no se agrega también, no es poco el daño que el comenzar trae aparejado para muchos.

126. Así, no faltan ejemplos de personas, aun de las no libres de culpas, que en los giros de su inteligencia a través de ininterrumpidos cambios,. han alcanzado sí a "tener una idea de alguna cosa beneficiosa,. mas nada provechoso han obtenido. En efecto, puede suceder que, antes de alcanzado el objetivo, una corriente de contrarias tendencias se haya precipitado sobre ellos inundándolos. y destruyéndolos, y que aquella beneficiosa idea se haya reducido a nada.

127. XXIX. ¿Acaso no se debió a esto el hecho de que, cuando Caín imaginaba haber presentado sacrificios. irreprochables, descendiera sobre él una Divina comunicación en el sentido de no forjarse ilusiones respecto de la aceptación-de los mismos por Dios ya que las condiciones de sus sacrificios no habían sido santas y perfectas? La Divina comunicación es la siguiente: "No,[35] si ofreces rectamente, pero no distingues rectamente." (Gen. IV, 7.)
[35] El pasaje completo según el texto de los LXX es: "¿Acaso no habrás incurrido en falta, si. . .?" Pero Filón emite la apódosis *hémartes* = habrás incurrido en falta (que, por otra parte, une al vocablo siguiente para formar la frase "Has incurrido en falta; quédate quieto", cuya exégesis hace en Sobre la sobriedad 50).
Mediante este sencillo truco le viene a quedar una sentencia de molde para su apología de la distinción, pues el sentido de la truncada expresión sería más o menos éste: "No todo está bien, si ofreces rectamente, pero no distingues rectamente."

128. Así pues, honrar a Dios es recto, pero la no distinción no lo es. Veamos qué quiere decir esto. Hay quienes definen la piedad como la afirmación de que las cosas, las buenas y las malas, son resultado de la acción Divina.

129. Podemos decirles a éstos: "Una parte de vuestra opinión es digna de aprobación; la otra, por el contrario, es reprensible. Merece aprobación el que consideréis con admiración lo único que merece ser honrado; es, en cambio, reprensible en la medida en que faltan en ella la distinción y la división. En efecto, no debíais mezclar y confundir las cosas, representándoos a Dios como causa de todas ellas indiscriminadamente, sino establecer distinciones y atribuirle sólo las buenas.

130. Es, ciertamente, absurdo adoptar precauciones para que los sacerdotes estén libres de todo defecto o deformidad y para que los animales ofrecidos en sacrificio no

presenten absolutamente ninguna, ni aun la más pequeña mutilación, y elegir a tal efecto inspectores llamados "observadores de defectos" por algunos, cuyo cometido es cuidar que las víctimas sean llevadas al altar sin imperfecciones e intactas; y, por otra parte, sustentar en las almas de cada uno opiniones confusas acerca de Dios y no establecer las distinciones conforme al canon de la recta razón.

131. XXX. ¿No ves que la ley dice que el camello es un animal impuro en razón de que rumia pero no tiene partida la pezuña?[36] La verdad es que, entendido esto literalmente, la causa invocada aparece como carente de sentido, mas si recurrimos a la significación alegórica esa causa resulta ser algo convincente en sumo grado.
[36] Lev. XI, 4.

132. En efecto, así como el animal que rumia toma digerible el alimento guardado, que a continuación sube a la superficie, del mismo modo el alma del que ama el saber, cuando por vía auditiva recibe estas o aquellas nociones, no las entrega al olvido sino con toda tranquilidad y reposo las rumia una por una para luego entregarlas todas a la memoria

133. Mas no toda memoria es buena sino sólo aquella que conserva buenos recuerdos, puesto que el que las cosas malas no sean olvidadas constituye un daño gravísimo. Tal es la razón por la que para alcanzar la perfección es necesario "dividir la pezuña", a fin de que, dividida en dos la facultad de la memoria, el lenguaje al fluir a través de la boca, para la cual fabricó la naturaleza los labios a manera de límites gemelos, separe la especie útil del recuerdo de la dañosa.

134. Mas, ni siquiera el "dividir la pezuña" solo parece tener ventaja alguna; debe acompañarlo el "rumiar". Porque, ¿qué utilidad hay en dividir las naturalezas de las cosas comenzando desde el principio y, alcanzando hasta las más minúsculas partículas, pero sin avanzar de allí hasta el último límite ni tener separadas aquellas partes que algunos llaman con exactitud ¿tomos o indivisibles? [37]
[37] Aparentemente, lo que Filón arguye en este complicado pasaje es que la división a la manera sofística, es decir, sin que se la corone con la memoria, la reflexión y la práctica, resulta un esfuerzo inútil porque es imposible llegar a una meta final, o sea, al punto en que la división cesa. En esta caso Filón aceptaría la teoría de la infinita división de la materia. En todo caso, la verdadera inutilidad de ese tipo de división reside en lo ya señalado, como lo aclara nuestro autor en 135 y 142, es decir, en que no es coronada o seguida por el "rumiar", por la proyección del esfuerzo y la sagacidad mentales hacia logros morales.

135. Estas operaciones son, en efecto, clarísimas pruebas de penetración y precisión extraordinarias, afinadas para la más sutil sagacidad, mas ninguna ventaja tienen en orden a la nobleza de carácter y a un tránsito irreprochable por la vida.

136. XXXI. En efecto, día tras día la turba de los sofistas fatiga en todas partes los oídos de los oyentes a su alcance con minuciosas disquisiciones, desarrollando exposiciones capciosas y ambiguas, y distinguiendo entre los asuntos los que en su opinión merecen ser recordados y aún más. ¿No dividen algunos de ellos las letras del lenguaje escrito en consonantes y vocales? ¿Y no distinguen otros en el lenguaje tres categorías supremas: nombre, verbo y conjunción? [38]
[38] O nexo.

137. ¿Y no dividen los músicos su propia ciencia en ritmo, medida y tono; y el tono en sus formas cromática, armónica y diatónica, y en intervalos de cuarta, de quinta y de octava; y en melodías de tetracordios unidos y separados?

138. ¿Y no distinguen los geómetras dos géneros supremos de líneas: las rectas y las curvas? Y los demás expertos, ¿no agrupan los asuntos propios de cada ciencia en categorías que van desde las primarias hasta las últimas divisiones?

139. Súmese, además, a esta multitud el coro todo de los que cultivan la filosofía exponiendo las divisiones que le son familiares, a saber, cómo de los seres unos son cuerpos y otros incorpóreos; de los cuerpos unos son vivientes y otros sin vida; unos racionales y otros irracionales; unos mortales y otros divinos; de los mortales unos son machos y otros hembras, categorías que se dan en el ser humano.

140. En cuanto a las cosas incorpóreas unas son completas y otras incompletas» entre las completas están las preguntas y averiguaciones, las imprecaciones y juramentos, y todas las otras diferentes categorías particulares que se registran en los manuales elementales que se ocupan de esas cosas. Están, además, las que los dialécticos acostumbran llamar proposiciones.

141. De éstas unas son simples y otras compuestas; entre las compuestas distínguense las hipotéticas y las inferenciales; las comparativas, también las disyuntivas y otras de igual suerte; a las que cabe agregar las verdaderas, las falsas y las dudosas, las posibles y las imposibles, las apodícticas y las asertóricas, las solubles y las insolubles, con todas las otras de esta familia. Pero, a su vez, las cosas incorpóreas incompletas se subdividen en predicados, complementos y en distinciones más sutiles aún que éstas.

142. XXXII. Y si la inteligencia, aguzándose todavía más en minuciosidad, dividiere las naturalezas de las. cosas como hace un médico con los cuerpos, no por ello sería mayor el provecho que alcanzaría en lo que a la adquisición de la virtud se refiere. Es cierto que, como posee el poder de distinguir y dividir cada cosa, "dividirá la pezuña", mas no "rumiará" de manera que le sirva el provechoso alimento que constituyen los recuerdos, alimento que suaviza la aspereza-existente en el alma como resultado de sus errores, y produce-un movimiento saludable y realmente suave.

143. Así, muchísimos de los llamados sofistas, tras ganarse la admiración a. lo largo de las ciudades y tras mover a casi todo el mundo a honrarlos por su precisión y su alta capacidad de inventiva, han consumido a causa de sus pasiones su vida en la medida de sus fuerzas y envejecido prematuramente sin haberse distinguido en nada de los necios negligentes y de la más ruin especie de hombres.

144. Por eso con sumo acierto compara el legislador a los sofistas que así viven, con la especie de los cerdos, por cuanto su vida carece totalmente de brillo y pureza, y es turbia y -fangosa y transcurre entre las cosas más vergonzosas.

145. Dice, en efecto. Moisés que el cerdo es impuro porque, aunque divide la pezuña, no rumia;[39] del mismo modo que, según él, el camello lo es por la razón opuesta, es decir, porque, aunque rumia, no divide la pezuña. En cambio, todos aquellos animales que participan de ambas cualidades, es evidente que son tenidos por puros, por cuanto

están libres de uno y otro de los defectos mencionados. Ciertamente, la división sin memorización ni práctica ni discusión de las cosas más elevadas es un bien incompleto [del mismo modo que lo son la memoria, la práctica y la discusión de ellas sin la debida distinción].[40] En cambio, la reunión y concurrencia de ambas cosas en un todo constituye un bien absolutamente perfecto.

[39] Lev. XI, 7.

[40] La traducción del párrafo entre corchetes es conjetural, pues existe una laguna imposible de llenar en el texto.

146. XXXIII. Ahora bien, aun los malvados se postran ante la perfección del alma e, incapaces ya de resistir,[41] la verdadera paz prevalece. Mas los hombres que han alcanzado una sabiduría elaborada a medias o, con otro término, semiasentada son demasiado débiles para enfrentar sin ceder a los belicosos escuadrones de las faltas, largo tiempo adiestradas y convertidas en vigorosa fuerza.

[41] Incapaces de resistir la atracción del espectáculo de la perfección espiritual, es decir, dominados o ganados por ella.

147. Tal es la razón por la que, cuando en tiempo de guerra Moisés prepara la lista del ejército, no incorpora a toda la juventud, aun cuando ésta se halle llena de ardor y evidencia una disposición espontánea para rechazar al enemigo; sino determina que algunos retornen y permanezcan en su casa para que mediante una permanente práctica adquieran una fuerza y una experiencia altamente desarrollada que les permita lograr alguna vez una victoria decisiva.

148. La orden es dada por conducto de los escribas [42] del ejército en momentos en que la guerra está ya próxima, a las mismas puertas. Lo que dirán es esto: "¿Qué hombre ha edificado una casa nueva y no la ha estrenado aún? Marche y retome a su casa; no sea que muera en la guerra y otro hombre la estrene. ¿Quién ha plantado un viñedo y no ha sido alegrado por sus frutos? Marche y retorne a su casa; no sea que muera en la guerra y otro sea alegrado por ellos. ¿Quién ha pedido en matrimonio una mujer y no la ha desposado? Marche y retorne a su casa; no sea que muera en la guerra y otro hombre la despose." (Deut. XX, 5 a 7.)

[42] O secretarios. Se trata de los oficiales del ejército, como consta en el original hebreo.

149. XXXIV.[43] ¿Por qué razón —preguntaría yo—, no consideras conveniente, mi admirabilísimo amigo, que se alisten para la guerra, en vez de otros, más bien éstos, que están ya en posesión de mujer, casas, viñedos y otra gran copia de bienes? Lo cierto es que éstos sobrellevarán como cosa ligerísima los peligros de los que depende la seguridad de tales bienes, aun cuando esos peligros fueren del todo pesadísimos; en tanto que aquéllos a los que ninguna de las cosas mencionadas pertenece, no teniendo nada indispensable en juego, procederán con flojedad y desgano en todo.

[43] Lo que sigue es una argumentación en forma de diálogo entre el autor y los escribas u oficiales que han transmitido la orden de Moisés.

150. ¿O será porque, como no han gozado aún de ninguna de sus adquisiciones, tampoco en el futuro les será dado gozar de ellas? Porque, ¿qué ventaja les queda a los vencidos en la guerra de cuanto poseen?
—Sí,[44], pero éstos no serán hechos prisioneros.
—¿Que no? Pues les ocurrirá en seguida lo que les cabe a los que no combaten. Como sucede siempre, enemigos que llevan a cabo con vigor las operaciones de guerra se

convertirán no sólo sin derramamiento de sangre sino también sin esfuerzo alguno en señores de quienes permanecen sentados y cómodos dentro de sus casas.
[44] Como en 151 y en 155 Filón pone en boca de los oficiales una objeción.

151. —Pero el grueso de los otros combatientes de su bando emprenderá la lucha vigorosamente también en defensa de éstos.
Ante todo, es cosa absurda el hacer depender la propia seguridad de los esfuerzos y los prósperos sucesos ajenos, y muy especialmente cuando sobre cada persona en particular y sobre la comunidad entera se cierne un peligro de saqueo, deportación y esclavitud; y tratándose de personas capaces de cooperar en los esfuerzos de la guerra, a las que no afectaba ningún impedimento ni de avanzada edad ni de enfermedad ni de otra desgracia alguna. De modo que lo que corresponde es que éstos tomen las armas a los primeros llamados de las trompetas y que alcen sus escudos para proteger a sus camaradas combatiendo con coraje y desprecio de los peligros.

152. XXXV. En segundo lugar, habrán dado pruebas no sólo de traición sino de mucha insensibilidad si, mientras otros combaten en su defensa, ellos se hallan ocupados en sus negocios privados; si, mientras otros quieren provocar el encuentro en que se jugará su salvación, ellos ni siquiera por su propia seguridad enfrentan la lucha; si, mientras los otros, llevados por su ardoroso deseo de vencer, sobrellevan con buen ánimo la privación de alimentos, los lechos de tierra y las otras fatigas corporales, ellos gastan su tiempo en cubrir sus casas con enyesados y oropeles, adorno despreciable, o en recolectar los frutos de sus plantaciones o en celebrar la vendimia o en contraer y consumar ahora por primera vez sus matrimonios con doncellas prometidas largo tiempo atrás, como si ésa fuera la ocasión más apropiada para el matrimonio.

153. Bien está el ocuparse de las paredes, recoger las ganancias, agasajar con banquetes, embriagarse, casarse y conducir a la cámara nupcial a las damas entradas en años y, para emplear una expresión corriente, enmohecidas; mas éstas son obras propias de tiempo de paz y está fuera de lugar hacerlas cuando la guerra ha poco que ha estallado y está en pleno desarrollo.

154. ¿No habrá algún padre de éstos, algún hermano, alguno de sus consanguíneos, alguno de los de su estirpe que esté alistado? ¿O habrá la cobardía elegido a toda la familia para agazaparse? Nada de eso; innumerables son, sin duda, sus parientes que combaten. ¿Y no es, acaso, mayor que la de ciertas fieras salvajes la inmensa crueldad de estos hombres, que, mientras aquéllos afrontan peligros en defensa de sus vidas, pasan la suya en complacencias y placeres?

155. —Sin embargo,[45] resulta penoso que otros sin esfuerzo alguno de su parte gocen de nuestros trabajos.
—¿Y cuál de las dos cosas es más penosa: que sean nuestros amigos y parientes quienes entren en posesión de nuestra propiedad cuando estemos muertos o que sean enemigos los que se queden con ella mientras estamos vivos aún? A menos que sea tonto comparar situaciones tan ajenas entre sí.
[45] Objeción que pone Filón en boca de su imaginario interlocutor, quien objetaría que, si quien no ha gozado aún del fruto de sus afanes y esfuerzos marcha a la guerra y muere, otro, que ningún mérito ha hecho usufructuará inmerecidamente el bien.

156. Por otra parte, bien puede ocurrir que no sólo las pertenencias de los que no

combaten sino también sus mismas personas vengan a convertirse en adquisiciones de enemigos victoriosos. En cambio, los que mueren por la común salvación, aun en el caso de que ningún provecho hubieran obtenido hasta entonces del patrimonio familiar, alcanzan la más dulce de las muertes por cuanto reflexionan que dicho patrimonio va a pasar a sus herederos, a los que ellos habían suplicado que pasase.

157. XXXVI. La interpretación literal de la ley tal vez dé lugar a estas y otras consideraciones. Pero para que ninguno de los maliciosos se atreva a dar rienda suelta a su inventiva, procedamos por vía de la interpretación alegórica diciendo, en primer lugar, que la ley considera que un hombre debe esforzarse no sólo en la adquisición de las cosas buenas sino también en el goce de las cosas adquiridas, y entiende que la felicidad resulta de la práctica de la virtud perfecta por cuanto ella procura una vida a salvo y completa en todo. En segundo lugar, que la ley no se refiere aquí a una casa ni a un viñedo ni a una mujer ya prometida, en procura de que un hombre se case con la mujer a la que corteja; de que el plantador recoja y exprima el fruto de sus viñas y luego, al beber en abundancia desmedida la embriagadora bebida, se sienta alegre; o de que quien ha construido una casa la habite; se refiere a las potencias del alma, por cuyo ministerio le es factible al hombre decidirse a comenzar, hacer progresos y alcanzar la perfección en acciones merecedoras de aprobación.

158. Los comienzos, en efecto, tienen un ejemplo en el caso de un pretendiente. Así como el que aspira a tomar una mujer para casarse habrá de ser esposo mas aún no lo es, de la misma manera el hombre . bien dotado espera poseer en el futuro una doncella de elevada cuna y pura, la educación, pero por el momento sólo es su pretendiente. Los progresos se observan en el caso del plantador. En efecto, así como corresponde al plantador el cuidar que los árboles crezcan, del mismo modo corresponde al que ama el estudio procurar que los principios de la sensatez alcancen el máximo acrecentamiento. Las perfecciones, por su parte, están representadas en la construcción de una casa que recibe los últimos toques pero que aún no ha adquirido solidez y fijeza.

159. XXXVII. Conviene que todos ellos, los principiantes, los que realizan progresos y los que han alcanzado la perfección, vivan al margen de contiendas y no se embarquen en una .guerra con los sofistas, hombres empeñados siempre en provocar disputas y alteraciones para adulterar la verdad, pues la verdad es cara a la, paz y los mira a ellos con malos ojos.

160. Si aquéllos, simples particulares, se aventuran en esta .contienda contra experimentados luchadores, llevarán indefectiblemente la peor parte; el principiante, por inexperto; el que realiza progresos, por incompleto; y el perfecto, porque aún no. está habituado a la virtud. Preciso es que, así como los yesos deben fijarse firmemente y adquirir solidez, del mismo modo las almas de los que se han perfeccionado lleguen a afirmarse más sólidamente mediante la constante práctica y las sucesivas ejercítaciones.

161. Aquellos que no han alcanzado estas ventajas son llamados entre los filósofos "sabios inconscientes de su propio saber". En efecto, dicen ellos que es imposible que aquellos que han alcanzado las cimas de la sabiduría y hace poco han entrado en contacto por primera vez con los límites de ella, se den cabal cuenta de su propia perfección; que es, ciertamente, imposible que ambas cosas, la llegada a la meta y la aprehensión de la llegada, se concreten simultáneamente, y que la ignorancia es el límite entre ambas cosas; no la ignorancia que se halla a gran distancia del saber sino aquella

que está próxima y a sus puertas.

162. Será, por lo tanto, obra propia de quien aprehende y entiende y se da además plena cuenta de sus propios poderes el combatir contra el bando pendenciero y sofístico. Es de esperar, en efecto, que un hombre como éste logrará imponerse. En cambio, para aquel a quien aún ciega la obscuridad de la ignorancia y, no siendo todavía la claridad de su saber suficientemente, fuerte como para iluminarlo, la seguridad estriba en permanecer en casa, vale decir, en abstenerse de entrar en competencias acerca de materias que no ha aprehendido completamente y en quedarse pacífico y tranquilo.

163. El que fuere arrastrado por la presunción, ignorante de las artimañas de sus oponentes, antes de entrar en acción se convertirá en víctima anticipadamente y experimentará la muerte en el saber, que es aún más calamitosa que la que separa al alma y el cuerpo.

164. Y no puede sucederles sino eso a los que son engañados por los sofismas, pues, como no pueden dar con medios para refutarlos, quedan convencidos de que son verdaderas las falsedades, y pierden la vida del saber. Su caso es el mismo que el de los que son engañados por aduladores, ya que también en el caso de éstos la saludable y verdadera amistad del alma es arrojada fuera y arruinada por la amistad de naturaleza malsana.

165. XXXVIII. Ha de aconsejarse, pues, a los que están en los comienzos de su instrucción para que desistan de tales contiendas, pues les faltan conocimientos; a los que van realizando progresos, porque no son aún perfectos; y a los que acaban de alcanzar la perfección, porque son hasta cierto punto inconscientes de su perfección.

166. Otro hombre, se nos dice, habitará la casa de cada uno de los que son incrédulos, se quedará con sus viñedos y tomará a su mujer; lo que equivale a decir que las mencionadas facultades de aplicación, mejoramiento y perfección jamás serán abandonadas, y que se unirán unas veces a unos hombres, otras a otros, visitándolos .sin establecerse definitivamente en las mismas almas y pasando, en cambio, de unas a otras. Estas facultades aseméjanse a los sellos.

167. Éstos también, cuando han estampado la cera, después de grabar la imagen permanecen inalterables sin ser afectados en nada por las impresiones hechas. Y, aunque la impresión dejada en la cera se toma confusa y se borra,[46] otra cera a su vez la recibirá. De modo que no-penséis, mis buenos señores, que, porque nosotros perecemos,. perecen con nosotros las facultades. Porque ellas son inmortales y acogerán a muchísimos otros, aunque no a vosotros, para la gloria que de ellas se deriva, pues son hombres a los que ellas-ven, no rehuyendo de la plática con ellas, como hacéis vosotros,. sino tendiendo hacia ellas y preocupándose por su seguridad.

[46] Con el correr del tiempo.

168. Quien es amigo de la virtud niegue por que todas: las cosas buenas sean plantadas en él y por que se hagan patentes sobre su alma, tal como se ponen de manifiesto en una buena estatua ó en un retrato perfecto las proporciones de las que resulta su hermosura. Al hacerlo tenga presente que son innumerables los que aguardan, a los que, descartado él, la. naturaleza proporcionará todos estos bienes, es decir, estudios. provechosos, progresos y perfecciones; y que es mejor que sea él mismo, en vez de aquéllos, quien

brille atesorando de manera segura las gracias acordadas por Dios; y no el ofrecer un comodísimo botín a enemigos implacables facilitándoles el saqueo.

169. XXXIX. Poca ventaja, pues, hay en un comienzo en el que un feliz acabamiento no haya impreso su sello. Ahora bien,. a menudo algunos, aun cuando habían alcanzado la perfección, han sido considerados imperfectos en razón de que creían que dicho perfeccionamiento debíase a su propio empeño y no a la, cuidadosa guía de Dios; y por esta creencia, después de haberse visto elevados y exaltados hasta lo más alto, desaparecieron precipitados desde elevadas regiones hasta el más profundo abismo.

170. Léese, en efecto, lo siguiente: "Si construyeres una casa nueva, también harás un parapeto en derredor de tu terrado y así no causarás una muerte en tu casa en caso de que el que cae de él cayere." (Deut. XXII, 8.)

171. Ninguna caída, en efecto, es más penosa que el deslizarse y precipitarse fuera del rendimiento de honor a Dios, coronándose [47] a sí mismo en lugar de coronarlo a Él y cometiendo de ese modo un crimen en su misma familia. Porque aquel que no honra al Que Es mata a su propia alma, de modo que el edificio de la instrucción se toma inútil para él. Por otra parte, a la instrucción le ha cabido por naturaleza el no envejecer, y por eso se nos dice que su casa es nueva. Las otras cosas, en efecto, perecen con el tiempo; la instrucción, en cambio, por mucho que se desarrolle, mantiene su juventud y plenitud desde el principio al fin, radiante con siempre lozana belleza y renovada por las incesantes diligencias.
[47] Juego de palabras intraducible entre *stepháne* = cerco, parapeto, y *stephanoún* = coronar.

172. En las exhortaciones, además, el legislador recomienda a los que han alcanzado a adquirir grandísima cantidad de bienes, no tenerse a sí mismos por autores de su adquisición y "recordar", en cambio, "que es Dios quien da la fuerza para adquirir el poder". (Deut. VIII, 18.)

173. Este recuerdo, pues, es, según él, la meta de la prosperidad, en tanto que aquellas etapas[48] el comienzo. En consecuencia, aquellos que se olvidan del fin de sus adquisiciones no disfrutan ya realmente del comienzo de las mismas. Los desastres que les sobrevienen ellos mismos los provocan a causa del amor a sí mismos, por cuanto no se avienen a reconocer como autor de los bienes a Dios, el que ama prodigar dones y lleva las cosas a su perfección.
[48] Es decir, los estudios provechosos, los progresos y las perfecciones, de que se habla en 168.

174. Pero existen otros que, con todas las velas de la piedad desplegadas, se han esforzado para hacer un breve viaje y echar el ancla en los puertos de aquélla, y en esas circunstancias, cuando no se hallaban lejos sino aprestándose ya a alcanzar tierra, ha sobrevenido sorpresivamente en opuesta dirección un violento soplo de viento, y se ha precipitado rectamente sobre el barco hinchando sus velas y despojándolo de muchas de las cosas que son necesarias para una buena navegación.

175. Nadie podrá acusar a éstos por el hecho de que estén navegando todavía, puesto que el retraso no ha dependido de su voluntad y ha sobrevenido cuando marchaban a toda prisa. ¿Quién, entonces, se parece a estos hombres, sino aquel que formuló el voto

denominado "gran voto"?[49] Dice, en efecto, la ley: "Si alguien muriere repentinamente delante de él, al instante se le manchara la cabeza de su voto, y él la rapará." Y luego, después de algunas palabras, agrega: "Los días anteriores no le serán tenidos en cuenta puesto que ha sido manchada la cabeza de su voto." (Núm. VI, 9 y 12.)
[49] Se trata del voto del nazareo, llamado "el gran voto" por el pasaje "el, que formuló el gran voto". (Núm. VI, 2.) Compárese con Interpretación alegórica I, 17 y con Sobre la inmutabilidad de Dios 89 y 90, donde el contacto con el cadáver es interpretado como la caída en faltas involuntarias.

176. Que esta falta del alma ha sido involuntaria queda establecido por los dos términos; repentinamente y al. instante. En efecto, en el caso de las faltas voluntarias requiérese cierto tiempo para deliberar respecte del lugar, el momento y el modo; las involuntarias, en cambio, sobrevienen de improviso, inesperadamente y, si es posible hablar así, intemporalmente.

177. Difícil es, realmente, que éstos, que podríamos calificar de corredores, una vez emprendido el camino hacia la piedad, puedan proseguir su carrera sin experimentar tropiezos ni interrupciones, ya que toda creatura enfrenta infinitos obstáculos.

178. Lo primero que se ha de procurar, pues, y ello constituye la sola y única cosa calificable de obra eficaz, es no cometer jamás ninguna falta a sabiendas y poseer la suficiente fuerza para arrojar de nosotros a toda la inmensa turba de faltas voluntarias; lo segundo, no caer en muchas faltas involuntarias ni continuar en ellas mucho tiempo.

179. Con mucha razón, por otra parte, ha dicho el legislador que los días de la falta involuntaria no son contados, no sólo porque se trata de. una falta cometida sin premeditación alguna sino porque de las faltas involuntarias no es posible rendir cuentas.[50] Y así es. Al inquirírsenos a. menudo acerca de los motivos de nuestras acciones, aseguramos que ni los conocemos ni nos es posible decirlos; por cuanto, mientras ellas tenían lugar, nosotros no teníamos parte en ello e ignorábamos su llegada.
[50] Complejo e intraducible juego de palabras en el que Filón echa mano a diversas acepciones del término *álogos* = no contado o no tenido en cuenta, privado de la razón e imposible de calcular; así como a la expresión *apodoúnai lógon* =: rendir cuenta, dar cuenta.

180. Es, pues, algo fuera de lo normal el que Dios conceda a un hombre recorrer desde el principio al fin la vida sin desfallecimientos ni deslices y volar con inigualada rapidez y vigoroso ímpetu por sobre ambas especies de faltas, voluntarias e involuntarias.

181. Estas consideraciones acerca del principio y del fin, se han hecho a propósito del justo Noé, quien, después de adquirir los principios y elementos de la ciencia agrícola, careció de fuerzas para proseguir hasta los límites últimos de la misma. Dícese, en efecto: "Comenzó a ser agricultor", mas no se dice que hubiera alcanzado los últimos límites de un completo conocimiento. Lo que se nos ha dicho acerca de su labor como plantador lo dejamos para más adelante.

SOBRE LA OBRA DE NOÉ COMO PLANTADOR

(DE PLANTATIONE)

1. I. En el libro anterior hemos dicho cuanto hubo ocasión de decir acerca del arte de la agricultura en general; en éste expondremos en la medida de lo posible lo referente al cultivo. de la vid en particular. Moisés, en efecto, presenta al justo no' sólo como agricultor sino también y en especial como plantador de viñas, cuando afirma que: "Noé comenzó a ser agricultor [1] y plantó un viñedo." (Gen. IX, 20.)
[1] Literalmente: un hombre agricultor de la tierra.

2. Conviene que quien tiene intención de discurrir acerca del trabajo de los plantadores y agricultores particulares conozca primeramente las plantas más perfectas del universo y a su gran Plantador y Cuidador. El más grande de los plantadores y cuidadores y el más perfecto experto en este arte es el Soberano de todas las cosas. Y este mundo no es otra cosa que una planta en cuyo seno se encierran conjuntamente las innumerables plantas particulares, como sarmientos que brotasen de una única raíz.

3. En efecto, cuando el Modelador del mundo comenzó a dar forma a la naturaleza, que era de por sí desordenada y confusa, llevándola desde el desorden al orden, y de la confusión a la distinción de partes, situó en el centro a la tierra y al agua a modo de raíces; elevó a los árboles, en este caso el aire y el fuego, desde el centro hasta las altas regiones y estableció firmemente la zona circular del éter, colocándola como protección y límite de cuanto contiene. De la palabra "límite" deriva, al parecer, el nombre del "cielo".[2] Maravilloso prodigio fue la obra del maravilloso Hacedor, quien hizo 'que la tierra, una sustancia seca, cuya disolución por el agua hubiera sido de temer, fuera sostenida por esa agua; y que el aire, de por sí lo más frío que existe, fuera sostenido [3] por el fuego, sustancia caliente por naturaleza.
[2] Sólo aparentemente, pues no hay vinculo etimológico alguno entre *horas* = límite, y míranos (pronuncíese *óranos*) = cielo.
[3] Sostenido, no en el sentido de llevado encima o dentro; lo que estaría en contradicción con la representación del mundo sustentada por Filón en el parágrafo 4; sino en el sentido de compactado o mantenido sin dispersarse. En el texto griego aparece el verbo *okheísthai* = ser llevado sobre, ser sostenido encima, por lo que cabe pensar en una corrupción del pasaje.

4. Porque, ¿cómo podría no ser un prodigio el que la cohesión del elemento disolvente sea mantenida por el elemento soluble, vale decir, que la cohesión del agua se deba a la tierra; y que el más caliente de los elementos, que es inextinguible, se halle encima del más frío, que el fuego se mantenga sobre el aire? Los elementos mencionados son las ramas perfectas del universo, pero el retoño más grande y más productivo es el mundo mismo, del que aquellos vástagos son ramas secundarias.

5. II. Debemos, pues, indagar dónde estableció Dios las raíces del mismo y cuál es la base sobre la que se halla apoyado como una estatua. No cabe pensar que sustancia material alguna haya sido dejada aparte y vague al acaso fuera, siendo así que Dios ha elaborado y ordenado la totalidad de la materia en todas sus partes.

6. Correspondía, efectivamente, al más grande Artífice construir la más grande de las

obras, y ésta no sería completamente perfecta si no estuviera llena de partes perfectas;[4] dé tal suerte que este mundo ha sido formado con la totalidad de la tierra, del agua, del aire y del fuego sin que ni la más mínima porción de ninguna de ellas quedara excluida fuera.
[4] Ver Sobre las habituales intrigas de lo peor contra lo mejor, 154.

7. Por fuerza, pues, fuera del mundo o hay un espacio vacío o no hay nada. Si hay un vacío, ¿de qué manera una cosa que es llena, densa y la más pesada de cuantas existen no se precipita por su propio peso no teniendo nada sólido en que apoyarse? Como la inteligencia busca siempre una base corpórea, que es razonable posea toda cosa que se encuentre en movimiento, el mundo parecería ser algo semejante a un fantasma, y con sobradas razones puesto que es el mayor de los cuerpos y envuelve a la multitud de los otros como partes de sí mismo.

8. Confiese, pues, con franqueza quien desee evitarse la vergonzosa confusión propia de quien se siente impotente para resolver una cuestión, que ninguna de las cosas materiales es tan fuerte como para poder soportar el peso del mundo y que el solidísimo y firmísimo apoyo del universo es el eterno logos[5] del eterno Dios.
[5] Ver Sobre la creación del mundo, nota 6.

9. Él es el que, tendido desde el centro hasta los límites extremos y desde los confines hasta el centro, recorre invencible el curso de la naturaleza combinando y dando cohesión a todas sus partes, pues el Padre, que lo creó, hízolo irrompible vínculo del universo.

10. Se comprende así que ni la tierra toda sea disuelta por toda el agua que contiene en sus senos, ni el fuego sea apagado por el aire, ni a su vez el aire sea incendiado por el fuego; por cuanto el Divino lógos se sitúa de límite tal como las vocales entre los elementos no vocálicos a fin de que el universo pueda producir una armonía análoga a la de un artístico escrito[6] en virtud de su mediación, que apacigua las amenazas de los elementos hostiles moviéndolos a la concordia.
[6] El pasaje, tal como se encuentra en los manuscritos es ininteligible en este punto. Se han propuesto diversas enmiendas con más o menos fundamento. La traducción es conjetural.

11. III. Así fue plantado el árbol que produce todos los frutos y así, después de arraigado, adquirió consistencia. En cuanto a las plantas particulares y menores, unas fueron creadas dotadas de movimiento para cambiar de lugar; otras sin él, destinadas a permanecer fijas en el mismo sitio.

12. Las que poseen movimiento que les permite cambiar de lugar, a las que nosotros llamamos seres animados, fueron situadas en las porciones más importantes del universo: en la tierra las terrestres, en el agua las que nadan, en el aire las voladoras, en el fuego las ígneas, cuya reproducción, según es fama, es particularmente observable en Macedonia; y en el cielo los astros (ya que aseguran los estudiosos de la filosofía que también éstos son seres animados, aunque de naturaleza totalmente intelectual), de los que los planetas aparecen cambiando de posición por sus propios impulsos, en tanto que las estrellas fijas lo hacen impelidas por el movimiento conjunto del universo.[7]
[7] Compárese con Sobre los gigantes, 7 y ss.

13. Las plantas[8] cuya naturaleza es incapaz de recibir impresiones, es decir, aquellas a las que se aplica propiamente el nombre de plantas, carecen de poder para moverse cambiando de lugar.
[8] Plantas en el sentido simbólico en que emplea aquí Filón el término refiriéndose al universo y sus partes.

14. IV. Las especies de seres creadas por el Hacedor tanto en la tierra como en el aire son dos. En el aire los voladores, que son perceptibles por los sentidos, y otros potentes seres que de ningún modo y en ningún lugar son conocidos sensorialmente. Esta hueste de incorpóreas almas hállase distribuida en diferentes órdenes. Se nos dice, en efecto, que unas son introducidas en cuerpos mortales y al cabo de determinados períodos nuevamente los abandonan; en tanto que otras, habiéndoles cabido una más Divina constitución, desdeñan la región terrenal toda y se hallan en lo más alto confinando con la misma región del éter. Se trata de las purísimas creaturas que los filósofos griegos llaman héroes, y Moisés, empleando un nombre apropiado, denomina ángeles,[9] pues ofician de embajadores y llevan noticias a los súbditos acerca de los bienes que el Soberano les envía, y al Rey sobre las necesidades que afectan a los súbditos. Dos son también las especies que asignó a la tierra: los animales terrestres y las plantas, con la intención de que aquélla fuera a la vez madre y nodriza.
[9] Ángeles o mensajeros.

15. En efecto, así como en la mujer y en toda hembra brotan fuentes de leche al aproximarse et tiempo de dar a luz a fin de que de ellas fluyan los necesarios y adecuados alimentos para sus hijos, del mismo modo en la tierra, madre de todos los animales terrestres, puso Dios todas las especies de plantas para que los nacidos contaran con alimentos no extraños sino familiares a ellos.

16. Además mientras a las plantas las creó con las cabezas hacia abajo fijándoselas en las porciones más fértiles de la tierra; en los animales. irracionales, en cambio, levantando las cabezas desde la tierra las situó sobre el extremo de un largo cuello y les colocó las. patas delanteras a modo de sostén para dicho cuello.

17. Mas,. al hombre cúpole en suerte una conformación excepcional. En efecto, mientras inclinó los ojos de los otros animales torciéndolos hacia abajo, por lo que éstos están doblados hacia la tierra; los del hombre, por el contrario, los orientó Dios hacia lo alto para que pudiera contemplar el cielo, pues el hombre, como se ha dicho desde antiguo, es una planta no terrestre sino celeste.[10]
[10] Platón, Timeo 90 a.

18. V. Ahora bien, mientras los otros al decir que nuestra inteligencia es una porción de la naturaleza etérea han admitido un parentesco entre el hombre y el éter, el gran Moisés no ha asimilado el orden del alma racional a ninguna otra de las cosas creadas, y, en cambio, ha dicho que ella es una genuina moneda de aquel Divino e invisible espíritu acuñada e impresa por el sello de Dios, cuya marca es Su eterno lógos.

19. Dice, en efecto: "Dios sopló en su rostro el aliento de la vida" (Gen. I, 7); de modo que por fuerza el que recibió el aliento fue hecho semejante a Aquél que lo sopló. Por ello léase además que el hombre está hecho según la imagen de Dios.[11] no según la imagen de alguno de los seres creados.
[11] Gen. I, 27. La "imagen de Dios" es el lógos.

20. Habiendo, pues, sido hecha el alma del hombre según el arquetipo, es decir, el lógos de la Causa, de allí resultó que también el cuerpo fue formado erguido y dirigiendo sus miradas hacia la más pura porción del universo, el cielo, a fin de que a través de lo visible pudiera él aprehender claramente lo invisible.

21. Ahora bien, como, salvo para los guiados por Él, resultaba imposible que alguien se percatara de la existencia de una atracción en la inteligencia hacia el Que. Es, pues cada uno conoce exclusivamente lo que ha experimentado él; Dios creó los ojos del cuerpo, clara representación del ojo invisible,[12] capacitándolos para volver la mirada hacia el éter.

[12] Del alma.

22. Cuando los ojos formados de perecedera materia se han elevado tanto, que desde la región terrestre se han remontado hasta una tan grande distancia como la del cielo y han tocado sus límites, no podemos menos que pensar en cuan dilatada es la carrera de los ojos del alma en todas las direcciones. Su ansiedad profunda por percibir claramente al que Es les da alas y no sólo tienden hacia la más remota región etérea, sino, dejando también atrás los límites del universo entero, se lanzan hacia el Increado.

23. VI. Por eso se dice en los. sagrados oráculos que aquellos que perseveran en la búsqueda insaciable de sabiduría y conocimientos han sido llamados hacia lo alto. Es que por Divina disposición aquellos sobre los que ha soplado Su aliento son llamados hacia la Divinidad en las alturas.

24. En efecto, si a veces los árboles incluso con sus raíces son arrastrados por huracanes y tempestades hacia el aire, y naves de gran tonelaje pesadamente cargadas son arrebatadas del medio del mar cual si se tratase de los más livianos objetos, y lagos y ríos son llevados hacia lo alto, dejando la corriente vacíos los senos de la tierra cuando los potentísimos y tortuosísimos remolinos de los vientos la elevan; extraño sería que la inteligencia, liviana como es, no fuera levantada y elevada hasta las más remotas alturas por la naturaleza del Divino espíritu, todopoderoso y triunfador sobre cuanto hay debajo; y lo sería sobre todo en el caso de la inteligencia del genuino filósofo.

25. Éste, en efecto, no se doblega inclinándose hacia las cosas que el cuerpo y la tierra aman, cosas de las que siempre se esfuerza por desligarse y apartarse; sino se lanza hacia lo alto insaciable en su amor por las sacratísimas y bienaventuradas naturalezas que residen en las alturas.

26. Así, Moisés, el tesorero y guardián de los misterios del Que Es, figurará en el número de los llamados. Se dice, en efecto, en el Levítico: "Llamó a Moisés." (Lev. I, 1.) También lo será Bezelel, a quien se asigna un lugar secundario. Dios, efectivamente, llama también a éste con miras a que se ocupe de la construcción y atención de las sagradas obras.

27. Pero, mientras Bezelel se llevará los honores secundarios en el llamado de lo alto, el omnisciente Moisés será portador de los de primera jerarquía. Aquél, en efecto, prepara sombras, tal como lo hacen los pintores, a los que no es dado crear cosa alguna dotada de vida ("Bezelel" significa precisamente "que crea en las sombras"); a Moisés, en cambio, le ha cabido la misión de modelar no sombras sino las mismas naturalezas

arquetipos de las cosas. Es que la Causa acostumbra mostrar las cosas que a cada uno corresponden; a unos de una manera más clara y radiante, cual si las alumbrara un sol pleno; a otros más obscuramente, como en la sombra.

28. VII. Concluido, pues, nuestro prolijo examen de las principales plantas del universo, veamos de qué manera el omnisciente Dios forjó los árboles que hay en este pequeño universo que es el hombre. Para empezar, tomó nuestro cuerpo cual si se tratase de un fértil terreno, y formó para él los órganos de los sentidos a modo de receptáculos.

29. Acto seguido plantó en cada uno de ellos, como una planta cultivable y valiosísima, la audición en los oídos, la visión en los ojos, el olfato en las fosas nasales y las restantes en los lugares apropiados y naturales. Confirma lo que digo el varón inspirado por Dios cuando en los himnos se expresa de esta manera: "El que planta [13] oídos, ¿no oye? El que modela ojos, ¿no ha de ver?" (Salmos LCIV, 9.)
[13] Refiriéndose a Dios.

30. Y en realidad, todas las facultades extendidas hasta las piernas, los brazos y las otras partes internas y externas del cuerpo no son otra cosa que nobles vástagos.

31. Los mejores y más perfectos los plantó en la parte rectora,[14] que ocupa la posición central y es apta de una manera especial para producir frutos. Estos vástagos son la intelección, la aprehensión, la precisión, las ejercitaciones, los recuerdos, las condiciones temperamentales, las disposiciones mudables del espíritu, las variadas concepciones de las artes y técnicas, la certeza de las ciencias, la captación y retención de las normas de cada una de las virtudes. Ningún mortal es capaz de plantar planta alguna de éstas. No hay sino un solo cultivador de todas ellas, el Artífice Increado, quien no sólo las ha creado en un único acto creador sino además las está permanentemente creando a medida que es engendrado cada uno de los hombres.
[14] Es decir, la inteligencia.

32. VIII. Confirma lo que acabamos de decir la plantación del parque. Leemos, en efecto, que "Dios plantó un parque en el Edén hacia el oriente y colocó allí al hombre que acababa de formar." (Gen. II, 8.) Necedad grande y difícil de remediar es pensar que se está hablando de viñas, olivos, manzanos, granados o de árboles semejantes a éstos.

33. En efecto, para qué los plantaría cabría preguntarse. ¿Para contar con sitios apropiados para vivir?[15] La verdad es que, ¿podría el mundo entero ser considerado residencia capaz de albergar a Dios, el Soberano Universal? ¿No sería por ventura, patente también en otros innumerables aspectos [16] su inferioridad, como para que pueda tenérsele por sitio adecuado para recibir al Gran Rey? Y eso pasando por alto que es una irreverencia el pensar que la Causa esté contenida en lo producido por Ella. Y que también lo es pensar que Sus árboles son de los que producen para nosotros los anuales frutos.
[15] Ver Interpretación alegórica I, 43.
[16] En otras palabras: "si dejamos de lado el hecho de que no existe tal parque poblado de plantas materiales".

34. Porque, ¿para goce y provecho de quién producirá frutos el parque? No será para goce y provecho de algún hombre; porque ningún hombre, que sepamos, habita el

parque, ya que, según Moisés, el primer hombre modelado con tierra, llamado Adán, fue desterrado de allí.
35. En cuanto a Dios, ninguna necesidad tiene de alimento ni de otra cosa alguna; y la primera condición para que alguien se alimente es que sienta necesidad de alimentarse; en segundo lugar, que esté provisto de órganos mediante los cuales tomar el alimento que se le presenta y despedir hacia fuera el alimento del que ya ha extraído lo que tiene de nutritivo; y mal se avienen estas cosas con la bienaventuranza y felicidad propias de la Causa. No se trata sino de incontroladas invenciones de los que La presentan bajo figura humana y con pasiones humanas con ánimo de aniquilar a dos grandes virtudes: la piedad y la santidad.

36. IX. Preciso es, pues, que recurramos a la interpretación alegórica, predilecta de los hombres de visión. Las sagradas revelaciones nos brindan clarísimamente las guías para dicha interpretación. Dicen ellas, en efecto, que los árboles que había en el parque no se parecían en nada a los nuestros, y que eran árboles de vida, de inmortalidad, del conocimiento, de la aprehensión, del entendimiento, de la representación del bien y del mal.

37. Tales cosas no pueden ser plantas terrestres; forzosamente deben serlo del alma racional, a la que corresponde el camino hacia la virtud, cuyo término es la vida y la inmortalidad; así como el camino hacia el vicio, que tiene por meta el abandono de éstas y la muerte. Preciso es, pues, que pensemos que Dios, benefactor como es, planta en el alma una especie de parque de virtudes y de acciones correspondientes a cada una de ellas, a fin de llevarla hacia la completa felicidad.

38. Por ello, además, asignó al parque un lugar muy apropiado, el Edén, cuyo nombre significa "deleite". Este parque, en efecto, es símbolo del alma cuya visión se ajusta a la realidad, que avanza al compás de las virtudes, que salta movida por una alegría plena e intensa, que se ha propuesto alcanzar una única dicha, renunciando a las innumerables cosas que los hombres tienen por dulcísimas, dicha que consiste en servir al Único Sabio.

39. Cierto miembro de la congregación de Moisés, que no pertenecía, ciertamente, al número de los indiferentes, tras haber gustado esta pura alegría, alzó su voz en himnos y dijo dirigiéndose a su propia inteligencia: "Deleítate en el Señor" (Salmos XXXVI, 4), con las cuales palabras movíase a sí mismo a procurar el celeste y divino amor, incapaz de soportar el sinfín de refinamientos y afeminamientos propios de. los llamados bienes humanos y tenidos por tales, arrebatado en un santo frenesí por la Divina posesión y no hallando alegría sino en Dios.

40. X. Prueba de lo que acabo de decir es el hecho de que el parque se hallara situado hacia el oriente.[17] En efecto, mientras la insensatez es semejante a las sombras, al oculta-miento y generadora de la noche, la prudencia, en cambio, es resplandeciente al máximo, brillantísima y verdaderamente naciente [18] como un astro. Y así como el sol al elevarse llena de luz el círculo todo del cielo, así también los rayos de la virtud, cuando iluminan, llenan toda la región de la inteligencia con su puro resplandor.
[17] Gen. II, 8. "Hacia el oriente", o sea, hacia el lugar donde aparece el resplandor del sol al salir éste.
[18] Juego de palabras entre *anatolái* = oriente, y *anatéllein* = elevarse o nacer un astro.

41. Ahora bien, mientras las posesiones de los hombres tienen ferocísimas fieras como guardianes y custodios para la defensa contra los que las atacan y se precipitan sobre ellas, las de Dios están custodiadas por naturalezas ..racionales. Dice, en efecto, Moisés: "Colocó allí al hombre que acababa de formar", lo que equivale a decir que las ejercitaciones y las prácticas son cosas que incumben exclusivamente a los seres racionales.

42. Éstos las recibieron de Dios como singular privilegio frente a las almas de las creaturas irracionales. Por tal motivo se ha dicho de manera clarísima que es la inteligencia, es decir, la parte de nosotros que merece de verdad el nombre de hombre, la que ha sido colocada por Dios entre sacratísimos y nobilísimos retoños y frutos, por cuanto entre los seres carentes de inteligencia ninguno es capaz de cultivar virtudes, ya que no están dotados en absoluto de condiciones naturales para llegar a la aprehensión de ellas.

43. XI. Nada, pues, nos impide conocer el motivo por el que todas las especies de fieras son introducidas en el arca construida en ocasión del gran diluvio y ninguna de ellas es introducida en el parque. Es que el arca era símbolo del cuerpo y a éste le ha sido impuesto la condición de sede de las salvajes y furiosas calamidades de las pasiones y los vicios, en tanto que las virtudes no admiten nada salvaje o simplemente irracional.

44. Con toda intención dice Moisés que el hombre introducido en el parque no es el modelado según la imagen de Dios sino el formado de tierra. Es que aquel que fue marcado con el espíritu según la imagen de Dios en nada se diferencia, entiendo yo, del árbol que produce frutos de vida inmortal: ambos son imperecederos y han sido considerados merecedores de la porción más central y más preeminente. La ley nos dice que el árbol de la vida está situado en el centro del parque.[19] No hay, en cambio, diferencia alguna entre el hombre formado de la tierra y el cuerpo compuesto y terrestre, sin participación en una naturaleza simple, sin composición, cuya casa y habitaciones nadie excepto el ejercitante [20] sabe cómo ocupar. En efecto, Jacob es presentado como "un. hombre sencillo que habita en una casa". (Gen. XXV, 27.) El hombre terrestre posee, en cambio, un natural versátil y una. disposición resultante de combinar y modelar[21] elementos de todo orden.

[19] Es decir, el hombre formado según la imagen de Dios y el árbol de la vida inmortal son una misma cosa; y dicho hombre ya estaba situado-en el centro del parque. No pudo, pues, ser él el introducido en esta. ocasión, sino el otro, el hombre hecho de tierra.

[20] Es decir, Jacob o Israel. Ver Sobre la agricultura, 42.

[21] Intraducible juego de palabras mediante las acepciones de *áplastos* = no modelado, sencillo, y *peplasméne* = modelada.

45. Era, por lo tanto, de esperarse que Dios plantase y situase en el parque, vale decir, en el universo todo, a. la inteligencia intermedia,[22] la que experimenta los efectos de fuerzas que la arrastran en opuestas direcciones y está llamada a decidir entre ellas a fin de que, abocada a elegir y evitar,. ganase inmortalidad y fama en caso de acoger lo mejor; y encontrase, por el contrario, una deshonrosa muerte en caso de escoger lo peor.

[22] Es decir, a la inteligencia del hombre terrestre, y por lo tanto, a éste..

46. XII. Tales son los árboles que sembró en las almas racionales el único Sabio. Moisés, compadecido de aquellos que habíanse convertido en desterrados del parque de las virtudes, suplica ante la absoluta soberanía de Dios y ante. Sus propicias y amables

potencias para que planten a los dotados de visión [23] en el lugar de donde había sido desterrado Adán, es decir, la inteligencia terrestre.
[23] "A los dotados de visión", es decir, al pueblo de Israel, símbolo de los escogidos.

47. Dice, en efecto: "Introdúcelos y plántalos en la montaña de Tu heredad, en Tu residencia ya dispuesta, que Tú, Señor, fabricaste para Ti, en el santuario, oh Señor, que Tus manos prepararon. El Señor reina por siempre jamás." (Ex. XV, 17.)

48. Así clarísimamente aprendió Moisés, como ningún otro, que por haber colocado las simientes y las raíces de todas las cosas es Dios la causa de que haya brotado la más grande de las plantas, o sea, este mundo, al que también en esta ocasión alude evidentemente en las palabras de este mismo canto que hemos citado y en el que lo llama "montaña de Tu heredad", puesto que lo que ha llegado a existir es de un modo particularísimo propiedad y porción[24] del que lo ha hecho.
[24] En su exégesis del pasaje Ex. XV, 17 sustituye Filón el término *kleronomía* = heredad, por *kléros* = porción o lote asignado en suerte.

49. Suplica, pues, que nosotros seamos plantados en ella para que nuestras naturalezas no se tornen irracionales e incontroladas, y ajustándonos, en cambio, a la dirección del Perfectísimo e imitando Su constante e invariable trayectoria, vivamos una vida de moderación y sin tropiezos. Porque, como han dicho los primeros hombres, el poder vivir de acuerdo con la naturaleza es la suprema felicidad.

50. Con lo señalado precedentemente está en un todo de acuerdo lo que se dice a continuación, a saber: que el mundo es la morada preparada y dispuesta de Dios en el orden de lo sensible; que ha sido hecho y no es increado, como han pensado algunos; que es un "santuario", como un resplandor de santidad, una copia del arquetipo, puesto que las hermosuras de orden sensible son copias de las aprehensibles por la inteligencia, que la preparación fue hecha por las "manos" de Dios, vale decir, por Sus potencias creadoras del mundo.

51. Mas en previsión de que alguno llegue a suponer que el Hacedor tiene necesidad de alguna de las cosas creadas, agregará el legislador lo más importante de todo: "Reina por siempre jamás". Es un principio reconocido que el rey no depende de nadie, en tanto que los súbditos dependen del rey en todos los aspectos.

52. No faltan quienes han sostenido que lo que es y aquí se declara porción de Dios es el bien, y que lo que Moisés suplica en esta ocasión es alcanzar el uso y goce del mismo. Dice, en efecto: "Pues somos como niños que comienzan a aprender, iniciarnos [25] mediante las doctrinas y principios de sabiduría y no nos dejes en la total ignorancia sino plántanos en la alta y celestial doctrina".[26]
[25] Así puede traducirse en la presente paráfrasis del pasaje bíblico el término *eisagagón* = (que) introduce. El sentido en este caso es "conviértenos en iniciados de los sagrados misterios".
[26] Doctrina o, quizás, razón (*lógos*), identificada aquí con el bien. Lo de "alta" alude a la "montaña" del pasaje bíblico.

53. Ésta es, en efecto, una porción preparada al máximo, una casa totalmente dispuesta, una "residencia" apta en sumo grado, que "Tú has convertido en santuario", porque Tú, Señor, eres precisamente el hacedor de las cosas buenas y santas, del mismo modo que

la corruptible creación es, por su parte, la hacedora de las cosas malas y profanas. Reina por la infinita eternidad sobre el alma que te implora y no la dejes ni un momento sin quien la gobierne. Porque una incesante servidumbre bajo Tu mando es mejor no sólo que la libertad sino también que la mejor de las soberanías.

54. XIII. Es probable que algunos se sientan movidos a averiguar qué pueden significar las palabras "en la montaña de Tu heredad". Que Dios da heredades es necesariamente cierto, mas decir que Él obtiene una heredad quizá parezca un contrasentido puesto que todas las cosas le pertenecen.

55. Pero seguramente esto se dice a propósito de aquellos cuya total obediencia a Su voluntad caracterízase por una especial relación de familiaridad, tal como ocurre en el caso de los reyes, los que gobiernan sobre todos sus súbditos pero de una manera distinta sobre sus servidores domésticos, de los que acostumbran servirse para la atención de sus personas y otros menesteres habituales.

56. Estos mismos soberanos, aunque son señores de cuantas propiedades hay en su país, incluso de aquellas que aparentemente pertenecen a particulares, consideran como propias solamente aquellas que ponen en manos de administradores y agentes, de las que recogen las rentas anuales y a las que van a menudo en procura de descanso y sosiego dejando de lado la pesadísima carga de las preocupaciones propias del gobierno y la realeza. A estas propiedades suyas se les da el nombre de dominios reales.

57. Otro tanto ocurre con la plata, el oro y todos los otros objetos preciosos que se guardan en las arcas de los gobernados y que más pertenecen a los que gobiernan que a los que los poseen de hecho; no obstante lo cual se dice que los tesoros privados de los reyes son sólo aquellos en los que los establecidos como recolectores de contribuciones depositan las rentas recaudadas en el país.

58. No te admires, pues, de que el calificativo de heredad escogida de Dios, el Universal Soberano, al que pertenece el poder sobre todas las cosas, sea aplicado a la corporación de las almas sabias, dotada de agudísima visión por cuanto ve con el irreprochable y puro ojo de la inteligencia, jamás cerrado, siempre abierto y de recta mirada.

59. XIV. ¿No es acaso por esto por lo que en el gran canto se dice? "Pregunta a tu padre y él te lo revelará; a tus mayores y ellos te lo dirán. Cuando el Altísimo distribuyó las naciones, cuando dispersó a los hijos de Adán, estableció los límites de las naciones acordes con el número de los ángeles de Dios; e Israel, Su pueblo, se convirtió en la heredad del Señor." (Deut. XXXII, 7 a 9.)

60. Observa, pues, cómo una vez más ha dado el nombre de parte y heredad de Dios al carácter capaz de alcanzar una visión de Él y de rendirle genuino servicio; mientras que de los hijos de la tierra, a los que ha llamado hijos de Adán, dice que han sido dispersados y distribuidos y ya no han vuelto a reunirse, y que, incapaces de seguir la guía de la recta razón, se han convertido en un tropel. Es que la virtud es realmente origen de armonía y unidad, en tanto que la disposición opuesta lo es de disolución y dispersión.

61. Una muestra de lo dicho es lo que ocurre cada año en el día llamado "de la propiciación". Está prescripto, en efecto, que en tal día "se elegirán por sorteo dos

machos cabríos, uno para el Señor y otro para la separación"[27] (Lev. XVI, 8); vale decir, dos modos de pensar, uno para Dios, otro para la creación. El que glorifica a la Causa será elegido para Ella; el que glorifica a la creación debe ser desterrado, arrojado desde los más sagrados sitios y precipitado hacia regiones impenetrables, impuras y abismales.
[27] O tal vez: "que aparta los males" pues éste es el sentido habitual del término *apopompaíos* del pasaje. Pero, por lo que sigue, parece más apropiada la versión dada. Ver Interpretación alegórica II, 52, y Sobre la posteridad de Caín, 72.

62. XV. Tan grande es la ventaja que obtiene Moisés de la prerrogativa propia del amado de Dios, que, puesta su confianza al máximo en dicha ventaja, suele hacer uso de expresiones y doctrinas por demás osadas y excelsas para oídos tan débiles como los nuestros. Y así no sólo considera cosa digna el que Dios reciba una heredad sino también, y es lo más increíble de todo, admite que Él mismo Dios sea heredad de otros.

63. En efecto, consideró pertinente que a una tribu entera, refugiada en Dios y suplicante Suya, en vez de serle adjudicada una parte del país como a las once restantes se le asignara la privilegiada distinción de alcanzar el sacerdocio, adquisición no terrenal sino celestial. "No poseerá", dice, "la tribu de Leví porción ni heredad entre los hijos de Israel porque el Señor mismo es su heredad". (Deut. X, 9.) Y un canto inserto en los sacros oráculos pone en boca de Dios estas palabras: "Yo soy tu porción y tu heredad"[28] (Núm. XVIII, 20).
[28] Dirigiéndose a Aarón y, a través de éste, a los levitas.

64. Es que la inteligencia que ha sido completamente purificada y renuncia a todas las cosas de la creación ve realmente y conoce al Uno únicamente, al Increado, a cuya proximidad ha llegado, por quien ha sido además acogido. Porque, ¿a quién le es posible decir: "Dios mismo es sólo para mí", sino a alguien que ha desechado todo cuanto viene después de Él? Y ésta es la actitud del levita, cuyo título significa "Él es para mí", dando a entender que mientras las otras cosas son tenidas en estima por otros, para él sólo es valiosa la altísima y excelsa Causa de todas las cosas.

65. XVI. Dicen que uno de los antiguos, que estaba prendado de la belleza y de la sabiduría, como quien se prenda de una distinguidísima dama, al contemplar el opulento aparato de un cortejo suntuosísimo, apartando la mirada hacia algunos de sus compañeros dijo: "Ved, amigos, cuántas cosas de las que no siento necesidad".[29] Y sin embargo, fuera de las indispensables ropas nada absolutamente llevaba consigo; de modo que no puede suponerse que se tratara de un gesto de vanidad a causa de la magnitud de sus riquezas, como sucede con muchos, y que sus palabras ocultaran vana jactancia.
[29] Ver Sobre la inmutabilidad de Dios, 146.

66. Lo que el legislador nos enseña es que de ese modo piensan necesariamente aquellos que no procuran alcanzar riqueza alguna de las de la creación y renuncian a todas las cosas creadas movidos por su íntima vinculación al Increado, al que consideran como única riqueza y única pauta de la perfectísima felicidad.

67. Ante esto, aquellos que han adquirido reinos e imperios cesen ya de jactarse, unos de haber sometido una sola ciudad o país o raza; otros de que han llegado a ser dueños de todas las regiones de la tierra hasta sus confines, de todas las naciones helénicas y no helénicas; de todos los ríos y todos los innumerables e ilimitados mares.

68. Y, aunque además de éstas hubieran sometido a su dominio, lo que no es santo pensar ni siquiera, la elevada naturaleza del aire, única cosa entre todas creada libre y exenta de opresiones por el Creador, aún así podrían considerarse simples particulares en comparación con los grandes reyes [30] que han recibido a Dios como heredad suya. Tanto, en efecto, sobrepasa la realeza de éstos a la de aquéllos cuanto el que ha obtenido una posesión sobrepasa a lo poseído, y el que ha creado algo sobrepasa a lo creado.
[30] Con los levitas y los demás consagrados totalmente a Dios.

69. XVII. Algunos, atentos a la indigencia y a la superabundancia de cosas exteriores y pensando que ninguno de los que carecen de dinero o posesiones es rico, han pensado que los que afirman que todas las cosas son poseídas por el hombre sabio están diciendo un contrasentido. Moisés, en cambio, considera que la sabiduría es algo tan admirable y apetecible, que entiende que no sólo el mundo entero es heredad conveniente para ella sino también lo es el Soberano de todas las cosas.

70. Éstas no son, por cierto, doctrinas de hombres sin opiniones definidas sino de quienes son dueños de una firme convicción. Porque también en estos días hay, entre los que simulan piedad, algunos que, tomando la expresión en su sentido literal, hallan ocasión para críticas diciendo que es irreligioso y peligroso decir que Dios es heredad de un hombre.

71. Yo les diría a éstos: Habéis llegado a esta concepción de las cosas partiendo no de una experiencia genuina sino de una ilegítima y espuria. Pensasteis ciertamente que cuando decimos que Dios es la heredad de los hombres sabios el sentido es el mismo que cuando decimos que las posesiones de viñas, olivos y árboles semejantes son propiedad de sus dueños; y no os habéis dado cuenta de que también decimos que un retrato es una heredad del pintor y que, en general, todo arte es heredad del artista, pero lo son no como lo sería una propiedad terrestre sino a manera de un celestial trofeo.

72. Ninguna de tales cosas, en efecto, se erige en amo de los que las poseen;[31] sino los beneficia. Por lo tanto, señores buscadores de minucias, al oír que el 'Que Es' es considerado como heredad, tened presente que no se dice que sea una posesión semejante a las mencionadas sino una que proporciona los más grandes beneficios y es origen de los mayores bienes para los que consideren conveniente estar a Su servicio.
[31] Filón entiende, como lo repite en muchos pasajes, que los bienes terrenales esclavizan.

73. XVIII. Pues ya hemos hablado del primer Plantador y la primera planta, pasaremos a continuación a ocuparnos de la diligencia de aquellos que han aprendido de Él e imitado Su obra. Pues bien, sin ir más lejos, leemos del sabio Abraham que "plantó un terreno sobre la fuente del juramento e invocó sobre él el nombre del Señor como Eterno Dios". (Gen. XXI, 33.) Nada se dice sobre la especie particular de las plantas; solamente la dimensión del terreno.

74. Sin embargo, aquellos que tienen por norma averiguar a fondo tales cosas dicen que todo cuanto se da en las fincas rurales está señalado con extraordinaria precisión, a saber: el árbol, el terreno y el fruto del árbol. Dicen que el árbol es el propio terreno;[32] pero no se trata de un árbol semejante a los que crecen de la tierra sino de uno plantado en la inteligencia de quien es amado por Dios; que el terreno es la fuente del juramento;

y el fruto, el cambio del nombre del Señor en "Eterno Dios".
[32] La curiosa interpretación que hace Filón del pasaje bíblico citado tiene seguramente su punto de partida en la sutil observación de que no se planta un terreno, sino una planta, un árbol en este caso, sobre un terreno. De allí que recalque que en vez de "terreno" debe leerse "árbol" y que éste fue plantado "sobre el terreno", que no es otro que "la fuente del juramento", pues el pasaje dice "sobre la fuente del juramento" .

75. Cada uno de los puntos expuestos requiere que se lo complemente con una explicación verosímil. Pues bien, el terreno, siendo de una longitud de cien codos y de una anchura igual, multiplicadas ambas dimensiones según la regia del cuadrado, alcanza a una superficie de diez mil codos.

76. Éste es el límite máximo y perfectísimo de los números cuya serie comienza con la unidad; de modo que, mientras la unidad es el punto de partida de los números, el diez mil es el fin[33] de la primera[34] progresión numérica. Tal es el motivo por el que algunos, no sin acierto,. han comparado la unidad con el punto de largada de los corredores; el diez mil con la meta; y todos los números intermedios. con los competidores de la carrera. Éstos, en efecto, comenzando su carrera desde el uno, como de un punto de largada, se detienen en el diez mil, como meta.
[33] Tal vez porque en el sistema de numeración griego el último número que se designaba con un nombre especial era el 10.000 (*myrioi*), ya que los números mayores que éste llevaban nombres compuestos de nombres de números inferiores.
[34] Es imposible determinar lo que aquí significa "primera". Quizá se refiera Filón a la serie natural de los números 1, 2, 3..., por oposición a otras que, como 1, 3, 5. . ., no incluyen el 10.000; o que, como 2, 4, 6. . ., no comienzan por la unidad.

77. Algunos, pues, procurando hallar símbolos en estas cosas, han afirmado que Dios es el principio y fin de todas las cosas, doctrina ésta .que es. fundamento de la piedad y, plantada en el alma, engendra en ella el más precioso y nutritivo fruto, la santidad.

78. La fuente llamada Juramento, en la que, según es fama, no se encontró agua, es un lugar muy apropiado para esa planta. Moisés nos dice que "los servidores de Isaac se le acercaron y le informaron sobre la fuente que habían cavado y dijeron: 'No hemos hallado agua'. Y él la llamó Juramento". (Gen. XXVI, 32.) Observemos la fuerza de estas palabras.

79. XIX. Los que indagan a fondo sobre la naturaleza de las cosas existentes y en sus investigaciones acerca de cada una de ellas no. escatiman esfuerzos, obran de manera semejante a los que cavan las fuentes, porque también aquéllos buscan las ocultas. fuentes. Y unos y otros abrigan por igual el deseo de hallar agua, mas en unos la búsqueda es del agua con la que se nutre naturalmente el cuerpo, y en otros del agua que es por naturaleza alimento del alma.

80. Ahora bien, así como algunos de los que abren las fuentes a menudo no hallan el agua buscada, así también aquellos que avanzan, más de lo ordinario en la adquisición del saber y profundizan en un más alto grado en él, son incapaces de alcanzar el fin perseguido. Dicen, por ejemplo, que los hombres de gran saber se echan en cara su tremenda ignorancia, pues todo lo que han llegado a averiguar es cuan lejos se hallan de la verdad. Así, es fama que uno de los antiguos, admirado por su sabiduría, decía que esa admiración de que gozaba era merecida por cuanto él era el único hombre que sabía

que nada sabía.[35]
[35] Ver Platón, Apología 21 a.

81. Elige, si quieres, una ciencia o arte que te pareciere bien, no importa si pequeño o grande, y al hombre más aventajado y reputado en lo que a ella concierne. Luego piensa cuidadosamente si las obras del que se consagra a esa ciencia o a ese arte concuerdan con lo que en ellos se proclaman. Al examinarlo hallarás que las obras se apartan de las declaraciones y no poco sino mucho. Es que resulta prácticamente imposible alcanzar la perfección respecto de una ciencia o de un arte, cualquiera fuere, por cuanto, como una fuente, éstos se renuevan permanentemente y vierten como lluvia conclusiones resultantes de toda clase de investigaciones.

82. Por eso, en perfecta correspondencia con la realidad de las cosas la fuente ha sido llamada Juramento, acto éste que es el símbolo de una firmísima garantía que cuenta con el testimonio de Dios; pues, como el que jura invoca a Dios por testigo de los asuntos en discrepancia, no hay asunto que dé tanto pie para un seguro juramento como el hecho de que no se halla saber alguno en el cual el hombre versado haya alcanzado la perfección.[36]
[36] Es decir, la impotencia humana para superar las incógnitas en todas las ramas del saber, se suple con la garantía de verdad, que el juramento aporta tornando seguras las cosas inseguras. Por supuesto que este "criterio de verdad" corre por cuenta de la fértil inventiva de nuestro autor. Ver Sobre los sueños I, 12 y 13.

83. El mismo principio con pocas variantes vale para todas las otras potencias de nuestro ser, ya que, así como en la mencionada fuente dícese no haberse hallado agua, del mismo modo ni la visión se halla en los ojos ni la audición en los oídos ni la olfacción en las fosas nasales ni, para resumir, la percepción sensible en los órganos de la sensibilidad; y por modo análogo tampoco se halla la aprehensión en la inteligencia.

84. ¿Cómo, en efecto, se explicarían nuestras visiones, audiciones y aprehensiones confusas si el poder de captar cada cosa se hallara fijado en dichos órganos y no estuviera condicionado a que Dios siembre en ellos la suficiente seguridad?

85. XX. Habiendo, pues, tratado suficientemente lo que atañe al campo en el que crece el árbol, ocupémonos, finalmente, del fruto. El mismo Moisés nos hará conocer de qué fruto se trata. Dice, en efecto: "Invocó sobre él el nombre del Señor como eterno Dios." (Gen. XXI, 33.)

86. Los títulos mencionados ponen de manifiesto los poderes del Que Es. El título de "Señor", el poder en virtud del cual gobierna; el de "Dios", el poder por el que beneficia. Por este motivo el nombre "Dios" es empleado en toda la narración de la creación de la que Moisés, el más santo de los hombres es autor. Correspondía, en efecto, que el Creador fuera designado también mediante el título que Le viene del poder en virtud del cual dio existencia al mundo, lo fijó y ordenó.

87. En cuanto gobernante posee dos poderes: el de proporcionar beneficios y el de infligir males, y obra en uno u otro sentido según la naturaleza de las acciones que se propone retribuir; en cuanto benefactor, en cambio, sólo quiere una de esas dos cosas, beneficiar.

88. Muy grande bien alcanzaría el amia si no abrigara en adelante más dudas acerca del poder del Rey para obrar en uno y otro sentido, y destruyese sin vacilación el temor que se cíeme sobre ella frente a ese poder inmenso de Su soberanía; avivando, en cambio, la firmísima esperanza del logro y goce de bienes, esperanza basada en el hecho de que Él ama y prefiere brindar beneficios.

89. El título de "eterno Dios" equivale al de "Aquél que es generoso no una vez sí y otra no, sino siempre e incesantemente, Aquél que sin interrupción prodiga beneficios; Aquél que eslabona en incesante sucesión la corriente de Sus dones; Aquél que dispone Sus gracias en ininterrumpidos ciclos enlazados por fuerzas unificadoras; Aquél que no pierde ocasión alguna de hacer el bien; Aquél que es Señor y como tal puede infligir daño también".

90. XXI. Por esta razón también Jacob, el ejercitante, solicitaba el cumplimiento de los votos más convenientes en orden a la vida con Dios. Dijo, en efecto, en cierta ocasión: "Y el Señor será Dios para mí" (Gen. XXVIII, 21), que fue como decir: 'Él ya no mostrará más para conmigo la autoridad propia del mando ilimitado sino la esplendidez del poder propicio y salvador en todo, haciendo desaparecer el temor hacia Él concebido como Señor y proporcionando al alma el afecto y la adhesión que trae aparejados. el mirarlo como benefactor'.

91. ¿Qué alma, en verdad, podría suponer que el Señor y Soberano del Universo sin alterar en nada Su propia naturaleza, permaneciendo idéntico, es permanentemente bondadoso e incesantemente dadivoso y causa perfectísima de reales bienes. inagotables y eternamente fluyentes para los hombres felices?

92. Tener depositada nuestra confianza en un Rey a. quien la inmensidad de Su poder no impulsa a infligir daños a Sus súbditos sino prefiere, movido por Su amor a los hombres, remediar las necesidades de cada uno de ellos,[37] constituye el mejor baluarte para la tranquilidad y seguridad de espíritu.
[37] Lo que se desprende de la afirmación de Jacob, según la cual et Gobernante ("Señor"), que premia pero también castiga, se trocará en el Benefactor ("Dios"), que sólo beneficia.

93. XXII. Queda, pues, demostrado lo que nos habíamos comprometido a probar, a saber: que la planta[38] representa. la doctrina según la cual Dios es el principio y fin de todas las cosas; que, en consecuencia, el terreno cultivado representa. la perfección, que no se halla en parte alguna de la creación pero que a veces por gratuita concesión de la Causa es mostrada ante ella; que el fruto representa el perpetuo durar y el incesante y nunca interrumpido derrame de las Divinas gracias.
[38] Es decir, el árbol mencionado en 74.

94. De esta manera, pues, se nos muestra el sabio en el cultivo de la tierra siguiendo la industria del primer y supremo" Plantador. Pero la sagrada palabra quiere damos a entender que aun aquellos que no hemos alcanzado la perfección y estamos clasificados todavía en los estados intermedios de las llamadas obligaciones simples [39] debemos esforzarnos por practicar la agricultura.
[39] O comunes, ordinarias, diarias.

95. Dice, en efecto: "Cuando hubiereis. entrado en la tierra que el Señor vuestro Dios os

da, y hubiereis. plantado toda clase de árboles de frutos comestibles, os purificaréis de su impureza. Su fruto permanecerá tres años sin purificar; no será comido. Pero en el cuarto año todo su fruto será santo, digno de la aprobación del Señor. Al quinto año comeréis el fruto y su producción acrecerá vuestros bienes. Yo soy el Señor vuestro Dios." (Lev. XIX, 23 a 25.)

96. Es, por lo tanto, imposible cultivar plantas de frutos comestibles antes de emigrar hacia la región otorgada por Dios. Dice, en efecto: "Cuando hubiereis entrado en la tierra plantaréis toda clase de árboles de frutos comestibles"- de modo que mientras permaneciéremos fuera no podríamos cultivar tales clases de árboles. Y esto es, entiendo yo, lo que cabe esperar.

97. Porque, mientras la inteligencia no ha penetrado en el camino de la sabiduría sino deambula fuera, vueltas sus espaldas a ella, se ocupa de las plantas de la vegetación salvaje, las que o son estériles y nada producen, o siendo productivas dan frutos no comestibles.

98. Cuando, en cambio, entrando en el camino de la sensatez, se una a todas sus enseñanzas y avance en su compañía, comenzará a cultivar, en vez de aquella vegetación agreste, árboles de huerta y productores de frutos de cultivo; en vez de las pasiones, la indiferencia respecto de ellas; en vez de la ignorancia el saber; en vez del mal el bien.

99. En consecuencia, puesto que aquel cuya dedicación es reciente está muy distante de la meta, se explica que se le haya prescripto que, una vez hecha la plantación, elimine la impureza de lo plantado. Mas averigüemos en qué consiste esto.

100. XXIII. Las etapas intermedias de las obligaciones comunes corresponden, en mi opinión, a los árboles de cultivo. Aquéllas y éstos, en efecto, producen frutos de máximo provecho; éstos para los cuerpos; aquéllas para las almas. Pero muchos brotes dañosos que crecen juntamente con los árboles de las etapas intermedias y se desarrollan sobre ellos deben ser cortados para evitar que las plantas superiores resulten perjudicadas.

101. ¿No podríamos acaso decir que el reintegro de una suma confiada en depósito es como una planta cultivada en el alma? Mas esta planta ha menester de una purificación y de un especial cuidado. ¿En qué consiste tal purificación? Cuando te hubiere confiado un depósito una persona en estado normal, no se lo reintegres cuando se hallare ebria o arruinándose sin remedio con derroches o demente, porque el que recibe el reintegro no estará en condiciones de alcanzar provecho alguno de él; ni lo devuelvas a deudores o a esclavos [40] pues en realidad los que aguardan la devolución son los acreedores o los amos, y la devolución equivale a una traición; ni cumplas con tu obligación cuando se trata de pequeñas sumas movido por el propósito de tender una trampa para que te confíen sumas mayores.

[40] Tal vez quiera significar: "a quienes te entregaron el depósito cuando aún no lo eran, pues su condición actual los inhibe para la posesión o conservación de lo reintegrado".

102. Sabido es que los pescadores sueltan pequeños peces a modo de cebo para pescar los peces mayores y que esto es solo a medias reprochable, pues pueden argüir que están procurando el acopio de una abundante mercadería para el mercado y que asegurarán a

la gente inagotable provisión para la mesa diaria.

103. Nadie, pues, haga una ostentosa devolución de alguna insignificante suma adeudada con miras a la caza de una suma mayor, tendiendo con las manos la pequeña suma de uno solo y apropiándose con las intenciones de las sumas incalculables de todos. Si, pues, quitares las impurezas de lo recibido en depósito cual si se tratare de un árbol; vale decir, si eliminares los perjuicios derivados de los que aguardan por él,[41] las devoluciones en circunstancias inoportunas, las acechanzas y todo lo que se parezca a esas condiciones, convertirás en cultivado lo que estaba a punto de tornarse agreste.
[41] Es decir, de terceros, tales como los acreedores o los amos del depositante.

104. XXIV. También en el árbol de la amistad es preciso cortar y extirpar semejantes ramificaciones si se quiere preservar la parte mejor. Estas ramificaciones son las seducciones de las cortesanas para con sus amantes, al igual que los recursos de los parásitos para engañar a los lisonjeados.

105. Es posible observar cómo las mujeres que practican por dinero la prostitución de sus cuerpos en flor, se inclinan sobre sus enamorados como si los amaran intensamente; cuando lo real es que no es a ellos a quienes aman sino a sí mismas y que aguardan ávidamente las ganancias de cada día. Otro caso es el de los aduladores, los que halagan a veces aun a aquellos hacia los que sienten un odio sin medida, movidos por su afición a las comidas opíparas y los hartazgos, única razón de la pleitesía tributada a los que corren con los gastos que demandan sus desmedidas apetencias.

106. El árbol de la amistad genuina sacudirá y arrojará de sí esos brotes y producirá un fruto provechosísimo para aquellos que lo comieren: la integridad. En efecto, el afecto sincero consiste en el deseo de que los bienes recaigan en el prójimo para exclusivo provecho de éste. Las prostitutas y los aduladores, en cambio, se esfuerzan para su propio provecho en ofrecer los bienes [42] aquéllas a sus amantes, y éstos a los lisonjeados. Eliminemos, por lo tanto, del árbol de la amistad la simulación y la charlatanería como calamidades desarrolladas sobre él.
[42] En el caso de las primeras, sus favores; en el de los segundos, sus falsos elogios.

107. XXV. También los sacros ministerios y el santo servicio de los sacrificios son una excelente planta en germinación, pero un mal, la superstición, se ha desarrollado a su lado, mal que es conveniente extirpar antes de que aparezca el verdor de las hojas. No faltan, en efecto, quienes han pensado que la piedad consiste en sacrificar bueyes, y destinan a los altares porciones de aquello que han robado o negado o defraudado o despojado o saqueado, seguros en su tenaz impureza de que la exención del castigo es algo que se puede comprar.

108. ¡No, no!, les diría yo; el tribunal de Dios, señores míos, es insobornable; de modo que los que llevan la culpa en su conciencia, aunque se presentaren a diario con cien bueyes,[43] son rechazados; en tanto que los exentos de culpa, aunque nada absolutamente sacrificaren, son aceptados. Es que Dios se complace en altares en los que no arde el fuego de los sacrificios pero danza un coro de virtudes; y no halla complacencia, en cambio, en aquellos en los que arde el abundante fuego que se eleva de los sacrificios inaceptables que ofrecen los impíos, sacrificios que no hacen sino recordar su ignorancia y sus extravíos. Moisés ha hablado en cierto pasaje del sacrificio "que trae a la memoria la falta". (Núm. V, 15.)

[43] Alusión al sacrificio llamado *hekatómbe* (de *hekatón* + *bous*) = (sacrificio de) cien bueyes, aunque el término, olvidada su etimología, se aplicaba a cualquier sacrificio de especial importancia.

109. Como tales cosas[44] resultan todas origen de gran daño, es preciso eliminarlas y suprimirlas ajustándolos a la Divina comunicación en la que se prescribe eliminar la impureza del árbol frutal que se ha plantado.
[44] "Tales cosas", es decir, las faltas que manchan o invalidan los sacrificios.

110. XXVI. Pero mientras nosotros, aunque adoctrinados, no realizamos progresos en orden al aprovechamiento de la enseñanza, hay quienes, dotados de una naturaleza autodidacta, han dejado lo bueno libre de las cosas dañosas que llevaba aferradas. Tal es lo que ocurre con el ejercitante llamado Jacob. Éste, en efecto, "descortezaba varas eliminando lo verde y dejando lo blanco en las cortezas" (Gen. XXX, 37), con el objeto de que, suprimida completamente la variedad de colores que se dan entre sombras y obscuridades indefinidas, se haga manifiesto el aspecto blanco,[45] que no resulta de una artificial variación sino ha sido creado por la naturaleza en estrecho parentesco consigo.
[45] Filón se toma aquí la libertad, habitual en él, de fragmentar pasajes y omite la última parte de este, donde se lee: "y en las varas lo blanco que descortezaba aparecía de color variado". Esta omisión le permite insistir en la blancura absoluta. En 113, hallamos otro claro ejemplo de la libertad con que divide los pasajes bíblicos.

111. Por ese motivo en la ley establecida acerca de la lepra se dispone que es puro aquel cuyo cuerpo ya no aparece como floreado por una gama de variados colores sino blanqueado completamente en todas sus partes desde el extremo de la cabeza hasta la punta de los pies.[46] El objeto de esta disposición es que, merced al abandono de lo proveniente del cuerpo, nos despojemos de la condición variable, indefinida, contradictoria y dúplice de la inteligencia y recibamos el color nítido, invariable y categórico de la verdad.
[46] Lev. XIII, 12 y ss.

112. La afirmación de que el árbol experimenta una purificación es razonable y conforme con la realidad de las cosas, pero que ocurra otro tanto con el fruto no nos resulta creíble del todo. La verdad es que ningún agricultor se ocupa de purificar los higos, las uvas o, en general, un fruto cualquiera.

113. XXVII. Y he aquí que la ley dice: "Su fruto permanecerá durante tres años sin purificar; no se lo comerá", como si fuera algo totalmente natural el purificarlo siempre. Reconozcamos, pues, que nos hallamos de nuevo ante un caso de revelaciones de carácter alegórico pues la inteligencia literal no tiene muchos puntos de contacto con la realidad. La afirmación admite dos interpretaciones. Una evidentemente es más o menos ésta: "Su fruto permanecerá tres años"; y a continuación: "Sin purificar no se lo comerá". La otra es la siguiente: "Su fruto permanecerá durante tres años sin purificar"; y aparte: "No se lo comerá".

114. Pues bien, si nos atenemos a la primera lectura, las conclusiones son éstas. Hemos de entender que los tres años representan la triple división del tiempo, el que por naturaleza se divide en pasado, presente y futuro, y que el fruto de la instrucción permanecerá, subsistirá y continuará sano y salvo durante todas las etapas del tiempo, o lo que es lo mismo, sin corromperse por toda la eternidad puesto que la naturaleza del bien es incorruptible. En cuanto a que "no se comerá el fruto sin purificar", la razón es

que mientras las buenas enseñanzas, purificadas y saludables como son, nutren y contribuyen al crecimiento del alma, las de naturaleza opuesta no son nutritivas y le acarrean corrupción y enfermedad.

115. Según la otra interpretación, el significado es éste. Un argumento se dice "sin demostración" en dos casos: si en razón de sus dificultades difícilmente le cabe una demostración, o si, siendo evidente de por sí, su claridad no surge de una prueba proveniente de otro sino de la misma evidencia que se manifiesta en él. Ésta es la clase de argumentos que la dialéctica acostumbra a usar en la demostración silogística. Análogamente, la expresión "sin purificar" cabe o al fruto que ha menester de una purificación y no la ha experimentado, o al que es de una pureza meridiana.

116. Tal es el fruto de la educación, purísimo y clarísimo, no ensombrecido por cosa dañosa alguna, al margen de toda necesidad de inmersiones, aspersiones y de cualquier otro rito, en general, que tienda a purificar; y lo es durante tres años, vale decir, durante las tres etapas del tiempo o, lo que es lo mismo, durante toda la eternidad.

117. XXVIII. "Mas al cuarto año", dice, "todo su fruto será santo, digno de la aprobación del Señor". (Lev. XIX, 24.) En muchas partes en la legislación, y sobre todo en el catálogo de la creación es usual que la palabra profética alabe al número cuatro.

118. Leemos, en efecto, que en el cuarto día fueron hechos la preciosa luz sensible, vehículo del más claro conocimiento posible acerca de ella misma y de los otros objetos, y sus padres, el sol, la luna y el sacratísimo coro de los astros, los que determinaron con sus apariciones y ocultamientos la noche y el día, así como los meses y los años y pusieron de manifiesto la naturaleza del número, cosas todas ellas de las. que depende el mayor bien del alma.[47]

[47] Evidente referencia al pensamiento de Platón, Tuneo 47 a, según. el cual de la sucesión de los días y las noches surgió el número; de éste la. filosofía; y de la filosofía el mayor bien para los mortales.

119. También en et pasaje que nos ocupa se ha honrado de un modo especial al numero cuatro al establecerse que el fruto de los árboles se ofrecerá a Dios no en otro momento sino en el cuarto año de la plantación.

120. Es que dicho número encierra un profundo principio físico y ético.[48] Sucede, en efecto, que las raíces del universo, de las que procede el mundo, son cuatro, a saber: la tierra, el agua, el aire y el fuego; y otras tantas son las estaciones anuales: el invierno, el verano y las intermedias, es decir,. la primavera y el otoño.

[48] Véase Interpretación alegórica I, 39.

121. Y como es el primero de los-números resultante de elevar otro al cuadrado, se nos presenta en los ángulos rectos, como se advierte claramente en la figura geométrica; y los ángulos rectos son clara representación de-la recta razón, la que, a su vez, es fuente inagotable de virtudes.

122. Asimismo, los lados del cuadrado son necesariamente iguales. Y la igualdad ha engendrado la justicia, soberana y guía de las virtudes.

123. XXIX. De modo que la palabra profética presenta al número cuatro como el

símbolo déla igualdad, de la justicia y de toda virtud amén de las otras cosas que representa. El cuatro es llamado también "todo"[49] porque abarca potencialmente a los números hasta el diez y a éste mismo. Que abarca a los números precedentes es cosa clara para todos; que abraza también a los posteriores es fácil verlo mediante un cálculo.

124. Sumando el 1, el 2, el 3 y el 4 hallaremos lo que buscábamos. Son, en efecto, 1+ 4 = 5; 2 + 4 = 6; 3 + 4 = 7; y mediante una doble suma: 1 + 3 + 4 = 8; 2 + 3 + 4 = 9; y, por otra parte, 1 + 2 + 3 + 4 = 10.

125. Tal es el motivo por el que Moisés ha dicho: "Al cuarto año todo el fruto será santo". La relación del número cuatro es, en efecto, par, completa y plena; y, en un sentido lato, universal, como que el diez, que debe su existencia al cuatro, está situado como primer mojón en la serie natural de los números. El diez y el cuatro son denominados "todo" entre los números, sólo que el diez lo es en acto, en tanto. que el cuatro en potencia.
[49] O totalidad. En las doctrinas de los pitagóricos "el 10 es concebido como perfecto y se considera que él abraza toda la naturaleza del número". (Aristóteles, Metafísica I, 5, 968 a). Y como 1 + 2 + 3 + 4 = 10, al cuatro le corresponden las características del 10, en este caso la totalidad. En cuanto a la insistencia de Filón en destacar esta característica del cuatro, seguramente se debe a lo de "todo el fruto", del pasaje del Levítico que está interpretando.

126. XXX. Adecuadamente dice Moisés que el fruto de la instrucción no solo es santo sino también laudable. Cada una de las virtudes es, ciertamente, un objeto santo, pero la acción de gracias lo es de un modo particular. Mas a Dios no es posible agradecerle de manera legítima por medio de las construcciones, oblaciones y sacrificios, como piensa la mayoría, por cuanto ni el mundo todo llegaría a. ser un templo conveniente para Su honra; se Lo honra mediante alabanzas e himnos, y no con los que entonará la voz perceptible por el oído, sino con los que hará resonar y entonará la invisible y purísima inteligencia.

127. Precisamente cuéntase una vieja historia inventada por los hombres sabios y transmitida, a la posteridad como ocurre habitualmente, mediante el recuerdo de generación en generación; historia que no ha escapado a mis oídos, ávidos siempre de aprender. Es como sigue. No bien el Creador hubo concluido todo el mundo, preguntó a uno de Sus intérpretes[50] si echaba de menos alguna cosa cuya creación se hubiera omitido entre todas las que existen en la tierra y en el agua y entre los de la elevada naturaleza aérea o la del cielo, que es la más remota del universo.
[50] O profetas. El término griego es *hypophétes* = intérprete de la voluntad Divina o de los dioses.

128. El otro respondió que todas las cosas estaban completas y acabadas en todas partes; sólo una trataba de hallar: la palabra de alabanza de aquéllas, palabra que más que alabar habría de anunciar las sobresalientes bondades que se dan en todas aun. en las más pequeñas y aparentemente imperceptibles; por cuanto mostrar las obras de Dios equivale de por sí a hacer de ellas. una cumplida alabanza, ya que ellas no han menester de agregado alguno para embellecerlas, teniendo en la verdad sin. adulteraciones su más acabado elogio.

129. Agrega nuestra historia que, al oír el Padre del universo estas palabras, las alabó y

que no mucho después de esto, vástago de una de Sus potencias: la virgen memoria, a la que los más, alterando su nombre, llaman Mnemosine,[51] apareció la estirpe armoniosa de los cantores de himnos.
[51] *Mnemosyne*, término derivado de *mneme* = memoria.

130. XXXI. Tal es el relato de los antiguos. De conformidad con él decimos también nosotros que la obra más apropiada para Dios es el conceder bienes, y la más apropiada para la creación el agradecérselos, ya que está al margen de las posibilidades de ésta el retribuirle como no fuere de esta manera. Hallará, en efecto, que cualquiera de las otras cosas que deseare dar en testimonio de gratitud, pertenece al Hacedor del universo y no al ser que la lleva consigo.

131. Habiendo, pues, aprendido que, entre las obras que miran a la honra de Dios, sólo una nos está dado practicar: el agradecimiento; aboquémonos a ello siempre y en todas partes con nuestra voz y con escritos de mérito, y no perdamos ocasión de componer elogios en prosa o en verso a fin de que, con acompañamiento musical o sin él, o de ambas maneras de expresión, alcance nuestra voz el privilegio de recitar o cantar glorificando al mundo y a su Creador, vale decir, a la más perfecta de las cosas creadas y a la más excelsa de las causas, como dijo alguien.[52]
[52] Platón, Timeo 29 a.

132. XXXII. Después que en el cuarto año y en el número cuatro hubiere sido consagrado todo el fruto del alma, en el quinto año y en el número cinco nosotros mismos alcanzaremos el goce y aprovechamiento de aquél. Dice, en efecto: "En el quinto año comeréis el fruto". Esto se ajusta a la inviolable ley de la naturaleza según la cual lo creado ocupa en todo sentido un lugar inferior al Creador. Por tal razón tiene Moisés por cosa digna de admirarse el hecho de que recibamos privilegios, aun cuando fueren ellos de orden secundario.

133. Otro motivo por el cual nos asigna el fruto del quinto año y quinto número es que el cinco es el número propio de la sensibilidad, y en rigor de verdad quien procura alimentos a la inteligencia es la sensibilidad, la que a través de los ojos pone a su alcance las cualidades de los colores y formas; a través de los oídos toda la variada gama de sonidos; a través de las narices olores; a través de la boca sabores; a través de la facultad extendida por todo el cuerpo a la que comúnmente llámase tacto blanduras dóciles a la presión y durezas resistentes, suavidades y asperezas, fríos y calores.

134. XXXIII. Una muestra clarísima de lo que acabamos de decir son los hijos de Lía, la virtud; no todos, sino el cuarto y el quinto. Respecto del cuarto dice Moisés que su madre "cesó de parir" (Gen. XXIX, 35), y que su nombre es Judá, que significa "confesión de gratitud al Señor". Al quinto lo llama Isacar, que traducido quiere decir "recompensa". Y cuando ha engendrado este carácter el alma divulga al punto lo que ha recibido. Dice, en efecto, el legislador: "Lo llamó Isacar, nombre que significa recompensa." (Gen. XXX, 18.)

135. En consecuencia, Judá, vale decir, la inteligencia que alaba a Dios incesantemente y se ocupa de elevar himnos de acción de gracias en Su honor, es precisamente "el fruto santo y laudable" de verdad, engendrado no por árboles terrestres sino por una naturaleza racional y virtuosa. Por eso se nos dice que la naturaleza que lo engendra "cesa de dar a luz"; porque, habiendo llegado al límite de la perfección, ya no tiene a

dónde volverse. El himno en honor del Padre del universo es el vástago más excelente y perfecto entre todos los frutos de sus felices alumbramientos.

136. El quinto hijo y el uso de los árboles al quinto año de plantados son una misma cosa. En efecto, por una parte el plantador recibe algo así como una retribución de parte de los árboles al llegar el quinto año, y, por otra, el hijo del alma llamase Isacar, vale decir, "recompensa". Y con mucha razón, por cuanto es engendrado después de Judá, o sea, "el que expresa su gratitud"; y para el que agradece no hay recompensa más cumplida que el mismo hecho de expresar su gratitud.

137. Ahora bien, mientras los frutos de los árboles son considerados productos de sus propietarios, el fruto de la instrucción y la prudencia, en cambio, no es tenido por producto de hombre alguno sino, como dice Moisés, del Guía universal. Y efectivamente, tras los términos "su producción" agrega: "Yo soy el Señor, vuestro Dios", con lo que establece con toda claridad que Dios es el único propietario del vástago y fruto del alma.

138. Concuerda con esto el siguiente oráculo revelado a uno de los profetas: "De Mí se ha hallado que procede tu fruto.
¿Quién es sabio como para comprender estas cosas? ¿Quién es inteligente como para conocerlas?" (Oseas XIV, 9 y 10.) Es que entender de Quién es el fruto de la inteligencia no es cosa al alcance de cualquiera sino sólo del sabio.

139. XXXIV. Queda dicho, pues. cuanto cabía decir acerca de la agricultura más antigua y más sagrada empleada por la Causa en lo tocante al mundo, vale decir, la más fértil de las plantas; y cuanto cabía decir acerca de la agricultura que sigue inmediatamente a aquélla y es la que practica el hombre de bien, así como acerca del número cuatro, portador de las recompensas que aquél alcanza, de acuerdo con lo establecido e indicado en las leyes.

140. Examinemos ahora el cultivo de la vid por parte del justo Noé, cultivo que constituye una rama de la agricultura. Dice Moisés: "Noé comenzó a ser agricultor y plantó un viñedo. Bebió su vino y se embriagó." (Gen. IX, 20 y 21.)

141. Resulta, pues, que el justo Noé produce con habilidad y conocimiento la planta de la embriaguez, en tanto que los insensatos se abocan al cuidado de ella sin habilidad y sin acierto. Esto nos obliga a hacer algunas aclaraciones convenientes acerca de la embriaguez. A renglón seguido conoceremos además el poder de la planta que le proporciona tales efectos. Lo que el legislador ha dicho acerca de la embriaguez lo sabremos exactamente luego; ahora nos ocuparemos de lo que han opinado sobre el tema otros.

142. XXXV. No poca ha sido la preocupación con que muchos de los filósofos se han entregado a la búsqueda de la solución de la cuestión. Ésta se formula en los siguientes términos: ¿Llegará el hombre sabio a embriagarse? Pues bien, lo de embriagarse puede entenderse en dos sentidos: en uno de ellos equivale a beber algo más de la cuenta; en el otro es lo mismo que ponerse a decir necedades bajo los efectos del vino.[53]

[53] Esta distinción es atribuida por Plutarco, Sobre la charlatanería 4, a Hornero. Dice textualmente: "Y sin duda el poeta, solucionando la cuestión debatida entre los filósofos, ha dicho en qué consiste la diferencia entre la embriaguez ligera (*óinosis*) y la

embriaguez intensa (*méthe*), diferencia consistente en que la embriaguez ligera produce flojedad (o relajación), en tanto que la embriaguez intensa consiste en decir necedades luego de beber. Por eso el beber no es reprensible, si al beber sigue el callar. El hablar como necio es lo que concerté la embriaguez ligera en embriaguez intensa (la *óinosis* en *méthe*)".

143, Entre los que se han ocupado del problema unos han dicho que el sabio ni tomará bebida pura en cantidad excesiva ni llegará a hablar desatinadamente, puesto que esta última actitud es una falta; y lo primero es algo que conduce a la falta, y ambas cosas son extrañas al hombre que obra rectamente.

144. Otros, en cambio, han declarado que el desatinado hablar es ajeno al sabio, en tanto que el beber más de la cuenta lo beneficia, por cuanto la sensatez que hay en él es suficiente para contrarrestar cuanto tendiere a dañarlo y para dar por tierra con cualquier amenaza de alterar su modo de ser. La prudencia, según ellos, tiene como defensa una fuerza que apaga las pasiones ya fueren éstas excitadas por el aguijón de un ardiente amor, ya fueren encendidas por el calor del abundante vino; y merced a esta fuerza saldrá victoriosa. Señalan que lo mismo ocurre con los que se hunden en un río profundo o en el mar: aquellos que son inexpertos en el arte de nadar perecen, en tanto que los conocedores de la cosa se salvan con suma rapidez, y que, análogamente, la abundancia de vino puro es como un torrente que se vuelca sobre el alma, y en unos casos la arroja oprimiéndola hasta el más bajo abismo de ignorancia, pero en otros no alcanza a dañarla pues es levantada y aligerada por la salvadora instrucción.

145. Los otros, no alcanzando, se me ocurre, a apreciar la magnitud de la superioridad del hombre sabio respecto de la pasión, lo han hecho descender desde el cielo, cuyas alturas frecuentaba, hasta la tierra, tal como hacen los cazadores de aves, para conducirlo a parecidas miserias;[54] y no situándolo en las alturas de la virtud, han declarado que, al tomar vino en mayor cantidad que la que corresponde, se tomará impotente por completo y obrará mal. Y que no sólo dejará caer las manos, como los atletas vencidos, por efecto de la debilidad, sino también encorvará el cuello y la cabeza, doblará las rodillas, y descalabrado todo su cuerpo, caerá abatido.

[54] "Conducirlo a parecidas miserias", es decir, concebirlo en un plano muy inferior a aquel al que se remontó por su sabiduría y virtud, y atribuirle las "miserias" o debilidades e imperfecciones de aquellos que habitualmente viven en contacto con la tierra.

146. XXXVI. Como el sabio conoce de antemano esto, jamás aceptará de grado mezclarse en una. competencia de bebedores, a menos que estuvieren en juego grandes intereses, tales como la salvación de la patria, el honor de los padres, la seguridad de los hijos o de las personas más allegadas o, en general, la recta conducción de los negocios privados y públicos.

147. Un sabio, en efecto, no tomaría un mortal veneno a menos que las circunstancias lo forzaran completamente a abandonar la vida, como se abandona la patria. Y sucede que el beber desmedidamente es un veneno cuyo efecto no es la muerte pero sí la locura. Pero, ¿por qué no llamar también muerte a la locura puesto que con ella muere la parte más noble de nuestro ser, la inteligencia? A mí me parece que, a ser posible la elección, no se podrá menos de elegir sin titubear como más leve la muerte que separa y desvincula el alma del cuerpo antes que aquella más oprimente aún, que se traduce en el

extravío del espíritu.

148. Tal es el motivo por el que los hombres primitivos llamaron Ménolo al inventor de la forma de elaborar el vino, y Ménades a las Bacantes poseídas del frenesí que aquél provoca, por cuanto el vino es la causa de la locura [55] y la pérdida de la sensatez en aquellos que abusan insaciablemente de él.
[55] Correctamente asocia Filón "*Máinalos*" = Ménalo (nombre propio formado sobre el adjetivo *maznóles* = furioso, loco), *mainádes* = ménades y *manía* = demencia, locura, frenesí, posesión (de poseso).

149. XXXVII. Tal es lo que podríamos calificar de preámbulo de nuestra indagación. Fijemos ya concretamente el argumento de la misma, el que se funda en dos puntos de vista. Uno de ellos que establece que el hombre sabio se embriagará; el otro, que afirma lo contrario, es decir: que no se embriagará.

150. Conviene que primero nos refiramos a las pruebas de la primera tesis. Comenzaremos señalando el hecho de que algunas cosas son homónimas y otras sinónimas. Todos están de acuerdo en que homonimia y sinonimia son cosas opuestas, puesto que la homonimia implica aplicación de un único nombre a más de un objeto, mientras la sinonimia se da si un solo objeto se designa con más de un nombre.

151. La palabra "perro" es un homónimo, a no dudarlo, puesto que son varios los objetos distintos que llevan ese nombre, a los que él designa. El animal terrestre que ladra es un perro, y también lo son la fiera marina y la estrella del cielo llamada de los frutos[56] por los poetas en razón de que a poco de haber alcanzado su primer desarrollo el fruto estival, ella se eleva para llevarlo a su plenitud y madurez. Asimismo se aplica el nombre de perro al filósofo cuyo. pensamiento entronca con la escuela Cínica,[57] vale decir, a Aristipo, a Diógenes y a un número crecidísimo de otros hombres que se han avenido a compartir sus ideas.
[56] Se trata de la estrella Sirio o el Perro, cuya elevación señalaba' el comienzo de la canícula o estación de los frutos, una de las siete en que se dividía el calendario agrícola griego, correspondiente a la segunda y más calurosa etapa del verano.
[57] Cínica, en griego *kyniké* (literalmente: canina), adjetivo derivado de *kyon* = perro.

152. A la inversa, existen otros nombres que, aunque diferentes entre sí, designan una misma cosa. Por ejemplo, "*ios*", "*oistós*" y "*bélos*",[58] nombres todos que se aplican indistintamente al objeto que es despedido hacia un blanco por la cuerda del arco; y también "*eiresía*", "*kópe*" y "*pláte*", que designan el instrumento cuya función equivale a la de las velas en lo concerniente a la navegación.[59] Efectivamente, cada vez que no le es posible a la nave emplear las velas durante los períodos de calma o de vientos contrarios, ocupan sus asientos remeros a los que compete esta tarea y, extendiendo desde ambos costados los remos como si fueran alas, fuerzan a la nave a avanzar cual si volara. La nave, levantada fuera del agua, corriendo sobre las olas más que cortándolas, avanza rauda, y tras rápida navegación echa anclas en abrigadísimos puertos.
[58] Los tres términos significan dardo o flecha.
[59] Los tres vocablos significan remo.

153. También son nombres diferentes de una sola cosa 'las palabras "*skípon*", "*baktëría*" y "*rhábdos*",[60] que designan un objeto con el que podemos golpear a alguien, en el que podemos apoyamos y sostenemos firmemente y con el que podemos hacer además

muchas otras cosas. Damos estos ejemplos no por mero afán de extenderme sino para formamos una idea más clara de lo que estamos averiguando.
[60] Las tres palabras significan bastón.

154. XXXVIII. Los antiguos llamaban indistintamente y "embriagante" [61] al vino puro; y así, en muchos pasajes de los poetas es empleado este último nombre. En consecuencia, si "vino" y "embriagante" son términos usados como sinónimos del mismo objeto, "beber vino con cierto exceso" y "embriagarse",[62] términos derivados de aquéllos, sólo diferirán en sus formas.[63]
[61] Aunque *méthy* significa bebida fermentada, y en particular vino, lo he traducido por "embriagante", porque, por lo que sigue, se advierte que Filón entiende etimológicamente el término, y porque, por otra parte, esa acepción va involucrada en todos los compuestos y derivados de dicho sustantivo.
[62] En griego: *oinoústhai* (de *oînos* = vino) y *methyein* (de *méthy*).
[63] No así en su significado, que es el mismo.

155. Uno y otro término denotan un uso excesivo del vino, uso que por muchas razones no tendría por qué rehuir el hombre de bien.[64] Mas, si tal hombre llega a beber con cierto exceso, se embriagará también, y eso sin encontrarse en peor estado luego a consecuencia de la embriaguez, sino sintiéndose exactamente como se siente quien simplemente ha bebido un poco más de la cuenta.[65]
[64] Es decir, en muchos casos bien podría hallar el hombre sabio razones para beber algo más de la cuenta.
[65] El razonamiento es éste: como, según lo aclarado, "beber con cierto exceso y embriagarse" son términos que expresan la misma cosa, el estado del hombre de bien que se embriagare en nada diferirá del estado de quien ha bebido con cierto exceso, es decir, no llegará a las posturas, expresiones y excesos de la beodez intensa.

156. Queda, pues, señalada una prueba sobre la embriaguez en el sabio. Una segunda prueba es la siguiente. Con escasas excepciones podemos afirmar que los hombres de hoy no se parecen a los primitivos en sus apreciaciones y tendencias; por el contrario, tanto en las palabras como en las obras se hace patente que unas y otras no se asemejan sino difieren.

157. Han reducido las palabras, otrora sanas y robustas, a una postración ruinosa y sin remedio, sustituyendo una vitalidad realmente vigorosa y atlética por algo verdaderamente enfermizo; trocando una solidez, calificada por alguien de firme y compacta en razón de su vigor, en una complexión deficiente, antinatural y enfermiza, y exaltando con vacía ampulosidad y nada más lo que por falta de capacidad para la concisión acaba por quebrarse al llegar al máximo de distensión.

158. Y a las acciones dignas de elogio y aplauso y, si cabe la expresión, masculinas, las han tomado afeminadas convírtiendo su nobleza en bajeza. Resultado de todo ello es que son muy pocos los que en una y otra cosa, es decir, palabras y obras, hallan grato el ardor de que hacían gala los hombres de antaño.

159. Y ciertamente, los poetas, los narradores y cuantos en aquellos tiempos se ocuparon de las otras formas de expresión literaria, florecieron, no endulzando y enervando los oídos mediante rítmico lenguaje sino reanimando lo que estaba quebrantado y debilitado en la inteligencia y armonizando con los medios que

proporcionan la naturaleza y la virtud cuanto de concordante hubiere en ella. En nuestros días, en cambio, florecen los cocineros, los pasteleros y todos los expertos en los menesteres relativos al teñido y a los perfumes y ungüentos, levantando siempre ante los sentidos la muralla de un nuevo color, forma, olor o sabor con ánimo de destruir a su guía, la inteligencia.

160. XXXIX. ¿Qué es lo que me mueve a recordar esto? Mostrar claramente que la manera como beben el vino puro los hombres de nuestros días no es la misma de los de antaño. Ahora, en efecto, beben a plena copa y sin cesar hasta que cuerpo y alma se desploman, abierta aún la boca para ordenar a los servidores llenar de nuevo las copas vacías e irritándose si no lo hacen presto, pues estas dilaciones enfrían lo que ellos llaman el calor del festín. Y los concurrentes tienen ocasión de presenciar una parodia de los juegos atléticos, el certamen báquico, en el que unos a otros se hacen por tumo respetables y "bonitas cosas, tales como morderse las orejas, narices, puntas de las manos y cualesquiera partes del cuerpo con que toparen.

161. Éstos son, al parecer, los certámenes a que da lugar la novedosa alegría que florece y alcanza su plena manifestación en estos tiempos; todo lo contrario, en cambio, eran los de la antigua alegría de nuestros mayores. Nuestros antepasados, en efecto, comenzaban cada una de sus nobles acciones con sacrificios perfectos, por cuanto tenían presente que de ese modo sobre todo alcanzarían un fausto resultado; y antes de formular sus súplicas y ofrecer sacrificios, aun en los casos en que las circunstancias exigían medidas urgentes, encaraban las cosas sin ningún apresuramiento pues entendían que no siempre la prisa es mejor que la parsimonia, ya que la rapidez sin previsión es dañosa, en tanto que la lentitud con buenas perspectivas es provechosa.

162. Sabiendo, pues, que también el uso y disfrute del vino ha menester de mucho cuidado, ellos no bebían vino puro ni en cantidades desmedidas ni continuamente, sino con moderación y en ocasiones convenientes. En efecto, habiendo previamente formulado las súplicas, ofrecido los sacrificios e implorado el favor Divino, una vez purificados sus cuerpos y sus almas, los primeros mediante abluciones, las últimas mediante corrientes de leyes y de recta instrucción» volvíanse serenos y gozosos hacia la práctica que les procuraba un paréntesis de abandono; y en muchos casos lo hacían sin retornar a sus casas, permaneciendo en los templos en los que habían practicado los sacrificios. Lo hacían con la intención de que el recuerdo de aquéllos y el respeto al lugar presidiera la celebración de un festín verdaderamente santo en sumo grado, en el que nadie faltara ni de palabra ni de obra.

163. De esto precisamente dícese que procede el término embriagarse; de la costumbre propia de los hombres de antaño de embriagarse ligeramente "después de sacrificar".[66] ¿Y a quiénes podría convenir más esa manera de hacer uso del vino puro que a los-hombres sabios, a quienes asimismo compete la práctica previa a la embriaguez, vale decir, el sacrificar?

[66] Etimología atribuida a Aristóteles, según el cual *methyein* = embriagarse, proviene de *me (tá tó) thyein* =: después de el sacrificar.

164. Podemos asegurar, en efecto, que ningún hombre ruin practica realmente un sacrificio, aunque condujere al altar ininterrumpidamente día tras día innumerables bueyes, puesto que su inteligencia, la más importante ofrenda, hállase corrompida y no es lícito que-objetos corrompidos entren en contacto con los altares.

165. Queda expuesto este segundo argumento demostrativo de que el embriagarse no es cosa ajena al hombre virtuoso. XL. Hay un tercer argumento, cuya inigualable fuerza persuasiva reposa en la etimología. Entienden, en efecto, algunos que el término "ebriedad" procede no sólo de que ella tiene lugar después de los sacrificios, sino también de que además es causa de abandono del alma.[87]
[67] Filón asocia los términos *méthe* = embriaguez, y *méthesis* = acción de, soltar, abandono, relajación, distensión, aunque ningún parentesco existe entre ambos términos.

166. Sólo que, mientras el raciocinio de los insensatos se abandona en una corriente de abundantes faltas, el de los hombres sensatos se entrega al goce de momentos de expansión, buen ánimo y alegría, pues el hombre sabio, después que ha bebido, tórnase más grato aún que cuando estaba sobrio; de modo que, aun en este sentido, podemos decir sin incurrir en error que el sabio puede embriagarse.

167. A lo dicho es preciso agregar lo siguiente. La sabiduría no presenta un aspecto adusto ni austero, ni experimenta una opresión derivada de la preocupación o la depresión moral; por el contrario, es alegre y plácida, plena de regocijo y felicidad, sentimientos por los que un hombre es conducido sin incurrir en groserías, a mostrarse juguetón y bromista; diversión que no desentona con la dignidad y la seriedad, tal como ocurre con las notas de respuesta que concurren a la producción de una única melodía en las acertadas ejecuciones de lira.

168. Según el más santo de los hombres. Moisés, el juego y la risa constituyen el objeto de la sabiduría, aunque no se trata aquí del juego y de la risa a que se entregan sin reflexión todos los niños, sino el juego y la risa de aquellos que ya se han tornado canos no sólo por efectos de la edad sino también por la calidad de sus reflexiones. ¿No ves que al referirse al hombre que extrae el saber directamente de las fuentes sin oírlo de boca de otro, sin ser enseñado y sin ajena colaboración, no dice que tenga parte en la risa sino que él mismo es la risa?

169. Se trata de Isaac, cuyo nombre significa "risa" y a quien se adapta el juego en compañía de la "perseverancia", a la que los hebreos llaman Rebeca. XLI. Pero no está permitido al hombre común tener una visión del divino juego del alma; tal visión sólo es posible a un rey, con quien la sabiduría ha cohabitado largo tiempo, aun cuando esa residencia no ha tenido carácter permanente. Este rey llámase Abimelec, quien habiéndose inclinado para mirar a través de la puerta, es decir, del abierto y luminoso ojo de la inteligencia, vio a Isaac jugando con Rebeca, su mujer.[68]
[68] Gen. XXVI, 8.

170. ¿Qué otra ocupación es, realmente, más apropiada para el hombre sabio que el jugar, estar radiante de alegría, regocijarse junto con la "perseverancia" en las cosas nobles? De todo esto resulta que también él se embriagará con esa embriaguez que forma el carácter procurándole desahogo y provecho.[69]
[69] Mantengo el término *ophéleia* = utilidad, provecho, en vez de sustituirlo por *aphéleia* = sencillez, llaneza, según propone Mangey.

171. El vino puro es, en efecto, a propósito para intensificar y fortalecer las naturales tendencias, ya se tratare de tendencias buenas ya de las contrarias, tal como ocurre con

muchas otras cosas también. Así, el dinero, ya lo hemos dicho, es causa de bienes para el hombre bueno, pero de males para el malo. Otro caso lo constituye la fama; ella hace más patente el vicio del insensato, en tanto que pone de manifiesto con mayor gloria la virtud del hombre de bien. Análogamente, pues, también el vino puro en cantidad profusa toma más vicioso al hombre dominado por las pasiones, en tanto que al de buenos sentimientos lo hace más benévolo y favorable.

172. ¿Quién ignora que cuando de dos rasgos contrarios uno de ellos es atribuible a dos o más clases de personas, el otro por fuerza también lo será?[70] Por ejemplo, siendo opuestos el blanco y el negro, si lo blanco es atribuible a los buenos y a los malos, también lo negro lo será igualmente, y no sólo a unos sino a unos y a otros. Así también, la sobriedad y la ebriedad son contrarias y, como decían nuestros antepasados, buenos y malos participan de la sobriedad. En consecuencia, la ebriedad es también atribuible a ambas clases de hombres. Conforme con ello, el hombre de bien puede también beber sin menoscabar por eso su virtud.

[70] Argumento probablemente en conexión con la doctrina estoica según la cual todo bien tiene su opuesto mal, siendo el primero patrimonio exclusivo del sabio, y el segundo propio del malvado, en tanto que los opuestos en el caso de las cosas indiferentes en cuanto al bien y el mal se dan en uno y otro sector humano forzosamente.

173. XLII. Si, tal como ocurre en los tribunales, no sólo se ha de echar mano a las pruebas propias del arte dialéctico sino también a las llamadas no artísticas,[71] una de las cuales es la que se logra mediante testigos; nosotros apelaremos al testimonio de muchos ilustres médicos y filósofos que no sólo con sus palabras sino también en sus escritos han expresado dicho testimonio.

[71] Así llamadas porque no son fruto del arte, ingenio o inventiva del .argumentante, sino proporcionadas por circunstancias externas ajenas a él. Ver Aristóteles, Retórica I. 15.

174. Son, en efecto, innumerables los tratados titulados "Acerca de la ebriedad" que nos han legado y en los que se han ocupado de indagar exclusivamente lo relativo al uso del vino, sin agregar palabra alguna acerca de aquellos que habitualmente pierden la noción de sus actos y pasando por alto completamente lo tocante a la embriaguez violenta. De lo que se desprende que también en estos autores está clarísimamente reconocido que embriagarse es, como decíamos, lo mismo que beber con cierto exceso. Pero que el sabio beba algo más de la cuenta a su debido tiempo no puede decirse que sea cosa mala. Por lo tanto, no es un error decir que el sabio puede embriagarse.

175: Mas, puesto que nadie es registrado como vencedor si carece de contrincante y, si entablara combate tal, parecería evidentemente combatir más bien con una sombra; necesario es que nos refiramos también a los argumentos que conducen a conclusiones opuestas a éstas, a fin de que nuestra decisión tenga todas las garantías de imparcialidad y ninguna de las dos posiciones resulte condenada por omisión.

176. El primero y de mayor fuerza de estos argumentos es el siguiente. Si no es razonable que uno confíe un secreto a un hombre ebrio y al hombre virtuoso se le confían secretos, está claro que el hombre virtuoso no se embriaga.[72] Pero, en vez de enunciar seguidamente los restantes argumentos, mejor será que refutemos uno a uno a medida que los vayamos exponiendo para que no parezcamos tediosos al hablar demasiado extensamente.

[72] Argumento de Zenón, expuesto por Séneca en Carta 83.

177. Dirá alguno oponiendo reparos al argumento mencionado que, aplicando el mismo razonamiento resulta que el hombre sabio jamás podrá estar melancólico ni quedarse dormido ni, en una palabra, morir. Y, sin embargo, aquel a quien nada de esto le sucede es o un ser inanimado o un ser Divino, nunca un hombre. Siguiendo el desarrollo del argumento lo aplicará de la misma manera al caso del melancólico o del dormido o del muerto, diciendo que no es razonable confiar un secreto a un hombre en tal situación y que es razonable confiárselo a un hombre sabio; luego, un hombre sabio ni cae en la melancolía ni se queda dormido ni muere.

[El resto del libro se ha perdido.]

SOBRE LA EBRIEDAD

(DE EBRIETATE)

1. I. En el libro precedente hemos expuesto, hasta donde cabía hacerlo, cuanto acerca de la ebriedad ha sido dicho por los demás filósofos.[1] Ahora averiguaremos qué es lo que sobre el mismo asunto opinaba nuestro grande en todo y sabio legislador.
[1] Conforme con lo expresado en Sobre la obra de Noé como plantador, 141.

2. En muchos pasajes de su legislación menciona el vino y la planta cuyo fruto es el vino, vale decir, la viña. A algunos permíteles beberlo, a otros se lo prohíbe, y se dan casos en que a las mismas personas les señala las dos prescripciones opuestas: hacer y no hacer uso del vino.[2] Estas últimas son las que han formulado el gran voto,[3] mientras que aquéllos a los que ha prohibido beberlo son los sacerdotes en servicio,[4] y de los que lo toman hay innumerables entre aquellos a los que su pluma testimonia la más alta admiración por sus virtudes.
[2] Así, en Núm. VI, 3 se prohíbe al nazareo beber vino durante el período de su voto; y en Núm. V, 20 se leer "lo beberá", expresión que Filón interpreta como una orden.
[3] Núm. VI, 2.
[4] Lev. X, 9.

3. Mas antes de abocarnos a la consideración de estos casos, preciso es que examinemos cuidadosamente los puntos que concurren a preparar nuestra exposición. Son, pienso yo, los siguientes.

4. II. Moisés entiende que el vino puro no es símbolo de una sola cosa sino de más de una, a saber: del hablar sin tino y perder la razón, de la completa insensibilidad, de una insaciable e inaplacable voracidad, de buen ánimo y alegría, de una desnudez que abarca todo lo demás y se manifiesta en todos los estados mencionados,[5] desnudez en la que, según él, se hallaba Noé después de embriagarse. Todas estas cosas se nos dice que son producidas por el vino.
[5] Compárese con lo dicho en Interpretación alegórica II, 54, donde distingue Filón tres clases de desnudez: 1) la del alma desnuda de pasiones; 2) la necedad, como en el caso de Noé; 3) la ignorancia del bien y del mal, que se da en Adán y Eva.

5. Con todo, son también innumerables los que no han tenido contacto con el vino puro y se consideran sobrios, y, sin embargo, son dominados por los mismos estados emotivos. Es posible ver a unos obrando insensatamente y hablando desatinadamente, a otros presa de una completa insensibilidad, a otros nunca satisfechos y siempre sedientos de cosas imposibles a causa de la pobreza de su saber; a otros, a la inversa, alborozados y alegres, y a otros realmente desnudos.

6. Ahora bien, la causa del hablar desatinadamente [6] no es otra que la dañosa falta de educación; y no me refiero a la inexperiencia en educación sino a la aversión hacia ella. La insensibilidad, a su vez, es causada por la insidiosa y ciega [7] ignorancia; la voracidad, por la más penosa de las pasiones, el apetito;[8] la alegría por la adquisición y práctica conjuntamente de la virtud; la desnudez por muchos factores: por incapacidad para la distinción de los principios opuestos; por inocencia y simplicidad de costumbres; por la verdad, que es una fuerza que descorre el velo de la obscuridad que envuelve a las

cosas poniendo al descubierto unas veces la virtud, otras el vicio.
[6] O delirar presa de locura.
[7] Epítetos ambos que se explican en 150-163.
[8] Apetito de placeres, concupiscencia.

7. Porque no es posible desnudar simultáneamente a ambos, como tampoco lo es el vestirlos a la vez, pues cuando alguien rechaza a uno de ellos por fuerza adopta y recibe al otro.

8. Según una vieja historia,[9] cuando Dios reunió el placer y el dolor, sensaciones en pugna por naturaleza, bajo una sola cabeza, las preparó para ser sentidas en tiempos diferentes, no en el mismo momento, estableciendo que el destierro de uno señalara el retorno del opuesto. De idéntica manera, de una misma raíz, es decir, de nuestra facultad rectora,[10] brotan sendos vástagos, el de la virtud y el del vicio, mas no germinan ni dan frutos en el mismo momento.
[9] Platón, Fedón 60 b.
[10] La inteligencia.

9. En efecto, cuando uno de ellos pierde las hojas y se marchita, el contrario comienza a germinar y reverdecer; de modo que cabe considerar que cada uno de ellos se aparta sin poder soportar la prosperidad del otro. Éste es el motivo por el que con toda razón presenta Moisés como simultáneas la partida de Jacob y la llegada de Esaú. "Ocurrió", dice, "que cuando partió Jacob llegó su hermano Esaú". (Gen. XXVII, 30.)

10. Es que, mientras la prudencia descansa en el alma y se pasea en ella, todo amigo de la insensatez estará apartado fuera de sus limites; mas, cuando aquella se retira a otro sitio, la insensatez retoma gozosa porque ya no habita la misma zona la insoportable enemiga por cuya causa había sido desterrada y vivido en el exilio.

11. III. Queda, pues, dicho cuanto convenía decir sobre, lo que podemos calificar de preliminares de nuestro tratado. Ahora expondremos las demostraciones de cada uno comenzando por desarrollar la relativa al primero de ello?. Decíamos que la causa del hablar desatinadamente y del cometer faltas es la carencia de educación, tal como la abundante libación de vino puro lo es de la insensatez de muchísimos.

12. La falta de instrucción, en efecto, sí hemos de decir la verdad, es la causa original de los errores del alma y de ella, como de una fuente, brotan las acciones de la vida incapaces de producir corriente alguna de agua potable y saludable para nadie en absoluto, y productoras, en cambio, de agua salada, causa de enfermedad y destrucción para los que la beben.

13. Así pues, es contra los carentes de educación y disciplina contra los que siente ansias mortíferas el legislador más quizá que contra otra persona alguna. La prueba es ésta. ¿Quiénes entre los hombres y también entre las otras especies de seres animados son los protectores, no tanto por hábito adquirido cuanto por disposición natural? Ni un anormal diría que ese papel no corresponde a los padres; ya que por ley natural el que engendra se preocupa instintivamente de cuidar siempre al engendrado y procura la salvación y perpetua conservación de éste.

14. IV. Ahora bien, cuando Moisés se inclina porque aquellos que necesariamente

debían asumir la defensa de alguien, vale decir, su padre y su madre, se conviertan en sus acusadores a fin de que su ruina provenga solamente de aquellos de los que cabía esperar su salvación, manifiesta su decidida opinión de que aquellos a los que la naturaleza tiene reservado el papel de defensores se conviertan en enemigos. Dice, efectivamente: "Si alguien tuviere un hijo indócil y rebelde, que no escucha la voz de su padre y de su madre, y ellos lo disciplinaren sin que él les obedeciere, su padre y su madre le echarán mano y lo conducirán ante el consejo de ancianos de su ciudad y hasta la puerta de su sede, y dirán a los hombres de su ciudad: 'Este hijo nuestro es indócil y rebelde; no obedece nuestra voz» paga contribuciones [11] y es borracho'. Los hombres de la ciudad lo apedrearán y así quitarás al malvado de entre vosotros.'" (Deut. XXI, 18 a 21.)

[11] Paga contribuciones para financiar francachelas y giras a escote; tal es lo que significa el término *symbolokópos*. Una traducción libre del mismo es: lleva una vida de derroche y desenfreno. Pero Filón lo toma evidentemente, en su sentido literal, según se desprende de lo que dice en el parágrafo 20, por lo que he preferido traducirlo literalmente, aunque suene algo extraño.

15. Cuatro, son, según esto, las acusaciones: desobediencia, rebeldía, pago de contribuciones y ebriedad. Pero la más importante es la última, a la que se llega gradualmente a partir de la primera, la desobediencia. En efecto, cuando el alma ha comenzado por desobedecer a las riendas y se ha deslizado a través de la disputa y la rivalidad,. llega al límite extremo: la embriaguez, origen de la enajenación y la locura. Es preciso que consideremos estas acusaciones. una a una y observemos su fuerza a partir de la primera.

16. V. Está reconocido, sin que quepa duda, que el acatamiento y la obediencia a la virtud es cosa noble y provechosa y, consecuentemente, que, a la inversa, el desobedecer a ella es vergonzoso y perjudicial más allá de toda medida. Mas sumadas la desobediencia y la rebeldía encierran el máximo de ruindad. Porque el desobediente es menos miserable que el pendenciero, puesto que no pasa de ser un despreciador de las órdenes recibidas; en tanto que el otro se empeña además en llevar a cabo las acciones contrarias a esas órdenes.

17. Pero examinemos los comportamientos.[12] Si la ley, tomando un caso- al azar, manda honrar a los progenitores, el que no los honra es un desobediente; el que los deshonra positivamente es un rebelde. Otro caso: lo justo es salvar a la patria y el que se anda con titubeos acerca de esto debe ser calificado de desobediente; el que además está determinado a traicionarla ha de ser considerado disputador y pendenciero.

[12] Es decir, las actitudes que caben en las distintas situaciones según ambos modos de ser o proceder: desobediencia y rebeldía.

18. El que no tiene una gentileza para con su prójimo por contradecir al que afirma que se debe ayudar, es un desobediente; el que además de no brindar ayuda causa el mayor daño posible, lleva en sí al espíritu de disputa, que le mueve a cometer incurables errores. A su vez, el que no se ocupa de los sagrados ritos ni de las otras prácticas que se refieren a la piedad, desobedece a las prescripciones que la ley y la costumbre determinan al respecto; en cambio, la actitud de quien se inclina hacia lo contrario, vale decir, hacia la impiedad y se convierte en factor de ateísmo, es un caso de rebeldía.

19. VI. Rebelde era el que dijo: "¿Quién es Él para que yo Le obedezca?"; y otra vez:

"No conozco al Señor." (Ex. V, 2.) En la primera de estas afirmaciones establece que no hay Dios; en la segunda, que, aunque existe, no es conocido; aserto que presupone la inexistencia de la providencia, porque, si existe una providencia, también Dios debe ser conocido.

20. Pagar contribuciones o cuotas para tener parte en la adquisición de la más excelsa de las posesiones, la prudencia, es cosa laudable y provechosa; el hacerlo con miras a la posesión del supremo mal, la insensatez, es perjudicial y reprensible.

21. Y nuestras contribuciones para el logro de lo más excelso consisten en un deseo de virtud, un celo por las cosas nobles, una aplicación constante, una persistente ejercitación, interminables y tenaces labores; mientras las que tiene por objeto lo contrario son el desenfreno, la indolencia, la lujuria, el afeminamiento, y una vida completamente desarreglada.

22. Es posible ver a los que compiten en la palestra de la embriaguez y a diario se preparan y disputan los certámenes de la glotonería, aportando contribuciones con un fin aparentemente provechoso, pero perjudicándose completamente tanto en su dinero como en sus cuerpos como en sus almas. En efecto, al contribuir con esos aportes merman sus bienes; por su vida muelle debilitan y enervan las fuerzas de sus cuerpos; y anegando sus almas por el exceso de alimento, como con un torrente invernal, la fuerzan a precipitarse a un abismo.

23. De manera análoga cuantos aportan cuotas para la destrucción de la educación. perjudican a su elemento de máxima jerarquía, vale decir, a la inteligencia, privándola de sus salvaguardias, la prudencia y la templanza, la fortaleza y la justicia. Por eso, pienso yo, Moisés. emplea un nombre compuesto: "que-corta-contribuciones",[13] para poner más claramente de manifiesto lo significado, puesto que quienes aportan contribuciones o cuotas, si se nos permite la expresión, contra la virtud, rompen, fraccionan y cortan hasta arruinarlas por completo a las almas dóciles y amantes de la instrucción.

[13] Efectivamente, el ya citado término *symbolokópos* = que pagas contribuciones, es una palabra compuesta de *symbolé* = contribución, y *kope* = incisión, corte, aunque el sentido etimológico no se conservó en el vocablo.

24. VII. Así, sobre el sabio Abraham leemos que "retornó de la derrota[14] de Codorlaomor y de los reyes que con él estaban" (Gen. XXV, 18); y sobre Amalee, que "corta la retaguardia" (Deut. XXV, 18) del que se ejercita; hechos ambos que concuerdan con la realidad de las cosas, por cuanto los opuestos son recíprocamente hostiles y siempre uno procura la ruina del otro.

[14] Literalmente: del corte. Es imposible advertir en la traducción española la relación entre la idea de cortar implícita, según Filón (ver la. nota anterior), y el contenido de la cita bíblica. Dicha relación resulta del hecho de que el sustantivo *kope* = incisión, corte, significa figuradamente matanza, derrota, descalabro.

25. Pero, además al que aporta esas contribuciones puede hacérsele, y éste es el cargo más importante, la imputación de que no sólo se ha propuesto obrar incorrectamente sino también sumarse a las malas acciones de otros, decidido a tomar la iniciativa él mismo en ciertas malas prácticas: y además a consentir en las iniciadas por otros, de modo que, estando la causa de sus errores tanto en su propia naturaleza como en la

enseñanza recibida, ninguna esperanza valedera de salvación le queda. Su conducta viola la ley que dictamina: "No te entregues al mal en compañía de la muchedumbre." (Ex. XXIII, 2.)

26. En efecto, el mal es realmente múltiple y de inmensas consecuencias [15] en las almas de los hombres; el bien, en cambio, es limitado [16] y escaso. Es, pues, sumamente provechosa la advertencia de que no nos mezclemos con la multitud, con la que está el pecado, sino con los menos, en cuya compañía se obra rectamente.

[15] El primer elemento, *poly*, de ambos adjetivos, *polykhoun* = múltiple, y *polyphóron* = de muchas o grandes consecuencias, permite a Filón relacionarlos con la muchedumbre (*pollón*, de *polys* = mucho), del pasaje citado.

[16] Limitado en cantidad de adeptos o practicantes, es decir, patrimonio de pocos.

27. VIII. El cuarto y mayor cargo fue el de la embriaguez, no de una embriaguez atemperada sino de una muy intensa. Decir "arder con el vino" [17] es como decir que el veneno causante de la insensatez, vale decir, la ignorancia, se ha encendido, arde y llamea sin poderse apagar jamás y consumiendo incesantemente y por completo al alma envuelta en llamas y destruida por el fuego.

[17] El verbo empleado en el pasaje bíblico es *oinophlygeín* = ser aficionado a embriagarse, ser un borracho. Es un término compuesto de *óinos* = vino, y *phlyzein* = brotar o fluir en abundancia, por lo que literalmente significa algo así como rebosar o manar vino; pero Filón lo asocia con el verbo *phiégein* (como si fuera *oinophiégein*) = encender, incendiar, y así saca las conclusiones que siguen.

28. Naturalmente, luego vendrá el castigo purificando cada baja tendencia de la inteligencia. Dícese, en efecto: "Quitarás al malvado", no de una ciudad, región o nación, sino "de entre vosotros" (Deut. XXI, 21); ya que es en nosotros mismos donde se encuentran. agazapados los reprochables y culpables pensamientos, los que, cuando son ya incurables, debemos cortar y destrozar.

29. Justo es, pues, que quien es desobediente y rebelde, quien. además provee en forma de persuasivos argumentos contribuciones y cuotas para dar por tierra con las cosas nobles, inflámase con el vino puro, hállase ebrio en la virtud y la ofende-con sus monstruosas borracheras, tenga por acusadores a los que otros tienen como aliados, es decir, a su padre y a su madre; y que experimente una completa destrucción para advertencia y llamado a la reflexión de aquellos que están en condiciones. de ser salvados. 30. Ahora bien, en la expresión no se establecen distinciones entre los títulos de padre y madre, pero sus. alcances son distintos. Por ejemplo, diremos sin rodeos y con. toda razón que el Artífice que construyó este mundo es al mismo tiempo padre de lo creado, en tanto que su madre es la sabiduría del Hacedor, con la cual Dios se unió, aunque no a la manera humana, y engendró la creación. La sabiduría, habiendo recibido la Divina simiente, concluidos los dolores del parto dio a luz al único amado hijo sensible,[18] es decir, este mundo que vemos.

[18] Único hijo sensible o aprehensible por los sentidos, el *kósmos aisthetós*; pero no el único hijo, ya que también creó el *kósmos noetós*, el mundo aprehensible solamente por la inteligencia. Ver Sobre la inmutabilidad de Dios, 31.

31. En las páginas de uno de los miembros del Divino coro, la sabiduría es presentada hablando acerca de sí misma de esta manera: "Dios me poseyó antes que todas las otras obras suyas y echó mis fundamentos antes de las edades." (Proverbios VIII, 22.) Así es,

todo lo que llega a ser engendrado es posterior a la madre y nutriz de todas las cosas.

32. IX. Ahora bien, ¿quién sería capaz de enfrentar una acusación de estos padres? Ni siquiera una atemperada amenaza o una suavísima reprensión podría nadie soportar. Nadie, en verdad, es capaz de contener la inagotable multitud de Sus dones, ni siquiera lo podría contener el mundo, el que, contra lo que cabría esperar, cual una pequeña cisterna, en seguida será anegado por la corriente que proviene de la fuente de las Divinas gracias y desbordará. Ahora bien, si no somos capaces de recibir Sus beneficios, ¿cómo soportaremos la fuerza de Sus castigos en caso de sobrevenirnos?

33. Mas en la presente consideración hemos de dejar de lado lo referente a los Padres del universo. Ahora indagaremos lo concerniente a los discípulos y amigos de ellos, discípulos y amigos a los que les ha sido asignado el cuidado y la guía de todas las almas que no son ni ignorantes ni groseras. Pues bien, afirmamos que el padre es la masculina, perfecta y recta razón, en tanto que la madre es el curso regular de la educación intermedia y de cultura general;[19] y es noble y conveniente atenerse a sus disposiciones como un hijo se atiene a las de sus progenitores.

[19] Interpretación alegórica III, nota 85, sobre la *enkyklios paidéia*. En cuanto al carácter masculino que Filón atribuye a la razón, recuérdese la ingenua simpleza con que nuestro autor se atiene a las características del idioma griego, en el que *lógos* == razón, es de género masculino.

34. La prescripción de la recta razón, es decir, el padre, es seguir y ajustarse a la naturaleza en procura de la verdad desnuda y descubierta. La educación, la madre, nos prescribe atenemos a las normas establecidas por las legislaciones, las que han sido dictadas en diferentes ciudades, naciones y países por los primeros que optaron por la opinión antes que por la verdad.

35. Cuatro son las clases en que se pueden distribuir los hijos de estos padres. Los de la primera obedecen a ambos; los de la segunda, al contrario, no acatan las disposiciones ni del uno ni de la otra; y cada uno de los dos restantes hace la mitad de lo que hacen aquéllos. Uno de ellos resulta muy amante de su padre y se atiene a sus mandatos haciendo, en cambio, caso omiso de su madre y de las recomendaciones de ella; el otro, por el contrario, se muestra amante de su madre y la sirve en todo, pero pasa por alto completamente las decisiones de su padre. El primero, por lo tanto, llevará el trofeo de la victoria sobre todos; el opuesto se verá envuelto en la derrota y la destrucción juntamente, y cada uno de los restantes se llevará un premio, uno el segundo, otro el tercero; el segundo, aquel que obedece al padre; el tercero, aquel que obedece a la madre.

36. X. Jetró,[20] plasmado de vanidad, adaptado en el más alto grado a una ciudad y organización de hombres que en confusa turba son arrastrados aquí y allí por vacías opiniones, es el más claro representante de la clase amante de la madre, clase que se atiene a las opiniones de la multitud y admite toda clase de transformaciones de conformidad con las múltiples aspiraciones de la vida, tal como el egipcio Proteo,[21] cuya verdadera forma permaneció desconocida por estar en su naturaleza el convertirse en cada una de las cosas que hay en el universo.

[20] Ver Sobre la agricultura, 43, y Sobre el cambio de nombres, 103.

[21] Mítico hijo o servidor de Posidón, que fue rey de Egipto y vivía en la isla de Faro. Poseía, según la leyenda, el poder de transformarse en cuantas ocasiones quisiera, y se

cuenta que hizo múltiple uso de este don para escapar a Menelao, que lo apresó cuando, al retomar de Troya, los vientos lo llevaron hasta Egipto.

37. En ciertas ocasiones el sabio Moisés convocaba a todo el pueblo del alma a la piedad y honra de Dios y le enseñaba las prescripciones y santísimas leyes. Dice, en efecto: "Cada vez que entre ellos sobreviene una disputa y acuden a mí, yo discierno entre ellos y les comunico las prescripciones de Dios y Su ley." (Ex. XVIII, 16.) Pues bien, estando en ello se presenta el vanidoso Jetró, ajeno a los secretos de los Divinos bienes, y familiarizado, en cambio, al máximo con las cosas humanas y corruptibles, y que en plan de demagogo redacta leyes en contradicción con las de la naturaleza, pues su mirada está puesta en la apariencia en tanto que las leyes de la naturaleza trasuntan la realidad misma.

38. Con todo, compadecido aun de éste y apiadado de su extravío inmenso, piensa Moisés que es conveniente instruirlo mejor y persuadirlo para que se desprenda de las vacías opiniones y se ajuste con firmeza a la verdad.

39. En efecto, son sus mismas palabras las que aseguran que» apartando y separando de la inteligencia la vacía vanidad, nos aproximamos al lugar donde se halla la sabiduría, lugar que pasa a ser nuestro a través de las revelaciones y declaraciones. Divinas. "Ven con nosotros", dice, "y te beneficiaremos" (Núm-X, 29), 'puesto que dejarás de lado la opinión, que es la cosa. más dañosa que existe, y ganarás la verdad, la cosa más provechosa'.

40. Con todo, aunque bien impresionado por palabras tales, Jetró no hará caso de lo que se le ha dicho y en modo alguno ni en parte alguna irá en pos del saber; antes, volverá sobre sus pasos y retornará hacia la vacía vanidad que le es propia. "No iré", leemos que dice a Moisés, "sino me volveré a mi tierra y mi familia" (Núm. X, 30); vale decir, volverá a la infidencia de la falsa opinión, que le es familiar, puesto-que no ha aprendido en qué consiste la verdadera fe, tan dilecta para los hombres de verdad.

41. XI. Y así es: cuando, deseando manifestar piedad, dice: "Ahora me doy cuenta de que el Señor es grande entre todos los dioses" (Ex. XVIII, 11), no hace sino formular contra sí mismo el cargo de impío ante los. hombres que saben cómo se debe juzgar.

42. Éstos le dirán: "¡Blasfemo!, ¿es ahora cuando vienes a darte cuenta de la grandeza del Guía del universo; antes no lo habías aprendido?" ¿Habías hallado antes, por ventura, a alguno más antiguo[22] que Dios? ¿Acaso las excelencias de los padres no son conocidas por sus hijos antes que las de todos los otros seres? ¿Y no es el Fundador y Padre del universo quien lo preside desde su origen? Luego, no nos vengas con que has llegado a saberlo ahora; porque, si no lo sabías desde el principio de tu existencia, tampoco lo sabes ahora.

[22] Y a la vez, más venerable, pues el término presbíteros encierra ambos: significados. Pero Filón hace hincapié ahora en la antigüedad de Dios, pues . su argumentación tiende a probar lo absurdo de afirmar que sólo "ahora"" haya venido Jetró a conocerlo.

43. Pero no es menor el cargo que cae sobre ti por falseamiento de la verdad al comparar dos cosas incomparables y decir que reconoces la grandeza del Que Es frente a la de todos los dioses. Si conocieras realmente al Que Es no hubieras supuesto que dios alguno fuera de Él tenga poderes propios.

44. Porque, así como al elevarse el sol, la compacta claridad que de él se derrama oculta de nuestras miradas los restantes astros; del mismo modo, cuando ante la mirada de nuestra alma resplandecen los rayos perceptibles por la inteligencia, rayos sin mezcla, purísimos y visibles a infinita distancia, que emite la resplandeciente estrella que es Dios, aquélla no puede ver otra cosa alguna, ya que, cuando el conocimiento del Que Es [23] ilumina, todo lo envuelve de luminosidad, y toma casi invisibles las cosas que parecían más luminosas de por sí.

[23] Es decir, cuando conocemos al Que Es.

45. Nadie, por lo tanto, tendría el descaro de comparar al verdadero Dios con los falsamente llamados dioses, si verdaderamente Lo conociera. Mas tu ignorancia acerca del Único ha engendrado la opinión según la cual hay muchos dioses, cuando la verdad es que no existen".

46. XII. El mismo punto de vista sustenta todo aquel que ha rechazado las cosas del alma y puesto su admiración en las del cuerpo y en las exteriores, cosas que con sus variados colores y formas traman engaños para la fácilmente seducible sensibilidad.

47. Labán es el nombre que da el legislador a tal hombre, el que, no acatando las verdaderas normas de la naturaleza, proclama con falsía las creadas por los hombres afirmando: "En nuestra región no ocurre así; no se da[24] la menor antes que la mayor." (Gen. XXIX, 26.)

[24] No se da en matrimonio.

48. Éste piensa que debe guardar el orden del tiempo y considera justo que pasen a nuestra compañía primero las cosas más viejas y después las más recientes. Mas el que se ejercita en el saber,[25] conociendo que existen naturalezas intemporales.[26] desea primero las más recientes y luego las más antiguas. Y cuenta en apoyo de su parecer también con las normas relativas a la formación del carácter. En efecto, es preciso que los que se ejercitan se familiaricen primero con la instrucción "más joven" para estar luego en condiciones de aprovechar firmemente la instrucción más perfecta.

[25] Jacob.

[26] Es difícil precisar a ciencia cierta qué quiere significar Filón con esto, pero indudablemente se está refiriendo al plano ético, en el que el tiempo carece de la vigencia que lo caracteriza en el plano físico.

49. Por eso hasta hoy los amantes de lo noble y elevado no llegan a las puertas de la hermana mayor, es decir, de la filosofía, sino después de haber conocido a las hermanas menores, vale decir, la gramática, la geometría y toda la instrucción que se adquiere en los estudios de cultura general, ya que éstas sirven de intermediarias entre la sabiduría y aquellos que anhelan con sinceridad y honestidad alcanzarla.

50. Labán, en cambio, intriga en el sentido opuesto, deseando que nos quedemos primero con la mayor, no con la intención de que la poseamos firmemente, sino a fin de que, luego seducidos por los hechizos de la más joven, dejemos de lado nuestro deseo de la otra.

51. XIII. Y esto más o menos es lo que ocurre a los más de los que no han utilizado la recta vía para su formación. En efecto, ya desde los mismos pañales, si se me permite la

expresión, se lanzan en procura del más perfecto de los estudios, o sea, la filosofía. Y cuando enfrentan los inconvenientes que resultan de su ignorancia casi absoluta en lo que a los estudios de cultura general se refiere, propónense alcanzarlos tarde y con dificultad. Y entonces, descendiendo desde la mayor y más antigua rama para contemplar las inferiores y más recientes, envejecen en compañía de ellas de modo que ya no pueden retomar al lugar de donde se habían lanzado.

52. Es por eso, pienso yo, por lo que Labán dice: "Pon fin a la semana de ésta" (Gen. XXIX, 27); lo que equivale a 'No sea eterno para ti el bien del alma; antes, tenga límites y acabamiento para que también llegues a alcanzar la compañía de una más joven clase de bienes, en la que están reunidas la belleza, la fama, la riqueza y las otras cosas semejantes'.

53. Mas Jacob no promete ponerle fin, sino acuerda "llenarla" (Gen. XXIX, 28), vale decir, no cesar jamás de ocuparse de lo que contribuye a su acrecentamiento y plenitud, y unirse a ella en todo lugar, aunque infinitas fuerzas lo empujaren y arrastraren en opuesta dirección.

54. Que a las costumbres se atienen más las mujeres que los hombres me parece establecerse de manera completamente clara en las palabras de Raquel, la admiradora de las cosas sensibles solamente. Dice, en efecto: "No lo tomes a mal, señor; no puedo ponerme de pie en tu presencia pues me pasa lo que acostumbra pasar a las mujeres." (Gen. XXXI, 35.)

55. Vemos, pues, que es propio de las mujeres el atenerse a las costumbres. Ciertamente, la costumbre es propia del alma débil y femenina. La naturaleza es propia de los hombres y seguir a la naturaleza es lo que corresponde al vigoroso y verdaderamente masculino discernimiento.

56. XIV. Y no puedo sino asombrarme ante la franqueza del alma que reconoce en coloquio consigo misma [27] que no puede acometer contra los bienes aparentes, y se queda pasmada ante cada uno de ellos, los honra y los prefiere casi a sí misma.
[27] La respuesta de Raquel a Labán (Gen. XXXI, 35) simboliza para Filón la confesión que el alma se hace a sí misma de su impotencia para levantarse frente a los bienes exteriores, personificados en Labán.

57. Porque, ¿quién de nosotros se opone a la riqueza? ¿Quién se apresta para la lucha contra la gloria? ¿Quién entre los que todavía andan envueltos en vacías opiniones ha alcanzado a sentir desprecio por los honores y las dignidades? Ninguno en absoluto.

58. Por cierto que, mientras ninguno de estos bienes está presente, entonces hablamos con jactancia como amigos de la frugalidad, que nos procura una vida que se basta totalmente a sí misma y es justa en sumo grado, vida propia de hombres libres y bien nacidos; mas, cuando la esperanza de alguno de dichos bienes o solamente una pequeña brisa de esperanza sopla sobre nosotros, nuestro error se pone en evidencia, puesto que cedemos al instante, nos entregamos y no somos capaces de oponemos y rechazarlo. Traicionados por los sentidos, objetos de nuestro amor, abandonamos toda alianza con el alma y desertamos ahora no ya ocultamente sino al descubierto. Y no otra cosa, sin duda, era lo que cabía esperar.

59. Es que a estas alturas prevalecen en nosotros "las costumbres de las mujeres" y ya no somos capaces de limpiamos de ellas y huir hacia la residencia de los hombres, al modo que, de acuerdo con la narración, lo hizo Sara, la inteligencia amante de la virtud.

60. Ésta, en efecto, es presentada en los oráculos como habiendo dejado atrás todas las cosas de la mujer,[28] cuando sufría los dolores del parto y estaba a punto de dar a luz a la naturaleza autodidacta llamada Isaac.
[28] Gen. XVIII, 11.

61. Dícese también que no tuvo madre, habiéndole cabido un parentesco exclusivamente paterno sin vinculación con una madre, por lo que ningún lazo la ligaba a un origen femenino. Dijo, en efecto, alguien: "Y es verdaderamente hermana mía de parte de mi padre, pero no de parte de mi madre" (Gen. XX, 12); pues no procedía de la materia sensible, siempre en proceso de reunión y de dispersión, a la que aquellos en los que primero germinó el brote de la sabiduría llamaron madre, nodriza y aya de las cosas creadas;[29] sino de la Causa y Padre de todas las cosas.
[29] Alusión a Platón, Timeo 49 a, 50 d, 51 a y 32 d.

62. Así, ella, elevándose por sobre todo el mundo de formas corpóreas y radiante de dicha ante la felicidad que se halla en Dios, tomará como cosa de risa[30] los afanes de los hombres, tanto los que giran en tomo a los negocios de la guerra como los que se refieren a los asuntos de la paz.
[30] Alusión a Gen. XVIII, 12, donde se lee: "Sara se rió".

63. XV. Nosotros, en cambio, dominados ya por la nada varonil y femenina costumbre relativa a los sentidos, las pasiones y las cosas de orden sensible, somos incapaces de alzarnos contra ninguna de las cosas visibles y nos arrastramos, unos involuntariamente, otros de grado, hacia todas ellas, aun hacia las más vulgares.

64. Mas, si nuestra hueste es convicta como incapaz de servir bajo las órdenes del padre, tendrá, sin embargo, un aliado en su madre, vale decir, en la educación intermedia, la que registra cuanto las costumbres y las opiniones avalan como justo en cada una de las comunidades y establecen las diferentes legislaciones según los pueblos.

65. Pero hay quienes desdeñando las maternas prescripciones, abrazan con todo vigor las paternas, y a éstos la recta razón los ha juzgado merecedores de la más alta distinción, el sacerdocio. Si describimos sus acciones, en mérito a las cuales han alcanzado este premio, posiblemente provoquemos la risa de muchos que están engañados por las apariencias que fácilmente se presentan ante sus miradas, y no alcanzan, en cambio, a penetrar en las potencias invisibles y ocultas en la sombra.

66. La razón de esa risa es que aquellos que tienen a su cargo las plegarias, los sacrificios y todos los menesteres del templo son, y he aquí lo totalmente paradójico, homicidas, fratricidas, asesinos de los seres que les son más familiares y queridos, a pesar de que hubieran debido alcanzar sus cargos puros en sí mismos y puros en su linaje, sin haber tenido contacto con crimen alguno involuntario y mucho menos voluntario.

67. Leemos, en efecto: "'Mate cada uno a su hermano, cada uno a su vecino, cada uno a quien es más allegado a él'. Y los hijos. de Leví hicieron lo que Moisés les había dicho,

y aquel día perecieron unos tres mil hombres del pueblo." (Ex. XXXII, 27 y 28.)

68. Y alaba Moisés a los que asesinaron tan gran multitud, diciendo: "Habéis hoy llenado vuestras manos para el Señor, cada uno en su hijo o en su hermano, para que os sea concedido el elogio." (Ex. XXXII, 29.) XVI. ¿Qué, pues, hemos de decir sino que estos tales son convictos de conformidad con las normas vigentes entre los hombres siendo su acusadora la política y demagógica madre, la costumbre; pero, en cambio, son absueltos por las leyes de la naturaleza contando con el padre, vale decir, la recta razón como aliado?

69. Claro está que, contra lo que algunos suponen, los sacerdotes no matan a seres vivientes racionales, compuestos de alma y cuerpo, vale decir, a hombres, sino eliminan de su inteligencia todas aquellas cosas que son familiares y amigas de la carne. Y lo hacen porque entienden que conviene que aquellos que habrán de ser servidores del único Sabio se separen de todas las cosas pertenecientes a la creación, y que las traten como a enemigos con pésimas intenciones.

70. Por eso mataremos a nuestro "hermano"; no a un hombre sino al hermano del alma, vale decir, al cuerpo; o, lo que es lo mismo, desligaremos al elemento amante de la pasión y mortal. Mataremos también a nuestro "'vecino": como en el otro caso, no a un hombre sino al coro y cofradía de los sentidos. Ésta es, a la vez, familiar y enemiga del alma, y le tiende acechanzas y redes para que, anegada por el torrente de cosas sensibles, no pueda jamás elevarse hacia el cielo ni alcanzar las divinas formas de las naturalezas de orden intelectual. Mataremos además a nuestro "más allegado". Lo más allegado a la inteligencia es la palabra hablada, la que mediante asertos verosímiles y persuasivos instaura en nosotros falsas opiniones con miras a la ruina de lo más noble que poseemos, la verdad.

71. XVII. ¿Cómo, entonces, no habríamos de combatir también a éste, sofista e impuro, como es, condenándolo a la muerte que en su caso cabe; es decir, al silencio, pues el silencio es la muerte de la palabra? De ese modo ya no será arrastrada la inteligencia por los sofismas y en cambio, una vez. apartada completamente de los placeres de su "hermano", el cuerpo, de las supercherías de los "vecinos", los sentidos situados a sus puertas, y de las sofisterías de la "allegadísima" palabra, podrá, libre y sin trabas, entregarse honradamente a todas las cosas intelectuales.

72. Esta inteligencia es aquella que "dice a su padre y a su madre", sus padres mortales: "No os he visto" 'desde que vi las cosas de Dios'; aquella que "no reconoce a sus hijos" desde que se convirtió en familiar de la sabiduría; aquella que "rechaza a sus hermanos" (Deut. XXXIII, 9) desde que no fue ya rechazada ante Dios sino juzgada merecedora de la total salvación.

73. Ésta es también la que "tomó la lanza",[31] es decir, buscó y escudriñó los secretos de la corruptible creación, cuya felicidad está atesorada en los alimentos y bebidas, "penetrando", como dice Moisés, "en el horno", vale decir, en la vida humana ardiente y encendida por lo excesos de las faltas e imposible de extinguir jamás; y entonces cobró fuerzas para despedazar, por una parte, "a la mujer a través del vientre", en razón de que ésta aparecía como causa de la generación, aunque en realidad su papel es más pasivo que activo; y, por otra, "al hombre", vale decir, al discernimiento que va detrás de esta opinión, que reviste a las naturalezas pasivas con los atributos que no corresponden sino

a la única Causa de lo que adquiere existencia, vale decir, a Dios.[32]
[31] Ver Sobre la posterioridad de Caín, nota 74.
[32] Difiere totalmente esta interpretación de Núm. XXV, 7 y 8, respecto de la interpretación del mismo pasaje que expone Filón en Interpretación alegórica III, 242; Sobre la posteridad de Caín, 183, y Sobre el cambio de los nombres, 108.

74. XVIII. Bien puede ser que también esta inteligencia sea juzgada como homicida por muchos, y declarada convicta por las costumbres de carácter femenino; mas, en cambio, en el concepto de Dios, el Guía y Padre universal, será tenida por digna de incontables alabanzas y encomios, y de premios que no le podrán ser arrebatados; dos premios inmensos y hermanos: la paz y el sacerdocio.[33]
[33] Núm. XXV, 2 y 13.

75. Grandiosa y brillante obra es, en efecto, el poner fin al continuo guerrear que tiene lugar en la vida que los más de los hombres tienen por objeto de sus afanes, y a la lucha intestina que los deseos libran en el alma; y poder restablecer firmemente la paz. Y también lo es el juzgar que ninguna otra cosa, ni la riqueza ni la gloria ni la honra ni el mando ni la belleza ni la fuerza ni todas las otras ventajas corporales ni tampoco la tierra o el cielo o el mundo entero, sino sólo la Suprema entre las causas es verdaderamente merecedora de nuestro servicio y de la más alta pleitesía; y así alcanzar la dignidad admirable y apetecible del sacerdocio.

76. He dicho "premios hermanos", y no sin razón, pues sé que ni sería sacerdote de verdad quien en adelante revistiera como soldado en la guerra humana y mortal en la que el comando de las divisiones compete a las vacías opiniones, ni puede haber-un hombre pacífico que no esté sincera y llanamente al servicio del único Ser exento de guerra y portador de eterna paz.

77. XIX. Tales son los que honran al padre y las cosas del padre y tienen en menos a la madre y sus cosas. Por otra parte,. Moisés nos muestra también al hijo que está en pugna con ambos progenitores y nos lo retrata cuando pone en su boca-estas palabras: "No conozco al Señor y no dejaré partir a Israel." (Ex. V, 2.) Éste, a no dudarlo, se opone no sólo a lo que la recta. razón determina respecto de Dios sino también a los dictámenes de la instrucción con respecto a la creación, y trastorna completamente todas las cosas.

78. La raza humana aún no se ha purificado de su maldad sin mezcla de bien, y hay por ello todavía actualmente gente empeñada en no hacer francamente cosa alguna de las que conducen a la piedad o de las que llevan a la unión; y amiga, en cambio, de la impiedad y la incredulidad en materia de religión y sin fe en sus semejantes.

79. Éstos constituyen las mayores calamidades que emponzoñan. las ciudades, pues controlan o más bien, si hemos de llamar a las cosas por su nombre, destruyen las cosas privadas y públicas con su manía de intrigar. A éstos es preciso rechazarlos mediante súplicas y sacrificios como una gran plaga, el hambre, la peste o algún otro mal que envía el cielo, ya que acarrean grande calamidad a quienes los tratan. Por eso canta Moisés la destrucción de los tales, destruidos por sus propios aliados,[34] y tragados por el diluvio de sus propias opiniones.
[34] Presumiblemente la alegoría se refiere al Mar Rojo, aliado de los egipcios, pues entorpecía el camino a los israelitas y sólo el milagro Divino impidió que se convirtiera

en una trampa mortal o barrera infranqueable.

80. XX. Hablemos, pues, a continuación también acerca de los que son enemigos de éstos y han rendido honor a la educación y a la recta razón. Aquellos que se inclinaban hacia uno solo de sus progenitores son, según vimos, nada más que participantes a medias en el coro de la virtud. Éstos, en cambio, son excelentes observadores de las leyes que su padre, la recta razón, ha establecido, y fieles administradores de las costumbres que su madre, la instrucción, ha impuesto.

81. Han sido, en efecto, instruidos por la recta razón, su padre, en el honor que se debe al Padre de todas las cosas; y por la instrucción, su madre, en cuanto a la seriedad con que se han de encarar los principios aceptados como justos por convención y universal consenso.

82. Un ejemplo es Jacob. El que practica y pasa su vida en las luchas por la virtud, se aprestaba a cambiar los oídos por los ojos, las palabras por las obras y los progresos por la perfección pues Dios en Su esplendidez quería dar ojos a su inteligencia para que viera claramente aquello que antes aprehendía con el oído, pues la vista es más digna de confianza que los oídos. En ese momento los oráculos proclamaron: "Tu nombre ya no será Jacob, tu nombre será Israel porque te has mostrado fuerte con Dios y eres poderoso con los hombres." (Gen. XXXII, 28.) "Jacob", pues, es nombre de aprendizaje y progreso, ventajas que dependen del oído; "Israel", en cambio, es nombre de perfección pues significa "visión de Dios".

83. ¿Y qué podrá haber más perfecto entre los bienes de la virtud que la visión del Que realmente Es? Quien ha contemplado este bien queda bien conceptuado en la opinión de sus padres pues ha hallado fuerza en Dios y poder entre los hombres.

84. Bien dicho está, creo yo, lo manifestado en los proverbios: "Preparen cosas excelentes en presencia del Señor y de los hombres" (Proverbios III, 4), ya que es a través de uno y otros juntamente como la adquisición del bien alcanza su perfección. Porque, si has sido instruido en la observancia de las leyes de tu padre y en el acatar las disposiciones de tu madre no tendrás temor de decir en alabanza tuya: "También he llegado a ser sumiso ante mi padre y amado a los ojos de mi madre." (Proverbios IV, 3.) XXI. Mas yo le diría a éste:[35] ¿Cómo no habrás de ganarte el amor si observas por amor a la humana unión las normas establecidas por las creaturas, y por amor y celo por la piedad las prescripciones del Increado?
[35] A quien pertenece a esta cuarta categoría de acatamientos.

85. Por eso Moisés, el intérprete de Dios, hará patente la perfección en ambos órdenes a través de las sacras obras de la construcción del tabernáculo. No sin un bien meditado propósito respecto de nosotros cubre, en efecto, el arca por dentro y por fuera con oro,[36] asigna dos trajes al sumo sacerdote [37] y construye dos altares, uno fuera destinado a los sacrificios rituales, otro dentro para la quema de incienso.[38]
[36] Ex. XXV, 10.
[37] Ex. XXVIII, 4.
[38] Ex. XXVII, 1 y XXX, 1.

86. Es que corresponde que el hombre sabio esté adornado con la prudencia, que es más preciosa que todo el oro, tanto dentro en las invisibles cosas del alma como en las cosas

exteriores, visibles para todos. Corresponde, asimismo, que, cuando ha abandonado ya las humanas preocupaciones y sirve exclusivamente al Que Es, vista el traje sin ornatos de la verdad, inmune a toda destrucción proveniente de las cosas mortales. La materia, en efecto, de que está tejido es el lino y en su construcción no tiene parte ninguna sustancia procedente de animales de naturaleza perecedera.[39] Y es preciso, también que, cuando pasa a la vida ciudadana, deje la vestidura de dentro y vista otra de variadísimo aspecto y admirable en sumo grado para quien la contempla.[40] Es que la vida, siendo variada, como es, necesita que el piloto que controla el timón posea una sabiduría de la máxima variedad.
[39] Es decir, no entra la lana, producto de origen animal, en su confección.
[40] Lev. XVI, 4 y 23-24.

87. Este piloto, ante el altar expuesto a las miradas, vale decir, ante la vida, aparentará prestar mucha atención a la piel, la carne, la sangre y todas aquellas cosas que entran en el círculo corpóreo, a fin de no atraer sobre sí el odio de los innumerables hombres que, aunque asignan a las cosas del cuerpo un lugar secundario respecto de las del alma, con todo las tienen conceptuadas como bienes. Mas, una vez ante el altar interno, sólo echará mano a las cosas sin sangre, sin carne, incorpóreas y procedentes de la razón, cosas semejantes al incienso y a las sustancias quemadas, pues así como éstas llenan las narices de fragancia, aquéllas llenan de grato aroma todo el ámbito del alma.

88. XXII. Preciso es no ignorar tampoco que la sabiduría que es el arte de las artes, parece cambiar adaptándose a los diferentes asuntos, mas su rostro verdadero aparece inalterable para aquellos que ven con agudeza y no se dejan desorientar por la densa y pesada envoltura que cubre su verdadera substancia, y distinguen los rasgos impresos por el arte mismo.

89. Dicen ellos que Fidías, el conocido escultor, tomaba bronce, marfil, oro y otras varias materias para hacer sus estatuas y en todas ellas imprimía los rasgos de un único y mismo arte, al punto de que no sólo los conocedores sino también los totalmente profanos reconocían al artista a través de sus obras.

90. Es que, así como la naturaleza empleando muchas veces la misma forma en cosas gemelas ha estampado en ellas semejanzas que lindan con la identidad, así también el arte perfecto, que es imitación y copia de la naturaleza, toma diferentes materias y conforma e imprime en todas la misma forma, de suerte que por causa de la forma especialmente sus obras resultan emparentadas y gemelas.

91. Esto mismo pondrá de manifiesto la potencia propia del sabio, la que aplicada a lo concerniente al Que Es denomínase piedad y santidad; si se aplica al cielo y a las cosas celestes, fisiología;[41] si tiene por objeto el aire y cuantos procesos naturales resultan de sus cambios y variaciones en las estaciones generales del año y en los períodos particulares de los meses y los días, meteorología; si se ocupa de las normas que tienden a encaminar rectamente la conducta humana, ética, cuyas formas particulares son la política, que se ocupa de lo concerniente al estado; la economía, o cuidado relativo a la casa; la simpótica o arte de los banquetes y fiestas; además del arte de la realeza relativo al gobierno de los hombres; y la jurisprudencia, que trata de las prescripciones y prohibiciones.
[41] En el sentido etimológico de estudio de la naturaleza: *physis* = naturalesa, y *lógos* = estudio o tratado.

92. Todos estos poderes: piedad, santidad, fisiología, meteorología, ética, arte de la realeza, jurisprudencia y otros innumerables, abarca el sabio, quien, bajo múltiples nombres y denominaciones legítimas, será visto en todos los casos bajo una única e invariable forma.

93. XXIII. Habiendo discurrido acerca de las cuatro clases de hijos, no hemos de dejar de lado aquello que constituirá la más clara prueba de que nuestra clasificación y división tiene fundamentos correctos. Al hijo ensoberbecido e hinchado por su extravío sus padres lo acusan diciendo así: "Este hijo nuestro", con lo que muestran su desobediencia y rebeldía.

94. Porque, al decir "este" dejan en claro que también han engendrado otros, que obedecen unos a uno, otros a ambos padres. Éstos son los raciocinios bien dotados de los que es modelo Rubén; los sumisos y obedientes discípulos, cuyo ejemplo es Simeón, pues "Simeón" significa oído; los que huyen hacia Dios y le elevan súplicas, vale decir, la hermandad religiosa de los levitas; los que elevan el himno de acción de gracias no tanto con sus voces cuanto con sus inteligencias, cuyo corifeo es Judá; los que, como Isacar, han sido juzgados dignos de las recompensas y dones en premio a los trabajos realizados en procura de la virtud; los que, con Abraham, han emigrado de la caldaica contemplación de los fenómenos supraterrestres y se han abocado a la percepción del Increado; los que, como Isaac, han adquirido la virtud sin mediación de prédica ni ajeno magisterio; los plenos de coraje y fuerza, amigos de Dios, como Moisés, el perfectísimo.

95. XXIV. Con fundado motivo, pues, el desobediente, rebelde y pagador de contribuciones, vale decir, el que reúne y añade faltas tras faltas, grandes a las pequeñas, nuevas a las antiguas, voluntarias a las involuntarias; y, como encendido por el vino, se embriaga con una embriaguez incesante y continua de toda la vida y habla sin tino a causa de haber bebido en gran cantidad la bebida pura de la insensatez; con fundado motivo, digo, es juzgado por la sacra palabra digno de ser lapidado, puesto que ha malogrado las prescripciones de su padre, la recta razón, y las normas de costumbre que le había impartido su madre, la instrucción; y porque, a pesar de tener como modelo la nobleza de sus hermanos, honrados por sus padres, no ha imitado la virtud de éstos y, por el contrario, ha considerado justo pasar por sobre los mandatos.[42] De este modo se ha forjado un dios en su propio cuerpo, el dios de la vanidad, honrado entre los egipcios, del que es símbolo el aparato del toro de oro,[43] en torno del que formando coro cantan los insanos mentales y se reúnen entonando un canto que nada tiene que ver con la gratísima melodía que acompaña a las libaciones y festines durante las fiestas y celebraciones regocijadas, siendo un verdadero canto fúnebre cual si se tratara de su propio funeral, canto de hombres enloquecidos por el vino. que han perdido y arruinado el vigor de sus almas.

[42] La traducción del verbo *prosepibáinein* = pasar por sobre sus mandatos, es conjetural pues el significado exacto del mismo es imposible de precisar. Los diccionarios dan como acepciones: pasar por encima, prevaricar, hacer subir a.

[43] Refiérese al toro Apis, del que Filón ve una réplica en el becerro de oro; tema de Núm. XXXII.

96. Leemos, en efecto, que "en oyendo Josué los gritos del pueblo dijo a Moisés: 'Hay voces de guerra en el campamento'. Y él[44] le dice: 'No es voz de hombres que alzan el

grito de su poder ni voz de quienes alzan el grito de derrota; lo que oigo es la voz de quienes gritan beodos'. Y cuando se aproxima al campamento ve el becerro y las danzas." (Ex. XXXII, 17 a 19.) Determinemos en la medida de nuestras posibilidades qué es lo que ocultan estas palabras. 97. XXV. Nuestro ser unas veces está sereno; otras se entrega a impulsos y a los que podríamos llamar gritos extemporáneos; y en tanto que la tranquilidad supone para él una paz profunda; el estado contrario le acarrea una guerra sin cuartel.
[44] Moisés.

98. Ningún testimonio es más digno de crédito que la propia experiencia. El que ha oído la voz del pueblo que grita, dice al que observa y sigue el desarrollo de los acontecimientos: "Hay voces de guerra en el campamento." Efectivamente, mientras los irracionales impulsos no se agitan y vociferan en nosotros, la inteligencia se mantiene firme y suficientemente asentada; mas cuando comienzan a llenar la región del alma con variados sonidos y voces; cuando convocan a las pasiones y las estimulan, generan una guerra intestina.

99. La expresión "la guerra en el campamento" es del todo correcta. Porque, ¿en qué otro lugar se dan las disputas, los. combates, las hostilidades y cuantas obras son propias de una terrible guerra, como no sea en la vida conforme con el cuerpo, vida a la que alegóricamente llámase "campamento"? La inteligencia desea abandonar este campamento cuando, llena de Divina inspiración, se halla en presencia del mismo Que Es y contempla las incorpóreas formas ejemplares.

100. Leemos, en efecto, lo siguiente: "Moisés, habiendo tomado su tienda, la plantó fuera del campamento", no cerca sino muy lejos, "a gran distancia del campamento". (Ex. XXXIII, 7.) El sentido oculto de estas palabras es que el sabio emigra y se marcha desde la guerra hacia la paz, desde el mortal y confuso "campamento" hacia la vida divina, pacífica y tranquila de las almas racionales y felices.

101. XXVI. En otro pasaje se dice también: "Cuando haya salido de la ciudad elevaré mis manos hacia el Señor, y cesarán las voces." (Ex. IX, 29.) No pienses en que la persona que así se expresa es un hombre, vale decir, este compuesto animado, tejido, encadenamiento, mezcla o como deba llamársele, de alma y cuerpo. No; trátase de una inteligencia límpida y pura al máximo, que, mientras se halla encarcelada en la ciudad del cuerpo y de la vida mortal, está detenida y forzada y confiesa abiertamente que, como un prisionero en la cárcel, no puede ni siquiera aspirar un poco de aire libre; pero, cuando haya salido de esta ciudad y sus pensamientos y reflexiones estén en libertad, tal como si fueran las manos y los pies de un prisionero liberado, usará sus energías, libres y sin trabas, de modo que los clamores de las pasiones sean sin pérdida de tiempo contenidos.

102. ¿No son acaso estridentes los clamores con que el placer acostumbra a ordenar lo que le place? ¿No es inacabable la voz con que el deseo dirige sus amenazas contra aquellos que no se avienen a servirle? ¿No es retumbante y sonoro el lenguaje de cada una de las pasiones?

103. Mas aunque cada una de ellas usara incontables labios y lenguas, en lo que los poetas denominan grito de batalla, con todo, no podrán confundir los oídos del perfecto sabio, quien ha pasado ya a otro sitio y no está dispuesto a vivir en adelante en la misma

ciudad que los otros.

104. XXVII. Cuando el que lo ha experimentado dice que acontece que en el campamento corpóreo se escuchan las voces todas de la guerra, y que la tranquilidad, amiga de la paz, ha sido alejada a gran distancia, la santa palabra asiente. No dice, en efecto, que no hay voces de guerra, sino que no son tales como algunos las entienden, vale decir, voces de vencedores o de vencidos, sino voces propias de quienes se sienten agobiados y abrumados bajo los efectos del vino.

105. Las palabras: "No es la voz de quienes elevan el grito de su poder", equivale a 'No es la voz de quienes han resultado vencedores en la guerra'. En efecto, la fuerza es el origen de la victoria. Así, el sabio Abraham después de la derrota de los nueve reyes, es decir, de las cuatro pasiones y las cinco facultades sensoriales, que se habían levantado contra la naturaleza, nos es presentado elevando un himno de acción de gracias y diciendo así: "Tenderé mi mano hacia Dios, el Altísimo, que creó el cielo y la tierra, si llego a tomar desde un hilo hasta la correa de una sandalia de todas tus cosas." (Gen. XIV, 22 y 23.)

106. Entiendo que a lo que alude con sus palabras es a todo lo creado: el cielo, la tierra, el agua, el aire que respiramos, así como los animales y las plantas. A cada uno de ellos, en efecto, aquel que ha dirigido las energías de su alma hacia Dios y sólo de Él espera favores, puede decir como corresponde: "No tomaré ninguna de tus cosas, ni del sol la luz del día, ni de la luna y los otros astros la luz nocturna, ni del aire y de las nubes las lluvias, ni del agua y la tierra bebidas y alimentos, ni de los ojos la visión, ni de los oídos el oír, ni de las narices olores, ni del jugo del paladar el gusto, ni de la lengua el hablar, ni de las manos el dar, ni de los pies el avanzar o retroceder, ni de los pulmones la respiración, ni del hígado la digestión, ni de las restantes vísceras las funciones propias de cada una, ni de los árboles y retamas los frutos estacionales; sino todo del único Sabio, que extiende Sus potencias benefactoras y por medio de ellas brinda sus beneficios."

107. XXVIII. Aquel que ve al Que Es, conoce s. la Causa, y a las cosas de la que Él es autor las honra sólo en un segundo plano de jerarquía reconociendo sin adulaciones lo que a éstas corresponde. Este reconocimiento es completamente justo. "No tomaré nada de vosotros", dice, 'de quien tomaré es de Dios, a quien pertenecen todas las cosas; lo que no obsta para que tal vez lo haga a través de vosotros, ya que vosotros habéis sido hechos instrumentos para administrar Sus inmortales gracias.'

108. Pero el hombre sin discernimiento, cuya inteligencia, única vía para llegar al conocimiento del Que Es, se ha cegado, nunca ha conocido a Aquél en absoluto; solo a las cosas materiales que hay en el mundo ha llegado a través de los sentidos su conocimiento; y las ha concebido como causa de todo cuanto llega a existir.

109. Y ante eso, se ha puesto a fabricar dioses y ha llenado el mundo habitado de estatuas de piedra y de madera, y con otras innumerables figuras hechas con diferentes materias, y votando grandes premios y honores extraordinarios privados y públicos para los pintores y los escultores, a los que nuestro legislador ha arrojado fuera de su comunidad,[45] ha hecho lo contrario de lo que había esperado, es decir, en vez de santidad ha producido impiedad.

[45] Referencia a la prohibición de representar a la Divinidad en estatuas o pinturas.

110. El politeísmo, en efecto, engendra en las almas de los insensatos el ateísmo, y aquellos que deifican las cosas mortales no se ocupan de honrara Dios. No ha sido suficiente para éstos erigir estatuas del sol y de la luna, ni les bastarían, si optaran por hacerlas, las de la tierra toda y de toda el agua; sino además han destinado a las irracionales plantas y a los irracionales animales un honor que corresponde sólo a los seres inmortales. Abraham fustiga a tales adoradores, cuando eleva su himno de victoria, según se ha mostrado.

111. XXIX. Otro tanto ocurre con Moisés. Ha visto el rey de Egipto, vale decir, a la inteligencia engreída con sus seiscientos carros de guerra,[46] que no son otra cosa que los seis movimientos del organismo corpóreo; carros preparados para los magnates que viajan sobre ellos,[47] los que, aunque no está en la naturaleza de ninguno de los objetos creados la estabilidad, piensan que es preciso declarar que todos ellos están sólidamente establecidos y que a ningún cambio están expuestos. Y ha visto también cómo esa inteligencia soporta el castigo merecido por su impiedad y cómo, a la inversa, el ejercitante[48] ha escapado de las embestidas de sus enemigos y ha sido salvado a viva fuerza cuando menos se esperaba; y ante ello eleva un himno a Dios, el justo y verdadero Arbitro. El canto que eleva es sumamente adecuado y apropiado para tales circunstancias. "Él ha arrojado al mar al caballo y al que lo montaba" (Ex. XV, 1); vale decir, ha borrado de la vista a la inteligencia montada sobre los irracionales impulsos de la cuadrúpeda y encabritada pasión, y se ha convertido en salvador y defensor del alma capaz de ver,[49] para agraciarla con una completa salvación.

[46] Ex. XIV, 7. Seiscientos carros que, a los efectos de extraer su alegoría sobre los seis movimientos propios de la corporeidad. Filón considera equivalentes a seis. Sobre los seis movimientos ver Interpretación alegórica I, 4.

[47] EX. XV, 4.

[48] Epíteto aplicado ordinariamente a Jacob o Israel. Aquí designa al pueblo del que aquél es epónimo, y alegóricamente a la inteligencia del hombre de bien que a través del ejercicio o práctica de la virtud tiende a su perfección.

[49] Capaz de ver o vidente, sentido del nombre "Israel" según Filón. 'la pasión es "cuadrúpeda", pues cuatro son las especies en que se divide la pasión genérica. Ver sobre la agricultura, nota 20.

112. También dirige Moisés el canto sobre la fuente, no solo-ya por la destrucción de las pasiones sino además para poder alcanzar con fuerza invencible la más hermosa de todas las adquisiciones, vale decir, la sabiduría, a la que compara con una fuente. Y en verdad, la sabiduría no es superficial sino profunda y procura a las almas sedientas la dulce corriente de lo noble, bebida utilísima y dulcísima a la vez.

113. Mas a ningún hombre de saber común le está permitido cavar esta fuente; solo a los reyes. Por eso se dice: "La cavaron reyes." (Núm. XXI, 18.) Es que es propio de los grandes jefes buscar y alcanzar la sabiduría; mas no de jefes que someten la tierra y el mar sino de aquellos que con los poderes del alma han sometido a la abigarrada, confusa e inquieta plebe de la misma.

114. XXX. Acontece que estos jefes tienen por seguidores y discípulos a aquellos que dicen: "Tus servidores han practicado el recuento de los hombres que combatirán a nuestro lado. Ninguno de ellos se ha manifestado disconforme. Hemos traído. al Señor nuestro presente; cada hombre lo que ha hallado." (Núm. XXXI, 49 y 50.)

115. Parece, en efecto, que éstos también elevan un canto de triunfo en su deseo de los perfectos poderes propios de los jefes; pues afirman que han tomado la suma, el número mayor de los aspectos de la valentía. Trátase de combatientes por naturaleza. Listos para marchar contra dos compañías enemigas, una guiada por la cobardía, mal de difícil remedio; otra mandada por la osadía, fruto del frenesí bélico, sentimientos ambos totalmente ajenos al buen discernimiento.

116. Muy bien dicho está que "ninguno ha manifestado disconformidad" con respecto a su participación en la perfecta y total valentía. En efecto, así como la lira o cualquier instrumento musical desentona aunque el sonido discordante no fuere más que uno, pero su armonía es perfecta cuando con un solo golpe las cuerdas únense en la producción de una misma sinfonía; de la misma manera, también el instrumento del alma es disonante tanto cuando, tenso hasta lo más agudo, es forzado demasiado por la osadía-, como cuando es relajado demasiado por la cobardía debilitándose hasta lo más grave; y es armonioso, en cambio, cuando todos los sonidos de la valentía y de todas las demás virtudes combínanse para producir una única armoniosa sinfonía.

117. El gran testimonio de esta sinfonía y armonía es el aserto de que ofrecieron el presente a Dios, vale decir, de que honraron convenientemente al Que Es reconociendo con toda franqueza que este universo es don de Él. 118. Es, en efecto, del todo correcto decir que "lo que cada hombre halló, eso ofreció como presente". Cada uno de nosotros, no bien nace, se encuentra con el gran presente de Dios, el universo en su totalidad, presente que Él otorgó al mismo universo y a sus más excelentes partes.

119. XXXI. Hay también dones particulares, que corresponde sean otorgados por Dios y recibidos por los hombres. Entre éstos están las virtudes y las obras correspondientes a ellas. Su descubrimiento puede calificarse de intemporal en razón de la incomparable prisa con que el Dador desea conferir Sus dones ante el universal asombro, incluso de aquel que nada grande ha obtenido en otras cosas.

120. Por eso Isaac pregunta: "¿Qué es eso que has hallado al punto, hijo?"; y lo pregunta movido por el asombro ante la celeridad con que Jacob había alcanzado la venturosa disposición. El beneficiado respondió correctamente: "Es lo que Dios Soberano me ha concedido." (Gen, XXVII, 20.) Las directivas e instrucciones son, en verdad, lentas cuando proceden de los hombres, pero aceleradísimas cuando vienen de Dios; más veloces aún que el velocísimo movimiento del tiempo.

121.[50] Ahora bien, hemos mencionado a aquellos que presiden el canto del vigor y el poderío, los guías del coro que canta el himno de victoria y de acción de gracias; pero están también los otros, los que presiden el canto de la debilidad y la derrota, los guías del coro que se agita entre convulsas lamentaciones de derrota. A éstos, más que censurarlos, es preciso compadecerlos como a quienes tienen sus cuerpos fatalmente postrados por naturaleza, y la desgracia de su enfermedad resulta un poderoso obstáculo para su restablecimiento.

[50] Retoma Filón el tratamiento del pasaje citado en 96.

122. Pero no todos han caído involuntariamente porque la vitalidad de sus almas estuviera demasiado apagada y por haber sucumbido ante el empuje excesivamente vigoroso de sus contrarios. No; algunos han caído porque, imitando a los esclavos

voluntarios, no obstante ser libres por ascendencia, se han entregado de grado a crueles amos. Por eso, y he aquí lo paradójico, no pudiendo venderse a sí mismos, adquirieron amos comprándolos, con lo que no han hecho sino lo mismo que hacen los que beben insaciablemente hasta embriagarse.

123. En efecto, éstos, con plena conciencia, sin haber sido forzados, beben vino puro; y también en esas condiciones, es decir, con plena conciencia, aquéllos eliminan la sobriedad de su alma y eligen el delirio,. Por eso dice Moisés: "Lo que oigo es la voz de quienes cantan beodos", vale decir, "no la de quienes han aceptado contra su voluntad la locura, sino la de quienes están poseídos de frenética locura en la que han caído a sabiendas".

124. XXXII. Ahora bien, todo el que se aproxima al campamento "ve el becerro y los coros", como el mismo Moisés lo indica. Así es: cuantos con deliberado propósito intentamos establecernos junto al campamento del cuerpo, nos encontramos solo con la vanidad y con los integrantes de los coros de la vanidad, pues muy lejos del cuerpo acostumbran habitar aquellos que aman contemplar y desean ardientemente ver las cosas incorpóreas, en razón de que se abocan a la práctica de la modestia.

125. Suplica, pues, a Dios que nunca te conviertas en corifeo [51] de beodos, vale decir, que nunca tomes voluntariamente la iniciativa en el camino de la indisciplina y de la insensatez. Porque las faltas involuntarias son faltas a medias y más leves, ya que no llevan en sí el peso del reproche inequívoco de la conciencia.

[51] Juego de palabras intraducible al español entre *exárkhontes* = que elevan, o entonan (un canto), y *éxarkhos* =: director de coro o corifeo.

126. Mas, si estuvieren colmadas tus súplicas, no podrás ya permanecer en tu condición de simple particular y obtendrás el sacerdocio, el cargo más elevado entre todas las dignidades. En efecto, es cometido casi exclusivo de los sacerdotes y servidores de Dios el hacer la ofrenda de la sobriedad y resistir con mente firme a la bebida y a todo otro motivo de demencia.

127. Dice, en efecto, el legislador: "Habló el Señor a Aarón diciéndole: 'No beberás tú ni después de ti tus hijos vino ni bebida fermentada cuando entrareis en el tabernáculo del testimonio o cuando os aproximareis al altar; y no moriréis'.- Perpetua norma para vuestros descendientes es que hagáis distinción entre lo santo y lo profano, entre lo puro y lo impuro." (Lev. X, 8 a 10.)

128. Ahora bien, Aarón es el sacerdote y su nombre significa "montañoso".[52] Él es la razón que discierne cosas elevadas y excelsas, ajena a la ampulosidad llena de jactancia e hinchazón, y plena, en cambio, de la grandeza de la virtud, la cual eleva al pensamiento más allá del cielo y no le permite discernir nada que no sea elevado. Así dispuesta, ya no aceptará jamás voluntariamente la inteligencia ni vino puro ni droga alguna que engendre demencia.

[52] De donde extrae Filón la idea de elevación o altura, que le permiten las consideraciones que siguen.

129. Es que su obligación es o entrar en procesión en el tabernáculo para cumplir los invisibles ritos o aproximarse al altar para ofrecer sacrificios en acción de gracias por los beneficios privados y públicos; y estos menesteres exigen sobriedad y gran presencia

de espíritu.

130. XXXIII. Aun interpretada literalmente esta prescripción no puede menos que despertar admiración. Porque a no dudarlo, es decoroso que sean hombres sobrios y dueños de sus actos los que tengan a su cargo las plegarias y los sacrificios; así como, a la inversa, es ridículo que lo hagan quienes tienen el cuerpo y el alma enervados por el vino.

131. Cuando los sirvientes se aprestan a presentarse ante sus amos, los hijos ante sus padres y los subordinados ante sus superiores, han de tener la precaución de estar sobrios, de modo de no incurrir en faltas ni de palabra ni de obras ni ser castigados por haber menospreciado la dignidad de aquéllos, o, en el mejor de los casos, por haber hecho el ridículo. ¿Y aquel que pretende servir al Guía y Padre universal, en vez de remontarse por sobre los alimentos, las bebidas, el sueño y las demás necesidades naturales, se inclinará, en cambio, hacia la lujuria y perseguirá una vida de libertinaje? ¿Tocará el agua santa, los altares o las víctimas de los sacrificios con los ojos entorpecidos por la bebida, la cabeza extraviada, el cuello doblado oblicuamente, eructando a causa de sus excesos, con todo el cuerpo viniéndose al suelo? No; ni siquiera contemplar el fuego sagrado a la distancia le es lícito a un hombre en tal estado.

132. Mas, si aceptamos la idea de que aquí no se habla de un tabernáculo ni de un altar, vale decir, de objetos visibles construidos de materia inanimada y perecedera, sino de las invisibles concepciones de la inteligencia, de las que aquéllos no son sino símbolos visibles, crecerá nuestra admiración ante tal prescripción.

133. En efecto, puesto que el Creador hizo tanto el modelo como la copia de todo, también hizo el sello arquetipo de las virtudes y a la vez estampó la impresión en todo semejante a aquél. Mientras el sello arquetipo es, pues, una incorpórea forma ejemplar, la copia impresa, en cambio, es ya una cosa material, naturalmente perceptible por los sentidos, aunque no relacionado de manera actual con la sensibilidad; tal como también de la madera que hay en lo más profundo del océano Atlántico podemos decir que la naturaleza la ha hecho para ser quemada, pero nunca será consumida por el fuego puesto que el mar la cubre.

134. XXXIV. Aceptemos, pues, la interpretación según la cual el tabernáculo y el altar son formas ejemplares: el primero, símbolo de la incorpórea virtud; el segundo, símbolo de su imagen sensible. Ahora bien, es fácil ver el altar y lo que sobre él hay, pues está construido fuera del recinto y el fuego que consume las ofrendas nunca se extingue, de manera que no sólo de día sino también de noche está iluminado.

135. El tabernáculo, en cambio, y las cosas todas que hay en él son invisibles, no sólo porque están situados en lo más interno y recóndito del santuario sino también porque, según lo establece la ley, aquel que lo toca o mira movido por la curiosidad indiscreta es castigado con la muerte, siendo inapelable tal sentencia, excepto si se trata de alguien que está en perfectas condiciones y libre de todo defecto, no inquietado por pasión alguna ni grande ni pequeña sino dotado de una naturaleza ordenada, completa y perfectísima en todo.

136. A éste, en efecto, le está permitido entrar una vez" al año y observar lo que está vedado a la vista de los demás, pues sólo en él entre todos reside el alado y celestial

amor por los bienes incorpóreos e imperecederos.

137. Y así, cuando conmovido ante tal forma ejemplar, va tras este sello que mediante su impresión produce las virtudes .particulares, pasmado ante la consideración de su belleza inmensamente semejante a la de Dios, o cuando se aproxima a alguna virtud que ha recibido ya la impresión de aquél, al punto nace en él un olvido de la ignorancia y de la incultura, y el recuerdo de la instrucción y el saber.

138. Por eso dice el legislador: "No beberéis tú ni después de ti tus hijos vino ni bebida fermentada cuando entrareis en el tabernáculo del testimonió ni cuando os aproximareis al altar." (Lev. X, 9.) Esto lo expone no tanto a modo de prohibición cuanto como manifestación de sus puntos de vista. Para prohibir hubiera debido decir: 'Cuando ejerciereis las sagradas funciones no bebáis'; mas, como sólo manifiesta su opinión, dice: "No beberéis". Es que resulta inadmisible que quien está aplicado y unido al coro de las virtudes genéricas y específicas tolere la falta de instrucción, que es causa de la embriaguez y la demencia del alma.

139. Con frecuencia el tabernáculo es denominado "del testimonio", bien porque Dios, que nunca engaña, da Su testimonio a la virtud, un testimonio al que es noble y conveniente prestar oído; bien porque la virtud instaura la constancia en las almas eliminando categóricamente los razonamientos dudosos y ambiguos y revelando como un testigo la verdad ante el tribunal de la vida.

140. XXXV. Dice además que no morirá aquel que ofrece .sacrificios en los que no se mezcle el vino;[53] con lo que da a entender que la instrucción trae aparejada la inmortalidad en tanto que la falta de instrucción implica la muerte; porque, así como en nuestros cuerpos la enfermedad es causa de disolución y la salud origen de salvación, del mismo modo en las almas quien salva es la prudencia, que no es, ciertamente, otra cosa que la salud de la inteligencia; y quien aniquila es la insensatez, que provoca incurable enfermedad.
[53] Lev. X, 9.

141. Dice que ésta es una "norma perpetua" [54] y en ello expone su verdadero sentir. En efecto, él entiende que se trata de una ley inmortal impresa en la naturaleza del universo, ley que involucra lo siguiente: la instrucción es factor de salud y salvación; la falta de instrucción es causa de enfermedad y ruina.
[54] Lev. X, 9.

142. Mas en estas palabras también revela la siguiente verdad: la verdadera norma es de por sí eterna, puesto que la-recta razón que es idéntica a la ley,[55] es imperecedera; e inversamente, su opuesto, vale decir, la ilegalidad está reconocida por consenso de los hombres sensatos como cosa efímera y disoluble de por sí.
[55] Filón sigue aquí el pensamiento estoico que identifica la ley (nomos)-cania razón (lagos).

143. Además es propio de la ley y la instrucción "distinguir entre lo profano y lo sagrado, y entre lo impuro y lo puro" (Lev. X, 10); tal como, por la parte opuesta, es propio de la ilegalidad y la falta de instrucción mezclar forzadamente en un todo cosas que son antagónicas, reuniendo y confundiéndolo todo. XXXVI. Por eso la sagrada escritura nos dice acerca de Samuel, el más grande de los reyes [56] y profetas, que "jamás

beberá vino ni bebida embriagante hasta su muerte."" (1 Samuel I, 11.) Es que su puesto está fijado en los cuadros. de la Divina hueste, que por providencia del sabio Comandante jamás abandonará.

[56] Es imposible determinar de dónde saca Filón que el juez Samuel fue rey. Igualmente llama la atención la hipérbole que sigue, según la cual Moisés, al menos como profeta, quedaría relegado a un segundo plano. Ver Sobre la migración de Abraham, 196.

144. Ahora bien, quizá existió un hombre llamado Samuel, pero en la escritura está concebido-no como un ser animado compuesto sino como una inteligencia que goza solamente con el culto y el servicio de Dios. Así, su nombre significa "ordenado para Dios", por cuanto él entiende que todas las acciones que se apoyan en vacías opiniones constituyen un penoso desorden.

145. Su madre es Ana, cuyo nombre traducido significa "gracia". Es que sin la Divina gracia no es posible abandonar las cosas mortales ni permanecer por siempre entre las inmortales.

146. Y cuando la gracia llena el alma, ésta alégrase al punto, ríe y danza. Su arrebato tal vez haga pensar a muchos de los no iniciados que se halla ebria, demente y fuera de sí. Por eso un "joven",[57] que, en rigor, no es un único joven, sino todo el que está en plena edad de alterar y tomar a broma las cosas nobles, se dirige a ella diciéndole: "¿Hasta cuándo te durará la embriaguez? Déjate de vino." (1 Samuel I, 14.)

[57] Así se lee en la versión de los LXX. En el original hebreo estas palabras están puestas en boca de Elí.

147, Es que en los poseídos de Dios no sólo suele el alma excitarse como herida por un aguijón; sino también el cuerpo suele ponerse sonrojado y encendido, pues la alegría que hay en su interior y que se derrama comunicándole calor exterioriza lo que siente, y así, muchos insensatos, guiándose por su estado, conjeturan que se hallan ebrios.

148. Sin embargo, por cierto que desde determinado punto de vista aquellos sobrios están ebrios pues en el vino puro que ellos beben hállanse todas las cosas buenas y las copas que ellos reciben son las de la perfecta virtud; en tanto que los que están borrachos con la embriaguez que produce el vino han continuado en ayunas en lo que a prudencia toca, soportando una abstinencia y hambre de ella sin término.

149. Con razón, pues, ella responde al atrevido, que piensa reírse a expensas de su santa y austera vida: 'Admirable amigo', "yo soy una mujer como un duro día;[58] ni vino ni bebida embriagante he bebido y derramaré mi alma en presencia del Señor". (1 Samuel I, 15.) ¡Grande en sumo grado es la franqueza del alma que ha sido colmada de las gracias de Dios!

[58] La expresión resulta algo extraña. Ha sido propuesta otra explicación para las palabras he *sklerá heméra* =: el duro día. Según dicha explicación *heméra* no sería el sustantivo que designa al día, sino el femenino del adjetivo *hemeros* = cortés, dulce de carácter; con lo cual la traducción sería: la dura y dulce. En la presente traducción he adoptado la variante de Rahles, sustituyendo *he* = la, por *héi* = como.

150. En primer lugar, se calificó a sí misma de "duro día", observando de lejos al muchacho bromista, ya que a éste y a todo insensato les resulta dura, penosa e insoportable la vía que conduce a la virtud, como lo testimonió, entre otros, uno de los

antiguos en estos términos: "Es posible adquirir multitud de vicios; en cambio, Dios inmortal interpuso el esfuerzo entre la virtud y el hombre. Al principio, largo, escarpado y duro camino es el que lleva hacia ella. Mas cuando se alcanza la altura, la que era difícil de alcanzar resulta fácil." [59]

[59] Hesíodo, Los trabajos y los días 287 y 289 a 292.

151. XXXVII. En segundo lugar, afirma ella que no ha bebido ni vino ni bebida embriagante, gloriándose de estar sobria permanentemente y durante toda su vida. Y realmente magna y admirable obra era ajustarse a la libre, autónoma y pura razón, a la que no embriaga la pasión.

152. De ello resulta que la inteligencia que ha bebido del vino puro de la sobriedad conviértese toda ella en una libación y se vierte para Dios. ¿Qué, en efecto, podrían significar las palabras: "Derramaré mi alma en presencia del Señor", sino 'Le consagraré toda a Él, desatando todas las ataduras con que estaba estrechamente sujeta; ataduras que los vacíos afanes de la vida mortal habían tendido en torno de ella; la conduciré fuera, la extenderé y dilataré tanto que llegue a tocar hasta los confines del universo y continúe hacia la más hermosa y loable de las visiones, la visión del Increado?

153. Éste es el círculo de los sobrios, que han puesto a su frente como guía a la instrucción; el primero, en cambio, era el de los ebrios, cuyo corifeo es la falta de instrucción.

154. XXXVIII. Mas, puesto que la ebriedad se traduce no sólo en desatinos, productos de la falta de instrucción, sino también en una completa insensibilidad; y puesto que, así como la insensibilidad del cuerpo tiene su origen en el vino, la del alma lo tiene en la ignorancia de aquellas cosas cuyo conocimiento sería razonable haber adquirido; hemos de decir también acerca de la ignorancia algunas pocas palabras haciendo presente las consideraciones oportunas.

155. Pues bien, ¿con cuál de las afecciones del cuerpo compararemos esa afección del alma que se llama ignorancia, como no fuere con la mutilación de los órganos de los sentidos? En efecto, cuantos han perdido el uso de los ojos o de los oídos ya no pueden ni ver ni oír y no conocen el día y la luz, únicas cosas, si hemos de decir verdad, por las que vale la pena vivir; y pasan la vida en medio de una inmensa sombra y una noche sin fin, impotentes para cosa alguna grande o pequeña. A tales personas la gente suele, y con razón, llamarlas incapacitadas.

156. Es que, aunque todas sin excepción las otras potencias del cuerpo llegaren a su máximo vigor y robustez, anulada esta ventaja por la mutilación de los ojos y los oídos, tan grande es la caída que experimentan que no pueden ya recobrarse. Decimos, en verdad, que los soportes y sostenes del cuerpo del hombre son las piernas, pero de hecho lo son los oídos y los ojos, con cuya plena posesión el hombre se mantiene levantado y erecto, y privado de ellos inclínase y derrumba completamente.

157. Idéntico efecto en todo produce en el alma la ignorancia, la que destroza sus poderes de visión y audición y no permite la penetración ni de la luz ni de la palabra, de suerte que ni aquélla le muestra las cosas existentes ni ésta la instruye. Por el contrario, convierte la hermosura suma del alma en insensible piedra al derramar sobre ella una obscuridad profunda y un inmenso silencio.

158. XXXIX. Consecuentemente, el saber, que es lo contrario de la ignorancia, constituye en cierto modo los ojos y los oídos del alma. Él aplica su atención a lo que se dice y contempla la realidad sin admitir la pérdida de dato visual ni auditivo alguno; antes bien, todo cuanto merece oírse y contemplarse lo observa e inspecciona cuidadosamente, y, si para ello le fuere preciso viajar o navegar, llega hasta los confines de la tierra y del mar para ver algo más y oír con más claridad.

159. En efecto, ningún amor se aviene menos con la pasividad que el amor por el saber, enemigo del sueño y amigo de la vigilia. Y así es como, erguido, despierto, estimulando sin cesar a la inteligencia, la obliga a merodear por todas partes produciendo avidez por oír y engendrando sed incesante de aprender.

160. El conocimiento, por lo tanto, proporciona esa visión y esa audición, vehículos de las rectas acciones; puesto que quien ve y oye, conociendo lo que conviene y eligiéndolo y rechazando lo contrario, se beneficia. La ignorancia, en cambio, al traer aparejada para el alma una mutilación aún más penosa que la del cuerpo, resulta causa de todas las faltas, pues aquélla no puede esperar ayuda alguna de fuera a través de los datos que procuran la visión y la audición. Abandonada sin custodia ni resguardo a causa de su mucha soledad, ella sirve de blanco para las acechanzas de los hombres y de las circunstancias por igual.

161. Nunca, pues, bebamos tanto vino puro, que anulemos la actividad de nuestros sentidos, ni nos distanciemos tanto del saber, que extendamos sobre nuestras almas la vasta y profunda sombra de la ignorancia.

162. XL. Dos son las clases de ignorancia: una simple, la completa nulidad mental; la otra doble y se da cuando un hombre no sólo adolece de carencia de conocimiento sino además, animado por una falsa creencia de saber, piensa que sabe lo que ignora totalmente.

163. La primera es un mal menor, causa de faltas más leves y quizá involuntarias. La segunda es más grave, puesto que engendra grandes iniquidades y no sólo involuntarias sino también premeditadas.

164. Esto es, a mi parecer, lo que confunde a Lot, quien sólo engendró hijas y no pudo criar ningún fruto masculino y perfecto en el alma. Dos hijas, en efecto, tuvo de la mujer que se convirtió en piedra, a la que podríamos llamar "costumbre", si deseamos llamarla acertadamente. Es una naturaleza hostil a la verdad y cada vez que la llevamos con nosotros se queda detrás y echa miradas en torno de los viejos objetos familiares y permanece en medio de ellos como si fuera una columna sin alma.

165. La mayor de las hermanas lleva el nombre de "deliberación" y la menor el de "asentimiento". Y es lo correcto, pues el asentir viene tras el deliberar y nadie delibera después que ha asentido ya. Tomando, pues, asiento la inteligencia en su asamblea comienza a poner en actividad a sus dos hijas. Con la mayor, "deliberación", examina y discute cada asunto; con la más joven, "asentimiento", aprueba sin dificultad alguna todo cuanto se presenta, acogiendo amigablemente aun a los enemigos sin otra condición que la de que éstos le procuren algún incentivo de placer, por pequeño que fuere.

166. Cuando está sobria la inteligencia no tolera esto; lo tolera cuando ha caído en la embriaguez y está como beoda. XLI. Por eso dice el legislador: "Dieron de beber vino a su padre." (Gen. XIX, 33.) La completa nulidad mental consiste en creer la inteligencia que ella es capaz de deliberar por sí sola acerca de lo que le conviene y en asentir a las apariencias de cualquier orden, como si éstas fueran portadoras de una sólida verdad; no obstante ser la naturaleza humana incapaz tanto de descubrir claramente las cosas a través de un atento examen cuanto de escoger unas cosas como verdaderas y provechosas y de rechazar otras como falsas y dañosas.

167. Es que una espesa sombra esparcida sobre los seres, tanto sobre las cosas como sobre los hechos, impide ver la naturaleza de cada uno de ellos; y, cada vez que alguien, estimulado por su curiosidad y amor al saber quiere penetrarlas con la mirada, tropieza contra los obstáculos, como los ciegos, cae y no alcanza su objeto; o, si sus manos alcanzan a asirlo, presume lo incierto y lo que ha adquirido no es una verdad sino una conjetura.

168. En efecto, aun la instrucción, cuando, antorcha en mano, acompaña a la inteligencia encendiendo su propia luz para la visión de la realidad, más es lo que la daña que lo que la beneficia; puesto que su pequeña claridad es apagada, naturalmente, por la profunda obscuridad y, cuando ha sido apagada, todo poder de visión es inútil.

169. Preciso es que a aquel que se jacta de tener capacidad para deliberar y para escoger unas cosas y rechazar otras, se le llame la atención mediante estas consideraciones. Si se diera el caso de que siempre las mismas cosas produjeran las mismas impresiones sin variantes, no podríamos menos que admirar posiblemente como veraces e incorruptibles a los dos vehículos de juicio de que la naturaleza nos ha dotado, a saber: la sensibilidad y la inteligencia, y no cabría quedarse indeciso dudando de cosa alguna, sino deberíamos escoger unas cosas y rechazar otras adhiriéndonos con seguridad a una única impresión.

170. Mas, como hallamos que ellas nos impresionan de manera diferente en distintas ocasiones, nada seguro podemos decir acerca de cosa alguna, ya que la representación que de ella tenemos no es estable sino sujeta a variados y multiformes cambios. XLII. Es, en efecto, forzoso que, si la representación es inestable lo sea también el juicio que nos formamos de ella.

171. Las causas de esto son muchas.[60] En primer lugar las diferencias entre los seres vivientes son innumerables, y no de detalle sino tocantes a todos los aspectos: las de nacimiento y estructura, las de alimentación y régimen de vida, las de gustos y aversiones, las de actividades y movimiento sensibles, las de las particularidades de las innumerables maneras de ser afectados el cuerpo y el alma.

[60] Desde este punto Filón, abandonando su normal dogmatismo y negando así los fundamentos mismos de su filosofía, arguye al modo de los escépticos sobre la imposibilidad de afirmar o conocer algo. Los argumentos que siguen están tomados de Enesidemo, de cuyos diez "tropos" toma ocho y los comenta (171 a 205), sacando conclusiones por demás pesimistas respecto de la posibilidad de un conocimiento seguro de las cosas.

172. Dejando de lado por el momento a aquellos que forman los juicios, considera

algunas de las cosas juzgadas,[61] por ejemplo, el camaleón y el pulpo. Es sabido que aquél al cambiar de color aseméjase a las superficies sobre las que acostumbra a arrastrarse, y que el pulpo imita a las piedras del mar sobre las que se adhiere, tal vez porque la protectora naturaleza les ha proporcionado la posibilidad de variar sus colores como un medio de alejar el peligro de ser capturados.

[61] Es decir, pasando de la relatividad resultante de las condiciones del sujeto cognoscente a la relatividad derivada del objeto mismo.

173. Otro caso: ¿no has visto cómo los colores del cuello de la paloma cambian con innumerables matices bajo los rayos del sol? ¿No se dan acaso en él tonos purpúreos, azul obscuro, rojo encendido, carbonoso, amarillo, colorado y toda la gama de colores, de los que ni siquiera los nombres resulta fácil mencionar?

174. Sabido es que en el país de los escitas llamados gelos vive cierto animal admirable en grado sumo. Es raro encontrarlo pero consta que existe. Este animal, que se conoce con el nombre de reno, no cede al buey en tamaño pero por el aspecto de su cara es muy parecido al ciervo. Es fama que este animal cambia el color del pelo conformándolo al terreno, los árboles y, en general, a todo aquello en cuya proximidad se sitúa, de modo que merced a la semejanza de color permanece oculto a las miradas de los que se encuentran ante él y por esta circunstancia más que por la fuerza de su cuerpo es difícil de cazar.

175. Estos y otros casos similares son claras pruebas de la imposibilidad de la aprehensión.
XLIII. Agreguemos a esto que hay variaciones en la apreciación de todas las cosas, no sólo en los animales en general, sino en los hombres en particular, discrepando unos con respecto a otros.

176. No sólo juzgan las mismas cosas unas veces de una manera, otras de otras, sino además diferentes personas reciben diferentes impresiones de placer y desagrado respecto de las mismas cosas. En efecto, lo que para unos es odioso para otros es agradable y, a la inversa, lo que algunos acogen y procuran como placentero y familiar, otros lo rechazan lejos .de sí como extraño y detestado.

177. Por ejemplo, hallándome en el teatro he visto a menudo cómo ante un único canto de los. actores trágicos sobre la escena o de los músicos, unos se sienten tan conmovidos que en su excitación no pueden menos de elevar al unísono un espontáneo coro de aclamaciones, en tanto que otros siguen tan imperturbables que se diría que en nada difieren de los inanimados asientos en los que están sentados, y otros, a su vez, reciben tan adversa impresión, que hasta se marchan y abandonan el espectáculo y se tapan las orejas con ambas manos por temor de que algún eco de la música pueda quedar en sus oídos y cause con sus resonancias un disgusto irritante y desagradable a sus almas.

178. Pero, ¿para qué hablar de tales casos? Cada uno, siendo como es, una misma y única persona, está sujeto, he aquí lo más paradójico, a mil transformaciones y cambios en el cuerpo y en el alma, y unas veces acoge y otras rechaza cosas que no han cambiado absolutamente sino son por naturaleza de constitución permanente.

179. Las experiencias también varían de la salud a la enfermedad, de la vigilia al sueño,

de la juventud a la vejez, y de distinta manera se reciben impresiones según se esté en reposo o en movimiento, se sienta pena o alegría, se sepa amado o, por el contrario, odiado.

180. ¿Y para qué aburrir discurriendo largamente sobre esto? Para decirlo .brevemente: todo movimiento del cuerpo y del alma, natural o antinatural, resulta causa de incesante aporte de representaciones mentales, aporte que nos acosa con sueños encontrados y discordantes.

181. XLIV. Mas lo inconstante de las impresiones se debe particularmente a la posición, las distancias y los lugares en los. que cada cosa se halla, 182. ,;No vemos, acaso, que los peces del mar cuando nadan con las aletas extendidas parecen mayores siempre de lo que naturalmente son? Otro caso es el de los remos: aunque sean bien derechos bajo el agua parecen doblados.

183. Por cierto que las grandes distancias suelen engañar a la inteligencia produciéndole falsas impresiones. A veces, en efecto, suponemos sin vida objetos que están vivos y, al revés, creemos vivientes a objetos sin vida. Pensamos también que los objetos fijos se mueven, y que los móviles se están quietos; que lo que avanza retrocede y que lo que se aleja avanza; que lo muy largo es muy corto, y lo poligonal es circular. Además son innumerables las otras inexactitudes implícitas aun en la visión clara, inexactitudes que ninguna persona sensata tomará por datos seguros.

184. XLV. ¿Y qué decir de las cantidades en los preparados de pociones? Porque sus poderes benéficos o dañosos dependen de la proporción de ingredientes, como es dable observar en infinitos casos y en particular en las drogas empleadas por la ciencia médica.

185. La cantidad en esos compuestos es medida según patrones regulares y es peligroso tanto el quedarse corto como el pasarse demasiado, ya que mientras la escasez debilita los poderes, el exceso los exagera; y en ambos casos el efecto es dañoso. En el primero la medicina es ineficaz por su debilidad, en el segundo su altísimo poder la hace perjudicial. Claros síntomas de la acción benéfica o dañosa de la mezcla son también su suavidad o aspereza, su densidad y condensación o, por el contrario, su falta de consistencia y su dilatación.

186. Pero además, nadie ignora tampoco que prácticamente nada de cuanto existe es por sí mismo y en sí mismo inteligible en absoluto; y que todo es apreciado por comparación con su opuesto; por ejemplo, lo pequeño es aprehendido por comparación con lo grande, lo seco por comparación con lo húmedo, lo frío por comparación con lo caliente, lo pesado por comparación con lo liviano, lo negro por comparación con lo blanco, lo débil . por comparación con lo fuerte, lo escaso por comparación con lo abundante.

187. De manera análoga ocurre con cuanto se relaciona con la virtud y el vicio. Lo provechoso se conoce a través de lo perjudicial, lo noble a través de lo bajo, lo justo y lo bueno en general por comparación con lo injusto y lo malo. Y si lo examináremos, hallaremos que todas las demás cosas del mundo son juzgadas conforme con la misma norma. En sí ninguna es aprehensible y sólo mediante la comparación con otra es posible un aparente conocimiento sobre ella.

188. El hecho de que no pueda atestiguar cosa alguna por sí misma y de que haya menester de comprobación proveniente de otro objeto, torna insegura nuestra confianza. En consecuencia, de esta manera son refutados los que afirman o niegan sin ninguna dificultad acerca de todo asunto cualquiera fuere.

189. Y nada tiene esto de extraño. Pues, si alguien penetrare más profundamente en las cosas y las viere con mayor claridad, reconocerá que ninguna de ellas nos presenta su propia naturaleza en su simplicidad, sino, por el contrario, todas contienen complicadísimas combinaciones y mezclas.[62]

[62] Vale decir, que en la aprehensión se mezclan datos de procedencia extraña a la cosa aprehendida.

190. XLVI. Por ejemplo, ¿cómo aprehendemos los colores? ¿No es a través de las cosas exteriores, el aire y la luz, y a través de la humedad que hay en el mismo ojo? ¿De qué manera distinguimos lo dulce de lo amargo? ¿Acaso no ocurre eso a través de los jugos que existen en la boca, tanto los acordes con la naturaleza como los que no lo son?[63] Por cierto. ¿Y qué? Los olores producidos por sustancias olorosas quemadas, ¿presentan, por ventura, simples y puras las naturalezas de las sustancias corpóreas? ¿O presentan las combinaciones de las mismas y el aire, y a veces también del fuego que disuelve los materiales y de la facultad propia de nuestras fosas nasales?

[63] ¿Se trata de los gustos agradables y desagradables, conforme con Platón, Timeo 64 d?

191. De esto se infiere que lo que aprehendemos no son los colores sino la combinación producida por la luz y las sustancias en que ellos se dan; ni tampoco los olores, sino una mezcla que se forma entre la emanación procedente de las sustancias y ese receptáculo universal que es el aire; ni tampoco los sabores, sino algo producido por .aquello que gustamos y la sustancia húmeda de la boca.

192. XLVII. Siendo ésa la realidad de las cosas, justo es que se tache de necios, precipitados y presuntuosos a aquellos que suponen cosa fácil el afirmar o negar sobre todas las cosas, cualesquiera fueren. Porque, si las propiedades de las cosas sin aditamentos son algo que está más allá de nuestro alcance y lo que se nos manifiesta de ellas son sólo mezclas formadas por la contribución de numerosos factores; y si, por otra parte,. es imposible ver las cosas invisibles y reconocer a través de las mezclas la particular forma de cada uno de esos factores, ¿qué nos queda sino suspender nuestro juicio?

193. ¿Y no nos precaven, acaso, contra la excesiva y precipitada credulidad frente a lo incierto determinados hechos que prácticamente se extienden por toda la tierra habitada e inducen tanto a griegos como a no griegos por una misma pendiente hacia los juicios erróneos? ¿Cuáles son estos hechos? Sistemas de vida a partir de la niñez, costumbres tradicionales, antiguas leyes, de las que ni una siquiera ha merecido una opinión unánime de parte de todos; y por el contrario, de país a país, de nación a nación, de ciudad a ciudad, o mejor, de aldea a aldea, de casa a casa, de un hombre a otro, de una mujer a otra y de un niño de pocos años a otro varía totalmente el juicio sobre ellas.

194. Por ejemplo, lo que entre nosotros es noble es ruin para otros; lo conveniente, inconveniente; lo justo, injusto; lo. santo, no santo; lo legal, ilegal; lo plausible, reprensible; lo honorable, deshonroso, y así en todo lo demás sus juicios son opuestos a

los nuestros.

195. ¿Y para qué extendernos al respecto, cuando reclaman nuestra atención otras consideraciones más importantes? Ciertamente, si alguien, no absorbido por ninguna otra contemplación de un nuevo asunto, quisiere ocuparse provechosamente del presente capítulo y examinar las formas de vida, las costumbres y leyes de cada país, raza, ciudad, lugar, subordinados,. gobernantes, célebres, humildes, libres, esclavos, ignorantes, sabios, empleará no un día ni dos ni un mes ni un año sino toda. su vida aunque gozare de una larga existencia; y, con todo, pasará por alto sin percatarse de ello muchos aspectos no examinados ni considerados ni oídos.

196. Luego, puesto que no, es sólo una leve diferencia la que separa unas costumbres de otras, sino contrastan totalmente.. al punto de que resultan opuestas y antagónicas, por fuerza también las impresiones que ellas dejan en la inteligencia diferirán y los juicios sobre ellas , estarán en recíproca pugna.

197. XLVIII. Frente a estas realidades, ¿quién es tan insensato y extraviado que afirme con seguridad que tal cosa es justa, prudente, noble o provechosa? En verdad que lo que él estableciere, lo anulará otro que ha practicado lo contrario desde la niñez.

198. Yo, por mi parte, no siento asombro ante el hecho de que la caótica y confusa multitud, obscura esclava de los usos y costumbres de cualquier procedencia, habiendo aprendido ya desde los mismos pañales a acatarlas como a amos y tiranos, con el alma postrada e incapaz de alcanzar pensamiento elevado y generoso ninguno, dé crédito a lo que le refieren una vez y, dejando sin ejercitar su inteligencia, divulgue sin examen ni constatación afirmaciones y negaciones; pero sí lo siento de que la multitud de los llamados filósofos, que finge andar a la caza de lo claro y verdadero de las cosas, se halle dividida en formaciones y compañías, y muchas veces establezca doctrinas desacordes y antagónicas no ya sobre un único asunto cualquiera sino prácticamente sobre todos los pequeños y grandes temas de los que se ocupan en sus indagaciones.

199. ¿Cómo podrían tener las mismas aprehensiones sobre las sustancias de las cosas aquellos que sostienen que el universo es ilimitado y aquellos que dicen que tiene límites; los que sostienen que el mundo es increado y los que lo declaran creado; los que lo hacen depender de un impulso irracional y automático sin intervención de un supervisor y gobernante y los que reconocen que existe cierta maravillosa providencia y solicitud de Dios, quien maneja las riendas y el timón sin tropiezo y con seguridad?

200. Cuando la indagación versa sobre el bien, ¿acaso no nos mueven sus ideas más a suspender el juicio que a asentir? Unos sostienen que el bien es lo noble y que se atesora en el alma; otros establecen en él subdivisiones y le dan una amplitud que incluye al cuerpo y las cosas exteriores. 201. Éstos dicen que las circunstancias afortunadas son los guardias protectores del cuerpo; en tanto que la salud, la fuerza, la integridad y la precisión de los órganos sensoriales y las otras cosas análogas a éstas lo son de la soberana alma; pues la naturaleza del bien, dicen, divídase en tres órdenes, de los cuales el tercero y más externo es protector de la debilidad del segundo, el que, a su vez, resulta una gran protección y salvaguardia para el primero.

202. Y sobre estos mismos puntos así como sobre los diferentes géneros de vida, sobre los fines a los que debemos encaminar todas nuestras acciones y sobre otros incontables

asuntos de los que se ocupan los tratados de lógica, de ética y de física, han surgido cuestiones sin respuestas, en ninguna de las cuales hasta el presente se ha alcanzado universal consenso por parte de sus investigadores.

203. XLIX. ¿No es, pues, razonable que se presente a la inteligencia operando huérfana de conocimientos cuando sus dos hijas, la deliberación y el asentimiento,[64] se unen y comparten su lecho? Se nos dice, en efecto: "No las vio cuando se acostaron ni cuando se levantaron." (Gen. XIX, 33 y 35.)
[64] Después de su larga incursión por los argumentos escépticos, retoma Filón el hilo de las consideraciones, iniciadas en 166, acerca de la presunción de la inteligencia beoda que se cree capaz de alcanzar la verdad, inteligencia personificada por Lot, cuyas hijas "deliberación" y "asentimiento", según Filón, le dieron de beber provocando su beodez.

204. La inteligencia, en efecto, se muestra incapaz, al parecer, de aprehender clara y firmemente ni el sueño ni la vigilia [65] ni la estabilidad ni el movimiento; pero además, cuando piensa que ha deliberado mejor, entonces precisamente aparece más desprovista del poder de deliberación y los hechos no resultan acordes con sus previsiones.
[65] Referencia a lo de "cuándo se acostaron ni cuándo se levantaron".

205. Y, cuando se ha decidido adherirse a alguna cosa como si fuera verdadera, recoge el castigo de su ligereza porque aquello en lo que anteriormente se había confiado como cosa segurísima, aparece inmerecedor de confianza e inseguro. En consecuencia, puesto que las cosas habitualmente cambian en lo contrario de lo que uno conjeturó, lo más seguro es abstenerse de juzgar.

206. L. Acerca de este punto hemos discurrido bastante. Pasemos ahora a considerar lo que sigue. Dijimos [66] que entre las cosas que aparecen como derivadas de la embriaguez figura también la glotonería, origen frecuente de inmenso daño para muchos. Es dable observar cómo los que se entregan a ella, aun cuando todas las cavidades de sus cuerpos se hayan llenado, están todavía vacíos en lo que a sus apetitos se refiere.
[66] Ver los parágrafos 4 y 6.

207. Los tales, aunque, como los atletas agotados, dan a sus cuerpos un respiro por un corto tiempo cuando han llegado al hartazgo a causa de la enorme cantidad de alimento engullido; de nuevo se presentan a competir en los mismos torneos.

208. El rey del país egipcio, vale decir, el cuerpo, disgustado al parecer con el copero que tiene a su cargo procurarle embriaguez, es presentado en los sagrados libros como reconciliado de nuevo no mucho después al recordar la pasión que excitó sus deseos el día aniversario de su nacimiento como ser mortal, no en el día imperecedero de la luz, que no conoce nacimiento. Dícese, en efecto: "Fue el día del nacimiento del faraón" (Gen. XL, 20), cuando mandó buscar de la prisión al copero mayor para hacer las paces.

209. Es, en efecto, propio del amante de las pasiones considerar brillantes a las cosas creadas y perecederas a causa de que respecto de las cosas imperecederas vive en la noche y obscuridad profunda; y por eso acoge sin dilación y honrosamente a la embriaguez, que señala el comienzo de su placer, y al ministro de ella.

210. LI. Tres son los sirvientes que preparan los festines del alma incontinente e insaciable: el panadero mayor, el copero mayor y el jefe de cocinas. El admirabilísimo

Moisés los menciona en estos términos: "Y el faraón irritóse contra dos eunucos, contra el copero mayor y contra el panadero mayor, y los puso en prisión bajo la custodia del jefe de las prisiones." (Gen. XL, 2 y 3.) . También el jefe de cocinas es eunuco. Dice, en efecto, Moisés en otro pasaje: "Fue llevado José a Egipto y lo compró el jefe de cocinas, eunuco del faraón" (Gen. XXXIX, 1); y de nuevo: "Vendieron a José al jefe de cocinas, eunuco del faraón." (Gen. XXXVII, 36.)

211. ¿Por qué motivo ninguno de los referidos oficios está confiado a un hombre o mujer plenos? ¿No será porque la naturaleza ha preparado a los hombres para sembrar los gérmenes y a las mujeres para recibirlos y de la concurrencia de ambos en una misma función resulta origen de la generación y permanencia del universo; en tanto que es propio del alma infecunda y estéril, o más bien castrada, el gozar de costosos alimentos, bebidas y cuidadosamente condimentados platos, y no sólo resulta incapaz de sembrar los verdaderamente masculinos gérmenes de la virtud y de recibir y criar lo que ha sido depositado sino, como tierra mísera y pedregosa, sólo es apta para arruinar los sucesivos vástagos que estaban destinados a vivir?

212. Así establécese una doctrina de suma utilidad para todos; la de que todo fabricante de placeres es estéril en sabiduría por cuanto no es ni de sexo masculino ni de sexo femenino ya que es incapaz tanto de proporcionar ni de recibir los gérmenes de la inmortalidad y, en cambio, se esfuerza en un vergonzoso menester perjudicial para la vida, el de corromper lo incorruptible y apagar las permanentes e inextinguibles lámparas de la naturaleza.

213. A ninguno de éstos permite Moisés entrar en la asamblea de Dios. Dice, en efecto: "El eunuco y castrado no entrará en la asamblea del Señor." (Deut. XXIII, 1.) LII. ¿Qué aprovecha, en verdad, oír las sagradas palabras a quien es estéril en sabiduría pues ha sido despojado de la fe y es incapaz de conservar el vitalísimo depósito de las doctrinas?

214. Tres son, pues, los proveedores de la raza humana: el panadero, el copero y el cocinero. Y es lo natural, puesto que deseamos consumir y paladear tres cosas: pan, carne y bebida. Sólo que algunos nos conformamos con lo necesario, con aquello cuyo consumo es indispensable para vivir con salud y sin apremios; en tanto que otros buscan con avidez desmedida y en cantidades exorbitantes cosas que excitan la voracidad, oprimen y abruman con su abundancia excesiva las cavidades del cuerpo y a menudo engendran graves y múltiples enfermedades.

215. Así como en las ciudades los ciudadanos comunes, que viven una vida inofensiva y nada gravosa por cuanto son parcos en sus necesidades, aquellos que son ajenos al placer, al deseo y a las pasiones no han menester de servidores de varia y refinada habilidad sino sólo de aquellos que practican un servicio sencillo, vale decir, simples cocineros, coperos y panaderos.[87]
[68] "Simples" por oposición a los titulados jefes de cocina, coperos mayores y panaderos mayores.

216. En cambio, los que creen que la soberanía y la realeza consisten en vivir en los deleites y refieren todas las cosas grandes y pequeñas a tal fin, tienen por razonable emplear a jefes de cocina, a coperos mayores y a panaderos mayores, es decir, a aquellos que han llegado a dominar en alto grado cada uno de los oficios a que se han consagrado.

217. Los especialistas en confituras se ocupan de pasteles de leche, pasteles de miel y otras incontables golosinas de variedad suma no sólo en lo que hace a las diferentes materias empleadas sino también en lo que toca a la manera de prepararlas y en las formas; cuidadosa elaboración cuyo objeto no es otro que engañar no sólo al paladar sino también a la vista.

218. El controlar si el vino es consumido con bastante presteza y si no produce dolores de cabeza; si, por el contrario, tiene fino aroma y fragancia; si es menester mezclarlo con mucha o poca agua según se trate de un festín de excesos e intenso ritmo o de una fiesta suave y calma; y todos los otros menesteres de esta suerte son cometidos propios de coperos mayores que han alcanzado la perfección misma en tal arte.

219. A su vez, preparar y aderezar con variado arte peces, aves y demás alimentos semejantes, y sazonar todas las otras comidas está a cargo de cocineros sobremanera preparados en esta ciencia, los que merced a una ininterrumpida dedicación y práctica sobre la preparación de comestibles para la vida indigna de vivirse, es decir, para la vida muelle y voluptuosa, son hábiles en inventar infinidad de platos, amén de los conocidos por ellos de oídas o por haberlos visto.

220. LIII. Ahora bien, todos éstos han sido presentados como eunucos estériles en sabiduría, pero las conciliadoras paces de la inteligencia cuyo reino es el vientre son con el copero.[68] Es que el género humano es aficionado en exceso al vino y sólo de vino, a diferencia de lo que sucede con las demás cosas, no se sacia. Nadie, ciertamente pasa de ciertos límites en el sueño, en la comida, en las uniones sexuales y en los demás vicios semejantes; en cambio, casi todos, sobre todo los ejercitados en esta práctica, resultan insaciables en la bebida.

[68] Según lo referido en 208.

221. En efecto, después de beber tienen sed aún y, tras un comienzo con las copas más pequeñas, a medida que avanzan piden que les sirvan en copas mayores. Y cuando entran en calor y se achispan, incapaces ya de controlarse, llévanse a los labios jarras, vasos y todos los recipientes y los vacían atropelladamente hasta que son dominados por un profundo sueño o el líquido ingerido se desborda de las cavidades saturadas.

222. Y con todo, aun entonces la insaciable avidez que llevan dentro de sí se agita de deseo, como si todavía estuvieran hambrientos, pues, como dice Moisés, "la viña de éstos procede de la viña de Sodoma; sus sarmientos, de Gomorra; sus uvas son uvas ponzoñosas, un racimo de amargura para ellos. Su vino es el veneno de las serpientes, incurable veneno de áspides". (Deut. XXXII, 32 y 33.) "Sodoma" quiere decir "esterilidad" y "ceguera", y Moisés compara con la viña y los productos de ésta a aquellos que están dominados por la embriaguez, la glotonería y los más denigrantes de los placeres.

223. El sentido oculto de esto es el siguiente: ninguna planta de verdadera felicidad crece en el alma del hombre ruin puesto que sus raíces no están sanas, y han sido quemadas y reducidas a cenizas cuando, tras pronunciar Dios la merecida sentencia contra los impíos, llovió del cielo en vez de agua las inextinguibles llamas del rayo. Lo que crece en un alma así es la planta del insaciable apetito, la planta estéril en excelencias y ciega para todo aquello que merece ser contemplado. Este apetito es

comparado por Moisés con una viña, pero no con aquella que es madre de cultivados frutos, sino con la que es productora de amargura, maldad, vileza, cólera, irritabilidad y salvajísimas costumbres; viña que muerde al alma al modo de las venenosas serpientes y áspides con mordedura absolutamente incurable.

224. Reguemos para que éstos sean apartados, suplicando al en todo propicio Dios que aniquile esta salvaje viña y decrete el eterno destierro de los eunucos y de todos los estériles en virtud, para que en lugar de éstos siembre en nuestras almas árboles de la recta instrucción y nos procure legítimos y verdaderamente viriles frutos, así como discernimientos capaces de sembrar nobles acciones y de acrecentar virtudes, y aptos para retener y conservar por siempre todo cuanto está emparentado con la felicidad.

SOBRE LAS SÚPLICAS E IMPRECACIONES DE NOÉ UNA VEZ SOBRIO

(DE SOBRIETATE)

1. I. Concluidas nuestras precedentes consideraciones sobre lo dicho por el legislador acerca de la embriaguez y la subsiguiente desnudez,[1] pasemos a eslabonar en el curso de nuestra exposición el asunto que sigue. A continuación, en efecto, las Divinas revelaciones destacan lo siguiente: "Recobróse Noé de su embriaguez y se dio cuenta de cuanto había hecho su hijo menor." (Gen. IX, 24.)

[1] Ver Sobre la ebriedad 4 a 6. La prometida consideración en detalle de los cinco estados que, según Filón, simboliza el vino en el pensamiento de Moisés, se cumple en el caso de los tres primeros. En cuanto a la alegría y la desnudez, si Filón desarrolló el tema, nada ha llegado hasta nosotros. Nos consta que fueron dos sus tratados sobre el tema de la embriaguez y bien puede suponerse que en el segundo (perdido) se haya explayado al respecto.

2. Está reconocido que la sobriedad es útilísima no sólo para las almas sino también para los cuerpos, pues ella aparta las enfermedades que sobrevienen como resultado de una desmedida saciedad, desarrolla en los sentidos un alto grado de precisión, y no permite que parte alguna de nuestros cuerpos caiga en estado de depresión; antes, levanta, aligera y llama a éstos hacia las actividades que les son propias, engendrando en todas sus partes una buena disposición. En suma, a cada uno de los males que reconocen por causa a la embriaguez corresponde un bien opuesto resultante de la sobriedad.

3. Y si la sobriedad es sumamente provechosa para los cuerpos, a los que, al fin y al cabo, el beber vino es cosa familiar, ¿no habrá de serlo mucho más para las almas, a las que todo corruptible alimento es ajeno? ¿Qué humano bien es, en efecto, mayor que un entendimiento sobrio? ¿Qué gloria, qué riqueza, qué poder, qué fuerza, qué de cuanto concita nuestra admiración? Considera que sólo la mirada del alma es capaz de abrirse total y completamente sin que parte alguna de ella sea turbada cual por un flujo ni cegada. Entonces, en efecto, con visión penetrante al máximo, fija en la sagacidad y en la sensatez mismas, entrará en contacto con las cosas aprehensibles por la inteligencia cuya placentera contemplación no le permitirá ya inclinarse hacia ninguna de las cosas sensibles.

4. ¿Y por qué asombrarnos de que ninguna de las cosas que alcanzaron un lugar en la creación sea comparable en dignidad a la sobriedad y a la clarísima penetración de los ojos del alma? También los ojos del cuerpo y la luz sensible son estimados por nosotros más allá de toda medida. Muchos, en efecto, de los que perdieron la vista han renunciado también voluntariamente a la vida por considerar que la muerte les resultaría un mal más soportable que la ceguera.

5. Y bien, en la medida en que es superior el alma al cuerpo, es también superior la inteligencia a los ojos; y, si ella está exenta de peligro y daño, no oprimida por ninguna de las iniquidades y pasiones que engendran el extravío de la embriaguez, apartará de sí el sopor que trae consigo el olvido y la incertidumbre respecto de lo que ha de ejecutarse; y, acogiendo complacida la vigilia, observará con agudeza cuanto merece ser contemplado, acicateada por las sugerencias de la memoria y aplicada a las obras que

corresponden a esos conocimientos.

6. II. Tal es la condición del hombre sobrio. Ahora bien, cuando Moisés dice: "hijo menor", no se está refiriendo a una determinada edad sino da a entender la disposición propia del carácter inclinado a la rebeldía.[2] Porque, acornó hubiera éste,[3] en abierta oposición contra la costumbre y la norma, cometido el atropello de ver lo que no debía verse, o proclamado lo que debía callarse, o hecho público lo que debía permanecer recatado dentro de la casa sin que trascendiese más allá de los límites de su alma; cómo, a no mediar el hecho de hallarse embarcado en provocaciones y burlándose de lo que a otros les sucedía, a pesar de que lo que correspondía era gemir y no burlarse ante circunstancias en las que lo sensato y prudente era mirar con gesto entristecido lo que se avecinaba?

[2] Juego de palabras en que Filón relaciona *neóteros* = menor, del pasaje citado, y *neoteropoiía* = rebelión, innovación, provocación.

[3] Cam, el hijo menor de Noé. Gen. IX, 22.

7. En muchos pasajes de su legislación Moisés llama "jóvenes" a personas de avanzada edad y, a la inversa, califica de "viejos" a quienes no han llegado aún a la vejez. Es que lo que tiene en cuenta no es la mucha ni la poca cantidad de años ni lo prolongado o breve del tiempo, sino las facultades del alma en sus reacciones buenas o malas.

8. Así, por ejemplo, a Ismael, cuando ya ha vivido alrededor de veinte años, lo llama niño por comparación con Isaac, hombre de virtud perfecta. Dice, en efecto, que, cuando Abraham expulsó de su casa a Agar y a su hijo, "tomó panes y un odre de agua y los dio a Agar y colocó sobre su espalda también al niño". Y de nuevo: "Para que no vea yo la muerte del niño." (Gen. XXI, 14 a 16.) Sin embargo, Ismael fue circuncidado a los trece años de edad, antes del nacimiento de Isaac y cuando éste, ya de unos siete años, cesa de ser alimentado con leche, es aquél expulsado en compañía de su madre en razón de que siendo bastardo reclama la igualdad en las recreaciones junto al hijo legítimo.

9. Pese a ello, aunque ya es un joven, el sofista es llamado niño, señalándose de esa manera el contraste que existe entre él y el sabio. A Isaac, en efecto, cúpole la sabiduría mientras que a Ismael le correspondió la sofística, como demostramos en un tratado sobre el asunto al caracterizar a uno y a otro; y la misma relación existe exactamente entre el imberbe infante y el hombre en la plenitud de su existencia que entre el sofista y el sabio y entre los estudios de cultura general[4] y el saber relativo a las virtudes.

[4] Ver Interpretación alegórica III, nota 85. Como en otros pasajes. Filón niega que el sofista haya alcanzado la etapa de la verdadera filosofía, y considera que su instrucción no pasa de la *enkyklios paidéia*.

10. III. En el gran canto,[5] al referirse al pueblo todo en tren de rebelión por entonces, emplea el nombre correspondiente a la edad insensata e imberbe, vale decir, "infantes".[6] Dice, en efecto: "Justo y santo es el Señor. ¿No han delinquido contra él los reprochables infantes? ¡Pérfida y tortuosa generación, ¿así agradecéis al Señor? Loco pueblo sois, no sabio!" (Deut. XXXII, 4 a 6.) .

[5] Es decir, el cántico que entona Moisés poco antes de su muerte. Ver Sobre la obra de Noé como plantador, 59.

[6] El término *téknon* = hijo, vástago, niño, que emplea el texto bíblico alude a la filiación de los israelitas respecta de Dios, no a corta edad.

11. Claramente se advierte que ha llamado "infantes" a hombres de alma reprochable y precipitados por su demencia e insensatez en acciones contrarias a la rectitud; y que no se ha referido a las edades del cuerpo de los. niños sino a la irracionalidad y verdadera infantilidad del entendimiento.

12. Así también Raquel, vale decir, la belleza corporal, es descripta como más joven que Lía, vale decir, la. belleza del alma.[7] Es que aquélla es mortal, en tanto que ésta es inmortal, y todo aquello que es valioso para la sensibilidad no alcanza la perfección de una sola de las bellezas del alma.
Es de acuerdo con esto como también José es llamado siempre joven y muy joven. En efecto, cuando vigila el rebaño junto con sus hermanos bastardos, es calificado de joven;[8] y, cuando su padre le suplica lo hace en estos términos: "Hijo mío, muy joven aunque crecido, retorna hacia mí." (Gen. XLIX, 22.)
[7] Gen. XXIX, 16.
[8] Gen. XXXVII, 2.

13. Ahora bien, José es el campeón de toda capacidad de orden. corporal, el sincero amigo de la abundancia de cosas exteriores, el que aún no ha hallado en su perfección el bien más maduro[9] y más estimable que ésos, como es la mayoría de edad del alma. En efecto, si lo hubiera hallado, hubiera también huido abandonando el Egipto todo sin volver la vista atrás. En cambio,. ahora halla su mayor gloria en procurarle alimentos y provisiones, a ese Egipto a propósito del cual el vidente [10] canta el himno a Dios cuando contempla a los combatientes y jefes precipitados en el mar y destruidos.[11]
[9] Más maduro o más digno o de mayor jerarquía, sentidos todos del término presbíteros, palabra que hace referencia tanto a mayor edad como a mayor dignidad.
[10] Israel, bajo la dirección de Moisés.
[11] Ex. XV, 1 a 22.

14. El "joven" carácter, pues, es aquel que no puede aún cuidar los rebaños junto con sus hermanos legítimos, vale decir, el que no puede gobernar y ejercer la tutela sobre el elemento irracional del alma, haciéndolo, en cambio, en compañía de los bastardos, cuya estima recae en bienes que sólo lo son en apariencia y no en los bienes legítimos y reconocidos como reales.

15. Y considéraselo, por otra parte, "muy joven", aunque sea ya un hecho su mejoramiento y progreso hacia una condición superior,[12] por comparación con el carácter perfecto, para el que no hay sino un único bien, lo noble. Por eso, a modo de exhortación, dice Jacob: "Retorna hacia mí", lo que equivale a 'Tiende hacia la anterior [13] manera de pensar"; no lo revoluciones [14] todo; ama en adelante solo a la virtud y por ella misma. No te llenes de engaño y falsa opinión, envuelto como un niño insensato por el resplandor de las cosas accidentales.
[12] Referencia al pasaje "aunque crecido" del versículo.
[13] Literalmente: hacia la más vieja (*prebytéras*'); traducción que, aunque algo insólita, recalca mejor la oposición con "muy joven,".
[14] En griego: *neoterízein* = innovar, maquinar cosas nuevas, término también vinculado con neos = joven.

16. IV. Queda, pues, demostrado cómo Moisés tiene por norma aplicar en muchos pasajes el calificativo de "joven" teniendo en cuenta no él pleno vigor corporal sino la

rebeldía del alma. Demostraremos que tampoco el hecho de que llame persona mayor a alguien implica que ésta ha llegado a la vejez sino que es digno de honor[15] y estima.

[15] Juego de palabras entre *geras* = vejez, y *géras* = distinción honorífica, dignidad, la primera con eta y la segunda con épsilon.

17. ¿Quién entre los versados en las sagradas escrituras ignora que el sabio Abraham nos es presentado como hombre de vida más corta que casi todos sus antepasados? Sin embargo, ninguno de éstos, creo yo, no obstante haber sido hombres de larguísima vida es calificado de persona de edad; solo ocurre esto con Abraham. Dicen, por ejemplo, las sagradas revelaciones que "Abraham era una persona mayor avanzada en años y el Señor lo bendijo en todas las cosas". (Gen. XXIV, 1.)

18. La presente frase me parece constituir una explicación del motivo por el cual el sabio fue llamado persona mayor. En efecto, cuando bajo la Divina guía la parte racional del alma se ajusta a las buenas normas y discierne rectamente [16] no ya en un solo aspecto sino en todo aquello a lo que se aplica, los pensamientos que concibe son "mayores de edad" [17] y ella misma lo es también.

[16] Juego de palabras entre *eulogéin* = bendecir, y *eulogistéin* = obrar o discernir correctamente, términos entre los cuales Filón establece un parentesco (en realidad inexistente) por ser ambos compuestos de *eu* == bien, y *lógos* = razón, palabra.

[17] O de mayor jerarquía, según lo acotado en la nota 9.

19. Así también es norma de Moisés el llamar mayores de edad a los consejeros del amigo de Dios,[18] a los que ha cabido el número de diez veces siete. Leemos, en efecto: "Reúneme setenta hombres de los mayores de edad de Israel, que tú mismo sepas que son ellos los de mayor edad." (Núm. XI, 16.)

[18] El mismo Moisés.

20. De esto se desprende que Dios tuvo por merecedores del título de "mayores de edad" no a los ancianos que normalmente son considerados como intérpretes de las cosas sagradas sino solo a aquellos que el sabio conocía. Es que todos aquellos a los que él, como un buen cambista de dinero, rechaza por indignidad de la circulación de la virtud, llevan en sus almas el adulterado espíritu de la rebelión, en tanto que todos aquellos a los que le pluguiere considerar allegados suyos, son por fuerza honorables y mayores de edad en lo que a grandeza de alma se refiere.

21. V. En una sola de las disposiciones de la ley aparecerán aún más claramente demostradas para los que saben oír las dos verdades a que me he referido. Dice así: "Si un hombre llegare a tener dos mujeres, una amada por él y otra detestada, y tanto la amada como la detestada engendraren y fuere primogénito el hijo de la detestada; al llegar el día en que distribuyere entre los hijos sus bienes, no podrá conceder el derecho de primogenitura al hijo de la amada dejando de lado al de la detestada, vale decir, al primogénito; sino reconocerá como primogénito al hijo de la detestada a efectos de entregarle doble porción de cuanto poseyere, porque éste es el comienzo de su descendencia y a él le corresponde el derecho de primogenitura." (Deut. 15 a 17.)

22. Has observado ya que nunca llama primogénito o mayor al hijo de la mujer predilecta, y sí varias veces al de la detestada, no obstante que en el mismo comienzo del mandato se ha dado a entender que el nacimiento del primero tuvo lugar antes y el del hijo de la odiada después, puesto que dice: "Si dieren a luz la amada y la detestada."

Sin embargo, el vástago de la primera, aunque mayor en anos de vida, es considerado menor en el juicio de la recta razón; en tanto que el de la última, aunque por el tiempo transcurrido desde su nacimiento es posterior, es considerado digno de la porción mejor y mayor.

23. ..Por qué? Porque bien sabemos que de las mujeres la .amada representa al placer, en tanto que la detestada es .símbolo de la prudencia. En efecto, la multitud inmensa de los hombres ama más allá de toda medida la compañía del placer en mérito a que éste produce y proporciona atracciones e incentivos en grado sumo placenteros desde el comienzo de la existencia hasta la extrema vejez; mientras que experimenta una repugnancia sin límites hacia la austeridad y majestad de la prudencia, tal como los niños insensatos detestan las más provechosas, aunque no las más gratas, disposiciones de sus padres y tutores.

24. Tanto el placer como la prudencia dan a luz,[19] aquél al espíritu amante del deleite; ésta al espíritu amante de la virtud. Ahora bien, el amante del deleite es imperfecto [20] siempre, y siempre realmente un niño, aun cuando alcanzare una eternidad sin límites de años; en tanto que el amante de la virtud, aunque está libre de la vejez, desde los mismos pañales, como suele decirse, integra el consejo de ancianos [21] de la prudencia.
[19] Recuérdese que *hedoné* = placer, es femenino; lo que hace más natural la alegórica maternidad que le atribuye Filón.
[20] Es decir, no llega a su madurez o plenitud.
[21] En griego: *gerousía senatus*, de *géron* anciano.

25. Por eso el legislador ha dicho también de manera harto expresiva a propósito del hijo de la generalmente detestada virtud que éste "es el comienzo de su descendencia", y por cuanto es el primero, a no dudarlo, en jerarquía y precedencia, "a él le pertenecen los derechos de la primogenitura" por ley de la naturaleza, no por la ilegalidad imperante entre los hombres.

26. VI. Consecuente con esta ley y como quien lanza diestramente sus dardos sobre un blanco situado ante él presenta Moisés a Jacob como menor en edad que Esaú pero mayor en jerarquía, en razón de que la insensatez nos es congénita desde la primera edad, en tanto que el ansia del bien nace más tarde. Y ése es el motivo por el que Esaú trueca sus derechos de primogenitura y Jacob entra en posesión de ellos en buena ley.

27. Tal verdad hállase confirmada en la narración sobre los hijos de José, narración que revela una penetración y pensamiento profundos. Cuando el sabio extiende inspirado sus manos sobre las cabezas de los niños que estaban de pie frente a él, no las extiende derechamente hacia el frente sino que las cruza queriendo tocar con la izquierda al que aparentemente era el mayor y con la derecha al que en apariencias era el menor.[22]
[22] Gen. XLVIII, 13 y 14.

28. El mayor según nacimiento se llama Manases; el menor, Efraín. Si traducimos estos nombres a la lengua griega hallaremos que significan "reminiscencia" y "recuerdo" respectivamente. En efecto, "Manases" quiere decir "fuera del olvido", expresión equivalente a "reminiscencia", puesto que aproximarse a la evocación de lo que se había olvidado equivale a salir fuera del olvido. "Efraín", por su parte, es como decir "fructificación", predicación apropiadísima del "recuerdo", como que no hay fruto más útil y realmente nutritivo para las almas. que lo no olvidado merced a la no interrupción

del recuerdo.

29. Ahora bien, los recuerdos son propios de las personas que ya han llegado a la edad viril y alcanzado una sólida condición, razón por la cual, como nacido mucho después, son considerados como más jóvenes. El olvido y la reminiscencia, en cambio, se suceden en cada uno de nosotros desde la primera edad, razón por la cual cábeles la mayoría de edad en el tiempo y son colocados a la izquierda en la ordenación del sabio; pero en lo que a la virtud respecta los privilegios de la mayor edad pertenecerán a los recuerdos, en los que el amado de Dios posará. su mano derecha teniéndolos por dignos de la mejor porción. que posee.

30. Pues bien, al recobrarse de su ebriedad el justo, y al enterarse de "cuanto con él ha hecho su hijo menor" (Gen. IX, 24), pronuncia imprecaciones contra éste con irritación suma. Y así ocurre en realidad; cada vez que la inteligencia recobra su sobriedad, de inmediato y como corolario de ello, percibe cuanto ha hecho anteriormente el rebelde vicio que en sí lleva» acciones que no le era posible comprender mientras se hallaba ebrio.

31. VII. Pero, ¿a quién maldice? Es lo que habremos de averiguar. Trátase, en efecto, de un asunto digno también de examen, por cuanto no es a la persona que aparece en falta, es decir, su hijo; sino al hijo de éste, vale decir, a su nieto, de quien Moisés en esta ocasión no destaca falta alguna aparente ni pequeña ni grande.

32. Es sin duda Cam, el hijo de Noé, quien con curiosidad indiscreta ha querido ver la desnudez de su padre, quien se ha burlado de lo que ha visto y quien ha con la culpa, cosechado las maldiciones por las faltas que otro ha cometido es Cañan. Leemos, en efecto: "Maldito sea Cañan; sirviente, esclavo será de sus hermanos." (Gen. IX, 25.) 33. ¿Qué falta, repito, ha cometido éste? Los que acostumbren a examinar minuciosamente las interpretaciones literales y superficiales de las leyes se han ocupado, seguramente, del asunto; pero nosotros, ateniéndonos a lo que sugiere la recta razón, dilucidaremos el sentido profundo. Previamente hemos de señalar lo siguiente.

34. VIII. La permanencia y el movimiento difieren entre sí. Aquélla es, estática; éste, dinámico y de dos especies: una consistente en el tránsito a distintos lugares; otra consistente en el desplazamiento en tomo a un mismo lugar. El estado está, pues, emparentado con la permanencia; la actividad, en cambio, lo está con el movimiento.

35. Lo que digo tal vez resulte más claro a través de un ejemplo apropiado. Al carpintero, al pintor, al agricultor, al músico y a los otros artesanos y artistas, aunque estuvieren inactivos sin practicar cosa alguna de sus respectivas ocupaciones, no por ello renunciaremos a nuestra costumbre de designarlos mediante los nombres mencionados, puesto que están en posesión de la experiencia y el saber adquiridos en sus respectivas especialidades.

36. Pero en determinadas ocasiones el carpintero toma la madera de los árboles y la trabaja; el pintor, tras combinar los colores apropiados, traza en las formas que ha concebido en su mente; el agricultor, luego de abrir surcos en la tierra, arroja en ellos las semillas o planta sarmientos y vástagos de árboles al par que mediante el riego y remojo provee de un alimento necesario en extremo a sus plantas y se aboca a todas las demás tareas agrícolas. El músico, por su parte, acomoda a la flauta, a la cítara y a los otros

instrumentos medidas, ritmos y cada una de las formas melódicas, o bien puede ser que emplee no un instrumento hecho por la mano del hombre sino el natural y adapte su voz a toda la gama de sonidos; y del mismo modo en determinadas ocasiones cada uno de los otros artistas y artesanos pone manos a la obra. Pues bien, en tales ocasiones a los nombres que responden a cada clase de saber se agregan necesariamente otros correspondientes a aquéllos: no sólo decimos carpintero sino también práctica de la carpintería; no sólo pintor sino también acción de pintar; no sólo agricultor sino también agricultura; no sólo músico sino también ejecución de la flauta, ejecución de la cítara, acto de cantar o determinada actividad similar.

37. Ahora bien, ¿a cuál de los dos órdenes van dirigidos los reproches y los aplausos? ¿No es cierto que a los que están abocados a la obra y producción? Si ejecutan algo acertadamente cosechan aplausos; y a la inversa, si fracasan recogen reproches. Aquellos, en cambio, que saben hacer algo pero nada ejecutan permanecen inactivos y la tranquilidad es su premio al margen de todo riesgo.

38. IX. El mismo criterio conviene también a los casos de insensatez [y sensatez] y en general a todo lo relativo a la virtud y al vicio. Existen innumerables hombres cuyas almas son sensatas, temperantes, valerosas y justas, en parte por haberles cabido una feliz disposición natural, en parte por indoblegables y diligentes esfuerzos, mas la pobreza, la humildad de condición, la enfermedad y las demás desdichas que rondan en tomo a la vida humana impiden que la belleza de las cualidades que adornan sus inteligencias se pongan de manifiesto.

39. Éstos, en consecuencia, son dueños de buenas cualidades pero las mismas hállanse como encadenadas y prisioneras. Lo contrario ocurre con otros, que. las poseen todas pero sin ataduras, sin trabas, libres, dado que además de poseerlas han alcanzado inagotables elementos para ponerlas de manifiesto.

40. Puede ocurrir que el hombre prudente se halle al frente de negocios privados y públicos en los que dé claras muestras de sagacidad y buen discernimiento. Se da también el caso de que el hombre moderado posea riqueza y que, aunque de suyo la riqueza ciega es una poderosa incitación y llamado hacia la licencia, él la presente libre de ceguera. Sucede, asimismo, a veces que el hombre justo posee un mando, en el cual se muestra capaz de asignar sin obstáculos a cada uno de sus subordinados lo que en justicia le corresponde. El que se ejercita en la piedad, puede, a su vez, estar investido del sacerdocio y tener a su cargo el cuidado de los lugares santos y del ritual que se cumple en ellos.

41. En cuanto a las virtudes, las hay carentes de estas oportunidades, pero se trata de virtudes inmóviles e inactivas, tal como sucede con la plata y el oro, que para nada sirven mientras permanecen encerrados en los escondrijos de la tierra.

42. Paralelamente, es posible observar el caso contrario en innumerables hombres cobardes, insaciables, necios, injustos e impíos en lo íntimo de sus inteligencias, pero imposibilitados de manifestar la fealdad de cada vicio por falta de oportunidades propicias para cometer faltas; pero que, en sobreviniéndoles con toda su impetuosa fuerza la posibilidad, llenan cielo y tierra hasta sus confines de ruindades indecibles, sin dejar indemne cosa alguna ni grande ni pequeña; trastornando y arruinando todo de una sola acometida.

43. Porque así como la potencia del fuego mantiénese aplacada si carece de elemento combustible, pero se excita en presencia de él, así también todas las potencias del alma que tienden a la virtud o al vicio, mantiénense apagadas cuando, como decía, carecen de oportunidades propicias; mas enciéndense si sobrevienen ocasiones favorables.

44. X. Estas aclaraciones no han tenido otro objeto que mostrar que mientras el hijo de Noé, Cam, es un nombre del vicio en estado de reposo, el nieto. Cañan, lo es del vicio ya en movimiento. "Cam", en efecto, significa "calor", en tanto que "Cañan" quiere decir "agitación".

45. El calor es el signo de la fiebre en el cuerpo y del vicio en las almas. Entiendo, en efecto, que, así como un ataque de fiebre es una enfermedad no de una parte sino de todo el cuerpo, del mismo modo el vicio es una dolencia del alma toda. Pero unas veces permanece en reposo, otras se halla en movimiento. A este movimiento Moisés lo designa "agitación", como que en lengua hebrea agitación se dice "Cañan".

46. Ahora bien, ningún legislador fija penalidad alguna contra los injustos que se abstienen de actuar, y sólo la establecen contra los que "se mueven" y ejecutan obras obedeciendo a móviles injustos, tal como sucede con los animales capaces de morder, a los que ninguna persona sensata pretende matar a no ser que estuvieren en actitud de morder. Descartemos, por supuesto, al espíritu sanguinario, propenso por naturaleza a matar sin discriminación.

47. Es natural, entonces, que el justo aparezca lanzando sus maldiciones sobre su nieto Cañan. Dije "aparezca" porque virtualmente es su hijo Cam quien recibe sus maldiciones, por cuanto este mismo Cam, en poniéndose en movimiento hacia el mal, se convierte en Cañan, ya que se trata de una única cosa: el vicio, el que es presentado en un caso en reposo y en otro en movimiento. El reposo precede en edad[23] al movimiento y así lo que se mueve guarda respecto de lo que está en reposo la relación propia de hijo a padre.
[23] Es decir, es anterior, lo precede en el tiempo.

48. Ésa es la razón por la que este Cañan, o la "agitación", es registrado conforme con la naturaleza de las cosas como hijo de Cam, o el "reposo", a efectos de que se vea confirmado lo dicho en otro pasaje, donde se lee: "Hizo recaer las iniquidades de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación." (Ex. XX, 5.) Y en verdad, es sobre los efectos, sobre los descendientes diríamos, de nuestros razonamientos, sobre los que van a caer los castigos, hallándose de por sí dichos razonamientos al margen de toda imputación mientras no sobrevenga ninguna acción culpable.

49. Por eso, también en la prescripción sobre la lepra el en todo grande Moisés consigna que el movimiento, extensión y propagación de la misma es impuro, en tanto que su quietud es pura. Dice, en efecto: "Si el blancor se hubiere extendido sobre la piel el sacerdote lo declarará impuro. Si, en cambio, hubiere permanecido en el mismo lugar y no se hubiere extendido lo declarará puro." (Lev. XIII, 22 y 23.) De modo que el estado de reposo por tratarse de la quietud de los vicios y las pasiones con sede en el alma, que es lo que simboliza la lepra, está al margen de todo reproche; el movimiento y desarrollo, en cambio, es acusable necesariamente.

50. Más significativa aún es la enseñanza análoga contenida en los oráculos que se dan a conocer en el Génesis. Dice, en efecto, Dios dirigiéndose al malvado: "Has cometido falta; quédate quieto" (Gen. IV, 7), donde se da a entender que el delinquir, pues consiste, como he dicho, en moverse y actuar impelido por el vicio, es condenable; en tanto que la quietud, por implicar contención y reposo en cuanto a ese mismo vicio, es cosa irreprochable y preservadora.

51. XI. Estas consideraciones previas son, a mí entender, suficientes. Veamos ahora cómo han de interpretarse las maldiciones. "Maldito sea Cañan", dice, "sirviente, esclavo será de sus hermanos"; y: "Bendito es el Señor, el Dios de Sem; y Cañan será esclavo de ellos." (Gén. IX, 26.) 52. Dijimos antes [24] que el de Sem es un nombre que designa "el bien", por cuanto no es un nombre específico sino uno que significa precisamente eso: "nombre", vale decir, el género total;[25] y sólo el bien es nombrable y digno de ser celebrado y glorificado, en tanto que el mal, por el contrario, es de vil y odioso nombre.

[24] Filón, en Sobre la ebriedad, 4, enumera cinco cuestiones vinculadas con la embriaguez, la quinta de las cuales es la desnudez; y promete examinarla cuidadosamente a la par de las demás. Como en lo que nos queda de su obra no se vuelve a referir al asunto, todo nos hace pensar que se ha perdido una parte de la misma. Tal vez en ella haya dicho que el nombre de Sem significa nombre.

[25] Como en Interpretación alegórica III, 175, Filón parte de que lo genérico es superior a lo especifico. "Sem" es el mejor de los nombres precisamente porque significa "nombre", es decir, designa el género, a diferencia de los nombres específicos y particulares; y como el mejor de los nombres es "el bien" (*agathón*), "Sem" es el nombre del bien.

53. ¿Cuál, pues, es la súplica [26] dé la que Moisés considera merecedor al que participa de la naturaleza del bien? ¿Cuál? Pues una súplica sin precedentes ni paralelos, que mortal ninguno es capaz de tomar a su cargo, de la que como de un verdadero océano manan inagotables fuentes de bienes, eternamente rebosantes y desbordantes. Es, en efecto, al Señor y Dios del mundo y de cuanto en él se contiene, a quien por especial gracia llama el legislador "Dios de Sem".

[26] Es decir, ¿qué es lo que considera que debe suplicarse para el que participa de la naturaleza del bien? En este caso es que el Dios del mundo sea el Dios de Sem, es decir el Dios del hombre bueno; por lo que el mundo y el hombre de bien están colocados en un pie de igualdad a este respecto.

54. Y considera: ¿qué excelencias no supera esto? Porque prácticamente aquel al que esto ha cabido ha alcanzado una dignidad paralela a la del mundo, pues cuando la tutela y dirección que se ejerce sobre dos objetos es la misma, es forzosamente porque ambos objetos administrados son de la misma dignidad.

55. Además, a no dudarlo, en la dispensa de Sus dones muéstrase Dios pródigo. En efecto, en tanto que los términos "Señor y Dios" lo proclaman dueño y benefactor del mundo perceptible por los sentidos; de la bondad perceptible por la inteligencia es sólo salvador y benefactor,[27] no amo o señor, pues el sabio más que siervo de Dios es Su amigo.

[27] De las palabras el Dios de Sem (= el Dios del hombre de bien, según lo aclarado anteriormente) deduce Filón que en el caso del hombre justo la Divinidad no ejerce, como ocurre en el caso del mundo, sus dos prerrogativas: la de gobernante, como Señor,

y la de benefactor, como Dios; ya que el texto bíblico no dice Señor y Dios de Sem, sino solamente Dios-de Sem.

56. Por eso también dice claramente a-propósito de Abraham: "Nada le ocultaré a Mi amigo[28] Abraham." (Gén. XVIII, 17.) Quien ha alcanzado esta porción[29] ha sobrepasado los límites de la humana dicha. Sólo él, en. efecto, es de noble cuna puesto que registra a Dios como padre y se ha convertido por adopción en hijo único de Él. Es no simplemente rico, sino totalmente rico, deleitándose entre abundantes y legítimos bienes, que no se toman viejos con el tiempo. sino conservan siempre su novedad y juventud.

[28] En la versión de los LXX se lee *toú paidós moú* = mi siervo; lectura que Filón mantiene en Interpretación alegórica III, 27, pero no en el presente caso.

[29] Vale decir, la amistad Divina.

57. Es no solamente reputado sino también glorioso, pues cosecha el elogio. no envilecido por la adulación sino confirmado por la verdad. Es el rey único pues ha recibido del universal Soberano el poder incuestionable de la universal soberanía. Es el único. hombre libre, liberado, como se halla, de una penosísima tiranía: la vana opinión, con cuya extremada soberbia el libertador Dios ha dado por tierra arrojándola fuera de su ciudadela.

58. ¿Y qué menos cabe que haga aquel que ha sido juzgado digno de bienes tan grandes, tan excelsos y tan inmensos, sino agradecer con palabras, cánticos e himnos a su Benefactor? Tal es lo. que, al parecer, ha de entenderse en la expresión: "Bendecido [30] es el Señor el Dios de Sem", pues a quien posee a Dios como patrimonio cábele solamente bendecirlo y alabarlo pues solo de este modo es capaz de retribuir, estando sencillamente fuera. de sus posibilidades toda otra retribución por mucho que se esforzare.

[30] Deliberadamente, sin duda. Filón sustituye el término *eviogetós* = bendito, del pasaje reproducido textualmente en 51, por *eulogeménos* = bendecido. Tal vez el pasaje así reformado deba leerse: "El Señor, Dioses bendecido por Sem", lectura que el texto griego permitiría si se toma el término invariable Sem como dativo en vez de genitivo.

59. XII. Tal es lo que suplica Noé para Sem. Consideremos ahora cuál es su ruego por Jafet. "Dilate Dios a Jafet"; dice,. "habite él en las casas de Sem y sea Cañan esclavo de ellos". (Gen. IX, 27.)

60. Si consideramos que el único bien es la belleza moral el fin de nuestras acciones resulta concentrado y estrechado pues queda ligado a una sola de las innumerable? partes de nuestro ser, a la parte rectora, o sea, la inteligencia. Pero, si lo consideramos en relación con los diferentes órdenes: el del alma, el del cuerpo y el del mundo exterior, el fin se ensancha al dividirse en varias y diversas direcciones.[31]

[31] Sobre las tres clases de bienes ver Sobre la ebriedad, 200 y ss.

61. Por eso es apropiada la súplica de que la dilatación le sobrevenga a Jafet, para que éste llegue a ser capaz de hacer uso no sólo de las virtudes propias del alma: la prudencia, la templanza. y cada una de las restantes, sino también de las del cuerpo: salud, agudeza sensorial, fuerza, resistencia y los otros de la. misma familia, así como también de todas las ventajas exteriores relacionadas con la riqueza, la gloria y el goce y uso de los placeres necesarios.

62. XIII. Tal, lo referente a la "dilatación". Mas debemos indagar a quién se refiere cuando suplica que "habite él en las casas de Sem". Porque no está claramente señalado. Una posibilidad es que sea el Soberano del universo. ¿Qué casa, en efecto, podrá hallarse en el ámbito de lo creado más digna de Dios que un alma completamente purificada que considera que la belleza moral es el único bien y ubica todas las otras cosas tenidas comúnmente por bienes en un plano de consideración secundario y subordinado?

63. Mas al afirmar que Dios habita en una casa no queremos decir que resida en un lugar determinado, puesto que es Él quien todo lo encierra sin ser contenido por cosa alguna; sino que ejerce una especial providencia y cuidado sobre ese sitio, como que a todo el que tiene bajo su mando una casa compétele forzosamente el cuidado-de la misma.

64. Suplique, pues, todo aquel que ha sido regado por la lluvia del bien amado por Dios alcanzar al universal Soberano como residente en su alma, para que elevando Él desde la tierra hacía las alturas este pequeño edificio que es la inteligencia, lo ponga en contacto con los confines del cielo.

65. Y por cierto que la narración literal parece estar de acuerdo con esta interpretación. Sem, en efecto, constituye el punto de partida, la raíz diríamos: de elevadas cualidades. De esta raíz brotó un árbol de cultivados frutos, el sabio Abraham. De este árbol fue fruto Isaac, naturaleza que no ha menester de dirección o instrucción ajena. Por Isaac, a su vez, son sembradas las virtudes de la vida laboriosa, en las que se ejercita Jacob, el experimentado en la pugna contra las pasiones, cuyos maestros de palestra son los ángeles, es decir, los pensamientos Divinos.[32]

[32] Vale decir, el Divino lógos, aquí pluralizado en múltiples *lógoi*. La referencia alude a Gen. XXXII, 1.

66. De Jacob proceden las doce tribus, a las que las Divinas revelaciones califican de "palacio y sacerdocio de Dios" (Ex. XIX, 6); lo cual concuerda con lo afirmado primeramente sobre Sem, en cuyas casas se suplicó que morase Dios. No hay duda de que el palacio es la casa del Rey, mansión santa ciertamente y única inviolable.

67. Otra posibilidad es que las palabras de la súplica se refieran también a Jafet, para que pueda residir en las casas de Sem. Bueno es, en efecto, suplicar por quien considera formas del bien a las ventajas corporales y a las externas, a fin de que retome hacia un solo bien, el del alma, y no yerre respecto de la verdadera concepción de éste en ningún momento de la vida por juzgar que la salud la riqueza y las demás cosas semejantes de que participan también los hombres más malvados y ruines, son verdaderos bienes. Parte ninguna del verdadero bien se halla mezclada con lo ruin, pues por naturaleza el bien nada tiene de común con el mal.

68. Por eso los verdaderos bienes están atesorados exclusivamente en el alma, de cuya belleza no es dado a ningún insensato participar. Ésta es la súplica que la profética escritura declara que formula el hombre virtuoso en favor de uno de sus familiares diciendo: "Vuelve a mí" (Gen. XLIX, 22), para que este, elevándose hacia el pensamiento del que suplica y teniendo por bien único la belleza moral, huya de las afirmaciones que sobre el bien hacen los hombres de torcida opinión. Habite, pues, en

las casas del que dice que sólo hay un bien y que es el del alma, y nunca se afinque en las de los otros, que tienen en estima también las cosas corpóreas y las externas.

69. No sin razón, por otra parte, ha escrito Moisés que el insensato es esclavo de aquellos que tienen parte en la virtud; a fin de que, si fuere hallado digno de una mejor dirección, viva una vida más noble; o, si persistiere en su falta, sea castigado, y no poco, por el poder ilimitado de los amos que son sus señores.

SOBRE LA CONFUSIÓN DE LAS LENGUAS

(DE CONFUSIONE LINGUARUM)

1. I. Habiendo discurrido lo suficiente acerca de estos asuntos, corresponde que a renglón seguido nos apliquemos diligentemente al examen de las enseñanzas de Moisés acerca de la confusión de las lenguas. Sus palabras, en efecto, son éstas: "Y la tierra toda era un solo labio y una sola voz había para todos los hombres. Y ocurrió que en la marcha desde el oriente hallaron una llanura en la tierra de Senaar y allí se establecieron. Y un hombre dijo a su vecino: '¡Ea!, fabriquemos ladrillos y cozámoslos en el fuego'. Y he aquí que el ladrillo tróceseles en piedra y el barro fue betún para ellos. Y dijeron: 'Venid, edifiquemos para nosotros una ciudad y una torre cuya cúspide llegue hasta el cielo, y hagamos nuestro nombre antes de ser dispersados sobre la faz de la tierra toda'. Y descendió el Señor a ver la ciudad que se habían puesto a edificar los hijos de los hombres. Y dijo el Señor: 'Mira, una sola es la raza y uno solo el labio de todos y han comenzado a hacer esto, y ahora nada les faltará de cuanto esperan hacer. Venid, bajemos y confundamos allí su lengua para que ninguno pueda entender la voz de su vecino'. Y el Señor los dispersó desde allí sobre la faz de toda la tierra y cesaron de edificar la ciudad y la torre. Por eso la torre fue llamada Confusión, pues allí confundió el Señor los labios de la tierra toda y desde allí los dispersó el Señor sobre la faz de la tierra toda." (Gen. XI, 1 a 9.)

2. II. Los que no ven con buenos ojos las instituciones de nuestros antepasados y se aplican constantemente a censurar y desacreditar nuestras leyes, hacen de estos pasajes y los otros semejantes a éstos, caminos de acceso, por así decir, hacia su ateísmo. Estos impíos dicen: ¿Hablaréis todavía ahora con veneración acerca de esas prescripciones como si contuvieran las normas de la verdad misma? Porque he aquí que los que vosotros llamáis libros sagrados contienen mitos que suelen causaros risa cuando los oís narrados por otros.

3. Y por cierto que no necesitamos reunir los ejemplos dispersos en todas las partes de la legislación como si el tiempo nos sobrara para emplearlo en señalar errores. Bastará con que señalemos los que tenemos a mano.

4. Uno de esos ejemplos, precisamente, es el similar a la fábula inventada sobre los hijos de Aloeo, los que, según Hornero, el más grande y reputado de los poetas, planearon poner una sobre otra en una pila las tres montañas de mayor altura con la esperanza de que, elevadas éstas hasta la altura del éter, constituirían un fácil camino hacia el cielo para quienes quisieran ir hacia lo alto. Los versos que de esto tratan dicen así: "Deseaban ardientemente colocar el Osa sobre el Olimpo, y el Pellón, de agitado follaje, sobre el Osa, con el designio de que el cielo les fuera accesible."[1] Olimpo, Osa y Pellón son nombres de montañas.

[1] Odisea XI, 305 a 320 narra cómo los dos hijos de Aloeo e Ifimedia, Oto y Efialtes, cuyo verdadero padre era en realidad el dios Posidón, ambos de gigantesca estatura y extraordinaria fuerza pretendieron con precipitada osadía llevar la guerra contra las divinidades olímpicas, y, jóvenes aún, recurrieron al ingenioso expediente de apilar montañas para llegar a la mansión de los dioses. Zeus sin embargo acabó con ellos.

5. Pues bien, el legislador en vez de estas montañas presenta una torre fabricada por los

hombres de entonces, los que en su insensatez y soberbia anhelaban alcanzar el cielo. ¿Y no es, acaso, esto una tremenda locura? La verdad es que. aunque se fijara una pequeña base y sobre ella se superpusiese una construcción hecha con los diferentes elementos de la tierra. toda erigiéndosela a manera de una única columna, ella estará separada por infinitas distancias de la esfera etérea, especialmente si es cierta la opinión de los filósofos que han investigado sobre estos problemas, los que están de acuerdo en que la tierra es el centro del universo.[2]

[2] Aristóteles, Sobre el cielo II, 13, 293 a.

6. III. Otra fábula análoga a ésta, compuesta por los autores de mitos es la que se refiere a la posesión de un mismo lenguaje por parte de los animales. Cuéntase, en efecto, que antiguamente todos los animales terrestres, acuáticos y aéreos hablaban un mismo idioma y que, así como entre los hombres de nuestros días los helenos se entienden con los helenos y los bárbaros con los bárbaros, si éstos son de la misma lengua, del mismo modo. cada creatura conversaba con todas las otras respecto de aquellas cosas que normalmente se hacen o se experimentan, de modo que dolíanse en común ante las desgracias y compartían la alegría si algo provechoso les ocurría.

7. Es que gracias al común lenguaje se comunicaban unos con otros los placeres y sinsabores, y eran comunes sus complacencias y sus disgustos,. y de ellos resultaba la similitud de temperamentos y sentimientos. Pero al cabo, hastiados de la abundancia de los bienes a su alcance, cosa que suele suceder a menudo, lanzáronse en pos del amor por lo inalcanzable y enviaron una embajada en demanda de la inmortalidad pidiendo ser liberados de la vejez. y gozar de la plenitud de la juventud por siempre. Alegaban que entre ellos uno solo de los animales, el reptante, es decir,. la serpiente, había hasta entonces alcanzado ese don. Ella, en efecto, despójase de su vejez y toma de nuevo a la juventud primera, y es absurdo, decían, que los seres superiores queden relegados [3] con respecto a los inferiores y que todos lo estén con respecto a uno.

[3] En lo que hace a la prerrogativa de la inmortalidad.

8. Este atrevimiento tuvo, sin embargo, el condigno castigo. Al punto, en efecto, su hablar tornóse diverso, de modo que a partir de ese momento ya no pudieron entenderse unos a otros en virtud de la diferencia que mediaba entre los lenguajes en que la única y común lengua de todos. había sido dividida.

9. IV. Ahora bien, Moisés, dicen estos críticos, se aproxima más a la verdad por cuanto en su narración separa a los seres irracionales de los racionales, asegurando que la unidad idiomática era propia de los hombres solamente. Pero aún esto constituye una invención, por cuanto, dicen, la división del habla en innumerables lenguajes particulares, hecho al que Moisés llama "confusión de las lenguas" tuvo lugar para remedio de las iniquidades, de modo que, al no poderse entender entre sí, ya no incurriesen los hombres en faltas colectivas, y en cambio, enmudecidos en cierto modo unos con respecto a otros [. ..] [4] intentasen emprender las mismas obras con las mismas intenciones.

[4] Laguna en el texto de los manuscritos; de modo que la traducción es conjetural. Tal vez. haya que suplir algo así como: "cada uno obrase aisladamente, y no..."

10. Mas no se ve qué ventaja ha venido a resultar de esto. Porque, después que hubieron sido separados en naciones y dejaron de hablar la lengua única, lo mismo que antes se han llenado muchas veces tierra y mar de iniquidades sin número, ya que las causas del

común mal proceder no residen en la comunidad de lengua sino en los comunes deseos de delinquir que abriga el alma.

11. Es innegable que los hombres que han perdido el uso del habla dan a entender lo que desean mediante señales, miradas y las otras posiciones y movimientos del cuerpo con no menos eficacia que mediante la expresión hablada. Añádase a esto que frecuentemente una única nación, en la que no sólo la lengua es una sola sino son unas mismas las leyes y las modalidades de vida llega a tal punto de iniquidad, que sus faltas pueden igualarse con las faltas de toda la especie humana.

12. A su vez, innumerables hombres, al no poder prever, por ignorar otros lenguajes, los acontecimientos inminentes, han sido tomados desprevenidos por los que los acometieron; y a la inversa, un conocimiento de los mismos los ha puesto en condiciones de apartar los temores y peligros que los amenazaban; de lo que se concluye que la posesión de un común lenguaje es más útil que dañosa; conclusión que se ve corroborada también por el hecho de que hasta hoy los habitantes de cada región, y en particular los nativos del lugar, deben el vivir preservados de males a ninguna otra cosa tanto como al hecho de hablar una única lengua.

13. Además, es indudable que, si un hombre llega a aprender otros idiomas, de inmediato crece en consideración ante quienes le tratan, y ténenlo por un amigo, que ofrece no pequeña muestra de su apego en su familiaridad con el vocabulario de ellos, familiaridad que parece brindarles la seguridad de que nada perjudicial puede venirles de él. ¿Por qué, entonces, habría de privar Dios a la especie humana de la unidad idiomática como si ésta fuera causa de males, cuando lo que correspondía era que la asegurara como fuente del máximo provecho?

14. V. Los que [.....] las conclusiones fáciles de alcanzar propias de quienes en su indagación se atienen a la letra de las leyes, refutarán, empleando sus propios argumentos, a los que con malévolas maquinaciones sostienen tales cosas; [...][5] sin deseo de controversia, ajenos a toda disputa sofística y siguiendo el encadenamiento de una ilación lógica que no admite claudicaciones, y, si surge cualquier obstáculo fácilmente da cuenta de él para que el curso de las argumentaciones se convierta en una marcha sin tropiezos.

[5] Laguna en el texto de los manuscritos. Conjeturalmente se podría completar el pasaje más o menos así: "Los que esgrimen (o prefieren) las conclusiones fáciles. . .; nosotros, en cambio, nos atendremos a nuestra norma de interpretar alegóricamente la sagrada palabra..."

15. Así, decimos que las palabras "La tierra toda era un solo labio y una sola voz" expresan una consonancia [6] de inmensos e innumerables males. Estos males son todos los que infiérense las ciudades unas a otras, las naciones-a las naciones y los países a los países, y los que perpetran los hombres no sólo contra sí mismos sino también contra la Divinidad. Y éstas son las iniquidades que cometen el plano colectivo; pero nosotros observamos también la inmensa multitud de males que adviértense en cada hombre en particular, especialmente cuando esa consonancia carece de armonía, entonación y musicalidad.[7]

[6] En éste y en los párrafos subsiguientes traduzco el término griego *symphonía* por consonancia. Por supuesto que es imposible advertir en la traducción española la relación que en la lengua griega liga *symphonía* = consonancia, concierto de voces o

sonidos, voz o sonido conjunto, y la expresión del pasaje bíblico mía *phoné* =: una sola voz.
[7] Vale decir, cuando esa consonancia no es tal sino disonancia y sonido desacorde.

16. VI. ¿Quién, ciertamente, ignora lo que sucede cuando la pobreza y el descrédito se mezclan con las enfermedades y mutilaciones del cuerpo y, a su vez, estos males se combinan con las enfermedades del alma por efecto de la melancolía, la avanzada edad o alguna otra grave desgracia que sobreviene?

17. La verdad es que, si una sola de dichas desgracias, al hacer sentir su fuerza, es suficiente para derribar y postrar aun al más seguro de sí mismo, ¿qué calamidad hay comparable con aquella que resulta de que todas juntas las desgracias del cuerpo, del alma y exteriores, como obedeciendo a una misma orden, se precipiten en masa y a un mismo tiempo? Porque, a no dudarlo, la caída de los guardianes trae forzosamente consigo la de los protegidos.

18. Y guardianes del cuerpo son la riqueza, la reputación y los honores,[8] los que lo enderezan, yerguen y le dan un aspecto arrogante; en tanto que las situaciones opuestas, vale decir, el deshonor, el descrédito y la pobreza lo descalabran a la manera de enemigos.
[8] Ver Sobre la ebriedad, 211 y ss.

19. A su vez, guardias del alma son los oídos, los ojos, el olfato, el gusto, la hueste toda de la sensibilidad, a la que hay que agregar la salud, el vigor, la capacidad y la resistencia corporales. En ellos, en efecto, como en firmes moradas de sólidos cimientos y seguros reparos, deambula y reside la. inteligencia, que allí engalánase sin que nada obstaculice el libre desenvolvimiento de sus propias tendencias y con libertad para avanzar por doquier a través de cómodas y amplias rutas hacia lo alto.

20. Mas contra estos guardianes están, como he dicho, acampadas fuerzas enemigas: la pérdida de los órganos de los sentidos y la enfermedad, las que muchas veces llevan a la inteligencia al borde del desastre. Estas desgracias que se producen sin nuestra intervención son en extremo penosas y afligentes, pero resultan más leves con mucho si se las compara con las que resultan de nuestra propia determinación.

21. VII. Consideremos, pues, en particular cuál es la consonancia resultante de los males voluntarios. Nuestra alma, lo sabemos, se divide en tres partes, una asignada a la inteligencia y a la razón, otra al elemento irascible y otra a la concupiscencia.[9] Cada una de estas partes produce efectos dañosos para sí en particular y todas para todas: en común. Ello ocurre cuando la inteligencia cosecha cuanto. siembran sus locuras y sus actos de cobardía, su intemperancia. e injusticia; cuando el elemento irascible da a luz sus furiosos y extraviados frenesíes y demás males que engendra en su seno; y cuando la concupiscencia siembra por todas partes livianas. apetencias sin término, frutos de la inmadurez, las que vuelan al azar ora hacia las cosas materiales ora hacia las espirituales.
[9] O a la cólera la primera, y al apetito o deseo la segunda. Ver Interpretación alegórica III, 115.

22. Entonces,'en efecto, ocurre lo que en un barco tripulado en el que, dominados por una cierta locura, pasajeros y pilotos se confabulan para la destrucción de la nave, y los

que tal cosa han maquinado son los primeros en perecer. Hay, en efecto, un mal más grave que todos los otros y casi incurable: esta cooperación de todas las partes del alma en el mal obrar, puesto que, tal como sucede en una desgracia que alcanza a todo un pueblo, nadie está en condiciones de procurar el remedio para la curación de los que padecen, ya que hasta los médicos están postrados al par de la multitud, y la pestilente enfermedad hace presa en ellos, convirtiéndolos en víctimas de una calamidad de la que nadie escapa.

23. De este infortunio es símbolo el gran diluvio descripto en la obra del legislador, "cuando las cataratas del cielo" derramaron los torrentes de la misma maldad en impetuosa caída y de "las fuentes de la tierra" (Gen. VII, II),[10] vale decir, del cuerpo manaron las corrientes de cada pasión, corrientes numerosas y grandes, las que, unidas y mezcladas con los primeros, revolvíanse en ininterrumpidos torbellinos y agitaban la región toda del alma que las había recibido.
[10] En el texto de los LXX se lee: "desde el abismo". [n] Estas "creaturas" y "bestias" son el elemento irascible, la concupiscencia y sus respectivos engendros, a los que se refiere Filón en 21.

24. "Viendo Dios Soberano", dice Moisés, "que las iniquidades de los hombres se habían multiplicado sobre la tierra y que cada uno se proponía con celo en su corazón maldades todos los días" (Gen. VI, 5 y 6), decidió castigar al hombre, vale decir, a la inteligencia, y con él a las creaturas reptantes y a las voladoras y a la restante irracional multitud de bestias salvajes.[11] Y el castigo fue el diluvio.

25. El diluvio, en efecto, fue un desborde de iniquidades, un inmenso torrente de faltas, en el que nada se oponía y todas las cosas estallaban incontroladamente para procurar ocasiones sin número a los hombres, prestos a gozar todo lo posible. Y sucedió lo que cabía esperar, a no dudarlo; ya que no se trataba de la corrupción de una determinada parte solamente del alma, lo cual hubiera permitido preservar la salud de las restantes; sino de que ninguna de sus partes estaba libre de enfermedad y corrupción. Moisés dice: "Viendo lo que cada uno", es decir, lo que todo pensamiento, no uno solo, "se proponía", el incorruptible Juez aplicó el castigo correspondiente a la falta.

26. VIII. Éstos son los que conciertan entre sí una alianza en la depresión salada. Efectivamente, la región de los vicios y las pasiones es cóncava, áspera y semejante a una depresión, salada realmente y productora de amargos padeceres. La conjuración y alianza de estos hombres fue destruida por el sabio Abraham cuando éste vio que los juramentos y compromisos de aquéllos carecían de dignidad. Leemos, en efecto, que "Todos éstos unieron sus voces [12] para marchar sobre la depresión salada; ésta es el mar de las sales". (Gen. XIV, 3.) 27. Observa también a esos estériles en el saber y ciegos de entendimiento; entendimiento en el que cabía esperar una aguda visión; a esos cuyas características oculta el nombre de sodomitas;[13] observa, digo, cómo todo conjuntamente, desde los más jóvenes hasta los más viejos, corre en torno a la morada del alma para deshonrar y destruir los sacros y santos pensamientos [14] hospedados en ella, pensamientos que son sus guardias y centinelas; sin que ninguno haya pensado en absoluto entre ellos oponerse a los que delinquen ni rehuir él el cometer injusticias.
[12] En griego *synephónesan*, emparentado con *symphonía*.
[13] Habitantes de la bíblica Sodoma, ciudad cuya impiedad y corrupción la hacían merecedora de la destrucción, a la que llegan dos ángeles, que son hospedados por Lot en su morada.

[14] "Pensamientos" es una traducción por demás vaga del término *logoi*, pero insustituible a falta de otra mejor. Según se aclara más abajo, se trata de los denominados ángeles o mensajeros en las sagradas escrituras. Como alegorías de las actividades del amia son, sin duda, pensamientos; pero como pluralizaciones o manifestaciones particulares del *lógos* Divino no cabe concebirlos como meras influencias intelectuales y morales, sino como verdaderos entes espirituales al modo como se los describe en Sobre la sobriedad, 174, donde aparecen como instructores de Jacob.

28. En efecto, no unos sí y otros no; sino "todo el pueblo", como dice la escritura, "jóvenes y viejos rodearon la casa" (Gen. XIX, 4), conspirando contra los Divinos y sacros pensamientos, a los que solemos denominar ángeles.

29. IX. Pero Moisés, el profeta de Dios, les saldrá al encuentro y contendrá el grande torrente de su osadía aunque ellos, colocando a su frente como rey a la más atrevida y hábil elocuencia, se lancen al ataque movidos por un unánime impulso y aunque sus recursos acrezcan al punto de desbordar como un río. Léese, en efecto: "He aquí que el rey de Egipto se aproxima sobre las aguas; mas tú permanecerás saliéndole al encuentro sobre la orilla del río." (Ex. VII, 15.)

30. Así pues, el necio sale sobre el compacto torrente de las iniquidades y pasiones, que se asemeja al agua; el sabio, por su parte, recibe de Dios, el eternamente firme, un privilegio que es connatural al poder de Este, poder indoblegable e inconmovible siempre.

31. Se le ha dicho, en efecto: "Tú permanece aquí Conmigo" (Deut. V, 31) para que, despojándose de la vacilación y la duda, disposiciones propias de un alma sin firmeza, se invista de la más segura y estable de las disposiciones, que es la fe. En segundo lugar, singular paradoja, estando fijo sale al encuentro. La escritura, en efecto, dice: "Permanecerás saliéndole al encuentro", no obstante que el salir al encuentro implica la idea de movimiento, y el permanecer la de no moverse.

32, Sin embargo, no se trata aquí de cosas en pugna sino de cosas que armonizan al máximo. Sucede, en efecto, que aquel cuyo discernimiento caracterízase por permanecer tranquilo y firmemente asentado, enfrenta a todos aquellos que se complacen en la agitación y el tumulto y lanzan el embate de la tempestad que engendran sus manos contra el que es capaz de conservar la serenidad.

33. X. Es lógico, ciertamente, que el enfrentamiento tenga lugar en el borde [15] del río. Los labios [16] son los límites de la boca, una especie de valla de la lengua y a través de ellos pasa la corriente del habla cuando comienza su flujo descendente.

[15] El término griego *kheílos*, además de labio, significa también margen, orilla o borde, lo cual permite a Filón relacionar lo del encuentro "sobre la orilla del río" con el labio o los labios, vinculando así la cita bíblica con los pasajes "uno solo es el labio" y "'confundió el Señor los labios de la tierra toda" de Gen. XI, 1 a 9 citado en el parágrafo 1.

[16] Ver la nota anterior.

34. Ahora bien, los que odian a la virtud y aman las pasiones tienen como aliada a la palabra para la introducción de sus infames doctrinas; en tanto que, contrariamente, los

hombres de bien la emplean como tal para la destrucción de semejantes doctrinas, y para asentar el poderío inconmovible de las superiores y verdaderamente nobles. 35. Efectivamente, cuando aquéllas, después de haber soltado todas las amarras de las contenciosas disputas, hayan sido derribadas y destruidas por la opuesta embestida de las palabras sensatas, el sabio ordenará justa y apropiadamente el sacratísimo coro para un cántico de victoria y cantará armoniosamente.

36. "Israel", dice, en efecto, "vio a los egipcios muertos sobre los bordes del río" [17] (Ex. XIV, 30); no en otro lugar. Y la muerte a que aquí se refiere no es la consistente en la separación del alma y del cuerpo, sino la destrucción de las doctrinas impías y de las palabras que emplean aquéllos a través de sus bocas, sus lenguas y demás órganos del habla.
[17] Evidentemente se trata de un error o de una sustitución ex profeso de. Filón. El texto de los LXX dice "del mar".

37. Ahora bien, la muerte de la palabra es el silencio, no aquel que guardan las personas mesuradas teniéndolo por señal de modestia; ya que este silencio es hermano de la aptitud para hablar y constituye un poder cuyo cometido es conservar para el momento oportuno aquello que hay que decir; sino aquel otro que soportan contra su deseo aquellos a los que el poder de sus oponentes ha dejado impotentes y postrados y ya no encuentran asidero[18] alguno.
[18] O argumento.

38. Cuanto éstos alcanzan a asir se les diluye, cuanto eligen como apoyo resulta inestable al punto de que no pueden evitar la caída antes de lograr afirmarse. Con ellos ocurre lo que en el molino empleado para sacar agua. En el medio de él hay unos escalones en los que el labrador, cada vez que desea regar los sembrados, se sube de pie pero, al no poder evitar el deslizarse circularmente, con el fin de no caerse se toma con las manos de cierto objeto firme a su alcance, y así mantiene suspendido del mismo todo su cuerpo. De este modo usa sus manos en función de pies y los pies en el papel de manos, puesto que se mantiene gracias a las manos, cuyo cometido propio es trabajar, y trabaja mediante los pies, los que normalmente sirven para mantenerse sobre ellos.

39. XI. Ahora bien, muchos hay que, incapaces de frustrar enérgicamente las convincentes argumentaciones de los sofistas a causa de que, por vivir permanentemente entregados a actividades de orden práctico, carecen de una ejercitación profunda sobre el uso de las palabras, se han refugiado en la alianza del Único Sabio y han suplicado Su asistencia. Entre ellos uno de los discípulos de Moisés, elevando sus súplicas en salmos, dijo: "Que sus labios engañadores se tomen mudos." (Salmos XXX [XXXI], 19.) Mas no podrían enmudecer a no ser que les cierre la boca el Único que tiene a la palabra misma por vasalla.

40. Preciso es, pues, que huyamos sin desandar un paso de las uniones cuyo objeto es delinquir, y que mantengamos firmemente nuestra alianza con los amigos de la sensatez y el saber.

41. Por eso me siento lleno de admiración ante la armoniosa justeza de las palabras de aquellos que dicen: "Todos somos hijos de un solo hombre; somos pacíficos." (Gen. XLII, 11.) Diríales yo, en efecto: ¿Cómo podríais no detestar la guerra y no amar la paz, oh hombres bien nacidos, si os habéis registrado como hijos de un mismo padre, ser no

mortal sino inmortal, hombre de Dios,[19] que, siendo el *lógos* del Eterno, por fuerza también él es imperecedero?
[19] La misma concepción acerca del *lógos* Divino aparece también, en los parágrafos 62 y 146.

42. Aquellos cuya gestación espiritual reconoce numerosos orígenes y se adhieren a. la maldad llamada politeísmo discrepan entre sí, honrando unos a unas divinidades otros a otras, y producen alteraciones y discordias intestinas y exteriores con las que llenan sus vidas desde el nacimiento hasta la muerte de contiendas sin tregua.

43. En cambio, los que se complacen en una sola ascendencia y honran al recto *lógos* [20] como su único padre, sienten veneración por la armoniosa y deliciosa "consonancia" de las virtudes y viven una vida serena y tranquila; vida que no es, como algunos suponen, ociosa y vil, sino altamente viril y de extrema agudeza en la lucha contra quienes intentan alterar la paz y están siempre empeñados en la violación de lo jurado. Ocurre, en efecto. que está en la naturaleza de los hombres pacíficos el ser hombres de guerra cuando se presenta la ocasión de alistarse y resistir a aquellos que subvierten la estabilidad del alma.
[20] O tal vez mejor en este caso: la recta razón, ya que normalmente Filón se refiere en particular a la connotación racional, excluida la elocutiva, del término *lógos*, cuando le acompaña el adjetivo *orthós* = recto,

44. XII. La verdad de mis palabras es atestiguada en primer lugar por la disposición de la inteligencia de cada uno de los que aman la virtud, que es la que he descripto; y en segundo lugar por un miembro del profético coro, que poseído de Divina inspiración, proclamó en alta voz: "¡Oh madre, cuan grande me has engendrado, hombre de combate y hombre de desagrado de toda la tierra! A nadie he debido nada ni me han debido a mí, ni mi fortaleza cedió ante sus imprecaciones." (Jeremías XV, 10.)

45. Y bien, ¿no es todo hombre sabio inconciliable enemigo de todos los ruines, consistiendo sus aprestos para la defensa, no en la preparación de trirremes, máquinas de guerra, armas y soldados, sino en razonamientos?

46. En efecto, en presencia de la guerra que en plena paz desarróllase continua e ininterrumpidamente entre los hombres todos, así en lo privado como en los asuntos públicos, no sólo entre naciones, regiones, ciudades y aldeas, sino también de casa contra casa y de cada hombre consigo mismo, ¿quién habrá que no reproche, reprenda, amoneste, corrija, no sólo de día sino también de noche, sin que pueda su alma tranquilizarse a causa de su natural odio al mal?

47. Es que en plena paz se hacen todas las cosas propias de la guerra. Los hombres despojan, roban, esclavizan, saquean, arruinan, ultrajan, ofenden, corrompen, deshonran, asesinan a ocultas,[21] y, si son más poderosos, matan abiertamente.
[21] O mediante maquinaciones o a traición.

48. Cada hombre coloca ante sí un blanco: la riqueza o la gloria, y hacia él lanza, como si se tratara de dardos, las acciones todas de su vida, y haciendo caso omiso de la equidad,[22] persigue su opuesto; desecha la camaradería, domínalo la avidez de poseer para sí solo los bienes de todos, y odia a los demás hombres, devolviendo odio por odio. Su benevolencia es hipocresía, siendo amigo de la espuria adulación, enemigo de la

genuina amistad, hostil a la verdad, defensor de la falsedad, tardo en ayudar, rápido en el daño, prestísimo en la calumnia, reacio en salir en defensa de alguien, cínico en el engaño, sumamente falso en sus juramentos, infiel en grado sumo, esclavo de la ira, sumiso al placer, protector de la maldad y corruptor de lo bueno.
[22] O justicia.

49. XIII. Éstos y los demás del mismo tenor son los muy disputados bienes de la ensalzada y admirada paz que la inteligencia de cada uno de los insensatos venera, admira y adora; bienes. en presencia de los cuales el hombre sabio siente repugnancia. y dice a su madre y nodriza la sabiduría: "¡Oh madre, cuan grande me has engendrado!", grande no en poder corporal sino en fuerza para odiar la maldad; un hombre de "desagrado y combate", pacífico por naturaleza, pero, por ello precisamente, belicoso al mismo tiempo frente a los que deshonran la inmensamente apetecible belleza de la paz.

50. "Nada he debido ni nada me han debido a mí", pues ni ellos han hecho jamás uso de los bienes míos ni yo he hecho uso de los males de ellos, antes, como escribió Moisés, "nada de lo que desean he tomado de ninguno de ellos" (Núm. XVI, 15), pues ellos atesoran para sí cuanto constituye el mundo de sus apetencias, vale decir, cuanto tienen por máximo provecho, que no es otra cosa que el supremo daño.

51. "Ni mi fortaleza cedió ante las imprecaciones que lanzaban sobre mí", ni, sostenido por la incomparable fortaleza de las Divinas doctrinas, me he doblegado ante sus malos tratos; antes bien, pleno de vigor he reprochado a los que no se purifican a sí mismos.

52. "Dios", como está señalado en cierto pasaje de los salmos, "nos ha colocado. para contradecir a nuestros vecinos". (Salmos LXXIX [LXXX], 7.) Por "nosotros" [23] entiéndanse aquí todos los que anhelan la recta opinión; y "contradictores" por naturaleza no son otros que aquellos que han poseído siempre el celo por el saber y la virtud; que se oponen a los "vecinos" del alma; que desenmascaran a los placeres residentes en su casa, a los deseos que viven a su lado, a la cobardía y a los temores; que avergüenzan al tropel de las pasiones y vicios; que refutan, además, a la sensibilidad toda, a los ojos sobre lo que vieron, a los oídos sobre lo que han oído, al olfato sobre los olores, al gusto sobre los sabores, al tacto sobre las particularidades cuyo contacto denota las propiedades de las sustancias, y, en fin, a la palabra [24] sobre cuanto ésta se ha permitido manifestar.
[23] "Nosotros"; referencia al "nos" del pasaje bíblico.
[24] Literalmente: el *lógos* pronunciado. Sobre los dos *lógoi* ver Sobre los querubines, nota 8.

53. Vale, por eso, la pena que indaguemos con empeño qué, cómo y por qué nuestra sensibilidad percibe, nuestra palabra expresa y nuestra afectividad encauza nuestros sentimientos; y que pongamos al descubierto cada uno de sus errores.

54. Aquel, en cambio, que no contraría a ninguna de estas cosas sino asiente a todo en seguida, se engaña a sí mismo sin darse cuenta, y fortifica a vecinos que oprimen al alma y a los que es mejor tener por subordinados que por jefes. Si ellos poseyeren el mando, siendo, como es, su reina la locura, causarán grandes y numerosos daños; subordinados, en cambio, prestarán el debido servicio dócilmente y sin rebelarse ya, como antes, contra el yugo.

55. Cuando estos "vecinos" hayan aprendido a obedecer, y los que anhelan la recta opinión hayan asumido el mando, empleando no sólo el saber sino también la fuerza, todos los pensamientos protectores y defensores del alma se aproximarán movidos por un mismo propósito a aquel que posee la mayor jerarquía entre ellos[25] y le dirán: "Tus siervos han practicado el recuento de los hombres de guerra que hay entre nosotros, y ninguno de ellos se ha manifestado disconforme" (Núm. XXXI, 49) ,[26] sino, como los instrumentos musicales, cuyas notas armonizan todas perfectamente, así también nosotros hemos respondido como un eco a todas las lecciones, sin pronunciar palabra alguna ni realizar obra alguna disonantes o discordantes; de modo que hemos puesto en ridículo al otro coro, el de los carentes de arte, inerte todo él y sin voz, el coro que eleva cánticos a Madián, la nodriza de las cosas corporales, y a su vástago, esa masa de cuero llamada Baal Fagor.

[25] Es decir, a Moisés en el relato literal.

[26] O discordante, término que se amolda más al tema de la consonancia, sinfonía o concierto de voces que trata el autor. Ver Sobre la ebriedad, 114 y ss. otro enfoque de Filón sobre el mismo pasaje bíblico.

56. Es que nosotros somos la raza "de los elegidos de ese Israel", que ve a Dios, entre los que "ninguno de ellos se ha manifestado discordante" (Ex. XXIV, II),[27] para que el mundo todo, que es instrumento del Todo, resuene con la grata melodía de sus armonías.

[27] El sentido del pasaje bíblico es: "Y ninguno de los elegidos de Israel había muerto". El verbo griego *diaphoneín* significa básicamente disentir, estar o manifestarse en desacuerdo, pero figuradamente haber perecido o muerto. Filón, aunque probablemente entiende en este último sentido dicho verbo, con todo para adecuarlo a su alegoría en torno a la musical consonancia o acuerdo de voces, le asigna, sin duda, el sentido literal de "estaba en desacuerdo" o "hacía oír su voz en discordancia".

57. Y así, también Moisés dice que aquella belicosísima razón llamada Fineas,[28] recibió la paz a título de trofeo en razón de que, movido por el celo por la virtud y preparado para la guerra contra el vicio, despedazó toda cosa creada; y a continuación el mismo premio es dado a aquellos [29] que, tras haber practicado cuidadosas indagaciones e investigaciones empleando para ello como más claro testimonio a la vista que al oído, sustentan de buen grado la creencia de que lo mortal rebosa de falsedad y está pendiente de meras suposiciones.

[28] Núm. XXV, 12.

[29] Es decir, los capitanes u oficiales superiores encargados de la leva de que habla Filón en el parágrafo 55.

58. Admirable, pues, es esta consonancia de voces a que me refiero; pero admirabilísima y superior a todas las armonías, síntesis de todos, es aquella en la que aparece el pueblo entero cuando manifiesta movido por un mismo impulso: "Todo cuanto Dios ha dicho haremos y escucharemos." (Ex. XIX, 8.)

59. Estos, en verdad, no es al *lógos* al que seguirán como guía, sino a Dios, el soberano del universo, a través del cual avanzan en procura de la acción más que de las palabras. En efecto, mientras los demás escuchan primero y luego obran, éstos, y he aquí lo paradójico en extremo, afirman que primero han de obrar y luego escucharán a fin de mostrarse, marchando en pos de la excelencia en las obras estimulados no por la enseñanza y el consejo sino por el deseo de obrar y por el espontáneo impulso de su

inteligencia. Y, si dicen que después de obrar escucharán, es con el propósito de poder juzgar si sus acciones concuerdan con las Divinas y sacras prescripciones.

60. XIV. Acorde plenamente con la naturaleza de las cosas es la afirmación de que los que conspiraban para consumar iniquidades "moviéndose desde el oriente[30] hallaron una llanura en la tierra de Senaar y allí se establecieron". (Gen. XI, 2.) En efecto, las clases de "elevaciones" del alma son dos: la mejor y la peor. La mejor tiene lugar cuando el resplandor de las virtudes se eleva como los rayos del sol; la peor cuando las virtudes se sumergen en sombras y son los vicios los que se elevan.

[30] El termino *anotóle* significa oriente, este o levante, y en general naciente o elevación de un astro, sentidos estos últimos que conviene tener presente para seguir en la traducción española los razonamientos que a propósito de él hace Filón.

61. Un ejemplo de la primera es el siguiente: "Y plantó Dios un parque en el Edén hacia el oriente" (Gen. II, 8), un parque no de plantas terrestres sino de virtudes celestiales que el Plantador hizo elevarse desde Su incorpórea claridad para no extinguirse jamás.

62. Y he escuchado también de uno de los discípulos de Moisés el siguiente oráculo: "He aquí un hombre cuyo nombre es Oriente"[31] (Zacarías VI, 12); título sumamente extraño, en verdad, si el ser que te representas fuere uno compuesto de cuerpo y alma. Pero si tienes presente que se trata de aquel ser incorpóreo, en nada diferente de la Divina imagen, convendrás en que el nombre de Oriente le ha sido asignado con sumo acierto.

[31] O elevación, o naciente.

63. Se trata, efectivamente, del primero de los hijos que el Padre de todas las cosas ha hecho surgir, el engendrado al que en otro lugar califica de Su primogénito, y que, imitando los caminos del Padre, dio forma a las diversas especies con la mirada fija en los ejemplares arquetipos de Aquél.[32]

[32] El *lógos* Divino. Ver el parágrafo 146.

64. XV. De la clase peor de elevación es un ejemplo lo que se ha dicho a propósito de aquel que quería maldecir a quien Dios alababa. Aquél, en efecto, es presentado como residiendo en oriente, mas este oriente, si bien se llama igual que el otro, es su opuesto y está en conflicto con él. 65. Leemos, en efecto: "Balak me ordenó volver de la Mesopotamia, de las montañas del oriente, diciendo: 'Ven aquí, maldice para mí a aquel a quien Dios no maldice'." (Núm. XXIII, 7 y 8.) "Balak" significa "demente" y es un nombre acertadísimo. ¿Cómo, en efecto, no ha de ser terrible demencia esperar que el Que Es sea engañado y que Su firmísimo designio pueda ser cambiado por los sofismas de los hombres?

66. También Balaam por ese mismo motivo habita en la Mesopotamia;[33] pues su discernimiento está sumergido como en la parte más central de las profundidades de un río y no es capaz de remontarse nadando y de salir a la superficie; y tal situación es el levante mismo de la insensatez y el poniente del recto discernimiento.

[33] Mesopotamia, cuyo sentido etimológico es "situado entre ríos" y también."situado en medio de un río", sentido este ultimo que da pie a Filón para su interpretación.

67. Se nos dice que estos autores de una consonancia que no es sino desarmonía se mueven desde el oriente. ¿Desde cuál de los dos orientes, desde el de las cosas virtuosas

o desde el de las viciosas? Si se trata del de las cosas virtuosas, lo que se describe es una completa separación. Mas si se trata del de las viciosas la descripción corresponde a cierto movimiento conjunto, análogo al que hacemos cuando movemos las manos, no separadamente las manos solas sino en coordinación con todo el cuerpo.

68. En efecto, el lugar donde se halla el vicio es para el hombre ruin el comienzo y punto de partida hacia las actividades antinaturales. Cuantos han abandonado el campo de la virtud y usado los puntos de partida de la demencia, han hallado y habitan un lugar apropiadísimo, que en lengua hebrea se llama Senaar. y en la helena "sacudida".

69. Y efectivamente, la vida toda de los hombres ruines está agitada, perturbada y sacudida, en perpetuo trastorno y alteración, y no atesora en sí ni un vestigio siquiera del genuino bien. Es que, así como de las cosas que caen sacudiéndose, las que no son sostenidas por una fuerza cohesiva se desprenden precipitándose todas; del mismo modo, a mi parecer, el alma de quien alimenta designios de delinquir es presa de agitación, pues arroja fuera toda forma de virtud de modo que ni una sombra o reflejo de ella aparezca en absoluto.

70. XVI. Así, la raza amante del cuerpo que son los egipcios es presentada huyendo no del agua, sino "bajo el agua", vale decir, bajo el torrente de las pasiones, y, cuando se ha sumergido en ellas, se agita y trastorna; y, cuando arroja fuera la serenidad y estabilidad de la virtud, atrae hacia sí el alboroto del vicio. Por eso se nos dice que "sacudió a los egipcios en medio del mar cuando huían bajo el agua". (Ex. XIV, 27).

71. Éstos son los que no conocen ni siquiera a José, vale decir, a la inestable vanidad de la vida; y cometen sus públicas indignidades sin reservarse ni un vestigio, ni una sombra ni una apariencia de dignidad.

72. Así, dice Moisés que "surgió en Egipto otro rey"; el que "no conoció" ni siquiera "a José" (Ex. I, 8), es decir, al bien sensible, que es el último absolutamente y postrero de los bienes. Este rey es aquel que destruía no sólo las perfecciones sino también los progresos, no sólo la clara visión cual surge a través de la vista sino también la enseñanza que llega a través del oído. El tal rey dice: "Ven aquí, maldice para mí a Jacob, y ven aquí, descarga tus maldiciones sobre Israel" (Núm. XXIII, 7); lo mismo que si dijera: 'Ve y acaba. con ambos, con la vista y con el oído del alma para que no puedan ver ni oír bien verdadero y genuino alguno'. Israel, en. efecto, simboliza la visión y Jacob la audición.

73. La inteligencia de éstos tales se agita en cierto modo, y arroja fuera la naturaleza toda del bien, en tanto que, por el contrario, la inteligencia de los hombres nobles, alcanzando la nítida y pura representación de los bienes, sacude y arroja fuera de sí al mal.

74. Observa, por ejemplo, cómo se expresa el ejercitante.[34] "Suprimid", dice, "los dioses ajenos que hay con. vosotros en medio de vosotros, y purificaos, cambiaos vuestras vestiduras; y levantémonos y vayámonos a Betel" (Gen. XXXV, 2 y 3), a fin de que, aunque Labán exigiere una indagación, ningún ídolo pueda ser hallado en la casa toda [35] y sí, en cambio, bienes sustanciales y verdaderamente reales, registrados, como sobre una estela, en la inteligencia del sabio; bienes que constituyen la herencia de Isaac, vale decir, de la raza de los que poseen un saber espontáneamente adquirido. Sólo Isaac, en.

efecto, recibe de su padre los bienes sustanciales.[36]
[34] Jacob.
[35] Gen. XXXI, 35.
[36] Gen. XXV, 5.

75. XVII. Mas, observa que no dice que ellos[37] marchan hacia un llano, en el cual se establecen, sino que, después de haber buscado y explorado totalmente, "hallaron" el sitio más apropiado para la demencia. Es que realmente todo insensato no se limita a tomar para sí lo que otro le proporciona sino busca el mal y lo descubre, y no le bastan solamente aquellos males hacia los que de por sí tiende una naturaleza depravada sino agrega los acabados esfuerzos propios del artífice de maldades.
[37] Los que se establecieron en la llanura de Senaar; alegóricamente: los que han abandonado el campo de la virtud", según el parágrafo 68.

76. Y ojalá, en verdad, fuera por corto tiempo y cambiara al cabo de residencia; pero el caso es que se determina a quedarse allí permanentemente. Leemos, en efecto, que "hallaron el llano y se establecieron en él" cual si se tratara de su país, no que se instalaron transitoriamente en calidad de extranjeros. Porque, si al encontrarse con las faltas, las hubieran considerado' extrañas a sí y como extranjeras, el mal hubiera sido menor;
mas las consideran como propias y familiares. Residiendo a. título de transeúntes hubieran podido partir más tarde; al establecerse como habitantes demostraban su completa determinación de permanecer .allí.

77. Tal es el motivo por el que todos los considerados sabios por Moisés son presentados residiendo transitoriamente en un determinado lugar. Es que sus almas, si bien, movidas por el deseo de ver y aprender, tienen la costumbre de realizar viajes a la naturaleza terrestre, jamás emigran definitivamente del cielo a otra morada.

78. De ese modo, una vez que, situadas temporariamente en cuerpos, han contemplado a través de ellos bascosas sensibles y mortales, elévanse nuevamente hacia el lugar del que primeramente habían salido, entendiendo que su patria es la región celestial, de la que son ciudadanos; y que la terrestre, donde residieron de paso, es tierra extranjera. Si para aquellos que han fundado una colonia la región que los ha recibido se convierte en la patria en vez de la metrópoli, para los que simplemente se hallan viajando por tierra extranjera la patria sigue siendo aquella que los vio partir y hacia la que anhelan retornar.

79. Con razón, en verdad, Abraham, al levantarse de la vida que es muerte y vanidad, dirá a los guardianes de la muerte y tesoreros de la mortalidad: "Soy un extranjero y estoy de paso entre vosotros" (Gen. XXIII, 4), "vosotros habéis nacido aquí y preferís el polvo y la tierra al alma, y concedéis precedencia a un hombre llamado Efrón, cuyo nombre significa 'polvo'."

80. Asimismo cabía esperarse lo que el ejercitante Jacob dice lamentándose de su residencia en el cuerpo: "Los días de los años de mi vida que he residido en tierra extraña breves y penosos han sido; no han alcanzado el número de aquellos en que mis padres residieron fuera de su país." (Gen. XLVIII, 9.)

81. Por su parte, al autodidacta Isaac le fue revelado el siguiente oráculo: "No

desciendas hacia Egipto", vale decir, hacia la pasión; "habita en la tierra que Yo te diga", es decir» en la indemostrable e incorpórea sabiduría, "y reside transitoriamente en esta tierra" (Gen. XXVI, 2 y 3), es decir, en la mostrable y sensible sustancia. El oráculo tiende a mostrarnos que ^1 hombre sabio reside en un cuerpo sensible como si fuera un extranjero, en tanto que vive como en su patria en las intelectualmente perceptibles virtudes, las que, pues "son habladas" [38] por Dios, no difieren de las Divinas palabras.
[38] "Son habladas por Dios" las virtudes. La expresión alude al pasaje bíblico que dice: "Habita en la tierra que yo te diga". Por supuesto que la lectura de Filón, supone:
1) tener presente la alegórica igualdad virtudes = tierra o país; 2) pasar por alto que la verdadera lectura del texto, según elementales normas de sintaxis, es: "Habita la tierra que yo te diga (que habites)"; de donde resulta que el objeto directo de "diga" no es "la tierra" sino "que habites"; y 3) admitir que el verbo *eipeîn* = decir, del texto bíblico, es sinónimo de *laleín* = hablar, como pretende Filón al hacer la sustitución. Aceptadas tales premisas, el razonamiento es más o menos como sigue: 1) hablamos palabras o con palabras, no cosas o con cosas; 2) Dios "habla las virtudes"; 3) luego, las virtudes son palabras de Dios.

82. Moisés, por su parte, dice: "Soy un extranjero en tierra ajena" (Ex. II, 22), remarcando de un modo especial que no sólo considera la permanencia en el cuerpo como permanencia en tierra extranjera, tal como la conciben los emigrantes, sino además la tiene por digna de aversión y no merecedora de que nos familiaricemos con ella.

83. XVIII. Ahora bien, como es deseo del hombre ruin poner de manifiesto la unidad de voz y de habla más en la coparticipación en las acciones injustas que en las palabras y frases, pénese a edificar a modo de ciudadela de tirano una ciudad y una torre para el vicio e invita a todos sus compañeros a tomar parte en la obra después de aportar el material correspondiente.

84. Dice, en efecto: "Ea, fabriquemos ladrillos y cozámoslos con fuego" (Gen. XI, 3); que es lo mismo que decir: En este momento todo cuanto concierne al alma lo tenemos en confuso montón, al punto de no distinguirse claramente forma alguna de ninguna especie.

85. Lo que corresponde es que tomemos la pasión y el vicio, como si se tratara de una sustancia informe e indeterminada, y dividamos incesantemente sus especies en las correspondientes categorías y subcategorías hasta las divisiones últimas, a fin de alcanzar una más clara aprehensión de las mismas y un uso y goce paralelo a tal experiencia, goce que es de esperar que aumente nuestros placeres y deleites.

86. Adelante, pues, hacia la asamblea del alma, como si acudierais a la sala del concejo, vosotros, todos los discernimientos que habéis ocupado una plaza en la formación encaminada a destruir la justicia y toda virtud; examinemos con todo cuidado el modo de atacar con éxito.

87. Y los pilares más firmes del éxito serán éstos: dar forma a las cosas informes mediante marcas, figuras y delimitaciones a fin de distinguir cada una de ellas por lo que les es propio, y no de manera imprecisa y dudosa sino con firme seguridad, de conformidad con la naturaleza del cuadrado, figura inconmovible por cierto, a fin de que, afirmadas a modo de ladrillo en perfecto equilibrio, sostengan a su vez las

construcciones superiores'.

88. XIX. Constructora de tales estructuras resulta ser la inteligencia opuesta a Dios, a la que calificamos de rey de Egipto, vale decir, del cuerpo. Moisés nos lo presenta, efectivamente, regocijado por los edificios construidos con ladrillos.

89. Y así ocurre. Cada vez que alguno mediante la mezcla de la sustancia del agua y la de la tierra, la una líquida, la otra sólida, pero ambas en progresiva dispersión y destrucción, fabrica una tercera, intermedia entre ambas, llamada barro, va dividiendo ésta en porciones y dando incesantemente a cada una de las divisiones las formas .correspondientes para que se tornen más firmes y manejables. Sabe, en efecto, que de esa manera la construcción llegará fácilmente a su completa terminación.

90. Imitando este proceso, los hombres de naturaleza depravada, una vez que han mezclado los irracionales y desbordantes impulsos de las pasiones con los más oprimentes vicios, dividen la mezcla en especies: la sensibilidad, en visión, audición, gustación, olfacción e impresión táctil; la pasión, en placer, apetito, temor y pena; el vicio en general, en insensatez, libertinaje, cobardía, injusticia, y todas las demás cosas hermanadas y emparentadas con estas.[39] Hecho esto, los míseros moldean y dan forma determinada a estos materiales, mediante los que se alzará la fortaleza erigida contra el alma.
[39] Luego de mencionar los cuatro vicios y las cuatro pasiones, siguiendo a los estoicos, se refiere Filón, al parecer, a lo que los mismos estoicos llamaban pasiones secundarias: *akrasía* = incontinencia, *bradynoia* = torpeza mental, y *dysbaulía* = decisión torcida o funesta.

91. XX. No faltan, además, quienes en estas circunstancias no se detienen allí; y no sólo han preparado sus propias almas para obrar de esa manera sino además fuerzan violentamente a los que son mejores y pertenecen a la raza poseedora de visión[40] a fabricar ladrillos y edificar fuertes ciudades para la inteligencia que cree reinar sobre ellos;[41] y lo hacen para demostrar que el bien es esclavo del mal, la pasión más fuerte que el sentimiento noble, y la prudencia y cada una de las virtudes súbditos de la insensatez y cada uno de los vicios, por lo que forzosamente cuanto prescribiere su despótico poder ha de ser acatado.
[40] En el relato literal, Israel; simbólicamente, los hombres virtuosos.
[41] Ex. I, 11.

92. 'Observa', dice, en efecto, 'también al ojo del alma, al más trasparente, al más puro y al de más aguda visión entre todos, al único al que le es dado contemplar a Dios, al que lleva el nombre de Israel, preso entre las corporales redes de Egipto, soporta oprimentes dictados en virtud de los cuales. trabaja el ladrillo y toda clase de sustancia terrestre con penosísimos e inacabables trabajos'. Natural es que con tales trabajos Israel se aflija y gima, puesto que no le queda en medio de sus males otro bien que el llorar por su situación.

93. Se nos dice, en efecto, a modo de saludable verdad, que "los hijos de Israel gemían a causa de sus trabajos". (Ex. II, 23.) ¿Y quién entre los que bien disciernen, al ver los trabajos que muchos hombres soportan, y los desmedidos empeños de que habitualmente hacen gala en procura del dinero, la fama y el goce de los placeres, podrá evitar sentir una profunda amargura,. y dejará de elevar su voz hacia Dios, único

salvador, para que alivie sus padeceros y, proveyendo los medios y recursos para el rescate del alma, la restituya a la libertad?

94. ¿Y cuál es la libertad más firme? ¿Cuál? El servicio del único Sabio» como lo atestiguan los oráculos, en los que se ha dicho: "Haz. partir al pueblo para que Me sirva." (Ex. VIII, 1.)

95. Y es característico de los que están al servicio del Que Es no desempeñar tareas propias de coperos, panaderos o cocineros ni ninguna de las restantes labores de naturaleza terrena,. así como tampoco moldear y forjar objetos materiales a manera de ladrillos; y remontarse, en cambio, en alas del pensamiento hacia la altura etérea después de elegir como guía de su marcha a Moisés, es decir; al hijo amado de Dios.

96. Porque entonces ellos contemplarán, por una parte, el lugar, que no es otro que Su *lógos*, sobre el que está de pie el inmóvil e inmutable Dios, "y por otra, cuanto se extiende bajo Sus pies, semejante a la obra de un ladrillo de zafiro y a la forma del firmamento del cielo" (Ex. XXIV, 10), en otras palabras, al mundo sensible, al que con enigmáticas palabras se alude en esta descripción.

97. Es, en efecto, provechoso para quienes han llegado a familiarizarse con el saber anhelar la visión del Que Es, pero, si no les fuere posible eso, ver al menos Su imagen, o sea, el sacratísimo *lógos*, y después de éste también la más perfecta de las obras perceptibles por los sentidos, o sea, este mundo.. Y en verdad, el ser filósofo no consiste en otra cosa que en el decidido deseo de alcanzar una exacta visión de estas cosas.

98. XXI. Los motivos por los que Moisés dice que el mundo sensible es como un escabel de Dios son los siguientes: en primer lugar, dejar en claro que la Causa autora de lo creado no se halla dentro de lo creado; en segundo lugar, dejar sentado que ni al mundo entero siquiera le es dado moverse por su propio y libre impulso, y que Dios, piloto del universo, está de pie empuñando el timón, con el que conduce felizmente todas las cosas, conducción que, conforme con el verdadero sentido del relato, no ejecuta mediante el empleo de los pies ni de las manos ni de otra cosa creada en absoluto puesto que "Dios no es como un hombre". (Núm. XXIII, 19.) Se trata sólo de una manera de decir, sin otro propósito que instruimos a nosotros, que somos incapaces de desprendemos de nuestro modo de ser y forjamos nuestras concepciones acerca del Increado de acuerdo con lo que experimentamos en nosotros.

99. Con toda propiedad se dice a modo de ilustración que el mundo es semejante a la figura del ladrillo.[42] Parece, en efecto, estar fijamente colocado como un ladrillo si nos atenemos a los contactos de la visión sensorial con él; no obstante que le es propio el movimiento más veloz, superior a todos los movimientos particulares.

[42] "Semejante a la figura del ladrillo". La expresión se aparta del texto bíblico citado en el parágrafo 96, en el que se lee: "semejante a la obra de un ladrillo de zafiro y a la forma del firmamento". Bien puede tratarse de un error en el texto de los manuscritos, bien de una alteración consciente o inconsciente de Filón.

100. Verdad es que el sol durante el día, y la luna por las noches son percibidos por los ojos del cuerpo en una aparente inmovilidad. Y sin embargo, ¿quién no sabe que sus respectivas velocidades no tienen paralelo pues una jornada les basta para atravesar todo el cielo? Y otro tanto ocurre con el cielo mismo en conjunto: aparentemente está fijo,

mas describe un camino circular, aunque este movimiento no es perceptible sino para el invisible y más divino[43] ojo, que es el de la inteligencia.
[43] Es decir, más semejante a la visión Divina que el ojo físico.

101. XXII. Cuando Moisés nos presenta a éstos [44] en el acto de cocer ladrillos al fuego, nos está enseñando simbólicamente que fortifican sus pasiones y sus vicios con el calor y la prestísima celeridad de sus argumentos, de manera que no puedan ser demolidos nunca por obra de los custodios de la sabiduría, que permanentemente están forjando instrumentos[45] para dar por tierra con ellos.
[44] A los que pretendían erigir la ciudad y la torre.
[45] Literalmente: máquinas de guerra.

102. Por eso también se nos dice: "El ladrillo tróceseles en piedra." (Gen. XI, 3.) Y así es; la inconsistencia e incoherencia del impulso divorciado de la razón tórnase sustancia compacta y resistente cuando mediante poderosos razonamientos y solidísimas demostraciones adquiere densidad y dureza; y llega, por así decir, a la edad viril[46] la aprehensión de las cosas consideradas, aprehensión que en la edad de la niñez es fluida [47] a causa de la humedad del alma, y no es aún capaz de fijar y retener las impresiones estampadas en ella.
[46] Es decir, a su pleno desarrollo, a su perfección o acabamiento.
[47] Es decir, carece aún de solidez y fijeza.

103. "Y el betún fue barro para ellos" (Gen. XI, 3), y no al revés: "El barro fue betún".[48] Es que los malvados se nos presentan como fortaleciendo lo enfermizo contra lo superior y fijando las cosas sin cohesión que fluyen de lo enfermizo a fin de hallar un firme apoyo para lanzar sus dardos contra la virtud. Mas el propicio Padre de los bienes no permitirá que la plataforma alcance a adquirir una consistencia [49] indisoluble y mostrará que la nada sólida obra de su fluida industria no es sino flojo barro.
[48] En evidente contradicción con el texto bíblico. Filón trueca las funciones sintácticas de "barro" y "betún", leyendo "el betún fue (o se convirtió en) barro", en vez de "el barro fue (o se convirtió en) betún".
[49] En griego *aspháleia* = estabilidad, firmeza, término de la familia de *asphalés* afirme, sólido, de *áyphalto*s = betún, asfalto, de *asphaltópissa* = mezcla de pez y betún, y de *asphalós* = firmemente. Con estos términos establece Filón los nexos entre los distintos casos que saca a colación y sus respectivas interpretaciones.

104. Porque, si hubiera sido el barro el que se hubiera convertido en betún, resultaría que la sustancia terrestre, en constante fluir y sensorialmente perceptible, hubiera prevalecido tal vez convirtiéndose en seguro [50] e inconmovible poder. Mas si, por el contrario, es el betún el que se ha convertido en barro, no hay por qué desanimarse, ya que queda una esperanza, la de que los firmes apoyos del vicio caerán ante el poder de Dios.
[50] Ver la nota anterior.

105. Así, el justo Noé, en medio del grande y continuo diluvio de su vida, cuando aún no era capaz de ver la realidad tal cual es, a través del alma solamente separada de la sensibilidad, "untará el arca", vale decir, el cuerpo, "por dentro y por fuera, con betún" (Gen. VI, 14), fortaleciendo las impresiones y acciones que se dan a través del mismo. Mas, cuando la calamidad ha concluido y ha sido contenido su ímpetu, saldrá fuera y usará su inteligencia, libre ya del cuerpo, para la aprehensión de la verdad.

106. A su vez, el carácter llamado Moisés, planta selecta[51] y calificada de tal desde su nacimiento mismo[52] que habita el mundo como su ciudad natal y patria por haber nacido ciudadano del mundo, cuando se ve prisionero en el cuerpo untado como con mezcla de pez y betún;[53] cuerpo en el que aparentemente recíbense y contiénense firmemente[54] las representaciones de todas las cosas que se presentan ante los sentidos; Moisés, digo, llora amargamente [56] su cautividad, movido por su amor a la naturaleza incorpórea y gime por la inteligencia inconstante, vanidosa y mísera de la multitud, inteligencia que, pendiente de la falsa opinión cree que algo firme, segura [58] e inmutablemente asentado le pertenece o pertenece a alguna de las creaturas en general, siendo así que lo que es fijo, permanente e invariable está impreso en una columna que solo a Dios pertenece y a nadie más.

[51] "Selecta": esta traducción no refleja cabalmente los varios sentidos del término griego *asteíos* = bien. educado, fino de modales (en latín *urbanus*), que en la terminología estoica significa (hombre) de bien o virtuoso, sentidos a los que hay que agregar su acepción etimológica de ciudadano (de *ásty* = ciudad), a través de la cual vincula Filón la calidad moral con la ciudadanía universal, entendida ésta en el sentido de la identificación del sabio virtuoso con la naturaleza universal.

[52] Ex. II, 2.

[53] EX. II, 3.

[54] Ver la nota 49.

[35] Ex. II, 6.

[56] Ver la nota 49.

107. XXIII. La expresión: "Venid y edifiquemos para nosotros una ciudad y una torre cuya cúspide llegue hasta el cielo" (Gen. XI, 4), sugieren pensamientos tales como éstos: el legislador entiende que las ciudades construidas sobre la superficie terrestre, cuyos materiales son maderas y piedras, no son las únicas, y que existen además las que los hombres conducen asentadas en sus propias almas.

108. Como es lógico, estas últimas son ciudades arquetipos pues caracterízanse por una más Divina construcción, en tanto que aquéllas son imitaciones, como que están compuestas de materia perecedera. Las especies de la primera son dos: una mejor y otra peor. La mejor es la que se administra por la democracia,[57] régimen que honra a la igualdad y se gobierna por la ley y la justicia, que es como un himno de alabanza a Dios, la peor, que adultera la democracia, tal como la moneda de mala ley y falsa vicia la circulación monetaria, es la oclocracia, sistema que tributa su admiración a la desigualdad y en el que imperan tiránicamente la injusticia y la ilegalidad.

[57] Ver Sobre la inmutabilidad de Dios, nota 73. Filón pasa del sentido de ciudad como sitio de residencia (*urbs*) al de ciudad estado o polis (*cínitas*).

109. Los hombres de bien son registrados en el padrón del primero de estos sistemas; la multitud de los ruines, por el contrario, está encerrada dentro de los límites del otro, el peor, pues éstos aman el desorden más que el orden, la confusión más que la equilibrada estabilidad.

110. No contento el hombre insensato con practicar el mal valiéndose de sus propios medios solamente, juzga conveniente recurrir a auxiliares y exhorta 'a la vista, incita al oído, convoca a la sensibilidad toda para que se alisten sin demora a su lado, provisto cada sentido de todo cuanto se precisa para el servicio. Y además espolea y estimula

también al otro tropel, el indómito por naturaleza tropel de las pasiones, para que se tome irresistible mediante la práctica y el ejercicio.

111. Habiendo llamado, pues, a estos aliados, dice la inteligencia: "Edifiquemos para nosotros una ciudad", lo que equivale a decir: 'Fortifiquemos nuestros recursos y defendámonos con energía, a fin de que no seamos fácil presa de nuestros atacantes. Dividamos y distribuyamos una a una las potencias del alma como en tribus y demos [58] asignando a la parte racional unas y a la irracional otras.
[58] Circunscripciones territoriales, aunque en su origen las tribus tuvieron carácter gentilicio. Probablemente piensa Filón en la organización política ateniense a partir de Clístenes.

112. Escojamos como magistrados a los capaces de procuramos riqueza, gloria, honores y placeres de cualquier procedencia que pudieren. Redactemos leyes que establezcan el destierro de la justicia, causante de la pobreza y falta de reputación, leyes que aseguren el beneficio mejor a los que tienen mayor capacidad que los demás para quedarse con él en todo momento.

113. Y quede construida "una torre", cual una ciudadela;[59] poderosísima residencia real para el despótico vicio. Caminen sus pies sobre la tierra y su cabeza adelántese hacia el cielo remontándose a tan grande altura en alas de la jactancia'.
[59] O acrópolis = ciudad alta.

114. Por cierto que esta torre no sólo se asienta en las iniquidades humanas sino tiende además a avanzar hacia las celestes regiones propagando los argumentos de la impiedad y el ateísmo, cuando sostiene o que la Divinidad no existe, o que, si existe, no ejerce Su providencia, o que el mundo no ha tenido jamás un comienzo en el que fue creado, o que, si fue creado, su devenir obedece a causas mudables, frutos del azar, que lo conducen unas veces erradamente, otras de manera irreprochable, tal como normalmente sucede con los carros y los barcos.

115. Sucede, en efecto, que a veces, aun sin conductores y pilotos, unos y otros siguen por mar o por tierra el recto camino. Mas no es posible, dicen, atribuir a la providencia aciertos ocasionales. Si la previsión humana lleva a veces a buen término, la providencia Divina lo haría siempre sin excepción, ya que es cosa reconocida que el error es ajeno al poder Divino.
Por otra parte, ¿qué otra cosa buscan estos dementes cuando edifican el argumento relativo al vicio, simbolizado en una como torre, sino perpetuar el odioso nombre que llevan?

116. XXIV. Dicen, en efecto: "Hagamos nuestro nombre." (Gen. XI, 4.) ¡Oh monstruosa y extravagante desvergüenza! ¿Qué es lo que decís? Vosotros, que deberíais esconder vuestras iniquidades en la noche y en la obscuridad profunda y llenaros por ellas de vergüenza, si no verdadera al menos simulada, que las oculte» para alcanzar la gracia de llegar a ser mejores o la liberación de los castigos merecidos por vuestras patentes culpas, llegáis a tal extremo de osadía, que no sólo tenéis por justo el mostraros a plena luz del sol sin temor alguno por las admoniciones. de los hombres más probos ni por las inexorables sentencias de Dios, las que se ciernen sobre los que como vosotros, obran impíamente; sino además consideráis conveniente esparcir por todas partes noticias divulgadoras de las iniquidades de que sois responsables, a fin de que nadie

deje de oír y enterarse de vuestras desvergüenzas. ¡Oh miserables y del todo infames!

117. ¿Qué clase de nombre es, entonces, el que anheláis? ¿Será el más apropiado para lo que hacéis? ¿Y éste es un nombre solo? Como género quizá será uno solo; pero por sus especies. son innumerables y, aunque vosotros los calléis, los oiréis de boca ajena. Son temeridad con desvergüenza, insolencia con violencia, violencia con crimen, corrupción con adulterio, concupiscencia sin límites con inmoderados placeres, desesperación con descaro, injusticia con ruindad, robos con rapacidad, perjurios con falsedades, impiedad con ilegalidades; éstos y los otros semejantes a éstos son los nombres de tales acciones vuestras.

118. Bonita cosa, ciertamente, es que os jactéis y vanagloriéis de buscar con afán la fama que de esos nombres. procede, cuando lo razonable sería ocultarse de vergüenza por ellos.
En el caso de algunos la jactancia por tales nombres les viene de que una opinión generalizada en tal sentido los ha convencido de haber adquirido una fuerza invencible. A éstos la justicia, inseparable escolta de Dios, habrá de castigarlos; .y, a pesar de su creencia, ellos tienen quizá no ya un mero presentimiento de su propia ruina sino una anticipada certeza. Por eso dicen: "Antes de ser dispersados" (Gen. XI, 4), ocupémonos de nuestro nombre y de nuestra gloria.

119. Con que, les diría yo a éstos, os dais cuenta de que seréis dispersados. ¿Por qué, entonces, obráis mal? Pero esto, sin duda, viene a confirmar el modo de ser de los insensatos, los que, aunque a menudo se ven amenazados por los más crueles castigos, y no de manera vedada sino claramente, con todo no se abstienen de delinquir.
Los castigos que sobrevienen procedentes de la Divinidad, aun cuando se piense que escapan a nuestro conocimiento, son sumamente claros.

120. En efecto, todos los hombres ruines adquieren conciencia de que sus delitos no pasarán inadvertidos para Dios y que de ninguna manera está en sus manos el evitar el peso del castigo.

121. Si no, ¿de dónde sacan que serán dispersados? Los que dicen: "Antes de ser dispersados" son ellos, en verdad; pero es su conciencia la que desde dentro los reprocha y atormenta, no obstante estar entregados de lleno al ateísmo. Y así, a su pesar se ven constreñidos a reconocer que todos los hechos humanos son vigilados por una naturaleza superior y que a ellos les aguarda un vindicador incorruptible: la justicia, que detesta las acciones injustas de los impíos y los argumentos con que éstos buscan justificarlas.

122. XXV. Ahora bien, todos éstos son descendientes de la depravada naturaleza que siempre está muriendo y nunca perece, cuyo nombre es Caín.[60] ¿No es, acaso, Caín el que habiendo engendrado un hijo llamado Enoch, nos es presentado ocupado en fundar una ciudad, a la que da el mismo nombre que a su hijo [61;] y erigiendo, por así decir, el edificio de las cosas creadas y mortales para destruir a aquellas a las que ha cabido el privilegio de una más Divina construcción?

[60] Idea de la perpetuidad del mal tomada por Filón de Gen. IV, 15, donde se lee que nadie matará a Caín. Ver Sobre las habituales intrigas de lo peor contra lo mejor 177.
[61] Gen. IV, 17.

123. "Enoch", en efecto, significa "tu gracia" y cada uno de los impíos considera que su inteligencia le proporciona[62] las aprehensiones y reflexiones, los ojos la visión, los oídos la audición, las fosas nasales la olfación y los otros sentidos las funciones que les son propias; así como también los órganos vocales el habla; y que Dios o no es la causa en general o no es la causa primera.

[62] Juego de palabras entre *kháris* = gracia, y *kharízesthai* = hacer la gracia de, proporcionar gratuitamente, conceder.

124. Éste es también el motivo por el que Caín guarda para sí las primicias de cuanto ha producido en los campos y sólo más tarde, se nos dice, ofrece a Dios frutos, no obstante tener junto a él un saludable ejemplo. En efecto, son los primogénitos de su rebaño, no los vástagos posteriores, los que su hermano lleva al altar reconociendo de esa manera que las causas superiores [63] son a su vez efecto de la más elevada de las causas.

[63] Por causas superiores entiende, al parecer, Filón la inteligencia y los mentidos, como una categoría de causas más próxima a la Causa primera que las ordinarias causas que escapan al control de la inteligencia y los sentidos. Pero, tal vez se trate de un error en el texto griego, y deba leerse inferiores" en vez de "superiores", en el cual caso la traducción sería: "las causas inferiores son a su vez efecto de la más elevada de las Causas".

125. Pero al impío le parece lo contrario, es decir, que la inteligencia gobierna soberanamente sus deliberaciones y la sensibilidad las percepciones, pues entiende que ésta discierne de manera irreprochable y sin error las cosas materiales y aquélla todas las cosas.

126. Pero, ¿qué cosa podría resultar más reprensible o más repudiada por la verdad que éstas? ¿Acaso la inteligencia no es a menudo culpada de desvariar en innumerables asuntos y no son los sentidos todos convictos de falso testimonio, y no ante jueces irracionales, en los que cabe esperar el engaño, sino ante el tribunal de la naturaleza, a la que no cabe la posibilidad de corromper?

127. Y por cierto que, pues los elementos de juicio que poseemos proporcionados por la inteligencia y la sensibilidad están expuestos al error, forzoso es reconocer como lógica consecuencia que es Dios quien hace llover las concepciones en la inteligencia, y las percepciones en la sensibilidad; y que cuando llega a existir no es don de parte alguna de nuestro ser sino que todo es gracia de Aquél por el que también nosotros mismos hemos sido hechos.

128. XXVI. Habiendo estos hijos de Caín recibido de su padre como heredad el egoísmo, anhelan acrecentarla hasta el cielo; hasta que la justicia, que ama la virtud y detesta el vicio, se hace presente y da por tierra con las ciudades que aquéllos han fortificado contra el alma desdichada, y con la torre, cuyo nombre está registrado en el Libro de los Jueces.

129. Dicho nombre es en lengua hebrea Fanuel, en la nuestra "apartamiento de Dios". Es que la fortaleza construida mediante la fuerza persuasiva de los argumentos, debe su construcción no a otra razón que a la intención de apartar y desviar a la inteligencia del honor debido a Dios. ¿Y qué cosa podría ser más injusta que ésta?

130. Mas para la ruina de tal fortaleza hállase presto el saqueador de la injusticia y

permanente ultimador de la misma, al que los hebreos dan el nombre de Gedeón, nombre que significa "lugar de saqueo". "Juró", leemos, "a los hombres de Fanuel Gedeón diciendo: 'Cuando retome en paz demoleré esta torre'." (Jueces VIII, 9.)

131. Sumamente hermoso y apropiado es que el alma que detesta la ruindad y hállase excitada contra los impíos sea fortalecida a fin de que pueda dar por tierra con todo argumento que intente persuadir a la inteligencia a apartarse de la santidad. Y es naturalmente cierto lo que dice el pasaje, pues, cuando la inteligencia "retoma",[64] todo cuanto en ella había de desviado y apartado es anulado.
[64] Probablemente Filón entiende "vuelve a la buena senda" o "se arrepiente".

132. Y el momento propicio para la destrucción no es, y he aquí lo paradójico, la guerra, sino, como dice Gedeón, la paz. En efecto, es mientras la inteligencia permanece en la estabilidad y tranquilidad, que son naturales frutos de la piedad, cuando desbarata todo argumento producto de la impiedad.

133. Muchos, también, han exaltado a los sentidos, como se erige una torre, hasta una altura tal, que tocan los confines del cielo. Por cielo ha de entenderse aquí simbólicamente nuestra inteligencia, en la que giran las más excelentes y Divinas naturalezas.[65] Los que a tal cosa se atreven dan preeminencia a la sensibilidad sobre la inteligencia y pretenden apresar y someter todas las cosas de orden intelectual mediante las sensibles, forzando a las que son señoras a pasar al orden de las esclavas, y haciendo que las esclavas por naturaleza pasen a la categoría de soberanas.
[65] O formas de ser.

134. XXVII. Las palabras: "Descendió el Señor a ver la ciudad y la torre" (Gen. XI, 5) han de ser entendidas completamente en sentido figurado. Y en verdad, suponer que la Divinidad se aproxima o se marcha, desciende o por el contrario asciende, o en general que se mueve con las mismas disposiciones y movimientos que las creaturas vivientes particulares es una impiedad que trasciende, por así decir, los límites del océano y del universo.

135. Si el legislador echa mano a estos términos humanos al referirse al ser en nada semejante a los humanos que es Dios, lo hace con la intención de ayudamos en el aprendizaje de sus enseñanzas, como he dicho ya en repetidas ocasiones. Porque, ¿quién no sabe que, si alguien desciende, es forzoso que abandone un lugar y ocupe otro?

136. Pero Dios todo lo llena, todo lo contiene sin ser contenido. Propio de Él, y sólo de Él, es el estar en todas partes y en ninguna en particular. No está en ninguna en particular porque Él mismo ha creado un espacio y un lugar para las cosas materiales, y repugna a la razón decir que el Creador está contenido en alguna de las cosas creadas por Él. Está en todas partes por cuanto ha extendido sus poderes a través de tierra, agua, aire y cielo sin dejar vacía de Sí parte alguna del mundo y porque uniendo todas las cosas entre sí les ha dado cohesión mediante invisibles lazos a fin de que jamás se desvinculasen...[66]
[66] El texto aparece aquí con evidentes alteraciones o con una laguna, y, no obstante ser varias las correcciones propuestas por algunos estudiosos, las discrepancias y el carácter meramente conjetural de las mismas hacen preferible no traducir la parte en cuestión.

137. No es concebible que el Ser que está por sobre tales poderes esté determinado

espacialmente; sólo como puro ser podemos concebirlo. En cambio, la potencia Suya por la que estableció y ordenó todas las cosas, a la que denominamos "Dios" de acuerdo con la derivación de este nombre,[67] todo lo abarca en su seno y está extendida a través de todas las partes del universo.
[67] Filón entiendo que *théos* = Dios, deriva de la raíz -*the*- del verbo *theínai* = colocar, establecer.

138. Mas esta Divina naturaleza que se nos presenta como visible y aprehensible y situada en todas sus partes, es, en realidad, invisible y no está en parte alguna. . ,[68] [De allí Sus palabras:] "Aquí estoy antes de que estuvieras tú" (Ex. XVII, 6), aparentemente demostrable y aprehensible, mas trascendiendo a las cosas creadas y anterior a toda demostración y representación.[69]
[68] El texto aparece aquí, evidentemente, corrompido. He seguido en la parte menos confusa la reconstrucción de Wendland, y dejado sin traducir el resto.
[69] Ver Sobre los sacrificios de Abel y Caín 67, y Sobre la migración de Abraham 183.

139. Ninguno de los términos, pues, que expresan movimiento de un lugar a otro es aplicable a Dios en cuanto puro ser; ni hacia arriba ni hacia abajo, ni hacia la derecha ni hacia la izquierda ni hacia adelante ni hacia atrás. No cabe, en efecto, concebirlo en ninguno de dichos movimientos por cuanto no son posibles en Él ni la traslación ni el cambio de lugar.

140. No por ello deja Moisés de decimos que "descendió y vio" Aquél que por anticipado poseía un claro conocimiento de todas las cosas, no sólo de las ya existentes sino de las que habrían de existir; y lo hace con intención de exhortamos e instruirnos a fin de que ninguno de los hombres no testigos de los sucesos narrados, muy separado de los mismos por el tiempo, eche manos a inciertas conjeturas y llegue a conclusiones apresuradas, y para que pueda, en cambio, acercarse cada uno a los hechos, examinarlos uno a uno y esclarecerlos cuidadosamente. Conviene, en efecto, tomar como testigo a la certera vista y no al engañoso oído.

141. Tal es también el motivo por el que entre los que se rigen por las mejores instituciones prescríbese no aceptar como válido el testimonio oral, por cuanto el tribunal del oído tiene una natural propensión hacia el soborno. Así, Moisés en sus prescripciones dice: "No acojas al vano oído" (Ex. XXIII, 1), con lo que da a entender no sólo que no se debe aceptar el falso o necio discurso que llega a través del oído, sino también que está probado que el oído, pese a la vanidad de que rebosa, queda muy a la zaga de la vista en lo que a la clara aprehensión de la verdad se refiere.

142. XXVIII. Éste, decimos, es el motivo de haber dicho Moisés: "Descendió Dios para ver la ciudad y la torre." El agregado "que habían edificado los hijos de los hombres" no carece de razón. Porque, quizás algún profano dirá en tono de sorna: ¡Vaya novedad la información que nos ha procurado el legislador! Las torres y las ciudades no las edifican otros seres cualesquiera fueren sino los hijos de los hombres. ¿Y quién, aún entre los extremadamente dementes, no está al tanto de cosas tan patentes y notorias?

143. Sí, pero tú ten presente que no es este hecho tan corriente y trillado lo que se ha registrado en los sacratísimos oráculos, sino la oculta verdad cuya pista es posible seguir a través de las visibles palabras.

144. ¿Cuál es esta verdad? Aquellos que atribuyen a muchos la paternidad de las cosas existentes, los que introducen el tropel de numerosas deidades, los que esparcen en todas las direcciones la ignorancia y la confusión, los que señalan como fin propio del alma el placer, conviértense, a decir verdad, en constructores de la ciudad a que nos referimos y de su ciudadela. Ellos elevan a modo de edificios todo cuanto conduce a dicho propósito, no difiriendo en esto, se me ocurre, de aquellos que han sido engendrados por una ramera, a los que la ley ha excluido de la sacra congregación en estos términos: "No entrará en la congregación del Señor el nacido de ramera." (Deut. XXIII, 2.) Es que, como los arqueros cuyas flechas van al azar sobre muchos blancos sin que apunten con destreza sobre un único punto, éstos, al suponer innumerables orígenes y causas, falsos todos ellos, de la creación de los seres, han ignorado al único Hacedor y Padre del universo.

145. En cambio, aquellos que viven en el conocimiento del Único son con fundado motivo llamados hijos de Dios, como lo reconoce Moisés en estos pasajes: "Sois hijos del Soberano Dios" (Deut. XIV, 1), "Dios, el que te engendró" (Deut. XXXII. 18), y "¿No es Él mismo tu padre?" (Deut. XXXII, 6.) Es, ciertamente, lógico que quienes tienen así dispuesta el alma consideren que el bien único es la belleza moral, la que elévase a modo de muralla construida por expertos hombres de guerra contra la concepción del placer como fin, y procura su derribamiento y destrucción.

146. Pero, si hubiere alguno que todavía no mereciere que se le llame hijo de Dios, apresúrese a ocupar la jerarquía inmediatamente inferior a la del primogénito de Dios, el *lógos*, aquel que es el de mayor edad entre los ángeles, como si dijéramos el arcángel,[70] al que se designa con diversos nombres. Llámaselo, en efecto, "principio", "nombre de Dios", "*lógos*. de Dios", "hombre según Su imagen" y "el que ve", o sea,. Israel.
[70] Arcángel o protoángel o primer ángel.

147. Eso es lo que me movió a elogiar un poco más arriba[71] las virtudes de los que afirman que "todos son hijos de un único hombre" (Gen. XLII, 11), pues, si bien no hemos llegado-aún a merecer ser tenidos por hijos de Dios, podemos, en cambio, serlo de la invisible imagen de Él, del sacratísimo *lógos*. Porque el *lógos* es la imagen más antigua de Dios que existe.
[71] En el parágrafo 41.

148. Y en muchos pasajes, ciertamente, de la legislación aquellos que oyen son llamados también "hijos de Israel", es decir, "del que ve", puesto que el oír merece una consideración. secundaria respecto del ver y viene detrás de la visión, y la persona que recibe información sobre lo que no tiene ante sus ojos está siempre a la zaga de aquel que capta las claras representaciones de lo que tiene ante sí.

149. Me admiro, asimismo, ante las sagradas revelaciones de los Libros de los Reyes, en los que son presentados, sin que pueda objetarse la verdad del caso, como hijos del salmista de. Dios, David, hombres que han vivido y florecido muchas generaciones después,[72] no obstante que en los tiempos de David; ni siquiera sus bisabuelos habían sido engendrados. Es que aquí se trata de la paternidad de almas llegadas a la inmortalidad por las virtudes, y no de cuerpos perecederos; paternidad que hallamos referida a los que llevan una vida noble, a los que concebimos como padres y progenitores.
[72] I Reyes XV, 11 y II Reyes XVIII, 3.

150. XXIX. Ahora-bien, en presencia de los que se envanecen por sus iniquidades dice el Señor: "Mira, una sola es la raza y uno solo el labio de todos" (Gen. XI, 5), vale decir: He aquí un único parentesco y familia, a la vez que una misma armonía y concierto de voces de todos a la par, sin que ninguno sea extraño a los demás en pensamiento ni su voz resulte discordante; cosa que ocurre también entre aquellos que carecen de aptitudes musicales. En efecto, a veces el órgano vocal de éstos, aunque sus sonidos fueren todos completamente desentonados y desmedidamente faltos de melodía, está altamente armonizado para producir desarmonía y es poseedor de una consonancia de voz que deriva en mera disonancia.

151. Otro ejemplo de esta artificial afinidad es posible hallarlo en el caso de la fiebre. En efecto, las repeticiones llamadas por todos los médicos cotidianas, tercianas y cuartanas sobrevienen a las mismas horas del día y de la noche conservando el orden correspondiente.

152. Las palabras "Y han comenzado a hacer esto" (Gen. XI, 6) han sido pronunciadas con subida indignación, en razón de que no ha bastado a los inescrupulosos el trastornar la justicia en lo que a los de su raza toca sino se han atrevido además a remontarse hacia el cielo sembrando la injusticia y cosechando la impiedad.

153. Mas ningún provecho sacan de ello los desdichados. En efecto, mientras en sus recíprocas injusticias llevan a término muchas de las cosas que desean, confirmando con obras los que han calculado en sus irreflexivas determinaciones; no ocurre lo mismo en sus impíos [73] intentos. Es que las cosas Divinas batíanse al margen de todo daño y perjuicio y al delinquir contra ellas los impuros no alcanzan más que los comienzos sin llegar nunca al fin propuesto.
[73] En sus intentos contra Dios y las naturalezas del cielo.

154. De allí aquellas palabras: "han comenzado a hacer..." Y así es; cuando, insaciables en el daño, se hubieron hartado de perjudicar a los seres de la tierra, el mar y el aire, a los que ha cabido una naturaleza perecedera, determinaron volverse contra las Divinas naturalezas del cielo, sobre las que ninguno de los seres existentes puede normalmente disponer nada en absoluto, fuera de hablar mal de ellas; calumnias que, por otra parte, no redundan en perjuicio alguno para las calumniadas pues su naturaleza es inalterable; y solamente causan incurables desgracias a los calumniadores.

155. Mas, si bien sólo "han comenzado", sin que les fuera dado alcanzar el propósito de su impiedad, no por eso habrán de quedar libres de la acusación que hubieran merecido si hubieran alcanzado a ejecutar cada una de las cosas que habían planeado. Tal es la causa por la que Moisés afirma que tenían acabada la torre,[74] no obstante que aún no la habían concluido; cuando nos dice que "El Señor descendió a ver la ciudad y la torre", no una torre que se aprestaban a erigir, sino la que "habían erigido" ya. (Gen. XI, 5.)
[74] Vale decir, que desde el punto de vista de la culpabilidad era como si la torre estuviera acabada.

156. XXX. ¿Qué prueba tenemos de que la construcción no estaba todavía concluida? En primer lugar, la misma evidencia de las cosas. Porción ninguna de la tierra puede alcanzar a tocar el cielo, por el motivo antes mencionado, vale decir, porque un centro no toca la circunferencia. En segundo lugar, porque el sagrado fuego que es el éter es una llama inextinguible, como lo demuestra su mismo nombre, derivado de "*áithein*",[75]

que es una forma particular de decir "quemar".
[75] Correcta derivación de *aither* = éter, de *áithein* = quemar, encender, abrasar.

157. Testigo de esto es una sola porción de la celeste esfera, el sol, el que, no obstante la gran distancia que lo separa de la tierra, al enviar sus rayos hasta los rincones de ella unas veces la calienta otras la quema, y otro tanto hace con el aire, que se extiende desde la tierra hasta la esfera celeste, a pesar de que éste es frío por naturaleza. En efecto, todo cuanto se halla situado a gran distancia de su trayectoria o apartado oblicuamente de ella es siempre calentado por sus rayos, y todo cuanto hállase próximo o directamente debajo es abrasado por la fuerza de sus llamas. Si esto es así, los hombres que se atrevían a ascender ¿no habrían sido fatalmente abrasados y consumidos por el fuego quedando frustradas sus proyectadas grandezas?

158. Tal frustración es lo que, al parecer, se da a entender en lo que leemos poco después. Dice allí, en efecto: "Cesaron de edificar la ciudad y la torre" (Gen. XI, 8), sin haberla, por supuesto, terminado, impedidos de concluirlas a causa de la confusión que les sobrevino.
Por cierto que aquellos que no sólo planearon sino que además intentaron la empresa no se vieron libres del castigo que les hubiera correspondido en caso de consumarla.

159. XXXI. Un ejemplo lo tenemos en Balaam, el augur e intérprete de prodigios, que habla como necio acerca de conjeturas sin fundamento. Su nombre significa, precisamente, "vano".[76] En la legislación se nos dice que maldijo al que ve,[77] a pesar de que en sus palabras expresaba súplicas favorables, pues lo que el autor tiene presente no son las palabras expresadas por aquél; las que eran resultado de modificaciones de la providencia Divina» cual moneda legítima que sustituye a la falsa; sino su inteligencia, la que rumiaba pensamientos de daños antes que de beneficios. Hay un natural antagonismo entre la conjetura y la verdad, entre la vanidad y el saber, entre la adivinación fruto de arrebatada inspiración y la sobria sabiduría.
[76] En griego: *mataiázein* = hablar necia o vanamente, y *mátaios* = vano, necio. En Sobre los querubines 32 interpreta Filón el nombre Balaam como '"pueblo insensato o vano".
[77] Núm. XXII, 5 a 20. "El que ve" = Israel.

160. Otro caso es el de aquel que emboscado intenta matar a alguien sin lograrlo al cabo. No por eso será menos pasible del castigo correspondiente a los asesinos. Tal es lo que da a entender la ley relativa a estos casos. Dice, en efecto: "Si alguien atacare a su vecino para matarlo a traición y huyere a un refugio, será sacado del altar para que se le dé muerte." (Ex. XXI, 14.) Se trata solo de un ataque, no de un asesinato consumado; mas la ley ha considerado el deliberado propósito del crimen como delito equivalente al asesinato en sí; y, en consecuencia, ni siquiera al refugiado en un santuario le ha concedido' la exención del castigo, habiendo, por el contrario, dispuesto que se lo saque del sagrado recinto puesto que sus intenciones han sido impías.

161. Mas, la impiedad no consiste sólo en esto, vale decir, en haber maquinado la muerte mediante una ruin acometida contra el alma capaz de vivir eternamente merced a la adquisición y práctica de las virtudes; sino también en hacer responsable a Dios de su abominable audacia. Porque las palabras "huyere a un refugio" nos mueven a pensar en tal cosa, ya que son muchos los que, empeñados en verse libres. de los cargos que pesan sobre ellos y escapar de los castigos. merecidos por sus delitos, descargan la culpa que les corresponde en Dios, que es causa de todos los bienes, y no lo es de mal alguno. Por

tal motivo ha sido considerada cosa santa. sacar a estos tales aun de los mismos altares.

162. El castigo que se ha decretado contra los que "erigen" y forjan argumentos para la incredulidad es severísimo; y sin embargo, algunos insensatos lo tienen antes por beneficio que por daño. "Nada les faltará", leemos, "de cuanto esperan hacer". (Gen. XI, 6.) ¡Oh desdicha más allá de todo límite y medida! ¡Que todas aquellas cosas a las que tiende la inteligencia demente en extremo sean obedientes y sumisas, y en nada, ni grande ni pequeño, se vuelvan atrás en modo alguno, sino se apresuren como anticipándose a cada una de sus necesidades!

163. XXXII. Esto es una señal característica del alma privada de sensatez, la que no halla obstáculo alguno en su marcha hacia las malas acciones. Porque, ruegue aquel cuyo error no es incurable que le falte todo lo que su inteligencia ha calculado, de modo que, al disponerse a cometer un robo, un adulterio, un asesinato o un sacrilegio, en vez de resultarle ello fácilmente accesible encuentre innumerables obstáculos. Así, impedido, se librará de la más grande de las enfermedades, la injusticia; si, en cambio, lograre su propósito, esa enfermedad le sobrevendrá.

164. ¿Por qué, entonces, seguís envidiando y admirando el destino de los tiranos, que les permite llevar a cabo con facilidad cuanto su incontrolada y perversa inteligencia concibe, siendo así que lo que corresponde es sentir pena por ellos puesto que la indigencia y la enfermedad son el provecho que alcanzan los malvados, así corrió la abundancia y la fortaleza son utilidad suprema de los buenos?

165. Uno de los insensatos, habiéndose dado cuenta de hasta qué extremos de desventura lleva la licencia en el mal obrar, ha dicho con franqueza: "El mayor castigo es que se me deje en libertad."[78] (Gen. IV, 13.) Es, en efecto, sumamente penoso el que el alma, salvaje, como es, de por sí, sea dejada sin freno, cuando a duras penas es posible controlarla y mantenerla dócil mediante las riendas y bajo la amenaza del látigo.
[78] Ya que ello equivale a no hallar obstáculo, a tener el campo libre y fácil en el camino del mal.

166. Por eso Dios misericordioso ha comunicado un oráculo pleno de benignidad, el que anuncia provechosas esperanzas para los que aman la instrucción. "No temas", dice, "que te deje ni que te abandone". (Josué I, 5.) La verdad es que cuando se han soltado las ataduras por las que el alma era sostenida, sobreviene la mayor de las desgracias, el ser abandonado por Dios, quien, habiendo encerrado todas las cosas con las ataduras de Sus indestructibles potencias, ha deseado que todas ellas permanecieran así ligadas y jamás se soltasen.

167. En otro pasaje leemos también: "Todo cuanto está atado mediante una atadura es puro" (Núm. XIX, 15), puesto que la falta de ese vínculo es causa de impura destrucción. Jamás, pues, en viendo a alguno de los malvados alcanzar sin dificultad cuanto persigue, admires su éxito; antes bien, apiádate de él como de un desdichado, puesto que su vida transcurre indigente en virtud y pródiga en vicio.

168. XXXIII. Vale la pena que consideremos cuidadosamente cuál es el sentido de aquellas palabras puestas en labios de Dios: "Ea, pues, bajemos y confundamos allí su lengua." (Gen. XI, 7.) Porque, es claro que está conversando con alguno como colaborador Suyo. Y lo mismo manifiesta en un pasaje anterior a propósito de la

formación del hombre.[79]
[79] Ver Sobre la creación del mundo 72 y ss.
169. Leemos, en efecto: "Dijo Dios Soberano: 'Hagamos al hombre a Nuestra imagen y semejanza'" (Gen. I, 26); donde el "hagamos" pone de manifiesto que se trata de más de uno. Y otra vez también: "Dijo Dios: 'He aquí que Adán ha llegado a ser como uno de nosotros, al conocer el bien y el mal'" (Gen. III, 22); pues las palabras "como uno de nosotros" hacen referencia no a uno sino a más de uno.

170. Pues bien, ante todo hemos de dejar sentado lo siguiente: no exista ser alguno igual a Dios en jerarquía y, por el contrario, Él es el único soberano, guía y rey, al que corresponde dirigir y administrar todas las cosas. Por eso las palabras "No es bueno que haya muchos jefes; haya un solo jefe, un solo rey" [80] podrían con justicia aplicarse no a las ciudades y a los hombres sino más bien al mundo y a Dios; ya que, en efecto, uno solo es necesariamente el Hacedor, Padre y, a la vez. Señor.
[80] Iliada II, 204 y 205.

171. XXXIV. De acuerdo ya sobre esto, el siguiente paso será desarrollar en coherente argumentación el hilo de nuestro asunto. Consideremos, pues, cuál es esta argumentación. Dios es uno pero tiene en tomo de Sí innumerables potencias, todas las cuales asisten y protegen al ser creado, y entre las que se hallan también las encargadas de castigarlo; aunque no se trata de un castigo tendiente a dañar sino de una valla contra las faltas y un medio de corrección.

172. A través de estas potencias Dios dio consistencia al mundo incorpóreo e intelectualmente aprehensible, arquetipo de este mundo sensible, de los que aquél es un conjunto de invisibles formas ejemplares, así como éste lo es de cuerpos visibles.

173. Ahora bien, pasmados algunos ante la naturaleza de uno y otro mundo, han divinizado no sólo la totalidad de ambos [81] sino también las partes más hermosas de ellos: el sol, la luna y el cielo todo, a los que sin pudor alguno han llamado dioses. Es la demencia de éstos lo que tiene presente Moisés cuando dice: "¡Señor, Señor, Dios de los dioses!" (Deut. X, 17) para demostrar la diferencia entre el soberano y los súbditos.
[81] ¿Piensa Filón en que alguien había divinizado también el mundo de las formas ejemplares (ideas), o más bien sugiere que la divinización del mundo material involucra automáticamente la del incorpóreo?

174. Está, asimismo, en el aire el sacratísimo coro de las incorpóreas almas a las que la profética escritura llama corrientemente ángeles; coro compañero de las celestiales potencias. Toda esta hueste integrada por unas y otros, ordenada en las correspondientes formaciones, es servidora y asistente del Capitán que ha dispuesto sus cuadros, al que, como a su conductor, sigue de acuerdo con la usanza y la ley. Porque en el Divino ejército no cabe jamás el delito de deserción.

175. Ahora bien, es conveniente que el Rey converse con Sus potencias y las emplee para el servicio en obras que por su naturaleza corresponde que no sea Dios solo el que las ejecute.[82] Por cierto que el Padre del universo no ha menester de cosa alguna, de modo que no necesita la cooperación de otros en caso de querer hacer algo; mas, viendo que era conveniente para Sí y para los seres creados, permitió a las subordinadas potencias formar algunas cosas; pero sin que el poder [83] que les concedía fuera absolutamente independiente, a fin de que nada de lo que adquiera existencia fuera

formado defectuosamente.
[82] Ver Sobre la creación del mundo 72 y ss. y Sobre la agricultura 128.
[83] En el texto griego léase *epistéme* = ciencia, saber, término que resulta extraño en el contexto, por lo que se han propuesto distintas sustituciones.

176. XXXV. Preciso era sentar previamente estas premisas, en las que nos apoyaremos para lo que hemos de decir ahora. La naturaleza de los seres vivientes fue dividida en primer lugar en dos partes opuestas entre sí: la racional y la irracional. A su vez, la racional lo fue en dos especies: la mortal y la inmortal, siendo la mortal la de los hombres y la inmortal la de las incorpóreas almas que circulan en el aire y en el cielo.

177. Estas últimas están al margen del mal, puesto que desde el principio cúpoles como porción la felicidad sin mezcla y no se hallan prisioneras en la región de las calamidades sin fin, vale decir, en el cuerpo. También están exentas del mal las naturalezas irracionales por cuanto no les ha cabido parte alguna en la inteligencia y por ello no es posible responsabilizarlas de las malas acciones resultantes de la determinación deliberada.

178. El hombre es prácticamente el único entre todos los seres que, poseyendo el conocimiento del bien y del mal, escoge a menudo lo malo y rehuye lo que vale la pena procurar; por lo que a él le corresponde muy particularmente la responsabilidad por las faltas premeditadas.

179. Razón hubo, pues, para que Dios asignara a Sus subordinados una parte en la formación del hombre, según se desprende de las palabras: "Hagamos al hombre". De ese modo, las rectas acciones sólo a Él cabe referirlas, en tanto que las faltas son atribuibles a otros; ya que no cabe pensar que el universal Soberano haya formado por Sí mismo en el alma racional el sendero que conduce al vicio. Y ése es el motivo por el que delegó en Sus subordinados la preparación de esta parte. Porque la formación del elemento voluntario debía ser asegurada como contrapeso del involuntario para que el universo no quedase incompleto.

180. XXXVI. Sobre este punto basta con lo dicho; pero no estará de más que nos ocupemos también de lo siguiente. Dios es causa de los bienes solamente, nada tiene que ver en absoluto con el mal, puesto que Él fue el más antiguo[84] de los seres y el bien más perfecto, y nada más adecuado para Su naturaleza, es decir, para lo más excelente, que el elaborar personalmente lo que le era afín, vale decir, lo más excelente; en tanto que los castigos de los malvados debían asegurarse a través de Sus subordinados.
[84] Y, a la vez, de mayor jerarquía, otra de las connotaciones del término presbíteros.

181. Mi punto de vista es testimoniado también por las siguientes palabras del que alcanzó la perfección mediante la ejercitación:[85] "El Dios que me nutre desde mi juventud; el ángel que me preserva de todos los males." (Gen. XLV11I, 15 y 16.) Reconoce, en efecto, éste ya que la causa de los verdaderos bienes, de los que se nutren las almas amantes de la virtud es atribuible a Dios exclusivamente; y, a la vez, que lo tocante a los males está confiado a los ángeles [86] si bien éstos no poseen la facultad de castigar por determinación propia. De esa manera la salvadora naturaleza de Dios no es origen de nada que tienda a la destrucción.
[85] Jacob.
[86] En plural: Filón generaliza el caso ejemplificado en la cita.

182. Por eso dice: "Bajemos y confundamos..."[87] (Gen. XI, 7.) Y ciertamente, merecieron los impíos recibir un castigo de tal suerte, para que las propicias, generosas y benefactoras potencias de Dios se familiarizasen con la aplicación de castigos. Y, aunque Él sabía que tales castigos eran beneficiosos para el género humano, determinó que tuvieran lugar por obra de otros, ya que, si convenía, por una parte, que el género humano fuera considerado merecedor de corrección, convenía, por otra, que las Divinas fuentes de incesantes gracias se mantuviesen incontaminadas de los males no sólo existentes realmente sino también de los pensados.
[87] Asigna Filón la misión de castigar y de evitar el mal, es decir, toda la esfera del mal, a la clase inferior de los ministros del Que Es. En otras partes atribuye este cometido a la potencia soberana de la Divinidad, potencia llamada *Kyrios* = Señor, por oposición a la potencia benefactora, llamada *Theós* = Dios. Ver Sobre la obra de Noé como plantador 86 y ss. y Sobra Abraham 144 y 145.

183. XXXVII. Mas hemos de averiguar en qué consiste la "confusión". ¿Cómo lo averiguaremos? Se me ocurre que de la siguiente manera. Frecuentemente alcanzamos a conocer a personas a las que previamente no conocíamos, a través de sus familiares o de quienes tienen alguna semejanza con ellas. Y del mismo modo cosas que no son fáciles de aprehender por sí mismas témanse claras a través de las semejanzas de las que les son afines.

184. Ahora bien, ¿qué cosas se asemejan a una confusión? La mezcla, para usar el viejo término filosófico, y la combinación.[88] La primera se aprecia en las sustancias secas; la segunda en las líquidas.
[88] "Mezcla" y "combinación". Por supuesto que los dos términos que he elegido, a falta de otros, para traducir los vocablos griegos *míxis* y *paráthesis*, no tienen, como se advierte por lo que sigue, los sentidos con que los empleamos actualmente cuando nos referimos a la concentración de más de un elemento en un todo.

185. La mezcla de diferentes cuerpos tiene lugar cuando éstos se yuxtaponen sin orden, tal como ocurre cuando se amontonan juntos granos de cebada, trigo, arvejas y otras cualesquiera especies de granos; la combinación, en cambio, no es una mera yuxtaposición sino la extensión paralela de partes diferentes compenetradas entre sí completamente, sí bien sus cualidades pueden aún distinguirse mediante determinados procedimientos, tal como dicen que ocurre con el vino y el agua.

186. Afirman, en efecto, que estas sustancias al unirse producen una combinación, más que igualmente el compuesto puede ser separado de nuevo en las diferentes cualidades de las que está formado, pues una esponja empapada en aceite absorbe el agua y deja el vino. Probablemente, como la esponja es un derivado del agua, tiende a absorber de la combinación la sustancia que le es familiar y a dejar la sustancia extraña, o sea, el vino.

187. En cambio, la "confusión" implica el aniquilamiento de las cualidades originales, las que se extienden por todas partes produciendo de ese modo una única y diferente cualidad, tal como sucede en el caso de la cuádruple droga usada en medicina, que, según entiendo, está constituida por la unión de cera, sebo, alquitrán y resina, y, cuando el compuesto está formado, es ya imposible separar las propiedades de que ha sido formado, pues cada uno de los ingredientes ha sido aniquilado, y el aniquilamiento de todos ha engendrado otra cosa única con propiedades diferentes.

188. Pero, cuando Dios amenaza con la confusión a los impíos pensamientos, ordena el aniquilamiento-no sólo de la especie y las propiedades de cada uno de los vicios sino también de aquello que éstos han contribuido a formar, a fin de que ni las partes separadamente ni la reunión y concierto de todas se revistan de una fuerza tendiente a la destrucción del" elemento superior.

189. Por eso dice: "Confundamos allí su lengua para que ninguno pueda entender la voz de su vecino" (Gen. XI, 7); lo que equivale a 'Hagamos que se tome muda cada una de las partes del vicio, para que no puedan, ni emitiendo su propia voz ni de concierto con otros, convertirse en causa de daño'.

190. XXXVIII. Éste es nuestro pensamiento al respecto; en cambio, aquellos que se atienen solamente a lo externo y superficial piensan que lo que ahora estamos tratando es el origen de las lenguas de los helenos y los no helenos. Yo no los censuraría pues tal vez también ellos estén en lo cierto. Mas los exhortaría a no quedarse sólo en eso y a recurrir, en cambio, a las interpretaciones alegóricas, teniendo presente que la letra de los oráculos es como la sombra de los cuerpos y que lo real y verdaderamente sustancial es el sentido profundo por ellos revelado.

191. Por cierto que el legislador mismo da pie para este género de consideración a aquellos cuya inteligencia no está cegada. Tal ocurre, a no dudarlo, en el caso a que nos estamos refiriendo, a propósito del anuncio de que tendría lugar una confusión. Seguramente, si lo que se daba a entender era solamente el origen de las lenguas, con mayor propiedad hubiera aplicado al episodio el nombre de separación en vez del de "confusión". Porque las cosas que se hallan divididas no están confundidas sino, por el contrario, separadas, y no sólo se trata de una contradicción de nombres sino también de hechos.

192. Confusión, como he dicho, es el aniquilamiento de las propiedades simples para la producción de una única propiedad compuesta, mientras que separación es la división de una cosa en varias, tal como ocurre en el caso del género y las especies que entran en él. De modo que, si el Sabio hubiera ordenado que la lengua, una en su origen, se dividiera en muchas lenguas distintas, hubiera empleado los términos más apropiados y exactos, tales como división, dispersión, separación o algún otro semejante, y no el opuesto a éstos, es decir, confusión.

193. Pero Su propósito es disolver el tropel del vicio, aniquilar sus lazos comunes, descalabrar y destruir su poderío y acabar con la potencia de su soberanía, que se ha tornado sólida mediante indignas transgresiones.

194. ¿No ves, acaso, cómo el Que modeló las partes de los seres vivientes no ha puesto ninguna de ellas en vinculación con otra? Los ojos no pueden oír ni los oídos ver ni el jugo de la boca oler ni las fosas nasales gustar; ni, por otra parte, la palabra puede experimentar sensaciones propias de los sentidos, ni, a su vez, la sensibilidad es capaz de pronunciar palabras.

195. Es que el Artífice conocía que era provechoso que ninguno de ellos oyese la voz de su vecino; y decidió para beneficio de los seres vivientes que las partes del ente vivo usasen de los poderes que le son propios sin mezclarlos y que fuese eliminada la

vinculación recíproca entre ellas; y decidió, asimismo, que las partes del vicio fueran llevadas a su completa "confusión" y destrucción para que ni concertadas ni obrando separadamente pudiesen llegar a constituir un azote para las naturalezas mejores.

196. Por ello añade Moisés: "El Señor los dispersó desde allí" (Gen. XI, 8), vale decir, los esparció, los desterró, los sacó de la luz. Porque, mientras el sembrar es origen de bienes, el dispersar [89] lo es de males, ya que, en tanto la siembra tiende al acrecentamiento, al crecimiento y a la producción de otras cosas; la dispersión, en cambio, persigue la ruina y la destrucción. Dios, el plantador del universo, quiere sembrar en él la nobleza, y dispersar y desterrar de la comunidad del mundo la vituperable impiedad, para que los caracteres hostiles a la virtud cesen en adelante de edificar la ciudad del vicio y la torre del ateísmo.

[89] Juego de palabras entre *spéirein* = sembrar, esparcir, y *diaspéirein* dispersar.

197. En efecto, cuando éstos hayan sido dispersados aquellos que largo tiempo ha se encuentran desterrados huyendo de la tiranía de la insensatez alcanzarán su retomo merced a una sola proclama, siendo Dios quien refrenda y ratifica tal proclama, tal como lo hacen patente los oráculos en los que se declara que, "aunque tu dispersión fuere de un extremo al otro del cielo, Yo te volveré a reunir desde allí". (Deut. XXX, 4.)

198. De modo que Dios tiene por provechoso el armonizar el concierto[90] de las virtudes, y en dispersar y destruir el de los vicios. El nombre más apropiado para el vicio es confusión, y todo insensato es una clara confirmación del vicio puesto que sus palabras, sus determinaciones y sus obras son indignas e inestables.

[90] O consonancia o sinfonía. Ver la nota 6.

SOBRE LA MIGRACIÓN DE ABRAHAM

(DE MIGRATIONE ABRAHAMI)

1. I. "Y dijo el Señor a Abraham: 'Márchate de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre hacia la tierra que Yo te mostraré; y te convertiré en una gran nación, y te bendeciré y engrandeceré tu nombre y serás bendito.[1] Y bendeciré a los que te bendijeren y maldeciré a los que te maldijeren y todas las tribus de la tierra serán bendecidas en ti'." (Gen. XII, 1 a 3.)
[1] Sobre la interpretación que Filón da a este término ver el parágrafo 107.

2. Queriendo Dios purificar el alma del hombre, concédele en primer lugar como punto de partida hacia la completa salvación el traslado desde tres sitios: desde el cuerpo, desde la sensibilidad y desde la expresión hablada.[2] Sucede, en efecto, que "la tierra" [3] es símbolo del cuerpo; "la parentela" lo es de la sensibilidad, y "la casa del padre", de la palabra.
[2] Literalmente: "desde el *lógos* expresado o pronunciado", es decir, la palabra. Sobre los dos *lógoi* ver Sobre los querubines, nota 8.
3 O país, según el pasaje bíblico; pero Filón toma el término en el sentido de sustancia terrestre.

3. ¿Por qué? Pues, porque el cuerpo toma su sustancia de la tierra y de nuevo se disuelve en la tierra. Moisés lo atestigua cuando dice: "Tierra eres y a la tierra retornarás." (Gen. III, 19.) Y además dice que fue el mismo polvo el que por la acción modeladora de Dios fue fijado para formar al hombre; y fuerza es que lo que se disuelve lo haga en los elementos unidos para formarlo.[4] Por su parte, la sensibilidad es pariente y hermana de la inteligencia, el pariente irracional de la parte racional, pues ambas son porciones de una única alma.
[4] Es decir, que vuelva al polvo en este caso.

4. Y la palabra, a su vez, es "la casa del padre"; "del padre", puesto que la inteligencia [5] es nuestro padre, el que siembra en cada una de las partes del cuerpo las facultades que de ella emanan y distribuye entre las mismas las actividades, reservándose el control y supervisión de todas ellas; y "la casa", porque la palabra es la habitación en la que se aloja la inteligencia, apartada del resto de la casa. Como el hogar es la morada del hombre, la palabra lo es de la inteligencia. Así es, en efecto; en la palabra, como en una casa, la inteligencia se muestra a sí misma y muestra las concepciones que ella engendra luego de organizarías y ordenarlas. Mas no te asombres de que Moisés haya llamado a la palabra casa de la inteligencia en el hombre, pues también afirma que Dios, la inteligencia del universo, tiene por morada Su propia palabra.
[5] Una vez más convendrá recordar que *noús* = inteligencia, es masculino en griego, lo que compagina mejor que en el caso español con la paternidad que Filón le asigna.

5. Al recibir la visión de esta palabra el ejercitante [6] reconoce sin ambages: "Esto no es ciertamente la casa de Dios" (Gen. XXVIII, 17), lo que equivale a decir: La casa de Dios no es este conjunto de cosas presentes a nuestra vista o, en general, al alcance de nuestra sensibilidad; no, no es tal cosa, sino algo invisible, sin forma perceptible, aprehensible solamente por el alma propiamente dicha.[7]
[6] Jacob.

[7] Literalmente: "por el alma como alma", es decir, en sentido restringido referido el término *psykhe* solo a la parte rectora: la inteligencia, y no a todas las partes con vida animada. Ver Sobre la herencia de las cosas Divinas 55.

6. ¿Cuál, entonces, puede ser esa cosa sino Su palabra,[8] la primera de cuantas cosas han llegado a existir; palabra que el Piloto de todas las cosas empuña como un timón para guiar al universo, y que, una vez modelado el mundo, usa como instrumento para la irreprochable organización de las cosas producidas por Él?
[8] O Su *lógos*, pues aquí, evidentemente. Filón toma el término en su sentido más genérico.

7. II. Acabamos de demostrar que Moisés al decir "el cuerpo" se refiere a la tierra, que al decir "la parentela" alude a la sensibilidad, y que lo de "la casa del padre" refiérese a la palabra. En cuanto a la expresión "Márchate de ellos", no significa "sepárate de ellos de manera real". Prescribir tal cosa equivaldría a ordenar la muerte. Equivalen, en cambio, a 'Hazte ajeno a ellos mentalmente;[9] no estés pendiente de ninguno de ellos; mantente por encima de todos ellos'.
[9] Es decir, en pensamientos y propósitos.

8. Son subordinados tuyos; jamás los tengas por señores. Siendo rey, como eres, aprende de una vez a mandar y a no ser mandado. Conócete a tí mismo por toda la eternidad, como Moisés te enseña en muchos pasajes diciendo: "Aplícate a tí mismo" (Ex. XXIV, 12), pues de ese modo conocerás a quiénes conviene que obedezcas y a quiénes conviene que gobiernes.

9. Márchate, pues, del elemento terrestre que hay en ti; huye, amigo, con todo vigor y plena fuerza de la repugnante prisión que es el cuerpo y de los placeres y concupiscencias, verdaderos carceleros de ella. No perdones recurso alguno para maltratarlos y amenázalos con todos ellos juntos y combinados.

10. Aléjate también de tu pariente, la sensibilidad. Actualmente te has entregado como prenda a cada uno de los sentidos, y has venido a convertirte en cosa ajena, en un bien de los que te han tomado en préstamo, privándote de lo que es tuyo. Tú sabes, aunque todos los hombres lo callen, que los ojos, los oídos y toda. la restante turba de tu "parentela" te llevan hacia las cosas que ellos aman.

11. Mas, si quisieres recobrar Tu propio ser, que has prestado, y estar rodeado de lo que te pertenece sin privarte de nada de ello ni dejar en manos ajenas porción alguna, alcanzarás una vida feliz y recogerás perpetuamente el beneficio y goce de bienes no extraños sino tuyos propios.

12. Aléjate asimismo de la expresión hablada, o "la casa del padre", como dice Moisés; no sea que, engañado por las bellezas del lenguaje, te apartes de la verdadera belleza, la que reside en los asuntos expresados. Porque absurdo sería preferir la sombra a las sustancias o la copia a los originales; y la expresión hablada es semejante a la sombra y a la imitación, en tanto que el natural desarrollo de los asuntos que ella expone aseméjase a las sustancias y a los arquetipos, y es preciso que aquel que aspira a. ser antes que a aparentar se vincule con éstos y se aparte de aquéllas'.

13. III. Así, cuando la inteligencia comienza a conocerse a sí misma y a trabar

relaciones con las contemplaciones propias de ella, aparta de sí la parte del alma inclinada hacia el género de las cosas sensibles, inclinación que en lengua hebrea se llama "Lot". Por ello el hombre sabio nos es presentado en actitud de decir con toda franqueza: "Aléjate de mí." (Gen. XIII, 9.) Es, en efecto, imposible que el que ama las cosas incorpóreas e incorruptibles conviva con quien se inclina hacia las sensibles y mortales.

14. Grande fue, pues el acierto del sagrado intérprete al titular a todo un libro sagrado completo de su legislación "*Exagogé*",[10] pues el nombre hallado es apropiado para los oráculos contenidos en él. Siendo, en efecto, un instructor y estando plenamente preparado para la admonición y corrección de los capaces de recibir admoniciones y corregirse, madura el proyecto de sacar al pueblo todo del alma de la región egipcia, vale decir, del cuerpo, y de sus habitantes, pues considera que es sumamente pesada y penosa carga el que una inteligencia dotada de visión esté doblegada por los placeres de la carne y al servicio de los dictados que los implacables deseos le prescriben.
[10] *Exagogé* = acción de sacar de un lugar o de hacer partir. Se trata del Éxodo.

15. Por cierto que éstos mucho lamentaron y lloraron su bienestar corporal y la abundancia inagotable de cosas exteriores. Así, leemos que "Los hijos de Israel se lamentaron a causa de sus trabajos".[11] (Ex. II, 23.) Es en estas circunstancias cuando el profeta, habiéndole instruido Dios misericordioso acerca de la partida, los libera.
[11] Ver Sobre la confusión de las lenguas 93.

16. Hay, por otra parte, quienes han concertado treguas hasta la muerte con el cuerpo, y han sido sepultados en éste como en una urna funeraria, en una sepultura o como quiera llamársele.[12] En éstos todas las partes amantes del cuerpo y de las pasiones están sepultadas entregadas al olvido. Mas, si en alguna parte de éstos germina algún sentimiento de amor a la virtud, dicho sentimiento es conservado por recuerdos que poseen la virtud de reavivar el fuego de las buenas cualidades.
[12] Lo que sigue hasta 24 inclusive es una meditación sobre Gén. L, 26.

17. IV. Por ejemplo, la sagrada palabra, considerando absurda la mezcla de las cosas puras con las impuras, mira por la conservación de los huesos de José, huesos que aquí significan las únicas reliquias de tal alma que están libres unas de corrupción y son merecedoras otras de perpetuo recuerdo.[13]
[13] Gen. L, 25. Es difícil precisar en qué estriba la diferencia entre estas -dos categorías.

18. Las dignas de perpetuo recuerdo eran éstas: la confianza de José en que "Dios visitaría" a la raza vidente [14] y no la entregaría jamás al ciego señorío de la ignorancia; la distinción entre las porciones mortales del alma y las imperecederas; y el haber abandonado a Egipto todas aquellas cosas que tienen que ver con los placeres del cuerpo y las otras formas inmoderadas de las pasiones, y haber concertado un acuerdo respecto de las partes incorruptibles para que fueran conducidas junto con los que subían hacia las ciudades de la virtud, acuerdo que fue garantizado por un juramento.[15]
[14] Israel. Gen. L, 24.
[15] Gén. L, 25.

19. ¿Y cuáles eran las incorruptibles? Su hostilidad contra el placer, que le dice: "Acostémonos juntos" (Gen. XXXIX, 7) y gocemos de los bienes humanos; su sagacidad pareja con su firmeza, mediante la cual discierne y aparta como meros sueños

las cosas que las vacías opiniones tienen por bienes, reconociendo que las verdaderas y claras interpretaciones sobre las cosas se dan bajo la guía Divina,[16] en tanto que las inciertas y nada claras invenciones se ajustan a las condiciones de la vida errante y llena de vanidad propia de hombres aún no purificados, vida que se complace en los deleites que procuran los panaderos, cocineros y coperos.
[16] Gén. XL, 8.

20. Agreguemos el hecho de que no fue proclamado súbdito sino soberano de todo Egipto, el país corpóreo;[17] su orgullo de saberse miembro de la nación hebrea,[18] nación que se particulariza por el abandono de las cosas sensibles para marchar hacia las intelectuales ("hebreo" significa "emigrante"); su jactancia porque "aquí nada he hecho" (Gén. XL, 15), puesto que no haber realizado acto alguno de los que allí se empeñan en llevar a cabo los ruines, y haber, en cambio, detestado y rechazado a todo eso, es conducta merecedora de alabanza sin medida;
[17] Gén. XLI, 41.
[18] Gén. XL, 15.

[21.] su burla ante los excesos de las concupiscencias y pasiones todas;[19] su temor de Dios,[20] no obstante que aún no había llegado a ser capaz de amarlo; el hacer suya en Egipto la vida verdadera; [V.] elección que provoca la admiración del vidente" (y no faltaban, ciertamente, motivos para quedar asombrado), y que le mueve a decir: "Grande cosa es para mí si mi hijo José vive todavía" (Gen. XLV, 28) "y no se ha entregado a las vacías opiniones ni a ese cadáver que llevamos con nosotros que es el cuerpo";[22]
[19] Gén. XXXIX, 14 y 17.
[20] Gén. XLII, 18.
[21] Jacob, por otro nombre Israel = el que ve, el vidente.
[22] La misma idea es expuesta en Interpretación alegórica III, 69 y ss. y en Sobre la agricultura 25.

[22.] el confesar que pertenece a Dios,[23] y no a cosa alguna de las que han llegado a existir;[24] el agitar, sacudir y apartar enérgicamente de sí, cuando se da a conocer por sus hermanos, todos los caracteres amantes del cuerpo y seguros de hallarse firmemente asentados sobre sus propias doctrinas; el afirmar que no ha recibido su misión de manos de los hombres, y que ha sido elegido por Dios para la legítima supervisión del cuerpo y las cosas exteriores.
[23] Gén. L, 19.
[24] De las creadas.

23. Además de éstas, hay también muchas otras reliquias de la mejor y más santa disposición, la que no soporta en absoluto habitar en Egipto, vale decir, en la casa del cuerpo, ni es sepultada jamás en un ataúd; y, después de abandonar todo lo mortal, marcha tras los guiadores pasos de Moisés, o lo que es lo mismo, de la palabra legisladora.

24. Moisés, en efecto, es quien nutre, cual si fuera una nodriza, las obras, las palabras y las decisiones nobles; y, aunque éstas alguna vez pueden mezclarse con las opuestas a causa de la caótica confusión propia de las cosas mortales, no por eso él avanza menos ni deja de separarlas para que las semillas y los frutos de la nobleza de espíritu no sean eclipsados definitivamente y se pierdan.

25. Además de liberarlos,[25] Moisés exhorta a los israelitas a abandonar con grande energía a la que lleva el nombre de madre de todas las cosas monstruosas,[26] y no tardíamente y de manera lenta sino con rapidez suma. Díceles, en efecto, ardorosamente que es preciso sacrificar la pascua,[27] término que significa "travesía", para que la inteligencia con ánimo resuelto y firme disposición realice sin volverse atrás el tránsito desde las pasiones y dé gracias a Dios, su salvador, que la ha rescatado conduciéndola a una libertad que le estaba vedada.
[25] Retorna Filón, después de la digresión acerca de José, al punto en que en el parágrafo 15 había dejado sus consideraciones acerca del éxodo o partida de Egipto.
[26] La tierra de Egipto, símbolo del cuerpo. *Áigyptos* es femenino.
[27] Ex. XII, 11 y 21.

26. VI. ¿Y por qué asombramos de que exhorte a la inteligencia oprimida por el poderío de una irracional pasión a no abandonarse ni dejarse arrastrar por la violencia de su ímpetu; a resistir violentamente; y a huir, en caso de no poder oponerse? La huida, en efecto, es la alternativa que les queda para su salvación a aquellos que no pueden defenderse. Ni siquiera a aquel que es luchador por naturaleza y nunca ha llegado a ser esclavo de las pasiones, hallándose siempre empeñado en la lucha contra cada una de ellas, le permite Moisés estar permanentemente trabado en combate, pues no quiere que lo ininterrumpido de su contacto con lo mismo, acabe por forjarle el penoso destino que aquéllas deparan. Muchos, en efecto, han llegado al cabo a convertirse en imitadores del vicio de un oponente, así como otros, a la inversa, han imitado la virtud de la parte opuesta.

27. Esto es lo que ha motivado la siguiente exhortación Divina: "Retoma hacia la casa de tu padre y hacia tu familia y. Yo estaré contigo" (Gen. XXXI, 3); lo que equivale a decir: Te has convertido en un atleta perfecto y te has hecho merecedor de premios y coronas, habiendo presidido tus combates la virtud, la que te ha entregado los premios de la victoria. Mas abandona ya el espíritu de contienda para que no pases fatiga perpetuamente y puedas también recoger el fruto de tus esfuerzos.

28. Nada de esto alcanzarás si permanecieres donde te hallas, conviviendo con las cosas sensibles y pasando tu tiempo con las maneras de ser corporales, de las que es adalid Labán, cuyo nombre significa precisamente "manera de ser". Preciso es, por el contrario, que retomes a la tierra de tus padres, la tierra de la sagrada palabra, la que en cierto modo es padre[28] de 'los que se ejercitan.
[28] Recuérdese que *lógos* = palabra, es masculino.

29. En esta región hallarás también al carácter autodidacta, al que no ha necesitado edad infantil ni alimento lácteo, a aquel al que un Divino oráculo ha vedado descender hacia Egipto [29)] y salir al encuentro de los seductores placeres de la carne, al llamado Isaac.
[29] Gen. XXVI, 2.

30. Cuando hayas entrado en posesión de la heredad de éste, forzosamente te verás libre de tu trabajo. La abundancia inagotable de bienes a tu disposición y al alcance de tus manos te liberará del esfuerzo. La fuente de la que brotan tales bienes es la compañía del bondadoso Dios, quien confirma la concreción de Sus beneficios al decir: 'Yo estaré contigo'."

31. VII. ¿Y qué bien podría faltar, si está presente Dios, el perfecto, con Sus gracias,

Sus vírgenes hijas, cuyo Padre y Creador las ha nutrido para que sean incorruptibles y puras? Preocupaciones, trabajos y ejercitaciones reposan entonces, y todo cuanto encierra beneficio para todos se da conjuntamente sin necesidad de elaboración pues todo lo ha previsto la Naturaleza.[30]
[30] Como en muchos otros pasajes el término naturaleza parece ser sinónimo de Dios.

32. El torrente de bienes que se brinda espontáneamente llámase "liberación",[31] puesto que la inteligencia reposa de los esfuerzos exigidos por sus propios proyectos y se libera, podríamos decir, merced a la abundancia de los bienes que caen sobre ella como lluvia y la riegan incesantemente.
[31] Alusión a la prescripción según la cual en el año sabático la tierra, 'que aquí simboliza a la inteligencia, quedaba "libre" de cultivo y reposaba. Ex. XXIII, 11.

33. Y estos bienes son de la más hermosa y maravillosa naturaleza, pues, mientras los que el alma engendra por sí misma son en su mayor parte abortos, cosas nacidas a destiempo; en cambio, todos aquellos con los que Dios nos riega a modo de lluvia llegan a la existencia perfectos, completos y excelentes en sumo grado.

34. No me avergüenza describir mi propia experiencia y lo que diré me ha sucedido, lo sé, infinidad de veces. En determinadas ocasiones, deseando seguir el acostumbrado desarrollo de un escrito sobre doctrinas de orden filosófico, y conociendo puntualmente el asunto que debía desarrollar, he hallado a mi inteligencia improductiva y estéril y he desistido de mi empeño sin lograr nada positivo, reprochando a ella por su presunción y pasmado ante el poder del Que Es, de quien depende en cada caso que la matriz del alma se abra o se cierre.

35. Otras veces, habiendo abordado el asunto con las manos vacías, me hallé de pronto lleno de ideas que caían como lluvia sembradas invisiblemente desde lo alto, al punto de que, poseído por una Divina inspiración, perdía el control de mí mismo, y todo me resultaba irreconócible: el lugar, los presentes, yo mismo, lo que decía y lo que escribía. Es que había llegado a poseer capacidad de expresión, ideas nuevas, un disfrute de claridades, una visión agudísima, una nítida aprehensión de los asuntos, tal como si ello resultara de un clarísimo espectáculo que me llegara a través de los ojos.

36. VIII. Ahora bien, lo que aparecía ante mí es lo más digno de ser visto, contemplado y amado, el bien perfecto, el que posee la natural virtud de trocar en dulzor las amarguras del alma, el más hermoso condimento de todas las especias, gracias al cual aun lo que carece de poder nutritivo tómase reparador alimento. Por eso se ha dicho: "El Señor le mostró un árbol, y lo[32] arrojó en el agua" (Ex. XV, 25), es decir, en la floja y divagante inteligencia, desbordante de amargura, para que endulzada perdiera su carácter salvaje.
[32] Al árbol.

37. Este árbol brinda no sólo alimento sino también inmortalidad. Sabemos, en efecto, que el árbol de la vida estaba plantado en medio del parque;[33] y que tal árbol no es otra cosa que la bondad escoltada por la guardia que forman en torno a ella las virtudes particulares y las acciones acordes con dichas virtudes, puesto que ella es la virtud a la que ha cabido el sitio central y más excelente del alma.
[33] Gén. II, 9.

38. El que contempla tal espectáculo es el sabio; no así los insensatos por cuanto tienen una vista cegada y confusa. Por eso los primeros hombres llamaron videntes a los profetas.[34] Y el ejercitante [35] se preocupó por ver lo que antes oía, cambiando los oídos por los ojos, y, habiendo dejado detrás la heredad procedente del oído, alcanzó la condicionada por la vista.
[34] I Samuel IX, 19.
[35] Jacob, quien, al adquirir la visión, se transforma en Israel.

39. En efecto, la moneda corriente del estudio y la enseñanza, de la que Jacob ha tomado su nombre, es reacuñada, transformándose en el vidente Israel, y de ese modo tiene lugar la visión de la Divina luz, o lo que es lo mismo, del saber, el que abre el ojo del alma y lo conduce a aprehensiones más claras y luminosas que las que le brindan los oídos. Porque, así como la aplicación de los principios musicales se alcanza a conocer a través de la ciencia musical; y la práctica correspondiente a cada ciencia, a través de la ciencia respectiva, así también aquello que es sabio se discierne a través de la sabiduría.

40. Mas la sabiduría no es, como la luz, un instrumento de la visión solamente; además es capaz de verse a sí misma. La sabiduría es la luz arquetipo propia de Dios, de la que el sol es una imitación y copia; el que muestra cada una de las cosas, empero, es Dios, el único verdaderamente conocedor. De los hombres dícese que conocen sólo porque parecen conocer; de Dios lo decimos porque posee realmente el conocimiento, aunque la expresión no alcance a reflejar exactamente la naturaleza de ese conocimiento, ya que todo cuanto se puede decir acerca del Que Es resulta inferior a Sus reales poderes.

41. Su sabiduría es testimoniada no sólo por la circunstancia de ser el artífice del universo sino también por el hecho de haberse asegurado firmísimamente el conocimiento de cuanto había creado.

42. Leemos, en efecto, que "vio Dios todo cuanto había creado (Gen. I, 31), lo que no significa que haya posado Su mirada sobre cada una de las cosas sino que tuvo ciencia, conocimiento, aprehensión de aquello que había creado. En consecuencia, sólo al Único Sabio compete el guiar, enseñar y mostrar cuanto concierne a cada una de las cosas, puesto que Él, a diferencia del hombre, no es un mero beneficiado por las aplicaciones de alguna ciencia, si no es reconocido como el principio y la fuente de las artes y las ciencias.

43. IX. El que las palabras atribuidas a Dios sean "que Yo te mostraré" (Gen. XII, 1), y no "que Yo te muestro"; vale decir, que adopten la forma de una promesa para el futuro, no de un hecho presente, lleva una intención deliberada: atestiguar la confianza que el alma deposita en Dios, mostrando un agradecimiento que no procede de hechos ya cumplidos sino de la esperanza de los que sobrevendrán.

44. En efecto, el alma, suspensa y pendiente de una hermosa esperanza, y convencida de que las cosas no presentes están ya presentes indubitablemente en virtud de la firme seguridad que brinda El que las ha prometido, alcanza como premio un bien perfecto, la fe. Leemos, en efecto, un poco más adelante que "Abraham confió en Dios". (Gén. XV, 6.) De análoga manera habla Dios también a Moisés, cuando, después de mostrarle todo el país, le dice: "Lo he mostrado ante tus ojos y no penetrarás allí." (Deut. XXXIV.)

45. Y no pienses que esto ha sido dicho para humillación[36] de aquel hombre

omnisciente, como suponen algunos desconsiderados. Ingenuidad es, ciertamente, pensar que son los esclavos de Dios los que han de distribuirse el país de la virtud en vez de Sus amigos.
[36] O quizá: "aludiendo a su (próxima) desaparición", ya que *epí kathairései* puede significar una u otra cosa.

46. Por el contrario, lo que en primer lugar desea hacerte entender el legislador es que uno es el sitio de los niños y otro el de los hombres completos, el uno llamado ejercitación y el otro llamado sabiduría. En segundo lugar, que las cosas más excelentes de la naturaleza son objetos de visión más que de posesión. ¿Cómo es posible, en efecto, llegar a poseer aquellas cosas a las que ha correspondido una posición más cercana a Dios? Verlas, en cambio, no: es imposible; aunque no a todos es dado hacerlo, sino solamente a la más pura y más penetrante especie de visión, a la que el Padre de todas las cosas concede la más excelsa de Sus gracias al mostrarle Sus propias obras.

47. ¿Qué vida, en efecto, es superior a la contemplativa, cuál más apropiada para un ser racional? Por eso, mientras la voz de los seres mortales tiene por juez al oído, los sagrados oráculos nos revelan que las palabras de Dios son vistas como se ve la luz. Leemos, en efecto, que "todo el pueblo vio la voz" (Ex. XX, 18), no que la oyó; puesto que lo sucedido no era un golpe de aire mediante' los órganos de la boca y la lengua, sino la claridad intensamente brillante de la virtud, claridad en todo semejante a una fuente de razón, a la que en otro pasaje se alude de esta manera: "Habéis visto que os he hablado desde el cielo" (Ex. XX, 22), y no 'Habéis oído. . .', por la misma causa que antes.

48. Pero hay un pasaje en el que Moisés distingue con suficiente precisión lo oído de lo visto y el oído de la vista. Dice así: "Vosotros habéis oído una voz de palabras,[37] y no habéis visto una imagen sino sólo una voz." (Deut. IV, 12.) Es lógico, en efecto, que haya dicho que es audible la voz que se divide en nombre, verbo y en las partes de la oración en general, ya que esta clase de voz es interpretada por el oído; pero la voz que no consta de nombres y verbos, la de Dios, que es una voz que se ve con los ojos del alma, es presentada como perceptible por medio de la vista.
[37] *Phomé rhematón* = una voz de palabras, vale decir, una voz humana. Filón recalca en el término *rhemata* su acepción técnica de verbo; y así, insiste luego en que la "voz se divide en nombre, verbo y las partes de la oración en general".

49. Y después de haber dicho: "No habéis visto una imagen", agrega, "sino sólo una voz", debiéndose indudablemente sobrentender "habéis visto". De modo que las palabras de Dios tienen por intérprete a la visión que posee el alma, en tanto que las que se clasifican en diversas especies de nombres y verbos [38] son interpretadas por el oído.
[38] Mientras más arriba, parágrafo 48, parece aludir Filón a la clasificación de las palabras corrientes en su tiempo: nombre, verbo y nexos; aquí solo menciona dos clases: nombre y verbo, pero agrega el término *idéiai* = especies, con lo que seguramente se refiere a las subdivisiones que en las clasificaciones de su tiempo admitían estas dos categorías; supremas o géneros de palabras.

50. El saber de Moisés es original en todas sus manifestaciones, pero en este caso su originalidad es especial y fuera de lo común, al decir que la voz es perceptible por medio de la vista no obstante que, si exceptuamos a la inteligencia, la voz es prácticamente lo único no visible que hay en nosotros. Porque la totalidad de los objetos

propios de los otros sentidos: los colores, los sabores, los perfumes, las cosas calientes, las frías, las suaves, las ásperas, las blandas y las duras, todos son visibles como cuerpos.

51. Aclararé lo que esto significa. El sabor es visible, no como sabor sino solamente como cuerpo; como sabor será ciertamente el gusto quien lo apreciará. El olor, a su vez, en cuanto olor será apreciado por las narices, más en cuanto cuerpo lo será también por los ojos. Y de esta misma manera se perciben también los demás objetos sensibles.

52. En cambio, la voz, ni en su condición de cosa audible ni en cuanto cuerpo, si es que se trata de un verdadero cuerpo,[39] posee la propiedad de ser perceptible por la vista. Palabra e inteligencia, pues, son las dos cosas invisibles de nuestro ser. Mas no es, por cierto, nuestro aparato-productor de sonidos análogo al órgano Divino de la voz. El nuestro, en efecto, se mezcla con el aire y escápase hacia el lugar emparentado con él, vale decir, los oídos; la palabra de Dios, en cambio, es un órgano puro y sin mezcla, que, sutil, como es, el oído no alcanza a percibir, mas el alma, que es. pura, lo ve gracias a su agudeza de visión.
[39] Según la teoría estoica al respecto el sonido es un cuerpo. Filón acepta este punto de vista con marcada reserva, sin que ello, por otra parte, le impida basar su razonamiento en la corporeidad de lo acústico.

53. X. Así pues, el primer don que Dios dispensa al alma después que ella abandona las cosas mortales, es, como he dicho, el espectáculo y la contemplación de las inmortales; y el segundo es el progreso hacia los principios de la virtud así en cantidad como en grandeza. Dice, en efecto, Dios: "Y Yo haré que te-conviertas en una gran nación" (Gen. XII, 2), dando a entender mediante la palabra "nación" el inmenso número de ellos. y mediante la palabra "grande" el progreso en calidad.

54. En qué medida tiene lugar este acrecentamiento en uno y otro aspecto, en número y grandeza, lo pone de manifiesto también el rey de Egipto. Dice, en efecto: "He aquí que la raza de los: hijos de Israel constituye una gran multitud." (Ex. I, 9.) De ese modo testimonia que la raza capaz de ver al Que Es ha adquirido ambas cosas: grandeza en número y en calidad, o lo que es lo mismo, el recto curso así en las acciones como en las palabras.

55. No dijo, en efecto, como diría quien se atuviese estrictamente a la conexión entre las palabras, "una numerosa multitud", sino "una gran multitud", pues sabía que el gran número no es sino una grandeza a medias si a ello no se agrega la potencia del conocimiento y el saber. ¿Qué provecho, en efecto, se sigue de recibir muchos conocimientos expuestos por otros si no se desarrolla cada uno de ellos en la medida en que corresponde? Análogamente, un campo no es perfecto porque en él se dé una infinidad de plantas a ras del suelo [40] y, en cambio, lo es si contiene un brote aún no completamente desarrollado pero que ha crecido merced al cuidado del agricultor y es capaz ya de producir fruto.
[40] Es decir, sin posibilidad de desarrollo y de dar frutos.

56. Principio y fin de la grandeza y multitud de las cosas nobles es la perpetua memoria acerca de Dios y la apelación a la-ayuda que de Él procede en la guerra intestina, confusa e ininterrumpida de la vida. Dice, efectivamente, el legislador: "He aquí que esta gran nación es un pueblo sabio e inteligente; porque, ¿qué clase de gran nación

existe cuyo dios esté próximo a ella como nuestro Soberano Dios lo está en todas las cosas por las que Lo invocamos?" (Deut. IV, 6 y 7.)

57. Queda, entonces, demostrado que un poder presto para acudir en nuestra ayuda aguarda junto a Dios y que el mismo Guía se aproxima hacia nosotros para ayudar a los que merecen serlo. XI. ¿Y quiénes son los que tal cosa merecen? ¿No es cierto que todos los que aman ardientemente la sabiduría y el conocimiento?

58. Éstos, en efecto, constituyen el sabio e inteligente pueblo a que me refería, cada uno de cuyos miembros es con razón grande, puesto que tiende hacia cosas grandes y hacia una en especial: a no ser separado de Dios, el grande por excelencia, y a permanecer sin temor aguardando firmemente Su aproximación cuando Él se acerque.

59. Éste es el signo peculiar del "gran" pueblo: aproximarse del todo a Dios o ser aquel "al que Dios se aproxima estrechamente". Ahora bien, el mundo y el sabio, que es ciudadano del mundo,[41] llenos están de numerosos y grandes bienes; en cambio, la multitud de los demás hombres participa de males por demás numerosos, y de bienes harto escasos. El bien, en efecto, es cosa extraña en medio de la turbación y la confusión de la vida.

[41] Según Diógenes Laercio .VI, 63, Diógenes el Cínico fue el primero que se autocalificó cosmopolita o ciudadano del cosmos. Filón se adhiere a la doctrina estoica según la cual el sabio es ciudadano del mundo, por cuánto vive de conformidad con las leyes universales de la naturaleza. Ver Sobre la creación del mundo 3.

60. Por esa razón en los oráculos cántase: "El Señor os ha preferido y elegido no porque seáis más numerosos que todas las naciones, puesto que sois los menos numerosos entre todas las naciones, sino porque el Señor os ha amado." (Deut. VII, 7.) Si alguien, en efecto, quisiere distribuir la muchedumbre contenida en un alma sola, tal como si la agrupase en naciones, hallaría muchas agrupaciones en desorden, comandadas por placeres y concupiscencias o pesadumbres y temores o locuras e injusticias o por cosas estrechamente emparentadas con éstas; y sólo una bien ordenada, a cuyo frente hállase la recta razón.

61. Pues bien, en la opinión de los hombres, la multitud de las formaciones injustas es preferida a la única justa; mas en el juicio de Dios la escasa pero bien ordenada prevalece por sobre las innumerables injustas; y a ella es a la que le prescribe Él no estar de acuerdo jamás con tal multitud. Dícele, en efecto: "Jamás te unirás a la multitud para el mal." (Ex. XXIII, 2.); Se infiere de ello que, siempre que sea con pocos, podemos unirnos para el mal? No, con ningún malvado debemos hacerlo. Aunque fuere uno solo el malvado, por sus maldades equivale a muchos, y alistarse a su lado es un grandísimo perjuicio. Por el contrario, lo que nos conviene es enfrentarlo y combatirlo con vigor imperturbable.

62. Por eso se nos dice: "Si salieres a la guerra contra tus enemigos y vieres un caballo", vale decir, a la insolente y turbulenta pasión, rebelde a las riendas, "y uno montado", o lo que es lo mismo, a la inteligencia amante de las pasiones, montada sobre ella, "y un pueblo más numeroso que tú", o sea, a los seguidores de los mencionados, avanzando en formación cerrada, "no tengas temor de ellos", pues, aunque no eres más que uno, tienes como aliado al Único, al Guía de todas las cosas, "pues Dios Soberano está contigo". (Deut. XX, 1.)

63. Su compañía, en efecto, pone fin a las guerras, logra el retomo de la paz, desbarata los muchos e ininterrumpidos males y rescata a la poco numerosa raza de los amantes de Dios, cada uno de cuyos leales seguidores siente odio y abominación hacia el tropel de las cosas terrenales.

64. XII. Así, leemos: "No comáis nada que posea muchos pies entre las cosas reptantes que se arrastran sobre la tierra pues son abominables." (Lev. XI, 42.) Y ciertamente, ¿no es digna de ser detestada el alma que marcha sobre la tierra y no con una parte de sí misma sino con todas o con las más de .ellas, saboreando las cosas del cuerpo e incapaz, en suma, de alzar la mirada hacia las Divinas revoluciones del cielo?

65; Por otra parte, entre las cosas reptantes, así como es censurada la que tiene muchos pies, también lo es la que carece de ellos, la primera por el motivo ya señalado, la segunda porque en todas y cada una de sus partes está caída sobre la tierra sin que nada la levante ni en lo más mínimo. En efecto, dice que toda cosa que avance sobre su vientre es impura,[42] con lo que se alude figuradamente al hombre que persigue los placeres del vientre.
[42] Lev. XI, 42.

66. A su vez, hay quienes, sobrepasando toda medida, no se conforman con entregarse a cuanto entra en el ámbito de la concupiscencia sino se apropian además de la pasión hermana de aquélla, la cólera, deseosos de avivar el fuego que arde en toda la parte irracional del alma y destrozar a la inteligencia. Lo dicho a propósito de la serpiente en un sentido literal: "Andarás sobre tu pecho y sobre tu vientre" (Gen. III, 14), es, en realidad, un verdadero oráculo Divino que se aplica a todo hombre irracional y amante de la pasión, como que la cólera está localizada en el pecho y la pasión en el vientre.[43]
[43] Ver Interpretación alegórica III, 115 y ss.

67. El insensato marcha movido por ambas, por la cólera y la concupiscencia, en todo momento, pues ha arrojado fuera de sí a la inteligencia, su conductora y monitora. El hombre opuesto a éste, en cambio, ha separado de sí la cólera y la concupiscencia y ha elegido como piloto a la Divina palabra. Así, también Moisés, cuando ofrezca los holocaustos del alma, "lavará el vientre" (Lev. VIII, 21), vale decir, purificará la especie toda de la concupiscencia, "y separará el pecho del morueco de la consagración" (Lev. VIII, 29), es decir, toda la pendenciera cólera, para que la parte restante, que es la mejor del amia, es decir, la racional puede obrar con verdaderamente libres y nobles impulsos en procura de todas las metas elevadas, sin que cosa alguna la obstaculice ni la desvíe en adelante.

68. De ese modo podrá ella crecer en número y grandeza. Leemos, en efecto: "¿Hasta cuándo durarán las provocaciones de este pueblo? ¿Hasta cuándo seguirán sin creerme no obstante las señales que he hecho entre ellos? Los golpeará con la muerte y los destruiré y haré de ti y de la casa de tu padre un pueblo grande y numeroso, más aún que éste." (Núm. XIV, 11 y 12.) Así es; cada vez que en el alma una multitud congregada es dispersada por entregarse a la cólera y a la concupiscencia, de inmediato la asamblea dependiente de la naturaleza racional yérguese y se eleva del todo.

69. Ahora bien, así como la creatura de muchos pies y la que carece totalmente de ellos, que constituyen especies contrarias del género de los reptantes, son declaradas impuras,

del mismo modo la atea y la politeísta, doctrinas antagónicas en el alma, son impuras también. La prueba es ésta: la ley ha expulsado de la sacra asamblea a ambas, al ateísmo al apartar de esa reunión a un eunuco y castrado;[44] al politeísmo, al vedar a quien fuere hijo de una ramera ser oyente o hablar en ella.[45] El estéril representa al ateísmo, y símbolo del politeísmo es el hijo de la meretriz, como que su filiación paterna está envuelta en la obscuridad y es por ello atribuido no a uno sino a muchos padres.
[44] Ver Sobre la ebriedad 213.
[45] Deut. XXIII, 1 y ss.

70. XIII. De dos dones hemos hablado ya, a saber: de la esperanza en una vida de contemplación y del progreso hacia la multitud y "grandeza" de las cosas elevadas. Un tercer don es la bendición, sin la cual no es posible que las gracias anteriores se aseguren. Dice Dios, en efecto: "Y te bendeciré", lo que equivale a "Te haré el don del alabable *lógos*.[46] "*Eulogéin*", en efecto, es una palabra compuesta de "*eu*" y "l*ógos*".[47]
[46] Es decir, de la razón y la palabra a la vez. Ver Sobre la creación del mundo, nota 6.
[47] De *eu* = bien, y *lógos* = palabra, dicción, deriva *eulogeín* = bendecir.

71. "Eu" agrega exclusivamente la idea de excelencia; y el *lógos* se asemeja, por una parte, a una fuente y, por otra, a un flujo. A una fuente se asemeja el que reside en la inteligencia; a un flujo el *lógos* consistente en la pronunciación a través de la boca y la lengua.[48] El que cada una de estas dos especies de *lógos* sea mejorada, la inteligencia haciendo uso del buen discernimiento tanto en lo grande como en lo pequeño, y la palabra guiada por la recta educación, constituye una gran riqueza.
[48] El primero es llamado razón, y el segundo palabra. Acerca de ambos *lógoi* ver Sobre los querubines, nota 8.

72. En efecto, muchos razonan muy bien, mas, por no haber cultivado los estudios de cultura general,[49] se han visto defraudados por una palabra que resulta mal intérprete de lo razonado. Otros, en cambio, han llegado a ser muy expertos en materia de exposición, pero resultan pésimos razonadores. Un ejemplo de éstos son los llamados sofistas, hombres de inteligencia desacorde y grosera, pero muy elegantes en el exponer mediante los órganos del habla.
[49] Ver Interpretación alegórica III, nota 85.

73. Ahora bien, nada de lo que Dios concede a los que Le acatan es imperfecto; todo es completo y perfecto. Por eso también en este caso la bendición que envía no es en una sola de las divisiones del *lógos* sino en ambas porciones, pues entiende que es justo que el beneficiado conciba lo mejor posible y a la vez exponga con propiedad lo pensado. Porque la perfección depende, entiendo yo, de ambas cosas: de la razón, que sugiere las ideas y de la exposición, que las expresa sin tropiezos.

74. ¿O no ves cómo Abel, cuyo nombre es propio de quien no soporta las cosas mortales y se siente feliz con las inmortales, si bien está dotado de una inteligencia irreprochable, con todo, por falta de ejercitación en la exposición oral, es vencido por Caín, hábil luchador, capaz de imponerse más por la habilidad que por la fuerza?

75. Por eso, admirando, como admiro, a este carácter por su natural bien dotado, le reprocho de tal manera porque, invitado a una competencia de palabras, fue a la lucha, cuando debía haberse mantenido en su quietud habitual enviando a paseo al pendenciero; y, en el supuesto caso de que quisiera de cualquier modo entrar en pelea,

no debía haberlo hecho sin antes prepararse para la lucha ejercitándose en los secretos de ella. Lo normal, en efecto, es que frente a aquellos que han adquirido la habilidad de la ciudad los sabios campesinos [50] lleven la peor parte.
[50] "Del campo" o rústicos o rudos, que carecen de la habilidad de palabra y de ia desenvoltura suficiente para disputas en las que la palabra resulta ser el arma decisiva.

76. XIV. Tal es el motivo por el que Moisés, el omnisciente, se abstiene de investigar los elegantes y persuasivos argumentos, desde que Dios comenzó a encender en él el resplandor de la verdad mediante las inmortales palabras del conocimiento mismo y de la sabiduría misma;[51] mas no deja por eso de procurar la contemplación de los mismos,[52] no por tornarse experto en más asuntos; ya que para el amante de la contemplación bastan las indagaciones acerca de Dios y de las sacratísimas potencias Suyas; sino para aventajar a los sofistas de Egipto, los que tienen en mayor estima las capciosas fábulas que la evidencia de las verdades.
[51] Ex. IV, 10.
[52] De los argumentos sofísticos.

77. Cuando, pues, la inteligencia avanza caminando en medio de los asuntos concernientes al Soberano universal, no-necesita para su estudio ajena ayuda, puesto que, tratándose de objetos intelectualmente aprehensibles, la inteligencia es un ojo. sumamente penetrante, que se basta por sí solo; mas, cuando se ocupa también de asuntos concernientes a la sensibilidad, la pasión o el cuerpo, de los que es símbolo la tierra de Egipto,. necesita también del arte de la palabra y de la habilidad para usarla juntamente.

78. Por esa razón se le [53] dice expresamente que llame en su ayuda a Aarón, es decir, a la expresión oral.[54] "Veamos", dice el Señor, "¿no es Aarón tu hermano?" Siendo, en efecto, una sola la madre, la naturaleza lógica,[55] sus-vástagos serán, por supuesto, hermanos. Y sigue: "Sé que hablará". Propio es, en efecto, de la inteligencia el aprehender y de la expresión hablada el hablar. "Hablará", dice, "por ti". No pudiendo, en efecto, la inteligencia exponer lo que atesora. en sí, recurre a su vecina la palabra para que sea, la intérprete que dé a conocer lo que experimenta.
[53] A Moisés.
[54] Literalmente: el *lógos* pronunciado (*legos prophorikós*). Es decir,. Moisés, que ya posee por Divina iluminación el *lógos endiáthetos*, o sea, la razón, es invitado a buscar como complemento el otro *lógos*.
[55] En otras palabras, la naturaleza del *lógos*.

79. Luego agrega: "He aquí que él saldrá a tu encuentro"; pues así sucede: la palabra, saliendo al encuentro de las concepciones de la inteligencia, les. une verbos y nombres,[56] acuñando una forma expresable para lo que carecía de ella. Y dice después: "Al verte se alegrará de ello." (Ex. IV, 14.) En efecto, la palabra goza y se alegra cuando la concepción no es confusa, puesto que, si ésta es nítida,. ella cuenta con una interpretación segura y ágil a base de términos apropiados, exactos y rebosantes de expresividad suma, de que dispone en abundancia.
[56] Es decir, las distintas ciases de palabras.

80. XV. Por cierto que, cuando. los pensamientos son de alguna manera obscuros, la expresión marcha sobre un vacío y a menudo se desliza y sufre una gran caída al punto de no poderse ya levantar. Luego dice: "Y tú le hablarás y pondrás Mis palabras en su

boca", vale decir "Le sugerirás los pensamientos", los que no son otra cosa que las "palabras" o expresiones "de Dios".

81. En efecto, para hacerse escuchar la palabra ha menester de apuntador, y la inteligencia es el apuntador[57] de la palabra, así como Dios lo es de la inteligencia. "Y él hablará al pueblo por ti y será tu boca. Y tú serás para él aquello que mira hacia Dios." (Ex. IV, 15 y 16.) Sumamente claro es lo de "Hablará por ti", vale decir, "Expresará tus pensamientos"; así como el agregado: "Y será tu boca"; porque es fluyendo a través de la lengua y la "boca" como la corriente de la palabra lleva consigo los pensamientos. Pero, así como la palabra es el intérprete de la inteligencia ante los hombres, la inteligencia resulta para la palabra "aquello que mira hacia Dios", o sea, las concepciones que sólo Dios controla.

[57] En el sentido con que se emplea el término en la técnica teatral.

82. Preciso es, pues, que quien tiene la intención de salir a combatir a los sofistas esté fuertemente preparado en lo que a las palabras concierne, de modo que no sólo burle las estratagemas sino también se muestre superior en habilidad y fuerza a la vez, y tome la ofensiva.

83. ¿O no ves a los que se ocupan de encantamientos y hechizos, ejecutando supercherías contra la Divina palabra [58] y atreviéndose a intentar otras cosas semejantes, y no. tanto por acreditar públicamente su propio saber cuanto por denigrar los milagros verdaderos y burlarse de ellos? Transforman, en efecto, las varas en naturalezas de serpientes, truecan el color del agua en color de sangre, y hacen subir mediante trucos a tierra el resto de las ranas;[59] y al agregar cada una de estas cosas, los malaventurados no hacen sino labrar su propia destrucción, y, aunque creen engañar, son ellos los engañados.

[58] Personificada en Aarón, quien repite las órdenes de Dios, según Moisés se las dicta. Ex. VII y VIII.

[59] Es decir, las que aún quedaban después de la segunda plaga.

84. ¿Cómo le hubiera sido posible a Moisés salir al encuentro de éstos si no hubiera preparado a la palabra intérprete del pensamiento llamada Aarón? Éste en la presente ocasión es llamado "boca",[60] luego lleva el título de "profeta" cuando la inteligencia, a su vez, es inspirada y recibe el nombre de "Dios". Dice, en efecto, el Señor: "Te doy como dios al faraón y tu hermano Aarón será tu profeta." (Ex. VII, 1.) ¡Cuan armoniosa ilación hay en todo esto! Efectivamente, el intérprete de los pensamientos de Dios es la profética familia inspirada por una Divina posesión y éxtasis.

[60] "Y será tu boca", citado en el parágrafo 81.

85. Y por cierto que "la vara de Aarón devora las varas de aquéllos" (Ex. VII, 12), como lo declara el oráculo. Todos los argumentos sofísticos son, en efecto, devorados y borrados por la múltiple pericia de la Naturaleza,[61] y así, se reconoce que lo que sucede es "el dedo de Dios" (Ex. VIII, 9), entendiéndose aquí por "dedo de Dios" un Divino decreto que declara la perpetua derrota de las doctrinas sofísticas en manos de la sabiduría. La sagrada palabra, en efecto, dice que también las tablas en las que fueron grabados los oráculos fueron escritas por el dedo de Dios.[62] Por ello los brujos no pueden mantenerse firmes frente a Moisés y caen como en un combate vencidos por la poderosa fuerza de su oponente.[63]

[61] Otro de los muchos casos en que del contexto parece desprenderse que Filón

identifica la naturaleza con Dios.
[62] Ex. XXXII, 16.
[63] Ex. VIII, 18.

86. XVI. ¿Cuál es el cuarto don? El grande nombre. Dice, en efecto, Dios: "Engrandeceré tu nombre." (Gen. XII, 2.) Esto, a mi parecer, quiere decir lo siguiente. Así como el ser bueno y noble constituye una ventaja, también lo es el ser tenido por tal. Y, si bien la verdad es mejor que la opinión, no deja de ser grato contar con ambas cosas. Porque son muchísimos los que, habiendo llegado legítimamente y sin alardes a la virtud y percibido claramente su genuina belleza, por tenerles sin cuidado la opinión general, han sido objeto de falaces ataques y, siendo verdaderamente buenos, han sido tenidos por malos.

87. Nada vale, ciertamente, el parecer que se es algo, si no se es desde mucho antes. En el caso de nuestros cuerpos es natural que así suceda. No porque los hombres todos supongan que el enfermo está sano o que el sano está enfermo la opinión por sí misma trae aparejada la salud o la enfermedad.

88. Aquel, en cambio, a quien Dios hubiere dado ambas cosas: el ser bueno y noble y el ser reputado por tal, ése es el verdaderamente feliz y su "nombre" realmente "grande". Y es preciso que velemos por esta fama convencidos de que se trata de algo importante y muy provechoso para la vida que vivimos en el cuerpo. Tal fama es alcanzada casi siempre por aquellos que se complacen en acoger las cosas de buen grado sin cambiar en ellas nada de lo establecido por las costumbres y respetando celosamente la constitución de su país.

89. Porque hay algunos que, considerando que las leyes en su forma literal son símbolos de materias de orden intelectual, muéstranse en extremo minuciosos en la consideración de estas materias al par que despreocupadamente negligentes respecto del texto literal. Yo les echaría en cara a éstos el tomar la cosa superficialmente. Lo que correspondería es que se interesasen por ambas cosas, por una indagación más cuidadosa del sentido oculto y por un cuidado irreprochable de lo manifiesto.

90. En su presente actitud, como si vivieran solos consigo mismos, aislados en la soledad, o como si se hubieran convertido en incorpóreos espíritus y no existieran para ellos ni ciudad ni aldea, ni hogar, ni, en suma, unión alguna entre hombres, tienen a menos lo que atrae la atención del común de los hombres e indagan la verdad misma desnuda y sin aditamentos. A éstos la sacra palabra les enseña que deben preocuparse por la buena reputación y no echar a rodar nada de lo que contienen las leyes que han fijado hombres prodigiosos y superiores a los actuales.

91. Sin duda alguna, el día séptimo encierra una enseñanza, acerca de la potencia del Increado y de la inoperancia de la creatura; mas no por eso pasemos por alto lo que se ha legislado con respecto a dicho día,[64] al punto de encender fuego, o trabajar la tierra o transportar cargas o entablar demandas o integrar tribunales o. reclamar la devolución de depósitos o exigir el pago de deudas o hacer cualquiera de las demás obras que no nos están permitidas en las fechas festivas.
[64] Vale decir, lo uno no excluye lo otro; entendemos el simbolismo da la prescripción, pero además cumplimos lo que literalmente manda.

92. Ni porque la fiesta es un símbolo de la felicidad del alma y del agradecimiento a Dios,[65] releguemos al olvido los festejos correspondientes a las diversas épocas del año. La circuncisión es una exteriorización de la ruptura con el placer y las pasiones todas, y de la destrucción de la opinión impía, según la cual la inteligencia entiende ser capaz de engendrar por sí misma; mas no por eso anulemos lo. legislado acerca de la circuncisión. Porque hasta la santidad del templo y de otras muchísimas cosas más pasaremos por alto» si sólo nos atenemos al mensaje contenido en el sentido oculto de las cosas.
[65] Ver Sobre las leyes particulares II, 41.

93. Mejor haremos si consideramos a las circunstancias externas como algo semejante al cuerpo y al sentido oculto como un paralelo del alma. Y, así como es preciso que prestemos atención al cuerpo puesto que se trata de la morada del alma, así también hemos de atender a la forma literal de las leyes. Porque, si se presta a la forma literal el cuidado debido, más clara será la comprensión del sentido oculto, del que aquella forma es símbolo, y además se evitarán los reproches y censuras de la mayoría de la gente.

94. Observa que se nos dice que al sabio Abraham pertenecieron bienes grandes y bienes pequeños; y que a los grandes se los califica como "propiedades" y realidades,[66] que se destinan como porción exclusiva a su hijo legítimo, en tanto que los bienes pequeños son llamados regalos y se consideran merecedores de ellos también los hijos ilegítimos nacidos de concubinas.[67] Los primeros asimílanse, pues, a las leyes naturales; los últimos, a las positivas.
[66] Es decir, bienes verdaderos, reales. Esto en contradicción con lo afirmado en Interpretación alegórica III, 197, donde se halla también el término *hyparktá* = realmente existentes, pero en esta ocasión referido precisamente a los bienes de las concubinas. Cabe, sin embargo, la posibilidad de que en este caso el texto esté corrompido y haya que leer *me hyparktá* = que no existen realmente.
[67] Gen. XXV, 5 y 6.

95. XVII. Asimismo admiro a la virtuosísima Lía, que al nacer Aser, símbolo de la riqueza sensible y adulterada, dice: "Feliz de mí porque las mujeres me llamarán dichosa." (Gen. XXX, 13.) Y no está errada en sus previsiones, pues piensa que merece la alaben no sólo los masculinos y verdaderamente varoniles pensamientos que honran a la naturaleza exenta de daño y a la verdad incorrupta, sino también aquellos pensamientos más femeninos, que están totalmente subordinados a las apariencias, sin ser capaces de conocer ningún objeto de estudio fuera de esas apariencias.

96. Es propio del alma perfecta el aspirar a ser y además a ser tenida por lo que es; y el esforzarse no sólo por alcanzar buena reputación entre los hombres sino además por merecer la alabanza entre las mujeres. .

97. Así, se explica también que Moisés encargue el cometido de preparar las sagradas obras no sólo a hombres sino también a mujeres. Éstas, en efecto, fabrican todos los tejidos de color jacinto y púrpura, de lino y de pelo de cabras [68] y aportan prestamente sus propios adornos: "sellos, aros, anillos, brazaletes, prendedores" (Ex. XXXV, 25), todo cuanto está fabricado de oro, trocando el adorno del cuerpo por el de la piedad.
[68] Ex. XXXV, 22 y ss.

98. Llevadas por una entusiasta emulación, consagran además sus espejos para la

construcción de la bañera,[69] con el objeto de que aquellos que se aprestan a celebrar los sagrados ritos laven sus manos y pies, vale decir, las intenciones que traen entre manos [70] y que sirven de base y apoyo [71] a la inteligencia; y puedan así verse reflejados en los espejos con los que la bañera está fabricada. De ese modo, ninguna cosa vergonzosa aparecerá expuesta a las miradas en el aspecto que presenta su alma, y podrán ya ofrendar la más sagrada y perfecta de las ofrendas, la del ayuno[72] y la perseverancia.

[69] Ex. XXXVIII, 26.

[70] Juego de palabras entre *enkheirámata* = que se trae entre manos, empresa, intento, y *kheíres* = manos.

[71] Alusión a los pies.

[72] Referencia al pasaje bíblico donde se dice que las mujeres observaron ayuno el día en que se construyó la base de la bañera.

99. Estas mujeres, entre las que Lía, es decir, la virtud, quiere ser honrada, son ciudadanas que están a la altura de su ciudadanía; mas hay otras sin ciudadanía alguna, que avivan el fuego sobre la inteligencia desdichada. Leemos, en efecto, que "las mujeres encendieron aún más el fuego sobre Moab". (Núm. XXI, 30.)

100. ¿Acaso cada uno de los sentidos del hombre insensato no incendia a la inteligencia, cuando cede a la atracción de las cosas sensibles; y derrama sobre ella una inmensa e impenetrable llama en violento e irresistible torrente? Lo mejor, entonces, es que la cohorte de las mujeres, es decir, la de los sentidos, se torne propicia en el alma, del mismo modo que la de los hombres, o sea, la de los pensamientos particulares; ya que así la senda de la vida nos resultará mejor aún.

101. XVIII. Admirable es por ello también la plegaria que eleva Isaac, el instruido sin maestros, para que el amante de la sabiduría reciba no solo bienes de orden intelectual sino también de orden sensible. Dice. en efecto: "Concédate Dios el rocío del cielo y la gordura de la tierra." (Gen. XXVII, 28.) La primera parte es como decir: Derrame incesantemente sobre ti la celestial lluvia de cosas intelectuales, no con una violencia que te anegue sino serena y suavemente como el rocío, de manera que te beneficie. La segunda parte equivale a 'hágate la gracia de la riqueza sensible y terrestre en medida abundante y copiosa, agostando la opuesta indigencia del alma y de cada una de sus partes'.

102, Si además examinares al sumo sacerdote, el *lógos*,[73] hallarás que se ajusta a este principio, y que su sagrada vestidura presenta variados adornos, derivados unos de los poderes de orden intelectual y otros de los de orden sensible. Examinaremos las partes extremas de esta vestidura. Las restantes exigirían un examen más detenido que el que cabría en esta ocasión y hemos de aplazar su consideración.

[73] Como en Sobre la huida y el hallazgo 108 y ss., el sumo sacerdote es concebido como la personificación del Divino *lógos* en sus dos aspectos: el *lógos* pensado o razón y el pronunciado o palabra. Ver Sobre los gigantes 52.

103. Pues bien, en la parte correspondiente a la cabeza hay "una lámina de oro puro", que lleva, como el grabado de un sello, una inscripción que dice: "Cosa consagrada al Señor" (Ex. XXVIII, 36); y sobre los pies en la parte final del vestido campanillas y bordados en forma de flores.[74] Ese sello es la forma ejemplar de todas las formas ejemplares, forma según la cual Dios modeló el mundo, incorpórea y ciertamente perceptible sólo por la inteligencia; los bordados de flores y las campanillas, por su

parte, son símbolos de las cualidades sensibles, discernibles a través de la vista y del oído.
[74] Ex. XXVUI, 29 y ss.

104. Y con mucha exactitud agrégase: "Su sonido será escuchado al penetrar en el lugar santo" (Ex. XXVIII, 35), a fin de que, al penetrar el alma en el ámbito de las cosas intelectuales, divinas y verdaderamente santas, también los sentidos, favorecidos en lo que la virtud hace, unan su voz a aquélla, y nuestro compuesto ser en todas sus partes, cual un variado y acorde coro, entone al unísono un único armonioso cántico brotado de diferentes voces; coro en el que los pensamientos inspiran los preludios del canto, por cuanto las cosas percibidas intelectualmente son las directoras del coro, y las sensaciones, que hacen las veces de miembros particulares del coro, cantan, a su vez, las notas del acompañamiento.

105. En pocas palabras, es preciso, como dice la ley, que el alma se cuide de privarse de tres géneros de cosas: "las necesarias, el vestido y la compañía" (Ex. XXI, 10); y que, por el contrario, se una a cada una de ellas con firmeza. Las "cosas necesarias" no son sino los bienes de orden intelectual, los que resultan necesarios e indispensables por ley natural; el "vestido" consiste en todo lo que atañe al mundo visible en el que transcurre nuestra vida; la "compañía" es el persistente estudio de una y otra de las especies nombradas, para que la representación de las cosas sensibles sea tal cual es la de las cosas invisibles que percibe la inteligencia.

106. XIX. El quinto don consiste en el simple ser solamente,[75] y está mencionado a continuación de los anteriores, y no como de menor valor que aquéllos sino sobresaliente y superior a todos. ¿Qué, en efecto, podría ser más perfecto que el ser por naturaleza verdadera y sinceramente bueno y merecedor de bendiciones?
[75] El sentido es que el quinto don consiste en "ser realmente" bueno y noble, o digno de bendiciones, por oposición al "parecer" serlo, en lo que consistió el cuarto don, según las consideraciones del parágrafo 86.

107. Dice, en efecto, el Señor: "Serás bendito" [76] (Gen. XII, 2): no sólo 'uno que ha recibido bendiciones'. Es que esto último se determina por las opiniones y referencias de la mayoría, en tanto que lo primero lo es por Aquél que Es verdaderamente bendito.
[76] Es decir, una persona que merece ser bendecida, no simplemente una que ha recibido bendiciones.

108. Porque, así como el ser merecedor de alabanzas difiere con ventaja respecto del ser alabado, y el ser merecedor de reproche difiere con desventaja respecto del ser reprochado, ya que lo primero se dice porque se funda en la naturaleza y lo segundo solamente en la opinión de los demás; y la naturaleza, que nunca miente, es más segura que la opinión; así también el hecho de ser bendecido por los hombres, que, como se ha visto, no es sino llegar a la bendición a través de las opiniones de otros, es inferior al ser por naturaleza digno de bendiciones, aunque todos lo callen. Esto es precisamente lo que los sacros oráculos celebran como "bendito".

109. XX. Éstos son los premios que ofrece Dios al hombre que llegará a ser sabio. Ahora veremos lo que distribuye también entre los demás hombres por mediación del sabio. "Bendeciré", dice, "a los que te bendijeren y maldeciré a los que te maldijeren". (Gen. XII, 3.)

110. Cualquiera puede ver que estas promesas son hechas, como las otras, para honra del hombre de bien, cosa que se pone de manifiesto no sólo en la presente declaración sino también en la lógica ilación de los hechos. Quien elogia al bien, en efecto, es digno de encomio; quien lo reprocha es merecedor de vituperio. Aunque no es tanto la autoridad de los que lo dicen o escriben lo que acredita al elogio o al reproche, cuanto la verdad de los hechos. De modo que, en mi opinión, ni es alabanza ni es reproche lo que dicen quienes incluyen alguna falsedad en una u otra especie de manifestación.

111. Mira, si no, a los aduladores cómo día y noche fatigan y cansan los oídos de los adulados, y no se limitan a asentir a cuanto éstos dicen, sino además recitan sin cesar largos discursos, declaman y elevan frecuentes plegarias en alta voz, mas no cesan de maldecir en su corazón.

112. ¿Qué podría decir el hombre sensato ante esto? Pues, seguramente, que los que así hablan lo hacen más como enemigos que como amigos, y más maldicen que bendicen, aunque componen y representan toda suerte de simuladas manifestaciones de elogio.

113. Precisamente, el necio Balaam, aunque eleva a Dios hiperbólicos himnos, entre los que figura el más sacro de los cánticos: "Dios no es como un hombre" (Núm. XXIII, 19), y expone elogios sin número dirigidos a Israel, el que ve, ha sido considerado impío y maldito a juicio del sabio legislador y tenido por pronunciador de maldiciones y no de bendiciones.

114. Dice, en efecto, el legislador que el mismo, al unirse por dinero a los enemigos, se convirtió en mal adivino de males forjando en su alma penosísimas maldiciones contra la raza amada por Dios; pero, que, forzado, expresó de boca y lengua para afuera proféticas súplicas más allá de toda ponderación. Sus palabras eran, efectivamente, nobles, pero no eran sino eco de lo que dictábale Dios, el amante de la virtud; en tanto que sus ocultos designios, que bien ruines eran, los engendraba la inteligencia que detesta la virtud.

115. De ello da testimonio el oráculo sobre el asunto en estos términos: "No permitió Dios a Balaam que te maldijese y trocó sus maldiciones en bendición" (Deut. XXIII, 5), no obstante lo cual todas las palabras que había pronunciado llenas estaban de abundantes bendiciones. Mas Aquél que supervisa. cuanto se guarda en las almas, Aquél al que compete exclusivamente el discernir en lo relativo a ellas y que ve lo que hay invisible en la creatura, pronunció Su sentencia condenatoria a base de esos elementos de juicio como testigo verídico en sumo-grado y juez incorruptible a la vez.
A la inversa, es digno de alabanza aquel que con sus palabras se muestra injuriando y acusando, pero en su fuero interno elogia y bendice.

116. Tal es, al parecer, la norma de los censores,[77] de los tutores, de los maestros, de los mayores, de los magistrados y de las leyes. Todos éstos, al reprochar y hasta castigar a. veces, logran el mejoramiento de las almas de aquellos a los que educan. Y ninguno de ellos es enemigo de nadie, sino todos amigos de todos. Y es propio de amigos movidos por un genuino» y legítimo buen deseo el hablar sin rodeos ni malas intenciones.

[77] Es imposible determinar si con el término *sophronistái* = censores, se refiere Filón a los magistrados atenienses que llevaban ese nombre y cuyo. cometido era vigilar la conducta de los efebos, o si piensa en general en todos los que tienen a su cargo la

vigilancia de otros. En este último caso, los mencionados a continuación serían las distintas categorías de censores-que cree conveniente mencionar.

117. Pues bien, tanto cuando lo que se expresa son bendiciones y súplicas como en el caso de las injurias y maldiciones,. al abrir juicios atengámonos no a las palabras sino más bien a la intención, pues de ésta, como de una fuente, surgen los elementos de juicio acerca de una y otra suerte de expresiones.

118. XXI. Esto es lo primero que nos dice Moisés acerca de lo que sucede a otros por consideración al hombre de bien cuando estos otros desean dirigirse a él con un reproche, una. alabanza, una súplica o una maldición. Pero lo más importante es lo que sigue, es decir, que cuando ellos permanecen callados,. ninguna parte de la naturaleza racional es excluida de la participación del beneficio. Dice Dios, en efecto: "En ti serán bendecidas las tribus todas de la tierra." (Gen. XII, 3.)

119. Esta-aseveración contiene una profundísima doctrina. En efecto, si la inteligencia continuare libre de enfermedad y dolencia, todas las tribus y poderes que la sirven gozarán de buena salud, así aquellas radicadas en la vista y el oído y todas las otras vinculadas a la sensibilidad como también las relacionadas con los placeres y los apetitos y todas las que se hallan en proceso de transformación desde las pasiones hacia las nobles experiencias.

120. No han faltado, en verdad, casos en que una casa o una ciudad o un país o una nación o regiones de la tierra han gozado de una gran prosperidad merced a un solo hombre, que se ha preocupado por la perfección moral. Sobre todo ha sido así cuando Dios ha otorgado a alguien junto con un buen propósito un poder irresistible, tal como Él da a un músico o a cualquier otro artista los instrumentos que la música o su arte requieren, o como da al fuego la materia de los árboles.

121. Es que el hombre justo constituye realmente el apoyo del género humano, y cuanto posee lo pone a disposición y lo brinda para inagotable beneficio de aquellos que lo habrán de usar. Y todo aquello que echa de menos en sus reservas pídelo a Dios, el único poseedor de inagotable riqueza. Y Dios, abriendo el celestial tesoro, hace llover y caer como copos de nieve el cúmulo de Sus bienes al punto de que éstos desbordan los saturados receptáculos de la superficie toda de la tierra.

122. Y tales beneficios acostumbra a otorgarlos sin negarse jamás a escuchar la palabra suplicante. En efecto, en otro pasaje leemos que al elevar Moisés su súplica le dice: "Soy propicio para con ellos en atención a tu palabra" (Núm. XIV, 20), lo que, evidentemente, equivale a "En ti serán bendecidas todas las tribus de la tierra".
Por este motivo, también el sabio Abraham, después que hubo experimentado la invariable bondad de Dios, estuvo seguro de que, aunque todas las otras cosas se extinguieren bastará con que un pequeño vestigio de virtud se preservare, cual fuego al rescoldo, para que, en atención a este pequeño residuo, tenga Él piedad de aquéllas, al punto de levantar a las que estuvieren caídas y devolver la vida a las que hubieren perecido.[78]
[78] Gén. XVIII, 24 y ss.

123. Es que una pequeña chispa encendida, aún la más pequeña, cuando es soplada reavívase y enciende una gran hoguera; y análogamente, la más pequeña partícula de

virtud, cuando es encendida por nobles esperanzas, cobra claridad y abre a la luz los ojos hasta entonces cerrados y ciegos, y logra que aquello que se había secado brote de nuevo, y devuelve su prolífica fertilidad a lo que se había tomado estéril y sin frutos. De esta manera el escaso bien se expande y toma abundante merced a la gracia Divina, haciendo que las demás cosas sean también buenas a semejanza de él.

124. XXII. Supliquemos, pues que, como un pilar en una casa permanezcan la inteligencia en el alma y el hombre justo en medio del género humano para remedio de sus dolencias. Porque, si éste goza de buena salud, no hay por qué desesperar de una completa salvación, ya que Dios, el Salvador, procura, estemos seguros de ello, al suplicante y servidor el más eficaz de todos los remedios para todos los males, que es Su propicio poder, y le encomienda que lo use para el restablecimiento de los que están postrados aplicándolo sobre las heridas del alma, producidas por el agudo filo de la insensatez, las injusticias y el restante tropel de los vicios.

125. El ejemplo más claro es el justo Noé, quien, sumergidas tantas partes del alma por el gran diluvio, cobrando fuerzas se elevó sobre las olas; y, sobrenadándolas, se mantuvo por encima de todos los peligros; y, una vez asegurada su salvación, sacó de sí grandes y hermosas raíces,[79] de las que, como una planta, germinó la estirpe de la sabiduría. Y ésta, habiéndose tornado fecunda en cultivados frutos, engendró los tres vástagos del vidente Israel, medidas de la eternidad,[80] que fueron Abraham, Isaac y Jacob.

[79] Seguramente, como en Sobre la sobriedad 65, Filón piensa en Sem y en los descendientes de éste hasta Abraham, Isaac y Jacob.

[80] O del tiempo. Curioso simbolismo extraído por Filón de la personalidad de los tres patriarcas. Tal vez, de acuerdo con lo que expone en el parágrafo 154, el tiempo presente corresponda a Isaac, personificación del saber espontáneamente adquirido, sin que medie un proceso de asimilación; el futuro a Jacob, el ejercitante, que progresa en el camino hacia la virtud; y el pasado a Abraham, personificación de la virtud adquirida mediante la instrucción.

126. En efecto, en el universo la virtud existe, existirá y ha existido; ensombrecida quizá por la falta de ocasiones propicias de parte de los hombres, pero hecha de nuevo patente por la ocasión oportuna que escolta siempre a Dios. En esta oportuna ocasión, Sara, la prudencia, engendra un varón, habiéndolo gestado no según los períodos de tiempo del año, sino de acuerdo con las épocas de sazón y oportunidades intemporales.[81] Leemos, en efecto: "Retomaré y volveré a ti por esta época en el momento oportuno, y Sara, tu mujer, tendrá un hijo." (Gen. XVIII, 10.)

[81] Es decir, que escapan al transcurso o a las etapas del tiempo.

127. XXIII. Queda, pues, expuesto lo relativo a los dones con que Dios acostumbra a favorecer a los que llegarán a ser perfectos y, en atención a ellos, también a otros. A continuación dice la escritura: "Abraham marchó como el Señor le había hablado." (Gen. XII, 4.)

128. Ésta es la meta ensalzada por los mejores filósofos, a saber: vivir de acuerdo con la naturaleza. Y esto ocurre cuando la inteligencia, habiendo penetrado en el sendero de la virtud, avanza tras las huellas de la recta razón y sigue a Dios, teniendo presente siempre Sus prescripciones y confirmándolas todas con obras y palabras siempre y en todas partes.

129. En efecto. "Abraham marchó como le había hablado el Señor", lo que significa que del modo como Dios habla, o lo que es lo mismo, de manera verdaderamente hermosa y laudable, así hace cada cosa el hombre de bien gobernando irreprochablemente el sendero de su vida; de modo que en nada difieren las obras del sabio de las palabras Divinas.

130. En otro pasaje dice el Señor que Abraham hizo [82] "toda Mi ley". (Gen. XXVI, 5.) La "ley" no es otra cosa, evidentemente, que la Divina palabra, que prescribe lo que se debe hacer y prohibe lo que no se debe hacer, como lo atestigua Moisés al decir que "recibió de Sus palabras una ley". (Deut. XXXIII, 3.) Luego, si la "ley" es la Divina palabra y el hombre de bien "hace" la "ley", el hombre de bien "hace" seguramente la Divina palabra; de lo que, como he dicho, se sigue que las palabras de Dios son los "hechos" del hombre sabio.

[82] "Hizo", alteración del texto introducida por Filón para extraer las conclusiones que siguen. En el original de los LXX se lee *ephylaxe* = guardó, observó, cumplió.

131. La meta, pues, según el santísimo Moisés, es seguir a Dios, como lo confirma en otro pasaje diciendo: "Marcharás detrás del Soberano Dios". (Deut. XIII, 4.) No se trata aquí del movimiento que se realiza mediante las piernas; que, si bien la tierra es el sostén del hombre, no sé yo que el universo entero lo sea de Dios. Aquí se alude, a no dudarlo, en términos figurados a la conformidad del alma con las Divinas enseñanzas, las que son puntos de referencia para el homenaje que se ha de tributar a la Causa de todas las cosas.

132. XXIV. Y procurando acrecer aún más la irrefrenable apetencia de aquello que es elevado, recomienda además adherirse a Dios. Dice, en efecto: "Temerás a Dios, Lo servirás y te adherirás a Él." (Deut. X, 20.) ¿Y mediante qué se logra esa adherencia? ¿Mediante qué? Pues, mediante la piedad y la fe. Estas virtudes, en efecto, armonizan y unen la inteligencia con la Naturaleza incorruptible. De Abraham se dice, precisamente, que habiendo creído "se aproximó a Dios" (Gen. XVIII, 23.)

133. Mas, si, ya en camino, ni se dejare vencer por el cansancio, al punto de ceder gradualmente y caer abatido, ni se descuidare hasta andar sin rumbo desviándose a uno y otro lado, extraviado del camino central y directo; e, imitando, en cambio, a los buenos corredores, acabare la carrera de la vida sin contratiempos, al llegar a la meta alcanzará las coronas y premios merecidos.

134. ¿O no consisten las coronas y premios en eso precisamente: en no quedarse sin alcanzar el término de los trabajos y en llegar a los casi inalcanzables límites de la sensatez? ¿Cuál, entonces, es la meta del sensato discernimiento? Condenar la insensatez de sí mismo y de toda creatura, ya que considerar que nada sabemos es la meta del saber, pues sabio no hay más que uno y es el único Dios.

135. Por eso con sumo acierto Lo ha presentado Moisés como padre del universo y supervisor de lo creado, al decir: "Vio Dios todo cuanto había creado, y he aquí que todo era excelente en extremo." (Gen. I, 31.) A nadie, en efecto, excepto a su Creador, le hubiera sido posible ver perfectamente las cosas que habían sido formadas.

136. Adelante, pues, ahora los que rebosáis de vanidad, estupidez y mucha

fanfarronería, los que os creéis sabios y no os contentáis con jactaros de saber claramente en qué consiste cada cosa, sino os atrevéis en vuestra osadía a agregar las razones de tales realidades, como si hubierais estado presentes en el acto de la creación del mundo y visto de qué manera y con qué elementos fue acabada cada cosa, o como si el Artífice os hubiera tenido por consejeros acerca de cuanto iba formando.

137. Adelante, y, dejando de lado de una vez todas las demás cosas, conoceos a vosotros mismos y decid con claridad quiénes sois, en el cuerpo, en el alma, en la sensibilidad, en la razón, en la palabra, en cada uno de las más minúsculas divisiones de vuestro ser. Manifestad qué es la vista y cómo veis, qué el oído y cómo oís, qué el gusto, qué el tacto, qué el olfato y cómo obráis en lo que hace a cada uno de ellos, y cuáles son las fuentes de las cuales derívase el saber de los mismos.

138. Porque no me vengáis, ¡oh vacíos de inteligencia!, con vanos relatos sobre la luna, el sol y los otros objetos del cielo y del mundo, tan apartados de nosotros y de tan diferentes naturalezas. Primero investigad y conoced vuestro propio ser. Porque sólo entonces, quizá, se os podrá creer cuando os refiráis a los otros temas. Pero antes de establecer quiénes sois vosotros mismos, no se os ocurra erigiros en jueces o testigos verísimos de los otros asuntos.

139. XXV. Así las cosas,[83] la inteligencia, habiendo alcanzado su perfección, ofrecerá su tributo a Dios, el autor de esa perfección, conforme con lo que dispone la sacratísima escritura. Ley es, en efecto, que el tributo es del Señor.[84] ¿Y cuándo lo ofrece? Cuando ha llegado "al tercer día al lugar que Dios le había dicho" (Gen. XXII, 3), habiendo pasado ya la mayor parte de las divisiones del tiempo y habiendo pasado de ellas a la naturaleza intemporal.

[83] Es decir, habiendo la inteligencia llegado a su meta, la que, según lo dicho en 133 y 134, consiste en reconocer la propia ignorancia y la omnisciencia de Dios.

[84] Núm. XXXI, 28 y ss.

140. En efecto, entonces sacrificará a su amado hijo, no un ser humano, pues el sabio no es asesino de su vástago, sino al masculino producto del alma fértil, al fruto madurado en ella, cuyo alumbramiento no supo cómo se había producido; a un vástago Divino, ante cuya aparición aquella que parece [85] haberlo concebido reconoce su ignorancia del bien que ha sobrevenido diciendo: "¿Quién le anunciará a Abraham que Sara está amamantando a un niño?" (Gén. XI, 7.) Piensa ella, en efecto, que Abraham no confía en el nacimiento de la estirpe que aprende sin maestro. Ahora bien, no dice: "Es amamantado por Sara";[86] y no lo dice porque la estirpe autodidacta no es nutrida por otro ser alguno sino ella es alimento para otros. Es capaz de enseñar y no ha menester aprender.

[85] Solo "que parece", porque, en realidad, se trata de un "vástago de. Dios".

[86] Al final de Gen. XI, 7, Filón lee: El niño amamanta a Sara; y a continuación parece querer explicar por qué es así y no al revés. Pero gramaticalmente su lectura carece de asidero. *Paidíon* = niñito o niño, como neutro que es podría tomarse por nominativo y sujeto en vez de acusativo y objeto directo; pero *Sarro* = Sara es a todas luces nominativo y, por lo tanto, sujeto. Tal vez el hecho de que a veces los nombres bíblicos son empleados como indeclinables, y la circunstancia de que en el texto bíblico citado *paidion* precede a *Sarro* (aunque en griego el orden de las palabras no determina el oficio sintáctico) le han parecido a Filón justificación suficiente para la lectura adoptada por él con miras a fundamentar su doctrina de que el sabio poseedor de la ciencia infusa,

personificado en Ísaac, nutre espiritualmente a los demás sin ser él jamás enseñado por otros.

141. "Porque he engendrado un hijo", continúa, no, al modo de las mujeres egipcias,[87] en la plenitud de su cuerpo, sino como lo hacen las almas hebreas, "en mi vejez" (Gén. XXI, 7), cuando todas las cosas sensibles y mortales están agostadas, y las de orden intelectual e inmortales, que son las que merecen estima y honra, han rejuvenecido.
[87] Ex. I, 19.

142. Y "he engendrado" sin necesidad de la ayuda del arte de la partera,[88] pues damos a luz aun antes de que a nosotras llegue pensamiento ni conocimiento alguno de los hombres y sin la cooperación que procede de la costumbre, pues es Dios quien siembra y engendra estos excelentes frutos, que, como corresponde según la ley establecida sobre la gratitud, son devueltos al Dador. Dice "Él, en efecto: "Preservad Mis presentes, Mis dones. Mis frutos para ofrecérmelos." (Núm. XXVIII, 2.)

143. XXVI. Ésta es la meta del camino de los que siguen las palabras y prescripciones de la ley, y marchan por donde Dios los guía. En cambio, aquel hombre dominado por el hambriento de placer y ávido de pasiones llamado Amalee, nombre que significa "pueblo devorador",[88] se apartará de Él.
[88] Filón juega con los varios sentidos de *Ukhnos* = lamedor, ávido, goloso, y el compuesto de la misma raíz *ekléikhon* = que lame, lamedor, y figuradamente devorador; y seguramente relaciona estos términos con *lokhón* = que prepara emboscadas o que está emboscado.

144. Los oráculos revelan que este carácter, que se halla emboscado, cuando ve que avanza desde la parte opuesta la porción más poderosa de la fuerza del alma, surge de su escondite y "corta" la parte fatigada, tal como se corta una "retaguardia".[89] Por "fatiga" entiéndese la facilidad para ceder, una debilidad de discernimiento, una incapacidad para sobrellevar los trabajos que conducen a la virtud. Cuando esta fatiga se encuentra en las partes extremas, resulta presa fácil. Pero además significa perseverancia en lo noble, fortaleza para tomar sobre sí todas las tareas nobles juntas y resistencia a soportar cosa ruin alguna por muy liviana que fuere, por entenderse que lo que corresponde es rechazarla como si se tratare de la más pesada carga.
[89] Deut. XXV, 17 y 18, donde se lee: "Amalee te asaltó en el camino.. . y cayó sobre los rezagados que venían detrás de ti, cuando ibas tú cansado y fatigado".

145. Por ese motivo la ley designa a la virtud con el apropiado nombre de Lía, nombre que significa "fatigada". La virtud, en efecto, considera, y con razón, que la vida de los hombres ruines, penosa y pesada, como es por naturaleza, resulta "fatigosa", y entiende que no debe mirarla, por lo que, apartando sus miradas, las dirige únicamente hacia lo noble.

146. Procure, empero, la inteligencia no sólo seguir a Dios sin errores ni claudicaciones, sino también marchar por la recta senda sin desviarse ni a uno ni a otro lado, ni a la derecha ni a la izquierda, en los que el terrestre Edom se halla en acecho; vale decir, sin caer ni en los excesos y extravagancias ni en las faltas e insuficiencias.[90] Mejor es, en efecto, avanzar por el camino central, el camino verdaderamente "real" (Núm. XX» 17), del que el grande y único Dios ha hecho una hermosísima y amplia residencia para las almas amantes de la virtud.

[90] Acerca del asunto de esta sección véase Sobre la inmutabilidad de Dios 162 y ss.

147. Por eso algunos de los que han seguido la forma moderada y sociable de la filosofía[91] han dicho que las virtudes equidistan de los extremos, y las han situado en la zona intermedia ya que, mientras el exceso de vanidad con su desmedida jactancia es un mal, y el adoptar una posición humilde y obscura equivale a exponerse a atropellos, el combinar convenientemente una actitud intermedia es provechoso.
[91] Probablemente se refiere a la escuela peripatética.

148. XXVII. A propósito de esto, debemos averiguar qué se entiende por "Marchaba con él Lot". (Gen. XII, 4.) "Lot" significa "inclinación hacia un lado"; y las inclinaciones de la inteligencia pueden ser hacia el bien o hacia el mal. A menudo ambas inclinaciones se advierten en una misma persona. En efecto, algunos, irresolutos y vacilantes entre las dos tendencias, inclínanse hacia una y otra borda, como embarcación mecida por contrarios vientos, o suben y bajan como si estuviesen en los platillos de una balanza, incapaces de mantenerse firmemente en una posición determinada. A éstos no cabe aprobarles su conducta, ni siquiera cuando se vuelven hacia la parte mejor, pues lo hacen más por inercia que por voluntaria decisión.

149. A esta cofradía pertenece Lot, de quien se nos dice que parte en compañía del amante de la sabiduría. Lo conveniente hubiera sido que, cuando comenzaba a seguir los pasos de aquél, dejara atrás su ignorancia y ya no volviera a retroceder hacia ella. Mas no es por tornarse mejor, imitando a quien le aventaja, por lo que marcha con él; sino para desorientarlo, desviarlo y hacerlo andar sin control de aquí para allá.

150. He aquí la prueba: Lot experimentará una recaída y retornará a su vieja enfermedad, siendo tomado prisionero por los enemigos del alma; en tanto que Abraham, echando manos a todos los recursos de su ingenio, se pondrá en guardia contra las acechanzas y emboscadas, y separará las respectivas residencias.[92]
La separación tendrá lugar más tarde, no ahora, debido a que al presente, novato, como es, en la contemplación de las cosas Divinas, los principios de éstas le resultan poco sólidos y vacilantes. Pero, cuando, ya afirmado más fuertemente, adquiera una sólida base, podrá desembarazarse del seductor y adulador, como de un enemigo irreconciliable y difícil por naturaleza de apresar.
[92] Los tres hechos a los que se alude aquí son: el establecimiento de en Sodoma (Gen. XII, 32), símbolo de "su vieja enfermedad"; su captura por los cuatro reyes (Gen. XIV, 12), símbolo de las cuatro pasiones; y -la disputa entre los pastores de Lot y los de Abraham (Gen. XIII, 7).

151. Porque este enemigo difícil de evitar es quien sigue los pasos del alma, impidiéndole avanzar rápidamente hacia la virtud. Es el que, cuando hubimos abandonado Egipto, o sea, toda la región corpórea, y nos esforzábamos por olvidarnos de las pasiones, conforme con las prescripciones de la profética palabra que es Moisés, nos seguía empeñado en frenar nuestro apremio por partir y entorpeciendo por envidia la celeridad de la partida.

152. Dice, en efecto, Moisés: "Y subía con ellos una confusa multitud de innumerables ovejas, bueyes y otros animales." (Ex. XII, 38.) Esta confusa multitud no era otra, a decir verdad, que la de las doctrinas bestiales e irracionales que se dan en el alma. XXVIII. Con mucha propiedad y exactitud llama Moisés "confusa" al alma del hombre

ruin, ya que ella es un conglomerado, una reunión, una verdadera mezcla de muchas y encontradas opiniones, y, siendo una sola en número, es innumerable por su versatilidad.

153. Por eso a lo de "confusa" agrega lo de "multitud"; porque, mientras el que tiene la mirada puesta en un único fin, es siempre simple, sin mezcla y realmente suave; el que, en cambio, se ha propuesto muchos fines para su vida es "múltiple", mezclado y áspero de verdad. Por ese motivo los oráculos representan a Jacob, el que se ejercita en el bien, como un hombre "suave"; y a Esaú, el que practica lo más bajo, como "áspero".[93]

154. A causa de esta "confusa y áspera" turba, verdadero conglomerado de mezcladas y promiscuas opiniones, la inteligencia, que, cuando huye de la región corpórea que es Egipto, hállase en condiciones de avanzar rápidamente y de hacer suya en tres días[94] la heredad de la virtud mediante la triple luz: la memoria de las cosas pasadas, la claridad de las presentes y la esperanza de las futuras; esa misma inteligencia emplea para ello cuarenta años, espacio verdaderamente grande de tiempo, dando vueltas y errante a causa del versátil elemento, cuando lo que debía haber hecho era marchar por la recta senda, que era la más fácil de recorrer.

155. Esta confusa multitud es la que no halla deleite en unas pocas especies de concupiscencias solamente sino considera que no debe privarse de ninguna de ellas absolutamente y que ha de ir sin exclusión ninguna en pos del género entero al que las especies todas pertenecen. Se nos dice, en efecto, que "el mezclado pueblo que iba entre as Gén. XXII, 3. ellos "apeteció intensamente" todo el género, no una sola de las especies, "y sentándose lloraba". (Núm. XI, 4.) Y así es: la inteligencia se da cuenta de que se halla agotada y, cuando no puede alcanzar aquello a lo que tiende, llora y se lamenta. Sin embargo, debería alegrarse al verse privada de las pasiones y de las enfermedades, y tener por gran prosperidad la privación y carencia de estas cosas.

156. Porque, también entre los devotos de la virtud es costumbre estar fuera de sí y llorar pero ello ocurre o al lamentarse de las desgracias de los insensatos, movidos por su connatural espíritu de solidaridad y humanidad, o por una inmensa alegría. Esta última tiene lugar cuando en ocasiones una inesperada lluvia de compactos bienes los inunda sorpresivamente. Esto, pienso yo, es lo que tuvo presente el poeta al decir: "Reía con lágrimas en los ojos".[94]
[94] Ilíada VI, 484.

157. Es que la alegría, que es la mejor de las sensaciones gratas, cuando. desciende imprevistamente sobre el alma, la hace más grande de lo que antes era, y tanto que a causa de su nuevo volumen no halla ya sitio en el cuerpo, que es estrecho y oprimente, y destila gotas, a las que se acostumbra a llamar lágrimas, y acerca de las cuales se dice en los salmos: "Nos alimentarás con el pan de las lágrimas" (Salmos LXX1X [LXXX], 6), y: "Mis lágrimas han sido mi sustento día y noche" (Salmos XLI [XLII], 4). Efectivamente, las lágrimas que asoman como exteriorización de la sana risa interior son alimento de la inteligencia, y tienen lugar cuando un ardiente amor a Dios ha impregnado el lamento del ser creado y lo ha convertido en un cántico de alabanza al Increado.

158. XXIX. Ahora bien, algunos rechazan a esta "áspera y mezclada" especie y extien-den un muro entre la misma y ellos, hallando complacencia sólo en la especie amada

por Dios; otros, en cambio, establecen amistad con ella, entendiendo que sus vidas deben situarse en una posición intermedia y se establecen en el límite entre las virtudes humanas y las Divinas a fin de estar en contacto con ambos órdenes, el de las virtudes verdaderas y el de las que solo lo son en la opinión de la gente.

159. A esta, escuela pertenece el político carácter, al que habitualmente llamamos José. Cuando éste está a punto de sepultar a su padre, vienen con él "todos los servidores del faraón, los de más edad de su casa, todos los de más edad de Egipto, toda su casa completa, José,[95] sus hermanos y toda la casa de sus padres". (Gen. L, 7 y 8.)

[95] Evidentemente en contradicción con "vienen con él", con José. En realidad, el texto de los LXX dice "toda la casa de José"; pero Filón lo ha alterado introduciendo un *autoú* = su o de él, y tomando el término *Ioseph*, que es invariable, por nominativo en vez de genitivo.

160. Observa tú cómo este político sitúase en medio de la casa del faraón y de su casa paterna con el objeto de tener a su alcance por igual aquello que concierne a Egipto, o sea, el cuerpo, y aquello que corresponde al alma, que se guarda como un tesoro en la casa paterna. En efecto, cuando dice: "Pertenezco a Dios" (Gen. L, 19), y otras cosas del mismo tenor, se mantiene dentro de las normas de la casa paterna. Pero, cuando sube "sobre el segundo carro" (Gen. XLI, 43) del faraón, es decir, de la inteligencia que se tiene por soberana, cimenta nuevamente la egipcia vanidad.

161. Sin embargo, más desdichado aún es el rey, que se considera más glorioso que él y que guía el carro principal. Porque es el oprobio más patente el sobresalir en cosas que carecen de nobleza; del mismo modo que es más leve mal el llevarse el segundo galardón en tales cosas.

162. De esta ambigüedad de conducta puedes darte una idea observando los juramentos que hace. En efecto, una vez jura: "¡Sí, por la salud del faraón!" (Gen. XLII, 16); otra, por el contrario: "¡No, por la salud del faraón!" (Gen. XLII, 15.) El juramento que contiene la negativa es, seguramente, una prescripción de su casa paterna, que siempre detesta a muerte a la pasión y ansia matarla; el otro es, sin duda, el que prescribe Egipto, que se complace en salvarla.

163, Por todos estos motivos, aunque era tan grande el número de los que iban con él, no ha dicho Moisés que era una turba mezclada, puesto que, en opinión del hombre de visión profunda y amante de la virtud, todo cuanto no es virtud u obra de la virtud está confuso y mezclado; mas, a juicio del hombre que aún está apegado a la tierra, los premios terrenales merecen ser amados y honrados.[96]

[96] Al parecer. Filón manifiesta no lo que en su opinión son las multitudes o grupos a que se está refiriendo, sino lo que son a juicio de aquellos a quienes siguen o acompañan. En el caso de los parágrafos 152 y ss. Israel, no Moisés (aunque éste comparte seguramente la opinión), piensa que se trata de una turba mezclada y confusa; en el presente caso es José quien opina que no hay tal mezcla y confusión en su séquito, ya que estima a todos por igual.

164. XXX. El amante de la sensatez pondrá como he dicho, un muro entre él y el hombre que, como un zángano, está resuelto a malograr los provechosos trabajos de las abejas, y por eso va tras él; en tanto que, por el contrario, acogerá a los que, movidos por su celo por las cosas nobles, avanzan a su lado procurando imitarle; y les distribuirá

las porciones correspondientes. Así, Abraham dice: "De los que han venido conmigo acompañándome, Escol y Aunán, éstos, tomarán como heredad Mambré" (Gen. XIV, 24); y está hablando de caracteres excelentemente dotados y amantes de la contemplación.

165. Escol, en efecto, es símbolo de una feliz disposición natural, y su nombre quiere decir "fuego", en razón de que la buena naturaleza es, al igual que el fuego, plena de osadía, ardiente y se adhiere a aquello que toca. En cuanto a Aunán, cuyo nombre significa "ojos", representa al amante de la contemplación, pues también los ojos del alma son abiertos por la alegría.[97] La heredad de estos dos es la vida contemplativa, a la que se da el nombre de Mambré, que en nuestra lengua [98] significa "procedente de la visión"; visión que guarda armonía e íntima relación con la contemplación.
[97] Resulta imposible comprender la relación entre la *euthymía* = buen animo, alegría, y el amante de la contemplación; y por qué ella abre sus ojos.
[98] En griego.

166. Cuando la inteligencia que cuenta con tales instructores, nada omite de lo concerniente a su ejercitación, lleva por compañera de marcha y camino a la sensatez perfecta, sin dejarla atrás ni quedarse a la zaga de ella, marchando perfectamente a la par. Esto lo señala el oráculo en el que se dice claramente que: "Ambos marcharon y llegaron simultáneamente al lugar que Dios les había dicho." (Gen. XXII, 8.)

167. Existe, ciertamente, una sorprendente igualdad de virtudes cuando el trabajo compite con el buen natural, y la habilidad adquirida con la naturaleza autodidacta, y ambos son capaces de llevarse en igual medida los premios de la virtud. Es como si la pintura y la escultura no sólo produjeran obras sin movimiento y sin vida como lo hacen hoy día; y pudieran infundir movimiento y vida a las pinturas y estatuas. Parecería, en ese caso, que las artes, que antes eran imitadoras de las obras de la naturaleza, se hubieran ahora convertido ellas mismas en cosas y hechos de la naturaleza.[99]
[99] El argumento podría sintetizarse así: cuando el alma de Abraham ha sido perfeccionada en sus viajes en compañía de la "feliz disposición natural" y "el amor a la contemplación", alcanza un grado superior en la senda de la virtud, y en adelante la virtud espontáneamente adquirida, personificada en Isaac, irá acompañada de la virtud adquirida mediante la instrucción, virtud de la que es símbolo Abraham. En esta etapa se borra la separación entre el esfuerzo por adquirir el bien y la posesión del mismo como don natural; situaciones que tienen sus paralelos la primera en el arte que imita las obras de la naturaleza, y la segunda en el arte identificado con la naturaleza creadora.

168. XXXI. Aquel que ha sido exaltado a una tan elevada altura no admitirá ya que ninguna de las partes de su alma mantenga contacto con las cosas mortales allá abajo, sino a todas las atraerá hacia sí teniéndolas pendientes cual si las sostuviera con una soga. Por eso una Divina exhortación fue revelada al sabio en estos términos: "Sube hacia tu Señor tú, con Aarón, y Nadab, Abiud y setenta ancianos de Israel." (Ex. XXIV, 1.)

169. Esto quiere decir: Sube, oh alma, para la contemplación del Que Es, sube en armonía, activo en el discernimiento y la palabra, voluntariamente, sin temor y con amor;[100] sube con las santas y perfectas medidas del siete multiplicado por diez".[101] En efecto, Aarón es llamado profeta en las leyes de Moisés[102] y es la palabra que oficia de profeta de la inteligencia. Nadab, cuyo nombre significa "voluntario", es el que honra a

la Divinidad sin ser forzado a ello; y "Abiud" quiere decir "mi padre". Este último es el hombre que ha menester que Dios lo gobierne no a manera de un amo, como se merece la insensatez, sino a modo de un padre, como corresponde a la sensatez.[103]

[100] "En armonía", lo cual involucra todas las condiciones que se mencionan a continuación; "activo en el discernimiento y la palabra", de los que son símbolos Moisés y Aarón respectivamente; "voluntariamente", es decir, con Nadab; y "sin temor y con amor", es decir, con Abiud.

[101] Interpretación de los "setenta ancianos".

[102] Ex. VII, 1. Ver el parágrafo 84.

[103] Vale decir, sin echar mano al temor, con amor.

170. Éstos son los poderes que escoltan a la inteligencia digna de reinar, poderes a los que es dado acompañar al Rey en calidad de escolta.
Mas el alma siente temor de ascender por sus propios medios hacia la contemplación del Que Es, y su temor procede de que ignora el camino, y de que se eleva en alas de la ignorancia y la osadía conjuntamente; y la falta de conocimiento y el exceso de atrevimiento son origen de grandes caídas.

171. De ahí la súplica de Moisés en el sentido de que sea el mismo Dios quien lo guíe en el camino que conduce hacia Él. Dice, en efecto: "Si Tú mismo no vinieres conmigo, no me hagas subir" (Ex. XXXIII, 15), porque todo movimiento sin la Divina dirección es dañoso, y mejor es permanecer donde estamos, errantes a través de la vida mortal como la mayoría del género humano, que hallar la ruina por elevamos hacia el cielo impulsados por la presunción. Tal es lo que ha sucedido en el caso de innumerables sofistas, los que entendían que la sabiduría consiste en hallar argumentos persuasivos y no en la suma verdad fundada en los hechos mismos.

172. Mas también es posible que el sentido de la plegaria de Moisés sea aproximadamente éste: No me eleves hacia las alturas procurándome riqueza, fama, honores, mandos o todas las otras cosas que reciben el nombre de afortunadas, a menos que Tú mismo estuvieres dispuesto a venir conmigo. Porque estas cosas son a menudo origen de grandes daños y de grandes ventajas para sus poseedores; de grandes ventajas cuando es Dios quien guía al discernimiento; de grandes daños en el caso contrario; ya que, no siendo dichas cosas bienes verdaderos, han resultado para muchos causa de irremediables daños.

173. Ahora bien, aquel que sigue a Dios lleva forzosamente por compañeros de camino a los pensamientos y palabras que acompañan a Dios, a los que comúnmente se denomina ángeles.[104] Así, leemos que "Abraham marchaba junto a ellos acompañándolos". (Gen. XVIII, 16.) ¡Cuan excelsa prerrogativa la de que el que escolta sea escoltado, la de que se dé lo que se recibe, y no una cosa a cambio de otra sino una única y misma cosa apta para ser dada y recibida en retorno!

[104] Ver Sobre la confusión de las lenguas 28.

174. En efecto, hasta que llegare a alcanzar la perfección el Divino lógos hará las veces de guía en su marcha. Hay, efectivamente, un oráculo que dice: "He aquí que envío Mi ángel ante tu faz para que te proteja y para que te guíe hacia la tierra que he preparado para ti. Préstale atención, escúchale y no le desobedezcas. Él no se apartará de ningún modo de ti; porque Mi nombre está sobre él". (Ex. XXIII, 20 y 21.)

175. Mas, cuando haya llegado a la cumbre del saber, correrá con mayor vigor y su celeridad igualará a la del guía de las jornadas precedentes. Es que uno y otros [105] se convertirán en acompañantes del universal Guía que es Dios; y ninguna doctrina extraña les acompañará en adelante, habiendo sido apartado Lot, el que desvió su alma, no obstante la capacidad de ella para crecer recta e indoblegablemente.

[105] Es decir, el sabio (o la inteligencia del sabio) y los ángeles, sus guías hasta entonces.

176. XXXII. "Setenta y cinco años tenía Abraham cuando partió de Harrán" (Gén. XII, 4), dice la escritura. Más adelante nos detendremos a tratar lo referente al número de setenta y cinco años, pues existe correlación entre él y lo dicho anteriormente. Pero antes averigüemos qué se entiende por Harrán y por la partida desde esa región.

177. No cabe pensar que persona alguna de las que se ocupan de las leyes ignore que anteriormente Abraham había emigrado de Caldea y se había radicado en Harrán; y que, habiendo muerto allí su padre, había emigrado también de ese sitio; de modo que ya eran dos los lugares que había dejado atrás.

178. ¿Qué se desprende de estos hechos? Los caldeos, según es fama, se han destacado, y con mucho, de los demás hombres por sus estudios relativos a la astronomía y a los horóscopos, estableciendo una correlación entre las cosas terrestres y las de lo alto, y entre las celestiales y las de la tierra, y dando a conocer, cual si se tratase de las leyes que rigen las relaciones musicales, la exactísima sinfonía universal, resultante de la recíproca solidaridad y simpatía[106] que media entre las partes, las que, aunque separadas espacialmente, forman parte de una misma familia por los lazos de afinidad.

[106] En el sentido etimológico de comunidad o afinidad de sentimientos.

179. Estos hombres han llegado a pensar que no existe otra cosa fuera de este mundo visible, y que Dios y el mundo son una misma cosa o que Dios está contenido en éste como el alma del universo. Han convertido además en dioses al destino y la necesidad, llenando de ese modo la vida humana de grande impiedad al enseñar que sólo existe lo que nos revelan los sentidos y no hay en absoluto causa alguna de nada, y que son los movimientos del sol, la luna y los demás astros los que determinan el bien y lo opuesto al bien para cada uno de los seres.

180. Por su parte, Moisés está evidentemente de acuerdo en lo de la solidaridad y simpatía que reinan entre las partes del universo, pero dejando en claro que el mundo es uno y ha sido creado, ya que, si ha sido creado y es uno, por lógica han de ser las mismas las sustancias elementales que conforman el substractum de todas las partes completas del mismo; tal como sucede en el caso de los cuerpos que constituyen una unidad, en los que esa unidad resulta de la mutua conexión de las partes.[107]

[107] Filón toma el término *hén* = uno solo, en el sentido que los estoicos atribuyen al vocablo *henoménon* = unido o que constituye una unidad (ver Sobre las habituales intrigas de lo peor contra lo mejor, nota 13); y arguye así: 1) si el mundo es uno solo, constituye una unidad; 2) si constituye una unidad, está formado por los mismos elementos en toda su extensión o en todos sus sectores; 3) si está formado por los mismos elementos no puede sino existir simpatía o comunidad de sentimientos entre ellos.

181. En cuanto a la opinión sobre Dios, Moisés está en desacuerdo con ellos. Sostiene él que ni el mundo ni el alma del mundo son el Dios principal, que ni los astros ni sus

movimientos son las causas primeras de las cosas que ocurren a los hombres; y que este mundo está sostenido por invisibles fuerzas que el Hacedor ha extendido desde los confines de la tierra hasta los límites extremos del cielo; providencia adoptada por Él para que sus bien unidos elementos no se dispersasen. Las fuerzas del universo son, en efecto, ataduras irrompibles.

182. Por eso, aunque en cierto pasaje de la legislación se lee: "Dios arriba en el cielo y abajo sobre la tierra" (Deut. IV, 39), nadie piense que aquí se habla del Que Es, puesto que el Que Es puede contener mas no ser contenido.
Lo dicho se refiere a una potencia Suya, mediante la cual ha establecido distribuido y ordenado todas las cosas.

183. Esta potencia no es otra cosa que la bondad, la que ha alejado de sí a la envidia, enemiga de la virtud y de la nobleza; la que engendra gracias mediante las cuales ha sacado a la luz llevándolas a la existencia a las cosas que no existían. Porque el Que Es, aunque aparentemente es imaginable en todas partes, en realidad no se hace presente en parte alguna, de modo que es totalmente verídico aquel oráculo en el que se dice: "Aquí estoy Yo"; vale decir, como si estuviera mostrándose aunque no' es mostrable, como si fuera visible aunque es invisible; "antes de que tú existieras" (Ex. XVII, 6); o sea, antes de toda la creación, marchando fuera de ella y sin estar presente en cosa alguna de las que vienen después de Él.[108]
[108] Ver Sobre los sacrificios de Abel y Caín 67 y Sobre la confusión de las lenguas 138.

184. XXXIII. Estos argumentos sirven para refutar la opinión de los caldeos, pero Moisés entiende que además es preciso cambiar de rumbo a los que todavía opinan como los caldeos,[109] y llamarlos hacia la verdad, y así comienza su enseñanza en estos términos: 'Estoy admirado, amigos, de este tan repentina. flotar vuestro después de elevaros desde la tierra hacia las alturas y de este ir por las regiones etéreas después de dejar atrás las aéreas, empeñados en discernir detalladamente acerca de los movimientos del sol, de los circuitos de la luna y de las rítmicas y celebradas revoluciones de los otros astros. Porque estos seres están más allá de nuestras posibilidades de conocimiento, pues les han sido asignadas porciones bienaventuradas y Divinas en grado superior.
[109] Piensa Filón que, además de desaprobar la astrología y superstición caldeas, mediante la afirmación de que Abraham había emigrado de Caldea a Harran, el legislador exhorta a los seguidores de las ideas caldeas a hacer otro tanto, es decir, a marchar a Harran, marcha cuyo sentido-simbólico explica en 184 y ss.

185. Descended, pues, del cielo y, una vez abajo, no volváis a examinar de nuevo la tierra, el mar y las especies vegetales y animales; limitaos a exploraros a vosotros mismos y vuestra propia naturaleza; quedaos en vuestra propia casa, en vez de andar habitando otros lugares; que, observando cómo son las cosas en vuestra propia casa, qué es lo que en ella manda y qué es lo que en ella obedece, vale decir, lo dotado de vida y lo que carece de ella, lo racional y lo irracional, lo inmortal y lo mortal, lo superior y lo inferior, no tardaréis en adquirir un claro saber acerca de Dios y Sus obras.

186. Así, discerniréis que, del mismo modo que en vuestro ser hay una inteligencia, también la hay en el universo, y que, como la inteligencia de cada uno de nosotros ha asumido el mando y señorío de todo cuanto hay en nuestro ser y ha dejado establecido que cada una de las partes de éste le está sujeta, así también la Inteligencia que ejerce la

soberanía universal controla el mundo mediante una ley y un derecho absolutos, ejerciendo Su providencia no sólo sobre las cosas de mayor jerarquía sino también sobre las que nos parecen ser menos importantes.

187. XXXIV. Abandonad, pues, vuestra vana curiosidad sobre lo concerniente al cielo, y habitad, como he dicho, dentro de vosotros mismos; dejad detrás la tierra de los caldeos, o sea, la mera opinión, y emigrad a Harrán, la región de la percepción sensible, residencia corpórea de la inteligencia.

188. "Harrán", en efecto, significa "agujero" y los agujeros son símbolos de las aberturas de la sensibilidad. Ocurre, ciertamente, que los ojos son en cierta manera las aberturas y los agujeros de la vista; las orejas, los del oído; las narices, los del olfato; la garganta. el del gusto, y la estructura toda del cuerpo, el del tacto.

189. Residid, pues, un tiempo más, y con tranquilidad familiarizaos con ellos y examinad con el máximo de detención posible la naturaleza de cada uno, aprendiendo lo que hay de bueno y de malo; y de lo malo huid y lo bueno, en cambio, escogedlo. Y cuando hubiereis examinado con mucha exactitud toda vuestra propia casa y hubiereis puesto en claro cuál es la verdadera naturaleza de cada una de sus partes, moveos y buscad partir de allí, que ello es preanuncio no de muerte sino de inmortalidad.

190. Observaréis claras señales de esta partida, aun cuando os halléis engolfados en las aberturas del cuerpo y de los objetos sensibles. Las observaréis unas veces en medio de los profundos sueños, pues la inteligencia deja su sitio habitual y, evadiéndose del contacto de los sentidos y de todas las demás cosas corporales, comienza a platicar consigo misma, mirando la verdad como se mira un espejo; y, tras rechazar todo cuanto procede de las representaciones que procuran los sentidos, siéntese poseída de Divina inspiración, y discierne a través de los sueños interpretaciones absolutamente verdaderas acerca de lo que ocurrirá. Otras veces tales señales se observan también en plena vigilia.

191. En efecto, cuando la inteligencia, entregada al estudio de alguno de los principios filosóficos, se concentra en él; marcha ya tras el mismo y olvida, como es forzoso, todo cuanto se relaciona con la masa corpórea. Y, si los sentidos obstaculizan la exacta contemplación de lo aprehensible intelectualmente, los que aman la contemplación se interesan por anular su ataque. En efecto, cierran los ojos, tapan sus oídos y contienen los impulsos de los demás sentidos, y les parece bien pasar sus días en la soledad y la sombra a fin de que ningún objeto sensible enturbie la visión del ojo del alma, a la que Dios ha concedido la contemplación de las cosas intelectuales.

192. XXXV. Habiendo aprendido de este modo a gestar nuestra separación de lo mortal, seréis también instruidos respecto de nuestras concepciones acerca del Increado. Porque, seguramente, no imagináis que vuestra inteligencia, libre de la vestidura corpórea, de la sensibilidad y del habla, pueda, separada de éstas, ver desnudas las cosas existentes; ni concebís tampoco que la Inteligencia del universo, Dios, esté situado fuera de toda la naturaleza material conteniéndola sin ser contenido, y que haya trascendido los confines de esa naturaleza no sólo con el pensamiento, como cabe al hombre, sino también con Su misma esencia como cabe a Dios.

193. Es que mientras nuestra inteligencia no ha creado al cuerpo sino ha sido Otro el

que lo ha hecho; por lo cual ella está contenida en el cuerpo como en un recipiente; en cambio, la Inteligencia del universo ha creado todas las cosas, y quien crea es superior a lo creado; no siendo, por lo tanto, posible que esté incluido en lo que le es inferior; aparte de que no cabe que un padre esté contenido en un hijo y sí, en cambio, que un hijo crezca bajo los cuidados de su padre.

194. Ése es el modo como la inteligencia, cambiando gradualmente de lugar llegará hasta el Padre de la piedad y la santidad. Su primer paso es dejar de lado la astrología, que le ha inducido a considerar que el Dios supremo es el universo, y no éste obra del Dios supremo, y que los movimientos y revoluciones de los astros son las causas de la desgracia y de la prosperidad de los hombres.

195. El siguiente paso es abocarse al estudio de sí mismo y meditar sobre lo que acontece en la propia casa, sobre lo concerniente al cuerpo, a la sensibilidad y a la palabra, y llegar a un conocimiento acorde con la expresión del poeta: "Todo cuanto de bueno y malo se ha producido en tus habitaciones".[110]
En tercer lugar, luego de abrir el camino que parte desde ella misma y movida por la esperanza de conocer a través de él al Padre del universo, difícil en extremo de adivinar y conjeturar; adquirido ya un conocimiento profundo sobre ella misma, pronto llegará a conocer también a Dios, siempre que no permanezca en Harrán, vale decir, en los órganos de los sentidos, y se concentre, en cambio, en sí misma;[111] porque, si la inteligencia se mueve todavía en el ámbito de lo sensible más que en el de lo intelectual, es imposible que avance hacia la contemplación del Que Es.
[110] Odisea IV, 392.
[111] No para estudiarse, sino para gozar de la soledad y paz espiritual necesarias, sin interferencias sensoriales.

196. XXXVI. Por ese motivo, el carácter designado para ocupar el mejor puesto en la formación al servicio de Dios, cuyo nombre es Samuel, no indica a Saúl las obligaciones de la realeza mientras éste permanece entre sus bagajes, sino cuando lo ha sacado de allí. Pregunta, en efecto, si todavía está allí el hombre, y el Divino oráculo responde: "Helo allí escondido entre los bagajes". (I Samuel X, 22.)

197. ¿Qué es, pues, lo .que debe hacer el que escucha esto, siendo, como es, instruido por naturaleza, sino sacar al hombre con toda diligencia? Y dice, en efecto, la sagrada escritura que "corrió hacia él y lo sacó de allí". (I Samuel X, 23.) Es que, mientras permanecía en los recipientes del alma, vale decir, en la sensibilidad y el cuerpo, aquél no era capaz de escuchar las doctrinas y leyes de la realeza; y, cuando decimos realeza, decimos sabiduría, puesto que, a nuestro juicio, un sabio es un rey; mas, en saliendo de allí, los sabrá escuchar, una vez que, dispersándose la obscuridad, esté en situación de ver con mirada penetrante. Razonable es, pues, que el amigo del saber piense que debe abandonar la región de la percepción sensible llamada Harrán.

198. Setenta y cinco años tiene Abraham cuando la abandona. Este número es el límite entre la naturaleza sensible y la aprehensible por la inteligencia, entre la más joven y la de mayor edad, entre la corruptible y la incorruptible.

199. En efecto, el setenta es el número del principio al que se ajustan la aprehensión intelectual, la mayoría de edad y la incorruptibilidad; en tanto que el número que iguala al de los cinco sentidos condiciona la percepción sensible y la minoría de edad. En el

orden de este número setenta y cinco es clasificado el ejercitante en la etapa en que todavía realiza sus prácticas y no está aún en condiciones de alcanzar los galardones de la completa victoria. Se nos dice, en efecto, que "Setenta y cinco fueron en total las almas nacidas de Jacob". (Ex. I, 5.)

200. Ciertamente, los vástagos del combatiente que no fracasa en el verdaderamente sacro torneo por la adquisición de la virtud son no cuerpos sino almas, pero almas que aún no han separado de sí el irracional elemento, y arrastran todavía consigo la turba de la percepción sensible. "Jacob", en efecto, es nombre de quien combate, se prepara para la palestra y echa zancadillas [112] a su adversario; no de quien ya ha obtenido la victoria.
[112] El término *ptemistés* = que echa zancadillas, también significa figuradamente engañador o suplantador con fraude o engaño; y con este último sentido, aludiendo a la fraudulenta adquisición del derecho de primogenitura en perjuicio de su hermano mayor Esaú, aplica a menudo Filón tal calificativo a Jacob, a quien en otros pasajes llama el ejercitante. En el presente párrafo me ha parecido mejor que "que engaña" el sentido literal de "echa zancadillas". Ver Interpretación alegórica II, nota 49.

201. En cambio, cuando se muestre capaz ya de ver a Dios y su nombre haya sido cambiado por el de "Israel", habrá de regirse por el principio del número setenta solamente. Así, leemos que "En un total de setenta almas tus padres descendieron hacia Egipto". (Deut. X, 22.)
Éste es el número íntimamente vinculado con el sabio Moisés. Aconteció, en efecto, que fueron setenta los que por su nobleza fueron escogidos entre toda la multitud, todos ancianos no por su edad sino por la prudencia, el consejo, los juicios y el espíritu de emulación propio de los hombres de antaño.

202. Este número condiciona también los sacrificios y ofrendas de agradecimiento hechos a Dios en las ocasiones en que los maduros frutos del alma son reunidos y recogidos; pues está prescripto ofrecer en la fiesta de los tabernáculos, además de los otros sacrificios, setenta becerros en holocausto.[113] Ajustase también al principio del número setenta la preparación de las copas para los jefes, como que cada una de ellas tiene un peso de setenta siclos,[114] en razón de que todo cuanto en el alma tiende a la paz, a la conciliación y a la amistad posee verdaderamente un poder de atracción,[115] el santo principio encarnado por el número setenta; número que Egipto, es decir, la naturaleza que odia la virtud y ama las pasiones, considera de duelo, según nos lo presentan. Setenta, en efecto, es el número de días que se destina entre los egipcios al duelo.[116]
[113] Núm. XXIX, 13 a 36.
[114] Núm. 13 y ss.
[115] Intraducible juego de palabras mediante *holké* = peso, y *holkós* = que atrae, de atracción.
[116] Gen. L, 3.

203. XXXVII. Este número, como dije, está íntimamente vinculado a Moisés; el de los cinco sentidos, en cambio, es propio de aquel que acoge fraternalmente al cuerpo y las cosas exteriores, a quien comúnmente llámase José. Tan grande es la deferencia hacía ellos de que hace gala, que mientras a duras penas reconoce a los hermanos paternos obsequia cinco escogidas vestiduras [117] a su hermano uterino, hijo de la sensibilidad, pues considera distinguidos y merecedores de adorno y honra a los sentidos.
[117] Gen. XLV, 22.

204. Además redacta leyes para que honren a los sentidos y les ofrezcan tributos y contribuciones cada año como a reyes. Manda, efectivamente, que entreguen la quinta parte del trigo, vale decir, almacenar como un tesoro inagotable materiales y alimentos para los cinco sentidos a fin de que cada uno de ellos se sature constantemente con los que le son propios, viva en la voluptuosidad y hunda a la inteligencia bajo el peso de lo que lleva él dentro. Los banquetes de los sentidos, en efecto, son hambre para la inteligencia; y, a la inversa, en los ayunos de aquéllos se regocija, ésta.

205. ¿No ves, además, que las cinco hijas de Zalfad, las que han de ser consideradas como representaciones alegóricas de los sentidos, son de la tribu de Manases, quien es hijo de José, siendo mayor en edad pero menor en capacidad? Y es lógico. Su nombre, en efecto, significa "fuera del olvido",[118] situación equivalente a la reminiscencia; y la reminiscencia alcanza los galardones secundarios, correspondiendo las de primer orden a la memoria, a laque alude el nombre de Efraín, pues significa "fructificación", y el fruto más hermoso y más nutritivo del alma es el recordar sin previo olvido.[119]

[118] O salido o procedente del olvido.

[119] Acerca del tema reminiscencia-memoria ver también Interpretación. alegórica III, 90 y ss.; y Sobre la sobriedad, 28. La relación entre "*fertilidad*" y "*fruto*" se advierte mejor en los términos griegos *karpophoría* y *karpós*.

206. Así, las doncellas dicen algo que está en consonancia con ellas mismas: "Nuestro padre ha muerto" (y en verdad, el olvido es la muerte de la memoria) "y murió no por culpa propia" (perfecto: el olvido es una experiencia involuntaria, algo que nos sobreviene desde fuera sin que podamos evitarlo); "y no ha tenido hijos" (Núm. XXVII, 3), sino hijas; puesto que, mientras la facultad de la memoria, siendo despierta por naturaleza, engendra hijos varones; el olvido, en cambio, para el que el discernimiento no es más que un sueño, engendra hijas. Es, en efecto, irracional y los sentidos son las hijas [120] de la parte irracional del alma.

[120] Recuérdese que *áisthesis* = sensibilidad, sentido, es femenino, y el respeto de Filón por el género de los sustantivos, respeto que le lleva a sacar conclusiones acerca del sexo de las cosas designadas o simbolizadas por ellos.

207. Mas si alguno ha dejado atrás a José en velocidad, y seguido a Moisés, como no puede correr aún a la par de éste, echará mano a un número mixto, el setenta y cinco, símbolo de la naturaleza sensible y de la aprehensible por la inteligencia a la vez, reunidas ambas para la producción de una única irreprochable especie.

208. XXXVIII. Mucho admiro, asimismo. a Rebeca, la perseverancia, cuando exhorta a aquel que es perfecto de alma y ha extirpado la violencia de las pasiones, a huir en esos momentos [121] hacia Harrán. Dice, en efecto: "Ahora, pues, hijo mío, escucha mi voz; levántate y huye hacia Labán, mi hermano; hacia Harrán, y habita con él algún tiempo hasta que se aparte de ti la irritación y el resentimiento de tu hermano y olvide lo que le has hecho." (Gén. XXVII, 43 a 45.)

209. Excelente es su aserto de que el camino hacia los sentidos es una huida. Porque, realmente la inteligencia tórnase fugitiva, cuando abandona las cosas que le son propias, las aprehensibles intelectualmente, y se lanza tras la opuesta formación, la de las cosas sensibles. No faltan, empero, ocasiones en que el huir es provechoso, y ello ocurre cuando hace tal cosa no por odio hacia lo mejor sino para evitar las acechanzas de lo peor.

210. ¿Cuál es, entonces, la exhortación de la perseverancia? La más maravillosa y valiosa. Si alguna vez, "dice", vieres excitada y enfurecida en ti o en otra persona. la pasión de la irritación y el resentimiento, alimentada por nuestra irracional y salvaje naturaleza, no la azuces acrecentando su bestialidad, pues su mordedura puede ser incurable; sino atempera el exceso de su encendido ardor y apacígualo, que, si se tornare mansa y manejable, será menor el daño que pudiere hacer.

211. ¿De qué manera, pues, hacerla mansa y dócil? Pues, haciendo como que te adaptas y acomodas a ella, aceptando al principio lo que a ella le placiere, no oponiéndote en nada y confesándole que amas y detestas las mismas cosas que ella. Así se te tornará favorable. Y una vez que se hubiere suavizado, quítate la careta y, no temiendo ya mal alguno de su parte, retorna sin dificultad al cuidado de las cosas que te son propias.

212. Tal es el motivo por el que Harrán es presentada como llena de bestias y teniendo cuidadores de ganado por habitantes. ¿Qué región, en efecto, sería más apropiada para la naturaleza irracional y para los que han tomado a su cargo el cuidado y la supervisión de ella que nuestros sentidos?

213. Por ejemplo, el ejercitante pregunta: ¿De dónde sois?, y los pastores responden la verdad: "De Harrán" (Gen. XXIX, 4); porque, así como las potencias racionales proceden de la inteligencia, las irracionales vienen de la sensibilidad. Y cuando el mismo pregunta además si conocen a Labán, ellos dicen que sí,[122] y con toda razón, puesto que la sensibilidad, como ella misma piensa, está familiarizada con el color y con toda cualidad, y Labán es símbolo de los colores y las cualidades.
122 Gen. XXIX, 5.

214. Mas, cuando haya alcanzado ya la perfección, también Jacob abandonará la casa de los sentidos y se establecerá en la del alma, en el verdadero sentido del término,[123] vale decir, en la casa que se representa mientras todavía se halla en la etapa de las ejercitaciones y los trabajos. Dice, en efecto: ¿Cuándo haré yo también una casa para mí? (Gen. XXX, 30), es decir: ¿Cuándo sin parar la mirada en cosa sensible alguna ni en los sentidos, habitaré la inteligencia y el entendimiento, educado y familiarizado con asuntos cuya contemplación compete a la razón, tal como hacen las almas que indagan acerca de las cosas invisibles?
[123] Porque la otra, Harrán, o la casa de los sentidos, no es la verdadera hombre virtuoso personificado por él.

215. A estas almas se las llama comúnmente parteras, por cuanto también ellas hacen albergues apropiados y protegidos para almas amantes de la virtud. Por otra parte, el temor de Dios es la más segura residencia para aquellos que Lo han hecho su protector e inexpugnable muro. Dice, en efecto, el legislador: "Porque las parteras temían a Dios hacían casas para sí." (Ex. I, 21.)

216. XXXIX. Habiendo, pues, salido la inteligencia de los lugares de Harrán, se nos dice que "atravesó la tierra hasta el lugar llamado Siquem, hasta el elevado encinar". (Gen. XII, 6.) Consideremos qué se nos revela con lo de "atravesó". El amante del saber es curioso y averiguador por naturaleza, y marcha sin reparo alguno por todas partes mirando hacia todos los lados y considerando que nada debe dejar de indagar acerca de cuanto existe, así de lo material como de lo inmaterial. Lleva en sí una avidez fuera de

lo común por todo cuanto puede ver y oír, de modo que no le bastan las cosas que halla en su país y se lanza hacia lo que existe en tierra extraña y separada por grandes distancias.

217. Es notorio, por ejemplo, que los comerciantes y traficantes, en procura de mezquinas ganancias, atraviesan los mares y recorren toda la tierra sin tener en cuenta ni el calor estival ni el frío invernal ni las tempestades ni los vientos contrarios ni la juventud ni la vejez ni la enfermedad del cuerpo ni el trato de los amigos ni los inefables placeres que proporcionan la mujer, los hijos y las otras cosas propias, ni el goce de la patria y de las dulzuras de la vida ciudadana ni el uso seguro del dinero, las propiedades y demás cosas en que abundan ni, en suma, ninguna otra cosa ni grande ni pequeña cualquiera fuere.

218. Inconcebible sería, entonces, que, cuando el objeto perseguido es el más hermoso, el más apetecible y el más apropiado y exclusivo de la raza humana, como es la sabiduría, no recorriéramos el mar todo ni exploráramos los escondrijos todos de la tierra, curiosos por informarnos si no hay en alguna parte algo que mereciere verse u oírse, ni siguiéramos con todo esfuerzo y celo sus huellas hasta poder llegar al goce de las cosas que buscamos y anhelamos.

219. Atraviesa, pues, alma mía, si quieres, también al hombre, avanzando a través de cada una de sus partes. Por ejemplo, sin ir más lejos, pon en claro qué es el cuerpo y qué hace y experimenta en cooperación con el entendimiento; qué es la sensibilidad y de qué manera sirve a su soberana, la inteligencia; qué es la palabra y qué pensamientos debe expresar para contribuir a ennoblecer al alma; qué es el placer y qué la concupiscencia, qué la pena y el miedo, y qué remedio hay para estos estados, remedio tal, que si hubiere sido uno presa de ellos, pueda salvarse sin dificultad o evitar absolutamente toda posibilidad de ser apresado; qué es ser insensato, qué ser licencioso, qué ser injusto, cuál es la multitud de las otras enfermedades que por naturaleza engendra el corruptor vicio y cuál el medio de evitarlas; y, en oposición a estas cosas, qué es la justicia, la sensatez, la prudencia, la valentía, la discreción y, en general, cada una de las virtudes y el sano goce; y de qué manera se logra. cada una de ellas normalmente.

220. Atraviesa, además, el mayor y más perfecto de los hombres, vale decir, este mundo; y examina sus partes, cómo están espacialmente separadas pero existen fuerzas que las unen, y en qué consiste esta invisible atadura que las armoniza y enlaza a todas. Y, si en tu indagación no alcanzares fácilmente lo que buscas, no cedas, persiste en ella. Éstas no son cosas de tomarse con una sola mano, y se llegan a descubrir dificultosamente, a costa de muchos y grandes esfuerzos.

221. Por ello el que ama la instrucción toma posesión del lugar llamado Siquem, nombre que significa "hombro". El hombro es un símbolo del trabajo puesto que es con estas partes del cuerpo con las que se acostumbra llevar pesos, como el mismo Moisés lo recuerda en otro pasaje diciendo a propósito de cierto esforzado trabajador lo siguiente: "Doblegó el hombro al trabajo v se convirtió en un trabajador de la tierra." (Gen. XLIX, 15.)

222. De modo que nunca, oh inteligencia, te muestres floja y desfalleciente; por el contrario, aunque algo te pareciere difícil de discernir, abre el órgano de la visión que llevas en ti, inclínate para ver dentro de aquello, contempla con más cuidado aún lo que

hubiere, y no cierres tus ojos jamás ni sin querer ni de grado; porque el sueño es algo ciego, al par que la vigilia es agudeza de visión. Y contento has de estar si, a trueque de una ininterrumpida aplicación, logras una clara impresión acerca de las cosas que indagas.

223. ¿No ves que se agrega que "un elevado encinar" estaba plantado en Siquem? Pues ésa es una manera figurada de decir que el trabajo que implica la educación es vigoroso y de máxima solidez, que ni cede ni se doblega. Necesario es que quien aspira a alcanzar la perfección realice este esfuerzo a fin de que el tribunal del alma, cuyo nombre es Dina, vale decir, "juicio", no resulte presa de aquel que se esfuerza en la tarea opuesta, en la acechanza contra la sensatez.

224. En efecto, el hombre que lleva el mismo nombre que este lugar, Siquem (hijo de Emor, una naturaleza irracional, cuyo nombre significa "asno"), cultor de la insensatez, nutrido con desvergüenza y osadía, intentó infame como era, corromper y destruir la capacidad de discurrir de la inteligencia.[124] Mas los oyentes y discípulos de la sensatez, Simeón y Leví, fueron más rápidos y, tras asegurar sus propios reductos,[125] salieron al encuentro de los atacantes, cuando éstos se hallaban todavía ocupados en el amor al placer y a la pasión, trabajo [126] propio de incircunciso. Es que, no obstante existir un oráculo que dice: "Que no haya jamás prostituta alguna entre las hijas de Israel, el vidente" (Deut. XXIII, 17), éstos tenían la esperanza de secuestrar a la virgen alma sin ser vistos.

[124] O los tribunales de la inteligencia.

[125] Al parecer, una referencia al término *asphalós* = con seguridad, sin peligro, que aparece en el pasaje "Entraron en la ciudad sin peligro" (Gen. XXIV, 25).

[126] En realidad, el texto bíblico con el término *pónos* = trabajo, no se refiere en el pasaje citado. Gen. XXXTV, 25, al trabajo como labor o esfuerzo, sino al malestar o dolor producido por la reciente circuncisión de los varones siquemitas, circuncisión que Filón pasa por alto, como muchos otros detalles del relato de Gen. XXXIV, y aun contradice al afirmar que "era trabajo propio de incircunciso".

225. No les faltarán, por cierto, auxiliares a las víctimas del desleal ataque; y, aunque algunos piensen lo contrario, ello no pasará de una mera suposición, y los hechos se encargarán de convencerlos de su error. Porque existe, ciertamente, esa aborrecedora de la ruindad, inexorable protectora de los injustamente tratados, que es la justicia; y ella desbarata los planes de los que deshonran a la virtud; y caídos éstos, el alma, que parecía haber sido deshonrada, retorna de nuevo a su virginidad. Dije "que parecía" porque en ningún momento había llegado a ser deshonrada; porque, si lo que se padece es involuntario, en nada afecta en realidad a quien lo experimenta, tal como la acción injusta, si no había intención de hacerla, no constituye una real injusticia.

OBRAS COMPLETAS DE

FILÓN DE ALEJANDRÍA



Traducción directa del griego, introducción y notas de

JOSÉ MARÍA TRIVIÑO

Catedrático de la Universidad Nacional de La Plata

Buenos Aires 1976

TOMO III

ÍNDICE

SOBRE QUIÉN ES EL HEREDERO DE LAS COSAS DIVINAS (QUIS RERUM DIVINARUM HERES)........ 3

SOBRE LA UNIÓN CON LOS ESTUDIOS PRELIMINARES (DE CONGRESSU QUAERENDAE ERUDITIONIS GRATIA)........ 47

SOBRE LA HUIDA Y EL HALLAZGO (DE FUGA ET INVENTIONE)........ 73

SOBRE AQUELLOS CUYOS NOMBRES SON CAMBIADOS Y SOBRE LOS MOTIVOS DE LOS CAMBIOS (DE MUTATIONE NOMINUM)........ 105

SOBRE LOS SUEÑOS ENVIADOS POR DIOS (DE SOMNIIS)........ 142

SOBRE LOS SUEÑOS I........ 142

SOBRE LOS SUEÑOS II........ 180

SOBRE ABRAHAM (DE ABRAHAMO)........ 217

SOBRE JOSÉ (DE IOSEPHO)........ 255

SOBRE QUIÉN ES EL HEREDERO DE LAS COSAS DIVINAS

(Sobre la herencia de las cosas divinas)

(QUIS RERUM DIVINARUM HERES)

1. I. En el tratado precedente [1] hemos discurrido con toda la precisión posible acerca de las recompensas. Nos toca ahora averiguar quién es el heredero de las cosas Divinas. Cuando el sabio[2] escucha un oráculo al respecto, que le profetiza: "Tu recompensa será sobremanera grande",

[1] No se refiere a Sobre la migración de Abraham, que en las ediciones modernas precede al presente tratado, sino a un trabajo perdido sobre Gen. XV, 1.

[2] Abraham.

[2.] formula esta pregunta: "¿Qué me darás, Señor? Yo me extingo sin hijos. Él hijo de Masek, la nacida en mi casa, es este Damasco Eliezer." Y agrega: "Pues no me has dado descendencia, el nacido en mí casa será mi heredero". (Gen. XV, 1 a 3.)

3. ¿Quién, sin embargo, no se hubiera quedado mudo y boquiabierto, pasmado ante la majestad y grandeza del Dador del oráculo, sí no a resultas del terror, al menos por exceso de felicidad? Porque, tanto los pesares excesivos como las desmedidas alegrías ponen cerrojo a los labios.[3]

[3] Es decir, resulta extraño que se haya atrevido a formular la pregunta, cuando lo que cabía esperar era que no pudiera articular palabra en el estado en que se hallaba.

4. Por ese motivo también Moisés reconoce que se ha vuelto débil de voz y pesado de lengua desde el momento en que Dios comenzó a hablarle.[4] Y el testimonio del profeta no es falso. Es natural, en efecto, que en tales circunstancias el órgano de la voz se trabe al mismo tiempo que el lenguaje del entendimiento se torna coherente y brota en irresistible torrente, describiendo hermosuras unas tras otras, no de palabras sino de pensamientos, y dotado de una fuerza tan ágil como sublime.

[4] Ex. IV, 10.

5. Con todo, la valentía y la franqueza en su debido momento ante nuestros superiores son virtudes admirables y por ello me parece que más tienen de verdad que de comicidad estas palabras del comediógrafo: "Si el sirviente se habituare a mantenerse callado resultará insoportable. Permítele que hable con franqueza." [5]

[5] Menandro.

6. II. ¿Y cuándo habla el sirviente con franqueza a su amo? No hay duda de que cuando tiene conciencia de que no ha perjudicado en nada a su dueño y, por el contrario, todas sus obras y palabras son en provecho del mismo.

7. ¿Cuándo, entonces, corresponde que el esclavo de Dios hable con franqueza al Soberano y Señor suyo y del universo? ¿No es, acaso, cuando se hubiere purificado de sus faltas y el juicio de su conciencia fuere leal para con su Señor y sintiere más alegría de ser sirviente de Dios que si fuese rey de todo el género humano y hubiese alcanzado un poder sin límites sobre el mar y la tierra conjuntamente?

8. Los leales servicios y cultos de Abraham son puestos de manifiesto por las palabras finales de un oráculo revelado al hijo del mismo: "Te daré a ti y a tu descendencia toda esta tierra, y serán bendecidas en tu posteridad las naciones todas de la tierra en premio por haber tu padre Abraham escuchado obediente Mi voz, y guardado Mis prescripciones, Mis órdenes. Mis disposiciones y Mis normas." (Gen. XXVI, 3 a 5.)

9. El mejor elogio que cabe hacer de un servidor es afirmar que no descuida mandato alguno de su señor y que con ánimo bien dispuesto se aplica más allá de sus mismas fuerzas para llevar a buen término con diligencia y laboriosidad todos sus cometidos.

10. III. Por cierto que a algunos les conviene más escuchar que hablar; y a éstos se refiere lo de "calla y escucha". (Deut. XXVII, 9.) Excelente prescripción. Porque la falta de instrucción es en extremo osada v suelta de lengua, y su remedio es, primero, no decir palabra; y segundo, prestar atención a aquellos que dicen algo digno de oírse.

11. Mas nadie piense que a esto se concreta el significado de las palabras "calla y escucha". No; ellas prescriben algo de más valor aún. No sólo exhortan a callar con la lengua y a escuchar con los oídos, sino también a que se hagan ambas experiencias con el alma.

12. Porque muchos están presentes escuchando a alguien, pero no con sus inteligencias, con las que deambulan fuera, y divagan consigo mismos a través de innumerables pensamientos respecto de incontables asuntos familiares, ajenos, particulares y públicos, cuando lo razonable sería no acordarse de ellos en esos momentos. Todos estos pensamientos se van sumando, por así decir, uno tras otro, imposibilitando a causa de su grande y confuso vocerío escuchar al que habla; de lo que resulta que éste habla no como ante un auditorio humano sino como ante estatuas sin vida, las que tienen orejas mas no oídos en ellas.

13. Si, pues, la inteligencia se resolviere a no tener tratos con ninguno de los asuntos que le llegan desde fuera o que encierra en sí; y, en cambio, manteniéndose tranquila y serena, se concentrare en quien le habla, "callará" conforme con la prescripción de Moisés, y de ese modo podrá escuchar con toda atención. De otro modo no podrá hacerlo.

14. IV. Si para los ignorantes, pues, es provechoso guardar silencio, para los que anhelan el saber y a la vez aman a sus señores la cosa más necesaria es el hablar franco. Por ejemplo, en el Éxodo se dice: "El Señor combatirá en favor vuestro y vosotros callaréis" (Ex. XIV, 14); y poco más adelante se lee el siguiente oráculo: "Y dijo el Señor a Moisés: '¿Qué es lo que Me gritas?'." (Ex. XIV, 15.) Según esto, es preciso que los que no han de decir nada digno de escucharse callen, y que hablen los que tienen puesta su confianza en el Divino amor por la sabiduría; y que no sólo hablen de manera normal sino lancen gritos con potente voz; no gritos con la boca y la lengua, por obra de las cuales, según explican, el aire se redondea [6] y se torna perceptible al oído, sino con la musicalidad suma y potentísima voz del órgano del alma, del que ningún mortal es oyente y sólo lo es el Increado e Imperecedero.
[6] Ver Diógenes Laercio VII, 158.

15. Es que sólo el músico de la inteligencia es capaz de percibir la bien templada y melodiosa música de la armonía intelectual, y ninguno de los que están mezclados con la sensibilidad puede percibirla. Mas, cuando todo el órgano de la inteligencia emite su sinfonía de simple o doble octava, el Oyente hace como que pregunta; porque, en realidad, no pregunta, pues nada hay que Dios ignore: "¿Qué es lo que me gritas?" ¿Es una súplica para que aparte de ti los males, o tu agradecimiento por la participación en los bienes, o ambas cosas?

16. V. Y el que parecía ser corto de expresión, pesado de lengua y sin palabras resulta ahora locuaz, al punto de que en el pasaje citado es presentado no sólo hablando sino gritando; y en otro, emitiendo un torrente incesante y sin pausa de palabras.

17. En efecto, leemos que "Moisés estaba hablando a Dios, y Dios le iba respondiendo con una voz". (Ex. XIX, 19.) La forma verbal empleada no es la de acción puntual, "habló", sino la de acción durativa, "estaba hablando", y Dios no "respondió" sino "iba respondiendo" permanente e ininterrumpidamente.[7]
[7] El sistema verbal griego estaba estructurado sobre la base del aspecto verbal, y sólo secundariamente expresaba el tiempo de la acción. Filón se refiere aquí al hecho de que en el texto del pasaje que comenta se emplea. no la forma de indicativo pasado correspondiente al aspecto puntual o aorístico, que expresa la acción como circunscripta a un punto o momento, sin extensión temporal, sino la que expresa el aspecto durativo, o sea, la acción prolongada indefinidamente.

18. Ahora bien, donde hay una respuesta es porque hay una pregunta previa. Y cada uno pregunta lo que no sabe, porque considera que vale la pena saberlo y porque se da cuenta de que de todos los medios para llegar al conocimiento el más adecuado es indagar, preguntar, inquirir, pensar que nada se sabe y no creerse seguro de aprehensión alguna.

19. Pero, mientras los sabios acuden a Dios en procura de guía y maestro; los hombres imperfectos acuden al sabio. Por eso. dicen: "Habíamos tú a nosotros y no nos hable Dios, no sea que perezcamos." (Ex. XX, 19.) En cambio, a tanto llega la franqueza del hombre de bien, que se atreve ya no sólo a hablar y gritar sino también a manifestar su reprobación en alta voz. movido por una real convicción y un legítimo sentir.

20. He aquí sus palabras: "Si quieres perdonarles su pecado, perdónales; de lo contrario, bórrame del libro que Tú has escrito" (Ex. XXXII, 32); y: "¿Acaso he concebido yo en mi vientre todo este pueblo o lo he engendrado, para que me digas: Tómalo en tu regazo, como lleva una nodriza a un niño de pecho'?" (Núm. XI, 12); y también: "¿De dónde sacaré carne para darle a todo este pueblo, pues que se lamentan ante mí? ¿Serán, acaso, degollados ovejas y bueyes o será juntada y bastará la carne toda del mar?" (Núm. XI, 13 y 22): y éstas: "¿Por qué. Señor, has afligido a este pueblo y para qué me has enviado a mí? Desde que he venido a hablar al faraón en Tu nombre él ha afligido al pueblo y Tú no has protegido a Tu pueblo." (Ex. V, 22 y 23.) Cualquiera hubiera temido decir estas cosas y otras de parecido tenor a un rey, aun dé los reyes particulares; él, sin embargo, se atrevió a manifestárselas nada menos que a Dios.

21. Así pues, alcanzó este límite, no diré ya de osadía simplemente, sino de buena osadía, puesto que todos los sabios son amigos de Dios y muy especialmente en la opinión del sacratísimo legislador, y la franqueza está emparentada con la amistad. ¿A quién, en efecto, se le puede hablar con franqueza sino a un amigo? Con toda razón, pues, es proclamado Moisés amigo de Dios en los oráculos,[8] a fin de que quede en claro que toda la audacia de sus atrevidas manifestaciones ha de atribuirse a la amistad antes que a la presunción; porque la audacia del presuntuoso es insolencia; en tanto que la del amigo es confianza.
[8] Ex. XXXIII, 11.

22. VI. Mas observa, a la vez, que la confianza va combinada con la circunspección; pues, la expresión "¿Qué me darás?" (Gen. XV, 2) revela confianza, pero el agregado de "Señor"

evidencia circunspección, pues, a pesar de que Moisés habitualmente emplea dos títulos, "Dios" y "Soberano", para referirse a la Causa, en este caso no usa ni uno ni otro sino el de Señor, y al hacerlo demuestra gran cuidado y precisión. Verdad es que estos términos, soberano y señor,[9] son usados como sinónimos comúnmente.
[9] Sólo al efecto de hacer posible una traducción coherente he traducido *kyrios* por soberano, y *despótes* por señor. En realidad, ambos sustantivos significan señor, soberano, amo, aunque *despótes* se emplea más a menudo relacionado con la opuesta idea de esclavitud y opresión (dueño, déspota). En cuanto a la vinculación entre *despótes*, *desmós* = atadura, y *déos* = temor, y las conclusiones que por esa vía extras Filón, son puramente imaginarias.

23. Pero si lo expresado por ambos títulos es una única e idéntica cosa, difieren en cambio en sus connotaciones. "*Kyrios*" [soberano] deriva de "*kyros*" [poder], una cosa segura, contraria a lo inseguro e impotente (*ákyros*); en tanto que "*despótes*" [señor, amo] deriva de "*desmós*" [atadura], término del que, a mi parecer, procede "*déos*" [temor]. En consecuencia, un señor es no sólo un soberano sino algo más: un soberano temible, por así decir, un soberano que no sólo está. investido de la soberanía y el poder sobre todas las cosas, sino además es capaz de inspirar temor y terror; y quizá, puesto que es la atadura de todas las cosas, es además el que las une indisolublemente y, siendo ellas de por sí disolubles, mantiene su cohesión.

24. El que dice: "Señor, ¿qué me darás?" está virtualmente diciendo: No ignoro que Tu poder es superlativo; conozco lo terrible de Tu autoridad; vengo a Tu encuentro temeroso y tembloroso; y a la vez vengo confiado.

25. Es que Tú me has dado a entender que no debo temer; Tú me has dado una lengua de instrucción para que pueda saber cuándo es preciso que hable;[10] Tú has desatado las ataduras de mi boca. Tú, luego de abrirla, has fortalecido sus articulaciones; Tú me has enseñado a decir lo que debe decirse, confirmando aquel oráculo que dice: "Yo abriré tu boca y te enseñaré lo que habrás de expresar." (Ex. IV, 12.)
[10] Isaías L, 4.

26. ¿Quién era yo para que Tú me proveyeras del habla; para que me aseguraras una recompensa,[11] es decir, un bien más alto aún que una gracia o un don? ¿No soy, acaso, un desterrado de mi patria, un expulsado de mi familia, un ajeno a la casa paterna? ¿Acaso no me llaman todos desheredado, desterrado, aislado, deshonrado?[12]
[11] Referencia a la profecía reproducida en el parágrafo 1.
[12] Alusión a la vida errante de Abraham.

27. Tú, Señor, eres mi patria, Tú mi familia. Tú mi hogar paterno, Tú mi honra. Tú mi franqueza, mi grande, celebrada e inalienable riqueza.

28. ¿Por qué, entonces, no he de tener valor para decir lo que pienso? ¿Cómo no he de inquirir y considerar que debo aprender algo más? Mas yo, que manifiesto mi confianza, confieso a la vez que temo y estoy anonadado. El temor y la confianza no libran en mí la lucha propia de separados bandos, como tal vez supondrá alguno, sino que están armónicamente combinadas.

29. Con esta combinación yo me regalo sin cansarme, y ella mueve a mi palabra a ser franca, pero no sin circunspección; y a ser circunspecta, pero no sin franqueza. He aprendido, en efecto, a medir mi propia insignificancia a la vez que a admirar la altura incomparable de Tus beneficios. Y, cuando me doy cuenta de que "soy tierra y ceniza" o cualquier otra cosa más despreciable aún, entonces precisamente me atrevo a ir a Tu encuentro lleno de humildad,

echado en tierra, reducido a tan elemental estado que parezco no existir ya.

30. VII. Moisés, con su acostumbrada perspicacia, ha registrado esta experiencia de mi alma en sus relatos sobre mí. 'Abraham', dice, él, se aproximó y dijo: 'Ahora he comenzado a hablar al Señor; y yo soy tierra y ceniza' (Gen. XVIII, 27), puesto que la ocasión propicia para que una creatura vaya al encuentro del Hacedor es precisamente cuando ha reconocido su propia insignificancia.

31. Las palabras '¿Qué me darás?' no son la expresión de quien está en la indigencia sino más bien de quien expresa su gratitud por la multitud y grandeza de los bienes de que ha disfrutado. '¿Qué me darás?' ¿Me queda, en efecto, aún algo más que esperar? Tus gracias, oh Dios generoso, son inagotables, infinitas, sin límites ni término, y se derraman como las fuentes, llenando con creces el vacío que dejan las que hemos gastado ya.

32. Pero, es conveniente que consideremos no sólo el siempre desbordante torrente de Tus beneficios, sino también las tierras regadas por ellos, que somos nosotros mismos. Porque, si el torrente se derramare con excesiva abundancia, el llano será pantanoso y cenagoso antes que fértil. Preciso es, por lo tanto, que el flujo derramado sobre mí llegue en medida razonable, no desmedidamente, si ha de procurarme fertilidad.

33. Ésa es la razón que me mueve a preguntar '¿qué me darás?' Tú, que me has dado dones infinitos, casi tantos cuantos la humana naturaleza es capaz de recibir. Porque solo una cosa me falta adquirir y busco: saber quién puede ser el digno heredero de Tus beneficios.

34. ¿O 'partiré de aquí sin hijos' (Gen. XV, 2), no habiendo alcanzado sino un bien precario, efímero, de corta vida, yo, que suplico lo contrario a eso, es decir, un bien duradero, de larga vida, inmune al daño, inmortal, tal que sea capaz de esparcir simiente, extender raíces para fortificarse v elevar su tallo hacia el cielo ganando alturas?

35. Porque es necesario que la humana virtud avance sobre la tierra y se extienda hacia el cielo para que allí goce de la incorruptibilidad, y perdure sana y salva para siempre.

36. Porque sé que Tú, que das el ser a lo no existente y engendras todas las cosas, no miras con buenos ojos al alma infecunda y estéril, y, así, concediste a la raza viviente la gracia especial de no ser jamás infecunda y estéril. Y yo mismo, habiendo sido hecho miembro de esta raza, deseo ardientemente un heredero y con razón; pues, cuando la contemplo segura de no extinguirse, pienso que es suma deshonra el dejar que mi propio anhelo de lo noble se reduzca a nada.

37. Y, así, me pongo a suplicar y ruego para que, encendiéndose la yesca de las simientes, arda y cobre intensidad la llama salvadora de la virtud, la que, llevada como antorcha por sucesivas generaciones, llegue a durar tanto como el mundo.

38. También a los que se ejercitan les has dado el celo por la siembra y el engendramiento de hijos del alma, y, cuando éstos han sido agraciados de esa manera, han gritado de placer diciendo: "Los hijos, en los que Dios ha mostrado Su misericordia para con tu siervo" (Gen. XXXIII, 5), de los que la inocencia es nodriza y nutriz, y cuyas almas son virginales, tiernas y bien dotadas, y aptas para que la virtud las selle con sus excelentes y divinísimas impresiones.

39. Enséñame, asimismo, si 'el hijo de Masek, la nacida en mi casa', es capaz de convertirse

en heredero de Tus gracias. Porque hasta ahora yo no he recibido a aquel que espero recibir, y he recibido, en cambio, a aquel al que no espero.[13]
[13] Aquí concluye la larga invocación puesta en boca de Abraham o del hombre virtuoso, personificado por él.

40. VIII. Cuidadosamente hemos de averiguar quién es la tal Masek y quién su hijo. "Masek" significa "procedente de un beso". Ahora bien, un beso no es lo mismo que amor. El amor indica evidentemente una unión de almas unidas por una armoniosa benevolencia; el beso, en cambio, no suele ser más que la exteriorización de una salutación simple y superficial motivada por algún encuentro.

41. En efecto, así como no significan lo mismo "*anakyptein*" [elevarse] y "*kyptein*" [encorvarse], ni "*ka-tapínein*" [tragar] y "*pínein*" [beber], ni "*marsippos*" [bolsa] e "*híppos*" [caballo], tampoco lo son "*kataphileín*" [besar] y "*phileín*" [amar]; y la verdad es que no faltan quienes, obligados por las imperiosas necesidades de la vida, muéstranse corteses aun con los enemigos.

42. Mostraré, pues, sin ningún ocultamiento quién es esta cuyo contacto con nosotros no procede de una amistad [14] sin engaños, sino de "un beso". Es la vida de los sentidos, posesión segura de todos nosotros, a la que todos profesan amor, a la que los más tienen por señora, y los hombres virtuosos por sierva, no de ajena familia ni adquirida por dinero sino nacida en casa y, en cierto sentido, de la misma familia. Los hombres virtuosos han sido enseñados a besarla, no a amarla; los más han aprendido a amarla profundamente y a considerarla digna de ardiente deseo.
[14] O más precisamente, amor de amigo = *philía*, vocablo emparentado con *phoeín* = amar.

43. Ahora bien, Labán, el detestador de la virtud, no podrá ni siquiera besar las cualidades asignadas al ejercitante; antes, habiendo hecho depender su vida de la hipocresía y las falsas invenciones, dice, como si estuviese afligido, aunque, en realidad, no hay tal aflicción: "No he sido considerado digno de besar a mis hijos y a mis hijas." (Gen. XXXI, 28.) Esto nos resulta razonable y conveniente, pues nosotros hemos sido educados en un odio irreconciliable contra la simulación.

44. Acoge, pues, con afecto a las virtudes, cobíjalas en tu alma y ámalas de verdad; y de ningún modo desearás realizar esa ficción de amistad que es el beso. Porque, cabe preguntar: "¿Tienen ellas, acaso, porción o herencia en tu casa? ¿No han sido, por ventura, consideradas a tu juicio como extrañas? ¿Acaso no las has vendido y te has devorado el dinero" (Gen. XXXI, 14 y 15) para que, "devorados" los recursos para su rescate y salvación, no te fuera posible más tarde volver a recobrarlas? Y ahora finges que deseas besarlas, tú, que a juicio de todos eres irreconciliable. Moisés, en cambio, no besará a su suegro, mas lo amará con un genuino sentimiento del alma. Leemos, en efecto, que "Lo amó y se saludaron uno al otro". (Ex. XVIII, 7.)

45. IX. Ahora bien, los géneros de vida son tres, a saber: uno que mira hacia Dios, otro que mira hacia la creación y un tercero intermedio, combinación de los otros dos. El que mira hacia Dios no ha descendido hacia nosotros ni se ha avenido a las imposiciones del cuerpo. El que mira hacia la creación no se ha elevado absolutamente ni ha buscado elevarse, sino que permanece encerrado en las profundidades del Hades, y se contenta con una vida que no merece vivirse.

46. La vida mixta[15] es aquella que a menudo, movida por las cosas del orden superior se siente inspirada y poseída por Dios, y a menudo también, atraída en sentido contrario por las de orden inferior, desanda el camino. Cuando, como sobre una balanza, la porción de vida superior hace sentir su peso de manera decisiva, este género mixto de vida, llevado al par de aquélla, hace que la vida opuesta parezca reducida a una carga levísima.
[15] Ver la descripción de la vida del ejercitante, vida intermedia entra la del sabio y la del malvado, en Sobre los sueños I, 151.

47. Moisés, mientras al género de vida que mira hacia Dios lo corona sin discusión, a los otros los somete a comparación presentándolos bajo la forma de dos mujeres, a una de las cuales llama "la amada" y a la otra "la detestada", nombres apropiadísimos ambos.

48. ¿Quién, en efecto, no acoge complacido los placeres, y deleites que se obtienen a través de los ojos, de los oídos, del gusto, del olfato y del tacto? ¿Y quién, en cambio, no detesta las cosas opuestas: la frugalidad, la templanza, la vida austera y sabia, ajena completamente a la chanza y la diversión, llena de preocupación, cuidados y trabajos, amiga de la contemplación, enemiga de la ignorancia, situada por sobre las riquezas, la fama y los placeres, y gobernada por la prudencia, la verdadera gloria y la riqueza capaz de ver, no la ciega? Ahora bien, los hijos de la detestada, vale decir, de la virtud, son siempre los mayores.

49. X. Y Moisés, aunque son menores en años, los considera dignos por su naturaleza de los derechos de los mayores y les asigna doble porción, en tanto que quita a los otros la mitad. Dice, en efecto: "Si un hombre tuviere dos mujeres, una amada y una detestada, y ambas dieren a luz; cuando se aprestare a distribuir sus bienes, no podrá adjudicar los derechos de hijo mayor al hijo de la amada", es decir, del placer, ya que éste es joven aunque los años le hubieren encanecido, "sino los concederá al hijo de la detestada", o sea, de la prudencia, que es mayor de edad desde la tierna infancia, "y le asignará doble heredad". (Deut. XXI, 15 a 17.)

50. Como en otras partes [16] hemos expuesto la interpretación alegórica de estos pasajes con más detención, ahora nos abocaremos a considerar los puntos siguientes de nuestro asunto. Pero señalemos previamente una cosa: que se nos dice que Dios abrió el vientre de la detestada y produjo el nacimiento de las prácticas nobles y las obras excelentes, mientras la que era tenida por amada trocóse al punto en estéril.
[16] En Interpretación alegórica II, 48; Sobre los sacrificios de Abel y Caín 19 y ss.; y Sobre la sobriedad 21 y ss.

51. Leemos, en efecto, que "Viendo el Señor que Lía era detestada, abrió su vientre; Raquel, en cambio, era estéril". (Gen. XXIX, 31.) ¿No es precisamente cuando el alma se preña y comienza a engendrar cosas espiritualmente beneficiosas, cuando se tornan estériles e incapaces de engendrar todos los objetos sensibles, objetos cuya aceptación de parte de nosotros les viene del "beso" y no de una genuina amistad?

52. XI. De esta vida de los sentidos, pues, llamada "Masek", es hijo todo aquel que entre nosotros honra y admira a la nodriza y nutriz de la raza mortal, es decir, a la sensibilidad, a la que la terrestre inteligencia llamada Adán vio recién modelada y, siendo su propia muerte, la llamó "vida".

53. "Adán", leemos, en efecto, "dio a su mujer el nombre de Vida, pues ella es la madre de todos los vivientes" (Gen. III, 20), o, mejor diríamos, de los verdaderamente muertos respecto

de la vida del alma: porque los que viven realmente, tienen por madre a la sabiduría y por esclava a la sensibilidad, que ha sido hecha servidora del saber por la naturaleza.

54. Ahora bien, el nombre del vástago de ese tipo de vida que hemos reconocido como "procedente de un beso" es, como expresamente se nos dice, "Damasco", que quiere decir "sangre de un abrigo de piel". El simbolismo que esto encierra es de gran fuerza y precisión, pues por "abrigo de piel" debemos entender el cuerpo y por "sangre" la vida sanguínea.

55. Porque, como el término "alma" tiene dos sentidos: uno referido a la totalidad de la misma; otro limitado a la parte rectora de ella, a la que con toda propiedad podemos llamar el alma del alma;[17] tal como el ojo es o todo el globo ocular o su parte más importante, por la que vemos; el legislador opina que también la sustancia del alma es doble: sangre la de la totalidad de ella y soplo Divino la de su parte dominante. Así, dice cabalmente: "La sangre es el alma de toda carne." (Lev. XVII, 11.

[17] Ver Sobre la migración de Abraham, nota 7.

56. Bien está, ciertamente, el atribuir el torrente sanguíneo al tropel de la carne, pues ambas cosas se corresponden. En cambio, la sustancia de la inteligencia no la presentó ligada a cosa alguna de la creación, sino soplada por Dios; pues dice que el Hacedor de todas las cosas "sopló en su faz el aliento de la vida, y el hombre convirtióse en un alma viviente" (Gen. II, 7); como también nos dice que ha sido modelado según la imagen del Hacedor.[18]

[18] Gén. I, 27.

57. XII. En consecuencia, las especies de hombres son dos: una, la de los que viven por un Divino soplo, por la razón; la otra, la de los que viven por la carne y el placer de la carne. Esta última especie es una figura modelada de tierra; aquélla, una impresión fiel de la imagen Divina.

58. Pero, este barro modelado e impregnado de sangre que hay en nosotros tiene necesidad suma de la ayuda de Dios. Por eso se nos dice: "Este Damasco Eliezer", pues "Eliezer" quiere decir "Dios es mi socorro". En efecto, esta masa sanguínea, que carece de por sí de cohesión y de vida, cobra consistencia y vitalidad gracias a la providencia de Dios, que extiende sobre ella Su mano protectora; porque nuestra raza es incapaz de mantenerse de por sí un solo día.

59. "No ves que también el segundo de los hijos de Moisés lleva el mismo nombre? "El nombre del segundo", dice "es Eliezer"; y agrega el motivo: "pues el Dios de mi padre es mi socorro y me libró de manos del faraón". (Ex. XVIII, 4.)

60. Pero los que todavía son amigos de la vida sanguínea y sensible sufren ataques del espíritu experto en dispersar los piadosos pensamientos y obras llamado faraón, cuya dominación llena de ilegalidad y crueldad es imposible evitar si Eliezer no es engendrado en el alma y no confía en la ayuda que procede de Dios, el único salvador.

61. Con mucho acierto, por otra parte, presenta Moisés a Damasco como hijo no de su padre sino de su madre Masek. Quiere con ello enseñamos que el alma sanguínea, por la que también los animales irracionales viven, está emparentada con la materna y femenina estirpe, y no participa de la ascendencia masculina.

62. No ocurre otro tanto con Sara, la virtud, en cambio. El principio rector [19] carece de madre

y sólo participa de ascendencia masculina, habiendo sido engendrada por su padre, que no es otro que Dios, el Padre de todas las cosas. Dice, en efecto: "Verdaderamente es mi hermana por parte de padre, mas no de madre." (Gen. XX, 12.)
[19] El término *arklé* = principio, mando, se aplica a Sara en su acepción de soberanía o poder, concepto que Filón en varios pasajes vincula con ese nombre.

63. XIII. Hemos expuesto, pues, las explicaciones previas que era menester, puesto que el problema, como vimos, tiene sus obscuridades y enigmas. Ahora debemos explicar más exactamente qué es lo que quiere averiguar el amante del saber. Seguramente es más o menos esto: ¿Puede el que desea la vida de la sangre y pretende todavía las cosas de los sentidos, llegar a ser heredero de las cosas incorpóreas?

64. Pues bien, no puede. De tales cosas sólo es considerado digno el que ha recibido el soplo de lo alto, el que ha alcanzado las celestiales y Divinas porciones, es decir, la purificadísima inteligencia despreciadora no sólo del cuerpo sino también de la otra parte del alma, parte que, careciendo de discernimiento y estando mezclada con la sangre, inflama las hirvientes pasiones y los ardientes deseos.

65. La pregunta puede formularse en estos términos: Puesto que no me has dado aquella simiente intelectualmente perceptible, la autodidacta, la de Divina forma,[20] ¿será mi heredero el hijo de la nacida en mi casa, el que es vástago de la vida de la sangre?
[20] Referencia a Isaac, aún no nacido ni esperado.

66. En este momento apresúrase Dios a adelantarse al que habla, anticipando, por así decir, la enseñanza a la palabra de aquél. En efecto, leemos que "en seguida la voz de Dios llegó hasta él para decirle: 'Éste no será tu heredero'" (Gen. XV, 4); que es lo mismo que decir: No será ninguno de aquellos que van tras el espectáculo que proporcionan los sentidos, porque herederos de las cosas aprehensibles por la inteligencia son las naturalezas incorpóreas.

67. Cuidado sumo hay en la elección de los términos. No dice "Dios dijo" o "Dios habló"; sino "La voz de Dios llegó hasta él", a modo de un sonoro grito, de una indescriptible resonancia; para que, llegando a todos los ámbitos del alma, no dejase parte alguna ajena y vacía de recta instrucción, y toda ella a través de todas sus partes se viese llena de un saludable aprendizaje.

68. XIV. ¿Quién, entonces, habrá de ser el heredero? No aquel discernimiento que permanece en la prisión del cuerpo por su propia determinación, sino el que se ha desatado de las ataduras y, una vez libre de ellas, ha salido fuera de los muros y se ha dejado atrás a sí mismo; si es lícito emplear esa expresión. Leemos, en efecto: "El que saldrá de tí, ése será tu heredero." (Gen. XV, 4.)

69. Si, pues, oh alma, algún deseo te sobreviniere de heredar los Divinos bienes, no sólo has de dejar "tu tierra", o sea, el cuerpo, "tu familia", es decir, la sensibilidad, y "la casa paterna",[21] esto es, la palabra; sino también has de huir de ti misma y situarte fuera de ti, transportada e inspirada con cierto pro-f ético frenesí al modo de los poseídos y coribantes.[22]
[21] Referencia a Gen. XII, 1, citado en Sobre la migración de Abraham, 1, y comentado en la primera parte de ese tratado.
[22] Ver Sobre la creación del mundo, nota 24.

70. Porque esta herencia pertenece a la inteligencia que experimenta ese Divino arrebato y no

está ya en sí misma sino se halla fuertemente impulsada, enloquecida por un celestial amor, conducida por el Que realmente Existe y arrebatada hacia Él en las alturas, guiada por la verdad, que remueve todo obstáculo de su camino para que avance sin tropiezos por él.

71. ¿Cómo, pues, dinos sin temor, has partido de aquellos primeros lugares, oh inteligencia? Enseña a los que han aprendido a escuchar las cosas aprehensibles por la inteligencia, hablándoles sin cesar en estos términos: Emigré del cuerpo cuando hube llegado ya a despreciar la carne; de la sensibilidad, cuando comprendí que ninguno de los objetos sensibles posee una verdadera existencia, cuando me percaté de que sus puntos de vista son espurios, viciados y saturados de falsa opinión, y sus discernimientos preparados para tender celadas, engañar y desterrar la verdad del ámbito de la naturaleza. Me aparté de la palabra no bien me di cuenta de su mucha incoherencia a despecho de su engreimiento y vanidad.

72. No pequeño ha sido, ciertamente, su atrevimiento para que intentase mostrarme cuerpos mediante sombras, y hechos mediante palabras, no obstante ser tal cosa imposible. Disparatando charlaba a tontas y a locas en un verdadero desborde de términos imprecisos,[23] incapaz de presentar una nítida demostración de las particularidades contenidas en las cosas.
[23] O genéricos, por oposición a los específicos, que expresan las características particulares de las cosas con mayor precisión.

73. Con estas experiencias propias de un niño en la edad irreflexiva y tonta, aprendí que lo mejor era abandonar todas estas cosas y atribuir los poderes de cada una de ellas a Dios, que es quien da cohesión y fijeza a los elementos corpóreos, confiere a los sentidos la capacidad de percibir y proporciona a la palabra el poder de expresar.

74. Pues bien, oh inteligencia; de la misma manera como has abandonado las otras cosas, abandónate a ti misma y huye de ti misma. ¿Que qué significa esto? Significa que no debes guardar para ti misma el pensamiento, las determinaciones y las aprehensiones, sino atribuirlos y dedicarlos al Que es fuente del exacto pensar y de la aprehensión no engañosa.

75. XV. Esta dedicación será recibida en el más santo de los dos grandes santuarios. Pues dos, evidentemente, son los santuarios existentes: uno de orden intelectual, otro sensible. Este mundo es el panteón de las naturalezas sensibles; el mundo perceptible intelectualmente lo es de las cosas verdaderamente invisibles.

76. Ahora bien. Moisés atestigua que el heredero de la celebrada riqueza que la Naturaleza procura es aquel que se ha abandonado a sí mismo y anhela ser acompañante de Dios. Dice, en efecto, que "lo hizo salir afuera y le dijo: 'Eleva tu mirada hacia el cielo'," (Gen. XV, 5) pues es el tesoro de las Divinas mercedes. Por eso leemos: "Quiera el Señor abrirte Su buen tesoro, el cielo" (Deut. XXVIII, 12), desde el que el Dispensador hace llover incesantemente Sus perfectísimos goces. "Eleva tu mirada", sí, para refutación de la ciega raza de los hombres vulgares, que, aunque cree ver, carece de visión.

77. ¿Y cómo no ha de carecer de visión si prefiere lo malo a lo bueno, lo ruin a lo noble, lo injusto a lo justo, las bajas pasiones a los elevados sentimientos, lo mortal a lo inmortal, y huye de las reprensiones y censuras, de la refutación y la instrucción, al par que acoge a los aduladores y a las palabras que llevan al placer y son agentes de ociosidad, ignorancia y lujuria?

78. Solo el hombre de bien ve, por lo tanto; y por eso los antiguos llamaron videntes a los

profetas.[24] Y aquel que ha avanzado "hacia afuera" es llamado no sólo vidente sino también "vidente de Dios",[25] es decir, Israel.
En cambio, los otros, aunque alguna vez abren los ojos, los tienen vueltos hacia la tierra, pues tienden hacia las cosas terrestres, y sus relaciones son con los habitantes del Hades.[26]
[24] I Samuel IX, 9.
[25] O que ce a Dios.
[26] Hades o Plutón era el dios de los lugares inferiores o infiernos, llamados por los griegos mansión de Hades o simplemente Hades. Por supuesto, Filón no piensa en un lugar semejante al de la mitología pagana, y quiere solamente señalar la antítesis del cielo o residencia terrenal; habiendo, tal vez, exagerado un poco la hipérbole.

79. Aquél eleva sus miradas hacia el éter y las revoluciones celestes, y ha sido además instruido en dirigir su vista hacia el maná, o lo que es lo mismo, la Divina palabra,[27] celestial e incomparable alimento del alma que ama la contemplación. Éstos, por el contrario, miran hacia las cebollas y los ajos, que afectan dolorosamente y dañan sus pupilas y obstruyen la visión, y hacia las cosas mal olientes, como son los puerros y los peces muertos, alimentos familiares en Egipto.
[27] Ver Interpretación alegórica III, nota 89.

80. Dicen, ciertamente: "Nos acordamos de los peces que comíamos gratuitamente en Egipto, de los pepinos, melones, puerros, cebollas, ajos. Ahora, en cambio, nuestra alma está seca y, excepto el maná, nada ven nuestros ojos." (Núm. XI, 5 y 6.)

81. XVI. Las palabras: "Lo hizo salir afuera" encierran una norma de conducta. Algunos, de puro ignorantes que son en materia de moral, suelen burlarse de dicha expresión diciendo: ¿Y qué? ¿Sale alguien adentro o, a la inversa, entra afuera? Claro que sí, ridículos y por demás oportunistas señores, diríales yo. Lo que pasa es que las direcciones que vosotros habéis aprendido a seguir son las de los cuerpos, no las de las almas, y sólo tenéis presentes los movimientos de traslación de aquéllos, y por eso os parece un contrasentido el que alguien pueda salir adentro o entrar afuera. Pero, para nosotros, los que somos discípulos de Moisés, nada tienen de contradictorias tales expresiones.

82. ¿Acaso no se puede decir que el sumo sacerdote, si no es perfecto, está dentro y fuera, cuando lleva a cabo los ancestrales ritos en el santuario? Dentro está con el visible cuerpo, fuera con el alma, la que vaga errante. Y, a la inversa, uno que ama a Dios y es amado por Él, aunque no perteneciere a la estirpe de los consagrados, cuando se halla fuera de los sagrados límites permanece bien adentro de ellos, puesto que considera. como un tránsito por extranjera tierra toda la vida en el cuerpo, y entiende que reside en su patria cuando puede vivir exclusivamente en el alma.

83. Todo insensato, en efecto, está fuera de su dintel,[28] aunque se pasare el día dentro sin abandonarlo un solo instante; en cambio, el sabio está dentro aunque se encontrare separado de él no sólo por países sino también por grandes regiones de la tierra. Según Moisés, el amigo se halla tan cerca de uno, que en nada difiere de nuestra alma. Dice, en efecto: "El amigo, el igual a tu alma." (Deut. XIII, 6).
[28] Del alma.

84. Además, según él, cuando marchare hacia el santo de los santos, el sacerdote "no será el mismo hasta que saliere" (Lev. XVI, 17); y no lo será, no corporalmente, sino en cuanto a los movimientos de su alma. Es que la inteligencia, cuando ofrece con pureza sus servicios a

Dios, no es humana sino Divina. Cuando, en cambio, los ofrece a algo humano, retorna descendiendo del cielo o, más bien, sale y se precipita sobre la tierra, aunque su cuerpo permanezca todavía allí.

85. Con toda razón, pues, está dicho: "Lo sacó afuera", afuera de las prisiones del cuerpo, de las cavidades de los sentidos, de las argucias de la palabra engañadora y, sobre todo, lo sacó de sí mismo y de la creencia de que piensa y aprehende mediante una inteligencia que de nada depende y se gobierna por sí misma.

86. XVII. Una vez que lo ha sacado afuera, Dios le dice: "Mira hacia el cielo y cuenta los astros, si es que eres capaz de contarlos. Pues, así será tu descendencia." (Gen. XV, 5.) Muy bien dicho "así será"; y no "será tan numerosa como ellos", es decir, igual en número a los astros, pues no es sólo el número sino también otras innumerables cosas tocantes a la perfecta y total felicidad lo que quiere poner de manifiesto.[29]

[29] Es decir, que la comparación abarca no sólo el aspecto numérico, como ocurriría si hubiera dicho "tan numerosa", sino todos los aspectos implicados en las connotaciones del adverbio "así".

87. Lo que dice, en efecto es esto: Tu descendencia será tal como es el espectáculo etéreo, como es el celestial panorama, rebosante de luz nítida y pura; pues la noche está desterrada del cielo y la sombra lo está del éter.[30] Será pobladísima de astros, hermosamente adornada, con un orden fijo, que jamás varía ni se altera.

[30] Es decir, del quinto elemento o quintaesencia (además del agua, el aire, el fuego y la tierra). Se trata de la materia más sutil y perfecta, que llena la región más exterior de la esfera universal, dotada de un movimiento circular eterno. El éter es, según Aristóteles, inalterable, y en él no se da oposición alguna, constituyendo algo verdaderamente Divino. Ver el parágrafo 283.

88. Es que quiere mostrar que el alma del sabio es una réplica del cielo, y, ¿por qué no decirlo?, algo superior al cielo, algo que encierra en sí, como encierra en sí el éter, naturalezas puras, ordenados movimientos, armoniosos ritmos. Divinas revoluciones, estrellados y refulgentes rayos de virtudes.[31] Por otra parte, si no es posible averiguar el número de estrellas visibles por los sentidos, ¿cómo no ha de serlo más aún averiguar el de las aprehensibles intelectualmente?

[31] Todo esto se apoya en Platón, Timeo 47 b-e.

89. Porque, entiendo yo, en la medida en que de nuestras facultades de juicio una es mejor y otra es peor, como que la inteligencia es superior a la sensibilidad, y la sensibilidad más débil que la inteligencia; en la misma medida, digo, difieren las cosas que ellas juzgan; y así las aprehensibles por la inteligencia exceden en infinito número a las sensibles. Los ojos del cuerpo no son sino una pequeñísima parte del ojo del alma, pues, en tanto éste es semejante al sol; aquéllos son como lámparas destinadas a encenderse y apagarse.

90. XVIII. Las palabras: "Abraham confió en Dios" (Gen. XV, 6) son un agregado necesario para elogio de aquel que ha confiado. Con todo, no faltará quizá quien diga: "¿Os parece que eso es digno de alabanza? ¿Quién, aunque se tratare del más injusto e impío de todos los hombres, no tendrá en cuenta lo que Dios dice y promete?"

91. Al tal le diremos: Mira, buen hombre; si has de escatimar los merecidos elogios al sabio; o de atestiguar en los indignos la más perfecta de las virtudes, que es la fe; o de juzgar mal lo

que pensamos nosotros al respecto; que no sea sin el debido examen.

92. Porque, sí quisieres examinar esto con más profundidad y no limitarte a lo muy superficial, conocerás claramente que confiar en Dios solamente, y en ningún otro junto a Él, no es cosa fácil a causa de nuestro parentesco con lo mortal que nos envuelve y que nos induce a poner nuestra confianza en las riquezas, la fama, el poder, los amigos, la salud, la fuerza corporal y otras muchas cosas.

93. Purificarse de cada una de esas cosas y desconfiar de la creación, la que de por sí es inmerecedora de confianza, y creer sólo en Dios, único que merece fe de verdad, es propio de una grande y celestial inteligencia, libre ya de la seducción de las cosas que nos rodean.

94. XIX. Bien dicho está, por otra parte: "Su fe le era contada por justicia" (Gen. XV, 6); ya que nada es tan justo como poner sólo en Dios la pureza sin mezcla de la fe.

95. Mas este acto de justicia y conformidad con la Naturaleza ha sido considerado algo fuera de lo común a causa de la gran falta de fe de la mayoría de nosotros. Y así, la sagrada palabra nos reprocha al decirnos que el buscar apoyo firme y decididamente sólo en el Que Es, resulta cosa asombrosa a juicio de los hombres, que son incapaces de adquirir bienes no engañosos; aunque a juicio de la verdad no es asombroso sino un acto de justicia y nada más.

96. XX. "Y le dijo: 'Yo soy el Dios que te sacó del país de los caldeos para darte esta tierra como heredad'." (Gen. XV, 7.) Estas palabras ponen de manifiesto no sólo una promesa sino también la ratificación de una antigua promesa.

97. El don concedido antes había sido la emigración desde la caldaica astrología, que enseña, dijimos, que el mundo no es obra de Dios sino Dios mismo, y que para todos los seres el devenir bueno o malo se determina por los cursos y ordenadas revoluciones de los astros, de los que depende que se produzcan el bien y el mal; pues el uniforme y ordenado movimiento de los cuerpos celestes ha inducido a los espíritus simples a inventar semejantes falsedades. Precisamente, el nombre de caldeos significa "uniformidad".

98. Ése fue el primer bien; el nuevo es la herencia de esa sabiduría que no puede ser concebida por los sentidos, y es aprehendida por la inteligencia de muy nítida visión. Mediante esta sabiduría se consolida la mejor de las emigraciones, pasando el alma desde la astrología al estudio de la Naturaleza, de la insegura conjetura a la firme aprehensión, y, para decirlo con propiedad, del mundo a su Creador y Padre.

99. Porque los oráculos dicen que aquellos que sustentan las opiniones de los caldeos apoyan en el cielo su fe, mientras que aquel que ha emigrado de allí la ha depositado en Aquél cuyo sitial es el cielo y por quien es guiado el mundo todo, vale decir, en Dios. Excelente es, ciertamente, esta herencia; superior, sin duda, a las posibilidades del que la recibe, pero digna de la grandeza del Dador.

100. XXI. Pero no le basta al amante de la sabiduría la esperanza de altos beneficios y la expectativa de maravillas tan grandes fundadas en las predicciones que se le han hecho. Gran pesadumbre experimenta si no conoce además de qué manera llegará a alcanzar su herencia, puesto que está sediento de conocimientos y es insaciable en el conocer. Por ello inquiere diciendo: "Señor, ¿por qué señal conoceré que Te heredaré?" (Gen. XV, 8.)

101. Tal vez diga alguno que esta pregunta está en pugna con la confianza que se le atribuyó. La incertidumbre, ciertamente, es propia del que duda; el que tiene fe se caracteriza más bien por no preguntar. Pues bien, hemos de reconocer que duda y que tiene confianza, pero no sobre la misma cosa. Lejos de eso, está seguro de que será heredero de la sabiduría; su duda se limita a la forma en que llegará a serlo. El hecho de la futura herencia lo considera firmemente asegurado conforme con las Divinas promesas.

102. Así, su Maestro, alabando el deseo de aprender que muestra, comienza su instrucción desde una elemental introducción, en la que está escrito como lo primero y más necesario: "Toma para Mí." (Gen. XV, 9.) La frase es breve pero grande su significado. No poco, en efecto, es lo que manifiesta.

103. Ningún bien, dice en primer lugar, tendrás por propio; cuanto creyeres poseer te lo ha proporcionado Otro. De esto se infiere que todas las cosas son de Dios, el Dador de ellas, no de la creación, que las mendiga y tiende sus manos para tomarlas.

104. En segundo lugar, si lo tomares, no lo tomes para ti mismo; y, considerando lo dado como un préstamo o depósito, restituyelo a Aquél que te lo ha confiado y prestado, correspondiendo, como es justo y procedente, a una largueza anterior con otra nueva; a la que dio el ejemplo con la que retribuye.

105. XXII. Innumerables son, en efecto, los que niegan los sagrados depósitos y por desmedido engreimiento usan lo que pertenece a Otro como si le perteneciera. Pero tú, amigo, procura no sólo conservar intacto e inalterado lo que has tomado, sino también tenerlo por digno de todo cuidado, a fin de que el Que te lo ha confiado en depósito no tenga nada que echarte en cara en tu custodia.

106. El Autor de toda vida te ha confiado un alma, un lenguaje y una sensibilidad, los que en las sagradas escrituras han sido llamados simbólicamente novilla, carnero y cabra [32] Algunos, impulsados por su egoísmo se apropian de ellos inmediatamente; otros los reservan para una restitución en ocasión más oportuna.
[32] Gen. XV, 9.

107. Imposible, en verdad, es calcular el gran número de aquellos que se apropian de ellos. ¿Quién, en efecto, entre nosotros no dice que son propiedades suyas todas estas cosas conjuntamente: alma, sensibilidad y palabra, entendiendo que el sentir, el hablar y el aprehender están para él exclusivamente?

108. Escaso es, en cambio, el número de los que guardan de verdad el depósito como algo sagrado e inviolable. Éstos han dedicado a Dios esas tres cosas: alma, sensibilidad y palabra, pues "han tomado" todo para Él y no para sí mismos; de tal manera que han reconocido, como era de esperarse, que las actividades de cada una de ellas a Él las deben, así los discernimientos de la inteligencia, como lo que expresan las palabras, como las representaciones de la sensibilidad.

109. Aquellos, pues, que se atribuyen a sí mismos estas cosas heredan cuanto su gran desgracia merece, a saber: una inteligencia malevolente, confundida por irracionales pasiones y agobiada por una multitud de vicios, tratada unas veces groseramente por la voracidad y el libertinaje, cual si se tratara de una prostituta; encerrada otras como en una prisión por la multitud de los delitos, al lado de malhechores, no de hombres, claro está, sino de hábitos

juzgados con universal veredicto como merecedores de cárcel; una palabra llena de charlatanería, aguzada contra la verdad, dañosa para los que caen bajo ella, vehículo de vergüenza para los que la emplean; y una sensibilidad insaciable, siempre llenándose de cosas sensibles sin hallar jamás satisfacción a causa de su incontrolada avidez, despreciadora de quienes la censuran, al punto de cerrar los ojos y los oídos y hacer mofa de cuanto aquéllos le predican para su bien.

110. En cambio, los que "toman" esas cosas no para sí mismos sino para Dios han dedicado cada una de ellas a Él, guardándolas como cosas verdaderamente sagradas y santas para su Propietario: la inteligencia, para que nada piense fuera de lo que a Dios y a Sus virtudes concierne; la palabra, para que en alabanza, himnos y bendiciones glorifique con indoblegable voz al Padre de todas las cosas, concentrando y manifestando en esta sola tarea sus poderes de expresión; la sensibilidad, para que, presentándole representaciones de todo el mundo sensible, es decir, del cielo, la tierra y las naturalezas intermedias, los animales y las plantas, sus actividades, sus poderes, sus movimientos y sus situaciones todas, informe al alma sin engaños ni ocultamientos.

111. Dios ha permitido, en efecto, a la inteligencia captar por sí misma el mundo aprehensible por ella, pero solo a través de la sensibilidad el visible. Pues bien, quien fuere capaz de vivir con la totalidad de su ser más para Dios que para sí mismo, mirando las cosas sensibles a través de los sentidos a fin de descubrir la verdad, estudiando mediante el alma las cosas intelectuales y realmente existentes, y celebrando mediante el órgano de la palabra al mundo y a su Hacedor, ése gozará de una vida feliz y venturosa.

112. XXIII. Esto es lo que me parecen sugerir las palabras "Toma para Mí". Pero además implican lo siguiente: Queriendo Dios enviar desde el cielo la imagen de la Divina virtud movido por Su piedad hacia nuestra raza, para que ésta no se viera privada de su mejor heredad, construyó a modo de símbolo el sagrado tabernáculo y lo contenido en él, como representación y copia de la sabiduría.

113. Dice, en efecto, el oráculo que el tabernáculo "estaba situado en medio de nuestra impureza" (Lev. XVI, 16) a fin de que tengamos con qué purificar nuestra mísera y obscura existencia lavándola y limpiándola de cuanto la mancha. Consideremos, entonces, de qué manera estableció Dios que había de hacerse la contribución de los medios para la construcción. Leemos lo siguiente: "Habló el Señor a Moisés diciéndole: 'Habla a los hijos de Israel y tomad vosotros las primicias para Mí; de todos los que así pensaren en su corazón tomaréis Mis primicias'." (Ex. XXV, 2.)

114. Y bien, también aquí hay una exhortación para que se tomen las cosas no para sí sino para Dios, teniendo presente que Él es el que las da y evitando dañar los dones, preservándolos, en cambio, intactos e inalterados, perfectos y completos. En la consagración de los principios [33] Dios nos enseña Moisés una elevadísima doctrina. En efecto, la explicación de los principios de las cosas materiales e inmateriales no se halla sino en Dios.
[33] En español es imposible advertir la relación, clara en griego, entre *aparkhái* (*opó* + *arkhé*) = primicias, y *arkhé* = principio, fundamento comienzo, origen.

115. Escudriña, si quieres comprobarlo, cada una de las cosas: vegetales, animales, artes, ciencias. Los principios de las plantas, ¿consisten en la siembra de las semillas por el agricultor o son obras invisibles de la invisible Naturaleza? ¿Y en qué consiste la generación de los hombres y de los otros seres vivientes? ¿No son sus padres como cosas secundarias, en

tanto que la Naturaleza es la suprema, primera y verdadera causa?

116. Y de las artes y ciencias, la fuente, la raíz, la base o como quisiere llamarse al principio que precede a todos los demás, ¿no es la Naturaleza, en la que hallan su fundamento, en la que cada estudio apoya el andamiaje de todas sus indagaciones? Todo cuanto se investiga es imperfecto si la Naturaleza no es su fundamento. Por eso, a mi parecer, alguien se sintió impulsado a decir con gran acierto: "El principio es la mitad del todo";[34] queriendo significar con la palabra "principio" la Naturaleza, la que hállase enterrada cual una raíz para el crecimiento de cada cosa, y a la que el autor de la expresión asignó la mitad del todo.
[34] Al parecer, se trata de una expresión proverbial. Compárese con. Sobre las habituales intrigas de lo peor contra lo mejor 64; y con Platón, Leyes VI, 753 e.

117. XXIV. Con razón, pues, el oráculo consagra "los principios" al Soberano Dios. En otro lugar dice: "El Señor habló a Moisés diciéndole: 'Santifica para Mí todo primogénito, todo primero en nacer que abra cada matriz entre los hijos de Israel desde el hombre hasta la bestia. Para Mí es'." (Ex. XIII, 1 y 2.)

118. Así, también en este pasaje se reconoce que lo primero en el tiempo y en valor pertenece a Dios y en especial lo primero en el alumbramiento. Y con razón, ya que, como todo género[35] es indestructible, justo es que sea asignado al Indestructible. Y esto alcanza también al primogénito universal, que abre la matriz desde el hombre, vale decir, desde la razón y la palabra, hasta la bestia, es decir, la sensibilidad y el cuerpo.
[35] Intraducible juego de palabras entre *protogenés* = primer nacido, primogénito, y *genos* = género, estirpe, nacimiento. Filón pasa de la acepción material a la filosófica de género, lo cual le permite afirmar *qae todo protogenés* (*protón*, + *génos*) es indestructible, puesto que todo *génos* lo es,

119. Porque el que abre la matriz de tales cosas; de la inteligencia, para las aprehensiones intelectuales; de la palabra, para los cometidos de la voz; de los sentidos, para las representaciones procedentes de los objetos sensibles; del cuerpo, para las posiciones y movimientos que le son propios; es el invisible, fecundante y artífice Divino lógos, que será consagrado con toda justicia a su Padre.

120. Y así como los principios son de Dios, también lo son los fines. Testigo de ello es Moisés cuando prescribe separar y asignar el fin al Señor.[36]
[36] Núm. XXXI, 28 y ss.

121. Y también lo testimonia cuanto hay en el mundo. ¿Cómo? En la planta el principio es la semilla, el fin el fruto, y uno y otro son obra no del trabajo agrícola sino de la Naturaleza. A su vez, en la ciencia, el principio es la Naturaleza, como se ha demostrado; en tanto que el fin está fuera de los humanos alcances. Nadie es, en efecto, perfecto en ninguna de sus empresas; sólo del Uno son verdaderamente las perfecciones y las plenitudes. Lo que nos queda a nosotros es situamos en el intervalo entre el principio y el fin, aprendiendo, enseñando, cultivando y derramando sudores, por así decir, en la realización de cada una de las otras tareas a fin de que la creación [37] pueda aparecer realizando algo.
[37] Es decir, las simples creaturas.

122. Pero más claramente aún ha reconocido Moisés que los principios y los fines corresponden a Dios, cuando en su relato de la creación del mundo dice: "En el principio hizo" (Gen. I, 1); y más adelante: "Acabó Dios el cielo y la tierra." (Gen. II, 1 y 2.)

123. Así pues, ahora dice el Señor: 'Tomad para Mí", reservándose de ese modo para Sí lo que Le corresponde y previniéndonos de que no hemos de adulterar Sus dones sino conservarlos de manera digna del Dador. Y luego, en otro lugar, el Que no ha menester de cosa alguna y por ello nada toma, reconocerá que "toma" a fin de incitarnos a la piedad, movernos al celo por la santidad y azuzamos para que Le sirvamos, animados por la seguridad de que acogerá y aceptará los homenajes espontáneos y los genuinos servicios del alma.

124. Dice, en efecto: "Mira, he tomado a los levitas en lugar de todo primogénito que abre la matriz entre los hijos de Israel; ellos serán su rescate" (Núm. III, 12). De modo que tomamos y damos, pero, si hemos de hablar con precisión: solo tomamos. Si decimos que damos, lo decimos forzando el sentido del término por las causas que he señalado. Acertado es el calificativo de "rescate", que ha dado a los levitas. Nada, en efecto, rescata tanto a la inteligencia para la libertad, como el convertirse en refugiado y suplicante de Dios; y tal es la profesión de la sacratísima tribu de los levitas.

125. XXV. Habiendo, pues, dicho lo que convenía acerca de estos puntos, retomemos a nuestro asunto inicial, pues son muchos los aspectos que requieren ser tratados detenidamente, cuyo estudio hemos postergado. "Toma para Mí", dice, "una novilla" que no conozca el yugo ni el daño, tierna, joven y plena de lozanía aún; es decir, un alma capaz de recibir sin dificultad la dirección, la educación y el control. "Toma para Mí un carnero", vale decir, la palabra combativa y perfecta, capaz de analizar y refutar los sofismas de los opositores, capaz de brindar seguridad y orden a quien hace uso de ella.

126. "Toma para Mí una cabra" o sea, también, la sensibilidad, que se lanza [38] sobre el mundo sensible. Toma todos estos animales "de tres años de edad", es decir, forjados según el número perfecto que consta de principio, medio y fin. Además, toma para Mí "una tórtola y una paloma", vale decir, la sabiduría Divina y la humana, aladas ambas y expertas en ascender hacia lo alto; aunque diferentes una de otra en la medida en que el género difiere de la especie y la copia del modelo.
[38] El término *áittousa* = que, se lanza, está emparentado con ave = cabra; lo que permite a Filón vincular la idea de los saltos de la cabra con el salto de los sentidos hacia la realidad sensible.

127. En efecto, la sabiduría Divina, a la que figuradamente llámase "tórtola", es amiga de la soledad, la que ama ella a causa de Dios, el solitario, de quien ella es pertenencia; en tanto que la otra, a la que compárase con una "paloma", es suave, mansa y sociable, ronda en tomo de las ciudades de los hombres y gusta vivir junto a los mortales.

128. XXVI. Es a estas virtudes, creo yo, a las que alude Moisés alegóricamente cuando llama Sófora y Fuá a las parteras de los hebreos.[39] "Sófora", en efecto, quiere decir "pájaro" y "Fuá", "rojo"; y propio es de la sabiduría Divina el remontarse siempre como un pájaro; y de la sabiduría humana el engendrar modestia y prudencia, de las que la más clara prueba es el sonrojarse cuando corresponde.
[39] Ex. I, 15.

129. "Tomó", dice la escritura, "todas estas cosas para Él". (Gen. XV, 10.) Estas palabras encierran un elogio del hombre de bien, que preserva con honradez y sin engaños el sagrado depósito que ha recibido, vale decir, el alma, la sensibilidad, la palabra, o sea, la sabiduría Divina y el saber humano; no para sí mismo sino solamente para Aquél que se lo ha confiado.

130. Luego continúa: "Dividiólas en mitades", mas no agrega quién las dividió. Y no lo hace para que tengas presente que es el irrepresentable Dios, el que, por intermedio del separador de todas las cosas, Su lógos, divide las naturalezas de las cosas materiales e inmateriales, todas las cuales se nos representan en armoniosa sucesión y unión. Este lógos, aguzado hasta el máximo extremo de agudeza, jamás cesa de dividir.

131. En efecto, cuando todas las cosas sensibles han sido recorridos hasta los llamados átomos e indivisibles,[40] en nuevo proceso a partir de éstos este divisor comienza a dividir las cosas que indaga la razón en innumerables e infinitas partes; y, como dice Moisés, "divide las láminas de oro en cabellos" (Ex. XXXVI, 10), vale decir, en longitud sin anchura, semejante a inmateriales líneas.

[40] Los términos *átomos* y *amerés* significan por igual *indivible*, aunque el segundo etimológicamente quiere decir impartible o sin partes.

132. Así pues, dividió cada uno de las tres en mitades: el alma, en racional e irracional; la palabra, en verdadera y falsa; la sensibilidad, en representación producto de la aprehensión de un objeto y representación sin aprehensión de objeto.[41] De inmediato "colocó" dichas divisiones "en recíproca oposición" (Gen. XV, 10): racional frente a irracional, verdadero frente a falso, con aprehensión frente a sin aprehensión. En cambio, deja indivisas las aves por cuanto es imposible dividir las incorpóreas y Divinas formas de conocimiento en oposiciones antagónicas.

[41] Es decir, cuando el objeto de la representación mental (*phantasía*) es real, y cuando no lo es, o bien porque no corresponde a una entidad externa o bien porque, aunque procedente de un objeto real, la imagen es confusa o desfigurada, al punto de no reconocerse aquél. Ver Diógenes Laercio VII, 46.

133. XXVII. Amplia y necesaria es la explicación acerca de la división en partes iguales y opuestas; y ni la pasaremos por alto ni seremos demasiado prolijos en ella, sino, dentro de la mayor concisión posible, nos contentaremos con tratar los puntos convenientes solamente. Pues bien, así como el Artífice dividió nuestra alma y nuestras extremidades en mitades, del mismo modo dividió la sustancia del universo cuando creó el mundo.

134. Tomóla, en efecto, y comenzó a dividirla así. Primeramente hizo dos partes: lo pesado y lo liviano, distinguiendo lo formado por partículas espesas de lo formado por partículas livianas. Acto seguido dividió a su vez lo enrarecido en aire y fuego, y lo denso en agua y tierra, colocando a los cuatro como elementos sensibles del mundo sensible a modo de elementos básicos.

135. En nueva división dividió lo pesado y lo liviano de acuerdo con otros principios: la liviano en frío y caliente, dando a lo frío el nombre de aire y al calor natural el de fuego; y lo pesado en húmedo y seco, llamando tierra a lo seco, y agua a lo húmedo. 136. Cada una de estas divisiones fue objeto a su vez de otras. La tierra fue dividida en continentes e islas, el agua en mar y ríos y en potable y no potable; el aire en las variantes que caracterizan a la estación fría y a la cálida; el fuego en la variedad útil, que, sin embargo, es a la vez voraz y destructiva; y la opuesta, la preservadora, que fue separada para formar el cielo.

137. Y lo mismo que las partes fundamentales dividió también las subdivisiones de las mismas, en las que se dan los seres vivientes y los inertes. De los inertes unos permanecen en el mismo sitio mantenidos por el lazo de la cohesión;[42] otros muévense por expansión sin

cambiar su ubicación, vitalizados por una naturaleza incapaz de recibir representaciones;[43] habiendo entre ellos unos que, siendo de materia salvaje producen frutos salvajes para alimento de las fieras, y otros de materia cultivable, cuyo cuidado y protección ha cabido a la agricultura, los que engendran frutos para la más cultivada de todas las creaturas vivientes, que es el hombre.

[42] Ver Interpretación alegórica II, 22; y Sobre la inmutabilidad de Dios 35 y ss.

[43] Compárese con Sobre la creación 13; y con Sobre la obra de Noé como plantador 13.

138. Y de la misma manera como ha dividido los seres sin vida, ha dividido también los que participan de la vida, distinguiendo dos especies: la de los irracionales y la de los racionales, y tomando a su vez cada una, dividió en salvajes y domésticos a los seres irracionales, y en inmortales y mortales a los racionales.

139. De la especie mortal hizo dos porciones, llamando a una de ellas hombres y a la otra mujeres. Conforme con determinado principio dividió también el reino animal en macho y hembra, división a la que se agregaron otras, distinguiendo los animales aéreos de los terrestres, los terrestres de los acuáticos y los acuáticos de ambos casos extremos.

140. Así, aguzando al divisor de todas las cosas. Su *lógos*, dividió Dios la amorfa e indeterminada sustancia de todas las cosas y los cuatro elementos del mundo, resultantes de la división de aquélla, así como también los animales y las plantas formados con ellos.

141. XXVIII. Mas no dice solamente "dividió" sino agrega "en el medio". Y es sin duda necesario hacer presente unas pocas cosas acerca de las porciones iguales; pues, cuando algo es dividido en el medio, produce partes iguales.

142. Ahora bien, ningún hombre podría dividir cosa alguna en porciones exactamente iguales. Por el contrario, fatalmente una de las partes será menor o mayor que la otra, aunque la diferencia no sea grande, por lo menos una pequeña habrá de todos modos, que fácilmente pase inadvertida para nuestra percepción, la que por naturaleza y costumbre se adapta a mayores volúmenes, siendo incapaz de aprehender las partículas indivisibles e indesintegrables.

143. La incorruptible norma de la verdad no deja lugar a dudas sobre el hecho de que ningún ser creado es autor de igualdad. Evidentemente, pues, sólo Dios es exacto en el juicio, y sólo Él es capaz de dividir por mitades las cosas materiales e inmateriales, de manera que ninguna de las dos partes sea más grande ni más pequeña que la otra, ni siquiera por una infinitamente pequeña diferencia; y que cada una de ellas puede alcanzar la igualdad suma y perfecta.

144. Ahora bien, si la igualdad tuviera una sola forma, lo que se ha dicho sería suficiente, pero, siendo varias, no dudaremos en agregar lo que viene al caso. Se dice que hay igualdad en determinado aspecto hablando de los números, por ejemplo, entre un dos y otro dos, entre un tres y otro tres, y del mismo modo entre los otros números; según otro criterio la hay en el caso de las magnitudes, tales como longitudes, anchuras, profundidades y distancias. Así, un palmo es igual a otro palmo, un pie a otro pie. Otras cosas son iguales en capacidad y fuerza, como cuando se trata de medidas de peso y de contenido.

145. Una forma esencial de igualdad es la proporcional, conforme a la cual se considera lo poco igual a lo mucho y lo pequeño a lo grande. Este criterio es el que acostumbran a emplear en ocasiones determinadas quienes disponen que los ciudadanos aporten igual contribución

por sus propiedades; no igual numéricamente, por supuesto; sino igual en proporción a la valuación de su patrimonio, de modo que puede considerarse que el que contribuye con cien dracmas aporta igual que el que lo hace con un talento.

146. XXIX. Con este esbozo previo, observa cómo "dividiendo en el medio" dividió Dios en partes iguales según todos los criterios de igualdad cuando creó la totalidad del universo. Distribuyó en igual número las partes pesadas y las livianas, dos y dos: la tierra y el agua, pesadas ambas, y el aire y el fuego, livianas ambas; y paralelamente, una y una: lo más seco y lo más húmedo: la tierra y el agua, y lo más frío y lo más caliente: el aire y el fuego; y del mismo modo, la sombra y la claridad, el día y la noche, el verano y el invierno, el otoño y la primavera, y todas las cosas de la misma naturaleza.

147. Iguales en magnitud hizo los circuios del cielo, los de los equinoccios de primavera v otoño, los de los solsticios de verano e invierno, las zonas terrestres, cada par de las cuales está formado por dos iguales, como las heladas y, por ello, deshabitadas regiones polares; y las dos que separan a éstas y la zona tórrida, consideradas habitables en razón de su temperatura benigna, situada una hacia el sur y otra hacia el norte.

148. Los intervalos de tiempo son también iguales en extensión. El día más largo es igual a la noche más larga, el más corto igual a la más corta, v el de duración media igual a la de duración media. En cuanto a la igual duración de los otros días y noches, ello se manifiesta, al parecer, sobre todo en los equinoccios.

149. En efecto, desde el equinoccio de primavera hasta el solsticio de verano los días se alargan al par que se acortan las noches hasta que se alcanza el día más largo y la noche más corta. Y desde el solsticio de verano el sol toma a recorrer el mismo camino ni más rápido ni más lento sino con los mismos e inalterables intervalos y manteniendo una misma velocidad llega al equinoccio de otoño, y, después de completar la igualdad del día y la noche, comienza a incrementar la noche y a acortar el día hasta el solsticio de invierno.

150. Y, cuando ha completado la noche más larga y el día más corto, retoma nuevamente según los mismos intervalos hasta llegar al solsticio de primavera. De ese modo los intervalos de tiempo, aunque parecen ser desiguales, participan de la igualdad en magnitud, no simultáneamente sino en diferentes estaciones del año.

151. XXX. Fenómeno semejante se observa en las partes de los animales y en el hombre en particular. Un pie, en efecto, es igual al otro, una mano igual a la otra mano, y en casi todos los demás casos las partes derechas son iguales en tamaño a las izquierdas.
A su vez, las cosas iguales en poder son muchísimas, tanto entre las secas como entre las húmedas, cuya medición en medidas de contenido se hace mediante balanzas y otros parecidos instrumentos.

152. En cuanto a la igualdad por proporción, se da prácticamente en todas las cosas grandes y pequeñas que hay en el mundo entero. Dicen, en efecto, aquellos que han investigado más a fondo los asuntos concernientes a la naturaleza que los cuatro elementos son proporcionalmente iguales y que el mundo entero fue formado y mantiene para siempre su estructura merced a que está compuesto en una proporción que asigna a cada uno de dichos elementos igual medida.

153. Dicen además que nuestros cuatro constituyentes: seco, húmedo, frío y caliente,

armonizan por la igualdad proporcional que se da en su mezcla, y que nosotros no somos otra cosa que una mezcla de cuatro factores reunidos en partes proporcionalmente iguales.

154. XXXI. Si entráramos a considerar cada caso, podríamos extendemos hasta el infinito, por cuanto en nuestra observación hallaríamos que los animales más pequeños son proporcionalmente iguales a los más grandes; la golondrina, por ejemplo, igual al águila, el salmonete igual a la ballena, la hormiga igual al elefante. Sus cuerpos, en efecto, sus almas y sus modos de sentir, sus dolores y placeres, sus afinidades y aversiones, y cada una de las otras sensaciones que contiene la naturaleza, todas esas cosas prácticamente son iguales si se las coteja según la regla de la proporción.

155. Y de la misma manera algunos se han aventurado a afirmar que este pequeñísimo animal que es el hombre es igual al mundo todo pues observan que uno y otro constan de un cuerpo y un alma racional; y así, han afirmado que alternativamente el hombre es un mundo pequeño y el mundo un hombre enorme.

156. Y no están desacertados en lo que exponen; simplemente reconocen que la Divina industria, mediante la que Dios construyó todas las cosas, no admite ni incremento ni disminución sino permanece siempre idéntica, y en su inigualada excelsitud ha creado a la perfección cada una de las cosas existentes, habiendo empleado el Creador cada uno de los números y cada una de las formas que apuntan a la perfección.

157. XXXII. En efecto, en la producción y formación de cada cosa juzgó "en lo que hace al pequeño y en lo que hace al grande" (Deut. I, 17), palabras textuales de Moisés, sin que disminuyera Su industria a causa de la insignificancia del material ni aumentase por su magnificencia.

158. Porque, todos los artífices de fama aspiran a que sus obras sean meritorias, tanto si los materiales que usan son costosos como si son muy baratos. Y no han faltado quienes, en su amor a la belleza y decididos a compensar la inferioridad material con lo aventajado de su saber, han producido obras de más valor artístico con materiales más baratos que otros con materiales más costosos.

159. Mas ante Dios ningún material se lleva la preferencia, y por ello aplicó a todos el mismo arte y en igual medida. Así, en las sagradas escrituras léese que "Dios vio todas las cosas que había creado, y he aquí que eran muy buenas" (Gen. I, 31); y las cosas que alcanzan la misma alabanza son merecedoras de honor en igual grado absolutamente a ojos del que las alaba.

160. Ahora bien, Dios alabó, no el material que había empleado para Su obra, material inerte, discorde y dispersable, además de perecedero de por sí, irregular y desigual; sino las obras de Su industria, las que habían sido llevadas a cabo mediante una única, igual y uniforme potencia y una misma e inalterada ciencia. Y así, por las reglas de la proporción todas las cosas fueron consideradas iguales y similares entre sí conforme con el principio que preside Su arte y Su ciencia.

161. XXXIII. También Moisés, más que otro ninguno, alaba la igualdad. En primer lugar, celebra siempre y en todas partes la Justicia, cuya esencial propiedad es, como su nombre lo indica,[44] dividir en dos partes iguales las cosas materiales e inmateriales; y, en segundo lugar, vitupera la injusticia, creadora de la peor de las desigualdades.

[44] Imaginaria etimología según la cual *díke* = justicia, derivaría de *dikha* = en dos partes.

162. La desigualdad ha engendrado las dos guerras gemelas: la extranjera y la intestina; la igualdad, por el contrario, es madre de la paz. Clarísimamente expone Moisés sus elogios a la Justicia y sus reproches a la injusticia cuando dice: "No hagáis nada injusto en el juicio, en las medidas, en las pesas, en las balanzas; vuestras balanzas serán justas, vuestras pesas serán justas, vuestras medidas serán justas, vuestro congio[45] será justo" (Lev. XIX, 35 y 36); y en el Deuteronomio: "No habrá en vuestro bolso diversas pesas grandes o pequeñas. No habrá en tu casa diversas medidas grandes o pequeñas. Tus pesas serán verdaderas y justas para que puedas vivir muchos días en la tierra que el Señor te da como herencia, pues es abominable para el Señor todo el que hace tales cosas, todo el que comete injusticia." (Deut. XXV, 13 y 16.)
[45] Congio: medida antigua para líquidos cuyo contenido era de unos tres litros y cuarto.

163. Luego, Dios, que ama la justicia, abomina y detesta la injusticia, origen de revuelta y males. (¡.Y cuándo deja el legislador de alabar a la igualdad, nodriza de la justicia? Ya en el curso de la narración de la creación de todo el cielo dice: "Separó Dios por el medio la luz de la obscuridad y llamó día a la luz, y noche a la obscuridad." (Gen. I, 4 y 5.) La igualdad, en efecto, ha asignado al día y a la noche, a la luz y la obscuridad su lugar entre las cosas existentes.[46]
[46] Es decir, que la separación entre el día y la noche tuvo lugar sóbrela base de la igualdad, con lo que se evidencia que desde el origen mismo del mundo el legislador destaca la presencia de dicho principio en la obra Divina, entendiendo Filón que ello constituye un acabado elogio de la igualdad.

164. La igualdad, asimismo, dividió al ser humano en varón y mujer, dos porciones desiguales en fuerzas pero muy iguales en lo que la naturaleza exige apremiosamente: la generación de un tercer semejante. "Dios", leemos, "hizo al hombre según Su imagen. Hizo macho y hembra", no a él ya, sino "a ellos" (Gen. I, 27), agrega pluralizando; con lo cual adecua al género las especies que han sido separadas en él conforme con la igualdad, como-he dicho.

165. XXXIV. Asimismo señala que de acuerdo con la misma división son separados el frío y el calor, el verano y la primavera, es decir, las estaciones del año.[47] Y por cierto que los días que precedieron a la creación del sol son iguales en número a los que siguieron a la misma, es decir, tres,[48] con lo que los seis en total fueron divididos en partes iguales para expresar la eternidad y el tiempo. En efecto, dedicó a la eternidad los tres anteriores al sol, y los que le siguieron los dedicó al tiempo, que es una imitación de la eternidad.[49]
[47] Gen. VIII, 22. En tiempos primitivos distinguían los griegos tres. estaciones: invierno, verano y primavera. Sólo más tarde se incorporó una cuarta: el otoño, adoptándose una división cuatripartita del año. Filón parece referirse a esa división primitiva, lo que nada tiene de extraño pues-tiene su atención puesta en los orígenes del mundo. De allí que subdivida la época cálida en verano y primavera, pero no mencione subdivisión alguna para la época fría.
[48] Teniendo en cuenta que Filón insiste en varios pasajes que la creación tuvo lugar en seis días, no en siete, resulta evidente que el cuarto día no-es un día intermedio entre dos tríadas: primero-segundo-tercero y quinto-sexto-séptimo, sino el primer día de la segunda, la que está integrada por el cuarto, el quinto y el sexto. Por lo tanto la separación no es efecto del cuarto día, sino de la igualdad entre ambas tríadas.
[49] Ver Timeo 37.

166. Por otra parte, dice Moisés que el Que Es separó, quedando Él encima y en medio de ellas, Sus primeras potencias, es decir, la benefactora, mediante la cual formó el mundo, y a la

que se da el nombre de Dios; y la punitiva, mediante la cual gobierna y preside lo creado, la que lleva el nombre de Soberano. Leemos, en efecto: "Te hablaré desde lo alto del propiciatorio en medio de los dos querubines" (Ex. XXV, 21);[50] lo que tiende a demostrar que las más respetables potencias del Que Es, vale decir, la benefactora y la punitiva, son iguales conforme a la división hecha por Él.
[50] Ver Sobre los querubines 27 y ss., y Sobre la huida y el hallazgo 100.

167. XXXV. ¿Y qué? Las columnas de las diez leyes generales, llamadas tablas, ¿no son dos, al igual que las partes del alma, la racional y la irracional; partes que deben ser educadas y corregidas? También tales tablas han sido divididas por el Legislador [51] y sólo por Él. En efecto, "las tablas eran obra de Dios y la inscripción, inscripción de Dios grabada en las tablas". (Ex. XXXII, 16.)
[51] En este caso Dios, no Moisés, aunque tal título lo aplica Filón ordinariamente a éste.

168. Además, las diez disposiciones que ellas contienen, que son mandamientos Divinos en el exacto sentido de la palabra, están divididos en dos series iguales de cinco cada una, de las que la primera contiene los mandamientos referentes a Dios y la segunda los referentes a los hombres.

169. De los mandamientos referentes a Dios, el primero es la prescripción que veda la creencia politeísta, y enseña que el mundo no tiene más que un Señor. El segundo es el referente al no divinizar cosas que nada han producido, empleando para ello las insidiosas artes de los pintores y escultores, artes que Moisés ha desterrado de su comunidad, dictando sobre ellas sentencia de perpetuo destierro, para que a nadie se honre sino al único y verdadero Dios.

170. El tercer mandamiento es el que se refiere al nombre del Señor, no al de Aquél que Jamás se ha aproximado a la creación, pues el Que Es no puede ser designado con palabras; sino el que se aplica a Sus potencias. Según esta prescripción no debemos tomarlo en vano. El cuarto es el relativo al siempre virginal y sin madre número siete,[52] y tiende a que la creación, tomando en serio su propia inoperancia, se vuelva con el pensamiento hacia Aquél que todo lo hace invisiblemente.
[52] Se refiere Filón a la prescripción relativa a la consagración del séptimo día a Dios. Sobre las propiedades atribuidas por Filón al número siete ver Sobre la creación del mundo 100, e Interpretación alegórica I, 15.

171. El quinto es el referente a la honra debida a los padres. También éste es de categoría sagrada pues su referencia no es a los hombres sino al Que Es origen de la fecundidad y capacidad de engendrar de todas las cosas, gracias al cual aparecen como engendradores el padre y la madre, los que, en realidad, no engendran sino son instrumentos de la generación.

172. Esta prescripción fue grabada en el límite entre las cinco tendientes a procurar la piedad y las cinco que comprenden las prohibiciones relativas a los actos injustos contra nuestros semejantes, en atención a que los progenitores mortales son el término de las potencias inmortales, las que por naturaleza engendran todas las cosas, pero han confiado también a la raza mortal el alumbramiento de la última forma de generación a imitación del arte procreador de ellas. Porque el principio de la generación es Dios; el fin, la especie última y de menor Jerarquía, la "mortal.

173. Los otros cinco mandamientos son la prohibición del adulterio, del asesinato, del robo,

del falso testimonio y de la concupiscencia. Éstas constituyen las normas generales sobre prácticamente todas las faltas, y a ellas cabe referir cada una de las faltas específicas en cada caso.

174. XXXVI. En otro orden de cosas ves que también las ofrendas permanentes están divididas en partes iguales; tanto la de la flor de la harina de trigo que los sacerdotes ofrendan por sí mismos; como la de los dos corderos que les está prescripto llevar y ofrendar por la nación. La ley, en efecto, ha prescripto ofrendar la mitad de dichos sacrificios por la mañana y la otra mitad por la tarde,[53] para que Dios reciba nuestro agradecimiento por los bienes derramados sobre todos, tanto durante el día como durante la noche.
[53] Lev. VI, 20, y Ex. XXIX, 38 y 39.

175. Y ves también cómo los panes de trigo expuestos sobre la sagrada mesa, en número de doce, han sido divididos en partes iguales, y colocados de a seis en memoria de las doce tribus, de las que la mitad corresponden a Lía, la madre de seis patriarcas, y la otra mitad a los hijos de Raquel y a los ilegítimos de las concubinas.

176. Y observa, asimismo, cómo las dos esmeraldas que van sobre el largo manto, una a la derecha y otra a la izquierda, están divididas en partes iguales, y sobre ellas están grabados, seis en cada una, los doce nombres de los patriarcas, como Divinas estelas inscriptas para recordación de Divinas naturalezas.[54]
[54] Ex. XXVIII, 9 a 12. Las Divinas naturalezas son los doce signos del zodíaco, según especifica claramente Filón en Preguntas y respuestas sobre el Éxodo II, 109. Sin embargo, en Sobre la confusión de las lenguas 133, se llama Divinas naturalezas a los cuerpos celestes en general. En Sobre las leyes particulares I, 87, afirma Filón que el símbolo del zodíaco son las doce piedras preciosas del pectoral del sumo sacerdote, no las dos esmeraldas del efod o largo manto.

177. ¿Y qué? ¿No ha tomado Moisés: dos montes, símbolos de dos especies, y, practicando una vez más una división acorde con el principio de igualdad proporcional, no ha asignado uno a los que bendicen, y otro a los que imprecan, colocando sobre cada uno de ellos seis patriarcas [55] con la intención de mostrar a los que han menester de reproches que las maldiciones son iguales en número a las bendiciones, y casi, si es lícito hablar así, iguales en valor?
[55] Deut. XXVII, 11 a 13.

178. Es que la utilidad de las alabanzas al bien y de las censuras al mal es la misma, ya que a juicio de los que bien piensan, el evitar el mal y el procurar el bien son una misma e idéntica cosa.

179. XXXVII. También me llena de admiración la separación entre los dos machos cabríos ofrecidos en sacrificio propiciatorio al par que la distribución de los separados, aunque ellas estén a cargo del inseguro e incierto asignador que es el sorteo. Es que de las dos formas de pensamiento, una, la que se ocupa de las Divinas virtudes, está consagrada y dedicada a Dios; y la otra, la que se desvela por la desdichada humanidad, está consagrada a la desterrada creación. El asignado a ésta por la suerte es llamado "de la separación"[56] debido a que ella es una expatriada, y hállase separada y desterrada lejos de la sabiduría.
[56] Ver Sobre la obra de Noé como plantador, nota 27.

180. Y por cierto que, del mismo modo que hay monedas estampadas y monedas sin marcas,

¿no te parece a ti que así también de las muchas cosas que comprende la naturaleza, el invisible Divisor ha dividido todas en porciones iguales y que ha asignado al amante de la instrucción las aprobadas y estampadas, y al ignorante las no estampadas ni marcadas. Dice, en efecto, el legislador: "Las no marcadas son de Labán;
las marcadas, de Jacob." (Gen. XXX, 42.)

181. En efecto, como ha dicho uno de los antiguos, el alma es una masa de cera,[57] que, si es dura y resistente, rechaza y sacude fuera de sí las impresiones que le llegan y permanece informe forzosamente; en tanto que, si es dócil y debidamente razonable, recibe las marcas profundamente y, reproduciendo la forma del sello, conserva perfectamente las formas estampadas, de modo que no se borren jamás.
[57] Platón, Teeteto 191 c. Ver Sobre la inmutabilidad de Dios 43.

182. XXXVIII. Asombra, asimismo, la distribución por partes iguales de la sangre de los sacrificios, distribución que hace el sumo sacerdote Moisés [58] de acuerdo con lo que la naturaleza enseña. En efecto, "tomando", dice, "la mitad de la sangre, la vertió en vasijas, y la otra mitad la derramó sobre el ara" (Ex. XXIV, 6), para mostrarnos que el sagrado género de la sabiduría comprende dos clases: la Divina y la humana.
[58] Aunque Moisés no ejerció tal función. Filón le da a veces ese título. Ver Sobre la vida de Moisés II, 75.

183. La Divina es pura y sin mezcla, por lo cual es vertida para Dios, que también lo es y es único en Su soledad; la humana, en cambio, es mezclada y compuesta, y se derrama por nuestra mezclada, compuesta y heterogénea raza para producir en nosotros la unidad de pensamiento, la amistad y una verdadera "mezcla" de las partes de nuestro ser y de nuestros modos de obrar.

184. Mas, hay también en el alma una parte que es pura y sin mezcla, y ella es la inteligencia cuando es totalmente pura; inteligencia que, inspirada desde lo alto del cielo, es preservada de enfermedad y daño y, reducida para su bien toda ella a sus puros elementos con miras a una sagrada libación, es devuelta al Que la inspira y preserva de sufrir mal alguno.
La clase mixta es la de los sentidos y con ella la naturaleza ha fabricado sus propias "vasijas".

185. Vasijas de la vista son los ojos; del oído las orejas; del olfato las fosas nasales, y de los otros sentidos los respectivos receptáculos. En estas vasijas derrama el sagrado lógos [59] sangre, considerando que nuestra parte irracional puede ser vivificada y tornarse en cierta manera racional, si sigue los Divinos senderos de la inteligencia y se purifica de los objetos sensibles que la arrastran con su seductora y engañosa fuerza.
[59] El sumo sacerdote, según Filón, personifica al Divino *lógos*. Ver Sobre la migración de Abraham 102.

186. ¿Y no ha sido dividido de idéntica manera el sagrado didracmo,[60] a fin de que consagremos la mitad de él, es decir, la dracma, pagando con ella el rescate de nuestra propia alma;[61] a la que Dios, el único verdaderamente libre y libertador, movido por nuestra súplica, y a veces sin ella, libera de viva fuerza de cruel y amarga opresión de las pasiones e iniquidades; y para que abandonemos la otra mitad a la sometida y esclava raza de la que es miembro el que dice: "He llegado a amar a mi amo", vale decir, a la inteligencia que gobierna en mí; "y a mi mujer", o sea, a la sensibilidad, amiga y custodia de la casa de las pasiones; "y a los hijos", es decir, a los vástagos de éstas; "no saldré libre". (Ex. XXI, 5.)
[60] Didracmo o doble dracma.

[61] Ex. XXX, 12 y 13.

187. A tal raza, en efecto, no podía sino serle asignado un legado que no es tal, un legado de "separación", lo opuesto a la dracma consagrada. Ésta es una unidad, y por naturaleza la unidad no admite ni adición ni mengua, siendo en eso imagen de Dios, que es uno y pleno.

188. Las otras cosas son de por sí inconsistentes y, si llegan a adquirir cierta coherencia, es porque las ciñe el Divino *lógos*, que es una naturaleza adhesiva y ligadora que todo lo llena de su sustancia.[62] En cambio. Aquél que todo lo reúne y entrelaza está pleno de sí en el exacto sentido de la expresión y no ha menester de ninguna otra cosa en absoluto.
[62] Compárese con Sobre la migración de Abraham 181 a 183.

189. XXXIX. Con razón, pues, dice Moisés que "El que es rico no agregará y el que es pobre no quitará de la mitad del didracmo" (Ex. XXX, 15), o sea, de la dracma, como he señalado, a la que todo número puede decir con el poeta: "En ti acabaré y en ti comenzaré."[63]
[63] Ilíada IX, 67.

190. Es, en efecto, la unidad el término en que se resuelve todo número-de la infinita serie resultante de infinitas adiciones, y, a la vez, el punto de partida de la serie ascendente hacía la cantidad sin límites. Por ello los estudiosos de estas cuestiones han dicho que no se trata de un número sino de un elemento y principio de numeración.[64]
[64] Diógenes Laercio VIII, 25, atribuye esta teoría a los pitagóricos.

191. Otro caso es el del celestial alimento del alma, la sabiduría, al que Moisés llama "maná". El Divino *lógos*, cuidadoso por sobre todo de la igualdad, lo distribuye por iguales partes a todos. Atestigúalo Moisés cuando dice que "Al que tenía mucho no le sobraba, al que tenía menos no le faltaba" (Ex. XVI, 18), cuando lo medían con la admirable y valiosa pauta de la proporción, mediante la que llegamos a. entender que cada uno recogió en su depósito para "los convenientes" (Ex. XVI, 16), no seres humanos, sino más bien pensamientos y actitudes. En efecto, lo que a cada uno le correspondió le fue asignado con la previsión debida, de modo que ni sobrara ni faltara nada.

192. XL. Un ejemplo similar de esta igualdad proporcional se puede encontrar en la llamada "pascua",[65] la cual tiene lugar cuando el alma intenta olvidar la irracional pasión y por su propia iniciativa experimenta [66] los goces de orden racional.
[65] Vale decir, tránsito o travesía.
[66] Juego de palabras entre *páskha* = pascua, y *páskhein* = experimentar, sentir; y a través de este último vocablo, con *páthos* = pasión, y con *eupatheia* = goce, experiencia grata, sustantivos ambos de la misma raíz: de *páskhein*.

193. Dicho está, en efecto que, "si en la casa fueren pocos, al punto de no ser suficientes para el cordero, tomará además a su próximo vecino, de conformidad con el número de almas, para que cada uno calcule lo que es suficiente para sí" (Ex. XII, 4), llevándose la porción que merece y necesita.

194. Por otra parte, cuando Moisés quiere distribuir la virtud entre los habitantes de ella, como se distribuye una región, establece que los mayores acrecienten sus posesiones y los menores las disminuyan,[67] entendiendo que lo justo es que ni los mayores admitan disminuciones, por cuanto, en ese caso, quedarían vacíos de saber, ni los menores reciban acrecentamientos, ya que serían incapaces de contener la grandeza de los mismos.

[67] Núm. XXXV, 8.

195. XLI. Pero, el más claro ejemplo de igualdad proporcional lo constituyen las sagradas ofrendas de los doce jefes,[68] así como la distribución de dichas ofrendas entre los sacerdotes. "A cada uno", dice la prescripción, "de los hijos de Aarón le corresponderá lo mismo", (Lev. VI, 40.)
[68] Núm. VII, 4 y ss.

196. Otro excelente caso de igualdad es el de la composición de los perfumes. Leemos, en efecto: "Toma para ti especies aromáticas: estacte, uña olorosa y gálbano de dulce aroma y claro incienso, cada uno en igual medida; y harán de estas sustancias un perfume obra de perfumería de pura composición, obra santa" (Ex. XXX, 34 y 35); pues cada una de las partes, dice, debe entrar en igual medida que las demás en la combinación total.

197. Estas cuatro sustancias de las que se compone el perfume son, pienso yo, símbolos de los cuatro elementos de los que ha sido formado el mundo en su totalidad. Compara, en efecto, Moisés el estacte con el agua, la uña olorosa con la tierra, el gálbano con el aire, y el claro incienso con el fuego; como que el estacte es acuoso pues se derrama a gotas; la uña olorosa, seca y terrestre; y se ha agregado "de dulce aroma" al gálbano para dar idea de aire, pues el aire tiene fragancia; y al incienso lo de "claro" para indicar la luz.

198. Por ese mismo motivo en la frase aparecen separadas las sustancias pesadas de las livianas; y mientras estas últimas van unidas mediante la conjunción copulativa, las pesadas van mencionadas sin nexo alguno entre sí, pues dice: "Toma para ti especias aromáticas: estacte, uña olorosa"; donde ambas, -que son símbolos de las sustancias pesadas, el agua y la tierra, no aparecen unidas por conjunción; y a continuación menciona los símbolos de las sustancias livianas, aire y fuego, y lo hace como una nueva enumeración, ahora usando la conjunción, que vuelve aparecer entre los dos términos: "y gálbano de dulce aroma y claro incienso".

199. Y la armoniosa mezcla y composición de estos elementos constituye la más venerable y perfecta de las obras, una verdaderamente "obra santa": el mundo; que, entiende Moisés, debe agradecerse al Hacedor. De modo que, mientras en las palabras es el compuesto formado por el arte de la perfumería el que arde en vapores; en realidad es el mundo entero, construido por la Divina sabiduría, el que es ofrecido mañana y tarde en holocausto.

200. Provechoso, en efecto, es para el mundo vivir agradeciendo incesante y continuamente a su Padre y Hacedor, ardiendo en vapores y retornando a una forma elemental para demostrar no sólo que nada atesora para sí, sino que además todo cuanto es lo consagra como ofrenda a Dios, que lo engendró.

201. XLII. Admirado me siento, también, ante la carrera sin respiro vigorosa y acelerada del sagrado *lógos* [69)] "para colocarse en medio de los muertos y los vivos". (Núm. XVI, 48.) Dice, en efecto. Moisés que al punto "el quebrantamiento cesó" [Id.]. ¿No cesan, acaso, y se alivian los destrozos, opresiones y quebrantos de nuestra alma como consecuencia inmediata de la separación y colocación de un muro intermedio que establece el amado de Dios entre los pensamientos santos, que viven verdaderamente, y los no santos, que están muertos de verdad?
[69] Aarón, en el relato bíblico.

202. Porque con la reiterada proximidad de los enfermos también los muy sanos contraen la enfermedad de aquéllos, y se ven en trance de muerte; mas, fue imposible que en adelante esta influencia les afectase, separados, como estaban, por la más poderosa de las vallas, fija en medio para rechazar de la parte mejor las irrupciones y acometidas de la parte peor.

203. Mayor es aún mi admiración cuando escucho los oráculos y aprendo cómo la nube se colocó en el medio entre la hueste egipcia y la israelita.[70] Dicha nube, en efecto, no es otra cosa que el arma protectora y salvadora de los amigos, al par que hostigadora y castigadora de los enemigos; arma que impidió que a partir de entonces la raza sobria y amada de Dios fuera perseguida por la raza amante de las pasiones y atea.
[70] Ex. XIV, 20.

204. Esta nube, en efecto, vierte gota a gota suavemente en las inteligencias fecundas la sabiduría, a las que por su naturaleza no afecta mal alguno; en cambio, en las mezquinas y estériles en el saber derrama sin interrupción castigos, desatando sobre ellas un diluvio de destrucción lamentable en extremo.

205. El Padre que todo lo ha creado ha concedido a Su *lógos*, mensajero supremo y primero en jerarquía, la especial prerrogativa de que, ubicado en medio, señale el límite entre la criatura y el Creador. Este *lógos* es, por una parte, suplicante ante el Inmortal a favor de la raza mortal y, por otra, mensajero del Soberano ante Sus súbditos.

206. Lleno de júbilo y orgullo por tal don se nos muestra al decir: "Y yo estaba entre el Señor y vosotros (Deut. V, 5), es decir, ni increado como Dios ni creado como vosotros, sino intermedio entre los extremos, como garantía para ambos. Para el Progenitor yo soy la garantía de que lo que Él ha engendrado no se rebelará jamás ni se alejará eligiendo el desorden en vez del orden; para el vástago soy la fundada esperanza de que el misericordioso Dios jamás olvidará Su propia obra. Anuncio yo, en efecto, a la creación la paz de parte de Dios, preservador perpetuo de la paz, cuya decisión es acabar con las guerras.

207. XLIII. Habiéndonos, pues, enseñado lo referente a la división en partes iguales, la sagrada escritura nos transporta también al conocimiento de los opuestos asegurando que "colocó las porciones enfrentadas entre sí", (Gen. XV, 10.) Y es cierto. Prácticamente todas cuantas cosas existen en el mundo son opuestas por naturaleza a otras. Mas, comencemos por las primeras. 208. El calor es opuesto al frío, lo seco a lo húmedo, lo liviano a lo pesado, la obscuridad a la luz, la noche al día; y en el cielo, el curso de las estrellas fijas es opuesto al de las errantes; en el aire, lo diáfano lo es a la niebla, la calma a los vientos, el invierno al verano, el otoño, en el que perecen los vástagos de la tierra, a la primavera, en que aquéllos florecen; y asimismo en el agua, la dulce se opone a la amarga, y en la tierra, la estéril a la fecunda.

209. Las otras oposiciones están también a la vista: corpóreo e incorpóreo, viviente e inerte, racional e irracional, mortal e inmortal, sensible e intelectual, comprensible e incomprensible, elemental y completo, principio y fin, nacimiento y extinción, vida y muerte, enfermedad y salud, blanco y negro, derecha e izquierda, justicia e injusticia, prudencia e insensatez, valentía y cobardía, continencia e incontinencia, virtud y vicio, y todas las especies de la virtud por un lado y todas las del vicio por otro.

210. Otras condiciones opuestas son lo literario y lo iliterario, la cultura y la incultura, la educación y la falta de educación, y, en general, la pericia y la impericia; y en las artes y las

ciencias, los elementos vocálicos y los no vocálicos, las notas agudas y las graves, las líneas rectas y las curvas.

211. Entre los animales y las plantas tenemos los estériles y los fecundos, los prolíficos y los escasos en vástagos, los vivíparos y los ovíparos, los de piel blanda y los de piel dura, los salvajes y los domésticos, los solitarios y los gregarios.

212. En otro orden de cosas están la pobreza y la riqueza, la fama y la obscuridad, la nobleza y la humildad de origen, la indigencia y la abundancia, la guerra y la paz, la ley y la ilegalidad, la capacidad y la ineptitud, el trabajo y la inactividad, la juventud y la vejez, la impotencia y el poderío, la debilidad y el vigor. ¿Y para qué necesitamos enumerar una a una estas oposiciones si su número es ilimitado e infinito?

213. Excelente, pues, es la enseñanza del intérprete de los hechos de la naturaleza,[71] quien, poseído de compasión por nuestra grosería y desaprensión, incesantemente y en todas partes nos enseña, como en este pasaje, que la situación de recíproca oposición se da no entre naturalezas completas sino entre partes pertenecientes a éstas.
[71] Probablemente alude a Moisés y no a Dios.

214. En efecto, un todo no es sino la suma de dos contrarios, y mediante la división del todo se hacen evidentes los opuestos. ¿No es, acaso, esto lo que Heráclito, a quien los griegos proclaman como grande y digno de loas, sienta como punto capital de su filosofía, vanagloriándose como si hubiese descubierto algo novedoso? Pues bien, mucho antes Moisés había descubierto, como claramente se ha demostrado, que los opuestos se forman a partir de un mismo todo y que su condición es la de partes de él.

215. Este punto lo trataremos con mayor detención en otra ocasión. Pero, hay también un asunto que no conviene que pasemos por alto. En efecto, las denominadas medias porciones de los tres animales divididos en dos [72] resultan seis en total, de modo que el separador, vale decir, el *lógos*, que separa los grupos de tres y se sitúa en medio de ellos, es el séptimo.
[72] "Divididos en dos" por Abraham, según Gen. XV, 10.

216. Análoga significación, a mi parecer, se manifiesta con claridad suma en el sagrado candelabro. Está hecho, en efecto, con seis brazos, tres de cada lado, y en el medio él mismo resulta ser el séptimo, que divide y separa ambos grupos de tres. Es "cincelado", vale decir, producido con arte refinado y Divino, "de una sola pieza de oro puro" (Ex. XXV, 36), ya que el Uno, el sólo y realmente puro, ha engendrado de Sí mismo, sin emplear materia alguna en absoluto, al siete, el que no conoce madre.

217. XLIV. Ahora bien, los que alaban al oro, dicen en su elogio, amén de otras cosas, estas dos, que son las más importantes: primero, que no adquiere herrumbre, y segundo, que, aun reducido por golpes o derretimiento a láminas delgadísimas, se mantiene sin quebrarse. Con razón, pues, ha llegado a ser símbolo de una superior naturaleza, que, extendida, derramada y dilatada por todas partes, está toda ella plenamente en todas las cosas y teje un armonioso vínculo entre todas ellas.

218. Hablando de dicho candelabro, el Artífice dice además que "de los brazos brotan sus prolongaciones, tres de cada lado, iguales unas a otras, de cuyos extremos salen las lámparas en forma de nuez, hallándose en ellas los cálices destinados a sostener los portaluces; y el séptimo cáliz, de oro sólido todo él, hállase en el extremo de su lámpara, en la cima misma; y

en los cálices van siete portaluces de oro". (Ex. XXXVIII, 15 a 17.)

219. Así pues, mediante muchas pruebas se ha establecido ya que, tal como ocurre en este pasaje, el seis hállase dividido en dos tres por el *lógos*, que aparece como la séptima entidad en medio de aquéllos. En efecto, todo el candelabro, con sus principales parles en número de seis, consta de siete lámparas, siete cálices y siete portaluces.

220. Porque los seis portaluces batíanse divididos por el séptimo; los cálices, a su vez, lo son por el cáliz central, y las lámparas lo son de igual modo por la séptima y central; y por su parte, los seis brazos y las prolongaciones, que igual número nacen de ellos, son divididos por el tronco mismo del candelabro, que es el séptimo.

221. XLV. Mucho es lo que se puede decir sobre este asunto, pero hemos de dejarlo para más adelante. Todo lo que hemos de recordar es que el sagrado candelabro y los portaluces que hay en él son una copia de la danza del coro de los siete planetas en el cielo.

222. ¿Cómo es eso?, preguntará tal vez alguno. Pues porque, de la misma manera que los portaluces, así también cada uno de los planetas es portador de luz, diremos; ya que, siendo brillantísimos, envían rayos de suprema luminosidad hacia la tierra, especialmente el central de los siete, el sol.

223. Califico a éste de central no sólo porque ocupa la posición central como sostienen algunos, sino también porque, aparte de esto, le cabe el derecho de ser servido y escoltado por escuderos ubicados a ambos lados en mérito a su dignidad, grandeza y beneficios que proporciona a todos los que residen sobre la tierra.

224. Ahora bien, los hombres, que tampoco son capaces de llegar a un firme conocimiento de ninguna otra cosa del cielo, no han llegado a una segura aprehensión del orden de los planetas y se atienen a lo probable. De estas conjeturas, la mejor, a mi parecer, es la de los que asignan el lugar central al sol y dicen que hay tres planetas sobre él y otros tantos debajo de él; sobre él Saturno, Júpiter y Marte; debajo Mercurio, Venus y la luna, vecina ésta última del aire.

225. Así pues, el Artífice, en su deseo de que poseyéramos sobre la tierra una copia de la celestial esfera arquetipo con sus siete luces, estableció que fuera construida esa hermosísima obra que es el candelabro. Asimismo, está demostrado que éste es también una imagen del alma. El alma, en efecto, comprende tres partes y cada una de las partes se divide en dos, como se ha demostrado,[73] resultando seis partes, siendo el séptimo lógicamente el divisor de todas las cosas, el sagrado y Divino *lógos*.

[73] Filón insiste en la división tripartita del alma en diversos pasajes de su obra, pero la expresión "según se ha demostrado" se refiere concretamente, al parecer, a lo dicho en el párrafo 232, donde distingue una inteligencia racional y una irracional, una palabra verdadera y una falsa, y una aprehensión sensorial correspondiente a una realidad objetiva y otra que no es captación de algo real. Esta división corresponde al alma no en el sentido lato de un compuesto de inteligencia, parte irascible y parte apetitiva, sino en sentido restringido de alma cognoscitiva, o "alma del alma", como dice en el parágrafo 55.

226. XLVI. Mas hay otro punto que no debemos pasar por alto. Tres son los muebles del santuario; el candelabro, la mesa y el altar del perfume. En el altar del perfume, como se demostró más arriba,[74] hallamos el agradecimiento en nombre de los elementos,[75] como que él mismo contiene porciones de los cuatro: la madera, que es de tierra; el incienso ofrecido, que

es de agua, puesto que no bien es derretido se disuelve en gotas; el perfume, que es de aire; y aquello que se quema, que es de fuego; siendo el compuesto de incienso, gálbano, una olorosa y estacte símbolo de los cuatro elementos. En la mesa se simboliza el agradecimiento en nombre de las creaturas formadas por esos elementos, pues sobre ella se colocan panes y bebidas, cosas necesarias para las creaturas que han menester de alimentos; y en el candelabro tenemos representado el agradecimiento en nombre de todas las cosas celestes, para que ninguna porción del mundo sea hallada convicta de ingratitud, y veamos, en cambio, que todas sus partes, los elementos y las creaturas formadas con ellos no sólo sobre la tierra sino también en el cielo, manifiestan su gratitud.
[74] En el parágrafo 199, aunque allí se dice que es el perfume o incienso el que da las gracias, no el altar del perfume.
[75] Refiérese a los cuatro elementos de que se suponía estaba compuesto el mundo.

227. XLVIL Vale la pena que averigüemos por qué el legislador, habiendo dado a conocer las dimensiones del altar y de la mesa, nada ha consignado respecto de las del candelabro. Probablemente el motivo sea el siguiente: los elementos y las creaturas mortales formadas con ellos, simbolizados por la mesa y el altar, tienen una dimensión determinada y límites definidos por el cielo, pues aquello que contiene algo es la medida de lo contenido; en tanto que el cielo, del que es símbolo el candelabro, es de magnitud infinita.

228. Ninguna sustancia material lo contiene, ni de su mismo grandor ni infinita, ni tampoco está envuelto por el vacío [76]... Como enseña Moisés, su límite no es otro que Dios, que lo guía y conduce.
[76] La parte final del pasaje resulta gramaticalmente inaceptable, siendo imposible hallarle un sentido coherente. El sentido conjetural más razonable es: "vacío cuya existencia supone la extraordinaria leyenda sobre la general conflagración".

229. Y así como el Que Es, es inconmensurable del mismo modo tampoco aquello que está limitado por Él es medible mediante medidas correspondientes a nuestra manera de concebir; y quizá ello se deba a que carece de largo y ancho por tratarse de algo circular y redondo al punto de formar una esfera perfecta.

230. XLVIII. Después de decir lo conveniente acerca de estos asuntos, agrega Moisés: "Pero a las aves no las dividió." (Gen. XV, 10.) Llama aves a las dos formas del *lógos*,[77] aladas ambas y destinadas por naturaleza a ocuparse de las cosas celestes. Una de ellas es el *lógos* arquetipo, que está por sobre nosotros; la otra, una imitación que existe en nosotros.
[77] Ver Sobre la creación del mundo, nota 6. Aquí no se trata de la división *lógos*-pensamiento y *lógos*-palabra, sino de la doble manifestación cósmica del *lógos*: *lógos* universal y *lógos* humano individual.

231. A la primera Moisés la llama "imagen de Dios"; a la segunda, "impresión de esta imagen". Dice, en efecto, que "Dios hizo al hombre", no como imagen de Dios, sino "según la imagen de Dios". (Gen. I, 27.) De modo que la inteligencia de cada uno de nosotros, que, en rigor de verdad, es el hombre mismo, es una impresión, y ocupa el tercer lugar en la escala que comienza con el Hacedor; en tanto que el *lógos* modelo de ella e imagen de Aquél está en medio.

232. Nuestra inteligencia es indivisible por naturaleza. En efecto, mientras a la parte irracional del alma el Hacedor la ha dividido mediante una séxtuple división, dando origen a siete partes: vista, oído, gusto, olfato, tacto, voz y reproducción; a la racional, que se llama

inteligencia, la dejó indivisa. Así resultó una réplica de la totalidad del cielo.

233. Porque también en éste sabido es que la esfera exterior y de estrellas fijas ha sido conservada indivisa, en tanto que la interna ha sido dividida mediante una séxtuple división, y comprende en total los siete círculos de las llamadas estrellas errantes. Porque entiendo yo que lo que es el alma en el hombre, eso mismo es el cielo en el mundo. Así pues, las dos naturalezas intelectuales y racionales, la una en el hombre, la otra en el universo, resultan ser integrales e indivisas; y a ello se refiere lo de "No dividió las aves".

234. Nuestra inteligencia es, pues, comparada con una paloma, porque ésta es un animal doméstico y manso; en tanto que la tórtola lo es con la inteligencia modelo de la nuestra. El *lógos* de Dios, en efecto, amante de la soledad y solitario, como es, de ningún modo se mezcla con la turba de las cosas que han llegado a existir para perecer luego, sino tiene por norma lanzarse siempre hacia lo alto, y su aspiración es estar al lado del Uno y Solitario. Indivisas, pues, son las dos naturalezas, la del poder de discernimiento que hay en nosotros y la del Divino *lógos*, que está por sobre nosotros, mas, aunque ellas son indivisas, dividen otras innumerables cosas.

235. El Divino *lógos* separa y distribuye todo cuanto contiene la naturaleza. Y nuestra inteligencia divide en innumerables porciones infinitas veces sin cesar jamás de dividir todo cuanto llega a ella intelectualmente, así material como inmaterial.

236. Esto acontece por analogía con el Creador de todas las cosas. La Divinidad, en efecto, sin mezcla, pura y absolutamente indivisible, como es, resulta para el mundo todo origen de mezcla, combinación, división y multiplicidad de partes. De ello resulta lógicamente que sus semejantes, la inteligencia que llevamos en nosotros y la que está por sobre nosotros, siendo sin partes e indivisas, podrán dividir y distinguir cada una de las cosas existentes.

237. XLIX. Después de hablar acerca de las aves que permanecen sin división ni fraccionamiento, dice a continuación el legislador: "Y las aves descienden sobre los cuerpos, sobre las mitades." (Gen. XV, 11.) Emplea la misma palabra "aves"[78] pero muestra con toda claridad a los capaces de ver el contraste que de hecho existe entre las dos clases de aves. En efecto, es contra la naturaleza el que las aves,[79] dotadas, como están, de alas para remontarse hacia lo alto, desciendan.

[78] La misma que en el pasaje citado anteriormente (Gen. XV, 10). Filón quiere dejar en claro que estas aves no son las mismas ni de la misma clase que las que ahora se mencionan (Gen. XV, 11).

[79] He traducido el término griego *órneon* = pájaro, ave, por "ave", en atención a que está aplicado concretamente a la paloma y a la tórtola. Aquí Filón, según se advierte, se está refiriendo exclusivamente a las aves voladoras.

238. Porque, así como la tierra es la zona más apropiada para los seres terrestres y en especial para los reptiles, que, a causa de su tortuoso andar, son incapaces de elevarse y buscan agujeros y profundidades rehuyendo los lugares elevados impulsados por su afinidad con los bajos; del mismo modo la morada propia de las aves es el aire, que, liviano por naturaleza, se adecua a la liviandad que a éstas les brindan sus alas. Así pues, cuando estos peregrinos del aire, que deberían frecuentar las regiones etéreas, "descienden" aproximándose a la tierra, no pueden vivir la vida que les es natural.

239. Inversamente, Moisés da su ilimitada aprobación a aquellos reptiles que son capaces de

avanzar hacia lo alto. Dice, por ejemplo: "Pero entre los reptiles voladores que caminan; sobre cuatro patas, comeréis aquellos que arriba de sus píes: tienen patas que les permiten saltar con ellas sobre la tierra."" (Lev. XI, 21.) Éstos son símbolo de las almas que, si bien. están enraizadas, como los reptiles, en el terrestre cuerpo; una vez purificadas, son capaces de remontarse hacia lo alto trocando la tierra por el cielo y la corrupción por la inmortalidad.

240. Debemos, pues, suponer que una total desdicha colma a aquellas almas que, formadas en el más puro aire y éter, han cambiado esta región por la tierra, la región de las cosas perecederas y bajas, por no poder soportar la saciedad de los Divinos bienes. Por otra parte, sobrevienen infinitos pensamientos sobre incontables asuntos; pensamientos que, voluntarios unos, inesperados otros, en nada difieren de las creaturas aladas, con las que ha comparado Moisés a "las aves que descienden".

241. De los pensamientos que nos sobrevienen unos apuntan hacia lo alto; otros hacia abajo. A aquéllos les ha cabido la situación mejor, y tienen por compañera de camino a la virtud, la que los conduce hacia la Divina y celestial región; éstos han recibido la peor, y el vicio los arrastra violentamente hacia lo profundo. La oposición entre estos lugares aparece demostrada con no menos claridad en los nombres. La "arete" (virtud) lleva tal nombre no sólo por su relación con la "*háiresis*" (acto. de elegir) sino también con la "*ársis*" (acción de levantar), como' que ella se eleva y remonta movida por su amor hacia las cosas celestiales. El vicio, en cambio, llámase así porque se ha situado en lo bajo [80] y provoca violentamente la caída de los que viven en él.

[80] Con la exuberante imaginación de que hace gala habitualmente en. materia de etimología. Filón supone que *kakía* = vicio es una simplificación, de la expresión *káto kekhorekénai* = situarse debajo.

242. Por ejemplo, los pensamientos hostiles al alma,. cuando vuelan o se lanzan sobre ella, no sólo descienden ellos sino precipitan también a la inteligencia al cargar desvergonzadamente sobre ella cosas materiales en vez de inmateriales,, sensibles en vez de intelectuales, imperfectas en vez de perfectas, corruptoras en vez de vivificantes. Porque no sólo tráenle cosas materiales sino también porciones de cosas materiales divididas por mitades, v es imposible que las cosas divididas de esa manera admitan armonía y unión, rotas, como están, las fuerzas espirituales [81] que constituían su connatural elemento de cohesión.

[81] Sobre la fuerza cohesiva del *pneúma* = espíritu, ver Sobre la creación del mundo, 131 y Sobre la inmutabilidad de Dios 35.

243. L. Ahora bien. Moisés nos presenta un pensamiento verdadero en grado sumo cuando nos enseña que la justicia y toda virtud aman al alma., en tanto que la injusticia y todo vicio aman al cuerpo; y que el amor por uno de ellos va acompañado por una total hostilidad hacia el otro, tal como acontece en el caso del pasaje que nos ocupa. En efecto, figuradamente presenta Moisés a los enemigos del alma como aves ansiosas de entrelazarse y consustanciarse con los cuerpos y hartarse de carnes, y nos dice que el hombre de bien, deseoso de frenar sus asaltos y acometidas, se sienta en compañía de ellos,[82] como si se tratare de un presidente o director de consejo.

[82] Gen. XV, 11.

244. Ejemplos hay, en efecto, de cómo, reinando la discordia intestina a causa de una sedición interna y estando los bandos frente a frente, un hombre de bien, tras convocar a todos a una deliberación, ha indagado acerca de los motivos que los separaban, con el propósito de emplear la persuaden para poner fin a la guerra exterior o acabar con la conmoción interna, si

ello era posible. Útil es, en efecto, tanto el dispersar a los que, como una nube, se precipitan con ánimo irreconciliable; como lograr que la conciliación renueve la vieja fraternidad.

245. Pues bien, entre los enemigos malevolentes e irreconciliables del alma se cuentan las locuras, la cobardía, las injusticias y todas las otras apetencias irracionales que engendra habitualmente un exagerado impulso;[83] apetencias que se encabritan y rebelan contra las riendas e impiden la recta marcha de la inteligencia y a menudo destrozan y derriban su estructura toda.
[83] Ver Sobre la confusión de las lenguas 90.

246. En cambio, los desacuerdos de los que pueden ser aliados, son tales cuales resultan ser las disputas doctrinarias de los sofistas. Sólo en cuanto a que se concentran en un único objeto: la consideración de los hechos de la naturaleza, cabe afirmar que son amigos; porque, cuando discrepan en las indagaciones sobre los problemas particulares puede decirse que libran una contienda civil. Así, los que dicen que el universo es increado están en pugna con los que sostienen su creación; a su vez, los que afirman que acabará destruido lo están con los que aseguran que, aunque su naturaleza es perecedera, jamás lo será puesto que la voluntad del Creador lo mantiene mediante el vínculo de una fuerza superior; los que declaran que nada existe y todo deviene lo están con los que sostienen lo contrario; los que arguyen que el hombre es la medida de todas las cosas enfrentan a los que reducen a nada la capacidad de discernimiento de la sensibilidad y de la inteligencia; y, en general, los que consideran que todo escapa a nuestra aprehensión combaten a los que aseveran que muchísimas cosas son conocibles,

247. Y, ciertamente, el sol, la luna, el cielo todo, la tierra, el aire, el agua y casi todas las cosas que de ellos proceden han proporcionado ocasión de disputas y rivalidades a tales investigadores en sus indagaciones sobre sus naturalezas y cualidades, cambios y modalidades, gestaciones y acabamientos. Y, cuando no sin esfuerzos se aplican a indagar acerca del tamaño y movimiento de los cuerpos celestes, llegan a conclusiones dispares, sin ponerse de acuerdo hasta que aquel varón experto en alumbramientos [84] y juez a la vez ocupa su asiento junto a ellos y, observando los vástagos del alma de cada uno de ellos, arroja fuera los que no merecen ser criados, y conserva los que conviene, teniéndolos por merecedores del conveniente cuidado.
[84] Sócrates. Sobre el epíteto ver Platón, Teeteto 151 c.

248. Los anales de la filosofía están llenos de discrepancias pues la verdad rehuye a la inteligencia que se guía por apariencias y conjeturas. Las dificultades que su descubrimiento y aprehensión involucra son, creo yo, la causa de las disputas científicas.

249. LI. "Hacia la puesta del sol", dice Moisés, "sobrevínole a Abraham, un éxtasis, y he aquí que un grande y sombrío terror cayó sobre él". (Gen, XV, 12.) El éxtasis [85] es unas veces una furia insensata, agente de extravío mental, causado por la vejez, la melancolía o alguna otra causa; otras, un grande anonadamiento ante los hechos que suelen sobrevenir imprevista e inesperadamente; otras, una quietud de la inteligencia, si realmente está en la naturaleza de la inteligencia el permanecer en quietud; y la mejor forma de todas es una Divina posesión o locura, que experimenta la familia profética.
[85] *Ékstasis* = éxtasis, extravío, enajenación, etc. Etimológicamente: *ek* = fuera de, y *stásis* = estado, posición; algo así como "salida fuera de sí".

250. La primera forma aparece mencionada en las maldiciones que registra el Deuteronomio

cuando dice que a los impíos les sobrevendrán la locura, la ceguera y el éxtasis, al punto de no distinguirse en nada de los ciegos que en pleno día andan a tientas como rodeados de profunda sombra.[86]
[86] Deut. XXVIII, 28 y 29.

251. La segunda forma aparece mencionada en varios lugares. Leemos, en efecto, que Isaac cayó en un gran éxtasis y dijo: "¿Quién es, entonces, el que ha cazado y traído un animal para mí? He comido de todo antes de llegar tú, y lo he bendecido; y bendito sea". (Gen. XXVII, 33.) Asimismo, sabemos que, cuando Jacob, incrédulo ante los que le dicen que "vive José y gobierna toda la tierra de Egipto sobreviénele un éxtasis en su inteligencia pues no les da crédito". (Gén. XLV, 26.) Y en el Éxodo, en la referencia a la asamblea, se dice que "el monte Sinaí estaba todo cubierto de humo por haber descendido Dios sobre él envuelto en fuego. El humo se elevaba como el vapor de un horno y todo el pueblo estaba en un gran éxtasis". (Ex. XIX, 24.) También en el Levítico, en el pasaje en el que se describe la consumación de los sacrificios el séptimo día, cuando "del cielo salió un fuego y devoró lo que había en el altar, los holocaustos y las grasas", pues en seguida agrégase: "y todo el pueblo lo vio y quedó extasiado y cayeron cara a tierra" (Lev. IX, 24); como era de esperarse, puesto que este tipo de éxtasis produce gran agitación y terrible anonadamiento.

252.[87] ¿Y quién no se admirará de lo que se dice a propósito de Esaú? Es experto en la caza y sin embargo es cazado y suplantado siempre pues tal habilidad la ha adquirido para dañar y no para beneficiar, y jamás se toma en serio lo de la caza. ¿Y de lo que se dice de Jacob? Caza la pasión [88] no por haber aprendido ese oficio, sino movido por la naturaleza, y lleva la presa ante el examinador, quien decidirá si es aceptable, para lo cual comerá de todas las cosas que él le lleva.
[87] Las consideraciones de los parágrafos 252 a 255 se apartan del hilo de las reflexiones en que concluye el 251 y se retoman en 256. Se trata seguramente de una extemporánea digresión más de las tan frecuentes en Filón, quien desearía, al parecer, extraer algunas conclusiones morales de los mismos pasajes empleados para ejemplificar el segundo tipo de éxtasis.
[88] Personificada en Esaú en esta ocasión.

253. Porque, todo cuanto hace a la ejercitación es alimento comestible: la indagación, el examen, la lectura, el escuchar, la aplicación, la continencia, la indiferencia ante lo indiferente. Mas lo que el examinador come de todas esas cosas no es la totalidad sino sólo las primicias.[89] Es que era preciso dejar también al ejercitante sus propios alimentos como premio.
[89] Primicias, pero sin e! sentido de ofrendas a Dios.

254. En todo acorde con la realidad de las cosas es lo de "antes de llegar tú". Porque, si la pasión llegare al alma,[90] no callaremos gozo en la continencia. Además, la frase condena al hombre ruin por su lentitud, pereza y negligencia para las tareas de la educación y no para las de la incontinencia.
[90] Simbolizada en el examinador.

255. Así pues, Egipto tiene sus capataces,[91] que incitan a gozar de las pasiones;[92] en tanto que, por el contrario, Moisés establece comer la pascua,[93] vale decir, celebrar la salida desde la pasión, "con toda prisa". Por su parte, Judá dice: "Si no nos hubiéramos retrasado, ya hubiéramos vuelto dos veces" (Gen. XLIII, 10); lo que ha de entenderse no en el sentido de "hubiéramos vuelto a Egipto"; sino de "hubiéramos vuelto de allí salvos".
[91] Ex. V, 6.

[92] Ver Sobre la confusión de las lenguas 93.
[93] Ver el parágrafo 192 y la nota 65.

256. Era de esperar, asimismo, que Jacob se quedase admirado de que José, es decir, la inteligencia situada en el cuerpo, viviera todavía para la virtud y gobernando al cuerpo en vez de ser gobernado por éste. Y como éstos, otros ejemplos nos permitirían seguir las huellas de la verdad. Pero la tarea que nos aguarda ahora no es entrar en detalles sobre ello, de modo que nos hemos de aplicar a lo que sigue.

257. Del tercer tipo de éxtasis tenemos un ejemplo en la lección de Moisés acerca de la creación de la mujer. Dice, en efecto, que "Dios hizo sobrevenir un éxtasis a Adán y éste se durmió" (Gen. II, 21), entendiendo por éxtasis la tranquilidad y pasividad de la inteligencia. El sueño de la inteligencia es la vigilia de la sensibilidad, por la misma razón por la que la vigilia de la inteligencia es la inactividad de la sensibilidad.

258. LII. Del cuarto tipo de éxtasis es el descripto en el pasaje que ahora estamos examinando, que dice que "hacia la puesta del sol sobrevínole un éxtasis a Abraham". Se trata de lo que se experimenta bajo la influencia de la inspiración y posesión Divina. Mas no es solo esta experiencia lo que demuestra su condición de profeta, atestígualo también un conocido texto conservado en los sagrados libros. Alguien ha tratado de sacar de su morada a Sara, vale decir, a la virtud, soberana por naturaleza, como si ella no fuera propiedad privada y exclusiva del hombre sabio, sino de todo aquel que simula prudencia. Entonces Dios le dice: "Devuelve la mujer a este hombre, porque es un profeta y rogará por ti y vivirás". (Gen. XX, 7.)

259. Ahora bien, es la palabra sagrada la que atestigua en todo hombre de bien la condición profética, porque un profeta, nada declara procedente de sí mismo, todo lo que dice es ajeno y él solo se hace eco de Otro. Al hombre ruin, en cambio, no le es lícito llegar a ser intérprete de Dios y, en consecuencia, ningún malvado es inspirado por Dios en el sentido exacto de la expresión; sólo al hombre sabio corresponde tal cosa, puesto que sólo él es el instrumento que, pulsado y ejecutado de manera invisible por Él reproduce la palabra Divina.

260. Así, aquellos a los que Moisés describe como justos, son presentados también como poseídos y profetizantes. Noé es descripto como un justo. ¿Y no es presentado acto seguido como un profeta? ¿O no fue poseído por Divina inspiración profética como pronunció las maldiciones e imprecaciones sobre las venideras generaciones; maldiciones e imprecaciones confirmadas por la verdad de los hechos?

261. ¿Y qué decir de Isaac? ¿Y de Jacob? También éstos son reconocidos como profetas a través de muchas evidencias y en especial de las palabras que dirigen a sus hijos. La expresión "Reunios para que os anuncie qué os habrá de suceder al fin de los días" (Gen. XLIX, 1), no puede ser sino de un inspirado.

262. ¿Y qué de Moisés? ¿No es celebrado en todas partes como profeta? Leemos, en efecto: "Si un profeta del Señor apareciere entre vosotros, seré reconocido por él en una visión, mas por Moisés lo seré en Mi aspecto real, no a través de revelaciones enigmáticas" (Núm. XII, 6 y 8); y de nuevo: "No surgió ya un profeta como Moisés, a quien el Señor conoció cara a cara". (Deut. XXXIV, 10.)

263. Admirablemente, pues, describe el legislador al inspirado cuando dice: "Hacia la puesta

del sol sobrevínole un éxtasis". [LUI.] Llama simbólicamente sol a nuestra inteligencia; porque lo que el raciocinio es en nosotros, eso es el sol en el mundo como que uno y otro son portadores de luz; el uno, arrojando claridad sensible en el universo; el otro, lanzando rayos de luz intelectual sobre nosotros mismos a través de las aprehensiones.

264. Así, mientras la inteligencia nuestra gira en torno a nosotros y esparce su luz derramando una como meridiana claridad sobre el alma toda, somos dueños de nosotros mismos y no somos poseídos. Mas, cuando ella llega a su ocaso, nos sobreviene, como es de esperar, un éxtasis y la Divina posesión y locura, ya que, cuando la luz Divina ilumina, ocúltase la humana; y, cuando aquélla se oculta, ésta surge y se eleva.

265. Esto sucede habitualmente a la estirpe de los profetas. Con la llegada del Divino espíritu, apártase la inteligencia nuestra; y, cuando aquél se marcha, ésta retorna nuevamente, porque no es lícito que lo mortal cohabite con lo inmortal. Por eso el ocaso de la razón y la obscuridad en tomo de ella engendra un éxtasis y una locura inspirada por Dios.

266. Ahora bien, Moisés agrega la lógica secuencia de lo ya escrito diciendo: "Fue dicho a Abraham". (Gen. XV, 13.) En efecto, el profeta, aun cuando parece hablar él, en realidad permanece callado y es Otro el que está haciendo uso de sus órganos de expresión, la boca y la lengua, para expresar lo que quiere. Pulsa estos instrumentos con arte pleno de maestría y ajeno a nuestras miradas y los convierte en instrumentos de hermosas resonancias y universal armonía y rebosantes de todo género de voces acordes.

267. LIV. Bueno es que escuchemos cuáles son estas predicciones que le fueron dichas. En primer lugar, que Dios no permite que el amante de la virtud habite en la tierra, vale decir, en el cuerpo, como en su residencia habitual, y sólo accede a que resida transitoriamente allí como en tierra extranjera. Dícele, en efecto, el Señor: "Conociendo conocerás que tu descendencia será forastera en una tierra que no le será propia". (Gen. XV, 13.) En cambio, la región corpórea es la tierra natal de todo hombre ruin y éste se esfuerza por establecerse definitivamente en ella, no por residir temporariamente.

268. Una lección es esta. Otra es que las cosas de la tierra, que no traen sino esclavitud, malos tratos y terrible humillación, como él mismo lo dice, "no nos son propias". Es que las pasiones del cuerpo son realmente bastardas y extranjeras para la inteligencia, como que son vástagos de carne, en la que tienen echadas sus raíces.

269. "Y la esclavitud dura cuatrocientos años" (Gen. XV, 13), es decir, ajustase a los poderes de las cuatro pasiones. Así es, en efecto: cuando reina el placer, el espíritu se va por las nubes y se hincha en alas de una inconsistente liviandad. Y, cuando el apetito nos gobierna, una apetencia de cosas ausentes nace en nosotros v tiene al alma pendiente de una incumplida esperanza como de un lazo que la ahoga. Tiene sed siempre y no puede beber, soportando por ello el castigo de Tántalo.

270. Bajo la soberanía del dolor se ve contrahecha y, abatida al modo de los árboles que se deshojan y marchitan, su exuberancia y fertilidad se seca. Y en fin, bajo los dictados del miedo, nadie juzga ya acertado el quedarse y todos recurren a la velocidad de la fuga, previendo que sólo así se salvarán. Porque, así como el apetito tiene un poder de impulsión, y nos fuerza a perseguir aunque lo apetecido se nos escape; el miedo, al revés, crea una sensación de alejamiento y separa y aparta lejos de lo que tenemos ante nuestra vista.

271. LV. Las soberanías de dichas pasiones traen consigo pesada esclavitud para los sometidos a ellas, hasta que Dios, el arbitro y juez, establece la separación entre el maltratado y el que maltrata, conduciendo al primero hacia la completa libertad y dando al segundo el premio merecido por sus delitos.

272. Leemos, en efecto, que "la nación de la que serán esclavos será juzgada por Mí; y después de esto ellos saldrán libres de allí con mucha hacienda". (Gen. XV, 14.) Necesariamente el hombre, siendo mortal, sufre la opresión de la nación de las pasiones y recibe las calamidades propias del ser creado, pero es designio de Dios aliviar los males congénitos de nuestra raza.

273. De modo que, si bien al principio habremos de sufrir esas calamidades que nos son propias, convertidos en esclavos de crueles señores, Dios, por Su parte, hará lo que Le es propio, proclamando la redención y libertad de las almas que suplican ante Él, y no sólo procurándoles la liberación de las ataduras y la salida de la estrechamente custodiada prisión, sino también dándoles los recursos para el viaje, a los que Moisés llamó "hacienda". ¿Y qué significa esto?

274. Pues que, cuando la inteligencia que ha descendido desde lo alto del cielo, se ve atada a las necesidades del cuerpo, con todo, no es atrapada por ninguna de ellas y no abraza, como haría un hermafrodita, los males placenteros; antes, manteniéndose en los límites de su naturaleza de verdadero hombre, es capaz de doblegarlas sin ser doblegada, y, avezada en todos los conocimientos de la instrucción general, y sacando de ellos un vehemente deseo de contemplación adquiere las sólidas virtudes de la templanza y la perseverancia; y así, al marcharse y hallar el camino de regreso a su patria llévase consigo todos los frutos de la educación, a los que se llama aquí "hacienda".

275. LVI. Tras lo dicho acerca de estos puntos, continúa: "Mas tú marcharás hacia tus padres nutrido con la paz en una hermosa vejez". (Gen. XV, 15.) Por lo tanto, los que somos imperfectos luchamos y somos esclavos y con dificultad hallamos la manera de escapar de los terrores que nos amenazan; en cambio, la raza perfecta está libre de la esclavitud y de la lucha y es nutrida con la segura paz y libertad.

276. Al presentarnos al hombre virtuoso no muriendo sino "marchándose", expone la doctrina de que la raza del alma totalmente purificada es inextinguible e inmortal y habrá de emprender la jornada desde aquí hacia el cielo sin que le alcance la disolución y corrupción que la muerte parece traer aparejada.

277. Después de "marcharás" leemos "hacia tus padres". Vale la pena averiguar de qué padres se trata. No puede referirse a los que habían vivido en la tierra de los caldeos, que eran los únicos parientes de Abraham, pues el oráculo dice que habitaba separado de todos los de su sangre. Dice, en efecto: "Dijo el Señor a Abraham: 'Parte de tu país, de tu parentela, de la casa de tu padre hacia la tierra que yo te mostraré; y haré de ti una gran nación'." (Gén. XII, 1 y 2.)

278. ¿Y cómo sería razonable que volviera a habitar con las mismas personas de las que por Divina prescripción habíase alejado? ¿Cómo quien estaba destinado a ser jefe de otra raza y nación habría de ser asignado a su antigua raza? ¿Le haría Dios el don de una en cierto modo nueva y recién nacida nación y raza si no se desvinculara completamente de la vieja?

279. Es él, a no dudarlo, el fundador de una nación y raza puesto que de él, como de una raíz,

brotó la joven planta llamada Israel, la raza observadora y contempladora de los hechos de la naturaleza. Porque además está dicho que se ha de "sacar lo viejo de la presencia de lo nuevo". (Lev. XXVI, 10.) ¿Cómo, en efecto, hallarían provecho en lo antiguo y en costumbres viejas y trilladas quienes han recibido de improviso una compacta lluvia de no esperados bienes?

280. LVII. Por lo tanto, al decir "padres", no se refiere a aquellos que yacían sepultados en las tumbas de Caldea y de los que procedía el alma emigrante, sino o bien, como afirman algunos, al sol, a la luna y a los restantes astros, a los que atribuyese la formación y nacimiento de todas las cosas sobre la tierra; o bien, como otros entienden, a las formas ejemplares, a las naturalezas aprehensibles solo por la inteligencia e invisibles, modelos de las cosas sensibles y visibles de aquí; hacia las cuales, dicen, emigra la inteligencia del sabio.

281. Algunos, a su vez, conjeturan que se ha llamado "padres" a los cuatro principios de los cuales ha sido forjado el mundo, a saber: la tierra, el agua, el aire y el fuego. Dicen, en efecto que cada una de las cosas que han llegado a existir se vuelve a desintegrar necesariamente en ellos.

282. Y efectivamente, así como los nombres, los verbos y todas las partes del habla están compuestos por los elementos gramaticales,[94] y a la vez en ellos se descomponen en último análisis, del mismo modo cada uno de nosotros, siendo un compuesto de los cuatro elementos del mundo, un préstamo de pequeñas partículas procedentes de cada una de estas sustancias, paga la deuda cuando se han cumplido los períodos de tiempo correspondientes, devolviendo a la tierra lo que en él hay de seco; al agua lo que tiene de húmedo; al aire su parte fría y al fuego lo caliente.[95]

[94] Es decir, las letras del alfabeto o los fonemas vocálicos y consonanticos.
[95] Ver Platón, Timeo 42 e.

283. Todas estas componentes pertenecen al cuerpo. El alma, en cambio, naturaleza intelectual y celestial, marcha hacia el éter[96] la más pura de las sustancias, como hacia un padre. Porque, como se decía entre los antiguos, podemos admitir la existencia de una quinta sustancia, que se mueve en círculo [97] y difiere por su superior calidad de las otras cuatro; de la que las estrellas y el cielo todo parecen haber sido hechos, y de la que, en consecuencia, debemos señalar que también el alma humana es un desprendido fragmento.

[96] Ver la nota 30.
[97] Basado en Aristóteles, Sobre el cielo I, 2 y 3. Ver Sobre los sueños I, 21; y Sobre la inmutabilidad de Dios, 46.

284. LVIII. Las palabras "nutrido con la paz" son un agregado que no está de más, e implican que la mayor parte del género humano "se nutre" para la guerra y para todos los males derivados de la guerra. Ahora bien, una guerra o procede de las cosas exteriores y nos la ocasionan la deshonra, la pobreza, la humildad de origen y cosas semejantes a estas; o procede de factores internos, tales como enfermedades, mutilaciones, embotamientos totales, y un cúmulo de calamidades sin número propias del cuerpo; pasiones, debilidades y enfermedades del alma, y las penosas y oprimentes rebeldías al par que las terribles opresiones de la insensatez y la injusticia y otros tiranos semejantes.

285. Así pues, "nutrido con la paz" equivale a 'poseedor de una vida tranquila y en calma, verdaderamente feliz y dichosa'. ¿Y cuándo tendrá lugar esto? Cuando de las condiciones exteriores resultaren sin obstáculos la abundancia de recursos y la buena reputación; de las

condiciones corporales, la salud y el vigor; y de las del alma, el goce de las virtudes.

286. Cada parte, en efecto, necesita su propia escolta.[98] El cuerpo es protegido por la buena reputación y la inagotable copia de riqueza; el alma por la salud completa y general del cuerpo; la inteligencia por los conocimientos a que se llega en las diversas ramas de la investigación. Porque a esta paz se refiere el pasaje; no a la que gocen los estados. Esto resulta claro para los que están familiarizados con las sagradas escrituras. Así, Abraham se había visto envuelto en grandes y penosas guerras, en las que aparece combatiendo hasta la victoria.
[98] Ver Sobre la confusión de las lenguas 18 y ss.

287. Y también el abandono de la tierra paterna era pesada guerra para quien, habiendo emigrado de aquella, no podía habitarla de nuevo y era arrastrado de un lado a otro errante por desiertos e intransitados caminos, sin tener oráculos ni Divinas promesas en que confiar. Y por cierto que habría de agregarse a sus va abundantes motivos de zozobra un tercero, el hambre, [99] calamidad peor aún que la emigración y la guerra.
[99] Gen. XII, 10,

288. ¿Qué clase de paz, entonces, es la que lleva consigo? Porque el haber emigrado y estar sin lugar fijo, el enfrentarse con las irresistibles fuerzas de los reyes y el soportar el hambre parecen indicar, según yo entiendo, no ya una guerra sino muchas y variadas.

289. Mas, sucede que cada una de estas situaciones es, si se la interpreta alegóricamente, una muestra de paz absoluta. En efecto, la carencia y el hambre de pasiones, la destrucción de las enemigas iniquidades y la emigración de la caldaica opinión hacia la del amante de Dios, vale decir, desde la sensible creatura hacia la Causa aprehensible por la inteligencia y creadora, esas son las condiciones que cimentan un orden bien regido y estable.

290. Por otra parte, a quien vive en una paz tal Moisés le promete una buena vejez; no, por cierto, una vida larga sino una vida sabiamente vivida. Porque más vale un día bien vivido que muchos años, tanto cuanto una breve luz es mejor que una eternidad de sombras. Con sano pensar ha dicho cierto hombre capaz de profetizar que más quería vivir un solo día en la virtud que diez mil años en la sombra de la muerte,[100] indicando con el término "muerte" la vida de los hombres malvados.
[100] Salmos LXXXIII (LXXXIV), 11.

291. Lo mismo nos confirma también Moisés en el presente caso, con hechos más que con palabras. En efecto, Abraham, a quien describe como destinado a una buena vejez, es presentado como de más corta vida que casi todos los que le precedieron. De ese modo nos da una lección de sabiduría y nos enseña qué es lo que se entiende por una vejez buena de verdad; a fin de que no admitamos jamás una vanidad originada en el visible cuerpo, vanidad rebosante de vergüenza y abundante en reproches; y, conociendo, en cambio, que la buena vejez, hermana en esencia y nombre de la "recompensa",[101] consiste en el recto juicio y en la estabilidad del alma, la divulguemos y atestigüemos como tal.
[101] Intraducible juego de palabras entre *géras* = vejes, y *géras* = recompensa. Ver Sobre la ebriedad 16.

292. Oye, pues, la doctrina del legislador según la cual sólo el hombre de bien goza de una buena vejez y de una larguísima vida, en tanto que el hombre ruin vive corto tiempo, dado que siempre está, aunque no lo advierta,[102] muriendo respecto de la virtud; o, más bien, está ya muerto en cuanto a la vida en ella.

[102] Acepto la enmienda propuesta por Mangey, consistente en sustituir *manthánonta* = aprendiendo, por *lanthánonta* = sin darse cuenta.

293. LIX. A continuación leemos: "Pero en la cuarta generación retornarán acá" (Gen. XV, 16); palabras que tienden no sólo a indicar la fecha .en que aquellos habrían de habitar la tierra santa, sino a inspirarnos la idea de la completa restauración del alma. Esta tiene lugar en la qué podríamos denominar cuarta generación. Pero vale la pena averiguar cuidadosamente cómo ocurre eso.

294. El niño, desde su nacimiento hacia el término de los primeros siete años, vale decir, durante la edad infantil, tiene asignada un alma que conserva su frescura original, semejante sobre todo a un sello suave y no marcada aún con las huellas del bien y del mal. Y así, cuanto parece grabarse en ella se ablanda y diluye a causa de la fluidez de la misma.

295. Esta es la que .podemos llamar primera generación del alma. La segunda es aquella que, después de la edad infantil, comienza a vivir en compañía de los males, tanto de los que suele producir el alma por sí sola como de los que acoge de buen grado procedentes de otros. Es que los que le enseñan a obrar mal son muchísimos: nodrizas, instructores, padres y las leyes escritas y no escritas, los que tributan su admiración a lo que no merece sino risa. Y, aun sin que se lo enseñen, ella se basta para aprender sola lo que merece reproche, al punto de que siempre está agobiada bajo el peso de su fecundidad para el mal.

296. Dice, en efecto. Moisés: "La inteligencia del hombre desde la juventud aplícase con celo al mal". (Gen. VIII, 21.) Es ya la más maldecida de las "generaciones".[103] para decirlo simbólicamente; de las edades, si hemos de hablar literalmente; aquella en la que el cuerpo adquiere juvenil vigor, y el alma se siente llena de orgullo, mientras las encendidas pasiones se inflaman, consumiendo "eras, espigas v campos" (Ex. XXII, 6) y cuanto encuentran.
[103] Esta segunda "generación" o etapa de la vida comprende la adolescencia y la juventud.

297. Preciso es que esta enfermiza generación o edad sea cuidada en su dolencia por una tercera, que es cual una medicinal filosofía, y se rinda ante la atracción de saludables y salvadores razonamientos, mediante los cuales adquiera capacidad para liberarse de su desmedido hartazgo de iniquidades y para calmar su avidez, su vacío, su terrible soledad con rectas acciones.

298. Así pues, luego de este saludable tratamiento, el poder y vigor del alma se desarrollan durante la cuarta generación puesto que ha adquirido definitivamente la sensatez y está firme y fijamente situada en todas las virtudes. A esto se refieren las palabras: "En la cuarta generación retomarán acá". En efecto, bajo el indicado número cuatro, el alma, de retomo ya de sus yerros, es declarada heredera de la sabiduría.

299. El primer número, en efecto, es aquel bajo el cual no es posible alcanzar una concepción ni del bien ni del mal y el alma permanece sin recibir impresiones. El segundo es aquel bajo el cual experimentamos el ímpetu de las malas acciones. En el tercero recibimos una saludable cura y nos liberamos de los elementos malsanos dejando atrás la juvenil plenitud de las pasiones. Y el cuarto es aquel en que alcanzamos una salud y un vigor perfectos, una vez que, apartados de las cosas ruines, resolvemos entregarnos .al bien; cosa que antes no es posible.

300. LX. Hasta cuándo no es posible lo indica Moisés al decir: "Las iniquidades de los amorreos aún no se han completado". (Gen. XV, 16.) Tales palabras dan ocasión para que

espíritus enfermizos supongan que el legislador presenta al destino y a la necesidad como causas del todo.[104]
[104] Posiblemente basados en que incluso Dios tiene que sujetarse al cumplimiento de condiciones que no le es dado alterar, ya que para poner en práctica sus deseos de llevar a su pueblo a la tierra prometida debe aguardar a que se haya cumplido el hecho a que se refiere el pasaje.

301. Mas, preciso es tener presente que, mientras como filósofo e intérprete de Dios conoce que las causas tienen ilación, conexión e interrelación, no atribuye a estas condiciones el papel de causas de los acontecimientos, sino intuye la existencia de otro ser, de superior jerarquía, que se mantiene sobre todas las cosas como un auriga o piloto. Él, en efecto, sostiene el timón de la común nave que es el mundo, en la que todas las cosas navegan; Él guía el alado carro que es el cielo todo, ejerciendo una absoluta soberanía sin traba alguna.

302. ¿Qué hemos, pues, de decir acerca de las palabras de Moisés? Pues que "amorreos" significa "habladores", y la palabra es el sumo bien concedido por la naturaleza al hombre; pero entre los que han recibido tal don hay muchísimos que lo han echado a perder por emplear ingrata y pérfidamente el poder que proporciona. Tales son los impostores, los aduladores, los inventores de persuasivos sofismas, los que no saben bien otra cosa que engañar y tramar fraudes sin preocuparles en absoluto la verdad. Cultivan además una expresión nada clara, y la falta de claridad en la expresión equivale a obscuridad profunda y la obscuridad profunda es aliada de los ladrones.

303. Por eso Moisés ha adornado al sumo sacerdote con la claridad de exposición y la verdad,[105] juzgando que es propio del hombre virtuoso el hablar claro y veraz. Sin embargo, los más persiguen un hablar obscuro y falso, siendo esa forma de expresión la preferida por la engañada turba de los hombres vulgares y despreocupados.
[105] Ver Interpretación alegórica III, 118 y ss.

304. De modo que, mientras "no estén completas las iniquidades de los amorreos", vale decir, de los argumentos sofísticos, por no haber sido aún refutados mientras, por el contrario, merced a su fuerza de atracción, nos seduzcan con sus argumentos persuasivos y permanezcamos incapaces de apartarnos y abandonarlos a causa de su atracción, no cambiará nuestra situación.

305. Mas, si todas las falacias verosímiles fueren refutadas por las verdaderas creencias, y los errores se mostraren llenos de tales falacias, colmando así la medida, huiremos sin volvernos atrás; y, tras cortar amarras, por así decir, nos internaremos en el mar alejándonos de la región de las falsedades y sofismas, ansiosos de echar anclas en los puertos y radas más apropiadas para fondear, que son los de la verdad.

306. Tal es lo que se demuestra en el presente planteo. Porque, si el error contenido en la falsedad verosímil no se muestra completo y consumado es imposible reaccionar contra él, detestarlo y abandonarlo. Y esta constatación surge de su beneficiosa refutación al ser confrontada con la firmeza de la verdad.

307. LXL A continuación leemos: "Mas cuando el sol se hallaba en su ocaso, surgió una llama". (Gen. XV, 17.) Muestra así Moisés que la virtud es cosa que tarda en nacer, y que, como han dicho algunos, sólo adquiere firmeza hacia el ocaso mismo de la vida. Compara la virtud a una llama, porque, así como la llama quema la materia que halla a su alcance pero, a

la vez, ilumina el aire vecino, del mismo modo la virtud consume los errores y llena de luz la inteligencia toda.

308. Pero, mientras todavía nos dominan con sus apariencias de verdad esos argumentos carentes- de análisis y clasificación, a los que llama "erroreos", no podemos ver su resplandor brillantísimo y sin sombras. Nos hallamos en la misma situación que un horno que no tiene fuego pero, como dice Moisés,[106] humea: las chispas del saber humean en nosotros, pero aún no podemos dar una sólida muestra de fuego puro.
[106] Gen. XV, 17.

309. Con todo, grande agradecimiento se debe a Aquel que ha sembrado esas crispas para que la inteligencia no se hiele, como los cuerpos muertos, por obra de las pasiones; y entibiaba y calentada por los combustibles de la virtud, arda hasta conseguir convertirse en sagrado fuego como Nadab y Abiú.[107]
[107] Lev. X, 2. Ver Interpretación alegórica II, 58.

310. Ahora bien, el humo precede al fuego y provoca las lágrimas de los que se aproximan a él. Ambas cosas suceden a menudo. En efecto, cuando nos aproximamos a los mensajes[108] de la virtud, aguardamos la plenitud de ésta y, si no. podemos aún alcanzarla, lo pasamos afligidos y llorosos. Porque, cuando un gran deseo se ha derramado en nosotros, muévenos: a ir en procura de lo deseado y nos fuerza a estar tristes hasta. lograrlo.
[108] En el texto griego se lee *angeláis* = mensajeros o mensajes, pero la presencia de dicho término toma poco convincente el sentido del pasaje, por lo que cabe pensar en una corrupción del texto. La idea es indudablemente: "mientras aún progresamos en el camino hacia la virtud, sin haber, empero, llegado a hacerla nuestra".

311. Ha comparado ahora con un homo al alma del amante de la instrucción que aguarda la plenitud de ella, porque aquél y ésta son recipientes de preparado alimento; el horno, del alimento preparado con provisiones corruptibles; el alma del preparado con incorruptibles virtudes. A su vez, las antorchas de-fuego, las que se llevan en las ceremonias rituales, son los juicios de Dios, el porta-antorcha, juicios luminosos y brillantes,. cuyo sitio habitual es el intermedio entre las mitades, es decir,. entre los opuestos de que se compone el mundo entero.

312. Leemos, en efecto: "Las antorchas de fuego, las que pasaban en medio de las mitades". (Gén. XV, 17.) Por estas palabras te darás cuenta de que los Divinos poderes marchan en medio de las cosas materiales e inmateriales sin dañar cosa alguna, pues las mitades permanecen intactas, y distinguiendo-y separando con perfección suma las naturalezas de ellas.

313. LXII. Con razón, entonces, el sabio es presentado como heredero del conocimiento de dichas verdades. "En aquel día", dice Moisés, "acordó Dios un pacto con Abraham diciendo: 'Daré esta tierra a tu descendencia'." (Gen. XV, 18.) 314. ¿Qué tierra podría mostrarle sino la mencionada anteriormente, y a la que ahora se refiere? [109] El fruto de esta tierra no es otro que la segura y firme aprehensión de la sabiduría de Dios, mediante la cual con Sus separadores poderes conserva todas las cosas intactas separando lo bueno de lo malo. ..[110]
[109] Mencionada anteriormente en Gen. XV, 17, citado en el parágrafo 98.
[110] Resulta imposible hallar un sentido coherente en las siete palabras restantes del texto en su estado actual, y coordinarlo con el resto del contexto. Literalmente dice: "según las (?)... para los inmortales por nacimiento". Se han propuesto determinadas enmiendas pero ninguna de ellas resulta suficientemente convincente.

315. Luego agrega: "desde el río de Egipto hasta el gran río Eufrates" (Gen. XV, 18), indicando que los hombres perfectos tienen sus orígenes en el cuerpo, la sensibilidad y las partes orgánicas, sin los que no es posible vivir, pues ellos son indispensables para nuestra educación durante la vida del cuerpo; y tienen sus fines en ese verdaderamente grande río que es la sabiduría Divina, río desbordante de alegría y dicha [111] y de los demás bienes.

[111] Juego de palabras entre *Euphrátes* = Eufrates, y *euphrosyne* = dicha.

316. No delimita, en efecto, la región comenzando por el río Eufrates y terminando en el río de Egipto, pues ello equivaldría a hacer descender a la virtud hacia las pasiones del cuerpo; sino, al revés, "desde Egipto hasta el gran Eufrates", porque los progresos tienen lugar desde las cosas mortales hacia las inmortales.

SOBRE LA UNIÓN[1] CON LOS ESTUDIOS PRELIMINARES

(DE CONGRESSU QUAERENDAE ERUDITIONIS GRATIA)

[1] Literalmente: unión en matrimonio o simplemente sexual, cohabitación con alguien; simbólicamente: acceso y entrega a dichos estudios, compañía transitoria de ellos. El término synodos tiene en este caso el sentido de unión matrimonial o sexual, ya que se refiere a la unión de Abraham y Agar, cuyo fruto es Ismael, aunque alegóricamente, como lo aclara Filón en el parágrafo 12 la unión es espiritual.

1. I. "Sara, la mujer de Abraham, no le había engendrado-hijo, pero tenía una criada egipcia llamada Agar. Y dijo Sara a Abraham: 'Mira, el Señor me ha cerrado para que no engendre; entra en mi criada para que engendres hijos de ella'." (Gen. XVI, 1 y 2.)

2. El nombre "Sara" significa "soberanía en mí";[2] y la sensatez que hay en mí, la moderación que hay en mí, mi particular rectitud y cada una de las demás virtudes que hay en mí únicamente, son una soberanía sobre mí solamente. Ella, en efecto, me rige y me gobierna, habiendo decidido yo-prestarle acatamiento en razón de su natural realeza.
[2] O mi soberanía, "Sara" es el nombre de la esposa del patriarca que Filón interpreta como "mi soberanía" o "soberanía personal, nombre que más tarde le fue trocado en "Sarra", que, según nuestro exegeta, designa la soberanía "in genere" Ver Sobre los querubines 5 y ss.

3. Moisés, aunque parezca increíble, la presenta estéril, y a la vez fecundísima, como que reconoce que de ella procede la más numerosa de las naciones. Es que la virtud es realmente estéril en lo que toca a todas las cosas ruines, pero es tal su fecundidad | en bienes que ni necesita el arte de la partera pues en sus alumbramientos deja a éste a la zaga.[3]
[3] Alusión a Ex. I, 19, como en Sobre la migración de Abraham 142.

4. Los animales y las plañir tas engendran los frutos que les son propios con bastante largos intervalos, una o dos veces a lo sumo por año, conforme con el número de alumbramientos que la naturaleza ha establecido para cada uno de ellos, acomodándolos a las estaciones del año. La virtud, en cambio, sin paréntesis alguno, siempre incesante e ininterrumpidamente, momento tras momento da a luz, no hijos, por cierto, sino honestas palabras, irreprochables decisiones y laudables acciones.

3. II. Pero, así como la riqueza no es de provecho para los que la poseen, si no pueden hacer uso de ella, del mismo modo la maternidad de la sensatez en nada aprovecha si lo que engendra en nosotros no nos es útil. Y así, mientras a algunos ella los Juzga completamente dignos de compartir su vida; otros, en cambio, no le parecen tener aún la edad suficiente para adaptarse a su loable y sobria vida doméstica. A éstos tales les permite celebrar los preliminares de los matrimonios y les ofrece la esperanza de celebrar más adelante los ritos matrimoniales.

6. Sara, pues, o sea, la virtud que gobierna mi alma, ha dado a luz, pero no ha dado a luz para mí. Es que yo, joven, como soy, no hubiera podido recibir aún los vástagos de ella, es decir; el ser sensato, justo y piadoso; a causa de que son múltiples los hijos bastardos que me han engendrado las vanas opiniones. El sustentar y cuidar incesantemente a éstos y la permanente preocupación por ellos han hecho que pensara muy poco en los legítimos y verdaderamente libres.

7. Bueno es, entonces, suplicar que la virtud no sólo dé la luz, cosa que hace sin necesidad de que lo supliquemos, sino que alumbre también para nosotros para que podamos alegramos de participar en aquello que ella siembra y da a luz. Porque normalmente sólo para Dios engendra, devolviendo con ello, agradecida, las primicias de los bienes que ha alcanzado, a Aquel que, como dice Moisés, ha abierto su siempre virginal matriz.[4]

[4] Gen. XXIX, 31.

8. Así, nos dice también que el candelabro, el original que sirve de modelo a la imitación,[5] ilumina de una sola parte, de la que mira hacia Dios, a no dudarlo. En efecto, siendo el séptimo e intermedio entre los seis brazos, divididos éstos en dos grupos de tres, que lo escoltan de uno y otro lado, envía sus rayos hacia el Que Es, seguro de que su resplandor es demasiado brillante para que una vista mortal pueda fijarse en él.[6]

[5] Ex. XXV, 37 y 40. El candelabro original es el que fue mostrado por Dios a Moisés en el monte Sinaí; la copia, el construido para el tabernáculo.

[6] Ex. XXV, 32 a 37.

9. III. Tal es la causa por la que no dice que Sara no da a luz, sino solo que no da a luz para determinada persona. Es que no somos aptos para recibir hijos de la virtud si antes no nos unimos íntimamente con su criada. Y la criada de la sabiduría es la cultura general[7] que se adquiere mediante los estudios preliminares.

[7] Ver Interpretación alegórica III, nota 85.

10. En efecto, así como en las casas hay puertas exteriores antes de las puertas de las habitaciones, y en las ciudades, suburbios que atravesar para llegar al interior de ellas, así también delante de la virtud están los estudios; de la cultura general, los que son un camino que conduce a. ella.

11. Ahora bien, debemos tener presente que a grandes temas: corresponden también grandes introducciones. Y no hay tema más grande que el de la virtud, como que toca al más grande de los asuntos: la vida toda del hombre. Natural es, pues, que tenga a su servicio no breves introducciones sino la gramática,. la geometría, la astronomía, la retórica, la música y todas las otras ramas del estudio racional, de las cuales es símbolo Agar, la criada de Sara, como vamos a demostrar.

12. Leemos, en efecto, que "Sara dijo a Abraham: 'Mira, el Señor me ha cerrado para que no dé a luz, entra en mi criada para que engendres hijos de ella'." Hemos de descartar en el presente asunto las uniones o contactos corporales que tienen por fin el placer. Se trata de una unión de la inteligencia con la virtud, por el deseo de aquélla de tener hijos. Sí esto no es posible enseguida, se le enseña a tomar por esposa a la criada de la virtud, es decir, a la instrucción intermedia.

13. IV. Digna de profunda admiración es la discreción de la sabiduría, la que no creyó conveniente echamos en cara nuestra lentitud para engendrar o nuestra total esterilidad, aunque, según el verdadero sentido-del oráculo, era nuestra incapacidad y no una aversión suya lo que le impedía dar a luz. Por eso dice: "El Señor me ha cerrado para que no dé a luz" y no agrega luego: "para vosotros". Es que no quiere que se piense que reconviene y reprocha a otros su desdicha.

14. "Entra", dice entonces, "en mi criada", vale decir, en la instrucción intermedia que brindan las ciencias intermedias y generales, "para que engendres hijos de ella" primeramente; pues

así, luego serás capaz de alcanzar provecho de tu unión. con la señora para la generación de hijos de noble cuna.

15. En efecto, la gramática, al enseñamos a conocer las obras de los poetas y prosistas, desarrollará nuestro discernimiento y riqueza de conocimientos, y nos enseñará a despreciar las fantasías que forjan por vanidad nuestras vacías opiniones, ya que nos mostrará las calamidades que es fama sobrevinieron a los héroes y semidioses celebrados por aquéllos.

16. La música comunicará encanto con sus ritmos a lo que carece de ritmo, con su armonía a lo inarmónico, con su melodía a lo no melodioso y desentonado; y así, convertirá lo desacorde en acorde. La geometría, por su parte, sembrará en el alma amante del saber las simientes de la igualdad y la proporción y con la finura de su coherente indagación engendrará el celo por la justicia.

17. La retórica, a su vez, aguzando a la inteligencia para la observación y ejercitando y combinando el pensamiento para la expresión, hará del hombre un verdadero experto en pensamientos y palabras, pues a su cargo está este don, que con carácter de peculiar y exclusivo nos ha dado la naturaleza, negándoselo a toda otra creatura viviente.

18. En cuanto a la dialéctica, la hermana y gemela de la retórica, al decir de algunos; distinguiendo los argumentos verdaderos de los falsos y refutando las apariencias de verdad de los sofismas, remediará esa gran enfermedad del alma que es el engaño. Provechoso, pues, es familiarizarse y ejercitarse con estos y otros estudios preliminares semejantes. En efecto, tal vez, como a muchos les ha sucedido, será a través de los estudios vasallos como habremos de familiarizamos con las reales virtudes.

19. ¿No ves cómo también nuestro cuerpo primero, durante la infancia, se nutre con alimentos simples y a base de leche, y .sólo más tarde lo hace con alimentos sólidos y costosos? Pues de la misma manera considera que los estudios de la cultura .general y el saber correspondiente a cada uno de ellos ponen al alcance del alma los alimentos de la infancia; y que las virtudes constituyen los alimentos más perfectos y los apropiados para los hombres de verdad.

20. V. Los primeros caracteres de la instrucción intermedia son representados mediante dos símbolos, el uno la raza, el otro el nombre. La raza es egipcia; el nombre, Agar, que significa "residencia transitoria".[8] Y así es, el consagrado a los estudios de la cultura general y amigo del saber múltiple está ligado al terrestre y egipcio cuerpo puesto que hace uso de los ojos para ver y leer, de los oídos para escuchar y oír, y de los otros sentidos para poner al descubierto cada una de las cosas sensibles.
[8] Ver Interpretación alegórica III, 244.

21. Está en la naturaleza de las cosas, en efecto, el que lo juzgado no puede ser aprehendido si no hay quien juzgue; y en el caso de las cosas sensibles quien juzga es la sensibilidad; de modo que sin ella no sería posible un prolijo conocimiento de lo concerniente al mundo sensible, sobre lo que versa la mayor parte de la filosofía. La sensibilidad, por otra parte, es la sección del alma más afín al cuerpo y está adherida con profundas raíces a este recipiente del alma, al que simbólicamente se ha denominado Egipto.

22. Este es uno de los caracteres que corresponden a la sierva de la virtud: el de la raza. Averigüemos cuál es el otro, es decir, el del nombre. Ocurre que la condición de la educación general es la de una "residencia transitoria". La ciencia, la sabiduría y las virtudes todas son

indígenas, autóctonas, ciudadanas de verdad y esta condición es exclusiva de ellas; las otras enseñanzas, que alcanzan el segundo, tercero o último galardón, ocupan un lugar "intermedio" entre los extranjeros y los ciudadanos, ya que no pertenecen ni a una ni a otra raza definida y, en cambio, tienen algo de común con una y otra.

23. Un residente transitorio, en efecto, por el hecho de permanecer en la ciudad está a la par de los ciudadanos, y por no vivir en su lugar natal se iguala con los extranjeros. De la misma manera, pienso yo, los hijos adoptivos igualan a los legítimos en cuanto a que son herederos de sus padres adoptivos; pero están a la par de los ajenos en cuanto a que no han sido engendrados por ellos. La misma relación, pues, que media entre la señora y la criada, o entre la esposa legítima y la concubina, media también entre Sara, la virtud, y Agar, la instrucción. De modo que es natural que Sara, la virtud, pueda llegar a ser la esposa del ansioso de estudiar y conocer llamado Abraham; y que Agar, la cultura general toda, sea la concubina.

24. Aquel pues, que alcanza la sabiduría mediante la instrucción no puede rechazar a Agar, pues muy necesaria es la adquisición de los estudios preliminares; [VI] mas si alguien, decidido a perseverar hasta el fin en las luchas por la virtud, se aplica a continuas ejercitaciones sin desfallecer en sus prácticas, tomará dos esposas legítimas y dos concubinas, criadas éstas de las legítimas esposas.[9]

[9] El simbolismo de las esposas y concubinas de Jacob (Gen. XXIX y XXX) es el tema de los parágrafos 24 a 33. En esta ocasión el enfoque de Filón sobre Raquel y Lía se aparta de su interpretación al respecto en otros pasajes.

25. A cada una de ellas le corresponde una naturaleza y un aspecto diferentes. Así, una de las esposas legítimas es un movimiento saludable, equilibrado y pacífico en sumo grado, y en razón de sus antecedentes Moisés la llama Lía.[10] La otra se asemeja a una piedra de afilar, y, afilándose en ella la inteligencia amante de la lucha y la ejercitación adquiere agudeza. Su nombre es Raquel, que quiere decir "visión de profanación", no porque su visión sea profana sino, por el contrario, porque ella considera que las cosas visibles y sensibles no son sagradas sino profanas comparadas con la pura naturaleza de las cosas invisibles e intelectuales.

[10] *Léia* = Lía, es idéntico al femenino de *léios* = suave, liso.

26. Hallándose nuestra alma dividida en dos partes: la racional y la irracional, sucede que a cada una de ellas le corresponde una virtud; Lía a la parte racional y Raquel a la irracional.

27. Raquel nos ejercita a través de los sentidos y de todas las partes de la porción irracional para que despreciemos todo aquello que no merece consideración, como la fama, la riqueza y el placer, que la grande turba de los hombres incultos juzga admirables y apetecibles, guiada por el veredicto de los deshonestos oídos y del igualmente deshonesto tribunal de los otros sentidos.

28. La otra nos enseña a evitar el escabroso y áspero camino, intransitable para las almas amantes de la virtud, y a marchar "suavemente" a través de la amplia recta sin tropiezos ni resbalones.

29. Necesariamente, entonces, será criada de Lía la facultad de expresarse a través de los órganos del habla y la racional búsqueda de sutiles argumentos cuya diestra fuerza persuasiva es vehículo de engaño;[11] y serán criadas de Raquel los necesarios medios de subsistencia que son la comida y la bebida.

[11] Sorprende que esta facultad de expresarse, al servicio de quien busca la virtud o perfección,

según lo dicho en el parágrafo 33, sea vehículo de engaño precisamente. Posiblemente se trate de una corrupción o laguna en el texto, y Filón haya querido decir todo lo contrario.

30. Moisés ha dado los nombres de estas dos criadas; Zelfa y Bala.[12] "Zelfa" quiere decir "boca andante", y es símbolo de la capacidad para expresar el pensamiento y exponer su desarrollo.[13] "Bala" significa "deglución" y simboliza el primero y más necesario sostén de los vivientes perecederos, pues nuestros cuerpos echan anclas en la deglución y las amarras de la vida hallándose sujetas a ella como a su base.

[12] Gen. XXX, 3 y 9.

[13] La expresión del pensamiento (*hermenéia*) corresponde a la "boca", y la exposición de su desarrollo a "andante".

31. Con todas las mencionadas facultades convive el ejercitante; con unas a título de esposas legítimas y de libre condición, con las otras en calidad de siervas y concubinas. Aspira a poseer a Lía, es decir, el suave movimiento capaz de producir salud si se da en el cuerpo; y nobleza y Justicia si sobreviene en el alma. Ama a Raquel cuando combate contra las pasiones y se prepara para alcanzar el dominio de sí mismo y toma posiciones para enfrentar a todas las cosas sensibles.

32. Dos son, en efecto, las formas de la ayuda. La que nos proporciona el goce de bienes, y la que enfrenta y aniquila los males; la primera pacífica, la segunda combativa. Así, es por conducto de Lía como llegamos a recoger los frutos más elevados y dominantes; y a través de Raquel como obtenemos los que podríamos llamar despojos de guerra. Tal es la convivencia con las esposas legítimas.

33. Pero el que se ejercita ha menester también de Bala, la deglución, aunque en calidad de sierva; ya que sin alimentos y vida tampoco vivir bien le sería posible,[14] pues los bienes intermedios son el fundamento de los superiores. Y necesita de Zelfa, es decir, la palabra que expone el curso de un pensamiento, a fin de que el elemento racional y elocutivo [15] pueda contribuir de dos maneras a su perfección: mediante la fuente de pensamiento que es la inteligencia y mediante el fluir de los mismos a través del órgano de la expresión.

[14] Es decir, sin la base de la vida natural o vegetativa, resultado de la alimentación, no es posible la vida vivida como se debe.

[15] El término *logikós* encierra ambas connotaciones: la relativa al pensamiento y la relativa a la palabra, de acuerdo con su derivación de *lógos*.

34. VII. Ahora bien, Abraham y Jacob, como lo revelan las sagradas escrituras, fueron hombres de varias mujeres, no sólo legítimas sino también concubinas. En cambio, Isaac no tuvo ni varias mujeres ni concubina alguna absolutamente. Sólo su esposa legítima cohabitó con él durante toda su vida.

35. ¿Por qué? Pues, porque la virtud adquirida mediante la enseñanza, virtud que procura alcanzar Abraham, ha menester de más de un orden de conocimientos legítimos, vinculados a la sabiduría, y de los bastardos, que son los preliminares de la cultura general Y otro tanto ocurre con la virtud perfeccionada mediante la ejercitación, en torno de la cual han girado, evidentemente, los esfuerzos de Jacob. Varias y diferentes, en efecto, son las verdades mediante las cuales tienen lugar esas prácticas; verdades que guían y que siguen, que se adelantan al encuentro y que se quedan a la zaga, que involucran ora menores ora mayores trabajos.

36. En cambio, la estirpe de los que se instruyen por sí mismos, a la que pertenece Isaac, vale decir, la alegría, que es la mejor de las buenas experiencias, ha sido dotada de una naturaleza simple, sin mezcla y pura, y no ha menester ni de ejercitación ni de enseñanza, condiciones éstas en las que se necesitan no solo formas legítimas sino también formas concubinas de conocimiento. No es posible, en efecto, que al derramar Dios desde lo alto del cielo la lluvia del bien que se aprende y enseña por sí mismo, aquél conviva ya con siervas y concubinas artes, movido por el deseo de tener por hijos opiniones bastardas.

37 El que ha alcanzado tal premio es registrado como esposo de la real y soberana virtud (cuyo nombre es en griego "perseverancia", en hebreo Rebeca), ya que quien ha obtenido la sabiduría sin esfuerzo ni contratiempo, merced a una naturaleza felizmente dotada y un alma prolífica en el bien nada busca de lo que lleva al mejoramiento.

38. Tiene, en efecto, sin inconvenientes los dones de Dios en grado perfecto, infundidos en él en virtud de las más altas gracias de Dios, pero desea y suplica que éstos perduren. Por ello, pienso yo, el Benefactor le ha dado a la perseverancia como esposa, para que Sus gracias se perpetúen en el que las ha recibido.

39. VIII. La reminiscencia ocupa el segundo lugar luego de la memoria y el que tiene reminiscencias es segundo con respecto al que recuerda. Éste es comparable al que goza de permanente buena salud; aquél, al que se recobra de una dolencia. El olvido, en efecto, es una enfermedad de la memoria.

40. Por fuerza el que tiene reminiscencias ha olvidado lo que antes recordaba. Así pues, la sagrada palabra llama a la memoria Efraín, nombre que interpretado significa "fructificación"; y los hebreos llaman Manases, es decir, "fuera del olvido" a la reminiscencia.

41. Es que, realmente, el alma del que recuerda "lleva los frutos" [16] de lo que ha aprendido sin desprenderse de nada; en tanto que el alma que evoca sale "fuera del olvido" en el que estaba encerrado antes de la reminiscencia. El hombre de memoria convive con una esposa legítima, es decir, con la memoria; en tanto que el que olvida cohabita con una concubina, es decir, con la reminiscencia; siria de nación, jactanciosa y rebelde, como que "siria" significa "soberbia".
[16] *Karpophoreín* = llevar o producir frutos, correspondiente al sustantivo *karpophoría* = fructificación, o producción de frutos. Sobre la oposición Efrain-Manases, es decir, memoria-reminiscencia, ver Interpretación. alegórica III, 90 a 93, Sobre la sobriedad 27 y 28 y Sobre la migración de Abraham 205 y 206.

42. De esta concubina, la reminiscencia, es hijo Maquir, según lo llaman los hebreos, o "del padre" en lengua griega. Es que quienes evocan algo olvidado creen que la causa de su reminiscencia es el "padre", es decir, la inteligencia; y no razonan que la misma inteligencia ha contenido también alguna vez el olvido, pues no cabría tal reminiscencia si el recuerdo hubiera seguido presente en ella.

43. Leemos, en efecto, que "Fueron hijos de Manases aquellos que engendró para él la concubina siria, [entre ellos] Maquir; y Maquir, a su vez, engendró a Calad". (Gen. XLVI, 20.)
Asimismo Najor, el hermano de Abraham, tiene dos mujeres, la legítima y la concubina. La legítima llámase Melca; la concubina. Ruma.[17]
[17] Gen. XXII, 23 y 24.

44. Mas no es una historia genealógica lo que registran en este caso los relatos del sabio legislador; nadie que piense equilibradamente puede suponer tal cosa. Se trata de una explicación a través de símbolos de cosas que pueden ser útiles al alma; y si traducimos los nombres a nuestra lengua, comprobaremos la verdad de este aserto. Indaguemos, pues, sobre cada uno.

45. IX. "Najor" significa "reposo de la luz"; "Melca" quiere decir "reina", y "Ruma", "visión de algo". Ahora bien, el tener luz en la inteligencia es un bien; pero en reposo, quietud e inmovilidad, es bien no perfecto, pues, si es provechoso que las cosas malas se hallen en reposo, es conveniente que las buenas se hallen en movimiento.

46. Porque, ¿qué ventaja se sigue de que quien posee hermosa voz calle, o de que el flautista no toque la flauta, de que el citarista no taña la cítara, y en general, de que un hombre hábil en algo no ponga en práctica su arte? La teoría sola sin la práctica para nada sirve al que la conoce. Puede uno saber cómo se combate en el pancracio, el pugilato o la lucha libre, mas, si se ata las manos a las espaldas, de nada le servirá su preparación atlética. Y lo mismo ocurre con el que ha aprendido los secretos del correr, si padeciere de gota o de alguna otra dolencia de las piernas.

47. No obstante eso, el saber es la suprema luz del alma, puesto que, así como los ojos son intensamente alumbrados por los rayos solares, la inteligencia lo es por la sabiduría e, impregnada de siempre renovados conocimientos, se acostumbra a ver con más clara penetración cada vez.

48. Con razón el nombre de Najor significa "reposo de la luz", pues, como es pariente del sabio Abraham, le ha cabido una parte de la luz de la sabiduría; mas, como no ha acompañado a aquél en su jornada desde lo creado hacia el Increado, y desde el mundo hacia el Forjador del mundo, el conocimiento que ha adquirido es defectuoso e incompleto, en reposo y estancado, o más bien rígido como una estatua sin vida.

49. No emigra del país caldeo, vale decir, no se libera del estudio de la astrología; y estima en más lo creado que a su Creador, en más al mundo que a Dios; o, más bien, considera que el mundo mismo es un Dios con poderes absolutos, y no la obra del omnipotente Dios.

50. X. Se casa, empero, con Melca, es decir, con una reina, mas no una soberana de hombres o estados, sino una que lleva el calificativo de reina solamente. En efecto, así como no estaría desacertado quien llamara rey de las cosas sensibles al cielo, puesto que es la más excelsa de las cosas creadas, así tampoco está fuera de lugar llamar reina de las ciencias a la que versa sobre ese mismo cielo, ciencia que los astrólogos y en especial los caldeos cultivan.

51. Melca es, pues, su mujer legítima; y su concubina es la que ve una sola de las cosas existentes, aun tratándose de la más insignificante de todas.[18] Así pues, el ver lo mejor, es decir, al Que realmente Es, ha correspondido a la mejor de las razas, Israel, cuyo nombre significa precisamente "el que ve a Dios"; al que aspira al segundo galardón le ha correspondido el ver lo segundo en calidad: el cielo sensible y el armonioso orden y verdaderamente musical coro de los astros que en él hay.
[18] Recuérdese que su nombre, "Ruma", significa, según el parágrafo 45, "visión de algo".

52. En el tercer lugar están los escépticos, los que no se aplican a las cosas mejores de la naturaleza, sensibles o aprehensibles por la inteligencia, sino pierden su tiempo en sutilezas y

sofismas sobre cosas sin trascendencia. Con éstos cohabita Ruma, la concubina que "ve algo" aunque fuere lo más pequeño, pues se trata de hombres incapaces de abocarse a una investigación sobre las cosas superiores, de las que podrían sacar provecho para sus vidas.

53. Así como, en el caso de la medicina, la llamada curación por palabras está muy lejos de prestar alguna utilidad a los pacientes, ya que las enfermedades se curan con drogas, intervenciones quirúrgicas y dietas, y no con palabras; así también en el caso de la filosofía, algunos son nada más que traficantes y cazadores de palabras que ni quieren ni intentan curar su vida saturada de dolencias y no se avergüenzan de pasárselas en disputas sobre opiniones y sobre sílabas, desde su más temprana edad hasta la extrema vejez, como si la felicidad residiese en la inútil e interminable prolijidad respecto de verbos y nombres, y no en establecer sobre una mejor base el carácter que es la fuente de la vida humana, mediante el destierro de los vicios de sus límites y el afincamiento de las virtudes en ella.

54. XI. Otros que toman como concubinas las opiniones y doctrinas son los hombres ruines. Por ejemplo, Moisés dice que Tamma, la concubina de Elifaz, el hijo de Esaú, dio a luz para él a Amalee.[19] ¡Oh, cuan claramente se advierte la bajeza de origen del descendiente! Podrás verlo a poco que descartes el pensamiento de que lo dicho se refiere a hombres, y pongas atención en el alma, como si la estudiaras anatómicamente.
[19] Gen. XXXVI, 12.

55. Moisés llama Amalee al irracional y desmedido impulso de la pasión, pues "Amalee" traducido significa "pueblo devorador". Y en efecto, así como la fuerza del fuego consume la materia que tiene a su alcance, del mismo modo la pasión, al arder, "devora" y destroza cuanto halla a su paso.

56. De dicha pasión es declarado padre Elifaz con razón, pues su nombre significa "Dios me ha dispersado". ¿Y no es cierto, acaso, que, cuando Dios aparta, "dispersa" y arroja con desprecio lejos de Sí al alma, al punto nace la irracional pasión? Porque al alma que realmente Lo ama, alma que tiene la visión de Él, Dios la planta como a un sarmiento de noble estirpe, enraizándola para que se perpetúe, y le proporciona fertilidad para que adquiera las virtudes y goce de ellas.

57. Por ello Moisés suplica de esta manera: "Condúcelos y plántalos" (Ex. XV, 17), para que los Divinos vástagos crezcan no efímeros sino longevos e inmortales. AI alma injusta y atea, en cambio, la destierra Dios lejos de Sí y la dispersa hacia la región de las concupiscencias e iniquidades. Este lugar es llamado con todo acierto el lugar de los impíos, mas no se trata del mítico Hades.[20] El verdadero Hades no es otra cosa que la vida del malvado, vida que no deja impune los delitos, vida de remordimientos y blanco de todas las maldiciones.
[20] Hades o mansión de Hades, lugares subterráneos donde, según la mitología griega, residían las almas de los muertos. Ver Sobre la herencia de las cosas Divinas, nota 26.

58. XII. En otro lugar se registra como en una estela también este texto: "Cuando el Altísimo dividió a las naciones, cuando dispersó a los hijos de Adán" (Deut. XXXII, 8); es decir, cuando arrojó a todos los terrestres modos de pensar carentes de todo interés por ver bien celestial alguno: e hizo de ellos seres sin hogar, sin ciudad y dispersos de verdad. Ninguno de los hombres ruines, en efecto, ha conservado su morada, su ciudad ni otro vínculo de ninguna clase; por el contrario, todos ellos están dispersos, sin lugar donde afincarse, errantes por todas partes, emigrando siempre y sin poder echar raíces en lugar alguno.

59. En suma, que al hombre ruin la mujer legítima le proporciona vicios; y la concubina, pasiones, porque el alma en su totalidad [21] es, podríamos decir, la legítima compañera de vida de la razón; y, si se trata de un alma culpable, engendra. vicios; en tanto que la naturaleza del cuerpo es su concubina, y a través de ella observamos que se genera la pasión, pues. el cuerpo es la zona de los placeres y las concupiscencias.
[21] Es decir, incluida la parte irracional. Ver Sobre la herencia de las cosas Divinas 55.

60. Esta concubina se llama Tamna, nombre que traducido' significa "debilitamiento agitado". El alma, en efecto, se "debilita" y torna impotente a causa de la pasión, al recibir del cuerpo la gran "agitación" y el oleaje provocado por la terrible tormenta que estalla como consecuencia de una desmedida apetencia-

61. El progenitor de todas estas porciones mencionadas, cabeza, podríamos decir, de todo ser viviente, es Esaú, cuyo nombre se interpreta ora como "roble" ora como "cosa ficticia".[22] Es un "roble" por cuanto es indoblegable, inflexible,[23] insubordinado e indócil por naturaleza y tiene por consejera a la locura; vale decir, es verdaderamente de roble. Es, además,. una "cosa ficticia" en la medida en que la vida junto a la insensatez es ficción y fábula, y además está llena del vano énfasis de la tragedia y de la burda chanza de la comedia; nada tiene-de saludable, forja mentiras y arroja lejos la verdad, sin interesarse por la naturaleza ajena a las cualidades,[24] sin formas y no modelada; naturaleza que ama el ejercitante.
[22] El vocablo *póiema* está empleado aquí en el sentido de creación de la fantasía u obra de ficción, es decir, obra literaria, y asociado con plasma = ficción, y con *mythos* = fábula, mito, los que, según Filón, proporcionan tema a la comedia y a la tragedia, respectivamente.
[23] Ante las buenas influencias.
[24] Otro intraducible juego de palabras: *póiema* y *ápcrios* = sin cualidades

62. Moisés, en efecto, lo atestigua al decir que "Jacob era un hombre sencillo[25] y habitaba una casa".[26] (Gen. XXV, 27.) Así pues, Esaú, el opuesto a éste, resulta ser hombre sin casa y amigo de la ficción, de la invención y de las locuras míticas, o, más bien, es él mismo un drama teatral y una fábula.
[25] "Sencillo" es una de las acepciones figuradas de aplastas (a + plástos) = no modelado, informe, adjetivo que expresa la idea opuesta a la del ya citado sustantivo plasma = obra modelada o plasmada, ficción. Filón juega con estos sentidos, y de ese modo logra que el texto bíblico avale su interpretación sobre la afinidad del hombre virtuoso, en este caso personificado en Jacob, con lo incorpóreo y no cualitativo, y sobre su oposición respecto de la ficción encarnada en Esaú.
[26] Ver Interpretación alegórica III, 2; y Sobre la obra de Noé como plantador 44.

63. XIII. Queda dicho, en la medida de lo posible, lo relativo a la convivencia de la razón amante de la contemplación con las facultades legítimas y concubinas. Hemos continuar la trama de nuestro razonamiento examinando lo que sigue. "Abraham", dice Moisés, "escuchó la voz de Sara". (Gen. XVI, 2.) Forzoso es, en efecto, que el que aprende obedezca los mandatos de la virtud.

64. Mas no todos obedecen; sólo lo hacen aquellos que se hallan impregnados de un intenso amor hacia el saber. Casi no pasa día, en efecto, sin que los auditorios y teatros se llenen, y los que cultivan la filosofía discurren en ellos sin respiro anudando sus argumentos acerca de la virtud.

65. Mas, ¿qué provecho resulta de lo que dicen? En vez de prestarles atención, todos se

distraen con otras cosas, con el pensamiento puesto unos en viajes y negocios, otros en rentas y cultivos, otros en distinciones y asuntos públicos, otros en las ganancias que procuran cada una de sus habilidades y ocupaciones, otros en la venganza contra enemigos, otros en los goces de sus deseos eróticos; en suma, unos en unas cosas y otros en otras. El resultado es que, respecto de lo que se está demostrando, ningún caso hacen, estando presentes sólo de cuerpo, mas ausentes con las inteligencias, tal como si fueran imágenes o estatuas.

66. Y, si algunos prestan atención, es sólo durante el tiempo en que permanecen sentados; y, en retirándose, se olvidan de todo lo dicho. El objeto de su presencia ha sido más el deleitarse oyendo que el sacar provecho; y así, el alma de éstos es incapaz de concebir o engendrar nada; y, cuando cesa el motivo que provoca su placer, se extingue también su atención.

67. En tercer lugar están aquellos que conservan como una resonancia de lo que se ha dicho, pero demuestran que son más sofistas que filósofos. Las palabras de éstos son loables mas su vida es reprensible. Tienen aptitudes para hablar sobre lo mejor, pero son incapaces de practicarlo.

68. Difícil es, pues, hallar alguien que atienda, recuerde y prefiera el obrar al hablar; actitudes éstas que son testimoniadas en el caso del amante del aprender, en las palabras "Escuchó la voz de Sara"; pues no nos es presentado simplemente como oyendo sino como "escuchando",[27] término que con toda exactitud expresa asentimiento y obediencia.
[27] El verbo *hypakóuein*, aquí empleado, significa oír con. muestras de acatamiento, con atención, y también obedecer, acatar.

69. Y no está desacertado el agregar que lo que escuchó fue "la voz de Sara" y no "a Sara hablando"; porque es propio del que aprende [28] el escuchar la voz y las palabras pues sólo por ellas es enseñado; en tanto que el que adquiere el conocimiento mediante la ejercitación y no mediante la enseñanza, atiende no a lo que se dice sino a quienes lo dicen, y va imitando la vida de éstos en sus sucesivas acciones irreprochables.
[28] O del que adquiere la virtud mediante el aprendizaje o la instrucción, personificado en Abraham, por oposición a Jacob, que la adquiere con la-práctica o ejercitación, y a Isaac, depositario de lo que podríamos llamar ciencia o virtud infusa.

70. Así, leemos que, cuando Jacob fue enviado para tomar mujer de su familia, "escuchó a su padre y a su madre y vino a la Mesopotamia". (Gen. XXVIII, 7.) Escuchó a ellos, no la voz ni las palabras de ellos, pues lo que el ejercitante debía hacer era imitar una vida, no escuchar palabras. Esto último es propio del que recibe enseñanzas, aquello lo es del que se ejercita. El pasaje tiene por fin enseñarnos a percibir la diferencia entre el que se ejercita y el que aprende, consistente en que éste tiene en cuenta lo que una persona dice, y aquél a la persona misma.

71. XIV. Dice, pues, el legislador que "diez años después de habitar Abraham en la tierra de Canaán, Sara, su mujer, tomó a Agar, la egipcia, su criada, y la dio a su esposo Abraham por esposa". (Gen. XVI, 3.) Dañino, agrio y mal intencionado por naturaleza es el vicio; suave, solidaria y bien dispuesta, la virtud, deseosa de ayudar de cualquier manera a los de buen natural o por sí misma o por medio de otros.

72. En el presente caso, por ejemplo, en vista de que aún somos incapaces de engendrar por la sabiduría, nos entrega en matrimonio a su criada, que, como he dicho, es la instrucción acerca de la cultura general. Y hasta podemos decir que no tiene inconvenientes en oficiar de

intermediaria y en llevar a la prometida ante su futuro esposo; como que ella misma, se nos dice, toma a Agar y la entrega como mujer a su esposo.

73. Provechoso será que consideremos por qué también ahora una vez más dice que Sara es la esposa de Abraham, no obstante haberlo recordado antes muchas veces. Porque Moisés no es de los dados a esa pobrísima especie de prolijidad que es el repetir sin motivo lo ya dicho. ¿Qué hemos de decir, pues? Diremos que Abraham, cuando se apresta a tomar por esposa a la criada de la sabiduría, es decir, la instrucción acerca de la cultura general, no olvida. Moisés lo dice, la fe debida a la señora de ésta; antes, sabe que aquélla es su esposa por ley y personal elección, en tanto que ésta lo es por necesidad y por la fuerza de las circunstancias. Tal es lo que ocurre con todo amante del aprender, v ningún testimonio más verídico al respecto que la propia experiencia.

74. Por ejemplo, cuando por primera vez me sentí yo estimulado por los aguijones de la filosofía a desearla ardientemente, me entregué, completamente joven aún, a una de las criadas de ella, la gramática; y cuanto de ella engendré: la escritura, la lectura, el estudio de los poetas, lo dediqué a su señora.

75. Luego cohabité también con otra de las criadas, la geometría, de cuya belleza sentíame prendado, pues en toda ella estaban presentes la simetría y la proporción; y ninguno de los hijos habidos de ella tomé para mí sino los llevé como presentes a la esposa legítima.

76. Y nuevamente me apresuré a buscar la compañía de una tercera, plena de ritmo, armonía y melodía, llamada música; y engendré de ella melodías diatónicas, cromáticas y enarmónicas, conjuntas y disjuntas, conformes con la consonancia de cuarto, quinto y octavo intervalo.[29] Y nuevamente me abstuve de guardar para mí ninguno de ellos, pues quería ver a mi mujer legítima enriquecida y servida por una multitud de servidores.
[29] Compárese con Interpretación alegórica III, 122; Sobre la posteridad de Caín 104, y Sobre la agricultura 127.

77. Porque algunos, seducidos por los encantos de las criadas, han desechado a la señora, es decir, la filosofía, y han envejecido entregados a la poesía unos, a la geometría otros, a las combinaciones de matices musicales otros, y a otras innumerables cosas otros, incapaces de remontarse hacia la esposa legítima.

78. Cada una de estas artes posee, en efecto, sus encantos y poderes de atracción determinados, y no faltan quienes, seducidos por estos, permanecen con ellas y se olvidan de sus compromisos con la filosofía.[30] En cambio, aquel que se atiene fielmente a lo convenido, todo lo procura de todas partes con ánimo de complacer a ésta. Lógico es, pues, que la sagrada palabra, admirada de su fe, diga que Sara es la mujer de Abraham también en esta ocasión, cuando éste toma a la criada para complacer a aquélla.
[30] Ver Sobre la ebriedad 31.

79. Y por cierto que, así como los estudios generales contribuyen a la adquisición de la filosofía, así también la filosofía concurre a la adquisición de la sabiduría. La filosofía, en efecto, es la búsqueda de la sabiduría, y la sabiduría es el conocimiento de las cosas Divinas y humanas y de las causas de ellas. Viene a ser, pues, la filosofía la sierva de la sabiduría, así como la cultura general lo es de la filosofía.

80. La filosofía nos enseña el control del vientre, el control de las partes que están más abajo

de él y el control de la lengua. Estos controles considéranse apetecibles en sí mismos pero aparecerán como más elevados aún si son aplicados para honra y servicio de Dios. Preciso es, por eso, tener presente a la señora cuando nos disponemos a desposarnos con las criadas de ella. Y asignémonos el nombre de esposos de éstas, pero aquélla no se llame simplemente esposa nuestra, sino sea nuestra esposa verdadera.

81. XV. Agar es entregada a Abraham no inmediatamente después de su llegada a la tierra de Canaán sino después de residir diez años allí. Hemos de considerar cuidadosamente qué significa esto. En los primeros tiempos de nuestra venida al mundo el alma no lleva en su compañía sino las pasiones: penas, dolores, alarmas, deseos, placeres; los que a través de los sentidos llegan hasta ella, sin que su discernimiento pueda aún ver el bien y el mal, ni distinguir con precisión las cosas buenas de las malas, pues todavía dormita, con sus ojos cerrados como en un profundo sueño.

82. Pero con el transcurrir del tiempo, cuando ya salimos de la edad infantil y estamos por entrar en la adolescencia, de inmediato brotan de una única raíz dos tallos: la virtud y el vicio; y alcanzamos la aprehensión de ambos pero elegimos necesariamente uno u otro; los de buen natural, la virtud; los de condición contraria, el vicio.

83. Teniendo esto presente, debemos saber que Egipto es símbolo de las pasiones, y la tierra de Canaán, símbolo de los vicios. De modo que nada tiene de extraño que, habiendo sacado Moisés de Egipto al pueblo, lo conduzca a la región de los cananeos.

84. Porque el hombre, como he dicho, al entrar en la existencia recibe Egipto, es decir, la pasión, como residencia, quedando enraizado en los placeres y penas; pero luego emigra hacia una nueva residencia, el vicio, cuando ya su razón ha progresado hasta alcanzar una más aguda visión y aprehende ambas cosas, el bien y el mal, escogiendo lo peor a causa de lo mucho que hay de mortal en ella y de que el mal es propio de lo mortal en la medida en que el opuesto bien lo es de lo Divino.

85. XVI. Estas son las dos patrias por naturaleza: Egipto, la pasión, lo es de la edad infantil; Canaán, el vicio, lo es de la adolescencia. Mas el sagrado lógos, aunque conoce claramente las patrias de nuestra mortal raza, al señalamos lo que debemos hacer y lo que nos será provechoso, nos prescribe odiar las costumbres, los hábitos y las prácticas de dichas patrias. 86. Sus palabras son éstas: "Y habló el Señor a Moisés diciendo: 'Habla a los hijos de Israel y diles: Yo soy el Señor Dios vuestro. No procedáis de acuerdo con las prácticas de la tierra de Egipto, en la que habéis habitado. No procederéis tampoco de acuerdo con las prácticas de Canaán a la que Yo os he conducido al traeros acá. No marcharéis con sus costumbres. Os atendréis a Mis decisiones y guardaréis Mis mandamientos; marcharéis en ellos. Yo soy el Señor Dios vuestro. Y guardaréis todos Mis mandamientos v Mis decisiones. Eso haréis. El que lo hiciere vivirá en ellos. Yo soy el Señor Dios vuestro'." (Lev. XVIII, 1 a 5.)

87. Así pues, la verdadera vida es la del que marcha en las decisiones y mandamientos de Dios; de lo que se deduce que los actos de los ateos equivalen a la muerte. Dicho está ya cuáles son esos actos: no son otros que los de la pasión y los vicios, de los que nacen las multitudes de impíos y sacrílegos.

88. Después de diez años, pues, de nuestra emigración hacia la tierra de los cananeos tomaremos a Agar por mujer, puesto que, si bien tan pronto como llegamos a ser seres racionales, tomamos para nosotros la ignorancia y la indisciplina, dañosas por naturaleza;

tiempo después, en un número perfecto, el diez, llegamos a alcanzar el deseo de una legítima educación, capaz de procurarnos provecho.

89. XVII. La condición del número diez, examinada detalladamente en las escuelas de los músicos, ha sido celebrada de manera poco común por el santísimo Moisés, quien refiere a él las cosas más excelentes: los gobiernos, las primicias, las ofrendas permanentes de los sacerdotes, la observación de la pascua, la propiciación, la liberación y el retomo a las antiguas posesiones al cabo de cincuenta años, la construcción del indesarmable tabernáculo y otras innumerables cosas que sería largo recordar. Pero los ejemplos oportunos no debemos omitirlos.

90. Un caso es el de Noé, el primer hombre recordado como justo en las sagradas escrituras. Moisés lo presenta como el décimo descendiente del hombre modelado de tierra;[31] y no porque quiera mostrarnos el número de años sino para enseñamos claramente que, así como el diez es el perfectísimo límite de los números a partir de la unidad, del mismo modo la justicia es en el alma la perfección y verdadera cima [32] de las acciones de la vida.
[31] Ver Sobre la creación del mundo 134 y ss.
[32] O límite. Filón emplea el mismo término peras, usado para calificar al número diez; pero ahora lo emplea con una connotación no de simple límite o término, sino de logro o alcance de una meta, por lo que he preferido traducirlo por "cima".

91. Los oráculos, en efecto, dicen que el nueve, producto del tres multiplicado por sí mismo, es un número muy hostil: pero el diez, que se forma mediante la adición del uno a aquél, ese aprobado en ellos como un número amigo.

92. Señal de esto es que, cuando hubo estallado la guerra intestina y las cuatro pasiones se alistaron para el combate con los cinco sentidos, hallándose el alma toda, como si se tratara de una ciudad, en peligro de sufrir el saqueo y la ruina, Abraham, apareciendo como el décimo en el conflicto, entró en campana y destruyó los gobiernos de los nueve reyes.[33]
[33] Gen. XIV.

93. Abraham preparó la calma en sustitución de la tempestad, la salud en lugar de la enfermedad, y la vida, si podemos hablar así, en vez de la muerte, y fue declarado vencedor de los trofeos por Dios, el dador de la victoria, a quien en acción de gracias por el triunfo ofreció los diezmos.[34]
[34] Gen. XIV, 20. "Diezmos" o décimas partes, con lo que recalca Filón el papel decisivo del diez en los actos y cosas excelentes.

94. Además, de todo cuanto pasa "bajo la vara", me refiero a la vara de la disciplina,[35] es decir, de toda creatura dócil y domesticada, se separa la décima parte, la que se convierte en "santa" por disposición de la ley,[36] a fin de que aprendamos a través de muchos ejemplos que el diez está estrechamente relacionado con Dios, y que el nueve lo está con nuestra raza mortal.
[35] Ver Sobre la posteridad de Caín 97.
[36] Lev. XXVII, 32.

95. VXIII. Mas no sólo de los animales está prescripto ofrecer las décimas partes como primicias, sino también de cuanto brota de la tierra. "Toda décima parte de la tierra", dice la ley, "procedente de la semilla y del fruto de la madera es santa para el Señor; y toda décima parte de los bueyes y corderos, y todo lo décimo en el número, que pasare bajo la vara será

santo para el Señor". (Lev. XXVII, 30 a 32.)

96. Observa que el legislador considera que las primicias deben proceder de nuestra masa corpórea, la que es terrestre y de madera realmente; porque la vida, la subsistencia, el crecimiento y la .salud débelos ella a la gracia Divina. Observa, asimismo, que además se establece que esas primicias han de proceder también de los animales irracionales que hay en nosotros, vale decir, de los sentidos, cosa explicable, pues el ver, el oír, el oler, el gustar y el tocar son también dones Divinos, por los que debemos dar gracias.

97. Mas, no sólo se nos enseña a alabar al Benefactor por las leñosas [37] y terrestres masas del cuerpo, ni sólo por los irracionales animales que son nuestros sentidos; también hemos de hacerlo por la inteligencia, la que, hablando con propiedad, es el hombre dentro del hombre, lo mejor dentro de lo peor, lo inmortal dentro de lo perecedero.
[37] "Leñosas" o de madera, con lo que insiste Filón en que el pasaje interpretado alude simbólicamente a nuestro cuerpo o masa corpórea al mencionar el "fruto de la madera".

98. Por ello, creo yo, Dios santificó a todos los primogénitos y escogió a cambio de ellos la décima parte, me refiero a la tribu de los levitas,[38] para la vigilancia y conservación de la santidad, la piedad y los ritos que se ofrecen en honor de Él. Porque lo primero[39] y mejor que hay en nosotros es la razón, y corresponde que las primicias de su comprensión, de su penetración, de su capacidad de aprehensión, de su prudencia y de las otras cualidades que en ella se dan, las consagremos a Dios, que es quien le ha conferido la fertilidad en el discernir.
[38] Es decir, entre las diez tribus. Sobre la santificación de los primogénitos y su trueque por los levitas ver Núm. VIII, 5 a 18.
[39] "Primero", en griego protón, término que permite a Filón vincular la razón con los *protótoka* = primogénitos o primeros nacidos, y deducir que corresponde compensar o agradecer a Dios por ella mediante la ofrenda de la décima parte de sus beneficios, tal como por los primogénitos de Israel fue ofrecida la décima parte de la nación al ser consagrada la tribu de Leví.

99. Estas consideraciones fueron las que impulsaron al ejercitante a formular el siguiente voto: "De todo lo que me dieres, separaré la décima parte para Ti" (Gen. XXVIII, 22); y ellas explican el oráculo, conservado después de las bendiciones por la victoria que dirige Melquisedec, quien había alcanzado el sacerdocio sin ajena enseñanza, por propio aprendizaje. Dicho oráculo dice así: "Le dio la décima parte de todas las cosas" (Gen. XIV, 20), de las cosas de los sentidos el buen percibir, de las cosas del habla, el buen hablar, de las de la inteligencia, el buen pensar.

100. Con hermosura suma y, a la vez, de acuerdo con los hechos, Moisés nos dice bajo la forma de una aclaración incidental, al referirse a la consagración del memorial del Divino y celestial alimento en un jarrón de oro, que "el ómer era la décima parte de tres medidas". (Ex. XVI, 36.) En efecto, al parecer, nosotros contenemos tres medidas: sensibilidad, habla e inteligencia; la sensibilidad, que mide las cosas sensibles; el habla, que mide las diversas partes de lo que se dice; y la inteligencia, medida de las cosas intelectuales.

101. De cada una de estas medidas debemos ofrecer lo que podríamos calificar de una sagrada décima parte, para que el habla, la percepción sensible y la aprehensión intelectual puedan ser juzgadas como irreprochables y saludables de acuerdo con la medida de Dios. Porque esta es la verdadera y justa medida, en tanto que las nuestras son falsas e injustas.

102. XIX. Es razonable, pues, que también en lo que a los sacrificios se refiere, el décimo de la medida de la flor de harina haya de ser llevado con las víctimas al altar, en tanto que el número nueve, es decir, el resto del diez, permanece en nosotros.

103. También la perpetua oblación a cargo de los sacerdotes concuerda con lo anterior. Les está, en efecto, prescripto ofrecer la décima parte de un efá en flor de harina,[40] pues han aprendido ellos que deben desechar a la novena y sensible divinidad, que sólo lo es en apariencias, y adorar al Que Es décimo y verdaderamente único.
[40] Lev. VI, 13.

104. En efecto, al mundo le han cabido nueve partes, ocho en el cielo: una la de las estrellas fijas, y siete de las errantes, aun cuando el orden del movimiento es el mismo para todas; la novena es la tierra juntamente con el agua y el aire, ya que estos tres elementos constituyen una sola familia, difiriendo sólo en los cambios y transformaciones a que están sujetos.

105. Ahora bien, el común de la gente tributa honor a estas nueve partes y al mundo formado por ellas; el hombre perfecto, en cambio, honra al Que está por encima de las nueve, al Hacedor de todas ellas, Dios, que es el décimo; ya que, mirando más allá de toda Su obra anhela al Artífice mismo, y se esfuerza por convertirse en suplicante y servidor Suyo. Por eso el sacerdote ofrece perpetuamente una décima parte a Aquel que es décimo, único y eterno.

106. Este número es, hablando con toda precisión, la pascua del alma, es decir, del tránsito desde toda pasión [41] y toda cosa sensible hacia el ámbito intelectual y Divino del diez. Leemos, en efecto: "En el décimo día de este mes toma cada uno un cordero por cada casa" (Ex. XII, 3), de modo que a partir del décimo día sean consagradas a Aquel que es décimo las ofrendas conservadas en el alma que ha sido iluminada en dos de sus tres partes, hasta que toda ella a través de todas sus partes se convierta en una celestial claridad, como una luna llena, durante su crecimiento de la segunda semana, para que pueda no sólo conservar sino también ofrecer sus progresos como inocentes e irreprochables víctimas.[42]
[41] Ver Sobre la herencia de las cosas Divinas, nota 66.
[42] Filón asocia, correctamente como lo hizo ya en Sobre los sacrificios de Abel y Caín 112, el cordero (*próbaton.*) con el progresar (*probáinein*) moralmente. Ello y el hecho de que se tome el cordero en el décimo día, día en que la luna está en el segundo tercio de su marcha creciente, hacen que Filón interprete el simbolismo del pasaje en el sentido de que el alma, habiendo ya progresado hasta alcanzar la claridad de dos tercios del total, conserva e incrementa esos progresos en el camino hacia la plena claridad de sus tres partes, hasta que alcanza esa plenitud y entonces se ofrece ella misma a Dios.

107. También está presente el diez en la propiciación, pues ésta ha sido fijada para el décimo día del mes.[43] En ella el alma suplica a Dios, el décimo, y es instruida sobre la bajeza y nulidad de la confianza depositada en la sagacidad de la razón creada, y sobre las supremas y trascendentes excelencias del Increado en todo lo que es bueno. De ese modo, tórnase Él propicio, cosa que ocurre inmediatamente aun cuando no mediare súplica alguna, tratándose de quienes se afligen y humillan a sí mismos y no se envanecen impulsados por la jactancia y la presunción.
[43] Lev. XXIII, 27.

108. También hallamos al número diez en la "liberación"[44] (Lev. XXV, 9), es decir, en la perfecta libertad del alma que se desembaraza de su deambular sin rumbo y encuentra un nuevo puerto en la naturaleza no errante con lo que retorna a las heredades que le cupieron

cuando un vigoroso aliento palpitaba en ella y se ejercitaba en los trabajos en procura del bien como galardón. Entonces, en efecto, el sagrado lógos, admirado de sus esfuerzos, la honra otorgándole una especial recompensa, una inmortal herencia consistente en un lugar en el orden de lo imperecedero.
[44] El jubileo tenía lugar cada cincuenta años, no cada diez, pero, como acota Filón en 109, la proclamación se hacía el día diez del séptimo mes.

109. También hallamos el número diez en la súplica que eleva el sabio Abraham cuando está a punto de ser arrasado por el fuego la que lleva por nombre tierra de los sodomitas, pero, en realidad, no es otra cosa que un alma estéril para el bien y de razón ciega. Suplica para que, si la señal de la justicia, es decir, el diez, fuere hallada en ella, pueda alcanzar alguna remisión de pena.[45] Comienza, es cierto, su súplica desde el número cincuenta, el de la liberación, mas la termina en el diez, es decir, en el rescate completo.[46]
[45] Gen. XVIII, 32.
[46] Ver la nota 44.

110. XX. Por eso mismo, creo yo, Moisés, después de la elección de los jefes de mil, de cien y de cincuenta hombres, elige en último término capitanes con mando sobre diez,[47] para que la inteligencia, en caso de no poder mejorar a través de los órdenes[48] de más jerarquía, se purifique al menos a través de las últimas.
[47] Ex. XVIII, 25.
[48] Es decir, de las obras más elevadas o más meritorias.

111. Es también una hermosísima doctrina la que comprendió el siervo del amante del aprender cuando desempeñaba aquella admirable embajada en la que gestionó para el sabio instruido por sí mismo, la virtud más apropiada para él, la perseverancia,[49] pues de entre muchos, innumerables, recuerdos de su señor "toma diez cabellos", es decir, la reminiscencia del diez o, en otras palabras, de la recta instrucción.[50]
[49] Gen. XXIV, 10. La perseverancia, constancia o paciencia es Rebeca, la que es solicitada para esposa de su hijo Isaac por Abraham, quien confía la gestión a los buenos oficios de un siervo suyo.
[50] Acerca del cabello como símbolo de la memoria ver Sobre la posteridad de Caín, 148 y 149. Sobre el número diez como el número de la educación o disciplina ver Sobre los sacrificios de Abel y Caín 122.

112. Y toma además "de los bienes de aquél" no, evidentemente, plata ni oro ni ninguno de los bienes que se hallan en las materias perecederas, ya que Moisés jamás aplica la calificación de bienes a éstas; sino los bienes genuinos, los que son del alma solamente, bienes que escoge para las necesidades del viaje y para sus negocios; y que son la enseñanza, el progreso, la atención seria, el anhelo, el ardor, la inspiración, la profecía y el amor por el recto obrar.

113. Practicando y ejercitándose en tales cosas, cuando esté a punto de abandonar el mar, por así decir, y de echar anclas en un puerto, tomará dos aretes de una dracma de peso cada uno y dos brazaletes de oro de diez dracmas de peso para los brazos de aquella cuya mano negocia para su señor.[51] Verdaderamente magnífico adorno es que la cosa oída [52] sea una sola dracma, vale decir, una unidad no fraccionable y dotada de natural fuerza de atracción,[53] por cuanto a nadie resulta de provecho el que el oído se aplique a cosa alguna que no sea una única declaración: aquella que nos muestra las excelencias del único y solo Dios; y lo es, asimismo, el hecho de que las empresas que acometemos [54] sean de diez dracmas y de oro puesto que las

acciones conforme con la sabiduría se cimentan en números perfectos y cada una de ellas es más estimable que el oro.
[51] Gen. XXIV, 22.
[52] Simbolizada en cada arete.
53 Ver Sobre la migración de Abraham 202, para la explicación del juego de palabras entre *holké* y *holkos*.
[54] Simbolizadas en los brazaletes.

114. XXI. Las mismas condiciones se dan en el tributo de los príncipes, tributo escogido entre lo mejor que poseían, que aquéllos ofrendaron cuando el alma, preparada por su amor al saber, ofreció su dedicación con la apropiada solemnidad, agradeciendo a Dios, su maestro y guía. En efecto, es "un incensario de oro de diez dracmas de peso, lleno de incienso" (Núm, VII, 14, 20), lo que ofrece para que el único Sabio escoja los perfumes exhalados por la sabiduría y por cada una de las virtudes.

115. Y, cuando estos perfumes han sido juzgados gratos por El, Moisés eleva el himno de triunfo diciendo: "Percibió el Señor un olor de suave fragancia" (Gen. VIII, 21); donde "percibió" significa "aceptó", puesto que, no siendo Dios un ser como los hombres, no ha menester de narices ni de otra parte orgánica alguna.[55]
[55] Y, por lo tanto, no pueden percibir fragancias.

116. Y más adelante en su narración, nos dirá Moisés también que la Divina residencia, vale decir, el tabernáculo, consta de "diez cortinas".[56] Es que a la estructura de toda la sabiduría le ha correspondido el perfecto número diez, y la sabiduría es la corte [57] y el palacio del universal Monarca y único Soberano con poder ilimitado.
[56] Ex. XXVI, 1.
[57] Juego de palabras entre *auláiai* cortinas, y *aulé* = corte.

117. Esta residencia es la casa perceptible por la inteligencia; en tanto que el mundo es la casa perceptible por los sentidos, por lo que el legislador hizo que las cortinas fueran tejidas con materiales que simbolizaran los cuatro elementos. Están, en efecto, fabricadas con lino fino, de tela de color azul obscuro, de púrpura y de paño escarlata cuatro, como he dicho, en número. El lino es símbolo de la tierra pues de ella nace; el color azul obscuro lo es del aire pues éste es negro por naturaleza; la púrpura simboliza al agua, pues el medio de producir la tintura, el molusco del mismo nombre, procede del mar; y el color escarlata es símbolo del fuego pues se parece mucho a una llama.

118. Por otra parte, diez son las plagas y castigos con que el Guardián y Protector de todas las cosas amonesta al rebelde . Egipto cuando éste ha glorificado a la inteligencia que usurpa el lugar de Dios y le ha entregado el cetro y la diadema.

119. Del mismo modo, también promete Dios al sabio Abraham que ni una menos ni una más serán las naciones cuya ruina y destrucción completa llevará a cabo para entregar a sus descendientes la tierra de las víctimas.[58]
Así pues, en todos los casos considera Dios conveniente aplicar al número diez tanto para la aprobación como para la represión, así para el premio como para el castigo.
[58] Gen. XV, 18 a 20.

120. Pero, ¿para qué insistir en estos ejemplos, cuando diez son también en total los preceptos en que Moisés ha registrado la sagrada y Divina legislación? Dichos preceptos son las normas

generales que condensan todas las innumerables leyes particulares; son las raíces, los principios y las fuentes perennes de disposiciones que contienen mandatos y prohibiciones para beneficio de los que las siguen.

121. XXII. Es, por lo tanto, lógico que la unión con Agar tenga lugar diez años después de la llegada a la tierra de los cananeos; ya que no podemos pretender la instrucción correspondiente a la cultura general no bien alcanzamos el uso de razón, cuando aún nuestra inteligencia es tierna; sino una vez que, fortalecidos en la comprensión y en la sagacidad, contamos con un discernimiento ya no ligero y superficial sino firme y sólido.

122. Por ello en relación estrecha con lo anterior se nos dice a continuación que Abraham "entró en Agar" (Gen. XVI, 4). Correspondía, en efecto, que el que aprendía se uniera a la ciencia como a un maestro para ser instruido en las enseñanzas útiles para la naturaleza humana. En esta ocasión el discípulo es presentado marchando hacia la escuela, pero a menudo es la ciencia la que, desterrando de sí todo recelo, corre al encuentro de los discípulos bien dotados y los atrae hacia sí.

123. Por ejemplo, nos es dado ver a Lía, es decir, a la virtud, saliendo al encuentro del ejercitante y diciéndole, cuando regresaba éste del campo: "Hoy entrarás en mí" (Gen. XXX, 16). ¿Adonde, en efecto, habría de entrar el cuidador de las semillas y renuevos de la ciencia, como no fuera en la virtud, campo de su agrícola labor?

124. XXIII. Pero a veces ella pone a prueba a sus alumnos para determinar su celo y aplicación. En esos casos no sale al encuentro de ellos, sino, ocultando su rostro como Tamar, se sienta en una encrucijada ofreciendo el aspecto de una ramera ante los que pasan por el camino,[59] para que los espíritus ávidos de conocer puedan, en quitando el velo, sacar a la luz y contemplar su inviolada, sin mancha y verdaderamente virginal belleza, excelsa en su modestia y castidad.
59 Gen. XXXVIII, 14 y 15.

125. ¿Y quién es el investigador, el amante del saber, el que juzga que ninguna cosa velada debe dejar sin investigar? Pues, no puede ser otro que el supremo capitán y rey llamado Judá, que persevera y pone su dicha en confesar a Dios. Dice, en efecto, la escritura que "torció sus pasos hacia ella y le dijo: 'Déjame entrar en ti'" (Gen. XXVIII, 16); mas no con intención de forzarla; "déjame averiguar cuál es la fuerza oculta por ese velo y para qué ha sido preparada".

126. Y después de haber entrado en ella, "tomó"[60] (Gen. XXXVIlI, 18), leemos. Mas no se nos dice expresamente quién tomó. Lo que ocurre es que la ciencia toma para sí y cautiva al que la estudia y lo persuade para que sea su amante; y, a su vez, el que aprende, cuando ama el aprender, procede de la misma manera con la que enseña.
[60] El verbo *syllambánein* significa concebir, en el pasaje citado, pero Filón lo interpreta como tomar. En cuanto a la disyuntiva que plantea respecto de si el sujeto es Judá o Tamar, aunque gramaticalmente en el relato literal pueda ser uno u otra, por el sentido se desprende claramente que es Tamar.

127. A menudo, por otra parte, alguno de los que enseñan las ciencias intermedias, habiendo dado con un alumno bien dotado, se jacta de su enseñanza en la creencia de que él y nadie más es la causa del feliz aprendizaje de su alumno, y, lleno de vanidad y orgullo, se vanagloria y, frunciendo el entrecejo muy jactanciosamente, hace su propio elogio y pide altas

retribuciones a los que desean seguir sus lecciones. Y, si se da cuenta de que algunos, aunque sedientos de saber, carecen de recursos, les vuelve la espalda como si la sabiduría fuera un descubrimiento exclusivamente suyo.

128. A este caso alude lo de "tener en el vientre", vale decir, estar lleno de hinchazón y vanidad, revestido de un orgullo que sobrepasa toda medida; de todo lo cual resulta que algunos evidentemente deshonran a la señora de las ciencias intermedias, a la virtud, no obstante lo honorable que es ella de por sí.

129. Las almas, pues, que se preñan en compañía de la sabiduría dan a luz, aunque con trabajo, ya que ellas distinguen y separan lo confuso, tal como Rebeca, la que, habiendo recibido en su vientre el conocimiento de las dos naciones de la inteligencia, la virtud y el vicio, en un feliz parto distingue y separa la naturaleza de una de la naturaleza del otro.[61] En cambio, las que se preñan sin la sabiduría o abortan o engendran un disputador y sofista [62] que hiere con su arco [63] o es blanco de algún arquero.

[61] Gen. XXV, 23.

[62] Ver Sobre los querubines 9 y 10.

[63] Gen. XXI, 20.

130. Y esta diferencia es, sin duda, lógica. Unas almas, en efecto, entienden que ellas reciben en el vientre; otras, en cambio, piensan que "tienen" en el vientre, lo que constituye una muy grande diferencia. Las últimas, en la creencia de que "tienen", se atribuyen con énfasis la elección y el nacimiento; las primeras, en cambio, considerando normal el recibir, confiesan que nada propio poseen por sí mismas; y, aceptando las fecundantes simientes que las impregnan desde afuera y rindiendo su tributo de admiración al Dador, rechazan-el amor de sí mismas, el peor de los males, movidas por la piedad hacía Dios, el bien perfecto.

131. XXIV. De esa misma manera son sembradas también las simientes del arte de legislar entre los hombres. "Había un hombre de la tribu de Leví", leemos, "que tomó una de las hijas de Leví y la hizo su esposa. Ella recibió en su vientre y dio a luz un hijo varón. Y viendo su buena complexión lo ocultaron durante tres meses" (Ex. II, 1 y 2).

132. Este es Moisés, la inteligencia más pura, el verdaderamente selecto,[64] que recibió el arte de la legislación y la profecía con una sabiduría inspirada por Dios; que, siendo de la tribu de Leví por parte de padre y por parte de madre, entronca por ambas líneas con la verdad.

[64] Sobre la imposibilidad de compendiar en un solo vocablo español todas las connotaciones del adjetivo *astéios* ver Sobre la confusión de las lenguas, nota 51.

133. Grande en sumo grado es la proclama del fundador de esta tribu.[65] Tiene, en efecto, el valor de decir: "Éste es mí Dios, el único Dios al que debo honrar, y ninguna cosa es Dios fuera de Él, ni la tierra ni el mar ni los ríos ni la sustancia del aire ni los cambios de los vientos y estaciones ni las diversas especies de animales y plantas ni el sol ni la luna ni la multitud de astros que desfilan en armoniosas formaciones ni la totalidad del cielo y del mundo".

[65] Leví. En Sobre la huida y el hallazgo 89, Leví es llamado "el fundador de esta congregación", la de los levitas.

134. Es propio de un alma grande y sobrehumana esta presunción de trascender la creación y, pasando más allá de sus límites, aferrarse al único Increado, conforme con las sagradas exhortaciones, en las que se dice: "Asirse a Él" (Deut. XXX, 20). A cambio de ello, Dios se

entrega a Sí mismo como heredad asignada a aquellos que se Le unen y Le sirven permanentemente. Garantía de la verdad de lo que sostengo es el oráculo que dice: "Dios mismo es su heredad". (Deut. X, 9.)

135. En consecuencia, son las almas que "reciben" en su vientre y no las que "tienen" en su vientre las capaces de engendrar. Mas, así como los ojos del cuerpo muchas veces ven obscuramente y otras muchas claramente, de la misma manera la mirada del alma unas veces recibe veladas y confusas y otras puras y claras las características de los objetos.

136. Cuando la visión que nos llega es poco clara e indeterminada, aseméjase a un embrión aún no formado completamente en el vientre; cuando es clara y definida, en cambio, su semejanza es estrecha respecto de un embrión que ha alcanzado su forma correspondiente, una vez que se ha desarrollado completamente y cada una de sus partes internas y externas está elaborada.

137. A estos casos refiérese la bien y convenientemente redactada ley que establece lo siguiente: "Si durante una pelea entre dos hombres uno de ellos golpeare a una mujer preñada, y el niño se le desprendiere cuando aún no ha alcanzado el pleno desarrollo, aquél será condenado a pagar una multa, de acuerdo con lo que el marido de la mujer le exigiere conforme con una valuación. Mas, si lo perdiere perfecto, aquél dará vida por vida". (,Éx. XXI, 22 y 23.) No es lo mismo, en efecto, destruir una obra de la inteligencia cuando es perfecta que cuando es imperfecta; cuando es una mera conjetura aún, que cuando es ya una aprehensión; cuando es una esperanza, que cuando es ya una realidad.

138. Por eso la ley dispone una pena poco precisa en el caso impreciso; y una definida, en el caso perfecto. Aquí "perfecto" no significa perfecto en virtud sino perfecto en alguna de las artes irreprochables.[66] El vástago en este caso es fruto de la que "tiene" en su vientre; no de la que "recibe"; vale decir, es de la que no da muestras de modestia sino de presunción. Porque, mientras es imposible que aquella que "recibe" en el vientre aborte, pues es de esperar que el Sembrador velará porque el fruto alcance su pleno desarrollo; nada tiene de extraño, en cambio, que aborte la que "tiene" en el vientre, pues es víctima de una irremediable enfermedad.

[66] Como lo destaca el hecho de que se trata de una mujer "que tiene en el vientre", no que "recibe" en él, la perfección simbolizada, según Filón, en el pasaje bíblico corresponde no al plano de la. virtud o perfección moral, sino al de los pensamientos y actividades que persiguen alguna utilidad material; que son inobjetables e irreprochables de por sí, pero pertenecen a un orden de cosas inferior al de la virtud, y en los que caben tanto lo bueno como lo malo.

139. XXV. No pienses, por otra parte, que las palabras "cuando vio que tenía en el vientre" (Gen. XVI, 4) significan que Agar vio ella misma que tenía en el vientre. No, la que vio eso fue Sara, su señora, ya que más adelante Sara dice también de ella misma: "Viendo yo que ella tenía en el vientre me he sentido deshonrada ante ello. (Gen. XVI, 5)

140. ¿Por qué? Pues, porque las artes intermedias, aunque ven los propios productos que llevan en sus vientres, los ven, sin embargo, obscuramente siempre; en tanto que las ciencias alcanzan una aprehensión clara y bien precisa de los mismos, ya que la ciencia [67] es superior al arte, pues posee además una estabilidad que argumento alguno puede alterar.

[67] "Ciencias" no en el sentido actual de sistemas especializados de conocimientos metódicamente adquiridos, sino como saber superior, cuyo campo es la filosofía toda y las

normas de la virtud, según se desprende de lo que dice Filón algo más abajo.

141. Porque la definición de arte es la siguiente: un sistema de concepciones aplicadas coordinadamente para un fin útil.[68] Lo de "útil" es un agregado muy sensato, pues también están las malas artes. La ciencia, en cambio, es la aprehensión segura y firme, que no puede alterar argumento alguno.
[68] Definición tomada de la escuela estoica, lo mismo que la de ciencia que se da más abajo.

142. Llamamos artes a la música, a la gramática y las otras especialidades afines a éstas; y los que por medio de ellas llevan a cabo algo llámanse artistas, músicos y gramáticos. En cambio, llamamos ciencias a la filosofía y a las otras virtudes; y hombres de ciencias son los que las poseen. Prudentes, sensatos y filósofos son sólo aquellos que no yerran ni en uno siquiera de los principios de la ciencia a la que se aplican, cosa que les ocurre a los antes mencionados en las conclusiones [69] de las artes intermedias.
[69] Tanto "principios" como "conclusiones" son sólo traducciones aproximadas de los términos *dógmata* = doctrinas, principios, opiniones filosóficas o de otro orden, y *theoremata* = objetos de contemplación o de estudio, normas, preceptos. Lo que Filón quiere destacar es la mayor precisión y seguridad de los *dógmata* respecto de los *theoremata*.

143. Porque, así como los ojos ven pero a través de ellos la inteligencia ve más claramente aún; y los oídos oyen, mas la inteligencia oye mejor a través de ellos; y las narices huelen, pero más sutilmente huele el alma a través de ellas; y los otros sentidos perciben los objetos que les corresponden, pero más nítida y claramente percibe el entendimiento por su intermedio; pues, a decir verdad, la inteligencia es el ojo del ojo, el oído del oído, el sentido más nítido de cada uno de los otros sentidos, y hace uso de cada uno de ellos como de servidores de su tribunal, juzgando ella misma la naturaleza de las cosas presentes, aprobando a unas y rechazando a otras; así también las llamadas artes intermedias, que se asemejan a las facultades corporales, reducen el tratamiento de los objetos que estudian a simples aplicaciones mentales; en tanto que las ciencias los tratan con más precisión y con sumo detenimiento.

144. Porque la misma relación que media entre la inteligencia y la sensibilidad, media entre la ciencia y el arte, pues, si, como se dejó antes sentado, el alma[70] es en cierto modo el sentido de los sentidos, (la ciencia es el arte de las artes).[71] Cada una de las artes, pues, ha tomado para sí ciertas pequeñas porciones de la naturaleza y en ellas centra su atención y sus esfuerzos; la geometría ha escogido las líneas, la música las notas musicales, por ejemplo; en cambio, la filosofía abarca la naturaleza toda de los seres, puesto que su objeto es este mundo y toda forma visible e invisible la existencia.
[70] Como en el parágrafo anterior. Filón identifica aquí el alma con la inteligencia, el "alma del alma", como la llama en varios pasajes. Ver Sobre la migración de Abraham, nota 7.
[71] Laguna en el texto. La traducción que va entre paréntesis es conjetural.

145. ¿Qué tiene, pues, de admirable el que, dado que examina la totalidad de las cosas, vea también las partes y las vea mejor aún que aquellas artes, ya que está provista de mejores y más penetrantes ojos? Con razón, entonces, no es la criada, es decir, la instrucción intermedia, la que ve su propio estado de gravidez, sino la señora, la filosofía, la que ve a la criada preñada.

146. XXVI. Por cierto que nadie ignora que la filosofía ha proporcionado a todas las artes particulares los principios, las simientes de las que al parecer, han brotado las conclusiones de

éstas. Porque los triángulos isósceles y escalenos, los círculos y polígonos y las otras figuras son hallazgos de la geometría, pero la naturaleza del punto, de la línea, de la superficie y del sólido, que son las raíces y fundamentos de dichas figuras, ya no es descubrimiento de ella.

147. ¿De dónde, en efecto, le viene la posibilidad de definir al punto como lo que no tiene partes; a la línea como la longitud sin ancho; a la superficie como lo que tiene solamente largo y ancho; y al sólido como lo que tiene las tres dimensiones: largo, ancho y profundidad? Todo esto corresponde a la filosofía y toda la tarea relativa a definiciones es incumbencia del filósofo.

148. A su vez, el objetivo de la gramática más simple a la que algunos denominan gramática elemental,[72] es enseñar a escribir y a leer; en tanto que el fin de la más completa es la explicación de las obras de los poetas y prosistas. ¿Y en qué momento de sus disquisiciones sobre las partes del habla no se apropian y usufructúan de los descubrimientos de la filosofía?
[72] Los gramáticos alejandrinos y los posteriores distinguían dentro de los estudios gramaticales las normas del leer y escribir y la interpretación de los autores literarios y textos. De ese modo la gramática comprendía: 1) los preceptos para el empleo correcto del idioma, es decir, lo que actualmente denominamos gramática, y 2) el estudio de las obras literarias, que hoy se conoce con el nombre de filología. Por "gramática elemental" traduzco, a falta de una expresión más precisa, el término griego *grammatiké*, con el que designa Filón la parte propiamente gramatical de la *tékhne grammatiké*.

149. Porque es a ésta a quien compete averiguar qué es una conjunción, qué es un nombre, qué es un verbo, qué un nombre común, qué un nombre propio;
y dentro de las oraciones, qué significa incompleta, completa, enunciativa, interrogativa, inquirente, colectiva,[73] votiva, imprecatoria. Ella, en efecto, abarca los estudios acerca de las cláusulas independientes, de las proposiciones y de los predicados.[74]
[73] Literalmente: que abraza o abarca. Pero el verdadero sentido del término *periektikón* aplicado a las oraciones nos es desconocido.
[74] En Sobre la agricultura 140 a 142, Filón se refiere a estos estudios a cargo de los filósofos, pero, mientras ahora considera, al parecer, que se trata de un objeto digno de la verdadera filosofía, allí califica tales disquisiciones y divisiones como estudio superfluo sin provecho alguno para el logro de la virtud.

150. Asimismo, la observación de las vocales, semivocales y consonantes, la manera como es habitual pronunciarlas, y todo cuanto concierne a sonidos, elementos fonéticos y partes del habla, ¿no ha sido elaborado como un todo completo por la filosofía? De ella, como de un torrente, los plagiarios han arrebatado minúsculas gotas estrujándolas en sus demasiado estrechas almas, y no se avergüenzan de dar a conocer como propio el producto de sus robos.

151. XXVII. Así, en su insolencia ni tienen en cuenta a la señora a la que corresponde realmente la autoridad y de la que depende la firme base de sus indagaciones. Ella, por su parte, consciente del menosprecio de aquéllos, los reprenderá diciéndoles con franqueza: Soy agraviada y traicionada en la medida en que habéis violado lo convenido conmigo.

152. Porque, desde que habéis tomado a vuestro cargo las formas preliminares de la instrucción, es decir, los hijos de mi criada, la habéis honrado como esposa y a mí me habéis vuelto la espalda como si nunca hubiéramos llegado a estar juntos. Mas, quizá no sea esto más que una suposición mía acerca de vosotros, y de la relación que abiertamente mantenéis con mi sierva he inferido vuestro distanciamiento de mí, cosa que no es tan clara. Saber sí

vuestros sentimientos para conmigo son tales como yo he supuesto o al revés, es cosa imposible para otro, aunque fácil para Dios.

153. Por eso Sara dirá con mucho acierto: "Juzgue Dios entre tú y yo". (Gen. XVI, 5.) No se apresura, pues, a condenar a Abraham por injusto proceder, sino expresa su duda sobre si tal vez aquél no obra rectamente. Lo cual no tarda en quedar aclarado sin falsedad alguna cuando él, asumiendo su propia defensa y poniendo fin a su duda, dice: "Mira, la joven sierva está en tus manos; dispón de ella como te plazca". (Gen. XVI, 6.)

154. Al decir "joven sierva" reconoce dos cosas: que es esclava y que es infantil, pues el calificativo de "joven sierva" corresponde a una v otra condición. Y reconoce al mismo tiempo de manera absoluta y directa la oposición que media entre la plenamente desarrollada y la infantil, entre la señora y la sierva; manifestando casi a gritos y sin ocultamientos que acoge a la instrucción general en su condición de más joven y subordinada; pero que su veneración es hacia la ciencia y sabiduría en su calidad de plenamente desarrollada y señora.

155. Por otra parte, la expresión "en tus [75] manos" equivale evidentemente a "está sometida a tí"; pero tamben significa esto. otro: que mientras cuanto concierne a la esclava pertenece al dominio de las manos del cuerpo pues los estudios de la cultura. general han menester de los órganos y poderes del cuerpo; lo correspondiente a la señora entra en la esfera del alma puesto que cuanto compete a la sabiduría y a la ciencia depende de los poderes racionales.

[75] El posesivo resulta extraño en la segunda de las conclusiones que de la expresión extrae Filón, ya que dicha conclusión supone considerar las manos en un sentido corporal, y mal cabe atribuir manos corporales; a la filosofía o sabiduría, personificada en Sara.

156. En consecuencia, en la misma medida en que la inteligencia es más poderosa, más activa y superior en todo que la mano, considero, dice Abraham, más admirable la ciencia y filosofía que la cultura general; y especial ha sido la consideración que le he profesado. Por lo tanto, tú, que no sólo eres señora sino además eres considerada como tal por mí, toma toda mí instrucción, y dispón de ella como de una pequeña criada, es decir, como bien te plazca.

157. Yo no ignoro que lo que te place es bueno desde todo punto de vista, aunque no resultare agradable, y que es provechoso aunque estuviere muy lejos de ser placentero.
Y bueno y provechoso para los que necesitan ser convencidos de su error es la reprensión que la sagrada palabra, empleando otro término, designa como una aflicción.

158. XXVIII. Por eso agrega: "Y ella la afligió" (Gen. XVI, 6); lo que equivale a "la reprendió y castigó". En efecto, un agudo aguijón es muy provechoso para los que viven sin apremios ni fatigas, tal como lo es para los caballos rebeldes, pues es difícil poder domarlos y amansarlos sólo con el látigo y las riendas.

159. ¿O no ves las recompensas que aguardan a los que no han escuchado reproches? Echan grasas, se hinchan, engordan, respiran alto, y enseguida los malaventurados y harto desgraciados alcanzan los lamentables trofeos de la impiedad, proclamados y coronados: como vencedores en materia de incredulidad, ya que, a causa de su prosperidad, que fluye sin tropiezos, han llegado a considerar que ellos son dioses, de esos cubiertos de plata y oro, semejantes a moneda adulterada, olvidados del Verdadero y realmente Existente.

160. Así lo atestigua Moisés cuando dice: "Echó grasas, púsose pesado, se dilató y abandonó al Dios que lo creó". (Deut. XXXII, 15.) En consecuencia, si la creciente relajación engendra

el mayor de los males, que es la impiedad; a la inversa, la aflicción, acompañada de la ley, produce un bien perfecto, esa cosa admirable en sumo grado que es la piedad.[76]
[76] He seguido en este pasaje la sugerencia de Colson, sustituyendo *nouthesía* = reprensión o admonición, por *eusébeia* = piedad, religiosidad, por pedir tal sustitución el sentido general de la frase. A no hacer tal cambio, resultaría el absurdo de que la aflicción produce la reprensión; y, como aflicción y reprensión son una misma cosa, según afirma Filón más arriba, tendríamos que la reprensión produce la reprensión.

161. Partiendo de este principio, Moisés ha llamado a los panes ácimos, símbolos de la primera fiesta,[77] "pan de la aflicción". (Deut. XVI, 3.) Sin embargo, ¿quién no sabe que las fiestas y celebraciones brindan gratas alegrías y bienestar, no aflicciones? Pero es evidente que aquí el término aflicción está empleado en el sentido de trabajo, del trabajo que procura mejoramiento.
[77] No se refiere, indudablemente, aquí Filón a la fiesta de los ácimos, la cual en la enumeración de Sobre las leyes particulares II, 41, menciónase como la sexta de las diez fiestas registradas en la ley mosaica; sino a la de la pascua, en la que los panes que se consumen han de ser ácimos, fiesta que era la primera de las grandes solemnidades anuales de los hebreos .según Ex. XII y Deut. XVI.

162. Los más y mayores de los bienes, en efecto, son por regla general resultado de laboriosos ejercicios y vigorosos esfuerzos, y la fiesta del alma consiste en el celo por las cosas mejores y en llevar a cabo el trabajo que nos las procura. Tal es la razón por la que se ha dispuesto que "se coman los panes ácimos con lechugas amargas" (Ex. XII, 8), no para que los panes no se coman solos; sino porque la mayoría de los hombres considera que el no hincharse y hervir en las concupiscencias, el refrenarse y contenerse, es razón para estar disgustados, entendiendo que el olvidar la pasión es cosa "amarga", cuando eso mismo resulta una alegría para la inteligencia que ama el esfuerzo.

163. XXIX. Por ese motivo, creo yo, las leyes son enseñadas en el lugar llamado "amargura"; pues mientras la injusticia es dulce, el proceder con justicia duro; y ninguna ley más cierta que ésta. Leemos, en efecto, que, habiendo salido de las egipcias pasiones, "llegaron a Mará y no pudieron beber agua de Mará por ser amarga; razón por la cual aquel lugar recibió el nombre de 'amargura'. Y el pueblo murmuraba contra Moisés diciendo: '¿Qué beberemos?' Y Moisés elevó su voz hacia el Señor y el Señor le mostró un árbol; y él lo echó en el agua y el agua tomóse dulce. Allí Dios le dio a conocer prescripciones y normas para juzgar". (Ex. XV, 23 a 25.)

164. "Y allí lo sometió a grande prueba". (Ex. XV, 25.) En el esfuerzo y en la amargura tiene lugar la incierta "prueba" y juicio del alma; incierta porque es difícil determinar hacia dónde se inclinará la balanza, ya que algunos desmayan aun antes de comenzar el esfuerzo pues consideran el trabajo como un tremendo enemigo y dejan caer de debilidad los brazos como atletas agotados, decididos a correr nuevamente hacia Egipto para gozar de la pasión.

165. Otros, en cambio, sobrellevan paciente y reciamente los temores y peligros del desierto y libran hasta el fin el combate de la vida, conservándola sin daño ni mengua y resistiendo a las necesidades derivadas de la naturaleza, al punto de que el hambre, la sed, el frío glacial, el calor y todas las otras que por lo común esclavizan, tómanse sumisos para ellos merced a la fuerza sobreabundante que poseen.

166. Pero lo que produce tal resultado no es un trabajo simple sino un trabajo con

endulzamiento. Dice, en efecto, que "se endulzó el agua"; y otro nombre que se da al trabajo dulce y agradable es "amor al trabajo", como que lo que hay de dulce en el trabajo es el amor, el celo, el apego, la amistad hacia el bien.

167. Nadie, pues, rechace tal aflicción ni piense que, el llamar a la mesa de la fiesta y de la alegría "pan de la aflicción" significa que encierre daño y no beneficio; porque sucede que el alma que es reprendida [78] se nutre con instructivas doctrinas.
[78] Y, por lo tanto, afligida, según lo señalado más arriba.

168. XXX. Este pastel ácimo es tan santo que los oráculos prescriben que doce panes ácimos, el mismo número que el de las tribus, sean colocados sobre la mesa de oro en el santuario, y éstos llámanse panes de la exposición.[79]
[79] Ex. XXV, 29.

169. Además, la ley prohíbe llevar al altar levadura alguna ni miel alguna.[80] Es que es difícil el consagrar como santos tanto las dulzuras de los placeres corporales como las inconsistentes y presuntuosas elevaciones [81] del alma, pues son de por sí de naturaleza profana y sacrílega.
[80] Lev. II, 11.
[81] Alusión a la elevación del pan con levadura.

170. Es, pues, explicable que la profética palabra llamada Moisés se exprese con orgullo en estos términos: "Acuérdate de todo el camino que el Soberano Dios te indicó en el desierto para afligirte y probarte y para conocer los sentimientos de tu corazón, y si guardarías Sus mandamientos o no. Te afligió, te hizo pasar hambre y te alimentó con el maná, que no habían conocido tus padres, para anunciarte que no sólo de pan vivirá el hombre sino de toda palabra que brota de la boca de Dios". (Deut. VII, 2.)

171. ¿Y quién será tan impío como para suponer que Dios envía la aflicción y el hambre, la más lamentable de las desgracias, a los que no pueden vivir sin alimento? Dios es bueno y el origen de todos los bienes, benefactor, salvador, nutridor, enriquecedor, dadivoso y excluyó la maldad de los sagrados límites. Por eso desterró del parque los fardos de tierra que eran Adán y Eva.

172. No nos atengamos, pues, a la letra; averigüemos la alegoría que encierran las palabras, y digamos que "afligió" quiere decir "disciplinó, amonestó, corrigió"; y que "hizo pasar hambre" no significa que provocó una falta de alimentos y bebidas, sino de placeres y concupiscencias, de terrores y penas, de injusticias y, en suma, de cuantas son las obras de los vicios y las pasiones.

173. Lo testimonian las palabras que van agregadas a continuación: "Le alimentó con el maná". ¿Podemos, entonces, al referimos a Aquél que procuró el alimento que no exige trabajo ni sufrimiento, que no implica cuidado alguno por parte de los hombres, que no procede, como es lo normal, de la tierra sino es provisto desde el cielo y constituye una maravillosa obra para beneficio de los que harán uso de él, podemos, digo, afirmar con justicia que es causa de hambre y de aflicción? ¿No debemos, por el contrario, tenerlo por causa de abundancia y prosperidad, de seguridad y buen orden?

174. Pero la multitud, verdadero rebaño, que nunca ha gustado el universal alimento que es la filosofía, piensa que los que se nutren con las sagradas palabras viven una vida de miseria y penuria, y no se da cuenta de que la vida de los mismos transcurre en el bienestar y la alegría.

175. XXXI. Tan provechosa es tal aflicción, que, aun lo más oprimente de ella, la esclavitud, es tenida por un gran bien; y leemos en las sagradas escrituras que cierto padre, el excelente Isaac, la pide para un hijo suyo, el insensato Esaú.

176. Dice, en efecto, en cierta ocasión: "Vivirás de tu espada y serás esclavo de tu hermano" (Gen. XXVII, 40); juzgando que ninguna cosa es más provechosa para quien prefiera la guerra a la paz, para quien anda armado como en las batallas a causa de la rebelión y el tumulto que encierra su alma, que el convertirse en subordinado y esclavo y obedecer todos los mandatos, cualesquiera ellos fueren, que el amante de la templanza le impusiere.

177. Por eso, pienso yo, uno de los discípulos de Moisés, cuyo nombre evoca la paz, que en su lengua natal llámase Salomón, dice: "Hijo mío, no tengas en menos la instrucción de Dios; no te enojes porque te corrija; Dios corrije al que Él ama y azota a cada hijo que acoge consigo". (Prov. III, 11 y 12.) De modo que el reproche y la admonición son tenidos por cosa buena, al punto de que a través de ellos nuestro conocimiento de Dios truécase en familiaridad con Él. Porque, ¿qué más próximo a un padre que su hijo, y a un hijo que su padre?

178. Pero para que no parezcamos que nos extendemos demasiado tejiendo argumento tras argumento, agreguemos a las ya mencionadas una prueba clarísima de que esa clase de aflicción es obra de la virtud. Hay, en efecto, una ley de este tenor: "No afligiréis a viuda ni a huérfano alguno. Si con maldad los afligiereis.. .". (Ex. XXII, 22.) ¿Qué dice? ¿Acaso que alguien puede ser afligido por otra cosa que por maldad? Así es. Pues, si el afligir fuera obra únicamente de la maldad, sería superfluo escribir lo que todos sabrían, lo que sin tal agregado sería admitido.

179. A no dudarlo, lo que dice es: Sé que uno puede ser corregido por la virtud y disciplinado por la sabiduría, y considero, por lo tanto, que no toda aflicción es obra de la maldad; y cuando es obra de la justicia y la legalidad, que corrige con castigos, siento muchísima admiración por ella. Cuando, en cambio, es obra de la insensatez y la maldad, y, por lo tanto, dañosa, la rechazo y censuro como corresponde.

180. Cuando oyeres, pues, que Agar fue afligida por Sara, no pienses en ninguna de las situaciones a que habitualmente dan lugar las rivalidades femeninas. No se trata aquí de mujeres sino de inteligencias, de la que se ejercita en los estudios preliminares y de la que pugna por alcanzar los trofeos de la virtud.

SOBRE LA HUIDA Y EL HALLAZGO

(DE FUGA ET INVENTIONE)

1. I. "Y Sara la afligió[1] y ella huyó de su presencia. Y la halló un ángel del Señor sobre la fuente de agua en el desierto, sobre la fuente que hay en el camino a Sur. Y el ángel del Señor le dijo: '¿De dónde vienes y adonde vas, sierva de Sara?' Y ella dijo: 'Vengo huyendo de la presencia de Sara, mi señora'. Y el ángel del Señor le dijo: 'Retoma hacia tu señora y humíllate bajo sus manos'." (Gen. XVI, 6 a 9.) "Y el ángel del Señor le dijo: 'Mira, llevas en tu vientre un hijo y darás a luz y le pondrás por nombre Ismael, pues el Señor ha escuchado tu humillación. Él será un hombre agreste; sus manos estarán contra todos y las manos de todos estarán contra él'." (Gen. XVI, 11 y 12.)

[1] Ver Sobre la unión con los estudios preliminares 158 y ss.

2. Habiendo dicho en el tratado precedente lo conveniente acerca de los estudios preliminares y de la aplicación, pasaremos a continuación a exponer el asunto relativo a los fugitivos. Muchos son, en efecto, los lugares en los que el legislador saca a colación a los que escapan, tal como ahora lo hace a propósito de Agar al decir que, tras ser afligida, "huyó de la presencia de su señora".

3. Pues bien, tres son, según mi opinión, los motivos para una huida: el odio, el miedo y la vergüenza. Por odio se apartan las mujeres de los hombres y los hombres de las mujeres; por miedo lo hacen los hijos de sus padres y los criados de sus amos; y por vergüenza aléjanse los amigos de sus amigos cada vez que han hecho algo que no les resulta grato a éstos. Conozco también casos concretos de padres que a causa de su vida licenciosa se han alejado de la vida austera y propia de filósofos de sus hijos y han escogido por residencia el campo en vez de la ciudad movidos por la vergüenza.

4. De estos tres motivos podemos hallar menciones en las sagradas escrituras. Por ejemplo, el ejercitante Jacob huye de su suegro Labán por odio, y de su hermano Esaú por temor, como de aquí a poco[2] mostraremos. Agar, en cambio, huye por vergüenza.

[2] En los parágrafos 7 y ss.

5. Prueba de ello es que le sale al encuentro un ángel, un Divino lógos,[3] prescribiéndole lo que debe hacer y sugiriéndole el retorno hacía la casa de su señora. Este ángel para animarla le dice: "El Señor ha escuchado tu humillación" (Gen. XVI, 11); humillación que no procede del odio ni del temor; sentimientos ambos propios el uno del alma pendenciera, el otro del alma innoble;[4] sino de la vergüenza, que es la exteriorización de la modestia.

[3] Ver Sobre la confusión de las lenguas, nota 14.

[4] Afirmación con la cual deja Filón, aparentemente, muy mal parado a Jacob, uno de los arquetipos del hombre sabio y virtuoso, pues en el párrafo anterior le ha atribuido ambos sentimientos, aunque seguramente el caso es distinto pues el odio y el temor de Jacob son hacia aquello que es reprobable.

6. Porque lo razonable hubiera sido, si su fuga se hubiera debido al temor, que el ángel hubiera exhortado a la que había inspirado dicho temor a mostrarse más suave, ya que entonces, no antes, la fugitiva hubiera contado con seguridades para su retomo. Pero ningún ángel sale al encuentro de Sara dado que ella se halla bien dispuesta de por sí; y, en cambio, es a Agar a la que el ángel, personificación de la convicción, movido por un sentimiento de benevolencia, preséntase como amigo y consejero, y le enseña no sólo a DO avergonzarse

sino también a tener valor, pues la vergüenza sin resolución no es más que virtud a medias.

7. II. La explicación que sigue aclarará con más exactitud las características de la vergüenza. Pero preciso es que volvamos sobre los casos fundamentales expuestos y que comencemos por los que huyen a causa del odio. Se nos dice que "Jacob ocultó sus intenciones a Labán el sirio, de modo de no darle indicios de que huía; y huyó él y con él todo cuanto le pertenecía". (Gen. XXXI, 20 y 21.)

8. ¿Cuál, entonces, fue la causa del odio? Porque quizá te interese conocerla. Hombres hay que han divinizado a la sustancia sin cualidades, forma o figura,[5] y ni conocen a la Causa de su movimiento ni se preocupan porque se La enseñen aquellos que La conocen, viviendo en la ignorancia y falta de instrucción acerca del más digno de los temas de estudio, de aquel tema cuyo conocimiento provechoso les sería procurar antes que todo otro y con exclusión de todo otro.
[5] Es probable que haya aquí una referencia a los filósofos naturalistas o jónicos, que creían haber hallado el principio de todas las cosas en una-materia (agua, *ápeiron*, aire). Sin embargo, éstos no concebían dicha sustancia como desprovista de cualidades, forma o figura.

9. Labán pertenece a esta clase. Los oráculos, en efecto, le asignan el rebaño sin marca.[6] Sin marca es en el universo la materia desprovista de cualidad, y en el hombre el alma carente de instrucción y guía.
[6] Gen. XXX, 33 y 34.

10. Mas hay otros, pertenecientes a la mejor porción, que han afirmado que la Inteligencia ha venido a ordenar todas las cosas,[7] llevando hacia el orden propio de un gobierno regular regido por un rey el desorden que prevalecía entre los seres como resultado de los dictados de la muchedumbre. A esta cofradía pertenece Jacob» a cuyo cargo está el rebaño marcado y variado.[8]. Lo marcado-y variado es en el universo la forma, y en los hombres el entendimiento bien instruido y amante del aprender.
[7] Diógenes Laercio II, 6, refiriéndose a la doctrina de Anaxágoras,. dice textualmente: "Todas las cosas estaban confusas; luego vino la inteligencia y las ordenó."
[8] Gen. XXX, 32.

11. El hombre marcado, que ha hecho suyo un elevado y natural espíritu de camaradería y es amigo de la verdadera. monarquía, va hacia el hombre no marcado, que, como he dicho ya, deifica a las soberanías materiales y juzga que no existe ninguna soberanía eficiente fuera de éstas; y va para enseñarle que no piensa con sensatez.

12. Porque el mundo ha sido. creado y lo ha sido todo él por obra de determinada Causa. Y el sello por el cual cada una de las cosas existentes ha sido dotada de forma no es otro que el lógos del Que lo creó. Y he ahí la razón por la que la forma que acompaña desde su comienzo' a todo ser es perfecta, como que es una impresión e imagen del perfecto lógos.

14. El ser viviente que llega a la existencia es, ciertamente, imperfecto en cantidad, como lo prueban los crecimientos que tienen lugar a lo largo de las etapas de la vida; persiste, dado que es la impresión del permanente y absolutamente inalterable lógos Divino.

14 III. Viendo, pues, Jacob que Labán se ha tornado sordo a la instrucción y a la autoridad legal, decide, y con razón, huir. Es que teme que, aparte de no poder ayudarle ya en nada, le sobrevenga algún daño en manos de aquel. El trato con los insensatos es, en efecto,

perjudicial y muchas veces, sin proponérselo el alma recibe en sí impresiones de la demencia de éstos. Y la verdad es que, por su misma naturaleza la cultura siente repugnancia por la incultura, y la diligencia por la despreocupación.

15. Por eso las facultades del ejercitante dejan oír su voz sonora expresando a la vez los motivos de su odio: "¿Hay, acaso, todavía para nosotras porción o herencia en la casa de nuestro padre? ¿No hemos sido consideradas por él como extrañas? La verdad es que nos ha vendido y se ha devorado la plata que obtuvo por nosotras. Toda la riqueza y la gloria que Dios ha quitado a nuestro padre será para nosotras y para nuestros hijos." (Gen. XXXI, 14 a 16.)

16. Es que, siendo ellas libres en los nombres [9] y sentimientos, consideran que ninguno de los insensatos es rico o glorioso; que, antes bien, todos, a decir verdad, son obscuros y pobres, aunque sobrepasaren en riqueza a muy opulentos reyes. No dicen, en efecto, que la riqueza que tomarán es la de su padre, sino la quitada a su padre; ni la gloria de aquél, sino la gloria quitada a él. 17. Y la riqueza de que es despojado el hombre ruin es la verdadera, y legítima la glorı́a, por cuanto tales bienes son adquisiciones de la sensatez, la templanza y las disposiciones como estas, y herencia de las almas amantes de la virtud.
[9] Es imposible determinar a qué se refiere aquí Filón con *onómata* = nombres.

18. Por lo tanto, no son las cosas pertenecientes al hombre inútil para el bien las que constituyen la riqueza y la buena fama de los hombres virtuosos, sino las cosas de las que aquel ha sido despojado. Y ha sido despojado de las virtudes, las que han pasado a ser propiedades de los hombres de bien, de conformidad con lo que en otro pasaje se ha dicho; "Sacrificaremos las abominaciones de Egipto al Soberano Dios" (Ex. VIII, 26);
por cuanto víctimas perfectas e irreprochables son las virtudes y las virtuosas acciones.. que el egipcio cuerpo amante de la pasión abomina.

19. En efecto, así como en este pasaje, de conformidad con la realidad, las cosas profanadas por los egipcios son llamadas sagradas entre los que ven con agudeza, y todas ellas son ofrecidas en sacrificio; de la misma manera también las cosas de las que todo insensato ha sido privado y despojado constituirán la herencia del amigo de la nobleza de espíritu. Estas cosas son la verdadera gloria, o lo que es lo mismo, el saber; y la riqueza, no la riqueza ciega sino la de más aguda mirada para cuanto existe, la que no acepta absolutamente no sólo moneda falsa, sino ni siquiera legítima si carece de alma.[10]
[10] Lo que, al parecer, quiere expresar Filón aquí es que, aunque los bienes genuinos o legítimos son de tres categorías, según la clasificación de Aristóteles, compartida por el estoicismo, a saber: los que conciernen al alma, los que tocan al cuerpo y los exteriores; solo los primeros, los vinculados al alma, son aceptables para el ejercitante Jacob. Ver Sobre las habituales intrigas de lo peor contra lo mejor 7, y Sobre los gigantes, 38.

20. Acertado estará, pues, Jacob al huir de quien no tiene parte alguna en los Divinos bienes; del que, en sus acusaciones contra otro, se acusa a sí mismo sin advertirlo, cuando dice: "Si me lo hubieras dicho, te hubiera hecho partir." (Gen. XXXI, 27.) Porque esto solo hubiera sido suficiente motivo para una huida: el hecho de que, siendo tú, esclavo de innumerables amos, como eres, simularas poseer un poder y una soberanía, y proclamaras la libertad de otros.

21. "Mas yo, dice Jacob "no he admitido que un hombre me ayudara en el camino que conduce hacia la virtud, sino me he atenido a Divinos oráculos que me prescribían partir de

allí, oráculos que hasta ahora guían mis pasos.

22. ¿Y cómo me hubieras hecho partir? ¿Hubiera sido, acaso, como lo proclamas con todo énfasis, 'con júbilo' origen de amargura para mí, 'con música' mal sonante, 'con tímpanos' que no son sino estruendo desarticulado y sin sentido, y causan daño al alma a través de los oídos; y 'con cítaras' (Gen. XXXI, 27), es decir, con desacordes y desarmónicos no instrumentos sino modos de comportarse? Pues éstas son precisamente las cosas por las que me he determinado a huir; mas tú, a lo que parece, pensabas que ellas eran medios para disuadirme de la huida, y para inducirme a desandar mis pasos a causa del poder engañador y seductor por naturaleza de los sentidos, a los que con no poca dificultad he podido doblegar".

23. IV. El odio, pues, fue la causa de la huida de que hemos hablado; el temor, en cambio, lo fue de la que trataré ahora. Leemos, en efecto, que "Rebeca dijo a Jacob: 'Mira. Esaú, tu hermano, amenaza con matarte. Ahora, pues, hijo mío, escucha mi voz: levántate y huye hacia Labán, mi hermano, hacia Harrán, y habita con él algunos días, hasta que cesen la irritación y la cólera de tu hermano y olvide lo que le has hecho. Yo te lo haré saber y te mandaré a volver desde allí.'" (Gen. XXVII, 42 a 45.)[11]

[11] Ver Sobre la migración de Abraham. 210 y ss.

24. Motivo había, en efecto, para temer que la peor parte del alma, o mediante una emboscada aguardando al acecho o con aprestos a la vista, derribara y descalabrara a la parte mejor. Y este es el excelente consejo que da Rebeca, la cuerda perseverancia.

25. Cuando vieres, dice, al hombre ruin precipitarse como inmenso torrente contra la virtud y tener en gran aprecio aquello que no merece sino desprecio: la riqueza, la gloria, el placer; y alabar el injusto proceder como causa de cada una de dichas ventajas, pues son sobre todo los injustos los que alcanzan abundancia de plata y oro y adquieren buena fama; no tomes enseguida el camino opuesto; no procures inmediatamente la penuria, la humildad y la vida austera y solitaria, ya que, si lo hicieres, vitalizarás a tu oponente y prepararás un enemigo más peligroso aún contra ti mismo.

26. Considera, pues, cuáles son las medidas que has de arbitrar para escapar a sus artimañas. Adáptate, no digo a sus mismas normas, pero sí a las cosas que sirven para procurar las ventajas mencionadas, a saber: honores, cargos públicos, plata, oro, propiedades, diferentes formas y colores, hermosos objetos. Y cuando hubieres dado con tales cosas graba sobre sus materiales sustancias, como un buen artífice, una forma excelente cumpliendo con ello una obra digna de alabanza.

27. Bien ves cómo, cuando un hombre inexperto ha tomado a su cargo una nave, aunque ésta esté en condiciones de superar todo peligro, aquél la arruina; mientras que, son muchas las veces que un avezado piloto ha salvado una nave en trance de perderse; y cómo en el caso de los enfermos, aquellos que están bajo el cuidado de hombres sin experiencia tienen sus cuerpos expuestos a peligros, en tanto que los que recurren al tratamiento de hombres experimentados se libran de las peligrosas enfermedades. Y no es menester que nos extendamos. En todos los casos lo hecho con experiencia pone de manifiesto las fallas de lo practicado sin ella; y la alabanza acordada con verdad a lo primero es la no menos verdadera reprobación de esto último.

28. V. Si deseas, pues, desenmascarar al hombre ruin poseedor de muchos bienes, no rechaces la abundancia de riqueza. Él, hombre miserable, se mostrará como verdaderamente es: esclavo

y servil, usurero y rapaz, y, a la vez, entregado al libertinaje, inclinadísimo a la glotonería y al derroche y liberalísimo protector de cortesanos, alcahuetes, corruptores y todo el resto de la licenciosa compañía.

29. Tú, en cambio, prestarás asistencia a los amigos indigentes, ofrecerás liberales ventajas a tu patria, y ayudarás a parientes sin recursos a casar a sus hijas, procurándolas a título de obsequio lo suficiente con creces. Prácticamente harás de tus propios bienes un fondo común e invitarás a participar de ellos a todos los que merecieren ser favorecidos.

30. Y de manera análoga, si quieres cubrir de oprobio al perverso que se desvive por alcanzar fama y se vanagloria de ella, no rehuyas al aplauso popular en caso de poder alcanzar nombradía. De ese modo, mientras el infeliz marcha con aire de grandeza y presume, tú darás con él en tierra. Él abusará, a no dudarlo, de su renombre para ofender y deshonrar a otros mejores que él al par que exaltará a los peores por sobre aquéllos; en tanto que tú harás partícipes de tu buena reputación a todos los que lo merecen, procurando a los buenos la seguridad de seguir siendo tales, y a los no tan buenos el mejoramiento mediante tus admoniciones.

31. Y si fueres a un dispendioso banquete con abundantes libaciones, anda sin titubeos, que pondrás en ridículo al inmoderado mediante tu conducta irreprochable. Él, en efecto, echándose sobre su vientre y dando rienda suelta a sus insaciables apetitos aún antes de abrir la boca, se hartará más allá de toda medida, arrebatará lo suyo al que tenga más cerca y devorará todo sin que la vergüenza le asome a la cara; y una vez que se haya saciado completamente de comida, "beberá con avidez", como dicen los poetas,[12] convirtiéndose en objeto de risa y burla para los que lo observaren.
[12] Odisea XXI, 294.

32. Tú, en cambio, salvo caso de fuerza mayor, beberás sobriamente; y en el caso de que te vieres forzado a pasarte algo de la medida, pondrás esa necesidad bajo los dictados de la razón sin convertir jamás tu placer en disgusto ajeno; y, si cabe la expresión, te embriagarás sobriamente.

33. VI. Razón tendría, pues, la verdad para reprochar a aquellos que sin plena conciencia de lo que hacen desechan los negocios y los otros medios de procurarse recursos en la vida de comunidad y dicen que han llegado a despreciar la fama y el placer, ya que todo se reduce a pura jactancia y no desprecian tales cosas, siendo su aspecto mezquino y sombrío, su austeridad, indigencia y suciedad no otra cosa que cebos que tienden para que los tengan por amantes de la decencia, la prudencia y la fortaleza.

34. Pero no pueden engañar a los que con mayor cuidado examinan el interior de las personas y no se quedan en las apariencias. Éstos, en efecto, rechazan tales manifestaciones como meras envolturas de otras cosas y se atienen a lo que hay oculto dentro examinando cuál es su verdadera naturaleza; y, si es algo elevado, lo admiran; mas, si es algo bajo, mófanse y aborrecen la hipocresía de aquellos.

35. Digamos, pues, a tales hombres: ¿Anheláis la vida ajena a todo contacto y convivencia, aislada y solitaria? ¿Y qué prueba habéis dado antes de las nobles cualidades que ejercítanse en la vida en común? ¿Renunciáis a las ganancias de dinero? Mas, cuando os habéis hallado ocupados en negocios, ¿habéis procedido con determinación de ser justos? Dais muestras de despreciar los placeres del vientre y de las partes que le siguen; mas, cuando habéis tenido

abundantes materiales para procurároslos, ¿los habéis usado con moderación? ¿Tenéis en poco la fama? Porque, cuando habéis recibido distinciones, ¿habéis obrado con modestia? Vosotros os burláis de la vida propia del ciudadano,[13] quizá porque no habéis meditado cuan provechosa cosa es esta.
[13] Es decir, de la vida de la que son ingredientes todas las aspiraciones y actividades propias de quien no rehuye las responsabilidades ni las ventajas de la existencia en comunidad. Evidentemente, Filón enrostra la postura de ciertos estoicos que alardeaban un desprecio, simulado según nuestro exégeta, hacia las cosas que interesan al común de la gente, aunque en el fondo de su corazón las apetecían.

36. Comenzad, entonces, por ejercitaros y prepararos en los negocios privados y públicos de la vida y, una vez que mediante las dos virtudes hermanas, que son la buena administración del hogar y la cualidad de ciudadano, os hubiereis convertido en hombres expertos en ambos órdenes, iniciad, con sobrados medios ahora, vuestra migración hacia una diferente y mejor forma de vida. Porque la vida práctica precede a la contemplativa, a modo de lides preliminares preparatorias de una lucha más acabada; y bueno es librar primero estos encuentros. Si así lo hiciereis evitaréis que se os tache de tardos y perezosos.

37. De conformidad también con esto se ha prescripto a los levitas el cumplimiento de los servicios a su cargo hasta los cincuenta años,[14] y que, una vez desvinculados de su servicio activo, se ocupen en la observación y contemplación de cada cosa; con lo que, como premio por el recto cumplimiento de lo correspondiente a la vida práctica, alcanzan una vida diferente de aquella, una vida que se complace sólo en el conocimiento y el estudio.
[14] Núm. IV, 3 y ss.

38. Es, por otra parte, necesario también que los que pretenden alcanzar las Divinas obras de justicia, cumplan primero con las humanas. Porque no poca locura es el pretender que quienes son incapaces de superar lo inferior puedan alcanzar lo superior. Por lo tanto, destacaos primeramente en la virtud con respecto a los hombres para que podáis alcanzar también un lugar en la virtud que mira a Dios.

39. VII. Esto es lo que aconseja al ejercitante la perseverancia.[15] Pero conviene que examinemos con más detención las palabras. "Mira", le dice, "Esaú, tu hermano, te amenaza". ¿No es, acaso, cierto que el carácter duro como el roble y desobediente a causa de su ignorancia, llamado Esaú, dominado por un hondo resentimiento ansia aniquilarte y para ello pone ante ti como cebos para tu destrucción riquezas, fama, placeres y cosas como estas? "Pero tú, mi niño, huye por ahora de tal lucha, pues tus fuerzas todavía no han alcanzado su pleno desarrollo y aún las energías de tu alma, como las de un niño, son demasiado tiernas".
[15] A Jacob Rebeca.

40. Este es el motivo por el que lo llama "niño", apelativo que expresa un sentimiento de afecto, y al mismo tiempo alude a la edad. Es que consideramos que el carácter del ejercitante es, por una parte, joven comparado con el que ha alcanzado la perfección, y, por otra, digno de nuestro amor. Un carácter en estas condiciones está capacitado para ganar los premios al alcance de los niños, pero no es capaz todavía de lograr los que se ofrecen a los hombres; y el mejor de los premios que pueden alcanzar los hombres es el servicio del único Dios.

41. Por eso, cuando nos presentamos en las habitaciones donde hemos de ejercer tal servicio, pero lo hacemos sin habernos purificado aún completamente, solamente con la creencia de habernos lavado de las manchas que afean nuestra vida, escapamos del mismo con más

celeridad que al venir, no soportando el austero régimen de vida que ese ministerio implica, las vigilias del ceremonial y el continuo e incesante trabajo.

42. Huid, por lo tanto, por ahora de ambas cosas: de lo peor y de lo mejor; de lo peor, que consiste en la fabulosa invención,[16] en el poema sin ritmo ni melodía, en la concepción y persuaden verdaderamente duras y de roble a causa de la ignorancia, de las que procede el nombre de Esaú; y de lo mejor, que consiste en la ofrenda, puesto que la clase de los aplicados al Divino servicio es una ofrenta a Dios, pues se ha consagrado a Él solamente para el magno sumo sacerdocio.
[16] Ver Sobre la unión con /os estudios preliminares 61 y 62.

43. Emplear el tiempo en el mal es, en efecto, el sumo daño; consagrarlo al bien es lo más peligroso. Jacob, por ejemplo, evita ambas cosas: huye de Esaú y se aparta de sus padres, porque, siendo todavía un ejercitante y combatiente, huye sí del vicio, pero es incapaz de convivir con la virtud perfecta y adquirida sin enseñanza.

44. Por ello emigrará hacia Labán, no Labán el sirio, sino el hermano de su madre; vale decir, llegará a los esplendores de la vida. "Labán", en efecto, significa "claro". Y una vez que ha llegado, no se envanecerá enorgullecido por sus prósperos sucesos. Porque, si bien "sirio" se traduce por "envanecido", en este caso no es a Labán el sirio a quien se trae a colación sino al hermano de Rebeca.

45. VIII. En efecto, los medios de vida puestos a disposición del hombre ruin exaltan su inteligencia vacía de sensatez, inteligencia llamada "siria"; en cambio, el hombre amante de la disciplina y fija y firmemente perseverante en los principios de la nobleza de alma, éste es el hermano de Rebeca, es decir, de la perseverancia. Y habita en Harrán; lugar cuyo nombre quiere decir "cavidades", las que son símbolo de los sentidos; porque el hombre que todavía danza en el ámbito de la vida mortal no puede pasarse sin los órganos de los sentidos.

46. Y así, su madre le dice: "Hijo mío, habita con él", no para siempre, sino "algunos días".[17] Esto equivale a: Conoce bien la región de los sentidos; conócete a tí mismo y las partes de tu ser; qué es cada una de ellas, para qué ha sido hecha, de qué manera están capacitadas para sus actividades y quién es el que, invisible de por sí, invisiblemente pone en movimiento los títeres y maneja los hilos que los controlan; si es la inteligencia que hay en tí o es la Inteligencia del universo.
[17] Gen. XXVII, 44.

47. Y, una vez que te hubieres examinado a ti mismo, indaga cuidadosamente sobre cuanto es propio de Labán, vale decir, sobre los éxitos de la gloría vana, considerados como brillantes; y sin ser presa de ninguno de ellos, sino, como un buen artífice, adáptalos con pericia a tus propias necesidades. Y, si, situado ya en esta turbulenta vida de ciudadano, llegares a evidenciar una conducta constante y bien disciplinada, te haré llamar desde allí,[18] para que puedas alcanzar el premio que obtuvieron tus mayores, premio que consiste en el servicio irrenunciable y persistente del único Sabio.
[18] Gen. XXVII, 45.

48. IX. Del mismo tenor son las instrucciones que le da su padre, con pequeños agregados. Dícele, en efecto: "Levántate y huye hacia la Mesopotamia, a la casa de Batuel, el padre de tu madre, y toma de allí una esposa para ti de entre las hijas de Labán, el hermano de tu madre." (Gen. XXVIII, 2.)

49. Tampoco Isaac nombra a Tabán el sirio, sino al hermano de Rebeca; a quien presenta en vísperas de contraer parentesco con el ejercitante por vía de un matrimonio. "Huye", dice, "hacia la Mesopotamia", o lo que es lo mismo, hacia el medio del torrentoso río [19] de la vida, y procura no ser cubierto y devorado por él; mantente firme y rechaza vigorosamente la violentísima corriente de acontecimientos cuyas olas se precipitan desde arriba, desde uno y otro costado y desde todas las direcciones.
[19] "Mesopotamia" significa tanto "entre ríos" como "en medio de un río".

50. Hallarás, en efecto, en la morada de la sabiduría un calmo y tranquilo puerto, que te acogerá sin dificultad alguna cuando eches anchas en él. Es el nombre de la sabiduría el que proclaman los sacros oráculos al decir "Batuel", término que, traducido a nuestra lengua significa, "hija de Dios". Y, en verdad, trátase de una legítima y siempre virginal hija, a la que ha cabido una naturaleza intacta e inmaculada en razón de su propia modestia y de la dignidad de Quien la ha engendrado.

51. Pero Batuel es llamado padre de Rebeca. ¿Y cómo es que la sabiduría, siendo hija de Dios, puede ser llamada de verdad padre? ¿Será porque, si bien el nombre de la sabiduría es femenino, su naturaleza es masculina? Y efectivamente, todas las virtudes llevan nombres propios de mujeres, pero poseen poderes y actividades peculiares de hombres completísimos. Es que aquello que viene después de Dios, aunque se tratare de algo más elevado que todas las demás cosas, ocupa un lugar secundario, y es designado como femenino para marcar su oposición respecto del Hacedor del universo, que es masculino, y su afinidad con las demás cosas. En efecto, siendo la preeminencia condición propia de lo masculino, lo femenino queda a la zaga y ocupa un lugar inferior.

52. No hagamos, pues, cuestión respecto de la incongruencia en las denominaciones y admitamos que la sabiduría, la hija de Dios, es masculina y padre además; padre que siembra y engendra en las almas la aptitud para instruirse, la disciplina, el saber, la sensatez y las buenas y laudables acciones. De allí es de donde el ejercitante Jacob procura obtener una esposa. ¿Dónde, en efecto, como no fuere en la morada de la sabiduría hallará una compañera, un criterio irreprochable, con el que convivir perpetuamente?

53. X. Con bastante detalle ha hablado el legislador acerca de la huida en el pasaje en que establece la ley relativa, a los asesinos, en el que reconoce cada una de las especies del asesinato: el intencional, el involuntario y el premeditado y con agresión. El texto es este: "Si un hombre golpeare a otro y lo matare, sea condenado a morir con muerte. Pero, si alguien matare a otro no voluntariamente sino porque Dios lo ha puesto en sus manos, te daré un lugar a donde huirá el matador. Y, si alguno acechare contra su vecino para matarlo a traición y huyere a un refugio, lo sacarás del altar para darle muerte." (Ex. XXI, 12 a 14.)

54. Sabiendo claramente que Moisés no emplea ninguna palabra superflua pues muévele un indecible deseo de hablar de manera concreta, me he preguntado a mí mismo por qué al referirse al matador intencional no dice solamente: "sea condenado a muerte"; sino "sea condenado a morir con muerte".

55. Porque, ¿es que hay otra manera de morir que no sea con muerte? Pues bien, recurrí a las enseñanzas de una sabía mujer, cuyo nombre es "indagación", y allí acabó mi duda. Enseñóme, en efecto, que hay quienes están muertos en vida, y quienes viven una vez muertos. Me dijo que los hombres ruines, aunque sus días se extendieron hasta la extrema

vejez, son hombres muertos pues están privados de la vida en compañía de la virtud; y que, en cambio, los hombres de bien, aun cuando hubieren sido separados de la unión con el cuerpo, viven por siempre, pues les ha cabido una parte en la inmortalidad.

56. XI. Y confirmó sus afirmaciones con oráculos también; entre ellos este: "Los que os habéis entregado al Señor vuestro Dios vivís todos hoy." (Deut. IV, 4.) Es que bien sabe Moisés que sólo los que se refugian en Dios y Le suplican viven; en tanto que los otros son muertos; y evidentemente atestigua en aquéllos la inmortalidad al agregar "vivís hoy".

57. "Hoy" es la eternidad sin límite ni término; porque los períodos de meses, años y de todo tiempo en general son meras nociones de los hombres, los que han atribuido excesiva importancia al número. Pero el verdadero nombre de la eternidad es "hoy". El sol, en efecto, nunca cambia sino siempre es el mismo, marchando ora por encima ora por debajo de la tierra, y él es el que da la pauta del día y la noche, medidas del curso sin fin de las edades.[20]

[20] El razonamiento resulta poco claro. Tal vez quiera Filón dejar en claro que el movimiento del sol da lugar al diario trascurso o período de tiempo, y éste sirve de medida de la eternidad o edad sin límites, ya que, a pesar da la alternada sucesión de noches y días, es eterno y siempre el mismo. Ver Interpretación alegórica III, 25.

58. Otro oráculo en el que se confirma lo dicho por aquella es este: "He aquí que he puesto ante tu faz la vida y la muerte, el bien y el mal." (Deut. XXX, 20.) Por lo tanto, oh sapientísimo, el bien y la virtud son la vida; el mal y el vicio, la muerte. Y en otra parte: "Tu vida y tu longevidad no son otra cosa que el amar al Señor Dios tuyo." (Deut. XXX, 20.) Ninguna definición de la vida inmortal es más excelsa que esta: ser poseído por el amor y la amistad hacia Dios, amor y amistad ajenos a la carne y al cuerpo.

59. Conforme con esto, los sacerdotes Nadab y Abiud,[21] para poder vivir, mueren, recibiendo a cambio de la vida mortal una existencia imperecedera y pasando de lo creado a lo increado. Sobre ellos elévase la proclama que simboliza la inmortalidad, a saber: "Murieron ante el Señor" (Lev. X, 2), vale decir: 'comenzaron a vivir'. Y de nuevo: "Esto es lo que ha dicho el Señor: 'Seré santificado en aquellos que se me acercan'." (Lev. X, 3.) En cambio, como se nos dice en los Salmos "los muertos no alabarán al Señor" (Salmos CXIII, 25); puesto que esta es obra propia de vivientes.

[21] Ver Interpretación alegórica II, 58, y Sobre la herencia de las cosas Divinas, 309.

60. Por otra parte, en ningún pasaje de la legislación se halla registrada la muerte de Caín, el maldecido fratricida; y, en cambio, hay un oráculo revelado sobre él que dice así: "Puso Dios Soberano una señal a Caín para que nadie que lo encontrase lo matara." (Gen. IV, 15.)[22]

[22] Acerca de cómo interpreta Filón el pasaje y la naturaleza de la señal ver Sobre las habituales intrigas de lo peor contra lo mejor, 177.

61. ¿Por qué? Pues, porque, a mi parecer, la impiedad es un mal sin término, siempre encendido y que jamás puede apagarse, al punto de que cabe decir de la maldad lo que dice el poeta: "No es ella una mortal, sino un mal inmortal";[23] pero es en la vida nuestra donde es inmortal; porque comparada con la vida de Dios es un cadáver sin vida y, como alguien ha dicho,[24] "más repelente que el estiércol".

[23] Odisea XII, 118.

[24] Heráclito.

62. XII. Ahora bien, preciso del todo era ciertamente que diferentes regiones se distribuyesen

entre diferentes cosas: asignándose el cielo a las cosas buenas, y lo terrestre a las malas. Lo bueno tiende, pues, a elevarse, y, aunque alguna vez puede venir hacia nosotros, pues el Padre del bien es generoso, no puede menos de desear vivamente retomar sobre sus pasos. El mal, en cambio, permanece aquí, separado lo más posible del Divino coro, rondando en tomo de la vida mortal y sin poder abandonar, muriendo, nuestra raza mortal.

63. Esta verdad ha sido manifestada también por cierto varón, notable entre los que han sido admirados por su sabiduría, quien en la obra del Teeteto de manera más excelente aún dice: "Los males no pueden cesar, pues es preciso que siempre haya algo opuesto al bien; ni pueden residir entre los dioses, sino rondan en tomo de la naturaleza mortal y de este lugar nuestro. Por lo tanto, necesario es que huyamos de aquí hacia allí lo más rápidamente posible. Fugarse es asemejarse a Dios en la medida de lo posible; y asemejarse a Él es llegar a ser justo, santo y sabio."[25]

[25] Platón, Teeteto 176 a y b.

64. Es natural, pues, que Caín no muera, siendo, como es, símbolo de la maldad, la que necesariamente perdura entre los hombres en la raza mortal. De modo que por las causas señaladas no está desacertado lo de "morir con muerte" referido al asesino.

65. XIII. Las palabras "no voluntariamente sino porque Dios lo ha puesto en sus manos" son una admirable referencia a aquellos que cometen un homicidio involuntario. Es que nuestro autor opina que los actos voluntarios son obras de nuestra propia determinación, en tanto que los involuntarios son obra de Dios; no me refiero a las faltas sino, por el contrario, a todos aquellos actos que constituyen el castigo de las faltas.[26].

[26] Filón no se refiere, pues, sino a aquellos errores o faltas en los que inconscientemente obramos como ejecutores de la voluntad Divina.

66. Es inconveniente, en efecto, que sea Dios mismo el que castigue, puesto que es el primero y supremo Legislador; pero es, en cambio, por intermedio de Sus servidores como lo hace; no por Sus propias manos. Brindar gracias, dones y beneficios es propio de El, por cuanto es bueno y generoso por naturaleza; pero los castigos corresponde que sean aplicados a través de otros, en condiciones de prestar tales servicios; no, empero, sin el mandato del mismo Rey, como que es el Soberano.

67. Testigo de mis palabras es el ejercitante cuando dice: "El Dios que me nutre desde mi niñez; el ángel que me libera de todos los males." (Gen. XLVIII, 15 y 16.) Ha atribuido, en efecto, a Dios los bienes más importantes, con los que el alma se nutre; y a un servidor de Dios lo de menor importancia, los que resultan del huir de las faltas.[27]

[27] Ver Interpretación alegórica III, 177, y Sobre la confusión de las lenguas, 169.

68. Por esa misma razón, pienso, también cuando expone Moisés las enseñanzas acerca de la creación del mundo, mientras de todas las demás cosas dice que fueron creadas por Dios, solo al hombre lo presenta como modelado con el concurso de otros. Dice, en efecto, que "Dios dijo: 'Hagamos al hombre según Nuestra imagen'" (Gen. I, 26); donde la expresión "hagamos" da a entender más de uno.[28]

[28] Ver Sobre 1a confusión de las lenguas, 169.

69. Dialoga, en consecuencia, el Padre de todas las cosas con Sus potencias, a las que confió el modelado de la parte mortal de nuestra alma mediante la imitación del procedimiento seguido por Él cuando daba forma a la parte racional de nuestro ser; por cuanto entiende que

es justo que la parte soberana del alma sea producida por el Soberano, y que la parte subordinada lo sea por Sus subordinados.

70. Pero no sólo por la razón mencionada empleó Dios las potencias que Lo acompañan, sino también porque el alma humana era la única de las creaturas que habría de alcanzar las concepciones acerca de los bienes y los males, y hacer uso de unos o de otros; como que le es imposible hacer uso de ambos. Así pues, consideró Dios necesario asignar la creación de las cosas malas a otros operarios, y reservarse la de las buenas a Sí mismo.

71. XIV. Por eso también, habiéndose dicho primero: "Hagamos al hombre"; expresión que alude a más de uno; a continuación se dice, refiriéndose a Dios solamente: "Creó Dios al hombre." (Gen. I, 27.) Es que del hombre verdadero, que es una inteligencia purísima, uno sólo es el Hacedor, el Dios único; en tanto que son muchos los que han producido al comúnmente llamado hombre, que es una mezcla que incluye a la sensibilidad.

72. Tal es el motivo por el que el hombre por excelencia es mencionado precedido del artículo, en tanto que en la mención del otro el artículo no aparece. Mientras leemos que "creó Dios al hombre", al hombre consistente en un raciocinio invisible y sin mezcla; en cambio, con la expresión: "Hagamos al[29] hombre" se nos muestra al que es un compuesto de naturaleza racional e irracional.
[29] Es imposible distinguir en castellano el matiz que quiere señalar Filón. Literalmente en el primer caso dice el texto bíblico: "Creó Dios al hombre", y en el segundo: "Hagamos hombre", como diríamos nosotros en plural: "Hagamos hombres". En griego, sin embargo, la ausencia de artículo, omisión que ordinariamente equivale a nuestro artículo indeterminante (un hombre), en nada altera en muchos casos, como el presente, el sentido de la construcción y ésta se traduce como si llevara el artículo. Filón, por supuesto, acomoda a sus propósitos la frase y lee: "Hagamos hombre". De allí su aclaración sobre la omisión del artículo en el texto bíblico.

73. De acuerdo con estos principios atribuyó a diferentes personas el bendecir a los buenos y el maldecir a los culpables. Unas y otras, es verdad, reciben alabanza;
pero, puesto que el bendecir a los que lo merecen encierra la prerrogativa propia de los elogios, el pronunciar maldiciones contra los ruines ocupa un orden secundario; y así, de los designados para este fin, que son los doce jefes de nuestra raza, a los que es costumbre llamar jefes de tribu; confió a los seis mejores, a saber: Simeón, Leví, Judá, Isacar, José y Benjamín la misión de bendecir, y la de maldecir confióla a los otros, que eran el primero y el último de los hijos de Lía, Rubén y Zabulón, y los cuatro bastardos nacidos de las criadas.[30]
[30] Deut. XXVII, 12 y ss.

74. En la primera lista, en efecto, es en la que figuran los jefes de la tribu real y la tribu sagrada, Judá y Leví respectivamente.[31] Es natural, pues, que ponga Dios en manos de otros para su castigo a aquellos que han hecho cosas que los hacen merecedores de muerte. Con ello quiere enseñarnos que la naturaleza del mal hállase apartada por grandes distancias del Divino coro, como se desprende del hecho de que también aquel bien que lleva trazas del mal, vale decir, el castigo, concrétase por intermedio de otros.
[31] No es totalmente claro el sentido de lo que se expresa aquí. Tal vez se refiere Filón a que, incluyendo la primera lista a las dos tribus de mayor dignidad, también la lista es la de mayor dignidad.

75. Las palabras "Te daré un lugar a donde huirá el matador" involuntario, parécenme estar

dichas muy acertadamente. No llama en este caso "lugar" a un espacio completamente ocupado por un cuerpo;[32] sino se refiere simbólicamente al mismo Dios, por cuanto Dios contiene sin ser contenido y porque es el refugio para el universo.
[32] Según los estoicos el topos = lugar, está completamente lleno por el *soma* = cuerpo. Si éste no llena un espacio completamente el lugar se denomina *klóra*, entendiéndose por este tipo de lugar uno más amplio o extenso que el topos, por lo cual el término designa también una región, un país y otros espacios extensos.

76. Está en un derecho, pues, quien, creyendo haber intervenido en una involuntaria falta, diga que la falta ha tenido lugar por designio de Dios; mas no es lícito que diga tal cosa aquel que ha delinquido a sabiendas. Por otra parte, dice que "dará" ese lugar no al matador sino a aquel con quien habla, de lo que se infiere que no son la misma persona el que lo habitará y el fugitivo. Es que, mientras a Su *lógos* [33] le ha concedido Su saber para que resida como en su patria, como autóctono de tal lugar; a aquel que ha incurrido en involuntarios yerros se lo ha concedido en calidad de refugio, como tierra ajena a un extranjero, no como tierra natal a un ciudadano.
[33] Filón entiende que el interlocutor de Dios en la presente ocasión es Su *lógos*, y que es a éste a quien le concederá un lugar de refugio.

77. XV. Tras exponer estas enseñanzas acerca de los actos involuntarios, pasa Moisés a legislar en lo relativo a la asechanza y premeditación, diciendo: "Sí alguno asechare contra su vecino para matarlo a traición y buscare refugio..."; refugio en Dios, a quien antes se llamó simbólicamente "lugar", y de quien resulta la vida para todos los seres. Dice, en efecto, también en otro pasaje: "Quien huyere a ese lugar vivirá." (Deut. XIX, 5.)

78. ¿Y no consiste la vida eterna en refugiarse en el Que Es, al par que la muerte en huir lejos de Él? Mas, en tanto que lo hecho involuntariamente no implica culpa, el que tiende asechanzas delinque deliberadamente y la acción traicionera intencional es culpable.

79. Por lo cual de ninguno de los delitos. perpetrados con sentimiento hostil, a traición y premeditadamente es correcto decir que ocurre con asentimiento de Dios, pues todos ellos son de nuestra exclusiva responsabilidad. Es. en nosotros, en efecto, donde se hallan los depósitos de los males,. como he dicho; con Dios están solamente los tesoros de los bienes.

80. Por lo tanto, quien buscare un refugio, vale decir, quien achacare a Dios, no a sí mismo, sus iniquidades, sea castigado mediante su separación del refugio que está reservado. para la salvación y seguridad de los suplicantes exclusivamente, vale decir, del altar. Y es lo razonable sin duda. Porque el lugar de los sacrificios está ocupado por víctimas irreprochables, me refiero a almas inocentes y purificadas; y el afirmar que también la Divinidad es origen de males es, en cambio, vituperio difícil de remediar o completamente irreparable.

81. Todos estos caracteres [34] han procurado ser amantes de sí mismos antes que amantes de Dios. Aléjense, por lo tanto, del recinto consagrado, para que, manchados e impuros como son, no puedan contemplar ni siquiera desde lejos la sagrada llama encendida con inextinguible fuego y ofrecida en sacrificio a Dios con poder pleno e intacto.
[34] Los que delinquen deliberadamente y atribuyen sus faltas a Dios

82. Con excelentes palabras uno de los antiguos sabios, coincidiendo conmigo en este punto, manifestó resueltamente que en ningún caso y de ninguna manera es Dios injusto; sino es la

suma justicia y ninguna cosa se parece más a Él que aquel de nosotros que obra a su vez lo más justamente posible. Es con relación a Él como se pone de manifiesto tanto la verdadera capacidad, como la nulidad y falta de reales condiciones-. humanas de un hombre. En efecto, el conocer a Dios es sabiduría y virtud verdadera; ignorarlo es torpeza y maldad patente; y las demás aparentes capacidades y las llamadas muestras de sabiduría no resultan más que vulgaridades cuando se-aplican al logro de preeminencias políticas, y simples manualidades cuando se aplican a los oficios y profesiones.[35]
[35] Platón, Teeteto 176 c.

83. XVI. Luego, pues, de establecer que el hombre que profana y difama las cosas sagradas debe ser alejado de los sacratísimos lugares y entregado para su castigo, dice Moisés a continuación: "El que hiriere a su padre o a su madre sea matado";
y análogamente: "El que injuriare a su padre o a su madre sea matado." (Ex. XXI, 15 y 17.)

84. Podríamos decir que grita y proclama en alta voz que a ninguno de los que blasfeman contra Dios le es dado alcanzar el perdón. Porque, si los que injurian a los padres mortales son castigados con la muerte, ¿de qué castigo hemos de considerar merecedores a aquellos que asumen la responsabilidad de blasfemar contra el Padre y Hacedor de todas las cosas? ¿Y qué blasfemia hay más vergonzosa que el afirmar que el origen de los malos no se halla en nosotros sino en Dios?

85. Arrojad, pues, oh iniciados y merofantas de los sacros misterios, arrojad fuera a las mezcladas, confusas y desordenadas almas, rebeldes a la purificación y a la clarificación, que llevan por todas partes abiertos los oídos, y desenfrenada la lengua, como preparados instrumentos de su mísera condición, aquellos para escuchar todo cuanto está vedado, y ésta para manifestar cuanto conviene callar.

86. Pero todos aquellos que han sido instruidos en la distinción entre las acciones intencionales e involuntarias, y han recibido una boca capaz de guardar religioso silencio en vez de una lengua blasfemadora son merecedores de alabanza cuando obran rectamente, y no es mucho el reproche que merecen si cometen yerros sin intención. Esta es la razón por la que para ellos han sido separadas ciudades de refugio.[36]
[36] Núm. XXXV, 9 y ss.

87. XVII. Pero vale la pena que con particular detención hagamos algunas consideraciones necesarias tocantes a este asunto. Son cuatro en total. Una es por qué las ciudades para fugitivos no fueron separadas de entre las que obtuvieron las otras tribus y sólo lo fueron de entre las que cupieron a la tribu de los levitas. La segunda, por qué fueron seis en total, ni una más ni una menos. La tercera, por qué tres de ellas se hallaban más allá del Jordán y las otras en la tierra de Canaán. La cuarta, por qué el plazo señalado para el retomo de los fugitivos fue la muerte del sumo sacerdote.

88. Comenzando por la primera de estas cuestiones hemos de decir lo que cabe señalar acerca de cada una de ellas. El huir hacia las ciudades asignadas a los levitas corresponde solamente a los levitas y con toda legitimidad, pues ellos son en cierta manera también fugitivos, en razón de que a fin de complacer a Dios han abandonado padres, hijos, hermanos y toda su mortal parentela.

89. Así, el fundador de esta congregación [37] es presentado en actitud de decir a su padre y a su madre: "No os he visto, no conozco a mis hermanos, desconozco a mis hijos" (Deut. XXX, 9),

pues sirvo sin distracciones al Que Es. La verdadera fuga equivale a la privación de las cosas que nos son más familiares y caras. Es, pues, en vista de la similitud de acciones por lo que el legislador pone a los fugitivos al amparo de fugitivos para que puedan alcanzar una amnistía por lo que han hecho.
[37] Leví.

90. ¿Fue, pues, esta la única razón o hubo otra, consistente en que la tribu de los levitas, compuesta por los cuidadores del templo, es la de los que se lanzaron de improviso a la matanza de aquellos que entre los jóvenes en edad de tomar las armas habían divinizado al becerro de oro, es decir, la egipcia vanidad; y los mataron movidos por una legítima irritación al par que por una Divina inspiración y una posesión proveniente de la Divinidad? Leemos, en efecto, lo siguiente: "Y cada uno mata al hermano, al vecino y al más allegado" (Ex. XXXII, 27); vale decir, al cuerpo, que es hermano del alma; a la parte irracional, que es vecino de la racional; y a la palabra pronunciada,[38] que es lo más allegado a la inteligencia.
[38] Acerca de los dos *lógoi* ver Sobre los querubines, nota 8.

91. Es que solamente procediendo de ese modo puede la parte más excelente de nuestro ser convertirse en servidora del mas excelente de todos los seres. En primer lugar el hombre se ha de disolverse hasta convertirse en un alma desligándose y separándose de su hermano el cuerpo y de sus inacabables apetencias; en segundo término, el alma ha de arrojar de sí, como he dicho, al vecino de la parte racional, es decir, a la parte irracional, ya que ésta, a modo de un torrente dividido en cinco partes que penetran a través de todos los sentidos, excita la violencia de las pasiones.

92. Y en tercer lugar, la parte racional ha de separar y desterrar lejos de sí aquello que aparentemente le está más estrechamente vinculado, la palabra pronunciada; todo ello para que la palabra encerrada en la inteligencia, libre del cuerpo, libre de los sentidos y libre de la pronunciación de la palabra audible, pueda encontrarse sola; pues, una vez que haya sido dejada sola, viviendo una existencia acorde con la soledad, sin mezclas ni distracciones, rendirá su homenaje al Ser Único.

93. Asimismo hay que hacer presente, además de las consideraciones apuntadas, que si la tribu de Leví es la de dos servidores del templo y de los sacerdotes, a los cuales ha sido confiado el servicio del santuario; también, por su parte, los que cometen un homicidio involuntario ejecutan un servicio, como que Moisés dice: "Dios ha puesto en sus manos" (Ex. XXI, 13) a los que han hecho cosas dignas de muerte, a fin de que los destruyan. Sólo que, mientras los levitas han sido establecidos para la exaltación de los buenos; ellos lo han sido para el castigo de los culpables.

94. XVIII. Estas son las razones por las cuales los que han cometido un homicidio involuntario huyen solamente hacia las ciudades de los servidores del templo. A continuación hemos de decir cuáles son éstas y por qué su número es de seis. Pues bien, a no dudarlo, la más venerable, la más segura y la más excelsa metrópolis,[39] no una simple ciudad solamente, es el Divino *lógos*, hacia el que es incomparablemente ventajoso huir en busca de refugio.
[39] Es decir, una ciudad madre, ciudad que ha fundado otras.

95. Las otras cinco, comparables a colonias, son las potencias del que lo [40] pronuncia; al frente de las cuales hállase la potencia creadora, en virtud de la cual Aquél creó el mundo mediante la palabra.[41] La segunda en jerarquía es la potencia real, en virtud de la cual el Hacedor gobierna aquello que ha sido creado; la tercera es la potencia propicia, mediante la

cual el Artífice se apiada y compadece a su propia obra; la cuarta es la (legislativa, mediante la cual prescribe nuestras obligaciones; y la quinta)[42] es la parte de la legislativa mediante la que prohibe lo que no debe ser hecho.
[40] "Que pronuncia a Su *lógos*". Filón toma aquí el término *lógos* en uno solo de sus sentidos: el de "palabra".
[41] Porque cada acto creador de Dios fue precedido por una orden Suya. Gen. I, 3 y ss.
[42] Laguna del texto llenada según lo propuesto por Wendland.

96. Excelentes y fortificadísimas ciudades son estas, y, por cierto, los mejores refugios para las almas merecedoras de eterna salvación. Benigna y benéfica es, por otra parte, la prescripción, y capaz de estimular y fortalecer en una firme esperanza. Porque, ¿qué prescripción mejor que esta para hacer patente la tan grande abundancia de estas benefactoras potencias, adaptadas a las diferencias que se dan en los que se han hallado envueltos en involuntarias claudicaciones, los que difieren entre sí en el grado de fortaleza o debilidad?

97. Ella estimula al hombre capaz de correr de prisa a avanzar sin respiro hacia el supremo *lógos* Divino, que es la fuente de la sabiduría, para que pueda extraer agua de su corriente y alcanzar como premio la liberación de la muerte y la vida eterna. A quien no es capaz de avanzar tan rápidamente lo estimula a dirigirse en busca de refugio hacia la potencia creadora, a la que Moisés llama "Dios", en razón de que mediante ella ha sido establecido[43] y ordenado el universo; y lo estimula hacia esta potencia porque grande es el bien que llega a adquirir aquel que ha alcanzado a comprender que el universo ha tenido un comienzo. Este bien es el conocimiento del Hacedor, conocimiento que al punto mueve a la creatura a amar a Aquel a quien debe su existencia.
[43] Como en otros pasajes, Filón vincula el término *theós* = Dios, con el verbo *theínai* = colocar, establecer.

98. A quien no está presto en el mismo grado que el anterior lo urge a refugiarse en la potencia real, ya que el temor al soberano tiene la virtud de amonestar con correctora fuerza de persuasión al súbdito, cuando la benevolencia del padre no lo logra en el hijo. Para aquel que no llega a alcanzar las metas mencionadas por hallarse éstas demasiado distantes, en su opinión, han sido fijadas puntos de llegada más próximos: el de la potencia propicia, el de la potencia que prescribe lo que es preciso hacer y el de la que prohíbe lo que es preciso evitar, potencias necesarias todas ellas.

99. Es que aquel que ha comprendido que la Divinidad no es inexorable sino benevolente, pues Su naturaleza es dulce, aunque primero hubiere delinquido, pronto se arrepiente movido por la esperanza de ser perdonado; a su vez, aquel que ha llegado a concebir a Dios como el legislador alcanzará la felicidad, acatando cuanto Él prescribe a todos; y, por su parte, el último de ellos alcanzará el último de los refugios: el apartamiento de los males, aunque no alcanzare a participar de bienes superiores.

100. XIX. Estas son las seis ciudades que Moisés llama "lugares de refugio";[44] cinco de las cuales han sido representadas mediante figuras simbólicas que se hallan en el santuario. Las leyes colocadas en el arca simbolizan la prescripción y la prohibición; la tapa del arca representa la potencia propicia y lleva el nombre de "propiciatorio": en tanto que, los alados querubines situados sobre ella son símbolo de las potencias creadora y real.
[44] Núm. XXXV, 12.

101. A su vez, el Divino *lógos,* situado por sobre todas ellas, no ha llegado a ser representado

de manera perceptible por nuestra vista, por cuanto no tiene semejanza alguna con ninguno de los objetos sensibles, y él mismo es imagen de Dios, el más eminente de todos los seres aprehensibles intelectualmente, situado el más próximo, sin que medie distancia alguna, al Único verdaderamente existente. Leemos, en efecto: "Hablaré contigo desde lo alto del propiciatorio, en medio de los dos querubines" (Ex. XXV, 21); de lo que se deduce que mientras el *lógos* es el conductor de las potencias, Aquel que habla va sentado indicando al conductor lo necesario para la recta conducción del universo.

102. Aquel, pues, que resulta libre también de involuntaria claudicación (en la voluntaria ni pensar siquiera) tendrá al mismo Dios por heredad [45] y su morada estará en Él solamente. En cambio, aquellos que, si bien no con premeditación, sí involuntariamente han experimentado caídas, tendrán como refugios las mencionadas ciudades, tan rica e inagotablemente provistas.
[45] Deut. X, 9.

103. De las ciudades de refugio tres, que se hallan a gran distancia de nuestra raza, están más allá del río.[46] ¿Cuáles son? El *lógos* del Soberano, la potencia creadora y la potencia real del Mismo. Con estas, en efecto, hállanse asociados el cielo y el universo todo.
[46] Núm. XXXV, 14.

104. En cambio, aquellas que están en relación con nosotros y en contacto con la perecedera raza de los mortales, la única raza en la que tiene lugar el cometer faltas, son las tres de dentro,[47] vale decir, la potencia propicia, la que prescribe lo que se debe hacer y la que prohíbe lo que no ha de hacerse. Estas, en efecto, nos tocan ya estrechamente.
[47] O "de este lado del río".

105. ¿Qué necesidad, en efecto, tienen de prohibiciones aquellos que no están en condiciones de obrar mal? ¿Qué necesidad de prescripciones aquellos cuya naturaleza está libre de faltas? ¿Qué necesidad de benevolencia quienes no habrán de delinquir en absoluto? Mas, nuestra raza tiene necesidad de estas potencias a causa de su natural inclinación hacia las faltas voluntarias e involuntarias.

106. XX. El cuarto punto que nos resta de los propuestos para considerar es el tiempo prescripto para el retorno de los fugitivos, vale decir, la muerte del sumo sacerdote. Considerada literalmente, esta prescripción encierra, entiendo yo, una gran dificultad. Porque, el castigo que la ley establece para aquellos que han cometido idénticas faltas es desigual, ya que unos son fugitivos por más tiempo y otros por menos. Los sumos sacerdotes, en efecto, unos viven muchísimo tiempo y otros poquísimo.

107. Además unos son designados jóvenes aún; otros cuando ya son ancianos; y de los culpables de homicidio involuntario, unos han buscado refugio cuando comenzaba. el sacerdocio; otro cuando estaba ya a punto de acabar sus días el sacerdote; de modo que algunos estarían separados de la. tierra de sus padres por un largo tiempo; en tanto que otros lo estarían por un día quizás, luego del cual llegarían con la cabeza erguida, con aire arrogante y burlándose de los parientes más próximos de los que han sido matados.

108. Apliquémonos, pues, a una explicación acorde con la naturaleza de las cosas, desentrañando el sentido oculto de las palabras, que de ese modo escaparemos de esa dificultad y hallaremos justificado su contenido. Decimos, en efecto, que el sumo sacerdote no es un hombre sino el Divino *lógos*, libre de todas las faltas así voluntarias como involuntarias.

109. Dice, en efecto, Moisés que no puede mancharse ni por su padre, vale decir, la inteligencia, ni por su madre, o sea, la sensibilidad,[48] lo que, a mí parecer, se debe a que le han cabido padres incorruptibles y purísimos; su padre. Dios, que es también padre del universo, y su madre la sabiduría, mediante la cual todas las cosas han llegado a existir.
[48] Refiérese Filón al Lev. XXI, 11, donde se lee "ni se acercará a ningún muerto ni se contaminará ni por su padre ni por su madre"; lo cual significa literalmente que, mientras los demás sacerdotes pueden tocar el cadáver de alguno de sus familiares más próximos, aunque les está vedado tocar uno de persona extraña, al sumo sacerdote le está prohibido incluso el contacto con el cuerpo muerto de su padre y de su madre. Alegóricamente, según Filón, ello ha de interpretarse en el sentido de que, mientras un simple mortal puede ser manchado por o a causa de su padre, la inteligencia, o su madre, la sensibilidad, el Divino *lógos* no puede mancharse pues su padre es Dios y su madre la sabiduría misma.

110. Y, además, a que su cabeza ha sido ungida con óleo, quiero decir a que su facultad rectora está iluminada por una brillante claridad,[49] a tal punto que ha sido juzgado merecedor de "ponerse las vestiduras" (Lev. XXI, 10). Ahora bien, la vestidura que el supremo *lógos* del Que Es viste es el mundo, pues se envuelve a sí mismo en la tierra, el agua, el aire, el fuego y cuantas cosas proceden de éstos; mientras que el cuerpo es la vestidura de una parte del alma,[50] y las virtudes lo son del entendimiento del sabio.
[49] Simbolizada en el óleo o aceite con que se alimentaba la llama de las lámparas.
[50] Vale decir, sólo aquella parte que queda, excluido su elemento rector, la inteligencia, y que comprende los cinco sentidos, la facultad de hablar y el poder de engendrar. Ver Sobre la creación del mundo 117.

111. Dice además Moisés que "jamás se sacará la mitra" de la cabeza, es decir, no se despojará de la real diadema, el símbolo, no de absoluta soberanía, sino de su admirable mandato subordinado; "ni tampoco rasgará sus vestiduras". (Lev. XXI, 10.)

112. Es que el *lógos* del Que Es, siendo, como quedó dicho, el nexo que une a todas las cosas, reúne y ciñe todas las porciones impidiendo que las mismas se desliguen y separen; y el alma particular, a su vez, en la medida en que está dotada de fuerza, no permite que ninguna de las partes del cuerpo se separe y aparte contra la naturaleza; y así, en cuanto de ella depende, todas las partes permanecen completas y mantienen indisoluble su recíproca -armonía y unión. Y la purificada inteligencia del hombre sabio conserva indestructibles y sin daño las virtudes armonizando con una más firme comprensión mutua la afinidad y vinculación que les es connatural.

113. XXI. El sumo sacerdote, dice Moisés, "no se acercará a ningún alma muerta" (Lev. XXI, 11). La muerte del alma es la vida en compañía del vicio, de modo que jamás entrará aquél en contacto con ningún objeto contaminado de aquellos a los que tiende permanentemente la insensatez.

114. Adáptase,[51] asimismo, a éste una joven virgen de la sagrada estirpe, vale decir, una pura, sin mancha y por siempre inviolada intención. Jamás, en efecto, será esposo de una viuda, de una divorciada, de una impura o de una ramera;[52] por el contrario, siempre librará contra ellas una guerra sin treguas ni avenencias, por cuanto es odioso para él la viudez respecto de la virtud, así como el divorciarse de ella y huirle, y también toda convicción que sea impura y profunda. En cuando a la ramera, es decir, la maldad de la promiscuidad, de la poliandria y del politeísmo o, más bien, del ateísmo, ni siquiera se digna a mirarla, pues ama a aquella que

ha adoptado como único esposo y como padre a Dios Soberano.
[51] Como esposa.
[52] Lev. XXI, 13 y ss.

115. En este carácter adviértese un máximo de perfección. Tratándose del que ha formulado el gran voto el legislador reconoce en cierto modo que incurre en falta involuntaria, si bien no con deliberada intención. De allí sus palabras: "Si alguno muriere repentinamente junto a él, al instante él resultará manchado." (Núm. VI, 9.) Y así ocurre: aquello que se precipita de improviso sobre nosotros desde fuera, sin que nuestra voluntad tenga parte, mancha a nuestra alma de inmediato, aunque no por un tiempo muy prolongado, puesto que se trata de algo no intencional.[53] Pero en lo que al sumo sacerdote hace, nada tiene que ver con estos yerros, como tampoco con los voluntarios, pues se halla por encima de ellos.
[53] Ver Sobre la inmutabilidad de Dios. 89, y Sobre la agricultura 175.

116. Lo que he señalado no carece de motivos; por el contrario, tiende a demostrar que el término prefijado para el retorno de los fugitivos, que es la muerte del sumo sacerdote, está del todo de acuerdo con la naturaleza de las cosas.

117. En efecto, es imposible que una involuntaria falta retome al alma mientras en ella viva y esté presente este sacratísimo *lógos*, puesto que por naturaleza él es incapaz de tener parte en falta alguna ni de admitirla. Mas, si éste muriese; lo cual no significa que él haya sido aniquilado sino que se ha desvinculado de nuestra alma; al punto les estará expedito el retorno a las faltas involuntarias. Es que, si, mientras él permanecía y conservaba su integridad en nosotros, aquéllas estaban desterradas, en separándose él de nosotros completamente, las faltas retornarán.

118. En efecto, el inmaculado sumo sacerdote, vale decir, la admonición,[54] ha recogido como fruto de su naturaleza la especial prerrogativa de jamás admitir en sí en absoluto un desliz en el juicio.[55] Por eso bueno es que supliquemos que viva en el alma el sumo sacerdote y rey a la vez, es decir, la justiciera admonición, ya que a él le ha cabido el tribunal todo de nuestro entendimiento y no es confundido por ninguno de los que son presentados para su juicio.[56]
[54] O la refutación, en el sentido del hecho de poner al descubierto la verdadera naturaleza de nuestros actos o intenciones.
[55] El texto griego en su estado actual resulta aquí intraducible, por lo que la traducción es conjetural.
[56] Como se advierte. Filón, que en las consideraciones anteriores tomaba el verbo *phéugein* = huir, estar desterrado, en la primera de las dos acepciones, refiriéndose a las ciudades en -las que los culpables de faltas involuntarias buscan refugio en su huida; luego, en los parágrafos 216 a 218 se apoya en la segunda acepción, la de destierro, y señala la imposibilidad de que compartan el mismo sitio el Divino *lógos*, identificado con una ciudad de refugio, y las faltas, por lo que éstas forzosamente permanecen desterradas mientras el *lógos* permanece en el alma. En ambos casos habla, pues, de fugitivos, pero en el primero de fugitivos hacia, y en el segundo de fugitivos de.

119. XXII. Habiendo, pues, dicho todo lo adecuado acerca de los fugitivos, pasaremos a urdir la trama de lo que, en lógica ilación, viene a continuación. Leemos, en efecto, a renglón seguido: "La halló un ángel del Señor." (Gen. XVI, 7.) Este ángel había decidido el retorno del alma que movida por la vergüenza estaba en trance de convertirse en vagabunda y ha hecho su aparición como una escolta, podríamos decir, en el retorno hacia la inteligencia que sigue un recto camino.

120. Útil será, empero, que no pasemos tampoco por alto las reflexiones del legislador acerca del hallazgo y de la búsqueda. En efecto, nos presenta él a algunos como ni buscando ni hallando, a otros teniendo éxito en una y otra tarea, y a otros logrando o bien una o bien otra cosa, de los cuales unos, aunque buscan, no hallan, y otros hallan sin buscar.

121. Aquellos que no se preocupan ni por hallar ni por buscar, grave daño causan a su discernimiento a causa de su falta de preparación y adiestramiento, y, pudiendo ver con agudeza se convierten en ciegos. A propósito de ello dice el legislador que "la mujer de Lot al volverse hacia atrás se convirtió en columna". (Gen. XIX, 26.) Y no se trata aquí de una fábula, sino de la indicación precisa de un hecho concreto.

122. En efecto, aquel que, llevado por una innata y rutinaria pereza no presta atención a quien le enseña, acaba por abandonar cuanto tiene delante, merced a lo cual es posible ver, oír y hacer uso de las otras facultades para la determinación de la naturaleza de los hechos; y, desnucándose por darse vuelta hacia atrás, conviértese en una columna semejante a una piedra sin vida y muda, a fuerza de buscar ardorosamente las cosas obscuras y ocultas no tanto de las partes del cuerpo cuanto de los sucesos de la vida.

123. Estos caracteres, como dice Moisés, no han llegado a poseer "un corazón para entender, ojos para ver y oídos para escuchar; antes bien, han producido para sí mismos una vida que no es tal, ciega, sorda, necia y completamente embotada, sin aplicarse a cosa alguna que lo merezca.

124. XXIII. Conductor de esta compañía es el rey de la región corpórea. Leemos, en efecto, que "el faraón volvió sobre sus pasos y se dirigió hacia su casa sin prestar atención ni siquiera a esto" (Ex. VII, 23); o lo que es lo mismo, sin atender a cosa alguna absolutamente; antes bien, permitiendo que su inteligencia se marchitase como planta sin cultivar e incapaz de engendrar nada en su esterilidad.

125. Ciertamente, los que deliberan, observan y examinan cuidadosamente todas las cosas, le confieren agudeza y precisión. Y esa inteligencia que se ejercita cosecha sus propios frutos: la sagacidad y la profundidad, mediante las cuales se preserva del engaño. En cambio, el hombre sin hábito de observación embota y aniquila el vigor de la inteligencia.

126. Dejemos, pues, de lado a la irracional y verdaderamente inerte cofradía de estas tales, y apliquémonos a la consideración de la de aquellos que cultivan la investigación y el descubrimiento. Consideramos en primer lugar al carácter que, sin desvincularse de los negocios públicos, muy lejos está de apetecer la gloria desmedidamente; carácter que, tendiendo hacia aquella superior estirpe cuya heredad han sido las virtudes, nos es presentado buscándola y hallándola.

127. Leemos, en efecto, que "un hombre halló a José vagando por el llano y le preguntó: '¿Qué buscas?' Y él dijo: 'Busco a mis hermanos; dime dónde apacientan sus ganados'. Y el hombre le dijo: 'Partieron de aquí'. Les oí decir, en efecto: 'Marchemos hacia Dotan'." (Gen. XXXXXVII, 15 a 17.)

128. "Dotan" significa "abandono", y es símbolo del alma que ha huido no a medías sino totalmente de las vacías opiniones, que más se parecen a las prácticas de las mujeres que a las de los hombres. Tal es la razón por la que con sumo acierto se dice que "Sara, es decir, la

virtud, 'deja de experimentar las menstruaciones'." (Gen. XVIII, 11), vale decir, aquellas costumbres por las que nos esforzamos los que vamos detrás de la vida sin virilidad verdaderamente afeminada. Pero también el hombre sabio, según afirma Moisés en todo de acuerdo con la naturaleza de las cosas, "abandona y es acrecentado".[57] (Gen. XXV, 8.) Es que la pérdida de la vacía opinión trae consigo el aumento de la verdad.
[57] En el texto bíblico el sentido es: "...es agregado a su pueblo". Ver Sobre los sacrificios de Abel y Caín.

129. Si un hombre, mientras sus días transcurren en esta vida mortal, confusa y variable; mientras dispone de inagotables materiales para derrochar, considera e indaga acerca de aquella estirpe superior cuya mirada vuélvese sólo hacia la grandeza moral, es merecedor de aprobación siempre, que los sueños y visiones de los bienes supuestos y aparentes no resurjan y prevalezcan nuevamente.

130. En efecto, si él perseverare en una legítima investigación acerca del alma, no cejará en su marcha tras las huellas de las cosas indagadas, en el seguimiento de las mismas, hasta alcanzar aquello que constituye el norte de sus deseos.

131. Pero, ninguna de ellas hallará en el ámbito de lo ruin. ¿Por qué? Pues, porque "se han marchado de aquí" abandonando lo que nosotros procuramos y emigrando hacia la región de los hombres piadosos, en la que no habitan los malvados. Tal es lo que dice el verdadero [58] hombre, el amonestador situado en el alma, quien, al ver su perplejidad, su indagación y su búsqueda, la previene para que no ande errante ni pierda el recto camino.
[58] El "verdadero" hombre, el de Gen. XXXVII, 15, cuya interpretación desarrolla Filón en Sobre las habituales intrigas de lo peor contra lo mejor, 23.

132. XXIV. Grande es, asimismo, mi admiración hacia aquellos dos, de los que uno, ansioso de informarse acerca del elemento intermedio entre dos extremos, dice: "Aquí está el fuego y la leña; pero, ¿dónde está la oveja para el holocausto?" (Gen. XXII, 7); y el otro le responde: "Dios buscará Él mismo una oveja para el holocausto, hijo" (Íd. 8); y halla después la res sustituía, pues "he aquí que un camero estaba sujeto por los cuernos en un arbusto de sabek".[59] (Íd. 13.)
[59] "Sabek". Por este nombre traducen los LXX el término hebreo que significa matorral, tomándolo, al parecer, por el nombre de una planta.

133. Pues bien, veamos cuál es el problema del que inquiere y qué sentido tiene la respuesta; y en tercer lugar qué fue lo hallado. La pregunta es de este tenor: "He aquí la causa eficiente: el fuego; he aquí también el objeto afectado: la materia, la leña; ¿dónde está el tercer elemento, vale decir, el resultado?" En otros términos: "He aquí la inteligencia, soplo cálido y ardiente; he aquí también los objetos mentalmente aprehensibles, como si dijéramos sus materiales; ¿dónde está el tercer elemento: la aprehensión mental?"

134. O también: "He aquí la vista, he aquí el color; adonde está la aprehensión visual?" Y, en general; "He aquí la sensibilidad, es decir, el instrumento del discernir; y he aquí también las cosas sensibles, los materiales; ¿dónde, entonces, está el acto de percibir?

135. A tales preguntas no cabe sino una respuesta: "Dios buscará por Sí mismo". En efecto, el tercer elemento no es otra cosa que la obra propia de Dios. Porque es gracias a Su cuidado como la inteligencia aprehende, la vista ve y todos los sentidos perciben. En cuanto al "carnero hallado atado" no es otro que la razón en estado de quietud y espectativa.

136. No hay mejor ofrenda, en efecto, que la quietud y suspensión del juicio en aquellos asuntos en los que faltan pruebas totalmente. Porque sólo una cosa hemos de afirmar: "Dios buscará", Dios, para quien todas las cosas son claras; Dios, que con la más brillante de las claridades: Él mismo, ilumina todas las cosas. Afirmar las demás cosas no compete a las creaturas, sobre las cuales una inmensa sombra ha sido derramada. En la obscuridad lo seguro es la quietud.

137. XXV. Otro caso es el de los que preguntaban qué es lo que nutre al alma, pues, como dice Moisés, "no sabían qué era". (Ex. XVI, 15.) Se instruyeron y hallaron que era la palabra de Dios, el Divino *lógos*, del que manan inagotables toda instrucción y toda sabiduría. Este es el celestial alimento, y así se hace patente en las sagradas escrituras cuando la causa en persona manifiesta: "He aquí que Yo hago llover sobre vosotros panes desde el cielo." (Ex. XVI, 4.)

138. Es que, realmente, Dios vierte gota a gota desde lo alto la etérea sabiduría en las inteligencias bien dotadas y amantes de la contemplación. Estas, por su parte, ven, gustan y experimentan gran placer adquiriendo conocimientos sobre lo que perciben, pero ignoran la causa que produce la percepción. Por eso preguntan: "¿Qué es esto" (Ex. XVI, 15) 'de naturaleza más dulce que la miel y más blanca que la nieve? Y el evidente les enseñará que "este es el pan que el Señor les había dado para que comiesen". (Ex. XIV, 15.)

139. ¿Cuál, díme, pues, es este pan? "Es", dice él, "esta palabra [60] que el Señor ha ordenado". (Ex. XVI, 16.) Esta Divina prescripción llena al alma capaz de ver de claridad y dulzura a la vez, encendiendo el resplandor de la verdad y dulcificando con la dulce virtud que es la persuasión a los que tienen sed y hambre de nobleza de carácter.

[60] Ver Interpretación alegórica III,, 173, donde Filón, alterando el sentido del texto citado, identifica el maná con la palabra de Dios y, por ende, con Su *lógos*.

140. Habiendo también el mismo profeta indagado cuál es la causa del éxito en las empresas, descubrió que lo es la compañía del único Dios. En efecto, ante su pregunta: "¿Quién soy yo, y qué hay en mí para que vaya a liberar a la raza vidente del poder del carácter con realeza aparente y enemigo de Dios?", una Divina comunicación le enseña que "estaré a tu lado". (Ex. III, 12.)

141. Por supuesto que las indagaciones acerca de asuntos particulares constituyen para nosotros una delicada y profunda investigación; mas la indagación acerca del más excelente de los seres, el incomparable, la causa de todas las cosas. Dios, deleita no bien emprendemos tal investigación; y no resulta vana, puesto que Él sale a nuestro encuentro con Sus virginales gracias impulsado por Su connatural benevolencia y Se muestra a los que anhelan ardientemente verlo; no como El es; cosa, por supuesto, imposible; como que hasta Moisés "dio vuelta su rostro, pues no osó mirar cara a cara a Dios" (Ex. III, 6); sino en la medida en que a la naturaleza creada le es dado aproximarse al Poder que está más allá del alcance de sus aprehensiones.

142. También esto se halla escrito en la Exhortaciones, donde leemos: "Os volveréis hacia el Señor vuestro Dios, y lo hallaréis siempre que Lo busquéis con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma." (Deut. IV, 29.)

143. XXVI. Habiendo ya hablado lo suficiente también acerca de éstos, pasemos a

continuación a nuestro tercer caso fundamental, en el cual, como dijimos, se da la búsqueda pero no seguida del hallazgo. Un ejemplo es Labán. Habiendo registrado completamente la casa del ejercitante, "no halló", así dice Moisés, "los ídolos" (Gen. XXXI, 33), pues ella estaba llena de cosas reales, no de sueños y vanas fantasías.

144. Análogo es el caso de los sodomitas, ciegos de inteligencia, los que, empeñados con toda vehemencia en mancillar a los sacros e inmaculados *lógos*,[61] no hallaron el camino que los condujese a sus propósitos; sino, como dice la sagrada revelación, "se cansaron buscando la puerta" (Gen. XIX, 11), a pesar de que corrieron en tomo de la casa toda y removieron todas las piedras en su empeño por saciar su espurio e impío apetito.

[61] Es decir, ángeles. Ver Sobre la confusión de las lenguas, nota 14.

145. Y no han faltado quienes anhelando convertirse de simples porteros en reyes y dar por tierra con lo más hermoso que hay en la vida, el orden; no sólo no han visto coronadas sus injustas esperanzas sino también se han visto obligados a soltar lo que tenían en sus manos. La ley, en efecto, nos dice que los cofrades de Coré, que aspiraban al sacerdocio....,[62] fracasaron en ambas cosas.

[62] Laguna en el texto, la que conjeturalmente podría llenarse con algo como: "y no se conformaban con el cargo de guardianes del templo".

146. Es que, así como los niños no aprenden las mismas cosas que los mayores, existiendo instrucciones adecuadas a una y otra edad, del mismo modo existen almas infantiles siempre por naturaleza aun en cuerpos ya envejecidos; y, a la inversa, almas perfectísimas en cuerpos que apenas han alcanzado la plena Juventud. Sean, pues, convictos de demencia cuantos apetecen cosas superiores a su propia naturaleza, puesto que todo lo que sobrepasa nuestras fuerzas es frustrado por la violencia del esfuerzo.

147. El faraón es también uno de ellos. "Al pretender aniquilar a Moisés" (Ex. II, 12), vale decir, a la naturaleza profética, jamás lo encontrará, no obstante que ha escuchado un grave cargo contra aquél: que el mismo ha intentado dar por tierra con todo el dominio del cuerpo mediante dos ataques.

148. El primero de ellos lo ha llevado a cabo contra el carácter egipcio, que oponía la valla del placer al alma. En efecto, "después de golpearlo lo cubrió con arena" (Ex. II, 12), sustancia dispersa, ya que entendía que una y otra doctrina: la de que el placer es el primero y mayor de los bienes, y la de que los principios de todas las cosas son los átomos, pertenecen al mismo autor. El segundo ataque ha sido contra el que desmenuza la naturaleza del bien asignando uno al alma, otro al cuerpo y otro a las cosas exteriores. Es que el bien está por naturaleza reservado a la parte más elevada de nuestro ser, a la inteligencia exclusivamente, y no se adecúa a ninguna de las cosas sin vida.[63]

[63] Filón interpreta que el primero de estos dos ataques va dirigido contra la doctrina epicúrea, y el segundo contra los peripatéticos.

149. XXVII. Es perfectamente comprensible que el enviado en su busca no encuentre a la invencible virtud, amargada por los absurdos empeños de los hombres, cuyo nombre es Tamar. Leemos, en efecto, que "Judá envió el cabrito en la mano de su pastor, el adulamita, para que recibiese la prenda de manos de la mujer, y no la encontró. Interrogó a los hombres del lugar: '¿Dónde está la ramera que estaba en Enán a la vera del camino?' Y ellos dijeron: 'Allí no había ramera alguna'. Volvió aquél hacia Judá y le dijo: 'No la hallé y los hombres del lugar dicen que allí no hay ninguna ramera'. Entonces, Judá dijo: 'Que se quede con ello pero

que nunca seamos objeto de risa; yo le he enviado este cabrito y tú no la has hallado'." (Gen. XXXVIII, 20-23.) ¡Oh admirable prueba! ¡Oh sagrado testimonio!

150. Una inteligencia, empeñada en comprar la más hermosa de las propiedades, la piedad, ha entregado una prenda bajo la forma de tres garantías o símbolos: un anillo, un cordón. y un báculo,[64] vale decir, la firmeza y la fidelidad, la ilación y la correspondencia de la palabra con respecto a la vida y de la vida con respecto a la palabra, y la recta e indoblegable educación, en la que es provechoso apoyarse.[65]

[64] Gen. XXXVIII, 18.

[65] Ver Sobre los cambios de nombres 134 y 135 donde se trata el mismo pasaje, aunque con marcadas diferencias, ya que allí es Dios. personificado. por Judá, quien frena a la inteligencia, personificada por Tamar.

151. La inteligencia constata si la entrega de tal prenda ha estado bien. ¿En qué, pues, consiste la constatación? En lanzar cierto cebo dotado de un atractivo poder: la fama, la riqueza, la salud corporal o cualquier otra cosa de esta especie, y conocer hacia cuál de ellas se inclina como sobre un platillo de balanza. Porque,, si se produce una inclinación hacia alguna de estas cosas, la prenda no es segura. Por eso envió el cabrito para recobrar la prenda de manos de la mujer con el propósito de hacerse de ella nuevamente no en cualquier caso sino en la eventualidad de que aquella no fuera digna de retenerla.

152. ¿Y cuándo no lo será? Cuando trocare las cosas superiores por las vulgares prefiriendo los bienes bastardos a los genuinos. Bienes genuinos son la fidelidad, la conformidad y correspondencia de las palabras con los actos, las normas de recta disciplina, así como, contrariamente, son males la infidelidad, la incongruencia, la falta de disciplina; en tanto que los bienes espurios son todas aquellas cosas que dependen del irracional impulso.

153. Buscó, pues, y "no la halló". Es que la excelencia moral es difícil de hallar, o imposible del todo, en la confusión de esta vida. Y si indagare cuidadosamente si en el ámbito todo de la excelencia moral hay un alma entregada a la prostitución, escuchará una respuesta categórica: "Ni hay tal alma ni la hubo antes". En efecto, allí no hay ni una licenciosa, ni una cortesana, ni una provocadora de encrucijadas, ni una que vende a vil precio la flor de su lozanía, ni una que se asea exteriormente con baños y purificaciones pero está manchada por dentro; ni una que, a falta de natural belleza, se pinta la cara con colores, como si fuera una pintura; ni una que va tras esa desgracia llamada poliandria como si se tratara de un bien, ni una que apetece la poligamia, ni una que se entrega a innumerables tratos a manos de éstas".

154. Al oír esto el que había enviado al mensajero, hombre que ha apartado de sí la envidia y es de natural alegre, se regocija no poco y dice: "Pues mi anhelo es precisamente que mi inteligencia sea de verdad una mujer digna y bien nacida, que se destaque por su castidad, por su recato y por las demás virtudes, entregada a un solo esposo, aficionada al cuidado del hogar de uno solamente y regocijada con un solo señor. Y pues ella es así, que conserve lo que ha recibido: la disciplina, la correspondencia de la palabra con respecto a la vida, y de la vida con respecto a la palabra, y, lo que es más importante de todo, la firmeza y la fidelidad".

155. Pero de ningún modo nos convirtamos en objeto de risa pensando que nuestros presentes son inmerecidos; tales dones los hicimos, ciertamente, en la seguridad de que eran apropiadísimos para el amia. Yo, por mi parte, he hecho lo que era natural que hiciera quien deseaba obtener un testimonio y una prueba acerca de un carácter, vale decir, he echado un cebo y enviado un mensajero. Por su parte, este carácter ha puesto en evidencia que no es, por

naturaleza, fácil de atrapar.

156. Pero lo que no veo claro es el motivo por el cual uno es difícil de atrapar y otro no. La verdad es que he visto a muchísimos en extremo ruines obrar exactamente igual que los muy buenos, pero no por la misma razón, puesto que unos practican la sinceridad y otros la hipocresía; y es difícil distinguir entre ambas, pues muchas veces la apariencia prevalece sobre la realidad.[66]
[66] Sigo en la traducción de este parágrafo el texto propuesto por Colson. El sentido es que la prueba llevada a cabo era necesaria porque, como la experiencia muestra, no es fácil ver lo que se oculta detrás de los actos de las personas, ya que la apariencia engaña a menudo.

157. XXVIII. El amante de la virtud busca también el macho cabrío correspondiente al pecado, mas sin hallarlo. Es que ya, como lo manifiesta la sagrada escritura, había sido quemado.[67] Veamos qué significado oculto hay en esto. El no obrar mal es propio de Dios; el arrepentirse es peculiar del hombre sabio. Esto último es cosa muy dificultosa y verdaderamente difícil de hallar.
[67] Lev. X, 16.

158. Dice, en efecto, el oráculo que "Moisés buscó diligentemente" en esta vida mortal la razón del arrepentimiento por las faltas. Intentaba, en efecto, hallar un alma que, habiéndose desnudado de las malas acciones, avanzara sin vergüenza libre de faltas. Mas, con todo, no halló ninguna pues la llama, digo la agudeza de movilidad del irracional impulso, había invadido y devorado el alma toda.[68]
[68] Así interpreta Filón lo de "había sido quemado el macho cabrío".

159. Es que lo menos cede ante lo más, lo más lento ante lo más rápido, lo porvenir ante lo presente; y el arrepentimiento es restringido, lento y tardo, en tanto que el delinquir es múltiple, presto y constante en la vida mortal. Con razón, pues, uno [69] que se hallaba cometiendo faltas afirmó no ser capaz "de comer de la ofrenda correspondiente al pecado". Su conciencia, en efecto, no le permitía nutrirse con el arrepentimiento;[70] razón por la cual "Moisés", según leemos, "lo oyó y se sintió complacido" (Lev. X, 19).
[69] Aarón en el texto bíblico.
[70] Simbolizado, según Filón, en el macho cabrío, y quemado por el fuego del irracional apetito, por lo cual no fue hallado por Moisés, que lo buscaba.

160. Es que muy diferentes son las condiciones de nuestra relación con Dios de las de nuestra relación con la creación. A la creación sólo le son manifiestas las cosas visibles; a Dios también las invisibles. Y el hombre que, sin dejar de cometer faltas, afirma estar arrepentido, falsea la verdad y es un demente. Su caso es semejante al del enfermo que tratara de aparentar hallarse sano. Su enfermedad se agravará, evidentemente, pues renuncia a practicar toda medida conducente a la salud.[71]
[71] Por eso se sintió complacido Moisés, el amante de la virtud, ante la sincera confesión del pecador que afirma no haberse nutrido con el arrepentimiento; con lo cual el suyo resulta ser un mal menor comparado con el estado o actitud de quien, persistiendo en sus faltas, empeora su situación con un simulado arrepentimiento.

161. XXIX. En cierta ocasión el profeta, movido por su amor al aprender, inquiere por las causas por las que tienen lugar los hechos más esenciales en el mundo. En efecto, al observar todo cuanto en la creación se extingue y nace, perece y de nuevo otra vez perdura, queda estupefacto y pasmado y grita diciendo: "¿Por qué arde la zarza[72] y no se consume?" (Ex. III,

2); como que su mente estaba concentrada en la jamás transitada región donde residen las Divinas naturalezas.
[72] Zarza es en griego *batos*, y Filón juega con este término y *abatas* = inaccesible.

162. Mas, cuando ya se apresta a pugnar en una labor inacabable y vana, acude a aliviarle la compasiva providencia de Dios, el Salvador, de todas las creaturas, quien desde los sacros lugares le hizo saber Su voluntad en estos términos: "No te acerques acá" (Ex. III, 4), lo que es como decir: "Desiste de semejante indagación; la tarea implica una osadía y un afán tan altos que está más allá de las humanas posibilidades. Admira, sí, las cosas que llegan a la existencia; pero de las causas por las que alcanzan el ser y perecen no sigas preocupándote".

163. Porque "el lugar en que te hallas", dice la escritura, "es tierra sagrada". (Ex. III, 5.) ¿De qué clase de lugar[73] se trata? Pues, evidentemente trátase del estudio acerca de las causas, asunto que Dios asignó a las naturalezas Divinas solamente; sabedor, como era, de que ninguno de los hombres era capaz de abocarse a la indagación de dichas causas?
[73] Aquí "lugar mental o intelectual", es decir, asunto del que se ocupa el pensamiento.

164. El profeta, empero, movido por su anhelo de conocer, eleva su vista por sobre el mundo entero e investiga acerca del Hacedor preguntando quién es este Ser difícil de ver y de adivinar; si es un cuerpo o es incorpóreo o algo que está por sobre ambas cosas; si se trata de una naturaleza simple, algo así como una mónada, o de un ser compuesto; y cuál de los seres es. Y, viendo hasta qué punto es esta verdad difícil de perseguir y de alcanzar con el pensamiento, suplica que sea Dios mismo quien le enseñe quién es Dios, ya que no tiene esperanza de poder saberlo de boca de otro alguno inferior a Dios.

165. Con todo, no le fue posible averiguar nada acerca de la naturaleza del Que Es. Oye, en efecto, lo siguiente: "Verás lo que hay detrás de Mí; pero Mi faz no te es dado ver" (Ex. XXXIII, 23.) Cabe al sabio llegar a conocer lo que acompaña, lo que sigue, lo que viene después de Dios, mas quien aspirara a dirigir su mirada hacia la Naturaleza soberana, quedará ciego ante el resplandor que Ella irradia sin alcanzar a verla.

166. XXX. Habiendo dicho tanto acerca del tercero de los casos fundamentales [74] también, pasaremos al cuarto y último de los propuestos; el del hallazgo que suele sobrevenir sin que haya tenido lugar una búsqueda. A esta categoría pertenece todo sabio que lo sea sin haber estudiado ni recibido instrucción. Tal sabio, en efecto, realiza progresos sin indagar, sin practicar y sin esfuerzos; antes bien, encuentra la sabiduría a su alcance apenas nacido, llovida desde lo alto del cielo; y la bebe sin mezcla alguna en un festín en el que no cesa de embriagarse con la sobria embriaguez que procede de la recta razón.
[74] Es decir, el caso de aquel que buscando no halla.

167. Tal es el que las escrituras llaman Isaac, al que el alma [75] no concibe en un momento dado para darlo a luz en otro; por lo que se nos dice: "Concibió y dio a luz" (Gen. XXI, 2), tal como si ello ocurriera fuera del tiempo.[76] Es que no es un hombre el aquí engendrado sino un purísimo pensamiento, hermoso por naturaleza y no por obra de la ejercitación. Y por ese motivo se nos dice que la que lo engendra "había abandonado ya las menstruaciones" (Gen. XVIII, 11), vale decir, las costumbres y las formas de discurrir propia de los hombres.
[75] En el relato bíblico Sara.
[76] Vale decir, sin que medie un transcurso de tiempo o un desarrollo progresivo.

168. En efecto, la estirpe de los sabios sin aprendizaje previo es rara, superior al humano

discernimiento y verdaderamente Divina, y reconoce por origen no los humanos designios sino un éxtasis inspirado por Dios. ¿Ignoras, por ventura, que las hebreas no necesitan parteras para sus partos, sino, como dice Moisés, "engendran antes que lleguen las parteras" (Ex. I, 19), quiero decir, antes que lleguen los métodos, las artes y las ciencias, sin otro colaborador que la naturaleza? Admirables y en extremo apropiadas son las pautas que ofrece para caracterizar al hombre que ha alcanzado el saber sin ajena ayuda: una, la prontitud del hallazgo, otra, el hecho de que "Dios lo puso en sus manos". (Gen. XXVII, 20.)

169. Es que, mientras el que es enseñado por otro ha menester de mucho tiempo, el sabio por obra de la naturaleza es rápido y, podríamos decir, intemporal; aquél tiene por guía a un hombre; éste, a Dios. La primera pauta la registró Moisés en la pregunta: "¿Qué es esto que has hallado rápidamente,[77] hijo?"; la segunda es la respuesta, diciendo: "Lo que Dios Soberano puso en mis manos". (Gen. XXVII, 20.)
[77] O sea, que has descubierto tú mismo, automáticamente, sin dificultad y sin que medie ayuda ni enseñanza de parte de otro.

170. XXXI. Pero hay además una tercera señal del que aprende sin ajena colaboración, y esta señal se halla en aquello que se eleva por sí solo. Así, se lee en las Exhortaciones: "No sembraréis ni cosecharéis lo que de ella se eleva por sí solo". (Lev. XXV, 11.) Es que las plantas que brotan por obra de la naturaleza no han menester de ningún cuidado especializado, pues Dios las siembra y con arte de agricultor hace que alcancen su completo desarrollo, aparentemente por sí mismas, aunque, en realidad, no crecen por propio poder, si se exceptúa la circunstancia de no tener necesidad alguna en absoluto de cuidado de parte del hombre.

171. No se trata aquí de una simple exhortación sino de la manifestación de una predicción.[78] En efecto, si se tratara de una exhortación hubiera dicho: "No sembréis, no cosechéis"; pero es una manifestación de una predicción y dice: "No sembraréis ni cosecharéis lo que se eleva por sí solo". Y en efecto, cuando nos encontramos ante estas plantas que se desarrollan por sí solas por natural condición, advertimos que ni sus comienzos ni sus fines dependen de nosotros.
[78] O es enunciado de lo que se piensa sobre lo que cabe normalmente esperar que ocurra, sin que la manifestación lleve implícita una orden. Ver Sobre la ebriedad 138.

172. Ahora bien, la siembra es el comienzo de algo, y la cosecha es su fin; por lo que la expresión se entiende mejor de esta manera: Todo principio y todo fin tienen lugar por sí mismos, vale decir, son obra de la naturaleza, no obra nuestra. Por ejemplo, ¿cuál es el comienzo del aprender? Pues, sin duda, la naturaleza que yace en el discípulo, con la buena disposición que ella posee para la aprehensión de los particulares asuntos de estudio. ¿Y cuál, a su vez, el origen de la plenitud del aprender? También, si hemos de hablar con franqueza, la naturaleza. Porque, el que enseña es capaz de hacemos avanzar en sucesivos progresos; pero, la suma perfección sólo Dios, la más excelsa de las naturalezas, es capaz de producirla.

173. El que se nutre de estas doctrinas posee una paz perpetua, y se ve libre de interminables trabajos. Ahora bien, la paz y el número siete son cosas idénticas según el legislador, como que en el séptimo día la creación abandona su aparente actividad y descansa.

174. Por eso es acertada la alegoría contenida en las palabras: "Y los sábados [79] de la tierra serán alimentos para vosotros" (Lev. XXV, 6); por cuanto, sólo el descanso en Dios es nutritivo y sabroso alimento; pues nos procura el sumo bien que es la paz ajena a todo conflicto. Porque, la paz que media entre los estados resulta mezclada con la contienda civil;

en tanto que la paz del alma está al margen de toda discordia.
[79] Es decir, los séptimos días, de donde saca Filón la vinculación del sábado con el número siete. Ver Sobre la inmutabilidad de Dios, 49 ss.

175. Pero, a mi parecer, el más claro ejemplo del hallazgo sin búsqueda, es el que presenta el legislador en estos términos: "Cuando el Señor tu Dios te introduzca en la tierra que juró a tus padres darte; grandes y hermosas ciudades, que tú no has edificado; casas llenas de todos los bienes, que tú no has llenado, cisternas cavadas, que tú no has cavado; viñedos y olivares, que tú no has plantado...". (Deut. VI, 10 y 11.)

176. ¿Ves la inagotable abundancia de los bienes derramados, grandes y listos para su adquisición y disfrute? Comparadas con ciudades son las virtudes genéricas pues ellas abarcan el ámbito de mayor amplitud; compáranse con casas las virtudes específicas, por cuanto éstas se ciñen a un campo menor; con cisternas se comparan las almas bien dotadas, pues están bien capacitadas para la adquisición de la sabiduría, como aquellas para recibir agua; a viñedos y olivares asimílanse los progresos, los crecimientos y las producciones de frutos; y el fruto de la ciencia es la vida contemplativa, que nos procura, al igual que el vino, un gozo sin mezcla; y la luz de la inteligencia, semejante a la de una llama alimentada por el aceite.

177. XXXII. Habiendo también [80] dicho esto acerca del hallazgo, pasaremos a continuación a ocupamos del punto que sigue en nuestro plan de argumentación. "La halló el ángel del Señor sobre la fuente de agua" (Gen. XVI, 7), prosigue el relato. "Fuente" es un término que se emplea con muchos sentidos. Aplícase en primer lugar a nuestra inteligencia; en segundo lugar, a la capacidad de razonar y a la educación; en tercer lugar, a la ruin disposición; en cuarto, a la disposición noble, opuesta a la anterior; en quinto, al mismo Creador y Padre de todas las cosas.
[80] Es decir, además de lo dicho sobre la huida.

178. Las pruebas de estos sentidos las señalan los oráculos de la escritura. Hemos, pues, de examinar cuáles son. En el comienzo de la legislación, inmediatamente después del relato de la creación del mundo, aparece una en el siguiente cántico: "Una fuente surgía desde la tierra y regaba toda la faz de la tierra". (Gen. II, 6.)

179. Los profanos en materia de interpretación alegórica y en la naturaleza que se complace en ocultarse identifican dicha fuente con el río de Egipto, el que, al desbordarse, todos los años convierte a la llanura en un pantano y parece, se diría, mostrar un poder rival del poder del cielo.

180. Fúndanse en que lo que el cielo es para las otras regiones en el invierno, eso mismo es para Egipto el Nilo en pleno verano. Aquél envía desde lo alto la lluvia sobre la tierra, éste lloviendo desde abajo hacia arriba, cosa en extremo paradójica, riega las tierras laborables; en lo cual se apoya Moisés para describirnos al carácter egipcio como ateo, por cuanto éste prefiere la tierra al cielo, lo terrestre a lo celestial y el cuerpo al alma.

181. Pero, acerca de este asunto habrá oportunidad de hablar más adelante cuando las circunstancias lo aconsejen. Ahora, hemos de procurar no extendernos y, por ello, hemos de aplicarnos a la interpretación alegórica del pasaje, y diremos que las palabras: "Una fuente brotaba y regaba toda la faz de la tierra" equivalen a lo siguiente.

182. La parte rectora de nuestro ser es semejante a una fuente de la que, como lluvia, brotan muchos poderes cual si atravesaran las venas de la tierra; poderes que aquélla envía hasta los sentidos, los ojos, los oídos, las fosas nasales, etcétera. Éstos, en todo animal, se hallan en la cabeza y en la cara. Así, como de una fuente, la porción rectora del alma riega la porción rectora del cuerpo, que es la cara, extendiendo hacia los ojos el soplo [81] de la visión, hacia los oídos el de la audición, hacia las fosas nasales el de la olfación, hacia la boca el del gusto y hacia la piel toda el del tacto.
[81] O espíritu o corriente.

183. XXXIII. Existen también variadas fuentes de educación, junto a las cuales germinan como troncos de palmeras rectas formas de discernimiento, nutritivas en grado sumo. Leemos, en efecto, que "marcharon hacia Elim, y en Elim había doce fuentes de agua y setenta troncos de palmeras. Y allí acamparon junto al agua". (Ex. XV, 27.) "Elim" significa "umbrales", y simboliza el acceso a la virtud. Así, en efecto, como los umbrales son los comienzos de una casa, los estudios preliminares sobre la cultura general[82] lo son de la virtud.
[82] Ver Interpretación alegórica III, 85.

184. Además, el doce es un número perfecto, como lo atestigua en el firmamento el círculo del zodíaco, el que se presenta con ese número de luminosos astros. Testigo es también el circuito solar, pues el sol completa su círculo en doce meses, e iguales en número a los meses del año son las horas del día y de la noche por las que se guían los hombres.

185. No pocos son los pasajes, por otra parte, en los que Moisés celebra a este número, pues consigna que doce eran las tribus de la nación, legisla que doce deben ser los panes de la exposición, y manda que sean doce las piedras con inscripciones que se engarcen sobre el pectoral en la sagrada vestidura larga hasta los pies.[83]
[83] Ex. XXVIII, 17 y ss.

186. Pero, asimismo, celebra al siete multiplicado por diez, al decir en este pasaje que son setenta las palmeras que hay junto a las fuentes; y en otro, que sólo son setenta los ancianos a los que se asignó el Divino espíritu profético;[84] y nuevamente, que son setenta los becerros ofrecidos como víctimas en la fiesta de los tabernáculos, distribuidos en divisiones regularmente ordenadas, ya que no son sacrificados todos juntos sino en siete días comenzando por trece toros.[85] De esta manera, en efecto, disminuyendo de a uno cada día hasta el séptimo, habría de completarse el número total de setenta.[86]
[84] Núm. XI, 16.
[85] Núrn. XXIX, 13 y ss.
[86] Vale decir: $13 + 12 + 11 + 10 + 9 + 8 + 7 = 70$.

187. Una vez que hubieron llegado a los vestíbulos de la virtud, vale decir, a los estudios preliminares, y habiendo contemplado fuentes y palmeras brotando junto a ellas, acamparon, se nos dice, no junto a las plantas sino junto a las aguas. ¿Por qué? Pues, porque con una palma y cintas se adornan aquellos que poseen los premios de la completa virtud; mas, aquellos que aún se hallan abocados a los estudios preliminares, sedientos de aprender como están, tienen su sede junto a los conocimientos que pueden regar sus almas y darles de beber.

188. XXXIV. Tales son las fuentes de la educación intermedia. Consideremos la de la insensatez; fuente de la que el legislador ha dicho lo siguiente: "Si alguien se hubiere acostado con una mujer durante su separación [87] y hubiere puesto al descubierto la fuente de ella, y ella hubiere puesto al descubierto el flujo de su sangre, sean ambos entregados a la muerte". (Lev.

XX, 18.) Llama mujer a la percepción sensible y supone esposo de ella a la inteligencia.
[87] Es decir, durante su menstruación.

189. La percepción sensible está en el período de separación, vale decir, situada a enorme distancia, cuando, habiendo abandonado a la inteligencia, su esposo legítimo, se ha establecido en los seductores y corrompedores objetos sensibles y se aterra apasionadamente a ellos. Consecuencia: que, si en esos períodos la inteligencia, que debería permanecer despierta, va a dormir, "ha puesto al descubierto la fuente" de la percepción sensible, vale decir, se ha puesto al descubierto a sí misma, puesto que ella es, como he dicho ya, la fuente de la percepción sensible. En otras palabras: se ha puesto a sí misma sin abrigo, sin defensa y expuesta a las acechanzas.

190. Pero, también aquella 'Tía puesto al descubierto el flujo de su sangre". Cada sentido, en efecto, en su fluir hacia los objetos exteriores, es cubierto y cobijado mientras acata el control de la razón; pero es abandonado solo cuando ha enviudado de ese recto guía. Es que, así como no hay mal mayor para una ciudad que el carecer de murallas, no hay mal mayor para el alma que carecer de protección.

191. Ahora bien, ¿cuándo se halla sin protección? ¿No es, acaso, cuando son dejados al descubierto la vista, derramada hacia los objetos visibles; el oído, fluyente hacia toda clase de sonidos; y también el olfato y los otros poderes de este tipo, prestísimos todos ellos para experimentar cuanto los merodeadores quisieren procurarles; y cuando otro tanto ocurre con la facultad de hablar, que divulga sin ton ni son infinidad de cosas vedadas, aprovechando que nada obstaculiza tal torrente? Por cierto que en su incontrolado fluir ha hecho ella zozobrar grandes proyectos de vida que navegaban, podríamos decir, sin tropiezos sobre la mar en calma.

192. No otro es el grande diluvio en el que "fueron abiertas las cataratas del cielo", es decir, de la inteligencia; y "fueron descubiertas las fuentes del abismo" [88] (Gen. VII, 11), vale decir, de la percepción sensible. En efecto, sólo de esta manera el alma queda anegada; cuando desde lo alto, como desde el cielo, o sea, la inteligencia, estallan sobre ella las iniquidades; y desde abajo, como desde la tierra, vale decir, la percepción sensible, manan como lluvia las pasiones.
[88] Ver Sobre la confusión de las lenguas 23.

193. Tal es la causa por la que Moisés prohíbe "descubrir lo vergonzoso de su padre y de su madre" (Lev. XVIII, 7), conociendo claramente cuan gran mal es el no contener y no disimular las faltas de la inteligencia y de la percepción sensible y hacerlas, en cambio, públicas cual si fuesen acciones rectas.

194. XXXV. Tales son las fuentes de las faltas; pero, investiguemos la de la sensatez. Hacia ella desciende la perseverancia, es decir, Rebeca, y, una vez que ha llenado el recipiente todo del alma, sube. El legislador es perfectamente consecuente al hablar del descenso y del ascenso, puesto que el alma que se decide a descender de la engreída impostura, es exaltada hasta la cima de la virtud.[89]
[89] Ver Sobre la posteridad de Caín 136.

195. Y así, dice: "Habiendo descendido hasta la fuente, llenó el recipiente y subió". (Gen. XXIV, 16). Esta fuente es la Divina sabiduría, de la cual beben las ramas particulares del saber y todas aquellas almas amantes de la contemplación que están poseídas por el amor

hacia lo más excelso.

196. La sagrada revelación aplica a esta fuente los nombres más apropiados al denominarla "juicio" y "santa". Dice, en efecto: "Retornaron y marcharon hacia la Fuente del Juicio. Ésta es Cadesh" (Gen. XIV, 7); y "Cadesh" significa santa. Es poco menos que un grito que proclama que la sabiduría de Dios es, por una parte, "santa", no habiendo en ella nada terrestre; y por otra, "juicio" de todas las cosas, por el que todos los opuestos están separados entre sí.[90]

[90] Ver Sobre la herencia de las cosas Divinas 133 y 134, y 207 y 208.

197. XXXVI. Pero tiempo es ya de que hablemos acerca de la más excelsa y excelente de las fuentes, la que el Padre de todas las cosas prescribió por boca de los profetas. Dijo, en efecto, en cierto lugar: "Me han dejado a Mí, que soy fuente de vida; y han cavado para sí cisternas agrietadas, que no podrán conservar agua". (Jerem. II, 13.)

198. Dios, por consiguiente, es la fuente suprema; y por cierto que es lo que cabe pensar, puesto que todo este mundo ha brotado de El. Pero colma mi admiración oír que esta fuente es "fuente de vida". Sólo Dios, en efecto, es el origen del alma y de la vida, en especial del alma racional y de la vida unida a la sabiduría. Porque la materia es algo muerto, en tanto que Dios es algo más que la vida, es la fuente inagotable de vida, como El mismo lo ha dicho.

199. Sin embargo, los impíos huyen de Él persistiendo en no gustar el agua de la inmortalidad, y "cavan" en su demencia "para sí mismos", y no para Dios, prefiriendo las propias obras a las celestiales y los resultados de la diligencia a lo que se les brinda espontáneamente y preparado.

200. A esta primera locura añaden otra. Lo que cavan no son fuentes, vale. decir, conocimientos profundos de los que surgen potables discernimientos, como los sabios Abraham e Isaac; sino "cisternas", las que carecen de por sí de toda cosa excelente y nutridora, y necesitan una corriente proveniente de fuera, la que puede provenir de la enseñanza de los maestros, que derraman incesantemente en los oídos de los discípulos un fluir ininterrumpido de doctrinas y exclusiones científicas, a fin de que éstos capten con la inteligencia y atesoren con la memoria aquello que se les imparte.

201. Pero, en este caso se trata de "cisternas agrietadas", vale decir, de todos los receptáculos del alma sin educación, deteriorados y horadados, incapaces de retener y guardar la corriente de las cosas beneficiosas.

202. XXXVII. Acerca de las fuentes hemos dicho, pues, cuanto venía al caso. Agreguemos que profunda es la intención de los oráculos al presentamos a Agar descubriendo la fuente, mas no bebiendo de ella. Es que el alma que se halla en la etapa de los progresos aún, no es capaz de aprovechar la bebida sin mezcla que es la sabiduría, si bien nada impide que sus días transcurran junto a ella.

203. Ahora bien, el camino de la educación es un camino real, segurísimo y defendido al máximo. De ahí que se nos diga que ella fue hallada "en el camino hacia Sur" (Gen. XIV, 7); término que significa "muro" o "recta dirección". Hablando, pues, el admonitor al alma le dice: "¿De dónde vienes y hacia dónde marchas?". (Gen. XIV, 8.) No es la duda o el deseo de averiguar lo que lo mueve a dirigirle estas palabras, sino, más bien, lo hace con intención de reprochar y despertar la vergüenza en ella. No cabe, en efecto, pensar que un ángel ignore

cosa alguna relativa a nosotros,

204. La prueba está a la vista: aun las cosas del vientre, no obstante ser invisibles para las creaturas, las conoce claramente, como lo demuestran sus palabras: "Mira, llevas en tu vientre un hijo, y darás a luz, y le pondrás por nombre Ismael" (Gen. XVI, 11); porque escapa a las posibilidades del hombre el saber si el embrión es masculino, ni el conocer la norma a que ajustará su existencia el que aún no ha sido engendrado; que será agreste, no urbana y culta.

205. No, las palabras "¿De dónde vienes?" encierran un reproche para el alma que ha huido de la superior madurez de juicio, su señora, a cuyo servicio, no de nombre sino con obras concretas, grande gloria iba camino de alcanzar. En cuanto a las palabras "¿Hacia dónde marchas?", ellas significan: "Corres tras las cosas inciertas y dejas detrás las probadas".

206. Bien está que elogiemos al alma por el gozo con que recibe el reproche. Señales de su alegría son el hecho de no acusar a su ama y atribuirse a sí misma la culpa de la huida, así como el no responder a la segunda pregunta: "¿Hacia dónde marchas?"; como que esto era incierto, y acerca de las cosas inciertas lo seguro y necesario es abstenerse de opinar.

207. XXXVIII. Habiendo, pues, aceptado la obediencia de ella, el admonitor le dice: "Retorna hacia tu señora"; pues provechoso es para la que aprende, la autoridad de la que enseña, y para la que es imperfecta la servidumbre bajo la sensatez. Y, cuando hayas retomado, "humíllate bajo sus manos" (Gen. XVI, 9) con una noble humillación que lleve consigo la destrucción de la irracional presunción.

208. De ese modo, en efecto, darás a luz en un parto sin los dolores del parto un vástago varón, llamado Ismael, pues has sido corregida por escuchar las palabras Divinas. "Ismael", en efecto, significa "audición de las palabras de Dios". La audición ocupa el segundo lugar, correspondiendo el primero a la visión, y la visión es la porción que ha correspondido a Israel, el hijo legítimo y primogénito. "Israel", efectivamente, traducido significa "que ve a Dios". Puede ocurrir que oigamos lo falso y lo tomemos por verdadero, pues la audición es engañosa; en cambio, la visión, por medio de la cual discernimos lo que realmente es, está libre de falsedad.

209. El admonitor describe al carácter engendrado diciendo que será agreste,[91] algo así como un ingenio rústico, no considerado aún digno de la refinada y verdaderamente urbana porción, que no es otra que la virtud, la cual constituye la vía natural hacia la mansedumbre de carácter; y afirmando que "sus manos estarán contra todos y las manos de todos estarán contra él". (Gen. XVI, 12.) Tal es, en efecto, la aspiración del sofista;[92] que fingiéndose reflexionador hasta el exceso se complace en las controversias dialécticas.

[91] O rudo o propio de hombre de campo, de donde el contraste con "la urbana porción".

[92] Simbolizado por Ismael, según expone Filón en varios pasajes. Ver Sobre los querubines 8, y Sobre la ebriedad 8.

210. Además, este carácter ataca a todos los caracteres forjados en las ciencias, enfrentándolos a cada uno en particular y a todos en común; y, a su vez, es atacado por todos, pues, como es de suponer, éstos se defienden con el mismo empeño que quien defiende a sus propios vástagos, vale decir, a las doctrinas que su alma ha engendrado.

211. Mas, también describe una tercera característica cuando dice: "Habitará cara a cara frente a sus hermanos" (Gen. VXI, 11), palabras en las que prácticamente nos brinda una clara

representación de la lucha cara a cara y el perpetuo antagonismo.
El alma, pues, que lleva en su vientre al discernimiento sofístico dice al admonitor que le habla: "Tú eres un dios, que me contempla" (Gen. XVI, 13); lo que equivale a decir: Tú eres el autor de mis deseos y mis vástagos. Y no le falta razón al decirlo.

212. Porque de las almas libres y bien nacidas es creador Aquel que es libre y libertador; en tanto que de las esclavas lo son seres esclavos; y los ángeles, son servidores de Dios, considerados como dioses por aquellos cuya vida transcurre todavía en trabajos y servidumbre.

213. "Por eso", dice, "ella llamó a la fuente 'Fuente donde Lo vi frente a mí'." (Gen. XVI, 14.) ¿Y cómo podrías no ver, como reflejado en el espejo de tu instrucción, al Autor del saber, oh alma, que, mientras vas progresando, ahondas tu conocimiento de las enseñanzas acerca de la cultura general? Apropiadísima es, además, la ubicación de tal fuente "en medio de Cadesh y Barad"; como que "Barad" significa "en males", y "Cadesh", "santa"; y en verdad, el que se halla en la etapa de los progresos, huyendo de las cosas ruines, pero sin ser aún capaz de convivir con los bienes perfecto, encuéntrase ubicado en el ámbito que separa lo santo de lo profano.

SOBRE AQUELLOS CUYOS NOMBRES SON CAMBIADOS Y SOBRE LOS MOTIVOS DE LOS CAMBIOS

(DE MUTATIONE NOMINUM)

1. I. "Abraham llegó a la edad de noventa y nueve años, y se mostró el Señor a Abraham y le dijo: 'Yo soy tu Dios'." (Gen. XVII, 1.) El número suma de nueve más noventa es vecino del cien, número iluminado por la naturaleza que se instruye por sí misma, es decir, Isaac, la mejor de las gratas experiencias,[1] o sea, la alegría. Isaac, en efecto, le nace a Abraham cuando éste tiene cien años.

[1] Ver Sobre las habituales intrigas de lo peor contra lo mejor 120, Sobre la migración de Abraham 157, Sobre la unión con los estudios preliminares 36, v los parágrafos 131 y 188 del presente tratado.

2. Cien también suman las primicias dadas a los sacerdotes de la tribu de los levitas, puesto que, cuando los levitas reciben las décimas, de ellas, como si se tratase de sus propios frutos, apartan otras décimas, las que contienen el cien.[2] El diez, en efecto, es símbolo del progreso; en tanto que el cien lo es de la perfección; y, por otra parte, quien se halla en etapas intermedias tiende siempre hacia lo más alto, empleando las buenas cualidades de que la naturaleza le ha dotado; y es un hombre en esas condiciones el que Moisés dice que vio al Señor de todas las cosas.

[2] Núm. XVIII, 26.

3. Mas, no pienses que la presencia del Señor fue ante los ojos del cuerpo. Éstos, en efecto, sólo ven las cosas sensibles, cosas compuestas, contaminadas de corrupción; mientras que lo Divino es puro e incorruptible. No, la Divina imagen fue captada por el ojo del alma.

4. Por otra parte, los ojos del cuerpo todo cuanto contemplan lo aprehenden mediante la cooperación de la luz, la que es algo distinto de lo visto, y del que ve; en tanto que el alma lo que contempla lo ve ella por sí sola y sin ajena colaboración; porque los pensamientos son ellos mismos una luz para sí.

5. Y otro tanto ocurre con el aprendizaje de las ciencias. En efecto, la inteligencia, aplicando su nunca cerrado ni dormido ojo a las doctrinas y conclusiones, las ve, no con la luz espuria sino con la legítima, que ella emite de sí misma.

6. Cuando, pues, oyeres que Dios ha sido visto por un hombre, ten presente que ello ocurre sin intervención de la luz sensible. Es evidente que sólo por la inteligencia puede ser aprehendido lo intelectualmente aprehensible. Y Dios es la fuente de la más pura luminosidad; de modo que, cada vez que se manifiesta a un alma, lanza Sus rayos clarísimos y sin mezcla de sombra.

7. II. Pero, con todo, no supongas que el Que Es, que de verdad existe, es aprehensible por hombre alguno. Porque ningún órgano tenemos en nosotros mismos mediante el cual podamos representárnoslo; pues no lo es ni por la sensibilidad, por no ser de naturaleza sensible; ni por la inteligencia. Así, Moisés, el contemplador de la naturaleza invisible (los sagrados oráculos nos dicen, en efecto, que penetró en la oscuridad,[3] con la que figuradamente representan la naturaleza invisible e incorpórea), investigaba todas las cosas a través de todo buscando ver claramente a Aquel que anhelamos ardientemente y que constituye el único bien.

[3] Ex. XX, 21. Ver Sobre la posteridad de Caín 14 y ss.

8. Y al no encontrar nada, ni siquiera una representación semejante al Objeto de sus esperanzas, sin confianza alguna en la enseñanza procedente de otros, se refugia en el Mismo a quien busca y suplica diciendo: "Revélate a mí Tú mismo para que Te vea y Te conozca". (Ex. XXXIII, 13.) Y, con todo, no alcanza su propósito. Es que el límite del saber que ha sido considerado apropiado para concederse a la mejor de las razas mortales es el conocimiento de la", cosas materiales e inmateriales que vienen después del Que Es.

9. Leemos, en efecto, lo siguiente: "Verás aquello que está detrás de Mí; Mi faz no será vista por tí". (Ex. XXXIII, 23.) En otras palabras: todas las cosas materiales e inmateriales que vienen después del Que Es, aun cuando no todo hubiere sido aprehendido aún, están al alcance de nuestra aprehensión; pero el único que por naturaleza no es visible es El.

10. ¿Y qué tiene de admirable el hecho de que el Que Es no pueda ser aprehendiendo por el hombre, si ni siquiera la inteligencia que hay en cada uno de nosotros nos es conocible? ¿Quién, en efecto, conoce la naturaleza del alma, cuyo misterio ha suscitado infinitas controversias entre los sofistas, los que presentan opiniones divergentes o aun total y genéricamente opuestas.

11. De esto sigúese que ni siquiera un nombre es posible asignarle apropiadamente al Que realmente Es. ¿No ves, acaso, que, cuando el profeta desea conocer qué habrá de responder a los que le preguntaren acerca de Su nombre, Él dice: "Yo soy el Que Es" (Éx. III, 14), lo que es como decir: "Mi naturaleza es el ser, no el ser expresado"?

12. Sin embargo, para que la raza humana no carezca totalmente de una denominación del Ser más excelente, Éste permite que los hombres empleen, como si fuera Su propio nombre, el título de Señor Dios de los tres órdenes naturales: la enseñanza, la perfección y la ejercitación, de los cuales nos son descriptos como símbolos Abraham, Isaac y Jacob respectivamente.[4] Así, Él dice: "Éste es a través del tiempo Mi nombre"; como circunscrito al tiempo de la existencia humana y no al tiempo anterior a ésta; "y Mi memorial", es decir, establecido no más allá de la memoria y el conocimiento; y una vez más: "para las generaciones" (Ex. III, 15), no para naturalezas no engendradas.

[4] En numerosos pasajes Filón reproduce la idea aristotélica de la triple forma de la educación: por enseñanza, por naturaleza y por ejercitación; y entiende que la personificación alegórica de dichas vías de acceso al saber y a la virtud son respectivamente Abraham, Isaac y Jacob. En el caso presente se refiere, evidentemente, a este esquema, pero resulta extraño que señale a Isaac como símbolo no del saber adquirido espontáneamente, sin maestros ni ejercicios, sino de la perfección. Tal vez se trate de una corrupción del texto.

13. Es que aquellos que han llegad» a pertenecer a la mortal generación necesitan de un sustituto del Divino nombre, a fin de que, si no de hecho, al menos mediante un nombre excelso puedan aproximarse y relacionarse con Él. Confírmalo un oráculo puesto en boca del Soberano de todas las cosas en el que declara que Su propio nombre no ha sido revelado a nadie. "He sido visto", dice, "por Abraham, Isaac y Jacob Yo, que soy su Dios; y no les he revelado a ellos Mi nombre de Señor". (Ex. VI, 3.) En efecto, si se restituyera el orden natural de los términos, la expresión resultaría así: "Y no les he revelado a ellos Mi propio nombre";[5] sino el nombre sustituto, por las razones mencionadas.

[5] El texto bíblico dice *tó ónoma mou kyrion* = mi nombre (de) Señor, pero Filón entiende, al parecer, que la lectura debería ser *ónoma mou tó kyrion* = mi nombre, el propio o mi propio

nombre. *Kyrios* significa señor y propio, según los casos.

14. A tal punto es imposible nombrar al Que Es, que ni siquiera las potencias [6] que están a Su servicio nos dicen su propio nombre. Así por ejemplo, después de la lucha que el ejercitante ha librado por la adquisición de la virtud, dice a su invisible supervisor: "Hazme saber tu nombre"; y éste le dijo: "¿Por qué preguntas este mi nombre?" (Gen. XXXII, 29); y no le revela su personal y propio nombre. 'Bastante tienes con aprovechar mis bendiciones', dice, 'y en cuanto a esos signos propios de las criaturas que son los nombres, no intentes hallarlos entre las naturalezas imperecederas'.
[6] Ver Sobre la huida y el hallazgo 95 y ss.

15. III. Y no te cause extrañeza el hecho de que el más augusto de los seres sea innombrable, puesto que tampoco Su *lógos* es nombrable por nosotros mediante un nombre que le sea propio. Y, por cierto que, si no es nombrable, tampoco es definible ni aprehensible.
De modo que las palabras: "Se mostró el Señor a Abraham" (Gen. XVII, 1) deben entenderse, no en el sentido de que la Causa universal extendió su luz sobre él y se le apareció; puesto que, ¿qué humana inteligencia es capaz de contener la inmensidad de tal visión?; sino como que se le apareció una de las potencias que la acompañan, la potencia soberana; pues el título de "señor" es propio de la soberanía y la realeza.

16. En aquella época en que nuestra inteligencia estaba entregada a las abstrusas especulaciones de los caldeos, atribuía al mundo poderes activos considerándolos causas. Mas, una vez que hubo emigrado de la doctrina caldaica comprendió que las riendas y el timón de aquél son controlados por un Soberano, cuya soberanía percibió a través de una visión.

17. He ahí el sentido de "se mostró", no el Que Es, sino el "Señor". Es como si dijéramos: "El rey se ha mostrado; el rey, que, siendo tal desde el principio, aún no era reconocido por el alma; la que, aunque lenta en instruirse, no ha permanecido por siempre en su ignorancia, sino ha recibido la visión de la Soberanía que rige todo cuanto existe".

18. Pero, en su aparición el Soberano brinda un beneficio aún mayor al que Lo escucha y contempla diciéndole: "Yo soy tu Dios". (Gen. XVII, 1.) En efecto, yo podría decir: ¿Acaso no eres Dios de todos los seres que han llegado a la existencia?; pero Su reveladora palabra me mostrará que no se refiere aquí al mundo, del cual indudablemente es Creador y Dios, sino a las almas humanas, a las que no ha considerado dignas de la misma providencia.

19. Es Su designio, en efecto, que se Le llame Soberano y Señor de los ruines; Dios, de los que progresan y mejoran; y Señor y Dios a la vez, de los mejores y más perfectos. Así, por ejemplo, cuando hubo presentado al faraón como el mayor caso de impiedad, jamás se llamó a Sí mismo Dios de él sino dio este título al sabio Moisés; como que dijo a éste: "He aquí que te doy como dios al faraón". (Ex. VII, I.) En cambio, se dio el nombre de Señor en muchos pasajes de los oráculos revelados por Él mismo.

20. En efecto, proclámanse cosas como éstas: "He aquí lo que dice el Señor" (Ex. VII, 17); y al principio:[7] "Habló el Señor a Moisés diciendo: 'Yo soy el Señor, dile al faraón, rey de Egipto, cuanto Yo te" digo'." (Ex. VI, 29. 21. Y Moisés dice al faraón: "Cuando salga de la ciudad extenderé mis manos hacia el Señor y cesarán las voces, y no habrá granizo ni lluvia, para que conozcas que pertenecen al Señor tanto la tierra" ("tierra" aquí significa todo el compuesto corpóreo y terrestre) "como tú" (es decir la inteligencia que dicho compuesto

escolta) "y tus servidores" (vale decir, los pensamientos particulares, que la acompañan), "pues sé que aún no teméis al Señor" (Ex. IX, 29), o lo que es lo mismo, 'al que es Señor no meramente de nombre sino de hecho'.
[7] Al principio de las instrucciones que Yahvé le imparte sobre los parlamentos que habrá de tener con el faraón.

22. Porque ninguna creatura es señor de verdad, aunque de un extremo al otro del orbe se extienda la soberanía de que estuviere investido. Sólo el Increado es Soberano en rigor de verdad, y aquel que teme y se anonada ante Su soberanía recoge el más provechoso de los premios, Sus admoniciones; en tanto que el que la tiene en menos es arrastrado sin excepción a una lamentable muerte.

23. Así, pues, Él nos es presentado como el Señor de los insensatos, como que extiende sobre ellos el terror propio del poder soberano; pero de los que se perfeccionan es registrado como Dios; por ejemplo en este pasaje: "Yo soy tu Dios" o "Yo soy tu Dios; crece y multiplícate" (Gen. XXXV, 11); y de los perfectos, como ambas cosas: Señor y a la vez Dios, según se lee en el Decálogo: "Yo soy el Señor tu Dios" (Ex. XX, 2); y en otro pasaje: "El Señor Dios de vuestros padres". (Deut. IV, 1.)

24. Es que Él ha determinado que el hombre ruin se incline ante Su autoridad como ante un señor, a fin de que humillado y gemebundo lleve sobre sí pendiente el temor hacia el Soberano; que el que progresa sea beneficiado por Él como Dios, para que con estos beneficios alcance la perfección; y que el que ya es perfecto sea a la vez gobernado por Él en cuanto Señor y beneficiado por Él en cuanto Dios. Por lo primero permanece libre de toda alteración; por lo segundo es totalmente hombre de Dios.

25. Esto se pone de manifiesto sobre todo en el caso de Moisés. "Esta", leemos, en efecto, "es la bendición que impartió Moisés, el hombre de Dios". (Deut. XXXIII, 1.) ¡Oh excelso y sagrado trueque, del que ha sido considerado merecedor: darse a sí mismo a Dios a cambio de la Divina providencia!

26. Mas, no pienses que es la misma la manera en que el hombre es de Dios, y Dios es del hombre. El hombre es de Dios como una propiedad; Dios, en cambio, es del hombre en cuanto que constituye la gloria y la protección de éste. Si tú quienes tener a Dios como porción correspondiente a tu inteligencia, primero conviértete tú en porción digna de Él. Y llegarás a serlo siempre que huyas de todas las faltas voluntarias que forjas tú mismo.

27. IV. Pero preciso es no pasar por alto tampoco lo siguiente: las palabras "Yo soy tu Dios" están usadas como una licencia de expresión; no con el sentido que les es propio. El Que Es, en efecto, existe con existencia absoluta, no con relación a algo. Él está lleno de Sí mismo y Se basta a Sí mismo; y esta condición Le es propia desde antes de la creación del mundo y después de la creación del universo.

28. Es que Él no puede cambiar ni variar y no tiene necesidad de cosa alguna en absoluto, de modo que todas las cosas Le pertenecen sin que Él pertenezca en estricto sentido a cosa alguna. En cambio, ocurre que de algunas de las potencias que ha extendido hacia la creación para beneficio de lo que ha formado, se habla como si existiesen con relación a algo. Tal el caso de la potencia real y de la benefactora, porque rey se es de alguien, y el benefactor beneficia a alguien, ya que forzosamente el súbdito y el beneficiado son otras personas.

29. Emparentada con éstas está también la potencia creadora, la llamada Dios. Llámase así porque fue a través de esta potencia como el Padre, Hacedor y Artífice, estableció [8] el universo; de modo que las palabras "Yo soy tu Dios" equivalen a "Yo soy el Hacedor y el Artífice".
[8] Como en otros pasajes Filón vincula etimológicamente el nombre *theós* = Dios, con el verbo *theînaí* = colocar, establecer.

30. Supremo don es tener por Forjador al Mismo que ha forjado también al mundo entero; puesto que Él no modela el alma del hombre ruin, ya que la maldad es enemiga de Dios; y al alma en estado intermedio no la forja, nos dice el santísimo Moisés, Él por Sí solo, puesto que ésta es apta para recibir, como una cera, las impresiones distintas de lo noble y de lo bajo.

31. De allí Sus palabras: "Hagamos al hombre según Nuestra imagen" (Gen. I, 26), a fin de que, en caso de recibir una ruin impresión, aparezca como obra de otros; y, si la impresión recibida fuere noble, como manufactura del Que sólo es artífice de lo noble y lo bueno.[9] Completamente virtuoso es, en verdad, el hombre a quien Dios dice: "Yo soy tu Dios", puesto que tiene por creador sólo a Dios sin cooperación de otros.
[9] Ver Sobre la creación del mundo 72 y ss.. Sobre la confusión de las lenguas 168 y ss., y Sobre la huida y el hallazgo 68 y ss.

32. Ciertamente, al mismo tiempo nos presenta Moisés también aquí la doctrina muchas veces expuesta por él de que Dios es hacedor solamente de seres sabios y buenos; cofradía ésta que en su totalidad [10] se ha despojado voluntariamente de la inagotable abundancia de bienes externos y ha despreciado además cuanto place a la carne.
[10] Sigue en este punto Filón la doctrina estoica según la cual todos los hombres virtuosos son austeros. Pero la presente afirmación contrasta, evidentemente, con lo que expone en los parágrafos 39 y ss., en los que, siguiendo el punto de vista aristotélico al respecto, afirma que entre los sabios u hombres de bien existen también los que llevan una vida virtuosa pero sin despreciar ni prescindir de !as cosas humanas.

33. Es que, mientras vigorosos y robustos atletas son los que fortifican al esclavo cuerpo contra el alma; pálidos, en cambio, desmayados, esqueléticos, por así decir, son los formados en la disciplina, pues han puesto las fuerzas corpóreas al servicio de las potencias del alma y se han disuelto, si hemos de hablar con precisión, en una sola forma, la del alma, convirtiéndose en incorpóreas inteligencias.

34. Es natural, sin duda, que el elemento terrestre se arruine y disuelva cuando el alma entera en todas sus partes se ha determinado a complacer a Dios. Pero esta clase de hombres es rara y difícil de encontrar, aunque no imposible de darse. Lo prueba este oráculo pronunciado a propósito de Enoch: "Complació Enoch a Dios y no fue encontrado". (Gen. V, 24.)

35. Es que, ¿dónde podría buscarse y encontrarse este bien? ¿Recorriendo qué mares, yendo hacia qué islas y hacia qué continentes? ¿Entre los no griegos o entre los griegos?

36. ¿No hay, acaso, todavía entre los consagrados a la filosofía quienes dicen que, puesto que el hombre sabio no existe, tampoco existe la sabiduría? Aseguran, en efecto, que nadie desde el comienzo de la creación del hombre hasta la generación presente ha sido tenido por completamente libre de faltas, y que ello se debe a que es imposible que quien está encerrado en un cuerpo mortal alcance la felicidad perfecta.

37, Mas ya tendremos ocasión propicia para ver sí están en lo cierto. Por el momento nos atendremos al texto y diremos que la sabiduría es algo que realmente existe y que también existe el amante de ella, el sabio, mas, que, si bien existe, nuestra maldad nos impide verlo, debido a que el bien rehúsa mezclarse con el mal.

38. De allí que se nos diga que "no fue encontrado" este carácter que complacía a Dios, para dar a entender indudablemente que, sí bien existe, nos está oculto y evita nuestra compañía. Y por eso se nos dice también que "fue trasladado" (Gen. V, 24), vale decir, que fue cambiado de residencia y trasladado como un emigrante desde la vida mortal a la inmortal.

39. V. Estos[11] son hombres que, poseídos de una celestial demencia, han llegado a una salvaje exaltación; pero, hay otros, que se han entregado a una mansa y cultivada sabiduría. Éstos practican, por una parte, la piedad en grado eminente, y, por otra, no desprecian las cosas humanas. Lo atestiguan los oráculos en los que se registran estas palabras Divinas dirigidas a Abraham: "Sé grato delante de Mí" (Gen. VXII, 1), lo que significa: "Sé grato no sólo para Mí sino también para Mis obras, mientras Yo, como juez, velo y vigilo sobre ti".
[11] Es decir, aquellos sabios que, según el ideal estoico, han renunciado a toda complacencia con lo humano y terrenal.

40. En efecto, si honras a tus padres, te apiadas de los pobres, beneficias a los amigos, defiendes a tu patria y observas con cuidado las comunes obligaciones hacia todos los hombres, serás sin duda grato a los destinatarios de tus obras, pero también lo serás ante Dios. Y en verdad. Él con un ojo que no duerme todo lo contempla y por una gracia especial llama hacia Sí y aprueba todo lo bueno.

41. Así, el ejercitante nos revelará esto diciendo en su plegaria: "El Dios al que fueron gratos mis padres"; y agrega: "delante de Él" (Gen. XLVIII, 15) para que conozcamos la diferencia concreta que media entre ser grato "a Dios" y serlo "delante de Él". Esto último, en efecto, abarca ambas cosas; lo primero, en cambio, limitase a una solamente.

42. Y del mismo modo, Moisés nos aconseja en sus Exhortaciones diciendo: "Harás lo que sea grato delante del Señor tu Dios" (Deut. XII, 28), o lo que es lo mismo: 'Harás todo aquello que merezca aparecer ante Dios, y que Él, en viéndolo, lo apruebe; cosas éstas que frecuentemente alcanzan a nuestros semejantes'.

43. Tal es lo que tuvo presente Moisés cuando, al concebir el tabernáculo, lo dividió en dos recintos colocando en medio de ambos un velo que separara el interno del externo;[12] cuando cubrió de oro por dentro y por fuera la sagrada arca en que se guardaban las leyes;[13] y cuando estableció para el gran sacerdote dos vestidos, uno interior hecho de lino, y otro exterior de variados colores largo hasta los pies.[14]
[12] Ex. XXVI, 33.
[13] Ex. XXV, 10.
[14] Ex. XXVIII, 4, y Lev. VI, 10.

44. Éstos y otros como éstos son símbolos de un alma que en las cosas interiores es pura frente a Dios, y en las exteriores, inmaculada respecto del mundo sensible y la vida humana. Acertadas son, pues, las palabras dirigidas al victorioso luchador cuando se aprestaba a ser coronado con las coronas de la victoria. En efecto, la proclama en que se pregona su victoria es la siguiente: "Has sido fuerte con Dios y poderoso con los hombres". (Gen. XXXII, 28.)

45. Este ganar honra en ambos órdenes, en el que mira al Increado y en el que mira a lo creado, no es cosa al alcance de una inteligencia pequeña, sino, si hemos de hablar con verdad, propia de una intermedia entre Dios y el mundo. En síntesis, corresponde que el hombre de bien siga tras los pasos de Dios, pues el Soberano y Padre de todas las cosas se preocupa por Sus creaturas.

46. Porque, ¿quién puede ignorar que antes de la creación del mundo Dios Se bastaba por Sí mismo y que después de la creación ha permanecido idéntico sin cambio alguno? ¿Por qué, entonces, creó lo que no existía? Pues, porque era bueno y generoso. ¿Y no seguiremos nosotros, Sus esclavos, a nuestro Amo, movidos por una extraordinaria admiración hacia la Causa, sin desdeñar, empero, nuestra propia naturaleza?[15]
[15] Ver Sobre la ebriedad 80 a 87.

47. VI. Después de haber dicho: "Sé grato delante de Mí", agrega a continuación: "y hazte irreprochable" (Gen. XVII, 1), lo que está de acuerdo y en lógica relación con lo anterior. Aplícate, pues, preferentemente a lo que es excelente, a fin de ser grato a Dios; pero, a no ser así, apártate al menos de las faltas, para no hacerte reprensible. El que obra rectamente es, en efecto, merecedor de alabanza; el que no delinque está, por su parte, libre de reproche.

48. El premio más alto, el del ser grato, corresponde a los que obran positivamente bien; el segundo, el de ser irreprochable, toca a los que evitan las faltas. Y aun, tal vez, para la criatura mortal el hecho de no cometer faltas es considerado por la Escritura equivalente e idéntico al realizar obras buenas. Porque, "¿quién", como dice Job, "es puro de mancha, aunque su vida no durare más que un día?". (Job. XIV, 4.)

49. Infinitas son las manchas que ensucian al alma y no es posible lavarse y liberarse completamente de ellas. Fatalmente quédanle a todo mortal defectos innatos, los cuales es factible amenguar pero imposible aniquilar del todo.

50. ¿Pretende, pues, alguien hallar en esta confusa vida un hombre perfectamente justo, o sabio o moderado o bueno en general? Conténtate con hallar uno no injusto o no insensato o no intemperante o no cobarde o no ruin por completo. Porque debemos darnos por satisfechos con desterrar los vicios;
ya que la completa adquisición de las virtudes es imposible para nuestra humana naturaleza.

51. Con razón, pues, ha dicho Dios: "Hazte irreprochable", sentando el principio de que el permanecer libre de faltas y culpa implica una gran ventaja en orden una vida feliz.
A aquel que ha decidido vivir de esta manera Él le promete que le entregará una porción ya convenida, porción que corresponde a Dios dar y al hombre sabio recibir.

52. Dice, en efecto: "Estableceré Mi convenio entre Yo y tú". (Gen. XVII, 2.) Ahora bien, los convenios se establecen para beneficio de los que merecen un don, de modo que un convenio es símbolo de la gracia que Dios ha colocado entre Él mismo, que la confiere, y un hombre, que la recibe.

53. Esto es lo sumo en materia de beneficios: que entre Dios y el alma no medie cosa alguna salvo la virginal gracia. Pero, como acerca de los convenios he escrito cuanto cabía decir en dos tratados, para no entrar en repeticiones, y al mismo tiempo porque no deseo interrumpir el curso de nuestro asunto, dejaré esto de propósito.

54. VII. El texto continúa en estos términos: "Abraham cayó sobre su rostro". (Gen. XVII, 3.) ¿Qué otra cosa podía esperarse sino que, ante las Divinas promesas, se conociera a si mismo y conociera la nada que es la raza mortal, y cayera ante el Que estaba de pie para manifestar la concepción que acerca de sí mismo y de Dios tenía? Sabía él que Dios permanece en un mismo lugar y mueve, no obstante, la naturaleza toda, siendo Su propio movimiento de autoextensión, con un movimiento no mediante los pies; que Él no tiene forma humana; sino tal, que pone de manifiesto Su inalterable e inmutable naturaleza.[16]

[16] La traducción de la parte final de este parágrafo es meramente conjetural por cuanto el texto griego aparece, evidentemente, adulterado.

55. Sabía, además, que él, en cambio, nunca está firme en un sitio estable y sí sujeto a mudanzas en todas direcciones; y que, desdichado de él, su vida toda es un rodar, en el que tropieza y precipítase con grande caída.

56. Esto ocurre unas veces por involuntaria ignorancia; otras por voluntaria flaqueza. Por eso se nos dice que "cayó sobre su rostro", vale decir, sobre sus sentidos, sobre su inteligencia, sobre su palabra; como si gritara a grandes voces que la sensibilidad estaba caída, incapaz de percibir por sí sola a no ser que la providencia del Salvador le comunicara capacidad para la aprehensión de las sustancias materiales; que también lo estaba la palabra, sin poder para expresar nada acerca de cuanto existe, si Aquel que fabricó y dio armonía al órgano del habla no arrancaba la música de sus sonidos, abriendo la boca y articulando los movimientos de la lengua; que, asimismo, caída estaba la real inteligencia, privada de sus poderes de captación a menos que el Forjador de la vida la levantara nuevamente y la asentara, y, agudizando su visión con penetrantes pupilas, la condujera a la contemplación de las cosas inmateriales.

57. VIII. Aprobando, pues, en el carácter que se ocultaba ante Él y caía con voluntaria caída el reconocimiento sustentado acerca del Que Es en el sentido de que sólo Él es inmutable de verdad; mientras que todos los que vienen después de Él están sujetos a toda clase de cambios y mutaciones; insiste en hacerle partícipe de Su comunicación diciendo: "Y Yo; he aquí que Mi convenio es contigo". (Gen. XVII, 4.)

58. Esto nos sugiere el siguiente pensamiento: Las especies de convenios, que aseguran gracias y beneficios a quienes lo merecen, son muchísimas, pero el género de convenios más alto "soy Yo mismo". En efecto, una vez que Se ha señalado a Sí mismo, en la medida en que es posible que sea indicado el que es inmostrable; mediante las palabras "Y Yo" agrega: "He aquí que Mi convenio", vale decir, el principio y la fuente de todas las gracias, "soy Yo mismo".

59. Y así es. Mientras a algunos acostumbra Dios hacer llegar Sus beneficios a través de otros seres: la tierra, el agua, el aire, el sol, la luna, el cielo y otras fuerzas inmateriales; a otros, en cambio, se los procura por Sí mismo, convirtiéndose Él mismo en porción de los que Lo reci-ben; a quienes acto seguido considera merecedores de un nombre diferente del que tenían.

60. Leemos, en efecto, lo siguiente: "Tu nombre no será Abram, sino Abraham". (Gen. XVII, 5.) Algunos malvados de los que se empeñan siempre en aplicar vituperios inmerecidos, no tanto a las cosas materiales cuanto a las acciones e ideas, y llevan a cabo una guerra sin tregua contra las cosas sagradas; siempre que algo les resulta inverosímil considerado literalmente, olvidando que se trata de símbolos de una naturaleza inclinada siempre a mantenerse oculta, denigran y profieren calumnias sin preocuparse por inquirir cuidadosamente la verdad. Y en especial si se trata de cambios de nombres.

61. No ha mucho tuve ocasión de oír las chanzas e injurias de un hombre ateo e impío, quien se atrevía a decir: "Grandes y excelentes son los dones que dice Moisés prodiga el Soberano de todas las cosas. ¿A quién no le parecerá admirable beneficio el proporcionado a Abraham al agregar una letra, un alfa, a su primitivo nombre Abram; y a su mujer Sara al duplicar la *rho* mediante una nueva adición llamándola Sarra?" Y con todo sarcasmo prosiguió repasando todos los casos semejantes sin cansarse.

62. Por cierto que no pasó mucho tiempo sin que sufriera el castigo adecuado a su demencia. Un motivo trivial y casual le impulsó a ahorcarse, de modo que ni siquiera la muerte fue pura para este impuro y malvado.
IX. Justo es que, para evitar que otro sea víctima de los mismos errores, salgamos de dudas, investigando la naturaleza de las cosas y mostrando que esto que decimos merece ser considerado cuidadosamente.

63. No son, en efecto, letras, consonantes o vocales, ni verbos ni nombres los dones que Dios prodiga. ¿Cómo habrían de ser tales, si, después de haber creado a los vegetales y animales, escogió al hombre como soberano de ellos y lo distinguió de todos en virtud de su conocimiento, a fin de que asignase a cada uno el nombre apropiado? "Cualquiera fuera", se nos dice, "el nombre que Adán les asignaba, ese era el nombre del designado". (Gen. II, 19.)

64. Si Dios no consideró apropiado el asignar nombres, ni siquiera tratándose de atribuir nombres completos, y confió tal cometido a un hombre sabio, al progenitor del género humano, ¿cómo pensar que El mismo agregara o cambiara partes de nombres o sílabas o letras, en unos casos vocales, en otros consonantes y que esto lo hiciera a título de don y preeminente beneficio?

65. Ni pensarlo. Lo que ocurre es que tales cambios son signos de valores morales, signos pequeños de cosas grandes, sensibles de cosas intelectuales, visibles de cosas invisibles. Estos valores morales se hallan en las doctrinas sublimes, en las verídicas y puras concepciones y en los progresos del alma.

66. La prueba la tendremos fácilmente a mano sí partimos del presente cambio de nombres. "Abram" significa "elevado padre"; "Abraham", "elegido padre del sonido". En qué difiere una cosa de la otra lo sabremos más claramente una vez que descubramos cuál es el significado de una y otra acepción.

67. Recurriendo, pues, a la interpretación alegórica decimos que "elevado" es aquel que gana las alturas partiendo desde la tierra, observa las cosas de lo alto, se familiariza con los fenómenos del mundo superior mediante la investigación de los mismos, averigua el tamaño del sol, cuáles son sus recorridos, cómo determina las estaciones anuales avanzando y retornando nuevamente en revoluciones de igual velocidad; cómo son los grados de luminosidad de la luna, sus fases, sus menguantes y sus crecientes; y cómo el movimiento de los demás astros, tanto de los de cursos fijos como de los errantes.

68. La indagación sobre tales cosas no está al alcance de un alma sin felices disposiciones e improductiva; ella es propia una altamente dotada y capaz de engendrar vástagos completos y perfectos; por eso el estudioso de los fenómenos celestes llámase también "padre", pues no es estéril en sabiduría.

69. X. Tal es el sentido exacto del simbolismo que encierra el nombre "Abram"; el de "Abraham" es como vamos a demostrar. Tres son sus significados que contiene: "padre", "elegido" y "del sonido". Digamos que por sonido se entiende aquí la palabra hablada, pues el instrumento del sonido en los seres vivientes es el órgano del habla; que el padre de la palabra es la inteligencia, pues del entendimiento, como desde una fuente, brota la corriente de la palabra; y que la inteligencia elegida es la del hombre sabio, pues en él se da lo más selecto.

70. Así pues, en los primeros rasgos apareció delineado el hombre que ama el saber, el investigador de los fenómenos celestes; en los que acabamos de señalar, en cambio, se pone de manifiesto el filósofo o, más bien, el sabio. No supongas, pues, en adelante, que la gracia concedida por la Divinidad fue un cambio de nombres; no, se trata de un mejoramiento de carácter, expresado simbólicamente.

71. Porque al que antes se ocupaba de la naturaleza del cielo, al astrólogo, como dirían algunos, lo llamó a participar de la virtud y lo hizo y denominó sabio, dando al carácter así transformado el nombre de Abraham, en lengua hebrea, y de "elegido padre del sonido", en términos griegos.

72. Lo que le dice equivale, en efecto, a lo siguiente: "¿Qué sacas con investigar los ritmos y las revoluciones de los astros y dar tan gran salto desde la tierra hacia el éter? ¿Toda lo que buscas es curiosear en las cosas de allí? ¿Y qué provecho te resulta de esa curiosidad indiscreta? ¿Te libera en algo de la tentación del placer? ¿Anula en alguna medida a la concupiscencia? ¿Constituye algún alivio para el dolor o el miedo? ¿Aparta a alguna de las pasiones, que agitan y confunden al alma?

73. Porque, así como ningún provecho se saca de árboles que no son aptos para producir frutos, otro tanto pasa. con el estudio de la naturaleza, si él no te habrá de llevar a la adquisición de la virtud. Porque este es el fruto que cabe esperar de la investigación.

74. Por esa razón algunos de los antiguos compararon el estudio de la filosofía con un campo y establecieron un paralelo entre la física y las plantas, entre la lógica y los setos y cercos, y entre la ética y el fruto;[17] considerando que las vallas han sido erigidas en torno al campo por sus propietarios con miras a la protección del fruto, y las plantas, trabajadas para la producción del mismo.
[17] Ver Sobre la agricultura 14, e Interpretación alegórica 1, 57.

75. Del mismo modo, decían, también en la filosofía la investigación física y lógica debe remontarse hasta la investigación ética, con la cual el carácter mejora y anhela adquirir y aprovechar la virtud".

76. Tales son las conclusiones a que nos ha llevado nuestra-consideración del asunto. Literalmente entendido, el cambio es sólo una mutación de nombres; pero en realidad consistió en el tránsito desde la filosofía física hacia la filosofía ética, y el abandono del estudio del mundo para pasar al conocimiento del Hacedor, merced al cual Abraham obtuvo la piedad, la más hermosa de las adquisiciones.

77. XI. Ahora indagaremos acerca de la mujer de Abraham, Sara. También el nombre de ésta es trocado y queda "Sarra" mediante la adición de una sola letra, la rho. Esos son los nombres; veamos los hechos expresados. "Sara" significa "mi soberanía"; "Sarra", "soberana".

78. El primero es símbolo de la virtud específica; el último, de la genérica. Y, en la medida en que el género es. superior a la especie., también lo es el segundo nombre con respecto al primero. Porque la especie es estrecha y perecedera, en tanto que el género es amplio e imperecedero.

79. Y es deseo de Dios agraciar con dones .grandes e inmortales a cambio de bienes pequeños y perecederos; y hacer tal cosa se amolda decorosamente a Él. La sabiduría que hay en el hombre de bien es una soberanía que sólo a Él pertenece y quien la posee no estará errado si dice: "La sabiduría que hay en mí es mi soberanía". En cambio, la sabiduría que sirve de arquetipo a aquella, vale decir, la sabiduría genérica, ya no es soberanía de alguien, sino soberanía "a secas.

80. Así, mientras que aquella sabiduría específica perecerá Juntamente con su posesor; la que, a manera de un sello, la modela permanecerá, en cambio, imperecedera por siempre pues está al margen de todo lo mortal. Otro tanto ocurre con las artes. Las específicas perecen con sus poseedores: geómetras, gramáticos, músicos; las genéricas subsisten imperecederas. Otra enseñanza que se nos expone en este mismo pasaje es que toda virtud es una reina, soberana y señora de las acciones de nuestra vida.

81. XII. Otro caso de cambio de nombres es la sustitución de Jacob por Israel, cambio que no carece de acierto. ¿Por qué? Porque "Jacob" significa "suplantador", en tanto que "Israel" quiere decir "el que ve a Dios". Tarea propia de un suplantador que se ejercita en la virtud es el conmover, sacudir y desbaratar los fundamentos en los que se asienta la pasión, y todo lo que pueda haber en ellos de firme y estable. Ésta es obra que normalmente exige salir a la palestra y luchar, y sólo se lleva a buen término cuando alguien sostiene hasta el cansancio las luchas del saber y practica los ejercicios del alma combatiendo contra los pensamientos que se le oponen y la estrangulan. En cambio, el cometido propio del que ve a Dios es no abandonar la sagrada palestra sin la corona sino munido de los premios de la victoria.

82. ¿Y qué corona más florida y más provechosa puede ser entretejida para un alma victoriosa que el poder contemplar claramente al Que Es? Por cierto que es un hermoso galardón para ofrecer al alma atleta el proporcionarle ojos para la brillante aprehensión del Único que es digno de ser contemplado.

83. XIII. Vale la pena preguntarse por qué razón Abraham, después de serle cambiado el nombre, ya no es designado por su antiguo nombre sino siempre recibe el mismo título como el correcto, en tanto que Jacob, después de recibir el nombre de Israel, a pesar de ello es llamado en adelante Jacob cada vez con más frecuencia. Pues, hemos de decir que también estos nombres son signos, con los cuales se distingue la virtud adquirida mediante la enseñanza de la ejercitación.

84. El que es mejorado mediante la enseñanza y dotado de una feliz naturaleza, la que le asegura el recuerdo mediante la cooperación de la memoria, saca provecho de la permanencia de cuanto ha aprendido aterrándolo tenazmente y con firme abrazo. En cambio, el que se ejercita, una vez que ha realizado una intensa práctica, se toma nuevamente un respiro y descansa mientras renueva y recobra la fortaleza, debilitada por el esfuerzo, tal como hacen los atletas cuando se untan los cuerpos. Éstos, en efecto, cuando están cansados por el ejercicio, a fin de que no se les agoten completamente las fuerzas debido a lo intenso y duro de la ejercitación, derraman aceite sobre sus cuerpos.

85. Luego el que ha recibido enseñanza cuenta con un admonitor imperecedero y, en consecuencia, con una ayuda que resuena en sus oídos para siempre; con lo que no retrocede. El que se ejercita, en cambio, no cuenta sino con su propia decisión, y la ejercita y adiestra para que destruya la pasión propia de la creatura, pero, aun cuando alcanzare su objeto, con todo, por efecto del cansancio, retorna a su antigua especie.

86. Éste está sometido a un mayor esfuerzo; aquél es más afortunado, puesto que tiene a otro por maestro, en tanto que el otro busca, indaga y se multiplica en su labor sin ajena ayuda explorando los secretos de la naturaleza, entregado a una faena incesante e ininterrumpida.

87. Tal es la razón por la que fue Dios, el inalterable, quien cambió de nombre a Abraham, quien habría de permanecer igual en adelante, pues de ese modo su estabilidad futura quedaba asegurada firmemente por Aquel que está fijo y es siempre el mismo e idéntico. En cambio, en el caso de Jacob el que le cambió el nombre fue un ángel, un ministro de Dios, un lógos; con lo que quedó en claro que nada de lo que viene después del Que Es puede producir una firme e inconmovible estabilidad, sino, a lo más, una armonía como la de un instrumento musical, formada por elevaciones y descensos de tonos que concurren a formar una artística melodía.

88. XIV. Pero siendo así que fueron tres los padres de la estirpe, mientras al primero y al último, Abraham y Jacob, les fueron cambiados sus nombres, el intermedio, Isaac, mantuvo para siempre el mismo. ¿Por qué? Pues, porque en tanto que la virtud alcanzada mediante la enseñanza y la adquirida mediante la ejercitación son susceptibles de mejoramientos, puesto que el que se instruye anhela conocer todo aquello que ignora, y el que recurre a la ejercitación aspira a las coronas y trofeos que se ofrecen al alma amante del esfuerzo y de la contemplación; en cambio la estirpe que se instruye por sí sola y aprende sin ajena ayuda, siendo su condición fruto no de la dedicación sino de la naturaleza, marcha igual, perfecta y completa desde el principio, no habiendo menester de nada para su plena concreción.

89. No ocurre, en cambio, lo mismo con el administrador de las necesidades corpóreas que es José. En efecto, cambia de nombre siendo llamado Psontonfanec[18] por el rey del país. Preciso es que aclaremos el sentido de este cambio, "José" significa "agregado"; y agregados de los bienes naturales son los bienes convencionales: el oro, la plata, las posesiones, las ganancias, los servicios de los criados, las inagotables reservas de bienes heredados, de muebles y de los demás excedentes, y los inmuebles medios para procurar placer.
[18] Gen. XLI, 45.

90. Resulta apropiado, pues, el nombre de "agregado" aplicado a José, el procurador y administrador de estos bienes; puesto que se halla investido de la dirección de estos recursos externos que se agregan y suman a los naturales. Atestiguando así los oráculos cuando señalan que procura el abastecimiento de víveres haciendo reservas de las provisiones de todo el país corpóreo, es decir, Egipto.[19]
[19] Gen. XLI, 45.

91. XV. Tal es como se nos muestra "José" a través de los datos que poseemos de él. Veamos, a su vez, cuál es la naturaleza de "Psontonfanec". Este nombre significa "boca que juzga en respuesta". Todo insensato, en efecto, piensa que el hombre rico, que se ve inundado por las riquezas externas, es rápido y exacto en el discernir, capaz de responder a quien le preguntare algo y capaz de emitir de por sí razones de peso. En general, coloca la sabiduría a merced de la suerte, cuando, en realidad, es la suerte la que depende de la sabiduría, puesto que

forzosamente lo inestable debe ser guiado por lo estable.

92. También el hermano uterino de José lleva dos nombres. Su padre lo llama Benjamín, y su madre, "hijo del dolor", en todo de acuerdo con la realidad de las cosas. "Benjamín", en efecto, significa "hijo de los días", y el día es iluminado por la luz sensible del sol, con la que nosotros comparamos la gloria vana.

93. Tiene, en efecto, esta gloria cierta brillantez aprehensible por los sentidos en los elogios de la vulgar multitud, en el texto de los decretos, en las dedicatorias de las estatuas y retratos, en los purpúreos mantos y las áureas coronas, en las cuadrigas y en la multitudinarias procesiones. Lógico es, pues, que haya sido llamado "hijo de los días", vale decir, de la luz sensible y de la brillantez de la vanagloria, aquel que ama estas cosas.

94. Este nombre, realmente exacto y apropiado, es el que le aplica su padre, la venerable razón; en cambio, el alma, consciente del sentimiento que la afecta, le da uno acorde con el motivo de su experiencia. Llámale, en efecto, "hijo del dolor". ¿Por qué? Pues, porque los que son arrastrados por las vacías opiniones son tenidos por felices, pero, en realidad, son muy desdichados.

95. Múltiples son, por cierto, las contrariedades, tales como la envidia, los recelos, las continuas disputas, las irreconciliables rivalidades hasta la muerte, los rencores trasmitidos de generación en generación, la pérdida de una herencia.

96. Por fuerza, pues, el sagrado intérprete debe representar en medio de los dolores mismos a la que engendra la vanagloria. Dice, en efecto, que "Raquel murió en un penoso parto". (Gen. XXXV, 16.) Es que, realmente, la concepción y nacimiento de la vacía gloria de los sentidos es la muerte del alma.

97.[20] XVI. ¿Y qué? ¿No han sido comparados muy acertadamente los hijos de José, Efraín y Manases, con los dos hijos mayores de Jacob, Rubén y Simeón? Dice, en efecto, Jacob: "Los dos hijos tuyos engendrados en Egipto antes de llegar yo a Egipto son míos; Efraín y Manases serán para mí como Rubén y Simeón". (Gen. XLVII, 5.) Observemos pues, de qué manera concuerdan ambas parejas entre sí.

[20] El contenido de los parágrafos 97 y 102 poco o nada tiene que ver con lo precedente y con lo que sigue a partir de 103. A ninguna de las cuatro personas cuyos nombres se sacan a colación le fue trocado su nombre original por otro. Solamente simbolizan cualidades opuestas.

98. Rubén, cuyo nombre significa "hijo que ve", es símbolo de la feliz disposición natural, pues todo el que goza de facilidad de aprehensión y naturales cualidades está dotado de visión. Efraín, por su parte, es símbolo de la memoria, como hemos dicho en otros lugares.[21] Su nombre significa "fructificación", y el mejor fruto del alma es la memoria. Ningún parentesco es más estrecho que el que media entre la natural buena disposición y la memoria.

99. A su vez, "Simeón" es nombre de aprendizaje y enseñanza, pues significa "audición", y es propio del que aprende escuchar y atender lo que se le dice; Manases, en cambio, es símbolo de la reminiscencia, pues su nombre significa "procedente del olvido".

100. Necesariamente ocurre que aquello que sale fuera del olvido se convierte en reminiscencia, la que es propia del aprender. Muchas veces los conocimientos, que han

quedado fuera del alcance del que los ha aprendido, por ser éste incapaz de fijarlos a causa de su debilidad, surgen de nuevo en su totalidad. El hallarse afectado por esa dispersión llámase olvido; el nuevo fluir de los conocimientos, reminiscencia.[21]
[21] Ver Interpretación alegórica III, 91 y 92, Sobre la sobriedad 27 y 28, Sobre la migración de Abraham 205 y 206, y Sobre la unión con los estudios preliminares 40 y 41.

101. Y, a no dudarlo, la memoria corresponde estrechamente a la natural capacidad, en tanto que la reminiscencia corresponde al estudio. Y la misma relación que media entre Simeón y Rubén, vale decir, entre el estudio y la natural capacidad, se da también entre Manases y Efraín, o sea, entre la reminiscencia y la memoria.

102. Y en la medida en que la capacidad natural es superior al aprender, como que lo primero aseméjase a la vista y lo segundo al oído, y el oído ocupa un plano secundario respecto de la vista; también lo es desde todo punto de vista el recordar al tener reminiscencia, dado que la reminiscencia está mezclada con el olvido, mientras que la memoria permanece pura, sin mezcla desde el principio hasta el fin.

103. XVII. También el suegro del sumo profeta [22] recibió dos nombres: los oráculos llámanlo unas veces Jetró, otras Raguel. Es Jetró cuando florece en él la vanidad, pues "Jetró" significa "superfluo" y la vanidad es algo superfluo en una vida sincera, una burla de las cosas equilibradas y necesarias para la existencia y un culto de lo innecesario y desequilibrado.
[22] Moisés.

104. Para Jetró valen más las cosas humanas que las Divinas, los hábitos que las leyes, lo profano que lo sagrado, lo mortal que lo inmortal y, en general, la apariencia que la realidad. Así, por propia iniciativa se atrevió a presentarse en calidad de consejero, y a sugerir al sabio que no enseñase aquello que precisamente es lo único digno de aprenderse, es decir, "las prescripciones y la ley de Dios";[23] sino los convenios concertados entre los hombres, los que, prácticamente, son origen de vinculaciones carentes de unión verdadera. El grande [24] acata todo lo que dice, y piensa que es correcto aplicar la gran justicia a los grandes y la pequeña a los pequeños.[25]
[23] Ex. XVIII, 16 y 17.
[24] En los manuscritos se lee *ho megas* = el grande; pero Filón no aplicaría tan laudatorio epíteto al vapuleado Jetró, ni puede referirse a Moisés pues éste no se hubiera adherido jamás al punto de vista o consejo de Jetró. Tal vez deba entenderse "el grande" en un sentido genérico, equivalente a "los grandes de este mundo".
[25] Posiblemente Filón tiene in mente las prescripciones de Deut. I, 17,. y XXIV, 13 a 16 sobre el evitar, tratándose de la justicia, hacer discriminaciones entre poderosos y humildes.

105. Sin embargo, este presuntuoso cambia a menudo y, abandonando los ganados que en su ceguera se avino a guiar, busca el Divino rebaño y se transforma en un miembro irreprochable de él, convertido en admirador de la naturaleza del conductor del rebaño y reverente ante la. capacidad de que éste hace gala en el cuidado de sus ganados.[26] "Raguel", en efecto, significa "apacentamiento de los ganados de Dios".
[26] Ex. II, 18.

106. XVIII. Lo fundamental está dicho, pero el legislador nos. mostrará las pruebas. En primer lugar, lo presenta como un servidor del juicio y la justicia. En efecto, la palabra Madián,[27] traducida, significa "desde un juicio". El significado de esto es doble.[28] Por una parte, significa exclusión y descarte, tal como suele entenderse en el caso de los competidores

en los llamados juegos sagrados. Muchísimos, en efecto, han sido considerados ineptos y excluidos de antemano por los jueces de los torneos.
[27] Jetró-Ragüel era "sacerdote de Madián" (Ex. III, 1).
[28] En el texto se le *ék kríseos* =. desde o procedentes de un juicio, y Filón señala que también podría leerse *ekkríseos* = de la separación o exclusión.

107. Los madianitas, iniciados en los impíos ritos de Baal Fogor,[29] y ensanchando todos los orificios del cuerpo para la recepción de las corrientes que se derraman desde fuera ("Baal Fogor" significa "boca de la piel arriba"[30]), inundan a la rectora inteligencia y la precipitan en las profundidades de modo que no pueda salir a flote ni esté en condiciones de elevarse ni siquiera un poco.
[29] Núm. XXV, 3.
[30] O tal vez, "boca sobre la piel", cuyo simbolismo seria, según Filón, la fácil receptividad de todo lo malo procedente de afuera a través de las "bocas" u orificios que comunican el cuerpo con el exterior.

108. Esto es lo que le ocurría a la inteligencia hasta que un hombre de paz indiscutible [31] sacerdote de Dios, Frineas,[32] se presentó por su propia iniciativa como defensor suyo, movido por su natural odio hacia lo ruin y poseído del celo por lo noble. Este, tomando una lanza,[33] vale decir, la penetrante y aguda razón, apta para probar y explorar cada cosa, tomóse inmune al engaño y munido de una poderosa vitalidad pudo dar por tierra con la pasión, atravesándola en medio del vientre a fin de que no pudiera ya engendrar ninguna plaga enviada por Dios.[34]
[31] O evidente. El adjetivo tronos = evidente, resulta aquí extraño. Se han propuesto algunas enmiendas al texto, pero no resultan sino conjeturas poco satisfactorias.
[32] Núm. XXV, 12 y 13.
[33] Ver Interpretación alegórica III, 242, Sobre la posteridad de Caín 183, y Sobre la ebriedad 73.
[34] Núm. XXV, 7 y 8.

109. Es también contra estos madianitas contra los que la raza vidente emprende la mayor de las guerras, en la cual "no resultó perdido ninguno" de los combatientes,[35] sino todos retornaron salvos y sin heridas, coronados con las guirnaldas de la victoria.
[35] Núm. XXXI, 49. Ver Sobre la confusión de las lenguas 56, y Sobre la ebriedad 114.

110. XIX. Este es uno de los tipos humanos indicados por el término Madián. El otro es el judicial, el de los tribunales, tipo que por matrimonio está emparentado con la estirpe profética. "El sacerdote" del juicio y la justicia, leemos "tenía siete hijas" (Ex. II, 16), símbolo de las facultades irracionales, es decir, de la reproducción, del habla y de los cinco sentidos, "las que apacentaban las ovejas de su padre".

111. A través de estas siete facultades, en efecto, tienen lugar crecimientos e incrementos que las reiteradas percepciones producen en su padre, la inteligencia, pues "llegando" cada una de ellas a los objetos que les son propios: la vista a los colores y las formas, el oído a los sonidos, el olfato a los olores, el gusto a los sabores y los demás a los objetos correspondientes a ellas, "extraen", por así decir, las cosas sensibles exteriores, "hasta que llenan las cavidades" del alma, "de las cuales beben las ovejas de su padre", me refiero al purísimo rebaño del razonamiento, que con ello cobra seguridad y ornato.[36]
[36] Pensamiento explicado más adelante, en el párrafo 246.

112. Pero, entonces "llegan" los compañeros de la envidia y la malicia, pastores del mal

rebaño, y las echan de las prácticas conformes con la naturaleza.[37] En efecto, ellas llevan los objetos exteriores hacia adentro, hacia la inteligencia, que es como un juez y un rey, a fin de llevar a buen término su cometido bajo la mejor de las direcciones; [113.] pero los otros las atacan persiguiéndolas y forzándolas a hacer lo contrario, vale decir, a tratar de atraer a la inteligencia hacia afuera y a abandonar las representaciones sensibles a merced de ellos.[38] Y esto durará hasta que "levantándose" el carácter amante de la virtud e inspirado por Dios, llamado Moisés, de su hasta entonces aparente inoperancia, proteja y "salve a aquéllas" de los que las oprimen, nutriendo al rebaño con la grata bebida de los pensamientos.

[37] Ex. II, 17.

[38] El sentido es poco claro. Tal vez deba enmendarse el texto y leerse, con Mangey, *poimainómena* = rebaños, en vez. de *phainómena* = representaciones sensibles; o con Cohn y Wendland, *agógimon toís phainoménois* = prisionera (la inteligencia) de las representaciones sensibles.

114. Y, una vez que las jóvenes se han visto libres del ataque de los enemigos de la inteligencia, los que no tienen otra aspiración que la de alcanzar lo superfluo, como si la vida fuera una simple ficción teatral; retoman, pero ya no hacia Jetró sino hacia Ragüel. Es que han dejado ya detrás toda vinculación con la vanidad y se han entregado a la tutela de la ley, resueltas a convertirse en parte del sagrado rebaño, del que el Divino *lógos* es conductor, como lo atestigua el nombre "Ragüel", que significa "apacentamiento de los ganados de Dios".

115. XX. Como es Dios el que cuida de Su propio rebaño, grande es el cúmulo de beneficios que tiene preparados para aquellos por Él apacentados que Le obedecen y no se rebelan. Un cántico contenido en los salmos lo celebra en estos términos: "Dios es mi pastor y nada me faltará". (Salmos XXIII [XXII], 1.)

116. Razón hay, pues, para que la inteligencia, que tiene por pastor y rey al Divino *lógos*, pregunte a sus siete hijas: "¿Por qué habéis vuelto hoy tan impacientes y presurosas?". (Éx. II, 18.) 'Porque antes ibais al encuentro de los objetos sensibles, y permanecíais fuera largo tiempo costándoos mucho retomar, atraídas, como estabais, por ellos. Pero ahora no sé lo que os pasa que os volvéis tan excitadas contra lo que acostumbrabais'.

117. Ellas no podrán menos que contestar que la causa de esta carrera a todo correr y sin respiro hacia los objetos sensibles y en retorno desde los mismos no han sido ellas sino un hombre que las ha rescatado de las manos de los pastores del rebaño salvaje. Y llaman egipcio a Moisés,[39] quien no sólo es un hebreo sino de la más pura estirpe entre los hebreos, de la única consagrada. Es que no les es dado a ellas ir más allá de su propia naturaleza.

[39] Éx. II, 19.

118. Siendo, en efecto, los sentidos entes intermedios entre las cosas sensibles y el mundo inteligible, han de contentarse con poder aspirar a ambos órdenes y con que no sean sólo las cosas sensibles las que los atraigan. Pero pensar que alguna vez se sentirán atraídas por las cosas de la inteligencia solamente es gran locura. Tal es la razón por la que dan a Moisés ambos calificativos. Mediante la palabra "hombre" expresan aquello que sólo la razón discierne; con "egipcio" representan las cosas sensibles.

119. En oyendo esto el padre preguntará de nuevo: "¿Dónde está (Ex. II, 20) el hombre? ¿En que parte de las que frecuentáis reside el elemento racional? ¿Por qué lo habéis abandonado (Ex. II, 20) tan fácilmente? ¿Por qué, en cambio, habiéndoos encontrado una vez con él, no os

habéis quedado con posesión tan hermosa y tan provechosa para vosotras?

120. Pero, si no lo hicisteis antes, al menos ahora llamadlo para que coma (Ex. II, 20) y os nutra en vuestros progresos en el bien y el logro de una mayor relación con él. Porque tal vez llegue a habitar entre nosotros y se case con la alada, inspirada y profética naturaleza llamada Sófora".[40]
[40] Ex. II, 21.

121. XXI. Sobre el cambio de Jetró en Ragüel basta con lo dicho. Pero Moisés también cambia el nombre de Osea en Josué, con lo que transforma el particular proceso hacia un estado en el estado mismo. "Osea", en efecto, significa "éste tal es salvado": "José", en cambio, significa "salvación del Señor", nombre para el mejor de los estados.

122. Los estados, en efecto, son superiores a sus particulares gestores, como es superior la música al músico, la medicina al médico y cada arte o profesión al artista o profesional, tanto en perduración, como en capacidad, como en la incuestionable superioridad en los asuntos que abarcan. El estado es perdurable, activo, perfecto; el individuo, mortal, afectable, imperfecto. Y superior es lo imperecedero que lo mortal, la causa eficiente que el objeto de sus operaciones; lo perfecto que lo imperfecto.

123. Así también la moneda de dicho hombre fue reacuñada [41] adquiriendo mejor forma.
[41] Expresión para manifestar que el carácter de Osea se transformó hasta adquirir una superior condición.

123. En cambio, en Caleb es una trasformación total de él mismo lo que tiene lugar. Leemos, en efecto, que "otro espíritu había en él", lo que equivale a decir que la parte rectora de su ser habíase trocado en suprema perfección. "Caleb", efectivamente, significa "todo corazón".

124. Esto es una manera simbólica de dar a entender que el suyo no fue el cambio parcial,[42] propio de un alma cuyo estado es aún indeciso y oscilante, sino el de una que por entero en todas sus partes ha experimentado una transformación hacia lo digno de aprobación; y, que si algo hubiera habido no enteramente laudable, lo ha desterrado con pensamientos de arrepentimiento. De ese modo, en efecto, habiéndose lavado de cuanto la manchaba y haciendo uso de las lustraciones y purificaciones que procura el saber, no podía sino alcanzar radiante limpieza.
[42] Es decir, como en el caso de los otros personajes bíblicos anteriormente citados a propósito de los cambios de sus nombres, todos los cuales simbolizan cambios parciales solamente de su modo de ser.

125. XXII. Un caso de persona con muchos nombres es el del sumo profeta. En efecto, cuando interpreta y enseña los oráculos que le han sido inspirados es llamado Moisés; cuando suplica y bendice al pueblo, "hombre de Dios";[43] cuando Egipto purga sus impías actitudes, es dios [44] del faraón que reina sobre ese país. ¿Por qué?
[43] Deut. XXXIII, 1.
[44] Ex. VII, 1.

126. Porque el transcribir las leyes para provecho de aquellos a los que se aplicarán es cometido propio de alguien que palpa y toca con sus manos siempre las cosas Divinas, de quien es llamado desde lo alto[45] por el Legislador que se expresa en oráculos,[46] de quien ha recibido de dicho Legislador un gran don, la interpretación y profecía de las sagradas leyes.

"Moisés", en efecto, traducido significa "recepción"; pero también "palpamiento", por las razones apuntadas.[47]

[45] Ex. XXIV, 1.

[46] Es decir, por Dios.

[47] Las razones son, evidentemente, las expuestas al comienzo del parágrafo, pero no se advierte por qué el nombre "Moisés" incluye el sentido de "palpamiento".

127. En cuanto al suplicar y bendecir, no son cosas de cualquier hombre, por cierto, sino de un hombre que no tiene puestos los ojos en el parentesco con la creación, habiéndose, en cambio, asignado a sí mismo como porción perteneciente al Soberano y Padre de todas las cosas.[48]

[48] Es decir, las cosas propias de un "hombre de Dios".

128. Contentos hemos de estar, en efecto, con que se nos permita hacer uso del buen discernimiento; que en cuanto a procurar el bien también para provecho de otros, esto sólo puede prometerlo un alma superior, más perfecta y verdaderamente inspirada por Dios; alma cuyo dueño con razón llevará el nombre de "hombre de Dios". En tercer lugar, esta misma persona es un "dios" por cuanto se trata de un sabio y, por ende, soberano de todo insensato aunque dicho insensato se apoyare en los reales cetros, haciendo pública su jactancia. Y es "dios" muy especialmente por esto.

129. Quiere, en efecto, el Soberano de todas las cosas que algunos, aunque por su intolerable iniquidad hayan de recibir su castigo, tengan mediadores que supliquen por ellos, los cuales, imitando a la potencia propicia del Padre echarán mano a los castigos con razonable mesura y humanidad. Y el beneficiar es algo propio de un dios.

130. XXIII. Habiendo tratado suficientemente lo concerniente al cambio y la sustitución de los nombres, pasaremos a los siguientes asuntos de nuestra argumentación. Sigue ahora la promesa del nacimiento de Isaac. En efecto, después de llamar a la madre de éste Sarra en vez de Sara, dice Dios a Abraham: "Te daré de ella un hijo". (Gen. XVII, 16.) Preciso es que examinemos cada parte de esto separadamente.

131. El que, en el correcto sentido del término, da, sea lo que fuere, da necesariamente algo que le pertenece. Si esto no es falso, Isaac resulta ser, no el hombre así llamado, sino el ser cuyo nombre es el de la mejor de las impresiones gratas, la alegría, de la que brota de lo íntimo; un hijo de Dios, quien lo da para dulzura y regocijo de las almas profundamente pacíficas.

132. Porque no cabe pensar que uno sea el esposo y otro el que le engendre hijos bastardos frutos del adulterio. Y así. Moisés registra precisamente a Dios como esposo de la inteligencia amante de la virtud, cuando dice: "Viendo Dios que Lía era detestada, abrió su matriz". (Gen. XXIX, 31.)

133. En efecto, por piedad y compasión hacia la virtud detestada por la raza mortal, y hacia el alma amante de la virtud, torna estéril a la favorita, en tanto que honra a la naturaleza amante de lo noble abriendo la fuente de una hermosa descendencia al agraciarla con un feliz alumbramiento.

134. Tamar es otro ejemplo. Quedó preñada por las Divinas simientes, aunque sin haber visto al Sembrador. Se nos dice, en efecto, que entonces "ocultó su rostro" (Gen. XXXVIII, 15); tal

como Moisés cuando se volvió pues temió ver a Dios.[49] Pero, habiendo Tamar examinado con cuidado los símbolos y testimonios y juzgado en su fuero íntimo que aquello no provenía de un mortal, exclamó en alta voz: "Estoy encinta por obra de Aquel a quien esto pertenece". (Gen. XXXVIII, 25.)
49 Ex. III, 6.

135. ¿De quién es el anillo, es decir, la prenda de buena fe, el universal sello, la forma arquetipo, por la cual todas las cosas informes y sin cualidades fueron estampadas y modeladas? ¿De quién, el cordón, vale decir, el orden universal, la cadena del destino, la correspondencia y secuencia de todas las cosas con su ininterrumpido encadenamiento? ¿De quién, el bastón, o sea, lo firmemente plantado, . lo inconmovible, lo inmóvil, la admonición, la corrección, la disciplina, el cetro, la realeza?

136. ¿De quién? ¿No son cosas de Dios solamente? Por eso el carácter que expresa su gratitud, representado por Judá, complacido por la Divina inspiración de que está ella poseída, habla con franqueza en estos términos: "Está justificada puesto que no la he dado a ningún mortal" (Gen. XXXVIII, 26); pues entiende que es acción impía manchar las cosas Divinas con las profanas.

137. XXIV. También la prudencia, que, como una madre, ha dado a luz a la naturaleza autodidacta, revela que ha sido Dios quien ha engendrado a ésta. En efecto, una vez parido, ella se jacta diciendo: "El Señor ha producido la risa para mí" (Gen. XXI, 6); que es como si dijera: 'El Señor ha modelado, ha producido, ha creado a Isaac; pues Isaac y la risa son una misma cosa'.

138. Pero no a todos es dado escuchar esta afirmación; a tal punto fluye por nuestro ser el mal de la superstición y anega nuestras afeminadas y degeneradas almas. Por eso ella agrega: "Aquel que me oyere se regocijará conmigo" (Gen. XXI, 6), como dando a entender que son pocos aquellos cuyos oídos están abiertos y preparados para recibir estas sagradas palabras, que nos enseñan que el sembrar y engendrar el bien es obra exclusiva de Dios. Todos los demás, fuera de éstos, son sordos para tales cosas.

139. Conozco, también, cierto oráculo revelado por una profética voz con encendidas palabras como estas: "Procedente de Mí será hallado tu fruto. ¿Quién es sabio como para entender esto? ¿Quién es inteligente como para conocerlo?" (Oseas XIV, 9 y 10.) En estas palabras reconocí oculta la voz de quien pulsaba el instrumento de la humana expresión invisiblemente y, al mismo tiempo, admiré pasmado el pensamiento que encierran.

140. En efecto, todo lo que hay de bueno en las cosas existentes, o más bien, el cielo y el mundo todo son, si hemos de hablar con propiedad, fruto de Dios, fruto sostenido, como por un árbol, por la Naturaleza eterna y siempre lozana. Y saber y reconocer esto es propio de los hombres inteligentes y sabios, no de los insignificantes.

141. XXV. Queda, pues, aclarado el significado de la expresión "te daré"; aclaremos ahora las palabras "de ella". Algunos han admitido que se trata de un engendramiento "fuera de ella",[50] pues piensan que a juicio de la recta razón no hay actitud superior a la de manifestar el alma que nada bueno le pertenece como cosa propia y que todo le ha venido de afuera gracias a la gran benevolencia de Dios, que hace descender una lluvia de gracias.
[50] La expresión griega ex autés puede significar "procedente de ella" o "fuera de ella".

142. Otros suponen que quieren decir "inmediatamente", "rápidamente", pues decir "*ex autés*" es como decir "al instante", "enseguida", "sin dilación", y esta es la manera como normalmente tienen lugar las Divinas mercedes, más rápidas incluso que los instantes del tiempo. Una tercera opinión es la de aquellos que dicen que la virtud es la madre de todo bien que llega a existir y que recibe las simientes del Ser que nada tiene de mortal.

143. Otros, a su vez, preguntan si una mujer estéril puede engendrar, pues los oráculos, que antes la presentaron como estéril, ahora admiten que Sara será madre. A éstos es preciso decirles que la mujer estéril no está naturalmente capacitada para engendrar, como no lo está un ciego para ver ni un sordo para oír; pero que un alma que se ha tomado estéril para lo ruin e infecunda para los excesos de las pasiones y los vicios, es prácticamente la única capaz de felices alumbramientos, y engendra hijos dignos de ser amados, o lo que es lo mismo, engendra el número siete, conforme con el cántico que entona Ana, es decir, la gracia, cuando dice: "La estéril engendró siete; la abundante en hijos ha languidecido" (I Samuel II, 5.)

144. Llama "abundante" a la inteligencia que lleva amontonados y mezclados confusos pensamientos, y, a causa de la multitud de turbas y tumultos que la circundan, engendra irremediables males; en tanto que califica de "estéril" a la que rehúsa aceptar ninguna simiente mortal como fructífera y, por el contrario, hace abortar y perecer todas las relaciones e intimidades de los malvados, cobijando, en cambio, al "siete" y la suprema paz que él procura. Porque de esta paz quiere ella quedar preñada y llegar a ser madre.

145. XXVI. Tal es otro de los sentidos "de ella". Examinemos ahora la tercera parte de la expresión, es decir, "hijo". En primer lugar, bien podemos asombramos de que no diga que ha de darle muchos hijos, sino que sólo uno le será concedido. ¿Por qué? Porque lo excelente no puede ser tasado en cantidad sino en valor.

146. En efecto, tomando ejemplos al azar, muchísimas, las cosas justas, prudentes, valientes, moderadas; pero la música, la gramática y la geometría en sí; la justicia, la prudencia, la valentía y la moderación mismas no son cada una más que una sola cosa, la más elevada, no otra que la forma arquetípica, de la cual se ha partido para la formación de aquellas múltiples, incontables cosas. Lo dicho basta acerca de la afirmación de que será uno solo el dado.

147. En cuanto al término "hijo", su empleo en este caso revela cuidado y previo examen, y tiende a dejar sentado que el niño no es ajeno ni supuesto, ni tampoco adoptado ni bastardo, sino legítimo y libre de nacimiento verdaderamente, engendrado por un alma de libre cuna. El término "hijo",[51] en efecto, que deriva de "parir", se emplea para destacar el vínculo que por naturaleza liga los hijos a los padres.

[51] En griego *téknon* = engendrado, vástago, de la raíz *ték/tok-*, sobre la que se forma *tókon* = acción de engendrar, alumbramiento. Lo que Filón desea señalar es que dicho término alude más directamente a la filiación que otros sinónimos como *hyiós* = hijo, o *páis* = niño, hijo, porque encierra la idea de engendrar.

148. XXVII. Y continúa: "La bendeciré y ella derivará [52] en naciones". (Gen. XVII, 16.) Con ello pone de manifiesto que no solo la virtud genérica se divide "en naciones", vale decir, en las especies próximas y en las subordinadas; sino que también eso ocurre con las acciones, las que constituyen en cierta manera naciones, como los seres vivientes; y que para estas naciones" es de gran provecho que se les agregue la virtud.

[52] Literalmente: "Ella será (o estará) para naciones". El sentido es: "De ella procederán naciones, o ella será origen de naciones". Filón, según se advierte en lo que sigue, entiende

que el sentido es de "división en"; y más abajo, de "extensión hacia".

149. Porque, todo lo carente y despojado de prudencia es dañoso, tal como por fuerza es tenebroso todo aquello que el sol no ilumina. Por la virtud, en efecto, cuida con mayor atención el labrador sus plantas; por la virtud el auriga guía su carro irreprochablemente en las carreras; por la virtud el piloto maneja. el timón conduciendo el bajel durante la travesía. La virtud procura mejores condiciones a los hogares, las ciudades y los. países, produciendo hombres aptos para administrar los hogares, de ejercer las públicas funciones y de guardar las normas de convivencia.

150. Asimismo, la virtud establece las mejores. leyes y echa por todas partes las simientes de la paz. Prueba de ello es que donde prevalece la condición contraria a la virtud lo normal es que resulten situaciones contrarias a aquéllas, a. saber: la guerra, la ilegalidad, el mal gobierno, las confusiones, las desgracias en el mar, las revoluciones, y en el campo de las ciencias la más penosa de las enfermedades, la inescrupulosidad,. la que ha hecho que se las llame artificios más bien que artes. Necesariamente, pues, la virtud se extenderá a naciones, es decir, a grandes y compactos conjuntos de seres vivientes y acciones, para beneficio de los que la reciben.

151. XXVIII. Leemos a continuación que "también de ella procederán reyes de naciones". (Gen. XVII, 17.) Y es cierto» pues todos los concebidos y engendrados por ella son soberanos elegidos, no por sorteo, procedimiento incierto, o por votación de hombres, venales los más; ni para breve tiempo; sino establecidos por la Naturaleza y para siempre.

152. Y esto no es. invención mía sino aserto de los sacratísimos oráculos en los que son presentados ciertos hombres diciendo a Abraham: "Tú entre nosotros eres rey procedente de Dios". (Gen. XXIII, 6.) Al decirlo no tenían en cuenta sus recursos materiales; porque,. ,-cuáles eran éstos en un hombre emigrante, que ninguna ciudad habitaba, errante a través de una tierra dilatada, desierta e intransitable? Lo que advertían en él era la soberana condición de su inteligencia. De este modo, Moisés reconoce que sólo el sabio es un rey.[53]
[53] Ver Sobre la sobriedad 57, Sobre la migración de Abraham 197, y Sobre los sueños II, 244.

153. Es que, realmente, el hombre sensato es soberano de los insensatos, pues sabe qué es lo que debe hacerse y qué no; y el hombre moderado es rey de los libertinos pues ha estudiado con cuidado qué es lo que ha de escogerse y que es lo que ha de rehuirse; y el valiente lo es de los cobardes, ya que ha aprendido claramente lo que se ha de soportar y lo que no; y el justo, de los injustos en razón de que se atiene con criterio imparcial a la equidad en los repartos; y el piadoso, de los impíos ya que en él prevalecen las más excelsas concepciones acerca de Dios.

154. XXIX. Lógico hubiera sido que promesas tales hubieran envanecido a la inteligencia impulsándola a remontarse hacia las alturas. Sin embargo, Abraham, para reproche de nosotros, que nos pavoneamos por las más pequeñas cosas, cae en tierra y al punto se echa a reír [54] con la risa del alma, con el rostro sombrío pero la inteligencia sonriente, impregnado de una alegría inmensa y pura.
[54] Gen. XVII, 17.

155. Ambas cosas, el reír y el caer, le suceden simultáneamente al sabio que ha recibido en herencia bienes que sobrepasan sus esperanzas. El caer, para que, conociendo la insignificancia de lo mortal, evite envanecerse; el reír, para que, considerando que Dios es la

única causa de las gracias y bienes, adquiera una firme piedad.

156. Caiga la creatura con la faz sombría; cosa natural, pues, al fin y al cabo, es inestable y triste de por sí; pero, sea levantada por Dios y ría, pues sólo Él es su sostén y su alegría.

157. Con razón podría alguno preguntarse cómo es posible admitir que alguien ría siendo así que aún la risa no había llegado a existir entre nosotros. Porque Isaac es la risa y, según vemos ahora aún no había nacido; y así como no sería posible ver sin los ojos, oír sin los oídos, oler sin la nariz, emplear las otras sensaciones sin sus correspondientes órganos, aprehender sin la capacidad de aprehensión, tampoco lo sería el reír si aún no ha sido hecha la risa.

158. ¿Qué cabe, pues, decir? Pues, que muchos son los indicios que nos procura a través de determinados símbolos la naturaleza de las cosas cuya existencia se avecina. ¿No ves, acaso, cómo el pichón, antes de flotar por el aire, intenta batir y agitar sus alas, preanunciando su futura capacidad de volar, que aún es sólo una esperanza?

159. ¿Y el cordero o el cabrito o el buey joven todavía? ¿No has visto que aunque aún no les han salido los cuernos, si alguno los provoca, ellos lo enfrentan y tratan de rechazarlo con aquellas partes de las que surgen los medios de defensa que la naturaleza les procura?

160. Y en los combates entre animales los toros no intentan hacer oposición de inmediato, sino separan bien sus patas, extienden su cuello en la medida adecuada, lo vuelven hacia uno y otro lado y miran con verdadera mirada de toros, y sólo entonces se lanzan al ataque resueltos a llegar hasta el fin. Los que se ocupan de la asignación de nombres llaman "*órousis*" (salto vigoroso) a este hecho, especie de impulso que precede a otro impulso.

161. XXX. Pues bien, algo parecido acontece frecuentemente al alma. Cuando un bien es esperado, se alegra ella anticipadamente, como sí, en cierto modo, el alegrarse precediera a la alegría, y el sentirse dichoso a la dicha. Podríase comparar esto también con lo que sucede entre los vegetales; pues también éstos, cuando están por producir frutos, se anticipan echando brotes, flores y hojas.

162. Observa la cultivada viña, qué milagrosa obra de la naturaleza es con sus ramas, zarcillos, chupones, pétalos, pámpanos, los "que parecen como si rompieran a hablar y nos revelaran la alegría por el futuro fruto de la planta. También el día ríe hacia la primera alborada anticipándose a la inminente salida del sol. Es que la claridad anuncia a la claridad y la luz más apagada a la luz más brillante.

163. Así también la alegría acompaña al bien ya alcanzado, y la esperanza al que aguardamos. Mientras con el bien logrado nos regocijamos, el bien por llegar despierta nuestra esperanza. Y otro tanto sucede con los opuestos a ellos. La presencia del mal engendra dolor; su espera, temor. El miedo, en consecuencia, no es sino un dolor anterior a otro dolor, del mismo modo que la esperanza es una alegría que precede a otra alegría.

164. También los sentidos encierran claras muestras de lo dicho. El olfato, en efecto, precede al gusto, y juzga con anticipación casi todo lo destinado a alimento o bebida. Por eso algunos, en atención a este hecho evidente, lo han llamado, y no sin acierto, "pregustante". Y también está en la naturaleza de la esperanza el gustar anticipadamente el bien inminente, cualquiera fuere, y recomendarlo al alma que habrá de adquirirlo definitivamente.

165. Otro caso es el de quien padece hambre y sed durante un viaje y de pronto ve fuentes o árboles. de todas clases cargados de apacibles frutos. Todavía no ha comido ni bebido, ni extraído agua siquiera, ni cortado los frutos, y ya se ha hartado por anticipado con la esperanza de saborearlos. Y si, tratándose de los alimentos del cuerpo, entendemos que cabe darse un festín antes de consumirlos de hecho, ¿consideraremos que los alimentos de la inteligencia no son capaces de anticiparnos también una alegría cuando el festín
está próximo?

166. XXXI. Es, por lo tanto, natural que Abraham riera aunque todavía la risa, evidentemente, no había sido engendrada. en la raza mortal. Y no sólo él ríe; también lo hace su mujer. Leemos, en efecto, otra vez: "Rióse Sara diciendo para sus adentros: 'Hasta ahora no me ha sucedido todavía (Gen. XVIII, 12)' este bien espontáneo, sin esfuerzo. Con todo, el Que me ha hecho la promesa es mi Señor y anterior a toda la creación y preciso es tenerle fe'."

167. A la vez nos enseña Moisés también esta lección: la virtud es por naturaleza motivo de regocijo y quien la posee siempre está alegre; el vicio, por el contrario, es causa de pena y el que lo tiene es sumamente' desdichado. Después de este aserto, ¿cabe que admiremos a los filósofos que declaran que la virtud consiste en un sentimiento placentero?

168. Porque, he aquí que nos encontramos con que Moisés ha sido el primero en proclamar esta sabia doctrina, al presentarnos al hombre de bien como alegre y risueño. Además, en otro pasaje no sólo a éste lo describe como tal sino también a sus acompañantes. "Al verte", dice, "se regocijará por ello". (Ex. IV, 14.) Con estas palabras da a entender que el mero hecho de ver a un hombre de bien es suficiente para colmar a la inteligencia de felicidad, desterrando de ella el más penoso de los males del alma, que es el dolor.

169. En cambio, a ningún malvado le es concedido el alegrarse, como por voz de los profetas se proclama: "Alegrarse no es dado a los impíos, ha dicho Dios . Isaías XLVIII, 22.) Palabras y oráculo en verdad Divinos es el decir que la vida de todo perverso está llena de sombras, de duelo y de miseria, aun cuando trate de aparecer sonriente.

170. Por que, yo no diría que los egipcios se alegraron realmente cuando oyeron que los hermanos de José se aproximaban; sino, más bien, que simularon hipócritamente para parecer alegres; porque a ninguno de los insensatos le resulta grata la confrontación con la refutación, del mismo modo que no lo es la presencia del médico para el enfermo por incontinencia. El esfuerzo, en efecto, es compañero de las personas útiles, la facilidad lo es de los dañosos; y, como éstos prefieren la facilidad al esfuerzo, no pueden menos que sentir repugnancia por aquellos que les persuaden para su bien.

171. Cuando oyeres, pues, que "se alegraron el faraón y su servidumbre" (Gen. XLV, 16) ante la llegada de los hermanos de José, no pienses que es una alegría verdadera, salvo que previeran quizá apartar a la inteligencia de los bienes del alma, con los que se había criado, y conducirla hacia las innumerables concupiscencias del cuerpo, para que adulterara la antigua y ancestral moneda de su connatural virtud.

172. XXXII. Esperanzado en tales designios, la inteligencia amante del placer no se conforma con apresar mediante los seductores lazos de las concupiscencias a los más jóvenes y recién familiarizados con los ejercicios de la prudencia, sino se considera capaz de someter también al discernimiento de más edad, en el cual el frenesí de las pasiones ha desaparecido.

173. Y así, dice una vez más con aviesas intenciones, bajo un simulado propósito de beneficios: "Tomad a vuestro padre y vuestros efectos y venid hacia mí" (Gen. XLV, 18), 'hacia Egipto, hacia este rey del terror, que, cuando vuestros paternos y vuestros verdaderamente reales bienes, impulsados por la libertad que les es connatural, habían dejado ya atrás al cuerpo, los hizo retroceder y los redujo por la violencia a una esclavitud harto amarga; y nombró guardián de la prisión, según nos dice el oráculo, a Putifar,[55] el eunuco y jefe de cocina; eunuco, porque escasas eran las cosas nobles de que disponía, habiéndole sido mutilados los órganos fecundantes de su alma, por lo que era incapaz ya de sembrar y engendrar cosa alguna de las que miran a la disciplina; y cocinero, porque, a manera de cocinero, mataba a los seres vivientes y los cortaba y dividía sus partes y sus miembros; iba y venía más que entre cuerpos, en medio de acciones cadáveras y sin alma; y con bien elaborados condimentos despertaba y excitaba los apetitos de las infructuosas pasiones, apetitos que debiera más bien apaciguar y calmar".
[55] Gen. XXXIX, 1.

174. Dice además este amante del placer: "Os daré de todos los bienes de Egipto, y comeréis la médula del país". (Gen. XLV, 18.) Pero nosotros le diremos: "Habiendo visto los bienes del alma, no aceptamos el bien del cuerpo. Porque intensamente ha arraigado en nosotros un profundísimo amor por aquellos, al punto de hacernos olvidar todo cuanto es apetecido por la carne".

175. XXXIII. Tal es la falsamente llamada alegría de los insensatos. La verdad en esto es, como quedó más arriba sentado, que la alegría solo se adapta a los hombres de bien. Así pues, "Abraham cayó y rió". (Gen. XVII, 17.) Cayó, no desde Dios, sino desde sí mismo. En su dependencia del Inconmovible se mantuvo en pie; su caída fue desde su propia presunción.

176. Y así, cuando el espíritu pagado de sí mismo hubo sido arrojado en tierra, y el espíritu del amor a Dios hubo sido elevado y firmemente asentado en torno del Único indoblegable, rióse al punto "y dijo en su inteligencia: '¿Le sucederá esto a un hombre de cien años, y Sara, con sus noventa años, dará a luz?'" (Gen. XVII, 17.)

177. No pienses, empero, amigo mío, que lo de agregar a ' decir", no con la boca, sino "en su inteligencia" es un agregado ocioso; al contrario, está hecho con muy premeditada intención. ¿Por qué? Porque, al decir: "¿Sucederá esto a un hombre de cien años?", parece formular sus dudas respecto del nacimiento de Isaac, en el que antes se nos decía que confiaba, como poco antes lo reveló un oráculo que dice así: "No será éste quien te heredará, sino uno que saldrá de ti"; para agregar a renglón seguido: "Abraham creyó en Dios y esto le fue contado por justicia". (Gen. XV, 4 y 6.)

178. Luego, como la duda no condecía con la pasada confianza, Moisés ha presentado esa duda como de no mucha duración, ni extendida hasta la lengua y la boca, sino relegada a la parte de más acelerado movimiento de su ser, la inteligencia. Así, leemos que "dijo en su inteligencia", a la que ninguna de las creaturas ponderadas por su celeridad podría igualar en rapidez, pues aun a todas las naturalezas aladas deja atrás.

179. Lo cual tuvo presente, se me ocurre, el más ilustre de los poetas griegos cuando dijo: "Como un ala o un pensamiento","[56] poniendo de manifiesto la celeridad de la penetración de éste, lo que hace más patente aún al poner el pensamiento después del ala. La inteligencia, en efecto, muévese al mismo tiempo hacia muchas cosas materiales e inmateriales con

indescriptible impulso e instantáneamente se adelanta hasta los extremos de la tierra y el mar reuniendo y separando distancias de infinita magnitud. Al mismo tiempo salta tanto desde la tierra, que, atravesando el aire, se eleva hasta el éter y apenas se detiene en las proximidades de la más remota esfera de las estrellas fijas.
[56] Odisea VII, 36.

180. La intensidad del calor de aquella ígnea naturaleza no le permite permanecer. Por eso, después de haber dejado atrás muchas cosas, atraviesa el límite de este mundo sensible en dirección al mundo constituido por las formas ejemplares, que le es afín. Así, pues, en el caso del virtuoso Abraham el desliz fue breve, instantáneo, indivisible, no sensible sino mental solamente, y en cierto modo intemporal.

181. XXXIV. Pero, no faltará tal vez quien diga: "¿Cómo es. que, habiendo antes tenido fe, admite un asomo, una sombra, un soplo de incredulidad cualquiera fuere? "Este tal pretende, me parece a mí, nada menos que hacer de lo creado algo increado, de lo mortal algo inmortal, de lo corruptible algo incorruptible, y del hombre, si es lícito hablar así, un dios.

182. Porque la fe, que puede poseer el hombre, según él, debe ser tan firme que en nada difiera de la que corresponde al Que Es, es decir, una fe firme y completa en todos los aspectos. Así, dice Moisés en el Cántico Mayor:[57] "Dios es fiel y no hay injusticia alguna en Él". (Deut. XXXII, 4.)
[57] Nombre con que Moisés distingue el cántico de Deut. XXXII del Éx. XV.

183. Pero grande ignorancia es suponer que pueda el alma del hombre contener las inconmovibles y firmísimas excelencias de Dios. Debemos darnos por satisfechos, en efecto, con poder adquirir copias de ellas, muy inferiores a los modelos en número y magnitud.

184. Y con razón seguramente, pues por fuerza las virtudes de Dios son sin mezcla ya que Dios no es compuesto sino simple por naturaleza; en tanto que las de los hombres están mezcladas, dado que también nosotros somos mezclas, habiendo sido reunidos en nuestro ser lo Divino y lo mortal con la armonía propia de las proporciones de la música perfecta; y lo compuesto de mas de un ingrediente está sujeto a opuestas fuerzas que lo arrastran hacia cada uno de ellos.

185. Feliz aquel al que le ha sido dado inclinarse hacia la mejor y más Divina parte durante la mayor parte de su vida. Porque que ello ocurra durante la totalidad de su existencia es cosa imposible, ya que a veces la opuesta carga de lo mortal hace contrapeso y, puesta al acecho, aguarda las circunstancias difíciles para la razón, a fin de acometerla con todas sus fuerzas.

186. XXXV. En consecuencia, "Abraham ha creído en Dios", pero solo como un hombre puede hacerlo; en lo que podrás reconocer esa condición propia de la raza mortal que es la claudicación y aprender que ella no tiene otro origen sino su misma naturaleza. Pero hemos de dar gracias si esa claudicación es breve y momentánea; que otros muchos han sido inundados por el impetuoso torrente y han perdido la vida sin remedio.

187. Porque, amigo mío, la virtud, como lo establece el santísimo Moisés, no anda con pies muy firmes en un cuerpo mortal, sino casi como si padeciera un entumecimiento y cojeara algo. Leemos, en efecto, que "El ancho del muslo se le entumeció y cojeaba sobre él". (Gen. XXXII, 25 y 31.)

188. Pero quizá alguno de los más osados se presente y diga que la manifestación de Abraham no es signo de desconfianza sino de súplica en el sentido de que, pues la mejor de las buenas experiencias, la alegría, habría de nacer, su nacimiento tuviera lugar, no bajo el signo de otros números, sino del noventa y del cien, a fin de que este bien perfecto alcanzara la existencia bajo números perfectos.

189. Los números citados son perfectos, sobre todo de acuerdo con las sagradas escrituras. Considerémoslos por separado. Comencemos por Sem, el hijo del justo Noé. El progenitor de la raza vidente, según leemos, "Tenía cien años cuando engendró a Arfaxad" (Gen. XI, 10), cuyo nombre significa "desbarató la aflicción". A no dudarlo, cosa excelente es que el vástago del alma turbe, confunda y destroce a la afligente y rebosante de males injusticia.

190. Por su parte, Abraham "plantó un campo" [58] (Gen. XXI, 33), empleando el número cien para determinar las dimensiones de la tierra. Y a su vez, Isaac "Halla centuplicada la cebada". (Gen. XXVI, 12.) Y Moisés edifica el recinto del tabernáculo calculando una distancia de cien pies de este a oeste.[59]

[58] El término griego *ároura* = tierra o campo labrado o cultivado, designaba también una porción de terreno de 100 codos de lado.

[59] Ex. XXVII, 9.

191. La proporción de cien se encuentra, asimismo, en la primicia de la primicia que los levitas ofrecen a los consagrados,[60] pues ellos reciben para sí estas circunstancias como propiedades de ellos, les está prescripto dar a los sacerdotes lo que podríamos llamar la sagrada décima de las décimas.

[60] Núm. XVIII, 28.

192. Muchos otros ejemplos en alabanza del mencionado número podríamos hallar si los buscásemos en las leyes, pero por ahora bastan los casos citados. Mas, si separáramos del cien una décima parte, como la sagrada ofrenda de primicias a Dios, el que hace nacer, crecer y alcanzar su plenitud a los frutos del alma, hallaremos otro número perfecto, el noventa. ¿Y cómo no habría de serlo, constituyendo, como constituye, el límite entre el primero y el décimo diez; y si sirve para separar unas santidades de otras tal como el velo en medio del tabernáculo,[61] mediante el cual se distinguen las cosas de un mismo género de acuerdo con las divisiones en las respectivas especies.

[61] Ex. XXVI, 33.

193. XXXVI. Así pues, el hombre de bien dice "con su inteligencia" [62] cosas verdaderamente virtuosas; el ruin, en cambio, a veces manifiesta con elevados pensamientos cosas nobles, pero practica con ruindad cosas sumamente viles, tal como hace Siquem, el hijo de la ignorancia. Su padre, en efecto, es Emor, cuyo nombre significa "asno", en tanto que "Siquem" quiere decir "hombro", siendo el hombro un símbolo del trabajo. Pero el trabajo que ha sido engendrado por la ignorancia es mísero y lleno de aflicción, del mismo modo que el trabajo emparentado con la sagacidad es provechoso.

[62] De lo que sigue se desprende que Filón, en una segunda interpretación de la expresión "en su inteligencia", entiende ahora que ella equivale a "con sinceridad".

194. Así, los oráculos dicen que Siquem "habló según la inteligencia de la virgen" (Gen. XXXIV, 3), después de haberla deshonrado previamente. ¿No está con todo propósito dicho lo que "habló según la inteligencia de la virgen", como para demostrar que lo que hacía no estaba de acuerdo con lo que decía? Porque Dina es la incorruptible justicia, la justicia

compañera de Dios, la siempre virgen, como que el nombre "Dina" significa "juicio" o "justicia".

195. Y los insensatos que intentan corromperla mediante sus tramas y prácticas repetidas día tras día, recurren a las palabras capciosas en su afán de escapar de la refutación. Deberían éstos o proceder conforme con lo que afirman; o, por lo menos, si delinquen callar; que, como dicen, el silencio reduce el mal a la mitad. Así, también Moisés al reprender al que considera a la creación como digna de los primeros honores y el imperecedero Dios sólo de los segundos, dice: "Has delinquido; cállate". (Gen. IV, 7.)[63]
[63] Ver Sobre la sobriedad 50, donde Filón interpreta el verbo *hesykházein* en el sentido de quedarse o permanecer quieto, mientras que la interpretación que le da en el caso presente es de callar.

196. Es que el ponderar y celebrar jactanciosamente las maldades es doble falta. Pero esto es, prácticamente, lo que ocurre con la mayoría de los hombres. Permanentemente están pronunciando palabras de amistad y justicia para la virgen virtud, pero no dejan pasar ocasión propicia alguna sin ultrajarla y vejarla, si de ellos depende. ¿Qué ciudad no está llena de aquellos que con himnos celebran a la siempre virgen virtud?

197. Los tales fatigan los oídos de cuantos hallan al paso con exposiciones como estas: "La prudencia es necesaria; la imprudencia, dañosa; se ha de procurar la templanza y combatir la destemplanza; la valentía es digna de perduración; la cobardía debe rehuirse; la justicia es provechosa; la injusticia, perjudicial; la santidad eleva, la falta de santidad denigra; la piedad es digna de elogio, la impiedad es censurable; nada es más apropiado a la humana naturaleza que el querer, obrar y hablar bien; y nada más ajeno a ella que el proceder mal en cada uno de estos aspectos de la vida".

198. Sosteniendo estas y otras cosas semejantes pasean el engaño por los tribunales, los teatros y todas las asambleas y cofradías humanas, como aquellos que cubren con hermosas máscaras el aspecto harto vergonzoso de sus rostros previniéndose para que las miradas ajenas no los hagan sonrojar.

199. Pero es en vano. Porque llegarán algunos, rebosantes de vigor y poseídos del celo por la virtud, los que, desatando la trama de todas estas envolturas y ataduras urdidas con avieso designio en las palabras; y contemplando el alma misma en sí misma, desnuda, conocerán los secretos vedados a la vista en las profundidades de su naturaleza. De ese modo, pondrán al descubierto ante todos a plena luz del sol su vergüenza y cuanto de vituperable hay en ella; con lo que harán ver cómo es realmente, cuan vergonzosa y ridícula; y cómo la apariencia de hermosura forjada con ataduras no sino una espuria falsificación.

200. Estos defensores, listos para repeler tales orientaciones tan impuras y profanas son dos en número, Simeón y Leví, pero uno en designio. Por ese motivo en las bendiciones el padre de ambos los cuenta en un solo ordena pues sus pensamientos concuerdan y armonizan, y los mueve un único impulso hacia una misma dirección; y Moisés, por su parte, cesa en adelante de mencionar a los dos y, en cambio, incluye completamente a Simeón en Leví,[64] mezclando ambas naturalezas, de la que hace una sola cual si las estampara con una sola forma, uniendo el oír con el obrar.
[64] Gen. XLIX, 5.

201. XXXVII. Así pues, cuando el hombre de bien conoció la promesa, al pronunciar aquellas

palabras llenas de reverencia y piedad "conforme a su inteligencia", experimentó ambos sentimientos: la fe en Dios y la desconfianza hacia la creación. Y es natural que dijera en tono de súplica: "Que este Ismael viva en Tu presencia" (Gen. XVII, 18); expresión donde ninguna de las palabras: "este", "viva", "en Tu presencia", carece de apropiada razón de ser. Lo digo porque no pocos han sido engañados al aplicar los mismos términos a cosas diferentes.

202. Preciso es que aclaremos lo que quiero decir. "Ismael" significa "audición de Dios", y las Divinas doctrinas son oídas por unos con provecho, pero por otros con daño para sí y para los demás. Observa al adivino Balaán. Éste es presentado como "oyente de los oráculos de Dios y receptor de la ciencia que proviene del Altísimo". (Núm. XXIV, 16.)

203. Pero, ¿qué le aprovecha haber escuchado tales cosas; qué el haberlas aprendido si su intención oculta es procurar la ruina del más noble ojo, el del alma, que ha sido enseñado a ver solamente a Dios? No lo logra, pero ello débese solamente a la fuerza invencible del Salvador. El resultado es que, atravesado por su propia demencia, recibe muchas heridas y perece "en medio de la herida" (Núm. XXXI, 9), por haber desvirtuado con su ciencia de adivino)a profecía inspirada por Dios.

204. Con razón, pues, suplica el hombre de bien para que sólo "este Ismael" goce de salud, porque están los otros que oyen las sagradas instrucciones pero no con leal intención, y a estos Moisés les ha prohibido terminantemente concurrir a la asamblea del universal Soberano.

205. Tanto los que, habiendo comprimido [65] y hasta perdido completamente los órganos fecundantes de la inteligencia, ensalzan su propia inteligencia y su sensibilidad como únicas causas de cuanto ocurre entre los hombres; como los que aman la creencia en múltiples dioses y honran a esta cofradía de divinidades; hombres estos nacidos de ramera, que no conocen a Dios, el único esposo y padre del alma amante de la. virtud; todos ellos, ¿no es con toda razón que han sido expulsados y desterrados? [66]

[65] Deut. XXXII, 8.

[66] El verbo *thlán* = comprimir, aplastar, es de la misma raíz que *thiadías* = eunuco, concepto éste al que alude aquí Filón comparando al estéril mental con el estéril para la procreación.

206. También los padres que acusan a su hijo de ebriedad hacen, al parecer, un uso semejante del pronombre. Dicen, en efecto: "Este hijo nuestro es desobediente" (Deut. XXI, 20), dando a entender mediante el agregado de "este" que existen otros hijos pacientes y moderados, que obedecen los mandatos de la recta razón y la instrucción. Porque éstos [67] son los verísimos progenitores del alma, y gran humillación es ser acusados por ellos, así como grandísima gloria el merecer su aprobación.[68]

[67] Deut. XXIII, 1 y 2. Ver Sobre la migración de Abraham 69.

[68] Ver Sobre la ebriedad 13 a 94.

207. Tampoco creamos que los demostrativos han sido usados descuidadamente o sin otro propósito que el de introducir los nombres, en el caso de las frases: "Estos son Aarón y Moisés, a quienes Dios dijo que sacaran de Egipto a los hijos de Israel" (Ex. VI, 26); y: "Éstos son los que hablan con el faraón, el rey". (Ex. VI, 27.)

208. En efecto, como la más pura de las inteligencias, Moisés, y su palabra, Aarón, fueron instruidas, la inteligencia para captar las cosas santas como lo haría un dios, y la palabra para expresarlas con propiedad, los sofísticos imitadores y adulteradores de esta auténtica moneda afirman conocer correctamente y expresar de laudable manera todo lo relativo al Supremo

Ser.[69] Así pues, para que no resultemos engañados a causa de la semejanza de rasgos cuando están frente a frente los espurios y los auténticos, nos ha sido dado una pauta para distinguir a unos de otros.
[69] Éx. VII, 11.

209. ¿Cuál es esta pauta? Pues, el sacar de la región corpórea a la vidente inteligencia amante de la contemplación y de la sabiduría.[70] Y el que es capaz de tal cosa es "este Moisés", y el que es incapaz, que no tiene más que el nombre y se reviste a sí mismo con egregios títulos, es objeto de irrisión.
Cuando Abraham suplica que Ismael viva, no es en la vida del cuerpo en la que piensa; su súplica es que lo que él oiga de Dios se perpetúe en su alma y lo mantenga despierto y con ánimo encendido.
[70] Alusión a la liberación del pueblo de Israel por Moisés, quien saca a la raza "vidente" del país corpóreo, Egipto.

210. XXXVIII. Y, en tanto que Abraham suplica que viva la audición de las palabras de Dios y el aprendizaje de las sagradas doctrinas, según queda dicho; Jacob, el ejercitante, lo hace por las buenas dotes naturales, cuando dice: "Que Rubén viva y no perezca". (Deut. XXXIII, 6.)[71] ¿Por ventura, suplica la inmortalidad y la incorruptibilidad, cosas imposibles para el hombre? No, por cierto.
[71] En realidad fue Moisés quien formuló esta súplica.

211. Digamos, por lo tanto, qué es lo que quiere mostrarnos. Todo cuanto se escucha y se aprende se apoya, como sobre un cimiento asentado de antemano, sobre una naturaleza capaz de recibir instrucción; porque, si la naturaleza no da los pasos preliminares, todo lo demás es inútil. Ninguna diferencia es dable apreciar entre los carentes de dotes naturales y un roble o una muda piedra. Nada, en efecto, puede adherírseles o adecuárseles; todo, en cambio, rebota y es rechazado por ello como por una sustancia sólida.

212. Por el contrario, en las almas naturalmente bien dotadas es posible: ver que, a manera de suave cera, ni muy dura ni demasiado blanda, constituyen una mezcla adecuadamente proporcionada, y fácilmente reciben todo cuanto oyen y contemplan. Y reproducen perfectamente las formas impresas sobre ellas, vale decir, ciertas copias vividas conservadas por la memoria.

213. Preciso era, por lo tanto, suplicar que la racional nación llegara a poseer sus felices disposiciones naturales libres de enfermedad y de la muerte. Porque pocos son los que participan de la vida según la virtud, que es la vida por excelencia; estando excluidos quienes pertenecen al vulgar rebaño, ya que a ninguno de éstos le ha cabido parte en la vida verdadera, por estar reservada exclusivamente a los que han logrado huir de las preocupaciones de los hombres y vivir solamente para Dios.

214. Por eso también grande fue el asombro del valeroso ejercitante frente al hecho de que en medio del río de la vida alguien fuera arrastrado sin que alguna impetuosa corriente acabara con él, y de que pudiera, en cambio, hacer frente al copioso fluir de la riqueza, repeler el desmedido impulso del placer y sobrevivir al huracán de la vanagloria.

215. Y así, dice no tanto Jacob a José como la sagrada palabra a todo hombre vigoroso de cuerpo situado en medio de inagotables cosas materiales superfinas sin ser presa de ninguna de ellas: "Puesto que tu vives todavía". (Gen. XLVI, 3.) Admirable pensamiento es el aquí

manifestado. Él se proyecta más allá de esta vida común que vivimos quienes, no bien alcanzamos leves brisas de prosperidad, soltamos todas las amarras e, inflados de desmedido orgullo, soplamos con fuerza y vehemencia, y con las velas desplegadas nos lanzamos hacia los goces de las pasiones, sin que contengamos la irrefrenable e incontrolada licencia de nuestros apetitos, hasta que, dando contra las rocas, naufragamos con todo el bajel del alma.

216. XXXIX. Muy bien hace,[72] pues, Abraham al suplicar que este Ismael viva. Y agrega: "en presencia de Dios", estableciendo que la cima de la felicidad consiste en que la inteligencia sea considerada digna de vivir bajo el control y la vigilancia del más Excelso de todos los seres.
[72] Sigo la rectificación de Wendland, que propone *éukhetai* = suplica, por *eukhómetha* = suplicamos, que se lee en los manuscritos.

217. En efecto, si, estando presente el tutor, el guiado por él no puede obrar mal; si la proximidad del preceptor beneficia al que aprende; si en presencia del de mayor edad se adorna el joven con modestia y prudencia; si el padre y la madre, sin pronunciar palabras, impiden que el hijo a punto de obrar mal lo haga, sólo con que éste los vea, ¿qué pensaremos de la inmensidad de los beneficios que alcanzan a aquel que tiene conciencia de que la mirada de Dios está siempre vigilante sobre él? Si tiene presente la dignidad de Quien siempre le acompaña, temeroso y tembloroso huirá con todas sus fuerzas del mal obrar.

218. Pero, cuando suplica que Ismael viva, no desespera del nacimiento de Isaac, ya lo he dicho antes. Con todo, si bien confía en Dios, (reconoce la flaqueza humana),[73] por cuanto no es dado al hombre recibir beneficios en la medida en que Dios puede brindárselos, pues a Él le es fácil conceder inmensos y numerosísimos dones, en tanto que a nosotros nos resulta difícil tomar los bienes que se nos tienden.
[13] Existe aquí una laguna en el texto, y la traducción es conjetural.

219. Hemos, pues, de contentamos con poder alcanzar los bienes que produce el trabajo y el esfuerzo, los bienes que nos son familiares y crecen con nosotros; mas, descartemos la esperanza de alcanzar aquellos que se producen espontáneamente sin previa elaboración o en general sin humana diligencia, y se dan preparados. Éstos, en efecto, como que son Divinos, sólo pueden ser descubiertos por naturalezas más próximas a Dios, sin mezclas y sin contacto con un cuerpo mortal.

220. Pero, Moisés nos ha enseñado a elevar nuestra acción de gracias en la medida en que ello está en nuestras manos:[74] el hombre sagaz ha de presentar como ofrenda su sensatez y su prudencia; el elocuente consagrar todas las bondades de su expresión mediante cánticos y alabanzas en prosa al Que Es; y cada uno según su especialidad: el estudioso de las cosas naturales debe ofrendar la ciencia de la naturaleza, el de los problemas éticos la filosofía ética, el experto en artes y ciencias, los conocimientos de las mismas.
[74] Núm. VI, 21.

221. De esta manera el navegante y el piloto ofrendará la feliz travesía, el labrador el acrecentamiento de las cosechas, el ganadero la fecundidad de sus animales, el médico la salud de sus pacientes, así como el general su victoria en la guerra, el hombre de estado o coronado su autoridad o soberanía legal; y, para decirlo en pocas palabras, todo aquel que no lo centra todo en sí mismo confiesa que la causa de todos los bienes, tanto los del alma como los del cuerpo, como los que vienen de fuera no es otra que la única causa verdadera, Dios.

222. Por lo tanto, ninguno de los que evidencian una más obscura y humilde condición titubee, desesperando de mejores perspectivas, en elevar su agradecida súplica a Dios; antes bien, aunque no aguardare ya bienes mayores en absoluto, manifieste su agradecimiento en la medida de sus fuerzas por los que ya ha alcanzado.

223. Grande es el número de éstos: nacimiento, vida, alimento, alma, sensibilidad, imaginación, impulso, raciocinio. Ahora bien, "raciocinio" es una palabra corta, pero el hecho que expresa es perfectísimo y Divino en sumo grado, una porción del alma del universo, o, para decirlo más reverentemente, conforme con las enseñanzas de Moisés, una fiel impresión de la Divina imagen.

224. XL. Bien está, también, que alabemos a aquellos exploradores que intentaron arrancar de raíz el tronco todo de la virtud y llevárselo, y al no poder hacerlo, tomaron, al menos, una rama y un solo racimo, lo único que podían cargar, como una muestra y parte del todo.[75]
[75] Núm. XIII, 24.

225. Hemos de suplicar que nos sea posible transitar en medio de una compacta muchedumbre de virtudes. Pero, si esto escapa a las posibilidades de la humana naturaleza, contentémonos con que lleguemos a familiarizarnos con una sola de las virtudes particulares, la templanza, la valentía, la justicia, la filantropía. Lleve, en efecto, en su vientre y dé a luz el alma un bien al menos, y no sea infecunda y estéril en todos los bienes.

226. ¿Impondrás tú a tu propio hijo prescripciones como las que siguen? "Si tú no tratas con moderación a tus servidores, tampoco tendrás amigables relaciones con tus iguales; si no brindas un digno trato a tu mujer, tampoco honrarás a tus progenitores; si desprecias a tu padre y a tu madre, pecarás también de impiedad hacia Dios: si te deleitas con el placer, no te librarás de la codicia; si anhelas grandes riquezas, caerás en las vacías opiniones".

227. ¿Por qué?, preguntaría yo. ¿No consideras, acaso, que ha de precederse con mesura en algunas cosas al menos, si no es posible hacerlo en todas? Podría, entonces, decirte tu hijo: "¿Cómo es, eso, padre? ¿Pretendes que tu hijo se convierta en un bien completo o en un mal completo, y no te darás por satisfecho si eligiere el término medio en vez de uno de los extremos?"

228. ¿No es, acaso, ésta la causa por la que también Abraham en el caso de la destrucción de los sodomitas comienza por cincuenta y acaba con diez [76] cuando pide y suplica para que, en caso de no poderse hallar en la creación la completa salida hacia la libertad,[77] cuyo símbolo es la sagrada condición del número cincuenta, sea aceptada la educación intermedia, representada numéricamente por el diez, para la liberación del alma que está a punto de ser condenada? [78]
[76] Gen. XVIII, 24 y 25.
[77] Lev. XXV, 10.
[78] Ver Sobre los sacrificios de Caín y Abel 122.

229. Los que han recibido una instrucción poseen mayores oportunidades para progresar que los que no la han recibido; los que están familiarizados con la cultura general mayores que los que no tienen relación alguna con ella, pues, desde la niñez casi, han sido sumergidos en la corriente de pensamientos relativos a la fortaleza, la templanza y cada una de las otras virtudes.[79] Por lo tanto, aunque no se hayan liberado y purificado completamente de su iniquidad en su proceso de purificación, con todo se han limpiado de ella, ciertamente, en

razonable y moderada medida.
[79] Ver Interpretación alegórica III, 85.

230. De una manera semejante habló, al parecer, Esaú a su padre: ";Acaso no tienes más que una bendición, padre? Bendíceme a mí también, padre". (Gen. XXVII, 38.) Y tiene razón, pues diferentes bendiciones han sido reservadas para diferentes personas; bendiciones perfectas para los que son perfectos, intermedias para los imperfectos; tal como ocurre con los cuerpos, en los cuales la salud y la enfermedad reclaman diferentes ejercicios y diferentes dietas; y con todas las otras cosas relacionada? con el régimen de vida, las que no son las mismas en todos los casos. Unos necesitan recibir elementos que eviten la enfermedad; otros, los apropiados para recobrar un mejor estado de salud.

231. Siendo, pues, como son, muchos los bienes que pueden darse en la naturaleza, concédeme [80] el beneficio de aquellos que a Tu juicio me aprovechan, aunque fueren pequeñísimos sin tener presente otra cosa sino los límites de mi capacidad para recibir con facilidad lo que se me diere; y no me des, en cambio bienes que, desdichado de mí, me dobleguen y aniquilen de fatiga.
[80] Invocación del autor a Dios, en la que debe sobreentenderse "oh Señor o algo semejante.

232. ¿Y qué pensaremos que significan las palabras; "¿Acaso no será suficiente la mano del Señor?" (Núm. XI, 23) ¿Qué otra cosa sino que los poderes del Que Es se extienden por todas partes para beneficio no sólo de los altamente reputados 5ino también de los tenidos en menor consideración? A unos y a otros beneficia el Señor con dones acordes con la medida y dimensión del alma de cada uno, estimando y midiendo Él mismo a base de la igualdad lo correspondiente a cada uno.

233. XLI. Me deja completamente pasmado la ley establecida a propósito de aquellos que despojándose de sus faltas se muestran arrepentidos. Manda ella, en efecto, que, ante todo se lleve para sacrificarla una oveja en irreprochables condiciones. Pero, dice, si no tuviere fuerzas suficientes su mano para una oveja, llevará por la falta que ha cometido dos tórtolas o dos pichones de palomas, uno por la falta y uno para un holocausto.

234. pero si su mano no hallare una pareja de tórtolas m dos pichones de paloma llevará como su regalo una décima de efá [81] de flor de harina de trigo. No derramará sobre él aceite ni pondrá sobre ella incienso, puesto que la ofrenda es por una falta. Y la llevará al sacerdote y el sacerdote tomará de ella un puñado completo y colocará el memorial sobre el altar . (Lev. V, 1 y ss.)
[81] Medida hebrea de capacidad para sólidos cuyo contenido equivalía a 38,88 litros.

235. De lo citado se desprende que tres son las maneras de arrepentimiento empleadas para la propiciación: bestias, aves o flor de harina, según la capacidad del arrepentido que se purifica. Es que ni cosas pequeñas han menester de grandes purificaciones, ni cosas pequeñas necesitan purificaciones pequeñas, sino iguales y semejantes en la correspondiente proporción.

236. Vale, ciertamente, la pena que indaguemos por qué la purificación admite tres maneras. Los casos tanto del bien como del mal obrar se reducen a tres: de pensamiento, de palabra y de obra. Por esa razón Moisés en sus exhortaciones, enseñándonos que la adquisición del bien no es ni imposible ni difícil, dice:

[237] "No es necesario remontarse hasta el cielo ni marchar hasta los confines de la tierra y

del mar para hacerse de ella; al contrario, cerca, muy cerca (y lo que sigue muestra esta proximidad casi como si la vieran nuestros ojos) está toda obra para tu boca, tu corazón y tus manos" (Deut. XXX, 12 a 14); lo que simbólicamente equivale a "en tus palabras, tus intenciones y tus obras". Establécese, en efecto, que la humana felicidad procede de la buena intención, de la buena palabra y del bien obrar, así como la desdicha es producto de las condiciones opuestas.

238. La rectitud y las faltas hállanse, en efecto, en estas tres zonas: el corazón, la boca y la mano, pues algunos resuelven con acertadísimo criterio, dicen las cosas más excelentes y practican lo que se debe hacer. De los tres procederes opuestos el más leve es el tener intenciones indebidas, el más grave el llevar a cabo la injusticia y en un plano intermedio está el decir lo que no se debe.

239. Pero sucede que el más leve es el más difícil de eliminar, pues es cosa difícil trocar el cambio del alma en quietud. Más rápido, en efecto, podríamos contener el ímpetu de un torrente que la irrefrenable corriente del alma en sus cambios. Incontables pensamientos se precipitan unos tras otros como enorme ola, arrastrándola, perturbándola y derribándola total y violentamente.

240. Esta es, pues, la mejor y más perfecta forma de purificación: evitar todo pensamiento inconveniente y vivir en compañía de los conciudadanos en paz y dentro de la ley, bajo la guía de la justicia. La. segunda, no delinquir con las palabras mintiendo, perjurando, engañando, sutilizando, calumniando o, en general, dando riendas sueltas a la boca y la lengua para que causen la ruina de otros, en vez de sujetarlas mediante una rienda y atadura irrompible.

241. XLII. Fácil es ver por qué el decir lo que no corresponde es más grave falta que el pensarlo. A veces lo que pensamos lo pensamos no voluntariamente sino sin quererlo. Uno se ve obligado a recibir pensamientos que no desea; y nada de lo involuntario merece reproche.

242. En cambio, quien habla lo hace voluntariamente, de modo que, si el que se expresa no lo hace con palabras benévolas, peca, para su desgracia, de injusto, ya que, aun cuando tiene oportunidad de decir cosas más convenientes, no quiere hacerlo. A éste provechoso le sería optar por un silencio completamente seguro; y si carece de esa seguridad a su alcance, es porque no quiere callar.[82]

[82] La traducción de la última parte es conjetural. El original está evidentemente corrupto y resulta imposible reconstruir el texto alterado.

243. Pero más grave falta aún que el hablar injustamente es el obrar sin justicia. "La palabra es la sombra de la obra",[83] se ha dicho. Y, si la sombra es dañosa, ¿cómo no ha de serlo aún más la obra? Por eso también Moisés declara que la intención está libre de acusación y castigo, pues las más de las veces sus cambios y desvíos son involuntarios, y es más bien una pasiva víctima de los pensamientos que la asedian continuamente desde afuera, que la verdadera productora de dichos cambios. En cambio, todo aquello que se exterioriza a través de la boca requiere para su justificación y juzgamiento que se tenga presente que el hablar depende de nuestra decisión.

[83] Expresión de Demócrito, según Diógenes Laercio IX, 37.

244. Con todo, las palabras son juzgadas con un criterio relativamente benigno, las acciones culpables, en cambio, lo son más severamente.; Grandes castigos, en efecto, establece la ley

para los que cometen grandes iniquidades y llevan a cabo aquello que han planeado con errada intención y proclamado con lengua temeraria.

245. XLIII. Las purificaciones de estas tres cosas: la inteligencia, la palabra y la acción son, según Moisés, la oveja, la pareja de tórtolas, la de palomas y la sagrada medida que es el décimo de un efá de flor de harina, entendiendo el legislador que la inteligencia puede ser purificada por la oveja, la palabra por las aves, y la acción con la flor de harina.

246. ¿Por qué? Pues, porque, así como en nosotros lo más elevado es la inteligencia, del mismo modo en la raza de los animales irracionales lo es la oveja por cuanto es el más manso de todos ellos y ofrece anualmente el producto de sí para beneficio y a la vez adorno de los hombres. Un vestido protege de los daños procedentes del frío y del calor, y ocultando lo que la naturaleza quiere que permanezca oculto, salvaguarda la decencia de los que lo llevan.

247. Sea, pues, símbolo de la purificación de la mejor parte de nuestro ser, la inteligencia, el mejor de los animales, la oveja; y en lo que hace a la purificación de la palabra, sean su representación las aves. La palabra, en efecto, es liviana y alada por naturaleza, se mueve más rápido que un dardo y se lanza hacia todas las direcciones; y aquello que ha sido dicho una vez, ya no puede retroceder, antes, lanzado hacia afuera, corre a gran velocidad, golpea los oídos y, atravesando todo el aparato auditivo se torna enseguida resonancia.

248. Mas, la palabra es de dos clases: la verdadera y la falsa; y es ése el motivo, creo yo, por el que se la compara a una pareja de tórtolas o de palomas. Moisés dice que una de las aves debe servir como ofrenda por la falta, en tanto que la otra debe ser quemada en holocausto, en razón de que es condición de la palabra verdadera el ser entera y totalmente sagrada y perfecta, mientras que de la falsa lo es el delinquir y necesitar una reparación.

249. De la acción, a su vez, el símbolo es la flor de harina, como he dicho. Ocurre, en efecto, que ésta no adquiere total pureza sin habilidad y cuidado, y es seleccionada por las manos de los moledores experimentados en la práctica de este procedimiento. Consecuentes con ello son las palabras: "El sacerdote tomará de ella un puñado completo y ofrecerá su memorial". Aquí "el puñado" significa la empresa y la acción.

250. Y muy cuidadosamente ha dicho a propósito de la bestia: "Si su mano no tuviere fuerzas suficientes para una oveja": en tanto que en el caso de las aves la expresión es: "Pero si su mano no hallare". ¿Por qué? Porque grande vigor y superlativo poder se precisan para anular los desvíos de la inteligencia, en tanto que basta una moderada fortaleza para poner coto a las faltas de la palabra.

251. Todos los males de los que delinquen con la voz tienen, en efecto, un remedio, al que ya me he referido: el guardar silencio, cosa que a todos les es fácil, si bien muchos, por su propensión a hablar desmedidamente, no hallan manera de poner coto a las palabras.

252. XLIV. Criado y ejercitado en estas y parecidas maneras de analizar y distinguir las cosas, ¿cómo no ha de resultar razonable que el hombre virtuoso [84] suplique que Ismael viva, si no le es posible todavía engendrar a Isaac?

[84] Abraham, en el relato bíblico.

253. ¿Qué hace, entonces, el bondadoso Dios? Pues, da dos cosas a quien ha pedido una sola y concede una gracia superior a quien ha suplicado una inferior. Leemos, en efecto, que "dijo

Dios a Abraham: 'Sí, he aquí que Sara, tu mujer, te dará a luz un hijo'." (Gen. XVII, 19.) El simbolismo del "sí" de la respuesta es, sin duda alguna, acertado. ¿Qué, en efecto, es más propio de Dios que asentir en cuanto a los bienes y acordarlos sin dilación?

254. Con todo, aquellos a los que Dios da Su asentimiento en ningún caso lo alcanzan de parte del hombre insensato. Por ejemplo, los oráculos presentan a Lía como detestada. Su nombre obedece, precisamente, a eso, ya que significa "rechazada y fatigada". Y efectivamente, todos nosotros rechazamos a la virtud y la consideramos fatigosa, pues sus prescripciones no nos resultan gratas a menudo.

255. En cambio, tan grande es la aceptación que ha merecido de parte del universal Soberano, que, abierta su matriz por Él, recibió la simiente de la Divina fecundidad para que diera a luz las nobles prácticas y acciones.
Aprende, pues, oh alma, que también "Sara", fe virtud, "te dará a luz un hijo"; no sólo Agar, la educación intermedia. El hijo de Agar es vástago de la instrucción; el de Sara es el saber adquirido sin ajena enseñanza en absoluto.

256. Y no te asombre el hecho de que Dios, que lleva en Sí todas las cosas buenas, haya creado también esta especie, rara sobre la tierra, pero numerosa en el cielo. Esto podrás constatarlo en otros elementos de los que componen al hombre. ¿Acaso los ojos han sido instruidos para ver? Y las narices, ¿aprenden para oler? ¿Por ventura las manos palpan y los pies avanzan ateniéndose a órdenes y prescripciones de instructores?

257. Y los impulsos y las representaciones mentales, que son los primeros movimientos y disposiciones del alma, ¿son resultado de una enseñanza? ¿Acaso fue concurriendo a casa de un maestro, como nuestra inteligencia aprendió a discernir y a aprehender? Todos ellos, prescindiendo de toda enseñanza, hacen uso de su propia naturaleza, forjada por sí misma, para sus respectivas actividades.

258. ¿Por qué, entonces, te admiras todavía por el hecho de que Dios derrame una lluvia de virtud cuya adquisición no requiere trabajo ni esfuerzo ni vigilancia alguna; siendo, por el contrario, completa y perfecta desde el principio? ¿Y qué testimonio más digno de confianza podrías hallar, si lo buscares, que el de Moisés? Y Moisés dice que los alimentos de los otros hombres proceden de la tierra y sólo los de la raza vidente vienen del cielo.

259. Los procedentes de la tierra se dan mediante la cooperación de los labradores; los que vienen del cielo son lanzados cual copos de nieve por Dios, el único ser que obra por sí mismo, sin que sea menester que otros cooperen. Y así, leemos estas palabras: "He aquí que os hago llover alimentos desde el cielo" (Ex. XVI, 4.) ¿Y a qué otro alimento llovido del cielo puede en rigor referirse como no fuere a la celestial sabiduría?

260. Esta es enviada desde lo alto a las almas ávidas de virtud por Aquel que derrama con pródiga abundancia la prudencia e impregna el universo todo con Su riego, especialmente en el sagrado séptimo tiempo al que llama sábado.[85] Por lo tanto, lo que Él dice es que habrá una abundancia de aquellos bienes que se brindan espontáneamente, bienes que los recursos todos del humano arte no pueden hacer surgir, pero que germinan y producen los frutos que les son propios en la naturaleza que se engendra a sí misma y alcanza por sí misma su propia plenitud.

[85] Referencia al año sabático, sobre el que trata Lev. XXV, 4 y 5. Ver Sobre la huida y el hallazgo 170 y ss.

261. XLV. La virtud, pues, te dará a luz un noble hijo varón, ajeno a todo femenino sentimiento, y tú le darás un nombre conforme con el sentimiento que despierte él en ti, que, con toda seguridad, será alegría. Por lo tanto, le pondrás un nombre que sea símbolo de esa alegría; es decir, "risa".

262. Así como el dolor y el temor tienen sus propias exclamaciones, provocadas por la violencia y fuerza de la emoción, del mismo modo los buenos designios y las alegrías nos fuerzan a usar naturales exclamaciones, tan acertadas y apropiadas, que nadie hallaría mejores expresiones por muy versado que estuviere en materia de exclamaciones.

263. Por eso Dios dice: "Le he bendecido; lo engrandeceré y multiplicaré; engendrará doce naciones" (vale decir, el círculo y coro todo de las diversas especialidades de los estudios preliminares) "pero Mi pacto lo estableceré con Isaac" (Gen. XVII, 20 y 21), 'a fin de que el género humano alcance uno y otro tipo de virtud, la que se adquiere por enseñanza de otro y la que se aprende sin ajeno adoctrinamiento, pudiendo aspirar a la primera el hombre de débil condición, y a la que se brinda sin dificultad el hombre vigoroso'."

264. XI. VI. Y sigue diciendo: "Y para esa oportuna ocasión dará a luz para ti" (Gen. XVII, 21), vale decir, la sabiduría dará a luz a la alegría. ¿Qué ocasión oportuna es la que nos muestras, oh suprema Maravilla? ¿No es, acaso, aquella ocasión única, que criatura ninguna puede mostrar? En efecto, nadie sino Él mismo puede ser la verdadera ocasión oportuna, el oriente de todas las cosas, la fortuna y la oportunidad propicia en la tierra, en el cielo, en las naturalezas intermedias, a la vez que en todos los animales y las plantas.

265. Por eso Moisés se atrevió a decir a los que habían huido y se negaban a marchar a la guerra en defensa de la virtud contra sus antagonistas: "La ocasión [86] les ha abandonado; pero el Señor está entre nosotros" (Núm. XIV, 9). Prácticamente reconoce sin ambages que Dios es la ocasión que se aparta a gran distancia de todo impío y ronda en torno de las almas virtuosas.
[86] En Sobre la posteridad de Caín 122 la "ocasión" es interpretada de manera distinta.

266. Dice, en efecto, el Señor: "Yo rondaré en torno de vosotros y será vuestro Dios" (Lev. XXVI, 12). En cambio, aquellos que dicen que las estaciones [87] son las distintas etapas, del año no emplean con corrección los nombres, y ello se debe a que no han estudiado con el debido cuidado las naturalezas de las cosas y son muy propensos a proceder sin norma precisa.
[87] Otra de las acepciones del término *kairós* = ocasión favorable u oportuna.

267. XLVII. Para acrecentar la hermosura del engendrado le dice que su nacimiento tendrá lugar "durante el otro año" (Gen. XVII, 21); entendiendo por "otro año" no un intervalo de tiempo determinado por las revoluciones de la luna y el sol, sino algo verdaderamente fuera de lo normal, extraño y novedoso, ajeno a las cosas visibles y sensibles, algo del orden de lo incorpóreo y aprehensible por la inteligencia, algo a lo que ha correspondido ser el modelo y arquetipo del tiempo, vale decir, la eternidad.[88] El término "aión" (eternidad) refiérese a la vida del mundo del pensamiento, como el término "tiempo" se aplica a la de los sentidos.
[88] Tomado de Platón, Timeo 37 d. Ver Sobre la herencia de las cosas Divinas 165, y Sobre la inmutabilidad de Dios 32.

268. En ese mismo año, también, "halló la cebada centuplicada" (Gen. XXVI, 12) aquel que

siembra [89] las gracias de Dios sobre la creación para acrecentar los bienes y aumentar al máximo posible el número de aquellos que merecerán alcanzarlos.
[89] Isaac, en el relato bíblico.

269. Ahora bien, lo normal es que el que siembra coseche. Sin embargo, el que ha sembrado y puesto de manifiesto en si a esa enemiga de la envidia y del vicio, que es la virtud, no cosecha, sino halla, según se desprende del texto. Es que Otro era el que había hecho madurar la espiga de Sus beneficios y la había llenado de ellos; Otro el que había preparado y dispuesto mejores esperanzas y más numerosos dones y los había colocado al alcance de los que los buscan.

270. XLVIII. Las palabras "Completó Su hablar con él"[90] (Gen. XVII, 22) equivalen a "Perfeccionó al oyente mismo", que anteriormente estaba vacío de sabiduría, llenándolo de pensamientos imperecederos". Y, cuando el alumno hubo llegado a ser perfecto, "el Señor se apartó de Abraham" (Gen. XVII, 22), dice Moisés no para poner de manifiesto que Abraham se había separado de El; que el hombre sabio es acompañante de Dios; sino para mostrar la independencia del alumno, es decir, cómo este, cuando ya el Maestro no lo controla y nada le fuerza, pone en juego sus propios poderes y, por voluntario esfuerzo y propia iniciativa, él mismo da muestras de cuanto ha aprendido. El maestro, en efecto, procura al que aprende oportunidad para una práctica independiente, sin tutela; para lo cual imprime en él firmísimamente la imagen de un imborrable recuerdo.
[90] Más castizo: "Terminó de hablarle". En la traducción he buscado destacar el sentido de "llevar a la plenitud o perfección", en el que Filón funda su equivalencia.

SOBRE LOS SUEÑOS ENVIADOS POR DIOS

(DE SOMNIIS)

SOBRE LOS SUEÑOS I

1. I. El precedente tratado [1] abarcó las clases de sueños enviados por Dios correspondientes a la primera especie. En ellos, decíamos, la Divinidad envía por Su propia determinación las visiones presentes en los sueños. En este tratado señalaremos, en cambio, hasta donde cabe, las clases correspondientes a la segunda especie.

[1] Tratado que no se ha conservado.

2. Esta última es la de aquellos sueños en los que nuestra inteligencia, moviéndose al par de la Inteligencia del universo fuera de sí misma, parece estar poseída e inspirada por Dios, al punto de ser capaz de captar por anticipado y prever en cierta medida los sucesos futuros. El primer sueño correspondiente a la especie señalada es la siguiente visión que tiene lugar sobre la escala del cielo.

3. "Y sobrevínole un sueño; y he aquí que había una escala firmemente asentada sobre la tierra, cuya parte superior llegaba al cielo, y por la cual los ángeles de Dios subían y bajaban. Firmemente situado sobre ella estaba el Señor, quien dijo 'Yo soy el Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac: no temas. La tierra sobre la que tú duermes te la daré y la daré a tu descendencia; y tu descendencia será como la arena de la tierra y se extenderá hacia el oeste y el sur y el norte y el este; y en ti serán bendecidas las tribus todas de la tierra, y también en tu descendencia. Y he aquí que Yo estoy a tu lado protegiéndote en todo camino por donde marchares. Y te traeré de regreso a esta tierra, pues de ninguna manera te abandonaré hasta haber cumplido cuanto te he dicho'" (Gen. XXVIII, 12 a 15).

4. La visión va precedida de una aclaración preparatoria, necesaria para su comprensión; y hemos de considerarla detalladamente para estar en condiciones de entender, con facilidad quizá, el significado de la visión. ¿Cuál es, pues, esa aclaración preparatoria? La siguiente: "Y partió Jacob de la fuente del juramento y se dirigió hacia Harrán, y encontró un lugar; pues el sol se ponía; y tomó una de las piedras del lugar y la colocó bajo su cabeza, y se acostó en aquel lugar" (Gen. XXVIII, 10 y 11). Y entonces de inmediato tuvo lugar el sueño.

5. Pues bien, para comenzar corresponde que nos planteemos estas tres cuestiones: primera, qué es "la fuente del juramento" y por qué fue llamada así; segunda, qué es "Jarán" y por qué saliendo de dicha fuente se dirige directamente a Jarán; y la tercera, cuál es "el lugar" y por qué cuando se presenta en él pénese el sol y Jacob se tiende a dormir.

6. II. Averigüemos, pues, sin más preámbulos lo primero. Pues bien, a mi juicio la fuente es símbolo del conocimiento. La naturaleza de este, en efecto, no es superficial sino del todo profunda. El saber no se presenta al descubierto, sino tiende a ocultarse en lo secreto. No con facilidad sino con muchos esfuerzos y dificultades es descubierto. Y esto se advierte no sólo en el caso de las ramas del saber que contienen grandes e innumerables problemas sino también en las más simples investigaciones.

7. Toma como ejemplo aquella que quieras entre las artes; no la mejor, te ruego, sino la más modesta de todas ellas, una que seguramente ningún hombre libre criado en una ciudad practicaría de grado, y en el campo apenas la ejercería, y contra su voluntad, un sirviente

sometido a un amo insoportable y maligno que le fuerza a ejecutar muchas cosas a disgusto.

8. Hallarás, en efecto, que no se trata de un cometido sencillo sino complicado, de aquellos para los que has de emplear las dos manos; difícil de descubrir y difícil de dominar, en riña con la indecisión, el descuido y la indiferencia; pleno de diligencia y responsabilidad, de sudores y preocupaciones. Por ello los escavadores afirman no hallar agua en esta fuente,[2] como que aquello hacia lo que tienden las distintas ramas del saber no sólo es difícil de hallar sino indescubrible por completo.
[2] Gen. XXVI, 32.

9. Tal es la causa por la que un hombre es mejor gramático o geómetra que otro; dado que es imposible fijar límites a los alcances y progresos en tales asuntos. En efecto, lo que todavía resta por aprender aguarda su tumo y está a la espera siempre en mayor proporción aún que los avances realizados ya en el aprendizaje; y así, aquel de quien se piensa que ha alcanzado los límites de la sabiduría, a juicio de otro sólo se halla a mitad de camino; y el veredicto de la verdad es que sólo acaba de comenzar.

10. Es que, como ha dicho alguien,[3] "la vida es corta, y el arte es largo"; y nadie capta mejor su grandeza que aquel que se interna con sinceridad en sus profundidades y excava en él como en una fuente. Es fama que, al morir, un hombre canoso ya y de avanzada edad lloró, no por un miedo cobarde hacia la muerte, sino por un ardiente deseo de instrucción, como si en esos instantes llegara a ella por primera vez, no obstante ser esa su despedida final de ella.
[3] Hipócrates. "Arte" o saber práctico (*thékne*), en este caso la medicina, por oposición a la ciencia pura.

11. La verdad es que el alma alcanza su plenitud intelectual cuando la del cuerpo se marchita bajo el peso de los años; y es penoso, por lo tanto, que den con uno en tierra, como con una zancadilla, antes de que uno haya alcanzado la flor de la juventud y el pleno vigor para la aprehensión más detenida de las cosas. Esto lo han experimentado por igual todos los que gustan aprender, en los que nuevos estudios surgen y derraman su luz sobre los viejos conocimientos. Muchos de estos conocimientos son engendrados por el alma, cuando ésta no es estéril e infecunda; otros muchos, por la naturaleza, cuando ésta, sin previa señal y espontáneamente, los muestra a aquellos cuya inteligencia está dotada de aguda visión. Así pues, la fuente del conocimiento, la fuente sin límite ni fin, nos ha sido descripta de la manera señalada.

12. Pero, hemos ahora de decir por qué ha sido llamada "juramento". Mediante el juramento se ponen en claro los asuntos dudosos, las cosas inseguras témanse seguras, y la desconfianza truécase en seguridad. De todo lo cual concluimos que de cosa alguna podríamos tener más seguridad que de lo ilimitado e inacabable de la sabiduría.[4]
[4] Es decir, de que es imposible alcanzar el saber completo y absolutamente seguro. Ver Sobre la obra de Noé como plantador 82.

13. Bueno es, pues, dar el asentimiento a quien discurre sobre estas verdades, aun cuando éste no hubiere prestado juramento; pero quien no esté dispuesto a dar fácilmente ese asentimiento, hágalo cuando el que habla haya jurado. Y nadie se niegue a prestar tal juramento, pues, no lo dude, su nombre aparecerá registrado en la estela de los juramentos verdaderos.

14. III. Sobre este punto basta con lo dicho. A continuación examinaremos por qué de las

cuatro fuentes excavadas por Abraham, Isaac y los suyos,[5] el nombre de "juramento" ha sido aplicado a la cuarta y última.
[5] Gen. XXI, 25, y Gen. XXVI, 19 a 23.

15. Quizá sea porque Moisés quiere mostrarnos mediante alegorías que de los cuatro elementos del universo; elementos de los que se compone este mundo y que en igual número se dan en nosotros mismos, como que hemos sido modelados y dotados de forma humana con ellos; tres son de tal naturaleza que pueden ser aprehendidos de una u otra manera, en tanto que el otro, a juicio de todos, está más allá de nuestras posibilidades de aprehensión.

16. Cuatro, pues, son en total los elementos de que está compuesto el mundo, a saber: tierra, agua, aire y fuego. A tres de ellos les ha sido concedida la propiedad de no ser imposibles de descubrir, aunque sí difíciles.

17. Así, nos damos cuenta de que la tierra es un cuerpo pesado, indisoluble, sólido, dividido en regiones montañosas y llanas, separado por ríos y por el mar, de lo que resultan las islas y los continentes; de que, además, una parte de ella es de suelo pobre y otra de suelo feraz; una, dura, áspera, pedregosa y completamente estéril; y otra, blanda, suave y fértilísima; y de otros mil aspectos además de estos.

18. En cuanto al agua, percibimos que tiene muchas características de las citadas en común con la tierra, en tanto que otras son privativas de ella. Una parte es dulce, en efecto, otra salada, y otra reconocible por otras propiedades. Además una parte es potable y otra no potable; no siendo estas dos últimas propiedades iguales para todos: el agua potable para unos no lo es para otros; y la que unos no pueden beber otros la beben sin dificultad alguna. Asimismo, hay agua caliente en estado natural y la hay fría.

19. Innumerables fuentes hay, en efecto, en muchos lugares, de las que brota agua hirviente, y esto no sólo en la tierra sino también en el mar. No faltan, ciertamente, ejemplos de apariciones de venas en medio de los mares, de las que surge agua hirviente, sin que el inmenso torrente de los mares circundantes haya podido, precipitándose sobre ella desde tiempo inmemorial, extinguir su temperatura o amenguarla en alguna medida.

20. Asimismo,. percibimos que el aire posee una naturaleza que cede a la presión de los objetos materiales envueltos por él; que es el instrumento de la vida, de la respiración, de la visión, de la audición y de los demás sentidos; que admite diversos grados de densidad y enrarecimiento, así como movimientos y quietud; que está sujeto a toda clase de variaciones y cambios; que es origen de los inviernos y veranos y de las estaciones otoñales y primaverales, de los que resultan las naturales divisiones del ciclo anual.

21. IV. Todas estas cosas están al alcance de nuestras percepciones; el cielo, en cambio, se caracteriza por su naturaleza inaprehensible para nosotros y ningún indicio claro de sí mismo nos hace llegar. En efecto, ¿qué podemos decir de él? ¿Qué es un cristal fijo, como han pensado algunos? ¿O que es fuego absolutamente puro? ¿O que es una quinta sustancia, en movimiento circular al margen de los cuatro elementos? y además, ¿es una inmóvil y la más exterior esfera, cóncava hacia lo alto o se trata solamente de una superficie sin concavidad, semejante a los planos geométricos?

22. O también; ¿Son las estrellas-masas de tierra llenas de fuego? Porque algunos han dicho que constituyen valles, planicies arboladas, masas de metal incandescente; aserto que les hace

merecedores de una prisión y una piedra de molino, en los que se empleen tales cosas para castigo de los impíos.[6] ¿O son, como ha dicho alguien, una densa y compacta armonía, condensaciones indisolubles de éter? ¿Son seres vivientes e inteligentes o carecen de inteligencia y vida? ¿Tienen parte en la determinación de sus movimientos o éstos obedecen sólo a leyes forzosas?
[6] "Tales cosas", es decir, "las masas de metal incandescente", que Filón vincula con el hierro enrojecido al fuego, empleado para torturar a los presos o prisioneros.

23. ¿Y qué decir de la luna? ¿La claridad que la cubre es suya realmente, o procede de los rayos solares? ¿O se trata de una mezcla que no se origina en ninguno de estos dos astros exclusivamente, sino en ambos, como si dijéramos en un fuego propio y en un fuego ajeno? Todas estas cosas y las demás como estas, relativas al mejor y cuarto de los elementos cósmicos, vale decir, al cielo, están fuera de nuestra visión y aprehensión, y se apoyan en conjeturas y comparaciones y no en un sólido razonamiento sobre la verdad.

24. Tan cierto es ello que hasta podría uno atreverse a jurar que jamás mortal alguno alcanzará a comprender ninguna de estas cosas claramente. Y ese es el motivo por el cual fue llamada "juramento" la cuarta y seca fuente, es decir, la interminable y absolutamente ineficaz indagación acerca del cuarto de los elementos cósmicos, que es el cielo.

25. V. Pero veamos de qué manera también el cuarto elemento de nuestro propio ser es especial y peculiarmente inaprehensible por naturaleza. Cuatro son, en efecto, los elementos de mayor importancia de nuestro ser: el cuerpo, la sensibilidad, la palabra y la inteligencia. De ellos hay tres que no son obscuros en todos sus aspectos y, en cambio, poseen ciertas indicaciones en sí que permiten su conocimiento.

26. ¿Que qué quiero decir con esto? Pues que sabemos que el cuerpo es triple en dimensiones y séxtuplo en movimientos, pues tiene tres dimensiones: longitud, profundidad y anchura; y el doble, es decir, seis movimientos: hacia arriba, hacia abajo, hacia la derecha, hacia la izquierda, hacia adelante y hacia atrás. Pero tampoco ignoramos que es un recipiente para el alma, y sabemos además perfectamente que llega a su plenitud, se consume, envejece y se disuelve.

27. Y otro tanto ocurre con respecto a la sensibilidad. No somos completamente embotados ni ciegos respecto de ella, y estamos en condiciones de decir que tiene cinco partes, y que cada parte posee órganos propios preparados por la naturaleza, la vista los ojos, el oído las orejas, el olfato las narices, y los otros sentidos los órganos apropiados; que éstos son mensajeros de la inteligencia, a la que ponen al tanto de colores, formas, sonidos, particularidades de sabores y olores; en una palabra, de las sustancias materiales y todas sus cualidades; y que además, como escoltas del alma, ponen al descubierto cuanto ven u oyen; y, si alguna cosa perjudicial sobreviene desde afuera, adoptan las previsiones del caso y pénense en guardia para que no se infiltre furtivamente y se convierta en causa de un incurable mal para su señora.

28. Tampoco el sonido escapa del todo a nuestro discernimiento. Sabemos que uno es agudo y otro grave; uno entonado y armonioso y otro desentonado y en extremo desacorde; uno más potente y otro más débil. Que además difieren en otros incontables aspectos: en géneros, modulaciones, intervalos, sistemas conjuntos y disjuntos, armonías de cuarta, de quinta, de octava.

29. Y también en el caso especial del sonido articulado, que sólo al hombre le ha cabido entre

todos los seres vivientes, hay cosas que nos son conocidas; por ejemplo, que procede de la inteligencia, que se articula en la boca, que la lengua golpea y confiere la articulación y carácter de palabra a la tensión de voz, y que no se trata únicamente de la producción de un simple descuidado sonido e informe ruido, pues su cometido es el de heraldo e intérprete de cuanto sugiere la inteligencia.

30. VI. ¿Y el cuarto de los elementos de nuestro ser, la soberana inteligencia, es también aprehensible? De ninguna manera. ¿Qué idea, en efecto, tenemos acerca de su naturaleza esencial? ¿Es aire o sangre o, en general, un cuerpo? Sin embargo, hemos de decir que no es un cuerpo sino incorpórea. ¿Es un límite o una forma o un número o una continuidad o una armonía? ¿Qué es de cuanto existe?

31. ¿Se introduce en nosotros desde afuera inmediatamente después de nuestro nacimiento? ¿O sucede que la naturaleza caliente que hay en nosotros es templada por el aire que la envuelve, y de este modo se fortifica al máximo tal como ocurre con el hierro al rojo cuando el herrero lo sumerge en el agua fría? Porque, al parecer el nombre "alma" se debe a ese "enfriamiento" [7] ¿Y cuando morimos, se extingue y perece junto con los cuerpos, o les sobrevive algún tiempo más, o es completamente imperecedera?
[7] Juego de palabras entre *psykhé* = alma, y *psyxis* = enfriamiento.

32. ¿Y en qué lugar del cuerpo está oculta la inteligencia? ¿Tiene, acaso, asignada una residencia? Hay quienes le han atribuido la ciudadela de nuestro ser que es la cabeza, teniendo presente que también los sentidos están situados en ella y que es lógico que estén apostados cerca de la inteligencia, como los miembros de la escolta de un gran monarca. Otros defienden tenazmente el parecer de que es en el corazón donde ella es conducida.

33. Así, en cada caso el cuarto elemento es inaprehensible. En el mundo lo es el cielo por oposición a la naturaleza del aire, a la de la tierra y a la del agua; en el ser humano lo es la inteligencia en contraste con el cuerpo, la sensibilidad y el intérprete de los pensamientos, vale decir, la palabra. Y quizá sea por esta misma causa por lo que en las sagradas escrituras el cuarto año es presentado como "santo y para alabanzas"[8] (Lev. XIX, 24).
[8] Más propiamente: laudable, digno de alabanza; pero Filón, según se desprende de lo que expresa más abajo, toma el término *ainetós* con la acepción adoptada en la traducción, es decir, de autor de alabanzas, no de receptor de ellas.

34. Es que entre las cosas creadas es, por una parte, santo en el mundo el cielo, en el cual las naturalezas imperecederas e inmortales recorren sus órbitas; y en el hombre la inteligencia, que es un fragmento de la Divinidad; como muy especialmente lo señala Moisés cuando dice: "Sopló en su cara el aliento de la vida y el hombre convirtióse en un alma viviente" (Gen. II, 7).

35. Y no sin acierto, creo yo, ambos han sido calificados como elementos "para alabanza". Ellos son, en efecto, el cielo y la inteligencia, los capacitados para expresar solemnemente las alabanzas, panegíricos y votos de felicidad en honor del Padre que les ha dado el ser. El hombre, efectivamente, ha recibido el privilegiado galardón que lo distingue de los demás seres vivientes, consistente en servir al Que Es; en tanto que el cielo canta una perpetua melodía, produciendo en los movimientos de los cuerpos celestes la más musical de las armonías.

36. Y si se diera el caso de que su sonido llegara hasta nuestros oídos, nacerían deseos

irrefrenables, frenéticos anhelos e impulsos apasionados, interminables y rayanos en la locura, al punto de dejar de lado incluso las cosas necesarias y no nutrirnos ya con alimentos y bebidas a través de la garganta como lo hacen los mortales; sino con Divinos cánticos de perfecta melodía a través de los oídos, cual seres que aguardan la inmortalidad. Así, es fama que Moisés, oyendo tales cánticos, perdió todo contacto con lo corporal y pasó cuarenta días con sus noches sin probar en absoluto ni pan ni agua.[9]
9 Ex. XXIV, 18.

37. VII. Al parecer, pues, el cielo, el arquetipo de todo instrumento musical, ha sido dotado de una suprema armonía, no con otro propósito que el de que los himnos elevados en honor del Padre del universo tuvieran un musical acompañamiento. Además, oímos que Lía, la virtud, ya no es capaz de dar a luz a partir del nacimiento de su cuarto hijo, y que cesa o es hecha cesar en sus alumbramientos. Es que hallaba, se me ocurre, que todo nacimiento procedente de ella misma era improductivo y estéril, una vez que hubo hecho florecer ese fruto perfecto que es Judá, es decir, la confesión de gratitud.

38. Ninguna diferencia media entre la expresión: "Cesó ya de engendrar" (Gen. XXVI, 35) y el decir que los hijos de Isaac no hallan agua en la cuarta fuente,[10] como que una y otra son expresiones simbólicas que dan a entender que todas las cosas están sedientas de Dios, por quien son regados los nacimientos y, para los ya nacidos, los alimentos.
[10] Gen. XXVI, 32.

39. No faltarán, pues, ciudadanos de los pequeños estados [11] que supongan que semejante exposición del legislador versa sobre la excavación de fuentes; pero aquellos que se hallan empadronados en una patria más grande, en este mundo, siendo, como son, de más acabados discernimientos, conocerán claramente que las cuatro cosas sobre las que cabe que indaguen los hombres de clara visión y amantes de la contemplación, no son fuentes sino las partes del mundo, a saber: la tierra, el agua, el aire y el cielo.
[11] Es decir, ciudadanos de los estados o naciones fundados por los hombres, por oposición al gran estado que es el mundo entero, del cual el hombre sabio es cosmopolita o ciudadano universal.

40. Recorriendo cada una de estas partes con pensamientos cada vez más elevados descubren en tres de ellas cosas al alcance de sus aprehensiones, y por eso a las que han sido descubiertas les asignan tres nombres: "injusticia", "enemistad" y "vastedad" [12] (Gen. XXVI, 20 y ss.). En la cuarta, en cambio, es decir, en el cielo, según hemos demostrado poco antes, no hallan absolutamente nada. En efecto, la cuarta fuente resulta seca y sin agua, y por la causa ya mencionada se llama "juramento".
[12] En el relato bíblico, según la versión de los LXX, las tres fuentes descubiertas por los pastores reciben los nombres de *adikía* = injusticia, *ekhthría* = enemistad, y *eurykhoría* = vastedad o amplitud. No es claro el simbolismo que Filón supone contienen estos tres nombres. Tal vez en los dos primeros halle una alegoría de la tierra y el mar, donde transcurren las existencias humanas con sus injusticias y hostilidades recíprocas; y vea simbolizada la inmensidad o vastedad del aire en el tercero.

41. VIII. Examinaremos ahora lo que sigue en nuestro texto averiguando qué es Harrán y por qué el que parte de la fuente llega a ella.[13] Pues bien, Harrán es, a mi parecer, lo que podríamos llamar una metrópoli de los sentidos. Su nombre significa una veces "cavada" otras "agujeros", términos ambos que designan una misma cosa.
[13] Gen. XXVIII, 10.

42. Nuestro cuerpo, en efecto, está cavado en cierta manera para hacer lugar a los órganos de los sentidos y cada uno de los órganos se ha convertido en algo así como un agujero en el que la naturaleza ha dispuesto que esté alojado cada sentido. En consecuencia, cada vez que alguien sale, como quien parte de un puerto, fuera de la tuente llamada "juramento", llega forzosamente a Harrán de manera directa. Aquel, en efecto, que ha iniciado su marcha desde el ilimitado e infinito lugar del conocimiento necesariamente es recibido por los sentidos, sin necesidad de guías.

43. Porque nuestra alma muévese a menudo por sí misma, después de desnudarse de la masa corpórea y escapar de la turba de los sentidos; pero a menudo también lo hace envuelto en ellos. El movimiento del alma desnuda corresponde a lo que es aprehensible sólo por la inteligencia; el que realiza junto con el cuerpo toca a las cosas sensibles.

44. Por lo tanto, si un hombre es absolutamente incapaz de unirse con la inteligencia sola, halla en la sensibilidad un segundo refugio; y cualquiera que cae de las cosas intelectuales, al punto se precipita hacia las sensibles. Siempre, en efecto, a los que no han sido capaces de navegar prósperamente hacia la soberana inteligencia les queda la posibilidad de una navegación secundaria hacia la sensibilidad.

45. Pero, bueno es, aun cuando se hubiere llegado a esta situación, no envejecer y pasarse toda la vida en ella, sino hacerse a la idea de que se halla uno transitoriamente en tierra extraña a modo de forasteros y buscar siempre partir y retornar a la tierra de sus antepasados. Así, Labán, el hombre que no conoce ni la especie ni el género ni la forma ejemplar ni la concepción ni, en suma, otro alguno de los objetos de exclusiva aprehensión intelectual, y depende de las cosas manifiestas a los sentidos, que llegan a los ojos, los oídos y sus correspondientes poderes; ha sido considerado merecedor de tener por patria a Harrán, la que Jacob, el amante de la virtud, habita por poco tiempo y como tierra extranjera, con el pensamiento puesto siempre en el retorno hacia su hogar.

46. Su madre Rebeca, la perseverancia, dícele, en efecto: "Levántate y huye hacia Harrán hacia mi hermano Labán, y habita junto a él por unos días" (Gen. XXVIII, 43 y 44). ¿Te das cuenta, entonces, cómo el ejercitante no soporta residir en la región de los sentidos, y sólo lo hace por unos pocos días, es decir, por corto tiempo, forzado por las necesidades del cuerpo, al que está ligado, y es, en cambio, en la ciudad intelectual donde le está reservada una larga vida y permanencia?

47. IX. Tal es el motivo, creo yo, por el que tampoco el abuelo de su instrucción,[14] llamado Abraham, soporta el residir por largo tiempo en Harrán. Leemos, en efecto, que "Abraham tenía setenta y cinco años cuando partió de Harrán" (Gen. XII, 4), no obstante que su padre, cuyo nombre "Tera" significa "indagación del olor", vivió allí hasta su muerte.

[14] Curioso título éste que aplica Filón a Abraham. Sin embargo aparece confirmado en Sobre la inmutabilidad de Dios 92, en Sobre los sacrificios de Abel y Cam 43, y más abajo en el parágrafo 70.

48. Expresamente, en efecto, se manifiesta en las sagradas escrituras que "Tera murió en Harrán" (Gen. XI, 32). Es que era solamente un indagador de la virtud, no ciudadano de ella, y hacía uso sólo de los olores, no llegando a nutrirse con alimentos por no ser aún capaz de llenarse de sensatez. No era capaz de gustar y debía conformarse con oler.

49. Y efectivamente, así como nadie ignora que los perros empleados para la caza, dotados, como están, por la naturaleza de una agudeza señalada en lo que al sentido del olfato hace, se orientan a grandísima distancia y hallan los cuerpos muertos de los animales salvajes; del mismo modo el amante de la instrucción va tras un grato efluvio emanado de la justicia y las otras virtudes, movido por el anhelo de alcanzarlas. Y tan deliciosa es la fragancia que de ellas se desprende, que, al no poder, da vueltas infructuosamente de un lado para otro su cabeza sin hacer otra cosa que aspirar el sacratísimo aroma de los alimentos de la nobleza. No niega, en efecto, que está ávido de sabiduría y sensatez.

50. Dichosos, pues, son aquellos a los que les es posible disfrutar de los atractivos de la sabiduría y regalarse con la enseñanza de cuanto ella ha descubierto, y, después de haberse deleitado con ello, estar aún sedientos, llevando consigo un inextinguible e insaciable apetito de conocimientos.

51. A aquellos, en cambio, a los que no ha sido dado el disfrutar de la sagrada mesa, aunque sí llenar sus almas con el aroma de sus viandas, les corresponderá un galardón de segundo orden. Estos, en efecto, son vivificados con soplos de virtud, tal como ocurre con los postrados que, debilitados por no poder consumir alimento, inhalan las reparadoras esencias que los médicos tienen preparadas como saludables remedios del agotamiento.

52. X. El relato según el cual Tera, abandonando el país caldeo, emigró a Harrán llevando consigo a su hijo Abraham y a sus familiares, no hemos de entenderlo como un testimonio histórico de que determinadas personas convirtiéronse en emigrantes, abandonando la tierra de sus antepasados y habitando una extraña como nueva patria; sino como una exhortación a no echar en saco roto una lección sumamente provechosa y conveniente para la vida humana.

53. ¿Cuál es esta lección? Los caldeos se abocan al estudio de los astros, en tanto que los ciudadanos de Harrán se ocupan de lo relativo a los sentidos. Y la sagrada palabra dícele al que indaga sobre las cosas de la naturaleza: "¿Para qué haces averiguaciones acerca del sol: si es de un pie de diámetro, si es más grande que toda la tierra, si la abarca muchas veces? ¿Para qué averiguas acerca de las iluminaciones de la luna: si la claridad que posee es prestada o si hace exclusivamente uso de una luz propia? ¿Para qué, acerca de la naturaleza de los demás astros, de sus revoluciones y de las influencias que ejercen entre sí y sobre las cosas terrestres?

54. ¿Por qué, si marchas sobre la tierra, andas brincando sobre las nubes? ¿Cómo es que dices ser capaz de tocar aquello que está situado en él éter, cuando estás enraizado en la tierra? ¿Cómo osas abrir juicio sobre lo que escapa a toda determinación? ¿Por qué te esfuerzas en lo que no debes, en las cosas de lo alto? ¿Por qué llevas hasta el cielo tus superficiales estudios? ¿Por qué te metes a astrónomo y divagas sobre las cosas celestes? Ocúpate, amigo, no de lo que está en lo alto y fuera de tu alcance, sino de lo que tienes a tu lado; o más bien, concentra en ti mismo tu investigación y que sea irreprochable.

55. ¿Cómo harás, pues, tu indagación? Pues, marcha en espíritu a la excavada Jarán, es decir, a los agujeros y cavidades del cuerpo, inspecciona los ojos, los oídos, las narices y los otros órganos de los sentidos, y practica la investigación filosófica más necesaria y provechosa para el hombre, averiguando qué es la vista, qué el oído, qué el gusto, qué el olfato, qué el tacto, y qué, en general, la sensación. Averigua luego qué es él ver y cómo ves, qué el oír y cómo oyes, qué el oler, el gustar y el palpar y cómo se. produce normalmente cada una de estas funciones.

56. Pero, antes de haber hecho una acabada investigación en tu propia morada, ¿no es el colmo de la insensatez andar averiguando lo relativo al universo? Y todavía me falta prescribirte una exhortación aún mejor: que mires tu propia alma e inteligencia, de la que tienes tan elevada opinión. Digo que 'mires', porque en cuanto a comprenderla jamás serás capaz.

57. Elévate ahora hacia el cielo y jáctate de lo que ves allí, tú, que todavía no has sido capaz de conocer lo que enseña el poeta cuando dice: Todo cuanto de bueno y de malo ha ocurrido para tí en tus mansiones;[15] pero luego, dirigiendo tu investigación más abajo del cielo y apartándote de la búsqueda de lo de allí, conócete a ti mismo y aplícate con todo cuidado también a esto, a fin de que puedas alcanzar la felicidad que es dable al hombre."

[15] Odisea, IV, 392.

58. A un espíritu en esas condiciones los hebreos lo llaman Tera y los helenos Sócrates. Dícese, en efecto, que Sócrates envejeció entregado a una profunda reflexión acerca del "Conócete a ti mismo", sin que su filosofía se apartase jamás de los problemas relativos a su propio ser. Pero, al fin y al cabo, no era más que un hombre; en cambio, Tera era el mismo conocimiento de sí, una vía para el conocer puesta ante nosotros como un árbol exuberante en grado sumo, con miras a que los amantes de la virtud lo hallen fácilmente cuando recojan el fruto de sus disposiciones morales y se llenen de salvador y gratísimo alimento.

59. Tales se nos presentan aquellos que se abocan a la indagación de la prudencia; pero más perfectas que éstos son las naturalezas de los que combaten y bregan por ella. Estos, en efecto, habiendo aprendido detalladamente cuanto concierne a los sentidos, entienden que les corresponde avanzar hacia una contemplación aún más alta y han dejado atrás las cavidades de la sensibilidad, que se conocen con el nombre de Harrán.

60. Entre éstos se cuenta Abraham, quien realizó progresos y avances en orden a la adquisición de un saber más elevado. En efecto, cuando se hubo conocido a sí mismo al máximo, entonces en igual grado se desprendió de sí mismo a fin de llegar a un exacto conocimiento del Que verdaderamente Es. Y es natural que así fuese: aquel que se ha comprendido suficientemente a sí mismo, se desprende suficientemente de sí al darse claramente cuenta de la insignificancia de las creaturas en todos los aspectos; y quien se desprende de sí mismo conoce al Que Es.

61. XI. Queda, pues, aclarado qué es Harrán y por qué el que deja la fuente del Juramento marcha hacia allí. Consideremos ahora el tercer punto, que está en relación con lo precedente: ¿Cuál es el lugar en el que se detuvo? Porque se nos dice que "encontró un lugar" (Gen. XXVIII, 11).

62. Tres significados tiene el término "lugar": primero, un espacio lleno por un cuerpo; segundo, el Divino *lógos*,[16] al que el mismo Dios llenó completamente y en todas sus partes con incorpóreas potencias. Dice, en efecto, el legislador que "vieron el lugar donde estaba situado el Dios de Israel" (Ex. XXIV, 10),[17] único lugar en el que les permitió hacer sacrificios vedándoles hacerlo en otro alguno. Prescribióseles, en efecto, subir hacia el lugar que el mismo Dios Soberano escogería, y practicar allí "los holocaustos y las ofrendas en acción de gracias" (Ex. XX, 24) y ofrecer los otros irreprochables sacrificios.

[16] Ver Sobre la confusión de las lenguas 146.

[17] Ver Sobre la confusión de las lenguas 96.

63. Pero hay un tercer significado, y a él se alude cuando se dice que el mismo Dios es un lugar, por cuanto Él todo lo encierra sin ser contenido por cosa alguna absolutamente, y es el refugio a donde se acogen todas las cosas, y porque Él mismo es Su propio espacio pues Él Se contiene a Sí mismo y sólo por Sí mismo es contenido.

64. Yo, por cierto, no soy un lugar sino estoy en un lugar; y lo mismo ocurre con cada una de las cosas que existen, porque lo que es contenido es diferente de aquello que lo contiene; pero la Divinidad, al no ser contenida por cosa alguna, forzosamente es Ella misma Su propio lugar. Testimonio de lo que digo es el siguiente oráculo revelado a propósito de Abraham: "Marchó hacia el lugar que Dios le había dicho, y habiendo alzado la vista vio el lugar desde lejos" (Gen. XXII, 3 y 4).[18]
[18] Ver Sobre la posteridad de Caín 17 y 18.

65. Ahora bien, ¿piensas que el que había ido hacia el lugar lo vio desde lejos? No, sin duda se trata de un mismo nombre aplicado a dos cosas diferentes, uno de los cuales es un Divino *lógos* y el otro es Dios, que estaba delante de ese *lógos*.

66. El que llega al primero de estos lugares bajo la guía de la sabiduría, halla en el Divino *lógos* el coronamiento y la culminación de su complacencia; y situado en él, no avanza hacia Aquel que es de esencia verdaderamente Divina sino Lo ve desde lejos. O más bien digamos que ni siquiera es capaz de verlo a Él desde lejos, y que sólo ve cuan lejos se halla Dios de la creación toda y cómo el aprehenderlo está situado a grandísima distancia de todo humano discernimiento.

67. Pero muy bien puede ser que en esta ocasión no haya Moisés empleado el término "lugar" para designar figuradamente a la Causa, sino haya querido significar lo siguiente: "Marchó hacia el lugar y alzando la vista vio con sus ojos" 'el lugar mismo al que había marchado, lugar que está a gran distancia del ser innombrable, inexpresable e inaprehensible bajo ninguna representación que es Dios'.

68. XII. Habiendo aclarado estos supuestos previos, digamos que el ejercitante, cuando ha llegado a Jarán, vale decir, la sensibilidad, "halla un lugar". No se trata del lugar llenado por el cuerpo mortal, pues tal tipo de lugar lo poseen todos los nacidos en la tierra, por cuanto todos ellos llenan un espacio y ocupan necesariamente un determinado lugar. Tampoco se trata del tercero y más excelente, del que difícilmente le hubiera sido posible formarse una idea durante su permanencia en la fuente llamada "juramento", en la cual mora Isaac, vale decir, la naturaleza autodidacta, que jamás se aparta de la fe en Dios y de la invisible concepción de El. No, este lugar no es otro que el Divino *lógos*, lugar intermedio, que señala el camino hacia las cosas supremas y enseña cuanto requiere cada ocasión.

69. En efecto, entendiendo Dios que no cabe que Él vaya hacia la sensibilidad, envía a Sus *lógos* [19] para asistir a los amantes de la virtud. Estos lógos son los médicos que curan completamente las enfermedades del alma brindándoles las sagradas exhortaciones a modo de inviolables normas, llamándolos a la práctica de las mismas y dotándolos, cual maestros de gimnasia, de fuerza, poder y vigor superiores a toda oposición posible.
[19] Es decir. Sus ángeles o mensajeros, los *lógos* particulares, de los que el Divino *lógos* es el arcángel o *lógos* supremo. Ver Sobre la huida y el hallazgo 5, y Sobre la confusión de las lenguas, nota 14.

70. Por fuerza, pues, Jacob, habiéndose allegado a la sensibilidad, no puede ya encontrarse con Dios sino con un *lógos* de Dios; cosa que también le ocurre a Abraham, el abuelo de su sabiduría. [20] Leemos, en efecto, que "una vez que hubo acabado de hablar a Abraham el Señor se marchó, y Abraham se volvió hacia su lugar" (Gen. XVIII, 33). La expresión "volvió hacia su lugar" señala el encuentro con estos sagrados *lógos*, de los que Dios, el primero de todos los seres, se ha apartado, cesando de enviar las visiones procedentes de Sí mismo y extendiendo en adelante sólo las procedentes de las potencias inferiores a Él.
[20] Titulo dado a Abraham también más arriba, en el parágrafo 47.

71. Sumamente acertado es el decir, no que fue Jacob hacia un lugar, sino que "halló un lugar"; porque el ir implica libre determinación, en tanto que el hallar es a menudo involuntario; de lo que resulta que el Divino *lógos*, manifestándose súbitamente y ofreciéndose como compañero de viaje al alma solitaria, le proporciona una imprevista dicha, superior a su esperanza. Así, en efecto, ocurrió también con Moisés, quien "condujo al pueblo al encuentro de Dios" (Ex. XIX, 17), sabiendo claramente que Él va invisiblemente hacia las almas ávidas de encontrarlo.

72. XIII. La causa por la cual Jacob halló el lugar es registrada luego con estas palabras: "pues el sol se ponía", no este sol al alcance de nuestros ojos, sino la claridad brillantísima y resplandeciente del invisible y supremo ser que es Dios. Cuando esta claridad ilumina el entendimiento, se eclipsan las luces secundarias, propias de los *lógos*, y en una medida mucho mayor aún se cubren de sombras todos los lugares sensibles. Cuando aquella se marcha a otra parte, al punto todos estos resurgen y se elevan.

73. Pero no te asombres de que, conforme con las normas de la alegoría, se haya comparado al sol con el Padre y Soberano de todas las cosas; porque, si bien ninguna cosa es en realidad semejante a Dios, hay, con todo, dos únicas cosas que, en la humana opinión, son tenidas por tales, una de ellas invisible, otra visible; la invisible, el alma; la visible, el sol.

74. La semejanza del alma la puso de manifiesto el legislador en otro lugar diciendo: "Hizo Dios al hombre, lo hizo según la imagen de Dios" (Gén. I, 27);[21] y nuevamente en la ley establecida contra los asesinos: "Si alguien derramare la sangre de un hombre, la suya será derramada a cambio de la de aquel, porque en la imagen de Dios hice Yo al hombre." (Gen. IX, 6). La semejanza del sol ha sido, a su vez, indicada mediante figuras.
[21] Aquí Filón parece apartarse de su habitual interpretación del pasaje, según la cual el hombre fue plasmado como una copia no de Dios sino del Divino *lógos*, que es la "imagen de Dios". Ver, por ejemplo. Interpretación alegórica III, 96.

75. Fácil es, también, averiguar esto de otra manera mediante un razonamiento. En efecto, en primer lugar, Dios es claridad, por lo cual en los salmos se canta: "El Señor es mi claridad y mi salvador" (Salmos XXVII, 1). Y no sólo es claridad sino también arquetipo de toda otra luz; más aún, es el más excelso y elevado de los arquetipos, siendo su condición la de modelo de un modelo. En efecto, el modelo dotado de la plenitud suma fue Su *lógos*, vale decir, la luz, pues, como dice Moisés, "Dios dijo: 'Hágase la luz' " (Gen. I, 3).[22] El, en cambio, a ninguno de los seres creados se parece.
[22] Tal vez el sentido de esto sea que, si para crear la luz, dijo Dios: "Hágase la luz", la luz procede de la palabra de Dios, del *lógos* en una de sus acepciones, y por lo tanto la luz es palabra o *lógos*. Mangey propone eliminar el término "luz", con lo que la traducción quedaría así: "el modelo fue una palabra (l*ógos*) Suya... pues... Dios dijo (es decir, empleó Su palabra)...

76. En segundo lugar, así como el sol separa el día y la noche, del mismo modo, según Moisés, Dios ha puesto una valla entre la luz y la oscuridad. En efecto, "Dios separó por medio la luz y por medio la oscuridad" (Gen. I, 4). Y sobre todo, así como el sol, al elevarse, hace visibles los objetos que estaban ocultos, así también Dios, al producir todas las cosas, no sólo las condujo hacia la luz, sino también dio el ser a cosas que antes no existían, siendo no solamente el artesano sino el mismo creador de ellas.

77. XIV. En muchos pasajes de la sagrada escritura es mencionado el término "sol" con sentidos figurados. Una vez se lo menciona como símbolo de la inteligencia humana, a la que han edificado y erigido como una ciudad los que no han podido menos que servir a la creación antes que al Increado; a propósito de los cuales se han dicho que "edificaron fuertes ciudades para el faraón, Pitom", es decir, la palabra, a la que se ha reservado el persuadir;[23] "Ramesés", vale decir, la sensibilidad, por la cual es devorada el alma como por gusanillo ("Ramesés", en efecto, significa "conmoción de gusanillo"); "y On", o sea, la inteligencia, a la que Moisés llamó "ciudad del sol" (Ex. I, 11), en razón de que, cual si fuese un sol, tiene a su cargo la conducción de la totalidad de nuestro ser y proyecta hacia cada una de sus partes, cual rayos, sus potencias.

[23] En griego Pitom es *Peitho*, término que significa persuasión, vinculado al verbo *péithein* = persuadir.

78. Y todo aquel que ha aceptado la ciudadanía del cuerpo, es decir, todo aquel que es simbolizado con el nombre de José, registra como suegro suyo al sacerdote y servidor de la inteligencia.[24] Leemos, en efecto, que el faraón "le dio a Asenet, hija de Petefré, sacerdote de Heliópolis"[25] (Gen. XLI, 45).

[24] Porque, según afirma Filón en el parágrafo 88, los sentidos (femenino en griego) son hijas de la inteligencia.

[25] O "ciudad del sol". Heliópolis era el nombre griego de la ciudad egipcia de On, cuyo clero elaboró la síntesis solar centrada en el Dios Re.

79. En segundo lugar. Moisés llama simbólicamente sol a la sensibilidad, en razón de que ella muestra todas las cosas sensibles a la inteligencia. A la sensibilidad se refiere cuando habla de la siguiente manera: "El sol se elevó sobre él cuando se alejó de la forma[26] de Dios" (Gen. XXXII, 31). Es que realmente, cuando ya no podemos permanecer en compañía de las sacratísimas formas, que son como incorpóreas imágenes, y nos volvemos marchando hacia otra parte, usamos de otra luz, la de la sensibilidad, luz que, comparada con la sana razón, en nada difiere, francamente, de la oscuridad.

[26] O presencia o imagen.

80. Esta luz, al surgir, despierta la vista y el oído, así como el gusto, el olfato y el tacto, como de un sueño, mas sume en un sueño a la sensatez y la justicia, la ciencia y la sabiduría, que estaban despiertas.

81. XV. Tal es el motivo por el que la sagrada palabra dice que nadie puede ser puro hasta la tarde, en razón de que aún prevalecen los movimientos de la sensibilidad sobre la inteligencia. También para los sacerdotes establece ella una inexorable ley, que a la vez es una predicción,[27] cuando dice: "No comerá de las sagradas cosas hasta que se haya lavado el cuerpo con agua y hasta que se hubiere puesto el sol y él se hubiere tomado puro" (Lev. XXII, 6 y 7).

[27] O simple aserto acerca de algo que cabe esperar que suceda de determinada manera.

Cuando el texto bíblico no emplea el imperativo sino el futuro de indicativo. Filón entiende que más que de una prescripción se trata de una predicción o afirmación sobre algo que no pueda dejar de suceder. Ver el parágrafo 101.

82. Con toda claridad se ha puesto de manifiesto en estas palabras que ninguno es completamente puro como para celebrar los santos y venerables misterios, si todavía tributa honor a los esplendores sensibles de esta vida mortal. Mas, si alguno los desdeña, de ello resulta que se ve iluminado con la luz de la sensatez, gracias a la cual estará en condiciones de lavarse y limpiarse de las manchas de las vanas opiniones.

83. ¿O no ves lo que ocurre con el sol mismo? Los efectos de su salida son contrarios a los de su puesta. Cuando se eleva todas las cosas del ámbito terrestre se iluminan, mientras todas las del cielo se ocultan; y al contrario, al ponerse los astros se hacen visibles y los objetos terrestres se envuelven en sombras.

84. Pues, de manera análoga en nosotros, cuando la luz de los sentidos, como un sol, se eleva, resulta que las verdaderamente excelsas y celestiales ramas del saber desaparecen; y cuando llega aquélla a su ocaso, se hacen visibles las inmensamente parecidas a los astros y divinísimas claridades de las virtudes, y la inteligencia se torna entonces pura sin que objeto alguno sensible la empañe.

85. El tercer sentido con que el legislador emplea el término sol es el del Divino *lógos*, modelo, como ya se ha dicho,[28] del sol que describe su órbita en el cielo. Es a este Divino lógos al que se refiere la escritura cuando dice: "El sol se elevó sobre la tierra y Lot penetró en Zegor, y el Señor hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego" (Gen. XIX, 23 y 24).
[28] En el parágrafo 75.

86. En efecto, el *lógos* de Dios, cuando llega al terrestre compuesto de nuestro ser, procura socorro y ayuda a los que están familiarizados con la virtud y se inclinan[29] hacia ella, brindándoles de ese modo refugio y salvación completos, e infiriendo a sus adversarios irreparable daño y ruina.
[29] Alusión a la interpretación del nombre de Lot como "inclinación". Ver Sobre la migración de Abraham 148.

87. Con un cuarto sentido es empleado el término "sol", como ya he dicho,[30] referido al mismo Soberano del universo, por obra del cual los incurables males de las faltas, ocultos en apariencias, son puestos al descubierto. Para Dios, en efecto, todas las cosas así como son posibles también son conocidas.
[30] En el parágrafo 73.

88. Por eso Él conduce hacia el sol para ser expuestas públicamente a aquellas energías del alma enervadas por las licenciosas y lascivas relaciones con las hijas de la inteligencia, es decir, los sentidos, cual si se tratase de prostitutas y rameras.

89. Dice, en efecto, la escritura: "Y el pueblo estableció su residencia en Setim", lugar cuyo nombre significa "espinas", las que son símbolo de las pasiones, que clavan su aguijón y hieren al alma; "y fue corrompido para prostituir con las hijas de Moab", que no son sino los sentidos, llamados aquí "hijas de la inteligencia". "Moab", en efecto, significa "procedente del padre". Y prosigue con esta orden: "Toma a todos los jefes del pueblo y castígalos

públicamente ante el Señor cara al sol, y la cólera del Señor se apartará a Israel" (Núm. XXV, 1 y 4).

90. No se limita, en efecto, en su deseo de hacer patentes las ocultas iniquidades, a extender sobre ellas la claridad de los rayos solares, sino además llama simbólicamente sol al Padre de todas las cosas, para el que todas ellas son patentes, aun todas aquellas que se consuman invisiblemente en los resquicios de la inteligencia; pero dice que, cuando éstas se hayan puesto de manifiesto, el único Propicio se mostrará tal.

91. ¿Por qué? Pues, porque, bien puede ocurrir que la inteligencia se haya convencido de que su falta pasará inadvertida para la Divinidad, como si Esta no fuera capaz de ver todas las cosas; y haya delinquido secretamente en su fuero interno. Mas, si luego cae en la cuenta, por sí misma o bajo la dirección de otro, de que es imposible que cosa alguna permanezca oculta para Dios; y entonces se muestra a sí misma abiertamente y hace otro tanto con todas sus acciones, y, poniéndolas al descubierto, las expone como a la luz solar ante el Observador de todas las cosas, mientras confiesa que está arrepentida por las-viles opiniones sustentadas anteriormente con irreflexivo criterio ya que para Aquel nada es invisible, sino todas las cosas claras y notorias; tanto las ya cumplidas como también aquellas que en número mayor aún cabe esperar se cumplan en el futuro. En tal caso quedará purificada y beneficiada y habrá apaciguado a la vindicadora refutación [31] que con justificada irritación se cernía sobre ella. Tal es lo que sucederá al alma que acoge al arrepentimiento, que es hermano menor de la completa inocencia.
[31] O convicción o admonición.

92. XVI. Hay evidentemente también otros pasajes en los que-el legislador emplea el término sol aplicado simbólicamente a la Causa; por ejemplo, en la ley establecida a propósito de los que prestan dinero con garantía. El texto de esta ley es el siguiente: "Si tomares como prenda el manto de tu vecino, se lo devolverás antes de la puesta del sol; es lo único que tiene para cubrirse, es el manto de su indecencia. ¿En qué dormirá? Si él, pues, eleva su clamor hacia Mí, Yo le prestaré oído, porque soy compasivo" (Ex. XXII, 25 y 27).

93. Aquellos que piensan que toda esta diligencia del legislador la motiva una simple prenda de vestir merecen, sin duda, si no un reproche, al menos que se les haga presente lo siguiente: "¿Qué estáis diciendo, buenos señores? ¿El Creador y Soberano del universo se presenta a Sí mismo compadeciéndose por cosa tan trivial como es un manto no devuelto a un deudor por el prestamista?

94. Suponer semejantes cosas es propio de quienes no han sido capaces de ver de una vez por todas la magnitud de las excelencias del infinitamente grande Dios, y, contra toda licitud y justicia, atribuyen !a humana pequeñez a la Naturaleza increada e incorruptible y plena de dicha y felicidad."

95. ¿Qué tiene, en efecto, de malo y especial el que los prestamistas guarden en su poder las prendas de garantía mientras continúe pendiente la devolución de lo que les pertenece?[32] No faltará, seguramente, quien diga que los deudores son pobres y merecen compasión.[33] En ese caso, ¿no habría sido mejor redactar una ley que les procurara asistencia y no una en que se los presenta como deudores; o bien prohibir los préstamos con garantías? Pero el legislador, que ha permitido tales préstamos, no puede razonablemente irritarse contra aquellos que no devuelven antes del plazo fijado lo que han recibido, ni tratarlos de impíos.[34]
[32] Filón trata de probar lo absurdo de la interpretación literal de esta. ley, es decir, lo absurdo

de pensar que lo que la ley tiene presente es la devolución anticipada de una prenda de vestir. La primera de sus razones es que aceptar tal interpretación significa pensar que Dios se ocupa de menudencias.
[33] Y por lo tanto no se trata de algo sin trascendencia, que no merezca la preocupación del legislador.
[34] Es decir: el legislador acepta tales préstamos; luego, es absurdo pensar que legisla duras medidas contra lo mismo que él ha legalizado, como la retención de prendas.

96. Por otra parte, un hombre que ha llegado a los límites mismos de la pobreza, por así decir, y que para cubrirse no posee más que un vestido harapiento, ¿va en busca de prestamistas desconocidos, en vez de recurrir a la compasión de los que lo ven en tal estado, compasión que se prodiga en las puertas, en los templos, en la plaza y en todas partes sobre los que padecen semejantes infortunios?

97. Pero en nuestro caso se trata, efectivamente, de quien ha llevado y ofrecido con garantía incluso lo único que tiene para cubrir sus vergüenzas, aquello con lo cual vela las partes secretas de su naturaleza. ¿Y por qué lo ofrecería en garantía? Dímelo. ¿Acaso para procurarse otro mejor? Porque nadie se ve privado del necesario sustento mientras las fuentes manan, los ríos desbordan en invierno y la tierra ofrece los frutos estacionales.[35]
[35] En otras palabras: "porque no cabe pensar que sea para comer, puesto que nadie..."

98. ¿Y será el prestamista tan acaparador de riquezas y tan desmedidamente cruel, que no esté dispuesto a proporcionar a aquél un tetradracmo, o algo menos todavía; o que haga un préstamo a quien es tan pobre, en vez de obsequiarle; o que le exija como garantía el único manto que posee, gesto que no merece evidentemente otro nombre que el de robo de ropas?[36] Porque esa es la conducta habitual de los ladrones de ropas: se quedan con los vestidos de los que han desnudado y dejan a sus dueños desnudos.
[36] Es decir, la hipótesis de un préstamo a quien no tiene sino una prenda de vestir es también absurda, pues en tal caso el prestamista, apiadado de tanta pobreza, le daría una ayuda, nunca un préstamo.

99. Además, ¿por qué la previsión del legislador es para la noche y para que alguien no duerma sin ropas, y no se ha tomado parecido cuidado para el día y para que no falte al decoro con su desnudez una persona fuera ya de su lecho? ¿Por ventura no es durante la noche y al abrigo de la sombra cuando todas las cosas pasan inadvertidas, de modo que la vergüenza de la desnudez es menor o nula e-n absoluto; en tanto que con la luz del día todas las cosas se hacen patentes, de modo que entonces mayores son los motivos que nos fuerzan a ruborizarnos?

100. ¿Y por qué ha prescripto no la donación sino la devolución del manto? Porque se devuelve lo que es de otros, y las fianzas pertenecen más a los prestamistas que a los que han recibido los préstamos. ¿Y no te das cuenta de otra cosa: que no ha mandado al deudor que, después de haber tomado el manto para cubrirse en el lecho, en llegando el día se levante, lo tome y lo lleve al prestamista?

101. Ciertamente, ante las particularidades de la expresión hasta el más tardo de entendimiento puede ser llevado a percibir algo más que el sentido literal del pasaje. La prescripción, en efecto, más parece una predicción [37] que una exhortación. Porque, quien hubiera pronunciado una exhortación hubiera dicho: "Si el manto entregado en prenda fuere el único que poseyere el deudor, devuélveselo antes del anochecer para que tenga con qué

cubrirse durante la noche". En cambio, para manifestar una simple predicción se expresaría como en el presente pasaje: "Se lo devolverás pues es lo único que tiene para cubrirse, este manto es el de su indecencia. ¿En qué dormirá?"
[37] Ver la nota 27.

102. XVII. Vayan, pues, estas y otras consideraciones semejantes para los sumamente engreídos y pedantes divulgadores de las interpretaciones literales; nosotros, por nuestra parte, siguiendo las leyes de la interpretación alegórica digamos acerca de este pasaje lo conveniente. Pues bien, aclaramos que el "manto" es símbolo del pensamiento y la expresión racionales.[38]
La ropa, en efecto, evita al cuerpo los daños que le suelen sobrevenir provenientes del frío y del calor; oculta sus partes vergonzosas de su naturaleza; y todo vestido constituye un apropiado adorno para el cuerpo.
[38] O simplemente la rosón, ya que, aunque en los parágrafos 103 y 104 con el término lógos parece referirse a la razón y la palabra juntamente, en todo el resto de las reflexiones se refiere expresamente a la razón.

103. De manera análoga, el pensamiento y la palabra racionales constituyen el más hermoso don hecho por Dios al hombre. En primer lugar, como arma de defensa contra aquellos que maquinan novedades contra él. En efecto, así como la naturaleza ha fortificado a cada una de las otras criaturas vivientes con los medios de defensa apropiados, mediante los cuales repelerán a quienes intenten perjudicarlas, también al hombre ha proporcionado en el pensamiento y la palabra racionales una excelente protección y una inexpugnable fortaleza. Empuñándolos con toda fuerza, como el soldado empuña sus armas, llevará consigo una guardia personal apropiada y eficacísima. Y teniéndola como ayuda en el combate, podrá rechazar los daños con que le amenazaren los enemigos.

104. En segundo lugar, constituyen una muy necesaria capa de las cosas vergonzosas y reprochables, como que es grande la habilidad del pensamiento y la palabra racionales para ocultar y velar las iniquidades de los hombres. En tercer lugar, sirven como adorno de la vida toda, ya que hacen a cada uno de nosotros mejor, e impulsan a todo hombre hacia las cosas superiores.

105. Mas existen entre los hombres ciertas funestas plagas» que retienen en prenda al pensamiento y la palabra racionales despojando de ellos a sus dueños; y, aunque lo que corresponde es hacerlos desarrollar, los tronchan completamente, tal cual hacen los que saquean las tierras de los enemigos y procuran arruinar su trigo y los demás frutos, los que, si se hubieran salvado, hubieran sido de gran provecho para quienes los consumen.

106. Así pues, no faltan quienes libran una guerra sin tregua ni pactos contra la naturaleza racional, los cuales cortan a ras de tierra los brotes de esa naturaleza y aplastan sus primeros crecimientos haciéndola, por así decir, improductiva y estéril con respecto a toda empresa noble.

107. A veces, en efecto, como ella se lanza con irrefrenable impulso hacia la instrucción y está dominada por el amor hacia las indagaciones de la filosofía, la envidia y el recelo les hacen concebir el temor de que, en alas de una gran inspiración e inmensamente elevada, sumerja, cual un torrente, sus triquiñuelas y sus persuasivas conclusiones contra la verdad; y desvían hacia otra parte mediante sus malas artes esa corriente encauzándola por canales que llevan hacia estudios y. prácticas viles y degradados. Y a menudo, habiéndola esterilizado y

obstruido, dejan su natural grandeza improductiva, cual malos tutores de niños huérfanos que hicieran de una tierra rica y fértil un estéril páramo; y no se avergüenzan, como que son los más despiadados de todos los hombres, de despojar a un hombre del único "manto", vale decir, de su pensamiento y palabra racionales; único, pues el legislador dice: "Esto es lo único que tiene para cubrirse" (Ex. XXII, 27).

108. ¿Qué otra cosa es "esto" sino el pensamiento y la palabra racionales? En efecto, así como es peculiar del caballo el relinchar, del perro el ladrar, del buey el mugir, del león el rugir, así también es propio del hombre el pensar y hablar racionalmente. El hombre, en efecto, es decir, el ser viviente más amado por Dios, emplea como bien exclusivo de él este pensar y hablar racional, que es su abrigo, su protección, su armamento y su muralla.

109. XVIII. Y así, se agrega: "Este manto es el único velo de su indecencia" (Ex. XXII, 27). En efecto, ¿qué otra cosa vela y oculta las cosas vergonzosas y reprochables de la vida en la medida en que lo hace la razón? La ignorancia, emparentada con la naturaleza irracional, es motivo de vergüenza; la cultura, hermana de la razón, es un adecuado adorno.

110. "¿En qué, pues, dormirá?", vale decir, ¿en dónde hallará paz y completo reposo el hombre sino en la razón? La razón, en efecto, eleva la condición de la parte menos afortunada de nuestro ser. Así como a menudo la gentileza, la solidaridad y la cortesía de amigos han procurado remedio a quienes se hallaban oprimidos por penas, temores u otros males, del mismo modo, no ya a menudo sino siempre, sólo esa alejadora de males que es nuestra razón aparta la penosísima carga que han echado sobre nosotros las necesidades de nuestro impotente cuerpo y las imprevistas consecuencias de cuanto se precipita sobre nosotros desde fuera.

111. La razón, en efecto, es nuestra amiga, asociada, compañera, se halla vinculada estrechamente a nosotros, o mejor aún, pegada y unida por cierta cola de naturaleza indisoluble e invisible. Tal es la causa por la que ella conjetura lo que sucederá y, cuando algo indeseable ocurre, se presenta por su propio impulso para ayudamos, llevando no una sola clase de ayuda, la del consejero que no interviene activamente o la del que lucha a nuestro lado sin pronunciar palabra, sino ambas.

112. Es que el poder con que la razón obra no produce un efecto a medias, sino completo en todos los aspectos. Y, si ella fracasa en sus proyectos o en la obra, recurre a un tercer modo de ayuda, el consuelo. Del mismo modo, en efecto, que existen curativos medicamentos para las heridas, la razón es el salvador remedio para las calamidades del alma, remedio que, según el legislador, es preciso "devolver antes de la puesta del sol" (Ex. XXII, 26), es decir, antes de que se oculten los deslumbradores rayos del ser más inmenso y luminoso, que es Dios, quien los envía desde el cielo hacia la inteligencia humana movido por Su -compasión hacia nuestra raza.

113. Mientras en el alma resida esta luz de semejanza suma con Dios e incorpórea, devolveremos la razón que nos ha sido dada en prenda, al modo de un manto, para que aquel que ha recibido esta peculiar posesión del hombre pueda cubrir lo que hay de vergonzoso en la vida, gozar del divino don y disfrutar de calma y reposo merced a la presencia de tal consejero y protector, que jamás abandonará la posición en la que ha sido apostado.

114. Mientras derrama, pues, Dios sobre ti Su sagrada claridad, apresúrate durante el día a devolver esa prenda al Señor. Porque, cuando ella se oculte, tú, como "el Egipto todo" (Ex. X,

21), te verás envuelto para siempre en una oscuridad palpable y, golpeado por la ceguera y la ignorancia, serás privado de todas aquellas cosas de las que te juzgas dueño, siendo forzado esclavo de Israel, el vidente, al que tú, no obstante ser su naturaleza inmune a la esclavitud, retenías en su poder.

115. XIX. Este extenso camino[38] que hemos recorrido no ha tenido otro objeto que poner de manifiesto cómo la inteligencia del ejercitante muévese con movimientos desiguales, ora hacia lo provechoso, ora hacia lo contrario, y en cierta manera con ininterrumpidos ascensos y descensos. Y cómo, cuando obra provechosamente y se eleva hacia lo alto, es iluminada por los ejemplares e incorpóreos rayos de la fuente de razón que es Dios, el perfeccionador; en tanto que, cuando desciende y es improductiva, ilumínanla las copias de aquellos rayos, es decir, los inmortales *lógos*, que acostumbramos llamar ángeles.
[39] Del parágrafo 87 al 114, en los que trató Filón de probar que "el sol" que "se ponia" no es otra cosa sino Dios.

116. Por eso en este pasaje dice también: "Encontró un lugar puesto que el sol se ponía" (Gen. XXVIII, 11). Es que, cuando abandonan al alma los Divinos resplandores, merced a los cuales las aprehensiones de las cosas cobran claridad suma, surge la luz secundaria y más débil de los lógos,[40] no ya de los hechos. Lo mismo ocurre también en este mundo, en el que la luna cuya jerarquía es inferior a la del sol, al ponerse éste envía su luz, menos clara, sobre la tierra.
[40] O de las palabras. Aquí Filón, que a lo largo de toda esta extensa exposición ha empleado el término legos alternando sus varios sentidos, parece aplicarlo concretamente a la palabra, según se desprende de la. oposición que destaca.

117. Y por otra parte, el encontrar un lugar o *lógos* es un beneficio más que suficiente para aquellos que no pueden [41] ver a Dios, que está antes que un lugar y un *lógos*, puesto que ellos no tienen su alma totalmente desprovista de luz; y cuando aquella claridad sin mezcla se oculta de ellos, alcanzan la claridad mezclada. Así, leemos en el Éxodo: "En todos los lugares donde residían había una luz para los hijos de Israel"; de modo que la noche y la oscuridad habían huido de ellos para siempre, noche y oscuridad en la que viven aquellos que están ciegos no de los ojos del cuerpo sino-de los del alma y no conocen los resplandores de la virtud.
[41] Momentáneamente o en una situación dada.

118. Algunos, suponiendo que en este pasaje con el término. "sol" se designa figuradamente a la sensibilidad y a la inteligencia, vale decir, los elementos de juicio que se descubren en nosotros mismos, y que el término "lugar" designa simbólicamente al Divino *lógos*, explican el texto de esta manera: "El ejercitante encontró un Divino *lógos* cuando se ocultó la mortal y humana claridad".

119. Es que, en tanto juzgan alcanzar una firme aprehensión, la inteligencia de las cosas intelectuales y la sensibilidad de las sensibles, y divagan por las alturas el Divino *lógos* se mantiene a gran distancia. Mas, cuando cada uno de ellos reconoce su flaqueza y se eclipsa mediante una especie de ocaso, la recta razón,[42] defensora del alma ejercitante, sale a su encuentro al instante y la acoge benévolamente cada vez que ella ha' perdido su confianza en sí misma y aguarda a la que desde fuera viene a su encuentro invisiblemente.
[42] O el recto *lógos*, en su acepción restringida de razón.

120. XX. Dice el legislador a continuación que aquél "tomó una de las piedras del lugar y la colocó bajo su cabeza y durmió en aquel lugar" (Gen. XXVIII, 11). Aquí cabe admirar no

sólo la alegórica y filosófica enseñanza del legislador sino también la indicación con que estimula a la práctica del trabajo y la moderación, según la letra del texto.

121. En efecto, no considera digno de quien se afana por la virtud vivir una vida muelle y delicada, aficionado a las inclinaciones y ambiciones de los que son tenidos comúnmente por felices pero que en realidad están llenos de desdicha, y cuya vida toda es sueño y quimera a juicio del más sano de los legisladores.

122. Estos durante el día, cuando han andado a través de las iniquidades contra los demás en los tribunales, en los consejos, en los teatros y cualquier otra parte, llegan a su casa para arruinar, desdichados, su propia residencia, no la residencia formada por construcciones sino la unida por naturaleza al alma, vale decir, el cuerpo. En él introducen sin interrupción cantidades desmedidas de alimentos y le hacen beber abundante vino puro, hasta que el discernimiento queda sumergido, y las sensuales pasiones, hijas del exceso, excitadas y movidas de un furor incontenible, tras precipitarse y enmarañarse con todo cuanto hallan, han vomitado su enorme frenesí y reposan.

123. Por la noche, al llegar la hora del reposo se echan muy muellemente sobre suntuosos lechos y floridas mantas dispuestas al efecto, imitando la voluptuosidad de las mujeres, a las que la naturaleza ha permitido llevar un modo de vida relajado, razón por la cual el Artífice y Hacedor ha formado para ellas ese cuerpo de más blanda conformación.

124. Ninguno como éstos es discípulo del sagrado *lógos*; sólo lo son los hombres de verdad, amantes de la templanza,, el decoro y el pudor, hombres que han puesto, por así decir, como cimientos de su vida, toda la moderación, la frugalidad, la fortaleza, seguros refugios del alma, en los que sin peligros y firmemente ella echa anclas; hombres que están por sobre las riquezas, el placer, la gloria; despreciadores de las comidas, las bebidas y demás cosas necesarias, siempre y cuando la privación de alimentos no comience a traer aparejados trastornos; hombres que por adquirir la virtud están perfectamente dispuestos a aceptar el hambre y la sed, el calor y el frío y todas las otras cosas difíciles de soportar; entusiastas por las cosas que se adquieren más fácilmente, al punto de no avergonzarse jamás por llevar una capa barata, sino, por el contrario, considerar que las costosas son cosa reprochable y gran menoscabo en su vida.

125. Para estos hombres un blando pedazo de tierra hace de costoso lecho, su manta de cama la constituyen arbustos, hierbas, pastos y un montón de hojas, y sus almohadas algunas piedras o pequeños montículos que se elevan un poco del nivel del suelo. Los voluptuosos califican de difícil de sobrellevar a este género de vida; los que tienen por meta de su existencia lo bueno y noble, la califican de la más placentera de todas. Es que ella corresponde no a los que son hombres de nombre sino a los que lo son de verdad.

126. Observa cómo en este pasaje el legislador presenta al atleta de las nobles empresas, aunque poseedor de abundantes materiales y recursos principescos, durmiendo en la tierra y usando como almohada una piedra, y suplicando poco después en sus plegarias por pan y un manto, riqueza de la naturaleza.[43] Siempre pone él en ridículo la riqueza tal como la conciben las vacías opiniones y escarnece a los que la miran con admiración. Este atleta es el modelo original del alma que se ejercita, y un enemigo de todo hombre afeminado y hermafrodita.

[43] Gen. XXVIII, 20. El "atleta de las nobles empresas" es Jacob, de quien en Sobre las habituales intrigas de lo peor contra lo mejor 13 se dice "que era dueño de una riqueza propia de un rey". Filón parece querer destacar el contraste entre sus posibilidades económicas y su

sencilla vida patriarcal.

127. XXI. Expuesto ya el elogio del hombre amante del esfuerzo y la virtud, en lo que hace al sentido literal del pasaje, hemos de averiguar el significado simbólico que encierra. Para eso conviene que tengamos presente que el Divino "lugar" y la sagrada región está llena de incorpóreos *lógos* y que estos *lógos* son almas inmortales.

128. Tomando dicho hombre uno de estos *lógos*, eligiendo para ello como el mejor al más elevado, tal como en el conjunto corpóreo es la cabeza, lo sitúa junto a su inteligencia.[44] Hace esto aparentemente para echarse a dormir, pero en realidad lo hace para reposar sobre el Divino *lógos* y apoyar su vida toda, la más ligera de las cargas, sobre él.
[44] Gen. XXVIII, 11.

129. El Divino *lógos* recibe complacido al atleta para que sea en primer lugar un discípulo. Entonces, satisfecho de las favorables disposiciones de su naturaleza, le coloca los guantes como un maestro de atletas y lo llama a ejercitarse; y lo obliga a luchar haciendo él de contendiente hasta que aquél alcanza a desarrollar en sí mismo una fuerza irresistible, y por efectos de Divinas inspiraciones trueca sus oídos en ojos y, remodelado con esta nueva forma, recibe el nombre de Israel, vale decir, el vidente.

130. Entonces el *lógos* le otorga también la corona de la victoria; corona que tiene un nombre extraño, exótico y quizá mal sonante. En efecto, el presidente del certamen la llama "entumecimiento"; pues leemos que "entumecióse la parte ancha" (Gen. XXXII, 25); un galardón que es el más digno de admiración entre todos los trofeos proclamados en honra de vencedores.

131. Y en efecto, si el alma que ha alcanzado un poder indomable, ha llegado a la perfección en las justas por la virtud y ha tocado el límite mismo del bien, en vez de remontar alturas en alas de la arrogancia y andar pavoneándose y vanagloriándose en la seguridad de poder recorrer grandes distancias con pasos apropiados, logra "entumecerse" y contiene el "ancho" miembro dilatado por la vanidad, y luego de mutilarse voluntariamente a sí misma marcha cojeando, a fin de quedar detrás de las naturalezas incorpóreas, esa alma aunque aparentemente vencida alcanzará la victoria.

132. Costumbre sumamente provechosa es, en efecto, entre los mejores por convicción y no por necesidad el renunciar a los premios, por cuanto también los galardones secundarios ofrecidos en esta justa son por su grandeza y dignidad incomparablemente más altos que los primeros premios de los otros certámenes.

133. XXII. Tal es, pues, la introducción a la visión enviada por Dios,[45] y es ya ocasión de volvemos a la visión misma y examinar detalladamente cada uno de sus puntos. "Sobrevínole un sueño", leemos, "y he aquí que había una escala firmemente apoyada sobre la tierra, una escala, cuya parte superior llegaba al cielo y por la cual los ángeles de Dios subían y bajaban. Firmemente situado sobre ella estaba el Señor" (Gen. XXVIII, 12).
[45] Introducción anunciada y comenzada en el parágrafo 4.

134. "Escala" es un término que designa simbólicamente en el mundo al aire, el que se apoya en la tierra y toca con su cima el cielo. El aire, en efecto, se extiende hasta los límites terrestres en todas las direcciones desde la esfera lunar, la que, según los estudiosos de los fenómenos celestes, es descripta como el último de los círculos del cielo, y el primero con

relación a nosotros.

135. El aire es la morada de las almas sin cuerpos pues al Hacedor parecióle bien que todas las partes del mundo estuvieran llenas de seres vivientes. Por ello dispuso los terrestres en la tierra, los acuáticos en los mares y ríos, y los astros en el cielo. De éstos se dice que cada uno de ellos es no sólo un ser viviente sino también una inteligencia, la más pura, completamente en todas sus partes. Por lo dicho colígese que también en la restante porción del universo, el aire, existen seres vivientes. Que no pueden ser aprehendidos por los sentidos, ¿y eso qué? También el alma es invisible.

136. Por cierto que es más lógico eme el aire nutra seres vivientes que la tierra y el agua, por cuanto él es quien vivifica a los seres que habitan en éstas. El Artífice hízolo, en efecto, el medio de cohesión de inmóviles cuerpos, el principio de desarrollo de cuerpos que se mueven pero no perciben sensiblemente, en tanto que en los seres capaces de movimiento propio y representaciones sensibles ese papel lo confió al alma.

137. ¿No sería, pues, extraño que el elemento merced al cual los otros alcanzan la vida careciera él de seres vivientes? Por eso nadie pretenda excluir del elemento más excelente entre los vinculados a la tierra, que es el aire, la naturaleza más excelente, es decir, la de los seres vivientes. No se halla, en verdad, el aire solitario, desierto de todas las cosas, sino, cual una ciudad, está densamente poblado, y lo está por ciudadanos incorruptibles e imperecederos, almas cuyo número iguala al de las estrellas.

138. De estas almas unas, movidas por su tendencia hacia lo terrestre y los materiales gustos descienden para unirse a cuerpos mortales; en tanto que otras ascienden y son distribuidas nuevamente conforme con los números y tiempos determinados por la naturaleza.[46]
[46] Ver Sobre la obra de Noé como plantador 14.

139. De estas últimas unas, deseosas de las acostumbradas y familiares formas de la vida mortal, tornan pronto sobre sus pasos nuevamente; en tanto que otras, reconociendo que tal vida es una inmensa locura, llaman prisión y tumba al cuerpo y huyen como de un calabozo o un sepulcro hacia las alturas y, elevadas hacia el éter por sutiles alas, ganan esas alturas para siempre.

140. Pero hay otras, purísimas y excelentes en grado sumo, dotadas de un natural superior y más divino, sin tendencia alguna jamás hacia ninguna de las cosas terrestres, soberanos subordinados al Universal Soberano, "ojos y oídos", podríamos decir, "del Gran Rey",[47] que ven y oyen todas las cosas.
[47] Expresión con que se designaba a los emisarios o inspectores de los reyes persas, enviados a recorrer las satrapías e informar a los soberanos sobre la conducta de los sátrapas. Jenofonte, Ciropedia VIII, 2, 10.

141. Los demás filósofos las llaman "dáimones",[48] la sagrada escritura prefiere llamarlas "ángeles",[49] empleando una denominación harto apropiada, como que ellas comunican las disposiciones del Padre a Sus creaturas y las necesidades de las creaturas al Padre.[50]
[48] En español: genios o divinidades inspiradoras.
[49] O mensajeros.
[50] Ver Sobre los gigantes 16.

142. Tal es la razón por la que el legislador las presenta ascendiendo y descendiendo, no

porque Dios, que está presente en todas partes, necesita de informantes, sino porque es provechoso para nosotros, seres efímeros, el contar con los servicios de los lógos en calidad de intermediarios y árbitros, dado que el universal Monarca y el inmenso poder de Su soberanía nos anonada y causa escalofríos.

143. Con plena conciencia de ello cierta vez suplicamos a uno de estos mediadores en estos términos: "Habíanos tú a nosotros; y que no nos habla Dios, no sea que perezcamos" (Ex. XX, 19). Nosotros, en efecto, somos incapaces de recibir, no digo ya castigos, pero ni siquiera beneficios tan incomparables y puros, si Él mismo fuere quien nos los alcanzare con Sus propias manos sin emplear a otros como servidores.

144. Hermosa es la visión en la cual el aire apoyado sobre la tierra aparece representado por una simbólica escala. Sucede, en efecto, que las exhalaciones que emite la tierra, rarificadas retornan al aire, de modo que la tierra es la base y raíz del aire y el cielo su cabeza.

145. Así, se nos dice que la luna no es una masa pura de éter, como lo es cada uno de los otros astros, sino una mezcla de sustancia etérea y aérea; y que la parte que en ella aparece negra, a la que algunos llaman "faz", no es otra cosa que el confuso aire, el que, siendo negro por naturaleza, se extiende hasta el cielo.

146. XXIII. Tal es en el orden cósmico la simbólicamente llamada escala; un examen nos permitirá descubrir que dicha escala en el ser humano es el alma, cuya base es la sensibilidad, que es como el elemento terrestre en el hombre; y cuya cabeza es la purísima inteligencia, a la que podríamos calificar del elemento celestial.

147. Arriba y abajo a través de toda ella los *lógos* de Dios van y vienen constantemente, cuando ascienden y se desvinculan de lo mortal la elevan mostrándole el espectáculo de las únicas cosas que merecen verse. En cambio, cuando descienden no la arrastran hacia abajo, ya que ni Dios ni un *lógos* Divino son origen de daño; sino descienden a la par de ella por amor al hombre y compasión por nuestra raza, a título de colaboradores v aliados, a fin de poder, exhalando sobre ella su salvador soplo, comunicarle nueva vida al alma, que es transportada aún por el cuerpo como sobre un río.[51]

[51] Imagen tomada de Platón, Timeo 43 a. Ver Sobre los gigantes 13.

148. En las inteligencias de aquellos que han sido purificados al máximo, el Guía del universo se pasea silenciosamente, solitario, invisiblemente. Hay, en efecto, un oráculo revelado al sabio,[52] en el que se dice: "Me pasearé en vosotros y seré vuestro Dios" (Lev. XXVI). En cambio, en las inteligencias de los que aún se están purificando y todavía no han lavado completamente su vida manchada y sucia por las cargas corpóreas, se pasean ángeles. Divinos *lógos*, que las limpian con las doctrinas sobre lo noble y bueno.

[52] A Moisés.

149. Claramente se advierte cuan grande turba de males radicados en el alma es arrojada fuera para que el Único Bien pueda entrar a ocuparla. Esfuérzate, pues, oh alma, para convertirte en morada de Dios, en sagrado templo, en la más hermosa de las residencias. Porque bien puede ser que a Aquel a quien el mundo entero tiene como dueño de casa, también tú Lo recibas como protector de tu propia casa, a fin de que ésta se vea preservada para siempre con segurísima defensa e inmunidad.

150. Pero quizá, también, fue la propia vida del ejercitante lo que. su visión le mostró bajo la

forma de una escala. La ejercitación, en efecto, es una práctica fuera de lo común por naturaleza; que ora se eleva hacia lo alto, ora retrocede en dirección contraria, y una vez, cual una nave, navega con prósperos vientos; otra experimenta una adversa travesía. Es que la vida de los ejercitantes es, como alguien ha dicho,[53] de días alternados, unas veces viviente y despierta, otras muerta y dormida.

[53] Odisea XI, 303, donde el poeta se refiere a los gemelos Castor y Polux, los llamados Dioscuros, los cuales se alternaban en el mundo de los vivos y en la Mansión de Hades, viviendo por turno un día cada uno y retornando a permanecer durante el siguiente entre los muertos, por haberlo convenido así con Zeus, cuando Polux, que era inmortal, compadecido por la muerte de su hermano, rogó al supremo dios que permitiera a Castor compartir su inmortalidad de la manera señalada.

151. Y quizá esta interpretación no sea desacertada. A los sabios ha cabido, en efecto, habitar la región olímpica y celestial, pues han aprendido a frecuentar siempre las alturas; y a los ruines están reservadas las profundidades del Hades, pues se han habituado a ir muriendo desde el principio al fin, familiarizados, como se hallan, con la corrupción desde los pañales hasta la vejez.

152. En cambio, los ejercitantes, hallándose en medio de estos extremos, recorren la escala en ambos sentidos a menudo, ya atraídos hacia lo alto por la mejor porción, ya arrastrados en sentido contrario por la peor, hasta que Dios, arbitro de esta competencia y rivalidad, acuerda los galardones al orden superior y arruina completamente a su oponente.

153. XXIV. En la visión hay además la siguiente concepción, que no sería justo pasáramos por alto. Las acciones de los hombres son semejantes por naturaleza a una escala en virtud de lo irregular del desarrollo de las mismas.

154. Un solo día, en efecto, basta, como se ha dicho,[54] para despeñar a uno desde lo alto y para elevar a otro a las alturas pues la naturaleza de las cosas humanas no permite que hombre alguno permanezca en una situación estable y todas ellas, en cambio, están sujetas a toda clase de cambios.

[54] Eurípides, Ino.

155. ¿Por ventura de simples particulares no se convierten en hombres de estado, y de hombres de estado en simples particulares; de ricos en pobres y de pobres en opulentos; de oscuros en famosos, de desconocidos en populares; de débiles en fuertes y de impotentes en poderosos; de insensatos en prudentes y de dementes en sumamente discretos?

156. Este es el camino de los humanos sucesos, que ora surgen ora decaen, vía caracterizada por inseguras e inestables circunstancias, de cuyas irregularidades el verísimo testimonio del tiempo nos convence no con contusas sino con claras muestras.

157. XXV. El sueño mostraba firmemente apoyado sobre la escala al Jefe de los ángeles, al Señor. Y en efecto, como a un auriga sobre un carro o como un piloto sobre su nave, debemos concebir al Que Es colocado sobre los cuerpos, sobre las almas, sobre los sucesos, sobre las palabras, sobre los ángeles, sobre las fuerzas sensibles, sobre la naturaleza invisible, sobre cuanto es contemplable y sobre cuanto no lo es; pues, habiendo hecho que el mundo todo esté ligado a Él y de Él dependa, guía como un auriga tan inmensa creación.

158. Al oír que estaba apoyado, nadie piense que algo presta a Dios su cooperación para que

se sitúe firmemente; entiéndase, en cambio, que lo puesto aquí de manifiesto no es otra cosa que el hecho de que Dios, en Su firmeza, es el soporte y el apoyo, la seguridad y la estabilidad de todas las cosas, y marca con el sello de la estabilidad a aquellos a quienes desea brindarla. Es, en efecto, porque Él las fija y mantiene unidas por lo que las cosas creadas están firmemente protegidas de la destrucción.

159. Aquel, pues, que está situado en la escala del cielo dice al que en sueños contempla la visión: "Yo soy el Señor, el Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac; no temas." (Gen. XXVIII, 13.) Este oráculo era la fortaleza y el más firme apoyo del alma que se ejercita, y le enseñaba claramente que el Señor y Dios de todas las cosas era a la vez Señor y Dios de su familia; ya que en uno y otro título es registrado como vinculado a sus padres y abuelos; a fin de que tanto el mundo todo como el amante de la virtud pudieran alcanzar la misma herencia.[55] Y así, también ha sido dicho: "El Señor es tu heredad" (Deut. X,9).
[55] En efecto, legalmente lo que perteneció a los padres y abuelos pasa en herencia al descendiente; y habiendo sido Dios posesión de Abraham e Isaac, es normal que Jacob Lo heredara.

160. XXVI. No pienses que carece de motivo el que en este pasaje se haya dicho que Él es señor y dios de Abraham y sólo dios de Isaac. La razón es que Isaac es símbolo del saber que se adquiere por naturaleza, sin mediación de lecciones, maestro ni aprendizaje: en tanto que Abraham lo es del saber alcanzado mediante la instrucción; y mientras el primero es natural del país en que habita, el segundo es un emigrante y extranjero en el país.

161. Este, en efecto, tras abandonar la extraña y ajena lengua caldaica, propia de los que examinan el cielo para estudiar los astros, se aproximó a la lengua que corresponde al ser viviente racional, es decir, al lenguaje consistente en el servir a la Causa de todas las cosas.

162. Este carácter ha menester de dos poderes tutelares, la autoridad y la generosidad, a fin de que el poder del Soberano le mueva a escuchar obediente Sus mandatos y merced a Su generosidad reciba grandes beneficios; el otro, en cambio, sólo necesita del poder benefactor. Ningún avance, en efecto, en orden a su perfeccionamiento le ha sido procurado por una autoridad mediante amonestaciones, pues como la excelencia de alma habíala alcanzado por naturaleza y por un don llovido desde lo alto, resultó bueno y perfecto desde el principio.

163. Ahora bien, "Dios" es el nombre que designa al poder benefactor; "Señor", el que alude al poder soberano.[56] ¿A qué bien calificaremos, entonces, de supremo sino al hecho de encontrar una generosidad cabal y sin mezcla; y a cuál tendremos por segundo en jerarquía sino al alcanzar la generosidad que resulta de combinar la soberanía y el don? Esto, a mi parecer, es lo que tenía presente el ejercitante al elevar la más admirable de las súplicas pidiendo que el Señor se convirtiera para él en Dios.[57] Quería, en efecto, en adelante no ya reverenciarlo como a un soberano, sino honrarlo afectuosamente como benefactor.
[56] Ver Sobre la obra de Noé como plantador 86 y ss.
[57] Gen. XXVIII, 21.

164. ¿No es verdad que cabe esperar que con estas y parecidas enseñanzas aún los ciegos de entendimiento lleguen a-ver con agudeza, recibiendo desde los más sagrados oráculos la capacidad de ver, de modo que sean capaces de penetrar en la naturaleza de las cosas y no se concentren solamente en el sentido literal de las expresiones? Mas, aunque nosotros, ciegos en cuanto a la vista del alma, no procuremos o no podamos recobrar la visión, tú mismo, oh sagrado intérprete, haz que tu voz. resuene en lo íntimo de nuestro ser, controla nuestros pasos

y no te canses jamás de untar nuestros ojos,[58] hasta que, habiéndonos hecho descubrir la oculta claridad de los sagrados misterios, nos muestres las bellezas en ellos encerradas, invisibles para los no iniciados.
[58] Con un ungüento o pomada de propiedades estimulantes de la visión.

165. A ti te compete hacer tal cosa. Pero, vosotras, oh almas, todas las que habéis saboreado los Divinos amores, como si os levantarais de un profundo sueño y despejarais las tinieblas, lanzaos hacia el espectáculo que atrae todas las miradas, desechando la pesada y contemporizadora indecisión a fin de que podáis captar con la vista y el oído cuanto el Presidente del certamen ha preparado para vuestro provecho.

166. XXVII. Innumerables son los notables ejemplos para la demostración de esto. El pasaje citado un poco antes es, precisamente, uno. En efecto, el oráculo ha llamado padre del ejercitante a quien por parentesco es su abuelo, y, en cambio, al que es realmente su padre no le asigna el título de progenitor. "Yo", dice, "soy el Señor, el Dios de Abraham, tu padre" (no obstante que era el abuelo). Y de nuevo: "el Dios de Isaac" (Gen. XXVIII, 13), sin agregar "tu padre".

167. ¿Valdrá la pena indagar sobre la causa de esto? Por cierto que sí. Averigüemos, pues, con cuidado cuál es esa causa. El legislador dice que la virtud se alcanza o por naturaleza o por ejercicio o por estudio y por ello ha señalado que los patriarcas de la raza son también tres, todos hombres sabios,[59] que, sí bien no tienen como punto de partida una misma forma de carácter, tienden, en cambio, hacia una misma meta
[59] Ver Sobre la unión con los estudios preliminares 35 y 36.

168. Abraham, el mayor de ellos, tuvo a la enseñanza como guía en el camino que conduce al bien, como en otro tratado hemos expuesto dentro de nuestras posibilidades; Isaac, el intermedio, tuvo por guía a su naturaleza, la que sólo a sí misma escucha y por sí misma aprende; Jacob, el tercero de ellos, recurrió a ejercicios y prácticas con las que se preparan los rudos esfuerzos de las luchas atléticas.

169. Siendo, pues, tres los caminos por los que se adquiere la .sabiduría, el primero y el último son los más íntimamente relacionados, por cuanto lo que resulte de la ejercitación es hijo y producto de lo que se alcanza con la instrucción, en tanto que aquello que se da por naturaleza está, indudablemente, emparentado con ellos, como que es cual una raíz que sostiene a todo árbol; pero, por otra parte, le ha cabido una prerrogativa libre de toda oposición y exenta de todo esfuerzo.

170. De esto se deduce que razón hay para que se diga que Abraham, que debió su mejoramiento a la instrucción, fue padre de Jacob, el que se ha forjado mediante la ejercitación; lo cual más que significar que determinado hombre fue padre de otro hombre significa que la facultad de oír, que es un muy accesible instrumento para aprender lo es de la facultad de ejercitarse, cuyas ventajas atañen al luchar.

171. Mas, si este ejercitante corre hacia su meta y alcanza a ver claramente lo que anteriormente veía vagamente como en un sueño, modelándose en él un carácter superior y recibiendo el nombre de "Israel", es decir, "el que ve a Dios", en lugar de "Jacob", "el suplantador",[60] ya no se atribuirá como padre a Abraham, el que aprende, sino a Isaac, el hombre que fue engendrado bueno por naturaleza.
[60] Título que alude a la sustitución de Esaú por Jacob en el derecho de la primogenitura. Ver

Sobre los cambios de nombres, 81.

172. Y esto no es una invención mía sino un oráculo grabado en las sagradas estelas. Leemos, en efecto, que "Israel partió con todas sus cosas y llegó a la fuente del juramento y ofreció un sacrificio al Dios de su padre, Isaac" (Gen. XLVI, 1). ¿Dudas aún de que aquí no se está hablando de hombres mortales sino, como se ha dicho ya, acerca de hechos de la naturaleza? Observa, en efecto, que el mismo caso una vez es llamado Jacob, con Abraham por padre, y otra Israel, con Isaac por padre, y ello por la razón ya detallada.

173, XXVIII. Habiendo dicho, pues: "Yo soy el Señor, el Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac", agrega: "no temas" (Gen. XXVIII, 13), como cabía esperar. ¿Cómo, en efecto, seguiremos aún temiendo, si tenemos en Ti, nuestro Defensor, un arma que libera del miedo y de toda pasión? En Ti, que además para que fueran visibles hiciste que cobrasen forma los hasta entonces ocultos modelos ejemplares de nuestra educación, instruyendo a Abraham y engendrando a Isaac.[61] Del uno, en efecto, permitiste que Te llamaran instructor; del otro, padre, asignando al primero la condición de discípulo, y al segundo la de hijo.
[61] Ver Interpretación alegórica III, 219.

174. Tal es el motivo por el que Tú prometes que darás al ejercitante también la tierra, en otras palabras, la fertilísima y ferocísima virtud, sobre la cual él yace echado reposando, dormido para la vida de los sentidos, pero despierto para la del alma. De este modo apruebas su pacífico reposo, que ha alcanzado, no sin lucha ni penalidades propias de la lucha; lucha en la que no empuñó armas ni destrozó hombres (ni pensar tal caso) sino arruinó a la turba de las pasiones y vicios enemiga de la virtud.

175. La estirpe de la sabiduría es comparada con la arena de la tierra,[62] así por su ilimitada cantidad como porque el banco de arena frena los embates del mar y otro tanto hace el principio de la educación [63] con las acometidas de las iniquidades e injusticias. Este principio, de conformidad con las Divinas promesas, se extiende hasta los confines del universo y convierte a quien lo posee en heredero de las partes del mundo, hacia todas las cuales, este, oeste, sur y norte, se dilata. En efecto, se nos dice que "se extenderá hacia el oeste, hacia el sud, hacia el norte y hacia el este" (Gen. XXVIII, 14).
[62] Gen. XXVIII, 13.
[63] O la educadora o instructora razón, personificada en el sabio u hombre de bien.

176. Además el hombre virtuoso es un beneficio no sólo para sí mismo sino común a los hombres todos y brinda sin dilación alguna el provecho que de él emana. Es que, así como el sol es la luz de cuantos poseen ojos, del mismo modo el hombre sabio lo es de cuantos participan de la naturaleza racional. De allí las palabras: "En ti serán bendecidas todas las tribus de la tierra" (Gen. XXVIII, 14).

177. XXIX. Esta revelación se aplica tanto a cada persona privadamente con relación a sí misma como colectivamente con relación a las demás. En efecto, si la inteligencia que hay en mí fuere purificada por la virtud perfecta, también las "tribus'" de la parte terrestre de mi ser se verán purificadas juntamente, tanto aquellas que corresponden a los sentidos como la que toca a su inmenso recipiente, el cuerpo. Y a su vez, si alguien como miembro de una casa, una ciudad, un país o una nación llegare a convertirse en amante de la prudencia, esa casa, esa ciudad, ese país y esa nación no podrán menos que participar de un mejor modo de vida.

178. Es que, así como los aromas que exhalan las yerbas aromáticas llenan de grata fragancia

a los que están próximos, del mismo modo todos aquellos que viven en la vecindad y contacto con un sabio, al aspirar la atmósfera que de él emana y se expande en torno, experimentan. mejoras en sus costumbres.

179. XXX. Inmenso beneficio es para el alma que se esfuerza y combate tenazmente el tener como compañero de ruta a Dios, presente en todas partes; a propósito de lo cual leemos: "He aquí que Yo estoy a tu lado" (Gen. XXVIII. 15). ¿Qué otra riqueza, pues, podemos llegar a necesitar en adelante si Te tenemos a Ti, la única verdadera riqueza, "protegiéndonos en la ruta" (Gen. XXVIII, 15) que conduce hacia la virtud a través de todas sus divisiones? [64] Porque, en la vida acorde con la razón no es una sola parte la que tiende hacía la justicia y hacia las demás virtudes, sino innumerables partes, de cada una de las cuales es dado partir al que procura la sabiduría.

[64] Así interpreta Filón lo de "en todo camino por donde marchares" (Gen. XXVIII, 15).

180 XXXI. Con suma propiedad fueron también dichas las palabras: "Te traeré, de regreso a esta tierra" (Gen. XXXVIII, 15). Hubiera sido hermoso, en efecto, que el discernimiento, permaneciendo en sí mismo, no hubiere trocado su morada por la de la sensibilidad; pero, no siendo así, bueno es que retome hacia sí mismo nuevamente.

181. Quizá, también, lo que en estas palabras se nos da a entender es la doctrina de la inmortalidad del alma. Ésta, en efecto, después que ha abandonado la celestial morada, como se ha dicho un poco antes, ha llegado al cuerpo, como a una tierra extranjera. Mas el Padre que la ha engendrado, dice que no permitirá que permanezca prisionera para siempre, y que, movido de piedad, desatará sus ataduras y la escoltará libre y segura hacia la ciudad madre;[65] y no la soltará de Su mano hasta que se hayan concretado en hechos ciertos las promesas expresadas en palabras; que es propio de Dios el manifestar lo que sin lugar a dudas habrá de pasar.

[65] O hacia Id metrópoli, es decir, hacia la ciudad de donde en otro tiempo partió para establecerse lejos de ella como en una colonia.

182. Pero, ¿a qué viene mencionar esto, si, bien lo sabemos, los hechos siempre confirman Sus palabras? Encaminada, pues, y elevada el alma ejercitante hacia las indagaciones acerca del Que Es, su primera impresión es que el Que Es se halla en un lugar, pero a poco, frenada por las dificultades que las conjeturas sobre el objeto de su averiguación ofrecen, cobra temor y comienza a cambiar de opinión.

183. Leemos, efectivamente, que "Jacob se despertó y dijo 'El Señor está en ese lugar, mas yo no lo sabía'" (Gen. XXVIII, 16). Mejor hubiera sido, diría yo, no saber nada que suponer que Dios se encuentra en un determinado lugar, Él, que contiene y envuelve todas las cosas.

184. XXXII. Con razón, pues, se atemoriza y dice con admiración: "¡Qué terrible es este lugar':" (Gen. XXVIII, 17). Es que, en verdad, ningún lugar resulta más dificultoso en el estudio tocante a la Naturaleza, que aquel en el que los hombres buscan la ubicación del Que Es, y si, en suma, alguna cosa Lo contiene. Unos dicen que toda sustancia ocupa un lugar determinado; y entre ellos hay quienes Le asignan uno dentro del mundo, y quienes Le atribuyen uno fuera de él en cierto espacio entre los mundos.[66] Otros aseveran que el Increado nada tiene de común con cosa alguna de las creadas, y que está más allá de todas ellas, a tal punto que aun el entendimiento más sutil y rápido se queda muy curto en la aprehensión de Él y reconoce su fracaso.

[66] Alusión a la doctrina epicúrea según la cual los dioses habitan los intermundos o espacios

entre los mundos.

185. Por eso el ejercitante gritó al punto: "No es" (Gen. XXVIII, 17) lo que supuse, es decir, "que el Señor está en cierto lugar (Gen. XXVIII, 16); no, no lo es, pues según el verdadero razonamiento, Él contiene mas no es contenido. En cuanto a esto que aparece manifiesto y visible, este mundo sensible, no es otra cosa que una casa de "Dios",[67] es decir, de una de las potencias del Que Es, la potencia correspondiente a Su bondad.
[67] Ver Sobre la huida y el hallazgo 95 y ss.

186. Pero a este mundo al que llamó "casa", lo denominó también "puerta del" verdadero "cielo" (Gen. XXVIII, 17). ¿Qué significa esto? Pues, que al mundo aprehensible por la inteligencia, el formado por las formas ejemplares en aquel [68] que fue elegido de conformidad con las Divinas larguezas, no es posible aprehenderlo de otra manera que pasando a él desde este mundo sensible y visible.
[68] Seguramente se trata del *lógos* Divino, que, según Sobre la creación del mundo 17, contiene o es él mismo el mundo aprehensible por la inteligencia.

187. Es imposible, en efecto, alcanzar el conocimiento de ninguna de las cosas incorpóreas existentes si no es tomando como punto de partida las corpóreas. De la inmovilidad de éstas, en efecto, ha surgido la noción de lugar, de su movimiento la de tiempo, y de lo que podríamos llamar envoltura exterior que las cubre, las de puntos, líneas y superficies y, en general, límites.

188. Y por la misma vía se pasa a la concepción del mundo aprehensible por la inteligencia partiendo del sensible, el que, en consecuencia, es en cierto modo una "puerta" de aquél; puesto que, así como los que desean contemplar las ciudades penetran en ellas a través de puertas, del mismo modo cuantos quieren llegar a conocer el mundo invisible son guiados por la representación mental del mundo visible. Pero ese mundo, cuya sustancia es aprehensible sólo por la inteligencia, sin que medie ninguna visión de formas materiales, es decir, sólo a través de la forma ejemplar presente en su configuración, será llamado a convertirse en la imagen presente ante la vista del mismo [69] sin interposición de sombras [70] una vez que hayan sido quitados todos sus muros y cada una de sus puertas de modo que no sea visto desde algún lugar exterior sino sea contemplada la misma inalterable belleza en sí misma con una visión inexpresable e inexplicable.[71]
[69] De Jacob, quien a estas alturas sólo puede verlo a través del mundo sensible, al que denomina "puerta del cielo".
[70] Es decir, sin que medien estas sombras que son las cosas sensibles.
[71] La traducción del párrafo en su estado actual resulta sumamente engorrosa, y es difícil desentrañar con relativa aproximación su verdadero sentido. Me aparto de la opinión de Colson, quien formula la sugerencia de que Filón se está refiriendo a Moisés y destacando su privilegio de archiprofeta, privilegio consistente en poder contemplar directamente el mundo de los arquetipos o formas ejemplares. En caso de aceptarse esta interpretación habría que sustituir en el texto griego *kósmos* = mundo, por *cosmólogos* = indagador del mundo, término desconocido por los antiguos autores, aunque bien pudo acuñarlo Filón para su propósito. A ser acertada la versión que adoptó, resultaría, de todos modos, imposible determinar a ciencia cierta qué quiere decir Filón al referirse a un eventual acceso del hombre sabio, simbolizado en Jacob, a la contemplación directa del mundo de los arquetipos. Wendland aventura la hipótesis de que se trata de un pasaje interpolado por cristianos para atribuir a Filón una referencia a la nueva Jerusalén de la revelación, cuyas puertas permanecen abiertas por siempre.

189. XXXIII. Sobre este punto ya hemos dicho bastante. Hay también otro sueño correspondiente a este tipo de visiones; es el referente al rebaño de variadas manchas, sueño que quien lo soñó, una vez despierto, relata en estos términos: "El ángel de Dios me dijo durante el sueño: 'Jacob'; y yo dije: '¿Qué es esto?': y dijo él: 'Alza tus ojos y mira los cabrones y carneros que cubren a las ovejas y cabras, todos ellos completamente blancos, manchados y de un salpicado ceniciento. Porque Yo he visto cuanto Labán te hace. Yo soy el Dios que fue visto por ti en el lugar de Dios, donde tú Me consagraste una columna y Me hiciste un voto. Ahora, pues, levántate, parte de esta tierra y ve hacia tu tierra natal, que Yo estaré junto a ti'" (Gen. XXXI, 11 a 13).

190. Ves cómo la Divina palabra proclama como sueños enviados por Dios no sólo los que comunica la Suprema de las causas, sino también los que revela a través de Sus portavoces y servidores, los ángeles, los que han sido considerados dignos de recibir del Padre a Quien deben el ser una porción Divina y feliz.

191. Mas, observa también lo que sigue. El sagrado *lógos* comunica sus anuncios a unos como un rey, prescribiéndoles soberanamente lo que se debe hacer; a otros les indica, romo un maestro a sus discípulos, lo que les conviene; a otros brinda grandes beneficios, sugiriéndoles, como un consejero, las mejores determinaciones, ya que ellos no conocen por sí mismos lo que conviene hacer; a otros comunica provechosa y persuasivamente, como amigo, incluso muchas verdades secretas de aquellas de las que no es lícito enterarse a los no iniciados.

192. En ocasiones también a algunos, como a Adán, les pregunta: ¿Donde estás?" (Gen. III, 9); pregunta para la cual no cabe .sino una respuesta apropiada: "En ninguna parte"; ya que ninguna de las cosas humanas permanece en un mismo sitio, antes bien, todas ellas están en movimiento tanto en el alma, como en el cuerpo, como en las cosas exteriores. Inestables son, en efecto, los razonamientos pues reciben de los mismos objetos no las mismas sino opuestas impresiones; inestable es también el cuerno. como lo revelan los cambios que a través de todas las edades de la vida tienen lugar desde la infancia hasta la vejez; e inestables también son las cosas exteriores, suspendidas, como están, sobre la corriente de una suerte siempre cambiante.

193. XXXIV. Mas, cuando el sagrado *lógos* ha llegado a la asamblea de sus amigos, no comienza a hablar sin antes dirigirse a cada uno de ellos y llamarlos por su nombre a fin de que agucen sus oídos y con tranquilidad y atención escuchen los sagrados preceptos como para no olvidarlos jamás. Así, en otro pasaje se dice también: "Calla y escucha" (Deut. XXVII, 9).

194. De manera análoga es llamado Moisés desde arriba de la zarza. 1 (Vinos, en efecto, que "no bien el Señor lo vio aproximarse para ver, lo llamó desde la zarza diciendo: 'Moisés, Moisés'. Y este dijo: ¿Qué es?'" (Ex. III, 4).
Y también fue llamado Abraham, presto ya al holocausto de su amado y único hijo, en el momento en que comenzaba a ofrecer el sacrificio, cuando, habiendo dado prueba de su piedad, se le vedó hacer desaparecer de entre los hombres a la naturaleza autodidacta, llamada Isaac.

195. Se nos dice, efectivamente, que al comenzar el sacrificio "Dios, que estaba probando a Abraham, le dijo: 'Abraham, Abraham'. Y éste dijo: 'Aquí estoy'. Y Dios le dijo: 'No extiendas tu mano sobre el niño no le hagas nada'" (Gen. XXII, 1, 2, 9 a 12).

196. Y siendo el ejercitante un miembro de la cofradía de los amigos de Dios, es lógico que sea tenido por digno de la misma prerrogativa y se le llame por su nombre. Así, leemos: "El ángel de Dios me dijo en el sueño: 'Jacob'. Y yo dije '¿Qué es?' " (Gen. XXXI, 11).

197. Y habiendo sido llamado prestó atención tratando de captar con precisión los signos que aparecían; signos que eran uniones y alumbramientos de pensamientos representados en animales. Leemos, en efecto, lo siguiente: "Alza tus ojos y mira los cabrones y cameros que cubren a las ovejas y cabras" (Gen. XXXI, 12).

198. Un cabrón es el guía de un rebaño de cabras, un carnero lo es de un rebaño de ovejas; y estos animales son símbolo de las dos formas perfectas del pensamiento, de las cuales una purifica y vacía al alma de faltas, en tanto que la otra la nutre y llena de rectas acciones. Tales son los conductores pensamientos que guían los rebaños de nuestro ser; y los rebaños, dotados de disposiciones acordes con los nombres de ovejas y cabras se lanzan y avanzan con premura hacia la rectitud.[72].

[72] Filón vincula *próbaton* = oveja, con *probáinein* = avanzar; y *aix* = cabra, con *áissein* = lanzarse.

199. Levantó, pues, el hasta entonces cerrado ojo del entendimiento y vio Jacob los perfectos pensamientos, que corresponden a cabrones y cameros, procurando con agudeza la disminución de las faltas y el incremento de las cosas convenientes; vio cómo ellos cubren a las ovejas y cabras, es decir, a las almas jóvenes y tiernas aún, en los albores de la juventud y engalanadas con la flor de la plenitud vital; y vio que lo hacen no en procura de un irracional placer, sino aprovechando la invisible simiente de las doctrinas de la sensatez.

200. Abundante en prole es, en efecto, este apareamiento, que no implica entrelazamiento de cuerpos, sino es la unión de virtudes perfectas con almas bien dotadas, por naturaleza. Pues bien, vosotros, todos los rectos pensamientos de la sabiduría, apareaos, cubrid, fecundad; y, cada vez que veáis un alma pingüe, fértil, virgen, no paséis de largo; antes bien, invitadla a la unión y apareamiento con vosotros, perfeccionadla y hacedla fecunda, que todo cuanto dé a luz será de valor, descendencia masculina constituida por "totalmente blancos, manchados y de un salpicado ceniciento" (Gen. XXXI, 10).

201. XXXV. Qué poder posee cada uno de estos vástagos es cosa que debemos averiguar. Los más brillantes y esclarecidos son los "completamente blancos", como que lo de "completamente" se aplica muy a menudo a lo grande, siendo costumbre llamar "completamente evidente" o "completamente destacado" a lo que es en gran medida evidente y en gran medida destacado.[73]

[73] Refiérese Filón al valor intensivo del prefijo *diá* = muy o completamente, que aparece en *diáleukos* = completamente o muy blanco, en *diádelos* = muy evidente, y en *diásemos* = muy destacado o claro.

202. Es, pues, deseo del sagrado *lógos* que los vástagos primogénitos sean completamente blancos, semejantes, no a una luz tenue, sino a una claridad brillantísima, como el resplandor sin sombras que emiten los rayos solares en la clara atmósfera del mediodía. Pero desea también que haya vástagos "manchados", no a modo de la multiforme y cambiante impureza de la lepra, destinados a una vida inestable y agitada, sin firmeza de juicio: sino grabados con inscripciones y estampados con sellos, diferentes sí, pero todos genuinos; marcas cuyas particularidades mezcladas y combinadas producen una delicada armonía.

203. Algunos han juzgado al arte del bordado [74] como labor tan obscura y tan modesta que la han relegado a la categoría de trabajo de tejedores. Yo, en cambio, admiro no sólo el arte en sí sino también su nombre, sobre todo cuando contemplo las porciones de la tierra, las esferas celestes, las variedades de animales y plantas y la variadísima trama que es este mundo.
[74] Ver la nota 77.

204. Es que al instante me siento movido a pensar que el Autor de toda esta combinación es el inventor de la ciencia del bordado[75] y rindo culto al Inventor, justiprecio el descubrimiento, admiro profundamente la obra, y, aunque no soy capaz de ver sino una parte ínfima de ella; por la parte que me ha sido dado ver, si es que realmente ha tenido lugar tal visión, conjeturo detalladamente la totalidad, seguro de que el resto corresponderá a lo visto.
[75] Jacob en este caso.

205. Admiro, asimismo, al amante de la sabiduría, por cuanto se ha consagrado a este mismo arte, entendiendo que vale la pena reducir a una sola cosa y reunir en un lazo común muchas y diversas cosas superando sus diversidades. Así, tomando de la gramática que se enseña a los niños los dos primeros asuntos: el escribir y el leer; de la gramática más avanzada la familiarización con los poetas y el aprendizaje de la antigua historia; de la aritmética y la geometría la absoluta seguridad en asuntos que requieren proporción y cálculos; de la música ritmos y medidas, y melodías enarmónicas, cromáticas, diatónicas, conjuntas y disjuntas; de la retórica la concepción, la expresión, la ordenación, la distribución, la memoria, la presentación; de la filosofía todo cuanto en aquéllas no ha sido tratado y las demás cosas de que está constituida la vida toda de los hombres; combina todas estas cosas y forma una sola obra frondosísima mezclando la amplitud de conocimientos con la facilidad para conocer todavía más.

206. El sagrado *lógos* ha llamado Beseleel al artífice de esta construcción,[76] nombre que significa "en la sombra de Dios". Beseleel, en efecto, es el arquitecto de las copias, en tanto que Moisés construye los modelos. Por eso el primero diseñó como sombras, en tanto que Moisés forjó no ya sombras sino las mismas naturalezas arquetípicas.
[76] Éx. XXXI, 2 y ss.

207. Ahora bien, si el sagrado tabernáculo fue construido por el arte del bordado,[77] y solo al sabio se aplica el calificativo de bordador en los oráculos revelados;[78] (XXXVI) y si además esa hermosa obra bordada por Dios que es este mundo es la acabada obra de un saber que todo lo capta, ¿cómo podríamos negarnos a acoger el arte del bordado como instrumento del saber?
[77] Ésta es la acepción corriente de *poikiltiké*, en tanto que el sentido usual de *poikilté*s es bordador. Con tales términos caracteriza Filón, apoyándose en el texto bíblico (Ex. XXVI, 36), a Beseleel, el encargado, por disposición Divina, de confeccionar los paños y los demás elementos para la fabricación de la tienda o tabernáculo con toda la gama de variados colores prescripta por el mismo Dios a Moisés.
Lo que la traducción no puede sugerir es el juego de palabras que emplea Filón aprovechando las diversas acepciones que toman los vocablos formados a base de la raíz *poikil*. El adjetivo *poikílos* significa variado, diverso, matizado, salpicado, manchado, y Filón, partiendo de esta última acepción, con que el texto bíblico describe a una parte de los rebaños, pasa al sentido de bordador (literalmente: el que combina diversos colores en las telas) y de arte del bordado (o de la combinación de variados colores en las telas) mediante los vocablos *poikiltés* y *poikiltiké*.

[78] Ex. XXXI, 3.

208. La más sagrada representación de él estará esculpida en la casa toda de la sabiduría tanto en el cielo como sobre la tierra; y de él el ejercitante toma las especies de variados pensamientos que elabora, pues después de los pensamientos completamente blancos ha visto acto seguido los variados, los que llevan impresas las marcas de la instrucción.[79]
[79] Otro pasaje por demás obscuro. Tal vez el sentido sea el siguiente: el conocimiento estampado mediante el "arte del bordado" en el sacratísimo templo del universo sirve de modelo al ejercitante Jacob para "bordar" o concebir la variedad de los humanos conocimientos.

209. En tercer lugar están los de salpicado ceniciento. Mas, ¿quién dotado de sentido común no dirá que también éstos pertenecen a la especie de los manchados? Pues bien, no es una diferencia entre animales lo que el legislador quiere destacar con tanto empeño; a lo que se refiere es al camino que conduce hacia la nobleza de vida.[80]
[80] Es decir, esta distinción entre "manchados" y "de salpicado ceniciento" no se justifica si se toma el texto en sentido literal, pues la segunda coloración es, al fin y al cabo, una variedad dentro de la primera; pero es plenamente clara enfocada desde el punto de vista alegórico, según el cual se trata de dos vías de acceso a una vida superior.

210. Su deseo, en efecto, es que el hombre que marcha hacia ella se rocíe con ceniza y agua, por cuanto, como se nos ha narrado, tierra y agua mezcladas y modeladas fueron separadas por el Forjador del hombre para formar nuestro cuerpo, el que no es producto de la industria humana sino obra de una naturaleza invisible.

211. Es, pues, principio de la sabiduría el no olvidarse de sí mismo, sino poner siempre ante los ojos los elementos de los que el hombre está formado, ya que de este modo es posible despojarse de la soberbia, el vicio más aborrecido por Dios. ¿Quién, en efecto, al arrojar sobre su inteligencia la verdad de que ceniza y agua son los orígenes de su existencia, se hinchará de vanidad y se remontará hacia las alturas?

212. Este es el motivo por el cual el legislador juzgó preciso que los que se aprestan a efectuar sacrificios se purifiquen con los materiales mencionados, convencido de que nadie es digno de los sacrificios si previamente no ha llegado a conocerse a sí mismo ni a comprender la humana insignificancia, deduciendo de los elementos de que está compuesto su falta absoluta de merecimientos.

213. XXXVII. Estos tres signos, lo completamente blanco, lo manchado y lo de salpicado ceniciento, aparecen imperfectos en el ejercitante, como que éste es aún imperfecto; mientras que en el hombre perfecto ellos aparecen también perfectos.

214. Veamos de qué manera ocurre esto. Cuando el gran sacerdote se apresta a llevar a cabo las ceremonias proscriptas por la ley debe en primer lugar purificarse con ceniza y agua, por prescripción de la sagrada palabra, [81] para recordar lo que es. Abraham, por ejemplo, cuando iba a interceder ante Dios se calificó de tierra y ceniza.[82] En segundo lugar debe el gran sacerdote revestirse con la túnica que llega hasta los pies y sobre ella el llamado pectoral,[83] bordado con variados colores,[84] representación e imagen de los resplandecientes astros del cielo.[85]
[81] Ex. XXIX, 4, donde, empero, no se menciona la ceniza.
[82] Gen. XVIII, 27.

[83] Ex. XXIX, 5.
[84] Ex. XXVIII, 15.
[85] Es decir, de los doce signos del zodíaco, según se expone en Sobre las leyes particulares I, 87.

215. Dos son, evidentemente, los templos de Dios: uno este mundo, en el cual es también sumo sacerdote Su primogénito, el Divino *lógos*; y el otro el alma racional, de la cual es sacerdote el verdadero hombre, cuya imagen sensible es aquel que ofrece las tradicionales súplicas y sacrificios,[86] a quien ha sido prescripto vestir la mencionada túnica, réplica del cielo todo, a fin de que el mundo sea copartícipe del hombre en los sagrados ritos y el hombre lo sea del mundo.
[86] O sea, el sumo sacerdote.

216. El sumo sacerdote ha aparecido ya vistiendo dos señales características; la salpicada y la de bordado multicolor. Indicaremos a renglón seguido la tercera y más perfecta, la calificada de "completamente blanca". Cada vez que este mismo sumo sacerdote se aproxima a las partes más internas de los lugares santos, desvístese de la túnica multicolor y se pone otra fabricada con la más pura clase de lino.[87]
[87] Lev. XVI, 4.

217. Esta túnica es símbolo de la fortaleza, de la incorruptibilidad, de la claridad más radiante. El hilo fino es, en efecto, indestructible, no está hecho de sustancia perecedera alguna,[88] y además cuando ha sido cuidadosamente purificado, posee un color brillantísimo y sumamente luminoso.
[88] Como ocurre, en cambio, con la lana, la que procede de un animal, un ser perecedero.

218. Estos símbolos significan lo siguiente: de aquellos que sincera y puramente sirven al Que Es, ninguno hay que, en primer lugar, no haga uso de fuerza de voluntad y juicio despreciando los negocios humanos, que nos asechan, dañan y debilitan; que, en segundo lugar, no anhele la inmortalidad mofándose de cuantas cosas envanecen a los mortales; y que, finalmente, no esté alumbrado por el luminoso resplandor sin sombra que irradia la virtud, sin que en adelante acepte ninguna de las conclusiones de la falsa opinión, íntimamente vinculadas con la obscuridad.

219. XXXVIII, Quede de esta manera descripto el gran sumo sacerdote marcado con los tres mencionados sellos: el completamente blanco, el multicolor y el de salpicado ceniciento. En cambio, es posible observar que el hombre inclinado a intervenir en el humano gobierno, cuyo nombre es José, no participa de los caracteres primero y tercero, y sólo cábele el intermedio, o sea, el multicolor.

220. Se nos dice,[89] en efecto, que vestía una túnica de variado color. Es que ni se había purificado con las aguas de las sagradas purificaciones, de las cuales hubiera aprendido que no era sino una mezcla de ceniza y agua, ni era capaz de tocar el absolutamente blanco y luminosísimo vestido que es la virtud, y estaba, en cambio, envuelto en el inmensamente variado velo de la política, velo en el que sólo una ínfima porción de verdad tiene parte, pero contiene, en cambio, muchas y grandes partes de falsedades, probabilidades, verosimilitudes, conjeturas, de las que han brotado todos los sofistas egipcios, los augures, los ventrílocuos, los agoreros, hábiles todos en seducir, hechizar y embaucar, y cuyos insidiosos artificios es tarea ímproba evitar.
[89] Gen. XXXVII, 3.

221. Por eso Moisés presenta, de conformidad con la naturaleza de las cosas, esta túnica teñida en sangre,[90] ya que la vida toda del hombre de estado está manchada, combate y es combatida, y es blanco de dardos y flechas que le arrojan los acontecimientos ajenos a su voluntad que se precipitan sobre él.
[90] Gen. XXXVII, 31.

222. Examina, pues, al hombre entregado de lleno a los negocios públicos, hombre del que están pendientes los intereses del estado, examínalo sin dejarte impresionar por los que le tributan admiración. Hallarás muchas dolencias agazapadas en su ser, muchas calamidades suspendidas sobre él, cada una de las cuales agobia violentamente su alma y la acosa invisiblemente buscando derribarla y aniquilarla, ya sea porque la multitud está disgustada con su gobierno, ya porque un rival más poderoso le ataca.

223. Además la envidia es un penoso enemigo difícil de eliminar, enraizado siempre en las que los hombres llaman situaciones prósperas; un enemigo del que no es cosa sencilla escapar.

224. XXXIX. ¿Por qué, entonces, nos envanecemos cuando llevamos, como un costoso vestido, el florido traje de la vida pública, engañados por la apariencia de lo que tenemos ante los ojos, sin percibir la fealdad artera y peligrosa, oculta e invisible?

225. Despojémonos, de verdad, de esta florida túnica y pongámonos la túnica sagrada, tejida con variada trama de virtudes. De ese modo escaparemos también a las emboscadas, que contra nosotros, tienden la incapacidad, la ignorancia y la indisciplina, cofradía esta, de la que es miembro Labán.

226. Cuando, efectivamente, el sagrado *lógos* nos ha purificado con las aspersiones dispuestas para nuestra santificación y nos ha matizado con los secretos conocimientos de la verdadera filosofía, poniendo ante nosotros las pruebas, y nos ha hecho claros, manifiestos y brillantes, censura al carácter insidioso, agazapado para malograr dichas medidas.

227. Dice, en efecto: "He visto todo cuando Labán contra ti hace", (Gen. XXXI, 12) 'lo contrario, precisamente, de lo que yo te había procurado, es decir, lo impuro, lo espurio y lo obscuro en todas sus partes'."
Con todo, no debe atemorizarse el hombre que asienta su esperanza en la Divina alianza, hombre al que van dirigidas estas palabras: "Yo soy el Dios que se te apareció en el lugar de Dios" (Gen. XXXI, 13).

228. Hermosísimo motivo de orgullo es, ciertamente, para el alma el hecho de que Dios tenga a bien mostrársele y conversar con ella. Y no tomes a la ligera Sus palabras; antes, examina cuidadosamente si hay dos Dioses. Dice, en efecto, así: "Yo soy el Dios que se te apareció", no "en Mi lugar", sino "en el lugar de Dios", como si hubiera otro Dios

229. ¿Qué decir a esto? Pues, que el verdadero Dios es uno solo, pero los impropiamente así llamados son más de uno. Por eso la sagrada palabra ha señalado en el presente caso al Que Es verdaderamente Dios mediante el artículo diciendo: "Yo soy el Dios"; en tanto que señala al que es impropiamente llamado así omitiendo el artículo al decir: "que se te apareció en el lugar", no "del Dios", sino simplemente: "de Dios".

230. Aquí llama "Dios" al *lógos* de mayor jerarquía de Dios, no porque le guíe la superstición en la asignación de los nombres, sino con una sola intención, la de ajustar la narración a los hechos. Así, en otro pasaje al inquirir si existe algún nombre aplicable al Que Es, claramente reconoció que no hay ninguno apropiado para El, y que cualquiera que se Le aplicare será por licencia de lenguaje; porque la naturaleza del Que Es no es expresable, solamente es.

231. XL. Entre otros testimonios de esto está la Divina respuesta a Moisés cuando éste pregunta si Él tiene un nombre, respuesta formulada en estos términos: "Yo soy el Que Es" (Ex. III, 14), a fin de que, no habiendo en Dios determinaciones aprehensibles al hombre, pueda éste conocer al menos Su existencia.

232. Nada se opone, pues, a que Él se muestre tal como es a las almas incorpóreas y serviciales y que converse con ellas como un amigo con sus amigas; mas, a las que aún permanecen en un cuerpo muéstrase bajo el aspecto de ángeles, sin alterar por ello Su propia naturaleza, pues ésta es inmutable, sino presentando a quienes son testigos de Su presencia una apariencia de forma distinta, de modo que ellos imaginen que la imagen no es una copia sino la misma forma original.

233. Un antiguo relato narra que la Divinidad, tomando el aspecto ora de un hombre ora de otro va recorriendo las ciudades informándose de las iniquidades y transgresiones.[91] Quizá el relato no es verdadero, pero de todos modos es útil y provechoso.
[91] Odisea XVII, 485 a 487.

234. Y la sagrada palabra, que siempre reviste las concepciones sobre el Que Es de la debida dignidad y santidad pero, al mismo tiempo, desea procurar instrucción a la vida de los que carecen de ella, ha comparado a Dios con el hombre, aunque no con alguno de los hombres particulares.[92]
[92] Ver Sobre los sacrificios de Caín y Abel 94 y 95, y Sobre la inmutabilidad de Dios 53 y 54.

235. Este es el motivo por el que Le ha atribuido rostro, manos, pies, boca, voz, ira e indignación, amén de armas defensivas, entradas y salidas, y movimientos hacia arriba, hacia abajo y en todas las demás direcciones; sin asignarle a esta norma general de expresarse el carácter de verdadera, y buscando sólo el provecho de los que aprenden.

236. Hay, en efecto, algunos hombres de naturalezas completamente embotadas, al punto de no ser capaces en absoluto de concebir a Dios sin un cuerpo. A éstos es imposible instruirlos de otra manera que esta, diciéndoles que, como un hombre, Dios llega, parte, desciende, asciende, usa la voz, se disgusta ante las faltas, es inexorable cuando se irrita y está provisto de dardos, espadas y toda otra suerte de instrumentos apropiados para el castigo de los inicuos.

237. Contentémonos,. pues, con que éstos puedan adquirir el control de sí mismos mediante el temor suspendido sobre ellos por este medio. Y,. prácticamente, sólo dos son los caminos seguidos en toda la legislación: uno que persigue la verdad misma y mediante ella deja sentado que "Dios no es como el hombre" (Núm. XXIII, 19); otro que tiene presente las opiniones de los algo más tardos de entendimiento, a propósito de los cuales se dice: "El Soberano Dios te instruirá tal como lo haría cualquier hombre con el hijo suyo" (Deut. VIII, 5).

238. XLI. ¿Por qué, entonces, hemos de extrañarnos ya de que tome el aspecto propio de los

ángeles, si hasta toma el de los hombres para ayuda de los que la han menester? En consecuencia, cuando dice: "Yo soy el Dios que se te apareció en el lugar de Dios" (Gen. XXXI, 13), entiende tú que Dios, sin cambiar, ocupa el lugar de un ángel sólo en cuanto a las apariencias, para provecho del que aún no es capaz de ver al verdadero Dios.

239. Es que, así como los que no son capaces de mirar al verdadero sol, contemplan el resplandor del parhelio como si fuera el sol mismo, y ven el halo que rodea a la luna como si la vieran a ella misma, del mismo modo algunos consideran la imagen de Dios, vale decir, el lógos mensajero Suyo,. como Dios mismo.

240. ¿No ves, por ventura, a Agar, es decir, la instrucción correspondiente a la cultura general[93] diciendo al ángel: "Tú eres el Dios que ha extendido Su mirada sobre mí" (Gen. XVI, 13), pues, siendo egipcia de raza, no era capaz. de ver a la más excelsa de las Causas. Mas, en el caso que nos ocupa [94] la inteligencia, en proceso de superación, comienza a adquirir una representación mental del Soberano de todas estas potencias.

[93] Ver Interpretación alegórica III, 85.

[94] Vale decir, en la situación a que se refiere el pasaje de Gen. XXXI, 13, situación que corresponde a una etapa más avanzada en el camino hacia la perfección por el que transita el ejercitante Jacob, quien anteriormente, en una etapa menos próxima a la meta, había visto al *lógos* de Dios, y ahora ve a Dios.

241. Por ello Él mismo dice: "Yo soy el Dios" (Gen. XXXI, 13) 'cuya imagen tú has contemplado antes creyendo que era Yo mismo, y a quien has dedicado una columna en la que grabaste la más santa de las inscripciones. Esta inscripción expresaba que solamente Yo me mantengo fijo y he conferido fijeza a la naturaleza de todos los seres, trocando la confusión y el desorden en orden y regularidad, y sostenido el universo para que perdurase firme bajo el poderoso *lógos*, Mi virrey'.[95]

[95] Ni en el pasaje aquí transcripto ni en el resto del relato bíblico se menciona tal inscripción. Seguramente Filón se propone interpretar la frase "'Colocó la piedra como una columna" (Gen. XXVIII, 18), agregando por su cuenta el que ésta contuviera un texto escrito.

242. XLII. Una columna es, en efecto, símbolo de tres cosas: fijeza, ofrenda, inscripción. Queda ya aclarado lo relativo a la fijeza y la inscripción. La ofrenda, en cambio, ha menester de explicación.

243. El cielo todo y toda la tierra constituyen una ofrenda dedicada a Dios, que es el creador de lo ofrendado. Y todas las almas que aman a Dios y son ciudadanas del mundo conságranse a sí mismas, sin dejarse atraer por cosa alguna mortal y sin cansarse jamás de santificar y consagrar su imperecedera vida.

244. Loco es el hombre que no ofrenda a Dios sino a sí mismo una columna, pretendiendo fijar cosas pertenecientes a la creación, que es inestable en todas sus partes, y teniendo por dignas de inscripciones laudatorias a cosas que, estando llenas de censura y vituperio, bueno sería o no registrarlas en absoluto o, si lo fueran, borrarlas enseguida.

245. Por ello dice sin rodeos la sagrada palabra: "No erigirás columna alguna para ti" (Deut. XVI, 22). Es que, en realidad, nada humano es estable, aunque algunos lo afirmen falsamente hasta reventar.

246. Y en verdad que piensan no sólo que están firmemente establecidos sino también que son

dignos de honores e inscripciones, olvidados del único Que realmente merece honor y está firme, pues la sensibilidad, esa mujer que forma parte de su naturaleza, cada vez que se desvían y apartan del camino de la virtud, extravíalos aún más y los fuerza a ir a la deriva.

247. Por lo cual, acosada por todas partes, como una nave, el alma es colocada a manera de columna. Las sagradas revelaciones dicen, en efecto, que la mujer de Lot, habiéndose dado vuelta, se convirtió en una columna de sal.[96] Y esto es lo que cabía esperar y convenía.
[96] Gén. XIX. 26

248. Si alguien, en efecto, no ve claramente lo que hay delante de sí, vale decir, las cosas dignas de contemplarse y oírse, que son las virtudes y las acciones virtuosas; y, en cambio, se vuelve a mirar lo que tiene detrás y su espalda en procura de la gloria necia, la riqueza ciega, la estúpida lozanía física, la inconsciente belleza externa y todas las demás cosas de esta clase, terminará fijado como una columna sin alma, que se desintegra en derredor, puesto que las sales carecen de consistencia firme.

249. XLIII. Muy bien hizo, por lo tanto, el ejercitante cuando, habiendo aprendido, merced a un ininterrumpido ejercicio, que la creación es móvil por naturaleza, y que, en cambio, el Increado es inalterable e inmóvil, erigió una columna dedicada a Dios y, tras erigirla, la ungió. Leemos, efectivamente, lo siguiente: "Erigiste para Mí una columna" (Gen. XXXI, 13).

250. Mas, no pienses que esto se refiere a una piedra ungida con óleo; no, se trata de que la doctrina que enseña que Dios es el único ser fijo es ejercitada y practicada en el alma mediante la ciencia de la preparación atlética,[97] no con aquella con la que se fortalecen los cuerpos, sino con la que permite al alma adquirir vigor y fuerza irresistible.
97 Intraducible juego de palabras entre *aléiphein* = untar, engrasar preparar para la lucha; y *aleiptiké* = relativo ala prepararon de atletas o al maestro del gimnasio que preparaba a los atletas.

251. Porque amigo de la lucha y amigo de la ejercitación es aquel que se halla abocado a la persecución de las elevadas acciones. Y así, habiendo cultivado a fondo el arte de la ejercitación, hermano del arte médico; es decir, habiendo ejercitado y practicado todos los pensamientos relativos a la virtud y la piedad, dedicará a Dios, como era de esperar, la más hermosa y firme de las ofrendas.

252. Por ello, después de la ofrenda de la columna, leemos: "Tú Me hiciste un voto" (Gen. XXXI, 13). Un voto es, hablando con propiedad, una ofrenda, por cuanto se dice que un hombre hace un presente a Dios, cuando no sólo Le ofrece lo que posee sino también se ofrece a sí mismo, el poseedor.

253. Dice, en efecto, la escritura: "Santo es el que deja crecer el cabello de su cabeza" (Núm. VI, 5), en otras palabras, el que ha formulado un voto. Y si él es santo, es desde todo punto de vista una ofrenda, por cuanto ya no entrará en contacto con cosa alguna impura o profana.

254. Confirma lo que digo la profetisa y madre de profetas, Ana, cuyo nombre traducido al griego es "gracia". Dice ella, en efecto, que está ofrendando como presente al Santo su hijo Samuel;[98] ofrenda consistente no en un ser humano sino, más bien, en un espíritu inspirado y poseído de Divina demencia. "Samuel" significa "dedicado a Dios".
[98] I Samuel I, 11.

255. ¿Por qué, pues, oh alma, sigues con tu demencia y realizas trabajos inútiles en vez de convertirte en discípulo del ejercitante y aprender a usar las armas y recursos contra la pasión y la vana opinión? Si eso aprendieres, al punto te convertirás en pastor, no de un rebaño sin marca, sin inteligencia y sin disciplina, sino de uno genuino, racional y de variadas marcas. Y, si llegares a ser su guía, llorarás por la deplorable raza humana, pero no cesarás de volverte hacia la Divinidad; y nunca dejarás de proclamar la felicidad de Dios; por el contrario, grabarás además sagrados himnos en columnas con miras a celebrar las excelencias del Que Es, no sólo con la elocuencia de la palabra sino también con la música del canto. Porque, de esa manera estarás en condiciones de retornar a la mansión de tus padres poniendo fin a tu larga, inacabable agitación sobre suelo extraño.

SOBRE LOS SUEÑOS ENVIADOS POR DIOS

SOBRE LOS SUEÑOS II

1.1. Al describir la tercera especie de sueños enviados por Dios sobrados motivos tenemos para llamar en nuestra ayuda a Moisés, a fin de que, así como él aprendió cuando no sabía, también a nosotros en nuestra ignorancia nos instruya acerca de sus indicaciones aclarándonos cada una de ellas. La tercera clase de visiones sobreviene cuando el alma durante el sueño, moviéndose por sí misma y agitándose a sí misma, entra en trance y, poseída de un profetice poder, predice el futuro.

2. La primera clase de sueños es, según vimos, aquella en que Dios provoca el movimiento y sugiere invisiblemente las cosas invisibles para nosotros pero patentes para El. La segunda es la de aquellos sueños en los que nuestro entendimiento muévese de concierto con el alma del universo y se llena de una locura inspirada por Dios, mediante la cual es permitido predecir muchas de las cosas que sucederán.

3. Según esta clasificación, el sagrado intérprete nos ha indicado de manera completamente clara y nítida las visiones propias de la clase señalada en primer término, ya que las comunicaciones enviadas por Dios a través de los sueños aseméjanse a claros oráculos. Las correspondientes a la segunda clase las ha mostrado ni de manera completamente clara ni demasiado obscuramente. Un ejemplo de ellas es la visión que apareció sobre la escala del cielo. Esta visión fue, ciertamente, enigmática, pero el enigma no era del todo impenetrable para los capaces de ver con agudeza.

4. Para las visiones de la tercera clase, como son más obscuras que las anteriores en razón de lo profundo e impenetrable del significado que ocultan, ha sido necesaria la ciencia de la interpretación de los sueños. Consecuentemente, todos los sueños de esta clase registrados por el legislador han sido interpretados por hombres expertos en dicha especialidad.

5. ¿De quién, pues, son estos sueños? Para nadie es un secreto que se trata de los de José, de los del faraón de Egipto y de los que vieron el jefe de reposteros y el copero mayor.

6. Convendrá, seguramente, que comencemos nuestra enseñanza partiendo siempre de los primeros, que son los que contempló José cuando, desde las dos divisiones del mundo: cielo y tierra. alcanzó sendas visiones. De la tierra sobrevínole el sueño de la siega, que narra en estos términos: "Me parecía que estábamos nosotros atando haces en medió del llano, y mi haz se levantó" (Gen; XXXVII, 7). Del cielo sobrevínole el relacionado con el zodíaco, narrado así: "Como si fueran el sol, la luna y los once astros, se prosternaban ante mí" (Gen. XXXVII, 9).

7. Una interpretación del primer sueño, cargada de viva amenaza, es la siguiente: "¿Acaso reinarás como rey sobre nosotros? ¿Mandarás sobre nosotros como un señor?" (Gen. XXXVII, 8). El segundo, a su vez, mereció una justa cólera: "¿Por ventura, llegaremos yo, tu madre y tus hermanos a prosternamos en tierra ante ti?" (Gen. XXXVII, 10).

8. II. Quede lo que precede sentado a manera de cimiento de nuestro edificio, el resto construyámoslo siguiendo las normas de este sabio arquitecto que es la alegoría, en nuestra investigación de los detalles de uno y otro sueño. Pero, digamos a propósito de ambos sueños algunas cosas que es preciso oír previamente. Algunos han interpretado la naturaleza del bien

en un sentido amplio, otros la han restringido exclusivamente a lo más excelente, admitiendo los primeros que se trata de algo mixto y los segundos de algo sin mezcla.

9. Ahora bien, aquellos que dicen que sólo la belleza moral es cosa buena, preservándola de toda mezcla, la atribuyen exclusivamente a la parte más noble de nuestro ser, que es la razón; los que consideran al bien como algo que admite mezcla lo adaptan a tres cosas: al alma, al cuerpo y a las cosas exteriores. Estos últimos son gente de vida bastante muelle y lujuriosa, gente que pasa la mayor parte de su tiempo desde su infancia en las habitaciones de las mujeres y en los hábitos afeminados de las mismas, Los otros, en cambio, son de vida austera, criados entre hombres, y ellos mismos de espíritu varonil, inclinados antes a lo conveniente que a lo placentero, y se alimentan con alimentos propios de atletas, en procura no de placeres, sino de robustez y vigor.

10. Como guías de las dos cofradías Moisés presenta a Isaac y José. La cofradía noble es guiada por Isaac, el autoinstruido y autodidacta, como que Moisés lo presenta como destetado, vale decir, como desdeñando en absoluto el empleo de alimentos delicados, lácteos, inmaturos e infantiles, y usando, en cambio, siempre alimentos fuertes y perfectos, pues estuvo en su modo de ser tender a adquirir una buena constitución desde la niñez y siempre gozó de la plenitud de sus fuerzas con renovada juventud.

11. La comunidad que contemporiza y cede fácilmente tiene por guía a José. Este, en efecto, no es de los que descuidan las virtudes del alma, pero se preocupa también por el bienestar del cuerpo y anhela asimismo la abundancia de cosas externas. Y es natural que sea arrastrado en direcciones opuestas, ya que muchos son los fines que persigue en la vida. Y, atraído en contrarios sentidos por cada uno de ellos, vive agitada y desordenadamente sin poder alcanzar una situación sólida.

12. Es como. ..[1] ni siquiera viven en paz como los estados entre los que median pactos (sino soportan) [2] y lanzan a su vez ataques, alternándose las victorias y los reveses. Unas veces, en efecto, fluye un intenso apetito de riqueza y fama y se enseñorea completamente de los intereses del cuerpo y del alma; y poco después nuevamente es forzado a ceder por el impulso opuesto y es vencido por ambos intereses o por uno de ellos.

[1] Laguna en el texto. Tal vez deba llenarse con algo de este tenor: "las almas y los cuerpos de tales hombres".

[2] Reconstrucción conjetural de parte de la laguna del texto.

13. De la misma manera los placeres del cuerpo derrámanse sobre nosotros inundando y anulando una tras otra las cosas del entendimiento; y, a continuación, sin que medie un largo intervalo, la sabiduría con impetuoso y vigoroso espíritu lanza su contrataque y diluye el ímpetu de los placeres y mitiga, en general, los apetitos todos y ambiciones que nos llegan a través de los sentidos.

14. De esa manera ronda el ciclo de la incesante guerra en torno del alma sin rumbo definido. Eliminando un adversario, surge siempre otro más poderoso al modo de las múltiples cabezas de la hidra. De ella, en efecto, dícese que, si se le corta una cabeza, crécele otra en su reemplazo; de modo que lo que se quiere dar a entender es cuan difícil resulta el vencer al multiforme y prolífico clan del eternamente perdurable vicio.

15. Nunca, pues, atribuyas a José una sola cosa con exclusión de las demás; por el contrario, ten presente que éste es el representante de la heterogénea y mezclada opinión. En él, en

efecto, se pone de manifiesto, por una parte, la racional modalidad de la templanza, que le viene por línea masculina, modelada de conformidad con Jacob, su padre.

16. Y se manifiesta también, por otra parte, la modalidad irracional de la sensibilidad, reproducción de los rasgos de la ascendencia materna, representada por Raquel. Adviértese, asimismo, en él el germen del placer corpóreo que le imprimieron sus tratos con coperos mayores, jefes de reposteros y jefes de cocina. Y también está patente la modalidad de la vanagloria, sobre la cual, como sobre un carro,[3] sube impulsado por su espíritu superficial, irguiéndose altivo y lleno de vanidad con ánimo de dar por tierra con la igualdad.
[3] Gen. XLI, 43.

17. III. Con los rasgos citados se tiene una sumaria descripción del carácter de José. Corresponde ahora que consideremos cuidadosamente cada uno de sus sueños y hemos de examinar en primer lugar el relativo a los haces. "Me parecía" dice, "que estábamos nosotros atando haces en medio del llano". La expresión "me parecía", con que comienza, es manifestación propia de quien está inseguro, dudoso y con suposiciones poco claras, de quien no ve con fijeza y claridad.

18. Decir "me parecía" se acomoda a quienes se levantan de un profundo sueño y están todavía somnolientos; no es propio, en cambio, de que ya están levantados y ven las cosas claramente.

19. El ejercitante Jacob no dirá: "Me parecía", sino: "Y he aquí que había una escala firmemente fijada, cuya parte superior llegaba al cielo" (Gen. XXVIII, 12); y nuevamente: "En la época en que las ovejas conciben, las vi con mis ojos en mi sueño, y he aquí que los machos cabríos y cameros cubrían a las ovejas y cabras, y eran completamente blancos, manchados y de un salpicado ceniciento" (Gen. XXXI, 10 y 11).

20. Es que de hecho las visiones que tiene durante sus sueños los que consideran que la belleza moral es apetecible por sí misma, son necesariamente más claras y más puras, del mismo modo que también sus acciones del día han sido más dignas de aprobación.

21, IV. Ahora bien, cuando escucho a aquel que nos narra el sueño, me asombro de que creyera que se hallaban atando haces, no segándolos. Lo primero es trabajo propio de siervos sin mayor preparación; lo segundo, cometido reservado a amos y a quienes son expertos en las labores del campo.

22. Porque la capacidad de distinguir las cosas necesarias de lo superfino, lo nutritivo de lo no nutritivo, lo genuino de lo espurio, el fruto altamente provechoso de la raíz inútil, no en aquello que produce la tierra sino en lo que engendra el discernimiento, esa capacidad es señal de una virtud perfectísima.

23. Así, la sagrada palabra presenta a los videntes[4] segando y, lo que menos cabía esperar, segando, no cebada o trigo, sino la misma siega. Y así, leemos lo siguiente: "Cuando seguéis vuestra siega no agotaréis lo que queda de la siega" (Lev. XIX, 9).
[4] Es decir, a los israelitas.

24. Quiere, en efecto, el legislador no sólo que el hombre virtuoso sea un juez de las cosas que difieren, distinguiendo y separando las que producen de sus productos, sino que además borre de su mente la misma opinión de que es capaz de distinguir, cosechando la misma cosecha y

separando la obra de su propia inteligencia, persuadido y obediente ante la afirmación de Moisés de que "el juicio pertenece sólo a Dios" (Deut. I, 17), a quien competen todas las comparaciones y distinciones; y por el cual es noble confesarse vencido, más glorioso aún que una celebrada victoria.[5]
[5] El sentido es que, así como del pasaje bíblico se desprende que no sólo se siega segando o separando el cereal sino también segando o separando la siega misma, del mismo modo es preciso operar en el plano del pensamiento, es decir, debemos segar o separar las cosas pensadas, y además segar o separar de nosotros la idea de que somos nosotros los autores de las separaciones.

25. Semejante al "segar la siega" es la doble circuncisión, la que en cierta ocasión inventó Moisés como una nueva práctica: una circuncisión de una circuncisión;[6] o "la consagración de una consagración" (Núm. VI, 2), es decir, la purificación de la misma purificación del alma, que tiene lugar cuando reconocemos que a Dios compete el tornamos puros, sin que nos pase jamás por el pensamiento la idea de que nosotros mismos, sin la Intervención vigilante de la Divinidad, somos capaces de purificar nuestra vida limpiándola de las manchas que la llenan.
[6] Gen. XVII, 13.

26. Y de la misma especie es también la "doble cueva" (Gen. XXIII, 9), es decir, las dos preciadas recordaciones, una cerca de lo que ha llegado a existir, otra acerca del Creador de todo ello, con las que se nutre el hombre de bien contemplando las cosas de que se compone el mundo y meditando también acerca del Padre a quien deben el ser.

27. De ellas, se me ocurre, procede el descubrimiento de la sinfonía del doble diapasón en la música. Necesario era, en efecto, que tanto la obra como su Artesano fueran celebrados por dos perfectísimas melodías, no por la misma en ambos casos.

28, Puesto que las alabanzas se refieren a temas distintos, preciso es que también las melodías y acordes difieran de un tema a otro, asignándose el tetracordio conjunto al mundo, que es un armónico conjunto de diferentes elementos; y el disjunto a Aquel que por Su propia esencia está separado de la creación toda, es decir, a Dios.

29. V. Pero, una vez más expone una opinión plena de amor a la virtud el sagrado intérprete cuando dice: "Ni agotaréis lo que queda de la siega" (Lev. XIX, 9). Tiene presente, en efecto, el principio sentado al comienzo, por el que reconocía que "el fin es del Señor" (Núm. XXXI, 28), en quien residen el soberano control y la estabilidad de estas cosas.

30. Pero, el profano en los misterios de la siega se pavonea diciendo: "Me parecía que en compañía de otros ataba yo haces que no había segado",[7] sin caer en la cuenta de que éste es servicio propio de esclavos e inexpertos, según he dicho un poco más arriba.

31. Al interpretar su significado figurado decimos que los "haces" son acciones de las que cada uno toma como su propio alimento con la esperanza de hallar en él vida y subsistencia eternas.
[7] Gen. XXXVII, 7.

32. V. Ahora bien, innumerables son las variedades de "haces", digo de acciones que decimos ser alimentos; e innumerables también, las especies de hombres que toman y escogen los haces; tantas que no es posible ni enumerarlas ni concebirlas a todas. Con todo, no estará de más examinar como ejemplo algunas variedades que son recordadas en la narración del sueño

de José.

33. Dice éste, en efecto, a sus hermanos: "Me parecía que estábamos atando haces" (Gen. XXXVII, 7). De sus hermanos diez lo eran por parte de padre, uno por parte de madre; y el nombre de cada uno de ellos es símbolo de una cosa de vital importancia. "Rubén" lo es de la buena disposición natural, pues equivale a "hijo que ve", consistiendo su buen natural no en que sea un hijo perfecto sino en que posee visión y agudeza en ella;

[34.] "Simeón" lo es del aprender, pues quiere decir "oído atento"; "Leví", de las buenas acciones y prácticas y de los sagrados ministerios; "Judá", de los cánticos e himnos; "Isacar", de los premios adjudicados en recompensa por nobles acciones; siendo quizá las mismas acciones el premio perfecto; "Zabulón", de la luz, ya que significa "flujo de la noche", y cuando la noche fluye y se va surge necesariamente la luz;

[35.] "Dan", de la división y análisis de las cosas; "Gad", del ataque y contraataque de piratas; "Aser", que significa "felicitación", lo es de la riqueza natural, puesto que la riqueza es considerada una feliz posesión;

[36.] "Neftalí", de la paz, pues este nombre significa "dilatación" o "abierto", y con la paz todas las cosas se abren y dilatan, del mismo modo que con la guerra se cierran; "Benjamín", del tiempo de la juventud y de la vejez, pues significa "hijo de los días", y la edad, tanto joven como vieja, se calcula por días y noches.

37. Toma, pues, cada uno de aquello que le es propio y, tras tomarlo, ata todas sus partes juntas. El hombre bien dotado por naturaleza toma agudeza, perseverancia, memoria, cualidades en las que se manifiesta el buen natural; el buen discípulo toma aptitud para oír, silencio, atención; el emprendedor toma resolución y coraje para arriesgarse ante los peligros.

38. El dador de gracias toma alabanzas, elogios, himnos, votos de felicidad; el que tiende a las recompensas toma activa asiduidad, animosísima fortaleza y diligencia combinada con precavida celeridad.

39. El que persigue la luz en reemplazo de la obscuridad toma hábitos de vigilia y agudeza de visión; el inclinado al análisis y división de las cosas toma argumentos incisivos, capacidad para no confundir la semejanza con la identidad, imparcialidad, integridad.

40. El que, bastante parecido a los piratas, responde a las emboscadas con emboscadas, toma engaño, artimaña, impostura, falacias, disimulo, fingimiento, practicas repudiables en sí pero laudables cuando se emplean contra enemigos; el que procura adquirir la natural riqueza toma dominio de sí mismo y moderación; el que ama la paz toma buena organización, justicia, modestia, igualdad.

41. VI. Estos son los elementos que se atan para formar los haces de los hermanos paternos, en tanto que el haz del hermano uterino se compone de días y tiempo, en los que todas las cosas ocurren, mas sin que ellos sean las causas.

42. El mismo que soñó e interpretó el sueño, pues ambas cosas hizo, toma para sí la vanagloria como la más excelente, brillante y vital adquisición. Por ello, en primer lugar llega a ser conocido del soberano del país corpóreo[8] no como resultado de haber puesto de manifiesto "acciones" luminosas, que para exhibirse han menester del día, sino como resultado

de sueños, que son amigos de la noche.
[8] Es decir, conocido del o por el faraón egipcio.

43. Acto seguido es proclamado administrador o protector de todo Egipto, para gozar de honores solamente inferiores a los del rey, condición esta que el dictado de la sabiduría registra como más insignificante y ridícula que el fracaso y la deshonra.

44. A continuación coloca en torno a su cuello "un collar de oro" (Gen. XLI, 42), un dogal a todas luces, un círculo y aro de perpetua necesidad; no el ordenado transcurso de la vida, no el encadenamiento de los hechos de la naturaleza, como en el caso de Tamar, cuyo atavío no consiste en un collar sino en un cordón (Gen. XXXVIII, 18).[9] Y se pone también un anillo real,[10] regalo que no es tal y prenda que nada garantiza, lo contrario al dado a Tamar por Judá, el rey del pueblo vidente, es decir, Israel.
[9] O en una gargantilla. Ver Sobre la huida y el hallazgo 150, y Sobre los cambios de nombres, 135.
[10] Gen. XLI, 42.

45. Da éste, en efecto, al alma un sello,[11] hermosísimo don, enseñándole que, cuando la sustancia del universo carecía aún de forma. Dios se la imprimió; cuando aún carecía de rasgos definidos. Dios se los modeló; cuando carecía de cualidades. Dios se las determinó; y, en habiendo acabado esto, selló el mundo todo con una imagen y forma, la de Su *lógos*.
[11] Gen. XXXVIII, 18.

46. Pero, volviendo a José, éste sube sobre el segundo carro,[12] envanecido por vértigos mentales y una vana hinchazón, y se convierte en proveedor de granos,[13] guardando los tesoros del cuerpo y proveyéndolo de alimentos provenientes de todas partes. Temible muralla erigida contra el alma es éste.
[12] Gen. XLI, 48.
[l3] Gen. XLI, 43.

47. Su nombre es testimonio, y no el menor, de su norma de vida y de la ambición que la caracteriza. "José", en efecto, significa "adición"; y la vanagloria nunca cesa de agregar. Agrega a lo genuino lo espurio; a lo apropiado lo extraño, a lo verdadero lo falso, a lo suficiente lo excesivo, a la vitalidad la relajación, a la vida normal la vanidad.

48. VII. Pero, observa lo que quiero darte a entender. Nos alimentamos con alimentos sólidos y bebidas, aunque ellos se limiten al modestísimo pan de cebada y al agua de la fuente. ¿Por qué, entonces, la vanagloria ha sobreagregado incontables clases de tortas de leche y pasteles de miel, así como elaboradas y variadas mezclas de innumerables vinos, preparadas más para gozar del placer que para participar del alimento?

49. Y es más, puerros, verduras, muchos frutos de árboles, queso además y también alguna otra cosa semejante a éstas son los condimentos necesarios en una comida; si quieres, les agregamos para los no vegetarianos también pescado y carne.

50. ¿Y no sería suficiente que, tras asar estos alimentos o tostarlos a la ligera a la manera de los cabales hombres de la edad heroica, los comiesen? Mas, no se contenta con esto el hombre glotón. Habiendo obtenido la alianza de la vanagloria y despertado la golosa pasión que lleva en sí, busca y rebusca cocineros y preparadores de convites famosos por su arte.

51. Éstos ponen en acción los cebos que desde mucho tiempo hace se han inventado para tentar a nuestro mísero vientre y, habiendo arreglado y dispuesto en orden particulares variedades de sabores, halagan y tornan dócil a la lengua. Acto seguido echan su anzuelo al gusto, sentido que sirve de puente hacia los demás y a través del cual el glotón no tarda en manifestarse esclavo en vez de hombre libre.

52. Un vestido, como todos saben, ha sido hecho ante todo para proteger al cuerpo contra los daños que originan el calor y el frío, y tanto nos preserva del fresco en invierno, como en cierto lugar dicen los poetas,[14] como nos refresca en verano.
[14] Odisea XV, 529.

53. ¿Quién, entonces, es el artesano que produce esos costosos mantos de púrpura, quién esas trasparentes y ligeras ropas de verano, quién los vestidos tejidos como telas de araña, quién esos trajes teñidos o bordados con variados colores por expertos en el teñir y en el bordar tales variedades, que superan a los pintores en la habilidad para imitar a la naturaleza? ¿Quién? ¿Pues, quién si no la vanagloria?

54. VIII. Otro caso: todos necesitamos una casa por esas mismas razones y además para que no nos dañen los ataques de las fieras o de hombres más salvajes todavía que ellas. ¿A qué viene, entonces, el decorar los pisos y los muros con costosos mármoles? ¿Por qué recorremos Asia, Libia, toda Europa y las islas en busca de selectas columnas y arquitrabes?

55. ¿Por qué, al adornar los capiteles de las columnas, se despierta entre nosotros el entusiasmo y la rivalidad a propósito de los tallados dorios, jónicos y corintios y cuantos ornatos han imaginado los que desdeñan los estilos establecidos? ¿Por qué construimos habitaciones para hombres y habitaciones para mujeres con techos de oro? ¿No es acaso por la vanagloria?

56. Por cierto que para dormir bastaría con un blando pedazo de suelo, como es fama que hasta nuestros días se acuestan entre los hindúes de acuerdo con antiguas costumbres los gimnosofistas;[15] o si no, una cama hecha de paja, por ejemplo, o un lecho de piedras amontonadas o de maderas comunes.
[15] Nombre con que los griegos designaban a ciertos sabios indios, que, según era fama, vivían desnudos.

57. Sin embargo, se confeccionan lechos con patas de marfil para sostén, y divanes con costosas madreperlas y caparazones de tortugas multicolores incrustadas, todo ello a trueque de muchos trabajos y gastos y gran pérdida de tiempo. Algunos de esos lechos son completamente de plata, o completamente de oro, o incrustados con piedras preciosas, y provistos de cubrecamas floreados y bordados en oro para exhibición y suntuosidad, no para el uso diario. El artesano de todo esto es la vanagloria.

58. Y para ungüentos, ¿qué necesidad hay de buscar otra cosa que el fruto prensado que nos da el olivo? Éste suaviza, contrarresta el cansancio del cuerpo y produce lozanía; y, si algún músculo. estuviere relajado, él lo envuelve fortificándolo y le proporciona. vigor y resistencia con no menos eficacia que cualquier otro. ungüento.

59. Pero frente a estas cosas provechosas han plantado sus reales los delicados ungüentos de la vanagloria, para. cuya producción trabajan perfumistas y contribuyen grandes países, Siria, Babilonia, la India y la Escitia, en los que crecen las plantas aromáticas.

60. IX. Y en lo que a la bebida se refiere, ¿qué más podría. necesitarse que esa obra maestra de arte que es la copa de la naturaleza? Tal copa es la que forman nuestras manos. Si se las junta y forma con ellas un hueco y luego se las aproxima con cuidado a la boca mientras otro vierte en ellas agua, se obtiene no solamente el remediar la sed sino también inefable placer.

61. Y, si fuera absolutamente necesaria otra, ¿no bastaría la rústica copa de madera? ¿Sería necesario ir en busca de obras de arte de famosos artistas? ¿Por qué es menester que inagotable cantidad de copas de plata y de oro sean fabricadas, si no es porque las exigen la grande presunción de la vanidad y las caprichosas inclinaciones de la vanagloria?

62. Y frente a algunos que no se avienen a ser coronados con una fragante corona de laurel o de hiedra o de violetas o de lilas o de rosas o de olivo, desdeñando así los dones que Dios distribuye a través de las estaciones del año; al verlos equilibrando sobre la cabeza guirnaldas de oro, carga pesadísima, en medio de la plaza repleta de gente y sin que ello les avergüence, ¿qué otra cosa pensar sino que son esclavos de la vanagloria, aunque ellos se jacten de ser no sólo hombres libres sino también jefes de muchos otros?

63. Un día entero no me bastaría para enumerar las corrupciones de la vida humana. Mas, ¿para qué extendernos sobre eso? ¿Quién no las ha oído, quién no las ha contemplado? ¿Quién, por lo tanto, no está familiarizado y habituado a ellas? Bien está, en consecuencia, el que la sagrada palabra haya dado el nombre de "adición" a quien fue enemigo de la modestia y amigo de la vanidad.

64. Porque, así como en los árboles crecen, con gran daño de los genuinos, brotes superfinos, que los agricultores podan y eliminan para protección de los necesarios productos, del mismo modo junto a la vida verdadera y modesta crece como parásita la vida de falsedad y vanidad, vida de la que hasta hoy ningún agricultor ha sido hallado que cortase hasta las mismas raíces el sobrebrote dañino.

65. Por tal motivo, los que se ejercitan en la prudencia, al ver que José, primero con la sensibilidad y luego con la inteligencia, persigue esta manera afectada de ser, gritan sin rodeos: "Una bestia feroz ha apresado y devorado a José" (Gen. XXXVII, 33).

66. ¿Y qué es ciertamente, esta vida complicadísima y forjadora de vanidades, propia de los hombres en confusión, en la que la ambición y la malicia son expertos artesanos, sino una fiera salvaje que devora a cuantos se le aproximan? Y así, el luto acompañará a estos hombres como si estuvieran muertos, aun cuando están todavía vivos, puesto que la vida que han cosechado es digna de lamentación y llanto. Así, Jacob lleva luto por José estando aún vivo éste.

67. En cambio, no permitirá Moisés que los sagrados principios representados por Nadab y sus hijos sean llorados como muertos.[16] Es que no habían sido apresados por una bestia feroz y salvaje, sino arrebatados por una avalancha de fuego inextinguible y una inmortal claridad, porque, después de arrojar lejos de sí la contemporizadora indecisión, habían consagrado santamente su celo cálido y ardiente, ruina de la carne, prestísimo en pos de la piedad, celo ajeno a la creación y familiar a Dios. Y no fue yendo sobre sus pies hasta el altar como lo hicieron, pues lo tenían prohibido por ley,[17] sino impulsados por una favorable brisa y conducidos hasta las celestes revoluciones, para allí dispersarse hacia las etéreas claridades al modo de las ofrendas quemadas completamente en los holocaustos.

[16] Lev. X, 6.

[17] Ex. XX, 26.

68. X. Preciso es, pues, oh alma, que, obediente a la enseñanza del maestro, te cortes tu propia mano, tu poder, cuando ella comienza a aferrarse a los órganos genitales,[18] ya consistan éstos en las cosas de la creación, ya se trate de los anhelos y cuidados de los hombres.
[18] No resultan claros la conexión y el sentido de este párrafo. Quiza lo de "aferrarse" tenga que ver con la condición de cosas asibles o recogibles propia de los haces o gavillas, y quiera Filón marcar el contraste entre lo que debe asirse o recogerse y lo que no debe tomarse. Los órganos genitales" simbolizarían en ese caso la vida de lujuria descripta en los pasajes precedentes, opuesta a la verdadera gavilla, que se describe en los parágrafos 71 y ss.

69. Por muchos motivos, en efecto. Moisés nos prescribe cortar la mano que ha asido los testículos,[19] en primer lugar porque ella ha acogido de grado el placer que era preciso detestar; en segundo lugar por haber considerado que el fecundar es cosa de nuestra incumbencia; en tercer lugar porque ha atribuido a la creatura el poder que pertenece al Hacedor.
[19] Deut. XXV, 11 y 12.

70. ¿No ves cómo esa masa de tierra que es Adán muere cuando toca el árbol doble,[20] honrando al tocarlo al dos antes que al uno, y admirando a lo creado antes que al Creador? Tú, en cambio, pasa "a distancia del humo y la ola"[21] y huye de los inmensamente ridículos cuidados de la vida perecedera, como si huyeras de aquella temible Caribdis, sin tocarle ni siquiera la punta del dedo del pie, como se dice.
[20] Juego de palabras con el sentido general de *dídymos* = doble, gemelo, y la especial acepción de ese mismo término en plural: los testículos.
[21] Odisea XII, 219.

71. Mas, cuando te hubieres aprestado ya para el servicio de los sagrados ritos, extiende tu mano y tu poder y toma en abundancia las enseñanzas de la instrucción y la sabiduría. Hay, en efecto, una prescripción concebida en estos términos: "Si un alma trajere una ofrenda o sacrificio, esta ofrenda será flor de harina de trigo"; y continúa luego: "y, tomando un puñado lleno de flor de harina junto con el aceite y todo el incienso, erigirá un memorial sobre el altar" (Lev. II, 1 y 2).

72. Excelente pensamiento es el expuesto: quien se apresta a ofrecer el sacrificio es una incorpórea alma, no esa doble masa compuesta de un elemento mortal y de otro inmortal. En efecto, lo que suplica, lo que da gracias, lo que ofrece sacrificios verdaderamente irreprochables debe ser, como hemos dicho, una sola cosa, un alma.

73. Ahora bien, ¿en qué consiste el sacrificio que ofrece un alma incorpórea? ¿En qué sino en flor de harina, el símbolo de una decisión purificada por los consejos de la instrucción, decisión que es capaz de proporcionar un alimento sano y una vida irreprochable?

74. De esta ofrenda está prescripto que tome el sacerdote con toda su mano, vale decir, con todos los medios de aprehensión que posee la inteligencia, para ofrecer, como el más excelente de los sacrificios, el alma toda, que ha. llegado a estar rebosante de sincerísimas y purísimas verdades, alma opulenta y gorda, alegrada por la Divina luz y perfumada. por las brisas que emanan de la justicia y de las demás virtudes, y capacitada así para disfrutar por siempre de la más fragante y dulce de las vidas. Porque esto es lo que significa el aceite y el incienso que el sacerdote toma juntamente con la flor de harina.

75. XI. Por eso también Moisés ha dedicado una especial fiesta a la gavilla de espigas, no a cualquier gavilla, sino a aquella que proviene de la tierra sagrada. Dice, en efecto: cuando lleguéis a la tierra que Yo os doy, y cosechéis la cosecha de ella, llevaréis como primicia de vuestra cosecha al sacerdote una gavilla de espigas" (Lev. XXIII, 10).

76. Esto significa: Cuando, oh inteligencia, entres en el país de la virtud, que solamente corresponde ofrendar a Dios, el país abundante en pastos, fértil, fructífero; entonces, si habiendo sembrado bienes adecuados a él, los cosechares aumentados por el Perfeccionador, no los lleves a tu casa, es decir, no te asignes ni atribuyas la causa de lo producido, hasta ofrendar las primicias a Aquel que es fuente de riquezas y te mueve a ocuparte en obras que enriquecen .

77. Y se nos dice que es preciso llevar "las primicias de la cosecha de vosotros" mismos, no de la tierra; a fin de que seguemos y cosechemos nuestro propio ser, consagrando todos los brotes excelentes, nutritivos y meritorios.

78. XII. Pero, aquel que es a la vez iniciado e iniciador en los misterios se atreve a decir que su haz se levantó y se mantuvo erguido.[22] Es que, en realidad, así como los caballos arrogantes levantan rebeldes el cuello, todos aquellos que son cofrades de la vanagloria se colocan a sí mismos por sobre todas las cosas, sobre las ciudades, las leyes, las costumbres ancestrales y los asuntos de cada uno de los ciudadanos.
[22] Gen. XXXVII, 7.

79. El siguiente paso de éstos es procurar la opresión del pueblo mediante la demagogia, y, mientras echan por tierra la posición de sus vecinos, elevan la propia y la mantienen firmemente en pie, consumando así la sujeción aun de los espíritus libros e independientes por naturaleza.

80. Por esa razón José añade: "Vuestros haces giraban en torno de mi haz y lo reverenciaban" (Gen. XXXVII, 7). En efecto, el amante de la modestia se intimida ante el obstinado; el precavido, ante el arrogante; el que honra a la igualdad, ante el desigual para consigo mismo y para con los demás. Y esto es natural.

81. El hombre virtuoso, en efecto, como que es observador no sólo de la vida humana sino también de todas las cosas del universo, ha visto hasta qué punto suelen soplar los vientos de la necesidad, de la fortuna, de la oportunidad, de la violencia; y cuántos proyectos y cuan grandes prosperidades que en su incesante avance tocaban el cielo sacudieron y echaron por tierra esos vientos.

82. En consecuencia, no puede menos que adoptar las precauciones para escudarse, a modo de inseparable salvaguardia para no experimentar ningún desastre imprevisto. La precaución, en efecto, es para cada uno individualmente lo que la muralla para la ciudad.

83. ¿No son, por ventura, maniáticos y dementes todos los que se empeñan en mostrar su franqueza a destiempo, y en ocasiones se atreven a hacer manifestaciones y actos contrarios a los reyes y tiranos? Los tales no se dan cuenta de que no sólo tienen el cuello bajo el yugo, como las bestias, sino también están sometidos sus cuerpos todos y sus almas, sus esposas, sus hijos, sus padres y el numeroso círculo de los demás allegados y familiares ligados a ellos por lazos de amistad e intereses comunes, y que nada impide al conductor y jinete aguijonear, hacer detener, reprimir y disponer cuantas imposiciones pequeñas o grandes quisiere; todo

ello con absoluta facilidad.

84. Consecuencia de ello es que son aguijados, azotados, mutilados, y soportan un cúmulo de sufrimientos de toda suerte que cruel y despiadadamente les infligen, para ser finalmente conducidos a la misma muerte.

85. XIII. Estos son los premios de la franqueza inoportuna, que a juicio de los que piensan sensatamente no es franqueza, sino simpleza, demencia e incurable desequilibrio mental. ;Que qué digo? ¿Quién, si ve una tormenta en plena intensidad, un fuerte viento contrario, un huracán que avanza con ímpetu o las agitadas olas del mar, se hará a la vela y se internará en el mar, pudiendo permanecer en el puerto?

86. ¿Qué piloto o capitán estuvo jamás tan beodo y demente que, amenazando los peligros que he dicho, quisiera navegar para que la nave, llegando a anegarse bajo el torrente marino, fuera devorada con tripulación y todo? Quien desee navegar sin peligro puede, ciertamente, aguardar una brisa favorable, tranquila y suave.

87. ¿Y qué? ¿Quién, al ver un oso, o feroz jabalí o un león avanzando para atacarlo, y siéndole posible amansarlo y calmarlo, lo irrita y excita ofreciéndose a sí mismo para festín y regalo de esos en extremo despiadados carniceros?

88. Nada bueno, tampoco, obtendrá nadie con hacer frente a las tarántulas y los áspides de Egipto y a los demás animales provistos de mortal veneno, que con una sola picadura provocan una muerte inevitable. Contentos hemos de estar, en efectos, si, calmándolos y domesticándolos, evitamos recibir grave daño de parte de ellos.

89. Y finalmente, ¿no existen algunos hombres más salvajes e insidiosos aún que los jabalíes, las tarántulas y los áspides; cuya insidia y malicia es imposible evitar de otra manera que mediante el amansamiento y la domesticación?
Por eso el sabio Abraham acatará a los hijos del Het.[23] cuyo nombre significa "alterantes", cuando las circunstancias le aconsejen obrar así.
[23] Gen. XXIII, 7.

90. En efecto, no fue porque tuviese un alto concepto de los que por naturaleza, raza y costumbres son enemigos de la razón, de los que adulteran la acuñación del alma, que es la instrucción, y la transforman en moneda menuda malográndola de manera deplorable; no fue por eso por lo que acudió a rendirles acatamiento, sino porque temía su presente poder y su formidable fuerza, y se cuidaba de provocarlos, y era su intención adquirir como grande y segura posesión, como galardón de la virtud, la doble caverna, cuya adquisición no era posible mediante la guerra y la contienda, y sí mediante el tacto y precaución manejados por la razón.

91. ¿Y qué? ¿Acaso también nosotros, cuando pasamos el tiempo en la plaza, no acostumbramos a dejar paso tanto a las autoridades como a las bestias de carga, aunque por motivos enteramente diferentes? A las autoridades por cortesía; a las bestias por temor de que nos causen algún inconveniente imprevisto.

92. Bueno es doblegar la violencia de los enemigos mediante un ataque cuando la ocasión se presenta propicia; pero si la situación no lo permite lo seguro es quedarnos quietos, y, si queremos sacar de aquéllos; algún provecho, lo apropiado es domesticarlos.[24]
[24] O ganarse su benevolencia.

93. XIV. Por eso merecen también nuestro aplauso aquellos que en el caso que nos ocupa no ceden ante el cabecilla de la vanagloria, sino le hacen frente y dicen: "¿Acaso reinarás como soberano sobre nosotros? (Gen. XXXVII, 8). Es que ven que todavía no se ha tornado temible, que no es como una llama encendida y resplandeciente alimentada por abundante combustible, sino constituye aún como una chispa humeante, un hombre que ve la gloria en sueños y no va todavía tras ella con clara visión.

94. Alimentan en su fuero íntimo saludables esperanzas de que podrán evitar ser apresados por él, y por eso dicen: "¿Acaso reinarás sobre nosotros?", lo que equivale a decir: "¿Piensas enseñorearte de nosotros mientras aún tenemos vida, existencia, fuerza, aliento? Cuando nos hayamos debilitado, quizá llegarás a imponerte; pero mientras conservemos el vigor tu lugar es el de un subordinado."

95. Y es natural que esto sea así; porque, cuando la recta razón es fuerte en la inteligencia, la vanagloria es desbaratada; pero, cuando aquélla se ha debilitado, ésta se consolida. Por lo tanto, mientras el alma conserva aún intacto su poder y ninguna parte de él ha sido menoscabada, puede atreverse a acosar con proyectiles y dardos a la vanidad que la enfrenta, a hablar con completa libertad, afirmando: 'Ni reinarás ni dominarás sobre nosotros ni, mientras nosotros vivamos, sobre otros.'

96. Por el contrario, nosotros con un sólo embate caeremos sobre tus bravatas y amenazas secundados por los porta-lanzas y porta-escudos, vástagos de la sensatez, a propósito de los cuales se ha dicho que "vinieron a odiarlo a causa de sus sueños y a causa de sus palabras".' (Gen. XXXVII, 8).

97. ¿Y qué son todas las fantasías que crea la vanidad sino palabras y sueños, en tanto que cuanto se refiere a la vida recta y a la recta razón consiste en hechos y claras realidades? Aquéllos merecen que los detestemos a causa de su falsedad; éstos merecen nuestro afecto pues rebosan de amable verdad.

98. Nadie, pues, se atreva en adelante a acusar a hombres-con tales virtudes de exhibir rasgos propios de un natural misantrópico y detestador de sus hermanos; antes, conociendo que no es un hombre lo que ahora estamos considerando, sino uno de los rasgos que se dan en el alma de cada uno, en este caso la obsesión de fama y amor a la vanidad; reciba de buen grado a aquellos que sustentan una enemistad implacable y un odio irreconciliable contra ese rasgo, y jamás tolere lo que ellos aborrecen.

99. Haga ambas cosas con clara conciencia de que tales jueces jamás han cometido el error de emitir un veredicto no sano; y que, por el contrario, habiendo sido enseñados y aprendido desde el comienzo a adorar y honrar al verdadero Rey, es decir, al Señor, se irritan cuando alguno pretende apropiarse del honor a Él debido y llaman a su propio servicio a aquellos que Le suplican.

100. XV. Por eso, cobrando ánimo dirán: '¿Acaso reinarás como soberano sobre nosotros? ¿Por ventura ignoras que no somos dueños de nuestro propio destino sino súbditos de un Rey inmortal, el único Dios? ¿Y qué? ¿Mandarás sobre nosotros como un señor? ¿Acaso no estamos bajo un mando y tenemos y tendremos el mismo Señor por la eternidad toda? Siendo esclavos de este Señor somos más dichosos que otro cualquiera con la libertad." Es que en el orden de lo creado no hay entre las cosas que se tienen por honrosas una más excelente que el

ser esclavo de Dios.

101. Por eso, también yo mismo bien puedo suplicar el permanecer firmemente fiel a los juicios de éstos, ya que ellos son observadores, exploradores y supervisores rigurosamente justos, de contenidos mentales, no de cosas materiales, permanentemente sobrios, al punto de no ser engañados ya por ninguno de los que acostumbran a tender atractivas trampas.

102. Pero, hasta hoy he estado ebrio, en medio de una gran incertidumbre, y, como los ciegos, necesito de bastones y guías. Con algo en que apoyarme firmemente evitaría probablemente tropezar o resbalar.

103. En cambio, aquellos que, a pesar de saberse ajenos a la investigación e irreflexivos, sin embargo, no se esfuerzan en seguir a los que indagan con exactitud y con circunspección cuanto es preciso, a los que conocen el camino que ellos ignoran, tengan por cierto que no podrán ya avanzar, encerrados en abismos intransitables, por más esfuerzos que hagan.

104. Mi caso es distinto: cuando mi ebriedad amengua algo, estoy en tan buenos términos con dichos jueces, que considero enemigo a quien lo es de ellos y amigo a quien es su amigo. Y, aun en mi estado presente, enrostraré y detestaré al soñador, porque también ellos lo detestan. Y ninguna persona sensata podrá echarme algo en cara por eso, puesto que los votos y opiniones de la mayoría siempre prevalecen.

105. Pero, cuando aquel haya trocado esta manera de vivir por otra mejor y ya no se entregue a ociosas visiones ni sufra en la maraña de las vanas fantasías de los vanidosos, ni sueñe al abrigo de la noche v la obscuridad con contingencias resultantes de hechos vagos y obscuros;

[106.] cuando despierte de su profundo sueño para ya no volver a caer en él y reciba la claridad en vez de la incertidumbre, la verdad en vez de la falsa suposición, el día en vez de la noche, la luz en vez de la obscuridad; cuando, movido por un anhelo de continencia y un inefable celo por la piedad, rechace al placer corpóreo, esa mujer del egipcio que le incita a venir hacia ella y gozar de su compañía;[25]
[25] Gen. XXXIX, 7.

[107.] cuando reclame nuevamente los bienes familiares y paternos de los que parecía haber sido desheredado, deseoso de recobrar la porción de virtud que le corresponde; cuando, avanzando paso a paso de mejoramiento en mejoramiento, se establezca firmemente como en la cumbre y coronación de su vida, y proclame en alta voz la lección profunda dejada por su experiencia, diciendo que "pertenece a Dios" (Gen. I, 19) y ya no será de ninguna absolutamente de las cosas sensibles que han llegado a existir;

[108.] entonces sus hermanos concretarán conciliatorios convenios con él, trocando su aversión en amor y su malevolencia en benevolencia; y yo, el seguidor de éstos, pues he aprendido a obedecerles como un siervo a sus amos, no dejaré de alabarle por su arrepentimiento.

109. Y con ello, además, me atendré a Moisés, el sagrado intérprete, quien salva de la destrucción la historia de ese arrepentimiento, tan digna de amor y recordación, utilizando el símbolo de los huesos, que entendía él no debía permitir que estuviesen para siempre enterrados en Egipto;[26] pues consideraba penosísimo el permitir que, si algo noble ha florecido en el alma, se marchite y desaparezca inundado por las corrientes desbordadas que

derrama incesantemente a través de los canales de todos los sentidos el egipcio río de las pasiones que es el cuerpo.[27]
[26] EX. XIII, 19.
[27] Ver Sobre la migración de Abraham 16 a 25.

110. XVI. Queda, pues, expuesto lo relativo a la visión acerca de los haces, hecha patente desde la tierra, y a su interpretación. Ocasión es ya de examinar la otra visión y ver de qué manera los métodos de interpretación de sueños nos la explican.

111. Dice, en efecto, la escritura que "tuvo otro sueño y habló a su padre y a sus hermanos y dijo: 'Como el sol, la luna y once estrellas se prosternaban ante mí'. Y su padre le reprendió y dijo: '¿Qué sueño es este que has soñado? ¿Por ventura, llegaremos yo, tu madre y tus hermanos a prosternarnos sobre la tierra ante ti?' Y sus hermanos sentían rencor hacia él, pero su padre no olvidó lo que había dicho."

112. Pues bien, los que estudian el firmamento aseguran que el zodíaco, que es el mayor de los círculos del cielo ha sido fijado en constelaciones correspondientes a doce signos, de los que también dicho círculo ha tomado su nombre.[28] El sol y la luna, agregan, dan incesantemente vueltas en torno del mismo atravesando cada uno de los signos, aunque no a igual velocidad sino en desiguales cantidades de tiempo, el sol en treinta días y la luna en una duodécima parte de este tiempo aproximadamente, o sean, dos días y medio.
[28] Efectivamente, *zodiakós* = zodíaco, deriva de *zódion* = signo (del zodíaco).

113. Por lo tanto, el que vio la celestial visión que nos ocupa supuso que once estrellas le prestan acatamiento; con lo que se atribuía a sí mismo la condición de duodécima completando así el círculo del zodíaco.

114. Ahora bien, recuerdo haber oído cierta vez a una persona consagrada intensa y activamente al estudio, que no solo los hombres tienen delirios de grandezas, sino también las estrellas disputan por cuestiones de precedencias y las mejores consideran justo que las inferiores les sirvan siempre de escolta.

115. En qué medida esto es verdad o mero hablar por hablar, es cosa que hemos de dejar para que lo averigüen los investigadores de las cosas celestes. Nosotros, en cambio, decimos que el hombre que ama la presteza irreflexiva, la rivalidad irracional y la vanagloria, está siempre envanecido por su demencia y pretende elevarse no sólo por sobre los hombres sino también por sobre el mundo de la naturaleza.

116. A su juicio, todas las cosas han llegado a existir gracias a él y cada una de ellas, tierra, agua, aire v cielo, está obligada a pagarle tributo como a un rey. Y a tal extremo de exageración llega su necedad, que no está en condiciones de discernir lo que hasta un niño sin uso de razón entendería, es decir, que ningún artífice construye jamás el todo a causa de una parte, siendo la parte la que se produce con miras al todo; y que el hombre es sólo una parte del universo, de modo que, habiendo llegado a existir para completar el mundo, justo sería que pagara su contribución a éste.

117. XVII. Pero, algunos rebosan de tan grande necedad, que se irritan porque el mundo no se atiene a sus deseos. Esa es la razón por la que Jerjes, el rey de los persas, queriendo atemorizar a sus enemigos, realizó una demostración de obra en gran escala, alterando las condiciones naturales.

118. En efecto, transformó la tierra en mar y el mar en tierra, dando tierra firme al océano y océano a la tierra firme al unir el Helesponto mediante puentes y convertir el Monte Athos en profundas depresiones,[29] las que anegadas por el mar no tardaron en convertirse en un mar nuevo y artificial en extremo modificado con relación a su antigua naturaleza.
[29] Referencia a la apertura de un canal, llevada a cabo por orden de Jerjes, en la península más septentrional de las tres que forman la Calcídica, a fin de evitar a las flotas del rey persa !a ruta del promontorio Atos situado en el extremo de dicha península, dado lo peligroso del mar en ese punto.

119. Y, habiendo hecho estas obras, a su juicio prodigiosas, con las cosas de la tierra, se elevó hacia el cielo con sus temerarios intentos llevando consigo la impiedad, el miserable, con la intención de mover lo que es inmóvil y derribar a la Divina hueste, y, como dice el proverbio, comenzó por la "sagrada línea".[30]
[30] La expresión "mover la sagrada línea" es un tecnicismo antiguo aplicado al juego de dados, cuya acepción precisa nos es desconocida. En cuanto al sentido que quiere sugerir Filón con esta frase proverbial, es imposible determinarlo. ¿Querrá, simplemente, decir que, traspasando los límites de lo razonable, echó Jerjes mano a recursos extravagantes movido por su desesperada soberbia?

120. Arrojaba, en efecto, sus flechas contra el más excelso de los seres de allí, contra el soberano del día, el sol, sin darse cuenta de que era él mismo quien resultaba herido por el invisible proyectil de la insania a causa no sólo de su tendencia a lo imposible sino también de su apego a las obras en extremo impías, empresas ambas que redundan en gran descrédito para el que las intenta.

121. Es fama, asimismo, que la porción más numerosa de los germanos, cuya región bañan las aguas del mar, cuando se produce allí la pleamar, se lanzan impetuosamente contra las aguas en avance blandiendo en lo alto las espadas desnudas y corriendo como tropel de enemigos al encuentro del encrespado mar.[31]
[31] Estrabón (VII, 2, 1) atribuye esta costumbre a los cimbros; y Eliano (Historias II, 23) dice lo mismo de los celtas, a los que sin duda confunde en este caso con los germanos.

122. Merecen éstos que los detestemos por cuanto a causa de su ateísmo se atreven a tomar las armas para oponerlas a las partes de la naturaleza que no conocen la sumisión; pero, también merecen que los ridiculicemos porque intentan cosas imposibles como si fueran posibles, pensando que cabe alancear, herir y matar al agua como a un animal, o bien que ella puede sentir dolor o miedo, huir atemorizada ante los que la atacan, y experimentar todo cuanto experimenta el alma tanto placentero como doloroso.

123. XVIII. Muy recientemente conocí a cierta persona de la clase dirigente, quien, cuando ejercía las funciones de gobernante y administrador de Egipto, determinóse a alterar nuestras costumbres tradicionales y en especial a suprimir la más santa e imponente de las leyes, la establecida acerca del séptimo día.[32] Procuraba forzarnos a servirle en ese día y a hacer otras cosas en contravención con la costumbre establecida, entendiendo que, en caso de lograr acabar con la ancestral regla del séptimo día, ello sería el comienzo del relajamiento de las otras costumbres y de un general abandono de ellas.
[32] En su tratado titulado Flaco Filón narra la persecución de que el gobernador de Egipto de ese nombre hizo objeto a los judíos de Alejandría. Pero nada menciona acerca de un atentado contra las normas sabáticas de los hebreos, por lo cual se ha pensado que la presente alusión

no se refiere a Flaco sino a alguno de sus predecesores, que habría intentado el referido atropello aunque sin llegar a concretarlo.

124. Y, cuando vio que ni aquellos a los que oprimía acataban sus prescripciones ni el resto de la población tomaba la cosa con deferencia, sino reaccionaba con indignación y violencia, y todos se mostraban consternados y desconsolados como si presenciaran el sometimiento, el saqueo y la ruina de su patria, creyó oportuno exponerles las razones para el quebrantamiento de la ley.

125. "Supongamos", les dijo, "que se produjera un imprevisto ataque de enemigos, o una inundación causada por el torrente del río que se sale de madre y destroza la represa, o un violento incendio o la caída de un rayo o un hambre general o una plaga o un temblor de tierra o cualquiera de las otras desgracias causadas por el hombre o mandadas por la Divinidad, ¿os quedaréis perfectamente tranquilos en casa?

126. ¿O saldréis a la calle en la forma acostumbrada, llevando la mano derecha apoyada delante y la otra metida al costado bajo el vestido para no procurar, ni siquiera involuntariamente, cosa alguna conducente a vuestra salvación?

127. ¿Y os sentaréis en nuestras asambleas y congregaréis vuestra habitual cofradía para leer sin peligro vuestros sagrados libros, aclarando algún punto no claro y entreteniéndoos largo y tendido en ociosas discusiones sobre vuestra ancestral filosofía?

128. Nada de eso; dejaréis de lado todas estas cosas y os abocaréis a la salvación de vosotros mismos, de vuestros progenitores, de vuestros hijos y de las otras personas que os son allegadas y amadas, y, ¿por qué negarlo?, de vuestras propiedades y riquezas, para que nada de esto sea aniquilado.

129. Pues bien, yo, aquí presente, soy todas esas cosas que acabo de mencionar: tormenta, guerra, inundación, rayo, plaga de hambre y enfermedad, el terremoto que sacude y confunde cuanto está firmemente asentado, la fuerza visible y presente, no el nombre solamente, del destino inexorable."

130. ¿Qué decir de uno que como éste manifiesta o simplemente piensa semejantes cosas? ¿Qué sino que se trata de un caso jamás visto? Trátase, sin duda, de un mal nada común, de un ser de allende el océano y allende el universo, que se atrevió a compararse él, creatura completamente miserable, con el Ser completamente feliz.

131. ¿Tardará éste en ponerse a blasfemar contra el sol, la luna y los otros astros, si alguna cosa de las que espera en cada una de las estaciones del año no se le brindan en absoluto o las obtiene con dificultad, si el verano lo agobia con un calor intenso, si el invierno le llega con un penoso frío, si la primavera resulta estéril en frutos, si el otoño se caracteriza por ser pródigo en enfermedades?

132. Sin duda que no. Dará rienda suelta a todas las amarras de su boca desenfrenada y de su difamante lengua y acusará a los astros de no pagar su acostumbrado tributo, convencido casi de que las cosas del cielo deben honrar y reverenciar a las de la tierra y de especial manera a él mismo, en la medida en que, como hombre que es, se considera superior a las otras creaturas vivientes.

133. XIX. Tal es como describimos a los que dirigen el coro de la vanagloria; consideremos ahora separadamente la categoría de los seguidores del mismo. Estos se lo pasan urdiendo tramas contra los que practican la virtud. Cuando los ven empeñados en ilustrar su propia vida con la verdad irreprochable e irradiarla como claridad lunar o como la luz pura del sol, se lo obstaculizan con engaños o con violencia, y los impulsan hacia la región sin sol de los impíos, en la que reinan la noche profunda, la obscuridad eterna e innumerables tribus de espectros, fantasmas y sueños; y, una vez que los han precipitado en ese lugar, los obligan a obedecerles como a amos.

134. En efecto, por "el sol" entendemos al que practica la sabiduría, puesto que, así como aquel brinda la luz a las cosas materiales, éste la brinda a las inmateriales cosas del alma. En "la luna" vemos simbolizada a la instrucción, de la que el ejercitante se sirve, porque una y otra prestan un servicio inmensamente puro y provechoso iluminando en la noche. Los "hermanos" son los pensamientos elevados, los que son como vástagos de la instrucción y del alma ejercitante, y a los que, si bien son ellos los que encauzan el recto sendero de la vida, los hombres que no saben ni decir ni pensar nada saludable, pretenden doblegar estrangulándolos con estratagemas múltiples en variantes y recursos, y derribar en tierra como con una zancadilla.

135. Ante ello, uno de estos tales [33] es reprendido con suavidad por su padre; no Jacob, sino la recta razón, que es aun superior a Jacob; en estos términos: "¿Qué sueño es este que has soñado?" (Gen. XXXVII. 10. 136. Esto es como decir: "No ha habido tal sueño. Lo que ocurre es que has llegado a pensar que lo que es libre por naturaleza será por fuerza esclavo de los seres humanos y que lo que debe naturalmente mandar será sometido; y, lo que es aún más increíble, que esta sumisión será no bajo otros cualesquiera sino bajo aquellos que son sus subordinados, y dicha esclavitud, no bajo otros sino bajo sus mismos esclavos; cosa que sólo sería posible si, por el poder de Dios, el único ser que todo lo puede y de cuya voluntad depende incluso el que las cosas inmóviles se muevan y las móviles se estabilicen, el presente estado de las cosas se trocará en su contrario." [34]

[33] Uno de los adeptos o seguidores del coro de la vanagloria.

[34] Para dar un sentido coherente al párrafo me he permitido cierta libertad de detalle respecto del texto griego, ya que éste en su forma actual presenta dificultades insalvables para una traducción.

137. No, no ha tenido un sueño; porque, ¿qué sentido tendría el irritarse y reprender a quien ha visto una fantasía en sueños? [35] Este diría: "¿Acaso ha dependido de mi voluntad el verla? ¿Por qué me formulas cargos que se hacen a los que delinquen deliberadamente? Te he narrado lo que me sobrevino desde fuera y golpeó mi inteligencia sorpresivamente, sin que mi voluntad interviniera".

[35] Es decir: si Jacob o la razón reprende a José o al servidor de la vanagloria es porque no se trata de un sueño, sino de un pensamiento o creencia culpable; porque, si se tratara de un sueño, no lo reprendería.

138. En efecto, no es a un sueño a lo que se refiere el presente relato, sino a cosas que se asemejan a sueños; cosas que parecen grandes, brillantes y apetecibles a aquellos que no están suficientemente purificados, no obstante que se trata de cosas pequeñas, oscuras y ridículas, a juicio de los incorruptibles arbitros de la virtud.

139. XX. Lo que la recta razón le dice es lo siguiente: "¿Llegaré yo, la recta razón, y llegará también la fructuosa instrucción, madre y, a la vez, nodriza de la cofradía del alma, cofradía

amante del aprender; y se apresurarán también a venir los hijos de nosotros dos; y todos, situados delante en ordenada fila, con las manos alzadas, elevaremos nuestras súplicas a la vanidad?

140. ¿Nos someteremos primero, y luego, echándonos sobre la tierra, comenzaremos a suplicar y obedecer? No, el sol jamás podría alumbrar estos hechos, pues es la sombra profunda lo que corresponde a las cosas malas, en tanto que la claridad brillante corresponde a las buenas. ¿Y qué mal puede ser mayor que el hecho de que la fementida y engañosa vanidad reciba el elogio y la admiración en vez de recibirlos la verídica y sincera modestia?"

141. Excelente es el pensamiento contenido en las palabras que siguen: "El padre no olvidó lo que había dicho" (Gen. XXXVII, 11). Es propio, en erecto, de un alma no demasiado joven ni estéril ni infecunda, sino verdaderamente madura y experta en alumbramientos, llevar una vida circunspecta y no despreciar absolutamente cosa alguna, sino inclinarse pasmada ante el poder inevitable e invencible de Dios, y observar atentamente en derredor para ver en qué han de parar las cosas para ella.

142. También por esto los oráculos dicen que la hermana de Moisés, a la que nosotros, los alegoristas, llamamos "la esperanza", "está vigilando desde lejos" (Ex. II, 4) mirando sin duda el fin de la vida, para que él nos salga al encuentro con buenos augurios cuando el Perfeccionador lo envíe desde lo alto del cielo.

143. Porque [36] muchos, después de haber recorrido largos itinerarios marinos y realizado una larga navegación sin peligros, impulsados por vientos favorables, muchas veces, ya en puerto, han naufragado de repente cuando estaban a punto de echar anclas.

[36] El pasaje "El padre no olvidó lo que había dicho" sugiere a Filón la idea de la necesidad de ser precavidos y cuidarse siempre; y los casos que siguen son ejemplos de lo que suele o puede suceder a quien no observa esa norma.

144. Innumerables son, también, los que han combatido en penosas y prolongadas guerras con todas sus fuerzas y, tras permanecer libres de heridas, sin un rasguño siquiera sobre la piel, han regresado como se vuelve de una fiesta pública o de un banquete cívico, con regocijo y alegría; y, ya en sus propias casas, han sido objeto de conspiraciones por parte de aquellos de quienes menos cabía esperarlo y asesinados, como dice el relato cual "bueyes ante el pesebre".[37]

[37] Odisea IV, 535. Refiérese a Agamenón, asesinado por su esposa a poco de su triunfal regreso de Troya.

145. XXI. Y, así como circunstancias imprevistas e inesperadas suelen acarrear tales consecuencias, del mismo modo también tuercen ellas a las potencias del alma hacia extremos contrarios y las desvían de su rumbo, si les es esto posible, produciendo su violento derrumbe. ¿Quién, en verdad, empeñado ya en la. lucha de la vida, permanece sin experimentar caída alguna?

146. ¿Quién no ha sido derribado como por una zancadilla? Y feliz de aquel a quien esto no le ha ocurrido muchas veces. ¿A quién no ha aguardado el hado adverso cobrando aliento y concentrando fuerzas, para tomarlo en sus brazos y llevárselo sin darle tiempo para prepararse para hacer frente a tal enemigo?

147. Bien sabemos que algunos, que han pasado sus vidas desde la niñez hasta la vejez sin

experimentar ningún trastorno gracias ya a sus buenas dotes naturales, ya a los cuidados de aquellos que los han criado y educado, ya a ambas cosas; que han sido hombres llenos de una profunda paz interna, que es la paz verdadera, modelo de la que une a los estados; hombres que han sido considerados felices porque, ni en sueños, han conocido la intestina guerra provocada por las pasiones, es decir, la más cruel de todas las guerras; sin embargo, ya en el ocaso mismo de la vida han encallado y naufragado o por una lengua desenfrenada o por un vientre insaciable y por una incontrolada lascivia de las partes que están más debajo del vientre.

148. Es que algunos, "en el mismo umbral de la vejez":[38] envidian la vida pueril, deshonrosa, abandonada y vergonzosa de los libertinos; y otros una existencia maliciosa, calumniadora y desleal, comenzando sus intrigas en momentos en que lo razonable sería que, en caso de estar habituados ya a ellas, cesaran de practicarlas.
[38] Ilíada XXII, 60.

149. Por eso es preciso invocar y suplicar incansablemente a Dios para que no pase por alto a nuestra perecedera raza, y mande, en cambio, a Su salvadora misericordia permanecer a nuestro lado hasta el fin. Porque, penosa cosa es, después de haber gustado de una paz absoluta, nos veamos impedidos de gozar plenamente de ella.

150. XXII. Aunque, con todo, esta hambre, como la atemperan el anhelo y el deseo, es un mal más leve que la sed;[39] pero, si, impelidos por el ansia de beber, nos vemos obligados a beber de la otra fuente,[40] cuya agua es turbia y nociva, entonces forzoso nos será, saturados de agridulce placer, entregarnos a una vida que no merece vivirse persiguiendo como provechosas las cosas perjudiciales a causa de nuestra ignorancia sobre lo que nos conviene.
[39] El sentido es probablemente el siguiente. Esta hambre de paz…., es menos penosa que la sed de placeres, por cuanto dicha hambre se ve aliviada por el ansia misma de alcanzar la paz, en tanto que la sed de placeres nos hace esclavos de una vida indigna. Tal vez el segundo término de la comparación: *dípsos* = sed, sea una interpolación y deba
[40] Filón no ha mencionado la primera fuente, pero, evidentemente, se trata de la fuente de la paz, opuesta a la segunda, que es la de los placeres o de la irracionalidad.

151. Y el torrente de estos males resulta más afligente cuando las irracionales potencias del alma atacan y vencen a las de la razón.

152. Es que, mientras los rebaños de bueyes obedecen a los boyeros, los de ovejas a los pastores, los de cabras a los cabreros, las cosas resultan bien para el ganado; mas, cuando los encargados de controlarlo tórnanse más débiles que éste, todas las cosas se dislocan y el orden se convierte en desorden, la buena disposición en desarreglo, la estabilidad en alteración, la organización en confusión, dado que ningún control legítimo subsiste, pues, si alguna vez existió", ahora está aniquilado.

153. ¿Y qué? ¿No pensamos, acaso, que, pues el irracional tropel está establecido en el alma, hay en nosotros mismos un rebaño de ganado y también un cuidador del mismo, que es la rectora inteligencia? Y mientras ésta es vigorosa y capaz de gobernar al rebaño, todas las cosas se cumplen con justicia y provecho.

154. Mas, cuando el soberano tómase enfermo, forzosamente la parte subordinada a él comparte su mal; y cuando más libre se juzga, entonces precisamente se convierte en el más fácil de los trofeos al alcance de cualquiera con solo querer éste apresurarse a obtenerlo. La

anarquía, en efecto, es por naturaleza forjadora de daños; en tanto que la autoridad es salvadora, y especialmente cuando la ley y la justicia son respetadas, vale decir, cuando el gobierno está basado en la razón.

155. XXIII. Pongamos punto final ahora a estas prolijas consideraciones acerca de los sueños de la vanagloria. En cuanto a la glotonería, dos son sus especies: la bebida y la comida; pero es variada la preparación de la primera, e innumerables las especias y condimentos que necesita la segunda.[41] Estas cosas están confiadas al cuidado de dos encargados: la esmerada preparación de la bebida, al copero mayor; la más delicada aún de la comida, al jefe de reposteros.
omitirse. En tal caso la traducción sería: "Esta hambre es un mal relativamente leve".
[41] Literalmente: "...pero las especias y condimentos son variados en el caso de la primera (la bebida), e innumerables en el caso de la segunda (la comida)". Pero, evidentemente, las especias y los condimentos no son ingredientes o aditamentos de las bebidas, sino sólo de los alimentos sólidos, y he preferido una traducción menos fiel al texto griego pero más acorde con la realidad de las cosas.

156. Razones fundadas hay para que los sueños sean descriptos como presentándoseles en una sola noche; ya que ambos tienden al servicio de la misma necesidad, ocupándose de la preparación no del simple alimento sino del alimento acompañado de placer y deleite; y, si bien cada uno de ellos se ocupa de la mitad de la alimentación, ambos concurren a la alimentación total.

157. Cada una de esas partes, además, atrae a la otra, como que los que comen de inmediato sienten deseos de beber, y los que beben lo experimentan de comer. Y esta es una de las razones fundamentales por las que los sueños de ambos son presentados como simultáneos.

158. Ahora bien, la esfera de acción del copero mayor es la embriaguez; la del jefe de reposteros, la voracidad; y cada uno de ellos vio en su visión aquello que le es propio; el uno el vino y la planta con él emparentada, la vid; el otro panecillos de harina pura dispuestos sobre cestas que él mismo conducía.[42]
[42] Gen. XL, 16 y 17.

159. Convendría que examináramos primeramente el primero de estos sueños, que es como sigue: "En mi sueño había una vid delante de mí. En la vid había tres raíces y ella estaba en brote echando retoños. Las uvas estaban maduras en el racimo. La copa del faraón se hallaba en mis manos y, tomando el racimo, lo exprimí en ella, y alcancé la copa al faraón poniéndola en sus manos" (Gen. XL, 9a 11).

160. Las primeras palabras, "en mi sueño", son admirables y llenas de verdad. En efecto, el que se entrega a la embriaguez, no a la producida por el vino, sino más bien a la de insensatez, no soporta el estar ni el mantenerse de pie ni la vigilia, y permanece echado y tumbado como los que duermen, con los ojos del alma cerrados, incapaces de ver ni oír aquellas cosas que merecen verse y oírse.

161. Y así, vencido, recorre, no ya un camino, sino un impracticable sendero en la vida sin la guía de la vista ni de una mano, hiriéndose con zarzas y abrojos, y a veces precipitándose en huecos o llevando a otros por delante, con lo que acarrea la mísera ruina de éstos y de sí mismo.

162. El profundo y abismal sueño que cubre a todo hombre ruin, priva al entendimiento de las verdaderas aprehensiones y lo llena de falsos fantasmas e infundadas visiones, al par que lo persuade para que acepte como digno de alabanza cuanto es vituperable. Así, en el presente caso, el que sueña ve en sueños como alegría lo que es dolor, sin darse cuenta de que la viña que ve es la planta de la insensatez y la demencia.

163. "Había", dice, "una vid delante de mí" (Gen. XL, 9), vale decir, lo deseado estaba frente al deseoso, el mal frente al malvado. Nosotros, en nuestra insensatez, cultivamos esta vid sin darnos cuenta de que es para nuestro mal, y de su fruto comemos y bebemos distribuyéndolo para uno y otro tipo de alimentación; alimentación que evidentemente no nos trae aparejada sólo la mitad del daño sino el daño íntegro, completo, total.

164. XXIV. Mas, conviene no ignorar que la embriaguez producida por la vid no afecta por igual a todos los que la experimentan, y que a menudo sus efectos son opuestos, al punto de que cabe observar que algunos mejoran con ella y otros empeoran.

165. En algunos, efectivamente, es un sedante para la preocupación y el desánimo, serena las agitaciones del espíritu, atenúa las penas y temores, guía hacia cosas razonables el habitual comportamiento y reconcilia a las almas consigo mismas. En otros, por el contrario, estimula las reacciones iracundas, aguza las penas, excita los deseos eróticos, despierta la rusticidad, y da rienda suelta a la boca, quita todo freno a la lengua, abre las puertas a los sentidos, enardece las pasiones, y torna a la inteligencia salvaje y violenta frente a todas las cosas.

166. Así, la condición de los primeros parece semejante a la pureza serena del aire, a la calma del mal sin oleaje, a la tranquilidad y paz profunda de las ciudades; y la de los segundos, en cambio, se asemeja al viento violento y persistente, al mar tormentoso y desatado, a una revuelta política, conmoción aún más odiosa que una guerra sin tregua ni convenciones.

167. De los dos simposios, pues, uno está lleno de alegría, esparcimiento, promesas de bienes, esperanzas, dádivas, gratos sentimientos, buenas expresiones, rostros sonrientes, espíritus dichosos, seguridad.

168. El otro, en cambio, rebosa de preocupación, desánimo, descontentos, insultos, heridas, manifestaciones de ira, desconfianzas, vociferaciones, ahogos, peleas de todo orden, mutilaciones de narices, de orejas, v de cuantos miembros y partes del cuerpo determinare la suerte;[43] y en él se manifiesta la ebriedad y demencia de la vida entera en impía contienda y toda suerte de acciones vergonzosas.

[43] Ver Sobre la obra de Noé como plantador 160.

169. XXV. De todo esto se desprende que la vid puede ser considerada como símbolo de dos cosas, la locura y la sensatez. Uno y otro simbolismo puede ser puesto de manifiesto mediante numerosos testimonios; mas, para no extenderme demasiado, expondré solamente unos pocos.

170. Cuando Moisés nos condujo a través del camino desierto, libre de pasiones y maldades que es la filosofía v nos hizo subir como hacia la montaña, colocó la recta razón como sobre un pico de panorámica visión y mandó inspeccionar todo el país de la virtud, para ver si era rico y de suelo profundo, fértil en pastos y pródigo en frutos, apto tanto para desarrollar las enseñanzas en él sembradas como para que elevasen sus troncos las doctrinas plantadas a modo de árboles; o si ocurría todo lo contrario; para ver, también, si las acciones, cual si fueran ciudades, estaban bien cercadas y muy seguras o estaban desnudas y carentes de la

seguridad que brindan las murallas; y si los habitantes mostraban un gran progreso en número y poder o eran escasos a causa de su debilidad o débiles a causa de su escaso número.[44]
[44] Núm. XIII, 18 a 21.

171. XXVI. Nosotros, incapaces entonces de transportar todo el tronco de la sabiduría, cortamos y levantamos un solo sarmiento y racimo de uvas, signo clarísimo de alegría, levísima carga, mostrando a los de aguda visión mental el vástago y fruto de la nobleza de alma representado en la vid de vigorosos sarmientos cargados de racimos.[45]
[45] Núm. XIII, 24.

172. Esta vid, de la que sólo una parte somos capaces de tomar, es con propiedad comparada con la alegría, como lo atestigua uno de los antiguos profetas, que dijo poseído de Divina inspiración: "El viñedo del Señor Todopoderoso es la casa de Israel" (Isaías V, 7).

173. Israel es la inteligencia que contempla a Dios y al mundo, como que "Israel" significa "que ve a Dios"; en tanto que la casa de la inteligencia es el alma toda, y ésta es el más sagrado viñedo, cuyo fruto es el Divino vástago que llamamos virtud.

174. A tal punto es grande y luminoso el pensar felizmente, pues ese es el significado primitivo de felicidad,[46] que dice Moisés que Dios no desdeña emplearlo, y muy especialmente cuando la raza humana retorna de sus faltas y se inclina y vuelve a la rectitud siguiendo por propia determinación las leyes y normas de la naturaleza.
[46] Parentesco fonético, inadvertible, por supuesto, en la traducción, entre *eu phroneín* = pensar bien o felizmente, y *euphrosyne* = felicidad.

175. Dice, en efecto: "Dios, tu Señor, se volverá para alegrarse sobre ti por el bien, tal como se ha alegrado por tus padres, siempre que tú prestes oído a Su voz para guardar todos Sus mandamientos, dictámenes y juicios registrados en el libro de esta ley" (Deut. XXX, 9 y 10).

176. ¿Qué cosa podría infundir un mayor anhelo de virtud y un mayor ardor por una vida noble? "¿Quieres, oh inteligencia", dice, "que Dios se alegre? Pues alégrate tú misma y no te preocupes de ofrecerle nada costoso; que él no ha menester de cosa alguna de las tuyas; antes, por el contrario, acepta con alegría cuantos bienes te da.

177. Es para Él una alegría el dar cuando entiende que los que reciben son dignos de Su generosidad. Sólo quien considere que no se puede decir con seguridad que las vidas reprochables exasperen e irriten a Dios, dudará de que las vidas dignas de elogio Lo alegren.

178. Si a los padres y a las madres, progenitores mortales, por muchas que sean sus deficiencias, nada les alegra más que las buenas cualidades de sus hijos; al Progenitor de todas las cosas, en quien no hay deficiencia alguna en absoluto, ¿podrá no alegrarle la nobleza de Sus creaturas?

179. Por lo tanto, aprende, oh inteligencia, cuan grande es la irritación de Dios por el mal y cuan grande es Su alegría por el bien; y no provoques nada de lo que para tu propia ruina merezca Su ira, y practica sólo aquellas acciones por las que alegrarás a Dios.

180. Estas no las hallarás ni atravesando largos y no transitados caminos ni cruzando mares no navegados hasta hoy ni dirigiéndote sin pausa hacia los confines del mar y de la tierra. Ellas no habitan a inmensa distancia ni están desterradas de la parte habitada de la tierra; por

el contrario, el bien, como dice Moisés,[47] está situado aquí mismo a tu lado y unido a tu naturaleza, íntimamente ligado a las tres partes más importantes de tu ser: el corazón, la boca y las manos, o lo que es lo mismo: la inteligencia, la palabra y las obras, pues el bien pensar, el bien hablar y el bien obrar constituyen algo esencial, una, plenitud compuesta de buenos propósitos, de buenos actos y de buenas expresiones.
[47] Deut. XXX, 12 a 14.

181. XXVII. Digamos, pues, al copero mayor, a cuyo cuidado está una de las dos especies de la glotonería, es decir, el exceso. en las bebidas: "¿Por qué desempeñas ese mal papel, necio? Porque, aunque pienses que tus preparaciones conducen a la. alegría, lo que en realidad haces es encender la llama de la insensatez e incontinencia echando en ella muchísimo combustible".

182. El, sin embargo, nos dirá tal vez: "No me vengas con reproches precipitados, sin considerar antes mi verdadera situación. Se me ha designado para copero mayor no de un hombre adornado de continencia, piedad y demás virtudes, sino de uno voraz, licencioso, injusto, envanecido a causa de impiedad, que se ha atrevido a decir 'No conozco al Señor' (Ex. V, 2). Yo, naturalmente, me he ocupado por mi parte de lo que le procura placer.

183. Y no te asombres de que los motivos de alegría para Dios y para el faraón, usurpador de la dignidad Divina, sean opuestos. ¿Quién es, entonces, el copero de Dios? Aquel que hace la libación de paz, el verdaderamente grande sumo sacerdote, que recibe primeramente los brindis de las perennes gracias, y brinda a su vez éstas cuando derrama completamente toda la copa de la pura y embriagante bebida, es decir, cuando practica la libación de sí mismo.[48] Como ves, las diferencias entre los coperos corresponden a las diferencias entre aquellos a los que sirven.
[48] Es decir, el sacerdote, personificación del Divino *lógos*, es, como. éste, un vinculo entre Dios y la creación. El *lógos* es imagen de Dios y a la vez modelo de la creación; el sacerdote es receptor de las Divinas gracias, y las prodiga a su vez a los hombres.

184. En consecuencia, como servidor del faraón, que con total desenfreno desarrolla su soberbio y licencioso pensamiento, yo soy un eunuco con los órganos de la generación del alma mutilados, un desalojado de.-'tas' habitaciones de los hombres, un exiliado de las de las mujeres, ni varón ni mujer, incapaz tanto de procurar como de recibir simiente, un ser neutro y ambiguo, simple remedo del legítimo cuño humano, sin derecho a la inmortalidad, la que se renueva por siempre mediante las sucesiones de hijos y de hijos de hijos; excluido de la asamblea y congregación sagrada, pues está prescripto categóricamente que el eunuco y privado de los órganos de la generación no penetre en ella.[49]
[49] Deut. XXIII, 1.

185. XXVIII. El sumo sacerdote, en cambio, es irreprochable, perfecto, esposo de una virgen,[50] la que, y he aquí lo más admirable, jamás llega a ser una mujer, antes bien, con la compañía del esposo deja atrás su naturaleza femenina;[51] y no sólo es un esposo capaz de sembrar inmaculados y virginales pensamientos, sino también padre de sagrados entendimientos.
[50] Lev. XXI, 12 v 13.
[51] Gen. XVIII, 11.

186. De éstos, algunos son supervisores e inspectores de los hechos de la naturaleza, como Eleazar e Itamar;[52] otros, ministros de Dios y cuidan que esté encendida y arda la celestial

llama;[53] ya que, ocupados siempre en pensamientos y palabras acerca de la santidad, hacen que la piedad, la más semejante a Dios entre las cualidades, resplandezca cual si surgiera de materias inflamables.
[52] Ex. XXVIII, 1.
[53] Lev. X, 6.

187. El preceptor y padre de éstos no es un simple miembro de la sagrada congregación sino alguien sin cuya presencia el solemne concilio de las partes del alma en modo alguno podría jamás congregarse, el presidente, el magistrado supremo, el demiurgo.[54] el único capaz de examinar y ejecutar cada cosa por sí solo sin recurrir a otros.
[54] Magistrado supremo de ciertos estados griegos.

188. Éste, cuando está en compañía de otros es poca cosa, pero cuando actúa solo resulta múltiple, todo un tribunal, todo un consejo, todo un pueblo, toda una multitud, toda la raza humana, o más bien, si hemos de hablar claramente, una naturaleza intermedia entre Dios y el hombre, inferior a Dios y superior al hombre.

189. Por eso la escritura nos dice que "cuando el sumo sacerdote penetrare en el santo de los santos no será un hombre" (Lev. XVI, 17).[55] Y si no es un hombre, ¿qué es, entonces? ¿Acaso un Dios? Yo no diría eso, ya que ese calificativo fue una singular prerrogativa de Moisés, el supremo profeta, cuando, hallándose aún en Egipto, fue denominado "dios del faraón" (Éx. VII, 1); ni tampoco que es un hombre sino un ser que toca uno y otro extremo, como si uno fuera su cabeza y el otro los pies." [56]
[55] Ver Sobre la herencia de las cosas Divinas 84.
[56] Aquí concluye, al parecer, el largo discurso puesto en el parágrafo 182 en boca del copero mayor, quien, para justificar su misión, razona que a tal amo tal servidor, y se explaya sobre las diferencias que median entre él, servidor del impío y licencioso soberano egipcio, y el Divino *lógos*, encarnado en el sumo sacerdote, copero de Dios.

190. XXIX. Hemos puesto en claro lo concerniente a una de las dos clases de vides, la que corresponde a la alegría; a la embriagadora bebida que ella proporciona, es decir, el sabio consejo sin impureza alguna; y también al copero que la vierte desde la Divina copa, que el mismo Dios ha llenado de virtudes hasta el borde.

191. La otra clase de vid, la de la locura, el dolor y el frenesí del alcohol ya ha sido tratada en cierta manera, pero ella es caracterizada con otros rasgos mediante las palabras que se leen en otra parte en el Cántico Mayor,[57] que son éstas: "Su vid procede de la vid de Sodoma, y su sarmiento de Gomorra; su racimo es un racimo amargo, un racimo de amargura para ellos. Su vino es la cólera de los dragones, y la cólera incurable de los áspides" (Deut. XXXII, 32 y 33).
[57] Ver Sobre los cambios de nombres, nota 57.

192. Ves cuántas cosas produce el embriagante vino de la insensatez: amargura, malignidad, irascibilidad, grande irritación, salvajismo, mordacidad, insidia. Sumamente significativa es la declaración de que la planta de la insensatez está en Sodoma, ya que ,'Sodoma" significa "ceguera" o "esterilidad", y la insensatez es ciega y estéril en bienes; y persuadidos por ella algunos pretenden medir, pesar y contar todas las cosas según su propio patrón; pues "Gomorra" quiere decir "medida".

193. Moisés, en cambio, sostuvo que es Dios, y no la inteligencia humana, la medida, el peso y el número de todas las cosas.[58] Lo pone de manifiesto en estas palabras: "Ni habrá en tu

bolsa pesas distintas, grande y pequeña. No habrá en tu casa medidas distintas, grande y pequeña. Tendrás una pesa verdadera y exacta" (Deut. XXV, 13 a 15).
[58] Alusión a la doctrina de Protágoras, según la cual el hombre es la medida de todas las cosas.

194. Y la verdadera y exacta medida consiste en sostener que Dios, el único justo, mide y pesa todas las cosas y señala la naturaleza de todos los seres mediante números, límites y separaciones; en tanto que lo inexacto y falso es pensar que esto ocurre bajo el control de la inteligencia humana.

195. Este eunuco y a la vez copero mayor del faraón, tras haber contemplado en su visión la planta emparentada con la insensatez que es la vid, nos la describe luego con tres raíces para mostrar los extremos que en las tres divisiones del tiempo [59] puede alcanzar el mal obrar. La raíz, en efecto, es el extremo de la planta.
[59] Pasado, presente y futuro.

196. XXX. Cuando, pues, la insensatez ensombrece y somete al alma toda y no permite que parte alguna de ella quede sin trabas ni cadenas, la obliga a cometer no sólo aquellas faltas que admiten remedio sino también aquellas que son incurables.

197. Las que admiten remedio son descriptas como las más leves y primeras; las irremediables, correspondientes a las raíces, como las más penosas y últimas.

198. Y, así como la sensatez comienza, entiendo yo, a beneficiar partiendo de las rectas acciones más modestas v acaba en las más elevadas, del mismo modo también, la insensatez ejerce su violencia sobre el alma partiendo de lo alto, la aparta gradualmente de la instrucción, la instala lejos de la recta razón y la derriba postrándola hasta los últimos extremos.

199. Después de las raíces el sueño mostraba la vid en brote y echando retoños y produciendo frutos. "Ella", dice el copero mayor, "estaba en brote y echando retoños. Las uvas estaban maduras en el racimo" (Gen. XL, 10). ¡Ojalá hubiera permanecido sin frutos y jamás hubiera echado brotes y fuera estéril por toda la eternidad!

200. ¿Qué mal, en efecto, puede ser mayor que el que la insensatez germine y produzca frutos? Además dice: "'La copa del faraón', el receptáculo de la inconsciencia, del frenesí del vino y de la embriaguez incesante a lo largo de la vida toda, está 'en mi mano' (Gen. XL, 11), es decir, en mis proyectos, empresas y facultades, pues sin los recursos de mi inteligencia poco es lo que podrá progresar la pasión por sí misma.

201, Porque, así como conviene que las riendas se hallen las manos del conductor y el timón en las del piloto, pues sólo así el carro marchará derechamente en la carrera y el navío en su navegación; del mismo modo en la mano y poder del experto en una de las dos especie de glotonería, el hartazgo de vino, hállase el satisfacer al hombre incontinente."

202. ¿Pero, qué pensó éste para atreverse a jactarse por una tarea que más merecería ser negada que reconocida? ¿Acaso no hubiera sido mejor no reconocer que era maestro de incontinencia, y atribuir, en cambio, los incentivos de la pasión al incontinente mismo, como inventor y personal autor de su vida inconsistente, enervada y sumamente vergonzosa?

203. Pero el hecho es que la insensatez se vanagloria por aquellas cosas que por lógica

deberían ocultarse. En este caso no sólo se jacta de hacer circular la copa, el receptáculo del alma incontinente, en sus manos, y de mostrarla a todos, sino también de exprimir las uvas dentro de ella, o, lo que es lo mismo, de preparar el medio para llevar la pasión a su plenitud y poner al descubierto lo que estaba oculto.

204. Es que, así como los lactantes ávidos de alimento, no bien se aprestan a chupar la leche, exprimen y aprietan el pecho de la nodriza, del mismo modo el artesano de la incontinencia oprime con fuerza en la fuente de la que brota como lluvia el mal de la embriaguez, a fin de que en las exprimidas gotas halle el incontinente delicioso manjar.

205. XXXI. Tal sea nuestra descripción de este ebrio, delirante e incurable mal que es el hombre enloquecido por la incontinencia en la bebida. Toca ahora el tumo a la consideración de su allegado, también él un servidor del vientre, el amigo de la comida abundante y la glotonería, experto en lo tocante al comer sin medida.

206. No será muy grande la tarea que requerirá nuestra pesquisa; la visión contenida en el sueño es una exactísima reproducción de su imagen y considerándola cuidadosamente, contemplaremos a nuestro hombre reproducido como en un espejo.

207. "Pensaba", dice, "que llevaba tres cestas con panes de trigo sobre mi cabeza" (Gen. XL, 16). Por "cabeza" entendemos en nuestra interpretación alegórica la parte rectora del alma, que es la inteligencia, en la que todas las cosas se apoyan, por lo que en cierta ocasión ella ha gritado con acento tenso:[60] "Todas estas cosas han sucedido sobre mí" (Gen. XLII, 36).
[60] O con acento en el que se traduce el esfuerzo.

208. Así, pues, preséntasenos organizando la procesión de todos los medios que ha preparado para daño del desdichado vientre, y no se avergüenza el insensato de ser él mismo el portador de las rituales cestas y soportar el triple y tan grande peso de las mismas, vale decir, las tres partes en que el tiempo se divide.

209. Los cofrades del placer aseguran, en efecto, que éste consiste en el recuerdo de los deleites pasados, en el goce de los presentes y en la esperanza de los futuros.

210. De modo que las tres cestas corresponden a las tres partes del tiempo, y los tres pasteles que van sobre ellas, a la situación correspondiente a cada una de las partes, es decir, a los recuerdos de los placeres pasados, a la participación en los presentes y la expectativa de los futuros; y el que conduce todas estas cosas es presentado como el amante del placer, el que tiene su mesa llena de lo necesario no ya para un único género de incontinencia sino para todas las especies y todos los géneros prácticamente del desenfreno; mesa en la que está ausente la copa de la paz, y que carece de las sales de la amistad.

211. En esta mesa no hay más que un solo comensal, aunque equivale a un público banquete; y ese comensal es el rey faraón, por quien ha resultado dispersada, desmembrada y arruinada la continencia. Su nombre, en efecto, significa "dispersión". Su orgullo y realeza no se complace en aquellas cosas de que sería razonable enorgullecerse, es decir, en los bienes de la moderación; sino se envanece en aquellas en las que no debería, es decir, en las prácticas de una conducta repugnante, pues se arrastra tras la apetencia insaciable, la voracidad y la lujuria.

212. Y por eso, las aves,[61] vale decir, las imprevistas circunstancias que se precipitan desde lo

alto sobre nosotros, arderán a modo de un fuego sobre todas sus complacencias, las abrasarán y las consumirán con su fuerza devoradora de todo, de tal manera que no dejarán residuo alguno para goce del que conduce las cestas, quien había esperado proseguir con sus invenciones y proyectos para toda la eternidad como posesión intocable y segura.
[61] Gen. XL, 17.

213. Pero, gracias sean dadas a Dios, el victorioso, quien trunca los intentos, aunque forjados a la perfección, del amante de la pasión, haciendo descender sobre ellos invisiblemente aladas naturalezas para su ruina y destrucción. De ese modo, enteramente despojada la inteligencia de aquellas cosas que había forjado, aparecerá como un cadáver sin cabeza con el cuello cercenado y clavado, como los crucificados en el árbol de la mísera y menesterosa ignorancia.

214. En efecto, mientras ningún daño han recibido de parte de esos visitantes que acostumbran hacerse presentes imprevista e invisiblemente, las partes que practican para el goce del placer parecen dar felices resultados. Más, cuando estos visitantes se precipitan desde lo invisible, tales artes se desmoronan y el artesano perece con ellas.

215. XXXII. Hemos, pues, explicado los sueños de los que se han distribuido el taller del paladar, en el que una y otra especie de provisión: la bebida y la comida, son producidas, y no la bebida y la comida necesarias, sino las superfluas y desmedidas. A continuación, siguiendo el hilo del asunto hemos de indagar acerca del sueño de aquel que creía ser rey de estas dos y de las demás facultades del alma, es decir, del llamado faraón.

216. "En mi sueño", dice, "pensaba que estaba yo situado a orillas del río, y como si vinieran del río surgían siete vacas de escogida carne y de hermoso aspecto, y pastaban en el pasto verde. Y he aquí que otras siete vacas surgieron detrás, defectuosas, de aspecto desagradable y pobres de carnes, tales que no había yo visto más feas en todo Egipto.

217. Y las vacas flacas y feas devoraron a las siete vacas primeras, las hermosas y escogidas, y éstas pasaron a los vientres de aquéllas. Mas, no se notó que habían pasado a los vientres de aquéllas y el aspecto de las mismas permaneció feo como al principio.

218. Me desperté y volví a dormirme y vi otra vez en mi sueño cómo de un mismo tallo surgían siete espigas cargadas y hermosas. Mas, otras siete espigas delgadas y dañadas por el viento brotaron junto a aquéllas. Y las siete espigas devoraron a las hermosas y cargadas" (Gen. XLI, 17 a 24).

219. Observas las palabras iniciales del pagado de sí mismo, que, siendo, como es, movible, inestable y cambiante, dice: "Pensaba que estaba yo situado", y no ha razonado que la inmovilidad y la fijeza a nadie más caben que a Dios y a los que son Sus amigos.

220. De Su poder inmutable es prueba clarísima este mundo, que se mantiene siempre el mismo e idéntico; pues, si e! mundo es inconmovible, ¿cómo no ha de ser firme su Hacedor? Además son testigos dignos de toda fe los sagrados oráculos.

221. Leemos, en efecto, estas palabras puestas en boca de Dios: "Aquí y allí estoy situado Yo antes que tú, sobre la roca de Horeb" [62] (Ex. XVII, 6), lo cual significa: "Yo soy este, el que, estando aquí patente, estoy también allí y en todas partes pues todas las cosas están llenas de Mí. Estoy y permanezco sin cambios, pues soy inmutable, desde antes que tú o cualquiera de los otros seres llegara a existir, establecido en la más alta y antigua fuente de poder, desde la

cual ha brotado como lluvia la generación de cuanto existe, y desborda la corriente de la sabiduría."
[62] Ver Sobre los sacrificios de Abel y Caín 67.

222. En otro pasaje, en efecto, leemos: "Yo soy Aquel 'que hizo brotar de la dura roca la fuente de agua'" (Deut. VIII, 15). Y también Moisés atestigua la inalterabilidad Divina cuando afirma: "Vieron el lugar donde estuvo situado el Dios de Israel" (Ex. XXIV, 10); pues mediante la ubicación y la instalación da a entender la inmutabilidad.

223. Mas, es tan grande la superlativa estabilidad de la Divinidad, que también hace partícipes de Su fijeza a las naturalezas escogidas, brindándoles así un bien excelente. Por ejemplo, dice que Su pacto, pleno de mercedes, que es de las leyes y los principios que rigen a los seres el más importante, estará firmemente asentado como una estatua de Divina forma, y que el alma del hombre justo será su pedestal. En efecto, en cierta ocasión dijo a Noé: "Estableceré Mi pacto en tí" (Gen. IX, 11).

224. XXXIII. Estas palabras tienen dos sentidos. Uno, que justicia y pacto de Dios son la misma cosa; otro, que, mientras las mercedes que otros acuerdan son cosas distintas de los seres que las reciben, Dios no solo concede las mercedes a quienes las reciben sino entrega a éstos como don a sí mismos. Yo, en efecto, he sido dado por El a mí mismo, y cada cosa que existe ha sido dada a sí misma por Él, pues "Estableceré Mi pacto en ti" es lo mismo que "Te daré a ti mismo".[63]
[63] Tal vez el sentido de este complicado razonamiento sea el siguiente: 1) Dios establece en Noé su pacto, vale decir, se lo concede. 2) Pacto de Dios y justicia son una misma cosa. 3) Luego, como Noé es la personificación del hombre justo, Dios concede la justicia al hombre justo, que es como decir que Noé es concedido a sí mismo por Dios.

225. Además todos los que aman a Dios, huyendo de las tormentosas aguas de las incesantes actividades con su perpetua y confusa agitación y oleaje, tienden ansiosamente a anclar en los segurísimos fondeaderos de los puertos de la virtud.

226. Observa cómo se dice del sabio Abraham que estaba "situado frente a Dios" (Gen. XVIII, 22). ¿Cuándo, en efecto, es lógico esperar que la inteligencia esté fija y ya no se balancee como sobre una balanza, sino cuando está en presencia de Dios viéndolo y siendo vista por Él?

227. Porque este equilibrio le viene de dos fuentes: del ver al Incomparable, pues de ese modo no es arrastrado por las cosas de su misma naturaleza; y del ser visto, porque la inteligencia que ha sido juzgada por el Guía digna de ser objeto de Su mirada, es una inteligencia reservada por Él para el único sumo bien, es decir, para Sí mismo. También Moisés recibió una Divina prescripción en estos términos: "Permanece aquí conmigo" (Deut. V, 31), en la que se ponen de manifiesto las dos cosas ya señaladas, a saber: la inmovilidad del hombre virtuoso y la absoluta estabilidad del Que Es.

228. XXXIV. Y, en verdad, aquel que se aproxima estrechamente a Dios traba íntima relación con el Que Es; y, asimilando Su estabilidad, llega él mismo a adquirir fijeza. Y, cuando la inteligencia ha llegado al reposo, reconoce claramente cuan grande bien es la tranquilidad; y, lleno de admiración ante su belleza, no concibe ya que esa tranquilidad esté reservada sino a Dios y a la naturaleza intermedia entre la especie inmortal y la mortal.

229. Así, dice: "Y yo estaba de pie en el medio entre el Señor y vosotros" (Deut. V, 5), con lo cual no manifiesta que estaba apoyado sobre sus propios pies, sino quiere dejar en claro que la inteligencia del hombre sabio, apartada de las tormentas y contiendas, envuelta en una serena calma y en una profunda paz, es superior al hombre e inferior a Dios.

230. En efecto, mientras la inteligencia humana común se ve agitada y revuelta por la fuerza de los acontecimientos, la Otra, gracias a Su bienaventuranza y felicidad, está exenta de males, y el hombre virtuoso está en una situación intermedia; de modo que cabe afirmar que ni es Dios ni es hombre, sino se halla tocando ambos extremos, por su condición humana, la raza mortal; por su virtud, la Naturaleza inmortal.

231. A este oráculo se asemeja también el revelado a propósito del sumo sacerdote, que dice así: "Cuando penetre en el santo de los santos no será un hombre hasta que saliere" (Lev. XVI, 17).[64] Y, si bien en tales ocasiones, se convierte en un ser no humano, es evidente que no es Dios sino un ministro de Dios, estando ligado a la creación por lo que en él hay de mortal, y al Increado por lo que tiene de inmortal.

[64] En el parágrafo 189 se trata el mismo pasaje bíblico, pero el sumo sacerdote es interpretado como personificación del Divino *lógos*.

232. Y esta condición intermedia la retiene hasta que sale de nuevo al ámbito del cuerpo y la carne. Y es natural que así sea. Cuando la inteligencia, dominada por el amor hacia lo Divino, dirige sus esfuerzos hacia los más recónditos santuarios, y pone todo su ardoroso empeño en avanzar, poseída de Divina inspiración se desprende de todas las cosas, se desprende de sí misma y sólo tiene presente en su memoria y en sus preocupaciones a Aquel de quien es escolta y sierva, y a quien consagra el incienso de las sagradas e invisibles virtudes.

233. Pero, cuando la inspiración se interrumpe y el intenso anhelo mengua, al retornar de los Divinos lugares se convierte en hombre poniéndose en contacto con las cosas humanas, las que estaban al acecho en los vestíbulos para echarle mano no bien asomara desde adentro.

234. XXXV. En suma, que Moisés no describe al hombre perfecto ni como Dios ni como hombre, sino, como he dicho, cual es un ser intermedio entre la naturaleza increada y la perecedera. En cuanto al hombre que está en vías de progreso, lo ubica, a su vez, en la zona intermedia entre la vida y la muerte, llamando vivientes a quienes ajustan su existencia a los dictados de la inteligencia; y muertos a los que se complacen en la insensatez.

235. A propósito de Aarón [65] se dice, en efecto, que "estaba ubicado entre los muertos y los vivos, y se calmó la fractura (Núm. XVI, 48). Es que el hombre en vías de progreso ni es clasificado entre los que están muertos para la vida de la virtud, puesto que ansia con ardor el bien; ni entre los que viven las supremas y perfectas bienaventuranzas, pues aún le falta para llegar a la meta. En cambio, está vinculado a ambos extremos.

[65] Es decir el sumo sacerdote, que líneas más arriba aparece como personificación del hombre perfecto, y ahora es presentado como encarnación del hombre que aún no ha llegado a la perfección, hallándose por lo tanto en la etapa de los progresos.

236. Por eso está perfectamente dicho: "Se calmó la fractura", y no: "Cesó". Porque mientras en el caso de los perfectos los agentes de "fracturas", roturas y quebrantamientos del alma "cesan"; en cambio en los que están en la etapa de los progresos estos agentes sólo "disminuyen",. son, por así decir, detenidos y retenidos.

237. XXXVI. Si, pues, esta estabilidad, fijeza y permanencia en el mismo estado, en razón de su por siempre inmutable e inalterable condición, sólo es atributo, en primer lugar, del Que Es; en segundo lugar, del *lógos* del Que Es, *lógos* al que Él ha llamado Su pacto; en tercer lugar, del hombre sabio; y en cuarto lugar, del hombre en vías de progreso, ¿qué es lo que mueve al alma ruin y sujeta a todas las desgracias a pensar que ella puede estar sola, siendo así que es arrastrada como en medio de un diluvio y llevada de aquí para allá por los torbellinos que fluyen incesantemente a través de los canales de este vehículo de la muerte que es el cuerpo?

238. Dice, en efecto: "Pensaba que me hallaba ubicado al borde del río" (Gen. XLI, 17). En nuestra interpretación el "río" es símbolo de la palabra, dado que uno y otra fluyen hacia fuera y se deslizan con rapidez e ímpetu; y en unas ocasiones tanto el río como el habla tórnanse pródigos en desbordes, de agua el uno y de verbos y nombres la otra; en tanto que otras veces son estériles por la mengua y reducción de sus elementos.

239. Y ambos resultan beneficiosos, el uno irrigando los prados; la otra irrigando las almas prestas a escuchar, y a veces ambos son agentes de daño a causa de su ímpetu, el río anegando la tierra vecina, la palabra sembrando confusión y desorden en el entendimiento de los que no escuchan atentamente.

240. La palabra se asemeja al río, y tiene una naturaleza doble; la mejor y la peor, la mejor que es la que beneficia, la peor, como no podía ser de otro modo, la que daña.

241. Moisés ha proporcionado a los que son capaces de ver, ejemplos clarísimos de una y otra. "Un río", dice, sale del Edén para regar el parque; desde allí se divide en cuatro cabeceras" (Gen. II, 10).

242. Llama Edén, nombre que significa "deleite", a la sabiduría del Que Es, porque, entiendo yo, la sabiduría es fuente de deleite para Dios y Dios lo es para la sabiduría; y así, se proclama en los salmos: "Deléitate en el Señor" (Salmos XXXVII, 4). La Divina palabra desciende, como de la fuente de la sabiduría, al modo de un río, para mojar y regar los olímpicos y celestiales vástagos y plantas de las almas amantes de la virtud, que forman como un parque.

243, Esta sagrada palabra "se separa en cuatro cabeceras", o, lo que es lo mismo, se subdivide en las cuatro virtudes, cada una de las cuales es una reina. En efecto, lo de separarse en cabeceras nada tiene que ver con separarse en zonas de terreno y sí con una separación en reinos; y así, cuando expone lo relativo a las virtudes, de inmediato presenta al sabio que las posee como un rey, un rey elegido no por los hombres sino por la Naturaleza, único elector veraz, incorruptible y libre.

244. Así, los que han visto al hombre de bien que es Abraham le dicen: 'Tú eres un rey procedente de Dios entre nosotros" (Gen. XXIII, 6);[66] con lo que exponen para los que se ocupan de la filosofía la doctrina según la cual sólo el sabio es soberano y rey, y la virtud una soberanía y reino independiente.
[66] Ver Sobre Abraham 261.

245. XXXVII. Comparando esta palabra con un río uno de los discípulos de Moisés dijo en los salmos: "El río de Dios se llenó de aguas" (Salmos LXV, 10); expresión que no tendría sentido si se refiriese a alguno de los ríos que corren sobre la tierra. No, aquí se refiere claramente a la Divina palabra y la presenta, a lo que parece, como llena de la corriente de la

sabiduría, sin que parte alguna de ella se halle desprovista y vacía de sí, ...[67] como ha dicho alguien, llena fluyendo en todas sus partes y remontándose hacia las alturas por el constante e ininterrumpido fluir de aquella perenne fuente.
[67] Laguna breve en el texto.

246. Hay también otro salmo, que dice así: "El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios" (Salmos XLVI, 5). ¿Qué ciudad? Porque la que actualmente es la ciudad sagrada,[68] en la que además se halla el sagrado templo, está situada a gran distancia tanto del mar como de los ríos. De lo que se desprende que lo que quiere sugerir el salmo alegóricamente es algo distinto de lo que se entendería literalmente.
[68] Jerusalén. La idea es que no puede tratarse de la ciudad sagrada material, a la que no llegan las aguas ni del mar ni de no alguno.

247. La verdad es que el torrente de la Divina palabra, al correr . . .[69] e incesantemente con fuerza y ordenadamente, hace desbordar y alegrarse al universo entero en todas sus partes.
[69] Breve laguna. Quizá deba llenarse con "rápida e".

248. Porque, "ciudad de Dios" es, en determinado sentido, el nombre del mundo, el que, habiendo recibido la copa toda de la Divina bebida, ha bebido en ella, y radiante de alegría ha entrado en posesión de la dicha que por siempre perdura sin disminuir ni extinguirse. En otro sentido la "ciudad de Dios" es el alma del sabio, en la que Dios, se dice, paséase como en una ciudad. "Pasearé", dice, "entre vosotros y será vuestro Dios" (Lev. XXVI, 12).

249. Y, cuando el alma feliz extiende la sacratísima copa que es su propia razón, ¿quién derrama en ella los contenidos de verdadera felicidad, sino la palabra de Dios, Su copero y maestro de festines, palabra que, por otra parte, no es cosa distinta de la bebida vertida, y que está libre de toda mezcla y es el deleite, la dulzura, la expansión, el buen ánimo, la ambrosíaca droga, para decirlo también con términos poéticos, de la alegría y la dicha?

250. XXXVIII. Ahora bien, la ciudad de Dios es llamada por los hebreos Jerusalén, cuyo nombre, traducido, quiere decir "visión de paz".[70] En consecuencia, no busques la ciudad del Que Es en las regiones de la tierra, que no se trata de una ciudad construida con maderas y piedras; sino en un alma pacífica y de aguda visión, que se ha propuesto como norte de la vida de contemplación y de paz.
[70] Significado del que se deduce que se trata de un estado o condición espiritual, no do una ciudad material.

251. ¿Qué casa, en efecto, más digna y santa podría hallarse para Dios entre las cosas existentes que una inteligencia inclinada a la contemplación, ansiosa de ver todas las cosas y que no desea la subversión ni el alboroto ni siquiera en sueños?

252. Yo he oído decir una vez más al invisible espíritu que acostumbra acompañamos invisiblemente: "Amigo, al parecer no estás al tanto de este importante y precioso asunto; y yo, que en muchas otras cosas te he instruido en su momento oportuno, te lo explicaré de muy buen grado.

253. Ten bien presente, mi buen amigo, que sólo Dios es la inmensamente cierta y verdadera paz; la naturaleza toda creada y mortal es, en cambio, una incesante guerra. Dios, en efecto, es un ser de libres decisiones; la existencia nuestra está regida por la necesidad. Con justicia, pues, puede llamarse residencia y ciudad de Dios a cualquiera que tuviere la fuerza necesaria

para abandonar la guerra, la necesidad, la creación y la destrucción y para cambiar de bando marchando hacia lo increado» hacia lo imperecedero, hacia la libre voluntad, hacia la paz.

254. No te dé, pues, cuidado el llamar al mismo objeto visión de la paz y visión de Dios, porque de la cofradía de las potencias del Que Es, a las que se designa con muchos nombres, la paz no sólo es miembro sino jefe."

255. XXXIX. Asimismo, al sabio Abraham le dice Dios que le dará una porción de tierra "desde el río de Egipto hasta el gran río Eufrates" (Gen. XV, 18), haciendo referencia no a una división de un país sino a la mejor parte de nuestro ser. En efecto, nuestro cuerpo y las pasiones producidas en él y por él son comparados con el río de Egipto; nuestra alma y las cosas que le son caras, con el Eufrates.

256. Establécese una doctrina de vitales consecuencias y enorme contenido según la cual el hombre virtuoso ha recibido, como porción suya, el alma y las virtudes del alma; al par que el hombre ruin se ha quedado con el cuerpo y los vicios que se dan en el cuerpo y por el cuerpo.

257. En cuanto al vocablo "desde", le caben dos significados, uno, que incluye aquello desde donde decimos que comienza algo; otro, que lo excluye. En efecto, cuando decimos que hay doce horas desde el alba hasta el atardecer o treinta días desde el primero hasta el último día del mes, incluimos la primera hora y el primer día respectivamente. Cuando, en cambio, se dice que el campo está a una distancia de tres o cuatro estadios de la ciudad, es evidente que no se incluye la ciudad.

258. Así pues, en este caso en la expresión "desde el río de Egipto" hemos de entender que el río no está incluido, ya que Moisés desea que moremos fuera de las cosas corpóreas, las que se presentan en un flujo y movimiento ruinoso para las demás cosas y para sí; y que recibamos como herencia el alma junto con las virtudes, que son indestructibles y dignas de inmortalidad.

259. Hemos así hallado en el curso de nuestra investigación que la palabra digna de elogio es comparada con un río. En consecuencia, la palabra censurable vale decir, la palabra inepta, ignorante y, por así decir, sin alma, no es otra cosa que el río de Egipto. Por eso éste se transforma en sangre,[71] y no sirve ya como alimento. Es que nadie puede beber la palabra de la ignorancia. Y, además, proliferan en él las ranas, seres sin sangre ni alma, que emiten un sonido extraño y duro, torturante para el oído.

[71] Ex. VII, 20.

260. Se nos dice, además, que todos los peces que en él había perecieron.[72] Los peces simbolizan los pensamientos. Estos, en efecto, nadan y encuentran su residencia natural en la palabra, como en un río, y, semejantes a seres vivientes, le infunden vida. En cambio, colocadas en la palabra ignorante las ideas resultan muertas. Ningún sentido es dable hallar en ella, sólo sonidos propios de griterías, desordenados y, como ha dicho alguien,[73] desmesurados.

[72] EX. VII, 21.

[73] Ilíada II, 212.

261. XL. Sobre estos puntos ya es bastante. Ahora bien, al decir: "Pensaba yo que estaba situado al borde del río", reconoce que en su sueño veía no sólo una posición y un río, sino también las orillas de un río. Es necesario que a propósito del "borde" [74] del río hagamos

algunas observaciones que vienen al caso.
[74] El término *kheílos* = borde, significa también labio. De allí que en

262. Advertimos que la naturaleza ha dotado de labios a los seres vivientes y en particular a los hombres con dos fines sumamente necesarios. El primero es el silencio, pues los labios son la más fuerte barrera y valla para el sonido; el segundo, la expresión, pues a través de ellos fluye la corriente de las palabras, siéndoles imposible pasar si ellos no se abren.

263. De ese modo los labios ejercitan y preparan para ambas cosas: hablar y callar atendiendo a la ocasión propicia para hacer una u otra cosa. Por ejemplo: ¿vale la pena escuchar lo que se nos dice? Pues, presta atención en silencio, sin contradecir, conforme con la prescripción de Moisés: "Calla y escucha" (Deut. XXVII, 9).

264. De ninguno, en efecto, de los que se meten en controversias verbales podemos en rigor pensar que habla o escucha; aquel que realmente intentara hacer (una y otra cosa, debería reconocer) la utilidad (del silencio).[75]
[75] Los términos entre paréntesis corresponden a una laguna en el texto, por lo que la traducción es conjetural.

265. Asimismo, cuando en medio de las guerras y males de la vida vieres la misericordiosa mano del Divino poder extendida sobre tí como un escudo, guarda silencio. Este Auxiliador no ha menester de alianza. También de esto hay una prueba registrada en las Sagradas Escrituras. "El Señor", dice, luchará por vosotros, y vosotros permaneced callados" (Ex. XIV, 14).

266. Y si lo que vieres es que perecen los hijos legítimos primogénitos de Egipto, es decir, la concupiscencia, el placer, el dolor, el temor, la injusticia, la insensatez, la incontinencia y todas las demás cosas estrechamente emparentadas con éstas, sobrecogido de admiración guarda silencio y humíllate ante el tremendo poder de Dios.

267. Porque, "no gruñirá un perro con su lengua, ni desde el hombre hasta la bestia" (Ex. XI, 7), lo que significa que ni la canina lengua con sus ladridos y vociferaciones, ni el hombre que hay en nosotros, es decir, la rectora inteligencia, ni la criatura semejante a los animales, que es la sensibilidad, deben envanecerse cuando ante la inminencia de nuestra ruina total nos llega desde fuera el socorro que espontáneamente nos escuda los razonamientos que siguen Filón pase de una a otra acepción varias veces empleando el mismo vocablo.

268. XLI. Mas, sobrevienen muchas ocasiones nada propicias para el silencio, ocasiones que reclaman la palabra en prosa o en verso. De estas dos formas de expresión es posible también hallar ejemplos apropiados. ¿Cómo? Supongamos que imprevistamente nos vemos dueños de una porción de bien. Bueno es, en tal caso, que expresemos las gracias y cantemos himnos a quien nos la procuró.

269. ¿Y cuál es ese bien? Supongamos que la pasión que nos acosaba está muerta y ha sido arrojada destruida completamente y sin sepultura. No perdamos tiempo, entonces, y poniendo en orden nuestro coro cantemos el más sagrado de los cánticos y exhortemos a todos a decir: "Cantemos al Señor, que se ha mostrado en toda Su gloria; al caballo y al que lo montaba ha arrojado al mar" (Ex. XV, 1).

270. Pero aunque la ruina y destierro de la pasión es, sin duda, un bien; con todo, no un bien

perfecto. El bien sin paralelo es el hallazgo de la sabiduría. Descubierta ésta, todo el pueblo canta, no con una parte sola de la música sino con todas las armonías y melodías de ella.

271. En efecto, dice la escritura que "entonces Israel entonó este cántico sobre la fuente" (Núm. XXI, 17), o, lo que es lo mismo, sobre el saber, que en otro tiempo estuvo oculto, y luego fue buscado y, finalmente, descubierto; saber, cuya naturaleza es profunda y por el cual habitualmente son regados los racionales campos de las almas de los amantes de la contemplación.

272. Y otro caso más: cuando cosechamos el legítimo fruto de la inteligencia, la sagrada palabra nos prescribe que presentemos, como colocadas en el cesto [76] de nuestro entendimiento, las primicias de esta copiosa cosecha de excelencias que han brotado, que han germinado, que han sido producidas por obra del alma; y que, acto seguido, echemos mano a los recursos de la oratoria para alabar a Dios, el perfeccionador, en términos como estos: "He quitado de mi casa las cosas santas" y las he guardado en la casa de Dios [77] poniéndolos bajo la administración y cuidado de aquellos que por su selecta condición han sido escogidos para el sagrado cuidado del templo.
[76] Deut. XXVI, 2 y 4.
[77] Deut. XXVI, 13.

273, Estos son los levitas y los prosélitos, los huérfanos y las viudas,[78] de los cuales los primeros son suplicantes; los segundos, emigrados y fugitivos de sus hogares; y los restantes, huérfanos y viudas con respecto a la creación, que han adoptado a Dios como legítimo padre y esposo de sus serviciales almas.
[78] Deut. XXVI, 13.

274. XLII. Esta es la manera más apropiada de hablar y de callar. Pero los hombres ruines hacen exactamente lo contrario.. Cultivan ardorosamente el silencio culpable y la expresión reprensible, y ejercitan uno y otra para ruina de sí mismos y de otros.

275. La práctica a que son más afectos es la de decir lo que no deben. Abren, en efecto, sus bocas y les quitan todo freno permitiendo así que su hablar sin ton ni son, como dicen los poetas,[79] se precipite cual torrente incontenible, acarreando a su paso innumerables perjuicios.
[79] Ilíada II, 246.

276. Así, algunos de ellos se abocan a la defensa del placer, la concupiscencia y todo desmedido apetito, fortificando a la irracional pasión contra la rectora razón; otros se presentan con ánimo belicoso para mezclarse en contenciosas controversias con la esperanza de cegar a la raza vidente y de poder arrojarla en precipicios y profundidades, de las cuales ya no podría volver a salir.

277. Algunos, en fin, se han mostrado opositores no sólo a la virtud humana sino también a la Divina. A tal punto ha llegado su demencia. El faraón, rey de la tierra de Egipto, es señalado como jefe de la primera de estas cofradías, la de los amantes de las pasiones. Así, Dios dice al profeta: "He aquí que él saldrá en persona hacia el agua, y tú estarás allí para salirle al encuentro junto al borde del río" (Ex. VII, 15).

278. Es, en efecto, característico en él marchar siempre hacia el torrente desbordante de la irracional pasión, así como es propio del sabio salir al encuentro de la fuerte corriente de argumentos en pro del placer y la concupiscencia; no con sus pies sino con su entendimiento,

seguro e indoblegable, sobre los bordes del río, es decir, sobre la boca y la lengua,[80] que son los órganos de la palabra. Firmemente subido sobre ellos podrá desbaratar y echar abajo las aparentes verdades con que se pretende justificar la pasión.
[80] Ver la nota 73.

279. En cuanto al enemigo de la raza ^vidente, no es otro que el pueblo del faraón, el que atacó, persiguió y esclavizó incesantemente a la virtud, hasta que recibió el merecido pago por las maldades que había cometido, sumergido en el mar de las iniquidades y calamidades que su pasión había despertado, al punto de que aquella ocasión ofreció un espectáculo sin igual, una victoria indisputada y una alegría superior a la esperada.

280. Por eso leemos que Israel vio muertos junto al borde del mar a los egipcios" (Ex. XIV, 30). Poderosa es la mano protectora que hizo que la boca, los labios y la palabra presenciaran la caída de quienes los habían aguzado contra la verdad, para que de ese modo perecieran, no con armas ajenas sino con las propias, aquellos que los habían empleado contra otros.

281. XLII. Tres son los excelentes anuncios que aquí se formulan al alma: uno, la ruina de las egipcias pasiones; otro, el hecho de que ella tiene lugar no en otro lugar sino en los bordes de la salada y amarga fuente, comparable a un mar, a través de las cuales la sofística palabra, enemiga de la virtud, se había derramado; y el último, la circunstancia de que esa ruina era visible.

282. En efecto, así como es justo que ninguna cosa excelente permanezca oculta y que, por el contrario, sea sacada a la claridad de la luz y al brillo solar; también lo es que el contrario mal sea precipitado en las tinieblas profundas. Este, ni por casualidad debería jamás llegar a ser visto; el bien, en cambio, debería ser contemplado atentamente por los mejores ojos. ¿Y qué bien hay mayor que el hecho de que los seres nobles vivan y los ruines perezcan?

283. En tercer lugar están, dijimos,[81] aquellos que extendieron hasta el mismo cielo la habilidad de sus palabras. La actividad de éstos iba dirigida contra la naturaleza pero más aún contra su propia alma, ya que afirmaban que sólo existe este mundo visible y sensible, que ni ha sido creado ni perecerá, que es, por el contrario, increado y eterno y que nadie lo controla, dirige ni protege.
[81] En el parágrafo 277.

284. Luego apilaron una sobre otra sus demostraciones y así elevaron hacia las alturas, como una torre, el edificio de su espuria doctrina. En efecto, leemos que "toda la tierra era un labio" (Gen. XI, 1), un discordante concierto de todas las partes del alma para desalojar de su posición a la más grande fuerza de cohesión del universo, el gobierno del mismo.

285. El resultado fue que, cuando esperaban remontarse hasta el cielo en alas de sus concepciones y dar por tierra con la eterna Realeza, la poderosa e indestructible mano los arrojó abajo y desbarató el edificio de su doctrina.

286. Al lugar le quedó el nombre de "confusión", nombre apropiado para su inusitado atrevimiento. Porque, ¿qué hay más confuso que la falta de gobierno? ¿No están llenas de conflictos y desorden las casas donde no existe autoridad?

287. ¿Y no son arruinadas por las arbitrariedades de la muchedumbre, la mayor de las oposiciones a la autoridad, aquellas ciudades que han quedado sin reyes? ¿No han perdido sus

antiguos y grandes motivos de felicidad los países, naciones y regiones de la tierra cuyos gobiernos se han disuelto?

288. ¿Y qué decir en el caso de la humanidad? Las comunidades de los otros seres vivientes, aéreos, terrestres y acuáticos no están congregadas sin que un guía los gobierne; por el contrario, siempre desean un jefe y lo honran como si de él procediera cuanto de bueno tienen; y, si éste les falta, se dispersan y son destrozadas.

289. ¿Pensaremos, entonces, que, mientras para los seres terrestres, es decir, la porción más insignificante del universo, el origen de los bienes se halla en la autoridad, y el de los malos reside en la anarquía, el mundo no deberá la suprema felicidad de que está lleno al reinado de Dios?

290. Pues bien, los sediciosos de que hablamos recibieron el castigo correspondiente a su intento. Habiendo llevado el desorden al ámbito de lo sagrado, contemplaron su propia impiedad desordenada por la anarquía. Los que sembraban confusión habían sido confundidos. Pero, mientras este castigo no les ha llegado, envanecidos por su demencia, tratan de destruir con impías palabras el gobierno del universo, se erigen ellos mismos en gobernantes y reyes, y traspasan a la creación, inestable, transitoria y perecedera, como es, el indestructible poder de Dios.

291. XLIV. Adoptando el tono de comediantes y llenos de vanidad acostumbran, sumamente ridículos, como son, a decir:
"Nosotros somos los jefes, nosotros somos los soberanos. Todas las cosas dependen de nosotros. ¿Quiénes, si no nosotros, pueden producir los bienes y sus opuestos? ¿De quiénes, si no de nosotros, dependen los beneficios y los daños sin lugar a dudas? No hacen sino decir tonterías los que aseguran que todas las cosas dependen de un poder invisible, al que consideran rector de las cosas humanas y Divinas del mundo."

292. Tales son sus presuntuosas jactancias. Con todo, si tornan a ser dueños de sus actos, como los que recobran la sobriedad después de una borrachera; si, llegando a darse cuenta de sus pasadas actitudes de ebrios, se avergüenzan y se echan en cara las faltas en las que su insensato juicio les hizo incurrir; si toman como insobornable e incorruptible consejero al arrepentimiento y tratan de alcanzar la clemencia de la potencia propicia del Que Es con santas retractaciones por sus profanas presunciones; en ese efecto, el Auriga que está subido al alado carro que es este caso alcanzarán un completo perdón.

293. Pero, si, en cambio, continúan siempre rebeldes a las riendas y se encabritan indómitos como si fueran independientes, libres y señores de otros, se verán fatal e implacablemente forzados a ser testigos de su nulidad en todas las cosas, pequeñas y grandes.

294. En efecto, el Auriga que está subido al alado carro que es este mundo les pondrá el freno, tirará hacia atrás con fuerza las hasta entonces sueltas riendas, apretará los bozales, y con látigos y agudos instrumentos les hará presente Su condición de amo, de la que, como esclavos ruines, habían olvidado fiados en la bondad y dulzura del soberano.

295. Ellos desvirtúan la benignidad de los amos tomándola por falta de autoridad y simulan un estado sin gobierno hasta que su dueño frena la impetuosa corriente de su enfermedad aplicando castigos a título de remedios.

296. Por eso leemos que "el alma sin ley, que distingue con los labios el hacer el mal o el hacer el bien", más adelante: "proclamará su falta" (Lev. V, 4 y 5). ¿Qué es lo que dices, alma rebosante de presunción? ¿Conoces, acaso, qué es el bien verdadero, o la nobleza o la justicia o la santidad, o qué conviene a cada uno?

297. El conocimiento y el poder sobre estas cosas reside en Dios solamente y en quien es Su amigo. Testimonio de esto es el oráculo en el que se lee: "Yo mataré y daré la vida; golpearé y curaré" (Deut. XXXII, 38).

298. Pero ciertamente, cuando el alma que se tiene a sí misma por sabia ha tenido este sueño sobre cosas que están fuera de su alcance, no lo toma a la ligera, sino a tal punto la llenan los vientos del orgullo, que llega a jurar [82] que esas cosas, falsas suposiciones suyas, se hallan segura y firmemente establecidas.
[82] Lev. V, 4.

299. Y, si la agitación afiebrada de su enfermedad comienza a abatirla, la chispa de la salud, encendiéndose gradualmente, la forzará primero a "proclamar su falta", es decir, a reprocharse a sí misma, y a presentarse luego ante el altar como suplicante, para recabar gracias con súplicas, votos y sacrificios, únicos medios para alcanzar el olvido de sus culpas.

300. XLV. A continuación podríamos, con razón, preguntar por qué sólo al hablar del río de Egipto, y no así en el caso del Eufrates y de los otros sagrados ríos, señala Moisés que tiene labios. En erecto, mientras en un pasaje dice: "Estarás colocado en el borde (o labio) del río para salirle al encuentro" (Ex. VII, 15) ...[83]
[83] Se advierte en este punto que el texto se halla trunco y que debían seguir seguramente algunos ejemplos.

301. No faltarán, probablemente, quienes digan en tono burlón que tales cuestiones no deberían ser objeto de nuestras indagaciones; que, a todas luces, resultan sutilezas más bien que averiguación provechosa. Pero yo sostengo que tales estudios son como condimento que sazona las sagradas escrituras para mejoramiento de sus lectores; y que no se ha de tachar de ociosos parlanchines a los que están entregados a estas investigaciones, y sí de inoperantes a los que las desechan.

302. Porque el asunto que nos ocupa ahora nada tiene que ver con los conocimientos acerca de los ríos, y sí con vidas a las que se compara con las corrientes de los ríos, y en las que se dan tipos opuestos. La vida del hombre virtuoso se manifiesta, en efecto, a través de obras; la del ruin, a través de palabras.
Y la palabra... a la lengua, a la boca, a los labios.. .[84]
[84] Laguna en el texto.

SOBRE ABRAHAM

(DE ABRAHAMO)

Vida del hombre sabio cuya perfección es resultado de la instrucción; o primer libro de las leyes no escritas, que trata sobre Abraham

1. I. El primero de los cinco libros en que se hallan escritas las sagradas leyes es designado y registrado con el nombre de Génesis, nombre que hace referencia a la génesis del mundo, relatada en la primera parte de dicho libro. Lleva ese título a pesar de que abarca otros innumerables asuntos, tales como la guerra y la paz, la fecundidad y la esterilidad, el hambre y la abundancia, los inmensos estragos producidos sobre la tierra por el fuego y el agua,[1] y los sucesos contrarios a estos, vale decir, las creaciones y los desarrollos tanto de animales y plantas al influjo de las condiciones propicias del aire y de las estaciones anuales, como de los hombres, de los que unos han consagrado sus vidas a la virtud y otros al vicio.
[1] Es decir, el diluvio universal y la destrucción de Sodoma y Gomorra. Ver Sobre la vida de Moisés II, 52 a 65 y 263.

2. Pero, dado que de estas cosas unas forman parte del mundo y otros son acontecimientos relacionados con él, y el mundo es la perfectísima plenitud que los contiene, es al mundo al que el legislador le ha dedicado la totalidad del libro.

3. Lo que toca a la manera como tuvieron lugar las sucesivas etapas de la creación del mundo ha sido detalladamente expuesto por nosotros, hasta donde nos era posible, en el tratado precedente.[2] En cuanto a las leyes, puesto que es preciso que al examinarlas lo hagamos conforme con un orden apropiado, dejaremos para después la consideración de las particulares, que son copias, por así decir; y examinaremos primeramente las más generales, las que podríamos llamar arquetipos de aquéllas.
[2] El "tratado precedente" es muy posiblemente Sobre la creación del mundo según Moisés, en el cual se desarrollan los temas que ahora menciona Filón. Según esto. Sobre la creación del mundo no encabezaría el conjunto total de las obras de Filón, sino sólo la segunda parte, es decir, la dedicada a exponer las leyes contenidas en el Pentateuco, después de haberlas comentado o interpretado alegóricamente en la primera parte. Así lo han entendido algunos editores modernos, que colocan Sobre la creación del mundo inmediatamente antes de Sobre Abraham. En la presente edición se sigue la ordenación tradicional ubicándose aquél a la cabeza de todos los tratados filonianos, y éste al comienzo de la segunda parte. Uno y otro criterio resultan aceptables por cuanto el contenido y el carácter de Sobre la creación, del mundo hacen que el tratado pueda servir de iniciación tanto de la interpretación alegórica como de la exposición de las leyes. Ver Introducción, pág. 17 y 18.

4. Estas leyes están personificadas en hombres de vida irreprochable y noble, cuyas virtudes hállanse registradas en las sacratísimas escrituras, y no para alabanza de ellos exclusivamente, sino además para instruir a quienes las leen y despertar en estos el deseo de emularlos.

5. Dotadas de vida y razón, dichas leyes encárnanse en tales hombres, a los que Moisés encomia por dos motivos: en primer lugar porque desea dejar en claro que las prescripciones establecidas no están reñidas con la naturaleza; y en segundo lugar porque quiere hacer patente que el trabajo que sobrellevan los que aspiran a vivir conforme con las disposiciones de la ley no es muy grande, como lo prueba el hecho de que las primeras generaciones se ajustaran con facilidad suma a la legislación no escrita, antes de que por primera vez se

redactara cada una de las legislaciones particulares, al punto de que bien podría afirmarse que, una vez establecidas, éstas no son otra cosa que recordaciones de la vida de aquellos antiguos, encaminadas a perpetuar la memoria de sus obras y pensamientos.

6. Ellos, en efecto, sin haber sido discípulos o alumnos de otros ni haber aprendido de maestros lo que debían hacer y decir, siguiendo sólo sus propias determinaciones e instruyéndose a sí mismos, aceptaron de buen grado vivir conforme con la naturaleza, por considerar que la naturaleza misma era, y realmente lo es, la más venerable de las legislaciones. De ese modo, su vida toda se ajustó a leyes excelentes, y no incurrieron voluntariamente en nada reprochable; y, en los casos de faltas casuales, invocaron a Dios, y con ruegos y plegarias recabaron Su perdón; con lo que aseguraban que su vida entera estuviera rectamente encaminada a través de ambas contingencias, tanto las acciones preconcebidas como en las realizadas sin deliberado propósito.

7. II. Pues bien, como el primer paso hacia la participación en los bienes es la esperanza y el alma amante de la virtud la abre y despliega como una ancha vía, en su empeño por alcanzar la verdadera excelencia. Moisés ha dado el nombre de "hombre" al primero que amó la esperanza, concediéndole como especial distinción el nombre que es común a toda nuestra raza. "Enós", en efecto, es el nombre con que los caldeos [3] designan al hombre.

[3] Filón llama habitualmente lengua caldea a la hebrea. Recuérdese que después del destierro de Babilonia la lengua hebrea dejó de hablarse y que su conocimiento quedó reservado a los eruditos. Los hebreos adoptaron la lengua internacional de entonces, el arameo, y posteriormente el griego los radicados fuera de Palestina en las zonas orientales del Mediterráneo, particularmente en Alejandría. De ese modo estos judíos no podían entender la escritura en su lengua original, como lo señala Filón en Sobre la vida de Moisés II, 26.

8. Le dio ese nombre porque, a su juicio, solo es verdadero hombre aquel, que espera el bien y reposa firmemente sobre honestas esperanzas;[4] lo cual nos demuestra que a quien no posee esperanzas no lo consideraba un hombre sino un simple animal con forma humana, ya que está desposeído de la posesión más peculiar del alma humana, que es la esperanza.

[4] Filón asocia la esperanza con Enós, basándose en Gen. IV, 26, donde se lee que "este Enós fue el primero que esperó pronunciar el nombre de Dios Soberano". Ver Sobre las habituales intrigas de lo peor contra lo mejor, 138.

9. Por ello, en su deseo de ensalzar cumplidamente al esperanzado, después de expresar que éste había puesto su esperanza en el Padre y Hacedor de todas las cosas, agrega: "Este es el libro de la creación del hombre"; no obstante que antes habían sido creados los padres y los abuelos de aquél. Es que el legislador entendía que éstos eran los fundadores de la raza mezclada, en tanto que Enós lo era de la raza sin mezcla ni impureza alguna, de la verdaderamente racional.

10. En efecto, así como, aunque los poetas son innumerables, decimos "el poeta" refiriéndonos a Hornero, el poeta por excelencia; y al decir "el negro" [5] nos referimos a aquello con lo que escribimos, a pesar de que todo lo que no es blanco es negro; y entre los atenienses quien dice "el arconte" [6] dice "el arconte epónimo", el de mayor jerarquía entre los nueve arcontes, aquel cuyo año de magistratura sirve para determinar las fechas; de la misma manera Moisés ha dado el nombre de hombre por excelencia a. aquel hombre que acariciaba esperanzas, no haciendo lo mismo en el caso de la multitud de los otros hombres por considerarlos no merecedores de recibir el mismo título.

[5] *To mélan* = el (o lo) negro, designa además la tinta para escribir.

[6] El título de arconte, sin aditamento alguno, designaba en Atenas al arconte por excelencia o primer arconte, que posteriormente se denominó arconte epónimo porque con su nombre se designaba el año de su ejercicio del cargo. Los otros arcontes llevaban una especificación adicional y eran el arconte basileo, el arconte polemarco y los seis arcontes tesmótetas.

11. Acertado estuvo también Moisés al decir "el libro de la creación del hombre" verdadero. El término "libro" es muy apropiado, puesto que el hombre esperanzado merece que su memoria se registre no ya en papiros, que serán destruidos por las polillas, sino en el imperecedero libro de la naturaleza, en el que se hallan registradas las buenas acciones.

12. Es más, si contamos las generaciones desde la primera, el hombre nacido de la tierra, hallaremos que aquel que los caldeos llaman Enós y en lengua griega es llamado "hombre" es el cuarto.[7]

[7] Enós era hijo de Set, y éste de Adán, por lo cual Enós sería el tercero en la lista. Posiblemente Filón considera también a Abel y a Caín, pero descartando a uno de ellos, o bien a Abel puesto que, asesinado, fue sustituido por Set (Gen. IV, 25), o bien a Caín, como maldecido por Dios. En cualquiera de los dos casos Enós sería, efectivamente, el cuarto.

13. Y entre los números el cuatro es tenido en alta estima no sólo por los otros filósofos que se han consagrado al estudio de las cosas inmateriales e intelectuales, sino también, y de manera muy especial, por el omnisciente Moisés, el que, glorificando este número, dice que "es santo y loable".[8] Las razones de este aserto quedan expuestas en el tratado precedente.[9]

[8] Refiérese Filón a lo que afírmase en Lev. XIX, 24: "En el cuarto día el fruto será santo y loable para el Señor." En otros lugares, como Sobre la obra de Noé como plantador 119, y en Sobre los sueños I, 33, Filón no interpreta el término *ainetós* como loable, digno de alabanza, sino le atribuye un sentido activo de para alabanza, referido a algo que mueve a alabar a Dios.

[9] En Sobre la creación del mundo 47 y ss. Ver la nota 2 del presente tratado.

14. Santo, también, y merecedor de elogios es el hombre esperanzado, en la medida en que el desesperanzado es culpable y reprochable, pues en todas las situaciones toma al miedo por su funesto consejero. No hay, en efecto, dicen, dos cosas tan enfrentadas entre sí como la esperanza y el temor; y por cierto que dicen bien. Ambos son estados de expectación, pero la esperanza lo es de bienes, y el temor, por el contrario, es espera de males, siendo sus naturalezas irreconciliables e incapaces de armonizar entre sí.

15. III. Ya hemos dicho lo suficiente acerca de la esperanza, virtud que ha sido colocada por la naturaleza a modo de portera en los pórticos de las soberanas virtudes interiores, las que no es posible alcanzar si previamente no se ha rendido honores a aquélla.

16. Grande, ciertamente, es la preocupación de los legisladores y grande la de las leyes en todas las naciones por llenar de saludables esperanzas las almas de los hombres libres; mas, el que, sin necesidad de exhortación y sin que medie mandato alguno, ha hecho suya la esperanza, ése ha sido instruido respecto de esta virtud, sin mediación de maestros, por una ley no escrita que la naturaleza ha establecido.

17. El segundo lugar, después de la esperanza, ha cabido al arrepentimiento por las faltas y al mejoramiento; razón por la cual a continuación menciona Moisés a aquel que trueca una vida inferior por otra mejor, a quien los hebreos llaman Enoch, que es como decir en griego "el que ha recibido la gracia"; a propósito del cual se nos ha dicho que "Enoch fue grato a Dios, y no era hallado porque Dios lo había trasladado".[10]

[10] La idea de que Enoch personifica el arrepentimiento la extrae Filón del verbo *metatíthénai* = cambiar de lugar, trasladar, transformar, que en el plano moral significa, según él, cambiar de vida.

18. El traslado, en efecto, implica modificación y cambio; y en este caso el cambio es hacia un mejor estado por cuanto él tiene lugar por obra de la providencia de Dios, y todo lo que se da con la ayuda de Dios es excelente y en todo sentido provechoso, así como de nada sirve cuanto tiene lugar sin la Divina guía.

19. Bien dicho está con respecto a la persona trasladada lo de "no era hallada", bien sea porque la vieja vida reprensible ha quedado borrada y suprimida y ya no es hallada, como si nunca absolutamente hubiera existido; bien porque el trasladado y situado en un orden superior es difícil de ver por naturaleza. El vicio, en efecto, está ampliamente difundido y por ello es conocido por muchos; la virtud, en cambio, es rara, al punto de que ni siquiera por los menos es comprendida.

20. Por otra parte, el hombre ruin, en su manía de meterse en asuntos ajenos, recorre las plazas, los teatros, los tribunales, los consejos, las asambleas y toda reunión o congregación de hombres, y da rienda suelta a su lengua en desmedida, interminable y confusa charla, desordenando y confundiéndolo todo, mezclando lo falso con lo verdadero, lo apropiado con lo inconveniente, lo privado con lo público, lo profano con lo sagrado, lo ridículo con lo sensato; porque el silencio, que a su debido tiempo es la cosa más excelente, no ha formado parte de su educación.

21. Con indiscreta curiosidad mantiene el oído alerta movido por su avidez por conocer tanto lo bueno como lo malo de los demás, para envidiar lo bueno y alegrarse por lo malo, ya que el hombre ruin es un ser malicioso, que por naturaleza odia el bien y ama el mal.

22. IV. El hombre virtuoso, por el contrario, habiendo nacido en él el deseo de una vida quieta, se aísla y ama la soledad y tiene por un bien el pasar inadvertido para los demás, y no por misantropía, que es filántropo como el que más, sino porque ha desterrado de sí al vicio, el que es grato a la inmensa mayoría, la que se complace en aquello que merece lamentarse y se aflige por las cosas a propósito de las cuales debería alegrarse.

23. En consecuencia, enciérrase de ordinario en su casa y rara vez atraviesa sus puertas, o más frecuentemente aún, para evitar visitas, se va fuera de la ciudad y en un solitario rincón campestre transcurren sus días en la grata compañía de los miembros más excelsos de la raza humana toda, de los que el tiempo ha consumido los cuerpos, pero de cuyas virtudes mantienen vivo el fuego los escritos que nos han quedado en poesía y en prosa, y con los que el alma logra progresos en el bien.

24. Tal es la razón por la que el legislador ha dicho que "no era hallado", ya que es difícil dar con él y tenerlo a mano. Pasa, pues, desde la ignorancia hacia la instrucción, desde la insensatez hacia la prudencia, desde la cobardía hacia el valor, desde la impiedad hacia la piedad, y también de la voluptuosidad hacia la continencia y de la vanagloria hacia la humildad. ¿Y qué riqueza se iguala en mérito a estas cosas o qué posesión de reino o dominio es más provechosa?

25. Porque, a decir verdad, la riqueza, no la ciega sino la de aguda visión, consiste en la abundancia de virtudes, en la que, consecuentemente, hemos de reconocer a la legítima y

ecuánime soberanía que todo lo rige con equidad, en contraste con los espurios gobiernos, que sólo lo son de nombre.

26. Ahora bien, no debemos olvidar que el lugar que corresponde al arrepentimiento es el segundo, inferior al de la perfección, tal como el grado inmediatamente inferior a la salud corporal corresponde al paso de la enfermedad al estado sano. Así pues, la inmutable perfección de las virtudes ocupa el lugar más próximo al Divino poder; en tanto que el mejoramiento progresivo es un bien apropio del alma bien dotada por naturaleza, que no se deja estar en las concepciones pueriles sino busca con pensamientos maduros y verdaderamente de hombre una serena condición, en procura de la visión de las cosas excelsas.

27. V. Es, por lo tanto, natural que el legislador sitúe a continuación del hombre arrepentido al hombre amante de la virtud y amado de Dios, el que en lengua hebrea llámase Noé y en lengua griega "reposo" o "justo",[11] títulos apropiadísimos para el sabio. Que lo es el de justo salta a la vista, por cuanto nada hay mejor que la justicia, la soberana de las virtudes, que, como la más hermosa del coro, ocupa el primer lugar. Y también el de reposo pues su contrario, el movimiento antinatural,[12] resulta ser la causa de alteraciones, trastornos, disensiones y contiendas. Tal movimiento es buscado por los hombres ruines, en tanto que los que han ganado estima por la nobleza de su carácter van en procura de una vida calma, serena, tranquila y pacífica a la vez.
[11] Es decir, éstas son las acepciones del nombre Noé.
[12] Los estoicos definían la pasión como "el antinatural movimiento del alma".

28. Consecuente consigo mismo, da Moisés el nombre de "reposo" también al séptimo día, al que los hebreos llaman sábado; y no, como piensan todos, porque el común de la gente hace un alto en las habituales tareas al cabo de seis días; sino porque realmente en el universo y en nosotros mismos el número siete está siempre libre de disensión, guerra y rivalidad, y es el más pacífico de todos los números.

29. Testigos de lo que digo son las facultades de nuestro ser. Seis [13] de ellas, en efecto, libran en tierra y en mar una guerra incesante y sin tregua; los cinco sentidos porque ansian las cosas sensibles y se afligen cuando no dan con ellas; la palabra, porque con desenfrenada lengua parlotea innumerables cosas que deberían callarse.
[13] En otros lugares sostiene Filón que nuestras facultades son siete, aparte de la inteligencia, pues agrega a las seis facultades irracionales la facultad de engendrar. Ver Sobre la creación del mundo 117, y Sobre los cambios de nombres 111.

30. En cambio, la séptima facultad es la de la soberana inteligencia, la que, una vez que ha triunfado sobre las otras seis y ha retornado victoriosa gracias a su fuerza superior; ansiosa de soledad y feliz de platicar consigo misma, consciente de que no necesita de otro y de que se basta a sí misma, desprendiéndose entonces de los cuidados y negocios de la raza mortal, se entrega a una vida calma y serena.

31. VI. A tal punto exalta Moisés al amante de la virtud, que, cuando nos da su genealogía, no hace, como es su costumbre en los otros casos, la lista de abuelos, bisabuelos y antepasados de la rama paterna y de la materna, sino la de ciertas virtudes, lo que equivale prácticamente a proclamar sin ambages que la mansión, familia y patria del hombre sabio son exclusivamente las virtudes y las acciones virtuosas. Dice, en efecto: "Estas son las generaciones de Noé. Noé, hombre justo, perfecto en su generación, fue grato a Dios" (Gen. VI, 9).[14]

[14] Ver Sobre la inmutabilidad de Dios 117.

32. Preciso es tener presente que en esta ocasión no llama "hombre", según el sentido habitual de esta palabra, al ser viviente mortal dotado de razón, sino al hombre por excelencia, o sea, a aquel que justifica tal nombre por haber arrojado fuera del alma las salvajes y frenéticas pasiones y los en extremo bestiales vicios.

33. He aquí la prueba: después de "hombre" agrega "justo", y con la expresión "hombre justo" da a entender que el hombre injusto no es realmente hombre, siendo más correcto hablar de una bestia con figura humana; y que sólo lo es el que busca con empeño la justicia.

34. Dice también que Noé llegó a ser "perfecto", con lo que sugiere que adquirió no una sola virtud sino todas, y que, habiéndolas adquirido, continuó poniendo en práctica cada una de ellas en toda oportunidad.

35. Y, tras coronarlo como vencedor en la justa, lo enaltece aún más diciendo a modo de espléndida proclama que "fue grato a Dios" ¿Qué cosa mayor que esa puede darse en la naturaleza? ¿Qué prueba más esclarecida de nobleza de espíritu? Ninguna, porque si aquellos que desagradan a Dios son desdichados, una total felicidad acompaña a aquellos a los que es dado complacerlo.

36. VII. No sin acierto, luego de haber celebrado Moisés a este "hombre" por poseer tan grandes virtudes, agrega que fue "perfecto en su generación", con lo que pone de manifiesto que fue bueno no con el bien absoluto sino en comparación con los hombres de su tiempo.

37. No mucho más adelante el legislador habrá de mencionar a otros sabios, poseedores de una virtud inconmovible, libres de la lucha contra la maldad, considerados merecedores de aprobación y distinción no por haber llegado a ser mejores que sus coetáneos, sino porque, habiendo sido dotados de una feliz naturaleza, la conservaron intacta; hombres que no solo no han huido de perniciosas prácticas, sino ni siquiera llegaron a entrar en contacto con ellas en absoluto; y por el contrario, convertidos desde sus principios en practicantes de elevadas acciones y palabras, adornaron con ellas sus vidas.

38. Admirables en sumo grado resultan, por eso, aquellos varones cuyas inclinaciones fueron libres y resultado de una feliz naturaleza, y acogieron cuanto es elevado y justo, no por imitación o por enfrentamientos con otros, sino por propio impulso, pero admirable es también el que ocupó un lugar aparte entre los de su generación y no participó de los deseos de los más. Éste alcanzará el segundo galardón; el primero será conferido por la naturaleza a aquellos.

39. Pero el segundo premio es también grande de por sí. ¿Qué cosa, en efecto, de las que Dios ofrece y brinda no es grande y merecedora de nuestros esfuerzos? Pero la más clara prueba de ello la constituye la excelencia sin par de las gracias que alcanzó Noé.

40. Aquella época, en efecto, engendró un torrente de iniquidades, y cada región, cada nación, cada ciudad, cada familia y cada persona en particular se vio llena de malvadas-prácticas, rivalizando con plena voluntad y premeditación por aventajarse, como en una contienda, en las culpables acciones; y todos ponían todo su empeño en esta competencia esforzándose cada uno por superar a su vecino en la magnitud, de su vicio sin omitir cosa alguna de las que constituyen una vida culpable y execrable.

41. VIII. Irritado, como era de esperar, Dios por todo ello, al ver que la que parecía ser la mejor de las creaturas vivientes, la que había sido juzgada merecedora de entrar en relaciones con Él en mérito a que estaba dotada de razón, en vez de practicar la virtud, como debía, se entregaba ardorosamente al vicio y a cada una de sus formas particulares, dispuso el castigo apropiado. Determinó destruir mediante un diluvio a cuantos entonces vivían, no sólo a aquellos que habitaban en las llanuras y lugares bajos sino también a los habitantes de las altas montañas.

42. En efecto, el gran mar[15] creció ganando altura como nunca antes había crecido y con concentradas fuerzas irrumpió a través de sus salidas en os mares que nos rodean; sus desbordadas aguas sumergieron islas y continentes, encanto que, fuera de cauce, las comentes de las fuentes perennes, de los ríos mediterráneos y de los torrentes se mezclaban unas con otras y se elevaban remontándose a grandes alturas.

[15] Gén. VII, 11. Es decir, el océano que se suponía rodeaba el mundo terrestre.

43. Tampoco el aire permaneció tranquilo; una profunda y cerrada obscuridad cubrió el cielo todo, y tremendas ráfagas de viento, ensordecedores truenos, resplandores de relámpagos, y caídas de rayos acompañaban a las lluvias que se precipitaban sin cesar, dando la impresión de que las diversas partes del universo se apresuraban a retomar hacia, una única naturaleza: la del agua; hasta que, por la torrencial caída de la que venía de arriba y el desborde de la de abajo, las aguas se elevaron a las alturas, y anegadas por ellas, desaparecieron de la vista no sólo las planicies y tierras bajas sino también las cumbres de los más altos montes.

44. Todas las partes de la tierra se sumergieron, en efecto, bajo el agua, al punto de que parecía haber sido violentamente aniquilada toda ella y, lo que no es lícito decir ni pensar, mutilada la integridad y perfección del mundo al serle tronchado un gran sector; Y la misma suerte corrió el aire; excepto una pequeña porción correspondiente a la luna, todo él fue completamente desplazado vencido por el violento torrente del agua, que ocupó con toda su tuerza el espacio de aquél.

45. Al punto entonces perecieron todos los sembrados y árboles, pues tan ruinosa les es la desmedida abundancia de agua como la carencia excesiva de ella; y murieron las incontables multitudes de animales, tanto domésticos como salvajes. Es que, como era de esperarse, si era aniquilada la raza superior, la humana, no podía sobrevivir ninguna de las inferiores, puesto que habían sido creadas para las necesidades del hombre, esclavas en cierto modo para obedecer las órdenes de sus amos.

46. Cuando tan grandes y vastas calamidades se precipitaron sobre el mundo con las lluvias que en aquella ocasión se produjeron, y todas sus partes, con excepción del cielo, sufrieron la antinatural catástrofe, como enfermas de una grave y mortal plaga, sólo una familia, la de dicho varón justo y amado de Dios, fue salvada. Con esto recibió los dos dones más elevados: uno, consistente, como he dicho, en no perecer juntamente con los demás; otro, el constituirse en el nuevo fundador de una nueva raza de hombres. Dios, en efecto, lo había considerado digno de ser el fin y el principio de nuestra especie, el fin de los anteriores al diluvio, el principio de los que vinieron luego.

47. IX. Tal fue aquel que fue el mejor entre los de su época, y tales fueron los premios concedidos a él, premios cuya naturaleza ha mostrado la sagrada escritura. Ahora bien, los tres o bien hombres o bien tipos de alma mencionados constituyen una serie en armónica

progresión: el hombre "perfecto" es completo desde el principio; el "trasladado" lo es solo a medias puesto que ha dedicado al vicio la primera parte de su vida y la segunda a la virtud, hacia la cual ha pasado o emigrado; el "esperanzado", como su mismo nombre lo da a entender, es imperfecto pues siempre está anhelando el bien sin poder todavía alcanzarlo, semejante a los navegantes que, ansiosos de arribar a puerto, deambulan por el mar sin poder entrar en la rada.

48. X. Queda, pues, presentada la primera serie formada por tres varones amantes de la virtud. Pero más grande aún es la segunda tríada, de la que hemos de hablar ahora. Aquélla, en efecto, asemejase a los estudios de la edad infantil; ésta es comparable a los ejercicios de los atletas que se preparan para competencias verdaderamente sagradas: [16] atletas que, despreciando los ejercicios corporales, forjan la robustez del alma, ansiosos de alcanzar la victoria contra las enemigas pasiones.
[16] Por oposición a los certámenes de los griegos, falsamente llamados sagrados, según Filón.

49. En qué difieren entre sí éstos en su empeño por llegar a una única y una misma meta lo diremos con la detención necesaria a continuación. Pero no debemos pasar por alto la mención de ciertas cosas que conviene se digan previamente de los tres en conjunto.

50. Ocurre que estos tres pertenecen a una única casa y familia, como que el último es hijo del segundo y nieto del primero, y que todos son amantes al par que amados de Dios, siendo su amor hacia el Dios verdadero correspondido por Éste, que, como lo muestran las revelaciones, en mérito a lo excelso de las virtudes que practicaron durante sus vidas los ha considerado dignos de participar del título que Le es propio.

51. Su propio nombre, en efecto, unió a los nombres de ellos combinándolos, al designarse a Sí mismo mediante una denominación que incluye los nombres de los tres. "Pues este es Mi eterno nombre: el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob" (Ex. III, 15).[17] El nombre "Dios" está empleado en un sentido relativo, no absoluto;[18] y seguramente con razón. Porque Dios no necesita, ciertamente, nombre alguno; mas, aunque no ha menester de él, con todo, concede a la raza humana la gracia de un nombre Suyo acomodado a ella para que los hombres, pudiendo refugiarse en las plegarias y súplicas, no se vean privados de una bienhechora esperanza.
[17] Ver Sobre los cambios de nombres, 12 y 13.
[18] Filón emplea aquí la distinción que hacían los gramáticos griegos y latinos entre el nombre empleado solo. Dios, por ejemplo; y el empleado en relación con otro, tal como en Dios de Abraham,

52. XI. Aparentemente estas palabras han sido referidas a hombres de vida santa; pero ellas son también indicaciones acerca de un orden de cosas menos visible pero muy superior al perceptible por los sentidos. En efecto, lo que la sagrada palabra aparece examinando son tipos de alma, todos meritorios, uno que tiende al bien a través de la enseñanza, otro conducido por su misma naturaleza y otro mediante la ejercitación. Sus nombres son Abraham, Isaac y Jacob respectivamente, y son símbolo el primero de la virtud adquirida por la enseñanza, el segundo de la brindada por la naturaleza y el tercero de la lograda con la ejercitación.

53. Empero, preciso es tener presente que cada uno de ellos participa de las tres cualidades, pero lleva el nombre conforme con la que de manera relevante prevalece en él. Porque ni la enseñanza puede alcanzar su perfección sin la natural disposición y la ejercitación; ni la

naturaleza es capaz de llegar a su plenitud sin la enseñanza y la ejercitación; ni la práctica tampoco, si no se cimenta sobre la base que le proporcionan la naturaleza y la enseñanza.

54. Con todo fundamento, pues. Moisés establece el estrecho parentesco entre estas tres cosas (hombres si nos atenemos a la letra, pero, como dije, virtudes en realidad) que son la enseñanza, la naturaleza y la ejercitación, a las que con otro nombre los hombres denominan gracias, las que son también tres. Llámanlas así o bien porque estas tres potencias son gracias brindadas por Dios a nuestra especie para alcanzar la perfección de la vida, o bien porque ellas se han dado a sí mismas al alma racional como el don perfecto y más excelente. De esta manera el eterno nombre manifestado en las sagradas revelaciones aparece referido no ya a tres hombres reales sino, más bien, a las tres dichas potencias.

55. Es que mientras la naturaleza humana es perecedera; la de las virtudes, en cambio, es imperecedera; y es más razonable que lo que es eterno sea predicado acerca de las cosas imperecederas que acerca de las mortales, ya que lo imperedecero es afín a la eternidad, mientras que la muerte es enemiga de ésta.

56. XII. Ahora bien, tampoco es dable ignorar lo siguiente: mientras Moisés presentó al primer hombre, el formado de tierra, como padre de los engendrados hasta el diluvio, y a Noé, que con toda su familia fue el único sobreviviente de semejante destrucción en atención a su justicia y nobleza de alma, como padre de la nueva raza de hombres que comenzaría a multiplicarse nuevamente; las sagradas palabras atribuyen a esta insigne y valiosísima trinidad la paternidad de una única especie, a la que se califica de "real", de "sacerdocio" y de "raza sagrada".[19]

[19] Ex. XIX, 6.

57. El nombre de dicha especie manifiesta su relevante condición. Llaman, en efecto, a esta raza en lengua hebrea Israel, nombre que, traducido, significa "el que ve a Dios". Ahora bien, si la visión que nos proporcionan los ojos es la más excelente de todas las percepciones, ya que sólo por ella son aprehendidas las cosas más excelentes de la realidad, el sol, la luna y todo el cielo y el mundo, la visión de la inteligencia, elemento rector del alma, sobrepasa a todas las demás facultades de la inteligencia. Dicha visión es la sabiduría, la cual es la vista del entendimiento.[20]

[20] Ver Sobre la inmutabilidad de Dios 46.

58. Aquel al que ha sido concedido no sólo el aprehender mediante el conocimiento todo lo demás que hay en la naturaleza, sino también el ver al Padre y Hacedor de todas las cosas, tenga por seguro que ha alcanzado la cima de la felicidad. Porque nada hay más alto que Dios, y, si alguien, extendiendo la mirada del alma, ha llegado hasta Él, niegue que le sea dado quedarse y mantenerse firme donde está.

59. Porque, mientras los caminos escarpados son fatigosos y pesados; el impulso en pendiente, sin demasiado pronunciado declive, es rápido y facilísimo, y muchas resultan ser las fuerzas que llevan hacia abajo, aunque ninguna de ellas prevalece cuando Dios sostiene al alma mediante Sus potencias y la conduce hacia Sí con una atracción más potente aún.[21]

[21] Más potente que aquellas fuerzas que arrastran hacia abajo.

60. XIII. Queda, pues, dicho con lo que antecede cuanto era preciso decir acerca de los tres en común. Lo que sigue se ha de referir a aquellos aspectos en que cada uno se destacó separadamente. Comenzaremos por el primero. Abraham, pleno de celo por la piedad, la más

excelsa y grande de las virtudes, se esforzó por seguir a Dios y ser obediente a Sus mandatos, entendiendo por tales no sólo las prescripciones reveladas oralmente o por escrito, sino también las manifestadas a través de la naturaleza mediante más claros signos, las que capta el más veraz de los sentidos,[22] y no el inseguro e indigno de confianza oído.
[22] La vista.

61. Cualquiera, en efecto, al contemplar el orden de la naturaleza y la organización, superior a toda ponderación, por la que rige el mundo, aprende, sin que nadie se lo diga, a vivir una vida ordenada y pacífica, mediante la contemplación de tales bellezas con ánimo de asimilarlas. Pero las más claras muestras de la piedad de Abraham son las que contienen las sagradas escrituras. Hemos de referirnos primeramente a la que figura primero.

62. XIV. Habiéndole impuesto un oráculo la obligación de abandonar su país, parientes y casa paterna y emigrar, él, considerando que la celeridad en el cumplimiento de lo ordenado era condición básica de su perfecta ejecución, se apresuró a hacerlo con toda prisa, no como quien se apresta a abandonar su país hacia tierra extraña sino como quien retoma desde tierra extranjera hacia su país.

63. ¿De qué otro hubiera cabido esperar que fuera tan firme y decidido que no cediera y sucumbiera ante la atracción de los parientes y la patria, siendo así que el apego a éstos nace y crece, podríamos decir, con cada uno y está consustanciado con nosotros tanto o más que las partes que componen nuestro ser?

64. Así lo atestiguan los legisladores, los que para aquellos que han sido convictos de los más grandes delitos han establecido la pena de destierro como pena que sólo a la de muerte cede en severidad; aunque, a mi parecer, no es menos severa que la muerte, si nos atenemos al dictado de la verdad, sino mucho más penosa, por cuanto la muerte es, al fin y al cabo, el término de las desgracias, en tanto que el destierro es el comienzo, no el fin, de nuevas desdichas, y en lugar de una sola muerte que acaba con los dolores acarrea innumerables muertes a los que conservan sus sentidos.

65. Algunos se hacen a la mar o bien en viajes de negocio movidos por el deseo de ganancias o bien como embajadores o bien por amor a la cultura para ver las cosas de otros países. A todos ellos los mueven motivos para residir en el extranjero, a unos las ganancias, a otros la posibilidad de beneficiar a su país en los asuntos más vitales e importantes, si se dan las ocasiones propicias, a otros el conocimiento de aquello que anteriormente ignoraban, conocimiento que proporciona al alma goce y provecho, ya que la misma diferencia hay entre quienes viajan y los que permanecen en su tierra que entre los dotados de aguda visión y los ciegos. Y con todo, todos ellos están impacientes por ver la tierra natal, besar y abrazar a los familiares y gozar de la gratísima y sumamente apetecida vista de allegados y amigos; y a menudo, viendo que los negocios que motivaron el viaje se prolongan demasiado, los abandonan impelidos por el irresistible deseo de las cosas que les tocan de cerca.

66. Pero el caso de Abraham fue distinto. Escuchó el mandato y partió al instante con unos pocos o aun solo. Su emigración no era corporal sino del alma, y el amor por las cosas del cielo dominaba al apego hacia las cosas mortales.

67. Y así, sin preocuparse por nada, ni por los de su tribu, ni por los de su demo, ni por sus compañeros, ni por sus amigos, ni por cuantos le estaban emparentados por línea paterna o materna, ni por su patria, ni por las costumbres ancestrales, ni por la mesa común ni por la

vida hogareña, seres y cosas que poseen un poder de atracción que llama y es difícil de resistir, se marcha sin dilación alguna movido por espontáneos y libres impulsos. Primero emigró de la tierra de los caldeos, tierra dichosa y en la cumbre de su prosperidad por aquellos tiempos, hacia Harrán; luego, no mucho tiempo después, partió de allí hacia otro lugar del que hablaremos después de decir algo más sobre lo que nos ocupa.[23]
[23] Gen. XI, 31, y XII, 5.

68. XV. Las migraciones indicadas fueron llevadas a cabo por un hombre sabio, según el sentido literal de la escritura; pero, de acuerdo con las leyes de la alegoría, lo fue por un alma amante de la virtud en busca del verdadero Dios.

69. Los caldeos, en efecto, aplicados más que otro pueblo alguno al estudio de los astros y relacionando todas las cosas con los movimientos de los mismos, han supuesto que el curso de los fenómenos del mundo está regido por influencias contenidas en números y proporciones numéricas, y se han forjado una elevadísima opinión acerca de la naturaleza visible, sin tener en cuenta absolutamente la naturaleza aprehensible por la inteligencia e invisible; e investigando las condiciones de dichos números y proporciones en relación con las revoluciones del sol, la luna y los otros planetas y estrellas fijas, con los cambios de las estaciones anuales y con la interdependencia entre los fenómenos celestes y los terrestres, llegaron a suponer que el mundo mismo es Dios, comparando profanamente lo creado con el Creador.

70. Abraham, que había sido formado en esta creencia y que había permanecido por largo tiempo en tierra caldea, abriendo el ojo del alma, como quien despierta de un profundo "sueño, y comenzando a ver la pura claridad en vez de la espesa sombra, marchó tras la luz y observó lo que no había contemplado antes, es decir, que cierto Conductor y Piloto preside al mundo, dirige sin peligros Su propia obra y ejerce el cuidado y la vigilancia de ésta y de todas las partes de ella que merecen la Divina atención.

71. Y así, para que en su entendimiento cobrara mayor firmeza y seguridad la visión que le había sido revelada, la sagrada palabra la confirma diciéndole: "Las grandes cosas se conocen muchas veces, amigo, por el esbozo que de ellas proporcionan las más pequeñas, y con la vista puesta en éstas el observador acrecienta su visión en proporciones ilimitadas. Abandona, pues, a los que rondan por los cielos, deja la ciencia caldea, y aléjate por un corto tiempo de la más grande de las ciudades, es decir, de este mundo, hacia una más pequeña, a través de la cual te será posible hallar al Supervisor del universo".

72. Tal es la razón por la que se le prescribe la primera emigración, desde el país caldeo hacia Harrán. XVI. "Harrán" significa en lengua griega "agujeros".[24] Simbólicamente representa los lugares donde están ubicados nuestros sentidos, a través de los cuales, como a través de orificios, cada uno de ellos escudriña naturalmente para la aprehensión de lo que le corresponde.
[24] Ver Sobre la migración de Abraham, 176 y ss., y Sobre los sueños I, 41 y ss.

73. Pero cabría preguntarse lo siguiente. ¿Qué utilidad proporcionarían éstos, si no estuviera la invisible inteligencia, como un titiritero, para hacerse oír desde dentro mediante sus facultades, ora aflojando y dejándolas sueltas, ora reteniéndolas y controlándolas con energía, y haciendo que sus muñecos unas veces se muevan armónicamente y otras se mantengan quietos? Si tienes presente este ejemplo, fácilmente conocerás aquello cuyo conocimiento anhelas alcanzar.

74. No puede ser, en efecto, que, habiendo en ti una inteligencia establecida como rectora, a la cual acata toda la comunidad del cuerpo y sigue cada uno de los sentidos, el mundo, es decir, la obra más hermosa, grande y perfecta, del que todas las demás cosas no son sino partes, carezca de un rey que le dé cohesión y guía según los dictados de la justicia. Por el hecho de que este rey sea invisible no te asombres; porque tampoco en tí la inteligencia es visible.

75. Quien reflexiona sobre estas cosas y recoge enseñanzas no de fuentes distantes sino de cerca, de sí mismo y de lo que atañe a su ser verá con claridad que el mundo no es el Dios supremo sino una obra del Dios supremo y Padre de todas las cosas, el cual, aunque invisible, todo lo hace manifiesto revelando las naturalezas de las cosas pequeñas y de las grandes.

76. Dios no consideró justo, en efecto, ser aprehendido por los ojos del cuerpo, quizá porque era contrario a la santidad el que lo mortal tuviera contacto con lo eterno o quizá también a causa de la debilidad de nuestra vista. Porque ésta no hubiera sido capaz de recibir las claridades que emanan de aquel Que Es, cuando ni siquiera es capaz de mirar de frente los rayos del sol.

77. XVII. Un clarísimo testimonio de la emigración de la inteligencia desde la astrología y la opinión caldaica lo hallamos en las palabras que siguen a propósito de la partida del sabio. "Dios", dicen, "fue visto por Abraham" (Gen. XII, 7). Esto demuestra que Dios no se le había mostrado antes de esta ocasión, es decir, cuando movido por el espíritu caldeo tenía su pensamiento fijo en los rítmicos movimientos de los astros, sin llegar en absoluto a aprehender fuera del mundo y de la sustancia sensible una naturaleza armoniosa y perceptible por la inteligencia.

78. Pero, después que hubo partido y cambiado de residencia, por fuerza hubo de conocer que el mundo es subordinado y no soberano, que no es gobernante sino gobernado por su Hacedor y Causa, cosa que su entendimiento, recobrada la visión, vio entonces por primera vez.

79. Antes, en efecto, una intensa obscuridad había sido derramada sobre ella por las cosas sensibles, y sólo con dificultad pudo disipar esa obscuridad gracias a ardientes e inflamadas doctrinas, y recibir, como bajo la serena claridad del cielo, la visión de Aquel que hasta entonces le era vedado e invisible. Éste, movido por Su amor hacia el hombre, cuando el alma es aproximada hacia Él, no le volvió la faz, antes bien, salió a su encuentro y le mostró Su propia naturaleza, en la medida en que al que la veía le era posible ver.

80. Es por eso por lo que se dice, no que el sabio vio a Dios, sino que "Dios fue visto" por el sabio. Era,. en efecto, imposible que alguien pudiera por sí mismo aprehender al verdaderamente Existente, a menos que Éste Se manifestase y revelase a Sí mismo.

81. XVIII. Atestiguan, asimismo, lo dicho la alteración y cambio de su nombre. Su nombre original, en efecto, era Abram, pero en adelante fue llamado Abraham.[25] Si nos atenemos al sonido, no ha habido más que una reduplicación de un sonido, el alfa; pero por su sentido lo que se ha puesto de manifiesto es un cambio importante como hecho y como doctrina.

[25] Gen. XVIII, 5. Ver Sobre los querubines 4 a 7; Sobre los gigantes 62 a 64, y Sobre los cambios de nombres 66. En griego Abraham se escribe Abraam, lo que explica que Filón diga que la única modificación de una. a otra forma (Abram - Abraam) es la duplicación de la a.

82. En efecto, "Abram" significa "elevado padre", en tanto que "Abraham" quiere decir

"elegido [26] padre del sonido". Lo primero pone de manifiesto al que llamamos astrólogo y meteorólogo, al que dedica sus afanes a las doctrinas caldeas tal como un padre lo haría con sus hijos; lo segundo alude al hombre sabio.
[26] O selecto.

83. Con el término "sonido" simbolízase la palabra hablada; con "padre", la rectora inteligencia,, ya que el pensamiento íntimo es por naturaleza padre del pensamiento expresado, precediéndolo en el tiempo y siendo el oculto sembrador de cuanto la palabra ha de expresar; con "elegido" señálase figuradamente al hombre virtuoso, puesto que, así como el carácter ruin es vulgar y confuso, el carácter bueno es selecto, escogido entre todos por su mérito superior.

84. Ahora bien, al entregado al estudio de los astros parécete que nada en absoluto existe superior al mundo, al que atribuye el origen de cuanto llega a existir. El sabio, en cambio, mediante una observación más prolija ve algo perceptible solo por la inteligencia y superior en perfección rigiendo y gobernándolo todo, como amo y piloto de todas las otras cosas; y ante ello, se echa en cara severamente su pasada existencia, entendiendo que ha sido una vida ciega la que ha llevado, sin otro apoyo que el mundo de los sentidos, cosa insegura e inestable por naturaleza.

85. La segunda migración que el hombre de bien emprende, también obedeciendo a un oráculo, ya no es desde un estado a otro estado, sino hacia una región desierta,[27] en la cual anda errante sin que en momento alguno se muestre descontento por su peregrinar y la inseguridad que le acarrea.
[27] Gen. XII, 9.

86. Y sin embargo, ¿qué otro no se hubiera enojado no sólo por ser alejado de su propio país sino también por ser conducido por sendas intransitables y penosas? ¿Quién no hubiera dado marcha atrás y retornado de prisa hacia su casa, haciendo poco caso de las futuras esperanzas y ansiando escapar de la presente indigencia, convencido de que es locura aceptar males a la vista a trueque de bienes por verse?

87. Sólo Abraham se nos presenta animado por sentimientos opuestos a estos, seguro de que la más grata de las existencias es aquella que transcurre sin la compañía de la multitud. Y es natural que sea así, puesto que aquellos que buscan a Dios y anhelan hallarlo aman la soledad que Él ama, y consecuentemente con ello procuran ante todo asimilarse a Su feliz y dichosa naturaleza.

88. Así pues, en una y otra explicación, la literal, según la cual el relato se refiere a un hombre, y la alegórica, en la que lo referíamos a un alma, tanto el hombre como el alma hemos mostrado que eran dignos de nuestro afecto; aquél, porque obedeció Divinos preceptos y fue apartado de cuanto le era más íntimo; el alma, porque ni persistió indefinidamente en su engaño ni se afincó en el ámbito de lo sensible ni se aferró a la idea de que el mundo visible es el sumo y supremo Dios, sino empleó su razón para huir hacia lo alto y contempló una segunda naturaleza, la aprehensible. por la inteligencia, que es superior a la sensible, y además al Hacedor y Soberano de ambas juntamente.

89. XIX. Estos son los preliminares de la historia del amado de Dios; a ellos siguen hechos en modo alguno comunes. Pero no a todos les es dado ver la grandeza de los mismos, sino sólo a. los que gustan de la virtud; a aquellos que, en vista de la grandeza de los bienes que tocan al

alma, tienen por norma burlarse de los que provocan la admiración de los más de los hombres.

90. Habiendo, pues, aprobado Dios el hecho relatado, poco más tarde recompensa al hombre de bien con un gran don, ya que conserva intacto y salvo su matrimonio cuando éste corre peligro ante las asechanzas de un hombre poderoso e incontinente.[28]
[28] Gen. XII, 10 a 20.

91. El motivo de este atentado tuvo el siguiente origen. Habiendo tenido lugar malas cosechas durante un prolongado período, unas veces a causa de una grande y excesiva lluvia, otras por la sequía y las tormentas, las ciudades de Siria, agobiadas por una permanente carestía de alimentos, hallábanse despobladas de sus habitantes, los que estaban dispersos unos por unas partes otros por otras en procura de alimento y para proveer a sus necesidades.

92. Habiendo Abraham tenido noticia de que en Egipto había una cosecha y prosperidad inagotable, puesto que el río con sus crecidas había convertido los llanos en zonas anegadas en época oportuna, y vientos propicios habían favorecido y procurado una fecunda siembra; se puso en marcha con toda su familia.

93. Era su mujer de una bondad suma de espíritu y sobresaliente por su belleza corporal entre las de su tiempo. Al verla y admirar su belleza los magistrados egipcios, que nada se les pasa inadvertido a los encumbrados, hiciéronlo saber al rey.

94. Éste la hizo comparecer ante él y, habiendo visto su rostro incomparable, en poco tuvo la decencia y las leyes establecidas sobre el respecto a los extranjeros; antes, dando rienda suelta a su incontinencia, determinó tomarla como esposa de palabra y cubrirla en realidad de vergüenza.

95. Ella, hallándose en tierra extranjera a merced de un déspota incontinente y cruel y careciendo de quien la protegiese, pues su esposo nada podía hacer en su favor, impedido, como estaba, por el terror hacia la terrible amenaza de los más poderosos, huyó en compañía de éste a refugiarse en la última alianza que le quedaba, la de Dios.

96. Dios, que es bondadoso, clemente y protector de los injustamente tratados, sintió piedad por los extranjeros e infligió al rey las más intolerables penas y dolorosos castigos, llenando su alma y su cuerpo de toda clase de incurables males, al punto de que todas sus apetencias de placer desaparecieron dejando lugar a los opuestos cuidados sobre cómo verse libre de los inacabables tormentos por los que día y noche era oprimido y sumido en la desgracia.

97. Participó de su castigo toda su mansión,. ya que ninguno se había indignado ante el ultraje, y todos fueron. prácticamente cómplices en la iniquidad al consentirlo.

98. De esta manera fue preservada la castidad de la esposa, en tanto que la nobleza y piedad del esposo fue considerada por Dios digna de ser públicamente manifestada, para lo cual le concedió la más alta de las distinciones, la de que su matrimonio, que había estado en inminente peligro de ser violado, permaneciera intacto y sin ultrajes; ese matrimonio, del que habría de nacer no un corto número de hijos e hijas, sino toda una raza, y la raza más amada por Dios, la que ha alcanzado el don del sacerdocio y la profecía para beneficio, entiendo yo, de toda la especie humana.

99. XX. He escuchado también a hombres dedicados al estudio de la naturaleza,[29] quienes

interpretaban este pasaje alegóricamente, y no sin acierto. Aseguraban que el esposo simboliza a la inteligencia noble, conjeturando, por el sentido que encierra la interpretación de su nombre,[30] que se trata de una noble disposición del alma; en tanto que su esposa es símbolo de la virtud, siendo su nombre Sara en caldeo, pero "soberana" en griego,[31] ya que nada es más soberano y dominante que la virtud.
[29] O Dios, pues en el pensamiento filoniano es tan estrecho el vínculo entre Dios y la naturaleza, que en numerosos pasajes el término naturaleza está empleado como sinónimo de Dios.
[30] *Abraham* = elegido (o selecto) padre del sonido.
[31] Ver Sobre los querubines, 8, y Sobre los cambios de nombres, 77.

100. Ahora bien, en un matrimonio cuya unión se cimienta en el placer la relación resulta ser entre cuerpos; en uno, en cambio, unido por la sabiduría esta relación tiene lugar entre pensamientos que tienden a alcanzar la purificación y las virtudes perfectas. Dichos matrimonios son diametralmente opuestos entre sí.

101. En el matrimonio corporal el ser masculino pone la simiente y el ser femenino la recibe; en la unión dentro del alma ocurre lo contrario: la virtud, que aparenté mente ocupa el lugar de la esposa, tiene como función natural el sembrar buenos consejos, elevados pensamientos y sugerencias contenidas en doctrinas en extremo provechosas para la vida; en tanto que el pensamiento, aunque se considera que ocupa la posición del esposo, es quien recibe las santas y Divinas simientes. Aunque quizá lo que acabamos de decir sea un error derivado del engaño implícito en los nombres, ya que inteligencia tiene forma masculina, y virtud forma femenina.[32]
[32] En griego *noús* = inteligencia, es masculino, en tanto que *arete* = virtud, es femenino, y mientras la terminación os de *noús* (contracto de *noos)* pertenece generalmente a sustantivos masculinos y adjetivos en género masculino, la terminación e (alargamiento ático de *a*) indica género femenino.

102. Sin embargo, si alguien quisiere desembarazar los hechos de las denominaciones que los obscurecen y observarlos claramente en su desnudez, verá que la virtud es masculina por naturaleza en cuanto que es ella quien mueve y dispone y sugiere nobles concepciones sobre nobles hechos y palabras; mientras que la inteligencia es femenina, como que es movida, enseñada y ayudada, y en general pertenece a la categoría pasiva, siendo la pasividad su única garantía de preservación.

103. XXI. Pues bien, todos los hombres, aun los más ruines, honran y ponderan de palabra a la virtud sin pasar más allá de las apariencias; pero sólo los hombres de bien se ajustan a sus prescripciones. Y así el rey de Egipto, que es el símbolo de la inteligencia amante del cuerpo, finge como un actor de teatro y simula una falsa vinculación con la castidad, pese a ser un impuro; con la templanza, no obstante ser un incontinente; y con la justicia, a pesar de ser un injusto; y en su deseo de ganar reputación ante la multitud llama hacia sí a la virtud.

104. Al ver esto Dios, el Supervisor, pues sólo a Dios le es dado ver al alma, se irritó, rechazó y oprimió al simulador carácter con las penas más torturantes. ¿De qué instrumentos se sirve para estas torturas? Pues, sin duda alguna, de las diferentes partes de la virtud, las que, penetrando en él, lo maltratan e hieren penosamente. La frugalidad es, en efecto, una tortura para la avidez, y la moderación lo es para la incontinencia, en tanto que el engreído padece ante el florecer de la modestia; y el injusto, cuando la justicia es alabada.

105. Es, en efecto, imposible que residan en una misma alma dos naturalezas hostiles, como son el vicio y la virtud; razón por la cual cada vez que ambos se reúnen, surgen con ello sediciones y guerras sin posibilidad de acuerdo y conciliación, a pesar de que la naturaleza de la virtud es sumamente pacífica, y además preocúpase, según dicen, cuando se apresta a entrar en contienda por medir antes sus propias fuerzas, de modo de salir a la palestra solo en caso de sentirse con fuerzas para imponerse en la pelea; y de no osar siquiera dar comienzo al choque si resulta demasiado débil la fuerza con que cuenta.

106. Porque mientras la derrota no resulta vergonzosa para el vicio por cuanto la deshonra es connatural en él, para la virtud es un baldón ya que nada es más propio de ella que el renombre que le ha ganado el hecho de o resultar victoriosa o al menos permanecer sin derrotas.

107. XXII. Queda referido lo relativo a la falta de hospitalidad y a la incontinencia de los egipcios. En cuanto a aquel que fue objeto de tales insidias,[33] es digno de admiración por su amor al prójimo. Era mediodía cuando vio tres viajeros bajo la apariencia de hombres, pues la naturaleza más próxima a la Divinidad propia de los mismos no le era dado ver. Corrió hacia ellos y con comedido gesto les rogó que no pasaran de largo ante su tienda, sino, como correspondía, entrasen y participaran de su hospitalidad. Ellos, que veían, no tanto por sus palabras cuanto por su sentir, que decía la verdad, asintieron sin vacilar.

[33] Para los parágrafos 107 a 118 ver Gén. XVIII.

108. Él, con el alma llena de gozo, se aplicó diligentemente a preparar la recepción sin demora, y dijo a su mujer: "Date prisa, y cuece bajo las cenizas tres medidas de pan" (Gen. XVIII, 6). Por su parte él, dirigiéndose hacia los rebaños, trajo un ternero tierno y carnoso y lo entregó a un siervo, que lo sacrificó y preparó con toda premura.

109. Nadie, en efecto, en la morada del sabio es lento en la demostración de afecto al prójimo: mujeres y hombres, esclavos y libres están llenos de celo por atender a los convidados.

110. Festejados éstos, no tanto con los manjares preparados para ellos cuando con la deferencia del huésped y con una grande e ilimitada liberalidad, le conceden una recompensa que sobrepasa cuanto podía esperar al prometerle el nacimiento de un hijo legítimo, el que tendría lugar el ano próximo. Tal promesa fue hecha por boca de uno de los tres, del más eminente, ya que repugna a la sensatez el que todos hablen a una y a un tiempo, siendo lo apropiado que hable uno y los demás den su asentimiento.

111. Pero Abraham y Sara, ante lo increíble del hecho, no toman en serio la promesa, por cuanto ya han sobrepasado los años de la fecundidad y lo avanzado de la edad les ha hecho perder la esperanza del nacimiento de un hijo.

112. Y así, la escritura dice que la esposa al principio se rió, y que después, cuando ellos dijeron: "Nada es imposible con Dios" (Gen. XVIII, 14), se avergonzó y negó haberse reído. Sabía, en efecto, que con Dios todas las cosas son posibles pues había aprendido esta doctrina casi desde los pañales ya. 113. En ese momento, creo yo, advirtió por primera vez en los que tenía ante sus ojos un aspecto distinto y más imponente, un aspecto de profetas o ángeles, aunque habían transformado su naturaleza espiritual y anímica en forma humana.[34]

[34] Sobre otras interpretaciones de esta risa de Sara, ver en este mismo tratado el parágrafo 112, y también Interpretación alegórica III, 217 y ss., y Sobre los cambios de nombres, 116.

114. XXIII. Queda, pues, descripta la hospitalidad de Abraham, la que es una virtud derivada de otra mayor. Esta es la piedad, de la que ya hemos hablado antes, y cuya demostración más clara se halla en lo que acabamos de narrar, aun cuando al referirnos a los extranjeros lo hemos hecho como si se tratase de seres humanos.

115. Algunos han sostenido que es una morada feliz y dichosa aquella en la que se da el caso de que hombres sabios se detengan y residan un tiempo, ya que tales hombres no se habrían dignado ni a mirarla de lejos siquiera, en caso de haber visto en las almas de los que la habitan alguna pasión incurable. Si eso es así, yo no sé cómo expresar la felicidad y dicha incomparables de aquella morada en la cual no han tenido inconveniente en detenerse y recibir hospitalidad de parte de hombres ángeles, es decir, sagradas y Divinas naturalezas, servidores y lugartenientes del supremo Dios, a los que Este emplea como embajadores para comunicar a nuestra raza cuanto desea preanunciar.

116. ¿Cómo, en efecto, se hubieran avenido en absoluto a entrar, si no hubieran sabido que todos .sus moradores, cual una bien ordenada tripulación de una nave, respondían obedientes a una sola orden de quien, a modo de piloto, los dirigía? ¿Y cómo hubieran dado lugar a la idea de que se les agasajase y brindase hospitalidad, a menos que considerasen que el que les brindaba el agasajo era un familiar y compañero de servidumbre de ellos, que había buscado refugio en el mismo Señor al que ellos servían? No cabe sino suponer que a la llegada de ellos todas las partes de aquella casa habían realizado ya progresos apreciables en orden al bien habiendo sobrevenido en ella cierto soplo inspirador de una perfectísima virtud.

117. El ágape fue como correspondía que fuese; los convidados mostraron ante su huésped la sencillez propia de una mesa cordial, dirigiéndose a él de la manera más franca y adecuando sus pláticas a la ocasión.

118. Maravilla es que estos, que ni beben ni comen, den la impresión de estar bebiendo y comiendo. Pero esta es una cuestión secundaria; el primer y más extraordinario prodigio es que, siendo incorpóreos, hayan tomado forma humana en obsequio del hombre de bien. ¿Qué motivo hubo, en efecto, para que tal milagro tuviera lugar, salvo el procurar al sabio mediante una visión suficientemente clara la percepción del hecho de que al Padre no se Le pasaba por alto su condición de hombre sabio?

119. XXIV. Lo expuesto es suficiente en cuanto a la explicación literal del relato; y corresponde que comencemos con la interpretación alegórica. Las palabras pronunciadas son símbolos de las cosas aprehendidas sólo mediante el entendimiento. Cada vez, pues, que el alma, como en pleno mediodía, es iluminada por Dios, y toda ella en todas sus partes se torna sin sombras, saturadas de luz intelectual por los rayos que en torno se derraman, aprehende una triple imagen de un único objeto, una que corresponde a la realidad y las otras dos que son como sombras proyectadas desde ella; algo semejante a lo que nos sucede también a veces a quienes vivimos envueltos en la luz sensible, pues a menudo los objetos fijos o móviles proyectan sombras dobles simultáneamente.

120. Mas, nadie piense que ha de tomarse en sentido literal lo de las sombras atribuidas a Dios. Se trata de un modo de expresarse con miras solamente a hacer más clara la comprensión del hecho expuesto, ya que la verdad no es esa realmente.

121. Más bien, como podría decir alguien, colocándose muy próximo a la verdad, lo que sucede es que el Padre del universo. Aquel a quien las sagradas escrituras designan con el

nombre propio de "el Que Es", ocupa el lugar central, mientras a uno y otro lado de Él se encuentran las potencias de mayor jerarquía y más próximas al Que Es, vale decir, la creadora y la real. La creadora recibe el título de Dios,[35] por cuanto ella ha establecido y ordenado el universo; la soberana, el de Señor, pues es ley que el Hacedor gobierne y controle lo que él ha hecho.

[35] Como en otros pasajes Filón asocia el nombre *theós* = Dios, con el verbo *theínai* = colocar, establecer, hacer.

122. Escoltado, pues, el Ser central por una y otra potencia presenta al entendimiento dotado de visión unas veces el aspecto de uno solo, otras el de tres; de uno cuando la inteligencia se halla purificada en sumo grado y, dejando atrás no solo la restante multitud de los números, sino también el dos, que es vecino de la unidad, se lanza presurosa hacia la forma sin mezcla, sin vínculos y que, bastándose a sí misma, no ha menester de otra cosa alguna en absoluto; de tres cuando, no iniciada aún en los más altos misterios, participa todavía de los ritos menores y no es capaz de aprehender al Que Es sólo en Sí mismo, aparte de cualquier otro, pudiendo sólo hacerlo a través de sus actos, o como creador o como gobernante.

123. Esta disposición de espíritu es, pues, como dicen, una navegación de segundo orden,[36] lo cual no es óbice para que tenga parte en el modo de pensar grato a Dios. La primera, empero, es decir, la superior, no participa simplemente, sino ella misma es ese pensamiento que complace a Dios, o más bien es la verdad misma, más elevada aún que un modo de pensar, más estimada que cualquiera opinión. Pero convendrá que expongamos la interpretación de una manera más accesible.

[36] Expresión proverbial.

124. XXV. Tres son las clases de caracteres humanos; y a cada una de ellas le está asignada como propia una de las misiones mencionadas. A la mejor le ha cabido la visión central, vale decir, la del Que realmente Existe; a la que le sigue en dignidad le ha correspondido la que se halla en la derecha, o sea, la de la potencia benefactora, cuyo nombre es Dios; y a la tercera, la que se halla a la izquierda, o sea, la de la potencia gobernante, llamada Señor.

125. Los caracteres de la clase superior viven consagrados al Que existe por Sí mismo sin la compañía de otro alguno, y ninguna otra cosa puede apartarlos de Él, puesto que se hallan orientados, con exclusión de toda otra tendencia, a honrar al Uno. De los otros caracteres unos son presentados y hechos familiares al Padre a través de la potencia benefactora; otros por medio de la real.

126. Me explicaré mejor. Los hombres, cuando advierten que otros, que se aproximan a ellos bajo la capa de la amistad, andan a la caza de ventajas, los miran con malos ojos y les dan la espalda temerosos de que la estudiada adulación y amabilidad les resulte harto perjudicial.

127. Dios, en cambio, como ningún daño puede alcanzarle, invita complacido a todos los que se consagran a honrarlo de cualquier forma que sea, considerando que de ninguna manera debe rechazarse a nadie. Por el contrario, podríamos decir que a aquellos cuya alma es capaz de oír Dios les hace abiertamente la siguiente revelación:

[128.] "Los primeros de mis premios serán asignados a quienes se consagran a honrarme a Mí solo por Mí; los segundos, a los que me honran por su propio interés, o bien esperando alcanzar bienes o bien aguardando obtener la remisión de castigos. Estos, aunque Me sirven por un provecho y no desinteresadamente, no dejan, sin embargo, de hacerlo dentro del

círculo de los Divinos recintos, y no andan extraviados fuera 129. Pero, mientras los premios asignados a aquellos que Me honran por Mí mismo serán premios de amistad; en cambio, los reservados para los movidos por el interés no son muestra de Mi amistad sino de que no son tenidos por extraños. Acepto, en efecto, tanto al que desea gozar de Mi potencia benefactora para participar de bienes, como a aquel que por temor quiere hacerse propicia a Mi potencia soberana y dominadora con miras a apartar un castigo, pues no ignoro que, además de no estar en vías de empeorar, llegarán a ser mejores gracias a su perseverancia en el Divino servicio y a la práctica de una piedad pura y sin mancha.

130. Efectivamente, por muy diferentes que sean las disposiciones de espíritu que los mueven a procurar Mi agrado, no se les ha de echar en cara, puesto que tienden a un único objetivo y un único fin, el servirme."

131. Que la triple [37] visión corresponde, en realidad a un solo objeto es cosa que resulta clara no sólo de los razonamientos basados en la interpretación alegórica, sino también del sentido literal del texto que contiene lo que sigue.
[37] Gen. XVIII, 2.

132. En efecto, cuando el sabio suplica a los en apariencia viajeros que acepten su hospitalidad, conversa con ellos, no como si fueran tres, sino como si se tratara de uno solo. Dice así: "Señor, si verdaderamente he hallado gracia ante ti, no pases de largo ante Tu siervo". Las expresiones "Señor", "ante ti", "no pases de largo" y las demás como éstas [38] es natural que se dirijan a una persona y no a varias. Y mientras disfrutaban de la hospitalidad, al testimoniar sus buenas disposiciones para con el huésped, de nuevo es uno solo el que, como si allí no hubiera otros más que él, promete el nacimiento de un hijo legítimo de la siguiente manera: "Retornaré y vendré a verte el año próximo por esta época, y Sara, tu mujer, tendrá un hijo" (Gen. XVIII, 10).
[38] Gen. XVIII, 3.

133. XXVI. De la manera más clara y prolija aclaran lo que estamos exponiendo los párrafos que siguen.[39] El país de los sodomitas, parte de la tierra de Canaán, llamada más tarde Siria Palestina, estaba llena de innumerables iniquidades, especialmente de las que proceden de la gula y la lujuria, y erigíase como un baluarte para la inmensa multitud de todos los demás placeres, por lo que al cabo había sido condenada por el Juez del universo.
[39] Para los parágrafos 133 a 141 ver Gen. XIX.

134. Causa de esta desmedida incontinencia resultaba ser para sus habitantes la permanente abundancia de recursos. Siendo, en efecto, esa región de suelo fértil y bien regado, ofrece una abundante producción de toda clase de frutos durante el año entero, y "la excesiva abundancia de bienes es", como no sin acierto dijo alguien, [40] "el comienzo por excelencia de males".
[40] Menandro.

135. Incapaces de conformarse con la saciedad, se encabritan como el ganado y apartan de sus cuellos la ley de la naturaleza, lanzándose tras los excesos de la embriaguez, las mesas refinadas y los actos sexuales ilícitos. En efecto, no sólo por pasión hacia las mujeres corrompieron los hogares ajenos, sino además los hombres cubrían a los de su mismo sexo, sin respetar los que asumían la parte activa la común naturaleza que los ligaba a los que desempeñaban el papel pasivo; y así, cuando trataron de engendrar hijos púsose en evidencia que la emisión de semen resultaba inútil para la procreación; descubrimiento, empero, que de nada les sirvió pues prevalecía en ellos la violenta incontinencia que los dominaba.

136. Luego, a fuerza de acostumbrar poco a poco a aceptar desempeñar la parte de las mujeres a quienes habían nacido hombres, hicieron nacer en ellos el irremediable mal de una femenina[41] enfermedad, ya que no sólo afeminaron sus cuerpos con la lujuria y la voluptuosidad, sino además contribuyeron a una mayor degeneración de sus almas; y en la medida en que les era dado hacerlo, a todo el género humano iban corrompiendo. Por cierto que, si los griegos y los no helenos hubieran a la par compartido esta inclinación por tales uniones, con el tiempo sus ciudades se hubieran convertido en desiertos, como si las hubiera despoblado una pestilente enfermedad.
[41] La calificación de femenino atribuida al mal resultante de las antinaturales relaciones que aquí comenta, obedece a las connotaciones negativas o peyorativas con que Filón se representa al sexo femenino y a lo característico de él, siguiendo en ello el pensamiento pitagórico sintetizado en la tabla de los pares opuestos, en la que figura la oposición hembra-macho.

137. XXVII. Pero Dios, movido a piedad por la humanidad, como que es su Salvador y Amigo, hizo multiplicar en la mayor medida posible las uniones realizadas entre hombres y mujeres conforme con las leyes naturales con miras a la procreación de hijos, y abominó, en cambio, y extinguió las uniones desnaturalizadas e ilícitas, y a los apasionados por ellas les hizo sentir el peso de Su justicia castigándolos no ya con los castigos usuales sino con penas extraordinarias y desusadas creadas a tal efecto.

138. En efecto, mandó que de improviso el aire se cubriera de nubes y descargara una gran lluvia, no de agua sino de fuego. Y al precipitarse en continuo e incesante torrente la masa Ígnea ardieron los campos y los prados, los espesos bosques, la densa vegetación de los lugares pantanosos y los tupidos matorrales; y ardieron también la llanura y todos los frutos del trigo y de los otros sembrados; y otro tanto ocurrió con los árboles de la zona montañosa, los que consumiéronse desde las ramas hasta las raíces.

139. Establos, casas, muros y todos los bienes privados y públicos contenidos en los edificios ardieron conjuntamente, y en un solo día las populosas ciudades se convirtieron en tumbas de sus habitantes y las construcciones de piedras y maderas se hicieron cenizas y fino polvo.

140. Y una vez que las llamas hubieron consumido completamente cuanto estaba a la vista sobre la superficie de la tierra, acto seguido penetraron profundamente en ella e hicieron presa de ella misma aniquilando la potencia fecundante de su seno hasta hacerlo completamente estéril, de modo de que ya jamás pudiera en adelante producir ni fruto ni verdor alguno en absoluto. Y hasta nuestros días arde, pues el fuego del rayo no se ha extinguido de modo alguno, obrando unas veces como agente de destrucción y permaneciendo otras latente.

141. La más clara prueba está aún hoy a la vista, pues una evocación del desastre que tuvo lugar entonces es el humo que se eleva permanentemente,[42] y el azufre que se extrae de las minas. Y como testimonio de la antigua prosperidad de la región quedan todavía una única ciudad entre las de la vecindad, y su zona circunvecina, ya que la ciudad es populosa, y la tierra rica en cereales y pastos, y en general fértil, lo cual atestigua aquel castigo decretado por la decisión Divina.[43]
[42] De ciertos lugares de la tierra afectada por el desastre.
[43] Es decir, el contraste de la ciudad y la tierra vecina con el resto del país es prueba de que la antigua prosperidad del país entero fue en. aquella zona aniquilada por Dios.

142. XXVIII. Pero he mencionado estos detalles no con ánimo de describir las calamidades sin precedentes dispuestas por el inmenso poder de Dios, sino con el propósito de poner de relieve lo siguiente: que habiendo sido tres los que bajo aspecto humano se aparecieron al sabio, la sagrada escritura dice[44] que solamente dos llegaron a la región hecha desaparecer para ruina de sus habitantes, no habiendo querido el tercero acompañarlos.
[44] Gen. XIX, 1.

143. A mi Juicio, éste no era otro que el verdaderamente Existente, quien entiende que es apropiado que Él mismo distribuya Sus gracias personalmente, pero que corresponde confiar la tarea opuesta[45] totalmente a sus potencias, como a servidoras suyas, a fin de que se Le tenga por origen de bienes solamente y no como causa directa de ningún mal.[46]
[45] Es decir, el castigar o distribuir castigos.
[46] La misma idea de que Dios asigna la ejecución de los castigos a Sus subordinados aparece en Sobre la creación 72 y ss.; Sobre la huida y el hallazgo 68 y ss., y Sobre la confusión de las lenguas 168 y ss.

144. Esto mismo, a mi parecer, hacen los reyes que imitan el modo de ser Divino; conceden personalmente los beneficios, pero emplean a otros para imponer los castigos.

145. Ahora bien, como de las dos potencias una era la benefactora y la otra la punitiva,[47] es natural que una y otra hicieran su aparición en la tierra de los sodomitas, ya que de las cinco ciudades más importantes de ella cuatro estaban a punto de ser abrasadas, pero una iba a resultar sana y salva, sin experimentar mal alguno; y era preciso que la destrucción tuviera lugar por intermedio de la potencia punitiva, en tanto que la preservación se realizara a través de la benefactora.
[47] Ver Sobre la huida y el hallazgo 95 y ss.

146. Mas, como las virtudes de la parte preservada no eran completas y perfectas, recibió sí beneficios a través de una de las potencias del Que Es, pero no fue considerada digna de recibir la visión de Él directamente.

147. XXIX. Esta es, pues, la explicación del hecho, exteriormente considerado y para el común de la gente. Pero en lo que sigue expondremos la interpretación de su sentido profundo y reservado a unos pocos que indagan sobre las condiciones del alma y no sobre las formas materiales. Las cinco ciudades simbolizan los cinco sentidos de nuestro ser, vale decir, los instrumentos de los placeres, los que, pequeños o grandes, llegan a concretarse a través de ellos.

148. Sentimos placer, en efecto, o viendo las variedades de colores y formas de los objetos inertes y vivos, o escuchando melodiosos sonidos, o a través del gusto en los alimentos y bebidas, o por el olfato en los aromas fragantes, o mediante el tacto en las sustancias suaves, cálidas y también tersas.

149. Ahora bien, de los cinco sentidos tres son los de mayor naturaleza animal y los más serviles: el gusto, el olfato y el tacto, los cuales provocan de un modo particularísimo la excitación en los ganados y en los animales salvajes más inclinados a la glotonería y la pasión sexual, como que durante el día y la noche enteros éstos se saturan insaciablemente de alimentos o se entregan a los actos sexuales.

150. Los otros dos, la vista y el oído, están relacionados con la filosofía y cumplen un papel

de guías. Pero los oídos son en cierto modo más torpes y femeninos que los ojos, los que animosamente salen al encuentro de los objetos visibles y no se limitan a aguardar hasta que éstos operen sobre ellos sino anticipan el encuentro y buscan ávidamente actuar sobre los mismos. Por lo tanto, el oído, en razón de su mayor torpeza y su carácter más femenino, debe ocupar el segundo lugar; y el primer lugar ha de constituir una especial distinción para la visión. A ésta, en efecto, la ha constituido Dios en reina de los demás sentidos, colocándola por sobre todos ellos; y, elevándola como sobre una ciudadela, la ha unido de la manera más estrecha al alma.

151. Esto cualquiera puede comprobarlo con tener presente las variaciones que la vista experimenta paralelamente a los cambios del alma. Cuando ésta experimenta una pena, los ojos se llenan de ansiedad y tristeza; si el alma, en cambio, siente alegría, ellos sonríen y gozan; cuando el miedo prevalece ellos se llenan de confusa turbación, haciéndose desordenados sus movimientos, sus parpadeos y sus rotaciones.

152, Si la ira domina al alma, la mirada se toma dura y amenazante;[48] en los momentos de reflexión y meditación sobre algún asunto, se muestra reposada y lejana, casi como acompañando al entendimiento en sus vuelos; y en los de alivio y relajación, ella relájase al mismo tiempo y descansa.
[48] Literalmente: inyectada de sangre (*hyphaimos*), la vista o los ojos.

153. Si el que se aproxima es un amigo, con un mirar plácido y sereno le anuncia el grato mensaje de las buenas disposiciones hacia él; si se trata, en cambio, de un enemigo adviértele sobre el desagrado que el alma experimenta; y mientras el coraje hace que los ojos parezcan dos dardos lanzados hacia adelante, la modestia los torna amables y reposados. En pocas palabras, cabe decir que la vista ha sido forjada como una imagen del alma, y que, gracias a la perfección del arte que ha producido esa buena copia, ella, como a través de un espejo, refleja una clara representación de un original que de por sí carece de naturaleza visible.

154. Mas no es sólo por eso, ciertamente, por lo que la excelencia de los ojos supera a los otros sentidos, sino también porque los otros, en el tiempo en que se está despierto, que no hay para qué considerar su inacción durante el sueño, funcionan sólo por momentos, como que, cuando no los mueve alguno de los objetos externos, permanecen inactivos; en tanto que las actividades de los ojos, mientras están abiertos, son permanentes e ininterrumpidas, sin que ellos jamás se saturen; con lo que hacen patente el parentesco que los liga con el alma.[49]
[49] Cuya actividad es también permanente.

155. Sin embargo, mientras el alma está siempre en movimiento y en renovada actividad día y noche, los ojos, como su principal elemento es la carne, han de conformarse con que les haya sido concedido el don de mantenerse durante la mitad de todo el tiempo y de la existencia humana ejerciendo las actividades que les son provechosas.

156. XXX. Pero ya es tiempo de que hablemos del aspecto más positivo del beneficio que nos brindan los ojos. Dios ha hecho que para un solo sentido, la vista, se propague la luz; y la luz es la más hermosa de las cosas que existen y la primera en ser calificada como un bien en los libros sagrados.[50]
[50] Gen. I, 4.

157. Ahora bien, la naturaleza de la luz es doble; una, que procede del provechoso fuego, es perecedera como su fuente, cuyo brillo acaba por extinguirse; la otra es inextinguible e

imperecedera, y nos viene desde lo alto del cielo como de una eterna fuente, al derramar sus rayos cada una de las estrellas. Con una y otra pénese en contacto la vista ya través de ambas se lanza a la aprehensión más exacta posible de los objetos visibles.

158. Y bien, ¿hemos aún de intentar elogiar a los ojos con palabras, cuando Dios ha erigido en el cielo esas estelas que son los astros para verdadera alabanza de ellos? Porque, ¿para qué si no para servir a los ojos y contribuir a la visión han sido creados los rayos del sol, de la luna y de los otros. astros errantes y fijos?

159. Y así, gracias al empleo de la. luz, el mejor de todos los dones, los hombres contemplan lo que contiene el mundo: tierra, plantas, animales, frutos, desbordamientos de mares, ríos que nacen en fuentes de la región y ríos alimentados por las lluvias invernales, variadas clases de fuentes, de las que unas vierten una corriente de agua fría y otras de agua caliente; las naturalezas de todos los fenómenos que tienen lugar en el aire, cuyas infinitas formas no alcanza a expresar la palabra; y, sobre todo, el cielo, que ha sido en verdad forjado como un mundo dentro del mundo, y las celestiales y Divinas naturalezas que lo adornan. ¿Cuál de los otros sentidos, entonces, puede jactarse de recorrer alguna vez tan grandes extensiones?

160. XXXI. Mas, dejemos de lado a los sentidos que no hacen sino engordar en sus pesebres a esa bestia connatural en nosotros que es la pasión; y examinemos el que pretende tener una parte en la labor intelectual, el oído. Éste, cuando su carrera es tensa y alcanza los límites de sus posibilidades, es decir, cuando la violencia de los vientos y el estrépito de los truenos hacen llegar a los oídos el eco del fuerte huracán y el terrible estruendo, se detiene en el aire que rodea la tierra.

161. En cambio, los ojos abandonan la tierra y en un instante se adelantan hasta el cielo y los límites del universo, hacia el levante, el poniente, el septentrión y el mediodía, y, ya de vuelta, conducen al entendimiento a la observación de aquello que ellos han visto.

162. Y el entendimiento, tras recibir la impresión más aproximada, no se queda tranquilo; lejos de eso, como nunca se da reposo ni permanece quieto, tomando la vista como punto de partida para poder observar las cosas de su esfera, se aboca a investigar si las cosas vistas son increadas o tuvieron un principio de creación; si su número es ilimitado o limitado- si hay un solo mundo o más de uno; si los elementos de todas las cosas son cuatro o si el cielo y lo que en él existe tienen asignada una naturaleza especial, habiendo recibido una sustancia más Divina y diferente de las otras.

163. Y además, si el mundo ha sido creado, ¿por quién lo fue? ¿Cuál es la esencia y cuáles las cualidades del Hacedor? ¿Con qué propósitos lo creó? ¿Qué hace al presente, y qué género de vida lleva? Y, como estas cuestiones, aborda todas las otras que una inteligencia no vulgar, siempre de la mano con la sensatez, tiene por costumbre investigar.

164. Ahora bien, estos problemas y los semejantes a ellos pertenecen a la filosofía; por lo que resulta claro que la sabiduría y la filosofía de ninguna otra de nuestras facultades recibe su punto de partida, excepto de la soberana de los sentidos, que es la vista;[51] el único entre los sentidos del país corpóreo que Dios, cuando destruyó los cuatro restantes por ser esclavos de la carne y de las pasiones carnales, conservó en razón de que ella tuvo fuerza suficiente para mantener el cuello erguido y contemplar y descubrir en la contemplación del mundo y lo que él contiene otros placeres muy superiores a los del cuerpo.

[51] Ver Platón, Timeo 47 a.

165. Correspondía, pues, que de esta como pentápolis de los cinco sentidos uno solo, la vista, alcanzara una especial prerrogativa y en medio de la ruina de los restantes fuera preservado, por cuanto su ámbito no se circunscribe exclusivamente a las cosas mortales, como el de aquellos, sino tiende a emigrar hacia las naturalezas imperecederas, en cuya contemplación se complace.

166. Por eso están del todo acertados los oráculos cuando, aludiendo a la vista, presentan a esta ciudad primeramente como pequeña y luego como no pequeña.[52] Pequeña, en efecto, decimos que es en cuanto constituye una parte diminuta de nuestro ser; pero que es grande por cuanto aspira a cosas grandes en su anhelo por contemplar el cielo y el mundo todo.
[52] Gen. XIX, 20.

167. XXXII.[53] Queda expuesto hasta donde nos era posible hacerlo lo concerniente a la visión que sobrevino a Abraham, y lo tocante a las espléndidas y excelentes muestras de hospitalidad, en las que el acogedor dueño de casa, que parecía ser el que agasajaba, fue en realidad el agasajado. Pero no debemos pasar por alto el hecho más importante y digno de darse a conocer. Estoy, en efecto, por decir que se trata casi de la acción que sobrepasa a todas cuantas complacen a Dios. Pero digamos sobre el mismo cuanto viene al caso.
[53] Para los parágrafos 167 a 177 ver Gen. XXII, 1 a 19.

168. Un hijo legítimo le es engendrado al sabio por su esposa, hijo amado y único, de suma belleza corporal y excelente de espíritu. Antes de tiempo, en efecto, dio muestras de poseer virtudes demasiado perfectas para su edad, al punto de que su padre, no solamente por la natural afección que sentía por él sino además por una convicción propia de un censor de costumbres, profesábale una profunda ternura.

169. Tales eran sus sentimientos, cuando de improviso recibió un Divino mensaje jamás esperado: mandábasele sacrificar a su hijo sobre cierta colina muy elevada, situada a la considerable distancia de unos tres días de camino de la ciudad.

170. Abraham, aunque ligado al niño por un indecible cariño, ni cambió de color ni sintió desfallecer su espíritu, sino permaneció firme como antes, sin ceder ni titubear en sus convicciones. Dominado por el amor a Dios, se sobrepuso con toda energía a todos los llamados y atractivos de la sangre, y, sin comunicar el Divino aviso a ninguno de los de la casa, llevando consigo de la numerosa servidumbre solamente dos criados, los más viejos y leales, partió con el niño, siendo cuatro en total, como para llevar a cabo alguno de los ritos acostumbrados.

171. Pero, cuando vio a lo lejos, como desde una atalaya, el lugar proscripto, ordenó a los servidores quedarse y encargó al niño transportar el fuego y la leña, esto último porque entendía que era justo que la víctima misma condujera los instrumentos para el sacrificio, peso sumamente liviano, pues nada hay menos trabajoso que la piedad.

172. Y caminando a pasos parejos,[54] no tanto con los cuerpos cuanto con los entendimientos por la corta senda que conduce a la piedad, llegan al lugar fijado.
[54] Gen. XXII. Ver Sobre la migración de Abraham. 166 y 167.

173. Allí, mientras el padre reunía piedras para construir un ara, el hijo, viendo preparadas-las otras cosas para el sacrificio pero no animal alguno, mirando a su padre, le dijo: "He aquí el

fuego, padre, y la leña; pero, adonde está la víctima?"

174. Otro que, como él, supiera lo que estaba a punto de llevar a cabo y llevara el alma envuelta en sombras, al oír estas palabras se hubiera llenado de confusión y lágrimas, y el silencio producto de su extrema emoción hubiera dado indicios de lo que iba a ocurrir.

175. Pero Abraham, sin experimentar alteración alguna ni en el cuerpo ni en el entendimiento, con la mirada firme y con el pensamiento tranquilo dijo en respuesta a la pregunta: "Hijo, Dios se encargará de proveer la víctima" (Gen. XXII, 8), 'aún en este vasto desierto, que quizá te haga desesperar de encontrarla. Pero ten presente que para Dios todo es posible, incluso aquellas cosas que para los hombres son imposibles e inalcanzables'.

176. Y a la vez que esto decía, tomó con toda presteza a su hijo y lo colocó sobre el altar, y habiendo tomado el cuchillo con su mano derecha se aprestó a matarlo. Pero Dios, el Salvador, adelantándose a su propósito, impidió que lo concretase, haciendo oír desde el aire Su orden de detenerse y no tocar al niño. Dos veces llamó al padre por su nombre para hacerlo volver y retroceder, y así impedir se consumara la inmolación.

177. E Isaac es salvado, al restituir Dios el presente y retribuir con la misma ofrenda con que la piedad del oferente Le honraba; en tanto que para Abraham su acción, si bien no alcanzó el fin perseguido, ha quedado registrada como completa y perfecta, y como tal se ha perpetuado no sólo en las sagradas escrituras sino también en las mentes de los lectores.

178, Sin embargo, los malintencionados, que todo lo critican y tienen por norma juzgar censurando y nunca elogiando, no comparten nuestra opinión de que lo ejecutado por Abraham sea grande y admirable.

179. Dicen ellos que muchos otros hombres muy amantes de su familia e hijos también han entregado sus hijos, unos para ser sacrificados por sus países a título de precio pagado para evitar guerras, sequías, lluvias excesivas o epidemias; otros, en nombre de algo que se considera piedad pero que en realidad no es tal cosa.

180. Dicen, ciertamente, que entre los griegos hombres de altísima reputación, no sólo ciudadanos privados sino también reyes, sin preocuparse mucho por aquellos a quienes habían engendrado, los entregaron al sacrificio para salvar ejércitos poderosos por su fuerza y número, si estaban en las filas de los aliados; y para destrozarlos al primer asalto si estaban alistados entre los enemigos.[55]
[55] La referencia es indudablemente a sacrificios como el de Ifigenia y el de Macana, tratados por Eurípides en las tragedias Ifigenia en Áulide y Los Heraclidas;

181. Agregan que los pueblos no helenos han admitido durante mucho tiempo los sacrificios de niños como obra santa y grata a la Divinidad, y que incluso el santísimo Moisés registra esa abominación, cuando, echándoles en cara esta mancha, dice que "queman a sus hijos e hijas en honor de sus dioses" (Deut. XII, 31).

182. En la India, prosiguen, los gimnosofistas [56] aún en nuestros días, cuando la larga e incurable enfermedad que es la vejez comienza a hacer presa en ellos, antes de que ella se adueñe completamente de ellos, amontonan una pira y se entregan a las llamas, a pesar de que podrían seguir viviendo quizá por muchos años. Y no faltan ejemplos de esposas que, al morir sus esposos antes que ellas, se lanzan gozosas sobre la misma pira y soportan ser quemadas

vivas con los cuerpos de aquellos.
[56] Es decir, los sabios desnudos de la India, a los que se refieren Plutarco, en la Vida Alejandro, 64, y otros autores.

183. Es indudable que estas mujeres sí merecen ser admiradas por su valentía, pues encaran la muerte con una indiferencia sin límites y corren hacia ella ansiosas y sin aliento como si marcharan hacia la inmortalidad. XXXIV ¿A. qué viene, entonces, el alabar a Abraham como si hubiera emprendido un hecho sin precedentes, cuando tanto simples particulares, como reyes, como naciones enteras lo realizan cada vez que la ocasión se presenta?

184. Yo, frente a su mala fe y mordacidad, diré lo que sigue. De los que sacrifican a sus hijos unos lo hacen por ajustarse a la costumbre, como ocurría en algunos pueblos no helenos, según se afirma, en tanto que otros lo sacrifican por importantes razones de estado, que escapan a su arbitrio, ya que sus ciudades y países no están en situación de solucionar por otra vía sus problemas. De éstos hay quienes entregan a sus hijos por necesidad, forzados por poderes superiores; y quienes lo hacen deseosos de honra y gloria para ganar prestigio entre sus coetáneos y buena fama ante la posteridad.

185. Ahora bien, aquellos que los inmolan siguiendo la costumbre, nada grande, como se advierte, hacen; por cuanto una costumbre de larga data se torna igual a la naturaleza, al punto de que cosas difíciles de sobrellevar y emprender ella las convierte en ligeras y fáciles, moderando el exceso de temores.

186. Y cuando se trata de ofrendas hechas por temor, ningún elogio cabe, puesto que el elogio se registra en el caso de rectas acciones voluntarias, en tanto que las involuntarias dependen exclusivamente de otras cosas: o bien de ocasiones favorables, o bien de azares o bien de compulsiones provenientes de los hombres.

187. Y si es por deseo de fama por lo que alguno renuncia a un hijo o a una hija, lo justo es más bien que se le reproche y no que se le alabe, por cuanto trafica con la muerte de los seres más queridos para adquirir una honra que, aún en el caso de que ya la poseyere, debería desechar si estuviese en juego la conservación de sus hijos.

188. Corresponde averiguar, pues, si fue bajo el imperio de alguna de dichas circunstancias: costumbre, honra o temor, como Abraham estuvo a punto de sacrificar a su hijo. Pues bien, en Babilonia y Mesopotamia y en la nación caldea, en la que aquél creció y pasó la mayor parte de su vida, no se da la costumbre de dar muerte a hijos, como para pensar que la continua práctica en ella haya tenido la virtud de amenguar las impresiones de los horrores de tal acto.

189. Ni tampoco tenía nada que temer de parte de los hombres, pues nadie estaba al tanto del Divino mensaje, revelado sólo a él; ni lo apremiaba ninguna desgracia colectiva, cuyo remedio debiera venir de la inmolación de un hijo de sobresalientes cualidades.

190. Pero, ¿no le habrá impulsado a consumar el hecho el deseo do ganarse la alabanza de la multitud? ¿Qué alabanza podía lograr en la soledad, donde nadie estaba presente para poder divulgar más tarde su fama? Hasta los dos sirvientes habían sido dejados lejos de propósito, para que no pareciese que llevaba testigos para hacer alarde y ostentación de conducta piadosa.

191. XXXV. Pongan, pues, cerrojo a sus desenfrenadas y difamadoras bocas, controlen la

envidia y el odio que llevan consigo contra lo noble, y no desfiguren las virtudes de los hombres que han vivido una buena vida, virtudes que correspondería contribuyeran a ilustrar con elogios.
Que se trata de un acto realmente digno de alabanza y simpatía, es cosa fácil de ver por varias razones.

192. En primer lugar, la obediencia a Dios, que a juicio de todas las personas bien intencionadas es una norma merecedora de todo respeto y esfuerzo, fue practicada de manera relevante por Abraham, al punto de no descuidar jamás uno solo de los mandatos Divinos, y sin disgusto ni repugnancia, aun cuando esa obediencia implicara trabajos y dolores. Por eso frente a la Divina prescripción sobre su hijo se comportó con toda altura y firmeza.

193. En segundo lugar, no existiendo en el país la costumbre de hacer sacrificios humanos, que quizá existía en otros lugares y que por la constante repetición suele debilitar las impresiones de sus horrores, el acto que se aprestaba a realizar era el primero en su género allí y resultaba totalmente novedoso y fuera de lo común, de tal modo que no creo pudiera sobrellevarlo nadie, aunque tuviera el alma hecha de hierro y acero; que, como dijo alguien, no es cosa fácil enfrentarse con la naturaleza.

194. Además, habiendo engendrado un hijo legítimo nada más, al punto a la posesión de este hijo se agregó el sentimiento, también legítimo, de afecto hacia él, sentimiento que en este caso estaba por sobre todos los amores sanos y por sobre todos los tan celebrados vínculos de amistad.

195. Contribuía a ello también un poderosísimo incentivo consistente en el hecho de que había engendrado a su hijo, no en la edad apropiada sino en la vejez. Los progenitores, en efecto, están locos, por así decir, por los hijos tardíos, a causa o bien de que han ansiado largo tiempo su nacimiento, o bien de que no esperan tener ya otros por haber la naturaleza detenido allí su curso como si hubiera llegado a su último y extremo límite.

196. Ahora bien, que un padre de numerosa prole ceda uno cualquiera de sus hijos a Dios a título de ofrenda, nada tiene de extraordinario, puesto que le quedan los hijos vivos para brindarle alegrías, y ello constituye un consuelo y un lenitivo-nada despreciables del dolor por el hijo sacrificado. Pero aquel que no teniendo más que un único y amado hijo, lo entrega, lleva a cabo un acto superior a toda ponderación, puesto que, sin hacer concesión alguna a los lazos familiares, coloca todo su peso en el platillo de la balanza del lado de lo que complace a Dios.

197. El paso siguiente sale de lo común y, prácticamente, constituye un caso único. En efecto, los otros entregan, es cierto, a sus hijos para ser sacrificados por la salvación de sus países o ejércitos, pero permanecen en su casa o muy distantes de los altares, o en caso de que se hallen presentes, vuelven la vista pues no soportan ser testigos, y dejan a cargo de otros la ejecución del sacrificio.

198. Abraham, en cambio, el más amante de los padres, da comienzo él mismo, como un sacerdote, al rito, del sacrificio del más excelente de los hijos en todos los mentidos. Quizá, ajustándose a la ley, de los holocaustos, hubiera también desmembrado a su hijo para ofrecerlo miembro por miembro. De esta manera, no repartió [57] su alma entre el hijo la piedad, sino que la consagró toda, sin exceptuar parte alguna de ella, a la santidad, haciendo caso omiso del llamado de la propia sangre.

[57] Filón, pasando de la hipótesis a la concreción del hecho, da por sentado el mérito de Abraham, como si hubiera consumado el holocausto de su hijo, apoyándose en que en la voluntad de Abraham se había concretado, aunque la voluntad de Dios impidió su realización efectiva.

199. ;Cuál de las cosas señaladas puede decirse de otros? ¿Cuál de ellas no resulta extraordinaria y superior a toda ponderación? Ninguno, pues, como no sea un calumniador y un malintencionado, puede menos que conmoverse y admirarse ante esta piedad con mucho inigualada, aunque no se detenga a considerar a la vez todos los puntos que he mencionado, sino sólo uno de entre todos. En efecto, la representación mental de uno solo de ellos, por pequeña que sea la forma de la imagen, aunque ninguna obra del sabio es pequeña, resulta suficiente para poner de manifiesto su grandeza y elevación del alma de Abraham.

200. XXXVI. Pero la explicación literal y manifiesta no es la única que admite el relato que nos ocupa. A mi parecer éste deja además entrever una interpretación demasiado obscura para los más, pero reconocible para aquellos que prefieren lo aprehensible por la inteligencia a lo sensible y son capaces de verlo. Es la siguiente. El que está a punto de ser sacrificado se llama Isaac en caldeo,[58] pero la traducción griega de ese nombre es "risa", si bien no se trata de la risa que se origina en el cuerpo con las bromas, sino de la sensación de agrado y alegría que tiene lugar en el entendimiento.
[58] Es decir, en hebreo. Ver la nota 3.

202. Esta risa es lo que se nos dice que el sabio sacrifica a Dios como corresponde; con lo que se da a entender mediante un simbolismo que la alegría sólo a Dios esta íntimamente ligada. En efecto, mientras la especie humana está sujeta al dolor y vive en el temor de los males presentes y esperados; de modo que los hombres están o afligidos por los males en que contra su voluntad se hallan envueltos o estremecidos por la intranquilidad y el temor ante los que habrán de sobrevenir, la naturaleza de Dios, en cambio, está libre de dolor y temor, y ninguna pasión cabe en ella, participando solamente de la felicidad y dicha perfectas.

203. Al carácter que ha reconocido esta verdad Dios, que es bienhechor y amigo del género humano, y tiene desterrada de Sí la envidia, lo premia convenientemente retribuyéndole con un don en la medida en que la capacidad del receptor lo permite. Hasta podríamos decir que Se dirige a él en estos términos:

[204.] "Sé claramente que toda alegría y dicha a ningún otro pertenece sino a Mí, el Padre del universo. Con todo, no me opongo a que hagan uso de Mi propiedad los que la merecen. Pero, quién puede ser merecedor de ella salvo el que Me siga y siga Mis determinaciones? A éste, en efecto, le será dado verse libre en el mayor grado posible del dolor y del temor durante su marcha por este camino, que no pueden recorrer las pasiones y los vicios, y por el que, en cambio, caminan los buenos sentimientos y las virtudes".

205. Sin embargo, nadie se haga a la idea de que la alegría desciende del cielo a la tierra pura y sin mezcla de dolor; no, ella es una combinación de ambas cosas, si bien prevalece el elemento superior. Ocurre lo que con la luz, que en el cielo es pura y sin mezcla de sombra, pero en las regiones sublunares aparece combinada con la obscuridad del aire.

206. Este es el motivo, creo yo, por el que Sara, que es como decir la virtud,[59] si bien al principio se rió, luego negó la risa ante el que la interrogaba, temerosa de estar apropiándose de la alegría, que es de Dios exclusivamente y no de mortal alguno. Por eso la sagrada palabra

la anima diciéndole: "No tengas temor; te has reído realmente y eres partícipe en la alegría".[60]
[59] Filón considera a Sara como la personificación de la virtud "in genere", como símbolo de la sabiduría en particular, y como personificación de la soberanía.
[60] Gen. XVIII, 12 y 15. Ver el parágrafo 112.

207. Es que el Padre no ha permitido que la existencia del género humano transcurra en medio de dolores, penas y pesares incurables, y mezcló con ellos elementos de la naturaleza superior, considerando que es justo que el alma experimente también tranquilidad y paz en determinados momentos; y quiso además que el alma de los hombres sabios pasase la mayor parte del tiempo feliz y dichosa en la contemplación del mundo.

208. XXXVII. Acerca de la piedad de Abraham basten estas consideraciones, aunque podrían agregarse otras infinitas. Pero corresponde que examinemos también sus buenas disposiciones para con los hombres. La naturaleza que es piadosa es también amable, y en la misma persona se ponen de manifiesto ambas cosas: la santidad con respecto a Dios y el justo proceder frente a los hombres. Describir la totalidad de los actos de Abraham en tal sentido sería cosa de nunca acabar; pero no estará de más mencionar dos o tres.

209. Siendo, como era, dueño de excepcionales riquezas en oro y plata, poseyendo rebaños de numerosos animales, rivalizando en la abundancia de bienes con los nativos de la región poseedores de suficientes recursos, y habiendo llegado a ser más rico de lo que cabía esperar en un inmigrante, no obstante ello no fue objeto de reproches de parte de ninguno de los que fueron recibidos en sus posesiones y jamás dejó de ser alabado por todos aquellos que llegaron a conocerlo.

210. Y si, como sucede muchas veces, alguno de sus servidores o de quienes convivieron con él se veía envuelto en alguna disputa o discrepancia con otros, él trataba de subsanarla con calma, pues merced a una enérgica norma de vida había desterrado lejos de su alma todo lo que tuviese que ver con las disputas, los desórdenes y las facciones.

211. Y nada tiene de admirable que observara tal conducta ante los extraños; que, al fin y al cabo, se hubieran unido para hacerle frente con el peso de una fuerza superior si él hubiera querido imponerse injustamente; puesto que lo vemos obrar con moderación frente a quienes, ligados a él por lazos de familia, pero ajenos por sus ideas, estaban solos, sin apoyo y con recursos muy inferiores a los suyos, y aceptar voluntariamente llevar la peor parte ante quienes hubiera podido sacar ventajas.

212.[61] Tenía, en efecto, un sobrino, que lo había acompañado cuando emigró desde su país natal; persona nada firme, de actitudes equívocas, sin una norma definida de conducta, quien unas veces lo adulaba con amables salutaciones y otras se rebelaba y resistía, a través de constantes cambios de actitud.
[61] Para los parágrafos 212 a 216 ver Gen. XIII, 5 a 11.

213. De ahí que hasta la servidumbre de éste, al carecer de control, era disputadora y turbulenta, y muy particularmente los pastores, que se hallaban situados a considerable distancia de su amo. Y por cierto que, dueños de obrar a su capricho, su arrogancia los ponía en permanente conflicto con los que tenían a su cargo los rebaños del sabio, los que las más de las veces cedían en atención a la mansedumbre de su señor. Resultado de ello fue que aquéllos, entregándose a una insensata y desvergonzada audacia, excitados e irritados ya, encendieron en sus almas el fuego de una hostilidad irreconciliable, hasta que obligaron a los agraviados a

tomar medidas para defenderse.

214. Habiendo llegado a las manos de manera extremadamente violenta, y enterado el hombre noble del enfrentamiento con los agresores, no obstante saber que su bando gozaba de mejor reputación[62] por su fuerza y número, no permitió que la disputa se prolongara hasta la victoria, a fin de que su sobrino no recibiera pena por la derrota de los suyos. Y así, colocándose en medio de ellos, reconcilió a los enfrentados mediante proposiciones conciliadoras no sólo para las circunstancias presentes sino también para el futuro.
[62] Literalmente: era más glorioso (*epikydestéran oúsan*). Afirmación hiperbólica que no justifican los antecedentes mencionados en el Génesis hasta la ocasión que se trata aquí. Inconscientemente tiene Filón presente, sin duda, la campaña contra Codorlaomor y sus aliados narrada más adelante en Gen. XIV; y anticipa el juicio que, a su parecer, habrían de merecer las huestes de Abraham.

215. Sabía, en efecto, que si vivían y residían en un mismo lugar las diferencias de pareceres los enfrentarían suscitando permanentes desacuerdos y peleas de unos contra otros; y pensó que, para que esto no sucediera, era conveniente poner fin a la vida en común y fijar sitios de residencia separados. Mandó, en consecuencia, llamar a su sobrino y le dio a elegir la zona mejor, aviniéndose de buen grado a que se quedara con. la parte que prefiriera; ya que consideraba que él ganaba la mayor de las ganancias, la paz.

216. Y sin embargo, ¿qué otro cedería en caso alguno ante uno más débil siendo él el más fuerte? ¿Quién, pudiendo imponerse, querría llevar la peor parte y no respaldar sus intereses con la fuerza? Sólo él, que consideraba que el sumo bien reside no en la fuerza y el propio engrandecimiento, sino en una existencia libre al máximo de agitaciones y tranquila en cuanto de uno depende; y así se nos mostró como el más admirable de los hombres.

217. XXXVIII. Como además del elogioso juicio que sobre Abraham en su condición de hombre encierran las palabras del relato, ellas, según los que desde el sentido literal pasan a las conclusiones de orden espiritual, revelan a la vez caracteres del alma, convendrá de seguro examinar también estos caracteres.

218. Son ellos innumerables, procedentes de infinitos puntos de partida y resultados de toda clase y variedad de circunstancias; pero los que ahora vamos a considerar se reducen a dos: uno de mayor dignidad, otro de dignidad inferior. El de mayor dignidad es aquel que tributa honor a las cosas de naturaleza superior y dominante; el de menor es el que honra a las cosas subordinadas y últimas en jerarquía.

219. Ahora bien, de naturaleza superior y dominantes son la sensatez, la templanza, la justicia, la fortaleza, la virtud en general y las acciones virtuosas; de menor jerarquía, en cambio, son la riqueza, la reputación, el mando, la nobleza de cuna, es decir, no la verdadera nobleza, sino la que el común de la gente tiene por tal; y además todas las otras cosas que, a continuación de las espirituales y de las corporales, ocupan el tercer lugar, que es justamente también el último.

220. Cada uno de estos dos caracteres posee lo que podríamos llamar hatos y rebaños; el apegado a las cosas externas posee plata, oro, vestidos, y todas aquellas cosas que constituyen y procuran riqueza, así como también armas, máquinas de guerra, trirremes, fuerzas de caballería, de infantería y navales, vale decir, los instrumentos básicos para la dominación, los fundamentos de la seguridad en el poder; el amante de lo noble, en cambio, es dueño de las

doctrinas relativas a cada una de las virtudes y de las verdades descubiertas por la sabiduría misma.

221. Ahora bien, al frente de uno y otro conjunto, encargados de velar por ellos, hállanse ciertos hombres comparables a los cuidadores de ganado. El de las cosas exteriores está a cargo de amantes de la riqueza y la gloria, de los aspirantes a generalatos y de cuantos apetecen el mando sobre las multitudes; al frente del de las cosas del alma hállanse todos los amantes de lo noble y de la virtud, todos los que escogen, no los bienes espurios en vez de los legítimos, sino los genuinos en vez de los bastardos.

222. Es natural, por lo tanto, que surja entre ellos un encarnizado conflicto, ya que .sus puntos de .vista son totalmente distintos, discrepando y disintiendo- siempre acerca del asunto más importante en la vida, es decir, acerca de la elección de los verdaderos bienes.

223. Durante cierto tiempo pues, el alma se halló envuelta en un conflicto y fue sede de tal enfrentamiento. Esto ocurría cuando aún no se .hallaba purificada completamente, y todavía las enfermizas pasiones prevalecían sobre los saludables principios. Pero, desde que comenzó a adquirir mayor vigor y a demoler con superior fortaleza la hostil muralla de las enemigas doctrinas, despliega sus alas y, llena enteramente de sensatez, aísla con un muro de separación al carácter admirador de las materias exteriores afincado en ella; y como si se dirigiera a un hombre, le dice:

[224.] "Es imposible que tú y el amante de la sabiduría y de la virtud compartáis la casa y la mesa. Anda, pues, cambia de residencia y aíslate lejos, que nada tienes, o mejor, ni siquiera puedes tener de común con él. Todo cuanto tú supones que está a la derecha, él piensa que está a la izquierda; y, a la inversa, cuanto tú consideras situado a la izquierda, a juicio de aquél está a la derecha".[63]
[63] Gen. XIII, 9.

225. XXIX. Por cierto que[64] el noble hombre no sólo fue pacífico y justiciero sino también valeroso y batallador; y no por espíritu belicoso; que no era amigo de disputas y pendencias; sino por asegurar para el futuro la paz que sus oponentes menoscababan.[65]
[64] Retoma Filón la exposición interrumpida desde el parágrafo 217 para la digresión sobre la alegoría implícita en el episodio de ambos bandos de pastores.
[65] Para los parágrafos 225 a 235 ver Gen. XIV.

226. Sus hechos constituyen la más clara de las pruebas. La parte del mundo habitado que se extiende hacia el levante estaba bajo el dominio de cuatro grandes reyes, a los cuales estaban sometidas todas las naciones de Oriente situadas a uno y otro lado del Eufrates. Ahora bien, mientras las demás naciones permanecían al margen de conflictos, obedientes a los mandatos de los reyes y pagando sin dilaciones los tributos anuales, sólo el país de los sodomitas, antes de ser arrasado por el fuego, comenzó a socavar la paz, maquinando durante largo tiempo una deserción.

227. En efecto, como era extremadamente próspero, gobernaban allí cinco reyes, que se habían repartido las ciudades y la región, que no era extensa, pero sí rica en cereales, bien arbolada y abundante en frutos. Lo que las otras regiones debían a sus territorios extensos, a Sodoma procurábanselo sus buenas condiciones naturales, de donde veníale el tener no uno sino varios soberanos, que la amaban y estaban prendados de su belleza.

228. Éstos en otro tiempo pagaban los tributos establecidos a los recolectores de contribuciones, movidos por el respeto y el miedo a la vez a los más poderosos, de quienes ellos eran monarcas vasallos. Pero, después que se hubieron saturado de bienes y, como suele ocurrir, la saciedad engendró la insolencia, concibieron proyectos superiores a sus posibilidades y comenzaron por sacudir el yugo, para luego atacar a sus señores, como malos servidores, fiados en la sedición y en la fuerza.[98]

229. Pero los otros reyes, conscientes de su mayor nobleza de estirpe y contando con una fuerza más poderosa, saliéronles al encuentro, seguros de vencerlos al primer ataque; y habiendo venido a las manos, a unos los dispersaron de inmediato en franca fuga, y a otros los ultimaron en masa matándolos a diestra y siniestra, mientras que una gran multitud fue conducida prisionera y distribuida con el resto del botín. Entre otros condujeron cautivo al sobrino del sabio, quien había emigrado a una de las cinco ciudades no mucho tiempo antes.

230. XL. Cuando esto llegó a oídos de Abraham por boca de uno de los que escaparon de la derrota, penosa fue la aflicción que lo embargó, y ya no tuvo tranquilidad, alterado su ánimo por los sucesos. Su pesadumbre al saber que su sobrino vivía era mayor aún que si se hubiese enterado de su muerte; puesto que la muerte es, como su mismo nombre lo indica,[67] el fin de todas las cosas de la vida, y muy especialmente de las malas; mientras que las desgracias inevitables que aguardan a los vivientes son innumerables.

[66] En la fuerza que ellos creían tener. Pero tal vez haya un error en el texto griego y la lectura correcta sea: más en la sedición que en la fuerza.

[67] Emplea aquí Filón el término *télos* = fin, que, al igual que la palabra fin en español, se usa también como sinónimo de *thánatos* = muerte.

231. Pero, cuando se dispuso a marchar tras aquéllos con miras a rescatar a su sobrino se encontró falto de aliados, pues era extranjero e inmigrante, y nadie se atrevía a enfrentarse con las invencibles fuerzas de aquellos reyes, tantos en número y recientemente victoriosos.

232. Sin embargo, obtuvo la colaboración para la lucha de manera harto novedosa; que quien se aboca a empresas en pro de la Justicia y el provecho de sus semejantes, halla recursos donde no los hay. En efecto, reunió a sus siervos y, tras haber ordenado a los adquiridos por compra que permanecieran en sus casas, temeroso de que desertaran, hizo un recuento de los nacidos bajo sus techos y, habiéndolos distribuido en grupos de a cien, avanzó con tres batallones. Su confianza, empero, no reposaba en estas fuerzas, cuyo número no era sino una pequeña parte del de aquellas con que contaban los reyes, sino en el Campeón y Defensor de la justicia. Dios.

233. Apresuróse, pues, a avanzar decididamente, sin aminorar para nada la velocidad, hasta que, habiendo acechado la ocasión propicia, cayó durante la noche sobre los enemigos, que acababan de cenar ya y se disponían a entregarse al sueño. A algunos los mató en sus lechos; a otros, que alcanzaron a tomar las armas para oponerse, los aniquiló completamente, doblegando a todos vigorosamente, más por la valentía de su alma que por los recursos guerreros.

234. Y no se dio tregua hasta que, habiendo destruido totalmente al ejército enemigo con sus mismos reyes, los vio tendidos frente a su campamento. Su brillante y esclarecida victoria culminó con el rescate de su sobrino y la captura, además, de todos los caballos, de la multitud de las otras bestias y de un copiosísimo botín.

235. El gran sacerdote del Altísimo Dios, al verlo avanzar cargado de trofeos, sano y salvo con toda su fuerza intacta, sin haber perdido un solo hombre de los que había llevado consigo; pasmado ante la magnitud de la hazaña y teniendo presente, como no podía ser menos, que sin la providencia y ayuda Divina su empresa guerrera no hubiera llegado a buen término, lo alabó elevando plegarias por él con las manos tendidas hacia el cielo, ofreció sacrificios en acción de gracias por la victoria, y agasajó espléndidamente a todos los que habían tomado parte en la contienda, gozoso y complacido a la par de ellos, como si el éxito hubiera sido propio. Y en realidad también a él le correspondía, pues "las cosas de los amigos son comunes", como dice el proverbio, y mucho más si se trata de las cosas de los buenos, cuya única meta es complacer a Dios.

236. XLI. Tal es lo que nos dice el sentido literal de las escrituras; pero todos aquellos que son capaces de contemplar los hechos desnudos de sus envolturas materiales, aquellos que viven más con el alma que con el cuerpo, dirán que de los nueve reyes cuatro representan los efectos que producen en nosotros las cuatro pasiones: el placer, el deseo, el temor y el dolor; en tanto que los otros cinco son los sentidos, que son también cinco: vista, oído, gusto, olfato y tacto.

237. En cierta manera, en efecto, estos nueve son como nuestros reyes y gobernantes, estando en sus manos la soberanía; aunque no de la misma manera en todos, ya que los cinco son vasallos de los cuatro, y se ven forzados a pagar a éstos los tributos y contribuciones establecidos por la naturaleza.

238. En efecto, las penas, los placeres, los temores y los deseos surgen de aquello que vemos, oímos, olemos, gustamos y tocamos, y ninguna de las pasiones cobraría vigor por sí misma, si no contara con los medios que los sentidos le procuran.

239. Éstos medios constituyen, en efecto, las fuerzas de las pasiones, en forma o de colores y figuras, o de sonidos pronunciados u oídos, o de gustos, o de olores, o de cualidades de las cosas tangibles, que son blandas y duras, ásperas y suaves, calientes y frías. Todas estas cosas, en efecto, son proporcionadas a cada una de las pasiones a través de los sentidos.

240. Y mientras dichos tributos son pagados, subsiste la alianza entre los reyes; pero cuando ya no se cumple con ellos de la misma manera, no tardan en suscitarse conflictos y guerras. Tal es lo que, evidentemente, sucede cuando sobreviene la dolorosa vejez: en ella no solo no menguan en nada las fuerzas de las pasiones, cuyo poder tórnase quizás más dominante que antes; sino además los ojos son más débiles; los oídos, más torpes para oír; y cada uno de los otros sentidos, más embotado, no siendo ya ninguno de ellos capaz de distinguir con la misma precisión de antes ni de pagar los tributos en la medida correspondiente.[68]. Y así, debilitados' en todas las formas y doblegados ya de por sí, es natural que sean fácilmente descalabrados por las enemigas pasiones.

[68] En los manuscritos léase: *isa tói pléthei* =. iguales a la multitud, lectura que resulta inaceptable. Colson propone: *isa tói plérei* = iguales al total de la cuota.

241. Muy de acuerdo con la naturaleza de las cosas resulta el aserto de que de los cinco reyes dos se precipitan en una fuente y tres se habían dado a la fuga. El tacto y el gusto, en efecto, llegan a las más profundas zonas del cuerpo y llevan a sus entrañas aquello que es propio para su desarrollo, en tanto que los ojos, los oídos y el olfato en buena parte se van hacia afuera y huyen de la esclavitud del cuerpo.

242. El hombre noble, que está atento a todas estas cosas, cuando observa que las alianzas y amistades de poco antes se quebrantan y que, en vez de la paz, sobreviene la guerra entre los nueve reinos, enfrentándose por el poder soberano los cuatro contra los cinco, espía la ocasión oportuna y se lanza al ataque imprevistamente en procura de establecer en el alma la democracia, el mejor de los sistemas políticos,[69] en lugar de las tiranías y monarquías,[70] y la legalidad y la justicia en vez de la ilegalidad y la injusticia, que hasta entonces habían prevalecido.

[69] Ver Sobre la inmutabilidad de Dios, 176.

[70] El contexto parecería sugerir que el término *dynastéia*, que aparece en el texto griego, debería traducirse por oligarquía, para marcar mejor la oposición que parece sugerir Filón entre el régimen basado en la igualdad y la ley, que es la democracia, y los dos regímenes fundados en la desigualdad y el poder arbitrario de una persona (tiranía) o de un sector minoritario de la población (oligarquía). Pero con ese mismo término-califica nuestro autor en el parágrafo 244 a las pasiones y los sentidos, que en la interpretación corresponden a los nueve reinos del relato bíblico, a los que es imposible que califique de oligarquías. Por eso he preferido traducirlo por monarquía, pero es de advertir que en el texto griego no se emplea el término *monarkhía* = gobierno de uno solo, sino el ya mencionado de *dynastéia*, emparentado con *dynamis* = fuerza, por lo que cabe suponer que se refiere a una monarquía autoritaria, afín a la tiranía, por lo que su mención junto a *tyrannís* = tiranía, no sería sino una de tantas reiteraciones de conceptos a que echa mano Filón frecuentemente. Ver Aristóteles, Política. 4, 5, 2.

243. Lo dicho no es producto de mi imaginación, sino uno de los hechos más verídicos observados en nosotros mismos. A menudo, en efecto, los sentidos mantienen la concordia con las pasiones y les proveen de elementos sensibles; pero a menudo también se rebelan y ya no consideran procedente el pagar los mismos tributos, o no pueden hacerlo por hallarse, presente la correctora razón.[71] Esta, cada vez que se reviste con su panoplia, o sea, con las virtudes y las doctrinas y principios relativos a las mismas, las que constituyen una fuerza irresistible, se impone con tremendo vigor, ya que no es posible que lo incorruptible conviva con lo corruptible.

[71] Aquí Filón olvida que en el relato bíblico los cuatro reinos tributarios no se rebelaron animados o incitados por Abraham, símbolo de la razón, sino por propia decisión; por lo cual el paralelo es muy parcial.

244. Las nueve monarquías, es decir, las cuatro pasiones y los cinco sentidos, son corruptibles y origen de corrupción; y la sagrada y verdaderamente Divina razón, cuya fortaleza reside en las virtudes y a la que en la serie de los números corresponde el diez, el número de perfección suma,[72] marcha a la contienda y, munida de la poderosísima fortaleza que procede de Dios, derrota categóricamente a los mencionados reinos.

[72] Ver Sobre la unión con los estudios preliminares 89 y ss., y Sobre el decálogo, 20 y ss.

245. XLII. Algún tiempo más tarde muéresele a Abraham su esposa, fuente de inmensa complacencia para él y excelente en todos los sentidos, la que le había dado innumerables pruebas de su amor de esposa, soportando junto a él la separación de sus familiares, sobrellevando sin titubear el abandono de la tierra natal, las incesantes y sucesivas peregrinaciones por suelos extraños, las privaciones de alimentos y las campañas guerreras en las que lo acompañó.

246. Siempre, en efecto, y en todos los lugares ella estuvo a su lado sin abandonarlo en sitio ni ocasión alguna, participando realmente de su vida y de los acontecimientos de su vida,

convencida de que le correspondía participar por igual en las buenas y en las malas contingencias. No hizo como algunas mujeres, que huyen de las situaciones desfavorables y están al acecho de las propicias; sino con ánimo entero aceptó su parte en unas y en otras, segura de que eso es lo que atañe y corresponde a una esposa.

247. XLII.[73] Si bien son muchos los hechos enaltecedores que podría narrar sobre esta mujer, haré mención sólo de uno de ellos, el que constituirá una prueba clarísima de la verdad de los demás. Siendo, en efecto, infecunda y estéril, su temor de que la casa amada de Dios quedase enteramente privada de descendencia, la movió a dirigirse a su esposo y hablarle en estos términos:

[73] Para los parágrafos 247 a 254 ver Gen. XVI, 1 a 6.

[248.] "Mucho tiempo llevamos ya de vida en común con mutua complacencia sin que el motivo por el cual nos hemos unido nosotros y por el cual la naturaleza ha constituido la unión del hombre y la mujer, que es la procreación de hijos, se cumpla; y en lo que a mí toca, por lo avanzado de mi edad, no hay esperanzas de que en el futuro ocurra eso.

249. Mas no sufras tú también las consecuencias de mi incapacidad para tener hijos, ni por consideración hacia mí quedes impedido de ser padre pudiendo serlo. La verdad es que no podría tener celos de otra mujer que tú tomares, si a ello te mueve no un irracional apetito sino el cumplimiento de una inevitable ley de la naturaleza.

250. Por lo tanto no dejaré pasar más tiempo sin procurarte una joven que esté en condiciones de proporcionarte lo que a mí me es negado. Y si nuestras súplicas por el nacimiento de hijos son escuchadas, los vástagos serán tuyos por legítima paternidad y míos por cabal adopción.

251. Mas para borrar toda sospecha de celos de mi parte, toma, si te place, a mi criada, esclava de cuerpo, pero libre y noble de espíritu, de lo que durante mucho tiempo he recibido pruebas y testimonios desde que por primera vez fue traída a mi casa; egipcia por nacimiento pero hebrea por sus normas de vida.

252. Grandes son los bienes que poseemos e inagotable la riqueza, mayores de lo que cabría esperar en inmigrantes; que en ello hemos dejado atrás a nativos de la región reputados por su prosperidad; pero no hay indicios de heredero y sucesor alguno; aunque, si sigues mis consejos, es posible que éste sea una realidad."

253. Abraham, con creciente admiración ante el amor siempre renovado y rejuvenecido de su esposa, y ante su previsión y preocupación por el futuro, se unió a la que aquélla había juzgado conveniente, hasta que la misma dio a luz; o, como afirman quienes exponen la versión más segura,[74] hasta que estuvo preñada; y cuando eso ocurrió, poco después se abstuvo obedeciendo a su natural continencia y por la consideración que sentía hacia su esposa.

[74] También en Sobre la vida de Moisés 1, 4, menciona Filón haber manejado más de una versión o tradición sobre los hechos narrados en el Pentateuco.

254. Por esa época, pues, les nace un hijo de la criada, pero mucho tiempo más tarde, aunque habían desesperado de engendrar en común, náceles uno propio, premio por la nobleza de sus espíritus, con el que la generosidad Divina los recompensaba más allá de cuanto habían esperado.

255.[75] XLIV. No es necesario agregar más pruebas acerca de los méritos de esta mujer; los elogios al sabio, son más numerosos y a algunos de ellos me he referido en detalle algo más arriba. Pero aún he de hablar de una actitud suya que no puede pasarse en silencio: la observada con ocasión de la muerte de su esposa.

[75] Para los parágrafos 255 a 261 ver Gen. XXIII.

256. Habiendo perdido a esa compañera de toda la vida» adornada de cualidades tales como las que nuestro relato ha-puesto de relieve y revelan los oráculos; cuando el dolor se aprestaba ya a encarnizarse con su alma, él, como un atleta, lo dominó estimulando y vigorizando al máximo al natural enemigo de las pasiones, la razón, a la que durante toda su vida tuvo por consejera, y cuyas excelentes y provechosas prescripciones resolvió obedecer de manera especial en esa ocasión.

257. El consejo era el siguiente: no debía desesperarse más de la medida, como si se tratara de una desgracia sin precedentes ni razón de ser, ni tampoco hacer gala de indiferencia, cual si nada penoso hubiera sucedido; había, en cambio, de preferir lo intermedio en vez de los extremos, tratando de moderar sus sentimientos, no disgustándose porque se cobrara la naturaleza la deuda que le es debida y haciendo con tranquilidad y calma más llevadero lo sucedido.

258. Los sagrados libros contienen pruebas sobre el particular,. que no es lícito tachar de testimonios falsos. Ellas revelan que, tras llorar unos instantes sobre el cadáver, se alejó de él, considerando, al parecer, que el penar por más tiempo estaba reñido con la sabiduría, de la cual había aprendido a concebir la muerte, no como la extinción del alma sino como su separación del cuerpo y su retorno al lugar de origen, que no es otro que Dios, según queda demostrado en la historia de la creación.[76]

[76] Ver Sobre la creación del mundo 135.

259. Y así como ninguna persona razonable puede sentirse molesta de devolver una suma adeudada o depósito a quien antes se lo otorgó liberalmente; de la misma manera, pensaba Abraham que es preciso no tomar a mal el hecho de que la naturaleza reclame lo que le pertenece, sino aceptar de buen grado lo inevitable.

260. Cuando los gobernantes de la región llegaron para acompañarle en su dolor y no vieron cosa alguna de las que, según la costumbre, tenían lugar entre ellos en ocasión de funerales: ni lamentación fúnebre ni canto plañidero ni golpes de pecho ni de hombres ni de mujeres, sino una moderada tristeza en la casa toda, su admiración no tuvo límites, no obstante que ya desde antes el resto de la vida de este hombre los tenía presos de asombro.

261. Acto seguido, ante la grandeza y excelencia de la virtud de aquél, virtud totalmente fuera de lo común y superior a cuanto podían concebir en sí mismos, se le acercaron y exclamaron: "Tú eres un rey procedente de Dios entre nosotros" (Gen. XXIII, 6). Y nada más cierto que lo que decían; porque los otros reinos surgen entre los hombres mediante guerras, campañas militares y daños sin número que los que ambicionan tronos se infligen unos a otros en recíprocas matanzas, organizando para las contiendas fuerzas de infantería, caballería y navales; mientras que el reino del sabio lo proporciona Dios, y el hombre virtuoso, al recibirlo, no se convierte en causa de mal para nadie, antes bien resulta para todos sus subordinados origen de adquisición y a la vez goce de bienes, como mensajero, que es, de paz y de orden.

262. XLV. Otro elogio de Abraham conservado en las escrituras es el que atestiguan las revelaciones en las que el inspirado Moisés manifiesta que aquél "confió en Dios"; cosa que se dice con poquísimas palabras, pero que, traducida en hechos, es de máxima importancia.

263. ¿En qué otra cosa, en efecto, se ha de confiar? ¿Por ventura en el poder o en la fama o en los honores o en la abundancia de riqueza o en la nobleza de cuna o en la salud o en la eficacia de los sentidos o en la fuerza y la belleza del cuerpo? Pero el mando es cosa insegura completamente, siendo incontables las insidias que le aguardan al acecho; y si por casualidad llega a consolidarse, su solidez va acompañada de todos los innumerables males que llevan a cabo y sufren los que están en el poder.

264. La fama y los honores, a su vez, son posesiones en extremo precarias, a merced de incontroladas disposiciones de ánimo y de fugitivas palabras de hombres superficiales. Y aunque perduraran, su naturaleza es tal que no contienen bien genuino alguno.

265. En cuanto a las riquezas y a la buena cuna, ellas alcanzan también a los hombres más ruines. Y aunque sólo a los hombres virtuosos alcanzasen, los méritos pertenecen a los progenitores y al destino, no a los poseedores.

266. Pero ni siquiera vale la pena enorgullecerse por las cualidades corporales, ya que en ellas los anímales irracionales nos aventajan. ¿Qué hombre, en efecto, es más fuerte o más robusto que el toro, entre los animales domésticos, o que el león, entre los salvajes? ¿Cuál tiene una mirada más penetrante que el gavilán o el águila? ¿Cuál ha sido agraciado con una agudeza de oído igual a la que posee el más torpe de los animales, el asno? ¿Quién, tratándose de percibir los olores, supera al perro? Éste, según los cazadores, guiándose por el olfato cae diestramente sobre presas distantes sin haberlas visto antes, como que lo que es la vista para otros animales son las narices para los perros empleados en la caza y en seguir rastros.

267. En cuanto a la salud, la mayor parte de los animales son muy sanos y están libres de enfermedades hasta donde es ello posible. Si de confrontar bellezas se trata, creo que la hermosura de formas así de los hombres como de las mujeres puede ser superada y sobrepasada por determinados objetos inanimados, tales como las estatuas, los grabados y las pinturas y, en general, todas las creaciones pictóricas y escultóricas bien logradas dentro de uno y otro arte, creaciones que son vivamente deseadas tanto por los helenos como por los extranjeros y colocadas para adorno de las ciudades en los lugares más destacados.

268. XLVI. Sólo la confianza en Dios es, pues, un bien verdadero y firme, consuelo de la existencia, plenitud de elevadas esperanzas, escasez de males, abundancia de bienes, desconocimiento de la desgracia, familiaridad con la piedad, completo mejoramiento del alma, la que se halla firmemente apoyada en Aquel que es la causa de todas las cosas y que todo lo puede, pero que sólo quiere lo más excelente.

269. En efecto, al igual que aquéllos que, mientras recorren un camino resbaladizo, tropiezan y caen, también los que conducen su alma a través de las cosas corpóreas y externas no hacen sino. habituarla a las caídas; que tales cosas son resbaladizas y las más inseguras de todas. En cambio, los que se apresuran en su marcha hacia Dios a través de las doctrinas relativas a las virtudes,. avanzan derechamente por un camino seguro e inconmovible. Así pues, con toda verdad podemos afirmar que el que confía en aquellas cosas desconfía de Dios y el que desconfía de aquéllas confía en Él.

270. Pero no sólo atestiguan los oráculos que Abraham poseyó la reina de las virtudes, es decir, la confianza en aquel Que Es; sino además se trata del primero a quien presentan como anciano,[77] no obstante que, habiendo vivido los anteriores a él un número tres o muchas veces mayor de años que él, no tenemos noticia de que a ninguno de ellos lo consideraran merecedor de tal calificativo.
[77] Gen. XXIV, 1.

271. Y seguramente que hay razones para ello, ya que el que verdaderamente es anciano es presentado como tal, no por lo prolongado de sus días sino por lo laudable y perfecto de su vida. Por eso "niños de muchos años" es como debe llamarse a los que han gastado una larga existencia en la vida del cuerpo apartados de lo noble y lo bello, niños que nunca han sido instruidos en enseñanzas dignas de una cabeza cana. En cambio, aquel que ama la sensatez, la sabiduría y la confianza en Dios, con justicia puede ser llamado "anciano", término cuyo significado está próximo' al de "primero".

272. Y realmente el hombre sabio es el primero de la raza humana, comparable con el piloto en la nave,. el jefe de estado en la nación, el general en la guerra, el alma en el cuerpo, la inteligencia en el alma y también con el cielo. en el mundo y con Dios en el cielo.

273. Dios, admirando la confianza de Abraham en Él, lo recompensó con una muestra de buena fe al confirmarle mediante un juramento los dones que le había prometido, hablándole, no. sólo ya como Dios a un hombre, sino también como un amigo a un conocido. En efecto, aunque en Él la simple palabra equivale a un juramento, sin embargo le dice: "He jurado por Mí mismo" (Gen. XXII, 16), a fin de que la inteligencia de aquél se afirmase de manera más estable y fija aún que antes.

274. Anciano, pues, y primero es el hombre de bien y así debemos llamarlo. Joven, en cambio, y último es todo insensato que va en procura de rebeliones [78] y de las cosas que ocupan los últimos lugares.
[78] Intraducible juego de palabras entre *neoteros* = de menos edad, joven, y *neoteropoiós* = innovador, rebelde, maquinador de novedades.

275. Acerca de todas estas materias basta con lo dicho; pero Moisés a modo de coronamiento de lo expuesto añade a tantas y tan grandes alabanzas del sabio, la afirmación de que "este hombre cumplió la ley Divina y todos los mandatos de Dios" (Gen. XXVI, 5), no adoctrinado por enseñanzas escritas sino impulsado por la. no escrita naturaleza a seguir saludables y sanos estímulos. Y tratándose de lo que Dios promete, ¿qué otra cosa corresponde que hagan los hombres sino confiar con la más firme de las confianzas?

276. Esa fue la vida del primero, del fundador de la nación; que más que un hombre obediente a las leyes, como algunos dicen, fue él mismo una ley y norma no escrita, como lo ha demostrado nuestra explicación.

SOBRE JOSÉ

ES DECIR, LA VIDA DEL HOMBRE DE ESTADO

(DE IOSEPHO)

1. I. Tres son los caminos que llevan a la perfección suma: la instrucción, la naturaleza y la ejercitación; y tres también, según Moisés, los sabios de mayor jerarquía cuyos nombres son símbolo de los mismos. Como ya he narrado las vidas de estos tres, vale decir, la vida que es fruto de la instrucción, la que alcanza el saber por sí misma y la de ejercitación,[1] relataré ahora, continuando la serie, una cuarta, la del hombre de estado. También este género de vida tiene un representante, y es uno de los patriarcas, a quien Moisés muestra preparándose desde temprana edad.
[1] Vale decir, las vidas de Abraham, Isaac y Jacob. Los tratados sobre estas dos últimas no han llegado hasta nosotros, por lo que a la vida de Abraham sigue inmediatamente la de José en las ediciones modernas.

2. Esta preparación comenzó para él hacia los diecisiete años con los conocimientos propios del oficio de pastor,[2] los que corren parejos con los correspondientes al hombre de estado; de donde, pienso yo, viene la costumbre de los poetas de llamar "pastores de pueblos"[3] a los reyes. Es que quien ha tenido éxito como pastor está en condiciones de ser también el mejor de los reyes; pues a través del gobierno de los rebaños merecedores de cuidado y consideración menores, se ha instruido acerca del gobierno del más noble rebaño de seres vivientes, el de los hombres.
[2] Gen. XXXVII, 2.
[3] Por ejemplo, Ilíada I, 263.

3. Y, así como para el que ha de comandar futuras guerras y campañas militares son de suma utilidad los ejercicios de la caza, de la misma manera también lo más apropiado para quienes esperan estar al frente de un estado es el oficio de pastor, que es como una etapa preparatoria para el ejercicio de la autoridad y guía del pueblo.

4. Así fue como su padre, observando en él una nobleza de espíritu superior a la común, lo admiraba y dábale muestras de consideración, a la par que su amor por él superaba el que sentía por los demás hijos, por tratarse del nacido en sus últimos años, circunstancia que, como ninguna otra, tiene la virtud de despertar cariño. Y movido por natural inclinación hacia lo noble, encendió con especiales y excepcionales cuidados el fuego de la naturaleza del niño, a fin de que no se redujera a echar humo, sino resplandeciera más rápidamente.

5.[4] II. Pero la envidia, que siempre es hostil a las grandes y exitosas acciones, también en esta ocasión puso manos a la obra e introdujo la división en una morada bien encaminada en todas sus partes; para lo cual movió a muchos hermanos a completarse contra uno. El odio de que ellos dieron muestra hacia él era comparable al afecto que le profesaba su padre, detestándolo en la misma medida en que era amado por éste. Pero no hacían pública esa aversión sino la mantenían oculta en su fuero interno, lo que contribuía a hacerla más violenta, puesto que las emociones que se soportan sin el desahogo de las palabras que las atemperen, hácense más intensas.
[4] Para los parágrafos 5 a 27 ver Gen. XXXVII.

6. José, ausente toda malicia de su manera de ser, no cayó en la cuenta de la hostilidad

recóndita que sus hermanos le guardaban; y, teniéndolos por bien dispuestos para con él, les contó una visión que había tenido en sueños. "Me parecía", les dijo, "que el tiempo de la cosecha había llegado y que, habiendo ido todos nosotros al llano a la recolección de granos, segábamos con nuestras guadañas. Pero, he aquí que de improviso mi haz se levantó y enderezó elevándose, mientras que los vuestros, como obedeciendo a una consigna, llenos de admiración se apresuraron a inclinarse ante él con muestras de total veneración."

7. Sus hermanos, hombres de agudo entendimiento y expertos en la interpretación de símbolos que permiten mediante conjeturas verosímiles hacer patente el lado obscuro de las cosas, dijéronle: "¿Acaso piensas que serás nuestro rey y señor? Porque eso es lo que das a entender a través de esa visión inventada por ti." Y su odio, terreno propicio siempre para cualquier nuevo pretexto que contribuyese a incrementarlo, se encendió aún más.

8. José, sin sospechar nada, habiendo tenido pocos días después un sueño más admirable todavía que el primero, lo contó a sus hermanos. Lo soñado era que el sol, la luna y once estrellas se le aproximaban y le rendían homenaje. Esto causó sorpresa a su padre, quien guardó celosamente en su entendimiento el hecho y se esforzó por descubrir lo que habría de suceder.

9. Pero, temiendo que el niño hubiera cometido una seria falta, lo reprendió diciéndole: "Aparentemente el sol a que te refieres alude a tu padre, la luna a tu madre, y las once estrellas a tus once hermanos. ¿Y es posible que yo, tu madre y tus hermanos hayamos de prosternamos ante ti? Que eso no se te vaya a ocurrir jamás, hijo mío, y que se te olvide lo que acabas de manifestar, sin que vuelvas a acordarte de ello. Porque el esperar y aguardar impacientemente alcanzar el primer lugar entre los de su propia familia es, a mi juicio, en extremo abominable, y entiendo que tal como yo piensan también todos cuantos se preocupan porque en el seno de las familias reine la igualdad y la justicia."

10. Y, previniendo que no surgiera algún alboroto o enfrentamiento entre los hermanos debido al rencor que había despertado el visionario con sus sueños, envió a los otros a las labores del pastoreo, pero retuvo a aquel en casa, a la espera de la ocasión propicia, pues sabía que, como se dice comúnmente, el tiempo es un médico de las pasiones y enfermedades del alma y es capaz de borrar la tristeza, apagar la cólera y remediar el miedo, por cuanto todo lo atempera, incluso aquellas cosas difíciles por naturaleza de remediar.

11. Pero, cuando creyó que la aversión había cesado ya completamente en el corazón de aquellos, envió de inmediato a su hijo para que saludara a sus hermanos, y al mismo tiempo le informara cómo se hallaban ellos y los rebaños a su cuidado.

12. III. Este viaje resultó ser origen de grandes males y, a la vez, de bienes que sobrepasarían las esperanzas de unos y otros. En efecto, obediente a los mandatos de su padre, José fue hacia donde estaban sus hermanos; pero éstos, al verlo desde lejos acercarse, tuvieron entre ellos un conciliábulo que nada bueno presagiaba. Al referirse al joven no se dignaron a llamarlo por su nombre sino emplearon calificativos tales como "alterado por los sueños", soñador y otros semejantes; y a tal punto creció su cólera, que resolvieron, no por unanimidad pero sí por mayoría, asesinarlo: y, para que no se descubriese el delito, determinaron que, después de matarlo, arrojarían su cuerpo en una profundísima fosa bajo tierra, de las que, cavadas por el agua, de las lluvias, abundan en esa región.

13. Y poco faltó para que cometieran el mayor de los crímenes, el fratricidio; pero las

exhortaciones del mayor alcanzaron, aunque no sin dificultad, a disuadirlos. Éste los instó a que no se mancharan con un crimen, y a que se conformasen con arrojarlo en una de las fosas. Al instarlos pensaba en algún medio para salvarlo contando con poder rescatarlo una vez que los otros se fueran, y enviarlo a su padre sin haber sufrido daño alguno.

14. Acababan de ponerse de acuerdo, cuando José llegó hasta ellos y los saludó. Pero ellos lo apresaron como si se tratara de un enemigo y lo despojaron de su vestido. Bajáronle luego con una cuerda a unas hoyas profundas y, tras manchar de rojo el vestido con sangre de cabrito, lo enviaron a su padre con la falsa noticia de que unas fieras habían acabado con el joven.

15. IV. Pero, quiso el azar que aquel día ciertos mercaderes de los que habitualmente trasportan carga desde Arabia hacia Egipto, pasaran por allí. A éstos les venden a su hermano, luego de sacarlo a la superficie, siguiendo en esto las sugerencias del cuarto en edad entre ellos. Éste, creo yo, temiendo que José pudiera ser muerto traicioneramente por quienes ardían en implacable cólera contra él, les aconsejó que lo vendiesen, trocando así la muerte, un mal mayor, por uno más leve, que es la esclavitud.

16. El hermano mayor, que no había estado presente en la venta, cuando, al echar una mirada a la fosa, no vio a José, a quien poco antes había dejado allí, daba voces y gritos y, tras rasgarse las vestiduras, lanzábase arriba y abajo enloquecido, agitando las manos y arrancándose los cabellos. "¿Qué le ha pasado?", decía, "decidme, ¿vive o está muerto?

17. Si no existe ya, mostradme su cadáver para que, llorando sobre sus restos mortales, haga más llevadera esta desgracia; que, si lo viere aquí yacente, hallaré algún alivio. ¿Por qué hemos de guardar rencor a quien está muerto? Ningún odio pueden despertar los que ya están lejos. Pero, si está vivo, ¿a qué lugar de la tierra se ha marchado? ¿Quiénes lo retienen consigo? Decídmelo, que no reza conmigo la desconfianza que sentís hacia él, y por lo tanto no debéis desconfiar de mí."

18. Ellos le dijeron que aquél había sido vendido y le mostraron la paga recibida; ante lo cual él dijo: "¡Hermoso negocio el que habéis hecho! Dividámonos las ganancias. Y pues hemos competido con los traficantes de esclavos por los trofeos de la maldad, llevemos las cabezas coronadas y vanagloriémonos de haberlos superado en crueldad; que ellos se conciertan para daño de extraños y nosotros lo hacemos en perjuicio de los seres más allegados y queridos.

19. Lo que acaba de consumarse es un inusitado y grande vituperio, una vergüenza cuya fama correrá lejos. Nuestros padres dejaron tras de sí recuerdos de nobleza de espíritu por toda la tierra habitada; nosotros dejaremos los repudios irremediables que provocan la mala fe y la falta de amor al prójimo, pues las noticias de los hechos importantes se divulgan en todas direcciones, pero mientras las nuevas acciones loables causan admiración, la fama de las reprochables halla censuras y críticas condenatorias.

20. ¡De qué manera recibirá nuestro padre la noticia de lo sucedido? Sumamente dichoso y feliz, como era, habéis hecho todo lo posible por tornarle insoportable la vida. ¿De quién se apiadará más; del vendido, al verlo esclavo, o de los vendedores, al verlos tan crueles? Bien sé que es a nosotros a quienes compadecerá mucho más, puesto que más penoso es esclavizar que ser esclavizado; que esto último tiene el paliativo de dos ayudas excelentes, la compasión y la esperanza, en tanto que el esclavizar, que no cuenta ni con una ni con otra, resulta peor a juicio de todos.

21. Pero, ¿a qué viene este gritar y lamentarme? Más vale que me calle; no sea que también a mí me toque mi parte en algo abominable. Porque sois durísimos e implacables en vuestro resentimiento y aún se agita en cada uno de vosotros una intensa cólera."

22. V. Cuando el padre hubo oído, no la verdad, es decir, que su hijo había sido vendido, sino la mentira de que estaba muerto y de que, al parecer, había sido devorado por las fieras, las palabras cayeron como un golpe para sus oídos y el espectáculo hirió cruelmente sus ojos, pues la túnica de José le había sido traída desgarrada, destrozada v manchada de rojo con abundante sangre. Anonadado por la profunda conmoción, permaneció largo rato sin despegar los labios, incapaz de levantar la cabeza, oprimido y agobiado por la desgracia.

23. Luego prorrumpió de pronto en copioso llanto acompañado de amargas lamentaciones, bañando sus mejillas, sus barbas, su pecho y sus vestiduras, al mismo tiempo que hacía oír quejas como estas: "No es tu muerte lo que me oprime, hijo mío, sino el modo como has muerto. Si hubieras sido sepultado en tu propia tierra, te hubiera rodeado antes de atenciones y cuidados, hubiera. tomado parte en las postreras despedidas en el momento de tu muerte, cerrado tus ojos, llorado sobre tu cuerpo yacente y rendido suntuosas honras fúnebres sin omitir cosa alguna de las que señala la costumbre.

24. Y aun cuando tu sepultura hubiera estado en tierra extraña, yo me hubiera dicho: 'No estés triste, hombre, porque la naturaleza haya recobrado el tributo que le es debido;[5] el país de los antepasados concierne a los que viven aún; para los que están muertos toda tierra sirve de tumba.' Ningún hombre muere tempranamente; o más bien, todos perecen tras corta vida, que no hay vida, por larga que ella sea, que no resulte corta comparada con la eternidad.
[5] Véase Sobre Abraham 257.

25. Y, ciertamente, si hubiera sido inevitable que murieras por la violencia, como víctima de una asechanza, hubiera sido un mal más leve para mí pues hubieras muerto en manos de hombres, los que, cometido el crimen, se hubieran apiadado de su víctima y, cubriéndolo de tierra, hubieran ocultado tu cuerpo. Y, aun en el caso de que se tratara de los más crueles de los hombres, ¿qué otra cosa hubieran podido hacer fuera de arrojarlo insepulto y seguir su camino? Posiblemente, en ese caso, alguno de los que por allí pasaran se hubiera detenido al verlo, y, movido a piedad por nuestra común naturaleza, lo hubiera considerado merecedor de atención y sepultura. Mas, según han ocurrido las cosas, te has convertido, como se dice comúnmente, en banquete y festín de salvajes bestias carnívoras, que se han alimentado y regalado con mis propias entrañas.

26. Curtido estoy en las justas de la adversidad, ejercitado por muchos inesperados golpes de la desdicha; peregrino, extranjero, siervo, oprimido, mi alma ha sido blanco de asechanzas aun de parte de aquellos de quienes menos cabía esperarlas. Si muchas son las calamidades irremediables que he visto y oído, muchísimas son las que yo mismo he sufrido, las que, habiéndoseme enseñado a controlar mis sentimientos, no alcanzaron a doblegarme. Pero ninguna ha sido tan difícil de sobrellevar como este suceso, que ha dado por tierra con la fuerza de mi alma aniquilándola.

27. ¿Qué sufrimiento, en efecto, puede ser mayor y más digno de piedad que este? El vestido de mi hijo me ha sido enviado a mí, su padre; de él, en cambio, ni un miembro, ni un pequeño resto. Todo él, sin exceptuar parte alguna de su ser se ha extinguido, sin que le fuera dado alcanzar una sepultura, y yo pienso que ninguna otra razón ha habido para que me fuera enviado su vestido que el despertar mi dolor y hacer que tenga parte en sus sufrimientos,

convertidos en desdichas imborrables y permanentes para mí." Así se lamentaba Jacob, mientras los mercaderes vendían en Egipto al niño a uno de los eunucos del rey, que era jefe de cocinas.

28. VI. Bueno es que, después de este relato literal de los hechos, expongamos su significado oculto, ya que toda o la mayor parte del libro de las leyes constituye una alegoría. El carácter objeto del presente examen es designado por los hebreos con el nombre de José, cuyo equivalente en lengua griega es "adicto de un señor",[6] denominación sumamente acertada y muy apropiada para la realidad que manifiesta, por cuanto el gobierno de cada país no es otra cosa que un agregado a la naturaleza, la cual está investida con el señorío sobre todas las cosas.
[6] Ver Sobre los cambios de nombres, 89, y Sobre los sueños II, 47..

29. Este mundo es, en efecto, el gran estado[7] y se rige por un solo gobierno y una sola ley, que no es otra que el *lógos* de la naturaleza, que prescribe cuanto debe hacerse y veda lo que no debe ser hecho. En cambio, los estados territoriales que conocemos son ilimitados en número y se rigen por diferentes formas de gobierno y leyes, que no son las mismas para todos sino unas en unos y otras en otros, según las costumbres y hábitos que cada uno ha inventado y agregado por su parte.
[7] O la gran ciudad, la megalópolis, término que designa el ideal estoico del estado universal. Su derivado *kosmopolítes* = ciudadano del mundo, es empleado en Sobre la creación del mundo 19 y 143, y en Sobre la vida. de Moisés II, 51.

30. Causa de ello es la repugnancia a mezclarse y unirse que sienten no sólo los helenos hacia los pueblos extranjeros y éstos hacia los helenos, sino también los de una y otra raza separadamente hacia los de su propia nación.[8] Sobre este distanciamiento alegan motivos que no son sino aparentes, tales como circunstancias ajenas a su voluntad, la escasez de frutos, la pobreza del suelo, la situación geográfica ya marítima ya mediterránea, ya insular ya continental, y otras razones semejantes a estas. Pero la verdadera razón se la callan, y no es otra que la ambición y la desconfianza mutua, a causa de las cuales, no bastándoles las leyes de la naturaleza, han designado con el nombre de leyes a aquellas normas que dan muestras de servir para el común provecho de las sociedades de hombres movidos por comunes intereses.
[8] Lo que Filón quiere destacar con lo de "su propia nación" es que, dentro del convencional esquema de las dos razas: griegos y no griegos, ni aquéllos lograron jamás la unidad, ni éstos dejaron nunca de vivir desunidos y hostiles entre sí; pero olvida que en este último caso no se trata de una única nación o raza sino de múltiples pueblos sin vínculos étnicos entre sí.

31. De ello se desprende que los gobiernos particulares son más bien "adiciones" al gobierno único de la naturaleza, por cuanto las leyes de cada uno de los estados son adiciones al recto *lógos* de la naturaleza, y el hombre de estado es una "adición" al hombre que vive conforme con la naturaleza.

32. VII. No está, asimismo, fuera de razón el decir que José se puso un manto de variados colores. La vida del hombre de estado es, en efecto, variada y múltiple, sujeta a innumerables cambios, que resultan de las personas, las circunstancias, los motivos, los particulares modos de obrar, y las variantes en las situaciones y los lugares.

33. El piloto mantiene en su ruta al bajel no con una única maniobra sino procurando una próspera navegación mediante cambios acomodados a los cambios de vientos; el médico no recurre a un único tratamiento ni para todos los enfermos ni para uno solo si la enfermedad

cambia de curso; antes bien, observando con atención relajamientos, tensiones, saturaciones, evacuaciones y cambios de síntomas, varía los procedimientos curativos, aplicando una vez uno, otra vez otro.

34. Y del mismo modo, entiendo yo, es también preciso que el hombre de estado sea una persona de múltiples faces y aspectos: una en la paz, otra en la guerra, distinta según sean pocos o muchos sus opositores, vigoroso en tomar medidas .si éstos son pocos, persuasivo en el trato si constituyen mayoría; aventajando a los demás con su actividad personal cuando el logro del bien común está expuesto a peligros; manteniéndose al margen de actividades y confiando la labor a otros cuando las perspectivas son solamente de trabajos.

35. También es acertado decir que nuestro hombre "es vendido", pues el que se dirige al público tratando de granjearse el apoyo popular sube al estrado tal como la mercancía de los traficantes de esclavos, y se convierte de libre en esclavo, a través de los honores que cree recibir pues, en realidad, resulta ser un cautivo de innumerables amos.

36. Además es presentado como "presa de bestias feroces". Y con razón, pues la vanagloria que, emboscada al asecho, apresa y destroza a aquellos de quienes se apodera, es una bestia salvaje. Por otra parte, los que lo han comprado "lo venden" a su vez; y ello es cierto puesto que los hombres de estado obedecen no a uno solo sino a una multitud de amos, que tras aguardar su turno, los adquieren sucesivamente unos de otros; y los que han sido vendidos muchas veces, como los malos servidores, cambian de señores porque, impulsados por sus extravagantes maneras de ser, inconstantes y amigos de innovaciones, no soportan a los anteriores.

37.[9] VIII. Acerca de estos asuntos basta con lo dicho. Una vez que el joven fue conducido a Egipto y llegó, como se ha dicho, ante su amo, el eunuco, habiendo a los pocos días dado muestras de su noble condición y buenas disposiciones, recibió el mando sobre sus compañeros de servidumbre y el cuidado de toda la casa. Es que su comprador había observado ya muchas pruebas de que cada cosa que el joven hacía y decía la hacía y decía bajo la guía de Dios.

[9] Para los parágrafos 37 a 53 ver Gen. XXXIX.

38. Así pues, aparentemente fue su comprador el que lo designó administrador de la casa, pero, en realidad y en rigor de verdad, fue la Naturaleza [10] la que lo designó, con el designio de brindarle el mando sobre ciudades, sobre un pueblo y sobre un gran país. Correspondía, en efecto, que el que habría de ser hombre de estado se ejercitase y adquiriese experiencia en el gobierno de la casa, ya que una casa es una ciudad de dimensiones limitadas, y su administración bien podría calificarse de gobierno de un estado en pequeño, de la misma manera que el estado es, en cierto modo, una gran casa, y el gobierno una administración de la cosa pública.[11]

[10] Uno de los frecuentes casos en que Filón emplea el término *physis* = naturaleza, para designar a la Divinidad. Ver Sobre los sacrificios de Abel y Caín 98.

[11] Es imposible reproducir en español la precisión contenida en los términos griegos empleados en este paralelo. Dichos términos son, por una parte: polis = estado, *politéia* = gobierno del estado, y *politikós* = hombre de estado; y por otra: *oikía* = casa, *oikonomía* = administración de la casa, y *oikonomikós* = administrador de la casa, ecónomo.

39. Esto pone de manifiesto muy claramente la identidad de condición entre quien administra una casa y el que gobierna un estado, aun cuando las cosas sujetas a la autoridad de uno y otro

difieran en número y tamaño. Otro tanto ocurre en la pintura y en la escultura. El buen escultor y el buen pintor es el mismo artista y evidencia la misma capacidad artística tanto si lo que produce es múltiple y de dimensiones colosales como si es poco y más pequeño.

40. IX. Pero, cuando por su dedicación a la casa gozaba José de la más alta reputación, la esposa de su amo le hizo objeto de intrigas, frutos de un amor licencioso. Locamente prendada de la belleza del jovencito y frenética en su incontrolada pasión, le formuló proposiciones de compartir su lecho, a las que él se opuso enérgicamente rehusando de manera categórica aceptar, pues su naturaleza y el ejercicio le habían infundido decoro y continencia.

41. Y como ella, encendida en la ardiente llama de su ilegítimo deseo, renovaba de continuo sus intentos sin lograr nunca éxito, finalmente echó mano a la violencia, movida por su pasión creciente, y asiéndolo de su vestido lo arrastró con gran vigor hasta su lecho gracias a su superior fuerza, acrecentada en ese caso por la pasión, la que a menudo torna vigorosos aun a los más débiles.

42. Pero él, haciendo gala de una entereza superior a la que cabía esperar en su desfavorable situación, le habló enérgicamente con palabras francas y dignas de su raza diciendo: "¿Por qué me haces violencia? Nosotros, los hijos de los hebreos, nos atenemos a costumbres y leyes exclusivamente nuestras.

43. Entre los otros hombres está permitido tener relaciones totalmente libres después de los catorce años con rameras, con prostitutas y con cuantas trafican con sus cuerpos; entre nosotros no es lícito que una cortesana viva siquiera, y la muerte es la pena para las que practican tal oficio.[12] Antes de llegar a las legítimas uniones no conocemos relación sexual alguna con otra mujer, y vamos vírgenes a los desposorios con jóvenes vírgenes, teniendo como objetivo al hacerlo, no el placer sino la procreación de hijos legítimos.

[12] Como en Sobre las leyes particulares III, 51, se refiere aquí Filón a Deut. XIII, 17, aunque el pasaje bíblico no hable de la pena de muerte para la prostituta.

44. Hasta el día de hoy he permanecido puro y no comenzaré a violar la ley por cometer un adulterio, la más grave de las faltas. Aun en el caso de que hubiera yo llevado hasta aquí una vida al margen de las leyes, entregado a los impulsos de la juventud y ávido tras la lujuria que reina en este país, con todo no me sería dado andar en procura de la mujer de otro. ¿Qué hombre no sentirá deseos de que se mate al adúltero? Porque, mientras tratándose de los otros delitos los hombres suelen discrepar, sólo en éste han estado todos y en todas partes de acuerdo, entendiendo que los culpables son merecedores de infinitas muertes y de ser puestos, sin proceso, en manos de los que han descubierto sus culpas.

45. Pero tú, en tu inmoderado propósito, me impones una triple mancha al exigirme no sólo cometer un simple adulterio sino además corromper a mi señora y a la esposa de mi señor. Piensas como si yo al entrar en vuestra casa lo hubiera hecho con el propósito de hacer caso omiso de las obligaciones que debe cumplir un servidor y jugar como un grosero borracho con las esperanzas de quien me adquirió; ultrajando su matrimonio, su casa y su linaje.

46. Pero yo me veo obligado a honrarle en lo porvenir no sólo como a señor sino como a benefactor además. Él me tiene confiado todo cuanto le pertenece y nada me ha vedado en absoluto, ni grande ni pequeño, excepto su esposa. ¿Y es cosa digna que por todo ello le pague con lo que me incitas a hacer? ¡Hermosos presentes los que, evidentemente, le haré en

retribución; dignos de los favores antes recibidos!

47. El amo ha trocado con sus beneficios mi condición de esclavo y extranjero en la de libre y ciudadano hasta donde dependía de su voluntad, ¿y yo, el esclavo, me comportaré con mi señor como si se tratara de un extranjero y esclavo? ¿Qué alma tendría yo si me prestase a semejante impiedad? ¿Con qué ojos lo miraría aunque fuera yo de hierro? Mi conciencia, sin apartarse de mí, me impediría mirarlo cara a cara, aun cuando pudiera pasar inadvertido. Pero, de ningún modo ocurrirá eso; que los testigos de mis secretas acciones son innumerables.

48. Pasemos por alto el hecho de que, aun en el caso de que ningún otro se enterara o de que, enterado, no me denunciara; no obstante ello, yo mismo me convertiría en mi propio delator a través del color de mi rostro, de mi mirada y de mi voz, acusado, como acabo de decir, por mi conciencia. Y, aun cuando ninguna clase de delación tenga lugar, ¿acaso no tenemos temor ni respeto por la justicia, asesora de Dios y supervisora de nuestras acciones?"

49. X. Estas largas y sabias razones no hallaron eco alguno. en ella. Es que los deseos apasionados son poderosos y envuelven en sombras aun a los más agudos de los sentidos. Comprendiéndolo, él huyó, pero, al hacerlo, dejó en manos de ella las vestiduras que ésta tenía asidas.

50. Esta circunstancia. proporcionó a ella la oportunidad de inventar una historia y maquinar falsos cargos contra el joven para vengarse de él. En efecto, cuando su esposo hubo regresado del mercado adoptó las apariencias de mujer sensata y recatada, indignada en. extremo ante las prácticas licenciosas, y le dijo: "Nos has traído. como sirviente a un muchacho hebreo, que no sólo ha corrompido tu espíritu cuando tú, irreflexiva y precipitadamente, le confiaste tu casa, sino, además, se ha atrevido a deshonrar mi cuerpo.

51. No le ha bastado en su inmenso descaro y lascivia echar mano a las mujeres esclavas como él, sino intentó también seducirme y violentarme a mí, su señora. Las pruebas de su demencia son claras y evidentes, pues, cuando, presa de profunda impresión, lancé gritos llamando en mi ayuda a los de adentro, él, confundido ante una reacción que no esperaba, dejó su vestido al huir, temeroso de ser aprehendido." Mostró la mujer dicho vestido y con ello pareció presentar evidencias sobre lo dicho.

52. El amo, creyendo que esto era verdad, ordenó que llevaran a José a prisión; en lo que cometió dos importantes errores: el primero, no haberle concedido la oportunidad de defenderse y haber condenado sin juicio previo a quien. nada malo había cometido, como si hubiera incurrido en la más grave de las violaciones; el segundo, no ver que la vestidura, que su mujer presentaba alegando que había sido abandonada por el joven, era una prueba, no de violencia consumada por el joven contra ella, sino de la que él había experimentado de parte de ella, por cuanto, si él hubiera sido el autor de la violencia, él hubiera retenido el vestido de su señora; pero, habiendo sido víctima del atropello, lógico es que fuera arrebatado el suyo.

53. Sin embargo tal vez la extrema torpeza de su amo es perdonable, ya que pasaba su tiempo en una cocina. llena de sangre, humo y ceniza, donde el entendimiento no tiene ocasión de reposar y solazarse consigo mismo, pues vive en medio de una confusión, si no mayor, al menos no menor que la del cuerpo.

54. XI. Tres son ya los rasgos del hombre de estado, que Moisés ha descripto: su condición de pastor, de administrador de una casa y de hombre dueño de sí mismo. Sobre los dos primeros

hemos hablado; en cuanto al dominio de sí mismo, es rasgo que apunta no menos que los dos primeros al gobierno del estado.

55. Si la moderación es provechosa y preserva-dora en todas las actividades de la vida, lo es de un modo especial en los asuntos de estado, como podrán apreciarlo los que lo desean en innumerables ejemplos muy fáciles de hallar.

56. ¿Quién, en efecto, ignora las desgracias que han sobrevenido' a naciones, a países y a todas las latitudes de la tierra habitada, en tierra y en el mar, como resultado de la intemperancia?' La mayor parte de las guerras más importantes han estallado a causa de amores, adulterios y engaños de mujeres, por cuya culpa se ha extinguido la mayor y mejor parte de la raza helena y de los pueblos extranjeros, y perecido la juventud de sus ciudades.[13]
[13] Filón alude a la Guerra de Troya, a la contienda civil entre Antonio-y Octavio y a otros episodios bélicos a los que la historia o la leyenda atribuía el origen que menciona.

57. Y, si del desenfreno resultan las contiendas intestinas y las guerras y males sin número unos tras otros, es evidente que los resultados de la continencia son la estabilidad, la paz y la adquisición y goce de bienes perfectos.

58. XII. Pero conviene que también expongamos, en ordenada secuencia, las enseñanzas que se desprenden de este relato. El comprador de la persona a cuyo estudio estamos abocados es calificado de eunuco. Y con razón, pues la multitud que compra al hombre de estado es, a decir verdad, un eunuco, que aparentemente posee los órganos de la generación, pero que carece del poder de engendrar; tal como ocurre con los que, poseyendo ojos, como padecen cataratas en la vista, se ven privados del ejercicio de la actividad ocular y son incapaces de ver.

59. ¿Y en qué reside la semejanza entre la multitud y un eunuco? En que" la multitud, aun cuando aparentemente práctica la virtud, es infecunda en sabiduría. Cada vez, en efecto, que una multitud de personas mezcladas y heterogéneas se concentra en un mismo sitio, dice lo conveniente, pero piensa y hace lo contrario, prefiriendo lo espurio a lo legítimo porque se gobierna por las apariencias y no pone en práctica lo verdaderamente noble.

60. Y así, por paradójico que parezca, con este eunuco cohabita también una esposa. Es que la multitud tiende a hacer suya a la pasión, lo mismo que el hombre hace suya a una mujer; y la pasión es el resorte de todas sus manifestaciones y acciones, pues él la convierte en su consejera en todas las cosas, confesables e inconfesables, pequeñas y grandes, sin la menor inclinación a escuchar los consejos que proporciona la razón.

61. Sumamente acertado está también Moisés al llamarlo jefe de cocinas. En efecto, así como un cocinero no se ocupa de otra cosa que de atender a los incesantes y superfluos placeres del vientre, así también la multitud de los estados se entrega al cultivo de todo aquello que deleita y place al oído, al par que debilita las energías de la inteligencia, y relaja, por así decir, los poderes del alma.

62. ¿Quién no conoce la diferencia que media entre los cocineros y los médicos? Éstos preparan con todo esmero solamente cosas saludables, aun cuando en ocasiones resulten desagradables; aquéllos, por el contrario, solo preparan cosas agradables sin preocuparse por si son provechosas.

63. Pues bien, en los estados democráticos el papel de los médicos corresponde a las leyes y a los que gobiernan de conformidad con ellas, es decir, a los miembros de los concejos y a los jueces que se preocupan por la común preservación y seguridad, sin ceder a las adulaciones; en tanto que el de los cocineros, toca a la innumerable muchedumbre de espíritus inmaduros, a los que tienen sin cuidado las cosas beneficiosas y sólo preocupa la manera de aprovechar el placer del momento.

64. XIII. Y, como una mujer licenciosa, la concupiscencia de las multitudes siéntese enamorada del hombre, de estado y le dice: "Aproxímate, hombre, a la multitud, con la que cohabito; y olvídate de todas tus particulares convicciones, de los hábitos, los pensamientos y las acciones en que te has educado. Hazme caso a mí, cuídame y haz todo lo que me proporcione placer.

65. Porque no tolero a quien es austero, franco, amigo rigurosamente ecuánime de la verdad; a quien obra con altura y dignidad en todas las cosas, sin ceder en nada, inclinándose sólo y siempre hacia lo conveniente, indiferente en absoluto a lo que piensa el auditorio.

66. Un sinnúmero de acusaciones reuniré contra ti para presentarlas ante mi esposo y amo tuyo, la multitud. Lo haré porque hasta ahora, por lo que veo, obras como si fueras libre, sin tener en cuenta absolutamente que estás convertido en esclavo de un despótico señor. Si te hubieras dado cuenta de que la independencia está íntimamente ligada a la condición de hombre libre, pero es ajena al esclavo, hubieras aprendido a dejar de lado tu presunción y a dirigir tus miradas hacia mí, la concupiscencia, es decir la esposa de tu amo, y a hacer lo que es de mi agrado y será para ti el más seguro medio de alcanzar beneficios."

67. XIV. En realidad, el hombre de estado no ignora que el pueblo posee los poderes propios de un amo, pero no admite ser esclavo y se tiene por libre, y en todos sus actos procura complacer a su propia alma. Con toda franqueza, pues, dirá: "Ni he aprendido ni me dedicaré jamás a captar el favor popular; pero, dado que ha sido puesto en mis manos el cargo de presidir y cuidar el estado, yo sabré hacerlo como un buen administrador y un padre benévolo, con sinceridad y pureza, sin la detestable simulación.

68. Ese es mi modo de pensar y nadie habrá de descubrir en mí ni claudicaciones ni ocultamientos propios de un ladrón; mi conciencia es clara, como a plena luz del sol, como que la verdad es luz. Nada temeré de las amenazas, ni siquiera ante amenazas de muerte; que la muerte es un mal menos penoso que el fingimiento.

69. ¿Por qué razón me someteré a él? Admito que el pueblo es un amo, pero yo no soy un esclavo, sino una persona de buena cuna como el que más; alguien que aspira a ser registrado en los padrones del mayor y más excelente de los estados, que es este mundo.

70. Si no me someto ni a las dádivas ni a las incitaciones ni al amor a los honores ni al deseo de poder ni a la presunción ni al anhelo de fama ni a la incontinencia ni a la cobardía ni a la injusticia ni a ninguna otra cosa procedente de la pasión o el vicio, ¿qué dominación puede ya causarme temor?

71. Sólo la procedente de los hombres, claro está. Pero éstos poseen la soberanía sobre mi cuerpo, no sobre mí verdadero ser. Y lo que yo valgo lo valgo gracias a la parte mejor de mi ser, es decir, mi inteligencia, merced a la cual estoy preparado para vivir sin hacer mucho caso del cuerpo mortal, ese elemento adherido en torno a mí como una ostra. Aunque algunos

pueden maltratarlo, si mi ser interior se ve libre de opresores amos y amas, no he de afligirme, puesto que estoy a salvo de la más penosa de las opresiones.

72. Si, pues, me viere en la obligación de ser juez, juzgaré sin inclinarme por el rico a causa de sus riquezas, ni por el pobre apiadado de sus desdichas; y arbitraré con toda integridad lo que llegue a parecerme justo, haciendo caso omiso de la jerarquía y del aspecto de los litigantes.

73. Si tomare parte en las deliberaciones del consejo, presentaré mociones provechosas para la comunidad aunque no resulten agradables. Si participare en las asambleas, dejaré para otros los discursos lisonjeros y solo echaré mano a los saludables y convenientes, reprochando, advirtiendo, corrigiendo, empeñado en mostrar no una insensata y frenética arrogancia sino una sobria franqueza.

74. Si a alguien no le gusta que se le mejore, que dirija también sus reproches a progenitores, cuidadores, maestros y a todas las personas que tienen otras a su cargo, ya que todos ellos reprenden tanto a sus propios hijos como a niños huérfanos o a pupilos, y en ocasiones los castigan, sin que sea lícito llamar a tales medidas insulto ni violencia, pues, por el contrario, se trata de afecto y benevolencia.

75. Estaría, en efecto, muy fuera de lugar que yo, el hombre de estado, a quien todos los intereses del pueblo están confiados, en los cálculos acerca de lo conveniente, resultara inferior a uno que se ocupa del arte de la medicina.

76. Porque éste no tiene para nada en cuenta la próspera situación del paciente según lo que entienden los hombres por prosperidad, ni el hecho de que sea de noble cuna, o riquísimo, o el más ilustre soberano o déspota de su tiempo; sino de una sola cosa se preocupa: de salvarlo en la medida de sus posibilidades; y, cada vez que es preciso recurrir a las operaciones y cauterizaciones, él, el llamado súbdito y esclavo, aplica el cuchillo y el fuego a su soberano y amo.

77. Y yo, que me he hecho cargo no de un solo hombre sino de todo el estado, enfermo de las más penosas enfermedades, producidas por las concupiscencias que le son congénitas, ¿qué debo hacer? ¿He de renunciar a lo que será provechoso para todos en común, para halagar a los oídos de este o aquel hombre con obsecuente lisonja muy propia de esclavos? Morir preferiría antes que emplear palabras placenteras para ocultar la verdad y descuidar lo conveniente.

78. "Por lo tanto" como dice el poeta trágico,[14] "venga el fuego, venga la espada. Quémame, consume mis carnes, satúrate de mí bebiendo mi negra sangre; porque descenderán las estrellas bajo la tierra y se elevará la tierra hasta el éter antes de que procedente de mí te llegue una palabra de adulación."
[14] Eurípides. Ver Interpretación alegórica III, 202, y Todo hombre bueno es libre 99.

79. El despótico pueblo no puede soportar al hombre de estado, de espíritu tan vigoroso y desvinculado de todas las pasiones, del placer, del miedo, del dolor, del deseo; y castiga como a un enemigo al que es amigo y bien intencionado. Con ello, antes que a aquél, es a sí mismo a quien inflige el más grande de los castigos, vale decir, la indisciplina; a causa de la cual no aprende la más hermosa y provechosa de las lecciones, el respeto al mando; la que, entre otras cosas, enseña también a ejercerlo.

80. XV. Habiendo tratado también estos asuntos con suficiente extensión, veamos lo que sigue.[15] El joven, caído en desgracia ante su señor a causa de las acusaciones inventadas por la enamorada mujer, cargos que no eran sino una réplica de los que ella merecía se le hicieran, fue conducido a la prisión sin haber tenido oportunidad de defenderse. Ya en la prisión, tan grande fue la virtud de que dio prueba, que hasta los más malvados de los que allí estaban quedaron admirados hasta la perplejidad y consideraron haber hallado en él un consuelo para sus infortunios y un remedio contra sus males.
[15] Para los parágrafos 80 a 124 ver Gen. XXXIX, 20, y XLI, 45.

81. Nadie ignora de cuánta inhumanidad y crueldad están llenos los guardiacárceles. Son implacables por naturaleza y se endurecen con la práctica, embruteciéndose día a día hasta el salvajismo, pues no ven ni oyen ni hacen cosa provechosa, ni siquiera por casualidad, y sí todo lo que es violento y cruel al máximo.

82. Es que, así como el hombre de buena contextura física, se fortifica cuando agrega a ésta la preparación atlética, y llega a adquirir una fuerza irresistible y una inigualada robustez; de la misma manera, cuando una naturaleza inculta y dura agrega la ejercitación a su salvajismo natural, tómase doblemente insensible y totalmente refractaria al humano sentimiento que es la piedad.

83. Y, así como los que frecuentan la compañía de los buenos mejoran su modo de ser por el gusto que hallan en sus compañeros, del mismo modo también aquellos que viven con los malvados se impregnan en cierta medida de la maldad de los otros. La costumbre, en efecto, es una poderosa fuerza, capaz de igualar la naturaleza de los seres.

84. Pues bien, los guardiacárceles pasan sus días en compañía de hurtadores de ropas, ladrones, perforadores de paredes, propensos a la violencia, agresores, corruptores, asesinos, adúlteros, profanadores; y de cada uno de ellos toman y acumulan algo de depravación; y de esta heterogénea mezcla producen un único mal, universal mezcla de toda clase de miserias.

85. XVI. Sin embargo, uno de esta clase, amansado por la nobleza de alma del jovencito, no sólo le proporcionó seguridad y protección, sino también el mando sobre todos los prisioneros; de tal modo que él conservó sólo nominalmente el cargo de guardiacárcel, para guardar las apariencias, pero, de hecho, había delegado en el joven su puesto, el que, de esta manera, llegó a ser origen de no pocos beneficios para los recluidos.

86. Por ejemplo, el lugar ya no merecía el nombre de prisión, sino el de casa de corrección, ya que, en vez de las torturas y los castigos que soportaban noche y día, golpeados, encadenados y sujetos a toda suerte de males, eran ahora reprendidos con palabras y doctrinas filosóficas y con la conducta del maestro, más eficaz que cualquier discurso.

87. En efecto, poniendo ante ellos su vida, como bien acababa pintura y modelo de sensatez y de cada una de las virtudes, llegó a hacer cambiar aun a los que parecían ser completamente incurables; los que, como repuestos ya de prolongadas enfermedades del alma, se reprocharon a sí mismo por su pasado y se arrepentieron e hicieron público su arrepentimiento en términos como estos: "¿Dónde estaba antes este bien tan grande con que por primera vez hemos venido a encontrarnos? Porque he aquí que, iluminados por él, hemos visto, como en un espejo, nuestra conducta, y nos sentimos avergonzados."

88. XVII. Iban ellos de esta manera mejorando, cuando fueron introducidos dos eunucos del rey, el copero mayor y el jefe de reposteros, ambos acusados y condenados por incumplimiento de sus deberes. José se tomó por éstos el mismo interés que por los demás, impulsado por el deseo de que le fuera posible hacer de los que estaban a su cargo personas en nada inferiores a los hombres irreprochables.

89. Y poco tiempo después, mientras visitaba a los prisioneros, vio que los eunucos estaban aun más llenos de preocupación y de miedo que antes; y, conjeturando por lo intenso de su dolor que algo inusitado les había ocurrido, les preguntó el motivo.

90. Al responder ellos que habían tenido unos sueños que los habían llenado de disgusto y de inquietud, pues nadie era capaz de interpretarlos, él dijo: "Cobrad ánimo y contádmelo; que, si Dios lo quiere, resultarán claros. Él quiere que lo que aparece obscuro en las cosas, quede al descubierto para los que anhelan la verdad."

91. Entonces tomó la palabra primero el copero mayor y dijo: "Me pareció ver una gran viña, en un bien desarrollado tronco, que procedía de tres raíces. Estaba reverdecida y cargada de racimos como en plena época de los frutos; y de un racimo, negro ya de maduro, tomaba yo las uvas y las exprimía en la copa real; y, una vez llena de vino puro, se la alcanzaba al rey."

92. José, tras un breve silencio, le dijo: "Tu visión te anuncia prosperidad y la reposición en el cargo anterior. Las tres raíces de la viña representan tres días, al cabo de los cuales el rey se acordará de ti y te mandará regresar de aquí. Te concederá su perdón y te ordenará retornar al mismo cargo; y para tu confirmación en él llenarás una copa y la ofrecerás a tu señor." El copero mayor se regocijó al oír esto.

93: XVIII. El jefe de reposteros, por su parte, aprobó la interpretación, creyendo que también él había tenido un sueño venturoso, aunque mucho distaba de serlo en realidad; y engañado por las saludables esperanzas del otro, dijo: "También yo tuve un sueño, y en él me imaginaba ir cargado con cestas; y tres eran las cestas llenas de pasteles que transportaba sobre mi cabeza; y la de más arriba estaba llena de toda suerte de confituras de las que habitualmente se producen para uso del rey, pues grande es la variedad de lo que para la mesa real elabora la diligencia de los reposteros. Pero, unas aves, descendiendo sobre ellas, las arrebataban de mi cabeza para devorarlas insaciablemente hasta consumirlas por completo y no quedar una sola de las provisiones."

94. Pero José le dijo: "Bien quisiera que esta visión jamás se te hubiera presentado, o que, si la hubieras tenido, no hubiera sido mencionada, o que, en caso de haberse mencionado, al menos hubiera sido contada lejos de mis oídos para no llegar a oírla. Lamento, en efecto, más que nadie ser nuncio de males y me conduelo con los que sufren desgracias, pues mis sentimientos humanitarios me hacen padecer tanto como los mismos que sufren.

95. Pero, puesto que a los que interpretan sueños les es forzoso decir la verdad, ya que son ellos profetas que exponen las Divinas revelaciones, te la diré sin omitir cosa alguna; que, si nada hay superior a la verdad en todos los casos, tratándose de los Divinos mensajes, decir la verdad es además la suprema norma de santidad. 96. Las tales cestas son símbolo de tres días. Pasados éstos, el rey ordenará que seas empalado y decapitado, y las aves descenderán volando para regalarse con tus carnes hasta que seas totalmente aniquilado."

97. El jefe de reposteros, como era de esperarse, se sintió confundido y anonadado, sin poder

apartar de su pensamiento el plazo fijado y anticipando mentalmente sus sufrimientos. El término de los tres días coincidió con el cumpleaños del rey, día que todos los habitantes del país celebran, y de un modo especial los del palacio.

98. Y así, mientras los dignatarios participaban de un banquete y la servidumbre se regalaba como en una pública comilona, el rey se acordó de los eunucos y mandó que los trajesen. Y cuando los vio, confirmó la interpretación de los sueños, al disponer que uno fuera empalado y decapitado, y el otro fuera repuesto en su anterior cargo.

99. XIX. Ahora bien, cuando el copero mayor hubo recobrado la confianza de su amo, olvidó a aquel que le había predicho la reconciliación y aliviado todas las desgracias que pesaban sobre él. Quizá lo olvidó porque todo desagradecido es olvidadizo de sus bienhechores; o quizá también por previsión de Dios, quien quería que la prosperidad llegara al joven no a través de un hombre sino a través de Él mismo.

100. En efecto, dos años más tarde, durante un sueño el rey tuvo dos visiones en las que se le revelaban los bienes y males futuros que sobrevendrían al país; visiones que para despertar una más firme convicción, repetían ambas la misma cosa.

101. Parecíale al rey que salían del río siete vacas grandes, de abundantes carnes y de hermoso aspecto, y pastaban junto a las orillas altas. Después de estas surgían otras siete, descamadas, reducidas, por así decir, a esqueletos y de pésimo aspecto; y pastaban junto a las primeras. Entonces, de improviso, las mejores fueron devoradas por las peores, y el volumen de los vientres de éstas no creció absolutamente nada después del hartazgo, quedándoles los mismos si no más delgados, en todo caso no menos que antes.

102. Habiéndose despertado el rey y vuelto luego a dormir, fue acosado por una segunda visión. Pensaba que siete espigas de trigo habían brotado de un solo tallo. Eran exactamente del mismo tamaño, y crecían y maduraban elevándose vigorosas hasta alcanzar altura. Enseguida otras siete, pequeñas y débiles, crecieron cerca de las primeras y cayendo sobre ellas devoraron el tallo fecundo.

103. Después de tener esta visión, el rey permaneció despierto durante el resto de la noche, pues las preocupaciones con su penetrante aguijón le impedían conciliar el sueño; y, apenas amaneció, mandó a llamar a los sabios y les narró la visión.

104. Mas, como ninguno de ellos fue capaz de vislumbrar la verdad mediante conjeturas verosímiles, se presentó el copero mayor y dijo: "Señor, hay esperanzas de hallar al hombre que buscas. Cuando yo y el jefe de reposteros incurrimos en falta, tú ordenaste que se nos condujera a prisión. En ella estaba un hebreo, criado del jefe de cocinas, al cual contamos yo y aquél unos sueños que habíamos tenido. Él los interpretó con tal precisión y acierto que cuanto predijo a uno y a otro aconteció: a aquél el castigo que sufrió, y a mí la gracia y benevolencia que alcanzaría de tu parte."

105. XX. El rey, al oírlo, mandó que fueran de prisa a llamar al joven. Ellos, después de cortarle el cabello de la cabeza y la barba, pues desde su encierro lo llevaba largo y espeso; y luego de trocar su manchado vestido por otro resplandeciente, y de aderezarlo de otras maneras, lo condujeron ante el rey.

106. El rey conjeturó por el aspecto del joven que se trataba de una persona libre y de buena

cuna; que, si bien ciertos rasgos manifiestos en el aspecto exterior de las personas vistas no son visibles para todos, sí lo son para aquellos cuyo discernimiento está dotado de aguda visión. Y así, dijo: "Mi espíritu adivina que mis sueños no habrán de quedar para siempre en la obscuridad; este joven da muestras de manifiesta sabiduría y pondrá al descubierto la verdad; y, así como la luz dispersa las tinieblas, el saber de éste dispersará la ignorancia de nuestros expertos." Y le contó su sueño.

107. José, sin inmutarse ante la elevada dignidad del que hablaba, se dirigió a él, no como un súbdito a su rey, sino como un rey a su súbdito; y con toda franqueza y a la vez con modestia le dijo: "Dios te ha dado señal de cuanto está a punto de hacer en tu país. No pienses que las dos visiones son dos sueños; se trata de uno solo repetido, no con una repetición superflua, sino para que te convenzas con más firme convicción.

108. En efecto, las siete vacas. gordas y las siete espigas lozanas y maduras indican siete años de abundancia y prosperidad, en tanto que las siete vacas raquíticas y esqueléticas y las siete espigas ruinosas y contrahechas significan otros siete de hambre.

109. En consecuencia, los siete primeros años llegarán trayendo grandes e inagotables buenas cosechas gracias a las anuales crecientes del río, que transformará en zonas anegadas las tierras de cultivo; y gozando los campos de una fertilidad, desconocida anteriormente; pero después de estos siete años llegarán a su turno, otros siete de condiciones contrarias a las primeras, portadores de penosa penuria y carestía; en los que ni se desbordará el río ni la tierra será feraz; de modo que no habrá memoria de la anterior prosperidad y toda huella de la pasada abundancia será borrada.

110. Tal es lo que la interpretación pone de manifiesto; pero la voz de Dios llega hasta mí y me comunica salvadoras sugerencias para la que bien podemos llamar enfermedad; que la más: penosa enfermedad de las ciudades y los países es el hambre,. por lo que es preciso preparar los medios para debilitarla a fin de que no alcance la plenitud de su poder y devore a los habitantes.

111. ¿Y cómo se la debilitará? Pues habrá que almacenar en la ciudad y en las aldeas el sobrante de la cosecha de los siete años de abundancia, luego de destinar lo suficiente a la alimentación de las poblaciones; aproximadamente una quinta parte. Para tranquilidad de los habitantes, no se transportarán las cosechas a lugares distantes sino se guardarán en aquellos lugares donde hubieren sido producidas.

112. Los granos serán llevados unidos a las espigas, sin desgranarlos ni limpiarlos en absoluto; y esto por cuatro razones. En primer lugar porque, estando protegidos, se mantendrán más tiempo sin echarse a perder. En segundo lugar porque así, al irlos desgranando y aventando cada año, surgirá el recuerdo de la época de abundancia; y bien sabemos que la evocación [16] de los verdaderos bienes llega a producir un nuevo placer.

[16] Sigo la corrección de Mangey, quien sustituye *mimesis* = imitación, cuyo sentido no encuadra en el contexto, por *hypómnesis* = recuerdo, término que, por otra parte, aparece en el renglón anterior.

113. En tercer lugar para que, no pudiendo ser contados los granos existentes aún en las gavillas y espigas, resulte incierta e incalculable la cantidad de los mismos, y de ese modo no decaiga el ánimo de la población anticipadamente al notar su gradual disminución del grano calculado; sino, por el contrario, se sienta animosa, nutrida con un alimento mejor aún que los

granos; ya que la esperanza nutre más que cualquier otro alimento; y así sobrelleve la penosa enfermedad de la escasez con menos fatiga. En cuarto lugar para tener almacenado también forraje para los ganados, a medida que se vayan separando por la limpieza del grano los montones de pajas y residuos.

114. Preciso es, por otra parte, que se escoja para el control de estas providencias a un hombre de suma sensatez, en extremo prudente y bien reputado en todo, que sea apto para llevar a cabo las mencionadas medidas sin dilaciones, sin suscitar odios ni resistencias y sin dar a las multitudes ninguna impresión del hambre que habrá de sobrevenir. Porque sería cosa penosa que se atormentasen de antemano y se abatiese sobre sus almas la desesperanza.

115. Y, si alguien preguntare el motivo de esas medidas, le dirá que, así como en plena paz es preciso anticiparse en los preparativos para la guerra, del mismo modo es preciso que en las épocas de prosperidad se adopten providencias contra una eventual escasez. Agregará que las guerras, el hambre y todas las desgracias en general son inciertas y debemos prepararnos para ellas sin esperar a que sobrevengan y buscar una solución cuando ya no hay remedio."

116. XXI. El rey, habiendo escuchado esta interpretación de sus sueños, que tan exacta y acertadamente conjeturaba la verdad, y este consejo que, según todas las apariencias, era el más provechoso por su previsión del incierto futuro, mandó a los que le acompañaban que se aproximaran para que José no alcanzase a oír, y les dijo: "Señores, ¿hallaremos a un hombre así como éste, que tiene en sí el espíritu Divino?"

117. Y mientras ellos aprobaban y alababan sus palabras, él dirigió la mirada hacia José, que estaba de pie cerca, y le dijo: "La persona que me aconsejas escoger, el hombre sensato y prudente que, según tus recomendaciones, es preciso buscar, no se halla muy distante, está aquí y eres tú precisamente, pues pienso que la asistencia Divina te ha acompañado al decir lo que has dicho. Ven, pues, y hazte cargo de la administración de mi casa y de la superintendencia de todo Egipto.

118. Ninguno me podrá acusar de precipitación, pues no he procedido movido por un sentimiento de autosuficiencia, pasión difícil de remediar. Las grandes naturalezas no necesitan mucho tiempo para dar muestras de sí, y con el peso de su ascendiente fuerzan a otros a una aceptación rápida y sin dilaciones. Además, en este caso los hechos no admiten demora ni postergación, puesto que las circunstancias apremian para que se adopten las medidas necesarias."

119. Finalmente, lo nombró virrey del reino; o más bien, para hablar con toda franqueza, rey; que, aunque el título de tal se lo reservó para sí mismo, de hecho delegó en aquél la autoridad y tomó todos los otros recaudos necesarios para honrar al jovencito.

120. Así, le entregó el real sello y le puso el vestido sagrado y un collar de oro, y colocándolo sobre el segundo de los carros, dispuso que recorriese la ciudad precedido de un heraldo que anunciara su nombramiento a los que no estaban al tanto de él.

121. Además le asignó un nuevo nombre en la lengua del país, nombre derivado del arte de interpretar los sueños; y le dio por esposa a la dama más ilustre de Egipto, la hija del sacerdote del sol. Estas cosas sucedieron cuando José tenía alrededor de treinta años.

122. Tal es, a la postre, el destino de los hombres piadosos: aunque se los incline, no caen

enteramente, sino se sobreponen y enderezan con firmeza y seguridad, de modo de no ser derribados jamás en adelante.

123. ¿Quién, en efecto, hubiera esperado que en un solo día la misma persona cambiaría de esclavo en señor, de prisionero en el más alto dignatario; que el subalterno del guardiacárceles sería el lugarteniente del rey, que su residencia sería un palacio en vez de una prisión y que sería objeto de los más altos honores en vez de soportar las más bajas humillaciones?

124. Sin embargo, estas cosas han sucedido y sucederán muchas veces, cuando Dios lo quiera. Sólo es preciso que se mantenga como al rescoldo en nuestras almas una brasa de nobleza de espíritu, la que, al ver aventada, resplandece necesariamente.

125. XXII. Pero, como después de examinar el contenido literal nos hemos propuesto examinar el sentido alegórico del relato, digamos también lo que es preciso decir al respecto. Tal vez algunos, demasiado apresurados en sus juicios, se rían al oírme; pero yo diré sin retaceos que el hombre de estado es, sin lugar a dudas, un intérprete de sueños; no uno de los bufones ni de los charlatanes ni de los que enseñan sutilezas capciosas a cambio de una paga y hacen de la interpretación de las visiones habidas en sueños un pretexto para ganar plata; sino una persona acostumbrada a juzgar con precisión el grande, común y universal sueño propio no solo de los que duermen sino también de los despiertos.

126. Este sueño, para hablar con toda exactitud, es la vida de los hombres; y tan cierto es ello que, al igual que en las visiones de los sueños, viendo no vemos, oyendo no oímos, gustando o tocando ni gustamos ni tocamos, hablando no hablamos, andando no andamos y, aunque aparentemente realizamos los demás movimientos y adoptamos las restantes posturas, nada de eso pasa en absoluto; que se trata de vacías invenciones de la mente, la que, sin ninguna base concreta, sólo produce, en realidad, pinturas e imágenes de cosas no existentes, como si existieran, de la misma manera, también las visiones que tenemos durante el tiempo en que permanecemos despiertos aseméjanse a las de los sueños: Vienen, se van, aparecen, se alejan; y antes de que podamos asirlas firmemente desaparecen volando.

127. Examínese cada uno a sí mismo y comprobará la verdad por sí mismo, sin necesidad de las pruebas que yo le podría proporcionar, muy especialmente si se trata de una persona ya de avanzada edad. Esta persona no es otro' que aquel que una vez fue un infante, más tarde un niño, luego un adolescente, después un muchacho, a continuación un joven, posteriormente un hombre maduro y al fin un anciano.

128. Pero, adonde está todo aquello? ¿No desapareció el infante en el niño, el niño en el adolescente, el adolescente en el muchacho, el muchacho en el joven, el joven en el hombre y el hombre en el anciano, y no sigue a la vejez la muerte? [17]

[17] Ver Sobre los querubines 114.

129. Y hasta podría decirse que el hecho de que cada etapa de la vida ceda su vigor a la siguiente, constituye ya una muerte anticipada, a través de la cual la naturaleza nos enseña calladamente a no temer a muerte última, puesto que hemos sobrellevado sin ninguna dificultad las anteriores, es decir, la del infante, la del niño, la del adolescente, la del muchacho, la del joven, la del hombre maduro, ninguna de las cuales está presente ya cuando la vejez ha llegado.

130. XXIII. ¿Y no son también sueños las otras cosas relacionadas con el cuerpo? ¿No es

efímera la belleza, que se marchita antes de florecer? ¿Y la salud no es algo inseguro, amenazada, como está, por las enfermedades? ¿No es el vigor físico presa fácil de postraciones de innumerables orígenes? Y la agudeza de los sentidos, ¿no es acaso insegura y fácilmente víctima del enfrentamiento con cualquier pequeña contingencia?

131. ¿Y quién no conoce la inseguridad de las cosas externas? Fortunas inmensas se han disipado en un solo día. Muchísimos, que habían alcanzado los primeros puestos en las más altas dignidades, han venido a parar en la obscura condición de aquellos de los que nadie hace caso ni tiene presente. El poderío de los más grandes leyes ha caído por tierra a causa de un pequeño cambio en la balanza de la fortuna.

132. Lo que digo se ve confirmado en el caso de Dionisio de Corinto, que fue tirano de Sicilia, pero que, despojado del mando, se refugió en Corinto, donde tan grande gobernante se convirtió en maestro de primeras letras.[18]

[18] Refiérese a Dionisio II, que después de un turbulento reinado en Siracusa (367-345), interrumpido por un largo destierro en Corinto, acabó finalmente sus días exiliado por segunda vez en esta ciudad.

133. Otro ejemplo es el de Creso, rey de Lidia, el más rico de los reyes, que esperaba destruir el imperio de los persas, y no sólo dio por tierra con el suyo, sino que, hecho prisionero, estuvo a punto de morir en la hoguera.

134. No solo determinados hombres dan testimonios de que estas cosas son sueños; también lo atestiguan ciudades, naciones, países, Grecia, el mundo no griego, continentales, isleños, Europa, Asia, occidente, oriente. Es que nada absolutamente y en ninguna parte ha permanecido en la misma condición; todo, en todas sus partes, está sujeto a cambios y contingencias.

135. En cierta época Egipto poseyó la hegemonía sobre muchas naciones, pero ahora está sometido. Los macedonios alcanzaron en su oportunidad tal grado de prosperidad, que extendieron su dominación a toda la tierra habitada; ahora, en cambio, entregan a los recolectores de contribuciones los anuales tributos fijados por sus amos.

136. ¿Y dónde está la casa de los Ptolomeos y la fama de cada uno de los diádocos,[19] cuyo esplendor llegaba hasta los límites de la tierra y el mar? ¿Dónde, las libertades de las naciones y estados antaño independientes? ¿Dónde, a la inversa, la servidumbre de los que eran vasallos? ¿No dominaron los persas a los partos; y ahora, por esos vaivenes y cambios de los humanos negocios y por los altibajos del azar, no gobiernan los partos a los persas? [20]

[19] Es decir, los sucesores de Alejandro Magno tras el reparto de las satrapías hecho en Babilonia en 323 a. C.

[20] Reflexiones análogas a las precedentes lóense en Sobre la inmutabilidad de Dios 173 a 176.

137. Fórjanse algunos la perspectiva de grandes e ilimitadas bonanzas, pero estas no son sino el comienzo de grandes calamidades; y, cuando ellos se apresuran, pensando que van tras una herencia de bienes, se encuentran con terribles infortunios; en tanto que, por el contrario, cuando esperan un mal vienen a hallar fortuitos bienes.

138. Atletas envanecidos de sus vigorosas fuerzas y de la robustez de sus cuerpos, que daban por segura una indiscutida victoria, muchas veces resultaron excluidos de la competencia en la selección previa; o, habiendo sido admitidos en la lucha, han sido vencidos, en tanto que

otros, que no esperaban alcanzar ni siquiera un premio de segundo orden, han obtenido los primeros y ceñido la corona.

139. Algunos, habiéndose embarcado en verano, época propicia para una próspera navegación, han naufragado; en tanto que otros han zarpado en invierno, con el presentimiento de un desastre, y han arribado a puerto libres de peligros. Algunos de los comerciantes hacen largos viajes, seguros de obtener ganancias ciertas, sin darse cuenta de las pérdidas que les aguardan; y, al revés, a veces piensan que sufrirán pérdidas, y luego disfrutan de grandes ganancias.

140. Así pues, los resultados son inciertos en uno y otro sentido, y los negocios humanos se balancean como sobre una balanza con pesos desiguales, que ora los levantan ora los arrastran hacia abajo; y una terrible incertidumbre y espesa obscuridad envuelve los acontecimientos. Como en un profundo sueño, andamos a la deriva sin poder recorrer nada con exacto cálculo ni poder asir cosa alguna con vigor y firmeza, pues todas las cosas aseméjanse a sombras y fantasmas.

141. Y, así como en las procesiones las primeras-filas pasan y se pierden de vista; y en los torrentes la corriente fluye, adelántase y deja atrás a nuestra observación por ser tan violenta y rápida; así también los acontecimientos de la vida pasan dejándonos de lado, y, aunque dan la impresión de que permanecen, no se detienen ni siquiera un instante sino corren en perpetuo torbellino.

142. Y los que están despiertos, que en la incertidumbre de sus percepciones en nada difieren de los que duermen, se engañan a sí mismos al creerse capaces de ver las naturalezas de las cosas con infalibles razonamientos. Cada uno de los sentidos les resulta un obstáculo en el camino hacia. el saber, pues déjase sobornar por los objetos que contempla, por los sonidos que escucha, por las variedades de gustos, por las particularidades de los olores, hacia los cuales se vuelve y por los cuales es arrastrado, no permitiendo de este modo al conjunto del alma mantenerse recto y avanzar sin tropiezo como por un amplio camino. De ese modo, los sentidos producen la confusión entre lo alto y lo bajo, entre lo grande y lo pequeño, y todo lo emparentado con la desigualdad y la irregularidad; y provocan fatalmente el vértigo creando inmensa desorientación.

143. XXIV. Por eso, estando la vida saturada de tan grande perturbación y desorden, es preciso que el hombre de estado se presente y, como un sabio intérprete de sueños, explique los. sueños y visiones que en pleno día tienen los que creen que están despiertos; y que con conjeturas razonables y verosímiles brinden enseñanzas acerca de cada una de esas visiones, indicando que esto es hermoso, aquello feo, esto bueno, aquello malo, esto justo, aquello injusto; y así en todo lo demás: lo prudente, lo valiente, lo piadoso, lo santo, lo conveniente, lo útil; y a la inversa, lo inútil, lo irrazonable, lo innoble, lo impío, lo profano, lo inconveniente, lo dañoso, lo egoísta.

144. Y a estas enseñanzas agrega todavía otras tales como: Esto es ajeno; no lo desees. Esto te pertenece; úsalo sin abusar. Tienes grandes riquezas; compártelas con otros, pues lo excelente de la riqueza no reside en las bolsas repletas sino en la ayuda a los necesitados. Posees poco; no envidies a los pudientes, pues nadie compadece a un pobre envidioso. Eres famoso y has recibido-honores; no te ensoberbezcas. Las circunstancias te han reducido a una humilde condición, que tu espíritu no se deprima. Te van todas las cosas tal como deseas; debes estar preparado» para el caso de que cambien. Tropiezas a menudo; ten fe en que vendrán tiempos

mejores, pues las cosas humanas se truecan en sus contrarias.

145. La luna, el sol y el cielo todo presentan claras y nítidas determinaciones porque cada cosa de allí permanece invariable y regulada por las leyes de la verdad misma, según armoniosas ordenaciones y las más excelsas de las sinfonías. Las terrenales, en cambio, como están llenas de inmenso desorden y perturbación, son, en el estricto sentido de la palabra, discordantes y sin armonía, ya que en ellas prevalece una obscuridad profunda, mientras que las del cielo muévense en la más radiante claridad, o más bien, ellas mismas son una luz inmensamente nítida y pura.

146. Por cierto que, si alguien quiere penetrar en lo íntimo de las cosas, hallará que el cielo es un eterno día, sin que en él se den ni noche ni sombra. alguna, pues en todas sus partes brilla incesantemente con claridad inextinguibles y sin mezcla.

147. Tanto cuanto difieren entre los hombres los que están despiertos de los que están dormidos,[21] difieren también, en el plano universal, las cosas celestes de las terrestres, pues aquellas permanecen en ininterrumpida vigilia gracias a la acción de fuerzas que no andan errantes ni tropiezan ni se desvían jamás; en tanto que las segundas están entregadas al sueño, y, aunque puedan por breve tiempo levantarse, son de nuevo arrastradas hasta caer de nuevo en el sueño, pues son incapaces de ver rectamente con el alma y andan extraviadas y tropezando, envueltas en las sombras de las vacías opiniones, que las fuerzan a soñar; y rezagadas con respecto a los hechos, de modo que nada pueden captar de manera firme y segura.

[21] Ver Sobre los sueños II, 43 a 47.

148. XXV. También encierra un simbolismo la afirmación de que José sube sobre el segundo de los carros. El hombre de estado ocupa el segundo lugar con relación al rey. No es, en efecto, ni un particular ni un rey, sino algo intermedio entre ambos, pues es más importante que un hombre común y menor que un rey, cuyo poder es absoluto, en tanto que él tiene por rey al pueblo, a cuyo servicio está resuelto a hacer todas las cosas con pura y sincera buena fe.

149. Además, es conducido, como sobre el asiento de un carro, sobre el elevado sitial a donde le llevan los acontecimientos v las multitudes; en especial cuando todas las cosas, pequeñas y grandes, resultan como él desea, cuando no surge contrariedad u oposición alguna, y todo, como en una feliz travesía, es guiado sin peligro por el timón de Dios. En cuanto al anillo que el rey da al joven, es una clarísima prueba de la confianza que ese rey que es el pueblo tiene depositada en el hombre de estado, y el hombre de estado en el rey pueblo.

150. El collar de oro en tomo de su cuello parece significar tanto la fama como el castigo, pues, mientras los negocios públicos van bien encaminados para él, es enaltecido, venerado y honrado por las multitudes; pero, cuando sobreviene el desastre, no por deliberado propósito, que sería actitud culpable, sino fortuitamente, lo que es perdonable; así y todo, es arrastrado y derribado mediante el adorno que rodea su cuello, y sufre su humillación mientras le parece oír a su amo, que dice: "Este collar en tomo de tu cuello te lo obsequié para adorno si mis asuntos marchaban bien, y como cuerda de horca si resultaban adversos."

151. XXVI. He oído, sin embargo, a quienes explican también alegóricamente este mismo punto, pero de distinta manera. Su explicación es la siguiente. Dicen que el rey de Egipto es nuestra inteligencia, es decir, el soberano del país corpóreo que hay en cada uno de nosotros, el que está investido del poder, como un rey.

152. Cuando la inteligencia se convierte en amiga del cuerpo, todos sus esfuerzos se aplican a tres cosas, que entiende son las más dignas de especial cuidado: panes, alimentos cocidos y bebidas; y por eso echa mano a tres encargados: un jefe de reposteros, un copero mayor y un jefe de cocinas, el primero de los cuales preside lo concerniente a la comida, el segundo lo relativo a la bebida, y el último los condimentos que se agregan a. los alimentos propiamente dichos.

153. Todos ellos son eunucos, pues el amante del placer es estéril en las cosas más necesarias: en sensatez, en modestia, en templanza, en justicia y en el resto de las virtudes, ya que no existen dos cosas separadas por la hostilidad tan grande como la que separa de la virtud al placer, a causa del cual los más descuidan las únicas cosas que merecen ser tenidas en cuenta, complaciéndose, en cambio, en incontenibles concupiscencias y accediendo a lo que ellas ordenan.

154. El jefe de cocinas no es conducido a prisión ni sobre él cae castigo alguno, en razón de que los condimentos no son elementos de suma necesidad ni constituyen placeres en sí, sino incentivos para el placer, fáciles de extinguir. En cambio, los otros dos, el jefe de reposteros y el copero mayor, los encargados de atender al miserable vientre, ellos sí sufren tales cosas debido a que la comida y la bebida constituyen los más indispensables entre los elementos necesarios para vivir; y quienes los tienen a su cargo alcanzan el elogio si, naturalmente, lo ejercen como se debe; pero merecen que se los trate airadamente y castigue cuando lo descuidan.

155. Pero también difieren los castigos, porque la utilidad de uno y otro es diferente, siendo el empleo de alimentos absolutamente necesario, en tanto que el uso del vino no lo es totalmente, ya que los hombres viven igual sin recurrir al vino puro bebiendo el agua que brindan los manantiales.

156. Ese es el motivo por el que, mientras en el caso del copero mayor tienen lugar reconciliaciones y acuerdos en atención a que la transgresión toca a la parte menos importante; en el caso del jefe de reposteros [22] no hay posibilidad de avenimiento y conciliación, y la irritación que provoca le acarrea la muerte, como que es culpable en algo de máxima importancia. La muerte, en efecto, es la consecuencia de la falta de alimentos, y así, es lógico que el culpable de ella muera en la horca, padeciendo el mismo mal que ha causado, que en este caso es precisamente haber "ahorcado"[23] y torturado al hambriento mediante el hambre.

[22] O jefe de ponederos. Cualquiera sea la acepción que se adopte, la idea de Filón es, evidentemente, que se trata del responsable de la preparación de alimentos sólidos en general, por oposición al copero mayor, a cuyo cargo está la provisión de bebidas.

[23] Otro juego de palabras de Filón, quien echa mano a ellos aun a costa de malabarismos semánticos.

157. XXVII.[24] Sobre estos puntos basta con lo dicho. Pues bien, José, designado lugarteniente del rey y elevado a la administración y superintendencia de Egipto, viajó para darse a conocer a todos los habitantes; y, recorriendo los llamados nomos, ciudad por ciudad, logró que los que lo veían lo acogieran con mucho placer, no sólo por los beneficios que brindó a cada uno sino también por la impresión inefable y nada común que ofrecían su aspecto y trato en general.

[24] Para los parágrafos 157 a 257 ver Gen. XLI, 46 a XLVII, 12.

158. Cuando, de conformidad con la interpretación de los sueños, sobrevino el primer período de siete años, que era el de abundancia, reunió, por intermedio de los gobernadores[25] y demás funcionarios que le servían para atender las necesidades públicas, la quinta parte de los frutos de cada año y almacenó una cantidad tan grande de haces que nadie recordaba haber habido hasta entonces otra igual. La prueba más clara es que fue imposible contarlos, no obstante que muchísimas personas encargadas de ello no perdonaron esfuerzos por llegar a cabo un prolijo cálculo.
[25] Los manuscritos registran el término *hyparkhos* = funcionario subordinado, lugarteniente, gobernador, etc., cuyo sentido exacto para el caso es imposible de determinar. Tal vez se trate de un error y deba leerse *topárkhes* = magistrado o jefe local, vocablo empleado en Gen. XLI, 34.

159. Pero transcurridos los siete años en los que la tierra llana produjo grandes cosechas, comenzó el hambre, el que, extendiéndose y creciendo, traspuso las fronteras de Egipto. Esparciéndose alcanzó también sucesivamente a ciudades y países hasta los límites del oriente y del occidente, y no tardó en hacer presa de toda la tierra habitada en tomo de Egipto.

160. Es fama, en efecto, que jamás una enfermedad de tal magnitud agobió a la sociedad humana. Era semejante a la que los médicos llaman herpe,[26] en razón de que, avanzando paso a paso a la manera del fuego, va atacando una a una todas las partes de esa comunidad que constituyen los maltrechos cuerpos.
[26] Como en otras ocasiones Filón recurre al paralelo con esta enfermedad caracterizada por la extensión progresiva de una erupción sobre la piel, acompañada de comezón e inflamación.

161. Y así fue como en cada región, escogiendo por comisionados para la adquisición de trigo a los de mayor reputación, los enviaron hacia Egipto, pues se había divulgado ya hacia todas partes la noticia de la previsión del joven que había almacenado provisiones inagotables para la época de escasez.

162. José ordenó primeramente que fueran abiertos todos los depósitos, pensando que así reconfortaría el ánimo de los que los vieran y nutriría, por así decir, las almas con saludables esperanzas antes de nutrir los cuerpos. Luego, por intermedio de los comisionados en las intendencias de víveres, vendió a los que querían comprar, atento siempre al futuro y considerando con mayor preocupación lo por venir que lo presente.

163. XXVIII. En esas circunstancias, también el padre de José, que ignoraba la próspera situación de su hijo, ante la escasez de lo necesario para subsistir, envió a diez de sus hijos para la compra de trigo. Al menor, que era el hermano uterino del lugarteniente del rey, lo retuvo en su casa.

164. Cuando aquéllos llegaron a Egipto, tuvieron una entrevista con su hermano, pensando que se trataba de un extraño; y, asombrados ' ante la dignidad de su persona, se prosternaron ante él de acuerdo con la antigua usanza, con lo que vino a cumplirse al cabo lo que él había visto en sueños.

165. José, al contemplar a los que lo habían vendido, los reconoció al instante a todos, sin ser reconocido absolutamente por ninguno de ellos. Dios, por imperiosas razones, que entonces era mejor permanecieran en secreto, deseaba que no se revelara la verdad; y así, o cambiaba la visión de los que veían a José, haciendo que la figura del administrador del país resultara más

majestuosa aún, o alteraba las aprehensiones de sus entendimientos para que no fueran exactas.

166. En esas circunstancias, José, elevado a tan altas funciones, pese a su juventud, investido del primer cargo después de la dignidad real, contemplado con admiración en el este y el oeste, exaltado en la plenitud de su vida con la grandeza de su poder; aunque tuvo oportunidad de vengarse, no les guardó rencor. Pero, sobreponiéndose con firmeza a sus sentimientos y ocultándolos en su alma, con muy bien deliberado propósito, fingió hostilidad hacia ellos y simulando desagrado en las miradas, la voz y las demás actitudes, les dijo: "Señores, vuestras intenciones no son pacíficas; alguno de los enemigos del rey os ha enviado como espías, y vosotros, al acceder a prestarle estos bajos servicios, habéis pensado que no seríais descubiertos; pero ninguna acción insidiosa pasa inadvertida, aunque una profunda obscuridad la cobije."

167. Los hermanos intentaron justificarse y sostuvieron que los cargos carecían de fundamento, diciendo que ni estaban allí enviados por personas hostiles; ni ellos estaban mal dispuestos para con los habitantes del país, ni aceptarían jamás semejante misión, pues eran hombres pacíficos por naturaleza y tenían aprendido desde casi la primera infancia a valorar la vida bien ordenada junto a un padre lleno de santidad y amadísimo de Dios, "Nuestro padre", decían, tiene doce hijos, de los cuales el más joven, por no tener aún edad suficiente para viajar al extranjero, permanece en nuestra casa; otros diez somos nosotros, los que aquí tienes ante tu vista, y el restante ya no existe."
XXIX. ¿Qué sentimientos no experimentaría el alma de José al escuchar estas cosas, y oír cómo los que lo habían vendido declaraban que estaba muerto?

168. Aunque no dejó traslucir por el momento su emoción en modo alguno, en su fuero interno consumíalo completamente el recóndito fuego encendido por ellos. Sin embargo, disimulando su estado de ánimo, les dijo: "Si es verdad que no habéis venido como espías a este país, dadme una prueba de buena fe quedándoos vosotros aquí por breve tiempo y mediante una carta llamad a vuestro hermano menor para que venga hasta aquí.

169. Pero, si estáis deseosos de partir a causa de vuestro padre, que tal vez esté alarmado por lo prolongado de vuestra ausencia, partid todos los demás y que uno solo de vosotros permanezca .aquí. en calidad de, rehén hasta que regreséis con el más joven. En caso de que os neguéis a obedecer, sufriréis el más grave de los castigos, la muerte."

170. Y tras estas amenazas, se apartó de ellos mirándolos de soslayo y dando muestras, aparentes solamente, de profunda irritación. Ellos, por su parte, llenos de pesar y desánimo, se reprochaban a sí mismos por la acción falaz contra su hermano. "Aquella iniquidad", decían, "es la causa de nuestros presentes males. La justicia, que lleva cuenta de los hechos de los seres humanos, ya toma medidas contra nosotros. Durante un corto tiempo ha permanecido callada, pero ahora se yergue y muestra su naturaleza implacable e inexorable a aquellos que merecen castigo.

171. ¿Y cómo no hemos de merecerlo, si, ajenos a toda piedad, hicimos caso omiso de las súplicas y ruegos de nuestro hermano? Ninguna falta había cometido y, sólo movido por su amor hacia los suyos, nos había contado, como a personas íntimas, las visiones tenidas en sueños; pero nosotros, los más salvajes y brutales de los hombres, disgustados por esas visiones, hemos consumado actos, que, preciso es decir la verdad, nada tienen de honestos.

172. Tengamos, pues, por cierto que padecemos no sólo este castigo sino también otros peores aún, ya que, siendo casi los únicos entre todos los hombres cuya condición de personas nobles débese a las eminentes virtudes del padre, del abuelo y de los otros antepasados, hemos deshonrado a nuestra estirpe y hecho todo lo posible para cubrirnos de infamia."

173. El mayor de todos los hermanos, aquel que desde el principio se había opuesto a la intriga que tramaban, les dijo: "De nada sirven los arrepentimientos tardíos. Yo os hice ver cuan grande iniquidad cometeríais y os pedí y supliqué que no os dejarais llevar por vuestra irritación; pero, aunque debíais haber aceptado mi advertencia, permitisteis que se concretaran vuestros irreflexivos propósitos.

174. El resultado es que estamos recogiendo lo merecido por nuestra soberbia e impiedad. La intriga que maquinamos contra nuestro hermano está siendo investigada, y el investigador no es un hombre sino Dios o Su *lógos* o Su ley."

175. XXX. Mientras ellos hablaban sin preocupación alguna, pues en la conversación había intervenido un intérprete,[27] el hermano vendido por ellos escuchaba lo que decían. Vencido al cabo por la emoción y a punto ya de llorar, dio vuelta el rostro y derramó cálidas e ininterrumpidas lágrimas hasta que experimentó algún alivio. Cambiando, entonces, de semblante, se volvió y mandó que el segundo de los hermanos fuera atado en presencia de los otros. Este hermano era el que correspondía a él, puesto que en una serie el segundo es simétrico del penúltimo por la misma razón por la que el primero lo es del último.

[27] De cuya intervención colegían que el virrey no hablaba la lengua hebrea, y por lo tanto podían hablar ellos con toda libertad, seguros de no ser entendidos; lo cual supone que el intérprete se había alejado, no así José, que, pese a lo afirmado en el parágrafo 170, estaba a una distancia lo suficientemente corta como para alcanzar a oírlos.

176. Pero, bien puede ser también que haya pensado que a este hermano le correspondía la mayor responsabilidad en la mala acción, pues había sido prácticamente el jefe del grupo y director de la malvada trama. En efecto, si se hubiera adherido al hermano mayor cuando éste aconsejaba benignidad y humanidad; aunque era menor que aquél, como mayor que los otros casi seguramente hubiera evitado la iniquidad, pues los dos de más alta posición y jerarquía hubieran sumado sus sentimientos y propósitos acerca del asunto y esto de por sí hubiera sido un peso decisivo en el platillo de la balanza.

177. Pero a esa altura de los hechos, al renunciar a la disposición benigna y superior y desertar hacia la cruel e inhumana cuya dirección asumió, de tal modo animó a sus colaboradores en el atropello, que estos pusieron todo su empeño en la vituperable empresa. Tal fue, a mi entender, la causa por la que solo éste fue encadenado.

178. Ya se aprestaban los demás para el viaje de retorno a su tierra, cuando el administrador del país mandó a los encargados de la venta de trigo que llenaran todas las alforjas de sus hermanos, como si se tratara de extraños; que colocaran en secreto en la boca de cada una de ellas el dinero recibido en pago, sin comunicar la devolución a los beneficiados; y, en tercer lugar, que agregaran alimentos adicionales en cantidad suficiente para el viaje, a fin de que el trigo comprado llegara a destino en su totalidad.

179. Ya en camino, los hermanos sentían compasión, como era natural, por el que quedaba encadenado, y no menos se lamentaban por su padre, que una vez más se enteraría de una desgracia y de que en cada viaje su numerosa prole disminuía y cercenábase. "No querrá

creer", decían, "que ha quedado encadenado, y pensará, en cambio, que lo de las cadenas es un pretexto para encubrir su muerte; que los que una vez han experimentado un mal vuelven a caer en las mismas desgracias." En esto les sorprendió el anochecer y, cuando hubieron bajado las cargas de los animales, éstos se sintieron aliviados; no así ellos, que experimentaban en sus almas preocupaciones más pesadas aún[28] pues, como sucede de ordinario, cuando los cuerpos descansan, más claramente llegan al entendimiento las visiones de las adversidades y penosa en extremo es la aflicción que lo oprime.
28 Que cuando se marchaban.

180. XXXI. Por otra parte, habiendo uno de ellos desatado una de las alforjas, vio en la boca de la misma una bolsa llena de dinero y, habiéndolo contado, halló que le había sido devuelta la misma suma que había pagado por el trigo; y, presa de estupefacción, refirió el hecho a sus hermanos.

181. Éstos no sospecharon que se trataba de un regalo y, pensando que estaban ante una trampa, se descorazonaron y, aunque deseaban examinar todas las alforjas, el temor de que vinieran siguiéndolos los movió a levantar campamento sin pérdida de tiempo y a avanzar con toda prisa. Corriendo, casi sin un respiro, cumplieron un trayecto de muchos días en un tiempo relativamente breve.

182. Al cabo reunidos en tomo a su padre, lo abrazaron no sin lágrimas, y lo besaron a medida que él tomaba a cada uno y lo estrechaba entre sus brazos con intenso afecto. Sin embargo su alma adivinaba ya alguna adversidad. En efecto, a medida que se aproximaban y los saludaba, los iba observando y, pensando que el hijo que faltaba se había retrasado, lo reprochaba por su tardanza y miraba hacia los accesos ansioso de ver completo el número de sus hijos.

183. Pero, como nadie se acercaba ya desde fuera, ellos dijeron, viéndolo alarmado: "Padre, en las adversidades la incertidumbre es más afligente que el conocimiento de la verdad; que quien la conoce puede hallar el camino de la solución, en tanto que la ambigüedad de la ignorancia es causa de perplejidad e impotencia. Escucha, pues, una historia dolorosa por demás, pero que es preciso contarte.

184. El hermano que fue enviado en nuestra compañía a la compra de trigo y que no ha retomado, está vivo y debes apartar de ti el pensamiento de su muerte y con ello el miedo de lo peor. Pero, aunque está vivo, permanece en Egipto con el administrador de ese país, quien, o por insidias de alguien o por sus propias sospechas, nos ha acusado de espías. Nosotros nos defendimos de la manera como las circunstancias lo aconsejaban y le hablamos de ti, nuestro padre, y de los hermanos ausentes, diciéndole que uno estaba muerto ya y que el otro se había quedado contigo, pues, como era joven, había permanecido en casa a causa de su edad. Expusimos abiertamente y sin ocultamientos todo lo concerniente a la familia, sin dar lugar a malentendido alguno;

[185.] pero él dijo que la única prueba que aceptaría de la verdad de lo que decíamos sería que el hijo más joven se presentara ante él; y que para asegurarse de esto quedaría detenido el segundo de los hermanos como garantía y prenda por el otro.

186. Ninguna disposición hubiera sido más penosa que esta, pero quien nos la imponía más era la situación que quien la ordenaba, y hubimos de acatarla forzosamente a causa de las provisiones indispensables para los agobiados por el hambre, provisiones que sólo Egipto puede proporcionar."

187, XXXII. El padre lanzó un profundo gemido y dijo: "¿Por quién debo llorar primero? ¿Por el penúltimo de mis hijos, que fue el primero, no el último, al que cupo la suerte de los desdichados? ¿Por el segundo, que obtuvo el segundo galardón en las desventuras: cadenas en vez de la muerte? ¿O por el menor de todos, que, en caso de partir, habrá de recorrer un fatídico camino, sin que las desgracias de sus hermanos hayan fogueado su espíritu? Yo, entre tanto, dividido miembro por miembro y parte por parte; que los hijos son parte de sus progenitores; yo, el considerado hasta hace poco como padre de una numerosa y excelente prole, corro peligro de quedarme sin hijos."

188. Entonces, el mayor de los hijos le dijo: "Yo te entrego en garantía mis dos hijos, los únicos que he engendrado. Mátalos si no te devuelvo sano y salvo al hermano que tu pondrás en mis manos y cuyo viaje a Egipto habrá de procuramos dos grandes ventajas: una, probar claramente que no somos espías' ni enemigos; otra, poder rescatar a nuestro hermano del cautiverio."

189. El padre, lleno de pesadumbre, decía que no sabía qué hacer, pues de dos hermanos nacidos de la misma madre [29] uno ya estaba muerto y el otro, que había quedado aislado y solo, miraría con prevención el viaje y sufriría una muerte en vida a causa del terror que despertarían en él las cosas terribles sucedidas al otro anteriormente. Mientras esto decía, ellos escogieron al cuarto en edad, el más animoso entre todos, al par que hombre hábil por naturaleza para dirigir y con capacidad para hablar; y lo persuadieron para que expusiese lo que pensaban todos.

[29] José y Benjamín, hijos de Raquel y medio hermanos de los hijos de Jacob nacidos de Lía, Bala y Zelfa.

190. Entendían que, como escaseaban las provisiones, pues el trigo traído en el precedente viaje estaba agotado y el hambre prevalecía y los agobiaba, había que partir a comprarlo, pero que no debían marchar sin llevar consigo al más joven, puesto que el administrador del país les había prohibido presentarse sin él.

191. El padre, hombre sabio como era, reconoció que más valía exponer a uno solo a las eventualidades de un incierto futuro, que abandonar a tantos hombres a la segura ruina que se cernía sobre cada hogar bajo el peso de esa incurable enfermedad que es el hambre, y por eso dijo:

[192.] "Pues bien, si la fuerza de la necesidad es más poderosa que mi voluntad, preciso es acceder. Tal vez la Naturaleza tiene dispuesto algo mejor, que todavía no considera conveniente revelarnos.

193. Tomad, pues, al más joven, como proponéis, y marchad, pero no de la misma manera que antes. En la anterior ocasión ibais como simples desconocidos que no habían experimentado aún ningún mal irreparable, y no necesitabais otra cosa que dinero para la compra de trigo; en esta, en cambio, habéis de llevar también regalos por tres motivos: primero para causar buena impresión en el gobernador y jefe de aprovisionamientos, quien, según decís, os conoce ya; segundo para rescatar más rápidamente al detenido, presentando un abundante rescate; y tercero para borrar hasta donde ello es posible, toda sospecha de que sois espías.

194. Tomad, por lo tanto, muestras de cuantos frutos produce nuestra tierra y llevádselos en

calidad de primicias a ese hombre, junto con una doble cantidad de dinero, vale decir, el que os fue devuelto la vez anterior, que quizá os fue devuelto por descuido de alguno; y otra suma suficiente para la compra del trigo.

195. Y llevad también mis plegarias, que dirijo al Dios de salvación para que en vuestra condición de extranjeros resultéis gratos a los habitantes del país y retornéis sanos y salvos, y devolviendo a vuestro padre lo que se ha visto forzado a ceder en prenda, es decir, sus hijos: aquel que la vez anterior fue dejado en cadenas y el que ahora os lleváis con vosotros, joven en extremo y sin experiencia en la vida." Ellos partieron y se encaminaron hacia Egipto.

196. XXXIII. Pocos días después el administrador del país los vio llegar y se alegró mucho. El mayordomo de su mansión recibió la orden de preparar un suntuoso banquete y de conducirlos a participar de su sal y de su mesa.

197. Como se los llevó sin que se les informara con qué intención, estaban ellos aterrados y confusos, conjeturando que iban a ser acusados de robo alegándose que habían hurtado el dinero del trigo que la vez anterior habían encontrado en sus alforjas. Entonces se aproximaron al mayordomo y expusieron su defensa, descargando sus conciencias de algo que nadie se había adelantado a echarles en cara; y presentaron y mostraron, al mismo tiempo, el dinero que traían para su devolución.

198. Pero el mayordomo los reanimó con palabras amables y benévolas diciéndoles: "Nadie es tan impío como para difamar las gracias de Dios, que propicio nos sea. Él, en efecto, ha hecho llover tesoros en vuestras alforjas, proveyéndoos no sólo de alimentos sino también de dinero para que hagáis uso de él."

199. Calmados ya, ellos comenzaron a colocar ordenadamente los presentes que habían traído desde su tierra; y, cuando hubo llegado el señor de la mansión, se los ofrecieron. Él preguntó cómo se encontraban y si vivía todavía el padre de quien antes le habían hablado; y ellos nada respondieron acerca de sí mismos, pero acerca de su padre le dijeron que vivía aún y estaba bien de salud.

200. José elevó una invocación por él y lo llamó muy amado de Dios; y entonces, cuando al echar una mirada en tomo vio a Benjamín, el hermano nacido de la misma madre que él, no pudo contenerse y, vencido ya por la emoción, se dio vuelta antes de que ello se hiciera patente, y con el pretexto de un asunto urgente, pues no era todavía ocasión de darse a conocer, salió de prisa hacia un lugar retirado de la casa, donde estalló en sollozos y derramó un torrente de lágrimas.

201. XXXIV. Enjugó luego su rostro y, dominando la razón a la aflicción, retomó y agasajó a los extranjeros con un banquete, no sin antes devolverles al que había quedado en calidad de rehén por el menor de todos. En el convite participaron también otros dignatarios egipcios.

202. Durante el mismo cada grupo observó las costumbres ancestrales relativas al trato en la mesa, pues José entendía que es cosa lamentable violar las antiguas usanzas, particularmente en un banquete, donde los placeres son más numerosos que los malestares.

203. Habiendo ordenado que se sentaran de acuerdo con el orden de edad; que por entonces los hombres no tenían aún la costumbre de reclinarse en los convites; ellos se sorprendieron de que los egipcios se atuvieran a las mismas reglas que los hebreos y se preocuparan por el

orden de precedencia, demostrando un conocimiento de la diferencia de honores que corresponden a los de más edad y a los más jóvenes.

204. "Tal vez en otro tiempo", decían, "este país conoció formas de vida menos cultivadas, y este hombre, después que llegó al poder, introdujo el buen orden no sólo en los grandes asuntos, de los que depende el llevar a feliz término lo relativo a la paz y a la guerra, sino también en los que se tienen por menos importantes; la mayor parte de los cuales tocaron a actividades intrascendentes; entre ellas los convites, que exigen alegría y no resultan en modo alguno lugar apropiado para convidados excesivamente serios y austeros."

205. Mientras ellos plácidamente discurrían tales alabanzas, iban siendo preparadas mesas moderadamente suntuosas, pues el dueño de casa no consideraba conveniente, teniendo en cuenta el hambre reinante, darse a los placeres en medio de las desventuras de otros. Ellos, con muy buen criterio, hicieron recaer también sobre este detalle sus encomios, sosteniendo que había evitado una grosería, cosa vituperable, y que quedaban a salvo tanto su condición de persona solidaria con los apremiados por la necesidad, como la de dueño de casa en el agasajo, colocándose en un punto medio entre ambos y evitando el reproche en uno y otro sentido.

206. Así pues, lo preparado nada tenía de chocante ya que resultaba acorde con las circunstancias presentes. Toda omisión era compensada por las continuas muestras de amistad, mediante brindis, votos e invitaciones a tomar de algo; cosas todas que proporcionan mayor placer a los hombres de condición liberal y cultivada, que el que proporcionan todas las exquisiteces en materia de comidas y bebidas a los aficionados a los convites ajenos y propios; los que, para muestra de lo poco sensatos que son, hacen ostentación de cosas que no merecen la menor consideración.

207. XXXV. Al siguiente día, no bien despuntó la aurora, José mandó llamar al mayordomo de la mansión y le ordenó llenar de trigo todas las alforjas que los hombres habían traído, y poner, como la vez anterior, en las bocas de las mismas, bolsas con el dinero de la compra; y que se colocase además en la del más joven una hermosísima copa de plata, en la que él mismo acostumbraba a beber.

208. El mayordomo cumplió prestamente con lo ordenado, sin llevar consigo testigo alguno; y ellos» ignorantes de lo sucedido secretamente, partieron de regreso, contentos por toda aquella buena suerte, que sobrepasaba sus esperanzas.

209. Lo que habían esperado era concretamente lo siguiente: ser falsamente acusados de haber rollado el dinero que se les había devuelto; no poder rescatar al hermano detenido como rehén; y perder quizás también al hermano más joven, si quien les había forzado a traerlo lo retenía consigo.

210. Pero los acontecimientos sobrepasaban sus más esperanzadas súplicas. En vez de ser acusados, habían participado de la mesa y la sal, lo que los hombres consideran como señal de sincera amistad; habían también recobrado a su hermano sin haber sido éste objeto de violencia, y sin que mediase gestión ni súplica alguna; y, en cuanto al más joven, lo llevaban sano y salvo hacia su padre. Además, no sólo se veían libres de las sospechas de espionaje sino traían también consigo cantidades inagotables de alimentos, amén de buenas perspectivas para el futuro. "En efecto", discurrían, "si llegan a repetirse los casos de escasez de provisiones, ya no partiremos de nuestro hogar llenos de miedo, como antes, sino con el

placer de quien va al encuentro del administrador del país seguro de hallar en él un amigo personal y no un extranjero."

211. XXXVI. Pero, estas impresiones y las reflexiones que maduraban en el fondo de sus almas, viéronse interrumpidas por un súbito e inesperado contratiempo. En efecto, el mayordomo, por orden de su señor, salió apresuradamente tras ellos en compañía de un buen número de servidores, agitando los brazos y haciendo señas para que se detuviesen.

212. Cuando les hubo dado alcance, lleno de sofocación les dijo: "Habéis confirmado los primeros cargos que se os echaron en cara. Una vez más habéis reanudado el camino de la iniquidad devolviendo mal por bien. Habéis hurtado el dinero del trigo y, no satisfechos con eso, habéis ido más allá aún. Es que la villanía, si se la perdona, cobra alas.

213. Vosotros, los agradecidísimos, los en extremo pacíficos, los que ni el nombre de espías conocíais, los que regresasteis con doble cantidad de dinero para devolver el de la primera vez, por lo visto como treta y señuelo para la caza y rapiña de cosas mayores aún; habéis robado la copa más hermosa y apreciada de mi amo, la misma en que bebió al brindar ante vosotros. Pero el éxito de la maldad no dura siempre; aunque se las ingenia para pasar inadvertida, acaba por quedar al descubierto."

214. Mientras él continuaba en el mismo tono, ellos quedaron paralizados y mudos, abrumados de pronto por esos dos penosísimos males que son el dolor y el miedo, al punto de no poder ni siquiera abrir la boca, ya que la acometida de males inesperados deja mudos aun a los más elocuentes.

215. Pero, anonadados y todo, no queriendo que su silencio se interpretase como producto del remordimiento de sus conciencias, dijeron: "¿Cómo habremos de justificarnos y ante quién? Porque llevas camino de ser a la vez nuestro juez y nuestro acusador, tú, que, por lo que ya sabes de nosotros, deberías defendernos ante otros si nos formularan cargos. ¿Acaso nosotros, que, sin que nadie nos conminara a ello, trajimos con ánimo de devolverlo el dinero hallado en nuestras alforjas la vez anterior, hemos experimentado un cambio tal en nuestra manera de ser, que seamos capaces de retribuir con perjuicios y hurtos a quien nos acogió como huéspedes? Pues esto no ha ocurrido ni podrá jamás pasársenos por las mientes.

216. Perezca aquel de los hermanos que, sea sorprendido con la copa en su poder; que la muerte es el castigo que, a nuestro juicio, tal delito, si es que realmente se ha cometido, merece por muchas razones. En primer lugar, porque la avidez de bienes y el deseo de lo ajeno es en grado sumo contrario a la ley; en segundo lugar, porque intentar dañar a los benefactores es completamente impío; en tercer lugar, porque es la más vergonzosa de las deshonras el hecho de que quienes blasonan de la nobleza de su estirpe, osen aniquilar con sus reprobables acciones el prestigio de sus antepasados. Si alguno de nosotros ha cometido el robo, culpable es de todos estos cargos y debe morir, pues lo que ha hecho merece infinitas muertes."

217. XXXVII. Y mientras esto decían, bajaban las cargas de sus bestias y procedían con toda diligencia a revisarlas. El mayordomo, que no ignoraba que la copa se hallaba oculta en la alforja del más joven, como que él mismo la había colocado sin ser visto, los engañaba comenzando su búsqueda por la alforja del mayor y siguiéndola en orden de edad, presentando y mostrar a cada uno su alforja hasta llegar al último, en cuyo poder se encontró el objeto buscado. Al verlo ellos lanzaron al unísono ayes lastimeros y, rasgando sus

vestiduras, lloraban entre gemidos y anticipados lamentos tanto por la muerte de su hermano vivo aún, como por ellos mismos y por su padre, que había predicho las desgracias que le acontecerían a su hijo y solo con reservas había cedido ante los que querían llevar consigo a su hermano en el viaje.

218. Desalentados y confusos, retornaron por el mismo camino hacia la ciudad, agobiados por lo sucedido y seguros de que todo era fruto de una intriga y no de avidez de dinero por parte de su hermano, Luego, ya en presencia del administrador, dieron muestra de solidaridad fraternal nacido de un genuino afecto.

219. En efecto, cayendo todos a la par de rodillas, como si todos fueran culpables del robo, cargo cuya sola mención respecto a ellos constituía una iniquidad, lloraban, suplicaban y se ofrecían a sí mismos a cambio de su hermano, prometían aceptar voluntariamente la esclavitud, llamábanlo amo de ellos y se aplicaban a sí mismos los calificativos de probletas, ecotribas, argironetos[30] sin omitir ninguno de los calificativos propios de esclavos.
[30] Con el término *probleta* tal vez se designe al esclavo que, abandonado por sus progenitores al nacer, pasó a la condición servil al ser recogido por alguien que se convirtió en su amo. Esto es, al menos, lo que posiblemente deba inferirse de la etimología del término. *Ecotriba* era el esclavo-nacido en casa del amo; *argíroneto,* el adquirido por compra.

220. Pero él, llevando aún más adelante la prueba, con aireen extremo severo, les dijo: "No haría yo cosa como esa, que significa convertir en esclavos a tantos por la culpa de uno solo. ¿Por qué razón se debe hacer partícipes de los castigos a quienes no han tenido parte en la ejecución del delito? Puesto que solo aquel lo cometió, solo él sea castigado.

221. Estoy al tanto de que antes de entrar en la ciudad también vosotros señalasteis que el culpable merecía morir; pero yo, que en todo me inclino hacia la humanidad y la moderación, hago más leve el castigo y lo sentencio a la esclavitud en vez de la muerte."

222. XXXVIII. Abrumados quedaron por la amenazadora decisión y llenos de pesar por las falsas acusaciones de que eran objeto. En esto el cuarto en edad, que era osado y valiente al par que modesto, y que se expresaba con franqueza sin llegar al descaro, se adelantó y dijo: "Te ruego, señor, que no te dejes llevar por la cólera, ni tampoco, puesto que tienes asignado el cargo que sigue al de rey, nos condenes por anticipado sin escuchar nuestra defensa.

223. Cuando en nuestra primera visita nos preguntaste acerca de nuestro padre y de nuestro hermano, nosotros te respondimos: 'Nuestro padre es viejo, no tanto por los años que lleva vividos, cuanto por las adversidades incesantes, a causa de las cuales no ha cesado de vivir, como un atleta, en la práctica de trabajos y dolorosas experiencias difíciles de soportar. A su vez, nuestro hermano es en extremo joven y por él nuestro padre siente un amor fuera de lo común, puesto que, además de ser el postrero de sus hijos, es el único que queda de dos que nacieron de la misma madre, ya que-el mayor de ellos murió de manera violenta.

224. Cuando tú ordenaste que trajéramos a nuestro hermano hasta aquí y nos amenazaste con que, si no se presentaba, no admitirías que llegásemos a tu presencia, quedamos abatidos y, en llegando a casa, mucho nos costó exponer a nuestro padre tus condiciones.

225. Él en el primer momento se opuso, temeroso en extremo por la suerte del niño; pero, cuando las provisiones escasearon, como ninguno de nosotros se atrevía a venir a comprar trigo sin la compañía del más joven a causa de tus amenazas, él se dejó convencer, aunque

con dificultad, en cuanto a enviar al niño con nosotros. Muchísimas veces nos echó en cara el haberte hecho saber que teníamos otro hermano, y otras tantas se tuvo por desventurado pues había de separarse del pequeño, niño aún e inexperto en las cosas de la vida, no sólo de un país extranjero sino también de la propia comunidad.[31]

[31] "De la propia comunidad": la traducción es conjetural y corresponde a la corrección de Mangey, quien propone sustituir *katá ten pólin* = según (o de) la ciudad (o estado), cuyo sentido no se amolda al contexto, por *katá ten ídian pólin* = según (o de) su propia ciudad (o estado).

226. ¿Cómo, pues, llegaremos a la presencia de nuestro padre, siendo éstas las disposiciones de su ánimo? ¿Con qué ojos podremos contemplarlo si no llevamos al niño? Una muerte terrible se desplomará sobre él no bien oiga que no ha retornado; y luego nos llamará asesinos y parricidas cada uno de los maliciosos que se complacen en tales desgracias.

227. Y el mayor peso de la acusación caerá sobre mí, que di muchas seguridades a mi padre y acepté recibir al niño como depósito que había de devolver cuando me fuese exigido. Pero, ¿cómo, si tú no te apiadas de él, puedo yo devolverlo? Te pido que tengas piedad del anciano y que tengas presentes los sufrimientos que experimentará si no le es devuelto aquel a quien contra su propia voluntad confió en mis manos.

228. Tú, sin embargo, aplica el castigo que corresponde a las faltas que consideras que se han cometido contra ti. Yo me entregaré de mi entera voluntad. Regístrame como esclavo a partir de este día; que con gusto soportaré la suerte de los esclavos recién comprados, a cambio de que quieras dejar en libertad al niño.

229. Si accedes a esto, no será él mismo el favorecido sino alguien que no está aquí presente, que se verá aliviado en sus preocupaciones, el padre de todos los que te estamos suplicando. Porque eso somos: suplicantes que nos hemos acogido a la protección de tu muy venerable diestra, la que ojalá no frustre nuestra esperanza.

230. Ten, pues, piedad de la vejez de un hombre que ha dedicado los esfuerzos de su vida toda a conquistar los trofeos de la virtud. Las ciudades de Siria no han podido menos que acogerlo y honrarlo, no obstante que sus costumbres y hábitos son muy distintos de los de ellas, diferenciándose él en no pequeña medida de los habitantes de la región. Pero ha prevalecido la nobleza de su vida y la reconocida adecuación de sus palabras a sus obras y de sus obras a sus palabras; al punto de que, aun aquellos que por prejuicios ancestrales no lo miraban con buenos ojos, acabaron por sentirse identificados con él.

231. La gratitud que habrás de lograr es superior a cuantas puede el hombre alcanzar, pues no hay para un padre un don superior al recobro de un hijo al que daba por perdido."

232. XXXIX. Todas estas escenas, así como las anteriores, eran pruebas mediante las que José tendía a averiguar cuál era el sentir que aquéllos demostraban bajo la mirada del administrador del país hacia su hermano camal. Temía, en efecto, que abrigasen hacia éste cierto desapego natural, como el que suelen sentir los nacidos de una madrastra hacia los hijos de otra esposa que disfruta de las mismas consideraciones que la propia madre.

233. Tal era el motivo por el cual los había acusado de espías y les había hecho preguntas acerca de su familia con la intención de conocer si este hermano vivía aún y no había sido víctima de una intriga; y por el que, además, retuvo a uno de ellos permitiendo que los

restantes partieran, previa promesa de traer consigo al más joven, al que ansiaba intensamente contemplar, para apartar la aflicción que tan penosamente pesaba sobre él.

234. Y fue, asimismo, el motivo por el que, aunque experimentó un moderado alivio una vez que tuvo ante su presencia y contempló a su hermano; después que los hubo invitado a la hospitalidad de su mesa, rodeó en ella a su hermano carnal de más suntuosos aprestos y atenciones que a los otros, y observó a cada uno tratando de descubrir en sus miradas si en su fuero íntimo se encerraba alguna secreta envidia. 235. Mas, cuando los vio contentos y complacidos por la distinción que brindábase al más joven, quedando a estas alturas establecido por dos testimonios que ningún desapego latente existía hacia el hermano, proyectó una tercera comprobación, consistente en aparentar que le había sido robada su copa y en echar la culpa al más joven. Esta había de ser la más clara prueba del sentir y del apego de cada uno de ellos hacia el falsamente acusado hermano.

236. De todas estas comprobaciones saco al cabo como conclusión que no existía animadversión ni intriga alguna contra la descendencia de su madre; y respecto de lo que a él personalmente le había ocurrido, admitió en su fuero interno que sus sufrimientos no habían sido resultado de intrigas de sus hermanos sino de la providencia de Dios, quien ve desde lejos los sucesos y contempla con la misma claridad los hechos futuros que los presentes.

237. XL. En consecuencia, vencido por los sentimientos de afecto familiar, no pudo dilatar más la reconciliación y avenimiento. Para que ningún reproche pudiera alcanzar a sus hermanos por la acción cometida, consideró conveniente que ningún egipcio estuviera presente en este primer reconocimiento.

238. Mandó, pues, que toda la servidumbre se retirase, y entonces de improviso, mientras se desataba en un torrente de lágrimas, hízoles con la mano derecha señal de que se acercaran para que ningún otro pudiera por casualidad escuchar, y les dijo: "Voy a revelaros algo que ha estado envuelto en sombras y mucho tiempo pareció quedar definitivamente oculto; y seré yo sólo quien a vosotros solamente lo ponga de manifiesto. El hermano que vosotros vendisteis para ser traído a Egipto soy yo mismo, a quien veis ahora ante vosotros."

239. Atónitos y pasmados quedaron ellos ante lo inesperado de la revelación, y, como impelidos por una imperiosa fuerza, bajaron sus miradas hacia la tierra y permanecieron como clavados en el suelo, mudos y boquiabiertos. Entonces él les dijo: "No os sintáis abatidos; yo os concedo el perdón y el olvido de cuanto hicisteis contra mí; no necesitáis de nadie que interceda por vosotros.

240. Por mi libre y espontánea decisión me avengo de grado a la reconciliación, siguiendo en ello la guía de dos consejeros: mi reverente respeto hacia mi padre, en consideración al cual sobre todo os muestro mi favor, y el natural amor al prójimo, que profeso a todos sin excepción, pero particularmente a los de mi misma sangre.

241. En cuanto a lo ocurrido, pienso que no vosotros sino más bien Dios ha sido la causa, y que se propuso en ello que me convirtiera en administrador y dispensador de las gracias y los dones que Él se digna proporcionar al género humano en las circunstancias más apremiantes.

242. Una clara prueba de ello podéis tenerla en lo que estáis viendo. Todo Egipto está confiado a mis manos, poseo el primer lugar de honor ante el rey, y, aunque soy joven y él es de más edad, me honra como a un padre. Me colman de atenciones no sólo los habitantes de

este país sino también la mayor parte de las otras naciones, tanto las vasallas como las independientes, porque todas ellas necesitan de quien las proteja en la indigencia.

243. Plata y oro hay almacenados a mí disposición exclusivamente. y también lo que es más necesario que ambos, alimentos, que yo fracciono y distribuyo entre los que lo solicitan, de acuerdo con las necesidades y urgencias de cada uno, de modo que ni les sobre para el mero placer ni les falte lo necesario para satisfacer su necesidad.

244. Esto os lo describo, no con ánimo de vanagloriarme y alabarme, sino para que percibáis que ningún hombre podría haber sido causa de cosas de magnitud tal como que un hombre sea esclavo, ya que eso fui yo a causa de una falsa acusación, y más tarde se convierta en señor; y para que comprendáis que aquel que trocó mis extremas desdichas y sinsabores en la más alta y mayor felicidad no fue otro sino Dios, para quien todo es posible.

245. Y pues yo me hallo de tal manera dispuesto, no tengáis ya prevención alguna, antes dejad de lado las inquietudes y trocadlas en un alegre optimismo. Pero bueno sería que os apresurarais a ir hacia nuestro padre para ser los primeros en darle la buena nueva de mi hallazgo: porque los rumores vuelan hacia todas partes."

246, Sus hermanos, dando rienda suelta a las palabras, no cesaban de pronunciar alabanzas en su honor una tras otra. Cada uno puntualizaba una cosa distinta de los otros: uno su inclinación al perdón, otro su amor familiar, otro su prudencia; y todos a la par ponderaban tanto su piedad puesta de manifiesto al atribuir a Dios el feliz desenlace de los acontecimientos, y al abandonar todo resentimiento por los sinsabores que acompañaron a los ingratos comienzos y primeros contratiempos; como su fortaleza incomparable, que iba unida a una prudente discreción.

247. Habiéndose visto, en efecto, en tan grandes contrariedades, ni durante su esclavitud había pronunciado denuncia alguna contra sus hermanos por haberlo vendido; ni, conducido a prisión, le había movido la desesperación a hacer público cosa alguna de las que guardaba en secreto; ni, durante su larga permanencia en la cárcel, había revelado las cosas que es costumbre revelar en tales lugares, pues es característico de los presos el contar sus personales infortunios.

248. Por el contrario, como si nada supiese de sus pasadas experiencias, habiendo tenido, con ocasión de la interpretación de los sueños a los eunucos y al rey, oportunidad propicia para exponer los hechos, ni siquiera entonces había hecho referencia a su nobleza de cuna. Y al ser designado lugarteniente del rey y asumir la superintendencia y administración de todo Egipto, tampoco había dicho nada para evitar que se le tomara por hombre insignificante y obscuro, no obstante ser realmente de noble estirpe; esclavo no por naturaleza sino a causa de infortunios y funestas intrigas por parte de quienes menos hubieran debido obrar así.

249. Y a este torrente de alabanzas se agregó un grande elogio de su equidad y afabilidad. Conocían ellos, en efecto, que los gobernantes suelen ser arrogantes y rudos, y se admiraban de la falta de ostentación v de desmedido énfasis de José; y también de cómo durante la primera estadía en Egipto, a poco de conocerlos, aunque pudo hacerlo matar o, en último caso, negarles al menos los alimentos en momentos de hambre, no sólo no los castigó, sino además les proporcionó lo necesario a título de obsequio, como si hubieran sido merecedores de su gracia, mandando que les fuera devuelto el dinero de la paga.

250. XLI. De ese modo la historia de la intriga y de su venta había permanecido sin hacerse pública y dentro de un secreto tan absoluto, que ahora los funcionarios egipcios se regocijaban pensando que .por primera vez acababan de llegar los hermanos del administrador, e invitábanlos a gozar de su hospitalidad y se apresuraban a comunicar al rey la buena noticia; y una alegría general rebosaba por todas partes, no menos que si la planicie se hubiera tornado fértil y el hambre se hubiera trocado en abundancia.

251. XLII. Enterado el rey de que su lugarteniente tenía padre y numerosos parientes, los exhortó a que emigrase la familia en pleno, prometiéndoles dar la parte más fértil de Egipto a los que vinieran. A tal efecto, proveyó a los hermanos de carros, carruajes de lujo y gran cantidad de animales cargados de provisiones, así como de una adecuada servidumbre para que condujeran sin peligro alguno a su padre.

252. Cuando ellos llegaron a su casa y contaron la historia de su hermano, increíble v superior a toda esperanza, el padre no les dio crédito en absoluto, porque, aunque los que la contaban eran dignos de toda confianza, sin embargo lo extraordinario del asunto impedía aceptar fácilmente su realidad.

253. Pero, cuando el anciano vio los equipajes propios de una ocasión como esa y los suministros inagotables de provisiones, que confirmaban los felices sucesos narrados acerca de su hijo, alabó a Dios por haber llenado el vacío que aparentemente [32] existía en una porción de su morada.
[32] Aparentemente, porque aquel a quien se daba por muerto, José, existía en realidad.

254. Pero la alegría engendró inmediatamente en su alma 'también el temor por los ancestrales métodos de vida. Conocía, en efecto, la natural facilidad con que la juventud se desvía de su camino; la propensión Hacia el pecado, Que caracteriza la vida de otros pueblos y muy especialmente a Egipto, país que tiene por dioses a creaturas perecederas y es incapaz de ver al verdadero Dios. Conocía, además, las incitaciones que la riqueza y la fama ofrecen a los entendimientos poco prudentes, y sabía que, abandonado a sus propias fuerzas, sin que ninguna de las influencias moderadoras que le ofrecía la casa paterna le acompañara, solo y apartado de las buenas enseñanzas, estaría expuesto a adoptar extrañas costumbres.

255. Viéndolo dominado por tales sentimientos, Aquel cuya mirada es la única capaz de ver en la invisible naturaleza del alma, movido a compasión, se le apareció una noche durante el sueño y le dijo: "Nada temas en cuanto a la ida a Egipto. Yo mismo te guiaré en el camino y haré que tu marcha sea segura y placentera. Además te devolveré a tu tan anhelado hijo, que cierta vez creíste muerto y que no sólo está vivo sino se halla además a cargo del gobierno de tan gran país." Lleno Jacob de promisorias esperanzas, no bien despuntó la aurora se aprestó gozoso a partir.

256. Por su parte su hijo, habiendo oído la noticia de su partida, pues exploradores apostados en la ruta lo mantenían al tanto de todo, salió con toda prisa al encuentro de su padre, cuando éste se hallaba no muy distante de la frontera. El encuentro tuvo lugar en la llamada ciudad de los héroes,[33] donde sus cabezas se reclinaron sobre sus cuellos y sus lágrimas mojaron sus vestidos en medio de prolongados abrazos, a los que parecían no querer darles fin. Cuando al cabo pusieron término a tales efusiones, se dirigieron a la residencia real.
[33] Tal es el nombre que se da en la versión de los LXX a la ciudad que en la versión hebrea se denomina Gosén.

257. El monarca, al ver al anciano, impresionado por su venerable aspecto, le dio la bienvenida, no ya como al padre de su lugarteniente, sino como a su propio padre, con todo respeto y consideración. Y, tras las acostumbradas y también especiales muestras de cortesía, le concedió una porción de tierras de suelo muy fértil y productivo; y a sus hijos, enterado de que eran cuidadores de ganado muy expertos, los estableció como encargados de sus propios rebaños, confiándoles innumerables manadas de cabras, bueyes y ovejas.

258. XLIII.[34] El joven Tose hizo gala de una honestidad sin igual, a tal punto que, brindándole las circunstancias y el curso de los acontecimientos muchísimas ocasiones para alcanzar riquezas, y pudiendo convertirse en poco tiempo en el hombre más rico de su tiempo, su devoción a la riqueza genuina de verdad antes que a la espuria, a la riqueza con ojos antes que a la ciega, le movió a atesorar en las arcas reales todo el oro y la plata que reunió como producto de la venta del trigo, sin apropiarse ni de una sola dracma, y contentándose exclusivamente con los obsequios con que el rey retribuía sus servicios.
[34] Para los parágrafos 258 a 260 ver Gen. XLVII, 13 a 26.

259. Como si se tratara de una sola casa, este hombre administró con eficacia superior a toda ponderación Egipto y con él a los otros países y naciones apremiados por el hambre, distribuyendo en la medida conveniente los alimentos y teniendo en cuenta no sólo la necesidad presente sino también las ventajas para el porvenir.

260. Así, al iniciarse el séptimo año de carestía, como a estas alturas todos tenían sobrados motivos para esperar buenas cosechas, mandó llamar a los agricultores y les dio semillas de cebada y trigo para la siembra; pero, para que ninguno se apropiase de las mismas, sino sembrase en las tierras de labranza las que había recibido, escogió entre las personas de más calidad inspectores y supervisores para la vigilancia de la siembra.

251.[34] Habiendo muerto su padre mucho tiempo después del período de hambre, sus hermanos, intranquilos y temerosos pues sospechaban que, recordando su iniquidad, José les haría víctimas de alguna dolorosa venganza, fueron a él acompañados de sus mujeres e hijos y le elevaron vehementes súplicas.
[35] para los parágrafos 261 a 268 ver Gen. L, 15 a 26.

262. Pero él, sin poder contener el llanto, les dijo: "La presente circunstancia es propicia para despertar sospecha en aquellos que han cometido actos intolerables y sienten los reproches, no de otra persona, sino más bien de su conciencia. La muerte de nuestro padre ha renovado aquel antiguo temor que sentíais antes de nuestra reconciliación, como si, a vuestro juicio, os hubiera concedido el perdón sólo por no apenar a nuestro padre.

263. Mas el tiempo no cambia mi modo de ser; ni, después de haber acordado estar en buenos términos con vosotros, obraré en ocasión alguna al margen de ese avenimiento, porque no he estado yo aguardando una venganza largamente diferida, sino os he concedido para siempre el estar exentos de castigo. En ello he atendido, ¿para qué negarlo?, en parte al respeto que merecía nuestro padre, y en parte a los favorables sentimientos que no puedo menos que sentir hacia vosotros.

264. Y, aun suponiendo que todo cuanto hacía de noble y humanitario lo hacía solo en atención a nuestro padre, observaré las mismas normas aunque ya no esté él entre nosotros. Yo entiendo que ninguno de los hombres buenos está realmente muerto, sino vivirá eternamente sin envejecer jamás, con un alma inmortal por naturaleza, no atada ya a las

necesidades del cuerpo.

265. Pero, ¿para qué sacar a colación al padre creado? Tenemos al Padre increado, el imperecedero, el eterno, "Aquel que todo lo observa y todo lo oye",[36] aun las cosas que no se expresan; que ve en todo momento, aun en los más recónditos rincones de la inteligencia. Y es a Él a quien yo invoco como testigo de la sinceridad de mi reconciliación.
[36] Ilíada III, 277, Odisea XI, 109 y XII, 323, donde se afirma esto del sol.

266. Yo, en efecto; y no os asombréis de lo que digo; pertenezco al Dios que convirtió vuestros malos designios en sobreabundantes bienes. Desechad, pues, todo temor; que en el futuro alcanzaréis beneficios mayores aún que los que gozasteis en vida de nuestro padre."

267. XLIV. Con tales palabras animó a sus hermanos, y con las obras confirmó sus promesas sin pasar por alto cosa alguna, siempre preocupado por ellos.
Pasado el período de hambre, gozosos ya los habitantes del país por su abundancia y fertilidad, todos le honraban pagándole así los beneficios que habían recibido en los tiempos de adversidad.

268. La fama se esparció a través de los estados extranjeros, llenándolos con el renombre de este varón; que murió a los ciento diez años de edad tras una feliz ancianidad, habiendo alcanzado el más alto grado de belleza, sabiduría y don de palabra.

269. El apasionado amor que por él concibió una mujer atestigua la belleza de su cuerpo; su prudencia es testimoniada por el equilibrio que puso de manifiesto en medio de las innumerables vicisitudes de su vida, equilibrio que engendraba armonía entre las cosas sin orden, y concierto en las de por sí desacordes; su don de palabra, a su vez, es atestiguado por la interpretación de los sueños, por la fluidez de su conversación y por la fuerza persuasiva que las acompañaba, gracias a la cual todos sus subordinados le acataban, más por propia voluntad que por fuerza.

270. De esos años diecisiete los pasó en la casa paterna hasta su adolescencia; trece, en medio de penosos infortunios, víctima de una intriga, vendido, sirviendo como esclavo, acusado falsamente y encadenado en prisión; y los otros ochenta, en el mando y en una completa prosperidad, como excelente supervisor y arbitro en la época de hambre y en la de abundancia, y como el hombre más apto para tener a su cargo la dirección de todo lo concerniente a ambas situaciones.

OBRAS COMPLETAS DE

FILÓN DE ALEJANDRÍA



Traducción directa del griego, introducción y notas de

JOSÉ MARÍA TRIVIÑO
Catedrático de la Universidad Nacional de La Plata

Buenos Aires 1976

TOMO IV

ÍNDICE

SOBRE LA VIDA DE MOISÉS (DE VITA MOSIS) ... 3
SOBRE LA VIDA DE MOISÉS I ... 3
SOBRE LA VIDA DE MOISÉS II ... 50

SOBRE LOS DIEZ MANDAMIENTOS O DECÁLOGO, QUE SON COMPENDIOS DE LAS LEYES (DE DECÁLOGO) ... 92

SOBRE LAS LEYES PARTICULARES (DE SPECIALIBUS LEGIBUS) ... 118
SOBRE LAS LEYES PARTICULARES I ... 118
SOBRE LAS LEYES PARTICULARES II ... 172
SOBRE LAS LEYES PARTICULARES III ... 215
SOBRE LAS LEYES PARTICULARES IV ... 249

SOBRE LA VIDA DE MOISÉS (DE VITA MOSIS)

SOBRE LA VIDA DE MOISÉS I

1. I. Es mi propósito narrar la vida de Moisés, el más grande y perfecto de los hombres en todos los sentidos, el legislador de los judíos, según algunos, el intérprete de las sagradas leyes, según otros; y hacer que conozcan su historia aquellos que merecen no ignorarla.

2. Muéveme a ello el hecho de que, mientras la noticia de las leyes que nos ha legado se ha divulgado por toda la tierra habitada, y ha llegado hasta los mismos confines de ella, no son muchos, en cambio, los que saben quién fue él realmente. Y esto se debe a que, quizá por envidia, y quizá también porque *en* no pocos casos las disposiciones establecidas por los legisladores de los diferentes estados se oponen a las suyas, los autores helenos no han querido considerarlo digno de recordación.

3. La mayor parte de esos autores, haciendo mal uso de los poderes que su instrucción les brindaba, han compuesto en verso *y* en prosa comedias y otras piezas desvergonzadamente licenciosas, ganándose notorio descrédito; cuando hubieran debido emplear sus naturales dotes para brindar la orientación que se desprende de los hombres buenos y de las vidas de los mismos. De ese modo, ni ejemplo digno alguno, antiguo o reciente, hubiera quedado librado al olvido con la consiguiente extinción de la luz que hubiera podido irradiar; ni se pensaría de ellos que, descuidando los asuntos más elevados y prefiriendo los indignos de atención, se han esforzado por expresar de hermosa manera cosas viles, con miras a dar lustre a vergonzosos temas.

4. Pero, en lo que a mí hace, evitaré caer en la ruindad de estos autores y expondré cuanto concierne a Moisés tal como lo he aprendido, por una parte, de los libros sagrados, admirables monumentos que nos ha legado su sabiduría, y por otra, de algunos hombres de los de mayor edad dentro de nuestra nación. Como siempre he ido estableciendo nexos entre lo que oía y lo que leía, creo poseer una mejor información que otros en lo que atañe a su vida.

5.[1] II. Comenzaré por donde es de rigor comenzar. Caldeo de raza, Moisés nació, sin embargo, y fue criado en Egipto, debido a que sus antepasados, empujados por una prolongada escasez que agobiaba a Babilonia y las regiones vecinas, habían emigrado a ese país con toda su familia en busca de alimento. Egipto es un país llano y fértil, sumamente abundante en aquellas cosas que la naturaleza humana necesita, y en especial en trigo.

[1] Para los parágrafos 5 a 17 ver Éx. II, 1 a 10.

6. Es que en pleno verano, cuando, como es notorio, los otros ríos, tanto los alimentados por las lluvias invernales como los que nacen en fuentes locales, disminuyen sus caudales, el río de este país crece y se desborda y derrama por las tierras de cultivo anegándolas, de manera que ellas no han menester de lluvias, y año tras año proporcionan cantidades inagotables de bienes de toda clase, siempre que la ira Divina no lo impida por prevalecer la impiedad entre sus habitantes.

7. Tuvo a las mejores personas de su tiempo por padre y madre, ambos de la misma tribu, y unidos más que por los lazos del parentesco, por el recíproco afecto. Moisés fue el séptimo descendiente del primer antepasado, que, convertido en emigrante, llegó a ser el fundador de toda la nación judía.[2]

[2] Éx. VI, 16 y ss.

8. III. Fue criado Moisés en calidad de príncipe, siendo el origen de tal privilegio el siguiente. Como su nación se multiplicaba incesantemente, el rey del país, temiendo que los colonos, al crecer su número, disputasen con fuerzas superiores la posesión del mando a los nativos, maquinó aniquilar el poder de los mismos poniendo en práctica inicuos proyectos, y ordenó que de los nacidos entre ellos se criase a las niñas, ya que la mujer es ineficaz en la guerra por su débil constitución; y se exterminase a los varones, a fin de que no se multiplicasen en las diversas ciudades, porque una vigorosa población masculina constituye un baluarte difícil de tomar y destruir.

9. Desde sus primeros días de vida el niño dio muestras de cualidades nada comunes, lo que movió a sus padres a echar mano a todos los recursos posibles para burlar las disposiciones del déspota. Así, se nos dice que durante tres meses seguidos fue amamantado en su casa, sin que lo supieran más que unos pocos.

10. Pero, como, según suele suceder en los estados monárquicos, no faltaban quienes anduvieran espiando en los rincones más íntimos movidos por un permanente deseo de llevar al rey alguna nueva noticia, sus padres, temerosos de que por tratar de salvar una vida la muerte alcanzase también a un mayor número, es decir, a ellos mismos, con el llanto en los ojos lo depositaron junto a las riberas del río, y se retiraron entre lamentos, compadeciéndose a sí mismos por lo que se veían forzados a hacer, y llamándose asesinos y matadores de su propio hijo; y compadeciendo, a la vez, al niño por su muerte del todo injustificada.

11. Luego, como es natural en una desgraciada situación tan fuera de lo común, se acusaban a sí mismos como responsables de haber empeorado las cosas. "¿Por qué", decían, "no nos desprendimos de él apenas nacido? Los más consideran que un niño al que no se ha llegado a proporcionar aún el cotidiano alimento no es un verdadero ser humano. Pero, nosotros, los sobremanera excelentes, lo hemos alimentado durante tres meses enteros, forjando para nosotros mismos una aflicción más grande aún, y para él una mayor tortura, para que, siendo ya capaz de experimentar plenamente los placeres y los dolores, perezca con la sensación de males aún más terribles.

12. IV. Marcháronse ellos, ignorantes de lo que habría de suceder, agobiados por la tristeza y el dolor; pero la hermana del niño abandonado, doncella aún, movida por su afecto hacia los suyos, permaneció a corta distancia a la espera de lo que sobrevendría. Todo lo cual sucedía, según mi opinión, en cumplimiento de los Divinos designios sobre el niño.

13. El rey del país tenía una única hija, a la que amaba. Esta, dice la historia, estaba casada hacía mucho tiempo, y, no habiendo engendrado hijos, ansiaba, como es natural, tener uno, especialmente varón, para que llegara a ser el afortunado heredero del cetro de su padre, el que corría peligro de pasar a manos extrañas si su hija no le daba un nieto.[3]

[3] Nada dice el Éxodo en el sentido de que la hija del faraón fuera hija única del soberano, y de que ésta no tuviera hijos propios.

14. Presa siempre de tristeza y angustia, aquel día sentíase como nunca oprimida bajo el peso de las preocupaciones; y, aunque acostumbraba permanecer en su morada, sin atravesar jamás su puerta, salió en compañía de sus criadas en dirección al río, donde el niño había sido expuesto. Cuando, ya allí, se disponía a realizar los lavados y aspersiones, lo alcanzó a ver en lo más espeso de la marisma, y mandó que se lo trajesen.

15. Luego, contemplándolo de la cabeza a los pies, constató su hermosura y buena

constitución; y, viéndolo llorar, se compadeció y en su corazón surgió ya un sentimiento maternal hacia él, como si se tratase de su propio hijo. Pero, dándose cuenta de que era hijo de hebreos, sobre los que pesaba la amenaza de la real orden, reflexionó sobre la manera de criarlo, dado que en las presentes circunstancias no resultaba seguro pensar en conducirlo al palacio.

16. Indecisa estaba aún, cuando la hermana del niño, conjeturando su dificultad, se aproximó rápidamente desde donde se hallaba al acecho, y le preguntó si quería que el pequeño tuviera por ama de leche a una mujer hebrea que no mucho hacía había dado a luz.

17. Habiendo manifestado la princesa su conformidad, ella trajo, como si se tratase de una extraña, a su propia madre y madre del infante, la que, presta y complacida, se comprometió a criarlo, aparentando que lo haría por una paga. Con todo esto se cumplían los designios de Dios, quien tenía determinado que los primeros alimentos del niño fuesen los que naturalmente le correspondían. Luego, como había sido rescatado del agua, dio al niño la princesa el nombre de Moisés, nombre derivado de agua, como que los egipcios la llaman "moy".

18. V. Tras un ininterrumpido desarrollo y crecimiento, llegó el tiempo del destete, más rápidamente de lo que cabía esperar; y su madre, y a la vez nodriza, se presentó a entregarlo a la que se lo había confiado, pues ya no necesitaba ese alimento. Su aspecto revelaba nobleza y distinción.

19.[4] La princesa, viendo su desarrollo, superior a su edad, y su aspecto, sintió crecer el afecto que ya le profesaba y lo tomó por hijo; no sin haber antes simulado tener el vientre abultado, a fin de que el niño fuera tenido por vástago propio y no por hijo fraguado.
Dios hace que resulten fáciles todas las cosas, si El lo quiere; aun las más difíciles de alcanzar.

[4] Las consideraciones de los parágrafos 19 a 33 no se apoyan en texto bíblico alguno y sólo son conjeturas de Filón sobre lo que debió haber pensado, sentido y hecho Moisés en el periodo de que aquí se trata.

20. Así pues, vino Moisés a adquirir el derecho a una crianza y a un cuidado principescos; mas no por ello se entregó, como es normal en plena niñez, al disfrute de diversiones, risas y juegos; a pesar de que los encargados de atenderlo no se oponían a que tuviera expansiones, ni se mostraban severos con él. Por el contrario, él, dando muestras de modestia y seriedad, se aplicaba a oír y ver aquellas cosas que prometían ser provechosas para su alma.

21. No tardaron en acudir maestros procedentes de distintas partes, unos por propia iniciativa desde los países vecinos y desde las provincias de Egipto; otros desde Grecia, mandados a llamar a trueque de grandes recompensas. No mucho tiempo después, sin embargo, dejó atrás las capacidades de los mismos, pues sus buenas dotes naturales aceleraban sus progresos en el saber, al punto de que tales progresos parecían ser más el resultado de reminiscencias que del estudio, llegando incluso a proponerles él mismo difíciles problemas.

22. Es que las grandes naturalezas abren muchos nuevos caminos en la marcha del saber; y, así como los cuerpos robustos y ágiles en todas sus partes ahorran preocupaciones a los instructores de atletismo, que o no les dedican cuidado alguno o les dedican muy poco; de la misma manera el alma bien dotada, tomando la delantera, saca provecho de lecciones que ella misma dicta, más que sus maestros; y, en adquiriendo ciertas nociones iniciales del saber, se

lanza cual un corcel hacia la llanura, como dice el refrán.

23. Los doctos egipcios lo instruyeron en aritmética, en geometría, y en los secretos de la métrica, del ritmo, de la armonía, y de todos los aspectos de la música, empleando para ello instrumentos y explicaciones contenidas en los manuales y en tratados más especializados. Posteriormente le enseñaron también los simbolismos de su filosofía, la que está expuesta en las llamadas inscripciones sagradas, y se pone de manifiesto además en el culto de los animales, a los que tributan honores Divinos. Griegos fueron los que le enseñaron el resto de los conocimientos de la cultura general, [5] y naturales de los países vecinos, los que lo instruyeron en las escrituras asirías y en la ciencia caldea respecto de los cuerpos celestes.
[5] Ver *Interpretación alegórica* III, 85, y *Sobre la unión con los estudios preliminares* 11.

24. Ésta también la aprendió de los egipcios, los que son muy dados a los estudios astrológicos. Y, cuando se hubo interiorizado cuidadosamente de las coincidencias y las divergencias de unos y otros, dejando de lado toda polémica y controversia, buscaba la verdad, pues su entendimiento no se avenía a aceptar falsedad alguna, como hacen habitualmente los sectarios, que defienden las doctrinas por ellos propuestas, cualesquiera fueren, sin molestarse en averiguar si son legítimas, imitando así a los que alegan a favor de alguno por dinero, despreocupados completamente de la justicia.

25. VI. A medida que iba dejando ya atrás los límites de la infancia, crecía su sensatez, y no permitía, como algunos hacen, que se desbocasen las juveniles concupiscencias, las que tienen infinitas oportunidades de encenderse por obra de los innumerables incentivos que proporciona la vida palaciega. Por el contrario, las controlaba con las riendas, por así decir, de la templanza y la moderación, y frenaba con energía el impulso de su avance.

26. En cuanto a las demás pasiones, furiosas y violentas como son naturalmente de por sí, las apaciguaba una a una amansándolas y serenándolas. Bastaba con que se agitaran un poco y desplegaran alas, para que él les aplicara correctivos de una severidad que iba más allá de las simples reprimendas de palabra; refrenaba, en suma, las tendencias e impulsos de su alma cuando estaban en sus comienzos, como si se tratara de un caballo rebelde, temeroso de que se pusieran fuera del alcance de la razón, a la que compete el controlarlas, y se produjese el más completo de los desórdenes. Porque estos impulsos son origen de bienes y de males; de bienes, si acatan los dictados de la soberana razón; de males, cuando, saliéndose de su estado normal, entran en la anarquía.

27. Era natural, pues, que los familiarizados con él y todos los demás, como estupefactos ante un inusitado espectáculo, se preguntaran llenos de admiración qué clase de inteligencia era la que, como una estatua en su santuario, residía en su cuerpo; *y* si se trataba de un alma humana o Divina o combinación de ambas cosas a la vez, ya que nada tenía de común con las almas de la mayoría de los hombres, sino estaba por sobre ellas y se elevaba a superiores alturas.

28. Porque nada concedía al vientre fuera de los obligados tributos establecidos por la naturaleza; y de los placeres sexuales, como no fuera para engendrar hijos legítimos, ni se acordaba.

29. Y, como la única vida que le interesaba era la del alma, no la del cuerpo, después de convertirse en un excepcional practicante de la austeridad, y detestando como nadie la vida relajada, daba muestras de sus principios filosóficos a través de sus diarias acciones, diciendo lo que pensaba y ajustando sus actos a sus palabras a fin de que existiera una armonía entre

sus manifestaciones y su vida, *y* apareciera claro que su vida era tal como su palabra, y su palabra tal como su vida, acordes entre sí como los sonidos de un instrumento musical.

30. A la mayoría de los hombres bástales que una pequeña brisa de prosperidad sople sobre ellos, para que se hinchen y envanezcan en grande, y para que, llenos de jactancia, califiquen a los de condición inferior de seres impuros y molestos, de fardos de la tierra v otras cosas por el estilo, como si ellos llevaran consigo la garantía firme y segura de la perduración de su bonanza; aunque quizá ni siquiera les dure hasta el día siguiente su presente situación.

31. Nada, en efecto, es más inestable que la fortuna; que mueve las cosas humanas arriba y abajo, y en un solo día da por tierra con el encumbrado y exalta hacia las alturas al humilde.[6] Estos hombres, aunque ven y conocen claramente que esto sucede siempre, con todo desprecian a familiares y amigos, violan las leyes bajo las que nacieron y crecieron, y alteran, adoptando nuevos modos de vida, las patrias costumbres, normas a las que ningún reproche justo cabe hacer; y, por su apego a las cosas del presente, desechan ya todo recuerdo de las antiguas.

[6] Paráfrasis de un fragmento de Eurípides citado en *Sobre los sueños* I, 154.

32. VII. Moisés, por el contrario, aunque alcanzó las cimas de la humana prosperidad, considerado hijo de la hija de tan gran rey, y habiendo llegado a ser, en las previsiones de todos, el casi seguro sucesor en el trono de su abuelo, y llamado, como no podía ser menos, el joven rey; sintió gran apego por formas de vida de sus familiares y antepasados, considerando que la prosperidad de quienes lo habían adoptado, aunque más brillante debido a las circunstancias, era espuria; en tanto que la grandeza de sus padres naturales, aunque menos ilustre ante los ojos de los coetáneos, era, al menos suya propia y genuina.

33. Y, reconociendo, como juez imparcial, los merecimientos tanto de sus padres naturales como de sus padres adoptivos, a los primeros retribuía con sus buenas disposiciones y profundo amor hacia ellos, y a los segundos con su gratitud por él buen trato recibido de ellos. Y lo hubiera continuado haciendo de ese modo, si no hubiera advertido que el rey maquinaba llevar a cabo en el país una grande y nueva impiedad.

34.[7] Los judíos, en efecto, eran, como antes he dicho, residentes extranjeros desde la época en que el hambre obligó a los fundadores de la nación a emigrar por carecer de alimentos desde Babilonia y las satrapías superiores [8] hacia Egipto; siendo, en cierto modo, suplicantes que se acogían a la protección que como un sagrado asilo les ofrecía la piedad del rey y la compasión de los habitantes del país.

[7] Para los parágrafos 34 a 59 ver Éx. II, 14 a 25.

[8] Satrapías superiores o altas eran las satrapías centrales y orientales del Imperio Persa. Al emplear esta denominación para ubicar la región de Mesopotamia de la que, según el Pentateuco, procedía Abraham, comete Filón el anacronismo de referir a un período muy anterior, primera mitad del segundo milenio, una nomenclatura geográfica correspondiente a la primera mitad del primer milenio. Análoga distorsión cronológica encierra la afirmación del texto bíblico según la cual la familia de Abraham partió "del país de los caldeos", ya que la región central y sur de Mesopotamia se denominó Caldea o país de los caldeos sólo a partir del siglo VIII o VII a. C. en que se radicaron en ella los invasores semitas denominados caldeos.

35. Los extranjeros, en efecto, han de incluirse, creo yo, en la categoría de suplicantes de aquellos que los acogen; pero además de suplicantes, son inmigrantes y amigos, que aspiran a

la igualdad de derechos con los habitantes nativos; próximos ya a la ciudadanía pues en poco difieren de los naturales del país.

36. Pues bien, a estos extranjeros, que abandonaron su propio país y llegaron a Egipto para habitar allí sin peligros, como en una segunda patria, convirtió en esclavos el soberano del país, y como si los hubiera tomado prisioneros por derecho de guerra o los hubiera comprado a amos en cuyas casas hubieran sido criados, los subyugó, y declaró esclavos a quienes no sólo eran libres, sino además huéspedes, suplicantes e inmigrantes; sin que por ello mostrara vergüenza ni temor de Dios, el libertador, el hospitalario, el misericordioso y acogedor, que vela por tales personas.[9]

[9] Es decir, por los huéspedes, los suplicantes y los inmigrantes.

37. No tardó en establecer prescripciones más pesadas que las que podían soportar, agregando un trabajo tras otro; y una disciplina de hierro se hizo sentir sobre los que flaqueaban por debilidad. Escogía, en efecto, como supervisores de los trabajos a hombres en extremo implacables y crueles, refractarios a toda conmiseración, cuyo nombre de "apura trabajos" estaba en todo de acuerdo con la realidad de los hechos.

38. Entre los operarios, unos fabricaban ladrillos de barro, otros acopiaban de todas partes montones de paja, pues la paja constituye el medio para dar cohesión al ladrillo, y otros estaban destinados a la fabricación de casas, murallas y ciudades, y a abrir canales, transportando ellos mismos los materiales día y noche, sin ser reemplazados, sin tener descanso alguno, y sin que, en suma, se les permitiera ni siquiera dormir, forzados, como estaban, a efectuar a la vez trabajos propios de artesanos y de peones. De esa manera, en poco tiempo, al desfallecimiento de sus espíritus seguía inevitablemente el agotamiento de sus cuerpos.

39. La prueba está en que morían uno tras otro, cual víctimas de una devastadora epidemia, y eran arrojados insepultos fuera de los lindes fronterizos, sin que se permitiera, no ya cubrir de tierra sus cadáveres, pero ni aun derramar lágrimas por los parientes o amigos muertos de manera tan deplorable. Pero además intentaban los impíos ejercer su despotismo sobre los indomables sentimientos del alma, única cosa entre todas, podríamos decir, que la naturaleza ha dejado libre; y los oprimían con el insoportable peso de una coerción más poderosa aún que la de la misma naturaleza.

40. VIII. Estos hechos no cesaban de deprimir y angustiar a Moisés, que sentíase impotente así para oponerse a los que procedían injustamente como para ayudar a los oprimidos. Pero, en la medida en que le era posible, ayudaba con sus palabras exhortando a los supervisores a obrar con moderación y a hacer menos duros y estrictos los rigores de las instrucciones; y a los trabajadores, a sobrellevar la situación con altura, a adoptar una actitud viril y a no permitir que sus almas se contagiasen del cansancio de sus cuerpos, y a que abrigasen, en cambio, la esperanza de que sus males se trocarían en bienes.

41. Decíales que todas las cosas en el mundo se truecan en sus contrarias, el cielo nebuloso en despejado, la violencia de los vientos en suave brisa, el oleaje del mar en mar calmo y tranquilo; y que eso ocurre también con las cosas humanas en mayor medida aún por cuanto son más inestables.

42. Pensaba, como buen médico, que, calmándolos de esa manera, habría de aliviar sus sufrimientos, por penosísimos que fuesen. Pero, cada vez que estos se mitigaban, pronto

volvían otra vez indefectiblemente a acosarlos tras un respiro, acompañados de alguna nueva miseria, más afligente aún que las anteriores.

43. Es que algunos de los supervisores eran extremadamente salvajes y feroces, en nada diferentes de los animales ponzoñosos y carnívoros; verdaderas fieras con aspecto humano, que adoptan exteriormente la apariencia de seres civilizados, solo para caer insidiosamente sobre su presa; más duros que el hierro o el acero.

44. A uno de estos, el más cruel de todos, mató Moisés, convencido de que llevaba a cabo uña acción justa, por cuanto aquél, además de no avenirse a concesión alguna, se ensañaba más aún ante sus exhortaciones, golpeando a los que no ejecutaban sin dilación y con habilidad lo ordeñado, ultrajándolos hasta matarlos y haciéndolos objeto de toda suerte de malos tratos. Y fue una santa acción el terminar con quien vivía para ruina de otros hombres.

45. Enterado de esto, el rey se irritó, considerando de suma gravedad no tanto el hecho de que alguien hubiera sido muerto o ultimado justa o injustamente, sino el que el hijo de su propia hija ni estuviese de acuerdo con él ni considerase como amigos y enemigos suyos a los amigos y enemigos del rey, y odiara, en cambio, a los que él amaba, y amara a los que él detestaba, compadeciendo a los que él trataba con rigor y sin piedad ninguna.

46. IX. Por otra parte, los funcionarios comprendieron la aversión del joven y, al mismo tiempo, nació en ellos la aversión hacia él, pues sabían que no habría de olvidar sus malvadas acciones contra los trabajadores, y que les pediría cuentas en el momento oportuno; y llenaron los abiertos oídos de su abuelo con infinidad de intrigas, unos de una parte, otros de otra; y así suscitaron en él hasta el temor de que Moisés le arrebatase el mando. Sus palabras eran éstas: "El te atacará; sus planes son ambiciosos; siempre se trae entre manos algún nuevo proyecto; ambiciona el trono antes de tiempo, adula a algunos, amenaza a otros, mata sin derecho alguno, acusa a los que te son más leales. ¿Cómo es que dudas, en vez de poner coto a lo que se propone hacer? Las dilaciones de los amenazados por asechanzas favorecen grandemente a los agresores."

47. Mientras ellos exponían tales denuncias, Moisés se había retirado a la vecina Arabia, donde le era posible permanecer a salvo y, al mismo tiempo, suplicar a Dios que rescatase a unos de sus tremendas desgracias, y castigase como merecían a los que no perdonaban medio alguno para calumniar; y que duplicase Sus gracias permitiéndole ver ambas cosas consumadas. Dios, movido por el alto concepto que Le merecía aquel espíritu amante del bien y detestador de la bajeza, atendió a sus súplicas, y no pasó mucho tiempo sin que, como corresponde a la Divinidad, juzgara al país y sus hechos.

48. Pero, mientras llegaba el tiempo de pronunciarse la sentencia, Moisés se ejercitaba en las lides de la virtud, llevando consigo como instructor al noble discernimiento, bajo cuya guía se preparaba para las supremas categorías de vida: la teorética y la práctica; desarrollando incesantemente doctrinas filosóficas, interpretándolas con mente ágil y confiándolas a la memoria para ya no olvidarlas; y armonizando de inmediato con ellas sus acciones personales, laudables sin excepción, pues anhelaba no la apariencia sino la verdad, ya que no tenía otro norte que la recta razón de la naturaleza, único principio y fuente de las virtudes.

49. Otro, que fuera fugitivo de la implacable cólera del rey y acabara de llegar por primera vez a un país extranjero, sin haberse familiarizado aún con las costumbres de los lugareños, y no sabiendo exactamente qué era lo que les complacía o les ofendía, hubiera procurado

quedarse tranquilo y vivir más obscuramente, oculto a los ojos de la multitud; o deseado salir a la vida pública y atraerse con obsequiosos servicios los favores de los encumbrados y más poderosos, de los cuales podría aguardar alguna utilidad y ayuda en caso de que se intentara atentar contra él y hacerlo objeto de violencias.

50. Moisés, en cambio, recorría el sendero contrario al que cabía esperar, siguiendo 'os saludables impulsos de su alma, sin permitir que ninguno de ellos viniese a dar en tierra. Y de esa manera, daba a veces pruebas de un ardor superior a sus reales fuerzas, seguro de que la justicia es una fuerza invencible, y de que era ella la que despertaba en él ese espontáneo deseo de acudir en ayuda de los más débiles.

51. X. Me referiré a un suceso del que fue parte por entonces, hecho que, si bien puede parecer insignificante, atestigua un espíritu nada común. Los árabes son criadores de ganado, y entre ellos el apacentamiento de los animales está a cargo no sólo de los hombres sino también de las mujeres, los niños y las niñas, y eso reza no sólo con las familias humildes y sin renombre sino también con las más ilustres.

52. Siete doncellas, hijas de un sacerdote, habían llegado a cierta fuente conduciendo su rebaño, y, después de atar sus pequeños cubos a las cuerdas, turnábanse una tras otra para distribuirse por igual el trabajo; y con gran diligencia llenaban las cisternas que estaban allí cerca colocadas.

53. Pero, llegaron entonces otros pastores, que. sintiéndose superiores ante la debilidad de las jovencitas, las forzaron a alejarse con su rebaño y acercaron sus propios animales al agua ya preparada, con ánimo de aprovecharse del trabajo ajeno.

54. Moisés, que no se hallaba lejos de allí, al ver lo sucedido, se aproximó con toda prisa, y, ya cerca de ellos, les dijo: "No sigáis con este atropello confiados en que la soledad os da ventaja. ¿No os pone rojos de vergüenza el alimentar unos brazos y antebrazos holgazanes? Masas de cabellos y de carnes sois vosotros, no hombres. Las muchachas trabajan como hombres en plena juventud, sin descuidar nada de lo que ha de hacerse; vosotros, en cambio, los jóvenes, sois ya delicados como muchachas.

55. !Marchaos y dejad el lugar a quienes llegaron antes que vosotros y, además, son dueñas del agua! ¿Pretendéis quitarles el agua ya preparada, cuando lo justo hubiera sido que vosotros hubierais recogido también para ellas, a fin de que el agua fuera más abundante? Pero, ¡por el celestial ojo de la justicia!, no escaparéis de él, pues su vista se extiende hasta los sitios más desiertos.

56. La prueba la tenéis en que me ha elegido a mí como un auxiliar que vosotros no esperabais. Estoy, en efecto, de parte de las atropelladas por vosotros, y cuento con un potente brazo que no es dado contemplar a los insolentes, pero cuyo. invisible escarmiento sentiréis, como no desistáis de lo que estáis haciendo."

57. Mientras él les hablaba en estos términos, ellos, temiendo que sus palabras fueran revelaciones de un oráculo, ya que, mientras hablaba, se iba inspirando y adoptaba el aspecto de un profeta, entraron en razón y condujeron el rebaño de las doncellas hacia las cisternas, después de haber retirado los rebaños propios.

58. XI. Las jóvenes retornaron a sus moradas con inmensa alegría, y narraron el inesperado

suceso a su padre, el que concibió un gran deseo de ver al extranjero. Lo cierto es que las censuró por su ingratitud diciéndoles más o menos así: "¿Qué sentimientos son los vuestros, que lo dejasteis ir, cuando debisteis traerlo aquí enseguida y forzarlo a hacerlo, en caso de que pusiera reparos? ¿Acaso habéis conocido en mí alguna mala disposición hacia el prójimo? ¿O es que dais por descontado que ya no volveréis a dar con hombres injustos? Los que olvidan el agradecimiento carecen, y así debe ser, de ayuda. Con todo, la falta tiene remedio todavía; id de prisa y con toda diligencia, e invitadlo a que venga a recibir, en primer lugar, la hospitalidad que se le debe, y, en segundo lugar, una recompensa ya que estamos en deuda con él."

59. Ellas con toda prisa le dieron alcance no lejos de la fuente, y, tras comunicarle el mensaje de su padre, lo convencieron para que fuera a la morada paterna. El padre, profundamente impresionado al principio por su aspecto, y por su discreción poco después —que las naturalezas grandes son trasparentes y no han menester de mucho tiempo para hacerse patentes— le concedió en matrimonio a la más hermosa de sus hijas, atestiguando con ese solo gesto todas las nobles cualidades de Moisés; y probando cómo sólo lo noble es digno de aprecio, y no ha menester de otro testimonio alguno, sino lleva en sí los signos que permiten reconocerlo.

60. Después de su casamiento, Moisés tomó a su cargo los rebaños, y los apacentaba; con lo que hacía sus primeras armas en el arte de gobernar, ya que el oficio pastoril constituye un ejercicio preparatorio para el que habrá de presidir el más civilizado de los rebaños, el humano, del mismo modo que para las naturalezas belicosas lo es la caza, ya que los que se preparan para comandar ejércitos se ejercitan antes en las cacerías. Por ello los animales irracionales resultan ser como un material destinado a proporcionar práctica en el ejercicio del mando en ambos órdenes de cosas, el de la guerra y el de la paz.[10]
[10] Ver *Sobre José* 2 y 3

61. La caza de fieras es, en efecto, un ejercicio propio de generales con miras a su actuación contra los enemigos, en tanto que el cuidado y la supervisión de los animales mansos es una instrucción apropiada para los reyes con miras al trato de éstos con sus súbditos. De aquí que se los llame "pastores de pueblos";[11] y no a título de menoscabo sino aludiendo a una sobre-saliente dignidad.
[11] Ilíada I, 263.

62. Y según mi opinión, que es fruto, no del parecer de los más, sino de mis cavilaciones sobre la verdad en que este asunto (y ríase el que quiera), sólo puede llegar a ser un rey cabal quien sea aventajado en el conocimiento del oficio de pastor, pues se habrá instruido con seres vivos inferiores en lo concerniente a las creaturas superiores. La iniciación en los pequeños misterios es, en efecto, un requisito previo indispensable para la iniciación en los grandes.[12]
[12] A esta afirmación, circunscripta a los misterios religiosos que exigían una etapa preparatoria para la participación en la plenitud cultural, le atribuye Filón un carácter proverbial, como si dijera: No hay ejercicio de funciones superiores o más complicadas, sin una previa ejercitación en las inferiores o más simples.

63.[13] XII. Así pues, se convirtió Moisés en el más aventajado de los cuidadores de rebaños de su tiempo, siendo capaz de arbitrar todos los recursos útiles para provecho de los animales. Tal eficacia era resultado de no cejar jamás en su empeño y de ejercer sus funciones al frente del ganado con voluntariosa y espontánea diligencia en todo cuanto era necesario; y así, haciendo gala de una honestidad y una integridad sin segundas intenciones, acrecentó sus

rebaños.
[13] Para los parágrafos 63 a 84 ver Éx. III, 1 a IV, 17.

64. Consecuencia de ello fue que otros pastores, viendo que no sucedía otro tanto con sus propios rebajos, no tardaron en mirarle con envidia. A dichos rebaños todo lo bueno que parecía sucederles era permanecer sin cambios, en tanto que en los de Moisés el solo hecho de transcurrir un día sin que se acrecentasen resultaba un retroceso, comparado con los progresos que eran normales en ellos así en la calidad de la carne grasa como en la cantidad resultante de su fecundidad y saludable alimentación.

65. Ahora bien, había Moisés conducido su rebaño a una zona bien provista de agua y pastos, y en un lugar donde crecía abundante hierba, excelente para las ovejas, habiéndose aproximado hacia un bosquecillo, presenció un espectáculo asombroso. Había allí un arbusto, planta espinosa y en extremo raquítica, la que, sin que fuego alguno la alcanzase, ardió repentinamente, y, a pesar de que apareció envuelta desde sus raíces hasta sus extremos por una inmensa llama, permaneció intacta cual si surgiera de una fuente, sin consumirse, como si se tratara de una sustancia inmune a los efectos del fuego, y en vez de servirle como combustible, se sirviera de él para nutrirse.

66. En medio de la llama había una forma de singular hermosura, sin parecido con objeto visible alguno, imagen de apariencias del todo Divinas, claridad que resplandecía con un brillo superior al de la luz del fuego; tal que bien podría pensarse que se trataba de una imagen del Que Es. Pero llamémosla, más bien, "mensajero", dado que seguramente anunciaba futuros sucesos, mediante una grandiosa visión en medio de un silencio más elocuente que la palabra.

67. La zarza ardiente era, en efecto, símbolo de los que sufren injusticias, en tanto que el llameante fuego lo era de los que las cometen. El hecho, a su vez, de no consumirse lo que ardía simbolizaba que los que son objeto de atropellos no sucumbirán ante sus agresores, y que el ataque de éstos resultará fallido e ineficaz, y su asechanza no causará daño alguno a aquellos. Y en cuanto al mensajero, era símbolo de la providencia de Dios, la que, en medio de inmenso silencio, procura en las más terribles situaciones un alivio que supera todas las esperanzas.

68. XIII. Pero vale la pena que nos detengamos a examinar en detalle la comparación. La zarza, como se ha dicho, es una planta sumamente raquítica, pero provista de espinas capaces de herir a quien llegue a tocarla solamente; y no fue devorada por el fuego, no obstante la naturaleza destructora de éste, sino, por el contrario, el mismo le sirvió de protección; y, permaneciendo tal cual era antes de arder, no sólo no sufrió deterioro alguno sino adquirió mejor aspecto aún.

69. Todo esto era una descripción de las condiciones en que por entonces se hallaba nuestra nación, como una voz que se dirigía a los que vivían en el sufrimiento habiéndoles en estos términos: "No desfallezcáis; vuestra debilidad es una fuerza punzadora, que herirá a muchísimos. No pereceréis, antes bien seréis salvados contra la voluntad de ellos por los mismos que anhelan destruir a vuestra raza; vuestros males no redundarán en daño vuestro, y por el contrario, cuanto más seguro esté alguien de aniquilaros, con más brillo resplandecerá en tales circunstancias vuestra gloria."

70. A su vez, el fuego, naturaleza destructora, enrostraba a los hombres de espíritu cruel,

diciéndoles: "No os elevéis en alas de vuestras propias fuerzas; ved vuestro invencible poder aniquilado y aprended a ser prudentes. La llama es devoradora por naturaleza, pero se consume cual si fuera madera; ésta, en cambio, siendo de naturaleza combustible, aparece quemando cual si fuera fuego."

71. XIV. Después de mostrar a Moisés este milagroso portento, clarísima advertencia de cuanto había de cumplirse, comenzó Dios a urgirlo mediante sagradas exhortaciones para que sin dilación alguna asumiera la dirección de la nación, y fuera no sólo el gestor de su libertad, sino también el guía que los condujera, a breve plazo, desde Egipto hacia otro país; prometiéndole Su asistencia en todas las ocasiones.

72. Díjole, en efecto: "Como llevan ya largo tiempo sufriendo y soportando intolerables violencias, sin que nadie entre los hombres alivie sus desgracias ni sienta compasión ante ellas. Yo mismo he llegado a apiadarme de ellos. Sé, en efecto, que cada uno en particular y todos conjuntamente se han entregado a las plegarias y súplicas con la esperanza de recibir Mi ayuda; y Yo soy benévolo por naturaleza y compasivo ante los suplicantes sinceros.

73. Ahora bien, ve hacia el rey del país sin recelo alguno, que el anterior rey, aquel del que huiste por temor de una insidia, está muerto, y el otro, el que ejerce actualmente el mando sobre el país, no te guarda rencor alguno por lo que hiciste. Escoge a los de más edad de los del pueblo y comunícales que la nación ha recibido un mandato revelado por Mí en el sentido de que se encamine hasta tres jornadas más allá de los límites del país, y sacrifique allí conforme con los ritmos ancestrales."

74. Moisés, no ignorando que tanto los de su propia nación como todos los demás desconfiarían de estas palabras, dijo: "Si llegaren a preguntarme cómo se llama el que me ha enviado, al no saber qué decirles, ¿no pensarán que los estoy engañando?"

75. Dios respondióle: "En primer lugar diles que Yo soy el Que Es, a fin de que, comprendiendo la diferencia entre lo que es y lo que no es, aprendan además que ningún nombre en absoluto se Me puede aplicar con propiedad a Mí, pues sólo la existencia corresponde atribuirme.

76. Y, si a causa de su natural flaqueza ellos Me buscaren una denominación, diles no solamente que soy Dios, sino también que soy el Dios de los tres hombres cuyos nombres expresan la respectiva virtud, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Tacob; los cuales hombres-son modelos respectivamente de la ciencia adquirida mediante la enseñanza, de la ciencia como don natural y de la ciencia fruto de la ejercitación.[14] Si todavía persistiere su desconfianza, cambiarán de actitud cuando los convenzan tres señales que ningún hombre vio ni oyó antes."

[14] Ver *Sobre los cambios de nombres* 11 y ss.

77. Tales signos fueron los siguientes. Mandó que Moisés arrojara al suelo una vara que llevaba consigo, y ésta, cobrando vida al instante, comenzó a serpear y se convirtió en una acabada serpiente de enorme tamaño, un ejemplar sin igual en el reino de los reptiles. Moisés se apartó con presteza del animal, y, lleno de pavor, aprestábase ya a huir, cuando oyó el llamado de Dios, y, obedeciendo Su orden y con el coraje que Este le inspiró, la asió de la cola.

78. La serpiente, que aún se retorcía, se detuvo al tocarla él, y, tras erguirse cuando larga era,

se trocó enseguida en la misma vara de antes. Moisés, lleno de asombro ante las dos transformaciones, no podía discernir cuál de ellas resultaba más pasmosa, pues la impresión que habían causado en su alma era equivalente.

79. Esta fue la primera señal. El segundo prodigio no se hizo esperar. Mandóle Dios ocultar una de sus manos en los pliegues de su vestido y sacarla poco después. Ejecutó él lo ordenado, y la mano apareció de improviso más blanca que la nieve. Volvió a colocarla entre su ropa y a sacarla, y la mano tornó a su propio color y recobró su primitivo aspecto.

80. Ambas pruebas las aprendió estando sólo ante Dios, sin testigo alguno, como un discípulo ante su maestro; y teniendo consigo los instrumentos de los prodigios, es decir, su mano y la vara, de las cuales había sido provisto de antemano para su misión.

81. La tercera señal no era, en cambio, tal que pudiera él llevar consigo el instrumento o recibir demostraciones previas al respecto; pero la impresión de estupor que estaba llamada a producir en nada se reduciría por el hecho de tener comienzo en Egipto. Consistía en lo siguiente. "Sacarás agua del río y la derramarás sobre la tierra"; le dijo Dios, "que toda esa agua, transformada completamente, no sólo en su color sino también en sus demás propiedades, se convertirá en sangre muy amarillenta".

82. También esto, evidentemente, le resultó a Moisés digno de crédito, en parte por la veracidad propia del que lo decía, y en parte por los portentos hechos ya patentes en el caso de la mano y de la vara.

83. Pero, aunque lleno de confianza, con todo, trató de rehuir la misión, alegando ser débil de voz y torpe de palabra, nada elocuente, sobre todo después de haber escuchado a Dios dirigirle la palabra. Entendía, en efecto, que la humana elocuencia era mutismo, comparada con la Divina; y, además, como era cauto por naturaleza, no se avenía a las empresas de demasiada responsabilidad y pensaba que los asuntos excesivamente importantes no estaban hechos para él. Por ello pidió a Dios que escogiera a otro que fuera capaz de llevar a buen término sin mayores dificultades cada una de las demostraciones que se le habían encomendado.

84. Empero Dios, aunque aprobaba su modestia, le dijo: "¿Ignoras, por ventura, quién es Aquel que ha dado al ser humano la boca, y lo ha provisto de la lengua, la tráquea y todo el instrumento para el habla racional? Ese soy Yo. Por lo tanto, nada temas; porque, no bien te haga Yo la señal, todo resultará coherente y se tornará medido y ordenado, de manera que, sin que nadie pueda ya impedirlo, la corriente de las palabras brotará ágil y fluida desde una inmaculada fuente. Y, si te resultare necesario un intérprete, tendrás en tu hermano una boca a tu servicio, a fin de que él trasmita a la multitud lo que tú digas, mientras tú le dictas las palabras de Dios."

85.[15] XV. Al escuchar esto, Moisés, como era en extremo inseguro y peligroso insistir en sus objeciones, emprendió el camino y se dirigió a Egipto en compañía de su mujer y sus hijos. Durante la marcha encontró a su hermano y lo persuadió para que lo acompañara, comunicándole las Divinas instrucciones. Por cierto que el alma de su hermano estaba ya, merced a la vigilante asistencia de Dios, predispuesta a la obediencia, al punto de que sin titubear asintió y le siguió con buen ánimo.

[15] Para los parágrafos 85 a 95 ver Éx. IV, 27; V, 22, y VII, 8 a 13.

86. Llegado que hubieron a Egipto, unidos en un único pensamiento y sentimiento, lo primero que hicieron fue congregar a los ancianos de la nación en una reunión secreta y revelarles los Divinos oráculos y cómo Dios, movido a piedad y compasión hacia ellos, les prometía la libertad y la emigración desde aquel país hacia otro mejor, comprometiéndose a ser Él mismo el guía en la marcha.

87. Después de esto, ya se atrevieron a hablar también al mismo rey para proponerle que dispusiera la partida del pueblo hacia más allá de las fronteras para llevar a cabo sus sacrificios. Asegurábanle que era preciso que los sacrificios ancestrales tuvieran cumplimiento en el desierto, pues se trataba de sacrificios que nada tenían de común con los de los restantes pueblos, y que, en razón de las particulares características de las costumbres hebreas, era modalidad y norma propia de las mismas el rechazar toda ajena participación.

88. Pero el rey, cuya alma desde sus primeros años estaba cegada por el orgullo heredado de sus mayores, y que consideraba que ninguna Divinidad concebible solo por la inteligencia existía en absoluto, y solo aceptaba a los dioses perceptibles por los ojos, respondió insolentemente en estos términos: "¿Quién es ese a quien debo yo acatar? No conozco a ese vuestro señor del que habláis. Me niego a enviar a vuestro pueblo para que, con el pretexto de una celebración y de sacrificios, se libere."

89. Acto seguido, movido por su carácter malvado, rencoroso e implacable, ordenó a los inspectores de las obras tratar duramente a nuestro pueblo con- el pretexto de que daba muestras de flojedad y relajamiento. Porque decía que era señal de flojedad y relajamiento el proyectar sacrificios y festejos; que los que se hallan en situaciones apremiantes no se acuerdan de esas cosas, las que son privilegio de aquellos cuya vida transcurre rodeada de una gran molicie y placer.

90. Los del pueblo, como ahora soportaban desventuras mayores aún que antes, estaban llenos de enojo contra Moisés y su acompañante, teniéndolos por engañadores, y los criticaban así en secreto como en público, acusándolos de impiedad, ya que aparecían mintiendo acerca de Dios. Ante esto, Moisés comenzó a mostrar las maravillas que le habían sido anteriormente enseñadas, seguro de que la desconfianza que prevalecía respecto de sus afirmaciones se trocaría en confianza.
La demostración de las maravillas tuvo lugar de inmediato ante el rey y los magistrados egipcios.

91. XVI. Cuando todos los magnates estuvieron reunidos en el palacio, el hermano de Moisés tomó la vara, y, tras agitarla bien a la vista de todos, la arrojó al suelo. Al punto aquélla se convirtió en una serpiente, ante la admiración de los que en derredor contemplaban la escena, que, dominados por el temor, se aprestaban a darse a la fuga.

92. Sin embargo, los falsos sabios y magos que se hallaban presentes les dijeron: "¿Por qué os atemorizáis? Estas cosas nos son también a nosotros familiares, y conocemos procedimientos capaces de producir los mismos resultados." Y acto seguido cada uno arrojó la vara que llevaba, y apareció una multitud de serpientes, que daban vueltas en torno a la única de la primera vez.

93. Esta, empero, demostrando enorme superioridad, se irguió hacia lo alto, y, ensanchando su pecho y abriendo su boca, con la poderosísima fuerza de una succión de su aliento las absorbió a todas, como una red que atrapara un cardumen de peces envolviéndolos; y,

retornando a su anterior naturaleza, se trocó en vara.

94. A estas alturas las evidencias de tales maravillas habían destruido el escepticismo en el alma de cada uno de los mal dispuestos, al punto de que ahora pensaban que lo que sucedía no era maquinación o artificio de los hombres, fraguado para engañar; sino que la causa de todo ello era un poder más Divino, para el que nada era difícil llevar a cabo.

95. Pero, aunque compelidos por la clara evidencia de los hechos a admitir la verdad, no por eso decreció su osadía; antes bien, se complacían en su inhumanidad e impiedad, teniéndolas por el más firme de los bienes, sin apiadarse de los injustamente esclavizados ni ejecutar los mandatos de la voluntad de Dios, quien les había manifestado Su deseo a través de demostraciones más claras aún que los oráculos, consistentes en maravillosas señales. Por ello se hacía necesario una medida más severa y un cúmulo de flagelos, de aquellos capaces de encauzar por la buena senda a los insensatos a los que la razón no ha disciplinado.

96. Los castigos que oprimieron al país fueron diez, un número perfecto para escarmiento de los que delinquen contra la perfección. Y tal escarmiento fue diferente de los usuales. XVII. En efecto, tierra, agua, aire y fuego, vale decir, los cuatro elementos del universo, fueron empleados para ello, ya que Dios consideraba justo que fueran los mismos materiales con los que había sido construido el mundo los que destruyeran el país de los impíos, a fin de dar pruebas del poder de la soberanía que posee; poder con el que convierte los mismos elementos empleados para la salvadora acción de configurar el universo en instrumentos para la destrucción de los impíos, cuando así Él lo desea.

97. La distribución que hizo de los castigos fue la siguiente: tres, que correspondieron a los elementos más densos, la tierra y el agua, de los que fueron formadas las naturalezas corporales, los adjudicó al hermano de Moisés; otro grupo de igual número, correspondientes a los elementos que más intervienen en la producción de la vida, el aire y el fuego, lo reservó para Moisés exclusivamente; uno, el séptimo, lo confió a ambos en común; y los tres restantes, que completaban la decena, se los reservó para Sí mismo.[16]

[16] Filón altera el orden de las plagas para amoldar la sucesión de las mismas al simbolismo de su esquema. Las diez plagas aparecen aquí en este orden: 1, 2, 3, 8, 9, V, 4, 5, 6 y 10.

98. Las primeras en ser puestas en ejecución fueron las plagas del agua. La razón fue que, como los egipcios sentían especial estima y veneración por el agua, por entender que de ella procedía la creación del mundo, Dios consideró que correspondía echar mano en primer término a ella para admonición y reprobación de sus devotos.

99. ¿Qué fue, pues, lo que a breve plazo sucedió? Pues que, habiendo golpeado el hermano de Moisés, por Divino mandato, con su vara el río, éste al instante se convirtió en sangre desde Etiopía hasta el mar; y con él trocáronse también en sangre los lagos, los canales, las fuentes, las cisternas y todo depósito de agua en territorio egipcio. La consecuencia de ello fue que, no teniendo nada para beber, trataban de extraer agua de los bancos ribereños, pero de las cavidades abiertas afloraban chorros de sangre semejantes a los flujos de las hemorragias, sin que fuera posible ver ni una sola gota del transparenté líquido.

100. Además no quedó viva especie alguna de peces, como que la fuerza que les daba vida se había trocado en agente de su destrucción. De ese modo una general fetidez se extendía por todas las cosas a causa de la descomposición simultánea de tan gran cantidad de cuerpos. Asimismo, una inmensa multitud de hombres muertos a causa de la sed, yacía amontonada en

las encrucijadas de los caminos, ya que los familiares de los muertos no tenían fuerza suficiente para conducirlos a las tumbas.

101. Durante siete días reinó el terror, hasta que los egipcios suplicaron a Moisés y a su hermano, y éstos a su vez a Dios, que tuvieran piedad de los que perecían. Dios, compasivo por naturaleza, transformó la sangre en agua y devolvió al río su antiguo caudal, fuente de salud, libre de toda impureza.

102. XVIII. Sin embargo, tras permanecer tranquilos un corto tiempo, aquellos se entregaron a la misma crueldad e iniquidad de antes, como si la justicia hubiera desaparecido por completo entre los hombres, o como si los que han soportado ya un castigo estuvieran al abrigo de un segundo escarmiento. Pero, la experiencia les enseñó por segunda vez como si se tratara de niños sin cordura, a no despreciar las advertencias. El castigo, en efecto, sigue los pasos de gentes tales, y mientras sus iniquidades son aún proyectos, quédase a la zaga; pero, cuando se lanzan hacia las malas acciones, precipítase sobre ellos y les echa mano.

103. Obedeciendo un segundo Divino mandato, el hermano de Moisés extendió y posó sobre los canales, lagos y pantanos su vara; y, no bien la hubo extendido, surgió una multitud de ranas, en tal cantidad que no sólo se vieron llenos de ellas las plazas y demás espacios abiertos, sino además los establos, las casas, los templos y todos los edificios públicos y privados, como si la naturaleza hubiera decidido enviar a una especie de animales acuáticos para que ella sola colonizara la región opuesta; que la región opuesta al agua es la tierra.

104. Los egipcios, que no podían ni salir de sus casas por estar llenas de ranas las callejuelas, ni permanecer dentro puesto que aquéllas tenían ya ocupado el interior de las casas, habiéndose encaramado hasta los más elevados rincones, hallábanse en el extremo de las desdichas y desesperaban de su salvación.

105. Una vez más, pues, buscaron refugio en los mismos de antes, y el rey prometió a los hebreos que permitiría su partida. Estos aplacaron a Dios con plegarias; y, mediando el Divino consentimiento, una parte de las ranas tornó a lanzarse al río, en tanto que las restantes murieron enseguida y quedaron amontonadas en los cruces de las rutas, mientras los habitantes iban apilando sobre ellas las de adentro de las casas. Apremiábalos a ello el intolerable olor que se desprendía de los cuerpos muertos, cuerpos nada menos que de animales que aun en vida son sumamente desagradables para los sentidos.

106. XIX. Tras un breve tiempo de respiro después del castigo, durante el que, como los atletas en el combate, recobraron fuerzas; para delinquir con renovado vigor, se entregaron de nuevo a su acostumbrada maldad, olvidados ya de los males, soportados hasta entonces.

107. Pero Dios, dando por concluidos los castigos procedentes del agua, les agregó los procedentes de la tierra, aunque estableció que el encargado de su ejecución fuese el mismo que antes:[17] Este, obedeciendo Su mandato, golpeó la tierra con su vara, tras lo que se produjo una invasión! de incontables mosquitos, que, extendiéndose como una nube, cubrieron todo Egipto.

[17] Aarón, el hermano de Moisés.

108. Dicho animal, aunque pequeñísimo, es, sin embargo, insoportable, ya que no sólo daña la superficie del cuerpo produciendo una comezón desagradable y sumamente dañosa, sino también ataca las partes internas a través de las fosas nasales y las orejas. Además, vuela

hacia las pupilas de los ojos y las daña, si no se toman precauciones. Pero, ¿qué precaución habría de ser posible contra semejante avalancha, y más siendo Dios quien aplicaba el castigo?

109. No faltará, seguramente, quien se pregunte por qué castigaba a aquel país mediante tan oscuros e insignificantes animales, y se abstenía de emplear osos, leones, panteras y otras especies de animales salvajes, que se alimentan de carne humana y, si no estos, por qué no empleaba, al menos, áspides, cuyas picaduras son tales que producen la muerte instantánea.

110. Si tal persona realmente no lo sabe, que lo aprenda ahora. En primer lugar, porque lo que Dios quería era reprochar a los habitantes del país su actitud, y no aniquilarlos. Si hubiera querido hacerlos desaparecer completamente, no hubiera empleado animales para que cooperaran en las medidas que tomaba; y hubiera recurrido a las calamidades que habitualmente envía para castigo, que son la peste y el hambre.

111. Además de esto, aprenda también la siguiente lección, necesaria para la vida toda. ¿En qué consiste? En que, mientras los hombres, cada vez que emprenden una guerra, procuran acopiar los mayores recursos para emplearlos como auxiliares en la lucha y compensar de ese modo su propia debilidad, Dios, en cambio, siendo, como es, la fuerza más poderosa y grande, no ha menester de auxilio alguno. Si en determinada ocasión quiere hacer uso de algunos instrumentos para un castigo, no escoge los más fuertes y grandes, cuyo poder Le es totalmente indiferente, sino prepara potencias irresistibles e invencibles, empleando para ello los medios más pequeños e insignificantes, y con ellos aplica el merecido castigo a los que delinquen, tal como en el presente caso.

112. Porque, ¿qué más insignificante que un mosquito? Y con todo, a tanto llegó su poder, que todo el país egipcio cedió y se vio constreñido a proclamar que ése era "el dedo de Dios"; puesto que en cuanto a Su mano, ni siquiera toda la tierra habitada desde uno a otro confín sería capaz de soportarla; o mejor aún, ni siquiera el universo entero.

113. XX. Tales fueron los castigos aplicados por intermedio del hermano de Moisés. Corresponde que ahora, siguiendo el orden adecuado, examinemos los que Moisés en persona tuvo a su cargo, y las porciones de la naturaleza que intervinieron en su ejecución. Al aire, en efecto, y al cielo, las más puras porciones de la naturaleza universal, les cupo intervenir en la admonición contra Egipto, y Moisés fue escogido como ejecutor de la misma.

114. Comenzó ante todo por provocar una alteración en el aire. Egipto es prácticamente la única región, aparte de las situadas en el sur, que no siente los efectos de una de las estaciones anuales, el invierno. Ello se debería, al decir de algunos, al hecho de hallarse situado no lejos de la zona tórrida; y a que el calor ardiente que de allí emana calienta todas las regiones circundantes. Otra razón es, probablemente, que durante el solsticio de verano las crecientes del río agotan por anticipado la acumulación de nubes.

115. El río, en efecto, comienza a crecer a principios de verano y concluye su crecida cuando éste llega a su fin. Durante ese lapso los vientos etesios se precipitan desde la parte opuesta a las bocas del Nilo, impidiendo en adelante que éste desagüe a través de ellas, ya que, elevado el mar hacia lo alto por la fuerza de los vientos, y extendiendo sus enormes olas a modo de extensa muralla, el río es obligado a retornar hacia adentro. Tras ello se produce un choque de corrientes entre la que desciende desde las fuentes y la que debería salir por la desembocadura pero retrocede ante los obstáculos que enfrenta; y, no pudiendo expandirse pues las alturas las

contienen por ambos lados, el río, naturalmente, crece elevándose.

116. Quizá también ello [18] se deba a que el invierno es innecesario en Egipto, ya que el río, al convertir en un pantano las tierras cultivables hace las veces de las precipitaciones pluviales necesarias para producción de los frutos anuales.[19]

[18] Después del parágrafo 115, que es un simple paréntesis erudito relativo a las crecientes del Nilo, reanuda Filón la enumeración de las posibles causas de la inexistencia de estación invernal en Egipto.

[19] El razonamiento es más o menos así: el objeto del invierno es la provisión de lluvias; en Egipto el desbordamiento del Nilo suple a las lluvias; luego, Egipto no ha menester de invierno, y por eso no lo tiene.

117. La naturaleza no derrocha esfuerzos, como para que provea de lluvias a una tierra que no lo ha menester. Además, se complace en la múltiple variedad de sus sabias obras, y de las cosas contrarias conforma la armonía del universo, y así, procura los beneficios del agua a unos desde lo alto del cielo, y a otros desde abajo, de las fuentes y los ríos.

118. Siendo tales las características naturales del país, que en pleno invierno goza de tiempo primaveral, sin que sus zonas vecinas al mar sean fertilizadas sino por escasas gotas de lluvia, en tanto que las que se extienden más allá de Menfis, donde está el palacio real, no reciben lluvia alguna en absoluto, repentinamente cambiaron las condiciones del aire, al punto de que todos los fenómenos propios del crudo invierno sobrevinieron conjuntamente: precipitación de lluvias, abundante y pesado granizo, violentos vientos bramando y chocando unos contra otros, nubes desgarradas, ininterrumpidos relámpagos y truenos, y continuos rayos, que ofrecían a la vista el más asombroso de los espectáculos, ya que pasaban a través del granizo, naturaleza opuesta, y, con todo, ni lo derretían ni eran apagados por él, permaneciendo, por el contrario, inalterados en sus largas trayectorias hacia arriba y hacia abajo, cual meros espectadores del granizo.

119. Pero no sólo la funesta avalancha de todos estos fenómenos llevó a los habitantes del país hasta el más alto grado de abatimiento, sino también lo inusitado del suceso. Pensaron, en efecto, y estaban en lo cierto, que lo que sucedía era una novedad determinada por la Divina cólera, puesto que el aire había cambiado como nunca hasta entonces, provocando la desastrosa ruina de los árboles y frutos, a la par de los cuales habían perecido no pocos animales, unos a causa del excesivo frío, otros bajo el peso del granizo que había caído sobre ellos, como aplastados por piedras; otros consumidos por el fuego; y algunos sobrevivían medio quemados, llevando sobre sí las marcas de las heridas causadas por los rayos para advertencia de los que los contemplaban.

120. XXI. Cuando el azote hubo cesado, y el rey y sus cortesanos recobraban el coraje, Moisés, por mandato de Dios, extendió su vara hacia el aire, y al instante comenzó a soplar un violentísimo viento sur, que crecía sin cesar en fuerza e intensidad día y noche. Este viento es de por sí un gran azote, por cuanto es seco y provoca dolores de cabeza y dificultades en el oído, y llega a producir nauseas y sufrimientos, especialmente en Egipto, país situado hacia el sur, donde tienen lugar las revoluciones de los astros portadores de luz, de modo que, no bien el viento se ha puesto en movimiento, la llama que emana del sol es arrastrada con él y todo lo quema.

121. Y junto con este viento sobrevino una prodigiosa cantidad de animales, que destrozó las plantas. Se trataba de las langostas, que se precipitaron como un torrente y llenaron el aire

todo, devorando cuanto habían dejado en pie los rayos y el granizo, de modo que ya no se vio crecer cosa alguna en tan inmenso país.

122. En tales circunstancias los funcionarios, que a su pesar habían llegado a hacerse una exactísima composición de lugar sobre su propia situación, acudieron al rey y le dijeron: "¿Hasta cuándo te rehusarás a permitir la partida de estos hombres? Después de lo sucedido, ¿no te das cuenta de que Egipto está arruinado" El rey les dio la razón, o simuló hacerlo, y prometió el permiso si el terrible mal amenguaba. Nuevamente suplicó Moisés, y un viento que sobrevino desde el mar hizo desaparecer las langostas.

123. Pero una vez que éstas se hubieron dispersado, como al rey la sola idea de liberarlos lo enfermaba de muerte, sobrevino un azote mayor aún que los anteriores. En efecto, en medio de la plena claridad del día, la oscuridad se extendió de improviso, tal vez a causa de un eclipse de sol más completo que los ordinarios, o quizá porque la corriente de sus rayos se vio detenida por una ininterrumpida sucesión de nubes violentísimamente concentradas en masas compactas sin solución de continuidad. Consecuencia de ello fue que el día vino prácticamente a convertirse en una noche; porque, ¿qué otra cosa puede aquello considerarse sino una larguísima noche, equivalente a tres días y otras tantas noches?

124. Durante ese lapso, se nos dice, unos permanecían acostados en sus lechos, sin osar levantarse; y otros, cuando, apremiados por alguna de las necesidades naturales, avanzaban a lo largo de los muros o de algún otro objeto, lo hacían con dificultad, palpándolos a la manera de los ciegos. Es que la llama del fuego utilizado habitualmente, por una parte, se apagaba a causa del ventarrón; y por otra, resultaba pálida, al punto de no percibirse debido a lo espeso de la oscuridad. La consecuencia fue que la vista, el más necesario de los sentidos, aun cuando fuese sana en sí, resultaba ciega e incapaz de ver nada; y también anulábanse los demás sentidos, como súbditos cuyo soberano hubiese perecido.

125. Nadie osaba, en efecto, ni hablar ni escuchar ni ingerir alimentos, y todos permanecían atormentados en el silencio y el hambre, sin hacer uso de ninguno de los sentidos y completamente anonadados por el sufrimiento. Por fin, una vez más Moisés, movido a piedad, suplicó a Dios, y la luz sustituyó a la oscuridad y el día a la noche bajo un cielo inmensamente sereno.

126. XXII. Tales fueron, se nos dice, las plagas a cargo de Moisés solo; a saber: la del granizo y los rayos, la de la langosta y la de la oscuridad impenetrable a toda forma de luz. En colaboración él y su hermano ejecutaron una sola, que de inmediato describiré.

127. Por mandato de Dios, ambos tomaron en sus manos ceniza de un hornillo, y Moisés la esparció en porciones por el aire. Al punto una repentina polvareda cayó sobre hombres e irracionales, produciendo una maligna y dolo-rosa ulceración sobre toda la piel, a la vez que, de concierto con tales erupciones, sus cuerpos se llenaban de supurantes pústulas, que cualquiera hubiera podido conjeturar que brotaban ardientes de invisibles llagas internas.

128. Oprimidos, como es natural, por los dolores y sufrimientos extremos, propios de la ulceración y de la inflamación, el agotamiento de sus almas era mayor o igual al de sus cuerpos ante las miserias derivadas de sus desgracias. Es que una única e ininterrumpida úlcera se presentaba a la vista desde la cabeza hasta los pies, ya que las úlceras extendidas a lo largo de las partes y extremidades del cuerpo se concentraban en una sola de uniforme apariencia. Finalmente, una vez más gracias a las súplicas que el legislador elevó en favor de los que padecían, la dolencia resultó aliviada.

129. Este escarmiento fue confiado a ambos en común; y no podía ser de otro modo. El hermano, intervino a causa del polvo que cayó sobre la gente, pues le había sido confiado el control de cuanto procediera de la tierra; y Moisés, porque el aire fue cambiado para castigo de los habitantes, y las plagas procedentes del aire y el cielo estaban a su cargo.

130. XXIII. Los tres castigos restantes sobrevinieron por sí mismos, sin intervención de hombre alguno. Procedamos a describirlos en la medida de lo posible. El primero fue el que se cumplió mediante la más osada de las criaturas vivientes de la naturaleza, la mosca canina.[20] A ésta los que establecieron los nombres, sabios como eran, la llamaron así con toda propiedad componiendo su nombre con los de los más impudentes de los animales: la mosca y el perro. Este es el más atrevido entre los seres terrestres; aquélla, entre los alados; como que ambos acosan con osados ataques, y, cada vez que alguno intenta rechazarlos, ellos lo enfrentan sin cejar hasta que están hartos de sangre y de carne.

[20] O *mosca-perro* o *mosca de perro.* La *kynómuia* (de *kyon* = *perro,* y *muta — mosca),* cuyo característico ataque, según se desprende de la descripción que sigue, es el propio del *oistros* = *tábano,* insecto que, según las traducciones corrientes de la Biblia, aparece como instrumento de esta plaga.

131. La mosca canina, que está dotada de la audacia de ambos, es un animal insidioso y picador, y se lanza impetuosamente desde lejos como un dardo, y precipitándose con violencia se clava muy profundamente.

132. Además, en la ocasión que nos ocupa, su ataque obedeció a un Divino mandato; de modo que su maligno efecto fue doble de lo habitual, como que su violencia no obedecía ya a los motivos naturales solamente, sino además a la Divina previsión, que armó al animal acrecentando su vigor para daño de los habitantes del país.

133. Tras el castigo por vía de la mosca canina se nos relata otro, aplicado, como el anterior, sin cooperación humana: la muerte de los ganados. En efecto, grandes rebaños de bueyes, de cabras, de ovejas y de todas las clases de bestias de carga y otros ganados, en un solo día, como obedeciendo a una misma señal, perecieron todos juntamente; lo que, tal como sucede en las epidemias, fue un preanuncio de la destrucción de seres humanos que poco más adelante habría de tener lugar. Se dice, en efecto, que cada enfermedad epidémica va precedida por el imprevisto exterminio de animales irracionales.

134. XXIV. Después de este azote tuvo lugar el décimo y último castigo, que sobrepasó a todos los anteriores: la muerte de egipcios; no de todos, que no era el propósito de Dios dejar desierto el país, sino dar una lección; ni tampoco la mayoría de las personas de uno y de otro sexo y de toda edad. Permitiendo que los demás conservaran la vida, determinó que solamente morirían los primogénitos, comenzando por el hijo mayor del rey y acabando por el de la más humilde harinera.

135. Hacia la media noche, en efecto, aquellos que habían sido los primeros en hablar a sus padres y madres, y en ser, a su vez, llamados hijos por ellos: llenos todos ellos de salud y robustos de cuerpo, repentinamente en plena juventud fueron exterminados sin razón alguna aparente; y es fama que ningún hogar se vio libre en aquella ocasión de esta desgracia.

136. Con las luces del alba, cuando, como es natural, cada uno contempló muerto imprevistamente al ser más querido, con quien hasta la víspera había convivido y compartido

la mesa, todos se sintieron oprimidos por el dolor más profundo y todo lo llenaron con sus lamentos, de suerte que, teniendo todos parte en el sufrimiento, todos expresaban al unísono el común padecimiento, y de un extremo a otro del país entero resonaba un único lamento.

137. Y, mientras cada uno permanecía en su casa, ignorante del mal de su vecino, su lamentación era por su propia desgracia solamente; pero, cuando al salir se enteraba de las desgracias de los demás, el dolor se duplicaba al sumarse al punto el pesar propio, menor y más leve, el dolor común, mayor y más penoso, ya que se veía privado hasta de la esperanza de reconfortamiento. ¿Quién, en efecto, podía estar en condiciones de reconfortar a otro, si él mismo necesitaba ser consolado?

138. Como sucede frecuentemente en circunstancias como esa, pensaron que las presentes calamidades eran el comienzo de otras mayores, y, temerosos de la ruina de los todavía vivos, corrían hacia el palacio real bañados en lágrimas, y con las vestiduras desgarradas, y proferían gritos contra el rey, acusándolo de ser el responsable de todas las terribles cosas que les habían sucedido.

139. Si inmediatamente, decían cuando Moisés lo había venido por primera vez a ver, hubiera permitido que su pueblo partiera, nada de lo sucedido les hubiera pasado en absoluto; pero, habiendo cedido a su habitual arrogancia, el premio de tan inoportuna hostilidad no había tardado en ser recibido por ellos. Acto seguido exhortáronse unos a otros a procurar que saliera el pueblo[21] sin pérdida de tiempo del país entero, afirmando que retenerlo, aunque más no fuera que un solo día, o una hora solamente, los precipitaría hacia un castigo sin remedio.
[21] El pueblo judío

140. XXV. Los acosados y perseguidos hebreos, conscientes de la nobleza de su propia raza, adoptaron una actitud decidida, como compete a hombres libres y que no olvidan las injusticias urdidas contra ellos.

141. Llevaron, en efecto, consigo numeroso botín, que en parte transportaban ellos mismos sobre sus hombros, y en parte cargaron sobre las bestias de cargas. Esto lo hacían, no por avaricia o, como alguno de sus detractores podría decir, por avidez de cosas ajenas. ¿Por qué habría de ser así? Lo que hicieron fue, en primer lugar, cobrarse la obligada retribución por los servicios prestados durante todo el tiempo en que sirvieron; y, en segundo lugar, causar un perjuicio, aunque no en igual sino en menor medida, a aquellos bajo los que habían sido esclavos. ¿Cómo, en efecto, puede ser igual una pena pecuniaria a la privación de la libertad, por la que los hombres inteligentes están dispuestos a perder no sólo los bienes sino también su vida?

142. En uno y otro sentido obraban rectamente, ya sea que se considere que reintegraban pacíficamente una paga que durante mucho tiempo les habían arrebatado quienes no habían querido pagarles; ya se lo entienda como un acto de guerra, en la que tenían por lícito apoderarse de los bienes de los enemigos por derecho de victoria. Los egipcios habían sido los iniciadores de injustas hostilidades, al esclavizar a sus huéspedes y suplicantes como si fueran prisioneros, según dije más arriba;[22] y los hebreos, al presentarse la ocasión, se vengaron sin echar mano a recursos bélicos, siendo la justicia su escudo y el brazo que los protegió.
[22] Parágrafos 35 y 36.

143. XXVI. Tan grandes azotes v castigos sirvieron de escarmiento a Egipto, sin que ninguno de ellos afectase a los hebreos, no obstante que cohabitaban en las mismas ciudades, aldeas y

casas con los egipcios; y a pesar de que en las calamidades habían intervenido la tierra, el agua, el aire y el fuego, vale decir, todos los elementos de la naturaleza, de la que es imposible escapar. Y por cierto que lo más asombroso fue que en el mismo lugar y al mismo tiempo los mismos elementos llevaran la ruina a unos y la salvación a otros.

144. El río se trocó en sangre pero no para los hebreos; como que, cada vez que éstos querían beber, el agua experimentaba un cambio y se tornaba potable. Las ranas, habiendo salido de las aguas a tierra llenaron las plazas, los establos y las casas, pero se mantuvieron alejadas de los hebreos únicamente, como si supiesen discernir quiénes debían ser castigados y quiénes no.

145. Ni los mosquitos, ni las moscas perros, ni las langostas, que grandes daños hicieron a plantas, frutos, animales y hombres, volaron hacia ellos. Ni los alcanzaron las ininterrumpidas caídas de lluvias, granizo y rayos. Ni en sueño siquiera soportaron el penosísimo dolor de la ulceración. Cuando sobre los demás se hubo extendido la oscuridad más profunda, ellos se desenvolvían en medio de una claridad sin límites, iluminados por la luz del día. Mientras perecían los primogénitos de los egipcios, ningún primogénito hebreo murió. Ni hubiera sido razonable que tal cosa sucediera, puesto que, tampoco el aniquilamiento de innumerables ganados, había sido acompañado por la muerte de los rebaños ele los hebreos.

146. En mi opinión, quien hubiera estado presente en los acontecimientos de entonces no hubiera podido pensar otra cosa sino que los hebreos eran meros espectadores de los males que otros soportaban, y no sólo espectadores a salvo, sino aplicados a aprender la más elevada y útil de las enseñanzas: la piedad. Nunca, en efecto, tuvo lugar un juicio tan claro acerca de los buenos y los malos, juicio que trajo aparejada para éstos la ruina y para aquéllos la salvación.

147. XXVII. Más de seiscientos mil eran los hombres en edad de combatir que participaban de aquella emigración, en tanto que el resto lo constituía una multitud difícil de contar, formada por ancianos, niños y mujeres. Una turba de elementos mezclados y confusos, turba servil, una verdadera muchedumbre bastarda, marchaba junto a la legítima. Comprendía a los hijos dados a luz para padres hebreos por mujeres egipcias y adoptados por la familia paterna; y además a todos aquellos que, admirados del afecto de la Divinidad hacia aquellos hombres, se convirtieron en sus compañeros de vida; así como a algunos que, aleccionados por la cantidad y magnitud de los sucesivos castigos, cambiaron su modo de ser y se tornaron sensatos.[23]

[23] Gen. XII, 27, y 37 a 38.

148. Jefe de todos ellos fue elegido Moisés, quien llegaba al mando y a la realeza, no como algunos de los que se lanzan tras el real poder munidos de armas, maquinarias bélicas y fuerzas de infantería, caballería y navales, sino avalado por su virtud, su nobleza de alma y su buena disposición para con todos, que nunca dejó de ejercitar; y además porque Dios, el amante de la virtud y la nobleza, le proporcionaba ese manto a título de galardón digno de él.

149. En efecto, cuando en presencia de las iniquidades que tenían lugar en el país, y movido por su nobleza de alma, su magnanimidad de espíritu y su natural odio hacia el mal, renunció al mando sobre Egipto, que le correspondía por su condición de hijo de la hija del entonces soberano, y dio un firme adiós a cuanto de su familia adoptiva podía esperar, Aquel que preside y preserva todas las cosas consideró conveniente recompensarle con la realeza de una nación más populosa y grande, de una nación que estaba destinada a ser consagrada sobre

todas las otras a fin de que elevara perpetuamente las súplicas a favor de la raza humana, para que ésta se viera libre de los males y alcanzara la participación en los bienes.

150. Después que asumió el mando, no se aplicó, como algunos, a acrecentar el poderío de su propia familia y a forjar una relevante posición para los dos hijos que tenía, de modo que aparecieran como sus asociados en el poder por el momento y como sus eventuales sucesores. Es que en todas las cosas, tanto en las pequeñas como en las grandes, hacía gala de una intención pura y sin doblez, y, como buen juez, subordinaba a la integridad de su discernimiento la natural afección hacia sus hijos.

151. Tenía, en efecto, ante sí un objetivo fundamental: beneficiar a los gobernados y ejecutar todo, de obra y de palabra, con miras al provecho de ellos, sin pasar por alto ocasión alguna propicia para el común mejoramiento.

152. A diferencia de cuantos habían ejercido el poder hasta entonces alguna vez, sólo él no atesoró ni oro ni plata, ni estableció tributos, ni adquirió mansiones, riquezas, ganados, servidumbre doméstica, ni rentas ni ninguna otra cosa de las que tocan a la opulencia y abundancia, no obstante poder poseerlas todas en cantidades inagotables. 153. Por el contrario, entendía que la apetencia de riqueza material es sentimiento propio de la pobreza de alma, y despreciaba tal riqueza considerándola ciega, en tanto que honraba a la riqueza de la naturaleza, riqueza con visión, y la buscaba con celo, como no sé si lo ha hecho hombre alguno fuera de él. Cultivaba la economía v la simplicidad propias de un ciudadano común, y no se permitía exageración alguna en los vestidos, en las comidas y en los demás menesteres de la existencia con intención de acrecentar su pompa y majestad. Ert cambio, hacía gala de una liberalidad verdaderamente real en aquellas cosas que corresponde que un gobernante apetezca poseer en abundancia.

154. Tales cosas son las muestras de moderación, continencia, prudencia, sagacidad, sensatez, conocimiento, esfuerzo, resistencia al sufrimiento, desprecio de los placeres, justicia, tendencia hacia lo más noble, reproche y castigo, dentro del marco de las leyes, de los mal vivientes; aprobación y honra, también de conformidad con la ley, para los que obran rectamente.

155. XXVIII. De esa manera, habiendo renunciado firmemente a la abundancia y a la riqueza que de más predicamento goza entre los hombres, Dios lo recompensó dándole en cambio la mayor y más perfecta de las riquezas. Esta consistía en la posesión de toda la tierra, el mar, los ríos y los otros elementos simples y compuestos, ya que Dios, habiéndolo juzgado digno de aparecer como partícipe de Sus posesiones, dejó en sus manos el mundo todo a título de propiedad apropiada para un heredero.

156. Y así, cada uno de esos elementos le obedecía como a un señor, cambiando sus propiedades naturales y acatando sus mandatos. Y nada de extraño había en ello, ya que, si, como dice el proverbio, las cosas de los amigos son comunes,[24] y el profeta había sido proclamado amigo de Dios,[25] de ello se infiere que también participaba de las posesiones de Este en la medida en que ello resultaba provechoso.

[24] Ver *Sobre Ábraham* 235.
[25] Éx. XXXIII, 11.

157. Porque mientras Dios todo lo posee, pero nada necesita; el hombre de bien, en cambio, nada llega a poseer en rigor de verdad, pero participa de los bienes de Dios hasta donde cabe

en sus posibilidades. Y esto es seguramente razonable, ya que es ciudadano del mundo, por lo que no ha sido registrado en los padrones de ningún estado de la tierra habitada; y con toda razón puesto que ha recibido como su heredad, no una parcela de país, sino el mundo entero.

158. ¿Y qué? ¿Acaso no disfrutó Moisés de una propiedad mayor aún en común con Padre y Hacedor del universo, habiendo sido considerado digno de llevar Su mismo título, siendo designado dios y rey de toda la nación? Además se nos dice que penetró en las tinieblas donde Dios estaba,[26] es decir, en la inmaterial, invisible, incorpórea y arquetípica esencia de lo existente, así conoció lo que está oculto a nuestra naturaleza mortal; y, presentando a la vista de todos su propia persona y su vida, a modo de bien lograda pintura, ofreció una obra hermosísima, reflejo de la Divinidad, modelo para quienes desearen imitarla.
[26] Éx. XX, 21. Ver *Sobre los cambios de nombres 7.*

159. Felices son aquellos que han impreso en sus almas esos rasgos; o tratado de imprimirlos en ella; que, aunque el ideal es que la inteligencia sea portadora de la imagen perfecta de la virtud, a no ser así, que al menos sienta el inquebrantable anhelo de poseer tal imagen.

160. Por otra parte, nadie ignora que los hombres de humilde condición sienten deseos de imitar a los distinguidos, y que sus inclinaciones tienden hacia aquellas cosas que parecen merecer las mayores preferencias de parte de los mismos. Cada vez, por ejemplo, que un gobernante opta por entregarse a los placeres y se inclina hacia una vida de concupiscencia, casi todos los que están bajo su mando dan rienda suelta, más allá de lo necesario, a las apetencias del vientre y de las partes sexuales; excepción hecha de algunos, que, merced a una bien dotada naturaleza, han llegado a poseer, en vez de un alma mal intencionada, una benévola y bien dispuesta.

161. Si, en cambio, dicho gobernante adopta normas de conducta más austeras y más dignas, aun los licenciosos en extremo entre ellos tórnanse moderados; y, movidos o por el miedo o por la vergüenza, se esmeran en dar la impresión de que quieren verdaderamente ser como él, sin que jamás los peores, ni siquiera dementes, lleguen a desaprobar a los mejores.

162. Además, quizá porque también estaba destinado Moisés a ser legislador, él mismo se convirtió mucho antes en ley viviente y razonante, por disposición de la Divina providencia, que, sin que él lo supiera, lo había escogido para que en el futuro desempeñara esa misión.

163.[27] XXIX. Una vez que hubo recibido la autoridad que ellos le ofrecían de buen grado, con la aprobación y anuencia de Dios, dispuso la emigración hacia Fenicia, Celesiria y Palestina, llamadas en aquella época país de los cananeos, cuyos límites se hallaban a tres jornadas de marcha de Egipto.
[27] Para los parágrafos 163 a 180 ver Éx. XIII, 17 a XV, 21.

164. El camino por el que entonces los condujo no fue el más corto, en parte porque se precavía para que no sucediera que, si los habitantes de la región les hacían frente por temor de ser destruidos y esclavizados, y se producía una guerra, debieran retornar ellos por el mismo camino hacia Egipto, es decir, de unos enemigos a otros, de los nuevos a los viejos, para convertirse en burla y befa, y soportar una situación más miserable y penosa aún que la anterior; y, en parte, porque además quería comprobar, conduciéndolos a través de un extenso desierto, de qué manera daban pruebas de su lealtad, no ya contando con inagotables recursos, sino en medio de una creciente escasez de ellos.

165. Desvióse, pues, de la ruta directa, y habiendo dado con un sendero que se abría oblicuamente, y considerando que conducía hacia el Mar Rojo, comenzó la marcha. Y fue por entonces cuando, según leemos, tuvo lugar un prodigio, un grandioso suceso en la naturaleza, tal como nadie recordaba haber ocurrido hasta entonces en el pasado.

166. Una nube, en efecto, habiendo adoptado la forma de una inmensa columna, precedía a la multitud iluminando de día con una luz semejante a la solar, y de noche con una semejante a una llama, a fin de que no se extraviasen en la marcha y siguieran su infalible guía a través del camino. Tal vez se trataba de uno de los lugartenientes del gran Rey, de un invisible ángel, guía de caminantes, cuya vista estaba vedada a los ojos del cuerpo.

167. XXX. Por su parte, el rey de Egipto, viendo que los hebreos marchaban sin rumbo fijo; que tal era su opinión al respecto; y que atravesaban un duro e intransitado desierto, sentíase complacido ante el fracaso de la marcha, y consideraba que estaban encerrados sin oportunidad de salida; y, arrepentido como estaba, de haberlos dejado partir, se apresuró a ir tras ellos con la certeza de que de ese modo, o la multitud, movida por el miedo, retornaría de nuevo a la esclavitud, o él exterminaría a todos los combatientes en caso de que resistieran.

168. Sin pérdida de tiempo reunió todas sus fuerzas de caballería, lanzadores de jabalinas, honderos, arqueros montados y todo el resto de sus fuerzas ligeramente armadas; y entregó a los hombres de mayor alcurnia los seiscientos carros de guerra más hermosos, pertrechados con falces, a fin de que marchasen tras él de manera conforme con su jerarquía, y tomaran parte en la campaña. Sin permitirse dilación alguna inició la persecución y se apresuró a avanzar, deseoso de caer sobre los otros imprevistamente y sin ser visto, ya que ^el daño inesperado resulta siempre más penoso que el previsto, en la medida en que es más fácil atacar con éxito a un enemigo descuidado que a uno atento.

169. Mientras el rey, movido por estas intenciones, iba tras sus pasos, seguro de obtener la victoria al primer asalto, los hebreos se encontraban ya acampados en las orillas del mar. Aprestábanse a almorzar, cuando primeramente resonó un inmenso estrépito, como que avanzaba a toda marcha tan gran cantidad de hombres v bestias juntamente; por lo que, desparramados fuera de sus tiendas, elevábanse en punta de pie a fin de escudriñar en torno y escuchar con atención; y luego, momentos más tarde, apareció en lo alto de una colina la fuerza enemiga, con las armas listas y en formación de batalla.

170. XXXI. Anonadados por lo increíble e inesperado del hecho, y no hallándose en condiciones de defenderse por carecer de medios de resistencia, por cuanto habían partido como emigrantes y no en tren de guerra; ni teniendo posibilidades de huir, ya que tenían el mar a sus espaldas y el enemigo a su frente, mientras a uno y otro lado se extendía el inmenso e intransitable desierto, presa fueron de inmensa agitación y cundió entre ellos el desaliento ante la magnitud de sus desdichas; y, como es habitual en calamidades tales, acusaron a su jefe en estos términos.

171. "¿No había, acaso, en Egipto tumbas donde ser sepultados cuando nos llegase la muerte; que nos has conducido para matarnos y sepultarnos aquí? ¿No es, por ventura, cualquier género de esclavitud un mal más llevadero que la muerte? Atrajiste a la multitud con la esperanza de libertad, para suspender luego sobre ella un peligro más terrible aún, en el que está en juego la vida misma.

172. ¿Ignoras acaso que estamos desarmados, y la cólera y ferocidad de los egipcios? ¿No ves

la magnitud de nuestros males sin escapatoria? ¿Qué hemos de hacer? ¿Debemos combatir desarmados contra enemigos bien pertrechados? ¿Huiremos de este cerco que, como redes, nos tienden enemigos implacables, desiertos intransitables y mares que no es posible navegar? Y aun en el caso de que lo fueran, ¿con qué barcos contamos para atravesarlos?"

173. Moisés, oyendo estas cosas, comprendió sus razones, pero tuvo presentes los Divinos oráculos; y empleando simultáneamente su inteligencia y su palabra para diferentes propósitos, con aquélla intercedió en lo íntimo de su ser ante Dios para que los liberara de sus tremendos infortunios; y con la palabra animó y reconfortó a los que lanzaban gritos hostiles, diciéndoles: "No os descorazonéis; los medios con los que Dios pro teje no son los del hombre.

174. ¿Por qué confiáis sólo en lo que os parece razonable y verosímil? Cuando Dios acude en ayuda, no ha menester de preparativo alguno. Propio de Él es hallar el medio donde los medios faltan; y lo que es imposible para cualquier creatura, sólo para El es posible y está al alcance de Su mano".

175. Mientras esto decía, manteníase aún en calma; pero, tras un instante de pausa, tornóse poseído de Divina inspiración, y lleno del espíritu que frecuentemente descendía sobre él, pronunció estas proféticas palabras: "Al ejército que veis bien armado, no lo veréis ya formado contra vosotros, pues le aguarda una completa derrota y desaparecerá en lo profundo del mar, de modo tal que ni un resto siquiera de él se verá ya sobre la faz de la tierra; y no dentro de mucho tiempo, sino en la próxima noche".

176. XXXII. Tales fueron sus revelaciones. Al ponerse el sol, no tardó en comenzar a soplar con inusitada violencia el viento sur, ante el que el mar retrocedió; pero, en vez de retroceder como habitualmente lo hacía, en esta ocasión fue arrastrado más aún, precipitándose como en un abismo o sima al aproximarse a la costa. Ninguna estrella era visible; antes bien, una espesa y negra oscuridad cubrió todo el cielo, llenando la negrura de de la noche de espanto a los perseguidores.

177. A una orden de Dios, Moisés golpeó con su vara el mar. Quebróse éste y dividióse en dos. De las aguas así divididas las próximas al sector de la separación se elevaron a inmensa altura, y se mantuvieron firmemente fijas, tranquilas e inmóviles como una muralla; en tanto que las de atrás se agitaban contenidas y frenadas en su avance hacia adelante como por invisibles riendas, y la parte central, en donde había tenido lugar el corte, permanecía seca, convertida en una amplia y transitable ruta. Al ver esto, Moisés, maravillado y feliz, animó a los suyos, rebosante de alegría, y los exhortó a ponerse en marcha lo más rápidamente posible.

178. Cuando ellos se disponían a iniciar la travesía, sobrevino una señal fuera de lo común. La nube guía, que en el resto del tiempo había permanecido al frente, se volvió hacia la parte trasera de la multitud para proteger su retaguardia, y, situada entre los perseguidores y los perseguidos, a éstos los controlaba y empujaba en su salvador y seguro avance, y a aquéllos los contenía refrenándolos cuando intentaban adelantarse. Viendo tales cosas, una total confusión y desorden hizo presa de los egipcios. En su terror las filas se deshicieron, y unos se precipitaron sobre otros, intentando la fuga cuando ya era demasiado tarde.

179. En efecto, mientras los hebreos, con sus mujeres e hijos, en plena edad infantil aún, atravesaron el seco pasaje con las primeras luces del día; a los otros, habiendo retornado el

mar, en pleno retroceso impulsado por vientos del norte, y caído sobre ellos con enormes y elevadas olas, las dos secciones, precipitándose desde uno y otro lado hasta confundirse, los cubrieron a ellos, a sus carros y a sus caballos, de tal manera que ni un portaantorchas siquiera quedó para llevar al pueblo egipcio la nueva del inesperado desastre.

180. Hecho tan grandioso y admirable dejó pasmados a los hebreos: una inesperada victoria se había declarado por ellos sin derramamiento de sangre; y, al ver cómo en un instante habían perecido los enemigos en masa, formaron dos coros, uno de hombres y otro de mujeres, y sobre la ribera, cantaron himnos de acción de gracias a Dios, presidiendo Moisés el coro de los hombres, y una hermana suya el de las mujeres, pues ellos habían asumido la dirección de los coros.

181.[28] XXXIII. Dejando atrás el mar, avanzaron cierto trecho, libres ya de todo temor con respecto a sus enemigos. Pero al cabo de tres días, faltó el agua, llenándolos la sed de desazón, y una vez más comenzaron a quejarse de que nada les iba bien. Es que siempre la acometida del mal presente borra el recuerdo de la felicidad de los pasados bienes.

[28] Para los parágrafos 181 a 187 ver Éx. XV, 22 a 26.

182. Habiendo divisado unas fuentes, corrieron hacia ellas llenos de alegría, con la intención de sacar agua; pero, ignoraban la verdad y se vieron engañados. Se trataba, en efecto, de aguas amargas; y, cuando las hubieron probado, el ver frustradas sus esperanzas los descorazonó. Exhaustos sus cuerpos y postradas sus almas, lamentábanse, no tanto por sí mismos, cuanto por sus hijos, tiernos aún, cuyos pedidos de agua no podían soportar sin derramar lágrimas.

183. Algunos de los más pobres de espíritu y carentes de una firme piedad se quejaban hasta de los anteriores venturosos sucesos, alegando que no habían tenido lugar para provecho, sino, más bien, para convertirlos en partícipes de desgracias más dolorosas aún; y que hubiera sido mejor haber perecido en manos de los enemigos, no una sino tres veces, antes que morir de sed; que el partir de esta vida sin embarazo ni dilaciones en nada difiere del conservarla eternamente, a juicio ce los que bien piensan; y muerte es, en realidad, aquella que llega con lentitud y dolor, pues el aspecto terrible del morir no reside en el estar muerto sino, exclusivamente, en el proceso que lleva a ello.

184. Mientras ellos se entregaban a tales lamentaciones, Moisés suplicó una vez más a Dios que, conociendo la flaqueza de las creaturas, y en especial del hombre, y las necesidades del cuerpo, que depende de los alimentos y está sujeto a esas dos señoras que son el hambre y la sed, perdonara a los desanimados, y remediase la común indigencia; no a largo plazo sino mediante una gracia inmediata y rápida, en consideración a la natural insuficiencia de lo mortal, que anhela vivamente que la ayuda sea presta y en el momento oportuno.

185. Dios no aguardó a que concluyera la plegaria para enviar Su potencia misericordiosa [29] y abrir el vigilante ojo del alma del suplicante, a quien ordenó levantar y arrojar en las fuentes un madero que le mostró; el que, tal vez, había sido formado por la naturaleza con la propiedad de producir efectos hasta entonces desconocidos; o, quizá, fue creado en ese mismo momento por primera vez para el servicio que estaba destinado a prestar.

[29] Ver *Sobre la huida y el hallazgo* 95 y ss.

186. Ejecutado el mandato, las fuentes tornáronse dulces, convirtiéndose en agua potable, a punto tal que era imposible ya advertir si en su origen había sido amarga, puesto que no

quedaba ni huella ni indicio alguno que recordara su primitiva mala calidad.

187. XXXIV. Cuando hubieron puesto remedio a su sed; con doble placer, puesto que el bien, cuando sobreviene contra lo esperado, hace mayor aún el placer de su disfrute, llenaron sus recipientes y reanudaron la marcha, con la impresión de haberse regalado con un abundante y grato banquete, y embriagado, no con la embriaguez propia del vino, sino con las sobrias libaciones que habían gustado respondiendo a las invitaciones que la piedad del jefe que los guiaba les había hecho.

188.[30] Y llegaron a un lugar donde hacer alto, lugar bien provisto de agua y vegetación, llamado Elim, regado por doce fuentes, junto a las cuales se alzaban los troncos, jóvenes y sumamente esbeltos, de setenta palmeras, claros símbolos y ejemplos, para los capaces de ver con agudeza mental, de los bienes de nuestra nación.

[30] Para los parágrafos 188 a 190 ver Éx. XV, 27. Ver también *Sobre la huida y el hallazgo* 183 y ss.

189. Doce, en efecto, son las tribus de la nación, cada una de las cuales, en razón de su piedad, habrá de ser representada por una fuente, que la dotará de una perenne corriente de piadosos sentimientos y de incesantes nobles acciones; en tanto que los setenta fundadores de toda nuestra nación han sido, con toda propiedad, comparados con la palmera, el mejor de los árboles, excelente tanto en el aspecto cuanto en el fruto que produce; que, además, tiene su principio vital, no enterrado en las raíces, como los otros árboles, sino situado en lo alto, ubicado al modo del corazón, en la parte más central de las ramas, las que, como a un verdadero soberano, lo escoltan en derredor.»

190. Tal es también la naturaleza de la inteligencia de quienes han paladeado lo que es la piedad; como que, instruida en la contemplación y la aproximación hacia lo alto, y entregada siempre a la consideración de las cosas del cielo y a escudriñar las Divinas bellezas, no toma en serio las cosas terrenales, considerando que éstas son simple entretenimiento de niños, en tanto que aquéllas constituyen un asunto digno de verdadera preocupación.

191.[31] XXXV. No había pasado mucho tiempo desde el suceso anterior, cuando experimentaron los rigores del hambre debido a la carencia de alimentos, como si, ajustándose a un orden regular de sucesión, volvieran al ataque las penurias, pues estas dos penosas y oprimentes señoras que son el hambre y la sed, tras distribuirse las calamidades, los atacaran una después de otra; de lo que resultaba que, al desaparecer una de ellas, sobrevenía la otra. Esto fue lo que más insoportable resultó para los que padecían, puesto que, habiendo pensado poco antes que se habían librado de la sed, hallaban que la funesta hambre estaba al acecho.

[31] Para los parágrafos 191 a 208 ver Éx. XVI.

192. Y no era sólo la escasez presente lo que les apenaba, sino también el temor de no obtener provisiones en el futuro. Viendo, en efecto, las profundidades del inmenso desierto y su extrema esterilidad en frutos, grandísimo era su desaliento. Nada, ciertamente, había, salvo ásperas y escarpadas rocas, planicies de suelo salitroso, montes sumamente pedregosos, inmensos arenales que se elevaban hacia inaccesible altura; y además ningún río, ni procedente de fuentes locales ni formado por las lluvias, ningún pozo de agua, ningún arbusto ni árbol alguno, ni cultivado ni de vegetación salvaje, ningún ser viviente ni alado ni terrestre, como no fueran reptiles ponzoñosos, destructores de hombres, tales como serpientes y escorpiones.

193. Entonces, al recordar la abundancia y fertilidad de Egipto y comparar la inagotable cantidad de todas las cosas que allí había, con la carencia de todo en el lugar donde estaban, sentíanse disgustados y unos a otros se comunicaban pareceres tales como éstos: "Partimos hacia otra tierra con la esperanza de la libertad, y ni siquiera tenemos seguridad de conservar la vida. Los destinados a la felicidad según las promesas de nuestro guía, somos los más desdichados de los hombres en la realidad de los hechos.

194. ¿Cuál será el fin de este camino tan largo e interminable? Todos los que atraviesan el mar o la tierra tienen ante sí una meta hacia donde se dirigen; mercados y puertos unos, una ciudad o un país otros; sólo nosotros tenemos delante un impenetrable desierto, una penosa ruta y el peso de la desesperanza, ya que a medida que avanzamos, todo ello se presenta ante nuestra vista, como un mar inmenso, profundo, intransitable y más dilatado cada día.

195. Nuestro guía, después de alentarnos y hacernos cobrar excesiva confianza con sus palabras, y de llenarnos los oídos de vanas esperanza, tortura nuestros estómagos con el hambre, sin procurarnos los necesarios alimentos. Con el pretexto de una emigración ha engañado a tan grande multitud, conduciéndola primero desde el mundo habitado hacia el deshabitado, para precipitarla luego hacia la tumba por el camino que lleva a la muerte".

196. XXXVI. Al ser objeto de tales vituperios, Moisés se indignó, no tanto por lo que a él le echaban en cara cuanto por la inconstancia de aquellos en sus determinaciones. Porque, con la experiencia que ya tenían de innumerables hechos sin explicación racional, fuera de lo común y normal, no hubieran debido ya dejarse arrastrar por ninguna consideración por razonable y verosímil que fuera, sino tener confianza en él, tras las clarísimas pruebas que habían recibido sobre su veracidad en todo.

197. Mas, por otra parte, al considerar su indigencia, el mayor de los males que puede sobrevenir a los hombres, los perdonó, teniendo presente que la multitud es de naturaleza inestable, y se ve impulsada por las circunstancias del momento, las que engendran en ella el olvido de lo acontecido anteriormente y la desconfianza con respecto al porvenir.

198. Hallándose, pues, todos en la más extrema aflicción y a la espera de las más grandes desgracias, las que, a su juicio, les acechaban y eran inminentes, Dios se apiadó de ellos y puso remedio a sus padecimientos, en parte por compasión y amor hacia quienes participaban de Su propia naturaleza, en parte también queriendo honrar a aquel a quien había escogido para que los guiara; y, aun más, para darles pruebas del grado de piedad y santidad que caracterizaba a Moisés tanto en los asuntos manifiestamente claros como en los ocultos.

199. Los beneficios que les concedió fueron novedosos y sorprendentes, con el objeto de que mediante demostraciones lo suficientemente claras aprendieran de una vez por todas a no estar descontentos si en adelante algo les sucedía contrariamente a sus puntos de vista, y a sobrellevarlo con paciencia, confiados en que el bien habría de llegar.

200. ¿Qué fue, pues, lo que sucedió? Al día siguiente, hacia el amanecer, se produjo en torno de todo el campamento un espeso y abundante rocío, que Dios hacía caer silenciosamente, una extraña y desacostumbrada lluvia, consistente, no en agua ni granizo ni nieve ni hielo, fenómenos éstos, que se producen por los cambios en las nubes durante el solsticio de invierno; sino en un grano muy pequeño y sumamente blanco, que, merced a su caída incesante, se acumulaba en montones delante de las tiendas. El espectáculo era increíble, y, presa de estupor ante él, preguntaban a su guía: "¿Qué lluvia es esta, que hasta ahora ningún hombre ha

visto antes; y con qué fin se ha producido?"

201. Moisés, poseído de Divina inspiración, les hizo estas inspiradas revelaciones: "Los mortales tiene a su disposición el fértil suelo de la planicie, al cual dividen en surcos, aran, siembran y someten a los demás cuidados propios de la agricultura; con lo que se procuran los frutos anuales, y así disponen de abundantes medios de vida. Dios, en cambio, tiene a Su disposición, no una porción del universo, sino el universo entero y las porciones de éste, para que Le sirvan, como esclavos a su amo, para cada servicio que El quiera.

202. Y así, en esta ocasión, Le pareció bien que el aire transportara alimento en vez de lluvia, del mismo modo que la tierra también transporta lluvia en muchos casos. Porque, el río de Egipto, que cada año se desborda por las crecientes y riega los campos, ¿qué otra cosa es sino una lluvia que se precipita desde abajo?"

203. Lo que Dios realizó en esa ocasión resultaría increíble, aun cuando se hubiera limitado a lo ya dicho; pero se agregaron otras circunstancias más pasmosas todavía, que le confirieron un carácter milagroso. En efecto, todos acudieron munidos de recipientes, desde los distintos lugares, y recogieron granos, unos cargándolos sobre sus bestias, otros sobre sus espaldas, con la previsora intención de acopiar lo necesario para algún tiempo más.

204. Pero la verdad es que se trataba de algo imposible de acopiar y reservar, pues la intención de Dios era hacerles merced de dones perpetuamente nuevos. Y así, aquello que juntaban en razonable medida para su uso en el momento, lo consumían con placer; de lo que, en cambio, habían reservado para el día siguiente, nada encontraban ya en buen estado, sino todo alterado, maloliente y lleno de animales tales como los que habitualmente se desarrollan en la putrefacción. Esto, como es natural, lo tiraban; pero, todos los días hallaban a su alcance otras cantidades de alimentos, que caían a manera de lluvia juntamente con el rocío.

205. Especial privilegio cupo al sagrado séptimo día. En efecto, puesto que no estaba permitido hacer cosa alguna durante su transcurso, v sí expresamente establecido abstenerse de todo trabajo, grande o pequeño, el día anterior Dios hizo llover doble cantidad, y les mandó llevar el alimento suficiente para dos días, pues ese día no podrían recoger la porción necesaria; y lo recogido se mantuvo en buen estado, sin que nada absolutamente se corrompiese como había ocurrido antes.

206. XXXVII. Pero he de referirme a algo aún más admirable que eso. Durante el lapso de cuarenta años, período de tiempo extremadamente prolongado que abarcó la marcha, les fueron proporcionados los alimentos necesarios en la medida que tengo dicha, como raciones calculadas para que a cada uno le tocase la porción necesaria.

207. Al mismo tiempo fueron instruidos respecto del día que vivamente ansiaban determinar. Largo tiempo hacía, en efecto, que buscaban saber cuál había sido el día natal del mundo, [32] aquel en que este universo fue completado; problema que, habiéndolo recibido sin solución de sus padres y antepasados, pudieron al cabo resolver, instruidos no sólo por las Divinas revelaciones sino también gracias a un testimonio en extremo claro. En efecto, mientras en los restantes días el sobrante de lo caído se corrompía, según hemos apuntado, el llovido en la víspera del séptimo no sólo no se alteraba, sino su cantidad era doble.

[32] Vale decir, saber si el día en que la creación llegó a su fin y el mundo alcanzó su plenitud fue el sexto o el séptimo. Filón en *Sobre la creación del mundo* 89, y en *Sobre las leyes particulares* II, 59, afirma que fue el séptimo. Pero, como se aclara en *Sobre la vida de*

Moisés II, 263, los hombres anteriores a Moisés habían perdido la cuenta de la cronología de los tiempos remotos e ignoraban cuál de los dos días era el del natalicio del mundo.

208. El modo como empleaban este alimento era el siguiente. Al alba recogían lo caído, lo molían o trituraban, y, tras cocerlo enseguida, comían un gratísimo manjar, semejante a un pastel de miel, sin necesidad de recurrir a los menesteres propios de los pasteleros.

209. Pero no pasó mucho tiempo sin que se vieran bien aprovisionados de los medios para una dieta regalada, puesto que era deseo de Dios procurarles en pródiga abundancia, en pleno desierto, cuantas viandas se encuentran en un país habitado y próspero. Y así, en los atardeceres ensombrecía todo el campamento una nube interminable de codornices procedentes del mar, las que, por volar muy bajo, resultaban fácil presa. Ellos las capturaban y preparaban a gusto de cada uno y se regalaban con las más apetitosas carnes y a la vez hacían más grato su alimento mediante el condimento requerido.[33]
[33] Aquí se aparta Moisés del orden que en el relato de Éx. XVI, 12 y 13 guardan el episodio de las codornices y el del maná, y sigue el de Núm. 31 a 32, donde se lee que la caída del maná precedió a la aparición y captura de las codornices.

210.[34] XXXVIII. Grande fue la abundancia de víveres, y jamás la echaron de menos; pero una vez más sobrevino una terrible escasez de agua. Oprimidos por ella, retornaban ya a perder la fe en su salvación, cuando Moisés, tomando aquella sagrada vara mediante la cual había ejecutado las señales en Egipto, por Divina inspiración golpeó con ella la escarpada roca.
[34] Para los parágrafos 210 y 211 ver Éx. XVII, 1 a 7, y Núm. XX, 1 a 13.

211. Bien fuera que la roca encerrara desde antes una fuente y una vena hubiera sido puesta al descubierto en lugar oportuno; bien que entonces por primera vez una concentración de agua hubiera afluido a ella a través de ocultos canales, sometida a gran presión, el caso es que, horadada por la fuerza enorme de la corriente, el agua fluyó de ella como un manantial; de modo que, no sólo les procuró remedio para su sed en aquella ocasión, sino también brindó a tal inmensa multitud abundante bebida por algún tiempo *mis,* ya que llenaron todos los recipientes, como antes lo habían hecho en aquellas fuentes amargas por naturaleza que por providental intervención Divina se habían tornado dulces.

212. Si alguien tiene dudas respecto de estas cosas, es porque ni conoce a Dios ni ha buscado conocerlo jamás; pues, si Lo hubiera llegado a conocer, habría al instante conocido, captándolo con una firme convicción, que esos hechos increíbles e incomprensibles son juegos de niños para Dios. Bastaríale para ello que volviera los ojos hacia las cosas realmente grandes y dignas de observarse, como son la creación del cielo, los rítmicos movimientos de los astros errantes y los de cursos fijos, el resplandor de la luz solar durante el día y de la luna por las noches, y la posición fija de la tierra en el centro del universo, la grandeza incomparable de los continentes e islas, las incontables especies de animales y plantas, los desbordamientos de los mares, el ímpetu de los ríos procedentes de fuentes de la región y de los formados por las precipitaciones invernales, el fluir perenne de las fuentes, de las que unas vierten agua fría y otras caliente, los variados cambios del aire, las diferencias de las estaciones del año, y otras innumerables bellezas.

213. No le alcanzaría la vida a aquel que quisiera describir una a una las partes del universo, o más bien, describir una sola de las partes importantes de él, aunque esa vida llegara a prolongarse más que las de todos los otros hombres. Pero estas cosas, por admirables que sean, no llaman la atención, debido a que resultan familiares. En cambio, las

desacostumbradas, aunque sean pequeñas, nos dominan con lo extraño de su presencia, y movidos por nuestro amor a las novedades nos quedamos pasmados.

214.[35] XXXIX. Ya habían recorrido un largo y penoso camino, cuando aparecieron los confines de la tierra habitada y los lugares fronterizos del país hacia donde se dirigían, el que estaba bajo el dominio de los fenicios.[36] Los hebreos esperaban hallar allí una vida plácida y tranquila, pero su opinión resultó falsa.

[35] Para los parágrafos 214 a 219 ver Éx. XVII, 8 a 16.

[36] Canaán comprendía la franja costera desde la desembocadura del Orontes, al norte, hasta los confines del desierto que lo separa de Egipto, al sur. Por la época de la llegada de los israelitas no se distinguían Palestina y Fenicia, zonas que sólo en tiempos posteriores siguieron rumbos políticos y culturales distintos. Con el gentilicio fenicios designa Filón a los cananeos en general, y al decir *"el país"* se refiere a todo Canaán, no sólo a la región de los amalecitas.

215. En efecto, el rey que gobernaba la región, temiendo actos de rapiña, convocó a la juventud de sus ciudades, y les salió al encuentro con la intención de detenerlos, ante todo; y, si hacían resistencia, de rechazarlos por las armas, aprovechando que los suyos estaban descansados y frescos para la lucha, en tanto que los otros se hallaban exhaustos por las marchas y las privaciones de alimentos y bebidas que alternativamente los habían acosado.

216. Moisés, enterado por los exploradores de que el enemigo no estaba a mucha distancia, convocó a los hombres en edad militar, y, habiendo escogido como general a uno de sus lugartenientes, llamado Josué, se apresuró a procurar la mejor de las alianzas. Habiendo, en efecto, procedido a purificarse de conformidad con los ritos purificatorios habituales, ascendió con rapidez a la colina próxima y suplicó a Dios que protegiera y concediera una decisiva victoria a los hebreos, a los que había salvado de otras guerras más difíciles aún y de otros males, liberándolos de las desgracias, no solo de aquellas con que los habían amenazado los hombres, sino también de las otras sin precedentes producidas tanto por la alteración de los elementos naturales en Egipto como por el hambre continua durante las marchas.

217. Desde el momento en que se entabló la batalla, sucedió que sus manos experimentaron una sensación maravillosa en grado sumo. Tornábanse alternativamente muy livianas y muy pesadas; y, cada vez que se aligeraban y elevaban hacia lo alto, sus combatientes cobraban vigor, y, comportándose como verdaderos hombres, aumentaban la gloria de sus hazañas; en tanto que, cada vez que cedían y se bajaban, prevalecían los contrarios. De ese modo daba Dios a entender simbólicamente que la tierra y las zonas últimas del universo constituyen la porción asignada como propia a unos; y la sacratísima región etérea, la reservada para otros; y que, así como el cielo es soberano en el orden universal y prevalece sobre la tierra, de análoga manera nuestra nación prevalecerá sobre sus adversarios.

218. Así, pues, mientras sus manos, cual platillos de balanza, se alzaban y bajaban alternativamente, también la batalla continuaba indecisa; pero, de pronto, perdiendo toda pesadez y obrando los dedos a manera de plumas, se elevaron hacia lo alto como se elevan las naturalezas aladas, y permanecieron apuntando hacia las alturas hasta que los hebreos alcanzaron una indiscutida victoria y los hombres de armas del enemigo fueron aniquilados, sufriendo merecidamente lo que, contra toda justicia, trataban de infligir a otros.

219. En aquella ocasión, además Moisés elevó un altar, al que en atención a lo ocurrido llamó "refugio de Dios", y en él, tras elevar plegarias de gratitud, ofreció los sacrificios por la

victoria.

220.[37] XL. Después de esta batalla Moisés comprendió que era preciso proceder a la exploración del país en donde la nación iba a establecerse. Esto ocurría en los comienzos del segundo año de peregrinaje. La intención de Moisés era evitar las acostumbradas argumentaciones de quienes no estaban al tanto de las cosas; y que, en cambio, se resolviera lo que habría de hacerse, a base de una información previa de primera mano y contando con un sólido conocimiento sobre lo tocante a la región.

[37] Para los parágrafos 220 a 236 ver Núm. XIII y XIV.

221. Eligió doce hombres, número correspondiente al de las tribus, un jefe tribal por cada una, seleccionando a los de mayor prestigio en mérito a sus cualidades, a fin de que ninguna parte de la nación difiriera de las demás por asignársele o más o menos, y para que todas llegasen a conocer por igual a través de sus hombres de mayor dignidad lo relativo a los habitantes del país, siempre que los emisarios quisieran decir la verdad.

222. Una vez que los hubo escogido, les dijo lo siguiente: 'El premio de las luchas y peligros que hemos sobrellevado y hasta hoy estamos soportando es nuestra radicación en nuevas tierras que serán nuestra heredad; y ojala no nos veamos decepcionados en nuestra esperanza, pues la nación que hemos conducido para establecerse en ellas es numerosísima. Sumamente provechoso es que conozcamos los lugares, los hombres y los sucesos; en la misma medida en que es perjudicial el ignorar tales cosas.

223. Os hemos elegido para que con la ayuda de vuestras observaciones y discernimiento tengamos una visión de las cosas del país. Asumid, pues, el papel de oídos v ojos de tan inmensas multitudes para obtener una clara información de lo que es necesario saber.

224. Lo que deseamos conocer son tres cosas: el número y fuerza de los naturales; si las ciudades están favorablemente ubicadas y fuertemente construidas, o todo lo contrario; y si el país es de suelo rico y fértil, apto para producir toda clase de frutos, sembrados y árboles, o si es, por el contrario, de suelo pobre. De esa manera podremos abocarnos a la consideración del poder y número de los habitantes v la proporción de sus fuerzas, así como de la capacidad de resistencia de sus fortificaciones con sus máquinas de guerra y aparatos de sitio. Es necesario conocer también si el país es fértil o no, porque sería necedad avenirse a enfrentar peligros por un territorio estéril.

225. Nuestras armas, nuestras máquinas y toda nuestra fuerza consisten solamente en nuestra fe en Dios. Equipados con ella, desecharemos cualquier temor, ya que ella basta para doblegar, y con mucho, fuerzas irresistibles, productos de las buenas cualidades físicas, de la osadía, de la experiencia y del gran número; y gracias a ella también, en las profundidades del desierto hemos gozado de la abundancia de cuanto se da en la prosperidad de las ciudades.

226. La estación en que más particularmente suelen ponerse de manifiesto las condiciones favorables de una región es la primavera, y ella está en pleno transcurso. En la época primaveral los diferentes sembrados alcanzan su madurez v los árboles comienzan a adquirir su desarrollo natural. Con todo, tal vez sea mejor aguardar hasta el pleno verano y traer frutos como testimonio de las bondades del país".

227. XLI. Tras escuchar estas palabras, partieron para la exploración, escoltados por toda la multitud, la que temía que los apresaran y perdieran la vida, y que ocurrieran dos cosas en

extremo graves: la muerte de hombres que eran la vista misma de cada tribu; y la falta de noticias sobre la situación de los enemigos listos para atacar, respecto de los cuales era útil tener información.

228. Los exploradores, habiendo escogido vigías y guías para el camino, marcharon a la zaga de ellos. Ya próximos a su destino, ascendieron rápidamente al monte *más* alto del lugar y otearon la región, gran parte de la cual era una llanura que producía cebada, trigo y abundante forraje; en tanto que la parte montañosa estaba no menos repleta de viñas y de otros árboles, toda ella cubierta de frondosas arboledas, con un cinturón de ríos y fuentes, que la regaban abundantemente, de modo que desde la parte más baja hasta las cimas, toda la región montañosa constituía una trama de sombreados bosques, sobre todo en las laderas y en las hendiduras profundas.

229. Contemplaron también las ciudades, las cuales estaban muy bien defendidas por dos circunstancias: las condiciones favorables del terreno donde se hallaban situadas y la solidez de sus murallas. Observaron asimismo a los naturales, y vieron que su número no tenía límites y que eran gigantes de enorme altura, o al menos, gigantescos en sus rasgos corporales, incomparables tanto por su gran tamaño como por sus fuerzas.

230. Habiendo observado estas cosas, permanecieron en el lugar con ánimo de formarse una idea más exacta, pues las primeras impresiones son inestables y difícilmente el tiempo las confirma. Además estaban muy interesados en recoger algunos frutos de árboles, no de aquellos cuyo desarrollo definitivo acababa de comenzar hacía poco, sino de los que ya empezaban a cargarse de frutos, para de ese modo tener algo que no se habría de corromper fácilmente, para mostrar a la multitud.

231. Lo que más los llenaba de asombro era el fruto de las viñas. Sus racimos eran de un tamaño extraordinario y se extendías por las ramas y brotes ante la mirada incrédula de ellos. Por ejemplo, habiendo cortado uno, lo colgaron en el centro de una vara cuyos extremos iban sobre los hombros de dos jóvenes, uno colocado delante y otro detrás, los que debieron ser sucesivamente relevados, ya que siempre los anteriores estaban agotados debido a la enormidad del peso. En cuanto a los asuntos fundamentales sus opiniones no estaban "acordes entre sí.

232. XLII. Innumerables fueron las controversias que se suscitaron en plena marcha aún antes de regresar; con todo no pasaron a mayores, por cuanto no querían que sus disputas ni las discrepancias en las informaciones produjesen una conmoción en la multitud. Después del regreso, sin embargo, las discrepancias tornáronse más graves.

233. Es que una parte de ellos, al descubrir las fortificaciones de las ciudades y cómo cada una de ellas estaba en extremo poblada, magnificaba todo en su relato provocando el temor entre los que escuchaban; en tanto que los otros, restando importancia a todo cuanto habían visto, los exhortaban a no dejarse abatir y a mantenerse firmes en lo de radicarse allí, en la seguridad de que lo lograrían al primer intento. 'Ninguna ciudad", decían, "podrá resistir al ataque conjunto de tan grande fuerza; y caerá doblegada bajo su peso". Unos y otros informantes trasmitían a las almas de los que escuchaban, los resultados de sus propios sentimientos; los timoratos, cobardía; los imperturbables, coraje y esperanzas.

234. Pero éstos últimos no eran sino la quinta parte de los temerosos, siendo éstos, a su vez, cinco veces más numerosos que los de ánimo elevado. Ahora bien, el coraje de unos pocos

pasa inadvertido frente a la timidez de un gran número; y eso fue lo que dicen que ocurrió también en aquella ocasión: pues, habiendo dos de aquellos expuesto las más excelentes soluciones, los diez que aseguraban lo contrario prevalecieron a tal punto, que toda la multitud se dejó arrastrar a una posición de disentimiento hacia los otros y de adhesión hacia ellos.

235. Con relación a la naturaleza del país todos expusieron una misma opinión, manifestando con unánime criterio que era hermoso tanto en la parte llana como en la montañosa; pero, tras ello, todo el pueblo gritaba: "¿Qué interés nos va a nosotros en bienes que pertenecen a otros y están protegidos con fuerzas tan poderosas que los hacen inconquistables?" Y, prefiriendo el halago del oído a lo conveniente, y el engaño a la verdad, se lanzaron contra los dos y por poco no los lapidaron.

236. Todo esto provocó la irritación del caudillo, quien al mismo tiempo estaba temeroso de que algún Divino castigo descendiera sobre los que de tal manera se empeñaban en no creer en Sus revelaciones. Y así ocurrió. Porque los diez exploradores cobardes perecieron víctimas de una pestilente enfermedad, junto con aquellos de la multitud que habían apoyado sus insensatas proposiciones. Sólo los dos que habían aconsejado no atemorizarse sino persistir en los intentos de establecerse allí se salvaron en razón de que habían sido obedientes a los oráculos, razón por la que les cupo el especial privilegio de no perecer a la par de los otros.

237. XLIII. Este incidente fue la causa por la que los hebreos, no llegaron sino más tarde a la tierra a donde iban a establecerse, En efecto, habiendo podido en el segundo año después de la partida de Egipto ocupar las ciudades de Siria y proceder al reparto de las tierras, se apartaron de la ruta directa y breve, y anduvieron errantes por regiones intransitables y dilatadas, al encuentro de sinsabores, que, uno tras otro, acarreábanles inacabables fatigas para el alma y el cuerpo, castigos que debían soportar por su gran impiedad.

238. Y así, treinta y ocho años, amén del tiempo ya transcurrido, es decir, la duración de una generación humana, los pasaron de un lado para otro, recorriendo en diversos sentidos profundos desiertos, y sólo al cabo de los cuarenta años llegaron a los límites del país a los que también habían llegado la vez anterior.

239.[38] En las proximidades de los accesos al país habitaban, entre otras gentes, algunas emparentadas con ellos, de las que pensaban que serían más que cualesquiera otras sus aliados en la guerra contra los habitantes de las ciudades vecinas, y cooperarían en todo lo relativo a la colonización; o que, por lo menos, si no se atrevían a eso, se abstendrían de intervenir con sus fuerzas y permanecerían neutrales.

[38] Para los parágrafos 239 a 249 ver Núm. XX, 14 a 21.

240. Los progenitores de ambas naciones, los de los hebreos y los de los habitantes de la región colindante con las ciudades, habían sido dos hermanos, hijos del mismo padre y de la misma madre, y además mellizos. Habiendo llegado a ser numerosa la familia de ambos, y como sus descendientes dispusieron de cierta abundancia de medios de subsistencia, uno y otro linaje habíase multiplicado hasta formar cada uno una grande y populosa nación. Pero una de ellas había permanecido ligada a la tierra de sus mayores; en tanto que la otra, habiendo, como se ha dicho, emigrado a Egipto a causa de la carestía de alimentos, retornó en tiempos posteriores.

241. Esta última, no obstante el largo tiempo que había permanecido desvinculada, en

contacto con pueblos que ninguna de las costumbres ancestrales guardaban ya y habían renunciado a las primitivas normas de vida en común, respetaba los comunes vínculos, entendiendo que corresponde a la humana naturaleza ofrecer algo y mostrarse generosa en nombre de los lazos de sangre.

242. La otra, por el contrario, había desnaturalizado todo cuanto fortalece tales lazos; y en sus costumbres, expresiones, determinaciones y hechos mostrábase implacable e irreconciliable, y mantenía vivo el fuego de una ancestral enemistad. Esta provenía del hecho de que el fundador de la nación,[39] después de haber por propia decisión vendido los derechos de primogenitura a su hermano, poco más tarde había reclamado aquello a lo que había renunciado, en abierta violación de lo convenido, y sentido deseos de verter su sangre, llegando a amenazarlo con la muerte si no se lo restituía. Y esta vieja enemistad de un solo hombre hacia otro se renovaba en la nación al cabo de tantas generaciones.
[39] Esaú, de quien descendían los edomitas.

243. Pues bien, el caudillo de los hebreos, Moisés, aunque la verdad es que estaba en condiciones de atacar y vencerlos sin mayores dificultades, no lo consideró justo, teniendo presente el mencionado parentesco, y se limitó a reclamar como cosa justa el uso del camino que atravesaba la región, prometiendo respetar todos los compromisos, no devastar el territorio, no llevarse ganado ni otro bien alguno, pagar el agua en caso de que tuvieran necesidad de ella, así como los otros productos que adquirieran para satisfacer sus necesidades. Pero ellos se opusieron con todas sus fuerzas a estas proposiciones y amenazaron con la guerra en el caso de que advirtieran que los hebreos hubieran cruzado los límites de su territorio o que simplemente se hubieran aproximado a ellos.

244. XLIV. Desagradable fue la impresión de los hebreos ante la respuesta, y ahora estaban dispuestos a tomar las armas. En tales circunstancias Moisés, colocado donde podía ser oído, les dijo: "Hebreos, vuestra irritación es razonable y justa. A nuestras honradas propuestas, hechas con espíritu cortés, han respondido con una vileza brotada de corazones malvados.

245. Pero, aunque merezcan ser castigados por su falta de humanidad, no por eso nos está permitido lanzarnos a tomar venganza contra ellos. Por el honor de nuestra nación, y para que también en esta ocasión los buenos nos distingamos de los malvados, hemos de averiguar no sólo si hay entre ellos quienes merecen castigo, sino también si corresponde que sea de parte de nosotros de quienes lo sufran".

246. Acto seguido se volvió y condujo a la multitud por otra ruta, ya que vio que los caminos de la región estaban todos protegidos por guarniciones apostadas por quienes ningún daño debían esperar, pero por envidia y maldad no permitían que atravesasen por la vía directa.

247. Esta era la más clara prueba de lo mal que les sabía la libertad de nuestra nación, pues sin duda se alegraban en la época en que ella soportaba la amarga esclavitud en Egipto, ya que aquellos a los que la prosperidad de sus vecinos produce dolor, no pueden menos que alegrarse por las desgracias de éstos, aunque no lo confiesen.

248. El caso es que los hebreos, en la suposición de que trataban con gentes que opinaban y deseaban lo mismo que ellos, les habían comunicado todo cuanto les había sucedido, penoso o placentero, sin saber que aquellos estaban muy avanzados en materia de depravación, y que, siendo sus sentimientos hostiles y malvados, se inclinaban a lamentarse por los prósperos sucesos y a complacerse por las adversidades de sus hermanos de raza.

249. Pero, aun después que la maldad de aquéllos hubo quedado al descubierto, los hebreos se vieron impedidos de usar la fuerza por orden de su caudillo, quien puso así de manifiesto dos de sus excelentes cualidades: la sensatez y los buenos sentimientos conjuntamente; la sensatez, que le hizo precaverse contra la posibilidad de cualquier desastre, y los sentimientos humanitarios, que le movieron a no desear siquiera castigar a quienes eran de su misma raza.

250.[40] XLV. Así pues, pasaron de largo sin entrar en las ciudades de aquellos; pero cierto rey de la región limítrofe, llamado Canana,[41] al anunciarle sus espías que la hueste en marcha se hallaba situada a no mucha distancia, pensó que se trataba de un tropa desorganizada y fácil de vencer si atacaba primero él. Lanzóse, pues, con la bien armada fuerza de hombres jóvenes de que disponía, y con un rápido ataque puso en fuga a los primeros que le hicieron frente, pues no estaban éstos preparados para la batalla, y, habiendo hecho algunos prisioneros, envanecido con el inesperado éxito y creyendo que doblegaría a todos los demás, continuó su avance.

[40] Para los parágrafos 250 a 254 ver Núm. XXI, 1 a 3.

[41] Evidente mala lectura de Filón. El texto bíblico dice: "...el rey cananeo de Arad".

251. Pero, los hebreos, lejos de haber sido dominados por la derrota de sus líneas avanzadas, habiendo cobrado mayor coraje aún que antes y apremiados por los deseos de remediar la apurada situación de los capturados, se estimulaban unos a otros a no cejar, diciendo: "¡Animo!, en este momento estamos penetrando en el país; seamos indoblegables con la seguridad que brinda el valor. El resultado se decide frecuentemente en los comienzos. Situados en las entradas del país, llenemos de consternación a sus habitantes y tengamos por nuestra la riqueza de sus ciudades, a trueque de la cual les dejaremos la indigencia en medios de vida que nos acompaña desde el desierto".

252. Y, a la par que se exhortaban recíprocamente de la manera dicha, prometían a Dios consagrarle a título de primicias del país las ciudades del rey y los ciudadanos de cada una de ellas. Dios aprobó las plegarias de los hebreos, e infundiéndoles valor, hizo que el ejército enemigo cayera en sus manos.

253. Ellos, tras haberlo apresado mediante un violento ataque, cumplieron sus promesas relativas a la consagración en acción de gracias, y, sin apartar para sí cosa alguna del botín, Le consagraron las ciudades con sus habitantes y recursos, y, en atención al acontecimiento, dieron a todo el reino el nombre de "Ofrenda".[42]

[42] Del contexto de Núm. XXI, 2 y 3 se infiere que el término *anáthema = ofrenda, consagración,* pero también *maldición, anatema,* está tomado aquí en esta segunda acepción. De allí que la ciudad y la región llevara en adelante el nombre de Jorma, que en hebreo quiere decir precisamente *anatema o maldición.* Sin embargo, Filón acomoda a su propósito el sentido del término y entiende que la denominación del lugar es *Ofrenda* o *Lugar de la ofrenda,* y conforme con esa interpretación ha sustituido más arriba el verbo *anathematízein* = *maldecir,* que aparece en el texto bíblico, por *anatithénai* = *consagrar.*

254. Es que, así como cada persona piadosa consagra a Dios las primicias de los frutos anuales, del mismo modo también la nación entera Le consagraba a título de primicia de su nuevo territorio el primer reino conquistado, como parte de la inmensa adquisición que sería el gran país en el que iban a habitar. Juzgaban que era cosa impía repartirse la tierra y establecerse en las ciudades sin antes haber hecho ofrenda de las primicias del país y sus ciudades.

255.[43] XLVI. Poco después, habiendo además hallado, en un pozo situado en la zona fronteriza, una fuente con buena agua, que proveyó de bebida a toda la multitud, sus almas se ensancharon cómo si no agua sino vino puro hubieran bebido. Movidos por la alegría y la dicha, los amados de Dios, luego de formar coros en torno del pozo, entonaron un nuevo cántico a Aquel que les daba el país como heredad propia; al verdadero guía de su peregrinaje; porque, no bien llegaban desde el inmenso desierto a la tierra habitada que estaba destinada a ser dominio de ellos, hallaban bebida abundante, y entendían que no debían seguir la marcha desde la fuente sin haberlo celebrado.
[43] Para los parágrafos 255 y 256 ver Núm. XXI, 16 a 18.
[44] Núm. XXI, 18.

256. Y con motivo pues, según es fama,[44] dicha fuente no había sido cavada precisamente por manos de simples particulares, sino era obra de reyes, que ambicionaron no sólo hallar agua sino la construcción misma del pozo, con miras a que en su magnificencia se advirtiera el carácter real de la obra y el poder y elevado espíritu de sus constructores.

257. Moisés, regocijado por la sucesión ininterrumpida de inesperados bienes, avanzó *más* aún, distribuyendo a los jóvenes entre la vanguardia y la retaguardia, y situando a los viejos, mujeres *y* niños en el centro, a fin de que tuviesen protección de una y otra parte, si alguna hueste enemiga atacaba de frente o por detrás.

258. XLVII. Pocos días después, habiendo entrado en el país de los amorreos, envió embajadores a su rey, Seón de nombre, haciéndole las mismas proposiciones que anteriormente había hecho al rey de su misma raza.[45] Seón no sólo contestó con insolencia a los que habían venido a él; y hubiera llegado a matarlos, a no mediar el impedimento de la ley de embajadas; sino además reunió a todo su ejército, creyendo que con un solo ataque alcanzaría la victoria" en la lucha.
[45] Ver el parágrafo 244.

259. Sin embargo, iniciada la batalla, se dio cuenta de que el encuentro no era contra enemigos descuidados y sin preparación, sino contra hombres expertos y realmente invencibles en la guerra, hombres que poco antes habían llevado a cabo muchos y grandes hechos valerosos y demostrado vigor corporal, grandeza de espíritu, y excelsa virtud, gracias a lo cual habían capturado con gran facilidad a sus oponentes, y se habían apresurado a consagrar a Dios los primeros trofeos, sin tocar nada del botín.

260. En esta ocasión ocurrió otro tanto. Con la sólida fortaleza que les proporcionaban esas determinaciones y aprestos se lanzaron contra el enemigo, contando, al mismo tiempo, con la ayuda irresistible de la justicia, alianza que los hacía combatientes más valientes y decididos aún.

261. La prueba es clara. No hubo necesidad de segunda batalla, y la primera fue la única; en ella toda la fuerza enemiga se desmoronó; y, desbaratada, fueron aniquilados todos sus hombres en edad de combatir.

262. Las ciudades quedaron vacías y llenas al mismo tiempo; vacías de sus antiguos moradores, llenas de los vencedores. Y otro tanto ocurrió con las residencias de campo: se vieron desocupadas de sus habitantes y recibieron a otros hombres, mejores en todo sentido.

263.[46] XLVIII. Esta guerra produjo alarma y temor en todas las naciones de Asia,

particularmente entre las de las zonas vecinas, por cuanto las perspectivas de duros acontecimientos eran para ellos más próximas. Pero uno de los reyes de las ciudades vecinas, llamado Balac, que tenía bajo su mando una parte extensa y muy poblada del este, se acobardó antes de que se iniciase la lucha. Resuelto a no enfrentar al enemigo cara a cara, quiso evitar los efectos devastadores de una guerra abierta librada mediante las armas; y, considerando que empleando determinadas imprecaciones podría dar por tierra con la irresistible fuerza de los hebreos, recurrió a augurios y adivinaciones.
[46] Para los parágrafos 263 a 293 ver Núm. XX a XXIV.

264. Vivía por entonces en la Mesopotamia un hombre muy renombrado como adivino, el que había aprendido los secretos de la adivinación en todas sus formas, pero era particularmente admirado por su experiencia en materia de predicciones, pues a muchas personas y en muchas ocasiones había revelado cosas increíbles e importantes.

265. Había predicho a unos abundantes lluvias en pleno verano, a otros sequías y elevadas temperaturas en medio del invierno, a otros escasez después de la abundancia; y, a la inversa, buenas cosechas después de las privaciones; a otros desbordamientos y agotamiento de ríos, a otros remedios de enfermedades pestilentes y de otras innumerables cosas. En cada una de estas predicciones había ido creciendo su reputación hasta ser famosísimo y alcanzar un gran renombre, ya que su prestigio incesantemente se propagaba y extendía hacia todas partes.

266. Hacia él envió Balac a algunos de sus cortesanos, y lo invitó a venir, ofreciéndole de antemano ciertos presentes y prometiéndole que le daría otros, al mismo tiempo que le hacía conocer el propósito para el que lo mandaba llamar. Pero el vidente, no tanto porque lo impulsase una convicción noble y firme, cuanto por darse aires de profeta distinguido, acostumbrado a no hacer cosa alguna en absoluto sin atenerse a los oráculos, se excusó diciendo que la Divinidad no le permitía ir.

267. Los enviados retornaron hacia el rey sin haber logrado nada; pero de inmediato fueron elegidos otros para la misma misión entre los personajes de mayor reputación, los que llevaron consigo más dinero y prometieron más abundantes regalos. 268. Seducido por los presentes ya ofrecidos y por la esperanza de los venideros, así como por deferencia hacia la jerarquía de los que lo invitaban, cedió, invocando una vez más con aviesa intención la voluntad Divina. Así pues, al día siguiente hizo los preparativos para el viaje y narró sueños, en los que, según decía, claras visiones que le habían acosado, le forzaban a no detenerse por más tiempo y a acompañar a los embajadores.
269. XLIX. Pero, cuando iba ya marchando, en el camino se le presentó una inequívoca señal de que el propósito tras el cual iba no era adecuado. En efecto, la bestia sobre la cual iba montado, mientras avanzaba derechamente, primero se detuvo de repente,

[270.] y luego, como si de la parte opuesta alguien la empujara con fuerza o la retuviera, se echó hacia atrás, y dirigiéndose una y otra vez hacia derecha e izquierda, y andando vacilante de aquí para allá, no se quedaba tranquila, como si tuviera la cabeza pesada por la embriaguez del vino; y golpeada muchas veces, no hacía caso de los golpes. Poco faltó para que de ese modo arrojase a tierra al jinete; y si bien éste se mantuvo montado, lo hizo sufrir a su vez.

271. Había, en efecto, cerca, a uno y otro lado del lugar, muros y setos; y, cada vez que el animal en sus movimientos chocaba contra ellos, su amo sufría apretones, golpes y desgarramientos en sus rodillas, canillas y pies.

272. Se trataba, evidentemente, de una Divina visión, que el animal contemplaba largo rato hacía, como acosándolo, por lo que se hallaba aterrado; en tanto que el hombre nada veía; lo que prueba su incapacidad de percepción. En efecto, él, que se vanagloriaba de ver no sólo el mundo sino también al Hacedor del mundo, era superado en visión por un animal irracional.

273. Cuando, al cabo, alcanzó a ver, no sin dificultad, al ángel que estaba frente a él; y no porque fuera digno de tal contemplación, sino para que se diera cuenta de su propia indignidad e insignificancia; se entregó a plegarias y súplicas, pidiendo ser perdonado por su error, que atribuía a ignorancia y no a libre determinación.

274. Y, aunque ese era el momento de desandar su camino, preguntó a la aparición si habría de retornar de nuevo a su casa. El ángel se dio cuenta de su simulación. ¿Qué necesidad, en efecto, tenía de preguntar algo tan claro, que llevaba en sí mismo las evidencias y no había menester de ser confirmado con palabras? Porque no vamos a afirmar que los oídos son más dignos de crédito que los ojos, y las palabras, más veraces que los hechos. Irritado por eso el ángel, le dijo: "Sigue tu camino y tus propósitos, que no te valdrá de nada, pues lo que habrás de decir te lo diré yo dictándotelo sin que intervenga tu entendimiento; y dirigiré tus órganos del habla de manera justa y conveniente. Yo llevaré las riendas de la palabra, y a través de tu lengua, sin que te des cuenta, pronunciaré cada una de las profecías".

275. L. Cuando el rey se enteró de que ya estaba cerca, le salió al encuentro acompañado de su escolta. Como es natural, el encuentro comenzó con saludos y muestras de amistad, a los que siguió un breve reproche por la tardanza y los reparos puestos al viaje. Luego tuvieron lugar los banquetes, los suntuosos agasajos y todas las otras demostraciones que es costumbre preparar para la recepción de huéspedes; cada uno con más magnífica y solemne pompa que el precedente, conforme con los reales deseos.

276. Al amanecer del día siguiente Balac llevó consigo al adivino a una colina, donde casualmente estaba erigida una columna en honor de cierta divinidad, a la que los comarcanos adoraban. Desde allí se contemplaba una parte del campamento hebreo, que el rey mostró al mago como desde una atalaya.

277. Este, tras contemplarla, dijo: "Lo que has de hacer, oh rey, es erigir siete altares y sacrificar en cada uno de ellos un becerro y un morueco. Yo, a mi vez, me retiraré a un lugar apartado y preguntaré a Dios qué debo decir". Alejóse de allí, y al instante le sobrevino una Divina inspiración, descendiendo sobre él el espíritu profético, el que arrojó desterrado de su alma a su arte adivinatorio, ya que era imposible que su falso saber de mago conviviese con una sacratísima inspiración. Retornó de inmediato, y, viendo los sacrificios y los altares con sus fuegos, hizo estas revelaciones, como mero trasmisor de lo que otro le dictaba:

[278.] 'Balac me envió a buscar desde la Mesopotamia, haciéndome realizar el largo viaje desde el este, para poder, mediante mis maldiciones, hacer un escarmiento en los hebreos. Pero, ¿de qué manera maldeciré yo a quienes Dios no ha maldecido? Con mis ojos los contemplaré desde las más altas montañas y con mi espíritu los percibiré; pero no sería capaz de dañar al pueblo que habitará solo, y no será contado como una nación más; y ello, no porque haya de corresponderle lugares de residencia aparte o un país separado, sino en virtud de caracterizarse por sus peculiares costumbres, sin que su convivencia con otros pueblos implique el abandono de sus hábitos ancestrales.

279. ¿Quién ha descubierto con exactitud las primeras simientes del origen de este pueblo?

Sus cuerpos fueron forjados mediante simientes humanas, pero sus almas tuvieron origen en simientes Divinas. Por ello alcanzaron un estrecho parentesco con Dios. ¡Ojalá muriera mi alma para la vida del cuerpo, para que fuera contada entre las almas de los justos, como resultan ser las almas de ellos!"

280. LI. Mientras oía estas cosas, Balac sufría atroz dolor en lo íntimo de su ser, y cuando aquél dejó de hablar, incapaz de contener su pasión le dijo: "¿No te avergüenzas de pronunciar súplicas por mis enemigos, cuando fuiste llamado para que los maldijeras? Sin darme cuenta me he engañado a mí mismo al considerarte amigo, mientras ocultamente formabas parte del bando de mis enemigos, cosa que ahora ha quedado en claro. Seguramente las dilaciones a que recurrías para no ponerte en marcha hacia aquí se debían a la adhesión hacia ellos, que ocultabas en lo profundo de tu alma, y a tu aversión hacia mí y los míos; que la prueba de lo incierto se halla en lo que está a la vista, según reza el antiguo proverbio".

281. El otro, liberado ya del estado de posesión le replicó: "Soporto la más injusta de las acusaciones, bajo el peso de la calumnia. Lo que digo, de ninguna manera me pertenece, y todo me lo dicta la Divinidad; y no es ésta la primera vez que digo esto y que tú lo escuchas; ya antes lo dije y tú lo escuchaste cuando respondí esas mismas cosas a los embajadores que enviaste".

282. El rey, sin embargo, creyendo o engañar al adivino o que la Divinidad cambiaría, y que con trocar los lugares cedería en la firmeza de Sus propósitos, trasladó al vidente hasta otro lugar, y desde una altísima colina le mostró una parte del ejército enemigo. Luego hizo elevar nuevamente siete altares, y, tras realizar el mismo número de sacrificios que la vez anterior, envió al adivino en procura de felices augurios y noticias.

283. Ya solo, sintióse éste súbitamente poseído y, (tras de regresar adonde estaba el rey),[47] sin entender nada, como si su razón anduviera por otra parte, pronunció estas proféticas palabras, puestas por otro en sus labios: 'Levántate, rey, y escucha. Ten el oído atento. El hombre puede ser engañado, pero Dios no; ni se arrepiente, como un hijo de hombre; y lo que una vez ha dicho lo cumple. Ninguna de Sus afirmaciones en absoluto deja de tener luego una firme confirmación en los hechos, puesto que para Él palabra y obra son una misma cosa. En cuanto a mí, es para bendecir para lo que fui elegido, y no para maldecir.

[47] En el texto griego falta este agregado, que intercalo por ser absolutamente necesario.

284. Las penurias y el dolor no tendrán cabida entre los hebreos. Protégelos magníficamente su Dios, el Que, entre otras cosas, disipó la violencia de los males de Egipto y guió a tantas miríadas de hombres como si se tratase de uno solo. Consecuencia de ello es que éstos no hacen caso de presagios ni de todos los demás recursos de la adivinación, pues confían solamente en el Soberano del mundo. Veo a ese pueblo elevarse como un cachorro de león y adquirir la majestad de éste. Las fieras le servirán de festín y su bebida será la sangre de los heridos; y, una vez saciado, no se entregará al reposo, sino permanecerá despierto entonando el himno de la victoria".

285. LII. Profundamente contrariado por haberle resultado opuestos a sus esperanzas los recursos de la adivinación, Balac le dijo: "Pues, amigo mío, no pronuncies maldiciones ni eleves súplicas; que es mejor el silencio sin peligros que las palabras que disgustan". Sin embargo, no obstante lo que acababa de decir, como si, inconstante en sus juicios, no se acordara ya de sus palabras, condujo al adivino hasta otro lugar, desde el cual le mostró una parte del ejército hebreo, y le incitó a que lo maldijera.

286. El mago, como que era peor aún que el rey, a pesar de que frente a las acusaciones había esgrimido la única justificación verdadera, vale decir, que nada de lo que decía era pensamiento propio, y que, cuando estaba poseído e inspirado, daba a conocer los pensamientos de otro; y a pesar también de que no correspondía insistir y sí retornar a su casa; no obstante eso, siguió adelante con más empeño todavía que quien lo incitaba. Movíalo a ello, en parte, un gran vicio, la presunción; y, en parte, la complacencia que su espíritu hallaba en el maldecir, no obstante que le había sido prohibido que empleara su voz para ello.

287. Y habiendo llegado a un monte, mayor aún que los anteriores y de gran extensión, mandó que se cumpliera el mismo sacrificio después de erigir, una vez más, siete altares, y llevar catorce víctimas, dos a cada altar, un becerro y un morueco. Pero él, contrariamente a lo que cabía esperar, esta vez no fue a buscar revelaciones y presagios; pues grande era la aversión que le había cobrado a su oficio, como si sus acertadas conjeturas hubieran perdido todo el brillo, al modo de una pintura que se ha tornado borrosa con el correr de los años. Por otra parte, aunque con dificultad, se había dado cuenta de que el propósito del rey que había alquilado sus servicios no estaba en armonía con él deseo de Dios.

288. Volviendo, pues, su cara hacia el desierto, vio a los hebreos acampados por tribus, e, impresionado por su número y su orden, más propios de una ciudad que de un campamento, sintióse dominado por la inspiración y pronunció estas palabras:

[289] "He aquí lo que dice el hombre que ve realmente, el hombre que contempló en sueños una clara visión de Dios a través de los nunca dormidos ojos del alma. ¡Cuan hermosas son tus residencias, ejército de los hebreos! Tus tiendas son como sombreadas arboledas, como un jardín junto a un río, como un cedro junto al agua.

290. De entre vosotros surgirá un día un hombre, que regirá a muchas naciones y cuyo reino, engrandeciéndose día tras día, será exaltado hacia las alturas. Este pueblo ha tenido como guía de todo su camino desde Egipto a Dios, quien conduce a la multitud formada en una sola columna.

291. Por ello devorará muchas naciones enemigas, tomará todo cuanto en ellas haya de graso hasta la médula, y con sus dardos lanzados hábilmente destrozará a los malvados. Se reclinará y descansará como un león o cachorro de león, en soberbia actitud, sin temer a nadie e infundiendo terror a los demás. ¡Desdichado de aquel que en un impulso de locura lo despierte! Dignos de bendición son aquellos que lo bendicen; merecedores de maldición aquellos que lo maldicen".

292. LIII. La indignación del rey ante estas palabras fue inmensa, y dijo: "Se te llamó para que maldijeras a mis enemigos, y llevas ya hechas tres plegarias en favor de ellos. Huye rápido, que la cólera es una pasión violenta, y no sea que, sin proponérmelo, te haga algún daño.

293. ¡Oh el más insensato de los hombres, de cuan grande número de riquezas y regalos, de cuan inmensa fama y gloria te has privado tú mismo por tu locura! Retornarás desde este país extranjero a tu tierra sin llevar contigo bien alguno y sí vituperio, amén de no poca vergüenza, según parece, pues a tal punto has puesto en ridículo aquellas sabias prácticas de que te vanagloriabas antes".

294.[48] El otro, a su vez, le dijo: "Todas mis anteriores palabras eran eco de predicciones y oráculos. Las que voy a decirte son sugerencias de mi propia determinación". Y, tomándole la diestra, le aconsejó de persona a persona los medios con los que prevenirse contra el ejército contrario, en la medida de lo posible. Con ello se declaró a sí mismo convicto de la más grande de las impiedades. Podríamos, en efecto, decirle: "Si los oráculos te impusieron lo contrario, ¿por qué das consejos a título personal, como si tus consejos fueran más eficaces que las Divinas revelaciones?"
[48] Para los parágrafos 294 a 299 ver Núm. XXI, 16.

295. LIV. Veamos, pues, examinemos de qué manera las hermosas recomendaciones de éste habían sido elaboradas para alcanzar una indiscutida victoria sobre revelaciones que jamás pueden ser vencidas. Sabiendo que el único camino para doblegar a los hebreos era el apartar a éstos de sus normas de vida, procuró conducirlos, a través del libertinaje y la incontinencia, a otro mal mayor, como es la impiedad; para lo cual les tendió el cebo del placer.

296. Dijo, en efecto: "Hay, oh rey, en el país mujeres que sobrepasan a otras en hermosura; y por cosa alguna es más fácil de cautivar el hombre que por medio de la belleza de una mujer. Si tú permites que las más hermosas les ofrezcan sus cuerpos y se prostituyan por dinero, atraparán a la juventud de tus enemigos".

297. Pero será preciso instruirlas para que no se entreguen inmediatamente a los que desean sus atenciones. El cosquilleo de los melindres despierta con mayor ímpetu los impulsos y enciende la pasión de los amantes. Y, una vez esclavos de los deseos, se avienen a hacerlo y sufrirlo todo.

298. Al amante en estas disposiciones una de las que están preparadas para hacerlo su presa, deberá decirle: 'Te está vedado gozar de mi compañía, hasta que hayas abandonado los hábitos de tus antepasados y, trocándolos por otros, honres las cosas que yo honro. Prueba manifiesta de la firmeza de tu cambio sería que quisieras tomar parte en las mismas libaciones y sacrificios que nosotros ofrecemos a las imágenes de piedra y de madera, y a las demás estatuas'.

299. El amante, atrapado, como está, en las redes de sus muy variados atractivos, de su hermosura y de su cautivante elocuencia; sin replicar nada, neutralizada su capacidad de discernir, acatará para su desdicha las imposiciones, incorporado ya a la lista de esclavos de la pasión".

300.[49] LV. Eso fue lo que aconsejó el mago. El rey, pensando que no había andado desacertado en lo que había dicho, haciendo caso omiso de la ley sobre adulterios, y dando por no existentes las referentes a la corrupción y la prostitución, como si no hubieran sido establecidas absolutamente, permitió que las mujeres, sin restricción alguna tuvieran relaciones con los que quisieran.
[49] Para los parágrafos 300 a 304 ver Núm. XXV,

301. Concedida la impunidad, aquéllas atrajeron a una inmensa cantidad de jóvenes, habiendo previamente pervertido, y mucho, su inteligencia, y conducido a los mismos a la impiedad mediante sus imposturas. Pero, al fin, Fineas, hijo del sumo sacerdote, profundamente indignado por lo que sucedía, ya que ante sus ojos resultaba sumamente terrible el hecho de que al mismo tiempo entregaran sus cuerpos y sus almas, aquéllos a los placeres y éstas a la violación de las leyes y la impiedad, dio muestras de un juvenil ardor digno de un hombre de

elevadas dotes.
302. Vio, en efecto, que uno de los de su raza hacía sacrificios y visitaba a una ramera, y eso sin bajar el rostro hacia el suelo ni intentar pasar inadvertido para los más, ni disimular, como es lo usual, la entrada, sino, por el contrario, exhibiendo su incontinencia con desvergonzado atrevimiento y alardeando de su ridícula actitud como si se tratara de una honrosa acción; y, con inmensa amargura y lleno de justa cólera, lanzóse contra ambos, el amante y su amiga, cuando aún estaban acostados en el lecho, y los mató y les amputó además los órganos genitales por haber sido instrumentos de ilícitas relaciones sexuales.

303. Al observar este ejemplo, algunos de los llenos de celo por la continencia y la piedad religiosa, respondiendo a una orden de Moisés, imitaron a aquél, exterminando a todos los jóvenes parientes y amigos que habían tomado parte en ritos en honor de ídolos fabricados por el hombre; y así purificaron a la nación de esa mancha mediante el implacable castigo de los que estaban en falta, en tanto que a los demás les respetaron la vida en vista de las clarísimas pruebas que habían dado de su piedad. De ninguno de los convictos de su misma sangre se apiadaron, no moviéndolos la misericordia a pasar por alto las iniquidades de los mismos, pues entendían que el darles muerte con sus propias manos no menoscababa su integridad en nada; y por ello a ningún otro confiaron la misión de ejecutar el castigo, misión que encerraba para sus ejecutores un verdadero galardón en el más alto sentido.

304. Veinticuatro mil, dicen, perecieron en un solo día, con lo que se extinguió al punto la común inmundicia que manchaba a todo el ejército. Cuando la purga hubo llegado a su término, Moisés reflexionó sobre el modo de procurar el justo premio por su heroica acción al hito del sumo sacerdote, que había sido el primero en lanzarse a la venganza. Pero Dios se le adelantó y a través de Sus oráculos brindó a Fineas el más grande de los bienes: la paz bien que ningún hombre es merecedor de alcanzar; y, además de la paz, la plena posesión del sacerdocio, como inviolable patrimonio para sí y para su familia.[50]
[50] Ver *Sobre la ebriedad* 75 y 76; *Sobre la posteridad de Abel y Caín* 183 y 184, y *Sobre la confusión de las lenguas* 57.

305.[51] LVI. Una vez que los males intestinos hubieron llegado del todo a su fin, y hubieron, además, perecido todos aquellos sobre los que pesaba la sospecha de deserción y traición, pareció llegada una muy conveniente oportunidad para emprender la guerra contra Balac, hombre que había maquinado y llevado a cabo numerosas iniquidades; lo primero, contando con los buenos oficios del adivino, de quien él había esperado que fuera capaz de arruinar el poder de los hebreos con maldiciones; y lo segundo, echando mano al descaro y licencia de las mujeres, que corrompieron los cuerpos con actos de libertinaje y las almas con la impiedad.
[51] Para los parágrafos 305 a 318 ver Núm. XXXI.

306. No consideró Moisés conveniente que entrara en combate la totalidad del ejército, porque sabía que las multitudes, en su excesivo número, fracasan por su misma condición, y, a la vez, porque consideraba ventajoso que hubiera reservas para acudir en ayuda de los que realizaran el primer esfuerzo. Escogió, por lo tanto, la mejor parte de los hombres en edad militar, mil de cada tribu, doce millares en total, pues ese era el número de las tribus; y eligió como general a Fineas, que ya había dado pruebas de su coraje guerrero; y, tras sacrificios favorables, envió a sus soldados, a los que animó en estos términos:

[307.] "La presente contienda no es para imponer nuestro dominio ni para apropiarnos de las posesiones de otros, objetivos únicos o principales de las otras guerras; sino en pro de la

piedad y la santidad, de las que nuestros contrarios alejaron a nuestros parientes y amigos, convirtiéndose en causa indirecta de la mísera muerte de sus víctimas. 308. Sería absurdo que, tras haber llegado a matar con nuestras propias manos a familiares nuestros que transgredieron las leyes, no hiciéramos otro tanto con enemigos que han cometido faltas más graves aún; y que, después de exterminar a los que aprendieron a delinquir, dejáramos sin castigo a los que los forzaron y enseñaron a hacerlo, a los verdaderos culpables de cuanto hicieron y experimentaron aquellos".

309. LVII. Fortalecidos por sus exhortaciones y encendida la innata hidalguía de sus almas, ellos se lanzaron a la lucha con indomable resolución, como hacia una victoria segura; y tal fue el vigor y la osadía de que hicieron gala en el encuentro, que exterminaron a sus oponentes, y ellos regresaron todos sanos y salvos, sin que ni un solo hombre hubiera sido muerto o herido.

310. Quien, sin estar al tanto de lo sucedido, los hubiera visto llegar de retorno, hubiera pensado que regresaban no de una guerra o batalla, sino más bien de alguna de las demostraciones militares que suelen tener lugar en plena paz y que sirven de ejercicios y prácticas de los que, entre amigos, se preparan para los combates contra enemigos.

311. Mediante la destrucción y el incendio hicieron desaparecer las ciudades, de modo que nadie hubiera podido decir si primitivamente habían estado habitados esos lugares. Y, habiendo traído un número incalculable de prisioneros, creyeron justo dar muerte a los hombres y mujeres; a los primeros por haber concebido designios y actos injustos; y a las mujeres por haber seducido a la juventud hebrea, convirtiéndose en partes responsables de sus licencias, de su impiedad y finalmente de su muerte. En cambio, fueron indulgentes con los niños y doncellas de muy pocos años, ya que su misma edad les hacía acreedores al perdón.

312. Dueños de inmensas riquezas merced al gran botín sacado de los palacios y de las casas particulares, así como de las residencias, retornaron al campamento con todos los bienes obtenidos de los enemigos.

313. Moisés alabó al general, Fineas, y a los que se habían alistado a sus órdenes por los felices resultados y porque no se habían lanzado en procura de beneficios pensando en apoderarse del botín para su exclusivo provecho, sino lo habían colocado en el común depósito para que los que habían permanecido en las tiendas tuvieran también su parte. Luego prescribió que permanecieran fuera del campamento unos días, y que el sumo sacerdote purificara de la sangre derramada a los integrantes de la fuerza común que retornaban de la batalla.

314. Es que, si bien es lícito el exterminar enemigos, con todo el que mata a un hombre, aun cuando lo haga con derecho, en defensa propia y forzado, resulta en cierto modo responsable en nombre del supremo y común parentesco de todos los hombres. De allí la necesidad de que los matadores fuesen purificados, a fin de que se liberaran de lo que "se consideraba una contaminación producida por la matanza.

315. LVIII. No mucho tiempo después distribuyó Moisés el botín, dando la mitad de él a los que habían combatido, que eran pocos comparados con los que habían permanecido inactivos; en tanto que la otra mitad la dio a los que se habían quedado en el campamento. Consideraba, en efecto, que era justo darles a éstos parte de lo ganado, pues habían participado en la lucha, si bien no con sus cuerpos, sí con sus almas, como que las reservas no son inferiores en celo a

los que combaten, y la inferioridad de su papel es sólo cuestión de tiempo y se debe a que otros les han precedido en la lucha.

316. Una vez que los menos recibieron una porción mayor, por haber afrontado primeros el peligro; y que los más obtuvieron una menor, pues habían permanecido en sus reductos, Moisés creyó necesario consagrar las primicias de la totalidad del botín. Y así, las reservas contribuyeron con la quinquagésima parte, y los que habían ido a la lucha, con la quingentésima. De estas primicias dispuso que las provenientes de los que habían combatido se entregaran al sumo sacerdote, y que las de los que habían permanecido en el campamento se dieran a los servidores del templo, llamados levitas.

317. Los jefes con comando sobre mil y sobre cien hombres y la restante multitud de oficiales inferiores ofrecieron por propia iniciativa primicias especiales en reconocimiento por su propia conservación y la de los que habían combatido bajo sus órdenes por la victoria, que había sido superior a toda ponderación. Estas ofrendas consistían en todos los adornos de oro que cada uno obtuvo en el botín, y vasos de inmenso valor, también fabricados de oro. Todo ello recibió Moisés, y, alabando la piedad de los donantes, lo colocó en el sagrado tabernáculo para perpetuar el recuerdo de la gratitud de esos hombres.

318. Excelente, por cierto, fue el reparto de las primicias ofrecidas. Las de los que no tomaron parte en la lucha, dado que evidentemente sólo les cabía la mitad del mérito, es decir, el celo pero no la acción, las asignó a los servidores del templo; las de los combatientes, en cambio, que habían servido con sus cuerpos y sus almas, demostrando así una grandeza plena, las dio al que presidía a los servidores del templo, o sea, al gran sacerdote; y las de los jefes de divisiones, por proceder de quienes ejercían el mando, las destinó para el Soberano de todas las cosas, que es Dios.

319.[52] LIX. Todas estas guerras se llevaron a cabo, sin que todavía atravesasen el río del país, el Jordán, contra los habitantes de la tierra rica y fértil del otro lado,[53] en la que había una extensa llanura, abundante en trigo y excelente proveedora de forraje para el ganado.
[52] Para los parágrafos 319 a 333 ver Núm. XXXII.
[53] Es decir, la región llamada posteriormente Transjordania.

320. Cuando las dos tribus criadoras de ganado,[54] que sumaban la sexta parte de todo ti ejército, contemplaron esta zona, suplicaron a Moisés que les permitiera establecerse y tomar allí sus parcelas de tierra. Aseguraban que se trataba de un lugar sumamente ventajoso para el cuidado y apacentamiento de los ganados, pues estaba bien regada, tenía abundante forraje y producía sin necesidad de cultivo cantidades incalculables de hierba para las ovejas. 321. Moisés, sin embargo, pensando que lo que ellos pretendían era anticiparse en el reparto y alcanzar el premio antes del momento oportuno, y además evitarse la participación en las guerras que sobrevendrían, como que un número mayor aún de reyes con autoridad sobre la región allende el Jordán estaban ya aguardándolos, sumamente disgustado, les respondió con acritud en estos términos:
[54] Las de Gad y Rubén.

[322.] "¿Permaneceréis aquí sentados para disfrutar de un ocio y una holganza fuera de tiempo, en tanto que las guerras que aún restan oprimen a vuestros parientes y amigos? ¿*Y* serán los premios entregados exclusivamente a vosotros, como si todo vuestro cometido hubiera concluido felizmente, y los otros seguirán soportando batallas, trabajos, tribulaciones y los mayores peligros?

323. Pero no; no es justo que vosotros cosechéis la paz y los beneficios de la paz, y que los otros luchen enfrentando a enemigos y males indecibles ni que el total resulte ser un simple accesorio de una parte, ya que, por el contrario, es en atención a la totalidad que las partes tienen derecho a poseer sus porciones.

324. Todos tenéis los mismos derechos, una sola es la raza, vuestros padres son los mismos, una la cosa, las costumbres las mismas, las leyes comunes, y así otras cosas innumerables, cada una de las cuales estrecha vuestros lazos de parentesco y se presta para engendrar buenas disposiciones hacia los demás. ¿Por qué, entonces, si habéis sido engendrados con derecho a igual participación en los asuntos más importantes y vitales, habéis de tener privilegios en las distribuciones, cual si fuerais gobernantes y amos despreciado-res de sus subordinados y esclavos?

325. Hubieran debido serviros de lección los golpes sufridos por otros; pues es propio de hombres sensatos el no aguardar a que las calamidades hayan caído sobre ellos. Sin ir más lejos, tenéis ejemplos que os son familiares en aquellos padres vuestros que exploraron este país, y en sus desgracias y en las de los que compartieron su desaliento, todos los cuales murieron menos dos. Aunque no deberíais permitir que se os considere iguales a ninguno de tales hombres, tratáis de imitar su cobardía, oh vacíos de entendimiento, en la creencia de que no habéis de convertiros en una más fácil presa; y dais por tierra con los desvelos de aquellos que están dispuestos a obrar viril y noblemente, pues contribuís a que sus espíritus se paralicen y enerven.

326. Por ello, al apresuraros a delinquir, os apresuráis también a ir en busca del castigo, ya que la justicia si bien tiene por norma el ponerse en movimiento sin prisa, una vez que lo ha hecho, avanza aceleradamente y echa mano a los fugitivos.

327. Cuando, pues, los enemigos estén todos aniquilados y nada permita suponer que alguna guerra nos aguarde ya; cuando los que han combatido junto con los demás, al rendir cuenta de sus actos sean tenidos por irreprochables por no haber consumado ni deserciones de sus compañías o del ejército, ni ningún otro acto de los que favorecen la derrota; y, por el contrario, quede en claro que se han mantenido firmes de cuerpo y alma desde el principio hasta el fin; cuando, además, todo el país esté despoblado de sus anteriores habitantes en ese momento serán entregadas equitativamente las distinciones y recompensas a las tribus".

328. LX. Ellos aceptaron la admonición dócilmente, a la manera de hijos bien nacidos ante un padre muy benévolo. Sabían, en efecto, que sus palabras no dejaban traducir la arrogancia propia de los que poseen el poder; que se interesaba por todos, que respetaba la justicia y la equidad, que su odio a la maldad jamás tendía al reproche y sí a la corrección de los que eran capaces de mejorar. Así pues, le dijeron: Tu indignación está justificada si lo que supones tú es que sentimos apremio por abandonar la alianza anticipadamente y recibir nuestras porciones antes de tiempo.

329. Pero es preciso que sepas sin lugar a dudas que nada de lo que corresponde a la virtud nos intimida, por muy fatigoso que sea. Y entendemos que son acciones virtuosas el obedecer a un jefe como tú eres, el no echarse atrás en los momentos difíciles, y el ocupar nuestro lugar en todas las campañas que nos aguardan hasta que las cosas lleguen a un feliz término.

330. Nosotros, pues, como lo hemos hecho hasta ahora, ocuparemos nuestro lugar en las filas

y atravesaremos el Jordán con todos nuestros pertrechos, sin dar pretexto para que ninguno de nuestros hombres de armas se quede atrás. En cambio, nuestros hijos muy niños aún, nuestras hijas, nuestras mujeres y nuestros innumerables rebaños, si tú lo permites, permanecerán allí. Nosotros construiremos antes casas para las mujeres y niños, y establos para los animales, pues, de lo contrario, sin muros ni guardias que los protejan, pueden sufrir algún desastre en manos de merodeadores antes de nuestro retorno".

331. Moisés, con rostro amable y con voz más suave, les dijo: "Si lo que decís es cierto, tened por vuestro de firme lo que habéis pedido que se os adjudique. Dejad a vuestras mujeres, hijos y ganados, como solicitáis; y que vuestros escuadrones atraviesen el río con los demás, armados y prestos para la batalla, como para combatir de inmediato si fuere necesario.

332. Más tarde, cuando todos los enemigos sean aniquilados, y, reinando la paz, los vencedores se dividan el país, también vosotros retornaréis hacia los vuestros para gozar de los bienes que os correspondan y recoger los beneficios de la porción que habéis elegido".

333. Habiéndoles él dicho y prometido estas cosas, ellos, llenos de ánimo y alegría, establecieron a los suyos conjuntamente con sus ganados a salvo en lugares fortificados difíciles de tomar, la mayor parte de las cuales consistía en construcciones hechas por ellos mismos. Luego, tras tomar las armas, corrieron a sus puestos con más entusiasmo aún que los otros combatientes, como si sólo ellos fueran a luchar o fueran los primeros entre todos que habían de entrar en combate. Es que el hecho de recibir anticipadamente algún beneficio torna al hombre más dispuesto a colaborar en la lucha, pues piensa que no se trata ya de contribuir simplemente sino de pagar una deuda obligada.

334. Quedan, pues, narrados los hechos de Moisés en su papel de rey.[55] En lo que sigue hemos de exponer cuanto llevó a buen término en el ejercicio del sumo sacerdocio y como legislador, poderes éstos que poseyó como ¡os más apropiados complementos de la realeza.

[55] Como en otros lugares, Filón aplica a Moisés el título de *basiléus = rey,* entendiendo que, aunque en el protocolo del legislador no figuraba tal título, su mando equivalía al de un rey.

SOBRE LA VIDA DE MOISÉS

(DE VITA MOSIS)

SOBRE LA VIDA DE MOISÉS II

1. .I El primero de estos dos tratados se ocupa del nacimiento y crianza de Moisés, así como de su educación y de su gobierno, que ejerció de manera no solo irreprochable sino altamente elogiable. Trata asimismo de su actuación en Egipto y durante las marchas hacia el Mar Rojo y a través del desierto, obras que superan cuanto pueden expresar las palabras; y se completa con las dificultades que supo superar, y con los repartos parciales [1] de territorios entre sus huestes. El que ahora componemos abarca los asuntos que guardan relación e ilación con los anteriores.

[1] *Parciales* porque sólo se habían asignado los territorios de dos tribus: la de Gad y la de Rubén.

2. Porque, como se ha dicho, y no sin acierto, los estados alcanzan progresos en orden a su mejoramiento únicamente si los reyes son filósofos o los filósofos son reyes.[2] Y en lo que hace a Moisés es evidente, y por demás, que no solamente estas dos facultades: la real y la filosófica, puso de manifiesto concentradas en su sola persona, sino también otras tres: la que atañe a la legislación, la que corresponde al sumo sacerdocio y la vinculada a la profecía.

[2] Platón, República V, 473 d.

3. Sobre estas tres facultades hemos resuelto escribir ahora, convencidos de que es conveniente que todas ellas se den combinadas en una misma persona. Tal, en efecto, es el caso de Moisés, quien por la providencia de Dios llegó a ser rey, legislador, sumo sacerdote y profeta, y en cada una de estas funciones alcanzó los más altos méritos. Pero es preciso que aclare por qué razón deben todas ellas combinarse en la misma persona.

4. Ordenar lo que corresponde hacer y prohibir lo que no corresponde que se haga es cosa que compete a un rey; pero, como el ordenar lo que debe hacerse y el prohibir lo que no debe hacerse es privativo de la ley, resulta claro que el rey es una ley viviente, y la ley un rey justo.[3]

[3] Ver *Sobre Abraham* 5.

5. Pero aquel que es rey y legislador debe tener en cuenta no sólo las cosas humanas sino también las Divinas, puesto que sin la Divina asistencia no llegan a buen término las obras de los reyes y de sus súbditos. Y esa es la causa por la que el rey no puede prescindir del sumo sacerdocio, que le permite, merced a ritos perfectos y al perfecto conocimiento del servicio de Dios, suplicar a Aquel que es misericordioso y acoge favorablemente las plegarias que aleje de él y sus gobernados los males y los haga partícipes de los bienes. ¿Cómo, en efecto, no habrá de asegurar Dios un feliz resultado a esas súplicas, si es benévolo por naturaleza y entiende que aquellos que Le prestan un genuino servicio son dignos de un preferente trato?

6. Pero hay innumerables cosas, así humanas como Divinas, que no resultan claras para el rey, legislador y sumo sacerdote, quien no deja de ser una creatura mortal, aunque haya llegado a adquirir un patrimonio tan copioso de medios para alcanzar el éxito en sus empresas; y por ello forzoso fue que Moisés alcanzara también el don de la profecía, a fin de que cuanto no estaba en condiciones de aprehender con el discernimiento, lo descubriese por obra de la

providencia de Dios. La profecía, en efecto, avanza hasta aquellas verdades que la inteligencia no puede alcanzar.

7. La unión formada por estas cuatro facultades es hermosa y armoniosa en sumo grado. Entrelazadas y ligadas entre sí, operan al son de un mismo ritmo recibiendo y devolviendo mutuos beneficios, a semejanza de las vírgenes Gracias, las que por una inmutable ley de la naturaleza son inseparables, y a propósito de las cuales puede con razón decirse, tal como se acostumbra decir acerca de las virtudes, que quien posee una de ellas las posee todas.[4]
[4] Diógenes Laercio VII, 125.

8. II. En primer lugar me he de referir a las condiciones propias de la facultad legislativa. Pues bien, es cosa clara que aquel que va camino de convertirse en un excelente legislador debe poseer todas las virtudes de manera acabada y completa. Pero, puesto que en las familias hay algunos vinculados por el más próximo de los parentescos, y otros por parentescos lejanos, sin que por ello dejen de ser parientes unos de otros todos, también en las virtudes hemos de tener presente que unas están más estrechamente ligadas a determinadas actitudes, en tanto que otras les son menos afines.

9. Con la actividad legislativa están muy especial y estrechamente emparentadas estas cuatro virtudes: el amor a la humanidad, el amor a la justicia, el amor al bien y el odio a la maldad. Cada una de ellas constituye un acicate para aquel que se siente impulsado por la vocación de ser legislador. El amor a la humanidad le enseña cómo poner al servicio de todos sus experiencias relativas al bien común; la virtud de la justicia, cómo se ha de rendir culto a la equidad y asignar a cada uno lo que le corresponde; el amor al bien, a acoger todo lo que es bueno por naturaleza y procurarlo con mano pródiga a cuantos lo merecen, para que hagan ilimitado uso de ello; y el odio a la maldad, a mirar con malos ojos a aquellos que deshonran a la virtud, considerándolos enemigos del género humano; y a hacerles sentir el peso de la justicia.

10. Si grande cosa es, pues, el que a alguien le sea dado alcanzar una sola de dichas virtudes; maravilloso es, indudablemente, el poder adquirir de manera firme todas ellas conjuntamente. Y esto último, al parecer, solamente lo logró Moisés, quien puso claramente de manifiesto tales virtudes en sus disposiciones legales.

11. Lo reconocen así quienes están familiarizados con nuestros libros sagrados, libros que él, a no poseer tales cualidades, no hubiera escrito bajo la Divina guía, y que legó para uso de aquellos que lo merecen, como el más excelente de los bienes; y que son imágenes e imitaciones de los modelos que llevaba grabados en su alma, como también lo son las leyes [5] que en ellos se dan a conocer, y que atestiguan de manera clarísima dichas virtudes.
[5] Del pasaje parecería desprenderse que Filón considera que lo esencial de los libros sagrados son los relatos y descripciones, siendo las leyes en sí, si no un mero anexo, en todo caso una parte muy especial como para destacarla del resto del contenido de los mismos. Esto es, por lo menos, lo que sugiere lo de *"también las leyes..."*

12. III. De que Moisés fue el mayor de todos los legisladores de todos los países, así de los legisladores que han existido entre los griegos como de los que han vivido entre los no helenos; y de que sus leyes son las más excelsas y verdaderamente Divinas, no faltando en ellas nada de lo necesario, es prueba clarísima lo siguiente.

13. Cualquiera que se detenga a considerar el destino que ha cabido a las instituciones de

otros pueblos, se encontrará con que han experimentado cambios por innumerables razones: guerras, opresiones y otras suertes de obstáculos que los vaivenes de la fortuna han precipitado sobre ellas. Muchas veces también, ha sido la lujuria, la que, desmesuradamente acrecentada por la abundancia de provisiones y cosas superfluas, ha dado en tierra con las leyes, ya que el común de la gente, no siendo capaz de emplear bien el exceso de bienes, llega a saciarse y se torna violenta; y la violencia es enemiga de la ley.

14. Las leyes de Moisés, en cambio, las únicas firmes, fijas, inconmovibles, estampadas con los sellos de la naturaleza misma, permanecen inalteradas desde el día en que se redactaron hasta hoy, y todo permite suponer que permanecerán tales como son por todo el tiempo venidero, como si fuesen inmortales, mientras el sol, la luna y todo el cielo y el mundo existan.

15. Así, habiendo la nación experimentado tantos y tan grandes cambios, unos hacia la prosperidad y otros en sentido opuesto, nada, ni siquiera la más pequeña de sus disposiciones ha variado; porque todos, como es notorio, han guardado el debido acatamiento a su venerable y Divino carácter.

16. Y si a tales leyes no las ha menoscabado ni el hambre ni la epidemia ni las guerras ni los reyes ni los déspotas ni los rebeldes embates del alma, del cuerpo, de las pasiones y de los vicios, ni otra calamidad alguna enviada por Dios o de humano origen, ¿qué mayor prueba que esa, de que poseen una calidad envidiable y superior a toda ponderación?

17. IV. Pero, aunque con razón cabe pensar que es cosa grande de por sí el hecho de que a través de tanto tiempo se hayan conservado dichas leyes de manera firme, esto no es todavía lo verdaderamente admirable. Hay algo más asombroso aún, y es que no sólo los judíos sino casi todos los otros pueblos, y en especial aquellos entre los que la virtud ha gozado de más elevado concepto, paralelamente con el crecimiento de la pureza de sus costumbres han tendido a acogerlas y a tenerlas en alta estima. Esta es, en efecto, la especial distinción que ellas han alcanzado y que a ninguna otra legislación ha correspondido.

18. La prueba está a la vista. Entre los estados griegos y entre los no griegos ninguno hay, prácticamente, que tenga un buen concepto de las leyes de otro; y difícilmente conservan a perpetuidad las propias, ya que las adaptan a las vicisitudes de los tiempos y las circunstancias.

19. Los atenienses ven con malos ojos las costumbres y leyes de los lacedemonios, y éstos las de los atenienses. Y otro tanto ocurre entre los pueblos no helenos: los egipcios no respetan las leyes de los escitas, ni los escitas las de aquellos; ni, para hablar en general, los habitantes de Asia, las de los de Europa; ni las naciones de Europa las de las naciones asiáticas. Por el contrario, podemos afirmar que desde el occidente hasta el oriente no hay país, nación o estado que no sienta desapego por las leyes extranjeras, y no piense que, despreciando las de los otros, aumentará el crédito de las propias.

20. Con nuestras leyes no pasa lo mismo. Ellas despiertan y atraen el interés de todos, de los no griegos, de los griegos, de los habitantes del continente, de los isleños, de las naciones del este y del oeste, de Europa y Asia, de todo el mundo habitado, de un extremo al otro.

21. ¿Quién, en efecto, no respeta aquel sagrado séptimo día, concediendo un descanso y un alivio en los trabajos tanto a sí mismo como a los que viven junto a él, no sólo a los libres sino

también a los esclavos, y más aún, también a las bestias?

22. El alto en las tareas alcanza también al rebaño todo y a todas las creaturas que existen para asistir al hombre sirviéndole como a su señor natural; y se extiende asimismo a toda suerte de árboles y plantas; como que no está permitido cortar ni un brote ni una rama ni una hoja siquiera, ni recoger un fruto, cualquiera fuere, pues en dicho día todos quedan en libertad y obran como si fueran realmente libres, sin que nadie, conforme a una norma universalmente reconocida, se meta con ellos.

23. ¿Y quién no mira con admiración y reverencia cada año el llamado Ayuno, que se cumple con mayor estrictez y solemnidad aún que el mes sagrado?[6] Porque, durante este mes no faltan ni el vino puro ni las mesas bien provistas ni toda la inmensa variedad de comidas y bebidas que contribuyen a acrecentar los insaciables placeres del vientre, y hacen, a la vez, estallar los apetitos que tienen lugar debajo del vientre.
[6] El mes sagrado de los griegos, durante el cual se celebraban grandes festejos y se suspendían las hostilidades y el funcionamiento de los tribunales.

24. En nuestro ayuno, en cambio, no está permitido llevarse a la boca ni alimento ni bebida, a fin de que, con los corazones puros, sin que ninguna pasión corporal se interponga o estorbe, como sucede habitualmente por el exceso de alimentos y bebidas, se celebren las festividades y se procure la benevolencia del Padre del universo con las plegarias apropiadas mediante las cuales es costumbre pedir el perdón de las pasadas faltas y el goce de nuevos bienes.

25. V. La admiración que la santidad de nuestra legislación ha despertado no sólo entre los judíos sino también entre todas las demás naciones se hace patente en los hechos ya mencionados y en los que vamos a señalar.

26. En remotos tiempos nuestras leyes fueron escritas en lengua caldea,[7] y durante mucho tiempo permanecieron en esa misma forma sin que se tradujesen, y así llegó un día en que su belleza no pudo ser ya conocida por la otra parte de los mortales.
[7] Es decir, la lengua hebrea. Ver *Sobre Abraham,* nota 3.

27. Sin embargo, la ininterrumpida y diaria observancia y práctica por parte de los que a ellas se ajustaban en su conducta las daban a conocer a otros y su prestigio se extendía por todas partes. Es que las cosas excelentes, aun cuando por la envidia queden ensombrecidas durante un corto tiempo, vuelven de nuevo a resplandecer en su momento oportuno gracias a la propicia cooperación de la naturaleza. Tal era la situación, cuando, pensando algunos ser cosa lamentable el que sólo en una mitad del género humano, es decir, sólo entre los no griegos se las hallara, quedando privados completamente de ellas los helenos, se abocaron a la tarea de traducirlas.

28. Dada la importancia y la pública trascendencia de la obra, se acudió no al inmenso número de personas particulares o simples magistrados, sino a reyes, y entre ellos al más ilustre de todos.

29. Este fue Ptolomeo, llamado Filadelfo, el tercero en la sucesión a contar desde Alejandro,[8] el conquistador de Egipto. Por las altas cualidades para el ejercicio del mando sobrepasó no solo a los reyes coetáneos sino a los que alguna vez reinaron en el pasado. Y hasta nuestros días, no obstante haber pasado tantas generaciones, es celebrada , su gloria, y en distintas ciudades y países quedan muchos testimonios y monumentos que perpetúan el recuerdo de la

grandeza de su espíritu, al punto de que todavía hoy las liberalidades fuera de lo común y las grandes construcciones reciben de él el proverbial calificativo de filadélficas.
[8] La sucesión fue ésta: Alejandro Magno, Ptolomeo I Soter, Ptolomeo II Filadelfo (285-247).

30. En suma, que, así como la dinastía de los Ptolomeos alcanzó un florecimpnjto excepcional comparada con las demás monarquías, otro tanto ocurrió con Filadelfo respecto de los demás Ptolomeos. Las cosas elogiables que llevó a cabo él solo apenas las realizaron todos los otros juntos, por lo que, estableciendo un paralelo con esa soberana de la creatura viviente que es la cabeza, podríamos decir que fue la cabeza entre los reyes.

31. VI. Tal fue el hombre que, habiendo concebido una ardiente simpatía por nuestra legislación, determinó que se la tradujera de la lengua caldea a la griega. Sin pérdida de tiempo envió una delegación al sumo sacerdote y rey de Judea; que ambos cargos estaban concentrados en una misma persona; manifestando sus propósitos y proponiéndole que escogiera a los hombres más capacitados para la traducción de las leyes.

32. El sumo sacerdote, complacido, como es natural, y seguro de que no estaba ausente la atenta presencia de Dios en la preocupación del rey por tal obra, escogió entre los hebreos a aquellos que le merecían el más alto concepto, los que habían adquirido una versación tanto en lo que toca a la cultura de su propia raza como en lo que a la helénica se refiere; y se los envió con agrado.

33. Así que llegaron y que les hubo sido ofrecida una acogedora recepción, correspondieron a las atenciones de su huésped con un verdadero banquete de corteses y apropiadas contestaciones. El rey, en efecto, puso a prueba la ciencia de cada uno proponiéndoles no las cuestiones de rutina sino otras novedosas, y ellos las fueron resolviendo con respuestas felices y acertadas, y en forma de sentencias, ya que la ocasión no era propicia para extenderse en largas exposiciones.

34. Superada esta prueba, comenzaron de inmediato a cumplir con el objeto de su elevada misión; y, considerando entre ellos cuan inmensa empresa era la de hacer una acabada traducción de leyes manifestadas por Dios mediante oráculos, en las que no les estaba permitido ni quitar ni agregar ni cambiar cosa alguna, debiendo conservar la forma original y las peculiaridades de las mismas, averiguaron cuál era en las vecindades, fuera de la ciudad, el lugar más libre de presencias extrañas. Porque los sitios interiores a las murallas, por estar llenos de toda suerte de creaturas vivientes, no les merecían confianza en razón de las enfermedades y muertes y el impuro proceder de los que gozaban de buena salud.

35. Frente a Alejandría hállase situada la isla de Faro, de la que una estrecha faja de tierra se extiende en dirección a la ciudad. Como está rodeada por un mar de aguas poco profundas y con bajíos en su mayor parte, el intenso rumor y estrépito que produce el ímpetu del oleaje se extingue a muy gran distancia de la tierra.

36. Juzgando que este era de todos los sitios de los alrededores el más apropiado para gozar de paz y tranquilidad, y para que el espíritu se concentrara en las leyes exclusivamente, sin interferencias extrañas, se instalaron allí; y, tomando los sagrados libros, elevaron hacia el cielo las manos que los sostenían, y suplicaron a Dios por el éxito en su cometido; súplicas que Dios acogió favorablemente con el objeto de que la mayoría, y aun la totalidad del género humano, se beneficiara observando sabias y nobilísimas normas para bien encaminar sus

existencias.

37. VII Situados fuera de toda mirada y sin otra compañía que la de los elementos de la naturaleza: la tierra, el agua, el aire y el cielo, acerca de cuya creación versaban las primeras revelaciones que se aprestaban a traducir, pues la creación del mundo ocupa la primera parte de nuestra legislación, fueron realizando la traducción, cual inspirados por Dios, no unos de una manera y otros de otra, sino todos con las mismas palabras y frases, como si a cada uno se las dictara un oculto e invisible apuntador.

38. Ahora bien, ¿quién ignora que cada lengua, y en particular la griega, posee una gran riqueza de léxico, y que el mismo pensamiento puede expresarse de muchas maneras variando los términos en mayor o menor medida, y adaptándole según los casos ora una expresión ora otra? Pues, no sucede tal cosa, según afirman, en el caso de nuestra legislación, antes bien las palabras griegas corresponden exacta y literalmente a las palabras caldeas, y expresan con la máxima precisión las cosas que dan a conocer.

39. Es que, así como en geometría y en lógica entiendo yo que lo que se manifiesta no admite variedad en la manera de expresarse, y permanece invariable la expresión fijada originalmente; del mismo modo se advierte que también estos traductores dieron con los términos adecuados a los asuntos, términos que eran los únicos o los que en mayor grado habrían de expresar lo que ellos querían manifestar.

40. La más clara prueba de ello es que aquellos caldeos que han aprendido la lengua griega, y aquellos griegos que han estudiado la caldea, si tienen a mano ambas versiones, la caldea y la traducción griega, las miran con gran asombro y admiración como si fueran hermanas, o más aún, una sola e idéntica tanto en el contenido como en las palabras; y proclaman que, más que simples traductores, aquellos fueron intérpretes de sagrados misterios y profetas a los que la pureza de sus pensamientos les permitió avanzar a la par del más puro de los espíritus, el de Moisés.

41. Tal es la razón por la que hasta la actualidad todos los años tiene lugar una celebración y una general reunión en la isla de Faro, rumbo a la cual atraviesan el mar no sólo judíos sino también muchísimos otros para honrar el lugar donde por primera vez se encendió la claridad de esta traducción, y para dar gracias a Dios por este viejo y siempre renovado beneficio.

42. Luego de las plegarias y acciones de gracias, unos instalan sus tiendas junto al mar y otros se echan sobre la arena de la ribera al aire libre, y hacen los honores a una buena mesa en compañía de familiares y amigos, convencidos de que para la ocasión la playa resulta un lugar mucho más suntuoso que las bien dispuestas salas de los palacios.

43. Hasta ese punto se pone de manifiesto el grado de adhesión e interés que despiertan nuestras leyes en todos los simples particulares y en los gobernantes; y ello, no obstante no ser próspera la situación de nuestra nación de muchos años a esta parte, y siendo en cierto modo natural que la obscuridad se cierna sobre las cosas de los que no atraviesan épocas de prosperidad.

44. Pero, si se llegara a producir un impulso que señalara el comienzo de más brillantes perspectivas, ¡cuan grande sería el cambio favorable que cabría esperar! Mi opinión es que todos, abandonando cada uno sus costumbres particulares y dando un firme adiós a las leyes de su país, pasarán a honrar las nuestras exclusivamente, ya que el resplandor de estas leyes

en momentos felices para nuestra nación oscurecerá a las demás, como el sol naciente oscurece a los demás astros.

45. VIII. Lo que acabamos de exponer es suficiente como un arto elogio de nuestro legislador; pero hay otro mayor aún, que está contenido en los sacratísimos libros mismos; y a ellos hemos de recurrir ahora para testimoniar sus grandes cualidades como escritor.

46. Una parte de dichos libros corresponde a asuntos históricos; la otra comprende prescripciones y prohibiciones. De esta última hemos de hablar en segundo término, una vez que hayamos tratado a fondo lo que es primero en el orden.

47. La parte histórica comprende, por un lado, la creación del mundo, y por otro, las sucesivas generaciones de hombres, y esta parte biográfica se divide a su vez en la correspondiente al castigo, de los impíos y la que trata sobre la honra de los justos. Digamos, empero, la razón por la que Moisés comenzó la legislación por la parte histórica, poniendo lo relativo a las prescripciones y prohibiciones en segundo lugar.

48. Fue porque no lo movía el deseo de legar a la posteridad el recuerdo de antiguos hechos con miras a brindar un placer sin sacar de ese relato mayor provecho, como algún historiador hace; sino el de discurrir sobre los primeros tiempos desde los orígenes, comenzando por la creación del universo, a fin de poner de manifiesto dos hechos de inmensa trascendencia: el uno, que el mismo Padre y Creador del mundo es también su verdadero legislador; el otro, que obrar conforme con nuestras leyes significa avenirse a seguir a la naturaleza y a vivir de acuerdo con el orden del universo, en armoniosa conformidad de las palabras con las obras y de las obras con las palabras.[9]

[9] Ver *Sobre la creación del mundo* 3.

49. IX. De los restantes legisladores unos se abocaron directamente a exponer en orden lo que es preciso hacer y lo que es necesario evitar, para luego especificar los castigos de las transgresiones; en tanto que otros, los mejores evidentemente, no comenzaron por allí sino previamente procedieron, de conformidad con sus concepciones, a establecer y echar las bases del estado, y una vez fundado éste, dictaron las leyes para proporcionarle la organización que consideraban más conveniente y adecuada para él.[10]

[10] Aquí se alude fundamentalmente a Platón, quien en sus Leyes aplica el esquema elogiado por Filón. Ignoramos si otros legisladores antiguos hicieron otro tanto, pero no lo hace Aristóteles en su Política.

50. Moisés, en cambio, considerando que el primer procedimiento, es decir, el establecer prescripciones sin acompañarlas de una exhortación, cual si estuviesen destinadas no a hombres libres sino a esclavos, era tiránico y despótico; y que, si bien el segundo criterio era razonable, no todos lo juzgaban completamente satisfactorio, procedió de un modo distinto de los dos mencionados.[11]

[11] Ver *Sobre la creación del mundo* 1 y ss.

51. En efecto, en las prescripciones y prohibiciones propone y exhorta más bien que manda; y procura que sus numerosísimas y sumamente provechosas normas vayan acompañadas de previas y posteriores consideraciones, con ánimo de recomendar más qué de forzar. Además, entendiendo que estaba por debajo de la dignidad de las leyes el comenzar sus escritos con la fundación de un estado obra del hombre, escudriñó con la exactísima mirada del entendimiento la grandeza y hermosura de la legislación toda, y considerándola demasiado elevada y

próxima a Dios como para encerrarla en un determinado límite terrenal, incluyó el relato de la creación del gran estado,[12] con la convicción de que esas leyes eran la más fiel copia de la constitución del mundo.
[12] O *el gran estado,* es decir, el universo.

52. X. Si alguien, por ejemplo, quiere examinar cuidadosamente las características de sus particulares prescripciones, hallará que se orientan hacia la armonía del universo y se adecúan a los principios de la eterna naturaleza.

53. Y así, refiriéndose a aquellos a los que Dios consideró conveniente proporcionar abundantemente todos los bienes relativos al bienestar corporal: la riqueza, la gloria y las otras ventajas exteriores; y que luego se rebelaron contra la virtud y se entregaron a la maldad, la injusticia y los demás vicios, y no contra su voluntad sino de buen grado, convencidos de que era cosa provechosa lo que era el mayor de los daños, Moisés afirma que, como enemigos que eran no ya de los hombres sino del cielo y del universo todo, no sufrieron los castigos ordinarios sino otros totalmente fuera de lo común y diferentes, magnas obras de la justicia, enemiga de la maldad y asesora de Dios; como que el agua y el fuego, los más activos elementos del universo, se precipitaron sobre ellos; y en el curso de los tiempos unos fueron destruidos por un diluvio y otros perecieron consumidos por el fuego.[13]
[13] Ver *Sobre Abraham* 1.

54. Creciendo en altura los mares y elevándose sobre su nivel los ríos, tanto los nacidos en fuentes locales como los de origen pluvial, inundaron y arrasaron todas las ciudades situadas en la llanura, y otro tanto hicieron con las de las zonas montañosas los continuos e incesantes torrentes de las lluvias caídas día y noche.

55. En tiempos posteriores, una vez que los sobrevivientes se hubieron multiplicado de nuevo y nuestra especie llegó a ser numerosa, como los descendientes no aprovecharon la lección de prudencia que encerraba la experiencia de sus antepasados y retornaron a su incontinencia convertidos en tenaces adeptos de prácticas más graves aún, Dios determinó destruirlos con el fuego.

56. Entonces, como las sagradas revelaciones lo declaran, rayos que brotaban del cielo consumieron a los impíos y sus ciudades; y hasta en nuestros días se descubren en Siria, como testimonios del inenarrable desastre acaecido, ruinas, cenizas, azufre, humo y la débil llama que aún brota como si un fuego oculto se consumiera.

57. Pero, si, por una parte, han tenido lugar dichos castigos para escarmiento de los impíos; por otra, está el hecho de que a los que han sobresalido por la excelencia de su conducta los acontecimientos les han sido propicios y les han correspondido galardones dignos de su virtud.

58. Precisamente, en medio del torrente de fuego de los rayos, que consumía todo el país y a los habitantes mismos, solo un hombre, un inmigrante,[14] fue salvado gracias a la Divina protección, en mérito a que nada tenía que ver con las iniquidades de los naturales del país, no obstante que los inmigrantes, velando por su seguridad, suelen respetar las modalidades de sus huéspedes, pues la falta de respeto hacia ellas les acarrea peligros de parte de los nativos de la región. Por cierto que aquel hombre no alcanzó las cimas de la sabiduría; y, por lo tanto, si se lo consideró digno de tan gran privilegio no fue porque su naturaleza fuese perfecta, sino por ser el único que no acompañó a la multitud en la pendiente de la vida de desenfreno cuando

ésta, dueña de copiosos recursos, se entregó a toda suerte de placeres y concupiscencias, semejantes a una llama a la que se ha echado abundante combustible.
[14] Abraham

59. XI. Y en ocasión del gran diluvio, cuando pereció toda la raza humana, diría yo, sabido es que sólo una familia lo pasó sin experimentar daño alguno y que ello ocurrió en atención a que el miembro de más edad y cabeza de la casa [15] no había cometido falta alguna voluntariamente. La forma en que tuvo lugar esta salvación, tal como la relatan los sagrados libros, merece ser recordada por lo extraordinaria, y a la vez para mejoramiento de las costumbres.
[15] Noé.

60. Habiendo sido juzgado hombre con méritos no sólo para ser exceptuado de la común desgracia, sino también para convertirse en el origen de una segunda generación de la raza humana; y obedeciendo a prescripciones de Dios, que le comunicaron las Divinas revelaciones, fabricó una inmensa construcción de madera de unos trescientos codos de largo, cincuenta de ancho y treinta de alto, y, luego de preparar dentro habitaciones en una planta baja y tres pisos sucesivos, y de hacer provisión de alimentos, introdujo un macho y una hembra de cada una de las especies de animales terrestres y aéreos, reservando así las simientes a la espera de las ocasiones oportunas que de nuevo llegarían alguna vez.

61. Sabía él, en efecto, que Dios es propicio por naturaleza, y que, aun cuando perecieran los individuos, la raza, sin embargo, conservaría su inmortalidad en mérito a su semejanza con El y a que ninguna cosa de las que han llegado a existir por decisión Suya será jamás aniquilada. XII. Para que ello fuera posible, todos los animales le obedecieron y los hasta entonces salvajes tornáronse pacíficos, y, amansados ya, le siguieron como a un pastor que guía sus rebaños.

62. Si alguien, una vez que todos hubieron entrado, hubiera contemplado el conjunto total, no hubiera andado errado al decir que aquello era una réplica de la tierra toda, en la que estaban representados todos los géneros de animales a cuyas innumerables especies la tierra toda había servido anteriormente de morada, y serviría quizá nuevamente.

63. Y lo que este tal hubiera sospechado no tardó mucho tiempo en suceder, ya que el desastre se apaciguó y la violencia del diluvio disminuyó con el correr dé los días, mientras que las lluvias cesaban y el agua derramada sobre toda la tierra era eliminada en parte por la acción del calor solar, y en parte penetraba en las grietas, precipicios y demás cavidades terrestres. Como obedeciendo a una orden de Dios, cada parte de la naturaleza: mar, fuentes y ríos, recibía de nuevo, a modo de restitución forzosa de algo adeudado, aquello que había prestado; retornando cada corriente de agua hacia sus lagares correspondientes.

64. Pero, una vez que el mundo sublunar hubo sido purificado, concluidas ya las abluciones de la tierra, que aparecía renovada y tal como es lógico suponer que había sido cuando en un principio fue creada junto con todo el universo, aquel salió de la construcción de madera con su mujer, sus hijos y las mujeres de éstos; y con la familia salió el tropel de las especies de animales allí concentradas, para engendrar y reproducir seres semejantes.

65. Estas son las recompensas y trofeos, de los hombres buenos, que les valieron no sólo el lograr ellos mismos y sus familias salir sanos y salvos de los más grandes peligros a través de inusitados cambios en los elementos, peligros que a todos amenazaban por todas partes; sino

además el convertirse en guías de la regeneración de la especie y en iniciadores de un nuevo ciclo, por lo que fueron encerrados al modo de una brasa al rescoldo de la más excelente raza de seres vivientes, la humana; raza que ha recibido el dominio de cuantas cosas existen sobre la tierra, convirtiéndose así en una réplica de la potencia Divina, imagen visible de Su invisible naturaleza, imagen creada de Su naturaleza eterna.[16]

[16] Algunos editores (Cohn, Colson) suponen que hay una laguna en el texto. Esta suposición se apoya en que Filón ha prometido en el parágrafo 46 ocuparse de las leyes de Moisés después de tratar la parte histórica de la faceta legislativa de la obra mosaica. Tal vez falten aquí, efectivamente, algunos parágrafos en que se examinen las leyes de Moisés, pero sólo de un modo sucinto y general, pues el tratamiento de las mismas en detalle está contenido en el tratado titulado *Sobre el decálogo* y en los cuatro acerca de las leyes particulares, los que hacen de todo punto improbable la existencia de otro examen previo sobre el mismo asunto in extensa. Incluso cabe pensar que no existe tal laguna y que Filón sólo ha desarrollado en *Sobre la vida dé Moisés* II aspecto histórico de su obra legislativa, reservando para los tratados citados la consideración del contenido de las leyes. Finalmente, cabe agregar que algunos editores hacen concluir en este punto el segundo tratado de los tres que, según ellos, compondrían *Sobre la vida de Moisés,* en vez de dos.

66. XIII. Llevamos ya tratados dos aspectos de la vida de Moisés: el correspondiente a la realeza y el relativo a su obra de legislador. Hemos de agregar un tercero: el de su sacerdocio. La cualidad más alta y esencial que debe darse en un sumo sacerdote es la piedad, y Moisés la cultivó como el que más, al mismo tiempo que hacía uso de sus grandes dotes naturales; dotes éstas que la filosofía tomó a su cargo, cual si se tratara de un excelente terreno cultivable, y las mejoró con la consideración de elevadas doctrinas, sin cejar en su empeño hasta que los frutos de la virtud alcanzaron su perfección en las palabras y las obras.

67. De ese modo llegó, como otros pocos, a amar a Dios y a ser amado por El; e inspirado por un celestial amor, honró de manera especial al Soberano del universo y fue honrado, a su vez, por Este. La honra adecuada para el hombre sabio es estar al servicio del Que realmente es; y el sacerdocio tiene por misión el servicio de Dios. De este galardón, que es el bien mayor que existe entre las creaturas, fue tenido por digno Moisés, y los oráculos lo instruyeron en cada una de las cosas tocantes a las ceremonias rituales y a los sagrados servicios.

68. XIV. Pero era preciso que previamente su cuerpo estuviera limpio como su alma, y eliminara de sí todo vínculo con la pasión, purificándose de todo cuanto es propio de la naturaleza mortal: alimentos, bebidas y relaciones sexuales.

69. Mucho tiempo hacía que ya había renunciado a esto último, casi desde la primera vez que comenzó a profetizar inspirado por Dios, pues entendía que le correspondía estar siempre presto para recibir los oráculos. Y en cuanto a las comidas y bebidas, no había pensado en ellos durante cuarenta días seguidos, sin duda porque disponía de alimentos mejores aún, que le brindaban las contemplaciones, con cuya inspiración procedente de lo alto del cielo se perfeccionaba en primer lugar en su inteligencia y luego, a través del alma, también en su cuerpo, creciendo tanto el vigor y buena constitución de una y otro, que los que antes lo habían conocido no lo podían creer.

70. En efecto, habiendo ascendido por Divino mandato a un monte inaccesible e intransitable, el más alto y sagrado de la zona, permaneció durante ese tiempo sin tomar nada de lo apropiado para satisfacer la necesidad de alimento; y a los cuarenta días descendió con mucho mejor aspecto que cuando había subido, al punto de que los que lo veían se quedaban

pasmados de asombro y sus ojos no podían continuar mirándolo frente a frente, según era de brillante la claridad que, semejante a los rayos del sol, llegaba hasta ellos.[17]
[17] Éx. XXIV, 18, y XXXIV, 28 y ss.

71. XV. Durante el tiempo en que permaneció en la altura fue instruido en todos los secretos del sacerdocio, comenzando por aquellos que son los primeros en el orden, es decir, en los relativos a la construcción del santuario y a su mobiliario.

72. Ahora bien, si al país hacia el que emigraban ya lo hubieran tenido en sus manos, hubiera sido preciso edificar un suntuosísimo templo en un lugar exento de toda impureza, empleando como material costosas piedras; y erigir en derredor de él grandes muros y numerosísimas residencias para los encargados del culto; y dar el nombre de ciudad sagrada al lugar.

73. Pero, como aún andaban errantes por el desierto, el templo que se adecuaba a su condición de gente no establecida todavía definitivamente era uno transportable, a fin de que durante las-marchas y en los campamentos pudieran llevar a él sus ofrendas y realizar todas las restantes ceremonias religiosas, sin omitir ninguna de las que deben cumplir los que habitan en ciudades.

74. Determinó, pues, Dios que se construyese una obra inmensamente santa consistente en un tabernáculo, en cuya construcción fue instruido Moisés por Divinas revelaciones en la montaña, donde contempló con los ojos del alma las inmateriales formas de los objetos materiales que habían de construirse. Estas formas debían ser reproducidas a modo de copias perceptibles por los sentidos, tomadas de un diseño arquetipo, por así decir, y de modelos aprehensibles solo por la inteligencia.

75. Convenía, en efecto, que la preparación del santuario fuera confiada al verdadero sumo sacerdote, a fin de que la organización de los ritos propios de las sagradas ceremonias estuviese en la más completa conformidad y armonía con las construcciones.

76. XVI. Así pues, el diseño del modelo fue impreso en la mente del profeta como una pintura o un previo moldeado producido secretamente por inmateriales e invisibles formas; y la obra concreta se ejecutó de conformidad con este diseño, imprimiendo el artista sus características en las sustancias apropiadas para cada una de ellas.

77.[18] La construcción fue como sigue. Cuarenta y ocho pilares [19] de la más incorruptible madera de cedro, cortados de muy bien formados troncos estaban recubiertos de una gruesa capa de oro. Cada uno de ellos, además, estaba apoyado sobre dos bases de plata, y llevaba aplicado en la parte superior un capitel de oro.
[18] Para los parágrafos 77 a 83 ver Éx. XXVI, 18 y ss.
[19] O postes. En la versión hebrea, en cambio, léese *tablones.*

78. Cuarenta de esos pilares colocó el artífice en el sentido del largo de la construcción, veinte, es decir, la mitad, de cada lado; sin dejar separación entre ellos, adaptando y uniendo cada uno al siguiente de manera que presentara las apariencias de un único muro. En el sentido del ancho, en la parte trasera, puso los ocho restantes, seis en el espacio central y dos en los ángulos situados a ambos costados, derecho e izquierdo respecto del centro. En la parte de la entrada colocó otros cuatro, semejantes a los restantes, salvo que tenían una sola base en vez de las dos de los pilares opuestos; y más allá de éstos, en la parte más exterior, cinco, diferentes sólo en las bases, que eran de bronce.

79. Por lo tanto, el número total de pilares visibles del tabernáculo, aparte de los dos de los ángulos, ocultos a la vista, era de cincuenta y cinco, es decir, la suma de los números que van desde la unidad hasta el número perfecto, que es el diez.[20]

[20] 1 + 2 + 3 + 4 + 5 + 6 + 7 + 8 + 9+ 10 = 55. Ver *Sobre la huida y el hallazgo* 89 y ss., *Sobre Abraham* 244 y *Sobre el decálogo* 20 y ss.

80. Pero, si se acepta excluir los cinco situados en el propileo, adyacentes al espacio descubierto llamado atrio, quedará el sacratísimo número cincuenta, o sea, el cuadrado de los lados del triángulo rectángulo, que es el principio de la generación de todos los seres.[21] Este número cincuenta es la suma de los pilares internos, o sea, de los cuarenta que suman en total los veinte de cada lado, más los seis de la parte media (posterior), excluidos los ocultos en los ángulos, más los cuatro opuestos, que sostienen el velo.

[21] $50 = 3^2 + 4^2 + 5^2$. Los números 3, 4 y 5 eran concebidos como los lados de la forma primaria del triángulo rectángulo, al que se consideraba como "el principio de las figuras y las cualidades". Ver *Sobre la creación del mundo* 97. Acerca del número cinco ver también *Sobre las leyes particulares* II, 176.

81. Diré el motivo por el que a los cinco una vez los coloco con los cincuenta y otra los separo de ellos. Cinco es el número de los sentidos; y la sensibilidad en el hombre unas veces se inclina hacia las cosas exteriores, y otras se vuelve hacia la inteligencia, de la que, conforme con las leyes de la naturaleza, es sirvienta.

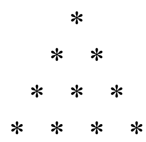
82. Y así, a esos cinco les asignó Moisés la zona limítrofe, puesto que lo que se hallaba del lado interior a ellos estaba orientado hacia la parte más íntima del tabernáculo, la que simbólicamente representaba todo lo que concierne al orden mental, en tanto que lo que se hallaba del lado exterior apuntaba hacia el espacio descubierto y el atrio, los que simbolizaban el orden de las cosas sensibles. Esa es la razón por la que los cinco diferían también en los demás en las bases, que eran de bronce. Como la inteligencia es la cabeza y soberana de la facultad sensorial que hay en nosotros, y el mundo sensible la parte más alejada de aquélla, la base, por así decir, el artista, que empleó el oro para representar a la inteligencia, usó el bronce para simbolizar a lo sensible.

83. Las medidas de los pilares eran éstas: diez codos de largo y uno y medio de ancho. De ese modo el tabernáculo aparecía igual en todas sus partes.

84.[22] XVII. Además lo recubrió con telas hermosísimas y de variados colores, usando para su tejido abundante material de color violeta, púrpura y escarlata, y lino muy fino. Con estos materiales que acabo de mencionar confeccionó diez cortinas, como en la sagrada escritura las llama, cada una de las cuales medía veintiocho codos de largo y se extendía hasta cuatro de ancho, a fin de que en ellas se dieran el diez, que es el número plenamente perfecto; el cuatro, que es la esencia del diez;[23] el veintiocho, un número perfecto igual a la suma de sus factores;[24] y el cuarenta, que es el más prolífico de los números, ya que ése es el tiempo que, según dicen, tarda la completa formación del hombre en el taller de la naturaleza.[25]

[22] Para los parágrafos 84 a 88 ver Éx. XXVI, 1 a 14.

[23] La antigua aritmética denominaba *triangulares* a aquellos números cuyas unidades podían ser colocadas de modo de formar un triángulo equilátero. Por ejemplo, las unidades contenidas en el número "triangular" diez se pueden situar así:



Se suponía que el lado del triángulo, que en el caso del triángulo correspondiente al número 10 está formado por cuatro unidades, poseía las propiedades pertenecientes al total, en el ejemplo el 10. Por eso dice Filón que el cuatro es la esencia del 10.

[24] 1 + 2 + 4 + 7 + 14 = 28. Ver *Sobre la creación del mundo* 101.

[25] El período de gestación de una criatura dura 40 semanas, vale decir, unos 10 meses lunares.

85. Los veintiocho codos de las cortinas estaban distribuidos de esta manera: diez a lo largo del techo, pues esa era la anchura del tabernáculo; y los restantes, a los costados, nueve por cada lado, para cubrir los tablones; quedando desde el suelo una distancia libre de un codo, a fin de que la hermosísima tela sagrada no se arrastrase.

86. De los cuarenta codos que sumaban los anchos de las diez cortinas treinta correspondían al largo del tabernáculo, pues esa era su medida; nueve, a la parte posterior, y el resto, a la que daba al vestíbulo, para que allí se uniera toda la cobertura.

87. El velo estaba colocado sobre el propileo. Pero en cierta medida también las cortinas eran velos, no sólo porque ocultaban el techo y los muros, sino también por estar tejidas con las mismas clases de materiales de color violeta, púrpura y escarlata y lino muy fino. Y también de los mismos materiales fueron fabricados el velo y el llamado cubridor.[26] Aquél estaba colocado del lado interior a lo largo de los cuatro pilares, a fin de que ocultase la parte más interna del santuario; y el cubridor, del lado exterior a lo largo de los cinco pilares, para que ninguna persona no consagrada pudiera, ni siquiera desde lejos, ver el sagrado recinto.

[26] En realidad en el pasaje bíblico se designa como *epípastron = velo* o *cortina,* este velo de la puerta del tabernáculo, en tanto que el término *kálymma = cubridor* se emplea para designar lo que Filón en el parágrafo 93 llama *hyphasma* = *tejido, velo.*

88. XVIII. Al escoger los materiales para la confección de las telas los seleccionó por su superior calidad, entre los innumerables posibles, en número de cuatro, o sea, el mismo que el de los elementos con los que fue formado el mundo: tierra, agua, aire y fuego; y tales que guardaban una determinada relación con respecto a dichos elementos. En efecto, el lino procede de la tierra, y la púrpura, del agua; el color violeta oscuro se asemeja al aire pues éste es negro por naturaleza; y el escarlata, al fuego pues uno y otro son rojo vivo. Es que era preciso que al fabricar un templo producto de la mano del hombre, dedicado al Padre y Soberano del universo, echase mano a sustancias semejantes a aquellas con las que Él fabricó dicho universo.

89. Así pues, de la manera indicada fue construido el tabernáculo, a modo de un sagrado templo. El recinto exterior abarcaba un área de cien codos de largo por cincuenta de ancho, y tenía pilares separados entre sí por una distancia regular de cinco codos, de modo que en total sumaban sesenta, distribuidos cuarenta a lo largo y veinte a lo ancho, por mitades de cada parte.

90. El material de los pilares era cedro en la parte interna y plata en la superficie, y las bases de todas ellas eran de bronce, siendo sus alturas de cinco codos, ya que le pareció bien al artífice reducir exactamente a la mitad la altura del llamado atrio, con el fin de que el tabernáculo resultara visible por ser su altura doble de la de aquél. Adaptadas a la altura y

separación de los pilares iban delgadas telas, semejantes a velas, cuyo fin era impedir la entrada a toda persona impura.

91. XIX. Ahora bien, la distribución general era la siguiente. En el medio se asentaba el tabernáculo, cuyas dimensiones eran treinta codos de largo y diez de ancho, incluido el espesor de los tablones. La distancia entre el tabernáculo y el cerco del atrio era la misma en tres partes: en las dos laterales y en la posterior; y era de veinte codos. En cambio, la distancia en la parte del propileo era, naturalmente, mayor a causa de la gran cantidad de los que allí entraban; y alcanzaba a cincuenta codos. De esa manera se llegaban a completar los cien codos del atrio, sumando los veinte de la parte posterior, y los treinta que abarcaba el tabernáculo a los cincuenta correspondientes a la parte de las entradas.

92. El propileo del tabernáculo estaba colocado en el límite central entre dos distancias de cincuenta codos, una en dirección al oriente, donde estaban las entradas, y la otra hacia el occidente, donde se extendía el tabernáculo y el espacio posterior.

93. En donde comenzaba la entrada al atrio se había construido otro hermosísimo y amplio propileo con cuatro pilares, a lo largo de los cuales extendíase un velo multicolor fabricado de la misma manera que los correspondientes al tabernáculo y con los mismos materiales.

94. Juntamente con estas construcciones se iban fabricando también los muebles sagrados: el arca, los candelabros,- la mesa, el altar del incienso y el altar de los holocaustos. El altar de los holocaustos estaba ubicado al aire libre frente a la entrada del tabernáculo,[27] a una distancia suficiente como para que los oficiantes dispusieran de espacio para el diario cumplimiento de los sacrificios.
[27] Éx. XL, 6 y 29.

95.[28] XX. El arca estaba colocada adentro, en el inaccesible interior del santuario, tras los velos. Llevaba por dentro y por fuera un suntuoso revestimiento de oro, y la cubría una especie de tapa que los sagrados libros llaman propiciatorio.
[28] Éx. XXVI, 10 a 22.

96. El ancho y el largo del mismo están especificados, no así su altura, por lo que se asemejaba muchísimo a la superficie plana de la geometría; lo cual, al parecer, es con referencia a lo Divino un símbolo de la potencia propicia[29] de Dios, y en el orden de lo humano, un símbolo de la inteligencia propicia para consigo misma, inteligencia que, en su amor por la modestia y con la ayuda del saber, está resuelta a reprimir y aniquilar a la presunción, que intenta elevarla hacia una irracional altivez [30] y llenarla de vano orgullo.
[29] Ver *Sobre la huida y el hallazgo* 95 y ss.
[30] El sentido del término griego *hypsos* es *altura, elevación* o *cima,* sentido que trasladado al plano ético equivale a *autoexcitación, altivez o arrogancia.* Esta aclaración es necesaria para advertir en qué se funda Filón para afirmar que la eliminación de la presunción está simbolizada en la prácticamente inexistente altura del propiciatorio.

97. Mientras el arca es el recipiente de las leyes, ya que en ella se depositan las revelaciones de los oráculos, la tapa llamada propiciatorio sirve de apoyo a dos seres alados, que en la lengua de nuestros ancestros se llaman querubines; término que los griegos traducirían por "mucho conocimiento" o "mucha ciencia".[31]
[31] O quizá, *reconocimiento y mucha ciencia.* Es imposible determinar el sentido exacto de la expresión, griega.

98. Hay quienes sostienen que, como están situados uno enfrente del otro, y el cielo todo es alado,[32] se trata de símbolos de los dos hemisferios, el que está encima de la tierra y el que está debajo.[33]
[32] Tal vez haya de interpretarse esto en el sentido de que las esferas que lo forman están, según la antigua astronomía, en perpetuo movimiento en el ámbito extraterrestre y extraacuático, ambiente en el que sólo las creaturas aladas pueden sostenerse y avanzar.
[33] Ver *Sobre los querubines* 21 y ss.

99. Yo, por mi parte, diría que son representaciones alegóricas de las dos más augustas y elevadas potencias del Que Es: la creadora y la real. Su potencia creadora es llamada Dios, y es aquella por medio de la cual estableció,[34] creó y ordenó este universo; en tanto que la real es llamada Señor, pues es aquella mediante la cual gobierna y rige con firmeza y justicia cuanto ha llegado a existir.
[34] Como en otros lugares, Filón asocia *theós = Dios,* con *títhemi = coloco, establezco.*

100. En efecto, siento el único verdaderamente existente, es indudablemente también el Creador, pues llevó a la existencia aquello que no existía; y es, a la vez, el Rey por naturaleza, puesto que a ninguno toca con más derecho el mando sobre las creaturas que a su Creador.

101. XXI. En el espacio que separaba los cuatro pilares de los otros cinco, espacio que puede con propiedad denominarse propileo del templo, y que estaba cerrado por dos velos, el interno, llamado "velo extendido", y el externo, denominado "cubridor" situó los tres muebles restantes del moblaje mencionado. El altar del incienso,[35] símbolo del agradecimiento por la tierra y el agua, agradecimiento que era un deber manifestar en atención a los beneficios derivados de una y otra, lo ubicó en el centro, puesto que estos dos elementos tienen asignado el lugar central del mundo.
[35] Éx. XXX, 1 y 2.

102. El candelabro,[36] con el que simbolizaba los movimientos de los luminosos astros, lo colocó en el lado que daba al sur, pues el sol, la luna y los demás astros describen sus revoluciones en el sur, muy alejados del norte. Del candelabro central nacen seis brazos, tres de cada lado, con lo que el número total se eleva a siete.[37]
[36] Éx. XXV, 31 y ss. Ver *Sobre la herencia de las cosas Divinas* 221 a 225.
[37] Es decir, el candelabro o brazo central más los seis laterales.

103. En la parte superior de cada uno de ellos había un portalámparas y una lámpara, siete símbolos de los que los hombres de ciencia llaman planetas. El sol, en efecto, que, como el candelabro, está ubicado en el cuarto lugar en medio de los seis, ilumina a los tres astros de arriba y a otros tantos situados debajo, templando así ese instrumento de una música armoniosa y verdaderamente Divina.

104. XXII. La mesa sobre la que se ponían panes y sales estaba situada en el lado que daba al norte, en razón de que los vientos del norte son lo más favorables para la producción de alimentos.

105. Y, como los alimentos proceden del cielo y de la tierra, pues el primero envía las lluvias y la segunda lleva hasta su pleno desarrollo las simientes regadas por aquéllas, junto a la mesa estaban situados los símbolos del cielo y de la tierra. Estos símbolos, como anteriormente se indicó, eran el candelabro, símbolo del cielo; y el acertadamente [38] llamado altar del incienso,

símbolo de las cosas terrestres, de las que surgen los vapores aromáticos.
[38] Tal acierto no es advertible en español, pero téngase presente que en griego *exhalación o vapor* es *anathymíasis, y altar del incienso, o* literalmente *lugar del vapor o déla exhalación,* se dice *thymiatérion.*

106. Moisés acostumbra llamar guardián de los sacrificios [39] al altar situado al aire libre, como si este altar, que consume las víctimas sacrificadas fuera en realidad guardián y custodio de los sacrificios. Pero no se refiere a los miembros y partes del cuerpo de las víctimas, los que por naturaleza están destinados a ser consumidas por el fuego, sino a las intenciones del ofrendante.
[39] *Guardián de los sacrificios.* El término *thysiastérion* significa *lugar de los sacrificios,* pero Filón asocia el sufijo locativo *-teño = lugar de,* con el adjetivo *teretikós = guardián o protector, y* atribuye al vocablo el sentido de *guardián o protector de los sacrificios,* para concluir luego que ex'ste una contradicción entre el objeto al que se aplica el altar y lo que su nombre sugiere.

107. Porque, si éste es irreflexivo e injusto, sus sacrificios no son tales, sus oblaciones son sacrílegas y sus plegarias están fuera de lugar, y todo ello concluye en una total destrucción, ya que con esos sacrificios solo aparentes, no es la remisión de las faltas lo que logra, sino actualizar su recuerdo.

108. Si, en cambio, el oferente es santo y justo, el sacrificio permanece en firme, aunque las carnes se consuman; y más aún, aunque no haya presentado víctima alguna en absoluto ante el altar. Porque, ¿qué oblación verdadera puede haber fuera de la piedad del alma amada por Dios, cuya acción de gracias alcanza la inmortalidad y es registrada en las Divinas estelas, compartiendo una vida eterna con «1 sol, la luna y el mundo todo?

109.[40] XXIII. A continuación de estas cosas el artífice preparó para el futuro sumo sacerdote la vestidura, cuyo tejido constituía una obra de inmensa y maravillosa hermosura, consistente en dos prendas: la túnica y el llamado efod.[41]
[40] Para los parágrafos 109 a 116 ver Éx. XXVIH.
[41] *Efod* es una castellanización del término hebreo. En el texto griego se lee *epomís,* literalmente *cubrehombros.*

110. La túnica era de aspecto bastante uniforme, ya que toda ella era de color violeta oscuro, con excepción de las partes próximas al borde inferior, pues éstas estaban matizadas con bellotas de granada de oro, campanillas y flores bordadas.

111. El efod, [41] obra sumamente suntuosa y artística, fue confeccionado con consumada pericia mediante las ya mencionadas clases de materiales de color violeta oscuro, púrpura y escarlata y lino fino, con hilo de oro entretejido. En efecto, hojas de oro cortadas en finas hebras estaban tejidas con cada hilo.
[41] *Efod* es una castellanización del término hebreo. En el texto griego se lee *epomís,* literalmente *cubrehombros.*

112. En las extremidades de los hombros iban aplicadas dos preciosísimas piedras de valiosísima esmeralda, en las cuales estaban escritos los nombres de los patriarcas, seis en cada una, doce en total. Sobre el pecho iban otras doce piedras de gran valor, diferentes en los colores, semejantes a sellos y dispuestas en cuatro hileras de tres cada una, las que estaban aplicadas al llamado lugar del logos. [42]

[42] Una vez más he debido recurrir a la transliteración del término griego *logos,* ya que, como claramente se desprende de las reflexiones que Filón teje a propósito del pectoral del sumo sacerdote, toma el vocablo en sus dos acepciones de razón o pensamiento racional (*lógos endiáthetos) y* palabra *(lógos prophorikós* o *gegonos).* Si, como algunos traductores lo hacen, tradujera *logeion* por *lugar de la razón,* tomaría solo parcialmente el complejo sentido de lógos, y además entorpecería la comprensión de varias de las conclusiones que Filón extrae aquí de ambos conceptos precisamente. Sería también posible traducirlo por *lugar de la razón y la palabra,* pero se me ocurre que la brevedad del término *lógos* simplifica las cosas.

113. Estaba hecho éste en forma de cuadrado y era doble, a modo de una base para sostener dos virtudes: la clara mostración y la verdad. El conjunto estaba colgado del efod mediante cadenitas de oro, fuertemente prendido de él a fin de que no se soltase.

114. Una lámina de oro fue trabajada para darle forma de una corona. En ella estaban grabadas las cuatro letras de un nombre [43] que sólo es lícito escuchar en los lugares santos a los que tienen purificados los oídos y la lengua por la sabiduría, y no a otro alguno en absoluto, ni en otro lugar.
[43] Dicho nombre es YAVE (YAHVE). Posiblemente se trate de un dato conservado por la tradición, ya que nada dice el texto bíblico al respecto.

115. Este nombre tenía cuatro letras, según dice aquel conocedor de las verdades tocantes a Dios, quien probablemente les asignó el carácter de símbolos de los primeros números: el uno, el dos, el tres y el cuatro, puesto que en los cuatro están comprendidos todos los elementos geométricos, que son medidas de todas las cosas, a saber, el punto, la raya, la superficie y el sólido; y las mejores armonías musicales: el intervalo de cuarta, el de quinta, el de octava y el de doble octava, cuyas respectivas relaciones son cuatro a tres, tres a dos, dos a uno y cuatro a uno. El cuatro contiene además las otras innumerables virtudes, de las que me he ocupado detalladamente en mi tratado sobre los números.[44]
[44] Ver *Sobre la creación del mundo* 52.

116. Debajo de la corona iba una mitra a fin de que la lámina no tocara la cabeza. Además se confeccionó un turbante, por cuanto el turbante es usado habitual-mente por los reyes orientales en lugar de la diadema.

117. XXIV. Tal era la vestidura del sumo sacerdote. Pero no podemos dejar de referirnos al significado de ella y de sus partes.[45] El conjunto resulta ser una réplica e imitación del mundo, en tanto sus partes lo son de cada una de las partes de éste.
[45] El simbolismo de la vestidura del sumo sacerdote está tratado también, aunque menos detalladamente, en *Sobre las leyes particulares* I, 85 a 95, y *Sobra la migración de Abraham*

118. Hemos de comenzar con la prenda que baja hasta los pies. Esta túnica, toda ella de color violeta oscuro, es representación del aire, pues el aire es negro por naturaleza y constituye en cierto modo una vestidura que llega hasta los pies, pues se extiende desde las elevadas regiones lunares hasta los confines de la tierra y se expande por todas partes. De allí que también la túnica se extienda en torno de todo el cuerpo desde el pecho hasta los pies.

119. A la altura de los tobillos se destacan sobre ella bellotas de granada, flores bordadas y campanillas. Las flores son símbolo de la tierra, puesto que todo cuanto germina y florece procede de la tierra; las bellotas de granadas, que merecen tal nombre por el fluir de su jugo,[46] son símbolo del agua; en tanto que las campanillas[47] lo son del armonioso concierto de estos

elementos, ya que ni la tierra sin el agua, ni el agua sin la sustancia terrestre son capaces de producir nada por sí solas, y únicamente se logra tal cosa mediante la unión y combinación de ambas.
[46] En el texto griego se lee *rhóiskos* (diminutivo de *rhoiá — granada),* que designa las pequeñas bellotas de granada que adornaban la parte inferior de la túnica del sumo sacerdote. Su paráfono, diminutivo de *rhoia = corriente del río,* significa *pequeña corriente, arroyuelo.* Filón, guiándose por la parafonía, entiende que *granada* es sinónimo de *fruto que fluye o fruto cuyo jugo fluye.*
[47] Es de advertir que no se trata de las flores así llamadas, sino de pequeñas campanas de oro, cuyo sonido musical le sugiere a Filón la idea de la armonía o armoniosa combinación del agua y la tierra.

120. La ubicación de las bellotas de granada, las flores bordadas y las campanillas es un clarísimo testimonio de lo señalado, por cuanto, así como éstas se hallan en los extremos de la túnica que llega hasta los pies, del mismo modo a los elementos de los que ellos son símbolos, es decir, la tierra y el agua, les ha tocado la región más baja del mundo, donde al unísono con la armonía del universo manifiestan sus particulares poderes en períodos determinados de tiempo y en las estaciones apropiadas.

121. La túnica, pues, con los objetos adheridos en la parte de los tobillos, es símbolo de los tres elementos, aire, agua y tierra, de los que proceden y en los que viven todas las especies mortales y perecederas. Prueba acabada de ello es el hecho de que, así como la túnica es una sola, también los tres mencionados elementos están incluidos en una sola especie, puesto que todo cuanto existe de la luna hacia abajo se halla sujeto sin excepción a cambios y alteraciones;[48] y de que, así como las bellotas de granada y las flores bordadas penden de la túnica, también la tierra y el agua están, en cierto modo, suspendidos del aire, pues el aire es el soporte de ellos.
[48] Vale decir, constituyen la especie sujeta a mutación, por oposición a las inmutables naturalezas celestes.

122. Apoyados en razonables conjeturas, las consideraciones que siguen llevan a la conclusión de que el efod es símbolo del cielo. En efecto, en primer lugar, las dos piedras circulares de esmeralda aplicadas en lo alto de los hombros son signos o bien, como piensan algunos, de aquellos astros soberanos del día y de la noche que son el sol y la luna; o bien, como podríamos afirmar nosotros aproximándonos más a la verdad, de uno y otro hemisferio, ya que, al igual que las piedras, ambos son iguales, el que está sobre la tierra y el de abajo, y es ajeno a la naturaleza de uno y otro el disminuir o aumentar su tamaño como lo hace la luna.

123. El color también lo confirma, puesto que la apariencia del cielo todo, tal como se presenta a nuestra vista, es semejante a una esmeralda. Correspondía, además, que en cada una de las dos piedras estuvieran grabados seis nombres, por cuanto cada uno de los dos hemisferios, al dividir en dos el zodíaco, encierra seis de sus signos.

124. En segundo lugar, las doce piedras que van sobre el pecho, que son de distintos colores y están distribuidas en cuatro grupos de tres, ¿qué otra cosa pueden significar sino el círculo del zodíaco? También este círculo, en efecto, dividido en cuatro partes, constituye con tres signos cada una de las estaciones del año: primavera, verano, otoño e invierno, es decir cuatro variantes cada una de las cuales tiene una duración determinada por tres signos, y reconocible gracias a las revoluciones que el sol describe conforme a una ley matemática inmutable, firmísima y verdaderamente Divina.

125. Por lo tanto, dichas piedras se adecuaban también al con toda propiedad llamado lugar del logos,[49] ya que las variaciones y las estaciones del año se ajustan a un racional principio de orden y regularidad; y, lo que es más asombroso, testimoniando a través del cambio estacional su permanencia sin término.
[49] Téngase presente lo aclarado en la nota 42.

126. Acertado y sumamente apropiado es el hecho de que sean distintos los colores de las doce piedras, sin que ninguna de ellas sea igual a otra, ya que también en el zodíaco cada uno de los signos origina ciertos matices [50] particulares en el aire, en la tierra, en el agua, en los accidentes de éstos y en todas las especies de animales y vegetales.
[50] O literalmente: *Cierto color.*

127. XXV. No es desacertado, por otra parte, el que el lugar del logos sea doble, pues doble es el logos tanto en el plano universal como en la naturaleza del hombre. En el universo se da, por una parte, relacionado con las incorpóreas y arquetípicas formas ejemplares, con las que ha sido forjado el mundo aprehensible solo por la inteligencia; y, por otra, vinculado con las cosas visibles, que son imitaciones y copias de aquellas formas ejemplares, y con las cuales fue construido este mundo sensible. En el hombre una forma del logos pertenece a su intimidad, en tanto que la otra se exterioriza en la palabra, siendo la primera como una fuente, de la que la otra fluye en el acto de la palabra. [51] Aquella tiene por sede la facultad rectora;[52] la de la expresión oral reside en la boca, la lengua y el resto del aparato de la fonación.
[51] Ver *Sobre los querubines,* nota 6.
[52] 6 sea, la inteligencia.

128. Con sumo acierto el artífice asignó al lugar del logos la forma de cuadrado, dando a entender figuradamente que el logos, así en el orden de la naturaleza como en el del hombre, debe estar sólidamente establecido en todas partes sin que ni la más mínima alteración lo afecte. Por esta razón les atribuyó además las dos mencionadas virtudes: la clara mostración y la verdad. El logos, [53] en efecto, es en la naturaleza verídico y todo lo pone de manifiesto; en tanto que en el hombre sabio, a imitación de aquél, tiene la misión y el deber de evitar toda falsedad, rendir culto a la verdad y no oscurecer por recelos nada de aquello cuya revelación beneficiará a los que reciben instrucción.
[53] Resulta sumamente difícil el decidirse acerca de si se trata de dos logos, como en unos pasajes declara expresamente Filón, o si se trata de uno solo desdoblado por sus esferas de acción y los cometidos específicos, como también claramente se desprende de otras afirmaciones suyas.

129. Pero también a los dos logos que se dan en nuestro ser, tanto al que se exterioriza en el habla como al que pertenece a su intimidad, les asignó como propias ambas virtudes; al logos traducido en palabra la clara mostración; al logos íntimo la verdad. Corresponde, en efecto, que la inteligencia rechace de plano toda falsedad; y a la expresión del pensamiento el evitar toda traba a cuanto favorezca la mostración más exacta posible.

130. Con todo, ninguna utilidad se deriva de un logos que proclama enfáticamente cosas hermosas y provechosas, si las obras del que las expresa no están de acuerdo con ella. En consecuencia, entendiendo que el logos no debe estar disociado de las obras, sujetó Moisés el lugar del logos al efod, de modo que no se separase de él pues hizo del nombro un símbolo de acción y obra.

131. XXVI. Tales son las enseñanzas que Moisés dio a conocer a través de la sagrada vestidura. Sobre la cabeza del sacerdote colocó, en vez de una diadema, un turbante, por entender que durante el ejercicio de sus funciones el consagrado a Dios como sacerdote es superior no sólo a todos los hombres comunes sino también a todos los reyes.

132. En la parte superior del turbante está la placa de oro sobre la cual se hallan grabados los caracteres de las cuatro letras en las que, se nos dice, se expresa el nombre del Que Es; significando que es imposible que ser alguno de cuantos existen perdure sin invocarlo, ya que es Su bondad y Su potencia propicia lo que da consistencia a todas las cosas.

133. Vistiendo estas prendas y ornamentos es como se dirige el sumo sacerdote para cumplir las sagradas funciones, a fin de que, cada vez que ofrece las ancestrales plegarias y sacrificios, el mundo todo entre junto con él a través de las representaciones que del mismo lleva sobre sí, que son: del aire la túnica que llega hasta los pies; del agua las bellotas de granada; de la tierra los bordados de flores; del fuego el color escarlata; de los dos hemisferios, por sus formas semejantes a ellos, las esmeraldas circulares puestas en lo alto de los hombros, en cada una de las cuales hay seis grabados; del zodíaco, las doce piedras distribuidas en cuatro hileras de tres sobre el pecho; y de aquel [54] que todo lo conserva y administra, el lugar del logos.
[54] Es decir, del logos.

134. La razón de tal compañía es la necesidad de que quien ha sido consagrado al Padre del mundo recurra a la intersección de Su hijo, [55] perfectísimo en sus excelencias, para recabar el olvido de las faltas y la provisión de bienes abundantísimos.
[55] Su hijo es el mundo, que, como se dice más arriba, simbolizado en las vestiduras y adornos del sumo sacerdote, penetra con éste en el santuario cuando el mismo va a elevar sus preces y ofrecer sacrificios.

135. Y quizá también lo que Moisés persigue es enseñar al servidor de Dios que, si bien está más allá de sus posibilidades el ser digno del Hacedor del mundo, al menos puede intentar ser permanentemente digno del mundo; y que, pues viste prendas que son representación de éste, es su primer deber el llevar grabado el modelo en su inteligencia y transformarse, en cierto modo, de hombre en la naturaleza del mundo; y, si es lícito decirlo (y lo lícito cuando se trata de la verdad es no mentir), ser un pequeño mundo.

136.[56] XXVII. Fuera del propileo, junto a las entradas, había una bañera de bronce, para cuya Construcción el artífice no empleó material virgen, como es usual en estos casos, sino objetos ya cuidadosamente trabajados con otro propósito distinto, que con todo celo y emulación habían traído las mujeres rivalizando en piedad con los hombres, resueltas a alcanzar el galardón en la noble puja y a esforzarse en la medida de sus posibilidades para no quedarse a la zaga de aquéllos en cuanto a santidad.
[56] Para los parágrafos 136 a 140 ver Éx. XXXVIII, 26 y 27. Ver *Sobre la migración de Abraham* 98.

137. En efecto, con espontánea buena voluntad, sin que nadie se lo prescribiese, ofrendaron los espejos que usaban para el aderezo y embellecimiento de sus personas, primicia sumamente apropiada de su buen sentido, de su pureza en el matrimonio e, indudablemente, de la hermosura de sus almas.

138. Pareció bien al artífice recibirlos y, después de fundirlos, dedicarlos a la fabricación de la bañera exclusivamente, a fin de que los sacerdotes, cuando se dispusieran a entrar en el

templo a cumplir los ritos establecidos, la emplearan para abluciones, particularmente para el lavado de los pies y manos; acto este que constituye un símbolo de una vida irreprochable, de una existencia pura empleada en loables acciones, que avanza rectamente, no a través del tortuoso camino, o hablando con más propiedad, de la intransitable senda del vicio, sino por el camino real de la virtud.

139. "Aquel que se apreste a purificarse con aspersiones", dice por consiguiente Moisés, "tenga presente que el material de esta bañera procede de espejos, a fin de que, como en un espejo, contemple su propia inteligencia; y de que, si apareciere alguna vergonzosa señal originada en la irracional pasión o en el placer, que lo excite y aliente a obrar contra la naturaleza; o en el dolor, que, al revés, lo frena y abate; o en el miedo, que desvía y tuerce el recto curso de sus intenciones; o en el apetito, que arrastra e impele violentamente hacia las cosas no presentes; pueda remediarlo, sanar y adquirir la belleza genuina y legítima.

140. Porque, mientras la del cuerpo es una belleza consistente en la buena proporción de las partes, en el buen color de la tez y en la lozanía de las carnes, y es breve el tiempo de su florecer, la de la inteligencia, en cambio, reside en la armonía de las doctrinas y en el concierto de sus virtudes, y no se marchita con el correr del tiempo; antes bien, a medida que éste pasa, se renueva y rejuvenece, embellecida con el espléndido color de la verdad, de la recíproca adecuación entre las palabras y las obras, y, también de las intenciones con las palabras y obras".

141. XXVIII. Después que hubo sido instruido en lo que respecta a los modelos del sagrado tabernáculo, y una vez que él hubo, a su vez, instruido a hombres dotados de agudeza de entendimiento y natural capacidad para que tomasen a su cargo y llevasen a buen término las obras que era preciso fabricar; y luego de que la construcción del sagrado tabernáculo se llevó a cabo sin inconvenientes, fue preciso también que Moisés escogiera como sacerdotes a los más aptos para ello, y que éstos aprendieran con tiempo de qué manera correspondía llevar las ofrendas al altar y realizar los sagrados ritos.

142. Por lo tanto, escogió entre todos a su hermano para sumo sacerdote en mérito a sus superiores cualidades, y eligió a los hijos de éste para sacerdotes; y lo hizo, no porque concediera preferencia a su propia familia, sino por la piedad y santidad que en estos hombres advertía. Una clara prueba de ello es la siguiente. A ninguno de sus propios hijos, y dos eran los que tenía, lo consideró digno de esa distinción, aunque no hubiera podido dejar de escogerlos, a ambos si en alguna medida hubiera pesado en sus decisiones el apego por las cosas propias.

143.[67] Con la aprobación de la nación entera, y ajustándose a las directivas de los oráculos, puso a aquéllos en posesión de sus funciones de una manera completamente desusada y digna de ser recordada. Comenzó por lavarlos con agua de fuente, la más pura y vivificante de las aguas, y luego les colocó las sagradas vestiduras; a su hermano la túnica hasta los pies y el efod semejante a una coraza, es decir, la túnica de variada confección, representación del universo; a sus sobrinos túnicas de lino; y a uno y otros cinturones y pantalones.
[67] Para los parágrafos 143 a 152 ver Éx. XXIX, y Lev. VIII.

144. Los cinturones se los puso para que estuvieran libres de trabas y más prestos para su sagrado ministerio, al estar sujetos los sueltos pliegues de las túnicas; los pantalones", para que no fuera visible ninguna de las partes que corresponde ocultar, sobre todo al ascender al altar o al bajar desde arriba de él, y al realizar todas las ceremonias con diligencia y rapidez.

145. Porque, si sus vestimentas no hubieran sido preparadas con tanto cuidado en previsión de inesperados accidentes, a causa de la diligente celeridad puesta en el cumplimiento de los ritos se hubiera advertido su desnudez y no hubieran podido conservar el decoro debido a los lugares sagrados y a las personas consagradas.

146. XXIX. Una vez que los hubo provisto de los vestidos, tomó del más fragante ungüento preparado por el arte de los perfumeros, y untó primero los objetos del espacio abierto, es decir, el altar [68] y la bañera, echándoles de él siete veces; luego el tabernáculo y cada uno de los sagrados muebles, ó sea, el arca, el candelabro, el altar del incienso, la mesa, los vasos de libaciones, las redomas y todos los demás utensilios necesarios y útiles para los sacrificios; y finalmente, llegándose al sumo sacerdote, le ungió la cabeza con abundante óleo.
[68] El altar de los holocaustos.

147. Cumplidas con religiosa solemnidad estas cosas, mandó traer un becerro y dos moruecos; el primero para ofrecerlo por la remisión de las faltas, revelando así que a toda creatura, por excelente que fuere, le es connatural el cometer faltas, por el sólo hecho de haber sido creada; y que por esa razón es preciso que apacigüe a la Divinidad con plegarias y sacrificios a fin dé que no se agite Su cólera y caiga sobre ella.

148. De los moruecos uno fue destinado a un holocausto en acción de gracias por Su gobierno del universo, gobierno cuya eficacia a cada uno alcanza en la medida que le corresponde, al recibir cada uno los beneficios que sus elementos brindan: la tierra, la habitación y los alimentos que produce; el agua, la bebida, el baño y la navegación; el airé, la respiración y las percepciones a través dé los sentidos, ya que el aire es el instrumento de todos ellos, así como también las estaciones del año; el fuego de uso corriente, las cocciones y la calefacción; y el fuego del cielo, la claridad y la posibilidad de ver todo lo que es visible.

149. El otro morueco lo ofreció por el perfeccionamiento de los que se consagraban mediante una santificadora purificación. Por ello lo llamó con acierto morueco del perfeccionamiento, puesto que aquellos iban a ser iniciados en los sagrados ritos [59] correspondientes a los servidores y ministros de Dios.
[59] Como estos ritos denomínanse *teletái,* término emparentado etimológicamente con *teléiosis* = *perfeccionamiento,* Filón recurre al juego de palabras para su deducción.

150. Habiendo recogido la sangre de la víctima, una parte la fue derramando alrededor del altar, y la otra la recibió en una redoma que colocó debajo, y con ella untó tres partes del cuerpo de los admitidos en el sacerdocio: la extremidad de la oreja, la mano y el pie, derechos todos; enseñando mediante este simbolismo que es preciso que el consagrado [60] sea puro en sus palabras, en sus obras y en su vida toda. El oído, en efecto, juzga la palabra, la mano es símbolo de la acción y el pie lo es del tránsito a través de la vida.
[60] Literalmente: *el perfecto = télelos.*

151. Y como en cada caso la parte ungida lo fue en su extremo y era ella del lado derecho,, debemos suponer que lo que quería demostrar era que el progreso en todos los órdenes requiere destreza [61] y tiende a alcanzar la cima [62] de la felicidad y la meta [63] hacia la que es preciso esforzarse y a la que deben estar referidas todas las acciones, haciéndola el blanco de nuestra vida hacia el que, como arqueros, debemos lanzar nuestras flechas.
[61] Otro juego de palabras, éste entre *dexiá = derecha, diestra, y dexiótes = destreza, habilidad.*

[62] O *extremo,* con lo que se advierte en la referencia a la unción en el *extremo* de cada una de las tres partes.
[63] O *perfección = télos,* término que recalca los conceptos expresados poco más arriba con *téleios = perfecto, teletái = iniciados, y teléiosis — perfeccionamiento.*

152. XXX. El primer paso fue, pues, untar en las tres mencionadas partes a los sacerdotes con la sangre sin mezcla de una misma víctima, llamada del perfeccionamiento. Después, tomando la sangre que había sobre el altar, que procedía de todas las víctimas, y algo del ya mencionado ungüento que habían preparado a base de perfumes; tras mezclar el óleo con la sangre, derramó la mezcla sobre los sacerdotes y sus vestiduras. Con ello quería hacerlos partícipes no sólo de la santidad de afuera y a cielo abierto, sino también de la oculta en lo íntimo del santuario, puesto que también iban a cumplir sus sagradas funciones en la parte interior, dentro de la cual todas las cosas habían sido ungidas con óleo.[64]
[64] Lo que posiblemente deba entenderse es que la unción de las tres partes en sus extremos, es decir, en el sector más externo, simboliza la pureza y santidad que han de observarse fuera del sancta santorúm, en tanto que la unción del cuerpo total y las ropas que lo ocultan, tendía a comunicar aquella santidad que el santuario encierra en su intimidad.

153.[65] Luego de que ofrecieron, además de los anteriores, otros sacrificios, algunos los sacerdotes por ellos mismos; otros la asamblea de ancianos por la nación entera, Moisés penetró en el tabernáculo llevando consigo a su hermano. Era el octavo y último día de las ceremonias, ya que en los siete precedentes se había dedicado a iniciar en el sacerdocio y asesorar en cuanto a los sagrados ritos a aquél y a sus sobrinos. Una vez adentro, le enseñó, como un buen instructor a un discípulo capaz, la manera como el sumo sacerdote debía llevar a cabo las ceremonias dentro del recinto.
[65] Para los parágrafos 153 a 158 ver Lev. IX.

154. Luego salieron de allí ambos y, con las manos extendidas delante de sus cabezas, formularon plegarias provechosas para nuestra nación con una pura y muy santa intención. Y mientras aún estaban en oración, sucedió algo pasmoso en extremo. Del interior del santuario surgió de improviso una compacta llama, que bien pudo ser una porción de purísimo éter, bien aire diluido en fuego por una natural -transformación de un elemento en otro: Con firme impulso la misma llegó hasta el altar y consumió cuanto sobre él había; con lo que, entiendo yo, quedó clarísimamente demostrado que ninguno de los ritos se había cumplido sin la Divina supervisión.

155. Era natural, en efecto, que un especial don le fuera otorgado al santo lugar, no solo en aquello que los hombres habían elaborado, sino además en lo más puro de los elementos, el fuego, a fin de que el otro, el fuego de uso común entre nosotros, no entrara en contacto con el altar, tal vez a causa de las innumerables imperfecciones a las que está vinculado.

156 Porque esté último fuego se aplica no sólo para asar y cocer irracionales seres vivientes con miras al injusto hartazgo del miserable vientre, sino también el exterminio de seres humanos a causa de ajenas insidias, y no de unos pocos sino de innumerables multitudes.

157. Ejemplos no faltan: flechas portadoras de fuego han sido arrojadas y han incendiado grandes flotas repletas de tripulantes, y destruido ciudades enteras, que, consumidas por el fuego hasta los cimientos, han sido reducidas a cenizas, al punto de no quedar ni huellas de la antigua concentración humana.

158. Tal fue, a mi parecer, la razón por la que Dios excluyó del sacratísimo y purísimo altar el fuego común, considerándolo contaminado; y en su lugar hizo llover desde el cielo una etérea llama, distinguiendo de ese modo lo sagrado de lo profano, lo Divino de lo humano. Convenía, en efecto, que a los sacrificios rituales se les asignara un fuego de naturaleza más incorruptible que el que está al servicio de las humanas necesidades.

159. XXXI. Siendo muchos los sacrificios que necesariamente se ofrendaban cada día, sobre todo en las públicas asambleas y en las fiestas, ya por cada uno privadamente ya por todos en común, y por innumerables y diversos motivos; y tratándose de una nación numerosa, que demostraba tal piedad era menester que hubiera también una gran cantidad de servidores del templo para los sagrados servicios.

160. Una vez más la elección tuvo características completamente nuevas y desacostumbradas. Moisés escogió una de las doce tribus, seleccionándola por sus superiores méritos y concediéndole el premio y recompensa de una tarea grata a Dios.

161. Las cosas sucedieron del siguiente modo.[66] Después que Moisés hubo subido a la vecina montaña, y mientras pasaba bastantes días sin otro compañía que la de Dios, hombres inconstantes por naturaleza, creyendo que su ausencia constituía una oportunidad favorable, se lanzaron sin control a la impiedad, como si hubiera cesado toda autoridad, y, olvidando la reverencia debida al Que Es, se convirtieron en celosos adeptos de las patrañas egipcias.
[66] Para los parágrafos 161 a 173 ver Éx. XXXII.

162. Habiendo construido a toda prisa un toro de oro, copia del animal tenido por más sagrado en aquel país; [67] le ofrecieron sacrificios; y, formando coros, que no merecían ese nombre, cantaron himnos que en nada diferían de los cantos funerales, y, entregados a las libaciones, cayeron en una doble embriaguez: la del vino y la de la insensatez. Pasaron la noche entre diversiones y excesos y se dieron a la práctica de placenteros vicios, despreocupados del futuro, mientras la justicia, que, aunque ellos no la veían, los tenía presentes juntamente con los castigos que merecían, estaba lista para salirles al paso.
[67] Como en otros lugares, afirma Filón que el becerro de oro era una imitación del toro Apis, pasando por alto que la veneración de los egipcios se concentraba en un ejemplar vivo. Ver *Sobre la ebriedad* 95.

163. Como los gritos continuos en el campamento, según era de grande la multitud de hombres allí reunidos, llegaban a gran distancia, y por consiguiente sus resonancias alcanzaban hasta la cima de la montaña, golpearon los oídos de Moisés, quien no sabía qué hacer, pues amaba a Dios, y a la vez amaba a los hombres, y no soportaba ni "abandonar sus conversaciones con Dios, durante las que dialogaba en privado con Él sin la presencia de otro alguno; ni mirar con indiferencia a la multitud colmada de las miserias que resultaban de estar sin gobierno.

164. Siendo, como era, lo suficientemente hábil como para descubrir a través de un sonido inarticulado y confuso las señales inequívocas de las pasiones del alma, oscuras e invisibles para los demás, reconoció qué clase de tumulto era aquel, y comprendió que la confusión reinante era resultado de la embriaguez, pues la incontinencia engendra la saciedad, y ésta, a su vez, la violencia.

165. Indeciso entre dos fuerzas opuestas que lo arrastraban hacia una y otra parte, hacia aquí y hacia allí, no sabía qué correspondía hacer. Pero, mientras consideraba el problema, le llegó

este Divino mensaje: "Marcha rápido de aquí. Desciende. El pueblo se ha lanzado tras la ilegalidad. Han fabricado una obra de sus propias manos, un dios, que no es dios, en forma de toro, y lo adoran y ofrecen sacrificios, olvidados de todo cuanto conduce a la piedad que han visto y escuchado".

166. Moisés, anonadado y forzado a creer cosas increíbles, no marchó de inmediato a asumir su cometido de mediador y arbitro, sino antes elevó plegarias y súplicas por la nación, pidiendo que sus faltas fuesen perdonadas. Luego, alcanzada ya la misericordia del Señor, este protector e intercesor partió alegre y, a la vez, abatido. Estaba contento porque- Dios había aceptado su súplica, pero lleno hasta la saturación de inquietud y abatimiento a causa de la violación de las leyes por parte de la multitud.

167. XXXII. Cuando llegó al centro del campamento, contempló asombrado la inesperada apostasía de la multitud y cuan grande falsedad habían aceptado a cambio de tan grande verdad; pero, viendo que la pestilencia no se había extendido a todos, y que todavía había quienes conservábanse sanos y daban muestras de su odio contra el vicio, quiso distinguir a los que no tenían remedio de los que estaban disgustados por los sucesos, y de los que, tras incurrir en faltas, se arrepentían. Y así, dio a conocer una proclama, que no era sino una prueba para saber exactamente lo que en su fuero interno abrigaba cada uno acerca de la santidad y lo opuesto a ella.

168. Dijo, en efecto: "Si alguien está con Dios, que venga hacia mí". Pocas fueron las palabras, pero grande el contenido, como que lo expresado fue lo siguiente: "Si alguien considera que ni cosa alguna de las fabricadas por el hombre ni ninguna de las creaturas son dioses, sino sólo lo es el Soberano del universo que se aproxime a mí".

169. De los demás [68] unos, llenos de rebeldía a causa de su apego a vanidad egipcia, no hicieron caso de sus palabras; otros, por miedo de un castigo quizá, temerosos de la venganza en manos de Moisés o de que la multitud se volviese contra ellos; que siempre la multitud acomete a los que no toman parte en sus desatinos; no se atrevieron a aproximársele.
[68] Es decir, de los miembros de todas las tribus con excepción de la de Leví, que poco más abajo se señala como la única que reaccionó en el sentido propuesto por Moisés.

170. Una sola entre todas las tribus, la llamada de Leví, prestó oídos a la proclama y avanzó rápidamente como obedeciendo a una señal convenida, demostrando con su celeridad su celo y la intensidad del impulso de sus almas hacia la piedad.

171. Moisés, al verlos avanzar como competidores que inician su carrera, les dijo: "Si la prisa que os habéis dado en venir hacia mí no reside sólo en vuestros cuerpos sino también en vuestras almas es cosa que se probará enseguida. Que cada uno de vosotros tome una espada y extermine a aquellos que han cometido actos dignos de infinitas muertes, pues, abandonando al verdadera Dios, construyeron dioses falsamente llamados así con materias corruptibles y creadas, y les dieron el nombre que es propio del Incorruptible e Increado. Hacedlo, aunque se tratare de parientes y amigos, con la convicción de que para los hombres de bien no hay otro parentesco ni amistad que la piedad".

172. Ellos, que son decidida actitud se habían anticipado a su exhortación, movidos por sus sentimientos, que habían sido contrarios a aquéllos casi desde el momento en que vieron producirse el movimiento contra las leyes, dieron muerte en la flor de sus vidas a unos tres mil de los que poco antes habían sido sus íntimos amigos. Como los cuerpos de éstos yacían

en medio de la plaza, la multitud, al contemplarlos, se apiadó; pero, el miedo la llamó a reflexión, ya que la decisión ardorosa aún y llena de cólera de los matadores le infundió terror.

173. Moisés, por su parte, aprobando el heroísmo de éstos, concibió y confirmó un premio apropiado para tal hazaña. Era justo, en efecto, que quienes se habían lanzado voluntariamente a la lucha en defensa de la honra debida a Dios y la habían concluido en poco tiempo con éxito fuesen considerados merecedores de recibir el sacerdocio para que se encargasen de Su servicio.

174.[69] XXXIII. Ahora bien, los consagrados no constituían un único orden. Estaban, por una parte, aquellos que, habiéndoseles encomendado todo lo relativo a las plegarias y sacrificios y a los demás ritos sagrados, penetraban hasta la parte más interna del santuario; y, por otra, aquellos a los que algunos llaman servidores del templo, que no tenían a su cargo ninguna de esas funciones, sino los cuidados y la vigilancia del sagrado lugar y de lo que en él había, día y noche. Por dicha razón, lo que resulta ser para muchos y en muchas partes causa de innumerables males: la lucha por la precedencia, echó raíces también entre ellos, ya que los servidores del templo se mostraron hostiles contra los sacerdotes y concibieron el designio de arrebatarles su preeminencia, cosa que esperaban que sucedería fácilmente, por cuanto los superaban muchas veces en número.
[69] Para los parágrafos 174 a 197 ver Núm. XVI, 1 a 3.

175. Para que la sedición no pareciera ser fruto de su particular determinación, persuadieron para que los apoyara a la primera de las doce tribus, [70] a la cual muchos de los más irreflexivos se adhirieron en la creencia de que la tribu podía asumir la supremacía como derecho propio de su mayor edad.[71]
[70] La de Rubén.
[71] La primogenitura de Rubén, el mayor de los hijos de Jacob, se perpetuaba en su tribu, que por ello era la tribu de mayor edad o primogénita.

176. Moisés se dio cuenta de que se gestaba una grave rebelión contra él por haber escogido a su hermano como sumo sacerdote. Lo había hecho ajustándose a las revelaciones de los oráculos, pero circulaban calumnias en el sentido de que tales oráculos los había inventado él y de que la elección la había hecho movido por razones de parentesco y por su afecto hacia su hermano.

177. Esto lo tenía, como es natural, afligido, no solamente porque se desconfiaba de él, que tales pruebas había dado de su buena fe; sino además porque la desconfianza se refería a obras que iban encaminadas a la honra de Dios, y que, por ser la verdad compañera de Él, hubieran debido implicar de por sí esa verdad, aun viniendo de quien para otros asuntos demostrara poseer un carácter nada veraz. Mas no le pareció bien emplear las palabras para dejar en claro las razones de su decisión, pues sabía que no es cosa fácil intentar hacer cambiar de parecer a los que han sido ya atrapados por las opiniones opuestas; y suplicó a Dios que les presentase claras pruebas de que ninguna simulación había habido en la elección de sumo sacerdote.

178. Mandóle Dios que tomase doce varas, el mismo número que el de las tribus; que en once de ellas escribiese los nombres de los demás jefes de tribu, y en la restante [72] el de su hermano y sumo sacerdote; y que, acto seguido, las llevase hacia el interior del santuario. Moisés hizo lo ordenado y esperó con impaciencia los resultados.
[72] En la vara de la tribu de Leví.

179. Al día siguiente, obedeciendo una Divina orden, y hallándose todo el pueblo presente, penetró y trajo las varas. Las otras ninguna diferencia presentaban; en cambio la de su hermano había experimentado una admirable transformación, como que, cual si se tratara de una robusta planta, toda ella había echado brotes jóvenes y se doblaba bajo el peso de abundantes frutos.

180. XXXIV. Ahora bien, los frutos eran almendras, las que tienen una constitución natural opuesta a los otros frutos. En el caso de los más de éstos, por ejemplo la uva, la aceituna o la manzana, la semilla y la parte comestible son diferentes, diferencia que se manifiesta también en su respectiva ubicación, ya que la parte comestible es externa y la semilla se encuentra encerrada dentro. En la almendra, en cambio, semilla y parte comestible son una misma cosa, reducidas ambas a una sola forma; y el lugar es uno solo, el interno, delimitado y protegido en derredor por una doble envoltura, uña de cuyas partes consiste en una corteza muy gruesa, y la otra no es inferior a una construcción de madera.

181. De allí que la almendra signifique la perfecta virtud, pues, así como en ella principio y fin son una misma cosa, el principio representado por la semilla y el fin encarnado en el fruto, otro tanto ocurre también con las virtudes, ya que cada una de ellas resulta ser también principio y fin; principio, por cuanto su origen se halla en ella misma y no en otros poderes; y fin, porque hacia ella tiende la vida que se ajusta a la naturaleza.

182. Esa es una razón por la que la almendra simboliza la virtud; pero hay otra más significativa aún que la primera; y es que la parte semejante a una corteza es amarga, y la que dentro se extiende en torno al fruto, la semejante a una construcción de madera, es muy sólida y fuerte; y, como está encerrado dentro de ambas, el fruto no es fácil de extraer.

183. De este fruto hizo Moisés un símbolo del alma entregada a la ejercitación, y pensó que debía emplearlo para impulsarla hacia la virtud enseñándole que es preciso familiarizarse primero con el esfuerzo. Y como el esfuerzo del que deriva el bien es amargo, tenaz y duro, es necesario evitar la molicie.

184. Porque quien huye del esfuerzo huye también de los bienes, en tanto que quien sobrelleva paciente y valientemente las dificultades va de prisa hacia la felicidad. Es imposible, en efecto, que la virtud resida en los hombres de vida muelle, de alma afeminada, cuyo cuerpo se relaja bajo los efectos de una lujuria incesante de día tras día; y, maltratada, acude al tribunal de ese arconte [73] que es la recta razón en procura de una reparación y cambia de residencia.
73 El arconte ateniense llamado epónimo atendía las demandas de divorcio presentadas por las esposas decididas a separarse de sus maridos.

185. En cambio, y no nos quepa duda de ello, la sacratísima cofradía que forman la templanza, la sabiduría, la valentía y la justicia, corre a la par de los ejercitantes y de todos aquellos que son devotos- de la vida austera y rigurosa, es decir, de la continencia y la templanza, y hacen gala de frugalidad y moderación, gracias a las cuales la parte de mayor jerarquía de nuestro ser, que es la razón, avanza hacia una perfecta salud y bienestar, destruyendo la poderosa valla del cuerpo, que han erigido los excesos en las bebidas y en las comidas, los libertinajes y las insaciables concupiscencias, que son origen de ese enemigo de la agilidad mental que es la gran obesidad.

186. Dícese además que, de los árboles que echan yemas normalmente en la primavera, el almendro es el primero en florecer, anunciando la abundancia de frutos, y el último en perder las hojas, prolongando así todos los años el mayor tiempo posible la dichosa vejez de su verdor. Una y otra circunstancia son presentadas-por Moisés como símbolos de la tribu sacerdotal dando a entender que también ella será la primera y última de la raza humana en florecer en aquel tiempo en que pareciere bien a Dios que nuestra vida se asemeje a los tiempos primaverales, tras hacer desaparecer esa fuente de insidias y desdichas que es la soberbia.

187. XXXV. Dijimos [74] que son cuatro las condiciones que deben concurrir para la suma perfección de un gobernante: la realeza, la capacidad para legislar, el sacerdocio y la profecía, a fin de que en su condición de legislador prescriba lo que es preciso hacer y prohíba lo que no debe hacerse; en calidad de sacerdote se ocupe no sólo de las cosas humanas sino también de las Divinas; y como profeta revele, inspirado por Dios, todo cuanto no alcanza a aprehender la razón. Sobre las tres primeras hemos discurrido ya, y, habiendo demostrado que Moisés fue el más excelente de los reyes, legisladores y sumos sacerdotes, paso a demostrar por último que también resultó ser un profeta notabilísimo.
[74] Ver los parágrafos 2 y 3 del presente tratado.

188. Pues bien, no se me escapa el que todas las cosas que se hallan escritas en los sagrados libros son oráculos revelados a través de él; pero me referiré sólo a aquellos que son más particularmente suyos, después de aclarar lo siguiente. De las Divinas revelaciones en unas es Dios quien por Sí mismo hace la comunicación a través del intérprete que es su profeta; en otras lo manifestado surge de una pregunta y una respuesta; y en otras procede de la boca misma de Moisés, que, lleno del Divino espíritu, ha sido transportado fuera de su propio ser.

189. Las primeras son absoluta y enteramente signos de las Divinas excelencias que son la benevolencia y la generosidad, mediante las cuales mueve Dios hacia la grandeza de alma a todos los hombres, y en particular a la nación de Sus servidores, a la quo abre el camino que lleva a la felicidad.

190. Las segundas encierran una combinación y coparticipación, ya que el profeta pregunta sobre lo que desea saber, y Dios le responde instruyéndolo. Las terceras se confían al legislador, a quien Dios infunde Su poder de conocer anticipadamente, mediante el cual revela los futuros acontecimientos.

191. Pues bien, debemos desistir de considerar las primeras pues está por sobre las posibilidades de todo hombre el ponderarlas, ya que apenas alcanzarían a elogiarlas con justicia el cielo, el mundo y la naturaleza del universo. Por otra parte, ellas son dadas a conocer a través de quien hace las veces de intérprete; y no es lo mismo interpretación que profecía. En cuanto a las segundas, trataré de inmediato de describirlas, relacionándolas con la tercera clase, en la cual se pone de manifiesto la presencia del espíritu Divino en el que habla, quien en virtud de ello es considerado profeta en el más apropiado y estricto sentido del término.

192. XXXVI. Para cumplir con lo prometido he de comenzar refiriéndome a lo siguiente. Cuatro son los casos en los que los Divinos oráculos son registrados en las leyes en forma de pregunta y respuesta, y que, por lo tanto, presentan un carácter mixto, ya que, por una parte, el profeta, impulsado por la inspiración, hace la pregunta; y, por otra, el Padre le manifiesta la revelación comunicándole Su palabra y respuesta. El primero de estos casos fue uno como

para irritar no sólo a Moisés, el más santo de los hombres nacidos hasta entonces, sino también a cualquiera que sólo en pequeña medida haya gustado el sabor de la piedad.

193.[75] Cierto hombre de bastardo origen, nacida de progenitores desiguales padre egipcio y madre judía, había renunciado a las costumbres ancestrales de su madre y se había inclinado, según leemos, a la impiedad egipcia entregándose de lleno al ateísmo de ese pueblo.
[75] Para los parágrafos 193 a 208 ver Lev. XXIV, 10 a 16.

194. Los egipcios son casi los únicos entre todos los pueblos que han hecho de la tierra un baluarte opuesto al cielo, [76] considerando que aquélla es merecedora de los honores debidos a la Divinidad, y negándose a tributar al cielo honra especial alguna, como si a los lugares más apartados se les debiera tener mayor consideración que a los reales palacios. Porque palacio sacratísimo es en el mundo el cielo, y región extrema la tierra, estimable de por sí, pero tan inferior con respecto a la región etérea cuanto es inferior la oscuridad con respecto a la luz, la noche con respecto al día, la corrupción con respecto a la incorruptibilidad y el ser mortal con respecto a Dios.
[76] Ver *Sobre la huida y el hallazgo* 180.

195. Los egipcios, como su país no es regado, como los demás, por la lluvia, sino todos los años se transforma regularmente en una extensión pantanosa gracias a los desbordamientos de su río, hablan del Nilo como si fuera una réplica del cielo, deificándolo; y se refieren al país en términos reverentes.

196. XXXVII. Pues bien, justamente este hombre de mezclado origen, en ocasión de una disputa entre él y uno de los de la raza con visión y conocimiento, [77] perdiendo en su cólera todo control sobre sí mismo, y estimulado por su celo por el ateísmo egipcio, llevó su impiedad desde la tierra hasta el cielo, llegando en su desmedida iniquidad a maldecir con su alma, su lengua y todos sus órganos de la palabra, malditos, vituperables y contaminados, a Aquel al que ni siquiera alabar pueden todos, siendo ello un privilegio solamente de los más excelentes, de aquellos que han recibido las purificaciones perfectas.
[77] De Israel, la raza vidente o que ve a Dios.

197. Ante esto Moisés, asombrado de la demencia y el exceso de osadía, lleno de doble indignación, estaba ansioso de acabar con él por su propia mano; pero temió que el castigo que le aplicase fuera demasiado leve, puesto que no hay hombre alguno que sea capaz de concebir una pena apropiada para impiedad tan grande.

198. Quien no honra a Dios no honra tampoco a sus padres, a su país y a sus benefactores. ¡Y cuánto mayor aún es el exceso de impiedad del que, aparte de no honrarlo, lo denigra! Y, con todo, el denigrarlo es un mal menor, comparado con el maldecirlo; aunque basta con que una lengua desatada y una boca sin control se pongan al servicio de ilegales locuras, para que fatalmente se consume una monstruosa violación de "fe ley. [78]
[78] Es decir, no es preciso que se llegue a la maldición, el solo murmurar contra Dios o hablar sin respeto de Él es una gran mancha.

199. Pero, dime tú; hombre, ¿maldice en realidad alguien a Dios? ¿A qué otro dios invocaría para hacer eficaz su maldición? ¿No resulta claro que sería a Dios mismo contra Dios mismo? Aleja de ti pensamientos tan profanos e impíos. Bien estará que la desdichada alma que ha sido ultrajada por la voz [79] y que ha recurrido a los servicios de ese ciego sentido que es el oído, se purifique.

[79] Es decir, ultrajada por escuchar tales palabras.

200. ¿Y no fue frenada la lengua del que pronunció semejante blasfemia, ni fueron cerrados los oídos del que habría de escucharla? Así hubiera debido ser seguramente, pero otro era el designio de la justicia, la que juzga que no es conveniente echar un velo sobre un bien fuera de lo común ni sobre un mal extremo, sino poner con toda claridad en evidencia la bondad y la maldad a fin de asignársele a la primera el merecido galardón y al segundo el correspondiente castigo.

201. Ordenó, pues, Moisés que llevaran al hombre a prisión y lo encadenaran, y suplicó a Dios, apelando a Su misericordia, que, teniendo presente el fatal destino de nuestros sentidos, que nos hacen mirar lo que no es lícito ver, y oír lo que no debemos escuchar, le mostrara qué castigo debía sufrir el autor del impío, sacrílego, monstruoso e insólito acto.

202. Dios le ordenó que aquél fuese apedreado, considerando, según entiendo yo, que el castigo por lapidación era el apropiado para un hombre que tenía un alma dura y de piedra; y queriendo, a la vez, que todos los del pueblo tomasen parte en el castigo, pues sabía que se hallaban sumamente indignados y deseosos de matarlo; y sólo la ejecución mediante proyectiles se prestaba para que tomaran parte en él tantas miríadas de hombres.

203. Después que el impío y criminal hubo pagado su delito, fue establecida una nueva prescripción, que jamás antes 'se había juzgado necesario establecer. Es que las imprevistas alteraciones de lo tradicional exigen nuevas leyes para evitar las faltas. Y así, de inmediato fue puesta en vigencia la siguiente ley: 'Todo aquel que maldijere a un dios [80] lleve sobre sí el pesa de su falta; y quien nombrare el nombre del Señor perezca"? [81]

[80] Para comprender el razonamiento que sigue es preciso tener presente que el término griego *theós,* sin artículo, significa tanto *Dios* como un *dios.*

[81] Lev. XXIV, 15 y 16.

204. Bien está, oh sapientísimo, el único que ha bebido, el puro vino de la sabiduría sin mezcla, el haber tú considerada que el nombrar es peor que el maldecir; porque no es que trates-con suavidad al que ha cometido la impiedad más grave, incluyéndolo entre los que han, delinquido en menor medida; y determines la máxima pena, la muerte, para el que es convicto de una falta más leve.

205. XXXVIII. No, es evidente que en el término "dios" no hay aquí referencia alguna al Dios Supremo y Hacedor del universo, sino a los dioses particulares de los diversos países, falsamente llamados dioses y meros productos del arte de los pintores y escultores. El mundo habitado está lleno, en efecto, de esculturas de madera y de piedra y de imágenes de ese tenor, contra los que es precisó abstenerse de blasfemar, a fin de que ninguno de los discípulos de Moisés se acostumbre a tomar a la ligera el nombre "dios" en general pues se trata de un título digno del más alto respeto y amor.

206. Pero, si alguien llega, no digo ya a blasfemar contra el Soberano de los hombres y los dioses, pero sólo a atreverse a pronunciar sin necesidad Su nombre, sufrirá la pena capital.

207. Es que, aun el caso de nuestros padres, que son mortales al fin y al cabo, todos aquellos a los que interesa la honra debida a los progenitores se abstienen de pronunciar sus nombres, y, dejando de lado los que les son propios, movidos por su devoción hacia ellos, los designan con términos que aluden a sus naturales vínculos, llamándolos padre y madre, nombres cuyo

empleo encierra un franco reconocimiento por los ingentes beneficios recibidos de parte de ellos, y una exteriorización de la gratitud que hacia ellos los anima.

208. ¿Podemos, por lo tanto, considerar todavía merecedores de perdón a aquellos que con lengua desbocada hacen uso inapropiado del santísimo nombre de Dios?

209. XXXIX. Después de honrar de la manera antedicha al Padre del universo, el profeta rodeó de solemnidad el séptimo día, viendo con su aguda visión, mayor que la común, la maravillosa hermosura de este día estampada en el cielo y en todo el mundo, y a la naturaleza misma sirviéndole de pedestal.

210. Halló, efectivamente, en primer lugar, que este número carece de ascendencia femenina, procediendo de la simiente paterna solamente sin haber sido concebido en vientre materno alguno. En segundo lugar, no fue sólo eso lo que vio, es decir, su hermosura sin límites y su carencia de madre; sino además que era eternamente virgen ya que ni procedía de madre ni él [82] lo era, ni originado en una corrupción ni destinado a corromperse. [83] En tercer lugar, a través del examen que de él hizo, reconoció también que era el día natal del mundo, [84] festividad que celebran tanto el cielo como la tierra y cuanto en ella existe, regocijados y complacidos ante la plena armonía del número siete.

[82] Gomo en otros casos análogos conviene recordar que el nombre de los números, en este caso *hebdomás = siete,, es* femenino en griego, y que Filón lo personifica como una naturaleza femenina. -

[83] Ver *Sobre la creación del mundo* 100, e *Interpretación alegórica* I, 15.

[84] Ver *Vida de Moisés* I, 207.

211. Por esta razón, Moisés, el grande en todo sentido, determinó que aquellos que se hallaban registrados en su sagrado padrón y seguían las leyes de la naturaleza, lo celebraran pasando las horas en amable regocijo, absteniéndose de los trabajos y las artes que procuran recursos y de todas las labores tendientes a asegurar la supervivencia; y haciendo un paréntesis en toda penosa y agobiante preocupación. Pero este descanso no habría de destinarse, como hacen algunos, a risas, pasatiempos y espectáculos de mimos y danzas, por los que los apasionados por el teatro se afanan y desviven, y mediante los dos sentidos dominantes: la vista y el oído, convierten en esclava a esa reina por naturaleza que es el alma. No, solamente ha de consagrarse a la filosofía.

212. Y no la filosofía que persiguen los rebuscadores de palabras y sofistas, que venden doctrinas y argumentos en la plaza pública, como si se tratase de una de tantas mercaderías; y que permanentemente y sin vergüenza alguna emplean la filosofía contra la filosofía, ¡oh tierra y sol!; sino la verdadera filosofía, la que constituye una triple combinación de pensamientos, palabras y hechos, reunidos armónicamente en una única realidad para la adquisición y goce de la sabiduría.

213.[85] Ahora bien, cierto hombre no hizo caso de esta prescripción, a pesar de que aún resonaban en sus oídos las Divinas disposiciones acerca del sagrado día séptimo, disposiciones que Dios había promulgado no por boca de su profeta sino mediante una voz, y he aquí lo verdaderamente admirable, mediante una voz visible, [86] que concentró las miradas más que los oídos de los que allí estaban. Este hombre atravesó el centro del campamento en busca de leña, sabiendo que todos se hallaban reposando en sus tiendas; y, mientras llevaba a cabo su ilícita acción, resultó descubierto, ya que aquella no podía quedar oculta.[87]

[85] Para los parágrafos 213 a 220 ver Num. XV, 32 a 36.

[86] Éx. XX, 18. Ver *Sobre la migración de Ábraham* 47.
[87] Es decir, Dios no estaba dispuesto a permitir que pasara inadvertida y sin castigo.

214. En efecto, algunos, que habían salido más allá de los lindes del campamento en dirección al desierto para elevar plegarias en la mayor soledad y tranquilidad, viendo la ilegal escena de alguien que recogía leña, dominados por la indignación, intentaron matarlo. La reflexión, sin embargo, contuvo la violencia de su irritación; y no les pareció bien ni que ellos, simples particulares, como eran, sustituyeran a los gobernantes en la aplicación del castigo, y con la agravante de no haber habido un juicio previo; si bien, por otra parte, el delito saltaba a la vista; ni que la mancha de la ejecución, por muy justa que ella fuese, menoscabara la santidad de aquel día. Por lo tanto, lo apresaron y lo condujeron ante el gobernante, con el cual estaban sentados los sacerdotes, mientras la multitud toda se congregaba para escuchar.

215. En efecto, siempre que la ocasión lo permitía, y particularmente durante los días séptimos, según señalé más arriba, era costumbre entregarse a las sabias especulaciones, exponiendo y enseñando el gobernante cuanto es preciso hacer y decir, y progresando ellos en orden a la nobleza de espíritu y al mejoramiento de sus costumbres y de su existencia.

216. De allí viene la actual costumbre de los judíos de discurrir acerca de la filosofía de sus antepasados los días séptimos, dedicando ese tiempo al estudio y consideración de las verdades de la naturaleza.[88] ¿Qué son, en efecto, nuestros centros de oración de cada ciudad sino escuelas de prudencia, de fortaleza, de templanza, de justicia, de piedad, de santidad y de toda virtud, donde se disciernen y encaminan convenientemente las cosas concernientes a los hombres y a Dios.
[88] O *verdades tocantes a Dios o teología*- Sobre el término *physis* = *naturaleza,* usado por Filón para referirse a la Divinidad, ver *Sobre Abraham* 99.

217. XL. Pues bien, el responsable de semejante impiedad fue entonces encerrado. Pero Moisés no sabía cuál era el castigo que debía padecer el hombre. Sabía que era merecedor de la muerte;[89] pero, ¿cuál podría ser la manera apropiada de castigarlo? En consecuencia, aproximóse al tribunal invisible incluso para la invisible alma, tribunal cuyo Juez todo lo conoce, aun antes de escuchar, y Le preguntó cuál era Su sentencia.
[89] Éx. XXXI, 14, y XXXV, 2.

218. Este Juez le dio a conocer Su decisión: el hombre debía morir y no de otra suerte de muerte que la lapidación, puesto que también a éste, como al anterior transgresor, habíasele trocado la inteligencia en insensible piedra por una acción que constituía la más completa violación de las leyes y que prácticamente alcanzaba a todas las prescripciones legales relativas a la reverencia debida al séptimo día.

219. ¿Por qué? Pues, porque no sólo las tareas manuales, sino también todas las demás artes y ocupaciones, y en especial las que conciernen a la provisión de recursos y a la conservación de la existencia, o emplean el fuego o no pueden prescindir de elementos que se obtienen mediante el fuego. De allí que muchas veces prohibió Moisés encender fuego los días séptimos, por entender que se trata de la actividad más importante y causa universal de las demás, cuyo cese implica, como es lógico, el cese de todas las otras actividades particulares.

220. Ahora bien, el material del fuego es la madera; de modo que el recogerla constituía una falta estrechamente emparentada con el quemarla, y una transgresión doblemente ilegal, pues, por una parte, recogía leña violando la prescripción de no trabajar, y, por otra, lo que recogía

es de naturaleza tal que sirve de material para el fuego, que es la fuente de todas las artes y técnicas.

221. XLI. Así pues, los dos casos mencionados se refieren a castigos de impíos, que tuvieron lugar en virtud de una pregunta y una respuesta. Pero hay otros dos, aunque no de la misma sino de distinta naturaleza, de los cuales uno está relacionado con la legación de una herencia; y otro, con un rito que tenía lugar, al parecer, fuera de la ocasión adecuada; rito del que convendrá que hablemos antes de tratar el otro caso.

222.[90] Moisés fijó en el comienzo del equinoccio de primavera el primero de los meses del período anual, concediendo preeminencia, no al tiempo en sí, como algunos han hecho, sino a los beneficios que la naturaleza brinda a los hombres. En efecto, en este equinoccio los sembrados, nuestro necesario alimento, alcanzan su madurez, y en los árboles, plenos de lozanía, comienza a aparecer el fruto, al que le corresponde la segunda etapa de la cosecha, por lo que su nacimiento es más tardío, ya que siempre en la naturaleza lo que no es demasiado necesario es precedido por lo muy necesario.
[90] Para los parágrafos 222 a 232 ver Núm. IX, 1 a 14.

223. El trigo, la cebada y todas las otras especies de alimentos sin los cuales no es posible vivir son necesarios; el aceite, en cambio, el vino y los frutos de los árboles no figuran entre las cosas indispensables, ya que, aun sin ellos, los hombres viven muchos años y alcanzan una extrema vejez.

224. En este mes hacia el día catorce, cuando el disco solar está próximo a alcanzar su plenitud, tienen lugar la conmemoración de la travesía, pública celebración, llamada Pascua en lengua caldea, durante la cual las víctimas no son conducidas al altar y sacrificadas por los sacerdotes, sino, por prescripción de la ley, toda la nación oficia de sacerdote y cada persona en particular lleva sus propias ofrendas y se encarga personalmente de todo.

225. Pues bien, mientras todo el resto del pueblo lo pasaba en medio de alegrías y regocijos, pues cada uno sentía que llevaba en sí la honra que acuerda el sacerdocio, otros había que pasaban el tiempo entre lágrimas y lamentaciones. Se trataba de gente que acababa de perder personas de la familia, y en su aflicción soportaban un doble dolor, puesto que al derivado de la pérdida de parientes se agregaba el de verse privados del placer y la honra propios de los sagrados ritos. No les estaba permitido, en efecto, purificarse ni practicar los lavados rituales durante ese día, pues aún faltaban unos días para concluir el tiempo de su luto.

226. Estos, después de la fiesta, se llegaron al gobernante, llenos de tristeza y deprimidos, y le expusieron el caso, vale decir, la reciente muerte de sus parientes y el duelo que, conforme con su obligación, guardaban, así como la consiguiente imposibilidad de participar en el sacrificio de la fiesta de la travesía.

227. A continuación pidieron que no rigiera para ellos una norma más severa que para los demás, y que no se incluyera la desgracia de la muerte de sus familiares en el orden de los hechos delictuosos merecedores de castigo en vez de compasión. Entendían ellos que su sufrimiento era peor aún que el de los que habían muerto, como que éstos ya no habrían de tener percepción alguna de sus desgracias, en tanto que la existencia de ellos se asemejaría a una muerte en la que se mantuviera el uso de los sentidos.

228. XLII. Al oír esto, Moisés reconoció que el alegato no carecía de fundamento; que,

además, al invocar como motivo el hecho de no haber participado en los sacrificios, les asistía toda la razón, y que sus simpatías estaban de parte de ellos. No obstante eso, su juicio estaba indeciso y oscilante como sobre los platillos de una balanza, pues, de una parte, pesaban la compasión y la justicia, y, de otra, estaba el contrapeso de la ley relativa al sacrificio de la festividad de la travesía, en la cual ley se hallaba claramente establecido para dicho rito el primer mes del año y el día catorce. Vacilante, pues, entre negarse o consentir, suplicó a Dios que hiciese de juez y le manifestase Su decisión mediante un oráculo.

229. Dios lo escuchó y le dio a conocer Su revelación, no sólo acerca de aquellos por los que había intercedido, sino también con respecto a todos aquellos que alguna vez llegaran a estar en idéntica situación en el futuro. Con liberalidad suma manifestóle Sus disposiciones, incluyendo en ellas a quienes por otras causas no pudieran hacer sacrificios junto con toda la nación.

230. Señalemos, pues, cuáles fueron las Divinas revelaciones al respecto. "El dolor por razones de familia", dijo, "es una aflicción inevitable para los que llevan la misma sangre, y no debe ser registrado entre las faltas.

231. Mientras transcurra, pues, el plazo fijado, se mantendrá alejados de los sagrados recintos a todos aquellos a los que es preciso purificar de toda mancha, bien sea ella involuntaria bien con pleno consentimiento. Pero, una vez cumplido el plazo, no deben ser privados de tener igual parte que los demás en los sagrados servicios, a fin de que los vivos no sean mera dependencia de los muertos. Irán en una segunda tanda en el segundo mes, también el día catorce, y realizarán los sacrificios en las mismas condiciones que los anteriores, empleando en los mismos idénticas reglas y procedimientos similares a los de los primeros.

232. El mismo permiso debe alcanzar también a aquellos que, no a causa de un duelo, sino por hallarse a gran distancia en el extranjero, se vieren impedidos de sacrificar en la misma fecha que toda la nación, puesto que los que se hallan de paso en el extranjero y los que residen en otro país no son culpables, de modo que merezcan ser privados de los comunes privilegios, especialmente si por su gran población un solo país no es suficiente para contener a la nación, y ésta envía colonias en todas direcciones".

233. XLIII. Después de haber tratado lo relativo a aquellos que, impedidos de sacrificar conjuntamente con la multitud durante la celebración de la fiesta de la travesía a causa de circunstancias ajenas a su voluntad, desean reparar la omisión, más tarde sí, pero de la mejor manera posible; pasaré a tratar la última prescripción, o sea, la relativa a la trasmisión de las herencias; caso que, al igual que los otros, es de carácter mixto pues consta de una pregunta y una respuesta.

234.[91] Existió un hombre, llamado Salpaad, bien reputado y de una tribu renombrada, el cual tuvo cinco hijas y ningún hijo. Aquéllas, después de la muerte de su padre, sospechando que se las privaría ele la propiedad paterna, ya que las herencias se transmitían por línea masculina, se allegaron al gobernante con la modestia propia de las doncellas, movidas no por afán de riqueza, sino por el deseo de preservar el nombre y la reputación de su padre,

[91] Para los parágrafos 234 a 245 ver Núm. XXVII, 1 a 11.

[235.] y le dijeron: "Nuestro padre ha muerto, pero no ha muerto en ninguna sedición de esas en las que innumerables personas resultan exterminadas; por el contrario, él tuvo acabado apego a una vida pacífica y circunscripta al ámbito privado. En cuanto al haber carecido de

hijo varón, es seguro que no debe ser considerado como un delito. Nosotras venimos aquí aparentemente como huérfanas; pero, en realidad, para hallar en ti un padre; que el legítimo gobernante está más estrechamente vinculado a sus gobernados que quien les ha dado el ser".

236. Moisés se admiró de la sensatez de las doncellas y de sus buenos sentimientos filiales, pero se abstuvo en pronunciarse sobre el caso, pues en su espíritu pesaba el otro elemento de juicio, ya que correspondía que los hombres se repartieran las herencias, a fin de que alcanzasen una compensación por su servicio en las filas y por las guerras en las que hubieren combatido. La naturaleza, en cambio, ha eximido a la mujer de participar en tales contiendas, pero, a la vez, le ha negado la participación en los premios establecidos por esos servicios.

237. Por ello, estando su entendimiento indeciso y arrastrado en opuestos sentidos, dejó librada la decisión a Dios, como era natural, ya que sabía que El es el único que puede distinguir con verdaderos e incuestionables fundamentos las más pequeñas diferencias y así poner de manifiesto la verdad y la justicia.

238. Y el Hacedor del universo, el Padre del mundo, el que mantiene y da firme cohesión a la tierra, el cielo, el agua, el aire y cuanto procede de cada uno de éstos, el Soberano de los dioses y los hombres, no desdeñó revelar Su respuesta a unas doncellas huérfanas. Y, benévolo y misericordioso, Él, que tiene el universo en todas sus partes lleno de Su potencia benefactora, [92] al dar Su respuesta les dio algo más de lo que un simple juez les hubiera concedido. En efecto, Su declaración fue un elogio de las doncellas.

[92] Ver *Sobre la huida y el hallazgo* 95 y ss.

239. ¿Cómo podría ser alguno cantar Tus alabanzas, oh Señor, con qué boca, con qué lengua, con qué órganos del habla, con qué inteligencia, porción soberana del alma? Si los astros se uniesen en un solo coro, ¿cantarían un cántico digno de ti? Si el cielo todo se diluyese en una voz, ¿podría expresar una parte de Tus excelencias? He aquí las Divinas palabras: "Bien han hablado las hijas de Salpaad".

240. ¿Quién ignora cuan inmenso elogio es este, pues es Dios quien lo testimonia? Venid ahora acá los jactanciosos, los que os envanecéis por vuestros prósperos sucesos, los que lleváis alzado el cuello más de lo natural y las cejas fruncidas, aquellos para quienes es cosa de risa esa compadecible desgracia que es la viudez de las mujeres, y motivo de chanza esa calamidad, más digna aún de compasión que la anterior, que es la soledad de los hijos huérfanos.

241. Venid y aprended una lección necesaria, viendo cómo, aunque parecen ser tan insignificantes y desdichados, no se cuentan en el número de los despreciables y oscuros, a juicio de Dios, en cuyo imperio los reinos de todas las partes del mundo habitado no son sino la porción menos prestigiosa, ya que también la tierra y cuanto en torno la rodea no es más que la última de Sus obras.

242. Sin embargo, al aprobar Dios la petición de las doncellas, si bien, por una parte, evitó que las mismas se vieran privadas de las prerrogativas que merecían; por otra, en materia de honores no las puso en un plano de igualdad con los hombres, que son los que sobrellevan el peso de la guerra. Por el contrario, reservó para los hombres las herencias a título de premio apropiado por sus actos de arrojo, y determinó que las mujeres eran merecedoras no de recompensas, pero sí de caridad y buen trato. Esto lo dejó establecido con toda claridad en los términos que empleó. Dijo, en efecto, "un regalo" y "darás", y no "una retribución" y

"pagarás". Estos últimos son términos aplicables a los que reciben lo que les pertenece; aquellos corresponden a los que reciben una gracia.

243. XLIV. Después que hubo revelado Su decisión acerca de la petición de las doncellas huérfanas, Dios estableció también una ley más general acerca de la transmisión de herencias. Según ella la posesión de los bienes paternos correspondía a los hijos varones, y en segundo lugar, si no hubiera hijos, a las hijas. Al referirse a éstas, dijo que la herencia debía serles puesta alrededor, [93] como si fuera un ornamento exterior, no como un bien propio y connatural. Lo que está alrededor no se halla en íntima conexión con aquello de lo que es ornato, siendo ajeno a un cabal acoplamiento y unión.

[93] Filón toma en su estricto sentido etimológico el verbo *peritithemi = coloco alrededor de (perí = alrededor de,* y *títhemi — coloco),* para extraer la figura de lo que solamente rodea o circunda sin formar una unión estrecha con lo circundado. En realidad, el sentido, menos sugerente sin duda pero más natural, es *asignó* o *atribuyó.*

244. Después de las hijas designó en tercer lugar a los hermanos del muerto, y atribuyó el cuarto lugar a los tíos paternos, dando a entender con ello que además los padres podían llegar a ser herederos de sus hijos. Sería, en efecto, necedad suponer que, mientras dispuso que la herencia de un sobrino pasase a su tío paterno en razón del vínculo de parentesco que liga a éste con el padre de aquél, privara al padre mismo del derecho de heredar a su hijo.

245. Pero, como es ley de la naturaleza el que los hijos hereden a sus padres, y no que éstos sean herederos de aquéllos, Dios dejó sin mencionar esta deplorable y desgraciada eventualidad, a fin de no dar lugar a la impresión de que los padres adquieren bienes al precio del inconsolable dolor provocado por la muerte de sus hijos. Sin embargo, indirectamente tuvo en cuenta a los padres al reconocer el derecho de los tíos; con lo cual alcanzó dos objetivos: la preservación del decoro y evitar que la propiedad pasase a manos de extraños. Después de los tíos y quintos en la línea sucesoria están los parientes más próximos, entre los cuales para la asignación de las herencias se respeta siempre el orden de precedencia.

246. XLV. Tras estas necesarias consideraciones acerca de los oráculos de carácter mixto, pasaré a continuación, cumpliendo con lo que prometí exponer, a tratar lo relativo a las revelaciones manifestadas por el profeta mismo en momentos en que se hallaba poseído de Divina inspiración. Los ejemplos de esta posesión por el espíritu Divino comienzan con aquel suceso que resultó, a la vez, ser el comienzo de la prosperidad de la nación, cuando ésta avanzaba en una emigración de muchas miríadas de personas desde Egipto hacia las ciudades de Siria

247.[94] Hombres y mujeres conjuntamente, tras atravesar todo un intransitable y dilatado desierto, llegaron al llamado Mar Rojo. Entonces, como es natural, se vieron en dificultades, ya que ni podían cruzarlo en barcos por carecer de ellos, ni consideraron cosa segura el desandar el mismo camino.

[94] Para los parágrafos 247 a 257 ver Éx. XIV.

248. Hallándose en tal situación les sobrevino una desdicha mayor aún. El rey de los egipcios, acompañado de una fuerza nada despreciable, un ejército de caballería e infantería, se había lanzado en su persecución ansioso de darles caza para castigarlos por su partida, que él había permitido se concretase forzado por las claras advertencias de Dios. Pero las disposiciones de los hombres ruines son, a todas luces, inestables, como que, al igual que un platillo de balanza, el menor motivo las inclina en el sentido opuesto.

249. Y así, atrapados entre los enemigos y el mar, desesperaban de su salvación. Algunos pensaban que la muerte más miserable sería un bien deseable; otros, considerando que mejor sería ser aniquilados por los elementos de la naturaleza que convertirse en motivo de irrisión para los enemigos, determinaron arrojarse al mar y, cargados con algún objeto pesado, permanecían atentos junto a la costa a fin de poder, en cuanto vieran a los enemigos cerca, saltar sin dificultad y arrojarse a las profundidades.

250. XLVI. Pero, mientras ellos, impotentes ante la fatalidad, afrontaban el dolor de la muerte en medio de la desesperación, el profeta, viendo a la nación toda envuelta en las redes del pánico, como una redada de peces, poseído del Divino espíritu y fuera ya de su propio ser, dio a conocer estas inspiradas palabras:

[251.] "Fuerza es que estéis aterrados; lo que os aterra está cerca y el peligro es inmenso; frente a vosotros se extiende la inmensidad del mar; ningún lugar hay a donde acogerse para ponerse a salvo; barcos a que echar manos, ninguno; detrás, las amenazadoras formaciones de los enemigos, que avanzan incesantemente en nuestra persecución. ¿Adónde volverse, adonde escapar a nado? Todas las cosas: la tierra, el mar, los hombres y los elementos de la naturaleza, se han echado sobre nosotros desde todas partes.

252. Pero cobrad valor y no os desaniméis; manteneos con las mentes imperturbables, esperanzados en la invencible ayuda que de Dios procede. Ella misma se encamina ya y estará a vuestro lado; y combatirá en vuestro favor sin ser vista. Muchas veces ya habéis experimentado su invisible protección. La estoy viendo prepararse para entrar en la contienda, poniendo dogales en torno de los cuellos de los enemigos y arrastrándolos bajo el mar. Se precipitan en las profundidades cual si fueran de plomo. Vosotros los contempláis todavía vivos; pero yo tengo la visión de su muerte. Mañana también vosotros contemplaréis sus cadáveres".

253. Tales fueron sus palabras, superiores a toda esperanza; y ello experimentaron en la realidad de los hechos la verdad del Divino mensaje. Porque todo cuanto había sido profetizado, no obstante resultar más inverosímil que las mismas fábulas, se fue cumpliendo por obra de los Divinos poderes. Dividióse el mar, retrocedieron una y otra porción, y se fijaron las masas de agua en la parte de la separación a lo largo de todo el abismo, de modo que sirvieron de fortísimos murallones, y un corte rectilíneo formó un maravilloso camino entre las paredes congeladas.

254. Lo atravesó la nación, caminando sin peligro alguno a través del mar, como sobre un seco sendero o un pavimento pedregoso, ya que la arena se había secado y sus partículas se habían unido formando una sustancia compacta; y a su vez, avanzaron los enemigos, que, empeñados en la incesante persecución, iban camino de su. propia ruina, mientras guiaba a los hebreos una nube que guardaba sus espaldas y en la que una Divina visión iba lanzando rayos de fuego. Retornaron a su anterior posición de las aguas, que hasta ese momento se habían mantenido separadas; y al convertirse de improviso en mar la parte dividida y desecada;

[255.] perecieron los enemigos, sobre los que los congelados murallones al desmoronarse hicieron descender el sueño de la muerte, pues las olas del mar, desbordadas, se precipitaron sobre el camino, como en un abismo, y los sumergieron, dejando el espectáculo de su destrucción, testimoniada por los cadáveres que flotaban dispersos sobre la superficie del mar; hasta que un fuerte oleaje fue arrojando sobre las riberas opuestas todos los cadáveres, a fin de que no pudieran menos que contemplarlos los salvados, que de ese modo alcanzaron no sólo a

escapar de los peligros sino también a observar a sus enemigos castigados más de lo que es posible describir no por poderes humanos sino Divinos.

256. Ante esto, Moisés rindió homenaje, como era de esperarse, al Benefactor con himnos de acción de gracia. Dividió, en efecto, a la nación en dos coros, de hombres uno y de mujeres otro; y él en persona dirigió a los hombres, en tanto que al frente del de las mujeres puso a su hermana, para que elevaran himnos en honor del Padre y Hacedor cantando concertadamente en armoniosas alternancias de voces, mediante la combinación de los temperamentos [95] y de la melodía, afanándose los temperamentos para que las intervenciones de un coro correspondiesen a las del otro; y surgiendo la melodía de la armoniosa combinación de lo grave con lo agudo; porque graves son las voces de los hombres, y agudas las de las mujeres, y, cuando ambas se combinan en la debida proporción, la melodía resulta en extremo grata y armoniosa.
[95] Es decir, merced a que los temperamentos o sentimientos de uno y de otro sexo en esta ocasión se confundían en un todo homogéneo.

257. Aquellos pasmosos acontecimientos a los que acabo de referirme, tuvieron la virtud de mover a tantas miríadas de personas a cantar al unísono, unidos en los sentimientos y pensamientos, un mismo himno. El profeta, regocijado por aquellos sucesos y viendo que el pueblo se hallaba también rebosante de alegría; no pudiendo ya contener en sí el placer que sentía, dio comienzo al canto; y los que lo oían, dividido en los dos coros, celebraron con él los sucesos que he narrado.

258. XLVII. Esta intervención [96] fue la primera y el comienzo de la obra de Moisés como profeta poseído del Divino espíritu. La siguiente revelación tuvo que ver con algo de primera importancia y máxima necesidad: el alimento. Aquella tierra no lo producía pues era estéril e infecunda, pero desde el cielo descendió en forma de rocío, y no una vez sino durante cuarenta años todos los días antes del amanecer, un fruto celestial, semejante al grano de mijo.
[96] La profecía sobre la destrucción de los egipcios en el momento del supremo peligro.

259. Cuando Moisés lo hubo visto, mandó que lo recogieran y, poseído de inspiración, dijo: "Preciso es que confiemos en Dios, pues hemos experimentado Sus beneficios en hechos que superaron nuestras esperanzas. No atesoréis ni guardéis cantidades de este alimento. Que nadie reserve parte alguna de él para la mañana".

260. Al oír esto, algunos de piedad poco firme, pensando quizá que lo que decía no constituía un oráculo sino una simple prescripción del gobernante, reservaron alimento para el día siguiente. Pero éste en primer lugar se echó a perder y llenó de hedor todo el circuito del campamento, y luego se transformó en gusanos de los que nacen en la corrupción.

261. Al ver tales cosas, Moisés no pudo menos de irritarse contra los desobedientes. ¿Y cómo no había de estar irritado, si, después de haber contemplado tantas y tan grandes maravillas, imposibles de concebir si se miden con las pautas de lo creíble y verosímil, pero hechas realidad en virtud de sabias disposiciones de Dios, ellos no sólo dudaban, sino, incapaces por demás de aprender, se mostraban escépticos?

262. Pero el Padre confirmó la revelación del profeta mediante dos clarísimas pruebas, una de las cuales la dio a conocer inmediatamente en la corrupción y el hedor del alimento reservado y en su transformación en gusanos, los más viles de los seres vivientes. La otra la dio más tarde y consistió en que siempre aquello que sobraba después del acopio que hacía la

multitud, era disuelto por los rayos solares y se deshacía desapareciendo.

263. XLVIII. Poco tiempo después Moisés, inspirado por Dios, dio a conocer una segunda revelación relacionada con el día séptimo. Este día posee el sitio de honor en la naturaleza, no sólo desde que el mundo fue construido sino también desde antes de la creación del cielo y todo cuando perciben los sentidos. Sin embargo los hombres lo ignoraban, tal vez porque, a causa de las sucesivas e ininterrumpidas destrucciones que habían tenido lugar por medio de las aguas y el fuego, las generaciones posteriores no habían podido recibir de las que las precedieron el recuerdo de la sucesión y el orden de los hechos en la serie de los tiempos. Esta oculta verdad la dio a conocer Moisés, inspirado por Dios, en una revelación confirmada mediante cierto claro testimonio.[97]

[97] Ver *Sobre Abraham* 1, y *Vida de Moisés* I, 207.

264. Este testimonio fue el siguiente. La lluvia del alimento desde el aire fue menor en los primeros [98] días pero en uno posterior tuvo lugar una lluvia doble. Además, en los primeros, si algo se reservaba, se desmenuzaba y derretía hasta que, convertido completamente en humedad, desaparecía; en cambio, en dicho día no experimentaba cambio alguno y permanecía en el mismo estado. Moisés, lleno de asombro ante lo que le contaban y a la vez veía, y guiado tanto por sus propias conjeturas como por la inspiración Divina, reveló lo relativo al séptimo día.

[98] En los primeros cinco días; en el sexto cayó doble porción.

265. Me permito advertir que existe un estrecho parentesco entre esta clase de conjeturas y la profecía, pues la inteligencia no hubiera dado tan certeramente en el blanco si el espíritu Divino no la hubiera guiado hacia la misma verdad.

266. Ahora bien, lo maravilloso del caso estaba no sólo en el hecho de que la provisión de alimento era doble y en que se mantenía en buen estado, contrariamente a lo que sucedía habitualmente; sino también en que estas dos cosas acontecieron en el sexto día a contar del día en que comenzó la provisión de alimento desde el aire, después del cual habría de surgir el sacratísimo número del día séptimo. Por lo tanto, cualquiera que considerare el caso podrá advertir que la provisión del celestial alimento guarda un estrecho paralelo con la creación del mundo, como que tanto a crear el mundo como a hacer llover dicho alimento comenzó Dios en el primero de seis días.

267. La copia es sumamente parecida al original, pues así como del no ser hizo surgir a la existencia Su más perfecta obra: el mundo; de la misma manera en un desierto hizo surgir la abundancia, trocando los elementos, atento a lo apremiante de la necesidad, de modo que el aire, en vez de la tierra, produjera alimentos para que sin trabajos ni fatigas se alimentaran quienes no tenían posibilidad de recurrir a arbitrio alguno para procurarse medios de subsistencia.

268. Después de estas revelaciones Moisés dio a conocer un tercer oráculo, maravilloso en extremo, al manifestar que en el séptimo día el aire no les procuraría el alimento habitual, y que, contrariamente a lo acostumbrado, ni la más pequeña porción caería sobre la tierra. Y sí sucedió realmente.

269. Porque, a pesar de esta revelación hecha en la víspera del séptimo día, algunos de carácter nada firme se apresuraron a ir a recoger alimento, y al ver frustrada su esperanza, retornaron chasqueados y reprochándose a sí mismos su incredulidad, a la par que

proclamando que el profeta era un verdadero vidente, intérprete de Dios y único capaz de conocer anticipadamente las cosas ocultas.

270. [99] XLIX. Tal es lo que, poseído de Divina inspiración, reveló Moisés acerca del celestial alimento. Pero existen otros ejemplos que debemos tratar a continuación; aunque quizá parezcan más semejantes a exhortaciones que a oráculos. Entre ellos está lo que reveló con ocasión de la más grande desviación de las costumbres ancestrales, a la que me he referido ya más arriba, y que tuvo lugar cuando, después de erigir un toro de oro, imitación de la vanidad egipcia, formaron coros, construyeron altares y ofrecieron sacrificios, olvidados del verdadero Dios y malogrando las cualidades heredadas de los antepasados y acrecentadas mediante la piedad y la santidad.

[99] Para los parágrafos 270 a 274 ver Éx. XXXII.

271. Ante esto, Moisés, quedó profundamente conmovido al pensar, en primer lugar, que el pueblo todo se había tornado repentinamente ciego, no obstante que hasta poco antes había sido la nación de más aguda visión entre todas; y, en segundo lugar, que una fábula fraguada con falsedades había podido extinguir tan grande claridad como es la de la verdad, verdad que ni un eclipse del sol o del coro todo de los astros ensombrecería, puesto que resplandece con claridad propia, aprehensible por la inteligencia e incorpórea, en comparación con la cual la luz sensible puede considerarse una noche comparada con el día.

272. Ello fue causa de que dejara de ser el que era y cambiara tanto de aspecto exterior como en su inteligencia, y que, poseído del Divino espíritu, dijera: "¿Quién hay que no se haya mezclado en este extravío ni haya atribuido el señorío a quienes no son señores? Todo el que estuviere en estas condiciones que se me aproxime".

273. Una sola tribu se le aproximó, haciéndolo no menos con sus entendimientos que con sus cuerpos. Tratábase de hombres que tiempo hacía sentían ansias de exterminar a los ateos e impíos, pero que trataban de hallar un jefe y capitán que tuviera el derecho de indicarles la oportunidad y la manera de acometer. Moisés, al hallarlos llenos de celo y rebosantes de osadía y valor, les dijo: "Que cada uno de vosotros, tomando su espada, se lance a través de todo el campamento y mate no sólo a los extraños sino también a los más allegados de sus amigos y parientes, castigándolos seguro de que se trata de una obra santa en extremo en pro de la verdad y de la honra de Dios, y de que combatir en defensa de tales cosas es trabajo sumamente leve".

274. Ellos, habiendo matado en un primer ataque tres mil de los principales cabecillas de la impiedad, no sólo dejaron en claro su no participación en el descarado intento, sino además fueron registrados entre los más ilustres de los hombres nobles y tenidos por dignos de un premio sumamente apropiado para su hazaña: el sacerdocio, ya que correspondía que el servicio tocante a la santidad estuviera reservado para quienes habían bregado y combatido con valentía en pro de ella.

275.[100] L. Pero puedo señalar una predicción aún más notable, acerca de la que ya antes he hablado cuando describía las cualidades del profeta en su función de sumo sacerdote. Esta predicción la pronunció bajo los efectos de la Divina inspiración una vez más, y su cumplimiento tuvo lugar, no mucho tiempo más tarde sino inmediatamente después de ser revelada.

[100] Para los parágrafos 275 a 287 ver Núm. XVI.

276. Las funciones relativas al templo se dividían en dos órdenes: la de más jerarquía o de los sacerdotes y la de menor jerarquía o de los simples servidores del santuario; y en aquel tiempo los sacerdotes eran tres y los servidores del santuario muchos miles.

277. Estos últimos, con la sensación de ventaja que su número, muy superior al de los sacerdotes, les daba, despreciaron el corto número de éstos y urdieron dos violaciones de la ley en un mismo atentado: la primera consistente en el menoscabo de una autoridad superior, y la otra en la exaltación de los de inferior jerarquía, tal como hacen los gobernados que atacan a sus gobernantes para crear una confusión en aquello que es el más excelente vehículo del común provecho: el orden.

278. Puestos enseguida de acuerdo y reunidos, los complotados elevaron sus voces atacando al profeta, porque, según ellos, movido por sus afecciones de familia, había concedido el sacerdocio a su hermano y a sus sobrinos: y dando un falso informe acerca de los fundamentos de tal elección, la que, decían, no había obedecido a directivas de Dios, como más arriba hemos señalado nosotros.

279. Muy afligido y dolorido por estos sucesos, Moisés, no obstante ser el más suave y apacible de los hombres, movido por la justa cólera que su odio contra la maldad tuvo la virtud de excitar en él, suplicó a Dios que apartara Su rostro del sacrificio de aquéllos. Lo suplicaba no porque pensara que Dios habría de aceptar sacrificios provenientes de impíos, sino porque el alma del amado de Dios cumplía la parte que le competía y no callaba, pues la movía el afán de que los impíos no tuvieran éxito y fracasaran siempre en su propósito.

280. Aún bullía y ardía su ser bajo los efectos de su legítima indignación, cuando la inspiración descendió sobre él y, transformado en profeta, dijo: "La incredulidad es cosa penosa sólo para los incrédulos. A éstos no los alecciona la palabra sino los hechos. Y, pues no han aprendido mediante las enseñanzas, aprenderán que no miento mediante sus propias experiencias.

281. La manera como perderán la vida será juez en este asunto. Si la muerte que les sobreviniere fuere natural, mis oráculos no son sino falsedades; pero, si fuere inusitada y fuera de lo común, mi verdad me será testimoniada. Veo la tierra abierta y sus fauces grandemente dilatadas, estirpes numerosísimas aniquiladas, casas derribadas y devoradas con todos sus ocupantes, y hombres vivos aún que descienden hacia el Hades".[101]

[101] O mansión de Hades, es decir, el mundo subterráneo de los muertos según la mitología griega.

282. No bien hubo cesado de hablar, se rasgó la tierra convulsionada por una sacudida, siendo la rajadura mayor en la parte donde estaban las tiendas de los impíos, de modo que, derribadas todas juntamente, desaparecieron de la vista, pues las partes separadas nuevamente se cerraron, cumplida ya la finalidad para la que se habían abierto.

283. Poco después, además, unos rayos caídos de improviso sobre los doscientos cincuenta hombres que habían capitaneado la sedición, los aniquilaron en masa, sin que de ellos quedase ni una parte de sus cuerpos para que recibiera sepultura.

284. La rápida sucesión de ambos castigos y la importancia de uno y otro pusieron de manifiesto de manera clara y notoria la piedad del profeta, quién tuvo a Dios por testigo de la verdad de sus oráculos.

285. Además es preciso no pasar por alto lo siguiente: en los castigos de los impíos intervinieron la tierra y el cielo, vale decir, las partes fundamentales del universo. El motivo fue que aquéllos habían puesto las raíces de su ruindad en la tierra, pero la habían elevado a tan grande altura que la extendieron hasta el éter.

286. De allí que también uno y otro elemento contribuyera a los castigos: la tierra, rasgada y separada, derribó y tragó a los que entonces resultaban una carga para ella; y el cielo, lanzando una lluvia en extremo inusitada, consistente en un torrente de denso fuego, los envolvió en llamas y aniquiló.

287. Tanto en el caso de los que fueron tragados como en el de los aniquilados por los rayos el fin resultó ser el mismo: ni unos ni otros fueron vistos en adelante, unos, ocultos por la tierra al cerrarse las abiertas fauces y formar una superficie continua y lisa, los otros, consumidos totalmente en todas sus partes por el fuego de los rayos.

288.[102] LI. Pasaron los años y, cuando Moisés estaba a punto de emprender su emigración de esta tierra al cielo y de abandonar la vida mortal para entrar en la inmortal, llamado por el Padre, quien convertía de nuevo la doble naturaleza compuesta de alma y cuerpo que él era, en una naturaleza simple, transformando todo su ser en una inteligencia semejante al sol; en esos momentos se nos muestra poseído del Divino espíritu, no ya para hacer revelaciones generales a toda la nación reunida, sino para profetizar a cada tribu separadamente las cosas que estaban a punto de suceder y las que con el tiempo habrían de ocurrir. De éstas algunas han ocurrido ya y otras se aguardan aún, pues el cumplimiento de las ya acaecidas es una garantía para las que habrán de acaecer.

[102] Para los parágrafos 288 a 291 ver Deut. XXXIII y XXXIV.

289. Cosa apropiada fue el que personas diferentes por su nacimiento, y particularmente por su ascendencia por línea materna, así como por las multiformes variedades de sus pensamientos y por la infinita multiplicidad de las ocupaciones a que consagraban sus vidas, recibieran una apropiada distribución de inspirados oráculos, cual una especie de herencia.

290. Ello es ciertamente admirable; pero admirable en sumo grado es también la parte final de las sagradas escrituras, que es dentro de la legislación toda lo que la cabeza en el ser viviente.

291. En efecto, cuando Moisés ascendía ya y se hallaba situado sobre la misma línea divisoria, a punto de atravesarla en su vuelo para emprender su recta carrera hacia el cielo, el Divino espíritu descendió sobre él, el inspirado, profetizó, en vida aún, los detalles de su propia muerte, diciendo antes de morir cómo había muerto, cómo había sido sepultado sin que hombre alguno estuviera presente, evidentemente que no por manos mortales sino por poderes inmortales; cómo no había recibido honras fúnebres en la tumba de sus antepasados, pues le había sido concedido un monumento superior, que ninguno de los hombres ha visto jamás; cómo toda la nación había llorado y guardado duelo por él todo un mes, poniendo de manifiesto el dolor de cada uno y de todos al recordar su inmensa benevolencia y buena disposición para con cada uno y para con todos.

292. Tal fue la vida y tal también la muerte de Moisés, el rey, el legislador, el sumo sacerdote y el profeta, según lo que nos han trasmitido las sagradas escrituras.

SOBRE LOS DIEZ MANDAMIENTOS O DECÁLOGO, QUE SON COMPENDIOS [1] DE LAS LEYES

(DE DECÁLOGO)

[1] Es decir, leyes generales o genéricas que compendian o encierran a las leyes particulares o específicas. Ver *Sobre las leyes particulares* I, 1.

1. I. Después de haber narrado en los tratados anteriores las vidas de los hombres considerados sabios por Moisés, a los que los sagrados libros presentan como los fundadores de nuestra nación y como leyes no escritas, [2] pasaré a exponer detalladamente las distintas clases de leyes escritas, guardando el orden lógico y cuidando de no omitir, cada vez que el asunto permita entrever alguna forma de alegoría, el tratarla en aras de ese saber amante de la reflexión, cuya norma es buscar los sentidos ocultos más bien que los datos visibles.
[2] Ver *Sobre los sacrificios de Abel y Caín* 55 a 58, *Sobre los sueños* II, 81 a 64, *Sobre Abraham* 133 y *Sobre José* 28 a 31.

2. No faltarán quienes se pregunten por qué Moisés promulgó las leyes no en ciudades sino en medio de una profunda soledad. La respuesta, en primer lugar, es que la mayor parte de las ciudades está llena de males indecibles, tanto de actos impíos contra Dios como de injusticias contra los hombres.

3. Porque no hay en ellas cosa alguna que no se halle envilecida, ya que cuanto es espurio prevalece sobre lo genuino, y sobre lo verdadero prevalece lo verosímil, que, aunque falso por naturaleza, nos inspira fantasías con apariencia de verdad portadoras de engaño.

4. Por ello es también en las ciudades donde se origina la vanidad, [3] el más insidioso de los males, admirado y reverenciado por cierta gente que rinde pleitesía a las vanas opiniones mediante coronas de oro y túnicas de púrpura, y con muchedumbre de sirvientes y carros, en los que se hacen transportar muy pagados de sí mismos aquellos que son tenidos por dichosos y afortunados, unciendo para ello unas veces muías o caballos y otras hombres que soportan la carga con mayor sufrimiento en el alma que en el cuerpo por ese desmedido ultraje.
[3] O *el orgullo.* Ver *Sobre la ebriedad* 95.

5. II. Además la vanidad es autora de otros muchos males, tales como la jactancia, la altanería y la falta de equidad, las que a su vez son fuentes de guerras exteriores y civiles, ya que no permiten que subsista en paz ni en tierra ni en mar sector alguno público o privado.

6. Pero, ¿*es* necesario acaso insistir en las ofensas de la vanidad contra los otros hombres, siendo así que también las cosas Divinas son objeto de sus desprecios, no obstante que se las considera merecedoras de los máximos honores? Aunque, ¿qué honor puede rendírseles, cuando no está presente la verdad, de la que tanto el nombre como el acto son honorables, al revés de la mentira, que es deshonrosa por naturaleza?

7. En cuanto al desprecio por las cosas Divinas, lo advierten claramente aquellos cuya visión es lo suficientemente aguda, pues los hombres han forjado mediante la pintura y la escultura innumerables representaciones, y han construido para albergarlas santuarios y templos; y habiendo erigido altares, han atribuido honores celestiales y propios de la Divinidad a figuras de piedra y de madera y a cosas semejantes a estas, todas ellas objetos inanimados.

8. A esta gente las sagradas escrituras la comparan con todo acierto con los hijos de una ramera, [4] porque así como éstos, al no conocer a su único padre según la naturaleza, consideran padres suyos a cuantos amantes ha conocido su madre, también los habitantes de las ciudades, al no conocer al verdadero Dios, tienen asignado Su lugar a multitudes de falsamente llamados dioses.
[4] Deut. XXIII, 2. Ver *Sobre la confusión de las lenguas* 144 a 146.

9. Además, como unos honran a unos y otros a otros, la controversia que prevalece acerca de cuál es el más excelente, engendra también divergencias en todos los demás asuntos. Tal es la primera de las razones que tuvo presente Moisés para determinarse a legislar fuera de las ciudades.

10. La segunda es que pensaba además que a quien va a recibir las sagradas leyes le es necesario limpiar su alma y purificarse de las manchas, difíciles de borrar, que tienen su origen en la abigarrada y heterogénea multitud que llena las ciudades.

11. Y esto solo le es posible alcanzarlo a aquel que ha fijado su morada lejos de ellos; y no enseguida sino después de largo tiempo, una vez que, al irse borrando y desvaneciendo poco a poco, hayan desaparecido las señales de las antiguas transgresiones.[5]
[5] Platón, Sofista, 230.

12. Esta es también la manera como los buenos médicos salvan a sus pacientes, pues no permiten que se les dé comida o bebida antes de que queden eliminadas las causas de las enfermedades, ya que, mientras éstas persistan, los alimentos serán inútiles o más bien nocivos por cuanto se convierten en material que nutre la dolencia.

13. III. Es razonable, pues, que primero los [6] haya apartado de las funestas costumbres de las ciudades, y llevado al desierto para vaciar sus almas de iniquidades, y después haya comenzado a proporcionar alimentos a sus inteligencias; alimentos consistentes, por supuesto, en las leyes y palabras Divinas.[7]
[6] A *su pueblo o a los israelitas.*
[7] Deut. VIII, 3. Ver *Interpretación alegórica* III, 177.

14. Pero hay una tercera razón, y es ésta. Así como los que están por emprender una larga navegación no comienzan a preparar las velas, los remos y los timones una vez que, embarcados en las naves, se alejan del puerto, sino disponen todas las cosas que contribuyen a la travesía cuando aún permanecen en tierra, de la misma manera consideró Moisés que lo que correspondía no era que entrasen primero en posesión de las fracciones de territorio y se radicasen en ciudades, para luego procurarse leyes con que reglar la vida ciudadana; sino se proveyesen primero de las reglas de la vida de ciudad y se ejercitasen en las prácticas por las que las poblaciones habrían de regirse con felicidad; y entonces se afincasen para aplicar de inmediato las normas de justicia ya previstas, en concordia, con espíritu solidario y asignando a cada uno lo que le correspondiera.

15. IV. Alegan algunos también una cuarta razón, que lejos de resultar absurda guarda estrecho parentesco con la verdad. En efecto, como era preciso hacer nacer en los espíritus la idea de que las leyes no eran invención de un hombre sino clarísimo oráculo de Dios, condujo al pueblo hacia un desierto profundo y desprovisto no solo de frutos cultivados sino también de agua potable.

16. Su intención era que, después de llegar a encontrarse privados de las cosas necesarias y creer inminente su ruina por la sed y el hambre, se hallasen de improviso ante una copiosa abundancia de medios de subsistencia que se les brindaban sin requerir esfuerzo, pues el cielo lanzaba en forma de lluvia, a guisa de alimento, el llamado maná y precipitaba desde el aire codornices como regalo adicional del paladar, y el agua amarga se endulzaba hasta convertirse en potable, y una fuente brotaba del seno de una escarpada roca; y no se maravillasen ante el hecho de que las leyes fuesen Divinas revelaciones, puesto que contarían ahora con una clarísima prueba: la de esas provisiones que en medio de sus apremios habían obtenido perdida ya la esperanza.

17. Aquél, en efecto, que les había provisto abundantemente de medios para vivir, también les proporcionaba los necesarios para vivir una vida digna. Mientras para vivir necesitaban alimentos y bebida, cosas de las que no habían hecho acopio pero fueron hallando; para vivir una vida digna necesitaban leyes y prescripciones con las que habrían de perfeccionar sus almas.

18. V. Estas son, a título de conjeturas con visos de verdad, las causas que se mencionan a propósito del problema.[8] Porque las verdaderas razones solo Dios las conoce. Dicho ya cuanto era conveniente al respecto, pasaré a continuación a exponer con exactitud las leyes mismas, no sin antes hacer esta necesaria aclaración: de las leyes unas consideró Dios que debía promulgarlas El mismo personalmente y por sí solo sin recurrir a otro; otras que debía hacerlo a través de un profeta, Moisés, a quien escogió por sus altos méritos entre todos los hombres, teniéndolo por el más capaz entre los reveladores de las sagradas verdades.
[8] O cuestión de por qué Moisés dictó las leyes en el desierto.

19. Y así ocurre que las que promulgó en persona, por Sí solo, son a la vez leyes y compendios de las leyes particulares, en tanto que las que reveló a través de Su profeta tienen todas a las primeras como punto de referencia y base.

20. VI. Me ocuparé, en la medida de mis posibilidades, de una y otra categoría, comenzando por las más generales. En ellas se impone de inmediato a nuestra admiración el número que las contiene, el perfectísimo número diez, que comprende todas las especies de números: pares, impares y los que son pares e impares a la vez, como el dos, que es par; el tres, que es impar; y el seis, que es par impar. [9] Asimismo encierra todas las razones que se dan de los números a sus múltiplos y a sus epímeros e hipoepímeros.[10]
[9] Como producto de 2 X 3.
[10] *Epímero* es un número que contiene un entero más una fracción cuyo numerador no es la unidad. Por ejemplo, 5 es epímero de 3. *Hipoepímero* es el número resultante de sustraer una fracción a otro.

21. Y se hallan igualmente todas las progresiones:[11] la aritmética, según la cual la misma diferencia separa a cada número del que le precede y del que le sigue, como en el caso de 1, 2 y 3; la geométrica, en la que la razón del segundo al primero es la misma que entre el segundo y el tercero, como sucede en el caso de 1, 2 y 4, y en las series cuyas cantidades crecen por duplicación, triplicación o multiplicación en general, así como también aquellas cuyas razones son 3 a 2, 4 a 3 y otras semejantes; v hasta la armónica, progresión según la cual el número intermedio es mayor que uno de los extremos y menor que el otro en la misma fracción, como en la serie 3, 4 y 6.[12]
[11] Ver *Sobre la creación del mundo* 107 y 110.

[12] En la que 4 es mayor que 3 en una unidad, es decir, en un tercio de 3; y es menor que 6 en dos unidades, es decir, en un tercio de 6.

22. Contiene asimismo el diez las propiedades de los triángulos, los cuadriláteros y los demás polígonos, [13] y las de los intervalos de cuarta, en el que la razón es de 1⅓, es decir la que se da entre 4 y 3; de quinta, con la razón 1⅓, que se halla entre 3 y 2; de octava, cuya razón es del doble, o sea, la relación 2:1; y de doble octava, de razón cuádruple, expresada en la relación 8:2.

[13] No se trata, en realidad, de las figuras en sí como de los llamados números poligonales, de los que la década contiene, además de la unidad, que es común a todos los números poligonales, el 3 (triángulo), el 4 (cuadrilátero o tetrágono), el 5 (pentágono) y los restantes hasta el 10 (decágono).

23. Todas estas consideraciones me hacen también pensar que no les faltó razón a los primeros que asignaron los nombres a las cosas —hombres sabios, por cierto— al llamar década a este número, como queriendo señalar que se trata de un *receptáculo,* en razón de que él *recibe* [14] y contiene todos los géneros de números, razones numéricas, progresiones, armonías e intervalos musicales.

[14] Filón vincula *dekás* = *década o diez,* con *dekhás* = *receptáculo* y *dékhesthai* = *recibir.*

24. VII. Pero además de las razones ya mencionadas existen también otras por las que bien cabe admirar al diez, número que contiene tanto la naturaleza inextensa como la extensa. Mientras la inextensa se da exclusivamente en el punto, la extensa se halla bajo tres formas: línea, superficie y volumen.

25. La línea, en efecto, es la extensión determinada por dos puntos, la superficie es lo extenso en dos direcciones que resulta del desplazarse la línea ensanchándose; y el volumen, lo extenso en tres, al sumarse la altura al largo y al ancho. Aquí se detiene la naturaleza, ya que no ha producido más que tres dimensiones.

26. Los arquetipos de estas variedades son los números: del inextenso punto el uno; de la línea el dos, de la superficie el tres, y del volumen el cuarto; y la suma de todos ellos da diez, número que permite entrever también otras hermosuras a los dotados de visión.

27. Prácticamente, en efecto, la serie infinita de los números es medida mediante el diez, puesto que los cuatro términos que sumados dan 10, es decir, el uno, el dos, el tres y el cuatro, son los mismos que a partir de las decenas suman una centena, pues 10 + 20 + 30 + 40 dan 100; y análogamente a partir de las centenas producen el millar y a partir de los millares las miríadas;[15] y también porque la unidad, la decena, la centena y el millar son cuatro términos que producen un diez. [16]

[15] 100 + 200 + 300 + 400 = 1000 y 1000 + 2000 + 3000 + 4000 = 10.000. La numeración griega carecía de nombres especiales para designar las cantidades correspondientes a los órdenes mayores que el de las miríadas. A partir de 100.000 se acumulaban miríadas diciéndose, por ejemplo, "veinte veces diez mil" = 200.000, "cien veces diez mil" = un millón, etcétera.

[16] O *una década.* Vale decir que son factores para constituir décadas, el uno una década de unidades, el diez una década de decenas, el cien una década de centenares, y el mil una década de millares. Y aquí se detiene Filón por la razón expuesta en la nota precedente.

28. Este, aparte de las variedades numéricas ya mencionadas presenta también otras, a saber:

la clase de los números primos, divisibles solamente por la unidad, de los que son ejemplos el tres, el cinco y el siete; el cuadrado, representado por el cuatro, vale decir un número producto de multiplicar otro por sí mismo; el cubo, cuyo modelo es el ocho, y que es el producto de tres factores iguales; y el número perfecto, el seis, que es igual a la suma de sus factores, que son el tres, el dos y el uno.

29. Mas, ¿para qué enumerar la multitud infinita de las excelencias del número diez, haciendo de una cuestión accesoria un asunto fundamental, que en realidad resulta ser por sí mismo una investigación más que suficiente para los que se especializan en Matemáticas? Pasemos, pues, por alto las no mencionadas; aunque no estará de más quizá recordar una sola de ellas a título de ejemplo.

30. En efecto, los hombres versados en las doctrinas filosóficas afirman que en la naturaleza son solamente diez las que ellos denominan categorías, las cuales son la sustancia, la cualidad, la cantidad, la relación, la acción, la pasión, el estado, la posición y aquellas sin las cuales no podría darse cosa alguna, es decir, el tiempo y el lugar.[17]

[17] Ver Aristóteles, Categoría 4, Ib a 2a.

31. VIII. Ninguna cosa, en efecto, existe sin participar de estas categorías. Yo, por ejemplo, participo de la sustancia por haber tomado en préstamo de cada uno de los elementos de que ha sido formado este mundo, es decir, de la tierra, el agua, el aire y el fuego, todo aquello que concurría exactamente a la formación de mi organismo. Participo también de la cualidad, en virtud de la que soy un hombre; y de la cantidad, por la que poseo cierto tamaño. Entro en relación cuando alguien se halla a mi derecha o a mi izquierda. Pero además actúo cuando froto o rasuro, y asumo un papel pasivo cuando soy frotado o rasurado por otros. Y cada vez que tengo puesto un vestido o visto mi atuendo militar evidencio hallarme en un estado determinado; y cuando simplemente estoy sentado o acostado, manifiesto una posición. Y necesariamente me hallo en un lugar y existo en un tiempo, por cuanto ninguna de las cosas arriba mencionadas puede existir sin estas dos.

32. IX. Y baste acerca de este tema con lo que queda dicho; que es preciso, reanudando el hilo del asunto, pasar a lo que sigue. Los diez enunciados [18] u oráculos, que son verdaderas leyes o Divinas normas, los anunció el Padre del universo una vez reunido en asamblea el pueblo, tanto hombres como mujeres.[19] ¿Por ventura lo hizo emitiendo en persona alguna forma de voz? De ninguna manera; ni se nos ocurra jamás pensarlo. Porque Dios no es como el hombre, [20] para tener necesidad de boca, lengua y conductos de aire.

[18] En griego *lógoi,* que algunos traductores traducen por *palabras.* En la terminología judeocristiana significa, dentro de estos contextos, *mandamientos* (de donde: *decálogo = diez mandamientos),* pero aquí evidentemente Filón hace hincapié en la acepción de *expresión o manifestación oral,* según se desprende del sentido contextual y de la aclaración de que tales *lógoi* son verdaderas leyes o mandatos Divinos.

[19] Éx. XIX, 16 y ss.

[20] Ver *Sobre la inmutabilidad de Dios* 60 a 69.

33. Lo que, en cambio, ocurrió entonces, entiendo yo, fue un sacratísimo milagro [21] al ordenar Dios que se produjera en el aire un invisible [22] sonido, más maravilloso que todas las formas de expresión, armonioso con una armonía perfecta; voz que no consistía en algo inanimado ni tampoco compuesto de cuerpo y alma a la manera de un ser animado, sino en un alma racional [23] llena de lucidez y claridad, que dando forma y tensión al aire y transformándolo en fuego, hizo resonar, como el aire a través de una trompeta una voz articulada tan potente, que

los más alejados tenían la impresión de escucharla a la par de los que estaban más cerca.
[21] Ver *Vida de Moisés* I, 185.
[22] Deut. IV, 12, donde se lee: *"Oísteis bien sus palabras, pero no visteis figura alguna sino sólo su voz"*. Filón atribuye aquí a la voz la calificación de invisible, correspondiente al emisor o, en este caso al instrumento, como se advierte en la descripción que sigue.
[23] Ver Sobre *la vida de Moisés* II, 288, y Sobre *las leyes particulares* I, 66.

34. Las voces de los hombres son tales por naturaleza, que al extenderse hasta muy grande distancia se debilitan, al punto de que los que están apartados muy lejos ya no alcanzan a percibirlas claramente porque se van debilitando progresivamente con las distancias, pues también los instrumentos son perecederos.

35. En cambio el poder de Dios, que con un soplo originó aquella voz inusitada, la elevó y tornó intensa, expandiéndola hacia todas las direcciones, hizo aparecer más brillante al final que al principio al poner en las almas de todos un modo de audición muy superior al de los oídos. Este sentido, en efecto, que es en cierto modo bastante tardo, permanece inmóvil hasta que el choque del aire lo pone en movimiento; en tanto que los oídos de una inteligencia bajo los efectos de una Divina posesión se adelanta con celeridad extrema saliendo anticipadamente al encuentro de las palabras pronunciadas.

36. X. Y ya es bastante acerca de la Divina voz. No le faltará razón a quien se preguntara por qué motivo, si eran muchísimas las miríadas de personas reunidas en un único lugar, consideró Dios conveniente revelar cada uno de los diez mandamientos no como si se dirigiese a muchos sino como si lo hiciese a una sola, diciendo "No matarás", "No robarás", y de la misma manera el resto.

37. Pues bien, en primer lugar corresponde decir que desea enseñar una excelente lección a los que leyeren las sagradas escrituras, al enseñarles que cada persona, ella sola y por sí misma, cuando observa las leyes y obedece a Dios, es tan digna como toda una numerosísima nación, o más bien tan digna como todas las naciones juntas; y si cabe avanzar todavía más allá en nuestra afirmación, tan digna como el mundo entero.

38. Por la misma razón en otro pasaje, alabando a cierto hombre justo, el mismo que también era Dios [24] del mundo le dice: "Yo soy *tu* Dios"; dando a entender que los subordinados [25] situados en el mismo orden e igualmente gratos a su comandante deben recibir el mismo favor y honra.
[24] Gen. XVII, 1.
[25] En este caso el mundo y el hombre justo en cuestión.

39. La segunda razón es que, si alguno que participa en las deliberaciones de las asambleas, dirige sus palabras al auditorio en común como multitud, aquéllas no tienen por qué llegar necesariamente a uno solo en particular; en cambio, si quien prescribe o prohíbe algo lo hace en particular, como si se dirigiera a cada uno y solo a él, las conclusiones sobre lo que se ha de hacer parecerían en el acto tener carácter colectivo y ser normas también para todos en conjunto. Por otra parte el que recibe las exhortaciones a título personal está mejor dispuesto a acatarlas, en tanto que aquel que las recibe en común con otros se hace el sordo usando a la muchedumbre como pretexto de su desobediencia.

40. Una tercera razón es el deseo de que jamás rey ni tirano alguno desprecie a ningún oscuro particular, movido por la soberbia y arrogancia de que rebosa, sino, por el contrario, la

frecuentación de las enseñanzas contenidas en las sagradas leyes, se despoje de su orgullo y borre de sus convicciones la presunción mediante el siguiente razonamiento convincente, o más bien verdadero.

41. Si el Ser increado, incorruptible y eterno, que no ha menester de cosa alguna y es el autor del universo y su benefactor, y rey de reyes y Dios de dioses [26] no se permitió despreciar ni al más humilde de los hombres, y por el contrario consideró que correspondía convidar también a éste al banquete de los sagrados oráculos y leyes, como si solo a éste se dispusiera a agasajar y solo para él preparara el convite destinado a la expansión del alma iniciada a la que cabe ya penetrar en los grandes misterios; [27] ¿qué derecho tengo yo, un simple mortal, para andar con el cuello erguido, hinchado de orgullo y ensoberbecido ante mis semejantes, los que aunque desiguales en la suerte que a cada uno cupo, cuentan con un parentesco que los asemeja e iguala ya que pueden atribuirse como única madre a la común progenitora de todos los hombres, la naturaleza?

[26] ¿Alusión a los astros o una simple hipérbole?

[27] Filón emplea la terminología propia de los cultos griegos llamados misterios, en los que tras un período de noviciado o iniciación el adherente era introducido en el conocimiento de las doctrinas y actos rituales más esotéricos.

42, Por lo tanto, me habré de mostrar acogedor y afable aunque llegare a adquirir todo el dominio sobre la tierra y el mar, para con los más menesterosos, de más humilde condición y carentes del más íntimo de los apoyos, como son los huérfanos de ambos padres, las mujeres que soportan la viudez, las personas de edad que no han tenido hijos nunca o que los han tenido pero los han perdido prematuramente.

43. Porque, siendo, como soy, un hombre, consideraré indigno condescender con las actitudes ampulosas y solemnes propias de la escena trágica, y permaneceré dentro de lo natural sin traspasar sus límites. Habituaré a mi espíritu a abrigar sentimientos humanitarios, no solo porque son imprevisibles los cambios hacia las situaciones opuestas, tanto para los que gozan de prosperidad como para los que están en la desgracia; sino también porque es conveniente, aun en el caso de que la buena fortuna se mantuviere firme y constante, no olvidarse de lo que uno es.
Tales son las razones, a mi parecer, por las que quiso Dios revelar estos oráculos en singular como dirigidos a una sola persona.

44. XI. Como es natural, todo cuanto aconteció en torno de aquel lugar tuvo el carácter de prodigio: truenos cuyos estruendos eran superiores a lo que pueden soportar los oídos, claridades de brillantísimos destellos, el sonido de una invisible trompeta extendiéndose hasta los sitios más remotos, el descenso de una nube que, a modo de una columna, apoyaba su base en la tierra y extendía el resto de su masa hasta las alturas del éter, y un torrente de fuego celestial que envolvía cuanto había en torno con un intenso humo. [28] Es que a la llegada del Divino poder ninguna de las partes del mundo debía permanecer inactiva, y todas, por el contrario, debían concurrir conjuntamente a su servicio.

[28] Éx. XIX, 16 a 18 y Deut. IV, 11.

45. El pueblo, que se había mantenido puro de contactos con mujeres, y abstenido de todos los otros placeres excepto de aquellos que son necesarios para la alimentación; y se había purificado durante tres días mediante baños y abluciones, y lavado además las ropas, que ahora vestía blancas como nunca, estaba de pie próximo al lugar, puesto en punta de pie y con los oídos atentos, conforme con la previa indicación de Moisés para que se preparasen para la

asamblea, pues en la ocasión en que, habiendo sido convocado él solo, había escuchado Divinas revelaciones, se había enterado de que ésta tendría lugar. [29]
[29] Éx. XIX, 20 a 25.

46. En medio del fuego que se derramaba desde el cielo resonó una voz pasmosa en sumo grado, pues la llama se escuchaba como el lenguaje articulado familiar a los oyentes, en el que las cosas que se decían se pronunciaban tan claramente que tenían la impresión de que las veían más bien que las oían.

47. Atestigua lo que afirmo aquella ley en la que está escrito "Todo el pueblo veía la voz".30 Expresión plena de sentido porque sucede que la voz de los hombres es aprehensible por los oídos, pero la de Dios lo es verdaderamente por la vista. ¿Por qué? Porque todo cuanto Dios expresa no lo dice mediante palabras sino mediante obras, que son juzgadas por los ojos y no por los oídos.
[30] Éx. XX, 18.

48. Excelente, por otra parte, y digna de la Divinidad es la aserción según la cual la voz brotaba del fuego. Los oráculos de Dios, en efecto, alcanzan su perfección y resultan probados [31] tal como lo es el oro por el fuego. Pero también revela un simbolismo que es el siguiente.
[31] O quizá: *son perfectos y probados.* Pero las dos cualidades atribuidas aquí a los oráculos o revelaciones de Dios aparecen en el texto griego expresadas como resultados de sendos procesos (Filón emplea formas del aspecto resultativo de los respectivos vocablos) cosa que se conforma por el símil con el oro; lo cual no compagina evidentemente con la perfección *ab initio* propia de todas las obras y manifestaciones Divinas.

49. El fuego tiene dos propiedades naturales: iluminar y abrasar. Y aquellos que están determinados a acatar dócilmente los Divinos oráculos vivirán perpetuamente como en medio de una luz sin sombras llevando en el alma esas mismas leyes cual astros portadores de claridad; mientras que todos aquellos que se rebelan, jamás cesarán de ser abrasados y consumidos por las pasiones interiores, que, a la manera de una llama, arruinarán la vida entera de quienes las tienen.

50. XII. Tales son las aclaraciones que era preciso exponer previamente. Y ya es tiempo de volvernos hacia los mismos mandamientos y de examinar cada uno de los diferentes asuntos que encierran. Siendo diez, fueron distribuidos en dos grupos de cinco cada uno, que fueron grabados en dos tablas. A los cinco primeros correspondió la primera jerarquía, en tanto que a los otros cinco se consideró que les correspondía la segunda. Por otra parte, unos y otros son excelentes y saludables, pues abren amplias rutas y reales caminos conducentes a una única meta, asegurando al alma ansiosa siempre del Supremo bien una marcha libre de tropiezos.

51. Los cinco de superior jerarquía tratan de lo siguiente: sobre la monarquía por la que es regido el mundo; sobre los ídolos de madera, las estatuas y, en general, las imágenes construidas por la mano del hombre: sobre el no tomar el nombre de Dios en vano; sobre el celebrar piadosamente el sagrado día séptimo; sobre la honra debida a los padres tanto a cada uno de ellos individualmente, como a ambos en común. De este modo la primera de las tablas registra lo relativo a Dios, él Padre y Hacedor del universo, y concluye con lo tocante a los progenitores, los que a imitación de la naturaleza de Aquel, engendran seres particulares. Los cinco de la segunda tabla [32] comprenden todas las prohibiciones: del adulterio, del crimen, del robo, del falso testimonio y de' la concupiscencia.
[32] Deut. V, 17 a 21, donde el orden es diferente del que para la segunda serie da Éx. XX, 13 a

17.

52. Debemos examinar con todo cuidado cada uno de los mandamientos, sin restar importancia a ninguno de ellos. Dios es el excelente principio de todas las cosas, y la piedad lo es de todas las virtudes; siendo del todo necesario comenzar nuestra exposición refiriéndonos a Aquél y a ésta. Un error nada pequeño tiene presa a la mayor parte de los hombres acerca de un hecho que, o él solo o más que ningún otro, debería haber quedado arraigado en forma inequívoca en las inteligencias de todos.

53. En efecto, unos han deificado a los cuatro elementos: tierra, agua, aire y fuego; otros al sol, a la luna y a los demás astros errantes y fijos; otros solo al cielo, otros al mundo todo. En cambio, al Ser más excelso y augusto, al Progenitor y Gobernante del gran estado, al supremo Adalid del invencible ejército, al Piloto que administra con rumbo seguro siempre todas las cosas Lo han apartado de sus miradas, después de atribuir falsos nombres, divergentes unos de otros, a tales objetos.

54. Unos, en efecto, llaman a la tierra Core, Demeter o Plutón, al mar Posidón, forjándole a éste divinidades marinas subordinadas así como una gran multitud de servidores de une y de otro sexo. Al aire lo llaman Hera, al fuego Hefesto, al sol Apolo, a la luna Artemisa, al lucero del alba Afrodita y al planeta brillante Hermes.

55. Y lo mismo en el caso de cada uno de los demás astros cuyos nombres nos han transmitido los mitógrafos, los que, a fuerza de urdir muy ingeniosas ficciones para engañar al oído, se han ganado fama de destreza en la aplicación de nombres.

56. Y asimismo, mediante una separación de carácter racional, han dividido el cielo en dos hemisferios, el supraterrestre y el infraterrestre, y los han denominado Diescuros inventando a propósito de ellos la increíble fábula de que se turnan día por medio en la existencia. [33]

[33] Según Odisea XI, 300 a 304, ambos hijos de Leda residen juntos un día entre los vivos en la tierra y otro en la Mansión de Hades. Una variante más reciente de la leyenda, a la que se atiene aquí Filón, los hace alternarse, de modo que uno reside separado del otro en cada lugar un día. Ver *Sobre la embajada ante Cayo* 79 y 84-85, y *Sobre los sueños* I, 150.

57. Se apoyan en que como el cielo permanente e incesantemente rota en círculo, por fuerza cada uno de ambos hemisferios reemplaza al otro durante un día y se encuentra una vez arriba, otra vez abajo; esto solo en apariencias, pues la verdad es que en la esfera no hay abajo ni arriba, y que solo por referencia a nuestra posición acostúmbrase llamar arriba a lo que está sobre nuestra cabeza y abajo a lo opuesto.

58. Pero al hombre que ha aprendido a reflexionar según la genuina filosofía y se entrega a una piedad sincera y pura la ley le prescribe el nobilísimo y santísimo precepto de no considerar como dios autónomo [34] a ninguna de las partes del mundo. Este, en efecto, tuvo un comienzo, y el nacimiento es el principio de la corrupción; aun cuando por la providencia del Hacedor haya alcanzado la inmortalidad; y además hubo un tiempo en el que no existía. Y acerca de un dios no es lícito decir que anteriormente no existió, que a partir de cierto momento empezó a existir y que no existe para siempre.

[34] O *todopoderoso*. Éx. XX, 3 a 5. Los dioses visibles y los inferiores (Platón, Tuneo 40 a-d) no son autónomos y sólo son dioses de nombre.

59. XIII. Y sin embargo a tal punto llega la aberración en los razonamientos de algunos, que

no solo consideran dioses a las cosas mencionadas, sino además, tienen a cada una de éstas por el máximo y primero de los dioses. [35] Esto les sucede o porque simplemente, siendo ignorantes por naturaleza, no conocen a Aquel que es realmente Dios; o porque, suponiendo que no existe ninguna causa invisible y aprehensible solo por la inteligencia además de las cosas sensibles, descuidan el llegar a conocerlo. Y ello a pesar de tener a su alcance una prueba por demás clara.
[35] Sobre estas expresiones retóricas que sugieren una pluralidad de dioses ver la nota anterior. Filón rechaza toda tesis en tal sentido, según acaba de manifestarlo en las líneas precedentes.

60. Siendo, en efecto, el alma la que les permite vivir, querer y realizar todas aquellas cosas que son inherentes a la vida humana, jamás con los ojos del cuerpo han conseguido aprehender a esa alma; no obstante que hubieran ambicionado esto con todo empeño, si hubiera existido alguna posibilidad de ver esa imagen, la más sagrada de todas, a partir de la cual bien cabría esperar que, por analogía, se pueda alcanzar la noción del Increado y eterno, que, sosteniendo las riendas del mundo entero, lo dirige por seguro camino permaneciendo invisible.

61. Ahora bien, del mismo modo que, si alguno atribuyera a los sátrapas, que son funcionarios subordinados, los honores debidos al gran rey, parecería no solo insensato en sumo grado sino también temerario por demás pues otorgaría a siervos lo que es propio del amo; así también aquel que tributa los mismos honores al Creador y a las creaturas sepa que es el más insensato e injusto de todos los hombres, pues trata por igual a quienes son desiguales, y no para honra de los de inferior condición sino para menoscabo de quien es superior.

62. Pero hay quienes van más allá en su impiedad, y no ofrecen por igual su tributo sino otorgan a unos todas las muestras de homenaje, sin atribuir ninguna al Otro, ni siquiera el recuerdo, que es el más común de los tributos. Olvidan, en efecto, a Aquel que es el único que les convendrá tener presente, empeñados los miserables en un olvido a designio.

63. Y existen todavía otros que, poseídos de un furor desenfrenado, dando públicas muestras de la impiedad enraizada en ellos, tras afilar su perniciosa lengua, se ponen a blasfemar contra Dios. Al mismo tiempo desean afligir también a los hombres piadosos, a quienes acomete al punto una indecible e inconsolable tristeza que abrasa el alma entera a través de los sentidos. Esta, precisamente, es la máquina de sitio de los impíos, el único medio gracias al cual éstos sellan la boca de los amigos de Dios, pues para no exacerbar su furia lo mejor en tales ocasiones es guardar silencio.

64. Rechacemos, pues, toda esta suerte de charlatanería y no adoremos a quienes son hermanos nuestros por naturaleza, aun cuando les haya cabido una sustancia más pura e inmortal; ya que todos los seres creados son hermanos en el hecho mismo de su creación, pues el único creador del universo es también el padre de todos. Y alistémonos con nuestra inteligencia, nuestra palabra y toda nuestra fuerza con sumo vigor y firmeza al servicio del Increado y Eterno y Causa de todas las cosas, sin ceder ni consentir con las complacencias de la multitud, las que son causa de ruina aun para aquellos que podrían salvarse.

65. XIV. Grabemos, pues, en nosotros mismos como el primer mandamiento y el más sagrado de todos el de reconocer y honrar como Dios únicamente al Altísimo. Y que la opinión politeísta ni acaricie siquiera los oídos del hombre que tiene por norma buscar la verdad con espíritu puro y sincero.

66. Pero he aquí que si cuantos sirven y adoran al sol, a la luna; al cielo todo, al universo entero y a las partes principales que hay en ellos, temiéndolos por dioses, cometen, cosa clara por demás, una falta, al glorificar a los súbditos antes que al Soberano; con todo su falta es menor que la de aquellos otros que, tras darles forma a maderas, piedras, plata, oro y a las demás sustancias similares, cada uno según sus preferencias, y después de llenar el mundo habitado de estatuas, maderas talladas y demás imágenes productos de la mano del hombre, creaciones de escultores y pintores; han causado enormes daños a la vida humana.

67. Ellos, en efecto, han amputado del alma lo que era su mejor apoyo, es decir, el debido conocimiento respecto del eternamente existente Dios; de suerte que, cual naves sin lastre, son agitados arrastrados de aquí para allá permanentemente, sin que jamás les sea posible arribar a un puerto ni echar ancla en las seguras radas de la verdad, ciegos, como están, para aquello que vale la pena contemplar y para lo único que es necesario mirar con aguda visión.

68. Y en mi opinión, viven una vida más desdichada aún que los ciegos de los ojos del cuerpo. Porque mientras éstos han sufrido ese daño sin que su voluntad tuviera parte, o bien por haber sufrido una grave enfermedad ocular o bien víctimas de la iniquidad de enemigos; ha sido con deliberado propósito como ellos no solo debilitaron sino se determinaron a anular completamente el ojo del alma.

69. De ello resulta que mientras los primeros provocan un sentimiento de compasión en su desdicha, en cambio los otros merecen con toda justicia su castigo como malvados que son, ya que no han llegado a conocer, amén de otras cosas, lo que estaba más a su alcance, y hasta un tierno infante conoce: que el artífice es superior a su obra, tanto en lo que al tiempo se refiere, pues es más antiguo y en cierta manera el padre de lo producido; como en valor, ya que el autor de algo es más estimable que quien experimenta algo.

70. Y aunque lo que correspondería sería que, error por error, al menos tuviesen-por dioses a los pintores y escultores mismos honrándolos con honores sin medida, a estos los han dejado en el olvido sin acordarles ninguna honra superior, en tanto que han considerado como dioses las esculturas y pinturas salidas de sus manos.

71. Y así, mientras muchas veces los artífices han envejecido en medio de la indigencia y sin gloria, para morir al cabo de incesantes infortunios; los productos de su arte, en medio de la púrpura, el oro y los otros suntuosos adornos que procura la riqueza, reciben homenajes y tienen servidores reclutados no solo entre los hombres libres sino entre gente de superior estirpe y además de suma perfección corporal. Examínase, en efecto, con todo cuidado si la familia de los sacerdotes es irreprochable, y si el conjunto de las partes de su cuerpo es todo él completo.[36]

[36] Ver *Sobre las leyes particulares* I, 80 y *Todo hombre bueno es libre* 140.

72. Y con ser indignante esto, con todo no lo es tanto como otro hecho sumamente penoso. Me consta, en efecto, que algunos de estos artistas elevan súplicas y hacen sacrificios a las obras producidas por ellos mismos. Mucho mejor sería que adoraran a cada una de sus manos; o si no quisieran hacer tal cosa por evitarse la reputación de pagados de sí mismos, que rindieran culto al menos a los martillos, yunques, pinceles, tenazas y demás instrumentos, cosas todas que han permitido que los materiales recibieran forma.

73. XV. Por cierto que bien merecen hombres tan insensatos que se les diga con toda franqueza: En realidad, mis buenos señores, la aspiración más excelente y la suma felicidad es

asemejarse a Dios.

74. Suplicad, pues, [37] el asemejaros también vosotros a los ídolos, a fin de que alcancéis la suprema felicidad de poseer ojos que no ven, oídos que no oyen, narices que no respiran ni huelen, boca que no habla ni gusta, manos que no toman, dan ni operan, pies que no caminan y cada una de las demás partes que no hace cosa alguna; y de estar custodiados y protegidos en un templo, como en una prisión, aspirando día y noche el humo de los permanentes sacrificios. Porque en todo esto consiste el único bien que imagináis para nuestros ídolos.
[37] Puesto que vuestras obras de arte son vuestros dioses.

75. Pero yo personalmente pienso que ellos al oír estas cosas las tomarán no como propias de súplicas sino como propias de maldiciones y se irritarán y recurrirán a recriminaciones para repudiar el insulto; lo cual bien puede constituir el mejor testimonio de la desmedida impiedad de hombres que reconocen como dioses a cosas a las que de ningún modo suplicarían parecerse en naturaleza.

76. Ninguno, pues, de los que tienen alma adore a algo sin alma, porque es completamente absurdo el que los seres producidos por la naturaleza se conviertan en servidores de las cosas producidas por la mano del hombre. El caso de los egipcios es especial, pues no solo les cabe la común acusación que merecen todos los países, sino también otra plenamente justificada; ya que además de deificar imágenes y esculturas han atribuido honores de dioses a animales irracionales, como toros, carneros y machos cabríos forjando a propósito de cada uno de ellos algún fabuloso relato.

77. Y tal vez en el caso de estos animales exista alguna justificación, ya que se trata de los más domesticados y útiles para la humana existencia. El buey que tira del arado abre surcos en la época de la siembra y también es sumamente eficaz su labor en la era, cuando corresponde separar el grano. El carnero nos proporciona el mejor de los abrigos, el vestido; como que, si nuestros cuerpos permanecieran desnudos, sucumbirían fácilmente o bien por exceso de «palor o bien por excesivo frío, lo primero por el calor ardiente del sol, el segundo a causa del gran enfriamiento del aire.

78. Pero lo cierto es que los egipcios han sobrepasado la medida y honran con templos y recintos sagrados, con sacrificios, con asambleas religiosas, con procesiones y con otras solemnidades análogas también a las más feroces e indomables de las bestias salvajes, tales como leones y cocodrilos, y entre los reptiles el venenoso áspid. Habiendo, en efecto, examinado cuidadosamente los más salvajes seres procedentes de cada uno de los elementos que Dios puso al servicio de los hombres, es decir, la tierra y el agua, no hallaron entre los animales terrestres ninguno más salvaje que el león, ni entre los acuáticos otro más feroz que el cocodrilo, y a éstos veneran y honran.

79. Pero además tienen por dioses también a muchos otros animales, tales como perros, gatos y lobos, ibis y halcones entre las aves, así como a la totalidad o a partes de los cuerpos de los peces. ¿Y qué puede resultar más ridículo que tales deificaciones?

80. La verdad es que los extranjeros que llegan por primera vez a Egipto y en cuyos espíritus no se ha instalado aún la vana demencia de los naturales del país, se mueren de risa. Y todos aquellos que han gustado de la recta instrucción, estupefactos ante la veneración tributada a cosas indignas de reverencia, compadecen a los que la rinden teniéndolos, corno es lógico, por más desventurados todavía que las creaturas que son objeto de sus homenajes, y pensando que

en lo que hace a sus almas se han transformado en dichas creaturas, al punto de que parecen bestias que deambulan bajo la forma humana.

81. XVI. Así, pues, excluyendo de la sagrada legislación toda deificación de este género, exhortó Moisés a honrar al verdaderamente existente Dios; no porque Este necesite que se Lo honre, que Aquel que se basta totalmente a Sí mismo no tiene necesidad de otro alguno; sino queriendo conducir al género humano, que vagaba por rutas intransitables, hacia un camino segurísimo, a fin de que, ajustándose a la naturaleza, alcance la más excelente de las metas: el conocimiento acerca del Que realmente Existe, lo cual constituye el primero y más perfecto de los bienes, del que, como de una fuente, manan sobre el mundo y sobre cuanto hay en él los bienes particulares.

82. XVII. Habiendo discurrido también, en la medida de lo posible, acerca del segundo de los mandamientos, pasemos a examinar cuidadosamente el que le sigue en el orden, vale decir, "No tomar el nombre de Dios en vano". Pues bien, el motivo por el que ocupa este lugar resulta claro para aquellos que poseen una inteligencia con aguda visión, y es que, el nombre ocupa siempre el segundo lugar con respecto a la cosa que le sirve de soporte, asemejándose en esto a la sombra que acompaña al cuerpo.

83. Consecuente con ello Moisés, habiendo primero hablado de la existencia del siempre Existente y del honor que Le es debido, a continuación, conforme al encadenamiento lógico de las cosas, prescribe también lo relativo al uso apropiado de Su nombre. Lo cierto es que las faltas que a este respecto cometen los hombres son variadas y multiformes.

84. Lo más excelente y provechoso para nuestras vidas, lo que corresponde a la naturaleza racional es abstenerse de jurar, ya que ella ha sido enseñada a ser tan verídica en cada afirmación, que se considere que sus simples palabras equivalen a juramentos. El jurar de buena fe no es, en cambio, sino un mal menor, como suele decirse; porque el hecho ya de jurar supone que el que jura está sujeto a sospecha de mala fe.

85. Debe, pues, éste dar largas a la cosa y tomarse tiempo, a la espera de que tal vez gracias a sus dilaciones consiga librarse de tener que prestar el juramento. Pero, si la necesidad lo forzase a hacerlo, habrá de examinar, y no a la ligera, cada una de las consecuencias que el juramento implica. Porque no se trata de un hecho intrascendente, por más que por costumbre no se le dé la debida importancia.

86. Jurar, en efecto, es invocar el testimonio de Dios acerca de cuestiones en disputa; y no hay cosa más impía que poner a Dios como testigo para una mentira. Porque, ve, si quieres, a observar con ayuda de tu razón la inteligencia del que se dispone a jurar para mentir, y observarás cómo no tiene reposo y está llena de inquietud y confusión, como que pesan acusaciones sobre ella y soporta toda suerte de ultrajes y reproches.

87. En cada alma, en efecto, cohabita un censor [38] nacido conjuntamente con ella, que tiene por norma no pasar por alto cosa alguna reprensible, en cuya naturaleza enciérrase un perpetuo odio hacia la maldad y amor por la virtud, acusador y juez a la vez, que cuando interviene como acusador hace los cargos, acusa y recrimina; y cuando a su turno oficia de juez, enseña, reprende y exhorta a cambiar de proceder. Y si logra convencer hace complacido las paces, mas, si no puede lograrlo se empeña en una guerra sin tregua, en la que no se llama a descanso ni de día ni de noche, sino atormenta y causa heridas incurables hasta que aniquila esa desventurada y execrable vida.

[38] Ver *Sobre la inmutabilidad de Dios* 135 y ss.

88. XVIII. ¿Qué dices?, le diría yo al perjuro, ¿te atreverías a presentarte ante uno de tus conocidos y decirle: Ven aquí, compañero, y atestigua a mi favor cosas que no has visto ni oído como si las hubieras contemplado, como si las hubieras escuchado y como si hubieras estado presente en todas ellas? Yo por mi parte no lo creo, pues sería un acto propio de una locura sin remedio.

89. Porque, ¿con qué ojos, estando sobrio y, al parecer, en tu propio juicio, mirarías a tu amigo y le dirías: En nombre de nuestra amistad obra injustamente, viola las leyes y únete a mí en la impiedad? Es evidente que él, si-oyera esto, enviaría a paseo tu pretendida amistad y, reprochándose a sí mismo por haber mantenido relaciones de amistad desde un principio con semejante hombre, se alejará de prisa como de una fiera salvaje y enloquecida.

90. Y a pesar de eso, ¿no te ruborizas de invocar a Dios, el Padre y Guía del mundo, como testigo en las mismas cosas en las que no te atreverías a pedir el testimonio de un amigo? ¿Y lo haces sabiendo que Él todo lo ve y todo lo oye, o bien ignorando tal cosa?

91. Pues bien, si lo haces ignorando eso, eres, por una parte, un ateo, y el ateísmo es la fuente de todas las iniquidades; y por otra, agregas a tu ateísmo el arruinar el juramento, puesto que juras por quien no se ocupa de los asuntos humanos como si velara por ellos realmente; y si sabes claramente que ejerce Su providencia, no hay impiedad, por enorme que sea, que la tuya no sobrepase al decirle a Dios, si no con la boca y la lengua al menos con tu conciencia: Sé mi testigo en mis falsedades, colabora conmigo en mis maldades, comparte mi mala fe; mi única esperanza de gozar de buena reputación entre los hombres es que Tú disfraces la verdad. Vuélvete perverso por favorecer a otro; Tú, el superior, por el inferior; Tú, la Divinidad, el más excelente de todos los seres, por un simple hombre, y además, perverso.

92. XIX. No faltan, por otra parte, quienes, sin especular en ganancias, y solo por un pernicioso hábito, juran continua e irreflexivamente a propósito de lo que sea, aunque no exista en absoluto discrepancia alguna. Rellenan éstos todos los huecos, en sus expresiones mediante juramentos, como si no fuera mejor conformarse con un corte en las palabras e incluso con un completo silencio, teniendo en cuenta que del mucho jurar nacen los falsos juramentos y la impiedad.

93. Por eso es preciso que el que se apresta a jurar tenga examinados de manera cuidadosa y muy rigurosa todos estos puntos: sobre el asunto, si es lo suficientemente importante, si ha sucedido realmente y si se tiene una sólida aprehensión de los hechos; sobre sí mismo,, si son puros su alma, su cuerpo y su lengua; la primera, pura de transgresiones; el segundo, de impurezas; y la lengua, de maledicencias. Seria un sacrilegio, en efecto, que por la misma boca por la que pronuncia alguien el más sagrado de los nombres, deje oír también cualquier expresión vergonzosa.

94. Y debe también buscar el lugar y la ocasión apropiados. Porque sé muy bien que algunos aprovechan lugares profanos e impuros; en los que no se debería evocar el recuerdo ni de un padre ni de una madre, ni siquiera el de una persona de edad que, aunque extraña a la familia, haya llevado una vida recta; para jurar largo y tendido ensartando al hablar solo juramentos uno tras otro, en los que, movidos por su impiedad, abusan de las muchas maneras de designar a Dios allí donde no debieran.

95. Quien haga caso omiso de las cosas que he dicho ha de saber en primer lugar que es un ser manchado e impuro; y en segundo lugar, que permanentemente estarán pendientes sobre él los mayores castigos, ya que esa supervisora de los humanos asuntos que es la justicia es implacable e inflexible cuando se trata de iniquidades tan grandes, y cuando no juzga conveniente castigar al instante, es evidentemente porque concede un plazo a muy alto interés para los castigos, los que, llegado el momento oportuno, exige para común beneficio de todos.

96. XX. El cuarto mandamiento es el que se refiere al sagrado día séptimo, cuya celebración procura que tenga lugar en un ambiente de reverencia y santidad. Esta fiesta, que algunos estados [39] celebran una vez al mes, determinando el día a partir del comienzo del mes lunar, la nación judía la festeja permanentemente con intervalos de seis días.
[39] Ver Herodoto VI, 57 y Hesíodo, Los trabajos y los días 770.

97. Una convincente razón de esta práctica se halla en un dato registrado entre los que contiene el relato de creación del mundo. En seis días, en efecto, dice que fue construido el mundo, y que en el séptimo, haciendo un alto en Sus trabajos, se puso Dios a contemplar las hermosuras creadas.

98. En consecuencia, mandó que también los que estaban destinados a vivir como ciudadanos de este mundo siguieran en este punto, como en los demás, el ejemplo Divino, entregándose durante seis días a los trabajos, y tomándose un reposo en el séptimo, para consagrarse a la meditación filosófica y ocupar su ocio en la contemplación de las cosas de la naturaleza, y además examinar si en los días precedentes algo ha sido hecho sin la debida pureza, recabando de sí mismos la razón y rendición de cuentas de sus palabras y actos en el tribunal del alma, la que tendrá a las leyes por compañeras de deliberación y dictamen, a fin de corregir lo que ha sido descuidado y prevenir que no se vuelvan a repetir en adelante las faltas.

99. Pero, mientras Dios empleó solo una vez los seis días para la completa creación del mundo y no necesitó un nuevo período de tiempo; [40] cada uno de los hombres, en cambio, como que participa de la naturaleza mortal y ha menester de las innumerables cosas que tienden a satisfacer las exigencias de la existencia, se ve obligado a no descuidar el procurarse las cosas necesarias hasta el fin de su vida, tomándose un descanso en los sagrados días séptimos.
[40] Si esta traducción es la correcta, como parecen sugerirlo el contexto y las consideraciones que siguen, hay una evidente contradicción con lo afirmado en *Sobre la creación del mundo* 13 y ss., donde se afirma que los seis días de la creación no corresponden a un período temporal sino a un orden en el proceso creador, el que estuvo presidido por las propiedades del número seis con todas las implicaciones que este número supone.
En el parágrafo 101 del presente tratado Filón insiste en la idea de que Dios no necesitó período alguno de tiempo para la creación.

100. ¿No es por ventura una excelente prescripción y sumamente apropiada para estimularnos a procurar toda virtud y en especial la piedad? Dice, en efecto: Sigue siempre a Dios; que te sirva de modelo de plazo para tus trabajos este único lapso de seis días, totalmente suficiente para Él, en el que creó el mundo: y también, pues en ese día se dice que Él examinó lo que había producido, sírvase el séptimo día de modelo en lo que toca al deber de entregarte a la meditación filosófica, a fin de que también tú contemples las cosas de la naturaleza y todas aquellas privadas tuyas que conducen a la felicidad.

101. No descuidemos, pues, tal modelo de esos excelentes géneros de vida que son la práctica y la contemplativa; y con la mirada puesta siempre en él, estampemos en nuestros espíritus nítidas imágenes y marcas, haciendo que la naturaleza mortal se torne hasta donde ello cabe, semejante a la inmortal, al decir y hacer lo que corresponde.
En cuanto al sentido en que se dice que el mundo ha sido creado en seis días por Dios, que no necesita del tiempo para llevar a cabo Sus obras, ha sido explicado en nuestra exégesis alegórica en otros lugares. [41]
[41] Ver *Sobre la creación del mundo* 13 y 26 e *Interpretación alegórica* I, 2 a 4, así como la nota anterior.

102. XXI. Y respecto de la precedencia de la que el número siete ha sido juzgado digno entre-todo lo existente demuéstranlo los que se han dedicado al estudio de las matemáticas, y han investigado lo relativo a él con sumo cuidado y seriedad. Es en efecto, el número virgen, [42] la naturaleza que no tuvo madre, el número más estrechamente vinculado a la original unidad, [43] la forma ejemplar de las estrellas errantes, tal como la unidad lo es de la esfera de las fijas; porque el cielo incorpóreo, modelo del cielo visible, procede de la unidad y el siete.
[42] Ver Diógenes Laercio VII, 25; *Sobre la posteridad de Caín* 64; *Sobre la inmutabilidad de Dios* 11, y el parágrafo 159 del presente tratado.
[43] Según Diógenes Laercio II, 25, Pitágoras enseñó que la unidad o mónada es el principio de todas las cosas.

103. La estructura del cielo ha sido constituida tanto de naturaleza indivisa como de la dividida. A la indivisa le ha correspondido la rotación primera, más elevada y correspondiente a las estrellas fijas, la que está presidida por la unidad; en tanto que a la dividida le cupo la segunda en valor y jerarquía, la presidida por el siete, que, dividida en seis partes, produce los siete astros llamados errantes. [44]
[44] Ver *Sobre los querubines* 22.

104. Este nombre no significa que alguno de los seres que en el cielo participan de la Divina, bienaventurada y feliz naturaleza vague sin rumbo fijo: que el seguir un curso determinado está íntimamente vinculado a todos ellos, y así, conservando una invariable identidad, cumplen su eterno curso sin admitir desviación ni cambio alguno. Pero, como realizan su revolución en sentido contrario al de la esfera indivisa y más elevada, han sido denominados, sin ajustarse a la verdad, errantes por hombres lo suficientemente atolondrados como para atribuir su propia desorientación [45] a los seres celestes, no obstante que éstos jamás abandonan su puesto en la Divina formación.
[45] O su *propio andar sin rumbo.*

105. Por estas razones y por otras más también es honrado el número siete. Pero lo que sobre todo le ha valido esta precedencia es el hecho de que el Hacedor y Padre del universo se muestre por intermedio de él. Como a través de un espejo, en efecto, puede la inteligencia a través de él representarse a Dios operando, creando el mundo y presidiendo el universo.

106. XXII. Después de la prescripción relativa al día séptimo, da a conocer el quinto mandamiento, el referente a la honra debida a los padres; [46] al que asignó el lugar intermedio entre las dos series de cinco, como que es el último de la primera, en la que se prescriben los mandamientos más sagrados, y también se enlaza con la segunda, que comprende los deberes relativos a los hombres.
[46] Ver *Sobre las leyes particulares* 224 a 242.

107. La causa, a mi entender, es la siguiente: por su naturaleza los padres ocupan evidentemente una posición intermedia entre la sustancia inmortal y la mortal. Vincúlanse, por una parte, con la condición mortal merced a su parentesco con los hombres y los demás seres animados en cuanto a que su cuerpo es perecedero; y por otra, con la inmortal por su semejanza con Dios, el progenitor del universo en cuanto al engendrar seres.

108. Por cierto que se dan casos de gente que se ha consagrado a una de estas dos categorías y parece no dar importancia a la otra. Algunos, en efecto, tras embriagarse con el vino puro de la piedad, dieron un adiós definitivo a las demás preocupaciones y consagraron totalmente su vida al servicio de Dios.

109. Otros, en cambio, convencidos de que ningún bien existe fuera de la justicia con respecto a los hombres, se aplican exclusivamente al trato con ellos, y movidos por su ardiente celo por la común suerte ponen a disposición de todos por igual el uso de sus propios bienes considerando que es un deber de justicia aliviar en la medida de sus posibilidades las desgracias.

110. Con razón, pues, cabe llamar filántropos a éstos y amigos de Dios a los primeros. Unos y otros poseen la virtud sólo en parte, puesto que ella se da completa únicamente en aquellos que prueban sus méritos en las dos categorías. Pero están también todos aquellos que ni son contados entre los que bregan en provecho de los hombres participando de sus alegrías por los comunes bienes y de sus penas por los opuestos sucesos; ni se han consagrado a la piedad y la santidad. Estos parecerían haber cambiado su naturaleza en la de las fieras, y entre ellos se llevarán los primeros galardones en salvajismo aquellos que desprecian a sus padres. Se trata, en efecto, de enemigos de una y otra categoría de deberes, tanto de la que se refiere a los padres como de la que toca a los hombres.

111. XXIII. No deben, pues, ignorar éstos que son convictos ante los dos únicos tribunales de la naturaleza; ante el tribunal Divino de impiedad por cuanto no respetaron a aquéllos que los condujeron del no ser al ser, imitando en esto a Dios, y ante el de los hombres por su odio a la humanidad.

112. Porque, ¿a qué otro ser humano beneficiarán quienes desprecian a los que les están vinculados por el parentesco más estrecho y les han proporcionado los mayores dones, entre los que algunos son tan superiores que no admiten la posibilidad de reciprocidad? ¿Cómo, en efecto, quien ha sido engendrado podría a su vez engendrar a sus progenitores? Se trata de un cometido concedido por la naturaleza a los padres con relación a sus hijos a título de asignación exclusiva, que no puede ser retribuido. De allí que esté justificado el irritarse profundamente cuando los hijos, que no pueden retribuir todos los beneficios, ni siquiera están dispuestos a hacerlo con los menos importantes.

113. A éstos estaría yo por decirles con toda razón: Las bestias salvajes no pueden menos que tornarse mansas en contacto con los hombres. Yo he conocido muchos casos de leones, osos y panteras que se tornaron mansas no solo para con los que los alimentaban, por gratitud ante las cosas necesarias que recibían, sino también para con los demás, a causa, entiendo yo,, de la semejanza de éstos con los primeros. Noble es, en efecto, el que la parte inferior siga los pasos de la superior con la esperanza de mejorar.

114. Pero, en vuestro caso me veré obligado a decir todo lo contrario: convertíos vosotros que sois hombres, en imitadores de ciertas bestias, que han aprendido y saben devolver beneficio

por beneficio. Los perros guardianes protegen a sus amos y mueren por ellos cuando un imprevisto peligro sobreviene. De los perros ovejeros se asegura que cuando combaten en defensa de los rebaños, no cejan hasta la victoria o la muerte a fin de preservar sin daño a los pastores.

115. Y ante esto, ¿no resulta la mayor de las vergüenzas que en materia de retribución de beneficios el hombre sea superado por el perro, el más cultivado de los seres animados por la más osada de las bestias? Pero, si los animales terrestres no bastan para enseñarnos, volvámonos hacia los de naturaleza alada que surcan los aires.

116. Entre las cigüeñas, las aves viejas que no pueden volar permanecen en sus nidos, en tanto que sus hijos, sobrevolando tierra y mar, diríamos, traen de todas partes; los alimentos para sus padres.

117. Y así, mientras los unos pasan sus días reposando, como corresponde a su edad, y gozando de una completa abundancia; los otros, sin dar mayor importancia a las dificultades propias de esta búsqueda, movidos por la piedad y por la esperanza de que en la vejez les cabrá el mismo trato de parte de sus hijos, pagan una deuda que no pueden ignorar; deuda que contraen y pagan en su debida oportunidad, cuando ni unos ni otros están en condiciones de alimentarse: los hijos al principio de su existencia, los padres hacia el final de la vida. De ese modo por un natural instinto, sin que nadie se lo enseñe, después de haber sido alimentados en las primeras etapas de la vida, se complacen en alimentar a sus ancianos padres.

118. Frente a estos ejemplos, ¿no correspondería que todos los hombres que muestran indiferencia hacia sus progenitores, oculten sus rostros y se reprochen a sí mismos, por despreciar a aquellos por los que deberían preocuparse o exclusivamente o antes que por ningún otro, y eso no a título de regalo sino de devolución más bien? Porque ningún bien propio poseen los niños que no provenga de sus padres, quienes o se los procuran tomándolos del patrimonio familiar, o les proporcionan los medios que les permitan adquirirlos.

119. ¿Guardan, entonces, tales hombres dentro de los límites de sus almas esas dos soberanas de las virtudes que son la piedad y la religiosidad? No, las han expulsado y mantienen desterradas más allá de esos límites, pues los padres son los servidores de Dios encargados de la procreación de hijos; y el que deshonra al servidor deshonra al mismo tiempo también a su señor.

120. Algunos se atreven a ir más allá en la glorificación del nombre de progenitores y afirman que un padre y una madre son dioses visibles, que, al modelar seres vivientes, imitan al Dios increado, con la reserva de que éste es el Dios del mundo, y aquéllos lo son sólo de los seres que han engendrado. Y agregan que es imposible que sean piadosos con respecto al Dios invisible quienes carecen del sentimiento de piedad hacia los dioses, visibles y próximos.

121. XXIV. Con estas sabias palabras acerca de la honra debida a los padres, pone fin a la primera y más vinculada con la Divinidad de las dos series de cinco mandamientos. Al registrar el segundo grupo, que comprende prohibiciones en materia de relaciones con los hombres, comienza por el adulterio, pues lo considera la más grave de las iniquidades.

122. En primer lugar, en efecto, éste tiene como fuente el amor al placer, amor que enerva los cuerpos de los que lo sienten, relaja las fuerzas del alma y destruye los medios de subsistencia consumiendo, a la manera de un fuego inextinguible, todas las cosas que alcanza, sin dejar

cosa alguna a salvo en la vida humana.

123. En segundo lugar, persuade al adúltero no solo a delinquir sino también a enseñar a compartir la falta, al establecer una colaboración en actos que repugnan a lo que la palabra implica, puesto que, cuando prevalece la violencia de esta pasión, es imposible que los impulsos alcancen su meta mediante uno solo, siendo absolutamente preciso que dos operen de acuerdo, desempeñando uno el papel de maestro y el otro de discípulo para asegurarse la concreción de actos de incontinencia y lascivia, los más vergonzosos de los vicios.

124. Pues ni siquiera cabe decir que solo se corrompe el cuerpo de la mujer entregada al adulterio. A decir verdad, más todavía que su cuerpo es su alma la que se acostumbra a entregarse a otro, enseñada, como está, a detestar y odiar a su esposo.

125. Y la cosa sería menos grave si el odio se pusiera a las claras de manifiesto, ya que de lo que está a la vista fácil es precaverse; pero el hecho es difícil de sospecharse y descubrirse pues se encubre con falaces recursos, y a veces produce la impresión contraria, es decir, la de amor, gracias a ciertas engañosas seducciones.

126. Y no hay duda de que tres son las familias a las que lleva a la ruina este vicio; la del esposo traicionado, que se ve frustrado así en cuanto a las promesas conyugales como en sus esperanzas de tener hijos legítimos; y las otras dos, vale decir, la del adúltero y casa paterna de la mujer. Porque una y otra de éstas se llenan completamente de vituperio, de deshonra y de las peores afrentas.

127. Y si los vínculos de familia resultaren abarcar a numerosas personas a causa de los matrimonios interfamiliares y los otros lazos, la falta envuelve y contamina a la ciudad entera.

128. Sumamente penoso es también lo incierto de la condición de los hijos, porque si la esposa no procede con castidad, resulta cosa imposible de determinar, oscura, quién es el verdadero padre de las criaturas. Además, si el hecho permanece en secreto, los hijos adulterinos usurpan la condición de los legítimos, adulteran la descendencia ajena y habrán de heredar, sin derecho a ello, todo el patrimonio que en apariencias les corresponde.

129. En cuanto al adúltero, que ha cometido el ultraje y vomitado su pasión sembrando una simiente censurable, una vez saciada su concupiscencia, se alejará abandonando dicha simiente y burlándose de la ignorancia del esposo ultrajado, el que, a la manera de un ciego, al no saber cosa alguna sobre las intrigas ocurridas en su morada, no podrá evitar mostrarse solícito con los hijos de sus peores enemigos como si fueran totalmente propios.

130. Y si la falta llegare a ser conocida, los desdichados niños, que ninguna culpa tienen, correrán una suerte penosísima, por cuanto no serán incluidos en ninguna de las dos familias, ni en la del esposo ni en la del adúltero.

131. Siendo tales las desgracias que produce la ilícita misión carnal, es natural que este acto abominable y detestado por Dios que es el adulterio haya sido registrado en el primer lugar entre las transgresiones.

132. XXV. El segundo [47] mandamiento es el que prohíbe el homicidio. El hombre es, en efecto, la más civilizada de las creaturas animadas y la naturaleza lo engendró para la vida gregaria y social y le ha inculcado una vocación de concordia y solidaridad al darle la razón,

que guía hacia la armonía y la compenetración recíproca las actitudes. Por lo tanto, no olvide aquel que mata a alguien que está violando las leyes y normas de la naturaleza que fueron escritas para el bien y el provecho de todos.
[47] De la segunda serie.

133. Y sepa que es culpable de un sacrílego saqueo, pues se ha convertido en despojador del más sagrado de los bienes de Dios. Porque, ¿qué ofrenda puede ser más venerable y santa que el hombre? El oro, la plata, las piedras preciosas y todas las otras sustancias de más valor y estima son ornamento inanimado de edificios también inanimados.

134. El hombre, en cambio, el más excelente de los seres animados, está merced a la parte más elevada de su ser, el alma, íntimamente emparentado con la purísima sustancia del cielo, y también, según la doctrina de los más, con el Padre del mundo, como que al recibir la inteligencia recibió la réplica y copia de la Forma Ejemplar [48] eterna y bienaventurada más apropiada entre todas las copias que se dan sobre la tierra.
[48] O *arquetipo* o *idea* en el sentido platónico. Aquí la referencia es a Dios mismo. Ver *Sobre la creación del mundo,* nota 4.

135. XXVI. El tercer mandamiento del segundo grupo de cinco es el que prohíbe robar. La razón es que el hombre que mira ávidamente los bienes ajenos es un enemigo común de toda la comunidad y son los bienes de todos los que pretende despojar aunque no está a su alcance hacerlo sino con los de algunos. Porque su avidez de bienes se extiende más allá de todo límite, pero sus limitadas fuerzas se quedan a la zaga y circunscribe a una modesta esfera no pudiendo extender su acción sino a un corto número de personas.

136. La prueba es que todos los ladrones que han logrado acrecentar su poder saquean ciudades enteras sin preocuparse de los castigos, ya que parecen estar por su espléndida situación por sobre las leyes. Me refiero aquí a los hombres inclinados por naturaleza a acaparar el mando, a los ávidos de poder tiránico y soberanía, perpetradores de latrocinios en gran escala, que ocultan el hecho real del despojo con los nombres de mando y autoridad.

137. Aprenda, pues, el hombre desde sus primeros años a no arrebatar furtivamente cosa alguna de los demás, por pequeña que ella fuere; porque la costumbre inveterada se torna más fuerte que la naturaleza, y las pequeñas faltas no controladas crecen y progresan hasta alcanzar inmensas proporciones.

138. XXVII. A la prohibición de robar sigue la de no prestar falso testimonio, basada en la seguridad de que los que prestan falso testimonio son culpables de muchos grandes daños, graves todos ellos. Porque en primer lugar menoscaban la venerable verdad, el bien más sagrado que existe en nuestra vida, que aureola de luz, como el sol, todas las cosas, para que ninguna de ellas se vea cubierta por las sombras.

139. En segundo lugar, aparte de mentir, ocultan los hechos como en la oscuridad profunda de la noche y se hacen cómplices de los que delinquen, conspiran contra los perjudicados, al certificar que conocen con seguridad y han comprendido a fondo todo aquello que ni han visto ni han oído ni saben.

140. Y cometen *además* una tercera transgresión, más desastrosa que las precedentes, pues, cuando faltan las pruebas orales o las escritas, [49] las partes en litigios recurren finalmente a testigos, cuyas palabras resultan ser para los jueces pautas determinantes de lo que se aprestan

a poner en claro. No tienen, en efecto, más camino que apoyarse en esas declaraciones pues no hay otro medio para una prueba convincente. Ello es la causa de que, por una parte, los perjudicados por el falso testimonio, pudiendo ganar la causa, sean víctimas de la injusticia; y por otra, de que los jueces que les prestan oídos emitan injustos e ilegales veredictos en vez de los legales y justos.
[49] Las llamadas pruebas materiales, seguramente.

141. Por otra parte, este fraude implica también una impiedad, porque no es lo normal que quien oficia como juez lo haga sin prestar juramento, sino por el contrario, que preste juramentos capaces de hacer temblar y mucho; juramentos que violan, no los engañados jueces en realidad, sino los impostores, puesto que el error de aquellos no es a designio, en tanto que los otros operan con pleno conocimiento, cometen la iniquidad con premeditación induciendo a los que tienen el poder de decisión a que cooperen en la injusticia, sin saber lo que hacen, en perjuicio de quienes no merecen castigo alguno. Tales son las razones, a mi parecer, de la prohibición de prestar falso testimonio.

142. XXVIII. Finalmente prohíbe el desear, [50] porque sabe que el deseo es origen de subversión e insidias. Porque, si todas las pasiones del alma son penosas, pues la mueven y agitan con antinatural movimiento y no le permiten una sana existencia, el deseo es la más penosa de todas. Por ello, en tanto que cada una de las otras, como que penetra desde fuera precipitándose desde el exterior, nos impresiona como algo involuntario, solo el deseo, en cambio, tiene su origen en nosotros mismos y es voluntario.
[50] Según se desprende de lo que sigue, Filón toma el término *epithymía — deseo, codicia, concupiscencia,* no en el sentido restringido de *apetencia de las cosas ajenas,* sino en el de *deseo inmoderado* en general.

143. Lo que quiero decir es lo siguiente. La representación mental de algo que está presente y consideramos un bien, excita al alma, la priva del reposo y la exalta sobremanera como a los ojos una luz resplandeciente. Esta experiencia del alma se llama placer.

144. Cuando es, en cambio, lo contrario del bien, o sea, el mal, lo que la presiona con violencia, la hiere gravemente, y la llena al instante, contra su voluntad de depresión y tristeza. El nombre de depresión y de este sentimiento es dolor.

145. Pero, cuando el mal no se ha establecido o no presiona aún fuertemente, sino está en vías de llegar y se prepara a hacerlo, envía delante de sí como nefastos y aterradores mensajeros, al pavor y a la angustia. Este sentimiento se llama temor.

146. Y cuando alguien, habiendo concebido la idea de un bien no presente, anhela alcanzarlo e impulsa a su alma hacia las mayores distancias estirándola lo más posible en su deseo ardiente de tocar lo deseado, se halla estirado como sobre una rueda de suplicio, ansioso de alcanzar pero incapaz de llegar, y experimentando la misma sensación que los que persiguen con obstinación inquebrantable pero con menor velocidad a otros que huyen.

147. Algo parecido suele suceder también con los sentidos. Muchas veces, por ejemplo, esforzándose por ir a captar algún objeto visible separado por una gran distancia, los ojos se proyectan con toda fuerza y arrastrados más allá de su capacidad, se deslizan en el vacío en un frustrado intento de conocer el objeto en cuestión; con el agregado de que, a fuerza de forzar y violentar la mirada fijamente tendida, se debilitan y obnubilan.

148. Lo mismo ocurre cuando un rumor confuso proviene de una gran distancia. Los oídos, atraídos y orientados se lanzan y esfuerzan por acercarse todo lo posible movidos por el ansia de que el sonido llegue a ser reconocido claramente mediante la audición.

149. Pero éste, como aún sigue llegando oscuro, naturalmente, no les proporciona nada que les permita una captación suficientemente clara, de modo que, sin concreción ni resultado, el ansia de aprehenderlo se acrecienta todavía más, y el deseo trae aparejado el suplicio de Tántalo. Este, en efecto, hallaba que se alejaban todas las cosas que tendía a alcanzar cada vez que estaba a punto de tocarlas; y el hombre dominado por el deseo apasionado, siempre sediento de bienes ausentes, jamás se sacia y siempre ronda en torno de su vana apetencia.

150. Y así como las enfermedades reptantes, [51] si no se las detiene a tiempo mediante el cuchillo o el fuego, atacan en derredor la totalidad del conjunto del cuerpo y se apoderan de él sin dejar sector alguno libre de sus efectos; del mismo modo, si el razonamiento basado en la filosofía, no controla, al modo de un buen médico, la corriente del deseo, todas las actividades de la vida se desarrollarán forzosamente contra la naturaleza. Nada existe, en efecto, tan oculto, que pueda escapar de la pasión; y ésta, cuando alcanza impunidad y libertad de acción, consume y devasta todo en todas sus partes.
[51] Las que se propagan a lo largo de la piel.

151. Quizá sea tonto extenderme en el tratamiento de cosas tan evidentes. ¿Qué hombre o ciudad, cualquiera sea, ignora que no solo cada día sino también cada hora, por así decir, proporcionan argumentos convincentes? ¿Acaso son pequeños y casuales los males de los que es causa el amor apasionado por una mujer, por la fama o por algún otro de los placeres?

152. ¿No es, por ventura, el motivo por el que los parientes se conviertan en extraños entre sí, trocando el natural afecto mutuo en incurable odio; por el que grandes y populosos países son desolados por contiendas intestinas; por el que la tierra y el mar están llenos de desastres que se renuevan sin cesar en forma de luchas navales y terrestres?

153. Porque las guerras, tanto de los griegos como de los otros pueblos, emprendidas contra sus propios-compatriotas o contra otros países, tema usual de la escena trágica, han surgido todas de una única fuente: el deseo apasionado de riquezas, de fama o de placer, ya que éstas son las cosas por las que se pierde el género humano.

154. XXIX. Y basta ya sobre este tema. Pero no hemos de olvidar que además los diez mandamientos son compendios de leyes particulares que registradas en los sagrados libros constituyen la legislación entera.

155. El primero resume las leyes sobre la monarquía. [52] Estas leyes nos hacen saber que la Causa del mundo es una sola, uno solo el Guía y uno el Rey, quien sostiene las riendas y el timón del universo preservándolo de peligros, teniendo desterradas de la más pura de las sustancias, que es el cielo, a la oligarquía y al poder de la multitud, insidiosas formas de gobierno nacidas entre los hombres más malvados como engendros de la anarquía y la ambición.
[52] La monarquía de Dios.

156. El segundo mandamiento es el compendio de todas las leyes prescriptas acerca de las obras salidas de la mano del hombre, y no permite instalar imágenes de piedra o madera o ídolos en general, productos de las dañosas artes que son la pintura y la escultura, ni tampoco

aceptar ninguna de cuantas invenciones contienen los mitos, es decir los matrimonios y nacimientos de dioses con las incontables y por demás lamentables miserias que van asociadas a aquellos.

157. El tercero incluye todos los casos en que no se ha de jurar y aquellos en los que es preciso hacerlo, así como el momento, el lugar, la persona, la disposición de alma y de cuerpo debidos, y todo cuanto ha sido revelado acerca de los juramentos verídicos y de los que no lo son.

158. XXX. El cuarto, el que se refiere al séptimo día, no ha de considerarse otra cosa sino un compendio de las disposiciones relativas a las fiestas y a los purificaciones prescriptas para cada una de ellas, las abluciones correspondientes, las plegarias eficaces y los sacrificios perfectos, que constituyen el culto.

159. Al decir séptimo [53] me refiero tanto al siete que contiene al seis, el más fecundo de los números, [54] como al que no lo contiene, pues, pasándolo por alto, se asimila a la unidad. [55] Una y otra especie de siete son empleadas para la enumeración de las fiestas.

[53] El mandamiento se refiere expresamente al séptimo día o sábado; pero Filón engloba en el todo el calendario festivo hebreo y lo que se empeña en poner de relieve es la presencia del número siete en la duración y fecha de cada una de las fiestas. [56] Mediante la unidad ha fijado el día inicial del mes sagrado, fiesta que anuncian con trompetas; el día del ayuno, durante el cual está mandado abstenerse de comida y bebida, y la celebración que los hebreos llaman Pascua en su lengua nacional y durante la que cada uno ofrece los sacrificios juntamente con la masa del pueblo sin aguardar a sus sacerdotes, pues la ley ha concedido a la nación entera el sacerdocio durante un único día escogido de todo el año para que cada uno ofrezca sacrificios personalmente.

[54] El seis contiene los dos factores de la generación, como que es producto del número 3, representante del principio fecundante o masculino, y del 2, símbolo del principio fecundable femenino. Ver *Sobre la creación del mundo* 13.

[55] En el parágrafo 102 Filón habla de la estrechísima vinculación del siete con el uno. Seguramente quiere significar ahora que las fiestas de un día de duración que se mencionan a continuación, entran en la esfera del siete a pesar de durar un solo día.

[56] Sobre las siete fiestas que se enumeran a continuación, ver *Sobre las leyes particulares* II, desde 41 en adelante.

160. Además, el día en que se ofrece una gavilla en acción de gracias por la fecunda producción del llano, patente en la saturación de espigas; y el día quincuagésimo a contar de dicha fiesta, cuya fecha se determina multiplicando siete por siete, y en el cual es costumbre ofrecer panes llamados con toda propiedad primicias, por cuanto se trata de la primera ofrenda de productos y frutos que constituyen el cultivado alimento, que Dios ha asignado al hombre, el más cultivado de los seres animados.

161. Al siete, en cambio, le asignó las importantísimas fiestas que duran varios días y tienen lugar con ocasión de los equinoccios anuales, el de primavera y el de otoño, estableciendo dos fiestas [57] para dos estaciones, cada una de siete días; la de primavera por la maduración de los sembrados, la de otoño por la recolección de todos los frutos que han producido los árboles. Es lógico que les hayan sido asignados siete días, pues siete son los meses que separan un equinoccio de otro, y el propósito fue que cada mes alcanzase el especial privilegio de un sagrado día festivo dedicado a la alegría y disfrute de un descanso.

[57] Se trata de la fiesta de los panes ácimos y la de los tabernáculos, aunque esta última tiene

un día adicional, con lo que resulta durar ocho no siete. Ver *Sobre las leyes particulares* II, 211.

162. También inclúyense en el siete otras leyes, disposiciones sumamente excelentes todas, que propician la amabilidad de trato, la solidaridad, la modestia y la equidad. Se trata, por una parte, de las prescripciones relativas al llamado año sabático durante el cual está mandado dejar sin trabajar toda la tierra, sin sembrarla ni ararla ni podar o cortar árboles ni llevar a cabo ninguna de las otras tareas agrícolas.

163. Es que juzgó Dios que, una vez que tanto las tierras llanas como las altas han sido trabajadas durante seis años para que produzcan frutos y paguen su tributo anual, es justo que descansen para tomarse un respiro y disfruten de la libertad propia de la naturaleza libre de control.

164. Y hay otras leyes acerca del año quincuagésimo, durante el que no solo se llevan a cabo las cosas recién mencionadas sino también, y en ello reside lo más importante, se cumple la restitución de los patrimonios a las familias que los poseían originalmente, en un acto pleno de amor al prójimo y de justicia.

165. XXXI. El quinto mandamiento, el relativo a la honra debida a los padres, refiérese a muchas necesarias disposiciones, unas redactadas para la relación ante personas mayores y los jóvenes, otras para los gobernantes y gobernados, otras para los benefactores y beneficiados, otras para los amos y esclavos.

166. Porque en las categorías mencionadas los padres ocupan la posición superior en la que también se hallan los mayores de edad, los gobernantes, los benefactores y los amos; y los hijos la de inferior jerarquía, en la que figuran los jóvenes, los gobernados, los beneficiados y los esclavos.

167. Y a éstas están agregadas otras muchas normas: a los jóvenes para que respeten a los ancianos, a los mayores para que cuiden a la juventud, a los gobernados para que obedezcan a sus gobernantes, a los gobernantes para que obren en provecho de los gobernados, a los beneficiados para que retribuyan los favores, a los que se aplican a conceder beneficios para que no busquen una devolución, como se estila en los préstamos; a los esclavos para que sirvan con afecto a sus amos, y a éstos para que muestren una dulzura y suavidad que nivelen la desigualdad.

168. XXXII. La primera serie de mandamientos con carácter de compendios se circunscribe a estos cinco: en cambio el número de las leyes específicas es bastante considerable. En cuanto a la segunda serie, la primera de estas leyes compendios es la relativa al adulterio. En ella se incluyen muchísimas prescripciones: contra los corruptores, contra los pederastas, contra los libertinos, que viven entregados a relaciones y uniones sexuales ilegales e impúdicas.

169. Estas diversas disposiciones las ha registrado no para mostrar cuan variada y multiforme es la incontinencia, sino para avergonzar del modo más manifiesto a quienes viven en la indecencia, inundando sus oídos con un torrente de reproches que los hagan ruborizar.

170. El segundo compendio es la prohibición del homicidio, pero de ella dependen todas las leyes, necesarias y de inmensa utilidad colectiva, referentes a la violencia, el ultraje, las heridas y las mutilaciones.

171. El tercero es el relativo al no robar, al cual se subordinan las disposiciones acerca de la falta de pago de las deudas, la defraudación en los casos de depósitos, la asociación con fines desleales, los robos descarados y, en general, la codicia, por la que algunos son movidos a apoderarse abierta, u ocultamente de los bienes de otros.

172. El cuarto es el referente al no prestar falso testimonio, y con él vincúlanse numerosas prescripciones: no engañar, no calumniar, no cooperar con los que cometen iniquidades, no hacer de la confianza un escondrijo para la mala fe, faltas todas ellas para las cuales se han establecido leyes apropiadas.

173. El quinto es el que condena esa fuente de injusticias que es el deseo, del que manan las más ilegales acciones, tanto privadas como públicas, grandes como pequeñas, sagradas como profanas, las tocantes a los cuerpos, las vinculadas a las almas y las relacionadas con las cosas exteriores. Porque nada escapa, como ya se demostró más arriba, al deseo, el que, como el fuego, es un material combustible que se propaga consumiendo y destruyéndolo todo.

174. En la esfera de este mandamiento están incluidas numerosas normas encaminadas al reproche de los que son capaces de corregirse, y al castigo de los rebeldes, que tienen entregada su vida entera a la pasión.

175. XXXIII. Y con todas estas consideraciones queda dicho también lo concerniente al segundo grupo de cinco mandamientos, con lo que se completa el examen de los diez oráculos revelados por Dios personalmente y en una escena digna de su sacra naturaleza, pues fue conforme con ella como transmitió en persona las leyes compendios de las leyes especiales, mientras que las leyes particulares las reveló a través del más perfecto de los profetas, al que escogió por sus elevados méritos y destinó a intérprete de sus oráculos tras haberlo llenado de Divino espíritu.

176. Después de estas consideraciones digamos la causa por la cual expresó los diez mandamientos o leyes mediante mandatos y prohibiciones exclusivamente, sin prescribir ningún castigo contra los que los transgredieran, según es norma hacerlo entre los legisladores. Era Dios, y por ello precisamente señor de bondad, causa de los bienes, no de mal alguno.

177. De allí que, considerara que lo más adecuado a Su propia naturaleza era el prescribir las normas salvadoras sin mezclarlas o vincularlas con castigos, a fin de que quien escogiera lo mejor lo hiciera por libre decisión, no contra su voluntad, tomando como consejero no al insensato temor sino al prudente discernimiento. Y no consideró, por ello, conveniente que en esas revelaciones se mencionaran los castigos; no porque concediera impunidad a los que obraran injustamente, sino porque sabía que la justicia, su compañera de sitial [58] y supervisora de las humanas acciones, no permanecerá inactiva, pues es por naturaleza detestadora del mal; sino que ha asumido, como oficio que le es propio, la tarea de castigar a los que delincan.
[58] Evocación de la figura mitológica de la Dike, *páredra* de Zeus. Ver Hesíodo, Los trabajos y los días 259.

178. Porque conviene que sean los servidores y funcionarios subordinados de Dios quienes, al modo de los generales en la guerra, impongan los castigos a los desertores que abandonan su puesto «n las filas de lo justo; en tanto que lo propio del Gran Rey es asegurar la común seguridad del mundo, como guardián de la paz, y dispensar de manera generosa e inagotable

todos los bienes de esa paz a todos en todas partes; que realmente Dios preside la paz, quedando la dirección de la guerra a cargo de sus auxiliares.

SOBRE LAS LEYES PARTICULARES

(DE SPECIALIBUS LEGIBUS)

SOBRE LAS LEYES PARTICULARES I

Sobre las leyes particulares comprendidas en dos de los diez mandamientos capitales, [1] a saber: el que prohíbe reconocer, fuera del único Dios, a otros dioses soberanos; [2] y el que veda divinizar objetos fabricados por la mano del hombre.

[1] O *compendios o síntesis* de las leyes particulares o especiales, cuyos preceptos específicos aparecen compendiados en los mandatos o prohibiciones genéricas que son los diez mandamientos contenidos en las dos tablas.

[2] Ver los parágrafos 13, 14, 19 y 20.

1. I. Los llamados diez mandamientos, es decir, las leyes genéricas que engloban a las leyes particulares, han sido examinados detalladamente en el tratado anterior. Ahora, ajustándonos al plan de nuestra exposición, debemos examinar las prescripciones especiales. Comenzaré por aquella que para la mayoría de la gente es objeto de burla. [3]

[3] Esta anticipación en el tratamiento de la ley relativa a la circuncisión se explica, tal vez, por tratarse de la práctica inicial en la vida de cada miembro de la comunidad regida por la legislación mosaica. Como dicha práctica precede e introduce en el cumplimiento de las restantes prescripciones legales merece ser tratada, fuera del orden de los mandamientos, al comienzo mismo del comentario de cada una de las leyes particulares.

2. La práctica que se ridiculiza, que no es otra que la circuncisión de los órganos genitales, es observada cuidadosamente también por otros pueblos, y en particular entre los egipcios, nación que goza de reputación por su inmensa población, su gran antigüedad y su profundo cultivo de la filosofía..

3. Por lo tanto, bien harían en dejar de lado esa burla infantil, y en averiguar con más sabiduría y seriedad las razones por las que esta costumbre se ha impuesto, en vez de tomar la cosa a la ligera y poner en tela de juicio el buen sentido de grandes naciones. Cosa que lograrían si reflexionaran sobre cómo no es explicable el que tantas miríadas de hombres se sometan a la operación en cada generación, mutilando con grandes dolores sus propios cuerpos y los de los seres más estrechamente ligados a ellos, a menos que [4] sean muchas las razones que los han inducido a aceptar y observar esta costumbre introducida por los antiguos. De estas razones las principales son cuatro.

[4] En los manuscritos se lee: *"y sobre cómo son muchas...",* pero en este punto me he permitido apartarme del texto de los mismos por entender que así se logra el verdadero sentido, ya que el del texto conservado resulta poco convincente, sin que las enmiendas propuestas por algunos eruditos lo aclaren en forma total.

4. Una es asegurarse para no contraer la grave y casi incurable enfermedad del prepucio llamada ántrax, nombre que se debe, según creo, al ardor de inflamación [5] a que están más predispuestos los que conservan el prepucio.

[5] El significado básico de *ánthrax* es *carbón* o *brasa.*

5. La segunda es la limpieza de todo el cuerpo en vista de que ello es lo que corresponde al orden sagrado. Conforme con esto los sacerdotes egipcios, excediéndose en tal cuidado, se

afeitan sus cuerpos. Es que tanto en los pelos como en el prepucio se acumulan y brotan sustancias de las que es preciso purificarse.

6. La tercera es asimilar el miembro circuncidado al corazón. Como ambos están preparados para la generación; la fuerza espiritual interna del corazón, [6] para la generación de pensamientos; el órgano genital, para la de seres vivientes; los primeros hombres consideraron que el elemento patente y visible, natural engendrador de los seres sensibles, debe ser asimilado al invisible y superior mediante el cual se constituyen las cosas aprehensibles por la inteligencia.
[6] La teoría de que el corazón es la sede de la inteligencia es estoica. En el resto del parágrafo Filón afirma que los *aisthetá = cosas sensibles o aprehensibles por los sentidos,* y los *noetá = cosas "inteligibles"* o *aprehensibles por la inteligencia,* son productos de la sensibilidad y la inteligencia respectivamente. Cuesta pensar que se refiera a las entidades concretas que habitualmente designa con dichos nombres, a las que en el presente caso tomaría por meras formas de pensamiento, no por entes reales.

7. La cuarta razón, que es la de más peso, es la preparación para una gran fecundidad. Se dice, en efecto, que el semen fluye libremente, sin desparramarse ni derramarse entre los pliegues del prepucio. De donde resulta que las naciones que practican la circuncisión son, al parecer, las más prolíficas y populosas.

8. II. Estas son, pues, las razones llegadas a nuestros oídos, concebidas en tiempos remotos, por hombres divinamente inspirados, prolijos investigadores de las leyes de Moisés. Yo, por mi parte, considero que a lo dicho hay que agregar que la circuncisión es el símbolo de dos cosas fundamentales.

9. Una es la extirpación [7] de los placeres, que ofuscan la inteligencia. En efecto, como entre los atractivos del placer a todos supera la unión sexual del hombre y la mujer, pareció bien a los legisladores el corte en el órgano que sirve para esa relación, simbolizando en la circuncisión la extirpación del placer excesivo y superfluo; y no de un placer solo, sino también de todos los otros, representados por el más violento de ellos.
[7] En los parágrafos 9 a 11 Filón emplea, en juego de palabras con *peritomé = circuncisión,* el término *ektomé = corte, excisión, castración,, eliminación por corte.*

10. La otra es la necesidad que tiene el hombre de conocerse a sí mismo y de extirpar de su alma la grave enfermedad del orgullo. Porque no faltan quienes se glorian de su poder de producir, cual experimentados escultores,, al ser humano, la más excelente de las creaturas vivientes, e hinchados de jactancia, se proclaman dioses, desconociendo a la verdadera Causa de la generación, que es Dios; no obstante que entre sus propios familiares podrían hallar la refutación de su engaño.

11. Entre éstos, en efecto, hay muchos varones infecundos y muchas mujeres estériles, cuyas uniones son improductivas y que envejecen sin hijos. Hay, pues, que extirpar de la inteligencia esa opinión perversa y las otras que encierran deslealtad hacia Dios.

12. Y basta acerca de este tema. Debemos retornar ya a las leyes particulares, y en primer lugar a aquellas por las que corresponde comenzar, es decir, las que se refieren al poder no-compartido de Dios.

13. III. Algunos han supuesto que el sol, la luna y los demás astros son dioses soberanos, y les

han atribuido las causas de todos los acontecimientos. Moisés, en cambio, entendió que el universo es algo creado, y que, a la manera de un gigantesco estado, tiene magistrados y súbditos; como magistrados a todos los astros errantes y fijos que hay en el cielo, y como súbditos a los seres que existen bajo la luna, en el aire y alrededor de la tierra.

14. Sin embargo, comprendió que dichos magistrados carecen de poderes propios, no siendo sino subalternos del único Padre del universo; y que, si gobiernan rectamente, conforme con la justicia y la ley, a cada una de las cosas creadas, es porque imitan el gobierno de Aquél. En cambio, los que no ven al cochero en lo alto del carro atribuyen la causa de cuanto sucede en el universo a los animales uncidos, como si éstos obraran por sí mismos.

15. El sacratísimo legislador trueca tal ignorancia en sabiduría con estas palabras: "Cuando vieres el sol y la luna y las estrellas y todo el orden del cielo, no te extravíes convirtiéndolos en objetos de tu adoración".[8] Con todo acierto y propiedad llama extravío al adoptar como dioses a dichas cosas.
[8] Deut. IV, 19.

16. Es que los que, al ver cómo con los avances y retrocesos del sol se producen las estaciones anuales, dentro de las cuales tiene lugar la generación de los animales, plantas y frutos, que alcanzan su pleno desarrollo en períodos fijos de tiempo; y cómo la luna, cual colaboradora y sucesora [9] del sol, se ocupa por la noche del cuidado y supervisión de cuanto compete al sol durante el día; y cómo los otros astros operan y actúan de mil maneras para la preservación del universo, conforme con la solidaria vinculación que los liga a las cosas terrestres; los que al ver eso, digo, supusieron que estos astros son los únicos dioses, se han extraviado con un extravío sin límites.
[9] Es decir, que ocupa su lugar cuando el sol se desaparece.

17. Si se hubieren, en cambio, esforzado por andar por el camino en el que no hay extravíos, hubieran conocido al punto que, así como los sentidos son por naturaleza servidores de la inteligencia, de la misma manera todos los seres perceptibles por los sentidos han sido puestos al servicio de Aquel que es aprehensible solo por la inteligencia, y están complacidos de ocupar el segundo lugar.

18. Porque resulta totalmente ridículo el pensar que, mientras la inteligencia que hay en nosotros, tan extremadamente pequeña e invisible, es la soberana de los órganos sensibles, en cambio la Inteligencia del universo y que es tan inmensamente grande y perfecta, no sea por naturaleza el rey, invisible, claro está, de los reyes que contemplan nuestros ojos.

19. No ha de pensarse, pues, que todos esos dioses que nuestros sentidos observan en la extensión del cielo tengan poderes absolutos, puesto que les ha correspondido la categoría de jefes subordinados, sujetos naturalmente a correcciones, si bien a causa de su excelencia nunca las experimentarán.

20. Así pues, remontándonos más allá del ámbito de las naturalezas visibles, vayamos a rendir honor a la de Aquel que no tiene figura y es invisible y aprehensible solo por la inteligencia; el cual no solo es Dios de los dioses aprehensibles por la inteligencia y por los sentidos, sino también el hacedor del universo. Y si alguno rinde el culto debido al Eterno y Creador a un ser creado y posterior a Él en el tiempo, quede registrado como loco y convicto de la máxima impiedad.

21. IV.[10] Hay algunos que entregan oro y plata a los escultores como si éstos fuesen capaces de fabricar dioses. Y aquéllos, tomando la materia prima y empleando modelos mortales, lo que es absurdo por demás, modelan dioses según los conciben ellos; y, habiendo construido templos y erigido altares, celebran sacrificios, procesiones y otros ritos y ceremonias con todo cuidado y esmero, revistiendo los sacerdotes y sacerdotisas de la mayor solemnidad posible estas vanas demostraciones.
[10] Sin preámbulo alguno pasa Filón a tratar los preceptos englobados en el segundo mandamiento.

22. Es a éstos a quienes previene el Padre del universo cuando dice: "No haréis junto a Mí dioses de plata y oro";[11] lo que equivale prácticamente a prescribirles sin rodeos lo siguiente: Ni tampoco convertiréis de ninguna manera en dioses obra alguna fabricada por vosotros con algún otro material; pues que os está prohibido convertir en tales las hechas con los mejores. La plata y el oro, en efecto, son los de primera categoría entre los materiales.
[11] Éx. XX, 23.

23. Pero aparte de la prohibición literal, revélanos, a mi parecer, una enseñanza de suma importancia con relación a la conducta humana, condenando categóricamente a los amantes del dinero, que de todas partes procuran acopiar oro y plata, y atesoran lo obtenido como una imagen Divina en un santuario, convencidos de que la riqueza es el origen del bienestar y de toda felicidad.

24. También entre los carentes de recursos, aquellos que están dominados por esa grave dolencia que es el amor al dinero, como no tienen riquezas propias a las que rendir merecido culto, reverencian llenos de admiración las de sus vecinos, y vienen de madrugada a las casas de los que viven en la abundancia, como si acudieran a los más grandes templos, para hacer sus plegarias y pedir favores a sus dueños, como si éstos fueran dioses.

25. A los tales les dice Dios en otro sitio: "No sigáis a los ídolos ni hagáis dioses fundidos";[12] enseñándoles a través de símbolos que no corresponde rendir honores Divinos a la riqueza. En efecto, el fundirse es una característica natural de los renombrados materiales que constituyen la riqueza, es decir, el oro y la plata, tras los que va la mayor parte de la gente pensando que las cosas que proporciona la llamada ciega riqueza son las fuentes únicas o supremas de felicidad.
[12] Lev. XIX, 4.

26. A estas cosas se refiere cuando dice "ídolos", porque aseméjanse a sombras y fantasmas sin nada fuerte o firme en que apoyarse, y a modo de un viento incesante muévense sujetas a toda clase de cambios y alteraciones. Tenemos una clara prueba de esto. A veces vuelan de improviso hacia quienes no las poseyeron antes; y luego, cuando éstos creen que las tienen firmemente aseguradas, se escapan nuevamente. Y por cierto que cuando están presentes aparecen como las imágenes [13] la vistas a través de un espejo, que engañan y seducen a los sentidos, y parecen tener existencia real aunque carecen de sustancia.
[13] En griego *éidola* = *(dolos*, lo que permite a Filón jugar con ambas acepciones.

27. ¿Y qué necesidad tenemos de probar que la riqueza o vanidad humana, pintada con vivos colores por las vanas opiniones, es inestable? Sabemos, en efecto, que hay quienes [14] afirman que también todos los demás [15] seres animados y las plantas, que nacen y mueren, fluyen constante e incesantemente, aunque la percepción de ese fluir escapa a nuestra visión por cuanto la rapidez de su curso aventaja siempre al empeño de nuestra vista por captarlo con

precisión. [16]
[14] Heráclito y sus seguidores; aunque éstos lo afirman de todas las cosas, no sólo de los animales y vegetales.
[15] Al decir "los *demás* seres animados" olvida que no ha mencionado al hombre como ente inestable o perecedero sino la riqueza y la vanidad del hombre.
[16] El argumento es el siguiente: si no faltan quienes afirman que fluyen y se van todos los seres animados y vegetales, no obstante que no lo advertimos a través del testimonio de los sentidos, ¿cómo dudar que sean inestables cosas cuya fragilidad y fugacidad son tan patentes como la riqueza y la fama de los hombres?

28. V. Pero no solo la riqueza, la gloria y las cosas semejantes a éstas son imágenes [17] y sombras sin sustancia; también lo son todos aquellos seres que han forjado los inventores de mitos esparciendo el humo de la mentira y erigiendo con sus falsas opiniones un muro contra la verdad, al poner en escena nuevos dioses, como los de las representaciones teatrales,[18] con el propósito de que el eterno y verdaderamente existente Dios sea relegado al olvido. Y para hacerla seductora, han presentado su mentira bajo la forma de melodías, ritmos y metros, seguros de encantar fácilmente a los lectores y oyentes.
[17] O *ídolos.* Ver la nota 13.
[18] Referencia al "deus ex machina", que en determinadas tragedias aparecía de improviso sobre una plataforma para desenmarañar el hilo demasiado complicado del asunto en escena. En realidad el símil no es muy feliz para el caso.

29. Y más aún; también han echado mano a la escultura y a la pintura para que colaboren en el engaño mediante representaciones hábilmente forjadas con colores, formas y cualidades; y cautivando a los sentidos rectores, es decir, la vista y el oído, a la una mediante bellas formas sin vida; al otro mediante el encantador sonido de la poesía, y la música, apoderarse del alma tras haberla tornado vacilante e insegura.

30. Por eso, sabiendo que la vanidad ha alcanzado gran poder y ha sido bien acogida por !a mayor parte del género humano, y no a la fuerza sino por libre decisión; y para evitar que también los devotos de la piedad incorruptible y verdadera fuesen arrebatados como por un torrente, el legislador estampó en las mentes, como con un sello, profundos caracteres de santidad a fin de que no se borraran alguna vez confundidos y desgastados con el transcurrir del tiempo; y les repite constantemente unas veces que Dios es único y es el Autor y Creador de todas las cosas; otras que es el Señor de los seres creados, puesto que Su naturaleza es la única que contiene la estabilidad, la fijeza y la soberanía verdaderamente.

31. Está registrado también que 'los que se han colocado junto al Dios realmente existente viven todos".[19] ¿Y no consiste, acaso, la vida tres veces feliz y tres veces bienaventurada en eso precisamente: en entregarse con amor al servicio de la Causa que precede a todas las causas, y en rechazar el pensamiento de servir a los criados y porteros en lugar de servirlo a Él? Tal vida está registrada en las estelas de la naturaleza como inmortal y perdurable, y tales registros durarán junto con el mundo por toda la eternidad.
[19] Deut. IV, 4.

32. VI. Indudablemente el Padre y Soberano de todas las cosas es difícil de escudriñar y comprender, pero no por eso se debe desistir de indagar respecto de Él. En estas indagaciones acerca de Dios las cuestiones fundamentales que la inteligencia del genuino filósofo considera son éstas: una, a causa de los que cultivan el ateísmo, la más grande de las maldades, si existe la Divinidad; la otra, en qué consiste la esencia de la Divinidad. Lo primero no cuesta mucho

trabajo ver; mas lo segundo no solo es difícil sino tal vez imposible. Con todo, debemos examinar una y otra cuestión.

33. Pues bien, está en la naturaleza de lo qué alguien produce el poner siempre de manifiesto de algún modo la existencia de un autor. ¿Quién, en efecto, al contemplar estatuas o pinturas no piensa al punto en un escultor o pintor? ¿Quién, viendo vestidos, naves o casas, no se ha representado mentalmente un tejedor, un fabricante de naves y un constructor de casas? Y cuando uno entra en un estado bien organizado, en el que están perfectamente administradas las exigencias de la vida de los ciudadanos, ¿qué otra cosa supondrá sino que ese estado se encuentra gobernado por buenos magistrados?

34. Y consecuentemente, aquel que llega al verdaderamente grande estado que es este mundo, y contempla las colinas y llanuras repletas de animales y plantas, el curso de los ríos que brotan de fuentes y el de los alimentados por lluvias invernales, los desbordes de los mares, las agradables temperaturas del aire y los cambios de las estaciones anuales; y además el sol y la luna, soberanos del día y de la noche, y las rotaciones y rítmicos movimientos de los otros planetas y estrellas fijas y del cielo todo, ¿no es natural, o más bien forzoso, que adquiera el conocimiento del Hacedor y Padre y también Soberano?

35. Ninguna obra producto de la habilidad y el ingenio se ha fabricado a sí misma; y este mundo es la más excelente obra de arte y sabiduría, de lo que se deduce que ha sido hecho por alguien de inmensa sabiduría y absoluta perfección. De esta manera hemos adquirido el conocimiento de la existencia de Dios.

36. VII En cuanto a Su esencia, aunque resulta difícil de alcanzar y aprehender, debe ser, sin embargo, investigada en la medida de lo posible, pues nada hay mejor que procurar conocer al verdadero Dios, aunque Su descubrimiento escape a las fuerzas humanas; que el firme deseo de aprender produce por sí mismo indecibles placeres y alegrías.

37. Testigos de ello son aquellos que no han gustado de la filosofía solo con el borde de los labios, sino se han regalado abundantemente con sus razones y conclusiones. La razón de éstos, elevándose desde la tierra hacia las alturas, avanza por las etéreas regiones y acompaña en sus revoluciones al sol y a la luna y al cielo todo; y allí, mientras la domina el anhelo de contemplarlo todo, sufre el obnubilamiento de sus poderes visuales, pues expándese un resplandor tan puro e intenso que los ojos del alma quedan encandilados por sus fulgores.

38. Mas no por eso desiste presa del desaliento; antes bien, con ánimo indoblegable intenta la contemplación hasta donde resulta posible, como el atleta que aspira a los segundos trofeos cuando el primero se le ha escapado de las manos. Y los segundos trofeos con respecto a la verdadera visión son la conjetura, la suposición y cuanto entra en la categoría de lo razonable y probable.

39. Así pues, del mismo modo que, aunque no sabemos ni podemos determinar claramente cuál es la esencia de cada una de las estrellas en toda su pureza, con todo proseguimos empeñosamente la indagación, deleitándonos con argumentaciones verosímiles a causa de nuestra natural inclinación a aprender;

[40.] aunque estamos privados de la clara visión de cómo es Dios realmente, no debemos abandonar la indagación sobre Él, ya que esa indagación, aunque no la corone el descubrimiento, es en extremo apetecible por sí misma. Nadie culpa a los ojos del cuerpo por

el hecho de que, al no poder contemplar directamente al sol mismo, observen el flujo de los rayos que llegan a la tierra, que no son sino la última claridad de los rayos solares.

41. VIII. Tales consideraciones tenía presentes Moisés, el sagrado intérprete amadísimo de Dios, cuando rogó a Éste diciéndole: "Manifiéstate a mí"; que fue como si, poseído de inspiración, proclamase concretamente lo siguiente: 'Este mundo ha llegado a ser el maestro que me ha llevado al conocimiento de Tu existencia y subsistencia; como hijo me ha dado noticia de su Padre, y como obra, testimonio de su Artífice. Mas, deseando yo ardientemente averiguar cuál es Tu esencia, no encuentro en parte alguna del universo quién me lleve a este conocimiento.

42. Por eso Te ruego implorante que aceptes la plegaria de un hombre que Te suplica y ama y no tiene otra pretensión que servirte; porque, así como la luz no se nos muestra por medio de otra cosa, sino ella misma es la fuente del conocimiento sobre ella misma, también solo Tú mismo podrás hablarme acerca de Ti mismo. Por lo tanto, no dudo alcanzar el perdón por haberme atrevido, falto de maestro, a recurrir a Ti en mi afán de instruirme acerca de Ti'.

43. Y Dios le dice: "Apruebo tu deseo, que es digno de alabanza, mas lo que pides no puede amoldarse a ninguno de los seres creados, y Yo concedo solo lo que es adecuado para el que ha de recibir; que no todo lo que a Mí me es fácil otorgar puede ser recibido por el hombre. Por eso todos los dones que otorgo al que es digno de mercedes son aquellos que él es capaz de recibir.

44. Comprenderme a Mí es cosa que no pueden alcanzar no solo la naturaleza humana sino tampoco el cielo todo ni el mundo. Conócete, pues, a ti mismo, y no te dejes llevar por impulsos y deseos que están más allá de tus fuerzas; ni te levante y lleve por los aires el amor de lo inalcanzable; que de cuanto está a tu alcance no te será denegada cosa alguna".

45. Habiendo oído estas cosas, pasó Moisés a una segunda petición y dijo: "Me inclino ante Tus advertencias de que nunca hubiera podido recibir la clara visión de Tu imagen; pero Te ruego que me sea dado contemplar al menos la gloria que Te rodea. Y entiendo que Tu gloria la constituyen las potencias que Te escoltan. La comprensión de las mismas, que hasta ahora se me ha escapado engendra en mí un gran deseo de conocerlas".

46. A su vez Dios le habló así: "Las potencias que buscas conocer son totalmente invisibles y aprehensibles solo por la inteligencia, como Yo, el ser invisible y aprehensible solo mentalmente, a quien pertenecen. Y cuando digo aprehensibles por la inteligencia no lo digo porque ya las haya aprehendido alguien, sino porque, si ellas pudiesen ser aprehendidas, lo serían no por los sentidos sino por una inteligencia purísima.

47. Pero, si bien su esencia os es inaprehensible por naturaleza, con todo ponen de manifiesto algo así como una impresión e imagen de su propia actividad. Como entre vosotros los sellos, que, cuando son puestos en contacto con la cera o con alguna sustancia semejante, estampan en ellas un número inmenso de impresiones, en tanto que ellos permanecen tal cual eran, sin sufrir menoscabo en parte alguna, así han de concebirse las potencias que Me acompañan: suministrando cualidades a las cosas sin ellas, y formas a las amorfas, sin cambiar ni disminuir en nada su propia naturaleza eterna.

48. Algunos entre vosotros las llaman, y no sin acierto, formas ejemplares, atentos a que dan forma individual a cada uno de los seres, ordenan lo desordenado, limitan lo ilimitado,

definen lo indefinido, proporcionan figura a lo que carece de ella, y, en general, cambian lo peor en lo mejor.

49. No esperes, pues, poder comprender jamás la esencia Mía ni la de ninguna de Mis potencias. De las cosas a tu alcance, en cambio, estoy pronto y dispuesto, como te he dicho, a hacerte partícipe. Me refiero a hacerte participar de la contemplación del mundo y de todo cuanto en él existe; cosa que ha de alcanzarse no por los ojos del cuerpo sino mediante los siempre despiertos ojos de la inteligencia.

50. La única condición es que sea constante y profundo el anhelo de sabiduría, la que llena a sus asiduos discípulos de gloriosas y hermosísimas verdades". Habiendo oído esto, no cesó Moisés en su deseo; antes bien, ardía en él el ansia por las cosas invisibles.

51. IX. La aprobación Divina se extiende también a todos los que participan de esos mismos sentimientos; tanto a los que han sido así desde el principio, como a los que, mediante el tránsito a un orden superior, han llegado a ser mejores; a los primeros porque no han sido infieles a la nobleza de su nacimiento; a los segundos porque tomaron la decisión de encaminarse hacia la piedad. A éstos los llama Moisés prosélitos [20] porque están ya radicados en la ciudad nueva y amante de Dios. Se trata de los que han despreciado los fingidos mitos y se han pasado a la pura verdad.
[20] *Prosélytos = recién llegado o extranjero recién radicado,* es el nombre correspondiente al resultativo verbal *proselelythénai = estar ya radicado.* Lev. XIX, 33 y 34 y Deut. X, 18 y 19.

52. Y así, brindando iguales honores a todos los recién llegados, y agraciándolos a la par de los nativos, exhorta a los de noble nacimiento a honrarlos no solo con muestras de respeto sino también con una especial amistad y una extraordinaria buena voluntad. [21] Y no sin razón. "Ellos", dice, "han abandonado su patria, sus amigos y sus parientes en aras de la virtud y de la santidad; que no se vean privados de otras ciudades y de otros familiares y amigos, y que siempre haya lugares de refugio preparados para los que han desertado hacia el bando de la piedad; que el honrar al único Dios es el más eficaz medio de alcanzar amor y el indisoluble lazo de la benevolencia que estrecha vínculos".
[21] Lev. XIX, 34.

53. Sin embargo, les prescribe que, no porque les conceda la igualdad de derechos y obligaciones en premio por haber abandonado las vanas fantasías de sus padres y antepasados, se den a hablar sin control y maldigan con lengua desenfrenada a los que otros reconocen como dioses; [22] pues, a su vez, éstos podrían sentirse incitados a proferir impiedades contra Aquel que realmente es. Porque, ignorantes de la diferencia, ya que desde niños han aprendido como verdad la mentira y se han nutrido con ésta, cometerán esa iniquidad.
[22] Éx. XXII, 28.

54. Si, en cambio, miembros de nuestra nación descuidan el honor debido al Único, deben ser castigados con las mayores penas, puesto que han abandonado el más importante deber de piedad y religiosidad, han preferido las tinieblas a la luz más brillante, y han enceguecido su inteligencia, que poseía una aguda visión.

55. Bien está, además, que a todos los que sienten celo por la virtud les haya sido permitido infligir castigos por su mano y de inmediato, sin recurrir a tribunal ni a consejo ni en general a magistrado alguno; y emplear el sentimiento de odio al mal y amor a Dios que los anima para castigar sin misericordia a los impíos, convencidos de que la ocasión los ha convertido en

todo eso: consejeros, jueces, alguaciles, miembros de asamblea, acusadores, testigos, leyes y pueblo, para que sin ningún impedimento ni temor luchen con grandes garantías en defensa de la santidad. [23]
[23] Deut. XIII, 12 y ss. y XVII, 6 y ss.

56. X. En las leyes [24] se recuerda el caso de uno que se atrevió a obrar con este admirable coraje. Como había observado que algunos se unían con mujeres extranjeras, y que a causa de los atractivos de ellas renegaban de las costumbres ancestrales y se entregaban a ritos propios de religiones falsas; y que uno en particular era el principal cabecilla de esta violación de la ley, y tenía la audacia de exhibir en público su impía conducta, ofreciendo abiertamente sacrificios ilegítimos a estatuas de piedra y madera en presencia de toda la multitud; él, lleno de santo frenesí, y apartando a los que de un lado y otro se habían reunido ante el espectáculo aquel; sin temor ninguno lo mató juntamente con la mujer; a él por haber aprendido lo que le hubiera sido provechoso ignorar, y a ella por haberse convertido en maestra de iniquidades.
[24] Núm. XXV. Ver *Vida de Moisés* I, 301 y ss.

57. Este acto, ejecutado de improviso en el calor de la excitación, fue una advertencia para muchísimos que se aprestaban a hacer otro tanto; y Dios, aprobando su noble conducta, fruto de un celo que no aguarda órdenes y obra por propia iniciativa, lo coronó con dos galardones: la paz y el sacerdocio. Con la paz, por considerar que quien habíase lanzado a la lucha en defensa del honor debido a Dios era digno de alcanzar una vida sin luchas; y con el sacerdocio; porque el premio más apropiado para un hombre piadoso es el sacerdocio, ya que el sacerdocio está consagrado al servicio del Padre, y ser siervo de Él es mejor no solo que la libertad sino también que la realeza.

58. Algunos hay, sin embargo, que están dominados por una locura tan extravagante que no les queda vía alguna expedita para el arrepentimiento, y se avienen a ser esclavos de las cosas fabricadas por el hombre, reconociendo tal esclavitud no con fórmulas registradas en pergaminos, sino, a usanza de los esclavos, mediante el punzado de sus mismos cuerpos con un hierro candente para que las marcas permanezcan indelebles; como que ni el correr del tiempo puede borrarlas.[25]
[25] Lev. XIX, 28.

59. XI. La misma norma [26] mantuvo permanentemente para todos los otros casos sin excepción el santísimo Moisés, como amante y maestro que era de la virtud, la que anhelaba grabar y estampar en todos sus discípulos desterrando lejos de sus inteligencias las falsas opiniones.
[26] No se refiere a la norma de la ejecución con o sin juicio previo, ya que no se aplica ésta, según Filón, en el caso de la adivinación, sino el destierro o exclusión de la comunidad, pese a que en Lev. XX, 27 se establece claramente la pena capital para el caso. La "norma" a que se refiere aquí Filón es, al parecer, la mas general de no transigir con la impiedad, obrando con toda severidad contra ella a través de las distintas vías de castigo.

60. Y así, sabiendo que el arte de la adivinación contribuye en no pequeña medida a precipitar la errante vida de la multitud por senderos intransitables, no permitió que se practicase ninguna de sus formas, a la par que expulsó de su propia comunidad a todos los serviles adeptos de dicho arte: arúspices, purificadores, adivinos, intérpretes de prodigios, encantadores y cuantos se toman en serio presagios basados en voces y sonidos.

61. Es que todos estos no hacen sino conjeturar acerca de lo verosímil y probable, y de los

mismos fenómenos extraen ora unas conclusiones ora otras, a causa de que ni los fundamentos de éstas son de naturaleza estable ni sus inteligencias han adquirido un riguroso criterio para la verificación de lo genuino.

62. Y todo ello constituye una vía que lleva a la impiedad. ¿Por qué? Pues porque aquel que se interesa en tales cosas y pone en ellas su confianza aparta su espíritu de la Causa de todas las cosas, convencido de que solo aquellas son el origen de los bienes y de los males, y no se da cuenta de que hace depender los problemas de su vida de cosas inseguras, tales como pájaros y demás seres alados y el vuelo de ellos de aquí para allá en el aire, y serpeantes reptiles, que se arrastran fuera de sus agujeros en busca de alimentos; y también entrañas, sangre y cadáveres, que privados de la vida, al punto se desploman y descomponen, y se transforman trocando sus naturales propiedades por otras de inferior calidad.

63. Moisés exige que quien estuviere registrado como miembro de la comunidad regida por sus leyes sea perfecto, y no en aquellas cosas en que es versada la mayoría de la gente, es decir, adivinaciones, conjuros y conjeturas verosímiles, sino en las que á Dios se refieren, las que nada dudoso o ambiguo encierran, sino la indubitable y desnuda verdad.

64. Pero, puesto que está arraigado en todos los hombres el deseo de conocer las cosas futuras; y, movidos por este deseo, se entregan a las prácticas de los arúspices y a las otras formas de adivinación, en la creencia de que mediante ellas habrán de hallar una visión clara; cuando en realidad rebosan de inmensa incertidumbre y se refutan ellas mismas permanentemente; Moisés, a la vez que les prohíbe terminantemente el seguirlas, les dice que, si se mantienen firmes en la piedad, no se verán privados del conocimiento de las cosas futuras.[27]
[27] Deut. XVIII, 15 a 18.

65. Un profeta inspirado por Dios aparecerá de pronto y revelará proféticos oráculos. Nada de lo que dijere será pensamiento propio, ya que quien se halla realmente poseído e inspirado por Dios no puede comprender mientras habla. Todo cuanto se oye es como un eco que se trasmite a través de él dictado por Otro. Los profetas, en efecto, son intérpretes de Dios, quien hace uso de los órganos de ellos para dar a conocer lo que desea. Habiendo el legislador expuesto estas nociones y las relaciones con ellas respecto del conocimiento del único y verdadero Dios, a continuación indica la manera como es preciso rendirle los homenajes.

66. XII. El más elevado y el verdadero templo de Dios es, a no dudarlo, el universo todo, el que tiene como santuario la parte más santa de todo cuanto existe, vale decir, el cielo; como ornamentos, los astros; y como sacerdotes, los ángeles, servidores de Sus potencias, los que son incorpóreas almas, no mezclas de naturaleza racional e irracional, como sucede que son las nuestras, sino inteligencias solamente en todo su ser, entendimientos puros a semejanza de la unidad.[28]
[28] Ver *Vida de Moisés* II, 288.

67. Pero existe otro templo, fabricado por las manos del hombre.[29] Preciso es, en efecto, que ningún impedimento se oponga a los impulsos de los hombres que pagan los tributos propios de la piedad religiosa y quieren mediante sacrificios ora agradecer por los beneficios alcanzados, ora suplicar indulgencia y perdón por las faltas cometidas. Pero Moisés previno desde el principio que no se edificaran muchos templos, ni en muchos lugares ni en un mismo lugar, pues consideraba que, dado que Dios es uno solo, también el templo debe ser uno solo.
[29] El de Jerusalén, único templo reconocido y permitido en la religión mosaica.

68. Además no permitió que cumplieran los sagrados ritos en sus moradas particulares quienes así lo desearen; [30] y dispuso, en cambio, que partiendo de los confines de la tierra acudieran a este templo; con lo que al mismo tiempo ponía a prueba de manera harto severa las disposiciones espirituales de cada uno. Porque, si alguien no está dispuesto con sincera religiosidad a realizar los sacrificios, no soportará jamás el ausentarse al extranjero dejando su país, sus amigos y sus parientes; pero es natural que, si obra movido por un impulso suficientemente poderoso hacia la piedad, soporte alejarse de los seres más allegados y queridos, que forman, podríamos decir, un todo indisoluble con él.
[30] Contra lo que sucedía comúnmente en muchas religiones paganas, en las que existía el altar doméstico para el culto de los antepasados.

69. Y la más clara prueba de ello es lo que sucede en la práctica. Incontables personas procedentes de las innumerables ciudades que existen; unas por tierra, otras por mar, desde Oriente, Occidente, el norte y el sud, acuden con ocasión de cada festividad al templo, como hacia un común puerto y seguro refugio para los muchos trabajos e inquietudes de la vida. Allí procuran hallar la calma y aliviarse de las preocupaciones que desde temprana edad los agobian y oprimen, gozando durante cierto tiempo de regocijantes expansiones.

70. Y rebosantes, así, de nobles esperanzas consagran un tiempo libre al más necesario de los descansos practicando actos piadosos y rindiendo homenaje a Dios. Al mismo tiempo entablan amistad con los hasta entonces desconocidos para ellos, y comparten sus sentimientos con ocasión de los sacrificios y libaciones, para dar el más firme testimonio de su común pensamiento.

71. XIII. El muro más externo de este templo [31] es enorme en extensión y anchura, y está reforzado por cuatro pórticos adornados de manera suntuosa. Cada uno de ellos es doble, y constituye una obra de perfección suma, en cuya construcción se emplearon maderas y piedras como materiales, y recursos inagotables, amén de la experiencia de los operarios y la supervisión de los capataces. Los muros interiores son menores y su construcción es de líneas más severas.
[31] La descripción que sigue corresponde al templo existente en la época de Filón, es decir, el restaurado y ampliado en 18 a. *C.* por Herodes el Grande sobre las ruinas del construido por Zorobabel poco después del retorno de Babilonia en el siglo VI a. C.

72. En la parte más central se halla el santuario mismo, superior a toda ponderación, según es posible comprobarlo por su aspecto exterior. Porque las partes internas son invisibles para toda persona, sea quien fuere, excepto para el sumo sacerdote; [32] y la verdad es que ni siquiera éste, aun cuando le está encomendado penetrar allí una vez al año, alcanza a ver nada. Como lleva consigo un brasero lleno de carbón y de esencias aromáticas, [33] y es mucho el vapor que, como es natural, se eleva envolviendo todo lo que hay en derredor, la visión se oscurece y se halla impedida e impotente para penetrar hasta cierta distancia.
[32] En realidad esto reza sólo con el *sancta santorum* o parte interior tras el velo, pues en el resto del recinto del santuario tenían derecho a penetrar los demás sacerdotes también, como lo reconoce Filón en los parágrafos 274 y 296, ateniéndose a Lev. XVI, 34. La distinción aparece confirmada en la Epístola a los Hebreos IX, 7. Ver *Sobre la ebriedad* 136 y *Sobre los gigantes* 52.
[33] Lev. XVI, 12 y 13.

73. Siendo, como es, un templo inmenso y altísimo, no resulta inferior su mole a ninguna de

las más altas montañas a pesar de estar ubicado en un lugar bastante bajo; y así, la excepcional grandeza de la edificación atrae todas las miradas y es objeto de admiración para los que lo contemplan, en especial para los extranjeros que lo visitan, los que, al compararlo con la arquitectura de sus propios edificios públicos, se quedan pasmados ante su hermosura y su magnificencia a la vez.

74. Por disposición de la ley no hay dentro del muro de circunvalación arboleda alguna. [34] Las razones son muchas. En primer lugar, porque un templo de verdad no busca proporcionar placer y regocijo fácil, sino austero sentimiento de piedad; en segundo lugar, porque no es lícito introducir en el recinto los abonos con que se estimula el verdor de los árboles, vale decir, excrementos de seres humanos y de animales irracionales; en tercer lugar, porque los vegetales de naturaleza salvaje no reportan ninguna utilidad, siendo, como dicen los poetas, "carga de la tierra", [35] en tanto que los cultivados, que producen frutos también cultivados, apartarían la atención de los poco sensatos de la solemnidad propia de los sagrados ritos.
[34] Deut. XVI, 21.
[35] Odisea XX, 379 y Platón, Teeteto I, 176 d.

75. Además, los lugares de tupida vegetación y las forestas espesas son moradas de malhechores, los que aprovechan la seguridad que les brinda la penumbra y traman ataques repentinos desde sus lugares de acecho contra quienes se proponen. En cambio, los lugares amplios, los dilatados, los ilimitados en todas direcciones, como nada obstaculiza las miradas, son los más apropiados para un templo por cuanto permiten una detallada contemplación a los que penetran y permanecen en él.

76. XIV. El templo recibe numerosas contribuciones procedentes no solo de las distintas zonas del país, sino también,- y mucho mayores, de otros países, las que el tiempo no agotará jamás. En efecto, en tanto el género humano perdurare, y perdurará eternamente, también los ingresos del templo se mantendrán, compartiendo la eternidad del universo entero.

77. La razón es que existe, una prescripción en el sentido de que toda persona de más de veinte años contribuya anualmente con las primicias de los productos. [36] Estas contribuciones son llamadas "rescates", razón por la cual las primicias se aportan con suma diligencia, con alegría y regocijo de los donantes, convencidos de que con tal entrega habrán de alcanzar o a liberarse de la esclavitud o a sanar de enfermedades, y de que recogerán como fruto la más segura libertad y una completa preservación a la vez.
[36] Éx. XXX, 12 a 16.

78. Siendo nuestra nación numerosísima, ocurre, como es lógico, que también son sumamente abundantes las primicias. Por cierto que en casi todas las ciudades existen locales para depositar los sagrados bienes, y a ellos es norma acudir para entregar las ofrendas. En determinadas fechas son elegidos encargados del transporte de los sagrados tributos, escogiéndoselos entre las personas mejores y de más alta reputación de cada ciudad, para que transporten sanas y salvas las esperanzas de cada uno; pues en esas primicias proscriptas por la ley descansan las esperanzas de los hombres piadosos.

79. XV. Nuestra nación comprende doce tribus, pero entre ellas una ha sido escogida, en virtud de sus especiales méritos, para que ejerza el sacerdocio. Este galardón lo alcanzó por su nobleza y amor a Dios en una ocasión [37] en que la multitud delinquió abiertamente siguiendo los insensatos designios de algunos, que la persuadieron para que emulase la egipcia demencia y la necedad propia de ese..país, forjadora de mitos relativos a animales irracionales y

en especial a toros. Los de esta tribu, sin que nadie se lo ordenase, dieron muerte a todos los cabecillas del desatino en edad madura, y al librar esta lucha en defensa de la religión, llevaron a cabo una obra santa a todas luces.
[37] Ver *Vida de Moisés* II, 160 y *Sobre ¡as leyes particulares* III, 125 y 126.

80. XVI. Las leyes relativas a-los sacerdotes son, éstas. Está prescripto que el sacerdote debe ser completo, entero totalmente, no debiendo haber deformación alguna en su, cuerpo, [38] ni por mengua debida a la pérdida o mutilación de alguna parte, ni por exceso, así se tratare de un incremento anormal congénito como de uno desarrollado con posterioridad al nacimiento a causa de una enfermedad. La piel no debe haberse transformado contrayendo lepra ni herpes malignas ni verrugas ni otros brotes eruptivos. Todas estas condiciones son, a mi juicio, símbolos de la perfección del alma. 81. En efecto,.si es preciso que el cuerpo del sacerdote, mortal por naturaleza al fin y al cabo, sea examinado para comprobar que no sufre menoscabo alguno, con mucha más razón ha de serlo el alma, que es inmortal, y de la que se nos dice que está forjada de conformidad con la imagen del Que Es. [39] Y la imagen de Dios es el logos,. por intermedio del cual fue construido el universo entero. [40]
[38] Lev. XXI, 11 a 21 y XXII, 4.
[39] Gen. I, 27.
[40] Ver *Sobre la creación del mundo,* 20 a 25.

82. Después de disponer lo concerniente a su legítima descendencia de nobles antepasados y la integridad en los cuerpos y en las almas, la ley establece lo relativo al vestido que debe llevar el sacerdote cuando se dispone a oficiar en las sagradas ceremonias. [41]
[41] Éx. XXVIII, 40 a 43.

83. Este vestido consiste en una túnica de lino y en unos cortos calzones; estos últimos, para cubrir las partes pudendas, las que no es lícito queden al descubierto ante el altar; en tanto que la túnica es para procurarle desenvoltura en sus funciones. Sin otras prendas que éstas, es decir, con solo túnicas cortas, los sacerdotes están ataviados de modo de moverse con inigualada rapidez cuando conducen las víctimas, las ofrendas votivas, los libatorios y todas las. otras cosas necesarias para los sacrificios.

84. Al sumo sacerdote le está prescripto vestir un atuendo similar [42] cada vez que penetra en el santuario vedado a los demás para ofrecer incienso. La razón es que el lino no procede de ninguno de los seres destinados a morir, como procede la lana. [43] Además le está mandado llevar puesto también otro, cuya confección es en extremo variada, al punto de que parece ser una reproducción y representación del mundo. [44]
[42] Lev. XVI, 4.
[43] Según la escala estoica de los seres, los *zóoan = seres vivientes,* iniciaron la serie de los seres vivos, de la que quedan excluidos los *phytá — vegetales.* De allí que Filón les niegue la condición de mortales, como en este caso a la planta del lino.
[44] Las descripciones de los parágrafos 85 a 94 se apoyan en Éx. XXVIII. Ver *Vida de Moisés* II, 109 a 135.

85. Clara prueba de ello es la disposición de sus elementos. En primer lugar, es un vestido circular, violeta oscuro en todas sus partes, una túnica que baja hasta los pies; símbolo del aire, puesto que el aire es por naturaleza negro, y en cierto modo llega hasta los pies pues se extiende desde lo alto de la región sublunar hasta las más profundas cavidades de la tierra.

86. En segundo lugar, sobre la túnica va una pieza de tejido con forma de coraza, símbolo del

cielo. En efecto, sobre la parte correspondiente a los hombros hay dos piedras esmeraldas, sustancia de inmenso valor, una a cada lado, ambas circulares; las que simbolizan los hemisferios, uno de los cuales se extiende sobre la tierra y el otro debajo de ella.

87. En tercer lugar, sobre el pecho hay doce piedras preciosas de diferentes colores, ordenadas en cuatro grupos de tres cada uno, así dispuestas de acuerdo con el modelo del zodíaco, pues éste consta de doce signos y divide las cuatro estaciones del año asignando tres meses a cada una.

88. Esta parte del vestido es llamada en su totalidad lugar del logos, [45] por cuanto todo lo que el cielo contiene está forjado y ordenado conforme a principios y proporciones racionales, ya que nada irracional existe en absoluto allí. Sobre este lugar del logos van dos piezas tejidas de variados colores, llamadas "clara mostración" una y "verdad" la otra.

[45] Lugar del *logos* o de la *razón palabra,* aunque en el resto del parágrafo insiste Filón en el aspecto racional del logos.

89. Con el nombre de "verdad" da Moisés a entender que de ningún modo es lícito que la falsedad ascienda al cielo, y que, por el contrario, todo cuanto es falso se halla desterrado en la región terrestre, y tiene por sede las almas de los hombres merecedores de reproche; y mediante el de "clara mostración", que las naturalezas celestiales dan a conocer todas las cosas que a nosotros atañen, las que por sí mismas permanecerían ajenas a nuestro conocimiento.

[90.] Señal clarísima de ello es que, si no hubiera brillado jamás el sol, ¿cómo hubieran sido percibidas las infinitas cualidades de las cosas corpóreas; cómo las múltiples variedades de los colores y las formas? Los días y las noches, los meses y los años, todo tiempo en suma, ¿quién los pone de manifiesto sino las revoluciones, armoniosas y superiores a toda descripción, de la luna, el sol y los demás astros?

91. ¿Quién, la naturaleza del número sino dichos astros a través de las combinaciones de las porciones del tiempo? ¿Quién abrió y señaló a los navegantes las rutas marinas costeras y en las inmensidades de la alta mar sino las periódicas revoluciones de los astros?

92. Los sabios han observado además y registrado otros innumerables fenómenos; y basados en los cuerpos celestes, han determinado las señales de las calmas y violencias de los vientos, de la abundancia y escasez de frutos, de los veranos benignos y los extremadamente ardientes, de los inviernos crudos y los semejantes a la primavera, de las sequías y los períodos lluviosos, de las épocas propicias para la procreación de animales y plantas y las opuestas de esterilidad en ambos órdenes, así como de todas las demás cosas de la misma especie. Es que las señales de todas estas cosas terrenas están grabadas en el cielo.

93. XVII. Hacia el extremo inferior de la túnica que baja hasta los pies van aplicadas bellotas de oro en forma de granadas, campanillas y guirnaldas de flores. Se trata de símbolos de la tierra y del cielo. De la tierra lo son las guirnaldas de flores, puesto que de ella germinan y florecen todas las flores; y del agua lo son las bellotas de granada, nombre este derivado del término "corriente de agua"; [46] en tanto que las campanillas simbolizan la armonía, concierto y consonancia de las partes del universo.

[46] *Rhoiskós = bellota pequeña en forma de granada, es* un diminutivo derivado de *rhoiá = granada,* pero Filón lo refiere a *rhóia = corriente de un río.*

94. También la disposición de las partes del vestido es acertada. El llamado pectoral, réplica del cielo, en el cual van las piedras, se halla en el extremo superior, por cuanto también el cielo se halla en la parte más elevada. La túnica que baja hasta los pies, de color violeta oscuro en toda su extensión, queda debajo del pectoral, porque también el aire, que es negro, tiene asignada la posición inmediata a continuación del cielo; y las guirnaldas de flores y las bellotas de granada ocupan la parte extrema, en razón de que a la tierra y al agua les ha correspondido la parte más baja del universo.

95. Esta es la disposición de las partes de la sagrada vestidura, representación del mundo, obra que llena de admiración a la vista y al pensamiento. Deja a la vista deslumbrada al máximo, como no lo hace prenda alguna tejida por la mano del hombre, a causa de su variedad y magnificencia juntamente; y también pasma en grado sumo a la inteligencia que reflexiona acerca de las partes que la componen.

96. La intención ha sido, en primer lugar, que el sumo sacerdote lleve en torno de su cuerpo y a la vista una representación del universo, a fin de que con la ininterrumpida contemplación de ella logre que su propia vida sea digna de la naturaleza universal; en segundo lugar, que en los sagrados ritos oficie a la par de él el universo todo. Y sumamente conveniente es que aquel que está consagrado al Padre del universo lleve consigo también al hijo, vale decir, al universo, para que participe en los servicios en honor de su Creador y Progenitor.

97. Pero es preciso también que no pasemos por alto una tercera verdad simbolizada en la sagrada vestidura. Los sacerdotes de otros pueblos tienen por norma elevar sus súplicas y llevar a cabo sus sacrificios solamente por sus familiares, amigos y compatriotas; el sumo sacerdote de los hebreos, en cambio, eleva sus súplicas y acciones de gracia no solo por la totalidad del género humano sino también por las partes de la naturaleza: la tierra, el agua, el aire y el fuego. Como entiende que el mundo es su patria, como en realidad lo es, es su norma atraer sobre ella con plegarias y ruegos el favor del Soberano, suplicándole haga partícipe de Su amable y propicia naturaleza a su creatura.

98. XVIII. Habiendo dicho estas cosas, agrega nuevas prescripciones mandando que quien se aproxime al altar y toque las ofrendas no beba ni vino ni otra bebida alguna embriagante durante el tiempo en que se prepara para celebrar los sagrados ritos, [47] siendo las más valederas razones de este mandato cuarto: la pereza, el olvido, el sueño y el proceder sin tino.

[47] Lev. X, 8 a 11. Ver *Sobre la ebriedad* 130 y 131.

99. La bebida pura, por una parte, relaja las fuerzas del cuerpo, y torna más torpes los movimientos de las piernas haciéndolas más lentas, a la par que provoca un inevitable sueño; y, por otra, enerva los vigores del alma convirtiéndose en causa de olvido y de insensatez conjuntamente. En cambio, con la sobriedad las partes del cuerpo se aligeran y se mueven con mayor rapidez, los sentidos son más claros y límpidos, y la inteligencia capta con mayor agudeza, hasta el punto de poder prever sucesos y recordar lo visto anteriormente.

100. En general, pues, el consumo de vino ha de ser considerado nocivo en sumo grado en todos los aspectos de la vida, pues resulta oprimida el alma, embotados los sentidos y fatigado el cuerpo, ya que no deja libre a parte alguna de nuestro ser y es un obstáculo para cada una de ellas en aquello para lo que está destinada por naturaleza. Pero en los ritos y ceremonias del culto el daño es más grave aún, en la medida en que también es más intolerable la ofensa contra Dios que la que afecta al hombre. De allí que con toda razón se haya prescripto que los oficiantes deben estar sobrios durante los sacrificios "a fin de que disciernan y distingan lo

sagrado de lo profano, lo puro de lo impuro", lo legal de lo ilegal.

101. XIX. Como el sacerdote es primero hombre y solo secundariamente sacerdote, [48] y debe por fuerza seguir las naturales inclinaciones hacia el matrimonio, el legislador establece que se casará con una virgen pura, cuyos progenitores, abuelos y demás antepasados hayan sido también puros y reputados entre los mejores por su nobleza de vida y de nacimiento. [49]

[48] Primero no en el sentido de importancia u orden, sino en el de que la condición de hombre precede a la de sacerdote por ser genérica o universal en la raza humana, en tanto que la sacerdotal está limitada a una especie o parte de los hombres.

[49] Lev. XXI, 7.

102. Prohíbele, en efecto, acercarse a una mujer ramera y profana de cuerpo y alma, ni siquiera en el caso de que hubiere cambiado de conducta y adoptado un modo de vivir decente y casto; ya que su primer género de vida fue contrario a la santidad. No carecerá, sin embargo, esta tal de plenos derechos en los demás órdenes de cosas, ya que se ha esforzado en purificarse de sus manchas; que el arrepentimiento de las faltas es merecedor de aprobación. Y no se impedirá a ningún otro tomarla por mujer; pero no se ha de unir a un sacerdote, puesto que los derechos y deberes del sacerdocio son de una clase especial, y la función sacerdotal reclama una irreprochable correspondencia de procederes desde el nacimiento hasta la muerte.

103. Sería insensato, en efecto, que, mientras a unos les está vedado consagrarse al sacerdocio a causa de las cicatrices producidas en sus cuerpos por heridas; cicatrices que son marcas de una desgracia, no de corrupción; en cambio las que han vendido la flor de su existencia, no solo por necesidad sino también por libre decisión, como solo arrepentirse tardíamente y no sin dificultad, acto seguido, dejando a sus amantes, se unieran a sacerdotes, y desde los burdeles pasaran a habitar los sagrados lugares. Por cierto que las cicatrices y marcas de las pasadas faltas perduran, a pesar de todo, en las almas de los que se arrepienten.

104. Con admirable acierto se señala en otro pasaje [50] que "ni la paga de una mujer pública debe llevarse al templo, "no porque ese dinero sea en sí culpable, sino a causa de la que lo ha recibido y de la acción en pago de la cual le ha sido dado. Y menos aún puede admitirse que compartan la vida de sacerdotes mujeres cuyo dinero es sacrílego y de mala ley, aun cuando los metales y los cuños sean legítimos.

[50] Deut. XXIII, 18.

105. XX. A tal punto son rígidas las disposiciones relativas al matrimonio del sumo sacerdote, que ni siquiera le está permitido tomar como mujer a una ex desposada, [51] bien se trate de una cuya soledad débese a la muerte de su esposo; bien de una que, vivo aún su esposo, se halla separada de él por divorcio. El objeto de esta prohibición es, en primer lugar, que la sagrada simiente penetre en un suelo inviolado y puro, y que los descendientes no reciban mezcla alguna con otra estirpe. En segundo lugar, que unidos a almas inocentes en sumo grado puedan ellos modelar sin dificultad los hábitos y disposiciones de las mismas; que las inteligencias de las vírgenes son fácilmente atraídas y encaminadas hacia la virtud, y están sumamente dispuestas a recibir instrucción.

[51] Lev. XXI, 13 y 14.

106 En cambio, aquella que ha tenido experiencia de otro hombre está, por supuesto, menos dispuesta a aprender, como que su alma no conserva el máximo de pureza, cual un trozo de cera alisado para que se destaquen las enseñanzas escritas sobre él, sino aseméjase a uno rugoso a causa de las marcas grabadas sobre él anteriormente, las que se mantienen indelebles

y no reciben otros sellos, o si los reciben, los tornan confusos con sus propias irregularidades.

107. Tomará, pues, el sumo sacerdote por esposa una casta virgen. Y al decir "virgen", excluyo no solo a aquella mujer con la que ha tenido relaciones otro hombre, sino también a aquella que hubiese sido declarada prometida de otro, aun cuando su cuerpo permaneciere intacto.

108. XXI. Para los sacerdotes comunes las demás prescripciones acerca del matrimonio son las mismas que rigen para los investidos con el sumo sacerdocio, pero, en cambio, les está permitido casarse libremente no solo con mujeres vírgenes sino también con ex desposadas; pero no con todas sino solo con aquellas cuyos esposos estuvieren ya muertos. [52] Es que la ley entiende que deben eliminarse de la vida de los sacerdotes las rivalidades y violencias; y, mientras el primer esposo vive, pueden surgir enfrentamientos con él motivados por la femenina pasión que son los celos; [53] en tanto que, una vez muerto, muertos están también los motivos de enemistad entre él y el segundo esposo.
[52] Lev. XXI, 7, donde se prohíbe el matrimonio sacerdotal con una divorciada, ele lo que Filón deduce el tácito consentimiento de la ley al matrimonio con una viuda.
[53] Seguramente no quiere decir aquí Filón, con lo de "femenina", que los celos sean exclusivos de la mujer. Más bien hay que atribuir tal calificación a su tendencia a asignar esa connotación con carácter peyorativo a todo lo que implique vicio o debilidad.

109. En otras palabras: el legislador ha entendido que es preciso que el sumo sacerdote alcance una mayor santidad y pureza también en la unión matrimonial, lo mismo que en los otros aspectos; y no le permite que tome por esposa sino a mujer doncella. En cambio, con los sacerdotes de jerarquía inferior a la de aquél fue menos rígido en lo que a sus vínculos con las mujeres se refiere, y les permitió tomar por esposas también a las que hubieren conocido a otros esposos.

110. XXII. A continuación la ley señala cuidadosamente también la ascendencia de las que habrán de casarse; estableciendo que aquella a quien el sumo sacerdote solicite por esposa deberá ser no solo doncella sino además sacerdotisa descendiente de sacerdotes, [54] a fin de que el novio y la novia sean de la misma estirpe y, en cierto sentido, de la misma sangre, y armoniosamente unidos, den toda la vida muestras de una solidísima compenetración de caracteres.
[54] Lev. XXI, 14 y 15.

111. A los demás, en cambio, les está permitido [55] casarse con mujeres que no sean hijas de sacerdotes; en parte porque los medios requeridos para asegurar la pureza de éstos son pocos, y en parte porque la ley no quiso apartar y excluir completamente para siempre de la estirpe sacerdotal al conjunto de nuestra nación. Por eso no prohibió a los otros sacerdotes contraer matrimonio con mujeres de la nación no pertenecientes a sus estirpes; uniones éstas que generan un parentesco de segundo grado, ya que los yernos son hijos para los suegros, y los suegros, padres para los yernos.
[55] Por no haber prohibición expresa al respecto.

112. XXIII. Estas prescripciones acerca del matrimonio y otras semejantes a éstas tienden a fomentar la procreación de hijos; pero como al nacer sigue el morir, el legislador dejó escritas también leyes acerca del proceder de los sacerdotes en los casos de fallecimientos [56] prescribiéndoles que no deben contaminarse por causa de ninguno de los vinculados a ellos por amistad o por parentesco, cualquiera fuere el grado, sino solamente por sus padres y

madres, hijos e hijas, hermanos y hermanas doncellas.
[56] Lev. XXI, 1 a 3.

113. Pero al sumo sacerdote le vedó participar de toda ceremonia fúnebre; [57] y seguramente con razón. Porque en los servicios religiosos a cargo de los demás sacerdotes, éstos pueden sustituirse recíprocamente oficiando unos en lugar de otros; de modo que, aun cuando algunos estuvieren de luto, ninguna de las ceremonias habituales déjase de cumplir. En cambio, a nadie le es permitido tomar a su cargo las funciones del sumo sacerdote, y por esa razón éste debe estar permanentemente inmaculado, sin tener contacto alguno con cadáveres, a fin de que hallándose presto, lleve a cabo las plegarias y sacrificios por la nación en las ocasiones convenientes sin impedimento alguno.
[57] Lev. XXI, 10 a 12.

114. Además, puesto que él está consagrado a Dios y ha llegado a ser capitán de la sagrada hueste, corresponde que esté separado de todos los lazos de nacimiento, no sujetándose a las afecciones hacia sus padres, sus hijos o sus hermanos hasta el punto de pasar por alto o posponer alguna de sus obligaciones religiosas, cuyo cumplimiento sin ninguna dilación tiene prioridad.

115. La ley establece además que no cubra con sus ropas a los íntimos allegados fallecidos; que no se quite de la cabeza la insignia del sacerdocio; y, en general, que no abandone el sagrado recinto con el pretexto de un duelo, a fin de que, estimulado por la reverencia al lugar y a los ornamentos con que recubre su persona, se sobreponga al sentimiento de piedad y se mantenga siempre ajeno al dolor.

116. Quiere, en efecto, la ley que se halle dotado de una condición superior a la puramente humana y se aproxime más estrechamente a la Divina, a una línea divisoria, podríamos decir con toda propiedad, entre ambas, para que por conducto de un mediador los hombres procuren alcanzar la misericordia de Dios; y Dios, por Su parte, emplee sus servicios para extender y proporcionar Sus beneficios a los hombres.

117. XXIV. Establecidas estas reglas, dictó a continuación las leyes acerca de los que reciben una parte de las primicias.[58] Si uno de los sacerdotes, dice, hubiere perdido sus ojos o sus manos o sus pies o alguna otra parte del cuerpo, o también si adoleciere de alguna desformidad corporal, absténgase de oficiar a causa de las desgracias que le han sobrevenido; pero siga gozando de los comunes privilegios de los sacerdotes puesto que su nobleza de nacimiento permanece inmutable.
[58] Lev. XXI, 17 y 18.

118. Si, empero, aparecieren sobre alguno de los sacerdotes erupciones de lepra, o también si padeciere de derrames seminales, no tocará la sagrada mesa ni las recompensas asignadas a su estirpe hasta que el derrame cesare y la lepra, evolucionando, llegare a asemejarse al color de la carne sana. [59]
[59] Lev. XXII, 4 a 7.

119. Además, si algún sacerdote hubiere tocado algún objeto impuro, o bien sí durante la noche, como sucede a menudo, tuviere derrames, no participará de ninguno de los alimentos consagrados; pero, una vez lavado, nada le impedirá hacer uso de ellos al llegar la tarde.

120. Pero el vecino del sacerdote y el sirviente asalariado de éste no deben participar de las

primicias. La prohibición respecto del vecino obedece al hecho de que los vecinos son constantemente invitados y comensales unos de otros, y es de temer que, abusándose de una extemporánea esplendidez como pretexto para una profanación, se despilfarren los alimentos consagrados. Porque no se han de dar todas las cosas a todos, sino aquellas que corresponden a quienes han de recibirlas. De lo contrario, lo más excelente y provechoso que hay en la vida, el orden, será aniquilado por lo más dañoso, la confusión.

121. Porque, si en los barcos mercantes los marineros ganaran lo mismo que los pilotos; en las grandes trirremes, lo mismo los remeros y marineros que los trierarcos y navarcos [60] en los campamentos, lo mismo los simples jinetes que los hiparcos, [61] los soldados que los oficiales superiores, los jefes de formaciones pequeñas que los generales; y en las ciudades, lo misma los litigantes que los jueces, los consejeros que los presidentes de los consejos, y en general, los simples ciudadanos que los gobernantes; se originarían disturbios y sediciones, y la igualdad de nombre se convertiría en desigualdad en el terreno de los hechos, puesto que pagar lo mismo a quienes no merecen lo mismo es desigualdad, y la desigualdad es fuente de calamidades.
[60] Jefe de trirreme y almirante de flota, respectivamente.
[61] Hiparco o jefe de caballería.

122. Por ese motivo los privilegios de los sacerdotes, así como no han de ser extendidos a otras personas, tampoco han de serlo a sus vecinos. De otro modo, por el solo hecho de vivir en la vecindad éstos participarían de cosas que no les están permitidas, ya que el privilegio no es debido a la residencia sino a la estirpe.

123. XXV. Asimismo, tampoco hará ningún sacerdote partícipe de la sagrada prerrogativa a un criado asalariado, ni a título de jornal ni a cambio de algún servicio, pues el criado usará a veces lo recibido para lo que no debe, convirtiendo en espurias las recompensas correspondientes a la nobleza de estirpe y al servicio del santuario.

124. Esta es la causa por la que la ley establece que no debe participar absolutamente de las cosas sagradas ninguno de otra raza, aunque resultare ser de noble estirpe y descendiente de la población primitiva del país, y de intachable ascendencia por la rama paterna y por la materna; a fin de que las prerrogativas no se desvirtúen, y se mantengan firmemente conservadas en posesión de la clase sacerdotal.

125. Es que resultaría absurdo que, mientras los sacrificios, los sagrados ritos y todas las demás ceremonias que se cumplen *en* el altar están confiados exclusivamente a los sacerdotes, y no a todas las personas; las recompensas por tales servicios vinieran a ser comunes y para cualesquiera que se presentaren, como si fuera preciso agobiar a los sacerdotes con múltiples tareas fatigosas y con diarias y nocturnas preocupaciones, y conceder las recompensas a todos, incluidos los que no trabajan.

128. En cambio, el sacerdote podrá dar una parte de los alimentos sólidos y bebidas provenientes de las primicias al esclavo nacido en su morada y al comprado. La razón es, en primer lugar, que el amo es la única fuente de recursos para un esclavo; y los ingresos del amo son en este caso las sagradas contribuciones, con las cuales corresponde que el esclavo sea mantenido.

127. En segundo lugar, que es preciso que hagamos de buen grado lo que de todos modos habrá de hacerse. Los esclavos, aunque no lo quisiéremos, viven con nosotros y comparten

nuestras vidas permanentemente. Ellos preparan las bebidas y las comidas habituales y especiales a sus amos, permanecen junto a sus mesas y se llevan los restos. Por lo tanto, aunque no los tomaren abiertamente, no dejarán de echar manos a ellos a escondidas, forzados por la necesidad a robar; y de ese modo, la transgresión no será una sola; si es que realmente constituye una falta el alimentarse con las viandas de sus amos; sino se habrá dado ocasión a una segunda: el robo, para que, como ladrones, gocen de las comidas consagradas en vez de hacerlo quienes llevan una vida irreprochable; cosa extremadamente absurda.

128. En tercer lugar, es preciso reflexionar lo siguiente: la dignidad de las primicias no sufrirá mengua alguna porque de ellas participen los criados. El temor a sus amos lo impedirá, ya que dicho temor, al no permitirles entregarse a la holgazanería, es suficiente para poner coto a cualquier actitud licenciosa de su parte. [62]
[62] Pues lo hacen a la vista de los amos; lo contrario de lo que ocurriría si hurtasen parte del alimento sagrado.

129. XXVI. Habiendo dictado estas prescripciones, establece *a* continuación una ley plena de amor al prójimo. [63] Si la hija de un sacerdote, dice, casada con quien no es sacerdote, quedare sola o por haber muerto su esposo o en vida de éste, sin haber tenido hijos, retornará a la mansión paterna y participará de las primicias, de las que participaba también cuando era virgen; pues en cierto modo es ahora virtualmente una virgen, como que carece de esposo e hijos, no teniendo otro refugio que su padre.
[63] Lev. XXII, 13.

130. Pero si hubiere hijos o hijas, la madre deberá ocupar un lugar junto a ellos, puesto que los hijos, como pertenecen a la mansión paterna llevan consigo también a su madre a residir en esta.

131. XXVII. La ley no ha reservado para los sacerdotes una porción del país [64] a fin de que, como los demás, se provean en abundancia de lo necesario cosechando los productos de la tierra. En cambio, al referirse a las sagradas ofrendas, les atribuye el honor sin par de decir que la heredad suya es Dios. [65] Y lo es por dos razones: una el altísimo honor de participar juntamente con Dios en las ofrendas destinadas a Este en acción de gracias; la otra la obligación de ocuparse solamente de los sagrados ritos, cual si se tratara de administradores de heredades.
[64] Es decir, a la tribu de Leví no le fue asignado ningún territorio cuando se procedió al reparto de la recién conquistada Canaán del sur.
[65] Deut. XVIII, 1 y 2.

132. Los premios y distinciones que la ley asigna a los sacerdotes son los siguientes. En primer lugar, [66] una alimentación puesta a disposición sin trabajo ni preocupaciones. Manda, en efecto, que quienes elaboran pan aparten como primicia un pan de toda pasta de harina de trigo o de otros granos para consumo de los sacerdotes. Al prescribir esto la ley tiene presente también el camino que conduce a la piedad enseñado por la disposición acerca del apartamiento de las primicias.
[66] Núm. 18 a 20.

133. Acostumbrados, en efecto, a separar siempre, aun de su necesario alimento, las primicias, conservarán indeleble el recuerdo de Dios, lo que constituye el mayor bien que es posible alcanzar. Siendo nuestra nación numerosísima, por fuerza también son inagotables las primicias; al punto de que el sacerdote de más modestos recursos parece vivir en la opulencia a causa de la sobreabundancia de mantenimientos.

134. En segundo lugar, [67] la ley prescribe apartar también las primicias de todos los otros bienes que se poseyeren: vino de cada lagar, trigo y cebada de cada era, igualmente aceite de los olivos y cultivados frutos de los demás árboles frutales; a fin de que los sacerdotes no vivan en demasiada estrechez poseyendo solo lo estrictamente necesario; antes bien, con el conveniente decoro disfruten de una vida suficientemente grata y confortable provistos de inagotables recursos.
[67] Éx. XXII, 29, Núm. XVIII, 13, Deut. XVIII, 4 y XXVI, 2 y ss.

135. Una tercera recompensa la constituyen los primogénitos machos de los animales terrestres aptos para el servicio y uso de los hombres. La ley manda [68] que éstos sean distribuidos entre los sacerdotes; de los bueyes, las ovejas y las cabras los vástagos mismos, es decir, becerro, corderos y cabritos, puesto que son y están reconocidos como puros para la alimentación y para los sacrificios; por los otros animales: caballos, asnos, camellos y otros semejantes a éstos se paga una suma de rescate, que no ha de ser inferior al valor de los mismos. 136. Estas contribuciones son también inmensas, debido a que los hombres de nuestra nación se destacan como criadores y cuidadores de ganado, y apacientan innumerables rebaños de cabras, bueyes, ovejas y otros animales de todas clases.
[68] Éx. XXII, 20 y Núm. XVIII, 15 a 20.

137. A continuación la ley amplía los alcances de esta norma estableciendo que se han de apartar las primicias no solo de cada clase de bienes poseídos, sino también de las propias almas y cuerpos. Porque los hijos son partes separables de sus progenitores; o más bien, si hemos de hablar con propiedad, partes inseparables, ya que están unidos a ellos por la consanguineidad y por los pensamientos de los progenitores, invisibles presencias perpetuadas en los descendientes por la fuerza de atracción del amor que los une y por los indisolubles lazos de la naturaleza. [69]
[69] Éx. XIII, 2 y XXII, 29.

138. Sin embargo, la ley dispone la consagración de los primogénitos varones a modo de primicias, como acción de gracias por la buena descendencia habida hasta el presente y la que se espera abundante en el futuro. Al mismo tiempo la ley desea que los matrimonios, cuyo primer fruto es consagrado a Dios, sean no solo irreprochables sino además merecedores de altos elogios. Al reflexionar sobre esto los esposos y las esposas no pueden menos de procurar ser sensatos, afectos a su hogar y de un mismo parecer; y manifestando en palabras y obras la unidad de sus sentimientos, hacen que la comunidad de nombre resulte una realidad verdadera y firmemente fundada.

139. Pero con el objeto de que los padres no sean separados de sus hijos, ni éstos de sus padres, la ley establece [70] una determinada suma de dinero como compensación, a título de primicia correspondiente a la consagración de los hijos primogénitos; suma que, sin tomar en cuenta ni la posición social de los contribuyentes ni la buena constitución y belleza de los engendrados, ordena que sea la misma para el pobre que para el rico, fijando una cantidad tal, que puede pagarla aun el de más modestos recursos.
[70] Núm. XVIII, 15 y 16.

140. Porque, como el nacimiento de hijos es cosa que acontece por igual normalmente tanto entre los más distinguidos como entre los más humildes, la ley ha considerado justo también establecer que la contribución sea la misma, teniendo sobre todo en cuenta, como dije, las posibilidades de todos.

141. XXVIII. Además de éstas, la ley asigna a los sacerdotes otra fuente de recursos nada pequeña, [71] al disponer que cada uno entregue las primicias de sus bienes: del cereal, del vino, del aceite, así como del acrecentamiento de los ganados, ya se trate de ovejas, de bueyes, de cabras o de los otros rebaños; y cuan grande es la abundancia de éstos en nuestra nación cualquiera puede comprobarlo por lo numerosa que es su población.

[71] Núm. XVIII, 12. Parecería que aquí, a diferencia de las consagraciones de primicias de cada especie al comienzo de la producción de cada una (detalladas ya en los parágrafos 134 y 135) se trata de ofrendas por la producción total o sobre los bienes considerados globalmente.

142. Por todas estas contribuciones se advierte claramente que la ley inviste a los sacerdotes de la dignidad y los honores propios de los reyes. Así, por ejemplo, ordena que se les entregue, como a los soberanos, tributos provenientes de toda porción de los bienes. Solo que estos tributos les son entregados de manera completamente distinta de como los entregan las ciudades a sus gobernantes.

143. Estas lo hacen por obligación, de mala gana y con quejas; miran con malos ojos a los recaudadores de tributos, como si se tratase de plagas colectivas; fingen pretextos diversos según las circunstancias; y entregan las contribuciones y tributos establecidos sin respetar los plazos prefijados.

144. En cambio los de nuestra nación, tanto hombres como mujeres, entregan sus contribuciones en cada una de las estaciones del año en medio de bendiciones y acciones de gracias, gozosos y alegres, adelantándose a los recaudadores, considerando que no dan sino reciben, y con un celo, una diligencia y una premura espontáneos y superiores a toda ponderación.

145. XXIX. Estas son contribuciones procedentes de la propiedad de cada uno; pero hay otros ingresos especiales sumamente apropiados para los sacerdotes, procedentes de los sacrificios ofrecidos. En efecto, está prescripto [72] que de toda víctima sacrificada se entreguen a los sacerdotes dos porciones provenientes de dos partes de ella: la pierna del lado derecho y toda la grasa del pecho. La primera es símbolo de fortaleza y valentía y de todo proceder legítimo en el dar, en el recibir y en el obrar en general; la segunda lo es de la benévola gentileza que controla al elemento impulsivo. [73]

[72] Lev. VII, 31 a 34.

[73] Ver *Interpretación alegórica* III, 115 y ss.

146. Se sostiene, en efecto, que este elemento tiene su sede en el pecho, puesto que la naturaleza le ha asignado este lugar como el más apropiado para su residencia, y le ha colocado en torno como a un soldado-para ponerlo al abrigo de ataques un fortificadísimo cerco llamado tórax, [74] que formó mediante muchos huesos fortísimos dispuestos uno junto a otro, cuya muy firme unión aseguró con tendones irrompibles.

[74] *Thórax = pecho,* significa también *coraza.*

147. En cuanto a los animales sacrificados fuera del altar con destino a la alimentación privada la ley establece [75] que de ellos se entreguen al sacerdote tres porciones: una pierna, las mandíbulas y el llamado cuajar. La pierna, por el motivo mencionado un poco más arriba; las mandíbulas, como primicia de la parte de mayor jerarquía del cuerpo, la cabeza, y de la palabra hablada, cuyo torrente no podría fluir al exterior sin el movimiento de aquellas. En efecto, al ser sacudidas, de lo que les viene el nombre, [76] cada vez que son presionadas por la

lengua, todo el mecanismo de la fonación produce sonidos conjuntamente.
[75] Deut. XVIII, 3.
[76] Filón vincula *siagón* = *mandíbula,* con *seioméne* = *sacudida.*

148. En cuanto al cuajar, se trata de una excrecencia del vientre, y sucede que el vientre es el pesebre de ese irracional animal que es la concupiscencia, la que regada hasta el hartazgo de vino y de comida, hállase siempre inundada por los incesantes suministros de alimentos y bebidas, y, tal como lo hace un puerco, se complace en pasar su vida en el fango. Esta es la razón por la cual le ha sido asignado el lugar de las inmundicias como el más apropiado, y con mucho, para un licencioso y en extremo indecente animal.

149. Pero lo opuesto a la concupiscencia es la templanza, para cuya adquisición es necesario ejercitarse y empeñarse con celo por todos los medios posibles, puesto que se trata de un bien inmenso y perfectísimo, provechoso en la vida privada y en la pública.

150. Así pues, la concupiscencia, por ser profana, impura y sacrílega, ha sido expulsada fuera de los límites de la virtud y bien merecido es su destierro. En cambio, la templanza, virtud pura e inmaculada, despreocupada de cuanto a la bebida y la comida se refiere, y que se precia de estar por encima de los placeres del estómago, está en contacto con los sagrados altares, llevando consigo ese accesorio del vientre, que le hará presente su desprecio hacia la glotonería, la voracidad y todas aquellas cosas que encienden las inclinaciones hacia la concupiscencia.

151. XXX. Además de todos estos recursos, la ley establece [77] también que los sacerdotes que ofician en los sacrificios conserven para sí las pieles de los animales sacrificados, en holocausto, que son innumerables; lo cual constituye un presente no de pequeña monta sino de los más valiosos. De estas prescripciones se desprende claramente que la ley no asignó a la tribu consagrada una única heredad como a todas las demás, sino le proporcionó, bajo la forma de primicias de toda especie de sacrificios, una fuente de recursos de más jerarquía y santidad.
[77] Lev. VII, 8.

152. A fin de que ninguno de los donantes profiera algún reproche contra los que los reciben, la ley ordena [78] que las primicias sean llevadas primeramente al altar, y que posteriormente los sacerdotes las tomen de allí. Es que corresponde que sea a Dios a quien lleven las primicias en todos los sacrificios de acción de gracias quienes han recibido beneficios de Él; y que Dios, como no ha menester de cosa alguna, recompense con toda dignidad y honor a quienes Le sirven y tienen a su cargo los servicios del templo. Porque ningún vituperio encierra el que aparezcan recibiendo un presente que procede del Hacedor de todas las cosas, y no de los hombres.
[78] Núm. XVIII, 8 a 19.

153. XXXI. Siendo, pues, tan grandes las recompensas dispuestas, si algunos de los sacerdotes que viven arreglada e irreprochablemente se hallaren en la indigencia, sus casos constituirían una acusación de nuestra violación de la ley, aun cuando ellos no dijeren palabra al respecto. Porque, si nosotros obedecemos lo que ha sido mandado, y cumplimos con las primicias tal como está prescripto, ellos no solo dispondrán abundantemente de aquellas cosas que son necesarias, sino además se verán colmados de todas las otras que proporcionan placeres.

154. Y si en otra ocasión la tribu sacerdotal apareciere provista de todos los medios de vida en abundancia, ello constituirá una gran prueba de la común piedad y de la observancia cuidadosa de las leyes en todos sus aspectos. Mas la negligencia de algunos; pues carecería de fundamento acusar a todos; ha resultado ser causa de pobreza para los consagrados; y a decir verdad, también para los mismos negligentes.

155. La violación de las leyes, en efecto, redunda en daño de quienes las violan, aunque por un corto tiempo les resulte atractivo. Nada más provechoso, en cambio, que observar las leyes de la naturaleza, aun cuando en un primer momento resultare cosa dura y no se advirtiere su lado favorable.

156. XXXII. La ley, que ha beneficiado con tan grandes recursos a los sacerdotes, no se ha olvidado de aquellos que ocupan una categoría inferior, es decir, de los cuidadores del templo. De éstos unos se ubican junto a las puertas como guardianes sobre las mismas entradas; otros están situados dentro, delante del santuario, para evitar que persona alguna de aquellas a las que no es lícito entrar penetre voluntaria o involuntariamente; otros recorren el recinto noche y día, según turnos asignados por sorteo; y otros barren los pórticos y patios, y retiran la basura pues son los encargados de la limpieza. A todos éstos les están asignados como retribución los diezmos, siendo ésta la parte que les corresponde como servidores del templo. [79]

[79] Núm. XVIII, 21.

157. La ley no permite, [80] empero, que los que reciben esos diezmos hagan uso de ellos antes de apartar a su vez otros diezmos como primicias de sus propios bienes, y de entregarlos a los sacerdotes de la clase superior. Solo entonces les permite disfrutar de aquéllos; antes no lo autoriza.

[80] Núm. XVIII, 26 a 28.

158. Además la ley les ha asignado [81] cuarenta y ocho ciudades y con cada una de ellas un círculo de tierras aledañas de hasta dos mil codos para apacentar rebaños y proveerse de las demás cosas necesarias para las ciudades. De éstas han sido seleccionadas seis, tres de más acá del río Jordán y tres de más allá del mismo, es decir, tres de cada lado, para asilo de los que han cometido homicidio involuntario. [82]

[81] Núm. XXXV, 2 a 8.

[82] Núm. XXXV, 9 a 28.

[159.] Es que, como sería un sacrilegio que un hombre responsable de la muerte de alguien, cualquiera fuere el motivo, penetrara dentro de los sagrados recintos, usando el templo para ponerse a salvo, la ley permite que dichas ciudades, a manera de templos de segunda categoría, gocen de inviolabilidad en atención a la condición privilegiada y honrosa de sus habitantes; los cuales, en el caso de que algún poder más fuerte usare la fuerza contra los suplicantes, los deben poner a salvo empleando para ello, no las providencias propias de las guerra, sino las dignidades y privilegios que les ha proporcionado la ley en virtud de la majestad propia del sacerdocio.

160. Empero, el fugitivo debe permanecer confinado dentro de los límites de la ciudad en la que se halla refugiado, puesto que le asechan los vengadores, vinculados por los lazos de parentesco con el muerto, e impulsados por el pesar ante la ausencia del pariente, desean la muerte del matador, aunque el crimen hubiere sido involuntario, ya que el sentimiento familiar prevalece sobre un estricto discernimiento de lo justo. Si sale de los límites, debe

saber que marchará hacia su segura perdición, puesto que no pasará inadvertido a ninguno de los familiares; por lo que no tardará en perecer atrapado en sus redes y emboscadas.

161. El plazo del confinamiento ha de coincidir con la duración de la vida del sumo sacerdote, a cuya muerte podrá retornar por corresponderle la prescripción de la culpa.
Después de haber establecido éstas y parecidas leyes relativas a los sacerdotes, a continuación da las instrucciones acerca de los animales que se destinan a los sacrificios.

162. XXXIII. De los animales empleados para los sagrados ritos unos son terrestres y otros aéreos. De las innumerables especies de animales aladas, desechando las demás escogió solo dos: la paloma y la tórtola; [83] la paloma porque es el más apacible de los animales domésticos y de naturaleza gregaria; y la tórtola porque es e) más manso entre los de vida solitaria por naturaleza.
[83] Lev. I, 14.

163. Y dejando de lado las incontables variedades de animales terrestres, cuyo número ni siquiera es posible calcular, seleccionó tres como superiores a las demás: los bueyes, las ovejas y las cabras, [84] en razón de que éstas son las más mansas y domesticadas, como que grandes rebaños de bueyes, ovejas y cabras son guiados por una sola persona, sea ésta quien fuere, y no solo por un hombre maduro sino también por un niño en plena infancia, tanto cuando marchan a pastar como cuando a la hora que corresponde retornan en orden hacia sus establos y apriscos.
[84] Lev. I, 3, 4, 10 y 11.

164. Entre otras muchas pruebas de su mansedumbre, las más claras son las siguientes. Todos son herbívoros y ninguno de ellos carnívoro; sus uñas no son curvadas, ni completo el desarrollo de sus dientes, ya que el alvéolo superior no llega a formarlos y los incisivos están allí atrofiados.

165. Además son entre los animales los más provechosos para la vida humana. Los moruecos, para la confección de vestidos, protección sumamente necesaria para los cuerpos; los bueyes, para arar el suelo y prepararlo para la siembra; y, una vez madurado el fruto, para la trilla, que permite aprovisionarse y disfrutar del alimento; y los pelos y pieles de las cabras, entretejidos y entrecosidos, se convierten en residencias transportables para los viajeros, y especialmente para los soldados en campaña, a los que las exigencias de la misma obligan a pasar la mayor parte del tiempo a la intemperie fuera de la ciudad.

166. XXXIV. Todos estos animales deben ser completos, [85] sin defecto alguno en ninguna de las partes de sus cuerpos, intactos en todas y cada una de ellas y libres de toda cosa reprochable. Por cierto que tan grande es la precaución no solo de los que ofrecen los animales para los sacrificios, sino también de los oficiantes, que los sacerdotes de más alta reputación, escogidos, como lo más selecto entre ellos, para la inspección de los defectos, examínanlos desde la cabeza hasta las extremidades de las patas, tanto en las partes visibles como en las ocultas bajo el vientre y las ancas, por temor de que algún pequeño defecto haya pasado inadvertido.[86]
[85] Lev. XXII, 19 a 24.
[86] No existe pasaje alguno en la legislación mosaica en el que se apoyen estas afirmaciones.

167. La extrema minuciosidad del examen no obedece a consideraciones respecto de las víctimas sino respecto del irreprochable proceder de los que las ofrecen. La ley quiere, en

efecto, enseñarles simbólicamente que, cada vez que se aproximen a los altares o para suplicar o para agradecer beneficios, no deben llevar en su alma ni flaquezas, ni enfermedad ni baja afección alguna, sino procurar que toda ella en todas sus partes sea santa e inmaculada, a fin de que Dios, al verla, no de vuelta Su rostro.

168. XXXV. Ahora bien, como de los sacrificios unos son por toda nuestra nación, o hablando con propiedad, por todo el género humano; y otros por cada uno en particular de los que consideran que deben ofrecerlos, corresponde que hablemos primero de los colectivos. La distribución de los mismos es admirable, como que unos se llevan a cabo cada día, otros cada semana, otros en los novilunios o comienzos del mes sagrado y otros en las tres épocas de festejos.

169. Está mandado, [87] en efecto, expresamente que cada día se ofrezcan dos corderos, uno al amanecer y otro al anochecer, ambos en acción de gracias, uno por los beneficios recibidos durante el día, y el otro por los recibidos durante la noche; beneficios que incesante y constantemente proporciona Dios al género humano.
[87] Núm. XXVIII, 3 y 4.

170. En los días séptimos la ley duplica el número de las víctimas, [88] agregando al número ordinario un número igual por considerar que el día séptimo, llamado también día del nacimiento del mundo todo, [89] iguala en dignidad a la eternidad; razón por la cual el propósito ha sido equiparar el sacrificio propio del séptimo día a la perpetuidad de los diarios ofrecimientos de corderos.
[88] Núm. XXVIII, 9 y 10.
[89] Ver *Sobre las leyes particulares* II, 39.

171. Además, dos veces cada día, una al salir el sol, antes del sacrificio matutino, y la otra al ocultarse, después del vespertino, se esparce perfume de todas las más fragantes especies de incienso en el recinto limitado por el velo. [90] De ese modo las ofrendas con derramamiento de sangre constituyen la acción de gracias por nuestras partes con sangre, en tanto que el incienso lo es por la parte rectora de nuestro ser, vale decir, por el espíritu racional que hay en nosotros, el cual ha sido forjado de conformidad con la forma ejemplar de la imagen de Dios. [91]
[90] Éx. XXX, 7 y 8.
[91] Es decir, el *logos.* Ver ei parágrafo 81 y *Sobre los sueños enviados por Dios* II, 45.

172. En cuanto a cada día séptimo, [92] en él se exponen sobre ía sagrada mesa panes en igual número que el de los meses del año, en dos rimeros de seis, correspondiendo cada uno de ellos a un equinoccio. Dos, en efecto, son los equinoccios todos los años: el de primavera y el de otoño, separados ambos por un total de seis meses. Por ese motivo.. .[93] En el equinoccio de primavera todos los sembrados alcanzan su pleno desarrollo hacia la época en que los árboles comienzan a dar sus frutos; en tanto que en el de otoño el fruto de los árboles llega a su madurez y es el tiempo oportuno para comenzar nuevamente la siembra. De esa manera la naturaleza en su incesante curso de alternadas etapas concede unos tras otros sus dones al género humano; dones de los que son símbolos los dos grupos de seis panes expuestos.
[92] Lev. XXIV, 5 a 8.
[93] Laguna en el texto.

173. Ellos son, además, signo de la más provechosa de las virtudes: la continencia, la cual

tiene a la sencillez, la modestia de vida y la frugalidad como protectoras frente al baluarte que contra ella elevan la incontinencia y la avidez. El pan, en efecto, es para el que ama la sabiduría alimento suficiente, que evita las enfermedades del cuerpo, y torna sano y en extremo sobrio el entendimiento. [94]

[94] Ver *Sobre los sueños enviados por Dios* II, 48 a 51.

174. En cambio, los platos delicados, los pasteles de miel, los condimentos y todo cuanto elabora el refinado arte de los pasteleros y cocineros con miras a deleitar al grosero y antifilosófico gusto, el más servil de los sentidos, servidor, no de las nobles visiones o audiciones, sino de las avideces del miserable vientre; todo ello engendra enfermedades del alma y del cuerpo, a menudo incurables.

175. Sobre los panes se colocan incienso y sal. [95] El incienso es símbolo de que a juicio de la sabiduría ningún condimento tiene más grato aroma que la frugalidad y la templanza; en tanto que la sal simboliza la perduración de todas las cosas, puesto que todo cuanto se espolvorea con ella se conserva; y también que ella basta como condimento. [96]

[95] Lev. XXIV, 7. Ver *Vida de Moisés* II, 104.

[96] Vale decir, que se deben evitar los refinamientos que en la materia deleitan a los glotones.

176. No se me escapa que lo que digo provocará la burla y befa de los expertos en banquetes y comilonas, de los que andan tras las mesas bien provistas, esclavos miserables de las aves, los peces, los trozos de carne y de otras cosas banales como esas, incapaces de gozar, ni en sueños, de la verdadera libertad. De tales actitudes no deben hacer mucho caso aquellos que saben vivir para el servicio de Dios y complacencia del Que realmente Es; aquellos que, educados en el desprecio de los placeres de la carne, persiguen las alegrías y deleites de la inteligencia, ejercitándose en el estudio de las verdades de la naturaleza.

177. Después de establecidas estas prescripciones relativas al día séptimo, dice, [97] al ocuparse de los días de novilunio, que en éstos se deben sacrificar en holocausto diez víctimas en total: dos becerros, un camero y siete corderos, pues el período en que la luna cumple su ciclo es un todo completo, y la ley ha considerado que el número de animales sacrificados debe ser también perfecto.

[97] Núm. XXVIII, 11 a 14.

178. Ahora bien, el diez es un número perfecto, y ha sido muy bien distribuido de la manera dicha: dos becerros, puesto que dos son los movimientos de la luna, la que siempre recorre un doble curso, uno en proceso de crecimiento hasta que se torna llena; el otro decreciendo hasta su conjunción; el único carnero, puesto que uno es el orden según el cual crece y decrece con iguales intervalos, cuando va en aumento su claridad y cuando ésta disminuye; y los siete corderos, porque sus cambios completos de forma tienen lugar cada siete días: [98] en la primera semana, desde la conjunción hasta la media luna; en la segunda, hasta la luna llena; y cuando a la inversa desanda su curso, primeramente hasta la media luna, y luego hasta concluir en la conjunción.

[98] Ver *Sobre la creación del mundo* 101.

179. Con las víctimas la ley establece que se lleve flor de harina de trigo impregnada de aceite, y vino para las libaciones en las cantidades fijadas, en virtud de que estos productos también alcanzan su plenitud en el curso de las estaciones anuales por obra de las revoluciones de la luna, la que ejerce una especial influencia en la maduración de los frutos. [99] Es, pues, razonable que el trigo, el aceite y el vino, sustancias en extremo provechosas para la

vida y sumamente necesarias para el consumo por parte de los hombres, sean consagrados en todos los sacrificios.
[99] Núm. XXIX, 1 a 6, y Éx. XXIX, 40.

180. Al comienzo del mes sagrado [100] se ofrecen sacrificios dobles, por cuanto doble es la significación de dicho día. Se trata, por una parte, del comienzo de una lunación; y por otra, del día inicial del mes sagrado. En su condición de día primero de lunación los sacrificios ordenados son los mismos que en los demás días primeros de mes; como comienzo, además, del mes sagrado, las ofrendas se duplican, excepto en lo que respecta a los becerros. Se ofrece, en efecto, uno solo en vez de dos por haber considerado el Arbitro que en el comienzo del año corresponde emplear la unidad, cuya naturaleza es indivisible, antes que la divisible dualidad.
[100] Del año civil, que comenzaba en otoño; no del religioso, que se iniciaba en primavera.

181. En la primera estación, y llama primera estación a la época primaveral y su equinoccio, estableció que la fiesta llamada de los panes ácimos tuviera lugar durante siete días, declarando a todos ellos de igual dignidad en los sagrados ritos. Y así dispuso que en cada uno de ellos se ofrendasen diez sacrificios, al igual que ocurre en los días iniciales de lunaciones; setenta holocaustos en total aparte de los sacrificios expiatorios.

182. Es que consideró que la relación que existe entre los siete días de la fiesta y el equinoccio que tiene lugar en el séptimo mes [101] es la misma que la existente entre el día inicial de la lunación y el mes, y quiso poner de manifiesto que también es la misma la santidad del comienzo de cada mes y la de los días que, iguales en número a los comienzos de lunaciones, corresponden al conjunto de los siete meses.[102]
[101] Núm. XXVIII, 17 a 24.
[102] Es decir, que por el número de víctimas sacrificadas se deja entrever claramente que el conjunto de los siete días de la fiesta de los panes ácimos equivale en dignidad sagrada a la suma de los siete meses que, contado también el del equinoccio anterior, comprende cada equinoccio. Con lo que una vez más acomoda Filón las cifras a sus propósitos exegéticos, ya que en el parágrafo 172 ha dicho expresamente que son seis, como son realmente, los meses que median entre uno y otro equinoccio.

183. Al promediar la primavera llega el tiempo de la cosecha, ocasión ésta en la que se elevan acciones de gracia a Dios por haber madurado plenamente el fruto de la región llana y por la cosecha de los frutos estivales. Trátase de una fiesta difundida al máximo entre los diversos pueblos, llamada fiesta de las primicias de los productos, y correctamente, de acuerdo con lo que en ella tiene lugar, por cuanto en esa ocasión son consagradas las primicias, vale decir, las primeras muestras de cuanto se produce.

184. Está prescripto [103] presentar para los sacrificios en esta celebración dos becerros, un carnero y siete corderos, para sagrados holocaustos estos diez; y además, para alimento de los sacerdotes dos corderos, llamados de preservación por cuanto los alimentos han sido preservados para el género humano de muchas contingencias de todo orden. Los aumentos, en efecto, están expuestos permanentemente a la acción de fuerzas destructoras, bien lluvias excesivas, bien sequías, bien otros innumerables cambios violentos; y también a la acción humana durante las invasiones de enemigos que procuran devastar la tierra de sus vecinos.
[103] Lev. XXIII, 15 y ss. y Núm. XXVIII, 26 y ss.

185. Es, por lo tanto, razonable que en acción de gracias por esa preservación se presenten

ofrendas a Aquel que ha apartado todas las fuerzas destructoras. Estas ofrendas se cumplen también mediante panes que los ofrendantes llevan al altar y, después de elevarlos hacia el cielo, distribuyen entre los sacerdotes juntamente con las carnes del sacrificio de preservación para un banquete sumamente apropiado al sagrado ministerio.

186. Cuando en el séptimo mes sobreviene la tercera estación en el equinoccio de otoño, al comienzo de la misma se celebra el día del mes sagrado llamado día de las trompetas, [104] al que me referí más arriba. En el décimo día tiene lugar el ayuno, [105] que observan celosamente no solo aquellos firmemente inclinados a la piedad y a la santidad sino también aquellos que ningún acto religioso cumplen durante el resto de su vida. Es que, dominados todos por la admiración y el respeto hacia la santidad que rodea a este día, hasta los peores compiten en esa ocasión con los mejores en continencia y virtud.
[104] En el parágrafo 180. Lev. XXIII, 24.
[105] Núm. XXIX, 7 a 11.

187. En dos sentidos este día reviste una alta dignidad: por una parte como fiesta, por otra como purificación y huida de las faltas, el perdón de las cuales queda concedido por las gracias de Dios, que, en Su clemencia, estima que el arrepentimiento equivale en merecimiento al no delinquir.

188. Por tratarse de un día de fiesta, la ley establece que el número de sacrificios sea el mismo que en los días iniciales de los meses sagrados: un herrero, un carnero y siete corderos, de modo que se combinan el número uno con el siete, y coordínase el principio con el fin, como que al siete le corresponde la culminación de las obras, y al uno su comienzo. Por su carácter de día de purificación el número de víctimas será de tres, y efectivamente, la ley dispone que se lleven dos cabritos y un carnero, y agrega [106] que este último debe ser consumido íntegramente por el fuego, en tanto que a los cabritos se los debe sortear para que sea sacrificado a Dios aquel al que la suerte designare, mientras que al otro se lo debe soltar en dirección a un intransitado y desolado desierto, convertido en el portador de las impurezas que llevan sobre sí los culpables que han sido purificados gracias a su conversión hacia un mejor género de vida, y se han lavado de su antigua rebeldía mediante su reciente acatamiento de la ley.
[106] Lev. XVI, 9 y 10.

189. El día quince, durante la luna llena, se celebra la fiesta llamada de los tabernáculos, [107] siendo bastante elevado el número de los sacrificios prescriptos para esta ocasión, como que durante siete días son sacrificados setenta becerros, catorce carneros y noventa y ocho corderos, todos animales ofrecidos en holocausto. Asimismo está mandado [108] considerar sagrado al octavo día; día sobre el que será preciso ocuparnos detenidamente cuando nuestra indagación acerca de las fiestas me refiera al conjunto de ellas. [109] El número de sacrificios que se ofrecen en este día es el mismo que en el día inicial del mes sagrado.
[107] Núm. XXIX, 12 a 34.
[108] Núm. XXIX, 36.
[109] *Sobre las leyes particulares* II, 211.

190. Quedan, pues, descriptos en la medida de mi capacidad los sacrificios colectivos ofrecidos en forma de holocaustos por nuestra nación, o para hablar con más propiedad, por todo el género humano. A los holocaustos acompaña cada día de fiesta la inmolación de un cabrito, llamado expiatorio, que se sacrifica para la remisión de las culpas, y cuyas carnes se apartan para aumento de los sacerdotes.[110]

[110] Núm. XXVIII, 15, 22 y 30 y XXIX, 5 y ss.

191. ¿Por qué motivo? Seguramente porque una fiesta es ocasión de regocijo, y el regocijo, no el ficticio sino el verdadero, consiste en que en el alma se halle firmemente establecida la sabiduría; sabiduría que no es posible adquirir con carácter estable si no se remedian las faltas y se destierran las pasiones. Sería absurdo, en efecto, que, mientras cada una de las víctimas ofrecidas en holocausto es sacrificada solo si se la encuentra libre de todo defecto o daño, la inteligencia del que la ofrece no estuviera purificada en todo sentido, y limpia mediante las lustraciones y abluciones que la recta razón de la naturaleza derrama a través de oídos sanos y no corrompidos en las almas amantes de Dios.

192. Pero a lo dicho convendrá agregar lo siguiente. El desahogo y descanso de las fiestas ha abierto ya en muchas ocasiones incontables vías para ¡as transgresiones. Es que el inmoderado beber y los excesos en el comer acompañados de la embriaguez despiertan los insaciables apetitos del vientre y encienden además las apetencias de las partes situadas bajo el vientre; y fluyendo y derramándose en todas direcciones, producen un torrente de incontables males, resultando la licencia propia de una fiesta estímulo y garantía de total inmunidad.

193. Habiendo observado esto, no permitió Moisés que nuestras fiestas fueran como las de los otros pueblos. Por el contrario, ordenó en primer lugar a los participantes conservar la continencia en medio de su regocijo, poniendo freno a los impulsos hacia el placer. En segundo lugar los convocó hacia el santuario para participar en los himnos» plegarias y sacrificios, a fin de que se sintieran atraídos hacia la continencia y la piedad a la vez bajo la influencia del lugar y de las cosas en él observadas y oídas a través de los más elevados de los sentidos: la vista y el oído. Finalmente, mediante el sacrificio expiatorio, procuró que no continuaran obrando mal. Medida razonable, pues quien pide el perdón de las faltas que ha cometido no es tan miserable que en el momento en que suplica el perdón por las faltas pasadas se apreste a cometer otras nuevas.

194. XXXVI. Después de haber discurrido con tanto detenimiento sobre estos asuntos, el legislador da comienzo a la clasificación de las distintas especies de sacrificios. Los divide en tres clases principales, y los denomina holocaustos, de preservación y expiatorios. Luego reviste a cada uno con el ornato del ritual apropiado, procurando combinar lo más posible el decoro con la reverencia.

195. La clasificación es excelente en sumo grado y muy acorde con la naturaleza de las cosas, guardando una lógica relación con ellas. Si se quisiere, en efecto, examinar con detención los motivos por los cuales pareció bien a los primeros hombres practicar sacrificios para dar gracias y suplicar juntamente, se hallará que las causas fundamentales fueron dos. Una, el rendir homenaje a Dios, lo que se lleva a cabo por Dios mismo, sin que medie otro móvil, como algo necesario y elevado. La otra, el provecho que se deriva para los que ofrecen los sacrificios; provecho doble: consistente por una parte en la participación en bienes; y en la liberación de males por otra.

196. Consecuentemente, la ley asignó el sacrificio en holocausto [111] al motivo centrado en Dios, motivo que solo a Él tiene en cuenta. Este sacrificio, por ser total y completo, se adecúa a un motivo total y completo, que no encierra nada de humano egoísmo. En cuanto al motivo centrado en los intereses humanos, como este punto de vista admite una división, el legislador también distinguió dos casos, asignando a la participación de bienes el sacrificio que llamó de preservación; y a la liberación de males el expiatorio.

[111] *Holókautos* (de *halos = completo,* y *kautós — quemado)* significa literalmente *"quemado por completo"* o *"consumido totalmente por el fuego".*

197. De modo que, como era lógico esperar, los sacrificios son tres y tres los motivos: el holocausto, por Dios mismo, al que corresponde honrar solo por Él, sin otro motivo alguno; los otros por nosotros; el de preservación, por la preservación y mejoramiento de las cosas humanas; el expiatorio, por la reparación de las faltas cometidas por el alma.

198. XXXVII. Hemos de referirnos a las prescripciones tocantes a cada uno de ellos, comenzando por el más excelente, que es el holocausto. Dice [112] que, en primer lugar, la víctima debe ser un animal macho de los considerados mejores para los sacrificios, es decir, un becerro, un cordero o un cabrito. En segundo lugar, el donante, una vez lavadas sus manos, debe colocarlas sobre la cabeza de la víctima.
[112] Lev. I, 3 y ss.

199. Y después de esto, uno de los sacerdotes debe tomarla y sacrificarla; y otro, sosteniendo una copa, recibir la sangre, para luego, dando vuelta en tomo del altar, derramarla. Una vez desollada completamente, la víctima será dividida en partes completas, y, lavados el vientre y las patas, será de inmediato entregada al sagrado fuego del altar, con lo que habrá seguido el proceso de lo uno a lo múltiple, y de lo múltiple a lo uno. [113]
[113] Ver el parágrafo 208.

200. Eso es lo que dice literalmente esta prescripción. Pero ella encierra otro sentido, el que expresa mediante símbolo una revelación oculta; que las palabras son símbolos visibles de cosas oscuras e invisibles. En primer lugar, la víctima del holocausto es macho porque el macho es más perfecto, más dominante y más estrechamente vinculado a la actividad productiva; en tanto que la hembra es incompleta, sumisa y pertenece al orden de los seres pasivos antes que al de los activos.

201. Y siendo dos los elementos por los que está constituida nuestra alma, el racional y el irracional; el primero, que corresponde a la inteligencia y la razón, pertenece al género masculino; mientras que el segundo, concedido a la sensibilidad, pertenece al género femenino. Y como, del mismo modo que el hombre es completamente superior a la mujer, lo es también el género al que pertenece la inteligencia con respecto al de la sensibilidad, si la inteligencia es irreprochable y está purificada por las purificaciones propias de la virtud perfecta, ella misma constituye el más santo de los sacrificios, siendo en su totalidad y en cada una de sus partes muy grata a Dios.

202. Las manos extendidas sobre la cabeza del animal resultan ser un clarísimo signo de irreprochables acciones y de una vida libre de toda censura, que transcurre en armonía con las leyes y normas de la naturaleza.

203. La ley quiere, en efecto, en primer lugar, que la inteligencia del que ofrece el sacrificio se santifique ejercitándose en nobles y provechosos pensamientos; y en segundo lugar, que su vida esté constituida por excelentes acciones, de tal modo que al posar sus manos pueda, con una franqueza derivada de su conciencia pura, decir más o menos lo siguiente:

[204.] "Estas manos no han recibido ni presentes por cometer injusticias ni partes de botín de robo o fraude alguno; ni se han manchado con sangre inocente, ni han producido mutilación o herida, ni cometido ultraje o violencia, ni han servido en ningún caso para otra cosa alguna de

las que merecen reprobación o reproche; antes bien, han llegado a ser humildes servidoras de todas las cosas buenas y provechosas que gozan de estima ante la sabiduría, las leyes y los hombres sabios y respetuosos de la ley.

205. XXXVIII. La sangre es derramada en círculo alrededor del altar porque el círculo es la más perfecta de las figuras; y para que ninguna parte quede desierta o vacía de la espiritual libación. Porque, hablando con propiedad, la sangre es una libación del alma. Simbólicamente, pues, nos enseña que la inteligencia toda, en todas sus partes, moviéndose acompasadamente y en círculo en medio de todas las formas de las palabras, las intenciones y los hechos, pone de manifiesto su celo por complacer a Dios.

206. La prescripción de lavar el vientre y las patas contiene un profundo sentido simbólico. En la figura del vientre se alude a la concupiscencia, la que conviene lavar pues se halla llena de oprobios, manchas, embriaguez y licencia de beodo, siendo un funestísimo mal, forjado y preparado para acarrear dolor a la vida de los hombres.

207. El lavado de las patas significa el no marchar en adelante sobre la tierra, sino remontarse hacia las regiones etéreas. El alma del que ama a Dios lánzase verdaderamente desde la tierra hacia lo alto en dirección al cielo y, convertida en alado ser, se remonta hasta las cosas celestes., ansiosa de ocupar un lugar al lado del sol, de la luna, y del sacratísimo y pleno de armonía ejército de los demás astros, y participar en el coro de ellos bajo la dirección y conducción de Dios, el poseedor de la incontrovertida y inderrocable realeza, mediante la cual cada cosa es gobernada con justicia.

208. El descuartizamiento del animal en sus miembros indica o bien que todas las cosas constituyen una sola o bien que proceden de una y retornan a la unidad; proceso llamado por algunos saciedad y necesidad,[114] y por otros conflagración y reordenación;[115] conflagración, que se produce cuando prevalece el fuego ejerciendo su dominio sobre los otros elementos; y reordenación, que tiene lugar cuando los cuatro elementos operan en pie de igualdad equilibrándose recíprocamente.

[114] Términos de la filosofía de Heráclito. Ver *Interpretación* alegórica III, 7.

[115] Ver *Sobre la herencia de las cosas divinas* 228.

209. Pero mis reflexiones me han llevado a pensar que más acertada es la siguiente explicación. El alma que al rendir honor al Que Es lo hace solo por Él mismo, debe honrarlo no de modo irracional o con ignorancia, sino con conocimiento y discernimiento. Y al razonar sobre Él reconocemos Su división y distribución en cada una de las Divinas potencias [116] y excelencias. Dios, en efecto, es bueno, y es el hacedor y engendrador de todas las cosas y Su providencia se extiende sobre todo lo que ha creado; es salvador y benefactor, pleno de felicidad y de toda bienaventuranza; y cada una de estas cosas es merecedora de veneración y alabanza tanto por sí misma separadamente, como agrupada con las de su misma especie.

[116] Ver *Sobre la huida y el hallazgo* 95 y ss.

210. ,Y lo mismo,[117] tratándose dé las demás cosas. Cuando quieras, oh inteligencia, agradecer a Dios por la creación del mundo, haz que tu agradecimiento sea no solo por el universo como una totalidad, sino además por sus principales partes, considerándolas como miembro i de un ser viviente de perfección suma. Tales partes son el cielo, el sol, la luna, las estrellas errantes y las fijas; luego la tierra y los animales y plantas que hay en ella; después los mares y los ríos, así los que brotan de fuentes como los alimentados por las lluvias invernales, y cuanto ellos contienen; luego el aire y los cambios que tienen lugar en él, pues el

invierno y el verano, la primavera y el otoño, es decir, las estaciones del año, inmensamente beneficiosas para los seres vivientes, son modificaciones del aire, el que se transforma para la conservación de los seres sublunares.
[117] Es decir, el principio de la división de cada todo en sus parles rige en todo el universo.

211. Y si se fuere por los hombres por quienes dieres gracias, agradecerás no solo por el género humano, sino también por sus especies y sus más esenciales partes: hombres y mujeres, helenos y no helenos, habitantes de continentes y poseedores de islas. Y si tu agradecimiento fuere por un solo hombre, divide tu acción de gracias en el número que corresponde, no ya a las más pequeñas partes de él, incluidas las más ínfimas, sino a las más genéricas; en primer lugar, al cuerpo y al alma, de los que está compuesto; luego a la palabra, a la inteligencia y a la sensibilidad; que tampoco el agradecimiento por cada una de éstas habrá de ser por sí mismo indigno de ser escuchado por Dios.

212. XXXIX. Acerca del sacrificio en holocausto basta con lo dicho. A continuación hemos de considerar el llamado sacrificio de preservación. En este caso es indiferente si la víctima es animal macho o animal hembra. Una vez degollada la víctima, se ponen aparte sobre el altar estas tres cosas: la grasa, el lóbulo del hígado y los dos riñones. El resto queda para banquete de quien ha ofrecido el sacrificio.
213. Preciso es que consideremos cuidadosamente por qué estas partes de las entrañas son sacrificadas; y no hemos de pasar por alto lo siguiente. Muchas veces discurriendo y examinando la cosa a solas, me he preguntado por qué la ley hace apartar como primicias el lóbulo del hígado, los riñones y la grasa de los animales sacrificados, y no el corazón ni el cerebro, siendo así que la parte rectora [118] del ser viviente reside en uno u otro de ellos.[119]
[118] La inteligencia.
[119] Ver *Sobre los sacrificios de Caín y Abel* 136.

214. Y pienso que el mismo problema intrigará a no pocos otros de los que leen las sagradas escrituras más con el entendimiento que con los ojos. Si ellos, después de examinar el caso, hallaren una causa más convincente, se beneficiarán a sí mismos y a mí. Si no, decidan si es aceptable la que se me ha ocurrido a mí. Es la siguiente. La parte rectora de nuestro ser es la única porción de él que recibe y conserva la insensatez, la injusticia, la cobardía y los demás vicios; y ella reside en uno u otro de los lugares mencionados: el cerebro o el corazón.

215. Por ello la sagrada palabra ha considerado que no es bueno acercar al altar de Dios, altar que es instrumento de absolución y completa remisión de todos los pecados y transgresiones, un recipiente en el que la inteligencia ha establecido su guarida para desde allí salir hacia el intransitable camino de la injusticia y la impiedad, volviendo espaldas a la ruta que conduce hacia la virtud y la vida noble. Sería, en efecto, una locura que los sacrificios produjeran el recurso en vez del olvido de los pecados. Esta es, a mi parecer, la causa por la que ni una ni otra de las partes que poseen la preeminencia, vale decir, el cerebro y el corazón, es llevada al altar.

216. En cuanto a las partes escogidas expresamente, hay motivos apropiados para ello. La grasa es la parte más rica y constituye una protección para las entrañas, puesto que las cubre, las engorda y las beneficia con la suavidad de su contacto. Los riñones han sido escogidos por hallarse situados junto a los testículos y los órganos de la generación, a los que ayudan como buenos vecinos, colaborando para que la simiente fluya fácilmente, sin que ninguna de las partes cercanas lo obstaculice. Los riñones, en efecto, son receptáculos de color sangre, por los cuales se segrega el desecho húmedo de los excrementos; y junto a ellos se encuentran los

testículos, a través de los cuales se riega el semen. El lóbulo del hígado es una primicia de la más importante de las entrañas; y a través de él tiene lugar la conversión del alimento en sangre, la que, irrigada al corazón, es conducida a través de las venas para la conservación de todo el cuerpo.

217. En efecto, el conducto del estómago, que se halla situado junto a la garganta, recibe el alimento, que previamente ha sido cortado y luego triturado por los dientes; y lo prepara para el estómago. Este lo recibe del conducto y cumple un segundo cometido, para el que lo ha destinado la naturaleza, transformándolo en jugo. Y del estómago parten dos conductos en forma de canales hacia el hígado, los que derraman ese jugo-en los receptáculos que se dan dispersos en éste.

218. En cuando al hígado, éste tiene dos propiedades: la de separar y la de producir sangre. Como separador secreta hacia el recipiente de la bilis, situado junto a él, todo cuanto hay de duro y difícil de transformar; y por su otra capacidad, mediante el calor que contiene, transforma el líquido puro, ya filtrado, en sangre llena al máximo de poderes vivificantes; y la impulsa hacia el corazón; desde el cual, irrigada a las venas, como dije, circula a través de todo el cuerpo, convertida en alimento para el mismo.

219. A lo dicho cabe agregar lo siguiente.[120] Siendo la naturaleza del hígado elevada [121] y sumamente suave, sucede que en mérito a esa suavidad le ha cabido el papel de luminosísimo espejo, de modo que la inteligencia, cuando se halla ya libre de las preocupaciones del día, postrado el cuerpo por el sueño, y no obstaculizándola ya ninguno de los sentidos, comienza a volverse hacia sí misma y a examinar en toda su pureza sus propios pensamientos. Para ello dirige su mirada hacia el hígado, como hacia un espejo, y contempla límpidamente cada una de las cosas captables intelectualmente; y oteando en torno las imágenes para ver si contienen algo inconveniente, desecha lo malo y elige lo opuesto; y entendiendo ser satisfactoria la totalidad de sus visiones, predice a través de los sueños futuros acontecimientos.

[120] La teoría que sigue está tomada de Platón Tuneo 71.

[121] Es difícil entender qué ha querido significar Filón con el término *metéoros* = *elevado,* sentido que no se apoya en ninguna afirmación de Platón en el pasaje indicado del Timeo.

220. XL. Solo por dos días está permitido [122] hacer uso de la víctima del sacrificio de preservación para el consumo, no pudiéndose dejar nada para el tercero. Las razones son varias. Una es que todos los manjares de la mesa sagrada deben ser consumidos sin dilación, para evitar que el transcurso del tiempo los corrompa. Y la carne del día anterior es por naturaleza fácil de descomponerse, aun cuando estuviere protegida por condimentos.

[122] Ley. XIX, 5 y 6.

221. Otro motivo es que conviene que los restos de las víctimas no sean almacenados, sino puestos al alcance de todos los que tienen necesidad, ya que en adelante no pertenecen a quien ofreció el sacrificio sino a Aquel a quien se ofreció, el cual es benefactor y dadivoso, y hace partícipes de Su altar y comensales Suyos a los convidados que han ofrecido los sacrificios, a los cuales advierte que no deben pensar que su papel es el de anfitriones, ya que ellos son simples mayordomos,[123] no dueños de casa. El anfitrión es Aquel a quien realmente pertenecen los alimentos preparados, los que no es lícito ocultar optando por la tacañería, vicio propio de esclavos, antes que por el amor a los semejantes, virtud de noble estirpe.

[123] O simplemente *administradores* de los bienes del amo.

222. Una última razón es el hecho de que el sacrificio de preservación se lleva a cabo en

beneficio de los elementos: el alma y el cuerpo, a cada uno de los cuales le está asignado un día para el festín con las carnes. Es acertado, en efecto, el haberse señalado para los dos elementos de nuestro ser capaces de ser preservados el mismo lapso, porque de ese modo alcanzamos en el primer día el recuerdo de la preservación del alma; y al día siguiente, el de la buena salud del cuerpo.

223. Mas, no existiendo un tercer elemento que pueda realmente ser objeto de preservación, la ley ha prohibido categóricamente el consumo de la carne en el tercer día, y ha prescripto que, en el caso de que o por ignorancia o por descuido quedase casualmente algo de ella, debe ser de inmediato consumido por el fuego. Si alguno la comiere, aun cuando no comiere más que eso, Dios lo declara culpable [124] y le dice: "Tú piensas, hombre ridículo, que has llevado a cabo un sacrificio; pero no existe realmente tal sacrificio tuyo. Nada he aceptado de las carnes sacrílegas, impías, profanas e impuras que tú has cocido, oh glotón, que ni en sueños te has percatado de lo que son los sacrificios".
[124] Lev. XIX, 7 y 8.

224. XLI. En la clase de los sacrificios de preservación se incluye el llamado sacrificio de alabanza;[125] el cual se justifica por lo siguiente. Aquel que no ha tenido que soportar adversidades ni en lo que hace a su persona ni en lo que toca a las cosas exteriores, y, por el contrario, lleva una vida de paz, ajena a todo conflicto, siendo la suya una situación de bienestar y éxito, no expuesto a desastres ni tropiezos, recorriendo rectamente el extenso mar de su vida en medio de circunstancias serenas y calmas, pues para él sopla siempre la brisa de la prosperidad junto al timón; ese. no puede menos que retribuir piadosamente a Dios, su piloto, quien le brinda una salud no expuesta a enfermedades, beneficios que no acarrean daños, y, en general, bienes sin mezcla de mal; y habrá de hacerlo mediante himnos, bendiciones, plegarias, sacrificios y las demás expresiones de gratitud, con religiosa intención. Y todas estas muestras de gratitud juntas constituyen un conjunto que recibe el único y común nombre de alabanza.
[125] Lev. VII, 2 y 3.

225. En el caso de este sacrificio no se prescribe que se empleen dos días como en el anterior de preservación, sino uno solamente.128 El fin de ello es que aquellos que han hallado beneficios sin dificultad, al alcance de sus manos, los retribuyan también sin dificultad ni demora.

226. XLII. Sobre esto, nada más. A continuación debemos examinar el tercer tipo de sacrificios, el llamado sacrificio expiatorio. Este se divide en muchas clases, de acuerdo con las personas, y de acuerdo con las clases de víctimas.[127] Según las personas se distinguen: el del sumo sacerdote, el de toda la nación, el de quien ejerce un cargo público y el del hombre común. Según las víctimas se dividen en el de un becerro, el de un macho cabrío, el de una cabra y el de una cordera.
[127] Lev. VII, 5.

227. Otra distinción fundamentalísima es la que divide las faltas en voluntarias e involuntarias; por cuanto los que, habiendo caído en la cuenta de sus faltas, se reprochan a sí mismos por los errores cometidos, emprenden un cambio hacia mejores costumbres y se orientan hacia una vida irreprochable.

228. Pues bien, las faltas del sumo sacerdote y las de la nación se purifican mediante un animal de la misma categoría, pues está establecido que en uno y otro caso se ofrende un

becerro; las del gobernante purifícanse mediante uno inferior, pero macho también éste, como que la víctima es un macho cabrío; las del hombre común, mediante uno de una categoría más baja aún, pues se sacrifica una víctima hembra, una cabra, no un macho.

229. Correspondía, en efecto, que también tratándose de sacrificios el gobernante ocupara una posición superior a la del hombre común, y la nación una superior a la del gobernante, por cuanto necesariamente el todo es siempre superior a la parte; y que el sumo sacerdote fuera juzgado merecedor de la misma precedencia que la nación en lo que toca a la purificación y la súplica dirigida a la potencia propicia de Dios por el perdón de las faltas. Pero la igualdad de prerrogativa no la goza, evidentemente, por propio merecimiento, sino, más bien, porque se trata del servidor de la nación que tiene a su cargo elevar las acciones de gracia colectivas en nombre de todos mediante las más santas de las plegarias y los más puros de los sacrificios.

230. Magnífico y admirable es lo dispuesto acerca de estos sacrificios. "Si el sumo sacerdote", dice, "incurriere en falta involuntariamente", y agrega, "de manera que el pueblo incurra en falta.. ," [128] Con ello nos enseña de modo casi directo que el sumo sacerdote de verdad, no el llamado así falsamente, está libre de faltas; y si alguna vez llega a cometer una, le pasará esto no por su culpa, sino por una falta colectiva de la nación; falta que, por otra parte, no es incurable, sino admite fácilmente remedio.

[128] Lev. IV, 3. Aquí el sentido normal de *hóste = de manera que,* difícilmente compagina con la conclusión que sigue, la que más bien puntualiza que la falta del sumo sacerdote es consecuencia que causa de la falta del pueblo.

231. Y así, manda la ley [129] que, una vez que el becerro haya sido degollado, el sacerdote salpique siete veces con el dedo un poco de sangre contra el velo que mira al santuario, más allá del primer velo, en el lugar en el que se hallan colocados los sagrados muebles; que acto seguido proceda a untar y ungir los cuatro extremos del altar, el cual es cuadrangular; y que el resto de la sangre lo derrame a los pies del altar situado al aire libre.

[129] Lev. IV, 6 a 12.

232. Tres cosas está mandado llevar a este altar: la grasa, el lóbulo del hígado y los dos riñones, al igual que lo dispuesto en el caso del sacrificio de preservación. En cambio, la piel, la carne y todo el resto del cuerpo desde la cabeza hasta las patas, incluidas las entrañas, deben conducirse afuera y ser quemadas en un lugar abierto, a donde es llevada desde el altar también la sagrada ceniza. Para el caso de las faltas de la nación entera rigen idénticas prescripciones.

233. Si, en cambio, la falta ha sido cometida por algún gobernante, la purificación, como he dicho, tiene lugar mediante un macho cabrío; y si es de un hombre común, mediante una cabra o cordera. Al gobernante, en efecto, le ha sido asignado un animal macho, y al hombre común un animal hembra. Las restantes disposiciones son las mismas para ambos casos: untar con sangre los extremos del altar situado en el espacio abierto; ofrecer en él la grasa, el lóbulo del hígado y los dos riñones; y entregar el resto a los sacerdotes para su alimento.

234. XLIII. Pero, como aparte de las faltas cometidas contra nuestros semejantes existen otras contra las cosas sagradas y santas, la ley, además de lo que ha establecido acerca de las consumadas contra los hombres, determina [130] que para la purificación en el caso de las que atentan contra las cosas sagradas, se aplaque a Dios mediante un carnero, previa reparación del daño con el pago del valor estimado más un quinto del mismo.

[130] Lev. V, 15 y 10.

235. Después de establecer estas y otras disposiciones análogas sobre las faltas involuntarias, el legislador fija a continuación las relativas a las voluntarias.[131] Si alguien, dice, hubiere mentido acerca de un condominio o de un depósito o de un robo o del hallazgo de lo que otro hubiere perdido; y, siendo sospechoso, al exigírsele juramento, hubiere jurado en falso y apareciere libre ya de los cargos de sus acusadores en contra de él, pero entonces se convirtiere él mismo en su propio acusador, convicto interiormente por su propia conciencia, y se reprochare a sí mismo el haber negado y jurado falsamente; y reconociendo públicamente la injusticia, pidiere perdón,

[131] Lev. V, 20 a 26.

[236.] a este tal la ley manda que se le conceda el perdón con la condición de que confirme su arrepentimiento, no con una promesa, sino con hechos, vale decir, con la restitución del depósito o de lo robado o de lo hallado o, en general, de lo arrebatado al prójimo, agregando además un quinto para compensar la falta.

237. Una vez que haya dejado conforme a la persona damnificada, debe acto seguido ir además hacia el altar, dice la ley, a suplicar el perdón de su falta, llevando consigo como irreprochable abogado la convicción de su culpa impresa en el alma; convicción que lo ha preservado de una irremediable desgracia, desterrando de él la mortal dolencia y conduciéndolo hacia una salud perfecta.

238. Y también a éste le está prescripto el sacrificio de un carnero, lo mismo que al que ha faltado contra las cosas santas; porque la ley considera de importancia paralela la falta involuntaria tocante a las cosas sagradas y la voluntaria que afecta a las cosas humanas; si no es que también ésta entra en la esfera de lo sagrado por ir acompañada de un juramento, que no ha sido pronunciado con honestidad, aunque fue rectificado mediante un cambio hacia un mejor rumbo.

239. Preciso es observar, por otra parte, lo siguiente. Las porciones de la víctima del sacrificio expiatorio que se llevan al altar son las mismas que se llevan en el sacrificio de preservación,[132] vale decir, el lóbulo de hígado, la grasa y los riñones; lo que se explica porque en cierto modo el que se arrepiente se preserva, ya que vuelve espaldas a una enfermedad del alma más peligrosa aún que las que afectan al cuerpo.

[132] Tratado en los parágrafos 212 a 223.

240. Pero, en cambio, la manera como se separan las restantes partes del animal para que sirvan de alimento es diferente. La diferencia es triple: en el lugar, en el plazo y en los que las reciben.[133] En efecto, el lugar es el templo; el plazo, un día en vez de dos; los que las reciben, sacerdotes; no las personas que ofrecen el sacrificio, sino sacerdotes también de sexo masculino.[134]

241. La ley no permite llevar la carne fuera del templo, pues quiere que, cualquiera fuere la falta cometida anteriormente por el ahora arrepentido, dicha falta no tome estado público divulgada por las torcidas opiniones y desbocadas lenguas de los malévolos y ruines, y quede a merced de los reproches y las calumnias. Dispone, en cambio, que se mantenga dentro del sagrado recinto, dentro del cual ha tenido lugar también la purificación.

[133] Lev. VII, 2 a 7. Sin embargo en los versículos indicados no se menciona lo del piazo de un solo día.

[134] Lev. VI, 11. Aunque aquí se refiere el mandato al resto de la ofrenda llamada *minjá,* en el

versículo se ha aclarado que están en pie de igualdad con ésta los sacrificios expiatorios.

242. XLIV. La prescripción de que la víctima sacrificada sirva para convite de los sacerdotes se debe a varias razones. En primer lugar, el honor que ello significa para los que ofrecen sacrificios, puesto que la dignidad de los comensales redunda en prestigio de los anfitriones; [135] en segundo lugar, la confianza firmísima de haber alcanzado la misericordia de Dios que despierta en aquellos a quienes sobreviene el arrepentimiento de sus faltas, ya que Dios no hubiera llamado a Sus servidores y ministros a participar en tal convite, si aquel no hubiera sido completamente perdonado. En tercer lugar, el hecho de que a ningún sacerdote le está permitido oficiar en los sagrados ritos si no es completo, como que el más leve defecto motiva su exclusión del cargo.[136]

[135] No obstante haber declarado en el parágrafo 222 que los oferentes del sacrificio no son los verdaderos anfitriones, sino meros mayordomos o administradores de los alimentos que desde la presentación de la ofrenda pertenecen a Dios

[136] No es claro el sentido con que esta afirmación encuadra en el contexto. Por lo que sigue parece querer destacar Filón el alto honor de proporcionar alimentos para comensales tan seleccionados; aunque tal afirmación sería una redundante reiteración de lo dicho renglones más arriba. Por otra parte, en el parágrafo 117 se ha declarado que el menoscabo físico impide al sacerdote la práctica de los actos de culto pero no lo aparta de las comidas sagradas.

243. La ley anima ciertamente a los que han abandonado ya la senda de las iniquidades, con el pensamiento de que su resolución de purificarse les proporciona un lugar en la clase sacerdotal y los aproxima a la alta jerarquía de los sacerdotes. De allí también que la víctima del sacrificio expiatorio sea consumida en un solo día, norma que nos enseña que si las malas acciones deben ser diferidas, encarándolas con lentitud y postergaciones, en el recto obrar, en cambio, debe procederse con celeridad y premura.

244. Las víctimas inmoladas en nombre del sumo sacerdote y de la nación para expiación de una transgresión no se preparan para servir de alimento, sino son consumidas por el fuego sobre las sagradas cenizas, como he dicho. Es que nadie es superior al sumo sacerdote ni a la nación como para desempeñar la función de intercesor por las faltas de ellos.

245. Es, por lo tanto, razonable que la carne sea consumida por el fuego, a imitación de los holocaustos, para honra de las personas interesadas; y no porque los sagrados juicios estén condicionados por la dignidad de las mismas, sino porque las faltas de los grandes de la virtud y verdaderamente santos son de tal naturaleza que se tienen por acciones rectas si otros las llevan a cabo.

246. En efecto, así como el llano fecundo y rico, aunque en alguna ocasión se tornare improductivo, produce más fruto que el que es estéril por naturaleza, del mismo modo, las esterilidades en el campo de lo bueno y noble resultan ser en las personas honradas y amantes de Dios superiores a las ocasionales acciones rectas de los hombres ruines, ya que nada honesto se resuelven a hacer estos por propia determinación.

247. XLV. Después de dar a conocer estas prescripciones acerca de cada clase particular de sacrificios, es decir, el holocausto, el de preservación y el expiatorio, la ley establece otro que es vínculo común entre los tres, para poner de manifiesto la estrecha vinculación y hermandad que los une. Este lazo que los vincula se llama el gran voto.[137]

[137] Núm. VI, 1 a 12. Ver *Sobre la inmutabilidad de Dios* 100.

248. Preciso es que digamos por qué ha recibido esta denominación. Cuando las personas han hecho ya ofrenda de las primicias de cada parte de lo que poseen, trigo, cebada, aceite, vino y los más hermosos frutos de los árboles, amén de los primogénitos machos de sus animales, consagrando las especies puras y pagando la compensación equivalente en el caso de los no puros; entonces, como ya no poseen más recursos materiales con los cuales dar muestras de su piedad, dedícanse y conságranse ellos mismos dando pruebas de una piedad superior a toda ponderación y de una excelsa devoción a Dios. Por ello la denominación de gran voto es apropiada, ya que lo mejor que cada uno posee es su propia persona, y en este caso la cede renunciando a ella.

249. Al que ha formulado este voto el legislador le prescribe lo siguiente. En primer lugar, que, teniendo presente que durante ese tiempo oficiará como un sacerdote, no tome ni vino puro, "ni cosa alguna hecha con uva", ni beba otra bebida embriagante alguna capaz de arruinar al entendimiento. Y ciertamente, a los sacerdotes durante el ejercicio de sus funciones sagradas les está vedado beber bebidas embriagantes, debiendo saciar su sed con agua.

250. En segundo lugar, prescríbele no cortarse el pelo de la cabeza, con lo que proporciona a los que lo ven un claro signo de que no adultera la legítima moneda de su voto. En tercer lugar, mándale que conserve puro y sin manchas su cuerpo hasta el punto de evitar aproximarse a sus padres o hermanos muertos, con lo que la piedad, cuyo triunfo es siempre noble y provechoso a la par, prevalece sobre el natural afecto y solidaridad hacia aquellos seres que nos son familiares y queridísimos.

251. XLVI. Al llegar el último día, debe, por mandato de la ley,[138] llevar para quedar liberado de su voto tres animales: un cordero, una cordera y un carnero; el primero para un holocausto, la segunda para un sacrificio expiatorio, y el tercero para uno de preservación.
[138] Núm. VI, 13 y 14.

252. Con todos estos sacrificios guarda cierta relación el que ha hecho el voto: con el holocausto, porque no solamente ofrece las restantes primicias sino también a sí mismo;[139] con el expiatorio, porque es hombre, y todo ser creado, por perfecto que fuere, no escapa al delinquir;[140] y con el de preservación, porque ha adoptado como autor de su preservación al verdadero salvador, que es Dios; y no a los médicos y los poderes de curación de los mismos. Porque los médicos son seres perecederos, mortales, incapaces de asegurar la salud ni siquiera a sí mismos, y sus poderes no aprovechan a todos ni a la misma persona en todas las ocasiones, antes bien, a veces hasta dañan en grande; puesto que es a Otro a quien corresponde el dominio sobre tales poderes y sobre quienes los emplean.
[139] El holocausto implicaba la quema completa de la víctima; la ofrenda en el caso del gran voto es también completa pues incluye hasta la persona del oferente. En eso consiste la relación.
[140] Y ha de expiar, consiguientemente, su falta.

253. Admirable es, a mi juicio, el hecho de que ninguno de los tres animales llevados para estos diferentes sacrificios sean de una especie distinta de los otros, siendo, en cambio, de la misma los tres: un carnero, un cordero y una cordera. Es que la ley como dije un poco más arriba, quiere por este medio mostrar que las tres clases de sacrificios están estrechamente emparentadas, ya que el que se arrepiente se conserva, el que se preserva de las enfermedades del alma se arrepiente de ellas; y uno *y* otro se apresuran hacia una perfecta y cabal disposición de espíritu, simbolizada por el sacrificio en holocausto.

254. Ahora bien, como el autor del voto ha hecho la promesa de ofrecerse a sí mismo; y, no siendo lícito que el altar se manche de sangre humana, pero sí absolutamente necesario que alguna parte suya sea sacrificada, la parte que, impulsado por su celo, escoge es una que puede ser separada sin provocar dolores ni mutilación. En efecto, lo que corta son los cabellos de su cabeza, ramas superfluas que brotan en el cuerpo,[141] semejantes a las de un árbol; y los pone en el fuego en el que es cocida la carne del sacrificio de preservación. Esta es la vía apropiada para que, no estándole permitido al autor del voto conducirse a sí mismo al altar, al menos una de sus partes se convierta en elemento de una de las clases de sacrificios, sirviendo como combustible de la sagrada llama.
[141] O *de las partes análogas a los vegetales contenidas en el cuerpo.*

255. XLVII. Estas disposiciones [142] rezan por igual para todas las demás personas, pero también los sacerdotes deben llevar alguna primicia como ofrenda al altar, y no creer que los servicios y sagrados menesteres para los que han sido destinados traen aparejada la exención de hacerlo. Pero la primicia conveniente para los sacerdotes no debe proceder de ningún ser con sangre, sino de la más pura especie de alimento humano.[143]
[142] Las prescripciones relativas a sacrificios y ofrendas.
[143] Lev. VI, 12 a 16.

256. En efecto, el sacrificio perfecto de los sacerdotes consiste en la ofrenda de flor de harina, la décima parte de la sagrada medida [144] por día, una mitad a la mañana temprano y la otra al atardecer, frita en aceite y sin que nada de ella se reserve para alimento, porque por Divino mandato todo sacrificio ofrecido por un sacerdote es en holocausto, y nada de él se aparta para ser comido.
Habiendo, pues, descripto, hasta donde nos era posible, lo relativo a los sacrificios mismos, a continuación hablaremos también acerca de quienes los ofrecen.
[144] Del *efá* o *efí,* medida para áridos de 38,88 litros.

257. XLVIII. Quiere la ley que el que ofrece sacrificios sea puro de cuerpo y alma; purificada el alma de las pasiones, enfermedades, flaquezas y vicios así en las palabras como en las obras, y liberado el cuerpo de cuanto habitualmente lo mancha.

258. Y para una y otro ha determinado la correspondiente purificación: para el alma mediante los animales que son preparados para ser sacrificados; y para el cuerpo, mediante baños y abluciones. De estos hablaremos más adelante pues corresponde que a la parte superior y rectora de nuestro ser, el alma, se le asigne también la precedencia en nuestra exposición.

259. ¿En qué, pues, consiste la purificación del alma? Observa, dice el legislador, cómo la víctima que llevas, amigo, es completa y libre totalmente de cosa reprochable, seleccionada como el mejor entre muchos animales por el imparcial juicio y la agudísima visión de los sacerdotes, a los que la continua práctica ha capacitado para dictaminar en forma irrecusable. Porque, si observas esto, no con los ojos sino con la razón, te lavarás de tus faltas y de todas las impurezas con que te has manchado durante tu existencia, unas veces por circunstancias ajenas a tu voluntad, otras con deliberado propósito.

260. Hadarás que tan cuidadoso examen del animal encierra una revelación de carácter simbólico sobre el mejoramiento de tus costumbres. La ley, en efecto, atañe a los que están dotados de inteligencia y razón, no a seres irracionales; y por lo tanto, se preocupa, no porque las víctimas sacrificadas no tengan defecto alguno, sino porque los que ofrecen el sacrificio no sufran la corrupción de ninguna pasión.

261. Como he dicho, la ley establece que se purifique el cuerpo mediante baños y abluciones, y no permite que una persona se haga las abluciones o se bañe una vez nada más, y de inmediato penetre dentro de los sagrados recintos. El mandato es que se mantenga fuera durante siete días y practique las aspersiones en el tercero y en el séptimo; y después de esto concede al ya purificado el libre acceso y la licencia para ofrecer su sacrificio.

262. XLIX. Hemos de examinar también cuan grande previsión y sabiduría encierra esto. Casi todos los otros pueblos emplean agua para el lavado; los más el agua de mar, algunos la de los ríos, y otros la sacan de las fuentes en vasijas. Moisés, en cambio, dispone que sea ceniza, residuo del fuego sagrado, y de la manera que en seguida se expondrá. Dice que se debe tomar la ceniza y, después de echarla en un vaso, agregarle de inmediato agua, para luego, sumergiendo las ramas de un hisopo, regar con la mezcla a los que se purifican.

263. No estaría desacertado quien dijera que la razón de ello es la siguiente. Quiere el legislador que los que van a servir al Que Es, primero se conozcan a sí mismos y su propia sustancia. Porque, ¿cómo el que no se conoce a sí mismo podría captar el poder de Dios, que está por sobre todas las cosas y a todas las trasciende?

264. Ahora bien, nuestra naturaleza en su parte corporal es tierra y agua; y de ella nos hace acordar el legislador mediante la purificación, entendiendo que la más provechosa purificación] consiste precisamente en eso: en que uno se conozca a sí mismo
y sepa de qué elementos indignos de estima alguna, la ceniza y el agua, está compuesto.

265. Porque, dándose cuenta de esto, al punto se alejará de la insidiosa presunción y, abatiendo su soberbia, complacerá a Dios y alcanzará el apoyo de Su potencia propicia [145] la que detesta la arrogancia. En cierto pasaje [146] se afirma, en efecto, y con toda propiedad, que el que emprende sus obras con arrogancia en las palabras y en los hechos provoca no solo a los hombres sino también a Dios, el hacedor de la igualdad y de toda excelencia.

[145] Ver *Sobre la huida y el hallazgo* 95 y ss.

[146] Núm. XV, 30.

266. Así pues, mientras ellos reciben las aspersiones, que los golpean y despiertan, por así decir; sus mismos elementos, la tierra y el agua, dejan oír su voz para decirles claramente: Nosotros somos las sustancias de vuestro cuerpo. La naturaleza, mezclándonos con Divina industria, nos modeló con forma humana. De nosotros fuisteis formados cuando entrasteis en la existencia; y en nosotros os desintegraréis de nuevo cuando os corresponda morir. Porque nada ha sido hecho para ser consumido en el no ser; y a los mismos elementos de los que procede, cada cosa habrá de retornar en su fin.

267. L. Tiempo es ya de que, según lo prometido, declare las particulares características de esta ceniza. Porque no se trata solamente de cenizas de maderas consumidas por el fuego, sino también de un animal apropiado para una purificación de esa naturaleza.

268. Manda, [147] en efecto, la ley que sea llevada fuera de la ciudad una novilla roja no uncida aún y sin defecto alguno, y degollada allí; y que el sumo sacerdote, tomando siete veces de su sangre, rocíe todo delante del santuario. Luego la quemará completamente incluso la piel, los cuernos, la sangre y el vientre lleno de excrementos. Cuando ya la llama fuere menguando, echará en la parte más central estas tres cosas: madera de cedro, hisopo y púrpura. Luego, una vez que el fuego se haya extinguido, un hombre puro deberá recoger las cenizas y depositarlas

en un lugar también puro fuera de la ciudad.
[147] Núm. XIX, 2 a 9.

269. Cuál es el sentido oculto de todo esto, manifestado a través de símbolos, es cosa que en otro lugar hemos examinado a fondo explicando la alegoría.[148] Preciso es, pues, que aquellos que se aprestan a concurrir al templo para tomar parte en un sacrificio lleven su cuerpo resplandeciente, y más aún que su cuerpo, su alma, ya que el alma es señora y reina, y superior en todos los aspectos en mérito a que le ha correspondido una naturaleza más cercana a Dios. Y lo que hace resplandecer al alma es la sabiduría y las doctrinas de la sabiduría, las que guían sus pasos en la contemplación del universo y de cuanto él contiene; y también lo es el sagrado coro de las demás virtudes, y las nobles y muy laudables obras acordes con la virtud.
[148] Examen que no ha llegado hasta nosotros.

270. Vaya, pues, sin temor aquel que está adornado con ellas hacia el templo, como al lugar más familiar para él, como a la más excelente de todas las moradas, para presentarse a sí mismo como víctima. En cambio, aquel en quien residen y están emboscados la soberbia y los bajos apetitos aguarde aún ocultándose confuso y reprimiendo su desvergonzada insensatez y su exceso de atrevimiento en sitios en los que la circunspección es lo que conviene; que el sagrado recinto del realmente Existente está vedado para los impíos.

271. A este tal yo le diría: No son los sacrificios en sí los que alegran a Dios, buen hombre, siquiera si se Le ofrecen hecatombes,[149] pues todas las cosas Le pertenecen y no tiene necesidad de adquirir nada de nadie; lo que Le complace, en cambio, son las intenciones nacidas del amor a Él, y los hombres que practican la piedad, de quienes acepta complacido pasteles rituales y cebada, y las cosas más insignificantes, como si se tratara de las más preciosas, prefiriéndolas a las de inmenso valor. Y por cierto que éstos, aunque ninguna otra cosa aportaren, con solo traer sus propias personas ofrecen el mejor de los sacrificios, una completa oblación de una noble existencia, glorificando a Dios, su benefactor, con himnos y acciones de gracia, unas veces a través de los órganos del habla, otras sin la intervención de la lengua y la boca, emitiendo con solo su alma las manifestaciones y voces de orden racional, que solo un oído es capaz de aprehender, el de Dios, ya que los oídos de los hombres no alcanzan a percibirlas.
[149] Sacrificios de cien bueyes.

273. LI. Que lo dicho es cierto, y no palabra mía sino de la Naturaleza lo testimonia la evidencia que la cosa encierra, la que proporciona clara prueba a aquellos que no se entregan a la desconfianza movidos por un espíritu disputador. Y lo testimonia también la ley al establecer la construcción de dos altares distintos en sus materiales, ubicación y usos.[150]
[150] Éx. XXVII y XXX.

274. En efecto, uno está construido con piedras seleccionadas y sin cortes; se halla erigido al aire libre junto a los accesos al santuario, y su objeto es ser usado para las ofrendas de seres con sangre. El otro está fabricado con el más puro oro; se eleva en los lugares inaccesibles detrás del primero de los velos, lugares que a ningún otro es dado ver fuera de los sacerdotes en estado de pureza; y su objeto es ser empleado para las ofrendas de incienso.

275. De esto se desprende claramente que Dios tiene por más digna de consideración hasta la más pequeña ofrenda de incienso de un hombre piadoso que innumerables animales sacrificados por quien no fuere perfectamente honrado. Porque, en la misma medida, pienso yo, en que

el oro es superior a las piedras comunes, y las cosas del santuario más santas que las de afuera, también es superior la acción de gracias mediante ofrendas de incienso que la acción de gracias mediante seres con sangre.

276. De allí que el altar de las ofrendas de incienso haya sido honrado no solo con el alto costo del material empleado, con su construcción y con su ubicación, sino también con ser usado cada día para las acciones de gracias de los hombres a Dios antes que el otro. No está, en efecto, permitido llevar afuera la víctima para el holocausto hasta que dentro se haya ofrecido el incienso al alborear el día. [151]

[151] Éx. XXX, 7. Ver el parágrafo 171.

277. Todo esto no significa otra cosa sino que ante Dios no es la gran cantidad de víctimas sacrificadas lo que vale, sino la pureza suma del espíritu racional de quien ofrece el sacrificio. A menos que tú pienses que, mientras un juez celoso de la rectitud de su dictamen no aceptaría presentes de uno de los litigantes, presentes cuya aceptación implicaría ser convicto de venalidad; y tampoco los recibiría un hombre honrado de uno malvado, aun cuando se tratare de una persona necesitada y el otro fuere opulento; en cambio, Dios sí se deja corromper, Él, que se basta absolutamente a Sí mismo y nada necesita de ninguna de Sus creaturas; y que, siendo, como es, el primero de los bienes, la perfección suma, la fuente perenne de sabiduría, justicia y toda virtud, desdeña los presentes que provienen de los injustos.

278. Y por cierto que quien presentara tales ofrendas sería el más desvergonzado de los hombres, puesto que ofrece a Dios parte de lo que ha robado, arrebatado, negado o rehusado pagar, teniéndolo por partícipe de su maldad y codicia. A este tal diríale yo: ¡Oh tú, el más miserable de los hombres!, lo que esperas es una de dos: o pasar inadvertido o que lo que haces sea patente.

279. Si supones que pasarás inadvertido, mal conoces el poder de Dios, poder gracias al cual todo lo ve y lo oye juntamente. Si piensas, en cambio, que tu conducta será patente, tu atrevimiento llega al colmo. Deberías avergonzarte por tus iniquidades, y, en cambio, haces pública ostentación de las faltas que has cometido, y te vanaglorias por ellas, y asignas una parte a Dios llevándole impías primicias, sin reflexionar que ni la ley admite ilegalidad ni la luz del sol tinieblas. Y Dios es el arquetipo del que las leyes son copia; y el sol del sol, el sol perceptible por la inteligencia del sol perceptible por los sentidos, el sol que proporciona visibles resplandores provenientes de invisibles fuentes al sol que perciben nuestros ojos.

280. Excelente en sumo grado es la prescripción, registrada en las sagradas estelas [152] de la ley, según la cual no se debe llevar al templo la ganancia de una ramera, pues ésta ha traficado con sus personales encantos y elegido una vida vituperable en procura de vergonzosas ganancias.

[152] Deut. XXIII, 18. Filón designa los libros sagrados asimilándolos figuradamente a las columnas en que era norma, entre los griegos y otros pueblos, registrar las leyes y demás documentos públicos para que estuvieran perpetuamente expuestos a la vista de todos.

281. Y si los dones procedentes de una mujer que ejerce la prostitución son sacrílegos, ¿cómo no han de serlo en mayor grado aún los procedentes de un alma prostituida, que se ha arrojado a sí misma a la ignominia y a los excesos más extremos: embriaguez, glotonería, codicia de dinero, ambición de renombre, ansias de placer y otras innumerables especies de pasiones, dolencias y vicios? ¿Qué tiempo alcanzaría a purificar las inmundicias de los mismos? Yo no lo sé.

282. Cierto es que la vejez pone fin muchas veces a la ocupación de las rameras porque, habiéndose marchitado la plenitud de su vida, como el pleno florecer de ciertas flores, ya nadie viene a ellas, perdidos sus encantos. Pero, a un alma educada en la prostitución por la constante familiaridad con la incontinencia, ¿podría una eternidad convertirla en decente? Ni siquiera una eternidad; solo Dios, para quien son posibles las cosas imposibles para nosotros, podría hacerlo.

283. Preciso es, pues, que quien se apreste a ofrecer un sacrificio examine, no si la víctima es irreprochable, sino si su propia inteligencia se encuentra libre de defectos o imperfecciones. Debe además reflexionar sobre las causas por las que considera que corresponde ofrecer el sacrificio. Porque o bien es para dar gracias por los beneficios ya recibidos o bien para suplicar la conservación de los bienes presentes o la adquisición de otros futuros, o la liberación de males actuales o inminentes; y todo ello exige que procure la salud y la salvación de su inteligencia.

284. Porque, si se trata de agradecer los beneficios que le han sido concedidos, no debe mostrarse desagradecido, convertido en un ruin, pues es a un hombre virtuoso a quien fueron concedidas esas gracias; si es para asegurarse bienes presentes o con la esperanza de provechos futuros, debe demostrar que es digno de los prósperos sucesos mediante un sano proceder; y si se trata de liberarse de determinados males, no debe hacer cosas merecedoras de castigos y penas.

285. LII. El fuego, dice la ley, [153] arderá sobre el altar sin extinguirse jamás; cosa natural y conveniente, pienso yo; puesto que, así como las gracias que Dios brinda y alcanzan los hombres noche y día son perennes, incesantes y continuas, también el símbolo de la acción de gracias, es decir, el fuego sagrado, debe arder renovadamente y permanecer inextinguible siempre.
[153] Lev. VI, 2, 5 y 6.

286. Tal vez exista en ello otro propósito también: el de que los sacrificios anteriores se combinen y unan con los nuevos mediante la ininterrumpida presencia del mismo fuego con el que todos los sacrificios son consagrados, a fin de hacer patente la perfección que ellos alcanzan en las acciones de gracia, sin que importen las incontables diferencias de los recursos de los que proceden las ofrendas, recursos en unos casos copiosamente abundantes, y en otros, por el contrario, insuficientes.

287. Este es el mandato interpretado literalmente; pero hemos de indagar mediante las reglas de la alegoría su sentido oculto. El verdadero altar de Dios es el alma agradecida del sabio, forjada con virtudes perfectas, no cortadas ni divididas, ya que ninguna parte de la virtud es inútil. 288. Sobre este altar se enciende perpetuamente y se conserva inextinguible la sagrada luz; la luz de la inteligencia, que es la sabiduría, tal como, a la inversa, la insensatez es la oscuridad del alma. En efecto, lo que la luz sensible es para los ojos en la aprehensión de las cosas corpóreas, lo es la sabiduría para la razón en la contemplación de las incorpóreas y aprehensibles mentalmente; contemplación cuyo resplandor brilla siempre sin que jamás se oscurezca ni extinga.

289. LIII. Luego dice: "En toda ofrenda agregaréis sal"; palabras que sugieren, según dije más arriba, la total conservación. La sal, en efecto, preserva los cuerpos, correspondiéndole en ello un segundo lugar a continuación del alma, pues, así como el alma es la causa de que los

cuerpos se mantengan incorruptibles, también la sal, más que otra sustancia alguna, los mantiene intactos y en cierto modo los torna inmortales.

290. Esa es también la razón por la que el legislador ha llamado "guardián de los sacrificios" al altar, asignándole ese nombre especial y selecto en atención a que preserva los sacrificios, no obstante ser consumida la carne por el fuego.[154] Así pues, esto resulta ser una clarísima prueba de que considera que el sacrificio no lo constituyen las víctimas sino la intención y el celo del que lo ofrece, intención y celo cuya constancia y firmeza proceden de la virtud.
[154] Filón descompone el término *thysiastérion* = *altar* o *lugar de los sacrificios,* en *thysias* = *sacrificios,* y *terein* = *guardar, preservar.*

291. A continuación agrega una nueva prescripción, [155] en la cual ordena que todo sacrificio sea ofrecido sin levadura ni miel, pues considera que ni una ni otra deben ser llevadas al altar. La miel, tal vez debido a que el animal que la reúne, la abeja, es un animal impuro, que se alimenta de restos putrefactos y corruptos de bueyes muertos, según se dice, tal como las avispas lo hacen de los cadáveres de caballos.
[155] Lev. II, 11.

292. O tal vez, por tratarse de un símbolo de la total impiedad que encierra el excesivo placer, el que resulta dulce mientras se paladea, pero más tarde produce amargos e irremediables dolores, por los que el alma es fatalmente sacudida y agitada sin que pueda mantenerse firmemente en su posición.

293. La levadura, por su parte, es prohibida a causa de la hinchazón que ella produce; y a la vez, simbólicamente para que el que se aproxima al altar no lo haga elevado o hinchado por la arrogancia; y, por el contrario, con la contemplación de la grandeza de Dios, alcance a percibir la miseria propia de las creaturas, aun de las que son superiores a otras en prosperidad; y luego de llegar a una razonable conclusión, descienda de la orgullosa cima de su arrogancia, purificándose de la insidiosa presunción.

294. Es que, si el Creador y Hacedor del universo, que no tiene necesidad de cosa alguna de las que ha creado no con intención de acrecentar Su poder y Sus recursos, sino en atención a tu mísera condición, te ha hecho partícipe de Su potencia propicia, colmando las necesidades propias de tu existencia, ¿qué corresponde que hagas tú ante los hombres, tus naturales parientes, engendrados con los mismos elementos que tú, si nada ni al mundo ni a ti mismo has aportado?

295. Porque desnudo llegaste, buen señor, y desnudo de nuevo partirás; y el tiempo que media entre tu nacimiento y tu muerte lo has recibido de Dios a título de préstamo. Y durante este tiempo, ¿qué otra cosa te corresponde hacer sino aplicarte asiduamente al bien común, a la concordia, a la equidad, al amor al prójimo y a todas las demás virtudes, repudiando el parcial, injusto e irreconciliable vicio, el cual convierte a la más civilizada de las creaturas, el hombre, en un salvaje y feroz animal?

296. LIV. La ley establece además [156] que las lámparas del sagrado candelabro ardan en el recinto interior al velo desde la tarde hasta el amanecer. Son varios los fines de esta prescripción. Uno es que los lugares santos continúen iluminados mediante la sustitución de la luz del día por otra, permaneciendo así en todo momento libres de oscuridad a semejanza de los astros, los que, puesto el sol, muestran su propia luz sin abandonar su lugar en el orden cósmico.

[156] Éx. XXVII, 21 y Lev. XXIV, 3 y 4.

297. Otro es que un rito estrechamente vinculado con los diurnos sacrificios se cumpla durante la noche para el servicio de Dios, y para que en ningún momento u ocasión falten acciones de gracia. El resplandor de la sacratísima luz en la intimidad del santuario es el sacrificio de acción de gracias (pues sacrificio merece llamarse) más conveniente y apropiado para la noche.

298. Pero hay una tercera finalidad, y muy necesaria. No solo mientras estamos despiertos experimentamos beneficios, sino también mientras dormimos, puesto que Dios, generoso como es, ha procurado al género humano un gran sostén, el sueño, para provecho del cuerpo y del alma. El cuerpo se desentiende de las diarias labores, y el alma, aliviada de las preocupaciones, se concentra en sí misma lejos ya de la multitud y alboroto de los sentidos, y puede entonces precisamente estar a solas y convivir consigo misma. Con razón, pues, la ley ha dispuesto que las acciones de gracia se repartan, y que las ofrecidas por el tiempo en que permanecemos despiertos se hagan mediante víctimas presentadas en el altar, en tanto que las ofrecidas por el sueño y los beneficios que de éste derivan se lleven a cabo mediante el encendido de las sagradas lámparas.

299. LV. Estas son, pues, y otras similares a éstas las ordenanzas y prohibiciones para el fomento de la piedad contenidas en nuestras leyes. Ahora hemos de ocuparnos de aquellas disposiciones que revisten el carácter de sabios consejos y admoniciones.[157] Dirigiéndose a la inteligencia dice:[158] Dios no pide de ti nada pesado, complicado o dificultoso, sino algo totalmente simple y fácil.

[157] Comienza aquí una homilía de Filón basada en las exhortaciones morales y religiosas del Deuteronomio X.

[158] Deut. X, 12 y 13.

300. Y ello consiste en que Lo ames como benefactor; y si no, que Lo temas como gobernante y señor; que transites por todas las sendas que llevan a complacerlo; que Lo sirvas, no de mala gana sino con toda el alma llena de intención de amarlo; que acates Sus mandatos y respetes Su justicia.[159]

[159] El parágrafo no concluye aquí. Pero los renglones que siguen corresponden a un contexto totalmente ajeno al desarrollo de la argumentación de Filón. La traducción de dichas líneas es la siguiente: "En medio de todas estas cosas. Él permanece inmutable sin que varíe su naturaleza. Y de las demás cosas que existen en el mundo, ¿cuál de ellas posee la virtud de mejorar? ¿Por ventura el sol o la luna o la multitud de los demás astros o el cielo todo? ¿O crecen las montañas de la tierra hacia mayores alturas, o se expande la llanura ensanchándose como los elementos líquidos al derramarse, o se trueca el mar en agua potable o alcanzan los ríos magnitudes iguales a los mares? No; todas estas cosas permanecen fijas dentro de los límites en los que en el momento mismo de su origen las estableció Dios. Pero tú, si vives una vida irreprochable, serás mejor".

301. ¿Cuál de estas cosas es penosa o trabajosa? No es necesario cruzar por vez primera un no navegado mar o recorrerlo en pleno invierno violentamente impulsado arriba y abajo por el oleaje y la fuerza de los contrarios vientos; ni atravesar a pie ásperas e intransitables soledades sin caminos, con el perpetuo temor de los ataques de los ladrones y de las fieras salvajes; ni montar guardia en las fortificaciones, pasando la noche a la intemperie, mientras los enemigos al acecho amenazan con los más graves peligros. Nada de eso; en asuntos hermosos la men-

ción de cosas desagradables está de más; solo palabras gratas cabe emplear refiriéndose a cosas tan provechosas.

302. El alma solo debe dar su conformidad, y todo lo tendrá sin dificultad a su disposición. ¿O acaso ignoras que pertenecen a Dios tanto el cielo visible como el aprehensible por la inteligencia, es decir, el que podemos llamar "cielo del cielo";[160] y que, asimismo, son Suyos la tierra y lo que hay en ella, y el mundo todo, el visible y el invisible e inmaterial, modelo del visible?
[160] Deut. X, 14.

303. LVI. Pero con todo, Él, seleccionándolos por sus relevantes cualidades, escogió de entre toda la raza humana a los verdaderos hombres, [161] y, juzgándolos dignos de una total preeminencia, los llamó a Su servicio; servicio que es la perenne fuente de bienes de la que Él hace brotar la lluvia de las otras [162] virtudes, derramando, para provechosísimo disfrute, una bebida que, tanto o más que el néctar, produce inmortalidad.
[161] La referencia es a Israel.
[162] De las otras, es decir aparte de la piedad o amor a Dios, en mérito a la cual Dios escogió a su pueblo llamándolo a su servicio.

304. Dignos de lástima y desdichados son todos aquellos que no se han regalado con la bebida de la virtud; y desventurados en grado sumo han sido siempre los que no han gustado jamás la copa de la nobleza de vida, aunque está en sus manos el regocijarse con los deleites de la justicia y la santidad. Mas, como dice la ley, [163] éstos son incircuncisos de corazón y, por la dureza de su índole, rebeldes a las riendas, que se levantan con arrogancia y se resisten a ser guiados.
[163] Lev. XXVI, 41.

305. A ellos reprende el legislador cuando dice:[164] "Circuncidad la dureza de vuestro corazón"; lo cual quiere decir: 'Despojaos mediante un corte sin pérdida de tiempo de los superfluos engendros de vuestra porción rectora, engendros que los impulsos desmedidos de las pasiones sembraron e hicieron brotar, y el pernicioso agricultor del alma que es la insensatez ha plantado'.
[164] Deut. X, 16.

306. Y agrega: "No sea duro vuestro cuello". En otras palabras: 'No sea vuestra inteligencia inflexible y presuntuosa en demasía, ni cultive la dañosísima ignorancia, movida a ello por la petulancia; antes bien, tras expulsarla como a un enemigo de natural intratable y malévolo, vuélvase hacia la docilidad para acatar las leyes de la naturaleza'.

307. ¿O no ves que las primeras y mayores potencias del Que Es son la benefactora y la punitiva? [165] Y la benefactora es llamada Dios porque mediante ella Él produjo [166] y ordenó el universo; en tanto que la otra es llamada Señor, y por ella está investido de la soberanía sobre todas las cosas. Y no solo es Dios de los hombres, sino también Dios de los dioses;[167] y gobernante no solo de ios hombres comunes, sino también de los que gobiernan; y, siendo realmente existente, es grande, fuerte y poderoso.
[165] Deut. X, 17. Ver *Sobre la huida y el hallazgo* 95 y ss.
[166] Como en otros pasajes *(Sobre Abraham* 121 y *Sobre la confusión de las lenguas* 137) Filón asocia el nombre *Theós = Dios,* con el verbo *títhemí* (raíz *the-) = coloco,* y ocasionalmente *produzco.*
[167] Como en otras partes Filón alude a los astros y los dioses inferiores de los que habla Platón

en el Timeo 40 d y ss.; tal vez en un simple exceso de grandilocuencia.

308. LVII. Mas con todo, siendo tan inmensas Sus excelencias y potencias, siente piedad y compasión hacia los más apremiados por las necesidades, y no desdeña el convertirse en juez de los extranjeros, huérfanos y viudas; y, haciendo caso omiso, en cambio, de los reyes, déspotas y grandes potentados, tiene por digna de Su cuidado la humilde condición de los mencionados.[168]

[168] Deut. X, 18 y 19.

309. Protege a los extranjeros [169] por lo siguiente. Ellos, habiendo abandonado las costumbres ancestrales, en las que habían sido criados, costumbres saturadas de falsas invenciones y vanidad, y habiéndose convertido en genuinos amantes de la modestia y la verdad, se han encaminado hacia la piedad; y, siendo suplicantes y servidores del Que verdaderamente existe, como corresponde, participan con buen derecho de Su protección en la medida apropiada, alcanzando, como fruto de haberse refugiado en Dios, la ayuda que de Él procede.

[169] Se trata aquí no de cualesquiera extranjeros sino de los conversos a la religión judía. Ver los parágrafos 51 a 53 y *Sobre las virtudes* 105 a 108.

310. A los huérfanos y a las viudas los protege porque se han quedado sin protectores, los primeros sin padres, las viudas sin esposos; y ningún refugio queda de parte de los hombres para los que están abandonados. Por ello no les faltará la más grande de las esperanzas, la esperanza en Dios, quien, movido por Su generosa naturaleza, no rehúsa Su providencia y asistencia a los así desamparados.

311. Sea solo Dios, continúa,[170] tu orgullo y tu mayor gloria; y no te vanaglories ni por la riqueza ni por la fama ni por el poder ni por la hermosura o fuerza corporal ni por cosas semejantes a éstas, por las cuales acostumbran a envanecerse los vacíos de entendimiento. Ten presente, en primer lugar, que estas cosas nada contienen en sí de la naturaleza del bien; en segundo lugar, que muy rápidamente sobreviene el tiempo de su mundanza, y se marchitan, podríamos decir, antes de florecer plenamente.

[170] Deut. X, 21.

312. Procuremos, pues, el Bien estable, inmóvil e inmutable, y apliquémonos a suplicarle y servirle.[171] Y si hubiéremos vencido a nuestros enemigos, cuidémonos de imitar las impiedades en las que ellos creen obrar piadosamente cuando queman a sus hijos e hijas en honor de sus dioses.

[171] Deut. XII, 29 a 31.

313. Y no lo digo porque sea costumbre de todos los pueblos el quemar a sus hijos; que no todos han llegado a ser de naturaleza tan salvaje como para avenirse a hacer en plena paz a los seres más queridos y allegados lo que no se hace ni a enemigos hostiles e implacables en plena guerra; sino porque verdaderamente consumen en el fuego y destruyen las almas de sus vástagos desde que todavía llevan pañales, al no imprimir en ellas, tiernas aún, las verdaderas concepciones acerca de Dios, el único y verdaderamente existente. Y si hubiéremos sido vencidos, no nos dejemos abatir ni nos descorazonemos por la buena suerte de aquellos, como si su victoria se debiese a su piedad.

314. Para muchos los éxitos del momento resultan ser una emboscada, una trampa de grandes e incurables males. Evidentemente, el que les haya ido bien aun siendo indignos de triunfar, no ha sido para bien de ellos, sino para que nos apenemos y aflijamos lo suficiente nosotros,

que habiendo nacido en una comunidad amante de Dios, y habiéndonos criado bajo leyes que preparan para toda virtud, y educados desde los primeros años en las más excelentes costumbres junto a hombres inspirados por Dios, desechamos esas costumbres y nos quedamos con las que realmente deberían desecharse, teniendo por cosa intrascendente lo digno de estima, y por valioso lo que solo es niñería.

315. LVIII. Además, si alguno cubriéndose con el nombre y la figura de un profeta, aparentare estar poseído de inspiración, e impulsare a adorar a los dioses reconocidos por las diversas ciudades, no debemos prestarle oídos, engañados por el nombre de profeta; puesto que son falsos los oráculos y profecías que inventa.[172]
[172] Deut. XIII, 1 a 11.

316. Y si un hermano o un hijo o una hija o una dueña de casa o un amigo genuino o cualquier otro que pareciere tener buenas disposiciones hacia nosotros nos impulsare a cosas como esa, incitándonos a congratularnos con la multitud y a concurrir a los mismos templos y compartir sus libaciones y sacrificios, hemos de castigarlo como si se tratase de un público y común enemigo, haciendo poco caso de los lazos que nos unen, y denunciando sus incitaciones ante todos los amantes de la piedad, los cuales, con una celeridad sin dilaciones se lanzarán a castigar al impío o impía por entender que es cosa santa el darle muerte.

317. Porque solo un lazo de parentesco debemos tener, un solo símbolo de amistad: el complacer a Dios, el decir y hacer todo movidos por la piedad. Los llamados lazos de parentesco por consanguineidad derivados de nuestros antepasados, y aquellas vinculaciones resultantes de los matrimonios y de otras causas similares deben ser dejados de lado, a no ser que conduzcan firmemente a esa misma meta, es decir, a la honra de Dios, la cual es el indisoluble lazo de toda afección capaz de unir. Los que tal cosa hicieren lograrán a cambio un parentesco más augusto y santo.

318. Esta promesa mía es confirmada por la ley cuando dice que los que hacen lo que es grato a la naturaleza y lo que es bueno son hijos de Dios.[173] Dice, en efecto: "Sois hijos para Dios, vuestro Señor", es decir, seréis tenidos por dignos de una protección y un cuidado como los de un padre. Y este cuidado superará, pienso yo, al que brindan los hombres, en la misma medida en que supera a éstos Aquel que lo brinda.
[173] Deut. XIII, 18 y XIV, 1.

319. LIX. Además el legislador elimina de la sagrada legislación los ritos de iniciación y los misterios, [174] así como toda impostura de este género, por considerar que no corresponde que los que han sido criados en una comunidad como la nuestra celebren ritos secretos, y atentos a las ficciones propias de los misterios, descuiden la verdad y persigan cosas confiadas a la oscuridad de la noche, desechando las dignas de la claridad del día. Ninguno, pues, de los seguidores y discípulos de Moisés inicie a otros ni sea iniciado en tales ritos; porque ambas cosas: el aprender y el enseñar esos ritos constituyen un grave sacrilegio.
[174] Deut. XXIII, 17 y 18. La prohibición reza con todos los cultos esotéricos de los misterios griegos y las prácticas rituales de iniciación en los mismos que significaban excluir de ellos a los no iniciados.

320. Porque, si se trata de algo bueno y provechoso, ¿cuál es el motivo, señores participantes en los misterios, de que os encerréis en la profunda oscuridad y beneficiéis solo a unos cuantos, siendo posible extender los beneficios a todos los hombres con solo celebrarlos en medio de la plaza pública a fin de que todos puedan sin dificultad participar de una mejor y

más dichosa existencia?

321. Porque el negar el bien a otros no es compatible con la virtud.[175] Avergüéncense y, buscando escondrijos, abismos de la tierra y oscuridad profunda, oculten su grande iniquidad aquellos que causan perjuicios. Mas los que procuran provecho a sus semejantes deben obrar de manera franca e ir en pleno día a través de la plaza pública para trabar conversación con muchos hombres, iluminando sus propias vidas con la pureza de la luz del sol, y por conducto de los más señoriales de los sentidos [176] beneficiar a los allí congregados, que contemplan gratísimos y a la par inmensamente maravillosos espectáculos, y escuchando se regalan con palabras deleitosas, que suelen llenar de alegría a las inteligencias de los que no son extremadamente torpes de entendimiento.
[175] Ver Platón, Fedro 247 a y *Sobre las leyes particulares* II, 249.
[176] La vista y el oído.

322. ¿O no ves que tampoco la naturaleza oculta sus celebradas y admirables obras; sino expone abiertamente los astros y el cielo todo para deleite de nuestros ojos y para despertar el amor por la filosofía; como muestra también los mares, las fuentes, los ríos, las apropiadas mezclas del aire producidas por los vientos y las brisas para determinar las estaciones del año, y las innumerables especies de plantas y animales y también de fruto?; todo para uso y disfrute de los hombres?

323. ¿Y no sería conveniente, entonces, que también nosotros, correspondiendo a los designios de la naturaleza, mostrásemos a todos los que lo merecen todo aquello que es necesario y útil para el provecho de ellos? Pero, tal como ocurren las cosas, sucede que muchas veces ninguna de las personas buenas es admitida en los misterios, mientras que a veces son admitidos los ladrones, los piratas y las cofradías de mujeres abominables y de mal vivir, con solo proporcionar ganancias a los telestas y los hierofantes. [177] Sean, por lo tanto, desterrados todos estos advenedizos fuera de los lindes de la ciudad e institución en la que la nobleza y la virtud son honradas por ellas mismas. Y ya es bastante sobre el asunto.
[177] Iniciadores e intérpretes en los misterios sagrados griegos.

324. LX. Ahora bien, siendo la ley una suprema propulsora de la solidaridad y de la amistad entre los hombres, vela por el buen concepto y la dignidad de una y otra virtud al no permitir que ninguno de los que no tienen remedio se acoja a ellas, y al apartarlo a grandísima distancia.

325. Sabiendo, por ejemplo, que no pocas personas viles se infiltran furtivamente en las asambleas y pasan inadvertidas en medio de la multitud que las rodea, para que esto no ocurra veda la entrada de la sagrada congregación a todos los indignos, comenzando por los andróginos, cuya enfermedad es el afeminamiento, los que desvirtuando las reglas de la naturaleza, la violentan adoptando pasiones y apariencias propias de mujeres de mal vivir. Expulsa, en efecto, a los eunucos y mutilados en los órganos de la generación,[178] los que retacean su juvenil virilidad para que no se les marchite fácilmente, y transforman sus rasgos masculinos en una forma femenina.
[178] Deut. XXIII, 1.

326. Y expulsa además, no solo a las rameras, sino también a los hijos de rameras, [179] los que llevan sobre sí la ignominia materna, como que en su origen la simiente de su nacimiento ha sido adulterada y convertida en algo confuso a causa de la gran cantidad de los que han tenido relaciones con sus madres, al punto de no poderse reconocer ni distinguir al verdadero padre.

[179] Deut. XXIII, 2.

327. Este pasaje, más que otro alguno, admite una interpretación alegórica y está lleno de sentido filosófico. En efecto, la modalidad de los impíos y sacrílegos no se reduce a una sola; sus variedades son muchas y diferentes. Así están los que afirman que las incorpóreas formas ejemplares [180] son nada más que un nombre, algo carente de verdadera realidad concreta; con lo cual eliminan de las cosas su elemento más esencial, vale decir, el arquetipo, el modelo de todas las cualidades de lo existente, según las cuales cada cosa particular ha recibido forma y tamaño.
[180] Ver *Sobre la creación del mundo,* nota 7.

328. A éstos las sagradas tablas de la ley los señalan con el nombre de "eunucos", porque, así como aquello que ha sido triturado,[181] queda despojado de su cualidad y forma; y no es otra cosa, hablando con propiedad, que una materia informe; del mismo modo también la opinión que niega la existencia de las formas ejemplares mezcla todas las cosas y las reduce a aquella forma de existencia, amorfa y desprovista de cualidades, anterior a los elementos.[182]
[181] Juego de palabras entre *thladías* = *eunuco, y tláo* = *trituro, aplasto.*
[182] Los peripatéticos y los estoicos entre otros.

329. ¿Qué cosa podría haber más absurda que ésta? En efecto, cuando Dios creó todas las cosas a partir de esa confusa materia, no intervino directamente en ello, ya que violaba las Divinas normas el hecho de que Él, feliz y bienaventurado, tuviera contacto alguno con la materia ilimitada y caótica. Pero empleó, en cambio, Sus incorpóreas potencias, cuyo exacto nombre es el de formas ejemplares,[183] para que cada género de seres adquiriera su correspondiente forma. La opinión opuesta introduce inmenso desorden y confusión, como que, al eliminar esas formas ejemplares, mediante las cuales se han creado las cualidades eliminan a la vez las cualidades.
[183] Como en el parágrafo 48, Filón identifica las potencias divinas con las *idéiai* = *"ideas" o formas ejemplares* platónicas, siendo estos los dos únicos pasajes de sus obras en que lo hace.

330. Otros, cual si compitiesen en un certamen de maldad, esforzándose por alcanzar los primeros galardones en la impiedad, superan a aquellos al echar un velo no solo sobre las formas ejemplares sino además sobre la existencia de Dios, pues aseguran que no existe, y que si se dice que existe es porque eso resulta provechoso para los hombres, los que por temor al que suponen que se halla presente en todas partes y que todo lo contempla con ojos que jamás descansan, se habrán de abstener de delinquir. A éstos la ley los llama "mutilados", porque se hallan castrados en cuanto a la aprehensión acerca del Engendrador de todas las cosas, siendo estériles para la sabiduría y entregándose a la más grande de las iniquidades, el ateísmo.

331. El tercer caso lo constituyen los que se han inclinado en la dirección opuesta introduciendo una multitud de divinidades masculinas y femeninas, viejas y jóvenes, e infestando el mundo con la idea de una pluralidad de soberanos, a fin de eliminar de la inteligencia de los hombres la aprehensión del Que realmente Es.

332. Estos son los que la ley llama simbólicamente "hijos de ramera", pues, así como los hijos de una ramera no conocen ni pueden registrar como tal a su verdadero padre, sino a muchos, o prácticamente a todos los amantes e íntimos de aquella, del mismo modo también los que no reconocen al único y verdadero Dios y forjan muchos falsamente llamados dioses, están ciegos en cuanto al más esencial de los seres, acerca del cual desde los mismos pañales hubieran debido recibir o la única o la primera de las enseñanzas. ¿Qué objeto de estudio, en

efecto, es más excelso que el Ser realmente existente, es decir, Dios?

333. LXI. Son además expulsados los de una cuarta y una quinta clase,[184] los cuales persiguen el mismo fin que los anteriores, pero difieren en los planes para alcanzarlo. Ambos grupos, en efecto, siendo devotos de un vicio inmenso, el amor a sí mismos, han dividido entre sí, como si se tratara de un condominio, el alma, la cual es una totalidad compuesta de una parte racional y una irracional; y se han asignado como porción propia unos la parte racional, que es la inteligencia, y los otros la irracional, de la que los sentidos son subdivisiones.
[184] Deut. XXIII, 3. Ver *Interpretación alegórica* III, 81 y *Sobre los sueños* I, 89.

334. Los embanderados por la inteligencia le asignan la dirección y soberanía de las cosas humanas, y aseguran que ella es apta para conservar el pasado mediante la memoria, para aprehender firmemente el presente y para imaginar y calcular el futuro mediante conjeturas verosímiles.

335. Ella es, dicen, quien sembró y cultivó la tierra fértil y rica, así en las zonas altas como en las llanas, inventando de ese modo la agricultura, labor sumamente provechosa para la existencia humana. Ella, la que construyó naves, convirtió con invenciones superiores a toda ponderación la naturaleza terrestre en navegable,[185] abrió en el mar rutas hacia múltiples direcciones, verdaderos caminos reales hacia los puertos y radas de las ciudades, y vinculó a los habitantes de las regiones continentales con los de las islas, los que jamás se hubieran conocido si no hubiera sido construida ninguna embarcación. Ella es además la inventora de las artesanías y de las llamadas artes más selectas.
[185] ¿Refiérese, generalizando el ejemplo único, a la obra colosal mediante la que Jerjes hizo abrir un canal en uno de los brazos de la Península Calcídica para que su flota pasara sin necesidad de bordear el peligroso promontorio del monte Atos (ver *Sobre los sueños* II, 118), o simplemente a que el hombre, de ser terrestre que era primitivamente, se transformó gracias a su ingenio en audaz navegante?

336. Ella inventó, desarrolló y llevó a la perfección las letras, los números, la música y todo el ciclo de los estudios de las escuelas.[186] Ella, asimismo, dio a luz el más grande de los bienes, la filosofía, y mediante cada una de las partes de la misma ha proporcionado beneficios a la vida humana, procurando mediante la lógica exactitud en la expresión de los pensamientos, mediante la ética rectitud en la conducta, y mediante la física el conocimiento del cielo y del mundo. Y además de éstos, reúnen, acumulan y exponen otros incontables elogios de la inteligencia, que se suman a los ya mencionados, y que no tienen por qué preocuparnos en esta ocasión.
[186] Ver *Interpretación alegórica* III, 85.

337. LXII. En cuanto a los defensores de los sentidos, exponen los mismos sus elogios en tono harto grandilocuente, discurriendo sobre aquéllos y clasificándolos según los beneficios que de ellos se derivan. Afirman que dos, el olfato y el gusto, son el origen de la vida; y dos, la vista y el oído, el origen del vivir bien.

338. A través del sentido del gusto, dicen, son transportados los elementos nutritivos de las sustancias alimenticias, y a través de las fosas nasales lo es el aire, del que toda creatura viviente depende. El aire es también un elemento nutritivo constante e incesante, que alimenta y conserva no solo mientras estamos despiertos sino también durante el sueño. Clara comprobación de ello es que si el curso de ida y vuelta de la respiración se detuviese, un brevísimo tiempo incluso, la consecuencia fatal de la interrupción del natural flujo del aire

procedente de fuera sería una muerte inevitable.

339. En cuanto a los sentidos propios de la filosofía, los que nos procuran una buena vida, dicen los tales que la vista ve la luz, la más hermosa cosa que existe; y a través de la luz todas las otras cosas: el sol, la luna, las estrellas, la tierra, el mar, las incontables variedades de vegetales y animales, y, en general, toda clase de cuerpos, formas, colores y tamaños, cuya contemplación crea una excepcional inteligencia y engendra un intenso deseo de conocimiento.

340. Además de estas, la vista nos proporciona otras ventajas de inmenso valor, permitiéndonos distinguir entre los familiares y los extraños y entre los amigos y los enemigos, y evitar lo dañoso y escoger lo provechoso. Y mientras cada una de las demás partes del cuerpo existe para usos apropiados y muy necesarios; como los pies, para caminar, correr y todas las otras actividades que se ejecutan con las piernas; y las manos, para hacer, dar o tomar cosas; los ojos, en cambio, como si se tratara de un bien común, proporcionan las condiciones que hacen posible el correcto funcionamiento de esas y las restantes partes del cuerpo.

341. Testigos absolutamente veraces de esto son los ciegos, los que no pueden hacer uso ni de las manos ni de los pies en la forma más apropiada, y así confirman el acierto de los que en el pasado les dieron el nombre de impotentes,[187] no como vituperio, dicen, sino por piedad. Y en efecto, con la pérdida de los ojos las fuerzas del cuerpo no solo decaen sino se pierden del todo.

[187] En el derecho ático se daba este nombre a los privados del viso de un sentido o de una parte del cuerpo, como consecuencia de lo cual eran incapaces de desempeñar tarea alguna.

342. También el oído es algo sumamente maravilloso. Mediante él distinguimos melodías, medidas y ritmos, así como armonías y consonancias, las variedades de géneros y sistemas y todos los elementos de la música; y asimismo las innumerables especies de expresiones orales empleadas en los tribunales, en los consejos, en los panegíricos, así como las usadas en la narración y en los diálogos, y las de las conversaciones imprescindibles con las personas que tratamos permanentemente acerca de los asuntos que tocan a nuestra existencia. En suma, que a través de la voz, que posee una doble capacidad: la de hablar y la de cantar, los oídos disciernen una y otra cosa para provecho del alma.

343. El canto y el habla son, en efecto, remedios saludables y preservadores. El canto obra como sedante para las pasiones y controla lo irregular de nuestro ser mediante ritmes, lo discordante mediante melodías, y lo inmoderado mediante medidas, siendo múltiples y variadas sus formas en cada uno de estos aspectos, según lo atestiguan los músicos y poetas, a los que, por norma, no pueden menos que dar crédito aquellos que han recibido una buena educación. La palabra, por su parte, refrena y controla los impulsos que llevan hacia el vicio, y llega a curar a los que están dominados por pensamientos insensatos y desagradables; y más gentil con los dóciles, al par que más enérgica con los rebeldes, resulta ser origen de inmensos beneficios.

344. LXIII. Tales son los argumentos que hilvanan los devotos de la inteligencia y los de los sentidos, forjando los primeros con la inteligencia, los segundos con los sentidos divinidades ficticias y olvidándose en su amor a sí mismos de Dios, el verdaderamente existente. Pues bien, es razonable que la ley haya excluido de la sagrada asamblea a todos, tanto a los que eliminan las formas ejemplares, a los que llama "eunucos"; como a los que niegan

absolutamente a Dios, a quienes la ley da el nombre de "mutilados"; como a los que, a la inversa, introducen familias de divinidades, a los que califica de "hijos de ramera"; como, en fin, a los que se aman a sí mismos, de los cuales unos divinizan a la inteligencia, y los otros a cada uno de los sentidos. Porque todos ellos, aunque lo hagan a través de planteos distintos, tienden a un mismo fin: ignorar al único y realmente existente Dios.

345. Pero nosotros los seguidores y discípulos de Moisés, no descuidaremos nuestra indagación acerca del Que Es, convencidos de que el conocerlo constituye la felicidad suma y equivale a una vida inmortal. Tal es la fundamental y profunda verdad que nos enseña la ley cuando dice que todos los que se unen a Dios viven.[188] En efecto, los ateos están de verdad muertos, en tanto que aquellos que se han incorporado a las filas del realmente existente Dios vivirán una vida eterna.

[188] Deut. IV, 4.

SOBRE LAS LEYES PARTICULARES II

Sobre las leyes particulares comprendidas en tres de los diez mandamientos generales, a saber, el tercero, que versa sobre el cumplimiento de los juramentos,[1] el cuarto, relativo a la reverencia al sagrado día séptimo, y el quinto, que trata de la honra a los padres.

[1] Sólo en reducida medida se adecua a este epígrafe el contenido de los parágrafos 1 a 38.

1. I. En el precedente tratado nos hemos referido detalladamente a dos de los diez mandamientos capitales, al de no reconocer otros dioses soberanos, y al de no divinizar objeto alguno fabricado por la mano del hombre. Además, hemos expuesto" aquellas normas particulares que cabe clasificar dentro de uno y otro mandamiento. Pasemos ahora a discurrir acerca de los tres siguientes en la lista, relacionando con ellos, como en los casos precedentes, las leyes especiales correspondientes a cada uno.

2. El primero de los tres prescribe no tomar el nombre-de Dios en vano. Dice que la palabra del hombre virtuoso debe equivaler a un juramento, siendo firme, indoblegable, absolutamente libre de falsedad y fuertemente asentada en la verdad; y que, si no obstante ello, circunstancias apremiantes nos obligaren a jurar, el juramento deberemos hacerlo por nuestro padre o por nuestra madre, si vivieren aún, y por su memoria, si estuvieren ya muertos; ya que los padres son copia y réplica de la potencia Divina, por cuanto han traído a la existencia a quienes no existían.

3. En nuestras leyes está registrado el caso de uno de los fundadores de nuestra nación, y de los muy admirados por su sabiduría, que juró "por el temor de su padre,[2] hecho que se recuerda, pienso yo, para provecho de los hombres venideros y para brindarles la necesaria lección de que deben honrar a sus progenitores de la manera conveniente, amándolos como a benefactores y reverenciándolos como a soberanos establecidos por la naturaleza; y también de que no deben darse a usar el nombre de Dios a la ligera.

[2] Gen. XXXI, 53.

4. Merecen, asimismo, nuestra aprobación aquellos que, forzados en alguna ocasión a jurar, con sus dilaciones, lentitud y vacilaciones dan lugar a que recelen no solo los simples espectadores, sino también los que les exigen el juramento. Tienen, en efecto, la costumbre de exclamar: "Sí, por..." o "No, por...", sin añadir nada más, de modo que merced a la sugestiva interrupción no llega el juramento a concretarse claramente.

5. Pero puede, también, quien así lo deseare, mencionar a continuación, no, por cierto, a la suprema y primera Causa, pero sí a la tierra, al sol, a las estrellas, al cielo, al mundo todo, como que se trata de cosas merecedoras de la más alta consideración, y de una jerarquía superior a la nuestra en la creación, y que, además, por designio del Creador permanecen eternamente sin envejecer.

6. II. Hay, en cambio, quienes proceden con tan grande ligereza-y precipitación, que, saltando por encima de todas las cosas de la creación, osan remontarse con la palabra hasta el Creador y Padre de todas las cosas, sin examinar previamente si los lugares son profanos o consagrados, si las ocasiones son apropiadas, si ellos mismos son puros de cuerpo y alma, si los asuntos *son* de importancia y si lo que se persigue es necesario; y mezclándolo, por el contrario, todo "con manos no lavadas",[3] como dice el pasaje; cual si, por el hecho de que la naturaleza les laya proporcionado la lengua, debieran usarla sin control ni freno para lo que no es lícito.

[3] Filón proverbializa la expresión que se lee en Ilíada VI, 266: "Temo hacer una libación en honor de Zeus con las manos sin lavar".

7. Siendo ella el más excelente de los instrumentos, el que confiere claridad de expresión a esos grandes benefactores de la vida humana y origen de confraternidad que son la voz y la palabra, deberían emplearla para manifestar la dignidad, majestad y bienaventuranza de la Causa de todas las cosas.

8. De hecho, a tal punto llega la impiedad de éstos, que, trátese de lo que se tratare, pronuncian las más imponentes invocaciones, y no se ruborizan de echar mano a nombre tras nombre, a montones, pensando que, con multiplicar sin interrupción juramentos y más juramentos, asegurarán un feliz resultado a lo que se traen entre manos. Y bien necios que son. Porque, para la gente sensata, el mucho jurar no es señal de buena fe sino de falta de ella.

9. III. Sin embargo, si alguno se viere absolutamente forzado a jurar y el juramento se refiere a un asunto cualquiera que no esté prohibido por la ley, ha de confirmar su juramento con toda su fuerza y con todos sus recursos, sin que nada le impida llevar a cabo lo decidido; muy especialmente si su juramento ha sido pronunciado cuando se hallaba capacitado para razonar y con mente sobria, y no cuando su inteligencia hubiere estado perturbada por salvajes arrebatos, frenéticos amores e incontrolables apetencias, al punto de no tener noción de lo que decía y hacía.

10. Porque, ¿qué es mejor que el no mentir en toda nuestra vida, y sobre todo si se toma a Dios por testigo? [4] Porque un juramento no es otra cosa que tomar a Dios por testigo a propósito de un asunto controvertido; y el invocar a Dios para algo no verdadero es el más impío de todos los procederes.
[4] Como en el caso de fuerza mayor que acaba de considerarse.

11. Hacer esto es como gritar abiertamente, aun cuando aparentemente se guardare silencio: "Te uso a Ti como velo para disimular mi iniquidad. A mí me avergüenza aparecer delinquiendo; sé Tú mi cómplice; asume Tú por mí la responsabilidad de mi villanía. Soy un transgresor, pero me interesa no pasar por hombre malvado; Tú, en cambio, no haces caso de la opinión de la gente, y Te tiene sin cuidado que hablen bien de Ti". Decir o pensar tales cosas es en extremo impío. Al oírlas, hubiéranse irritado no solo Dios, que está libre de todo género de maldad, sino incluso un padre o un extranjero para quien el sabor de la virtud fuera del todo desconocido.

12. Todos los juramentos, pues, deben, como he dicho, ser cumplidos siempre que se refieran a asuntos nobles y convenientes para el mejoramiento de las cosas privadas y públicas, y tengan por guías a la sensatez, la justicia y la piedad. IV. Y en la misma línea de los juramentos están los perfectamente legales votos formulados a propósito de bienes presentes o esperados. Cuando, empero, los juramentos obedecen a los propósitos opuestos, es una impiedad el cumplirlos.

13. Porque hay quienes, en cuanta ocasión se les presenta, juran llevar a cabo robos, sacrilegios, destrucciones y adulterios, causar heridas, asesinar y cometer otras iniquidades semejantes; y lo hacen con toda diligencia, poniendo como pretexto el haberlo jurado; como si para Dios no fuera mejor y más grato el que se abstuvieran de cometer iniquidades que el cumplimiento de sus juramentos. La justicia y toda virtud son ley de nuestra nación y norma establecida desde antiguo. ¿Y qué otra cosa son las leyes y las normas establecidas sino

sagradas palabras de la naturaleza, que poseen como condición intrínseca el ser firmes y fijas, de modo que en nada difieren de los juramentos?

14. Sepa, pues, todo el que obra mal porque ha jurado hacerlo, que no solo ha jurado de mala fe, sino además ha violado un juramento merecedor de total y celosa observancia, mediante el cual la naturaleza pone su sello en lo que es noble y justo. Porque [5] lo que hace es agregar a unas culpas otras culpas, es decir, acciones ilegales a juramentos formulados con indebidos propósitos, que mucho mejor hubiera sido no pronunciar.
[5] Es decir, *tenga presente esto, porque...*

15. Absténgase, por lo tanto, de obrar injustamente, y suplique a Dios, para que El, haciéndolo partícipe de Su poder misericordioso, le perdone por lo que ha jurado imprudentemente. Porque sería imbecilidad e irremediable locura escoger males dobles, pudiendo liberarse del peso de la mitad de ellos.

16. Existen, asimismo, quienes o por una excesiva misantropía que ha hecho que su naturaleza se torne rebelde a la convivencia y al trato con los demás; o impelidos por la cólera que los domina cual opresora soberana, confirman la rudeza de sus temperamentos con un juramento. Afirman éstos que no aceptarán a tal o cual persona como compañero de mesa o de morada, o que, asimismo, no darán a una determinada persona ayuda alguna ni aceptarán nada de ella hasta el fin de sus días. A veces persisten en su intransigencia hasta más allá de la muerte, estableciendo en sus testamentos que ni siquiera se les proporcionen los ritos establecidos por la ley a sus cuerpos, ya cadáveres.

17. A éstos les recomendaría yo, como a los anteriores, que aplaquen a Dios con súplicas y sacrificios, a fin de hallar el necesario remedio para las enfermedades de sus almas, enfermedades que ningún hombre es capaz de curar.

18. V. Otros son jactanciosos, inflados de presunción; y entienden, sedientos de encumbramiento, que han de dejar de lado todo cuanto conduce a una moderada y sumamente provechosa forma de vida; y, si alguien los exhorta para que moderen la rebeldía de sus deseos, toman la exhortación por insolencia, y, haciendo caso omiso de los aconsejantes, se precipitan en una vida de lujuria, tomando a risa y chacota los nobles y, a la vez, provechosísimos consejos de la sabiduría.

19. Y, si se da el caso de que cuenten con una abundancia inagotable de recursos, sellan con juramentos el uso y disfrute de todo cuanto les permite vivir suntuosamente. Me remito a un ejemplo. No hace mucho, el dueño de una no pequeña fortuna, muy aficionado a una forma disipada y disoluta de vida, como una persona de edad, pariente o viejo amigo de la familia, según tengo entendido, le reprochó, hallándose con él, y lo exhortó a trocar tal manera de vivir por otra más digna y moderada, se disgustó desmedidamente por la exhortación, y, replicando resentido, juró que, mientras poseyera sus ingresos y recursos, no haría cosa alguna conducente a moderar sus gastos, ni en la ciudad ni en el campo, ni navegando ni en las marchas a pie; y que, por el contrario, siempre y en todas partes haría demostración de su riqueza. Evidentemente, esto, más que una demostración de riqueza, lo es de fanfarronería y de intemperancia.

20. Y, sin embargo, no son pocos los casos de investidos de altos cargos y dignidades que, poseyendo recursos abundantísimos e ingresos inagotables, como si la riqueza fluyera hacia ellos incesantemente de una fuente perenne, con todo, se inclinan a usar a veces las mismas

cosas que usamos también nosotros los pobres: copas de barro, panes cocidos en el asador, sin otro agregado que aceite, queso y verduras; una túnica y una camisa de delgada tela en verano, y una manta irrompible y espesa en invierno, y el suelo por ocasional lecho, sin querer saber nada de las camas de marfil o de las fabricadas con concha de tortuga, o de oro, ni de los cubrecamas ornados con motivos florales, ni de los vestidos teñidos de púrpura, ni de los pasteles de miel refinados hasta el exceso, ni de los derroches de los convites.

21. La razón de esto es, a mi juicio, no solo el hecho de que se hallen dotados de una feliz naturaleza, sino también el haber participado desde los primeros años de su vida en una acertada educación. Ésta les ha enseñado a estimar la condición de ser humano más que la de gobernante; y, afincada en sus almas, les recuerda casi a diario su humana naturaleza, alejándolos de los pensamientos soberbios y vanidosos, moderándolos, y curando con igualdad su desigualdad.

22. Y, de ese modo, ellos han llenado sus estados de prosperidad, abundancia, buena legislación y paz, brindándoles todos los bienes sin excepción, liberalmente, con prodigalidad y sin escatimarlos. Estas y las semejantes a éstas, ciertamente, son las obras propias de los nobles y verdaderos gobernantes.

23. Las otras, en cambio, son las de los advenedizos de la riqueza, llegados a la opulencia por algún capricho de la suerte; los que no conocen ni en sueños la verdadera riqueza, la riqueza con visión,[6] la constituida por la perfección en las virtudes y las acciones conformes con ellas; y admiran las cosas que no merecen consideración alguna, en tanto que se burlan de las que son naturalmente merecedoras de honor. Nada suave es el reproche con que la sagrada palabra censura los inoportunos juramentos de éstos. Es que se trata de gente de difícil purificación y rebelde a toda curación, al punto de que ni siquiera a juicio de la generosa naturaleza de Dios merecen indulgencia.
[6] Ver Sobre *las leyes particulares* I, 25.

24. VI. La ley no ha permitido a las doncellas y esposas la decisión plena acerca de sus votos; como que ha establecido que en el caso de las doncellas sus padres tendrán la autoridad sobre el cumplimiento o anulación de los juramentos, y en el caso de las esposas que sean sus maridos los arbitros al respecto.[7] Y con razón seguramente, ya que las primeras, a causa de su juventud, no conocen el valor de los juramentos; de modo que necesitan de quienes decidan por ellas; en tanto que las otras juran a menudo por ligereza cosas que no habrán de convenir a sus esposos; por lo que se ha concedido a éstos la facultad de ratificar lo jurado o hacer lo contrario.
[7] Núm. XXX, 4 y ss.

25. En cuanto a las viudas, no deben jurar apresuradamente,[8] puesto que, no teniendo quienes intercedan por ellas, ni esposos por haber sido separadas de ellos, ni padres pues los abandonaron cuando partieron hacia el nuevo hogar para casarse, forzosamente sus juramentos mantienen su vigencia, como resultado de esa carencia de protectores.
[8] Núm. XXX, 9 y ss.

26. Si alguno, sabiendo que una persona ha violado un juramento, y, atendiendo más a la amistad, a la vergüenza o al temor que a la piedad, no formulare la acusación y la condujere ante un tribunal, será pasible de la misma pena que el perjuro, ya que el solidarizarse con quien delinque en nada difiere del delinquir mismo.[9]
[9] Lev V, 1.

27. Los castigos por perjurios proceden unos de Dios, y otros de los hombres. Los más altos y mayores son los que proceden de Dios, pues Él no se muestra generoso con los que cometen tal impiedad, sino permite que continúen para siempre en su irremediable impureza. Y ello es lo justo y conveniente, entiendo yo. Porque, ¿qué tiene de extraño que quien ha ignorado a Dios sea, a su vez, ignorado, cosechando lo mismo que siembra?

28. Los castigos procedentes de los hombres son diferentes: o la muerte o los azotes. Las personas de mayor calidad y de piedad sobresaliente insisten en la aplicación de la pena de muerte; en tanto que aquellos cuya indignación es menos fuerte azotan con un látigo a los culpables en lugar público y a la vista de todos, por orden de las autoridades. Aunque, excepto para las personas de servil naturaleza, los azotes constituyen un castigo no inferior a la muerte.

29. VII Tales son, consideradas literalmente, estas prescripciones. Pero, además, es posible interpretar alegóricamente aquellas partes que admiten ser examinadas a través de símbolos. Y así, conviene que tengamos presente que la recta razón de la naturaleza posee conjuntamente el poder de padre y el de esposo, aunque con sentidos diferentes. El poder de esposo, porque, como en una tierra fértil, deposita en el alma la simiente de la virtud; el de padre, porque es propio de ella engendrar buenos propósitos y nobles y meritorias acciones; y, habiéndolos producido, los nutre con el agua de las verdades que la educación y la sabiduría proporcionan.

30. A su vez, la inteligencia aseméjase, por una parte, a una doncella, y por otra, a una mujer, o bien viuda o bien unida todavía a un esposo. Como doncella, la inteligencia se conserva pura e incorruptible ante los placeres y las concupiscencias, así como ante esas insidiosas pasiones que son las penas y los dolores; habiéndose reservado la función de protector de ella el padre que la engendró. El cuidado, en cambio, cuando convive, como una esposa, con la cultivada razón regida por la virtud, comprométese a tomarlo a su cargo esta misma razón,[10] la que, como un esposo, engendra en ella pensamientos excelentes.
[10] Recuérdese que *lógos* = *razón,* es masculino y tales circunstancias gramaticales pesan decisivamente en la asignación de papeles alegóricos por Filón.

31. Pero, si el alma se halla privada de su vínculo de filiación con la sensatez o de su vínculo matrimonial con la recta razón, enviudada de los bienes supremos y abandonada por la sabiduría, por haber preferido una vida culpable, deberá ser responsable de las decisiones que ha tomado por sí misma, ya que no cuenta con la sabia razón para que remedie sus errores, ni como esposo que convive con ella, ni como padre que le dio el ser.

32. VIII. En el caso de aquellas personas que han hecho voto de ofrendar no solo sus bienes o parte de ellos, sino además sus propias personas, la ley [11] ha determinado una escala de valores, no ateniéndose a la belleza o la estatura o alguna característica de esa especie, sino partiendo de una tasación uniforme y distinguiendo solamente los hombres de las mujeres y los niños de los adultos.
[11] Lev. XXVII, 2 a 8.

33. Manda, en efecto, que el correspondiente valor desde los veinte a los sesenta años sea de doscientas dracmas, en monedas de plata pura, para el hombre, y de ciento veinte para la mujer; desde los cinco a los veinte años, de ochenta para los varones, y de cuarenta para las mujeres; desde la tierna infancia hasta los cinco años, de veinte para el varón, y de doce para

el sexo femenino; y para los que han vivido más de sesenta años, de sesenta para los ancianos y de cuarenta para las ancianas.

34. La igualdad [12] que se ha establecido entre los varones correspondientes a cada edad, e igualmente entre las mujeres, obedece a tres razones de muchísimo peso. Una es que el valor del voto es igual y similar si lo formula una persona de gran importancia que si lo hace una de modesta condición. La segunda es que no sería apropiado que los que ofrecen votos estuvieran sujetos a las mismas contingencias que los esclavos, los que por las buenas condiciones y la belleza de sus cuerpos son bien tasados, y en caso contrario vendidos a vil precio. La tercera, la más convincente, es que, así como nosotros sentimos estima por la desigualdad, Dios la siente por la igualdad.
[12] En cuanto a pasar por alto las diferencias de posición, belleza y complexión física.

35. IX. Estas son las estimaciones determinadas por la ley con relación a los seres humanos; las relativas a los animales, a su vez, son las siguientes.[13] Si alguien separa un animal de su rebaño, y éste es un ejemplar puro de una de las tres especies que han sido asignadas a los sacrificios: o buey o cordero o cabra, debe sacrificar dicho animal sin sustituir por uno mejor uno peor ni viceversa. Porque no es con la abundancia de carnes o grasa de animales con lo que se complace Dios, sino con la irreprochable intención del autor del voto. Pero, si hiciere una sustitución, deberá sacrificar dos animales en vez de uno: el original y el sustituto.
[13] Lev. XXVII, 9 a 13.

36. Si el voto fuere de ofrecer un animal de los no puros, quien lo formuló deberá conducirlo ante el sacerdote de más alta reputación, el cual habrá de tasarlo sin sobrepasar el valor real, y agregará al precio estimado un quinto, a fin de que, en caso de tenerse que sacrificar en lugar de dicho animal uno puro,[14] éste no sea de un valor inferior al correspondiente; y además, para avergonzar al autor del voto por haberlo formulado sin discernimiento, pienso yo, suponiendo, en un extravío de su inteligencia y dominado por la pasión, que en ocasión como ésta un animal impuro es puro.
[14] En el texto bíblico no aparece contemplado el caso de que se determine sustituir el ejemplar no sacrificable por otro aprobado por la ley. Tal vez fuera una opción a cargo del oferente el determinar si la suma se destinaría a cualquier fin de culto o exclusivamente a pagar un ejemplar de animal puro para llevar a cabo el sacrificio.

37. Si lo ofrendado resulta ser una casa, [15] el oferente deberá recurrir también a su tasación a cargo de un sacerdote; pero la suma que habrá de pagarse variará según los compradores. Si el que formuló el voto prefiere rescatar la casa, deberá acrecentar la paga en un quinto, en castigo por dos cosas malas: su ligereza y su avidez; ligereza puesta en evidencia en lo ofrecido en su voto, y avidez patente en su deseo de recuperar aquello a que antes había renunciado. Si el comprador es otro, no pagará nada más que el valor exacto de la casa.
[15] Lev. XXVII, 14 y 15.

38. Quien hubiere formulado un voto no deberá dejar pasar mucho tiempo para el cumplimiento de su promesa.[16] Sería ilógico, en efecto, que, mientras procuramos abreviar plazos en nuestros acuerdos con los hombres, nos mostremos remisos respecto de lo que convenimos con Dios, si bien Él de nada carece y nada necesita, convirtiéndonos a nosotros mismos, por nuestra lentitud y tardanza, en convictos del más grande de los delitos: la falta de consideración hacia Aquel cuyo servicio deberíamos considerar principio y fin de la felicidad. Y es ya suficiente acerca de los juramentos y los votos.
[16] Deut. XXIII, 21.

39. X. El siguiente mandamiento capital es el referente al sagrado día séptimo. Con él guardan relación muchísimos asuntos de vital importancia: las clases de fiestas, las liberaciones cada siete años de las personas libres por naturaleza que, por circunstancias adversas están en servidumbre; las generosas actitudes de los prestamistas hacia los deudores, al eximir en el séptimo año a sus connacionales del pago de las deudas; los descansos de la tierra de cultivo, tanto en las llanuras como en las zonas altas, los que tienen lugar con intervalos de seis años; y las leyes relativas al año quincuagésimo. La simple exposición de estos temas es suficiente para perfeccionar en la virtud sin esfuerzo alguno a las personas de buen natural, y de tornar más dóciles a los de temperamento rebelde y áspero.

40. Ahora bien, el papel del siete entre los números ha quedado descripto extensamente con anterioridad:[17] sus propiedades dentro de la década, su estrecha relación con el diez mismo y el cuatro, origen y fuente este último del diez;[18] cómo la suma de los sucesivos números de uno a siete da veintiocho,[19] número perfecto, igual a la suma de sus factores;[20] cómo, llevado el siete a una progresión geométrica, produce un número que es cubo y cuadrado al mismo tiempo;[21] y cómo su estudio pone de manifiesto otras innumerables excelencias que de él derivan, y acerca de las cuales no es ocasión ésta de extenderse. En cambio, hemos de examinar cada uno de los temas especiales propuestos,[22] relacionados con este mandamiento capital, comenzado por el primero, que, como dijimos, es el relativo a las fiestas.

[17] Ver *Sobre la creación del mundo* 90 a 127.

[18] De la vinculación del siete con el diez nada se dice en *Sobre la creación del mundo.* Al cuatro lo vincula al hecho de que 3 + 4 es igual a 7; y es fuente del diez porque 1 + 2 + 3 + 4 es igual a 10.

[19] 1+2 + 3 + 4 + 5 + 6 + 7 = 28.

[20] 1 + 2 + 4 + 7 + 14 = 28.

[21] Por ejemplo, 64, que es el séptimo término de una progresión geométrica de razón 2, a partir de la unidad (1|2|4|8|16|32|64), es igual a 8^2 y 4^3; y 729, que es el séptimo término de una progresión geométrica de razón 3 a partir de la unidad (1|3¡9|27|81|243|729), es igual a 27^2 y 9^3.

[22] En el parágrafo 39.

41. XI. Pues bien, las fiestas registradas en la ley son diez en total. La primera, cuya mención asombrará quizá a alguno, es la fiesta de cada día; la segunda es la del séptimo día, al cabo de seis intermedios, día que los hebreos llaman sábado en su lengua tradicional. La tercera es la del novilunio, que sigue a la conjunción de la luna nueva; la cuarta, la de la travesía, fiesta llamada Pascua; la quinta, la de la ofrenda de las primeras espigas o sagrada gavilla; la sexta, la de los ácimos: tras la cual viene la que es verdaderamente,[23] séptima, la fiesta de las semanas. La octava es la del día de mes sagrado; la novena, la del ayuno; y la décima, la de los tabernáculos, la que marca el fin de las fiestas del año, concluyéndolas en un número perfecto, el diez. Comencemos por la primera.

[23] Verdaderamente séptima, porque además de serlo en el orden de las fiestas, lo es por su nombre, ya que *hebdómé — séptima* y *séptimo día* (sobrentendido *héméra = día),* está vinculado etimológicamente con *hebdomás = número siete* y *semana.*

42. XII. La ley registra cada día como una fiesta, adecuándose así a la irreprochable vida de los hombres piadosos, que ajustan su conducta a la naturaleza y a las normas de ésta. Y por cierto que, si los vicios no hubieran sobrepasado en crédito y sometido a su dominio a los pensamientos acerca de las cosas provechosas, desalojándolos del alma de cada uno de nosotros; si, por el contrario, las fuerzas de las virtudes hubieran permanecido invictas para

siempre, el tiempo que va desde el nacimiento hasta la muerte sería una única e ininterrumpida fiesta, y tanto las moradas como las ciudades, estarían todas llenas de todos los bienes, gozando tranquilamente de las cosas, sin peligros ni trabas. Pero la realidad es otra:

[43] los abusos y los ataques que tanto los hombres como las mujeres maquinan contra sí mismos y contra otros, han abierto brechas en la continuidad de esa regocijante alegría. Una clara prueba de lo que digo es la siguiente.

44. Todos cuantos entre los helenos y los no helenos cultivan la filosofía viven una vida libre de toda censura o culpa, sin aceptar nada que viole o menoscabe la justicia; rehuyen la compañía de los entrometidos, y evitan los lugares en los que éstos gastan su tiempo, vale decir, los tribunales, los consejos, las plazas, las asambleas y, en general, todo sitio donde haya una fiesta o reunión de hombres superficiales.

45. Ellos anhelan una vida sin conflictos y en paz; son excelentes observadores de la naturaleza y de cuanto hay en ella, y escrutan la tierra, el mar, el aire, el cielo y las especies que los habitan, acompañando con sus inteligencias las revoluciones de la luna, del sol y del coro de los demás astros errantes y fijos. Con sus cuerpos asentados aquí abajo sobre la tierra, ponen alas a sus almas para poder atravesar la región etérea y contemplar con detención las potencias allí residentes, como corresponde a quienes han llegado a ser verdaderos ciudadanos del mundo; y consideran que el mundo es un estado, cuyos ciudadanos son los que cultivan la sabiduría, siendo la virtud quien los registra como tales, ya que a ella la universal comunidad ha confiado la función de presidirlo.

46. XIII. Plenos de nobleza de espíritu, habituados a desdeñar los males del cuerpo y los que proceden de las cosas exteriores, ejercitados en mirar con indiferencia lo indiferente, prestos para el combate contra los placeres y concupiscencias, con ánimo dispuesto para estar en todo momento por sobre las pasiones en general, experimentados en derribar con todas sus fuerzas la muralla que éstas les oponen, e indoblegables ante los embates de la suerte por haber calculado con anticipación sus ataques; ya que el anticiparse torna más leves las más graves adversidades, pues la inteligencia no se halla ya ante nada novedoso en los sucesos, sino los recibe sin darles importancia, como asunto viejo y familiar; en esas condiciones es natural que tales hombres, regocijados por sus virtudes, vivan toda la vida como una fiesta.

47. Es cierto que su número es pequeño, apenas una brasa de la sabiduría conservada al rescoldo en las distintas ciudades para que no se extinga y apague completamente en el género humano la virtud.

48. Pero, si en todas partes los hombres hubieran pensado como estos pocos, y llegado a ser como la naturaleza quiere que sean: irreprochables y sin culpas, amantes de la sensatez, regocijados ante lo noble por la nobleza misma y convencidos de que en ella reside el único bien, y de que las demás cosas son vasallas y esclavas, estando sujetas a su autoridad, plenas de felicidad hubieran llegado a estar sus ciudades, libres por completo de todo aquello que origina dolor y miedo, y llenas, en cambio, de las cosas que producen alegría y bienestar, de modo que en ninguna circunstancia se interrumpiría su dichosa existencia y todo el ciclo de cada año constituiría una fiesta.

49. XIV. En consecuencia, a juicio de la verdad ninguna persona ruin celebra fiesta alguna, ni siquiera por brevísimo tiempo, ya que la atormenta la conciencia de sus faltas y se avergüenza en el interior de su alma, aun cuando con su rostro aparente sonreír. Es que, ¿cómo puede

tener ocasión de verdadero regocijo quien abriga pésimas intenciones, hace de la demencia su compañera de vida y usa fuera de propósito todo: lengua, vientre y órganos de la generación?

50. Con la primera, en efecto, divulga las cosas vedadas, que merecen callarse; con su glotonería llena al segundo de mucho vino puro y cantidades desmedidas de viandas; y de los últimos abusa para sumamente repugnantes arrebatos y uniones carnales ilícitas, no solo atentando en su loco frenesí contra esposas de otros, sino manteniendo, además, relaciones sexuales con jovencitos, a los que fuerza a adulterar el rasgo masculino de su naturaleza y a trocarlo en una forma femenina, a fin de satisfacer una impura y maldita pasión.

51. Por este motivo Moisés, cuya grandeza todo lo abarca, viendo la belleza sin límites de la verdadera fiesta, comprendió que la perfección de ésta se hallaba por sobre las posibilidades de la humana naturaleza, y la consagró a Dios con estas textuales palabras: "las fiestas del Señor".

52. Es que, reflexionando sobre la lamentable y aterradora condición de nuestra especie, y sobre cómo está llena de infinitos males engendrados por las ambiciones del alma, así como por las enfermedades del cuerpo, acrecentados por los vaivenes de la fortuna y los mutuos ataques de los vecinos, los que infligen y padecen incontables daños, le costaba creer, y con razón, que alguien arrastrado en tan grande mar de sucesos voluntarios e involuntarios, e incapaz de hallar jamás la tranquilidad o de llegar con seguridad al puerto de una vida sin peligros, pueda celebrar realmente una fiesta que no sea lo tal solo de nombre, sino de verdad, vale decir, deleitándose y complaciéndose en la contemplación del mundo y de las cosas que hay en él, con la compañía de la naturaleza, y con la correspondencia de las palabras con las obras, y de las obras con las palabras.

53. De allí que no pudiera sino afirmar que las fiestas son solo de Dios, porque solo Dios es feliz y dichoso, ajeno a todo mal, y está lleno de bienes perfectos, o más bien, si hemos de hablar con propiedad, Él mismo es el bien; Él, que ha hecho llover los bienes particulares sobre el cielo y la tierra.

54. Por ese motivo cierta fecunda inteligencia de remotos tiempos, habiéndose calmado en ella las pasiones, sonrió preñada y rebosante de alegría;[24] y, habiendo reflexionado consigo misma que el alegrarse es privativo de Dios solamente, y que ella cometía una falta al usurpar goces que están por sobre los seres humanos, cobró temor y rechazó la risa de su alma, hasta que fue consolada.

[24] Gen. XVIII, 11 a 15.

55. En efecto, Dios, en Su generosidad, desvaneció su temor ordenándole mediante una revelación que reconociese que había reído; con lo cual quiso enseñarnos que la creatura no ha sido privada totalmente de la alegría; pero, que existe, por una parte, la alegría sin mezcla, completamente pura, en la que nada de la naturaleza opuesta tiene cabida, alegría exclusiva de Dios; y, por otra, la que mana de aquella, mixta, combinada con pequeños pesares, mezcla queel hombre sabio recibe como el mayor de los dones, siempre que en ella sean mayores los ingredientes placenteros que los dolorosos. Y ya es bastante acerca de este asunto.

56. XV. Después de esta continua, incesante y eterna fiesta celébrase en segundo término la del sagrado día séptimo, con un intervalo de seis días. Algunos la han llamado virgen, atentos a su castidad sobresaliente.[25] Estos mismos llámanla también la sin madre, es decir, la engendrada solo por el Padre[26] del universo, o sea, por la forma ejemplar del sexo masculino,

la que en nada participa del femenino. Se trata, en efecto, del más viril y robusto de los números, excelentemente dotado por la naturaleza para el mando y la conducción. Algunos, por su parte, le han dado el nombre de "momento oportuno",[27] reconociendo a través de sus manifestaciones sensibles la naturaleza del mismo en el orden intelectual.
[25] Ver *Sobre la vida de Moisés* II, 210, *Sobre la creación del mundo* 100 y *Sobre la herencia de las cosas divinas* 170.
[26] *Ibídem.*
[27] U *ocasión propicia.* El calificativo procede de los pitagóricos, según Aristóteles Metafísica I, 5, 985 b.

57. En efecto, del número siete participan todas las cosas más excelentes del mundo sensible, por las cuales se cumplen ordenadamente las estaciones del año y los retornos de los períodos favorables. Me refiero a los siete planetas, la Osa, la Pléyade, los ciclos de la luna, según ésta va creciendo y decreciendo, y las circunvoluciones, armoniosas y superiores a toda descripción, de los demás cuerpos celestes.

58. Por su parte, Moisés, partiendo de una consideración más importante aún, lo llamó "conclusión y perfección", al atribuir al número seis la creación de las partes del mundo, y al siete su perfeccionamiento. El seis, en efecto, es un número bien proporcionado, resultado de multiplicar el dos por el tres, factores éstos, masculino el impar, y femenino el par, que por inmutables leyes de la naturaleza producen la generación de los seres.

59. En cambio, el siete es absolutamente sin mezcla, y, para hablar con toda propiedad, la luz del seis, pues hizo patente que ya había alcanzado su plenitud todo aquello que el seis había engendrado. Por eso, con razón puede ser llamado día natal del mundo,[28] en el cual la obra del Padre revelóse perfecta ya y compuesta de partes perfectas.
[28] Ver *Vida de Moisés* I, 207 y II, 210.

60. Está mandado abstenerse en este día de todos los trabajos, y no porque la ley incite a la holganza; que ella siempre nos habitúa a soportar las penurias y nos estimula al trabajo, enrostrando duramente a los que quieren estar ociosos y malgastar el tiempo, y a propósito de esto establece expresamente que se debe trabajar durante seis días; sino a fin de procurar un alivio a los ininterrumpidos e interminables trabajos, y renovar los cuerpos para afrontar una vez más las mismas actividades, reparando sus fuerzas con descansos regularmente distribuidos. Porque quienes se toman un respiro, no solo entre la gente común sino también entre los atletas, reúnen fuerza, y con un vigor más poderoso aún soportan pronta y pacientemente cada una de las tareas que han de ejecutar.

61. Empero, aunque la ley ha establecido que no se ha de trabajar corporalmente durante los días séptimos, permitió llevar a cabo las actividades superiores, que son las aplicadas a las revelaciones y doctrinas tocantes a la virtud. Nos estimula, en efecto, a que estudiemos en esos días la filosofía, mejorando nuestra alma y la rectora inteligencia.

62. Por ello en los días séptimos permanecen abiertas en cada ciudad muchísimas escuelas de sensatez, templanza, valentía, justicia y las demás virtudes, en las cuales los asistentes ocupan sus asientos en orden, con tranquilidad, alerta los oídos y con atención suma, ansiosos de beber la bebida de las palabras; y, poniéndose de pie una de las personas con experiencia, expone los pensamientos más excelentes y provechosos para el futuro, mediante los que toda la vida alcanzará positivos progresos.

63. Pero, entre las infinitas revelaciones y doctrinas particulares dos son, por así decir, las supremas y capitales: la que apunta a Dios a través de la piedad y la santidad, y la que apunta a los hombres a través de la humanidad y la justicia; cada una de las cuales divídese en variados asuntos especiales, todos merecedores de alabanza.

[64] Estas prescripciones atestiguan que Moisés no permite que en ninguna ocasión estén ociosos aquellos que aplican sus sagradas instrucciones. Por el contrario, como estamos constituidos por un alma y por un cuerpo, asignó al cuerpo las obras que le son propias, y al alma las que le competen; y fue su firme deseo que se mantuviesen prestos para relevarse mutuamente, a fin de que, mientras el cuerpo trabaja, el alma repose; y, cuando el cuerpo se tome su descanso,, el alma se aplique al trabajo; y de ese modo, las mejores formas de vida, es decir, la dedicada a la reflexión y la aplicada a la actividad práctica, se alternen reemplazándose entre sí, habiéndole correspondido a la vida activa el número seis como el vinculado al servicio del cuerpo; y a la de reflexión el siete, para el conocimiento y el perfeccionamiento de la inteligencia.

65. XVII. En tal día está vedado encender fuego,[29] porque el fuego es considerado como el principio y la simiente de las actividades que atañen a la vida, como que sin fuego no es posible cumplir ninguno de los menesteres que proporcionan los elementos indispensables para la existencia. Y consecuentemente, en la prohibición de uno solo, el más elevado e importante de los instrumentos necesarios para las artes, en especial para las artesanías, va implícita también la prohibición de los requeridos por las distintas clases particulares de servicios.
[29] Éx. XXXV, 3. Ver *Vida de Moisés* II, 119.

66. Pero, al parecer, a causa de los menos obedientes y más reacios a prestar atención a sus mandatos, agregó Moisés a esta disposición las restantes,[30] con lo que no solo exigió que las personas libres se abstengan de trabajar los días sábados, sino concedió otro tanto a los siervos y a las siervas, proclamando la dispensa de trabajos y poco menos que la libertad de ellos al cabo de cada seis días, a fin de enseñar a unos y a otros una excelente lección.
[30] Éx. XX, 10.

67. Esta lección es que los amos deben estar acostumbrados a realizar trabajos ellos personalmente, sin aguardar los servicios y cuidados de los siervos, a fin de que en los momentos difíciles que suelen sobrevenir a través de los cambios de las cosas humanas no carezcan de ánimo, a causa de su falta de hábito en el trabajo personal, para llevar a cabo por sí mismos los forzosos menesteres; y por el contrario, empleando con suficiente diligencia las partes de su cuerpo, trabajen con vigor y sin dificultad. En cuanto a los siervos, la enseñanza es que no deben renunciar a la esperanza de mejor suerte; antes, teniendo en el descanso al cabo de cada seis días como una brasa de libertad latente, deben aguardar su completa liberación, siempre que continúen siendo siervos útiles y afectos a sus amos.

68. Por otra parte, del hecho de que las personas libres tomen a su cargo alguna vez los menesteres propios de los siervos, y de que los siervos alcancen a compartir la dispensa de trabajar resultará un progreso de la vida humana hacia la suma perfección en la virtud, pues tanto los aparentemente distinguidos como los de más oscura condición tienen presente la igualdad y pagan unos a otros la deuda a que están obligados.

69. Pero, no solo a los siervos ha concedido la ley el descanso de los días séptimos, sino también a las bestias,[31] no obstante que, mientras los siervos son libres por naturaleza, ya que

ningún hombre es naturalmente esclavo, los animales irracionales, en cambio, llevan inherente la condición de esclavos, pues han sido destinados al uso y servicio de los hombres. Mas, aunque es forzoso que acarreen cargas y sobrelleven trabajos y fatigas para beneficio de sus propietarios, con todo, les alcanza también el descanso de los días séptimos.
[31] Éx. XX, 10 y Deut. V, 14.

70. *¿Y* qué necesidad hay de recordar el resto de las prescripciones? Ni siquiera el buey, que está para realizar las tareas más necesarias y útiles para la vida humana, como son el arado, cuando la tierra es preparada para la siembra; y luego la trilla, cuando las espigas son recogidas para la purificación de los frutos; ni siquiera él es atado al yugo ese día y participa de la fiesta del nacimiento del mundo. De ese modo, pues, la santidad de este día se extiende a través de todas las cosas.

71. XVII. Tan grande reverencia atribuye al séptimo día el legislador, que todas las demás cosas que participan [32] de él, son objetos de su estima. Así, por ejemplo, establece la cancelación de las deudas cada siete años perpetuamente,[33] velando de esa manera por los pobres, y estimulando a los ricos a la generosidad hacia el prójimo, a fin de que, cediendo una parte de sus propiedades a los pobres, puedan esperar recibir también ellos beneficios, si les sobreviniere algún revés de fortuna: Muchas son las humanas vicisitudes, y la vida no permanece anclada en los mismos puertos, sino tórnase en contrarias direcciones cual inestable viento.
[32] Participación por la común medida, es decir, el número siete; como que, según los casos tratados a continuación, todas las situaciones a que aquí se alude se dan en o al cabo de siete años o un conjunto de septenios.
[33] Deut. XV, 1 a 3.

72. Hermoso sería, pues, que la liberalidad de los acreedores alcanzara a todos los deudores. Pero, como no todos son naturalmente inclinados a la magnanimidad, y no faltan quienes viven sometidos a las riquezas o quienes no disponen de recursos abundantes, el legislador consideró que también éstos deben ofrecer su aporte, pero sin que hacerlo les cause pesadumbre.

73. No les permitió, en efecto, exigir el pago de las deudas a sus connacionales, pero sí recobrar lo prestado a los demás.[34] Llamó acertadamente hermanos a los primeros para que, considerándolos hermanos y coherederos por naturaleza, ninguno tuviera a mal darles parte de sus propios bienes; en tanto que a los que no son de su misma nación los llamó, como es natural, extraños, condición que excluye toda coparticipación, salvo que también ella se convierta merced a sobresalientes virtudes en íntima familiaridad, ya que, en suma, la ciudadanía común reside en las virtudes y en las leyes que proponen la belleza moral como único bien.
[34] Deut. XV, 3.

74. Ahora bien, el prestar sobre interés es un acto reprobable,[35] como que recibe un préstamo sobre interés no quien vive en la abundancia, .sino, evidentemente, quien pasa necesidades; el cual, si se ve forzado a pagar además del capital los intereses, por fuerza vendrá a quedar en la suma indigencia; y, aunque piensa que ha recibido un beneficio, no tarda, como los animales poco astutos, en sufrir el daño de la trampa que tiene ante sí.
[35] Éx. XXII, 25, Lev. XXV, 33 a 37 y Deut. XXIII, 19.

75. Yo te diría, señor prestamista, ¿por qué disimulas tu falta de espíritu de cooperación

obrando como si cooperases? ¿Por qué con las apariencias haces profesión de servicial y filántropo, si en las obras evidencias inhumanidad y maligna falta de consideración, al exigir más de lo que has dado, a veces el doble, convirtiendo al pobre en más pobre aún?

76. He ahí por qué nadie te acompañará en tu dolor si alguna vez, empeñado en aumentar tus ganancias, pierdes también tu capital; antes, todos se alegrarán y te llamarán extorsionador, usurero y otras cosas parecidas, convencidos de que vives al acecho de los males ajenos y juzgas la desdicha de otros como buena suerte para ti.

77. El vicio, como dijo alguien, [36] es ciego; y el prestamista no escapa a esta regla, y no alcanza a ver el tiempo de la reparación, en el que habrá de resultarle difícil o del todo imposible obtener aquello que en su codicia esperó alcanzar.
[36] Desconocemos quién es el autor de la expresión.

78. Un hombre así debe, por lo tanto, sufrir el castigo por su avaricia, a fin de que no trafique con la desventura ajena, percibiendo rentas de donde no corresponde. En cuanto a los deudores, débeseles reconocer el derecho al trato humanitario que las leyes garantizan, y no han de pagar intereses ni simples ni compuestos, limitándose a devolver la suma recibida solamente. Cierto es que ellos, a su vez, si la ocasión llega a presentarse, les brindarán la misma ayuda en retribución, correspondiendo con los mismos beneficios a los que fueron primeros en beneficiar.

79. XVIII. Establecidas estas disposiciones, registra a continuación el legislador una ley plena de dulzura y humanidad,[37] la que dice así: "Si se vendiere a ti uno de tus hermanos, será tu siervo durante seis años; pero en el séptimo debe ser dejado libre sin que deba pagar por ello".
[37] Deut XV, 12 y Éx. XXI, 2.

80. Otra vez ha llamado hermano al compatriota, sembrando en el alma del propietario mediante este calificativo la idea de su estrecho vínculo con el subordinado, a fin de que no lo menosprecie cual si se tratara de un extranjero carente de todo atractivo capaz de despertar su afección hacia él; y de que, experimentando por anticipado un sentimiento de amor familiar, fruto de la enseñanza que la sagrada ley revela, no sienta resentimiento al aproximarse la liberación del mismo.

81. Sucede, en efecto, que a tales personas las llamamos esclavos, pero,,en realidad, se trata de jornaleros, que prestan servicios para procurarse las cosas necesarias, aunque muy a menudo algunos hacen alarde de poseer un poder y una autoridad absolutos sobre ellos.

82. A estos tales es preciso calmarles sus ínfulas repitiéndoles aquellas excelentes directivas de la ley: [38] El llamado esclavo es, amigo mío, un servidor asalariado, *y* también un ser humano, unido a ti por el más alto parentesco, y además procedente de tu misma nación, y quizá de tu misma túbu y derno,[39] aunque reducido por una situación de apremio a lo que actualmente representa.
[38] Deut. XV, 12 a 18.
[39] Subdivisiones de ia población alejandrina.

83. Arranca, por lo tanto, de tu alma el insidioso mal de la arrogancia; *y* trátalo como a un trabajador asalariado, dándole tú unas cosas y recibiendo de él otras. Él te proporcionará con diligencia suma sus servicios en todo momento y lugar, sin posponer nada; anticipándose a tus órdenes con rapidez y celo. Tú, por tu parte, debe? darle a cambio los alimentos, el vestido y

los restantes cuidados, sin ponerlo bajo el yugo, como a un irracional animal, ni agobiarlo con cargas más numerosas y pesadas que las que pueda sobrellevar, ni insultarlo, ni arrastrarlo a penosos desalientos: con amenazas y apremios; y dándole, en cambio, tiempos libres y descansos eri justa medida. Porque aquello de "nada en exceso" [40] es excelente en todas las circunstancias, y en especial en las relaciones entre amos y siervos.
[40] Expresión proverbial reproducida por Teognis 335 y otros autores.

84. Cuando, empero, hayas sido servido por la totalidad del tiempo que corresponde, es decir, seis años, y el sacratísimo número, o sea, el séptimo año, esté a punto de comenzar, deja ir libre a quien lo es por naturaleza, y dale su recompensa, no con titubeos,[41] noble amigo, sino regocijado de haber alcanzado la ocasión de beneficiar a la más alta de las creaturas vivientes, el hombre, y en algo de máxima importancia, puesto que para un esclavo ningún bien es más importante que lograr la libertad.
[41] Deut. XV, 18.

85. Y alégrate también de aumentar liberalmente con bienes tuyos el beneficio, proveyéndolo para su nuevo rumbo con algo de cada una de las partea de tu propiedad.[42] Será, en efecto, un título de honor para ti el que no abandone tu morada envuelto en la indigencia, sino bien provisto de recursos para afrontar sus necesidades, a fin de que no lo reduzca de nuevo la pobreza a su pasada desgracia, viéndose obligado a ser esclavo por carecer de medios de vida, con lo que quedaría anulado el beneficio recibido de ti'. Y ya es bastante acerca de los indigentes.
[42] Deut. XV, 13.

86. XIX. Manda a continuación el legislador dejar el país en barbecho durante el séptimo año;[43] y por muchas razones. En primer lugar, para que la exaltación del número siete se extienda a todas las medidas del tiempo: los días, los meses y los años. Cada séptimo día, en efecto, es día sagrado, el llamado sábado entre los hebreos; y de los meses al séptimo le ha correspondido la fiesta más importante del año; de modo que es natural que también el séptimo año haya sido distinguido mediante la participación en la dignidad inherente a ese número.
[43] Éx. XX11I, 11 y Lev. XXV, 2 y ss.

87. La segunda razón es la siguiente. No persigas, nos dice el legislador, el lucro permanente; antes, acepta voluntariamente determinada pérdida, a fin de que, si alguna vez te sobreviniere el daño contrario a tu voluntad, fácilmente lo sobrelleves, y no desesperes sin poder soportarlo como si se tratase de un mal novedoso y extraño para ti. Tan pobres de espíritu son algunos ricos, que basta que les sobrevenga una dificultad económica, para que se lamenten y desalienten más que si se vieran privados de toda su fortuna.

88. En cambio, entre los familiarizados con las enseñanzas de Moisés, todos aquellos que son sus legítimos discípulos, ejercitados desde los primeros años de su vida en nobles hábitos, al dejar sin cultivar también la tierra fértil, se acostumbran a sobrellevar la escasez sin dificultad; y habiéndoseles inculcado al mismo tiempo el sentimiento de la magnanimidad, están habituados a dejar escapar casi de sus mismas manos con deliberado propósito aun las fuentes seguras de recursos.

89. Lo que en tercer lugar nos sugiere, creo yo, es lo siguiente: a nadie le está permitido absolutamente oprimir a otros hombres con una carga agobiante. Porque, si a las distintas partes de la tierra, las que por naturaleza están al margen del placer y del dolor, se les debe

conceder descanso, ¿cómo no se les habrá de conceder otro tanto, y con mayor razón, a los hombres, los que no solo poseen sensibilidad, la que es común a ellos y a los animales irracionales, sino también, como un don especial, la razón, mediante la cual los sentimientos dolorosos producidos por los trabajos y fatigas se estampan con representaciones mentales que afectan más intensamente aún que las sensaciones.

90. Guárdense, pues, los llamados amos de imponer a sus esclavos obligaciones excesivas y difíciles de soportar, obligaciones que postran a los cuerpos con su violencia, y abaten fatalmente a las almas antes aún que a los cuerpos.

91. Impartid [44] sin resentimiento alguno órdenes moderadas, mediante las cuales vosotros gozaréis de la atención adecuada, y vuestros servidores cumplirán fácilmente lo que les mandéis, y sobrellevarán su servidumbre, no por corto tiempo, víctimas de prematuro cansancio y envejecidos, podríamos decir, anticipadamente en medio de sus trabajos; sino por el más largo tiempo posible, conservándose jóvenes, como atletas, y no de los que engordan echando abundantes carnes, sino de aquellos que tienen por costumbre ejercitarse mediante "secos sudores" [45] para la adquisición de cuanto es necesario y provechoso para la existencia.
[44] Inesperado cambio de persona gramatical en el contexto exhortativo.
[45] La expresión que se lee en Platón, Fedro 239 c, alude a los sudores que brotan en el gimnasio por oposición a los que provocan los baños calientes. Filón la aplica al duro trabajo de los humildes.

92. Y absténganse también los gobernantes de los estados de sumir a éstos en la desgracia con contribuciones e impuestos permanentes y grandes, destinados a engrosar sus propias arcas; y de guardar, juntamente con las riquezas, un tesoro de groseros vicios, que corrompen su vida entera.

93. Escogen éstos, en efecto, con tal propósito como recaudadores de impuestos a hombres sumamente despiadados y llenos de inhumanidad, y ponen a disposición de los mismos los medios para sus extralimitaciones. Ellos agregan a su natural grosería la licencia que les acuerdan las instrucciones de sus amos; y, resueltos a no perdonar recurso para procurar agrado a aquellos, no ahorran procedimiento alguno de los más penosos, no conociendo, ni en sueños, la misericordia y la benignidad.

94. Así pues, en procura de dinero todo lo trastornan y perturban, al punto de que no solo a los bienes alcanzan sus exacciones, sino también a las personas, empleando en ello insultos, ultrajes y novedosas formas de tortura, frutos de su brutalidad. Tengo referencias concretas de algunos que, por su salvajismo y una demencia fuera de lo común, no se han detenido ni siquiera ante los cadáveres, y han llegado a tal punto en su ferocidad, que se han atrevido a golpear con látigos a los ya muertos.

95 Y, si alguno censuraba la crueldad sin límites de no permitir que ni siquiera la muerte, que es la liberación y el verdadero termino de todos los males, preservara de afrentas a los que estaban ya lejos, y de hacer que soportaran ultrajes en vez de recibir sepultura con los ritos tradicionales; ellos recurrían a un alegato peor aún que la acusación, jactándose de que ultrajaban a los muertos no por insultar un mudo e insensible polvo, cosa que consideraban inútil, sino para mover a compasión a las personas vinculadas a aquellos por lazos de parentesco o de amistad, y así estimularlos a proceder al rescate de sus cuerpos, ofreciéndoles un postrer testimonio de afecto.

96. XX. ¡Oh los más viles de los hombres!, diríales yo a éstos, ¿no habéis aprendido previamente la lección que enseñáis?[46] ¿O sabéis mover a compasión a los demás, sin perdonar los más crueles procedimientos para ello, pero habéis amputado de vuestra alma todo sentimiento de bondad y humanidad? Y ello, a pesar de que no os faltan buenos guías, nuestras leyes sobre todo, las que han dispensado incluso al país de aportar sus anuales tributos, procurándole un período de respiro y descanso.

[46] Alusión más o menos irónica a! modo de despertar en otros el noble sentimiento de la compasión mediante el procedimiento descripto; pasando por alto el ulterior fin que los tales se proponen al mover a compasión.

97. E! país, aunque aparentemente es una cosa sin vida, es puesto así en condiciones de reponerse y retribuir el beneficio que ha recibido a título de presente y que ahora está ansioso de compensar, En efecto, la dispensa que le ha cabido durante e! séptimo ano, en el que no ha sido trabajado, permaneciendo completamente libre durante todo el ciclo anual, hace que al año siguiente produzca gracias a su fertilidad frutos que duplican, y a veces multiplican, la producción normal.

98. Aseméjase esto a lo que cabe observar que hacen los instructores con los atletas. Una vez que los han preparado intensamente mediante sucesivos e ininterrumpidos ejercicios, antes de que lleguen a un cansancio extremo, les permiten reparar fuerzas concediéndoles descanso; no solo en los esfuerzos propios de la preparación atlética, sino en las dietas de comida y bebida, cuya rigidez hacen menos estricta, procurando la alegría al alma y el bienestar al cuerpo.

99. Y por cierto que aquellos cuya profesión es preparar para la ejecución de esfuerzos no son instructores en molicie y lujuria, sino por el contrario, gente que, con método y arte, agrega a la fuerza una fuerza más vigorosa aún, y a la energía energías más firmes todavía, acrecentando el vigor mediante el descanso y el esfuerzo armoniosamente combinados.

100. Esto lo han aprendido de la omnisciente naturaleza, la que, conociendo que en la especie humana se dan la laboriosidad y el cansancio, dividió el tiempo en el día y la noche, asignando a aquél la vigilia, y a ésta el sueño.

101. Es que, como a una madre sumamente solícita, sobrevínole la preocupación de que sus hijos no cayeran en el agotamiento. Levanta, en efecto, nuestros cuerpos durante el día y los estimula a atender todos los menesteres y necesidades de la vida, enrostrando a los que tienen por norma entregarse al ocio en una vida de holganza y sensualidad; pero a la noche llama al reposo y al cuidado de esos cuerpos, dando la seña! de retirada como en la guerra.

102. Y los hombres, dejando para más adelante la grave carga de los negocios que desde el alba hasta el atardecer ha pesado sobre ellos, retornan a sus moradas para entregarse al descanso; y, sumidos en profundo sueño, se reponen de la diaria fatiga; y, ya frescos y en la plenitud de su vigor, una vez más cada uno se apresura a marchar hacia las ocupaciones propias de costumbre.

103. Este doble itinerario a través del sueño y la vigilia lo ha asignado la naturaleza a los hombres a fin de que, alternando la actividad con la inacción, conserven suficientemente preparadas y ágiles las distintas partes del cuerpo.

104. XXI. Teniendo presentes estas razones, aquel que en nombre de Dios nos reveló nuestras leyes proclamó un descanso para el país prohibiendo las tareas agrícolas cada siete años. Pero

esta disposición no la estableció solamente por los motivos a que me he referido, sino también movido por la habitual benevolencia con que juzgó conveniente impregnar cada parte de su legislación, de modo de imprimir en los lectores de las sagradas escrituras hábitos de sociabilidad y bondad.

105. Mandó, en efecto, que durante el séptimo año no se mantuviese cerrado ningún terreno, sino se dejasen abiertos todos los viñedos y olivares, así tomo el resto de las propiedades, tanto las sembradas como las arboladas, a fin de que los frutos que maduraran naturalmente pudieran aprovecharlos los pobres con tanta o más facilidad que los propietarios.[47]
[47] Éx. XXIII, II y Lev. XXV, 6 y 7.

106. Así pues, por una parte, prohibió a los dueños trabajar, buscando con ello que no llegara a constituir un motivo de aflicción para ellos el hecho de correr con los gastos sin recibir las rentas de los mismos; y, por otra, pensó que correspondía que los indigentes usufructuaran de verdad en alguna ocasión, como propios, los bienes considerados propiedad de otros, sin caer en actitudes humillantes ni ser avergonzados como mendigos.

107. ¿No merecen nuestra entusiasta adhesión leyes que rebosan de tan grande humanidad? Porque este sentimiento enseña a los ricos a ser generosos y compartir lo que poseen, y estimula a los pobres a no andar siempre rondando las casas de los ricos, impelidos por la necesidad de poner remedio a sus indigencias; y a recoger, en cambio, también alguna vez, como si procediera de bienes propios, la renta consistente en frutos que, como he dicho, se producen espontáneamente.

108. Viudas, niños huérfanos y todos los demás que pasan inadvertidos o ignorados por carecer de abundantes recursos, poséenlos en esta ocasión abundantemente, enriquecidos súbitamente por los dones de Dios, el cual los invita a compartir los bienes de los pudientes, bajo la égida del sagrado número siete.

109. A su vez, todos los que crían ganado tienen licencia para conducir sus propios rebaños para apacentarlos escogiendo para ello terrenos bien provistos de pastos y en excelentes condiciones para el apacentamiento. Y no se les opondrá ningún resentimiento por parte de los propietarios de éstos, por cuanto sobre los mismos obra la fuerza de una antiquísima costumbre, que, habiendo llegado a ser familiar desde larga data, ha acabado por prevalecer sobre las naturales inclinaciones.

110. XXII. Después de asentar este que podríamos llamar primer cimiento de la equidad y la humanidad, reunió el legislador, siete septenios y declaró sagrado al conjunto de cincuenta años, [48] y dictó leyes especiales relacionadas con él, todas de sobresaliente excelencia, aparte de las que son comunes a todos los-séptimos años.
[48] Lev. XXV, 8 a 55.

111. La primera es la siguiente. El legislador considera que las propiedades que han cambiado de dueños han de ser devueltas a sus primitivos poseedores, a fin de que las porciones patrimoniales se conserven en las familias, y ninguno de aquellos que poseen un lote sea privado jamás de ese legado.

112. Y como muchas veces sobrevienen circunstancias adversas, a causa de las cuales algunos se ven obligados a vender sus propiedades, estableció providencias que contemplan la forzada penuria de los mismos; e impidió que los compradores fueran, por su parte, engañados; permi-

tiendo que los primeros vendan, pero instruidos muy claramente los compradores sobre las condiciones bajo las que tiene lugar la venta.

113. Dice, en efecto: "No paguéis el precio de una adquisición total, sino el correspondiente a su número fijo de años, los cuales están comprendidos dentro de la pentecontecia".[49] Lo que se vende, efectivamente, no son las propiedades mismas, sino lo que ellas producen. A ello concurren dos decisivas razones. La primera es que todo el país es calificado como propiedad de Dios, y es sacrílego el que otros se registren como dueños de las propiedades de Dios.[50] La otra razón es que a cada uno de los poseedores de lotes tiene asignado el suyo como heredad propia, y la ley considera que aquel a quien le ha correspondido no debe ser privado de él.
[49] Lev. XXV, 15 a 17. El precio debía corresponder a la cantidad de años que aún restaba para el próximo año sabático o jubileo y para calcularlo se contaba los transcurridos desde el último año cincuenta.
[50] Lev. XXV, 23.

114. Por lo tanto, la ley invita o bien a aquel que estuviere en condiciones de recobrar su propiedad dentro de la pentecontecia, o bien a alguno de los herederos legales de más estrecho parentesco con él, a que arbitre todos los medios para pagar la suma que ha recibido, de modo de no convertirse en causante de pérdidas para el comprador, que lo ayudó cuando la ocasión lo requería.

115. Pero, compenetrada de la situación de aquel que está en la indigencia, extiende hasta él su compasión entregándole *de* nuevo y gratuitamente el remanente de su antigua propiedad, de la que se excluyen los terrenos consagrados por voto a título de ofrendas.[51] Y como constituiría una impiedad el que una ofrenda perdiera su vigencia con el correr del tiempo, está ordenado que por tales terrenos se exija el precio justo, sin conceder rebaja alguna a quien ha hecho la ofrenda.
[51] Lev. XXVII, 16 a 21.

116. XXIII. Estas son las normas establecidas para el caso de las distribuciones y adjudicaciones de lotes territoriales; distintas son las referentes a las casas.[52] Como de éstas unas están situadas en la ciudad, dentro de los muros; y otras son residencias rurales situadas en los campos, fuera de una muralla, la ley ha establecido que las de los campos, sean siempre rescatables, y que las que no hayan sido rescatadas hasta el año cincuenta sean restituidas gratuitamente a sus antiguos dueños, tal como ocurre con los bienes raíces en general, ya que las residencias rurales son parte de dichos bienes.
[52] Lev. XXV, 29 a 31.

117. En cambio, en el caso de todas aquellas que están ubicadas dentro de las murallas, sus vendedores tienen un año de plazo para recobrarlas, pero después del año queda confirmada a perpetuidad la posesión a favor de los compradores, sin que en nada perjudique a estos adquirentes la remisión que tiene lugar en el año cincuenta.

118. El motivo es que el legislador ha querido procurar también a los nuevos habitantes [53] una base para su definitiva radicación en el país. Como no poseen una fracción de tierra, ya que no fueron tenidos en cuenta en la época en que se procedió al reparto de lotes, la ley les reserva el derecho de ser propietarios de casas, pues le preocupa muy seriamente que los acogidos a la protección de las leyes como suplicantes y fugitivos no vengan a convertirse en gente errante.
[53] A los conversos a la religión judía. Ver *Sobre las leyes particulares* I, 52.

119. Y efectivamente, cuando el país fue repartido en porciones sobre la base de las tribus, las ciudades no fueron distribuidas, ni tampoco estaban al principio edificadas formando conglomerados de viviendas, ya que los habitantes residían en viviendas rurales situadas en los campos. Posteriormente las abandonaron y se concentraron a medida que los sentimientos de unidad y de amistad fueron acrecentándose, como era de esperarse, con el lento correr del tiempo; y edificaron casas en el mismo sector, formando así ciudades, en las cuales concedieron participación a los nuevos llegados, a fin de que no carecieran completamente de propiedad tanto en los campos como en las ciudades.

120. XXIV, Acerca de la tribu sagrada lo legislado es lo siguiente.[54] La ley no ha separado para los servidores del templo una sección de territorio, por suponer que las primicias constituyen un ingreso suficiente para ellos; pero les asignó cuarenta y ocho ciudades para residencia, y un arrabal en torno de dos mil codos cada uno.
[54] Lev. XXV, 32 a 34.

121. A los compradores de casas en estas ciudades no se les ha asegurado la posesión definitiva en el caso de que los vendedores no pudieren rescatarlas en el término de un año, como en el casó de las restantes ciudades; estando, en cambio, permitido el rescate sin límite de tiempo, tal como les está permitido a los de nuestra nación [55] recobrar las residencias rurales, con las cuales se hallan en pie de igualdad las residencias de los cuidadores del templo, por cuanto ellas son las únicas casas en tan grande país que ellos recibieron como porción propia, y el legislador ha considerado que es preciso que quienes las han recibido no sean privados de ellas, como tampoco lo son aquellos a los que cupieron en suerte las residencias rurales. Y sobre estas cosas basta con lo dicho.
[55] Lev. XXV, 35 a 41.

122. XXV. En cuanto a las disposiciones legales acerca de las relaciones entre prestamistas y deudores, y entre servidores y amos [55] ellas son similares a las precedentemente establecidas.[56] Y así, los prestamistas no exigirán intereses a sus connacionales sino se contentarán con recobrar solo la cantidad prestada; y los amos habrán de tratar a los esclavos comprados, no como esclavos por naturaleza, sino como servidores a sueldo, proporcionándoles la seguridad de alcanzar la libertad, de inmediato a los que están en condiciones de pagar sus rescates, y más adelante a los carentes de medios, o bien cuando se cumpla el séptimo año desde el comienzo de su servidumbre, o bien cuando llegue el año quincuagésimo, aunque se diere el caso de que alguien haya pasado a la condición de esclavo solo un día antes. Es que este año señala el tiempo de la liberación, y como tal se lo acata, retornando en él todas las cosas a su primitivo cauce, camino nuevamente hacia la pasada prosperidad.
[55] Lev. XXV, 35 a 41.
[56] Efectivamente, los parágrafos que siguen repiten lo fundamental de lo dicho en 71 a

123. En cambio, la ley da plena libertad para adquirir servidores de otra nacionalidad,[57] pues desea, en primer lugar, que exista una diferencia entre los naturales del país y los extranjeros, y, en segundo lugar, que la propiedad más necesaria,, es decir, los servidores, no esté excluida totalmente de su comunidad, pues innumerables menesteres en el curso de la existencia reclaman los servicios de esclavos.
[57] Lev. XXV, 44.

124.[58] Los herederos de los padres han de ser los hijos varones,[59] y en el caso de no haber, lo serán las hijas, pues, así como en la naturaleza los varones ocupan un lugar superior al de las

mujeres, también en las relaciones de parentesco deben gozar de privilegio, heredando los bienes y ocupando el puesto de los que han fallecido bajo el imperio de una ineludible ley que impide alcanzar la inmortalidad a todo lo que es mortal y de terrenal origen.
[58] El contenido de los parágrafos 124 a 139 nada tiene que ver con la fiesta sabática, por lo que resulta evidente que no es éste su lugar correspondiente. Sin embargo, como supone Cohn, tal vez Filón, prescindiendo de la continuidad lógica del asunto, inserta esta digresión movido por el hecho de que en Lev. XXV, 46, a continuación de la disposición relativa a los esclavos de origen extranjero, se lee: "haréis de ellas un patrimonio-para vuestros hijos".
[59] Núm. XXVII, 8 a 11. Ver *Vida de Moisés* II, 243 y ss.

125. Pero, las hijas que hubieren sido dejadas doncellas, es decir sin haber sido entregadas a un esposo, como no ha sido separada para ellas una dote por sus padres mientras vivían, deberán recibir una parte igual a la de los varones. El magistrado supremo habrá de tomar a su cargo la protección de estas desamparadas,[60] y vigilar su crecimiento y los gastos de mantención y la educación que corresponde a jovencitas; y, en llegando el momento oportuno,, mirar por que se casen convenientemente, con esposos escogidos entre quienes se destaquen por sus altas cualidades en todos los aspectos.
[60] Las afirmaciones de esta sección no se apoyan en prescripciones de la !ey mosaica sino son opinior.es personales de Filón, quien tiene en cuenta las normas del derecho ático.

126. Éstos deben ser, preferentemente, de la misma familia de las jóvenes; y, si no, por lo menos del mismo demo o tribu, a fin de que las porciones asignadas como dotes no pasen a manos extrañas por casamientos con personas de otra procedencia, sino permanezcan formando parte de los lotes establecidos desde un principio sobre la base de las tribus.[61]
[61] Núm. XXXVI, 2 a 9.

127. En el caso de que la persona fallecida no tenga hijos, la sucesión pasará a sus hermanos, pues el grado de parentesco de los hermanos está a continuación del de los hijos e hijas. Pero, si no tuviere tampoco hermanos, la sucesión ha de pasar a los tíos paternos; y, en caso de no haberlos, a los más próximos entre los demás parientes de la familia.[62]
[62] Núm. XXVIII, 8 a 11.

128. Mas, si ocurriere que la mengua de parentela es tal que no quedare ninguno do los vinculados por la sangre, la tribu habrá de ser la heredera,[63] ya que también la tribu es, en cierto modo, un pariente dentro de un círculo más amplio y completo.
[63] No estableado en forma precisa pero fácilmente deducible de Núm. XXXVI, 9.

129.[64] Pero, no debemos pasar por alto una cuestión que plantean algunos. ¿Por qué, dicen, si la ley hace mención de todos los parientes, de los miembros de un mismo demo y de los de una misma tribu, omite solamente a los padres, cuando lo lógico sería que, así como ellos son heredados, heredaran los bienes de sus hijos? La respuesta es, mis buenos señores, que la ley, siendo, como es, de origen Divino y tendiendo a respetar siempre las normas de la naturaleza, ha entendido que no debía introducir nada desacorde con ésta. Es propio de los padres el suplicar poder dejar vivos a aquellos que engendraron, para que reciban en herencia su nombre, su estirpe y su propiedad; y propio de enemigos implacables las imprecaciones contrarias, vale decir, que mueran los hijos y las hijas antes que sus progenitores.
[64] *Vida de Moisés II*. 244 y 245.

130. De modo que la ley se guardó muy bien de mencionar concretamente algo que desentona y está en discordancia con la armonía y concierto por los que se rige el mundo entero, como

es el caso de la muerte de hijos mientras viven aún sus padres; y, ajustándose a lo necesario y a lo decoroso,[65] omitió establecer que las madres y los padres son herederos de los bienes de sus hijos e hijas, pues sabía que esta eventualidad no está de acuerdo con el curso natural de la existencia.
[65] *Vida de Moisés* II, 245

131. Y así, habiéndose cuidado de mencionar en forma expresa y desnuda el derecho de los padres a heredar a sus hijos fallecidos, para que no pareciera que, a! asignarles un provecho que encierra algo detestable, formulábales un reproche en medio de sus aflicciones o les recordaba sus infortunios; por otra vía les asignó esos bienes, ínfimo paliativo para un mal inmenso.

132. ¿De qué manera? Pues declarando que el hermano del padre es heredero de sus sobrinos, ventaja concedida al tío indudablemente a causa del padre; a menos que sea uno tan demente como para suponer que quien honra a una persona por deferencia hacia otra lleve el propósito de deshonrar a esta última. ¿Es que acaso los que rodean de atenciones a los conocidos de sus amigos pasan por alto a estos amigos? ¿No ocurre, más bien, que quienes con deferencia suma se preocupan por los que merecen su estima muestran favorables disposiciones también a los amigos de éstos? Pues, de la misma manera también la ley, al designar al hermano del padre como eventual heredero a causa de este último, con mucha mayor razón designa como tal al padre; no de manera expresa, por los motivos expuestos, pero con claras indicaciones, más eficaces aún que las palabras, que hacen patente la intención del legislador.

133. El mayor de los hijos no recibe la misma porción que los siguientes, sino tiene derecho a una doble,[66] en mérito a que los padres, que no eran antes sino un hombre y una mujer, se convirtieron luego en un padre y una madre gracias al primer hijo engendrado; y además porque fue el primogénito quien por primera vez llamó con esos nombres a quienes lo engendraron;[67] y, finalmente, y esta es la razón más importante, porque la casa hasta entonces vacía de prole se tornó prolífica concurriendo a la perduración de la raza humana, perduración para la que la siembra tiene lugar en el matrimonio, siendo los frutos los hijos que nacen, de los cuales el mayor señala el comienzo.
[66] Deut. XXI, 15 a 17.
[67] Ver *Vida de Moisés* I, 135.

134. Esta fue la causa, se me ocurre, por la que los primogénitos de los enemigos que habían procedido ton saña implacable fueron exterminados en masa durante una sola noche, como lo atestiguan las sagradas escrituras;[68] mientras que los primogénitos de nuestra nación fueron consagrados a Dios dedicándoselos en acción de gracias. Correspondía, en efecto, que a los primeros se les hiciera sentir el peso de la más penosa de las desdichas, para la cual no existe consuelo, consistente en el aniquilamiento de los que entre ellos ocupaban el primer lugar; y que Dios, origen de la salvación, fuera honrado ofrendándosele como primicias a aquellos a los que había cabido la preeminencia entre los hijos.
[68] Éx. XII, 29 y 30.

135. Mas no faltan quienes, después de haber contraído matrimonio y engendrado hijos, ya en edad avanzada,, olvidando lo que sabían acerca de la moderación, se desvían camino de la incontinencia, y poseídos por una frenética pasión, hacia otras mujeres, maltratan a las primeras; se conducen con los hijos nacidos de éstas, no como padres sino como padrastros, imitando la impía actitud de las madrastras hacia los hijos del primer matrimonio; y dedican cuanto son y tienen a las segundas esposas y a los hijos de éstas, dominados por la más vil de

las pasiones, la voluptuosidad. Si ello fuera posible, la ley no hubiera dudado en poner freno a estas concupiscencias evitando que se exalten aún más.

136. Pero, como es difícil, o más bien imposible, poner remedio a una locura convertida en salvaje por su violencia, abandona a tal padre, considerándolo presa de una incurable enfermedad, pero no se muestra indiferente para con el hijo de la mujer maltratada a causa de los nuevos amores, y manda que reciba doble porción en la distribución entre los hermanos.[69]

[69] Deut. XXI, 15 a 17. Ver *Sobre los sacrificios de Caín y Abel* 20 y *Sobre la sobriedad* 21 y ss.

137. Los motivos de esta disposición son muchos. En primer lugar, la ley castiga al culpable al imponerle la forzosa obligación de tratar bien a aquel con quien él prefiere comportarse mal; y lo declara sin poderes para llevar a cabo sus inicuos designios. Para ello brinda su apoyo a quien ha estado expuesto a sufrir daño en manos de él, asumiendo el papel que corresponde a un padre, papel que quien es el padre por naturaleza ha abandonado en lo que respecta al mayor de sus hijos.

138. En segundo lugar, da pruebas de su piedad y misericordia para con las víctimas de la injusticia, a las que alivia en su penosísima aflicción mediante la participación en el don concedido. Fácil es, en efecto, suponer que de la doble porción heredada por el hijo su madre participará tanto cómo él, reanimada así por la humanidad de la ley, que no ha permitido que ella y su familia queden en todo a merced de sus enemigos.

139. En tercer lugar, siendo, como es, un capacitado arbitro de lo que es justo y lo que no lo es, ha reflexionado el legislador que el padre dispensa generosamente sus beneficios a los hijos de la mujer amada, movido por su amor hacia ella; en tanto que considera que no debe brindar ninguno a los de la mujer detestada, a causa de su aversión hacia ella; de modo que los primeros están, mientras vive su padre, en posesión de una herencia mayor que sus justas porciones, mientras que los otros corren el peligro de que, a la muerte de su padre, se les haya despojado de la totalidad del patrimonio. Y así, para equilibrar el reparto entre los hijos de ambas mujeres, la ley ha establecido el privilegio de una doble porción para el hijo de la mujer abandonada. Y ya es suficiente acerca de estos asuntos.

140. XXVI. Siguiendo nuestro orden,[70] registramos un tercer tipo de fiesta, de cuyo significado nos ocuparemos. Se trata de la fiesta del novilunio, o primer día del mes lunar, es decir del tiempo comprendido entre una conjunción y la siguiente, cuya duración han calculado muy cuidadosamente los astrónomos. La del novilunio ha sido incluida entre las fiestas por muchas razones. En primer lugar, porque es el comienzo del mes, y el comienzo, tanto entre los números como en el tiempo, merece ser honrado. En segundo lugar, porque, cuando él llega, nada queda sin iluminar en el cielo, pues, mientras en la conjunción, al pasar la luna bajo el sol, la parte que da hacia la tierra queda oscurecida, con el novilunio recobra su natural claridad.

[70] Interrumpido por la larga digresión acerca de las herencias.

141. En tercer lugar, porque durante ese tiempo el elemento superior y más potente proporciona la necesaria ayuda al inferior y más débil, como que en el novilunio comienza el sol a iluminar con claridad perceptible por los sentidos a la luna, la que exhibe entonces su propia hermosura ante nuestros ojos. Y esto, evidentemente, es una clara lección de bondad y humanidad, para que los hombres jamás mezquinen sus propios bienes, y, por el contrario, imitando a las felices y dichosas naturalezas del cielo, destierren de los confines de su alma la

envidia, y, poniendo sus propiedades al alcance de todos, las conciban como un bien común y las brinden liberalmente a quienes lo merecen.

142. El cuarto motivo es que la luna recorre el zodíaco en un plazo menor que el de todos los otros cuerpos celestes, pues completa su ciclo en el término de un mes. Por eso la terminación del circuito, cuando la luna concluye su curso en el punto en que había comenzado a circular, es honrada por la ley, la que declara fiesta a ese día, con intención de enseñarnos una vez más una excelente lección, a fin de que en cuanto hagamos en la vida procuremos que los fines correspondan a los comienzos; cosa que será una realidad, si mediante la razón ponemos riendas a nuestros impulsos primitivos, no permitiéndoles que se rebelen y encabriten, como bestias que no tienen quien las controle.

143. En cuanto a los beneficios que la luna proporciona a los seres todos de la tierra, ¿es necesario extenderse en exponerlos? Las muestras están a la vista. Cada vez que ella crece, crecen los ríos y las fuentes; y, cuando ella mengua, menguan ellos a su vez. Paralelamente a sus fases retroceden unas veces los mares y en el refluir de sus aguas pierden altura, y otras se abalanzan repentinamente al retornar aquellas; y el aire experimenta toda suerte de cambios con momentos de diafanidad o de abundantes nubes y con las demás variantes. Los frutos, a su vez, tanto de los sembrados como de los árboles crecen y alcanzan su pleno desarrollo de acuerdo con las revoluciones de la luna, la que, enviando gratísimas brisas impregnadas de rocío, nutre y hace madurar todo cuanto nace.

144. Pero, no es ésta, como he dicho, la ocasión de extenderse en alabanzas de la luna, exponiendo un inventario de los beneficios que proporciona ella a los seres vivientes y a cuantas cosas hay en la tierra. Éstas y otras similares son las razones por las que el día del novilunio es honrado y ha alcanzado un lugar entre las fiestas.

145. XXVII. Después de la del novilunio viene la cuarta fiesta, la de la travesía, fiesta que los hebreos llaman Pascua en su lengua nacional, y en la cual sacrifica muchas miríadas de víctimas desde el medio día hasta el anochecer todo el pueblo en común, mayores y jóvenes, honrados durante ese día con la dignidad del sacerdocio. Porque mientras en toda otra ocasión son los sacerdotes quienes, por prescripción de la ley, llevan a cabo los sacrificios tanto comunes como privados de cada persona; en ésta, en cambio, la nación toda tiene plena licencia para oficiar como sacerdote y cumplir con manos puras el sagrado ritual.

146. El motivo es el siguiente. La fiesta es una recordación y una acción de gracias por el gran éxodo que emprendieron desde Egipto más de dos millones de hombres y mujeres conjuntamente, acatando los oráculos revelados.[71] Pues bien, en esta ocasión habían dejado atrás un país saturado de inhumanidad e inclinado a expulsar extranjeros, y, lo que es más penoso, a asignar honores Divinos a animales irracionales, no solo domésticos sino también salvajes. Y tan grande era la alegría que los dominaba, que nada tiene de extraño que, movidos por un indecible entusiasmo y uña apremiante premura, llevaran a cabo ellos personalmente los sacrificios, sin aguardar a los sacerdotes.[72] Lo que entonces se hizo bajo el influjo de una espontánea e instintiva emoción, la ley permitió que se hiciera una vez cada año, para recordarnos la obligación de la acción de gracias. Estos son los hechos tal como los narra la historia de los antiguos tiempos.

[71] Ex. XII, 37 y Núm. XI, 21, donde se lee que el total de hombres era de 600.000, lo que permite para la masa total de emigrantes calcular los 2.000.000 a que se refiere Filón.

[72] La afirmación de que tal sacrificio tuvo lugar emprendida ya la huida contradice la versión del Éxodo, según la cual el sacrificio pascual precedió a la décima plaga. Tal vez se creyó

Filón autorizado a este anacronismo por el hecho de que la institución de la cena pascual como rito anual aparece en Éx. XII, 43 a 50, después de la descripción de la partida de los israelitas *(ibídem,* 37 a 42).

147. Mas, para aquellos que acostumbran a hallar el sentido alegórico detrás de la expresión literal, la fiesta de la travesía alude a la purificación del alma. Dicen, en efecto, que el que ama la sabiduría no se ocupa de otra cosa sino del tránsito desde el cuerpo y sus pasiones, cada una de las cuales lo sumerge, a manera de un torrentoso río, a menos que no frene y controle su impulso mediante las doctrinas tocantes a la virtud.

148. Durante este día cada casa asume el aspecto y dignidad propios de un templo; y, una vez degollada la víctima, es preparada para el banquete correspondiente a la ocasión. Los congregados para el festín se han purificado previamente con purificatorias aspersiones, y asisten a él, no como a los otros convites, para regalar a su vientre mediante el vino y las viandas, sino para cumplir con plegarias e himnos una costumbre ancestral.

149. Otra cosa que vale la pena señalar es el día en que se cumple este festín común a toda la nación, como que él tiene lugar el día catorce del mes, y el número catorce es la suma de dos sietes, como lo que confírmase el hecho de que ninguna cosa digna de ser honrada deja de estar vinculada al número siete, y que, por el contrario, dicho número es en todos los casos máxima señal de prestigio y dignidad.

150. XXVIII. La ley combina con la fiesta de la travesía . otra en la que el alimento consumido es diferente y desacostumbrado. Trátase de panes de ácimos, de los que además deriva su nombre.[73] El sentido de esta fiesta es doble; uno se relaciona con nuestra nación y se remonta a la ya mencionada emigración; el otro es de proyecciones universales y se ajusta a los dictados de la naturaleza y a la armonía del mundo todo. Preciso es que examinemos cómo esta afirmación es absolutamente cierta. Si bien este mes es el séptimo en número y orden dentro del ciclo solar, en importancia es el primero, y por ello está también descrito como el primero en los sagrados libros.[74]

[73] Lev. XXIII, 5 y ss.

[74] Éx. XII, 2.

151. El motivo, a mi juicio, es el siguiente. Sucede que el equinoccio de primavera es una copia e imitación de aquella época primera en la que fue formado el mundo. En ese tiempo los elementos fueron separados y alcanzaron el armonioso orden que guardan respecto de sí. mismos y respecto de los demás; el cielo fue adornado con el sol, la luna y los rítmicos movimientos y revoluciones de los demás astros fijos y errantes; y fue también adornada la tierra con toda suerte de vegetales, y todo suelo rico y apto, así en las zonas altas como en las llanuras, se tornó fértil y cubrió de verdor.

152. De ese modo, cada año nos recuerda Dios la creación del mundo, poniendo ante nuestros ojos el espectáculo de la primavera, en la que todo germina y florece. Por ese motivo no andan desacertadas las leyes al describir a este mes como el primero, por cuanto, en cierto modo, es una réplica del primer origen, al que reproduce tal como una estampa reproduce al sello modelo.

153. En cambio, el mes del equinoccio de otoño, aunque, de acuerdo con las revoluciones solares, es el primero en el orden, no es llamado primero en el texto de la ley, en razón de que durante su transcurso, habiendo sido recogidos ya todos los frutos, los árboles pierden sus

hojas y todo cuanto la primavera había hecho madurar se marchita a causa de los secos vientos, y se torna, a su vez, seco por obra de los abrasadores rayos del sol.

154. Por eso, el legislador juzgó absurdo e impropio desde todo punto de vista calificar de primero al mes durante el cual tórnanse estériles las tierras altas y las llanuras; ya que las cosas que son primeras y han alcanzado una posición preeminente van asociadas con las cualidades más excelentes y apetecibles, por cuya mediación tienen lugar los nacimientos y crecimientos de animales, frutos y plantas; y no con las destrucciones, que sugieren todo lo contrario.

155. El comienzo de la fiesta tiene lugar a mitad de mes, el día quince, cuando la luna tórnase llena, habiendo sido escogido a propósito tal día porque durante él no se da oscuridad alguna, y todas las cosas se hallan plenamente iluminadas en todo momento, por la luz del sol desde el amanecer hasta el atardecer, y por la de la luna desde el atardecer hasta la aurora, mientras las estrellas se turnan con sus claridades sin sombras.

156. Una vez más, la fiesta se celebra durante siete días en atención a la preeminencia y honor que han cabido a este número en el mundo, a fin de que ninguna de las cosas que apuntan a la alegría y el regocijo público, así como a las acciones de gracia dirigidas a Dios, aparezca des-.vinculada del sagrado siete, concebido por Él como origen y fuente de todos los bienes para los hombres.

157. Dos de los siete días, el primero y el último, son declarados santos, porque la ley acuerda precedencia, como es natural, al principio y al fin; y desea, al mismo tiempo, que, como en un instrumento musical, se adapten armónicamente los días intermedios y la sinfonía de los extremos; y quizá también porque busca poner de manifiesto la estrecha relación que guardan el tiempo pasado y el futuro con la fiesta, vinculando el tiempo pasado con el primero, y el futuro con el segundo de los dos días; cada uno de los cuales, además de sus propias propiedades, posee las del otro, como que el primero es el comienzo de la fiesta y además el fin del tiempo pasado, y el séptimo es el fin de la fiesta y el comienzo del tiempo futuro. De donde resulta, como he dicho anteriormente,[75] que la vida toda del hombre puede ser considerada como una fiesta de quien ha desterrado de sí el dolor, el miedo, la concupiscencia y todas las otras pasiones y enfermedades del alma.
[75] En el parágrafo 48.

158. El pan es ácimo, o bien porque nuestros antepasados, cuando bajo la dirección de la Divina guía se aprestaban a emigrar, obraron con exceso de premura, al punto de llevar sin levadura las pastas amasadas,[76] o bien porque durante aquella estación, vale decir, la primavera, durante la cual tiene lugar la celebración de la fiesta, el fruto del trigo no ha alcanzado aún su pleno desarrollo, como que los campos están produciendo las espigas y todavía no ha llegado la época oportuna para la siega. Precisamente este fruto futuro, imperfecto aún pero que habrá de alcanzar su perfección en poco tiempo, fue lo que el legislador consideró apropiado representar en el pan ácimo, por cuanto también éste es imperfecto,[77] a fin de recordarnos la saludable esperanza de que la naturaleza, como su copiosa riqueza de cosas provechosas, está ya preparando sus anuales dones para el género humano.
[76] Éx. XII, 34 y 39 y Deut. XVI, 3.
[77] Pues le falta elevarse por haber sido preparado sin levadura.

159. Los intérpretes de las sagradas escrituras agregan lo siguiente: el alimento ácimo es un don de la naturaleza, en tanto que el fermentado es producto de la humana industria. Los

hombres, en efecto, en su afán por combinar lo agradable con lo necesario, aplican su experiencia a transformar, con los recursos de su arte, en agradable aquello que la naturaleza ha hecho áspero.

160. Siendo, pues, la fiesta de la primavera una rememoración de la creación del mundo, según he demostrado, y habiendo necesariamente los primeros habitantes de la tierra y sus inmediatos descendientes usado los dones del universo en. su original pureza, pues aún no prevalecía el placer en el humano consenso, el legislador estableció un alimento sumamente apropiado para la ocasión, movido por su deseo de que todos los años se volviera a encender el fuego latente de ese digno y austero modo de vida; y que, al mismo tiempo, a través del solaz de una solemne asamblea se admirara y honrara la frugalidad y economía de la existencia en los primitivos tiempos, y amoldáramos, en la medida de lo posible, nuestra vida presente a la antigua.

161. Lo dicho tiene una especial confirmación en la exposición de los doce panes, el mismo número que el de las tribus,[78] sobre la sagrada mesa. Todos ellos son ácimos, ejemplo clarísimo de un alimento libre de mezcla, proporcionado no por la humana industria para el placer, sino por la naturaleza para el indispensable uso. Y esto es suficiente acerca de la materia.
[78] Lev XXIV, 5 y ss.

162. XXXIX. El día que sigue inmediatamente al primero constituye una fiesta dentro de la fiesta,[79] que es llamada de la gavilla, por lo que acontece en su transcurso, ya que la ofrenda consiste en una gavilla, que se lleva al altar como primicia, no solo del país que nuestra nación ha recibido para residencia, sino también de la tierra toda; de modo que resulta ser la primicia particular de nuestra nación, por una parte, y la común en nombre de todo el género humano, por otra.
[79] Lev. XXIII, 10 y ss. Filón entiende que es una prolongación de la fiesta del día anterior

163. La razón es que la nación judía representa' respecto de todo el mundo habitado lo que el sacerdote representa para un estado. Porque, en rigor de verdad, el sacerdotal ministerio corresponde a la nación, ya que es ella la que lleva a cabo todos los ritos purificatorios, y acata, en su alma y en su cuerpo, las prescripciones de las Divinas leyes, las que restringen los placeres del vientre y los de la parte que está debajo de él, y el tropel... ,[80] confiando a la razón las riendas para controlar a los irracionales sentidos; y contienen y refrenan los irreflexivos y desmesurados impulsos del alma, unas veces con bastante suaves consejos y sabias exhortaciones, otras con más severas y enérgicas reprobaciones y con el temor de un castigo que infunden en ella.
[80] Aquí faltan una o varias palabras en los manuscritos.

164. Pero, aparte del hecho de que la legislación, en cierto modo, es una lección sobre el sacerdocio, y de que es considerado, sin otro requisito, sacerdote, o más bien sumo sacerdote, a juicio de la verdad quien vive de acuerdo con las leyes; hay otra razón[81] de especial importancia. Sucede que excede a toda medida o límite la turba de divinidades, tanto masculinas como femeninas, honradas en las diferentes ciudades, meras invenciones del gremio de los poetas y de la gran multitud de hombres para quienes la búsqueda de la verdad es meta inalcanzable que está más allá de sus posibilidades de examen. Y con todo, no veneran y honran todos a los mismos dioses, sino unos a unos y otros a otros; de modo que no consideran dioses a las divinidades de los otros pueblos, sino tienen por "cosa de risa y chanza el que éstos los reconozcan por tales, y denuncian la gran locura de los que los honran,

considerando que andan completamente extraviados de la sana opinión.
[81] Para que la primicia presentada sea por la humanidad entera.

165. Sin embargo, puesto que existe Aquel al que unánimemente reconocen todos, así helenos como no helenos, el Padre supremo de los dioses y los hombres, el Artífice del mundo todo, Aquel cuya naturaleza, aunque invisible e inescrutable no solo para los ojos sino también para la inteligencia, todos cuantos se aplican al estudio de la ciencia astronómica y del resto de la filosofía anhelan indagar, sin omitir medio alguno para descubrirla y servirla; puesto que existe, digo, todos los hombres hubieran debido entregarse a El, y no introducir, como en las máquinas del teatro,[82] otros dioses para que participen de los mismos honores.
[82] Ver *Sobre las leyes particulares* 1. 28.

166. Pero, mientras ellos cayeron en el extravío en la más importante de todas las cuestiones, el error de los demás fue corregido hablando con toda propiedad, por la nación judía, la cual se ha elevado por encima de todas las cosas de la creación, considerándolas engendradas y perecederas por naturaleza, y ha escogido el servir solamente al Increado y Eterno; en primer lugar, por la excelencia propia de este servicio, y en segundo lugar, porque es, además, provechoso el dedicarse y entregarse al ser de más antigüedad antes que a los de origen más reciente, al Gobernante antes que a los gobernados, y al Creador antes que a las cosas creadas.

167. Por todo ello me llena de admiración ver cómo algunas personas se atreven a acusar de falta de humanidad a la nación que ha sustentado un sentimiento de solidaridad y benevolencia tan por sobre lo común hacia todos los hombres de todas partes, al punto de cumplir sus plegarias, celebraciones y ofrendas en nombre de la especie humana en general, y de servir al Dios verdaderamente existente, en su propio nombre y también en el de los demás, ya que los demás se han rehusado a prestarle los servicios a que están obligados.

168. Estas son las acciones de gracia por todo el género humano. Pero, a la vez, dan gracias por nuestra nación en particular, por muchas razones. En primer lugar, porque no continúan deambulando indefinidamente a lo largo de islas y continentes, ni se les echa en cara el haberse establecido en tierra ajena, como extraños y vagabundos, ni el estar al acecho de los bienes de los demás'; ni han pedido prestada una porción de este tan grande país por carecer de medios para comprarla; sino, habiendo llegado a poseer el territorio y sus ciudades como heredad propia, lo habitan desde hace mucho tiempo y, por lo tanto, constituye un sagrado deber el ofrecer las primicias del mismo.

169. La segunda razón es que la tierra que ha venido a pertenecerles no es despreciable ni sin valor, sino de calidad y muy apropiada para crianza abundante de animales domésticos y la copiosa producción de incontables frutos. En ella, efectivamente, no hay lugares improductivos, y aun todas aquellas partes que parecen rocosas y secas están atravesadas por mansas y muy profundas venas de agua, las que, gracias a su rico caudal, son aptas para engendrar vida.

170. Aparte de esto, no fue un país desierto el que vinieron a poseer, sino uno en el que habitaba una nación populosa y había grandes ciudades pobladas por hombres vigorosos. Estas ciudades, sin embargo, vinieron a quedar sin habitantes, y toda esa nación, excepto un pequeño sector, se extinguió, en parte a causa de las guerras, y en parte por desgracias sobrevenidas por Divino designio, a causa de sus extravagantes y absurdas prácticas de iniquidades y de todas las impiedades que con grande magnificencia cometían para subvertir las leyes de la naturaleza. Así fue como los que vinieron a habitar el país en lugar de ellos

tornáronse prudentes contemplando los males de otros, y aprendieron por propia experiencia que, si llegaban a emularlos en sus viciosas obras, habrían de sufrir las mismas desgracias; pero, si tenían en alta estima el vivir según la virtud, alcanzarían la heredad que les había sido reservada, y serían considerados, no como advenedizos sino como naturales del país.

171. Queda, pues, en claro que la gavilla es una primicia ofrecida por nuestro propio país y, a la vez, por la tierra toda para dar gracias por la prosperidad y abundancia que nuestra nación y el género humano todo deseaba gozar. Y conviene no pasar por alto que son muchas las cosas sumamente provechosas que esta ofrenda lleva aparejadas. En primer lugar, el acordarnos; de Dios, recuerdo que constituye el bien más acabado que nos es dable alcanzar; luego, el ofrecer la más justa de las retribuciones a Aquel que es la verdadera causa de la buena cosecha.

172. Porque poco o nada es lo que aporta a ella el arte de los agricultores: trazado de surcos, remoción de tierra en torno de las plantas, plantaciones en fosas circulares, ahondamiento de fosas, poda de brotes superfluos y algunas otras labores semejantes a estas. En cambio, lo que aporta la naturaleza es todo indispensable y provechoso: un suelo muy fértil; terrenos bien irrigados por fuentes y por ríos cuyas fuentes están en el mismo territorio o por aquellos que alimentan las lluvias invernales, y mojados por las anuales precipitaciones; buenas temperaturas del aire, el que sopla con brisas sumamente vivificantes; y las incontables variedades de sembrados y plantas. Porque, ¿cuál de estas cosas la inventó o creó el hombre?

173. Es, pues, la naturaleza quien las produjo; la naturaleza, que no escatimó sus propios bienes al hombre; antes bien, comprendiendo que se trata de la más preeminente de las creaturas mortales por ser partícipe de la razón y la sensatez, lo escogió en atención a sus relevantes cualidades y lo invitó a participar de sus bienes. Por todo esto justo es que Dios, el proveedor de este festín, sea alabado y venerado, pues nos proporciona la tierra toda como una verdadera morada, siempre llena no solo de las cosas indispensables, sino también de las que tornan deleitosa la existencia.

174. Otra cosa que aprendemos en esta ofrenda es la obligación de no olvidarnos de nuestros benefactores, ya que el que es agradecido para con Dios, quien nada necesita, pues se basta Él mismo, bien puede adquirir la costumbre de serlo para con los hombres, cuyas necesidades son incontables.

175. Para mostrar que el empleo de granos de una especie interior no es cosa censurable, la espiga ofrecida como primicia es de cebada. En efecto, como no sería reverente ofrecer primicias de todas las otras clases de granos, por haber sido producidas las más de ellas antes para el placer que para el indispensable uso; ni tampoco sería piadoso gozar y participar de ninguna forma de alimento, si no se han cumplido las acciones de gracia de manera apropiada y legal, la ley ha establecido que las primicias ofrecidas sean de cebada,[83].es decir, de la clase de granos que es estimada como la segunda entre los alimentos. Porque el primer lugar le corresponde al fruto del trigo, pero la ley pospone su ofrenda como primicia, por gozar de mayor estima, para una ocasión más conveniente, evitando de ese modo Anticipaciones y manteniéndose tal primicia en reserva por el momento, a fin de que las acciones de gracias se ajusten al retorno de las fechas establecidas.

[83] No hay tal prescripción en la legislación-mosaica. Tal vez el hecho, atestiguado por Flavio Josefo, Antigüedades Judías III, 250, de que se hubiera generalizado el empleo de la cebada en tales ofrendas, ha impulsado a Filón a tenerlo por fundado en una prescripción legal.

176." XXX. La solemne festividad de la gavilla, que encierra todos estos privilegios [84]

indicados por la ley, es, en rigor de verdad, un festival preliminar de otra fiesta mayor aún. A contar desde ella, en efecto, se calcula el día quincuagésimo contando siete sietes, sobre los cuales pone el sello del sagrado número la unidad, [85] la que es una incorpórea imagen de Dios, al que se asemeja por su solitaria condición.[86] Esta es la primera excelencia que aparece en el número cincuenta; pero hay otra que debemos mencionar.

[84] En realidad tales privilegios aparentemente se reducen al hecho de que es la primera ocasión festiva en que se ponen de manifiesto todas las virtudes implícitas en las acciones de gracias y enumeradas en las consideraciones precedentes.

[85] Vale decir que a 49 (= 7 x 7) se le agrega como coronación la unidad, de lo que resulta un total de 50 días.

[86] Es decir, es única, sin la compañía de otras cantidades.

177. Una de las razones, entre otras, por las que su naturaleza es admirable y envidiable es que está constituido por lo que los matemáticos afirman que es la más elemental y venerable de cuantas cosas comprende la existencia, es decir, el triángulo rectángulo. En efecto, los lados de éste son por su longitud 3, 4 y 5,[87] cuya suma es el número doce, modelo del círculo del zodíaco, duplicación del muy prolífico seis, el que constituye el punto de partida de la perfección, siendo igual a la suma de los factores de los que es producto.[88] Por otra parte, es evidente que la suma de las segundas potencias de esos lados, es decir, de 3 X 3, 4 X 4 y 5 X 5, es cincuenta,[89] por lo que no podemos menos que reconocer que el cincuenta es superior al doce, en la medida en que también lo es la segunda potencia respecto de la primera.

[87] 3, 4 y 5 son los lados del triángulo rectángulo según la fórmula $\text{hipotenusa}^2 = \text{cateto mayor}^2 + \text{cateto menor}^2$ ($5^2 = 4^2 + 3^2$ ó $25 = 16 + 9$). Ver *Sobre la vida contemplativa* 65 y *Vida de Moisés* II, 80.

[88] $6 = 1 \times 2 \times 3 = 1 + 2 + 3$.

[89] $50 = 3^2 + 4^2 + 5^2 = 9 + 16 + 25$.

178. Y si del número inferior es réplica la más excelente de las esferas del cielo, el zodíaco, ¿de qué será modelo el superior, es decir, el cincuenta, sino de una naturaleza en todo superior? Pero, no es ésta la ocasión de referirnos al tema. Basta por ahora con haber sido señalada la diferencia; que no es cosa de tratar un asunto de suma importancia como si fuera secundario.

179. La fiesta que se celebra bajo el signo del número cincuenta ha recibido el nombre de fiesta de los primeros productos. En ella es costumbre ofrecer como primicia del trigo, el más excelente de los alimentos, dos panes hechos con ese grano y amasados con levadura. Quizá el nombre de fiesta de los primeros productos le venga del hecho de que el primer producto del trigo nuevo y primero entre los frutos en aparecer es llevado como primicia antes de que lo cosechado en el año comience a ser consumido por los hombres.

180. Y por cierto que es justo y piadoso que quienes han recibido de Dios como don gratuito la inmensa abundancia de un alimento sumamente necesario, ventajoso y, además, gratísimo, se abstengan de gozar o, en general, de comer de él hasta que ofrezcan una primicia al Dispensador del mismo; y la ofrezcan, no a título de regalo, que todas las cosas son propiedades y dones Suyos, sino como un humilde testimonio a través del cual dan muestras de una disposición de gratitud y amor hacía quien, no teniendo necesidad alguna de recibir favores, derrama una incesante e inagotable lluvia de ellos.

181. Otra razón del nombre de esta fiesta es, tal vez, la circunstancia de que el fruto del trigo destácase como el primero y mejor de los productos, siendo catalogados todos los otros

sembrados como de segunda categoría; porque, así como un gobernante es tenido por el primero dentro del estado, y un piloto lo es en una nave, ya que aquél es el guía que tiene a su cargo la conducción del estado, y el segundo el que hace avanzar a la nave, de la misma manera también al fruto del trigo se lo ha calificado, mediante el nombre compuesto de "primer producto", porque se trata del más excelente de todos los sembrados; como que estaba destinado a ser también el alimento de la más excelente de las creaturas vivientes.

182. Los panes son amasados con levadura, a pesar de la ley que prohíbe llevar levadura al altar; [90] no para crear un conflicto entre distintas prescripciones, sino para que el recibir y el dar, por así decir, sean mediante una única forma; me refiero al recibir Dios la acción de gracias de los oferentes, y al dar de inmediato, sin dilación alguna, a los oferentes lo que ellos han traído, aunque no para que ellos mismos hagan uso de ello.
[90] Lev. II, 11, donde se dispone expresamente que no se lleve ofrenda con levadura. Ver *Sobre las leyes particulares* I, 291.

183. En efecto, los que harán uso de los alimentos que han sido consagrados una vez, son aquellos a quienes está autorizado y permitido hacerlo, es decir, a los investidos del carácter sacerdotal, los cuales han recibido el derecho a una parte de todas aquellas cosas presentadas en el altar que no son consumidas por su inextinguible fuego; participación que la humanidad de la ley les ha concedido a título de retribución por sus servicios, o como premio por su bregar en pro de la piedad, o en carácter de sagrado lote, ya que a ellos no les fue asignada la correspondiente sección del país como a las demás tribus.

184. Pero la levadura es también símbolo de otras dos cosas. Por una parte, simboliza el alimento en su forma perfecta y acabada, superior a la cual o más provechosa no es dable hallar entre los de diario consumo; y, siendo el fruto del trigo el más excelente entre los de los sembrados, esa suma cualidad suya exige que la primicia ofrecida por él sea también de la máxima calidad.[91]
[91] Es decir que, haciendo una excepción en la prescripción de no llevar ofrendas con levadura al altar, se evite presentar una ofrenda que, por carecer de ella, no constituye lo más excelente en materia de alimentos.

185. El otro sentido es más profundamente simbólico aún. Todo lo que fermenta se eleva; y la alegría es una racional elevación del alma. Y, siendo propio de la naturaleza del hombre el que por ninguna cosa se alegre tanto como por la copiosa abundancia de las cosas necesarias, es justo que por ellas nos llenemos de gozo y mostremos nuestra gratitud, llevando a cabo mediante los panes con levadura la acción de gracias que es manifestación sensible de la invisible sensación de bienestar de nuestros corazones.

186. La ofrenda consiste en panes, y no en un alimento hecho de trigo, porque, cuando el trigo ha nacido, ya no falta cosa alguna de las que proporcionan un apetitoso alimento.[92] Sabido es, en efecto, que está en la naturaleza del trigo el ser el último en nacer y en estar listo para la cosecha entre todos los sembrados.
[92] La idea es, al parecer, que a esas alturas del ciclo anual no tendría objeto ofrecer como primicia un alimento compuesto, pues estos alimentos se vienen elaborando desde tiempo atrás con otros productos de la tierra, lo que quitaría a la ofrenda del trigo el carácter de primicia. Por lo tanto, es preciso ofrecerlo en su forma más simple, el pan.

187. Estos excelentes testimonios de la acción de gracias son dos y corresponden a dos tiempos: al pasado por no haber sufrido los males derivados de la escasez y el hambre,

habiendo transcurrido nuestros días en la abundancia; y al fruto porque hemos acopiado los recursos y adoptado las providencias necesarias para ir a su encuentro; y, rebosantes de saludables esperanzas, usamos con moderación los dones de Dios destinando siempre para nuestro diario consumo la cantidad necesaria según las normas de la virtud de la economía.

188. XXXI. La siguiente fiesta es la del inicio del mes sagrado,[93] En ella es costumbre tocar las trompetas mientras se están llevando a cabo los sacrificios; de donde acertadamente llámase también a esta celebración fiesta de las trompetas. Ella encierra una doble significación: una tocante a nuestra nación exclusivamente, y otra común a todos los hombres. La primera consiste en el recuerdo de un suceso prodigioso e imponente que tuvo lugar en la época en que Dios reveló los oráculos relativos a las leyes.
[93] Ver *Sobre el decálogo* 159 y *Sobre las leyes particxdares* I, 186.

189. En aquella ocasión el sonido de una trompeta retumbó desde el cielo y se propagó,[94] seguramente hasta los confines del universo, a fin de que el terror sobrecogiera aun a los que no estaban presentes, aun cuando habitaran casi en los confines de la tierra, al considerar, como era natural, que tan grandes señales lo eran de acontecimientos trascendentales. ¿Y qué cosa más grande y más provechosa podían recibir los nombres que las leyes generales,[95] que Dios revelaba personalmente, no a través de un intérprete, como las leyes particulares?
[94] Éx. XIX, 16.
[95] Es decir, el decálogo.

190. Ese es el significado especial de la fiesta con respecto a nuestra nación. La significación común a todos los hombres es la siguiente. La trompeta es un instrumento empleado en la guerra, tanto para indicar el avance contra los enemigos, llegado el momento de trabar combate, como para llamar a las tropas cada vez que tienen que desconcentrarse y retornar a sus respectivos campamentos. Pero existe otra guerra, originada por Divino designio, cuando la naturaleza entra en lucha consigo misma! y sus partes lanzan ataques unas contra otras, al ser vencida su bien legislada igualdad por la avidez de desigualdad.

191. Uno y otro género de guerra acarrean la destrucción a cuanto hay sobre la tierra. Los enemigos talan árboles, devastan, incendian las provisiones y los campos cubiertos de espigas; y los elementos de la naturaleza, por su parte, producen sequías, lluvias torrenciales, violentos vientos cargados de humedad, abrasadores rayos solares e intenso frío acompañado de nieve, trocándose en desarmonía el armónico sucederse de las estaciones del año; todo ello, entiendo yo, a causa de quey entre aquellos a quienes estas cosas acaecen, la impiedad se propaga, y no de manera gradual sino precipitándose como compacto torrente.

192. Por ello la ley instituyó esta fiesta, que, como he dicho, debe su nombre al instrumento de guerra que es la trompeta, para dar gracias a Dios, el autor y preservador de la paz, quien, eliminando las disensiones en los estados y en las regiones del universo, proporciona prosperidad, buenas cosechas y abundancia de los demás bienes, sin permitir que ninguna oculta brasa de destrucción de frutos se convierta en. incendio nuevamente.

193. XXXII. Después de la festividad de las trompetas celébrase la fiesta del ayuno.[96] Probablemente alguno de los que sustentan falsas creencias y no sienten embarazo alguno en censurar las cosas excelentes diga: ¿Es una fiesta ésta en la que no hay convites para beber y comer, ni reuniones de dueños de casa y agasajados, ni abundante vino puro, ni mesas copiosamente provistas, ni gastos y preparativos para todo lo que exigen los banquetes públicos, ni regocijos y festejos callejeros con juegos y chanzas, ni entretenimientos al son de.

la flauta, la cítara, los tímpanos, los címbalos y los demás instrumentos propios de la disipada y enervante clase de música que, a través de los oídos, despierta incontenibles concupiscencias?
[96] Ver *Sobre las leyes particulares* I, 186.

194. Porque es en estas cosas y a través de ellas donde, al parecer, piensan éstos que se encuentra el regocijo, como que ignoran en qué consiste la verdadera alegría; la que tuvo presente con agudísima visión el omnisciente Moisés cuando proclamó que el día del ayuno es una fiesta, la más grande de las fiestas, "sábado de sábados" [97] en la lengua de su nación; siete de sietes,[98] como dirían los griegos, y santa entre las santas. Le dio este nombre por muchas razones.
[97] Lev. XVI, 31 y XXIII, 32.
[98] Ver la nota 23.

195. En primer lugar, para fomentar la templanza, que el legislador exhorta a mostrar siempre y en todas partes, en todas las situaciones de la vida en el uso de la lengua, el vientre y las partes situadas debajo de éste; pero que en esta ocasión, al dedicarle un día especial, manda que honremos de manera particular. Y, si alguien ha aprendido a despreciar las comidas y las bebidas, cosas tan necesarias, ¿cuál de las cosas superfluas, que existen no tanto para la conservación y supervivencia cuanto para el dañosísimo placer, no despreciará?

196. En segundo lugar, porque todo este día está dedicado a plegarias y súplicas, sin que los hombres, desde la mañana hasta el anochecer, ocupen esa jornada de descanso en otra cosa que en preces que encierran fervientes pedidos, con las que tratan ardorosamente de propiciar a Dios, suplicar dolé el perdón de las faltas voluntarias e involuntarias, mientras abrigan saludables esperanzas, no por méritos propios sino por la generosa naturaleza de Aquel que prefiere el perdón al castigo.

197. En tercer lugar, a causa de la época en que tiene lugar la celebración del día del ayuno, como que por entonces ya han sido recogidos todos los frutos que durante el año ha producido la tierra. El legislador ha entendido que el hartarse inmediatamente con ese producto es propio de una voracidad insaciable; y que, por el contrario, el ayunar y no consumir alimento alguno es señal de una piedad perfecta, que enseña a la inteligencia a no confiar en las cosas preparadas y puestas a nuestro alcance, tomándolas por fuentes de salud y de vida; porque a menudo la presencia de tales cosas daña, en tanto que su ausencia resulta de provecho.

198. Aunque el sonido de sus voces no llegue a nuestros oídos en absoluto, casi como si nos hablaran cara a cara, aquellos que, después de la recolección de los frutos, se abstienen de comidas y bebidas, lanzan con sus almas gritos que expresan lo siguiente: Hemos recibido con alegría, y almacenado los dones de la naturaleza, pero no reconocemos por causa de nuestra conservación a una cosa perecedera como esa, sino a Dios, el Engendrador, Padre y Salvador del mundo y de todo cuanto hay en él, a Dios, que tiene por norma el nutrirnos y conservarnos, o mediante esas cosas o sin ellas.

199. Ved, por ejemplo, cómo a nuestros antepasados, que sumaban muchas miríadas de personas, mientras atravesaban un desierto intransitable y completamente estéril, los alimentó durante cuarenta años, es decir, la vida de una generación, como si estuvieran en un país de suelo muy fértil y productor de excelentes frutos. Abrió para ello fuentes antes inexistentes para que consumiesen abundantemente su agua, e hizo llover desde el cielo alimento, en cantidad no mayor ni menor que la suficiente para cada día, a fin de que, usando lo necesario

sin almacenar nada, se abstuviesen de vender sus saludables esperanzas a cambio de las cosas sin vida que hubieran almacenado y, meditando un poco en los beneficios recibidos, admirasen y reverenciasen al Dispensador, y Lo honrasen con los himnos y bendiciones apropiados.

200. El día del ayuno celébrase, por prescripción de la ley, el diez del mes. .¡Por qué ese día? Según tratamos detalladamente en las consideraciones acerca de ese número, [99] los hombres sabios llámanlo el totalmente perfecto, y en él están contenidas todas las progresiones: la aritmética, la armónica y la geométrica, así como las armonías de cuarta, de quinta, de octava y de doble octava, cuyas respectivas razones son 4:3, 3:2, 2:1 y 4:1, a las que agrégase también la razón 9:8; de modo que constituye una perfectísima totalidad integrada por los esquemas básicos de la ciencia musical, por lo cual se lo ha llamado el totalmente perfecto.
[99] Ver *Sobre el decálogo* 20 y 21, *Vida de Moisés* II, 115 y *Sobre la creación* 52.

201. Ordenó, pues, el legislador que la privación de alimentos y bebidas tuviera lugar en la esfera del perfecto y pleno número diez, para procurar a la parte mejor de nuestro ser el mejor de los alimentos. Su deseo era que todos entendieran que lo que como intérprete de las Divinas directivas proponía no era el hambre, el más insoportable de todos los males, sino un corto paréntesis en la corriente que fluye hacia los receptáculos del cuerpo.

202. De esta manera, en efecto, la corriente procedente de la fuente de la razón habría de correr transparente y pura con suave curso hacia el alma. Porque, mientras la ininterrumpida sucesión de alimentos, al inundar al cuerpo, arrastra también a la razón; si, en cambio, se la contuviere, la razón, muy bien afirmada, podrá realizar sin tropiezos, como sobre un seco sendero o camino real su avance en procura de cuanto merece verse y oírse.

203. Además, es conveniente que, una vez que todas aquellas cosas que conforman un estado de abundancia han llegado en la medida deseada a concretarse en bienes perfectos y plenos, todos, en medio de la prosperidad y copia de recursos, recuerden, al abstenerse de comidas y bebidas, lo que es la indigencia; y eleven preces y súplicas, pidiendo no llegar nunca a sufrir de verdad la falta de las cosas necesarias, y agradeciendo, al mismo tiempo, el hecho de que el recuerdo de males que no les sobrevienen actualmente tenga lugar en medio de bienes sobreabundantes. Y ya es suficiente acerca de este tema.

204. XXXIII. La última de las celebraciones anuales es la llamada fiesta de los tabernáculos, y tiene lugar en el equinoccio de otoño.[100] De esta circunstancia se derivan dos enseñanzas. Una es que debemos honrar a la igualdad y detestar a la desigualdad,[101] por cuanto la primera es origen y fuente de justicia, en tanto que la segunda lo es de injusticia; estando aquella emparentada con la luz sin sombra, y ésta con la oscuridad. La otra es que corresponde, después que los frutos han llegado a su perfecto desarrollo, agradecer a Dios, el dispensador de esa perfección y origen de todos los bienes.
[100] Ver *Sobre las leyes particulares* I, 189.
[101] Recuérdese que *equinoccio* significa *noche igual al día,* de donde lo de igualdad.

205. Porque el otoño, como claramente lo indica su nombre,[102] es la estación que llega después de que el fruto maduro ha sido ya cosechado, cuando ya los sembrados y los árboles han pagado sus anuales contribuciones y obligados tributos, y la tierra ha proporcionado abundantemente todos los frutos que ella produce para las distintas especies de animales domésticos y salvajes, cuyo número es incontable, a fin de que los aprovechen no solo en el sitio mismo de producción y en el momento, sino posteriormente, gracias a la previsión de la

naturaleza, amiga de los seres vivientes.
[102] En griego *metóporon,* literalmente *"posfrutal"*.

206. Está prescripto, además, que la gente pase el tiempo de la fiesta en tiendas.[103] Un motivo de ello es tal vez la circunstancia de que ya no hay necesidad de continuar a la intemperie ejecutando las labores agrícolas, pues nada ha sido dejado fuera y todos los frutos están depositados en silos o lugares similares a causa de los daños que habitualmente traen aparejados el ardor del sol y las copiosas lluvias.
[103] Lev. XXIII, 40 a 43.

207. Porque, cuando aquello que te sirve de alimento se halla todavía en campo abierto, no te encierras como mujer recluida en su habitación, sino, saliendo fuera, tú mismo oficias de cuidador y guardián de las cosas que te son necesarias. Y mientras permaneces a la intemperie y te acosan el frío y el calor, los espesos follajes de los árboles te aguardan con su sombra, bajo la cual puedes fácilmente escapar del daño que de uno y otro procede. Mas, cuando todos los frutos son puestos dentro, vas tú también en busca de un modo de vida más al abrigo de un techo, deseoso de que el descanso suceda a los esfuerzos que soportaste mientras trabajabas la tierra.
Otra razón es quizá que ello nos recuerda el largo viaje de nuestros antepasados a través de un extenso desierto, durante el cual pasaban muchos años en tiendas en cada lugar donde se detenían. [104]
[104] Lev. XXIII, 43.

208. Provechoso es recordar en medio de la riqueza la pobreza, en la fama la posición humilde, en el ejercicio del poder la condición de simple ciudadano, en la paz los peligros de la guerra, en tierra los azares del mar, y en las ciudades la soledad. Porque no hay placer mayor que el traer a la memoria en medio de una gran prosperidad las antiguas desventuras.

209. Pero, además de ser un placer, resulta también un estímulo, y no pequeño, para la práctica de la virtud. Porque quienes han sido testigos del bien y del mal, y, habiéndose liberado del mal, disfrutan de lo mejor, por fuerza adquirirán el hábito de la gratitud y se sentirán impulsados a la piedad por el temor de un cambio completo de situación. De allí que además de rendir homenaje a Dios por los bienes presentes con cánticos y fórmulas, Le rueguen insistentemente y Lo aplaquen con súplicas para verse libres de males en el futuro.

210. También el quince del mes tiene lugar el comienzo de esta fiesta, y por la misma razón que señalamos a propósito de la estación primaveral,[105] es decir, a fin de que no solo durante el día sino también durante la noche el mundo se halle lleno de la luz plenamente hermosa por naturaleza, pues durante esa jornada el sol y la luna se elevan sucediéndose, sin que intervalo alguno de sombra se interponga entre sus incesantes rayos de luz.
[105] En el parágrafo 155.

211. Como coronación de los siete días agrega el legislador un octavo,[106] al que denomina día "final",[107] no solamente de esta fiesta, al parecer, sino de todas las fiestas anuales, que he enumerado y descripto, ya que esta fiesta es la última del año y marca la terminación de ellas.
[106] Lev. XXIII, 36 y Núm. XXIX, 35.
[107] Literalmente, "de salida"; como diríamos hoy tal vez, "de cierre" de un ciclo.

212. Puede ser, también, que la asignación del número ocho, el primer cubo,[108] a dicha festividad obedezca a la siguiente razón. Este número es, por una parte, el comienzo de la

sustancia sólida originada en virtud de un incremento,[109] marcando el tránsito a ella desde la categoría de lo incorpóreo;[110] y, por otra, el límite final de la sustancia de naturaleza intelectual, la que por incrementos [111] evoluciona hacia la naturaleza sólida.
[108] 8 = 2 x 2 x 2.
[109] Esta traducción es conjetural. *Dynamis = fuerza, poder,* es un tecnicismo empleado en matemáticas para indicar la elevación a una potencia, y particularmente para la elevación al cuadrado. Aquí parece sugerir que está tomado en este sentido su empleo paralelo al término *paránxesis = incremento,* que también significa elevación a una potencia, como lo entiende Filón en *Sobre la creación del mundo* 91 y ss., donde lo emplea para indicar el proceso por el que partiendo de la unidad, sucesivos cuadrados dan 64 y sucesivos cubos producen 729. (Ver la nota 21); pero en este caso se trataría de una mera duplicación. Ver la nota 111.
[110] Ver *Sobre la creación del mundo* 98.
[111] Si la opinión de Colson es acertada, la explicación del pasaje seria la siguiente. Partiendo de la unidad, que es el punto, obtendremos el cuadrado de ella, es decir, el 2, que es la línea. Duplicando el 2 se tiene el 4, que es la superficie, y duplicado el 4 obtenemos el 8 con el que hemos dejado atrás lo incorpóreo o puramente mental para entrar en la esfera de lo corpóreo o de los sólidos, al cabo de los sucesivos incrementos.

213. Y, ciertamente, la fiesta otoñal, que es, como he dicho, culminación y término de todas las fiestas del año, nos deja la impresión de algo dotado de bastante estabilidad y fijeza, como que la gente está ya en posesión de los beneficios procedentes de la tierra, y no vive ya indecisa y temerosa ante la incertidumbre respecto de la fertilidad o esterilidad de ella. Porque las preocupaciones de los agricultores no se truecan en sensación de seguridad hasta que los frutos han sido cosechados, debido a los daños que acechan a éstos de parte de innumerables hombres y animales.

214. Me he extendido algo en mi exposición en atención al sagrado número siete, queriendo mostrar cómo todas las fiestas del año son hijas, podríamos decir, de este número, el que es considerado una madre… [112] .. .escenas de locura y de alegría; y porque las asambleas festivas y la vida de regocijo a que ellas dan lugar brindan goces sin mezcla de inquietud o depresión de ánimo, los que hacen desbordar de placer a los cuerpos y a las almas, a aquellos mediante días vividos plácidamente, a éstas mediante el estudio de la filosofía.
[112] Laguna en el texto griego.

215. XXXIV. Pero existe además de estas celebraciones una que no constituye una fiesta, sino una ceremonia general con características propias de una fiesta, a la que llaman "de la cesta" por lo que en ella tiene lugar,[113] como un poco más adelante mostraremos. Que no tiene el prestigio y la jerarquía de una fiesta es evidente por muchas razones. Ni atañe a la nación como conjunto, como ocurre con cada una de las otras celebraciones, ni víctima alguna de las que se llevan o guían hasta el altar es sacrificada y entregada al inextinguible fuego sagrado, ni está señalado el número de los días durante los cuales debe celebrarse.
[113] Deut. XXVI, 1 a 11.

216. XXXV. Sin embargo, fácilmente puede advertirse que tiene características propias de una fiesta, y que se asemeja mucho a una ceremonia general. Cada uno, en efecto, de los que poseen campos o propiedades rurales, después de llenar con frutos de cada especie recipientes que, como dije, llaman cestas, los lleva con alegría al templo, como primicias de la rica cosecha, y, de pie ante el altar, los entrega al sacerdote, mientras recita un hermosísimo y admirable cántico; o, si se diere el caso de no recordarlo, lo escucha con toda atención de boca del sacerdote.

217. El cántico expresa lo siguiente: "Los fundadores de nuestra nación abandonaron Siria y emigraron hacia Egipto. Aunque su número era pequeño, crecieron hasta constituir una raza numerosísima. Sus descendientes sufrieron incontables calamidades en manos de los habitantes de ese país; y, cuando ninguna ayuda de parte de los hombres se vislumbraba ya, comenzaron a suplicar a Dios acogiéndose a Su protección.

218. Dios, que es bondadoso para con todos los que sufren injusticias, acogió su súplica, y anonadó a sus opresores con señales, prodigios, apariciones y todas las otras maravillas que por entonces tuvieron lugar; y salvó a los vejados, que sufrían toda suerte de atropellos, y no solo los condujo hacia la libertad, sino, además, les dio un país rico en toda clase de frutos.

[219] De esos frutos de él Te traemos, oh Benefactor, las primicias; si es lícito que quien recibe hable de traer algo a alguien. Porque todas las cosas son gracias y dones Tuyos, oh Señor; *y,* habiendo sido juzgados por Ti merecedores de ellos, nos sentimos orgullosos, y nos deleitamos con los inesperados bienes que Tu nos has dado y que superan nuestras esperanzas".

220. XXXVI. Casi desde el comienzo de la primavera hasta el fin del otoño, durante dos estaciones, vale decir, la mitad completa del año, este cántico es entonado sin interrupción por un oferente tras otro. No es posible, en efecto, que toda la población traiga conjuntamente los frutos estacionales en una fecha fija; preciso es que lo hagan unos en unos días, otros en otros, aunque no faltan casos en que también lo hacen las mismas personas procedentes de los mismos lugares.[114]

[114] Es decir, que no concurren los mismos días todos los años. Éste, al menos, es el sentido más probable.

[221] Como de los frutos unos maduran más rápido y otros más lentamente debido a las variantes que presentan los lugares, de los que unos son más cálidos y otros más fríos, y por otras innumerables causas, es natural que la fecha de presentación de estas primicias no sea fija ni dentro de un tiempo limitado, sino se extienda a un larguísimo lapso.

222. El consumo de dichas ofrendas está asignado a los sacerdotes, en razón de que no han recibido porción alguna de territorio ni propiedades que les provean de ingresos; y su heredad la constituyen las ofrendas de la nación, a cambio de las obligaciones propias del culto, que noche y día tienen a su cargo.

223. XXXVII. Hemos expuesto detenidamente todo lo referente al número siete y a los hechos relacionados con él, que tienen lugar diaria, mensual y anualmente, así como a las fiestas que guardan estrecha relación con él, ajustándonos al orden de las leyes capitales puestas a consideración y de conformidad con la ilación requerida por los temas. A continuación examinaremos la ley capital siguiente, en la cual está registrada la obligación de honrar a los padres.

224. XXXVIII. Hasta aquí mi interpretación ha versado sobre cuatro normas genéricas que son indudablemente las primeras en orden e importancia. Son ellas la referente al poder único por el que está gobernado el mundo; la relativa a la prohibición de fabricar imagen o copia alguna de Dios; la que versa sobre el no cometer perjurio, o, en general, no jurar en vano; y la que trata del sagrado día séptimo; todas las cuales tienen como objeto el fomento de la piedad y la santidad. Ahora paso a considerar la quinta, la cual refiérese a la honra debida a los

padres, y que señala el límite entre lo Divino y lo humano.

225. Los padres, en efecto, están situados en el límite entre la naturaleza Divina y la humana, participando de una y de otra.[115] De la humana, porque, como es fácil de advertir, han sido engendrados y perecerán; de la Divina, porque han engendrado y traído a la existencia aquello que no existía. Yo entiendo que lo que Dios es respecto del mundo, lo son los padres respecto de sus hijos, puesto que, así como Aquel confirió la existencia a lo no existente, también éstos, imitando, hasta donde les es dado hacerlo, el poder de Dios, aseguran la inmortalidad de la especie.
[115] Ver *Sobre el decálogo* 106 a 120.

226. XXXIX. Mas no solo por esto merecen el padre y la madre ser honrados, sino también por muchas otras razones. Entre aquellos que tienen en alta estima la virtud las personas mayores gozan de preeminencia sobre los jóvenes, los maestros sobre los discípulos, los benefactores sobre los beneficiados, los gobernantes sobre los subordinados y los amos sobre los servidores.

227. En consecuencia, los padres tienen asignado el orden superior, como que son personas mayores, instructores, benefactores, gobernantes y amos; en tanto que los hijos y las hijas están ubicados en el orden inferior pues son de menos edad, discípulos, beneficiados, subordinados y servidores. Que nada de lo que afirmo es falso surge claramente de por sí, pero las pruebas que aporta el discernimiento confirmarán más aún su verdad.

228. XL. Así pues, digo que lo que produce algo es en todos los casos de mayor edad [116] que lo producido, y que la causa es de más data que su efecto. Y los progenitores son, en cierto sentido, causas y productores de los engendrados por ellos. Ocupan, además, la posición de instructores, por cuanto instruyen a sus hijos desde temprana edad en todo aquello que ellos han llegado a conocer; y no solo en los conocimientos pertenecientes a las distintas ramas del saber, ...[117] sino también en las más necesarias normas sobre qué se debe escoger y qué evitar, vale decir, sobre el preferir las virtudes y el evitar los vicios, y sobre la conducta que aquéllas y éstos suponen.
[116] *Presbyteros = de más edad,* significa también *de más jerarquía* o de *más dignidad.*
[117] He dejado sin traducir siete palabras del texto griego porque, tal como dicho texto las presenta, resultan rebeldes a cualquier versión coherente, a lo que no han puesto remedio los más ingeniosos intentos de reconstrucción textual ensayados por los eruditos.

229. ¿Quiénes, por lo tanto, podrían ser mayores benefactores de los hijos que sus padres, los que no solo trajéronlos de la no existencia a la existencia, sino entendieron además que tenían derecho a la nutrición, y luego a la educación, tanto en lo tocante al cuerpo como en lo que hace al alma, a fin de que no viviesen simplemente, sino viviesen bien?

230. Ellos han beneficiado al cuerpo mediante la gimnasia y el ejercicio con miras a procurarle vigor y buena complexión, soltura en las posiciones y movimientos, y ritmo y elegancia; y al alma mediante las letras, la aritmética, la geometría, la música y la filosofía en su totalidad, la cual, elevando hacia las alturas a la inteligencia desde el cuerpo mortal en que está alojada la acompaña hasta el cielo, y le muestra las dichosas y felices naturalezas que hay en él, creando en ella un ardiente deseo de participar en el inmutable y armonioso orden que aquellas jamás abandonan, obedientes a Aquel que las comanda.

231. Pero, además de procurarles tales beneficios, los padres asumen la autoridad sobre los

hijos que ellos han engendrado, y no, como ocurre en los estados, por sorteo o por votación, procedimientos que dan pie para que se alegue, en el caso del primero que la elección se debe a un capricho de la suerte, sin que el discernimiento haya tenido parte; y en el caso del segundo, que es resultado de la precipitación de la muchedumbre, la que nada inquiere ni examina. La autoridad de los padres procede de decisión excelente y perfectísima de la naturaleza de la región superior, por la que son justicieramente presididas las cosas Divinas y humanas.

232. XLI. Por ello está permitido a los padres dirigir reproches a sus hijos, amonestarlos con la severidad requerida, y, si no se someten ante las advertencias que escuchan, golpearlos, hablarles en términos violentos y encerrarlos. Y es más; si después de esto persistieren en su rebeldía y se resistieren a someterse movidos por la violencia de su incurable depravación, la ley permite a los padres castigarlos hasta con la muerte; pero, en este caso, no al padre solo ni a la madre sola.[118] Es que, dada la magnitud del castigo, lo justo es que sea sentenciado no por uno solo sino por ambos. Y por cierto que no es verosímil que uno y otro progenitor estén de acuerdo sobre la ejecución de su hijo, a menos que las faltas de éste sean intolerables y de tal gravedad que venzan la afección que la naturaleza ha hecho afincar firmemente en ellos.
[118] Deut. XXI, 18 a 21.

233. Pero no solo han recibido la autoridad para gobernar a sus hijos, sino también el poder de amos,[119] de acuerdo con las dos formas más comunes de adquirir servidores, es decir, por haber éstos nacido en la casa del amo, y por haber sido comprados. Los padres, en efecto, gastan sumas, muchas veces superiores al valor de un esclavo, por sus hijos, proporcionándoles nodrizas, tutores y maestros, aparte de lo que invierten en vestidos, alimento y el resto de los cuidados, tanto cuando están sanos como cuando están enfermos, desde la más temprana edad hasta su completo desarrollo. En cuanto a la condición de esclavo nacido en la casa, ella reza también con los que no solo han sido engendrados en la morada sino además engendrados por los dueños de casa, quienes al hacerlo han pagado la contribución exigida por las leyes de la naturaleza.
[119] Es decir, su autoridad no surge solamente de su condición de padres sino también de su condición de amos.

234. XLII. En consecuencia, existiendo tan grandes motivos, los que honran a sus padres no hacen nada que merezca alabanza, puesto que una sola de las razones mencionadas es suficiente de por sí para mover a reverenciarlos. En cambio, merecen reproche y reprobación, y el más severo de los castigos, aquellos que ni los respetan como a mayores, ni los escuchan como a instructores, ni consideran que deben recompensarlos como a benefactores, ni los obedecen como a gobernantes, ni los temen como a amos.

235. Honra, por lo tanto, dice la ley, después de Dios a tu padre y a tu madre, los que han sido coronados con los galardones del segundo puesto que el arbitra del torneo, la naturaleza, les ha conferido. Y de ninguna forma los honrarás más que tratando de ser bueno y, además, parecerlo; procurando alcanzar para lo primero la virtud sin vanidad ni afectación; y para lo segundo la virtud acompañada de una buena reputación y de la aprobación de los que te rodean.

236. Los padres, en efecto, preocupándose poco por sus personales intereses, tienen por suma felicidad las cualidades destacadas de sus hijos, los que para alcanzarlas deberán estar dispuestos a acatar sus mandatos y ser obedientes en todo cuanto sea justo y provechoso; que el padre, si lo es de verdad, no prescribirá a su hijo nada contrario a la virtud.

237. XLIII. Pero el amor a los padres puede ser testimoniado no solo a través de las normas de conducta mencionadas, sino también mediante la cortesía ante las personas de edad como ellos. Porque quien trata con respeto a un hombre o a una mujer de edad no miembros de su familia, nos hace pensar que en él está presente el recuerdo de su padre y de su madre, y que, mirándolos como modelos, ve con admiración a los que son réplica de ellos.

238. De allí que en las sagradas escrituras esté mandado no solo que los jóvenes cedan los asientos principales a los de mayor edad, sino también que se pongan de pie ante los ancianos que pasan,[120] como muestra de respeto hacia los grises cabellos de la vejez, a la cual pueden abrigar la esperanza de llegar aquellos que la juzgan merecedora de privilegio.
[120] Lev. XIX, 32.

239. Admirable, por otra parte, es, a mi juicio, la ley que dice: "Tema cada uno a su padre y a su madre",[121] colocando el temor delante de la afección, no porque aquél sea mejor en todos los casos, sino por ser más conveniente y provechoso para la situación que ella tiene presente. En efecto, en primer lugar, el hecho de recibir instrucción y ser objeto de reproches supone falta de sensatez, y el único remedio para la falta de sensatez es el temor. En segundo lugar, estaría fuera de lugar el que el legislador incluyera entre sus prescripciones enseñanzas acerca del amor que los hijos deben a sus padres, siendo así que desde los mismos pañales ha establecido este sentimiento la naturaleza, como un espontáneo impulso, en las almas de los unidos por ese vínculo de parentesco.
[121] Lev. XIX, 3.

240. Y así, mientras omitió prescribir el amor a los padres, por entender que éste es espontáneo y se aprende sin maestros, no siendo necesario imponerlo; prescribió, en cambio, el temor, pensando en los que normalmente descuidan sus obligaciones. Porque, así como los padres, movidos por un amor sin límites hacia los suyos, rodean de cuidados a sus hijos; y, procurándoles bienes de toda procedencia, se los brindan desinteresadamente, sin rehuir trabajo ni peligro alguno; solo porque se sienten ligados a ellos por la poderosa atracción de su afecto; no faltan hijos que reciben este exceso de cariño no para beneficio. Ávidos de malicie y voluptuosidad, admiradores de la vida disipada, disolutos de cuerpo y alma, ni permiten que parte alguna de su ser opere rectamente de conformidad con sus propias capacidades, que ellos han frustrado y paralizado; ni se ruborizan de vergüenza, pues no temen a los censores que son sus padres y madres, entregándose y abandonándose a sus propias concupiscencias.

241. Pero es preciso exhortar también a estos padres a que, empleando reprimendas lo suficientemente firmes y severas, remedien la disolución de sus hijos; y a los hijos a que sean respetuosos con quienes los engendraron, y los reconozcan como gobernantes y amos por naturaleza. Porque de esta manera, aunque no sin dificultad, cobrarán temor de obrar inicuamente.

242. XLIV. Hemos discurrido acerca de las cinco leyes capitales correspondientes a la primera tabla, y de todas las prescripciones particulares que pueden ser referidas a cada una de las cinco. Pero es preciso que también señalemos las penalidades fijadas para las transgresiones de las mismas.

243. Debido a la estrecha afinidad que guardan entre sí estas iniquidades, el castigo es el mismo en todos los casos: la muerte; pero las justificaciones son diferentes. Hemos de comenzar por el último de estos preceptos, el referente a los padres, ya que aún está fresco en

nuestro pensamiento lo discurrido acerca del mismo. Dice la ley: "Si alguien golpeare a su padre o a su madre, sea lapidado".[122] Medida ésta del todo justa, pues no sería justo que conservara la vida quien ha maltratado a los autores de sus días.
[122] Éx. XXI, 15.

244. Sin embargo, algunos grandes personajes y legisladores,. atentos más a las opiniones que a la verdad, con calculada condescendencia han fijado como castigo para los que golpean a sus padres la amputación de las manos,[123] buscando con ello ganarse la buena opinión de los menos discretos y faltos de discernimiento, los que juzgan que lo que corresponde es amputar las partes con las cuales han golpeado a sus padres.
[123] Si existió en alguna legislación de las que pudo conocer Filón, y en cuál, es cosa que no puede determinarse, pues no existen fuentes al respecto. M. Aneo Séneca, Controversias IX, 4, afirma que tal ley existía en Roma.

245. Pero constituye una necedad el descargar la indignación sobre aquello que es un mero instrumento, en lugar de hacerlo sobre los responsables; ya que el atropello no lo han cometido las manos, sino los agresores mediante las manos. En caso contrario, habría que dejar en libertad a los que asesinan mediante una espada, y arrojar la espada fuera de los límites del país;[124] y, a la inversa, no rendir homenaje a quienes se han destacado en la guerra, sino a todos los pertrechos sin vida que emplearon en sus actos de valor.
[124] Alusión, tal vez, a la ley ateniense que determinaba que los objetos inanimados, un trozo de cornisa, por ejemplo, que hubieran producido la muerte de alguna persona fueran condenados y transportados por los *phylobasiléis* (reyes de tribu) hasta la frontera ática y desde ella arrojados fuera del país.

246. Y también en el caso de los vencedores en la carrera simple, en la doble o en la larga, o en pugilato o en el pancracio, ¿intentarán, por ventura, ceñir las guirnaldas solo a sus piernas o a sus manos, sin tener en cuenta a los cuerpos de los atletas en su totalidad? Por cierto que resultaría ridículo implantar semejantes prácticas y dar a aquellas cosas cuyo empleo es forzoso en cada caso, el castigo o el premio que corresponde a los que tienen la responsabilidad o el mérito. Porque la verdad es que, cuando alguien ofrece acertadas ejecuciones musicales mediante la flauta y la lira, no lo dejamos a él de lado y juzgamos que son los instrumentos los merecedores de las proclamas laudatorias y los honores.

247. ¿A qué viene, entonces, ilustres legisladores, lo de cortar las manos a quienes han golpeado a sus padres? ¿O será para que los autores del atropello, además de quedar completamente inservibles, puedan reclamar una subvención, no ya anual sino diaria, de parte de las víctimas de los atropellos, en razón de que ellos son incapaces de procurarse los necesarios alimentos? Porque no hay padre alguno tan duro, que contemple con indiferencia cómo un hijo suyo muere de hambre; sobre todo una vez que, pasando el tiempo, su cólera se va apaciguando.

248. Y aunque el hijo no llegare, ciertamente, a poner las manos sobre ellos, si hablare en términos inconvenientes a aquellos a los que hablar con deferencia es un deber que no admite excepciones; o si de alguna otra manera hiciere algo para deshonrar a sus padres, debe morir.[125] Es que se trata, de un común y verdaderamente público enemigo de todos, pues, ¿hacia qué otra persona podría llegar a mostrar buenas disposiciones el que ni siquiera las tiene hacia los que le han dado el ser, a través de los cuales llegó a la existencia, y de los que no es sino una prolongación?
[125] Éx. XXI, 16 y Lev. XX, 9.

249. XLV. También será sentenciado a muerte aquel que hubiere convertido al sagrado día séptimo en algo profano hasta donde estaba en sus manos hacerlo.[126] A la inversa, no han de escatimarse los medios de purificación para las cosas profanas, tanto materiales como inmateriales, a fin de trocarlas en mejores, pues, como dijo alguien,[127] "la envidia marcha fuera del Divino coro". Pero el atreverse a desvirtuar y adulterar las cosas sagradas es signo de una impiedad sin límites.
[126] Éx. XXXI, 14 y 15.
[127] Platón, Fedro 247 a.

250 Durante aquella emigración que en tiempos remotos tuvo lugar desde Egipto, cuando toda la multitud marchaba a través de un intransitable desierto,[128] habiendo llegado un día séptimo, mientras todas aquellas miríadas de personas, cuyo número he declarado más arriba,[129] permanecían en sus tiendas, entregadas a un profundo reposo, uno solo, y no de los de humilde y oscura condición, haciendo poco caso de las prescripciones, y burlándose de los que las respetaban, salió a recoger leña para el fuego, pero de hecho para hacer ostentación de desobediencia a las leyes.
[128] Núm. XV, 32 a 36. Ver *Vida de Moisés* II, 13 y ss.
[129] En el parágrafo 146.

251. Volvía él trayendo un haz, pero los demás, saliendo de las tiendas, sin intentar violencia alguna, pese a su gran excitación, atentos a la santidad de aquel día, lo condujeron ante el gobernante e informaron a éste del impío comportamiento. El gobernante dejólo bajo custodia, y, cuando le sobrevino la Divina revelación de que el hombre debía ser lapidado, lo entregó a los que primero lo habían visto, para que se le diera muerte. Es que, así como no está permitido encender fuego los días séptimos, por la razón que mencioné en un pasaje anterior,[130] del mismo modo, pienso yo, tampoco lo está el recoger combustibles para el fuego.
[130] En el parágrafo 65.

252. XLVI. En cuanto a aquellos que invocan a Dios como testigo para una falsedad, la sanción establecida es la muerte [131] Y es lo que cabía esperar. Porque ni siquiera un hombre, si es de reglada conducta, toleraría en ningún caso que se lo invitara a confirmar falsedad; antes bien, consideraría como enemigo indigno de confianza, pienso yo, a quien lo incitara a estas cosas.
[131] No existe tal prescripción en el texto de las leyes. Filón la infiere del hecho de que tal castigo haya sido impuesto a culpas más leves, según se arguye en los parágrafos 253 y 254.

253. De donde no cabe sino afirmar que al que jura en vano para algo injusto, Dios, aunque misericordioso por naturaleza, jamás lo liberará de su culpa, aun cuando escapare a los castigos de los hombres, por cuanto para su mancha no hay purificación posible. Y jamás logrará huir, pues lo vigilarán innumerables decididos partidarios de las leyes, minuciosos al máximo en cuanto a la observancia de las instituciones ancestrales, los que son implacables para con los que intentan subvertirlas. De lo contrario, sucedería que, mientras se considera que merece la pena capital quien ha deshonrado a su padre o a su madre, habríamos de ser más tolerantes con el impío que ha deshonrado el nombre cuya gloria supera a la majestad misma.

254. Pero no hay nadie tan necio que, admitiendo la muerte para los culpables de los delitos más leves, absuelva a los convictos de otros más graves. Y mayor sacrilegio que el de injuriar

o atropellar a los padres es el que se comete contra el sagrado nombre de Dios al jurar en falso.

255. Pero, si el que jura de manera inconveniente es culpable, ¿de cuan inmenso castigo es merecedor aquel que niega al verdaderamente existente Dios, y rinde honor a las creaturas antes que al Creador; considerando que corresponde venerar no solo a la tierra, al agua, al aire o al fuego, es decir, a los elementos del universo; o bien al sol, a la luna y a los astros errantes y fijos, o al cielo todo y al mundo; sino también a cuantos objetos han fabricado artífices mortales, vale decir, a maderas y piedras a las que se han impreso formas humanas? [132]
[132] Deut. XVII, 2 a 7.

256. Por cierto que ha de ser convertido en algo similar a esos productos de la mano del hombre.[133] Porque no es procedente que participe de la vida quien honra a cosas sin vida; sobre todo si llegó a ser discípulo de Moisés, a quien muchas veces ha oído expresar con profética palabra aquellas sacratísimas y piadosas prescripciones que dicen: "El nombre de otros dioses no lo admitas en tu recuerdo ni lo expreses con tu voz",[134] 'sino a ambas: inteligencia y palabra, apártalas de esas otras divinidades, y vuélvete hacia el Padre y Hacedor de todas las cosas, a fin de meditar las más excelsas y hermosas consideraciones acerca de la soberanía que solo a Él pertenece; y a fin de que tus palabras sean apropiadas y sumamente provechosas para ti mismo y para los que habrán de escucharte'.
[133] es decir, en algo sin vida. Salmos CXV, 8.
[134] Éx. XXIII, 13.

257. XLVII. Quedan, pues, expuestos los castigos contra quienes transgreden estos cinco oráculos.[135] En cuanto a los premios que aguardan a quienes los observan, aunque no aparecen revelados por la ley mediante prescripciones expresas, con todo-salen a luz si leemos entre líneas.
[135] o mandamientos capitales.

258. El no reconocer a otros dioses ni deificar cosas fabricadas por el hombre, así como el no jurar en falso, no tienen necesidad de otra recompensa, ya que su mismo cumplimiento es, a mi juicio, el más excelente y perfecto premio de por sí. Porque, ¿en qué podría hallar mayor gozo el que ama la verdad que en confiarse a un solo Dios y abrazar con sinceridad y pureza Su servicio?

259. Yo invoco el testimonio, no de aquellos que están al servicio de la vanidad, sino de los inspirados por el celo que no anda a la deriva, propio de quienes tienen en alta estima la virtud. Porque el galardón de la sabiduría es la misma sabiduría, tal como la justicia y cada una de las demás virtudes constituyen el premio de sí mismas. Y en mayor medida aún la santidad, que, como en medio de un coro, se destaca por su belleza y preside a todas las virtudes, es ella misma su propio galardón y trofeo, y proporciona felicidad a los que la cultivan; y a los hijos y descendientes de ellos, una prosperidad de la que jamás se verán privados.

260. XLVIII. Del mismo modo, cuanto acontece a aquellos que respetan el sagrado día séptimo es provechoso para sus dos más esenciales elementos, que son el cuerpo y el alma. Para el primero por los descansos de los continuos e interminables trabajos; para la segunda por los excelentes pensamientos que dicho día les sugiere acerca de Dios en cuanto creador del mundo y como conservador de las cosas que creó, ya que fue en el séptimo día cuando llevó a su perfección a todas las cosas. De lo que se desprende claramente que quien rinde

honor al séptimo día alcanza también su compensación.[136]
[136] Intraducible juego de palabras con los dos sentidos de *timé = honor y paga, compensación o valor.*

261. Análogamente, el que trata con respeto a sus padres no tiene por qué buscar más que eso; porque, si bien lo considera, hallará que en su misma conducta reside su premio. Con todo, como este mandamiento, por referirse a seres mortales, es de inferior categoría que las cuatro primeras leyes capitales, las que están en más estrecha relación con la Divinidad, Dios-nos estimula con estas palabras: "Honra a tu padre y a tu madre, para que el bien te acompañe y vivas largo tiempo".[137]
[137] Éx. XX, 12.

262. Dos son los premios que instituye: uno es la participación en la virtud; porque el bien es la virtud o la participación en la virtud. El otro es, hablando con toda propiedad, el evitar la muerte a través de una prolongada existencia, de una vida lo suficientemente larga, que, aun en compañía del cuerpo, gozarás si vives con el alma purificada con una perfecta purificación. Queda, pues, expuesto con suficiente detención lo tocante a estos mandamientos. Cuando se presente la ocasión,[138] examinaremos los que siguen a éstos en la segunda tabla.
[138] ver *Sobre las leyes particulares* III, 1 a 6.

SOBRE LAS LEYES PARTICULARES III

Sobre las leyes particulares comprendidas en dos de los diez mandamientos generales; a saber, el sexto, que atañe a los adúlteros y a toda suerte de libertinaje; y el séptimo, que concierne a los homicidas y a cualquier género de violencia.

1. I. Hubo un tiempo, en que libre de otras preocupaciones, entregábame al estudio de la filosofía y a la contemplación del mundo y de las cosas que él contiene; y así recogía como fruto aquella vida [1] hermosa, harto apetecible y verdaderamente feliz, acompañado siempre de divinos asuntos y doctrinas, con los que sentíame dichoso, sin que jamás me sobreviniera la hartura o la saciedad. Nada bajo o abyecto encerraban mis pensamientos, ni me retorcía en procura de fama, de riqueza o de los goces propios del cuerpo; antes bien, tenía la impresión de avanzar siempre por las alturas, poseída mi alma de cierta Divina inspiración, y girar a la par del sol, la luna y la totalidad del cielo y el mundo.

1 Adopto la corrección de Mangey, quien propone sustituir *noüs = inteligencia,* por *bíos = vida.* Ver *Sobre la creación del mundo* 156 y *Sobre los* sueños II, 74.

2. Y entonces sí que, inclinándome desde las etéreas alturas y dirigiendo, como desde una atalaya, la mirada de mi inteligencia, contemplaba los infinitos espectáculos de todas las cosas que existen sobre la tierra, y me proclamaba dichoso de haber huido con todas mis fuerzas de las miserias de la vida mortal.

[3] Pero he aquí que me acechaba el más penoso de los males, la envidia, detestadora del bien, la que, tras caer sobre mí de improviso, no cesó en sus intentos de derribarme violentamente, hasta que me precipitó en el inmenso mar de las preocupaciones creadas por los públicos sucesos, en el cual me veo arrastrado sin poder siquiera mantenerme a flote.[2]

[2] No sabemos a ciencia cierta a qué acontecimientos adversos de su vida se refiere Filón. Lo afirmado más abajo en el parágrafo 5 no deja lugar a dudas sobre el carácter de perturbaciones públicas, no privadas, de esos acontecimientos. Tal vez se tratara de los atentados contra los judíos por parte del elemento egipcio de Alejandría, hechos de los que se ocupa Filón en *Flacco* y *Sobre la embajada ante Cayo.*

4. Con todo, aunque lo deploro, no desmayo gracias a que me acompaña mi amor apasionado por el cultivo del saber, enraizado en mi alma desde mis primeros años; amor que, apiadado y compadecido de mí siempre, me reanima y me alivia. Gracias a él a veces levanto la cabeza, y con la mirada del alma, confusamente porque su aguda visión ha sido ensombrecida por la oscuridad de los asuntos de otro orden, pero como mejor puedo, contemplo las cosas que me rodean, con ansias de alcanzar una vida pura y exenta de males.

5. Y si de improviso me sobreviene un corto tiempo de serenidad y calma en medio de las públicas perturbaciones, emerjo de las aguas desplegando mis alas, y es como si caminara por los aires impulsado por las brisas del saber, el que a menudo me incita a huir y pasar mis días en su compañía, dejando atrás a implacables amos, no solo hombres, sino también asuntos que de una y otra parte se precipitan sobre mí como un torrente.

6. Pero, ciertamente, también por esto debo dar gracias a Dios, puesto que, aunque sumergido, no soy tragado por el abismo; y, además, abro los ojos del alma, los que, habiendo renunciado a toda promisoria esperanza, creí que estaban ya ciegos; y me alumbro con la luz de la sabiduría, evitando entregar mi vida entera a las sombras. Y he aquí que me atrevo no solo a leer las sagradas interpretaciones de Moisés, sino también, movido por mi amor al saber, a

indagar su contenido íntimo y a explicar y aclarar cuanto resulta incomprensible para los demás.

7. II. Puesto que de los diez mandamientos, que reveló Dios en persona, sin mediación de mensajero o intérprete, cinco, es decir, los grabados en la primera tabla, han sido ya comentados, así como todas las leyes particulares que con ellos se relacionan; corresponde ahora que, de la mejor manera posible, pasemos a tratar también los restantes, es decir, los de la segunda tabla. Como en los casos anteriores, trataré de encuadrar las leyes especiales dentro de cada una de las generales.

8. La primera prescripción registrada en la segunda tabla es la siguiente. "No cometerás adulterio".[3] Figura en primer lugar, según entiendo yo, porque a lo largo de todo el mundo habitado el placer campea orgullo-sámente, no habiendo escapado a su dominio ninguna parte del mismo, ni de las terrestres, ni de las del mar, ni de las del aire. Todos los seres, en efecto, a lo largo de todas esas partes, así los que viven sobre la tierra, como los voladores, como los acuáticos, lo admiran, lo rodean de atenciones y acatan sus mandatos, atentos a cualquier mirada o gesto suyo, acogiéndolo con agrado, hasta cuando se muestra arrogante y presuntuoso; y, poco menos que adelantándose a sus órdenes, con una diligencia y una premura que excluyen toda dilación, propias de quienes sirven a alguien.
[3] Éx. XX, 14 y Deut. V, 18.

9. De lo que se desprende que, aun siendo el natural, el placer encierra en muchos casos motivos de reproche, cuando la entrega a él es inmoderada e insaciable. Tal el caso de los glotones, aun cuando lo que se llevan a la boca no sea ninguna comida vedada; y también el de los apasionados por las mujeres que en su frenético deseo de actos sexuales se unen, no ya con mujeres de otros sino con la suya cada uno, pero con excesiva lascivia.

10. En la mayoría de estos casos el reproche es mayor en lo que hace al cuerpo que en lo que toca al alma, por cuanto aquél guarda en su interior, por una parte, un fuego inmenso, que, después de consumir el alimento que le ha sido arrojado, no tarda en reclamar otro; y, por otra, una abundante sustancia húmeda, cuya impetuosa corriente se derrama a través de los órganos genitales produciendo incesantes irritaciones, picazones y cosquilleos.

11. En cambio, en el caso de los que abrigan el demente deseo de poseer las mujeres de otros, incluso a veces las de los íntimos y amigos, y viven para aflicción de sus vecinos, entregados a procrear bastardos en el seno de familias enteras de numerosos miembros, convirtiendo en befa los votos de felicidad nupcial y truncando las esperanzas de engendrar hijos; en este caso, digo, son sus almas las que padecen incurable enfermedad, y se los debe castigar con la muerte, [4] como a comunes enemigos del género humano todo, de modo qué no sigan viviendo para arruinar impunemente otros hogares, ni se conviertan en maestros de otros que se empeñen en emular la villanía de sus costumbres.
[4] Lev. XX, 10 y Deut. XXII, 22.

12. III. Excelentes son también las restantes disposiciones de la ley acerca de las uniones sexuales.[5] Manda, en efecto, abstenerse de tenerlas no solo con las mujeres de otros sino también con aquellas mujeres sin. esposo con las que no es lícito moral-mente tener tal relación.
[5] Lev. XVIII, 6 a 23, XX, 10 a 21 y Deut. XXII, 13 a 30.

13. La costumbre persa es objeto de una categórica repulsa y muestra de aversión por parte de

la ley, la que prohíbela como gravísima impiedad.[6] Los magnates persas, en efecto, cásanse con sus propias madres, y tienen por nobles en altísimo grado a los nacidos de ellas, considerándolos merecedores de la suprema realeza, según dicen.
[6] Lev. XVIII, 7 y ss.

14. ¿Qué perversión puede existir más impía que ésta? Deshonrar el lecho del padre muerto, lecho que debería conservarse intacto, como sagrado que es; no experimentar pudor ante la edad avanzada de la madre; convertirse el mismo hombre en hijo y esposo de ella, y ella, a su vez, en mujer y madre de él; y los hijos de ambos, en hermanos de su padre y nietos de su madre; ésta en madre y abuela de los que ha dado a luz; y él en padre y hermano uterino, a la vez, de los que ha engendrado.

15. Esto mismo ocurrió también entre los griegos antiguamente, en Tebas, en el caso de Edipo, el hijo de Layo. Ocurrió por ignorancia, no con deliberada intención; y, con todo, el matrimonio produjo tan grandes y numerosos males, que no faltó cosa alguna de las que conducen a la más profunda desventura.

16. Una sucesión de guerras internas y exteriores fue, en efecto, la herencia legada por los padres y antepasados a sus hijos y descendientes. Las más grandes ciudades de Grecia fueron saqueadas; las mejores formaciones de guerreros nativos y aliados fueron destruidos, y los mejores capitanes de ambos bandos cayeron unos tras otros, dándose muerte entre hermanos movidos por irreconciliables odios en la pugna por el supremo mando. Resultado de todo esto fue que no solo las familias y los estados de aquellos fueron arruinados en medio de una general destrucción, sino también la mayor parte del mundo helénico. Vacías de habitantes quedaron las ciudades antes populosas, como testimonios de los desastres de Grecia y desdichado espectáculo para los testigos de ellos.[7]
[7] Las tradiciones relativas al ciclo de Edipo recordaban la guerra entre los hijos de Edipo representada en Los siete contra Tebas, de Esquilo, y el trágico enfrentamiento de los epígonos posteriormente. Pero la hiperbólica descripción de Filón es fruto de su propia inventiva en su mayor parte.

17. Y tampoco los persas, entre quienes tienen lugar tales prácticas, se han visto libres de desgracias semejantes a esas. Siempre, en efecto, están empeñados en expediciones y batallas, matando y siendo matados, atacando ellos unas veces a las poblaciones vecinas y defendiéndose otras contra los que se sublevan; que son muchos y en muchas partes los que se alzan en armas, pues los pueblos bárbaros son reacios por naturaleza a permanecer tranquilos. Y así, antes de que la sedición que los envuelve sea sofocada, otra está en gestación; de modo que ninguna de las estaciones del año se reserva para vivir con tranquilidad, y tanto en la época de calor como en la de frío, de día como de noche, lo pasan con las armas en la mano, sufriendo penurias en los campamentos a la intemperie por más tiempo que el que residen en las ciudades, pues muy raramente disfrutan de la paz.

18. Y omito referirme a los grandes e inigualados éxitos de sus reyes, cuya primera proeza, no bien han asumido el trono, es el fratricidio, el mayor de los sacrilegios; asesinatos que tratan de justificar con la predicción de que probablemente habrán de ser objeto de algún atentado de parte de sus hermanos.[8]
[8] Es imposible determinar a qué hechos se refiere concretamente Filón y en qué medida lo que afirma se ajusta a la realidad histórica. Por cierto que no faltan en los relatos concernientes a los reyes Aqueménidas y partos testimonios de sucesiones reales acompañados de disputas y matanzas palaciegas, por otra parte, comunes a casi todas las dinastías orientales. En cuanto al

estado de guerra civil y saqueo permanente o casi permanente, no hay duda de que el aserto contiene una buena dosis de exageración.

19. Todas estas cosas suceden, en mi opinión, a causa de las desnaturalizadas uniones de hijos con sus madres; ya que la justicia, supervisora de los humanos sucesos, castiga a los impíos por sus perversidades; y la responsabilidad en la impiedad alcanza no solo a quienes la cometen, sino también a cuantos por Ubre determinación apoyan la acción de los mismos.

20. Nuestra ley, en cambio, ha encarado constan grande cuidado esta materia, que ni siquiera permite que el hijo del primer matrimonio despose a su madrastra, una vez muerto el padre, [9] teniendo presente al prohibirlo el honor debido a éste y el hecho de que los nombres de madrastra y madre están estrechamente vinculados, no obstante que uno y otro no evocan el mismo sentimiento.
[9] Lev. XVIII, 8.

21. Y quien ha sido enseñado a abstenerse de una mujer ajena por llevar ésta el nombre de madrastra, con mucha más razón habrá de abstenerse de desposar a su madre natural. Y, si por el recuerdo de su padre respeta a la que una vez fue esposa de éste,[10] es evidente que su alta consideración hacia sus dos progenitores le hará rechazar todo pensamiento de maquinar nada contra su madre; porque sería suma necedad reconocer los reclamos de un parentesco a medias y mostrar menosprecio ante los del parentesco total y pleno.
[10] A la madrastra, ahora viuda. El razonamiento es que si hacia la madrastra se guardan las debidas consideraciones no obstante su semi-parentesco con su hijastro, no cabe pensar que no tenga el hijo las mismas consideraciones con su madre viuda, siendo así que ésta es pariente plena de él.

22. IV. Sigue a ésta la prohibición de desposar a una hermana, excelente norma, tendiente a estimular la continencia y la decencia a la vez.[11] El ateniense Solón permitió casarse con hermanas por parte del padre, pero lo prohibió con las hermanas uterinas; en tanto que el legislador de los lacedemonios, al revés, permitió el matrimonio con las hermanas nacidas de la misma madre, y vedó el desposar a las hermanas por parte del padre.[12]
[11] Lev. XVTII, 9 y XX, 17.
[12] Ejemplos del caso ateniense aparecen en Nepote, Cimón I, 2 y Plutarco, Temístocles 32. Sobre el criterio aplicado, según Filón, en Esparta carecemos de otras referencias.

23. En cambio, el legislador de los egipcios ha tomado a chanza las precauciones de uno y otro, y entendiendo que sus disposiciones se quedan a mitad de camino, ha sido harto fecundo en frutos de libertinaje, proporcionando con liberalidad a los cuerpos y a las almas el mal de difícil curación que es la incontinencia, al conceder plena libertad para desposar a todas las hermanas,[13] así a las correspondientes- a uno solo de los padres, cualquiera fuere, como a las nacidas de ambos; y no solo a las más jóvenes que el hermano, sino también a las mayores ó de la misma edad. Y, efectivamente, a menudo han sido engendrados hermanos gemelos, a los cuales la naturaleza separó y apartó en el instante mismo del nacimiento; pero la incontinencia y el amor, al placer excitó a consumar una relación antinatural y una unión absurda.
[13] Lo atestiguan Diodoro de Sicilia I, 27 y Sexto Empírico, *Cuestiones pirronianas* III, 305.

24. Repudiando tales prácticas como extrañas y contrarias a una comunidad irreprochablemente legislada, y como incitadoras y estimuladoras de las más vergonzosas costumbres, el santísimo Moisés prohibió terminantemente el matrimonio de un hermano con una hermana, tanto en el caso en que ésta fuere hija de los dos padres de aquél, como cuando

lo fuere de uno solo.

25. ¿Por qué, en efecto, deshonrar la hermosura propia del pudor? Si el rubor es algo connatural en las doncellas, ¿por qué prepararlas para la desvergüenza? ¿Por qué poner trabas a las vinculaciones y mezclas entre los seres humanos, limitando al reducido ámbito de cada casa una grande y brillante estirpe, que puede extenderse y propagarse por continentes e islas y por toda la tierra habitada? Porque los casamientos con personas procedentes de otros linajes dan origen a nuevos parentescos en nada inferiores a los de consanguineidad.

26. V. Por estas razones 14 prohibió también el legislador muchas otras uniones,15 no permitiendo la relación sexual16 con una hija de un hijo o con una hija de una hija, ni con una tía paterna o materna, ni con la que ha sido esposa de un tío o de un hijo o de un hermano, ni tampoco con una hijastra viuda o doncella todavía; unión esta última, vedada no solo en vida de la propia esposa, ¡ni hablar de ello!, sino también después de muerta ésta, ya que el padrastro es virtualmente un padre, y debe colocar a la hija de su mujer en la misma posición que a una hija propia.
[14] Una la decencia familiar, otra la conveniencia o necesidad de matrimonios entre personas desvinculadas en cuanto a lazos de sangre.
[15] Lev., XVIII, 10 a 16.
[16] Filón emplea aquí el verbo *engyásthai,* que entre sus acepciones ordinarias tiene la de *contraer los esponsales* y que los traductores al traducir este pasaje vierten por lo que en español se diría *tomar en matrimonio o casarse con;* sentido que resulta avalado por lo que Filón dice en el parágrafo 29. Sin embargo él no concuerda con las prohibiciones del texto bíblico, que habla de uniones carnales al margen del matrimonio, según se desprende claramente de las expresiones usadas y del hecho de que en la enumeración se incluyan las uniones con bestias (Lev. XVIII, 22 y 23). Además si se tratara de matrimonios, la inclusión de la viuda del hermano (Lev. XVIII, 16) estaría en contradicción con la ley del levirato (Deut. XXV, 5 a 10 y Gen. XXVIII, 8), que no sólo permite sino impone que el hermano tome por esposa a la viuda del hermano difunto.

27. Asimismo, no permite que el mismo hombre se case con dos hermanas, ni simultáneamente ni en diferentes épocas, ni siquiera en el caso, de haber ya repudiado a la que desposó primero.[17] Es qué el legislador ha considerado que, mientras ésta vive aún, o bien como esposa suya o bien ya divorciada, sea qué permaneciere sola o que se hubiere desposado con otro, repugna a la ley Divina el que la hermana de la que soporta esa desdichada situación [18] pase a ocupar su lugar; y ha instruido con anticipación a la misma para que no eche en saco roto los derechos nacidos del parentesco, ni se aproveché de las adversas circunstancias de quien le está unida a tal puntó por el nacimiento, ni se envanezca y complazca en ser objeto de los cuidados de los enemigos de su hermana y en devolverles sus atenciones.
[17] Lev. XVIII, 18.
[18] Por supuesto que sólo se trata de la repudiada, no contemplándose el caso de la que sigue siendo esposa legal.

28. De estas situaciones sobrevienen, ciertamente, graves celos y amargas rivalidades, que traen aparejadas innumerables cosechas de males. Es como si las distintas partes del cuerpo, renunciando a su natural armonía y unión, conspiraran unas contra otras, resultando de ello incurables enfermedades y desdichas. Las hermanas, aun cuando existen como partes separadas, forman, sin embargo, un todo armónico y unido por la naturaleza y por un único y común parentesco; y el celo, pasión en extremo penosa, engendra al estallar males no experimentados antes, graves y de difícil curación.

29. Pero también te está vedado, según la ley, el unirte con los lazos del matrimonio a una persona de otra nación;[19] a fin de que no suceda que, vencido por costumbres opuestas a las tuyas, cedas, y, apartándote sin advertirlo de la senda que¡ conduce a la piedad, te desvíes hacia un camino intransitable, Y quizá tú personalmente logres mantenerte firme, pues desde la más temprana edad has sido conducido sobre el carro de las excelentes instrucciones que tus padres te inculcaron recitándote constantemente las sagradas leyes. Pero no poco es lo que hay que temer por tus hijos e hijas; ya que, bien puede ser que, presos de la atracción de costumbres espurias, las prefieran a las genuinas, y corran peligro de olvidar la honra debida al único Dios, lo cual es origen y remate de la miseria más extrema.
[19] Éx. XXXIV, 16 y Deut. VII, 3.

30. Otra prescripción establece que, si una mujer separada de su esposo cualquiera fuere el motivo invocado, se casare con otro hombre y de nuevo quedare sola, en vida o después de la muerte del segundo esposo, no retornará al primero, sino se unirá con cualesquiera de los demás hombres antes que con éste,, pues ha renunciado a sus primitivos vínculos, los que echó al olvido cuando eligió nuevos lazos de afecto, desechando los antiguos.[20]
[20] Deut. XXIV, 4.

31. Y en el caso de que un hombre desee llegar a una reconciliación con tal mujer, cargará con la reputación de enervado y falto de virilidad, pues ha desterrado de su alma el sentimiento de repudio al mal, la cosa más provechosa en la vida, por el cual son rectamente encaminados los asuntos, de cada hogar y los públicos: y ha aceptado de buen grado llevar sobre sí la marca de dos inmensas iniquidades: el adulterio y la prostitución, ya que estas ulteriores reconciliaciones son señales de ambas cosas. El castigo tanto para él como para la mujer será la muerte.[21]
[21] El texto legal no menciona pena alguna, y lo de la pena capital corre por cuenta de Filón.

32. VI. Cuando se produce el flujo de las menstruaciones, el esposo no debe tocar a su mujer, sino abstenerse durante ese tiempo de contactos, respetando la ley de la naturaleza,[22] y aprendiendo al mismo tiempo que no se deben prodigar sin objeto alguno las simientes, solo por un extemporáneo y grosero placer. Porque el caso es semejante al de un agricultor que, bajo los efectos de la embriaguez o presa (fe locura, sembrase trigo y cebada en pantanos y torrentes, siendo así que para lograr una buena producción es preciso arrojar las semillas sobre terrenos de cultivo que se encuentren secos.
[22] Lev. XVIII, 19.

33. Ahora bien, la naturaleza purifica también cada mes la matriz, cual si se tratara de un admirable terreno de cultivo; y es preciso aguardar la oportunidad propicia, al modo del buen agricultor, reteniendo la simiente mientras el terreno está toda vía inundado, pues, de lo contrario, aquella será arrastrada por la corriente sin que se advierta; y serán no solo debilitadas sino también paralizadas definitivamente por la humedad las fuerzas fecundantes que en ese laboratorio de la naturaleza que es la matriz moldean la creatura viviente y con arte suma fabrican a la perfección cada una de las partes del cuerpo y del alma. Pero, si la menstruación cesa, puede ya animarse a sembrar las simientes, sin temer ya la destrucción de lo qué ha de depositar.

34. También son merecedores de reproche aquellos que siembran en una tierra dura y pedregosa. ¿Y quiénes son éstos sino los que se unen sexualmente a mujeres estériles? En procura de un desenfrenado placer solamente, desperdician éstos las simientes con deliberado

propósito, como los más lascivos de los hombres. Porque, ¿qué otro motivo los mueve a tomar por esposas a tales mujeres? No, por cierto, la esperanza de tener hijos, pues saben que por fuerza esa esperanza se verá frustrada; sino una pasión de violencia desmesurada y una incurable incontinencia.

35. En cuanto a todos aquellos que han desposado doncellas, ignorando por entonces si eran o no capaces ellas de tener buena descendencia, y más tarde, cuando se han dado cuenta de su esterilidad, tras un largo período sin dar a luz, no se avienen a repudiarlas, son merecedores de nuestra indulgencia, pues ceden ante una cosa tan imperiosa como es la costumbre, incapaces de anular los pasados encantos impresos en sus almas por la prolongada convivencia.

36. En cambio, cuantos buscan por esposas a mujeres cuya esterilidad ha sido comprobada ya por otros hombres, no hacen sino cubrirlas como lo hacen los cerdos y los machos cabríos, y deben ser registrados en las listas de los impíos, como adversarios de Dios. Porque, mientras Dios, movido por Su amor hacia los seres vivientes y por Su bondad para con los hombres, no ahorra cuidados para la conservación y perduración de todas las especies, los que practican el arte de extinguir la vida de las simientes al mismo tiempo que las depositan, son enemigos reconocidos de la" naturaleza.[23]

[23] Las consideraciones de los parágrafos 34 a 36 no se apoyan en la fuente bíblica ni reproducen puntos de vista conocidos de autores no judíos, siendo, al parecer, ideas originales de Filón.

37. VII Pero otro mal mayor, y con mucho, que el mencionado, ha irrumpido con su orgía en las ciudades. Se trata de las relaciones sexuales con jovencitos.[24] Al principio grande era el vituperio que implicaba la sola mención de este vicio; ahora, en cambio, es motivo de jactancia, y no solo para los que consuman el acto sino también para los que asumen el papel pasivo, los que, habituados a soportar la enfermedad del afeminamiento, toleran la disolución de sus almas y de sus cuerpos, sin permitir que ni una brasa siquiera de su masculinidad se encienda. Y es de ver el modo ostentoso como trenzan y aderezan sus cabellos; se frotan y pintan los ojos con albayalde, afeites rojos y otras sustancias semejantes; y se engrasan untándose con esencias de gratas fragancias; que, entre los tales aderezos, el más seductor en todos aquellos que se adornan para mostrar una buena presencia es el perfume; y no se avergüenzan de transformar su naturaleza masculina en femenina, práctica que ejercitan como un arte.

[24] Lev. XVIII, 22. Ver *Sobre Abraham* 135 y 136 y *Sobre la vida contemplativa* 59 a 62.

38. Estas personas son consideradas merecedoras de la muerte por aquellos que acatan la ley, la cual manda que, por adulterador de la legítima moneda de la naturaleza, el andrógino sea matado impunemente, sin que se le permita vivir no ya un día, pero ni siquiera una hora, ya que es un baldón para sí mismo, para su casa, para su patria y para todo el género humano.

39. Y la misma pena debe sufrir a su vez el pederasta, por cuanto va en procura de un placer que repugna a la naturaleza y porque hace cuanto está a su alcance para dejar desiertas y vacías de habitantes las ciudades, desperdiciando la sustancia seminal. Además no tiene empacho en ser un guía y un maestro en los dos gravísimos vicios que son la falta de virilidad y el afeminamiento, haciendo que los jóvenes se den a adornarse, y enervando la flor de su lozanía, que debería ejercitar para el vigor y la fortaleza. Finalmente, como un mal agricultor, permite que se tornen yermas las tierras de cultivo feraces y productoras de abundantes frutos, provocando la esterilidad en ellas; y trabaja noche y día en suelos de los que no cabe esperar que brote absolutamente, nada.

40. La causa, entiendo yo, reside en el hecho de que en muchos pueblos están asignados galardones a la incontinencia y el afeminamiento. Por ejemplo, se da el caso de ver a los tales afeminados contoneándose sin cesar a través de una plaza repleta de gente, participando en las procesiones durante las fiestas, designados, a pesar de su impiedad, como oficiantes de piadosos ritos, presidiendo misterios e iniciaciones, y celebrando los cultos de Deméter.[25]
[25] Ninguna fuente antigua nos permite suponer que en los misterios religiosos griegos se asignara tales papeles a personas de tan dudosa moralidad.

41. Y todos los que entre ellos, ansiosos de aumentar su juvenil belleza, procuraron transformarse completamente en mujeres y se mutilaron los órganos genitales, son revestidos de púrpura, como si procuraran grandes beneficios a sus países; y marchan al frente escoltados por guardias de corps, atrayendo la atención de los que hallan a su paso.[26]
[26] Son conocidos los casos de la castración cultual de los sacerdotes, de Attis. y Cibeles en Frigia, llamados Galos; nombre que significó también *eunucos,* y de Artemisa de Efeso y de la Astarte fenicia.

42. Pero, si tal indignación de nuestro legislador fue contra los que osan entregarse a tales prácticas, los que sin compasión alguna fueron eliminados por ser cada uno de ellos una mancha y una contaminación para su país,[27] no estaría de más que muchos otros se dieran por advertidos; que los implacables castigos aplicados a los ya condenados son, y no en pequeña medida, eficaces para disuadir a los ansiosos de entregarse a similares costumbres.
[27] Lev. XX, 13 y Deut. XXIII, 1.

43. VIII. Sin embargo, existen ciertos emuladores de las concupiscencias de los sibaritas y de otros más lascivos aún, los que, habiendo comenzado por convertirse en expertos en comilonas, borracheras y demás placeres del vientre y de las partes, situadas debajo de él, luego han llegado en su saciedad a tal punto de desenfreno, pues el desenfreno es natural engendro de la saciedad; que, dominados por la demencia, han concebido una frenética pasión no ya por seres humanos, hombres o mujeres, sino también por irracionales animales.[28] Tal fue el caso, según se cuenta de la esposa del rey Minos, llamada Pasífae, en la antigua Creta.[29]
[28] Lev. XVIII, 23 y XXX, 15 y 16 y Éx. XXII, 18.
[29] Diodoro Sículo IV, 17.

44. Enamorada ésta de un toro, y trastornada por la pasión pues desesperaba de lograr unirse a él, que el amor contrariado rompe todas las barreras; hizo confidente de la desgracia que la agobiaba a Dédalo, el más excelente de los artífices de entonces. Éste, sumamente hábil como era en urdir ingeniosos recursos para cazar animales difíciles de apresar, construyó una vaca de madera, y por uno de los costados introdujo a Pasífae. El toro, creyendo que se trataba de un animal de su propia especie, se lanzó hacia ella y la cubrió. Habiendo ésta quedado preñada, dio a luz, transcurrido un tiempo, a una semibestia llamada Minotauro.

45. Nada tendría de extraño que, si se tolera que las pasiones lleguen al desenfreno, haya también otras Pasífaes, y que no solo mujeres, sino asimismo hombres se unan con frenesí a salvajes bestias, de las cuales nacerán monstruos antinaturales, que servirán para atestiguar los excesos de degradación de la raza humana; a causa de la cual bien podría ser que los Hipocentauros, las Quimeras y otros seres de parecida naturaleza, meros productos de la imaginación e inexistentes fuera de la mitología, llegaran a existir realmente.

46. Nuestras sagradas leyes a tal punto son previsoras para que los hombres no se avengan a ninguna unión sexual ilícita, que está prescripto que ni siquiera se permita la fecundación de

animales por otros de diferente especie.[30] Ningún pastor judío permitirá que un macho cabrío cubra a una cordera, ni un morueco a una cabra, ni un toro a una yegua; y, si lo permitiere, será castigado por haber violado los decretos de la naturaleza, la que es cuidadosa de que las especies primarias sean preservadas de toda adulteración.
[30] Lev. XIX, 19.

47. Algunos estiman que los mulos valen más que todas las otras bestias de carga por la solidez y la gran fortaleza de sus cuerpos, y en los criaderos de caballos y cuadras crían asnos de gran tamaño, llamados celones, para que cubran a las potrancas, las que paren un animal híbrido, el mulo; pero Moisés, comprendiendo que un nacimiento de este tipo es opuesto a la naturaleza, prohibió categóricamente y sin admitir excepciones la unión de animales machos o hembras con ejemplares de otra especie.

48. Al adoptar, pues, esta previsión tuvo presente lo decoroso y acorde con la naturaleza, pero apuntaba más lejos, y, como desde una atalaya, apelaba a la sensatez de los seres humanos, tanto hombres como mujeres, para que a través de estos ejemplos aprendieran a abstenerse de las uniones ilegales.

49. En consecuencia, si un hombre cubriere a un cuadrúpedo o una mujer fuere cubierta por un animal de esa especie, habrán de morir tanto las personas como las bestias; los primeros porque han traspasado los límites de la misma incontinencia al convertirse en inventores de inusitadas lujurias, introduciendo nuevas formas de placer, repugnantes en sumo grado, cuya sola descripción resulta vergonzosa en extremo; y las bestias, porque han sido instrumentos de tales infamias, y para que no engendren o produzcan ninguna monstruosidad, cosa que cabe esperar de tales inmundicias.

50. Además, aun aquellos cuya preocupación por la decencia no es mucha, no podrían continuar usando sus rebaños para ninguno de los servicios necesarios para la vida, pues los aborrecerían, les rehuirían y considerarían que todos los objetos que los mismos tocaran quedarían al punto impuros; y cuando las cosas no prestan utilidad alguna en la vida, no solo no vale la pena que existan sino constituyen una superflua "carga de la tierra", como dijo alguien.[31]
[31] Ver *Sobre las leyes particulares* I, 74.

51. IX. Asimismo, tampoco admite la comunidad instituida por Moisés a la mujer ramera, por ajena a la decencia, a la modestia y las demás virtudes.[32] Ella infesta las almas, tanto de los hombres como de las mujeres, de incontinencia, ultraja a la imperecedera belleza de la inteligencia, y rinde preferente culto a la efímera belleza corporal; se entrega al primero que llega, y vende su lozanía como una de las mercaderías en el mercado; cada cosa que dice y hace es para atrapar a los jóvenes; y predispone a unos contra otros a sus amantes, ofreciéndose a sí misma como premio vil en extremo a los que más ofertan. Por tratarse de una peste, una calamidad y una pública mancha debe ser aniquilada, ya que ha corrompido sus naturales gracias, cuando hubiera debido hacer de ellas el ornamento de una noble forma de vida.[33]
[32] Deut. XXIII, 17.
[33] Como en *Sobre José* 43 y contra lo dicho en *Sobre las leyes particulares* I, 81, Filón afirma que la muerte es el castigo de la ramera. Pero tal pena no se menciona en este caso en el texto de la ley mosaica.

52. X. La ley declara acciones culpables los adulterios, tanto los sorprendidos in fraganti

como los comprobados por pruebas evidentes; pero ha considerado que en los casos de simple sospecha los hombres no deben ser jueces, y remite esos casos al tribunal de la naturaleza, por cuanto los hombres están en condiciones de juzgar solamente aquellas cosas que resultan evidentes, en tanto que Dios es también arbitro de las invisibles, pues solo Él tiene el poder de ver claramente dentro, del alma.

53. Dice, pues, la ley al esposo que abriga sospechas:[34] Redacta un formal alegato, y ve a la ciudad sagrada con tu mujer; y, colocándote ante los jueces, declárales la aflicción que pesa sobre ti por la sospecha, no como un calumniador o intrigante dispuesto a salir ganancioso a toda costa, sino como persona que busca cuidadosamente la verdad sin echar mano a argumentaciones capciosas.
[34] Núm. V, 12 a 81, en que se apoya toda la argumentación de los parágrafos 53 a 62.

54. La mujer, que está bajo la amenaza de dos peligros, uno de perder la vida y otro de vivir en la vergüenza, cosa más penosa aun que toda muerte, debe reflexionar sobre su situación en lo íntimo de su ser; y, si fuere pura, debe defenderse con confianza; pero, si su conciencia la convenciere de su culpa, se habrá de someter, haciendo de su vergüenza un paliativo de sus faltas; porque el no sentir en ningún momento vergüenza, es el colmo de la vileza.

55. Mas, si los alegatos de ambos no son concluyentes y no pesan decisivamente en uno u otro sentido, deben ir hacia el templo, y el esposo, puesto ante el altar, con la presencia del sacerdote oficiante ese día, expondrá su sospecha. Al mismo tiempo llevará harina de cebada, una especie de sacrificio en nombre de su mujer, para demostrar que la acusación no encierra una calumnia sino obedece a uña sana intención apoyada en una razonable duda.

56. El sacerdote, tomando la ofrenda, la alcanzará a la mujer, y quitará a ésta el velo, a fin de que pueda ser juzgada con la cabeza descubierta, despojada del símbolo del pudor, qué es costumbre usen las mujeres totalmente irreprochables. Mas no debe haber ni aceite ni incienso, como en los demás sacrificios, en razón de que éste tendrá lugar no por motivos regocijantes sino muy dolorosos.

57. La harina es de cebada tal vez porque, como alimento, la cebada es de discutible valor, y apropiada para los animales irracionales y para los hombres apremiados por las circunstancias; símbolo de que la adúltera en nada difiere de las bestias salvajes, cuyas cópulas tienen lugar indiscriminadamente y sin cuidado alguno; en tanto que la mujer inocente de lo que se le imputa procura que su vida se ajuste a lo que es propio del ser humano.

58. "El sacerdote", continúa, "tomará una vasija de barro, derramará en ella agua pura que habrá sacado de una fuente, y echará dentro un terrón de tierra del suelo del templo". También estas cosas, en mi opinión, constituyen referencias simbólicas a la búsqueda de la verdad del caso. La vasija de barro, como frágil que es, simboliza el adulterio, por cuanto el castigo de los adúlteros es la muerte; la tierra y el agua son símbolos del estar libre de culpa, dado que por medio de una y otra tienen lugar los nacimientos, los crecimientos y la perfección de todas las cosas.

59. De allí que no ha andado desacertado el legislador en los términos con que agregó caracterizaciones a ambos elementos. Dijo, en efecto, que el agua debe ser tomada "pura" y "viva" porque, si la mujer es inocente, su vida es pura y merece vivir; y que la tierra deberá recogerse, no de cualquier lugar, sino del suelo del templo, suelo que no puede sino ser fértil,

tal como lo es una esposa casta.

60. Una vez completados estos preliminares, la mujer se aproximará con la cabeza descubierta, llevando la harina de cebada, según queda dicho; y el sacerdote, frente a ella con la vasija de barro en sus manos, la conjurará diciendo lo siguiente:

[61.] 'Si tú no has violado las normas que rigen los matrimonios, y ningún otro hombre se ha unido a ti por haber tú echado al olvido tus deberes para con el que legalmente comparte tu hogar, ve libre de cargo y castigo. Pero, si has despreciado a tu esposo y buscado ardorosamente nuevas concupiscencias, o bien cediendo a los requerimientos amorosos de otro o bien presa de amor por él, sacrificando y adulterando
las cosas más necesarias y amadas, ten bien presente que te has hecho merecedora de todas las maldiciones, y que aparecerán visibles en tu cuerpo las señales de ellas. Anda, pues, bebe la bebida de la prueba, la que pondrá al descubierto y revelará aquello que está ahora oculto e invisible'.

62. Escribirá entonces el sacerdote estas palabras en una pequeña hoja, y, después de borrarlas con el agua contenida en la vasija, le alcanzará ésta a la mujer; y ella, tras bebería, se retirará y aguardará o el premio de su castidad o el más severo castigo de su incontinencia. Porque, si ha sido acusada falsamente, debe abrigar una firme esperanza de concebir y engendrar hijos, desechando los temores y preocupaciones de ser estéril y no tenerlos. Mas, si es culpable, debe estar segura de que le aguarda un voluminoso vientre, hinchado e inflamado, y un terrible padecimiento en la zona de la matriz, que ella no se preocupó de conservar pura para el hombre que la desposó de conformidad con las normas ancestrales.

63. Tan grande es la preocupación de la ley por evitar innovaciones que desvirtúen el matrimonio, que no permite tampoco que los esposos y esposas que han tenido contactos sexuales acordes con las normas que rigen la vida matrimonial toquen, una vez abandonado el lecho, cosa alguna antes de haberse purificado con aspersiones y lavados; [35] prohibición ésta cuyos alcances se extienden también al adulterio y a cuanto implique una acusación de adulterio.
[35] Lev. XV, 18.

64. XI. En cuanto a aquel que deshonrase mediante la violencia a una mujer privada de marido o bien por muerte del mismo o bien por otra forma cualquiera de separación; como la falta que ha cometido es menos grave que el adulterio, la mitad, podríamos decir, no será pasible de la pena de muerte.[36] Pero, como ha admitido que la violencia, el ultraje, la incontinencia y la desvergüenza son cosas excelentes, debe ser acusado y el tribunal determinará lo que deberá sufrir o pagar.
[36] El caso en cuestión y la penalidad correspondiente no están contemplados en la legislación mosaica.

65. El corromper a una doncella es un delito emparentado con el adulterio,[37] hermano de éste, como que ambos proceden de la misma madre, la incontinencia, a la que algunos, dados a enaltecer las cosas vergonzosas con nombres especiosos, llaman amor, en su vergüenza de reconocer la verdad. Sin embargo, aunque afín, no es completamente idéntico, ya que el agravio solo afecta a una sola familia, la de la doncella, y no a más de una, como en el caso del adulterio.
[37] Éx. XXII, 16 y 17 y Deut. XXII, 28 y 29.

66. Lo que hemos de decirle a quien desea una joven es lo siguiente: 'Renuncia, amigo, a la precipitación y a la desvergonzada osadía, así como a las estratagemas insidiosas o a cualquier recurso semejante; y no pruebes ni abierta ni secretamente ser un perverso.

67. Antes bien, si experimentas realmente en tu alma un sentimiento de afecto por la joven, ve a ver a sus padres, si éstos viven; y, si no, a sus hermanos o tutores u otras personas con autoridad sobre ella; y, expresándoles lo que sientes, como debe hacerlo un hombre de libre condición, pídela por esposa y ruégales que no te consideren indigno de ella.

68. Porque ninguno de los que tienen a su cargo a la joven puede ser tan necio como para oponerse y dar lugar a más insistentes súplicas; sobre todo si, al examinar tus sentimientos, hallare que no son fingidos ni superficiales, sino verdaderos y firmemente arraigados'.

69. Pero, si alguno, poseído de insensato frenesí, hace caso omiso de todas las prevenciones de la razón, reconociendo por soberanos suyos a la pasión violenta y a la concupiscencia; y, asignando a la violencia un sitial superior al de la ley, como suele decirse, se aplica a cometer raptos y corrupciones, y trata a las jóvenes libres como a criadas, obrando en plena paz como si estuviera en una guerra, debe ser conducido ante los jueces.

70. Y si la víctima de su atropello tuviere padre, éste debe decidir si la casará con quien causó su ruina. En caso de que el padre se opusiere a ello, el seductor deberá entregar a la joven una dote, limitándose su castigo a la compensación pecuniaria. Mas, si el padre consintiere y refrendare la unión, aquél deberá desposarla sin pérdida de tiempo, y avenirse a pagar la misma dote que en el otro caso; y no tendrá posibilidad de desistir ni repudiarla. Esto tiende al provecho de ambos: de él, porque así no parecerá que la violación obedeció más a la lujuria que a un legítimo amor; y también de la joven, ya que la desdicha de su primera unión carnal será, remediada con un firmísimo matrimonio, que nada, salvo la muerte, disolverá.

71. En caso de que la joven fuere huérfana de padre,[38] debe ser interrogada por los jueces sobre si quiere casarse o no con el hombre. Y tanto si consintiere como si rehusa, los términos de lo que se acuerde serán los mismos que en el caso de que su padre viviera aún.
[38] Las afirmaciones de este parágrafo no se apoyan en precepto bíblico alguno.

72. XII. Algunos sustentan la opinión de que es un delito intermedio entre la seducción y el adulterio el que se comete en vísperas de un matrimonio, cuando ya los mutuos compromisos aseguran firmemente su cumplimiento, pero, aún no se han celebrado los nupcias, si otro hombre, o por seducción o por violencia, se une carnalmente a la novia.[39] Yo interpreto el caso como una forma más de adulterio, porque los compromisos en los que se registran los nombres del esposo, y la esposa y las demás condiciones requeridas por los casamientos, equivalen a los matrimonios mismos.
[39] Deut. XXII, 23 a 27.

73. Por esta razón la ley ha prescripto que ambos sean lapidados, siempre y cuando hayan estado de .acuerdo en su delictuoso proceder movidos por un único e idéntico propósito. Porque no es posible que se los juzgue copartícipes de la iniquidad si no han sido impulsados por las mismas intenciones, ya que en este caso la coparticipación en la falta no existe.

74. Así por ejemplo, sucede que la distinta característica de los lugares aumenta o disminuye la gravedad de los delitos. Mayor es ésta, lógicamente, si se consuma la falta dentro del recinto de la ciudad, y menor, si tiene lugar fuera de los muros, en zona despoblada. Aquí, en

efecto, no hay nadie que pueda ayudar a la joven, aunque ella haga y diga cuanto pueda para conservar intacta e inviolada su virginidad; en tanto que en la ciudad están las salas de los consejos, los tribunales y una inmensa multitud de jefes de distritos, inspectores de mercados, ediles y demás funcionarios, sin contar el pueblo.

75. Porque existe, a no dudarlo, en el alma de cada persona, por modesta que sea su condición, un sentimiento de odio a la maldad, que en ocasiones como ésa se agita y convierte a quien lo experimenta en defensor y campeón espontáneo de quien aparece siendo objeto de un atropello.

76. XIII. Así pues, al que ha perpetrado la violación la justicia lo persigue en todas partes, sin que en las diferencias de lugares encuentre atenuante alguno para sus atropellos e ilegalidades; en tanto que a la joven, como he dicho, en unos casos le aguarda la compasión y la indulgencia, y en otros el inexorable castigo.

77. Y muy a fondo, ciertamente, debe examinar el juez la situación de ésta, sin atribuirlo todo a los lugares; porque bien puede ser que en plena ciudad haya sido forzada contra su voluntad, y que fuera de ella se haya prestado voluntariamente a una unión ilícita. Por eso la ley al alegar a favor de la mujer violada en un lugar solitario, señala esta exacta y excelente justificación: "La jovencita gritó y no había nadie para socorrerla": de donde se infiere que, si ella no hubiera gritado ni hecho oposición, sino cooperado de grado, se hubiera convertido en culpable, y que el usar el lugar como excusa es en este caso un mero engaño para simular que ha sido violada por la fuerza.

78. Y en la ciudad, ¿qué ayuda podría recibir, aun cuando intentare hacer todo lo posible para proteger la honra de su persona, si fuere impotente para hacerlo por impedírselo la fuerza física de que está dotado su forzador? ¿Podría recibir ayuda alguna de sus vecinos si éste la atare con la colaboración de otros y tapare su boca impidiéndole pronunciar palabra? En cierto modo, aun cuando ella se encuentre en la ciudad, se halla en la soledad, porque está sola, sin quienes la ayuden. En el otro caso,[40] en cambio, aunque nadie hubiere estado presente para ayudarla, como ha cooperado voluntariamente, se puede decir que en nada difiere de la que ha hecho otro tanto en la ciudad.

[40] En el caso de que la violación haya tenido lugar en el campo sin oposición de la violada.

79. XIV. Algunos son inconstantes en sus relaciones con las mujeres, aficionados a ellas hasta la demencia y al mismo tiempo sus detestadores. Llenos de confusos y mezclados hábitos, dan rienda suelta sin dilación alguna a sus primeros impulsos, fueren estos los que fueren, y les permiten desbocarse, cuando lo que deberían hacer es ponerles freno. Sin reflexionar ni prevenir nada, se lanzan sobre las cosas materiales e inmateriales como ciegos, y como se abren paso y lo derriban todo con violento impulso y vehemencia,, no es menor el daño que reciben que el que causan.

80. A propósito de éstos la ley ha establecido lo siguiente.[41] En el caso de que, habiendo desposado legal-mente a jóvenes y celebrado los sacrificios nupciales y los convites, no conservaren ningún afecto conyugal hacia sus esposas, y, por el contrario, las insultaren y se comportaren con ellas como lo harían con rameras, no obstante estar tratando con damas; si maquinaren una disolución del matrimonio, y, no hallando pretexto alguno para la separación, recurrieren a una falsa acusación, y, a falta de cargos sobre cosas a la vista, encaminaren sus imputaciones al plano de las íntimas; y, llevando adelante sus propósitos, las acusaren de que, habiendo estado convencidos de haberse casado con doncellas, en la primera unión carnal

comprobaron que no eran tales; en esos casos, dice, deberá reunirse el consejo de ancianos en pleno para el juicio, y habrán de presentarse los padres de las acusadas para abogar en un pleito en el que todos corren peligro por igual.
[41] Deut. XXII, 13 a 21.

81. Porque el peligro, en lo que toca a la castidad del cuerpo de las hijas, atañe no sólo a éstas, sino también a los que las tienen a su cuidado, pues se les imputa no solamente el no haber ejercido vigilancia sobre ellas en la ocasión más crítica de la adolescencia, sino además el haberlas dado en matrimonio como si conservaran su doncellez, cuando ya habían sido violadas por otros, con lo que han engañado y defraudado a los que las desposaron.

82. Después, si la razón que les asiste prevalece, los jueces deberán señalar las reparaciones que pagarán los forjadores de las falsas acusaciones; reparaciones consistentes en una pena pecuniaria, en castigos corporales mediante azotes, y, el más aborrecible de todos para ellos, en la perduración del matrimonio, siempre y cuando sus mujeres se avengan a seguir conviviendo con semejantes hombres.[42] Porque la ley les permite optar entre seguir con ellos o separarse, según sus deseos; en tanto que no les deja opción alguna a sus esposos, en castigo por sus falsos alegatos.
[42] Esto último no está prescripto en la ley.

83. XV. El acto de quitar la vida a un hombre es designado con el término asesinato,[43] pero, en rigor de verdad, tal hecho constituye un sacrilegio, y el mayor de los sacrilegios, porque ninguna de las cosas que el mundo atesora es más sagrada y semejante a Dios que el hombre, el que es una hermosísima reproducción de una hermosísima imagen, impresa según el modelo de la forma ejemplar del logos.[44]
[43] Comienza aquí el tratamiento de lo tocante al sexto mandamiento.
[44] Ver *Sobre los sueños* I, 132 y 133.

84. Corresponde, pues, considerar lisa y llanamente impío y sacrilego al asesino, ya que con su acto ha cometido la mayor de las impiedades y el mayor de los sacrilegios; y por haber obrado sin misericordia alguna debe ser matado;[45] aunque, ciertamente, siendo merecedor de infinitas muertes, solo una lo alcanza, en razón de que este castigo, por su misma naturaleza, no puede acrecentarse convirtiéndolo en una pluralidad de penas que no impliquen la muerte. Por otra parte, nada tiene de oneroso el que alguien llegue a sufrir lo mismo que ha causado a otro.
[45] Éx. XXI, 12, Lev. XXIV, 17 y 21 y Núm. XXXV, 16 a 21, 30 y 31.

85. Aunque, ¿cómo puede ser lo mismo, si median diferencias en los tiempos, en los actos, en las intenciones y en las personas? ¿O acaso no está primero el tomar la iniciativa cometiendo injustas villanías, y es posterior el castigo de las mismas? ¿Y no es el asesinato una ilegalidad suma, mientras el castigar a los asesinos implica el máximo de legalidad? ¿*Y* acaso no ha satisfecho el asesino su deseo al matar a quien se había propuesto, en tanto que la víctima, por haber sido eliminada, no puede desquitarse y regocijarse a su vez? ¿*Y* acaso no le fue dado al primero el llevar a cabo sus designios por su propia mano y con sus propios medios; en tanto que al otro la venganza le es inalcanzable, a menos que sus parientes y amigos, movidos a compasión por su desgracia, tomen a su cargo su causa?

86. Si alguien atacare con su espada a otro con intención de matarlo, será culpable, aunque no llegare a matarlo; pues por su propósito se ha convertido en un asesino, aun cuando el resultado no haya corrido parejo con su designio.[46] Otro tanto reza con quien hubiere querido

consumar y maquinado un asesinato a traición y por vía de la astucia desde un lugar de acecho, no atreviéndose a atacar de frente. También éste, en efecto, se ha convertido en persona maldita, si no por la obra de sus manos todavía, por la disposición de su alma al menos.
[46] Éx. XXI, 14.

87. Es que, así como juzgamos, entiendo yo, que son enemigos no solo los que ya nos combaten por mar y por tierra, sino también los que en uno y otro sector van haciendo preparativos y plantan sus máquinas de sitio junto a nuestros puertos y murallas, aunque todavía no hayan iniciado las hostilidades; del mismo modo es preciso considerar asesinos no solo a los que han matado, sino también a aquellos cuyos actos van todos encaminados a matar en forma abierta o en secreto, aunque todavía no hayan llevado a cabo el crimen.

88. Y, aunque por cobardía o por osadía, sentimientos antagónicos pero culpables ambos, se atrevieren a buscar refugio en el templo en busca de asilo, se les habrá de impedir hacerlo.[47] Y, aun cuando alcanzaren a entrar antes sin ser vistos, deberán ser entregados para su ejecución, dejándose expresa constancia en el sentido de que el templo no debe proporcionar asilo a los sacrílegos. Porque todo aquel que lleva a cabo actos irremediables es enemigo de Dios, y los asesinos llevan a cabo actos irremediables, ya que no tiene remedio lo que han sufrido sus víctimas.
[47] Éx, XXI, 14.

89. ¿O acaso, mientras a los que ningún delito han cometido les está vedada la entrada al templo sin antes lavarse y purificarse mediante las aspersiones purificatorias acostumbradas, a los convictos de impiedades indelebles, en cambio, cuyas manchas, por mucho que pase el tiempo, no se borrarán, les será concedido ir a instalarse y residir en los lugares santos, siendo así que no los admitirían en sus casas los hombres decentes que toman en serio las cosas santas?

90. XVI. Es, pues, preciso que, por haber acumulado iniquidades sobre iniquidades, sumando la ilegalidad y la impiedad al asesinato, estas personas, cuyos actos merecen no ya una sino mil muertes, como he dicho, sean apartadas de allí para que paguen por su culpa. Otra razón para sacarlos de allí es que la entrada del templo les resultaría vedada a los parientes y amigos del asesinado, si el asesino permaneciera dentro de él, pues aquellos no soportarían ir al mismo lugar jamás. Y sería absurdo que a causa de uno solo fueran excluidos muchos; que a causa de quien ha violado la ley cometiendo gravísima falta, lo fueran quienes han sido víctimas de su transgresión, los cuales, además de no cometer falta alguna, han soportado un prematuro duelo.

91. Bien podría ser también que Moisés, como gracias a la agudeza de visión de su razón era capaz de otear el futuro lejano, adoptara las precauciones necesarias para que las visitas de los parientes del asesinado no originaran un derramamiento de sangre en el templo, pues el afecto, sentimiento irreprimible, los incitaría, como a personas dominadas por un furioso arrebato, a matar al asesino consumando lo que podríamos llamar una ejecución por su propia mano. Si esto llegare a suceder, cometeríase una gravísima profanación, pues se mezclaría la sangre de los sacrificios con la sangre de los asesinos, una sangre consagrada con una sangre impura. Estas son las razones por las que la ley manda entregar a los asesinos aun desde los mismos altares.

92. XVII. Bien puede suceder, con todo, que aquellos que matan con espadas, jabalinas, flechas, palos, piedras o cualesquiera otros instrumentos semejantes, no cometan el asesinato

con premeditación ni habiendo meditado con tiempo en su intimidad su crimen, sino movidos por un espontáneo impulso y dominados por una cólera más fuerte que la razón; de suerte que su acción resulta ser una obra a medias, puesto que su inteligencia no ha estado ocupada desde largo tiempo atrás por las manchas de un crimen.[48]
[48] Núm. XXXV, 16 a 18.

93. Pero existen otros,[49] malvados a más no poder, malditos por sus hechos y por sus designios, los hechiceros y envenenadores, los que se procuran tiempo libre y lugares retirados para preparar sus atentados para el momento oportuno, e inventan variados expedientes y procedimientos para perjudicar a sus vecinos.
[49] Éx. XXU, 18.

94. Por eso la ley ordena que los envenenadores y las envenenadoras no vivan, no ya un día pero ni siquiera una hora más; y que, no bien sean aprehendidos, se les dé muerte, porque no puede haber pretexto alguno para diferir o posponer su castigo; que es posible prevenirse contra los que atenían abiertamente contra nosotros, pero no es fácil advertir las intrigas de los que en secreto preparan y maquinan sus atentados mediante venenos.

95. Preciso es, pues, anticiparse a sus autores haciendo que experimenten en carne propia lo que otros habrían de sufrir a causa de ellos. Porque, pasando por alto otras consideraciones, mientras el que mata a la vista de todos con una espada o con alguna arma semejante quitará la vida a unos pocos y en una sola ocasión, el que mezcla y combina venenos-mortales con ciertas sustancias comestibles hará perecer a innumerables personas que no conocían anticipadamente la maquinación.

96. No faltan ejemplos de casos en que gran cantidad de personas reunidas en banquetes por motivos de amistad para compartir la misma sal y la misma mesa, han sufrido un inesperado desastre y padecido en medio de las libaciones implacables [50] eventos, trocándose el festín en muerte. De allí la conveniencia de que aun los más indulgentes y más moderados se empeñen en exterminar a estos tales, asumiendo, diríamos, la función de ejecutores, en la convicción de que constituye un deber de piedad el no dejar librada a otros la ejecución del castigo, sino llevarla a cabo personalmente.
50 Intraducible juego de palabras entre *spondé = libación* (cuyo plural significa *tratado, alianza, tregua) y áspondos = que no hace libaciones, irreconciliable, implacable.* La vinculación entre ambas acepciones la constituye el hecho de que las paces se sellaban con libaciones o brindis de paz.

97. Porque, ¿cómo no habrá de ser terrible el que mediante un alimento, que está hecho para ser fuente de vida, se maquine la muerte, y que en los naturales sustentos se fragüe un cambio destructivo, de tal modo que, al ir a comer y a beber determinadas personas, movidas por una necesidad de su naturaleza, como no han previsto la celada, se los lleven a la boca, creyéndolos medios de subsistencia, cuando-en realidad serán la causa de su total aniquilamiento?

98. El mismo castigo habrán de sufrir, aun en el caso de que no prepararen mezclas mortíferas sino de aquellas mediante las cuales se causan largas enfermedades. Porque frecuentemente es mucho más preferible la muerte que las enfermedades, sobre todo que aquellas enfermedades que se caracterizan por durar muchísimo tiempo y no tener un desenlace favorable; y las causadas por envenenamiento han demostrado ser difíciles de curar y hasta incurables del todo.

99. Y con todo, sucede que frecuentemente las calamidades producidas por estas maquinaciones en los cuerpos son menos graves que las causadas a las almas. Sobre ellas, en efecto, abátense delirios, extravíos mentales e insoportables exaltaciones, y, envuelta en tales estados, la inteligencia, el mayor don que Dios reservó para el género humano, padece toda suerte de opresiones y, cuando desespera de su salvación, parte y cambia de residencia, dejando en el cuerpo la especie de peor condición entre las del alma, la irracional, de la que también participan las bestias. Todo aquel, en efecto, que es abandonado por la razón, la parte superior del alma, trueca su naturaleza en la de las fieras, aun cuando sus características corporales conserven apariencias humanas.

100. XVIII. Ahora bien, existe una magia verdadera,[51] que es una visión científica mediante la cual aparecen las obras de la naturaleza iluminadas por una luz más clara, y es tenida por muy respetable y digna de cultivarse; y no solo los simples particulares, sino también los reyes, aun los más grandes reyes, y sobre todo los de los persas, la practican con tanto empeño, que, según aseguran, entre éstos ninguno puede ser elevado al trono si anteriormente no formaba parte de la casta de los Magos.[52]

[51] Ver *Todo hombre bueno es libre* 74.
[52] Cicerón, Sobre la adivinación I, 91.

101. Pero existe una falsificación de esta magia, o, para decirlo con toda precisión, una corrupción de ella, a la que se dedican mendigos y bufones charlatanes, así como las más ruines de las mujeres y abyectos esclavos, todos los cuales ofertan diversas clases de purificaciones, y prometen trocar el amor en incurable aversión, y el odio en afección suma mediante determinados hechizos y encantamientos. Estos tales engañan y atrapan con su señuelo a las personas pobres de carácter y por demás candorosas, hasta que éstas ven sobre sí las más grandes desventuras, como resultado de las cuales los vínculos que unen estrechamente a grandes grupos de amigos y parientes se relajan gradualmente y acaban en una silenciosa y rápida destrucción.

102, Teniendo presentes todas estas consecuencias, pienso yo, nuestro legislador no permite que se difiera para más adelante el castigo de los envenenadores, y ordena que la pena les sea aplicada de inmediato. La razón es que las dilaciones infunden ánimo a los culpables para aprovechar el corto tiempo de vida que les queda, como oportunidad para insistir *en* sus fechorías; en tanto que a los que ya abrigan recelo respecto de lo que podría acaecerles,[53] los llenan de un temor aun más terrible, pues piensan que la vida de aquellos es la muerte para ellos.

[53] Es decir, a los amenazados por las malas-artes de los envenenadores,

103. Por lo tanto, así como a las víboras, a los escorpiones y a todos los otros animales venenosos los matamos en el acto, no bien los hemos visto, antes de que muerdan o .hieran o, en general, ataquen, como precaución para no sufrir las consecuencias de la maldad connatural en ellos; del mismo modo también corresponde castigar a seres humanos que, aunque han recibido una naturaleza cultivada gracias a su alma racional, la que es origen de convivencia, la han trocado en las feroces costumbres propias de las fieras salvajes, y no hallan placer o ventaja sino en causar daño a todos los que pueden.

104. XIX. Acerca de los envenenadores es suficiente por el momento lo que queda dicho. Otro asunto que conviene no pasar por alto es que muchas veces se presentan ocasiones ajenas a la voluntad, en las que alguien comete un asesinato no porque haya ido con tal propósito o preparado para ello, sino dominado por una repentina cólera, pasión implacable y maligna,

que causa inmenso daño, tanto al que la experimenta como al que es víctima de sus efectos.

105. A veces, en efecto, va alguien a la plaza del mercado por algún negocio urgente, y, al encontrarse con alguno demasiado predispuesto a la difamación o que intenta golpearlo, o también al dar él mismo comienzo a una disputa con otro, sobreviene una lucha, y con intención de desligarse y verse libre de ella más rápidamente le aplica un golpe de puño o levanta una piedra y se la arroja.

106. En caso de que el golpe resultare mortal, si el otro muriere en el acto, también debe morir el que lo ha golpeado, sufriendo de ese modo el mismo trato que él dio a su oponente;[54] pero, si éste no muriere inmediatamente a consecuencia del golpe, sino contrajere una enfermedad, y, habiendo guardado cama y recibido el conveniente cuidado, se levantare de nuevo y saliere, aun cuando sostenido por otros o apoyándose en un bastón por no poder marchar sobre sus dos pies, quien lo golpeó deberá pagarle dos compensaciones, una como reparación por su inactividad, y la otra para cubrir los gastos de la curación.
[54] Éx. XXI, 18 y 19.

107. Si las pagare, no será pasible de la pena de muerte, aunque posteriormente el que ha recibido el golpe muriere; porque, como, tras sentirse más aliviado, ha salido a caminar fuera, queda la duda de si ha muerto del golpe o por otras causas que sobrevienen a menudo súbitamente y aniquilan aun a los más sanos de cuerpo.

108. Si alguien durante una pelea diere un golpe en el vientre a una mujer embarazada, y ésta abortare, en caso de que lo abortado careciere de forma y no estuviere desarrollado, aquél deberá pagar una multa por el ultraje y por haber obstaculizado a la industriosa y productiva naturaleza en su labor de traer a la existencia a la más excelente de las creaturas vivientes, el hombre; pero, si la criatura estuviere ya formada y todos sus: miembros hubieren ya recibido sus propios lugares y cualidades aquel debe morir.[55]
[55] Éx. XXI, 22.

109. Es que en esas condiciones se trata de un ser humano, al cual él ha aniquilado en el taller de la naturaleza, cuando ésta juzgaba que aún no era la ocasión de sacarlo a luz; semejante a una estatua colocada en un estudio, a la que no le falta sino ser llevada afuera y liberada de su encierro.

110. XX. En esta prescripción va involucrada también la prohibición de otra cosa más importante todavía: la exposición de niños,[56] práctica impía, que ha terminado por no ser vista con malos ojos en muchas otras naciones a causa de la inhumanidad que caracteriza a las mismas.
[56] No hay en el texto de la ley prohibición expresa alguna al respecto, y Filón, como lo aclara en los parágrafos 117 y 118, lo infiere de otras prescripciones, como la relativa al feto plenamente desarrollado.

111. En efecto, si es necesario preocuparse porque nada terrible sufra de la ajena mala intención la criatura que aún no ha sido dada a luz por no haberse cumplido los plazos normales, ¿cómo no lo será más todavía en el caso de aquella cuya gestación ha llegado a su término, y ha sido ya enviada a ésta como colonia que le ha cabido en suerte a los seres humanos, a fin de que participe de los dones de la naturaleza? Esta, en efecto, extrae de la tierra, del agua, del aire y del cielo esos dones, y proporciona al hombre la contemplación de las cosas celestes y la soberanía y el dominio sobre las terrestres, suministrándole a cada uno

de los dones de la naturaleza? Esta, en efecto, extrae de la inteligencia, como a un gran rey, todo cuanto los sentidos, que son como sus guardias del cuerpo, perciben; y todo aquello que sin la ayuda de ellos la razón aprehende.

112. En consecuencia, si los responsables de su crianza privan a los niños de tan grandes bienes, no permitiéndoles participar de ninguno de ellos desde el momento mismo de su nacimiento, sepan que violan las leyes de la naturaleza y que atraen sobre sí los más graves cargos, a saber, amor al placer, inhumanidad, asesinato y el que es el más abominable de los crímenes: el infanticidio.

113. Son, en efecto, amantes del placer pues se han unido carnalmente a sus mujeres no para engendrar hijos y perpetuar la familia, sino persiguiendo el mero placer del acto sexual, a la manera de los cerdos y los machos cabríos. Y en cuanto a inhumanos, ¿quiénes podrían serlo más que los enemigos y detestadores implacables de los engendrados por ellos mismos? A menos que alguno sea tan loco come para suponer que los que obran sin consideración alguna hacia los unidos a ellos por los lazos de la sangre, puedan abrigar buenas disposiciones respecto de las personas extrañas.

114. Y los asesinatos e infanticidios los atestiguan con clarísimas pruebas unos al matar con sus propias manos a sus hijos recién nacidos, reprimiendo y ahogando su primer aliento; y otros al arrojarlos a un río o a las profundidades del mar, después de colgarles algo pesado para que con el peso se hundan más rápidamente.

115. Otros, en cambio, los llevan a un lugar solitario, y allí los exponen con la esperanza, según dicen ellos, de que los salven, aunque, en realidad, no es sino para que sufran tristísimas desdichas. Porque todas las fieras que comen carne humana se hacen presentes sin que nadie lo impida, y se regalan con los infantiles cuerpos, en un delicado festín que les han procurado los únicos protectores, los obligados más que nadie a velar por su seguridad, es decir, sus padres y sus madres. Además, las aves carnívoras se precipitan volando y engullen los restos; eso siempre y cuando no se hayan dado cuenta antes, porque en ese caso se hubieran apresurado a disputar a las bestias terrestres los cadáveres enteros.

116. Pero admitamos que algunos de los que pasan por el camino, movidos por un sentimiento de humanidad, sienten compasión y piedad por los espósitos a tal punto que los recogen, les proporcionan alimentos y se deciden a brindarles los demás cuidados. ¿Qué pensamos nosotros en presencia de estas tan meritorias acciones? ¿No es cierto que las consideramos una condenación de los que les dieron el ser, pues los extraños han tomado a su cargo las obligaciones propias de los padres, en tanto que éstos no han procedido ni siquiera con la buena disposición demostrada por los extraños?

117. Así pues, Moisés ha prohibido, de manera indirecta e implícita, la exposición de recién nacidos, al determinar, según he dicho, que la muerte fuera el castigo de los que provocaren un aborto cuando ya el feto estuviere completamente formado. La opinión de que las criaturas que todavía están adheridas al vientre de la madre son parte de las que darán a luz es sustentada por filósofos naturalistas, cuya vida está dedicada a la labor especulativa, y también por los más ilustres entre los médicos, los que han investigado acerca de la estructura del ser humano, examinando detalladamente sus partes visibles y ocultas, mediante una cuidadosa disección, con miras a evitar que, en caso de requerirse un tratamiento médico, resulte descuidada por ignorancia alguna causa de serio peligro.

118. En cambio, las criaturas ya dadas a luz quedan separadas del organismo en el cual se desarrollaron; y, libradas a su propio desenvolvimiento, conviértense en seres vivientes a los que nada les falta de cuanto concurre a completar la humana naturaleza. En consecuencia, el infanticida es, sin lugar a dudas, un asesino, por cuanto el disgusto de la ley no depende de las edades, sino atañe a la violación de las obligaciones para con la especie.

119. Aunque por cierto que, si la edad debiera ser tenida en consideración, cualquiera, me parece a mí, se irritaría forzosamente más en el caso de los que cometen infanticidio. Porque, tratándose de adultos, son muchísimos los pretextos razonables a que dan lugar los enfrentamientos y controversias, mientras que a los que no son sino tiernas criaturas que acaban de ver la luz de la humana existencia, siendo completamente inocentes, no cabe dirigirles ni siquiera una falsa acusación. Por lo tanto, bien pueden ser tenidos por los más sanguinarios y despiadados de los hombres aquellos que con encarnizamiento atentan contra ellos; y la sagrada ley los detesta y declara culpables.

120. XXI. En cuanto al hombre que es matado sin mediar un deliberado propósito del matador, la sagrada ley afirma que ha sido puesto por Dios en manos de sus asesinos;[57] lo que constituye un alegato a favor del que al parecer ha matado convencido de que la víctima era culpable.
[57] Éx. XXI, 13.

121. Entiende, en efecto, que, misericordioso e indulgente como es, Dios no entregaría jamás a un inocente para que se le diera muerte; y que, por el contrario, cualquiera que ha escapado a la justicia de los hombres gracias a su habilidad y astucia, ha sido conducido ante el invisible tribunal de la naturaleza y condenado por dicho tribunal, único en el que la verdad es vista en su máxima pureza, sin que la ensombrezcan los artificios verbales, pues no acepta en absoluto las palabras, sino pone al descubierto las intenciones y saca a plena luz los pensamientos ocultos. Pero también, por otra parte, la ley hace responsable al matador, no de un crimen, pues se considera que ha obrado al servicio de un Divino dictamen; sino de una mancha insignificante y del todo leve, cuyo perdón cabe pedir y alcanzar.

122. Dios emplea, en efecto, a aquellos que han cometido faltas leves y fáciles de remediar como servidores Suyos en el castigo de los que han cometido delitos gravísimos e irreparables; no porque dé Su aprobación a aquellos, sino escogiéndolos como instrumentos útiles para el castigo, a fin de que ninguno que sea puro por su vida entera y por la pureza de su estirpe tenga contacto con un homicidio por muy justificado que éste fuere.

123. En consecuencia, determinó Dios que el matador involuntario vaya a destierro, mas no a cualquier lugar ni para siempre. Asignó, en efecto, a estos convictos seis ciudades, la octava parte de las que la tribu consagrada recibió a título de patrimonio,[58] ciudades a las que, por la condición adquirida dio el nombre de lugares de refugio. Por otra parte, completando esta disposición, estableció que el destierro duraría el tiempo de la vida del sumo sacerdote, estándoles permitido el retorno después de la muerte de éste.[59]
[58] Núm. XXXV, 6 y 11 a 15.
[59] Núm. XXXV, 28.

124. XXII. Esta prescripción se funda en dos motivos. El primero es el siguiente. La mencionada tribu recibió estas ciudades como recompensa por una matanza en defensa de la fe, matanza que debemos considerar como la más esclarecida y excelente de cuantas hazañas han tenido lugar alguna vez.[60]

[60] Éx. XXXII. Ver *Vida de Moisés* II, 159 y ss. y 270 y ss., y *Sobre la ebriedad* 67.

125. En efecto, cuando el profeta, habiendo sido llamado al más alto y sagrado de los1 montes de aquella región, recibió de Dios las leyes generales que engloban a las leyes especiales, no fue visto durante un buen número de días, y los enemigos innatos de la paz llenáronlo todo de los vicios que trae aparejados la ausencia del gobernante, a lo que como remate agregaron la impiedad. Burlándose de las más excelentes y nobles prescripciones acerca de la honra debida al verdaderamente existente Dios, y habiendo fabricado un toro de oro, imitación de la vanidad de Egipto, le ofrecieron sacrificios que no eran tales y festejos que no merecían ese nombre, y ejecutaron macabras danzas al son de cantos e himnos que hubieran debido ser fúnebres lamentaciones.

126. Pero la mencionada tribu, llevo muy mal la insólita violación, de las normas establecidas» encendiéndose su celo a causa de su sentimiento de odio hacia la iniquidad, y llenos todos sus miembros de cólera, frenéticos, poseídos, habiendo tomado las armas como obedeciendo a una sola señal convenida, con vehemente impulso y absoluto desprecio del riesgo, los aniquilaron en medio de su doble embriaguez: la de impiedad y la de vino, comenzando por los más allegados a ellos y más amados por ellos, por considerar que sin el amor de Dios no existe amor ni parentesco. Y en una corta parte de un día fueron muertos veinticuatro mil,[61] sirviendo sus desgracias de advertencia para los que estaban a punto de secundarlos en su demencia, ya que les infundieron el temor de sufrir parecida suerte.
[61] Cifra exagerada que incrementa desproporcionadamente el número de 3.000 estimado en *Vida de Moisés* II, 274, y en *Sobre la ebriedad* 67.

127. Esta bélica acción, llevada a cabo espontánea é instintivamente en defensa de la piedad y la santidad para con el verdaderamente existente Dios, no sin grandes peligros para los que tomaron las armas, fue aprobada por el Padre del universo, quien por propio dictamen determinó que estaban limpios de todo crimen y mancha, y les concedió el sacerdocio como recompensa por su manera viril de conducirse.

128. XXIII. Por eso, la ley manda que el autor de un crimen involuntario se refugie en alguna de las ciudades que fueron adjudicadas a esta tribu, a fin de que encuentre la calma y no desespere de su completa seguridad. El lugar habrá, efectivamente, de recordarle aquella intrepidez, y le hará reflexionar sobre cómo a aquellos que mataron entonces voluntariamente les fueron concedidos no solo un completo perdón, sino también grandes y apetecibles galardones que llevan aparejada una grande felicidad; y que, si esto ocurrió con aquellos, con más razón se les concederá a los que han matado sin premeditación, no una recompensa honorífica, pero al menos la más modesta de todas, consistente en no pagar con la propia vida la vida tronchada. De esto se desprende claramente que no todo homicidio es culpable, sino solo aquel que lleva aparejada una injusticia; y que de los restantes merece alabanza el que se lleva a cabo por un ardiente deseo de virtud, y no es reprobable el que se comete involuntariamente.

129. Queda expuesta la primera de las dos razones;[62] a continuación hemos de referirnos a la segunda. La ley quiere preservar al homicida involuntario porque sabe que no es culpable en cuanto a la intención y que con sus manos ha obrado como servidor de esa supervisora de las cosas humanas que es la justicia. Y lo protege porque los más próximos parientes del muerto se hallan al acecho como enemigos ansiosos de matarlo, impelidos a la venganza por una compasión desmedida y un dolor inconsolable, y una irracional pasión les impide reflexionar sobre lo que es verdadero y justo por naturaleza.

[62] Razones por las que la ley ha elegido como refugio para el homicida involuntario las ciudades de refugio.

130. En consecuencia, permite que tal persona busque refugio, no en un templo, pues aún no está purificada, ni en una región olvidada y oscura, donde podría ser entregado fácilmente sin que se haga mucho caso de él; sino en una ciudad sagrada, la cual constituye un lugar intermedio entre el ámbito sagrado y el profano, siendo en cierto modo un templo de segunda categoría. Las ciudades de los consagrados son, en efecto, más dignas de veneración que las demás en la medida, entiendo yo, en que sus habitantes son objeto de mayor reverencia que los de las otras. Lo que quiere, pues, la ley al recurrir a la condición privilegiada de la ciudad que brinda asilo es proporcionar al asilado una firmísima seguridad.

131. Al determinar, como he dicho, que el momento del retorno lo señale la muerte del sumo sacerdote, el legislador tuvo presentes motivos como los siguientes. Así como cada uno de los asesinados con premeditación deja parientes que velarán en su nombre para que se haga justicia y castigue a los que lo mataron con alevosía; del mismo modo también la nación entera tiene un común y muy próximo pariente en el sumo sacerdote, quien ejerce soberanamente la justicia para los litigantes de conformidad con las leyes, y lleva a cabo las suplicaciones y sacrificios de cada día, pidiendo bienes como para hermanos, padres e hijos suyos a fin de que los miembros todos de la nación, de cualquier edad y sector, considerados como un solo cuerpo, armonicen en una sola y una misma confraternidad, ansiosos de paz y legalidad.

132. Por lo tanto, todo aquel que ha matado sin intención de hacerlo debe tener al sumo sacerdote como al encargado de velar por los derechos de los asesinados y pugnar en su nombre; y ha de permanecer encerrado dentro de la ciudad en la cual se ha refugiado, sin osar salir fuera de sus muros, si es que siente apego por su seguridad y por una existencia libre de peligros.

133. Cuando dice, pues, la ley:[63] "No retorne el exiliado hasta que haya muerto el sumo sacerdote", es como si dijera: hasta que haya muerto el común pariente de todos, el único al que le está confiado ser arbitro de cuanto concierne a los vivos y a los muertos.
[63] Núm. XXXV, 28.

134. XXIV. Un motivo de esta especie se adapta bien a los oídos de los más jóvenes; pero a los de más edad y maduros de carácter es dable presentar el siguiente.[64] Puede aceptarse que sea suficiente tratándose de personas comunes el mantenerse limpios de delitos voluntarios; agréguese, si se quiere, que esto rece también con los demás sacerdotes; pero el sumo sacerdote constituye un caso aparte, y debe estar limpio tanto de las faltas voluntarias como de las involuntarias.
[64] Resulta difícil precisar a qué obedece tal distinción. Probablemente considera nuestro autor que la segunda explicación es más profunda o sutil por incluir una distinción neta entre faltas voluntarias e involuntarias, en tanto que la primera es más superficial, satisfaciendo ésta a los menos maduros y aquélla a los fogueados espiritualmente por la edad.

135. Es que a él le está prohibido absolutamente todo contacto con lo contaminado, tanto el deliberado como el resultante de un cambio involuntario de su alma, a fin de que se den en él las buenas disposiciones propias de su carácter de sagrado intérprete, en ambos aspectos: en sus irreprochables intenciones y en una vida de buenas acciones, a la que ninguna censura quepa hacer.

136. Y una persona así no puede sino mirar con malos ojos también a los homicidas involuntarios; no porque los considere malditos, pero sí como no puros y no ajenos a toda falta, por mucho que se admita que sirvieron a los designios de la Naturaleza, que los empleó para castigar a los que fueron ejecutados una vez que en Su secreto tribunal los hubo juzgado y condenado por personal decisión a la última pena.
XXV. Todo lo dicho hasta aquí aplícase a las personas libres y de condición ciudadana; las leyes que siguen refiérense a los esclavos muertos por medios violentos.

137. A los siervos les ha correspondido un nivel inferior en lo que a su suerte toca, pero están en pie de igualdad con sus amos en cuanto a su naturaleza; y para la ley de Dios la regla de justicia no se ajusta a la suerte sino a la naturaleza.[65] Por ello corresponde que los amos no abusen demasiado de sus poderes sobre sus servidores haciendo gala de arrogancia, desprecio y cruel salvajismo. Porque estas actitudes no son señales de un alma pacífica, sino de una que en su intemperancia busca hacer tabla rasa con sus responsabilidades, imitando el despotismo de los tiranos.
[65] Éx. XXI, 20 y 21.

138. Porque aquel que ha hecho de su propia casa una suerte de ciudadela, erigiéndola en bastión contra otros; y no concede libertad de palabra a ninguno de los que en ella residen, sino trata a todos con una brutalidad engendrada por el odio a sus semejantes, innato quizá en él o tal vez adquirido, es un tirano que recurre a los peores recursos.

139. Estos recursos atestiguan que no habrá de mantenerse dentro de los actuales límites, si puede alcanzar mayor poderío. Atacará, en efecto, sin dilación ninguna ciudades, países y naciones, después de reducir a la esclavitud a su propia patria como muestra de que no habrá de tratar con mansedumbre a ninguno de los demás sometidos.

140. Este tal debe tener bien presente que no disfrutará de impunidad en su continuo delinquir contra muchos, como que tendrá que enfrentarse con la justicia, detestadora de la maldad y defensora y protectora de las víctimas de los injustos; la que le exigirá una justificación y una rendición de cuentas por la desventura de los que sufren.

141. Y aunque él alegare que los azotes se los aplicó para hacerlos entrar en razones, sin intención de causarles la muerte, no se habrá de marchar enseguida regocijado; sino, conducido ante el tribunal, será examinado por estrictos inquisidores de la verdad sobre si los homicidios han sido voluntarios o involuntarios. Y, si se comprobare que ha obrado con premeditación e impía intención, habrá de morir, sin que su condición de amo le valga en algo para salvarse.

142. Pero, si los golpeados no hubieren muerto de inmediato a consecuencia de los golpes, sino vivido uno o hasta dos días,[66] en ese caso el amo no será igualmente reo de muerte, pues cuenta para su defensa con un ventajoso alegato en el hecho de que no los mató ni en el momento de golpearlos ni posteriormente cuando los tuvo en su casa, sino les permitió vivir todo el tiempo posible, aun cuando éste haya sido sumamente corto. Además nadie es tan demente como para intentar causar daño a otro cuando él mismo saldrá perjudicado en ello.
[66] Éx. XXI, 21.

143. Y el que mata a un criado se perjudica mucho más a sí mismo, pues se priva de los servicios que aquél le proporcionaba en vida, y se impone una pérdida consistente en el valor del esclavo, quizá muy elevada. Por consiguiente, si se diere el caso de que el esclavo hubiere

hecho algo que merezca la muerte, el amo deberá llevarlo ante los jueces y denunciar el delito, dejando que sean las leyes, y no él personalmente, quienes decidan el castigo.

144. XXVI.[67] En el caso de que un toro corneare a alguna persona y le diere muerte, debe ser lapidado, pues no podrá ser inmolado para sacrificios, y su carne no servirá de aumento. ¿Por qué? Pues porque no está dentro dé las normas de santidad el que las carnes de un animal que ha matado a un hombre se convierta en sustento o en condimento del alimento de los hombres.

[67] Éx. XXI, 28 a 32, 35 y 36.

145. Y, si el propietario de la bestia, sabiendo que era salvaje e indómita, ni la hubiere encerrado ni, después de encerrarla, la hubiere vigilado; o también si hubiere sido informado por otros de que era un animal imposible de controlar, pero le hubiere permitido pacer libremente, será culpable como responsable de ello. Y así como el animal agresor debe morir sin pérdida de tiempo, su dueño ha de pagar con su vida o rescatarla mediante el pago de una compensación, pero será el tribunal quien decida lo que deberá sufrir o pagar. 146. Empero, si la víctima hubiere sido un esclavo, deberá reponer su valor al propietario de éste; y, si el corneado no fuere un ser humano sino una res, el propietario del animal que la mató deberá pagar una compensación consistente en un animal igual a aquél,[68] [porque, enterado con anticipación del salvajismo del suyo, no adoptó las debidas precauciones; y, si su animal ha matado a la bestia del otro, deberá pagar a su vez una compensación consistente en uno igual];[69] y estar agradecido de que, siendo él la causa original del daño, no tenga que soportar una pérdida mayor aún.

[68] Éx. XXL 36.

[69] El pasaje entre corchetes es sin duda interpolación que no hace sino reiterar ociosamente lo que ya se desprende del resto del contexto.

147. XXVII.[70] Acostumbran algunos cavar pozos muy profundos, o bien para poner al descubierto venas de agua surgente, o bien para la recolección del agua de lluvia; y, una vez que han cavado conductos subterráneos no visibles, no obstante ser necesario cercarlos o poner una tapa sobre sus bocas, por un grave descuido o locura las dejan sin ningún resguardo, como una trampa mortal.

[70] Éx. XXI, 33 y 34, donde sólo se habla de animales.

148. Si, en consecuencia, alguno de los que transitan por allí no se diere cuenta a tiempo, y, avanzando sobre el vacío, se precipitare abajo y muriere, los que quisieren podrán presentar una demanda en nombre de la persona tallecida contra los constructores del pozo, y el tribunal determinará lo que deberán sufrir o pagar. Pero, si fuere una res la que cayere y muriere, deberán pagar a su dueño como compensación el precio exacto del animal cuando vivía, y quedarse ellos con el cuerpo del muerto.

149. Un delito muy estrechamente relacionado con el mencionado cometen todos aquellos que, al construir sus casas, dejan sus techos al ras, siendo así que deberían circundarlos de parapetos a fin de que ninguno se precipite desde lo alto en un descuido. A decir verdad, no hay duda de que cometen un homicidio, o al menos han hecho cuanto estaba en sus manos para cometerlo, aun cuando ninguno muriere a resultas de la caída. Deben, pues, ser castigados con la misma pena que los que dejan sin resguardo las bocas de los pozos.[71]

[71] Deut. XXII, 8, aunque no se establece la pena para el caso contemplado aquí.

150. XXVIII. La ley veda aceptar de parte del homicida condenado a muerte una

compensación en dinero para aminorar su castigo o trocar la muerte en destierro,[72] por cuanto la sangre se purga con sangre, la del asesinado premeditadamente con la de su asesino.[73]
[72] Núm. XXXV, 31 y 32.
[73] Núm. XXXV, 33.

151. Ahora bien, como los malvados por naturaleza no tienen límites para delinquir, sino acrecientan premeditadamente sus excesos y amplían y exageran sus vicios más allá de toda moderación y término, el legislador hubiera debido fijar para castigo de ellos infinitas muertes, si ello fuera posible. Pero como tal cosa no es posible, ha establecido un castigo adicional ordenando que los homicidas sean suspendidos de un madero.[74]
[74] O *crucificados,* Deut. XXI, 22 y 23.

152. Con todo, después de ordenar esto, retorna una vez más a su amor hacia los hombres y, dando pruebas de su humanidad para con los que han procedido inhumanamente, dice: "No debe ponerse el sol sobre los colgados, sino han de ser bajados y ocultados bajo la tierra antes del ocaso". La razón es que, si resulta necesario que los enemigos de todas las partes del universo sean puestos en un sitio elevado y visible para mostrarlos al sol, al cielo, al agua y a la tierra después de cumplirse sus castigos, también lo es que sean precipitados a la región de los muertos y enterrados para que no manchen las cosas que hay sobre la tierra.

153. XXIX. Otra excelente disposición es aquella según la cual no han de morir los padres en lugar de sus hijos, ni los hijos en lugar de sus padres, sino cada uno de los que han merecido la muerte por lo que ha hecho, ha de recibirla él solo y en su propia persona;[75] disposición que tiene presentes a aquellos que o tienen en mayor estima a la violencia que a la justicia o están totalmente dominados por su afecto hacia sus familiares.
[75] Deut. XXIV, 6.

154. Porque éstos, a causa de su sobrada y excesiva afección, a menudo querrán y se complacerán en morir en lugar de los otros, entregándose a sí mismos, a pesar de ser inocentes, en lugar de los culpables, por entender que es una gran ventaja el no presenciar el castigo de sus padres los hijos, y de sus hijos los padres, pues piensan que, de no ser así, habrán de vivir en lo venidero una existencia insoportable y más penosa que cualquier muerte.

155. A éstos es preciso decirles: Vuestro afecto es inoportuno; y todo lo que es inoportuno es por fuerza censurable, del mismo modo que las actitudes oportunas son elogiables. Es, sin duda, necesario sentir apego por aquellos cuyas obras los hacen merecedores de amistad, pero ningún malvado es amigo de verdad. Y a los parientes y a aquellos que entre los parientes son considerados amigos los convierten en extraños, si delinquen, sus perversidades. Porque el vivir conforme con la justicia y todas las demás virtudes crea un parentesco más estrecho aun que el de la sangre; mas, si alguien renuncia a esa norma, se incluye no sólo en la lista de los extraños y extranjeros, sino también en la de los enemigos implacables.

156. ¿Por qué, pues, bajo el falso nombre de afecto aparentáis bondad y humanidad, y ocultáis la verdad, es decir, vuestra debilidad y cobardía? ¿O no sois, acaso, de naturaleza cobarde, puesto que «n vosotros la razón es dominada por la compasión? Y esto, rara cometer el doble delito de liberar del castigo a los culpables, y de pensar que es preciso que en lugar de ellos recibáis el castigo vosotros, a los que no se os ha acusado por delito alguno en absoluto.

157. XXX. En todo caso, estas personas pueden alegar que no persiguen provecho alguno, y que los mueve su excesivo afecto hacia sus familiares más próximos, por cuya salvación están

determinados a morir con ánimo contento.

158. En cambio, ¿quién, no digo ya de aquellos que obran con moderación, sino también de los de alma no demasiado rebelde, no rechazará con desprecio a los desalmados y feroces por naturaleza que o traman secretamente u osan abiertamente hacer recaer las mayores desgracias sobre unas personas en lugar de otras, tomando la amistad, el parentesco, la asociación o cualquiera otra vinculación similar como pretexto para arruinar a quienes nada malo han cometido? Y esto lo hacen a veces, no porque hayan sido objeto de un grave daño, sino por ambición y afán de lucro.

159. No hace mucho, cierto recaudador de impuestos, encargado de las contribuciones de nuestro distrito, como algunos de los deudores, que lo eran evidentemente por su pobreza, habían huido por temor a irremediables represalias, sé llevó por la fuerza a sus mujeres, a sus hijos, a sus padres y al resto de su familia, y los golpeó, cubrió de insultos y les hizo objeto de toda suerte de malos tratos con la intención de que revelaran el paradero del fugitivo o ellos mismos pagaran las deudas de éste. Como no podían hacer ni una ni otra cosa; la una porque ignoraban el paradero; la otra porque su indigencia no era menor que la del fugitivo, no se detuvo aquél hasta que, habiendo torturado sus cuerpos con tormentos e instrumentos de tortura, los mató empleando novedosas formas de dar muerte.

160. Después de atar con sogas cestas llenas de arena, colgó de sus cuellos esta pesadísima carga, y los colocó en la plaza al aire libre, a fin de que, mientras unos sucumbían bajo el rigor insoportable de aquel cúmulo de castigos formado por el viento, el sol, la vergüenza ante los que transitaban por allí y los pesos que pendían de ellos; otros, contemplando sus castigos, los sufrieran anticipadamente.

161. Algunos de éstos, que a través de su espíritu hacíanse una composición de lugar más vivida- aún que el cuadro que presenciaban sus ojos, como si ellos mismos sufrieran las torturas en los cuerpos de los otros, se apresuraron a quitarse la vida empleando espadas, venenos y horcas, por considerar que en su desdichada situación era una ventaja la muerte sin sufrir torturas.

162. Otros, en cambio, que no tuvieron oportunidad de matarse ellos mismos, fueron sacados, como en los juicios por reclamaciones de herencias, en hilera, primero los parientes de primer grado, después los de segundo, luego los de tercero, y así hasta los más lejanos; y cuando no quedaba ninguno de los parientes, la desgracia pasaba también a sus vecinos, y en ciertos casos a aldeas y ciudades, las que pronto quedaron desiertas y. vacías de habitantes, pues éstos abandonaban sus hogares y se dispersaban hacia lugares dónde esperaban pasar inadvertidos.

163. Con todo, nada tiene quizá de extraño que a causa de la recaudación de impuestos hombres bárbaros por naturaleza, que no han paladeado jamás una educación propia de seres civilizados, acatando imperiosas órdenes exijan los anuales tributos no solo sobre los bienes sino también sobre los cuerpos, y hasta sobre la vida, al hacer que los riesgos que pesan sobre unos , recaigan sobre otros.

164. Pero no han faltado casos en que los mismos legisladores, no obstante ser ellos los límites y las normas de la justicia, han aceptado serlo de las más grandes injusticias, por atender más a la mera opinión que a la verdad, y han ordenado que junto con los traidores sean ejecutados sus hijos, y junto con los tiranos las cinco familias más estrechamente

emparentadas con ellos.[78]
[78] Curdo Rufo VI, 42, 20, y Cicerón, Sobre la composición retórica (De inventiva) II, 144, son las dos autoridades citadas (Heinemann, Goodenough, Colson, Colín) como posibles fuentes de la afirmación de Filón en el sentido de que existían leyes de esa naturaleza. La primera atestigua que entre los macedonios una ley condenaba a muerte junto con los conspiradores, no con los "traidores", a las personas vinculadas con aquéllos (no dice "a los hijos"). La segunda es un ejercicio de retórica (no un relate histórico) en el que se somete a discusión si en determinados casos de tiranicidio (se cita el caso de Alejandro de Feras, asesinado por su esposa) corresponde premiar a los autores como beneméritos de un acto de bien público o castigar incluso a las personas de más estrecha relación con el responsable principal. Como se advierte el primer pasaje no corresponde exactamente al caso que Filón menciona y el segundo es un mero ejemplo para la gimnasia retórica, que no prueba la historicidad del precepto legal en cuestión.

165. ¿Por qué?, preguntaría yo. Pues, si han cooperado en los delitos, también deben compartir sus castigos; pero, si no tuvieron arte ni parte en aquellos, ni se adhirieron a los mismos propósitos, ni se complacieron con su personal elevación en medio de la prosperidad de sus parientes, ¿a título de qué se les dará muerte? ¿Es, acaso, su parentesco la única razón? Porque los castigos, ¿se aplican por la violación de las leyes o por el nacimiento? 166. Seguramente a vosotros, venerables legisladores, os ha cabido en suerte tener por parientes a personas de bien. Porque, si hubieran sido malvados, me parece que entonces ni se os hubieran pasado por las mientes semejantes disposiciones; y, en cambio, os hubierais indignado de que otros las propusieran... a causa de la precaución para que... no sufra nada irreparable... a la par de los que corren peligro, quien lleva una vida de seguridad, ni se vea envuelto en las mismas calamidades.[77] En el segundo caso [78] va implícito, en efecto, un motivo de temor, que uno, a la par que se precave contra él, no puede permitir sea una amenaza para otro; en tanto que en el primero [79] el temor está ausente, lo cual a menudo induce a algunos a no preocuparse por la seguridad de los hombres irreprochables.
[77] En su estado actual el texto de los manuscritos no permite aquí sino reconstrucciones conjeturales por demás inseguras, por lo que he preferido dejar trunca la traducción antes que aventurar rellenos sin fundamento serio.
[78] En el caso de tener parientes malvados.
[79] En caso de tener personas honradas por parientes.

167. Habiendo reflexionado en estos términos, y observado los errores adoptados por otras naciones, nuestro legislador los rechazó como ruinosos para la más excelente de las comunidades constituidas; y a la par que profesó profunda aversión a los hombres de negligente, inhumana y nociva conducta, jamás accedió a que se castigara a nadie por el mero hecho de haber convivido con ellos, haciendo de él un apéndice de otros en materia de delitos.

168. Y así, prohibió expresamente que los hijos sean ejecutados en lugar de sus padres, y que los padres lo sean en lugar de sus hijos, juzgando que los castigos corresponden a aquellos que han cometido las faltas, ya se trate de penas pecuniarias, o azotes o violencias más duras o heridas o mutilaciones o pérdidas de derechos o destierro o cualquiera de todas las otras sentencias. Porque, al hacer mención de un solo caso: el de no matar a una persona en lugar de otra, también incluye los casos que no se mencionan.

169. XXXI. Las plazas con sus mercados, las sedes de los consejos, las salas de los tribunales, los festivales y las asambleas donde se concentra gran cantidad de gente, y la vida al aire libre con sus discusiones y actividades vienen muy bien a los hombres tanto en tiempo de guerra

como en la paz; a las mujeres, en cambio, les resulta apropiada la vida de hogar y la permanencia 'en la morada, siendo la parte interna respecto de la puerta central el sector correspondiente a las doncellas, y la que da al vestíbulo el correspondiente a las mujeres que han llegado ya a su pleno desarrollo como tales.

170. Dos, en efecto, son las clases de comunidades constituidas; las mayores, llamadas ciudades, y las menores, llamadas casas. El gobierno de las mayores, gobierno que se llama administración del estado, les ha correspondido a los hombres; el de las menores, cuyo nombre es administración de la casa, a las mujeres.

171. Fuera, pues, de las tareas concernientes a la administración de la casa la mujer no habrá de ampliar el círculo de sus ocupaciones, y procurará vivir recluida y no mostrarse a la vista de otros hombres a lo largo de las calles, como una errante, salvo cuando deba ir al templo.[80] Y en ese caso lo hará tomando precauciones para no ir cuando la plaza está llena, sino cuando haya retornado a sus casas la mayoría .de la gente; y llevando a cabo los sacrificios y plegarias por la liberación de males y la participación en bienes rodeada de tranquilidad, como mujer de condición libre y verdadera dama.

[80] El término "templo" está tomado aquí, evidentemente, en el sentido amplio de "casa de oración" o sinagoga, ya que de referirse exclusivamente al templo de Jerusalén, mal podría tener vigencia la disposición en las regiones de la diáspora judía como Alejandría, tan alejadas de Jerusalén. Cabe suponer que en algunas sinagogas al menos se llevaban a cabo sacrificios, como lo sugiere este pasaje.

172. El que las mujeres, cuando los hombres se insultan y se van a las manos, se atrevan a intervenir en riñas, con el pretexto de cooperar y ayudar en la pelea, es reprensible y vergonzoso más allá de toda medida. La ley ha considerado que ni siquiera en las guerras, expediciones y peligros que afectan al país entero deben alistarse. En ello ha tenido presente el decoro, que, en su opinión, debe conservarse inalterable siempre y en todas partes, considerando que él vale por sí solo más que la victoria, la libertad y cualquier éxito.

173. Y ciertamente, aun cuando, al enterarse una mujer de que su esposo es objeto de un atropello, dominada por su amor de esposa a causa de su intenso afecto hacia aquél, y forzada por la emoción que la embarga, se lanzare en su ayuda, no debe adoptar actitudes de varón atreviéndose a traspasar las fronteras de su naturaleza, sino ha de limitarse a la ayuda que una mujer puede dar. Porque sería sumamente lamentable el que una mujer, queriendo librar a su marido de un atropello, cometiera un atropello contra ella misma al poner de manifiesto que la suya es una vida llena de motivos de vergüenza y de grandes vituperios resultados de un incurable descaro.

174. Porque ¿es propio de una mujer el insultar en la plaza y pronunciar palabras prohibidas? ¿O más bien lo es el huir tapándose los oídos, cuando otro se expresa indecentemente? Sin embargo, en nuestros días algunas de ellas han pasado tan adelante en ello, que en medio de una multitud de hombres ciertas mujeres no solo emplean términos injuriosos y groseros, no siendo capaces de controlar su lengua, sino además atacan con sus manos, manos ejercitadas en el tejer y el hilar, y no en dar puñetazos y usar la violencia como los pancratistas y púgiles.

175. Y, mientras todo lo demás es tolerable y se podría pasar por alto, es difícil de admitir que una mujer llegue a tal punto en su desvergüenza, que agarre a su oponente por sus partes genitales.[81] Porque no habrá de absolverla el hecho de que evidentemente obra así exclusivamente por ayudar a su marido; y habrá de recibir por su exceso de atrevimiento un

castigo que hará que, aunque quisiere de nuevo cometer el mismo despropósito, no pueda; y que todas las demás mujeres demasiado propensas a arrebatos moderen sus ímpetus por miedo. Y el castigo será la amputación de la mano que ha tocado lo que no es lícito.
[81] Deut. XXV, 11 y 12.

176. Merecen elogio también los organizadores de competencias atléticas que impiden que las mujeres las contemplen,[82] a fin de que no se hallen en presencia de hombres que se han desnudado, y adulteren de ese modo la legítima moneda de su pudor, violando las normas que la naturaleza estableció para cada uno de los dos sectores de la especie humana. Porque tampoco es apropiado para los hombres el estar presentes cuando las mujeres se han despojado de sus ropas; antes bien, los de uno y otro sexo, ajustándose a los designios de la naturaleza, han de apartar sus miradas de la desnudez de los del sexo opuesto.
[82] Sólo conocemos el caso de !a exclusión de las mujeres, excepto las vírgenes, de las competencias de Olimpia, según Eliano, Historias Varias, X, 1, y Pausanias V, 6 y 7.

177. Y, si la vista de éstos es reprochable, ¿cuánto más culpables serán las manos?[83] Porque, mientras los ojos se toman a menudo libertades y nos fuerzan a ver lo que no queremos, las manos, en cambio, como tienen asignado el lugar de las partes sujetas a nuestra voluntad, nos sirven acatando nuestros mandatos.
[83] El caso de las competencias atléticas sólo fue sacado a colación para destacar por comparación la gravedad del delito que supone la actitud de la mujer que ya no mira las partes genitales del otro sexo sino las toca.
Por supuesto que la culpabilidad reza con quien usa uno u otro medio; y la expresión es una manera retórica de decirlo. A no ser así habría contradicción con lo que sigue, pues la parte menos culpable serían las manos.

178. XXXII. Esta es la razón que suele escucharse en boca de muchos, más yo he oído otra de hombres inspirados por Dios, que sostienen que la mayor parte del contenido de nuestras leyes son símbolos exteriores de doctrinas ocultas y expresiones reveladoras de tácitas verdades. Dicha razón es la siguiente. En el alma, como en las parentelas, una parte es masculina y corresponde a los hombres, y otra femenina y corresponde a las mujeres. La parte masculina se consagra a Dios solamente, como al Padre y Hacedor del universo y Causa de todas las cosas; en tanto que la femenina está pendiente de las cosas que nacen y perecen, y extiende, como una mano, su poder, para asir ciegamente las cosas que se presentan, y mostrándose solícita con el mundo creado, el sujeto a incontables cambios y transformaciones, cuando correspondería que lo fuera con la naturaleza Divina, la inmutable, dichosa y tres veces feliz.

179. De esto se desprende que lo que simbólicamente se ha prescripto al decir que debe ser cortada la mano que ha asido las partes genitales, no es que se mutile el cuerpo privándolo de una parte sumamente necesaria; sino que se amputen del alma todos los pensamientos impíos, los que tienen por fundamentos todas las cosas que han sido generadas; y los órganos genitales son, precisamente, símbolo del acto de la generación y del nacer.

180. Siguiendo la ilación propia de la naturaleza, agregaré una consideración más. La unidad es imagen de la Causa Primera, en tanto que la diada [84] lo es de la materia pasiva y divisible. Quien, pues, estimare y honrare a la diada más que a la unidad, no deje de tener presente que tiene en más alta estima a la materia que a Dios. Esta es la causa por la que la ley entendió que es preciso cortar, como se corta una mano, esta tendencia del alma. Porque no hay mayor impiedad que atribuir al elemento pasivo el poder que pertenece al Principio Activo.

[84] O *el par.* El argumento se basa en los varios sentidos del vocablo *dídymoi = los pares, los gemelos, y,* figuradamente, *los órganos genitales masculino.* De allí lo de la unidad y la diada o par, uno de tantos ingeniosos juegos de palabras de Filón.

181. XXXIII. Razón tendría quien reprochara a los que prescriben contra sus autores castigos que nada tienen de común con los delitos, tales como penas pecuniarias por malos tratos, o pérdida de derechos por heridas o mutilaciones, o expulsión del país o destierro perpetuo por homicidios premeditados, o prisión por robos. Porque lo caprichoso y falto de equidad es contrario a una comunidad constituida celosamente adepta de la verdad.

182. Nuestra ley nos estimula a la equidad,[85] al ordenar que los que ha delinquido sufran castigos semejantes a los que cometieron; en sus bienes si han dañado la propiedad de sus vecinos; y si el delito ha consistido en un daño corporal, en sus cuerpos, y teniendo en cuenta la extremidad, la parte o el sentido afectado. Y si las insidias han llegado a tronchar una vida, está mandado que el castigo consista en la pérdida de la propia. Porque tolerar que entre los delitos y los castigos no exista correspondencia, sino pertenezcan a distintas categorías unos de otros, no es dar bases firmes a la legalidad sino subvertirla.
[85] Alusión a la ley del talión o de Radamanto, como la llamaban los griegos. Ver Éx. XXI, 24, Lev. XXIV, 19 a 21 y Deut. XIX, 21.

183. Y esto lo decimos teniendo en cuenta que otro tanto reza para las demás condiciones; porque no es lo mismo propinar golpes a un extraño que a su propio padre; ni decir algo inconveniente a un gobernante que a un simple particular; ni cometer un acto contra las leyes en lugares consagrados que en sitios profanos; ni perpetrarlo durante festivales, asambleas religiosas y sacrificios públicos, que, al contrario, en días en los que no tienen lugar esos actos o, en general, nefastos.[86] Estas y todas las otras variantes similares a éstas deben ser examinadas cuidadosamente a fin de aumentar o disminuir el castigo.
[86] Modo figurado de designar los días en que no tenían lugar las actividades antes mencionadas, queriendo significar probablemente días en que al delito en sí se le agregaba un carácter sacrílego por manchar una fecha consagrada a Dios. El sentido del término entre los romanos era de "día en que no funcionaban los tribunales".

184. Otra ley dice, a su vez, que, si alguien destrozare un ojo a un siervo o sierva, debe dejarlo en libertad.[87] ¿Por qué? Pues porque, así como la naturaleza ha conferido la soberanía del cuerpo a la cabeza, concediéndole además, corno lugar apropiadísimo para un rey, el lugar más alto, como que, al conducirla a tomar posesión de su mando, la estableció en la cima, poniendo debajo de ella, a modo de pedestal de estatua, el armonioso conjunto que va desde el cuello hasta los pies; del mismo modo ha reservado para los ojos el poder sobre los sentidos. Y así, también les asignó a ellos, como gobernantes, un palacio en la parte más elevada, deseando concederles, además de otras prerrogativas, el lugar más significativo y destacado. [88]
[87] Éx. XXI, 26.
[88] El argumento es que el altísimo valor de la parte anulada justifica que se compense al esclavo con la libertad.

185. XXXIV. Largo resultaría enumerar los servicios y ventajas que proporcionan a nuestra especie los ojos, pero no hemos de dejar de mencionar una, la mejor. La filosofía la sembró el cielo, la recibió la especie humana y la guió la vista. Ésta, en efecto, fue la primera en observar los caminos reales que conducen a la región etérea.[89]
[89] Ver *Sobre la creación del mundo* 54 y 55, *Sobre Abraham* 164 y *Sobre las leyes*

particulares I, 339.

186. Ahora bien, la filosofía es fuente de bienes, de cuantos bienes verdaderos existen; y quien, tendiendo a la posesión y práctica de la virtud, extrae de ella agua, merece ser alabado; en tanto que quien lo hace con malvadas miras y para engañar con sofismas es digno de repudio. Porque el primero se asemeja al hombre que ofrece un banquete para regocijo de sí mismo y de sus convidados, mientras que el segundo es como aquel que se harta de vino puro para cometer él y sus vecinos desmanes de borrachos y pronunciar improperios.

187. Digamos, pues, sin más de qué manera la vista ha desempeñado el papel de cicerone de la filosofía. Mirando hacia la región etérea, contempló ella el sol, la luna y los astros errantes y fijos, es decir, la celestial hueste en toda su imponente majestad, un mundo dentro del mundo; luego, sus nacimientos y ocasos, sus rítmicos y ordenados movimientos, sus conjunciones en determinados períodos de tiempo,

[188.] sus eclipses y sus reapariciones; luego, las crecientes y menguantes de la luna, los movimientos del sol a lo largo del cielo, en su avance desde el sud hacia el norte o su retorno desde el norte hacia el sud, origen ambos de las estaciones anuales, gracias a las cuales todas las cosas alcanzan su pleno desarrollo; y, aparte de éstas, otras innumerables maravillas. Y, una vez que hubo mirado hacia todas partes a lo largo de la tierra, del mar y del aire, se aplicó con celo a mostrar todas estas cosas a la inteligencia.

189. Ésta, por su parte, después de contemplar a través de la vista las cosas que ella no es capaz de ver por sí misma, no se conformó con las cosas vistas solamente, sino, movida por su amor al conocimiento y a la belleza, y admirada ante el espectáculo, llegó a la razonable conclusión de que esas cosas no habían alcanzado su presente estado automáticamente por obra de impulsos irracionales, sino por obra de la inteligencia de Dios, al que corresponde llamar Padre y Hacedor; de que no constituyen algo ilimitado, sino están confinadas en el ámbito de un solo mundo, encerradas, al modo de una ciudad, por la altísima esfera de los astros fijos; y de que el Padre que les dio el ser vela, de acuerdo con la ley de la naturaleza, por Su creatura, protegiendo con Su providencia tanto el conjunto como sus partes.

190. Su siguiente paso fue indagar cuál es la sustancia del mundo visible; si es la misma en todas las partes que lo forman, o difieren unas de otras en este aspecto; de cuáles elementos ha sido formada cada una de ellas; cuáles han sido las causas por las que llegaron a existir, cuáles las fuerzas que mantienen su cohesión, y si se trata de fuerzas corporales o incorpóreas.

191. Porque, ¿qué otro nombre sino filosofía cabe dar a la investigación acerca de estos problemas y los similares a éstos? ¿*Y* qué otro nombre más apropiado que el de filósofo podría aplicarse al que investiga estas cosas? El indagar acerca de Dios, del mundo y de los seres animados y las plantas que lo comparten, y de los arquetipos aprehensibles por la inteligencia así como de los entes sensibles producidos por ellos, y de las buenas y malas cualidades de cada una de las cosas creadas, pone de manifiesto una disposición propia de quien ama el estudio y la contemplación y es un verdadero filósofo.

192. Este es el más grande bien que la vista proporciona a la humana existencia. Y, en mi opinión, es considerada merecedora de este privilegio porque está más estrechamente vinculada al alma que los demás sentidos. Porque todos ellos sin excepción guardan estrecho parentesco con la inteligencia, pero a la vista le ha correspondido, como en las familias, el lugar más próximo a ella en la estirpe, el primero y más elevado.

193. Muchas pruebas se pueden brindar al respecto. ¿Quién no sabe, en efecto, que los ojos de los que se sienten alegres aparecen radiantes y sonrientes; y que los de quienes están apenados se llenan de ansiedad y desaliento; y que, si el pesar se agiganta, abruma y oprime, ellos derraman lágrimas; y, si prevalece la cólera, se hinchan y miran inyectados de sangre y encendidos; y, cuando la irritación se aplaca, lo hacen propicia y bondadosamente?

194. Cuando estamos reflexionando e investigando, las pupilas están fijas y podríamos decir que comparten nuestros pensamientos; en tanto que en las personas de corto genio la necedad torna vacilante y torpe la mirada. En suma, que los ojos comparten las afecciones del alma, y a causa de su natural afinidad con ella cambian acompañando las innumerables variaciones de ella. Yo creo, ciertamente, que Dios no ha creado cosa alguna que sea una tan fiel representación visible de la invisible razón como la vista.

195. XXXV. Pues bien, si alguien hubiere cometido un atentado contra el mejor y soberano sumo de los sentidos, que es la vista; y se hubiere comprobado que ha sido la causa de la pérdida de un ojo en un hombre libre, sufrirá, a su vez, el mismo daño; si, en cambio, el ojo fuere de un esclavo, no. Y no porque en este caso sea merecedor de perdón o menos grave su falta, sino porque, si el amo sufriese la misma mutilación en castigo de su falta, la víctima afrontaría una situación más penosa aún que antes, ya que aquel le guardaría un perpetuo rencor por su desgracia, y se vengaría en él cada día, como de un enemigo implacable, ordenándole tareas insoportables y de un peso superior a sus fuerzas, con las que oprimiría y desgarraría su alma.

196. En consecuencia, la ley ha prevenido que ni el culpable del atropello quede impune ni el mutilado sea objeto de ulteriores injusticias, mediante el mandato de que, si alguien priva a un esclavo de un ojo, le conceda sin vacilar la libertad.

197. Por cierto que por esta vía el que lo ha hecho soportará un doble castigo consistente en la pérdida del valor del esclavo y de sus servicios conjuntamente, y una tercera pena, más dolorosa aún que cada una de las mencionadas, al ser obligado a conceder un beneficio, y de los mayores, a un enemigo al que quizá se jactaba de poder maltratar perpetuamente. En cuanto al esclavo, recibirá un doble consuelo, pues no solo obtendrá su libertad, sino se liberará de un amo cruel y terriblemente despótico.

198. XXXVI. Manda además la ley que, si alguno hiciere saltar un diente de un servidor, conceda a éste la libertad.[90] ¿Por qué? Pues, porque la vida es algo estimable, y la naturaleza fabricó como instrumento de vida los dientes, con los cuales se lleva a cabo el proceso de preparar el alimento para su asimilación. Ahora bien, de los dientes unos son los cortadores, llamados así por ser su función cortar el pan y todos los demás comestibles, de donde les viene muy apropiadamente su nombre; y otros, las muelas, cuyo nombre se debe a que tienen la propiedad de reducir los trozos ya cortados a más pequeñas partículas.[91]

[90] Éx. XXI, 27.

[91] Como en español el término *muela,* en griego *myle* significa *rueda de molino* o *instrumento para triturar,* en general, y *muela* de la dentadura.

199. Por ese motivo el Hacedor y Padre, que tiene por norma no producir cosa alguna que no sirva para algún propósito determinado, no fabrica los dientes inmediatamente, en el momento mismo del nacimiento, como las otras partes, por entender que constituirían una carga superflua para el infante, que habrá de ser alimentado con leche; y que se convertirían en una

terrible tortura para los pechos, fuentes de las que fluye el líquido alimento, al ser elfos mordidos durante la succión de la leche.

200. Conociendo, pues, anticipadamente cuál es el momento apropiado, momento que llega cuando el niño es destetado, hace que en una segunda etapa salgan los dientes, que hasta ese momento mantenía en reserva; pues a estas alturas la criatura, que rechaza el alimento en forma de leche, está en condiciones de entendérselas con un alimento más completo, el que requiere dichos instrumentos.

201. Si alguien, pues, dominado por la presunción, hiciere saltar un diente de un servidor suyo, diente que es para éste un criado y auxiliar en dos cosas sumamente necesarias, como son el alimento y la vida, concederá la libertad a la víctima de su injusticia, privándose también él mismo del servicio y asistencia que le prestaba el afectado. Ante esto, dirá alguno: ¿Vale, pues, lo mismo un diente que un ojo?

202. Lo valen, le diría yo, para aquellas cosas para las que fueron hechos; el ojo para las cosas visibles, y el diente para las comestibles. Pero, si alguno quisiere hacer comparaciones, hallará que el ojo es la de mayor dignidad entre las partes del cuerpo, pues contempla la parte de mayor dignidad en el mundo, es decir, el cielo; en tanto que la utilidad del diente consiste en ser artesano de la alimentación, que es lo de mayor provecho en orden al mantenimiento de la existencia. Además, aquel que ha perdido la vista no está impedido de seguir viviendo, pero a quien se ha quedado sin dientes lo acecha la más lamentable de las muertes.

203. Por lo tanto, si alguno atentare contra sus criados en estas partes de su cuerpo, no debe pasar por alto que, en medio de la abundancia y la prosperidad, está preparando a éstos un hambre artificialmente provocada. Porque, ¿qué provecho les reportará la abundancia de alimentos, si se hallaren privados y despojados de los instrumentos para alimentarse con ellos, por culpa de opresores, implacables y crueles amos?

204. Por eso también en otro lugar prohíbe a los acreedores exigir a sus deudores como garantía su molino o la tapa de piedra del mismo, agregando que el que hace tal cosa toma como garantía la misma vida.[92] Porque aquel que priva a otro de los instrumentos necesarios para seguir viviendo se encamina al homicidio, pues sus designios atenían también contra la vida de éste.

[92] Deut. XXIV, 6.

205. A tal punto llegó la preocupación del legislador porque nadie se convirtiera en cooperador en la muerte de alguien, que consideró que incluso aquellos que han tocado el cuerpo de un muerto de muerte natural quedan inevitablemente impuros en el acto, hasta que se purifiquen mediante aspersiones y abluciones.[93] Y por cierto que no les permitió entrar en el templo, ni siquiera a los bien purificados, por un término de siete días, pues ordenó que se purificaran en el tercero y en el sexto día.

[93] Núm. XIX, 11 y ss.

206. Y más aún, también a los que entran en una casa en la cual acaba de morir alguien les manda no tocar cosa alguna hasta haberse bañado, y lavado además las ropas que llevaban puestas.[94] Y considera también impuros a los utensilios, los muebles y todas las cosas, prácticamente, que se encuentran en tal ocasión dentro de la casa.[95]

[94] Núm. XIX, 14 y 19.

[95] Núm. XIX, 15.

207. Es que el alma del hombre es algo digno de estima, y, cuando ella parte en busca de una nueva residencia, todo lo que deja detrás se mancha al quedar privado de la imagen de Dios, pues la inteligencia del hombre tiene la forma de Dios, por estar impresa de conformidad con la forma ejemplar que es el eminentísimo logos.[96]

[96] Ver *Sobre la creación del mundo* 146.

208. También serán impuras, dice, todas las demás cosas que el impuro tocare, manchadas por su participación en la impureza.[97] Este oráculo expresa, al parecer, una revelación de carácter más universal, no limitándose solamente a lo que concierne al cuerpo, sino llegando a escudriñar además las costumbres y características del alma.

[97] Núm. XIX, 22.

209. Porque impuro, en el verdadero sentido de la palabra, es el hombre injusto e impío, en el cual no tiene cabida sentimiento alguno de respeto ni hacia las cosas humanas ni hacia las Divinas; y todo lo reduce a confusión y caos a causa de los excesos sin límites de sus pasiones y vicios, al punto de que todos los hechos en que pone manos son reprensibles; y el curso de ellos se amolda a las depravaciones de quien los lleva a cabo. Y por cierto que, a la inversa, las obras de los buenos son laudables, y se perfeccionan con las virtudes de los que las ejecutan, puesto que es ley de la naturaleza el que los hechos presenten las mismas características que sus autores.

SOBRE LAS LEYES PARTICULARES IV

Sobre las leyes especiales relacionadas con tres de los diez mandamientos generales, a saber: el octavo, referente al no robar; el noveno, relativo al no levantar falsos testimonios; y al décimo, que atañe al no codiciar; sobre cuanto se refiere a cada uno de ellos, y sobre la justicia, la que guarda estrecha relación con él total de los diez mandamientos; tema éste con el que concluye todo el tratado.

1. I. Habiendo sido examinadas con toda prolijidad, según mi opinión, en el precedente tratado las leyes contra el adulterio y el asesinato y todas las disposiciones tendientes a reprimir uno y otro delito, corresponde que examinemos el que sigue en el orden de los mandamientos, es decir, el tercero de la segunda tabla y octavo en el conjunto de ambas, que es el referente al no robar.

2. Quien se apropiare de animales o de otros bienes ajenos, sin derecho a ello, en el caso de que lo hiciere mediante la violencia o a la vista de todos, deberá ser registrado como público enemigo, pues a la violación de la ley agrega una desvergonzada osadía.[1] Si, en cambio, obrare a ocultas, tratando de pasar inadvertido a la manera de los ladrones, haciendo de su vergüenza un atenuante de sus delitos, el castigo ha de circunscribirse a la esfera privada,[2] siéndole sólo imputable el daño que se propuso consumar; y deberá pagar el doble de lo robado,[3] reparando así mediante un daño harto merecido la injusticia de su ganancia.
[1] Sobre el castigo que implica esta calificación delictiva, ver el parágrafo 23.
[2] Por oposición al carácter de delincuente o enemigo público que resultaba del delito con agresión y a la vista de todos. Es de advertir, sin embargo, que en la legislación mosaica no aparece la distinción entre una y otra suerte de robo, y que Filón traslada por su cuenta al seno de la ley judía una norma que conocía por otras legislaciones, tales como la egipcia, la griega y la romana.
[3] Éx. XXII, 4.

3. Mas, si por carecer de recursos, no pudiere pagar la suma impuesta, debe ser vendido,[4] ya que es justo que quien se aviene a ser esclavo de una ganancia en extremo ilegal sea privado de la libertad. De ese modo no se le negará una satisfacción a la parte damnificada ni parecerá que la insolvencia del ladrón es motivo para que se pasen por alto los intereses de aquella.
[4] Éx. XXII, 3.

4. Pero nadie debe tachar de inhumana esta prescripción, pues la persona vendida no es entregada a una esclavitud perpetua, y será liberada dentro de los siete años por efecto de la general proclamación, según expuse en las consideraciones acerca del séptimo año.[5]
[5] Ver *Sobre las leyes particulares* II, 122, donde se afirma, de conformidad con Éx. XXI, 2, que la liberación de esclavos que no hayan cumplido sus siete años de cautiverio, tiene lugar igualmente en el año del Jubileo, es decir, cada 50 años, no cada siete.

5. Y preciso será que se avenga de buen grado al pago del doble de la cantidad robada, y aun a ser vendido, puesto que es culpable de no pocas cosas. En primer lugar, porque, no conformándose con sus propios bienes, pretende acrecentarlos más de la medida, fortificando la pasión maligna y difícil de curar que es la ambición. En segundo lugar, porque, mirando con ojos ávidos y codiciosos las cosas ajenas, tiende sus redes para apropiarse de ellas y despoja a sus poseedores de lo que poseen. En tercer lugar, porque, como además no existen testigos de sus actividades, mientras los beneficios de sus fechorías sólo él los disfruta a veces, las acusaciones las desvía hacia las personas inocentes, tornando ciega la indagación de

la verdad.

6. Aunque es de creer también que él es su propio acusador y que su conciencia le reprocha cuando roba a ocultas, siendo dominado completamente por el temor o por la vergüenza; señal esta última de que considera vergonzoso su proceder; pues las cosas vergonzosas causan vergüenza; y prueba aquel de que entiende ser merecedor de castigo, pues los castigos engendran temor.

7. II. Si alguno, dominado hasta la demencia por el apego a las cosas ajenas, intentare robar; y, no siéndole posible apoderarse de ellas de un modo fácil, se pusiere a abrir un boquete en el muro durante la noche, haciendo de la oscuridad un escudo para su delito; en caso de ser apresado in fraganti antes de la salida del sol, deberá ser matado por el dueño de la casa en el lugar mismo de la perforación.[6] Es que el acto que está llevando a cabo, el robo, es el principal pero el menos importante, y está dispuesto a consumar, como secuela de éste, otro mayor, un crimen, en caso de que alguien le salga al paso; como que viene preparado para defenderse con los hierros perforadores que trae y con otras armas. En cambio, si ya hubiere salido el sol, nadie le dará muerte por su propia mano, y se lo habrá de conducir ante los magistrados y jueces para que reciba los castigos que éstos prescribieren.
[6] Éx. XXII, 2.

8. Durante la noche, como los magistrados al igual que los simples ciudadanos permanecen en sus casas entregados al descanso, la víctima del delito no tiene a donde acudir en procura de ayuda; de donde resulta que él personalmente debe tomar a su cargo el castigo, investido de la condición de magistrado y juez por las circunstancias.

9. En cambio, durante el día están abiertos los tribunales y las salas de los consejos y en la ciudad hay multitudes de personas para asistirlo, de las que unas han sido elegidas como custodios de las leyes, en tanto que otras, sin haber sido designadas, asumirán espontáneamente, movidas por un sentimiento de odio a la maldad, el papel de defensores de los damnificados. Ante éstos debe ser conducido el ladrón, pues de ese modo el dueño de la casa, además de verse libre de acusaciones de arrogancia y precipitación, mostrará que se protege por los medios propios de la verdadera democracia.

10. Si alguno, estando el sol ya sobre el horizonte, matare al ladrón por su propia mano anticipándose a la justicia, será culpable, pues habrá preferido la cólera al discernimiento, y subordinado las leyes a sus personales deseos. A éste diríale yo: Amigo mío, no porque durante la noche hayas sido perjudicado por el ladrón, has por eso de cometer durante el día un robo más grave aún, en el que el despojo nada tiene que ver con el dinero, pero sí con los principios de la justicia, los que constituyen la base de nuestra comunidad.

11. III. Mientras en el caso de los otros bienes robados ha sido estimada la suma que se pagará en el doble del valor de lo sustraído, la ley ha considerado merecedor de un castigo mayor a aquel que ha robado un buey o un cordero, asignando de ese modo la preeminencia a animales que superan a todos los otros que viven en rebaños domesticados no sólo en la belleza de sus cuerpos sino también en los beneficios que aportan a la vida humana. Este fue el motivo por el que el legislador tampoco en el caso de ambos fijó la misma cantidad en las penas, sino tuvo en cuenta el número de beneficios que cada uno de los mencionados animales proporciona a la humana existencia y legisló que la indemnización debe corresponder a esos beneficios.[7]
[7] Éx. XXII, 1. Tal pena regía sólo en caso de que el animal hubiera sida matado o vendido.

Recuérdese que se trata de una sociedad fundada en la agricultura y el pastoreo, en la que la escala de valores de los bienes materiales, al menos para la gente de modestos o medianos recursos, era fundamentalmente distinta de la nuestra.

12. Manda, en efecto, que el ladrón que ha robado una oveja restituya cuatro a cambio de esa sola, y que por un solo buey reponga cinco. La razón es que cuatro son los beneficios que la oveja procura, a saber: la leche, el queso, la lana y las anuales crías de corderos; en tanto que los que aporta el buey son cinco; tres los mismos que en el caso de la oveja: la leche, el queso y las crías; y dos exclusivos: la labranza y la trilla, de las cuales la primera señala el principio de la siembra de los granos, en tanto que la segunda es la etapa final, cuyo objeto es la purificación de los frutos recogidos a fin de hacer más fácil su empleo como alimento.

13. IV. Un caso particular de ladrón, pero de ladrón de la más excelente de cuantas cosas existen sobre la tierra, lo constituye aquel que roba seres humanos.[8] Ahora bien, tratándose de cosas inanimadas y de animales que no proporcionan grandes beneficios a la vida humana, la ley ha dispuesto que se resarza a sus propietarios con el doble del valor de lo robado; y, a su vez, si se trata de las más domesticadas especies de ganados, es decir, de las ovejas y los bueyes, que la reparación ascienda al cuádruple y al quíntuple respectivamente.
[8] Éx. XXI, 16 y Deut. XXIV, 7.

14. Pero al hombre le ha correspondido, evidentemente, la porción más excelente entre las creaturas vivientes, estando estrechamente emparentado con Dios por cuanto es partícipe de la razón, la cual le confiere inmortalidad no obstante aparecer como un ser mortal. De allí que todo aquel que siente decidido apego por la virtud sea severo por temperamento y completamente implacable frente a los esclavizadores de hombres, que en procura de una ganancia en extremo injusta se atreven a reducir a la esclavitud a hombres que no solo son libres por su nacimiento, sino comparten además con ellos la misma naturaleza.

15. Si, pues, merecedora de alabanza es la actitud de los amos que, movidos por el sentimiento de amor al prójimo que los animan, liberan del yugo de la esclavitud a esclavos, tanto criados en sus casas como comprados, aun cuando muchas veces éstos no les han reportado gran provecho, ¿cuan grande será el vituperio merecido por aquellos que arrebatan a quienes lo poseen el más excelente de todos los bienes, la libertad, por la cual los hombres de alto nacimiento y crianza consideran hermoso morir?

16. No faltan ejemplos de hombres que, acrecentando su natural perversidad y tornándose implacables en su maligna disposición de ánimo, se han dedicado a capturar y a vender como esclavos no solo a hombres de otras naciones sino también a los de su misma raza, y a veces incluso a los de su mismo distrito y tribu, despreciando los vínculos que crean las leyes y las costumbres en las que fueron nutridos desde sus primeros años, y que imprimen una muy firme benevolencia en las almas de los que no son salvajes en demasía ni hacen de la crueldad su norma de conducta.

17. Estos hombres, en procura de una ganancia completamente ilícita, capturan seres humanos y los venden a los comerciantes de esclavos o a quienesquiera para que vivan en la esclavitud en un país extranjero sin retornar jamás y sin saludar ni siquiera en sueños el suelo de su patria o abrigar una saludable esperanza. Menos hubiera sido, por cierto, su iniquidad si hubieran conservado para su propio servicio a los reducidos a esclavos. Mas tal como proceden, doble es la maldad que cometen por cuanto, al venderlos, erigen ante ellos sucesivamente el muro de dos amos en vez de uno y de dos esclavitudes en vez de una.

18. Porque, tal vez ellos, conocedores, como son, de la pasada prosperidad de los ahora en su poder, lleguen a reflexionar y experimentar piedad, aunque tardía, por sus adversidades; pero los compradores, que ignoran el origen de cada uno, los menospreciarán pensando que se trata de descendientes de esclavos por generaciones; sin que haya en sus almas nada que los mueva a la clemencia y la humanidad que cabría esperar sintieran en el caso de personas libres por nacimiento.

19. El tribunal determinará cuál será la pena para los que esclavicen a gentes de otras naciones: en cambio para los que esclavicen a sus propios connacionales y además los vendan el castigo será la muerte inexorable, por cuanto en este caso media un parentesco no lejano del vínculo que engendra la sangre, si bien la relación se da en un círculo más amplio.

20. V. "También en el campo se originan procesos", ha dicho un antiguo autor,[9] basado en que las ambiciones y la apetencia de cosas ajenas se dan no solo dentro de la ciudad sino también fuera de ella, como que tal deseo tiene su raíz no en las distintas características de los lugares sino en los designios de hombres insaciables y malvados.
[9] Autor desconocido.

21. De allí que los estados que cuentan con las mejores leyes eligen inspectores y magistrados encargados del buen orden y la común seguridad en doble número: unos para intramuros, llamados astínomos, y los otros para extramuros, cuyo nombre es apropiado pues se los llama agrónomos.[10] ¿Mas qué necesidad habría en absoluto de agrónomos, si no hubiera en los campos gente que vive para perjudicar a sus vecinos?
[10] Los *astynómoi* y los *agronómoi* eran magistrados encargados de la administración urbana y de la rural, respectivamente. De los primeros existen numerosas noticias, y se daba ese nombre a los ediles y a los pretores urbanos de Roma, por ejemplo. En cuanto a los segundos su existencia está atestiguada en Ática solamente pero aun allí ignoramos cuáles eran concretamente sus funciones. Platón en las Leyes recomendaba la institución de tales funcionarios en una buena organización política para que desempeñaran en las zonas rurales el mismo papel que los astínomos en la ciudad. De esta fuente ha tomado seguramente Filón la idea de la necesidad de generalizar tal función.

22. Si, pues, algún pastor o cabrerizo o boyero o, en general, cuidador de rebaños apacienta y alimenta sus animales en un campo ajeno sin hacer la menor economía ni de frutos ni de árboles, deberá pagar una compensación en bienes de igual valor.[11]
[11] Éx. XXII, 5. Del texto bíblico no surge claramente si esos bienes son terrenos o frutos.

23. Y contento ha de estar con sobrellevar este castigo, ya que la ley resulta benigna e indulgente por demás con él al no castigarlo como a público enemigo, limitándose a exigirle la reparación del daño causado al propietario, en vez de fijarle la pena de muerte o el destierro o, en el mejor de los casos, la privación de todos sus bienes por haber hecho lo que hacen los enemigos implacables, los cuales tienen por norma devastar los campos arados y arruinar los frutos cultivados.

24. La razón es que la ley, en procura siempre de justificaciones para aliviar las desdichas, movida a ello por una incomparable mansedumbre y humanidad nacidas de la naturaleza y de la práctica, ha hallado un alegato que nada tiene de absurdo a favor del pastor en el hecho de que los rebaños son irracionales e insubordinados por naturaleza, sobre todo cuando están ansiosos de alimentos.

25. Sea, pues, convicto de la culpa inicial de haber conducido el rebaño a un campo vedado para él; mas no cargue con la responsabilidad de todo lo ocurrido, ya que cabe admitir que, cuando se dio cuenta del daño, intentó sacar los animales con toda rapidez, pero éstos se resistieron por hallarse comiendo la verde hierba y hartándose de tiernos frutos y plantas.

26. VI. Mas no solo por alimentar sus rebaños dañan algunos las propiedades ajenas, sino también al encender fuego imprudentemente y sin precaución alguna.[12] La fuerza del fuego, cuando hace presa del material combustible, se multiplica y se expande precipitándose en todas las direcciones; y, una vez que prevalece, en nada le afectan todos los medios que se empleen para extinguirlo, y también estos medios de extinción sirven para incrementarlo hasta que, habiendo consumido todo completamente, se agota él mismo por sí solo.
[12] Éx. XXII, 6.

27. Es conveniente no dejar fuego sin vigilancia ni en las casas ni en los establos, pues sabido es que muchas veces una sola chispa, al encenderse, se ha convertido en llama e incendiado grandes ciudades, especialmente cuando la llama se ha propagado arrastrada por el viento.

28. Y por cierto que en las guerras encarnizadas la primera, la intermedia y la última fuerza se halla en el fuego, y se confía más en ella que en las formaciones de infantes, jinetes y marineros, y que en los recursos, por inmensos que sean, en armas y máquinas de guerra. Casos se han dado en los que una flecha con fuego lanzada oportunamente por alguien sobre una gran flota de naves la incendió totalmente junto con sus tripulaciones, o aniquiló ejércitos numerosísimos a la par que los pertrechos en los que fundaban sus esperanzas de victoria.

29. En consecuencia, si alguien encendiere fuego sobre un montón de espinos,[13] y el fuego al propagarse quemare una era de trigo o cebada o arvejas, o gavillas de espigas cosechadas *o* algún fértil campo cubierto de verduras, aquel que lo encendió deberá pagar el daño, a fin de que con esa experiencia aprenda a obrar con sumo cuidado frente a aquellos hechos primeros en los que se originan las cosas, evitando poner en marcha y acción una fuerza invencible y destructora por naturaleza, que puede permanecer en calma.
[13] Éx. XXII, 6.

30. VII. El más sagrado de los tratos que se conciertan entre los hombres es el depósito que una persona confía a otra, cuando la garantía es la buena fe del que lo recibe. Porque, tratándose de préstamos, las seguridades están dadas por los contratos y documentos escritos, y en el caso de los artículos entregados públicamente para su uso sin las formalidades de los préstamos están de testigos los que han presenciado la entrega.

31. En cambio, el procedimiento seguido en el caso de los depósitos no es ese. En ellos una persona entrega a otra por su propia mano en secreto, hallándose ambos solos, mientras inspecciona en torno de sí el lugar, al que ha acudido sin traer consigo esclavo alguno, ni siquiera uno leal, para transportar lo que lleva. Es que uno y otro están evidentemente empeñados en que la cosa pase inadvertida, uno para no ser visto al hacer la entrega, y el otro para que no se sepa que la ha recibido. Mas en este invisible trato es sin duda intermediario el invisible Dios, quien, naturalmente, es invocado como testigo, por uno de que devolverá el depósito cuando le sea requerido, por el otro de que lo recobrará en su debido momento.

32. Tenga, pues, presente quien se niega a devolver un depósito, que está cometiendo un gravísimo delito ya que ha defraudado las esperanzas de quien se lo entregó, ha disimulado

con amables palabras lo vil de su carácter, ha disfrazado su deslealtad bajo la máscara de una lealtad bastarda, y ha hecho que las seguridades dadas al extender su diestra se conviertan en la negación de lo convenido y que los juramentos queden incumplidos. De donde resulta que ha despreciado tanto las cosas humanas como las Divinas, y ha desconocido dos depósitos: el de aquel que le confió sus bienes y el de Aquél que, siendo el más veraz de los testigos, observa y escucha cuanto hacen y dicen todos, y en qué medida están o no dispuestos a hacer lo que dicen.[14]

[14] La última parte del párrafo deja muchas dudas en cuanto a su verdadero sentido, y he optado por la traducción conjetural que más, se aproxima, a mi parecer, a las exigencias del contexto.

33. Si, en cambio, el que ha recibido un depósito considerare que se trata de algo sagrado, y pensare, reverente ante la verdad y la buena fe, que debe conservarlo intacto; pero se lo arrebataren los corrompidos rateros y ladrones, acechadores de lo ajeno; en el caso de que éstos sean capturados deberán pagar en castigo una suma de dinero equivalente al doble de su valor.[15]

[15] Éx. XXII, 7.

34. Pero, si estos no pudieren ser aprehendidos, el que recibió el depósito deberá, por voluntaria determinación, presentarse ante el tribunal de Dios[16] y, elevando las manos hacia el cielo, habrá de jurar por su propia perdición que no ha sustraído para sí parte alguna del depósito ni lo ha hecho en complicidad con otro; en suma, que no finge un robo inexistente.[17] Absurdo sería, en efecto, que quien nada ilícito ha cometido fuera condenado a una compensación pecuniaria, y que el que ha recurrido a la buena fe de un amigo se convirtiera en causa de perjuicio para éste, siendo así que el daño se lo han hecho otros.

[16] Éx. XXII, 8.

[17] Éx. XXII, 8.

35. Ahora bien, los depósitos no solo rezan con objetos inanimados, sino pueden también consistir en seres vivientes, los que están expuestos a un doble peligro: uno, el robo, que es común a ellos y a los objetos sin vida; y el otro, peculiar y exclusivo de ellos, que es la muerte. Del primero he hablado ya; del segundo es preciso señalar también las correspondientes leyes.

36. Pues bien, si murieren animales confiados en depósito, el que los recibió deberá mandar llamar al que se los confió, y mostrárselos, evitando de ese modo una falsa sospecha. En caso de que éste se encontrare ausente del país, no es conveniente llamar a otros, a los que tal vez el que le brindó su confianza tenía interés en ocultar el hecho; pero es preciso que al regreso del mismo el otro jure ante él que no está ocultando detrás de una muerte simulada un ilegal robo.[18]

[18] Éx. XXII, 9 a 13.

37. Si, en cambio, alguien hubiere recibido, no en calidad de depósito sino para su utilización, o un instrumento o un animal, a pedido suyo, y después uno u otro le fuere robado o el animal muriere; el que se hizo cargo no podrá ser culpado, siempre que el que se lo prestó residiere en el lugar de los hechos, ya que éste constituye para él un testigo de que no ha mediado simulación; mas, si aquel no viviere allí, el otro deberá compensar la pérdida.[19]

[19] Éx. XXII, 14 y 15.

38. ¿Por qué? Pues porque, al no estar presente el propietario, cabe la posibilidad de que el

usufructuante haya provocado con incesantes trabajos el agotamiento del animal, al punto de causarle la muerte, o de que haya descuidado el instrumento sin preocuparse de lo ajeno, cuando era su deber haberlo cuidado como un tesoro y no proporcionar a los ladrones ocasión propicia para su sustracción.

39. Siendo nuestro legislador capaz, más que otro cualquiera, de observar la ilación que encadena las cosas, establece a continuación sucesivas prohibiciones, atento a su lógica conexión y combinando armoniosamente las que siguen con las precedentes. Según sus propias palabras, ese armonioso encadenamiento de las cosas que se habrán de decir es revelado en un oráculo inspirado por Dios en persona en los: siguientes términos: "No robaréis, no mentiréis, no levantaréis falsos testimonios contra vuestro prójimo, no juraréis en Mi nombre por una injusticia, y no profanaréis Mi nombre".[20] Excelente y sumamente instructivo.

[20] Lev. XIX, 11 y 12.

40. En efecto, el ladrón, aunque convicto por su conciencia, niega y miente, temeroso de los castigos que le traería aparejado el confesar. A su vez, el que niega, empeñado en hacer recaer la acusación sobre otro, levanta un falso testimonio y maquina expedientes con los que el falso testimonio cobrará visos de verosimilitud. Y todo autor de un falso testimonio es directamente un perjuro a quien poco le importa la piedad, dado que, como carece de argumentos justos, se refugia en la prueba llamada no técnica [21] mediante los juramentos, pensando que mediante su apelación a Dios convencerá a quienes los escuchan. Sepa este tal que es un sacrílego y profanador, que contamina el incontaminado por naturaleza y admirable nombre de Dios.

[21] Es difícil hallar un término español que reproduzca exactamente el sentido de *átekhnon,* vocablo compuesto del prefijo *a- = no,* y *tekh-,* raíz cuyo sentido es *técnica, arte, procedimiento metódico.* Evidentemente se refiere a la prueba consistente en el juramento con que el testigo, falso en este caso, suple la falta de pruebas materiales.

41. VIII. "No levantarás falso testimonio". Este es el noveno de los diez mandamientos capitales; cuarto en el orden de los de la segunda tabla. Incontables son los beneficios que su observancia puede procurar a la humana existencia; como también, a la inversa, lo son los males que acarrea su incumplimiento.

42. Porque, si reprensible es quien acusa en falso, más culpable aún es quien atestigua lo falso. Porque el primero lo hace en su propia defensa, en tanto que el segundo obra miserablemente por complicidad con otro; y, si se comparan hombres malvados, el que delinque por su propio interés es menos inicuo que quien lo hace a causa de otro.

43. Además todo juez mira con malos ojos al acusador, pensando que a éste le preocupa poco la verdad con tal de ganar el caso; y esa es la razón de los exordios destinados a traer sobre el que habla la atención del que escucha.[22] En cambio, al que presta testimonio, como el juez no abriga ningún sentimiento previo desfavorable hacia él, lo escucha con atención, sin prejuicios y con oídos abiertos aunque el otro se oculte bajo una mascara* de buena fe y de verdad; nombres éstos de cosas provechosísimas, pero los más capaces de seducir entre los nombres si se los usa como señuelos para echar mano a lo que se desea ardientemente.

[22] Es decir, del juez sobre el acusador.

* Muscara en el texto original.

44. Tal es la razón por la que en numerosos lugares de nuestra legislación [23] se nos exhorta a

no aprobar nada injusto, ni hombre ni acción, ya que, así como todo aquel que siente repugnancia y hostilidad hacia la injusticia es amigo de la verdad, aquel cuya aprobación no se aplica a intenciones sanas, es un incitador a la testificación de falsedades.
[23] Por ejemplo, Éx. XXIII, 7; Lev. XIX, 15; Deut. XVI, 19 y 20.

45. Ahora bien, que nos neguemos a apoyar la desesperada defensa de un único malvado que nos invita a hacer lo mismo que hace él, nada tiene de asombroso; pero el no plegarse a una multitud que se precipita en compacto torrente como por una pendiente hacia la ilegalidad, es propio de un alma noble y de un espíritu ejercitado en la valentía.

46. Algunos, en efecto, piensan que las opiniones de la mayoría, aunque sean en extremo contrarias a las leyes, son legales y justas. Pero no disciernen correctamente, porque el bien se ajusta a la naturaleza, y la tumultuosa multitud corre en sentido contrario de aquel que se amolda a la naturaleza.

47. Si, pues, congregados algunos en cofradías o en multitudinarias asambleas, maquinaren rebeliones, preciso será no aprobarlos en su adulteración de la antigua y legítima moneda de la constitución; que "una sola resolución sabia es mejor que muchas manos, y mayor es el mal si la multitud acompaña a la ignorancia".[24]
[24] Pasajes de la tragedia Antíope, de Eurípides.

48. Pero tan grande es el exceso de maldad de que hacen gala algunos, que no solo dirigen sus acusaciones contra otros hombres por cosas que no han sucedido, sino, persistiendo en su ruindad, elevan y extienden la falsedad hasta el cielo, testimoniando contra la bienaventurada y feliz naturaleza Divina. Trátase de los intérpretes de portentos, de los augures, de los arúspices y de todos los demás cultivadores de la adivinación, los cuales practican un arte que, a decir verdad, es una corrupción de arte, una falsificación de la Divina inspiración y de la profecía.

49. Porque un profeta no hace en absoluto ninguna revelación a título personal, sino es mero intérprete de Otro, que le dicta todo cuanto él expone, durante el tiempo en que está poseído de Divina inspiración, sin que se percate de ello, mientras su discernimiento se halla desterrado de él, habiendo cedido la ciudadela de su alma al Divino espíritu, quien, instalado en ella y tomándola por residencia, pone en funcionamiento todo el aparato vocal y le dicta las palabras que expresan con claridad las cosas que profetiza.

50. En cambio, cada uno de los que se empeñan en cultivar el espurio y bufonesco arte de la adivinación coloca en el lugar correspondiente a la verdad sus presunciones y conjeturas usurpándolo; y fácilmente embauca a los de carácter nada firme; y, cual si se tratara de navíos sin lastre, los arrastra y arruina con un intenso viento en contraria dirección, impidiéndoles acogerse a los seguros puertos de la piedad. Cada uno de ellos piensa, en efecto, que le corresponde dar a conocer sus conjeturas no como descubrimientos de su propia cosecha que son, sino como Divinos oráculos revelados en secreto solo a él. De ese modo trata de hacer más firme en su engaño la credulidad de grandes multitudes congregadas.

51. A este tal el legislador le ha dado el acertado nombre de falso profeta,[25] por cuanto adultera la verdadera profecía y ensombrece los descubrimientos genuinos con absurdas invenciones. Sin embargo, no tardan tales maniobras en quedar al descubierto por completo, pues la naturaleza no tiene por norma el permanecer siempre oculta, y en cuanto se presenta la ocasión hace patente mediante sus invencibles poderes la hermosura que le es propia.

[25] El término *pseudoprophétes = seudoprofeta* no aparece en el Pentateuco y sólo se lo halla en Jeremías XXXIV, 9 y XXXVI, 8.

52. Así, en efecto, como durante los eclipses solares los rayos del sol quedan en la oscuridad por brevísimo tiempo, para luego volver a brillar mostrando una claridad sin sombras y visible a lo lejos, sin que nada absolutamente oscurezca al astro, el que muéstrase en su plenitud en medio de la pureza del aire sereno; del mismo modo, aunque algunos pronuncien oráculos valiéndose de su fementido arte de la adivinación y disfrazándolos con el especioso nombre de profecías y fingiéndose poseídos por Dios, fácilmente será puesta al descubierto su falsedad. Retornará, en efecto, la verdad, y resplandecerá de nuevo proyectando su brillantísima luz a la distancia, con lo que desaparecerá la mentira que la oscurecía.

53. Excelente es también la disposición que agregó el legislador al establecer que no se ha de aceptar el testimonio de una sola persona.[26] Ello obedece, en primer lugar, a que bien puede ocurrir que una sola persona no haya visto, oído o entendido bien y se haya engañado, ya que los pareceres erróneos son innumerables, como innumerables son los motivos por los que suelen sobrevenirnos.
[26] Núm. XXXV, 30 y Deut. XVII, 6 y XIX, 15.

54. El segundo motivo es que, tanto para alegar contra muchos como para alegar contra una sola persona, es en extremo injusto atenerse a un único testigo; en el caso de muchos, porque su número los hace más dignos de crédito que uno solo; y en el caso de uno, porque el testimonio no es superior en número, y la igualdad impide que prevalezca. ¿Por qué, en efecto, se ha de aceptar el testimonio de quien depone contra otra persona, más que el del acusado que alega a favor de sí mismo? Lo mejor, evidentemente, cuando no existe ventaja o desventaja en favor de una parte, es suspender el dictamen.

55. IX. Entiende la ley que todos los que acatan la sagrada constitución de Moisés deben estar libres de toda irracional pasión y de todo vicio más aún que los que se rigen por otras leyes; y esto reza en particular con los que ejercen el cargo de juez, tanto si han sido designados por sorteo [27] como si han sido elegidos por votación. Sería absurdo, en efecto, que quienes son tenidos por dignos de arbitrar justicia a los demás, y por fuerza han de grabar en sí mismos la impronta de las obras de la naturaleza como copias de un diseño arquetipo para imitarlas, fueran convictos de delitos.
[27] Entre los judíos no se seguía este procedimiento de elección, pero Filón se refiere aquí a las elecciones de jueces en las constituciones en general, es decir, englobando también a las no

56. Porque, así como la potencia del fuego calienta todas las cosas que toca, pero con mucha anticipación ese calor se halla establecido en él; y con la cualidad opuesta el poder de la nieve enfría también las demás cosas con ¿el frío que ella ya posee; del mismo modo es preciso que también el juez esté lleno de inmaculada justicia, si es que ha de derramar el agua de esa justicia sobre los que acudan a él; a fin de que, como de una dulce fuente, brote una corriente apta para ser bebida por los que están sedientos de legalidad.

57. Precisamente esto es lo que sucederá si quien se apresta a desempeñar la función de juez considera que cuando juzga un caso también se juzga a sí mismo, y que al tomar el guijarro,[28] ha de tomar también la sensatez para no equivocarse, la justicia para asignar a cada uno lo que merece, y el valor para no ceder ante las súplicas y las lamentaciones que acompañan a los castigos de los convictos.
[28] Pequeño canto rodado empleado para votar. Se le echaba en una urna. Si era blanco el voto

era absolutorio, si negro, condenatorio.

58. Quien se esfuerza por poseer estas cualidades puede con razón ser considerado un público benefactor, pues, a la manera de un buen piloto, serena las tormentas de los negocios para seguridad y salvación de los que le han confiado la suerte de sus intereses.

59. X. Manda en primer lugar la ley que el juez no acepte escuchar inútilmente.[29] ¿Qué significa esto? Pues lo que dice es esto: Que tus oídos, amigo mío, estén purificados. Y lo estarán si continuamente son inundados por corrientes de provechosos pensamientos, y rechazan las largas exposiciones, las inútiles, harto transitadas y dignas de risa de los autores de mitos, de farsas y de supercherías, glorificadores de cosas que no merecen consideración alguna.

[29] Éx. XXIII, 1.

60. Pero lo de abstenerse de escuchar inútilmente significa también otra cosa en consonancia con lo primero. Si prestas atención a testigos de oídas,[30] nos dice, tu atención será inútil y nada sensata. ¿Por qué? Pues porque, mientras los ojos están en presencia de los hechos a medida que éstos ocurren, tocando, por así decir, lo que va aconteciendo, y aprehendiéndolos todos en su totalidad con la cooperación de la luz, que todo lo revela y prueba; los oídos, en cambio, como dijo un antiguo autor,[31] y no sin acierto, son menos de confiar que los ojos, por cuanto no tienen relación directa con los sucesos, sino los extractan de palabras que los dan a conocer, pero que no tienen por qué ser siempre veraces.

[30] Es decir, que testimonien cosas que han oído contar a otros, no presenciado personalmente.

[31] Heródoto I, 8.

61. De allí que, a mi parecer, hicieron muy bien algunos legisladores griegos al copiar de las sacratísimas leyes registradas por Moisés la disposición de no aceptar testigos de oídas, significando con ello que es preciso tener por digno de crédito aquello que alguien ha visto, pero que no es del todo seguro lo que ha escuchado.

62. XI. La segunda prescripción para el juez es la de no aceptar regalos. Porque los regalos, dice la ley, enceguecen a los ojos que miran, corrompen las cosas justas y no permiten que la inteligencia transite rectamente por un amplio camino.

63. Y, si recibir regalos para cometer injusticias es actitud propia de hombres totalmente depravados, el recibirlos para hacer justicia supone una semidepravación. Porque magistrados depravados a medias,[32] mezclas de justicia y de injusticia, los hay; y éstos, habiendo asumido la función de defender a los perjudicados y de castigar a los causantes de perjuicios, se consideran, sin embargo, con derecho a negarse a sentenciar gratuitamente la victoria de la parte a la que indubitablemente corresponde ésta; con lo cual prueban que sus veredictos son cosa venal que tiene su precio.

[32] Platón, República 352 c.

64. Cuando luego alguien los acusa, alegan que la justicia no ha sido desvirtuada, ya que el fallo adverso ha recaído sobre la parte a la que correspondía perder el juicio, y ha sido asignado el dictamen favorable a aquellos que naturalmente debían ganarlo. Mala es tal defensa, por cuanto un buen juez debe atestiguar dos cosas: que su veredicto es totalmente acorde con la ley y que no admite sobornos. Mas si quien arbitra justicia lo hace a cambio de regalos mancilla inconscientemente algo hermoso por naturaleza.

65. Pero además incurre en otras dos faltas: por una parte, se habitúa a sí mismo al amor al dinero, el que es fuente de estímulo para las mayores ilegalidades; y por otra, perjudica a quien debería ser beneficiado, como que éste ha debido pagar un precio para obtener justicia.

66. Por eso Moisés, brindándonos una excelente lección, establece que vayamos tras lo justo con justicia,[33] dando así a entender que también existe la posibilidad de hacerlo por vías injustas, a causa de los que arbitran justicia a cambio de regalos no solo en los tribunales sino en todas partes así en el mar como en la tierra, y casi diría en todos los asuntos de la vida.
[33] Deut. XVI, 20. Ver *Sobre los querubines* 15 y *Sobre las habituales intrigas de lo peor contra lo mejor* 18.

67. Así, no faltan ejemplos de quien, habiendo recibido un depósito de poco valor, lo reintegró más para tender un lazo al que lo recobraba que para beneficiarlo, pues su intención era poner la probidad como señuelo en cosas de poca monta, para ganarse la confianza en las importantes, lo cual no es otra cosa que hacer justicia pero de manera injusta, por cuanto, si bien el reintegro de lo que pertenece a otro es justo, no lo es el modo como se ha procedido, dado que ha sido con miras a perseguir mayores ganancias.

68. La principal causa de estos actos culpables es la familiaridad con la falsedad, la que en los actos y en las palabras es perpetuamente compañera de la educación de los niños desde el instante en que nacen y desde los mismos pañales por obra de las nodrizas, las madres y la restante multitud de esclavos y personas libres que hay en una casa. Estos la amoldan y la unen al alma como una porción connatural de ella, no obstante que, en el caso de que realmente estuviera unida al alma por naturaleza, habría que extirparla de ella mediante el cultivo de cuanto es noble.

69. ¿Y qué hay en la vida tan noble como la verdad? El omnisciente Moisés lo ha registrado, como sobre una estela, en el lugar más sagrado del traje del sumo sacerdote, sede de la parte rectora del alma, deseoso de ataviarlo con el más hermoso y magnífico de los ornamentos. Junto a la verdad colocó la cualidad emparentada con ella a la que denominó "clara mostración".[34] Ambas son representaciones de los dos elementos lógicos [35] de nuestro ser: el íntimo y el que se exterioriza verbalmente. Este último necesita de la mostración, mediante la cual se ponen de manifiesto para nuestro prójimo los invisibles pensamientos encerrados en nosotros; y el primero ha menester de la verdad para llevar a la perfección la vida y los actos por medio de los cuales se descubre el camino de la felicidad.
[34] Ver *Interpretación alegórica* III, 142.
[35] Ver *Vida de Moisés* II, nota 42.

70. XII. Una tercera prescripción para el juez es que ha de examinar los hechos y no a las personas sometidas a juicio; y que habrá de tratar por todos los medios de apartar de su mente la imagen de aquellos a los que juzga,[36] obligándose a sí mismo respecto de aquellos a los que conoce y recuerda a ignorar y olvidar su condición de familiares, amigos o conciudadanos, o a la inversa, de extraños, enemigos o extranjeros, a fin de que ni la benevolencia ni la antipatía oscurezcan su decisión en cuanto a lo justo. De lo contrarío, forzosamente habrá de caer como un ciego que al avanzar lo hace sin cayado y que carece de personas que lo guíen de manera segura.
[36] Deut. I, 17.

71. De allí la conveniencia de que el buen juez eche un velo sobre su vista en lo que hace a las personas que son juzgadas, y que tenga, en cambio, ante sus ojos, sin deformaciones y

desnuda, la naturaleza de los hechos, dispuesto a juzgar de acuerdo con la verdad y no según las opiniones, y munido* de la idea de que "el juicio es de Dios";[37] y de que el juez es simplemente el administrador del juicio, no estándole permitido hacer liberalidades a expensas de los bienes de su Señor a un administrador que ha recibido de manos del Mejor de todos los seres el mejor de todos los depósitos que caben en la humana existencia.
* a menudo
[37] Deut. I, 17.

72. XIII. A los ya mencionados agrega el legislador otro sabio precepto. Manda, en efecto, no apiadarse del hombre pobre cuando se lo juzga.[38] Quien esto ordena es aquel que ha llenado toda su legislación de prescripciones conducentes á la piedad y la humanidad, ha dirigido grandes amenazas a los despreciadores y arrogantes, y ha propuesto grandes recompensas para aquellos que consideran un deber el remediar las desdichas de su prójimo y piensan que todo aquello no indispensable que poseen no es propiedad de ellos sino un bien del que han de ser partícipes los menesterosos.
[38] Éx. XXIII, 3.

73. Porque, como dijo un antiguo autor,[39] y no sin acierto, es verdad que en ninguna cosa se asemejan más los hombres a Dios que en el dispensar bienes. ¿Y qué mayor bien podría haber para las creaturas que el imitar al eterno Dios?
[39] Resulta imposible de precisar a qué autor se refiere Filón aquí.

74. No debe, pues, atesorar el rico oro y plata acumulándolos en su morada en copiosas cantidades, sino ponerlos al alcance de todos para suavizar la dura existencia de los menesterosos con el ungüento de liberalidades portadoras de alegría. Y quien gozare de encumbrada posición absténgase de mostrarse arrogante con desmedido orgullo y actitud presuntuosa; y honre, en cambio, a la igualdad permitiendo a los humildes hablarle con toda franqueza. El que posee vigor corporal sirva de apoyo para los más débiles, y no emplee sus fuerzas para doblegar a los menos fuertes como en las competencias atléticas, sino centre su ambición en hacer partícipes de su propia fortaleza a quienes están impedidos de defenderse por sí mismos.

75. Cuantos han extraído agua de las fuentes de la sabiduría y han desterrado fuera de los confines de su inteligencia la envidia, bregan por propia determinación, sin que nadie los mueva a ello, por el bien de su prójimo, derramando en las almas de los demás a través de los oídos las corrientes de palabras destinadas a hacerlos partícipes del conocimiento que ellos poseen. Y, cuando ven a jóvenes bien dotados por naturaleza, como sucede con los vástagos vigorosos y selectos, se alegran al comprender que han encontrado herederos de su riqueza espiritual, la única riqueza verdadera; y tomándolos a su cargo cultivan sus almas con doctrinas y principios hasta que, plenamente desarrolladas ya, ellas engendran el fruto de una noble existencia.

76. Tales ornamentos [40] aparecen entrelazados y artísticamente dispuestos en las leyes con objeto de asegurar la participación en la riqueza a los pobres, a los cuales solamente cuando son juzgados no es lícito tener compasión, ya que la compasión solo cabe en las desdichas, y el que obra como un malvado por libre determinación no es un desdichado sino un injusto.
[40] Ver *Sobre la sobriedad* 38; *Sobre las virtudes* 165 y el parágrafo 238 del presente tratado.

77. Y los castigos para los injustos han de ser garantizados en la misma medida que los honores para los justos. De modo que ningún malvado pobre, aunque se rebaje y humille,

debe verse libre del castigo por la piedad que despierta su indigencia, ya que lo que ha hecho no es digno de compasión, ¿por qué habría de serlo?, sino de cólera. Y el que se apresta a juzgarlo debe, como un buen cambista de dinero, discriminar y discernir la naturaleza de los hechos, a fin de que no se entremezclen en revuelta confusión lo legítimo y lo espurio.

78. Muchas otras cosas más cabría decir con relación a los, falsos testigos y a los jueces; pero es preciso, para no extendernos en demasía, que pasemos al último de los diez mandamientos, el cual, al igual que cada uno de los restantes, ha sido revelado en forma sumaria y dice así: "No desearás".[41]
[41] O no tendrás concupiscencia. Ver *Sobre él decálogo* 142.

79. XIV. Toda pasión es merecedora de reproche, ya que todo desmedido y excesivo impulso, al igual que el movimiento del alma cuando es irracional y antinatural,[42] es reprochable, y tanto el uno como el otro, ¿qué otra cosa son sino la manifestación concreta de una pasión de larga data? Si, por lo tanto, una persona no pone límites a sus impulsos ni los sujeta al freno como a corceles rebelados contra las riendas, vive dominada por una pasión sin remedio, y a causa de esa rebelión no tardará en ser arrastrada, sin percatarse de ello, como un cochero por su carro, hacia despeñaderos y abismos de los que es difícil escapar.
[42] Conceptos ambos que corresponden a la noción estoica de *páthos* = *pasión.*

80. Pero de las pasiones ninguna es tan opresora como el deseo de todas aquellas cosas que son tenidas por bienes aunque en verdad no lo son. Y lo es porque engendra un sin fin de opresivas y apasionadas apetencias. Pone, en efecto, tensa al alma y la empuja hacia remotísimas distancias, hasta el infinito, aunque a veces el objeto perseguido escápase desdeñosamente, vuelta la cara, no la espalda, hacia su perseguidor.[43]
[43] Ver *Sobre el decálogo* 146.

81. Es que cuando este objeto percibe al deseo lanzado ardorosamente hacia él, se queda quieto por breve tiempo para atraerlo con su seducción y proporcionarle la esperanza de que habrá de echarle mano; pero luego se aleja haciendo befa de él y estableciendo distancias aún mayores de separación. Y el deseo, abandonado y dejado atrás, siéntese preso de histérica impaciencia y descarga sobre la desventurada alma el suplicio de Tántalo,44 el cual, según cuenta la tradición, queriendo beber no podía pues el agua se retiraba, y cada vez que deseaba tomar un fruto, todos desaparecían convirtiéndose en esterilidad la abundante producción de los árboles.
[44] Ver Sobre *el decálogo* 146.

82. Y efectivamente, así como esas implacables e inexorables dominadoras del cuerpo que son la sed y el hambre lo violentan, tanto o más que el verdugo a aquellos a los que atormenta; hasta la muerte muchas veces a menos que mediante bebidas y comidas sea apaciguado su salvajismo; del mismo modo el deseo hace que el alma parezca vacía por el olvido de cuanto hay presente en ella, y mediante el recuerdo de lo que está muy distante produce en ella un frenesí y una locura incontrolables; y de ese modo crea unas señoras más opresoras aún que las antes mencionadas, cuyos nombres, sed y hambre, también ellas llevan; no sed y hambre de las cosas que satisfacen al vientre, sino de riquezas, de gloria, de poderes, de belleza corporal y de todas las otras innumerables cosas que en la vida humana son tenidas por envidiables y merecedoras de esfuerzo.

83. Y así como la enfermedad llamada reptante entre los médicos no se queda en un solo lugar, sino se mueve y extiende y, como su nombre mismo lo indica, se arrastra esparciéndose

y fluyendo en todas las direcciones, y abarcando y atacando a la vez todo el conjunto de las partes del cuerpo desde el extremo superior de la cabeza hasta los pies; de la misma manera también el deseo se lanza a través de toda el alma e, imitando el poder del fuego en medio de un material combustible abundante, no deja libre de sus efectos ni siquiera la más pequeña porción de ella, como que la enciende y abrasa hasta que la ha devorado por completo.

84. XV. Tan grande y desmesurado mal es el deseo; y bien podría decirse en honor a la verdad que es la fuente de todos los males. ¿De dónde si no de él, en efecto, han brotado los saqueos y los robos, las deudas impagas, las falsas- acusaciones y los ultrajes, amén de las corrupciones, los adulterios, los asesinatos y todas las demás iniquidades privadas y públicas, tanto en el orden sagrado como en el profano?

85. Ciertamente, la pasión a la que con verdad puede llamarse originadora de males es el deseo; y uno solo, el más pequeño, de sus vástagos, el amor pasional,[45] ha llenado, no ya una vez sino muchas, de incontables desgracias a todo el mundo habitado, las que, no pudiendo ser contenidas por todo el círculo de la tierra a causa de su inmenso número, se han extendido sobre el mar como impelidas por el ímpetu de un torrente; y en todas partes los mares todos se vieron llenos de naves hostiles y han sido teatro de cuantas calamidades acarrean las guerras navales, calamidades que tornaron otra vez a ser arrastradas y a precipitarse en masa sobre las islas y los continentes, tras recorrer desde su punto de partida un doble curso de ida y retorno como en los flujos y reflujos de las mareas.[46]

45 *"Amor pasional"* es sólo una imperfecta traducción del término griego *iros,* a la que he recurrido a falta de otra mejor. Lo de "el más pequeño" tal vez no sea sino una figura retórica para aludir a la clásica representación de Eros o Amor en la mitología grecorromana.

[46] Alusión, quizá un poco exagerada, a las trágicas consecuencias de célebres amores como los de Paris y Helena y de Antonio y Cleopatra. Ver *Sobre las leyes particulares* III, 16.

86. Pero una más clara descripción de esta pasión la tendremos de la siguiente manera: el deseo, al igual que los animales ponzoñosos o que los venenos mortíferos, provoca un cambio que implica un empeoramiento en todo cuanto alcanza.

87. ¿Qué quiero decir con esto? Pues que, si su mira es el dinero, hace a los hombres ladrones, rateros, hurtadores de ropas, perforadores de muros, así como responsables de bancarrotas, de estafas con depósitos confiados a ellos, de venalidad, de robos sacrílegos y de todos los demás delitos similares a éstos.

88. Si apunta hacia la fama, los torna arrogantes, desdeñosos, inconstantes e inestables en sus actitudes, con los oídos cerrados a las palabras, humillados y al mismo tiempo levantados hacia las alturas por las extravagancias de las multitudes, que alaban y reprochan con indiscriminado impulso; despreocupados de la enemistad y de la amistad, al punto de que con facilidad truecan una por otra, y con todos los demás rasgos que guardan estrecha afinidad con éstos.

89. Si es el poder su meta, los convierte en sediciosos, carentes de equidad, tiránicos por naturaleza, insensibles, enemigos de sus patrias, amos implacables de los más débiles, enemigos irreconciliables de quienes los igualan en poderío, aduladores de los más fuertes con intención de atentar contra ellos mediante el engaño. Si persigue la belleza corporal, los hace corruptores, adúlteros, pederastas, celosos cultores de la incontinencia y el libertinaje, es decir, de los mayores males, como si se tratara de los más venturosos bienes.

90. Ejemplos no faltan de cómo, extendiéndose hasta la lengua, esta pasión ha causado incontables trastornos, por cuanto algunos son inclinados a callar lo que debe decirse, y a decir lo que debe callarse, y la vengadora justicia les sigue los pasos tanto cuando se hacen oír como cuando en el caso contrario se callan.

91. Cuando su interés se concentra en las cosas del vientre, produce glotones insaciables, libertinos, partidarios apasionados de una vida muelle y disoluta, gente que se regocija con borracheras y comilonas, viles esclavos del vino puro, de los peces y de los manjares, que se revuelcan como los perrillos glotones en torno de las salas de banquetes y las mesas; de todo lo cual resulta al cabo una desdichada y vituperable vida, más penosa que cualquier muerte.

92. Esto lo tuvieron presente aquellos que, no limitándose a gustar la filosofía con la punta de los labios, sino regalándose abundantemente con el convite de las rectas doctrinas de la misma, llegaron a explicarse la naturaleza del alma y observaron que son tres las partes en que se divide: la de la razón, la de la fortaleza y la del deseo.[47] A la razón, como a una soberana, le han atribuido ellos por ciudadela la cabeza, residencia apropiadísima, donde están situados también los lugares asignados a los sentidos, los que escoltan a la inteligencia como a su reina.

[47] División platónica, a la que Filón recurre en numerosos lugares de sus obras, entre otros en *Interpretación alegórica* I, 70 a 73 y III, 115.

93. A la fortaleza le han atribuido el pecho, en parte porque allí, revestido de una coraza, a la manera de un soldado, resulta si no totalmente exento de daño, sí difícil de atrapar al menos; y en parte porque, residiendo en la vecindad de la inteligencia, puede ser beneficiada por su vecina, la que lo seduce con su sensatez e imprime en él la moderación. En cuanto al deseo, el lugar que le han atribuido es el situado en la zona próxima al ombligo y al llamado diafragma.

94. Convenía, en efecto, que el deseo, que solo en ínfimo grado participa del discernimiento, residiera lo más lejos posible de las reales mansiones, casi en los más distantes confines; y que, siendo la más incontinente e insaciable de todas las bestias,[48] fuera apacentada en sitios en los que tienen lugar la alimentación y las uniones sexuales.

[48] Alusión a Platón, Timeo 70 e. Ver *Sobre las leyes particulares* I, 148.

95. XVI. Todas estas consideraciones fueron, a mi parecer, las que tuvo presente el santísimo Moisés para repudiar las pasiones, detestándolas como sumamente vergonzosas ellas mismas y como causas de cosas en extremo denigrantes; y para denunciar de un modo muy especial al deseo, por entender que ésta es una máquina capaz de arruinar la ciudad del alma; máquina que o debe ser destruida o ha de ser subordinada al control de la razón para que todas las cosas se llenen totalmente de paz y buen orden, bienes perfectos que llevan a la perfección de una feliz existencia.

96. Inclinado, como era, a la concisión, y fiel a su norma de compendiar asuntos de variedad ilimitada en una enseñanza ejemplarizadora, comienza por reprochar y disciplinar un solo tipo de deseo, aquel cuya esfera de acción es el vientre; convencido de que los otros ya no se mostrarán rebeldes como antes sino se sujetarán al control, enterados de que el de mayor jerarquía y como soberano entre ellos acata las leyes de la moderación.

97. ¿Cuál es la enseñanza por la que comienza? La siguiente. Aunque la comida y la bebida son dos cosas de importancia suma, ni a una ni a otra concedió el legislador libertad plena sino puso freno a ambas con disposiciones sumamente eficaces para conducir a la continencia,

a la humanidad y, lo que es más importante, a la piedad.

98. Manda, en efecto, separar una parte del trigo, del vino, del aceite, del ganado y de los demás productos, y destinarla como primicia para los sacrificios y para los sacerdotes; para los sacrificios a fin de agradecer a Dios por la fecundidad de los rebaños y la fertilidad de los campos en toda suerte de animales y frutos; para los sacerdotes, a fin" de que, con miras a asegurar el ceremonial del templo, reciban una recompensa por sus servicios en los sagrados ritos.49

[49] Deut. XVIII, 4.

99. Esta categórica prohibición de gustar o apartar alguno algo para sí antes de separar las primicias, tiende asimismo a estimular la práctica de la sumamente provechosa continencia. Efectivamente, aquel que ha aprendido a no lanzarse apresuradamente hacia los recursos que en abundancia le han procurado las anuales estaciones, y aguarda, en cambio, hasta que las primicias han sido consagradas, modera evidentemente sus pasiones y reprime la rebelión de sus impulsos.

100. XVII. En cuanto a los demás alimentos, tampoco permitió Moisés a los miembros de la sagrada comunidad la participación y el uso indiscriminado de los mismos; sino prohibió con toda firmeza consumir entre los animales terrestres, acuáticos y aéreos todos aquellos que, sumamente abundantes en carnes y grasas, excitan o estimulan el insidioso placer; porque sabía que ellos seducen al más esclavo de los sentidos, el gusto, y engendran la glotonería, mal incurable que afecta a las almas y a los cuerpos. La glotonería produce, en efecto, indigestiones, las que son origen y fuente de enfermedades y postraciones.

101. Ahora bien, entre las especies de animales terrestres el cerdo es, según la opinión de los que lo consumen, el más delicioso; entre las especies acuáticas lo son aquellas que carecen de escamas...[50] pues, siendo capaz, más que otro alguno, de animar a los naturalmente inclinados a la práctica de la virtud, los ejercita y prepara para la continencia mediante la moderación en los gustos y la adaptación a cualquier tipo de alimentos, tratando de acabar con el derroche.

[50] Probable laguna en el texto.

102. Sin aprobar ni un régimen de vida opresivo, como el legislador de los lacedemonios,[51] ni una vida de molicie como la que inculcó a los jonios y sibaritas sus lujuriosas y voluptuosas costumbres; sino, abriendo un sendero intermedio entre ambos, atemperó la exigencia excesiva e hizo más rigurosa la demasiado laxa, moderando, como en un instrumento musical, los excesos de una y otra cuerda extrema mediante la cuerda media para lograr la armonía y concierto de una vida irreprochable. De allí que no a la ligera sino con sumo cuidado estableciera qué alimentos deben consumirse y cuáles no.

[51] Referencia al rigor de la constitución espartana en materia de alimentos y costumbres en general, en contraste con la casi proverbial licencia que caracterizó el estilo de vida de los habitantes de Síbaris y de Jonia.

103. Tal vez podría pensarse que lo justo sería que todos los animales que comen carne humana experimenten de parte de los hombres lo mismo que ellos hacen a éstos. Pero el parecer de Moisés fue que hay que abstenerse del consumo de tales animales, aunque puedan procurar un muy apetitoso y gratísimo festín. Es que él discurría sobre lo que conviene a un alma de mansos sentimientos, y si bien es conveniente que experimente cada uno sufrimientos análogos a los que ha provocado a otros, no lo es, en cambio, el que los afectados procedan de la misma manera que los otros, pues, sin advertirlo, se convertirían en fieras bajo los efectos

de esa salvaje pasión que es la cólera.
104. Y a tanto llega la precaución del legislador en este punto,[52] que, deseando impedir por vía de implicación la apetencia de los mencionados alimentos, prohíbe rigurosamente también el consumo de los demás animales carnívoros; de los que separa a las bestias herbívoras, incluyéndolas entre los rebaños domésticos, ya que también son mansas por naturaleza, consumen los cultivados frutos que procura la tierra, y en ningún caso sus actos ponen en peligro la vida de otros seres.
[52] En cuanto a evitar que los hombres procedan a la manera de las bestias salvajes al amoldarse al principio de la venganza contra ellas.

105. XVIII. Son éstos el ternero, el cordero, la cabra, el ciervo, la gacela, el búfalo, el traguélafo,[53] el pigargo,[54] el antílope y la jirafa; diez en total.[55] Es que, atento siempre a los principios de la ciencia de los números, sobre cuya decisiva incidencia en la determinación de las cosas había reflexionado profundamente, ninguna ley, importante o no, dictaba Moisés sin tener también en cuenta y acomodar, por así decir, a sus prescripciones el número apropiado. Y de todos los números, aparte de la unidad, el más perfecto y sacratísimo y santo, como él mismo dice, es el diez, con el cual sella las especies de los animales puros, movido por su deseo de asignarlos para uso de los miembros de su comunidad.
[53] Especie de gacela o antílope con barba de macho cabrío.
[54] Especie de gacela.
[55] Deut. XIV, 4 y 5.

106. Para los diez animales propone una verificación y prueba común, basada en dos señales: el tener la pezuña hendida y el rumiar,[56] siendo especies impuras aquellas a las que falta una de ambas características o las dos. En cuanto a ambas señales, ellas son símbolos del enseñar y el aprender por la vía más apropiada para la adquisición del conocimiento, es decir, aquella en la que se distingue lo mejor de lo peor para que no quepan confusiones.
[56] Lev. XI, 3 y 4. Ver Sobre *la agricultura* 131 a 145.

107. En efecto, así como el animal rumiante, después de haber dividido el alimento, lo deposita en la faringe, y luego de nuevo lo va subiendo y masticando poco a poco, para enviarlo posteriormente al estómago; del mismo modo también aquel que recibe instrucción, después de recibir a través de los oídos las doctrinas y normas de la sabiduría de boca del maestro, como no es capaz de aprehenderlas y retenerlas de inmediato con suficiente firmeza, prolonga el proceso de aprendizaje hasta que, después de rumiar con continuos ejercicios, que constituyen el medio para fijar los conocimientos, cada una de las cosas que ha escuchado, empleando a tal efecto la memoria, estampa firmemente su representación en el alma.

108. Pero, evidentemente, ningún provecho trae aparejado la firme aprehensión de las nociones, si no se suma a ella la discriminación y distinción entre las mismas con miras a escoger las cosas que deben escogerse, y a rehuir las contrarias; distinción de la cual son símbolo las pezuñas hendidas. Porque el camino de la vida es doble: una senda lleva al vicio y la otra conduce a la virtud, y es preciso apartarse de la primera y no abandonar jamás la segunda.

109. XIX. En consecuencia, todos los animales solípedos y los de cascos múltiples son impuros, los primeros porque sugieren que la naturaleza del bien y la del mal son una sola e idéntica, que es como decir que un camino es cóncavo y a la vez convexo, o ascendente y descendente simultáneamente; los segundos porque presentan ante nuestra vida muchos caminos, o más bien jutas intransitables, para nuestro engaño, ya que no resulta fácil encontrar

el sendero más provechoso y más excelente en medio de un gran número de sendas.

110. XX. Después de establecer estas distinciones entre los animales terrestres, pasa el legislador a describir también las especies de animales acuáticos puras para su consumo como alimento, indicando como señales de las mismas, como en el caso anterior, dos características: las aletas y las escamas. En efecto, a aquellas que ninguna o una sola de ambas características poseen las descarta y rechaza.[57] Con bastante fundamento es de señalar la siguiente explicación de ello.
[57] Lev. XI, 9 y ss. y Deut. XIV, 9 y 10.

111. Todos aquellos animales acuáticos que carecen de uno o de ambos rasgos son arrastrados por la fuerza de la corriente siendo impotentes para resistir su impulso. En cambio, aquellos que están provistos de ambos la apartan y se le oponen de frente, y se ejercitan contra este antagonista haciendo gala de buen ánimo e invencible osadía, de modo que cuando son empujados empujan en dirección opuesta, y perseguidos atacan a su vez a la carrera, y en los lugares difíciles de atravesar abren amplios caminos para sus fáciles evasiones.

112. Estas especies acuáticas son también símbolos: las primeras, del alma amante de los placeres; las últimas, de la que ansia la fortaleza y la continencia. El camino que conduce al placer es, en efecto, descendente y harto fácil, y el resultado es que por él somos arrastrados más que caminamos; el que lleva hacia la fortaleza es, en cambio, ascendente; sumamente trabajoso pero inmensamente provechoso. El primero nos arrastra y nos impele a descender conduciéndonos pendiente abajo hasta arrojarnos en el extremo último de ésta; en tanto que el otro nos conduce hacia el cielo y torna inmortales a los que no han desfallecido durante la marcha y han tenido fuerza para sobrellevar la dureza y dificultad del recorrido.

113. XXI. Ajustándose al mismo esquema, dice que todos los animales reptantes, tanto los que carecen de patas y avanzan retorciéndose con el serpear de su vientre, como los de cuatro o más patas, son impuros para su consumo como alimento.[58] Esto encierra una nueva revelación. Los animales reptantes que avanzan sobre sus vientres simbolizan a los hombres que se llenan hasta el hartazgo, como el corvejón, y pagan al miserable vientre incesantes tributos de vino puro, de pasteles, de peces, de cuantas cosas, en suma, produce el refinado esmero de los panaderos y los cocineros para acompañar a toda suerte de alimentos, encendiendo e inflamando los insaciables y siempre ávidos deseos. A su vez, los de cuatro patas o más simbolizan a los viles esclavos, no de una sola pasión, el deseo, sino de todas sin excepción; pasiones cuyos géneros son cuatro en total, e infinitas sus especies; y cuya tiranía colectiva resulta penosísima e insoportable indudablemente, como que dura es ya la de una sola de ellas.
[58] Lev. XI, 42. Ver *Interpretación alegórica* III, 139.

114. En cambio, registra entre los animales puros a aquellos reptantes que poseen patas sobre sus pies tales que puedan dar saltos desde la tierra, como las diversas clases de langostas y el llamado ofiómaco,[59] con lo que una vez más ha recurrido a símbolos para escrutar en las modalidades e inclinaciones del alma racional. Porque la gravitación natural del cuerpo doblega a los cortos de entendimiento y los arrastra consigo estrangulándolos y oprimiéndolos con la multitud de sus carnes.
[59] Literalmente: *el que combate a las serpientes.* Especie de saltamontes. Lev. XI, 21.

115. En cambio, dichosos son aquellos a los que les ha sido dado oponerse gracias a una fuerza superior al peso de. esa opresora atracción, por estar enseñados mediante las normas de

la recta instrucción a saltar desde la tierra y desde las cosas adheridas a la tierra hacia lo alto, en dirección a la región etérea y hacia las revoluciones del cielo, cuya visión es anhelada ardorosamente, y resulta digna de los mayores esfuerzos en la convicción de quienes van en procura de ella voluntariamente y convencidos de su grandeza.

116. XXII. Tras haber discurrido acerca de las especies de animales terrestres y acerca de las acuáticas, y de haber establecido las normas para distinguir entre ellas de la mejor manera posible, pasa a examinar también las restantes especies, vale decir, las de los animales aéreos, y descarta entre las innumerables clases de aves a todas aquellas que matan por instinto a otros animales o a seres humanos, las que son carnívoras y venenosas y usan, en general, sus fuerzas como medio de ataque.[60]

[60] Lev. XI, 13 ss y Deut. XIV, 12 y ss. La creencia de Filón en que existan aves venenosas es explicable en la antigua zoología.

117. En cambio, registra en la clase domesticada y mansa, permitiendo a quienes lo deseen emplearlos libremente como alimento, a las palomas torcazas, a las demás palomas, a las tórtolas, y a las grullas, a los gansos y a las demás aves semejantes a éstas, que vuelan en bandadas.

118. De este modo, apartando de nuestro consumo, como se aparta el material combustible del fuego, especies terrestres, acuáticas y aéreas de toda suerte de animales de cada una de las partes del mundo: tierra, agua y aire, nos proporciona el legislador un medio para apagar el deseo.

119. XXIII. Por supuesto que prohíbe tener contacto alguno con cadáveres de animales muertos por causas naturales o víctimas de fieras; con estos últimos en razón de que no es lícito al hombre compartir su mesa con bestias salvajes, lo que prácticamente equivaldría a regalarse en compañía de ellas en sus carnívoros festines; y con los primeros tal vez porque, habiéndose apoderado de ellos antes la muerte, lo apropiado es guardarse de tocarlos, por respeto a los ineludibles designios de la naturaleza, que se han anticipado a adueñarse de ellos.[61]

[61] Lev. V, 2 y XXII, 8; Deut. XIV, 21 y Éx. XXII, 31.

120. Los más de los legisladores griegos y no griegos, considerando que se trata de hombres no solo valientes sino también de carácter generoso, alaban la habilidad de los cazadores con perros, que saben herir diestramente desde lejos a las fieras fallando rarísima vez, y manifiestan su orgullo por sus éxitos en la caza, en especial cuando comparten con los otros cazadores y al mismo tiempo con sus perros las partes de los animales cazados. En cambio, el fundador de nuestra sagrada comunidad los reprocharía seguramente y con razón, puesto que ha vedado el aprovechar, por las razones expuestas, los animales muertos por causas naturales o víctimas de fieras.[62]

[62] El sentido de todo esto es que si Moisés hubiera conocido la práctica, no de cazar sino de compartir con la jauría la presa, seguramente lo hubiera considerado reprobable, puesto que ha juzgado reprobable el compartir la presa de bestias salvajes.

121. Si alguno de los practicantes,[63] aficionado a los ejercicios corporales, llegare también a ser un aficionado a la caza, convencido de que se trata de ejercicios y luchas preparatorias para las guerras y los peligros frente a los enemigos, deberá, cuando haya tenido éxito en una cacería, destinar las bestias cazadas para festín de sus perros en pago o premio por su coraje e irreprochable colaboración; pero él no ha de tocar sus restos. De ese modo aprenderá en su

trato con animales irracionales qué clase de sentimientos debe abrigar respecto de los enemigos, a los que se ha de combatir no en procura de una injusta ganancia, imitando las fechorías de los ladrones, sino en defensa propia, bien sea que lo justifique la experiencia de daños ya experimentados, bien lo imponga el temor de sufrirlos ulteriormente.
[63] Tal vez se refiera a los practicantes de la virtud, a los que precisamente conviene la recomendación que sigue; pero no es descartable que se trate simplemente de los que practican ejercicios corporales o de fuerza. La condición que se pone para que el *practicante* se resolviera, casi a su pesar, a cultivar la cinegética hace pensar en que se trata de un hombre virtuoso.

122. Sin embargo, algunos, vivos retratos de Sardanápalo,[64] llevando ávidamente su incontinencia y exceso de lujuria más allá de todo límite o término, maquinan novedosos placeres, para lo cual preparan sacrílegos manjares estrangulando y ahogando a los animales, y sepultando en el cadáver la sangre, la esencia del alma,[65] que debería dejarse correr libre y sin trabas; cuando bien podrían contentarse con gustar tan solo las carnes sin tocar nada que guarde relación con el alma.
[64] Rey de Babilonia, cuyo nombre verdadero era Shamash Shumukin, quien habiendo sido pospuesto, no obstante ser primogénito, en la herencia del trono de Asiría por Assaradón, su padre, reinó en calidad de soberano vasallo hasta que se sublevó contra su hermano Assurbanipal y murió en medio de las llamas de su palacio. Pasaba por haber sido un fastuoso soberano de vida voluptuosa tal como lo retrata Luciano de Samosata en los Diálogos de los muertos.
[65] Lev. XVII, 11 y 14 y Deut. XII, 23.

123. Por eso en otro lugar [66] el legislador establece una ley acerca de la sangre, y prohíbe llevarse a la boca ni la sangre ni la grasa. La prohibición en el caso de la sangre se debe a la razón ya apuntada, vale decir, a que es la esencia del alma; no del alma inteligente y racional, sino de la sensorial, de la que depende la existencia de la que participamos en común nosotros y los animales irracionales. XXIV. Porque la esencia de la otra es un Divino aliento, como lo atestigua muy especialmente Moisés, quien en su relato acerca de la creación del mundo dice que al primer hombre y progenitor de nuestra especie Dios le infundió un soplo de vida en la parte rectora del cuerpo, la cara,[67] allí donde tienen su sede los sentidos, escoltas de ese gran monarca que es la inteligencia. Evidentemente el soplo infundido en aquella ocasión fue un espíritu etéreo, y quizá algo superior a un espíritu etéreo, si existe, como que se trata de un reflejo de la feliz, tres veces feliz naturaleza Divina.
[66] Lev. III, 17.
[67] Gen. II, 7.

124. En cuanto a la grasa, su prohibición se debe a que es en extremo crasa, y la ley tiende ana vez más a enseñarnos la continencia e inculcarnos un firme deseo de vida austera, de una vida que renuncia a las cosas fáciles y al alcance de la mano, y sobrelleva con determinación los problemas y trabajos para la adquisición de la virtud.

125. Tal es la razón por la que de toda víctima sacrificada esas dos partes: la grasa y la sangre, son apartadas como una especie de primicias, y se las consume enteramente por medio del fuego; la sangre, derramada sobre el altar como una libación, y la grasa, depositada en lugar del aceite como materia combustible en el fuego sagrado y santo a causa de su misma grasitud.[68]
[68] Lev. IV, 7 a 10.

126.[69] Reprende Moisés a algunos coetáneos suyos por su glotonería y porque suponen que el entregarse de lleno a los placeres constituye el summum de la felicidad, y, no bastándoles el vivir voluptuosamente en el ámbito de las ciudades, en las que los recursos y los preparativos de las cosas necesarias para ello son inagotables, búscanlo también en los intransitables e inhabitables desiertos, pretendiendo contar en medio de ellos con mercados de peces, de carnes y de todos los productos de cosechas abundantes.
[69] Los parágrafos 126 a 131 se basan en Núm. XI, particularmente 31 a 34.

127. En aquella ocasión, como reinaba la escasez, éstos, tras congregarse, lanzaron gritos hostiles, acusaron y trataron de intimidar al gobernante con desvergonzada osadía, y no cesaron en su rebeldía hasta que alcanzaron lo que apetecían; pero lo alcanzaron para su propia ruina. Y ello por dos razones. En primer lugar para que se pusiera de manifiesto que todas las cosas son posibles para Dios, quien halla la solución en las dificultades insuperables; y en segundo lugar para que recibieran su castigo los de vientre insaciable y rebeldes contra la santidad.

128. Elevóse, en efecto, desde el mar una nube, y hacia el amanecer se esparcieron desde ella codornices, las que oscurecieron desde todas partes en círculo el campamento y la zona circundante hasta la distancia que un hombre ágil es capaz de atravesar en un día. Fácil resultaba capturarlas por cuanto la distancia a que volaban de la tierra era una altura calculable en unos dos codos.

129. Lo razonable hubiera sido que, persuadidos por el prodigio del grandioso acontecimiento, les bastara con el espectáculo, y que, rebosantes de piedad y nutridos por ella, se abstuvieran de comer carne. Pero ellos, excitando su avidez más aún que antes, se precipitaron sobre lo que consideraban el mayor de los bienes, y arrebatando los animales con ambas manos llenaban los pliegues de sus ropas para luego depositarlos en sus tiendas; y como el exceso de avidez no conoce límites, salían en procura de otros; y tras prepararlos de toda forma los devoraban insaciablemente, dispuestos, vacíos de entendimiento como eran, a perecer víctimas de su glotonería.

130. Y por cierto que no pasó mucho tiempo sin que pereciesen a causa de los derrames de bilis, y así, de la calamidad que les sobrevino tomó nombre el paraje, el que fue llamado "Monumento del deseo",[70] deseo que, como ha demostrado el relato, es el mayor mal que existe en el alma.
[70] O *de la avidez.*

131. Por eso con sumo acierto dice Moisés en sus exhortaciones:[71] "No ha de hacer cada uno lo que es grato ante sus propios ojos", lo que equivale a decir: nadie sea complaciente con su propio deseo. Todo hombre, en efecto, debe complacer a Dios, al universo, a la naturaleza, a las leyes, a los hombres sabios, y renunciar al amor de sí mismo, solo así habrá de alcanzar la verdadera excelencia.
[71] Deut. XII, 8. Ver *Sobre la agricultura* 84.

132. XXV. Todas las reflexiones requeridas acerca de los asuntos relacionados con el deseo quedan expuestas en la medida de mis posibilidades, con lo que se ha completado el examen de los diez mandamientos y de las leyes que a ellos se ajustan. Porque, si necesario es divulgar el conocimiento de las leyes generales o preceptos capitales revelados por la voz de Dios, y los mandatos específicos subordinados a ellos, vale decir, todas las leyes particulares trasmitidas en la palabra de Moisés, necesario era también, para asegurar su exacta

comprensión libre de confusiones, el metódico procedimiento al que he echado mano para asignar y atribuir a cada uno de los mandatos genéricos cuanto a lo largo de toda la legislación le corresponde.

133. Y ya es suficiente sobre el tema. Con todo es preciso no pasar por alto que, así como con cada uno en particular de los diez mandamientos generales guardan estrecha relación algunas leyes particulares que nada tienen de común con otro alguno de aquellos, existen normas que son comunes a todos, y guardan armónica relación no con uno o dos, por así decir, sino con los diez mandamientos.

134. Estas normas son las universalmente provechosas virtudes. Cada una de esas diez Divinas revelaciones separadamente y todas ellas en común estimulan y exhortan al cultivo de la prudencia, de la justicia, de la piedad y del resto del coro de las virtudes mediante la combinación de sanas palabras con buenas intenciones y de meritorias obras con las palabras a fin de que el instrumento del alma resuene acorde en todas y cada una de sus partes engendrando una vida plena de armonía y concierto irreprochable.

135. Hemos tenido ya ocasión de hablar acerca de la soberana de las virtudes, la piedad o santidad, así como sobre la prudencia y la templanza.[72] Ahora habremos de ocuparnos de la justicia, virtud cuyos principios y prácticas relaciónanse estrechamente con los de aquellas.
[72] Ver *Sobre las virtudes,* nota 22.

136. XXVI. Una parte, y no pequeña, dentro del campo de la justicia es la que concierne a los tribunales y a los juicios. A ella nos hemos referido ya cuando, con el propósito de no omitir cosa alguna relativa al asunto, me extendí en una prolija exposición acerca de los testimonios.[73] No siendo mi norma repetir lo ya dicho, a menos que me fuercen a hacerlo motivos imperiosos y ocasiones oportunas, omitiré referirme a ese aspecto, y pasaré a tratar los otros, pues ya es demasiado preámbulo.
[73] Ver los parágrafos 55 a 78.

137. Las normas de justicia, dice la ley, debemos colocarlas en nuestro corazón, atarlas como una señal sobre nuestra mano y tenerlas agitándose ante nuestros ojos.[74] Con la primera de estas prescripciones se nos da a entender que es preciso no confiar dichas normas a los infieles oídos, pues ninguna confianza puede depositarse en el sentido del oído; sino imprimir la más excelente de todas las enseñanzas en la parte a la que compete la suma soberanía en nuestro ser, y estampándolas con legítimos sellos.
[74] Deut. VI, 6 y 8.

138. Con la segunda nos da a entender que es preciso no solo recibir nociones acerca del bien, sino también poner en práctica sin dilaciones todo lo que juzgamos bueno. La mano, en efecto, de la cual la ley prescribe atar y suspender las normas de justicia, es símbolo de la acción. Afirma además que serán una señal, pero sin establecer concretamente de qué; y ello se debe, en mi opinión, a que no serán señal de una sola cosa, sino de muchas, prácticamente de todas las que orientan la humana existencia.

139. Con la tercera nos indica que siempre y en todas partes es preciso llevar la visión de esas normas de justicia como si estuvieran delante de nuestros ojos. Y dice que ellas deben poseer agitación y moverse, no para que resulten vacilantes e inestables sino para que con su movimiento impulsen a nuestra mirada hacia una nítida contemplación, como que el movimiento es un estímulo para la vista pues excita y despierta a los ojos, o más bien los

torna incansables y vigilantes.

140. El hombre al que le ha sido dado estampar esas normas en el ojo de su alma, y no de manera estática sino en movimiento y aplicadas a las obras que por naturaleza les son propias, debe ser registrado como varón perfecto, y ser contado en adelante no ya entre los discípulos y estudiantes sino entre los maestros e instructores, y ha de brindar, como de una fuente, una inagotable corriente de máximas y doctrinas a los jóvenes que quisieren beberías. Y si alguno entre los menos osados duda a causa de su modestia o anduviere lento en los progresos de su aprendizaje, el tal maestro deberá ir en persona a derramar y verter en sus oídos una corriente ininterrumpida de instrucciones hasta que las cavidades de su alma hayan sido saturadas.

141. Y por cierto que debe apresurarse a enseñar esas normas de justicia a sus parientes, a sus amigos y a todos los jóvenes en su morada y en la calle, hasta en los momentos de retirarse a dormir y de levantarse a fin de que en todas las posiciones y en todos los movimientos, en todos los lugares públicos y privados, no solo cuando están despiertos sino también durante el sueño se alegren con la contemplación de lo justo.[75] Porque no existe deleite más dulce que el tener el alma toda llena en todas sus partes de justicia, y entregada a la práctica de los perennes principios y doctrinas de ésta, sin que quede en ella lugar alguno vacío en el que la injusticia pueda hacerse presente.
75 Deut. VI, 7.

142. Manda también la ley [76] inscribir y colocar esas normas en el frente de la entrada de cada casa y en las puertas de los muros de ella, a fin de que tanto los que se marchan como los que permanecen dentro, lo mismo los connacionales que los extranjeros, al leer las inscripciones grabadas al frente de las puertas, tengan permanentemente presente lo que deben decir y lo que deben hacer, y se preocupen de dos cosas: de no tratar a otros injustamente y de no ser objeto de injusticias; y para que, tanto al entrar como al salir de las casas, así los hombres como las mujeres, los hijos y la servidumbre hagan lo debido con relación a otros y con relación a sí mismos.
[76] Deut. VI, 9.

143. XXVII. Otra prescripción en extremo admirable [77] es aquella según la cual no se ha de agregar ni quitar nada a las leyes, sino se ha de conservarlas inalteradas, tal como ellas fueron fijadas desde el principio, ya que, como se ve a las claras, dado que al sabio legislador no se le pasó por alto ninguna disposición de las que tienden a procurar la posesión total y completa de la justicia, todo agregado será forzosamente de disposiciones injustas, y toda quita lo será de mandatos justos.
[77] Deut. IV, 2 y XII, 32.

144. Nos revela también el legislador que la perfección suma se da también en las otras virtudes. Cada una de ellas, en efecto, es inagotable y plena, y posee la perfección por sí misma; de modo que, si tiene lugar alguna adición o sustracción, esa virtud en su totalidad trueca y transforma esa condición en la opuesta.

145. Lo que quiero decir es lo siguiente.[78] Aquellos que no son completamente ajenos al coro de la sabiduría, aun cuando su contacto con la educación haya sido breve, saben que la valentía, virtud cuya esfera de acción atañe a lo que causa terror, consiste en el conocimiento de lo que debe ser sobrellevado.[79]
[78] Ver *Sobre la inmutabilidad de Dios* 163.
[79] Definición estoica de la valentía. Ver *Interpretación alegórica* I, 68.

146. Mas, si alguien, cediendo a la ignorancia engendrada por la soberbia, y sintiéndose capaz de corregir lo que no ha menester de corrección, se atreviere a agregar o quitar algo, cambiará completamente la imagen de esa virtud imprimiendo en ella la fealdad en vez de la belleza, ya que con el agregado producirá temeridad, y con la quita cobardía, no dejándole a la provechosísima valentía ni siquiera el hombre.

147. Del mismo modo, si a la reina de las virtudes, la piedad, agregare alguien cualquier cosa pequeña o grande, o, a la inversa, se la sustrajere, en uno y otro caso cambiará y transformará la naturaleza de la misma, ya que la adición engendrará superstición, y la sustracción impiedad; con lo que habrá sido borrada de la vista la piedad, sol cuya elevación y resplandor constituye un bien por el que hemos de suplicar puesto que es la fuente del más grande de los bienes, ya que proporciona el conocimiento del servicio de Dios, servicio que merece ser tenido por más señorial y más digno de un rey que cualquier magistratura o soberanía.

148. Consideraciones análogas a las expuestas pueden también mencionarse a propósito de cada una de las restantes virtudes. Pero, acostumbrado a abreviar las largas disquisiciones, me conformaré con los ejemplos expuestos, que bastan seguramente para guía respecto de lo que ha quedado sin exponerse.

149. XXVIII. Otro mandato establecido para universal provecho es el siguiente: "No cambies de lugar las marcas de los límites de tu vecino, que colocaron los que te precedieron".[80] Evidentemente esta ley no se refiere tan solo a los lotes y a los límites de las tierras, ni apunta solo a eliminar las ambiciones, sino tiende también a la preservación de las costumbres ancestrales. Porque las costumbres son leyes no escritas, enseñanzas de los hombres de antaño no registradas en columnas u hojas de papiro que consumen las polillas, sino en las almas de aquellos que participan de la misma ciudadanía.
[80] Deut. XIX, 14.

150. Los hijos, en efecto, deben heredar de sus padres además de sus propiedades, las patrias costumbres, con las que han sido nutridos y han convivido desde los mismos pañales, y no despreciarlas por el solo hecho de que no se les hayan legado escritas; que, si no hay necesariamente por qué alabar a quien acata las leyes escritas, ya que la necesidad y el temor del castigo le sirve de advertencia; en cambio, el que es fiel a las leyes no escritas es digno de encomio por cuanto testimonia que su virtuoso proceder deriva de su libre voluntad.

151. XXIX. Ciertos legisladores han implantado el sistema de adjudicación de magistraturas por sorteo, sistema inconveniente para los pueblos pues la asignación por sorteo pone de manifiesto la buena suerte y no el mérito. De hecho frecuentemente han alcanzado cargos que no merecían muchos a los que un hombre de valía, si hubiera llegado al poder, hubiera rechazado como indignos de ser contados ni siquiera entre sus subordinados.

152. Y así, los que algunos denominan "pequeños gobernantes", "amos" [81] decimos nosotros, mantienen a su servicio no a todos los esclavos nacidos en su morada o adquiridos, sino solo a los que son dóciles, y venden en determinadas ocasiones en montón a los de conducta incorregible, por entender que no son dignos ni siquiera de ser esclavos de hombres de bien.
[81] Ver *Sobre las leyes particulares* I, 335.

153. ¿Es, entonces, justo erigir en amos y gobernantes de ciudades y naciones enteras a personas elegidas por sorteo, es decir, por un capricho de la suerte, algo inseguro e inestable?

Tratándose de la atención de los enfermos nada tiene que hacer la elección por sorteo, pues los médicos no llegan a sus funciones por obra de la suerte sino por la experiencia de que dan prueba.

154. Y cuando se trata de garantizar un buen viaje y la seguridad de los que atraviesan el mar, no se elige por sorteo como piloto a cualquiera y se lo envía a la popa enseguida, para que a causa de su ignorancia ocasione en tiempo sereno y mar en calma un naufragio, obra exclusiva del factor humano; sino escógese una persona de quien se sabe que desde sus primeros años ha sido cuidadosamente instruida en la técnica del pilotaje. Una persona así ha hecho muchos viajes, ha atravesado la totalidad o la mayor parte de los mares, ha llegado a conocer meticulosamente las plazas comerciales, los puertos, los fondeaderos, las radas; y además conoce, gracias a una cuidadosa observación de los cuerpos celestes, las rutas del mar igual, si no mejor aún, que las terrestres.

155. En efecto, mediante la observación de los regulares cursos de los astros, y guiándose por sus ordenados movimientos, ha sido capaz de abrir en las desiertas extensiones caminos reales en los que no se pierde el rumbo, logrando así la más increíble de todas las empresas: que los seres nacidos para vivir en tierra sean capaces de atravesar el líquido elemento.

156. ¿Y dependerá, en cambio, del caprichoso curso de un sorteo y será ajena a la estricta prueba de la verdad, prueba consistente en testimonios fundados en la razón, la elección de quien ha de tener en sus manos grandes y populosas ciudades, repletas de habitantes, sus constituciones y el manejo de los asuntos privados, públicos y sagrados, manejo que no andaría errado quien lo calificase de técnica de las técnicas y ciencia de las ciencias?

157. XXX. Estas fueron las razones que tuvo presentes el omnisciente Moisés para no hacer mención alguna de magistraturas asignables por sorteo, y para determinarse a instituir la designación por elección. Dice, en efecto: "No establecerás como gobernante sobre ti a un extranjero sino a uno de entre tus hermanos",[82] con lo que indica que la elección del gobernante será por libre decisión e irreprochable verificación a cargo de todo el pueblo de común acuerdo.[83] Tal elección será ratificada y recibirá el sello de la aprobación de Aquel que confirma todo cuanto concurre al común provecho, es decir, Dios, quien entiende que es como el ojo en el cuerpo del hombre, cualquiera fuere escogido entre los de su raza.[84]

[82] Deut. XVII, 15.

[83] La prescripción va dirigida al pueblo de Israel, no a una persona determinada.

[84] El texto griego es en esta última parte del parágrafo muy obscuro, tal vez corrupto; y la traducción es conjetural.

158. XXXI. Agrega el legislador que las razones por las cuales no se debe elegir para el mando a un extranjero son dos. Primero, para evitar que éste acopie grandes cantidades de plata, oro y rebaños, y atesore para sí una riqueza inmensa, ilícita toda ella, fruto de la miseria de sus gobernados.[85] En segundo lugar, para impedir que, movido por sus personales ambiciones, fuerce a los de nuestra nación a abandonar su país y emigrar, conducidos de un lado a otro en interminable deambular, infundiéndoles vanas esperanzas de adquirir mayores bienes, para así arrebatarles los que ya les pertenecen firmemente.[86]

[85] Deut. XVII, 16 y 17.

[86] Deut. XVII, 17.

159. Supuso, en efecto, el legislador que, como es natural, quien pertenece a la misma raza y tiene los mismos antepasados que ellos, estándoles vinculado por los lazos del más alto de los

parentescos, consistente en que son patrimonio común de todos los miembros de la nación una única ciudadanía, una misma ley y un solo Dios, jamás incurrirá en faltas semejantes a las mencionadas; y, por el contrario, en lugar de hacer emigrar a los habitantes del país, facilitará el seguro retorno de los que están dispersos en tierra extranjera; y, en vez de apropiarse de los bienes de otros, brindará sus propios bienes a los necesitados, convirtiéndolos en comunes.

160. XXXII. Manda además el legislador [87] que desde el día en que alguien asume el poder escriba con su propia mano una copia del apéndice de las leyes,[88] en el que están compendiadas en forma sumaria las leyes todas, pues es su deseo que sus prescripciones queden fijamente impresas en su alma. Porque los pensamientos, cuando simplemente se los lee, se esfuman arrastrados por su rápida sucesión; mientras que, cuando se los copia con cuidadosa atención, se imprimen y quedan fijados, ya que la inteligencia se detiene provechosamente en cada uno, aferrándose fijamente a él y no pasando a otro hasta que ha asido firmemente al anterior.
[87] Deut. XVII, 18 a 20.
[88] Es decir, del Deuteronomio, al que Filón llama *Epinomís = continuación o apéndice de las leyes,* inspirándose en el tratado de ese nombre atribuido a Platón.

161. Mas, una vez que los ha copiado, debe leerlos y familiarizarse con ellos cada día a fin de que continua y permanentemente tenga presentes mandatos nobles y provechosos para todos, y para que nazca en él un sólido amor y anhelo por ellos, resultado de ser constantemente enseñada y acostumbrada su alma a la compañía de las sagradas leyes, pues las convivencias prolongadas producen una sincera y pura amistad no solo hacia los seres humanos sino también hacia aquellas clases de escritos merecedoras de nuestro amor.

162. Y tal cosa sucederá si el gobernante lee no los escritos y copias ajenos sino los de su propia mano, ya que para cada uno resulta más familiar y más fácil de aprender lo que ha escrito él mismo.

163. Agregúese a ello el hecho de que a medida que lea se hará la siguiente reflexión: Estas palabras las he escrito yo, un gobernante de tan grande jerarquía,[89] sin recurrir a la colaboración de otro, no obstante contar con innumerables servidores. ¿Lo he hecho para llenar las páginas de un libro como los que escriben por una paga o por ejercitar sus ojos y sus manos, los ojos para adquirir agudeza de visión, y las manos para ser rápidos en la escritura? ¡No, de ninguna manera! Las he escrito en un libro para transcribirlas inmediatamente a mi alma y recibir impresas en mi inteligencia más Divinas e indelebles señales.
[89] Deut. XVII, 19 y 20 es parafraseado en los parágrafos siguientes (163 a 167), en los que los pensamientos aparecen puestos en boca del rey..

164. Los demás reyes llevan en sus manos bastones como cetros; mi cetro, en cambio, es el libro del apéndice de las leyes, razón sin par para que me jacte y me glorie, insignia de una indisputada soberanía que ha sido forjada como copia del arquetipo que es la realeza Divina.

165. Y si las sagradas leyes son permanentemente mi sostén y mi apoyo, alcanzaré las dos cosas más excelentes de todas. Una de ellas es el sentimiento de igualdad, el mayor bien que es dable hallar, pues la arrogancia y la insolencia son propias de un alma corta de entendimiento e incapaz de prever el futuro,

166. La igualdad traerá aparejadas la buena disposición y la seguridad de mis gobernados, los que constituirán la justa recompensa con que ellos me pagarán; mientras que la desigualdad

engendraría peligros sumamente riesgosos. Evitaré estos peligros detestando la desigualdad, la dispensadora de tinieblas y guerras; e iré tras una existencia libre de asechanzas, honrando a la nunca agitada por sediciones igualdad, la cual engendra claridad y estabilidad.

167. Otra cosa que alcanzaré será no hacer contrapeso en uno y otro sentido, como en una balanza, desviando y sacando de su recta posición las prescripciones; sino trataré de conducirlas a lo largo del camino real central, valiéndome de un andar recto y bien ordenado que me lleve a participar de una vida libre de tropiezos.

168. Moisés suele llamar camino real al camino central,[90] porque éste se halla en el límite entre el exceso y la insuficiencia, y además porque a lo central le corresponde dentro de una tríada la posición rectora, ya que une con indisoluble vínculo las cosas que se hallan a uno y otro lado del centro, las que además lo escoltan como a un rey.
[90] Núm. XX, 17. Ver *Sobre la inmutabilidad de Dios* 162 y ss.

169. Dice el legislador que la recompensa de un gobernante fiel a las normas legales, respetuoso de la equidad e incorruptible, que dictamina lo justo con justicia, y permanentemente se instruye acerca de las leyes, es la larga duración de su gobierno;[91] y no lo dice en el sentido de que le será concedida una longeva existencia juntamente con la dirección de los negocios públicos; sino para enseñar a quienes lo ignoran que el gobernante respetuoso de la ley, vive aun después de su muerte, en sus hechos, los que le sobreviven eternamente como indestructibles monumentos de su intachable probidad.
[91] Ver *Sobre las leyes particulares* II, 262 y *Sobre la herencia de las cosas divinas* 290.

170. XXXIII. Concierne al que ha sido considerado digno de la más alta e importante investidura escoger funcionarios subalternos que colaboren con él en el gobierno, ejerzan con él la justicia y participen en la administración de todas las demás cuestiones de público interés. Porque una sola persona, aun cuando se tratare de la más bien dispuesta y de mayor vigor que todas las demás, no sería suficiente frente a la magnitud y multitud de los asuntos, y sucumbiría ante el peso de los que día a día se precipitarían sobre él de todas partes, a menos que cuente con asistentes, escogidos todos entre los de mejor condición por su prudencia, capacidad, justicia y piedad; y porque éstos no sólo rehuyen la arrogancia sino la detestan además como a un enemigo y un inmenso mal.[92]
[92] Éx. XVII. Las consideraciones del parágrafo y las que siguen se basan en el consejo de Jetró a Moisés, a que se refiere Filón en el parágrafo 173.

171. Dispuestos al máximo a contribuir a hacer más liviano y llevadero su cometido, están en condiciones de ser colaboradores y asistentes de un hombre de relevantes condiciones morales que lleva sobre sí la responsabilidad de los asuntos públicos. Además, como de esos asuntos unos son más importantes y otros menos, estos últimos, para no gastar su tiempo en cosas de poca importancia, los puede dejar con todo derecho en manos de sus subordinados, en tanto que él podrá examinar personalmente los más importantes con sumo cuidado, como es su obligación.

172. Y no ha de entenderse por asuntos importantes, como piensan algunos, aquellos en los que se ventilan diferencias entre personas de alta alcurnia, entre ricos o entre magistrados, sino más bien aquellos en los que son personas comunes, de modestos recursos y obscura condición, las que disputan con otras más humildes aún; para las cuales la única esperanza de verse libres de irreparables sufrimientos es el juez.

173. De una y otra de las mencionadas disposiciones es posible hallar en las sagradas leyes claros ejemplos que bien merecen imitarse. Hubo, en efecto, una época en que Moisés arbitraba personalmente en las cuestiones de justicia, trabajando él solo desde el alba hasta la noche; pero más tarde, habiendo llegado su suegro y observado éste hasta qué punto estaba aquél oprimido por el peso de los pleitos, ya que permanentemente afluían los que tenían disputas, diole el excelente consejo de escoger delegados para que juzgaran en los casos menos importantes, reservándose él los de mayor importancia y procurándose ocasiones para el descanso.

174. Hizo caso Moisés de dichas reflexiones, que, por cierto, eran oportunas, y habiendo escogido a los de mayor prestigio entre todo el pueblo, los designó magistrados subordinados y jueces a la vez, mandando que los pleitos de mayor importancia los plantearan ante él.

175. El relato de este hecho está incluido en los sagrados libros para enseñanza de los gobernantes de cada generación, a fin de que, en primer lugar, no desdeñen a los consejeros, en la creencia de que son capaces ellos mismos de examinar todos los asuntos; ya que no los desdeñó Moisés, el omnisciente y amado de Dios; y en segundo lugar, para que escojan magistrados de segunda y tercera jerarquía, procurando así no descuidar los casos de mayor peso por destinar su tiempo a los de poca importancia. Porque es imposible que la humana naturaleza abarque la totalidad de las cosas.

176. XXXIV. Queda así expuesto uno de los dos ejemplos, y corresponde que lo complementemos con la evidencia contenida en el segundo. Dije que los juicios importantes son los que atañen a las personas más humildes. Ahora bien, la debilidad y la humilde condición son propias de la viuda, el huérfano y el forastero; y es para ellos para quienes corresponde que administre justicia el supremo rey, el que se halla investido del gobierno sobre todas las cosas, pues, como dice Moisés, tampoco Dios, el soberano del universo, los ha arrojado fuera de Su jurisdicción.

177. Efectivamente, cuando el sagrado intérprete canta un himno en alabanza de las excelencias del Que Es diciendo:[93] "Dios, el grande y poderoso, que no admira a las personas ni acepta presentes cuando lleva a cabo un juicio", agrega para quiénes es el juicio, que no es para sátrapas ni tiranos, ni para los que ejercen el poder en tierra y mar, sino para "el de origen extranjero, el huérfano y la viuda".
[93] Deut. X, 17 y 18.

178. Para el de origen extranjero,[94] porque ha convertido a los de su raza, a quienes normalmente debía tener como sus únicos aliados, en enemigos irreconciliables al emigrar hacia la verdad y hacia la honra del Único digno de ella, abandonando las míticas invenciones y la multiplicidad de soberanos que veneraron sus padres, sus abuelos, sus antepasados y todos los parientes, al partir hacia este hermoso exilio. Para el huérfano, porque, privado éste de padre v de madre, sus naturales protectores y defensores, carece de la única fuerza a la que correspondía la obligación de asumir su defensa. Y para la viuda, porque ha perdido a su esposo, quien había tomado a su cargo el cuidado y la asistencia que proporcionan los padres, pues en cuanto a 'protección el esposo es para la esposa lo que son los padres para la doncella.
[94] No todos los de origen extranjero, sino los conversos al judaismo. Ver *Sobre las virtudes,* nota 45.

179. Ahora bien, la nación judía, comparada con todas las naciones de todas partes, está prácticamente en la situación de un huérfano. Tales naciones, salvo cuando les sobrevienen

desgracias enviadas por Dios, no carecen, gracias a los vínculos que unen a los otros pueblos, de quienes las ayuden cooperando con ellas; a la nación judía, en cambio, nadie en absoluto le presta ayuda pues se gobierna por leyes distintas. Éstas son por fuerza dignas de admiración pues preparan para alcanzar el más alto grado de virtud, pero lo digno de veneración es austero, y gran parte de la humana turba rehuye la austeridad pues está inclinada al placer.

180. Sin embargo, de esa orfandad y soledad suya dice Moisés que siente permanente compasión el Soberano del universo, al que ella pertenece por haber sido apartada de entre todo el género humano como una primicia para el Hacedor y Padre.

181. La causa de este fueron las envidiables muestras de rectitud y virtudes de los fundadores de nuestra nación, las que como plantas perennes perduran produciendo para sus descendientes un fruto siempre lozano, salutífero y provechoso en todos los sentidos, aun cuando esos descendientes resultaren culpables, siempre que sus faltas fueren remediables y no totalmente irreparables.[95]
[95] Ver *Sobre los premios y los castigos* 166.

182. Empero nadie, pensando que la excelencia de su estirpe constituye un bien perfecto, menosprecie las nobles acciones; antes bien, reflexione que resulta ser merecedor de mayor cólera aquel que, descendiendo de antepasados excelentes, con su reprobable conducta cubre de vergüenza a quienes lo engendraron. Porque quien, teniendo modelos propios de probidad suma a los cuales imitar, no reproduce ninguno de ellos para dirigir rectamente su vida es culpable.

183. XXXV. En una prohibición sumamente justa la ley veda al que ha asumido la presidencia y dirección de los negocios públicos el "caminar con engaño entre el pueblo",[96] porque tal modo de proceder es propio de un alma servil y esclava en sumo grado, que disimula con hipocresía lo que trae entre manos.
[96] Lev. XIX, 16.

184. El gobernante debe obrar al frente de sus gobernados tal como lo hace un padre con sus hijos, para que también él sea respetado a su vez por ellos como por hijos de nobles sentimientos, puesto que los buenos gobernantes son, hablando con toda propiedad, los padres comunes de los estados y naciones, y ponen de manifiesto un afecto hacia ellos igual, y a veces mayor que el de los padres.

185. En cambio, a los que asumen grandes poderes para dolor y daño de sus gobernados es preciso llamarlos enemigos, no padres, ya que obran como mortales enemigos, aunque ciertamente aquellos que a su iniquidad suman el engaño son más viles aún que los que obran como adversarios descubiertos, como que frente a estos últimos es posible defenderse fácilmente por cuanto se trata de una hostilidad abierta y desnuda, en tanto que la maldad de los primeros es difícil de advertir y controlar, pues, como en el teatro, adoptan una apariencia diferente para disimular su verdadero aspecto.

186. Las condiciones específicas del mando se extienden y se introducen, diría yo, en todas las categorías de la vida, difiriendo solamente en jerarquía y en cantidad. En efecto, lo que es el rey para el estado, eso mismo es el jefe para la aldea, el amo para la casa, el médico para los enfermos, el general para el ejército, el almirante para la flota y sus tripulantes, y también el patrón de barcos para las naves de transporte y carga, y el piloto para los marineros. Todos ellos tienen poder tanto para bien como para mal, pero su deber es desear lo mejor y evitar el

daño a los que fuere posible.

187. Porque en ello consiste el seguir a Dios, quien, siéndole posible hacer una u otra cosa, quiere hacer solo el bien. Demuéstranlo la creación y ordenamiento del mundo, ya que llamó a la existencia a lo que no existía, creando del desorden el orden, de lo indeterminado las cualidades, de las disimilitudes las semejanzas, de las diferencias las identidades, de lo disociado y discordante la asociación y la armonía, de la desigualdad la igualdad, y de las tinieblas la luz. Porque perpetuamente Él y Sus benefactoras potencias [97] cuidan solícitos de que lo defectuoso de cuanto es inferior en lo existente se transforme en una forma superior de existencia.

[97] Ver *Sobre la huida y el hallazgo* 95 y ss.

188. XXXVI. Esto es lo que deben imitar los buenos gobernantes, si es que realmente existe en ellos la preocupación por tratar de asemejarse a Dios. Pero, puesto que innumerables son las cosas que se le escapan y pasan inadvertidas a la humana inteligencia por estar ésta prisionera de la tan grande turba de los sentidos, turba hábil en seducciones y engaños mediante falsas opiniones; o más bien enterrada en un cuerpo mortal, al que con todo acierto cabría llamar tumba;[98] ningún juez debe avergonzarse de confesar que ignora algo, si realmente lo ignora.

[98] Juego de palabras entre *soma* = *cuerpo,* y *sema* = *tumba,* tomado de Platón, Cratilo 400 b y Gorgias 493 a. Ver *Interpretación alegórica* I, 108.

189. En primer lugar, porque el que sostiene falsedades llegará a ser él mismo peor de lo que es, como que desterrará a la verdad fuera de los límites de su alma. En segundo lugar, porque, al pronunciar sus sentencias a ciegas por no distinguir lo justo de lo que no lo es, causará incontables daños a los juzgados por él.

190. Cuando, pues, considerare incierta la aprehensión de los asuntos que traen aparejadas incertidumbre y grande oscuridad, es su deber renunciar a juzgar esos casos y remitirlos a jueces con mayor discernimiento.[99] ¿Y quiénes pueden ser estos jueces sino los sacerdotes y el director y jefe de los sacerdotes?

[99] Deut. XVII, 8 y 9.

191. Los genuinos ministros de Dios, en efecto, aguzan su entendimiento cuidadosamente por entender que el error más insignificante no es un error pequeño en razón de las superlativas excelencias, patentes en todos los casos, del Rey a quien sirven, circunstancia que explica la prescripción según la cual todos los sacerdotes deben sacrificar en estado sobrio, a fin de que ningún veneno de los que hacen perder la razón y delirar penetre furtivamente en ellos y oscurezca los ojos de su inteligencia.

192. Otra razón bien podría ser el hecho de que el sacerdote de verdad es necesariamente profeta, que ha llegado al servicio del verdaderamente Existente no por razones de estirpe sino por su mérito personal; y para un profeta nada es desconocido pues lleva consigo un sol intelectual y una claridad sin sombras para la aprehensión de las cosas invisibles para los sentidos pero aprehensibles por la inteligencia.[100]

[100] Aquí concluyen las disquisiciones sobre el justo soberano o juez, y el resto del tratado se ocupa de diversas materias tocantes a la justicia.

193. En cuanto a aquellas personas que manejan balanzas, pesas y medidas, es decir, los mercaderes, los comerciantes menores, los vendedores al menudeo y todos los demás que

venden las cosas útiles para la vida, sólidas o líquidas, los inspectores de mercado se encargan de controlarlos; pero, si son prudentes, deben ser ellos mismos los que se controlen, y proceder con justicia no por temor sino por libre determinación. El recto proceder es tenido en mayor estima en todas partes si obedece a la propia decisión que si es impuesto por la necesidad.[101]
[101] Lev. XIX, 35 y 36 y Deut. XXV, 13 a 15.

194. Por eso la ley prescribe a los mercaderes, a los comerciantes y a cuantos otros han escogido este sistema de vida proveerse de pesas, balanzas y medidas justas, sin recurrir a ningún artificio que perjudique a los compradores; y decir y hacer cada cosa con espíritu honrado y sincero, reflexionando que las ganancias injustas son inmensamente dañosas, mientras que la riqueza alcanzada con justicia jamás nos será arrebatada.

195. XXXVII. Teniendo presente que a los trabajadores se les asignan pagas como recompensa por su aplicación al trabajo, y que las personas que trabajan son aquellas que tienen necesidades y no las que poseen inagotables recursos, el legislador manda no diferir los pagos sino entregar el mismo día la paga convenida.[102] Es que sería absurdo que los pudientes se beneficiaran a expensas del servicio délos pobres, y que, a pesar de vivir en la abundancia, no retribuyeran de inmediato a los indigentes con las recompensas debidas a sus servicios.
[102] Lev. XIX, 13 y Deut. XXIV, 15. Ver *Sobre las virtudes* 88.

196. ¿No son estas normas claras advertencias tendientes a proteger contra mayores injusticias? Porque el que ni siquiera permite que la paga, que de todos modos ha de ser entregada, sea diferida, y ha fijado como plazo el anochecer,[103] momento en el que el trabajador, al marcharse a su casa, deberá recibir la retribución; quien tal cosa establece, digo, ¿no prohíbe más aún el hurto, el robo, el no reconocimiento de deudas y todos los delitos semejantes a éstos, modelando y formando de ese modo al alma con la legítima forma de la probidad misma?
[103] Deut. XXIV, 15.

197. XXXVIII. Otra excelente disposición es aquella [104] según la cual ninguno debe injuriar ni difamar a nadie, en especial si se trata de un sordomudo, que no puede percibir las palabras con que se atenta contra él ni defenderse con los mismos medios en pie de igualdad. Ninguna contienda, en efecto, repugna más a la equidad que aquella en la que a una de las partes le está asignado el papel activo y a la otra solo el pasivo.
[104] Lev. XIX, 14.

198. Un daño similar al de los que difaman a los mudos e incapacitados para oír causan los que provocan caídas a los ciegos o ponen cualquier otro tipo de obstáculos a su paso.[105] Porque fatalmente a los que son incapaces de sortearlos por ignorar su existencia les sucederán dos cosas: extraviarán su camino y se lastimarán los pies. [106]
[105] Lev. XIX, 14.
[106] Deut. XXVII, 18.

199. A los que se dan a hacer tales cosas y ponen especial empeño en ello la ley los amenaza con el terror que de Dios procede; cosa razonable y conveniente por cuanto solo Él extiende Su mano sobre los incapaces de defenderse y los protege. Y son prácticamente una abierta declaración contra tales autores de iniquidades éstas sus palabras:

[200] Consideráis, oh vacíos de entendimiento, que aquellos a los que perjudicáis no lo

advierten cuando tomáis sus desgracias por blanco de vuestras chanzas y cometéis maldades contra aquellas partes suyas en las que la desventura ha caído sobre ellos, contra sus oídos mediante difamaciones, y contra sus ojos haciendo que resbalen sus pies. Pero jamás pasaréis inadvertidos para Dios, que supervisa y controla todas las cosas, cuando abuséis de los infortunios de hombres desdichados, como si vosotros estuvierais libres de llegar a padecer parecidas calamidades, cuando en realidad os envuelve un cuerpo expuesto a ser presa de toda suerte de enfermedades, y vuestros sentidos son perecederos, pudiendo una pequeña y fortuita circunstancia no solo debilitarlos sino también hacerlos sufrir mutilaciones irreparables.

201. Estos tales, pues, olvidados sin duda de su propia condición, piensan que sus ilustres personas están por sobre la natural debilidad de los hombres y a salvo de las inciertas e imprevisibles acechanzas del destino; pero éste ha lanzado muchas veces súbitas calamidades también sobre los que atravesaban el mar de la vida prósperamente, y los ha sumergido cuando se hallaban casi en los mismos puertos de la felicidad. Siendo así, ¿a qué viene ese jactarse y abusar de las desdichas ajenas sin respetar ni siquiera a esa asesora del Soberano del universo que es la justicia, a la que compete examinar a fondo con ojos que nunca reposan y sumamente penetrantes, incluso las cosas que yacen en las profundidades, como si estuvieran a plena luz solar?

202. Estos hombres, movidos por una crueldad sin límites, ni siquiera a los muertos, creo yo, se abstendrían de dañar y no tendrían escrúpulos en inmolar cadáveres, como se dice comúnmente, puesto que se permiten recrearse ultrajando a partes que en cierto modo están muertas ya;[107] pues cadáveres son los ojos que no ven y los oídos que no oyen. De donde infiérese que, si aquel de quien estos sentidos son partes fuere eliminado de entre los hombres, ellos pondrían de manifiesto su natural despiadado e implacable no dándole el trato humano y compasivo que se observa para con los caídos, incluso por parte de los enemigos en las guerras sin tregua. Y ya es bastante sobre este tema.

[107] Ver Sobre *las leyes particulares* II, 94 y 95.

203. XXXIX. Establece también el legislador [108] una bien trabada serie de prescripciones del mismo carácter al prohibir el aparear las reses con animales de otra raza, el sembrar el viñedo para producir dos clases de frutos, y el vestir la adulterada obra que es una túnica tejida con dos materiales distintos. La primera de estas prohibiciones ha sido mencionada en las consideraciones relativas a los adúlteros,[109] con ánimo de poner más claramente de relieve la obligación de no atentar contra matrimonios ajenos corrompiendo las costumbres de las mujeres y malogrando las honradas esperanzas de engendrar hijos legítimos. Porque al prohibir los apareamientos entre animales irracionales de diferentes especies, cabe suponer que la ley tiende indirectamente a poner freno a los adulterios.

[108] Lev. XIX, 19 y Deut. XXII, 9 a 11.
[109] Ver *Sobre las leyes particulares* III, 46 y ss.

204. Mas, también ahora al referirnos a la justicia, es preciso mencionarla, porque no se debe desperdiciar la oportunidad de aplicar el mismo pasaje a más de un asunto si ello es posible. Pues bien, reunir en un mismo conjunto las cosas que pueden asociarse es legítimo, y son asociables por naturaleza las que son de un mismo género, en tanto que, por el contrario, a las de distinto género no cabe mezclarlas ni asociarlas, y quien maquina ilegítimas uniones entre ellas obra injustamente pues da por tierra con una ley de la naturaleza.

205. Pero tan grande es la preocupación por lo justo que encierra la verdaderamente sagrada ley, que ni siquiera permite que la tierra sea arada por animales de desigual fuerza, y ha

prohibido que sean uncidos para la labranza bajo un mismo yugo un asno y un becerro, a fin de que la bestia más débil, forzada a competir con la sobrante fuerza de la más vigorosa, no sea vencida por la fatiga y sucumba.

206. Por cierto que el animal más vigoroso de los dos, el toro, está registrado en la lista de los animales puros, y el más débil, el asno, en la de los impuros; pero, a pesar de eso, la ley no ha negado la ayuda de la justicia a los que evidentemente son de un orden inferior, con lo que brinda, entiendo yo, una provechosísima enseñanza a los jueces, para que en los juicios, en los que no es la estirpe sino las buenas o malas acciones lo que se juzga, no coloquen en un plano de inferioridad a los de humilde origen.[110]

[110] Ver *Sobre las virtudes* 146, donde se habla de un *buey y* un asno.

207. Similar a éstos es también la prescripción última de las relativas a las cosas dispuestas en un mismo conjunto, es decir, la que prohíbe que sean hiladas conjuntamente las sustancias de distinto género que son la lana y el lino. En el caso de estas sustancias no es, en efecto, solo la diferencia entre ambas lo que impide asociarlas, sino también la superior solidez de uno de ellos, la que produce más bien una rotura que una unificación cada vez que se precisa usarlos.

208. XL. Entre el primero y el último de los tres preceptos relativos a la disposición conjunta está el que prohíbe sembrar un viñedo para producir dos clases de frutos. Tiende esta prohibición en primer lugar a evitar que sean mezcladas y confundidas cosas que son de distinto género, puesto que los sembrados no están relacionados con los árboles, ni los árboles con los sembrados, razón por la cual la naturaleza no ha fijado la misma época para la anual producción de unos y otros, sino ha asignado a los sembrados la primavera como tiempo oportuno para la cosecha, y a los árboles el final del verano como época de la recolección de sus productos.

209. Así, vemos que por la misma época en que los sembrados, que han llegado a su pleno desarrollo tiempo atrás, se secan; los árboles, en cambio, que han estado secos, germinan. En invierno, en efecto, mientras los árboles se despojan de sus hojas, los sembrados florecen, y en primavera, al revés, mientras todos los sembrados se van secando, germinan ambas especies de árboles, los cultivados y los silvestres; y es casi el mismo el tiempo en que los frutos de los sembrados alcanzan su plena madurez y aquel en que los de los árboles comienzan a desarrollarse.

210. Razón tuvo, por lo tanto, el legislador al separar y apartar unas de otras, cosas tan ajenas entre sí por sus naturalezas, por sus germinaciones y por las estaciones en que dan sus respectivos frutos, introduciendo el orden en el desorden; pues el orden está estrechamente vinculado a la regularidad universal, en tanto que el desorden lo está al caos.[111]

[111] "Regularidad universal" y "caos" son dos expresiones españolas a las que he recurrido a falta de otras más cómodas o precisas, para traducir los términos *taxis = colocación de cada cosa en su puesto o lugar,* y su antónimo *aiaxía* respectivamente.

211. El segundo propósito fue evitar que cada una de las dos especies sea dañada y dañe a su vez a la otra al atraer hacia sí cada una de ellas el alimento de la otra. Porque, si dicho alimento se reparte en porciones pequeñas, todas las plantas, como los hombres en las épocas de escasez y hambre, perderán irremediablemente todo su vigor, y o se tornarán estériles al punto de no producir fruto alguno, o jamás producirán frutos de buena calidad debido a la debilidad causada por la falta de alimentos.

212. La tercera razón fue evitar que la tierra fértil se viera oprimida por cargas sumamente pesadas, consistentes una de ellas en la compacta e ininterrumpida densidad de las plantas sembradas y desarrolladas en el mismo lugar; y la otra en la duplicada producción de frutos. Porque es suficiente para el propietario obtener de un único terreno un único tributo anual, tal como para un rey lo es el recibir uno solo de una ciudad. Intentar recoger más de una contribución es resultado de una excesiva avaricia que hasta con las leyes de la naturaleza da por tierra.

213. Por ello bien podría decir la ley a los que se inclinan a sembrar sus viñedos con ambiciosas miras: No seáis peores que los reyes que han llegado a dominar ciudades y países mediante las armas y las expediciones militares. Ellos, en previsión del futuro y, a la vez, para ahorrar cargas a sus súbditos, consideran que deben recaudar un solo tributo anual, calculando que así en ningún caso los llevarán a una extrema indigencia a cambio de una corta ventaja.

214. Si, en cambio, vosotros exigís de un mismo suelo las contribuciones del trigo y de la cebada en primavera, y las de los árboles frutales en verano, lo arruinaréis bajo el peso de duplicados tributos. Porque es natural que quede exhausto como un atleta al que no se permite un respiro ni la posibilidad de reunir fuerzas para emprender una segunda lucha.

215. Mas, evidentemente, os olvidáis con facilidad de las prescripciones que yo he establecido para común provecho.[112] Si, al menos, hubierais recordado mi disposición relativa al séptimo año, año en el que he considerado que la sagrada tierra debe ser dejada en reposo, sin que la fatiguen ninguna de las labores agrícolas, teniendo en cuenta los seis años de trabajos que ha soportado produciendo frutos en las épocas del año determinadas por las leyes de la naturaleza; no hubierais planeado, impulsivamente e inclinados a complacer vuestros ambiciosos deseos, inusitadas formas de cultivo consistentes en sembrar semillas en un terreno apto para la plantación de árboles y viñas en especial, con la intención de aumentar vuestros bienes mediante dos ingresos anuales, ambos injustos, acopiando así dinero movidos por esa ilegal pasión que es la avaricia.

[112] Ver *Sobre las leyes particulares* II, 87 a 93.

216. Porque, si alguien es capaz de soportar el conceder reposo a los campos de su propiedad en el séptimo año, dejando así de percibir las rentas a fin de que la tierra se reponga de sus pasadas labores, ese tal no aceptaría oprimirla y agobiarla con una doble carga.

217. En consecuencia, forzoso ha sido que yo declarara que son sacrílegos e impuros tanto la producción como el fruto de lo sembrado,[113] dado que la fuerza creadora que encierra la tierra fértil es, por así decir, estrangulada y ahogada, y porque el propietario que da rienda suelta a sus injustas pretensiones sin confinarlas dentro de moderados límites, procede erradamente y sin moderación con los dones de Dios.

[113] Deut. XXII, 9.

218. ¿No merecen, acaso, ser amadas apasionadamente leyes tales como éstas, que implican el repudio y rechazo del frenético deseo de ganancias a expensas de otros hombres? Porque aquel que ha aprendido como simple particular a no procurarse injustas ganancias tratándose de plantas, si llegare a ser rey y a tomar a su cargo asuntos de superior importancia, obrará conforme con su costumbre en lo que respecta tanto a los hombres como a las mujeres, no exigiendo tributos dobles a sus súbditos para sumirlos en la desgracia a fuerza de contribuciones. La costumbre largamente ejercitada tiene, efectivamente, la virtud de suavizar los temperamentos duros y de ser, en cierto modo, una tutora y modeladora de mejores rasgos

en ellos; y rasgos superiores son los que imprime en el alma el sello de la justicia.

219. XLI. Estas son las leyes prescriptas a cada persona en particular, pero hay otras más universales, que el legislador da a toda la nación en común, indicando cómo se ha de tratar no solo a los amigos y aliados, sino también a aquellos que se han apartado de su alianza.[114]
[114] Deut. XX, 10 y ss.

220. Si éstos, dice la ley, se rebelaren y se encerraren dentro de sus murallas, vuestra bien armada fuerza de combate deberá avanzar provista de sus elementos de guerra; y tras establecer el campamento en torno de ellas no habrá de apresurarse, sino se mantendrá a la espera sin conceder su indulgencia a la cólera en detrimento del acatamiento debido a la razón, a fin de emprender con más firmeza y calma lo que ha de ejecutar.

221. Y así, enviará de inmediato heraldos para que les ofrezcan las condiciones de paz y al mismo tiempo les hagan ver la capacidad combativa de las fuerzas apostadas en las cercanías. Y si aquellos, arrepentidos, de sus actos de rebelión, cedieren y se decidieren ya por la paz, habrán de aceptar los nuestros el convenio acogiéndolo favorablemente, porque la paz, aun cuando trajere aparejados perjuicios,[115] es más ventajosa que la guerra.
[115] Deut. XX, 11.

222. Mas, si los contrarios llevaren hasta una insana temeridad su osadía, los nuestros, fortalecidos por sus ardorosos impulsos y teniendo de su parte a la invencible aliada que es la justicia, habrán de lanzarse al ataque y plantar sus máquinas de sitio contra las murallas; y luego, una vez que hubieren abierto brechas en partes de ellas, se precipitarán en masa, y arrojando con vehemencia certeros dardos y tronchando vidas con sus espadas, y se vengarán sin compasión alguna, tratando a sus enemigos tal come» hubieran sido ellos tratados por los mismos, hasta convertir todo el ejército adversario en un montón de muertos.[116]
[116] Peut. XX, 13.

223. Y una vez tomados la plata, el oro y el resto del botín, habrán de poner fuego a su ciudad y reducirla a cenizas a fin de que no pueda de nuevo la misma ciudad levantarse y rebelarse después de tomarse un respiro, y para que el miedo sirva de advertencia a las poblaciones vecinas, pues los hombres ante las desgracias de los demás aprenden a ser prudentes.
A las doncellas y esposas, en cambio, las habrán de dejar libres, teniendo presente que de parte de ellas no habrán de sufrir cosa alguna de todas las que acarrea la guerra, por cuanto a causa de su natural debilidad se considera que debe eximírselas de sus obligaciones militares.

224. De esto se desprende claramente que la nación judía abriga buenas disposiciones de paz, y es amiga de todas las que comparten ese criterio y son pacíficas por principios; y además que no es despreciable, de modo que por cobardía ceda ante los que emprenden injustas agresiones. Mas, cuando se lanza a la lucha, establece diferencias entre los que viven abrigando intenciones hostiles y los que están en el caso opuesto.

225. Porque el desear la muerte para todos, aun para aquellos cuya falta es mínima o que no han cometido falta alguna, yo diría que es propio de un alma salvaje y brutal, y esto reza también con los que consideran que las mujeres, cuya vida es de paz y de hogar por naturaleza, son colaboradoras de los hombres en los preparativos bélicos.

226. Tan grande es el amor por la justicia que procura inculcar la ley en aquellos que se gobiernan por sus prescripciones, que ni siquiera permite que se proceda a arruinar la tierra

arable de un estado enemigo devastándola o talando los árboles para arruinar la producción de frutos.[117]

[117] Deut. XX, 19 y 20.

227. Dice, en efecto: ¿Por qué habrás de ser rencoroso con las cosas sin vida y apacibles por naturaleza además y productoras de dulces frutos? Porque, ¿acaso, buen hombre, un árbol puede manifestar la hostilidad propia de un hombre enemigo, para que tú lo abatas desde sus mismas raíces en castigo por lo que está haciendo o se apresta a hacer?

228. Por el contrario, brinda beneficios proporcionando a los vencedores abundantes cosas necesarias y también de las que hacen placentera la vida.[118] Porque no solo los hombres pagan tributos a sus soberanos; también lo hacen las plantas en el curso de las estaciones del año, y tributos más provechosos aún, como que sin ellos no es posible vivir.

[118] Ver *Sobre las virtudes* 150 y ss. y *Sobre los premios y los castigos* 107.

229. En cambio, si se tratare de árboles improductivos, estériles,así xomo de todos los de tipo salvaje, no tienen por qué quedarse cortos quienes desearen talarlos para hacer empalizadas, estacas y palos para defensas, y cuando la ocasión lo exigiere para fabricar escaleras y torres de madera; pues para estos y otros fines similares puede el uso de los mismos resultar provechoso.

230. XLII. Queda, pues, dicho cuanto tiene relación con la justicia. Pero a la justicia misma, ¿qué poeta o escritor podría dignamente celebrarla, estando como está por sobre toda alabanza y toda ponderación? Una sola de sus excelencias, ciertamente, la más alta: su excelsa estirpe, aunque se pasare por alto y callare el resto de ellas, podría constituir un motivo de elogio más que suficiente.

231. Porque la madre de la justicia, como nos lo han transmitido los profundos conocedores de las cosas de la naturaleza,[119] es la igualdad.[120] Y la igualdad es una luz sin sombras; un sol aprehensible por la inteligencia podríamos llamarlo con toda verdad; del mismo modo que, a la inversa, la desigualdad, en la que se dan tanto el exceso como la falta, es principio y fuente de tinieblas.

[119] Los pitagóricos al parecer.

[120] Ver *Sobre la plantación* 122.

232. Todas las cosas, así en el ámbito celestial como en el terrestre, han sido rectamente ordenadas por la igualdad según leyes y normas inmutables. ¿Quién, en efecto, ignora el hecho de que la medida de los días con respecto a las noches, y de las noches con respecto a los días está determinada por el sol conforme a la igualdad de intervalos proporcionales?

233. A tal punto la naturaleza ha marcado cada año los equinoccios de primavera y de otoño, llamados equinoccios por lo que en ellos tiene lugar,[121] que aún los menos instruidos perciben la igualdad entre la duración de los días y de las noches.

[121] En griego *isemería = día igual* (a la noche); en latín *equinoctium = noche igual (al día).*

234. ¿Y qué? ¿Acaso no estián regulados por la igualdad los intervalos de los ciclos de la luna en la doble marcha desde la conjunción hasta su plenitud, y desde su plenitud hasta la conjunción? Porque, tanto en su proceso de crecimiento como en su etapa de decrecimiento, son iguales los tamaños y la duración de sus faces, es decir, los dos aspectos de la cantidad: el número y el tamaño.

235. Y así como en la parte más pura de cuanto existe, el cielo, la igualdad es objeto de una especial distinción; otro tanto sucede en la porción vecina a él, vale decir, en el aire. Habiendo sido, en efecto, dividido el año en los cuatro períodos llamados estaciones del año, sucede que los naturales cambios y transformaciones del aire ponen de manifiesto un inefable orden en medio del desorden. Igual es, en efecto, el número de meses en que se dividen el invierno, la primavera, el verano y el otoño, tres para cada estación, con los que se forma el año completo. Este, a su vez, como lo indica su nombre,[122] contiene en su transcurso total todas las cosas dentro de sí, lo cual no hubiera podido lograrse de manera distinta, es decir, si no hubiera contado para ello con las estaciones anuales.

[122] *Eniautós,* que según la peregrina etimología que da Platón, en Cratilo 410 d, no sería sino la primera parte de una frase cuyo segundo elemento sería el otro término con el que los griegos designaban al año: *étos.* La frase de marras sería *eniautós étos = que controla en sí mismo,* ya que *eniautós* es como decir en *heautói — en sí mismo, y étos* vendría de *etázon = que controla.*

236. Mas también a las regiones terrestres se extiende la igualdad desde las celestes y aéreas, ya que la parte pura de su naturaleza, estrechamente emparentada con el éter, la eleva hacia las alturas, pero la otra envíala sobre la tierra, al modo del sol, como un rayo de luz, como una segunda claridad.

237. Todo, en efecto, cuanto es defectuoso en nuestra existencia es obra de la desigualdad; todo, en cambio, lo que se caracteriza por poseer un orden apropiado es fruto de la igualdad, la que en el plano de la realidad universal es llamada con todo acierto orden,[123] y en el plano de los estados es la democracia,[124] el mejor legislado y más excelente de los sistemas políticos; en tanto que en los cuerpos es la salud, y en las almas una conducta intachable; como que, a la inversa, la desigualdad es origen de enfermedades y vicios.

[123] En griego *kósmos* = *mundo,* que etimológicamente significa orden.

[124] Ver Sobre *la inmutabilidad de Dios* 176, *Sobre la agricultura* 45, Sobre *la confusión de las lenguas* 108, Sobre *Abraham* 242 y Sobre *las virtudes* 180.

238. El tiempo le resultaría corto, aun a quien viviere una larga vida, si quisiere referirse a todas las alabanzas sobre la igualdad y su hija la justicia. Por eso me parece mejor contentarme con las que se acaban de exponer con el fin de estimular la memoria de los amantes del saber, y no referirme a las restantes; que por otra parte se hallan registradas en sus almas como Divinos ornamentos [125] en el más santo de los lugares.

[125] Ver el parágrafo 70.

OBRAS COMPLETAS DE

FILÓN DE ALEJANDRÍA



Traducción directa del griego, introducción y notas de

JOSÉ MARÍA TRIVIÑO

Catedrático de la Universidad Nacional de La Plata

Buenos Aires 1976

TOMO V

ÍNDICE

SOBRE LAS VIRTUDES (DE VIRTUTIBUS).. 3
SOBRE LA HUMANIDAD O FILANTROPÍA 10
SOBRE EL ARREPENTIMIENTO.. 30
ACERCA DE LA NOBLEZA 32

SOBRE LOS PREMIOS Y LOS CASTIGOS (Y LAS MALDICIONES) (DE PRAEMIIS ET POENIS) (ET EXSECRATIONIBUS) 40

TODO HOMBRE BUENO ES LIBRE (QUOD OMNIS PROBUS LÍBER SIT) 68

SOBRE LA VIDA CONTEMPLATIVA O SOBRE LOS SUPLICANTES (DE VITA CONTEMPLATIVA)... 94

SOBRE LA INDESTRUCTIBILIDAD DEL MUNDO (DE AETERNITATE MUNDI) ... 109

FLACO (IN FLACCUM)... 136

HIPOTÉTICAS (APOLOGÍA DE LOS JUDÍOS) (APOLOGÍA PRO IUDAEIS) 167

SOBRE LA PROVIDENCIA (DE PROVIDENTIA).. 175
Primer fragmento 175
Segundo fragmento 176

SOBRE LA EMBAJADA ANTE CAYO (DE LEGATIONE AD GAIUM)....................... 190

SOBRE LAS VIRTUDES

(DE VIRTUTIBUS)

Sobre la valentía, la piedad, la humanidad y el arrepentimiento,[1] *virtudes que, juntamente con otras, describió Moisés.*
[1] El subtítulo es la traducción del texto adoptado por Cohn y seguido por Colson. Los manuscritos presentan diversas variantes que no han permitido a los estudiosos alcanzar un criterio unánime respecto de su verdadero texto. Ver la nota 22.

Sobre la valentía o fortaleza
1. I. Habiéndome referido en el anterior tratado a la justicia y a cuanto era oportuno decir a propósito de ella, paso a tratar, entre las virtudes que siguen, la valentía, no esa que los más tienen por tal, vale decir, el frenesí por la lucha, cuyo consejero es la cólera, sino la que es conocimiento.[2]
[2] Ver *Sobre las leyes particulares* I, 68 y IV, 145, donde se cita también esta definición de valentía tomada del estoicismo. Ver también Platón, Lajes 196 d a 199 e.

2. No faltan, ciertamente, quienes, excitados por la temeridad y asistidos por la fuerza corporal, pertrechados para la guerra con sus armaduras completas, han derribado en general matanza un inmenso número de contrarios, ganándose de ese modo el impropio aunque bien sonante renombre de valerosos, no obstante que, aun cuando son reputados sobremanera gloriosos por los jueces en la materia, su natural condición y la práctica los ha convertido en seres salvajes y bestiales, sedientos de sangre humana.

3. Pero hay otros hombres que, aunque pasan sus días dentro de sus casas, con sus cuerpos descarnados a causa de largas enfermedades o por el peso de la vejez; pero sanos y jóvenes, sin embargo, en la parte superior del alma,[3] llenos de sensatez y rebosantes del más resuelto coraje, sin echar manos, ni en sueños, a las armas de defensa; muchas veces con iniciativas provechosísimas para la comunidad, consistentes en excelentes consejos, han remediado críticas situaciones de los asuntos privados de cada uno en particular, y de los negocios públicos de sus países, ajustándose, sin menoscabarlas ni desvirtuarlas nunca, a sus convicciones acerca de lo provechoso.
[3] O tal vez: "en su parte superior, es decir, el alma", para lo cual habría que modificar levemente el texto griego.

4. Éstos, los aplicados a la práctica de la sabiduría, son, pues, los cultores de la verdadera valentía; los otros, los que viven en esa casi incurable enfermedad que es la ignorancia, cultivan la falsamente llamada valentía, la que bien podría denominarse temeridad, la valentía de mala ley, como se dice hablando de monedas, mera apariencia de la verdadera imagen.

5. II. Hay además en el curso de la vida humana otras no pocas situaciones reconocidas como difíciles de afrontar, tales como la pobreza, el descrédito, la pérdida de miembros o sentidos, y las variadas formas de enfermedad. Ante ellas los escasos de inteligencia muestran debilidad y no son siquiera capaces de sobreponerse pues están dominados por la cobardía; mientras que los llenos de sabiduría y nobleza reaccionan valerosamente y las afrontan con grande vigor, tomando las consecuencias y amenazas de las mismas por cosa harto digna de risa y chanza. A la pobreza oponen ellos la riqueza, no la riqueza ciega sino la de aguda mirada,[4] cuyos ornatos y tesoros tienen por natural depósito al alma.

6. La pobreza, en efecto, ha postrado a innumerables hombres, los que sucumbieron, cual atletas exhaustos, debilitados por la falta de coraje; no obstante que a juicio de la verdad ningún hombre en absoluto es pobre, por cuanto tiene por proveedora a la riqueza de la naturaleza,[5] de la que no puede ser privado, riqueza constituida por el aire, el primero, más necesario y perpetuo alimento, que respiramos incesantemente día y noche; también por fuentes copiosas y por las corrientes siempre fluyentes de los ríos, tanto de los que son alimentados por las lluvias invernales como de los que nacen en fuentes del país, fuentes y comentes que proveen de bebida; y además por las cosechas de toda suerte de sembrados y las diferentes clases de árboles que siempre producen sus otoñales frutos año tras año, sembrados y árboles que nos procuran comida. Nadie, ciertamente, carece de estas cosas, antes bien, todos y en todas partes cuentan con una grande y hasta superflua abundancia.
[5] Platón, Leyes 631 c. Ver *Sobre las leyes particulares* I, 25.
[6] Ver *Sobre los premios* 99, y *Sobre los sueños* I, 124 y ss.

7. Algunos, empero, desdeñando la riqueza de la naturaleza, persiguen la de las vanas opiniones. Optan por la riqueza ciega, desechando la dotada de visión, y por valerse de un guía ciego están fatalmente destinados a caer.

8. III. Me he referido ya a la riqueza que sirve para preservar al cuerpo, riqueza que es un don que nos procura la naturaleza; pero debemos mencionar a la más elevada, la que no a todos es dado poseer sino a los hombres verdaderamente nobles e inspirados por Dios. Esta riqueza la brinda la sabiduría a través de las doctrinas y principios de la lógica, la ética y la física,[6] de los cuales proceden las virtudes, las cuales extirpan del alma la insensatez del derroche, engendrando en ella el amor por la conformidad con la propia suerte y la frugalidad, que habrán de asemejarla a Dios.
[6] Ver *Sobre las leyes particulares* I, 336.

9. Dios, en efecto, está libre de necesidades pues no ha menester de cosa alguna, siendo Él mismo totalmente suficiente para Sí. Por el contrario, el hombre vil tiene necesidad de muchas cosas, pues siempre está sediento de aquello que no posee, a causa de un deseo que no se sacia ni harta y que él mismo enciende y aviva como un fuego, persiguiendo todas las cosas grandes y pequeñas, en tanto que el hombre virtuoso tiene pocas necesidades, estando en una situación intermedia entre la naturaleza inmortal y la mortal; ya que a causa de su cuerpo mortal tiene esas necesidades, y como su alma está ansiosa de inmortalidad las tiene en moderada escala.

10. En esto piensan los sabios cuando oponen la pobreza a la riqueza, y la gloria[7] a la oscura condición, porque la alabanza que tiene por punto de partida el proceder intachable, del que ella mana como de una fuente de perennes aguas, no frecuenta la compañía de las multitudes de hombres superficiales, los que acostumbran poner al desnudo los desequilibrios de sus almas mediante inconsistentes palabras que en ocasiones no se ruborizan de vender a trueque de vergonzosas ganancias para ataques contra las personas de superior condición. El número de estas personas es corto, en cambio, ya que la virtud no es muy frecuente hallarla dentro de la especie mortal.
[7] La verdadera gloria o buena fama, la que resulta del mérito personal y tiene por tal el sabio.

11. A la privación de algunos sentidos, y al vivir en esas condiciones, que constituye para muchísimas personas una muerte prematura por no poder hallar remedio que ponga coto a su mal, opónenle la sabiduría, la cualidad sobresaliente entre todas las que poseemos, la que abre

los ojos de la inteligencia, la que en cuanto a agudeza de visión deja atrás, como suele decirse, a los ojos del cuerpo total y completamente.[8]

[8] Expresión proverbial tal vez.

12. Porque, mientras los ojos del cuerpo contemplan lo que aparece en la superficie de las cosas visibles, y necesitan cuando lo hacen de la luz que procede del exterior; la inteligencia, en cambio, penetra en las profundidades de las cosas materiales observándolas todas a través de cada una de sus partes, y examina además la naturaleza de las cosas inmateriales, para cuyo examen los sentidos son impotentes. Encierra ella, en efecto, prácticamente toda la agudeza de visión del ojo, mas sin necesidad de una luz bastarda,[9] pues ella misma es una estrella, casi una réplica e imagen de los astros del cielo.

[9] La luz física o solar, no procedente del que la emplea sino prestada.

13. En cuanto a las enfermedades de los cuerpos, muy poco dañas ellas si el alma está sana. Y la salud del alma consiste en una buena combinación de sus facultades: la impulsiva,[10] la apetitiva y la racional, con predominio de la racional, la que conduce a las otras dos de las riendas, como a corceles rebeldes.

[10] O colérica.

14. El nombre propio de esta salud es *sophrosyne*, pues ella trae aparejada la preservación de uno de nuestros poderes, el de pensar sabiamente.[11] A menudo, en efecto, cuando este pensar corre peligro de ser sumergido por el torrente de las pasiones, ella impide que se precipite en las profundidades y lo atrae hacia arriba y eleva hacia lo alto reanimándolo e infundiéndole nueva vida y haciéndolo en cierto modo inmortal.

[11] Intraducible juego de palabras, que Platón, seguramente en broma, utiliza en Cratilo 411 e, emparentando etimológicamente *sophrosyne — sensatez, prudencia o moderación,* con *sotería phroneín* = *salvaguardia del pensar*.

15. Todas las prescripciones y enseñanzas mencionadas están registradas en muchos lugares de nuestra legislación, en los que ellas estimulan con la debida blandura a los fáciles de persuadir, y con suficiente severidad a los rebeldes a la persuasión, para que desprecien las cosas corporales y exteriores, y considerando que la única meta de la vida es la virtud, persigan también con ardor todas las demás cosas que conducen a ella.

16. Y por cierto que, si a lo largo de mis anteriores escritos no hubiera expuesto detalladamente cada una de las normas que conducen a la modestia, procuraría extenderme en la presente ocasión entrelazando en una sola lista conjunta los preceptos que aparecen dispersos en distintos lugares. Pero, puesto que he dicho ya cuanto el asunto requiere, entiendo que está de más volver a mencionarlos.

17. Preciso es que quienes no rehuyen por indiferencia la lectura de los libros que preceden a éste, y se entregan a ella con empeño, sepan que todo prácticamente cuanto se ha dicho acerca de la modestia reza también con la valentía, como que es propio de un alma vigorosa, intrépida y plena de fortaleza el despreciar todas las cosas que la vanidad acostumbra enaltecer para ruina de la verdadera vida.

18. IV. Tan grande es la preocupación y celo de la ley por ejercitar y preparar al alma para la valentía, que hasta en lo que a vestidos respecta ha establecido cuáles deben llevarse, prohibiendo categóricamente que el hombre vista un vestido de mujer, a fin de que ninguna

huella ni sombra de feminidad se le una para corrupción de su masculinidad.[12] Quiere, en efecto, ajustándose siempre a la naturaleza, establecer reglas apropiadas y concertadas entre sí hasta en las materias más minúsculas y menos notorias aparentemente en razón de su escasa importancia.
[12] Deut. XXII, 5.

19. Y puesto que veía, como si estuvieran diseñadas sobre una amplia superficie, cuan diferentes son las características corporales del hombre respecto de las de la mujer, y cómo la modalidad de vida asignada a una y otra especie no es la misma, pues a una le ha correspondido la vida doméstica y a la otra la vida política, juzgó que era preciso establecer normas también en los otros aspectos que no han sido reglados directa» mente por la naturaleza, sino son invenciones del buen discernimiento, aunque acordes con ella. Estas normas fueron las relativas a las formas de vida, al vestido y otras cuestiones similares.

20. Porque ha sido el parecer de la ley que también en estos aspectos el hombre de verdad debe ser varonil, y muy especialmente en sus ropas, las que, por llevarse día y noche, es preciso que no contengan cosa alguna que dé la impresión de falta de virilidad.[13]
[13] Esta incursión por el campo de la barrera infranqueable que separa lo masculino de lo femenino entronca con la vinculación etimológica entre *andréia = valentía,* y *anér* (genitivo: *andrós) = varón,* términos que guardan la misma relación que en latín *uirilis = viril,* y *uir = varón.*

21. Con el mismo criterio, velando también por el decoro apropiado en la mujer, prohibió a ésta vestir ropas masculinas; lo que en un plano más amplio significa una advertencia contra los hermafroditas, tanto varones como mujeres, ya que sabía que, lo mismo que en los edificios, con que se quite una sola de las partes,[14] el resto tampoco permanece tal como era.
[14] Filón habla, por supuesto, de las antiguas construcciones de piedra o ladrillo, cuya estabilidad y solidez dependían, mucho más que en los edificios actuales, del perfecto ensamble de todos los bloques o piezas.

22. V. Pasando a otro punto, digamos que, como los sucesos humanos transcurren dentro de dos circunstancias: la paz y la guerra, no es dado observar el modo como las virtudes se hallan presentes en una y en otra. Acerca de las demás virtudes ya se ha hablado anteriormente,[15] y se volverá a hablar si ello fuere necesario; pero en lo que hace a la valentía, es preciso que ahora nos apliquemos de lleno a su examen. Los efectos de la misma en la esfera de la paz han sido ponderados en muchos pasajes de su legislación por Moisés, quien siempre ha estado pronto a aprovechar las oportunidades de hacerlo. Yo, por mi parte, he destacado esos pasajes en los lugares apropiados.[16] Ahora pasaré a describir sus efectos en la guerra. En primer lugar señalaré lo siguiente.
[15] Normalmente Filón se ha referido en numerosas partes de su obra a las virtudes cultivadas en tiempo de paz. Con todo se ha ocupado de la justicia en la guerra *(Sobre las leyes particulares* IV, 219 a 222), de la piedad enmarcada en hechos bélicos *(Vida de Moisés* I, 305 y ss.) y de la filantropía en las mismas circunstancias *(Sobre Abraham* 232). Ver la nota 22.
[16] Referencia imprecisa que no es dable confirmar a través de la lectura de las obras de Filón que han llegado hasta nosotros.

23. No piensa el legislador que» cuando se confecciona la lista de reclutamiento, deba convocarse a todos los que están en edad militar, sino excluye a algunos estableciendo razonables motivos para su exención del servicio. Excluye, en primer lugar, a los timoratos y cobardes, pues éstos habrán de ser víctimas de su innata flaqueza y habrán de comunicar su pavor a los

demás combatientes.[17]
[17] Deut. XX, 8.

24. A menudo, en efecto, lo malo de uno se reproduce fielmente en su vecino, sobre todo en la guerra, en razón de estar confundida la razón por efecto de la angustia, no siendo por ello capaz de apreciar los hechos con la debida exactitud. En esos momentos es costumbre, en efecto, llamar precaución a la cobardía, previsión al temor y seguridad a la falta de hombría, disimulándose bajo la capa de nombres decorosos y de alto significado las actitudes más vergonzosas.

25. En consecuencia, pues, a fin de que a causa de la cobardía de los que irían a la guerra, no resulte perjudicada su propia causa ni acrecentada la gloria de los enemigos, triunfantes sobre despreciables y envilecidos hombres, Moisés, sabiendo que una turba inoperante no es una ayuda sino no estorbo, excluyó a los temerosos y abatidos por la cobardía, por la misma razón, a mi parecer, por la que ningún general impone la necesidad de combatir a aquellos que padecen enfermedades corporales, pues su debilidad les impide hacerlo.

26. La cobardía es también un determinado tipo de enfermedad, más grave que las enfermedades del cuerpo por cuanto arruina las facultades del alma. Sucede, en efecto, que, mientras el tiempo crítico de las enfermedades corporales es de corta duración, la cobardía está consustanciada con el cobarde, integrando su naturaleza tanto o más que las partes del cuerpo desde la más temprana edad hasta la más avanzada vejez, a menos que Dios llegue a ponerle remedio; que para Él todo es posible.

27. Por otra parte, tampoco convoca a todos los más osados, aun cuando éstos sean sumamente viriles tanto de cuerpo como de alma, y deseen adelantarse en el combate e ir cuanto antes al encuentro del peligro. Si bien alaba en ellos su resolución y el carácter solidario, diligente e imperturbable que ponen de manifiesto, examina con cuidado si no están sujetos a ciertas razones de fuerza mayor cuyo imperio los domina.

28. Dice, en efecto, que, si un hombre ha construido recientemente una casa pero no ha tenido tiempo de establecerse en ella; o si sembró poco antes un viñedo, plantando él personalmente los sarmientos en la tierra, pero aún no ha tenido oportunidad de recoger sus frutos; o si han tenido lugar sus esponsales pero todavía no ha desposado a su prometida, quedará libre de toda obligación militar, alcanzando su seguridad gracias a la humanidad de la ley.[18]
[18] Deut. XX, 5 a 7. Un distinto tratamiento de este pasaje se lee en *Sobre la agricultura* 148 y ss.

29. Dos son los propósitos de esto. El primero, evitar que, puesto que los sucesos de las guerras son inciertos, se queden terceros, sin fatiga alguna, con lo perteneciente a otros que se han esforzado. Porque lamentable cosa sería, a mi parecer, que un hombre no pudiera disfrutar de lo que posee, y que uno edificara y otro viviera en su casa; que alguien plantara y quien no lo hubiera hecho recogiera para sí los frutos; o que alguien escogiera a una doncella para esposa y la desposara quien no la había escogido. Por lo tanto, no corresponde hacer que se frustren las esperanzas de los que esperan gozar de felices condiciones de vida.

30. El segundo propósito es evitar asimismo que, mientras combaten con el cuerpo, se queden éstos rezagados en sus almas, como que en esas circunstancias sus inteligencias no pueden sino estar concentradas en el intenso deseo de gozar de aquellas cosas que les han sido arrancadas. Porque, así como los hambrientos o sedientos, si un alimento o bebida aparece

ante ellos, se lanzan hacia los mismos y persíguenlos sin volverse atrás, anhelantes por comerlo o beberla, de igual modo los que se han esforzado en procura de una legítima esposa ó de una casa o de un terreno, y consideran esperanzados que no está lejos la ocasión de hacer uso de cada una de esas adquisiciones, si se los priva de disfrutarlas, se agitan de impaciencia, de modo que, aunque presentes físicamente, no lo están con la parte superior del alma, factor determinante del feliz resultado de las cosas o del fracaso.

31. VI. Piensa, en consecuencia, el legislador que estos y los que están en situaciones semejantes no deben ser incluidos en la lista de soldados, y sí aquellos en los que ninguna pasión ha penetrado ni reside oculta, de modo que con libres y sueltos impulsos afronten sin titubeos los terribles riesgos. Porque, así como ninguna ventaja reporta una armadura completa a un cuerpo enfermo y lastimado, el que a causa de su impotencia la dejará caer; del mismo-modo, acabará arruinado un cuerpo vigoroso si el alma es afligida por una pasión incompatible con las circunstancias que afronta.

32. Teniendo presentes estas consideraciones, elige Moisés no solo los capitanes, los generales y los demás jefes del ejército sino también cada uno de los soldados examinando sus condiciones en lo que respecta a la buena constitución de su cuerpo y la consistencia de su discernimiento. Acerca del cuerpo indaga si no tiene defectos, si goza de salud todo él en todos sus elementos, si todas sus partes y todos sus miembros están bien adaptados a las posiciones y movimientos correspondientes a cada uno; y en lo que hace al alma, si rebosa de confianza y valor, si no se perturba, si está llena de noble sagacidad, si es celosa de su reputación, y si prefiere la muerte con gloria a una vida sin honra.

33. Cada una de estas cualidades separadamente constituye, hablando con toda verdad, una potencia por sí misma; y si se reúnen y combinan, sus poseedores darán pruebas de una fuerza que por su amplia superioridad resultará irresistible e invencible, y sin efusión de sangre triunfarán sobre sus enemigos.

34. VII. Clarísima confirmación de lo dicho contienen los sagrados libros.[19] Los árabes, cuyo nombre era antiguamente el de madianitas, son un pueblo numerosísimo. Éstos abrigaban hostiles disposiciones hacia los hebreos, siendo la principal razón de ello, la veneración y el honor profesados a la suprema y primaria Causa por los que son porción reservada al Hacedor y Padre del Universo. Y maquinaron todas las intrigas posibles, y tendieron todas las trampas a su alcance para apartarlos de la honra debida al único y realmente Existente, y trocar su piedad en impiedad, pues por esta vía pensaban que fácilmente llegarían a dominarlos. Mas, como a pesar de decir y hacer infinitas cosas resultaron impotentes, maquinaron también la siguiente estratagema, propia de gente en trance de morir sin esperanza de salvación.
[19] Núm. XXV, 1 a 18 y XXXI, 1 a 18.

35. Habiendo congregado a las más hermosas de sus mujeres, les dicen: Veis cuan inmenso es el número de los hebreos. Pero más temible aún es la fortaleza que eleva contra nosotros su sentir unánime y el recíproco acuerdo. Y la causa de su sentir unánime es la más elevada y grande de las causas: su creencia en un único Dios, de la cual, como de una fuente, procede la recíproca e indisoluble solidaridad que los caracteriza. Pero el hombre es presa fácil para el placer, y en especial para el placer de las relaciones sexuales con mujeres. Vosotras sois en extremo agraciadas; la belleza es atrayente por naturaleza, y la juventud fácilmente se precipita en la incontinencia.

37. No temáis que os tachen de rameras o adúlteras ni penséis que esos nombres habrán de

acarrearos vergüenza; oponedles los beneficios que se derivarán de vuestra acción, gracias a los cuales trocaréis los pasajeros desprecios en una gloria que no envejecerá ni morirá, porque, si, por una parte, prostituís según todas las apariencias vuestros cuerpos, como artificio y estratagema contra el enemigo, por otra, conservaréis vírgenes vuestras almas y las sellaréis con el sello de una castidad que habrá de perpetuarse.

38. Y esta guerra llevará aparejada una gloria sobremanera novedosa en el hecho de que ha sido llevada a buen término no por obra de los hombres sino de las mujeres. Nuestro sexo, lo reconocemos, es el que sufrirá una derrota, ya que nuestros oponentes poseen más brillantes cualidades para todo lo tocante a la guerra; en cambio, el vuestro alcanzará una inigualada y completa victoria; y, lo que constituye la mayor ventaja, vuestras hazañas no nos acarrearán peligros, puesto que, con solo ser vistas en la primera aparición, sin derramamiento de sangre, más aún sin esfuerzo alguno, seréis vencedoras.

39. Cuando esto hubieron oído ellas, mujeres que ni en sueños habían conocido lo que es una vida pura y estaban en ayunas en cuanto a la recta educación, dieron su conformidad; como que la modestia de costumbres simulada hasta entonces era solo hipocresía. Y tras aderezarse con suntuosos vestidos, collares y todos los demás adornos con que es costumbre que la mujer se engalane, y habiendo logrado gracias a tales diligencias que su natural belleza fuese más hermosa aún, como que lo que estaba en juego no era cosa de poca monta sino el atrapar a jóvenes hasta entonces no atrapados, se exhibieron públicamente.

40. Ya cerca, con miradas propias de meretrices, desbordante locuacidad y actitudes y movimientos licenciosos atraían hacia sus redes a la parte menos inteligente de la juventud, a cuyo carácter faltábale aplomo y estabilidad. Y después que mediante la deshonra de sus cuerpos hubieron atrapado las almas de sus amantes, los incitaron a ofrecer a objetos fabricados por el hombre sacrificios que no eran tales y libaciones que nada tenían que ver con la paz,[20] con lo que los apartaron del servicio del único y verdaderamente existente Dios.

[20] Filón juega con los dos sentidos del término *spondái — libaciones* y también *tregua, armisticio o acuerdo.* Aquí el sentido es de *libaciones rituales* en honor de los dioses canaaneos; pero tomado en el otro sentido permite compaginar la paradójica antítesis de *unas treguas que no son treguas o* algo parecido.

41. Tras hacer esto, dieron la buena noticia a los hombres. Y hubieran atraído a otros de los no muy firmes, si Dios, el benefactor y proficuo, compadecido de su desgraciada situación, no los hubiera contenido cuando corrían peligro de ser sumergidos como por un torrente; para lo cual hizo del temor una advertencia castigando sin demora alguna a los extraviados, que eran veinticuatro mil.

42. El jefe de nuestra nación, derramando en los oídos de sus gobernados las doctrinas relativas a la piedad y moviendo con ellas sus almas, seleccionó y alistó de cada tribu mil hombres de los de mejores condiciones, con la intención de exigir cuentas por la treta maquinada por los enemigos a través de sus mujeres con la esperanza de aniquilar a todo nuestro pueblo derribándolo desde las cimas de la piedad; aunque solo pudieron hacerlo con los ya señalados.

43. VIII. Los reclutados para las formaciones de combate, que constituían un corto número entre muchas miríadas de hombres, uniendo la experiencia al valor, como si cada combatiente equivaliera él solo a un cuerpo de tropas y despreciando el peligro, atacaron en compacta falange, y mataron a cuantos hallaban a su paso, abriendo brechas en las apretadas formacio-

nes de tropas y en todas las reservas destinadas a llenar los claros en las filas, al punto de que al primer ataque aniquilaron a muchas miríadas y no dejaron con vida a ninguno de los del ejército enemigo. También mataron a las mujeres que habían cooperado en los impíos designios de los hombres; pero perdonaron la vida a las doncellas compadecidos de su inocente juventud.

44. Y con ser de tal magnitud la guerra que habían librado con próspero suceso, no perdieron ni un solo hombre de los suyos, y retornaron sin heridas ni mutilaciones todos tal cual habían partido para la batalla, o más bien, si hemos de ajustamos a la verdad, con duplicada fuerza, pues la fuerza que les sobrevino de la alegría de la victoria no era inferior a la que ya poseían antes.

45. El origen de todo esto no fue otro que el celo por emprender con arrojo la lucha en defensa de la piedad, lucha en la cual también combate por ella Dios, auxiliar invencible, que inspira a los entendimientos excelentes consejos y fortalece los cuerpos infundiéndoles inmenso vigor.

46. La prueba de esa Divina alianza es el hecho de que muchas miríadas de hombres fueron aniquiladas por unos pocos, y de que, mientras ninguno de los enemigos escapó, ninguno de los amigos fue muerte, y no experimentaron éstos menoscabo alguno en su número o en su fuerza corporal.

47. De allí que en las exhortaciones [21] diga Moisés: Si tú cultivas la justicia, la santidad y las otras virtudes, vivirás una vida libre de guerras y pacífica totalmente, y si sobreviniere una guerra, fácilmente te impondrás a tus enemigos bajo el invencible mando de Dios, quien toma a Su cuidado el salvar a los buenos con todo Su poder.

[21] Nombre con el que Filón suele designar al Deuteronomio. Lo que sigue es una libre paráfrasis de Deut. XXVIII, 1, 2 y 7 y en parte de Lev. XXVI, 5. Ver *Sobre la huida y el hallazgo* 170, y Sobre los *premios y los casti*go 93.

48. Por eso, aun cuando te atacare un bien armado ejército de muchas miríadas de infantes y jinetes juntos; o si éstos, habiéndose apoderado anticipadamente de lugares fortificados difíciles de tomar, llegaren a dominar la región; o si estuvieren provistos de inagotables recursos, no te dejes dominar por el pánico ni los temas, aunque carecieres de todos los medios de que aquellos disponen sobradamente, *es* decir, aliados, armas, posiciones favorables y pertrechos.

49. Porque, al igual que un barco repleto de toda suerte de bienes, a menudo esas ventajas son derribadas y destruidas de improviso por ráfagas de viento; mientras que a los modestos y pobres, Dios, así como envía la lluvia y la nieve a las espigas ya rugosas por la sequedad y la falta de lluvias, les proporciona Sus salvadoras potencias para que revivan y alcancen la madurez plena de sus frutos.

50. De lo que resulta evidente que es preciso abrazar la causa de la justicia y la santidad, pues suma felicidad es la de aquellos de los que Dios es amigo; y extrema la desdicha de aquellos de los que es enemigo. Y sobre la piedad ya es suficiente por ahora todo lo que se ha dicho.

SOBRE LA HUMANIDAD O FILANTROPÍA [22]

[22] La referencia a la piedad que Filón hace al comenzar esta parte de su tratado parece sugerir

que después de la primera, que versa sobre la valentía, existió una segunda referida a la piedad, con lo que la que ahora comienza sería la tercera, no la segunda.
A fin de ubicar exactamente al lector en los problemas tocantes a la composición o disposición de las partes de la presente obra de Filón es haberse ocupado en otro lugar de ellas de un modo especial, lo que hace suponer con todo fundamento la existencia de sendos estudios, hoy per preciso señalar que el esquema o clasificación de las virtudes a que se atiene incluye las cuatro virtudes fundamentales del platonismo y el estoicismo: sabiduría (o prudencia o sensatez), justicia, valentía (o fortaleza) y templanza (o temperancia o autodominio), más otras dos que agrega Filón por su propia cuenta: la piedad y la humanidad o filantropía, que, como se verá a lo largo de la parte correspondiente del tratado, consiste más bien en lo que nosotros llamamos benevolencia o caridad hacia el prójimo.
De estas seis virtudes fundamentales, la justicia está tratada en la parte final (132 a 238) de *Sobre las leyes particulares* IV. La valentía y la humanidad constituyen el contenido de las dos primeras partes conservadas de *Sobre las virtudes.* De las tres restantes: sabiduría, templanza y piedad, i o nos ha quedado ningún estudio especial. Filón asegura en el parágrafo 22 del presente tratado y en el 135 de *Sobre las leyes particulares* IV (falta texto) didos. Precisamente, uno de ellos, el referido a la piedad, habría ocupado el segundo lugar en la serie de virtudes consideradas en el presente tratado. En cuanto a las dos virtudes secundarias, el arrepentimiento (o penitencia) y la nobleza, que en la edición Colson, que seguimos, aparecen incluidas en *Sobre las virtudes,* es preciso aclarar que, si bien no se advierte una conexión terminantemente clara con el resto del tratado, puede aceptarse su colocación sin entrar a discurrir sobre las laboriosas hipótesis y variantes que han ocupado a los eruditos.

51. IX. A continuación nuestro examen ha de versar sobre la humanidad, la virtud más estrechamente emparentada con la piedad, verdadera hermana y gemela de ella. El profeta legislador, que la amó como no sé sí la ha amado otro hombre pues sabía que es una ruta, un verdadero camino real que conduce hacia la santidad, animaba y ejercitaba para la solidaridad a todos los que estaban bajo su mando, habiendo erigido la estela de su propia vida como un ejemplar diseño para que fuera un hermoso modelo.

52. Es cierto que cuanto él llevó a cabo desde sus tempranos años hasta la vejez para cuidado y protección de cada hombre en particular y de todos ellos en general ha sido expuesto anteriormente en dos tratados que ha escrito acerca de la vida de Moisés; pero vale la pena que recordemos uno o dos felices sucesos de las postrimerías de su existencia, ya que ellos constituyen pruebas de la constante e ininterrumpida nobleza de vida que él imprimió con nítidos rasgos en su alma, en la que estaba impreso el sello de Dios.

53. Cuando el plazo de su vida mortal estaba a punto de llegar a su término, y por claras revelaciones conoció que habría de partir de este mundo, no imitó a ninguno de los otros monarcas o simples particulares, cuya única preocupación y aspiración es dejar como herederos a sus hijos; y no obstante que había llegado a ser padre de dos, a ninguno de ellos le legó el mando dejándose vencer por el afecto hacia su familia y por la preferencia que sentía por los suyos; aun cuando, incluso en el caso de que abrigara desconfianza respecto de los méritos de sus hijos, no le faltaban sobrinos de nobles cualidades, los que habían recibido el sumo sacerdocio como premio por su virtud.

54. Quizá pensó que no era justo apartarlos del servicio de Dios, o también, como era razonable, consideró que era imposible que éstos pudieran desempeñar con eficacia ambas funciones: el sacerdocio y el mando supremo, de los que el primero obliga al servicio de Dios, y el segundo a velar por los hombres. Quizás, también, pensó que no correspondía que él

mismo se constituyera en juez de un asunto de tal importancia; y que juzgar si alguien estaba bien dotado por naturaleza para el mando era cometido de suma trascendencia, casi exclusivo del poder de Dios, pues solo ese poder es capaz de conocer a fondo el carácter de un hombre.

55. X. Clarísima prueba de lo que digo podría ser esta. Tenía un amigo al que casi desde la infancia había conocido íntimamente, llamado Josué. La amistad entre ambos no se había originado en ninguna de las razones habituales entre amigos sino en un celestial amor, sin límites y realmente Divino, del cual procede toda virtud. Este amigo compartía su morada y sus habituales actividades, excepto en las ocasiones en que le fue impuesta la soledad y bajo los efectos de la Divina posesión recibía las revelaciones. Prestábale además todos los restantes servicios en un nivel distinto del de la gente común, siendo poco menos que su lugarteniente y colega en la administración de los asuntos de gobierno.

56. Y sin embargo Moisés, no obstante haber recibido desde mucho tiempo atrás acabadas pruebas de la excelencia del mismo, tanto en las palabras como en las obras, y, lo que es más importante de todo, de sus sentimientos para con la nación, tampoco a éste pensó que correspondía dejar como sucesor, temeroso quizá de haberse equivocado juzgando que era un hombre de mérito sin que realmente lo fuera, ya que los criterios en que se fundan los juicios humanos son confusos e inciertos por naturaleza.

57. En consecuencia, no teniendo confianza en sí mismo, invocó y suplicó a Dios, quien ve lo que ocurre en la invisible alma y es el único a quien es dado examinar la inteligencia a la perfección, que escogiese por sus méritos al más apto para el mando, a fin de que, como un padre, velase por sus gobernados. Y habiendo extendido hacia el cielo sus puras, sus vírgenes manos, como cabría decir figuradamente, dijo:[23]
[23] Núm. XXVII, 16 y 17.

[58] "Escoja el Señor, el Dios de los espíritus y de toda carne, un hombre para ponerlo al frente de la multitud, un pastor para su cuidado y protección, que la conduzca irreprochablemente a fin de que la nación no vaya hacia su ruina como un rebaño disperso que no tiene quien lo guíe".

59. ¿Quién, en verdad, de los que en aquella ocasión escuchaban esta súplica no se hubiera llenado de asombro y dicho ?. Moisés: ¿Qué estás diciendo, señor? ¿Acaso no tienes hijos legítimos; no tienes además sobrinos? Deja el mando en primer lugar a tus hijos, que ellos gozan de precedencia por naturaleza; y si los descartas a ellos, déjalo a tus sobrinos al menos.

60. Y si también a éstos los consideras ineptos, pensando primero en la nación y después en tus íntimos parientes y allegados, tienes, sin embargo, un amigo irreprochable que te tiene dadas pruebas de perfecta virtud a ti, que eres sapientísimo. ¿Por qué, si la elección no obedece a razones de parentesco sino a la excelencia de vida, piensas que no merece tu aprobación?

61. Pero Moisés le hubiera replicado: Es ley Divina el que tengamos a Dios por juez, de todas las cosas, y especialmente de las importantes, en las cuales la decisión entre lo bueno y lo malo lleva aparejada la felicidad o, a la inversa, la desdicha de multitudes inmensas. Y no hay cosa más importante que el gobierno, al cual están confiados todos los asuntos de las ciudades y países, así en la paz como en la guerra. Porque, así como para una feliz navegación es necesario un piloto capaz por su discernimiento y saber, de la misma manera para que las leyes y la justicia imperen sobre los gobernados de todas partes es necesario un gobernante

pleno de sabiduría.

62. Pero, existiendo la sabiduría no solo desde antes de mi nacimiento sino desde antes del nacimiento del mundo entero, no es lícito ni posible que ella sea juzgada por otros que no sean Dios y aquellos que la aman con un amor sin tacha, puro y genuino.

63. Mi propia experiencia me ha enseñado a no juzgar y escoger para el ejercicio del mando a ningún otro entre los que parecen poseer la capacidad requerida. No fui yo, en efecto, quien por mi propio deseo me escogí para velar por los comunes intereses y presidirlos, ni llegué a tal función por haber sido elegido para ella por algún otro hombre; y cuando Dios me lo anunció mediante claros oráculos y meridianas predicciones y me ordenó asumir el mando, retrocedía suplicando y rogando en vista de la magnitud de la empresa, hasta que, habiendo Él repetido muchas veces Su mandato, obedecí pese a mi temor.

64. ¿Cómo, entonces, no resultaría absurdo el no seguir los mismos pasos, y habiendo tenido a Dios por examinador cuando me aguardaba la asunción del mando, no dejar otra vez la elección de mi sucesor a cargo solo de El? Bueno es que en esto no intervenga el humano entendimiento, que está más ligado a las apariencias que a la verdad; sobre todo, porque la que el elegido habrá de presidir no es una nación cualquiera sino la más populosa de todas en todas partes, a la que se ha prescripto la más excelsa de todas las profesiones: la de suplicar al Que Es, al Hacedor y Padre del universo.

65. Lo que los discípulos de la más: ilustre de las filosofías alcanzan merced a su estudio, eso alcanzan gracias a sus leyes y costumbres los judíos: el conocimiento de la Causa suprema y primera de todas las cosas, y el rechazo del extravío que encierran los dioses creados. Porque ningún ser creado es dios de verdad, sino solo en apariencias, ya que carece de la condición más esencial: la eternidad.

66. XI. Esta es la primera prueba clarísima de la humanidad y probidad de Moisés para con todos sus compatriotas; pero hay otra, no inferior a la mencionada. En efecto, cuando su discípulo Josué, imitador de aquellas costumbres suyas, tan dignas de ser amadas, fue juzgado merecedor del mando por Divina decisión, basada en sus elevados méritos, él no se sintió abatido, como lo hubiera estado cualquier otro, por el hecho de que sus hijos o sus sobrinos no hubieran sido escogidos.

67. Por el contrario, dominado por una indecible alegría, viendo que la nación habría de contar con un tutor excelente en todos los sentidos, pues sabía que quien es grato a Dios no puede sino ser noble y bueno, tomó la diestra de Josué y lo condujo ante la multitud congregada.[34] No sentía temor respecto de su propia muerte, antes bien agregaba a las pasadas alegrías otras nuevas,, no solo por el recuerdo de las antiguas dichas, con las que habíase deleitado hasta la saciedad a través del cultivo de cada una de las especies de la virtud; sino además por la esperanza, de una futura inmortalidad después de su tránsito de la vida perecedera a la imperecedera. Y así, con alegría en los ojos a causa de la felicidad de su alma, dijo radiante de júbilo:

[34] Núm. XXVII, 22 y 23.

68. Ha llegado el momento de que yo parta de esta vida dentro del cuerpo; aquí tenéis un sucesor, escogido por Dios para que vele por vosotros. Acto seguido expuso los oráculos en los que se revelaba la aprobación Divina, oráculos que ellos tuvieron por dignos de fe.

69. Y habiendo vuelto su mirada hacia Josué, lo exhortó a conducirse noble y virilmente y a obrar con mucha energía en las decisiones prudentes, forjando buenos proyectos y llevando a feliz término con firmes y sólidos cálculos lo resuelto.[25] Y esto lo dijo, seguramente, no porque Josué tuviera necesidad de exhortaciones, sino porque Moisés no ocultaba su sentimiento dé afecto hacia su amigo y de amor hacia su nación, sentimiento que, como un aguijón, lo movía a hacer público lo que consideraba provechoso.
[25] Deut. XXXI, 7 y 23.

70. Además un oráculo le había prescripto exhortar a su sucesor y engendrar en él el máximo de confianza para la función de velar por la nación sin temer el peso del gobierno, a fin de que ello viniera a convertirse en norma y ley para todos los futuros gobernantes, los cuales verían en el legislador al modelo y arquetipo, y ninguno de ellos se negaría a dar buenos consejos a sus sucesores, sino prepararían y ejercitarían todos a las almas de éstos con directivas y exhortaciones.

71. Porque la exhortación del hombre meritorio puede servir de estímulo a los de ánimo abatido, y elevarlos hacia lo alto infundiéndoles un espíritu enérgico e imperturbable, de modo que se hallen situados por sobre las circunstancias y los acontecimientos.

72. Después de manifestar a sus gobernados y al heredero de sus poderes cuanto correspondía, comenzó Moisés a alabar a Dios en un himno,[26] en el que Le dirigía la última acción de gracias de su vida en el cuerpo por los dones novedosos y desacostumbrados con que desde su nacimiento hasta su vejez lo había beneficiado.
[26] Filón resume aquí el texto de Deut. XXXII, 1 a 43.

73. Y habiendo convocado una Divina asamblea de los elementos del universo y de las partes del mundo que más cosas abarcan, vale decir, la tierra y el cielo, morada aquélla de seres mortales y residencia éste de seres inmortales; rodeado de ellos iba componiendo sus cánticos, empleando cada una de las especies de la armonía y de la melodía, para que los escucharan tanto los hombres como los ángeles al servicio de Dios.

74. Los hombres, como discípulos, para aprender aquella lección de una tal disposición de gratitud; los ángeles, como supervisores, observando con la experiencia que les es propia [27] si algo discordante había en el canto; y al mismo tiempo sin poder creer que un hombre, que estaba aprisionado en un cuerpo mortal, pudiera tener, como el sol, la luna y el sacratísimo coro de los demás astros, el alma llena de deliciosa música, y armonizar con el Divino instrumento que son el cielo y el mundo todo.
[27] En música.

75. Situado en medio de los miembros del celeste coro, el sagrado revelador mezcló en sus cánticos de acción de gracias a Dios sus genuinos sentimientos de afecto hacia la nación, en los que se juntaban a los reproches por sus pasadas faltas las advertencias y correcciones para la presente ocasión, y las exhortaciones para el futuro, llenas de promisorias esperanzas, a las que necesariamente habría de seguir un feliz cumplimiento.

76. XII. Cuando hubo acabado sus cánticos, en los que se entrelazaban, por así decir, la piedad y la humanidad, comenzó su tránsito desde la vida mortal a la existencia sin término, y poco a poco fue percibiendo la separación de los elementos de que estaba compuesto. El cuerpo que, a la manera de una concha, lo envolvía, desaparecía en torno de él; en tanto que su alma desnudábase de aquel, deseosa de cumplir su natural migración desde este mundo.

77. Luego, realizados ya los preparativos para su partida, antes de emprender el camino hacia su nueva residencia honró a cada una de las doce tribus de la nación mencionando el nombre de sus fundadores y formulando votos apropiados para cada una. Hemos de confiar en que éstos se verán cumplidos, pues el que los formuló era amigo de Dios, quien ama a los hombres, y las súplicas eran por quienes pertenecen a una noble estirpe y ocupan la más elevada jerarquía en la hueste que milita bajo las órdenes del Hacedor y Padre de todas las cosas.

78. [Además tales votos eran por bienes verdaderos, para que dispusiesen de éstos no solo en la vida mortal, sino muchos más cuando el alma llegara a verse libre de la atadura de la carne] [28]

[28] Razones de orden gramatical y estilístico, e incluso de sentido, hacen pensar que las líneas entre corchetes corresponden a un pasaje interpolado en el primitivo texto filoniano.

79. Porque solo Moisés, evidentemente, concibió la idea de que toda nuestra nación posee desde un principio el más estrecho parentesco con las cosas Divinas, parentesco mucho más genuino que el de la sangre; y por tal razón la declaró heredera de todos los bienes que caben en la humana naturaleza. De estos bienes los que él mismo poseía se apresuró a brindárselos; y los que no había adquirido suplicó a Dios que se los concediera, seguro de que las fuentes de gracias que de Él proceden, aunque son perennes, no están abiertas para todos sino solo para los que suplican. Y suplicantes son los que aman la vida virtuosa, aquellos a los que es dado extraer el agua de las sacratísimas fuentes para apagar su ser de sabiduría.

80. XIII. Quedan, pues, señaladas las pruebas de la humanidad y el espíritu solidario del legislador, cualidad que poseía por un privilegio de su noble naturaleza y además gracias a las enseñanzas que le brindaron los sagrados oráculos. Pero hemos de referirnos ahora a las prescripciones que dictó para la posteridad; si no a todas, que no sería cosa fácil, al menos a las que guardan más estrecho parentesco y afinidad con su manera de pensar.

81. No solo, en efecto, estableció la dulzura y la gentileza como fundamento de las mutuas relaciones entre los hombres, sino derramólas abundantemente con generoso espíritu, haciéndolas llegar también a las distintas especies de animales irracionales y a las distintas clases de árboles cultivados. He de hablar en el correspondiente orden de las normas que estableció acerca de cada uno de ellos, comenzando por las relativas a los hombres.

82. XIV. Prohíbe prestar dinero a interés a un hermano, término con el que designa no solo al que ha nacido de los mismos padres sino también al que es conciudadano suyo y de la misma raza.[29] Es que entiende que no es justo obtener ganancias producidas por el dinero, como se obtienen crías de los rebaños.

[29] Éx. XXII, 25; Lev. XXV, 36 y 37; Deut. XXIII, 19. Ver *Sobre las leyes particulares* II, 74 y ss.

83. Y prescribe que nadie tome esta prohibición para retraerse y mostrarse remiso en ofrecer dinero, sino por el contrario, que cada uno ayude desinteresadamente lo más que pueda a los necesitados con mano generosa y espíritu magnánimo, reflexionando que también un beneficio desinteresado es en cierto modo un préstamo a interés que le será restituido en mejor ocasión por el que lo recibió, con voluntaria determinación, sin que; nada lo fuerce a ello. Mas, si alguien no quisiere regalar nada, al menos debe prestar con la mayor diligencia y buena voluntad sin esperar recibir en el futuro nada fuera de la suma prestada.

84. De esa manera ni los pobres habrán de llegar a una mayor indigencia aún, por forzárseles a pagar más de lo que han recibido; ni los que facilitan el dinero se verán perjudicados, aun cuando solo recobren lo que han dado liberalmente. Aunque, en realidad, no solo eso obtendrán, pues junto con la suma original recibirán, a cambio de las rentas que no consideraron justo aceptar, las cosas más excelentes y estimables que existen entre los hombres, a saber: dulzura, solidaridad, bondad, magnanimidad, buena reputación y prestigio. ¿Y qué adquisición puede equipararse con ellas?

85. Mas aún, incluso el gran rey[30] aparecería como el más pobre de los hombres en comparación con una sola de estas virtudes; porque su riqueza carece de alma y está enterrada en depósitos y en cavidades de la tierra en tanto que la riqueza de la virtud reside en la parte rectora del alma,[31] y participan de ella la región más pura de cuantas existen, el cielo, y el Padre de todas las cosas, Dios. Además, ¿hemos de conceder estima alguna a esa pobreza en medio de la abundancia, propia de los prestamistas y usureros rapaces, de los que parecen ser reyes dueños de inmensas cantidades de oro pero ni siquiera en sueños han visto a la riqueza que no es ciega?

[30] El rey de Persia.

[31] La inteligencia.

86. Mas existen quienes han llegado a tal exceso de ruindad, que, cuando carecen de dinero, prestan a interés alimentos con la condición de recibir mayores cantidades que las que entregaron.[32] Por cierto que se apresurarán éstos a proporcionar alimentos a los suplicantes, pero preparando el hambre en medio de la prosperidad y abundancia, obteniendo ganancias a expensas de la penuria del estómago de hombres desventurados, y poco menos que pesando los alimentos y bebidas en una balanza temerosos de cargar demasiado el platillo.

[32] Al encontrar a tales usureros Filón tiene presente la prohibición de Lev. XXV, 37 en tal sentido.

87. El legislador prescribe, pues, categóricamente a los que han de ser miembros de su sagrada comunidad el descartar tales procedimientos de lucro, porque estas prácticas son propias de un alma servil y sórdida en extremo, que ha trocado en salvajismo y naturaleza bestial sus cualidades.

88. XV. Uno de los preceptos que tienden a fomentar el sentimiento de humanidad es también aquel que establece la obligación de pagar el salario del pobre en el mismo día,[33] no solo porque es justo que quien ha brindado el servicio para el que fue comprometido reciba sin demora alguna la paga por él, sino también porque el trabajador manual o el transportador de cargas, que sufren en todo su cuerpo como una bestia de carga, vive al día, como dicen algunos, y tiene depositada su esperanza en el salario. Si puede cobrarlo de inmediato se siente dichoso y pleno de vigor para trabajar al día siguiente con renovado empeño; si no puede irse con él, en cambio, además de sentirse sumamente deprimido, la angustia agota sus nervios y queda abatido al punto de que resulta impotente para salir al encuentro de sus tareas habituales.

[33] Lev. XIX, 13 y Deut. XXIV, 14 y 15. Ver *Sobre las leyes particulares* IV, 195.

89. XVI. Además, dice,[34] un acreedor no debe penetrar en las casas de sus deudores para tomar por la fuerza la garantía o prenda del préstamo; y ha de permanecer, en cambio, afuera de pie ante la puerta, y reclamar cortésmente que la traigan. Y los deudores, si la tuvieren, no se rehusarán, puesto que, así como el acreedor no debe abusar de su poder para tratar con

demasiada arrogancia y desconsideración a los que han recibido préstamos, corresponde que éstos entreguen las debidas garantías para que no se les olvide devolver lo ajeno.
[34] Deut. XXIV, 10 y 11.

90. XVII. ¿Y quién, ciertamente, puede no admirar la prescripción relativa a los segadores y los vendimiadores? [35] Manda ella que en la época de la cosecha no se recoja lo que cae de las espigas ni se siegue la totalidad de los sembrados, sino se deje una parte del terreno sin cortar. De esta manera el legislador logra que los de abundantes recursos se tornen magnánimos y generosos mediante la renuncia a algunos de sus bienes, al no apetecer ávidamente la totalidad de lo sembrado ni reunirlo y llevárselo todo a su casa para guardarlo como un tesoro; y al mismo tiempo, infunde mayor ánimo a los pobres, puesto que, como estos carecen de terrenos propios, les permite penetrar en los de sus compatriotas y recoger de los frutos que aún quedan, como si les pertenecieran.
[35] Lev. XIX, 9 y XXIII, 22.

91. Asimismo prescribe que en la estación otoñal los propietarios de terrenos, cuando llevan a cabo la recolección de los frutos, no recojan los granos de uva caídos y se abstengan de la rebusca en los viñedos.[36] Idéntico mandato prescribe a los que cosechan aceitunas,[37] procediendo en ello como un amantísimo y justiciero padre de hijos cuyas situaciones económicas no son las mismas, sino viven unos en la abundancia en tanto que otros han venido a parar en la más extrema pobreza; y como siente piedad y compasión por estos últimos, los invita a participar de los bienes de sus hermanos como si fueran propios, sin que ello implique vergüenza alguna; solamente para remediar su indigencia y hacerlos partícipes no solo de los frutos sino también, a lo que parece, de las fincas.
[36] Lev. XIX, 10.
[37] Deut. XXIV, 20.

92. Hay, empero, quienes tienen manchadas sus inteligencias y, consumidos por su afán de lucro, hacen deseada forma de obtener ganancia una cuestión de vida o muerte, sin tener en cuenta la procedencia de aquella, al punto de que llevan a cabo la rebusca en los viñedos y olivares, y realizan una segunda recolección en la tierra productora de cebada y de trigo, con lo cual se hacen culpables de una servil y grosera mezquindad y de impiedad al mismo tiempo.

93. Porque con muy poco han contribuido ellos al cultivo de los campos; ya que es la naturaleza la que aporta la mayor parte de cuanto es necesario para la fertilidad y abundancia de frutos, vale decir: las oportunas lluvias, las buenas temperaturas, los suaves rocíos, nodrizas constantes de las plantas en crecimiento, las sumamente vivificantes brisas y las llegadas de las estaciones anuales, jamás perjudiciales, de suerte que ni el verano resulta abrasador en exceso ni el frío riguroso en demasía ni las variantes primaverales y otoñales dañosas para los productos.

94. Mas, con todo, aunque saben esto y ven siempre a la naturaleza levando a buen término su obra y dispensando sus ricos dones, se atreven a atribuirse a sí mismos los beneficios que ella procura; y como si ellos fueran los autores de todas esas cosas, se rehusan a dar participación en ninguna de ellas a nadie, procediendo inhumana e impíamente a la vez. A éstos, dado que por propia decisión no encaminan sus esfuerzos al logro de la virtud, el legislador enrostra por su mala voluntad, y exhorta y llama a la reflexión, mediante santas leyes, que el hombre de bien acata de buen grado y el ruin contra su voluntad.

95. XVIII. Mandan las leyes apartar en calidad de primicias para los sacerdotes la décima parte del trigo, del vino, del aceite, de los rebaños y de las lanas;[38] llevar de los productos otoñales de los campos y de los otros frutos de los árboles cantidades proporcionales a lo obtenido en cestas repletas, entonando himnos compuestos en honor de Dios, que los sagrados libros han registrado y perpetuado;[39] y además no incluir en los rebaños como animales propios a los primogénitos de las vacas, de los corderos y de las cabras,[40] sino considerar que también éstos son primicias. El objeto de estas prescripciones es que, acostumbrados, por una parte, a honrar a Dios; y por otra, a no buscar el provecho en todas las cosas, nos adornemos con esas soberanas virtudes que son la piedad y la humanidad.
[38] Núm. XVIII, 12 y Deut. XVIII, 4. Ver *Sobre las leyes particulares* I, 132 y ss. y IV, 99.
[39] Deut. XXVI, 1 a 11. Ver *Sobre las leyes particulares* II, 215 a 220.
[40] Núm. XVIII, 15 y 17.

96. Si vieres, dice además la ley, una acémila perteneciente a alguno de tus familiares o amigos o, en general, a una persona de tu conocimiento, errante en un lugar desierto, llévasela y devuélvesela;[41] y si se diere el caso de que su dueño estuviere ausente lejos, cuídala junto con tus propios animales hasta que, ya de vuelta, pueda recibirla como si se tratara de un depósito, que él no te ha confiado pero que tú, habiéndolo hallado, se lo devuelves personalmente movido por un natural sentimiento de buen vecino.[42]
[41] Deut. XXII, 1.
[42] Deut. XXII, 2.

97. XIX. ¿Y no son bienhechoras y humanitarias las prescripciones de la ley relativas al séptimo año, en cuyo transcurso la tierra debe ser dejada libre de toda labor, y los pobres pueden penetrar sin temor en los terrenos de los ricos para recoger el fruto madurado sin haber sido cultivado, como don de la naturaleza? [43]
[43] Éx. XXIII, 10 y 11 y Lev. XXV, 3 y ss. Ver *Sobre las leyes particulares* II, 86 a 109.

98. Durante seis años, dicen ellas, los propietarios disfrutarán de los productos por su condición de dueños de las propiedades y por los trabajos, realizados en la tierra, pero durante un solo año, el séptimo, en el que ninguna de las labores agrícolas se lleva a cabo, los usufructuarán quienes ni son propietarios ni poseen dinero. Sería injusto, en efecto, que unos fueran los que trabajaran y otros los que recogieran los frutos. Pero el propósito es que, puesto que los campos han sido dejados en cierta macera sin dueños, sin que se haya efectuado labor agrícola alguna, esos gratuitos dones que de Dios proceden se encuentren, íntegros y completos, a disposición de los que tienen necesidad de ellos.

99. ¿Y qué es lo que determinan todas las prescripciones acerca del año cincuenta? ¿Acaso no encierran ellas una humanidad fuera de lo común? ¿Quién no estará de acuerdo en esto si es del número de los que no se han limitado a saborear la legislación con la punta de los labios, sino de los que se han deleitado y regalado largo y tendido con sus gratísimas y, a la vez, nobilísimas enseñanzas? 100. Imponen esas disposiciones lo mismo que rige también para el séptimo año, pero agregan algo más importante: la recuperación de las propiedades personales que a causa de circunstancias contrarias a la voluntad se han cedido a otros.[44] Ni permite, en efecto, la ley que se posea con carácter absoluto lo que es pertenencia ajena; con lo que obstruye los caminos que conducen a la ambición, en su empeño por contener al insidioso deseo, causa de todos los males; ni ha considerado justo que los poseedores originales se vean privados de sus patrimonios para siempre, pagando con ello la pena por una indigencia que no es lícito castigar sino forzoso compadecer.
[44] Lev. XXV, 8 y ss. Ver *Sobre las leyes particulares* II, 111 y ss.

101. Existen, aparte de éstas, otras innumerables prescripciones particulares bienhechoras y humanitarias concernientes a las relaciones entre connacionales. Pero sobre ellas he insistido suficientemente en los anteriores tratados, por lo que me conformaré con las que acabo de mencionar, que he insertado aquí a título de ejemplos por venir al caso.

102. XX. Dictadas las leyes relativas a los miembros de la misma nación, entiende el legislador que también los de origen extranjero deben ser tenidos por dignos de toda consideración, puesto que han abandonado a sus familiares, a los que los unían vínculos de sangre, su patria, sus costumbres, sus templos y las imágenes de sus dioses, las dignidades y las distinciones, y han emprendido el camino de una noble emigración, aquella que va desde las invenciones de las fábulas hasta la clara visión de la verdad y la veneración del único y verdaderamente existente Dios.[45]

[45] Ver *Sobre las leyes particulares* IV, 178. De las características que atribuye a la condición de estos extranjeros se advierte que Filón está pensando en extranjeros afincados conversos al judaísmo, no en simples extranjeros residentes ocasionales o metecos. En el parágrafo 182 caracteriza claramente a los *epelytai* como conversos.

Sin embargo, por lo expresado en Lev. XIX, 33 y 34, donde se lee que los judíos también fueron *prosélytoi o epelytai* en Egipto, se advierte que la ley mosaica se refiere a no conversos sino a extranjeros residentes en general.

103. Manda, en consecuencia, a los miembros de la nación amar a los de origen extranjero, no solo como a amigos y parientes, sino como a sí mismos, tanto en lo que atañe al cuerpo como en lo que hace al alma, obrando a la par de ellos en defensa de los comunes intereses hasta donde ello es posible; en el plano de la inteligencia, compartiendo sus penas y alegrías, de modo que parezcan ser partes separadas de un solo ser viviente, a las que concierta y une en una común naturaleza la solidaridad que él contiene.

104. Y no es el caso de ponerse ahora a hablar de los alimentos, las bebidas, el vestido y todas las demás cosas tocantes a la vida diaria y los usos indispensables, que la ley concede a los de origen extranjero, y han de garantizar los nativos del país; cosas todas ellas ajustadas por cierto a las leyes que versan sobre la favorable disposición propia de quien ama al venido del extranjero tanto como a sí mismo.

105. XXI. Y así, ampliando el campo en el que se manifiesta la natural influencia del sentimiento de humanidad, va más allá y establece normas también acerca de los extranjeros residentes.[46] Considera la ley que aquellos que por obra de las circunstancias se han convertido en emigrantes deben tributar determinada honra a quienes los han acogido; una honra plena si éstos los han tratado bien mostrándose hospitalarios; una más moderada si nada les han proporcionado excepto la admisión; que el echar anclas en un país completamente extraño, y aún el mero hecho de pisar suelo extranjero es por sí solo un sobrado regalo para aquellos a los que no les es posible habitar el propio país.

[46] Aquí se refiere Filón a los extranjeros residentes ocasionales o metecos, no convertidos a la religión mosaica, a los que distingue de los conversos, basado tal vez en Deut. XXIII.

106. Mas, sobrepasando los límites de la equidad misma, considera Moisés que es preciso no guardar rencor a aquellos que, si bien acogen a los extranjeros, los tratan luego duramente, pues si no en los hechos, al menos de nombre son humanitarios. Y así manifiesta sin ambages: "No abomines al egipcio, pues tú fuiste extranjero residente en Egipto".[47]

[47] Deut. XXIII, 7.

107. Y sin embargo, ¿hay algún daño que dejaran de infligir los egipcios a nuestra nación, cuando combinaban viejos atropellos con nuevos, mediante insidias incesantemente renovadas para dar rienda suelta a su crueldad? No obstante ello, como al principio la acogieron sin cerrarle las puertas de sus ciudades ni hacer de su país un lugar inaccesible para los que llegaban, les corresponde, dice, como privilegio por esa acogida, un trato propio de amigos.

108. Y si algunos de ellos quisieren pasar a formar parte de la comunidad judía, preciso será no rechazarlos despectivamente con total intransigencia, alegando que se trata de descendientes de enemigos; sino atenderlos de tal manera, que la tercera generación sea invitada a la asamblea y hecha partícipe de las Divinas revelaciones, a las que por propio derecho también los que son nativos del país y de irreprochable ascendencia tienen acceso.

109. XXII. Estas son las leyes establecidas a propósito de la admisión de extranjeros residentes, pero hay otras bienhechoras y plenas de dulzura sobre el trato a los enemigos de guerra.[48] Entiende el legislador que éstos, aun cuando estuvieren ya frente a las puertas de la ciudad, colocados ante sus murallas, prestas todas sus armas, y montando sus máquinas de sitio, no deben todavía ser considerados enemigos hasta que les hayan sido enviados heraldos para invitarlos a concertar la paz; a fin de que, si acceden, alcancen el sumo bien que es la amistad; pero si rehusan y persisten en su hostilidad, vosotros, contando con la alianza de la justicia, procedáis a vuestra defensa confiados en la victoria.
[48] Deut. XX, 10 y ss.

110. Además, dice,[49] si hubiere en tu parte de botín una mujer hermosa y llegares a sentir pasión por ella, no vomites sobre ella tu pasión como sobre una cautiva, sino sé más gentil y, apiadado de su cambio de suerte, alivia su desgracia trocando su condición en otra enteramente mejor.
[49] Deut. XXI, 10 a 13.

111. Y aliviarás su suerte si, después de rapar los cabellos de su cabeza, recortar sus uñas y despojarla del vestido que llevaba al ser capturada, la dejares sola por treinta días permitiéndole que sin temor alguno se lamente llorando por su padre, su madre y los demás familiares de los que ha sido separada, o bien por estar muertos o bien porque soportan las desventuras de la esclavitud, peores aún que la muerte.

112. Hecho esto, tómala por esposa según la ley, pues la santidad exige que a aquella que habrá de entrar en el lecho de un esposo, no por dinero, como una ramera que trafica con la flor de su vida, sino por amor hacia quien se desposa con ella o para engendrar hijos, se le reconozca el derecho a los ritos propios de los matrimonios cabales.

113. Admirable en sumo grado es cada una de estas prescripciones. En primer lugar, no permiten que la concupiscencia sacuda el yugo y se desboque sin freno, sino modera su ímpetu atemperándola durante treinta días. En segundo lugar, somete a prueba al amor del hombre para determinar si se trata de un loco arrebato, repugnante y engendrado totalmente por la pasión, o si existe en él algo de un orden más puro, en el que la razón tiene su parte. Porque la razón encadenará al deseo no permitiéndole que cometa ningún exceso, y obligándolo, en cambio, a aguardar el mes de plazo.

114. En tercer lugar, se apiada de la cautiva; si es doncella, porque no tiene padres que la den

en matrimonio desposándola con el esposo apropiado para ella en una unión intensamente deseada; y si es viuda, porque, privada de su esposo, habrá de pasar la prueba de otro, y además bajo la amenaza del miedo a un amo, aunque éste la tratare en pie de igualdad; ya que es propio dé la parte sometida el temer permanentemente el poder de la parte dominante, aun cuando ésta fuere de apacible condición.

115. Mas, si alguno, habiendo satisfecho plenamente su deseo y hallándose al fin completamente saciado, no estuviere ya dispuesto a continuar su relación con la cautiva, lo que le impone la ley no es tanto un castigo cuanto una admonición y una corrección para mejorar sus costumbres. Mándale, en efecto, que ni la venda ni la retenga como esclava, [50] sino le brinde gratuitamente la libertad, y le conceda además el derecho de marcharse de su casa libremente, a fin de que, si otra esposa entrare en ella, no sufra aquella algún mal irremediable por obra de la rivalidad nacida, como suele suceder, a causa de los celos en circunstancias en que su amo está dominado por la atracción de su nuevo amor y olvidado del anterior.

[50] Deut. XXI, 14.

116. XXIII. En esta serie de prescripciones, que, para inculcar la mansedumbre, derrama el legislador en los oídos inclinados a escuchar, establece que, si acémilas que conducen cargas cayeren agobiadas por el peso de éstas, no se ha de pasar de largo, ni siquiera si ellas pertenecen a enemigos, sino se habrá de aliviar su peso y ayudarlas a levantarse.[51] En este precepto va implícita otra enseñanza: la de que no hemos de complacernos en las adversidades de aquellos que nos detestan. Es que sabe que la alegría por el mal ajeno es una rencorosa pasión, estrechamente afín y, al mismo tiempo, opuesta a la envidia; emparentada con ella porque una y otra son, al fin y al cabo, pasiones y es probable que ambas sobrevengan a propósito de los mismos motivos,[52] siendo prácticamente la una consecuencia de la otra; y opuesta, porque una engendra dolor ante los bienes de nuestro prójimo, en tanto que la otra trae aparejado el placer por los males del mismo.

[51] Éx. XXIII, 5 y Deu». XXII, 4.

[52] Aunque no resulta del todo claro, probablemente se refiera a que en uno y otro sentimiento la causa es la fortuna, buena en un caso, mala en el otro de nuestro prójimo.

117. Si vieres extraviada la acémila de un enemigo tuvo, dice también,[53] deja los motivos de la discordia como incentivos para caracteres más intolerantes, y tú condúcela y devuélvela. Porque no será mayor el beneficio que le procures a él que el que te procurarás a ti mismo, puesto que él recibe un animal irracional, que quizá no valga nada; en tanto que tú obtienes el bien más grande y más estimado de cuantos encierra la naturaleza: la nobleza de alma.[54]

[53] Éx. XXIII, 4. Aquí se trata del animal perteneciente a un enemigo; en el parágrafo 96 se contempló el caso del animal propiedad de un amigo, vecino o conocido en general.

[54] Es una de las muchas acepciones que admite el término *kalokagathía,* vocablo compuesto de *kalós = hermoso, noble,* y *agathós — bueno, meritorio; y* sintetizaba el ideal humano del griego, es decir, el hombre que reuniera las más altas cualidades intelectuales y morales posibles. Aquí Filón entiende esa grandeza de alma manifestada en un gesto magnánimo.

118. Además, necesariamente, así como la sombra acompaña al cuerpo, también a la nobleza de alma sigue la extinción de la enemistad. Porque aquel que ha experimentado un beneficio sin proponérselo, siéntese movido a hacer las paces conmovido por el favor recibido; y el que ha brindado su ayuda, teniendo a una noble acción por consejera, está en su fuero íntimo casi decidido ya a la reconciliación.

119. Y esto es lo que a través de toda su legislación desea especialmente fomentar nuestro santísimo profeta: la concordia, la solidaridad, la mutua comprensión, la unanimidad de sentimientos, gracias a las cuales los hogares, las ciudades, las naciones y los países, el género humano todo pueden marchar hacia la suma felicidad. 120. Pero hasta el presente estas cosas son solamente buenos deseos; aunque yo estoy firmemente convencido de que ellos habrán también de convertirse en hechos segurísimos, si Dios, así como nos proporciona los anuales frutos, nos concediere la abundancia en las virtudes, de modo que no carezcamos de ellas quienes desde nuestros primeros años llevamos con nosotros el ardiente deseo de poseerlas.

121. XXIV. Estos y otros criterios similares son aplicados por el legislador tratándose de personas de libre condición. Y evidentemente lo legislado a propósito de los esclavos está en consonancia también con ellos, pues hácelos partícipes de las medidas que tienden a imponer la mansedumbre y la humanidad.

122. Así, considera que los jornaleros que por carecer de los medios indispensables se han reducido a sí mismos a la condición de siervos de otros no deben soportar nada indigno de la libertad en que nacieron; y exhorta a quienes obtienen los servicios de los mismos a considerar cuan inconstante es la fortuna y a mostrar consideración ante su cambio de condición. En cuanto a los deudores que, a causa de deudas a corto plazo, han venido a hundirse bajo el nombre y el sufrimiento que tan triste vicisitud encierra; y los que por alguna necesidad más imperiosa aún han venido a convertirse de libres en esclavos, no permite que sus desventuras sean a perpetuidad, y les concede total remisión en el séptimo año.[55]

[55] Lev. XXV, 39 y 40; Éx. XXI, 2 y Deut. XV, 12.

123. Dice, en efecto, que los prestamistas que, por no haber recobrado una deuda o por alguna otra vía, han llegado a ser dueños de aquellos que eran personas libres anteriormente, deben darse por satisfechos con un período de seis años de servicios; y que aquellos que no son esclavos de nacimiento no deben verse privados para siempre de una saludable esperanza sino aproximarse a su antigua libertad, de la que se han visto privados por circunstancias ajenas a su voluntad.

124. Si un esclavo de otro, dice además, aunque su condición de esclavo se remonte a dos generaciones anteriores, se acogiere a ti en busca de protección por temor ante las amenazas de su amo o por remorderle la conciencia de determinadas culpas, o porque, sin haber cometido falta alguna, simplemente halla implacable y cruel a su amo, no te muestres indiferente.[56] No es propio de la santidad, en efecto, el desamparar a los suplicantes; y ese esclavo es también un suplicante, que ha buscado refugio en tu morada como en un templo en el que por derecho de justicia debe obtener asilo, para, preferentemente, llegar a una reconciliación sincera y sin subterfugios, o si no, para que, como último recurso, se le venda; que si en los cambios de amos no es posible vislumbrar para qué lado se inclinará la balanza, al menos el mal incierto es más leve que el ya conocido.

[56] Deut. XXIII, 15 y 16.

125. XXV. Tales son las leyes qué establece acerca de allegados y extraños, de amigos y enemigos, de esclavos y libres, de los hombres en general. Pero extiende la norma de la afabilidad y mansedumbre también a la esfera de los animales irracionales y concede incluso a éstos el extraer algo del agua de la bondad, como de una bienhechora fuente.

126. Manda, en efecto, con relación a los rebaños domésticos, sean ovejas, cabras o bueyes, abstenerse de sacar un provecho innecesario de sus crías, tomándolas bien para alimento, bien

con el pretexto de ofrecerlas en sacrificio.[57] Es que ha comprendido que es propio de un alma cruel estar al acecho de las pariciones para separar al instante los vástagos de sus madres con miras a proporcionar un placer al estómago, y más aún, para dolor del alma causado por un alimento desusado y absurdo.[58]

[57] Lev. XXII, 27 y Éx. XXII, 30.

[58] La traducción de las últimas palabras del párrafo es conjetural, pues el texto no se presta a una interpretación segura.

127. En consecuencia, dice al que tiene el propósito de vivir de acuerdo con su sacratísima constitución: Tienes, mi buen amigo, una gran abundancia de alimentos de los que puedes gozar sin merecer reproche alguno. La indigencia y la escasez fuerzan a hacer muchas cosas de las que no se quieren, y tales actitudes [59] tal vez merecerían ser perdonadas; pero tú debes sobresalir en la templanza y en las demás virtudes pues ocupas un puesto en la más excelente de las huestes, bajo el mando de ese capitán que es la recta razón de la naturaleza, razón que te impone la obligación de adquirir la mansedumbre y de no admitir en tu inteligencia brutalidad alguna.

[59] En este caso la de comer crías recién nacidas.

128. ¿*Y* qué puede ser más brutal que el agregar a los dolores del alumbramiento otro dolor procedente de afuera, ocasionado por la separación inmediata de las crías del regazo de sus madres? Porque, ante la separación de ellas; forzosamente las madres serán presa de violenta conmoción a causa del natural afecto de las madres hacia sus hijos, especialmente en la época del parto, cuando sus mamas, manantes como fuentes, interrumpido su flujo por falta de quien succione, se endurecen y, tensas por el peso de la leche coagulada dentro, sufren dolorosas presiones.

129. Concédele, continúa, el hijo a su madre, si no por un tiempo indefinido, al menos durante los primeros siete días, para que se nutra con su leche; y no tornes inútiles las fuentes que la naturaleza ha hecho brotar en las mamas, pues arruinarás los segundos dones de la misma, dones que gracias a su inmensa previsión ha preparado, contemplando con gran anticipación y con una eterna y consumada sabiduría el desarrollo de los hechos.

130. Porque el primer don de la naturaleza es el nacimiento, por el cual lo no existente llega a la existencia; siendo el segundo el flujo de la leche, flujo que constituye una oportuna y suavísima nutrición pues proporciona a modo de riego un alimento delicado y completo, bebida y comida a la vez; ya que en cuanto que es líquida la leche es una bebida, y por ser bastante espesa es una comida. Dicha nutrición, como la necesidad .está siempre al asecho en diferentes tiempos,[60] prevé que el recién nacido no la sufra, sino se vea libre de una vez por todas de esas amargas tiranías que son la sed y el hambre, procurándole uno y otro alimento bajo una única y misma forma.

[60] Expresión confusa, que tal vez signifique que el hambre y la sed nunca dejan de ser potenciales torturas; o tal vez que se alternan una y otra simplemente.

131. Leed esta ley y ocultad avergonzados el rostro vosotros, padres probos y envidiables, que deseáis la muerte para vuestros hijos; que tramáis malvadas asechanzas contra los que habéis engendrado, decididos a abandonarlos; que sois implacables enemigos de todo el género humano.

132. Porque, ¿a quién llegaréis a profesar afecto vosotros, los que os habéis convertido en asesinos de vuestros propios hijos; los que hacéis, cuando está en vuestras manos para

despoblar las ciudades, comenzando el exterminio por los miembros de vuestra familia más estrechamente vinculados a vosotros; los que subvertís las leyes de la naturaleza y echáis por tierra cuanto ella construye, oponiendo contra la generación la destrucción, y a la vida la muerte, movidos por la crueldad de vuestra alma salvaje y feroz?

133. ¿Es que no veis cómo se preocupó el legislador más excelente en todos los aspectos porque los hijos, incluso los de los animales irracionales no fueran separados de sus madre mientras dura su alimentación con leche. Más aún, fue por vosotros, buenos señores, tal prescripción, para que, si no por la naturaleza, al menos por la enseñanza, seáis instruidos respecto del amor a los familiares al contemplar cómo a los corderos y cabritos no se les impide deleitarse con la abundante provisión de lo necesario, gracias a que la naturaleza ha preparado tales cosas en lugares sumamente a propósito para ello, desde los cuales fácilmente podrán disfrutar de ellos los que los necesitan; y gracias también a que el legislador ha previsto con mucho cuidado que nadie obstaculice los benéficos y salvadores dones de Dios.[61]
[61] Ver *Sobre las leyes particulares* III, 108 y ss.

134. XXVI. En su deseo de sembrar de diversas formas en las inteligencias las simientes de la dulzura y la moderación, establece otra prescripción del mismo carácter que las anteriores, en la que prohíbe sacrificar juntamente en el mismo día al animal madre y a su hijo.[62] Si deben ser sacrificados, por lo menos que sea en tiempos diferentes, porque sería un exceso de salvajismo el matar en el mismo día a la causa del nacimiento y al ser viviente engendrado por ella.
[62] Lev. XXII, 28.

135. ¿Y con qué propósito se provocaría la doble muerte? Podría ser con el pretexto de sacrificios o para satisfacción del vientre. Si se arguye que se trata de sacrificios, este nombre resulta falso por cuanto tales actos son carnicerías y no sacrificios. ¿Qué altar de Dios, por cierto, aceptará inmolaciones a tal punto sacrílegas? ¿Qué fuego no se dividirá en dos partes, que huirán separadamente para evitar unirse a una cosa con la que no pueden mezclarse? Yo pienso que no permanecerá ni la más pequeña fracción de tiempo siquiera, sino se extinguirá de inmediato a fin de anticiparse a evitar que el aire y la sacratísima naturaleza del espíritu vital [63] sean contaminados por la llama al elevarse.
[63] O alma, concebida como un cálido aliento, emanación del alma divina del mundo, que recorre el cuerpo, confiriéndole la fuerza vital que lo unifica, conforme con la doctrina estoica.

136. Y si lo que se persigue no son sacrificios sino un banquete, ¿cómo no repudiar la inusitada y anormal avidez de esta monstruosa glotonería? Porque son anormales los placeres que tales personas persiguen. ¿Qué placer proporciona a quienes comen carne el gustar al mismo tiempo la de animales madres y la de sus crías? Se me ocurre que, si alguien quisiera mezclar los miembros de ambos y los clavara con asadores para hartarse con los trozos asados, éstos no permanecerían mudos sino romperían a hablar indignados por la monstruosidad del insólito tratamiento de que serían objeto y proferirían infinidad de invectivas contra la voracidad de quienes prepararan un banquete tal, indigno de llevarse a la boca.

137. Pero es más, la ley destierra fuera de los sagrados recintos a todos los animales en estado de preñez, no permitiendo que sean sacrificados hasta que hayan dado a luz, por considerar que en ese período la condición del ser que yace en el vientre es la misma que la del que ya ha sido engendrado; y no porque las creaturas que todavía no han llegado a la luz hayan alcan-

zado la misma posición que las otras, sino para poner implícitamente freno a la licencia de los que tienen por norma mezclar todas las cosas.

138. Así pues, si los fetos en vía de desarrollo al modo de las plantas, y considerados aún partes de las que los llevan en su seno, unidos a ellas por el momento, aunque habrán de ser separadas más tarde del común organismo con el correr de los meses, son, en atención a que se aguarda su conversión en seres vivientes, protegidos en el invulnerable recinto materno para evitar que las alcance la mencionada profanación, ¿cómo no habrán de serlo más aún las criaturas que ya han sido dadas a luz y tienen asignados un alma y un cuerpo propios? Porque no hay mayor sacrilegio que matar en una misma ocasión y al mismo tiempo al hijo y a la madre juntamente.

139. Este es el motivo, a mi parecer, que ha movido a algunos legisladores [64] a incorporar la ley relativa a las mujeres condenadas, según la cual las que hubieren cometido delitos merecedores de muerte estando encinta, deben ser conservadas con vida hasta que dieren a luz, a fin de que al ser ejecutadas no perezcan conjuntamente con ellas las criaturas que llevan en su seno.

[64] Las fuentes antiguas atestiguan la existencia de tal prescripción legal en Egipto, Grecia y Roma.

140. Empero estos legisladores han limitado esa prescripción a los seres humanos; Moisés, en cambio, remóntase más allá todavía y extiende el humanitario trato también a los animales irracionales, a fin de que, ejercitados en las relaciones con seres de otra especie, usemos de un sentimiento de humanidad en mucha mayor medida aún en el caso de los de nuestra misma especie, evitando causarnos recíprocamente dolor unos a otros, y no atesorando movidos por el egoísmo nuestros bienes personales sino brindándolos para común uso a todos en todas partes, como a parientes y hermanos por naturaleza.

141. Después de esto, que acusen los expertos calumniadores de misantropía a nuestra nación, y que reprochen a nuestras leyes una supuesta falta de solidaridad y humanidad, cuando de manera tan evidente estas leyes hacen partícipes de su compasión incluso a las bestias de los rebaños, y nuestro pueblo transforma en mansedumbre todo cuanto de rebelde hay en las almas mediante las instrucciones que inculca en ellas la ley desde la más temprana edad.

142. Pero fuente fecunda, como es, de virtud, y poseyendo una excelente disposición para brindar nobles enseñanzas, busca el legislador superar sus propios logros y emprende nuevas contiendas. Habiendo, en efecto, mandado que, hasta que no esté en condiciones de ser destetado, no sea separado de madre ni un cordero, ni un cabrito ni ningún otro vástago nacido en los rebaños, y establecido además que no sean sacrificados en el mismo día un animal madre y su hijo, corona su generosidad con estas palabras: "No cocerás un cordero en la leche de su madre".[65]

[65] Éx. XXIII, 19 y XXXIV, 26 y Deut. XIV, 21.

143. Es que entiende que resulta totalmente absurdo que el alimento del animal cuando estaba vivo aún se convierta en medio para sazonarlo y aderezarlo una vez muerto; y que, mientras la naturaleza, preocupada por su conservación, derrama la leche como lluvia, habiendo determinado que fluya a través de las ubres de la madre como a través de canales, en cambio, la incontinencia de los hombres llegue hasta el punto de mal emplear también para aniquilar el cuerpo, es decir, lo que resta aún de él, aquello que fue el sostén de su vida.

144. Por lo tanto, si alguno creyere conveniente cocer en leche la carne, cuézala pero evitando la crueldad y la impiedad. En todas partes hay innumerables rebaños de ganados, los que son ordeñados todos los días por boyeros, cabrerizos y pastores, para los cuales, por tratarse de criadores de ganado, la mayor fuente de ingresos es la leche, tanto en estado líquido como condensada y solidificada en forma de queso. En consecuencia, puesto que tan grande es la abundancia de leche, quien cuece la carne de los corderos, de los cabritos o de cualquier otro animal pequeño en la leche materna pone de manifiesto la torpeza y crueldad de su carácter, y la carencia de compasión, el sentimiento más necesario y más afín al alma racional.

145. XXVII. Despierta también mi admiración aquella ley que, armonizando con las anteriores como miembros de un coro pleno de armonía, prohíbe poner bozal al buey mientras trilla.[66] Es que al buey le corresponde abrir surcos en la tierra fértil antes de que reciba la semilla, y preparar los campos para el cielo y el labrador; para éste a fin de que a su debido tiempo proceda a la siembra; para el cielo a fin de que los profundos surcos, tras recibir el don de sus lluvias, lo atesoren, y provean poco a poco de pingüe alimento a la semilla, hasta producir ésta las espigas y llevar luego a su pleno desarrollo el fruto anual. Y llegado éste a la madurez, nuevamente es necesario el buey para otro servicio: la limpieza de las gavillas y la separación del producto genuino y útil, de los desechos.
[66] Deut. XXV, 4.

146. Y ya que he mencionado la dulce y clemente prescripción relativa a los bueyes durante la trilla, citaré también ahora la ley, de la misma familia de las anteriores, dictada a propósito del ganado que ara la tierra.[67] Prohíbe en ella uncir a un mismo yugo un buey y un asno para arar el terreno, y lo prohíbe no solo porque tiene presente la opuesta condición de estos animales, ya que el buey es animal puro y el asno pertenece a los impuros, y no es conveniente poner juntas a bestias a tal punto opuestas; sino también porque son dispares en cuanto a fuerzas, y el legislador es defensor de los más débiles y cuida que no sean oprimidos ni maltratados por una fuerza superior. No obstante ello, el más débil de los dos animales, el asno, es excluido de los recintos consagrados; en tanto que la ley establece que el más fuerte, el buey, puede ser ofrecido en los sacrificios más perfectos.
[67] Deut. XXII, 10. Ver *Sobre las leyes particulares* IV, 205 y 206.

147. Con todo, no consideró con desprecio la debilidad de los impuros, ni permitió que los puros recurrieran a la fuerza en vez de recurrir a la justicia; y es poco menos que una directa y sonora proclama para los que poseen oídos en el alma la consigna de que no debemos perjudicar a ninguna persona de otra nación si nada tenemos que reprocharle excepto su condición de extranjero, lo cual no es motivo de acusación, puesto que todo lo que no sea un vicio o proceda de los vicios está libre de cualquier recriminación.

148. XXVIII. Pródigo una vez más en dispensar su clemencia, el legislador hace uso de ella profusa y generosamente y habiendo pasado primero de los seres racionales a los irracionales, pasa luego de los irracionales a los vegetales, a los cuales hemos de referirnos ahora, ya que acerca de los primeros, o sea, los hombres y todos los seres dotados vida animal se ha hablado ya.

149.[68] Pues bien, dice expresa y categóricamente que ni se ha de talar árbol alguno de las especies cultivables, ni se han de arruinar los campos segándolos antes de la época propicia, cuando están cargados de espigas, ni, en general, se ha de destrozar fruto alguno. El objeto es que el género humano esté provisto de abundante cantidad de alimentos, abundancia que comprenda no solo las cosas necesarias sino también aquellas que procuran una vida

placentera. Porque el fruto del trigo es necesario por cuanto se lo destina al alimento de los hombres; pero las incontables variedades de frutos de árboles apuntan a la vida placentera, aun cuando en tiempos de escasez muchas veces se conviertan los mismos también en alimentos supletorios.
[68] Las argumentaciones contenidas en los parágrafos 149 a 154 se basan en Deut. XX, 19.

150. XXIX. Y avanzando más todavía en este punto, ni siquiera permite arrasar el país de los enemigos, y prescribe abstenerse de talar árboles y devastar, entendiendo que es absurdo que la cólera contra los hombres se descargue sobre cosas que ningún mal han causado.

151. Pero además considera que no solo en lo presente se ha de poner la vista, sino también se ha de examinar el futuro como desde una atalaya, desde la distancia, mediante la aguda visión de la razón, ya que ninguna cosa permanece en el mismo estado sino todas se caracterizan por cambiar y modificarse, y por lo tanto, cabe esperar con fundamento que los hasta determinado momento hostiles envíen embajadores a iniciar negociaciones y no tarden en estar en buenos términos.

152. Y cosa penosa sería privar a amigos [69] de los alimentos de que han menester, sin conservar nada de cuanto ante la incertidumbre del futuro resulta necesario. Realmente admirable en sumo grado es la afirmación de los antiguos según la cual se ha de participar de la amistad sin descartar la posibilidad de enemistad, y afrontar los desacuerdos conjeturando que sobrevendrá la amistad en el futuro; a fin de que cada uno conserve como reserva en su propia naturaleza algo que le garantice su seguridad, y no se vea forzado a arrepentirse viéndose desnudo de obras y palabras, y a echarse en cara a sí mismo, cuando ya es inútil, su excesiva negligencia.
[69] Amigos, si se llega a las paces a que se ha hecho referencia.

153. También los estados deben observar esta máxima, previendo durante la paz las contingencias propias de la guerra, y durante la guerra las que son propias de la paz, y no confiar ciegamente en los aliados, pensando que no llegarán a cambiar convirtiéndose en oponentes, ni desconfiar totalmente de los enemigos en la creencia de que no serán capaces alguna vez de trocarse en amigos.

154. Mas, dejemos el caso de que sea o no preciso hacer algo para ayudar a un enemigo con la esperanza puesta en una eventual reconciliación; en lo que a las plantas toca, ninguna es enemiga nuestra sino todas son amigas y provechosas, y particularmente necesarias son las cultivadas, cuyo fruto es o un alimento o un bien del mismo valor que el alimento.[70] ¿Por qué, entonces, habríamos de llevar la guerra contra seres que no son nuestros enemigos, talándolos o quemándolos o arrancándolos de raíz, cuando la misma naturaleza los formó hasta su completa madurez mediante el agua con que los regó y las propicias temperaturas del aire, para que ofrecieran a los hombres, como a soberanos, sus anuales tributos?
[70] Probablemente quiere decir que son alimentos primordialmente cuando, a falta de otros alimentos, ellos calman el hambre; y medios para regalar al paladar en los demás casos, conforme con lo expresado en el parágrafo 149.

155. Como un bien dotado encargado de la preparación de atletas, preocupóse el legislador por desarrollar la fuerza y la resistencia no solo en los animales sino también en las plantas, y muy en especial en las cultivadas, ya que éstas merecen un mayor cuidado y no poseen el mismo vigor que las especies salvajes, necesitando de la ciencia agrícola para adquirir una mayor fortaleza y capacidad.

156. Manda, en efecto, que los árboles recién plantados sean protegidos durante tres años seguidos,[71] eliminándoseles los brotes superfluos a fin de que el peso de éstos no los oprima, ni lleguen a extenuarse a causa de la escasez de las sustancias nutritivas provocada por el fraccionamiento de las mismas; y que se les abran zanjas circulares y excave en torno a ellos para que no brote a su lado ninguna planta dañosa que impida su crecimiento. Además no permite que se corte su fruto para procurarse un placer, no solo porque el fruto que procede de una planta incompleta aún habrá de ser incompleto, del mismo modo que entre los animales ninguno de los que no han alcanzado su total desarrollo es capaz de engendrar hijos perfectos, sino también porque se habría de dañar a las jóvenes plantas, que apenas se despegan todavía de la tierra, podríamos decir, impidiéndoseles que crezcan.
[71] Lev. XIX, 23. Ver *Sobre la obra de Noé como plantador* 95.

157. Consecuentemente, muchos agricultores vigilan durante la primavera a los jóvenes árboles a fin de eliminar enseguida, antes de que se desarrolle y crezca en tamaño, cada fruto que produzcan, moviéndoles a ello el temor de que se debiliten las plantas madres. Sucede, en efecto, que, si no se toma esta precaución, cuando deben producir frutos perfectamente desarrollados, o no producen fruto alguno o engendran abortos por estar exhaustas a causa del esfuerzo ocasionado por las producciones prematuras de frutos, con cuyo peso las antiguas ramas acaban por agobiar al tronco y a las mismas raíces.

158. Mas, al cabo de los tres años, una vez que por una parte, las raíces hayan penetrado profundamente y se hayan aferrado al suelo con suficiente firmeza; y por otra, el tronco, apoyado como sobre inconmovibles cimientos, haya crecido y adquirido vigor, podrán producir frutos perfectos en el cuarto año, dentro de la esfera del perfecto número cuatro.[72]
[72] Lev. XIX, 24. Ver *Sobre la creación del mundo* 47 a 54; *Sobre Abraham* 13 y *Sobre la obra de Noé como plantador* 117.

159. Pero ordena que en ese cuarto año el fruto no se corte para gustar de él, sino para consagrarlo en su totalidad como primicia a Dios, en parte en agradecimiento por lo ya producido, y -en parte por la fertilidad que se aguarda para el futuro y las ganancias que se espera que ella producirá.

160. Ves cuan grande es la benevolencia y la bondad que muestra, y cuan liberalmente las derrama sobre cada una de las especies: en primer lugar sobre la especie humana, sin excluir a extranjeros ni a enemigos; en segundo lugar ¿obre la de los animales irracionales, sean o no puros; y finalmente sobre la de sembrados y árboles juntamente. Y por cierto que aquel que ha aprendido primero la dulzura aplicada a las naturalezas incapaces de recibir impresiones mentales,[73] no puede cometer atropellos contra los que están dotados de una existencia animal; y el que se abstiene de cometer atentados que afecten a los animales, por lógica consecuencia aprende a guardar las debidas consideraciones a los seres racionales.
[73] Es decir, los vegetales. Ver *Sobre la inmutabilidad de Dios* 43 y 44.

161. XXX. Con tan importantes prescripciones tornó mansas Moisés las inteligencias de los ciudadanos de su comunidad y las liberó del desprecio y la arrogancia, defectos gravísimos y sumamente afligentes, que la mayoría acoge como los mayores bienes, en especial cuando las riquezas, las distinciones y los altos cargos les procuran sus dones en abundancia ilimitada.

162. Porque, si bien la arrogancia nace también en los hombres insignificantes y oscuros, como ocurre con cada una de las demás pasiones, enfermedades y debilidades del alma; sin

embargo no llega a alcanzar un mayor desarrollo, sino, al igual que le sucede al fuego por su misma esencia, tiende a extinguirse pues le falta combustible. Pero aparece claramente manifiesta en los poderosos, los que, como he dicho, tienen riquezas, distinciones y altos cargos que les proveen abundantemente de este mal, y saturados de estas cosas, como los que se han hartado de vino puro, caen en la embriaguez y proceden como beodos en su trato tanto con personas libres como con esclavos, y en ocasiones también con ciudades enteras; porque "la saciedad engendra insolencia", como dijo un antiguo autor.[74]
[74] Frase proverbial rastreable en numerosos autores antiguos hasta Solón y Teognis.

163. Por ello Moisés, en sus admirables revelaciones, nos exhorta a abstenernos de toda suerte de faltas, pero en particular de la altanería. Luego trae a la memoria los motivos que suelen encender dicha pasión, es decir, la desmedida abundancia de alimentos para el vientre, y el ilimitado acopio de casas, tierras y ganados, puesto que con ellos pierden los hombres pronto el dominio de sí mismos enorgulleciéndose y envaneciéndose. Para ellos no hay más que una sola esperanza de cura: el no olvidarse jamás de Dios.[75]
[75] Deut. VIII, 12 a 14.

164. Porque, así como cuando el sol se eleva se extingue la oscuridad y todo se llena de luz, del mismo modo, cuando Dios, el sol de la inteligencia, se eleva y resplandece sobre el alma, las tinieblas de las pasiones y los vicios se dispersan y surgen a la vista la forma purísima y digna del más intenso amor de la inmensamente refulgente virtud.

165. XXXI. Y considerando que vale la pena insistir más aún en la represión y el aniquilamiento del desprecio, agrega las razones por las cuales deberíase llevar grabado en el alma, a resguardo del olvido, el recuerdo de Dios. "Él", dice, "te da fuerza para adquirir poder".[76] Palabras sumamente instructivas, pues aquel a quien se le ha enseñado cuidadosamente que su vigor y fortaleza los ha recibido como un don de Dios; y deduce de ese modo su propia debilidad, la que tenía antes de gozar de este don, dejará de lado el espíritu de soberbia y vanidad, y dará las gracias a Aquel que ha producido en él el favorable cambio. Y el alma bien agradecida es enemiga de la arrogancia, exactamente como, a la inversa, la ingratitud es afín a la altanería.
[76] Deut. VIII, 18.

166. El sentido de esas palabras es el siguiente: Si tus bienes crecieren vigorosamente y cobrares y adquirieres una fuerza que quizás no esperabas, debes producir poder.
¿Qué significa esto? Preciso es aclararlo cuidadosamente a quienes no alcanzan a ver su exacto significado. Muchas personas tratan de hacer a otros lo contrario de lo bueno que ellos han experimentado. Si se han enriquecido, procuran que otros se conviertan en pobres; y si han alcanzado un alto grado de prestigio y honor conviértense en causa de humillación y deshonra para otros.

167. Lo que corresponde, en cambio, es que el sabio inculque en quienes lo tratan la mayor sagacidad posible; el moderado en sus deseos, su continencia; el valiente, su valor; el justo, su justicia; y en general el hombre de mérito, sus buenas cualidades. Porque estas cosas son evidentemente poderes, y el hombre de bien los tratará de alcanzar[77] por ser muy propios de él, en tanto que lo opuesto, es decir, la impotencia y la debilidad, es ajeno a los nobles caracteres.
[77] Es decir, tratará de lograr su concreción también en otros.

168. Esta provechosísima lección va dirigida muy especialmente a la naturaleza racional, a fin

de que el hombre imite a Dios en la medida de sus posibilidades, sin omitir cosa alguna de las que conducen a esa asimilación hasta donde es dado alcanzarla.
XXXII. En suma, lo que dice es que, si hubieres recibido fuerza del inmensamente Poderoso, hagas partícipes de tu fuerza a otros, ofreciéndoles lo que se te ha brindado a ti, a fin de que imites a Dios al dar gratuitamente bienes de la misma clase.

169. Porque los dones del sumo Soberano son para común provecho, y si los da a determinadas personas no es para que ellas los tomen y los oculten ni para que los usen en perjuicio de otros, sino para que los pongan a disposición de todos y, como en los banquetes públicos, inviten a todos los que fuere posible a usar y disfrutar de ellos.

170. En consecuencia, decimos al hombre que posee mucho dinero, al que es famoso, al vigoroso, al sabio, que debe procurar que los que están vinculados a él sean ricos, famosos, vigorosos, sabios y, en general, buenos; y que no ha de poner obstáculos a aquellos que pueden alcanzar esos bienes, por preferir la envidia y los celos a la virtud.

171. En cambio, en el caso de los dominados por un orgullo inmenso, cuya arrogancia es tan grande que jamás tendrá cura, la ley aplica un excelente criterio al no someterlos al juicio de los hombres sino remitirlos al tribunal de Dios solamente. Dice, en efecto: El que intenta hacer algo con presunción "irrita a Dios".[78]
[78] Núm. XV, 30.

172. ¿Por qué tal remisión? En primer lugar por que la arrogancia es un vicio del alma, y el alma es invisible salvo para Dios, y no es a los ciegos a quienes compete aplicar castigos, sino a los capaces de ver, mereciendo los primeros reproches si lo hacen, por cuanto su misma ignorancia es un cargo contra ellos; en tanto que los segundos merecen aprobación por cuanto obran con pleno conocimiento. En segundo lugar porque, quien ha llegado a estar repleto de irracional presunción se considera a sí mismo, como dice Píndaro, "no ya un hombre ni un semidiós, sino una completa deidad",[79] pretendiendo pasar más allá de los límites de la humana naturaleza.
[79] Fragmento 280 (Bergk).

173. Como su alma, también su cuerpo es reprochable en todas sus posturas y movimientos. Con posición erguida y el cuello estirado hacia lo alto, se pavonea y eleva más de lo natural, inflado de orgullo, y al mirar lo hace despectivamente con ojos oblicuos, al escuchar no presta atención, y trata a sus servidores como a rebaños, a los libres como a esclavos, a sus parientes como a extraños, a los amigos como a parásitos, y a sus conciudadanos como a extranjeros.

174. Considérase a sí mismo el más rico entre todos, el mejor conceptuado, el de más hermosa presencia; el más fuerte, el más sabio, el más justo, el más elocuente, el más versado. Y además entiende que los otros son pobres, sin reputación, sin honra, insensatos, injustos, ignorantes, despreciables como impuros, sin valor alguno. Es, por lo tanto, natural que este tal tenga a Dios, como nos dice el sagrado intérprete, por acusador y castigador.[80]
[80] Es muy aceptable la opinión de Cohn en el sentido de que la descripción que aquí concluye es un retrato del cesar Cayo (Calígula), elegido por Filón como modelo de arrogancia, soberbia y extravagancia.

SOBRE EL ARREPENTIMIENTO

175. XXXIII. El santísimo Moisés, movido por su amor a la virtud y a la nobleza y sobre todo

por sus sentimientos humanitarios, exhorta a todos, dondequiera se hallen, a cultivar ardorosamente la piedad y la justicia, y ofrece a los arrepentidos, como grandes galardones por su victoria, la participación en la más excelente de las comunidades y el goce de todos los bienes grandes y pequeños que en ella se dan.

176. Bienes de primera categoría son considerados en los cuerpos la salud libre de toda enfermedad, en las naves una próspera navegación sin peligros, y en las almas un imborrable recuerdo de cuanto merece recordarse. Pero después de éstos están los bienes consistentes en una rectificación, es decir, el recobrarse de las enfermedades, la inmensamente anhelada salvación de los peligros del mar, y el recuerdo que sobreviene después de un olvido; recuerdo que guarda un estrechísimo parentesco con el arrepentimiento, el que, si bien no está ubicado en la primera y más alta categoría de los bienes, figura en la siguiente clase y tiene asignados los segundos galardones.

177. El no cometer falta alguna en absoluto es privilegio exclusivo de Dios y quizá también de algún hombre Divino; el trocar los errores en una vida irreprochable es propio de un hombre sensato que no ignora completamente lo que es provechoso para él.

178. De allí que, cuando Moisés convoca a los hombres de esta clase y los inicia en sus doctrinas, los invita, ofreciéndoles conciliadoras y amigables instrucciones en las que los exhorta a obrar con sinceridad y a repudiar la vanidad, a que abracen la verdad y la simplicidad, por tratarse de cosas de vital importancia y ser fuentes de felicidad, y a que se rebelen contra las fabulosas invenciones que desde sus primeros años imprimieron en sus todavía tiernas almas sus padres, sus nodrizas, sus tutores y muchísimos otros familiares, causantes de su inacabable andar sin rumbo en lo que al conocimiento de lo más excelente se refiere.

179. ¿Y qué puede ser lo más excelente de todo lo que existe sino Dios, cuyas honras atribuyeron ellos a aquellos falsos dioses, a los que glorificaban insensatamente más allá de toda medida mientras se olvidaban de El? En consecuencia, a todos los que, si bien al principio no conocieron su deber de venerar al Fundador y Padre del universo, luego, empero, han adoptado la fe en una soberanía única en vez de la creencia en una multitud de soberanos, hemos de considerarlos íntimos amigos y parientes nuestros, puesto que han dado pruebas de un carácter grato a Dios, inclinado al máximo a la amistad y a la íntima unión, y es preciso que nos regocijemos a la par de ellos, como si, habiendo estado ciegos, hubieran vuelto a ver, y dejando atrás la más profunda oscuridad contemplaran la más radiante de las luces.

180. XXXIV. Queda, pues, señalada la primera y más importante forma de arrepentimiento; pero no solo debe una persona arrepentirse por su error de reverenciar durante mucho tiempo a las cosas creadas en vez de reverenciar al Increado y Hacedor; sino debe hacerlo también a propósito de todas las otras cosas esenciales en la vida, pasando, podríamos decir, del dominio de la turba, el más vil de los malos gobiernos, a la democracia, el gobierno de las mejores leyes;[81] vale decir, pasando de la ignorancia al conocimiento que no podemos ignorar sin vergüenza; de la insensatez a la prudencia, de la incontinencia a la moderación, de la injusticia a la justicia, y del desánimo a la confianza.

[81] Ver *Sobre las leyes particulares* IV, 237.

181. Porque es cosa excelente y provechosa el desertar espontáneamente hacia la virtud de manera irrevocable abandonando el vicio, maligno amo; a la par que es necesario que, así como la sombra no puede menos que seguir al cuerpo bajo la luz solar, la completa

participación en todas las demás virtudes vaya aparejada a la honra que se tributa a Dios, el Que Es.

182. Los nuevos profesantes tórnanse de inmediato prudentes, moderados, modestos, corteses, bondadosos, humanos, dignos, justos, magnánimos, amantes de la verdad, superiores a las riquezas y al placer; en la misma medida en que, a la inversa, podemos ver cómo los desertores de las sagradas leyes son incontinentes, desvergonzados, injustos, descarados, cortos de intelecto, malevolentes, amigos de la falsedad y el perjurio; y han vendido su libertad a cambio de manjares, vino puro, golosinas y la ajena hermosura,[82] buscando los deleites del vientre y de las partes que están debajo de él, deleites que redundan en gravísimos daños para el alma y para el cuerpo.

[82] Ver *Sobre las leyes particulares* IV, 82.

183. Admirables, sin duda, son también las exhortaciones al arrepentimiento que formula el legislador. En ellas se nos enseña a transformar nuestra vida pasando de la desarmonía a una condición superior y distinta. Dice,[83] en efecto, que este logro no es excesivamente pesado ni muy remoto, que no se halla ni en las remotísimas alturas de la región del éter ni en los confines de la tierra ni más allá del gran mar, como para que resulte imposible alcanzarlo; sino se halla muy próximo, residiendo en tres partes de nuestro ser: en la boca, en el corazón y en las manos, los que simbolizan las palabras, las intenciones y las obras respectivamente, puesto que la boca es el símbolo de la palabra, el corazón de las intenciones y las manos de las acciones, y en las palabras, intenciones y obras reside la felicidad.

[83] Deut. XXX, 11 a 14.

184. Cuando, en efecto, los designios corresponden a las palabras, y las obras a las intenciones, la vida es digna de alabanza y perfecta; cuando, en cambio, están ellas en recíproco conflicto, aquella es imperfecta y reprensible. Y aquel que no ha olvidado procurar esa armonía complacerá a Dios, convirtiéndose en amante de El y al mismo tiempo en amado por El. De allí que, en perfecta concordancia con esas palabras,[84] fuera revelado el siguiente oráculo: "Has elegido hoy a Dios para que sea Dios para ti, y el Señor te ha escogido hoy para que seas un pueblo para El".[85]

[85] Ver *Sobre los cambios de nombres* 237 y 238. «5 Deut. XXVI, 17 y 18.

185. Excelente es la reciprocidad de esta elección, en la que el hombre se apresura a servir al Que Es, y Dios a acoger sin dilación alguna al suplicante a Su lado, anticipándose al deseo de quien honesta y sinceramente se encamina a Su servicio. Y el verdadero servidor y suplicante, aunque no se trata más que de un solo hombre por su número, por su valor, como que Dios lo escoge para Sí, es el pueblo entero, siendo en dignidad equivalente a una nación completa. Y es natural que así sea, puesto que, así como en la nave el papel del piloto equivale al de todos los marineros, y en el ejército el del general equivale al de todos los soldados, ya que si él perece sobreviene la derrota, como si toda la fuerza hubiera sido aniquilada juntamente; del mismo modo también el sabio compite en dignidad con la nación entera pues lo protege el inexpugnable muro que es la piedad.

ACERCA DE LA NOBLEZA [86]

[86] Etimológicamente: *nobleza de nacimiento o cuna,* pero evidentemente Filón se refiere a la nobleza de méritos personales o moral.

187. XXXV. Por eso hemos de censurar también, y no poco, a los que celebran la nobleza como el más grande bien y como origen de grandes bienes, porque entienden ellos, en primer

lugar,[87] que son nobles aquellos que descienden de antepasados ricos y renombrados por muchas generaciones aun cuando esos antepasados de los que se jactan descender, no hayan encontrado la felicidad en medio de la inagotable sobreabundancia de riquezas, como que está en la naturaleza del verdadero bien el residir no en cosa alguna exterior, ni en las tocantes al cuerpo siquiera, y más aún, ni siquiera en cualquiera de las partes del alma, sino en la parte rectora de ella solamente.
[87] No se halla más adelante el correlativo *en segundo lugar,* por lo que podría traducirse por *primordialmente,* o más *que nada.*

188. Así fue como Dios, cuando, movido por Su dulzura y amor a la humanidad, quiso establecer el bien entre nosotros, no halló para él sobre la tierra un templo más digno que la razón. En efecto, en su condición de elemento superior, solo ella lleva entronizado el bien, aunque no lo crean así algunos de los que no han paladeado la sabiduría o solo la han tocado con la punta de los labios. Porque, en comparación con el servicio de esa verdadera reina que es la virtud, la plata y el oro, los honores y los cargos públicos, la buena complexión y la belleza corporal aseméjanse a los hombres a los que se han asignado cargos ordinarios en los gobiernos, y no alcanzan a ver el inmenso resplandor de la luz.[88]
[88] El texto griego se presenta aquí sumamente confuso, resistiendo a todo intento de reconstrucción conveniente; por lo que la traducción es conjetural y su sentido discutible.

189. Pues bien, puesto que la nobleza es porción reservada a la inteligencia purificada con purificaciones perfectas, no podemos dar el nombre de nobles sino a los hombres moderados y justos, aun cuando desciendan de esclavos nacidos en la casa de sus amos o comprados. En cambio, ha de ser inaccesible el recinto de la nobleza a quienes se han convertido en hombres ruines aunque desciendan de buenos padres.

190. Porque el hombre ruin es un ser sin hogar y sin patria, desterrado de la patria de la virtud, la que es patria del verdadero sabio. El ruin lleva inevitablemente consigo la falta de nobleza, aun cuando sus abuelos o antepasados hubieren sido de vida irreprochable, puesto que él se empeña en distanciarse de esa vida y se desvincula situándose a inmensa distancia de la nobleza en sus palabras y en sus obras.

191. Pero, aparte de no estar en la naturaleza de los malvados el ser nobles, yo veo que además todos ellos son enemigos implacables de la nobleza, puesto que aniquilan la ancestral dignidad y oscurecen hasta extinguirlo totalmente el prestigio de la familia.

192. XXXVI. Este es el motivo, a mi parecer, por el que padres que aman intensamente a sus hijos, desheredan formalmente a. éstos separándolos de su casa y parientes, cuando la depravación, de que hacen gala sobrepasa el incomparable e inigualado afecto que la naturaleza ha engendrado en los progenitores.

193. La. verdad de mi aserto puede reconocerse también a través de otros ejemplos. A quien ha perdido la vista, ¿qué utilidad puede ofrecerle para ver la buena vista de sus antepasados? ¿Qué aprovecha a quien ha perdido la lengua el hecho de que sus padres y abuelos poseyeran voces sonoras? Y si alguien ha venido a. parar en un verdadero esqueleto por efecto de una prolongada, y agotadora enfermedad, ¿de qué le sirve el que los fundadores de su estirpe figuren entre los vencedores de los juegos Olímpicos o en las cuatro competencias panhelénicas gracias a su fuerza atlética? La verdad es que los defectos de su cuerpo, permanecen igualmente en el mismo estado, sin que les valgan las felices condiciones de los de su familia para lograr una mejoría.

194. De idéntica manera, tampoco aprovecha a los injustos el que sus padres sean justos, ni a los incontinentes el que sean moderados, ni, en general, a los malvados el que aquéllos sean buenos; pues, aunque las vidas de los que cultivan coa celo la virtud son una determinada forma de leyes no escritas,[89] ningún provecho reportan a los que obran ilegalmente las leyes encargadas de castigarlos.
[89] Ver *Sobre Abraham* 4 y ss., y 276.

195. Por eso se me ocurre que la nobleza, si Dios la hubiera modelado bajo una forma humana, se situaría frente a sus rebeldes descendientes y les hablaría en estos términos: En el tribunal de la verdad el parentesco no. se mide solamente por la sangre, sino por la semejanza en la conducta y la persecución de los mismos fines. Mas vuestra conducta es la opuesta. Aquello a lo que yo brindo mi amistad vosotros lo consideráis enemigo vuestro; y lo que yo detesto goza de vuestra amistad. Así, el respeto, la verdad, el control de las pasiones, la modestia y la inocencia son a mi juicio cosas honorables, en tanto que para vosotros resultan cosas despreciables. A su vez la desvergüenza, la falsedad, el desenfreno en las pasiones, la vanidad y los vicios son mis enemigos, mientras que para vosotros son sumamente familiares.

196. ¿Por qué, si habéis puesto vuestro empeño en separaros de mí mediante las obras, fingís un parentesco de meras palabras, revistiéndoos con un nombre engañador? No soporto los fraudes seductores y elegantemente presentados; que, si fácil resulta a cualquiera echar mano a palabras que suenan agradablemente, no lo es el trocar las malvadas disposiciones en buenas cualidades.

197. Con la vista puesta en estas consideraciones, tengo al presente por enemigos míos, y en adelante tendré por tales a aquellos que hayan encendido el fuego de la enemistad, y mi desprecio recaerá sobre ellos, y no sobre aquellos a los que se echa en cara su innoble origen. Porque éstos pueden alegar en su descargo el no poseer ningún modelo de altas virtudes en su familia; pero vosotros, que habéis nacido en grandes mansiones y podéis estar orgullosos y vanagloriaros del esplendor de vuestras estirpes, sí sois culpables, puesto que, teniendo a la vista buenos modelos, que no se separan de vosotros, podríamos decir, desde que nacisteis, no os habéis determinado a reproducir cosa elevada alguna de ellos.

198. Muchos ejemplos evidencian que para el legislador la nobleza consiste en la adquisición de la virtud, y que solo considera noble al que la posee, y no a cualquiera por el solo hecho de nacer de progenitores de relevantes cualidades.

199. XXXVII. Por ejemplo, ¿quién negaría que los hijos del nacido de la tierra [90] eran nobles de nacimiento y progenitores de hijos de noble cuna? Cúpoles un nacimiento superior al de los que nacieron en adelante, pues fueron fruto de las primeras nupcias de un hombre con una mujer, que entonces por primera vez se unían para la procreación de un ser semejante a ellos. Sin embargo, de los dos nacidos en esas condiciones el mayor no tuvo escrúpulos en asesinar al menor, cometiendo el más grande de los sacrilegios, que es el fratricidio, y siendo el primero en manchar la tierra con sangre humana.
[90] Adán.

200. ¿De qué le valió su nobleza de nacimiento a éste, que dio pruebas de una falta de nobleza de alma tal, que Dios, el Supervisor de los hechos humanos, al verla lo aborreció y, tomando a Su cargo el acusarlo, le asignó su castigo? Este no consistió en aniquilarlo inmediatamente, lo que hubiera traído aparejado el liberarlo de sufrimientos, sino en suspender sobre él infinitas

muertes, sentidas bajo la forma de ininterrumpidos dolores y temores que lo llevaban a la plena experiencia de las más dolorosas miserias.[91]
[91] Ver *Sobre los premios y los castigos* 72 y 73.

201. Entre los muy bien reputados de épocas posteriores existió un hombre inmensamente santo, cuya piedad consideró el codificador de nuestras leyes que merecía ser registrada en los sagrados libros. Este hombre, al producirse el gran diluvio, en el que todas las ciudades desaparecieron en medio de la universal ruina, ya que incluso las más elevadas montañas fueron sumergidas por la magnitud creciente y la violencia del torrente de agua en ascenso, es el único salvado, en compañía de sus familiares, obteniendo así por sus altas cualidades el mejor premio que cabe alcanzar.

202. Pero se repitió el caso, y de los tres hijos que le nacieron y que participaron del privilegio paterno, uno se atrevió a proferir expresiones injuriosas contra quien había sido causa de su salvación, haciéndolo objeto de risa y burla por haber cometido una involuntaria falta, y manifestando públicamente, para vergüenza de su progenitor, aquello que correspondía ocultar a los que lo ignoraban. De ese modo no sacó provecho de la límpida nobleza de su cuna y se convirtió en maldito y en origen de desdicha para su posteridad, cosas que merecía le sobrevinieran a quien no había tenido presente el honor debido a los padres.[92]
[92] Gen. IX, 20 a 25.

203. Mas, ¿por qué recordar a éstos y pasar por alto al primer hombre, al nacido de la tierra? Por la nobleza de su nacimiento ningún ser humano puede ser comparado con él, ya que fue modelado con consumado arte por las Divinas manos hasta adquirir figura de cuerpo humano, y juzgado, además, digno de un alma que no procedía de ser alguno de los llegados a la existencia, sino de Dios, que le infundió Su propio poder en la medida en que a la naturaleza mortal le era dado recibirlo. ¿Por ventura no se trataba de una sobresaliente nobleza de nacimiento, con la que no cabe comparar ninguno de los demás casos que alcanzaron celebridad?

204. Porque el prestigio de estos últimos provenía de la fortuna de los antepasados, que eran hombres al fin y al cabo, creaturas vivientes, perecederas y corruptibles, siendo su prosperidad insegura y precaria en muchos casos; en tanto que el padre de aquél no era mortal alguno sino el eterno Dios.

205. Sin embargo, aunque en cierto modo era una imagen de Dios en virtud de la presencia de la rectora inteligencia en su alma, y no obstante su deber de preservar inmaculada dicha imagen y seguir fielmente hasta donde le era permitido las virtudes de su Progenitor; cuando le fueron propuestos para su elección los contrarios, vale decir, el bien y el mal, la nobleza y la ruindad, la verdad y la falsedad, optó por la falsedad, la ruindad y el mal, y despreció el bien, la nobleza y la verdad; lo cual fue causa, como era de esperar, de que se trocase su vida inmortal en mortal, de que perdiese la dicha y la felicidad, y de que convirtiese su plácida existencia en una vida de penuria y miseria.

206. XXXVIII. Estos ejemplos deben servir de universal advertencia para todos los hombres respecto de lo improcedente que es el jactarse de la grandeza de su estirpe aquellos que carecen de nobles cualidades. Pero aparte de estos ejemplos universales [93] existen también otros especiales para los judíos. Efectivamente, entre los fundadores de la raza figuran aquellos a los que de nada, en suma, le valieron las virtudes de sus progenitores, y fueron condenados por actos reprochables y culpables, siendo su acusador, no otra persona, sino su

misma conciencia, el único de todos los tribunales al que no engañan los artificios retóricos.
[93] Es decir, dados por los antepasados comunes a toda la estirpe humana, por oposición a los dados por Abraham y sus descendientes.

207. El primero de esos fundadores fue padre de numerosos hijos, a los que engendró de tres mujeres, no por gozar de placer sino por la esperanza de multiplicar la estirpe. Mas, entre sus muchos hijos solo uno fue designado heredero de los bienes paternos. Todos los demás, como estuvieron lejos de poseer un sano discernimiento y en nada reproducían las virtudes de su progenitor, fueron excluidos de la casa y privados de sus vínculos con la celebrada nobleza de la estirpe.[94]
[94] Gen. XXV, 5 y 6. Ver *Sobre la migración de Abraham* 94.

208. A su vez, del reconocido como heredero nacieron dos gemelos, que ninguna semejanza tenían entre sí, [excepto las manos, y éstas como resultado de cierta estratagema] [95] ni en los cuerpos ni en sus inclinaciones. Porque mientras el menor era obediente a ambos progenitores, y a tal punto agradable, que alcanzó la alabanza de Dios; el mayor, en cambio, era rebelde, y siendo incontinente en los placeres del vientre y de las partes que están debajo de éste, tales placeres lo movieron a renunciar a sus derechos de primogénito en favor de su hermano menor, para arrepentirse acto seguido de dicha renuncia, desear la muerte de su hermano y no realizar cosa alguna fuera de aquellas que podían acarrear dolor a sus padres.
[95] Casi segura interpolación, en que se saca inoportunamente a colación el insignificante detalle mencionado en Gen. XXVII, 16 y 23.

209. Las consecuencias fueron que éstos formularon por el más joven los más excelsos votos, votos que Dios confirmó en su totalidad, por considerar que ninguno debía quedar sin cumplimiento; y que concedieron al mayor un lugar subordinado, movidos por la compasión, para que sirviese bajo las órdenes de su hermano, por entender, y con razón, que no es cosa buena que el hombre ruin ejerza él mismo el dominio de sus actos. [96]
[96] Gen. XXVII, 27 a 29 y 39 y 40, aunque sólo Rebeca formula estas súplicas según el relato bíblico.

210. Y por cierto que, si éste hubiera sobrellevado de buen grado esa servidumbre, hubiera sido considerado digno de los segundos galardones en los que podríamos llamar certámenes de la virtud. Pero lo que realmente sucedió fue que por su actitud presuntuosa y por haberse evadido de esa excelente dirección, convirtióse en origen de grandes vituperios para sí mismo y para sus descendientes, al punto de que su vida, indigna de vivirse, quedó registrada como una clarísima prueba de que la nobleza de nacimiento de nada les vale a los indignos de ella.

211. XXXIX. Estos, pues, pertenecen a la repudiable clase de los malvados nacidos de padres excelentes, a los que de nada les valieron las virtudes de los mismos, y en cambio causaron incontables daños los vicios de sus propias almas. Mas no debo dejar de mencionar a los situados en la opuesta y mejor clase, aquellos cuyos antepasados fueron culpables, pero sus vidas dignas de imitarse y plenas de alabanzas.

212. El más antiguo miembro de nuestra nación fue un caldeo, hijo de un astrólogo de los que se ocupan de los conocimientos relativos al cielo, gente que considera que las estrellas y el cielo todo y el universo entero son dioses, y afirma que de éstos depende el que a cada uno le sucedan bien o mal las cosas, sosteniendo que fuera de las cosas sensibles no existe causa alguna.

213. ¿Y qué puede ser más penoso o más apto para probar la falta de nobleza en el alma que el hecho de que ésta a través del conocimiento de los seres múltiples, secundarios y creados llegue a la ignorancia del Uno, Supremo, Increado y Hacedor de todas las cosas, el más excelente por estos y por otros innumerables atributos que por su grandeza el entendimiento humano no alcanza a abarcar?

214. Mas él, habiendo alcanzado a conocer estas verdades e inspirado por Dios, abandonó su país natal, su estirpe y su casa paterna, sabiendo que, si se quedaba, los engaños de la creencia en muchos dioses perdurarían en él impidiéndole llegar a conocer al Uno, al único Ser eterno, Padre de todas las cosas, tanto de las perceptibles por la inteligencia como de las perceptibles por los sentidos; y que, si, en cambio, se marchaba, marcharíase también de su inteligencia el engaño, trocándose la falsa opinión en verdad.

215. Al mismo tiempo excitaron más aún el ardiente deseo que le abrasaba de conocer al Que Es Divinos anuncios que le fueron revelados; guiado por los cuales sus pasos se encaminaban con un empeño que no admitía pausas hacia el descubrimiento del Uno. Y no cesó en ello hasta que recibió una visión suficientemente clara, no de Su esencia, que esto es imposible, sino de Su existencia y providencia.

216. De allí que se diga de él que fue el primer hombre que creyó en Dios,[97] pues fue el primero que tuvo una firme y segura convicción de que existe una única Causa suprema, y de que Ella vela por el mundo y cuanto este contiene. Y habiendo adquirido la fe, la más firme de las virtudes, adquirió juntamente todas las otras, al punto de que era considerado un rey por aquellos entre quienes se establecía,[98] y no por sus recursos y aprestos; que no era sino un simple particular; sino por la grandeza de su alma; que su espíritu era el de un rey.
[97] Gen. XV, 6.
[98] Gen. XXIII, 6.

217. Y ciertamente, ellos no cesaban de tratarlo con las muestras de acatamiento propias de los súbditos hacia su gobernante, movidos por el asombro que en ellos despertaba la majestad que en todos los aspectos irradiaba su naturaleza, cuya perfección sobrepasaba los límites de lo humano; como que tampoco la compañía que él frecuentaba era la misma que frecuentaban ellos, sino una más augusta, en las reiteradas ocasiones en que dominábale una Divina inspiración. Así, cuando sentíase poseído todo convertíase en él en algo superior: los ojos, el color de su piel, la estatura, las actitudes, los movimientos, la voz; pues el Divino espíritu que había sido exhalado desde lo alto sobre él y se había afincado en su alma, había conferido a su cuerpo excepcional belleza, a sus palabras persuasión y a sus oyentes capacidad de captarlas.

218. ¿Y no dirías tú que era de la más alta nobleza este emigrante alejado de todos sus familiares y amigos, que anhelaba el parentesco con Dios, que se esforzaba por todos los medios por llegar a ser familiar a El, que había sido incorporado a la más excelente de las funciones, la de los profetas, que no fundaba su fe en ninguna de las cosas creadas sino en el Increado y Padre del universo; que era además considerado un rey, como dije, por aquellos entre quienes residía, no habiendo alcanzado el mando por las armas ni los ejércitos poderosos, sino por elección de Dios, el amigo de la virtud, que recompensa a los amantes de la piedad con poderes soberanos para beneficio de los que los rodean?

219. Él es el común modelo de nobleza para todos los conversos que, abandonando la innoble condición de las exóticas leyes y las ilícitas costumbres que asignan honores Divinos a piedras, maderas y, en general, seres sin alma, han emprendido una noble emigración hacia

una comunidad plena realmente de vida y vitalidad, supervisada y presidida por la verdad.

220. XL. A esta nobleza han aspirado no solo hombres amantes de Dios, sino también mujeres que, olvidando la ignorancia en que fueron criadas, dentro de la cual hónrase a cosas fabricadas por el hombre, fueron instruidas en el conocimiento de la monarquía por la que es gobernado el mundo.

221. Tamar era una mujer procedente de la Palestina siria, criada en una casa y en una ciudad politeístas y repletas de imágenes, estatuas e ídolos en general. Mas, cuando, cual si saliera de una oscuridad profunda, pudo ver un corto resplandor de la verdad, con peligro de muerte se atrevió a marchar hacia la piedad, importándole poco vivir si no habría de vivir noblemente. Y por vivir noblemente entendía no otra cosa que el ser sierva y suplicante de la única Causa.

222. Aunque casada sucesivamente con dos hermanos, malvados ambos, el primer esposo suyo en las circunstancias habituales,[99] y el segundo por la ley del levirato [100] por no haberle dejado descendencia el primero; con todo, habiendo conservado inmaculada su propia vida, consiguió ganar también ella la aprobación que corresponde a los buenos, y convertirse en fuente de nobleza para todos sus descendientes. Pero ella, aunque extranjera, era al fin y al cabo libre e hija de padres libres, y probablemente no de humilde condición.

99 Es decir, desposándose no por una causa especial como la del levirato sino en primer matrimonio en estado de doncellez.

100 Gen. XXXVIII, 7 y 8.

223. Mas hubo ciertas criadas, nacidas más allá del Eufrates,[101] en los confines de Babilonia, las que fueron entregadas como dote a las hijas de la casa [102] con ocasión de los casamientos de éstas; pero cuando fueron juzgadas merecedoras de compartir el lecho del hombre sabio, en primer lugar pasaron de la condición de meras concubinas a la de esposas por nombre y situación, y fueron colocadas por sus señoras en pie de igualdad con ellas, casi diría yo, dejando de ser criadas; hecho sobremanera increíble, que las elevaba a la misma dignidad de aquellas.[103] Es que la envidia no se afinca en las almas de las personas sabias; y no estando presente la envidia, ellas hacen partícipes a otros de sus bienes.

101 En Mesopotamia.

102 Gen. XXIX, 24.

103 Gen. XXX, 3 y 9.

224. Los hijos bastardos nacidos de estas mujeres en nada difirieron de los legítimos, no solo ante los ojos de su progenitor; que es natural que el padre común de hijos nacidos de diferentes madres abrigue el mismo afecto hacia todos ellos; sino también para sus madrastras. Estas, en efecto, despojáronse de todo desafecto hacia sus hijastros, reemplazándolo por una inefable solicitud por ellos.

225. Por su parte, los hijastros, retribuyendo su afecto, honraron a sus madrastras como si fueren sus propias madres según la naturaleza. Y los hermanos, aunque reconocidos como medio hermanos según la sangre, no se conformaron con profesarse mutuamente un semiafecto solamente; antes bien acrecentaron hasta duplicarlo el sentimiento de amor que sentían por los otros y del que eran a la vez objeto; y compensaron plenamente el aparente defecto,[104] esforzándose por concentrar en una armoniosa conjunción de disposiciones espirituales a los nacidos de ambas partes.

104 De su vínculo fraternal.

226. XLI. Tras estas consideraciones, ¿les habremos de reconocer nobleza a quienes se la atribuyen como un bien propio, cuando en realidad pertenece a otros? Los tales, a diferencia de los que acabamos de mencionar,[105] bien pueden ser considerados enemigos no solo de la nación judía sino también de todos los hombres en todas partes; de aquella, porque dan a sus compatriotas licencia para despreciar una existencia saludable y sólida fiados [106] en la virtud de sus antepasados; de todos en general, porque, aun cuando las personas alcanzaren las cimas mismas de la grandeza de espíritu, de nada les habrá de servir ésta si por ventura sus padres y abuelos no han sido irreprochables.

[105] Es decir, de Abraham, Tamar y las siervas de Jacob,

[106] Es decir, pensando -que ;para ser noble basta con que lo hayan sido los antepasados, o la nobleza de nacimiento.

227. No sé si puede haber doctrina más dañosa que esa. Según ella ni a los hijos perversos perseguirá la vindicadora justicia si proceden de buenos padres, ni la recompensa alcanzará a los hijos buenos de padres perversos, no obstante que la ley juzga a cada uno por lo que es, y al aprobar o castigar ro tiene en cuenta las virtudes o vicios de los parientes.

SOBRE LOS PREMIOS Y LOS CASTIGOS (Y LAS MALDICIONES) [1]

(DE PRAEMIIS ET POENIS) (ET EXSECRATIONIBUS)

[1] El título, adoptado por Cohn y Colson, este último con la reserva manifestada en el paréntesis, está tomado de Eusebio de Cesárea, Historia Eclesiástica II, 18, 5. En el parágrafo 4 Filón señala que el objeto del presente tratado son los premios y los castigos, pero a partir del parágrafo 79, después de una laguna en el texto griego, se ocupa primero de las bendiciones y luego de las maldiciones, lo que hace pensar que el título completo sería "Sobre los premios y castigos y sobre las bendiciones y maldiciones".

1. I. Las revelaciones hechas a través del profeta Moisés se agrupan en tres órdenes: el referente a la creación del mundo, el histórico y el legislativo.[2] La creación del mundo está toda ella revelada de manera excelente y acorde con la majestad Divina, comenzando por la génesis del cielo y acabando en la formación del hombre. La razón de ello es que el cielo es el más perfecto de los seres imperecederos, y el hombre lo es entre los mortales; y el Hacedor produjo el mundo combinando en su gestación cosas inmortales con cosas mortales, creadas aquéllas para un papel rector, y éstas para ser subordinadas, las primeras definitivamente entonces y las segundas para ser también producidas en el futuro.[3]
[2] Ver *Vida de Moisés* II, 46 y ss.
[3] El texto griego presenta aquí algunas dificultades de sentido, pero la idea es evidentemente que las cosas celestiales quedaron definitivamente creadas en el primero y único acto creador de ellas en tanto que las cosas mortales fueron entonces creadas pero en una primera generación, debiendo perpetuarse la obra creadora para la perpetuación de las especies mortales.

2. La parte histórica es una relación de vidas nobles y de existencias ruines, e incluye las penas y los premios fijados, según los casos, a cada una de las generaciones. En cuanto a la parte legislativa, una sección de ella comprende la materia más general, y la otra encierra la prescripción de las leyes particulares. Diez son las leyes capitales, de las cuales se nos dice que fueron reveladas, no ya a través de las palabras de un hombre, sino dispuestas en lo alto del aire, en forma de lenguaje articulado; en tanto que las restantes, es decir, las leyes, específicas fueron prescriptas por boca del profeta.

3. Habiendo discurrido en los precedentes tratados, en la medida en que la ocasión lo exigía, acerca de todas estas leyes y además sobre las virtudes que el legislador asignó a la paz y a la guerra,[4] paso ahora a ocuparme en el debido orden de los premios propuestos para los buenos y los castigos que esperan a los malos.
[4] Ver *Sobre las virtudes* 22.

4. Después de haber instruido a los regidos por su constitución, recurriendo a bastante suaves directivas y exhortaciones y también a amenazas y amonestaciones de carácter más severo, los invitó a dar públicas muestras de cuanto habían aprendido. Ellos, marchando adelante como hacia una sagrada contienda, exhibieron a los ojos de todos cuál había sido su elección a fin de dar testimonio clarísimo de la verdad. [5]
[5] El invitado es el pueblo de Israel y las públicas muestras no son sino la ulterior historia con sus grandes momentos y sus etapas de claudicaciones.

5. Viose entonces a las claras que los verdaderos atletas de la virtud no habían defraudado las

altas esperanzas depositadas en ellos por sus maestros de lucha, las leyes; pero los de alma cobarde e innoble, dominados por su innato enervamiento, en vez de emprender la contienda contra las opuestas fuerzas con un vigor superior a ellas, se abatieron anticipadamente convirtiéndose en vergüenza para sí mismos y en objeto de burla para quienes los veían.

6. Por esa causa, los primeros alcanzaron los premios, las victoriosas proclamas y todos los otros galardones que se confieren a los vencedores; en tanto que los segundos se alejaron no solo sin ser coronados sino además con el estigma de una derrota en extremo humillante, más penosa aún que las de los certámenes atléticos. En estos certámenes, en efecto, los cuerpos de los atletas caen, pero se reponen fácilmente; pero en el caso que nos ocupa son las vidas en su totalidad las que se derrumban, vidas que resulta difícil volver a hacer resurgir una vez derribadas.

7. Las enseñanzas acerca del privilegio y el honor y, en oposición a éstos, del castigo, están armónicamente ordenadas en relativas a personas, relativas a casas, relativas a ciudades, relativas a países y naciones, y relativas a grandes regiones de la tierra. II. Hemos de examinar en primer lugar las que versan sobre los honores, ya que son más provechosas y a la vez más gratas de oír; y comenzaremos por el honor tributado a cada una de las personas particulares individualmente.

8. Dicen los griegos que aquel Triptólemo,[6] que vivió en antiguos tiempos y fue elevado hacia las alturas sobre alados dragones, propagó por toda la tierra el cultivo del fruto del trigo, con el objeto de que el género humano, en vez de alimentarse con bellotas, dispusiera de un alimento cultivado, provechoso y gratísimo. Pues bien, este relato, que no es sino una invención mítica, como también muchos otros, quede para los que acostumbran relatar cosas inverosímiles y cultivan la sofística en vez de la sabiduría, y la impostura en lugar de la verdad.

[6] Ver Ovidio, Metamorfosis V, 642 y ss. y Virgilio, Geórgicas I, 19.

9. La verdad del caso es que desde un principio, al mismo tiempo que tenía lugar la primera creación de todas las cosas, Dios hizo brotar de la tierra lo necesario y proveyó de ello anticipadamente a todos los animales, y de un modo especial al género humano, al que concedió la gracia de la soberanía sobre todas las creaturas terrestres. Porque en las obras de Dios nada nace tardíamente; e incluso todo aquello que parece haber sido elaborado posteriormente mediante la industria y el esfuerzo humanos, en todos los casos preexiste ya a medio hacer gracias a la previsión de la naturaleza; de modo que no está desacertado aquello de que aprender es recordar.

10. Pero quede este tema para otra ocasión. Lo que hemos de examinar es la provechosísima semilla que el Hacedor sembró en el pingüe suelo que es el alma racional.

11. La primera cosa sembrada en ella es la esperanza, la fuente de los rumbos de la humana existencia. Por ella, en efecto, de ganancias el hombre de negocios afronta las dificultades y recurre a las variadas maneras de obtenerlas; por la esperanza de una feliz travesía el propietario de buques atraviesa los dilatados mares; por la esperanza de gloria el hombre ambicioso escoge la vida pública y el manejo de los comunes negocios; por la esperanza de trofeos y coronas los de ejercitados cuerpos compiten en los certámenes atléticos; y es la esperanza de felicidad lo que estimula a los fervientes adeptos de la virtud a consagrarse a la filosofía, convencidos de que de este modo serán capaces de ver la naturaleza de los seres y obrar de conformidad con ella con miras a alcanzar la perfección en los dos más excelentes

tipos de vida: la contemplativa y la práctica, las que traen al instante aparejada la felicidad del que las alcanza.

12. Ahora bien, no faltan quienes, comportándose como enemigos de guerra, han encendido el fuego de los vicios en el alma y consumido en ella las semillas de la esperanza; ni quienes las han arruinado por indolencia, como cultivadores despreocupados de su labor. Y están también los que, aunque aparentemente han velado por ellas, prefirieron el egoísmo a la piedad y se han atribuido a sí mismos el origen de sus éxitos.

13.[7] Todos éstos son culpables. Únicamente es digno de aprobación aquel que ha depositado su esperanza en Dios, considerándolo el autor de su misma existencia y el único capaz de conservarlo libre de daño y destrucción. ¿Y cuál es el galardón ofrecido a quien ha sido coronado vencedor en este certamen? Pues ese galardón consiste en la creatura viviente mezcla de naturaleza mortal y de inmortal que es el hombre, no el mismo hombre que lo obtuvo ni otro distinto.[8]

[7] Lo que sigue se basa en Gen. IV, 26, y repite las consideraciones expuestas en *Sobre Abráham* 7 y ss.

[8] Es decir, no es ya un hombre particular, sino el hombre genérico.

14. Su nombre es en lengua hebrea Enós, que traducido; al griego es Anthrópos [9] quien tomó como nombre personal el que es común a toda nuestra especie, a título de selecto galardón, significando con ello que de ningún modo debe ser considerado un hombre aquel que no pusiere su esperanza en Dios.

[9] En español, *Hombre.*

15. III. Después de la victoria de la esperanza, sigue la segunda lucha, en la cual el arrepentimiento, que es completamente ajeno a esa naturaleza que se caracteriza por ser inconmovible, inalterable, y permanecer siempre idéntica en el mismo estado, lucha súbitamente poseído de celo y amor por el mejoramiento, y ansioso de dejar atrás la innata vanidad e injusticia, y de pasarse al campo de la modestia, la justicia y las demás virtudes.[10]

[10] El arrepentimiento es personificado por Enoch, al que se refiere Gen. V, 24. En *Sobre Abráham* 17 y ss. Filón interpreta su "traslado" como un pasaje del vicio a la virtud; aquí como un alejamiento de los lugares familiares.

16. Dos son las recompensas que se ofrecen al arrepentimiento en atención a que dos son sus logros positivos: el abandono de lo que es vil, y la elección de lo que es más elevado. Estos premios consisten en una nueva morada y la soledad. Dice, en efecto, el legislador a propósito de aquel que huyó de la sedición del cuerpo y se pasó al abandono del almp: "No era hallado porque Dios lo había trasladado".[11]

[11] Gen. V, 24.

17. Claramente se advierte que al mencionar un "traslado" alude a una nueva morada; y que lo de "no ser encontrado" da a entender la soledad. Y es muy razonable. Porque, si un hombre ha despreciado realmente los placeres y concupiscencias, y ha decidido con ánimo sincero situarse por encima de las pasiones, preciso es que se disponga a cambiar de residencia, huyendo sin posibilidad de retorno de su casa, dé su patria, de sus parientes y de sus amigos.

18. Es que lo familiar ejerce un atractivo tal, que bien cabe temer que, si tal hombre se queda,, sea detenido y apresado por tan grandes seducciones situadas en torno de él, cuya contemplación renovaría una vez más: las vergonzosas prácticas, aquietadas ya, y provocaría

vividos recuerdos de cosas que beberían quedar olvidadas.

19. Muchos han sido, efectivamente, los que se han convertido, en personas sensatas gracias a que abandonaron sus países; y se han visto curados de sus furiosos y frenéticos apetitos al no poder proporcionar a la pasión las imágenes del placer. Tal desvinculación, en efecto, hace que necesariamente se avance por un solitario camino, en el que ya no estará presente aquella que excita al placer.

20. Además, si alguien cambiare de residencia, deberá evitar el bullicio de la multitud y acogerse a la soledad, pues es natural que también en la tierra extranjera haya redes semejantes a las del propio país, en las que por fuerza quedan atrapados los que obran sin previsión y se regocijan con la compañía de las multitudes. Porque aquello que es desordenado, indecoroso, discordante y culpable constituye, una turba, y marchar a la par de ella es lo más dañoso que existe para quien acaba de emigrar por primera vez hacia, la.; virtud.

21. Porque, así como los cuerpos de los que han comenzado a recobrarse de una prolongada enfermedad están expuestos a una recaída pues su vigor, aunque en aumento, aún no es firme; del mismo modo las energías mentales de aquellos cuya alma acaba de sanar por primera vez son débiles y tambaleantes, al punto de que es de temer que se desborde una vez más la pasión, la que, naturalmente, es estimulada por la convivencia con los más irreflexivos.

22. IV. A las contiendas del arrepentimiento sigue una tercera pugna, la de la justicia,[12] siendo en ésta los dos premios para quien la alcanza: su salvación en medio de la destrucción general, y el convertirse en conservador y guardián de ejemplares «de cada especie de creaturas vivientes reunidas en parejas, a fin de que tenga lugar una segunda creación que sustituya a la extinguida.

[12] Ver *Sobre Abráham* 27 a 46.

23. Consideró, en efecto, justo el Hacedor que el mismo hombre fuera el fin de la generación condenada y el principio de la generación irreprochable, enseñando con hechos, no con palabras, a los qué niegan Su providencia sobre el mundo que, de conformidad con la ley establecida por Él en la naturaleza universal, todas las miríadas de seres humanos, si han vivido en la injusticia no valen lo que un solo hombre que vive conforme con la justicia. Este hombre, durante cuya existencia sobrevino el gran diluvio, es llamado Deucalión por los griegos, y Noé por los hebreos.

24. A estos tres [13] sigue otra tríada, más santa aún y más amada por Dios, todos ellos de la misma familia, como que fueron el padre, el hijo y el nieto los que se esforzaron por alcanzar el mismo fin en la vida: ser gratos al Hacedor y Padre del universo, despreciando lo que admiran las multitudes, es decir, la gloria, la riqueza y el placer; y burlándose de la vanidad, la que no es sino una permanente y abigarrada trama de mentiras destinada a engañar a los que ponen la vista en ella.

[13] Enós = la esperanza; Enoch = al arrepentimiento; y Noé = la justicia.

25. La vanidad es el embaucador que deifica las cosas *sin* vida, el opuesto baluarte, inmenso y difícil de tomar, que con sus artificios y estratagemas seduce a toda ciudad y se anticipa a apresar las almas de los jóvenes. Se afinca en ellas, efectivamente, desde la más temprana edad y permanece allí hasta la vejez, salvo en los casos en que Dios las ilumina con el resplandor de la verdad; verdad de la que es antagonista la vanidad, la que muy difícilmente

acepta su derrota, y solo porque la superior fuerza de aquella la doblega.

26. Este género de personas[14] es escaso en número, pero múltiple e inmenso por su poder, al punto de que ni el círculo todo de la tierra es capaz de contenerlo, y se extiende hasta el cielo, como que, poseído por un ansia inefable de contemplar las cosas Divinas y vivir siempre con ellas, una vez que ha investigado y recorrido toda la naturaleza visible, prosigue su marcha inmediatamente hacia la incorpórea y aprehensible por la inteligencia, sin llevar consigo ninguno de los sentidos, dejando atrás todo lo irracional del alma, y empleando únicamente la parte de ella llamada inteligencia y raciocinio.
[14] Despreciadoras de la vanidad.

27. El que señaló el camino . hacia la creencia que complace a Dios, el primero en pasar desde la vanidad a la verdad, teniendo por maestra de perfección a la virtud, recibe como recompensa la fe en Dios.[15] En cambio, al que por un feliz don de la naturaleza adquirió la virtud que solo se escucha a sí misma, no aprendida de otros, maestra de sí misma, le fue concedida la alegría como trofeo.[16] En cuanto al practicante, el que alcanzó la excelencia mediante interminables y persistentes trabajos, su corona triunfal consistió en la visión de Dios.[17] ¿Y qué cosa más provechosa y más excelsa puede concebirse que el tener fe en Dios, el alegrarse durante toda la vida y el contemplar siempre al Que Es?
[15] Ver Sobre *Abraham* 262 y ss.
[16] Ver Sobre *la obra de Noé como plantador* 169 y 170. Sobre las virtudes que los tres patriarcas personifican ver *Sobre la unión con los estudios preliminares* 35 y 36.
[17] Ver *Sobre la migración de Abraham* 199 y *Sobre la agricultura* 42.

28. V. Pero observemos a cada uno de ellos con más detención, no guiándonos por sus nombres [18] sino extendiendo nuestras miradas hasta lo íntimo y penetrando profundamente con nuestras inteligencias. Pues bien, aquel que ha puesto su fe en Dios ha aprendido a no ponerla en ninguno de los demás seres, todos los cuales son creados y corruptibles; comenzando por esos poderes que alardean su vanidad dentro de su misma persona, es decir, por la razón y la sensibilidad. A una y a otra, en efecto, le está asignado su propia sala de consejo y tribunal, a la razón para la supervisión de lo aprehensible por la inteligencia y con la verdad por meta; a la sensibilidad para la inspección de las cosas sensibles, y con la opinión por objetivo.
[18] Abraham, cuyo nombre significa, según Filón, "elevado padre", Isaac o Risa y Jacob-Israel o El que ve a Dios. Ver Sobre *los gigantes* 62, Sobre *los sueños* I, 160 a 172. Sobre *la obra de Noé como plantador* 169 y 170, y *Sobre la agricultura* 42.

29. Fácil resulta ver cuan inestable y extraviada es la opinión, pues se atiene a semejanzas y probabilidades, siendo así que toda semejanza, no obstante su seductor parecido, constituye una falsificación del original. Y la razón, guía de la percepción sensible, que entiende que le corresponde el juzgar las cosas aprehensibles por la inteligencia, cosas que siempre permanecen idénticas y en el mismo estado, es sorprendida en graves aprietos en muchos puntos. Cuando, en efecto, intenta aplicarse a los innumerables seres particulares, se ve impotente, desfallece y sucumbe como un atleta descalabrado por una fuerza superior.

30. En cambio, aquel a quien ha sido dado otear desde lo alto todas las cosas tanto corpóreas como incorpóreas, y estar por encima de ellas, y tener a Dios como su único apoyo y sostén, y la compañía de un sólido discernimiento y una indoblegable y firmísima fe; ese es verdaderamente feliz y tres veces venturoso.

31. Después de la fe está el galardón asignado al que sin esfuerzo, por obra solamente de la naturaleza, ha conquistado para sí la virtud en victoriosa lucha. Tal galardón es la alegría. Su nombre, en efecto, en Gélos,[19] en el idioma griego, Isaac en lengua hebrea; y la risa es el signo visible y corpóreo de la invisible alegría de la inteligencia.
[19] Es decir, *Risa*.

32. Sucede, por otra parte, que la alegría es la más excelente y grata de las experiencias placenteras; y gracias a ella llénase el alma en todas sus partes plenamente de optimismo, regocijándose en el Padre y Hacedor de todas las cosas, y regocijándose asimismo por todas las cosas libres de mal que suceden, aunque ellas no redunden en su propio placer, solo por entender que suceden para bien y para la- preservación de cuanto existe.

33. Un médico amputa a veces, en las enfermedades graves y peligrosas, partes de los cuerpos con la esperanza de preservar la salud del resto; y el piloto, al sobrevenir las tormentas, arroja carga por la borda pensando en la salvación de los que van en la nave; y ni la amputación al médico ni la pérdida de bienes al piloto les traen aparejado reproche alguno, sino, por el contrario, alábase a uno y a otro por haber tenido presente lo conveniente antes que lo grato, y haber obrado en la forma correcta.

34. Pues bien, del mismo modo, también hemos de admirar siempre a la Naturaleza del universo y sentirnos complacidos por sus obras en el mundo, todas ellas libres de mal intencional; teniendo presente no si esto o aquello sucede de manera no grata para uno mismo, sino que, como en un bien gobernado estado, el carro y navío del mundo es conducido a salvo.

35. Feliz es, pues, también éste, y no menos que el primero, puesto que jamás se dan en él la inquietud ni el desaliento, y goza de una existencia libre de dolor y miedo, sin que, ni en sueños, le alcancen la amargura y las miserias, por estar cada lugar de su alma ocupado de antemano por la alegría.

36. VI. Después del que adquiere el saber sin maestros y cuenta con una riqueza producida por su propia naturaleza, el tercero en alcanzar la perfección es el practicante,[20] el cual alcanza como especial premio la visión de Dios. En efecto, habiendo estado en contacto con todas las cosas de la humana existencia y convivido, y no de manera circunstancial, con todas ellas; y no habiendo, además, ahorrado fatigas ni riesgo alguno con tal de poder seguir de algún modo tras las huellas de la sumamente apetecible verdad, descubrió cuan profunda es la oscuridad que envuelve a la especie mortal a lo largo de la tierra, el agua, el aire e incluso el éter. Porque también la región etérea y el cielo todo se presentaba ante sus ojos semejante a una noche, en razón de que toda la naturaleza sensible carece de límites definidos, y lo indefinido está muy estrechamente emparentado con la oscuridad.
[20] Personificado por Jacob, cuyo segundo nombre es Israel, es decir, "el que ve a Dios".

37. Tras mantener, pues, cerrados los ojos de su alma durante su edad temprana, comenzó, con dificultad y mediante continuos esfuerzos, a abrirlos y a romper y dispersar las tinieblas que los velaban. Y en efecto, una incorpórea claridad, más pura que el éter, resplandeció súbitamente e hizo patente ante él el mundo perceptible solamente por la inteligencia, al que conduce un Auriga.

38. Este Auriga, circundado por los resplandores de una luz sin mezcla, escapaba a su mirada y a sus conjeturas por estar su vista oscurecida a causa de los deslumbrantes efluvios

luminosos. Mas ésta, a pesar de la inmensa corriente de fuego que fluía hacia ella, persistía en su empeño movida por su extraordinario deseo de contemplarlo.

39. Y el Padre y Salvador, al ver la sinceridad de su apasionado deseo, se apiadó de él e infundiendo vigor a la penetración de su mirada no se opuso a que alcanzara esa contemplación hasta donde le era dado alcanzarla a la naturaleza engendrada y mortal, visión que no le mostraba qué es Él, sino solamente Su existencia.

40. Es que, siendo superior al misma bien, más excelso que la mónada y más puro que la unidad, es imposible que sea contemplado por otro ser alguno, porque sola a Él le es dado aprehenderse a Sí mismo. VII. En cuanto al hecho de que existe, que sí puede ser aprehendido y denominamos Su existencia, o no todos lo comprenden o no lo hacen por el mejor camino. Algunos han negado directamente que exista en absoluto la Divinidad; otros han titubeado sin decidirse, como si no supieran decir si existe o no; y otros, cuyas ideas acerca de la existencia de Dios proceden más de un hábito que del discernimiento, habiéndolas recibido de quienes los criaron, han creído abrigar genuinos sentimientos de piedad, cuando en realidad su religiosidad era solo un rasgo de superstición.[21]

[21] Ver *Sobre las leyes particulares 1; 33 y ss.*, e *Interpretación alegórica* III, 97 a 99.

41. Hay también otros que, gracias al saber, han llegado a poder representarse al Hacedor y Soberano, avanzando, como se dice comúnmente, desde abajo hacia arriba. Habiendo, en efecto, entrado en la bien legislada ciudad que es este mundo, han contemplado la tierra en su fija posición, tanto la montañosa como la llana, repleta de sembrados, árboles y frutos, así como de todas clases de creaturas vivientes; y desparramados sobre ella los mares, los lagos y los ríos nacidos en fuentes locales y los, alimentados por las lluvias invernales; las propicias temperaturas del aire y los vientos, los armoniosos cambios de las estaciones del año, y, como coronación de todo, el sol, la luna, los astros errantes y fijos y el cielo todo con su propia hueste en ordenadas formaciones, un verdadero mundo girante dentro del mundo.

42. Admirados y atónitos, han llegado éstos a adquirir una noción acorde con lo que aparecía ante su vista, a saber; que tan grandes bellezas y un orden tan portentoso no se produjeron por sí solos, sino son obra de un artífice hacedor del mundo, y que es necesario 'que exista una providencia, ya que es ley de la naturaleza el que quien algo produce vele por lo producido.

43. Ahora bien, estos son admirables personas, superiores a las otras clases de hombres, y han avanzado, como dije, desde abajo hacia arriba, como a través de una escalera hacia el cielo, infiriendo mediante una razonable reflexión la existencia del Artífice a partir de Sus obras. Pero, si existen quienes han sido capaces de llegar a la aprehensión del Mismo partiendo de Él mismo, sin valerse de la cooperación de ningún razonamiento para alcanzar esa visión, ellos han de ser registrados como verdaderos santos y genuinos servidores y amigos de Dios.

44. Entre éstos se halla aquel que en lengua hebrea llámase Israel, y en la griega "el que ve a Dios"; no cómo es Dios, que esto, según ya dije, es imposible; sino Su existencia. Y Lo ve no por haberlo aprehendido partiendo de otra cosa, ya sea de las de la tierra, ya de las del cielo, ya de los elementos todos o de las combinaciones de elementos mortales e inmortales; sino solamente por la invitación de Dios mismo, cuya voluntad era revelar Su propia existencia al suplicante.

45. Vale la pena observar a través de algo en cierto modo semejante cómo se produjo esa aproximación. Este sol que perciben nuestros sentidos, ¿acaso lo percibimos mediante otra

cosa distinta del sol mismo? ¿Y acaso contemplamos los astros mediante otras cosas que no sean los mismos astros? Y en general, ¿no *es* mediante la luz misma como percibimos la luz? Pues bien, del mismo modo también Dios, siendo, como es, Su propia luz, solo» a través de Él mismo es contemplado, sin que otra cosa alguna coopere «n ello o pueda contribuir a una íntima aprehensión de Su existencia.

46. Son, pues, simples adivinos aquellos que, partiendo de los seres creados, se lanzan a la contemplación del Increado y Creador de todas las cosas, haciendo más o-menos lo mismo que aquellos que indagan acerca de la unidad' a partir de la dualidad, cuando debieran, a la inversa, investigar la dualidad a partir de la unidad, que es el punto de partida.[22] En cambio, son buscadores de la verdad aquellos que forjan una imagen de Dios a través de Dios, de la luz a través de la luz.

[22] Ver *Sobre los sueños* II, 70.

47. VIII. Queda expuesto lo relativo al mayor de sus premios. Pero, aparte de éste, el practicante recibe otro galardón, cuyo nombre no suena bien pero cuyo sentido es excelente. Llámase, en efecto, este trofeo simbólicamente "entumecimiento de la parte ancha".[23] Lo de "parte ancha" sugiere arrogancia y altanería, ya que el alma fluye en desmedida expansión hacia donde no debe; y el término "entumecimiento" da a entender la represión de la presunción, disposición que se traduce en la propia exaltación y en alardes de superioridad.

[23] Gen. XXXII, 25. Ver *Sobre los sueños* I, 130.

48. Y nada es tan provechoso como el que el relajamiento y el incontrolado curso de los apetitos sean refrenados y entumecidos, y paralizadas las energías que los animan, a fin de que, al desaparecer la desmedida fuerza de las pasiones, ello proporcione amplio campo [24] a la parte mejor del alma.

[24] Para su expansión, para que su dominio o esfera de acción se incremente.

49. Convendrá que examinemos también cómo la recompensa asignada a cada uno de los tres fue la más apropiada. La fe lo fue para aquel que adquirió la perfección mediante la enseñanza, por cuanto el que aprende debe tener fe en la instrucción que el maestro le imparte. Porque resulta difícil, o más bien imposible, educar a quien desconfía.

50. La alegría fue el galardón para quien llegó a la virtud en alas de las felices disposiciones de su naturaleza. La razón es que las buenas cualidades y los dones de la naturaleza mueven a la alegría ya que la inteligencia se alboroza por sus felices aciertos y por su destreza al aplicarse a las cosas, gracias a los cuales descubre sin esfuerzo cuanto indaga, cual si se lo dictase un apuntador desde su interior. Ciertamente, el inmediato descubrimiento de la solución de las dificultades produce alegría.

51. En cuanto a aquel que alcanzó la sabiduría mediante la práctica, su premio fue la visión. Cosa explicable, porque después de la vida activa en la juventud nada hay más excelente y santo que la vida contemplativa en la vejez; vida con la que Dios nos asiste situándola como un piloto sobre la proa, y colocando en sus manos los timones para que pueda regir el curso de las cosas terrestres, pues sin la contemplación y el conocimiento que ella proporciona nada de lo que se hace resulta perfecto.

52. IX. He de recordar todavía a otro hombre, para luego, como no deseo extenderme, volver a retomar el hilo de nuestro asunto. Se trata de aquel que fue proclamado merecedor de la triunfal corona en uno tras -otro de los sagrados certámenes. Y llamo sagrados certámenes no

a los que son tenidos por tales entre las multitudes; que éstos son sacrílegos pues asignan galardones en vez de los más severos castigos a las violencias, los ultrajes y las injusticias; sino a aquellas contiendas que es natural que libre el alma expulsando a la estupidez y la malicia mediante la sabiduría, al libertinaje y a la mezquindad mediante la moderación, a la temeridad y a la cobardía mediante la valentía, y mediante las restantes virtudes a los vicios opuestos a ellas; vicios que opónense entre sí y también a otros vicios.[25]
[25] Ver *Sobre la agricultura* 113. El sentido de la última parte parece ser que los vicios no sólo son antagónicos de la virtud sino enemigos entre sí.

53. Ahora bien, todas las virtudes son vírgenes, pero la más hermosa entre todas ellas, la que ha recibido la dirección del coro, es la piedad; virtud que alcanzó en grado especial Moisés, el maestro de la Divina palabra; y gracias a la cual consiguió, además de otros infinitos dones, como se señala en los tratados acerca de su vida, cuatro escogidos galardones: la realeza, la legislación, la profecía y el sumo sacerdocio.[26]
[26] Ver *Vida de Moisés* II, 3.

54. En efecto, llegó a ser rey, y no como es habitual con ayuda de un ejército y armas, con fuerzas de marinería, infantería y caballería, sino escogido, mediante el libre consentimiento-de sus gobernados, por Dios, quien movió a los súbditos a la voluntaria elección.[27] Solo de él nos consta que llegó a ser rey, aunque no era elocuente [28] ni poseía propiedades ni dinero, pues anteriormente había escogido en lugar de la riqueza ciega la que posee visión, y comprendido, digámoslo sin reserva alguna, que su fortuna personal consistía en tener a Dios por patrimonio.[29]
[27] Ver *Sobre las leyes particulares* IV, 157.
[28] Éx. IV, 10.
[29] La frase resulta sumamente extraña, aunque se haya dicho a Leví "el Señor es tu heredad". Tal vez, como sugiere Colson, signifique: *"en lo que Dios le había asignado" o "en el patrimonio que Dios le había dado".*

55. Esta misma persona llegó a ser también legislador. Es que es oficio propio del rey el ordenar y prohibir, y la ley no consiste en otra cosa que en una resolución que establece lo que debe hacerse y prohíbe aquello que no debe hacerse. Y como lo que conviene en uno y otro caso no es cosa fácil de ver, según lo prueba el hecho de que muchas veces por ignorancia se nos manda lo que no debe hacerse y se nos prohíbe lo que debe hacerse, correspondía que recibiese una tercera recompensa: la profecía, para evitar tropiezos, ya que el profeta es un portavoz al que Dios le dicta desde lo íntimo lo que debe decir; y donde Dios está presente todo es irreprochable.

56. Y también correspondía que llegara al sumo sacerdocio, mediante el cual, munido* de su profético conocimiento, sirviera al Que Es y ofreciera acciones de gracias por los súbditos, cuando estos obraran rectamente, y elevara plegarias y súplicas propiciatorias por ellos en caso de que delinquieran. Estos premios eran de una misma clase y era conveniente que coexistieran unidos con armoniosos lazos y se encontraran en la misma persona, ya que quien se queda corto en uno de ellos no resulta completamente apto para el mando, y en ese caso la atención de los negocios públicos que tiene a su cargo andará a los tumbos.

57. X. Y ya es suficiente acerca de los premios ofrecidos a cada hombre individualmente; pero están también los que se asignan a casas enteras y estirpes numerosas. Por ejemplo, después de ser dividida nuestra nación en doce tribus, tuvieron estas otros tantos jefes, los que no solo pertenecían a una única casa y estirpe sino estaban, además vinculados por un grado

mayor aún de parentesco, como que todos eran hijos del mismo padre. Y el abuelo, el bisabuelo y el mismo padre de éstos fueron los fundadores de nuestra nación.

58. El primero de ellos, que, después de abandonar la vanidad para pasarse al campo de la verdad, y de despreciar las imposturas de la astrologia caldea a cambio de una contemplación más perfecta, atraído por el espectáculo marchó tras la visión, tal como dicen es arrastrado el hierro por la piedra magnética; y se convirtió de sofista en sabio mediante la instrucción; tuvo numerosos hijos, todos culpables excepto uno, del cual, él sujetó las amarras de la estirpe para que se cobijase en seguro puerto.[30]
[30] Gen. XXV, 6.

59. A su vez, a este hijo, dotado de una naturaleza capaz de aprender e instruirse por sí misma, llegaron a nacerle dos hijos, uno salvaje e indómito, lleno de ira y concupiscencia, y que había llegado a hacer de la parte irracional de su alma un baluarte erigido contra la parte racional; en tanto que el otro, manso y humano, amante de la nobleza de vida, de la igualdad y de la modestia, estaba alistado en las filas de la causa superior como defensor de la razón y oponente de la insensatez.

60. Este último fue el tercero de los fundadores de nuestra nación, padre de numerosos hijos y el único que los tuvo todos rectos y que no sufrió merma en parte alguna de su casa, como venturoso agricultor que contempla todo su sembrado sano y salvo, cultivado y fructífero.

61. XI. Pero el relato literal relativo a cada uno de los tres contiene un significado simbólico cuyo oculto sentido corresponde que examinemos. Por ejemplo, todo aquel que recibe enseñanzas, al marchar hacia la sabiduría necesariamente debe abandonar la ignorancia. Ahora bien, la ignorancia es multiforme, y por eso se nos dice que el primero de los tres tuvo muchos hijos. Pero consideró que ninguno de ellos, excepto uno solo, merecía llevar el nombre de hijo suyo. Y en cierto modo también el que aprende deshereda a los vástagos de la ignorancia, y los repudia por considerarlos hostiles y mal intencionados.

62. Por otra parte, es natural que los hombres, antes de que la razón que llevamos en nosotros alcance su plena madurez, permanezcan en el límite entre el vicio y la virtud sin inclinarse hacia uno o hacia otra. Mas, una vez que la inteligencia ha desplegado sus alas y ha logrado la visión del bien con toda el alma a través de todas sus partes, se lanza libre ya y alada hacia él dejando atrás al mal, hermano de aquel, engendrado conjuntamente con él, que también huye en opuesta dirección para no retornar.

63. Tal es lo que sugiere el relato al decir que al dotado de privilegiada naturaleza [31] le nacieron dos hijos gemelos. El alma de cada hombre, en efecto, desde su origen, a la par de su llegada a la existencia, lleva en su vientre dos gemelos, el bien y el mal, como he dicho; y tiene presente ante sí la imagen de uno y otro. Mas, cuando ha llegado a alcanzar su porción de felicidad y dicha, se lanza movida por un solo impulso hacia el bien, y ya no se balancea hacia uno y hacia otro ni oscila manteniendo el equilibrio entre ambos.
[31] Isaac.

64. Y si habiendo recibido una buena naturaleza y alcanzado una buena educación, ha sido esa alma, en tercer lugar, ejercitada en los principios de la virtud, y de modo tal que ninguno de ellos resulte fluido y superficial, sino estén todos firmemente fijados y grabados, cual si hubiesen sido unidos con firmes ataduras, adquiere ella salud y también poder, a los que se suman el noble rubor que procede de la modestia, la buena complexión y la belleza.

65. Y habiendo llegado la tal alma a estar plena de virtudes a través de las tres excelentes vías que son la naturaleza, la instrucción y la práctica,[32] no habiendo dejado espacio vacío dentro de sí que permita la penetración de otras cosas, engendra dos grupos de seis hijos cada uno, vale decir, un número perfecto, copia e imitación del círculo del zodíaco, para mejoramiento de las cosas de aquí abajo.[33] Esta es la casa exenta de todo daño, la perfecta y unida, tanto si nos atenemos a la narración literal como en la interpretación alegórica, la que recibió, según dije, la soberanía sobre las tribus de la nación.

[32] Personificadas, recuérdese, por Isaac, Abraham y Jacob, respectivamente.

[33] Es decir, el alma aquí descripta beneficia a los seres de nuestro mundo tal como el zodíaco lo hace en el orden celeste.

66. De esta casa, acrecentada en el curso de los tiempos hasta tornarse populosa, fueron fundadas bien legisladas ciudades, escuelas de sabiduría, justicia y santidad, las que además se han ilustrado en la investigación de los medios para adquirir el resto de las virtudes.

67. XII. Queda, pues, expuesto en forma bastante sumaria lo referente a los premios que fueron asignados antiguamente a los buenos colectiva e individualmente; pudiendo cualquiera discernir con suma facilidad por ellos la naturaleza de los no mencionados. Toca el turno ahora en nuestras consideraciones a los castigos establecidos para los malvados, examen que habrá de ser bastante general, ya que no es ésta la ocasión propicia para describir los casos particulares.

68. En los orígenes mismos de la raza humana, cuando aún ésta no se había multiplicado, alguien se convirtió en fratricida,[34] Este fue el primer hombre sobre el que pesó una maldición, el primero que arrojó sobre la tierra todavía pura una monstruosa mancha de sangre humana, el primero que puso trabas a la fecundidad de esa tierra, cuando ella producía y hacía crecer las distintas clases de animales y plantas, y prosperaba con todos los productos que engendraba; el primero que erigió contra la generación el muro de la destrucción, contra la vida la muerte, contra la dicha el dolor, y contra el bien el mal.

[34] Ver *Sobre las virtudes* 200, *Sobre la huida y el hallazgo* 60, Sobre *la confusión de las lenguas* 122 y Sobre *las habituales intrigas de lo peor contra lo mejor* 177 y 178.

69. ¿Qué castigo, por lo tanto, hubiera merecido soportar para pagar su culpa quien en un único hecho no omitió violencia ni impiedad alguna? Tal vez diga alguien que la muerte. Este es el modo de discurrir propio del hombre, el cual no tiene presente al gran tribunal. Los hombres, en efecto, consideran que la muerte es el límite último en materia de castigos; mas en el tribunal de Dios es apenas el comienzo.

70. Dado que, ciertamente, lo hecho por aquél no teñía precedentes, era preciso hallar un castigo nuevo también. ¿Y cuál fue este castigo? Pues el vivir siempre muriendo y soportar en cierto modo una muerte inmortal y sin término. Hay, en efecto, dos especies de muerte: una de ellas consiste en estar muerto, lo cual o es un bien o es algo indiferente; y la otra consiste en ir muriendo, lo cual es un mal en todo sentido, y más penoso cuanto más prolongado.

71. La muerte, pues, fue Su perpetua compañera; observa de qué manera. Siendo cuatro los sentimientos contenidos en el alma, dos relacionados con el bien actual o futuro: el placer y el deseo; y dos relativos al mal presente o que se aguarda: el dolor y el temor; el par vinculado al bien Dios lo extirpó de él desde sus mismas raíces, de modo que ni por casualidad

experimentase jamás placer ni deseo de algo placentero; y estableció fijamente en él solo la pareja correspondiente al mal, para que le causara un dolor sin mezcla de alegría y un temor sin límites.

72. Leemos, en efecto, que lanzó una maldición sobre el fratricida de modo que "gimiera y temblara" [35] siempre. Además le colocó una señal a fin de que nadie lo matara. El objeto de esta señal era que no muriera de una vez sino continuara, como dije, muriendo perpetuamente en medio de dolores, aflicciones y desgracias incesantes, y, lo que sería más penoso de todo, teniendo conciencia de sus propios males, soportando el peso de los ya declaradas y previendo el torrente de los venideros sin poder guardarse de ellos, ya que le había sido extirpada la esperanza, que Dios sembró en la raza humana para que, poseyendo un connatural consuelo, pudiesen los hombres aliviar sus aflicciones, excepto cuando hubiesen cometido hechos irremediables.

[35] Gen. IV, 12. ;

73. Y así, del mismo modo que al que ha sido arrastrado por un torrente lo aterra la corriente cercana por la que es arrastrado, pero más aún lo espanta la que se precipita desde lo alto empujándolo con su violencia penosa e incesantemente, y además lo sumerge con sus crestas al elevarse; así también los males que ya soportamos son afligentes, pero más penosos todavía son los que provienen del temor, el cual es como una fuente que procura abundantes padeceres.

74. XIII. Tales fueron los castigos aplicados al que primero se convirtió en fratricida; pero hay otros que fueron asignados a grupos enteros [36] confabulados para cometer una común maldad.[37] Había ciertos guardianes y servidores del templo que tenían encomendada la función de custodiar su entrada. Éstos, llenos de irracional insensatez, se rebelaron contra los sacerdotes, entendiendo tener derecho a apropiarse de las prerrogativas de aquellos.

[36] Literalmente, "casas" o "familias", aquí emplea Filón el término pensando en los levitas, como miembros de una casta hereditaria.

[37] Núm. XVI, 1 a 35. Ver *Vida de Moisés* II, 174 y 155 y 275 a 282.

75. Tras designar cabecilla de la conspiración al de más edad, que, por otra parte, había sido con unos pocos cómplices el instigador de la osada actitud, abandonaron los vestíbulos y las partes más externas, y penetraron en la parte más interna del santuario haciendo salir a aquellos que habían sido considerados merecedores del sacerdocio según Divinas manifestaciones.

76. Como es natural, esto causó alboroto entre la multitud, ya que estaban siendo violadas instituciones inviolables, desvirtuadas las leyes, y perturbado por un terrible desorden el decoro del sagrado recinto.

77. Ello provocó la indignación de quien velaba por la nación y la presidía. Y en primer lugar, con toda la severidad del caso, pero sin ira, que no entraba en su manera de ser el encolerizarse, intentó mediante aleccionadoras palabras moverlos a desistir y a que no atravesasen los límites establecidos ni atentasen contra las instituciones santas y consagradas, de las que estaban pendientes las esperanzas de la nación.

78. Mas nada lograba, y por el contrario, hacían ellos oídos sordos a todo, ya que pensaban que lo que lo había movido a establecer como sumo sacerdote a su propio hermano y a confiar el sacerdocio a sus sobrinos era el afecto hacia su familia. Él, aunque esto significaba un

terrible agravio, no lo tomó como tal; pero sí consideró en extremo intolerable el que se pensara que no se había atenido a las Divinas instrucciones, según las cuales se había procedido a la elección de los sacerdotes...[38]

[38] Laguna en el texto de los manuscritos. Se supone que ella corresponde a los siguientes puntos: a) el final de la sedición de los servidores del templo; b) probablemente otros ejemplos de castigos, de los que sólo dos casos se han mencionado frente a ocho de premios; c) las palabras preliminares en la consideración de las bendiciones y las maldiciones.

79. XIV. ... en las sagradas escrituras se registra un claro testimonio. Ocupémonos, en primer lugar, de las invocaciones que el legislador suele [39] llamar bendiciones. Si respetáis, dice, los Divinos mandatos, siendo obedientes a sus prescripciones, y no os limitáis a acoger sus disposiciones para escucharlas solamente, sino las cumplís a través de vuestras obras, como primer don alcanzaréis la victoria sobre vuestro enemigos.[40]

[39] Deut. XI, 26 y XXVIII, 2.

[40] Lev. XXVI, 7 y Deut. XXVIII, 1 y 7.

80. Ciertamente, esas prescripciones no son excesivamente pesadas ni gravosas para la fuerza de los que han de regirse por ellas; ni el bien se encuentra lejos, allende el mar o en los confines de la tierra, como para que sea preciso ausentarse del propio país por mucho tiempo y con fatigas, ni ha abandonado repentinamente esta tierra para exiliarse en el cielo, de modo que uno, aun cuando provisto de alas se remontase a las alturas, difícilmente podría llegar a él. No, se halla próximo a nosotros, muy cerca, firmemente establecido en tres de las partes que componen nuestro ser, a saber: la boca, el corazón y las manos, que es un modo figurado de decir: la palabra, los pensamientos y las acciones.

81. En efecto, si nuestras palabras están acordes con nuestros designios, y nuestras obras son conformes a nuestras palabras, y se corresponden recíprocamente, unidos mediante indisolubles lazos de armonía, prevalece la felicidad, es decir, la sabiduría y la prudencia libres de toda falsedad, la sabiduría para servir, a Dios, y la prudencia para regir la vida humana.[41]

[41] Deut. XXX, 11 a 14. Ver *Sobre las virtudes* 183.

82. Ahora bien, mientras las prescripciones de las leyes permanecen todavía en el terreno de las palabras, a poco o nada se reduce su aceptación; mas si en toda la conducta de nuestra existencia se les agregaren obras acordes y consecuentes con ellas, entonces, como si hubieran surgido desde las profundas tinieblas hacia la luz, resplandecerán con el brillo que procede de la buena fama y la ponderación.

83. Porque, ¿quién, aun de los denigradores por naturaleza, negaría que sabia e inmensamente versada [42] es solo aquella, nación, a la que le fue dado no dejar las Divinas exhortaciones vacías y desiertas de las correspondientes obras, sino completar las palabras con obras dignas de alabanza?

[42] Deut. IV, 6.

84. Tal nación reside, no lejos de Dios; tiene siempre presente la visión de las etéreas bellezas, y sus pasos son guiados por un celestial amor. En consecuencia, si alguno por ventura pregunta qué nación es grande, todos pueden responder acertadamente que lo es aquella cuyas plegarias, dignas del sagrado culto, son escuchadas por Dios, quien está a su lado cuando sus invocaciones proceden de una conciencia pura.[43]

[43] Deut. IV, 7.

85. XV. Las enemistades son de dos clases: una, la enemistad de los hombres, cuyo origen es la ambición, y que se traduce en actos deliberados; la otra, la que es propia de las bestias y obedece a una aversión impuesta por la naturaleza sin que haya en ella deliberada intención. Hemos de hablar, por lo tanto, separadamente sobre una y otra; en primer lugar sobre la de los enemigos por natural condición, es decir, las bestias, las que no detestan a una sola ciudad o nación sino a todo el género humano sin excepción, y no por un determinado período de tiempo sino por siempre, sin límite ni término.

86. De las bestias unas, teniendo al hombre por amo, se humillan con rencoroso odio; en tanto que otras, audaces y más osadas, acechan la ocasión de atacar, y lo hacen emboscadas si son demasiado débiles, abiertamente si son bastante fuertes.

87. Trátase, en efecto, de una sola guerra sin tregua ni cuartel: como los lobos contra los corderos, todas las bestias salvajes terrestres y acuáticas están en guerra contra los hombres. Ningún mortal puede poner fin a esta guerra; solo el Increado lo hace cuando juzga que hay quienes merecen ser salvados, hombres de espíritu pacífico, decididos partidarios de la concordia y la solidaridad, en los que la envidia o no ha arraigado en absoluto o se ha marchado con suma prisa a otra parte, pues es voluntad de ellos poner a disposición de todos sus propios bienes para común participación y goce.

88. ¡Ojala resplandezca alguna vez nuestra vida este bien, y podamos contemplar la ocasión aquella en que las creaturas feroces se tornen mansas! Pero mucho antes de eso han de amansarse las fieras que llevamos en el alma, lo cual constituye el mayor bien que es dable hallar. Porque, ¿no es demencia el suponer que nos liberaremos de los daños que nos ocasionan desde fuera las bestias, mientras continuamos forjando un terrible salvajismo con aquello que llevamos dentro? Y consecuentemente, no debemos perder la esperanza de que, cuando las fieras de nuestro entendimiento se hayan amansado, también los animales se tornarán mansos.

89. Pienso yo que, cuando eso ocurra, los osos, los leones y las panteras; los animales de la India: elefantes y tigres; y todas las demás fieras de vigor y poder invencibles cambiarán su vida solitaria y aislada en una de comunidad, y poco a poco, a imitación de la creaturas gregarias, se tornarán mansos en presencia del hombre, y sin enfurecerse como antes, admirándolo respetuosamente como a su soberano y amo por naturaleza, mantendrán una actitud circunspecta, y no faltaran los que, emulándose en docilidad y amor hacia su señor, se aproximarán moviendo aduladores sus colas con gracioso movimiento como los perritos de Malta.[44]

[44] Mencionados por Estrabón VI, p. 277, Ateneo XII, p. 518 y Plinio, Historia Natural III, 26.

90. En ese tiempo las distintas clases de escorpiones, serpientes y demás reptiles no hallarán aplicación para su veneno. El río de Egipto también contiene en las proximidades de los que allí viven animales devoradores de hombres, llamados cocodrilos e hipopótamos; y también los mares conducen innumerables especies de terribles bestias. En medio de todos estos animales le es dado al hombre virtuoso permanecer protegido por una sacrosanta inviolabilidad, pues Dios ha honrado a la virtud concediéndole el privilegio de estar al abrigo de cualquier asechanza.

91. XVI. De esta manera la más antigua por su duración y más considerable por su naturaleza de las dos guerras llegará a su fin al tornarse mansas y domésticas las fieras. En cuanto a la de

más reciente origen, motivada por la ambición y deliberadamente librada,[45] fácilmente habrá de cesar, puesto que los hombres se avergonzarán, creo yo, al pensar que habrían de dar pruebas de ser más salvajes aún que los animales irracionales en tiempos en que ya estarán a salvo de los perjuicios y daños procedentes de tales irracionales. Porque es evidente que resultaría sumamente vergonzoso el que las creaturas venenosas, devoradoras de hombres y sin sentido gregario o de solidaridad llegaran a aplacarse y convertirse en pacíficas; y en cambio el hombre, el animal civilizado por naturaleza, y al que le son familiares la vida en común y la concordia, atentara contra la "vida de sus semejantes implacablemente.
[45] La guerra de hombres contra hombres por oposición a la guerra que los animales libran contra el hombre.

93. En consecuencia, o bien la guerra no atravesará de modo alguno el país de los fieles a Dios, leemos,[46] y se disolverá y desintegrará por sí misma cuando los enemigos se den cuenta de contra qué clase de hombres será la contienda, ya que éstos cuentan con la irresistible alianza de la justicia; pues la virtud es egregia y augusta, y capaz por sí sola y en silencio de convertir en leve un torrente de males;
[46] Lev. XXVI, 6.

[94.] o bien, si algunos fanáticos, cuyo deseo de combatir es incontenible e insaciable, se lanzaren al ataque hasta entrar en combate, lo harán llenos de arrogancia y audacia; pero, cuando lleguen a trabarse en lucha se darán cuenta de que su presunción no pasaba de ser una jactancia vana, como que serán incapaces de vencer. En efecto, doblegados por una fuerza más potente, huirán en desorden formaciones de cien hombres ante grupos de cinco, contingentes de diez mil frente a cien; y por muchos caminos los que llegaron por uno solo.[47]
[47] Lev. XXVI, 7 y 8 y Deut. XXVIII, 7.

95. Algunos, sin que nadie los persiga, como no sea el miedo, volverán las espaldas a los contrarios presentando excelentes blancos; de modo que será cosa fácil el que todos perezcan aniquilados en masa. "Partirá un hombre", dice el oráculo,[48] y conduciendo *su* ejército a la lucha, someterá grandes y populosas naciones, porque Dios le ha brindado el apoyo que corresponde a los hombres piadosos, el cual consiste en un indoblegable coraje de las almas y en una fuerza corporal inmensamente poderosa, cualidades que son cada una separadamente el terror de los enemigos, y completamente irresistibles además si se encuentran juntas. 96. Dice también que algunos de los enemigos serán indignos de ser vencidos por los hombres, y que serán enjambres de avispas los que, combatiendo en favor de los fieles a Dios, les harán frente causándoles la más vergonzosa de las ruinas.[49]
[48] Núm. XXIV, 7.
[49] Éx. XXIII, 28 y Deut. VII, 20.

97. Y los fieles a Dios no solo alcanzarán en la guerra la victoria sin derramamiento de sangre y definitiva, sino además un soberano poder incontrastable para beneficio de los sometidos. Este beneficio será resultado del afecto, del miedo o del respeto de éstos. Porque la conducta de sus dominadores *se* ajusta a tres normas elevadísimas que tienden a asegurar una soberanía indestructible: la dignidad, el rigor y la benevolencia, las que producen los mencionados sentimientos. La dignidad, en efecto, engendra respeto; el rigor temor, y la benevolencia afecto, sentimientos que armónicamente combinados en el alma tornan obedientes a sus gobernantes a los subordinados.

98. XVII. Estos son los primeros beneficios que afirma el legislador que alcanzarán los que siguen a Dios, acatan siempre y en todo lugar Sus prescripciones, y las aplican a cada una de

las partes de su vida, de modo que ninguna de ellas se desvíe y deambule por extraviados y nocivos caminos. El segundo beneficio es la riqueza, la cual necesariamente va aparejada con la paz y el poder.

99. Se trata de la riqueza simple de la naturaleza, la cual consiste en el alimento y la protección.[50] El alimento es el pan y el agua de las fuentes, que brota en todos los lugares del mundo habitado; la protección es de dos clases: el vestido y la casa, cuya razón de ser son los daños que proceden del frío y del calor, y cuya adquisición, si se está dispuesto a eliminar el derroche costoso y superfluo, es sumamente fácil.
[50] Ver *Sobre las virtudes* 6.

100. Pero aquellos que son decididos partidarios de la riqueza a que me refiero, y reciben con complacencia los dones de la naturaleza; no los que tiene por tales la vacía opinión; aquellos que practican la frugalidad y la templanza alcanzarán, también sin ningún esfuerzo de su parte y en grande abundancia, la riqueza consistente en un deleitoso alimento. Esta riqueza brotará, en efecto, sobre ellos por tratarse de los más aptos para recibirla, y de personas dignas y conocedoras de: su recto empleo; en tanto que huirá con alegría de los contactos con los incontinentes y violentos, a fin de no proporcionar medios a quienes viven para daño del prójimo, y de estar en compañía de quienes ayudan a sus semejantes.

101. Existe, en efecto, una predicción[51] según la cual sobre los que observan los sagrados mandatos el cielo derramará oportunas lluvias, la tierra producirá toda suerte de frutos en abundancia, de sembrados la llanura y de árboles frutales las tierras altas; y ninguna será dejada vacía de beneficios, antes, por la continua sucesión de las Divinas gracias "la siega se prolongará hasta la vendimia, y la vendimia se alargará hasta la siembra".[52]
[51] Lev. XXVI 3 y 4, y Deut. XI, 13 y 14.
[52] Lev. XXVI, 5.

102. Así, incesante e ininterrumpidamente, la recolección de una cosecha y la inminencia de otra estarán aguardando en eterna sucesión, de modo que los comienzos de las siguientes coincidirán con los fines de las anteriores, completándose así como un ciclo y una rítmica sucesión en la que no faltará bien alguno.

103. Porque la multitud de cosas producidas será más que suficiente tanto para el inmediato uso y disfrute, como para una inagotable abundancia en el porvenir, y los nuevos frutos llegarán a su madurez a continuación de los viejos para compensar lo que falte de éstos. En ocasiones también una indescriptible abundancia hará que nadie se preocupe de los frutos antes recogidos, y que se los deje a la intemperie sin guardarlos, para quienes los deseen, permitiendo que hagan uso de ellos sin temor.

104. Porque aquellos que tienen atesorada en el cielo la verdadera riqueza, cuyos ornatos son la sabiduría y la santidad, poseen también en abundancia la riqueza de las cosas terrestres, ya que por la providencia y la protección de Dios sus depósitos están siempre repletos, en razón de que ni los impulsos de su inteligencia ni las empresas de sus manos nunca hallan trabas en el logro de felices resultados para cuanto en toda ocasión persiguen con empeño.[53]
[53] Deut. XXVIII, 8.

105. En cambio, a aquellos que carecen de heredad celestial a causa de su impiedad e injusticia, tampoco les es dado llegar con facilidad a la adquisición de los bienes de la tierra, y por el contrario, si algo llegan a adquirir, rapidísimamente se les escapa, como si esa

adquisición se hubiera producido desde un comienzo no para provecho de los que la alcanzaron sino para hacer que la aflicción que trae aparejada el hecho de verse privado de lo necesario les resulte más oprimente aún.

106. XVIII. En esos tiempos, dice el legislador, tu inmensa prosperidad y opulencia será causa de que hagas a otros lo que ahora sufres de ellos. Porque ahora, por no guardar respeto ni a las leyes ni a las costumbres ancestrales, y descuidarlas todas conjuntamente, careces de cuanto necesitas, y Harrias solícitamente a las puertas de los prestamistas y usureros, y contraes préstamos a subido interés. Pero entonces, como he dicho, harás lo contrario.

107. Serás tú quien gracias a tu copiosa abundancia prestarás a otros, y no poco a pocos sino mucho a muchos, a todas las naciones a no dudarlo,[54] pues todas tus cosas, tanto en la ciudad como en el campo, se presentarán prósperas;[55] las de la ciudad por los cargos públicos, los honores y la buena reputación logrados a través del respeto a la ley, de tu sensatez y del común provecho que resultará de tus palabras y obras; las del campo por la abundante cosecha así de los productos necesarios, que son el trigo, el vino y el aceite, como de los que procuran una vida deleitosa, es decir, las incontables especies de árboles frutales; y también por la fecunda multiplicación de los bueyes, las cabras y los demás rebaños. [56]
[54] Deut. XV, 6.
[55] Deut. XXVIII, 3.
[56] Deut. VII, 13 y XXVIII, 4.

108. Podría, sin embargo, decir alguno: ¿Qué provecho le reporta esto a quien no habrá de dejar herederos y sucesores? Esa es la razón por la que el legislador agrega, como coronación de sus beneficios, que ningún hombre ni ninguna mujer será estéril, y que todos los genuinos servidores de Dios cumplirán plenamente la ley de la naturaleza relativa a la procreación de hijos.[57]
[57] Éx. XXIII, 26.

109. Los hombres, en efecto, serán padres, y padres prolíficos, y las mujeres, madres, y madres fecundas; de modo que cada morada estará totalmente llena de una numerosa familia, sin que falte o parte o nombre alguno de los que designan a los ligados por vínculos de parentesco. En la línea ascendente estarán los padres, los tíos y los abuelos, y análogamente en la descendente, a su vez, los hijos, los hermanos, los sobrinos, los hijos de los hijos, los hijos de las hijas, los primos, y los hijos de los primos, es decir, todos los vinculados por la sangre.

110. Por otra parte, ninguno de los que ajustan su conducta a las leyes morirá prematuramente o verá truncada su existencia, ni será privado de ninguna de las etapas de la vida que Dios asignó a la raza humana, sino crecerá desde la infancia en adelante, como por escalones a través de los ordenados períodos de tiempo correspondientes a cada edad, cumpliendo plenamente los números fijados;[58] y llegará a la última, la vecina a la muerte, o más bien a la inmortalidad, para luego de una verdaderamente buena ancianidad dejar detrás de sí una morada llena de buenos y numerosos hijos que ocuparán su lugar.
[58] Ver *Sobre la creación del mundo* 103 a 105.

111. XIX. Tal es lo que expresó en cierto pasaje al predecir que "llenarás el número de tus días";[59] afirmación en la que hace un admirable uso de los términos exactos y apropiados. Porque el ignorante y violador de las leyes, "ni es tenido en cuenta ni posee número", como dicen;[60] en tanto que quien participa de la educación y de las sagradas leyes alcanza como

primera gracia el ser tenido en cuenta y gozar de pública estima, y alcanzar un número y un lugar dentro de un orden.
[59] Éx. XXIII, 26.
[60] Expresión que se halla en Yámblico. Vida de Pitágoras 208; Calimaco XXV (XXVII) y Teócrito XIV, 48.

112. Es sobremanera admirable además que el llenarse no sea de meses ni de años sino de días; lo que da a entender que el hombre virtuoso no ha de permitir que día alguno de su vida tenga una parte desierta o vacía que dé lugar a la penetración de faltas, sino que ha de llenar todas las partes y espacios de cada día con una virtuosa y noble conducta. Porque la virtud y la nobleza no se valoran por la cantidad sino por la calidad; razón por la cual el legislador entendió que un solo día del hombre sabio rectamente vivido vale por toda una vida.

113. Esto es lo que sugiere también en otro pasaje al afirmar que un hombre de esas cualidades será digno de bendición tanto al salir como al entrar,[61] ya que el hombre virtuoso merece alabanza en todos sus movimientos y en todas sus actitudes, dentro y fuera, como administrador de su hogar y como hombre público juntamente, así al conducir rectamente las cosas de adentro con su habilidad de dueño de casa, como al encauzar recta y convenientemente las de afuera merced a sus altas cualidades de hombre de estado.
[61] Deut. XXVIII, 6.

114. Así, si por ventura hubiere un hombre de tal condición en una ciudad, será manifiestamente superior a la ciudad; y si se tratare de una ciudad con esas condiciones, aparecerá superior al país circundante; y si fuere una nación estará por sobre todas las naciones, tal como la cabeza sobre el cuerpo, para que se la contemple desde todas partes, no con miras a su propio prestigio, sino más bien para beneficio de los que la contemplan; que las permanentes contemplaciones de los nobles modelos imprimen en las almas no enteramente rebeldes y duras imágenes semejantes a aquellos.

115. Y así, ha sido dicho a los que están dispuestos a imitar esos ejemplos de digna y admirable belleza de espíritu que no han de desesperar respecto de su posibilidad de mejorar su actual situación y de retornar a la virtud y la sabiduría desde la que podríamos calificar de dispersión espiritual producida por el vicio.[62]
[62] Deut. XXX, 4.

116. Porque, cuando Dios se torna propicio, hace que todas las cosas resulten fáciles; y Dios muéstrase propicio con aquellos que, movidos por la vergüenza, abandonan la incontinencia por la moderación, y deploran las faltas de su culpable existencia; y aborreciendo todas las vergonzosas imágenes que grabaron en sus almas, ansían intensamente serenar sus pasiones y se lanzan en procura de una vida de calma y de paz.

117. Por lo tanto, así como Dios con una sola orden puede fácilmente concentrar en el lugar que quisiere a hombres que residen en los confines de la tierra, del mismo modo en el caso la inteligencia extraviada que ha vagado largo tiempo por todas partes y que ha sido maltratada por el placer y la concupiscencia, señoras [63] estimadas en exceso por ella, su Salvador, apiadado, puede fácilmente conducirla desde el sendero intransitable hacia el camino, siempre que se halle resuelta a emprender una fuga sin retorno; no la fuga que consideramos vergonzosa, sino el salvador destierro, que con acierto podríamos considerar mejor que un retorno.[64]
[63] O déspotas o amas.

[64] Filón utiliza aquí los dos sentidos de *phygé = huida* y *destierro.* Ver *Sobre la huida y el hallazgo* 118.

118. XX. Los bienes externos quedan señalados ya: victorias contra enemigos, éxitos en las guerras, afianzamiento de la paz, abundancia de los beneficios que de ella derivan, cargos públicos y los elogios que acompañan a los coronados por el éxito, cuyas alabanzas corren en labios de amigos y enemigos, en los de éstos a causa del temor, en los de aquellos por afecto. Pero hemos también de referirnos a aquellos bienes cuya vinculación con nosotros es aún más estrecha: los correspondientes al cuerpo.

119. Leemos, en efecto, que los que se esfuerzan en procura de la virtud y tienen presentes las sagradas leyes como guías de lo que dicen y hacen en su vida privada y pública, se mantendrán totalmente libres de enfermedades.[65] Y si les sobreviniere alguna enfermedad no sería para perjudicarlos sino para recordar al ser mortal que es mortal, a fin de poner término a la arrogancia de su espíritu y mejorar sus normas de conducta. Por otra parte, la salud será seguida por una agudeza de percepción sensorial y por la perfección y plenitud de todas las partes del cuerpo, para que cada una cumpla sin impedimentos las funciones para las que está hecha.
[65] Deut. VII, 15.

120. Juzgó Dios, en efecto, que correspondía proporcionar al hombre virtuoso el privilegio de que este cuerpo suyo, morada de su alma, nacido y crecido a la par de ella, sea una morada bien construida y bien conformada desde los cimientos hasta el techo, en atención a las muchas cosas necesarias y útiles para la vida que procura, y sobre todo por el bien de esta inteligencia [66] purificada con purificaciones perfectas.
[66] La inteligencia o el alma del hombre virtuoso.

121. A esta inteligencia iniciada en los Divinos misterios, que marcha a la par de los circulares y ordenados movimientos de los coros celestiales, la ha honrado Dios concediéndole la quietud, pues es Su voluntad que no se la distraiga y que no la corrompa ninguna de las sensaciones que engendran las necesidades del cuerpo sujetando a éste a través de apetitos insaciables al dominio de meras sensaciones. Si algo, en efecto, lo enfría excesivamente o lo calienta demasiado, ese cuerpo se torna enjuto y seco o, al contrario, se ve lleno de húmedos flujos,[67] y en medio de todos estos estados la inteligencia es impotente para conducir rectamente el curso de su propia existencia.
[67] El texto griego de los manuscritos ofrece en esta parte mucha dificultad para su intelección. Me atengo a las modificaciones adoptadas por Colson.

122. En cambio, si reside en un cuerpo sano, sus días transcurrirán en medio de una grande comodidad, y consagrará su reposo a los espectáculos de la sabiduría, alcanzando de ese modo una vida feliz y dichosa. Esta inteligencia es la que bebe abundantemente el vino sin mezcla del benefactor poder de Dios, y se regala con el festín de santos pensamientos y doctrinas.

123. Es aquella en la que, como dice el profeta, Dios "se pasea"[68] como en un palacio, pues la inteligencia del sabio es realmente un palacio y morada de Dios, quien, aunque es Dios de todas las creaturas, es llamado Dios personal de ella. Es además el pueblo escogido, no el pueblo de los gobernantes particulares, sino el del único y verdadero Gobernante, el pueblo santo del Gobernante santo.
[68] Lev. XXVI, 12.

124. Ella es la que no ha mucho yacía bajo el yugo de muchos placeres, de muchas concupiscencias y de incontables opresiones causadas por los vicios y los apetitos; y a la que Dios condujo hacia la libertad poniendo fin a las miserias de su esclavitud.[69] Ella es la que alcanzó un beneficio que no se menciona con reticencias sino se divulga abiertamente y se proclama en todas partes [70] en mérito al poder de sa Protector, poder que no la ha relegado a la cola sino la ha situado en lo alto sobre la cabeza.[71]

[69] Lev. XXVI, 13.

[70] Lev.. XXVI, 13 (2» parte).

[71] Deut. XXVIII, 13.

125. Estas últimas palabras constituyen una expresión figurada y contienen una alegoría. En efecto, así como en un animal la cabeza es la parte primera y superior, y la cola la última y más grosera, y no una parte que complete el número de los miembros del cuerpo, sino un medio para que los animales voladores avancen rápidamente; del mismo modo, nos dice la alegoría, el virtuoso, sea un hombre o un pueblo, será la cabeza de la raza humana, y todos los demás serán como partes de un cuerpo y vivirán gracias a las fuerzas situadas en la cabeza y cima.

126. Estas son las bendiciones que se suplican para los hombres virtuosos, que dan cumplimiento a nuestras leyes con sus obras; bendiciones que el legislador afirma serán plenamente cumplidas mediante los gratuitos dones de Dios, quién generosamente glorifica y recompensa la nobleza de espíritu por la semejanza que esta guarda con Él. Debemos ahora investigar las maldiciones fijadas para castigo de los ilegales e injustos.

127. XXI. La primera maldición, que el legislador describe como el más liviano de los castigos, es la pobreza, la carencia y privación de las cosas necesarias, el verse envuelto en una completa indigencia. Dice, en efecto, que lo sembrado será arrasado antes de su madurez; o si llegare a madurar, de pronto caerán sobre él los enemigos y lo cosecharán para sí,[72] con lo que la desgracia ocasionada será doble: hambre para los amigos y abundancia para los enemigos; que el dolor es mayor o no menor al menos por los bienes de los enemigos que por los males propios.

[72] Lev. XXVI, 16.

128. Y si los enemigos permanecieren inactivos, no lo estará la naturaleza con los perjuicios, más graves aún, que ella engendra. Porque tú sembrarás la fértil tierra del llano, y de pronto una nube de langostas caerá sobre ella y segará las mieses, no quedando para la recolección sino una parte insignificante de lo que has sembrado.[73] Plantarás un viñedo sin economizar gastos y con las interminables fatigas que es natural soporte el agricultor, y los gusanos aparecerán cuando esté ya plenamente desarrollado, floreciente y cargado de abundante fruto.[74]

[73] Deut. XXVIII, 38.

[74] Deut. XXVIII, 39.

129. Y cuando contemples tus olivos florecientes y la inmensa cantidad de frutos, te alegrarás, como es natural, esperanzado en una afortunada recolección; pero, cuando comiences a cosechar, vendrás a darte cuenta de tu desdicha, o más bien de tu impiedad.[75] El aceite, en efecto, y toda la grasa se derramarán completamente sin que ello se advierta, y la sustancia exterior permanecerá, tan vacía ella como el alma a la que debe engañar. En suma, que todo cuanto siembres y los árboles que plantes se atizonarán y perecerán sus frutos.

[75] Deut. XXVIII, 40.

130. XXII. Pero otras desgracias están al acecho, además de las mencionadas, para ocasionar indigencia y privación. Así, se tornarán estériles aquellos elementos a través de los cuales la naturaleza provee de bienes a los hombres, es decir, la tierra y el cielo, la primera abortando incapaz de engendrar frutos completos, y el segundo, convertido en estéril al no retornar las estaciones del año, ni el invierno ni el verano ni la primavera ni el otoño, en el orden que les es propio, forzadas por imperio de un tiránico poder a desaparecer en una informe y confusa combinación.

131. No habrá, ciertamente, ni lluvia ni una ligera llovizna, ni un pequeño hilito de agua ni rocío ni otro medio alguno de posibilitar el crecimiento; y sí, en cambio, todo cuanto arruina lo que crece y corrompe los recién madurados frutos estará preparado para impedir que lleguen a su pleno desarrollo. "Yo haré", dice Dios, "que el cielo sea de bronce y la tierra de hierro".[76] Con ello indica que ni aquél ni ésta podrán lleva a cabo las obras que les son propias, para las cuales fueron creados.
[76] Lev. XXVI, 19 y Deut. XXVIII, 23.

132. ¿Dónde, en efecto, produjo espigas el hierro o aportó lluvia el bronce, cosas ambas de las que tienen necesidad los seres vivientes, y en especial el hombre, cuya existencia es precaria y está llena de necesidades? La expresión da a entender no solo esterilidad y el fin de las anuales estaciones, sino también el estallido de guerras y la aparición de las insoportables e incontables desgracias que ellas traen aparejadas, pues el bronce y el hierro son los materiales con los que se fabrican las armas de guerra.

133. Además la tierra lanzará polvo, y una nube del mismo descenderá desde lo alto del cielo produciendo un penosísimo humo, que causará la muerte por ahogo; de modo que ningún medio de destrucción quedará sin emplearse. Familias de numerosos miembros se extinguirán, y las ciudades se verán de improviso vacías de habitantes,[77] para quedar luego como recuerdo de la pasada prosperidad y de la miseria sobrevenida en la ocasión, a fin de que ello sirva de advertencia para los que sean capaces de aprender la lección.
[77] Lev. XXVI, 31.

134. XXIII. A tal punto llegará la escasez de las cosas indispensables, que, sin pensar más en ellas, optarán por comerse unos a otros, y no solo a los extranjeros y a los no vinculados por parentesco con ellos, sino también a los más íntimos y más queridos.[78] Se alimentará el padre con las carnes de su hijo, la madre con las entrañas de su hija, los hermanos con las de los hermanos, y los hijos con las de sus padres; y siempre los más débiles se convertirán en viles y repudiables alimentos de los más fuertes. Las desdichas de Tiestes [79] resultarán un juego de niños comparadas con esas tremendas desgracias, que las circunstancias tornarán más grandes aún.
[78] Lev. XXVI, 29 y Deut. XXVIII, 53 a 57.
[79] Esquilo, Agamenón 1583-4.

135. Porque del mismo modo que aquellos que están en la prosperidad desean la vida para gozar de los bienes; así también estos desventurados, además de sufrir las restantes calamidades, llevarán fijamente arraigada el ansia de vivir para tener parte en males sin medida, incesantes y todos ellos imposibles de remediar. Sería, por cierto, menor mal que dejaran de sufrir poniendo fin a sus aflicciones con la muerte, como es normal que lo hagan quienes no han perdido del todo la razón. Ellos, en cambio, víctimas de su demencia, querrían

llegar a vivir una vida larguísima, sin saciarse ni hartarse jamás de su extrema miseria.

136. Tales son las naturales consecuencias del que parece ser el más leve de los males: la carencia de lo necesario, cuando es la justicia Divina la que la impone. Porque, por penosos que sean el frío, la sed, la falta de alimentos; con todo, en ocasiones pueden convertirse en sumamente deseables, siempre que sus ruinosos efectos sean de limitada duración; .mas, cuando se eternizan y van aniquilando al alma y al cuerpo poco a poco, es natural que esos males engendren inauditos sufrimientos, más penosos aún que los que se representan en las tragedias y a causa de su intensidad fuera de lo común ofrecen asunto para los mitos.

137. XXIV. La esclavitud es para los libres intolerable en sumo grado, y por defenderla los hombres sensatos están dispuestos a morir y a luchar desafiando peligros contra los que los amenazan con esclavizarlos. Y también es intolerable un enemigo irresistible. Mas, cuando la misma persona resulta ser ambas cosas: déspota y además enemigo, ¿quién puede soportar el hecho de que, por una parte, pueda obrar injustamente gracias a su despótico poder, y por otra, no sea capaz de abrigar consideración alguna a causa de su implacable hostilidad?

138. Pues bien, el legislador declara que aquellos que desprecian las sagradas leyes tendrán enemigos despiadados por amos,[80] y que no solo serán sometidos por la agresión de éstos sino además se entregarán a sí mismos por voluntaria determinación a causa de las contrariedades que producen el hambre y la escasez de lo necesario.[81] Porque en la opinión de algunos los males menores resultan tolerables si permiten liberarse de los mayores. ¿Pero es pequeño alguno de los males a los que ahora nos referimos?
[80] Deut. XXVIII, 48.
[81] Deut. XXVIII, 48.

139. Porque, siendo esclavos, soportarán con sus cuerpos el cumplir órdenes crueles, y más crueles aún serán los afligentes espectáculos que torturarán a sus almas y los llevarán a la desesperación,[82] ya que verán que ha venido a convertirse en patrimonio de sus enemigos cuanto ellos habían construido, plantado o adquirido, y cómo aquellos gozan de los bienes ajenos que tienen a su disposición. Y verán también los despojados cómo los despojadores se regalan con las opulentas carnes de los rebaños que les pertenecían, matados y preparados con condimentos para gozar del máximo deleite. Y verán ultrajadas cual rameras a las mujeres que habían tomado por esposas según la ley para la procreación de hijos legítimos, para recatadas amas de casa y para compañeras de sus esposos.
[82] Deut. XXVIII, 34.

140. E intentarán protegerlas, pero fuera de agitarse violentamente, nada podrán lograr, estando, como estarán, toda su fuerza anulada y sus nervios agotados, pues serán como blancos colocados al alcance de los que quisieren saquearlos, asolarlos, robarles, maltratarlos y herirlos para causarles daños, ultrajes y una total destrucción, de modo que ningún proyectil habrá de malograrse o de resultar impotente, sino todos serán certeros y llegarán a destino.

141. Serán maldecidos en sus ciudades y en sus aldeas, y maldecidos también en sus casas y en las residencias de campo. Maldecidos serán el llano y cuantas simientes hubieren sido arrojadas en él; maldecidos serán la tierra fértil de las zonas altas y todas las especies de árboles cultivados. Maldecidos serán los rebaños de ganado y convertidos en estériles para que no engendren. Maldecidos serán todos los frutos, y arruinados por el viento en el momento preciso de su plena madurez.

142. Los depósitos repletos de. provisiones quedarán vacíos; ningún negocio producirá ganancias, todas las técnicas, las múltiples formas de producción y las innumerables maneras de ganarse la vida de nada les servirán a los que recurran a ellas. Las esperanzas puestas en aquello por lo que breguen se verán frustradas, y en general, todo aquello que emprendan se malogrará en el curso de malvadas actitudes y acciones, cuyo principio y remate es el abandono del servicio de Dios; pues éstos son castigos por la impiedad y la violación de las leyes.[83]

[83] Deut. XXVIII, 16 a 19.

143. XXV. A estas calamidades hay que agregar las enfermedades del cuerpo, que oprimirán y devorarán a cada uno de sus miembros y partes separadamente, y a la vez lo consumirán completamente en toda su extensión, mediante calores abrasadores, fríos intensos, agotamientos extenuantes, sarnas malignas, ictericias, gangrenas oculares, supuraciones ulcerosas que se extienden como herpe avanzando a lo largo de toda la piel, malestares intestinales, trastornos del estómago, obstrucciones de los pasajes del pulmón de modo que la respiración no puede pasar fácilmente.[84] El debilitamiento de la lengua, la sordera de los oídos, la ceguera de los ojos, la oscuridad y confusión de los otros sentidos, aunque son cosas terribles, no parecen terribles si se las compara con otras más penosas,

[84] Deut. XXVIII, 22, 27 y 35 y Lev. XXVI, 16.

[144.] como el perder la sangre de las venas cuanto poder vivificante había en ella; el no recibir ya más el aire vitalizante encerrado en los bronquios la saludable mezcla de su natural complemento, el aire procedente de afuera; y el relajamiento y flojedad de los nervios.

145. Secuela de estos trastornos es la desaparición de la armonía y concierto entre los miembros, fatigados anteriormente por un torrente de salada y totalmente amarga corriente de humor que se derrama dentro de ellos, y cuando queda encerrada en conductos estrechos a través de los cuales es difícil pasar, se comprime y presiona a su vez produciendo amargos e intolerables dolores. Éstos, por su parte, generan en los pies y en las articulares afecciones y dolencias para las cuales no se ha inventado remedio alguno eficaz, y resultan incurables hasta donde llega el humano conocimiento.

146. Contemplando estas cosas algunos quedan estupefactos al ver cómo personas que poco antes eran rollizas, lozanas y florecientes con la plenitud de su vigor han quedado tan repentinamente extenuadas y convertidas en músculos deformados y en menuda piel solamente; y cómo mujeres acostumbradas a la vida muelle y regalada, producto de la lujuria que desde sus primeros años fue creciendo a la par de ellas, se han tornado marchitas en sus cuerpos a la par que en sus almas por efecto de una grave enfermedad.

147. Y entonces precisamente los perseguirán los enemigos y la espada hará justicia. Ellos huirán hacia sus ciudades pensando que allí se pondrán a salvo, pero se verán engañados por su falsa esperanza y perecerán en masa en las emboscadas que de antemano les habrán preparado allí sus enemigos.[85]

[85] Lev. XXVI, 25.

148. XXVI. Y si, a pesar de estas calamidades, no aprendieren a obrar con sensatez y siguieren rumbos torcidos [86] y apartados de los caminos que conducen directamente a la verdad, la cobardía y el miedo se afincarán firmemente en sus almas, y andarán huyendo sin que nadie los persiga; los precipitarán en el desorden, como es habitual en estos casos, falsos rumores; y el más ligero ruido de una hoja que surque el aire les causará tan grande congoja y

agitación como la más dura guerra emprendida contra ellos por los más poderosos enemigos.[87] La consecuencia será que se despreocuparán los hijos de sus padres, los padres de sus hijos y los hermanos de sus hermanos, temerosos de que el ayudarse unos a otros les acarree la ruina, y cada uno emprenderá la fuga preocupado por su propia salvación.[88]

[86] Lev. XXVI, 21, 23 y 27.

[87] Lev. XXVI, 36.

[88] Lev. XXVI, 37.

149. Pero las esperanzas de los hombres ruines no se cumplen; y aquellos que crean haberse puesto a salvo serán capturados ni más ni menos que los que hayan sido apresados antes.[89] Y si algunos escaparen, será para caer en una emboscada de sus enemigos por naturaleza, las bestias salvajes, más feroces aún, bien pertrechadas con armas que forman parte de su ser; bestias a las que Dios creó en el momento de la primera creación de todas las cosas para terror de los hombres capaces de aceptar advertencias, y para castigo implacable de los que no tienen remedio.[90]

[89] Lev. XXVI, 39.

[90] Lev. XXVI, 22.

150. A aquellos que contemplen sus ciudades arrasadas desde sus mismos cimientos, les costará creer que alguna vez hubieran estado habitadas;[91] y todas las calamidades que repentinamente siguieron a los brillantes días de prosperidad, así las que han sido descriptas en las leyes como las que no han sido referidas,[92] vendrán a convertirse en un proverbio para ellos.[93]

[91] Lev. XXVI, 31 y 32.

[92] Deut. XXVIII, 81.

[93] Deut. XXVIII, 37.

151. Estas aniquiladoras calamidades penetrarán hasta sus entrañas oprimiéndolos y llenándolos de desesperación e inquietud; y sucediéndose noche y día, harán que sus existencias sean inestables y estén suspendidas del terror como de una horca, y balanceadas sus almas arriba y abajo, de tal modo que en la mañana suplicarán por la tarde, y en la tarde lo harán por la mañana a causa de las patentes miserias de sus horas de vigilia y de las abominables visiones de sus sueños mientras duermen.[94]

[94] Deut. XXVIII, 65 a 67.

152. Y mientras el
recién convertido, elevado hacia las alturas en alas de su venturosa suerte, será ilustre y admirado y celebrado por dos excelencias sumas: el haber desertado hacia e! bando de Dios, y el haber alcanzado, como bien merecido premio, un lugar fijo en el orden celestial, lugar imposible de describir con palabras; el de noble linaje, en cambio, por haber adulterado la legítima moneda de la nobleza, será arrastrado hacia el abismo y precipitado en el mismo Tártaro y en una oscuridad profunda. De ese modo, al ver todos los hombres estos ejemplos, se encaminarán hacia la prudencia pues aprenderán que Dios acoge la virtud que nace de una baja cuna, sin tener en cuenta las raíces y aceptando el nuevo retoño desarrollado, porque gracias al cultivo se ha tornado fructífero.[95]

[95] Deut. XXVIII, 43.

153. XXVII. Una vez que las ciudades hayan sido así consumidas como por el fuego, y todo el país convertido en desolación, comenzará entonces a respirar y recobrarse esta tierra fatigada y maltratada por la intolerable violencia de sus habitantes, que arrojaron al destierro,

fuera del país y de sus pensamientos, a los vírgenes sietes.[96] La naturaleza, en efecto, ha indicado como las únicas, o para decirlo con más seguridad, las principales fiestas los retornos de los días y los años séptimos, los de los días para descanso de los hombres, y los de los años para reposo del país.

[96] O *las vírgenes hebdómadas o períodos de siete días o años,* aunque aquí parece Filón referirse a las naturales bondades del número siete en general; a las que se ha referido prolijamente en otros lugares.
De todos modos el pensamiento es que quien viola, las prescripciones relativas al sábado y al año sabático es capaz de cometer toda suerte de maldades.

154. Pero ellos, haciendo caso omiso de toda esta ley, de las sales, de las libaciones, del altar de la misericordia, del hogar común,[97] cosas que son origen de armonía, amistad y benevolencia, pues todas ellas están vinculadas al retorno del siete y son sietes ellas mismas, cargaron siendo los más fuertes, una pesada carga sobre hombres más débiles que ellos con lo continuo e ininterrumpido de sus exigencias; y otro tanto hicieron con las tierras arables, persiguiendo siempre injustas ganancias, movidos por sus ambiciones, y agregando incontrolados e injustos impulsos a sus apetitos hasta tornarse insaciables.

[97] Ver *Sobre José* 210 y *Sobre las leyes particulares* III, 96.

155. Aunque los hombres, como lo prueba la razón con absoluta verdad, son hermanos suyos, hijos de una única madre, la común naturaleza, ellos, sin embargo, no les proporcionan al cabo de cada seis días los descansos establecidos; ni al país al cabo de seis años el reposo mandado, evitando oprimirlo ni con sembrados ni con plantaciones a fin de que no se agote con los ininterrumpidos esfuerzos.

156. Haciendo, por el contrario, caso omiso de estas humanitarias prescripciones, que invitan al trato benigno, oprimen los cuerpos y las almas de cuantos les es posible con perpetuas imposiciones; y minan completamente la fuerza de la tierra fértil, acumulando rentas insaciablemente gracias a producciones superiores a las posibilidades de ésta, y agobiándola por completo en todas sus partes con tributos no solo anuales sino también diarios.

157. A causa de esto se cumplirán plenamente en ellos las mencionadas maldiciones y castigos, en tanto que el país, tras el agotamiento y la opresión ocasionados por los incontables malos tratos, descargado ya de la pesada carga de sus impíos habitantes, se verá aliviado; y cuando, al mirar en torno de sí, no vea a ninguno de los destructores de cuanto lo enorgullecía y lo hacía valioso, sino contemple sus plazas vacías de alborotos, contiendas e injusticias, y llenas de tranquilidad, de paz y de justicia, renovará su juventud y su lozanía, y permanecerá en calma y descansando durante las fiestas de los sagrados sietes, reuniendo fuerzas como un atleta después de un primer enfrentamiento.

158. Luego, cual una tierna madre, se apiadará de los hijos e hijas que ha perdido, los que, muertos ya, y más todavía si viven aún, constituyen un motivo de dolor para sus progenitores. Y rejuvenecida una vez más, recobrará su fecundidad y engendrará una descendencia irreprochable, que repare los extravíos de la anterior. Porque la solitaria, como dice el profeta,[98] tendrá muchos y buenos hijos; predicción que encierra además una alegoría relativa al alma.

[98] Isaías LIV, 1.

159. En efecto, cuando ésta es múltiple, es decir, cuando está repleta de pasiones y de vicios, como sus hijos los placeres, las concupiscencias, la insensatez, la incontinencia y la injusticia

se agolpan en torno de ella, debilitase, enferma y corre grave peligro de muerte;[99] cuando, en cambio, se ha tornado estéril y cesado de engendrar tales hijos, o los ha arrojado lejos de sí en montón, conviértese en una pura virgen.[100]

[99] Esta alegoría, aunque sugerida inicialmente por el versículo de Isaías, corresponde mejor aún a I Samuel II, 5, pasaje comentado en este sentido en *Sobre la inmutabilidad de Dios* 10 y en *Sobre los cambios de nombres* 143.

[100] Ver *Sobre los querubines* 50.

160. En esas circunstancias, tras recibir la Divina simiente, modela e infunde vida a envidiables naturalezas y admirables bellezas, como son la sabiduría, la valentía, la templanza, la justicia, la santidad, la piedad y las demás virtudes y nobles experiencias. Y no solo este feliz nacimiento de hijos tales constituye un bien, sino además lo es el aguardar ese nacimiento, pues esa expectativa le trae con la esperanza un anticipado regocijo en medio de su enfermedad.

161. La esperanza es una alegría precursora de otra alegría, y aunque todavía le falta para ser completa, sin embargo es superior a la que le sucederá en dos cosas: en que alivia y suaviza lo árido de las preocupaciones, y en que es un feliz preanuncio del bien que posteriormente alcanzará su plenitud.[101]

[101] Ver *Sobre los cambios de nombres* 157 y ss.

162. XXVIII. Dejo, pues, descriptos, sin omitir nada al respecto, las maldiciones y los castigos que merecen soportar los que desprecian la justicia y la piedad contenidas en las sagradas leyes, y han sido dominados por las opiniones politeístas, que conducen finalmente al ateísmo, por el olvido de la enseñanza de sus familiares y de su nación, por la cual fueron educados desde los primeros años para el reconocimiento de la naturaleza del Uno como el supremo Dios, el único al que deben entregarse quienes de verdad persiguen la verdad sincera en vez de los fraguados mitos.

163. Si, empero, ellos aceptaren estos castigos no como vehículos de su ruina sino como advertencias; y avergonzados con toda su alma, se transformaren y se reprocharen a sí mismos por su extravío, confesando y reconociendo todas sus iniquidades, primeramente en su fuero interno con inteligencia purificada hasta alcanzar una conciencia sincera y sin disimulos, y en segundo lugar con su lengua para mejoramiento de quienes los escuchan, hallarán la clemencia del salvador y misericordioso Dios, quien ha concedido al género humano el especial y supremo don del parentesco con su logos,[102] del que, como de un arquetipo, procede la humana inteligencia.[103]

[102] Ver *Sobre la confusión de las lenguas* 146.

[103] Lev. XXVI, 40 y ss. y Deut. XXX, 1 y ss.

164. Y ciertamente, aunque estuvieren en los confines mismos de la tierra como esclavos entre aquellos enemigos que los condujeron allí cautivos, todos serán liberados en un solo día, como respondiendo a una sola señal, ya que su conversión en masa hacia la virtud causará estupor a sus amos, quienes los dejarán libres, avergonzados de mandar sobre hombres superiores a ellos.

165. XXIX. Y cuando ellos hayan alcanzado esta inesperada libertad, los hasta entonces dispersos en Grecia y en el resto del mundo por islas y continentes, se pondrán de pie y movidos por un único impulso, se dirigirán de prisa unos desde un sitio, otros desde otros hacia el único lugar señalado, guiados en su migración por una visión más próxima a Dios que

la humana naturaleza, invisible para los demás, pero manifiesta para los que retornan a sus hogares.[104]
[104] Deut. XXX, 3 a 5.

166. Tres serán las circunstancias que les servirán como intercesores en favor de su reconciliación con el Padre. Una es la clemencia y la bondad de Aquel a quien recurren en sus ruegos, el que siempre prefiere el perdón al castigo. La segunda es la santidad de los fundadores de la nación, porque con sus almas liberadas de sus cuerpos, muestran ellos de manera franca y desnuda su devoción al Soberano, y no cesan de dirigirle sus súplicas en favor de sus hijos e hijas, nunca en vano, pues el Padre les garantiza el privilegio de que sus plegarias sean escuchadas.[105]
[105] Ver *Sobre los sacrificios de Abel y Caín* 5, *Sobre la herencia de las cosas divinas* 276 y *Vida de Moisés* II, 288.

167. La tercera es aquella en atención a la cual muy especialmente, se da prisa la bondad de los ya mencionados intercesores en llevar adelante sus propósitos; me refiero al mejoramiento de aquellos que son llevados hacia un convenio de paz, aquellos que con dificultad han conseguido avanzar desde un intransitable sendero hacia el camino cuya meta no es otra que complacer a Dios como complacen los hijos a sus padres.

168. Y una vez que hayan llegado, serán de nuevo edificadas las ciudades que poco antes estaban en ruinas; el desierto país será habitado, la tierra estéril se tornará fecunda, y la prosperidad de sus padres y antepasados será considerada insignificante porción ante la copiosa abundancia de los bienes presentes, los que, brotando de las Divinas gracias, como de fuentes perennes, proporcionarán a cada uno en particular v a todos en común una profunda corriente de riqueza, que no dejará lugar a la envidia.[106]
[106] Deut. XXX, 5.

169. Repentinamente todas las cosas cambiarán, pues Dios dirigirá sus maldiciones contra los enemigos de los arrepentidos;[107] enemigos que durante las desdichas de nuestra nación se regocijaron, injuriaron y burlaron, pensando que ellos poseerían una heredad dichosa e indestructible, que esperaban legar a sus hijos y descendientes según las normas de sucesión; y además, que siempre contemplarían a sus enemigos en una perpetua e inmutable adversidad, reservada también para las generaciones posteriores.
[107] Deut. XXX, 7.

170. En su demencia no se dieron cuenta de que el efímero esplendor de que habían gozado no se debía a ellos mismos sino a la necesidad de aleccionar a otros, para los que, por haber subvertido las leyes ancestrales, había sido hallado un salvador remedio: el dolor, dolor que les ocasionaba la prosperidad de los que detestaban. Así pues, aquellos que no han llegado a experimentar una completa ruina, si lloraren y lamentaren su propia claudicación, recorrerán el camino de vuelta retornando hacia la antigua prosperidad de sus antepasados.

171. En cambio, los que se burlaron de sus lamentos y resolvieron celebrar como públicas fiestas los días del infortunio de aquellos, siendo para ellos un regalo sus dolores, y en general, haciendo con la desgracia de los demás su felicidad; esos, cuando comiencen a recoger las recompensas de su crueldad, se darán cuenta de que sus iniquidades iban dirigidas no contra hombres oscuros y sin prestigio, sino contra hombres de alto linaje, que conservaban las chispas de su nobleza, a partir de las cuales, al encenderse nuevamente el fuego, ha comenzado a brillar la gloria transitoriamente apagada.

172. Porque, así como, cuando han sido cortados los tallos, si no han sido extirpadas las raíces, crecen nuevos brotes, que sobrepasan a los viejos; del mismo modo, si en las almas subsiste una pequeñísima simiente de lo que conduce a la virtud, aunque las otras hayan sido eliminadas, no brotarán por eso menos de esa pequeña simiente las más estimadas y preciosas cualidades, gracias a las cuales las ciudades se pueblan de excelentes-ciudadanos, y las naciones progresan hasta tornarse populosas.

TODO HOMBRE BUENO ES LIBRE

(QUOD OMNIS PROBUS LÍBER SIT)

1. 1. En nuestro tratado anterior [1] nos hemos referido, Teódoto, al tema "Todo hombre ruin es esclavo",[2] aserto éste que fundamos en muchos argumentos acordes con la razón y la verdad. Emparentado con dicho tratado, su hermano carnal y gemelo podríamos decir, es el presente, en el cual demostraremos que todo hombre de espíritu superior [3] es libre.[4]

[1] Este tratado anterior no ha llegado hasta nosotros. Eusebio de Cesárea (Historia Eclesiástica II, 18) lo menciona entre las obras de Filón que se conservaban en el s. IV d. C.

[2] Seguramente tendería a demostrar que el hombre ruin es sobre todo esclavo de las pasiones, y también de la opinión del vulgo, de la inseguridad que llevan aparejadas los bienes materiales, de las intrigas, etc.

[3] Mientras en el título del tratado Filón emplea el adjetivo *spondaios = diligente, bueno, virtuoso, honesto, benevolente,* etc., cuyas diferentes connotaciones es imposible expresar en un solo término español; aquí usa *asteios* — literalmente: *propio del ciudadano* (de *ásty = planta urbana,* como *urbanus* de *urbs)* por oposición a *rusticas* de *rus = campo),* de donde *cultivado, fino, selecto, de buenas cualidades.* En todo caso la idea que Filón tiene presente es la del hombre bueno, calificado o sabio, que difiere del común de la gente, del vulgo.

[4] El tema de Filón en el presente tratado es la argumentación que a su juicio prueba la verdad de la tesis estoica, según la cual el hombre sabio es ciudadano y libre, por oposición al ruin, que es desterrado y esclavo, afirmación paradójica para el común de las gentes, que no alcanzan a comprender la nobleza y libertad de espíritu.

2. Pues bien, conocida es, entre muchas excelentes normas enseñadas por la comunidad religiosa de los pitagóricos, aquella que dice: "No transites por los caminos que frecuenta el pueblo".[5] Máxima que no ha de entenderse como una invitación a que marchemos por lugares escarpados, pues no es a que cansemos nuestros pies a lo que se nos exhorta en ella; sino como una sugerencia, formulada mediante una figura, a que ni en nuestras palabras ni en nuestras obras sigamos los trillados senderos que recorre el vulgo.

[5] Máxima conservada por Diógenes Laercio, Vidas de filósofos ilustres VIII, 17.

3. Todos los genuinos cultores de la filosofía han llegado a ser dóciles observantes de esta prescripción, por adivinar en ella una ley o más bien un Divino mandato semejante a un oráculo. Y elevándose por sobre las opiniones de la multitud, han abierto otro nuevo sendero, vedado para el vulgo ignorante, sendero de racionales especulaciones y doctrinas filosóficas; y han sacado a luz ejemplares formas [6] que a ninguno que no sea puro es lícito palpar.

[6] En el sentido platónico de formas ideales concebibles por la inteligencia, modelos incorpóreos de las cosas aprehensibles por los sentidos.

4. Y llamo impuros a todos aquellos que, o bien pasaron sus días sin gustar en absoluto de la educación, o bien, tras recibirla de manera torcida y distorsionada trocaron la hermosura de la sabiduría en la fealdad de la superchería.

5. Estos tales, en su impotencia para percibir esa luz aprehensible solo por la inteligencia[7] a causa de la debilidad de los ojos de su alma, ojos que por su misma condición se cubren de sombras ante los destellos de la luz; como si su existencia transcurriera en plena noche no dan crédito a aquellos que viven a la luz del día, y piensan que todas aquellas cosas que iluminadas por la claridad sin mezcla de los rayos solares que éstos han contemplado con

nitidez suma en torno de Sí y describen no son sino inverosímiles prodigios semejantes a fantasmas, y en nada distintos de las ilusiones de las exhibiciones de títeres.[8]
[7] Es decir, las formas ejemplares o "ideas platónicas".
[8] Filón tiene aquí presente la alegoría de la caverna que se lee en la República VIII, 514 y ss., en cuya parte inicial Platón compara a la humanidad con prisioneros encadenados dentro de una caverna, de espaldas a la boca de ésta, e incapaces por lo tanto de ver sino las sombras de los seres situados afuera, sombras que ellos consideran ser la única realidad, por no conocer otra.
La última parte del párrafo es una personal conclusión de Filón extraída de la República VII, 514 b, donde Platón dice "del mismo modo que entre los espectadores y los titiriteros (o autores de trucos) se levantan las pantallas por encima de las cuales éstos exhiben sus asombrosos espectáculos". Lo que en realidad quiere destacar Platón aquí es que el muro o pared que separa a los prisioneros de la luz exterior es comparable con la pantalla o biombo detrás de los cuales se sitúan los titiriteros o autores de asombrosos trucos.

6. "Porque es sin duda extravagante, un simple truco para provocar asombro", piensan,[9] "el llamar desterrados a quienes no sólo pasan su vida en el centro mismo de la ciudad, sino que además desempeñan funciones de consejeros y jueces y participan en las asambleas, y a veces incluso tienen a su cargo la administración del mercado, la dirección del gimnasio y las demás liturgias;[10]
[9] La presente acotación no aparece en el texto griego pero resulta conveniente, aunque quizá no totalmente necesaria su intercalación, para evitar que el lector piense que se trata de opiniones de Filón y no de la multitud de hombres indoctos como se pone de manifiesto en el parágrafo 11.
[10] Contribución que en Atenas se exigía a los ciudadanos más ricos, consistente en financiar de su peculio ciertos servicios públicos tales como equipar una trirreme (trierarquía), organizar los coros para las representaciones dramáticas (coregia), financiar procesiones (arquiteoría), etc.

[7.] y calificar de ciudadanos [11] a los que jamás han sido registrados en los padrones o han sido condenados a la pérdida de sus derechos y al destierro, a hombres que se hallan exiliados más allá de las fronteras sin que les sea dado no solo el retornar a su país sino ni siquiera el contemplar desde la lejanía el suelo de sus antepasados, salvo que se empeñen en buscar la muerte perseguidos por determinadas diosas del castigo, pues son innumerables los que los aguardan dispuestos a castigarlos, espoleados por sus propios sentimientos, y por cumplir lo que prescriben las leyes.
[11] Filón supone aquí que entre las afirmaciones de los hombres sabios, consideradas absurdas o fraudes por la multitud sin visión para las cosas superiores, figura la paradoja de que el hombre bueno es el verdadero ciudadano y el hombre ruin un desterrado.

8. II. Y absurdo es también y lleno de descaro o locura o como quiera llamársele, pues ante lo desmedido del caso hasta es difícil contar con nombres apropiados, el llamar, por una parte, ricos a quienes son los más indigentes y carecen de los recursos necesarios, viviendo miserable y penosamente, proveyendo con dificultad a su diaria subsistencia, padeciendo hambre en contraste con la prosperidad general, alimentándose con brisas de virtud del mismo modo que, según dicen, se alimentan con aire las cigarras;[12]
[12] Así lo sostiene ya Hesíodo en El escudo de Heracles 395 y ss.

[9.] y por otra, pobres a hombres que viven rodeados de plata, de oro, de una multitud de propiedades, y rentas y de una inagotable abundancia de otros inefables bienes, y cuya riqueza

no solo beneficia a sus parientes y amigos, sino, rebasando los límites de su morada, aprovecha también a grandes multitudes de miembros de sus filas y de sus demos,[13] y, trascendiendo aún más, proporciona al estado todo cuanto exigen la paz y la guerra.[14]

[13] Filas y demos eran circunscripciones territoriales de tipo político y administrativo de ciertos estados griegos como Atenas.

[14] Alusión a las liturgias. Ver la nota 10.

10. Y de esas mismas soñadas fantasías procede el que se atrevan a atribuir la esclavitud a quienes por ambas líneas vincúlanse con una alta ascendencia, siendo verdaderamente de noble cuna, y de los que no solo los padres, sino además los abuelos y ancestros hasta los fundadores de la estirpe tanto en la rama masculina como en la femenina llegaron a gozar de altísimo prestigio; y osen afirmar que son libres aquellos que son la tercera generación de marcados con el hierro candente,[15] y desgastagrillos,[16] y cuya esclavitud es herencia de larga data".

[15] Con el que se marcaba, entre otras pertenencias, a los esclavos tenidos por malos o culpables.

[16] *Pedótrips* = literalmente: *desgastagrillos,* era el término con que se designaba al esclavo culpable o desobediente al que se engrillaba por ello con tanta frecuencia que se decía que terminaba por gastar los grillos.

11. Tales son las cosas que éstos piensan, más se trata, como he dicho, de afirmaciones sin fundamento propias de hombres de inteligencia oscurecida, esclavos de la opinión, que se apoyan en los sentidos, cuyo tribunal carece de estabilidad pues es siempre sobornado por aquellos a los que juzga.[17]

[17] Es decir, la asamblea o tribunal de los sentidos se deja seducir y corromper por las cosas sensibles sobre las que debe discernir.

12. Si su preocupación por llegar a la verdad fuera cabal, no deberían ser en cuanto al discernimiento inferiores a los que padecen enfermedades corporales. Porque, mientras éstos en sus ansias de conservar la salud se ponen en manos de los médicos; ellos, en cambio, son displicentes en cuanto a eliminar esa enfermedad del alma que es la falta de instrucción, recurriendo a la compañía de los hombres sabios, los que brindan la posibilidad no solo de desterrar la ignorancia, sino también de esa propiedad peculiar del género humano que es el saber.

13. Mas, como, según Platón, el de expresión plena de musicalidad,[18] "la envidia está desterrada del Divino coro"[19] y la sabiduría es Divina y generosa en grado sumo; jamás cierra su escuela de reflexión, sino abre sus puertas y acoge a cuantos tienen sed del agua grata de los razonamientos, y derramando sobre ellos una inagotable corriente de enseñanzas, los persuade para que se embriaguen con la embriaguez que no procede del vino.[20]

[18] No he hallado otra traducción mejor para el término *ligyrótatos* = *muy musical,* con que Filón califica a Platón. Un solo manuscrito trae *hierótatos* = *sacratísimo* en vez de *ligyrótatos,*

[19] Fedro 247 a.

[20] O *sobria. Nephálios,* con que Filón califica aquí a la embriaguez, significa *sobrio, que no bebe vino* o, simplemente, *sin vino.*

14. Y éstos, una vez que, habiendo sido instruidos en los sagrados misterios a la manera de los iniciados, participan plenamente de ellos, repróchanse grandemente por su pasada negligencia por entender que han desperdiciado su tiempo viviendo una vida que no merece vivirse, durante la cual estuvieron privados de la sabiduría.

15. Grande cosa es, pues, el que la juventud toda de todas partes consagre las primicias de su primer florecer a la adquisición del saber, en compañía del cual es hermoso tanto el vivir la juventud como el pasar la vejez. Porque, así como, según dicen, las nuevas vasijas retienen los sabores de las primeras sustancias que se vertieron en ellas, del mismo modo también las almas de los jóvenes reciben en forma indeleble las impresiones de las representaciones captadas, y sin que las mismas les sean lavadas y borradas por el torrente de las otras que posteriormente fluyen sobre ellas, siguen mostrando claramente la primitiva forma.

16. III. Y dicho ya lo suficiente sobre esto, hemos de aplicarnos a considerar el tema de nuestro tratado con el cuidado suficiente para que no andemos divagando engañados a causa de la vaguedad propia de los términos; sino captemos lo que realmente constituye nuestro asunto y ajustemos acertadamente a él las demostraciones.

17. Pues bien, el término esclavitud se aplica tanto a las almas como a los cuerpos; y los amos de los cuerpos son hombres, en tanto que los de las almas son los vicios y las pasiones. Y otro tanto cabe decir de la libertad, ya que existen la que lleva aparejada para los cuerpos la seguridad de no depender del superior poder de otros hombres; y la que permite a la inteligencia desenvolverse sin estar sujeta al dominio de las pasiones.

18. Ninguna persona se aplica a investigar sobre la primera clase de libertad, pues las vicisitudes de los hombres son incontables y en muchas ocasiones muchas personas de muy elevada condición perdieron a causa de desgraciadas circunstancias la libertad heredada de sus mayores.[21] Nuestra indagación se refiere a caracteres a los que ni los apetitos ni los temores, ni los placeres, ni los dolores han sometido a su yugo, habiendo, en consecuencia, escapado de la cárcel y despojado de las cadenas por las qué eran oprimidos.

[21] Esto ha de entenderse en el sentido de que dentro de la mentalidad de entonces la libertad stricto sensu se concebía como una situación accidental totalmente ajena al mérito o demérito de cada uno, es decir, al orden moral y por lo tanto desprovista de interés para el filósofo que se ocupa del carácter y la conducta humana.

19. Dejando, pues, de lado las explicaciones confusas y capciosas, y los términos que nada tienen que ver con la naturaleza misma de las cosas sino dependen de la convención, tales como ecótribes, argironetos o ecmalotos,[22] examinemos al hombre verdaderamente libre, al único que posee una voluntad independiente, aunque sean muchísimos los que se declaran amos de él. Porque él proclamará aquel verso de Sófocles en nada diferente de los deíficos oráculos: "Dios y no mortal alguno es mi soberano".[23]

[22] Términos que designan categorías de esclavos según el origen de su condición servil. El *ecótribe* era el esclavo nacido en la morada del amo, *argironeto* el adquirido por compra, y el *ecmaloto* el prisionero de guerra.

[23] Citado también por Aristóteles en Ética a Eudemo 12 a 13, aunque con la variante *Zeus* por *theós,* variante acorde con las exigencias métricas del anapesto y con la paráfrasis de San Ambrosio: "Júpiter me gobierna y no hombre alguno."

20. Y así es: solo es libre aquel que solo a Dios tiene por guía; aunque en mi entender además de libre es guía de los demás, habiendo sido confiadas a su cuidado las cosas terrestres, cual lugarteniente mortal del Gran Rey inmortal. Pero el tema de la soberanía del hombre sabio[24] ha de quedar para más apropiada ocasión, y ahora hemos de examinar cuidadosamente el de su libertad.

[24] Ver *Sobre los cambios de nombres* 152. Diógenes Laercio, en Vida de filósofos ilustres

VII, 122, dice: "Los sabios no sólo son libres sino también reyes."

21. Quien se propusiere examinar los asuntos encarándolos a fondo, conocerá claramente que no hay cosas que estén más estrechamente vinculadas entre sí que la independencia en el obrar y la libertad. Muchas son, en efecto, las cosas que obstaculizan al hombre ruin, como el amor al dinero, el ansia de reputación y el afán de placeres, en tanto que nada lo traba en absoluto al hombre superior, quien se mantiene erguido y triunfador sobre el amor, el temor, la cobardía, el dolor y las cosas semejantes a éstas, como el vencedor en una contienda atlética sobre sus vencidos.

22. Ha aprendido, en efecto, a despreciar todos los mandatos e imposiciones de los harto ilegítimos gobernantes del alma, movido por su celo y ardiente amor por libertad, de la que es patrimonio propio la autodeterminación y el hacer lo que se desea. Algunos elogian al autor de aquel trímetro que dice: "¿Quién es esclavo siendo indiferente ante la muerte?,[25] y lo elogian pues piensan que dicho autor entendió perfectamente la ilación entre ambas cosas, pues sostuvo que cosa alguna es tan apropiada para esclavizar a la inteligencia como el miedo a propósito de la muerte, miedo resultante del vehemente deseo de vivir.

[25] Verso de tres medidas. Aquí se cita el que Plutarco atribuye, en Sobre la lectura de los poetas 13, a Eurípides. El sentido es: ¿Puede acaso ser esclavo quien no teme a la muerte?

23. IV. Pero preciso es que reflexionemos que no solo quien no siente preocupación por la muerte está libre de esclavitud, sino también lo está aquel al que no preocupa el ser pobre, el carecer de reputación, el sufrir dolor ni todas las demás cosas que los más de los hombres tiene por males, aunque el mal reside en ellos mismos y en sus juicios, ya que su concepto de esclavo tiene solo en cuenta los usos que de él se hacen y los servicios que presta, cuando lo que debería tener presente es la independencia de carácter.

24. Porque esclavo de verdad es aquel que con espíritu mezquino y servil se aplica a mezquinas y serviles acciones que repugnan a su propio juicio; en tanto que aquel que ajusta su propia persona y sus cosas a lo que la ocasión le depara y soporta de buen grado y con paciencia los vaivenes de la suerte; aquel que considera que nada nuevo se da en las cosas humanas, aquel que se ha convencido, tras cuidadoso examen de que, mientras es prerrogativa de las cosas Divinas el poseer un orden eterno y la felicidad, las humanas, en cambio, arrastradas todas por el agitado oleaje de las circunstancias, se balancean con desiguales inclinaciones; aquel, en fin, que sobrelleva con dignidad cuanto le sobreviene, ese es, sin lugar a dudas, un filósofo y un hombre libre.

25. Y así, no obedecerá a nadie que le dé órdenes, aunque éste lo amenace con ultrajes, torturas y los males más terribles, sino con juvenil ardor le replicará abiertamente: "Quémame, consume mis carnes, satúrate de mí bebiendo mi negra sangre; porque descenderán las estrellas bajo la tierra y se elevará la tierra hasta el éter antes de que procedente de mí te llegue una palabra de adulación." [26]

[26] El mismo pasaje de la tragedia Heracles de Eurípides, aparece citado por Filón en otros tres lugares: *Interpretación alegórica* III, 202; *Sobre José* 78 y en el parágrafo 99 del presente tratado.

26. V. Tuve ocasión cierta vez de observar durante una competencia de pancratistas [27] cómo uno de ellos aplicaba golpe tras golpe con las manos y los pies, todos ellos bien dirigidos, sin dejar de emplear recurso alguno de los que llevan a la victoria, y sin embargo al final se dio por vencido, exhausto completamente, y abandonó el lugar de la lucha sin la corona de la

victoria; en tanto que el otro, el que soportaba el ataque, convertido en una masa compacta, rígida y sólida de carne, rebosante del vigor propio del verdadero atleta, con sus nervios tensos, como una piedra o el hierro, sin ceder absolutamente ante los golpes, con la fortaleza y firmeza de su resistencia doblegó la fuerza de su adversario hasta lograr una completa victoria.

[27] Atletas que disputaban el pancracio, prueba que comprendía la lucha que hoy denominamos "catch" y el pugilato.

27. Y es precisamente algo análogo a esto lo que le sucede al hombre de espíritu superior; pues, muy bien fortificada su alma por un firme discernimiento, fuerza a ceder a quien ejerce violencia sobre él, antes de que éste logre que se avenga a llevar a cabo algo contrario a lo que entiende que debe hacer. Pero esto que digo tal vez resulte imposible de creer a quienes carecen de experiencia en la virtud, como resultará también el ejemplo a quienes nada saben de pancratistas, sin que por eso el mismo sea menos cierto.

28. Y es eso lo que Antístenes tenía presente cuando decía que el hombre de espíritu superior es un peso difícil de llevar; y con razón, pues, así como la insensatez es cosa liviana y en movimiento, la sensatez está firmemente asentada,, no se doblega y tiene un peso que impide se la agite.

29. Por su parte, el legislador de los judíos presenta pesadas las manos del sabio,[28] dando a entender mediante símbolos que las acciones de éste no son superficiales sino firmemente asentadas como productos que son de una inteligencia inconmovible.

[28] Éx. XVII, 12.

30 Nadie, por eso, le obliga a hacer nada, ya que ha llegado a despreciar los dolores y a ser indiferente ante la muerte, y por ley de la naturaleza tiene bajo su poder a todos los insensatos. Porque, así como los cabrerizos> boyeros y pastores dirigen a las cabras, los bueyes y las ovejas, y es imposible que los rebaños y manadas den órdenes a quienes los guían, del mismo modo la multitud de los que se asemejan a los ganados necesitan de quien los controle y mande, y sus guías son los hombres de espíritu superior, a los que ha sido asignada la misión de gobernar los rebaños.

31. Y así, Hornero acostumbra llamar a los reyes "pastores de pueblos", aunque la naturaleza con más precisión aplica este título a los buenos, como que los reyes más frecuentemente resultan ser rebaños que pastores, ya que los guía el vino puro, las formas hermosas, los pasteles, los alimentos condimentados, y los deliciosos platos preparados por cocineros y reposteros; para no referirme a los apetitos que engendran el oro y la plata y otras cosas más espléndidas aún; en tanto que a los buenos ningún cebo llega a atraparlos, y sucede además que enrostran a aquellos que ven presos en las redes del placer.

32. [29] VI. Que los servicios que se prestan no significan esclavitud lo prueban con claridad suma las guerras, pues durante las campañas es dable observar cómo cada soldado se ocupa de una tarea especial, ya que el servicio no se limita al ir equipados con todos los pertrechos de guerra, sino incluye también el acarrear como animales de carga todas las cosas de uso necesario, amén del hacer salidas en busca de agua, leña y forraje para las bestias.

[29] En los parágrafos 29 a 39 Filón se empeña en probar que la libertad no se pierde por el mero hecho de estar al servicio de alguien o de haber sido comprado por alguien; con lo que refuerza su principio de que la libertad es un estado del alma no una contingencia exterior, como supone el común de la gente.

33. ¿Y qué necesidad hay de detallar las tareas requeridas por la defensa contra los enemigos, tales como el cavado de trincheras, la erección de fortificaciones, la construcción de trirremes y el servicio, en todas las otras labores subsidiarias y especializadas para las que se requiere el empleo de las manos y de las demás partes del cuerpo:[30]

[30] El razonamiento es éste: Nadie duda de que el soldado es hombre libre, y sin embargo no se limita a llevar su equipo y combatir sino realiza además determinadas tareas propias de la servidumbre.

34. Por otra parte, existe también en plena paz una suerte de guerra, no menos importante que la que se libra con las armas, una guerra cuyo origen se halla en el menosprecio ajeno, en la pobreza y en la terrible carencia de las cosas necesarias, y por la cual son imperiosamente forzados los hombres a entregarse a los más serviles oficios, tales como cavar, trabajar la tierra, practicar labores manuales, servir incesantemente a fin de asegurarse una mísera subsistencia; y también acarrear a menudo pesos en medio de la plaza pública ante la mirada de los de su misma edad, que fueron sus camaradas en la niñez y en la juventud.

35. A otros, en cambio, nacidos en la esclavitud, un feliz don de la suerte les permite aplicarse a las tareas propias de los hombres libres, ya que es puesta a su cargo la administración <le las casas, de las fincas rurales y de las grandes propiedades; a veces también el mando sobre los compañeros de esclavitud, y hasta se les confía a muchos la tutela de las mujeres y los hijos huérfanos de sus amos, siendo preferidos los amigos y parientes por su honradez; y sin embargo son esclavos, aunque efectúan préstamos, hacen compras, reciben rentas y tienen a otros a su servicio. ¿Por qué hemos, entonces, de asombrarnos de que, a la inversa, al desmoronarse su buena suerte, desempeñe un hombre servicios propios de esclavos?

36. Se dirá tal vez que el estar al servicio de alguien significa la privación ele la libertad. ¿Y cómo los hijos acatan dócilmente los mandatos de su padre y de su madre, y los discípulos las órdenes de .sus instructores? Porque nadie es esclavo por propia voluntad, y ciertamente los padres no demostrarán un tan extremo odio contra su descendencia, que fuercen a sus propios hijos a prestar aquellos servicios que, según tú, son lo único que caracteriza a la esclavitud.[31]

[31] Vale decir, los padres no fuerzan a sus hijos a obedecerlos, éstos lo hacen por propia voluntad, por lo que no se trata de un caso de esclavitud, en lo que lo característico es lo forzado del servicio.

37. Y si alguien, al ver como hay personas que son vendidas por traficantes de esclavos, piensa que por ese mero hecho son esclavos, muy errado anda respecto de la verdad; porque la venta no convierte en señor al comprador ni en esclavo al comprado. La prueba está en que a menudo también los padres pagan un precio por sus hijos, y los hijos por sus padres, cuando han sido raptados por bandidos o piratas o han sido hechos prisioneros en la guerra; y éstos son registrados como personas libres por las leyes de la naturaleza, leyes cuyos fundamentos son más sólidos que los de las de este mundo de aquí abajo.

38. No faltan, ciertamente, casos aún más extremos, en que trocándose la situación en la opuesta precisamente, los comprados conviértense de esclavos en amos de sus compradores. Yo personalmente he visto muchas veces cómo jovencitas hermosas y dotadas de una natural locuacidad, mediante dos poderosos recursos: su hermoso aspecto y la gracia de su expresión, son la ruina de sus dueños; porque estos recursos son verdaderas máquinas de sitio para las almas que carecen de firmeza y aplomo, máquinas más potentes aún que todas las que se construyen para demoler murallas.

39. La cosa es clara: las cortejan, les suplican y se desviven por alcanzar sus favores como si suplicaran a la Fortuna o algún genio benefactor; y mientras, si son despreciados se desesperan hasta el paroxismo, con solo vislumbrar una mirada favorable, se ponen a bailar de alegría.

40. Si no fuera así [32] también habría que aceptar- que quien ha comprado leones es el amo de los leones,[33] no obstante que con solo poner éstos sus miradas amenazantes sobre él, el pobre hombre conocerá enseguida qué intratables y feroces señores ha comprado. ¿Y qué? ¿No pensamos acaso que el hombre sabio está al margen de toda esclavitud más aun que los leones, puesto que gracias a su libre e inconmovible alma posee un poder indoblegable superior al que podrían prestar a su rebelión ese esclavo que es el cuerpo y la muy sólida fortaleza de su fuerza física?
[32] Es decir, si no fuera cierto, lo que se afirmó en el parágrafo 37 en el sentido de que la mera compra de alguien no lo convierte en esclavo; y por lo tanto todo comprado es esclavo.
[33] Filón alude aquí a la tradición relativa a Diógenes, referida por Diógenes Laercio (VI, 75), según la cual el filósofo cínico, al ofrecer sus amigos rescatarlo de los piratas, rehusó diciendo que los leones no son

41. VII. También por otras vías se podría aprender en qué consiste la libertad propia de aquél que es bueno. Ningún esclavo es verdaderamente feliz. Porque, ¿qué desdicha mayor que el no ser dueño de nada, ni de sí mismo? Sin embargo, el sabio es realmente feliz, llevando sobre sí el lastre y carga[34] de sus altas cualidades, en las que reside su señorío sobre todas las cosas; de modo que fuera de toda duda y necesariamente el hombre bueno es libre.
[34] El sentido de esto es que el único yugo o esfuerzo servil a que se somete el hombre bueno es el de su propia excelencia, que es precisamente el fundamento de su dominio sobre los demás.

42. Además, ¿quién podría decir que los amigos de Dios no son libres? Porque, si con toda justicia reconocemos que los amigos de los reyes poseen no solo la libertad sino también autoridad, ya que comparten las funciones de mando y administración; no cabe atribuir la esclavitud a los amigos de los dioses celestiales,[35] siendo así que éstos por su amor a la Divinidad se convierten al punto en amados de Ella, al ser recompensados con el mismo afecto que profesan, y son, de ese modo, a juicio de la verdad misma lo que dicen los poetas,[36] es decir, soberanos de todas las cosas y reyes de reyes.
[35] Se trata solamente de un modo de expresarse propio de los estoicos, que emplean ora el singular dios, ora el plural dioses.
[36] Ignoramos la fuente a la que alude la referencia.

43. El legislador de los judíos, con una audacia superior a la de aquellos, va más allá aún, pues cultor de una filosofía desnuda,[37] como suelen decir, se atrevió a decir que aquel que se esclavos de aquellos que los han capturado, sino éstos son esclavos de los leones, pues el miedo es la señal de la esclavitud y los hombres son los que temen a las bestias, no éstas a ellos. halla poseído por el amor a la Divinidad y solamente está al servicio del Que Es ya no es un hombre sino un dios, aunque un dios de los hombres,[38] no de las partes de la naturaleza; reservando así para el padre de todas las cosas la condición de Rey y Dios de los dioses.
[37] Por el sentido del contexto "desnuda" aparentemente significa aquí "abierta", "franca", "sin reticencias", aunque bien podría tratarse de otra connotación, que se nos escapa.
[38] Éx. VII, 1. Véase *Sobre las habitudes intrigas de lo peor contra lo mejor* 161 y ss.

44. ¿Y no corresponde acaso considerar que quien ha llegado o alcanzado tan grande privilegio no solo no es un esclavo sino el único libre? Este, aunque por sus propios merecimientos no es digno de participar de lo que es propio de la Divinidad, con todo debía gozar de la felicidad absoluta porque tiene a Dios como amigo; y tal protector no es de los débiles ni de los que descuidan los justos intereses de los amigos, pues es el Dios de la amistad, que está atento a cuanto concierne a los mismos.

45. Y más aún, así como ciertos estados dominados por la oligarquía o sometidos a la tiranía soportan la esclavitud pues tienen duros y opresivos amos que les imponen su yugo y poder, en tanto que otros, que tienen por administradores y protectores a las leyes, son libres; así también entre los hombres aquellos en los que domina la cólera, la concupiscencia o alguna otra pasión, o también el insidioso vicio son enteramente esclavos, en tanto que todos aquellos que ajustan sus vidas a las leyes son libres.

46. Y la recta razón es una verídica ley, no una ley perecedera registrada por este o aquel mortal sobre pergaminos o columnas sin alma, y además sin alma ella misma, sino una ley inmortal registrada por la inmortal naturaleza en la imperecedera inteligencia.

47. Por ello bien puede uno admirarse de la ceguera de aquellos que, no alcanzando a ver las características que con tanta claridad distinguen las cosas, afirman que para asegurar la libertad en las más grandes de las repúblicas, Atenas y Esparta, son más que suficientes las leyes de Solón y de Licurgo que las rigen y gobiernan, pues los que participan del derecho de ciudadanía acatan sus mandatos; y en cambio niegan que la recta razón, pese a ser la fuente de las otras leyes, sea capaz de brindar la posesión de la libertad a los hombres sabios que acatan todos sus mandatos y prohibiciones.

48. Además de las pruebas ya mencionadas; es clarísimo testimonio de libertad la igualdad que ponen de manifiesto los buenos al dirigirse unos a otros. De allí que se asegure que están impregnados de sentido filosófico los versos y cánticos siguientes: "No está en condición de los esclavos el participar de las leyes"; y estos otros: "Has nacido esclavo, no te pertenece la palabra".[39]

[39] O tal vez, *la razón.* Filón emplea el término *logos = razón, palabra,* refiriéndose a la ya mencionada *recta razón,* aunque probablemente el pensamiento del autor de los yambos sea que el esclavo carece del derecho a expresar su pensamiento, punto de vista o alegato.
Se ignoran las fuentes de donde proceden las dos citas.

49. Tal, pues, como las leyes musicales colocan a los que cultivan la música en un pie de igualdad en las discusiones acerca de ella, y otro tanto hacen las leyes de la gramática con los gramáticos, y las de la geometría con los geómetras; así también las leyes de la vida conceden la misma igualdad a los expertos en las cosas que a la vida conciernen.

50. Y expertos en lo tocante a la vida humana son todos los hombres buenos puesto que su experiencia abarca todo cuanto existe en la naturaleza. Y algunos de estos hombres buenos son libres, de lo que se sigue que lo son todos cuantos participan a la par de aquellos de la igualdad en el mutuo trato.[40] Ninguno de los hombres buenos, en consecuencia, es esclavo, sino todos ellos son libres.

[40] El argumento parece ser el siguiente: 1) la igualdad en el trato recíproco (que vincula a los que cultivan un mismo campo de experiencias, supone que los que hacen uso de ella son de la misma categoría, o libres todos o esclavos todos. 2) Esa igualdad se da entre los hombres buenos, a los que igualan las comunes experiencias sobre la conducta humana. 3) Y como es

notorio que existen hombres buenos libres, se concluye que también los demás hombres buenos, sus iguales, lo son, vale decir, que todos los hombres buenos son libres.
A continuación se complementa este razonamiento con el correspondiente al hombre necio, que es el siguiente: los hombres ruines o necios, por su ignorancia de lo concerniente a las leyes de la conducta no tienen el derecho de tratar sobre ellas en pie de igualdad con los buenos y sabios, y como este derecho alcanza a todos los hombres libres, de ello se desprende que los hombres viles o necios no son libres.

51. VIII. Partiendo de la misma premisa se demostrará que el hombre insensato es esclavo. En efecto, las leyes musicales no permiten que los inexpertos en músico disputan de igual a igual con los instruidos en ella, ni las leyes de la gramática admiten que lo hagan con los gramáticos los ignorantes de ella, ni en general las del arte o la técnica toleran que los ajenos a las artes o las técnicas hablen sobre ellas en pie de igualdad con los artistas y artesanos. Y análogamente, las leyes de la vida niegan a los que carecen de experiencia en ellas el trato igualitario con los expertos, en lo concerniente a la vida.

52. Y la discusión en pie de igualdad que se deriva de dichas leyes es concedida a todos los hombres libres, y como los hombres viles son inexpertos en los asuntos de la vida, en tanto que los sabios son los más expertos en ellos, no existen hombres viles que sean libres, sino todos son esclavos.

53. Zenón, cuya vida, más que otra alguna, estuvo regida por la virtud, demuestra más firmemente aún cómo los hombres ruines carecen del derecho de hablar en pie de igualdad con los hombres virtuosos, pues afirma: "¿Por ventura no se lamentará el vil si contradijere al bueno?" De lo que se desprende que el ruin no posee el derecho de hablar de igual a igual con el hombre bueno.

54. Bien sé yo que muchos enrostrarán a Zenón por tales palabras entendiendo que la pregunta es fruto más de la presunción que de agudeza de espíritu. Pero si los tales, después de burlarse, acabada la risa, quisieren examinar a fondo e interpretar con claridad esas palabras reconocerán, para su propia confusión, la verdad contenida en ellas, es decir, que por cosa alguna se lamentará más cualquier persona que por no acatar las normas del sabio.

55. Porque las penas pecuniarias, la pérdida de los derechos ciudadanos, los destierros, las afrentas de los azotes o todas las demás desgracias de esta suerte son pequeñas y carecen absolutamente de importancia comparadas con los vicios y los resultados de los vicios. Pero sucede que la mayoría de los hombres, como, a causa de la ceguera de su entendimiento, no disciernen los daños que afectan al alma, solo a causa de los males exteriores sienten dolor, privados, como están, de la capacidad para discernir, facultad que es el único medio para comprender lo que perjudica a la inteligencia.

56. Pero si les llega a ser posible recobrar la visión, al contemplar los engaños que produce la insensatez, los ultrajes que genera la cobardía, y todas las cosas inconvenientes que hace decir y hacer la incontinencia o las ilegalidades que hace cometer la injusticia, llenos de una pena inacabable por las desgracias de la mejor parte de su ser, no soportarán ni siquiera las palabras de consuelo ya que no tiene igual la grandeza de sus males.

57. Al parecer la fuente de la que Zenón extrajo este pensamiento fue la legislación de los judíos, en la que se refiere cómo el común padre de dos hermanos, de los que uno era sensato y otro incontinente, movido a compasión por el que no iba en pos de la virtud, le suplicó que

se convirtiera en esclavo de su hermano [41] por entender que aquello que parece el mayor de los males, la esclavitud, es el más completo de los bienes para el insensato, ya que, por una parte, queda privado de su libertad para delinquir impunemente; y por otra, su modo de ser resultará mejorado al quedar bajo el control que posee la autoridad sobre él.

[41] Gen. XXVII, 40. Ver Sobre *la unión con los estudios preliminares* 176 *y Sobre la herencia de las cosas divinas* 214.

58. IX. Pues bien, cuanto se ha dicho hasta aquí es, a mi parecer, suficiente para probar lo que es objeto de nuestra investigación; pero, del mismo modo que es norma entre los médicos el curar variadas enfermedades con variados tratamientos, así también resulta necesario cuando se plantean proposiciones tenidas por paradójicas en razón de lo desusado de lo propuesto, aplicar una sucesión de pruebas que las fortalezcan [42] ya que solamente bajo los efectos de una serie ininterrumpida de demostraciones captan algunos las cosas.

[42] Literalmente: *que las unten* (prosenkhríontas), aludiendo probablemente a uno de los tratamientos de la terapéutica médica encaminados a devolver o aumentar el vigor.

59. De modo, que no será fuera de propósito el siguiente argumento: el que todas las cosas las hace sensatamente, las hace todas bien; el que hace todo bien hace todo rectamente; y el que todo lo hace rectamente, procede de manera impecable, irreprochable, intachable, ajena a todo vituperio o culpa; de modo que tendrá el poder de hacer todas las cosas y de vivir como quiere; y el que posee tal poder es ciertamente libre. Ahora bien, quien hace todas las cosas sensatamente es el hombre bueno, el que es, en consecuencia el único libre.

60. Por otra parte, aquel al que no es posible obligar a hacer algo ni impedirle que lo haga, no puede ser un esclavo. Y al hombre bueno no es posible obligarlo a hacer algo ni impedirle que lo haga; por lo que el hombre bueno no puede ser un esclavo. Que no es obligado ni impedido es cosa evidente. Porque es impedido aquel que no alcanza aquello que desea, y el sabio desea las cosas que proceden de la virtud, cosas que por ser él como es, es imposible que no alcance. Y si alguien es forzado a hacer algo, es evidente que lo hace contra su voluntad. Las humanas acciones son o bien acciones rectas productos de la virtud, o bien malas, engendradas por el vicio, o bien intermedias e indiferentes.

61. Pues bien, las que proceden de la virtud el hombre bueno las realiza no forzado a ello sino por su propia voluntad, ya que todas las cosas que hace son deseables para él. Las que proceden del vicio, como que deben ser evitadas, ni en sueños las realiza. Y en cuanto a las indiferentes, tampoco las lleva a cabo forzado a ello, naturalmente; pues su inteligencia mantiénese ante ellas en equilibrio, como sobre una balanza, enseñado, como está, tanto a no subordinarse a ellas reconociendo que poseen un peso superior como a no mirarlas con aversión como si fueran dignas de repulsión. De todo ello resulta claro que nada hace contra su voluntad ni es forzado a hacerlo; cuando, si realmente fuera un esclavo, sería obligado a ello. En consecuencia, bien puede considerarse que hombre bueno y hombre libre son una misma cosa.

62. X. Sin embargo algunos de los que muy poco han danzado a la par de las Musas, no entendiendo las demostraciones del razonamiento, formula apreciaciones generales [43] basadas en las apariencias, y acostumbran preguntar: ¿Qué hombres hubo en el pasado y cuáles hay ahora del tipo que tú imaginas? Una excelente respuesta es que en el pasado hubo quienes superaban a sus coetáneos en virtud, teniendo solamente a Dios por guía y viviendo conforme con una ley, la recta razón de la naturaleza; y que no solo eran libres sino además llenaban a sus vecinos del espíritu de libertad; y también en nuestra época hay todavía hombres

modelados, cual si fueran copias sacadas de esa original pintura que es la excelencia suma de los sabios.
[43] Probablemente: frutos de un examen superficial, no en detalle.

63. Porque del hecho de que las almas de estos impugnadores estén privadas de libertad, esclavizadas, como están, por la insensatez y los demás vicios, no se sigue que también se halle en esa situación el género humano entero. Ni tiene nada de asombroso el que los hombres buenos no desfilen en tropel formando inmensas multitudes. Ante todo, porque los casos de superior excelencia son raros; en segundo lugar, porque ellos se apartan de la inmensa turba de los que carecen de suficiente discernimiento, [44] en procura del tiempo para consagrarse libres de preocupaciones a la contemplación de las cosas de la naturaleza. Ellos suplican para que, a ser ello posible, les sea dada guiar hacia el recto camino la vida de los hombres, ya que la virtud beneficia a todos; pero, impotentes para lograrlo por el desborde de terribles actos que llenan las ciudades y que las pasiones y los vicios del alma contribuyen a acrecentar, huyen para no ser sumergidos por la fuerza de la impetuosa corriente, como por la violencia de un torrente.
[44] Ver *Sobre los cambios de nombres* 34 a 38.

64. Mas nosotros, si tuviéramos algún celo por nuestro mejoramiento, deberíamos seguirles los pasos hasta sus ocultos lugares de retiro, y sentados ante ellos en actitud de suplicantes, exhortarlos a que, viniendo hacia nosotros, tornen humana nuestra bestializada existencia, proclamando en vez de la guerra, la esclavitud y otros indecibles males, la paz, la libertad y la desbordante abundancia de los demás bienes.

65. Mas la realidad es otra. A causa del dinero escudriñamos todos los rincones, abrimos duras y ásperas vetas en la tierra, y en gran parte de las tierras bajas y en no pocas de las montañosas se explotan minas en busca de oro, plata, bronce, hierro y las demás sustancias.

66. La necia opinión, que deifica a la vanidad, desciende también hasta las profundidades del mar tratando de descubrir si en algún sitio se halla oculto algún objeto hermoso de los que placen a los sentidos. Y cuando ha hallado distintas clases de piedras preciosas de variados colores, unas adheridas a las rocas, otras, que son aún más estimadas, a las ostras, rinde desmedido honor a lo que no es sino engaño de la vista.

67. En cambio en procura de la sabiduría o la templanza o la valentía o la justicia nadie atraviesa la tierra, ni siquiera la fácil de recorrer; ni navega aquellos mares que son durante cada época favorable del año recorridos por los propietarios de barcos.

68. Y sin embargo, ¿qué necesidad hay de largos viajes terrestres o de atravesar mares para escudriñar y ver a la virtud, cuyas raíces han sido puestas por el Hacedor no a larga distancia sino tan cerca de nosotros? Tanto que el sabio legislador de los judíos también dice: "En tu boca, en tu corazón y en tus manos",[45] refiriéndose a través de símbolos a las palabras, los designios y las acciones, cosas todas ellas que tienen, ciertamente, necesidad del arte del agricultor.
[45] Deut. XXX, 11 a 14. Ver *Sobre las virtudes* 183.

69. Por lo tanto, aquellos que prefieren el ocio al esfuerzo no solo impiden los brotes, sino además hacen secar las raíces y las arruinan; en tanto que aquellos que consideran dañosa la inactividad y desean trabajar, proceden como los agricultores que cultivan bien germinados retoños. Mediante ininterrumpidos cuidados hacen crecer virtudes cuya altura alcanza hasta el

cielo, vástagos siempre verdes e inmortales, que producen, sin cesar jamás de producirlos, el fruto de la felicidad; o, como sostienen algunos, no la producen sino ellos mismos son la felicidad. A éstos Moisés acostumbra designarlos con el nombre compuesto de frutos-totales.[46]

[46] *Holokarpómata,* nombre que Filón interpreta en el sentido de que, mientras en las plantas que la tierra produce el fruto se da solamente en la etapa final, en las de la vida del espíritu todo desde el comienzo es fruto.

70. Y en efecto, mientras tratándose de las plantas que germinan en la tierra ni el fruto son los árboles, ni los árboles son el fruto, en el caso de los que nacen en el alma, los brotes de la sabiduría, de la justicia, de la valentía o de la templanza están todos y en todas sus partes trocados en frutos.

71. XI. Teniendo, pues, tales posibilidades en nosotros, ¿no nos avergonzaremos de proclamar que la raza humana está desprovista de sabiduría, sabiduría que podríamos convertir en intensa llama, tal como se convierte en llama la chispa que brota entre el humo de la leña, si se la sopla? Mas sin embargo, para aquellas cosas hacia las que determinamos tender ansiosamente por tratarse de las más estrechamente vinculadas con nosotros y las que nos son más propias, grande es nuestra desidia y constante nuestra indiferencia de lo que resulta la ruina de las simientes de lo excelente; y en cambio por aquellas por las que no deberíamos interesarnos sentimos un deseo y anhelo insaciable.

72. Por eso tierra y mar están llenos de ricos y famosos y de quienes se entregan a los placeres, en tanto que de hombres sabios, justos y virtuosos es escaso el número.

73. Pero este corto número, aunque raro existe realmente. La prueba de ello se halla tanto en Grecia como en el resto del mundo. En Grecia florecieron los bien llamados "siete sabios",[47] aunque es razonable suponer que antes y después de ellos florecieron otros, cuyo recuerdo en el caso de los más antiguos se ha borrado por el largo tiempo transcurrido, y en el de los aún recientes permanece en la oscuridad a causa de la indiferencia que prevalece entre sus contemporáneos.

[47] Lo de "bien o correctamente llamados" parece referirse a la vinculación que Filón establece en *Sobre la creación del mundo,* 127, entre semitas *y sebabmós =. venerable, augusto, y heptá (septá) — siete.* Más lógico sería tal vez suponer que alude a lo exacto de llamarlos *sabios,* pero Filón usa siempre el término *etymos = bien, correctamente* en el sentido de la correspondencia entre dos o más términos.

74. Y también dentro del mundo no griego, en el que las obras se estiman más que las palabras,[48] existe una numerosísima hueste de hombres de elevadas cualidades. Entre los persas está la casta de los magos, los que en silencio investigan las obras de la naturaleza para alcanzar el conocimiento de la verdad, y mediante visiones más claras que las palabras reciben y comunican las sagradas revelaciones.[49] En la India se halla la casta de los gimnofisistas,[50] los que cultivan además del estudio de la naturaleza la filosofía ética, y hacen de su vida entera una demostración de virtud.

[48] Sigo en este punto la corrección propuesta por Colson, que permite una lectura congruente, y que dicho editor avala con citas de peso.

[49] Ver *Sobre las leyes particulares* III, 100.

[50] Ver *Sobre Abraham,* nota 56.

75. XII. Tampoco es estéril en altas cualidades morales la Siria Palestina. En ella habita una

no pequeña parte de la populosísima nación de los judíos, entre los cuales se mencionan algunos llamados esenios, cuyo número asciende a más de cuatro mil.[51] Su nombre, que en mi opinión, aunque la forma griega no es la exacta,[52] es una variante de *hosiótes,* les viene de que también resultan ser servidores de Dios, como los que más; no porque ofrezcan sacrificios de animales, sino porque entienden que es su deber preparar sus propias inteligencias para la santidad.
[51] Ver *Apología de los judíos, segundo fragmento* 11, 1 y ss. y Flavio Josefo; Guerra de los judíos II, 8; Antigüedades judías XIII, 5, 9; XV, 10, 5, y XVIU, 1, 5.
[52] La forma griega es *essáioi = esenios;* y Filón piensa con razón que es muy relativa la semejanza con *hosiótes = santidad.*

76. En primer lugar, éstos habitan en aldeas, por cuanto se apartan dé las ciudades a causa de las iniquidades que constituyen la norma de vida de los residentes en ellas, pues no se les escapa que, al igual que una enfermedad producida por una atmósfera pestilente, de la compañía de éstos resulta una contaminación irremediable para las almas. Algunos de ellos cultivan la tierra, en tanto que otros se dedican a todos aquellos oficios que contribuyen a la paz, y así se benefician a sí mismos y benefician a sus vecinos. No acumulan tesoros en plata y oro, ni adquieren grandes parcelas de tierra movidos por deseos de ganancias, pero procuran todo cuanto satisface las inevitables exigencias de la vida.

77. Siendo, en efecto, casi los únicos entre todos los hombres que habiendo llegado a un estado de total carencia de dinero y tierras por habérselo propuesto más bien que por serles adversa la fortuna, son considerados riquísimos, puesto que juzgan que la frugalidad y la conformidad equivalen a la abundancia, lo cual es cierto.

78. Entre ellos no es posible hallar a nadie que sea fabricante de dardos o jabalinas, o dagas, o un yelmo, o una coraza, o un escudo, ni en suma quien se ocupe de armas o de máquinas de guerra o de cualquier trabajo vinculado con la guerra. Pero tampoco fe aplican a cosa alguna de las que, aunque conciernen a la paz fácilmente se deslizan hacia el vicio, pues ni en sueños conocen lo que es el comercio al por mayor o al por menor ni el fletar naves, y apartan de sí como execrable cuanto impulsa a la codicia.

79. Entre ellos no se encuentra esclavo alguno, siendo lodos libres y prestándose recíprocos servicios unos a otros; y censuran a los propietarios de esclavos teniéndolos no solo por injustos que menoscaban las leyes de la igualdad, sino también por impíos que anulan las normas de la naturaleza, la que, a la manera de una madre, ha engendrado y nutrido a todos por igual haciéndolos hijos legítimos, que lo son no de nombre meramente sino de verdad; aunque al prevalecer la insidiosa codicia, ésta trastornó tal parentesco, produciendo en lugar de afinidad el distanciamiento, y en lugar de la amistad la hostilidad.

80. En lo que hace a la filosofía,[53] han abandonado la parte lógica a los cazadores de palabras por considerar que no es necesaria para la adquisición de la virtud; y la parte física a los que hablan de cosas abstrusas por considerar que se halla fuera del alcance de la humana condición, excepto toda aquella reflexión filosófica que versa sobre la existencia de Dios y la creación del universo. Pero la parte ética cultívanla con todo empeño empleando como maestras las leyes de sus mayores, leyes que no hubiera sido posible que concibiera el alma humana sin la Divina inspiración.
[53] Ver *Sobre la agricultura,* 14 y ss., y *Sobre Abraham,* 99.

81. En ellas son instruidos en todo tiempo pero particularmente en los días séptimos, pues el

día séptimo está considerado día sacro, y durante él se abstienen de los demás trabajos y acuden a los sagrados lugares, llamados sinagogas, donde toman asiento en filas por orden de edad, los jóvenes más abajo que los mayores, manteniéndose con los oídos atentos y guardando el decoro conveniente.

82. Luego uno cualquiera de ellos toma los libros y lee, y otro, de los que poseen gran experiencia, se adelanta y explica los pasajes que no resultan claros. En la mayor parte de los casos, en efecto, sus reflexiones filosóficas recurren a alegorías con un ardor propio de las antiguas costumbres.

83. Además son instruidos en la piedad, en la santidad, en la justicia, en las normas de la vida doméstica y las de la vida de ciudadano, en el conocimiento de los verdaderos bienes, de los males y de las cosas indiferentes, en cómo escoger las cosas que corresponde escoger y como evitar las contrarias, ajustándose para distinguirlas a estas tres normas: el amor a Dios, el amor a la virtud y el amor a los hombres.

84. Son innumerables los testimonios que ofrecen: de su amor hacia Dios la pureza constante e ininterrumpida durante toda vida, el abstenerse de todo juramento y de toda mentira, su convicción de que la Divinidad es la causa de todos los bienes, y de ningún mal; de su amor a la virtud, su falta de apego al dinero, a la fama o al placer, la templanza y su moderación, así como su frugalidad, sencillez, contentamiento, humildad, respeto a las leyes, firmeza, y todas las demás cualidades semejantes a estas; y de su amor a sus semejantes, su benevolencia, su sentido de la equidad, su espíritu comunitario, superior a cuanto de él se puede decir, aunque no estará fuera de lugar referirnos a él brevemente.

85. En primer lugar, la casa de ninguno de ellos le pertenece en el sentido de que no resulte ser propiedad común de todos; pues además del hecho de que la habitan en común agrupados en cofradías, se halla abierta para los procedentes de otras partes que comparten sus ideales.

86. En segundo lugar a todos pertenece la reserva de dinero, que es una sola; y los gastos son comunes, como también los vestidos y los alimentos, pues tienen establecidas las comidas en común. Imposible sería hallar otra gente entre la que se hallen más firmemente establecida la práctica de compartir el mismo techo, el mismo sistema de vida y la misma mesa. Y no sabría esperar otra cosa, puesto que todo cuanto con su labor de cada día reciben como paga no lo guardan como bien propio sino lo ponen a disposición de todos contribuyendo así al beneficio que ese depósito común procura a los que desean hacer uso de él.

87. Los enfermos no porque no puedan contribuir son dejados sin cuidados, antes bien cuentan con los recursos previsibles para el tratamiento de las enfermedades, recursos que el fondo común pone a su disposición, de modo que con toda libertad echan mano a medios suficientemente abundantes para los gastos. Los hombres de edad son tratados con el respeto y cuidado con que son tratados los progenitores por sus hijos reales,[54] y muchísimas manos e inteligencias se encargan de proporcionarles una generosa y total asistencia durante la ancianidad.

[54] Por oposición a los hijos en sentido figurado, como son los esenios jóvenes respecto de los ancianos.

88. XIII. Estos son los atletas de la virtud que produce una filosofía ajena al pedante verbalismo de los griegos, filosofía que propone como prácticas las acciones dignas de aprobación, gracias a las cuales adquiere firmeza esa libertad que no puede ser convertida en

esclavitud.

89. Prueba de ello es lo siguiente. Muchos han sido los poderosos que se han elevado en diversas ocasiones hasta dominar al país, diferentes entre sí por sus naturales disposiciones y por los métodos seguidos. Algunos de ellos, en efecto, se esforzaron por superar la ferocidad de las "bestias hasta el mismo salvajismo, y no dejaron de emplear ninguna de las formas de la crueldad, sacrificando a sus subordinados masivamente o trinchando los pedazos, al modo de los cocineros, miembro a miembro cuando aún estaban vivos; y no cesaron y de hacerlo hasta que esa supervisora de los humanos sucesos que es la justicia les hizo sufrir las mismas calamidades.

90. Otros trocaron esta furiosa demencia en otra especie de vicio, encerrando sus acciones una inexpresable crueldad, rencorosa disposición de carácter, que, no obstante ser dulces sus palabras, poníase de manifiesto tras la simulada suavidad de la voz, pues, aunque zalameros [55] cual perros venenosos se convirtieron en culpables de irremediables males y dejaron tras de sí a través de las ciudades las nunca olvidadas desgracias de sus víctimas como monumentos de su propia enfermedad y odio a sus semejantes.
[55] Literaim.: "moviendo la cola"; de allí la comparación con los perros.

91. Mas ninguno de ellos, ni de los feroces en extremo ni de los plenos de perfidia y astucia se atrevió a plantear cargos contra dicha comunidad de los esenios o santos; antes bien, todos ellos, resultando ser impotentes ante la nobilísima condición de esos hombres, los trataron como a quienes son dueños de sus actos y libres por naturaleza, ponderando sus comidas en común y su solidaridad superior a toda descripción, la que es el más claro testimonio de una vida perfecta y sumamente dichosa.

92. XIV. Mas, puesto que hay quienes piensan que las virtudes que se dan entre mucha cantidad de gente no son perfectas sino solamente se desarrollan y crecen hasta determinado grado, preciso será que presentemos como testigos las vidas de hombres buenos particulares, vidas que constituyen las más claras pruebas de libertad.[56]
[56] Es decir, *de almas verdaderamente libres.*

93. Calano, natural de la India, y miembro de la escuela de los gimnofisistas era considerado el hombre de más firme carácter entre todos sus contemporáneos, y fue admirado no solo por sus coterráneos sino también por los hombres de otras naciones; y lo que es más extraordinario, por reyes enemigos.

94. Por ejemplo, Alejandro de Macedonia, deseoso de exhibir ante Grecia una muestra de la sabiduría cultivada entre los pueblos extranjeros, presentando cual una copia que reprodujera la pintura original, primero invitó a Cálamo a partir con él en viaje al extranjero, a fin de que alcanzara inmensa fama en toda Asia y Europa.

95. Y como no logró persuadirlo, aseguró que lo obligaría a acompañarlo. Cálamo con pleno acierto y nobleza le dijo: "¿Digno de qué mostrarás a los griegos que soy, si forzado me avengo a hacer lo que no deseo?" Por ventura, *¿no* estaba lleno de franqueza el razonamiento, y plena mucho más su inteligencia de libertad? Pero, ciertamente, también en sus escritos, más perdurables aún que la voz, ha registrado clarísimas señales de un carácter que no puede ser esclavizado.

96. Nos lo pone de manifiesto esta carta enviada al rey: "Calano a Alejandro. Amigos tuyos te

incitan a que apliques la violencia y la compulsión contra los filósofos de la India, no obstante no haber visto ni siquiera en sueños de qué modo obramos nosotros. Porque transportarás nuestros cuerpos, pero no obligarás a nuestras almas a hacer lo que no quieren hacer, más de lo que podrías obligar a emitir palabras a los ladrillos o a las maderas. El fuego provoca en los cuerpos vivientes los mayores sufrimientos y el mayor de los daños; nosotros hemos llegado a ser superiores al fuego: nos quemamos vivos aún.[57] No existe rey ni gobernante alguno que nos obligue a hacer lo que no hemos decidido de grado hacer. No somos iguales a todos esos filósofos griegos que ejercitan palabras para las asambleas y fiestas; entre nosotros las obras van acordes con las palabras y las palabras con las obras…" [58]

[57] En *Sobre Abraham,* 182, Filón afirma que los gimnosofistas se daban la muerte por el fuego llegados a avanzada edad; y de este mismo Cálamo dice Estrabón que así lo hizo en presencia de Alejandro a los setenta y tres años al sentirse enfermo por primera vez.

[58] Siguen uno o dos renglones evidentemente corruptos y por lo tanto ilegibles. Coison propone la siguiente lectura, a base de su reconstrucción del texto adaptándolo a la paráfrasis qua del mismo hace San Ambrosio, Epístola 37: "Los hechos pasan rápidamente y las palabras tienen un poder de corta duración, en tanto que las virtudes nos proporcionan felicidad y libertad."

97. Ante tales declaraciones y juicios, bien merece citarse aquel apotegma de Zenón que dice: "Más pronto se conseguirá hundir un odre inflado que obligar a cualquiera sea de los hombres virtuosos a hacer contra su voluntad algo que no desea". Ni se doblega ni es dominada, en efecto, el alma a la que la recta razón ha fortalecido con firmes principios.

98. XV. Testigos de la libertad de los hombres virtuosos son, por otra parte, los poetas y prosistas, con cuyos pensamientos se han nutrido tanto griegos como no griegos desde los mismos pañales casi, para el mejoramiento de su carácter, transformando en legítimo todo cuando en sus almas estaba adulterado a causa de un alimento y un modo de vida reprochables.

99. Mira, por ejemplo, lo que dice Heracles en su pasaje de Eurípides:[59] "Quémame, consume mis carnes, satúrate de mí bebiendo mi negra sangre; porque descenderán las estrellas bajo la tierra y *se* elevará la tierra hasta el éter antes de que procedente de mí te llegue una palabra de adulación."

Y es la verdad: la lisonja, la adulación y el fingimiento, en los que las palabras están en pugna con los pensamientos, son actitudes sumamente serviles, en tanto que el hablar con franqueza, con expresión no bastarda sino genuina, procedente de una conciencia pura, corresponde a personas nobles.

[59] Pasaje citado otras tres veces por Filón, en *Interpretación alegórica* III, 202, *Sobre José,* 78, y en el presente tratado en el parágrafo 25.

100. Por otra parte, ¿no ves cómo ese mismo hombre virtuoso, aun cuando sea puesto en venta, de ningún modo parece ser un siervo, sino infunde admiración a los que lo observan, quienes piensan que no solo no es un esclavo sino que habrá de ser amo de su comprador.

101. Así, Hermes responde a quien le pregunta si Heracles es un hombre de baja condición: "De ningún modo es baja si no todo lo contrario: hay dignidad en *su* figura y no es vulgar ni en modo alguno voluminoso como un esclavo, sino brillante en el vestir, si lo miras, y eficaz en el manejo de la maza". "Nadie quiere comprar para amos de su casa a quienes son superiores a él mismo. Cualquiera queda preso de temor al contemplarte, pues tus ojos están rebosantes de fuego, al mirar cual un toro que aguarda el ataque de un león".[60] Y enseguida

agrega:
"Ciertamente, tu aspecto basta para proclamar, aunque no digas palabra, que no acatas mandatos, que antes te inclinas a dar órdenes que a obedecerlas".
[60] La segunda parte de la cita difícilmente encaja en el contexto atribuido a Hermes. Más bien cabe pensar en que el posible comprador, ante el ditirámbico elogio del esclavo en venta replica que tal compra no es negocio; y que tras ello, Hermes retoma la palabra, ahora dirigiéndose a Heracles, y le dice, tal vez en tono de queja, quizás de verdadera admiración, que no adopta aires de verdadero esclavo y aterra a los eventuales compradores. El pasaje entero pertenece a un drama satírico de Eurípides, boy perdido, en el que Heracles es puesto en venta por el dios Hermes convirtiéndose de esa manera en servidor de Sileo. En Apolodoro II, 6, 2, se da una versión distinta del episodio, ya que la venta es a la reina Onfalia, y durante el período que dura esta servidumbre Heracles mata a Sileo.

102. Y cuando, habiéndolo comprado Sileo, fue enviado a las fincas de campo, demostró con sus obras cuan ajena a la esclavitud era su natural condición. Mató, en efecto, con el pretexto de sacrificarlo a Zeus, al toro de mayor calidad que allí había, y se dio un banquete con él; y habiéndose apropiado de una gran cantidad de vino, reclinado muy confortablemente, se lo iba bebiendo a grandes tragos.

103. Y al llegar Sileo indignado por el daño y por la despreocupación y el desmedido desdén de su servidor, éste sin cambiar absolutamente de color ni dejar de hacer lo que hacía le dijo con el máximo de atrevimiento: "Échate y bebamos, y haz al punto la prueba de si eres superior a mí en esto".

104. Pues bien, ¿cuál de las dos condiciones, la de esclavo o la de señor de su amo, hemos de atribuir a aquel que se atrevía no solo a desconocer toda dependencia sino también a dar órdenes a quien lo había comprado, y a golpearlo y descalabrarlo si éste se rebelaba, o a aniquilar a todos si recurría a la ayuda de otros? Motivo de risa y grande necedad son sin duda los testimonios en que se registran las compras de que hablamos, cuando son sobrepasados por el superior poder de aquellos en cuyo perjuicio se extienden, resultando de menos valor aún que blancas hojas de papel destinados a ser completamente destruidos por los gusanillos, el tiempo y el moho.

105. XVI. Pero no es conveniente, dirá alguno, citar como prueba las cualidades de los héroes, pues se trata de seres superiores a la humana naturaleza que han llegado a rivalizar con los Olímpicos, y a los que ha cabido una progenie mixta, ya que se han combinado en ellos simientes inmortales y mortales, habiendo sido con justicia llamados semidioses ya que el ingrediente mortal ha sido dominado por la porción inmortal; de modo que nada tiene de extraño el que desprecien a quienes intentan esclavizarlos.

106. Admitamos que sea así, pero ¿también son héroes o hijos de dioses Anaxarco o Zenón de Élea? Y sin embargo, sometidos a suplicios mediante novedosos métodos de tortura por tiranos inhumanos, que, crueles por naturaleza, se habían tornado más feroces aún con respecto a ellos, éstos, como si los cuerpos que llevaban en sí fueran de otros o de enemigos, desafiaban indiferentes los terrores con grandes desprecio de ellos.

107. Es que, habiendo acostumbrado a su alma desde un principio a abstenerse del contacto con las pasiones por amor al saber, y a entregarse a la instrucción y la sabiduría, la habían hecho abandonar la residencia del cuerpo y convertido en compañera de morada de la sabiduría, la fortaleza y las demás virtudes.

108. Y de ese modo, cuando Zenón fue suspendido y estiraron sus miembros para que dijera algo que no debía revelarse, él, mostrándose más poderoso que las cosas más fuertes que existen en la naturaleza, es decir, el fuego y el hierro, se cortó su lengua de un mordisco y se la arrojó al verdugo, temiendo que los efectos de la violencia le hiciesen manifestar contra su voluntad cosas que era honroso callar.[61]
[61] Diógenes Laercio IX, 27.

109. En cuanto a Anaxarco, con inmenso valor dijo: "Machaca la piel [62] de Anaxarco; porque a Anaxarco no podrías machacarlo". Estos ejemplos de un valor pleno de osada resolución superan, y con mucho, la nobleza de los héroes, como que la gloria de éstos reside en su progenie y no en la propia voluntad, en tanto que la gloria de aquellos se halla en virtudes voluntariamente alcanzadas, que poseen el natural poder de inmortalizar a los que las practican con espíritu sincero.
[62] Por *piel* aquí debe entenderse la envoltura del alma, es decir, el cuerpo. Ver Diógenes Laercio IX, 59, donde en vez de *askós* = *piel,* se emplea el término *thylakos* = *saco, bolsa.*

110. XVII. Conozco el caso de muchos luchadores y pancratistas que movidos por el afán de prestigio y por su empeño en vencer, aunque sus cuerpos están exhaustos, persisten hasta perder la vida, conservando el aliento y combatiendo tenazmente gracias solo a su alma, a la que han acostumbrado a tener en total desprecio por los temores.

111. Y si los que ejercitan el vigor contenido en los cuerpos han dejado atrás el miedo a la muerte o bien por la esperanza de una victoria o bien para evitar ser testigos de su propia derrota; de aquellos que ejercitan la invisible inteligencia que hay en ellos, inteligencia que es el verdadero hombre, el que lleva como morada la forma perceptible por los sentidos; de aquellos que se preparan para la contienda mediante las doctrinas que brinda la filosofía y las obras de la virtud, ¿cabe pensar que no estarían dispuestos a morir en defensa de su libertad, poniendo de esa manera fin con un espíritu que no tolera la esclavitud al camino que les había señalado el hado?

112. Cuentan que en uno de los certámenes sagrados dos atletas, haciendo gala de un vigor totalmente parejo, y efectuando y recibiendo idénticos ataques, no cedieron hasta que ambos murieron. A propósito de tales luchadores bien podría decirse aquello de "Oh desventurado,[63] tu propia valentía te destruirá".
[63] O "insensato". La cita corresponde a Ilíada VI, 407, donde Andrómaca desesperada y tierna, reprocha a Héctor su valor temerario en los combates.

113. Pero entonces, si el morir por una corona de acebuche o de perejil, es un acto glorioso para los que compiten en los certámenes, ¿no lo será mucho más para los hombres sabios el morir por la libertad, siendo así que el deseo de ella es, a decir verdad, la única posición arraigada en las almas no como un agregado casual sino como un elemento esencial de su unidad, cuya separación implicaría la ruina de todo el conjunto?

114. Entre los que acostumbran buscar ejemplos de nobles disposiciones es celebrado un niño laconio a quien o su raza o su naturaleza hicieron rebelde a toda esclavitud. Llevado, en efecto, como cautivo por uno de los hombres de Antígono,[64] se avino a realizar las tareas propias de un hombre libre, pero se opuso a realizar las propias de siervos manifestando categóricamente que no sería un esclavo; y aunque no había podido nutrirse firmemente con las leyes de Licurgo a causa de su edad, sin embargo, con solo haberlas saboreado, juzgando que la

muerte era más dichosa que la vida indigna de vivirse que llevaba, y desesperando de que se lo llegase a rescatar puso fin a su vida con ánimo alegre.
[64] Antígono Doson de Macedonia, que ocupó Esparta en 221 a. C. tras vencer a su rey Cleómenes III en Selasia.

115. Cuántase también que ciertas mujeres de los dárdanos, [65] habiendo sido hechas prisioneras por los macedonios y teniendo la esclavitud por el más vergonzoso de los males, arrojaron en lo más profundo del río a los hijos que criaban, exclamando: "Vosotros al menos no seréis esclavos, y antes de iniciar una vida de miseria, interrumpiréis vuestro destino y comenzaréis libres el camino forzoso y postrero".
[65] Probablemente se refiere a los habitantes de Dárdano, ciudad de la Tróade, en Asia Menor, no a la Dardania, en Hiria.

116. Y Eurípides, el autor de tragedias, presenta a Polixena indiferente ante la muerte y solícita de la libertad, poniendo en su boca estas palabras: "Muero de buen grado a fin de que nadie pueda tocar mi carne. Entregaré, en efecto, mi cuello con corazón firme. ¡En nombre de los dioses, dejadme en libertad y luego matadme para que muera libre!".[66]
[66] Hécuba 548 y ss.

117. XVIII. Las mujeres, pues, cuyo discernimiento es escaso por naturaleza, y los niños, que viven una etapa insegura de la vida, están dominados por un amor a la libertad tan profundo,, que para no verse privados de ella lánzanse hacia la muerte como si se lanzasen a la inmortalidad. Y aquellos, entonces, que se han embriagado con el vino puro de la sabiduría y llevan en sí mismos como fuente de felicidad la virtud, a la que jamás fuerza insidiosa alguna ha subordinado, pues posee como patrimonio eterno el poder de mando y la realeza, ¿cabe por ventura pensar que sean otra cosa que hombres libres?

118. Y ciertamente oímos, que incluso pueblos enteros han aceptado con espontánea decisión su total aniquilamiento en aras de la libertad y al mismo tiempo por fidelidad hacia sus benefactores muertos. Tal es el caso bastante reciente de los jantios, [67] según nos cuentan. Cuando, en efecto, Bruto, uno de los que atacaron a Julio César, avanzaba contra ellos al frente de un ejército, ellos temerosos no del saqueo sino de la esclavitud bajo un asesino, que había matado a su jefe y benefactor que una y otra cosa había sido para él César, defendiéronse con vigor primeramente tanto cuanto les fue posible, y, aunque su número iba mermando poco a poco, persistían todavía en su resistencia.
[67] Habitantes de la ciudad de Janto en Licia.

119. Mas, cuando se hubo agotado toda su fuerza, condujeron a sus mujeres, a sus padres y a sus hijos cada uno en la propia casa y los sacrificaron; tras amontonar a las víctimas en una pila y prender fuego a la misma, se inmolaron ellos mismos, completando de ese modo su destino, como hombres libres, impulsados por una libre y noble resolución.[68]
[68] Véase Apiano, Guerras civiles IV, 76 a 80.

120. Ahora bien, éstos por escapar a la implacable cólera de enemigos tiránicos escogieron en vez de una vida sin gloria una muerte con honra, pero hubo otros que, aunque las circunstancias que les cupo en suerte les permitían seguir viviendo,[69] soportaron pacientemente, imitando el coraje de Heracles; quien, efectivamente, demostró ser superior a los trabajos que le prescribió Euristeo.
[69] Es decir, no como a los jantios que no pudieron escoger sino la muerte para salvar su libertad.

121. Un ejemplo es el filósofo cínico Diógenes, quien tanta altura y grandeza de espíritu poseyó, que hecho cautivo por unos ladrones, como éstos mezquinamente y de mala gana le proporcionaban los alimentos necesarios, sin desmayar ante la presente contingencia ni detener la crueldad de los que lo tenían en su poder, les dijo: "Resulta por demás absurdo el que, mientras a los lechoncitos y corderitos, cuando están para ser vendidos, se los alimente con más cuidado para engordarlos y hacerlos lozanos, el hombre, es decir, el mejor de los animales, sea reducido a un esqueleto por la falta de alimento y las constantes privaciones, y vendido a bajo precio".

122. Recibió entonces alimentos en cantidad suficiente, y cuando estaba a punto de ser llevado al mercado junto con otros cautivos, primero se sentó y comió muy animosamente, dando además algo a los que estaban cerca de él. Y, como uno de ellos no se resignaba y se hallaba sumamente abatido, le dijo: "¿Por qué no dejas de afligirte y comes lo que tienes a mano? Aun Níobe, la de hermosos cabellos, se acordó de la comida; ella que había perdido en su morada doce hijos, seis mujeres y seis varones en plena juventud".[70]

[70] Ilíada XXV, 602 y ss. Níobe, orgullosa como su padre Tántalo, se vanagloriaba de haber tenido doce hijos y ser por ello más fuerte que Leto, que sólo había tenido dos, Apolo y Artemisa. Éstos vengando el ultraje de su madre, mataron a los doce hijos de Níobe, la que, según la leyenda, se convirtió en piedra a causa del dolor. En este pasaje de la Ilíada el autor del poema introduce una variante en el destino ulterior de la desdichada madre.

123. Poco después, al preguntarle uno de los posibles compradores: "¿Qué sabes hacer?", él dijo: "Gobernar a los hombres", con lo que su alma manifestaba desde lo íntimo de su ser cuan libre, noble y soberano por naturaleza era él. No faltan además casos en los que movido por su acostumbrado desembarazo llegaba a los chistes en situaciones ante las que los otros llenábanse de melancolía y desaliento.

124. Dícese, por ejemplo, que habiendo observado por su aspecto exterior que uno de los compradores, de inclinaciones femeninas, nada tenía de varón, se le aproximó y le dijo: "Cómprame tú, pues tú me pareces necesitar un marido"; con lo que el otro confuso ante lo que su conciencia le atestiguaba se escondió, en tanto que los demás quedaron estupefactos ante lo acertado y valiente de la agudeza. ¿Acaso cabe emplear en el caso de un hombre como éste el término esclavitud? ¿No corresponde aplicar solo el de libertad, y libertad no sujeta a dominio irresponsable alguno? [71]

[71] La traducción de las últimas palabras es conjetural.

125. Émulo de la franqueza de Diógenes fue un tal Jereas, hombre de espíritu cultivado. Residía, en efecto, en Alejandría de Egipto, cuando, habiendo en cierta ocasión disgustado a Tolomeo, quien lo amenazó en términos violentos, él, entendiendo que su natural libertad en nada era inferior a la realeza de aquel, le replicó: "Bien, eres rey de los egipcios, pero me tienes sin cuidado y no me preocupa tu ira".[72]

[72] Ilíada, I, 180 y 181, donde se lee "mirmidones" en vez de "egipcios".

126. Es que las almas nobles, cuyo esplendor no se oscurece por la avidez de fortuna, poseen cierta condición de reyes, que los mueve a enfrentar de igual a igual aun a los hombres de más encumbrada dignidad, oponiendo la franqueza a la arrogancia.

127. Es fama que después que Teodoro,[73] llamado el ateo, hubo partido de Atenas hacia el destierro y llegado a la corte de Lisímaco,[74] como una persona entre los dignatarios le echase

en cara su huida, y expusiese a la vez también las causas, declarando que había sido expulsado después de ser condenado por ateísmo y corruptor de los jóvenes, él dijo: "Fui desterrado, pero lo que me ha ocurrido es lo mismo que le ocurrió al hijo de Zeus, Heracles, pues también él fue dejado abandonado por los Argonautas,

[73] Sobre este filósofo de la escuela cirenaica ver Diógenes Laercio II, 98 a 102.

[74] Diádoco, sátrapa y luego rey de Tracia (323-281), a cuya corte llegó Teodoro el ateo en una delegación enviada por Tolomeo de Egipto, quien lo había acogido tras ser desterrado de Atenas.

[128.] no por cometer delito alguno sino porque era él solo por sí mismo una carga y lastre que sobrecargaba la nave, causando a sus compañeros de navegación el temor de que la embarcación quedase sumergida. Y ésta es también la razón por la que yo hube de abandonar mi lugar de residencia: porque los políticos atenienses no pudieron ponerse a la par de la altura y grandeza de mi inteligencia y a la vez por la envidia que se me tenía".

129. Y al preguntarle además Lisímaco: ¿Acaso también por envidia fuiste expulsado de tu patria?", él nuevamente respondió: "Por envidia no, sino por las supremas excelencias de mi naturaleza, que mi país no era capaz de contener.

130. Porque así como por no poder Seleme, cuando llevaba en su seno a Dioniso, soportar su peso hasta la fecha determinada para el parto, Zeus, consternado, extrajo antes del tiempo correspondiente la naturaleza del ser encerrado en su vientre y lo hizo igual en dignidad a los dioses del cielo; así también, siendo mi país demasiado pequeño para poder contener una tan grande masa de pensamiento filosófico, un genio o un dios, me sacó de allí resuelto a cambiar mi morada a otro lugar más afortunado que Atenas".

131. XIX. También en los animales irracionales pueden hallarse, si se buscan, ejemplos tanto de la libertad que se da en los sabios como de los otros bienes humanos. Así, los gallos suelen luchar con tal desprecio del peligro, que con tal de no ceder y abandonar la lucha, persisten hasta la muerte, superados en fuerza pero no en valentía.

132. El estratego ateniense Milcíades había observado esto; y cuando el rey de Persia, habiendo incorporado a su ejército la flor toda de Asia, marchó hacia Europa con muchas miríadas de hombres, con ánimo de apoderarse de Grecia al primer asalto, él habiendo reunido a sus compañeros de armas en el lugar donde se celebraban las Panateneas les presentó algunas luchas de aves, considerando que el estímulo logrado mediante tal espectáculo sería más efectivo que cualquier arenga.

133. Y su opinión no era errada; porque, al contemplar la capacidad de resistencia y el amor en criaturas irracionales a la gloria, indoblegables hasta la muerte, tomaron sus armas y se lanzaron a la lucha, para combatir contra las formaciones enemigas, haciendo caso omiso de las heridas y las muertes, con tal de que, aun cuando murieran, fuera libre el suelo de su patria en el que se los sepultara. Porque ninguna cosa resulta ser mayor causa de estímulo hacia mejores disposiciones que el hecho de que los seres de más humilde condición lleven rectamente a cabo otras superiores a lo que cabe esperarse.

134. También el trágico Jon [75] recuerda la lucha entre gallos en estos términos: "Ni siquiera ante las heridas recibidas en su cuerpo y en sus dos ojos olvida la lucha, y, aunque extenuado hace oír su canto, pues prefiere la muerte a la esclavitud".

[75] Autor de tragedias del siglo V a. C, del que sólo nos han quedado escasos fragmentos.

135. ¿Por qué, pues, habríamos de suponer que los sabios no escogerán con suma felicidad la muerte antes que la esclavitud? ¿*Y* no es absurdo decir que las almas de los hombres jóvenes y de aventajadas cualidades sean superadas por las aves en las lides de la virtud; y alcancen en ellas los galardones secundarios y con dificultad?

136. Ciertamente, ni siquiera alguno de aquellos que solo han alcanzado un grado pequeño de instrucción ignora que la libertad es una noble cosa, y que la esclavitud es algo indigno; y que las cosas nobles corresponden a los buenos en tanto que las innobles tocan a los hombres viles. De donde se sigue clarísimamente que ningún hombre bueno es esclavo, aun cuando se vea amenazado por innumerables personas que exhiben contratos que los declaran amos; y que ninguno de los insensatos es libre, aunque se trate de Creso o Midas o el gran rey [76].
[76] El rey de Persia.

137. XX. Cuan noble y digna de ser celebrada en cantos es la libertad, y cuan innoble y merecedora de vituperio es la esclavitud atestíguanlo ciudades y pueblos más antiguos, de más larga historia e inmortales, en la medida en que ello cabe a los seres perecederos. Y es ley divina el que los inmortales no mientan.

138. ¿No se reúnen, en efecto, casi a diario sus consejos y asambleas para tratar, más que sobre cualquiera otra cosa, sobre el fortalecimiento de la libertad cuando ella se da ya o sobre su logro si ella falta? Tanto la Hélade como el resto de los países se enfrentan y combaten perpetuamente nación contra nación. ¿Y qué buscan con ello sino el escapar de la esclavitud y el adquirir la libertad?

139. Por eso también, en las batallas la más importante exhortación de los lojagos, los taxiarcas y los estrategos [77] es la siguiente: "¡Combatientes!, el más penoso de los males, la esclavitud, nos amenaza; rechacémosla. El más noble de los bienes es para los hombres la libertad; no permitamos que se pierda. Ella es el principio y la fuente de la prosperidad y de ella fluyen los beneficios particulares".
[77] Grados de comando militar sin equivalentes precisos en las jerarquías modernas. Podrían ser: jefes de batallones, jefes de regimientos y generales.

140. Por ello, entiendo yo, los atenienses, los de más agudo discernimiento entre los griegos; que, lo que es la pupila en el ojo y la razón en el alma, eso es Atenas en Grecia; los atenienses, digo, cuando celebran la procesión en honor de las Venerables Diosas,[78] no admiten absolutamente que ningún esclavo participe, sino emplean hombres y mujeres libres para llevar a cabo cada una de las ceremonias establecidas, y no a cualesquiera sino a quienes se han esforzado en llevar una vida irreprochable. Y así, también, son los más bien reputados entre los jóvenes los que preparan la masa de los pasteles para la fiesta, menester que tienen por enaltecedor y honroso, como es realmente.
[78] No resulta posible determinar con certeza si se trata de la diosa Deméter y su hija Perséfone, en honor de las cuales se celebraban los misterios Eleusinos, que incluían una procesión en la cual estaba prohibido participar a los esclavos; o de las Euménides, o Erinias, divinidades de la venganza, a las que se aplicaba particularmente el epíteto de venerables, y en cuyo honor también tenía lugar una procesión, en la que, según varios autores, se conducían pasteles o tortas consagradas, a los que parece referirse Filón a renglón seguido.

141. No hace mucho, mientras ciertos actores representaban una tragedia y recitaban aquellos versos de Eurípides que dicen: "El nombre de la libertad es digno del universo entero, y si

alguien lo tiene en poco convénzase de su grandeza"; oí cómo todos los espectadores, entusiasmados, se ponían de pie cuan altos eran y con grandes voces y exclamaciones ininterrumpidas alternaban la alabanza de tal pensamiento con la alabanza del autor que glorificaba no solo la libertad como realidad concreta sino también el nombre de ella.

142. Admiro asimismo a los argonautas, pues formaron la tripulación con hombres libres totalmente sin admitir esclavo alguno, ni siquiera alguno de los que se ocupan de los menesteres serviles necesarios, aceptando en aquella ocasión el servicio personal como un hermano de la libertad.

143. Y si el escuchar a los poetas se justifica (¿y por qué no habremos de hacerlo, siendo así que ellos son nuestros educadores a través de la vida toda y tal como lo hacen en el ámbito privado nuestros progenitores, también ellos en el plano público nos inculcan la sabiduría?), tampoco la nave, capitaneada por Jasón, toleraba llevar esclavos a su bordo. Es que era amante de la libertad por naturaleza, pues estaba dotada de alma y de razón. De allí que Esquilo diga a propósito de ella: "¿Dónde está? Habla sagrado madero del Argo".[79]

[79] La traducción de esta cita es conjetural, pues el texto requiere correcciones imposibles de determinar. Según la leyenda Atenea colocó en la proa de la nave Argo un maderamen parlante sacado del robledal de Dodona. Apolodoro (I, 9, 19) menciona la voz de dicho madero.

144. En cuanto a los gestos y palabras con que algunos lanzan amenazas contra el sabio, no hemos de hacerles caso alguno y decir más o menos lo que decía el flautista Antigénidas,[80] quien, según afirman, cuando uno de sus rivales en la profesión le dijo irritado: "Te compraré", él manifestó con mucha ironía: "Y yo, entonces, te enseñaré a tocar la flauta".

[80] Músico tebano de gran renombre que vivió a comienzos del siglo IV a.C.

145. Bien puede, pues, también el hombre bueno decir a quien se apresta a comprarlo: "Entonces, serás instruido en el dominio de ti mismo". Y si alguno lo amenaza con el destierro, replicarle: "Toda la tierra es mi patria".

146. Y al que lo amenaza con la pérdida de dinero, manifestarle: "Un moderado vivir me es suficiente". Y si la amenaza es de azotes o de muerte, la réplica será: "No me espantan estas cosas, ni soy inferior a los púgiles y pancratistas, los que aunque no han visto sino oscuros remedos de virtud, puesto que solamente cultivan la robustez de los cuerpos, con todo soportan una y otra cosa con ánimo resuelto. Porque la soberana de mi cuerpo, que es la inteligencia que llevo en mí, ha sido a tal punto fortalecida y a tal punto se halla fortificada, que le es posible colocarse por sobre toda suerte de padecimientos".

147. XXI. [Hemos, pues, de procurar no tomar una bestia de esta clase, que siendo terrible no solo en cuanto a su fuerza sino también en cuanto a su aspecto, evidencia ser indoblegable y de ningún modo despreciable].[81]

[81] El presente parágrafo no inserta evidentemente en el contexto de lo que lo precede y sigue. No vale la pena por lo problemático exponer las conjeturas en torno de la ubicación real del mismo.

148. La inviolabilidad de ciertos lugares ha procurado muchas veces seguridad y derechos a los esclavos fugitivos como si éstos gozaran de iguales derechos y privilegios que los demás; y es posible ver cómo aquellos cuya esclavitud data de tiempos remotos por haberla recibido de sus bisabuelos y ancestros como si se tratase de un determinado patrimonio de familia, se

expresan con toda libertad y sin temor alguno, una vez que se sientan en los templos como suplicantes.

149. Y no faltan entre ellos quienes no solo hablan de igual a igual con sus propietarios sino además se muestran muy superiores a éstos en la energía y a la vez desprecio al discutir las cuestiones relativas a sus derechos. Es que, mientras a sus amos el reproche de su conciencia los ha venido a convertir en esclavos aunque desciendan de ilustres padres; en cambio aquellos a los que la inviolabilidad propia del lugar les ha brindado la seguridad de sus cuerpos, provistos, como están, de un alma que Dios forjó inmune a toda dominación, ponen de manifiesto libres y nobilísimos rasgos de carácter

150.[82] Y no puede ser de otro modo, porque ¿quién es tan sobradamente irrazonable como para suponer que, mientras los lugares engendran coraje y libertad de palabra; no los engendre la virtud, que es lo más semejante a Dios de cuanto existe, y gracias a la cual tórnase sagrados los lugares y todas las demás cosas que participan de la sabiduría?[83]

[82] Se ha sugerido la necesidad de intercalar un párrafo en el que se mencione la total franqueza del sabio en el hablar, pensamiento del que seguiríanse lógicamente las consideraciones siguientes. Sin embargo no parece del todo necesaria dicha intercalación, ya que del párrafo precedente parece desprenderse que la libertad del espíritu, fruto de la virtud, es superior a !a mera libertad corpórea, en orden a la libertad de expresión o discusión.

[83] *Phronéseos — de la sabiduría,* en el texto griego, aunque difícilmente este término se adecua al contexto.

151. Y por cierto que aquellos que se refugian en los lugares de asilo, alcanzan su seguridad gracias a esos lugares exclusivamente y sucede que a causa de otros innumerables factores tales como los regalos de una esposa,[84] la deshonra de los hijos o el engaño del amor, vuelven a la condición de dominados. En cambio aquellos que han buscado refugio en la virtud, como en Una indestructible e inexpugnable, hacen caso omiso de los proyectiles que las pasiones al acecho arrojan y disparan.

[84] En la traducción literal de *doron gynaikós,* expresión que es difícil de interpretar en este contexto. Tal vez signifique: los regalos que recibe una mujer para su seducción por quien no es su esposo.

152 Fortificados con este poder, cualquiera de ellos podría decir con toda franqueza: "Mientras los otros son presa de las circunstancias, yo sé obedecerme a mí mismo e igualmente gobernarme, midiendo todas las cosas según la virtud, como dice el poeta trágico."

153 Cuéntase, por ejemplo, que Bías de Priene, habiéndole Creso amenazado, le replicó muy desdeñosamente exhortándolo a comer cebollas, expresión cuyo sentido es "Ve a llorar", pues el comer cebollas provoca el lagrimeo.

154. De esa manera, los sabios, consideran que nada hay más propio de un rey que la virtud, y a través de toda la vida obedecen las órdenes de este comandante sin temer los poderes de otros a los que consideran subordinados. Por eso [85] es costumbre general el llamar serviles y esclavos a los simuladores y pérfidos.

[85] La expresión *por eso* se explica porque, como en otros lugares Filón confunde contrarios con contradictorios e infiere de uno de los términos opuestos la forzosidad del otro. Aquí: *si el hombre sabio y bueno es libre, el ruin es esclavo.*

155. De allí que también esté muy bien dicho aquello de "Sucede que jamás la cabeza del

esclavo se yergue derecha, sino siempre está inclinada sobre su cuello encorvado".[86] Es que el carácter torcido, equívoco y engañador es sumamente innoble;[87] tal como el recto, sincero y espontáneo es noble,-correspondiéndose en él los designios con las palabras, y éstas con los designios.

[86] Teognis V, 535 y 536.

[87] Filón juega con los dos sentidos de *agenés = de obscuro origen o estirpe,* que alude a la esclavitud, y *de vil o ruin condición,* que alude al hombre malo, antítesis del sabio, al que aplica el antónimo *eugenés.*

156. Merecen ser puestos en ridículo los que piensan que, una vez desvinculados del dominio de sus amos han llegado a ser libres. Cierto es que ya no son quizá siervos como antes una vez que han sido manumitidos, pero son todos esclavos de los tratados a latigazos,[88] y obedecen no a otros hombres, lo que haría que el mal fuera menor, sino también de las más viles de las cosas inanimadas, tales como el vino puro, las hortalizas, los pasteles y todos los otros manjares que el refinado arte de los cocineros y reposteros prepara para daño del mísero vientre.

[88] Es decir, de los más viles.

157. Así, viendo Diógenes cómo uno de esos llamados manumitidos se jactaba de ello y cómo muchos lo congratulaban, asombrado de lo absurdo e insensato de ello, dijo: "Esto [89] es igual que si alguien proclamase que uno de sus sirvientes es a partir de hoy gramático o geómetra o músico, sin que el tal sirviente haya aprendido ni en sueños esas especialidades". En efecto, así como la proclama no produce hombres versados, tampoco produce hombres libres, ya que esto es algo envidiable, sino solo hombres que no son ya siervos.

[89] Es decir, *que se trate de un hombre libre.*

158. XXII. Despojémonos, pues, de la vacía opinión a la que está aferrada la inmensa turba de los hombres y, convertidos en amantes del mas sagrado de los patrimonios, la verdad, no atribuyamos la condición de ciudadano o la libertad a los ciudadanos de nombre solamente, ni la esclavitud a los esclavos, sean nacidos en la casa del amo, sean comprados, sino dejemos de lado los detalles de nacimiento, los certificados que adscriben a un amo, y todo lo que concierne en general al cuerpo, y estudiemos la naturaleza del alma.

159. Porque, si el alma es empujada por la concupiscencia o seducida por el placer o descarriada por el miedo o abatida por el dolor o estrangulada por la ira, se esclaviza a sí misma y torna a quien la posee esclavo de infinitos amos. Mas, si vence la ignorancia con la sensatez, la incontinencia por la templanza, la cobardía con el valor, y la ambición con la justicia, agrega a su condición de no esclava la de ser gobernante.

160. En cuanto a las almas que aún no participan ni de uno ni de otro modo de ser, ni del que esclaviza ni de aquel por el que se asegura la libertad, y están aún desnudas, como las de los que están en la primera infancia, han de ser cuidadas y alimentadas vertiéndose en primer lugar en ellas, en vez de leche, los suaves alimentos que brindan las prescripciones de los estudios de cultura general;[90] y luego los más fuertes, cuyo artífice es la filosofía.
Gracias a tales alimentos esas almas, llegando a la plena virilidad y robustez, alcanzarán la feliz meta señalada por Zenón, o más bien por una oracular revelación,[91] meta que consiste en vivir conforme con la naturaleza.

[90] Sobre la *enkyldios paidéia* ver *Interpretación alegórica* III, 85, y largas consideraciones al respecto en diversos pasajes de *Sobre la unión con los estudios preliminares.*

[91] Literalmente: la Pitia o Pitonisa.

SOBRE LA VIDA CONTEMPLATIVA O SOBRE LOS SUPLICANTES [1]

(Cuarta parte de Sobre las virtudes) [2] (DE VITA CONTEMPLATIVA)

[1] Ignoramos por qué Filón, si el título de este tratado es obra suya, sustituye *therapeutón = de los terapeutas* (o *cultores o servidores),* de cuyo régimen de vida se ocupa la obra, por *hiketón = de los suplicantes,* siendo así que éstos sólo son considerados ocasionalmente, sin confundirse nunca con los primeros.
[2] Eusebio de Cesárea menciona en su Historia Eclesiástica II, 18, una obra de Filón titulada *Perí aretón = Sobre las virtudes* la que, según dice en II, 5, comprendía cinco partes o tratados, y que se refería a los sufrimientos de los judíos en época de Cayo (Calígula), como aclara en II, 6, una de cuyas partes, dice expresamente, es el tratado titulado *Sobre la embajada ante Cayo.* El presente tratado sería conforme al subtítulo, la cuarta, cosa que parece ignorar Eusebio cuando menciona el título y trata su temática in extenso en II, 17. Además cuesta creer que el tema de *Sobre la vida contemplativa* encaje en el contexto que Eusebio atribuye a *Sobre las virtudes,* título éste que, por otra parte, según el mismo Eusebio (II, 18), le puso su autor a fin de despistar al todopoderoso Cayo, destinatario de su severa crítica por sus excesos y su política antijudía; y no porque su propósito fuera ocuparse de las virtudes o de los que las practican.

1. I. Habiendo discurrido ya acerca de los esenios,[3] hombres que han dedicado sus empeños y sus esfuerzos a la vida activa y se destacan en todos, o para no parecer exagerado, en la mayoría de los aspectos de ella, a continuación, siguiendo el orden de sucesión en mi cometido, diré también lo pertinente acerca de aquellos que han abrazado la vida contemplativa. No agregaré cosa alguna de mi invención con ánimo de mejorar su imagen, como lo hacen habitualmente todos los poetas y prosistas cuando carecen de hermosos ejemplos de conducta, sino me atendré a la pura verdad sin recurrir a artificios. Bien sé que exponerla es tarea ímproba aun para el más ducho en el arte de la expresión; pero con todo hemos de afrontar la dificultad sin desistir en la lucha, ya que no debe ser la grandeza de la virtud de estos hombres causa de mutismo para aquellos que consideran que nada noble debe pasarse en silencio.
[3] En dos lugares de las obras que han llegado hasta nosotros habla Filón de los esenios: en *Todo hombre bueno es libre* (parágrafos 75 a 91) y en *Hipotéticas* o *Apología de los judíos* (segundo extracto 11, 1 a 18). Pero ninguna de estas dos exposiciones sobre dicha secta parece corresponder al tratado que aquí se menciona, ya que se trata sólo de partes dentro de asuntos más extensos, no tratamientos especiales del tema, no obstante la extensión considerable del citado en primer término. Quizás se trate, como afirman algunos comentaristas, de una parte de una obra titulada *Apología de los judíos,* a la que tal vez corresponda el citado extracto conservado por Eusebio y en la que también habría que incluir *Sobre la vida contemplativa;* de ser cierto lo cual ambos tratados constituirían un díptico o paralelo ejemplarizador, una de cuyas caras correspondería a la santidad activa (esenios) en tanto que la otra estaría dedicada a la vida de contemplación o teórica (terapeutas), como lo acota bien Filón en el comienzo mismo del presente tratado.

2. La elección [4] de estos filósofos se pone al punto de manifiesto en el vocablo que los designa, pues llámanse terapeutas y terapéutrides.[5] Dicha elección corresponde exactamente al sentido del término,[6] ya sea porque practican un arte de curar, superior aun al que es corriente en las ciudades, pues éste sólo cura los cuerpos, en tanto que aquél se aplica también a las almas oprimidas por enfermedades penosas y de difícil cura que lanzan sobre ellas los

placeres, las concupiscencias, los dolores, los temores, las ambiciones, las insensateces, las injusticias, y la inmensa multitud de las otras pasiones y vicios; ya también porque asi la naturaleza como las sagradas leyes les han enseñado a servir al Que Es, el cual es superior al bien, más puro que el uno y precede a la mónada.
[4] Es decir, *el género de vida elegido.*
[5] Según los sexos.
[6] Ambos términos derivan de *therapéuein —- curar, cuidar, servir.*

3. ¿Y quiénes entre los que cultivan la piedad merecen ser comparados con ellos? ¿Acaso lo merecen aquellos que honran a la tierra, al agua, al aire y al fuego? Otros han dado otros nombres a estos elementos, llamando Hefesto al fuego por el hecho de arder,[7] a mi parecer; Hera al aire, a causa de que éste se eleva y sube hacia las alturas; Posidón al agua, quizá por, ser una bebida; y Deméter a la tierra porque ésta es tenida por madre de todos los vegetales y animales.
[7] Estas etimologías, algunas absurdas, eran corrientes en la antigüedad. Filón vincula *Héphaistos* con *éxapsis = inflamación, encendido; Héra* con *áiresthai = elevarse; Poseidón* con *potos = bebida,* y *Deméter* con *meter = madre.*

4. Pero tales nombres no son sino invenciones de falsos sabios, y los elementos del mundo son materia inerte e inmóvil por sí misma, puesta por el Artífice a modo de substrato para todas las especies de formas y cualidades.

5. ¿O lo merecerán los que honran a los seres formados con esos elementos: al sol o a la luna, o los otros astros errantes o fijos, o al cielo todo y al universo? No, porque tampoco estas cosas han llegado a existir por sí mismas sino por obra de cierto Artesano cuya ciencia es perfectísima.

6. ¿Acaso los que veneran a los semidioses? Esto sí que resulta digno de risa. Porque, ¿cómo podría la misma persona ser mortal e inmortal a la vez? Aparte de que el origen de su nacimiento es reprensible, desbordante de intemperancia juvenil; y configura una impiedad el atreverse a atribuir tal origen a las dichosas y divinas potencias [8] admitiendo que seres dichosísimos y libres de toda pasión se han visto poseídos de frenética concupiscencia y se han unido carnalmente a mujeres mortales.
[8] Seguramente no hay aquí referencia alguna a las potencias de Dios, tratadas por Filón en *Sobre la huida y el hallazgo* 95 y ss., y en otros lugares de sus obras, sino una mera expresión hiperbólica con reminiscencias platónicas.

7. ¿Lo merecerán, acaso, quienes honran estatuas de madera o de piedra? Tales estatuas están hechas de piedras y leños, que hasta poco antes eran sustancias completamente informes, que los escultores en piedra y los talladores de maderas han separado del bloque o tronco común, mientras los trozos hermanos o miembros de la misma fuente original se han convertido en recipiente de agua para baños o en palangana para el lavado de los pies o en otros cualesquiera de los utensilios menos honorables que sirven más para las necesidades nocturnas que para las diurnas.

8. En cuanto a los dioses de los egipcios, ni siquiera es digno recordarlos. Los egipcios han elevado a los honores divinos a animales irracionales, y no solo a los mansos sino también a las más feroces bestias salvajes provenientes de cada una de las regiones sublunares, como al león entre los de la tierra, al cocodrilo, animal del país entre los acuáticos, al halcón y la ibis de Egipto entre los del aire.

9. Y aunque ven cómo se trata de criaturas engendradas, que tienen necesidad de alimento, insaciables en el comer, llenos de excrementos, venenosos, devoradores de nombres, presas de toda suerte de enfermedades, y sujetos a la muerte, no solo a la muerte natural sino también a menudo a la resultante de la violencia, sin embargo se prosternan adorando ellos, los seres civilizados, a las criaturas salvajes, los racionales a los irracionales, los que tienen parentesco con la Divinidad a quienes ni siquiera son comparables a Tersites [9] los soberanos y amos a los súbditos y esclavos por naturaleza.

[9] Personaje al que en la Ilíada II, 212 y ss., se le atribuye toda suerte de def jetos espirituales y físicos, y que luego pasó a ser un lugar común para designar la tieforn dad tísica y ia idiotez mental.

10. II. Que éstos, pues, ya que saturan de demencia no sólo a sus propios connacionales sino también a los extranjeros que residen próximos a ellos, continúen en su irremediable estado,[10] privados de la vista, el más necesario de los sentidos; y no me refiero a la vista corporal, sino a la del alma, la única mediante la cual se discierne lo verdadero de lo falso.

[10] *Atherápeutoi = incurables* en juego con *iherapeutikón = terapéutico, de los terapeutas,* que se lee más abajo.

11. Pero, que la fraternidad de los terapeutas, siempre empeñada en aprender a ver, siga en procura de la contemplación del Que Es, ascienda más allá del sol perceptible por los sentidos y jamás abandone esta posición, que conduce a la felicidad perpetua.

12. Y aquellos que van tras este servicio sin que los impulse a ello ni la costumbre ni el consejo o la exhortación de otros sino arrebatados por un celestial amor, son presa de una divina fuerza, cual si se tratara de poseídos de báquico frenesí o de coribantes,[11] hasta que alcanzan la misión de lo que anhelan.

[11] Ver *Sobre la creación del mundo,* nota 24.

13. Entonces, movidos por su vehemente deseo de una vida inmortal y dichosa consideran que están ya muertos en lo que hace a la vida mortal y abandonan sus bienes en manos de sus hijos o hijas o también de otros parientes, adelantando así por voluntaria determinación el tiempo de la trasmisión del patrimonio; y en caso de no poseer parientes, los dejan a sus allegados y amigos. La razón es que corresponde que los que han optado resueltamente por la riqueza dotada de visión abandonen la riqueza ciega a quienes aun son ciegos de inteligencia.

14. Los griegos ponderan a Anaxágoras y a Demócrito porque profundamente tocados por un amor ardiente hacia la filosofía, permitieron que sus campos se tornasen tierras de pastoreo. También yo admiro el hecho de que estos hombres resultaran ser superiores a sus riquezas. ¿Pero cuánto mejores son estos que, si bien no han dejado sus propiedades para el apacentamiento de las bestias, han remediado las necesidades de otros hombres, parientes o amigos, convirtiéndolos de indigentes en prósperos? Porque el gesto de los primeros es algo irreflexivo, para no emplear el término insensato en el caso de hombres a los que Grecia admira, en tanto que el de estos últimos es lúcido cuidadosamente considerado y de sobrada prudencia.

15. ¿Qué otra cosa hacen los enemigos sino arrasar la tierra de sus adversarios y talar los árboles, a fin de que forzados por la carencia de lo necesario, se rindan? Y esto mismo es lo que han hecho los discípulos de Demócrito[12] a los de su misma sangre: les han provocado una indigencia y pobreza artificialmente forjada, no con intención de daño seguramente sino por

no haber previsto y discernido lo que convenía a los demás.
[12] O tal vez: *Demócrito y los que en esto lo siguen.*

16. ¡Cuan superiores y más admirables son aquellos que con no menor ardor por el estudio de la filosofía,, prefieren la magnanimidad a la negligencia y regalan sus fortunas en vez de desperdiciarlas, con lo que benefician tanto a otros como a sí mismos, a otros con abundantes recursos, a sí mismos con los que se dan en el estudio de la filosofía! Porque los cuidados que demandan las riquezas y propiedades consumen tiempo, y el ahorrar tiempo es cosa excelente, puesto que,, como dice el médico Hipócrates, 'la vida es corta, la ciencia es larga" [13].
[13] La misma cita, aunque sin mención de autor, en *Sobre los sueños enviados por Dios* I, 10. Con esta sentencia comienzan los Aforismos de Hipócrates. La ciencia o arte a que aquí se refiere concretamente es la medicina.

17. Esto mismo es lo que sugiere, a mi parecer, Hornero al comienzo del canto decimotercero de la Ilíada [14] en estos versos: "De los misios que combaten cuerpo a cuerpo, de los nobles hipemolgos que se alimentan de leche solamente,[15] los más justos de los hombres". Con ellos quiere indicar que el empeño por procurarse lo necesario para la vida y la riqueza engendra injusticia a causa de la desigualdad resultante, en tanto que la conducta opuesta produce justicia como resultado de la igualdad; principio conforme con el cual queda determinada la riqueza de la naturaleza,[16] riqueza muy superior a la que tienen por tal las opiniones vanas.
[14] Ilíada XIII, 5 y 6.
[15] En el texto griego se lee *abíon,* que puede interpretarse como un nombre propio: *de los abios o indigentes;* o también como un adjetivo cuyo sentido es: *carentes de (otros) medios de subsistencia.* Este sentido es el que probablemente le atribuye Filón, que quiere recalcar la relación entre no estar atado a los bienes materiales y a los cuidados que ellos demandan y la perfección moral.
[16] Es decir, los frugales medios que la naturaleza procura, por oposición, a los bienes por los que se afana la multitud.

18. Una vez, pues, que se han apartado de sus bienes y ya no se sienten retenidos por cosa alguna, huyen en una huida sin retorno, abandonando hermanos, hijos, esposa, padres, numerosos parientes, círculos de amigos y los países en los, que nacieron y se nutrieron; porque la fuerza de lo familiar es un atractivo poderosísimo.

19. Pero a diferencia de los esclavos o desdichados o malos que reclaman ser vendidos por sus propietarios [17] para procurarse no la libertad sino un cambio de amos, ellos no emigran hacia otra ciudad, puesto que toda ciudad, aun la mejor organizada, está saturada de indecibles trastornos y agitaciones que no podría soportar quien ha sido alguna vez guiado por la filosofía.
[17] Derecho que la ley solía reconocer a los esclavos maltratados.

20. Es en zonas situadas fuera de las murallas en donde pasan sus días en jardines o solitarias fincas rurales, buscando la soledad no porque se hayan habituado a una amarga misantropía, sino por conocer cuan inútiles y perjudiciales son las mezclas con personas de dispares caracteres.

21. III. Esta clase de hombres se halla en muchos lugares del mundo habitado, ya que, tratándose de un bien perfecto, correspondía que tanto Grecia como los países no griegos participasen de él, pero es particularmente numerosa en Egipto, en cada uno de los denominados nomos y sobre todo en los alrededores de Alejandría.

22. Los mejores son enviados desde todas partes, como hacia una colonia, hacia cierto lugar sumamente apropiado, que ellos miran como su propia patria, situado al norte del lago Mareotis sobre una colina de escasa altura, lugar muy a propósito a causa de la seguridad y la grata temperatura del aire.

23. Brindan esa seguridad las fincas rurales y las aldeas situadas en torno; y la benignidad de la atmósfera resulta de las ininterrumpidas brisas procedentes del lago que se ensancha hacia el mar, y del mar abierto que se halla próximo. Las brisas del mar son ligeras, en efecto, y las del lago densas, y la combinación de ellas produce condiciones climáticas muy saludables.

24. Las residencias de los allí congregados son por demás sencillas, y procura las dos protecciones más necesarias: contra el ardor de los rayos solares y contra el frío del aire. No se hallan próximas, como las de las ciudades, por ser la vecindad molesta y desagradable para quienes buscan con empeñoso celo la soledad; ni tampoco lejos, en razón de que aman la vida de comunidad y para socorrerse unos a otros en caso de ataques de ladrones.

25. En cada residencia existe una habitación consagrada llamada santuario o aislatorio,[18] en la que se aíslan para cumplir los ritos secretos de su vida religiosa, llevando consigo no bebida ni alimento ni ninguna de las demás cosas imprescindibles para las necesidades del cuerpo, sino leyes, oráculos comunicados por Dios a través de los profetas, himnos y los demás elementos que emplean para incrementar y perfeccionar su ciencia y piedad.
[18] Este es el sentido, según se desprende de lo que dice Filón a continuación, de *monastérion,* vocablo griego que no se halla, fuera de este caso, hasta el siglo III d. C. y ya con el sentido cristiano de residencia de un monje solitario o ermitaño sentido que no tiene en el presente pasaje de Filón, pues se refiere a una sala cuya entrada le está vedada a los extranjeros y a la comunidad.

26. De ese modo conservan imborrable siempre el pensamiento puesto en Dios, al punto de que, incluso durante los sueños las representaciones de sus mentes no son otras que las bellezas de las Divinas excelencias y potencias.[19] Y así, muchos de ellos llegan durante sus nocturnas visiones a proclamar los celebrados dogmas de la sagrada filosofía.
[19] Ver *Sobre la huida y el hallazgo* 95 y ss.

27. Dos veces por día acostumbran entregarse a la plegaria, hacia la aurora y hacia el atardecer. Al salir el sol suplican por un día brillante, brillante de verdad, es decir, en el que la luz celestial llene sus inteligencias; y al ocultarse ruegan porque sus almas, completamente liberadas de la turba de los sentidos y las cosas sensibles, y replegada en la sala de deliberaciones y decisiones que son ellas mismas, puedan seguir las huellas de la verdad.

28. Durante el tiempo que media entre el amanecer y el atardecer se entregan enteramente a ejercicios consistentes en leer las santas escrituras e interpretar las alegorías contenidas en la filosofía de sus antepasados, pues entienden que las palabras del texto literal son símbolos de un oculto sentido que se pone en claro desentrañando lo que ellas encubren.

29. Poseen además escritos de hombres de antiguos tiempos, que fueron los fundadores de la secta, y legaron muchos textos relativos al género alegórico, que ellos usan como modelos para imitar las maneras propias del género de vida escogido.[20] De modo que no se limitan a la contemplación sino además componen cánticos e himnos en alabanza de Dios en toda suerte de metros y melodías que remarcan, como corresponde, con ritmos de la solemnidad

requerida.
[20] En el texto griego *proáiresis,* término que a partir de la significación de *elección* admite variadas acepciones. Los distintos traductores discrepan en cuanto a su real significación en este contexto, aunque atentos a lo dicho-precedentemente sobre los tratados heredados por los terapeutas, piensan que lo que éstos imitan es un método de investigación. Sin embargo por lo que sigue luego creo que se desprende claramente que se trata de un estilo o forma de vida total.

30. Durante seis días todos ellos, aislados en los mencionados aislatorios, cultivan separadamente y por sí mismos la filosofía sin traspasar el umbral ni contemplar nada lejano; pero en los días séptimos se congregan en una como reunión común y se sientan en orden según la edad con la conveniente compostura, teniendo las manos ocultas, la derecha entre el pecho y el mentón, y la izquierda extendida hacia abajo sobre un costado.

31. El de más edad y más versado en las doctrinas avanza y explica con mirada tranquila y voz también tranquila, con discernimiento y sabiduría, y sin hacer ostentación de habilidad de palabra como hacen los oradores y los sofistas de hoy día, sino combinando la profunda indagación contenida en sus pensamientos con la explicación de los mismos, explicación que no para en el fondo de los oídos sino llega, a través del oído, hasta el alma y allí se establece fijamente. Todos los demás escuchan en silencio manifestando su aprobación solamente con las señales de los ojos o de la cabeza.

32. Este santuario común en el que se concentran cada siete días comprende dos recintos separados, uno destinado a los hombres, el otro a las mujeres. Porque las mujeres escuchan regularmente a la par de los hombres con el mismo celo y según las mismas normas.[21]
[21] Aquí *proáiresis* (ver la nota anterior) bien podría entenderse también como *propósito deliberadamente elegido* o también *vocación.*

33. El muro situado entre los recintos se eleva tres o cuatro codos del suelo y está construido a manera de barrera, en tanto que el espacio superior que lo separa del techo es abierto. El propósito es doble: por una parte, respetar el pudor que conviene a la naturaleza de la mujer, y por otra permitir que sentadas en un lugar de fácil audición capten cómodamente las explicaciones, sin que nada obstruya la voz del que explica.

34. IV. Colocan primero a manera de cimiento de su alma el dominio de sí mismo, para ir sobre ella a construir el edificio de las otras virtudes. Ninguno de ellos llevaría a su boca alimento o bebida alguna antes de la puesta del sol, ya que entienden que corresponde dedicar la luz del día a la especulación filosófica, dejando la obscuridad para las necesidades del cuerpo; por lo cual destinan a la primera el día y a las segundas una corta porción de la noche.

35. Pero algunos, en los que el ansia de saber está enraizado más profundamente, se acuerdan de tomar alimento con intervalos de hasta tres días. Otros a tal punto se complacen y deleitan con los banquetes de doctrinas que la sabiduría les procura espléndida y abundantemente, que resisten el doble de ese tiempo y sólo al cabo de seis días prueban algún necesario alimento, habiéndose habituado, como dicen [22] que hacen las cigarras, a nutrirse de aire, a causa, pienso yo, de que el canto torna leve para ellas el pasarse sin alimentos.
[22] Por ejemplo Hesíodo, El escudo de Heracles, 395 y ss.

36. Mas al séptimo día, que consideran sagrado y festivo en el más alto grado, le han concedido un especial y condigno privilegio, y en él, después de los cuidados del alma

también atienden [23] al cuerpo, imitando sin duda a los que permiten a sus animales descansar de los continuos trabajos.
[23] *Lipáinein* significa literalmente *untar* o *ungir con óleo,* pero no puede ser ésta la acepción en el presente caso ya que la comparación con *los cuidados del alma y* lo que se lee a renglón seguido supone claramente una serie compleja de atenciones a la parte corporal, no sólo el frotamiento con óleo, que, por otra parte, tal vez estuviera incluido.

37. Pero no comen alimentos costosos sino pan ordinario, y como condimento emplean la sal, que los de gustos delicados sazonan con hisopo;[24] siendo el agua de fuente. Calman así el hambre y la sed, a las que la naturaleza hizo señoras de la raza mortal; sin permitirse complacencia alguna fuera de los medios de subsistencia útiles, sin los cuales no es posible vivir. De modo que comen lo suficiente para evitar el hambre, y beben lo necesario para no tener sed, pero evitan la saciedad como un enemigo insidioso del alma y del cuerpo.
[24] Planta de efectos terapéuticos contra el catarro y la pesadez estomacal. Témasela por símbolo de la purificación, tal vez a causa de sus efectos purgativos.
"Los de gustos delicados" ha de entenderse seguramente como una irónica manera de expresar precisamente lo contrario, es decir, una frugalidad tal, que el tal agregado constituía un verdadero regalo.

38. En cuanto a las dos formas de protección: la ropa y la morada, de ésta hemos dicho más arriba que se trata de una obra desprovista de todo ornato, construida con premura y destinada a fines útiles exclusivamente; en tanto que el vestido es igualmente muy simple, para proteger del frío y del calor intensos, y consiste en invierno en una manta espesa en lugar de una piel de animal cubierta de pelos;[25] y en verano una hexómide[26] de lino.
[25] Como señala Filón en varios lugares de sus obras, considerábanse impuros los vestidos provenientes de animales.
[26] Túnica corta que dejaba un hombro desnudo.

39. Es que, en suma, practican la modestia, porque saben que la vanidad es el origen de la falsedad, tal como la modestia lo es de la verdad; y que falsedad y verdad son como dos fuentes, ya que de la falsedad fluyen las múltiples variedades de los males, mientras que de la verdad manan los numerosos bienes humanos y divinos.

40. V. Quiero también hablar de sus comunes asambleas y de la regocijada manera de entretenerse en sus festines, en contraste con los festines de los otros hombres. Éstos, en efecto, una vez que se han saturado de vino puro, como si lo que han bebido no fuera sino alguna droga que los perturba, los enloquece y, lo que es más penoso aún, les priva de todo el control de la razón, vociferan y se ponen frenéticos al modo de los perros salvajes, se atacan y muerden unos a otros desgarrándose narices, orejas, dedos y otras cualesquiera partes del cuerpo, de modo que en ellos queda testimoniada la verdad de la leyenda relativa al Cíclope y a los compañeros de Odiseo, ya que comen "trozos de carne", como dice el poeta,[27] de hombres, y con más crueldad que el Cíclope.
[27] Odisea IX, 373.

41. Porque éste castigaba a quienes suponía enemigos, y aquéllos, en cambio, a camaradas y amigos y a veces también a parientes que comparten con ellos la sal y la mesa, produciendo en la hora de la tregua actos que la violan,[28] semejantes a los que tienen lugar en los certámenes atléticos; y falsificando, como se falsifica una moneda, el genuino ejercicio, sin ser atletas sino miserables; [29] que no otro que éste es el nombre que les corresponde.
[28] Esta traducción no puede reproducir el juego de palabras entre los términos *spondái* —

tregua, y *aspondá = actos que violan la tregua;* ni tampoco poner de relieve la relación entre la afirmación y los convites, relación que sólo advertirá el lector de habla española si tiene presente que otra de las acepciones de *spondái* es: *libaciones (por la paz).*
[29] Otro juego de palabras, éste entre *atletái = atletas,* y *áthlioi = desdichados, miserables.*

42. Porque las cosas que aquellos llevan a cabo en estado de sobriedad en los estadios teniendo a todos los griegos por testigos, en pleno día, para obtener la victoria y las coronas y aplicando una técnica, ejecútanlas éstos pero en una parodia de mala ley durante los banquetes de noche en la obscuridad, ebrios, entregados a los insultos, ajenos a toda ciencia y expertos en maldades, para deshonrar, insultar y maltratar duramente a sus víctimas.

43. Y si ninguno se interpone como mediador y los separa, ellos siguen la lucha cometiendo mayores desmanes aún hasta la victoria, dispuestos tanto a matar como a morir. Porque no son menores los daños que reciben que el que infligen a los otros, aunque ellos, en su delirio, no se dan cuenta de esto; ya que no se contentan con beber el vino solo para daño de sus vecinos, y también como dice el comediógrafo,[30] lo beben para el propio daño.
[30] Se ignora el autor y la obra.

44. El resultado es que aquellos que poco antes habían llegado al banquete sanos y amigos, poco más tarde parten enemigos y con los cuerpos mutilados, teniendo unos necesidad de abogados y jueces y otros de cataplastos [31] y médicos con la ayuda que unos y otros pueden prestar.
[31] Expertos en aplicar ungüentos, emplastos, cataplasmas y otros recursos médicos semejantes.

45. En otros bebedores, aparentemente más moderados, el vino puro bebido opera como la mandragora,[32] y se produce un desbordamiento. Apoyados sobre el codo izquierdo, doblan el cuello oblicuamente y vomitan en las copas, y cae sobre ellos un profundo sueño, de modo que nada ven ni oyen, como si no tuvieran sino uno solo de los sentidos, el más propio de esclavos, el gusto.
[32] A la que antiguamente le atribuían propiedades soporíferas y anestésicas entre otras.

46. Me consta, además, que algunos, cuando llegan a un estado intermedio de ebriedad, antes de quedar completamente sumergidos por ella, preparan con anticipación la bebida para el día siguiente, contribuyendo cada uno con la cuota correspondiente, pues entienden que la seguridad de la embriaguez en perspectiva agrega un nuevo elemento al regocijo presente.

47. De este modo pasan permanentemente su vida fuera de sus casas y hogares, como enemigos de sus padres, esposas e hijos y también enemigos de su país, y al mismo tiempo en guerra consigo mismos, ya que la vida de borrachera y libertinaje es una amenaza contra todos.

48. VI. Algunos quizá aprueban las normas que actualmente prevalecen por todas partes en materia de banquetes, normas acordes con la pasión por el lujo y la voluptuosidad propias de los itálicos, y en los que griegos y no griegos ponen gran empeño, aunque los preparativos que hacen tiene por objeto más bien la ostentación que el festín en sí.

49. Tales preparativos incluyen comedores de tres o de muchos lechos hechos de caparazón de tortuga o de marfil y de muy costosa madera, la mayor parte con piedras incrustadas; coberturas de púrpura con bordados de oro, y otras brocadas con motivos florales de todos

colores destinados a seducir a la vista; y multitud de vasos y copas ordenados según las distintas formas: ritones, fíalas, cálices [33] y las otras múltiples variedades sumamente artísticas del tipo tericleo,[34] finamente trabajados con cincelados de expertos artesanos. 50. Los encargados del servicio son esclavos de hermosísima presencia y bellísimos rasgos, como si estuvieran allí no para prestar el servicio sino para deleitar con su aspecto la vista de quienes los contemplan. Algunos de ellos, todavía niños, vierten el vino. El agua es llevada por adolescentes bañados y depilados, con los rostros untados con cosméticos, los ojos sombreados y los cabellos delicadamente entrelazados en ajustadas trenzas.
[33] *Ritón, copa en forma de cuerno; fíala = copa baja y ancha; cáliz = vaso poco profundo con pie bajo y dos pequeñas asas.*
[34] De Tericles, célebre alfarero corintio del siglo IV a. C, creador de un estilo de vasos cincelados.

51. Porque tienen cabellos largos o bien por no cortárselos en absoluto o bien porque solamente se cortan los que les caen sobre la frente para nivelar sus puntas y trazar exactamente la figura de una línea circular. Ajustadas a sus cinturas llevan túnicas blanquísimas de tejido semejante a telaraña, las delanteras extendidas hasta más abajo de los órganos genitales y las traseras hasta algo más abajo de las caderas, estando unidas ambas partes por lazos rizados dobles a lo largo de la línea de unión de las pequeñas túnicas, cuyos pliegues dejan caer oblicuamente, ensanchando las cavidades de los costados.

52. Otros aguardan atentos. Se trata de jovencitos de barba incipiente, cuyo vello comienza a brotar, y que poco tiempo hace que se han convertido en la delicia de los pederastas, muy bien ejercitados con sumo cuidado para los servicios más penosos, testimonios de la opulencia de los huéspedes, como les consta a los que hacen uso de ellos, pero en rigor de verdad, pruebas de sus groseros gustos.

53. Además de todo esto están las variedades de pasteles, de guisados y de condimentos, de cuya preparación se ocupan los cocineros y reposteros, preocupados por hacerlos gratos no sólo al paladar, que sería lo necesario, sino además a la vista por la elegante presentación. Al contemplarlos (los convidados)[33] hacen girar sus cuellos en círculo, saboreando con los ojos el buen aspecto y la abundancia de los manjares, y con las narices el aroma que de ellos se desprende. Acto seguido, una vez que han llegado a saciarse en ambos sentidos, la vista y el olfato, se dan la consigna de empezar a comer, mientras dedican no pocos elogios a lo preparado y a la esplendidez del huésped.
[35] Sigo el texto de la edición Colson, con la transposición hecha por Cohn, quien como lo exige la continuidad lógica de la descripción, anticipa una parte del párrafo 55 intercalándola entre el 53 y 54 y supone la existencia de dos cortas lagunas, que corresponden a los dos pasajes entre paréntesis de la traducción.

54. Y en efecto, siete o más mesas son introducidas, llenas de cuanto la tierra, el mar, los ríos y el aire producen en animales terrestres, acuáticos y aéreos, todos escogidos y de lozanas carnes que difieren entre sí por las formas de preparación y los condimentos. Y para que ninguna de las especies de la naturaleza quede excluida, son introducidas en último término mesas repletas de frutas, aparte de aquellas que sirven para la recreación de sobremesa y para las llamadas epidípnides.[36]
[36] Ultimo servicio de los banquetes, consistente en un postre servido bastante tarde después de los interminables pasos de los mismos.

55. Luego algunas mesas son sacadas ya vacías a causa de la glotonería de los presentes, que

al modo de los cornejones,[37] llegan a tal punto de voracidad, que engullen hasta los huesos; en tanto que otras las dejan con la mitad de la comida después de saquearlas y destrozarlas. Y cuando llegan a estar completamente exhaustos, repletos los estómagos hasta la faringe, aunque todavía vacíos para los apetitos, renuncian a seguir comiendo (y se entregan a la bebida).

[37] O tal vez, de las *gaviotas.*

56. Mas, ¿para qué extendernos en estas escenas que ya han sido reprobadas por muchas personas suficientemente razonables como violentas incitaciones de apetitos que más valdría reducir? Porque bien podría uno anhelar esas dos cosas a las que más buscan escapar los hombres, el hambre y la sed, antes que la copiosa abundancia de comidas y bebidas que se halla en semejantes festines.

57. VII. Entre los banquetes celebrados en Grecia, gozan de particular fama y sobresaliente renombre aquellos dos en los que Sócrates tomó parte; uno en la casa de Calías en ocasión del convite que éste dio para festejar la victoria de Antólico, que había recibido la corona triunfal; el otro en la casa de Agatón. Jenofonte y Platón, hombres que tanto por sus costumbres como por sus obras fueron filósofos, consideraron que estos banquetes eran dignos de recordación. Los describieron, en efecto, como hechos memorables, y con la esperanza de que la posteridad los tendría por modelos de cómo comportarse decorosamente en los banquetes.

58. Y sin embargo, aun estos ejemplos resultan irrisorios si se los compara con los de quienes entre nosotros han abrazado la vida contemplativa. En ambos están presentes los placeres, aunque el que describe Jenofonte está más cerca de lo que los hombres prefieren, habiendo en él tañedores de flauta, bailarines, prestidigitadores y algunos bufones muy envanecidos por sus chanzas y ocurrencias graciosas, así como otras cosas propias de expansiones más alegres aún.

59. El descrito por Platón céntrase casi enteramente en el placer, mas no solamente en el propio de hombres poseídos por la pasión por mujeres, o de mujeres dominadas por el amor a hombres, pasiones éstas que al fin y al cabo constituyen un tributo a las leyes de la naturaleza, sino en el de hombres apasionados por personas de sexo masculino diferentes de ellos sólo en la edad; y ciertamente, si aparece alguna que otra elegante referencia al celestial Eros y a la celeste Afrodita, resulta ser un recurso para alardes de ingenio.

60. Porque la mayor parte de la descripción está dedicada al amor vulgar que cultiva la multitud, amor que destruye el valor, la verdad más provechosa tanto en tiempo de guerra como en tiempo de paz; amor que engendra en las almas la enfermedad de la pérdida de la virilidad, convirtiendo en andróginos a aquellos que hubieran debido ser ejercitados en todas aquellas prácticas que generan vigor.

61. Tal vicio, que mancilla la infantil edad, asignándoles a los niños la condición y papel de la mujer deseada, daña también a los que los hacen objetos de sus deseos en tres cosas sumamente esenciales: el cuerpo, el alma y el patrimonio. Es que forzosamente la inteligencia del pederasta queda pendiente de tales amores, con ojos solamente para éstos, cegado para todos los demás asuntos privados y públicos; y su cuerpo resulta agotado por la concupiscencia, sobre todo si fracasa en su propósito; en tanto que su patrimonio mengua por dos razones: por su descuido y los gastos hechos para aquel a quien ama.

62. Y a la par de estos males se origina otro mayor que afecta a todo el país: ellos provocan la

despoblación de las ciudades, la escasez de hombres de la mejor especie, la esterilidad y la falta de hijos, pues imitan a los inexpertos en agricultura, al sembrar tierras salitrosas o terrenos pedregosos y rocosos, que no sólo carecen de condiciones naturales para la germinación sino arruinan las simientes depositadas en su seno; en vez de hacerlo en la tierra fértil del llano.

63. Están, además,[38] las invenciones de las leyendas y los seres de dos cuerpos, que, habiendo sido creados originalmente unidos uno con otro mediante fuerzas unificadoras, luego fueron separados como si se tratara de partes que están unidas ocasionalmente y cuyo vínculo de unión se ha diluido. Mas no me ocuparé de ellas, pues, aunque todas estas cosas son atractivas y capaces, por lo novedoso de la invención, de atrapar a los oídos, los discípulos de Moisés, que han aprendido desde sus primeros años a amar la verdad con muy superior criterio, las desprecian y se mantienen libres de su engaño.

[38] Es decir, *en el banquete recordado por Platón se refirieron también a...* Ver Platón, Simposio 189 e - 191c.

64. VIII. Pero, puesto que estos banquetes célebres están llenos de tal suerte de necedades y llevan en sí mismos su reprobación, siempre que no tienda uno a dar crédito a las meras opiniones y a la fama divulgada sobre ellos, según la cual fueron modelos de corrección; yo señalaré el contraste entre ellos y los banquetes de los que han consagrado su propia vida y sus personas a la ciencia y la contemplación de las cosas de la naturaleza conforme con las sacratísimas prescripciones del profeta Moisés.

65. Ante todo, éstos se reúnen cada siete semanas,[39] porque sienten admiración no sólo por el número siete sino también por su cuadrado; pues saben que es el número casto y perpetuamente virgen. La reunión tiene lugar en la víspera de una muy grande fiesta, que ha sido asignada al número cincuenta, el más santo de los números y más vinculado a la naturaleza y resultante de elevar al cuadrado el triángulo rectángulo, triángulo que es el principio de la generación universal.[40]

[39] Resulta difícil determinar a qué festividad de las del calendario religioso judío se refiere. La indicación es precisa en el sentido de que no se trata de una fiesta anual sino renovada cada siete períodos de siete días. ¿Se tratará de una fiesta particular de los terapeutas, la fiesta mayor —por oposición a la de cada semana— o fiesta común?

[40] Los lados del triángulo rectángulo base logrado son 3, 4 y 5, y $3^2 + 4^2 + 5^2 = 50$. Ver Sobre *las leyes particulares* II, 176 y *Vida de Moisés* II, 80. Acerca de las propiedades atribuidas al número 7 ver *Sobre la creación del mundo* 90 y ss.

66. Pues bien, una vez que se han congregado vestidos de blanco, radiantes y a la vez con la seriedad más elevada, y antes de reclinarse en sus lechos de mesa, a una señal de un efemereuta,[41] que tal es el nombre que acostumbran dar a los encargados de tales servicios, puestos de pie en ordenada fila, de compuesta manera, y elevando hacia el cielo los ojos y las manos, aquellos porque han sido enseñados a fijar sus miradas en cosas dignas de contemplación, éstas porque están puras en cuanto a actos de lucro y no se manchan bajo ningún pretexto de actividades lucrativas, suplican a Dios que su banquete merezca aprobación y se desarrolle según Su voluntad.

[41] Seguramente un miembro de la comunidad encargado de servicios como éste con exclusión de cualquier función directriz.

67. Concluida la plegaria, los de más edad se reclinan conforme con el orden de admisión en la comunidad, ya que no consideran ancianos a los que tienen muchos años y canas, a los que

juzgan totalmente niños aún si sólo tardíamente han llegado a amar el género de vida elegido; sino a los que desde sus primeros años han crecido y madurado en la parte contemplativa de la filosofía, que es la porción más elevada y divina de ésta. 68. Participan de la fiesta también mujeres, de las que la mayor parte son vírgenes ya de edad avanzada, que observan la castidad no por obligación, como ocurre en el caso de algunas sacerdotisas griegas, sino por voluntaria decisión, resultado del celo y ansia de sabiduría. Empeñadas en compartir con ella la vida, se han olvidado de los placeres vinculados al cuerpo, y sienten deseos no de vástagos mortales sino inmortales, hijos que únicamente un alma amada de Dios es capaz de engendrar y por sí sola,[42] ya que el Padre ha sembrado en ella rayos de naturaleza intelectual, gracias a los cuales podrá contemplar las doctrinas de la sabiduría.
[42] Es decir, sin participación de un sector masculino.

69. IX. Los reclinatorios de mesa están distribuidos de modo que quedan separados los de los hombres a la derecha y los de las mujeres a la izquierda. Y nadie piense que están provistos de cobertores que, aunque no fueran costosos, serían demasiado muelles para personas de noble condición, virtuosas y entregadas a la práctica de la filosofía; porque se trata de lechos de tabla hechos de madera harto común, recubiertos por una cobertura por demás ordinaria de papiro del país, con una pequeña elevación en la parte de los codos para apoyarse. Y así, mientras por una parte atenúan el rigor de las normas espartanas,[43] por otra siempre y en todas partes están determinados a adaptarse a todo sacrificio, como es propio de los hombres libres, y rechazan con toda energía los atractivos del placer.
[43] ¿Lo dice porque los lechos de mesa de Esparta carecían de esta pequeña comodidad?

70. No son servidos por esclavos, pues entienden que la posesión de sirvientes es totalmente contraria a la naturaleza, la que ha hecho que todos los hombres nazcan libres sin excepción; aunque las injusticias y ambiciones de algunos que persiguen esa fuente de males que es la desigualdad hayan impuesto su yugo y entregado a los más poderosos el poder sobre los más débiles.

71. En este sagrado banquete no hay, repito, esclavo alguno, y los servicios están a cargo de hombres libres que cumplen los menesteres domésticos no forzados a ello ni aguardando órdenes, sino con voluntaria determinación, anticipándose a las indicaciones con diligencia y prontitud.

72. Es que para tales oficios no han sido colocados cualesquiera hombres libres sino los jóvenes de la comunidad escogidos con todo cuidado entre los adornados de mejores cualidades, de la manera como deben hacerlo personas virtuosas y de noble condición, que tienden a la cúspide misma de la virtud. Éstos prestan sus servicios con emulación y placer, como los hijos verdaderos lo hacen con sus padres y madres, teniendo a los otros por padres comunes, más vinculados aún a ellos que los padres por la sangre, porque para los que bien disciernen nada une más estrechamente que las nobles cualidades. Entran sin nada que les ciña la cintura y con las túnicas libremente caídas a fin de no llevar puesto nada que por su forma denote esclavitud.

73. A este banquete, y sé que algunos se reirán al oírme, pero se reirán los que se entregan a cosas que merecen llorarse y lamentarse, a este banquete, digo, no se lleva vino en esos días, sino agua clarísima, fría para la mayoría, caliente para los ancianos en estado delicado. Además la mesa permanece pura de seres con sangre [44] y el alimento que hay sobre ella se reduce a panes condimentados con sal, a los que a veces se sazonan con hisopo como un condimento más a título de concesión a los paladares más refinados.

[44] Es decir, de carne de animales.

74. Es que la recta razón así como prescribe a los sacerdotes estar sobrios al realizar los sacrificios, también prescribe a éstos estarlo en la vida toda, puesto que el vino es la droga que produce insensatez y los costosos manjares excitan lo más insaciable que hay en las creaturas, la concupiscencia.

75. X. Estos son los preliminares del banquete. Pero una vez que los considerados se han reclinado en el orden que he indicado, y ya los servidores están colocados en orden, listos para el servicio, se hace un silencio profundo, total. Claro que alguien podría decir: ¿Y cuándo no hay silencio entre ellos? Pero en esa ocasión es aún mayor que el anterior, al punto de que persona alguna osa dejar oír un murmullo o respirar con demasiada fuerza. Entonces el que preside la comunidad indaga sobre algún punto de las santas escrituras o esclarece alguna dificultad propuesta por otro, sin preocuparse en absoluto por efectos oratorios, que no es la reputación por la destreza en forjar discursos el objeto que persigue; y deseoso sólo de adquirir una visión más exacta sobre ciertos puntos, y una vez adquirida, no escatimársela a aquellos que, si bien no tan agudos de visión como él, al menos tienen parecido anhelo por aprender.

76. En su enseñanza se toma todo el tiempo necesario, explayándose largamente, prolongándola con las reiteraciones y grabando así en las almas los pensamientos: que si las explicaciones se eslabonan de mucha prisa y sin respiro, la inteligencia de los que escuchan, incapaz de ir a la par de ellos, quédase rezagada y malograse la aprehensión de las ideas.

77. Los asistentes escuchan con los oídos atentos, los ojos fijos en él y permaneciendo en todo momento en una justa e idéntica postura, demostrando con inclinaciones de la cabeza y las miradas que han comprendido y aprendido; con una sonrisa y un ligero cambio en el rostro, que aprueban al que habla; y con un más suave movimiento de la cabeza y con el dedo índice de la mano derecha, que no entienden algo. Y no menos que los que están en los lechos atienden los jóvenes que están de pie.

78. Las explicaciones de las sagradas escrituras tienen lugar desentrañando el oculto pensamiento que contienen las alegorías. Porque estos hombres opinan que toda, la legislación aseméjase a un ser viviente cuyo cuerpo está constituido por las prescripciones literales, y el alma por la invisible inteligencia subyacente en las palabras; inteligencia en la que el alma racional comienza a contemplar de un modo diferente las cosas que le son familiares,[45] observando, reflejadas a través de las palabras como a través de un espejo, las extraordinarias bellezas de las ideas, descorriendo el velo que ocultaba los símbolos y descubriéndolos, sacando a plena luz desnudos los pensamientos para aquellos que pueden, a partir de una pequeña sugerencia reflexionar sobre las cosas invisibles a través de las visibles.
[45] Es decir, a revisar las conclusiones que hasta entonces le sugería la interpretación literal.

79. Cuando el que preside entiende que ha discurrido ya la suficiente y que conforme con el propósito perseguido han sida alcanzados con acierto los objetivos, por él a través de su exposición y por los otros a través de lo escuchado, sobreviene un aplauso general, que hace patente el regocijo ante la perspectiva de lo que seguirá.

80. Entonces el presidente se pone de pie y canta un himno compuesto como una invocación a Dios o bien uno nuevo del que él mismo es autor, o bien una viejo de los antiguos autores, pues estos les han legado cánticos en variados metros y melodías, hexámetros y trímetros

yámbicos, himnos para procesiones, para las libaciones y para ser cantados ante el altar, y estátimos corales[46] de medidas apropiadamente dispuestas para las variadas evoluciones. Después de él cantan también los demás en el turno correspondiente, según el orden establecido, mientras todos escuchan con gran silencio, excepto cuando corresponde cantar los terminales [47] y estribillos, ya que entonces todos, hombres y mujeres, elevan sus voces.

[46] En la tragedia griega eran cantos que el coro cantaba entre dos episodios, generalmente con acompañamiento de danza.

[47] Tal vez los aleluias o el amén.

81. Una vez que cada uno ha terminado su himno,, los jóvenes introducen la mesa mencionada un poco más arriba, sobre la cual está colocado el santísimo alimento consistente en pan amasado con levadura sazonado con sal mezclada con hisopo. Esto encierra un gesto de respeto hacia la mesa colocada en el sagrado vestíbulo del templo, pues sobre ésta hay panes y sales sin condimento, los panes ácimos y las sales sin mezcla.[48]

[48] Ver *Vida de Moisés* II, 104.

82. Porque correspondía que los alimentos más puros y simples fueran asignados a la clase superior de los sacerdotes como premio por su servicio, y que los demás aspirasen a alimentos semejantes, pero se abstuviesen de buscarlos idénticos, a fin de que los de más jerarquía tuviesen un privilegio.

83. XI. Después de la comida tienen la santa vigilia; vigilia que se cumple de la siguiente manera. Pónense todos de pie juntos y se forman primero dos coros en el centro de la sala del convite, uno de hombres y otro de mujeres. Se escoge por jefe y director de uno y de otro coro al de más prestigio y de mayores dotes para la música.

84. Luego cantan himnos a Dios compuestos en muchos metros y melodías, unas veces cantando juntos todos, otras alternándose con armonías antifonales; y marcando el tiempo con las manos y los pies como acompañamiento [49] y ejecutando poseídos de divina inspiración ora los cantos de procesión, ora los estásimos, bien las estrofas bien las antiestrofas de las danzas de coros.

[49] Traducción conjetural de los verbos *epikheironomein y eporkheísthai,* que tal vez admitirían otras traducciones más precisas, pero imposibles de determinar con certeza.

85. Entonces, una vez que cada uno de los dos coros ha realizado separadamente su propia parte en el festín, bebiendo, como en las fiestas báquicas, el vino puro del amor divino, mézclanse ambos coros y de dos conviértense en uno, imitando al formado en remotos tiempos junto al Mar Rojo a causa de las maravillas que allí habían tenido lugar.

86. Un mandato de Dios, en efecto, convierte el mar en causa de salvación para unos y en origen de total ruina para otros; porque dividido en dos, se retiró ante violentas fuerzas que lo obligaban a retroceder y de una y otra parte quedaron fijas las aguas como dos muros enfrentados, en tanto que el espacio así abierto se extendía como una amplia ruta completamente seca, a través de la cual el pueblo encaminándose hacia las partes altas, marchó a pie firme hasta la opuesta del territorio. Pero cuando el mar lanzándose en un movimiento de reflujo, se volcó desde una y otra parte sobre el suelo convertido en tierra firme, los enemigos que lo perseguían quedaron sumergidos y perecieron.

87. Y habiendo contemplado y vivido tales cosas, hombres y mujeres a la par, poseídos de divino fervor, formaron un solo coro, y cantaron himnos de acción de gracias a Dios, su

salvador, dirigiendo a los hombres el profeta Moisés y a las mujeres la profetiza María.

88. El coro de los terapeutas y terapeutrides, imitación fidelísima de aquel, combinando en cantos que se complementan y responden la voz grave de los hombres con la voz aguda de las mujeres, produce un concierto armonioso y realmente musical. Hermosísimos son los pensamientos, hermosísimas las palabras, y majestuosos los miembros del coro, y la meta de los pensamientos, las palabras y los miembros del coro es la piedad.

89. De ese modo, embriagados con esta noble embriaguez, continúan hasta el amanecer sin que la cabeza les pese ni los ojos se les cierren sino bien despiertos, más aún que cuando se congregaron para el banquete, Y entonces con todo el cuerpo dando frente al oriente, cuando ven que asoma el sol, elevando las manos hacia el cielo suplican tener una feliz jornada y alcanzar la verdad y la clarividencia en su razonamiento. Y después de las plegarias todos se retiran hacia los santuarios privados, para practicar y cultivar de nuevo la filosofía que les es familiar.

90. Todas estas cosas se refieren a los terapeutas, es decir, a aquellos que han abrazado con amor la contemplación de la naturaleza y de cuanto ella contiene; que viven solo para el alma, como ciudadanos del cielo y del mundo, unidos legítimamente al Padre y Hacedor del universo por obra de la virtud, la que les ha procurado la más apropiada de las prerrogativas, la amistad de Dios, don superior a toda prosperidad y que alcanza la cumbre misma de la felicidad.

SOBRE LA INDESTRUCTIBILIDAD DEL MUNDO

(DE AETERNITATE MUNDI)

1. I. Si es cosa buena el invocar a Dios cada vez que uno aborda algún asunto obscuro e importante, ya que Él es el creador y es bueno, y nada Le resulta obscuro pues Le pertenece el exactísimo conocimiento de todas las cosas; esta invocación es sobremanera necesaria cuando la investigación versa sobre la indestructibilidad del mundo, por cuanto nada hay en el orden sensible más completo que el mundo, ni nada hay en el orden de lo aprehensible por la inteligencia más perfecto que Dios; y la inteligencia siempre es soberana de la sensibilidad tal como lo aprehensible solo por la inteligencia es soberano de lo sensible. Y aquellos en quienes el amor por la verdad está arraigado en .alto grado tienen por norma recurrir al Soberano y Gobernante para satisfacer sus deseos de información acerca los súbditos.

2. Si, pues, instruidos en las doctrinas de la sabiduría, la templanza y cada una de las virtudes, hubiéramos los hombres arrancado de nosotros los oprobios que proceden de las pasiones y defectos morales, tal vez Dios no hubiera rehusado enseñar a almas completamente purificadas, limpias y brillantes el conocimiento acerca de las cosas celestiales o a través de sueños o por medio de oráculos o mediante signos y maravillas. Mas, puesto que llevamos en nosotros las marcas de la insensatez, de la injusticia y de los otros vicios, debemos darnos por contentos si, amasando conjeturas verosímiles, a través de ellas damos con algo que se asemeje a la verdad.

3. II. Ahora bien, como los términos "destrucción" y "mundo" se emplean en muchos sentidos, no estará de más que comencemos nuestra indagación acerca de si el mundo es destructible examinando lo que a estos nombres concierne, a fin de determinar en cuál de sus sentidos están tomados en este caso. Con todo no es preciso que pasemos revista a todos esos significados, sino solo a aquellos que son útiles para la presente enseñanza.

4. Pues bien, en uno de sus sentidos "mundo" significa el sistema formado por el cielo y los astros, incluida la tierra y los seres animados y vegetales que ella contiene; pero en una segunda acepción significa el cielo solamente. A éste se refería Anaxágoras cuando en respuesta a quien le había preguntado por qué motivo se fatigaba pasando toda la noche a la intemperie, le dijo: "Para contemplar el mundo",[1] significando por tal los movimientos conjuntos y las revoluciones de los astros. Un tercer significado, según lo entienden los estoicos, es una sustancia, ordenada o no, que perdura hasta la conflagración,[2] y cuyo movimiento, dicen, es medido por el tiempo.[3] Nuestro presente examen se refiere al mundo tomado en el primero de estos sentidos, el mundo compuesto del cielo y la tierra y los seres vivientes que hay en ellos.[4]

[1] Téngase presente que el término griego *kósmos,* que traduzco corrientemente por *mundo,* significa primordialmente *orden. "* Conflagración universal.

[3] Ver *Sobre la creación del mundo,* 26, Diógenes Laercio Vil, 141, y los parágrafos 52 y 55 del presente tratado.

[4] Los astros son considerados seres vivientes.

5. En cuanto al término "destrucción", uno de los significados es el de "cambio hacia lo peor", otro el de "completa eliminación de la existencia", cosa que, forzoso es decirlo, no cabe que suceda, ya que, así como del no ser nada llega a ser, tampoco nada se destruye en el no ser; porque "de lo que no existe es imposible que algo llegue a existir; y que lo que existe perezca completamente es cosa imposible y nunca oída [5] y como dice el poeta trágico,[6] "nada perece

de cuanto ha llegado a la existencia, sino dispersándose unas partes hacia un lado, otras hacia otro, muestran la otra forma".
[5] Fragmento de Empédocles.
[6] Eurípides.

6. Nada hay, ciertamente, tan insensato como plantear el problema de si el mundo se corrompe en el no ser. La cuestión es si admite la transformación a partir de su ordenada estructura actual con sus variadas formas de elementos y combinaciones, o bien disolviéndose en una única y misma forma, o reduciéndose, como las cosas que se trituran o facturan, a una completa confusión.

7. III. Tres son los puntos de vista respecto de nuestro problema: el de los que afirman que el mundo es eterno, increado e imperecedero; el de quienes, por el contrario, sostienen que es creado y destructible, y el de los que sacando algo de uno y de otro: de estos últimos que ha sido creado, y de los primeros la indestructibilidad, nos han legado una opinión mixta, juzgando que el mundo es creado e indestructible.

8. Demócrito, en efecto, Epicuro y la gran masa de los filósofos del estoicismo sostienen la creación e indestructibilidad del mundo, aunque concebidas de diferentes maneras. Así, los primeros postulan la pluralidad de mundos, cuyo origen atribuyen a encuentros recíprocos y entrelazamientos de átomos, cuya destrucción explican por las resistencias y choques entre las entidades así creadas. Los estoicos, en cambio, admiten un solo mundo y que Dios es la causa de su creación mas no de su destrucción, que se debería, según ellos, a la fuerza de un fuego incesante que yace en los seres y al cabo de largos períodos de tiempo disuelve todas las cosas en sí mismas, para ser a su vez punto de partida y base para una nueva creación del mundo gracias a la previsión del Artífice.

9. Según las opiniones de éstos es posible decir que el mundo es, por una parte, eterno y por otra destructible; destructible en cuanto a que se lo reconstruye, eterno en cuanto a que le confieren la inmortalidad nuevas creaciones y ciclos que jamás cesan.

10. Pero Aristóteles, seguramente movido por sentimientos de piedad religiosa, ha dicho que el mundo es increado e indestructible, y ha denunciado el tremendo ateísmo de quienes sostienen lo contrario y piensan que en nada difiere de los ídolos hechos por el hombre de este tan inmenso dios visible, que encierra el sol, la luna y lo que bien podríamos llamar panteón de los astros errantes y fijos.

11. Y cuentan que en tono de incisiva crítica, decía que en otro tiempo había sentido temores de que su casa resultara destruida o por violentos vientos o por el pasar del tiempo o por descuido del cuidado correspondiente; pero que al presente pesaba sobre él un temor mayor aún originado por los que con su palabra destruyen el mundo entero.

12. Algunos dicen que el autor de esta doctrina no fue Aristóteles sino algunos de los pitagóricos. Y yo he leído un escrito del lucanio Ocelo [7] titulado "Sobre la naturaleza del universo", en el que no solo se expone que el mundo es increado e indestructible sino además se demuestra esto mediante pruebas.
[7] Pitagórico tardío. La obra mencionada por Filón, que se conserva, es del siglo I o II a. C.

13. IV. Afírmase que la creación y la indestructibilidad son demostradas por Platón en el Timeo [8] en la descripción de la gran asamblea de los dioses, en la que el de mayor jerarquía y

soberano dice a los dioses más jóvenes: "Dioses nacidos de dioses, las obras de las que yo soy artífice y padre son indisolubles a menos que yo lo quiera de otro modo. Todo, pues, lo que está atado puede ser desatado, pero querer que se diluya lo que ha sido armoniosamente unido y está bien constituido es deseo propio de un malvado. Por eso, puesto que también vosotros sois seres creados, no sois inmortales ni indisolubles en absoluto; sin que, empero, vayáis a ser disueltos ni haya de caberos la muerte como destino, pues os ha tocado por voluntad mía un lazo superior y más seguro que a aquellos con los que fuisteis atados cuando fuisteis engendrados".
[8] Timeo 41 a.

14. Algunos con demasiada sutileza razonan que cuando Platón sostiene que el mundo es creado, no lo dice en el sentido de que haya tenido un momento inicial de su existencia, sino en el de que, si fue creado, no pudo ser formado de otra manera que la descripta; en otras palabras, que lo afirma porque todos vemos que sus partes llegan a la existencia y experimentan cambios.

15. Pero más pertinente y más próximo a la verdad es el punto de vista antes mencionado, en primer lugar porque a través de todo el tratado [9] llama a aquel Formador de los dioses padre, hacedor y artífice y a este mundo obra e hijo; copia sensible de un modelo y arquetipo aprehensible por la inteligencia en la que están contenidos tantos objetos sensibles cuantos aprehensibles intelectualmente se dan en el otro; e impresión perfectísima destinada a la sensibilidad procedente [10] de una inteligencia también perfectísima.
[9] Refiérese al Timeo.
[10] El texto griego se presta aquí a conjeturas sobre su verdadero sentido. Me he inclinado por esta variante, que sigue el criterio de Bernays, porque en el contexto el autor quiere destacar que el mundo procede de algo anterior, vale decir, que su existencia tiene un origen o que fue creado a partir de o por algo.

16. Y lo es también porque este punto de vista de Platón ha sido atestiguado por Aristóteles quien no puede haber mentido pues sentía un gran respecto por la filosofía, y porque nadie puede dar testimonio más digno de fe sobre el maestro que un discípulo, y en particular un discípulo como éste, que no encaraba la instrucción como una cosa secundaria con frivola despreocupación, sino seriamente preocupado por avanzar más allá de los descubrimientos de los antiguos y abrió nuevas perspectivas en cada una de las partes de la filosofía merced a ciertos nuevos y fundamentalísimos hallazgos.

17. V. Algunos creen que el padre de esta doctrina platónica es el poeta Hesíodo, pues piensan que lo de que el mundo es creado y destructible es afirmado por éste; que es creado, porque dice: "Antes de todo existió el caos, y a continuación la tierra de dilatado seno, segura morada de todas las cosas siempre",[11] e indestructible, porque no ha mencionado la disolución o la destrucción de él.
[11] Hesíodo, Teogonia 116 y 117.

18. Aristóteles piensa[12] que el caos es un lugar por cuanto es forzoso que lo que ha de recibir a un cuerpo exista antes que éste;[13] pero algunos de los estoicos, pensando que el nombre "caos" deriva del hecho de verterse,[14] opinan que es el agua. Pero sea una u otra cosa. Hesíodo expresa muy claramente que el mundo es lo creado.
[12] Aristóteles, Física IV, I, 208 b 29.
[13] El razonamiento es este: Hesíodo dice que antes de todas las cosas sólo existía el caos; es forzoso que antes de existir algo exista el lugar o espacio para contenerlo cuando ese algo

llegue a existir; luego, el caos es un lugar o espacio.
[14] *Khaos* derivaría de *Klysis = acción de derramar (se)* o *verter (se), difusión* según otra de las peregrinas etimologías antiguas.

19. Pero mucho tiempo antes el legislador de los judíos Moisés afirmó en los sagrados libros que el mundo es creado e indestructible. Dichos libros son cinco, y tituló Génesis, al primero, que comienza de la siguiente manera: "En el principio hizo Dios el cielo y la tierra, y la tierra era invisible y sin forma".[15] Y más adelante, mientras prosigue con los argumentos de su relato señala nuevamente que los días y las noches, las estaciones y los años, y la luna y el sol, que recibieron la natural función de medir el tiempo, juntamente con el cielo todo habiéndoles cabido un destino inmortal continúan indestructibles.[16]
[15] Gen. I, 2.
[16] Referencias al contenido de Gen. VIII, 22.

20. Por respeto a este dios visible [17] hemos de poner en orden los argumentos que intentan demostrar que es increado e indestructible, con lo que nuestro comienzo será el apropiado. En todas las cosas sujetas a la destrucción, dos son las causas principales de esa destrucción: una interna, la otra exterior. Por ejemplo, es posible comprobar cómo el hierro, el bronce y la;-demás sustancias de este tipo se desvanecen por sí mismos, cuando avanzando sobre ellos, al modo de una reptante enfermedad, el herrumbre los devora; y cómo intervienen agentes exteriores cuando al incendiarse una casa o una ciudad, también ellos son envueltos por las llamas y se disuelven a causa del violento impulso del fuego. Lo mismo sucede con los seres vivientes: sobreviéneles la muerte o por enfermedades que proceden de sí mismos o por causas externas cuando son o degollados o lapidados o quemados o sufren el impuro castigo de la horca.
[17] Es decir, el mundo. Desde este punto comienza Filón a exponer opiniones y argumentos ajenos respecto de si el mundo es o no creado y de si es o no destructible.

21. Y también el mundo, si es destruido, por fuerza será destruido o por alguna fuerza exterior o por alguna de las que el mismo contiene. Pero uno y otro caso son imposibles, porque nada hay fuera del mundo ya que se ha recurrido a todas las cosas para contribuir a llenarlo conjuntamente. Así, en efecto, será uno solo, total y no envejecerá. Uno solo, porque, si hubieran sido dejadas fuera de él algunas cosas, hubiera llegado a existir otro similar al que ahora existe; total, porque absolutamente toda la sustancia está empleada en él; y libre de la vejez y la enfermedad porque si los cuerpos son presa de enfermedades o de la vejez es porque sucumben bajo los poderosos embates que desde fuera lanzan sobre ellos el calor, el frío y los otros opuestos; pero ninguna de esas fuerzas puede escapar del mundo para retornar luego y atacarlo, ya que todas ellas están enteramente encerradas dentro de él y ninguna parte de ellas se aparta de allí, y si algo existe fuera no puede ser sino un vacío, una naturaleza insensible, a la que le es imposible el operar tanto pasiva como activamente.

22. Y tampoco será disuelto por ninguna causa de las existentes en el; en primer lugar, porque esa parte habrá de ser más grande y más poderosa que el todo, lo cual es totalmente absurdo, ya que el mundo empleando una fuerza imposible de sobrepasar conduce todas las partes sin ser conducido por ninguna de ellas. En segundo lugar, porque como las causas de destrucción son dos, la interior y la exterior, las cosas que pueden recibir los efectos de una, también son plenamente receptoras respecto de la otra.

23. La prueba es que un buey, un caballo, un hombre y los demás seres vivientes semejantes, como está en su naturaleza el ser matados por un arma de hierro, también perecerán a causa

de una enfermedad, porque es difícil o más bien imposible, hallar que un ser que esté por naturaleza sujeto a la destrucción por obra de la causa exterior, esté libre completamente de la ruina procedente de la interna.

24. Por lo tanto, puesto que ha quedado en claro que el mundo no habrá de ser destruido por ninguna cosa exterior, por no quedar nada en absoluto fuera de él, tampoco lo será por algo interno, pues, según lo demostrado en la argumentación precedente, lo que es destruible por una de las causas, también resulta sujeto a los efectos de la otra.[18]
[18] Como en muchas otras argumentaciones. Filón olvida aquí la diferencia lógica entre juicios contrarios y contradictorios respecto del tercero excluido.

25. VI. También en el Timeo aparecen los siguientes testimonios de que el mundo está al abrigo de toda enfermedad y de toda futura destrucción.[19] "En la organización del mundo está empleada la única totalidad de cada uno de los cuatro elementos, ya que quien lo organizó lo formó echando mana a todo el fuego, el agua, el aire y la tierra, sin dejar fuera parte ni cualidad alguna de ninguno de ellos con los siguientes propósitos.
[19] Timeo 32 c.

26. Primero, para que pudiera ser un ser viviente completo al máximo, perfecto y formado por partes perfectas; además para que pudiera ser único, al no quedar cosa alguna de la que pudiera llegar a existir otro de esta clase; y además para que estuviera libre de vejez y enfermedad, pues bien sabía él que a un cuerpo compuesto el calor, el frío y todas aquellas cosas que poseen fuertes poderes que lo rodean desde fuera e inciden sobre él inoportuna o inadecuadamente, lo disuelven[20] y, precipitando sobre él la vejez y la enfermedad, lo hacen perecer. Por esta causa y estas razones Dios lo fabricó completo, mediante la totalidad de todas las cosas, perfecto y libre de vejez y de enfermedad".
[20] He adoptado del texto original del diálogo *lyei = disuelve, desintegra* por *lypei = aflige* que aparece en la presente cita de Filón.

27. Téngase lo que precede por testimonio sacado de Platón sobre la indestructibilidad del mundo; por natural consecuencia se sigue que es increado; porque, así como la disolución acompaña necesariamente a lo creado, la indestructibilidad es condición necesaria de lo increado. El autor del trímetro que dice: "Todo lo que nace debe morir" [21] no parece estar desacertado, pues ha comprendido la necesaria relación causal entre nacimiento y destrucción.
[21] Autor desconocido.

28. El asunto puede enfocarse de esta otra manera. Todas las cosas compuestas que se destruyen, experimentan una disolución en aquellos elementos de los que fueron compuestos; y por lo tanto la disolución de algo no es sino el retorno hacia la natural condición de cada cosa, de modo que, a la inversa, la composición fuerza a los elementos componentes a permanecer en una condición antinatural. La absoluta verdad de esto aparece evidenciada de la manera siguiente.

29. Los hombres somos una combinación de los cuatro elementos, que constituyen la totalidad del universo, o sea, la tierra, el agua, el aire y el fuego, de los cuales hemos tomado en préstamo pequeñas porciones. Pero las porciones combinadas han quedado privadas de su natural posición, habiendo sido el elemento caliente cuya tendencia es elevarse arrojado hacia abajo; y resultando la sustancia terrestre y de naturaleza pesada, aligerada con lo que ha trocado la suya por una posición superior, posición que la más terrestre de las partes de nuestro ser, la cabeza,[22] ha ocupado.

[22] Resulta extraño el calificativo de la *parte más terrestre de nuestro ser* aplicado a la cabeza, por lo que se ha pensado en un error de los manuscritos y propuesto una más o menos aceptable corrección en el texto, el que quedaría así: "la porción más terrestre de nuestro ser se ha situado en la cabeza".

30. Pero la atadura que tiene su origen en la violencia es la más ruin de todas las prisiones y de muy corta duración. Bastante rápido, en efecto, es rota por los elementos prisioneros, puesto que estos se rebelan acuciados por el intenso deseo de su movimiento natural, hacia el cual con toda premura parten. Porque, según el poeta trágico, "lo que de la tierra nació tiende a retornar hacia la tierra; lo que es fruto de la etérea estirpe marcha de nuevo hacia la celeste bóveda, nada perece de cuanto ha llegado a la existencia, sino, dispersándose unas partes hacia un lado otras hacia otro, muestran su propia forma".[23]

[23] Cinco versos de la tragedia Crisipo, de Eurípides. Los tres últimos están citados también en el parágrafo 5, sólo que allí dice "otra" en vez de "propia", y en el parágrafo 144.

31. Pues bien, la ley registrada para regir sobre todas las cosas que están sujetas a destrucción es la siguiente: Cuando las cosas reunidas en la combinación, han tomado a cambio de su orden natural un estado de desorden y han trocado su lugar por lugares contrarios, de modo que en cierto modo parecen vivir en un país extraño: se separan cuando retornan hacia la condición propia de su naturaleza.

32. VII Sin embargo, en el mundo nada existe del desorden que se da en los compuestos mencionados. Porque observemos que, si se destruyen sus partes, no puede ser sino porque cada una de ellas está situada en una posición contraria a su naturaleza; y pensar tal cosa es una irreverencia. Todas las partes del mundo, en efecto, han recibido la más excelente colocación y una posición apropiada; de manera que, disfrutando cada una de ellas del lugar asignado, como si se tratara de su propia patria, no busque cambiarlo por el mejor.

33. Por eso a la tierra se le ha asignado el lugar más central, y hacia ella descienden todas las cosas terrestres aun si se las arroja hacia lo alto; lo cual es señal de que se trata de la región que le es natural, puesto que se halla en posesión de su lugar propio cualquier cosa que no ha sido conducida allí por la fuerza y allí permanece tranquila. El agua esta derramada sobre la tierra, el aire y el fuego se extienden desde la posición intermedia hasta la alta, habiéndole correspondido al aire la porción entre el agua y el fuego, y al fuego la más elevada. Por eso, aun cuando tomes una antorcha y la bajes hacia la tierra, la llama no por eso dejará menos de oponerse y de lanzarse hacia arriba aligerándose a sí misma en procura del movimiento natural del fuego.

34. Si, pues, en los otros seres vivientes el orden contra natura es causa de destrucción; y en el caso del mundo cada una de las partes está situada conforme con su naturaleza, pues le ha sido asignada la zona que le es propia, está justificado el decir que el mundo es incorruptible.[24]

[24] Porque la composición antinatural es la única causa de destrucción, sepñn parece sentarlo nuestro autor al comienzo del parágrafo 28.

35. Otro punto evidente para cualquiera es el siguiente: la naturaleza de cada cosa es quien tiene a su cargo preservar, hacer perdurar y si ello es posible, inmortalizar cada una de las cosas de las que es naturaleza. La que se da en los árboles hace eso con los árboles, la que se da en los animales lo hace con cada uno de los animales.

36. Pero la naturaleza de un ser particular es inevitablemente demasiado débil para conducirlo a la inmortalidad, dado que las privaciones, las llamas, el frío intenso y otras innumerables circunstancias que suelen conspirar contra él, lo atacan, lo trastornan, disuelven el lazo que lo mantenía unido y finalmente rompen la unidad. Pero si nada semejante acechara desde fuera, la naturaleza, en cuanto de ella depende, conservaría todas las cosas tanto grandes como pequeñas al abrigo de la vejez.

37. Necesariamente, pues, también la naturaleza del mundo desea la perduración del universo; ya que ella no es inferior a la naturaleza de las partes particulares, como para huir abandonando su puesto y forjando de esa manera la enfermedad en vez de la salud, y la destrucción en vez de la completa salvación; porque "su cabeza y su rostro sobrepasan a todas, y fácilmente se la reconoce aunque todas son hermosas".[25]
Pero, si esto es verdad, el mundo no experimentará la destrucción. ¿Por qué? Pues porque la naturaleza que lo mantiene unido es invencible en virtud del inmenso poder de su fuerza, y prevalece sobre todas las otras cosas que habrían de dañarlo aunque éstas operen todas juntas a la vez.
[25] Odisea IV, 107 y 108, donde el poeta se refiere a Leto y a las ninfas

38. Por eso, también Platón dice con razón: "Porque no salía ni entraba cosa alguna de parte alguna, en razón de que nada había, ya que el mismo es quien se proporciona su propia destrucción como alimento; y quien opera activa y pasivamente en sí y por sí por designio de su autor, como que quien lo construyó consideró que sería mejor que él se bastara a sí mismo y no que tuviera necesidad de otros".[26]
[26] Timeo 33 c y d.

39. VIII. Es también sumamente conveniente el siguiente razonamiento, que innumerables personas, me consta, tienen en gran estima por considerarlo exacto y absolutamente irrefutable. Porque supongamos que preguntan: ¿Qué motivo tendrá Dios para destruir el mundo? Pues será o para no crear ya mundos o para fabricar otro.

40. Ahora bien, el primer motivo nada tiene que ver con Dios, pues en Él no cabe sino cambiar el desorden en orden, nunca el orden en desorden.[27] En segundo lugar, porque si Dios cambiase de parecer ello implicaría que su alma experimenta un padecer y enfermedad, pues hubiera debido o no crear mundo alguno en absoluto o juzgar que Su obra es apropiada para Él y regocijarse con lo creado.
[27] Recuérdense las equivalencias *kósmos = orden = mundo;* por lo que el sentido de la expresión es: "cambiar el *no-mundo (no-kósmos, desorden)* en *mundo (kósmos, orden),* nunca el *mundo (kósmos, orden)* en *no-mundo (no-kósmos, desorden).*

41. El segundo motivo merece algo más que un breve examen, porque, si Dios construyere otro mundo para sustituir al actual, forzosamente el mundo entonces creado sería un producto o peor o igual o mejor que el que ahora existe, y ninguna de estas suposiciones está libre de objeciones. En efecto, si ese mundo es peor también lo es su forjador; pero las obras de Dios son irreprochables, y no admiten censura ni corrección, pues han sido forjadas con perfectísimo conocimiento y arte. Dicen,[28] en efecto: "Ni siquiera una mujer carece de inteligencia sensata en grado tal que prefiera lo peor a lo mejor". Y lo que a Dios corresponde es dar forma a lo amorfo, y cubrir las cosas más desagradables con maravillosas hermosuras.
[28] Fuente desconocida.

42. Si es igual al existente, el artífice habría perdido su tiempo, no haciendo sino lo que hacen

los niños totalmente infantiles, que muchas veces se divierten en las playas levantando montículos de arena y enseguida los derrumban de nuevo socavando sus bases con las manos.[29] Porque mucho mejor que fabricar un mundo igual es dejar en su lugar el ya creado al principio de una vez por todas, sin quitarle ni agregarle cosa alguna ni cambiarlo en mejor o en peor.

[29] Filón parafrasea la Ilíada XV, 262 y ss.

43. Y si llegase a crear un mundo mejor, en ese caso también el autor sería mejor; de modo que, cuando construía el primero, era imperfecto en cuanto a arte e inteligencia; lo cual no es lícito pensarlo siquiera. Porque Dios es igual y semejante a Sí mismo, y no admite ni decadencia hacia lo peor ni incremento hacia lo mejor. Esas son anomalías que les sobrevienen a los hombres, en cuya naturaleza va implícito el cambiar en uno u otro sentido, para bien o para mal, siendo normal en ellos el experimentar crecimientos, avances y mejoramientos y todos los procesos opuestos.

44. Además las obras de nosotros bien pueden ser corruptibles con toda razón por tratarse de obras de mortales, pero las de Aquel que es inmortal no cabe esperar sino que sean inmortales; pues es razonable pensar que las cosas producidas sean similares a la naturaleza dé quienes las producen.

45. IX. Además es sin duda claro para todos que, si fuera destruida la tierra, necesariamente perecerían los animales terrestres con la total extinción de las especies; y si fuera destruida el agua, eso ocurriría con los acuáticos; y si el aire o el fuego, perecerían los que cruzan el aire y los nacidos del fuego.[30]

[30] Ver *Sobre los gigantes,* 7, y *Sobre la obra de Noé como plantador,* 12

46. Análogamente, si fuere destruido el cielo, serían destruidos el sol y la luna, y perecerían también los otros planetas y también las estrellas fijas, es decir, la tan inmensa hueste de dioses visibles considerada feliz desde antiguo. Lo cual sería no otra cosa sino suponer que los dioses pueden ser destruidos, pues ello equivale a suponer que los hombres son inmortales; aunque, si se compara un despropósito con otro, tal vez se descubra, examinándolo bien, que el segundo es más razonable que el primero, puesto que cabe pensar que merced a una gracia Divina algo mortal alcance la inmortalidad, pero es imposible que los dioses pierdan su indestructibilidad, aunque pueda sostener tal cosa la delirante sabiduría humana.

47. Y en verdad, los que proponen teorías relativas a conflagraciones y nuevas creaciones del mundo y consideran y proclaman que los astros son dioses, no se avergüenzan de presentarlos como corruptibles en sus explicaciones. Porque deberían o declarar que son masas de metal inflamado, como hacen algunos de los que dicen tonterías acerca del cielo todo, como si hablaran de una prisión, [31] o, si los consideran divinas y felices naturalezas, reconocerles la incorruptibilidad que es propia de dioses. Pero, tal como proceden, tan errados están respecto de la verdadera doctrina, que no se dan cuenta de que al atribuir la destrucción también a la providencia, que es el alma del mundo, están razonando de manera incoherente.

[31] Filón alude aquí al hierro candente empleado en las prisiones para las torturas. Ver al respecto *Sobre los sueños* I, 22.

48. Crisipo, por ejemplo, el de mayor reputación entre ellos, en su tratado "Sobre el crecimiento" expresa monstruosidades como esta. Partiendo de que es imposible que dos características individuales se apliquen a la misma sustancia, dice: "Tomemos un ejemplo;

supon que un hombre tiene todos sus miembros y otro todos menos uno de sus pies; y que el que posee todos sus miembros se llama Dion en tanto que el nombre del que tiene el defecto es Teón; y luego Dion pierde uno de sus dos pies. Pues bien, si se nos preguntara cuál de los dos ha sufrido una destrucción, lo más acertado es afirmar que Teón".

49. Esto sabe más a paradoja que a verdad, porque, ¿cómo aceptar que el que ha sufrido una pérdida es Teón, que en realidad no ha sufrido amputación de parte alguna; y que Dion, cuyo pie ha sido amputado, no ha experimentado destrucción alguna? "Pues eso es lo correcto", dice él, "porque Dion, el del pie amputado, se ha desplazado hacia la incompleta sustancia de Teón. Dos características individuantes no pueden aplicarse al mismo sujeto, y en consecuencia no puede ser sino Dion el que se conserva y Teón el que ha sufrido una destrucción".
"No otros sino las alas de ellos mismos los hacen sucumbir",[32] dice el poeta trágico. Y en efecto, reproduciendo este tipo de argumento y aplicándolo al mundo entero, cualquiera demostrará clarísimamente que también la providencia está sujeta a destrucción.
[32] Fragmento de Los Mirmidones, de Esquilo.

50. Examínalo de la siguiente manera. Supongamos que Dion es el mundo, pues éste es perfecto; y que Teón es el alma del mundo, pues la parte es inferior al todo, y amputemos, tal como a Dion el pie, al mundo toda la parte corporal.

51. En consecuencia, es preciso decir que el mundo, aunque ha sido privado del cuerpo, no ha sufrido destrucción alguna, tal como no la sufre Dion, el pie del amputado; y que quien la ha sufrido es el alma del mundo, como Teón, el que no experimentó modificación alguna. Porque el mundo ha pasado a un modo de ser inferior por la amputación de su parte corporal, pero la que ha sufrido una destrucción ha sido en realidad el alma, en razón de que dos características individuantes no pueden aplicarse al mismo sujeto.[33]
Pero no es lícito decir que la providencia[34] sufre destrucción; y si la providencia permanece indestructible, por fuerza también el mundo es indestructible.
[33] Tal como creo entender la cosa sería así:
La característica individual es privativa del individuo que las posee, y no puede en el mismo individuo darse su característica propia (la integridad corporal en el caso de Dion) y una característica ajena (la falta de un miembro en el caso de Teón).
Luego, si algún día Dion aparece con la característica de Teón, no es porque Dron haya sufrido la misma pérdida que Teón, ya que esta característica es intransmisible por el peregrino principio antedicho, sino porque Dión se ha consustanciado, o algo parecido, con Teón, y es éste el que en lealidad padece la pérdida, que por otra parte ya padecía antes.
Por estos vericuetos pseudológicos se llega también a. la conclusión de que no es el mundo como integridad (Dion) sino el alma del mundo como parte (Teón) quien experimenta una destrucción en caso de que el primero sufra una pérdida.
[34] Es decir, el alma del mundo.

52. X. También el tiempo aporta una prueba de inmenso peso sobre su eternidad. Si el tiempo es increado, necesariamente también lo es el mundo. ¿Por qué? Porque, como dice el gran Platón, el tiempo es indicado por los días y las noches, los meses y la sucesión de los años; y ninguno de estos lapsos puede subsistir sin el movimiento del sol y la revolución del cielo todo[35] y así, entre quienes suelen dar las definiciones de las cosas, ha quedado establecido que el tiempo es la medida del movimiento del mundo; y como esta medida es cabal, el mundo resulta ser de la misma edad que el tiempo y su causa.
[35] Timeo 37 e.

53. Nada más insensato que suponer que el mundo existió en alguna época en que no existía el tiempo; porque la naturaleza de éste no tiene principio ni fin [36], pues incluso esta misma expresión. "Existió en alguna época en que..." está vinculada al tiempo. De esto se sigue lógicamente el que tampoco el tiempo existía por sí mismo cuando el mundo aún no existía; porque lo que no existe no se mueve, y se ha demostrado que el tiempo es la medida del movimiento del mundo. Necesario es, pues, que uno y otro existan desde la eternidad sin haber comenzado a existir en determinado momento, y las cosas que siempre han existido no están expuestas a destrucción.

[36] Timeo 37 e.

54. Tal vez algún estoico aficionado a hablar más de la cuenta, dirá que lo que ha quedado sentado es que el tiempo es la medida del movimiento del mundo, pero no solamente del movimiento del mundo que actualmente se halla organizado sino también de aquel cuya existencia suponemos durante la conflagración universal.[37] A éste habría que replicarle: "Querido amigo, al emplear los términos estás incurriendo en contradicción, pues llamas mundo a lo que no es mundo.[38] Porque, si este mundo que vemos está correctamente llamado, perfectamente de acuerdo con la naturaleza, por hallarse dispuesto y ordenado con un arte consumado que no admite perfeccionamiento ya, bien puede llamarse con toda razón negación del mundo [39] a su cambio en fuego.

[37] De lo que se inferiría que las edades del tiempo y del mundo presente no son las mismas.

[38] Juego de palabras intraducible: llamas *orden (kósmos)* al *desorden (akosmía).*

[39] Ver la nota anterior y la 26.

55. XI. Critolao,[40] uno de los seguidores de Moisés, amante de la filosofía peripatética, adhiriéndose a la doctrina de la eternidad del mundo, echa mano a los siguientes argumentos. Si el mundo ha sido creado, necesario es que también haya sido creada la tierra; y si la tierra fue creada, también lo ha sido, fuera de toda duda, la raza humana; pero el ser humano es increado, existiendo nuestra especie desde la eternidad, comose demostrará; luego, el mundo también es eterno.

[40] Del segundo siglo precristiano.

56. Preciso es ya que razonemos sobre lo que ha sido propuesto, si es que cosas tan claras necesitan demostración. Pero la precisan, según parece, y a causa de los forjadores de mitos, que han llenado nuestras vidas de falsedades y arrojado la verdad desterrándola de sus límites, al forzar no sólo a las ciudades y moradas sino también a cada uno en particular a privarse de su más excelente bien;[41] inventando, como cebo para atraparlos, metros y ritmos que ofrezcan la atracción propia del lenguaje. Con esos metros y ritmos seducen los oídos de los insensatos, tal como las desagradables y repulsivas cortesanas seducen sus ojos gracias a lo que se ponen encima y un aderezo espurio ya que carecen del genuino.

[41] A privarse de la verdad.

57. Estos dicen, en efecto, que la generación de unos hombres nacidos de otros hombres es una más reciente obra de la naturaleza y que el primero y más antiguo de estos procesos fue la generación de hombres nacidos de la tierra, puesto que la tierra es y está considerada madre de todas las cosas, y afirman que los "hombres sembrados", celebrados entre los griegos, eran hijos nacidos de la tierra, como ahora los árboles, en plena madurez y cubiertos de armas.

58. Que se trata nada más que de una invención de la leyenda fácil es verlo de muchas maneras. Sin ir más lejos, hubiere sido preciso que el primero en nacer se desarrollara en

etapas delimitadas por medidas fijas y relaciones numéricas. Porque la naturaleza ha creado las edades a modo de escalones, a través de los cuales asciende v desciende, por decirlo así, el hombre; asciende cuando va creciendo, y desciende cuando declina. El límite más alto de los escalones es la flor de la vida; una vez alcanzado el cual, nadie avanza ya; antes, al modo como los corredores en la competencia de ida y vuelta desandan el mismo camino, devuelve a la enfermiza vejez todo cuanto tomó de la robusta juventud.

59. Pero el pensar que ha habido quienes fueron engendrados plenamente desarrollados desde un comienzo es propio de quienes desconocen los inamovibles códigos que son las leyes de la naturaleza. Porque, si bien nuestras decisiones, amoldadas a lo discordante que procede del mortal elemento que llevamos apareado, admiten, como era de esperarse, cambios y transformaciones; no ocurre eso, en cambio, con las decisiones de la naturaleza universal, por cuanto ésta prevalece sobre todas las cosas y porque, a causa de la fijeza de los designios adoptados de una vez para siempre, conserva inconmovibles los límites fijados al principio.

60. Si, pues, la naturaleza considerara que corresponde que los seres humanos sean paridos completamente desarrollados ya, todavía ahora el hombre nacería en esas condiciones, no como un lactante, ni un niño, ni un adolescente, sino directamente en la plenitud de la vida; y quizá también libre de la vejez e inmortal, porque quien no experimenta aumento tampoco experimenta disminución, ya que los cambios a través de los cuales se crece hasta la edad viril y aquellos a través de los cuales se declina a partir de esa edad hasta la vejez y la muerte son partes de un único proceso, y sería razonable que, si alguien no hubiera participado de los primeros, no estuviera sujeto a los que siguen.

61. ¿Y qué habría para impedir que los hombres germinen actualmente como dicen que germinaban en los primeros tiempos?[42] ¿Tanto ha envejecido la tierra que a causa del largo tiempo transcurrido parezca haberse tornado estéril? Al contrario, ella permanece igual, siempre joven, porque es la cuarta parte del universo y para la conservación de la totalidad de él es necesario que no se consuma, del mismo modo que los elementos hermanos, es decir, el agua, el aire y el fuego continúan sin envejecer.

[42] Es decir, *nazcan de la tierra, no de otros hombres.*

62. Una clara prueba de que la tierra conserva su pleno vigor ininterrumpida y eternamente es la vegetación; porque, purificada o bien por las crecientes de los ríos, como dicen que ocurre en Egipto, o bien por las lluvias anuales, se toma un respiro y descansa del penoso esfuerzo de la producción de frutos, y luego tras la pausa recupera su propia fuerza hasta alcanzar la plenitud de su vigor, para acto seguido comenzar de nuevo la producción de similares frutos, proveyendo así de inagotables alimentos a todas las clases de seres vivientes.

63. XII. Por eso me parece que no están desacertados los poetas al llamarla Pandora,[43] pues ella brinda todas las cosas para provecho y goce de placer, y no para algunos sino para todos los seres que participan de la vida. Por ejemplo, si alguien, provisto de alas, remontase el vuelo hacia las alturas en plena primavera, y observase desde lo alto las tierras altas y el llano, vería cómo este último, fértil y verdeante, produce pastos y forraje; cebada y trigo y otros innumerables granos de diversa naturaleza, algunos de los cuales han sido sembrados por agricultores y otros que la estación del año procura, operando por su propio impulso. Y vería también las tierras altas cubiertas por las sombras de ramas y follajes con los que se recubren los árboles, y repletas al máximo de frutos, no sólo de los que proporcionan placer sino también de aquellos que está comprobado que remedian padecimientos.

[43] De *pan = todo* y *dóron = don,* de donde *Pandora = la que brinda toda suerte de regalos.*

64. El fruto del olivo, por ejemplo, remedia la fatiga del cuerpo; el de la viña, bebido moderadamente, suaviza los violentos sinsabores del alma. Además percibiría las suavísimas fragancias que se elevan desde las flores y las incontables variedades de colores matizadas con genial arte. Y apartando la vista de los cultivos a su turno observaría también álamos negros, cedros, pinos, abetos, robles altos por demás y los otros compactos e impenetrables bosques de árboles silvestres, los que cubren de sombras la mayoría de las más grandes montañas y todo el vasto sector del suelo feraz del pie de la montaña. Y al percibir todo esto reconocería la plena vitalidad, nunca menguada ni agotada, de la siempre joven tierra.

65. En consecuencia, pues en nada ha disminuido en cuanto a su primitivo vigor, daría a luz ahora hombres, si es que ya lo hizo anteriormente, con lo que alcanzaría dos objetivos fundamentales: uno, no desertar de su propio puesto, especialmente de su misión de sembrar y generar al hombre, el mejor de todos los seres terrestres y soberano de ellos; el otro, ayudar a las mujeres, las que mientras están encintas son oprimidas por penosísimos sufrimientos durante unos diez meses y cuando están a punto de parir frecuentemente mueren a consecuencia de los mismos dolores del alumbramiento.

66. En cuanto a suponer que la tierra contiene en su seno un vientre para la siembra de hombres ¿no es acaso una terrible locura? Porque el lugar para alumbrar seres vivientes es el vientre, "el taller de la naturaleza", como ha dicho alguien, taller en el que tan sólo los seres vivientes son modelados; y tal taller no es una parte de la tierra, sino la parte de un ser viviente femenino fabricada para la generación. Y también es locura pensar tal cosa, por cuanto habría que afirmar que la tierra al igual que las mujeres, como engendra seres humanos, posee también mamas para que los nacidos en los primeros tiempos después de su parición tengan alimento; pero no se recuerda que ningún río ni ninguna fuente del mundo habitado vierta leche en vez de agua.[44]

[44] En este punto de su argumentación olvida Filón un detalle: que los supuestos "nacidos de la tierra" o "los sembrados" nacerían ya hombres, con coraza y todo, y ya no deberían recurrir a la lactancia ni los pañales. Ver el parágrafo 57.

67. Además el recién nacido así como debe ser alimentado con leche, también debe contar con la protección que proporciona un vestido a causa de los daños que ocasionan a los cuerpos el frío y el calor, razón por la cual las parteras y las madres, en las que recae la necesaria preocupación por los engendrados, envuelven en pañales a los infantes. Pero a las criaturas nacidas de la tierra, abandonadas a su desnudez, ¿no las destruiría rápidamente algún enfriamiento del aire o alguna ardiente irradiación solar? Porque los fríos y los calores intensos cuando prevalecen provocan enfermedades y otros efectos perniciosos.

68. Pero, una vez abocados a hacer escarnio de la verdad, los forjadores de mitos siguieron adelante afirmando que aquellos "sembrados" fueron dados a luz con armas y todo; lo que es un disparate; porque, ¿quién sería en el seno de la tierra un herrero o Hefesto tan grande que al punto les proporcionase armaduras completas? ¿Y qué vínculo íntimo puede haber entre aquellos primeros engendrados y el armamento? Porque el hombre es el más pacífico de los seres animados, como que la naturaleza le ha concedido como privilegio la razón, mediante la cual se domina y domestica el salvajismo de las pasiones. Mucho mejor sería para una naturaleza racional el que, en vez de armas, se les proveyese de bastones de heraldo, símbolos de los acuerdos de paz, a fin de que en vez de la guerra proclamen la paz para todos en todas partes.

69. XIII. Han quedado, pues, refutadas satisfactoriamente las necedades de los que hacen de la falsedad un baluarte contra la verdad. Y es preciso tener bien presente que los seres humanos brotan de otros seres humanos en sucesivas generaciones desde la eternidad, siendo el hombre el que siembra en la matriz como en una tierra de cultivo, y la mujer quien recibe las simientes poniéndolas a buen resguardo; y la naturaleza la que invisiblemente plasma cada una de las cosas tanto de las partes corporales como de las del alma, y proporciona a la especie como totalidad aquello que cada uno de nosotros no puede recibir individualmente, es decir, la inmortalidad. La especie, en efecto, perdura eternamente, mientras los individuos particulares perecen, lo cual constituye en verdad una maravillosa obra de Dios. Y si el hombre, que es una pequeña porción del universo, es eterno, también el mundo lo es seguramente; y en consecuencia, incorruptible.

70. XIV. Pugnando aún más, Critolao usa también este tipo de argumento. Aquello que es para sí mismo causa de salud está libre de enfermedad; lo que es para sí mismo causa de estar despierto está despierto; y si esto es así, lo que es para sí mismo causa de su existir es eterno; y el mundo es para sí causa de su existir, puesto que lo es también para todas las otras cosas; de donde se concluye que el mundo es eterno.

71. Pero también vale la pena que examinemos este argumento. Todo ser creado debe en todos los casos ser imperfecto en su comienzo, y con el transcurrir del tiempo crecer hasta alcanzar la plenitud de su perfección. En consecuencia, si el mundo fue creado, habría sido en cierta época completamente infante, para usar los términos aplicados a las edades del hombre, y más tarde, habiendo progresado con el sucederse de los años, tardía y dificultosamente habría alcanzado la perfección al cabo de mucho tiempo, ya que la plenitud del desarrollo de un ser de larga vida llega por fuerza lentamente.

72. Pues bien, si alguien piensa que el mundo ha pasado alguna vez por tales cambios, tenga presente que está dominado por una demencia incurable; porque es evidente que no sólo la parte corporal del mundo crecería en ese caso, sino también su inteligencia realizaría progresos, como que los que sostienen la destructibilidad también suponen que es racional.

73. Luego, a la manera del ser humano, en el principio de su existencia el mundo habría sido irracional, y hacia la época de culminación de su desarrollo sería racional; lo que es impío no sólo decir sino también suponer, pues, ¿cómo no considerar justo el pensar que el perfectísimo recinto de las cosas visibles, entre cuyos particulares ocupantes se cuentan dioses,[45] ha sido siempre perfecto en su cuerpo y en su alma, libre de las enfermedades a las que todo ser creado y destructible está sujeto?
[45] Los astros.

74. XV. A todo esto agrega[46] Critolao que aparte de las causas exteriores, tres son las causas de muerte que operan sobre los seres animados: la enfermedad, la vejez y la necesidad, de ninguna de las cuales puede ser presa el mundo. En éste, efectivamente, han quedado integrados de una manera fija los elementos en su totalidad; y no habiendo sido dejada libre y sin control parte alguna, por ninguna cosa puede ser objeto de violencia. En cambio, domina aquellas fuerzas de las que proceden las enfermedades, y la sumisión de ellas lo preserva de la enfermedad y la vejez. Por otra parte, es absolutamente autosuficiente y libre de toda necesidad, no careciendo de cosa alguna de las que aseguran su perduración, y habiendo excluido de sí las alternantes sucesiones de vaciedad y plenitud, que experimentan los seres animados por grosera avidez procurándose en vez de la vida la muerte, o para decirlo con más cautela, una existencia más digna de piedad que la misma . muerte.

[46] El mismo argumento expuesto en los parágrafos 20 y ss., aunque con algunas variantes de detalle, especialmente al final.

75. Además, si no ha sido posible ver jamás ninguna forma de la naturaleza que sea eterna, los que sostienen la destructibilidad del mundo, puesto que no tienen ante sí ningún ejemplo de inmortalidad, quizá parezcan tener una buena excusa para su iniquidad.
Por otra parte, puesto que, según los más excelentes estudiosos de las cuestiones naturales, el destino no tiene principio ni fin, y es una cadena que enlaza las causas de cada una de las cosas de manera continua y sin interrupción, ¿por qué no habrá de decirse que también es inmortal la naturaleza del mundo, que constituye el orden de las cosas desordenadas, la proporción de/las desproporcionadas, el concierto de las discordes y la unión de las desunidas, y que es la cohesión de las maderas y las piedras, fertilidad de los sembrados y los árboles^ el alma de todos los seres animados, la inteligencia y la razón de los seres humanos y la perfectísima virtud de los hombres virtuosos? Y si la naturaleza del mundo es increada e indestructible, es evidente que también el mundo lo es, y perdura y se sostiene firme merced a un eterno lazo.

76. Algunos, convencidos por la verdad y las opiniones de los contrarios han cambiado sus puntos de vista. Es que la belleza posee el poder de atraernos hacia sí, y la verdad es maravillosamente hermosa, tal como la falsedad es monstruosamente fea. Así, Boeto de Sidón y Panecio,[47] importantes sostenedores de las doctrinas estoicas, abandonaron, tocados por una divina inspiración, las conflagraciones y recreaciones y disertaron hacia la más piadosa doctrina de la incorruptibilidad del mundo todo.
[47] Filósofos de la tercera y segunda centurias precristianas, respectivamente.

77. Dícese también que Diógenes cuando era joven se adhirió a la doctrina de la conflagración, pero en sus últimos años cayó en la duda y se abstuvo de opinar, cosa lógica pues no es dado a la juventud sino a la vejez el discernir las cosas dignas de nuestra reverencia y de nuestro empeño, y en particular aquellas que son juzgadas no por la irracional y engañadora sensibilidad, sino por la purísima e inmaculada inteligencia.

78. XVI. Las demostraciones empleadas por la escuela de Boeto son sumamente convincentes y las expondremos a continuación. Dicen ellos que, si el mundo fuera creado y destructible, se trataría de algo creado a partir de lo no existente, cosa que inclusive los estoicos consideran totalmente absurda. ¿Por qué? Pues porque es imposible hallar ninguna causa de destrucción, ni interna ni externa, que pueda eliminar el mundo;, ya que fuera del mundo nada existe, excepto quizá el vacío» dado que los elementos fueron en su totalidad dispersados en él, y dentro de él no existe ninguna enfermedad tal, que pueda convertirse en causa de disolución de tan inmensa divinidad. Y si ésta fuera destruida sin algo que sea causa de ello, resulta claro que la destrucción provendría de lo no existente, cosa que el entendimiento no puede aceptar.[48]
[48] El mismo argumento expuesto en los parágrafos 20 y 74, aunque en el caso presente la argumentación se completa, o complica, con el agregado de que, una vez probada la inexistencia de una causa interna o externa de destrucción del mundo, sólo queda la posibilidad de que esa causa no sea ni interna ni externa al mundo, es decir, que sea lo no existente, lo que es ilógico pensar.

79. Además dicen que los procesos de destrucción son tres: por desmembramiento, por aniquilamiento de la cualidad predominante,[49] y por mezcla. Los conjuntos de cosas separadas,, tales como rebaños de cabras y de bueyes, los coros y los ejércitos, y también los

cuerpos constituidos por partes fijamente unidas, disuélvense por división y desmembramiento. Por aniquilamiento de la cualidad predominante disuélvese la cera cuando es cambiada su forma o cuando se la alisa completamente para que no presente ningún otro tipo diferente de forma y por mezcla las propiedades de las sustancias reunidas se borran para producir como resultado una sola especial, como ocurre en el caso de la cuádruple droga empleada por los médicos.[50]

[49] Traducción puramente conjetural del participio *epíkhousa,* cuyos sentidos corrientes no encajan en este contexto, lo que hace pensar en una posible corrupción del texto griego.

[50] Ver *Sobre la confusión de las lenguas* 187.

80. Ahora bien, ¿por cuál de estos procesos corresponde decir que puede ser destruido el mundo? ¿Por desmembramiento? Sin embargo, el mundo ni es un conjunto de partes separadas, como para que sus partes puedan ser dispersadas, ni de partes unidas, como para que puedan ser desunidas; ni es tampoco una unidad al modo de nuestros cuerpos, ya que éstos están por sí mismos sujetos a la muerte y son dominados por innumerables cosas que los dañan, en tanto que la fuerza del mundo es invencible, pues es más que suficiente, y con mucho, para prevalecer sobre todas las cosas.

81. ¿Será acaso por aniquilamiento total de la cualidad? Pero esto es imposible, porque, según aquellos que han optado por el punto de vista opuesto, la cualidad de su ordenación permanece durante la conflagración universal, si bien aplicada ahora a la sustancia de Zeus [51] disminuida.

[51] Zeus o el dios supremo encarnaba para los estoicos el poder universal concebido como una unidad operante en el mundo entero, frente a los dioses inferiores o subordinados, que personificaban las partes singulares del mundo y sus operaciones.

82. ¿Quizá por mezcla? Nada de eso. Porque ello implicaría admitir una vez más que la destrucción tiene lugar hacia lo no existente. ¿Por qué? Porque, si cada uno de los elementos fuese destruido separadamente, nada se opondrá a que experimentara un cambio hacia otro elemento, pero si todos conjuntamente fueran a la par eliminados por mezcla, por fuerza había que suponer lo que es imposible.[52]

[52] Es decir, el tránsito hacia lo no existente.

83. Además, si todas las cosas, dicen ellos, fueren consumidas por el fuego, ¿qué estará Dios haciendo durante el tiempo que eso dure? ¿O acaso estará totalmente inactivo? Sin duda la reflexión es legítima. Porque actualmente Él supervisa cada una de las cosas y a todas las protege como un verdadero padre, y si hemos de ajustamos a la verdad, lleva las riendas del carro y maneja el timón del barco del universo, apoyando al sol, a la luna y a los otros astros errantes y fijos, así como al aire y a las otras partes del mundo y cooperando en todo cuanto es necesario para la conservación del universo y para la irreprochable administración conforme con la recta razón.

84. Pero si todas las cosas fueren aniquiladas, viviría una vida indigna de vivirse, es decir, algo que sería el colmo de lo absurdo. Me aterra el expresar lo que no es lícito pensar siquiera: que la consecuencia de esa falta de actividad sería la muerte de Dios, porque si se aniquilare el perpetuo movimiento del alma, se aniquilará juntamente a ella misma del todo, y de acuerdo con lo que enseñan nuestros oponentes,[53] Dios es el alma del mundo.[54]

[53] Los estoicos y en particular Bocto. Ver el parágrafo 78.

[54] Ver *Interpretación alegórica I,* 91, y *Sobre la migración de Abraham* 176 y 181.

85. XVII. Asimismo vale la pena examinar la siguiente cuestión: ¿De qué manera se produciría la recreación de todas las «osas una vez disueltas en el fuego? Porque, si la sustancia de ellas fuera consumida por el fuego, forzosamente se extinguiría también el fuego al no tener ya con qué alimentarse. Y así como, si el fuego se conservara, se preservaría el principio generativo [55] del orden; si el fuego pereciera, el principio generativo perecería con él. Pero no es lícito y constituye un sacrilegio doble ya el afirmar la destrucción del mundo y eliminar la recreación del mismo, como si Dios se complaciera en el desorden, en la inactividad y en toda clase de faltas.

[55] El *legos spermatikós (ratío seminalis),* fuerza universal creativa en la que se condensan todas las fuerzas particulares que concurrieron a la creación del mundo y cuanto éste contiene.

86. Pero el asunto merece que lo examinemos más cuidadosamente del siguiente modo: El fuego adopta tres formas: la brasa, la llama y la luz de llama. La brasa es un fuego dentro de una sustancia terrestre, fuego que a modo de una corriente penetrante se ha instalado en el seno de la misma y allí permanece al acecho extendido a lo largo de toda ella; la llama es el fuego que se eleva hacia el aire desde el material que lo alimenta; y la luz de llama es el fuego que procede de la llama, y que coopera con los ojos en la aprehensión de las cosas visibles. El lugar intermedio entre la luz de llama lo ocupa la llama, ya que al apagarse muere en el carbón y al encenderse posee luz, lo que despojado ya del poder de quemar, emite rayos luminosos.

87. Ahora bien, admitamos que la disolución del mundo pueda tener lugar en la conflagración universal, pero en ese caso no podría haber brasa alguna, pues si hubiera brasas, ello significaría que subsistiría la inmensa cantidad de materia terrestre en la que está encerrado el fuego, y los sostenedores de la teoría de la conflagración postulan que no subsistirá entonces ninguno de los otros cuerpos,[56] ya que la tierra, el agua y el aire estarán disueltos en fuego puro.

[56] Es decir, sólo el fuego subsistiría. El razonamiento es que los estoicos dicen que sólo habrá fuego durante la conflagración universal, es decir que no habrá ni tierra, ni agua ni aire. Y como la brasa requiere material terrestre, hay que desechar que la conflagración tenga lugar en forma de brasa.

88. Y tampoco podría haber llama, pues ésta se da en la medida en que se da la materia que la alimenta, y no quedando cosa alguna se extinguiría enseguida por falta de combustible. De la falta de estas dos formas de fuego se sigue que tampoco podría producirse luz de fuego, ya que ésta no llega a existir por sí sola sino fluye de las dos primeras, de la brasa y la llama, de la primera una luz menor, de la llama una luz abundante, como que se difunde a muy gran distancia. Y como las dos primeras, según se ha demostrado, no existirían durante la conflagración, tampoco podría existir la luz. Porque cuando el sol emprende su curso bajo la tierra, al punto la inmensa y profunda luz del día es borrada por la noche, y sobre todo si es noche sin luna. En conclusión, que el mundo no es consumido por el fuego sino es indestructible, y en caso de que pudiera ser consumido por el fuego no podría llegar a existir otro,

89. XVIIII. Por esta razón también algunos de los miembros de la escuela estoica, entreviendo a gran distancia con visión suficientemente aguda la opuesta refutación, consideraron conveniente adelantarse a preparar apoyos para su doctrina capital como si estuviese ya encaminada a perecer. Pero esto de nada les valió, porque, como el fuego es la causa del movimiento, y el movimiento el origen de la generación, siendo imposible que sin movimiento cosa alguna llegue a existir cualquiera sea, dijeron que después de la

conflagración, una vez que el nuevo mundo está a punto de ser producido, no se extingue todo el fuego sino cierta porción de él permanece. Es que sentíanse llenos de alarma ante la perspectiva de que, extinguiéndose todo conjuntamente el fuego, todas las cosas permanecieran en calma y desordenadas, dado que la causa del movimiento no existiría ya.

90. Pero éstas no son sino invenciones de gente por demás locuaz, que emplea artimañas para combatir a la verdad. ¿Por qué? Porque, según queda demostrado, es imposible que el mundo al ser abrasado por el fuego se convierta en algo semejante a la leña, pues habría quedado, en ese caso, una gran cantidad de sustancia terrestre, necesaria para que el fuego se mantenga en acecho; y quizá ni siquiera entonces habría prevalecido la conflagración, por cuanto permanecería en pie todavía el más pesado y resistente de los elementos, la tierra, no disuelta aún. Sería, pues, necesario que se trocase en llama o en luz; en llama, según la opinión de Cleantes; en luz, como piensa Crisipo.

91. Pero si se convirtiera en llama, una vez comenzado su proceso de extinción, la llama se extinguiría de una vez no en parte sino toda conjuntamente, pues su existencia depende de lo que la alimenta; por lo que, si este alimento es abundante, ella crece y se difunde; pero si aquél tiende a desaparecer ella disminuye. Lo que se produce podemos constatarlo con ejemplos a mano. Una lámpara, mientras se la alimente con aceite, da una luz brillantísima, pero cuando se cesa de hacerlo, una vez gastado hasta el último residuo de lo que la alimentaba, enseguida se apaga, sin conservar ni siquiera una parte de la llama.

92. Y si no se convirtiera en llama sino en luz, también el cambio alcanzaría a la totalidad. ¿Por qué? Pues porque la luz no posee existencia por sí misma, siendo engendrada por la llama; y habiéndose extinguido ésta totalmente en toda su extensión, necesariamente también desaparece no en parte sino en su totalidad la luz, puesto que la misma relación que existe entre la llama y el combustible que la alimenta, se da también entre la luz y la llama. De lo que se infiere que, así como la llama perece a)a par de lo que la alimenta; también perece la luz a la par de la llama.

93. En resumen, que será imposible que el mundo experimente una nueva creación, pues ni un residuo del principio generativo seguiría encendido, y todas las cosas habrían sido consumidas, el resto por el fuego, el principio generativo por falta de medios, de todo lo cual resulta claro que continúa su existencia increada e indestructible.

94. XIX. Ahora bien, supón que como dice Crisipo el fuego que hubiera reducido a fuego la ordenación del mundo fuera la simiente del otro mundo que se estuviera a punto de producir, y que no existe falsedad al respecto en las teorías que sobre el particular dicen, primero, que la generación del mundo procede de una simiente y que de su disolución resulta también una simiente; y segundo, que el estudio de la naturaleza muestra que el mundo es también una naturaleza racional, es decir, no sólo viviente sino además inteligente, y además dotada de una inteligencia sabia.[57] Pues bien, de estas afirmaciones se infiere lo contrario de lo que se pretende, es decir, se infiere que el mundo jamás será destruido.

[57] Diógenes Laercio VII, 142.

95. Las pruebas están muy a mano de aquellos que no retroceden ante la tarea de examinar las cosas. Pues bien, resulta claro [58] que el mundo es un vegetal o un animal. Pero sea vegetal o sea animal, una vez destruido durante la conflagración jamás llegará a ser simiente de sí mismo. Lo prueban las plantas y los animales que conocemos, ninguno de los cuales, ni menor ni mayor, una vez destruido, se resuelve jamás en simiente productiva.

[58] Puesto que es un ser viviente.

96. Vemos cuan inmensas son las plantaciones de árboles de cultivo y cuántas las formaciones de árboles salvajes esparcidas sobre cada una de las partes de la tierra. Cada uno de estos árboles, mientras su tronco permanece sano, produce a la par del fruto el agente de la fecundación. Pero cuando con el correr del tiempo se seca o también por un proceso distinto es destruido por sus mismas raíces, ya no experimenta jamás una disolución en simiente.

97. De la misma manera también los animales de las distintas especies, a las que a causa de su gran número no es fácil ni siquiera asignar nombres, mientras conservan la vida y el vigor emiten simiente generativa, pero una vez que han muerto, en ningún caso y de ningún modo se produce simiente. Porque es insensato pensar que un hombre mientras vive emplea la octava parte[59] de su alma, la llamada generativa, para la producción de su semejante, y que una vez muerto emplea todo su ser completo; como si la muerte fuera más eficaz que la vida.
[59] Como lo expresa Filón en *Sobre la agricultura* 30, en *Sobre las habituales intrigas de lo peor contra ¡o mejor* 168 y en *Sobre la herencia de las cosas divinas* 232, ocho son las partes del alma humana: los cinco sentidos, la palabra, la razón y la facultad de reproducción.
[60] Vegetales y animales.

98. Además ninguno de estos seres [60] es producido completamente mediante solo la simiente, sin contar con la nutrición que le es propia. Porque la simiente es, evidentemente,el principio, pero el principio por sí solo no lleva lo producido a su plenitud. Porque no ha de suponerse que la espiga de trigo germina solo por la semilla sembrada por el agricultor en las tierras de cultivo. El más importante factor de su crecimiento es la cooperación de la doble nutrición húmeda y seca, procedente de la tierra. Y la naturaleza exige que los embriones formados en las matrices lleguen a la vida no sólo por obra de la simiente, sino además gracias al nutritivo alimento procedente de afuera, del que la madre preñada le provee.

99. ¿Por qué digo estas cosas? Para demostrar que durante la conflagración solo podría quedar la simiente, pero no subsistiría nada para nutrirla ya que todas las cosas que habrían de nutrirla habrían sido disueltas en el fuego; de donde se concluye que el mundo forjado durante la recreación tendría una génesis defectuosa e incompleta, por estar ya destruido lo que en mayor grado coopera para alcanzar su perfección, aquello en que la simiente de su origen se apoya como en un bastón. Y esto sería absurdo y se refuta por su propia evidencia.

100. Además todas las cosas que tienen su origen en una simiente son de mayor volumen que la simiente que las produjo y es evidente que ocupan mayor espacio. Por ejemplo, los árboles, que se elevan hacia el cielo, muchas veces germinan de un pequeñísimo grano, y animales corpulentos y de enorme estatura proceden de una pequeña cantidad de sustancia húmeda emitida. Y también ocurre lo mencionado un poco más arriba, vale decir, que en el tiempo que sigue inmediatamente al nacimiento los seres engendrados son más pequeños y en adelante van creciendo hasta su completo desarrollo.

101. Pero en el universo ocurriría lo contrario, porque mientras la simiente sería más grande y ocuparía mayor espacio, el producto sería más pequeño y aparecería ocupando un espacio menor; y el mundo que se formara a partir de la simiente no avanzaría gradualmente en más crecimiento sino por el contrario reduciríase desde un volumen mayor hacia uno menor.

102. Es fácil comprobar lo que digo. Todo cuerpo que se disuelve en fuego, además de disolverse se expande, pero cuando la llama que hay en él se extingue, el cuerpo se contrae y

reduce. Se trata de hechos tan claros que no necesitan de testimonio alguno para probarlos. Por lo tanto cuando el mundo hubiera sido consumido por el fuego se tornaría mayor, como que absolutamente toda su sustancia se habría diluido en el sutilísimo éter. Esto, precisamente, previeron, a mi parecer, los estoicos, cuando admitieron en su teoría la existencia de un vacío infinito fuera del mundo,[61] a fin de que, cuando éste hubiera de experimentar una especie de difusión infinita, no careciera del lugar que habría de recibir dicho desborde.
[61] Diógenes Laercio VII, 140.

103. De ese modo, cuando aquélla avanzara y se incrementara tanto, que, por la magnitud sin límites de la presión, alcanzara en su avance a coincidir casi con la naturaleza ilimitada del vacío, también ella tendría la condición de simiente, pero cuando durante la recreación llegara a su plena concreción,[62] su papel sería de la totalidad de la sustancia, aunque con una magnitud menor, porque el fuego al extinguirse se contraería en espeso aire, y el aire se contraería y condensaría en agua, y también se espesaría más aún el agua cambiando en tierra, el más comprimido de los elementos. Pero estas conclusiones son contrarias a las comunes concepciones de los que tienen capacidad para examinar la relación que guardan los hechos entre sí.
[62] El texto de los manuscritos ofrece aquí dificultades. Sigo la corrección propuesta por Bernays y aceptada por Colson.

104. XX. Además de los argumentos ya mencionados podría echarse mano también a este otro para probar la cosa; y también este argumento ganará la aprobación de aquellos que prefieren no pasarse de la medida en materia de controversias. Es éste. En las parejas de contrarios es imposible que un miembro exista y el otro no. Si existe el blanco, forzosamente también debe existir el negro, y lo mismo reza con las parejas grande y pequeño, impar y par, dulce y amargo, día y noche, y las semejantes a estas. Pero cuando sobreviniera la conflagración, ocurriría algo imposible, porque mientras uno de los miembros de las parejas subsistiría, el otro no existiría ya.

105. Considerémoslo de esta manera. Cuando todas las cosas se hubieran diluido en fuego habría algo liviano, sutil y caliente, pues estas cualidades son propias del fuego, pero nada pesado, espeso y frío, es decir, ninguna de las cualidades opuestas a las mencionadas. ¿Cómo, entonces, podríamos manifestar mejor el desorden urdido por la conflagración que exhibiendo separadas de su pareja aquellas cosas cuya coexistencia exige la naturaleza? *Y* a tal punto llegaría la disociación, que habríamos de reconocer la eternidad de unos y la no existencia de los otros.

106. Y más aún, a mi parecer no están desacertados aquellos que siguen la pista de la verdad, cuando dicen que, si el mundo fuera destruido, lo sería por otra causa cualquiera o por Dios. Pero ninguna otra cosa en absoluto podría causarle la disolución, porque nada hay que él no encierre, y lo encerrado y dominado es más débil indudablemente que lo que lo encierra y domina. Y en cuanto a decir que será destruido por Dios, es el peor de todos los sacrilegios, porque Dios está reconocido por los que profesan el culto de la verdad como la causa no del desorden, la desarmonía y la destrucción sino del orden, !a armonía y la vida, y de toda suma excelencia.

107. XXI. Nuestra admiración ante los que divulgan lo de las conflagraciones y recreación puede tener origen no solo en los argumentos expuestos como prueba de que sus opiniones son falsas sino sobre todo en el siguiente. Siendo cuatro los elementos de los que el mundo

está compuesto: tierra, agua, aire y fuego, ¿por qué causa de todos ellos se quedan con el fuego y afirman que los demás se disolverán en este solo? Porque bien podría uno decir, y está en su derecho; que debería disolverse en el aire o el agua o la tierra, ya que también los poderes yacentes en éstos son de excelencia suma. Y sin embargo nadie dice que el mundo se trocará en aire, en agua o en tierra; de modo que lo razonable sería no decir tampoco que se convertirá en fuego.

108. Ciertamente, deberían también o temer o avergonzarse de afirmar que tan grande divinidad perecerá, observando cuan grande es la igualdad de derechos inherente al mundo. Porque es suma la reciprocidad existente entre los cuatro poderes, los que regulan sus intercambios de acuerdo con los cánones de la igualdad y los límites de la justicia.

109. Porque, así como las estaciones anuales recorren un ciclo dejando lugar unas a otras para dar lugar a los retornos en el incesante correr de los años, del mismo modo también en los recíprocos cambios que tienen lugar entre los elementos del mundo se da el caso por demás paradójico de que, aunque aparente ellos mueren, sin embargo resultan ser inmortales al recorrer siempre la doble carrera de ida y retorno, y recorrer continuamente el mismo camino hacia arriba y hacia abajo.

110. El camino ascendente comienza desde la tierra. Esta se licua transformándose en agua, la cual se evapora y se cambia en aire, y éste por rarefacción se convierte en fuego. La ruta descendente comienza desde lo más alto al extinguirse el fuego contrayéndose en aire, el cual al comprimirse se reduce a agua, la que a su vez se condensa y se convierte en tierra.

111. Y también Heráclito está acertado cuando dice: "Para las almas la muerte es convertirse en agua; para el agua morir es trocarse en tierra", porque, concibiendo al alma como aire,[63] da a entender que de la muerte del aire resulta el nacimiento del agua, y a su vez de la muerte del agua resulta el nacimiento de la tierra, aunque el decir "muerte" no entiende por tal el completo aniquilamiento, sino la transformación de un elemento en otro.

[63] Lo que es falso, pues Heráclito consideraba que el alma era fuego.

112. Esta espontánea igualdad de derechos consérvase siempre inviolada y constante, como algo no solo razonable sino además necesario, por cuanto la desigualdad es injusta, y la injusticia es un engendro de la maldad, y la maldad está desterrada de la mansión de la inmortalidad, en tanto que el mundo es divino por su grandeza y está demostrado que es la morada de los dioses visibles.[64] Por lo tanto el afirmar que el mundo se puede destruir solo cabe en aquellos que no tienen una visión cabal de la cadena de la naturaleza y de la secuencia que vincula a las cosas.

[64] *Los astros,* como en otros pasajes.

113. XXII. Algunos de los que .suponen que el mundo es eterno, movidos por su amor propio y deseosos de fundamentar sus puntos de vista, llegan a emplear también argumento como el siguiente: Sucede que los modos principales de destrucción son cuatro: adición, sustracción, transposición y transmutación.[65] Así, el dos es destruido y se convierte en tres por la adición de uno, y el cuatro lo es por sustracción de uno y conversión en tres, en tanto que la letra zeta [66] perece y se convierte en eta por transposición cuando las paralelas horizontales se elevan verticalmente y la línea vertical que las enlaza ha sido volcada para conectar la de un lado con la del otro; y por transmutación llega a su fin y se trueca en vinagre el vino.

[65] Cuatro según los peripatéticos y atomistas; tres según los estoicos, como lo manifiesta Filón en el parágrafo 79.

[66] La zeta según la forma I, más antigua que la forma usada en el período clásico, que permite comprender la transposición de que habla Filón con la H (eta).

114. Pero ninguna de las maneras de destrucción enumeradas afecta en absoluto al mundo. Porque, ¿qué diremos? ¿Qué algo se adiciona al mundo para aniquilarlo? No, porque nada exterior a él existe, nada que no sea parte del universo, es decir, de él mismo, pues todo lo encierra y domina. ¿Que se trata de una sustracción? En primer lugar lo sustraído vendría a constituir a su vez un mundo, solo que más pequeño que el actual. En segundo lugar, es imposible que cuerpo alguno sea separado de la sustancia con la que está consustanciada y dispersado fuera del universo.

115. ¿Diremos que las partes se transponen? No, ellas permanecen en la misma posición sin trocar sus lugares; porque jamás podrá toda la tierra colocarse sobre el agua, ni el agua sobre el aire, ni el aire sobre el fuego; y los elementos naturalmente pesados, es decir, la tierra y el agua, ocuparán la posición central, la tierra sirviendo de apoyo al modo de un cimiento, y el agua flotando sobre ella; en tanto que el aire y el fuego, elementos livianos por naturaleza, ocuparán la posición superior, aunque no la misma ambos, pues el aire es el vehículo del fuego, y el que va en un vehículo forzosamente es conducido encima de él.

116. Y tampoco, ciertamente cabe pensar que el mundo puede ser destruido por transmutación, porque el cambio de los elementos tiene lugar dentro de un equilibrio de fuerzas, y ese equilibrio de fuerzas produce una estabilidad inalterable y una firme permanencia, por cuanto entre ellas ninguna prevalece ni se ve superada. De modo que la reciprocidad y el intercambio de las fuerzas, equilibrado según los cánones de la proporción es creador de salud y perpetua conservación. De todo esto se saca en claro que el mundo es eterno.

117. XXIII. Sin embargo, según dice Teofrasto, los que sostienen la creación y la ulterior destrucción del mundo se dejan engañar por cuatro hechos de máxima importancia: los desniveles de la tierra, los reflujos del mar, la disolución de cada una de las partes del universo y la muerte de toda suerte de animales terrestres.

118. Respecto del primero de estos hechos arguyen así. Si la tierra no hubiera tenido un comienzo en su existencia, ninguna de sus partes aparecería todavía elevada por sobre las demás. Las montañas habrían llegado a estar actualmente a muy bajo nivel y todas las colinas estarían a ras del llano, puesto que tan copiosas lluvias precipitándose cada año desde toda la eternidad, solo cabría esperar que de las partes elevadas unas estuvieran desmenuzadas por las lluvias invernales, y otras estuvieran derribadas a bajo nivel, y todas en todas partes se hallaran ya en un mismo plano.

119. Pero tal como se dan las cosas actualmente, se suceden sin solución de continuidad los desniveles y una gran multitud de montañas que sobresalen tocando casi la etérea altura están indicando que la tierra no existe desde toda la eternidad. Porque, como dije,[67] desde muchísimo tiempo atrás en el curso infinito de los tiempos toda ella debería estar convertida en un amplio camino llano extendido desde uno hasta otro confín, dado que es natural característica del agua, sobre todo cuando se precipita desde inmensas alturas, derribar cosas con su fuerza, y horadar otras con las ininterrumpidas gotas produciendo cavidades hasta socavar la tierra dura y la más pedregosa con no menos eficacia que los cavadores profesionales.
[67] *"Dije"*, pese a que está reproduciendo los argumentos que, según Teofrasto, a quien parafrasea Filón, esgrimen los estoicos.

120. Dicen también que el mar está ya disminuido sin duda alguna, cosa que podrían testimoniar las más famosas de las islas: Rodas y Délos, ya que éstas en antiguos tiempos desaparecieron bajo el mar sumergidas y cubiertas por las aguas; para reaparecer tras emerger poco a poco, en tiempos posteriores mientras el mar descendía despacio. Tal es lo que revelan las historias escritas a propósito de ellas.

121. Y a la segunda además de Délos llámesela Anafe,[68] con lo que testimoniase lo dicho, por cuanto se tornó visible y patente, después de haber estado en tiempos remotos invisible y oculta. Por eso dice Píndaro a propósito de Délos: "Salve, oh divina construcción,[69] planta en extremo apetecible para los hijos de Leto, y la de brillante cabellera; hija del mar, inmóvil maravilla de la vasta tierra; a la que los mortales llaman Délos, en tanto que los bienaventurados llámanla en el Olimpo astro[70] de la tierra sombría, visible a la distancia". Porque llama a Délos hija del mar, con lo que sugiere lo dicho antes.

[68] Filón confunde dos islas distintas en una sola. De todos modos "Délos" es homófona del adjetivo *délos = evidente, patente,* y *"Anafe"* lo es de *anáphe = intangible, impalpable;* de donde extrae Filón sus conclusiones, tal vez emparentando el nombre de la isla con *anapháinein = hacer aparecer* y *mostrarse,* como permite sospechar el adjetivo *aphanés = invisible, oculta,* que emplea a continuación.

[69] Como Pindaro narra en la antistrofa que sigue al fragmento aquí citado, una leyenda contaba que Délos fue primeramente una isla flotante y que posteriormente Zeus la fijó haciendo que le crecieran raíces.

[70] Su nombre más antiguo era precisamente Asteria, de *astér = astro.*

122. A estos ejemplos agregan el de grandes y profundos golfos de mares que tras un proceso de desecación se convirtieron en tierras firmes y vinieron a ser partes de territorios vecinos, partes no pobres sino sembradas y cubiertas de plantas; en las que, sin embargo, ciertos vestigios de su pasada condición marina, tales como guijarros, conchas y todas las cosas semejantes a estas que suelen ser arrojadas sobre la costa.

123. Ahora bien, si el mar disminuye, también disminuirá, y al cabo de largos períodos de años también se agotará completamente uno y otro elemento; y se agotará también todo el aire a causa de su gradual disminución, y todas las cosas se desintegrarán en una única sustancia, el fuego.

124. XXIV. Para fundamentar el tercero de estos importantes hechos [71] emplean un argumento de esta clase. Toda cosa cuyas partes sean todas destruibles, está también fatalmente sujeta a destrucción; y como todas las partes del mundo son destruibles, también es destruible el mundo.[72]

[71] De los cuatro señalados en el parágrafo 117.

[72] Diógenes Laercio VII, 141.

125. Este asunto lo habíamos ido posponiendo y ahora hemos de examinarlo. Comencemos por la tierra. ¿De qué calidad es la parte, mayor o menor, de la tierra que no podría disolver la acción del tiempo? ¿Acaso no se humedecen y pudren las más fuertes piedras, y a causa del debilitamiento de su cohesión, esa corriente de energía cuya atadura no es irrompible pero sí muy difícil de desatar, rómpese en trozos y se desintegra en una corriente de puro polvo primero, para luego irse agotando hasta desaparecer completamente? ¿Y qué decir del agua? ¿Acaso, si no la agita el viento, al ser dejada inmóvil no se torna como un cadáver a causa de su inactividad? Por ejemplo, cambia tornándose de un olor por demás desagradable, como un

animal despojado de su fuerza vital.

126. En cuanto al aire, su destrucción resulta clara para cualquiera, porque le es connatural el estar enfermo, consumirse y en cierto modo morir. Porque cualquiera que busque la verdad y no la elegancia de las palabras, ¿qué cosa diría que es una peste sino una muerte del aire, el que expande su propia enfermedad para destrucción de todas las cosas que participan del principio vital?

127. ¿Y qué necesidad hay de extendernos respecto del fuego, si no bien carece de combustible, al punto se extingue? Es que, como dicen los poetas,[73] de por sí resulta ser cojo por lo que, solo si se lo apoya, se mantiene recto mientras quede algo del combustible encendido, y cuando éste se gasta, él se extingue.

[73] Alusión a la cojera de Hefesto, mencionada en Ilíada XVIII, 397; y que los alegoristas identificaban con la incapacidad del fuego terrestre, en contraste con el del cielo, para arder sin consumir combustible.

128. Algo semejante dicen que les pasa a las serpientes que se crían en la India. Estas, en efecto, deslízanse sobre los más grandes de los animales, los elefantes, enroscándose en torno de la espalda y del vientre todo, y tras hacer una incisión en la vena a su alcance beben la sangre succionándola insaciablemente con violenta respiración y fuerte silbido. Durante cierto tiempo los elefantes resisten con progresivo agotamiento, saltando a causa de su impotencia y golpeando sus costados con la trompa con el propósito de alcanzar a las serpientes; luego como su poder vital no cesa de consumirse, ya no pueden seguir saltando y se quedan temblando. Así pasa mucho tiempo sin que sus patas pierdan toda su fuerza y entonces en medio de estertores caen a causa de la falta de sangre y mueren. Pero al caer hacen perecer también a la causante de su muerte.

129. El modo como esto ocurre es el siguiente. Las serpientes, al no tener ya con qué alimentarse, intentan deshacer el lazo que han enroscado en torno de la víctima ansiosas ahora de alejarse, pero siguen aprisionadas y oprimidas por el peso de los elefantes, y mucho más cuando ocurre que el suelo es duro y pedregoso. Entonces se retuercen y hacen todo lo que pueden por liberarse, pero detenidas por la fuerza que las aprisiona, se agotan con múltiples intentos hasta quedar exhaustas en medio de su impotencia y embarazo, y como los ejecutados por lapidación o los aplastados por un muro que se ha desplomado súbitamente sobre ellos, incapaces hasta de levantar la cabeza, mueren ahogadas. En suma, que, si cada una de las partes del mundo está expuesta a destrucción, es evidente que tampoco el mundo formado por ellas será indestructible.

130. La cuarta y última argumentación debe exponerse con exactitud del siguiente modo. Si el mundo fuera eterno, también lo serían los seres animados y con mucha más razón la raza humana, por cuanto es superior a las otras. Pero resulta claro para los que investigan los hechos de la naturaleza que también el hombre tiene un remoto origen. Porque es probable, o más bien forzoso, que la existencia de las artes y técnicas coincidan con la existencia humana como si fueran de la misma edad, no solo porque es privativo de la naturaleza racional el proceder metódicamente sino también porque le es imposible vivir sin ellas.

131. Tengamos, pues, presente la antigüedad de cada una de ellas, dejando de lado los mitos ampulosamente narrados sobre los dioses.. .[74] Ahora bien, si el hombre no ha existido desde toda la eternidad, tampoco ha existido otro ser animado alguno, de modo que tampoco existieron las regiones que tienen por residencia, vale decir, la tierra, el agua y el aire. Ello

prueba claramente que el mundo es destructible.
[74] Tal vez sigan algunas afirmaciones sobre la paternidad humana de las artes y técnicas, confirmando la falsedad de atribuirla a los dioses, con lo cual se comprueba que esos inventos son relativamente recientes y por lo tanto también lo es la raza humana, que no puede pasárselas sin ellos, y los poseería desde toda la eternidad si ella fuera eterna.

132. XXV. Es preciso salir al encuentro de este tan grande desborde de locuacidad; no sea que alguno de los menos experimentados se convenza y le dé crédito. Y preciso es comenzar la reputación desde el punto en que los falsos filósofos comienzan el engaño. ¿Que los desniveles de la tierra ya no debían existir, si el mundo existiera desde toda la eternidad? ¿Y por qué razón, mis buenos amigos? Porque algunos no se detendrán aquí y dirán que entre la naturaleza de las montañas y la de los árboles no existe diferencia y que así como los árboles en ciertas ocasiones pierden sus hojas para nuevamente rejuvenecer luego, por lo que bien ha dicho el poeta. "El viento arroja las hojas sobre la tierra pero otras engendra el bosque floreciente cuando llega la estación primaveral";[75] así también, de idéntica manera, partes de las montañas se resquebrajan pero otras se les agregan.
[75] Ilíada, VI, 147 y 148.

133. Solo que tal agregado necesita de mucho tiempo para llegar a ser advertible; porque mientras en los árboles, como el proceso de desarrollo es más rápido, el avance es más pronto aprehensible, en las montañas es más lento, de donde resulta que también sus agregados apenas después de mucho tiempo son perceptibles por los sentidos.

134. Esta gente no parece conocer el modo como se originan las montañas; porque, a saberlo, quizá la vergüenza les cerrara la boca. Pero nada nos impide enseñarles, ya que lo que se puede decir no es cosa nueva ni las palabras son muestras, sino se trata de manifestaciones de hombres sabios de tiempos remotos, que no dejaron sin investigar nada de cuanto resultaba necesario conocer.

135. Cuando el elemento ígneo encerrado en la tierra [76] es empujado hacia arriba por la natural fuerza del fuego, tiende hacia el lugar que le corresponde, y no bien encuentra algún pequeño resquicio, se lanza fuera, arrastrando consigo una gran cantidad de sustancia terrestre, toda la que puede; si bien esta carga lo torna más pesado. La sustancia terrestre, obligada a avanzar con él a través de enormes distancias, se eleva hasta una inmensa altura y se contrae y angosta hacia la parte superior, para rematar finalmente en una aguda cúspide a imitación de la forma del fuego.
[76] Conviene anticiparse a advertir que lo que expone Filón a continuación es una teoría sobre la formación de las montañas. Según ella en el seno de la tierra hay mucho fuego atisbando la oportunidad y lugar para escapar y remontarse hacia su natural sede en las alturas. En hallando un resquicio, se escapa pero sin evitar arrastrar consigo enormes masas de tierra, las que después de intensa puja por volver a su lugar natural se conforman de mala gana con quedarse enhiestas hacia las alturas, convencidas por la superior fuerza del fuego. Tal sería el origen de las montañas.

136. Es que se produce una inevitable pugna al enfrentarse entonces los oponentes por naturaleza que son lo más liviano y lo más pesado,[77] ya que uno y otro tiende a avanzar hacia la zona que le es propia y contrapone su impulso a la fuerza del otro. El fuego que arrastra a la tierra consigo se ve obligado a menguar su impulso a causa de la opuesta tensión de la misma; pero la tierra, que pende hacia el nivel más bajo, aligerada por la tendencia del fuego a ganar altura, se eleva hacia lo alto, y obligada, no sin dificultad, por la superior fuerza que la

levanta, se dirige hacia la sede del fuego y allí se establece.
[77] El fuego y la tierra, respectivamente.

137. ¿Qué tiene, entonces, de asombroso el que las montañas no sean destruidas por los embates de las lluvias, siendo así que el poder que les da consistencia, y que además las mantiene elevadas, las abraza con gran firmeza y potencia? Porque, si el lazo que les da cohesión se desatara, ellas, naturalmente, se disolverían y dispersarían por obra del agua; pero, ceñidas estrechamente por la fuerza del fuego resisten impenetrables los embates de las lluvias.
XXVI. Pues bien, esto es lo que teníamos que decir para demostrar que los desniveles de la tierra no prueban que la tierra haya sido creada y haya de ser destruida.

138. En cuanto a la pretensión de demostrar tal cosa por la disminución del volumen del mar, la réplica apropiada podría ser ésta. No os limitéis a observar exclusivamente las islas emergidas ni si algunos sectores antiguamente sumergidos, más tarde se convirtieron en tierra firme; porque la controversia es contraria a la investigación sobre la naturaleza, la que considera que seguir las huellas de la verdad es cosa sumamente apetecible. Interesaos también, y mucho, por los hechos opuestos a esos, es decir, por todas las porciones continentales no solo costeras sino también mediterráneas que han sido tragadas, y por toda la tierra firme, que convertida en mar es recorrida por naves de gran tonelaje.

139. ¿Acaso ignoráis la celebrada historia del sacratísimo estrecho de Sicilia? Porque antiguamente Sicilia estaba unida al territorio de Italia, pero como los grandes mares lanzaban sus embates por ambos lados a causa de violentos vientos de dirección opuesta, la parte intermedia acabó por inundarse y se quebró, y en recordación de lo sucedido una ciudad fundada junto a ella recibió el nombre de Regio.[78] El resultado fue el contrario del que se hubiera esperado,[79] pues los mares hasta entonces separados se vincularon, en tanto que Sicilia, que era parte del continente, fue forzada a convertirse en isla.
[78] Filón vincula el nombre *Rhégion* con *rhegnynai = romper.*
[79] Según la teoría de que el mar es el que disminuye en provecho de la tierra.

140. Y la historia atestigua otros casos en que, habiéndolas cubierto el mar, muchas ciudades desaparecieron tragadas por él. Entre otros ejemplos cítase el de tres del Peloponeso, "Egira, Bura y la elevada Elicea, con muros que pronto habrían de producir infinito musgo marino en torno",[80] ciudades que antiguamente habían llegado a ser florecientes, y que fueron inundadas por un gran avance del mar.
[80] Pasaje de autor y obra desconocidos.

141. Y la isla Atlántida "mayor que Libia y Asia juntas" como dice Platón en el Timeo. en un solo día y una sola noche "habiendo sobrevenido extraordinarios terremotos e inundaciones sumergióse bajo el mar y desapareció de la vista de repente", y se convirtió en mar no navegable sino lleno de abismos.[81]
[81] El verdadero sentido de estas últimas palabras es difícil de fijar con seguridad, pues se ignora a ciencia cierta el verdadero significado del término *barathródes,* traducido aquí por *Heno de abismos,* dificultad que reza también con el pasaje de Platón que Filón parafrasea en parte y en parte cita.

142. En nada, pues, contribuye la disminución del mar, falsedad fraguada para fundamentar la argumentación, a mostrarnos que el mundo es destructible, ya que es evidente que si el mar se ha retirado de ciertos lugares, ha cubierto en cambio otros.

143. XXVII. El tercer argumento se refuta por sí solo, ya que se trata un razonamiento incorrecto a causa del mismo enunciado inicial. Porque, ciertamente, no es que sea destruible aquello cuyas partes sean todas destruibles, sino aquello cuyas partes sean todas destruibles conjunta y simultáneamente, es decir, como un solo todo y al mismo tiempo. Porque aunque a uno le hayan amputado la punta de un dedo, no por eso dejará de vivir; pero, si le amputan el conjunto de todas las partes y de todos los miembros, al punto perecerá.

144. De la misma manera, entonces, si desaparecieran todos los elementos del mundo eliminados al mismo tiempo todos juntos, necesariamente habríamos de afirmar que el mundo experimentaría la destrucción; pero, si lo que ocurre es que cada uno separadamente trueca su naturaleza en la del elemento vecino, más bien se tornará inmortal que será destruido, como ha dicho el poeta trágico reflexionando como un filósofo: "Nada perece de cuanto ha llegado a la existencia, sino, dispersándose unas partes hacia un lado y otras hacia otro, muestran la otra forma".[82]

[82] Fragmento citado también en el parágrafo 5 y, con la variante "propia" en vez de "otra", en el parágrafo 30.

145. En cuanto a tomar las artes y técnicas para determinar lo relativo al género humano,[83] constituye un caso de completa locura. Porque, cualquiera que se atenga a esta absurda manera de razonar demostrará que el mundo es completamente joven, formado apenas hace unos mil años, puesto que los que, según la tradición, fueron los inventores de las ciencias no pasan en antigüedad de dicho número de años.

[83] Alusión al cuarto argumento, expuesto en el parágrafo 130.

146. Pero, si han de decir que las artes y técnicas son de la misma antigüedad que el género humano, deben decirlo no sin previa indagación e irreflexivamente, sino apoyándose en la historia natural. ¿*Y* qué nos dice ésta? Que las destrucciones de seres terrestres, no destrucciones totales y masivas sino de muy gran número de ellos, son atribuidas a dos causas principales: los tremendos ataques del fuego y los del agua. Unos y otros, se nos dice, se precipitan alternativamente al cabo de muy grandes períodos de años.

147. Cuando, pues, se produce una conflagración, una corriente de fuego celestial se precipita desde lo alto y se esparce por todas partes, cubriendo en su avance grandes regiones del mundo habitado. Cuando se trata de un diluvio, el agua, en todas las formas en que se da en la naturaleza, causa estragos. Los ríos tanto los que se alimentan en fuentes propias como los alimentados por las lluvias invernales, no solo corren llenos hasta el borde sino sobrepasan el nivel habitual de su corriente, destrozando con su violencia las riberas más altas y saltando por sobre ellas en su ascensión hasta enormes alturas. Desde allí las aguas desbordadas se precipitan hacia el llano vecino, el que al principio se parcela en grandes lagos mientras el agua no cesa de penetrar en las partes más bajas; hasta que ésta los recubre con su corriente y sumerge las franjas de tierra, que dividían a los lagos, reduciéndolos a una extensión inmensa de mar por la unión de muchos -de ellos.

148. Por la acción de estos poderes que los combaten alternativamente los habitantes de las regiones opuestas van pereciendo; a causa del fuego los de las montañas, colinas y zonas escasas en agua, porque no poseen abundante agua, que es el natural medio de defensa contra el fuego, y a la inversa, a causa del agua los que habitan junto a ríos, lagos o el mar, pues esas desgracias suelen hacer presa primero o casi exclusivamente en los que se hallan en la vecindad.

149. Puesto que gran parte de la humanidad perece en las formas señaladas sin contar otras innumerables menos importantes, forzosamente también se pierden las artes y técnicas. Porque, la ciencia requiere quien la aplique ya que por sí sola es ciega. Pero una vez que las comunes calamidades se han aplacado y la especie comienza a florecer y crecer nuevamente teniendo como punto de partida a los que no han caído víctimas de los terribles males que los abrumaron, comienzan también a constituirse de nuevo las artes y técnicas, que no aparecen entonces por primera vez, pero que se habían reducido a poca cosa por la disminución de los que las dominaban.

150. Queda, pues, expuesto en la medida de nuestras posibilidades todo lo relativo a la indestructibilidad del mundo. En lo que sigue hemos de exponer las réplicas a cada punto.[84]

[84] Aquí concluye, trunco evidentemente, este tratado cuya autenticidad como obra filoniana ha sido puesta en justa duda. El lector queda perplejo ante las argumentaciones presentadas y si se atuviera a ellas exclusivamente, terminaría sin saber a ciencia cierta cuál era realmente la opinión exacta de Filón respecto de la indestructibilidad del mundo y la eternidad de su origen, aunque su adhesión a la doctrina de Moisés al respecto, mencionada en el parágrafo 19, no dejan dudas de que Filón lo creía "creado e indestructible".

FLACO [1]

(IN FLACCUM)

[1] Se supone con bastante fundamento que el presente tratado es la segunda parte de una obra en dos, cuya primera parte no ha llegado hasta nosotros. En esta primera parte, según parece desprenderse de las palabras con que comienza *Flaco,* se habría referido Filón a las intrigas de Seyan» contra los judíos, mencionadas en *Sobre la embajada ante Cayo,* 160.

1. I. El segundo que, después de Seyano [2] y continuando con ello la política de éste, llevó a cabo un premeditado ataque contra los judíos fue Flaco Avilio. A diferencia de aquél, no pudo atentar abiertamente contra nuestra nación entera, pues los medios a su alcance eran menores; pero a todos aquellos a los que alcanzó traspasólos de parte a parte, como si fueran un solo hombre, con la espada de irreparables males. Aunque su insidioso ataque era aparentemente solo parcial, la verdad es que sus maquinaciones tendían a alcanzar a todos dondequiera estuvieran; para lo cual empleaba más la astucia que la fuerza; que los tiranos por naturaleza, si carecen del poder suficiente, recurren a las intrigas para llevar a buen término sus malignos propósitos.

[2] Ver *Sobre la embajada ante Cayo,* 159 a 161. Sin embargo, ninguno de los antiguos historiadores que han tratado los acontecimientos de esta época atribuye a Seyano intervención alguna en una política antijudía, ni siquiera el judío Flavio Josefo, quien en Antigüedades Judías XVIII ha narrado circunstanciadamente las medidas tomadas por Tiberio contra los judíos de Roma, sin mencionar para nada a Seyano. Idéntico silencio en Suetonio, Vida de Tiberio, y Tácito, Anales II, 85.

2. Pues bien, este Flaco, que había sido escogido para integrar el séquito de Tiberio César, fue designado prefecto de Alejandría y el país[3] después de la muerte de Ibero,[4] anterior prefecto de Egipto; y al principio, según todas las apariencias, dio innumerables pruebas de ser un hombre de excelentes cualidades personales. Era, en efecto, sagaz, constante, agudo en el concebir las cosas, rápido en la ejecución de sus resoluciones, y dotado de suma capacidad para expresarse y para entender, más aún que lo que le decían, lo que callaban otros.

[3] Es decir de Egipto, que desde su ocupación por Octavio en el año 31 a. C. gozaba de un régimen especial, siendo considerado dominio privado del cesar, quien se hacía representar por un prefecto, escogido dentro del orden ecuestre, con jerarquía de virrey. De este Flaco Avilio no tenemos otras noticias que las que nos brinda Filón. Su prefectura comenzó por el año 32 d. C, unos cinco años antes del reinado de Tiberio.

[4] Ibero es mencionado por Dion Casio, Historia Romana LVIII, 19, 6, como sucesor de Vitrasio Polion en el cargo de prefecto de Egipto. En la mayoría de los manuscritos se lee Severo en vez de Ibero y las viejas ediciones de Filón prefieren aquella lectura. Ver *Sobre los sueños* II, 123.

3. De ese modo, en breve tiempo llegó a familiarizarse completamente con los asuntos de Egipto, no obstante ser éstos múltiples y complicados, y difíciles de conocer aun para aquellos que desde temprana edad se han aplicado a la tarea de compenetrarse de ellos. Innecesaria le resultaba la multitud de secretarios, por cuanto ningún asunto, ni grande ni pequeño, estaba fuera del alcance de su experiencia, al punto de que no solo era superior a ellos sino había llegado gracias a su dominio de los detalles a ser un maestro antes que un discípulo de los que habían sido sus instructores precedentemente.

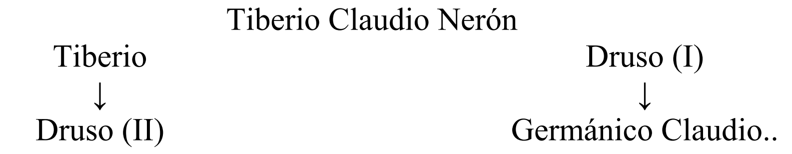
4. Y si bien aquel acierto con que manejaba cuanto concernía a los cálculos y la administración de los ingresos,[5] con ser ésta una función importante y vital, no permitía sin embargo entrever prueba alguna de que poseyera un alma propia de gobernante; en cambio todo aquello que podía testimoniar una naturaleza asaz brillante y propia de un rey, poníalo de manifiesto de manera suficientemente clara. Así, sus maneras eran graves y dignas, con esa solemnidad exterior que resulta sumamente provechosa para el gobernante; juzgaba los casos importantes en compañía de los altos funcionarios bajo su mando; humillaba a los arrogantes e impedía que una multitud de ¿ente promiscua, verdadera chusma, tramase conspiraciones. A las cofradías y asociaciones que con el pretexto de ofrecer sacrificios se entregaban a permanentes festines en los que comportábanse como gente beoda, las disolvió procediendo firme y enérgicamente contra los rebeldes.
[5] Ver el parágrafo 133.

5. Una vez que hubo colmado a la ciudad y al país de sanas normas, concentró, a su turno; su atención en los efectivps. militares, ordenando, disciplinando e instruyendo a las fuerzas de infantería, de caballería y ligeras y a los jefes; a estos últimos a fin de que no estimularan a sus soldados al pillaje y a la rapiña, apropiándose de las pagas de los mismos; y a cada uno de los soldados, a su vez, para que no se inmiscuyesen en cosa alguna fuera de las obligaciones militares, y tuviesen presente que entre los cometidos para los cuales estaban en las filas figuraba también el preservar la paz.

6. II. Pero quizá alguien diga: "Amigo mío, tú, que tenías determinado acusar a este hombre, no has expuesto cargo alguno contra él, y vas enumerado, en cambio, grandes alabanzas. ¿Es que no estás ya en tus cabales y te has vuelto loco?"
No, amigo; no me he vuelto loco ni soy un necio como para no ser capaz de ver cómo conducir rectamente el asunto. 7. Alabo a Flaco, no porque alabar a un enemigo sea lo que corresponde, sino para poner más claramente al descubierto su maldad; ya que, si es dable perdonar a quien delinque porque ignora una mejor manera de proceder, no tiene, en cambio, justificación alguna aquel que delinque con conocimiento y ha sido condenado por el tribunal de su propia conciencia.

8. III. Pues bien, seis años ejerció Flaco el mando; y durante los cinco primeros, en vida de Tiberio César, conservó la paz y desempeñó sus funciones con tanta actividad y energía, que se destacó por sobre todos sus predecesores.

9. Pero en el sexto, muerto ya Tiberio y proclamado emperador Cayo, comenzó a descuidar y a echar al abandono todos los asuntos. Tal vez se debió ello a su profundo dolor por la muerte de Tiberio; ya que, como bien lo hacían patente su persistente abatimiento y el torrente de lágrimas que, como de una fuente, no cesaba de brotar de él, hallábase profundamente afectado a causa de quien había sido íntimo amigo suyo. O tal vez fuera porque no veía con buenos ojos al sucesor de éste, como que había sido decidido partidario de los verdaderos descendientes de Tiberio, prefiriéndolos a los adoptados.[6] O bien puede ser que su actitud[7] se debiera al temor de ser considerado culpable por la circunstancia de haber estado entre los que habían atacado a la madre de Cayo en la época de que a ésta se le imputaron los cargos que fueron la causa de su muerte.[8]
[6] El siguiente cuadro genealógico (muy simplificado) aclarará esta afirmación de Filón:





Druso (II) (muerto en el año 23 d. C.) y Tiberio Gemelo eran verdaderos descendientes de Tiberio; los descendientes de su hermano, Germánico (muerto en el año 19 d. C.) y Cayo, fueron adoptados por él.
La rivalidad entre ambas ramas de descendientes de Tiberio Claudio Nerón y Livia Drusila, casada en segundas nupcias con Augusto, databa de la época en que éste, carente de descendientes varones propios puso sus ojos en sus hijastros, primero en Druso, muerto prematuramente, y luego en Tiberio, al que adoptó, con miras a asegurarse un sucesor en el principado.
[7] Es decir, el olvido de sus deberes. El pasaje presenta dificultades de interpretación y la traducción es conjetural.
[8] Agripina, madre de Cayo, fue desterrada en el año 29 juntamente con Nerón, otro de sus hijos. Tácito y Suetonio afirman que se dejó morir de hambre, aunque el primero desliza en Anales V, 25 la sospecha de que se le hubiera negado el alimento.

10. Y durante algún tiempo todavía procuró sobreponerse y no abandonó totalmente el manejo de los asuntos, pero, cuando se enteró de que el nieto de Tiberio,[9] que compartía el mando con Cayo, había sido muerto por orden de éste, perdió todo control, doblegado bajo el golpe de la indecible desgracia, y permanecía sin articular palabra y, cosa mucho más grave aún,[10] debilitado y paralizado su entendimiento.
[9] Tiberio Gemelo, hijo de Druso y de Livia Lavila, nacido en el año 19 d. C. Su apelativo de Gemelo le venía de su condición de mellizo. Acerca de las circunstancias de su muerte, dispuesta por Cayo, ver *Sobre la embajada ante Cayo* 22 a 31. En cuanto a la afirmación de Filón en el sentido de que Tiberio lo habría instituido heredero del mando juntamente con su primo Cayo, no existen, en realidad, otras fuentes que la corroboren. Tiberio nombró herederos de sus bienes a ambos por partes iguales, pero nada dijo acerca de la sucesión, aunque cabe conjeturar que fuera su deseo el que ambos compartieran el poder.
[10] Siguiendo la sugerencia de Colson, he preferido traducir así la expresión *poly próteron,* que normalmente significa *mucho antes,* sentido que no compaginaría bien con lo que Filón viene afirmando. En otros pasajes de sus obras nuestro autor da al giro un sentido comparativo de precedencia en importancia o de superioridad.

11. Es que, mientras vivía todavía el jovencito, se mantenía encendida la llama de la esperanza de su propia preservación; pero, muerto ya aquél, entendió que muertas también estaban para él sus propias esperanzas. Con todo, una cierta leve brisa de eventual apoyo quedábale en su amistad con Macrón, todopoderoso al principio ante Cayo. Macrón, según esa fama, había contribuido más que otro alguno a que éste alcanzara el mando y, más todavía, a que salvase su vida.[11]
[11] Ver *Sobre la embajada ante Cayo* 32 a 61, y la nota 18.

12. Muchas veces, en efecto, Tiberio había meditado deshacerse de Cayo pues consideraba que era de malas inclinaciones y carecía de aptitudes para el mando, y asimismo por el temor que sentía por la suerte de su nieto, ya que presentía que éste, muerto él, acabaría por ser eliminado como un estorbo. Pero Macrón procuraba en repetidas ocasiones disipar sus sospechas y alababa a Cayo, sosteniendo que era franco, sin malicia y sociable, y que sentía extrema devoción por su primo, al punto de que era su deseo dejarle solo a él el poder o, al menos, el primer lugar.

13. Engañado por estos argumentos, dejó Tiberio tras sí,[12] sin darse cuenta de ello, a un implacable enemigo suyo, de su nieto, de su familia, de Macrón, el intercesor, y de todos los hombres.

[12] Es decir, le conservó la vida y permitió que le sobreviviese.

14. El caso de Macrón lo atestigua. Como éste, al verlo apartarse de la conducta normal y entregarse a incontrolados impulsos en pos de lo que fuera y como fuera, le reprochaba y lo exhortaba, creyendo que era aquel Cayo afable y dócil de la época en que aún vivía Tiberio, sufrió el desventurado el más extremo de los castigos en pago de su excesiva benevolencia, siendo asesinado juntamente con toda su familia, mujer e hijos, como si se tratara de una carga inútil e importuna.

15. Cada vez, en efecto, que Cayo lo veía desde lejos aproximarse, manifestaba más o menos esto a los que lo acompañaban: "No sigamos riéndonos, bajemos la vista avergonzados; se aproxima el admonitor, el estricto, el que ahcra se ha metido a tutor de de un hombre maduro y de un emperador, precisamente a estas alturas, cuando, por innecesarios ya, han sido apartados de él y dejados de lado incluso los que lo instruyeron desde sus primeros años".

16. IV. Cuando Flaco, pues, supo que también Macrón había sido eliminado, perdió completamente la esperanza que le quedaba, y no fue ya capaz de ocuparse como antes de los negocios, enfermo, como estaba, e impotente para coordinar sus pensamientos.

17. Y cuando el gobernante desespera de poder ejercer el mando, fuerza es que sus gobernados no tarden en volverse rebeldes, en especial aquellos que son por naturaleza excitables aun ante motivos intrascendentes y sin importancia. Y entre éstos ocupan el primer lugar los egipcios, los que tienen por costumbre convertir en graves sediciones la menor chispa.

18. Llegado a ese punto de impotencia y apremio, vivía Flaco preso de violenta agitación; y a la par que empeoraba el estado de su razón, modificaba totalmente su manera de proceder de poco antes, comenzando por los más íntimos allegados. En efecto, mientras miraba con recelo y apartaba de sí a los que le eran favorables y particularmente amigos, aliábase a los que. desde un primer momento habían sido confesados enemigos suyos, y los empleaba como consejeros en todos los asuntos.

19. Mas, como éstos conservaban su resentimiento, la reconciliación era solo aparente y simulábanla de palabra, pero de hecho su pensamiento estaba lleno de implacable rencor hacia él; y fingiendo una genuina amistad, como los actores en la escena, iban adueñándose por completo de su persona. Y mientras el gobernante convertíase en gobernado, los gobernados resultaban ser gobernantes que proponían harto perniciosos proyectos y al punto los confirmaban con su ejecución.

20. Ellos mismos, en efecto, ratificaban todos sus planes, ya que Flaco, sobre quien solo para guardar las formas seguía inscripto el rótulo de gobernante, era utilizado, como una muda máscara sobre el escenario, por demagogos como Dionisio, miserables escribas como Lampón o cabecillas de sediciones como Isidoro, es decir, por intrigantes, inventores de maldades y alborotadores públicos, calificativo este último que ha terminado por serles aplicado preferentemente.

21. De común acuerdo todos ellos concertaron una trama terrible en sumo grado contra los

judíos, y reuniéndose con Flaco le dijeron:

[22.] "Cuanto cabía que esperaras de parte del niño Tiberio Nerón [13] está perdido; perdida está también la esperanza que después de aquél constituía para ti tu amigo Macrón; y nada bueno cabe augurarte de parte del emperador. Preciso es, pues, que nosotros te hallemos un poderosísimo defensor, que te granjee la benevolencia de Cayo.

[13] Es decir, Tiberio Gemelo.

23. Tal defensor es la ciudad de los alejandrinos, que desde un comienzo ha sido honrada por toda la casa de Augusto, y en especial por nuestro actual soberano. Ella intercederá si alcanza de ti algún beneficio; y ningún beneficio mayor le procurarás que entregar y abandonar en sus manos a los judíos".

24. No obstante que ante estas sugerencias su deber era rechazar con indignación a los que hablaban, como a gente sediciosa y enemigos públicos, Flaco dio su aprobación a lo propuesto. Al principio encaró sus hostiles proyectos con bastante disimulo, no prestando oídos por igual a las partes cuando disputaban, sino inclinándose hacia uno de los dos bandos;[14] y no acordando en los demás asuntos [15] igual derecho a hablar a ambos sectores, sino dando espaldas a los judíos cada vez que uno de ellos se le aproximaba y cuidando que esa dificultad de llegar hasta él rezase sólo con éstos. Pero bien pronto hizo abiertamente pública demostración de mala disposición hacia ellos.

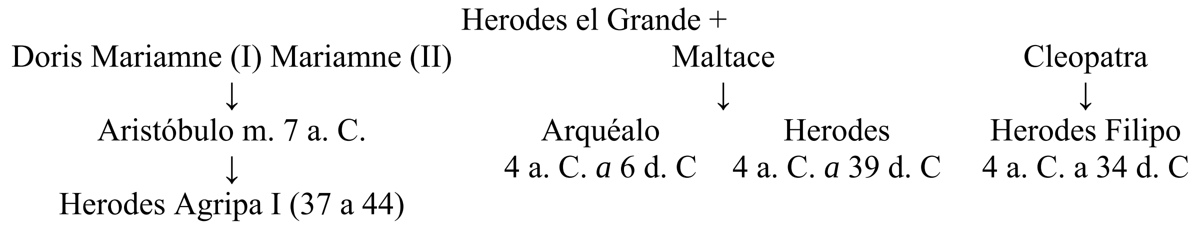
[14] Los judíos y los restantes alejandrinos, en perpetuas controversias.

[15] Es decir, cuando no se trataba de disputas sino de gestiones unilaterales.

25. V. Contribuyó a fortalecer esa necia temeridad con que obraba, más por haberlo aprendido de otros que por natural impulso, la siguiente fortuita circunstancia. Cayo César había concedido a Agripa, el nieto del rey Herodes, la investidura real sobre una tercera parte del territorio de su abuelo,, parte cuyas rentas había percibido su tío paterno, el tetrarca Filipo.[16] Cuando Agripa se aprestaba a partir aconsejóle Cayo que evitar?, navegar directamente de Brindis a Siria por ser un viaje largo y fatigoso, y que aguardara los vientos etesios y tomara la corta ruta de Alejandría. Aseguróle que partían desde allí rápidos barcos mercantes y que había pilotos sumamente expertos que los conducían como se conduce a los caballos de carrera, proporcionando un viaje directo sin desviarse de la ruta. Agripa, en parte por deferencia hacia su soberano y en parte también porque la recomendación de éste era conveniente al parecer, le hizo caso.

[16] A este Agripa, el primero de los dos de ese nombre en la casa de la dinastía idumea fundada por Herodes el Grande en Palestina y zonas adyacentes, se refiere extensamente Flavio Josefo en Antigüedades Judías XVIII, 6, y en otros lugares. Sobre su acción contra los cristianos trata Hechos de los apóstoles XII.

Su papel en los hechos que trata Filón en *Flaco* y *Sobre la embajada ante Cayo* es tan importante y tan frecuentes son las referencias a él en ambos tratados que para una mejor comprensión de los sucesos por el lector convendrá resumir los principales episodios de su casi novelesca existencia y los tocantes a la dinastía herodiana. He aquí un cuadro genealógico de la misma simplificado:



↓
Herodes Agripa II (50 a 100)

Herodes, llamado el Grande gobernó hasta el 4 a. C. Al morir, sus dominios se distribuyeron, por disposición de Augusto, entre tres de los numerosos hijos habidos en cinco matrimonios.
(1) Arquelao quedó como etnarca de Judea, Samaría e Idumea. En el año 6 d. C. es depuesto y desterrado por orden de Augusto, y el territorio de la etnarquía es gobernado en adelante por procura- (falta algo)
(2) Herodes Filipo (II) recibe la tetrarquía que comprende Batanea, Traconítide, Auranítide, Gaulanítide, Paníde e Iturea.
En el año 34 la tetrarquía es incorporada a la provincia de Siria y en el 37 concedida por Calígula a Herodes Agripa I, juntamente con la cuarta de las tetrarquías, la de Lisanía.
(3) Herodes Antipas gobierna la tetrarquía de Galilea y Perea. En el 39 es desterrado por Calígula y su tetrarquía queda bajo el mando de Herodes Agripa I.
Los principales sucesos de la vida de Herodes Agripa I pueden resumirse así:
En tiempos de Tiberio es enviado a Roma, jovencito aún, para su educación, provisto de gruesas sumas de dinero, que derrochó en diversiones y en ganarse popularidad y amigos entre las clases influyentes.
Lo ayudó en esto la circunstancia de que su familia era muy conocida en Roma ya que su padre Alejandro y su tío Aristóbulo habían sido llevados a Roma por Augusto y educados en el palacio después de Accio.
Traba amistad con Druso, el hijo de Tiberio, y con el futuro emperador Claudio..
Año 23: Muerta su madre Berenice y asesinado por Seyano su protector Druso, Agripa retorna a Palestina dejando multitud de deudas impagas y furiosos acreedores. Vive en un castillo de Idumea en situación desesperada hasta que su tío Herodes Antipas lo protege.
Año 36: Rompe con éste, pues su sarcasmo lo ofendía, y se refugia en Siria, cuyo gobernador Pomponio Flaco lo acoge, aunque más tarde lo expulsa al comprobar un acto de corrupción de su huésped. Se decide entonces a marchar a Roma. En el puerto palestino de Antedón está listo para partir hacia Italia, cuando una partida enviada por el custor Herenio Capitón le exige el pago de lo debido al tesoro público por su deuda, aún impaga, con el difunto Druso. Promete pagar, pero huye secretamente a Alejandría a fin de gestionar un préstamo. El alabarca Alejandro Lasímaco, hermano de Filón, personaje adinerado, le concede una gruesa suma con la garantía de los bienes de Cipro, esposa de Agripa. Filón menciona esta visita en el parágrafo 28 aunque calla discretamente su objetivo. Sigue su viaje hacia Italia. Escribe a su llegada a la península a Tiberio quien lo acoge favorablemente, pero la llegada de una carta de Capitón informa a Tiberio de la fuga y el emperador dispone su destierro. Sin embargo Agripa logra superar su difícil situación. Para ello recurre una vez más a la protección de Antonia Menor, la que logra que el emperador perdone al príncipe. Se aproxima a Cayo y es su compañero de desarreglos. Ciertas manifestaciones imprudentes acerca de Tiberio le acarrea la prisión *y* humillaciones durante tres meses.
Año 37: Muere Tiberio y Calígula liberta y favorece a Agripa, al que concede la tetrarquía de Filipo y la de Lisania. Sólo se hace cargo un año y medio más tarde. Entretanto permanece en Roma.
Ano 38: Marcha Agripa hacia Palestina. Pasa por Alejandría. Se origina el ataque contra los judíos. *(Flaco, 25* y ss.)
Año 39: Recibe también la tetrarquía de Antipas quien, habiendo marchado a Roma para pedir a Calígula un reino, fue desterrado a la Galia por disposición del César ante una acusación de Agripa, quien envió un embajador con cartas acusatorias.
Año 40: Viaja a Roma, para agradecer personalmente a Calígula. Al retornar pasa por Alejandría, donde los judíos de la comunidad local le piden que sea portavoz de sus quejas

por los malos tratos que recibían y que haga llegar a Calígula sus peticiones.
Poco después algunos griegos alejandrinos irrumpen en una sinagoga y erigen un altar al emperador Calígula. Los judíos lo quitaron y el asunto se elevó a Roma con la acusación de desacato contra los mismos. Calígula para escarmentarlos ordena erigir su estatua bajo la figura de Júpiter en el santuario del templo de Jerusalén.
Según una versión, Agripa al saberlo decidió ir a Roma, según otra estaba ya en camino y oyó la orden de labios del César.
Año 41: Estando Agripa aún en Roma es asesinado Calígula, y llega al trono Claudio, cuyos favores supo granjearse y de quien recibió Judea y Samaría el rey judío.
Año 44: Muerte imprevista de Agripa en Cesárea.

27. Marchó hasta la costa, a Dicearquía,[17] y viendo ancladas allí varias naves alejandrinas listas para zarpar, se embarcó con su comitiva; y tras una favorable navegación arribó pocos días después sin que se hicieran públicos ni su llegada ni sus propósitos. Cuando hacia el atardecer se avistó el faro, ordenó a los pilotos recoger las velas y permanecer en el mar en la parte exterior que rodea a aquél, manteniéndose lejos hasta la llegada del anochecer; y aproximarse a los puertos de noche a fin de desembarcar cuando ya estuviesen todos entregados al sueño, y poder llegar a la casa de su huésped [18] sin testigo alguno.
[17] Para los romanos Puteoli, hoy Púzzoles.
[18] Posiblemente el alabarca de Alejandría, Alejandro Lisímaco, hermano de Filón.

28. La causa de tan gran recato en su llegada al país era su deseo de que su tránsito por la ciudad pasara inadvertido, si ello era posible, para todos los habitantes de ella; ya que no había venido a Alejandría para verla; pues ya había estado en ella en una ocasión anterior cuando viajaba hacia Roma a fin de presentarse ante Tiberio;[19] sino para utilizar una ruta corta en el regreso hacia su país.
[19] Ver la nota 16.

29. Pero los alejandrinos, siendo, como son, gente a la que la envidia saca de quicio, ya que la nación egipcia es envidiosa por naturaleza; tenían por propias desgracias los buenos sucesos de los otros; [20] y además a causa de su ancestral hostilidad contra los judíos, poco menos que connatural en ellos, estaban resentidos por el hecho de que un judío hubiera llegado a ser rey, no menos que si cada uno de ellos mismos hubiera sido despojado de un trono heredado de sus antepasados.
[20] Es decir, de los judíos. Filón no emplea aquí *állon* = *de los demás* (en general), sino *hetéron* = *de los otros o de la otra parte* (tratándose de dos grupos o sectores).

30. Y una vez más los que rodeaban al infeliz Flaco lo incitaron aconsejándolo y provocando la envidia en él. "La estadía de este aquí", decíanle, "equivale a tu deposición. La majestad de la honra y del prestigio de que se halla investido sobrepasa la tuya. Él atrae hacia sí a todos los que ven la hueste de lanceros de su guardia personal en ordenada formación con sus armas cubiertas de plata y oro.[21]
[21] ¿Cómo se compagina esto y el estado público que había tomado la presencia de Agripa en Alejandría con el silencio y los propósitos de pasar inadvertido que, según Filón, habían rodeado al arribo del rey judío? ¿Lo habían convencido sus connacionales? En todo caso es difícil concebir que un rey seguido de una brillante comitiva pensara en serio pasar de incógnito. Más bien cabe suponer que Filón dejándose arrastrar una vez más por su simpatía hacia Agripa, se empeña en no atribuirle desliz o designio reprochable alguno, y trata además de demostrar que no hubo provocación, al menos intencional, en el tránsito del rey por Alejandría.

Por otra parte, y aunque no se trate sino de una conjetura, nada tendría de extraño el que Agripa, que en una anterior ocasión había pasado por Alejandría en condiciones por demás distintas de la presente, quisiera exhibir su prosperidad actual desplegando toda la pompa posible, como parece desprenderse de lo de "todos los que ven la hueste de lanceros de su guardia personal en ordenada formación con sus armas cubiertas de plata y oro".
Sabemos por las afirmaciones de Filón que a estas alturas los judíos tenían conciencia de la hostilidad que Cayo abrigaba hacia ellos (parágrafos 24 y 97 a 102).
En el parágrafo 103 Filón habla de la entrevista que los representantes de la comunidad judía tuvieron con Agripa I durante su visita, a fin de ponerlo al tanto del asunto del decreto en homenaje a Cayo y de la burda treta de Flaco.
¿Habrían en esta ocasión sus connacionales convencido al rev para que desistiera de su propósito inicial y desplegara la pompa real, tal vez como-un recurso para intimidar a sus enemigos?

31. ¿Era necesario que se presentase en la región gobernada por otro, cuando hubiera podido dirigirse sin peligro alguno en una próspera navegación a su propio dominio? Porque, cierto es que Cayo le permitía o, más bien, le impulsaba a venir por aquí, pero él hubiera debido suplicar insistentemente que le dispensara de hacerlo, a fin de evitar que el gobernador del país, sobrepasado en la pública consideración, sufriera menoscabo en su prestigio."

32. Flaco oía estas cosas y se irritaba más aún de lo que estaba; y, aunque en público representaba el papel de amigo y camarada de Agripa por temor al que lo había enviado, en privado daba rienda suelta a su envidia manifestando sin empacho su odio hacia aquél y agraviándolo indirectamente ya que no se atrevía a hacerlo de frente.

33. Prueba de ello es que dio licencia a la plebe ociosa y holgazana de la ciudad, multitud experimentada en el hablar sin ton ni son, y que aprovecha su tiempo en calumnias y blasfemias, para que acusara al rey. Y bien puede ser que él personalmente comenzara las difamaciones; bien que incitara y provocara a que las levantaran los que eran sus habituales servidores en semejantes menesteres.

34. Éstos, lanzados ya a la tarea, pasábanse los días en el gimnasio mofándose del rey y ensartando sarcasmos uno tras otro. ¿Cómo lo hacían? Pues tomaban por maestros a los poetas autores de farsas y chanzas y demostraban cuan buenas disposiciones poseían para las cosas indignas, y cómo, de la misma manera que eran tardos para instruirse en las cosas buenas, eran harto rápidos y prestos para aprender las contrarias.[22]
[22] En los parágrafos 36 y ss. se explayará Filón sobre estas deplorables muestras histriónicas a las que alude aquí.

35. ¿Por qué, entonces, no se indignó contra ellos Flaco? ¿Por qué no los encarceló y los castigó por esa presuntuosa difamación? Aunque Agripa no hubiera sido un rey, ¿no merecía, sin embargo, siendo un miembro de la mansión de César,[23] ser tratado con deferencia y honor? Pues bien, éstas son claras pruebas de que Flaco se había convertido en cómplice de aquella difamación. Porque es evidente que, si quien pudo castigarla o, por lo menos, oponerse no la impidió, ella tenía lugar con su personal consentimiento y permiso. Y si a la indisciplinada plebe se le da ocasión para cometer iniquidades en un determinado sentido, no se limita a ello, sino pasa de unas cosas a otras agregando siempre alguna nueva forma de trastornarlas.
[23] Es decir, de Cayo. Recuérdese que el cognomen César, de la rancia gens Julia, pasó a Octavio por adopción, y que luego lo agregaron a su nombre los sucesores de éste hasta el fin

de la dinastía Julioclaudiana. De allí que los historiadores llamen César a los distintos príncipes de esta casa.

36. VI. Había cierto demente llamado Carabas, cuya locura no era la demencia salvaje y feroz que resulta peligrosa para los mismos dementes y para los que se les aproximan, sino la moderada y de más leves alcances. Pasábase éste tal día y noche en las calles desnudo, sin protegerse del calor ni del frío, resultando la diversión de los chicos y muchachos ociosos.

37. Llevaron al infortunado al gimnasio y lo pusieron en un lugar alto para que pudiera ser visto por todos; y extendiendo un pliego de papiro a modo de diadema colocáronselo sobre su cabeza, envolvieron el resto de su cuerpo con un burdo manto que hacía las veces de clámide, y uno que encontró tirado en el camino un pequeño trozo de papiro [24] del país se lo entregó por cetro.
[24] Es decir, una vara o tallo de la planta de papiro.

38. Una vez que, como en las farsas teatrales, hubo recibido las insignias de la realeza y hubo sido aderezado para el papel de rey, muchachos con varas sobre sus hombros al modo de los lanceros se colocaron a ambos lados de él imitando a los guardias reales. Acto seguido se fueron aproximando otros, unos simulando venir a saludarlo, otros como para reclamar justicia y otros como para consultarlo sobre asuntos públicos.

39. Luego la multitud reunida en derredor suyo lanzó un insólito grito llamándolo "marin", título con el que, según dicen, entre los sirios se designa al soberano. La razón de tal invocación era que sabían que Agripa era sirio de nacimiento y poseía una gran parte de Siria dentro de su reino.[25]
[25] Su abuela Mariamne era de la estirpe de los Ásmemeos y Antípatro, su bisabuelo, era idumeo. No se refiere aquí Filón a la provincia romana de Siria sino al vasto territorio comprendido entre el Mediterráneo y el desierto desde los confines de Egipto hasta el Eufrates y la Cilicia.

40. Cuando Flaco oyó, o más bien vio, estas cosas, debió haber hecho detener y poner en buen recaudo al loco a fin de que no proporcionase a los burladores ocasión para insultar a quienes eran superiores a ellos; y además debió haber castigado a los que habían preparado aquéllo, por cuanto se habían atrevido a afrentar abiertamente y con torcidos propósitos, de palabra y de obra, a quien era rey y amigo de César, y había recibido honores pretoriales [26] de parte del senado. Mas no sólo no los castigó sino ni siquiera consideró que debía poner coto a lo que hacían; con lo que les brindó inmunidad y licencia a los deseosos de causar daño y dar rienda suelta a sus hostiles sentimientos; para lo cual hizo como si no viera lo que veía ni oyera lo que oía.
[26] Título e insignias que el senado solía conceder a príncipes extranjeros.

41. Enterada de esto [27] la multitud; no la pacífica y animada de espíritu ciudadano, sino la acostumbrada a llenarlo todo de confusión y alboroto a causa de su inclinación a inmiscuirse en lo ajeno, de su afán por vivir una vida que no merece vivirse, y de su habitual ociosidad y holgazanería; corrieron todos al teatro a primera hora del día, y, habiendo comprado ya a Flaco por el miserable precio que éste, en su frenético deseo de renombre y en su probada venalidad,[28] aceptaba no sólo para su propio daño sino en perjuicio de la seguridad colectiva, comenzaron a gritar respondiendo a una sola consigna que había que colocar imágenes en las sinagogas.[29]
[27] De la pasividad de Flaco.

[28] Características que no están de acuerdo con la descripción inicial de la personalidad de Flaco, ni siquiera admitiendo que las circunstancias hubieran alterado su manera de ser.
[29] Imágenes de Cayo. La prohibición de hacer imágenes era terminante para los hebreos. Éx. 20, 4, Lev. 26, 1, Deut. 4, 16, etc. Tal vez más que el deseo de causar sinsabores a sus tradicionales enemigos, los judíos, o quizá a la par de ese deseo, el propósito de la instalación de imágenes de Calígula en las sinagogas fuera borrar la impresión de desacato hacia el emperador provocada por los desaires e irreverencias de que habían hecho objeto a uno de sus favoritos.

42. Lo que proponían era una violación de nuestras leyes totalmente inusitada y nunca hasta entonces consumada; pero, aunque sabían que así era, proclives en extremo a las maldades,, como son, tramaron esto con premeditación usando como pretexto el nombre de César, nombre que no es lícito asociar a cosa alguna reprobable.

43. ¿Qué hacía a todo esto el gobernador del país? Sabía él que la ciudad y todo Egipto tienen dos sectores de población: nosotros y estos, y que no son menos de un millón los judíos que habitan en Alejandría y en el país desde la pendiente de Libia hasta los límites de Etiopía; y sabía además que se trataba de un intento contra todos ellos y que era inferirles un daño el alterar sus costumbres ancestrales. Sin embargo, haciendo caso omiso de todas estas razones, permitió que se consumara la instalación de imágenes, no obstante que eran infinitas todas las providencias a su alcance para ordenar como gobernante o para aconsejar como amigo.

44. VII Pero, como tomaba parte a la par de ellos en cada una de sus fechorías, no tenía escrúpulos en emplear su superior poder para avivar la llama de la sedición agregando permanentemente novedosas maldades; y bien podríamos decir que en lo que de él dependió llenó poco menos que todo el mundo habitado de contiendas civiles.[30]
[30] Manera algo hiperbólica de decir que si de Flaco hubiera dependido el mundo romano entero, habría presenciado un grave enfrentamiento entre judíos y no judíos.

45. Era, en efecto, perfectamente claro que el rumor de la destrucción [31] de las sinagogas se divulgaría comenzando por Alejandría y extendiéndose enseguida a los nomos de Egipto, y correría desde Egipto hacia el este y las naciones orientales, y desde Hipotenia y Marea, comienzos de Libia, hacia el oeste y las naciones occidentales. Porque son tan numerosos los judíos, que no hay país que él solo pueda contenerlos.
[31] ¿Significa esto simplemente la profanación de ellas? En el parágrafo 54 dice Filón textualmente: "Habiéndonos Flaco despojado de nuestras sinagogas, sin dejarles el nombre siquiera". Y en *Sobre la embajada ante Cayo* 132 se narra cómo los alejandrinos destrozan y queman todas las sinagogas en las que los judíos no resistieron con éxito, en tanto que en las demás colocaron imágenes. Entre ambas versiones del hecho, hay una aparente contradicción, que la falta de otras fuentes o versiones nos impide aclarar sin recurrir a hipótesis aventuradas.

46. Por esta razón ellos habitan en la mayoría de los más prósperos países de Europa y de Asia, tanto en las islas como en los continentes, y, mientras tienen por metrópoli a la ciudad sagrada, en la que está edificado el santo templo del altísimo Dios, consideran como su patria a aquella ciudad que cada uno heredó como residencia de sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos y de sus antepasados más remotos aún, en la cual nacieron y fueron criados. Además, a algunas de ellas llegaron en calidad de inmigrantes cuando acababan de fundarse, e hiciéronlo con la complacencia de los fundadores.

47. Y era de temerse que las gentes de todas partes, llegándoles el pretexto desde Alejandría, ultrajasen a los judíos conciudadanos suyos, atentando contra sus sinagogas y sus costumbres.

48. Éstos, por su parte, aunque inclinados a la paz por naturaleza, no hubieran permanecido en actitud pasiva para siempre; no sólo porque entre todos los hombres las luchas en defensa de sus instituciones prevalecen hasta por sobre los peligros de la vida, sino también porque ellos son los únicos entre cuantos viven bajo el sol que con la pérdida de sus sinagogas se verían a la vez privados de algo por lo que consideran que bien valen infinitas muertes, es decir, privados de poder manifestar su reverencia hacia sus benefactores, puesto que en adelante carecerían de recintos sagrados en los que cumplir sus acciones de gracia.[32]

[32] Implica esto, al parecer, que la profanación de las sinagogas por la introducción de imágenes equivalía a destruirlas y a inhabilitarlas para ser sede de futuras acciones de gracia. Pero, ¿por qué recalca Filón que solo a los judíos y no a los demás pueblos la pérdida de los lugares de culto los privaría de la posibilidad de expresar su veneración y su gratitud a sus soberanos?

El pasaje es bastante obscuro.

49. Y yo hubiera dicho a nuestros contrarios: "¿No os dais cuenta de que no estáis acrecentando sino menoscabando la honra que se tributa a vuestros soberanos? ¿No sabéis que en todos los lugares del mundo habitado, como es harto notorio, las sinagogas son para los judíos lugares en los que se fomenta su piadosa veneración hacia la casa de Augusto; y que, si ellas nos son destruidas, no nos queda ningún otro lugar ni forma de tributar esa honra?

50. Por cierto que, si nosotros descuidamos rendir ese homenaje mientras nuestras costumbres nos lo permiten,[33] somos merecedores de sufrir el mayor de los castigos por retacear el ofrecimiento de los testimonios de gratitud que corresponden. Pero si algo omitimos en razón de que se oponen nuestras propias leyes, leyes que Augusto se complació en confirmar, no sé qué falta pequeña o grande cometemos. A no ser que alguno quiera reprocharnos el violar, aunque no voluntariamente, nuestras leyes por no precavernos contra el abandono de nuestras costumbres, puesto que, aunque el origen de ese abandono se halle en los otros, a menudo sus últimas consecuencias alcanzan a sus autores materiales".[34]

[33] Es decir, mientras no se oponen trabas legales tales como el carecer de sinagogas o el tenerlas pero profanadas por la presencia de imágenes.

[34] El sentido del parágrafo 50, que dista de ser claro, podría resumirse más o menos así: la responsabilidad de la disminución de los homenajes al emperador y a su casa no puede recaer sobre los judíos, ya que no hubo para ellos opción al serles vedado, con la profanación de sus sinagogas, el tributarlos según los dictados de la ley. Porque si no los tributaran cuando ningún obstáculo legal se opone merecerían ser acusados de culpa y castigados, pero si los omiten forzados por otros no hay lugar a achacarles nada. Salvo que, como la culpa a menudo recae no en los verdaderos culpables sino en los ejecutores materiales, se permita alguien reprocharles el violar involuntariamente sus leyes y costumbres forzados por la acción cohercitiva de otros.

En él texto griego se lee *aitious = responsables,* que he traducido por *autores materiales* (del abandono de las costumbres), por oposición a los autores morales. Colson sugiere la posibilidad de que deba leerse *anaitíous* = *irresponsables,* sin culpa.

51. Así fue como Flaco, callando lo que debía ser dicho, y diciendo lo que debía callarse, obró inicuamente contra nosotros. Pero, ¿qué intenciones abrigaban aquellos a los que él buscaba complacer? ¿Acaso deseaban honrar realmente al emperador? En ese caso, ¿no había suficientes templos en la ciudad, siendo así que en muchísimas partes de ella hay lugares

consagrados que poseen el máximo de las condiciones requeridas para la colocación de lo que ellos querían?

52. No, la agresión a que nos referimos es propia de gente animada por el odio y que trama insidias con habilidad, gracias a la cual los autores del atropello-no parecerán cometer injusticia alguna, y a los vejados les resultará peligroso oponerse. Porque no es tributar honras, señores míos, el abolir las leyes, el alterar las costumbres ancestrales, el vejar a sus conciudadanos y el enseñar a los habitantes de las demás ciudades a despreciar la concordia.

53. VIII. Una vez que le pareció que el ataque contra nuestras leyes cumplíase exitosamente habiéndonos despojado de nuestras sinagogas sin dejarles el nombre siquiera, echó Flaco manos de otro expediente: privarnos de nuestra ciudadanía, a fin de que, anuladas nuestras costumbres ancestrales y nuestros derechos políticos, únicas garantías de una vida segura para nosotros, soportásemos las desdichas más extremas sin poder aferramos a ninguna amarra para nuestra seguridad.

54. Pocos días más tarde, en efecto, publicó un edicto en el cual nos trataba de extranjeros y advenedizos, y nos condenaba [35] sin juicio previo alguno ni permitirnos alegar a nuestro favor. ¿Qué mayor pública profesión de tiranía podría darse? Habiendo asumido él mismo todos los papeles: de acusador, de enemigo, de testigo, de juez y de ejecutor del castigo, acto seguido agregó a los dos primeros atropellos un tercero al permitir que saquearan a los judíos aquellos que lo desearan, como si se tratara de la toma de una ciudad.
[35] Sobre los alcances de esta proclama se han tejido variadas conjeturas, entre ellas la de que se trata de una exageración retórica de Filón.

55. ¿Qué hicieron ellos contando con esa impunidad? Cinco son los barrios de la ciudad, y desígnaselos con las primeras letras del alfabeto. De ellos dos son llamados barrios judíos por ser judía la mayoría de los que los habitan, aunque también en los restantes residen dispersos no pocos judíos. ¿Qué hicieron, entonces, los otros? Desalojaron a los judíos de los correspondientes a las cuatro primeras letras, y los concentraron en un sector pequeñísimo de uno solo.

56. Los judíos, forzados por su gran número, despojados de todas sus propiedades, se precipitaron hacia las riberas, los estercoleros y las tumbas, en tanto sus enemigos se lanzaron a la carrera hacia las moradas abandonadas, a fin de saquearlas, y se distribuyeron los despojos como botín de guerra, y sin que nadie se lo impidiera, abrieron los talleres de los judíos, los que estaban cerrados en señal de duelo por Drusila,[36] y acarrearon fuera todos los artículos que encontraron, que eran muchos, y los llevaban consigo por el centro del mercado, negociando con las cosas ajenas como si fueran propias.
[36] Una de las tres hermanas de Cayo, con la que era público rumor que Calígula mantenía relaciones incestuosas, según la costumbre de los soberanos egipcios, cuyo modelo tenía el emperador presente en sus veleidades de príncipe oriental, tal vez por influencia de la servidumbre egipcia del palacio.
A su muerte Cayo proclamó un duelo público durante el cual no funcionaron los tribunales y se consideraron delitos capitales el reír, el bañarse, el comer en compañía de parientes, de la esposa o de los hijos. (Suetonio, Vida de Cayo 24). Por Dion Casio, Historia Romana LVII, sabemos que la muerte de Drusila acaeció en el año 38 d. C.

57. Un mal más grave aún que el saqueo fue la imposibilidad de trabajar. Los mercaderes habían perdido cuanto tenían en los depósitos, y nadie, ni el agricultor ni el armador de barcos

ni el comerciante ni el artesano, tenía posibilidad de emprender sus habituales tareas. De ese modo, la pobreza era resultado de dos hechos: del saqueo, por el que en un solo día habían venido a parar en la indigencia, completamente despojados de sus propiedades; y de la imposibilidad de procurarse los medios necesarios mediante sus habituales ocupaciones.

58. IX. Y estas desgracias, aunque insoportables, con todo resultaban llevaderas comparadas con las que después les sucedieron. Porque la pobreza es cosa penosa, sobre todo cuando es preparada por enemigos; pero es menos penosa que la violencia perpetrada contra los cuerpos por muy breve que ella sea.

59. Pero a tal exceso llegaron los sufrimientos que padecieron los nuestros, que ni aun diciendo que soportaron violencias y ultrajes se emplearían los términos adecuados; y en mi opinión, la carencia de calificativos apropiados se debe a la magnitud de aquella crueldad sin precedentes, tal que los actos de los vencedores en las guerras, aunque se tratare de vencedores implacables por naturaleza para con los vencidos, parecen sumamente clementes comparados con los que aquéllos padecieron.

60. Tales vencedores arrebatan los bienes y toman multitud de cautivos, pero eso después de haber corrido el peligro de perder lo suyo en caso de derrota. Además dejan ciertamente libres a innumerables cautivos siempre que sus parientes y amigos entreguen el dinero para su rescate; no, probablemente, porque se sientan inclinados a la misericordia, pero sí vencidos por su amor al dinero; aunque esto último bien podría decirse que no viene al caso, ya que a los beneficiados les es indiferente el modo de salvarse.

61. Además no faltan ejemplos de cómo consideran que los enemigos caídos en la guerra merecen sepultura, procurándosela a sus expensas aquellos que abrigan nobles y humanitarios sentimientos, mientras los que extienden su hostilidad también a los muertos entregan los cuerpos en virtud de un acuerdo a fin de que no se vean privados del postrer beneficio de los ritos establecidos.

62. Esto es lo que hacen los enemigos en la guerra. Veamos qué hicieron en plena paz los hasta poco antes amigos nuestros.[37] Después de los saqueos, las expulsiones de los hogares y los violentos destierros de la mayor parte de los barrios de la ciudad, los judíos vinieron a quedar como sitiados, con los enemigos apostados en torno de ellos, oprimidos por una indigencia y escasez terribles de cosas indispensables, y viendo a sus mujeres y a sus tiernos hijos perecer ante sus ojos a causa de un hambre provocado artificialmente.

[37] En *Sobre la embajada ante Cayo* 119 a 131, Filón ofrece otro relato del pogrom cuya narración comienza aquí. Allí se da como razón de los ataques la creencia de los alejandrinos de que Cayo profesaba odio a los judíos.

63. Todas las otras zonas, en efecto, estaban llenas de una abundante y pingüe cosecha, pues el río había anegado generosamente con sus desbordamientos las tierras arables y todas las partes del llano en donde crece el trigo producían en copiosas cantidades el fruto del cereal gracias su fertilidad.

64. Incapaces de soportar por más tiempo estas privaciones, algunos de ellos, aunque no era su norma hacer esto antes, acudieron a las casas de sus parientes y amigos a pedir por caridad las cosas necesarias solamente, en tanto que otros, movidos por la nobleza de su espíritu a evitar esa ocasional situación de mendigantes como propia de esclavos e indigna de hombres libres, se aproximaron al mercado sin otro propósito que comprar alimentos para los suyos y

para sí mismos.

65. ¡Desventurados de ellos! Porque al punto, apresados por les qué habían erigido contra ellos el poder de la plebe, se los asesinó traidoramente, y arrastrados y pisoteados a través de la ciudad toda, se los destrozó completamente sin que quedase parte alguna que pudiese recibir la sepultura a que todos tienen derecho.

66. Pero también muchísimos otros fueron ultimados y destrozados mediante múltiples formas de perfidias puestas en práctica para satisfacer una maligna crueldad por quienes habían sido enloquecidos por el salvajismo hasta igualar la naturaleza de las bestias salvajes. A cuantos judíos, en efecto, alcanzaban a divisar en cualquier parte apedreábanlos y golpeábanlos con maderos, cuidando de no aplicar al principio los golpes sobre las partes más vitales por temor de que, muriendo demasiado pronto, se liberasen también demasiado pronto de la percepción de los dolores.

67. Algunos con el renovado ardor que les infundían la impunidad y la licencia que acompañaban a aquellas desventuras, desechando las armas menos contundentes, echaban manos a las más eficaces de todas: el fuego y el acero; y a muchos los asesinaban con espadas, y a no pocos los aniquilaron con el fuego.

68. Casos hubo de familias enteras: esposos con sus esposas, hijos con sus padres, que fueron quemados en el centro de la ciudad por los más implacables de todos, hombres sin piedad por la ancianidad ni por la juventud ni por la inocente edad de los niños. Y cuando faltaba madera, recogían malezas y los exterminaban más con el humo que con el fuego, arbitrio mediante el cual ocasionaban una muerte más mísera y prolongada a los desdichados, cuyos cuerpos a medio quemar yacían en desorden ofreciendo un penoso y dolorosísimo espectáculo.

69. Y si los encargados de recoger malezas tardaban demasiado, quemaban sobre los propios muebles arrebatados en el saqueo a sus propietarios, reservándose para sí mismos los de gran valor, y entregando al fuego los no enteramente útiles, que empleaban para que hicieran las veces de las maderas que se usan habitualmente.

70. Para muchos idearon una forma cruelísima de muerte consistente en atarles en el tobillo uno de los dos pies y arrastrarlos al mismo tiempo que los azotaban y pisoteaban, mientras les duraba la vida.

71. Y una vez muertos, no por eso llegaba a su fin ni disminuía su furor, antes inferían ultrajes más intolerables aún a los cuerpos arrastrándolos poco menos que por todas las callejuelas de la ciudad hasta que, destrozados por las irregularidades y durezas del suelo la piel, las carnes y los nervios, y separadas y dispersas, unas por un lado, otras por otro, las partes que forman el natural compuesto, el cadáver desaparecía.

72. Y mientras los que tales cosas hacían simulaban, como en las farsas teatrales, ser ellos las víctimas, los amigos y parientes de las verdaderas víctimas eran arrestados, azotados y torturados por el solo hecho de condolerse por las desgracias de sus allegados; y después de todos los ultrajes que sus cuerpos podían procurarles, el castigo final que les tenían reservado era la cruz.

73. X. En cuanto a Flaco, después de haber socavado todas las cosas obrando como un ladrón violador de muros, sin dejar libre de la más extrema de las insidias aspecto alguno de la exis-

tencia de los judíos; como perpetrador de enormidades e inventor de novedosas iniquidades que era, concibió otro monstruoso e inusitado atropello.

74. Nuestro consejo de ancianos fue establecido por nuestro salvador y benefactor Augusto después de la muerte del etnarca,[38] para que velase por los intereses de los judíos. Así lo dispuso en las instrucciones dictadas a Magio Máximo cuando éste se aprestaba a asumir por segunda vez el gobierno de Alejandría y el país. De este consejo Flaco arrestó a los treinta y ocho que fueron hallados en sus casas, y mandó inmediatamente atarlos. Luego organizó a través del mercado una hermosa procesión de ancianos maniatados con las manos sujetas a las espaldas, unos con correas, otros con cadenas de hierro; e hizo que entrara en el teatro, brindando un espectáculo por demás digno de piedad y sumamente impropio para la ocasión.

[38] En realidad Filón lo llama *geneárkaes = jefe o fundador de la estirpe,* nombre que habitualmente aplica a los fundadores de la nación judía, como Abraham. Aquí designa al funcionario que en Alejandría oficiaba como administrador general y juez de los judíos, llamado oficialmente *etnarca.*

75. De pie ya los ancianos frente a sus enemigos sentados allí para que fuera público su oprobio, ordenó Flaco que fuesen desnudados y lacerados con látigos de los que habitualmente se emplean para degradar a los más viles malhechores. El resultado fue que por efecto de los golpes unos debieron ser transportados en camillas y murieron enseguida, y otros estuvieron enfermos por largo tiempo y llegaron a desesperar de su salvación.

76. Si la magnitud de esta insidiosa trama ha quedado plenamente demostrada en otros ejemplos,[39] no menos claramente atestiguada lo será también por lo que a continuación se dirá. Tres miembros de nuestro consejo: Évodo, Trifón y Andrón habían quedado en la indigencia, habiendo sido despojados en una sola violación de sus domicilios de cuanto poseían en ellos. Flaco no ignoró que habían sido víctimas de estos perjuicios, ya que la cosa le había sido revelada cuando en una anterior ocasión [40] había llamado a su presencia a nuestros magistrados con el aparente propósito de lograr una reconciliación con el otro sector de la ciudad.

[39] Ejemplos que no hallamos relatados en lo que se ha conservado de las obras de Filón, por lo que figurarían o bien en otro tratado o bien en pasajes del presente que se han perdido.

[40] Esta entrevista previa a los ataques contra los judíos, sugiere a las claras que hubo negociaciones entre ambos bandos y que Flaco había oficiado de mediador.

Lamentablemente Filón no menciona si la invitación fue rechazada por el senado judío de Alejandría o si fue aceptada, y en este caso cuáles fueron las demandas o condiciones de uno y otro sector de población.

Tal vez la humillante medida contra los ancianos se debiera a su actitud de rechazo en la negociación. Filón calla el verdadero motivo o pretexto; y es difícil de creer que, Flaco, en la delicada situación en que se encontraba, procediera sin algún argumento legal contra tan destacados habitantes de Alejandría.

77. Y a pesar de eso, sabiendo que habían sido privados de sus bienes, los hizo azotar a la vista de sus despojadores, con lo que dos fueron las desgracias que unos soportaron: la pobreza y el ultraje que les infirieron en sus cuerpos; y doble el placer de los otros, ya que disfrutaron de la riqueza ajena y gozaron hasta la saciedad con la humillación de los que habían sido despojados.

78. Me entran dudas sobre si referirme o no a otra circunstancia de lo ocurrido entonces, porque temo se la considere intrascendente y ello empequeñezca la magnitud de tan grandes

atropellos. Pero, aunque pequeña, dicha circunstancia constituye una prueba de una maldad que nada tiene de pequeña. Entre los látigos en uso en la ciudad existen determinadas diferencias que tienen que ver con la posición social de los que habrán de ser azotados. Así, ocurre que los egipcios son azotados con distintos látigos según los distintos sectores de la población, y que los alejandrinos lo son mediante varas planas, siendo también alejandrinos quienes las manejan.

79. Esta costumbre fue observada por los predecesores de Flaco y por Flaco mismo en los primeros tiempos en los casos de personas pertenecientes a nuestro pueblo. Es que fácilmente se puede, aun en los casos de degradación, hallar algún pequeño expediente para destacar la dignidad del degradado, y en los de violencia encontrar cómo acompañarla de algún tratamiento opuesto a ella; eso siempre y cuando se permita que sea la naturaleza de los hechos la que por sí misma se determine, sin que uno agregue de su parte un maligno sentimiento que menoscabe y trastrueque todos los elementos de la modalidad más indulgente.

80. ¿Cómo, entonces, no habría de resultar penoso al máximo el que, mientras los simples particulares entre los judíos alejandrinos, si aparecían como autores de actos merecedores de azotes, eran azotados con látigos más acordes con la condición de hombres libres y ciudadanos, en cambio, sus magistrados, su consejo de ancianos, cuyo nombre mismo [41] supone avanzada edad y dignidad, fueran tenidos en un plano inferior al de los inferiores a ellos en este aspecto, y considerados en el mismo plano que los egipcios del más bajo nivel social y culpables de los mayores delitos?
[41] *Geróntes = ancianos, y gerousía = consejo de ancianos,* como *senatus,* de *senex = anciano.*

81. Y paso por alto la circunstancia de que, aun cuando aquéllos hubieran sido culpables de innumerables delitos, el deber de Flaco era diferir los castigos respetando la ocasión. Porque es una norma de los magistrados que ejercen rectamente sus funciones y no andan en procura de honores para sí, sino honran de verdad a sus benefactores, el no aplicar los castigos a ninguna de las personas condenadas hasta que hayan concluido los brillantes festejos y homenajes con que se celebra el natalicio de los ilustres Augustos.[42]
[42] Aquí concretamente el natalicio de Cayo. A ser así, el dato constituiría una referencia etimológica decisiva para fijar la fecha del pogrom, pues, según Suetonio, Vida de Cayo, el aniversario del nacimiento se cumplía en la víspera de las calendas de septiembre, es decir, el 31 de agosto.

82. Sin embargo fue durante estas celebraciones cuando Flaco pisoteó las leyes castigando a quienes en nada habían delinquido, y a quienes, si quería castigar, debió haberlos castigado más adelante. Pero se dio prisa y obró sin dilaciones para complacer a la multitud contraria a los judíos, convencido de que de ese modo la tendría más de su parte en la consecución de sus propósitos.

83. Me consta que ha habido casos en que en vísperas de tal celebración algunos después de ser crucificados fueron bajados y entregados a sus parientes por considerarse que era justo que recibieran sepultura y les alcanzasen los ritos establecidos, ya que también a los muertos cabíales el derecho de beneficiarse con alguna ventaja con ocasión del natalicio de un emperador, y al mismo tiempo correspondía respetar la santidad de la celebración.[43]
[43] Santidad que se vería menoscabada con los cadáveres insepultos.

84. Pero Flaco no impartió órdenes para que bajasen a los que estaban muertos ya en las

cruces, y por el contrario, mandó que los que aún vivían fuesen crucificados, no obstante que la fecha les garantizaba una suspensión del castigo, no para siempre sino por corto tiempo, con miras no a anularlo completamente sino a posponerlo. Y esto lo hizo después de haberlos maltratado en medio del teatro, y torturado con el fuego y el hierro.

85. Además el espectáculo había sido dividido en partes. Las primeras escenas tenían lugar desde el alba hasta la tercera o cuarta hora,[44] y consistía en judíos azotados, colgados, atados a la rueda, torturados y conducidos a través de la orquesta[45] en su marcha hacia la muerte. Después de esta hermosa exhibición seguían danzas, representaciones cómicas, ejecuciones de flauta y todas las demás diversiones propias de los espectáculos teatrales.
[44] En los equinoccios la tercera hora del día comenzaba a las 8 de la mañana, y la cuarta a las 9, se adelantaba hasta aproximadamente una hora en verano, y se atrasaba en invierno.
[45] Espacio circular, y posteriormente reducido por un segmento de arco, que se extendía entre la *skéne = escena, y* las gradas circulares. En él. realizaba sus movimientos el coro.

86. XI. ¿Mas para qué extenderme en estas cosas, cuando una segunda devastación se planeaba como resultado del deseo de Flaco de emplear como un baluarte contra nosotros el numeroso cuerpo de tropas a sus órdenes mediante la invención de una extraña calumnia? Tal calumnia era que los judíos poseían toda suerte de armas en sus casas. Habiendo, en consecuencia, mandado llamar a un centurión de su máxima confianza, llamado Casto, le ordenó que escogiese a los soldados más decididos dentro de la compañía bajo su mando, y que sin pérdida de tiempo y sin dar señal alguna entrase en las casas de los judíos para averiguar si dentro de ellas había algún acopio de armas.

87. Casto se dio prisa en ejecutar lo ordenado. Los judíos, por su parte, que nada sabían de lo tramado, al principio quedábanse mudos de consternación mientras sus mujeres e hijos abrazábanse a ellos bañados en lágrimas a causa del temor de que se los redujera al cautiverio; pues a cada instante aguardaban esto, lo único que faltaba para que el despojo fuera completo.
88. Pero, al escuchar de boca de alguno de los inquisidores la pregunta: "¿Dónde guardáis las armas?", recobraban un poco el aliento y les mostraban, tras ponerlas al descubierto, todas las cosas, incluso las que estaban en los rincones más retirados.

89. Por una parte, sentíanse contentos; mas por otra, estaban angustiados; contentos porque la calumnia se habría de desvirtuar por sí misma; e indignados, en primer lugar porque tan graves calumnias fraguadas por sus enemigos contra ellos fueran creídas fácilmente; y en segundo lugar porque sus mujeres, que vivían recluidas sin aproximarse a la puerta siquiera, y las doncellas, que permanecían en sus cuartos, evitando exponerse a las miradas de los hombres, aun de los más allegados a la familia, en aquella ocasión vinieron a quedar expuestas a la vista de hombres que no sólo eran extraños sino además infundían el temor propio de la soldadesca.

90. Y a todo esto, concluida la prolija investigación, ¡cuan grande acopio de armas defensivas fue hallado! ¡Cascos, corazas, escudos, espadas, lanzas, armaduras completas eran sacadas en montón, a las que se sumaban las armas para herir a distancia, es decir, dardos, hondas, arcos y flechas! ¡Sencillamente, nada de todo eso! Ni siquiera las cuchillas que bastan a los cocineros para su diario menester.

91. Esto último pone, precisamente, de manifiesto la sencillez de vida de quienes no aspiran a una existencia suntuosa y de placeres, la que por naturaleza es origen de saciedad, de la que a su vez procede la violencia, principio de todos los males.

92. En contraste con aquella comprobación, no mucho tiempo antes, habiendo sido recogidas las armas de los egipcios de todo el país por cierto Baso, a quien Flaco le había encargado tal misión, fue posible en tal ocasión contemplar una gran concentración de naves frente a la costa y amarrada a los puertos del río, repleta de toda suerte de armas; un gran número de acémilas cargadas de lanzas atadas en manojos, que colgaban a uno y otro costado equilibradamente; y además casi todos los carros sacados del campamento, que avanzaban ordenadamente llenos de armaduras, formando una única línea abarcable de una sola mirada. Y el espacio que media entre los puertos y el arsenal del palacio en el que debían depositarse las armas mide en total unos diez estadios de largo.

93. Justo hubiera sido que las casas de los que se habían procurado esas armas fueran revisadas, puesto que pesaba sobre ellos la sospecha de una conspiración, por haberse rebelado muchas veces; y hubiera sido preciso que las autoridades, a imitación de los sagrados certámenes, instituyeran en Egipto novedosas celebraciones trienales consistentes en la requisa de armas, de modo que no tuvieran los egipcios tiempo para proveerse de ellas, o no pudieran hacerlo en gran cantidad sino en pequeña escala al carecer de plazo suficiente para reponerlas.[46]

[46] Evidentemente se trata de una irónica sugerencia de Filón en el sentido de que dada la afición de los alejandrinos a proveerse de armas bien podrían las autoridades romanas instituir requisas periódicas de ellas, como los certámenes sagrados, y con la frecuencia suficiente para que no pudieran los egipcios hacer acopio de ellas o al menos hacerlo en gran escala.

94. Pero, ¿por qué debíamos nosotros sufrir tal cosa? ¿Cuándo habíamos sido sospechosos de rebelión? ¿Cuándo se dejó de considerarnos pacíficos en todo sentido? ¿No son acaso irreprochables las actividades en que nos ocupamos cada día? ¿No contribuyen ellas a fomentar el buen orden y la seguridad del estado? Por cierto que, si los judíos hubieran tenido armas consigo, hubieran sido despojadas de ellas más de cuatrocientas moradas, cuyos dueños habíanse convertido en desterrados de ellas, expulsados por quienes habían saqueado sus bienes. ¿Por qué, entonces, no se procedió a inspeccionar las propiedades de estos últimos, en cuyo poder habría, si no armas propias, al menos todas aquellas que habían robado?

95. Pero todo aquel procedimiento no era, como ya dije, sino una intriga debida a la dureza de carácter de Flaco y a los desmanes de la turba, cuyas consecuencias alcanzaron también a las mujeres.[47] Porque eran arrastradas como cautivas, reuniéndoselas no solo en el mercado sino también en el centro del teatro; y se las colocaba sobre el escenario vejándoselas de manera intolerable y penosa en sumo grado, sin que importase cuál era la calumnia de que se las hacía objeto.

[47] Sorprende encontrar aquí una descripción que más bien corresponde a la narración concluida en el parágrafo 85 acerca del pogrom.

96. Luego, si se comprobaba que no eran judías, dejábanlas ir; que a muchas las habían apresado confundiéndolas con las judías, ya que no procedieron a una cuidadosa investigación de la verdad; pero, si veían que eran de las nuestras, aquellos espectadores convertidos en tiranos y déspotas ordenaban traer carne de cerdo y dársela. A cuantas por temor de un castigo gustábanla, las dejaban partir ski que sufrieran maltrato alguno ya. Pero las más decididas eran entregadas a los torturadores para que sufriesen irreparables ultrajes» lo cual constituye una clarísima prueba de que eran totalmente inocentes.[48]

[48] El hecho de que los soportaran. ¿Pero inocentes de qué? Filón no ha manifestado que las torturaran para comprobar si eran culpables o no. Tal vez se refiera a que no hubo flaqueza

alguna en ellas durante la prueba y que no violaron la ley judía en ningún momento, como en cambio lo hicieron las que comieron carne de cerdo.

97. XII. A lo que queda dicho cabe agregar que ya anteriormente [49] intentaba y maquinaba Flaco causar nuestra ruina empleando para ello no solo sus recursos personales sino también al emperador. Y así, habiendo nosotros decretado y ratificado con hechos concretos todos los tributos que nos eran posibles y permitían las leyes ofrecer a Cayo, sometimos el decreto a la consideración de Flaco pidiéndole, pues, no hubiera accedido a un pedido nuestro de enviar una embajada, que tomase a su «argo el transmitirlo.

[49] Anteriormente. Es decir, antes de los sucesos narrados desde el parágrafo 25, tal vez mucho antes, según parece sugerirlo lo que afirma Filón en el 102.

98. Él, después de leer el decreto y de aprobar muchas veces con la cabeza cada uno de sus puntos, sonriendo amigablemente y complacido, o simulando estarlo, dijo: "Apruebo la devoción de todos vosotros y enviaré esto, como solicitáis, o yo mismo oficiaré de embajador a fin de que Cayo se entere de vuestra gratitud.

99. Yo testimoniaré además personalmente todo cuanto conozco acerca de las innumerables muestras que habéis dado de ordenada y leal conducta, sin agregar cosa alguna, que la verdad constituye el más acabado elogio".

100. Nosotros, ante estas promesas, nos sentimos regocijados y agradecidos, y en alas de nuestras esperanzas nos imaginábamos que Cayo había leído ya el decreto. Y nuestra esperanza era realmente razonable, por cuanto todas las comunicaciones que se envían por intermedio de los gobernadores son pronta y diligentemente consideradas por el soberano.

101. Pero Flaco, con total desprecio de nuestros propósitos, de sus palabras y de su compromiso, retuvo en su poder el decreto para que se supusiera que entre todos los hombres que habitan bajo el sol éramos los únicos hostiles. ¿No son estas actitudes suyas prueba de que desde mucho tiempo atrás manteníase vigilante y planeaba cuidadosamente su insidioso ataque contra nosotros, y de que no lo improvisó en un momento de desesperación a causa de una extemporánea decisión y de un extravío de su razón?

102. Pero Dios, que se preocupa evidentemente por las cosas humanas, reprobó sus palabras lisonjeras y galanamente forjadas para nuestro engaño, y su traicionera determinación de causar nuestra perdición forjada en el tribunal de su ilegal inteligencia; y apiadado de nosotros, nos procuró mucho después una ocasión para que nuestra esperanza no resultara frustrada.

103. Y así, cuando el rey Agripa visitó Alejandría, habiéndolo nosotros puesto al tanto de la intriga de la que Flaco era autor, remedió la situación, y después de prometer que haría llegar a destino nuestro decreto, tomólo y lo envió, según la información llegada a nuestros oídos, y justificó además la tardanza alegando que no se debía a que hubiéramos andado lentos en comprender nuestro deber de piedad hacia la casa de nuestros benefactores; y que, por el contrario, nos habíamos empeñado desde el primer momento en demostrarla, pero nos había privado de hacerlo en la ocasión oportuna la mala voluntad del gobernador hacia nosotros.

104. A partir de ese momento la justicia, esa protectora y defensora de los que sufren daño injustamente, y a la par castigadora de las acciones y de los hombres impíos, comenzó la contienda contra él. Así, en primer lugar sufrió una humillación y desgracia novedosísima, no

ocurrida a ninguno de los anteriores gobernadores desde que la casa de Augusto asumió la soberanía sobre tierra y mar.

105. Porque es cierto que algunos de los que ejercieron dicha autoridad en tiempos de Tiberio y de su padre César [50] convirtieron su función protectora y directriz en dominación tiránica, y llenaron los países de irremediables males a causa de su venalidad, sus robos, los castigos, las expulsiones y los destierros de personas totalmente inocentes y la ejecuciones de hombres de elevada condición sin previo juicio; y también que a estos gobernadores, una vez de regreso en Roma, cumplido ya el tiempo de sus mandatos, los emperadores les pidieron razón y cuenta de sus actos, muy especialmente en los casos en que las ciudades víctimas de injusticias enviaron embajadas.
[50] Augusto.

106. En dichos casos, en efecto, erigiéndose ellos mismos en imparciales jueces, escuchaban por igual a los acusadores y a los que se justificaban, por entender que era injusto apresurarse a condenar a nadie sin previo juicio, y dictaminaban lo que entendían ser justo, sin que influyera la enemistad ni el favoritismo, y ajustándose solo a la verdad de los hechos.

107. Pero a Flaco la justicia, que detesta a los malvados y estaba indignada ante los excesos sin límites de sus injustos e ilegales procederes, salióle al encuentro, no después de terminar su mandato, sino anticipadamente.[51]
[51] En eso consistió la novedad suma de la humillación y desgracia de Flaco, en que no le llegó acabado su mandato sino antes; y, por supuesto, de la manera que se describe acto seguido.

108. XIII. Su apresamiento se produjo de la siguiente manera. Suponía él que Cayo se había tornado ya propicio para con él en aquellos asuntos en que le resultaba sospechoso, fiado así en sus comunicaciones escritas repletas de adulación, como en sus públicas arengas, en las que cortejábalo ensartando una tras otra largas expresiones de falso elogio, y además en la alta estima de que gozaba de parte del sector más numeroso de la ciudad.[52]
[52] De Alejandría.

109. Pero se engañaba a sí mismo sin caer en la cuenta de ello, que las esperanzas de los hombres ruines carecen de bases firmes, y aunque sus conjeturas son harto optimistas, sucédeles lo totalmente opuesto y lo que merecen precisamente. Y así ocurrió. Desde Italia, en efecto, fue enviado el centurión Baso, designado por Cayo, conjuntamente con la compañía de soldados bajo su mando.

110. Habiéndose embarcado en una nave de las más rápidas, a los pocos días estuvo ante los puertos de Alejandría en las proximidades de la isla de Faro hacia el atardecer, y dio órdenes al piloto de permanecer mar afuera hasta la puesta del sol, con el deliberado propósito de pasar inadvertido a fin de que Flaco no se enterara de antemano de su llegada y se decidiera a tramar alguna violencia que tornase imposible su cometido.

111. Anochecía ya cuando la nave tocó puerto, y Baso [53] desembarcó con sus hombres y avanzó sin reconocer a nadie ni ser reconocido por persona alguna. Pero, habiendo encontrado en su camino a cierto soldado de los que, en número de cuatro, ofician de centinelas, le ordenó que le señalara la casa del comandante. Quería comunicar a éste sus instrucciones secretas a fin de tener, en caso de ser necesaria una fuerza mayor, alguien que lo apoyase en la lucha.
[53] En el parágrafo 93 se menciona a otro Baso, a quien Flaco confía !a misión de requisar las

armas que se suponía guardaban los judíos en sus casas. Evidentemente, se trata de otra persona distinta del centurión aquí mencionado.

112. Informado de que el comandante participaba de un convite juntamente con Flaco, avanzó sin pérdida de tiempo hacia la casa del convidante, un liberto de Tiberio César, llamado Estefanio, en la cual aquellos eran agasajados. Permaneciendo algo retirado del lugar, envió a uno de sus soldados para que observase disfrazado de criado; subterfugio para que nada se descubriese. El soldado entró en el salón del festín aparentando ser un criado de alguno de los visitantes, y después de observar cuidadosamente todo en torno de sí, retornó e informó a Baso.

113. Enterado éste de que no había centinelas en las entradas y de que era poco numerosa la comitiva de Flaco, pues apenas diez o quince de los esclavos a su servicio lo habían acompañado, dio la señal a los que lo seguían y penetró de improviso a la carrera. Algunos de los soldados se apostaron a lo largo del salón, y con las espadas ceñidas rodearon a Flaco sin que éste los viera, pues en ese momento se hallaba bebiendo a la salud de alguien y departiendo amablemente con los presentes.

114. Al presentarse Baso en el centro del lugar, lo vio y quedóse sin poder articular palabra a causa de su estupor; y, aunque quiso ponerse de pie, al contemplar a la guardia que lo rodeaba, comprendió, antes de oírlo, lo que Cayo quería que se hiciera con él, cuáles eran las órdenes dadas a los que acababan de llegar, y qué habría de soportar a partir de un momento; que la inteligencia es capaz de ver al mismo tiempo y de oír conjuntamente todos los acontecimientos que se sucederán en un largo espacio de tiempo.

115. En cuanto a sus compañeros de convite, cada uno de ellos se levantó estremecido y petrificado por el miedo de que también por hacerle compañía en la fiesta se hubiera fijado un castigo. Porque, estando ocupadas de antemano las entradas, era peligroso huir, además de imposible. A una orden de Baso, Flaco fue conducido por los soldados, con lo que ésta, su última partida, fue desde una sala de festín, por cuanto justo era que la justicia comenzara desde una sala de agasajos el castigo de quien había privado de ellas a innumerables moradas de personas completamente inocentes.[54]

[54] Juego de palabras intraducible entre *hestía = hogar, sala de comer o de festines* y *anéstios = sin hogar, vagabundo.*

116. XIV. Tal fue el castigo sin precedentes que soportó Flaco, apresado como un prisionero de guerra en el país cuyo mando ejercía. La causa de ello fue, entiendo yo, su actitud para con los judíos, a los que en su avidez de grandeza tenía determinado exterminar completamente. Una prueba clara de ello es el tiempo en que tuvo lugar su arresto.[55] Entonces, en efecto, celebraban los judíos la fiesta nacional del equinoccio de otoño, durante la cual acostumbran residir en tiendas.[56]

[55] Filón en su empeño de demostrar la acción de la providencia Divina, se propone destacar cómo la ruina de Flaco se consumó justamente cuando las desgracias de los judíos alejandrinos habían llegado a su culminación, al agregarse a todas las anteriores la de no poder cumplir con las prescripciones relativas a la fiesta de los tabernáculos.

[56] Acerca de la fiesta de los tabernáculos o tiendas, ver Sobre *las leyes particulares* II, 204 a

117. Pero ninguno de los actos propios de dicha celebración se cumplían, ya que sus magistrados[57] estaban todavía en prisión después de los bárbaros e intolerables injurias y ultrajes sufridos, y los particulares entendían que las desgracias de aquellos alcanzaban en

común a la nación entera, y porque además estaban deprimidos más allá de toda medida por las desventuras particulares que cada uno había soportado.
[57] Los miembros del senado arrestados.

118. Las desventuras resultan dobles, ciertamente, sobre todo durante las fiestas para aquellas personas a las que resulta imposible celebrarlas, ya que, por una parte, se ven privados de la regocijante alegría que la festiva reunión reclama; y por otra, participan de una tristeza como la que entonces los postraba por no poder hallar remedio para tan grandes infortunios.

119. Hallábanse congregados en sus casas, que ya era noche cerrada, y en esas circunstancias sumamente dolorosas en que oprimíalos penosísima preocupación llegaron algunos con la noticia de que había tenido lugar el arresto de Flaco. Ellos pensaron que no era verdad, sino un modo de ponerlos a prueba, *y* estaban más apenados aún ante lo que parecía una burla *y* una engañosa treta.

120. Mas, habiéndose producido un tumulto en la ciudad y como los centinelas nocturnos corrían de una parte a otra, mientras algunos jinetes iban hacia el campamento y regresaban de él a velocidad sostenida y con premura, movidos algunos por lo desacostumbrado del suceso, salieron de sus casas para averiguar lo ocurrido, pues era evidente que algo inusitado estaba pasando.

121. Y cuando se enteraron del arresto y de que Flaco estaba ya dentro de las redes, extendiendo las manos hacia el cielo elevaron un himno y cantos de victoria a Dios, el supervisor de los humanos sucesos, diciendo: "¡Oh Señor, no nos alegramos por los castigos infligidos a nuestro enemigo, pues las sagradas leyes nos han enseñado a compartir los sufrimientos de los demás hombres; pero Te damos gracias con todo derecho, pues, movido a compasión y piedad por nosotros, has puesto fin a nuestras continuas e inacabables aflicciones".

122. Y toda la noche continuaron entonando himnos y cánticos, y al amanecer salieron en masa a través de las puertas de la ciudad y llegaron a las partes más cercanas a la ribera, ya que habían sido despojados de las sinagogas, y de pie en el más abierto de los lugares gritaron movidos por un mismo sentimiento:

[123.] "¡Oh Rey supremo de las creaturas mortales e inmortales!, hemos venido para invitar a testimoniarte su gratitud a las partes del universo: la tierra y el mar, el aire y el cielo, y al mundo entero, nuestra única residencia al presente, ya que de todas las otras, construidas por los hombres, hemos sido despojados y carecemos de una ciudad y de todos los recintos públicos y privados que hay en una ciudad; habiendo llegado a causa de la insidia de un gobernador a ser los únicos que carecen de ciudad y hogar entre los hombres que habitan bajo el sol.

124. Tú pones ante nuestros ojos saludables esperanzas de que también las restantes cosas tendrán su reparación, pues ya has comenzado a aprobar nuestras plegarias, al destruir de improviso al común enemigo de nuestra nación, al provocador y maestro de sus desgracias, quien en su soberbia pensó que éstas le procurarían prestigio. Y esto no ha ocurrido a inmensa distancia de nosotros, de modo que los que sufrieron padecimientos se enteraran de oídas, sino aquí mismo, cerca de nosotros, a la vista, podríamos decir, de las víctimas de su atropello, para brindarles una más clara visión del rápido e inesperado castigo".

125. XV. Además de las dos circunstancias mencionadas me parece que hay una tercera aún determinada por la Divina providencia, y es la siguiente. Transportado por mar a principios del invierno, llegó Flaco con dificultad a Italia tras sufrir infinitas penurias; cosa justa pues era preciso que el mismo que había llenado de sacrílegas acciones las diversas partes del universo saboreara también los terrores del mar. Enseguida tomaron a su cargo las acusaciones dos de sus mayores enemigos, Isidoro y Lampón.

126. Estos no mucho tiempo antes contábanse entre sus subalternos y lo invocaban como señor, benefactor, salvador y con otros títulos semejantes.[58] Pero ahora en el papel de acusadores hacían gala de un vigor no ya equivalente al suyo sino más poderoso y con mucho. Es que no solo estaban seguros de lo justo de sus acusaciones, sino además, y esto era lo más importante de todo, veían que aquel que presidía los asuntos humanos [59] era un enemigo implacable de Flaco, y que, aunque habría de guardar las formas exteriores de juez con el premeditado designio de que no se pensara que condenaba a alguien por anticipado sin juzgarlo, en los hechos concretos habría de manifestar sus hostiles disposiciones, teniendo ya determinada dentro de su alma la condena antes de la acusación y la defensa, y fijados para él los castigos más extremos.
[58] Ver el parágrafo 20.
[59] Cayo.

127. Por otra parte, nada hay tan grave como el hecho de que alguna vez los superiores lleguen a ser acusados por quienes les son inferiores, y que los gobernantes lo sean por sus gobernados, tal como sería si los amos fueran acusados por los esclavos criados en su morada o comprados.[60]
[60] La mención de las dos especies de esclavos parece ociosa aquí y lo es efectivamente, pero téngase presente que tal impresión es sobre todo efecto de la traducción, que destaca demasiado el detalle. En griego existen los términos *oikotríbai y argyrónetoi* que simplifican la expresión, aunque más simple aún hubiera sido decir *deúloi = esclavos.*

128. XVI. Sin embargo, éste era el mal más leve si se lo compara con otro mayor aún. La posición de los acusadores, en efecto, no era simplemente la de subordinados que de pronto asumían el papel de tales de común acuerdo para atacarlo. Por el contrario, durante la mayor parte del tiempo en que Flaco ejerció el gobierno en el país éstos se destacaron entre todos por su hostilidad hacia aquél. Lampón había sido procesado por falta de respeto a Tiberio César, y como el juicio se prolongó durante dos años, ello le acarreó su ruina.

129. La tardanza debióse a que su juez, empeñado en perjudicarlo, urdía postergaciones y dilaciones, deseoso de hacer que, aun cuando a la postre resultara absuelto de la acusación, su vida fuese más dolorosa aún que la muerte ya que mantenía pendiente sobre él el temor de su incierto futuro.

130. Más adelante, cuando pensaba tener ganado el caso, aseguraría que habían consumado un atentado contra su propiedad, por cuanto lo habían obligado a desempeñarse como gimnasiarco,[61] y argüiría que no poseía medios suficientes para tan grande cantidad de gastos; excusa que podía deberse o bien a avaricia *y* ruindad en materia de gastos, o bien a que realmente carecía de medios; pero antes de tener que probarlo se había jactado de ser extremadamente rico, aunque en la verificación se vino a comprobar que no era un hombre de gran fortuna y que casi todo cuanto poseía provenía de sus ilegales manejos. [62]
[61] Ignoramos exactamente si los gimnasiarcos alejandrinos corrían con las mismas cargas que los de Atenas, sobre los que estamos bien informados. Pero de la presente referencia y de lo

dicho en *Sobre la providencia* 48, surge que, si no iguales, estas cargas eran muy semejantes. La liturgia ateniense imponía mantener y preparar a sus expensas a los que competirían en los concursos de los juegos públicos, brindándoles a tal efecto entrenamiento, dieta adecuada y aceite para untarse, y preparando ios escenarios con su correspondiente decoración.
[62] Filón tiende aquí a probar que la repugnancia de Lampón a cumplir su liturgia era reprensible en cualquiera de los dos casos: si era realmente rico, por su tacañería; si no lo era, por sus alardes.

131. Colocado al lado de los gobernadores cuando éstos llevaban a cabo los juicios, registraba por escrito los casos de cuya introducción se encargaba en virtud del cargo que ejercía, y luego borraba o pasaba deliberadamente por alto determinadas evidencias e incluía afirmaciones que nunca habían sido hechas; y a veces también alteraba los documentos reha-ciéndolos, modificándolos y dándolos vuelta de arriba a abajo, y fijando precio, miserable escriba, como era, por cada sílaba o mejor diría por cada letra.

132. Muchas veces el pueblo en pleno lo proclamó unánimemente, con justeza y acierto, "el asesino mediante la pluma", en razón de que había sido causa de la muerte de muchísimas personas y había hecho que otras innumerables vivieran una vida más desdichada que la muerte, pues, pudiendo haber ganado sus pleitos y vivido en la abundancia, habían soportado la pérdida de los mismos y una pobreza totalmente injusta, cosas ambas compradas por sus enemigos a este traficante y vendedor de la propiedad ajena.

133. Resultaba, en efecto, imposible que los gobernadores, que ejercían el gobierno de tan extenso país, tuvieran en su memoria todos los nuevos asuntos privados y públicos que desfilaban incesantemente ante ellos, especialmente no siendo su único cometido el juzgar sino debiendo además recibir los cálculos de ingresos y tributos, cuyo examen les insumía la mayor parte del año.

134. Y Lampón, a quien había sido confiada la misión de velar por el más trascendental de todos los depósitos, la justicia y la suprema santidad de los veredictos en ella fundados, traficaba con el olvido de los jueces, registrando como parte vencida a la que merecía ganar los pleitos, y como parte vencedora a quienes debían perderlos; todo ello a trueque de una maldecida ganancia o, para ser más exacto, de un salario.

135. XVII. Tal era este Lampón, que comparecía como acusador de Flaco. En cuanto a Isidoro, que no le iba en zaga en lo que a villanía se refiere, era un adulador de la multitud, un demagogo experimentado en trastornar las cosas y provocar confusiones, un enemigo de la paz y la tranquilidad, hábil en organizar sediciones y tumultos cuando éstos no existían, y en apoyarlos y acrecentarlos cuando ya habían estallado; siempre empeñado en tener de su parte a una desordenada e inconstante chusma de gente promiscua y vil," distribuida en secciones semejantes a sindicatos.

136. Existen en la ciudad asociaciones integradas por muchos miembros, cuya solidaridad no es resultado de principio sano alguno sino del vino puro, de la embriaguez, de los desmanes de la borrachera y del engendro de todas estas cosas, que es la violencia. La gente del país las llama sínodos o "divanes".[63]
[63] Sobre estas asociaciones o cofradías ya ha hablado Filón en el parágrafo 4.
El término griego *Mine = lecho, reclinatorio para comensales,* resulta difícil de traducir aquí por un término o expresión que sugiera las connotaciones que se le atribuían aplicado a estas asociaciones. Siguiendo a Colson empleo el término *diván,* que resulta quizás más apropiado

que *lecho* o *reclinatorio* para destacar lo profano y ficticio de estas cofradías *(thíasoi)* supuestamente religiosas.

137. En todas ellas o en las más de estas sociedades ocupaba Isidoro el primer lugar y conocíasele como el presidente de festines, el director de divanes y el alborotador público. Con tales antecedentes, cada vez que quería ejecutar alguno de sus dañosos proyectos, congregábanse en masa a un solo llamado suyo y hacían y decían lo que se les ordenaba.

138. Y cierta vez, disgustado con Flaco porque éste, que al principio lo había tratado como a persona de cierta importancia, luego no le deparaba ya la misma atención, distribuyó dinero entre los untadores de atletas, a cuyas gargantas recurría habitualmente, gente que vende, como en el mercado, sus invectivas a quienes quieran comprarlas; y les ordenó concentrarse en el gimnasio.

139. Ellos, tras llenar el edificio, lanzaban acusaciones sin fundamento alguno contra Flaco, inventando contra él cargos por cosas inexistentes, y ensartando una tras otra largas afirmaciones falsas y de grosera factura, a tal punto que no solo Flaco sino también los demás no salían de su asombro ante lo absurdo de la escena, y cayeron en la cuenta de que sin duda alguna trataban de complacer a determinada persona, por cuanto ellos en nada habían sido perjudicados, y bien sabían que tampoco el resto de la ciudad había sufrido ninguna ofensa.

140. Deliberaron, pues, y decidieron arrestar a algunos para averiguar la causa de aquella confusa e inesperada explosión de locura. Sin necesidad de aplicarles torturas los arrestados confesaron la verdad y al mismo tiempo aportaron las correspondientes pruebas, que los hechos mismos proporcionaban, a saber: la paga convenida, en parte entregada ya y en parte por entregarse más tarde según lo prometido, los escogidos como cabecillas de la agitación para la distribución del dinero, el lugar y la ocasión en que se habría consumado el soborno.

141. Como la indignación era general, y con razón, estando penosamente impresionada la ciudad ante el hecho de que la iniquidad de algunos imprimiera también su estigma sobre el nombre de ella, pareció bien a Flaco convocar a la parte más sana del pueblo para el día siguiente, y conducir a su presencia a los que habían distribuido el dinero, y de ese modo refutar a Isidoro y defender su gestión de gobernante frente a las injustas calumnias. Pero, informadas de la convocatoria, acudieron no solo las personas de elevada condición sino también la ciudad toda, excepto la parte a la que habría de denunciarse públicamente por haber aceptado el pago.

142. Y aquellos que se habían prestado para ese hermoso servicio, una vez colocados sobre una plataforma para que estuvieran en lo alto y a la vista y pudieran ser reconocidos por todos, probaron que el culpable de los tumultos y las calumnias era Isidoro, quien por intermedio de ellos había entregado dinero y vino a un número nada pequeño de personas.

143. "Porque, ¿de dónde", decían, "sacaríamos nosotros tan grande cantidad de dinero? Somos pobres y apenas podemos procurarnos cada día lo estrictamente necesario. ¿Y hemos acaso experimentado algún terrible daño de parte del gobernador, para que por fuerza debamos guardarle rencor? No, el causante y autor de todo es Isidoro, eterno envidioso de los que gozan de prosperidad y enemigo del orden legal".

144. Los presentes, reconociendo la verdad de estos cargos, ya que las afirmaciones constituían clarísimos testimonios y muestras de las intenciones del acusado, pedían a gritos

unos que le aplicaran la pena de la deshonra, otros que lo desterraran y otros que lo ejecutaran. Estos últimos eran mayoría, y el resto se fue adhiriendo a su parecer, al punto de que todos unánimemente gritaban a una sola voz que había que matar al público corruptor, aquel que desde que había llegado a relacionarse con los asuntos públicos y metido sus narices en ellos no había dejado parte alguna de la ciudad libre de contaminación.

145. Isidoro, consciente de su situación, huyó para evitar su arresto; y Flaco no se preocupó mayormente por tomar medidas contra él, pues entendió que, habiéndose apartado de su camino por libre determinación, la marcha de la ciudad se vería libre de sediciones e intrigas.

146. XVIII. Me he extendido en estos pormenores, no por recordar pasadas iniquidades sino movido por mi admiración hacia esa supervisora de los humanos asuntos que es la justicia, ya que aquellos que habían sido hostiles a Flaco desde el primer momento, y por los que era detestado más que por otro hombre alguno, resultaron ser los designados para acusadores suyos a fin de que su aflicción no tuviera límites; que el ser acusado no es de por sí tan terrible, pero sí lo es el que lo hagan reconocidos enemigos.

147. Pero la cosa no se redujo a la acusación del gobernante por subordinados suyos, y por inveterados enemigos quien poco antes había tenido en sus manos la vida de ambos; además sufrió la más dura de las condenas; con lo que el mal que le sobrevino fue doble: su derrota y la befa de parte de sus jubilosos enemigos, lo cual para los hombres sensatos es peor aún que la muerte.

148. Lo que siguió fue una rica cosecha de desventuras para él. Fue, en efecto, privado inmediatamente de todos sus bienes, tanto de los que había heredado de sus padres, como de los que él mismo había adquirido; que era un aficionado, como el que más, a los objetos de adorno. La riqueza no era para él, como para algunos hombres ricos, una materia ajena a toda elaboración; por el contrario, cada cosa había sido escogida teniendo en cuenta su refinada elaboración: copas, ropas, cubrecamas, muebles y todos los demás ornamentos de su casa, selectos en su totalidad.

149. Aparte de estas cosas estaba la servidumbre de su mansión, la que era considerada de calidad suma por la hermosura y buena complexión de los cuerpos y por la impecable manera de atender los menesteres requeridos. En las tareas para las que cada uno estaba asignado destacábanse a tal punto que eran tenidos o por los primeros entre los que desempeñaban las mismas funciones o no inferiores a ninguno absolutamente.

150. Una clara prueba de lo que digo es que, mientras innumerables propiedades de personas condenadas por la justicia fueron vendidas en subasta pública, solo las propiedades de Flaco quedaron reservadas para el emperador, salvo algunos pocos objetos, exceptuados para no pasar por alto la ley tocante a los convictos de esta clase.[64]
[64] La ley establecía que los bienes de los condenados a muerte o aí exilio fueran confiscados en provecho del Estado.

151. Después de ser privado de su propiedad, fue condenado a destierro y expulsado no solo de todo el continente, que constituye la parte más extensa y mejor del mundo habitado, sino también de todas las islas donde es posible vivir prósperamente. Y hubiera debido, ciertamente, residir en la más miserable de las del Egeo, llamada Giara,[65] a no haber mediado la intercesión de Lépido,[66] gracias al cual le fue trocada Giara por Andró, la isla más próxima a aquella.

[65] Pequeña islila de las Cíclades, situada entre la de Andró y la de Paro. Juvenal (I, 73) parece sugerir que el nombre de la isla equivalía a lugar de destierro.
[66] Personaje palaciego sin escrúpulos y de gran influencia ante Cayo. Posteriormente, según Suetonio (Vida de Cayo VII), conspiró y fue ejecutado por orden de Calígula.

152. Entonces recorrió de nuevo el camino que va desde Roma a Brindis, el mismo que había recorrido pocos años antes en la época en que acababa de ser designado gobernador de Egipto y de su vecina Libia: de modo que las ciudades que en aquella ocasión lo habían visto lleno de orgullo y exhibiendo la grandeza de sus prósperos sucesos, lo contemplaban esta vez lleno de deshonra.

153. Señalado con el dedo y vituperado, oprimíanlo harto penosas aflicciones causadas por el cúmulo de cambios; pues la llama de su desgracia se renovaba y volvía a encender incesantemente con el agregado de nuevos males, que, como las recaídas de las enfermedades, no podían sino provocar también el retorno de los recuerdos de las pasadas desventuras que hasta ese momento parecían borradas definitivamente.

154. XIX.. Después de dejar atrás el golfo Jónico,[67] navegó por el mar que se extiende hasta Corinto, convertido en un espectáculo para las ciudades costeras del Peloponeso, según éstas enterábanse de su repentino cambio. Cada vez que desembarcaba, en efecto, congregábase al instante la gente; los ruines por naturaleza con muestras de malicia; los otros, los que acostumbran a sacar sabias conclusiones de la suerte ajena, para condolerse.
[67] Es decir, el Mar Jónico.

155. Tras atravesar el istmo desde Lequeo hasta la costa opuesta y descender hasta Céncreas, el puerto de Corinto, [68] fue obligado por sus guardianes, que no le concedían ninguna clase de dilación, a embarcarse enseguida en una pequeña embarcación meramente, la cual, habiéndose desatado un viento contrario, fue juguete del mismo hasta su dificultoso arribo al Pireo.
[68] Lequeo era el puerto corintio emplazado sobre el golfo de Corinto. El tránsito entre el golfo de Corinto y el Sarónico se efectuaba por tierra a través del istmo por una ruta que unía el puerto de Lequeo y el de Céncreas, situado sobre la costa del Sarónico.

156. Cuando la tempestad hubo cesado, costeó Ática hasta el cabo Sunio y continuó su viaje a lo largo de las sucesivas islas, es decir, Helena, Cía, Citno y todas las demás que se hallan una después de otra hasta llegar a aquella que constituía el final de su viaje, la isla de los andríos.

157. AI verla desde lejos el desventurado, un torrente de lágrimas se derramó como de una fuente a lo largo de sus mejillas; y golpeándose el pecho y gimiendo con inmensa amargura dijo: "¡Oh guardias que me escoltáis, por este hermoso país, por esta desgraciada isla de Andros trueco yo la feliz Italia!

158. Yo, Flaco, que fui engendrado, criado y educado en la soberana Roma; que fui condiscípulo y compañero de los nietos de Augusto,[69] escogido por Tiberio César como uno de sus primeros amigos; a quien fue confiado por él Egipto, el mayor de sus dominios, por seis años.
[69] Es decir, los hijos de Julia, hija de Augusto, y Marco Vipsanio Aripa, que fueron Cayo César, Lucio César y Agripa, llamado Postumo, todos los cuales murieron de corta edad.

159. ¿Qué significa este grande cambio? En pleno día, cual si hubiera sobrevenido un eclipse,

una noche se ha adueñado de mi vida. ¿Qué nombre debo dar a esta islita, desventurado puerto y refugio: el de lugar de mi destierro o el de mi nueva patria? Tumba sería el nombre más apropiado para ella, ya que, desdichado de mí, vengo como hacia un sepulcro transportando el cadáver de mi propio ser. Porque o acabarán mis aflicciones por arrancarme esta vida desventurada o, aun cuando sea capaz de sobrevivir, soportaré una larga muerte conservando el uso de mis sentidos".

160. Tales eran sus lamentos. Cuando la nave llegó al puerto desembarcó con todo su cuerpo curvado hacia el suelo, como aquellos que soportan sobre sí una carga en extremo pesada, con su cuello oprimido por los infortunios, sin fuerzas suficientes para levantar la cabeza, o sin coraje para hacerlo a causa de los que salían a su encuentro y venían a contemplarlo y estaban apostados a uno y otro lado del camino.

161. Los que lo escoltaban lo condujeron ante la asamblea de los andrios y lo expusieron a la vista de todos, haciéndolos testigos de la llegaba del desterrado a la isla.

162. Cumplido su cometido, ellos se retiraron, y el sufrimiento de Flaco se renovó más penetrante aún por tornarse más vividas sus visiones al no contemplar ya ninguna cara familiar; y al comprender cuan inmensa era en torno suyo la soledad en medio de la cual se hallaba prisionero, le parecía que hubiera sido menor mal haber muerto violentamente en su patria, más aún cuando hubiera sido un bien gratamente acogido, comparada con las presentes circunstancias. Tan violenta era su agitación, que en nada se distinguía de quienes han perdido la razón. Daba frecuentes saltos y lanzábase a la carrera en una y otra dirección, juntaba sus manos violentamente, golpeaba sus caderas, se arrojaba al suelo y exclamaba muchas veces:

[163.] "Yo soy Flaco, el hasta hace poco gobernador de la grande Alejandría, ciudad formada por muchas ciudades, el administrador de Egipto, el más próspero de los países, aquel en quien confiaban tantas miríadas de habitantes, el que tenía bajo su mando grandes fuerzas de infantería, de caballería y navales, grandes no tanto por su número cuanto por su probada calidad; el que cada día era escoltado en sus salidas por innumerables personas.

164. ¿Pero era esto verdad o se trataba solo de una visión? ¿Estaba yo durmiendo y fue un sueño mi alegría de entonces, no habiendo visto sino imágenes moviéndose en el vacío, invenciones de un alma que registraba como reales cosas que no existían?

165. He caído en un engaño: sombras de realidades eran, no realidades; remedo de visión, no visión clara que pusiera al descubierto lo falso. Porque, así como al despertarnos nada hallamos de cuantas visiones aparecen en nuestros sueños, sino todas se han marchado volando juntas, del mismo modo aquellos esplendores que en un tiempo formaban parte de mi vida se han extinguido en un brevísimo tiempo en el que se trocó mi fortuna".

166. XX. Tales eran los pensamientos que permanentemente lo doblegaban y daban con él, por así decir, en tierra. Rehuyendo los encuentros con la mayoría de la gente a causa de la vergüenza que lo acompañaba, ni bajaba al puerto ni soportaba ir al mercada, sino permanecía escondido en el encierro de su casa sin atreverse a pasar más allá del atrio.

167. A veces, también, de madrugada, cuando todavía los demás permanecían en las camas, salía fuera de los muros de la casa sin que nadie absolutamente lo viera, y pasaba el día en un lugar solitario, apartándose cada vez que alguien estaba a punto de aproximársele; y con el alma desgarrada y devorada por los profundos recuerdos de sus desgracias retornaba el des-

venturado, ya entrada la noche, suplicando a causa de sus tormentos sin medida ni fin que la noche fuera mañana, pues estremecíase de miedo a la oscuridad y las fantasmales visiones que ésta le traía al sobrevenirle el sueño. Y al amanecer suplicaba de nuevo, esta vez por que fuera noche, que en medio de las sombras que lo envolvían toda claridad le repugnaba.

168. Pocos meses más tarde, habiendo adquirido una pequeña finca rural, pasaba en ella solitario mucho tiempo, lamentando y deplorando que le hubiera cabido tal suerte.

169. Cuéntase que en cierta ocasión hacia la media noche, poseído de frenesí al modo de los coribantes,[70] salió de su morada y con la mirada dirigida hacia el cielo y hacia los astros, contemplando el que es el verdadero mundo dentro del mundo,[71] gritó:

[70] Míticos personajes que se suponía formaban el cortejo de la diosa frigia Cibeles y la acompañaban danzando desenfrenadamente al compás de una música embriagadora por montañas cubiertas de bosques, a la luz de antorchas. El mismo nombre se daba a los sacerdotes de dicho culto, que remedaban el frenesí de sus homónimos durante las festividades rituales.

[71] E! cielo. Ver *Sobre Abraham* 159 y *Sobre los premios y los castigos* 41.

[170.] "¡Oh rey de los dioses y de los hombres!, no es cierto, entonces, que Te olvides de la nación judía ni es una falsa invención Tu providencia; y andan extraviados de la sana opinión todos los que niegan que ella tenga en Ti un campeón y defensor. Clara prueba de ello soy yo, pues toda la furia que desaté contra los judíos yo mismo la he experimentado.

171. Al dar licencia a los saqueadores permití que los despojaran de sus bienes. Por ello fui yo privado de los bienes paternos y maternos, de todos los que recibí a título de recompensa y regalo y de todos los demás de otra especie que adquirí.

172. Les inferí una vez la ofensa de la pérdida de los derechos políticos y los trasformé en extranjeros no obstante tratarse de ciudadanos del país y con plenos derechos, con el propósito de complacer a sus adversarios, chusma desordenada y voluble, ante cuya adulación me engañe, desdichada de mí. Por ello fui privado de mis derechos y expulsado de todo el mundo habitado a este lugar de destierro donde me hallo encerrado.

173. Conduje a algunos de ellos al teatro y ordené injustamente que fueran maltratados a la vista de sus peores enemigos; y aquí que yo, maltratado no en el cuerpo pero sí en el alma con las más extremas violencias, fui conducido no a un solo teatro o a una sola ciudad sino a través de toda Italia hasta Brindis, de todo el Peloponeso hasta Corinto, y de Ática y las islas hasta Andró, mi prisión.

174. Y estoy claramente convencido de que no es éste el límite de mis infortunios, y de que otros están al acecho para completar un número que compense cuanto hice. He matado a algunos judíos y cuando otros los mataron no los castigué por ello. Unos fueron lapidados, otros quemados vivos y otros arrastrados a través de la plaza del mercado hasta que sus cuerpos quedaron reducidos a nada.

175. Bien se que las Furias [72] de ellos me esperan; que las deidades vengadoras del crimen, están ya coma apostadas a punto de iniciar su carrera, llenas de prisa en su vivo deseo de derramar mi sangre, y cada día, o más bien cada hora, muero anticipadamente soportando muchas muertes, en vez de una definitiva".

[72] Divinidades encargadas de vengar la muerte de los asesinados.

176. Muchas veces se sentía preso de espanto y temor, y a la par que los miembros y partes de su cuerpo sucumbían bajo *el* peso del terror, el miedo hacía temblar a su alma agitada por ahogos y palpitaciones, pues estaba privado de lo único que por naturaleza puede sostener la humana existencia, la bienhechora esperanza.

177. Ningún augurio favorable aparecía ante él; solo agoreros presagios, siniestros rumores, fatigosas vigilias, aterradores sueños, y su soledad, semejante a la de las fieras. ¿Pero era el vivir en compañía lo que le hubiera proporcionado el placer sumo? No, lo más desagradable para él era la residencia en la ciudad. ¿Brindábale seguridad, aunque vergonzosa, la soledad del campo? No, la seguridad estaba en ella tan ausente como su pudor.

178. Si alguien se le aproximaba pacíficamente, él entraba en sospechas y decía: "Algo trama contra mí. Ese que avanza demasiado rápido seguramente no lleva otro propósito que perseguirme. El que se muestra amable es un emboscado; la franqueza de éste no es sino desprecio. Se me dan alimentos y bebidas para sacrificarme luego como a los animales.

[179.] ¿Hasta cuándo soportaré, como si fuera de hierro, tantas desventuras? Bien sé que soy pusilánime ante la muerte; pero es mi destino, que para mi daño no me permite arrancarme en un instante esta desdichada vida porque tiene reservados contra mí males irremediables, más allá de toda medida, como expiación por aquellos a los que arteramente di muerte".

180. XXI. Repasando tales pensamientos y entre violentas agitaciones aguardaba con ansia el fin decretado por los hados, mientras incesantes dolores perturbaban y confundían a su alma.
Por su parte Cayo, cruel por naturaleza e implacable en sus venganzas como era, lejos de imitar a aquellos que dejan en paz a quienes ya han castigado una vez, movido por una cólera inextinguible, preparaba siempre alguna grande y nueva desgracia para precipitarla sobre ellos. Y odiaba de un modo particular a Flaco, al punto de que, por la repugnancia que experimentaba al oír su nombre, miraba con malos ojos a cuantos se llamaban como aquel.

181. Y muchas veces se arrepentía de haberlo condenado a destierro en vez de sentenciarlo a muerte, y reprochaba a Lépido su intercesión, no obstante el respeto que sentía hacia él; de modo que Lépido desistió de defenderlo por temor de ser también él castigado.

182. Temía, en efecto, como cabía pensar, que por apoyar a otro para que su castigo fuera más leve, recayera sobre su propia persona un castigo más severo. De ese modo, como nadie se atrevía ya a alegar razones para aplacar a Cayo, éste procedió implacablemente y sin control alguno, impulsado por sus resentimientos, los que, aunque hubieran debido apaciguarse con el correr del tiempo, se agudizaron más aún, como ocurre en las recaídas de las enfermedades de los cuerpos, las que son más graves todavía que las precedentes.

183. Y así, dicen que cierta noche en que no había conciliado el sueño sus pensamientos se encaminaron hacia los desterrados de elevada condición, reflexionando que, aunque por el calificativo [73] podía suponerse que fueran desdichados, en realidad tenían asegurada una vida de ocio, tranquilidad y libertad.

[73] El calificativo de desterrados, por todos los males que supone el destierro.

184. Y cambió incluso la denominación usada por la de "residencia en el extranjero" donde disponen en cantidad inagotable de las cosas necesarias, y pueden vivir sin trabajar y en medio del bienestar; y resulta absurdo que los tales vivan placenteramente gozando de paz y

usufructuando una existencia propia de filósofos".

185. Finalmente ordenó que se diera muerte a los más distinguidos y de mayor reputación, y entregó la lista de ellos,[74] que encabezaba Flaco. Cuando los designados para matarlo llegaron a Andró, Flaco se encaminaba casualmente desde el campo hacia la ciudad. Marcharon aquellos desde el puerto a su encuentro hasta que él los divisó y ellos lo divisaron a él desde lejos.
[74] Suetonio (Vida de Cayo 28) confirma la existencia de esta orden.

186. Flaco comprendió el propósito que los traía; que el alma de cada hombre, especialmente de los que están en la desgracia, conjetura con clarividencia suma; y desde allí se apartó del camino y echó a correr huyendo a través de un lugar escarpado. Olvidaba, quizá, que Andró es una isla y no un continente, y que en una isla la velocidad de nada sirve pues está encerrada por el mar, por lo que no queda sino una de dos posibilidades: o precipitarse al mar al avanzar demasiado lejos o ser aprehendido al llegar al límite mismo.

187. Si se comparan ambos males, mejor sin duda resulta perecer en tierra que en el mar, por cuanto es la tierra la zona que la naturaleza ha asignado a los seres humanos y los animales terrestres como la más apropiada no solo para vivir sino también para morir, de modo que ella, que los acoge al principio cuando llegan a la existencia, los reciba también al final cuando parten de esta vida.

188. Los ejecutores lo persiguieron sin darse respiro y lo apresaron. Y mientras unos cavaban un hoyo, otros lo arrastraron violentamente en tanto él se resistía, gritaba y forcejeaba con fuerza. De lo cual resulta que, como se lanzaba al modo de las bestias al encuentro de los golpes, su cuerpo acabó por ser completamente destrozado.

189. Es que, como se abrazaba y aferraba a sus matadores, éstos veíanse impedidos de aplicarle sus espadas de una vez y le lanzaban golpes oblicuamente, lo cual fue causa de que fueran aún más graves los daños que recibía. Con sus manos, pies, cabeza, pechos y costados cortados y separados en trozos, quedó tendido como una víctima de los sacrificios, habiendo querido la justicia que en ese único cuerpo suyo se produjeran heridas en un número igual al de los judíos que ilegalmente habían sido asesinados.

190. El lugar estaba todo inundado por la sangre que, como desde una fuente, fluía desde las muchas venas que una tras otra habían sido cortadas; y al ser arrastrado su cadáver hacia el hoyo cavado se separó la mayor parte de los miembros pues se desgarraron los ligamentos que unen estrechamente todo el conjunto del cuerpo.

191. Tales fueron los padecimientos que también [75] Flaco soportó, convirtiéndose así en una indubitable prueba de que no le faltaba a la nación judía la protección que de Dios proviene.
[75] ¿Quién fue el otro o quiénes fueron los otros? ¿Se refiere Filón a Seyano, a quien en el parágrafo 1 menciona como el predecesor de Flaco en el perseguir a los judíos?

HIPOTÉTICAS [1] (APOLOGÍA DE LOS JUDÍOS)

(APOLOGÍA PRO IUDAEIS)

[1] Los dos extensos fragmentos de Filón que siguen han sido conservados por Eusebio en su obra Preparación evangélica, libro VIII. Aclara el obispo de Cesárea que el primero de ellos es un extracto del primero de los tratados que Filón tituló Hipotéticas, y que el segundo pertenece a una "apología de los judíos", pero en su Historia Eclesiástica, libro II, 18, al enumerar las obras de Filón no menciona tales títulos. En cambio incluye en ésta el epígrafe Sobre *los judíos,* que alude, evidentemente, a las cuestiones que se tratan en dichos fragmentos, por lo cual la crítica moderna acepta sin mayores reservas que éstos son extractos de dicho tratado y que los tres títulos se refieren a la misma obra. En la presente edición, siguiendo el criterio de los principales editores modernos, se conservan los títulos que sugiere Eusebio.
En cuanto al sentido exacto o aproximado con que está tomado el término *hypoihetiká* (plural de *hypothetikós* = *supuesto, hipotético,* y también *exhortativo)* no ha sido posible determinarlo a pesar de las discusiones y exámenes al respecto.

5.11.[2] [Pues bien, pasemos ahora a considerar también la constitución establecida por la legislación de Moisés, conforme la describen los autores altamente reputados entre los judíos.[3] En primer lugar citaré la narración de Filón acerca de la marcha de los judíos desde Egipto guiados por Moisés. Dicha narración es parte del primero de los tratados que tituló Hipotéticas, y en ella, arguyendo a favor de los judíos, cual si enfrentase a sus acusadores, dice lo siguiente:]
[2] Los números de parágrafos corresponden a la numeración del libro II de Preparación Evangélica, según las ediciones de Cohn (Edición Menor) y de Colson, que sigue al primero. Entre corchetes van los términos con que Eusebio anuncia los fragmentos que reproduce.
[3] Entre ellos Flavio Josefo, de quien Eusebio inserta, a continuación del presente tratado de Filón, otro tomado de Contra Apión II, 163 a 228.

6.1. El pueblo judío, cuyo primer progenitor [4] descendía de caldeos, [5] habiendo emigrado en sus primeros tiempos desde Siria a Egipto, retornó más tarde de este país porque, habiéndose multiplicado hasta comprender incontables miríadas de personas, aquella tierra resultaba insuficiente; razón a la que cabe agregar el espíritu sumamente emprendedor que la educación había forjado en sus almas, a la par que el hecho de que Dios, mediante visiones y sueños, les había revelado que debían partir, y en no menor medida, la intensa nostalgia por la tierra de sus antepasados que por Divina voluntad los invadía. Tal tierra es aquella desde la que aquel antepasado de ellos había descendido hacia Egipto, o bien por haberlo dispuesto así Dios o bien por alguna personal previsión; y en ella la nación judía ha gozado de una inigualada prosperidad, al punto de que desde entonces hasta el presente se ha desarrollado y perdura, y excede toda medida la multitud tan grande de sus miembros.
[4] De lo que dice más abajo se infiere que Filón no alude aquí a Abraham sino a Jacob. En cuanto a la calificación de *palaiós pregónos = el más antiguo o antepasado o progenitor* del pueblo judío referida a Jacob, el tercero de los patriarcas, seguramente se debe ai hecho de que Jacob, por otro nombre, Israel, fue el epónimo del pueblo hebreo y el padre y abuela de los fundadores de las tribus tradicionales en que se dividió la nación.
[5] Jacob descendía de su abuelo Abraham, quien era oriundo de Caldea, según la tradición bíblica. Filón insiste en el entronque caldeo de los hebreos cuando en *Vida de Moisés* I, 5, afirma que Moisés era caldeo, y en otros varios pasajes en que emplea *lengua caldea* como

sinónimo de *lengua hebrea.*

6.2. [Y un poco más adelante dice:]
Guiábalos en su partida y en su marcha un hombre que en nada, si quieres, difería del común de la gente, como que hasta solían tacharlo de impostor y forjador de embustes.[6] Y por cierto que fue una hermosa [7] impostura y malicia aquellas gracias a la cual no sólo condujo al pueblo hacia su completa salvación en medio de la sequedad, el hambre, el desconocimiento de las rutas y la carencia de todas las cosas como si gozara de completa abundancia y le proveyeran de recursos las naciones situadas entre Egipto y Siria; sino además los preservó de los enfrentamientos de unos contra otros y, sobre todo, los mantuvo obedientes a su mandato.
[6] En Contra Apión II, 145 (14), Flavio Josefo pone en boca de los detractores de la ley mosaica ambos cargos referidos a Moisés. Pero el uso del imperfecto iterativo en el texto griego induce a pensar que se trata de una calumnia permanente o reiterada.
[7] Como en *Flaco* 157, emplea Filón el término *kalós = hermoso,* con sentido irónico.

6.3. Y esto no por poco tiempo, ciertamente, sino por un lapso mayor que el que cabe esperar que dure la concordia incluso en el seno de una familia que vive en total abundancia. Y ni la sed, ni el hambre, ni el agotamiento de los cuerpos, ni el temor por el futuro, ni la ignorancia acerca de lo que habría de suceder hicieron que aquellas multitudes de engañados y arruinados se alzasen contra aquel impostor.[8]
[8] Por supuesto que este calificativo como todo lo que precede es una crónica crítica de las opiniones de los enemigos de Moisés.

6.4. ¿Cómo explicar esto? ¿Habremos de decir que poseía cierta habilidad, elocuencia o inteligencia tan grande como para superar tantas y tan extraordinarias circunstancias que llevaban a todos a la ruina? ¿O que los hombres que gobernaba no eran de naturaleza torpe ni rebelde, sino dócil y no carente de previsión respecto del futuro? ¿O bien que se trataba sí de hombres malvados al máximo, pero Dios apaciguó sus rebeldías y tomó, por así decir, a Su cargo su presente y su futuro? Cualquiera de estas explicaciones te parezca ser la verdadera, es evidente que ella confirma categóricamente la alabanza y honra de Moisés y su celo para con todos ellos.

6.5. Esto en lo que al éxodo respecta. Además las sagradas escrituras nos muestran cómo, una vez que hubieron llegado a esa tierra, se establecieron en ella haciéndose dueños del país. Personalmente creo que es mejor discurrir sobre las probables circunstancias de esa ocupación ateniéndonos a ciertas reflexiones sobre ellas más bien que al relato de la historia.

6.6. ¿Cuál de estas dos alternativas prefieres que supongamos: que eran todavía superiores por la multitud de sus guerreros y que, aunque se hallaban en extremo postrados, con todo, cobrando vigor y empuñando las armas, tomaron al cabo el país por la fuerza al vencer a los sirios y fenicios juntamente, que combatían en su propia tierra; o bien que eran ineptos para la guerra y faltos de virilidad, y que su número era por demás escaso y carecían de pertrechos de guerra, pero se ganaron el respeto de sus oponentes, quienes voluntariamente les cedieron el país; y como consecuencia de ello no mucho después edificaron su templo y organizaron todas las demás cosas tocantes a la religión y la piedad?

6.7. Porque esto demostraría a las claras que eran reconocidos como muy amados por Dios aun entre sus enemigos; que enemigos eran forzosamente aquellos a cuya tierra llegaban de improviso en son de conquista.

6.8. Y si alcanzaron crédito y honor de parte de éstos, ¿no muestra ello que superaban a los otros en buena fortuna? ¿Y qué cualidad diremos que ocupaba el segundo lugar después de ésta buena fortuna, y cuál el tercero tras ambas? ¿Nos decidiremos por su respeto a las leyes y su docilidad, o por su religiosidad, justicia y piedad? Cualquiera fuere la preferencia, el hecho es que a tal punto llegaba la inmensa veneración que profesaban a aquel hombre que estableció las leyes para ellos, que, cuanto a él le pareció bien también les pareció bien a ellos.

6 9. Y así, cuanto él les dijo, ya se tratara de algo por él mismo discurrido, ya de algo escuchado de una voz sobrenatural, todo lo atribuyeron a Dios, y transcurridos ya muchos años, no sabría decir cuántos exactamente, pero más de dos mil, no sólo no han cambiado ni una palabra siquiera de las escritas por él, sino soportarían además morir infinitas veces antes que obedecer mandatos que contraríen las leyes y costumbres que él estableció.

6.10. [Después de estas afirmaciones, resume la constitución establecida en las leyes de Moisés para la nación judía, escribiendo lo siguiente:]

7.1. ¿Acaso es dable hallar entre los judíos alguna de estas escapatorias [9] o algo parecido a ellas; algo que se parezca a la condescendencia o la lentitud, algo que permita en los procesos artimañas, pretextos, dilaciones, y aplicaciones de penas pecuniarias seguidas de reducciones de esas penas? Nada de eso, todo es simple y claro. Si alguien es culpable de pederastia o de adulterio o de haber violado a una persona joven, incluso si la forzada es mujer; que, si se trata de un varón, resulta por demás obvio; y también si alguien se prostituye a sí mismo, o tolera o se propone o intenta algún acto vergonzoso para su edad, el castigo es la muerte.[10]

[9] Claramente se desprende de lo que sigue que en los pasajes omitidos por Eusebio, Filón se ha referido a la impunidad con que frecuentemente se transgredían las leyes de los gentiles a causa de la lenidad impresa en ellas por sus respectivos legisladores, en contraste con la estricta observancia y severidad de castigos que exigía la ley mosaica. Ver Flavio Josefo, *Contra Apión* II, 276.

[10] Ver Lev. XVIII, 22 y XX, 10 y 13; y Deut. XXII, 22 y ss.

7.2. Si alguien ultraja a un esclavo o a un hombre libre; si lo mantiene cautivo, si lo apresa o vende; si roba cosas profanas o sagradas; si comete impiedad no sólo con obras sino también de palabra, cualquiera sea; y no ya contra Dios, lo cual ni mencionar es lícito, y quiera Él perdonarnos también el pensar en ello, sino contra su padre, su madre o un benefactor suyo, la pena es igualmente la muerte; y no una muerte común ni cualquier muerte, que por ofender de palabra solamente, corresponde la lapidación, como que lo que ha hecho no es menos grave que la impiedad.[11]

[11] Ver Éx. XXI, 16 y 17. Algunos de estos casos que Filón considera punibles con la pena capital no son calificados de tales por las escrituras.

7.3. Hay además, por otra parte, leyes tales como estas. Las esposas deben servir a sus esposos con un servicio no impuesto mediante la violencia, y encaminado a lograr la dócil obediencia en todas las ocasiones. Los padres deben mandar sobre sus hijos para preservarlos y brindarles sus atenciones. Cada uno es el único propietario de sus propios bienes, excepto en caso de haber pronunciado sobre ellos el nombre de Dios y declarado que han sido cedidos a Él. Y aun cuando se tratare de una repentina promesa puramente verbal, no es lícito que toque o tome para sí esos bienes, siendo su obligación desprenderse de ellos inmediatamente.

7.4. Y no hay por qué hablar del robo de lo que pertenece a los dioses [12] o del despojo de lo

consagrado por otros; cuando, como ya dije, tratándose de los propios bienes una accidental e inadvertida promesa de consagrarlos basta ella sola para que quien la expresa se prive de todos; y si se arrepintiere y negare haberla formulado, pierda además la vida.
[12] Extraño plural. Tal vez tiene presente Filón el pasaje Éx. XXII, 28, donde se lee, en la versión de los LXX: "No blasfemarás contra los *dioses"*. Pero en *Vida de Moisés* II, 205 y en *Sobre las leyes particulares* I, 53, entiende que se trata de los dioses paganos, cosa que no es aplicable al caso presente. Por la aclaración que sigue se advierte que se refiere al único Dios.

7.5. Y el mismo principio alcanza a las demás personas sobre las que se extiende su autoridad. Si un esposo consagrare alimento destinado a su mujer como sagrada ofrenda, se abstendrá de darle ese alimento; y otro tanto harán el padre con el alimento de su hijo, y el gobernante con el de su súbdito. La perfecta y más excelente dispensa en el caso de la consagración de bienes tiene lugar cuando el sacerdote rechaza la ofrenda, ya que éste ha recibido de Dios pleno poder para hacerlo. En segundo lugar está la justa dispensa que pueden proporcionar aquellos que poseen la mayor y permanente autoridad en materia religiosa para declarar que Dios se ha tornado propicio, de modo que no es necesario aceptar la ofrenda.[13]
[13] Es decir, los casos son dos: el rechazo de la ofrenda por considerársela indigna, y la declaración de que ella no es necesaria porque Dios se ha tornado propicio, oferente. En Núm. XXX, 1 a 3, y Deut. XXIII, 21 a 23, donde se menciona el voto de que habla Filón y la estricta obligación de cumplirlo, nada se dice del género de la pena que llevaba implícita su incumplimiento, ni acerca de los casos en que cabía una dispensa de la obligación contraída.
Sin embargo, como afirma en el parágrafo siguiente, no todas las normas que cita Filón están contenidas en el texto legal, siendo, muchas, imposiciones de la tradición oral y la costumbre.

7.6. Aparte de éstas hay otras innumerables normas, todas las cuales o van implícitas en las costumbres e instituciones no registradas por escrito o están contenidas en las leyes mismas. Nadie debe hacer a otro lo que le desagrada que le hagan. Ni recoger de un huerto o de un lugar o de una era aquello que no ha depositado allí. Ni hurtar de una niara nada absolutamente ni grande ni pequeño. Ni negar el fuego a quien lo necesita. Ni cortar las corrientes de agua. Se debe, en cambio, dar alimento a los mendigos y lisiados que suplican por él, como si se tratase de una piadosa ofrenda hecha a Dios.

7.7. No es lícito privar de su sepultura a ningún cadáver, sino cubrirlo de tierra como reclama la piedad. Ni alterar de ningún modo los ataúdes ni los monumentos de los muertos. Ni agregar trabas ni crear más dificultades a quien se halla en apremios. Ni anular la capacidad generativa propia de los hombres ni provocar abortos en las mujeres mediante drogas esterilizantes u otros procedimientos. Ni dar a los animales un trato contrario al que ha sido prescripto por Dios y además por su legislador. Ni malograr su simiente ni defraudar su descendencia.[14]
[14] Es imposible precisar el sentido exacto que atribuye Filón a esta prescripción referente al trato y uso de los animales.

7.8. Ni se ha de emplear ni balanza inexacta ni quénice[15] fuera de medida ni moneda adulterada. Ni se deben divulgar los secretos de los amigos si sobreviene un distanciamiento.
¿Qué necesidad, en nombre de Dios, tenemos nosotros de los famosos preceptos de Búziges?[16] Pero observa otras normas además de éstas. Los hijos no deben ser apartados de sus padres, aun cuando estén cautivos en tu poder; ni ha de serlo la esposa de su esposo, ni siquiera si fueres legalmente su amo por haberla comprado.
[15] Unidad de las medidas de sólidos. Representaba la cantidad de trigo necesaria para el

alimento diario de un hombre, y contenía l. 1,094. Por supuesto que se trata de una prescripción general tocante a toda medida de capacidad.
[16] Búziges, primitivo héroe de los áticos, era recordado en Atenas como el primero que había uncido al yugo del arado los bueyes. Durante las Buzigias, fiestas de los labradores, que tenían lugar en la localidad ática de Eleusis, un descendiente de Búziges lanzaba imprecaciones contra los que negaban a sus semejantes el uso del fuego y el agua, contra los que se rehusaban a guiar a los extraviados, contra los que dejaban insepultos los cadáveres, contra los que obligaban a otros a hacer lo que ellos mismos tenían por pernicioso, y contra todos los que asumían actitudes que dañaban al prójimo.

7.9. Éstas, sin duda, son las normas más importantes y trascendentes, pero hay otras que atañen a cosas pequeñas y casuales. Así dice que no debes dejar vacío el nido construido en tu morada, ni tornar vanas las súplicas de los animales cuando éstos, como ocurre a veces, acuden como para acogerse a tu protección;[17] ni cometer falta alguna de esta clase aunque fuere más leve que éstas. Tal vez digas tú que se trata de cosas insignificantes; pero la ley que se ocupa de ellas es grande ciertamente, y digna de todo nuestro celo; y grandes también son y amenezadoras de ruina sus advertencias e imprecaciones, siendo Dios mismo quién vela por su cumplimiento y castiga en todas partes.
[17] Alusión a lo que se dispone en Deut. XXII, 6, en el sentido de no apresar al ave madre, aunque sí a las crías, en caso de hallarse un nido en un árbol o en tierra.

7.10. [Algo más adelante dice:]
¿No encuentras asombroso el que se abstengan de cometer en ocasión alguna transgresiones contra cualquiera de esos preceptos durante un día entero,[18] y más aún, no ya durante un solo día sino durante muchos, y no días seguidos uno inmediatamente después del otro, sino separados por intervalos, y éstos de siete días, durante los cuales, como es natural, prevalecen todo el tiempo los hábitos propios de los días no consagrados?
[18] Las consideraciones incluidas en 7, 10 a 20, se refieren a las prescripciones relativas al día sábado y a su observancia por parte de los judíos.

7.11. ¿No será esto simplemente un caso de ejercitación en el autocontrol para ser capaces por igual de practicar sus tareas y de abstenerse de trabajar cada vez que sea preciso? No, por cierto; la grandiosa y admirable meta que el legislador tuvo presente [19] no fue solamente el que fuesen capaces por igual de obrar y de no obrar, tratándose de otros asuntos, sino además el que fueran expertos conocedores de sus leyes y costumbres ancestrales.
[19] Al redactar las prescripciones relativas a la observancia del descanso sabático.

7.12. La prueba está en que les prescribió la obligación de reunirse en un mismo lugar en estos días séptimos; y de escuchar, sentados juntos, respetuosa y ordenadamente las leyes, para que ninguno las ignorase.

7.13. Y por cierto que ellos se congregan siempre y se sientan unos al lado de los otros, los más en silencio, salvo en los casos en que es norma agregar algo en aprobación de lo que se va leyendo; y algún sacerdote allí presente o alguno de los ancianos les lee las sagradas leyes y las explica una por una hasta cerca del atardecer; tras lo cual parten plenos de experiencia sobre ellas y habiendo progresado mucho en el camino de la piedad.

7.14. ¿Te parece, acaso, que estas cosas son propias de gente ociosa y que no resultan para ellos más necesarias que cualquier otra labor? De ese modo no acuden a los expertos en materia de leyes para averiguar punto por punto qué se ha de hacer y qué no debe hacerse; ni,

al atenerse a su propia interpretación de ellas, las trasgreden por ignorancia; antes bien, cualquiera de ellos, si lo acosas con preguntas acerca de sus instituciones ancestrales, está en condiciones de hablar con presteza y facilidad; y se halla capacitado para instruir acerca de las leyes el esposo a la esposa, el padre al hijo y el amo a los siervos.

7.15. Y en términos no idénticos quizá pero sí parecidos podemos referirnos sin dificultad al séptimo año. En él, efectivamente, no son ellos mismos los que se abstienen de trabajar como ocurre en aquellos días séptimos, pero dejan inactiva a la tierra con intención de asegurar su fertilidad para los años siguientes;[20] que mucha es la ventaja si se le proporciona un descanso y luego se la cultiva el próximo año sin que se halle exhausta por el ininterrumpido cultivo.
[20] Acerca del año sabático ver *Sobre las leyes particulares* II, 86 a 109; IV, 215 a 217; *Sobre las virtudes* 97 y 98; y *Sobre los premios y los castigos* 154 a 157.

7.16. Tratándose de los cuerpos, tú mismo puedes ver cómo el mismo tratamiento contribuye a fortalecerlos, y cómo los médicos prescriben ciertos intervalos y descansos en los trabajos; y no solo para restaurar la salud; que lo que se perpetúa ininterrumpidamente y sin variación, particularmente en los trabajos, es a todas luces perjudicial.[21]
[21] Recalca Filón que también las personas sanas deben tomarse descansos para reponer energías y a la vez romper con la monotonía del esfuerzo ininterrumpido.

7.17. Prueba de que eso es lo que se proponen es que, si alguien les ofreciera cultivar durante ese séptimo año esta misma tierra con mucha más intensidad que antes, y cederles la totalidad de los frutos, de ningún modo lo aceptarían, puesto que ellos entienden que lo de abstenerse de labores no reza solo con sus personas, aunque si así [22] lo hicieran, nada tendría de admirable; y que también el país debe recibir de ellos cierto respiro y descanso que proporcione otro punto de partida para su posterior cuidado y cultivo.
[22] Es decir, si sólo ellos se abstuvieran de laborar la tierra, permitiendo que otros lo hicieran.

7.18. Porque, ¿qué les impediría, ¡en nombre de Dios!, arrendar a otros durante ese año el país y obtener de aquellos que lo trabajen el pago correspondiente al año? Pero, como he dicho, no aceptan ninguna de tales ventajas absolutamente, y proceden así por consideración hacia su país, en mi opinión.

7.19. También es señal verdaderamente grande de su humanidad lo siguiente. Como ellos personalmente se abstienen de los trabajos durante aquel año, entienden que no deben recoger ni guardar para sí los frutos que nacen, pues estos no han sido producto de sus propios esfuerzos; y piensan que, pues Dios se los ha procurado, al producirlos espontáneamente la tierra, es justo que los que transitan o los demás, si lo desean o tienen necesidad, usen de ellos con toda libertad.

7.20, Y ya es bastante acerca de estos asuntos; porque seguramente no me pedirás que demuestre que estas reglas relativas a los séptimos días están ya establecidas para ellos por su ley. Tú probablemente has escuchado antes a menudo de boca de muchos médicos, científicos y filósofos qué influencia tiene dicha ley sobre la naturaleza de todos los seres y sobre la humana en particular. Esto es lo que cabe decir acerca del séptimo día.

11. 1.[23] A innumerables discípulos suyos ha preparado nuestro legislador para la vida de comunidad. Se los conoce con el nombre de esenios, nombre que se les da, a mi parecer, por su reconocida santidad.[24] Viven en muchas ciudades de Judea y en muchas aldeas, y agrupados en grandes asociaciones de muchos miembros.

[23] Aquí comienza el segundo de los fragmentos conservados por Eusebio de Cesárea. Precedentemente Eusebio se ha referido al modo como la ley de Moisés es interpretada y cumplida, según su sentido literal por el común de la gente, remontándose a un sentido más profundo los hombres sabios o filósofos. Ejemplo de estos últimos son los esenios, a cuyos ideales y normas de vida se refiere el fragmento que se reproduce.
[24] Ver *Todo hombre bueno es libre* 75.

11.2. Han optado por ello [25] no por razones de nacimiento, que el nacimiento no es tenido en cuenta para las libres decisiones, sino movidos por su celo por la virtud y su anhelo de hermandad entre los hombres.
[25] Vale decir, su vocación ha tenido origen no en. . .

11.3. Lo cierto es que ningún esenio es ni un infante, ni un barbiponiente ni un adolescente, que los caracteres poco firmes de éstos son rebeldes a causa de la inmadurez propia de la edad; se trata, por el contrario, de hombres maduros, situados ya en la pendiente de la vejez, es decir, ni sumergidos aún por la corriente del cuerpo ni arrastrados por las pasiones, sino entregados al goce de la verdadera y realmente única libertad.

11.4. Testimonio de esa libertad es su vida. Nadie entre ellos, en efecto, se permite absolutamente poseer bienes propios: ni casa ni esclavo ni tierra ni rebaño ni cosa alguna de cuantas produce y proporciona la riqueza, sino colocan todas las cosas conjuntamente para uso colectivo y gozan en común de los beneficios de todos ellos.

11.5. Viven juntos organizados en tíasos,[26] asociaciones de camaradas, compartiendo una mesa común y permanentemente ocupados en contribuir al común provecho.
[26] O cofradías religiosas.

11.6. Pero sus ocupaciones son diversas, y a ellas se entregan con tenacidad y diligencia sin cejar jamás ni usar como pretextos ni el frío ni el calor ni todos los cambios del aire. Antes de salir el sol se aplican a sus habituales tareas, y solamente al ocultarse aquel les ponen término, pues se complacen en las mismas no menos que se complacen en las competencias gimnásticas los admitidos en ellas.

11.7. Es que entienden que los ejercicios que cultivan son más provechosos para la existencia, más gratos al alma y se practican por mucho más tiempo que los de los atletas, por cuanto en ellos no decae el juvenil vigor cuando la plena vitalidad del cuerpo ya no existe.

11.8. Algunos de ellos trabajan la tierra aplicando sus conocimientos a la siembra y al cuidado de las plantas; otros son cuidadores de rebaños, teniendo a su cargo toda suerte de ganados; y algunos cuidan de colmenas de abejas.

11.9. Otros trabajan en distintos oficios manuales con el objeto de evitar los malestares que forzosamente ocasionan las inevitables necesidades, y no renuncian a ninguna cosa irreprochable que contribuya a la subsistencia.

11.10. Lo que todos ellos obtienen como retribución por tareas a tal punto diferentes entréganlo a uno solo, elegido administrador; el cual lo toma y compra inmediatamente lo necesario y les proporciona abundantes alimentos y las demás cosas que requiere la humana existencia.

11.11. Compartiendo la misma vida y la misma mesa todos los días, siéntense felices de participar de las mismas cosas y aman la frugalidad a la par que repudian el derroche como una enfermedad del alma y del cuerpo.

11.12. Y no solo participan de la misma mesa sino les es también común la ropa que llevan, pues en invierno cúbrense con gruesos mantos, y en verano con modestas túnicas; de modo que cualquiera de ellos, si lo desea, puede tomar sin dificultad alguna la prenda que quiera tomar, por cuanto entienden que lo de cada uno pertenece a todos, y lo de todos pertenece a cada uno.

11.13. Asimismo, si alguno de ellos enferma, es curado de su enfermedad por todos mediante la atención que con celo y solicitud le brindan. Y los ya ancianos, aunque no tengan hijos, acaban sus días en una venturosísima y sumamente desahogada vejez, cual si fueran padres de una prole no solo numerosa sino además excelente, ya que son tantos los que los consideran merecedores de precedencia y honra, y entienden, no por imposición de la naturaleza sino, más bien, por voluntaria determinación, que es un deber el servirlos.

11.14. Y más aún, rechazan el matrimonio, porque con suma claridad ven en él el único o principal obstáculo para mantener los vínculos de la vida de comunidad, y a la vez porque practican con particular celo la continencia. Ninguno de los esenios, en efecto, toma esposa, entendiendo que la mujer es una criatura egoísta, celosa por demás y capaz de tender sus redes a las costumbres del hombre y seducirlo con sus incesantes fascinaciones.

11.15. Poniendo en juego las palabras lisonjeras y los demás modos de fingir, como si representase un papel teatral, primero atrapa a los ojos y los oídos, para luego, engañados ya estos súbditos de la soberana inteligencia, engañar a ésta también.

11.16. Y si le nacen hijos, llena de presunción y de incontrolada locuacidad, hace público con una audacia por demás atrevida todo aquello que antes sugería con reticencias y vedadamente; y sin vergüenza alguna fuerza a su esposo a ejercer acciones, cada una de las cuales es un obstáculo para la vida en comunidad.

11.17. Porque aquel que ha quedado preso de los atractivos de una mujer o centra su preocupación en los hijos obedeciendo a un imperativo de la naturaleza, ya no es el mismo que antes para con los demás, sino tórnase distinto sin darse cuenta, un esclavo en vez de un hombre libre.

11.18. A tal punto es digna de envidia la vida de los esenios, que no solo los simples particulares sino también los grandes reyes sienten admiración y asombro ante estos hombres, y con testimonios de aprobación y honras hacen más venerable aún la venerable condición de los mismos.[27]

[27] Ver Flavio Josefo, Antigüedades Judías XV, 10, 5.

SOBRE LA PROVIDENCIA [1]

(DE PROVIDENTIA)

[1] El texto griego de los dos fragmentos que corresponden a este epígrafe ha sido conservado también por Eusebio de Cesárea en su obra Preparación Evangélica (VII, 21, 336 b a 337, y VIII, 14, 386 a 399). Además existe en una versión armenia el tratado completo al que pertenecen ambos fragmentos.
Como dejan éstos entrever, la obra estaba redactada en forma de diálogo. Los interlocutores son el mismo Filón, quien defiende su opinión sobre la providencia de Dios sobre el mundo, y Alejandro, que le plantea sus dudas y objeciones.
Este Alejandro no es otro, al parecer, que el sobrino de Filón, Alejandro Tiberio, quien había apostatado del judaísmo.

Primer fragmento [2]

[2] Por la versión armenia, traducida al latín en 1822 por Aucher, sabemos que el fragmento contiene la respuesta de Filón a una pregunta previa de Alejandro en el sentido de por qué, si Dios creó el mundo, empleó para ello exactamente esta cantidad de materia. Filón argüirá que, aunque la materia del mundo hubiera existido ya desde la eternidad y por lo tanto Dios no la hubiera creado sino la hubiera usado para dar al cosmos su configuración actual, sin embargo ello no implica que no haya ejercido y ejerza su providencia sobre el mundo.

En cuanto a la cantidad de la sustancia, suponiendo que realmente ésta no tuvo un comienzo,[3] es preciso decir lo siguiente. Dios calculó una cantidad de materia exactamente suficiente para la creación del mundo, de modo que ni faltara ni sobrara nada.[4] Porque sería absurdo pensar que, mientras los artífices particulares, cada vez que fabrican algo, especialmente si se trata de algo costoso, calculan qué cantidad de material les será suficiente, Aquel que inventó los números, las medidas y las igualdades que se dan en ellos no haya tenido en cuenta la cantidad requerida. Con toda franqueza diré que para su construcción el mundo necesitaba que la cantidad de sustancia no fuera ni menor ni mayor que esa, pues, de no ser así, no hubiera resultado perfecto, ni llegado a ser completo en todas sus partes, y la verdad es que se trata de una obra excelente forjada a la perfección a partir de una sustancia perfecta. Lo que no podía ser de otro modo, pues es propio de quien posee pleno dominio de su arte el calcular el material suficiente antes de comenzar cualquier construcción; y si bien un hombre, aun cuando sea superior a los demás en conocimientos, como no puede escapar enteramente al error por ser éste algo connatural en los mortales, puede engañarse quizá respecto de la cantidad de material cuando practica su oficio, de modo que tenga unas veces que agregar algo por ser menos del necesario, y otras quitar una parte por sobrar; en cambio, Aquel que es la fuente de las ciencias no habría de proveer ni de menos ni de más, pues empleaba medidas dignas todas ellas de ser celebradas por la maravillosa precisión con que están hechas.
[3] O no *creada.* El texto griego es: *ei dé gégonen óntos* = *si tuvo origen realmente,* es decir, si *no es eterna, si alguna vez fue creada.*
Pero resulta extraña esta hipótesis en una argumentación basada en la eternidad de la sustancia empleada para la "creación" del mundo, ya que Filón trata de probar precisamente el hecho de que la materia del mundo no ha tenido origen, supuesto cuya posibilidad ha concedido Filón, según la versión armenia.
Por ello me he permitido corregir *dé* (conjunción enfática, que aquí no cumpliría un papel esencial) por *mé* = *no* (negación empleada precisamente en las oraciones condicionales).

[4] Calculó, no la cantidad cine debía producir de !a nada, sino la cantidad con que contaba, a fin de que no le faltara ni le sobrase en la creación, que no era una creación ex n hilo sino con la materia informe ya existente.

337. Quien deseare decir tonterías sin objeto alguno, de seguro se apresurará también a confrontar esa obra con las obras de todos los artífices, alegando que han logrado una mejor elaboración mediante el agregado de algo o quitando parte del material;[5] pero esos argumentos capciosos son tarea propia de sofistas; no de la sabiduría, cuya misión es investigar cada una de las cosas contenidas en la naturaleza.
[5] Y que así como en las obras humanas la mejor calidad se logra mediante la adición o quita de material, mejor hubiera sido que Dios, en vez de calcular por anticipado una cantidad exacta, hubiera debido agregar y quitar cantidades determinadas de materia.

Segundo fragmento

1. [El modo como conduce la discusión es el siguiente:] [6] ¿Dices que existe la providencia en medio de tan grande desorden y confusión de las cosas? Porque, ¿qué hay en la vida humana que esté sujeto a un orden? ¿Qué hay en ella que no esté saturado de desorden y corrupción? ¿O eres tú el único que ignora cuan abundante es la corriente de los bienes que se precipita hacia los más malvados y ruines: riqueza, prestigio, honores que les rinden las multitudes, así como poder, salud, agudeza en los sentidos, belleza, vigor y disfrute de placeres sin traba alguna gracias a la abundancia de sus recursos y a la buena salud jamás alterada; en tanto que los que aman y practican la sabiduría y cada una de las virtudes viven todos, o casi todos, pobres, obscuramente, sin renombre y en humilde condición?
[6] Alejandro arguye contra la intervención de la divina providencia en los asuntos humanos todos.

2. [Después de haber expuesto estas y otras muchísimas dificultades más, procede a continuación a destruir sus objeciones de la siguiente manera:] [7]
Dios no es un tirano entregado a la práctica de la crueldad, a la violencia y a todos los actos que caracterizan al mando de un déspota inhumano, sino un rey investido de una amable y legal soberanía, que gobierna con justicia el cielo y el mundo todo.
[7] Refiérese Eusebio a que Filón ha puesto en boca de Alejandro otras injusticias para probar la inoperancia de la divinidad en lo que toca a los asuntos humanos; citando los casos de los tiranos Polícrates y Dionisio I, de los que se ocupará luego Filón; manifestando que considera una injusticia el que el hijo de Dionisio I acabara destronado, pues los hijos no deben cargar con las culpas de sus padres, y sacando a colación el trágico fin de Sócrates y los tormentos sufridos por otros sabios (ver *Todo hombre bueno es libre* 106 y ss.).
No se reproduce la primera parte de la respuesta de Filón en la que rebatía éste el punto de vista de Alejandro sobre la pobreza del hombre justo; parte que, como otros pasajes omitidos por el mismo, conocemos en la versión armenia.

3. Y ningún nombre cuadra mejor a un rey que el de padre, puesto que lo que en el seno de las familias son los padres para los hijos, eso mismo es para el estado el rey, y para el mundo Dios,[8] quien está unido con indisoluble vínculo por inmutables leyes de la naturaleza a dos cosas de excelencia suma: el gobierno y la protección.
[8] Eusebio omite aquí algunas palabras, en las que se lee: "y así Hornero, el más grande de los poetas, llama a Zeus padre de los dioses y de los hombres".

4. Ahora bien, los padres no desprecian a los hijos de conducta reprensible; antes bien, movidos a compasión por su desgraciado estado, los rodean de cuidados y atenciones, pensando que es propio de enemigos implacables el abusar de las desgracias de otros, y que a los amigos y parientes correspóndeles aliviar sus fracasos.

5. Y muchas veces hasta les brindan con liberalidad suma sus beneficios a los hijos reprochables más que a los sensatos, porque saben a las claras que la sensatez ofrece a éstos una copiosa fuente de "prosperidad, en tanto que" para los reprochables la única esperanza son sus padres, y si ella les faltara, carecerían también de las cosas necesarias.[9]
[9] Ya que, insensatos como son, no sabían procurárselas.

6. Del mismo modo también Dios, el padre de la inteligencia racional, no sólo extiende Su cuidado a todos los que participan del don de la razón, sino se preocupa también por aquellos que viven una vida culpable, con lo que, por una parte, les ofrece la oportunidad de corregirse, y por otra se ajusta a los dictados de Su misericordiosa naturaleza, de la que son acompañantes la virtud y la benevolencia, a las que con justicia corresponde velar a lo largo del mundo de Dios.

7. Una reflexión es esta; recíbela por ahora en tu alma [10] como un depósito que Él te confía, pero recibe además esta otra, en armonía y acuerdo con ella: No vayas tan errado nunca respecto de la verdad, que pienses que alguno de los hombres ruines es feliz, aun cuando fuere más rico que Creso,[11] más agudo de vista que Linceo,[12] más vigoroso que Milón[13] de Crotón, y más hermoso que Ganimedes, "al que a causa de su belleza arrebataron los dioses por los aires para que fuera el copero de Zeus."[14]
[10] El texto griego dice *ó phyké = oh alma¿(mía),* pero en la versión armenia se lee *en tu alma,* lo que sugiere que el traductor leyó seguramente *phykéi — en o para tu alma,* sentido que se ajusta más- quizá al carácter de diálogo que tiene el contexto.
[11] Último rey de Lidia, famoso por sus fabulosas riquezas.
[12] Uno de los Argonautas, famoso por su vista penetrante.
[13] Atleta crotonense, famoso por su extraordinario vigor, que vivió a fines del siglo IV y comandó las fuerzas de Crotón que destruyeron Síbaris.
[14] Ilíada XX, 234.

8. La verdad es que, si ha convertido a su propio numen, me refiero a su inteligencia, en esclavo de innumerables déspotas, como son el amor, la concupiscencia, el placer, el temor, el dolor, la insensatez, la incontinencia, la cobardía y la injusticia, no puede en ese caso ser feliz aunque así lo considere la mayoría de las hombres, extraviados respecto del verdadero discernimiento y sobornados por dos males gemelos: la vanidad y la opinión vacía, males capaces de seducir y extraviar a las almas que carecen de suficiente aplomo, y causas de desastre para la mayor parte del género humano.

9. Por cierto que, si tú extiendes la mirada de tu alma con deseos de contemplar, hasta dónde le es posible al humano entendimiento la providencia de Dios, alcanzarás una visión suficientemente clara del verdadero bien y te reirás de las cosas que consideramos bienes y que tú admirabas hasta entonces. Porque siempre en ausencia de los bienes superiores la honra recae sobre los inferiores, a los que se les asigna el lugar de aquéllos, pero cuando los superiores retornan los inferiores les ceden ese lugar conformándose con los segundos galardones.

10. Y así, pasmado ante la excelencia y hermosura de aquella Divina revelación, reconocerás

con toda certeza cómo ninguna de las cosas antes mencionadas es de por sí considerada ante los ojos de Dios digna de ser colocada entre los bienes; que las minas de plata y de oro constituyen la más vil de las porciones de la tierra, porción total y absolutamente inferior a la otra situada al descubierto y destinada a la producción de frutos.

11. Porque no puede compararse la abundancia de dinero con el alimento, sin el cual no es posible vivir. Prueba clarísima por sí sola de esto es el hambre, la que atestigua lo que es realmente útil y necesario, como que cualquiera[15] trocaría con gusto todos los tesoros que existen en todas partes por un poco de alimento.
[15] Acosado por el hambre.

12. Mas, cuando la abundancia de las cosas necesarias, derramándose en un inmenso e incontenible torrente, se extiende de ciudad en ciudad, disfrutamos de esos bienes que brinda la naturaleza, pero no nos conformamos con ellos solamente. Por el contrario, convirtiendo a la insolente saciedad en guía de nuestra vida, nos preparamos para conseguir plata y oro, armados de todos los medios con los que esperamos alcanzar ganancias, como hombres ciegos que, por su amor a la riqueza, ya no ven con los ojos de la inteligencia que sólo son fardos de la tierra aquellas cosas a causa de las cuales truécase la paz en una inmensa guerra sin tregua ni fin.

13. En cuanto a los vestidos, sólo son, como dicen los poetas,[16] flor de las ovejas, y por el arte de su confección alabanza de los tejedores. Y si alguno se ensoberbece por el prestigio que lo rodea y acoge complacido la aprobación de la gente vulgar, sepa que también él lo es, ya que lo semejante se complace con lo semejante.
[16] Ilíada XIII, 599.

14. Suplique ese tal que le sea dado el obtener remedios purificatorios que curen sus oídos, a través de los cuales se precipitan sobre su alma graves enfermedades. Y aquellos que están llenos de orgullo por su fuerza corporal aprendan a no pavonearse, y vuelvan sus miradas hacia las innumerables especies de animales tanto mansos como salvajes en las que es connatural el vigor y la fuerza muscular. Porque es una de las cosas más absurdas que el ser humano se vanaglorie por cualidades propias de las fieras, no obstante que es sobrepasado en las mismas por éstas.

15. ¿Y por qué una persona sensata habrá de enorgullecerse de la belleza física, que no llega a florecer por un tiempo muy largo y tras un breve lapso se extingue convirtiéndose en sombras su engañadora plenitud; especialmente viendo cómo en materiales sin vida existen sumamente apreciadas obras de pintores, escultores y demás artistas en forma de retratos, estatuas y tapices multicolores, famosos en cada una de las ciudades griegas y no griegas?

16. Ninguna de estas cosas, lo repito, es considerada por Dios digna de ser contada entre los bienes. ¿Y por qué asombrarnos de que Dios no las tenga por tales, cuando tampoco lo son por los hombres amados de Dios, los cuales sienten estima por las cosas verdaderamente buenas y nobles; por quienes, dotados de una feliz naturaleza, la han embellecido mediante el ejercicio y el estudio, habiendo sido forjados por la legítima filosofía.

17. En cambio, todos aquellos que han sido educados mediante espurias enseñanzas ni siquiera imitan a los médicos que, cuando se aplican a la curación de ese servidor del alma que es el cuerpo, declaran que es a la señora a quien están curando. Porque estos médicos, cuando alguna persona que goza de prosperidad, aunque se trate del mismo Gran Rey,[17]

haciendo caso omiso por completo de las columnas, las habitaciones para hombres, las de las mujeres, las pinturas, la plata, el oro, el metal acuñado y el no acuñado, el grande acopio de copas y telas, y el resto del tan celebrado ornato propio de los reyes, y sin prestar tampoco atención a la multitud de servidores, ni dignarse a atender a los amigos, parientes y súbditos de alta posición,[18] se aproximan al lecho, y despreocupados de cuanto rodea al cuerpo mismo, sin admirarse de que los lechos estén incrustados de piedras preciosas o sean totalmente de oro, ni que los cubrecamas sean de tejidos semejantes a telarañas o recamados de finas piedras, ni de las diferentes clases de vestidos, van más allá y descorren las mantas que lo envuelven, toman sus manos y, haciendo presión sobre las venas, registran cuidadosamente las pulsaciones para ver si se han recobrado; y a menudo levantan también las pequeñas túnicas interiores y examinan si el vientre está demasiado cargado, si el pecho está inflamado o si el corazón late irregularmente, para luego aplicar el tratamiento apropiado.
[17] El soberano de Persia.
[18] En el texto griego sigue *ton somatophylákon = de los guardias de corps.* Tal vez haya que leer *did ton somatophylákon* = a *través de los.*., como sugiere Colson y parece confirmar la traducción latina de la versión armenia con las palabras *"per custodes corporis";* con lo que la traducción quedaría: "Por entremedio de los guardias de corps se aproximan al lecho..." Esto suponiendo que Filón, olvidando lo de *"alguna persona que goza de prosperidad"* piensa solamente en *"el mismo Gran Rey",* en torno y delante de cuyo lecho de enfermo es natural que estuviera apostada su guardia personal.
Más simple, tal vez, siempre dentro de esta última hipótesis, es otra sugerencia de Colson en el sentido de anteponer *kái — y,* con lo que el sentido sería: *"ni dignarse a atender a los amigos, parientes, subditos de alta posición y guardias de corps".*

18. Y también los filósofos, que hacen profesión de practicar el arte de curar a esa reina por naturaleza que es el alma, deberían despreciar todas aquellas cosas inconsistentes que forjan las vacías opiniones; y penetrando en ella, tomar contacto con el entendimiento mismo para averiguar si sus pulsaciones son irregulares y sus movimientos antinaturales a causa de la cólera; con la lengua para saber si es ruda y calumniadora, indecente e indiscreta; con el vientre para ver si está hinchado a causa de una insaciable forma de la concupiscencia;[19] y, en general, con las pasiones, enfermedades morales y debilidades para indagar si presentan síntomas de complicaciones, examinándolas una por una de modo de no pasar por alto ninguna cosa que pueda conducir a la salud.
[19] Es decir, de la glotonería.

19. Pero la realidad es otra. Deslumbrados por el resplandor de las cosas exteriores, por no ser capaces de ver la claridad perceptible por la inteligencia, no han cesado nunca de marchar sin rumbo fijo, ni han podido alcanzar jamás a la soberana razón, pues apenas logran aproximarse a su pórtico, y allí, prendados de admiración por aquellas cosas que están situadas junto a las puertas de la virtud, vale decir, la riqueza, la fama, la salud y las con ellas emparentadas, tributan sus homenajes a éstas.

20. Pero, así como es el colmo de la locura atenerse al criterio de los ciegos cuando se trata de colores, o al de los sordos en materia de sonidos musicales, del mismo modo lo es atenerse a las opiniones de los hombres ruines para saber cuáles son los verdaderos bienes, ya que tales hombres son mutilados en cuanto a la parte de mayor jerarquía dentro de su ser, la inteligencia, sobre la que la insensatez ha esparcido una profunda oscuridad.

21. ¿A qué viene, entonces, el asombrarnos ahora porque Sócrates [20] o cualquiera persona de bien que quieras citar hayan vivido siempre en la pobreza, si se trata de hombres que jamás se

preocuparon por acopiar riqueza, y, por el contrario, no aceptaron recibir cosa alguna de cuantas les ofrecían amigos riquísimos, ni grandes presentes que les enviaban reyes; porque entendían que lo único bueno y noble es la adquisición de la virtud, en procura de la cual se esforzaron olvidándose de todos los otros bienes?

[20] Evidentemente, Filón aborda ahora la cuestión de la suerte corrida por Sócrates y otros sabios, planteada por Alejandro poco antes. Cierto es que éste no se refería a la pobreza del sabio, sino a la injusta muerte, pero Filón después de aclarar que la pobreza en nada tortura al hombre de bien, tocará en los parágrafos 22 y 23 lo relativo a otras penurias inevitables, entre ellas "los asesinatos".

22. ¿Y quién, si tiene su pensamiento puesto en las cosas genuinas, no desdeña por ellas las espurias? Por otra parte, si, habiéndoseles asignado un cuerpo mortal y estando llenos de humanas imperfecciones, y viviendo en compañía de una multitud de iniquidades tan grande que no es fácil determinar su número, resultaron víctimas de la maldad, ¿por qué acusar a la Naturaleza, cuando lo que corresponde es reprochar la crueldad de quienes los atacaron?

23. Porque, si hubieran vivido en una atmósfera malsana, fatalmente hubieran enfermado; y el vicio es más pernicioso, o al menos igualmente, que un ambiente malsano. Y así como el sabio, si permanece al descubierto durante una lluvia, se moja; y cuando sopla el viento norte soporta los rigores del frío, y siente calor en pleno verano, por ser ley de la naturaleza el que los cuerpos experimenten sensaciones acordes con los cambios anuales de las estaciones; del mismo modo aquel que reside en tales lugares, "donde se dan los asesinatos y el hambre y las demás especies de calamidades",[21] no puede sino soportar las penurias que de tales cosas proceden.[22]

[21] La traducción de la cita corresponde al texto de ésta tal como fue siracusano que abarcaba la mayor parte de Sicilia Magna Grecia y posesiones en el Adriático. Gobernó 38 años durante los cuales defendió con éxito al occidente heleno frente a los cartaginenses, dejando el recuerdo del esplendor de su corte y de sus métodos brutales.
La corrección, empero, se presta a objeciones especialmente si se coteja el sentido del texto corregido, con la versión latina de Aucher de la versión armenia, que dice: "donde los asesinatos y otras costumbres depravadas semejantes a éstas de las gentes".

[22] Eusebio omite reproducir a continuación una oración que aparece en la traducción latina de la versión armenia, cuyo sentido es el siguiente: "De ningún modo, pues, corresponde considerar felices a aquellos que poco antes hemos sacado a colación, aun cuando parezca que la fortuna les es propicia".

24. En cuanto a Polícrates,[23] fue su misma desgraciada vida la encargada de salirle al paso para proporcionarle la recompensa por sus terribles actos de injusticia e impiedad. Ese fue su castigo peor; pero agrega a ello que fue castigado por el Gran Rey y empalado, con lo que tuvo cumplimiento en él cierta predicción. "Yo sé", decía, "que no ha mucho me contemplé a mí mismo ungido, al parecer, por el sol y lavado por Zeus". Estas enigmáticas manifestaciones expresadas a través de símbolos, oscuras al principio, recibieron clarísima confirmación en el terreno de los hechos.

[23] Célebre tirano samio, que tras la caída de Jonia y el resto de las ciudades griegas de Asia en manos de los persas, se erigió en baluarte de las islas griegas contra los mismos, que aún no contaban con flotas, llegando a organizar un verdadero imperio insular entre 535 y 521, fecha esta última de su apresamiento y asesinato por el sátrapa de Sardes. Fue famoso el esplendor de su corte. Sus métodos expeditivos contra la oposición de la aristocracia le crearon la turbia fama, que da pie a las conclusiones que extrae Filón.

25. Pero no solo al final de su existencia, sino a lo largo de toda ella desde el principio su alma, aunque él no reflexionara sobre ello, estuvo suspensa más aún que su cuerpo. Porque vivió siempre temeroso y temblando, dominado por el terror ante la multitud de los que estaban contra él; que claramente sabía que ninguna persona le profesaba afecto y que a todos los había convertido el infortunio en implacables enemigos suyos.

26. Del inacabable y continuo temor de Dionisio [24] dan testimonio los historiadores de Sicilia, según los cuales abrigaba sospechas hasta de su esposa, por la que sentía sumo afecto. Lo prueba el hecho de que ordenara que la entrada de su cuarto por la cual ella tenía que pasar para llegar hasta él fuera recubierta de tablas a fin de que nunca se deslizara sin ser advertida, sino diese señal de su llegada por el estrepitoso ruido hecho al aproximarse. Además la obligaba a presentarse no solo desvestida de las ropas exteriores sino desnuda en todas aquellas partes que no es lícito sean vistas por los hombres.[25] Además había hecho interrumpir la continuidad del piso en el camino de acceso mediante una cavidad ancha y profunda como una fosa de terreno de cultivo, moviéndole a ello el miedo de que a escondidas se tramase algún secreto ataque contra él, el cual habría de quedar al descubierto a causa de los largos saltos necesarios para salvar la cavidad.

[24] Dionisio I, tirano de Siracusa y posteriormente rey de un vasto estado siracusano que abarcaba la mayor parte de Magna Grecia y posesiones en el Adriático. Gobernó 38, XXX, 21.

[25] Los mismos relatos acerca de Dionisio I, con variantes de detalle, se leen en Cicerón, Tusculanas V, 59.

27. ¡De cuan grandes males estaba lleno, pues observaba estas precauciones y usaba de tales artificios tratándose de su mujer, en la que hubiera debido confiar más que en las otras personas! Se parecía, en efecto, a aquellos que trepan por las escarpadas laderas de un monte con la intención de contemplar más claramente las naturalezas del cielo, y cuando con dificultad han alcanzado un peñasco eminente, ni pueden ya avanzar más arriba por faltarles aliento para lo que falta subir, ni se atreven a descender porque los domina el vértigo al contemplar los abismos.

28. Enamorado, ciertamente, de la tiranía como de algo Divino y digno de total empeño, sentía que tanta inseguridad llevaba consigo el permanecer en ella como el huir. Porque, mientras permanecía, eran incontables los males que en ininterrumpida sucesión se precipitaban sobre él, y si quería huir, cerníase sobre su vida el peligro que significaban aquellos cuyas inteligencias, si no sus cuerpos, estaban armadas contra él.

29. Otra prueba es la actitud que, según cuentan, asumió ante una persona que afirmaba que la vida de los tiranos es feliz. Habiendo invitado al hombre a un banquete preparado con magnificencia y suntuosidad sumas, ordenó que, sostenida por un hilo en extremo delgado, fuera suspendida sobre él un hacha afilada. Cuando, ya sentado éste en su lugar, la vio de improviso, ni se atrevía a levantarse por temor al tirano, ni era capaz de saborear cosa alguna de las preparadas a causa del terror, y olvidado de aquella abundancia y riqueza de placeres, aguardaba su propia ruina con el cuello y los ojos hacia lo alto.

30. Comprendiendo esto Dionisio le dijo: "¿Te das cuenta ahora de cuan merecedora de alabanza y envidiable es nuestra vida?" [26] Y así es, en efecto; a menos que uno quiera engañarse a sí mismo; porque tal género de vida encierra una total abundancia de recursos, pero no el goce de bien alguno, sino terrores que se suceden unos a otros, inevitables peligros y una enfermedad más grave aún que la ruinosa herpe, pues trae consigo una destrucción que

no tiene remedio.
[26] Ver Cicerón, Tusculanas V, 61 y ss.

31. Pero la irreflexiva multitud, engañada por la brillante apariencia exterior, abriga las mismas impresiones que los que son atrapados por las cortesanas de desagradable aspecto, las que, ocultando su fealdad con el vestido, el oro y las pinturas de su rostro a falta de genuina belleza, fabrican una belleza espuria para atrapar a los que las miran.

32. Tal es la desventura de que están llenos éstos grandemente favorecidos por la fortuna;[27] una desventura cuya inmensidad supera, a juicio de ellos mismos, lo que pueden soportar; y ante la cual, al igual que aquellos que se ven forzados a declarar sus enfermedades, dejan escapar expresiones que, plenas de verdad, brotan de su padecimiento, pues a causa de los permanentes castigos presentes y esperados que los acompañan, viven como aquellas bestias a las que se engorda para un sacrificio; que la muy cuidadosa atención que éstas reciben al preparárselas para ser degolladas se explica por el abundante festín que sus carnes proporcionan.
[27] Es decir, *estos, según tú* (o *según la multitud) grandemente...*

33. Están también aquellos que, implicados en sacrílegos saqueos, pagaron su delito no con castigos oscuros sino famosos. No vale la pena enumerar los nombres de la multitud de éstos,- bastará con exponer como ejemplo un solo caso entre todos. Los historiadores de la guerra sagrada[28] de Fócide dicen que, estando establecido por una ley que quien saqueara el santuario fuera o precipitado en un despeñadero o arrojado al mar o quemado vivo, estos castigos fueron distribuidos entre tres personas que despojaron al templo de Delfos: Filomelo, Onomarco y Faílo. El primero se precipitó sobre la áspera y pedregosa cima de una roca quebrada y murió al estrellarse contra ella.[29] El segundo, habiéndose desbocado el caballo en que montaba y habiendo penetrado en el mar, avanzó sobre ellos la marea, y ambos, jinete y caballo, se hundieron en el inmenso abismo.[30] En cuanto a Faílo, dos son las versiones. Según una, fue consumido por una aniquiladora enfermedad; según la otra pereció quemado en las llamas del templo de Abas.[31]
[28] Refiérese a la llamada Tercera Guerra Sagrada (355-346) decretada por el consejo anfictiónico de Delfos, a instancias de Tebas, contra los focidios, en cuyo territorio se encontraba el santuario de Apolo Deifico, sede de la anfictionía. Los focidios que se habían apoderado de Delfos en represalia por supuestos atropellos, echaron mano a los tesoros del santuario y formaron un ejército de unos 10.000 mercenarios, con los cuales sostuvieron encuentros victoriosos y adversos con el ejército anfictiónicos y los macedonios. Al mando de los mercenarios se sucedieron tres hermanos: Filomelo, Onomarco y Faílo.
Aunque la religiosidad griega era por entonces poco menos que un mero aparato exterior, siendo inclusive las guerras sagradas ingredientes de tensiones políticas, los focidios fueron calificados por los más, de sacrílegos, profanadores de sagrados recintos y enemigos de los dioses.
[29] Vencido en un encuentro con los tebanos, Filomelo se arrojó desde una alta roca para evitar caer en manos de los victoriosos enemigos. Dio-doro, Biblioteca histórica XVI, 30, y Pausanias, Descripción de Grecia X, 52.
[30] En cambio Pausanias (X, 2) afirma que fueron sus propios soldados quienes, habiendo él huido y llegado a la costa, lo mataron a flechazos exasperados porque por su cobardía, según ellos, se había perdido la batalla. Seguramente, el afán de acomodar el caso al segundo género de castigo prescripto por la ley, mueve a Filón a aceptar o introducir la variante expuesta en su argumentación.
[31] La primera versión es la Diodoro y Pausanias, pero este último en X, 35 expresa que al ser

incendiado el templo de Abas por los tebanos, en su interior perecieron los focidios refugiados allí, y ello da pie para que Filón, en su afán de probar que la ley sagrada había quedado confirmada, refiere que entre ellos murió Faílo.

34. Afirmar que estas cosas sucedieron por obra del azar es el colmo de la obcecación. Porque, si se tratara de personas castigadas en circunstancias distintas y mediante castigos distintos podría admitirse que se los atribuya al capricho de la fortuna; pero habiendo-sido castigados todos ellos juntamente a propósito de una única circunstancia y no mediante otros castigos cualesquiera sino mediante los especificados en las leyes, lo razonable es asegurar que sucumbieron bajo el peso de la justicia Divina.

35. Y si algunos de los hombres violentos que no hemos mencionado no llegaron a sufrir castigo alguno después de haberse rebelado con apoyo de las turbas y de haber esclavizado no-solo a otros pueblos sino también a sus propios países, no hay por qué admirarse. En primer lugar porque los juicios de Dios no son iguales a los del hombre, ya que nosotros examinamos aquello que aparece visible, en tanto que Él, penetrando sin ruidos en lo recóndito del alma, ilumina la inteligencia tornándola clara como a pleno sol; y despojándola de las envolturas que la cubren, examina nuestros designios en su desnuda realidad, y distingue al punto lo adulterado de lo genuino.

36. Cuidémonos, pues, de preferir nuestro propio tribunal al tribunal de Dios, y de afirmar que aquel está más próximo a la verdad y delibera más rectamente, pues hacerlo constituye una impiedad. En nuestro tribunal intervienen muchos factores de error: los engañadores sentidos, las insidiosas pasiones y la poderosísima muralla de los vicios; en tanto que en el tribunal de Dios nada hay que induzca a engaño, sino justicia y verdad, gracias a las cuales cada caso es arbitrado de manera digna de alabanza y es natural que sea rectamente resuelto.

37. En segundo lugar, no pienses, amigo mío, que la tiranía no es provechosa en su momento oportuno. Ningún "castigo, en efecto, deja de tener su provecho; antes bien, la aplicación de castigos es positivamente provechosa o al menos no desventajosa en orden al bien. Por tal razón en todas las leyes rectamente establecidas los castigos están incluidos, y los que las redactaron son alabados por todos, pues el castigo es con relación a la ley lo que el tirano es con respecto al pueblo.[32]

[32] La comparación se resiente por el hecho de no ser la ley la destinataria del castigo, en tanto que el pueblo es el blanco de los excesos de la tiranía.

38. Así pues, cada vez que una grave penuria y escasez de virtud hace presa en los estados y prevalece en ellos una insensatez sin límites, en esas circunstancias Dios, deseoso de apartar el veloz impulso del vicio como se aparta la corriente de un torrente, concede fuerza y poder a los bien dotados para el mando por naturaleza; a fin de que nuestra especie sea purificada.

39. Es que el vicio no puede ser eliminado sin la intervención de un alma dura. Y así como los estados mantienen verdugos encargados de tratar a los asesinos, traidores y saqueadores de templos, no porque aprueben las inclinaciones de dichos verdugos, sino teniendo presente lo provechoso de sus servicios; del mismo modo el Gobernante del gran estado que es este mundo, establece a los tiranos como verdugos colectivos en aquellos estados particulares a los que ve inundados por la violencia, la injusticia, la impiedad y las restantes maldades, a fin de ponerles remedio de una vez por todas.

40. En tales circunstancias, además, considera Él que corresponde rematar todos estos

castigos con el de sus ejecutores,[33] castigándolos como a culpables en el más alto grado, por entender que el alma que los mueve a prestar tal servicio es implacable y despiadada. Y ciertamente, así como el poder del fuego, una vez que ha consumido la materia a su alcance, se consume finalmente a sí mismo, del mismo modo aquellos que han alcanzado el poder sobre las multitudes, una vez que han agotado a sus estados y los han dejado vacíos de hombres, perecen pagando la pena por lo hecho a todos.

[33] Vale decir, los tiranos. Filón se olvida de que lo que se propone probar es precisamente por qué si Dios vela por los hombres, algunos tiranos "no llegaron a sufrir castigo alguno" (parágrafo 35).

41. ¿Y qué tiene de extraño el que Dios emplee tiranos para extirpar el vicio cuando éste se ha derramado por ciudades, países y naciones? Porque, a menudo, sin recurrir a los servicios de otros, Él mismo hace esto por Sí mismo, enviando el hambre, la peste, terremotos y todas las demás desgracias que de Él proceden, a causa de las cuales inmensas muchedumbres perecen día tras día y una gran porción de la tierra habitada padece desolación como consecuencia de la Divina preocupación por preservar la virtud.

42. Queda, pues, por ahora dicho lo suficiente, a mi juicio, acerca de cómo ninguno de los malvados es feliz; lo cual constituye una prueba sumamente sólida de que existe la providencia. Pero, si aún no estás persuadido, no temas decirme la duda que te carcome; que aunando esfuerzos llegaremos a conocer los fundamentos de la verdad.

43. [Y después de otras consideraciones dice nuevamente:][34] El ímpetu de los vientos y el torrente de las lluvias no fueron producidas por Dios para ruina de los que navegan o de los agricultores, como tú suponías, sino para beneficio de toda nuestra especie. Con las aguas, en efecto, Él purifica la tierra, y con los vientos toda la región sublunar. Con ambos nutre a los animales y las plantas, logra su crecimiento y los lleva a su pleno desarrollo.

[34] En la parte omitida por Eusebio, Filón expone otras objeciones de Alejandro respecto de la intervención de la providencia divina en la formación del universo; objeciones basadas en hechos de la naturaleza que parecen contradecir la tesis providencialista.

44. Si en ocasiones resultan dañosos para los que navegan en época no oportuna, o para los agricultores, ello nada tiene de asombroso, ya que se trata de una pequeña fracción del género humano, y la preocupación de Dios es por todo él. Y así como el ungüento empleado en el gimnasio es aplicado con miras a un beneficio, pero muchas veces el gimnasiarco[35] en atención a necesidades de orden público altera la habitual distribución del tiempo, a causa de lo cual algunos de los atletas quedan sin ser ungidos; del mismo modo también Dios, que vela sobre el mundo todo como se cuida de un estado,[36] suele hacer que los veranos sean invernales, y los inviernos primaverales para beneficio del universo aun cuando algunos propietarios de barcos o trabajadores de la tierra se puedan perjudicar con tales excepciones.

[35] Ver *Flaco,* nota 61.

[36] O *una ciudad (polis).* Filón, que acaba de decir que el gimnasiarco permite que se perjudiquen los particulares "atento a las necesidades *de orden público",* es decir, *politikaí,* literalmente: *estatales o del estado,* insiste ahora en que Dios, atento a las necesidades del estado universal o universo a veces permite que los fenómenos naturales perjudiquen a algunos particulares.

45. Conociendo, pues, que los cambios sucesivos de los elementos de los que el mundo está hecho y constituido conforman un proceso de vital importancia, Dios los produce

ininterrumpidamente. Pero las escarchas, las nieves y todos los fenómenos similares son circunstancias concomitantes del enfriamiento del aire, del mismo modo que los relámpagos y truenos lo son de los choques y roces de las nubes; y seguramente en ninguno de ellos interviene Su providencia, sino resultan incidentalmente de las lluvias y los vientos, en los que se originan la vida, el sustento y el desarrollo de los seres terrestres.

46. Del mismo modo, un gimnasiarco, por afán de ostentación, puede hacer a menudo gastos exorbitantes; y empapándose algunos extravagantes no con agua sino con aceite, pueden derramar gotas de este en el suelo, con lo que al punto se formaría un barro resbaladizo. Pero ninguna persona sensata podría decir que el barro y su condición resbaladiza han sido producidos por premeditado designio del gimnasiarco, sino aceptará que tales cosas son simplemente incidental consecuencia de lo abundante del acopio de aceite.

47. A su vez un arco iris, un halo y todos los demás fenómenos similares son resultados circunstanciales de la mezcla de rayos de luz con las nubes; no hechos producidos originalmente por la Naturaleza, sino ulteriores consecuencias de obras de ellas. Con todo, también estos fenómenos brindan cierto servicio a las personas suficientemente sensatas, pues gracias al testimonio que ellos proporcionan predicen éstas si el tiempo será sin vientos o ventoso, calmo o tormentoso.

48. *¿Y* no ves los pórticos de las ciudades? Casi todos ellos están orientados hacia el sud a fin de que las personas que se pasean disfruten del calor en invierno y de la brisa en verano. Pero a estas características se agrega una circunstancia concomitante, que no se produce por designio del arquitecto. ¿Cuál es? Pues las sombras que, proyectadas desde las columnas, indican las horas a nuestra experiencia.[37]

[37] La última parte del texto ofrece grandes dificultades para su fijación e interpretación, ya que aparecen variantes notables en los manuscritos, sobre los que no se han puesto de acuerdo los estudiosos. La traducción es, pues, conjetural.

49. Asimismo, el fuego es la obra más necesaria de la naturaleza, y el humo una circunstancia concomitante de él; pero, con todo, también éste proporciona en ocasiones cierto provecho. Por ejemplo, en las comunicaciones mediante el fuego durante el día: cuando el fuego se torna pálido a causa del brillo de los rayos solares, es el humo quien delata la aproximación de los enemigos.

50. Y acerca de los eclipses se puede decir lo mismo que sobre el arco iris. En efecto, los eclipses son fenómenos concomitantes de las divinas naturalezas del sol y de la luna, pero constituyen anuncios o de la muerte de reyes o de la destrucción de ciudades, como a propósito de cierto eclipse lo sugiere Píndaro en el pasaje citado más arriba.[38]

[38] Este pasaje está citado en la parte omitida por Eusebio que separa las dos partes del fragmento (ver parágr. 43). Sabemos por la versión armenia que se trata de la parte inicial de un fragmento de Pindaro conservado por Dionisio de Halicarnaso en Sobre la fuerza del estilo de Demóstenes 6, el que contiene una pregunta dirigida al Sol interrogándolo sobre la razón por la que mediante este eclipse amenaza con desgracias al mundo.

51. En cuanto al círculo de la Vía Láctea,[39] posee él las mismas características esenciales que las demás estrellas; y los hombres que se ocupan de la investigación sobre los fenómenos de la naturaleza no deben desistir de interpretarlo, aunque ello resulte difícil; porque, si el descubrimiento de la verdad es lo más provechoso, la investigación es en sí misma gratísima para los que ansían aprender.

[39] Alejandro, sabemos por la versión armenia, ha afirmado que dicho círculo no cumple ningún cometido útil y sólo sirve para tema de disputas de filósofos.

52. Y así como el sol y la luna han llegado a existir por obra de la providencia, otro tanto ha ocurrido con todos los cuerpos celestes, aun cuando nosotros, incapaces de seguir el rastro a las naturalezas y poderes de cada uno de ellos, guardemos silencio sobre los mismos.

53. En cuanto a los terremotos, las pestes, las caídas de rayos y todas las demás desgracia como estas, aunque se afirme que son enviados por Dios, en realidad no lo son;[40] que Dios no es causa de mal alguno en absoluto; son los cambios de los elementos los que producen tales cosas. No se trata de obras primarias de la naturaleza sino de consecuencias de sus obras esenciales, de fenómenos concomitantes de sus obras primarias.
[40] Esta afirmación contradice lo afirmado en el parágrafo 41.

54. Y si algunas personas dotadas de cualidades superiores son alcanzadas por el daño que ellos causan, no ha de atribuirse esto al poder que rige al mundo. En primer lugar porque no por el hecho de que algunas personas sean consideradas buenas por nosotros realmente lo sean; que los elementos de juicio que Dios posee son más exactos que todos los que emplea la humana inteligencia. En segundo lugar porque la providencia se contenta con vigilar las cosas más importantes del mundo, tal como en las monarquías y en los mandos militares el cuidado se ejerce sobre los estados y sobre los campamentos, no individualmente sobre determinada persona de las insignificantes y oscuras, cualquiera sea.

55. Por otra parte, dicen algunos que, así como en las ejecuciones de tiranos es lícito ejecutar también a los parientes de los mismos a fin de que las iniquidades sean reprimidas por la magnitud del castigo,[41] del mismo modo también en las épocas de peste bien está el que perezcan algunas personas irreprochables a fin de que ello aleccione a los otros para que obren con sensatez; aparte de que por fuerza los que conviven en un ambiente malsano acabarán por contraer la enfermedad, tal como es forzoso que los que afrontan una tormenta sobre una nave corran peligro por igual.
[41] En *Sobre las leyes particulares* III, 164 y ss., afirma Filón que extender el castigo a los parientes de un tirano es injusto.

56. Un punto que no debo dejar de mencionar; aunque tú, con tu habilidad para argüir, te hayas anticipado a mi alegato y procurado rebatirlo;[42] es que los animales salvajes de gran fortaleza han sido creados para ejercitarnos en lo tocante a las contiendas bélicas. En efecto, los ejercicios gimnásticos y las constantes cacerías preparan y fortalecen de excelente manera los cuerpos, y más aún que los cuerpos, acostumbran a las almas a despreciar gracias a la firmeza de su vigor los súbitos ataques de los enemigos.
[42] Alejandro ha afirmado que las fieras salvajes, que no atacan a los que reconocen como expertos cazadores y sí a pacíficos labradores, sin embargo pueden considerarse útiles en cuanto a que a través de la caza permiten ejercitar en las artes bélicas; pero, en cambio, los animales ponzoñosos ni siquiera ese servicio prestan, sólo existen para daño.

37. En cuanto a las personas pacíficas por naturaleza,[43] pueden ellas vivir sin temor de ser atacadas, protegidas tanto dentro de las murallas como en el interior de sus casas, contando además para su disfrute con numerosísimos rebaños de animales pacíficos, por cuanto los jabalíes, los leones y todos los animales de esa clase, siguiendo un natural impulso, permanecen alejados de la ciudad, contentos de no sufrir ataque alguno de parte de los hombres.

[43] Como se expresa en la nota anterior, Alejandro ha señalado que las bestias feroces atacan a los pacíficos campesinos y por lo tanto para la gente pacífica la providencia está totalmente ausente en ese caso.

58. Y si algunas personas, procediendo irreflexivamente, se quedan sin temor alguno, desarmadas y desapercibidas, en los cubiles de esas fieras, acúsense a sí mismas y no a la Naturaleza por las cosas que les sucedan, pues han omitido tomar las precauciones que correspondía tomar. Así, también en las carreras de caballos he tenido ocasión de ver cómo algunos que, en vez de quedarse en sus asientos y contemplar el espectáculo con compostura, se habían colocado en medio de la pista, fueron arrollados por el ímpetu de las cuadrigas y aplastados por las patas y las ruedas, con lo que recibieron el merecido pago por su locura.

59. Y sobre estos puntos basta con lo dicho. En cuanto a las especies venenosas de reptiles, ellas han llegado a existir no por designio de la providencia sino por el proceso de concomitancia a que me referí más arriba. Llegan, en efecto, a la existencia cuando la sustancia húmeda que existe en ellos se torna más caliente. A algunos, también, los engendra la putrefacción, de la misma manera que la descomposición del alimento produce gusanos, y la de los líquidos piojos. En cambio, es razonable registrar como obras de la providencia a todas aquellas especies cuya creación es a partir de su propia sustancia mediante un primario proceso seminal de la naturaleza.

60. Pero a propósito de las primeras también he escuchado dos teorías, que no me resigno a dejar de exponer, según las cuales dichas especies han sido creadas para beneficio del hombre. Una de ellas es la siguiente. Han sostenido algunos que los animales venenosos cooperan en muchos de los procedimientos de la medicina, y que los que cultivan científicamente ese arte los emplean sabiamente para los convenientes fines, y obtienen así abundantes antídotos para salvar contra lo esperado a los enfermos cuyo estado es particularmente peligroso. Y hasta nuestros días es posible ver cómo aquellos que ejercen con dedicación y celo la profesión médica hacen uso de cada una de estas especies como importante elemento en la composición de remedios.

61. La otra interpretación pertenece no a la medicina sino a la filosofía evidentemente. Sostiene ella que Dios dispuso la existencia de estas creaturas para que fueran instrumentos de castigo contra los que delinquen, tal como los látigos o el hierro con que cuentan los generales y gobernantes; y por ello, mientras durante el resto del tiempo permanecen quietas, se agitan para atacar a aquellos condenados a los que la Naturaleza en su incorruptible tribunal ha sentenciado en muerte. 62. Pero es falso afirmar que se ocultan en las casas,[44] pues se las ve fuera de la ciudad en el campo y en las zonas desérticas, huyendo del hombre como de un déspota. Con todo, aun en el caso de que eso fuera realmente verdad, la cosa tendría su explicación. Porque en los rincones de las casas se acumulan la suciedad y una multitud de residuos en los cuales acostumbran deslizarse estos animales, aparte de que también el olor a grasa y carne cocida ejerce una poderosa atracción sobre ellos.

[44] Filón alude aquí a otra de las objeciones de Alejandro contra la intervención divina: mientras los animales útiles y mansos, como cabras, ciervos y liebres rehuyen la presencia del hombre y residen lejos de sus ciudades y moradas, los ponzoñosos permanecen ocultos en sus casas. El mismo argumento es empleado a propósito de las aves, y Filón procurará rebatirlo en los parágrafos 63 y ss.

63. Que las golondrinas vivan en nuestras moradas nada tiene de extraño, ya que nos cuidamos de intentar apresarlas. Pero el instinto de conservación reside no sólo en las almas

racionales sino también en las irracionales, y ningún contacto tienen con nuestra existencia aquellas aves que sirven para nuestro regalo, ya que temen nuestros ataques, excepto entre aquellas gentes a las que por ley les está prohibido hacer uso de tales animales. 64. En la costa de Siria hay una ciudad llamada Ascalón. Hallándome en ella en cierta ocasión en que me dirigía hacia el templo de nuestros antepasados [45] para ofrecer mis plegarias y sacrificios, observé una inmensa cantidad de palomas en los cruces de las calles y en cada una de las casas; y cuando pregunté el motivo, me dijeron que no les era lícito apresarlas pues desde antiguo les estaba prohibido a los de la ciudad hacer uso de ellas. A tal punto este animal ha sido amansado por la seguridad de que goza, que no solo ha llegado a compartir la parte superior de la casa sino también la mesa, y se complace con la seguridad de que goza.
[45] Filón iba de Alejandría a Jerusalén por el camino de la costa sirio-palestina en cuya zona sur se hallaba Ascalón.

65. Y en Egipto es dable observar algo más asombroso aún. El cocodrilo, animal devorador de hombres y la más peligrosa de las fieras, que se cría y se alimenta en el sacratísimo Nilo, se da cuenta de esa ventaja,[46] aun cuando se trata de un animal de aguas profundas. Se lo halla, en efecto, en gran número entre la gente que lo respeta, pero ni en sueños se aparece entre quienes tratan de dañarlo; y así, en algunos lugares ni aun los muy osados se atreven a introducir ni siquiera la punta del dedo en el agua cuando los cocodrilos se aproximan en tropel, mientras que en otros sitios incluso los cobardes por demás se lanzan a ella y nadan divirtiéndose.
[46] De que no será molestado.

66. En lo que al país de los Cíclopes respecta,[47] como esta raza es mera invención de la leyenda, no hay en él tal producción de cultivados frutos sin siembra ni labor agrícola; que de lo que no existe nada puede resultar. A Grecia no ha de acusársela de árida e improductiva, pues en ella hay mucha tierra fértil. Y si el resto del mundo la aventaja en abundancia de frutos, esa superioridad reza con los alimentos, pero es superado por Grecia en lo que los alimentados toca. Solo ella, en efecto, engendra realmente hombres, pues produce una celestial planta [48] y divino vástago consistente en la perfección de la razón, íntimamente vinculada al saber, siendo la causa de ello la agudeza que la inteligencia adquiere gracias a la sutileza del aire.[49]
[47] Alejandro ha sacado a colación lo que se lee en la Odisea IX, 106 a 111, expresando que los cíclopes son seres soberbios y sin ley, y sin embargo producen trigo, cebada y vides sin necesidad de cultivarlos; y ha agregado que, en cambio, los que cultivan la piedad se ven privados de casi todo lo necesario. También ha opuesto el caso del pobrísimo suelo griego a la fertilidad y abundancia de los territorios de otros pueblos.
[48] Ver *Timeo* 90 a.
[49] Ver Cicerón, Sobre el hado 4.

67. Por eso no sin acierto dice Heráclito: "Donde la tierra es seca, el alma es sapientísima y excelente". Cualquiera puede comprobarlo en el hecho de que los sobrios y frugales son superiores en inteligencia, mientras los que a toda hora se saturan de bebidas y comidas poseen escasísimo discernimiento a causa de que la razón es sumergida por todo lo que se precipita sobre ella.

68. Y así en el mundo no griego los brotes y los tallos merced a su nutrición abundante alcanzan gran desarrollo, y abundan los más prolíficos de los animales, pero es sumamente escasa la inteligencia que él engendra, a causa de que las continuas e incesantes exhalaciones de la tierra y el agua prevalecen impidiendo que aquella surja del aire, que es su fuente.[50]

[50] Esto es difícil de entender. Por ello se han propuesto enmiendas en el texto griego de los manuscritos. Mangey sugiere, entre otras correcciones, sustituir *hypothénai = ser elevado, surgir,* por *phykhothénai = ser refrescado, ser vivificado,* cuyo sentido tornaría más coherente el contexto. De todos modos cualquier enmienda y traducción es por demás insegura. En cuanto a la traducción latina de la versión armenia, poca o ninguna ayuda presta en el presente pasaje, pues difiere sustancialmente de lo que parece sugerir el texto griego en su estado actual o con alguna de las enmiendas propuestas.

69. Las diversas especies de peces, pájaros y animales terrestres [51] no dan pie para reprochar a la Naturaleza por incitarnos al placer, y sí para censurar nuestra propia incontinencia. Era necesario, en efecto, que para completar el universo, de modo que el mundo existiera en cada una de sus partes, fueran creadas todas las especies de animales. Lo que, en cambio, no era preciso era que el hombre, la creatura más estrechamente vinculada a la sabiduría, se lanzara a regalarse con ellas transformándose hasta parar en el salvajismo de las fieras.

[51] Alejandro ha manifestado que es ilógico que la providencia haya creado especies de animales cuyas carnes sirven para satisfacer la gula do los hombres, vicio reprobado por Dios según los filósofos.

70. Por eso hasta nuestros días aquellos que tienen en alta estima la templanza se abstienen definitivamente de todas ellas y para alimentarse con gratísimo deleite se proveen de verdes vegetales *y* frutos de árboles. Y aquellos que consideran que el darse festines con los mencionados animales es algo conforme con la naturaleza han tenido como oponentes a maestros, censores y legisladores que en los distintos estados han procurado poner coto a la incontinencia y no han permitido a todos el consumo ilimitado de todos estos animales.

71. En lo que toca a las violetas, las rosas, el azafrán y las demás variedades de flores, ellas no han sido hechas para el placer sino para la salud. Sus propiedades, en efecto, son infinitas; las hay beneficiosas por sí mismas en virtud de sus esencias pues imprégnanlo todo con sus fragancias, y mucho más provechosas aún en las combinaciones de las drogas que preparan los médicos. Algunas cosas, efectivamente, ponen más claramente de manifiesto sus propias cualidades cuando han sido mezcladas con otras, tal como ocurre en la mezcla del elemento masculino con el femenino para la procreación del ser viviente. A cada uno de ellos separadamente la naturaleza no le permite producir lo que producen ambos conjuntamente.

72. Queda expuesto en la medida necesaria cuanto toca a las restantes dificultades planteadas por ti; exposición que es suficiente para crear en los que no son inclinados a las controversias una firme convicción de que la providencia de Dios vela sobre las cosas humanas.[52]

[52] El tratado no concluye aquí sino se prolonga con una invitación de Filón a su interlocutor para que éste cuestione la providencia de Dios con otros argumentos, invitación que Alejandro declina cortésmente.

SOBRE LA EMBAJADA ANTE CAYO

(Primera parte del tratado Sobre las virtudes)

(DE LEGATIONE AD GAIUM)

1. I. ¿Hasta cuándo nosotros, los de avanzada edad, envejecidos en lo que toca a los cuerpos con el largo correr de los años, pero del todo infantiles en lo que hace a nuestras almas a causa de nuestra incapacidad para percibir las cosas,[1] continuaremos siendo niños que piensan que la más inestable de todas ellas, la fortuna, es la más constante, y que la más firme, la naturaleza, es la más insegura? Mudamos, en efecto, nuestras acciones como quien cambia de lugar las piezas en el juego de petea,[2] convencidos de que los favores de la fortuna son más estables que los dones de la naturaleza, y los de la naturaleza menos seguros que los de la fortuna.

[1] Ver Sobre *Abraham* 271.

[2] El término *pettéia* carece de equivalente en español, por lo cual he optado por castellanizarlo. Se trata de un antiguo juego semejante al de damas o de chaquete, pero cuyas reglas precisas ignoramos, y sólo sabemos que se jugaba sobre un tablero.

2. Ello se debe a que, no poseyendo una visión anticipada del futuro, discernimos lo presente, guiándonos antes por la extraviada percepción sensible que por la recta inteligencia. Porque con los ojos del cuerpo aprehendemos lo que está a la vista y a nuestro alcance, y el que puede avanzar hasta las cosas invisibles y futuras es el razonamiento, cuya visión supera en agudeza a la visión de los ojos corporales, pero nosotros tornamos oscura y confusa al turbarla unos con la incontinencia en la bebida y el exceso de alimentos, otros con el mayor de todos los males, la ignorancia.

3. Sin embargo,[3] los tiempos que corren y las muchas cuestiones importantes que en ellos se han decidido han sido suficientes para convencer de su error también a aquellos que llegaron a poner en tela de juicio el que la Divinidad vele por los hombres y en particular por la raza suplicante, a la que el Padre y Rey del universo y Causa de todas las cosas tiene reservada para Sí como Su propia heredad.

[3] Es decir, a pesar de que resulta imposible llegar a la verdad conociendo sólo los hechos presentes y pasados, en el caso de los sucesos de nuestra época no reza esa limitación ya que son lo suficientemente aleccionadores como para inferir de ellos la verdad.

4. Esta raza es la llamada en lengua caldea[4] Israel, nombre que, traducido al griego, significa "el que ve a Dios", visión que es, a mi juicio, el más preciado de todos los bienes tanto privados como públicos.

[4] Es decir, en lengua hebrea. Ver *Sobre Abráham,* nota 3.

5. Porque, si el ver a las personas mayores de edad, a los instructores, a los gobernantes y a los progenitores mueve a los que los observan al respecto, al decoro y al deseo de comportarse sensatamente, ¡cuan firme base tendrán la virtud y la nobleza de conducta que, a no dudarlo, hallaremos en las almas que han aprendido a elevar sus miradas más allá de todo lo creado y a dirigirlas hacia el Ser Increado y Divino, hacia el Ser que es primero en bondad, excelencia, felicidad y alegría, y del que no estaría errado decir que es superior al mismo bien, más excelente que la misma excelencia, más dichoso que la alegría misma, más feliz que la misma

felicidad, y más perfecto que cualquiera de dichas perfecciones!

6. La razón, en efecto,[5] no alcanza a remontarse hasta Dios, que en ninguna parte es palpable o aprehensible; y torna sobre sus pasos y retrocede incapaz de hallar los términos apropiados que le permitan mostrar,[6] no digo ya al Que Es, porque ni siquiera si el cielo todo se trocase en una articulada voz, dispondría de términos rectos y acertados para ello; pero ni aun a las potencias que Lo escoltan.[7] Estas son la creadora del mundo, la real, la providencial y todas las demás, es decir, las benefactoras y punitivas;

[5] Filón trata de justificar la superioridad de Israel en orden a la virtud, destacando la superioridad de su visión de la existencia, no de la naturaleza, de Dios, es decir, del conocimiento intuitivo de Él, sobre el conocimiento discursivo al que deben atenerse los filósofos de los otros pueblos para inferir esa misma existencia a partir de los datos de la percepción sensible.

[6] Por esta afirmación y por lo que sigue, Mangey piensa que habría que traducir el término *lógos,* que aparece al comienzo del párrafo, por *palabra,* y no por *razón.* En tal caso habría que entender que la comparación que establece Filón es entre la captación de la existencia de Dios por la vía visual y la misma aprehensión por la vía auditiva, es decir, a través de la palabra ajena. Pero, evidentemente, no es ése el orden de cosas donde sitúa Filón la superioridad de Israel, sino en la ventaja de captar esa existencia intuitivamente sobre el inferirla a partir del conocimiento del mundo creado, como se señala en la nota anterior.

[7] Ver *Sobre la huida y el hallazgo* 95 y ss.

[7.] que a las punitivas corresponde incluirlas entre las benefactoras, no sólo porque tienen parte en las prescripciones de las leyes, ya que es natural que la ley se componga de dos elementos: la exaltación de los buenos y el castigo de los malos; sino además porque el castigo alecciona y mueve muchas veces hacia la sensatez a los que delinquen, o, por lo menos, a no dudarlo, a los allegados a ellos, por cuanto los castigos ajenos tienen la virtud de encaminar hacia el bien a la mayoría pues generan el temor de sufrir otros semejantes.

8. II. Porque [8] ¿quién, al ver cómo Cayo, tras la muerte de César Tiberio, había heredado la soberanía sobre toda la tierra y el mar, una soberanía no expuesta a sediciones, regida por una buena legislación, unidas en armonioso concierto todas las partes, las del este, del oeste, del sud y del norte; concordes los helenos con los no griegos y éstos con los helenos, y el elemento militar de las ciudades con el civil y éste con el militar en cuanto al participar y gozar de la paz; quién, digo, no se llenó de admiración y estupor ante esa prosperidad prodigiosa y superior a toda ponderación?

[8] Los parágrafos 4 a 7 contienen consideraciones que se apartan de las reflexiones iniciales acerca de la ceguera de los hombres que no comprenden que no es la fortuna la que gobierna los sucesos humanos sino la providencia de Dios. Dichos parágrafos serían, pues, sólo un paréntesis en que Filón reflexiona sobre la superioridad que a la nación hebrea le procura su privilegio de tener la visión directa de la existencia de Dios. Tras el paréntesis retoma el argumento interrumpido acerca de lo precario de la fortuna y de la eficaz intervención de la providencia Divina, tomando como ejemplo la prosperidad y las promisorias perspectivas iniciales de Cayo, que pudieron crear en muchos el espejismo de un brillante futuro, pero que, por la intervención Divina, pronto habría de convertirse en el desastroso epílogo de un reinado signado por los atropellos y la extravagancia, al cabo del cual se pondría claramente de manifiesto la especial protección que Dios brindaba a su porción preferida dentro del género humano, es decir, la nación hebrea. Ver el parágrafo 373 y nota.
Se ha sugerido la hipótesis (Reiter) de una laguna en el texto, de modo que en los pasajes o renglones perdidos estaría el natural eslabón entre los actuales parágrafos 7 y 8.

9. Sin esfuerzo se había convertido en heredero de una ingente cantidad de acumulados tienes, consistentes en depósitos repletos de riquezas, plata y oro, parte en lingotes,[9] parte en monedas, parte en adornos en forma de vasos y algunos otros objetos de los que se fabrican para ostentación; en numerosísimas fuerzas de infantería, de caballería y navales; en ingresos proporcionados como por un torrente que brotara de perennes fuentes;
[9] O *trozos sin forma definida.*

[10.] y en un dominio no circunscripto a las importantísimas regiones que constituyen la mayor parte del mundo habitado; a las que propiamente cabe tal nombre y cuyos confines están señalados por dos ríos, el Eufrates y el Rhin, de los que el primero marca los lindes de la Germania y de todas las más feroces naciones; y el otro separa la Partia y los sármatas y escitas, pueblos no menos salvajes que los germanos; sino, como ya he dicho, extendido desde donde nace el sol hasta donde se pone, situado aquende y allende el océano.[10] Todo ello constituía la felicidad del pueblo romano, de Italia toda y de las naciones de Asia y Europa.
[10] Referencia a Britania, semiconquistada por entonces.

11. En el caso de ninguno de los que anteriormente habían llegado a la dignidad imperial había sido tan grande la universal complacencia. Es que no se trataba ya de la esperanza de alcanzar el uso y disfrute de bienes públicos y privados, sino de la certeza de poseer ya la plenitud de una próspera fortuna, y de que a sus puertas aguardaba la felicidad.

12. Y así, no otra cosa era dable ver a través de las ciudades sino altares, ceremonias religiosas, sacrificios rituales, hombres con blancas vestiduras y coronas de guirnaldas, radiantes, manifestando sus buenas disposiciones a través de la alegría de su mirada; festejos, asambleas, certámenes musicales, carreras de caballos, cánticos y bailes, celebraciones nocturnas al son de las flautas y cítaras, regocijos, desenfrenos, holganzas y todas las clases de placeres que proporciona cada uno de los sentidos.

13. En esos días no prevalecían los ricos sobre los pobres, ni los de elevada posición sobre los humildes; los acreedores no estaban por sobre los deudores, ni los amos por sobre los esclavos, ya que por entonces estaba asegurada la igualdad ante la ley; de manera que ya no se pensaba que la vida en tiempos de Crono,[11] descripta por los poetas, fuera una mera invención de los mitógrafos, pues veían la prosperidad y el bienestar, la ausencia de penas y temores, así como la alegría que reinaba en todas las casas y en todas las poblaciones día y noche, y que se prolongó sin interrupción ni pausa durante los siete primeros meses.
[11] *Saturno* para los romanos. Sucesor de Urano y antecesor de Zeus (Júpiter) en la soberanía sobre el universo, cuyo reinado era recordado como la era feliz de la raza mortal.

14. Pero en el octavo mes una grave enfermedad hizo presa en Cayo, quien había trocado la norma de vida de poco antes, razonablemente simple y por ende bastante saludable que había observado en vida de Tiberio, por una de extravagancias. Grande exceso en la bebida, refinadas glotonerías y apetitos insatisfechos aun después de llenarse las cavidades, intempestivos baños calientes y vómitos y enseguida, renovadas borracheras y sucesivas comilonas, relaciones sexuales con muchachos y mujeres, y todas las demás prácticas que llevan a su destrucción al alma, al cuerpo y a los lazos que unen a ambos, se precipitaron en combinado asalto. La salud y el vigor son las recompensas de la continencia, en tanto que de la incontinencia lo son la postración y la enfermedad, vecinas ambas de la muerte.

15. III. La noticia de la enfermedad de Cayo se difundió, ya que el tiempo era aún favorable

para la navegación. Transcurría, en efecto, el principio del otoño, últimos días propicios para hacerse a la mar y retornar hacia los propios puertos y refugios, en especial aquellos navegantes que se previenen para no pasar el invierno en tierra extranjera. Ante la noticia la gente interrumpió los deleites de la vida y vivía horas de tristeza; y todas las moradas y ciudades se llenaron de ansiedad y abatimiento, habiendo tenido su reciente dicha el contrapeso de una pena igualmente intensa.

16. Porque todas las partes del mundo habitado enfermaron a la par de Cayo, soportando una enfermedad más penosa aún que la que había hecho presa de él, como que ésta era una enfermedad corporal solamente; en tanto que aquella era total y de todas las partes, afectando el vigor del alma, la paz, las esperanzas, y la participación y disfrute de los bienes.

17. Reflexionaban, en efecto, sobre el número y la magnitud de los males que engendra la falta de autoridad: hambre, guerra, devastaciones, saqueos de países, privación de propiedades, raptos, y temores de la esclavitud y la muerte, males todos para los que no existía médico alguno, siendo su único remedio el restablecimiento de Cayo.

18. Así pues, cuando la enfermedad de Cayo comenzó a ceder, en breve tiempo se enteraron hasta los que habitaban los confines de la tierra; pues nada hay más rápido que el rumor. Cada ciudad vivía en la excitación deseando incesante y ardientemente oír nuevas mejores aún; hasta que por boca de los viajeros que llegaban se divulgó la buena noticia de su completa curación, ante lo cual todas las regiones continentales y las islas retornaron nuevamente a las mismas alegrías del principio, convencidos de que la conservación de Cayo era la salvación de ellos mismos.

19. Nadie recuerda, por cierto, que en un solo país o en una sola nación se haya dado una alegría tan grande por la conservación y el restablecimiento de un gobernante, como la de todo el mundo habitado en el caso de Cayo, tanto cuando heredó el mando como cuando se repuso de la enfermedad.

20. Porque, como si en esos momentos por primera vez comenzaran a pasar de la vida errante y salvaje a una en común y uniforme; a trocar la desolada existencia en los apriscos y al pie de los montes por moradas dentro de ciudades amuralladas; y a salir del vivir sin control de tutor alguno para colocarse bajo un tutor y pastor del civilizado rebaño; se llenaron de alegría ignorantes de la verdadera realidad.

21. Es que la inteligencia humana es ciega respecto de la percepción de lo que realmente le conviene y sólo puede recurrir a la probabilidad y la conjetura, y no a un conocimiento cierto.

22. IV. Y así, aquel que poco antes había sido tenido por salvador y bienhechor, aquel de quien se pensaba que haría manar nuevas fuentes de bienes sobre Asia y Europa procurando una indestructible felicidad a cada uno en particular y a todos en general, "comenzó desde la línea sagrada", como se dice comúnmente,[12] encaminándose hacia el salvajismo, o mejor aún, poniendo al descubierto una brutal condición que ocultaba bajo la máscara de la simulación.

[12] En la pettéia (ver la nota 2) la línea del medio, separadora de los dos campos, se llamaba "línea sagrada". Aludiendo a la jugada por la cual uno de los jugadores adelantaba un peón más allá de dicha línea, se decía con sentido proverbial: "Adelanta el peón más allá de la línea sagrada", !o que significaba, al parecer, algo así como emplear en caso de necesidad recursos extremos o jugarse la última oportunidad.

23. A su primo,[13] que había quedado como copartícipe del mando y era heredero con mayores títulos que él, como que él era nieto de Tiberio por adopción, en tanto que el otro lo era por la sangre, lo asesinó con el pretexto de la existencia de una conspiración; no obstante que la edad de su primo excluía semejante acusación, ya que el desventurado no hacía mucho que había pasado de la niñez a la adolescencia.[14]

[13] Tiberio Gemelo, llamado así por ser mellizo, era hijo de Druso, el hijo del cesar Tiborio; en tanto que Cayo, su primo, era hijo de Germánico, hijo éste de otro Druso, el hermano del emperador.

[14] Al morir el emperador Tiberio, en el año 37, Cayo tenía 25 años, y Tiberio Gemelo 16.

24. Y por cierto que, como aseguran algunos, si Tiberio hubiera continuado viviendo algún corto tiempo más, Cayo hubiera quedado descartado ya que sobre él pesaban irremediables sospechas; y el nieto legítimo hubiera quedado designado único soberano, heredero de su abuelo en el mando.

25. Pero Tiberio había sido arrebatado prematuramente por el destino, antes de haber llevado a término sus planes, y Cayo pensaba que mediante una estratagema se vería libre de la aversión que la violación de sus deberes de justicia para con su colega de mando habría de engendrar.

26. El ardid fue el siguiente. Habiendo reunido a los altos funcionarios les dijo: "De acuerdo con el deseo de Tiberio, hoy difunto, quiero que mi primo por la sangre y hermano en mi afecto ejerza de común conmigo la autoridad imperial. Porque, ¿qué mayor bien puede haber que el no quedar librado a una sola alma y a un solo cuerpo el peso de las inmensas cargas del mando; y contar, en cambio, con alguien capaz de aliviarlas y aligerarlas?

27. Sin embargo, no se os escapa tampoco a vosotros que él está todavía en edad infantil y necesita del cuidado de custodios, maestros y tutores. Pero yo", continuó, "seré algo más que un tutor, un maestro y un custodio: me declaro padre suyo y a él lo declaro hijo mío".

28. V. Con estas palabras engañó tanto a los presentes como al jovencito. La adopción fue, en efecto, un señuelo encaminado no a asegurar un poder que éste esperara alcanzar sino a arrebatarle el que ya poseía. Ocupóse luego Cayo de preparar la ruina de su coheredero y colega legal con gran seguridad y total despreocupación de cualquier oposición, puesto que, de acuerdo con las leyes romanas, al padre le corresponde una autoridad absoluta sobre el hijo; a lo que debe agregarse el hecho de que su imperial poder lo eximía de dar razones de su conducta, puesto que nadie hubiera osado o podido pedirle cuenta de sus acciones, cualesquiera ellas fueran.

29. Como si se tratase de doblegar en combate a un adversario presto a combatir, sin que lo moviesen a piedad ni la común crianza ni los lazos de parentesco ni la corta edad del muchacho, hizo víctima de sus violencias al desventurado destinado a prematura muerte, a su coheredero y colega en el mando, a aquel que alguna vez se había esperado que llegaría a ser el único emperador pues se hallaba vinculado a Tiberio por el más estrecho de los parentescos, ya que los nietos que han perdido a sus padres son considerados como hijos propios por sus abuelos.

30. Se cuenta, además, que el joven recibió la orden de darse muerte con sus propias manos, bajo la vigilancia de un centurión y un quiliarco,[15] a quienes Cayo había ordenado no tomar parte en el sacrilegio, con el pretexto de que no es lícito que los descendientes de emperadores

sean muertos por otros. Es que en medio de sus ilegalidades se acordaba de las leyes, y de la santidad en medio de sus actos impíos, aunque la verdadera naturaleza de unas y otra eran para él objeto de irrisión. Pero el joven era incapaz de darse él mismo la muerte, pues ni había presenciado la ejecución de persona alguna, ni estaba aún ejercitado en las prácticas de combate que constituyen la preparación y ejercitación previa, en previsión de las eventuales guerras, de los jóvenes que reciben instrucción para el ejercicio del mando. Y así, de primera intención tendió el cuello hacia los presentes y les pidió que le quitasen la vida.

[15] O tribuno militar.

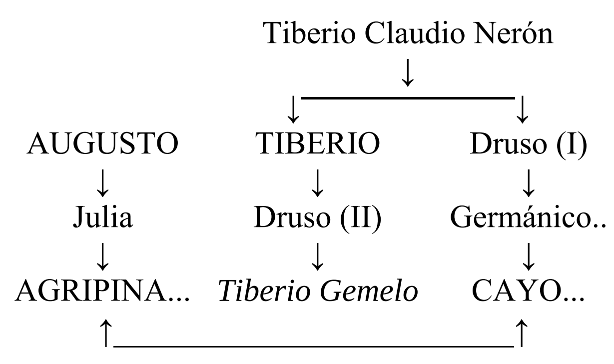
31. Pero, como ellos no osaban hacerlo, tomó la espada él mismo y preguntó, a causa de su ignorancia e inexperiencia, cuál era el lugar más apropiado para terminar mediante un golpe certero con su desdichada existencia. Ellos, asumiendo el papel de asesores de su desgracia, lo instruyeron al respecto indicándole la parte en que era preciso aplicar la espada; y el desventurado, instruido en esta primera y última lección, convirtióse contra su voluntad en su propio matador.

32. VI. Una vez que Cayo hubo coronado exitosamente este su primer y principal propósito, y no quedó ya copartícipe alguno de su poder, que pudiese atraerse el apoyo de algunos mal dispuestos contra él y sospechosos, se preparó para la segunda etapa; esta vez contra Macrón, persona que le había prestado su apoyo en todas las ocasiones desde el primer momento; no sólo cuando él se hallaba ya en el poder; que el rendir pleitesía en tiempos de prosperidad es propio de los aduladores; sino también antes, contribuyendo a su ascención al poder.[16]

[16] Ver *Flaco* 12 a 15.

33. En efecto, Tiberio, que obraba con profunda sagacidad y era el más hábil de los hombres de su tiempo para entrever los ocultos designios de un hombre, y que tanto se distinguió por su prudencia como por su buena suerte, a menudo contemplaba a Cayo con poca simpatía, teniéndolo por mal dispuesto hacia la casa de los Claudios e inclinado sólo hacia la familia de su madre;[17] y temía respecto de su nieto que el quedar solo en plena juventud fuese causa de su ruina.

[17] La madre de Cayo era Agripina, esposa de Germánico, nacida de Marco Vipsanio Agripa, colaborador de Augusto, y de Julia, hija del mismo príncipe. Vale decir, que por línea materna Cayo descendía de la casa de Augusto. No así Tiberio Gemelo, que pertenecía a la familia Claudia, a la cual pertenecía también la rama paterna de Cayo, familia cuyos vínculos con Augusto se reducían al matrimonio de Julia (el tercero de sus casamientos) con Tiberio, el futuro cesar, y la adopción de éste por Augusto. He aquí un esquema muy simplificado de ambas ascendencias:



34. Además, consideraba que Cayo no poseía condiciones para un mandó de tal importancia, puesto que era de un natural huraño e insociable y de anormales costumbres. Daba muestras, en efecto, de extrañas inclinaciones y síntomas de locura, y ni sus palabras ni sus acciones

guardaban jamás la debida coherencia.

35. Macrón procuraba remediar estas disposiciones en cuanta oportunidad se le ofrecía; tratando de borrar las sospechas de Tiberio, en particular, aquellas que más parecían pesar sobre su ánimo a causa del incesante temor por la suerte de su nieto.

36. Hacía, en efecto, aparecer a Cayo como bien dispuesto, dócil y respetuoso de la superior posición de su primo, al punto de que un tierno afecto por éste habría despertado en él el deseo de renunciar a sus derechos al imperio para que aquel fuera el único emperador. Decía que la modestia trae aparejados perjuicios en muchos casos, y que a causa de la suya se le atribuían torcidas intenciones a Cayo, no obstante su espíritu franco.

37. Y cuando el peso de sus argumentos no convencía a Tiberio, recurría a su propio crédito para persuadirlo. "Yo lo garantizo", decía, "y mi testimonio es digno de confianza. He dado suficientes pruebas de que soy en el pleno sentido de la palabra un amigo de César, un amigo de Tiberio, cuando se me confió la misión de enfrentar y derribar a Seyano." [18]

[18] Cuando en el 26 Tiberio se desterró voluntariamente a Capri, los asuntos de la ciudad de Roma quedaron en manos del prefecto del pretorio Seyano, quien urdió una conspiración contra el cesar, deseoso de asumir la dignidad imperial. Enterado Tiberio a tiempo, aguardó silencio al respecto pero secretamente tendió las redes para la ruina del favorito. A tal efecto nombró nuevo prefecto del pretorio a Nevio Sertorio Macrón, a quien encomendó la misión de acabar con Seyano, cosa que Macrón logró obrando con energía y astucia. De allí la influencia que en adelante ejerció sobre Tiberio.

38. Y al cabo logró sus propósitos en sus elogios de Cayo; si cabe llamar elogios a aquellas justificaciones tendientes a neutralizar los vagos y obscuros cargos y acusaciones a que daban lugar algunas sospechas. Y lo logró porque, en general, todos los encomios que se pueden expresar acerca de hermanos e hijos, y aun otros más, Macrón los exponía en igual o mayor medida ante Tiberio a favor de Cayo.

39. La razón de ello, a juicio de los más, era no sólo el hecho de que por su parte Cayo cortejaba a Macrón por considerar que su influencia en asuntos de gobierno era muy grande, por no decir todopoderosa; sino también la mujer de Macrón, la que, por no declarado motivo, estimulaba e incitaba a su esposo a no perdonar esfuerzo para ayudar al jovencito. Una mujer posee poder suficiente para paralizar y extraviar el entendimiento de su esposo, sobre todo si es una ramera, pues consciente de ello, se torna más aduladora.

40. El marido, ignorando la ruina de su matrimonio y hogar, y tomando la adulación por la más patente buena disposición hacia él, resulta engañado, y, sin advertirlo, víctima de sus estratagemas, acoge a los peores enemigos como si fueran los mejores amigos.[19]

[19] Según Dion Casio, Historia romana LVIII, 28, y Tácito, Anales VI, 45, Macrón no sólo estaba al tanto de las relaciones entre su esposa Enia y Cayo, sino además estimulaba a aquélla a seducir al joven, que por entonces acababa de enviudar. Filón, sin duda para acrecentar el vituperio de Cayo en este crimen, trata de eximir a su víctima de todo rasgo negativo.

41. VII. Consciente, pues, Macrón de que muchísimas veces había salvado a Cayo de la inminente ruina, formulábale sus advertencias sin disimulos y con plena franqueza, movido, como buen artífice, por el deseo de que su propia obra perdurase y no fuese destruida ni por su propia mano ni por otro.

42. Así pues, cuando veía a Cayo dormirse en un banquete, lo despertaba, preocupado por el bien y la seguridad del mismo, sabiendo que quien duerme es fácil víctima de asechanzas. Cuando lo veía excitado por espectáculos de danzas, o a veces tomando parte en ellas; o no ya sonriendo con placidez y suficiente compostura, sino riendo a carcajadas en actitud demasiado infantil ante representaciones desvergonzadas y sarcásticas; o fascinado por la música de citaristas y cantores de coros, y a veces cantando también él a la par de ellos; Macrón, sentado o recostado cerca, le llamaba la atención y procuraba moderarlo.

43. A menudo, también, se inclinaba hacia sus oídos de modo que ningún otro pudiera oírlo y reprendíalo suave y gentilmente diciéndole: "Es preciso que tú te diferencies no sólo de todos los presentes sino de todos los demás hombres, así al presenciar espectáculos como al escuchar cantos, como en el uso de cada uno de los restantes sentidos; *y* que los aventajes en cada uno de los actos de tu vida en la misma medida en que los sobrepasas por tu buena fortuna.

44. Porque no condice con el soberano de la tierra y el mar el ser vencido por el canto, la danza, la chanza burlesca o cualquier otra cosa de esta clase, en vez de tener presente en todas partes y en todo momento esa soberanía, y, como pastor y protector de un rebaño, extraer para sí de todo cuanto es dicho y hecho medios para su perfeccionamiento."

45. Luego le decía: "Cuando estés presenciando espectáculos teatrales *o* atléticos o carreras de caballos, no prestes atención a los hechos en sí, sino a lo que de recto haya en esos hechos, y razona de la manera siguiente.

46. Si en cosas que nada aprovechan a la vida humana y sólo proporcionan grato placer a los espectadores se esfuerzan algunos hasta el punto de merecer alabanzas y admiración y de hacerse acreedores a honores y coronas proclamadas por heraldos, ¿que no será preciso que haga quien se especializa en la más elevada y grande de las artes?

47. Y la más grande y excelente de las artes todas es el arte de gobernar, gracias al cual todo suelo apto y pingüe, así en el llano como en las alturas, tórnase productivo; y todo mar es surcado sin peligro por navíos cargados de mercaderías para intercambiar aquellos bienes que los países, en su deseo de cooperación, se brindan recíprocamente, recibiendo las cosas de qué carecen y enviando a cambio aquellas de las que poseen excedentes.

48. Nunca, en efecto, el mutuo recelo ha prevalecido en la totalidad del orbe habitado, ni siquiera a las grandes partes de él, es decir, Europa toda o Asia toda. Aunque a la manera de un venenoso reptil él se desliza penetrando en lo profundo de pequeñas porciones, bien dentro de un solo hombre, bien dentro de una sola morada, bien, si su empuje es bastante fuerte, dentro de una sola ciudad, no llega, sin embargo, a abarcar una extensión mayor, es decir, el de una nación o país; especialmente desde que vuestra verdaderamente augusta[20] estirpe comenzó a ejercer la dirección de todas las cosas en todas partes.

[20] El adjetivo refiérese a la vez al carácter venerable o augusto de la estirpe gobernante y a su entronque con Augusto, su epónimo y fundador.

49. Todos aquellos factores de daños que prosperaban y detentaban una posición central, vuestra familia los ha desterrado a los más remotos confines y a las profundidades del Tártaro; y todas las fuentes de provecho y utilidad, que, en cierta manera, habían sido desterradas, hízolas retornar de los extremos de la tierra y el mar hacia este mundo que nosotros

habitamos. Y todas estas cosas han venido a quedar bajo el control de una sola mano, la tuya.

50. En consecuencia, colocado por la naturaleza sobre lo más alto de la popa y puesto el timón en tus manos, haz que la común nave de la humanidad sortee los peligros, sin que nada te complazca en mayor grado o haga más feliz que el de ser útil a tus subordinados.

51. Porque, así como existe un recíproco intercambio de colaboraciones que los simples ciudadanos deben necesariamente prestarse en las ciudades; también ha de colaborar el gobernante, y su colaboración más apropiada consiste en ofrecer buenas iniciativas en provecho de sus gobernados, llevar a feliz término esas iniciativas, y proporcionar los bienes sin retaceos y con mano e intención pródiga, excepto aquellos que, en previsión del incierto futuro, merecieron conservarse en reserva."

52. VIII. Con tales argumentos procuraba el desventurado inducir a Cayo a escoger el mejor camino. Pero este, propenso a la oposición y a la hostilidad, como era, torcía sus propios designios hacia las actitudes opuestas, como si hacia estas fuese hacia donde le estimulaba Macrón; y llegó en su desparpajo a tratar de confundir abiertamente a su reprensor, no faltando ocasiones en que, viéndolo venir, dirigíase a los que lo acompañaban en estos términos:

(53.) "Aquí llega el maestro de quien ya no necesita lección alguna, el tutor de quien ya dejó de ser un infante, el admonitor de quien lo aventaja en sabiduría, el que entiende que el emperador debe obedecer al súbdito. Y no sé dónde habrá aprendido las reglas del mando, puesto que se tiene por experto instructor en el arte de gobernar.

54. Yo desde los pañales he contado con infinidad de maestros: padres, hermanos, tíos, primos, abuelos, antepasados que se remontan hasta los fundadores de mi estirpe, todos los de mi sangre por ambas ramas, la paterna y la materna, que llegaron al ejercicio de la autoridad ilimitada; aparte de que en los fundamentos mismos de sus simientes originales existían ciertas aptitudes para la realeza propias de los gobernantes.

55. Porque, así como las semejanzas del cuerpo y del alma en cuanto a la forma, a las disposiciones y a los movimientos se perpetúan en los principios seminales,[21] de igual manera es razonable suponer que también la semejanza relativa a la aptitud para gobernar se halla en sus rasgos esenciales impresa en los mismos.

[21] Ver *Sobre la indestructibilidad del mundo* 85, y *Sobre la creación del mundo* 43.

56. ¿Cómo, entonces, se atreve alguien a enseñarme a mí, que antes aún de ser engendrado, dentro todavía de ese taller de la naturaleza que es el vientre, fui modelado emperador; cómo se atreve un ignorante a enseñar a quien sabe? ¿De dónde les es lícito a los que no son sino simples ciudadanos meter las narices en los designios de un espíritu imperial? Sin embargo, movidos por una desvergonzada osadía, quienes a duras penas serían admitidos como principiantes en los secretos del gobernar, se atreven a asumir el papel de maestros e iniciar a otros en tales secretos."

57. Y de allí en adelante comenzó Cayo a poner en práctica un progresivo alejamiento de Macrón y a forjar contra él cargos falsos, pero con apariencias de verdad y fácilmente admisibles; que los espíritus con certera visión y destacadas dotes naturales son hábiles para forjar argumentos convincentes. Los pretextos eran de este tenor.

58. "Macrón, dice: 'Cayo es obra mía, de Macrón; es vástago mío con mayor o igual título que lo es de sus padres. Tres veces, no una, hubiera sido violentamente eliminado, asesinado por orden de Tiberio, a no mediar mi intervención y mis exhortaciones. Pero además, al morir Tiberio, yo, que tenía bajo mi mando las fuerzas militares, inmediatamente logré que se avinieran a apoyar su causa, haciéndoles comprender que había necesidad de un solo hombre; y así su autoridad se conservó intacta y completa.'"

59. No faltaron quienes aceptaron estas acusaciones como verdaderas, ignorantes, como eran, del carácter falsario de quien las pronunciaba, ya que aún no se había puesto al descubierto lo ficticio y tortuoso de sus costumbres. Lo cierto es que no muchos días más tarde el desgraciado vino a encontrarse lejos en compañía de su mujer y recibía los más severos castigos en recompensa por su excesivo apego a Cayo.

60. Esa es la gratitud que alcanzan quienes favorecen a los ingratos, los que, a cambio de los beneficios recibidos, infligen los más grandes castigos a sus benefactores. Tal fue el caso de Macrón, quien habiéndose consagrado totalmente con sinceridad y con relevante empeño y ardor primero para salvar la vida a Cayo, y más tarde para que sólo este heredase el mando, halló semejante recompensa.

61. Dícese, en efecto, que el desdichado se vio obligado a darse muerte por su propia mano; y que la misma desgracia cupo a su mujer, pese a que, según se cree, en otro tiempo había vivido en concubinato con Cayo. Pero bien dicen que los atractivos del amor no son cosa estable, como que se trata de una pasión que acaba por hastiar.

62. IX. Una vez que también Macrón, con toda su familia, hubo sido sacrificado, se preparó Cayo para una tercera perfidia, más grave aún. Marco Silano, hombre lleno de elevados sentimientos y de ilustre familia, había llegado a convertirse en su suegro. La temprana muerte de su hija no interrumpió su adhesión a Cayo, y continuaba profesándole un afecto más propio de un legítimo padre que de un suegro, convencido de que al hacer de su yerno un hijo alcanzaría la reciprocidad que el principio de equidad reclama. La verdad es que no se daba cuenta de cuan errada era su suposición y de cuan engañado estaba.

63. Sus palabras eran en todo momento las propias de un protector, y no ocultaba cosa alguna de las que tocaban al mejoramiento y provecho de los hábitos, la conducta y el gobierno de Cayo, contando para su franqueza con la gran autoridad que le venía de la sobresaliente nobleza de su linaje y la estrecha vinculación nacida del matrimonio de su hija y Cayo. No era mucho, en efecto, el tiempo transcurrido desde la muerte de su hija; como para que los derechos derivados de su parentesco se hubieran extinguido; y aquella estaba casi presente todavía, pues aún perduraban encerrados en sus cuerpos ciertos postreros restos de lo que había alentado su alma.

64. Pero Cayo tomaba sus admoniciones por ultraje, pues, como se tenía por el más sabio y sensato de los hombres, amén del más valeroso y justo, detestaba más a quienes trataban de enseñarle algo que a sus enemigos declarados.

65. Considerando además que Silano era una molestia, ya que se habría de oponer al violento desborde de sus pasiones, lo asesinó arteramente, enviando a pasear a los manes de su difunta esposa con tal de librarse de quien había sido padre de ella, y más tardé suyo propio al convertirse en su suegro.

66. X. La cosa adquirió ya particular notoriedad en razón de los sucesivos asesinatos de los hombres de mayor jerarquía, al punto de que nadie dejaba de comentar estos impíos crímenes, si bien no abiertamente debido al temor, sino en cautelosos corrillos.

67. Y no tardó en producirse un cambio, pues la multitud es inestable en todas las cosas, ya se trate de designios, palabras o hechos. No queriendo convencerse de que hubiera experimentado un cambio total aquel Cayo hasta poco antes considerado hombre de bien, humanitario, recto y sociable, buscaban justificarlo, y reflexionando hallaron argumentos. A propósito de su primo y coheredero decían más o menos lo siguiente.

68. "El mando es incompartible; tal es la inmutable ley de la naturaleza. Cayo, como que era el más fuerte, no hizo sino anticiparse a ejecutar lo que hubiera llegado a sufrir en manos del más débil. Se trata de una defensa, no de un asesinato. Quizá, además, resultó providencial y provechosa para todo el género humano la eliminación del joven, ya que existían partidarios de él y partidarios de Cayo, y situaciones tales son las que engendran perturbaciones intestinas y guerras internacionales. ¿Y qué hay mejor que la paz? Pero ella es resultado de un recto gobierno; y sólo un gobierno libre de disensiones y partidismos es recto y capaz, además, de encauzar rectamente todas las cosas."

69. En cuanto a Macrón decían: "Su presunción pasaba de la medida. No había leído la deifica prescripción 'Conócete a ti mismo'. Suelen decir que el conocimiento es fuente de felicidad, y la ignorancia causa de desdicha. ¿Qué razones le habrán movido a olvidar su verdadera situación y a cambiar su condición de súbdito por la de gobernante, colocando a Cayo, el emperador, en la posición de un súbdito? Nada es más propio de un gobernante que el mandar, y esto es lo que hacía Macrón; nada más propio del súbdito que el obedecer, y esto juzgaba que debía soportar Cayo."

70. Superficiales, como eran, llamaban mandato a la simple exhortación, y gobernante al consejero; o bien por no darse cuenta de la diferencia a causa de su incapacidad para comprender las cosas, o bien alterando a sabiendas en aras de la adulación la acepción de los términos y la naturaleza de las cosas.

71. Respecto de Silano decían: "El caso de Silano no puede menos que resultar ridículo, puesto que pensaba que un suegro tiene respecto de su yerno la misma autoridad que un legítimo padre respecto de su hijo, pasando por alto que aun los padres si son simples ciudadanos, cuando sus hijos alcanzan altas magistraturas y dignidades, reconocen a estos como sus superiores y aceptan de buen grado ocupar una posición subordinada. Silano, en cambio, loco de él, que ni siquiera era ya suegro, se tomaba atribuciones mayores de las que le estaban permitidas, sin entender que con la muerte de su hija habíase extinguido también el vínculo nacido del casamiento de esta.

72. Porque, si bien los casamientos traen aparejada una vinculación entre familias ajenas entre sí, convirtiendo a extraños en familiares; una vez extinguido ese lazo, extínguese también el común parentesco, especialmente cuando la desvinculación sobreviene por un evento irreparable, como es la muerte de aquella que había sido incorporada a una mansión ajena en calidad de esposa."

73. Tales eran los argumentos que, originados más que nada en el deseo de que el emperador no fuera tenido por sanguinario, corrían de boca en boca en todas las conversaciones. Es que, habiendo abrigado la esperanza de que la bondad y la humanidad se hallaban contenidas en el

alma de Cayo en mayor medida que lo habían estado en las de todos sus predecesores, pensaban que era increíble por demás el que hubiera tenido lugar en él un cambio de tal magnitud y tan completo hacia las opuestas inclinaciones.

74. XI. Así alcanzó, pues, Cayo las tres referidas victorias sobre tres importantísimos sectores; dos de ellos, el senado y el orden ecuestre, miembros de la ciudad de sus ancestros; el tercero, su propia familia.

75. Y supuso que con su triunfo sobre los más destacados y poderosos personajes había inspirado a los restantes el más terrible de los temores; a los senadores, con el asesinato de Silano, ya que ninguno de los integrantes de ese cuerpo le aventajaba en jerarquía; a los caballeros, mediante el de Macrón, pues este había llegado a ser entre ellos lo que podríamos llamar director de coro, y les precedía a todos en dignidad y prestigio; y a todos los de su misma sangre, con el de su primo y coheredero. En consecuencia, ya no consideró digno de su persona el permanecer dentro de los límites de la humana naturaleza, y sí el superarlos: y dominábalo un vivo deseo de ser reconocido como un dios.

76. En los comienzos de su descabellada pretensión discurría, según dicen, de la manera siguiente: "Así como entre los otros seres vivientes los guías de rebaños, es decir, los boyeros, los cabrerizos y los pastores, no son ni bueyes, ni cabras, ni ovejas, sino hombres a quienes ha cabido un destino y una condición superior; del mismo modo, preciso es que a mí, el guía del más importante de los rebaños, el rebaño de la raza humana, se me considere superior a ella y en nada igual al hombre, y que se entienda que me ha cabido un superior y más divino destino."

77. Habiendo grabado en su inteligencia esta suposición, el demente hizo de una inventada superchería su compañera constante, cual si se tratara de la más incontrovertible de las verdades. Y después que su osadía llegó al punto de atreverse a hacer pública la idea de su impía deificación, se empeñaba además en que sus actitudes resultasen consecuentes y acordes con ella, y poco a poco, como por grados, avanzaba hacia las alturas.

78. Comenzó, en efecto, por equipararse a los llamados semidioses, Dioniso, Heracles y los Dioscursos, teniendo por dignos de risa, en comparación con su propio poder, a Trofonio, Anfiareo, Anfíloco y los de su misma condición, amén de sus oráculos y ceremonias.[22]

[22] Tres célebres adivinos o profetas mitológicos, divinizados posteriormente, a los que se rendía culto y consultaba en sus respectivos santuarios y oráculos.

79. Luego, como en un teatro, presentábase ora con unos atavíos, ora con otros; unas veces con una piel de león y una maza recubiertas de oro, disfrazado de Heracles; otras con sombreros en la cabeza, remedando a los Dioscuros; y otras con hiedra, un tirso y una piel de cervato, ataviado como Dioniso.

80. Y consideraba que correspondíale destacarse respectó de ellos en el hecho de que, mientras cada uno de estos tenía sus propias prerrogativas y no participaba de las que pertenecían a los otros, él, en cambio, movido por la envidia y la soberbia, se apropiaba de todos conjuntamente, o mejor aún, de las divinidades mismas. Y si no llegó a convertirse en Gerión, con sus tres cuerpos, para que los espectadores se pasmaran ante su multiplicación, lograba, eso sí, maravillosos efectos transformando e imprimiendo variadas formas a un único cuerpo, a la manera del egipcio Proteo, al que Hornero nos presenta admitiendo toda clase de transformaciones, bien en los diversos elementos, bien en los animales y las plantas que de

ellos proceden.[23]

[23] Odisea IV, 454 y ss. Ver *Sobre la ebriedad* 36.

81. Sin embargo, ¿qué necesidad tenías, Cayo, de ponerte los atavíos con que habitualmente se adornan las estatuas de dichas deidades? Lo que hubiera convenido que emularas son sus virtudes. Heracles limpió tierra y mar, afrontando luchas sumamente necesarias y provechosas para todos los hombres a fin de aniquilar cuanto de dañino y maléfico había en uno y otro sector de la naturaleza.

82. Dioniso introdujo el cultivo de la vid y extrajo de ella una gratísima bebida, provechosísima además para las almas y los cuerpos, con la que lleva a aquellas a un estado de optimismo al infundirles el olvido de los males y las esperanzas de los bienes; y hace a los cuerpos más sanos, más fuertes y más ágiles.

83. En la vida privada, hace mejor a cada uno de los hombres y trueca la mísera y trabajosa existencia de moradas y familias numerosas en un desahogado y alegre modo de vida; y a todas las ciudades, así griegas como de otros pueblos, procúrales continuos banquetes, regocijos, celebraciones y festivales; pues de todas estas cosas es origen el vino.

84. En cuanto a los Dioscuros, participan ellos en común de la inmortalidad, según es fama, en virtud de que, siendo uno de ellos mortal y el otro inmortal, aquél que había sido juzgado digno de la mejor suerte consideró que no era justo pensar egoístamente en sí mismo en vez de demostrar buenos sentimientos hacia su hermano.

85. Y representándose la eternidad sin fin, y discurriendo que él habría de vivir por siempre en tanto que su hermano estaría eternamente muerto, por lo que el dolor que él experimentaría por aquel durante su existencia sin fin sería un dolor eterno, llevó a cabo un grandioso y admirable trueque, mezclando en su propio ser la condición mortal, y en el de su hermano la inmortalidad, con lo que trocó la desigualdad, que es origen de injusticia, en igualdad, que es fuente de justicia.[24]

[24] Ver *Sobre los sueños* I, 150, y *Sobre el decálogo* 56.

86. XII. Todos estos, oh Cayo, han sido objeto de admiración por los gratuitos beneficios dispensados, y todavía lo siguen siendo hoy; y además han sido considerados merecedores de veneración y de las más altas honras. Y tú, dime, ¿de qué méritos semejantes a esos te enorgullecías y envanecías?

87. Comencemos por los Dioscuros. ¿Los imitaste en su fraternal amor, tú, que en la flor de la juventud, oh implacable y sobremanera despiadado, degollaste cruelmente a tu hermano y coheredero, para luego enviar a destierro a tus hermanas?[25] ¿También estas te causaban temor de que el poder te fuera arrebatado?

25 Suetonio, Cayo, 24, y Dion Casio, Historia Romana LIX, 22, 8.

88. ¿Imitaste a Dioniso? ¿Te convertiste en inventor de nuevas mercedes, como él? ¿Fueron tantos los bienes que dispensaste, que Asia y Europa no los pudieran contener?

89. Lo que tú inventaste, ciertamente, fueron nuevas artes y nuevas ciencias, con las cuales, como universal corruptor y asesino, trocaste lo placentero y regocijante en dolor y pena, y en una vida que hombre alguno en ninguna parte considera digna de vivirse. Y así, para satisfacer tus insaciables e inextinguibles pasiones, te apoderaste de todas las cosas buenas y

valiosas de los demás que existían en el este, en el oeste y en todas las otras regiones del mundo así del sud como del norte; a cambio de las cuales les diste y enviaste los frutos de tu amargo odio, y todas las cosas dañosas y funestas que habitualmente engendran las almas detestables y venenosas. ¿Fue por eso por lo que te nos presentaste como el nuevo Dioniso?

90. Y a Heracles, ¿fue con tus infatigables empresas y con tus indoblegables actos de arrojo como lo emulaste? ¿Llenaste continentes e islas de legalidad, justicia, fertilidad, prosperidad y abundancia de los demás bienes que son fruto de una paz firme, tú el dechado de ruindad, el lleno de cobardía, el que despojó a las ciudades de todo cuanto conduce a la felicidad y el bienestar, dejándolas llenas de cuanto produce confusión y desorden y el más alto grado de desventura?

91. ¿Fueron esos tan grandes aportes con los que habías contribuido a propagar la destrucción, la razón de que buscaras, dime Cayo, alcanzar la inmortalidad, a fin de producir desdichas que no fueran de corta duración, efímeras, sino eternas? Pues yo pienso lo contrario, vale decir, que, aunque hubiera sido evidente que habías nacido dios, hubieras debido sin duda alguna trocarte en una naturaleza mortal a causa de tus malas acciones; puesto que, si las virtudes engendran la inmortalidad, los vicios acarrean, a no dudarlo, la muerte.

92. Por lo tanto, no debiste equipararte a los Dioscuros, casos sumos de fraternal piedad, tú, que te habías convertido en el degollador y azote de tus hermanos; ni pretender la gloria de Heracles o de Dioniso, ya que estos contribuyeron a mejorar la vida humana, en tanto que tú eras una criatura maligna y destructora de cuanto aquellos llevaron a buen término."

93. XIII. Pero tan grande era la demencia que dominaba a Cayo, y tan extraviada y desatinada su aberración, que, dejando a un lado a estos semidioses, llegó más lejos aún y emprendió la pugna en procura de los honores correspondientes a Hermes, Apolo y Ares, divinidades consideradas superiores a aquellos , y divinas por ambos progenitores.[26]

[26] Heracles, Dioniso y los Dioscuros eran hijos de Zeus, pero sus madres Alcmene, Semele y Leda, respectivamente, eran mortales. En cambio Hermes, Apolo y Ares, también hijos de Zeus, tenían por madres a las diosas Moya, Leto y Hera.

94. Comenzaba por Hermes. Provisto de bastones de heraldo, sandalias y clámides, brindaba una grotesca exhibición del orden en medio del desorden, de lo coherente en medio de la incoherencia, y del discernimiento en medio de la insensatez.

95. Luego, cuando le parecía bien, se despojaba de tales atavíos y se metamorfoseaba en Apolo cambiando sus atuendos. Circundaba su cabeza con radiantes coronas y empuñaba un arco y flechas en su mano izquierda, en tanto que en la derecha exhibía a las gracias,[27] queriendo expresar que era propio de él el dispensar libremente los bienes y situarlos en la posición preeminente, que es la de la derecha; y el colocar en un plano inferior los castigos, asignándoles un lugar de menor jerarquía, sobre la izquierda.

[27] Es decir, una imagen de las tres divinidades, las que, como su nombre lo indica, simbolizaban los dones de la divinidad, y se representaban como tres hermosas jóvenes tomadas estrechamente de las manos.

96, Acto seguido presentábanse adiestrados coros cantando peanes en su honor, los que poco después lo llamaban Baco Evio y Lieo,[28] y lo honraban con himnos, mientras él adoptaba posturas de Dioniso.

[28] Títulos con que invocaban a Dioniso sus devotos.

97. Muchas veces, también, avanzaba cubierto con una coraza, espada en mano, con casco y escudo, proclamándose Ares. Y de una y otra parte le acompañaban en la marcha los servidores del nuevo Ares, verdadera cofradía de asesinos y verdugos, listos para prestar los más ruines servicios a un feroz homicida sediento de sangre humana.

98. Entonces aquellos que eran testigos de tales cosas quedábanse perplejos ante lo absurdo del espectáculo, y se maravillaban de ver cómo aquél cuya conducta era la opuesta a la de aquellos a los que pretendía equipararse en honores, en vez de pensar que lo que correspondía era practicar las virtudes de los mismos, se ataviaba con las insignias propias de cada uno de ellos, cuando estos amuletos y ornatos se agregan a las estatuas e imágenes, sólo porque representan simbólicamente los beneficios que los honrados con ellas han procurado al género humano.

99. A Hermes se lo calza con sandalias provistas de plumas de alas. ¿Por qué? Pues, sin duda, porque corresponde que quién es intérprete [29] y mensajero de las cosas divinas, razón por la cual lleva el nombre de Hermes, sea en extremo veloz y se traslade cuál un ser alado, movido por un celo que no admite dilaciones, cuando anuncia las buenas nuevas; que, si siquiera el hombre sabio se convierte en nuncio de males, mucho menos lo será un dios. Preciso es, efectivamente, darse prisa al anunciar cosas provechosas; del mismo modo que es necesario diferir las malas nuevas, y eso si no es posible dejar de anunciarlas.
[29] En griego, *hermenéus.*

100. Además Hermes empuña el bastón de heraldo, símbolo de los acuerdos conciliatorios, pues es por medio de heraldos que conciertan la paz como se logran las treguas o la terminación de las guerras. Y en las guerras en las que los heraldos no son admitidos sobrevienen calamidades sin fin tanto para los que atacan como para los que se defienden.

101. En cambio, ¿qué cosa útil se proponía Cayo al ponerse sandalias? ¿Sería acaso para que malos presagios y penosas nuevas, que preciso fuera callar, cundiesen a la carrera con impetuosa celeridad, propagándose a los cuatro vientos? Sin embargo, ¿por qué habría de necesitar moverse con premura? Sin moverse de su sitio hacía llover sobre todas las regiones de la tierra habitada males indecibles, cual si brotasen de inagotables fuentes.

102. ¿Y qué necesidad tenía de un bastón de heraldo quien ni dijo ni hizo jamás cosa alguna en pro de la paz; sino, por el contrario, llenó cada casa y cada ciudad de contiendas intestinas, así en Grecia como en el resto del mundo? ¿A qué pues, dárselas de Hermes y atribuirse, impostor de él, un título que mal podía corresponderle.

103. XIV. ¿Y qué había en él que pudiera asemejarlo a Apolo? Este dios lleva una corona radiante, pues el artífice ha modelado una buena réplica de los rayos solares. Pero, ¿acaso el sol, o la luz en general, le resultaban gratos a Cayo? ¿No prefirió la noche, las tinieblas, o algo más oscuro aún que las tinieblas, para consumar sus ilícitas obras? Porque, mientras las cosas nobles han menester de la plena claridad del día para manifestarse; las innobles necesitan de las profundidades del Tártaro, como dicen, a las cuales merecen ser arrojadas para que desaparezcan, como corresponde.

104. Trocar hubiera debido, pues, de lugar los símbolos que llevaba en una y otra mano; y no fraguar una ilegítima distribución.[30] sino llevar el arco y la flecha en la mano derecha, puesto que sabía cómo manejarlos y disparar certeramente sobre hombres, mujeres, familias enteras

y ciudades populosas para causarles una completa ruina.
[30] Ver el parágrafo 95.

105. En cuanto a las Gracias, hubiera debido o desprenderse de ellas con la suficiente celeridad o llevarlas ocultas en su mano izquierda, ya que deshonraba la belleza de las mismas al mirar con avidez y codicia las grandes fortunas, dispuesto a consumar injustos despojos, acompañados del asesinato de los propietarios, para los que su misma prosperidad redundaba en desgracia.

106. Pero también en la ciencia médica de Apolo introdujo este sustanciales innovaciones. En efecto, Apolo llegó a ser el inventor de salutíferos remedios que procuran salud a los hombres, y consideró además tarea digna el curar personalmente las enfermedades provocadas por factores ajenos a él, impulsado por la incomparable bondad que habían impreso en él la naturaleza y la práctica.

107. Y Cayo, al revés, ha brindado enfermedades a los sanos, amputaciones a los organismos completos y, en general, crueles muertes a los vivos, muertes decretadas por una voluntad humana, anticipándose a las decretadas por los hados; y había preparado con inagotables recursos todos los instrumentos de destrucción, con los que, a no haber sido aniquilado antes por la justicia, hubiera a estas alturas perecido la parte más ilustre de todas las ciudades.

108. Sus preparativos, en efecto, se dirigían contra los dignatarios y los ricos, en especial contra los de Roma y el resto de Italia, poseedores de plata y oro en cantidades tales que, si se hubiera reunido la totalidad de lo atesorado de uno y otro metal en el resto del mundo habitado de uno a otro extremo, se hubiera hallado que es escaso, y con mucho, comparado con aquellas. Por eso el detestador de sus conciudadanos, el devorador del pueblo, el perverso, el pernicioso y funesto, se aplicó, sin reparar en medios,[31] a eliminar de la tierra de sus mayores las simientes de la paz.
[31] La traducción es libre. Filón reitera aquí la expresión del parágrafo 22: *a partir de la sagrada línea.*

109. De Apolo dícese que no sólo es un médico sino además un buen adivino, que predice mediante oráculos los acontecimientos futuros' para provecho de los hombres, a fin de que ninguno de ellos, envuelto en la oscuridad que rodea a lo inescrutable, se precipite como un ciego que nada ve, y caiga en medio de las cosas más penosas creyéndolas las más provechosas; sino por el contrario, cada uno con conocimiento anticipado del porvenir, como si este estuviera ya presente, observándolo con el entendimiento, tal como con los ojos del cuerpo ve las cosas que tiene ante sí, se ponga en guardia y prevenga para no sufrir nada irremediable.

110. ¿Y es lícito, acaso, comparar con estos vaticinios aquellos abominables oráculos de Cayo, preanuncios de miserias, humillaciones, destierros y muertes para los hombres de alta posición y poderosos de todas partes? ¿Qué tuvo de común con Apolo quien en su proceder no puso de manifiesto nada afín o vinculado con él? Cese también el usurpador del nombre de Pean [32] de remedar al verdadero Pean, que una naturaleza divina no puede ser falsificada como si fuera una moneda.
[32] Sobrenombre de Apolo.

111. XV. Y por cierto que cualquier cosa esperaría uno que pudiera ser comparada con la fortaleza de cuerpo y de alma de Ares menos un cuerpo y un alma muelles y enervados como

los de Cayo. Sin embargo, él, como en un escenario, trocando máscaras de múltiples aspectos engañaba a los espectadores con falsas apariencias.

112. Nadie, pues, busque semejanza alguna corpórea o espiritual entre este y la mencionada deidad, ya que todas sus posturas o movimientos ponían de manifiesto la diferencias. ¿Acaso no sabemos que el poder de Ares, no el de la mitología sino el Ares de la razón,[33] el que tiene la valentía por especial dominio, es baluarte contra la maldad, y apoyo y ayuda para los oprimidos, como su mismo nombre lo indica?
[33] Es decir, la divinidad que simboliza el coraje o entereza de espíritu en el plano ético, no el Ares (Marte) del mito, idealización de la fortaleza y resistencia corporal.

113. Porque el nombre Ares entiendo yo, que procede de *arégein,* que significa *socorrer.* Este Ares es el aniquilador de guerras y forjador de paz, en tanto que el otro[34] era enemigo de la paz y amigo de las guerras, y transformador de la estabilidad en desórdenes y sediciones.
[34] No el de la mitología, sino su remedo, el cesar Cayo, a quien Filón irónicamente asimila a la divinidad.

114. XVI. ¿Qué más pruebas que estas para estar seguros de que no es posible comparar con ninguno de los dioses, ni aun de los semidioses, a Cayo, que no tenía ni las mismas disposiciones naturales ni el mismo modo de ser ni los mismos designios que ellos? Pero, evidentemente, la pasión es algo ciego, especialmente cuando se acrecienta con la vanidad y el espíritu de violencia, combinados con la suprema autoridad; y ella dio por tierra con la felicidad de que anteriormente gozábamos los judíos.

115. En efecto, solo a los judíos los contemplaba con malos ojos, convencido de que solo ellos preferían principios opuestos a los suyos, y desde los mismos pañales, podríamos decir, estaban enseñados a reconocer a un solo Dios, el Padre y Hacedor del mundo, por sus progenitores, tutores e instructores, y con más autoridad aún por las sagradas leyes y también por las normas no escritas que son las costumbres.

116. Porque todos los otros hombres, mujeres, naciones, países y regiones de la tierra, prácticamente todo el mundo habitado; aunque lamentando cuanto sucedía, no por eso dejaban de rendirle pleitesía y glorificarlo más de la medida, aumentando así su vanidad. Algunos hasta introdujeron en Italia la costumbre bárbara de prosternarse, degradando así la nobleza de la libertad romana.

117. Una sola nación, la de los judíos, se apartaba de la regla y resultaba sospechosa de una actitud de enfrentamiento, porque estaba acostumbrada a aceptar de buen grado la muerte como si se tratase de la inmortalidad, antes que contemplar con indiferencia la extinción de alguna de las patrias tradicionales, por insignificante que fuere, ya que con ellas ocurre lo que con las casas, en las que la eliminación de una sola de las partes de sus fundamentos hace que también se desintegren, derrumben y caigan al vacío producido aun las partes que parecían estar todavía firmes.

118. Pero en este caso no se trataba de una innovación pequeña, sino de la más grande de cuantas pueden tener lugar, como era el remedar la imagen de Dios para que la naturaleza creada y mortal del hombre cobrara la apariencia de la increada e inmortal; cosa que el pueblo judío consideraba la más grave de las impiedades, pues más rápido podría Dios trocarse en hombre, que un hombre convertirse en Dios. Aparte de ello, la tal mudanza incluía los otros vicios sumos, como son la infidelidad al par que la ingratitud hacia el Benefactor del mundo

todo, quien por su propio poder dispensa inagotable abundancia de bienes a todas las partes del universo.

119. XVII. Una tremenda e implacable guerra se gestaba, pues, contra nuestra nación. ¿Qué mal más penoso, en efecto, puede haber para un esclavo, que un amo adverso? Y los súbditos son esclavos del emperador absoluto; y si bien no lo fueron bajo ninguno de los predecesores de Cayo, en razón de que ellos gobernaron con moderación y conforme con las leyes, fuéronlo, en cambio, de este, que desterró todo sentimiento humanitario de su alma y puso todo su empeño en violar las leyes, ya que, considerándose él mismo la ley, abrogó las de los legisladores de cada país, como si se tratase de huecos palabreríos. Y en cuánto a nosotros, al trocarse el gobernante en déspota, fuimos colocados en el nivel, no ya de los simples esclavos, sino de los más indignos de los esclavos.

120. XVIII. Enterada de esto la promiscua y voluble plebe alejandrina, nos hizo blanco de sus atropellos, segura de que había llegado una muy ventajosa oportunidad, y sacó a relucir el odio que desde mucho tiempo atrás mantenía latente, produciendo el caos y la confusión en todos los órdenes.

121. Como si se tratara, en efecto, de seres condenados públicamente por el emperador a las más extremas desgracias, o de sometidos de guerra, nos trajeron la ruina con insanos y bestiales accesos de furor, precipitándose sobre las casas y desalojando a sus dueños con sus esposas e hijos hasta dejarlas vacía de moradores.

122. Robaron muebles y objetos, no ya al modo de los ladrones, que aguardan la oscuridad de la noche por miedo de ser apresados, sino sacándolos a plena luz del día y mostrándolos a los que topaban al paso, como si los hubiesen recibido en herencia o comprado a sus dueños. Y en los casos en que los que habían participado en comunes saqueos eran varios, repartían el botín en medio de la plaza, a menudo a la vista de sus dueños, mientras los injuriaban y hacían escarnio de ellos.

123. Cosas terribles, pues, son estas en sí mismas; ¿y cómo no habrían de serlo? Convertirse repentinamente de ricos en pobres, y de prósperos en menesterosos, sin haber cometido falta alguna; en hombres sin hogar y a la deriva, arrojados y desterrados de sus propias casas, para que pasándolo a plena intemperie día y noche, hallaran su fin por obra de los abrasadores calores solares o los nocturnos enfriamientos.

124. Pero estas cosas son leves comparadas con las que falta mencionar aún. Porque, tras haber precipitado, cual si se tratase de manadas o rebaños, fuera de toda la ciudad a tantas miríadas de hombres, mujeres y niños dentro de un pequeñísimo reducto, un establo podríamos decir, esperaban hallar en pocos días montones de cadáveres acumulados de muertos o por el hambre a consecuencia de la escasez de provisiones, ya que no habían hecho acopio de las cosas necesarias por no haber tenido un preanuncio de las repentinas desgracias; o bien por la aglomeración y el ahogo.

125. No había, en efecto, un lugar amplio para agregar al disponible, y todo el aire circundante estaba viciado y vacío de cuanto había contenido de vivificante para la respiración, o, si hemos de decir la verdad, para los sofocados alientos de los que respiraban. Inflamado dicho aire por esos alientos y oprimido cual si estuviera bajo los efectos de un acceso de fiebre, hacía penetrar a través de las fosas nasales un vapor caliente y nocivo, agregando, como dice el proverbio, un fuego a otro fuego.

126. Porque la naturaleza ha determinado como característica de nuestros órganos internos el ser sumamente calientes, y cuando las corrientes de aire provenientes del exterior las airean con moderado frescor, los órganos de la respiración funcionan adecuadamente gracias a la conveniente combinación; mas cuando esas corrientes se tornan demasiado calientes, y un fuego fluye sobre otro, forzosamente los órganos funcionan mal.

127. XIX. No pudiendo, pues, soportar por más tiempo la falta de oxígeno, se dispersaron los judíos en dirección a los lugares desiertos, las riberas del mar y las tumbas, ansiosos de respirar aire puro e inocuo. En cuanto a aquellos que fueron apresados antes de poder escapar en los demás lugares de la ciudad, y a los que, por ignorar las desgracias que nos habrían sobrevenido, retornaban del campo; sufrieron múltiples infortunios, siendo lapidados o heridos con tejas o destrozados hasta morir con ramas de acebo o de roble en las partes más vitales del cuerpo y en especial en la cabeza.

128. Algunos de los que habitualmente pasaban el tiempo de brazos cruzados y sin trabajar, se habían apostado en torno del recinto de los judíos, que, como dije, se habían reunido y concentrado en un pequeño sector de un extremo de la ciudad, viniendo a quedar como sitiados; y los vigilaban para que ninguno escapara sin ser visto. No pocos, ciertamente, apremiados por la falta de lo necesario, renunciando a su propia seguridad estaban dispuestos a salir por temor de que pereciera de hambre toda su familia. Los acechadores observaban con atención las salidas de estos, y al punto daban la muerte a los que eran apresados, maltratándolos con toda suerte de torturas.

129. Otro grupo se hallaba apostado en los puertos del río para despojar a los judíos que desembarcaban, y apoderarse de los bienes que traían para comerciar. Subíanse a las naves y se llevaban la carga en presencia de sus dueños, a los que, atados de pies y manos, quemaban usando como combustible timones, barras, poleas y las planchas de las cubiertas.

130. Más piadosa fue la muerte de los que fueron quemados en el centro de la ciudad. En efecto, como a veces escaseaba la madera, acumulaban malezas, y después de prenderles fuego, las arrojaban sobre los desdichados, los que perecían más semiahogados por el humo que a efectos del fuego, pues la maleza produce un fuego débil y mucho humo, y se apaga enseguida, porque a causa de su poca consistencia no puede convertirse en carbón.

131. A muchos, en vida aún, los ataban con correas y cuerdas anudando sus tobillos, y los arrastraban a través de la plaza mientras saltaban sobre ellos; y no perdonaban ni siquiera los cuerpos ya cadáveres. Más brutales y feroces aún que las bestias salvajes, cortándoles miembro por miembro y parte por parte, borraban toda forma de ellos, a fin de que no quedase resto alguno que pudiera recibir sepultura.

132. XX. En cuanto al gobernador del país, el único que, si lo hubiera querido, hubiera podido en una hora terminar con el dominio de las turbas; fingiendo no ver lo que veía y no escuchar lo que oía, permitió, en detrimento de la paz, actos de guerra sin traba alguna, con lo que aquellas se excitaron más aún y se lanzaron a consumar vergonzosos y más osados propósitos. Reuniendo compactos grupos atacaron nuestras sinagogas,[35] que eran numerosas en cada uno de los barrios de la ciudad, y devastaron unas, en tanto que a otras las demolieron hasta sus mismos cimientos, y a otras las prendieron fuego e incendiaron, sin pensar, poseídos de una furia y una locura insensatas, en las casas vecinas, no obstante que nada iguala al fuego en rapidez cuando encuentra material combustible.

[35] En *Flaco* 43 y ss. la profanación de las sinagogas se narra como un hecho previo al ataque contra las moradas, bienes y personas de los judíos.

133. Y nada digo de los objetos consagrados a honrar a los emperadores, que fueron destruidos y quemados al mismo tiempo: escudos y coronas chapados en oro, columnas e inscripciones, en consideración a los cuales hubieran debido perdonar el resto. Pero se atrevieron porque no temían castigo alguno de parte de Cayo, el que, bien lo sabían ellos, profesaba un odio indecible a los judíos, como para suponer que nadie podría brindarle cosa más grata que quien infiriese a nuestra nación toda clase de daños.

134. Deseosos de congraciarse, además, con él mediante más novedosas adulaciones, y de asegurarse completa impunidad por sus atropellos contra nosotros, ¿qué pensáis que hicieron? Pues todas aquellas sinagogas que no pudieron destruir mediante incendios o demoliciones por cuanto en las proximidades vivían grupos numerosos y compactos de judíos, las arruinaron de otra manera: violaron nuestras leyes y costumbres. Erigieron, en efecto, en todas ellas imágenes de Cayo, y en la mayor y más notable de ellas una estatua en bronce que representaba a un hombre sobre un carro tirado por cuatro caballos.

135. Y tan grande era el apremio y la fuerza de su empeño, que, no teniendo a mano un carro de cuatro caballos nuevo, hicieron traer uno viejísimo desde el gimnasio, lleno de herrumbre, al que le faltaban orejas, colas, patas y otras partes nada pequeñas; y, según se dice, dedicado a una mujer, la antigua Cleopatra, bisabuela de la última de ese nombre.

136. Cualquiera ve a las claras cuan serio vituperio acarreaba a los autores de la dedicatoria esto de por sí. En efecto, les tuvo en absoluto sin cuidado si se trataba de un carro nuevo de una mujer o de uno viejo de un hombre, o, en general, si había sido dedicado ya a otro; cuando lo razonable hubiera sido que los autores de semejante ofrenda dedicada a un emperador hubieran sentido temor de que la cosa llegara a oídos de quien se tomaba completamente en serio lo tocante a su personal glorificación.

137. A no dudarlo, abrigaban extravagantes esperanzas de merecer aprobación y disfrutar de mayores y más espléndidos beneficios por haber convertido nuestras sinagogas en nuevos recintos consagrados a Cayo; aunque no lo habían hecho movidos por el deseo de honrarlo, sino por saturarse de fechorías contra nuestra nación de cualquier modo que fuera.

138. Es posible hallar claras pruebas de ello. En primer lugar una que se relaciona con los monarcas de Egipto. Unos diez o más se sucedieron en trescientos años sin que los alejandrinos les consagraran imagen ni estatua alguna en nuestras sinagogas, no obstante tratarse de reyes de su misma raza y especie, y haberlos considerado, registrado y llamado dioses.

139. ¿Y por qué no se las habrían de consagrar a quienes al fin y al cabo eran hombres, siendo así que deifican a perros, lobos, leones, cocodrilos y muchos otros animales salvajes terrestres, acuáticos y aéreos, en cuyo honor se elevan en todas partes de Egipto altares, templos, nichos y recintos sagrados?

140. XXI. Quizá dirán ahora lo que no hubieran dicho entonces; como que tienen por norma rendir pleitesía no a la persona de los gobernantes sino más bien a la prosperidad de los gobernantes; que los emperadores son superiores a los Ptolomeos en prestigio y fortuna, mereciendo, por lo tanto, recibir mayores honras.

141. En ese caso, oh los más necios de todos los hombres, y digo hombres para no verme obligado a emplear ningún término inconveniente; decidme, ¿cómo es que no considerasteis digno de análoga honra al predecesor de Cayo, Tiberio, que fue quien proporcionó a Cayo el poder, y quien durante veintitrés años ejerció la autoridad en tierra y mar, sin permitir que simiente alguna de guerra se desarrollase en Grecia o en el resto del mundo, y brindando la paz y los beneficios de la paz hasta el fin de su vida con mano y corazón pródigos e inagotables?

142. ¿Fue inferior por su estirpe? Al contrario, por ambas ramas de progenitores descendía de la más alta nobleza. ¿En cultura, entonces? ¿Y quién entre los que florecieron en su tiempo le aventajó en inteligencia y elocuencia? ¿Acaso en longevidad? ¿Y cuál de los reyes o emperadores alcanzó una más avanzada y más feliz vejez, sin contar que, cuando aún era un niño, lo llamaban el anciano [36] en consideración a su profunda inteligencia? En suma, que quien poseyó tales cualidades y tanta grandeza ha sido desdeñado y arrojado al olvido por vosotros.

[36] El término *presbytes* = *anciano,* no connotaba las ideas de achaques o limitaciones propias de la avanzada edad, sino las de madurez y dignidad que los antiguos atribuían a la ancianidad, siendo sinónimo de *persona* respetable o digna de toda consideración.

143. ¿Y qué decir de aquel que superó a la humana naturaleza en todas las virtudes, de aquel que por la grandeza de su imperial soberanía al par que de su nobleza de espíritu fue el primero en llevar el nombre de Augusto? Por cierto que este título no le vino en virtud de una sucesión familiar, como parte de una herencia, sino en mérito a que él mismo se convirtió en fuente de la veneración [37] de que también sus sucesores habrían de participar. No bien asumió la dirección de los negocios públicos, aplicó su atención a la desordenada y caótica situación.

[37] *Sebastos* = *augusto, venerable,* y *sebasmós* = *veneración,* permiten a Filón este juego de palabras.

144. En hostil rivalidad pugnaban islas con continentes, y continentes con islas por la primacía, teniendo por jefes y campeones a los más esclarecidos romanos de alta posición. Y competían, además, por el poder soberano las grandes porciones del mundo habitado, Asia contra Europa, y Europa contra Asia, enfrentándose las naciones europeas y asiáticas de uno a otro extremo de la tierra, y soportando penosas guerras a lo largo de toda ella y del mar, con batallas terrestres y navales, al punto de que toda la raza humana hubiera ido a parar a una rápida y total extinción, aniquilada por las muertes que se ocasionaban recíprocamente los bandos, a no haber sido por un único hombre y guía, Augusto, a quien cabe con justicia llamar alejador de males.

145. Él fue el cesar que calmó las tormentas que se abatían sobre todas partes; el que curó las comunes enfermedades de los griegos y los demás pueblos, las que descendían desde el sud y el este, y corrían hacia el oeste y el norte[38] sembrando sinsabores a lo largo de las regiones y los mares que se extienden entre esos puntos. Él fue el que no sólo aflojó sino desató las cadenas que tenían sujeto y oprimido al mundo habitado.

[38] Disimulada pero evidente atribución de la responsabilidad de la última contienda civil de la República Romana a Marco Antonio, cuyo baluarte se encontraba en Egipto y Oriente.

146. Él, quien puso fin a las contiendas abiertas y disimuladas que generaban los asaltos de los bandidos; él, quien dejó el mar libre de navíos piratas y lo llenó de naves mercantes.

147. Él, quien condujo a las ciudades todas al goce de la libertad; el que transformó el desorden en orden; el que inculcó las normas de la civilización y la armoniosa convivencia a todas las naciones insociables y brutales; el que dilató a Grecia con muchas otras Grecias, helenizando a las más importantes regiones del resto del mundo; el guardián de la paz, el distribuidor de lo que a cada uno correspondía, el que sin limitación alguna ponía sus liberalidades al alcance de todos, el que en toda su vida no ocultó cosa alguna buena o noble.

148. XXII. Pues bien, este tan grande benefactor pasó inadvertido para ellos[39] durante los cuarenta y tres años que gobernó a Egipto;[40] y no erigieron en su honor en nuestras sinagogas ni una estatua, ni un busto, ni una pintura.
[39] Para los alejandrinos no judíos.
[40] Desde el 1 de agosto de 30 a. C, fecha de la toma de Alejandría por Octavio, hasta el 23 de agosto de 14 d. C, fecha de la muerte de Augusto. Pero el gobierno de éste no fue personal sino a través de un prefecto con poderes de virrey, ya que Egipto no fue considerado provincia romana sino posesión privada del emperador.

149. Y ello, no obstante que, si hubiera correspondido que decretasen nuevos y especiales honores a alguien, nadie los merecía más que él, no sólo porque llegó a ser lo que podríamos llamar la fuente y el origen de la estirpe augusta; ni tampoco sólo por haber sido el primero, sumo y común benefactor al sustituir el gobierno de muchos por un solo piloto, y empuñar él mismo con sus maravillosas dotes de gobernante experto el timón de la nave común (que bien dicho está aquello de "No es bueno el gobierno de muchos" [41] pues los muchos votos son causa de muchos males); sino además porque todo el mundo habitado le había decretado honras análogas a las de los dioses.
[41] O *que haya muchos jefes*. Ilíada II, 204. Ver *Sobre la confusión de las lenguas* 170.

150. Testimónianlo templos, pórticos, atrios y galerías, al punto de que todas las ciudades que contienen obras monumentales, nuevas o antiguas, se destacan de manera especial por la hermosura y grandeza de las dedicadas a César Augusto; cosa que sucede muy particularmente en nuestra Alejandría.

151. En efecto, ningún edificio sagrado es tan grande como el llamado Augusteo, templo conmemorativo del arribo[42] de César, erigido en las alturas frente a los bien abrigados puertos, inmenso, celebérrimo, y repleto de ofrendas como no es dable hallar otro en parte alguna; circundado en derredor por pinturas y estatuas de plata y oro; recinto vastísimo con pórticos, bibliotecas, habitaciones, bosques sagrados, vestíbulos, espacios vastos y abiertos, amén de todos los aderezos propios de la más suntuosa y elaborada decoración; templo que se yergue como una esperanza de salvación para los que zarpan y para los que llegan al puerto.
[42] Templo conmemorativo de la llegada de César Augusto a Alejandría en el 30 a. C.

152. XXIII. Pues bien, aunque tenían motivos como esos y contaban con el asentimiento de todos los hombres de todas partes, los alejandrinos no intentaron novedad alguna contra nuestras sinagogas, y observaron la legalidad en todos sus aspectos. ¿Sería porque no les interesaba una de las muestras de reverencia debidas a César? Nadie en su sano juicio diría semejante cosa. ¿Por qué, entonces, esa omisión? Yo lo voy a decir sin retaceos de ninguna especie.

153. Ellos sabían bien cómo la diligente vigilancia de aquel velaba por el firme mantenimiento de las patrias tradiciones de cada pueblo tanto como de las romanas; y cómo aceptaba honores, pero no para menoscabar las instituciones de nadie en aras de su propia

vanidad, sino atendiendo a la magnitud de su tan inmenso poder, cuya naturaleza misma involucra el ser honrado con tales demostraciones.

154. Prueba clarísima de que jamás se llenaba de vanidad u orgullo es, por una parte, el hecho de no haber querido nunca presentarse como un dios, enfadándose, en cambio, si alguno llegaba a darle ese título; y por otra, el haber dado muestras de benevolencia para con los judíos, cuya aversión hacia todas estas cosas conocía perfectamente.

155. ¿Cómo les demostró esa benevolencia? No ignoraba él que el gran sector de Roma que se extiende al otro lado del Tíber estaba ocupado y habitado por judíos, la mayor parte de los cuales eran ciudadanos romanos emancipados, pues, conducidos a Italia en calidad de prisioneros, habían sido liberados por quienes los habían comprado, sin que se les obligase a abjurar de ninguna de sus instituciones ancestrales.

156. Augusto sabía que poseían sinagogas y que en ellas se congregaban especialmente en los sagrados días sábados, cuando se instruían en común acerca de la filosofía de sus antepasados. Sabía, además, que con el producto de las primicias reunían dinero para fines religiosos y lo enviaban a Jerusalén por conducto de las personas que habrían de encargarse de la realización de los sacrificios.

157. Pese a ello, ni los expulsó de Roma; ni les privó de la ciudadanía romana porque conservaran celosamente la judía; ni adoptó medidas en detrimento de sus sinagogas, ni les prohibió congregarse para la exposición de nuestras leyes, ni se opuso a las ofrendas de las primicias; y, por el contrario, tan piadosamente consideró nuestras cosas, que con la colaboración de toda su familia adornó nuestro templo mediante suntuosas ofrendas, y estableció además que para siempre se cumplieran cada día sacrificios consistentes en holocaustos perfectos, pagados de su propio peculio, a título de primicias ofrecidas al altísimo Dios. Estos sacrificios se siguen llevando a cabo en nuestros días y se cumplirán siempre, como público testimonio de los rasgos verdaderamente imperiales del carácter de Augusto.

158. Pero aun hay más, en las mensuales distribuciones que tienen lugar en la ciudad de Roma [43] cuando todo el pueblo recibe por turno dinero o trigo, jamás colocó a los judíos en situación de desventaja en lo que respecta a la dispensa de esa gracia; antes bien, si se daba el caso de que la distribución debía tener lugar durante el sagrado día sábado, día en que no nos está permitido ni recibir ni dar ni, en general, realizar menester alguno de los que miran a la subsistencia, y de un modo especial los que persiguen fines lucrativos, los distribuidores tenían orden de guardar hasta el día siguiente el común y humanitario presente.

[43] Literalmente: *de su ciudad natal o de ¡a ciudad de sus padres* (pa-trís). Aquí la ciudad natal de Augusto.

159. XXTV. De resultas de ello, todos y en todas partes, aun cuando naturalmente no abrigaran buenas intenciones respecto de los judíos, se cuidaban bien de atentar contra alguna de sus instituciones. Otro tanto ocurrió en tiempos de Tiberio, a pesar de las dificultades surgidas en Italia cuando Seyano maquinaba su usurpación.[44]

[44] Refiérese aquí Filón a los manejos de Seyano para apoderarse del mando destituyendo a Tiberio, retirado por entonces a Capri, no a sus proyectos contra los judíos. Al menos Filón aclara expresamente que las dificultades de los judíos ya estaban en pleno desarrollo, no que se maquinaban.

160. Tiberio conoció la verdad; supo inmediatamente después de la muerte de Seyano que las

acusaciones contra los judíos residentes en Roma no eran sino falaces intrigas forjadas por aquel en su deseo de aniquilar a nuestra nación, porque sabía que o ella sola o como gestora principal se opondría a sus impíos designios y apoyaría al emperador, amenazado por la traición.

161. Y encomendó a los procuradores designados de todas partes tranquilizar a los miembros de nuestra nación residentes en cada una de las ciudades, asegurándoles que el castigo alcanzaría no a todos sino sólo a los culpables, que eran pocos;[45] y no alterar nada de lo establecido por nuestras costumbres, y además considerarlos como algo confiado a su cuidado, a los hombres por ser naturalmente inclinados a la paz, y a las instituciones por constituir un incentivo para una bien reglada conducta.

[45] ¿De qué eran culpables estos judíos? ¿No fueron, pues, sólo las intrigas de Seyano el origen de las dificultades surgidas en Roma? Porque, del contexto se desprende que Tiberio consideraba que algunos eran culpables. ¿Por qué, finalmente, si las acusaciones hechas por Seyano eran contra los judíos en Roma, las tranquilizadoras declaraciones de Tiberio a través de sus procuradores se dirigen a todas las ciudades del imperio?

162. XXV. Cayo, en cambio,[46] saturado de vanidad, no sólo manifestó sino también se convenció de que era un dios. Y luego no halló ni entre los griegos ni entre el resto de los pueblos gente más dispuesta que los alejandrinos a afianzar su desmedida pasión, que traspasaba los límites de lo permitido a la humana naturaleza. Es que los alejandrinos son gente experimentada en materia de adulaciones, supercherías e hipocresías, gente que forja lisonjeras palabras pero todo lo trastornan con sus bocas desatadas y sin freno.

[46] En el parágrafo 154, en su panegírico de Augusto, destaca Filón cómo éste jamás se llenaba de vanidad u orgullo y no quiso nunca presentarse como un dios. Luego pondera el trato justo y benevolente brindado a los judíos sin pretensiones de imponerles cosa alguna que violara sus costumbres ancestrales, situación que, salvo algún incidente pasajero, se mantuvo bajo Tiberio (parágrafos 155 a 160). Ahora opone a esa modestia de Augusto la vanidad y las extravagantes veleidades de Cayo empeñado en hacerse adorar.

163. El título de dios es tan poco digno de reverencia para ellos, que lo aplican también a las ibis, a las venenosas serpientes y a muchas otras bestias feroces del país. Y así, es natural que con un uso tan indiscriminado de las denominaciones que se aplican a la divinidad engañen a los cortos de entendimiento e inexpertos en cuanto al ateísmo de los egipcios; pero resulten condenables a ojos de los que están enterados de su inmensa insensatez o, mejor aún, impiedad.

164. Cayo, ignorante de esta circunstancia, supuso que de verdad era considerado dios por los alejandrinos, basado en que echaban mano hasta la saciedad, y no con reticencias sino abiertamente, a cuanto título los demás pueblos acostumbran aplicar a los dioses.

165. Luego pensó también que el atropello cometido contra nuestras sinagogas había sido resultado de una límpida convicción y de un sincero deseo de honrar a su persona. Alimentaba esta creencia, por una parte, el crédito que daba a las diarias informaciones que desde Alejandría le enviaban algunos; cuya lectura le resultaba en extremo placentera, al punto de considerar sumamente desagradables las obras en prosa o en verso de otros, en comparación con el agrado que estos le proporcionaban; y por otra, los buenos oficios de algunos servidores que compartían con él sus perpetuas chanzas y burlas.

166. XXVI. La mayoría de estos eran egipcios, detestable simiente, en cuyas almas estaban impresos el veneno al par que los sentimientos de los cocodrilos y áspides de su país. Al frente de toda esa egipcia cofradía, al modo de un director de coro, estaba Helicón, un esclavo execrable y malvado, introducido para daño de la mansión imperial. Había adquirido una superficial versación en los estudios sobre cultura general[47] gracias a la ambición[48] de su primer amo, quien lo obsequió a Tiberio César.

[47] Ver *Interpretación alegórica* III, 85.

[48] O *celo,* tal vez. Es decir, su amo lo habría hecho instruir o por congraciarse con Tiberio o para servirle, ya que el esclavo era para ser obsequiado al cesar.

167. Por entonces no alcanzó posición privilegiada alguna, ya que Tiberio detestaba las expansiones juveniles, inclinado, como era, desde temprana edad a lo grave y austero.

168. Pero, después que este murió y Cayo asumió el mando, Helicón, aproximándose a su nuevo amo, que se entregaba a las disipasiones y voluptuosidades mediante cada uno de los sentidos, se dijo para sus adentros: "Esta es tu oportunidad, Helicón; no te quedes dormido; tienes al mejor de los espectadores y oyentes para darte a conocer. La naturaleza te ha dotado de un espíritu despierto, y eres más capaz que otros para hacer bromas y decir cosas graciosas. Conoces diversiones y pasatiempos intrascendentes y extravagantes. Lo que sabes sobre asuntos que no se estudian en las escuelas no es menos que lo que aprendiste en ellas; y además a tu charla no le falta gracia.

169. Si, además, mezclas con las chanzas el aguijón de la malicia, de modo de no sólo mover a risa sino, además, producir el escozor de la suspicacia, tendrás completamente en tus manos a tu amo, ya que es inclinado por naturaleza a prestar oídos a las acusaciones sazonadas con humor. Sus oídos, como bien sabes, están muy abiertos y atentos para escuchar a los expertos en entretejer la injuria con la calumnia.

170. Y no busques demasiado material; tienes a mano las calumnias contra los judíos y sus costumbres, calumnias en medio de las cuales fuiste criado. Desde los pañales fuiste instruido en ellas, y no por un solo hombre sino por la gente más locuaz de la ciudad de los alejandrinos; demuestra tus conocimientos."

171. XXVII. Después de animarse y estimularse con estas desatinadas y vituperables reflexiones, se vinculó estrechamente a Cayo y lo aduló comedidamente, no apartándose de él ni de noche ni de día y acompañándolo a todas partes a fin de aprovechar los momentos de aislamiento y descanso para formularle las acusaciones contra nuestra nación, las que, en su inmensa malicia, reforzaba con el placer propio de las chanzas, a fin de que las calumnias surtieran su funesto efecto. No quería, en efecto, presentarse como autor de una abierta acusación ni era capaz de hacerlo; y fingiendo y obrando con habilidad resultaba un enemigo más perjudicial y temible que los que proclaman abiertamente su animosidad.

172. Dicen, por otra parte, que los delegados de los alejandrinos, bien enterados de esto, lo sobornaron subrepticiamente con grandes presentes, no sólo con dinero sino también con esperanzas de honores, que. según le hicieron saber secretamente, le procurarían pronto, con ocasión del viaje de Cayo a Alejandría.

173. Veía ya Helicón con los ojos de la fantasía la ocasión aquella en que sería honrado por la más grande y famosa de las ciudades, en presencia de su amo y de casi todo el mundo habitado junto a él; pues resultaba claro que la parte más selecta e ilustre de las ciudades se

congregaría, viajando desde los lugares más remotos, para rendir homenaje a Cayo. En consecuencia, todo lo prometió.

174. Durante algún tiempo nosotros, no conociendo al enemigo agazapado dentro, nos cuidábamos sólo de los de afuera. Pero, cuando nos dimos cuenta, examinamos, escudriñando todos los caminos, si de alguna manera podríamos apaciguar y humanizar al hombre que de todas las maneras y desde todas las posiciones nos hería lanzándonos certeramente sus dardos.

175. Porque acompañaba a Cayo en el juego de la pelota, en la gimnasia, en los baños y en las comidas, y estaba a su lado cuando este se aprestaba para ir a dormir, ya que hacía las veces de ayuda de cámara y de capitán de la guardia del palacio, función más elevada que la asignada a otro alguno, de modo que sólo él disponía de las audiencias en los momentos propicios y ociosos del emperador, en las que sin la interferencia de perturbaciones externas le hacía escuchar las cosas que más deseaba. 176. Las acusaciones iban mezcladas con alusiones satíricas, de modo de acrecentar con ellas el placer, para causarnos el mayor daño posible. Por cierto que lo que parecía ser de primera importancia, es decir, la sátira, eran cosa secundaria para él; en tanto que lo aparentemente secundario, las acusaciones, constituían -su primordial objetivo.

177. Y así, soltando cada cuerda[49] a la manera de quienes guían la nave con viento favorable sobre el timón, avanzaba con las velas desplegadas impulsado por propicios vientos, acumulando y encadenando una tras otra las acusaciones. Y tan firme fue la impresión dejada en la mente de Cayo, que el recuerdo de esas acusaciones resultaba imposible de borrar.

[49] Es decir. *desplegando las velas,* y figuradamente, *echando mano a todos los recursos posibles.*

178. XXVIII. Impotentes y con las manos atadas, ya que aunque no habíamos dejado piedra sin mover para apaciguar a Helicón, no hallábamos solución alguna; y como ninguno se atrevía ni a hablar ni a aproximársele a causa de la arrogancia y el carácter intratable de que ante todos hacía gala; y, a la vez, por ignorar si era alguna inquina personal contra la nación judía lo que lo movía a incitar e impulsar incesantemente a su amo contra nuestra raza, desistimos en adelante de gastar esfuerzos en esa dirección, y limitamos nuestras gestiones a lo que más urgía. Comprendimos, en efecto, que lo que correspondía era elevar a Cayo un documento que contuviera una somera reseña de cuanto nos había sucedido y de lo que entendíamos merecer.

179. Este documento era prácticamente un extracto de una súplica más extensa que poco tiempo antes le habíamos enviado por conducto del rey Agripa.[50] Este, en efecto, había visitado nuestra ciudad casualmente cuando se aprestaba a navegar hacia Siria para hacerse cargo del reino que le había sido concedido.. .[51]

[50] En *Flaco* 103 menciona Filón un decreto de los judíos alejandrinos destinado a presentarse al emperador Cayo, en el que se especificaban las providencias adoptadas por la colectividad hebrea de la capital egipcia en homenaje de aquél. Dicho decreto fue confiado a Agripa durante la estadía de éste en Alejandría con ocasión de su viaje hacia Siria. Distinto de tal documento es sin duda el que ahora se menciona, ya que éste contiene quejas y peticiones, no homenajes. En cuanto al tercer documento, es decir, la presentación entregada después de las matanzas y de la profanación y destrucción de las sinagogas, es imposible aceptar que fuera un extracto o resumen del petitorio anterior, ya que éste se limitaba a solicitar derechos para la comunidad israelita de Alejandría, y en él no pudo hacerse mención de los desgraciados sucesos que motivaron la tercera carta ni reclamar justicia por ellos por la simple razón de que

tales sucesos no habían tenido lugar aún. Sobre el rey Agripa, ver *Flaco,* nota 16.
[51] Se supone que en este punto hay una laguna de extensión difícil de precisar. Sólo se declara que la presentación no surtió efecto positivo alguno, pero no se precisa concretamente cómo ni en qué circunstancias. En cuanto al modo ex abrupto de iniciar el relato de la embajada ha de tenerse presente que, contra lo que el actual título del tratado parece sugerir, título que no sabemos a quién atribuir, el asunto de la presente obra no es la embajada ni las desdichas de los judíos alejandrinos, sino la descripción de la depravada personalidad de Cayo y su aparente omnipotencia hasta su trágico final, como ejemplo de lo precarios que son los dones de la fortuna y de cómo la virtud es protegida y vengada por Dios. La embajada que Filón integró no es sino un ejemplo más, en este caso una experiencia personal, sobre la extravagante y rencorosa personalidad del cesar. De allí que a Filón no le haya preocupado describirnos la gestación de dicha embajada, salvo lo que surge de las precedentes referencias a las intrigas cortesanas de Helicón.

180. Pero nos engañamos a nosotros mismos sin advertirlo; y no era la primera vez. Lo mismo, en efecto, nos había ocurrido antes, cuando emprendimos la navegación con la creencia de que íbamos al encuentro de un juez y a la obtención de nuestros derechos. Se trataba de un enemigo implacable,[52] que cautivaba con la alegre vivacidad que aparentaba su mirada y con la gracia, mayor aún, de su saludo.
[52] Cayo.

181. Habiéndonos saludado por primera vez en el llano del Tíber, cuando casualmente salía de los jardines que había heredado de su madre, repitió su salutación y agitó su mano derecha dando muestras de buena disposición hacia nosotros, y envió al encargado de las embajadas, llamado Homilo, con este mensaje: "Escucharé personalmente vuestro asunto en cuanto se presente una ocasión propicia." Ante esto todos los que estaban en torno a nosotros nos congratularon como si ya hubiésemos alcanzado el éxito, y otro tanto ocurrió con todos los de nuestro grupo que se dejaron llevar por las superficiales conclusiones de la imaginación.

182. Pero yo, que entendía poseer en razón de mi edad y mi especial educación una discreción que aventajaba a la de ellos, consideraba con no poca prevención lo que alegraba a los demás. "¿Por qué," decía yo, esforzándome por hallar explicaciones, "siendo tan numerosas las embajadas llegadas desde toda la tierra, sólo a la nuestra dice que escuchará en su oportunidad? ¿Qué se propone? Porque no ignora que somos judíos y que nos conformamos con no-ser tratados en un plano inferior a los demás.

183. ¿No es casi una locura el suponer que nos toca un trato preferencial de parte de un déspota de otra raza, de un joven con poderes ilimitados? Más bien parece que se hubiera inclinado hacia el otro sector de los alejandrinos, y que le hubiera concedido la ventaja y prometido proceder con rapidez al juicio; si no es que, descartando la idea de escuchar con imparcialidad a ambas partes, se ha convertido de juez en abogado de aquellos y en oponente nuestro."

184. XXIX. Discurriendo sobre estas conjeturas sentíame violentamente alterado y no podía hallar calma ni de día ni de noche. En este estado de desánimo, ocultaba yo mi aflición pues resultaba peligroso exteriorizarla; cuando otra calamidad repentina y más penosa aún se desató imprevistamente poniendo en peligro, no ya a una sola parte de la nación judía, sino a toda ella en pleno.

185. En efecto, habíamos viajado desde Roma hasta Dicearquía,[53] siguiendo a Cayo, quien,

después que hubo llegado a la costa, pasaba el tiempo en las proximidades de la bahía yendo de una parte a otra por las numerosas residencias de campo suntuosamente provistas de su propiedad.
[53] Ciudad de Campania situada sobre el golfo cumano o de Nápoles, llamada Puteoli (Puzzoles) por los romanos.

186. Mientras, llenos de preocupación por nuestro asunto, aguardábamos ser llamados, se nos acercó alguien con la mirada alterada en sus ojos inyectados de sangre y agitado por temblores, lleno de sofocación; y apartándose un poco de los restantes, pues había cerca algunas personas, dijo: "¿Habéis oído las últimas novedades?" Y cuando se disponía a contárnoslas, se vio impedido de hacerlo pues un torrente de ininterrumpidas lágrimas brotó de sus ojos.

187. Al intentarlo por segunda vez, de nuevo se cortó; y otro tanto ocurrió la tercera. Viendo lo cual, nosotros estábamos sobremanera alarmados y le pedíamos que nos revelara el suceso que, según decía, le traía hasta nosotros. "Porque no habrá sido sólo para llorar en presencia de testigos;" le decíamos, "si se trata de algo que merece llorarse, no seas tú solo quien se quede con la pena; estamos habituados ya a los infortunios."

188. El, gimiendo y con respiración entrecortada, dijo dificultosamente: "Nuestro templo está perdido: Cayo ha dispuesto que en la parte más interna del santuario se erija una colosal estatua dedicada a su persona bajo la advocación de Zeus."

189. Nosotros, asombrados ante lo que acababa de decir, y petrificados por la consternación, no podíamos dar ya un paso y permanecíamos boquiabiertos y desfallecientes en una completa postración y con las fuerzas del cuerpo enervadas. En esto llegaron otros, portadores de las mismas dolorosas nuevas.

190. Reunidos luego todos juntos en un lugar reservado lamentábamos los sucesos que a cada uno en particular y a todos en común afectaban, y conversábamos largo y tendido sobre cuanto la inteligencia nos iba sugiriendo; que nunca es más locuaz el hombre que en la desgracia. "Luchemos," decíamos. "Para liberarnos de una vez. por todas de las irreparables ilegalidades hemos navegado durante el tormentoso invierno ignorantes de cuan grande tormenta, mucho más terrible aún que la del mar, nos acechaba en tierra; porque aquello [54] es obra de la naturaleza, que determina las estaciones anuales; y la naturaleza es preservadora, en tanto que lo otro es obra de un hombre cuyos designios nada tienen de humanos, un hombre joven, inclinado a las innovaciones, investido con una autoridad sin responsabilidades sobre todas las cosas; y la juventud, unida a una autoridad ilimitada, está a merced de irrefrenables impulsos y es un mal difícilmente combatible.
[54] Ea decir, las tormentas invernales.

191. ¿Nos será posible acercarnos a él y abrir nuestras bocas en defensa de las sinagogas ante quien corrompe el más sagrado de los lugares? Pues ultraja al más célebre e ilustre de los templos, cuya luz, proyectada hacia todas direcciones, al modo de los rayos solares, contemplan con admiración el levante y el poniente; es evidente que ningún caso hará de edificios de culto menos conocidos y considerados no tan dignos de estima como aquel.

192. Y aun cuando se obtuviere una garantía de seguridad para allegarnos a él, ¿qué cabe esperar sino una muerte inexorable? Pero, que sea así; muertos acabaremos, que la muerte gloriosa de verdad en defensa de nuestras leyes es más bien vida. Pero, y en el caso de que de

nuestra muerte no resultare provecho alguno, ¿no es, acaso, locura precipitarnos en nuestra completa ruina, especialmente cuando se supone que actuamos como embajadores; de lo que resultaría que sería mayor la desgracia de los que nos enviaron que la de los que la soportamos personalmente?

193. Pero, además,[55] todos nuestros hermanos de raza que se destacan por su natural repulsión hacia la maldad nos acusarán de impiedad, alegando que, mientras la suerte de todos se debate en un peligro extremo, nosotros nos acordamos en egoísta actitud de algo que nos concierne a nosotros exclusivamente,[56] cuando lo que corresponde es subordinar los intereses pequeños a los grandes, y los privados a los comunes, ya que la ruina de estos equivale a la ruina de la comunidad entera.

[55] Los asuntos que motivaron la embajada fueron dos: el alegato sobre el atropello contra las sinagogas y la petición del derecho de ciudadanía o igualdad jurídica con los demás alejandrinos. Filón señala ahora que, si la embajada se ocupaba de gestionar esta ventaja, que atañía exclusivamente a los judíos de Alejandría, olvidando los problemas comunes a toda la nación judía, merecerían los embajadores el repudio de todos los compatriotas honrados y amantes de su raza. De modo que alegar sobre el atropello a las sinagogas les acarrearía una muerte inútil, cosa indudable pues Cayo ni siquiera respetaba el templo de Jerusalén; y alegar en pro de los derechos les haría objeto de la antipatía y el repudio del resto de la nación, que por entonces afrontaba un peligro común ante el proyecto de Cayo sobre el templo de la ciudad santa.

[56] A *nosotros los judíos alejandrinos.*

194. ¿Qué puede haber de religioso o lícito en intentar sin objeto alguno demostrar que somos alejandrinos,[57] cuando sobre nosotros se cierne un peligro que afecta a una comunidad más universal, la de los judíos? Porque es de temer que con la ruina de nuestro templo este hombre inclinado a trastornarlo todo en gran escala decida que también sea borrado el común nombre de nuestra nación.

[67] Y por lo tanto merecemos iguales derechos que los alejandrinos no judíos.

195. Si, pues, los dos asuntos por los que hemos sido enviados están perdidos, no faltará seguramente quien diga: '¿Qué entonces? ¿No sabían, acaso, cómo arreglárselas para asegurarse el retorno?' A ese tal habría que decirle: 'O tú no tienes el genuino sentimiento de un hombre de buena cuna, o no has sido instruido ni te has ejercitado en las sagradas escrituras.' Los que son realmente nobles están siempre llenos de esperanzas; y las leyes engendran buenas esperanzas para los que no se limitan a un superficial conocimiento de ellas.

196. Quizá estas cosas están destinadas a poner a prueba a la presente generación, para testimoniar el grado de su virtud y si está preparada para sobrellevar los infortunios mediante firmes razonamientos sin desfallecer prematuramente. Todo, pues, cuanto depende de los hombres ha fracasado. Que fracase, pero permanezca indestructible en nuestras almas la esperanza en Dios, nuestro salvador, que muchas veces preservó a nuestra nación de la impotencia y la indigencia."

197. XXX. Tales cosas discurrimos, lamentándonos de las imprevistas desdichas y estimulándonos con la esperanza de un cambio, portador de mayor tranquilidad. Y tras una breve pausa, dijimos a los que nos habían anunciado la novedad: "¿Cómo es que permanecéis callados después de haber volcado en nuestros oídos solamente las chispas en cuyo fuego ardemos y nos consumimos; cuando deberías enterarnos también de los motivos que

impulsaron a Cayo?"

198. Ellos dijeron: "Bien sabéis cuál es la fundamental y primera causa, la que, por otra parte., todos los hombres conocen: quiere que se lo reconozca como dios y sospecha que sólo los judíos no se avienen a ello; y ningún daño mayor podría inferírseles que la ruina de la santidad del templo. Está, además, al tanto de que se trata del más hermoso de todos los templos de todas las regiones, embellecido incesantemente desde tiempos inmemoriales con ininterrumpidos y pródigos donativos; y movido por su propensión a la pendencia y los atropellos, se propone apropiarse de él para su propio provecho.

199. Su inquina se ha tornado mayor aún que antes a causa de la carta que le ha enviado Capitón, que es el recaudador de impuestos en Judea y alimenta un hondo resentimiento hacia sus pobladores. Cuando llegó allí era pobre, y mediante despojos y fraudes ha acopiado una múltiple y abultada fortuna. Temeroso de que tenga lugar alguna acusación contra él, ha descubierto el procedimiento de impedir las imputaciones mediante calumnias contra los damnificados.

200. La oportunidad para lo que se proponía se la brindó el siguiente incidente. Jamnea, que es una de las ciudades más populosas de Judea, cuenta con una población heterogénea. La mayor parte está constituida por judíos, en tanto que los demás son de otras razas, introducidos con fines tortuosos desde las poblaciones vecinas. Estos advenedizos se habían convertido en daño y embarazo para los que, en cierto modo, eran autóctonos, y no cesaban de menoscabar determinados puntos de las instituciones ancestrales de los judíos.

201. Habiendo oído de boca de los viajeros cuánto empeño pone Cayo en su personal deificación y cuan extrema hostilidad profesa a toda la nación judía, consideraron que tenían a mano una excelente oportunidad para atacar a esta, y erigieron un improvisado altar con el material más vulgar, moldeando ladrillos de barro, sin otro propósito que el de crear problemas a sus vecinos. Sabían, en efecto, que estos no tolerarían el menoscabo de sus costumbres; cosa que ocurrió efectivamente.

202. En efecto, al verlo llenáronse de indignación ante tal desconocimiento de la verdadera santidad de la tierra sagrada, y congregándose lo derribaron. Los otros se apersonaron al punto a Capitón, que era el verdadero autor de todo el incidente; y considerando este que había dado con la feliz oportunidad que buscaba hacía mucho tiempo, escribió a Cayo haciendo una exagerada relación de los hechos.

203. Cayo, después de leer su carta, ordenó que en lugar del altar de ladrillos erigido en Jamnea con propósitos de ultraje, se levantase algo más valioso y espléndido: una colosal estatua recubierta de oro en el altar de la ciudad madre. En ello contó con los consejos de los más excelentes y sabios consejeros: el aristocrático esclavo Helicón, bufón miserable, remedo de hombre; y un tal Apeles,[58] actor trágico, que, según se dice, en la plenitud de su juventud había traficado con sus encantos juveniles, y que, perdidos estos, se dedicó a la escena;

[58] Evidente ironía en]o de aristocrático. En cuanto a Apeles, aparece mencionado en Suetonio, Cayo 33, Dion Casio, Historia Romana LIX, 5.

204. no obstante que cuantos frecuentan la escena y están en contacto con espectadores y lugares de espectáculos son amantes de la modestia y la sobriedad y no de la desvergüenza y

la indecencia más extremas. De ese modo, Apeles liego hasta el puesto de consejero, a fin de que Cayo se asesorase con el uno sobre cómo burlarse del prójimo, y con el otro sobre cómo cantar, ya que había renunciado a ocuparse de discurrir sobre los intereses generales tendientes a asegurar a todas las cosas en todo lugar la paz y la tranquilidad.

205. Así, Helicón, esclavo con características de escorpión, lanzó contra los judíos su egipcio veneno; y Apeles el veneno procedente de Ascalón,[59] como que de allí procedía él, y los ascalonitas sienten una enemistad refractaria a toda avenencia contra los judíos habitantes de la tierra santa, de quienes son vecinos."

[59] Una de las antiguas ciudades de origen filisteo, situada en la cosía sur de Palestina, pero separada administrativamente de ésta y dependiente directamente de Antioquía, capital de la provincia de Siria.

206. Oyendo tales cosas, cada palabra era una herida en nuestras almas. Empero no pasaría mucho tiempo sin que estos nobles consejeros de nobles acciones recibieran la recompensa por su impiedad: Apeles, sujeto con una cadena de hierro, por otras razones, por orden de Cayo, y torturado en el potro y en la rueda alternativamente, como quien sufre una enfermedad de periódicos accesos; Helicón, muerto por orden de Claudio Germánico César en castigo por otros delitos que el demente había cometido. Pero estas cosas sucedieron más tarde.

207. XXXI. La carta de Cayo en la que se trataba el asunto de la erección de la estatua fue escrita no en términos explícitos sino con toda la circunspección posible, a fin de asegurar su cumplimiento sin inconvenientes. Mandaba Cayo a Petronio, el gobernador de toda Siria, a quien iba dirigida la carta, enviar para conducir la estatua a Judea la mitad del ejército acantonado en el Eufrates, a fin de que protegiese frente a los reyes y naciones del este su traslado; es decir, no para agregar solemnidad a la dedicación, sino para dar rápida cuenta de quien intentase impedirla.

208. ¿Qué quieres significar con esto, tirano? ¿Era una guerra lo que emprendías, sabiendo de antemano que los judíos no lo soportarían, y, por el contrario, tomarían las armas en defensa de su ley y se apresurarían a dar la vida por las instituciones ancestrales? Porque nadie podría creer que lo hayas hecho por ignorar las previsibles consecuencias del intento de atentar contra el templo; y, conociendo por anticipado lo que era inminente, con la misma claridad que si se tratase de algo ya presente; y los sucesos futuros como si ellos estuvieran al alcance de tu mano, ordenaste la marcha del ejército a fin de que la consagración de la estatua se cumpliera con los primeros sacrificios maldecidos, consistentes en matanzas de infortunados hombres y mujeres juntamente.

209. Petronio, luego de leer las instrucciones, se hallaba en grandes apuros. Por una parte, el miedo le impedía oponerse a ellas, pues conocía que el peso de la mano de Cayo era irresistible no sólo contra los que no ejecutaban sus órdenes sino también contra los que no lo hacían sin dilación alguna. Pero tampoco le resultaba cosa fácil poner manos a la obra, pues sabía que los judíos estaban dispuestos a soportar, no una sino infinitas muertes, si ello fuera posible, antes de permitir que se consumase alguna de las acciones vedadas.

210. Porque lodos los hombres son cuidadosos de sus propias costumbres; pero la nación judía lo es de un modo especial, en razón de que, considerando que sus leyes son oráculos revelados por Dios, y siendo instruidos en esta doctrina desde temprana edad, los judíos llevan entronizadas en sus almas las imágenes de sus prescripciones.

211. Además, teniendo siempre presentes las claras formas con que se representan esas prescripciones, piensan en ellas con admiración suma; y acogen como a sus propios conciudadanos a los hombres de otras razas que las respetan; pero, en cambio, detestan como a los peores enemigos a aquellos que o las menoscaban o se burlan de ellas. Y tal es el respeto que les inspira cada una de esas prescripciones, que no aceptarían jamás toda la que entre los hombres es de rigor llamar buena fortuna o felicidad, si a cambio debieran transgredirlas aún en el punto más insignificante.

212. Más extraordinario aún y peculiar en todos ellos es el celo en lo relativo al templo. La prueba más concluyente la constituye el hecho de que la muerte sin apelación está dispuesta para los de otras razas que penetraren en la parte más interna del recinto; pues en las partes más exteriores admiten a todos, cualquiera fuere su procedencia.

213. Con la vista puesta en estas cosas, Petronio se andaba tardo en poner manos a la obra. Consideraba cuan grande osadía implicaba la acción por emprender; y, habiendo congregado, como en una asamblea, todos los razonamientos de su alma, examinaba cuidadosamente el dictamen de cada uno. Y hallaba que todos eran unánimes en oponerse a cualquier alteración de lo que desde sus orígenes tenía un carácter sagrado; pesando en ello en primer lugar su natural inclinación a la justicia y a la piedad, y en segundo término el peligro que se cernía sobre él no sólo de parte de Dios sino también de parte de los ultrajados.

214. Meditaba cuan numerosa es nuestra nación, que no está circunscripta, como cada una de las demás, al perímetro de un solo país, el que es heredad de ella sola; sino contenida, casi diría, por toda la tierra habitada; pues hállase dispersa a lo largo de todos los continentes y las islas, al punto de no parecer mucho menor su número que el de los naturales de cada zona.

215. ¿No era acaso sumamente peligroso atraer contra sí a tantas miríadas de enemigos? Bien podría suceder que de común acuerdo acudiesen para oponerse los de cada una de las regiones; situación que resultaría imposible de contrarrestar. Aparte de que los judíos que habitan en Judea son incontables en número y extremadamente vigorosos de cuerpo, valerosísimos de alma y prestos a morir en defensa de las instituciones patrias, movidos por un sentimiento, no bárbaro, como dirían algunos de sus calumniadores, sino verdaderamente propio de hombres libres y de noble cuna.

216. Causábanle también temor las fuerzas judías de más allá del Eufrates. Sabía, y no de oídas solamente, sino también por propia comprobación, que en Babilonia y muchas otras satrapías habitan judíos, pues todos los años son enviados para conducir al templo una inmensa cantidad de oro y plata formada con las primicias delegados a cargo de los sagrados tributos, los que recorren lugares intransitables, solitarios e interminables, que para ellos resultan cómodos caminos pues convencidos de que los conducen hacia la piedad.

217. Muy temeroso estaba, pues, Petronio, como era natural, de que, al enterarse los judíos de la inusitada dedicación, acudiesen repentinamente en son de guerra y convergiendo en torno de sus tropas, lo cercasen y con coordinados movimientos hiciesen estragos entre los encerrados en medio.

218. Pero, a la vez era arrastrado en sentido contrario por los argumentos opuestos. "La orden," decía, "procede de un amo que es joven y entiende que cuanto él desea es conveniente, y que basta con que él ordene algo para que lo ordenado deba ejecutarse, aun cuando fuere lo más inútil y lo más saturado de hostilidad y arrogancia; como que él, saltando

por sobre la condición humana, se asigna ya un lugar entre los dioses. Mi vida corre peligro ya sea que me oponga, ya que acceda; pero, en tanto que, si accedo, este peligro depende de una guerra cuyo resultado es tal vez incierto y que a lo mejor no llega a producirse; si me opongo, el peligro viene de Cayo, y es inevitable y sin apelación."

219. Compartían este último parecer muchos de los romanos que colaboraban con él en la administración de Siria, pues sabían que también ellos serían de los primeros en soportar los resentimientos y venganzas de Cayo como responsables de que lo ordenado no se hubiera llevado a cabo.

220. Pero la construcción de la estatua les procuró una providencial dilación para que consideraran con más detenimiento el problema, pues Cayo ni la había enviado desde Roma, debido, en mi opinión, a la providencia de Dios, que invisiblemente elevaba su mano protectora sobre los injustamente atropellados; ni había ordenado a Petronio que hiciera conducir de entre las existentes en Siria aquella que juzgara mejor de todas. La verdad es que la rápida consumación de la ilegal medida hubiera traído aparejado el inmediato comienzo de la contienda.

221. Así pues, Petronio, habiendo hallado una oportunidad para examinar lo que convendría hacer; que los acontecimientos inesperados e importantes, cuando se precipitan masivamente, doblegan al entendimiento; ordenó que se procediera a construir la obra en una de las regiones vecinas.

222. Habiendo hecho acudir a los más reputados artífices que había en Fenicia, les entregó el material, y ellos realizaban el trabajo en Sidón. Además mandó llamar a los dignatarios de los judíos, sacerdotes y magistrados, en parte para hacerles saber las instrucciones de Cayo, y en parte también para aconsejarles que aceptaran las disposiciones del amo y pusieran ante sus ojos las terribles consecuencias de no hacerlo; que las más eficientes de las fuerzas armadas estacionadas en Siria estaban preparadas para actuar y cubrirían de cadáveres todo el país.

223. Pensaba que, si conseguía ablandar a estos, podría por intermedio de ellos convencer también a todo el resto de la multitud para que no hiciese oposición. Pero como era de esperarse, su propósito resultó fallido. Dícese, en efecto, que, tras el impacto de sus primeras palabras, quedaron de inmediato anonadados ante la noticia de la inusitada calamidad, y sin poder articular palabra, derramaron un torrente de lágrimas, compacto como el de las fuentes, mientras se mesaban las barbas y los cabellos de la cabeza, y decían cosas como estas:

(224.) "¿Es que nosotros, los en extremo afortunados, hemos procurado a trueque de muchos esfuerzos una vejez dichosa en nuestras vidas, sólo para acabar viendo lo que ninguno de nuestros antepasados vio jamás? ¿Con qué ojos podremos ver tal cosa? Ellos se aniquilarán juntamente con nuestra desdichada alma y nuestra vida de sufrimiento, antes de contemplar semejante calamidad, espectáculo imposible de presenciar y que no es lícito oír mencionar ni pensar."

225. XXXII. Y mientras ellos se lamentaban de ese modo, los habitantes de la ciudad santa y del resto del país, enterados de la innovación, se congregaron como obedeciendo a una única señal, la señal que les daba el común infortunio; y se pusieron en marcha en compacta multitud, abandonando vacías las ciudades, aldeas y casas, y en un solo impulso se dirigieron a toda marcha hacia Fenicia, pues allí se hallaba casualmente Petronio.

226. Algunos de los de la gente de Petronio, al ver el avance de una incontable multitud, corrieron en su ayuda y lo pusieron al tanto a fin de que adoptara las precauciones del caso, pues preveían una guerra. Pero no habían concluido ellos su relato ni Petronio tomado medidas de defensa, cuando la multitud de los judíos, descendiendo como una nube, ocupó toda Fenicia, provocando el estupor de los que ignoraban cuan numerosa es nuestra nación.

227. Primeramente se elevó un clamor acompañado de lamentaciones y golpes de pecho, tan grande que superaba lo que los oídos de los presentes podían contener. Y cuando ellos cesaron, aquél no cesaba aún, sino que silenciadas sus voces persistía todavía el eco de las mismas. Luego se fueron aproximando para elevar las súplicas que la ocasión sugería; que las calamidades declaran por sí mismas lo que conviene hacer. Estaban divididos en seis formaciones: ancianos, jóvenes y niños, y paralelamente ancianas, mujeres maduras y doncellas.

228. Cuando Petronio hizo su aparición a la distancia, todas las formaciones, como obedeciendo a una orden, cayeron en tierra ante él lanzando como un alarido de lamentación y gritos de súplica. Habiéndolos él animado a levantarse y a aproximarse, se irguieron penosamente y, cubiertos de abundante polvo, bañados en lágrimas y colocadas ambas manos detrás, a la manera de los maniatados, se aproximaron.

229. Entonces la comisión de ancianos, ubicada ya en lugar apropiado, hablóle de esta manera: "Como ves, nos hallamos desarmados, aunque algunos nos acusan de venir como enemigos. Aquellas partes de que la naturaleza ha dotado a cada uno para su defensa, es decir, las manos, las hemos puesto de lado, allí donde nada pueden hacer, ofreciendo nuestros cuerpos para fácil blanco de los proyectiles de quienes quisieren matarnos.

230. Con nosotros te traemos a nuestras mujeres, nuestros hijos y nuestros progenitores,[60] sin dejar a ninguno en nuestras casas; y al hacerlo ante ti nos hemos prosternado ante Cayo a fin de que o salvéis a todos o a todos nos aniquiléis en una matanza en masa. Somos, Petronio, pacíficos por naturaleza y por principios, y desde temprana edad la diligencia con que los padres educan a sus hijos tendió a inculcarnos esta forma de vida.

[60] La traducción supone correcta la sustitución propuesta por Colson de *geneás = familia,* por *gonéas = progenitores.*

231. Al asumir Cayo el poder fuimos los primeros de todos cuantos habitan Siria en regocijarnos, Vitelio, a quien, tú sucediste en la administración,[61] se alojaba por entonces en nuestra ciudad. A él le fue enviada la carta con las noticias, y desde nuestra ciudad se expandió rápidamente hacia las otras la versión de la buena nueva.

[61] De Siria, de la que formó parte Palestina hasta el año 70. Vitelio. ejerció su cargo de 35 a 39, Petronio de 39 a 42.

232. ¿Fue nuestro templo el primero en aceptar los sacrificios en agradecimiento por el entronizamiento de Cayo, sólo para ser el primero y el único además que se arrebata a las tradicionales prácticas del culto? Hemos evacuado nuestras ciudades, nos hemos apartado de nuestras moradas y bienes, y nos desprenderemos sin resistencia de nuestros muebles, nuestras riquezas, nuestros recuerdos y todo lo demás que se nos arrebate. Lo tendremos por ganancia antes que por pérdida. Una sola cosa pedimos a cambio de todo ello: que no se introduzca innovación alguna en el templo; que se lo conserve tal cual lo hemos recibido de nuestros abuelos y antepasados.

233. Mas, si no logramos persuadirte, nos entregamos a ti para que nos mates, a fin de no seguir viviendo para contemplar una calamidad peor aún que la muerte. Oímos que están preparadas contra nosotros fuerzas de caballería y de infantería por si nos oponemos de hecho a la erección de la estatua. Ninguno, siendo esclavo, es tan demente que se enfrente con su amo. De buen grado ponemos a tu alcance nuestras gargantas. Mátennos, sacrifíquennos, destrocen nuestras carnes, que no lucharemos ni derramaremos sangre; ejecuten en nosotros todos los actos propios de los conquistadores.

234. ¿Pero qué necesidad hay de ejército? Nosotros mismos daremos la señal de los sacrificios cual insignes sacerdotes, y los matadores de esposas conducirán al altar a sus esposas; los matadores de hermanos, a sus hermanos y hermanas; y los matadores de niños, a los niños y niñas, en la edad sin malicia; porque es preciso que empleen los términos de las tragedias quienes soportan infortunios propios de ellas.

235. Luego, en medio de ellos y bañados con la sangre de los nuestros, que esos son los baños apropiados para los que se purifican para descender al Hades,[62] mezclaremos nuestra propia sangre con la de ellos dándonos muerte a nosotros mismos.
[62] Subterránea mansión de los muertos según la mitología griega.

236. Una vez muertos, cúmplase la orden; ni Dios mismo podría echarnos en cara el haber tenido en cuenta dos deberes: el respeto debido al emperador y la lealtad a las sagradas leyes; cosa que se convertirá en una realidad si, despreciando por intolerable la vida, renunciamos a ella.

237. Hemos escuchado una viejísima narración transmitida por los hombres versados de Grecia, los que convienen en afirmar que la cabeza de la Gorgona[63] tenía tan grande poder que quienes la miraban trocábanse al instante en rocas y piedras. Evidentemente se trata de una invención de los mitógrafos, pero las grandes penosas e irremediables situaciones llevan consigo la verdad que ella encierra, y que es que las iras de un déspota provocan la muerte o algo que se aproxima a ella.
[63] Monstruo infernal de la mitología griega, cuya terrible cabeza tenía serpientes por cabello y cuya mirada petrificaba a quienes la miraban. Según Hesíodo eran tres, no una.

238. ¿Piensas tú que, si, lo que ojalá nunca ocurra, algunos de los nuestros llegan a ver cómo se transporta la estatua hacia el templo, no se trocarán en piedras, endurecidos sus miembros y también sus ojos, al punto de no poder hacer movimiento alguno, y todo el cuerpo alterando los movimientos naturales en cada una de las partes que lo constituyen.

239. Te haremos, oh Petronio, el último pedido, el más justo de todos. No afirmamos que no estés obligado a hacer lo que ha sido ordenado, pero en una nueva súplica te pedimos un plazo, a fin de que elijamos una embajada y la enviemos a entrevistar a nuestro amo.

240. Bien puede ser que esta embajada logre persuadirlo argumentando o acerca del honor debido a Dios, o acerca de la preservación de leyes indestructibles, o acerca de no tratarnos peor que a todas las otras naciones, aun las más remotas, cuyas instituciones son respetadas, o acerca de cuanto su abuelo y su bisabuelo resolvieron en ratificación de nuestras costumbres con toda solicitud.

241. Quizá al escuchar estas cosas se torne más blando; que las decisiones de los poderosos no se mantienen inmutables, y las adoptadas en momentos de cólera pierden la firmeza muy

pronto. Hemos sido calumniados; permítenos poner remedio a las calumnias; es cosa penosa ser condenado sin ser juzgado.

242. Y si no lo persuadimos, ¿qué te impedirá ya llevar a cabo lo que ahora proyectas? Mientras no esté concluida la embajada, no frustres las mejores esperanzas de tantas miríadas de seres, que se afanan no por alcanzar ganancias sino por su religión. Aunque quizá no sea del todo acertado expresarnos de esta manera, porque ¿qué más provechosa ganancia que la santidad puede existir para los hombres?"

243. XXXIII. Tal fue lo que expusieron dominados por la angustia y una intensa emoción, con grande sofocación y la respiración entrecortada, mientras el sudor les corría por todos los miembros y en medio de un torrente de incesantes lágrimas, a tal punto que los que los oían sentían ya compasión por ellos, y Petronio, que era benévolo y amable por naturaleza, sentíase cautivado por lo que escuchaba y veía. Es que reconocía que lo que decían era del todo justo y que el intenso dolor de que era testigo merecía piedad.

244. Levantóse y se retiró a deliberar con sus consejeros sobre lo que habría de hacerse, y vio que los que poco antes se oponían decididamente a los judíos ahora estaban indecisos, y que los que antes titubeaban se inclinaban ya preferentemente hacia la piedad. Le pareció bien la opinión de estos, si bien conocía la naturaleza de su soberano y cómo su cólera era implacable.

245. Al parecer, también él poseía ciertos rudimentos de la filosofía y la religión judías; o bien por haberlos adquirido tempranamente movido por su celo por la cultura, o después que se hubo hecho cargo de la administración de los países en los que la población judía de cada ciudad es numerosísima, es decir, Asia [64] y Siria; o bien porque su alma encerraba tales disposiciones, siendo impulsada hacia las cosas merecedoras de nuestro esfuerzo por una naturaleza que no respondía sino a su propia voz, a su propio impulso y a su propio saber. Por otra parte, es evidente que Dios sugiere a los buenos buenas decisiones, con las cuales a la vez que procuran beneficios a otros, resultan al cabo beneficiados ellos mismos también. Y esto ocurrió en el caso de Petronio.

[64] La provincia romana de Asia abarcaba aproximadamente la actual península de Anatolia.

246. ¿Cuáles fueron, pues, sus decisiones? No urgiría a los constructores de la estatua sino los persuadiría para que la ejecutasen con acabada técnica y procurasen en la medida de lo posible no pasar por alto los modelos de más renombre, tomándose para ello un plazo lo suficientemente largo de tiempo, pues, si las obras hechas con improvisación insumen generalmente corto tiempo, largo es el que requieren las ejecutadas con esfuerzo y conocimiento.

247. En cuanto a la embajada pedida, dijo que no daba su consentimiento, ya que hacerlo era peligroso. No se opondría a los que quisieran apelar por el asunto ante el soberano y señor de todos, pero ni expresaba su acuerdo con la multitud ni se lo negaba, ya que una y otra cosa encerraba riesgos.

248. Enviaría una carta a Cayo, en la que nada diría contra los judíos ni expondría toda la verdad acerca de sus súplicas y peticiones; y atribuiría la demora en la instalación de la estatua en parte a que la construcción requería un determinado plazo; y en parte a la estación, la que proporcionaba argumentos de peso para la dilación, tan razonables que el mismo Cayo no sólo podía sino debía admitir.

249. En efecto, el fruto del trigo y de los demás sembrados estaba en plena madurez, y él temía que los judíos, desesperados a causa de sus instituciones patrias, y despreciando la vida, devastaran las tierras arables e incendiaran la zona productiva de las colinas y las llanuras. Necesitaba, por lo tanto, estar vigilante para un mayor control de la recolección de los frutos, no sólo de los sembrados sino también de los que produce la tierra con árboles.

250. Tenía noticia de que Cayo estaba determinado a viajar por mar hasta Alejandría en Egipto, pero un gobernante de su jerarquía no podía avenirse a realizar el viaje por alta mar a causa de los peligros y del gran número de barcos de escolta, así como de las atenciones debidas a su persona; cosas todas ellas que resultarían fáciles si hacía la travesía siguiendo la ruta en círculo a lo largo de Asia y Siria.

251. De ese modo podría cada día navegar y descender a tierra, y, sobre todo, llevar consigo el mayor número de naves, no mercantes, sino de guerra, para las cuales es más apropiada la navegación costera, como para las de carga lo es la travesía por alta mar.

252. Sería, pues, necesario que en todas las ciudades de Siria hubiera buen acopio de forraje para los animales, y alimentos en abundancia, muy especialmente en las de la costa. Una inmensa multitud llegaría por tierra y por mar procedentes no sólo de Roma y de Italia sino también de los siguientes territorios bajo el dominio de Roma hasta Siria; multitud compuesta en parte por altos funcionarios, en parte por los soldados de caballería e infantería y los marineros, y en parte por servidores no menores en número que los soldados.

253. Además, las provisiones no debían ser calculadas para satisfacer las necesidades exclusivamente, sino también para la ilimitada abundancia que Cayo exigía. Si leyere esta carta, pensaba, es probable que, además de no encolerizarse, apruebe nuestra previsión, en la creencia de que el aplazamiento se debe, no a deferencia hacia los judíos, sino a la recolección de la cosecha.

254. XXXIV. Habiendo aprobado su proyecto sus asesores, mandó que se redactase la carta, y escogió para llevarla a hombres ágiles y habituados, de los que hacen cortos altos en las marchas. Éstos a su llegada entregaron la carta, pero Cayo, antes de concluir su lectura, encendíase ya en cólera, y se llenaba de irritación al irse enterando de cada punto.

255. Cuando acabó de leerla, golpeó las manos diciendo: "Bien, Petronio; no has aprendido a escuchar a un emperador. Los sucesivos mandos te han llenado de engreimiento. Hasta ahora me parece que ni de oídas conoces a Cayo; no tardarás en conocerlo por propia experiencia.

256. Te tomas interés por las instituciones de los judíos, una nación que es mi mayor enemiga; y haces caso omiso de las soberanas prescripciones de tu emperador. Temiste a la multitud. ¿Qué, no contabas acaso con las fuerzas militares que son el terror de las naciones del este y de sus dominadores los partos? Pero sentiste compasión.

257. ¿Entonces, hiciste más caso a la compasión que a Cayo? Utiliza la cosecha como excusa, que pronto esa excusa de nada te valdrá, cuando le toque el turno a tu cabeza.[65] Échales la culpa a la recolección de frutos y a los preparativos para nuestra llegada. Aunque una total escasez llegara a darse en Judea, ¿no están, acaso, los países vecinos, tan extensos y tan prósperos, capaces de proporcionar lo necesario y de compensar la escasez de uno solo?

[65] Literalmente: pues pronto tú mismo recibirás en tu cabeza la cosecha a la que no le valdrá

pretexto alguno.

258. Pero, ¿por qué no aguardo hasta poner manos a la obra? ¿Por qué ha de enterarse nadie de mis propósitos? Que él mismo que ha de cosechar la recompensa sea el primero en conocerlos a través de su propia experiencia. No diré ya palabra sobre el asunto, pero no dejaré de pensar en él."

249. Y habiendo dejado transcurrir un corto tiempo, dictó la respuesta a Petronio a uno de sus secretarios, alabándolo aparentemente por su previsión y por su cuidadoso examen de las necesidades futuras. Es que Cayo temía a los que ejercían mandos, pues veía que contaban con los recursos necesarios para una rebelión; en especial, a los que tenían bajo su mando las grandes provincias y los grandes acantonamientos de tropas, como eran los de Siria, junto al Eufrates.[66]

[66] Las tres grandes concentraciones de tropas durante el alto imperio eran el ejército del Rin, el del Danubio y el de Oriente.

260. Y así, adulaba a Petronio en las expresiones de su carta a la espera de la ocasión propicia, y disimulaba su rencor aunque la ira lo dominaba. Finalmente, acabó su carta con la orden de que no se ocupara de otra cosa que de apresurar la instalación de la estatua, puesto que la cosecha, es decir, la razón, verdadera o verosímil, invocada por él podía estar ya recogida para esas fechas.

261. XXXV. Poco después se presentaba el rey Agripa para testimoniar sus respetos a Cayo, según era costumbre. Nada sabía en absoluto del contenido de la carta de Petronio ni del de las que antes y después había enviado Cayo a este. Pero, conjeturando por sus movimientos descompuestos y por la alteración de sus miradas que la cólera ardía en su interior, se examinaba y escudriñaba dentro de sí aplicando su razonamiento en todas direcciones y a todas las posibilidades pequeñas y grandes para ver si había hecho o dicho algo indebido.

262. Pero, como no hallaba absolutamente nada, dedujo lo que cabía suponer, que la ira de Cayo la habían provocado otros. Pero, cuando lo vio una vez más mirándolo de reojo, con los ojos puestos en ningún otro de los presentes sino en él solamente, el temor hizo presa de él, y, aunque muchas veces pensó preguntar, se contuvo haciéndose la siguiente reflexión: "Quizá haga recaer sobre mí la amenaza que pesa sobre otros, si doy lugar a que se me impute falta de discreción, precipitación o atrevimiento."

263. Pero Cayo, que era hábil para descubrir por lo manifiesto en el semblante los ocultos pensamientos y sentimientos de un hombre, observando la consternación y el embarazo de Agripa, le dijo: "¿No sabes qué pensar, Agripa? Yo pondré fin a tu incertidumbre.

264. ¿Tanto tiempo has pasado en mi compañía y no has aprendido que no sólo con la voz sino también con los ojos, en igual o mayor medida, me expreso cuando hago cada una de mis indicaciones?

265. Tus nobles y excelentes compatriotas, los únicos de todo el género humano que no reconocen como dios a Cayo, hasta tienen ahora deseos de morir, según parece, lanzados a la rebelión. Habiendo ordenado yo que se erigiese una estatua de Zeus en el templo se han congregado en su totalidad y han partido de la ciudad y del país con el pretexto de elevar una petición, pero en realidad para contradecir mis órdenes."

266. Estaba a punto de agregar otros cargos, pero Agripa, bajo los efectos de la angustia, cambiaba toda clase de colores volviéndose en un mismo momento rojo como sangre, amarillento y lívido.

267. Y ya desde la cabeza hasta los pies recorríalo un escalofrío, y un temblor y sacudimiento agitaba todas sus partes y miembros. Distendidos y relajados los nervios de su cuerpo, sentía que se desplomaba, y finalmente, ya sin control, hubiera caído en tierra si uno de los presentes no lo hubiera sostenido. Habiéndose dado orden de conducirlo a su residencia, lo trasladaron completamente inconsciente bajo los efectos del letargo causado por el cúmulo de males que se habían precipitado sobre él.

268. A resultas de esto Cayo se había exasperado aún más, aumentando su odio contra nuestra nación. "Si Agripa," decíase, "que es el más íntimo y dilecto de mis amigos y *está* ligado a mí por tan grandes beneficios, vive tan sujeto a sus costumbres que no puede soportar siquiera oír hablar contra ellas y casi muere de desfallecimiento, ¿qué debo esperar de los otros, sobre los que no obra ninguna fuerza que los incline a hacer lo contrario?"

269. En cuanto a Agripa, dominado por un profundo letargo durante el primer día y la mayor parte del siguiente, no tenía noción de lo que sucedía; pero al atardecer levantó la cabeza, abrió dificultosamente un poco sus cansados ojos, y a través de borrosas y confusas imágenes fue comparando a los que lo rodeaban, sin poder distinguir todavía con precisión las formas de cada uno.

270. Tornó nuevamente a sumirse en el sueño y permaneció tranquilo en condiciones más saludables que las de la víspera, según podía conjeturarse por su respiración y el estado de su cuerpo.

271. Al día siguiente se levantó y preguntó: "¿Dónde me encuentro ahora? ¿Acaso ante Cayo? ¿Está presente también mi señor?" Los otros le respondieron: "Anímate; te encuentras en tu residencia;

(272.) Cayo no está presente. Has tenido un buen descanso desde que te sobrevino el sueño. Pero date vuelta, yérguete, apoya tu codo y reconoce a los que están contigo. Son todos de tu gente, los amigos, libertos y servidores que más te estiman y que son más estimados por ti."

273. Agripa, que comenzaba a recobrar sus sentidos, observaba las muestras de adhesión de cada uno; y, cuando los médicos ordenaron a la mayoría de ellos abandonar el lugar para poder ellos restablecer al paciente mediante ungüentos y el alimento apropiado, dijo:

(274.) "¡Vaya preocupación la vuestra de buscarme una más cuidada dieta! ¿Es que no me basta, desdichado de mí, reparar el hambre consumiendo simplemente los alimentos necesarios, calculados detenidamente para evitar gastos innecesarios? Y ni aun estos aceptaría, a no mediar una postrera ayuda que mi mente sueña con proporcionar a nuestra desventurada nación."

275. Y bañado en lágrimas, ingirió forzadamente algún alimento, sin agregarle condimento alguno, y rechazando la bebida mezclada que le fue ofrecida, para probar simplemente un poco de agua. 275. "Mi mísero estómago ha recibido totalmente el pago de la deuda que reclamaba," dijo. "¿Qué me resta ahora sino elevar a Cayo mi petición acerca de la situación presente?"

276. XXXVI. Y tomando una tablilla, escribió lo siguiente: "El temor y una reverente vergüenza me han impedido elevarte mi petición cara a cara contigo, oh señor; pues el temor me inhibe de afrontar la amenaza y la reverencia me amilana ante la grandeza de la dignidad que te circunda. Pero este escrito, que te presento en vez de la rama de olivo de los suplicantes, te pondrá al tanto de mi petición.

277. A todos los hombres, oh emperador, la naturaleza los ha dotado de apasionado amor hacia su tierra natal y de una alta estima por sus propias leyes. Ninguna necesidad tienes de adoctrinamiento sobre estas cosas tú, que amas ardientemente tu ciudad natal y sientes una profunda estima por las costumbres de tus antepasados. Cada pueblo está convencido de la excelencia de las propias instituciones, aun cuando no fueren de verdad excelentes. Es que, más que con la razón, las juzgan con la pasión que su predisposición favorable hacia ellas engendra.

278. Soy, como bien sabes, judío de nacimiento, y mi ciudad natal es Jerusalén, en la que está situado el sagrado templo del altísimo Dios. Heredé la realeza de mis abuelos y antepasados, los más de los cuales recibieron la dignidad de sumos sacerdotes, y tuvieron la realeza por condición inferior al sumo sacerdocio, considerando qué en la medida en que el poder de Dios aventaja al de los hombres, aventaja también el sumo sacerdocio a la realeza, por cuanto esta consiste en velar por los hombres, en tanto que aquel consiste en servir a Dios.

279. Puesto que me ha cabido pertenecer a esta nación, a esta ciudad y a este templo, te elevo mi súplica por todos ellos. Por la nación, para que no siga soportando una reputación que es contraria a la verdad, puesto que desde un principio ella ha manifestado las más piadosas y santas disposiciones hacia toda tu estirpe.

280. Porque en todas aquellas cosas en las que la piedad le es prescripta y permitida de acuerdo con sus leyes, a ninguno de los pueblos ni de Asia ni de Europa cede en absoluto, así en plegarias, como en la erección de monumentos votivos, como en el número de los sacrificios, no sólo en aquellos que se ofrecen durante las públicas festividades, sino también en los permanentes, en que cada día se pone de manifiesto la piedad, no tanto a través de la boca y la lengua, cuanto a través de las invisibles intenciones del alma de quienes no expresan en alta voz su amor por su cesar, pero lo aman de verdad.

281. En lo que a la ciudad santa respecta, preciso es que diga lo que me corresponde decir. Ella, como dije, es mi ciudad natal; y es la ciudad madre no sólo de un único país, Judea, sino también de la mayor parte de los restantes a causa de las colonias que en distintas épocas ha enviado a los países vecinos, Egipto, Fenicia, Siria, la llamada Celesiria y la otra; a las regiones que se extienden más lejos, Panfilia, Cilicia y la mayor parte de Asia hasta Bitinia y las partes más remotas del Ponto; así como también a Europa, a Tesalia, Beocia, Macedonia, Etolia, Ática, Argos, Corinto y la mayor y mejor parte del Peloponeso.

282. Y no sólo están llenos de colonias judías los continentes, sino también las más célebres de las islas: Eubea, Chipre y Creta. Y nada digo de los países de más allá del Eufrates, porque, con excepción de una pequeña parte, todas, Babilonia y de las restantes satrapías las que encierran en sus límites tierras fértiles, tienen habitantes judíos.

283. Por lo tanto, si mi ciudad natal alcanzare tu benevolencia, el beneficio se extenderá no a una sola ciudad sino también a otras innumerables situadas en cada región del mundo

habitado, en Europa, en Asia, en Libia, en los continentes, en las islas, en las costas y en las tierras interiores.

284. A la grandeza de tan inmensa fortuna como es la tuya corresponde beneficiar a otras innumerables ciudades beneficiando a una sola, a fin de que a través de todo el mundo habitado se ensalce tu gloria y resuenen alabanzas en tu honor mezcladas con expresiones de gratitud.

285. Tú has considerado que merecía la ciudadanía romana la totalidad de la población de los países de origen de algunos de tus amigos, y los poco antes esclavos se convirtieron en señores de otros. El placer que experimentaron aquellos en atención a los cuales se concretó la ventaja concedida fue igual o mayor aún que el de los que gozaron de ella.

286. En cuanto a mí, soy del número de los que saben que tienen un amo y señor, pero, a la vez, han sido elegidos para ocupar un lugar entre sus amigos; en dignidad soy inferior a unos pocos; en lealtad no lo soy a ninguno, y podría decir que soy el primero.

287. Por ser, pues, quien soy, y por la inmensa cantidad de beneficios con que me has enriquecido, podría haberme quizá atrevido a pedir yo también para mi tierra natal, si no la ciudadanía romana, al menos la liberación o exención de tributos; pero no he osado pedir tal cosa. Te pido, en cambio, el menos gravoso de los dones, una gracia que ningún perjuicio significará para ti conceder, y que para mi ciudad natal es la más provechosa que puede recibir. Porque, ¿qué mayor bien puede haber para los súbditos que la benevolencia del soberano?

288. Jerusalén fue, oh emperador, la primera ciudad donde se hizo pública la noticia de tu muy ansiada sucesión, y desde la ciudad santa la nueva recorrió los continentes en ambas direcciones; razón por la cual resulta ser merecedora del primer lugar en tu estima.

289. Porque, así como en el seno de las familias son los hijos mayores los que alcanzan una posición privilegiada en mérito a que fueron los primeros en dar a sus primogénitos los nombres de padre y madre, de la misma manera, pues esta fue la primera ciudad entre las del este en saludarte como emperador, merece ella alcanzar mayores beneficios que las otras, o, si no, iguales al menos.

290. Después de cuanto he dicho en defensa de mi ciudad natal, y de mi súplica por ella, paso finalmente a mi petición en favor del temple. Este templo, soberano Cayo, jamás desde sus orígenes ha admitido figura alguna construida por la mano del hombre, puesto que es el santuario del verdadero Dios. Las obras de los pintores y modeladores son representaciones de los dioses sensibles; y a nuestros antepasados les pareció cosa impía pintar o modelar una representación del Invisible.

291. Agripa,[67] tu abuelo, honró el templo visitándolo, y lo mismo hizo Augusto mediante cartas en las que ordenaba que se enviasen allí las primicias desde todas partes, y mediante la institución del sacrificio perpetuo. También tu bisabuela...[68] 292. Por lo tanto, ningún griego ni no griego ni sátrapa ni rey ni enemigo implacable ni sedición ni guerra ni captura ni saqueo ni otra cosa alguna de las que existen trajo aparejada una violación del templo de tal magnitud que se llegase a colocar en él una estatua, una imagen u otra obra cualquiera fabricada por la mano del hombre.[69]

[67] Marco Vipsanio Agripa, brazo derecho de Octavio durante sus luchas por la conquista del

poder y colega más tarde en el principado. Fue el segundo esposo de Julia, la hija de Augusto. Agripina, la esposa de Germánico y madre de Cayo, fue hija de este matrimonio.
[68] Se supone que aquí faltan algunas palabras o líneas en los manuscritos. Con el nombre de Julia Augusta se refiere en realidad Filón a Livia Drusila, segunda esposa de Augusto, la que de su anterior matrimonio con Tiberio Claudio Nerón había tenido dos hijos: el futuro cesar Tiberio y Druso, padre de Germánico.
[69] El primitivo templo de Jerusalén, construido por Salomón entre 957 y 954, fue destruido por los babilonios en 587. Su reconstrucción tuvo lugar a fines del siglo VI al retornar muchos judíos de Babilonia a Judá. Posteriormente, en diciembre He 167, Antíoco IV Epífanes de Siria lo profanó introduciendo un altar dedicado a Zeus y probablemente una estatua de este Dios, al que se rindió culto en el sagrado recinto. Tres años más tarde en plena rebelión macabea dicho altar fue demolido por los hebreos y se retornó al culto de Yahvé. Herodes el Grande procedió entre los años 20 y 13 a la reconstrucción y ampliación del edificio, que por entonces se hallaba muy deteriorado. A este edificio se refiere Filón cuando niega que haya habido una profanación semejante a la proyectada por Cayo.

293. Es que, aunque sintieran hostilidad y desafecto hacia los habitantes del país, con todo, un sentimiento de reverencia o temor les impedía poner fin a ninguna de las normas respetadas desde un principio para honra del Hacedor y Padre de todas las cosas, porque sabían que de estas y otras actitudes semejantes nacen las irremediables calamidades de los males enviados por la Divinidad. Por tal motivo se cuidaban de esparcir la impía simiente, temerosos de verse obligados a cosechar los frutos portadores de la ruina total.

294. XXXVII. ¿Pero por qué invocar el testimonio de extranjeros, cuando puedo presentarte el de muchos hombres muy allegados a ti? Por ejemplo, Marco Agripa, tu abuelo por línea materna, que estuvo en Judea cuando reinaba en el país mi abuelo Herodes, consideró conveniente viajar desde la costa hasta la ciudad capital, situada en medio del territorio.

295. Y cuando contempló el templo, los ornamentos de los sacerdotes y la devoción de los habitantes del país, llenóse de admiración considerando que acababa de ver un caso de veneración fuera de lo común y superior a toda ponderación. Su comentario ante los amigos que entonces lo acompañaban no fue otra cosa sino una alabanza del templo y de todo lo perteneciente a él.

296. Y así, durante los días que pasó en la ciudad por cortesía hacia Herodes, visitaba el sagrado recinto deleitándose con la contemplación del edificio, de los sacrificios, del ordenado ritual de las sagradas ceremonias y del majestuoso aspecto del sumo sacerdote cuando vestía el sagrado ropaje y presidía las prácticas rituales.

297. Luego de embellecer el templo con cuantas ofrendas le estaban permitidas, y de beneficiar a los habitantes agraciándolos con cuanto no redundara en su daño, y tras haber augurado toda suerte de bienes a Herodes, y recibido infinitos buenos augurios, fue escoltado hasta los puertos, no por una ciudad solamente, sino por todo el país, cubierto de hojas y flores que testimoniaban ía admiración por su piedad.

298. ¿Y qué decir de tu otro abuelo, Tiberio César? ¿No es evidente que adoptó la misma línea de conducta? Por de pronto, en los veintitrés años que fue emperador veló por el respetuoso culto que dentro del templo se rendía a Dios por tradición inmemorial, sin suprimir ni alterar parte alguna.

299. XXXVIII. Puedo traer a colación un gesto suyo que también pone de manifiesto lo liberal de su espíritu. Innumerables fueron los infortunios que experimenté cuando él vivía;[70] pero la verdad es digna de amor y tú la tienes en alta estima. Uno de sus lugartenientes fue Pilato, a quien se designó para gobernador de Judea.[71] Este, no tanto por honrar a Tiberio cuanto por apesadumbrar a la multitud, dedicó en los palacios de Herodes, dentro de la ciudad santa, unos escudos chapados en oro, los que no llevaban dibujo alguno ni ninguna otra cosa de las prohibidas por nuestras leyes, excepto cierta lamentable inscripción que expresaba dos cosas: el nombre del autor de la dedicatoria y el de aquel a quien estaba dedicada.

[70] En el año 36 Agripa marchó a Roma, donde trabó íntima amistad con Cayo y supo granjearse las simpatías de Tiberio. Sin embargo, una imprudente observación sobre el ya anciano Tiberio le significó la cárcel, donde permaneció hasta la muerte del cesar varios meses después. Ver Flavio Josefo, Guerra de los judíos II, 9.

[71] Poncio Pilato, procurador de Judea y Samaría desde 26 a 36.

300. Pero, cuando la multitud tuvo noticias del asunto, el que ya había cobrado estado público, llevando a su frente a los cuatro hijos del rey, que no eran ni en dignidad ni en fortuna inferiores a reyes;[72] a sus restantes descendientes y a las personas de autoridad entre ellos, rogaron a Pilato que rectificase la violación de las tradiciones que suponían esos escudos; y que no innovase en las ancestrales costumbres, conservadas sin alteración por reyes y emperadores durante todas las precedentes edades.

[72] Ver Flavio Josefo, *Guerra de los judíos* II, 168 y ss.

301. Habiéndose opuesto él firmemente, pues era inflexible por naturaleza y de una terca arrogancia, gritáronle ellos: 'No provoques una sedición, no des lugar a una guerra, no destruyas la paz. No redunda en honra del emperador el deshonrar antiguas leyes. No tomes a Tiberio como pretexto para ultrajar a nuestra nación, que él no desea anular ninguna de nuestras costumbres. Si sostienes lo contrario, muestra una orden suya, una carta o algo análogo, para que cesemos de importunarte y elijamos delegados que eleven nuestra petición a nuestro soberano'.

302. Esto último lo exasperó de un modo especial, pues temía que, si la embajada se concretaba, expondrían también el resto de su conducta en el gobierno, describiendo su venalidad, sus insolencias, sus pillajes, sus ultrajes, sus atropellos, sus constantes ejecuciones sin juicio previo, su incesante y penosísima crueldad.

303. Siendo, pues, hombre rencoroso y colérico, se encontraba en difícil situación, pues ni se atrevía a anular lo que había sido dedicado, ni quería hacer cosa alguna que redundase en placer de sus gobernados; pero, al mismo tiempo, no ignoraba cuan rígido era Tiberio en estas cuestiones. Viendo esto, los dignatarios de los judíos, comprendiendo que estaba arrepentido por el hecho pero que no quería dar muestras de ello, escribieron a Tiberio una carta con muy vehementes súplicas.

304. Cuando éste la hubo leído, ¡vaya cosas que dijo sobre Pilato, vaya amenazas que profirió contra él! Hasta qué grado se puso furioso, aunque no era hombre de irritarse fácilmente, no hay por qué referirlo, pues los hechos hablan por sí solos.

305. En efecto, enseguida, sin aplazarlo para el día siguiente, le escribió una carta en la que lo censuraba duramente innumerables veces por la osadía de violar lo establecido, y mandábale descolgar los escudos inmediatamente y transportarlos desde la ciudad capital a Cesárea, la situada sobre el mar, llamada Augusta en memoria de su abuelo,[73] para que fueran colocados

en el templo de Augusto; cosa que se hizo. De ese modo se salvaguardaron ambas cosas: el honor debido al emperador y la norma seguida desde antiguo con respecto a nuestra ciudad.
[73] Esta Cesárea, situada en la costa palestina próxima a la frontera fenicia se distinguía de Cesárea de Filipo, situada fuera de Palestina, cerca del monto Hermón al norte del Mar de Galilea.

306. XXXIX. Pues bien, en aquella ocasión se trataba de unos escudos que no llevaban pintada representación alguna; ahora, de una colosal estatua. Además, entonces la dedicación tuvo lugar en la residencia de los gobernadores; la que está a punto de llevarse a cabo será, según dicen, en la parte más recóndita del templo, en el mismo santuario al que el sumo sacerdote entra una sola vez cada año, en el llamado día de ayuno, para ofrecer incienso y suplicar según los ritos tradicionales abundancia de bienes y prosperidad y paz para todos los hombres.

307. Y si alguno, no digo ya de los otros judíos en general, de los sacerdotes, y no de los de inferior jerarquía sino de aquellos que han alcanzado un grado inmediato al primero, penetra solo o en compañía de aquél; y es más: si el mismo sumo sacerdote entra dos días en un año, o tres o cuatro veces en el mismo día, sufre una muerte inapelable.

308. Hasta ese punto ha velado nuestro legislador por la preservación del santuario, queriendo que solo esa entre todas las partes del templo permaneciera inaccesible e intocada. ¿Cuántas muertes, pues, piensas que soportarán de buen grado los que comparten la santidad de esta prescripción, si llegaren a ver que la estatua es transportada allá? Yo creo que degollarán a sus familias enteras, con sus mujeres y sus hijos, y finalmente se inmolarán ellos mismos sobre los cadáveres de los suyos. Esto lo sabía Tiberio.

309. ¿Pero qué decir de tu bisabuelo, el más excelente de los emperadores que han existido hasta hoy, el primero que por sus méritos y buena fortuna fue llamado Augusto,[74] el que derramó la paz por todas las partes de la tierra y el mar hasta los confines del mundo
[74] O *venerable.* Título conferido por primera vez en la historia de Roma a un gobernante. Su connotación es marcadamente religiosa y significaba la atribución de una dignidad superior a los demás magistrados y íl género humano en general.

310. ¿Acaso, al oír por referencias la historia del templo y cómo en él no hay estatua alguna fabricada por la mano del hombre, ninguna representación visible de una Naturaleza invisible, no se maravilló y le tributó su homenaje? Es que no se había limitado a saborear superficialmente la filosofía, sino se había dado un progresivo banquete de ella y se regalaba casi a diario, por una parte, con el recuerdo de los conocimientos que su inteligencia había adquirido anteriormente y sobre los que recapacitaba; y por otra, con el renovado trato con los doctos cuya compañía frecuentaba, como que la mayor parte del tiempo de las reuniones durante las comidas lo dedicaba a los hombres de vasta preparación, a fin de que no sólo se nutriese el cuerpo, sino también el alma con los alimentos propios de ella.

311. XL. Aunque infinitos son los testimonios con que podría confirmarte cuáles fueron las intenciones de tu bisabuelo, me limitaré a dos. El primero lo constituye la carta que envió a los gobernadores de las provincias de Asia, cuando se enteró de que las sagradas primicias habían sido tratadas con desconsideración, con la orden de que sólo a los judíos les permitiesen reunirse en las sinagogas.

312. Decíales que esas reuniones no eran para excitarse con borracheras y promover

sediciones en detrimento de las ventajas de la paz; sino que constituían escuelas de templanza y justicia, a las que hombres que practicaban la virtud remitían las primicias anuales destinadas al ofrecimiento de sacrificios, para lo cual enviaban portadores de sagrados tributos al templo de Jerusalén.

313. Finalmente, ordenó que nadie pusiera obstáculos a los judíos ni cuando reunían sus contribuciones ni cuando enviaban sus delegados a Jerusalén de acuerdo con sus costumbres ancestrales. Esto, en efecto, aunque no lo estableció explícitamente, se desprende del contenido global de su mensaje.

314. Asimismo, movido por mi deseo de convencerte, someto a tu consideración, oh señor, una carta de Cayo Norbano Flaco en la que éste declara lo que César[75] le había escrito. La transcripción de la carta es como sigue.
[75] Por Augusto.

315. 'El procónsul Cayo Norbano Flaco a los magistrados de los efesios.[76] Me ha escrito César que los judíos, dondequiera que se hallaren, tienen por norma conforme a una costumbre antigua propia de ellos reunirse para contribuir con dinero, que envían a Jerusalén; y que no; desea él que se les impida hacerlo. Os escribo para que sepáis cuáles son las órdenes suyas al respecto'.
[76] Según Flavio Josefo, Antigüedades Judías XVI, 6, 3 y 6, la carta, escrita por Augusto a Norbano Flaco, precónsul de la provincia de Asia, iba dirigida, no a los efesios, sino a los habitantes de Sardes. En. cambio un reescrito de parecido tenor fue enviado por Marco Vipsanio Agripa a los efesios *(ibídem* 4).

316. ¿No es esto, oh emperador, clara prueba de la norma que César siguió en lo relativo a la honra debida a nuestro templo, vale decir, de que no quería que las concentraciones que los judíos llevan a cabo para la reunión de primicias y para las demás prácticas del culto, fueran suprimidas por aplicar al caso de ellos las normas generales relativas a reuniones?

317. Pero existe otro testimonio clarísimo, no inferior a éste, de los deseos de Augusto. En efecto, determinó él que cada día se ofreciesen, con el carácter de sacrificios perpetuos, holocaustos en honor del altísimo Dios pagados de su propio peculio;[77] los cuales se llevan a cabo hasta nuestros días. Dos corderos y un toro son las víctimas con las que César agregó lustre al altar, con pleno conocimiento de que ninguna estatua consagrada, ni visible ni oculta, había allí.
[77] Animación que no hace sino reiterar lo dicho en el parágrafo 157.

318. Es que tan gran soberano y, a la vez, filósofo no inferior a otro alguno había reflexionado íntimamente que es necesario que en ámbito de la tierra exista un lugar consagrado especial asignado al invisible Dios, que no contuviera imagen visible alguna y que nos procurara la participación en nobles esperanzas y el goce de bienes perfectos.

319. Con un preceptor tal en materia de piedad, también tu bisabuela Julia Augusta[78] contribuyó al ornato del templo mediante páteras de oro, copas para libaciones y una multitud de otras suntuosas ofrendas. ¿Qué es lo que la impulsaba también a ella, si no había ninguna estatua consagrada allí dentro? Porque la capacidad mental de las mujeres es por lo general más débil, siendo capaces de aprehender sólo las cosas sensibles; no así las de orden racional.
[78] Ver la nota 68.

320. Pero aquella, también en esto como en las demás cosas, aventajó a las de su sexo, llegando a adquirir una capacidad de discernimiento propia de hombres gracias a la pureza de su educación complementada por las dotes naturales y la ejercitación; y a tal punto esa capacidad se desarrolló en orden a la agudeza de visión, que captaba las cosas de orden racional mejor aún que las sensibles y consideraba que éstas son mera sombra de aquéllas.

321. XLI. Teniendo, pues, oh señor, tales modelos en la más humana de las dos normas de conducta, modelos todos ellos estrechísimamente vinculados a ti por lazos de parentesco, modelos de cuya simiente naciste, creciste y llegaste a tanta grandeza, conserva lo que también aquellos conservaron.

322. Por nuestras leyes interceden emperadores ante un emperador, Augustos ante un Augusto, antepasados ante su descendiente, muchos ante uno, los que te dicen más o menos lo siguiente: 'No destruyas instituciones que hasta hoy han sido salvaguardadas por decisión nuestra; porque, aun en el caso de que de la destrucción de ellas no se derivare una ruinosa consecuencia, con todo la incertidumbre que envuelve al futuro no puede dejar de causar aprehensión en alguna medida aun a los más valerosos, a menos que les tengan por completo sin cuidado las cosas Divinas'.

323. Si yo enumerara los beneficios que tú me has dispensado, me resultaría corto el día, aparte de que no es conveniente hacer del asunto central un mero apéndice de otro tema. Además, aunque yo nada diga, los hechos mismos lo proclaman haciendo escuchar su clara voz.

324. Tú me liberaste cuando estaba encadenado con grillos de hierro.[79] ¿Quién no lo sabe? Pero no me engrilles con cadenas más pesadas aún, oh emperador; porque las entonces desatadas ceñían una parte de mi cuerpo, en tanto que las que ahora me amenazan son cadenas del alma y habrán de oprimirla en todas y cada una de sus partes.

[79] Ver la nota 70.

325. Tú alejaste de mí el siempre amenazante terror de la muerte, y cuando estaba muerto bajo los efectos del temor reavivaste en mí el fuego de la vida y me reanimaste cual si hubiera nacido de nuevo. Conserva ese favor tuyo, oh emperador, a fin de que tu Agripa no sea despojado de la vida, puesto que, si no, se creerá que mi conservación se debió, más que al propósito de salvarme, a la intención de que experimentara un fin más notorio aún al ser víctima de una desgracia más penosa.

326. El mayor y más afortunado patrimonio que existe entre los hombres, me lo procuraste tú; un reino formado en los -primeros tiempos por una sola región, pero más tarde también por otra mayor pues le agregaste la llamada Traconítide y la Galilea.[80] Tras haberme agraciado con bienes sobreabundantes, no me prives de los necesarios, oh señor; ni, tras haberme elevado desde un principio hasta la más radiante claridad, me precipites en las tinieblas más profundas.

[80] Ver *Flaco,* nota 16.

327. Yo renuncio a esos esplendores; no pido conservar mi buena fortuna de hace poco; todo lo cedo a cambio de una sola cosa: que no menoscabes nuestras instituciones ancestrales. Porque, ¿en qué vendría a parar mi reputación ante los de mi pueblo o ante los restantes hombres? Me veo forzado a escoger entre dos cosas: o ser tenido por traidor a los míos, o no ser considerado ya uno de tus amigos como antes. ¿Y qué mal me podría sobrevenir peor que

estos dos?

328. Porque, si continúo siendo contado en el número de tus amigos, soportaré la fama de traidor; a menos que mi país natal se conserve libre de todo mal y nuestro templo intacto, ya que vosotros los grandes gobernantes salvaguardáis los intereses de vuestros amigos y de los que han hecho de las manifestaciones de vuestro poder absoluto su refugio.

329. Pero, si tu mente cobija algún designio hostil contra mí, no me encarceles, como hizo Tiberio; desecha la idea de una futura prisión y manda de inmediato que deje esta vida. Porque, ¿qué valor tendrá para mí la vida en ese caso; si para mí la única esperanza de salvación reposa en tu bondad para conmigo?"

330. XLII. Después de escribir y sellar la carta, se la envió a Cayo, y, encerrándose en su residencia, permaneció en ella dominado por la angustia, lleno de turbación y sobremanera preocupado por el ulterior curso de los acontecimientos. Es que el peligro que se había precipitado sobre él no era pequeño; e incluía el destierro, la esclavitud y el completo despojo a los judíos, no sólo a los que habitaban la tierra santa sino también a los que residían en todas las regiones del mismo habitado.

331. Cayo recibió la carta, y a medida que leía cada una de sus reflexiones crecía paralelamente su mal humor ante el fracaso de su proyecto; pero, a la vez, cedía también ante los alegatos por la justicia y las súplicas; y mientras aprobaba a Agripa en unas cosas, en otras le hacía objeto de sus reproches.

332. Le tachaba de demasiado complaciente para con sus compatriotas, los únicos entre los hombres que se rebelaban y se oponían a su deificación; alabándolo, en cambio, por no disimular ni ocultar nada en su espíritu, lo cual, decía él, era una prueba de lo muy elevado y noble de su carácter.

333. Y así, aplacado según todas las apariencias, consideró que correspondía enviar a Agripa respuestas bastante amables, concediéndole lo fundamental y más importante, vale decir, que no se llevaría a cabo la erección de la estatua. Además, mandó escribir a Publio Petronio, el gobernador de Siria, que ya no hiciera innovación alguna en el templo de los judíos en contra de lo establecido por la tradición.

334. Sin embargo, al conceder esta gracia, no lo hizo sin agregados sino mezclándola con un gravísimo motivo de alarma. Agregaba, en efecto, que, si al querer personas residentes en nuestro país, con la sola excepción de su capital, y en los países vecinos erigir altares, templos, imágenes o estatuas, se les pusiera trabas, Petronio debía castigar de inmediato a los obstructores o enviárselos a él.

335. Esto no era otra cosa que el punto de partida de sediciones y de conflictos intestinos, y una manera indirecta de anular la ventaja que directamente parecía haber concedido. Cabía esperar, en efecto, que los unos por sus predisposiciones hostiles hacia los judíos más que por un sentimiento de veneración hacia Cayo, llenarían todo el país de tales instalaciones; en tanto que los otros, al ver con sus propios ojos la ruina de sus instituciones ancestrales, no lo tolerarían, aun cuando fueran los más mansos de todos los hombres; y entonces Cayo, aplicando un castigo mayor que otro alguno a quienes habían sido provocados a la violencia, mandaría de nuevo que se erigiese su estatua en nuestro templo.

336. Pero, gracias a la providencia y solícita protección de Dios, que controla y preside con su justicia todas las cosas, ni uno solo de nuestros vecinos llevó a cabo provocación alguna a la violencia; de modo que no tuvo lugar ninguna situación que trajera aparejada, no ya una moderada censura sino una calamidad irremediable.

337. Pero, ¿de qué valió eso?, cabría decir. Porque, si aquéllos permanecieron tranquilos, no sucedió lo mismo con Cayo. Arrepentido ya de su concesión y renovada en él la pretensión de poco antes, dispuso que fuese construida en Roma una estatua colosal de bronce chapeada en oro. La que estaba en Sidón ya no trató de cambiarla de lugar, para no alborotar con su traslado a la multitud, pero su intención era hacer transportar la otra secretamente y con mucha precaución en naves, y erigirla de improviso, sin que lo advirtiese la mayoría de la gente, sin dar lugar a perturbación ni despertar sospecha.

338. XLIII. Esto se disponía a hacerlo durante el trayecto junto a la costa con ocasión de su viaje a Egipto. Sentía un apasionado e inefable amor por Alejandría, y ansiaba de todo corazón visitarla para permanecer, una vez llegado, muchísimo tiempo en ella, porque consideraba que esta ciudad se destacaba de las otras en que había dado origen a la apoteosis con la que él soñaba; y que haría propagar esa idea pues se trataba de la ciudad más grande y mejor situada del mundo habitado y por ello resultaba ser un modelo para las demás en cuanto a su adoración, ya que tanto los hombres individualmente como las poblaciones enteras, si son de condición inferior, procuran imitar a los hombres y las poblaciones que les son superiores.

339. Como en este caso en todos los otros [81] era Cayo indigno de confianza por naturaleza al punto de que, aun cuando realizaba algo bueno, enseguida se arrepentía y buscaba alguna manera de anular lo hecho- causando alguna aflicción y daño mayor.
[81] Continúa la descripción de Cayo, ahora a manera de resumen.

340. He aquí un ejemplo. Después de haber liberado a ciertos prisioneros, los hizo encarcelar de nuevo sin dar razón alguna legítima, agobiándolos con una desgracia más dura aún que la primera, ya que se sumaba el desengaño.

341. En otra ocasión sentenció a destierro a otros, cuando ellos esperaban la muerte, no porque la conciencia les reprochara haber cometido actos dignos de la pena capital o, en general, de alguna otra penalidad más leve, sino porque no creían poder salvarse de ese castigo dada la inaudita crueldad de quien los juzgaba. El destierro les resultaba una inesperada ventaja, equivalente a una repatriación, pues consideraban que se habían librado del más extremo peligro para sus vidas.

342. Pero, no había pasado mucho tiempo, cuando, sin que mediara ninguna nueva circunstancia, envió a algunos de sus soldados e hizo que exterminaran totalmente a aquellos excelentes y nobilísimos varones, que vivían por entonces en las islas como si residieran en sus países natales, sobrellevando sus infortunios como si se tratase de la mejor de las suertes; con lo que causó un inesperado *y* por demás deplorable dolor a grandes familias de Roma.

343. Y si a algunos les daba dinero en obsequio, les reclamaba su devolución y no como si se tratase de dinero entregado a título de préstamo, exigiendo los intereses simples y compuestos, sino como si fuese el producto de un robo, con el consiguiente perjuicio para quienes lo habían tomado. Porque no bastaba con que los desventurados restituyesen las sumas dadas por él, sino además debían entregar como agregado todas las propiedades que habían heredado de sus padres, familiares y amigos, así como las que, habiendo escogido una

vida de rendidora actividad, habían adquirido ellos mismos por su propio esfuerzo.

344. Los altos personajes, que se preciaban de su elevada alcurnia, experimentaban daño con otro procedimiento, en el que él bajo la máscara de amistad se procuraba placer, pues sus visitas, continuas y desordenadas, les ocasionaban inmensos gastos; y otro tanto ocurría con sus banquetes, ya que gastaban todos sus recursos para la preparación de una sola comida, de modo que hasta contraían deudas. Tan grande era el derroche.

345. Y así, algunos procuraban verse libres de los favores dispensados por él, teniéndolos no ya por ventaja sino por un señuelo para atraparlos en una pérdida insoportable.

346. A todos afectaba esta tan grande anormalidad de su conducta, pero de un modo especial a la nación judía, a la que arrebató, movido por una profunda aversión, las sinagogas de todas las ciudades, comenzando por las de Alejandría, para llenarlas de imágenes y estatuas con su propia figura; ya que al permitir que otros lo hicieran era él virtualmente quien las erigía. En cuanto al templo de la ciudad santa, el único que permanecía intacto, respetándose su derecho a una completa inviolabilidad, llevaba camino de transformarlo y convertirlo en su propio santuario a fin de colocarlo bajo la advocación de Cayo, el nuevo Zeus hecho visible.

347. ¿Qué es lo que decías? [82] ¿Tú, siendo hombre, buscabas agregar a lo que poseías el éter y el cielo, no satisfecho con la multitud de tan grandes continentes, islas, naciones y regiones sobre los que habías asumido la soberanía? ¿Y Dios? ¿Juzgabas que no era merecedor de cosa alguna de las de este nuestro mundo, ni de un país, ni de una ciudad; y hasta te proponías arrebatarle este recinto tan pequeño consagrado a Él y santificado por oráculos y divinos mensajes; con el propósito de que en el inmenso ámbito de la tierra no quedara huella ni recuerdo alguno de la honra y reverencia debida al realmente existente verdadero Dios?

[82] En realidad, Filón, al enrostrar a Cayo por su manía, emplea el presente, como si Cayo y sus veleidades no fueran ya cosa del pasado cuando él escribía sobre estos sucesos. Me he permitido traducir por pasado, aun renunciando al recurso retórico de nuestro autor, por considerar que así la filípica resulta más acorde con la cronología de los hechos.

348. ¡Hermosas perspectivas, las que tú esbozabas para el género humano! ¿Ignorabas que estabas abriendo las fuentes de un compacto torrente de males al consumar esos hechos monstruosos y extraños, que no es lícito hacer ni concebir? [83]

[83] Reiter supone la existencia de una laguna aquí.

349. XLIV. Corresponde que recuerde también las cosas que hemos visto y oído cuando fuimos citados para tomar parte en la pugna por nuestra ciudadanía.[84] No bien hubimos entrado,[85] conocimos por la mirada y los movimientos de Cayo que no estábamos en presencia de un juez sino de un acusador, más hostil aún que los que estaban en la posición adversa a nosotros.

[84] Ver Flavio Josefo, Antigüedades Judías XVIII, 8, 1.

[83] Aquí retoma Filón el relato de la gestión ante Cayo, interrumpido en el parágrafo 197 para dar lugar a la narración del incidente provocado por el proyecto de erigir la estatua en el templo de Jerusalén.

350. Porque un juez hubiera hecho lo siguiente: se hubiera sentado acompañado de asesores seleccionados entre gente de valer, puesto que se trataba de examinar un caso de importancia suma, como que de él no se había dicho palabra en cuatrocientos años, y que ahora se llevaba por primera vez ante la justicia contra muchas miríadas de judíos alejandrinos. A uno y otro

lado se hubieran ubicado las partes contrarias y con ellas los encargados de presentar los alegatos; hubiera él escuchado sucesivamente la acusación y la defensa durante el tiempo. marcado por el reloj de agua; y, tras levantarse, hubiera deliberado con sus consejeros sobre qué veredicto se debía hacer público ajustado a la más estricta justicia. Pero lo que se hizo allí fue propio de un tirano implacable, que muestra amenazante su despótico ceño.

351. En vez de hacer cosa alguna de las que acabo de mencionar, mandó llamar a los cuidadores de los dos jardines de Mecenas y Lamia, próximos el uno al otro, y ambos a la ciudad, en los que se hallaba residiendo desde hacía tres o cuatro días. Allí, en efecto, se habría de poner en escena el drama forjado contra nuestra nación entera, y del que nosotros los presentes seríamos las víctimas inmediatas. Ordenó él a los cuidadores que abrieran completamente todas las residencias pues deseaba examinarlas cuidadosamente una por una.

352. Nosotros, cuando llegamos a su presencia, lo contemplados, inclinadas hacia tierra nuestras cabezas con todo respeto circunspección, y lo saludamos llamándolo emperador augusto. La dulzura y amabilidad con que respondió a nuestro saludo fue tan grande, que desesperamos, no sólo del éxito en nuestra gestión, sino también de conservar nuestras vidas.

353. Porque con sarcasmo y ademán insidioso nos dijo: "¿Sois vosotros los detestadores de la divinidad, los que no reconocéis que soy un dios; un dios reconocido ya por todos los otros pueblos, pero que vosotros os abstenéis de invocar como tal?" Y extendiendo las manos hacia el cielo, pronunció una invocación que no es lícito oír y cuyos términos sería impío reproducir.

354. ¡Cuan grande fue el placer de que se llenaron los embajadores de la facción contraria coligiendo que ya tenían asegurado el éxito ante la primera manifestación de Cayo! Gesticulaban, bailaban a coro y le aplicaban los nombres de todos los dioses.

355. XLV. Viendo su satisfacción ante esas salutaciones, que lo ponían por sobre la humana naturaleza, el virulento Isidoro dijo: "Aún mayor será tu aversión, oh señor, hacia esta gente aquí presente y contra los de su nación, si llegas a conocer su mala disposición e impiedad hacia ti. Ellos son los únicos que no se avinieron a ofrecer sacrificios en acción de gracias por tu conservación, no obstante que todos los hombres los ofrecían. Y cuando digo 'ellos', incluyo también a los demás judíos".

356. Nosotros exclamamos unánimemente: "Soberano Cayo, eso es una calumnia; porque nosotros hemos ofrecido sacrificios, y hecatombes incluso. Sólo que no derramamos la sangre sobre el altar ni llevamos las carnes a nuestras casas para regalarnos con un festín, como algunos acostumbran a hacer, y por el contrario, entregamos las víctimas para que fueran consumidas enteramente por el fuego sagrado; y los hemos ofrecido no una vez sino tres ya. La primera, cuando asumiste el poder; la segunda, cuando te recuperaste de aquella penosa enfermedad que todo el mundo habitado soportó contigo; y la tercera, por la esperanza de una victoria en Germania".[86]

[86] Cayo desbarató una conspiración en la Alta Gennania, encabezada por el general Cometió Léntulo Getúlico.

357. "Muy bien", replicó Cayo, "eso es verdad; habéis ofrecido sacrificios por mí; pero los habéis ofrecido a otro dios. ¿Y entonces, de qué vale? No es a mí a quien los habéis ofrecido". Un terror profundo, que se esparció por nuestro ser hasta hacerse visible exteriormente, hizo al punto presa de nosotros al oír esto, que se agregaba a su anterior manifestación.

358. Mientras hablaba, recorría las residencias inspeccionando las habitaciones de los hombres y las de las mujeres, las plantas, bajas y los pisos superiores, todo sin excepción, censurando* la defectuosa construcción en unos casos, y planeando refacciones en otros y ordenando obras más suntuosas.

359. Entretanto, nosotros avanzábamos siguiéndolo arriba y abajo, soportando la burla y las injurias de nuestros adversarios, como en las farsas teatrales. Y por cierto que el asunto era prácticamente una farsa teatral, en la que el juez había asumido el papel de acusador; y los acusadores el de falso juez que sola tiene presente su inquina y no la naturaleza de la verdad.

360. Cuando una persona sometida a juicio es acusada por un juez, y por un juez de la condición de éste, forzoso es callar, ya que, en cierto modo, también el silencio puede resultar una defensa; y ese era precisamente el caso nuestro, ya que nada podíamos replicar en las cuestiones que él investigaba y deseaba plantearnos, por cuanto nuestras costumbres y leyes nos frenaban la lengua y cerraban y cosían nuestros labios.

361. Después de dar algunas instrucciones acerca de las edificaciones aquellas, nos formuló una importantísima y solemne-pregunta: "¿Por qué rechazáis la carne de cerdo?" Ante esta pregunta estalló una vez más la risa de nuestros adversarios, en unos por el placer que aquélla les causó; en otros además-por una estudiada actitud tendiente a lisonjearlo dándole a entender que sus palabras les habían resultado una refinada broma dicha con gracia. Tan grande fue la risa, que algunos de los servidores que seguían a Cayo estaban indignados considerándola una falta de respeto para con el emperador, ante quien ni siquiera una risa moderada resulta cosa prudente en boca de los no muy allegados a él.

362. Nosotros respondimos: "Cada pueblo tiene sus propias y particulares normas, y. el uso de ciertas cosas nos está vedado a nosotros, y el de otras a nuestros opositores". Alguien dijo entonces: "Es cierto, como les pasa a muchos, que no comen cordero, aunque es muy fácil de obtener". A lo que Cayo agregó riéndose: "Y con razón, por cierto, ya que no es agradable".

363. Víctimas de tales burlas e injurias, nos sentíamos impotentes. Finalmente, tras largo compás de espera, cambiando de política, dijo Cayo: "Queremos saber cuáles son vuestros alegatos acerca de vuestra ciudadanía".

364. Nosotros comenzamos a hablar informándolo; pero él, habiendo paladeado nuestra defensa y comprendido que no era de despreciar, nos interrumpió antes de que presentásemos los alegatos de más peso, y se lanzó hacia la habitación más grande de la casa, y, tras haber dado una vuelta en derredor, ordenó que las ventanas de sus paredes fueran restauradas con piedras transparentes que, de manera análoga al vidrio blanco, no impiden el paso de la luz pero protegen del viento y el ardor del sol.

365. Luego, sin detener su marcha, nos preguntó con tono suave: "¿Qué decíais?" Y cuando comenzábamos a retomar el hilo de nuestra exposición, corrió nuevamente hacia otra habitación, en la que ordenó que colocaran pinturas originales.

366. Así, con nuestros alegatos desgarrados, interrumpidos, cortados en trozos y triturados cabría decir, desistiendo de proseguir pues carecíamos ya de fuerzas; y no esperando en todo ese tiempo otra cosa que la muerte, nuestras almas no estaban ya dentro de nosotros, y bajo el peso de la angustia habían salido fuera a suplicar al verdadero Dios que refrenara la cólera del

que falsamente se atribuía su nombre.

367. Y Dios, sintiendo piedad por nosotros, inclinó su corazón hacia la misericordia, y así, atemperándose y adoptando una más benigna disposición, dijo ni más ni menos que esto: "No me parecen hombres malvados sino, más bien, desdichados e insensatos, que no creen que me ha correspondido la naturaleza de un dios". Tras lo cual, se alejó ordenándonos que también nosotros nos fuéramos.

368. XLVI. Tal fue aquella combinación de teatro y prisión, no tribunal. Porque como en un teatro aquello había sido un cloqueo de silvadores, burladores y escarnecedores sin freno; como en una prisión había habido allí golpes soportados en nuestras entrañas, torturas, tensiones del alma toda en medio de las blasfemias contra Dios, y las amenazas que tan poderoso emperador lanzaba contra nosotros lleno de rencor, y no por algo que tuviera que ver con otro, que en tal caso fácilmente hubiera cambiado; sino por algo que le tocaba a él personalmente y a su deseo de ser deificado; deseo al que, según él, sólo los judíos no se adherían ni podían aprobar.

369. Aunque al cabo nos veíamos libres de todo esto, nos costaba recobrar el aliento; y no porque sintiéramos apego a la vida y nos llenara de terror la muerte; que con gusto hubiéramos preferida ésta, como si se tratara de la misma inmortalidad, si con ella hubiéramos de alcanzar la restauración de nuestras leyes; sino-porque sabíamos que el resultado sería el haber malgastado esfuerzos sin ningún provecho y con gran descrédito de nuestra parte; puesto que lo que los embajadores soportan, repercute sobre aquellos que los han enviado.

370. Por lo arriba referido podíamos levantar la cabeza hasta cierto punto, pero las demás circunstancias nos atemorizaban en medio de nuestra inquietud e incertidumbre acerca de lo que decidiría Cayo, qué dictamen haría conocer y en qué se fundaría su decisión. Porque, ¿había realmente escuchado nuestro alegato quien no había prestado la debida atención a determinados puntos del mismo? ¿No era, por otra parte, una penosa situación el que de los cinco embajadores que éramos nosotros estuviese pendiente la suerte-de todos los judíos de todas partes?

371. Porque, si Cayo se decidía en favor de nuestros adversarios, ¿qué otra ciudad se quedaría tranquila? ¿Quién se abstendría de atentar contra los; judíos de su vecindad? ¿Qué sinagoga se salvaría de sufrir atentados? ¿Qué derechos cívicos no les serían anulados a quienes ajustaban sus actos a las instituciones ancestrales de los judíos? Tanto sus peculiares instituciones como los derechos que compartían con otros en cada una de las ciudades quedarían anulados, naufragarían, se hundirían en el abismo.

372. Anegados bajo el torrente de tales consideraciones, nos hundíamos y nos sumergíamos en un mar profundo, como que hasta aquellos que hasta allí parecían brindarnos su apoyo, nos habían abandonado. Al menos, cuando fuimos llamados a la audiencia, ellos, que estaban dentro, no se quedaron, sino se marcharon furtivamente por temor, que bien conocían las ansias de ser reconocido como dios que sentía Cayo.

373. Queda, pues, expuesta sumariamente la causa de la aversión de Cayo hacia toda la nación judía. Pero también habremos de ocuparnos de cómo las cosas tomaron el rumbo opuesto.[87]

[87] Literalmente: *hemos de ocuparnos* (o *relatar) de la palinodia.* Por *palinodia* ha de entenderse algo así como *historia, opuesta* o *él reverso de la cosa.* Probablemente se refiere

Filón a un ulterior tratado, cuyo asunto sería el sangriento final de Cayo y las contramedidas adoptadas por Claudio a favor de los judíos, registradas en los dos edictos que se han conservado en Flavio Josefo, Antigüedades Judías XIX, 5. No sabemos si tal tratado se escribió o no, pero no ha llegado hasta nosotros ni es mencionado por autores antiguos que manejaron la obra de Filón.

OBRAS COMPLETAS DE

FILÓN DE ALEJANDRÍA



Traducción directa del griego, introducción y notas de

JOSÉ MARÍA TRIVIÑO
Catedrático de la Universidad Nacional de La Plata

Buenos Aires 1976

TOMO I

ÍNDICE

PREFACIO.......... 3

INTRODUCCIÓN 4
PROPÓSITOS DE ESTA INTRODUCCIÓN 4
TRASCENDENCIA DE LA OBRA FILONIANA 4
FILÓN Y SU ÉPOCA 5
EL CORPUS FILONIANO.......... 8
LISTA DE LOS TRATADOS 9
EL TEXTO BÍBLICO Y SU EMPLEO POR FILÓN 11
LA DEUDA INTELECTUAL DE FILÓN 12
EL MÉTODO ALEGÓRICO 16
LA COSMOVISIÓN FILONIANA 18
DIOS.......... 21
LOS INTERMEDIARIOS 22
EL LOGOS.......... 22
LOS OTROS INTERMEDIARIOS 23
LA SABIDURÍA (SOPHÍA) DIVINA 24
EL ESPÍRITU (PNEÜMA).......... 24
LAS POTENCIAS DIVINAS.......... 25
LOS ÁNGELES O MENSAJEROS 26
EL MUNDO DE LAS FORMAS EJEMPLARES (IDÉAI) 26
EL "HOMBRE DE DIOS" 27
EL MUNDO SENSIBLE Y LA CREATURA HUMANA 27
LAS METAS DE FILÓN Y LOS ALCANCES DE SU ÉTICA 29
ADVERTENCIAS SOBRE LA PRESENTE TRADUCCIÓN 31

BIBLIOGRAFÍA.......... 35

SOBRE LA CREACIÓN DEL MUNDO SEGUN MOISES (DE OPIFICIO MUNDI).......... 37

INTERPRETACIÓN ALEGORICA DE LAS LEYES SAGRADAS CONTENIDAS EN EL GÉNESIS II Y III (LEGUM ALLEGORIAE).......... 71
INTERPRETACIÓN ALEGÓRICA I 71
INTERPRETACIÓN ALEGÓRICA II 91
INTERPRETACIÓN ALEGÓRICA III.......... 110

SOBRE LOS QUERUBINES, LA ESPADA FLAMÍGERA Y CAÍN, PRIMER HOMBRE NACIDO DE HOMBRE (DE CHERUBIM).......... 155

SOBRE EL NACIMIENTO DE ABEL Y LOS SACRIFICIOS OFRECIDOS POR ÉL Y SU HERMANO CAÍN (DE SACRIFICIIS ABELIS ET CAINI) 177

SOBRE LAS HABITUALES INTRIGAS DE LO PEOR CONTRA LO MEJOR (GUOD DETERIUS POTIORI INSIDIARI SOLET) 203

PREFACIO

ACERVO CULTURAL incorpora hoy a su colección Valores en el tiempo las obras completas de Filón de Alejandría, traducidas directamente del griego aquellas que se han conservado en esa lengua, y del inglés las llegadas hasta nosotros solamente en una versión armenia.

Con esta publicación la dirección de la Editorial entiende que viene a llenar un sentido vacío, respondiendo a una urgente necesidad bibliográfica en el ámbito hispanohablante, ya que hasta el presente resultaba imposible la consulta o lectura de las obras del filósofo alejandrino en lengua española.

Dichas obras pertenecen a aquella parte del patrimonio intelectual de la humanidad caracterizada por su permanente vigencia y actualidad con que se ofrecen a la curiosidad y apetencia espiritual de las viejas y nuevas generaciones, pues concretan y compendian reflexiones y conclusiones que tienen como punto de partida las incógnitas que perpetuamente le plantean al ser humano la realidad y el misterio de la existencia, lo presente y la eternidad, las raíces y causas del universo, el maravilloso equilibrio que lo sustenta, y sobre todo el *factum humanum,* centro y eje de toda cosmovisión, el microcosmos individual, en torno del cual el pensamiento se proyecta en busca de respuestas que le permitan atisbar o develar la "verdad" cósmica.

Filón de Alejandría figura entre los cerebros privilegiados que en el curso de los milenios, acuciados por ansias torturantes de superar los estadios de la ignorancia, se empeñaron en descorrer el velo del misterio de la creación y la vida.

La filosofía del exégeta hebreo marca un hito de importancia suma en el desarrollo del pensamiento humano, al que aportó un cuerpo de ideas y doctrinas tendientes a fundamentar racionalmente las tradiciones religiosas de su pueblo trasvasándolas a los esquemas del pensamiento filosófico griego como obligado recurso para hacerlas comprensibles a sus contemporáneos.

Esta circunstancia nos permite aguardar con razonable optimismo una favorable acogida por parte del público lector para la erudita traducción que damos a luz. Ello compensará cumplidamente el ingente esfuerzo editorial que por su carácter, presentación y extensión la misma ha demandado.

La presente publicación será seguida por la de las obras completas de Baruj Spinoza —conmemorando los trescientos años de su muerte—, el filósofo del siglo XVII que analizó, dentro de los cánones metodológicos del más riguroso racionalismo, la esencia y los atributos de Dios como ser y como creador cuya sustancia permanece en su creación y la satura.

Acervo Cultural / Editores

INTRODUCCIÓN

PROPÓSITOS DE ESTA INTRODUCCIÓN

De su lectura será fácil colegir que la presente introducción va destinada más que a especialistas, al público lector en general, dentro del cual es de suponer que predominarán los interesados por una guía sencilla para abordar la lectura de Filón antes que en una erudita exposición acerca de la problemática por demás compleja y extensa de la obra filoniana, sobre la mayoría de cuyos puntos distan, por otra parte, de haberse puesto de acuerdo hasta el presente los estudiosos que se han venido ocupando de las numerosas cuestiones vinculadas a la crítica externa e interna del pensamiento del exégeta judío.

Ello me exime de intentar cualquier tipo de replanteos sobre los temas controvertidos, y las páginas que siguen se limitarán a tratar de facilitar al lector el acceso al texto y al mundo intelectual en el que se desenvuelven la dialéctica y la apologética de Filón. Tal información resultará sumamente útil, imprescindible diría, para quien por primera vez se aboca a familiarizarse con las ideas de este pensador, complicado, por momentos casi cabalístico, y siempre denso de sentidos que sólo examinados a la luz de los presupuestos ideológicos en que cobraron vida, de las particularidades metodológicas qué le sirvieron de carriles y de las circunstancias histórico-personales que los impregnaron de las improntas espirituales de su época, llegan a cobrar perfiles suficiente o aceptablemente claros para la intelección del lector corriente.

No estará de más advertir que, aún dentro de este propósito harto modesto, la cantidad y la calidad de la información están condicionadas por una decepcionante escasez de fuentes coetáneas relativas al autor judío, hecho que ha limitado las posibilidades de la crítica moderna casi al exclusivo empleo de la obra misma de Filón para dilucidar los múltiples problemas que ella encierra.

Tal es la penuria de otra documentación, que en determinados casos el orden resulta invertido y no sólo no hallamos testimonios ajenos que respalden nuestra comprensión del texto filoniano, sino que este texto es la única fuente para el conocimiento de datos tocantes a otros pensadores y escuelas, que conocemos gracias a su mención en la obra de Filón e ignoraríamos de otro modo totalmente.

Constreñida a manejarse con tan exiguo caudal de información externa es comprensible que la moderna erudición vea en muchos casos reducido el fruto de pacientes estudios a conjeturas, hipótesis y conclusiones que, aunque metódicamente fundadas, llevan el sello de lo verosímil antes que de lo seguro. En ese terreno, pues, nos moveremos también en este prólogo, al que su carácter no erudito lejos de evitarle las dificultades derivadas de las condiciones apuntadas, se las torna más engorrosas por cuanto la misma brevedad y simplicidad perseguidas reclaman enunciados sencillos y categóricos,, que, no siempre, como es obvio, será dable encontrar.

Consecuente, en fin, con el propósito de simplificar las cosas, ahorraré al lector la mención de fuentes en notas de pie de página, sin que ello involucre usurpación de ideas o datos, ya que la advertencia arriba expuesta de renunciar a todo replanteo de cuestiones equivale a manifestar que cuanto se diga en la presente introducción es material ya elaborado, al que, en todo caso, sólo he aportado una labor de selección de lo más interesante y accesible. Por otra parte, una bibliografía que contiene las publicaciones más importantes, servirá para orientar al lector hacia los trabajos más aconsejables para la ampliación de su información, y a la vez le permitirá conocer los autores y obras en que se apoyan muchas afirmaciones.

TRASCENDENCIA DE LA OBRA FILONIANA

Frente al general estrago que la *incuria temporum* ha causado en la mayor parte de las obras de los autores de la antigüedad clásica, reduciendo su legado a contadas reliquias de la inmensa creación literaria, religiosa, científica y filosófica de aquellos tiempos, sorprende el hecho de que el voluminoso corpus filoniano haya llegado casi intacto hasta nosotros.

La razón fundamental de esta conservación reside en el interés que el pensamiento de Filón despertó en los exégetas cristianos, que, desde los orígenes mismos de la fundamentación teológico-filosófica de la doctrina evangélica, hallaron en las obras del escritor judío una fuente inagotable de teorías y conceptos adaptables a las creencias básicas del cristianismo, no obstante las profundas diferencias que, por otra parte los separan. En vista de esta vinculación de la patrística con Filón, nada tiene de extraño que Eusebio de Cesárea sostuviera tres siglos después de su muerte que el autor hebreo había sido cristiano.

El interés por su obra no ha cesado de renovarse hasta nuestros días, especialmente porque el conocimiento de la exégesis filoniana es imprescindible para el estudio del pensamiento cristiano en su gestación inicial y en su posterior desarrollo, particularmente en autores como Ambrosio de Milán y los alejandrinos Clemente y Orígenes. Si bien estudios recientes han replanteado el problema de los alcances de esa influencia, cuestionando el grado de importancia que anteriormente se le atribuía especialmente en cuanto a la concepción del logos en el Evangelio de Juan, tal influencia es innegable y fue intensa especialmente en las orientaciones menos ortodoxas asumidas por ciertos apologistas y exégetas.

Desde mediados del siglo pasado, el interés primordial por la búsqueda de puntos de coincidencia entre la patrística y Filón ha cedido lugar a otras indagaciones, prácticamente marginadas hasta entonces, tales como las concernientes al origen del pensamiento filoniano, a sus conexiones con la exégesis judía coetánea tanto alejandrina como Palestina, en procura de determinar el grado de dependencia o de originalidad; y a la correcta ubicación de los préstamos tomados de la filosofía griega en el contexto de determinadas doctrinas y escuelas.

Asimismo numerosos pasajes de sus tratados han procurado a los historiadores de la filosofía antigua importantes noticias sobre puntos del pensamiento helénico no registrados o testimoniados muy imperfectamente en otras fuentes, por lo que también desde este punto de vista resulta provechoso y aun indispensable el manejo de las obras de Filón.

Finalmente, sus tratados de carácter histórico, gráfica evocación de sucesos de los que fue testigo y protagonista, interesan al historiador del Imperio Romano por cuanto documentan instancias dramáticas vividas por una de la ciudades más importantes de él durante el principado de Calígula.

Filón no resulta ser, ciertamente, un autor cuyas obras puedan atraer el interés del gran público, ya que la temática abordada en ellas no es precisamente de las que concentran el interés masivo en un mundo cuyas circunstancias vivenciales se hallan tan distantes de las que le confirieron actualidad hace casi dos mil años; ni el corpus de sus tratados se halla destinado a una lectura corrida y conjunta, pues el carácter de su contenido y la extensión tornan impracticable o por demás improbable esa posibilidad. Tampoco son ellos utilizables hoy como fuente apologética ni como documento de una doctrina filosófica original que justifique la atención de los especialistas. Pero las características y contenidos arriba apuntados y las demás que el lector advertirá a lo largo de esta introducción los convierten en una obra de consulta sumamente útil aun para el no especialista, y por supuesto, en una fuente indispensable para abordar el estudio del pensamiento antiguo y medieval.

FILÓN Y SU ÉPOCA

Las noticias biográficas sobre Filón se reducen a los escasos datos que él mismo desliza en ciertos pasajes de su obra, y a alguna mención de Josefo. Cronológicamente el único punto de referencia es su presidencia de la embajada enviada ante Calígula por los judíos alejandrinos

en el 40 d. C, cuando ya era de avanzada edad. Sobre esa base se calcula que debió de nacer hacia la penúltima década precristiana. Nos consta que pertenecía a una familia adinerada e influyente de Alejandría; que su hermano C. Julio Alejandro llegó a desempeñar el cargo de alabarca de esa ciudad, función cuya verdadera naturaleza ignoramos; y que un hijo de éste, Tiberio, Julio Alejandro, cediendo a la atracción que por entonces ejercía el pensamiento griego en el espíritu de no pocos jóvenes israelitas, abandonó la fe judía y abrazó las creencias paganas, convirtiéndose en entusiasta cultor de las doctrinas filosóficas griegas contrarias a la fe de sus mayores. Del contenido y extensión de las obras de Filón se desprende qué recibió una educación conforme con el sistema de las escuelas de la época, que adquirió una profunda versación en las doctrinas contenidas en los libros sagrados de su raza y en la tradición oral, juntamente con una fe profunda en la verdad de las mismas, y que dedicó buena parte de su tiempo y sus esfuerzos a la labor apologético-exegética.

Sus frecuentes invectivas a propósito de todos los géneros de vida licenciosos y del placer en general nos mueven a pensar en una personalidad austera, casi conventual, por lo que no deja de llamar la atención el leer en alguno que otro pasaje de sus reflexiones confesiones tales como la registrada en *Interpretación alegórica* III, 156, que más bien encajarían en las memorias de un hombre de mundo, arrepentido algo tardíamente.

Sin duda su excelente posición económica de burgués adinerado y las comprobadas vinculaciones de su familia con la dinastía Herodiana dan suficiente pie para pensar en que Filón desempeñó un papel destacado en los sucesos políticos de la comunidad judeo-alejandrina, pero solo de un hecho saliente de esta naturaleza ha llegado noticia hasta nosotros. De la prolija cuenta que de él nos da en *Sobre la embajada ante Cayo* sabemos que en 40 presidió la ya mentada embajada enviada ante Calígula para pedir justicia y protección para los judíos de Alejandría. A tan escasas referencias se limita nuestra información sobre la vida y persona del exégeta.

En cuanto a la población hebrea de Alejandría, falta una fuente histórica dedicada específicamente a ella, pero podemos rastrear su génesis y desarrollo en diversos textos que hacen referencia ocasional a ella y en el mismo relato bíblico. Los judíos alejandrinos constituían la comunidad de esa raza más importante de la diáspora. Su arraigo en tierra egipcia comenzado en tiempos remotos, concretamente a la caída del reino de Judá, siglo VI a. C, cuando grupos numerosos emigraron hacia el sur huyendo de la dominación babilónica para radicarse en diversos lugares del país en el que, según la tradición bíblica, ya habían residido sus lejanos antepasados en los tiempos patriarcales.

Nos consta que en el siglo siguiente el grupo radicado en Elefantina, en el lejano sur, fue objeto de una violenta persecución, al parecer por su adhesión a la causa persa.

Durante el periodo tolemaico el número de judíos de Egipto se multiplicó considerablemente, habiendo Tolomeo I traído como prisioneros a muchos de ellos en una de sus campañas. Otros llegaban a título de mercenarios y de simples inmigrantes, *y,* según se afirma, el total de radicados sobrepasaba el millón en el siglo I a. C.

Alejandría se convirtió en uno de los más importantes centros demográfico;; de ese pueblo, y en ella los judíos constituían uno de los tres núcleos más numerosos de la población urbana, la que se completaba con griegos y egipcios. Gradualmente adoptaron la lengua griega, olvidando el hebreo, aunque algunos lo siguieron hablando hasta fines del siglo n a. C, como parece desprenderse del papiro Nash, que contiene el Decálogo y el comienzo del Shema en hebreo. Pero, como la mayor parte de los hebreos alejandrinos, además de los conversos a la religión judaica de otras nacionalidades, lo ignoraban y por ello no tenían acceso a la lectura de las Escrituras, se procedió en tiempos de Tolomeo II Filadelfo a traducirlas al griego. Tal traducción se conoce con el nombre de versión de los Setenta, por haber sido ese el número de traductores que realizó la tarea, según la tradición conservada por Aristeas y repetida por Filón.

En el seno de esta comunidad, como en general en el resto del pueblo judío de Palestina y de la diáspora, se puso en evidencia a lo largo de los tres últimos siglos precristianos y del siguiente una creciente helenización, favorecida por el hecho de vivir la mayor parte de esas comunidades en el área político-cultural de las monarquías helenísticas surgidas del desmembramiento del imperio de Alejandro y culturas y propagadoras de las conquistas intelectuales del genio griego y de los ideales de vida de la Hélade.
Esta osmosis espiritual, favorecida por la total ausencia de barreras oficiales, y el fomento por parte de las cortes, se acentuó con el correr del tiempo, impregnando de ideas y costumbres helénicas a todas las poblaciones del Cercano Oriente y el Mediterráneo Oriental, especialmente en las ciudades cosmopolitas, a las que afluyeron masivamente inmigrantes griegos después de la conquista macedonia. La influencia griega no afectó seguramente en la mayoría de los casos la fe y la fidelidad de los hebreos a las tradiciones nacionales, pero engendró en no pocos, como en el sobrino de Filón arriba mencionado, tal entusiasmo por el legado cultural griego, que llegaron a considerar un estorbo las leyes y costumbres ancestrales y apostataron.
Superar el antagonismo que algunos espíritus consideraban inconciliable entre ambas tradiciones religioso-culturales, armonizado para ello las dos corrientes de pensamiento a través de una labor exegética que permitiera hallar los puntos de coincidencia y limar aristas demasiado opuestas de las concepciones de ambas fue uno de los objetivos principales de los esfuerzos intelectuales de Filón, fervoroso creyente y celoso practicante de las normas legales de la Torah, por una parte, y admirador profundo de la sabiduría griega, por otra.
Esto, en lo que hace al contexto cultural en el que el pensador judío alejandrino elaboró sus tratados.
En cuanto a las condiciones sociopolíticas de sus connacionales en el seno del Imperio Romano y de la polis alejandrina en particular, resulta prematuro en el estado actual de las investigaciones aventurar conclusiones definitivas.
La fuente principal la constituyen Flavio Josefo y los papiros que hacen referencia a la comunidad judía y de su información puede inferirse que ésta no gozaba de los plenos derechos de ciudadanía, aunque sí de numerosos privilegios, entre los cuales figuraba el de autoadministrarse en materia de asuntos internos de la comunidad. Su situación era, pues, intermedia entre la de los ciudadanos y la de los simples extranjeros afincados. En una carta que Claudio envió a los alejandrinos grecoegipcios y judíos conjuntamente con instrucciones acerca del mutuo trato y las relaciones entre ambos sectores de población, seguramente con ánimo de poner fin definitivamente a los lamentables enfrentamientos habidos durante el reinado de su antecesor en el trono, recomienda a los primeros tratar humanitaria y respetuosamente a los segundos sin ponerles obstáculos en la observancia de sus costumbres; y a los judíos no intentar inmiscuirse en las esferas de acción que les estaban vedadas; de donde se infiere que sus derechos eran limitados; y no enviar embajadas por separado, como si se tratara de dos ciudades y no de una sola.
De estas recomendaciones imperiales puede inferirse la existencia de dos tendencias entre los judíos alejandrinos: una de borrar barreras y asimilarse completamente al resto de la población, y otra dé practicar un categórico aislacionismo y operar separadamente incluso en las gestiones ante Roma.
El ideal de Filón al respecto parece haber sido combinar ambas en una política sensata consistente, por una parte, en guardar celoso respeto y observancia de las leyes del imperio y de las leyes locales de las ciudades o países donde residían las comunidades hebreas, cohabitando en paz y armonía con los no judíos; y por otra, en permanecer fieles al estilo mosaico de vida, cuyas modalidades estaban expresamente prescriptas por la ley de sus antepasados. Tal es lo que se desprende de las aspiraciones expresadas por él en diversos pasajes de sus obras, aunque es muy difícil precisar por el contenido de esos pasajes tanto las

condiciones jurídico-políticas reales en las que aspiraba a que se concretase ese equilibrio entre ambas tendencias, como el grado de difusión y adhesión que ese ideal encontraba entre sus compatriotas.
Las dolorosas experiencias vividas durante el reinado de Calígula seguramente debieron de hacerlo reflexionar sobre la inestabilidad de las condiciones favorables para la concreción de esa aspiración y sobre las perspectivas sobre el particular observadas desde un ángulo realista. Pero las condiciones políticas de entonces no aconsejaban otro camino, y Filón, por lo que se advierte a lo largo de su obra, aunque en algunos pasajes se deje llevar por cierto lírico optimismo y aunque su ética nos sepa a demasiado elevada para concretarse en este mundo, era un hombre que se atenía a las realidades. Por otra parte, aquella calamidad fue afortunadamente episódica dentro de un proceso histórico de saldo ampliamente favorable para la pacífica convivencia entre judíos y gentiles. Las condiciones de seguridad que la instalación del dominio romano en Oriente y Egipto habían traído aparejadas y el favor que la casa imperial de los Julios había dispensado a los judíos desde los días de la vinculación del etnarca Antípatro con Julio César en el 48 a. C. en Alejandría precisamente parecían augurar largos tiempos de bonanza.
Aunque no estaban lejanos los trágicos acontecimientos que culminarían en el 70 con la destrucción de Jerusalén y el implacable escarmiento impuesto por el vencedor romano, hechos de los que la muerte impidió que Filón llegase a ser testigo.

EL CORPUS FILONIANO

No existe un acuerdo unánime entre los estudiosos y editores en cuanto a la clasificación y ordenación de los tratados que integran el voluminoso corpus de las obras de Filón llegadas hasta nosotros.
Por tratarse de la más reciente, citaré, sin que ello implique establecer precedencias en cuanto a acierto o fundamentos, la de Arnaldez, quien los distribuye así: 1) tratados que contienen la exposición de la ley; 2) la interpretación alegórica; 3) los escritos puramente filosóficos; 4) los escritos apologéticos a favor de los judíos; y 5) los que se ocupan de los problemas relativos al Génesis y al Éxodo.
El punto más controvertido es el concerniente a la ubicación del tratado titulado *Sobre la creación del mundo según Moisés,* que en la presente edición, como en la mayoría, precede a todos los restantes y va seguido por la *Interpretación alegórica.*
El problema reside en si encabeza realmente la *Interpretación alegórica* o si, por el contrario, esta parte de la obra de Filón llevaba como introducción un tratado perdido titulado *Hexamerón* o *Los seis días,* como sostienen Cohn, Massebieau y Brehier. En este último caso, *Sobre la creación del mundo* encabezaría la serie de tratados consagrados a la exposición de la ley, precediendo inmediatamente al titulado *Sobre Abraham,* con lo cual el conjunto de los tratados que se vinculan al Pentateuco quedarían distribuidos así:

1. Interpretación alegórica
    a) Los seis días (perdido)
    b) Interpretación alegórica de las sagradas leyes contenidas en el Génesis II y III
    c) Tratados sobre diversos temas sugeridos por pasajes del Génesis

2. Exposición de la ley
    Parte Narrativa
        a) Sobre la creación del mundo según Moisés
        b) Vidas de los patriarcas: Sobre Abraham, Sobre Isaac (perdido), Sobre Jacob (perdido), Sobre José y Vida de Moisés (excluido de esta sección por algunos e

incluido entre las obras apologéticas)

Parte Descriptiva
- a) Decálogo
- b) Sobre las leyes particulares
- c) Problemas relativos al Génesis y al Éxodo

Una breve consideración sobre el plan seguido por Filón en el tratamiento del Pentateuco permitirá al lector advertir las razones del problema. Filón entiende que las leyes divinas pueden conocerse a través de tres instancias: el orden cósmico o legislación universal (cosmópolis), impresa por Dios en la naturaleza; la legislación mosaica, codificación inspirada por Dios a Moisés, que se ajusta en todo a las leyes de la naturaleza o cósmicas; y finalmente el ejemplo de hombres sabios y buenos, que ajustaron sus vidas a la voluntad divina y al orden cósmico antes de que existiera la legislación escrita revelada en el Sinaí. Así como el Pentateuco es la ley escrita, las ejemplares vidas de los patriarcas, verdaderos cosmopolitas o ciudadanos del mundo, son la ley viviente, como que ellos, aunque no llegaron a conocer la legislación escrita, ajustaron su pensamiento y sus actos a las pautas impresas por el Creador en el universo.

Consecuentemente, en la exposición de las leyes es razonable que, respetando este esquema tripartito y el orden cronológico y el seguido en el Pentateuco, incluya una parte narrativa, que a su vez se divide en una cosmogonía o narración del proceso creador, en el que se fijan el esquema y las normas universales, y en lo que podríamos llamar biografías de las leyes vivientes o patriarcas; y una parte descriptiva, que comprende un estudio de las leyes fundamentales o genéricas contenidas en el Decálogo, y un prolijo inventario, acompañado de las explicaciones pertinentes, de todas las leyes específicas o particulares.

Pero casi los mismos títulos por los que se lo sitúa-inmediatamente antes de la narración de las vidas de los patriarcas, podrían esgrimirse para colocar *Sobre la creación del mundo* como preámbulo de la *Interpretación alegórica,* ya que también ésta versa sobre asuntos que presuponen una cosmovisión basada en el conocimiento de la génesis del mundo.

El problema es, pues, prácticamente insoluble, al menos mientras no se demuestre fehacientemente que Filón escribió el *Hexamerón,* el que, en todo caso, no aparece como estrictamente necesario ya que se trataría en gran parte de una repetición de lo considerado en *Sobre la creación del mundo.*

LISTA DE LOS TRATADOS

La lista que sigue presenta ordenados según lo hace la edición Colson, ordenación que se respeta en la presente traducción, los tratados conservados. Los títulos latinos son los que se emplean tradicionalmente para encabezarlos y para extraer las abreviaturas con que suele citárselos en las notas de pie de página y en las demás remisiones.

I) TRATADOS CONSERVADOS EN SU TEXTO ORIGINAL GRIEGO

1. Sobre la creación del mundo según Moisés
   (De opifício mundi)
2. Interpretación alegórica de las sagradas leyes contenidas en el Génesis II y III.
   (Legum allegoriae. Libri I, II, III)
3. Sobre los querubines, la espada flamígera y Caín, primer hombre nacido de hombre
   (De Cherubim)
4. Sobre el nacimiento de Abel y los sacrificios ofrecidos por él y su hermano Caín.
   (De sacrificas Abelis et Caini)

5. Sobre las habituales intrigas de lo peor contra lo mejor.
(Quod deterius potiori insidian solet)
6. Sobre la posteridad de Caín y su exilio
(De posteritate Caini)
7. Sobre los gigantes
(De gigantibus)
8. Sobre la inmutabilidad de Dios
(Quod Deus inmutabilis sit)
9. Sobre la agricultura
(De agricultura)
10. Sobre la obra de Noé como plantador
(De planlatione)
11. Sobre la ebriedad
(De ebríetate)
12. Sobre las súplicas e imprecaciones de Noé una vez sobrio
(De sobrietate)
13. Sobre la confusión de las lenguas
(De confusione línguarum)
14. Sobre la migración de Abraham
(De migratione Abrahami)
15. Sobre quién es el heredero de las cosas Divinas
(Quis rerum divinarum heres)
16. Sobre la unión con los estudios preliminares
(De congressu quaerendae eruditionis gratia)
17. Sobre la huida y el hallazgo
(De fuga et inventione)
18. Sobre aquellos cuyos nombres son cambiados y sobre los motivos de los cambios
(De mutatione nominum)
19. Sobre los sueños enviados por Dios
(De somniis. Libri I, II)
20. Sobre Abraham
(De Abrahamo)
21. Sobre José
(De Iosepho)
22. Sobre la vida de Moisés
(De vita Mosis. Libri I, II)
23. Sobre los diez mandamientos o decálogo, que son compendios de las leyes
(De decálogo)
24. Sobre las leyes particulares
(De specialibus legibus. Libri I, II, II, IV)
25. Sobre las virtudes
(De *virtutibus)*
26. Sobre los premios y los castigos
(De praemiis et poenis)
27. Todo hombre bueno es libre
(Quod omnis probus liber sit)
28. Sobre la vida contemplativa
(De vita contemplativa)
29. Sobre la indestructibilidad del mundo
(De aeternitate mundi)

30. Flaco
(In Flaccum)
31. Hipotéticas (Apología de los judíos)
(Apología pro Iudaeis)
32. Sobre la providencia
(De provídentia)
33. Sobre la embajada ante Cayo
(De legatione ad Gaium)

II) TRATADOS CONSERVADOS EN LENGUA ARMENIA SOLAMENTE
34. Problemas y soluciones sobre el Génesis
(Quaestiones et lolutiones in Genesim)
35. Problemas y soluciones sobre el Éxodo
(Quaestiones et solutiones in Exodum)

EL TEXTO BÍBLICO Y SU EMPLEO POR FILÓN

En su exégesis del Pentateuco o Torah Filón no emplea el texto original hebreo sino la traducción griega de los Setenta, aunque las libertades que se toma en la lectura de los pasajes han dado pie para que se sostenga la existencia de otras versiones en griego y su empleo por él. Pero en todo caso su punto de referencia textual fue siempre una versión griega. Esta circunstancia y el hecho de que ningún papiro local en lengua hebrea de los que han llegado hasta nosotros sea fechable después del 250 a. C. aproximadamente, parecerían probar que la comunidad hebrea de Alejandría al adoptar la lengua griega para la comunicación cotidiana había olvidado completamente el idioma de sus antepasados. Cuesta, sin embargo, creer que ni siquiera entre los sacerdotes y gente-docta de una comunidad tan numerosa quedaran quienes pudieran tener acceso directo a la lectura del texto hebreo por lo menos para los fines cultuales y exegéticos, y lo más sensato es pensar que el hebreo se mantenía como lengua litúrgica, análoga al latín en el cristianismo moderno.
El problema reviste sumo interés porque en él va involucrada la cuestión de si Filón estaba en condiciones de consultar el Pentateuco en su lengua original y, por ende, de si el exclusivo empleo que hace en su obra de la versión de los Setenta se debió tan sólo a que los lectores a los que aquélla, iba destinada no hubieran podido seguir sus argumentaciones si las apoyaba en la lectura de los textos sagrados en lengua hebrea. Ésta y no su ignorancia del idioma tradicional de su pueblo sería, en ese caso, la razón de su elección en cuanta a textos; con lo que la hipótesis de su dominio del hebreo resultaría perfectamente verosímil. Pero lo que, en suma, prueban estos argumentos es solamente que el uso que Filón hace de la Biblia en griego no significa que ignorara la lengua do sus antepasados. Queda en pie, pues, el probar que realmente la sabía, y en ese sentido se explaya Wolfson, quien, con pruebas convincentes a su juicio, afirma categóricamente que la dominaba a la perfección.
El interés por dilucidar con certeza esta complicada cuestión estriba más que en la posibilidad de determinar el grado de olvido de la lengua hebrea por la comunidad judeo-alejandrina. o las razones que realmente pueden haber movido a Filón a utilizar la versión de los Setenta, en el hecho de que su desconocimiento de aquélla, si ésa hubiera sido la situación, le hubiera impedido el acceso a la exégesis palestinense, practicada sobre el texto original, con todas las consecuencias que tal limitación supondría en cuanto al origen de sus ideas, las que en tal caso de ningún modo podrían proceder de los targums los midrhashim, el halaka y el hagada de la literatura rabínica.
Al margen del problema de las razones por las que la exégesis filoniana se apoya en el texto

griego del Pentateuco, reviste suma importancia el examinar el criterio de Filón aplicó para fundar la legitimidad de apoyarse en una mera traducción, aun en el caso de que una razón de fuerza mayor, como su posible ignorancia del hebreo o los requerimientos derivados de la condición de los destinatarios de su obra, no le dejara otra alternativa. Esta pregunta es más justificada si se tienen en cuenta ciertas características de la dialéctica filoniana.
Muchas, en efecto, de sus argumentaciones se apoyan exclusivamente en razones puramente idiomáticas que no son otra cosa que contingencias formales o semánticas de la lengua griega, tales como parafonías, polisemias y etimologías, que, por supuesto, solo valen en cada caso para los términos griegos y nada tienen que ver con las voces hebreas correspondientes del texto original. Esta manera, ingenua por así decir, de aceptar la legitimidad de inferencias hechas a partir de una lengua carente de todo parentesco o vínculo con la del texto inspirado por Dios a Moisés sólo admite una explicación, a menos que se pretenda negar a Filón la elemental sensatez para advertir el vicio inicial de tales razonamientos; y esa explicación no es otra que su convencimiento absoluto de que una segunda inspiración divina había guiado a los setenta traductores de la isla del Faro en la tarea de escoger los términos precisos, portadores en su forma y en su semántica de revelaciones eventualmente desentrañables a través de una exégesis acertada.
Siempre dentro de las consideraciones que tocan al manejo del texto bíblico por Filón, es preciso señalar su inclinación a hacer uso de una libertad de interpretación que raya frecuentemente en lo arbitrario, proponiendo las lecturas más sorprendentes, fragmentando unidades, conectando expresiones originalmente disociados o simplemente alterando el texto con adiciones, quitas o trueques, de modo que más bien lo ajusta a sus propósitos exegéticos que adapta éstos al sentido real del texto verdadero. Sin duda estas arbitrarias enmiendas no surgen de un movimiento descontrolado o de una deshonestidad intelectual sino de dar por descontado que la inspiración que Dios hizo descender sobre Moisés primero y sobre los traductores después alcanzaba y alcanzaría siempre a los comentadores sobre todo cuando en el texto se advierten obscuridades o incoherencias salvables con algunos adecuados retoques. Y también pudo impulsarlo honradamente a ellas el convencimiento de que la no literalidad de su interpretación rezaba no sólo con la intelección del contenido del texto sino también con la presentación idiomática del mismo, por lo que era lícito tomarse con ésta las mismas libertades que con aquélla.

LA DEUDA INTELECTUAL DE FILÓN

La formación religiosa e intelectual de Filón, así como su labor de exégeta y apologista, transcurren en el multiforme ambiente de la Alejandría de fines del siglo I a. C. y de la primera mitad del siguiente, incorporada no mucho antes al dominio romano, epicentro de una cultura universalista y un saber enciclopédico, que hoy seguramente calificaríamos de libresco, laboratorio de investigaciones más fecundas en acopios de información erudita que en hallazgos de nuevos conceptos o sistemas. Cosmopolita y lugar de confluencia de las más heterogéneas corrientes de ideas, lo era sobre todo en el aspecto religioso y en el filosófico, en los que privaban las tónicas del sincretismo y el eclecticismo.
En este contexto intelectual la obra de Filón, fruto, por otra parte, no de un filósofo de profesión sino de un apologista aficionado a los temas de la filosofía, no podía, ciertamente, constituir una excepción, y sea cual fuere el grado de originalidad que pueda concedérsele en algunos enfoques parciales, su lectura revela a las claras que se mueve siempre en los terrenos frecuentados por las diversas escuelas filosóficas. Por otra parte, su interés primordial, si no único, residió en la exégesis bíblica con miras a la extracción de normas ético-legales y no en dilucidar personalmente cuestiones cosmológicas, lógicas, científicas, antropológicas o políticas, ni en poner de acuerdo a las escuelas griegas en cada uno de los muchos puntos

controvertidos; por lo que resulta natural y legítimo el que haya prescindido de una investigación personal en tales direcciones, y preferido recurrir, sin pecar por demasiado coherente en ocasiones, al saber acumulado durante siglos por los filósofos griegos.
Múltiples son, pues, los préstamos y los vínculos que unen al exégeta judío con las escuelas de la Hélade en su afán de lograr una síntesis instrumental con miras a su interpretación del Pentateuco.
Pero al buscarla no perseguía introducir la armonía entre ambas corrientes de pensamiento, es decir, superar contradicciones o desacuerdos conceptuales, ya que Filón no advierte oposición alguna entre ambos mundos intelectuales, por lo que mal podía preocuparle un problema de esa índole, para él inexistente. A su juicio ambos legados culturales: el helénico y el judío se complementan sin superponerse ni excluirse. Los principios ético-legislativos y las prescripciones contenidos en la legislación mosaica, como que son réplicas codificadas de las leyes que rigen el universo y no meras convenciones concebidas por hombres, encuadran perfectamente en él contexto filosófico griego, que al margen de las discrepancias, parciales entre las escuelas, son el fruto del esfuerzo racional por explicar ese mismo universo y contienen un fondo común de verdad.
Su tarea de forjar la síntesis en una doctrina única que contuviera ambos aportes se apoyaba en el convencimiento de ambas fuentes no se superponían sino se completaban. El genio helénico, sin excluir la ética del campo de sus especulaciones, se había volcado preferentemente a lo teórico, formulando cosmovisiones racionales y metódicamente fundadas; en tanto que la revelación que el Pentateuco registra, si no soslaya las referencias a la constitución del orden cósmico, encara los problemas relativos a éste sólo en función de la finalidad ética, legal y cultural, y por su redacción presenta en su parte narrativa una versión revestida más con los atuendos del mythos que del logos.
Es sumamente sugerente, en otro orden de cosas, la poca atención que presta Filón a las legislaciones de otros pueblos y el tono poco favorable con que las considera en las escasas ocasiones en que se refiere a ellas. Y más extraña lo primero por la estrecha vinculación que esas fuentes legales tenían con su exégesis. La explicación de ello se encuentra sin duda en que, a su juicio, existía una gran distancia entre la inmensa sabiduría teorética de los griegos y el nivel de calidad de sus realizaciones legales concretas. Los códigos y constituciones de las *póleis* griegas no podían, de acuerdo con sus puntos de vista, equipararse con las normas mosaicas en sensatez y sentido de justicia. De allí que prácticamente las ignore.
Pero este desdén es la excepción; en todo el resto de su labor intelectual son las ideas griegas las que afloran constantemente, y los esquemas y nomenclaturas de la filosofía helénica los que le proporcionan las sugerencias para su interpretación de la Biblia y para la redacción de sus explicaciones. Esta característica intelectual suya, que encuadra perfectamente en el marco de su época y en el de su formación personal, llega a manifestarse en ciertos tratados como *Sobre la providencia* o *Todo hombre bueno es libre,* en los que no persigue fines exegéticos, con una preeminencia tal, que excluye casi por completo al aporte bíblico.
El hecho de la influencia helénica es por demás claro, pero no lo es en igual medida el determinar de cuáles o de cuál de las escuelas o corrientes desarrolladas en el seno de la filosofía griega era fundamentalmente adepto y tomó los préstamos más importantes. Las opiniones de los estudiosos sobre el particular discrepan totalmente.
La consideración de los fundamentos de cada una de ellas excedería los límites de extensión razonables que me he impuesto, por lo que me concretaré a caracterizarlas y a remitir a fuentes más explícitas al lector interesado en ahondar su información sobre las mismas. La tesis de un Filón totalmente estoico, ajeno a toda influencia platónica incluso, es sustentada por J. Leisegang. Una marcada preeminencia estoica atenuada con aportes del platonismo y el neopitagorismo es sostenida por H. Lewy, E. Brehier y E. Turowski entre otros, agregando este último influencias egipcias y orientales en la concepción del logos. Por un Filón

fundamentalmente platónico se manifiesta en especial Th. H. Billings, quien se esfuerza en probar con prolijos argumentos que no hubo influencia estoica.
Frente a estas tesis de la exclusividad de una escuela o de la preeminencia decisiva de una, H. Ritter y M. Heinze se inclinan hacia la concepción de un Filón ecléctico totalmente, sin preferencias definidas ni tampoco discernimiento suficiente para advertir las contradicciones entre los conceptos a que echaba mano, según el primero de estos autores. Otros estudiosos sostienen un eclecticismo circunscripto a determinadas escuelas. E. Zeller sostiene, juntamente con L. Robin, W. Win-delband y F. H. Colson, que su pensamiento es estoico y platónico a la par.
Opuesta a todas las tesis anteriores es la de H. A. Wolfson, quien, enfocando a Filón más que como un producto de las tendencias sincretistas de su época como el punto de partida del pensamiento medieval, iniciador de una nueva época en la historia de la filosofía, entiende que no existe entre el pensador judío y las escuelas filosóficas griegas ninguna relación salvo el hecho de recurrir a la terminología corriente en las distintas escuelas filosóficas griegas para revestir y expresar de manera inteligible para sus potenciales lectores una doctrina totalmente ajena al pensamiento griego, de extracción bíblica exclusivamente. La deuda de Filón respecto de Grecia se limitaría solamente a algo tan accidental y accesorio como el ropaje externo, no alcanzando a los conceptos, y este ropaje externo lo habría utilizado, según el mismo Wolfson, sin hacer cuestión de veracidad, congruencia o precisión en cuanto a la semántica tradicional del léxico empleado, por cuanto lo adaptaba libremente a la realidad de los nuevos conceptos que manejada, los que, como queda dicho, poco o nada tenían que ver con los sentidos con que lo empleaban los griegos. El propósito de Filón no habría sido, pues, demostrar la armonía supuestamente existente entre la doctrina bíblica y las doctrinas filosóficas profanas, para encuadrar la primera en los moldes racionales de las segundas; sino probar la inmensa superioridad del saber revelado sobre el alcanzado sólo mediante la humana inteligencia, y salir por los fueros de su religión frente a los errores del politeísmo pagano o la incredulidad ateísta.
A las discrepancias señaladas respecto del origen de la deuda o de la originalidad intelectual de Filón, considerada global-mente, se suman las dispares opiniones con relación a los más diversos aspectos particulares de su exégesis; de todo lo cual el lector podrá formarse una exacta apreciación sobre la pluralidad casi polémica de puntos de vista y pareceres en que se halla al presente la ardua tarea de interpretar la obra filoniana y en especial de determinar sus entronques conceptuales. En esta utilización, reconocida, salvo que nos adhiriéramos a la tesis de Wolfson, de elementos conceptuales de la filosofía griega, por lo que se advierte a lo largo de la lectura de su obra, Filón manifiesta escasa preocupación por manejar con la precisión técnica requerida las nociones y los términos, y escasa claridad y coherencia cuando expone ciertas doctrinas filosóficas. Ello prueba que, si bien poseyó una amplísima información, enciclopédica verdaderamente, adquirida en sus estudios escolares y en sus lecturas privadas, ello no significaba que poseyera una versación a fondo, lo que se explica porque, como ya señalé, no fue un filósofo de profesión. Además el hecho de usar esas nociones tan sólo en función de otra doctrina: la bíblica, y de no adherirse probablemente a un sistema determinado, lo lleva constantemente a parcelar lo que de otro modo podría haber constituido un cuerpo claro, ordenado, continuo y coherente de doctrina. Más en momento alguno fue su propósito organizar un nuevo sistema filosófico original, cosa que, por otra parte, difícilmente hubiera estado al alcance de sus fuerzas intelectuales y de su preparación filosófica.
Frente a todo ello cabe preguntarse si en la dinámica interna de su obra global y de cada tratado en particular se advierte un orden que confiera unidad y coherencia a su exposición. La respuesta es que este orden se da ciertamente, pero no sobre el plan impuesto por un sistema racional de intelección de la realidad total sino simplemente sobre el esquema ideado por él para su exégesis bíblica, plan que en gran parte se ajusta al orden de exposición del

Pentateuco, pero que en otras sigue los dictados de sus propias reflexiones.
A los problemas tocantes a la deuda intelectual de Filón respecto del pensamiento griego se suman los relativos a sus vínculos con el pensamiento judío tradicional y coetáneo.
Estos vínculos no se limitan, indudablemente, a sus lecturas del texto bíblico y a sus personales reflexiones y conclusiones sobre él.
La profunda versación que pone de manifiesto al respecto, los pasajes en que atestigua la existencia de más de una interpretación tradicional sobre ciertas cuestiones y la frecuencia con que recalca cuan grande era el celo que ponían los de su raza en la interpretación de las normas de la ley mosaica, no dejan dudas en cuanto a sus contactos doctrinales.
Las fuentes escritas llegadas hasta nosotros, aunque lamentablemente poco abundantes, confirman que en la interpretación de los conceptos bíblicos, en la apologética doctrinal y en el proselitismo religioso habíanle precedido otros autores, algunos de ellos alejandrinos también, de cuya sagacidad e inspiración eran ñuto obras interpretativas, alegatorias, exhortativas, proféticas, apocalípticas, hagiográficas, escatológicas, mecánicas o simplemente litúrgicas.
Algunos estudiosos entienden que en la lista de trabajos concebidos con fines de divulgación del pensamiento religioso de] Judaísmo debe incluirse la misma traducción de la Biblia al pliego, la que se habría llevado a cabo no con el exclusivo fin de hacer accesible su lectura a los judíos impedidos de hacerlo hasta entonces por su ignorancia de la lengua hebrea, sino también con el propósito de divulgar primero el Pentateuco y más tarde los restantes libros sagrados entre los paganos. Los judíos alejandrinos, por lo menos, tuvieron plena conciencia de la utilidad del texto griego del Pentateuco como instrumento para una exégesis y una apologética destinadas a ganar adeptos entre los gentiles; y comprendiendo que la mera lectura de un mensaje extraño para éstos e incomprensible o expuesto a críticas en muchos pasajes no bastaba, se esforzaron por elaborar una interpretación que obviara ese inconveniente. Y la traducción de los Setenta se convirtió en el punto de partida de una serie de trabajos de exégesis y apología, cuyo contenido no nos interesa examinar aquí en detalle. Entre estas obras figuran los Libros Sibilinos Judíos (o. 140 a. C), la traducción al griego del Eclesiástico de Jesús ben Sirac (traducido hacia 136 a. C), la Sabiduría de Salomón (s. II o I a. C), el Cuarto libro de los Macabeos (s. i a. C.-I d. C.) y la Carta de Aristeas (c. 200 a. C).
Este proselitismo judío se basaba en el convencimiento de los hebreos de la diáspora de la superioridad de su tradición religiosa sobre la filosofía dialéctica de los griegos. Aristóbulo, autor de los tiempos de Tolomeo IV, llegó a sostener que la escuela peripatética estaba inspirada en Moisés y en otros profetas. Este mismo autor, en un alegato religioso elevado a aquel faraón con la intención de aclarar cómo deben entenderse los rasgos antropomórficos atribuidos a Dios en el Pentateuco, que según él son alegorías, introduce en su exégesis ideas tales como la trascendencia absoluta del ser divino, la fuerza operante de Dios en sus creaturas, y la existencia de seres intermedios entre la Divinidad y el mundo, que posteriormente sostendrá Filón.
El tercer libro de los Oráculos Sibilinos contiene relatos en los que se reducen a la categoría de simples seres humanos a los dioses y semidioses del paganismo, al modo evhemerista, de modo de hacer patente la existencia de un solo Dios, que lo es tanto del pueblo judío como de las demás naciones; y anuncia la futura conversión de estas últimas y el advenimiento del reino de Dios en la tierra, por obra de un rey mesiánico venido del Oriente, que inaugurará una era de paz y bonanza.
Dentro de estas pautas se desarrolla toda la literatura judeo-alejandrina, en la que W. Bousset distingue dos posiciones o corrientes: una apologética, cuyos propósitos eran atraer y convertir a los gentiles; y otra, polemista, que tendía a combatir los errores del paganismo y probar la verdad de la religión hebrea. Ambas, empero, tenían un mismo objetivo final: probar las excelencias de la ley mosaica y propagarla entre los paganos.

En Filón se da una síntesis de ambas, pues en su obra sé combinan la explicación y fundamentación de la ley con la refutación y censura de los errores religiosos de los que la rechazan o subestiman.
Respecto de la exégesis palestinense con relación a su uso por Filón sólo cabe señalar que ignoramos si Filón tuvo acceso a ella, ya que ignoramos si conocía hebreo y/o arameo o si pudo hacerlo por otra vía, como traducciones o maestros bilingües. Nada tendría de extraño que los sacerdotes judíos de Alejandría dominaran aquellas lenguas e incluyeran en sus enseñanzas ideas recogidas en fuentes palestinenses.
El hecho de que Filón omita toda mención a la doctrina de los esenios al hablar de ellos expresamente en dos extensos pasajes de sus obras es sumamente sugerente y nos hace pensar que la ignoraba. Pero, como señala Danielou, bien pudo deberse su silencio a razones de discrepancias de puntos de vista, como en el caso de las ideas escatológicas de los esenios, que él no compartía; y a razones de prudencia, por cuanto el cerrado nacionalismo que se advierte en los escritos esenios, no resultaría tema merecedor de divulgación para un judío si no obsecuente por lo menos conforme con la situación de su raza en el concierto del Imperio Romano; y porque, además, consideraría que las perspectivas apocalípticas pregonadas por ellos más que atraer alejarían a los espíritus paganos.
En suma, que en el estado actual de las investigaciones filonianas es imposible determinar con certeza o siquiera aproximación si los intérpretes palestinos aportaron o no ideas y soluciones a las cuestiones que abordó Filón en su exégesis.

EL MÉTODO ALEGÓRICO

Para Filón, como para nosotros, resultaba obvio que de la inteligencia literal del texto bíblico surgen conclusiones y datos absolutamente incompatibles con lo que atestiguan la experiencia y el sentido común. Sólo que esas contradicciones, tocantes al plano cosmológico y al antropológico por igual, proceden para nosotros de los actuales conocimientos científicos normalmente, y para Filón, en cambio, surgían de supuestas contradicciones internas del contexto mismo de los libros sagrados entendidos literalmente. Un ejemplo es el caso de los días de la creación, seis según el relato bíblico, cuyo número mal pudo calcularse o medirse, según él, por cuanto el sol, mediante cuya diaria trayectoria se hace tal cosa, fue creado en el curso del proceso creador, en el cuarto "día" exactamente. Otras veces las razones a que echa mano para probar lo inexacto o absurdo de ciertas afirmaciones del autor sagrado, tomadas *litterali sensu,* son más subjetivas aún que la ya expuesta. En todo caso, para él resulta sobradamente claro que, a menos de exponerse a confesar que buena parte del Pentateuco está vacía de todo sentido coherente, es preciso reconocer la existencia de un mensaje o simbolismo subyacente tras la significación aparente; y admitir también la posibilidad de captarlo mediante los recursos interpretativos del método alegórico, posibilidad que sólo podría cuestionarse so pena de aceptar que el mensaje divino se halla viciado de falta de inteligibilidad en buena parte y destinado a resultar parcialmente ineficaz.
Esto sin perjuicio de reconocer que numerosos pasajes pueden Ser entendidos literalmente y que otros admiten una doble interpretación, la literal y la alegórica, de modo que, al margen de las conclusiones registradas en el plano de la alegoría, la parte narrativa o histórica, textualmente entendida, sirva como memorial de pautas sobre la recta conducta (historia didáctica), y la parte dispositiva contenga prescripciones y prohibiciones que deben ser observadas al pie de la letra. De todos modos, su preferencia, si no excluyente sí decisiva, se advierte en las frecuentes reservas con que encara la interpretación literal y sus absurdas conclusiones. Al respecto son muy ilustrativos pasajes como los que se repiten en *Sobre las habituales intrigas de lo peor contra lo mejor* desde 13 hasta el final.
El alegorismo consiste en exponer, el que forja la alegoría, y en descubrir, el que la interpreta,

una idea o sentido abstracto, no de manera directa y abierta, sino a través de una imagen concreta, que en el caso de la comunicación oral o escrita es el sentido literal do las expresiones. Tras ese sentido literal subyace, hábil o tal vez torpemente sugerido, fácil de desentrañar o rebelde a la exégesis, el simbolismo, cuya captación, reservada a la inteligencia, no a los sentidos, según afirma Filón, persigue el cultor del método alegórico de interpretación.
Este se aplica a su tarea leyendo entre líneas, atando cabos, desentrañando metáforas, recurriendo a paralelismos, hilvanando conjeturas verosímiles y sobre todo tratando de hallar, mal le pese al sentido literal, pautas que permitan demostrar la coincidencia de los ocultos sentidos con ciertos principios preconcebidos, en el caso de Filón las "verdades" contenidas en la sagrada legislación, los que iluminan la obscuridad inicial que supone la esencia misma de lo alegórico, tornando claro lo que sin ese punto de referencia resultaría caótico e indescifrable.
Este camino, en el que paradójicamente el punto de partida se confunde así con el de llegada, vale decir, en el que Filón desde un comienzo tiene presentes, y se ajusta a ellos, los conceptos que quiere fundamentar y que lógicamente deberían ser las conclusiones de su exégesis, se reduce, en consecuencia, en la mayoría de los casos a encontrar los supuestos eslabones que encadenarían al sentido literal contenido en el texto y el sentido oculto que se le atribuye de antemano. De ello resulta que tal género de interpretación o renuncia a toda diagramación coherente o se torna arbitraría al ser determinada más por las predisposiciones mentales del intérprete que por evidencias surgidas del examen de las palabras del texto.
Estas son las limitaciones que se pueden echar en cara, conforme con nuestro modo de entender las cosas en nuestra época, a los antiguos alegoristas como Filón, pero tales objeciones no regían para los intelectuales ni para el gran público de la antigüedad, los que hallaban perfectamente legítimo el procedimiento por aberrante que pueda parecemos.
Por otra parte, los "cánones de la alegoría", a los que Filón se refiere repetidas veces, eran sumamente amplios y elásticos, lo suficiente como para permitir enfoques y apreciaciones particulares, totalmente subjetivas y discordantes entre sí. Filón, por ejemplo, cita a menudo más de una interpretación tradicional a propósito de ciertos pasajes; y él mismo olvida la explicación dada en determinada parte de su exégesis y desarrolla una distinta al volver a considerar en otro lugar, el mismo contexto bíblico. En esta diversidad interpretativa incidían sobre todo los ya mentados presupuestos doctrinarios de cada intérprete o escuela.
El método alegórico de exégesis no fue, por supuesto, descubrimiento de Filón. El empleo de tal procedimiento, que entronca con la visión mítica del universo y perdura a través de varios siglos de investigación racional, era general en el mundo griego; y aunque cultivado de un modo especial por la escuela estoica, ninguna de las otras corrientes de pensamiento filosófico renunciaba a competir con ella en el empeño por descubrir mediante los elásticos carriles de la interpretación alegórica las marcas probatorias de que sus respectivas doctrinas se hallaban alegóricamente expresadas en las teogonias, cosmogonías y demás relatos y descripciones de la poesía épica.
De los dos tipos de alegoría empleados por el estoicismo: la alegoría física, en la que las fuerzas de la naturaleza aparecen simbolizadas por los dioses; y la alegoría ética, según la cual los dioses personifican virtudes o facultades del alma, el exégeta judío, como bien señala Leisegang, aunque emplea ambas, hace un uso mucho más frecuente de este último. El vestido del sumo sacerdote, por ejemplo, simboliza según él el universo y sus partes, y Adán es símbolo de la inteligencia, en tanto que Eva lo es de la sensibilidad.
Una tercera modalidad alegórica es la que encierra y descubre los simbolismos o sentidos ocultos en las conexiones etimológicas de las palabras o en las demás características formales y semánticas de las expresiones, modalidad que hallaría seguramente un inmejorable campo de cultivo en aquel ambiente intelectual de Alejandría, tan inclinado a las investigaciones filológicas; y que, como el lector comprobará, fue una de las preferidas de Filón.

Entre los judíos de la época helenística anteriores a Filón la interpretación alegórica fue cultivada también, aunque en mucho más moderada escala. Cierto es que el mismo Filón afirma que entre sus connacionales existían cuatro escuelas o modalidades interpretativas, y que una de ellas era la de los alegoristas; y además asegura que dos de las restantes, los esenios y los terapeutas, dultivaban también la alegoría; pero fuera del ya mencionado Aristóbulo, quien, para probar que no deben entenderse literalmente los pasajes bíblicos en que se atribuyen rasgos antropomórficos a la Divinidad, recurre a la interpretación alegórica, no han llegado a nosotros testimonios que prueben un empleo generalizado de ese procedimiento entre los exégetas y apologistas hebreos de Alejandría. Por otra parte, la escuela rabínica de intérpretes palestinos se circunscribe a la explicación literal de la ley exclusivamente, de modo que no puede hablarse de una influencia sobre Filón en lo que hace al empleo del método alegórico, aun en el supuesto caso de que, conociendo la lengua hebrea, hubiera podido leerlos.
En cuanto a sus afirmaciones en el sentido de que tanto la secta de los esenios como la comunidad de los terapeutas cultivaron dicho procedimiento, cabe decir respecto de los primeros que la veracidad del dato de que en sus asambleas sabáticas se instruían con la lectura de la ley interpretada alegóricamente ha sido puesta en tela de juicio considerándola algunos una mera idealización adscripta por Filón al género de vida de estos cenobitas, a los que admiraba sobremanera. Esta noticia, juntamente con las de otras particularidades de la ascética esenia, no vuelve a mencionarse fuera del pasaje de *Todo hombre bueno es libre,* ni en la *Apología de los judíos,* donde trata el mismo asunto, ni en los pasajes de Flavio Josefo en que éste da noticias de los esenios. De modo que aquélla es la única referencia que poseemos respecto del cultivo del alegorismo por éstos.
A los terapeutas de Egipto les atribuye una larga tradición en ello, e insiste en que la norma era aplicada permanente y sistemáticamente, pero carecemos de otros testimonios que lo confirmen. La proximidad de esta comunidad a Alejandría nos hace pensar que conocía bien sus costumbres, pero nada prueba que no idealizaba, y como en el caso de los esenios subsiste la duda sobre sí unos y otros cultivaban realmente ese tipo de exégesis.
Pese a estas dudas, lo concreto es que el método fue cultivado en el seno del judaísmo desde mucho tiempo antes de Filón. Lo atestiguan, por una parte, el análisis de la obra de autores que le precedieron, y por otra, sus propias afirmaciones en ese sentido, sobre todo cuando asegura, especialmente en el tratado *Sobre Abraham* que muchas de las interpretaciones que expone o fundamenta no son de su propia inventiva sino legadas por una tradición exegética de ese género.
Lo que sí es dable afirmar, dentro de los límites y reservas a que nos obliga la escasez de fuentes con la secuela de dudas que ella trae aparejada, es que, fuera cual fuera la influencia recibida, Filón aparece como un cultor sin paralelos del método alegórico, no pudiendo equiparársele en este aspecto ninguno de los de su raza que le precedieron en la exégesis y la apología de la tradición mosaica. Y lo fue por la amplitud con que aplicó dicha técnica hermenéutica y por el cometido que le asignó, que no es ya el de explicar determinados aspectos de la religión judía o desvirtuar ciertas interpretaciones literales consideradas absurdas, sino desentrañar el contexto total de las relaciones entre Dios y el hombre.

LA COSMOVISIÓN FILONIANA

Aunque la exégesis filoniana es fundamentalmente de orden ético-religioso, sus conclusiones morales y cultuales encuadran en un contexto intelectual que tiene por base o telón de fondo una cosmovisión (entendido el término en el moderno sentido de visión global de toda realidad, no en la acepción más restringida con que tal vez lo entendería Filón de panorama del cosmos físico, al margen de otras realidades superiores a él). Esta cosmovisión está

forjada a base de un complejo de nociones reveladas contenidas en los libros sagrados y de otras aprendidas en sus estudios filosóficos. En cambio no tienen parte en ella, por lo menos no hace referencia alguna a los mismos, los conocimientos científicos, tan desarrollados en la Alejandría de entonces, que con Aristarco de Samos habían alcanzado a la concepción heliocéntrica del mundo, entre otros avances.
Esa cosmovisión no aparece expuesta de manera ordenada, sistemática y continua, sino a medida que la lectura del texto bíblico le sugiere el tratamiento de sus diversos puntos, y siempre en función de sus fines éticos y cultuales. Y esa misma dispersión y la intención centrada en otro orden de problemas llevan aparejado un marcado descuido respecto de la precisión de los conceptos y de la debida concordancia entre afirmaciones expuestas en distintos lugares a propósito de los mismos o de distintos aspectos.
Convendrá, sin embargo, advertir que el hecho de no entrar en su plan la mera teorización o utilización de teorías ajenas con el exclusivo propósito de exponer doctrinas cosmológicas no justifica su indiferencia en la materia, por cuanto no se trata de un simple tema accesorio sino de una pieza fundamental en el esquema de su exégesis, ya que, como se ha señalado en otro lugar, tanto el plan divino o mundo de las formas ejemplares, como el mundo sensible, réplica material de aquél, constituyen no un escenario cósmico cualquiera, sino dos versiones paralelas de la gran cosmópolis diagramada y regida según las mismas normas contenidas en la codificación mosaica, es decir, según las leyes de la naturaleza, y por ello cabía esperar un tratamiento tan cuidadoso como el aplicado al resto de su exégesis. Pero el caso es que tampoco se advierte tal preocupación en el resto.
El esquema general de la cosmovisión filoniana es tripartito: Dios-los intermediarios-el mundo ¦ sensible. En torno de estos tres órdenes de realidades se agrupan los-restantes conceptos, conceptos que en todos los casos encuadran en el orden de las causas primeras y nunca incursionan en el plano de las leyes físicas, salvo alguna que otra descripción ocasional de fenómenos naturales. Las causas segundas no atraen su atención por cuanto no cree hallar en ellas símbolos de conceptos religiosos y morales.
Aunque en principio se adscribe Filón al dualismo platónico, que se opone a la concepción unitaria de la realidad del estoicismo, se aparta de aquél al no aceptar la inmanencia del ser supremo; y al concebirlo totalmente trascendente y ajeno a las otras realidades, de la bipartición del platonismo pasa a una tripartición acorde con lo que le sugiere su interpretación de los libros sagrados. El ser supremo, en efecto, que en el platonismo no es sino la cúspide de la pirámide de los demás seres, la "idea" primera, el bien sumo, en otras palabras, un integrante más, aunque superlativo, del mundo de las formas ejemplares, se torna en Filón una entidad al margen de las otras dos categorías, con lo cual pone a buen resguardo la. noción de trascendencia divina, claramente deducible de la doctrina revelada.
El punto de partida de la tripartición filoniana debe buscarse en el problema del origen del mal y del contacto, imposible en su opinión, de Dios con éste, que requieren la intervención de intermediarios, ya que ni dicho origen puede atribuirse a la acción divina, ni cabe pensar en que lo imperfecto y corruptible esté directamente vinculado a la Divinidad.
La explicación platónica no satisfacía, por supuesto, a un pensador que se negaba a aceptar la relatividad de la existencia del mundo sensible y la vaga fórmula de la "participación" como explicación de sus características. De la fuente bíblica surgía claramente la realidad absoluta de aquél y la definida naturaleza del proceso creador.
El platonismo, forzado a explicar la semirrealidad del mundo sensible, no halla otra salida para descargar de culpa *y* cargo al demiurgo que alegar que la perfección original o teórica de este cosmos (que no podía ser sino perfecto dado que su origen está en la bondad del ser supremo y es copia de las perfectas formas ejemplares) se ve menoscabada, concretamente limitada, porque su receptividad de perfección está condicionada por la limitada medida del espacio que lo contiene. El espacio sería, pues, una causa segunda, y también lo sería el hecho

de que el ente sensible participa por igual del ser (origen de perfección) y del no ser (causa de imperfección); y ambos a la par, espacio y no ser, resultarían ser los responsables del mal en general, y del mal moral en particular, mal cuyo origen no sería otro que el contacto del alma con la materialidad corpórea, de perfección limitada como todo lo sensible.
Estas sutilezas metafísicas no parecieron a Filón compatibles con los conceptos acerca de la acción creadora divina y con el origen del mal que sugiere la narración bíblica en la tradición relativa a los primeros padres del género humano. De ésta se desprende que Dios, movido por su bondad, tras concebir el logos o plan paradigmático del mundo sensible, vale decir, el mundo do las "ideas" o formas ejemplares, puso personalmente manos a la obra y en seis días o etapas, que simbólicamente no expresan períodos de tiempo sino el orden numérico impreso en la creación, según Filón, forjó el mundo» sensible. Pero en el sexto introdujo una creatura especial, destinada a gobernar la tierra y gozar de los dones de ella. Esta creatura, el hombre, tenía una particularidad esencial que la diferenciaba de las restantes: su capacidad para ser sujeto del bien y del mal moral. Y en este punto clave de toda la cuestión el texto bíblico acude en ayuda del exégeta proporcionándole la fórmula que desvincula a Dios de toda intervención en la creación de esta creatura y por ende en el origen del' mal; como que, sí hasta el momento el texto sagrado había empleado el singular para describir las sucesivas creaciones, ahora por primera vez pluraliza y pone en boca del creador la expresión: "*Hagamos* al hombre". Ello le sugiere o confirma a Filón la idea de que Dios ha echado mano a colaboradores, y en esta ocasión de un modo especial, tanto que la circunstancia es mencionada expresamente, a los que habrá de atribuirse el origen de la creatura capaz de optar entre el bien y el mal moral, atributo negado a las demás, a las perfectas porque están destinadas forzosamente al bien, y las irracionales: porque carecen de capacidad de opción consciente.
Agregúese que de la letra del relato del Génesis y de la cronología de los hechos se desprende claramente la preexistencia divina y su total independencia de todo vínculo con las creaturas en cuanto a su esencia (el derivado de su acción y el problema que ello trae aparejado se tratará más adelante), y se habrán señalado los conceptos básicos, extraídos del relato sagrado, en que se fundamenta el esquema tripartito de Filón: Dios-intermediarios o mundo de los seres aprehensibles por la inteligencia-mundo de los seres sensibles.
Pero cuando del plano cosmológico o teórico se vuelcan estas ideas en el plano ético-cultural, el esquema se modifica, sin abandonar la tripartición. Porque, mientras en el esquema cosmológico el alma humana aparece integrada en el mundo sensible, como parte constitutiva que es de una las creaturas de éste; en el enfoque moral, en cambio, independizada ya del complejo cuerpo-alma, con una independencia que desborda el mero análisis metodológico, aparece aislada como el Otro extremo o polo de la escala que desciende desde la Divinidad, diagramada de la siguiente manera: Dios-intermediarios (incluido el mundo sensible)-alma.
El mundo sensible aparece así integrado entre los intermediarios, como se señalará más adelante.
Sobre este eje giran las relaciones del hombre con Dios y en él protagoniza la creatura humana el drama de la lucha moral y la aventura de su aproximación a Dios a través del saber relativo a las cosas divinas y las rectas acciones, incluidas las prácticas rituales.
El papel de los intermediarios es distinto. Todos ellos, incluido el mundo sensible, tienen asignado, aparte de un cometido cultural respecto de Dios, una misión consistente en ser instrumento de la Divinidad en la creación.
En las páginas que siguen se tratará de señalar los rasgos y cometidos fundamentales que asigna Filón a los seres de esa escala, así como su jerarquía dentro de la misma, previa advertencia, reiterando lo ya expresado en otras ocasiones, de que no siempre será posible definir nítidamente lo que piensa el exégeta sobre cada uno de ellos.

DIOS

Aunque en ciertos pasajes lo concibe al modo platónico, es decir, como idéntico a la "idea" suprema o forma ejemplar del bien, situándolo así en la misma escala de los demás seres arquetípicos, de los que sólo lo separa la jerarquía suprema que se le asigna; en otros afirma su total trascendencia y absoluta diferencia respecto del resto de los seres, al asegurar que es "mejor que el bien", "anterior a la unidad" (ente supremo ésta según los neopitagóricos). Califícalo además de *ápoios = sin cualidades,* lo que podría significar simplemente que no se le pueden atribuir rasgos propios de las creaturas en general, o que, como opinan otros, es totalmente ajeno a la condición corpórea. Las maneras más frecuentes de designarlo son *tó ón = el que es* o *el ser por excelencia,* y *kyríos hó théós* = Señor *Dios.*
En su vinculación con las creaturas Dios aparece como la inteligencia y el alma del universo, y aunque está fuera del tiempo y del espacio, todo lo penetra y lo llena. Es el creador y el padre, arconte universal cuya providencia compara Filón con la función del gobernante, el piloto, el auriga, o el general; y gobierna el mundo con la solicitud con que un padre cuida a su hijo y un artista o artesano sus creaciones.
Al concebir la obra y la providencia divina en el universo en general y respecto del hombre en particular, conforme con la doctrina mosaica, atribuye Filón a la Divinidad características que aparentemente contradicen la concepción de él como ser absoluto y desvinculado cualitativamente de todo lo creado. Esta antinomia tendría su explicación, según Brehier, a la luz de las dos perspectivas desde las cuales enfoca Filón separadamente, y sin preocuparse por superarla, el problema del ser supremo: la perspectiva que tomando a Dios mismo por centro de la interpretación nos lleva a concebirlo como un ser situado a infinita distancia de todo otro ser, imaginándolo inmutable, inmóvil e inoperante porque todo lo que implique cambio repugna a su perfección y plenitud; y la que tiene como origen el alma humana, la que lo siente próximo, operante y revestido de sus propias cualidades, en grado superlativo sí pero compartidas al fin y al cabo.
En cuanto al papel de la Divinidad en su operación creadora del universo, la absoluta desvinculación de la esencia divina respecto del mundo sensible y los demás seres excluye del pensamiento filoniano la idea de que el proceso consistiera en una mera derivación o evolución de su divina esencia, como cabe concebirlo si se identifica a ésta con la forma ejemplar primera o con la sustancia primitiva.
Dios aparece en la exégesis filoniana como el artífice ajeno a la materia con la que configura el mundo sensible. En esta materia, preexistente eternamente, inanimada e inmóvil de por sí, según la concebían los estoicos, mezcla confusa de los cuatro elementos, el demiurgo universal introduce el orden *(cosmos),* separando y aislando los elementos opuestos en aras de la armonía cósmica, con lo cual se ponen de manifiesto las naturalezas de los seres particulares. El móvil de la acción creadora divina no es la necesidad sino la bondad de Dios, que lo inclinó a desear la mejor de las dos alternativas: orden o desorden.
Es en realidad difícil, si no imposible, determinar si tienen razón los estudiosos que afirman que de ciertos pasajes de Filón se desprende que también la materia amorfa, preexistente antes de su ordenación por Dios, fue creada previamente ex nihilo por éste. A ser cierta esta interpretación, Dios sería a la vez *potetes y ktistés,* es decir, creador en el sentido de productor de algo a partir de la nada, y *demiourgós* u operario que elabora una obra con materiales ya existentes.
El mundo sensible no es copia o imitación de Dios, sino réplica de un modelo mental creado por él ex profeso. Este mundo inmaterial, aprehensible sólo por la inteligencia, sí fue producido de la nada.
En la creación y en la providencia se manifiesta la acción Divina respecto de sus creaturas. En la dirección opuesta el hombre puede aproximarse a él por la vía ascética que le permita

desvincularse de las cosas sensibles y remontarse intelectualmente hacia él. Dios se complace en las manifestaciones culturales del hombre y le ha concedido la posibilidad de aprehender, si no su esencia, que eso está más allá de las fuerzas de la humana inteligencia, sí su existencia. Esto lo logra el hombre sabio a partir de la experiencia sobre las cosas que perciben sus sentidos pero superándolas y saliendo de sí mismo para elevarse, después de trasponer todos los grados de la creación, hasta las regiones etéreas, desde donde podrá atisbar la realidad del ser por excelencia.

LOS INTERMEDIARIOS

EL LOGOS

La concepción del logos, punto capital de la exégesis de Filón no es coherente ni unitaria. En ella se conjugan ideas griegas y judías de las más diversas concepciones doctrinales. Brehier señala a propósito del logos filoniano que éste resume características sumamente heterogéneas determinables según varios puntos de vista.

En la concepción básica del logos se advierten tres caracterizaciones, que corresponden a igual número de funciones y proceden de otras tantas escuelas filosóficas. Con los estoicos, entiende Filón que se trata de un principio universal, lazo o nexo entre todos los seres sensibles, que, extendido por todas partes, continuo e indivisible, dirige el mundo como un piloto, uniendo y manteniendo la cohesión de sus partes e impidiendo su dispersión en el vacío.

De Heráclito toma la idea del logos divisor, agente de la armonía del mundo, que situado como barrera entre los contrarios, evita que se mezclen y confundan perdiendo su individualidad, es decir, los rasgos distintivos que determinan la naturaleza de las cosas. El logos es, pues, el pacificador que evita que las fuerzas antagónicas de las que está constituido el universo rompan el equilibrio y se destruyan.

Con la idea del logos divisor supera Filón la doctrina estoica sobre la conflagración universal, que supone la precariedad del equilibrio existente. El exégeta judío entiende que la eterna estabilidad de ese equilibrio está asegurada por la acción del logos divisor, quien ni permite que se altere el orden jerárquico de los demás seres ni tolera la confusión y la mezcla.

Finalmente, sigue a Platón en cuanto a concebir al logos como una forma ejemplar o "idea", perfecta e idéntica siempre a sí misma, y a partir de esa concepción lo presenta como el modelo mental o ideal de este mundo sensible, paradigma concebido por Dios, compuesto por todas las formas ejemplares, vale decir, como pensamiento divino puro. De modo que el logos, así enfocado, no es sino el pensamiento de Dios en su operación creadora.

Dé esta triple caracterización, que aparentemente no dejaría lugar para la acción divina, ya que erige al logos en causa de la existencia de los seres, pasa en otros lugares Filón u definirlo como ser intermediario o instrumento de la Divinidad, y entonces hace patentes sus diferencias en el modo de concebirlo con respecto a los filósofos griegos. Ante todo el logos no es el ser supremo como el logos estoico *(ratio universalis)* o el pitagórico (mónada), sino un subordinado suyo, inferior a Dios pero superior a todos los demás seres.

Para ubicar al logos funcionalmente abandona Filón la unicidad causal del estoicismo y recurre al esquema aristotélico, dentro del cual él logos resulta ser la causa instrumental. Como instrumento de la Divinidad el logos, concebido a la manera de Heráclito como separador o divisor, sustituye a Dios, del que sólo puede proceder el bien, en una función que forzosamente supone el contacto con el mal, ya que bien y mal son polos correlativos y necesarios en cada pareja de contrarios. Filón no advierte aquí la contradicción entre el concepto de logos como el modelo sumo de la virtud y esta doctrina, que lo supone origen de los seres en los que se da la combinación del bien y del mal. En realidad, al desvincular a la

Divinidad de todo contacto con éste, no ha hecho sino transferir el problema al plano del logos, en el cual se vuelven a enfrentar las dos ideas antagónicas: un ente que en principio sólo puede ser origen de bien pero que en la realidad de las cosas resulta ser principio del mal también.
Una pregunta que se plantea constantemente el lector de Filón al seguir sus caracterizaciones del logos es si, en suma, se trata de un ente concreto, distinto de Dios, o si es simplemente un contenido mental de la divinidad, una inherencia de ella sin autonomía existencial. Enfocado el asunto en el plano puramente lógico resulta prácticamente imposible dar una respuesta categórica, ya que en determinados pasajes parece tratarse de lo primero y en otros uno se inclina a pensar en lo segundo. Pero si se examina el problema desde la perspectiva del conocimiento y el culto o servicio de Dios, se aprecia con nitidez la autonomía que le atribuye y la jerarquía que le corresponde, pues aparece como una meta claramente distinta e inferior respecto de aquél.
Ocurre, en efecto, que el logos, en primer lugar, y hombres sabios como Moisés, alcanzan la relación directa con la meta suprema: Dios mismo; mientras que aquellos que, aunque envueltos todavía en los vínculos con las cosas sensibles, realizan progresos en orden a la virtud, alcanzan la visión del logos y le rinden culto a él; y los que aún no han iniciado la marcha por el camino de la virtud no sobrepasan el conocimiento de las cosas sensibles, conocimiento que puede ser el punto de partida para el alma dispuesta a elevarse hacia las contemplaciones superiores, pero que supone o constituye un estado de impiedad si se lo tiene por meta definitiva, desconociéndose la existencia de lo inmaterial y rindiéndose culto a la materia como si ésta fuese la causa del mundo.
El logos es además la palabra de Dios, palabra que es revelada al hombre piadoso y conservada en su espíritu. Existe un logos interior *(lógos endiathetós)* consistente en pensamientos encerrados en la intimidad del alma, y un logos exterior *(lógos prophorikós),* que es el pensamiento expresado por la palabra. El logos divino revelado al sabio es el conjunto de pensamientos filosóficos impresos en ella. Estos pensamientos más las plegarias que ellos le inspiran constituyen el culto divino. Y mediante el logos pronunciado el sabio puede a su vez trasmitir a otros las doctrinas relativas a Dios y al culto del supremo ser.
También en este sentido de palabra divina o pensamiento del sabio el logos divino es un intermediario, de inferior jerarquía que Dios, por cuanto conforme con el pensamiento extendido entre los antiguos acerca del papel de la palabra (pensamiento según el cual el signo verbal no es arbitrario, sino copia, aunque imperfecta de las cosas), el logos divino es una copia imperfecta de Dios, como una sombra de Dios mismo; y alcanzar el logos divino es llegar a un punto más alto en el avance hacia el conocimiento de Dios. Todos los hombres imperfectos deben recorrer las etapas hacia el conocimiento de la divina existencia llevados de la mano del logos de Dios, el que instruye en las fórmulas de la verdadera sabiduría y de la virtud preparando para la ulterior visión de aquél. Para la palabra, aun la divina, es inferior, como vía de conocimiento, a la visión misma, en la misma medida en que el oído es inferior respecto de la vista.

LOS OTROS INTERMEDIARIOS

Además del logos de Dios Filón menciona otros intermediarios entre el ser supremo y las creaturas mortales. Aunque casi todas las cualidades y funciones que atribuye a estos seres las atribuye también al logos, sin embargo recalca que se trata de seres distintos y tiende a fijar una jerarquía o escala descendente a partir del ser supremo. Así en *Problemas relativos al Éxodo* II, 68 establece el siguiente orden jerárquico: 1) el ser más antiguo que la unidad y la mónada, 2) el logos de ese ser, sustancia generativa de los seres, 3) la potencia llamada Dios, potencia operativa, creadora y ordenadora, 4) la potencia llamada Señor o potencia real (de

rey), mediante la cual el demiurgo gobierna al mundo (ambas potencias proceden del logos como de una fuente), 5) la potencia llamada Benefactora, potencia propicia procedente de la potencia operativa, 6) la potencia llamada Castigadora, potencia legislativa, procedente de la potencia real, 7) el principio *(arkhé),* en el que está simbolizado el mundo de los entes aprehensibles por la inteligencia o formas ejemplares.
En la lista en cuestión no aparecen mencionados otros intermediarios tales como la Sabiduría y el "Hombre de Dios", que en los desarrollos se consideran en particular. ¿Se debe la omisión al propósito de Filón de encuadrarlos en el número siete o son para él idénticos algunos seres excluidos y otros incluidos? Brehier sustenta esta última opinión apoyándose en que la mirionimia o multinominación es familiar a Filón, que en ello se respalda en una larga tradición de la mitología.

LA SABIDURÍA (SOPHÍA) DIVINA

Las contradicciones, reales o aparentes, en que incurre Filón a propósito de los otros seres de su cosmovisión se multiplican en el caso de la sophía divina. Esta, por otra parte, presenta muchos rasgos comunes con el logos, prácticamente todas las características atribuidas a éste, excepto la de palabra o revelación divina impresa en el interior del alma del sabio. El resto, es decir, todo cuanto atañe al papel de creador y conservador del universo, conviene igualmente a la sabiduría de Dios, a estar a lo que sobre ella afirma el exégeta. Es, como el logos, divisora de las cosas y principio y fuente de las virtudes. Al igual que existen un logos celeste y uno terrestre, este último imitación de aquél, existen una sabiduría divina y una humana, copia ésta de la primera. Como principio de las virtudes unas veces se identifica coja el logos, en el carácter de fuente de la virtud genérica, es decir, el bien, virtud que a su vez se proyecta en las cuatro virtudes específicas; y otras, la sabiduría resulta ser la fuente del logos, al identificarse a éste con el bien; en tanto que en otros pasajes se afirma que el logos es la fuente de la sabiduría. De modo que tenemos la siguiente confusión: sabiduría idéntica al logos, fuente del logos, producto del logos.
Si la vinculación entre la sabiduría y el logos aparece bastante imprecisa, no ocurre otro tanto con la que une la sabiduría a Dios. Es esposa de él y sin desmedro de su virginidad ha engendrado, fecundada por la Divinidad, preñada de las divinas simientes, el mundo sensible.
Esta concepción de una tríada y una hierogamia es reflejo de las descripciones mitológicas en el pensamiento de Filón, a las que aporta un elemento propio del orfismo: la virginidad de la esposa madre.
Por otra parte, la sabiduría aparece también como hija de Dios, y carente de madre, como Atenea la hija de Zeus.

EL ESPÍRITU (PNEÜMA)

Los estoicos atribuían al aire o soplo *(pneüma)* la condición de principio de la vida. Filón halla una confirmación de ello en las palabras del Génesis: "El soplo de Dios flotaba sobre las-aguas", que han de entenderse, según él, en el sentido de que el agua, de por sí inerte, es portadora de vida en la medida en que el aire está presente en ella.
En el ser humano el alma es *pneüma,* ya que constituye el principio vital que se agrega al principio de cohesión que el cuerpo posee por sí mismo como componente del mundo creado. Reconoce Filón, de acuerdo con la doctrina estoica, que-el alma está compuesta por siete partes: los cinco sentidos, el órgano de la fonación y el de la función seminal, siendo esta alma, común al hombre y a los demás seres animados; y que aparte de esta existe un alma racional, el *hegemonikón* o principio dominante, cuya sustancia es el aliento o soplo, en tanto que de la primera lo es la sangre. Pero se aparta del estoicismo al considerar que el *pneüma*

del alma humana no es simple aire en movimiento sino una inspiración, marca o impresión procedente de un divino poder, al que Moisés llama "imagen". Este divino soplo es un don de Dios, que el alma por sí jamás podría lograr, consistente en una inspiración infundida por la Divinidad mediante la cual procura a aquélla una noción del ser divino. El soplo es, pues, un intermediario más entre Dios y los hombres, gracias al cual Dios, al infundírselo, suple la impotencia de la creatura humana para elevarse hacia él.
Este soplo no llega a todas las almas con la misma frecuencia e intensidad. A nadie, ciertamente, le es negado un mínimo, suficiente para que todo hombre alcance alguna noción del ser divino, sin lo cual no sería justo pedirle cuenta de sus errores y faltas, va que carecería del conocimiento del bien para evitar el mal. Pero sólo el "hombre de Dios" recibe esta inspiración en toda la plenitud de su fuerza y tensión. Al hombre terrestre, en cambio, el hecho de que la carne y la constante transformación de las cosas humanas impida que el divino soplo subsista perpetuamente en él, no le permite recibirlo sino parcial y precariamente.
En cambio, en las almas incorpóreas, como los astros, inteligencias puras, y los ángeles, no se da obstáculo alguno para que el divino espíritu se establezca definitivamente. Meta indispensable para el hombre que aspira a alcanzar la perpetuación de la divina presencia en su alma es desvincularse definitivamente de todas las preocupaciones que nacen de las exigencias del cuerpo.

LAS POTENCIAS DIVINAS

De las consideraciones que expone Filón en los numerosos pasajes en los que se refiere a las potencias divinas no surge nítidamente, como tampoco ocurre en el caso del logos, si se trata, como interpretan algunos estudiosos, de seres distintos de Dios mismo, intermediarios entre él y el alma del hombre, destinados a salvar el abismo existente entre la condición trascendente de Dios y el cosmos sensible, o si se trata de meros atributos inherentes a la esencia divina, integrados en ella y sólo analizables intelectualmente por la imperfecta aprehensión propia de la inteligencia humana, que es incapaz de representarse la naturaleza divina sino parcelada en fragmentos. A la primera interpretación se opone el hecho de que en numerosas ocasiones Filón presenta a Dios operando directamente sobre sus creaturas, sin que advierta en esas ocasiones la inconsecuencia entre tales afirmaciones y la tesis de la trascendencia divina y de la imposibilidad de contacto suyo alguno con lo imperfecto. En tal tesitura las potencias divinas no serían sino poderes divinos, que la Divinidad aplica a sus diversas operaciones. Para Brehier la presencia de las potencias divinas en la escala de los intermediarios se explica recurriendo una vez más a una explicación en función del propósito esencial de la exégesis filoniana de mostrar la senda ascendente de las almas en su camino hacia Dios y los grados de aproximación que les es dado alcanzar según la medida de los progresos y las cualidades innatas de cada hombre. Y así como algunas almas, no pudiendo alcanzar una aproximación a Dios mismo, se detienen en el conocimiento del logos divino, otras, menos dotadas y ejercitadas aún, deben contentarse con llegar al conocimiento de las potencias de Dios, ubicadas en la escala en un grado de jerarquía inferior al del logos.
El éxtasis, que es el conocimiento de Dios en su unidad misma, es una vivencia espiritual que sólo excepcionalmente es posible alcanzar a seres como los hombres, atados a las imperfecciones de la irracionalidad, pero para todos está abierta la posibilidad de acceder al culto del ser por excelencia a través del conocimiento de los seres creados. Por esa vía se van captando aspectos de la Divinidad, que en este caso no son otros que sus potencias. Con esta doctrina Filón preserva además la noción de la unidad divina frente a la aparentemente contradictoria concepción de su naturaleza como operante, supervisora, conservadora y gobernante a la vez, que pareciera parcelarla, y la preserva porque para el pensamiento del hombre esas potencias aparecen no como meros atributos suyos sino como seres

esencialmente diferentes de él, depositarios de la pluralidad operativa. Por otra parte, en el orden de las mismas potencias existe una jerarquía ascendente: potencia punitiva, que veda el mal, potencia legisladora, que prescribe el bien; potencia auxiliadora, potencia real o gobernante, potencia creadora. El alma va creciendo en perfecciones parciales a medida que llega al conocimiento de cada una de ellas y toma conciencia de los aspectos del ser divino que cada una representa. Después del conocimiento de la más alta, la creadora, puede pasar al conocimiento del logos.
Por otra parte, como se advierte, las funciones asignadas a las potencias divinas separadamente son idénticas a varias de las funciones asignadas al logos en otros pasajes de la exégesis.

LOS ÁNGELES O MENSAJEROS

Al igual que el cielo está poblado por los "dioses visibles", inteligencias puras, llamados astros, la tierra por los animales terrestres y el hombre, y las aguas de los mares y los ríos por los seres acuáticos; el aire, porción del cosmos que se extiende desde la esfera lunar hasta la superficie de la tierra, lo está, según Filón, por almas incorpóreas llamadas ángeles o mensajeros. El hecho de que no sean visibles no prueba su inexistencia, como tampoco prueba la del alma humana la imposibilidad de captarla sensorialmente. Además, siendo precisamente el aire el elemento que confiere la vida a los seres animados, resultaría absurdo que a su vez no contuviera creaturas vivientes. De estas almas, como en la escala de la visión de Jacob, unas descienden hasta unirse a cuerpos terrestres, otras se desprenden de ellos al cabo del tiempo de permanencia fijado por la naturaleza, algunas para volver posteriormente a descender y unirse a otro cuerpo impulsadas por su apego a la existencia terrenal; otras para escapar definitivamente de la prisión corpórea convencidas de lo mísero de la condición terrenal. En ello consistiría el proceso de los nacimientos y las muertes de los mortales.
Pero, aparte de éstas existe un tercer grupo: el de las que, poseyendo una condición más próxima a Dios, jamás apetecen las cosas de la tierra y están consagradas entera y perpetuamente al servicio de él, sirviéndole como mensajeros. Los filósofos griegos la llaman *dáimones,* la Escritura las denomina *ángeloi (ángeles) = mensajeros,* porque *angéllousi = comunican o anuncien,* a los hombres las divinas revelaciones y mensajes, y a Dios las humanas necesidades.
Los ángeles, pues, son almas ajenas a todo cuerpo y a la irracionalidad, que habitan la región aérea sublunar, siendo aprehensibles sólo por la inteligencia.
Como los otros intermediarios, cumplen la función de superar el vacío de contactos existente entre Dios y las creaturas. No pudiendo él manifestarse sino a seres incorpóreos, requiere su ministerio. Entre sus cometidos figura el de aplicar castigos y el de proteger a los hombres del mal.
Frecuentemente toman apariencia humana, y entonces su figura es de belleza incomparable y luminosidad suma.

EL MUNDO DE LAS FORMAS EJEMPLARES (IDÉAI)

Más allá del mundo sensible, que aprehenden nuestros sentidos, existe otro, modelo y causa ejemplar del primero, al que sólo tiene acceso el alma humana a través de la aprehensión o intuición intelectual. Tal como los sentidos reciben la impresión de las cosas sensibles, la inteligencia capta las del mundo de las formas ejemplares o "ideas" en el sentido platónico. En él penetra, dejando atrás la realidad material, y en él se compenetra e identifica con la realidad incorpórea hasta convertirla en su propia y verdadera morada eterna. Pero el acceso está reservado sólo a los hombres que, en vida aún, han desvinculado totalmente sus almas de

los lazos del cuerpo. El resto de la raza humana, inmerso como está en el orden de las cosas sensibles, no puede contemplarlo ni asimilarlo.
Tal mundo está poblado por inteligencias puras, ajenas a toda materia, llamadas formas ejemplares, porque son modelos de las cosas sensibles. En esta concepción se advierte un casi exacto paralelismo con el mundo de las ideas de Platón, pero Filón proyecta el dualismo platónico hacia el plano moral y establece entre el mundo de las formas ejemplares y el mundo sensible la misma relación que separa lo sagrado de lo profano, asignando al primero la santidad o sacralidad superlativa y al segundo la modesta santidad que le acuerda, pese a sus imperfecciones, la condición de intermediario entre Dios y el alma en el orden ascético.
A diferencia de Platón, que considera a las "ideas" como existencias independientes del demiurgo o creador, Filón las localiza en la inteligencia divina, y las hace consistir en el plan divino para la ordenación del mundo. Es decir, son puro pensamiento de Dios.

EL "HOMBRE DE DIOS"

Apoyado en la circunstancia de que el Génesis ofrece dos versiones o relatos distintos, atribuidos hoy a distintos autores, acerca de la creación del hombre, Filón distingue dos creaturas humanas: el hombre creado "a imagen de Dios" y el fabricado de tierra.
De uno y otro el exégeta judío presenta dos descripciones distintas en las dos ocasiones en que se ocupa de ellos, es decir, en los comienzos de *Sobre la creación del mundo* y al principio de la *Interpretación alegórica.*
En la primera el "hombre de Dios" es identificado con la inteligencia del hombre, que, como guía del alma, ocupa en el microcosmos humano la posición propia de Dios en el macrocosmos. Pero, a continuación se nos ofrece una concepción distinta, pues, al caracterizar ahora al hombre fabricado de tierra como una creatura de naturaleza sensible, cualitativa, compuesta de cuerpo y alma, masculino o femenino, lo opone al Filón "hombre de Dios", descrito como una forma ejemplar, como un género, carente de determinaciones específicas tales como la masculinidad o la feminidad, como un sello aprehensible solo intelectualmente, incorpóreo e incorruptible. Como se advierte en' este paralelo, el hombre hecho según la imagen de Dios ya no es presentado como la inteligencia *o* elemento superior del alma humana, sino como la forma ejemplar o paradigma de los hombres terrestres.
Esta segunda noción es la que se repite en *Interpretación Alegórica,* es decir, en la segunda descripción, donde el "hombre de Dios" figura entre los intermediarios, y es caracterizado como una imagen o copia del logos, tal como éste es, a su vez, una imagen o copia de Dios. Aquí ya no aparece la oposición hombre de Dios-hombre terrestre como la oposición entre la inteligencia y el compuesto humano total, o también la existente entre la forma ejemplar genérica y abstracta y el hombre concreto e individual; sino como la que se da entre la inteligencia totalmente ajena a la materia, que inspirada por Dios tiene acceso a la sabiduría, y aquella inteligencia que existe en el hombre terreno, inferior y obligada a escoger su inmortalidad o la muerte según opte por la senda del bien o la del mal. Vale decir, no sólo no se identifica al hombre forjado según la imagen de Dios con la inteligencia humana, como en la primera descripción, sino se expresa claramente que es otra inteligencia distinta e independiente del complejo humano.

EL MUNDO SENSIBLE Y LA CREATURA HUMANA

Las ideas cosmológicas de Filón, por no estar expuestas en un cuerpo compacto de explicaciones, deben extraerse de la lectura de los numerosos pasajes de su exégesis en los que toca puntos vinculados con el mundo sensible. Ellas responden en general a los conceptos estoicos sobre el universo. La mutua solidaridad de las partes del mundo, el juego de ten-

siones y relajamientos como origen de los seres, el papel de la *héxis* como factor de consistencia o cohesión, la mezcla de los cuatro elementos primarios, son, entre otras muchas, nociones tomadas de la cosmología estoica, con la que sólo discrepa en cuanto a la posibilidad de la conflagración universal o retorno de la naturaleza, actualmente diversificada en seres particulares, al estado o elemento ígneo, origen y meta de todo, según los estoicos. Filón sólo acepta la existencia de catástrofes parciales o locales, señales de la ira divina.
Dentro del mundo sensible ocupan el lugar preferente las esferas celestes, pobladas de astros, a los que, a imitación de Platón, llama "dioses visibles", los que son concebidos como seres vivientes y racionales. Y el nivel más bajo y a la vez cosmocéntrico corresponde a la tierra, a la que rodea la región sublunar.
En la tierra reside el hombre, creatura vinculada por el elemento rector del alma, en lo que ésta contiene de logos o racionalidad, a las naturalezas superiores de los intermediarios y de Dios mismo"; pero adscrito a la materialidad, al mal y a la muerte a causa del elemento corpóreo que lo ata a la realidad sensible.
El alma humana es dividida en la mayoría de los pasajes que la describen en una parte racional o inteligencia, y en otra irracional compuesta a su vez por siete partes: la generativa,' la elocutiva y los cinco sentidos, entre los cuales intenta Filón establecer una jerarquía, en la que ocupan los lugares superiores los dos sentidos llamados filosóficos por cuanto especialmente a través de ellos se tiene acceso al saber: la vista primero y el oído en segundo lugar.
Inteligencia y sensación concurren al conocimiento de las cosas sensibles, siendo los sentidos las atalayas abiertas al mundo exterior y la inteligencia la encargada de integrar las sensaciones en complejos nocionales.
El mundo corpóreo no tiene la razón de su existencia ni de su configuración. Filón combate las doctrinas según las cuales el mundo sensible se explica por sí mismo, sin que se requiera postular la existencia de una causa suprema, distinta del orden cósmico aprehensible por los sentidos, con lo que eliminan tanto a Dios como al logos divino y a los restantes intermediarios.
Con todo, el mundo sensible posee una porción de poder divino: el que le confiere su condición de intermediario entre Dios y el alma humana. A la realidad aprehensible por la inteligencia exclusivamente se agrega así la realidad captable por los sentidos en la escala de la marcha ascensional del alma; hacia Dios. Existe, pues, un culto al mundo sensible, pero un culto concebido como una etapa más en la superación ascética, no uno que haga del mundo físico el objeto supremo, de la veneración del hombre.
El mundo sensible es un gran templo, cuyo sancta sanctorum es el cielo; las ofrendas, los astros; y los ministros del culto, los ángeles.
Es, además, concebido como un ente inteligente, filosófico o sabio, destinado a una eterna felicidad, encabezador de una escala cósmica de seres perfectos, en la que en orden descendente le siguen el cielo, los astros, los ángeles y los hombres virtuosos.
Dos cometidos fundamentales asigna Filón también al mundo sensible: el castigo de la impiedad, materializado en catástrofes naturales, en la existencia de animales feroces y ponzoñosos y en los demás flagelos que persiguen a los impíos; y el beneficiar a la especie humana proporcionándole los medios de abrigo y subsistencia, a lo que concurren por igual los. cuatro elementos y las creaturas que los habitan.
Finalmente, el mundo sensible es definido como la polis universal, según la concepción estoica, la gran cosmópolis, regida por las leyes perfectas de la naturaleza, leyes no meramente mecánicas sino fuentes de moralidad.
Y tanto, que toda la legislación humana o se adecua a esas normas impresas en la creación o se condena a la imperfección y el error. Moisés ha tenido presente esa legislación cósmica al redactar su legislación humana y de ello procede, así como de la inspiración divina, la

perfección de su código. Ajustándose estrictamente a las normas de la naturaleza, y consecuentemente a las de Moisés, que son la versión exacta, de aquellas en la polis del pueblo elegido, el hombre se torna cosmopolita o ciudadano del mundo. Tal es la meta del hombre sabio, quien halla su heredad en esa polis ajena al mal y a los vicios, al ajustar su conducta a las leyes del cosmos.

LAS METAS DE FILÓN Y LOS ALCANCES DE SU ÉTICA

La mayor y principal parte de la obra de Filón es de carácter exegético, y sus esfuerzos intelectuales, excepción hecha de los consagrados a componer sus tratados estrictamente filosóficos o alegatos a favor de su raza, van encaminados a exponer ante la inteligencia de sus lectores los principios por los que se deben regir los hombres en sus relaciones con Dios, es decir, a hacer accesibles a sus connacionales y a los hombres de otras razas las normas éticas contenidas en el Pentateuco y convencerlos de la obligación de ponerlas en práctica. Su objetivo final es, pues, de carácter moral y cultural. Como metas intermedias o instrumentales, conducentes al logro de aquél, su discurrir persigue dejar en claro otras dos verdades: la total conformidad existente entre las leyes de sus ancestros y las leyes de la naturaleza, y la armonía y complementación que vinculaban las doctrinas contenidas en los libros sagrados y la filosofía griega, vinculación tan estrecha, que resultaba posible trasvasar aquéllas a los esquemas y nomenclaturas de ésta.

Con lo primero buscaba demostrar la superioridad de la legislación mosaica respecto de las convenciones legales de las demás comunidades humanas, en especial de las *póleis* griegas; tanto más imperfectas cuanto más lejos resultaban hallarse del código de la cosmópolis o polis universal. En lo segundo perseguía dos logros: uno, revestir las doctrinas y principios de su religión con el ropaje de los conceptos, teorías y terminologías propias de ciertas escuelas filosóficas, a fin de hacer accesible a los gentiles, y también a ciertos judíos hiperhelenizados, los argumentos en que se fundaban la verdad y superioridad de las leyes, creencias y costumbres judías; y el otro, dotar al legado religioso de su nación de una jerarquía intelectual comparable a la de la sabiduría griega, al probar que no sólo no había oposición entre uno y otra, sino existía en muchísimos puntos una armoniosa correspondencia, siendo las más de las diferencias meras resultantes de dos maneras distintas de presentar las cosas, no de concebirlas.

Pero esencialmente su propósito se centra en un proselitismo de orden ético religioso tendiente a inculcar el convencimiento de la necesidad y ventajas de vivir según las normas reveladas por Dios al legislador del pueblo hebreo.

Sentado este concepto de que el tema fundamental de la exégesis filoniana es la interpretación de la legislación mosaica con miras a inferir a partir de ella el canon de normas éticas recomendable a todo hombre, cabe preguntarse si la meta perseguida fue de orden práctico, vale decir, si su propósito era proporcionar las bases jurídicas para forjar una sociedad real conformada según ese modelo moral, o si sólo se trataba de señalar una meta ideal, abstracta, ajena a las realidades alcanzables por la humanidad, y reservada, en todo caso, a algunos escasos espíritus selectos, a los hombres sabios y justos, sobre cuya escasez insiste más de una vez en el curso de sus reflexiones.

No entraré a examinar los muchos argumentos en pro de una y otra posibilidad y me limitaré a las consideraciones más importantes.

La primera hipótesis choca con graves objeciones.

La vigencia universal de las normas éticas propuestas hubiera equivalido al acatamiento de la ley mosaica por el mundo pagano, hecho que supondría la llegada del pueblo judío al ejercicio de la hegemonía o arbitraje indiscutido sobre la ecúmene, única vía para llegar a la universalización de las normas por las que hasta el presente se regía el judaísmo

exclusivamente. Esta consideración es la que tienen presente casi todos los estudiosos modernos que han considerado este punto para inferir la imposibilidad de que tal haya sido la intención de Filón. El acceso a esa necesaria hegemonía supondría la acción de un poder mesiánico que invirtiera las situaciones y, sacando a la nación hebrea de su condición de pueblo sometido al poder romano, la convirtiera en dominadora del mundo. Pero en ninguna parte de la obra del exégeta se hace referencia a una intervención mesiánica, al menos a una revestida de los atributos guerreros capaces de llegar a buen término una rebelión victoriosa. Es más, Filón parece descartar completamente esa posibilidad cuando, al tenor de lo de "Dad a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César", afirma que el judío de la diáspora debe ser celoso cumplidor de las leyes profanas vigentes en el lugar donde reside y atenerse en cuanto a sus deberes religiosos a las normas de sus ancestros.
En suma, que lo que Filón tuvo en vista en su exégesis fue señalar una meta ideal, reservada para algunas almas clarividentes; meta de perfección que ni siquiera a la masa del pueblo judío le era dable alcanzar, como bien lo testimoniaban, por otra parte, las pasadas prevaricaciones y las frecuentes calamidades desatadas por Yahvé sobre él a título de castigo. El más categórico entre los sostenedores de este punto de vista es Heinemann, quien llega a afirmar la total intrascendencia de la moral filoniana en el plano humano, y que se trata tan sólo de un canon teórico, fruto del empeño de Filón por constatar la vigencia de los principios de la legislación mosaica en el esquema cósmico. Se trataría, pues, de una empresa puramente intelectual, apologética, sin fines prácticos si por tales se entiende perseguir una vigencia efectiva de las normas ético-legales que postulaba como perfectas y necesarias. Opuestos a este temperamento, otros autores sostienen el parecer de que las miras de Filón estaban puestas en objetivos no totalmente desprovistos de practicidad. Por de pronto, se ha intentado probar que no se trataba de un puro intelectual atraído exclusivamente por las especulaciones abstractas, sino de un pensador profundamente versado en materia de legislación positiva, experto en cuestiones concretas de jurisprudencia, con una experiencia adquirida en contacto con un tribunal judío que se supone funcionaba en el seno de la comunidad hebrea de Alejandría. La objeción antes señalada, basada en la ausencia de toda referencia al tema mesiánico pierde consistencia si se reflexiona con Gfroerer que los vaticinios y esperanzas mesiánicas se hallan expresados en los libros proféticos exclusivamente, y como Filón concentra su exégesis en los escritos atribuidos a Moisés, no pudo hallar en ellos ocasión para tratar la cuestión. A lo cual podría responderse que la ocasión se la brindaban ampliamente sus propios desarrollos dialécticos, que, por supuesto, invitaban a aclarar algo sobre la -eventual vigencia de los principios que sustentaba y sobre las vías para lograrla, aunque de ello nada dijera Moisés.
Por otra parte, alegan continuando con la fundamentación de su tesis, es imposible concebir que Filón viviera ajeno a las esperanzas mesiánicas compartidas por todos o la mayoría de los de su nación y de tan larga tradición en el seno del pueblo judío. La razón de su silencio al respecto no se hallaría, pues, en su indiferencia o escepticismo frente a la posibilidad de una redención terrenal mesiánica, sino al convencimiento de que su concreción era por demás improbable en un futuro inmediato por lo menos, si bien en ciertos pasajes no parece desechar un futuro más o menos remoto de bonanza, paz y vigencia de la virtud en el género humano. Tal vez mediaron para ese silencio razones de prudencia, justificadas por el contexto político del mundo de entonces, el que daba pie para fustigar las costumbres del mundo pagano pero no para correr el albur de desatar las iras de Roma con la publicidad de perspectivas inmediatas que podrían dar a su obra el carácter de alegato revolucionario.
Como se advierte, ambas hipótesis, la del carácter puramente abstracto e ideal de la ética de Filón, y la que sostiene los alcances prácticos de sus especulaciones legales, se fundan en supuestos y conjeturas más o menos atendibles. No obstante ello, en el estado actual de la cuestión es imposible definirse categóricamente en pro de una u otra o al menos superar las

numerosas objeciones e interrogantes que ambas dejan pendientes.

ADVERTENCIAS SOBRE LA PRESENTE TRADUCCIÓN

La traducción de las obras de Filón de Alejandría que hoy se da a luz, la primera que posibilitará al lector hispanohablante la lectura completa de los tratados del autor hebreo en nuestra lengua, ha sido hecha a partir del texto griego de la edición bilingüe de Colson, Whitaker y Marcus, la que adopta en general el establecido en de Cohn y Wendlad. La edición Colson agrega a los diez volúmenes que contienen las obras de Filón conservadas en griego, otros dos con la traducción inglesa de los tratados vertidos al armenio y conservados exclusivamente en esa lengua, descubiertos en Lamberg en 1791. Estos dos volúmenes, traducidos al español de la versión inglesa, completan la presente edición española.
La imposibilidad material de ofrecer una edición bilingüe complica considerablemente las cosas desde el punto de vista de la traducción. El lector deberá, ante la circunstancia apuntada, atenerse exclusivamente al texto español en un tipo de pensamiento en el que los matices semánticos resultan en muchos casos harto difíciles cuando no imposibles de reproducir con aceptable aproximación, o bien porque los términos españoles a los que es dable echar mano evocan unas veces tan sólo parcial o vagamente las connotaciones originales, y otras se prestan al equívoco por los sentidos que les ha ido adosando el curso de los siglos; o bien en muchísimos casos porque Filón emplea juegos de palabras acústicamente captables sólo en su lengua en que fueron concebidos; o bien, finalmente, porque las incursiones etimológicas a las que Filón es tan afecto, concebidas en el contexto de aquella etimología de los antiguos, en la que, como lúcidamente acotó Voltaire, "las vocales no cuentan y las consonantes cuentan poco", tornan por demás engorroso reproducir en nuestra lengua la fuerza dialéctica que el autor volcó en muchísimas expresiones apoyándose exclusivamente en reales o supuestos entronques etimológicos.
De allí las numerosas notas, algunas reiteradas frecuentemente, que no tendrían razón de ser o parecerían demasiado elementales y hasta triviales en una edición erudita o bilingüe.
En cuanto a las pautas a que he procurado ajustar la traslación del texto griego al español, merecen destacarse las siguientes: reproducir con mayor fidelidad posible el sentido original, exponer los pensamientos de la manera más clara que era dable, respetar los requerimientos estilísticos de la lengua española y procurar la mayor adecuación posible de la expresión al nivel, por fuerza limitado, de preparación filosófica del lector corriente.
Para lograrlo he tenido presente sobre todo que lo que corresponde traducir no son las palabras aisladamente sino contextos, y que entre los sentidos y los sintagmas que los contienen en una determinada lengua no existe una relación necesaria, siendo posible por lo tanto trasvasarlos a otra con plena libertad para la elección de las estructuras sintácticas más apropiadas a la índole de ella.
Si no siempre el resultado ha correspondido a este propósito de satisfacer las cuatro exigencias arriba señaladas, ello se ha debido en parte a lo limitado de mis fuerzas y en parte a las mismas trabas resultantes del carácter de los tratados.
La ya destacada dificultad de hallar los términos españoles precisos para una cabal reproducción de los sentidos de los vocablos griegos hubiera sido tal vez relativamente fácil de superar recurriendo a tecnicismos filosóficos, que en muchos casos no son sino palabras de uso corriente sacadas de sus acepciones habituales y circunscriptas a nociones cuya comprensión escaparía a la intelección del lector no erudito. En estos casos, para no echar en saco roto la cuarta de las pautas propuestas para esta traducción, he optado por desechar esos vocablos técnicos o técnicamente entendidos, y traducir mediante otros, tal vez menos precisos o más unilaterales semánticamente hablando pero más al alcance del lector común. Así, por ejemplo, el término *noetós,* literalmente: *inteligible,* aparece normalmente traducido

por *aprehensible por la inteligencia.* Podrá objetarse que filosóficamente connota algo más que una mera realidad fuera del alcance de los sentidos, pese á que la teoría platónica que acuñó el término parte de un planteo netamente gnoseológico. Lo cierto es que traduciéndolo por *inteligible* hubiera cortado el nudo gordiano de la dificultad. Pero el lector corriente, de acuerdo en ello con la Academia Española de la Lengua, hubiera entendido simplemente algo así como *que se puede entender* (sin importar por qué vía), salvo que, advertido por alguna nota de pie de página, tuviera permanentemente presente el sentido técnico, cosa por demás engorrosa, a mi juicio, teniendo en cuenta que no se trata de un caso único. Otras veces, sin embargo, la elección de vocablos no ha implicado, entiendo, menoscabo alguno en las connotaciones. Tal el caso de *idea,* término tomado del platonismo que al cabo de más de dos milenios de manipuleo idiomático dista mucho de evocar, fuera de aquel contexto filosófico que lo forjó, el concepto original de ente inmerso en un mundo ajeno al universo cambiante e imperfecto en que vivimos. He preferido, en vez del vocablo español *idea* con el que corrientemente se lo traduce en los tratados de filosofía y de historia de la filosofía, la fórmula *forma ejemplar,* que excluye toda corporeidad en la de "forma" y recalca la condición paradigmática propia de las "ideas" modelos del platonismo, a las que se refiere Filón aunque atribuyéndoles, por otra parte, características que difieren sustancialmente de las que les atribuyó Platón.

Distinta es la situación que se presenta a propósito de ciertas voces griegas para las que no existe equivalente alguno en español o sólo podrían hallarse equivalencias parciales. En estas contingencias he optado, según las conveniencias de cada caso, o bien por la transliteración del término griego o bien por el empleo de una traducción totalmente "libre" explicada en una nota.

E! ejemplo más importante de la primera de estas dos soluciones lo tenemos en el caso del vocablo *lógos,* cuya traducción no ofrece dificultades cuando Filón lo emplea con una acepción específica determinada, pero que no tiene equivalente en las lenguas modernas cuando es usado, como ocurre frecuentemente en Filón, con el complejo sentido con que lo emplearon el platonismo y el estoicismo o simplemente con la acepción bipolar de pensamiento-palabra. El tecnicismo "verbo" arrastra al lector común hacia las dominios de la gramática (cfr. "En el principio era el Verbo") y entiendo que la transliteración *logos* debe imponerse definitivamente.

De la otra alternativa es un ejemplo la voz griega *enkyklios,* literalmente: *circular,* en la expresión *enkyklios paidéia,* que designa el conjunto de estudios que precedían al de la filosofía y que abarcaban todo el saber prefilosófico de entonces. Siguiendo la sugerencia de Marrou, he traducido la expresión por *cultura general o estudios de la cultura general,* la que encierra una clara referencia al carácter no especializado de dichos estudios, por oposición a los superiores y reservados a círculos más selectos.

Otras veces, en fin, razones estilísticas me han hecho preferir una versión a otra. Así, me ha parecido poco castizo traducir *Kyrios ho theós* por Dios *Señor* o *el Señor Dios* o *Dios el Señor,* he preferido hacerlo por *Dios Soberano,* en la que, amén de conservarse intactas las connotaciones, la relativa adjetivación de *Kyrios* no excluye el paralelismo con que evidentemente usa Filón la expresión refiriéndose a los dos atributos o potencias supremas del ser divino: el de creador como Dios y el de juez como Señor.

En otro orden de cosas es de advertir lo siguiente. Al lector hispanohablante le llamará la atención, y aún le chocará dados sus hábitos gramaticales, que en ciertos razonamientos o descripciones hable Filón del simbólico matrimonio en el que *la* inteligencia es el esposo y *los* sentidos o el conjunto de ellos la esposa, y que recalque reiteradamente la masculinidad de la primera y la feminidad de los segundos. Se trata, por supuesto, de meras contingencias gramaticales, en las que muy probablemente Filón creyó hallar más o menos veladas sugerencias, dada su tendencia a extraer conclusiones de hechos puramente lingüísticos. El hecho

es que en griego sí hay coincidencia entre el género gramatical de *el noüs* (= inteligencia) y su condición de esposo y el de *la áisthesis* (= sentido) y su papel simbólico de esposa; e igualmente, se dan de manos la lógica y la gramática, en el texto griego, no así en español, cuando Filón atribuye la maternidad al número siete, *la hebdomás, y* en otros frecuentes casos similares.

Estas advertencias acerca de los problemas de la traducción hallan su complemento en otras, que aunque no se vinculan con ella, servirán para alertar al lector respecto de modalidades de la dialéctica filoniana que podrían en determinados momentos causarle cierta perplejidad y aun desorientarlo en cierta medida.

He aquí las más importantes.

La continuidad de tratamiento de los asuntos, si bien en sus líneas generales responde a un esquema o plan correcta y lógicamente trazado, se desvirtúa no pocas veces desarticulándose en una sucesión de consideraciones parciales impuestas por la tendencia de Filón a las acotaciones y digresiones, que frecuentemente se prolongan más allá de lo razonable, de modo que, cuando exabruptamente las concluye para retornar al punto de partida, el lector, que tal vez lo ha olvidado ya, debe reubicarse mentalmente en el punto en que la reflexión había quedado interrumpida. A menudo en el curso, de la digresión aparece otro asunto que el autor entiende no debe pasarse por alto y la incursión por las consideraciones laterales se prolonga y ramifica hasta que, dándose ya por plenamente satisfecho o apremiado por la extensión de las mismas, les da fin, no sin advertir a veces que tratará la cosa con más calma en otra oportunidad o en algún trabajo especial.

En cuanto a los pasajes bíblicos que Filón reproduce para su exégesis, el lector habrá de tener en cuenta que lo que en muchos casos podría parecer o error de traducción o simplemente error de gramática, no es sino efecto de la necesidad de traducir literalmente expresiones que o bien en la versión de los Setenta o bien en la versión que Filón da, presentan evidentes errores gramaticales en griego, errores que no ha sido posible evitar reproducir en la traducción por cuanto ellos son tenidos en cuenta normalmente por el exégeta para sus interpretaciones.

Otra de sus particularidades es que el mismo pasaje bíblico suele aparecer comentado o interpretado de distinta manera en lugares u ocasiones diferentes, sin que Filón lo haga presente ni aclare las razones para el distinto tratamiento.

Y una más: Filón, aunque se ha propuesto explicar las enseñanzas bíblicas mediante el sobrio estilo de la exposición filosófica, no siempre se sustrae, cosa que por otra parte tampoco hicieron muchos filósofos de la antigüedad, al deseo de emplear los recursos de la retórica para poner más énfasis y calor en especial a sus exhortaciones y diatribas. Y no desdeña la grandilocuencia cuando el asunto le impulsa a magnificar las cosas que le resultan superlativamente excelentes o deplorables. Por momentos, pues, se torna declamatorio y solemne. El lector habrá de tenerlo en cuenta para no atribuirle demasiada veracidad o tomar al pie de la letra ciertas aserciones suyas. Y el curso de la lectura hará además que no resulten familiares las a menudo ex abruptas arengas o admoniciones en segunda persona con que en muchos casos matiza el más o menos sobrio curso de sus razonamientos.

En otro orden de cosas, no estará de más, tratándose de la traducción de una obra clásica al español, insistir en la directa vinculación de la presente con el original griego, a fin de prevenir acerca del relativo valor de confrontarla con otras traducciones de nuestro autor a lenguas modernas, ya que, aunque cabe esperar, claro está, una coincidencia de sentido en general, el punto de referencia para juzgar sus aciertos o imperfecciones ha de ser en todos los casos el texto griego de la edición Colson citada en la bibliografía.

Finalmente, habiendo sido necesario recurrir a la transliteración de numerosos términos griegos, especialmente en las notas, para su intelección por el lector común desconocedor del sonido de la letras griegas, se habrán de tener presentes las siguientes aclaraciones: g ante e, i

— gu; kh = k con aspiración; ph = p con aspiración; rh == r inicial; th = t con aspiración; y = u francesa o ü alemana; el digrama ou = u; y el signo ^ señala un acento circunflejo.
Razones tipográficas me han impedido señalar le cantidad de las vocales e (épsilon y eta) y o (ómicron y omega), así como acentuar la vocal y, cuando corresponde.

BIBLIOGRAFÍA

1) Ediciones principales de; las obras de Filón

Edición Turnebe (1552)

Edición Hoeschel (1613 y 1640)

Edición Th. Mangey (Londres, 1742)

Edición C. E. Richter (Leipzig, 1828-1830)

Edición Holtze (Leipzig, 1893-1901). Comprende también las obras conservadas en una traducción armenia hallada en Lemberg en 1791 y traducidas al latín por J. B. Aucher (1822-1826)

Edición L. Cohn, P. Wendland y J. Reiter, con Índices de J. Leisegang (Berlín, 1896-1930)

Edición L. Cohn e I. Heinemann (Breslau, 1909-1929). Con traducción alemana.

Edición F. H. Colson, G. H. Whitaker y R. Marcus (Londres, 1929-1953). Con traducción inglesa.

Edición R. Arnaldez, J. Pouilloux y C l. Mondésert (París, 1961. Faltan aparecer sólo los volúmenes 33, 34 y 35). Con traducción francesa. Entre las numerosas ediciones de tratados separados merece destacarse: El Brehier, "Commentaire allégorique des saintes lois" (París, 1909)

2) Estudios

Además de los contenidos en las introducciones de algunas de las ediciones mencionadas, los principales trabajos sobre Filón y su obra son los siguientes, citados por orden alfabético de autores.

Belkin, S.: *Philo and the Oral Law* (Cambridge Mass., 1940)

Bentwich, N.: *Philo Judaeus of Alexandria* (Philadelphie, 1910)

Billings, Th. H.: *The Platonism of Philo Judaeus* (Chicago, 1919)

Bousset, W.: *Jüdisch-christlicher Schulbetrieb in Alexandria und Rom.* (Berlín, 1915)

Brehier, E.: *Les idees phüosophiques et réligieuses de Philon d'Álexandrie* (París, 1950)

— *Etudes de philosophie antique* (París, 1908)

Daniélou, J.: *Philon d'Alexandrie* (París, 1958)

Drummond, J.: *Philo Judaeus* (London, 1888)

Gfroerer, A.: *Kriltsche Geschichle des Urchrístentums* (Stuttgart, 1831).

Goettsberger, J.: *Einleitung in das Alt Testament* (Friburg, 1927)

Gregoire, F.: *Le Messie chez Fhilon d'AIexandrie* (Eph. Theol. Lov. XII, 1935)

Goodenough, E. R.: *An Introduction to Philo Judaeus* (New Haven, 1940)

— *The Polítics of Philo Judaeus* (New Haven, 1938)
— *By Light Light* (New Haven, 1935)
— *The Jurisprudence of ihe Jewish Courts in Egypt* (New Haven, 1929)
Heinemann, I.: *Philons griechishe und jüdische Bildung* (Breslau, 1932)
Heinze, M: *Die Lehre von Logos in der Griechischen Philosophie* (Oldenburg, 1872)
Herriot, E.: *Philon le Juif* (París, 1898) Juster, J.: *Les Juifs dans l'Empire Romain* (París, 1914)
Katz, P.: *Philo's Bible* (Cambridge, 1950)
Lagrange, M. J.: *La lettre de Claude aux Alexandrins.* En Rev. Bibl. (1931)
Lewy, H.: *Sobria Ebrietas* (Giessen, 1920)
Massebieau, L.: *Le classement des oeuvres de Philon.* En Bibl. de l'Ecole de Hautes Etudes. Sciences religieuses. Vol. I (París, 1889)
Mitteis, L. y Wucken, V.: *Grundzüge und Chrestomathie der Papyruskunde* (Leipzig, 1912)
Ritter, H.: *Philo und die Halacha* (Leipzig, 1878) Sandmel, S.: *Philos Place in Judaism* (Cincinnati, 1956)
Siegried, C: *Philo von Alexandria ais Atdeger des Alten Testaments* (Iena, 1875)
Stain, E,: *Die allegoriche Exegese des Pililos von Alexandrien* (Giessen, 1929)
Teherikover, V. : *Prolegómeno. En Corpus Papyrorum Judaicorum* (Cambridge Mass.. 1957)
Turowski, E.: *Die Wiederspiegelug des stoischen Systevis bei Philon von Alexandreia* (Leipzig, 1927)
Vólker, W.: *Fortschritt und Vollendung bel Philo von Alexandreia* (Leipzig, 1938).
Wendland, P.: *Philo und die kynisch-stoische Diatribe* (Berlín, 1895)
Wolfson, H. A.: *Philo* (Cambridge Mass, 1948)

3) Historias de la filosofía griega

Robin, L.: *El pensamiento griego y los orígenes del espíritu científico* (Barcelona, 1926)
Windelband, W.: *Historia de la filosofía antigua* (Buenos Aires, 1955)
Zeller, E.: *Die Philosophie der Grlechen* (Berlín, 1919-1920)

SOBRE LA CREACIÓN DEL MUNDO SEGUN MOISES

(DE OPIFICIO MUNDI)

1. I. Al codificar los demás legisladores las normas consideradas justas por los mismos, unos lo hicieron en forma desnuda y carente de todo atractivo; en tanto que otros, revistiendo sus pensamientos con ociosos agregados, confundieron a las multitudes ocultando la verdad tras el velo de míticas ficciones.

2. En cambio, Moisés, desdeñando una y otra modalidad, la una como irreflexiva, superficial e indigna de la filosofía, la otra por engañosa y llena de imposturas, compuso para su legislación un exordio pleno de belleza y magnificencia, evitando tanto el dictar sin preámbulo alguno los deberes y prohibiciones como el inventar mitos o aprobar los forjados por otros ante la necesidad de preparar el entendimiento de quienes habrían de regirse por sus leyes.

3. Su exordio es, como digo, admirable en sumo grado. Consiste en el relato de la creación, y de él se desprende que entre el mundo y la ley existe una recíproca armonía, y que, de ese modo, el hombre respetuoso de la ley es ciudadano del mundo, ya que ajusta su conducta a los dictados de la naturaleza, de conformidad con la cual es regido el mundo entero.

4. Poeta ni prosista alguno podría, por lo tanto, celebrar dignamente la belleza de los pensamientos contenidos en su relato de la creación, ya que ellos están más allá de nuestra capacidad de expresarnos y escuchar, siendo demasiado grandes y sublimes para que puedan adaptarse a las palabras y al oído de mortal alguno.

5. Mas no por ello hemos de callarlos; antes bien, por consideración al amado de Dios,[1] habremos de aventuramos aún más allá de nuestra capacidad. Nada de lo que digamos, procede de nosotros mismos, y solo nos referiremos a unas pocas de las muchas consideraciones hasta las cuales es dable avanzar a la inteligencia humana impulsada por el amor y el ansia de sabiduría.

[1] Es decir. Moisés.

6. El más pequeño de los sellos recibe al ser modelado las imágenes de cosas de colosales dimensiones, y cabe pensar que del mismo modo las excelsas hermosuras del relato de la creación del mundo contenido en la legislación, aunque con su deslumbradora luz turben las almas de los que las leen, serán puestas de manifiesto a través de los más diminutos trazos.
Pero antes hemos de indicar algo que no cabe pasar en silencio.

7. II. Algunos, efectivamente, admirando más al mundo que al Creador del mundo, han sostenido que el primero es increado y eterno, y afirmado falsa e impíamente la doctrina de una inmensa inactividad de Dios; cuando, por el contrario, deberían quedar pasmados ante Sus poderes como Creador y Padre, y no asignar al mundo una desmedida grandeza.

8. Moisés, en cambio, merced a que alcanzó la cúspide misma de la filosofía y a que fue profundamente instruido por Divinas revelaciones en los múltiples y más fundamentales conocimientos relativos a la naturaleza, comprendió que nada hay más necesario en lo existente que el que exista una causa activa y una pasiva, y que la causa activa es la purísima e inmaculada Inteligencia del universo, superior a la virtud, superior a la sabiduría, superior al

bien y a la belleza misma;

[9.] en tanto que la pasiva, inanimada e inmóvil de por sí, evolucionó, movida, configurada y vivificada por la Inteligencia, hacia la obra perfectísima que es este mundo. Los que sostienen que éste es increado no se dan cuenta de que eliminan el más provechoso y necesario de los incentivos hacia la piedad, vale decir, la providencia.

10. Porque, como lo demuestra la razón, el Padre y Hacedor vela por lo que ha llegado a la existencia. Un padre, en efecto, procura preservar a los nacidos de él, y un artífice los productos de su labor, y no escatiman medios para evitarles cuanto hay de funesto y dañoso, a la vez que anhelan procurarles cuanto les resulta útil y ventajoso. En cambio, ningún vínculo liga a lo que no ha sido creado con quien no ha creado.

11. Se trata, pues, de una doctrina indigna de sostenerse y trivial, que pretende que este mundo es semejante a una ciudad anárquica, carente del jefe, arbitro o juez que se encargue de administrarlo y presidirlo todo.

12. El gran Moisés, por el contrario, comprendiendo que lo inengendrado es de una naturaleza completamente distinta de cuanto está al alcance de nuestra vista, ya que todo lo perceptible por los sentidos está sujeto al nacimiento y a cambios y no permanece jamás en el mismo estado, atribuyó la eternidad a lo invisible y aprehensible por la inteligencia, como algo connatural y afín; y asignó a lo perceptible por los sentidos el apropiado nombre de "génesis".[2] Siendo, pues, visible, perceptible por los sentidos este mundo, necesariamente se sigue que es además creado. De allí el acierto de Moisés al describir también la génesis del mismo, manifestando así la grandiosa majestad de la obra de Dios.
[2] O creación, y por lo tanto, mundo de lo no eterno, de lo perecedero.

13. III. Dice que el mundo fue creado en seis días, mas no porque el Hacedor hubiera menester de una determinada cantidad de días; que Dios puede hacer todas las cosas simultáneamente, tanto ordenar las obras como concebirlas; sino porque en las cosas creadas era necesario un orden. El orden, por su parte, involucra número, y de los números, por imperio de las leyes de la naturaleza, el más vinculado a la generación de seres es el 6. Se trata, en efecto, del primer número perfecto a contar desde la unidad, y es igual al producto de sus factores, y, a la vez, a la suma de los mismos,[3] siendo el 3 su mitad, el 2 su tercera parte y el 1 su sexta parte. Y su naturaleza es, por así decir, masculina y femenina, resultado de combinar la potencia de uno y otro sexo. En las cosas existentes, en efecto, lo impar es masculino, y lo par femenino; y he aquí que la serie de los números impares comienza por el 3, y la de los pares por el 2, números de los que el 6 es producto.
[3] $1 + 2 + 3 = 6$; y $1 \times 2 \times 3 = 6$.

14. Siendo el mundo la más perfecta de las cosas que adquirieron existencia, preciso era que fuera conformado de acuerdo con un número perfecto, es decir, el 6; y que, habiendo de contener en sí a las creaturas nacidas de la unión sexual, recibiera la impresión de un número mixto, el primero que contiene lo par y lo impar, y encierra la forma ejemplar[4] del elemento masculino inseminador y del femenino receptor de las simientes.
[4] Traduzco así al término griego idea, para evitar el equívoco que traería aparejado el traducirlo por la palabra española idea. "Forma ejemplar" contiene las dos connotaciones que le atribuye Filón, de conformidad con la doctrina platónica al respecto: forma y modelo.

15. A cada uno de los días asignó Dios una de las porciones del universo mas no incluyó al

primero, al que evitó llamar "primero", a fin de quemo fuera enumerado junto con los otros. Lo llamó, en cambio, "uno" (Gen. I, 15), asignándole así una denominación exacta puesto que mediante tal nombre reconoce en él y le atribuye expresamente la naturaleza y denominación do la unidad. IV. Como es imposible enumerar todos los elementos que este número encierra en sí, hemos de limitarnos a los más que nos sea posible. Como elemento especial encierra al mundo aprehensible por la inteligencia, según se indica en el tratado acerca de dicho número.

16. Dios, en efecto, como que es Dios, conocía de antemano que ninguna copia hermosa podría ser producida jamás sino a partir de un modelo hermoso, y que ninguna de las cosas sensibles podría ser irreprochable si no era hecha como copia de un arquetipo y forma ejemplar aprehensible por la inteligencia. Y así, habiéndose propuesto crear este mundo visible, modeló previamente el mundo aprehensible por la inteligencia, a fin de usarlo como modelo incorpóreo y acabada imagen de la Divinidad en la producción del mundo corpóreo, creación posterior, copia de una anterior, que había de encerrar tantas clases de objetos sensibles cuantas de objetos mentales contenía ésta.

17. No es legítimo suponer o decir que el mundo constituido por las formas ejemplares se halla en un determinado lugar, pero sabremos cómo está constituido si consideramos atentamente cierta imagen tomada de nuestra propia experiencia. Cuando se va a fundar una ciudad para satisfacer los ambiciosos proyectos de algún rey o gobernante que, apropiándose de un poder sin límites y a la vez concibiendo brillantes ideas, busca añadir nuevo lustre a su prosperidad, algún arquitecto experto, tras acudir una y otra vez al lugar y observar sus ventajas de clima y posición, concibe primero en su mente el plano de casi todas las partes de la ciudad que se está a punto de fundar: templos, plazas, puertos, depósitos, calles, emplazamientos de murallas, ubicación de casas y demás edificios públicos.

18. Luego, habiendo recibido en su alma, como en una cera, las imágenes de cada una de ellas, lleva consigo la representación de una ciudad concebida por la inteligencia; y después de haber retenido[5] esas imágenes mediante su innata capacidad de recordar, e impreso sus rasgos con más intensidad aún en su inteligencia, comienza, como avezado artífice, con la vista puesta en el modelo, a construirla con piedras y maderas, cuidando que los objetos corpóreos sean iguales totalmente a cada una de las incorpóreas formas ejemplares.

[5] La mnéme = memoria, es, según Filón la facultad de conservar presentes los recuerdos, a diferencia de la anamnesis = reminiscencia, que es la capacidad de reactualizarlos tras el olvido. Ver Interpretación alegórica, III, 93.

19. Pues bien, en lo que a Dios hace hemos de pensar que procedió de manera análoga; que, resuelto a fundar la gran ciudad,[6] concibió primero las características de la misma, y habiendo conformado mediante ellas un mundo aprehensible por la inteligencia, fue produciendo en acabada forma también el mundo perceptible por los sentidos, empleando para ello aquél como modelo.

[6] Es decir, el mundo o universo.

20. V. Así, pues, como la ciudad concebida previamente en el espíritu del arquitecto no ocupa lugar alguno fuera de él, sino se halla impresa en el alma del artífice, de la misma manera el mundo de las formas ejemplares no puede existir en otro lugar alguno que no sea el logos Divino, que las forjó con ordenado plan. Porque, ¿qué otro lugar habría apto para recibir y contener en su pureza o integridad, no digo todas, pero ni siquiera una sola cualquiera de ellas, aparte de Sus potencias?

21. Y una de esas potencias es la creadora del mundo, potencia que tiene por fuente al verdadero bien. Porque entiendo yo que no andará errado quien desea averiguar la causa por la que este universo fue creado, si afirma, como, por otra parte, lo afirmó ya uno de los antiguos, que el Padre y Hacedor del universo es bueno, y que esa bondad hizo que no viera con malos ojos que participara de Su propia naturaleza excelsa una entidad carente de por sí de toda hermosura, aunque capaz de convertirse en la totalidad de las cosas.

22. Porque esta entidad era de por sí desordenada, sin cualidades, sin vida, sin semejanzas, llena de inconsistencia, de desarmonía y de desproporción; pero recibió una transformación, un cambio hacia las opuestas y más hermosas características, vale decir, orden, cualidad, vida, semejanza, cohesión, armonía y proporción, o sea, todo cuanto es propio de la forma ejemplar más excelente.[7]
[7] Platón, Timeo 29 e, donde se lee: "*El que ha formado el devenir y el mundo. . . ha querido que todas las cosas nacieran lo más parecidas a él que fuera posible*."

23. VI. Sin intervención de consejero alguno (¿qué otro ser existía aparte de Él?), por Su sola determinación resolvió Dios que habría de beneficiar con pródigos y valiosos dones a esa naturaleza, incapaz sin las Divinas larguezas de alcanzar por sí misma bien alguno. Mas no es en proporción a la grandeza de Su propia bondad como concede Sus beneficios, ya que esa bondad es infinita e inagotable; sino en la medida de la capacidad de los que son beneficiados. Porque no es la misma la natural capacidad de Dios para prodigar el bien que la de las creaturas para recibirlo. Los poderes de Dios sobrepasan toda medida; en tanto que el mundo, siendo, como es, demasiado débil para recibir tan inmensos dones, hubiera sucumbido si Dios no hubiera medido y distribuido los mismos en la debida proporción asignando a cada cosa lo que le correspondía.

24. Si alguien quiere expresarse en forma más simple y directa, bien puede decir que el mundo aprehensible por la inteligencia no es otra cosa que el logos de Dios entregado ya a la obra de la creación del mundo: la ciudad concebida por la inteligencia no es, en efecto, sino el entendimiento del arquitecto en el acto de proyectar la fundación de la ciudad.

25. Ésta es doctrina de Moisés, no mía. Al referirse, por ejemplo, más adelante a la creación del hombre, reconoce en forma explícita que éste fue modelado "según la imagen de Dios" (Gen. I, 27). Y si la parte[8] es imagen de una imagen, es evidente que también lo es el todo. Y si este mundo entero perceptible por los sentidos es una copia, mayor que la humana, de la Divina imagen, es asimismo evidente que ese sello arquetípico que decimos es el mundo aprehensible por la inteligencia, no puede ser otro que el logos de Dios.
[8] La parte, es decir, el hombre.

26. VII. Dice Moisés que "en el principio hizo Dios el cielo y la tierra", pero no atribuye al término "principio" Un sentido cronológico, como piensan algunos, pues no existía, ciertamente, el tiempo antes de existir el mundo, sino comenzó juntamente con él o después de él. El tiempo, en efecto, es un intervalo determinado por el movimiento del mundo, y el movimiento no podía haber existido antes de existir el objeto móvil, sino debió" aparecer o posterior o simultáneamente con éste, de lo que por fuerza se sigue que el tiempo es o coetáneo del mundo o más reciente que él; y osar sostener que es más antiguo que el mundo carece de base filosófica.

27. Ahora bien, puesto que el término "principio" no está tomado en este caso en sentido cronológico, bien cabe pensar que lo que indica es el principio en el orden numérico, de tal

modo que la expresión "en el principio hizo" equivaldría a "hizo primero el cielo". Y es, efectivamente, razonable que éste fuera lo primero en llegar a la existencia, ya que es lo más excelso de la creación y está formado con lo más. puro que existe, pues estaba destinado a ser la sacratísima mansión de los dioses visibles, perceptibles por los sentidos.[9]
[9] Filón emplea la terminología platónica para designar a los astros. Ver Timeo 40.

28. Aunque el Hacedor creó todas las cosas simultáneamente,. ello no significó menoscabo alguno para el orden que acompañaba a cuanto llegaba a la existencia. Ellas estaban dotadas de hermosura, y la belleza no existe en medio del desorden. Ahora bien, el orden es la sucesión y encadenamiento de determinadas cosas precedentes con otras que vienen después, encadenamiento que, aunque no se haga patente en las cosas ya acabadas,. existe, sin embargo, en los designios de sus autores, ya que sólo de ese modo esas cosas podían llegar a ser hechas con precisión» estables y libres de confusión.

29. En primer lugar, pues, hizo el Hacedor un cielo incorpóreo, una tierra invisible, la forma ejemplar del aire y la del vacío. Al aire lo llamó "obscuridad", puesto que es negro por naturaleza; y al vacío "abismo", ya que la inmensa abertura del vacío es precisamente una gran profundidad. Luego creó la esencia incorpórea del agua y la del aliento vital[10] y finalmente la de un séptimo elemento: la luz, la que, a su vez, fue el incorpóreo modelo, de naturaleza intelectual, del sol y de todos los luminosos astros que habrían de llegar a existir en la extensión celeste.
[10] Gen. I, 2.

30. VIII. Dignos de especial distinción fueron considerados por Moisés el aliento vital y la luz; y así, llamó al primero "aliento de Dios" por cuanto el aliento vital es el principio por excelencia de la vida, y Dios el autor de ésta. De la luz dice que es hermosura sin par.[11] Y en verdad, tanto la luz aprehensible por la inteligencia sobrepasa por su brillo resplandeciente a la visible, cuanto, a mi parecer, supera el sol a las tinieblas, el día a la noche, y la inteligencia, que es la parte rectora del alma, toda, a los ojos del cuerpo.
[11] Gen. I, 4.

31. Aquella invisible luz aprehensible por la inteligencia adquirió existencia como una imagen del logos Divino, en quien halla explicación su nacimiento. Trátase de un astro más que celestial, fuente de los astros perceptibles por los sentidos, al que no estaría desacertado llamar claridad universal, de la que el sol, la luna, los astros errantes y los fijos reciben las claridades apropiadas, cada uno según su propia capacidad. Aquella inmaculada y pura claridad empalidece tan pronto como comienza a transformarse trocándose de luz intelectual en luz visible, ya que nada de lo que se halla al alcance de nuestros sentidos está libre de impureza.

32. IX. Correcto es también afirmar que "la obscuridad estaba sobre el abismo" (Gen. I, 2). Porque, en cierto modo, el aire [12] se halla sobre el vacío, puesto que, descendiendo sobre él, llena completamente la desértica y vacía región que se extiende desde el ámbito lunar hasta nosotros.
[12] El aire, que es negro, según lo señalado en 29.

33. Después que comenzó a brillar la luz aprehensible por la inteligencia, creada antes que lo fuera el sol, la enemiga obscuridad retrocedió. Es que Dios, consciente de su recíproca oposición y connatural hostilidad mutua, estableció entre ellas un muro de separación. Para evitar que la discordia sobreviniera como resultado de la permanente vecindad de ambas, y la

guerra prevaleciera sobre la paz, con lo que hubiera establecido el desorden en el orden universal, no sólo separó la luz de la obscuridad, sino colocó además en los espacios intermedios vallas de separación, mediante las cuales retuvo a una y a otra en las partes extremas. Si hubieran permanecido vecinas, hubieran seguramente engendrado la confusión, enfrentadas en intensa e incesante lucha por la preeminencia; lo que hubiera ocurrido si límites erigidos entre ambas no las hubieran separado evitando así la mutua agresión.

34. Estos límites son el ocaso y el alba. Ésta anticipa la buena nueva de que el sol está a punto de elevarse, a la par que aleja suavemente a la obscuridad; el ocaso sobreviene con la puesta del sol, recibiendo apaciblemente el compacto avance de la sombra. También a éstos, me refiero al alba y al ocaso, ha de incluírseles en el orden de los objetos incorpóreos y aprehensibles por la inteligencia. Nada sensible, en efecto, hay en ellos, siendo, por el contrario, totalmente formas ejemplares, medidas, figuras y sellos, cosas incorpóreas destinadas a engendrar otras corpóreas.

35. Una vez que la luz hubo sido creada y la obscuridad se hubo retirado cediéndole lugar, y quedaron ya fijados como barreras en los intervalos entre ambas el ocaso y el alba, como lógica consecuencia quedó al punto determinada una medida del tiempo, que el Hacedor llamó "día"; y no día "primero", sino día "uno", denominación aplicada teniendo presente la unicidad del mundo aprehensible por la inteligencia, cuya naturaleza está vinculada a la unidad.

36. X. Hallándose, pues, concluido ya y firmemente fijado en el logos Divino el mundo incorpóreo, el sensible fue engendrado en su término preciso conforme con el diseño de aquél. Y de sus partes la más excelsa de todas, la primera que el Hacedor creó fue el cielo, al que con todo acierto llamó "firmamento",[13] como que es corpóreo, y el cuerpo es sólido por naturaleza ya que se trata de un ente tridimensional. ¿Qué otra noción tenemos de sólido y de cuerpo sino que es lo que se extiende en todas las direcciones? Con razón, pues, oponiendo al cielo intelectual e incorpóreo este otro sensible y de aspecto corpóreo, llamó a éste "firmamento".

[13] En griego: *steréoma* = construcción sólida o firme, firmamento; y *stereós* = sólido, firme, por lo que el *demiourgós* (artesano) al llamarlo así destaca su naturaleza.

37. Un poco más adelante, con toda exactitud y propiedad, lo denominó "cielo", en parte porque es límite de todas las cosas, y en parte por haber sido la primera de todas las cosas visibles.[14] Al que siguió a su creación lo llama segundo día, con lo que asigna al cielo el espacio y duración de un día entero, lo que se explica por la jerarquía y dignidad del cielo entre las cosas sensibles.

[14] Disquisición etimológica sin fundamento. Con todo, para los oídos griegos no dejaría de existir cierto parentesco fonético entre el termino *ouranós* = cielo, de etimología incierta, cuyo diagrama inicial ou- pronunciábase como o cerrada o como u tal vez, y las voces *hóros* = límite, y *horán* = ver. Contribuía a borrar las diferencias el hecho de que la aspiración inicial (h-) ni se pronunciaba ni se escribía en la época helenística.

38. XI. Después de esto, como el agua toda se derramaba sobre la totalidad y penetraba en todas sus partes, como a través de una esponja saturada de líquido, con lo que la tierra resultaba un pantano y un fango profundo, por hallarse ambos elementos entremezclados y confundidos a modo de amasijo en una única sustancia indiscernible y amorfa, dispuso Dios que toda el agua salada, que hubiera sido causa de esterilidad para sembrados y árboles, se concentrase afluyendo desde los intersticios de la tierra toda y ésta apareciese seca, quedando

en ella una reserva de agua dulce para su conservación, pues el agua dulce en cantidad adecuada sirve de elemento de cohesión que une las porciones separadas; para evitar que, completamente desecada, se convirtiera en estéril e improductiva, y para que, como una madre, proveyera a los que podríamos llamar sus hijos no de un solo género de alimentos: el sólido, sino de uno y otro: el sólido y el líquido. Ésa es la causa por la que la tierra contó con abundantes conductos de agua, semejantes a maternos senos, que, una vez abiertos, habrían de hacer brotar ríos y fuentes.

39. En no menor cantidad extendió Dios los ocultos "cursos de agua a través de toda la tierra pingüe y fecunda para que la producción de frutos fuese inagotable. Habiendo ordenado estos elementos, les asignó nombres, llamando "tierra" a la región seca, y "mar" a la separada de" ella.

40. XII. El siguiente paso fue organizar la tierra. Mandóle que se cubriera de verduras y espigas, y produjera toda clase de plantas, ubérrimos prados y todo cuanto habría de servir para forraje de las bestias y para alimento de los hombres. Además de todo ello produjo todas las especies de árboles sin omitir ninguna, ni de las silvestres ni de los llamados árboles de cultivo. Y, contrariamente a lo que ocurre actualmente, todos ellos al comenzar a existir estaban ya cargados de frutos.

41. Ahora, en efecto, el desarrollo tiene lugar progresivamente en etapas sucesivas, y no conjuntamente en un momento único. ¿Quién ignora que primero se realiza la siembra y la plantación, y luego el crecimiento de los sembrados y plantas; las primeras para hacer que las raíces se extiendan hacia abajo a modo de basamento, y el segundo mientras se elevan y desarrollan hacia lo alto los tallos y troncos? Siguen luego la germinación y los brotes de las hojas, y finalmente la producción del fruto. Y aquí se repite el proceso: el fruto no ha llegado a su pleno desarrollo, sino está sujeto a toda suerte de cambios, unos cuantitativos, es decir, de tamaño; otros cualitativos, o sea, en la variedad de aspecto. En efecto, al nacer el fruto se asemeja a indivisibles copos, apenas visibles a causa de su diminuto tamaño, a los qué no estaría desacertado calificar de las primeras cosas perceptibles por los sentidos. Después, por efecto de su gradual desarrollo, de la nutrición por irrigación, que proporciona humedad al árbol, y de la bien equilibrada temperatura de los aires, que se vivifican nutren con frescas y delicadas brisas, irá creciendo hasta alcanzar su tamaño completo. Y con el tamaño múdase también su aspecto, como si el experto pincel de un pintor lo fuera matizando con variados colores.

42. XIII. Pero, como dije, en la primera creación del universo hizo Dios que de la tierra nacieran ya plenamente desarrollados los vegetales, cargados de frutos, no inmaduros sino en plena sazón, para su inmediato uso y consumo por los animales que a, continuación serían creados.

43. Dios ordenó a la tierra engendrarlos, y ésta, como si hubiera estado desde largo tiempo preñada y gestándolos en su seno, dio a luz todas las especies de plantas, todas las de árboles, y además las incontables clases de frutos. Pero los frutos no sólo servía de alimento para los animales, sino también como dispositivo naturales para la perpetua generación de seres de la misma especie puesto que contienen en su seno la sustancia fecundantes, en las que hallanse ocultos e invisibles los principios de todas las cosas que se tornan manifiestos y visibles con el correr de las estaciones.

[15] El termino griego traducido aquí por principios contiene una clara referencia a los *logoi spermatikoí* = *rationes seminalis* de la filosofía estoica.

44. Dios, en efecto, por perpetuar y hacer partícipes de la inmortalidad a las especies, quiso que la naturaleza recorriera ciclos con retorno al punto de partida, y a tal efecto estableció que el principio avanzase hasta el fin, y que inversamente el fin retornase hacia el punto de partida. Y así, el fruto procede de las plantas, como un fin procedente de un principio; e inversamente, del fruto, que contiene en su interior la simiente, procede la planta, como un principio derivado de un fin.

45. XIV. En el cuarto día estableció Dios el orden en el cielo adornándolo con matizada belleza. Lo hizo cuando ya la tierra estaba completa, no porque colocara al cielo en un plano de inferior jerarquía al de la tierra, confiriendo preeminencia a la naturaleza inferior y considerando secundaria a la más alta y divina, sino para poner de manifiesto sin lugar a dudas la magnitud de Su poder. Es que, conociendo de antemano cuáles serían las maneras de pensar de los por entonces inexistentes hombres, quienes, atentos siempre a las apariencias y a la fuerza persuasiva de las prolijas argumentaciones antes que a la pura verdad, confiarían más en los testimonios de su vista que en Dios, admirando más a la sofística que a la sabiduría; y seguro de que, al observar la periodicidad de las revoluciones solar y lunar, de acuerdo con las cuales transcurren los veranos e inviernos, y retoman la primavera y el otoño, supondrían que son los astros del cielo el origen de todas las cosas que todos los años se engendran y nacen; para que nadie, ni por desvergonzada osadía ni por supina ignorancia, se atreviera a atribuir el primer puesto a una creatura mortal,

[46.] dice así: Vuelvan con el pensamiento hacia la creación inicial de todas las cosas, cuando, antes; de que existiesen el sol y la luna, la tierra producía toda suerte de vegetales y toda clase de frutos; y, al contemplar esto con el pensamiento, tengan por seguro que también en adelante los producirá conforme con lo que el Padre dispusiere, cuando Él lo juzgare oportuno, pues Él no ha menester de Sus creaturas del cielo, a las que concedió poderes pero no independientes, ya que, del mismo modo que un auriga que empuña las bridas o un piloto atento al timón, guía Dios todas las cosas por donde desea, de conformidad con la ley y la justicia sin necesidad de colaboración de otro alguno. Porque todo es posible para Dios.

47. XV. Tal es la causa por la cual la tierra germinó y se cubrió de verdor antes ya de que fuera ordenado el cielo. La ordenación de éste tuvo lugar después en un número perfecto, el 4. De este número no estaría desacertado decir que es la base y fuente del número completo,[16] es decir, el 10. Porque lo que el 10 es en acto, lo es evidentemente el 4 en potencia. Así, si se suman los números del 1 al 4 el resultado será 10, número éste que constituye el límite de la infinita serie de los números, los que en tomo de él, como alrededor de un eje, giran y vuelven sobre sus pasos.

[16] El 10 contiene a todos los números de la tetractys o serie de los cuatro primeros (1, 2, 3, 4), pues 1+2+3+4= 10. Según los pitagóricos, la tetractys "contiene en sí la fuente y la raíz de la eterna naturaleza".

48. Además el 4 encierra las relaciones de las consonancias musicales producidas por los intervalos de cuatro notas, de cinco, de octava y de doble octava, de los cuales resulta la más perfecta armonía. Del de cuatro notas la relación es 1⅓, del de cinco 1½, del de octava 2, del desdoble octava 4; a todas las cuales encierra en sí el 4: a 1⅓ en la relación 4/3, a 1½ en la relación 6/4, a 2 en la relación 4/2, y a 4 en la relación 4/1.

49. XVI. Existe otra propiedad del número 4 cuya mención y consideración provocan suma admiración. Dicho número, en efecto, fue el primero en poner de manifiesto la naturaleza de

lo sólido, en tanto que los anteriores estaban relacionados con cosas incorpóreas. Porque lo que en geometría se denomina punto se clasifica en la esfera del 1; y la línea en la del 2, como que de la extensión del 1 queda determinado el 2, y de la del punto la línea. A su vez, si a la línea, que es un largo sin anchura, se le añade la anchura se origina la superficie, la que está situada en la esfera del número 3. Y la superficie, para transformarse en un cuerpo, necesita de una dimensión más: la profundidad, cuya adición al 3 .produce 4. De todo lo cual resulta que este número es una cosa sumamente importante, ya que desde la existencia incorpórea y aprehensible por la inteligencia nos introduce en la noción de cuerpo de tres dimensiones, es decir, lo primero que por su naturaleza entra en el campo de la percepción sensorial.

50. Quien no hubiere entendido lo que digo lo comprenderá gracias a cierto juego muy común. Los que juegan con nueces acostumbran colocar tres nueces sobre una superficie plana, y luego añaden una más formando una figura piramidal. Pues bien, el triángulo del suelo se extiende hasta el número 3; la nuez agregada origina el número 4 en el orden numérico, y una pirámide, un cuerpo sólido ya, en el orden de las figuras.

51. Además de estas propiedades no debemos olvidar lo siguiente: el 4 es el primer cuadrado entre los números, producto de iguales factores multiplicados entre sí, medida de la justicia y la equidad;[17] y además el único que resulta indistintamente de la suma de 2 más 2, y de la multiplicación de 2 por 2, con lo que pone de manifiesto cierta hermosísima forma de consonancia, que a ninguno de los otros números es dada. Por ejemplo, el 6 es la suma de dos 3, pero no el producto de 3 por 3, que es 9.

[17] Las acepciones fundamentales del adjetivo griego *ísos* son *igual, igualmente distribuido, equitativo.* De allí que Filón afirme que el 4 es la medida de la justicia y la equidad, ya que es *isákis ísos = igual número de veces igual número,* es decir, dos veces dos, o 2 X 2, o el cuadrado de 2.

52. A muchas otras propiedades está vinculado también el 4, las que con mayor detenimiento habrán de ser expuestas en un trabajo especial sobre el mismo. Basta aquí con añadir lo siguiente: el 4 es el punto de partida de la creación del cielo y del mundo todo. En efecto, del número 4, como de una fuente, manaron los cuatro elementos con los que fue construido el universo. De él proceden además las cuatro estaciones del año, causas del nacimiento de los animales y las plantas, ya que el año ha sido dividido en cuatro partes: invierno, primavera, verano y otoño.

53. XVII. Pues bien, como dicho número ha sido considerado digno de tan gran preeminencia en la naturaleza, el Hacedor, como no podía ser de otro modo, llevó a cabo el ordenamiento del cielo en el cuarto día, y lo embelleció con el más hermoso y de más Divina forma entre los adornos: con los astros, portadores de claridad. Además, sabiendo que la luz es la mejor de todas las cosas, la convirtió en el instrumento del mejor de los sentidos, la vista; porque lo que la inteligencia es en el alma, lo es el ojo en el cuerpo. Tanto aquélla como éste ven: la inteligencia las cosas aprehensibles por vía intelectual, el ojo las sensibles. Y en tanto que la inteligencia ha menester de la ciencia para la aprehensión de las cosas incorpóreas, el ojo necesita de la luz para la visión de lo corpóreo.

54. La luz ha procurado a los hombres, aparté dé muchos otros bienes, sobre todo el bien mayor, que es la filosofía. En efecto, conducida por la luz hacia las alturas, la vista contempla en ellas la naturaleza de los astros, su armonioso movimiento, las bien ordenadas órbitas de las estrellas fijas y de las errantes, las primeras recorriendo órbitas idénticas e invariables, las segundas circulando con revoluciones dobles, desiguales y opuestas; y las armoniosas danzas

de todos ellos, coordinadas de acuerdo con las leyes de una música perfecta; y tal visión llena al alma de un gozo y placer indecible. El saborear sucesivas visiones, pues éstas se suceden unas a otras, trae aparejado un insaciable deseo de contemplaciones. Y entonces, como sucede habitualmente, el alma se pregunta intrigada cuál, es la esencia de estas cosas visibles; si se trata de entes increados o comenzaron a existir en un momento dado; cuál es el mecanismo de su movimiento, y cuáles son los principios por los que cada uno de ellos se rige; problemas éstos de los que surgió la filosofía, el más acabado de los bienes incorporados á la humana existencia.

55. XVIII. Así pues, con la mirada fija en aquella forma ejemplar de luz intelectual, mencionada ya dentro del orden de las cosas incorpóreas, creó Dios los astros perceptibles por los sentidos, Divinas y hermosísimas imágenes, a las que colocó en el cielo, como en el más puro templo de la sustancia corpórea. Los fines que se proponía eran muchos: uno proporcionar la luz, otro que sirvieran de señales, otro fijar las estaciones del año, y por último, determinar los días, los meses y los años, los que se convirtieron en las medidas del tiempo y originaron la naturaleza del número.

56. Cuánta utilidad y beneficio proporciona cada uno de los mencionados astros se pone de manifiesto por su misma evidencia, pero para una más precisa comprensión no estará, sin duda, fuera de lugar seguir la pista de la verdad también mediante un razonamiento.
Dividida la totalidad "del tiempo en dos partes: el día y la noche, el Padre asignó el dominio del día al sol, como a un gran soberano; en tanto que el de la noche lo entregó a la luna y a la multitud de los restantes astros.

57. La magnitud del poderío y mando correspondientes al sol tiene una clarísima prueba en lo ya mencionado. Porque, siendo uno y solo, tiene asignado, como porción privada y en atención a sí mismo, el día, es decir, la mitad del total del tiempo, mientras la otra, que se conoce con el nombre de noche, correspondió a los demás astros incluida la luna. Además, cuando el sol se eleva, las figuras de tan gran número de astros no sólo empalidecen sino se tornan invisibles ante la irradiación de la claridad de aquél; y cuando el sol se pone, comienzan a mostrar todos conjuntamente sus propias cualidades.

58. XIX. Pero, como Él mismo[18] lo ha dicho, no sólo para que esparcieran luz sobre la tierra fueron creados, sino también para que manifestaran señales de acontecimientos futuros. Efectivamente, por sus elevaciones, sus puestas, sus eclipses, o también por las épocas de sus apariciones y desapariciones o por otras variantes en sus movimientos, los hombres conjeturan lo que sobrevendrá: las buenas y malas cosechas, los nacimientos y las mortandades de animales, la claridad y nebulosidad del cielo, la calma y la violencia de los vientos, las crecidas y bajantes de los ríos, la tranquilidad y la agitación del mar, las irregularidades de las estaciones del año, así un verano trío, como un invierno cálido, o una primavera otoñal o un otoño primaveral.
[18] Gen. 1,14.

59. Ha habido quienes, por conjeturas basadas en los cambios que tenían lugar en el cielo, han preanunciado algún' movimiento o conmoción terrestre y otros innumerables acontecimientos fuera de lo común, lo que prueba la suma verdad que contiene el aserto de que los astros "han sido creados para ser señales".[19]
Pero con el siguiente agregado: "y para los tiempos oportunos". Por tales entendía Moisés las estaciones del año, y por cierto que con razón. Porque, ¿qué significación tiene el término "tiempo oportuno" sino la de "tiempo de buenos resultados"? Y buenos resultados son

aquellos a los que conducen las estaciones anuales al llevar a la plenitud de su desarrollo todas las cosas, así las siembras y los crecimientos de los frutos como las pariciones y los crecimientos de los animales.
[19] Señales que marcan las divisiones del tiempo.

60. Los astros fueron creados además para determinar la medida de los tiempos. En efecto, los días, los meses y los años quedaron determinados por las regulares revoluciones del sol, la luna y los demás astros. Consecuencia inmediata de esto fue que se puso de manifiesto lo más útil de todo: la naturaleza del número, siendo los períodos de tiempo quienes nos la revelan. De un día, en efecto, llegamos a concebir el número uno, de dos días el dos, de tres días el tres, de un mes el treinta, de un año el número equivalente a los días contenidos en doce meses, de un tiempo ilimitado el número infinito.

61. Tantos y tan útiles beneficios tienden a proporcionarnos las naturalezas celestes y los movimientos de los astros. ¡Y a cuántos otros procesos naturales, desconocidos para nosotros, porque no todo está al alcance de la inteligencia de los mortales, pero que contribuyen a la conservación del universo y se cumplen en todas partes y en todos los casos según leyes y normas que Dios fijó inalterables en el universo; se extiende, diría yo, esa benéfica influenciar!

62. XX. Ordenados convenientemente la tierra y el cielo, aquélla en el tercer día, éste en el cuarto, como se ha dicho, emprendió Dios la obra de crear, comenzando por los animales acuáticos, las especies mortales de creaturas vivientes en el quinto día, por considerar que no existe una relación más estrecha con el número 5 que la de las creaturas animales. No difieren, en efecto, las creaturas animadas de las inanimadas más que en la sensibilidad, y la sensibilidad está dividida en cinco partes: vista, oído, gusto, olfato y tacto. A cada una de ellas asignó el Hacedor un aspecto especial de la realidad material y un modo propio de captarlo, mediante el cual habría de obtener los datos sobre los objetos a su alcance. A la vista fuéronle asignados los colores, al oído los sonidos, al gusto los sabores, al olfato los olores, al tacto la blandura y la dureza, el grado de calor y de frío, las suavidades y las asperezas.

63. Ordenó, pues, que se formase toda suerte de especies de peces y monstruos acuáticos,. diferentes entre sí por los lugares de vida, los tamaños y las; características, ya que para distintos mares formáronse distinta? especies, aunque también las mismas correspondieron a veces a distintos mares. Mas no en todas partes se formaron todas, y sus razones hubo, ya que a algunas especies les placen las aguas de escasa altura, y de ningún modo el mar profundo, en tanto, que otras prefieren los puertos y las radas, no pudiendo ni arrastrarse sobre la tierra ni nadar mar adentro, y otras, habituadas a vivir en las profundidades del mar, rehuyen la proximidad de los salientes cabos, de las islas y de las rocas. Otras hállanse a sus anchas en las aguas calmas y tranquilas, mientras otras complácense en la violencia de las olas agitadas, como que, ejercitadas por los incesantes embates de éstas y embistiendo con fuerza contra su torrente, son más vigorosas y adquieren un desarrollo mayor..?
Acto seguido produjo también las distintas especies de aves, por tratarse de especies hermanas de las que viven en el agua, como que unas y otras son nadadoras; sin dejar incompleta ninguna clase de las creaturas que atraviesan el aire.

64. XXI. Una vez que el agua y el aire hubieron recibido, a manera de patrimonio propio, las especies de animales convenientes, llamó Dios una vez más a la tierra para que produjera la porción que había sido omitida, pues cuando creó los vegetales .habían quedado postergados los animales terrestres; y dijo: "Produzca la tierra rebaños, bestias salvajes y reptiles, según

cada especie" (Gen. I, 24). Al instante la tierra engendró las especies ordenadas, diferentes en la conformación, las fuerzas y la capacidad para dañar o beneficiar existentes en cada una.

65. En último término creó al hombre. De qué manera, lo diré un poco más adelante. Antes he de destacar la suma belleza del orden de sucesión con que procedió a concretar la creación de las creaturas animadas. De la vida animada, en efecto, la menos elaborada y de inferior configuración ha sido asignada al género de los peces; la más cuidadosamente forjada y superior en todos los aspectos, al género humano; la intermedia entre ambas, al de los animales terrestres y al de los voladores. Así, éstos tienen una capacidad de percepción sensorial más desarrollada que los peces pero menos aguda que los hombres.

66. Por tales razones de los seres animados creó primero Dios a los peces, más afines a la naturaleza puramente corpórea que a la anímica, en cierto modo animales y no animales, entes inanimados dotados de movimiento, a los que fue infundido el elemento espiritual con el solo objeto de la conservación de sus cuerpos, tal como dicen que se echan las sales a las carnes a fin le que no se pudran fácilmente.

67. Después de los peces creó las aves y los animales terrestres. Éstos son ya de sensibilidad más desarrollada y ponen de manifiesto en su constitución orgánica las cualidades propias de lo anímico más claramente. Y como coronación de todo creó, según se ha dicho, al hombre, a quien dotó de una inteligencia eminente, alma del alma, como la pupila en el ojo; que también de ésta los que investigan más a fondo la naturaleza de las cosas dicen que es el ojo del ojo.

67. XXII. En aquel tiempo todas las cosas se constituían simultáneamente, es verdad. Pero, aunque todas se constituían a la vez, como en adelante la llegada de los seres animados a la existencia tendría lugar procediendo unos de otros, el orden de sucesión aparece necesariamente descripto en la narración. En lo que toca a las creaturas particulares el orden es el siguiente: su naturaleza comienza por lo más bajo de todo, y termina en lo más elevado. Hemos de demostrar qué quiere decir esto. El semen resulta ser el punto de partida de la generación de los seres animados. Salta a la vista que se trata de algo de calidad sumamente baja, parecido a la espuma. Pero, una vez que ha sido depositado en la matriz, se solidifica, y acto seguido, habiendo adquirido movimiento, tórnase hacia su naturaleza.[20] Ésta es superior al semen, por cuanto en los seres creados el movimiento es superior a la inmovilidad. Como un artífice, o para decirlo con más precisión, con un arte irreprochable, ella plasma al ser animado distribuyendo la sustancia húmeda en los miembros y partes del cuerpo, y la aérea [21] en las facultades del alma, tanto en la de nutrición como en la de la aprehensión sensible. En cuanto a la facultad de razonar, hemos de diferir por ahora el ocuparnos de ella, teniendo en cuenta que hay quienes aseguran, que la misma procede de fuera, siendo Divina y eterna.

[20] Vale decir, hacia su natural desarrollo como ser animado.

[21] Sustancia aérea o sustancia espiritual (pneúma).

68. La naturaleza animada origínase, pues, en algo tan vil como el semen, y acaba en lo más excelso: la formación del animal y del hombre. Y por cierto que esto mismo ocurrió también en ocasión de la creación del universo. Cuando el Creador decidió formar creaturas animadas, fueron los peces, o sea, los más ruines, por así decir, los primeros en el orden; en tanto que los últimos fueron los mejores, es decir, los hombres; y entre ambos extremos, los restantes, vale decir, los animales terrestres y aéreos, superiores a los primeros, e inferiores a los otros.

69. XXIII. Como se ha señalado ya, Moisés dice que después de todas las otras creaturas fue creado el hombre a imagen y semejanza de Dios.[22] Y lo: dice con toda razón ya que ninguna

creatura terrestre es más semejante a Dios que el hombre. Nadie,. empero, imagine que la semejanza reside en las características corporales. Ni Dios tiene forma humana, ni el cuerpo humano se asemeja a Dios. El término "imagen" se aplica aquí a la parte rectora del alma, la inteligencia. Y efectivamente, la inteligencia de cada una de las creaturas que sucesivamente han llegado a existir ha sido conformada a imagen de una única inteligencia, aquella Inteligencia del universo, que es como un arquetipo, siendo, en cierto modo, un dios para aquel que la lleva y guarda reverentemente en su espíritu; porque, evidentemente, la inteligencia humana ocupa en el hombre la misma posición que el Gran Soberano ocupa en el mundo todo. Es, en efecto, invisible, mas ella lo ve todo; y siendo imposible de percibir su sustancia, ella aprehende las sustancias de todas las demás cosas. Además, mientras por obra de las artes y las ciencias abre caminos en todas direcciones, anchurosas vías todos ellos, marcha a través de la tierra y el mar investigando la naturaleza de cada una de las cosas.
[22] Gen. I, 26.

70. Y en una segunda etapa, después de remontarse como alada creatura y de contemplar el aire y sus cambios, se eleva más aún, hacia el éter [23] y las circulares vías del cielo; y tras deambular mezclada en las danzas que cumplen los planetas y las estrellas fijas según los modos de la música perfecta, siguiendo al amor por la sabiduría que guía sus pasos, dejando atrás toda la sustancia aprehensible por los sentidos, lánzase desde allí en procura de la aprehensible por la inteligencia. Y al contemplar en aquella región las incomparables bellezas que son. los modelos y formas ejemplares de las cosas sensibles que había visto aquí, presa de una sobria embriaguez, como los que experimentan el delirio de los Coribantes,[24] siéntese inspirada; y llena danzas rituales al son de embriagadora música, remedando de un ansia distinta y de un deseo superior, por el que es conducida hacia la alta estera de las cosas aprehensibles por la inteligencia, cree ir al encuentro del mismo Gran Rey.
[23] Región superior al aire según la cosmografía de los antiguos.
[24] Sacerdotes de la diosa Rea (Cibeles), que entregábanse al frenesí de desenfrenadas al cortejo de los míticos servidores que se suponía acompañaban a la diosa frigia por montes cubiertos de bosques durante las noches a la luz de las antorchas que ellos portaban. *Nephálios* =. sobrio, es un tecnicismo ritual que alude a las libaciones sin vino, solo con agua, leche y miel en honor de las Musas, las Ninfas y las Euménides.

71. Mas, cuando vivamente desea contemplarlo, puros e inmaculados rayos de compacta claridad se derraman como un torrente, de suerte que la mirada de la inteligencia es encandilada por los resplandores.
Como no toda imagen corresponde a su modelo y arquetipo, siendo muchas de ellas diferentes. Moisés completa el sentido de la expresión "según la imagen" añadiendo "y semejanza", para recalcar que se trata de una prolija reproducción de nítida impresión.

72. XXIV. No estaría desacertado quien se plantease la pregunta de por qué razón atribuye Moisés la creación del hombre no a un solo Creador como en el caso do las demás creaturas, sino a un mayor número, según parece desprenderse del texto. Presenta, efectivamente, al Padre del universo expresándose de esta manera: "llagamos al hombre según nuestra imagen y semejanza." (Gen. I, 26.)[26] Por ventura, entonces, diría yo, Aquél al que todas las cosas están, sujetas tiene necesidad de otro alguno? Si cuando creaba el cielo, la tierra y el mar no tuvo necesidad de nadie que cooperara con Él, ¿no habría de ser capaz, sin la colaboración de otros, de crear por Sí mismo, Él personalmente, a una creatura tan débil y perecedera como el hombre? La verdad plena sobre la causa de ello por fuerza sólo Dios la sabe, pero la que parece por verosímil ser una conjetura digna de fe y razonable no hemos de omitir mencionarla.

[25] Obsérvense los plurales "hagamos" y "nuestra" (pluralidad de poseedores), que dan pie a la deducción de Filón.

73. Es la siguiente: de los demás seres creados unos no tienen parte ni en la virtud ni en el vicio, como ocurre con los vegetales y los animales irracionales, ya que los primeros carecen de vida animada y se desenvuelven regidos por una naturaleza incapaz de percibir sensorialmente; los segundos porque han sido privados de inteligencia y razón, y la inteligencia y la razón son como la residencia de la virtud y del vicio, a los que la naturaleza ha hecho para habitar en ellas. Otros, a su vez, participan sólo de la virtud, permaneciendo libres de todo vicio: tales los astros. Se dice, en efecto, que éstos no sólo son creaturas animadas sino creaturas animadas inteligentes; o más bien, que cada uno de ellos constituye de por sí una inteligencia, totalmente recta en todos los aspectos y al abrigo de todo mal. Otros son de naturaleza mixta, como el ser humano, que admite las condiciones opuestas: sabiduría e insensatez, prudencia e incontinencia, valentía y cobardía, justicia e injusticia, y, resumiendo, cosas buenas y malas, nobles y ruines, virtud y vicio.

74. Pues bien, en razón del parentesco de las creaturas excelentes con Dios, Padre del universo, muy propio de Él era el crearlas. En cuanto a las indiferentes, no le era ajeno el hacerlo, por cuanto también éstas se hallan exentas del vicio, que es Su enemigo; pero crear las de naturaleza mixta era propio de Él en determinado aspecto, en otro no. Le era propio por cuanto en su composición está contenido un principio superior; pero ajeno a causa del principio contrario e inferior.

75. Ésta es la causa por la que sólo en el caso de la creación del hombre Dios, según afirma Moisés, dijo "hagamos", plural que revela la coparticipación de otros como colaboradores. El objeto fue que, cuando el hombre, obrara rectamente, con irreprochables designios y acciones, Dios, el Soberano del universo, fuera reconocido como el origen de ellos; y en los casos contrarios la responsabilidad fuera atribuida a otros del número de Sus subordinados; ya que no era posible que el Padre fuera causa de mal para Sus hijos, y el vicio y los actos viciosos son un mal.

76. Después de haber llamado "hombre" al género, muy acertadamente distingue Moisés sus especies diciendo que había sido creado "masculino y femenino , no obstante que aún no habían adquirido forma sus miembros particulares.[26] Es que las especies más inmediatas al género existen desde el comienzo en él, y se muestran claramente, como en un espejo, a aquellos que poseen agudeza de visión.
[26] La aclaración de Filón viene a propósito de que el párrafo bíblico dice textualmente: "Y creó Dios al hombre según Su imagen, a imagen de Dios los creó; varón y mujer los creó." Filón sostiene que esta creación no es la del primer :nombre y la primera mujer individuales, mortales, con cuerpo y alma, cuya creación tendrá lugar más tarde; sino de la forma ejemplar, género o arquetipo de orden intelectual de la raza humana, en el que las especies, es decir, los varones y las mujeres estaban potencialmente determinados o contenidos para que posteriormente se concretaran en los hombres y mujeres individuales. Ver 134 y ss.

77. XXV. Bien puede ser que alguien pregunte por qué motivo fue el hombre el último en la creación del mundo. El Hacedor y Padre, en efecto, como lo señalan las sagradas escrituras, lo creó después que a todas las otras creaturas. Pues bien, los que más han profundizado en la interpretación de las leyes de Moisés y han examinado con el máximo de minuciosidad su contenido, dicen que Dios, después de hacer al hombre partícipe del parentesco con Él mismo consistente en el uso de la razón, lo cual constituía el mejor de los dones, no quiso rehusarle la

participación en los demás; y por tratarse del más afín a Él y más amado de los seres animados, puso a su alcance anticipadamente todas las cosas del mundo, deseoso de que al llegar a la existencia no careciera de cosa alguna de las que permiten vivir, y vivir bien. Para vivir le proporcionan lo necesario los abundantes aprovisionamientos de cuanto contribuye a su provecho; para vivir bien, la contemplación de las creaturas celestes, conmovido por la cual, la inteligencia concibe un amor y deseo ardiente de conocerlas. A partir de él floreció la filosofía, por la cual el hombre, aunque es mortal, es convertido en inmortal.

78. Tal, pues, como los que ofrecen un banquete no invitan a pasar a comer hasta que están preparadas todas las cosas para el festín,. y los organizadores de los certámenes atléticos y espectáculos teatrales antes de congregar a los espectadores en los teatros y estadios tienen preparada una multitud de competidores y de intérpretes de espectáculos y conciertos; de la misma manera el Soberano del universo, como si fuera un organizador de certámenes o un anfitrión, a punto ya de llamar al hombre a gozar de un festín y un espectáculo, tuvo prestadas previamente las cosas necesarias para uno y otro género de goces, a fin de que, apenas hubiese el hombre entrado en el mundo, hallase un sacratísimo banquete y espectáculo, un banquete plenamente provisto de todo cuanto proporcionan la tierra, los ríos, los mares y el aire para uso y disfrute; y un espectáculo pleno de toda suerte de visiones que abarcan las más sorprendentes sustancias, las más asombrosas cualidades, los más admirables movimientos y danzas en formaciones armoniosamente dispuestas, según numéricas proporciones y con acordes revoluciones, tales que no andaría errado quien afirmara que en todas ellas se encuentra la música arquetipo, verdadera y ejemplar, de la cual los hombres de los posteriores tiempos, después de trazar en sus almas esas imágenes, brindaron a la vida humana la más trascendental y provechosa de las artes.

79. XXVI. Ésta es, al parecer, la primera causa por la que el hombre fue creado en último término. Pero debemos mencionar una segunda, que no carece de verosimilitud. El motivo por el que tuvo el hombre a su disposición todas las provisiones y para la vida en el mismo instante de llegar por primera vez a la existencia fue instruir a las futuras generaciones, pues fue casi como si la naturaleza proclamase abiertamente y a gritos que, y igual que el fundador del género humano, éstas habrían de vivir sin trabajo ni preocupación en medio de la más pródiga abundancia de todas las cosas necesarias; cosa que hubiera ocurrido, si no se hubieran enseñoreado del alma las irracionales pasiones, alzando contra ella el muro de la glotonería y él libertinaje; si las apetencias de gloria, riqueza y poder no le hubieran arrebatado el control de su vida; si las penas no hubieran abatido y torcido su entendimiento; si el temor, funesto consejero, no hubiese echado por tierra sus impulsos hacia las virtuosas acciones; y si no la hubieran asaltado la insensatez, la cobardía, la injusticia y la incontable multitud de los restantes vicios.

80. Porque en la actualidad, cuando prevalecen todos los mencionados vicios y los hombres se hallan entregados a las pasiones y a los incontrolados y reprochables impulsos que no es lícito mencionar siquiera, les ha salido al encuentro el merecido castigo, sanción por sus impías costumbres. Y este castigo consiste en la dificultad para obtener las cosas necesarias. Y así, arando trabajosamente la tierra llana e irrigándola con las corrientes de fuentes y ríos, sembrando y plantando, y soportando día y noche a lo largo del año la fatiga de los trabajos de la tierra, se procuran las provisiones necesarias, aunque a veces de calidad ínfima y en cantidad no suficiente del todo. Daño que les sobreviene por muchas causas; o bien porque los torrentes de sucesivas lluvias arrasan los cultivos; o bien porque el peso del granizo se precipita en masa sobre ellos y los arrasan; o bien porque la nieve los hiela; o bien porque la violencia de los vientos los arranca de raíz, pues son muchas las maneras como el agua y el

aire convierten la producción de frutos en esterilidad.

81. En cambio, si los desmedidos impulsos de las pasiones fueran apaciguados por la prudencia; y las tendencias a delinquir y las ambiciones lo fueran por la justicia; y, para decirlo en pocas palabras, si los vicios y sus infructuosas prácticas cedieran ante las virtudes y las virtuosas acciones; eliminada la guerra del interior del alma, que es verdaderamente la más terrible y penosa de las guerras; prevaleciendo la paz íntima, y brindando ella, con calmos y suaves modos, un bien reglado orden a las facultades de nuestro ser, habría esperanza de que Dios, como amante que es de la virtud, de la rectitud, y además del hombre, procurara a la especie humana los bienes sin necesidad de producirlos y al alcance de su mano; que, evidentemente, sería más fácil para Él aún proporcionar abundantemente, sin necesidad del trabajo agrícola, el producto de creaturas ya existentes, que el traer a la existencia aquellas que no existen.[27]

[27] Es decir, si fue capaz de crear a partir de lo no existente, ¿cómo no lo será, con más razón aún, de hacer que lo ya existente produzca sus frutos espontáneamente, sin necesidad de cultivo?

82. XXVII. Baste con lo expuesto en lo que toca a esta segunda causa. Una tercera es la siguiente. Habiendo discurrido Dios establecer una vinculación de íntima y amistosísima armonía entre el principio y el fin de las cosas creadas, hizo que el principio fuera el cielo, y el fin el hombre; el más perfecto el primero entre los seres incorruptibles aprehensibles por los sentidos; el de mayor jerarquía el otro entre los nacidos de la tierra y perecederos, al que con acierto podríamos calificar de cielo en miniatura, que lleva en su propio ser cual sagradas imágenes muchas naturalezas semejantes a los astros, gracias a las artes, las ciencias y a las loables máximas relativas a cada una de las virtudes. Y así, puesto que lo corruptible y lo incorruptible son contrarios entre sí por naturaleza, Dios asignó al principio y al fin lo de mayor jerarquía en uno y otro orden: el cielo, como se dijo, al principio, y el hombre al fin.

83. XXVIII. Finalmente, se menciona también como explicación una convincente razón, que es la siguiente. Era preciso que el hombre fuera creado en último término, cuando estaban ya creadas todas las cosas, para que apareciendo imprevistamente a último momento ante las demás creaturas animadas, produjese admiración en ellas, por cuanto éstas, al verlo por primera vez, habrían de quedar pasmadas y de rendirle homenaje como a un natural soberano y señor. Resultado de ello fue que todos los animales, al contemplarlo, tornáronse mansos en todas sus especies, y cuantos eran más salvajes por sus naturalezas no bien lo contemplaron por primera vez al punto se convirtieron en los más dóciles, dando muestras de sus implacables furias unos contra otros y comportándose, en cambio, mansamente solo con el hombre.

84. Ésta fue, además, la causa por la que el Padre, al crearlo como creatura animada naturalmente capacitada para gobernar, lo estableció como rey de todas las creaturas sublunares: terrestres, acuáticas y aéreas, no sólo de hecho sino .por elección expresa. Y efectivamente, cuantas creaturas mortales existen en los tres elementos: tierra, agua y aire, todas están subordinadas a él, excluidas las del cielo, por cuanto a éstas les ha correspondido una porción más cercana a Dios. La más clara prueba de esa soberanía la proporcionan los hechos que suceden ante nuestra vista. A veces innumerables multitudes de animales son conducidos por un solo hombre común, sin armas ni hierro ni otro medio alguno de defensa, sin más abrigo que una piel, y con sólo un bastón para señalarles el camino y apoyarse durante las marchas cada vez que se siente cansado.

85. Por ejemplo, un pastor, un cabrerizo o un boyero conducen inmensos hatos de ovejas, cabras y bueyes. Y no se trata de hombres de cuerpo robusto o fornido, como para que a causa precisamente de su corpulencia y vigor corporales provoquen abatimiento en quienes los ven. Y tan grandes vigores y poderes de tantos bien pertrechados animales; que, en verdad, poseen los medios de que los dotó la naturaleza para su defensa; se doblegan ante él, como esclavos ante un amo, y hacen lo que les va ordenando. Los toros son atados bajo el yugo para arar la tierra, y abriendo profundos surcos durante todo el día, y a veces también de noche, recorren su largo itinerario guiados por algún labrador. Carneros agobiados bajo el peso de las espesas lanas cuando al llegar la estación primaveral se cubren, de vellones, se colocan pacíficamente a una orden del pastor, y echados en tierra se dejan trasquilar sin alterarse, acostumbrados, como están, a entregar su lana, como las ciudades el tributo anual, a su natural soberano.

86. Y hasta el caballo, el más irritable de los animales, fácilmente es controlado por el freno, de modo que no se encabrite y rebele, Y ahuecando su lomo a modo de muy cómodo asiento recibe al jinete y conduciéndolo, en lo alto corre con rapidez suma presuroso por llegar y conducir a su amo a los lugares a los que éste tiene prisa por ir. Y el jinete, sentado sobre él sin molestias y con mucho reposo cumple su itinerario empleando el cuerpo y los pies de otro.

87. XXIX. Muchas otras cosas podría decir quien deseara extenderse en la demostración de que ninguna creatura se emancipa y queda libre de la autoridad del hombre; pero con, lo dicho basta para ponerla de manifiesto. Con todo, es preciso no pasar por alto lo siguiente: el hecho de haber sido el hombre creado en último término no involucra una inferioridad acorde con su lugar en el orden de sucesión. 88. Lo atestiguan los conductores de carros y los pilotos. Los primeros, marchando después de las bestias y ocupando su puesto detrás de ellas, las conducen por donde quieren teniéndolas sujetas de las riendas; lanzándolas unas veces en rápida carrera, y reteniéndolas otras, si corren con mayor velocidad que la necesaria. Los pilotos, por su parte, no obstante estar situados en la parte trasera de la nave, en la popa, son, por así decir, los de mayor jerarquía entre los que navegan, como que tienen en sus manos la seguridad de la embarcación y de los que viajan en ella. Pues bien, el Hacedor creó al hombre después de todas las cosas para que manejase las riendas y el timón de todos los seres que hay sobre la tierra, tomando a su cargo el cuidado de los animales y las plantas, como un gobernador dependiente del supremo y gran Rey.

89. XXX. Una vez que el mundo hubo sido concluido de conformidad con las propiedades del seis, número perfecto, el Padre honró al siguiente día, el séptimo, exaltándolo y declarándolo santo. Se trata, en efecto, de la fiesta, no de una sola ciudad o de un solo país, sino del universo, la única a la que cabe denominar con toda propiedad fiesta de todo el pueblo y natalicio del mundo.

90. Dudo yo que alguien pueda celebrar dignamente la naturaleza del número 7, pues es superior a cuanto se pueda decir. Mas no, porque sea más admirable que cuanto se diga sobre ella, hemos por eso de callamos al respecto; y habremos de atrevernos a mostrar, ya que no es posible todos ni los más esenciales aspectos, al menos aquellos que están al alcance de nuestros entendimientos.

91. El término siete se emplea con dos sentidos diferentes.[28] Hay un 7 comprendido dentro del 10, compuesto de siete unidades y determinado por la septuplicación de la unidad. Pero, hay otro fuera del 10. Se trata de un número cuyo punto de partida es siempre la unidad y se forma por duplicación, triplicación o, en general, multiplicación en regular progresión, como, por ejemplo, el 64, que es el producto de duplicar a partir de la unidad; y el 729, que lo es de

triplicar;[29] Cada una de estas formas del 7 ha de ser examinada con detenimiento.
[28] Como cardinal, igual a siete unidades, y como ordinal o séptimo.
[29] Se trata del séptimo término de las progresiones geométricas que tienen por punto de partida la unidad. En los ejemplos dados: 1 X 2 = 2; 2 X 2 = 4; 4 X 2 = 8; 8 X 2 = 16; 16 X 2 = 32; 32 X 2 == 64 y 1 X 3 = 3; 3 X 3 = 9; 9 X 3 = 27; 27 X 3 = 81; 81 X 3 = 243; 243 X 3 = 729.

92. La segunda posee una muy manifiesta superioridad. En efecto, siempre el séptimo término de una progresión geométrica regular de razón 2, 3 u otro número cualquiera, si su punto de partida es la unidad, resulta a la vez cubo y cuadrado, abarcando así ambas especies de sustancias: la incorpórea y la corpórea; la incorpórea, que corresponde a la superficie, determinada por cuadrados; y la corpórea, que corresponde a lo sólido y está determinada por cubos.

93. Una clarísima prueba son los números ya mencionados. Por ejemplo, el que resulta de duplicar siete veces a partir de la unidad, es decir, el 64, es un cuadrado, producto de 8 por 8; y además un cubo, producto de 4 por 4 por 4. Por su parte, el que resulta de triplicar siete veces a partir de la unidad, o sea, el 729 es un cuadrado, producto de multiplicar 27 por sí mismo; y un cubo, pues resulta de multiplicar 9 por 9 por 9.

94. Además, si en vez de la unidad se toma como punto de partida el séptimo término, se hallará con seguridad que siempre el producto es cubo y cuadrado a la vez. Así, por ejemplo, tomando como. punto de partida el 64 y formando la progresión geométrica de razón 2, se obtendrá un séptimo término, que es el 4096, cuadrado y cubo a la vez, cuadrado que tiene por lado a 64, y cubo con 16 por arista.[30]
[30] 64 x 2 = 128; 128 X 2 = 256; 256 X 2 = 512; 512 x 2 = 1024; 1024 X 2 = 2048; 2048 X 2 = 4096; y 16 X 16 = 96; 96 X 16 = 4096.

95. XXXI. Hemos de pasar a considerar también la otra especie de 7, la contenida dentro del 10, que presenta propiedades admirables y no inferiores a las de la primera especie. Por ejemplo, 7 es la suma de 1 más 2 más 4, números que contienen dos relaciones musicales de máxima armonía: la doble y cuádruple; de las que la primera produce la armonía del diapasón, y la cuádruple la del doble diapasón. Admite además el 7 otras divisiones, reunidas en pares como animales bajo el yugo. Se divide en primer lugar en 1 y 6, luego en 2 y 5, y finalmente en 3 y 4.

96. Musical en sumo grado es también la proporción de estos números. En efecto, la relación 6/1 es una proporción séxtuplo, proporción que produce la mayor distancia musical que existe, y que es la que separa el sonido más agudo del más grave, como demostraremos cuando de los números pasemos a la proporción en las armonías. Que la proporción 5/2 manifiesta una inmensa potencia en lo que hace a la armonía, comparable casi a la del diapasón, es cosa que está muy claramente establecida en la teoría musical. Por su parte, la proporción 4/3 produce la primera armonía, es decir, la epítrita o del intervalo de cuarta.

97. XXXII. Pone además de manifiesto el 7 otra belleza propia de él, muy sagrado asunto para la reflexión. Siendo, en efecto, la suma de 3 más 4, presenta lo que en las cosas existentes es estable y recto por naturaleza. Hemos de mostrar de qué manera. El triángulo rectángulo, que es el punto de partida de las cualidades, [31] está constituido por números: el 3, el 4 y el 5. El 3 y el 4, que son constituyentes del 7, producen el ángulo recto. Porque, mientras los ángulos obtuso y agudo evidencian la irregularidad, el desorden y la desigualdad, ya que unos resultan

ser más obtusos o agudos que otros, el recto, en cambio, no admite comparación, ni puede ser más recto que otro, sino permanece siempre idéntico, sin cambiar jamás su propia naturaleza. Ahora bien, si el triángulo rectángulo es el punto de partida de las figuras y de las cualidades, y, por otra parte, lo esencial de este triángulo, es decir, el ángulo recto, está proporcionado por los números que constituyen al 7, o sea, el 3 y el 4 juntamente, con razón puede el 7 ser considerado la fuente de toda figura y de toda cualidad.
[31] Es decir, punto de partida de las figuras con formas definidas. Ver Platón, Timeo 53 c.

98. XXXIII. A lo ya expuesto podría agregarse lo siguiente: que el 3 es el número correspondiente a la superficie, ya que el punto se clasifica en la categoría del 1, la línea en la del 2 y la superficie en la del 3; y el 4 corresponde a lo sólido por la adición de la unidad, es decir, agregando la profundidad a la superficie. Es por ello evidente que la naturaleza del 7 es el punto de partida de la geometría plana y de la sólida, y, para decirlo en pocas palabras, de las cosas incorpóreas y corpóreas conjuntamente.

99. Tal grado de sagrada dignidad se encierra en la naturaleza del 7, que en él se da una relación que ninguno de los demás números de la década posee. De éstos, en efecto, unos son factores sin ser a su vez divisibles; otros son divisibles y no son factores; otros, en fin, son ambas cosas: factores y múltiplos. Sólo el 7 no se observa en ninguna de estas categorías. Hemos de confirmar esta afirmación mediante una demostración. El 1 es factor de todos los otros números subsiguientes, en tanto que no es producto de ningún otro absolutamente. El 8 es producto de 4 por 2 pero no es factor de ningún otro número de la década. El 4, en cambio, pertenece a ambos órdenes: a los factores y a los múltiplos: duplicado da 8, y es divisible por 2 a la vez.

100. Solamente el 7, como digo, es de naturaleza tal, que ni divide ni es divisible. Por esta razón los otros filósofos asimilan este número a la no engendrada y virgen Nice,[32] la que, según la tradición, surgió de la cabeza de Zeus; en tanto que los pitagóricos lo identifican con el Soberano del universo. Se fundan éstos en que lo que ni engendra ni es engendrado permanece inmóvil, puesto que es la generación lo que implica movimiento, como que ni lo que engendra ni lo que es engendrado pueden darse sin movimiento, lo primero para engendrar; lo segundo para ser engendrado. Y sólo un ser existe que ni mueve ni es movido: el venerable Soberano y Guía, del que acertadamente podría decirse que el 7 es una imagen. Confirma esta aserción mía Filolao[33] en estas palabras: "Existe", dice, "un Guía y Soberano de todas las cosas. Dios, que es siempre uno, permanente, inmóvil, idéntico a Sí mismo, distinto de los demás".
[32] Trátase de Palas Atenea (Minerva), divinidad nacida, según una tradición, de la cabeza de Zeus, abierta de un hachazo por Hefesto (Vulcano). Téngase presente que ser factor y ser divisible o producto se expresan en .griego por germán = engendrar en voz activa y en pasiva respectivamente.
[33] Filósofo pitagórico del siglo V a. C.

101. XXXIV. En el orden, pues, de las cosas aprehensibles por la inteligencia el 7 pone de manifiesto lo carente de movimiento y libre de pasión; en tanto que en el de las cosas sensibles exhibe una inmensa potencia, de trascendencia suma [en el movimiento de los planetas], de los que derívanse naturales ventajas para todas las cosas de la tierra; y en las revoluciones de la luna. Hemos de examinar de qué manera. La suma de los números de 1 a 7 da 28,[34] número perfecto éste e igual a la suma de sus tactores.[38] El número resultante es el de los días en que se cumple un ciclo lunar completo, y retorna la luna, menguando su tamaño, a aquella forma desde la que había comenzado su crecimiento de manera perceptible. Crece, en efecto,

desde el primer brillo de la etapa creciente hasta la media luna en siete días; luego al cabo de otros tantos tiene lugar el plenilunio; y retorna en sentido inverso, como un corredor en la carrera de doble recorrido, por el mismo camino desde la luna llena hasta la media luna, otra vez en siete días, para luego desde ésta volver a la luna nueva en la misma cantidad de días, siendo la suma de todos los días empleados igual al ya mencionado número.
[34] 1 + 2 + 3 + 4 + 5 + 6 + 7 = 28.
[35] Igual a la suma de sus factores, como el 6 (ver 13); 1 + 2 + 4 + 7 + 14 = 28; siendo los sumandos sus factores porque 1 X 28 = 28; 2, x 14 = 28; 4 x 7 = 28.

102. Quienes acostumbran asignar nombres con toda propiedad llaman también "portador de perfección" al 7, por cuanto por él todas las cosas alcanzan su perfección. Pruebas de ello pueden extraerse del hecho de que todo cuerpo orgánico tiene tres dimensiones: largo, ancho y alto; y cuatro límites: punto» línea, superficie y sólido, sumados los cuales conjuntamente resultan ser 7. Mas hubiera sido imposible que estos cuerpos fueran medidos por el 7 de acuerdo con su constitución a partir de tres dimensiones y cuatro límites, si no ocurriera que las formas de los primeros números, 1, 2, 3 y 4, que son los fundamentos del 10,[36] confinen la naturaleza del 7, por cuanto dichos números contienen cuatro límites: el primero, el segundo, el tercero y el cuarto;[37] y tres intervalos: el primero, que va de 1 a 2; el segundo, que se extiende de 2 a 3; y el tercero, que separa 3 de 4.
[36] Porque 14-2+3+4= 10.
[37] Los cuatro límites o términos son en este caso el 1, el 2, el 3 y el 4,. números que encierran o limitan los tres intervalos: el que va del 1 al 2, el que va del 2 al 3, y el que va del 3 al 4. Nuestro vocablo término viene del latino *términus* = linde o límite.

103. XXXV. Aparte de las pruebas ya mencionadas, evidencian clarísimamente también la potencia perfeccionadora del 7 las etapas de la vida humana desde la infancia hasta la vejez, las que se distribuyen de la siguiente manera: durante los siete primeros años tiene lugar el crecimiento de los dientes; durante el segundo sobreviene la época de la posibilidad de emitir semen fecundante; en el tercero prodúcese el crecimiento de la barba; en el cuarto, el progresivo acrecentamiento de las fuerzas; en el quinto, la ocasión oportuna para los matrimonios; durante el sexto, la madurez del entendimiento; durante el séptimo, el mejoramiento y acrecentamiento progresivo de la inteligencia y la razón; en el octavo, la perfección de una y otra; en el noveno, la amabilidad y suavidad de trato, apaciguadas cada vez más las pasiones; y durante el décimo, el fin apetecible de la vida, cuando todavía los miembros del organismo se mantienen firmes. Porque una vejez prolongada suele abatirlos y destruir a cada uno de ellos.

104. Entre los que han descripto estas edades está el legislador ateniense Solón, quien compuso estos versos elegiacos:
El niño, impúber aún y tierno infante, las hileras de dientes produce y echa fuera primeramente durante siete años; cuando Dios ha completado los otros siete años, aparecen las señales de la juventud que sobreviene; en el tercer septenio la barba, a la par del desarrollo de sus miembros, le brota como flor de su cambiante piel; en el cuarto cada uno alcanza el tope de su vigor, el que los hombres tienen por signo de calidad personal; en el quinto sobreviene el momento oportuno para que el hombre se acuerde del matrimonio y se preocupe en adelante por engendrar hijos; en el sexto la inteligencia del hombre se ejercita en todo saber, y no desea ya, como antes, realizar acciones descabelladas; en el séptimo y el octavo, catorce años entre los dos septenios, llega a la suma excelencia en inteligencia y habla; en el noveno conserva, ciertamente, su fuerza, pero mengua la capacidad de su saber y su lengua

para las realizaciones de alta calidad; y quien llegare a completar el décimo exactamente no llegará a la inevitable muerte en edad inoportuna.

105. XXXVI. En los diez mencionados septenios distribuye, pues, Solón la existencia humana. En cambio, el médico Hipócrates dice que las etapas de la vida son siete: infancia, niñez, adolescencia, mocedad, edad adulta, edad madura y vejez; y que estas etapas se miden por múltiplos de 7, aunque no según la sucesión regular. Dice así: "En la vida humana hay siete etapas, que se llaman edades: infante, niño, adolescente, mozo, hombre adulto, hombre maduro y anciano. Se es infante durante siete años, mientras van creciendo los dientes; niño, hasta la emisión del semen, vale decir, hasta dos veces siete años; adolescente, hasta el crecimiento del pelo de la barba, o sea, hasta tres veces siete años; mozo, hasta el desarrollo total del cuerpo, es decir, hasta cuatro veces siete años; hombre adulto, hasta los cuarenta y nueve años, vale decir, hasta siete veces siete años; hombre maduro, hasta los cincuenta y seis, o sea, hasta siete veces ocho. A partir de entonces se es anciano."

106. En ponderación de la admirable posición que el número siete ocupa en la naturaleza menciónase también lo siguiente, por cuanto se trata de la suma de 3 más 4. Si se multiplica por 2, se halla que el tercer número a contar desde la unidad es un cuadrado, y que el cuarto es un cubo, mientras el séptimo, y número que procede de ambos, es un cuadrado y un cubo a la vez.[38] En efecto, el tercer número en esta multiplicación por 2, a partir de la unidad, vale decir, el 4 es un cuadrado; el cuarto, o sea, el 8 es un cubo; y el séptimo, vale decir, el 64 es a la vez cubo y cuadrado. De modo que el número siete es realmente portador de perfección, como que proclama ambas correspondencias: con la superficie, a través del cuadrado en virtud de su parentesco con el 3; y con el sólido, a través del cubo en razón de su vinculación con el 4; puesto que 3 más 4 suman 7.

[38] Primer número; 1; segundo: 2 (2 X 1); tercero: 4 (2 X 2); cuarto: 8 (2 X 4); quinto: 16 (2 X 8); sexto: 32 (2 X 16); séptimo: 64 (2 X 32). El tercero de ellos, es decir, el 4, es un cuadrado (2 X 2); el cuarto, o sea el 8, es un cubo (2 X 2 X 2); en tanto que el séptimo, el 64 es un cuadrado (8 X 8) y un cubo (4 X 4 X 4).

107. XXXVII. Mas no es sólo portador de perfección, sino también, por así decir, armonioso en sumo grado y, en cierto modo, fuente de la más hermosa de las escalas, la que contiene todas las armonías: la de cuarta, la de quinta y la de octava, y además todas las proporciones, a saber: la aritmética, la geométrica y también la armónica. El esquema está formado con los siguientes números: 6, 8, 9, 12. El 2 se halla con respecto al 6 en la proporción "4/3, a la que se ajusta la armonía de 4; el 9 con respecto al 6, en la proporción 3/2, por la que se rige la armonía de 5; el 12 con respecto al 6, en la proporción 2/1, que regula la armonía de octava.

108. Como digo, encierra además todas las progresiones: la aritmética formada por 6, 9 y 12, pues el segundo término es mayor que el primero en tres unidades, y el tercero sobrepasa al segundo en el mismo número de ellas; la geométrica formada por los cuatro números, por cuanto la misma relación que existe entre 12 y 9, se da entre 8 y 6, siendo la proporción 4/3; y la armónica, formada por tres números: 6, 8 y 12.

109. Hay dos maneras de distinguir una progresión armónica. Una es la siguiente: se da tal progresión cuando la relación entre el último término y el primero es igual a la relación que existe entre la diferencia del último al intermedio, y la de éste al primero. Un ejemplo clarísimo puede hallarse en los números que tenemos ante nosotros: el 6, el 8 y el 12. El último es el doble del primero, y la diferencia [39] también es el doble. En efecto, el 12 sobrepasa al 8 en cuatro unidades, y el 8 al 6 en dos, y 4 es el doble de 2.

[39] La diferencia entre el último (el 12) y el intermedio (el 8) es 4, en tanto que la diferencia entre el intermedio (8) y el primero (el 4) es 2, la mitad de 4.

110. Otra manera de comprobar la existencia de una proporción armónica es ésta. Se da esa proporción cuando el término intermedio sobrepasa a uno de los extremos en la misma proporción en que es sobrepasado por el otro. Así, el 8, que es el término intermedio, sobrepasa al primer extremo en un tercio, pues restándole 6 queda 2, que es un tercio de 6; y es sobrepasado por el último en la misma fracción, pues restando 8 a 12 queda 4, que es un tercio de 12.

111. XXXVIII. Baste con lo dicho acerca de la alta dignidad que encierra esa figura, esquema o como deba llamársele. Tan grandes cualidades y otras más pone el 7 de manifiesto en orden de las cosas incorpóreas y aprehensibles por la inteligencia. Mas su naturaleza trasciende esa esfera y se extiende a toda sustancia visible sin excepción, al cielo y a la tierra, hasta los extremos del universo. Porque, ¿qué sector del universo no es amante del 7, hallándose dominado por el amor y apasionado deseo hacia él?

112. Por ejemplo, se nos dice que el cielo está ceñido por siete círculos, cuyos nombres son ártico, antártico, trópico estival, trópico invernal, equinoccio, zodíaco y además la Vía Láctea. El horizonte, en cambio, es una impresión subjetiva nuestra solamente y su circunferencia aparece ora mayor ora menor según sea penetrante nuestra vista o lo contrario. Siete, también, son precisamente los órdenes en que están distribuidos los planetas, la hueste contrapuesta a la de las estrellas fijas, los que manifiestan una inmensa simpatía hacia el aire y la tierra. Alteran, en efecto, y hacen variable al primero, cíe modo que resulten las llamadas estaciones del año, produciendo en el transcurso de cada una de ellas innumerables cambios mediante períodos de calma, de atmósfera serena, de nubes espesas y de vientos excesivamente violentos; y al mismo tiempo provocan las crecientes y las bajantes de los ríos; convierten llanuras en pantanos e, inversamente las desecan; ocasionan cambios en los mares, cuando las aguas fluyen o refluyen.

113. A veces, en efecto, producido el reflujo de las aguas del mar, amplios golfos conviértense en bajo litoral repentinamente; y poco después, al volver el mar a derramarse, tornan a ser profundísimo mar, navegable no sólo por pequeñas embarcaciones chatas sino también por naves de pesadas cargas. Y hacen, asimismo, crecer y llegar a su completo. desarrollo a todas las cosas terrestres, tanto a las creaturas animadas como a las plantas productoras de frutos, preparándolas para perpetuar la naturaleza propia de cada una de ellas, de modo que nuevos individuos florezcan desde los viejos y lleguen a su plena madurez para proveer indefinidamente a los que los necesitan.

114. XXXIX. Siete, también, son las estrellas que forman la Osa Mayor, que dicen ser la guía de los navegantes. Con la vista puesta en ella los pilotos han trazado las innumerables rutas del mar, empeñados en una empresa increíble y superior a lo que cabe dentro de la humana naturaleza. Haciendo conjeturas basadas en las mencionadas estrellas, descubrieron los países hasta entonces desconocidos, islas los habitantes del continente, y tierras continentales los isleños. Correspondía, en efecto, que las partes más recónditas, así de la tierra como del mar, fueran puestas al alcance del conocimiento de la raza humana, es decir, de la creatura animada más amada por Dios, por lo más puro que existe en la naturaleza, el cielo.

115. Además de los grupos mencionados ya, también el coro de las Pléyades se compone de siete estrellas, cuyas apariciones y desapariciones llegan a ser origen de grandes beneficios

para todos, pues cuando ellas se ocultan se trazan los surcos para la siembra; cuando están próximas a reaparecer, anuncian el tiempo de la cosecha; y, elevadas ya, excitan a los jubilosos labradles para la recolección de los indispensables alimentos, y ellos con alegría acopian las reservas para el diario consumo.

116. También el sol, el magno señor del día, que dos veces cada año, en primavera y en otoño, produce sendos equinoccios, el de primavera en la constelación de Aries, y el de otoño en la de Libra,[40] ofrece una clarísima prueba de la excelsa dignidad del número siete. Cada uno de los equinoccios, en efecto, tiene lugar en el séptimo mes, y durante ellos se distribuyen por disposición de la ley las celebraciones de las más importantes y más vinculadas a la nación entre las fiestas, por cuanto en uno y otro llegan a su madurez todos los frutos de la tierra; en primavera el fruto del trigo y de todos los demás sembrados; en otoño el de la viña y de la mayoría de los otros árboles frutales.
[40] En la época de Filón (s. I d. C.) los judíos hacían comenzar el año sagrado o religioso en primavera, y el civil en otoño.

117. XL. Dado que las cosas de la tierra dependen de las del cielo de conformidad con cierta natural simpatía, el principio del número siete habiendo comenzado desde lo alto, descendió también hacia nosotros y visitó a las especies mortales. Por ejemplo, si no contamos a la parte rectora de nuestra alma,[41] el resto está dividido en siete partes, que son: los cinco sentidos, el órgano de la expresión y finalmente el de la generación. Todos ellos, como en los espectáculos de títeres, movidos por los hilos de la inteligencia, ora permanecen quietos ora se mueven, cada uno con las actitudes y los movimientos apropiados.
[41] Es decir, la inteligencia.

118. Hallará, asimismo, que son siete tanto unas como otras, quien se abocare a examinar las partes externas y las internas de nuestro cuerpo. En efecto, las partes visibles son: cabeza, pecho, vientre, dos brazos y dos piernas; y las internas, llamadas entrañas, son: estómago, corazón, pulmón, bazo, hígado y dos riñones.

119. Es más, la cabeza, que es parte principal de la creatura animada, hace uso de siete partes esencialísimas: dos ojos, dos oídos, dos fosas nasales y, en séptimo término, la boca; a través de la cual, como dijo Platón,[42] tienen su entrada las cosas mortales, y su salida las inmortales. Penetran, en efecto, por ella comidas y bebidas, alimentos perecederos de un cuerpo perecedero, en tanto que salen palabras, normas inmortales de un alma inmortal, mediante las cuales es guiada la vida racional.
[42] Platón, Timeo 75 d.

120. XLI. Los objetos que se distinguen a través del más elevado de los sentidos, la vista, participan de este número por sus clases. Siete, en efecto, son las especies visibles: cuerpo, distancia, forma, tamaño, color, movimiento y reposo; fuera de las cuales no hay otra alguna.

121. Mas he aquí que también las variantes de la voz son siete en total: aguda, grave, circunfleja, aspirada la cuarta, no aspirada la quinta, larga la sexta, y breve la séptima.

122. Y ocurre también que los movimientos son siete: hacia arriba, hacia abajo, hacia la derecha, hacía la izquierda, hacia adelante, hacia atrás y en círculo; movimientos que se distinguen con el máximo de claridad en los espectáculos de danza.

123. A dicho número, también, se limitan, así aseguran, las secreciones que fluyen a través

del cuerpo, a saber: las lágrimas, que se derraman a través de los ojos; los flujos cefálicos, que lo hacen a través de las fosas nasales; la saliva, que se escupe por la boca; a los que hay que agregar dos receptáculos, uno delante y otro detrás, para la eliminación de las sustancias superfinas; la sexta es el sudor, que fluye a través de todo el cuerpo, y la séptima, la muy acorde con la naturaleza, emisión de semen a través de los órganos genitales.

124. Asegura, además, Hipócrates, hombre versado en los procesos naturales, que el semen se solidifica y fija formándose el embrión en siete días. Por otra parte, a las mujeres les sobreviene el flujo «mensual hasta un máximo de siete días. Y siete meses tarda la naturaleza en hacer que los frutos del vientre se desarrollen plenamente; de lo que resulta algo sumamente paradójico: los infantes sietemesinos sobreviven, en tanto que los gestados durante ocho meses normalmente no pueden conservarse vivos.

125. También las graves enfermedades corporales, en especial los persistentes ataques de fiebre, debidos al desequilibrio do nuestras potencias interiores, hacen crisis generalmente en el séptimo día; él, efectivamente, decide la lucha por la vida, asignando a unos el restablecimiento, y a otros la muerte.

126. XLII. El poder de este número no sólo está estrechamente afincado en los campos ya mencionados, sino también en las más excelentes de las ciencias, es decir, la gramática y la música. En efecto, la lira de siete cuerdas, correspondiente al coro de los planetas, produce las melodías preferidas, y constituye prácticamente la pauta a la que se ajusta toda la construcción de instrumentos musicales. Y en la gramática, siete son las letras llamadas propiamente vocales en razón de que es evidente que suenan por sí mismas, y cuando se unen a otras letras producen sonidos articulados.[43] Por una parte, en efecto, completan aquello que les falta a las semivocales haciendo que los sonidos de éstas se tornen plenos; y por otra, transforman la naturaleza de las consonantes infundiéndoles su propio poder para que de letras impronunciables que son se conviertan en pronunciables.
[43] Vocales, en griego *phonéenta* = sonantes, por oposición a las *hemíphona* = semisonantes o semivocales, que según los gramáticos griegos. Eran l, m, n, r, ps, x, ds; y a las *áphona* = no sonantes o consonantes. Filón justifica el nombre de las sonantes o vocales asociando su efecto acústico con el hecho de sonar (*phoneísthal*) y el sonido (*phoné*),

127. Estas razones explican, a mi parecer, por qué los que originalmente asignaron nombres a las cosas, como sabios que eran, llamaron "siete" a este número derivándolo de la veneración do que es objeto y de la majestad que le es propia.[44] Los romanos, al añadir la letra s, omitida por los griegos; destacan con mas claridad aún el parentesco, pues lo llaman, con más propiedad "*septem*" derivándolo, según so ha dicho, de "majestuoso" y de "veneración".[45]
[44] Establece Filón un imaginario parentesco entre la familia de palabras formada por los términos *sebasmós* = reverencia; *semnótes* = majestad; *semnós* = venerable, entre otros, y *heptá* (derivado de *septá*, y éste de *septm*) = siete.
[45] En cuanto a la s inicial del término romano o latino *septem*, que según nuestro autor, hace más patente ese parentesco, se trata simplemente de la conservación de la norma primitiva, no de un agregado; en tanto que en la forma griega dicha s se transformó en la aspirada que transliteremos al español por h.

128. XLIII. Éstas y otras más son aseveraciones y meditaciones filosóficas, acerca del número siete, merced a las cuales este número ha alcanzado las más altas honras en la naturaleza. Hónranlo los más ilustres investigadores griegos y no griegos que se ocupan de la ciencia matemática, y muy especialmente ha sido honrado por Moisés, el amante de la virtud. Moisés

registró su hermosura en las sacratísimas tablas de la ley, y la imprimió en las inteligencias de todos los que lo han acatado, al disponer que al cabo de cada seis días observaran como sagrado el séptimo, absteniéndose de todas las labores destinadas a procurarse sustento, y aplicados a una sola cosa a meditar con miras a un mejoramiento del carácter y a someterse a la prueba de su conciencia, la cual, establecida en el alma como un juez, no se queda corta en sus reprimendas, empleando unas veces enérgicas amenazas, y otras, suaves advertencias, amenazas en los casos de mal proceder evidentemente premeditado, advertencias a fin de que no se vuelva a incurrir en lo mismo en los casos en que se ha faltado involuntariamente y por falta de previsión.

129. XLIV. En un sumario epílogo del relato de la creación del mundo dice Moisés: "Éste es el libro de la creación del cielo y de la tierra, cuando comenzaron a existir, en el día en que Dios hizo el cielo y la tierra, y toda verdura del campo antes de que existiera sobre la tierra, y toda hierba del campo antes de que brotase." (Gen. II, 4 y 5.) ¿No nos está presentando claramente a las incorpóreas formas ejemplares, aprehensibles por la inteligencia, que sirvieron como sellos para la completa conformación de los objetos sensibles? Antes que la tierra produjera verdes brotes, la verde vegetación en sí existía, se nos dice, en la naturaleza de las cosas incorpóreas; y antes de que la hierba surgiese en el campo, había una hierba invisible.

130. Hemos de suponer que también el caso de cada uno de los demás objetos que distinguen nuestros sentidos, previamente existieron formas y medidas más antiguas mediante las cuales adquirían forma y dimensión las cosas que llegaban a existir; porque, si bien no ha tratado todas las cosas en detalle sino de manera conjunta, preocupado como el que más por ser breve en las exposiciones, no es menos cierto que las pocas cosas que ha dicho son indicaciones que valen para la naturaleza de todas las cosas, la cual no lleva a cabo la producción de ninguna de las cosas de orden sensorial sin recurrir a un modelo incorpóreo.

131. XLV. Ateniéndose a la sucesión de los hechos, y observando fielmente el encadenamiento de las cosas precedentes con 'as siguientes, dice a continuación: "Y de la tierra brotó una fuente, y regó toda la superficie de la tierra." (Gen. II, 6.) Los demás filósofos afirman que toda el agua es uno de los cuatro elementos de que está hecho el mundo. Moisés, en cambio, gracias a que con visión más aguda está habituado a contemplar y aprehender exactamente aún las cosas más remotas, entiende que el gran mar que sus continuadores llaman océano, reconociendo que los mares navegados por nosotros tienen dimensiones de puertos comparados con él, es uno de los elementos, una cuarta porción del universo; pero distinguió el agua dulce y potable del agua salada del mar, y la asignó a la tierra, considerándola una parte de ella, no del mar, por la razón expuesta anteriormente, es decir, que la tierra mantiene su cohesión, cual si estuviese atada, gracias a la dulce cualidad del agua, semejante a una adherente cola. Porque, si se la hubiese dejado seca sin que la humedad la penetrase y se esparciese en todos los sentidos a través de sus poros, estaría ya desintegrada. Conserva, sin embargo, su cohesión y perdura gracias, en parte, al poder unificador del aliento vital, y en parte, porque la humedad impide que, desecada, se desintegre en pequeños y grandes fragmentos.

132. Ésa es una causa; pero hemos de mencionar también otra que apunta hacia la verdad como hacia un blanco. Es ley natural que ninguna de las creaturas nacidas de la tierra adquiera su conformación sin sustancia húmeda. Pénenlo en evidencia las simientes depositadas, las que o son húmedas, como las de los seres animados, o no germinan sin humedad, tal como sucede con las de las plantas. Coligóse de ello claramente que dicha sustancia húmeda no

puede ser sino parte de la tierra, que engendra todas las cosas; siendo su papel análogo al de la corriente de los flujos mensuales para las mujeres. Entre los estudiosos de las cosas de la naturaleza se dice, en efecto, que estos flujos constituyen la sustancia corpórea de los embriones.

133. Lo que he de mencionar también está de acuerdo con lo que acabamos de decir. La naturaleza, preparando de antemano la alimentación del futuro hijo, ha proporcionado a cada madre, como parte esencialísima de ella, senos, de los que dicho aumento mana como de una fuente. También la tierra es, evidentemente, una madre; y por eso los primeros hombres consideraron apropiado llamarla Deméter, combinando los términos ""madre" y "tierra".[46] No es la tierra, en efecto, quien imita a la mujer, sino la mujer quien imita a la tierra, como dice Platón.[47] Los poetas acostumbran llamarla acertadamente "madre universal", "portadora de frutos", "dadora de todas las clases de frutos",. porque es la causa del nacimiento y conservación de todos los animales y las plantas por igual. Con razón, pues, también a la tierra, la más antigua y fecunda de las madres, ha proporcionado la naturaleza, a modo de maternos senos, corrientes de ríos y fuentes para el riego de las plantas y para que los seres animados dispongan de abundante bebida.
[46] O sea, da = tierra, y meter = madre.
[47] Platón, Menéxeno 238 a.

134. XLVI. A continuación dice que "Dios formó al hombre tomando polvo de la tierra, y sopló en su cara el aliento de la vida." (Gen. II, 7.) También con estas palabras establece clarísimamente que existe una total diferencia entre el hombre formado ahora y aquel que anteriormente había llegado a la existencia "a imagen de Dios".[48] En efecto, el hombre formado ahora era perceptible por los sentidos, partícipe ya de la cualidad, compuesto de cuerpo y alma, varón o mujer, mortal por naturaleza; en tanto que el creado a imagen de Dios era una forma ejemplar, un ente genérico, un sello, perceptible por la inteligencia, incorpóreo, ni masculino ni femenino, incorruptible por naturaleza.
[48] Ver el parágrafo 76.

135. Dice que el hombre individual, perceptible por los sentidos, es por su constitución un compuesto de sustancia terrestre y aliento Divino. Dice, en efecto, que, después que el Artífice hubo tomado polvo, y de haber modelado con éste una forma humana, el cuerpo adquirió existencia; pero que el alma no se originó de ninguna cosa creada en absoluto, sino del Padre y Soberano del universo, porque no otra cosa era lo que Éste sopló sino un Divino aliento llegado desde aquella dichosa y feliz naturaleza a esta colonia que es nuestro mundo, para provecho de nuestra especie, a fin de que, aunque su porción visible es mortal, pudiera en lo que respecta a la porción invisible convertirse en inmortal. Por ello, con toda razón se puede decir que el hombre está en el límite entre la naturaleza mortal y la inmortal, participando de una y de otra en la medida de lo necesario, y que ha sido creado mortal e inmortal al mismo tiempo, mortal en lo que atañe al cuerpo, inmortal en lo que toca a su inteligencia.

136. XLVII. En mi opinión, aquel primer hombre nacido de la tierra, fundador de todo el género humano, al ser creado fue dotado de las mejores cualidades en una y otra parte de su ser, es decir, en su alma y en su cuerpo, y fue muy superior a los que vinieron después por sus sobresalientes cualidades en ambos elementos. Es que aquel hombre era realmente hermoso y bueno de verdad. Con tres hechos podría probarse que era hermosa la constitución de su cuerpo. El primero es el siguiente: como hacía poco que había aparecido la recién formada tierra, al separarse de ella la gran masa de agua que recibió el nombre de mar, sucedía que la

materia de las cosas creadas era sin mezcla, pura e incontaminada, y aun maleable y fácil de trabajar, y que las cosas producidas con ella eran, naturalmente, irreprochables.

137. La segunda prueba es ésta: no es verosímil que Dios haya tomado polvo de la porción de tierra que primero le vino a mano, al concretar con diligencia suma su propósito de modelar esta figura de forma humana; antes bien es razonable pensar que haya seleccionado lo mejor de toda la tierra, lo más puro y altamente refinado de la materia pura, lo que más se adaptaba para su estructura. Porque lo que fabricaba era una residencia o sagrado santuario para el alma racional; alma que el hombre había de llevar como una sagrada imagen, la más semejante a Dios de todas las imágenes.

138. La tercera prueba, incomparablemente más convincente que las ya mencionadas, es que el Creador, así como es excelente en las demás cosas, lo es también en la ciencia, como para hacer que cada una de las partes del cuerpo tuviera en sí misma individualmente las debidas proporciones, y resultara exactamente apropiada para participar en la conformación del todo; y así, ajustándose a esa simetría de las partes, modeló carnes lozanas y las pintó con bellos tonos, queriendo que el primer hombre ofreciera a la vista el más hermoso aspecto posible.

139. XLVIII. Es evidente que también el alma del primer hombre era excelente. No cabe pensar que para su formación el Creador haya empleado como modelo a otra cosa alguna de las creadas, sino solamente, como dije, a Su propio logos. Por eso dice Moisés que el hombre ha sido creado como imagen e imitación de éste al ser soplado en el rostro, donde se halla la sede de los sentidos. Con éstos el Creador tomó animado al cuerpo, y, una vez que hubo instalado en la parte rectora de ésta [49] a la soberana razón, se los concedió como escoltas para las percepciones de los colores, sonidos, sabores, olores y cualidades semejantes, que sin la percepción sensorial ella por sí misma no hubiera sido capaz de aprehender. Ahora bien, fuerza era que la imitación de un modelo de belleza plena fuera plenamente hermoso; y el logos Divino es superior a la belleza misma, a la belleza tal cual existe en la naturaleza; no porque esté adornado por la belleza, sino porque él mismo, a decir verdad, es el más hermoso adorno de la belleza.

[49] En la inteligencia.

140. XLIX. Con esas cualidades fue creado el primer hombre, a mi parecer, superior en el cuerpo y en el alma a los hombres de nuestra época y a los que han existido antes de nosotros. Es que a aquél lo creó Dios, en tanto que nuestro nacimiento procede de hombres, y cuanto mayor es la calidad del autor, tanto mayor es también la de lo producido. Por cierto que, así como lo que se halla en la plenitud de su ser es superior a aquello cuya plenitud pertenece al pasado, ya se trate de un animal, de una planta, de un fruto o de cualquier otra cosa de las que existen en la naturaleza, del mismo modo cabe pensar que el primer hombre que fue modelado constituyó la plenitud del ser de toda nuestra especie, en tanto que sus descendientes ya no alcanzaron esa plenitud igualmente, y fueron recibiendo formas y poderes siempre más apagados de generación en generación.

141. Yo he observado idéntica cosa en el caso de las esculturas y pinturas: las copias son inferiores a los originales, y las pinturas y modelados sacados de copias, mucho más inferiores aún debido a la gran distancia que los separa del original. También el imán presenta una experiencia análoga: aquel de los anillos de hierro que está en contacto con él cuelga adherido con toda firmeza; el que toca al que está en contacto directo lo hace con menos fuerza; el tercero pende del segundo; el cuarto del tercero, el quinto del cuarto y los demás unos de otros en larga serie, unidos todos por una sola fuerza de atracción, sólo que no de la

misma manera, puesto que los que están suspendidos lejos del punto de partida lo están con menos intensidad siempre, por cuanto la fuerza de atracción se debilita y ya no puede retener en la medida de los primeros. Es evidente que algo análogo le ocurre también a la raza de los hombres, los que de generación en generación han ido recibiendo más debilitadas las fuerzas y cualidades.

142. Ajustándonos a la más estricta verdad, diremos que aquel primer antepasado de la raza humana fue no sólo el primer hombre sino además el único ciudadano del mundo. El mundo, en efecto, era su morada y su ciudad, y, aunque no hubiera sido erigida construcción alguna de piedra y de madera, pasaba sus días con total seguridad como en su país natal, ajeno al temor, ya que había sido considerado digno de regir a todos los seres terrestres, y todas las creaturas mortales temblaban ante él y habían sido enseñadas y forzadas a obedecerle como a un señor; y vivía libre de todo peligro en medio de los goces propios de una paz nunca interrumpida por guerras.

143. L. Ahora bien, puesto que todo estado bien regido se ajusta a una constitución, era necesario que el ciudadano del mundo se rigiese por la constitución por la que se rige el mundo entero. Y esta constitución es el recto orden de la naturaleza, llamada con más propiedad "sagrada norma",[50] pues se trata de una Divina ley, conforme con la cual fue asignado a cada cosa lo que le convenía y correspondía. Preciso era que en este estado y bajo esta constitución existieran antes del hombre ciudadanos, a los que con justicia podría calificarse de ciudadanos del Gran Estado, ya que les cupo como residencia el más dilatado de los ámbitos, y fueron inscriptos en el padrón del más grande y perfecto de los estados.
[50] *Thesmós*, término que expresa toda norma o disposición emanada de la voluntad de los dioses, la ley divina o natural por oposición al *nómos* o ley redactada por legisladores humanos.

144. ¿Y qué podían ser estos ciudadanos sino racionales y Divinas naturalezas, unas incorpóreas y aprehensibles por la inteligencia, otras no carentes de cuerpos, como en el caso de los astros? En estrecha relación y convivencia con ellos, el hombre pasaba sus días en medio de una felicidad pura; y siendo estrechísimo su parentesco con el Soberano pues el Divino aliento habíase derramado abundantemente sobre él, empeñábase en decir y hacer todo de modo de complacer a su Padre y Rey, siguiéndolo paso a paso por las sendas que las virtudes trazan a modo de caminos reales, porque únicamente a las almas que tienen por meta el asemejarse a Dios, su Creador, les es lícito aproximarse a Él.

145. LI. Aunque con trazos muy inferiores a la verdad, hemos señalado en la medida de nuestras posibilidades al menos, la hermosura que en ambas partes de su ser, el cuerpo y el alma, poseía el primero que fue creado entre los hombres. En cuanto a sus descendientes, partícipes, como son, de la misma forma ejemplar que aquél, necesariamente habrían de conservar las marcas de su parentesco con su primer antepasado, aun cuando ellas estén borrosas.

146. Pero, ¿en qué consiste ese parentesco? Todo hombre por su inteligencia está íntimamente vinculado con el logos Divino, pues es como una impresión, fragmento e irradiación de aquella bienaventurada naturaleza; en tanto que en la conformación de su cuerpo está vinculado con el mundo todo pues es un compuesto de los mismos elementos de que lo está éste, a saber: tierra, agua, aire y fuego, habiendo aportado cada uno de ellos la porción necesaria para completar la cantidad exactamente suficiente, que el Creador habría de tomar para elaborar esta imagen visible.

147. Además, el hombre reside, como en sitios sumamente familiares y afines a él, en todos los mencionados elementos, cambiando de lugares y frecuentando ora uno ora otro; de modo que con toda propiedad se puede decir que el hombre es un ser de todos ellos: de la tierra, del agua, del aire y del cielo. En cuanto que habita y transita sobre la tierra es un animal terrestre; en cuanto que .muchas veces se zambulle, nada y navega es acuático. Clarísimo testimonio de esto último son los mercaderes, los capitanes de barcos, los pescadores de púrpuras y todos los que se aplican a la pesca de ostras y peces. Por cuanto su cuerpo es elevado y está suspendido apuntando desde la tierra hacia lo alto, bien puede decirse que es una creatura del aire; y también podemos decir que es del cielo, puesto que está en estrecho contacto con el sol, la luna y cada uno de los restantes astros errantes y fijos a través del sentido de mayor autoridad, es decir, la vista.

148. LII. Totalmente acertado es el haber atribuido al primer hombre la asignación de los nombres.[51] Porque tarea es ésta propia de la sabiduría y la realeza, y el primer hombre era sabio con un saber adquirido espontáneamente sin mediación de maestro alguno, como que se trataba de un ser salido de las manos Divinas; y además rey. Y compete a un soberano el dar nombre a cada uno de sus súbditos, Y es razonable pensar que el poder de mando de que estaba investido aquel primer hombre, al que Dios había modelado con solicitud y había considerado digno del segundo lugar, colocándolo como Su propio virrey y como soberano de todas las demás creaturas, era extraordinario; pues los hombres nacidos muchas generaciones después, aunque han perdido ya la vitalidad de la especie a causa de las largas edades transcurridas, conservan todavía sin mengua su dominio sobre las creaturas irracionales manteniendo la que podríamos llamar antorcha de la soberanía y la realeza heredada del primer hombre.

[51] Gen. II, 19.

149. Así, dice Moisés que Dios condujo todos los animales a la presencia de Adán, queriendo ver qué nombre asignarla a cada uno de ellos; no porque tuviera alguna duda; que nada hay oculto para Dios; sino porque sabía que había forjado en un ser mortal la natural capacidad de razonar por su propio impulso, para, de ese modo, permanecer Él mismo sin participación alguna en el vicio. Lo que hacía, en realidad, era poner a prueba a aquél, como quien guía a un discípulo, despertando la capacidad en él depositada, e impulsándolo a dar pruebas de sus propias obras, a fin de que confiriera por sí mismo las denominaciones, y no inadecuadas ni desacordes, sino tales que pusieran de manifiesto con toda claridad los rasgos de las creaturas que los llevarían.

150. Y así fue: Adán, siendo todavía pura la naturaleza racional que acababa de instalarse en su alma, y no habiéndose adentrado en su ser ni debilidad ni enfermedad ni pasión alguna, recibió de manera sumamente clara las imágenes de los cuerpos y de los hechos, y escogió las denominaciones exactas adecuándolas con sumo acierto a las cosas dadas a conocer por ellas, de tal modo que, al mismo tiempo que se las nombraba, se ponía de manifiesto la naturaleza de las mismas. A tal punto sobresalía el primer hombre en todas altas cualidades, alcanzando el límite mismo de la humana felicidad.

151. LIII. Mas, como ninguna de las cosas creadas es estable, y los seres mortales están sujetos fatalmente a transformaciones y cambios, era preciso que también el primer hombre experimentara alguna desventura. Y una mujer se convirtió para él en el principio de la vida reprochable. En efecto, mientras estaba solo, asemejábase en virtud de su soledad, al mundo y a Dios, y recibía en su alma las impresiones de la naturaleza de uno y Otro; no todas, pero sí

todas aquellas que su constitución mortal era capaz de recibir. Pero, una vez que hubo sido modelada la mujer, al contemplar una figura hermana de la suya, una forma de su misma estirpe, se alegró ante la visión, y aproximándose a ella la saludó con afecto.

152. Ella, no viendo otro ser viviente más parecido a sí misma que aquél, se alegra y devuelve el saludo con actitud modesta. Y sobreviene el amor, y reuniéndolos como si se tratara de dos partes separadas de una sola creatura viviente, los une en un mismo todo, tras haber afincado en cada uno de ellos el deseo de unirse con el otro a fin de producir un ser como ellos. Mas este deseo engendró también el placer corporal, el placer que es origen de iniquidades y procederes ilegales, y a causa del cual los hombres truecan una vida inmortal y dichosa por la mortal y desdichada.

153. LIV. Cuando el hombre vivía aún una vida solitaria, por no haber sido formada todavía la mujer, plantó Dios, según nuestro relato, un parque en nada semejante a los familiares a nosotros.[52] En éstos la vegetación es inanimada, llena de árboles de todas clases, de los que unos están siempre verdes para brindar ininterrumpido placer a la vista; otros rejuvenecen y retoñan cada primavera; unos proporcionan el cultivado fruto no sólo para el necesario consumo, sino también para el goce superfluo propio de la vida regalada; mientras otros lo producen de otra especie, destinado a las bestias para satisfacer sus necesidades. En cambio, en aquel Divino parque todas las plantas estaban dotadas de alma y razón, y los frutos que producían eran las virtudes y además el conocimiento y el discernimiento infalibles, mediante los cuales se conocen lo noble y lo vergonzoso, la vida libre de enfermedades, la incorruptibilidad y todas las cosas semejantes a éstas.
[52] Gen. II, 9 y ss.

154. Mas, creo que esta descripción se interpreta mejor simbólicamente que literalmente. Porque, ni hasta ese momento habían aparecido sobre la tierra árboles de vida y de ciencia, ni es verosímil que hayan aparecido posteriormente. Lo que,. en cambio, quiso, al parecer, significar Moisés mediante "el parque" fue la parte rectora del alma, que está llena de innumerables opiniones, cual si fueran plantas; mediante "el árbol de la vida", la reverencia a Dios, que es la virtud suprema; virtud por la cual alcanza el alma la inmortalidad; y mediante "el árbol del conocimiento del bien y del mal", la prudencia, virtud intermedia, por la cual se disciernen las cosas opuestas por naturaleza.

155. LV. Habiendo establecido en el alma estas pautas, observaba Dios, como un juez, hacia cuál de las dos partes se inclinaría. Y cuando la vio inclinada hacia la maldad, y despreocupada de la piedad y la santidad, de las que procede la vida inmortal, la arrojó y desterró del parque, como correspondía, sin concederle ni siquiera la esperanza de un posterior retomo, ya que sus ofensas eran imposibles de reparar y remediar, siendo, además, sobremanera reprochable la excusa dada para justificar el engaño; excusa que merece una explicación.

156. Se dice que en los antiguos tiempos la venenosa serpiente, nacida de la tierra, emitía sonidos propios de la voz humana, y que, habiéndose aproximado cierta vez a la mujer del primer hombre, le echó en cara su irresolución y exceso de escrúpulo, ya que tardaba y no se decidía a saborear un fruto de hermosísimo aspecto y gratísimo sabor, y además sumamente provechoso, mediante el cual podría conocer el bien y el mal. Ella, irreflexivamente y con criterio inseguro y sin fundamento, consintió, comió el fruto y dio una parte al hombre. Esto al punto los cambió trocando sus inocentes y sencillas costumbres en malicia. E irritado por ello, el Padre fijó contra ellos los castigos merecidos; que bien merecía Su cólera lo hecho, puesto. que, pasando de largo junto a la planta de la vida inmortal, es decir, junto a la plena

adquisición de la virtud, por la cual hubieran podido recoger el fruto de una vida prolongada y feliz,. habían escogido una existencia efímera y mortal, que no merece llamarse vida sino tiempo de desventura.

157. LVI. Pero estos relatos no son invenciones míticas de aquellas en las que se complacen los poetas y los sofistas, sino indicaciones de signos, las cuales nos invitan a la interpretación alegórica según las explicaciones logradas mediante conjeturas.
Y siguiendo una hipótesis verosímil, estaremos en lo justo si decimos que la serpiente en cuestión es un símbolo del placer. Lo es porque, en primer lugar, se trata de un animal carente de pies, echado boca abajo y caído sobre su vientre; en segundo lugar, porque consume terrones de tierra como alimento; en tercer lugar, porque lleva en sus dientes el veneno de que la naturaleza le ha provisto para matar a los mordidos por ella.

158. De ninguna de estas características está exento el amante de los placeres. Oprimido y agobiado, a duras penas levanta la cabeza, por cuanto su incontinencia lo doblega y derriba; y se alimenta, no del celestial manjar que ofrece la sabiduría mediante razonamientos y doctrinas a los amantes de la contemplación, sino del que produce en el curso de las estaciones del año la tierra, del que proceden la embriaguez, el refinamiento en los manjares y la glotonería, los que, haciendo estallar y encenderse los apetitos del vientre, acrecientan la gula y estimulan también la violencia de los arrebatos sexuales. Se relame, en efecto, con cuanto produce el esfuerzo de proveedores de alimentos y cocineros; y, haciendo girar su cabeza, se afana por aspirar el aroma que despiden las esencias; y, cuando advierte una mesa suntuosamente provista, deja caer toda su persona precipitándose sobre las cosas preparadas, ansioso de devorar todo a la vez. Y no es el saciar su apetito lo que persigue, sino el que no sobre nada de cuanto tiene a su disposición. De donde resulta que lleva en sus dientes el veneno no menos que la serpiente.

159. Éstos, en efecto, son los agentes y ministros del desenfreno, y cortan y desmenuzan todo cuanto sirve de alimento, y lo entregan en primer término a la lengua para que ésta, como juez en materia de sabores, decida; y a continuación a la faringe. Y el comer sin medida es algo mortífero y venenoso por naturaleza, puesto que, a causa del torrente de las sucesivas viandas que se presentan antes que las anteriores estén digeridas, es imposible su asimilación.

160. Se nos dice que la serpiente emitía voz humana, porque el placer cuenta con muchísimos campeones y defensores que tienen a su cargo su defensa y protección, los cuales se atreven a proclamar que él tiene asignada la soberanía sobre todas las cosas pequeñas y grandes, sin que nada absolutamente esté libre de ella.

161. LVII. Alegan que los primeros contactos del ser masculino con el femenino contienen un placer que los impulsa, y a través del cual se forjan las generaciones y nacimientos. Y que por ley natural la primera cosa que la prole persigue es el placer, gozando de él y soportando con desagrado lo opuesto, es decir, el sufrimiento. Por eso el tierno vástago, no bien nace, llora como si padeciese frío. Es que, habiendo pasado repentinamente del más cálido y ardiente de los lugares, la matriz, en la cual había habitado largo tiempo, al aire, lugar frío y desacostumbrado para él, ha sido fuertemente afectado, y se desata en llanto, señal clarísima de su dolor y de su desagrado por el sufrimiento.

162. Todo ser animado, dicen, se apresura tras el placer como tras su más necesario y esencial fin, y sobre todo el hombre. Porque, mientras los demás seres animados se lo procuran solamente a través del gusto y de los órganos de la reproducción, el hombre lo alcanza

también a través de los demás sentidos, persiguiendo mediante la vista y el oído cuantos espectáculos y sonidos pueden procurarle deleite. Como éstos son muchísimos los otros alegatos en alabanza de esta experiencia, y sobre su estrechísima relación y parentesco con los seres animados.

163. LVIII. Pero ya es suficiente con lo dicho hasta aquí para explicar por qué la serpiente parecía emitir voz humana. Lo que precede explica, a mi parecer, que también en las detalladas prescripciones donde el legislador, refiriéndose a los animales, registra cuáles es preciso comer y cuáles no, apruebe muy especialmente al llamado ofiómaca,[53] un reptil que encima de los pies tiene patas, de las que la naturaleza lo ha dotado para saltar desde el suelo y elevarse por los aires como las langostas.
[53] Lev. XI, 22. El *ophiomákhes* = que combate a las serpientes, es una especie de saltamontes.

164. El ofiómaca, en efecto, no es, en mi opinión, otra cosa que la representación simbólica de la moderación, la que libra una batalla implacable, una guerra sin tregua contra la intemperancia y el placer. Ella, en efecto, acoge afablemente a la sencillez, a la temperancia y a todo cuanto es necesario para una vida austera y digna; en tanto que la intemperancia lo hace con lo superfino y el derroche, causas para el alma y para el cuerpo de molicie y enervamiento, de los cuales resulta una vida culpable y más penosa aún que la misma muerte, a juicio de las personas sensatas.

165. El placer no se atreve a ofrecer sus seducciones y engaños al hombre, pero sí a la mujer, y por medio de ésta a aquél. Este procedimiento es apropiado y acertado en sumo grado. En efecto, en nuestro ser la inteligencia equivale al hombre, y la sensibilidad a la mujer; y el placer sale primeramente al encuentro de los sentidos, traba relación con ellos, y por mediación de ellos engaña también a la soberana inteligencia. Porque, cuando cada uno de los sentidos ha sido subyugado por sus atractivos, complacido con las cosas ofrecidas: la vista, con la variedad de colores y formas; el oído, con las armonías de los sonidos; el gusto, con las delicias de los sabores; y el olfato, con las gratas fragancias de los perfumes que aspira; después de recibir esos regalos, los ofrecen, a la manera de las criadillas, a la razón, como a un amo, llevando consigo para que alegue en su favor a la persuasión a fin de que aquélla no rechace nada en absoluto. La razón es al punto atrapada y se convierte de soberana en subordinada, de ama en esclava, de ciudadana en desterrada, de inmortal en mortal.

166. LIX. En suma, pues, no debemos olvidar que el placer, cual una cortesana o mujer lasciva, desea vivamente procurarse un amante, y busca rufianes, por cuya mediación habrá de seducirlo; y que el papel de los rufianes que .e procurarán el amante está a cargo de los sentidos. Una vez que los ha seducido, tiene sin dificultad a su arbitrio a la inteligencia, pues ellos le llevan a ésta las representaciones de afuera, se las anuncian, se las muestran, e imprimen en ella las formas de cada una engendrando la pasión correspondiente, pues la inteligencia es como una cera que recibe las impresiones a través de los sentidos, gracias a los cuales aprehende las cosas corpóreas, que por sí misma no puede aprehender, según he dicho ya.

167. LX. Los primeros [54] que se convirtieron en esclavos de una penosa e incurable pasión, al punto descubrieron cuáles son las recompensas del placer. A la mujer sobreviniéronle los violentos dolores del parto y las penas que una tras otra se suceden durante el resto de la vida, en especial las causadas por los alumbramientos de hijos y la crianza de los mismos, en las enfermedades y cuando están sanos, cuando les sonríe la fortuna y cuando les es adversa; y además la privación de la libertad, y el peso de la autoridad del hombre unido a ella en

matrimonio, cuyos mandatos le es preciso acatar. Por su parte el hombre experimentó trabajos, fatigas y continuos desvelos para la obtención de las cosas necesarias; y la privación de los espontáneos bienes que la tierra había sido enseñada a producir por sí sola sin la labor del agricultor; quedando atado a ininterrumpidos esfuerzos para procurarse medios de vida y alimentos, de modo de no perecer de hambre.
[54] Vale decir, el primer hombre y la primera mujer.

168. Creo yo, en efecto, que, así como el sol y la luna emiten sus luces siempre, habiendo recibido el mandato en una única ocasión, en el instante mismo de la creación original del universo, y observan el Divino precepto no por otra razón que porque el vicio se halla desterrado lejos de los confines del ciclo; de la misma manera también el pingüe y fértil suelo de la tierra produciría copiosos frutos con el correr de las estaciones del año, sin que interviniera la habilidad y colaboración de los agricultores. Pero, cuando el vicio comenzó a ser preferido a las virtudes, como actualmente, cerráronse las perennes fuentes de las gracias Divinas para que no las procuraran a quienes eran considerados indignos de ellas.

169. La verdad es que, si el género humano hubiera debido soportar un castigo acorde con la culpa, hubiera sido preciso que, por su ingratitud para con Dios, su benefactor y preservador, fuera aniquilado; pero, siendo Él misericordioso por naturaleza, movido a piedad, moderó la pena, permitiendo que la raza humana subsistiese; pero no ya como antes, es decir, recogiendo sus alimentos sin esfuerzo, a fin de evitar que los hombres, entregados a dos males, la indolencia y la saciedad, cometieran faltas y se ensoberbecieran.

170. LXI. Ésa es la vida de los que al principio se caracterizan por la inocencia y la sencillez, pero luego prefieren el vicio a la virtud.
A través del relato de la creación del mundo a que nos hemos referido, además de muchas otras cosas nos enseña Moisés cinco, qué son las más hermosas y excelentes de todas. En primer lugar, que la Divinidad existe y Su existencia es eterna.[55] Esto, a propósito de los ateos, algunos de los cuales han dudado sin decidirse en uno u otro sentido respecto de Su eterna existencia; en tanto que otros, más osados, han llevado su audacia hasta el extremo de afirmar que no existe en absoluto, y que se trata nada más que de afirmaciones provenientes de hombres que obscurecen la verdad mediante la invención de mitos.
[55] Es decir, previa a la existencia de todos los demás seres. Entiendo que en este sentido debe tomarse aquí el verbo *hypárkhein*, que también significa gobernar. Filón en este párrafo se está refiriendo a la existencia Divina, no a su poder. Renglones más abajo lo reitera empleando el sustantivo *hyparxis*, con neto sentido de existencia. El gobierno Divino es tratado en la quinta de las enseñanzas: la relativa a la providencia.

171. En segundo lugar, que Dios es uno. Esto, a causa de los que han enseñado la creencia politeísta, sin avergonzarse de trasladar desde la tierra al cielo el gobierno de la multitud, es decir, el peor de los regímenes políticos.
En tercer lugar, que el mundo, como ya queda dicho, ha sido creado. Esto, lo enseña teniendo presentes a aquellos que piensan que el mundo es increado y eterno, con lo que no asignan a Dios superioridad ninguna.
En cuarto lugar, que también el mundo es uno solo, por cuanto uno es su Creador, quien hizo Su obra semejante a Sí mismo en cuanto a la unicidad, y empleó la totalidad de la materia para la creación del universo. Éste, en efecto, no hubiera podido ser universo[56] si no hubiera sido formado y constituido de partes que eran totalidades. Existen, ciertamente, quienes suponen que hay más de uno, y otros los consideran infinitos. Se trata de ignorantes [57] y profanos respecto de la verdad de las cosas que merecen conocerse.

En quinto lugar, que la providencia de Dios se extiende sobre el mundo. En efecto, las leyes y normas de la naturaleza, conforme con las cuales también los padres velan por sus hijos, exigen que el Hacedor vele siempre por lo creado por Él.
[56] Universo o totalidad. Es imposible reproducir cabalmente el juego de palabras que el adjetivo *huios* = todo permite a Filón para explicar la contradicción que implicaría un universo que no fuera único y contuviera la totalidad de la materia.
[57] Otro juego de palabras intraducible: *ápeiros* expresa dos conceptos: infinito (*a* y *peírar* = sin límite) e ignorante (*a* y *peíra* == sin experiencia).

172. Quien ha comenzado por aprender estas cosas tanto por haberlas oído como por haber reflexionado sobre ellas, y ha impreso en su alma concepciones admirables y dignas de sostener a saber: que Dios existe y Su existencia es eterna; que el realmente Es es uno; que creó el mundo; y que creó uno solo según se ha dicho, asemejándolo a Sí mismo en cuanto a la unicidad; y qué siempre vela por Su creación; ése gozará de una vida dichosa y feliz pues lleva impresas en sí las enseñanzas de la piedad y la santidad.

INTERPRETACIÓN ALEGORICA DE LAS LEYES SAGRADAS

CONTENIDAS EN EL GÉNESIS II Y III [1]

(LEGUM ALLEGORIAE)

[1] Literalmente: interpretación alegórica de las sagradas leyes posteriores a los seis días.

INTERPRETACIÓN ALEGÓRICA

1. I. "Y fueron acabados el cielo, la tierra y todo el mundo de los mismos." (Gen. II, 1.) Habiendo hablado antes de la creación de la inteligencia y los sentidos; señala Moisés ahora concretamente la conclusión de ambos; mas, al decir que alcanzaron su plenitud, no se refiere ni a la inteligencia individual ni a los sentidos particulares sino a las formas ejemplares, [2] la de la inteligencia y la de la sensibilidad. En efecto, se expresa en forma simbólica y llama "cielo" a la inteligencia en mérito a que el cielo contiene las naturalezas que sólo ella puede aprehender; y "tierra" a la sensibilidad por cuanto a ella cupo ser un compuesto de forma corporal y de características más terrenas; estando el mundo de la inteligencia constituido por todas las cosas incorpóreas e inteligibles; y el de los sentidos por las corpóreas y por cuantas, en suma, se perciben a través de ellos.
[2] Ver Sobre la creación, nota 4.

2. II. "Y en el sexto día acabó Dios las obras que había hecho." (Gen. II, 2.) Simpleza suma sería pensar que la creación del mundo tuvo lugar en seis días o en un determinado transcurso de tiempo cualquiera fuere. ¿Por qué? Porque todo transcurso de tiempo es un conjunto de días y de noches, los que por fuerza se cumplen de acuerdo con el movimiento del sol en su marcha por sobre y por debajo de la tierra. Pero el sol fue creado como parte del mundo; de suerte que ninguna duda cabe de que el tiempo es más reciente que el mundo. Lo correcto, pues, sería decir, no que el mundo fue creado en determinado transcurso de tiempo, sino que el tiempo quedó determinado por medio del mundo, ya que fue el movimiento celeste quien puso de manifiesto la naturaleza del tiempo.

3. Las palabras "acabó en seis días Sus obras" han de entenderse, por lo tanto, como referencia no a un conjunto de días sino al 6; un número perfecto puesto que es el primero igual a la suma de sus partes; 1/2, 1/3 y 1/6,[3] y resulta de la multiplicación de dos factores distintos, de 2 por 3; números éstos que han dejado atrás la incorporeidad involucrada en el 1; el 2 por cuanto es la imagen de la materia, pues es fraccionable y divisible como ella; el 3 por ser representación del cuerpo sólido, pues tres son las dimensiones que se distinguen en lo sólido.
[3] 4+3+2+1=6. Sus factores, es además, la mitad más la tercera parte más la sexta parte de seis suman 6.

4. Pero además el 6 está emparentado con los movimientos de los animales dotados de miembros funcionales [4] porque son seis las direcciones en las que por ley natural se mueve el cuerpo provisto de miembros funcionales: hacia adelante, hacia atrás, hacia arriba, hacia abajo, hacia la derecha y hacia la izquierda. El propósito de Moisés es, pues, poner de manifiesto cómo tanto las especies mortales como las incorruptibles han sido formadas de acuerdo con los números que les son propios estableciendo, como he dicho, una correlación entre las mortales y el número seis, y entre las felices y bienaventuradas y el número siete.

[4] Ver Aristóteles, Ética III, 1 a 6.

5. Y así, en el séptimo día, una vez que ha puesto fin a la formación de las especies mortales, comienza el Creador a modelar otras más Divinas. III. Porque en ningún momento cesa Dios en su actividad creadora, antes bien, así como es propio del fuego el ardor y de la nieve el enfriar, es también propio de Dios el hacer. Y en grado mucho mayor aún, por cuanto además Él es el origen de la capacidad de obrar de todos los demás seres.

6. Con toda razón, pues, dice también "hizo cesar" y no "cesó";[5] porque hace cesar a las cosas que, aunque aparentemente producen, nada producen realmente; pero Él no cesa de hacer. Por ello Moisés añade a "hizo cesar" la aclaración "a aquellas cosas que Él había comenzado". (Gen. II, 3.) En efecto, todas aquellas cosas que se producen por medio de nuestras artes, una vez concluidas se estabilizan y permanecen como están; cuantas, en cambio, produce la Divina sabiduría, finalizadas entran en un nuevo movimiento, pues sus terminaciones son origen de otras cosas; como el fin del día es el comienzo de la noche y la iniciación de cada mes y de cada año ha de ser considerada limite de los que han transcurrido.
[5] En el texto griego de los Setenta aparece, efectivamente, la forma activa *katépause* = hizo cesar, en vez de la forma media *katepáusato* = cesó.

7. La generación se cumple como proceso paralelo al de la descomposición, y la corrupción se desarrolla mientras se generan otros seres; de modo que es verdad el aserto de que "nada de lo engendrado perece; separadas sus partes, da a luz una nueva forma".[6]
[6] Eurípides, fragmento 839.

8. IV. La naturaleza se complace en el número siete.[7] Siete son, en efecto, los planetas contrapuestos al movimiento uniforme de las estrellas fijas. Por siete estrellas está integrada la Osa, que es origen no sólo de relaciones comerciales sino también de acercamiento y unión entre los hombres. En siete días, por otra parte, se cumplen las fases de la luna, el astro más estrechamente vinculado con los seres terrestres. Asimismo las variaciones que la naturaleza produce en el aire, las cumple por obra especialmente de figuras [8] presididas por el siete.[9]
[7] Ver Sobre la creación, 89 a 128.
[8] Figuras celestes o del cielo.
[9] Referencia a los planetas, las Pléyades y los equinoccios, sobre los que se ha hablado en Sobre la creación, 113, 115 y 116.

9. Ciertamente las modificaciones de las cosas mortales, que tienen un Divino origen en el cielo, resultan benéficas cuando tienen lugar de conformidad con el número siete. ¿Quién, en efecto, ignora que los fetos de siete meses alcanzan a vivir, en tanto que los que se toman más tiempo, llegando a permanecer ocho meses en el seno materno, normalmente no sobreviven?

10. Y dicen que durante los primeros siete años el ser humano alcanza el uso de razón, y al cabo de ellos, dueño ya de la facultad de discernir, está en condiciones de comprender los nombres y verbos usuales; y que durante el segundo septenario llega a la plenitud de su ser, plenitud que consiste en la capacidad para engendrar al semejante. En efecto, hacia los catorce años el hombre puede ser padre de un semejante. Un nuevo lapso de siete años marca los límites del crecimiento, pues hasta los veintiún años el hombre desarrolla su estatura, siendo esta edad llamada por muchos la flor de la vida.

11. Además, siete son las partes no racionales del alma: los cinco sentidos, el órgano de la palabra y la que se extiende hasta los órganos genitales, es decir la procreadora.

12. Siete, asimismo, son, por su parte, los movimientos del cuerpo: seis funcionales y uno circular; siete también las vísceras: estómago, corazón, bazo, hígado, pulmón y dos riñones. Ése es, también, el número de las partes del cuerpo: cabeza, cuello, pecho, brazos, vientre, abdomen y piernas. Y la cara, la porción de mayor jerarquía en las creaturas animadas, presenta siete orificios: dos ojos, dos orejas, otras tantas fosas nasales y en séptimo término la boca.

13. Las excreciones son también siete: lágrimas, mucosidad, saliva, esperaría, los excedentes eliminados por dos conductos, y el sudor de todo el cuerpo. A su vez, en las enfermedades el séptimo día es el más crítico; y en las mujeres los flujos mensuales duran siete días.

14. V. A las más provechosas de las artes se extiende además el poder de este número. En gramática, por ejemplo, las letras de mayor calidad y fuerza, vale decir las vocales, son siete en total. En lo que toca a la música, la lira de siete cuerdas es probablemente el más excelente de todos los instrumentos, puesto que en ningún otro se aprecia como en ella el más excelso de los géneros melódicos, el enarmónico. Y es el caso que también son siete las variaciones de la pronunciación: sonido agudo, grave, circunflejo, aspirado, no aspirado, largo y breve.
15. Además es el 7 el primer número después del 6, número perfecto; y desde determinado punto de vista se identifica con el 1, puesto que, mientras los demás números que integran la década o son múltiplos o son factores, el siete, en cambio, ni divide a ningún otro de los diez primeros números ni es múltiplo de ninguno de ellos. Por eso los pitagóricos, recurriendo a un mito, lo comparan con la diosa eternamente virgen y sin madre, por cuanto ni fue engendrada ni dará a luz.[10]
[10] Ver Sobre la creación, 100 y nota 32.

16. VI. "En el séptimo día, pues, cesó [11] de todas las obras que había hecho." (Gen. II, 2.) Esto significa lo siguiente: Dios cesa de modelar las especies mortales cuando comienza a crear las Divinas y emparentadas con la naturaleza del número siete.:
Pero con relación a la conducta humana esto ha de entenderse así: cada vez que la santa razón, cuya pauta es el 7, sobreviene en el alma, anucíanse el 6 y cuantas cosas mortales parece producir con él aquélla.
[11] O "descansó"; pero literalmente "hizo cesar", según lo aclarado en la nota 5.

17. VII. "Y bendijo Dios al día séptimo y lo santificó." (Gen.11. 3.) Bendice Dios las disposiciones espirituales puestas en movimiento de conformidad con la séptima y verdaderamente Divina claridad, y acto seguido los declara santos; lo que se explica, pues están entre sí íntimamente vinculados el carácter bendito[12] y el carácter santo. Tal es la razón por la que refiriéndose a quien ha formulado el gran voto,[13] dice que, si, habiéndole sobrevenido un repentino cambio, éste contaminare su. inteligencia,[14] no será en adelante santo, y, por el contrario, "sus anteriores días no le serán tenidos en cuenta." (Núm. VI, 12.) [15] Cosa lógica, pues del hecho de que el carácter no santo no sea tenido en cuenta, despréndese que el bien tenido en cuenta[16] es santo.
[12] En griego, "que razona bien"; pero Filón, partiendo del parentesco formal entre *eulogeín* = hablar bien de alguien, bendecir, y *eulógistos* = buen razonador (términos ambos formados a partir de *eu* = bien, y logos = palabra y razón), asigna a *eulógistos* el sentido de bendito o bendecido.
[13] Sobre el gran voto o nazareato, ver Núm. VI, 2 a 21.
[14] Tal es lo que entiende Filón que significa la mancha que, según Núm. VI, 9, puede contraer el nazareo.

[15] *Álogos* significa no contado o no tenido en cuenta; y, como por su forma es asimilable al antónimo de *eulógistos* (bendito, según lo aclarado en la nota 12), es decir, a *alógistos* = no bendito (si se acepta dicha acepción de *eidógistos*), Filón infiere que no tenido en cuenta y no bendito son una misma cosa, y que, por lo tanto, también lo son tenido en cuenta y bendito.
[16] Partiendo de las supuestas equivalencias de sentido establecidas más arriba (notas 12 y 15), mediante un juego de palabras intraducibles al castellano, concluye Filón que el texto bíblico de Núm. VI, 12 confirma la estrecha relación entre bendito y santo. El razonamiento es mas o menos el siguiente: a) Según Gen. II, 3, *eulúgistos* (bendito) equivale a santo, b) Esto es confirmado en Núm. VI,. 5 a 12, ya que allí se lee que los días de santidad, dejan de ser santos, es. decir, son *alógistoi* (no benditos), y, por lo tanto, no santos ya, al mancharse en nazareo en contacto con un cadáver.

18. Con razón, pues, ha dicho Moisés que Dios bendijo y santificó al séptimo día "porque en él cesó [17] Dios de todas las obras que había comenzado a crear." (Gen. II, 3.) El motivo por el que el hombre cuya conducta se ajusta a la séptima y perfecta claridad es bien considerado [18] y santo, es que el advenimiento de este día señala el término de la formación de las cosas mortales. Y así ocurre, en efecto. Cada vez que la brillantísima y verdaderamente Divina claridad de la virtud se eleva, cesa la producción de las cosas de naturaleza contraria. Por otra parte, hemos demostrado que Dios cuando cesa,[19] no cesa de producir, antes bien inicia la creación de otros seres, en virtud de que no sólo es el Artífice sino también el Padre de las cosas que van adquiriendo existencia.
[17] Literalmente: "hizo cesar". Ver nota 5.
[18] O bendito.
[19] Literalmente: "hace cesar". Ver nota 5.

19. VIII. "Éste es el libro de la creación del cielo y de la tierra, cuando fueron creados." (Gen. II, 4.) Este perfecto logos,[20] que se mueve de acuerdo con el número siete, es el origen de la creación de la inteligencia ordenada según las formas ejemplares, y de la sensibilidad mental, si es lícito hablar de sensibilidad mental, ordenada según esas mismas formas. Moisés llama "libro" al Divino logos, en el que hállanse inscriptas y grabadas las estructuras de todos los demás seres.[21]
[20] Filón identifica el logos con "el libro", apoyándose en que el término. logos, además de razón, significa palabra.
[21] Ver Sobre la creación, 20.

20. Para que no pienses que la Divinidad, cuando crea algo sea lo que fuere, lo hace en períodos determinados de tiempo, y para que te des cuenta, en cambio, de que para la raza humana Sus actos creadores son invisibles, ininteligibles e ininterpretables, añade "cuando fueron creados"; sin delimitar en un determinado lapso ese "cuando"; debido a que no existe límite alguno en la adquisición del ser por parte de cuanto es creado por la Causa. Queda, en consecuencia, refutado el aserto de que la creación del universo duró seis días.

21. IX. "En el día en que creó Dios el cielo y la tierra y todo-verdor del campo antes de que brotase sobre la tierra, y toda hierba del campo antes de que brotase; porque no había hecho-Dios llover sobre la tierra ni había hombre alguno para que trabajase la tierra." (Gen. II, 4 y 5.) Más arriba ha llamado "libro" a este día; pues tanto en uno como en otro [22] registra la creación del cielo y de la tierra. Y así es: mediante Su propio logos, inmensamente diáfano y deslumbrante, Dios crea ambas cosas: la forma ejemplar de la inteligencia, a la que en términos figurados llama "cielo", y la forma ejemplar de la sensibilidad, a la que simbólicamente denomina "tierra".

[22] Es decir, en el libro ("Este es el libro de la creación") y en el (séptimo) día ("El día en que creó el cielo y la tierra").

22. Y compara. Moisés las formas ejemplares de la inteligencia y de la sensibilidad con dos campos, por cuanto la inteligencia tiene por frutos los productos del pensamiento, y la sensibilidad los datos del percibir sensorial. Y el pasaje significa más o menos lo siguiente:
así como antes de la inteligencia particular e individual existe una determinada forma ejemplar, como arquetipo y modelo de la misma; y a su vez, previa a la sensibilidad particular existe una forma ejemplar de sensibilidad, cuya relación respecto de aquélla es la que media entre un sello y las imágenes impresas. por él; del mismo modo, antes de que llegaran a existir las cosas aprehensibles por la inteligencia particular existió el intelectualmente aprehensible genérico en sí, del que por participación reciben también ese nombre los demás seres aprehensibles intelectualmente; y antes de que llegasen a existir las cosas sensibles particulares, existió el sensible genérico en sí, por cuya participación también llegaron a existir las demás cosas sensibles.

23. Llama, pues, "verdor del campo" a lo que es conocible por la inteligencia, puesto que, así como en el campo germinan y florecen las cosas verdes, del mismo modo las cosas aprehensibles intelectualmente son frutos de la mente. Antes, pues, de que existiese lo inteligible particular, produjo Dios ese intelectualmente aprehensible genérico en sí, al que, además, correctamente aplica el calificativo de "todo". Porque lo intelectualmente aprehensible particular, siendo, como es, imperfecto, no es un "todo" pero sí lo es el intelectualmente aprehensible genérico, por cuanto es algo pleno.

24 X. "Y toda hierba del campo antes de que brotara", dice. Lo que quiere decir: antes de que brotaran las cosas sensibles particulares, existió también, por previsión del Hacedor, el sensible genérico; al que también aplica Moisés el calificativo de "todo". Su comparación de las cosas sensibles con la hierba es, sin duda, razonable, pues, así como la hierba es el alimento de la creatura irracional, del mismo modo lo sensible ha sido asignado a la parte irracional del alma. Ahora bien, ¿por qué habiendo dicho ya "verdor del campo" agrega "y toda hierba", como afirmando que la hierba y el verdor son cosas totalmente distintas? Pues porque "el verdor del campo" es lo aprehensible intelectualmente, fruto de la inteligencia; y la "hierba" es lo sensible, fruto también, pero de la parte irracional del alma.

25 "No había hecho Dios llover sobre la tierra ni hombre alguno había para trabajar la tierra", dice. Exacto; pues, si Dios no enviare sobre los sentidos la "lluvia" de las percepciones de los objetos al alcance de ellos, la inteligencia tampoco "trabajará" ni intervendrá en la esfera de la sensibilidad, por cuanto de por sí ella sería ineficaz si la Causa no derramase, cual "lluvia" y riego, colores en la vista, sonidos en los oídos, sabores en el paladar y en los demás sentidos las sensaciones correspondientes.

26. Pero, no bien comienza Dios a regar a la sensibilidad con cosas sensibles, al punto también la inteligencia aparece como trabajadora de lo que podríamos llamar una fecunda tierra. Por otra parte, la forma ejemplar de la sensibilidad no ha menester do nutrición, pero sí la necesita la sensibilidad; y el alimento de ella, al que Moisés simbólicamente llama "lluvia", son las cosas' sensibles particulares, que son cuerpos. Con ellos ninguna relación, en cambio, tiene una forma ejemplar; y por eso, antes de que existiesen las cosas compuestas particulares, no había llovido Dios sobre la forma ejemplar de la sensibilidad, a la que Moisés llama tierra; vale decir, no le suministraba alimento. Y en verdad, aquélla no necesitaba en absoluto de cosa sensible alguna.

27. Las palabras "y no había hombre para trabajar la tierra" significan lo siguiente: la forma ejemplar de la inteligencia no "trabajaba" [23] la forma ejemplar de la sensibilidad. En efecto, mientras mi inteligencia o la tuya "trabajan" la sensibilidad mediante las cosas sensibles; la forma ejemplar de la inteligencia, en cambio, dado que, ciertamente, ningún cuerpo particular propio de ella existe, no trabaja la forma ejemplar de la sensibilidad, pues, si lo hiciera, sería mediante los objetos sensibles, y ningún objeto sensible existe en el ámbito de las formas ejemplares.
[23] Vale decir, no obraba u operaba en ella.

28. XI. "Una fuente brotó del seno de la tierra y regó toda la faz de la tierra" (Cén. II, 6.) Moisés llama a la inteligencia "fuente de la tierra", y a los sentidos "faz"[24] de ella" porque la naturaleza, que todo lo prevé, asignó a éstos tal lugar como el más apropiado de todo el cuerpo para sus actividades específicas; y la inteligencia "riega", a modo de "fuente", a los sentidos vertiendo en ellos las corrientes útiles a cada uno de ellos. Observa cómo, a manera de cadena, las potencias del ser viviente penden unas de otras. Siendo, en efecto, tres: la inteligencia, la sensibilidad y además el objeto sensible, la sensibilidad es la intermedia y en uno y otro extremo están situados la inteligencia y el objeto sensible.
[24] O cara.

29. Mas ni la inteligencia es capaz de trabajar, vale decir de obrar a través de la sensibilidad, si Dios no la riega y derrama a modo de "lluvia" el objeto sensible sobre ella; ni, habiendo tenido lugar tal lluvia del objeto sensible, resulta ella provechosa, si la inteligencia a modo de "fuente", tras conducir a aquél hasta la sensibilidad, no saca a ésta de su inactividad y la impele a la aprehensión del objeto a su alcance. De modo que la inteligencia y objeto sensible se aplican permanentemente a un recíproco trueque, éste poniendo al alcance de la sensibilidad lo que viene a ser su material; aquélla, moviendo a la sensibilidad hacia el objeto externo, como verdadero artífice, a fin de que se lance tras aquél.

30. El ser animado, en efecto, en dos cosas supera al inanimado: en la representación mental y en el impulso.[25] La representación mental se produce por la penetración del objeto externo, que se graba en la mente a través de la sensibilidad; el impulso, pariente próximo de la representación mental, resulta del poder de autoextensión propio de la inteligencia; poder que ella extiende a través de la sensibilidad; y así, pónese en relación con el objeto situado ante ella, y avanza Lacia él ansiando vivamente alcanzarlo y asirlo.
[25] Representación mental, o sea, la presentación del objeto en la inteligencia y la capacidad de captarlo; e impulso, o tendencia o apetito.

31. XII. "Y formó Dios al hombre tomando polvo de la tierra y sopló en su rostro el aliento de la vida y el hombre se convirtió el alma viviente." (Gen. II, 7.) Hay dos clases de hombres: uno es el hombre celestial, el otro el terrestre. El celestial, como que fue creado según la imagen de Dios, nada absolutamente tiene en común con la sustancia corruptible y terrenal; el terrestre, en cambio, ha sido formado de la materia dispersa que Moisés llama polvo. Por eso no dice que el hombre celestial fuera formado, sino que fue estampado según la imagen de Dios; en tanto que del terrestre dice que fue obra modelada por el Artífice, no vástago Suyo.

32. Hemos de considerar que ese hombre hecho de tierra es una inteligencia que se va incorporando al cuerpo, pero sin estar aún fundida con él. Por otra parte, esta inteligencia terrestre es, en realidad, corruptible también si Dios no llega a infundirle un poder de vida verdadera; porque, cuando ello ocurre, cesa ya de ser modelada, y se incorpora a un alma, y

no a un alma inoperante e informe, sino a una inteligente realmente y plena de vida. Por eso dice: "El hombre se convirtió en un alma viviente".

33. XIII. Podrían, por otra parte, formularse estas preguntas:
¿por qué Dios consideró digna de Su Divino aliento a la inteligencia nacida de la tierra y apegada a un cuerpo, y no a la creada según la forma ejemplar y Su propia imagen? Segundo: ¿qué quiere decir "sopló en"? Tercero: ¿por qué el soplo fue en el rostro? Cuarto: ¿por qué si conocía el término "espíritu", como se desprende de su expresión "Y el espíritu de Dios se extendió sobre las aguas" (Gen. I, 2), emplea ahora la palabra "aliento", y no "espíritu"?

34. Con respecto a la primera cuestión cabe manifestar una cosa: que, siendo Dios, como es, inclinado a prodigar dones, concede bienes a todos sin exceptuar a las creaturas imperfectas, impulsándolas así a la participación en la virtud y al celo por ella; y al mismo tiempo haciendo latente Su riqueza sin límites, como que alcanza también para aquellos que no sabrán sacar de ella el suficiente provecho. Esto vuelve a ponerlo de manifiesto en otras circunstancias clarísimamente. Así, cada vez que hace llover sobre el mar, cada vez que con lluvias llena las fuentes de los lugares mas desiertos, cada vez que riega la tierra árida, áspera y estéril, haciendo desbordar sobre ella los ríos mediante las crecientes, ¿qué otra cosa muestra sino la incomparable magnitud de Su riqueza y de Su bondad? Éste fue el motivo por el cual no creó alma alguna estéril para el bien, aun cuando su práctica sea imposible para algunos.

35. Debemos además señalar lo siguiente: Dios quiere atenerse a las normas establecidas del derecho. Seguramente quien no hubiese recibido el soplo de la verdadera vida, siendo, por el contrario, inexperto en lo que toca a la virtud, al ser castigado por faltas cometidas, hubiera alegado que era castigado injustamente, pues por ignorancia del bien había delinquido respecto del mismo, y que el culpable de ello es Aquél que no "sopló" en él ninguna noción acerca de lo bueno. Dirá posiblemente que no ha faltado en absoluto, por cuanto, como sostienen algunos, las acciones involuntarias o inconscientes no involucran falta alguna.

36. La expresión "sopló en" equivale a "inspiró" o "convirtió en animado" lo inanimado. Porque, no nos contaminemos con una extravagancia tal, que pensemos que, al "soplar", lo hizo Dios empleando órganos como la boca o las narices; ya que Dios no sólo no tiene forma humana, sino, además, es ajeno a toda determinación cualitativa. No; lo que la expresión pone de relieve es algo que está más de acuerdo con la naturaleza de las cosas.
37. Es preciso, en efecto, que haya tres cosas: la que sopla, lo que recibe el soplo y lo soplado. El que "sopla" es Dios; quien recibe es la inteligencia, y lo soplado es el espíritu.[26] ¿Qué se deduce, pues, de esto? Que tiene lugar una concurrencia triple: Dios proyecta el poder que procede de Sí mismo por conducto del soplo hasta quien yace ante Él. ¿Y con qué intención lo hace, sino para que lleguemos a adquirir un conocimiento de Él?
[26] Léese, en efecto, *pneúma* = espíritu, aunque por la aclaración de 42 se esperaría que dijera *pnoé* = aliento, soplo ligero.

38. Porque, ¿de qué manera hubiera conocido el alma a Dios, si Éste no hubiese soplado sobre ella, estableciendo un contacto en la medida de las posibilidades de ésta? La inteligencia humana, efectivamente, jamás se hubiera aventurado a remontarse tan alto como para comprender la naturaleza de Dios, si el mismo Dios no la hubiera levantado hacia Sí, hasta donde era posible que la inteligencia humana fuera elevada, e impreso en ella Su marca según la capacidad de conocimiento que a ésta le era dable alcanzar.

39. Lo de "soplo en su faz" ha de entenderse a la vez física y éticamente. Físicamente, porque fue en el rostro donde formó Dios los sentidos; como que se trata de la parte del cuerpo dotada más. que toda otra de actividad vital. Y éticamente, en este sentido: así como el rostro es la parte rectora del cuerpo, lo es del alma la inteligencia, y sólo en ella sopló Dios; a las restantes partes, es decir los sentidos, el órgano del habla y el de la reproducción, no las consideró dignas de tal cosa.

40. Son, en efecto, secundarias, por su capacidad. ¿Por quién, entonces, son inspiradas éstas? Evidentemente, por la inteligencia. De lo que Dios hizo partícipe a la inteligencia, de ello hace partícipe la inteligencia a la parte irracional del alma; de modo que, mientras la inteligencia es dotada de vida animada por Dios, la parte irracional la recibe de la inteligencia, puesto que la inteligencia es, en cierto modo, el dios de la parte irracional del alma; por lo que no titubeó Moisés en llamarse a sí mismo "Dios del Faraón." (Ex. VII, 1.) [27]

[27] Moisés o la inteligencia, dios del faraón o la irracionalidad.

41. Es que de las cosas que son creadas, unas lo son por el poder y la obra de Dios, otras por Su poder mas no por obra Suya. Las más excelsas fueron hechas por Su poder y por Su obra. Por ejemplo, se adelantará a decirnos ¿el legislador que "Dios plantó un parque." (Gen. II, 8.) La inteligencia también está en este mismo caso. Lo irracional, en cambio, fue hecho por el poder de Dios pero no por obra de Él, sino a través de la potencia racional que gobierna y reina en el alma.

42. "Aliento", y no "espíritu", ha dicho, dando a entender que media una diferencia entre ambas cosas. El espíritu, en efecto, está concebido como una fuerza, un vigor o un poder, en tanto que el aliento es como una brisa y un soplo sereno y suave. De la inteligencia hecha según la imagen y la forma ejemplar es posible afirmar que participa del espíritu, pues su discernimiento es robusto; en cambio, de la que procede de la materia podemos decir que participa de la brisa ligera e insustancial, cómo una exhalación cualquiera, tal como las que proceden de las sustancias aromáticas; las que, aunque se las conserve sin quemarlas, no por eso dejan de exhalar cierto grato perfume.

43. XIV. "Y plantó Dios un parque en el Edén hacia el oriente, y colocó allí al hombre que acababa de formar." (Gen. II, 8.) A través de muchas denominaciones ha señalado Moisés que la, sabiduría suprema y celestial tiene numerosos nombres, pues la ha llamado "principio", "imagen" y "visión de Dios". Ahora mediante la plantación del parque aclara que la sabiduría terrena es una imitación de aquella otra, como de un arquetipo. Porque, no haga presa del humano discernimiento una impiedad tal como para suponer que Dios trabaja la tierra y planta parques. Por cierto que, además, enseguida andaríamos sin saber por qué razón lo hace; ya que no será para procurarse gratas: distracciones y placeres. Ni nos pase por la mente jamás semejante superchería.

44. La verdad es que ni el mundo entero» seria digna sede y residencia para Dios, ya que Dios es Él mismo" Su sede. Él mismo se colma a Sí mismo y Él mismo se basta a Sí mismo; y Él es quien llena y contiene a las otras cosas, que en sí son menesterosas, desiertas y vacías; sin ser a Su vez contenido por ningún otro ser, por cuanto Él es único y el todo.

45. Pues bien, lo que Dios siembra y planta es la virtud terrena. para la raza mortal, virtud que es imitación y copia de la celestial. En efecto, compadecido de nuestra raza y observando que es un compuesto de una copiosa abundancia de males, hizo-arraigar en ella una virtud terrestre que la protegiera y defendiera de las enfermedades del alma; virtud que es, como

dije, imitación de la celestial y ejemplar, a la que Moisés designa con variados nombres. Mientras la virtud es designada figuradamente con el nombre de "parque"; al lugar próximo al parque se lo llama "Edén", que quiere decir "deleite"; y la paz, el bienestar y la dicha, en los que reside el verdadero deleite, están estrechamente unidos a la virtud.[28]
[28] Es decir, esas condiciones que conforman el verdadero deleite se hallan vinculados o próximos a la virtud, como unido al parque se halla el Edén.

46. Además la plantación del parque es "hacia el oriente". Es que la recta razón no se pone ni se apaga, sino que está en su naturaleza el "elevarse" [29] siempre; y así como, se me ocurre, el sol, al elevarse, llena de luz la obscuridad del aire, del mismo modo también la virtud, una vez elevada en el alma, ilumina sus tinieblas y dispersa su espesa sombra.
[29] Juego de palabras; *anatolé* -= oriente o levante, y *anatéllein* = elevarse, salir un astro.

47. "Y colocó", dice, "allí al hombre que acababa de formar". Siendo Dios, como es, bondadoso, y preparando a nuestra raza para la virtud como su cometido más propio, puso a la inteligencia en medio de la virtud, evidentemente para que a ninguna otra cosa sino a ésta cuidase y cultivase como buen agricultor.

48. XV. Ahora bien, podría alguien formular esta pregunta: ¿Por qué siendo, como es, acción piadosa imitar las obras de Dios, planta Él el parque y a mí no me está permitido plantar un bosque próximo al altar? Dice, en efecto, la ley: "No plantarás para ti un bosque; ningún bosque harás crecer para ti en las proximidades del altar del Señor tu Dios." (Deut. XVI, 21.) ¿Qué decir ante esto?

49. Que, aunque es a Dios a quien cuadra plantar y erigir en el alma las virtudes; con todo, la inteligencia es apegada a sí misma y olvidada de Dios, y piensa que es igual a Él y se tiene por productora, cuando, en realidad su papel es pasivo. Y, como el que siembra y planta los bienes en el alma es Dios, la inteligencia peca de impiedad al decir "La que planta soy yo". "No has de ser tú, pues, quien plante cuando Dios planta. Y en el caso de que tú también plantares en el alma, oh inteligencia, planta todas las especies fructíferas, pero no un bosque; que en un bosque crecen árboles salvajes además de los cultivados; y plantar en el alma al lado de la cultivada y fructífera virtud el estéril vicio, es como una lepra, la que se caracteriza por su doble naturaleza y su heterogéneo aspecto.

50. Si, pese a todo, llevares al mismo sitio cosas heterogéneas e imposibles de mezclar, distingüelas y sepáralas de la pura e inmaculada naturaleza que ofrece a Dios frutos sin defectos. Esta naturaleza es precisamente lo que simboliza el "altar", y es profanarlo el. atribuir al alma la paternidad exclusiva de una obra, cuando todas las obras llevan en sí una referencia a Dios, y confundir de ese modo [30] lo estéril con lo fructífero. Porque esta presunción es un defecto precisamente, y a Dios se le ofrecen las cosas sin defecto.
[30] Es decir, la esterilidad humana con la eficacia Divina. Filón recurre en el parágrafo a un juego de palabras basado en los dos sentidos de *anaphérein* = ofrendar y referir a, y *anaphorá* = ofrenda y referencia a.

51. Si transgredieres, pues, cualquiera de estas normas, oh alma, a quien dañarás será a ti misma, no a Dios. Por eso dice Moisés: "No plantarás para ti mismo". Nadie, en efecto, trabaja para Dios cosa alguna, sobre todo si se trata de cosas ruines. Y añade de nuevo: "No harás para ti mismo." Y en otro lugar dice también: "No erijáis a Mi lado dioses de plata ni construyáis para vosotros mismos divinidades de oro." (Ex. XX, 23.) Porque es a sí mismo a quien daña, y no a Dios, quien piensa que Dios es de naturaleza cualitativa o que no es uno o

que no es increado e incorruptible o que no es inmutable; de allí que diga: "No construyáis para vosotros." Porque es preciso concebirlo de naturaleza no cualitativa, uno, incorruptible e inmutable; y quien así no lo concibiere saturará su propia alma de falsa e impía opinión.

52. ¿No ves que, aun cuando Él nos condujere hacia la virtud y, conducidos a ella, plantáramos, no un árbol estéril, sino "todo árbol de fruto comestible", con todo, manda "purificar completamente su impureza"? (Lev. XIX, 23.) Esta impureza es el creer que plantamos; que lo que Él nos prescribe, es suprimir la presunción; y la presunción es algo impuro por naturaleza.

53. XVI. En cuanto al hombre que Dios acababa de modelar, en este pasaje dice solamente que lo colocó en el parque. ¿Quién es, entonces, aquel de quien más adelante dice que "tomó Dios Soberano al hombre que había hecho, y lo colocó en el parque para trabajarlo y cuidarlo?" (Gen. II, 15.) Seguramente éste es el otro, es decir, el creado según la imagen y forma ejemplar; de modo que son dos los hombres introducidos en el parque: el "modelado" y el "según la imagen".

54. El creado según la forma ejemplar no sólo se halla situado en el ámbito de las plantaciones de las virtudes sino además es plantador y guardián de las mismas, lo que implica que retiene en la memoria cuanto ha escuchado y practicado. El "modelado", en cambio, ni produce las virtudes ni las vigila; solamente es conducido a las verdades por la Divina liberalidad, y habrá de ser poco después desterrado de la virtud.

55. Por eso al que Dios solamente sitúa en el parque lo presenta Moisés como "modelado", en tanto que al referirse al que Dios designa trabajador y guardián no lo dice el "modelado" sino "al que había hecho". Y es a éste a quien Dios recibe, en tanto que a aquél lo rechaza. Y al que recibe lo juzga digno de tres dones, que constituyen juntos la natural capacidad, a saber: el acierto, la perseverancia y la memoria: el acierto, que es la colocación en el parque; la perseverancia, que consiste en la práctica de las dignas acciones; la memoria, o sea, el cuidado y conservación de las santas doctrinas. La inteligencia "modelada", en cambio, ni recuerda las cosas nobles ni las produce; simplemente las capta con facilidad y nada más. Por eso, colocada también en el parque, poco después huye y es arrojada fuera.

56. XVII. "E hizo crecer Dios del seno de la tierra toda clase de árboles hermosos para la contemplación y buenos para alimento, y el árbol de la vida en medio del parque; y el árbol de la ciencia, del bien y del mal." (Gen. II, 9.) Ahora señala Moisés los árboles de virtud que Dios planta en el alma, es decir, las virtudes particulares, las correspondientes actividades, los rectos procederes y los que los filósofos denominan deberes comunes.[31]

[31] Cicerón, *De Oficiis* I, 3, 8, y III, 3, 14.

57. Éstas son las plantas del parque. Moisés las caracteriza mostrando que el bien es asimismo lo más hermoso de verse y gozarse. Mientras algunas de las ciencias y las artes son, en efecto, teóricas y no prácticas, como la geometría, y algunas son prácticas y no teóricas, como la carpintería, el arte del forjador y todas las denominadas de artesanía; la virtud, en cambio, es a la vez teórica y práctica. Encierra, en efecto, una teoría en cuanto que el camino hacia ella, es decir la filosofía, también la involucra en sus tres partes: lógica, ética y física; y encierra además obras, pues la virtud es un arte de toda la vida, en el que se dan juntos todos los géneros de acciones.

58. Pero no sólo encierra una teoría y una práctica, sino además sobresale por sus excelencias

en uno y otro aspecto, puesto que la teoría de la virtud es hermosísima, y su práctica y ejercicio son sumamente apetecibles. Por eso Moisés, aludiendo a su aspecto teórico, dice que "es hermoso para la contemplación"; y refiriéndose a su práctica y ejercicio, que "es bueno para alimento".

59. XVIII. "El árbol de la vida" es la virtud en su acepción más amplia, la que algunos denominan bondad, y de la que proceden las virtudes particulares. Éste es el motivo por el que está situado en el centro del parque teniendo por sede la posición que más abarca, a fin de que, como a un rey, aquéllas le sirvieran a modo de guardias desde una y otra parte. Hay quienes dicen, sin embargo, que es el corazón lo que se denomina "árbol de la vida" por cuanto él es quien hace posible la vida, y a él le ha correspondido el lugar central del cuerpo, porque, según ellos, es la parte rectora.[32] Pero no olviden éstos que ellos se atienen más al punto de vista médico que al filosófico, en tanto que nosotros, como más arriba ya se ha dicho, decimos que es a la virtud en su sentido más lato a la que aquí se llama "árbol de la vida".
[32] Tal es la opinión de la mayoría de los estoicos; Platón, en cambio, la sitúa en la cabeza.

60. Mientras dice expresamente que este árbol está colocado en medio del parque; al mencionar al otro, en cambio, al de la ciencia del bien y del mal, no aclara ni si está dentro ni si está fuera del parque; y, después de las palabras "y el árbol de la ciencia del bien y del mal", so detiene al punto sin declarar dónde se encuentra. Muévelo a ello el deseo de que el. profano en filosofía natural no pueda admirar el lugar donde se halla el saber.

61. ¿Qué corresponde, pues, decir? Que este árbol está a la vez dentro y fuera del parque, en acto dentro, en potencia fuera. ¿Cómo es esto? Pues bien, la parte dominante de nuestro ser todo lo puede recibir, y se asemeja a la cera, que admite todas las impresiones hermosas y feas. Por ello también el su-plantador,[33] Jacob, lo reconoce cuando afirma: "Sobre mí han sobrevenido todas estas cosas." (Gen. XLII, 36.) En efecto, sobre el alma, siendo una sola como es, sobrevienen las innumerables impresiones de todas las cosas que hay en el universo; y en tanto que, si recibe la marca de la perfecta virtud se convierte en "el árbol de la vida"; si recibe la del vicio, se convierte en "el de la ciencia del bien y del mal". Pero el vicio se halla desterrado del Divino coro;[34] y en consecuencia, nuestra parte rectora, que lo ha recibido, está en acto en el parque pues en ella se encuentra asimismo la marca de la virtud, que está íntimamente vinculada con el parque; pero a la vez, virtualmente se halla fuera de él puesto que la marca del vicio es ajena al Divino oriente.
[33] Suplantador porque sustituyó a Esaú en la primogenitura. Gen. XXV a XXVII.
[34] Platón, Fedro 247 a.

62. Quizás lo que digo se pueda entender también de la siguiente manera: en este momento mi parte rectora está en mi cuerpo en acto, pero virtualmente en Italia o Sicilia, pues su pensamiento se concentra en estas regiones, y en el cielo cuando indaga acerca del cielo. Por eso también, frecuentemente, algunos, aunque se encuentran en lugares profanos, hállanse en realidad en los más sagrados pues sus pensamientos se concentran en las cosas tocantes a la virtud; y a la inversa, otros, hallándose en lugares sacros son profanos en lo que hace a su inteligencia, pues ésta se apropia de inclinaciones hacia el mal y de. groseras impresiones. De modo que el vicio ni está ni no está en el parque, pues puede estar en acto pero no puede estar virtualmente.

63. XIX. "Un río sale desde el Edén a regar el parque. Desde allí se reparte en cuatro cabeceras de ríos. Fisón es el nombre de uno de ellos. Éste es el que circunda toda la tierra de

Evilat, allí donde está el oro;[35] y el oro de aquella región es de buena calidad; además allí se dan el rubí y la piedra verde. El segundo río se llama Geón. Éste rodea en círculo toda la tierra de Etiopía. El tercer río es el Tigris; éste es el río que corre frente a Asiría; el cuarto río es el Eufrates." (Gen. II, 10 a 14.) Mediante los ríos quiere Moisés representar las virtudes particulares. Éstas son en número de cuatro: prudencia, templanza, fortaleza y justicia. El más grande de los ríos, del que proceden los cuatro restantes, es la virtud genérica, que conocemos con el nombre de bondad. Los cuatro derivados son las virtudes, cuyo número es ese mismo.

[35] "Allí donde está el oro". Tal es la traducción razonable del pasaje *exsí hoú esti tó krysíon*. Pero la forma hoú (= donde, si funciona como adverbio; = del cual, si se trata del genitivo de hós = quien, el cual, el que) da pie para una muy filoniana interpretación del texto, el que, para su;; propósitos, vendrían significar: "Allí (está Aquél) del cual es el oro". Es de advertir, para quien desconozca la lengua griega, que la elipsis del verbo *éinai* = ser, estar, y del antecedente del relativo no es extraña a la construcción griega. Ver las consecuencias de esta interpretación en los parágrafos 67 y 77.

64. La virtud genérica tiene, pues, origen en el Edén, es decir, en la sabiduría de Dios, la cual se complace, alegra y deleita solamente en Dios, su Padre, cifrando en Él su orgullo y su gloria. Las cuatro virtudes específicas, en cambio, son derivadas de la genérica, la que, cual un río, riega las rectas realizaciones de cada una de ellas con una abundante anuencia de nobles acciones.

65. Observemos también los términos que emplea: "Un río", dice, "sale desde el Edén a regar el parque". El "río" es la virtud genérica, es decir, la bondad. Ésta procede del Edén, vale decir, de la sabiduría de Dios, que es el logos de Dios, pues conforme a éste es como ha sido creada la virtud genérica. La virtud genérica, a su vez, riega el parque, es decir, alimenta a las virtudes particulares. Lo de "cabeceras de ríos" no ha de entenderse en el sentido de lugar sino de soberanía;[36] como que, efectivamente, cada una de las virtudes es una verdadera soberana y reina. "Se separa" equivale a "tiene límites determinados". La prudencia, cuya esfera son las cosas por realizarse, establece limites en torno a ellas; la fortaleza, a su vez, delimita a las que se han de soportar; la templanza, a las que se han de escoger la justicia; las que se han de asignar a cada uno.

[36] Arkhé significa mando, y, como una acepción secundaria, designa cabecera de río. De allí la aclaración de Filón.

66. XX. "Fisón es el nombre de uno de ellos; éste es el que circunda toda la tierra de Evilat, allí donde está el oro;[37] y el oro de aquella región es de buena calidad; además allí se dan el rubí y la piedra verde." Una especie dentro de las cuatro virtudes es la prudencia, a la que Moisés llama Fisón en mérito a que "ahorra" al alma iniquidades y la protege de ellas.[38] Circunda y rodea ella "la tierra de Evilat", es decir, rodea de cuidados a la benévola, suave y propicia disposición de espíritu; y, así como de las sustancias fundidas el oro es la más excelente y apreciada, del mismo modo de las virtudes del alma la más apreciada es la prudencia.

[37] O "allí (está Aquél) de quien es el oro"; según lo aclarado en la nota 35.

[38] Filón asocia el nombre *Pheison* (Fisón) con el verbo *phéidomai* (futuro: *phéisomai*) = economizo, evito.

67. Las palabras "allí *hoú*[39] está el oro" no hacen referencia a un lugar, como en "allí donde está el oro"; sino significan "allí (está Aquél)" de quien es propiedad la prudencia, que brilla como el oro, es purificada por el fuego y tiene un valor inapreciable; estando reconocida como la riqueza más hermosa de Dios. Y el lugar donde la prudencia reside es sede de dos

tipos de hombres: el que es prudente y el que obra prudentemente, a los que Moisés compara con el rubí y la piedra verde.
[39] Ver nota 35, sobre las dos acepciones de *hoú*: donde y de quien.

68. XXI. "Y el segundo río se llama Geón. Éste rodea en círculo toda la tierra de Etiopía." Este río simboliza a la fortaleza. En efecto, "Geón" significa "pecho" o "corneador", cosas ambas que son signo de fortaleza, pues ésta reside en los pechos humanos, donde también encuéntrase el corazón, y se halla bien pertrechada para la defensa.[40] Es, efectivamente, la ciencia de las cosas que se han de tolerar, de las que no deben serlo y de las que no entran en ninguno de los dos casos;[41] y "rodea" y sitia en son de guerra a la "Etiopía", nombre cuya interpretación es "bajeza", y la cobardía es cosa baja, en tanto que la fortaleza es enemiga de la bajeza y de la cobardía.
[40] Tal como los animales que poseen cuernos y cornean.
[41] Definición estoica de la fortaleza o valentía (*andréia*).

69. "Y el tercer rio es el Tigris; éste es el que corre frente a Asiría." La tercera virtud es la templanza, opuesta al placer, el que cree "dirigir" a su arbitrio la humana debilidad. En efecto, en lengua griega los asirlos son llamados "dirigentes". Moisés compara además el apetito,[42] del que se ocupa la templanza, con el tigre,[43] el más indómito de los animales.
[42] Apetito vicioso, es decir, concupiscencia o avidez de placeres.
[43] Tigris designa en griego tanto al animal de ese nombre como al río de Mesopotamia.

70. XXII. Vale la pena averiguar por qué la fortaleza está mencionada en segundo término, la templanza en el tercero y la prudencia en primer lugar; y por qué no se ha presentado a las virtudes en otro orden. Tengamos presente que nuestra alma comprende tres partes,[44] de las que una contiene la razón, otra la irascibilidad, y la tercera el apetito.[45] Y sucede que la cabeza es la sede y residencia de la parte racional; el pecho de la irascible, y el vientre de la apetitiva; y que "a cada una de las partes ha sido adaptada la virtud que le es propia: la prudencia a la parte racional, pues es propio de la razón tener el conocimiento de las cosas que se deben hacer y de las que no se deben hacer; la fortaleza a la irascible, y la templanza a la apetitiva, puesto que mediante la templanza nos curamos y sanamos de nuestros deseos.
[44] Conforme con la teoría de Platón, expuesta en el Fedro 439 d, en el famoso mito del carro del alma, del que es conductor la parte racional, y del que tiran dos caballos; uno más noble, la parte pasional o colérica; otro más vil, la parte apetitiva; si bien Filón se aparta de él al no distinguir la calidad de uno y otro caballo. En cuanto a la localización de las tres partes del alma en las tres partes del cuerpo, ajustase Filón a lo expuesto en el Timeo 69 e y 90 a.
[45] Es decir, la parte racional; la parte colérica o irascible o pasional, en el sentido de ánimo elevado o fortaleza de espíritu; y la parte apetitiva o de la concupiscencia.

71. Así, pues, como la cabeza es la parte primera y más elevada del ser viviente, el pecho la segunda y el vientre la tercera; y, a la vez, la parte racional es la primera en el alma; la parte irascible, la segunda; y la parte apetitiva, la tercera; así también de las virtudes es primera la prudencia, que atañe a la primera parte del alma, la racional, y reside en la primera parte del cuerpo, vale decir la cabeza; segunda es la templanza, porque concierne a la segunda parte del alma, que es la ira, y porque está encerrada en la correspondiente zona del cuerpo, o sen c1 pecho; y tercera es la templanza, y& que su esfera de acción es el vientre, que es la tercera porción del cuerpo, y la parte apetitiva, a la que está asignada la tercera zona del alma.

72. XXIII. "El cuarto río", dice, "es el Eufrates." "Eufrates" significa "fertilidad", y simboliza a la cuarta de las virtudes, la justicia, virtud realmente fructífera y regocijo de la inteligencia.

¿Cuándo se da esta virtud? Cuando las tres partes del alma guardan recíproca armonía; armonía que alcanzan cuando las sujeta a su dominio la parte superior. Por ejemplo, cuando las dos, la irascible y la apetitiva, son guiadas como dos corceles por la racional, entonces sobreviene la justicia, puesto que es justo que la dirección esté en manos de la parte mejor siempre y en todo lugar, y que la parte inferior obedezca; y la parte superior es la racional en tanto que la irascible y la apetitiva son las inferiores.

73. Cuando, por el contrario, la ira y el apetito se rebelan y se emancipan, y por la violencia del embate dan por tierra con el conductor, me refiero a la parte racional, y lo someten a su yugo, y una y otra pasión se adueñan de las bridas, prevalece la injusticia; porque, fatalmente, por la inexperiencia e incapacidad del conductor los uncidos son conducidos a través de lugares escarpados y barrancos, del mismo modo que con experiencia y eficiencia [46] se los evita.
[46] Incapacidad o vicio (*kakía*), y eficiencia o virtud (*areté*).

74. XXIV. Veamos ahora el asunto también de esta manera. "Fisón" significa "transformación de la boca" y "Evilat", "que sufre los dolores del parto". En ellos aparece claramente señalada la prudencia. Mientras los más, en efecto, juzgan prudente al hombre que descubre argumentos sofísticos y al que es hábil en expresar lo pensado, Moisés, en cambio, reconoce al tal hombre como aficionado a la palabra, pero de ningún modo como prudente. En efecto, la prudencia se comprueba en la "transformación de la boca", vale decir, en la transformación de la palabra que expresa lo pensado.[47] Lo que equivale a decir que el ser prudente no se determina en las palabras sino en la obra y en los hechos meritorios.
[47] Es decir, en la concreción de lo dicho, o en el pasar de las meras palabras al terreno de las realizaciones concretas.

75. La prudencia establece un círculo, un muro podríamos decir, en torno de Evilat, o sea, en torno de la insensatez, que sufre los dolores del parto, para asediarla y destruirla. Con toda propiedad dícese que la insensatez sufre tales dolores, ya que la inteligencia, insensata, enamorada de cosas fuera de su alcance, sufre cual parturienta en toda ocasión: cuando está prendada de las riquezas, de la fama, del placer, o de alguna otra cosa,

76. Pero no obstante sufrir los dolores del parto no engendra jamás, puesto que el alma del hombre necio es incapaz por naturaleza de engendrar vástago alguno; e incluso aquellas cosas que aparentemente produce resultan ser abortos y fracasos, que devoran la mitad de su propia carne, y equivalen a la muerte de dicha alma. Por eso Aarón, la sagrada palabra, pide a Moisés, el amado de Dios, que cure a Miriam de su transformación[48] para evitar a su alma los dolores del parto de males; por lo cual dice: "para que no se convierta en algo semejante a un cuerpo muerto, como un aborto que sale dé vientre de su madre y devora la mitad de su carne".
[48] Transformación consistente en haber contraído una repentina lepra por voluntad de Dios.

[77] (Núm-XII, 12.) 77. XXV. "Allí", dice "de quién[49] es el oro." Es decir, que no afirma simplemente que el oro está allí sino que allí está Aquél de quien el oro es. La prudencia, en efecto, a "a que compara con el oro, que es neto, puro, forjado a fuego, garantizado y precioso por naturaleza, se encuentra
"allí", vale decir en la Divina sabiduría; pero, aunque se halla en ella, no es propiedad de la sabiduría, sino de Aquél del que también lo es la sabiduría misma, vale decir, de Dios, que la produjo y posee.
[49] Ver nota 35.

78. "El oro de aquella tierra es-de buena calidad." (Gen. II, 12.) ¿Pero existe, entonces, otra oro que no sea de buena calidad? Sin duda, puesto que la prudencia es de dos clases: la universal y la particular. La prudencia que hay en mí, siendo como es particular, no es de buena calidad puesto que al perecer yo perece conmigo. En cambio la prudencia universal, la que reside en la sabiduría de Dios y en Su mansión, es de buena calidad pues, además de ser imperecedera, tiene por sede una mansión imperecedera.

79. XXVI. "Y allí se dan el rubí y la piedra verde"; es decir las dos formas concretas de esta virtud: el hombre de espíritu prudente, y el que es prudente en sus obras; es decir, el que se caracteriza por su discernimiento sensato, y el que se manifiesta sensato en la práctica. A causa, en efecto, de estos tipos concretos sembró Dios en el hombre terrestre la prudencia y la virtud en general. Porque, ,¡cuál sería la utilidad de la virtud si no existieran los actos racionales que la acogieran y recibiesen sus impresiones? [50] En consecuencia, es natural que allí donde existe la prudencia, existan tanto el hombre dotado de prudencia como el que obra con prudencia, es decir, las dos piedras preciosas.

[50] Es decir, si no hubiera existido la prudencia como disposición espiritual o actitud intelectual (propia del hombre sabio o prudente), para acoger y recibir las impresiones de la sabiduría en acción (virtud).

80. Judá e Isacar bien pueden representar estos tipos de hombre, pues, mientras el hombre que se ejercita en la Divina[51] prudencia proclama su reconocimiento a Quien liberalmente ha dispensado el bien; el otro realiza obras hermosas y meritorias. Del que proclama su gratitud es el símbolo Judá, con cuyo nacimiento cesaron los partos de Lía;[52] en tanto que el que ejecuta obras nobles está simbolizado en Isacar, pues "puso su hombro debajo para trabajar y se convirtió en labrador". (Gen. XLIX, 15.) A propósito de él dice Moisés que, cuanto ha sido. sembrado y plantado en el alma, "es una recompensa" (Gen. XXX, 18) ;[53] lo que significa que el trabajo no es en vano, siendo, por el contrario, galardonado y recompensado por Dios.

[51] Resulta extraña la aplicación del calificativo de *asketes* (practicante, ejercitante) a quien, como Judá, personifica la prudencia cómo disposición-espiritual o intelectual, por oposición al tipo humano que la encama en la practica, como Isacar.

[52] Gen. XXIX, 35.

[53] El nombre Judá deriva de un verbo que significa agradecer; el de Isacar, de un sustantivo cuya acepción es recompensa. Ver Sobre la obra de Noé como plantador 134.

81. Que es a ellos a quienes se refiere Moisés, lo pone éste de manifiesto en otro pasaje cuando dice, a propósito de la vestidura sacerdotal: 'Tejerás juntas en él piedras preciosas en cuatro hileras; la primera hilera de piedras constará de una cornalina, un topacio y una esmeralda", con lo que alude a Rubén, Simeón y Leví; "la segunda hilera", agrega, "constará de un rubí y un zafiro." (Ex. XXVIII, 17 y 18.) Ahora bien, el zafiro es una piedra verde; y Judá está grabado en el rubí, pues es el cuarto, e Isacar lo está en el zafiro.

82. ¿Por qué, entonces, así como dijo "una piedra verde",[54] no dice también "una piedra rubí"? Porque Judá, el carácter inclinado a confesar su gratitud, es inmaterial e incorpóreo. Y en efecto, del mismo nombre de la confesión de gratitud resulta claro que el reconocimiento es algo exterior al hombre mismo.[55] Cada vez, en efecto, que la inteligencia sale fuera de sí misma y se ofrece a Dios, como Isaac, es decir, "la risa",[56] entonces realiza su confesión de reconocimiento hacia el Que Es. En cambio, mientras la inteligencia supone que ella misma es causa de algo, se halla lejos de reconocer el papel de Dios y de mostrarse reconocida hacia Él. Y en verdad, preciso es tener presente que esta misma confesión de reconocimiento no es

obra del alma sino de Dios, que le proporciona el agradecimiento. Así pues, Judá, el que confiesa su gratitud, es inmaterial.
[54] Gen. II, 12.
[55] *Exhomologesis* = confesión de gratitud, es un nombre compuesto de *ex* = desde, exterior a, y *homológesis* = reconocimiento; por lo que, según Filón, el término ha de entenderse como reconocimiento que se halla fuera de uno mismo, o algo parecido.
[56] Isaac es la personificación o símbolo de la risa o la alegría, según Filón. Ver Sobre Abraham, 201.

83. En cambio Isacar, el hombre que ha progresado mediante su trabajo, necesariamente debe poseer un cuerpo material. Porque, ¿cómo el que se ejercita[57] distinguirá las cosas si carece de ojos? ¿Cómo sin oídos oirá las palabras, estimulantes? ¿Cómo habrá de comer y beber sin un estómago y su maravilloso mecanismo? Ésa es la razón por la que fue comparado con una piedra.
[57] La afirmación de que Isacar es representación del hombre "que se ejercita", contradice, aparentemente, lo dicho en 80 acerca de Judá.

84. Pero, además, difieren en los colores. En efecto, el color del rubí corresponde a quien confiesa su gratitud pues es abrasado por el fuego de su agradecimiento hacia Dios y se embriaga con sobria embriaguez; en cambio, a aquel que se halla en pleno trabajo, corresponde el color de la piedra verde, pues los que trabajan son pálidos por el agotador trabajo y por el temor de no alcanzar resultados acordes con sus súplicas.

85. XXVII. Vale la pena averiguar por qué los dos ríos, el Pisón y el Geón, circundan el uno a Evilat y el otro a Etiopía; cosa que ninguno de los dos restantes hace y del Tigris leemos que está frente a Asiría, en tanto que en el caso del.Eufrates no se señala ninguna región, no obstante quo ninguna duda cabe de que el Eufrates corre en torno a algunas regiones y tiene no pocas frente a sí. Pero el pasaje no se refiere al río sino a una enmienda del carácter.

86. Hemos de decir, pues, que la prudencia y la fortaleza son capaces de erigirse en muro circular frente a los opuestos vicios, es decir, la insensatez y la cobardía, y capturarlas. Ambas, en efecto, son débiles y fáciles de apresar, pues el hombre insensato es fácil presa del prudente, y el cobarde está a merced del valiente. La templanza, en cambio, no puede tender un círculo en torno al apetito y al placer, por cuanto éstos son contrarios tenaces y difíciles de vencer. ¿No ves que hasta los más capaces de controlarse, por imperio de su condición mortal frecuentan los alimentos y las bebidas, de los que derivan los placeres del vientre? Hemos de conformarnos con enfrentar y combatir a la estirpe del apetito.[58]
[58] Es decir: no cabe hacer mas que eso; sitiarla es imposible.

87. Ésa es la razón por la que el río Tigris está frente a los asirlos; vale decir, por la que la templanza está frente al placer. En cambio la justicia, a la que representa el río Eufrates, ni sitia ni cerca ni enfrenta a nadie. ¿Por qué? Porque la justicia es la encargada de asignar a cada uno lo que corresponde, y se ubica en un plano distinto al del acusador y al del acusado, en el de juez. Y, así como un juez no se propone vencer a nadie, ni combatir con nadie ni enfrentar a nadie sino emitir su dictamen en justa decisión, del mismo modo la justicia no es adversaria de nadie y acuerda a cada uno lo que le corresponde en derecho.

88. XXVIII. "Y tomó Dios Soberano al hombre que había hecho, y lo colocó en el parque para que lo trabajara y lo cuidara." (Gen. II, 15.) Como ya dije;[59] el hombre "que Dios había hecho" difiere del "que fue modelado". En efecto, mientras el hombre "modelado" es una

inteligencia más terrestre; el "creado" es más inmaterial, sin parte alguna de materia perecedera, dotado de una constitución más pura y nítida.
[59] Ver 53 a 55.

89. Esta pura inteligencia es, pues, la que toma Dios, no permitiendo que salga de Sí; y habiéndola tomado, la coloca en medio de las virtudes que tiene ya plantadas y germinadas para que las trabaje y las cuide. Muchos, en efecto, habiendo comenzado a practicar la virtud han cambiado al final, pero aquel a quien Dios provee de una firme ciencia, le concede ambas cosas: cultivar las virtudes y no renunciar jamás a ellas, sino administrar y cuidar a cada una siempre. Así, "trabajar" quiere decir practicar, y "cuidar" está por recordar.

90. XXIX. "Y dio el Soberano Dios instrucciones a Adán diciéndole: «Comerás alimentándote de todo árbol que hay en el parque, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal, de él no comáis; el día que comiereis de él moriréis con muerte»." (Gen. II.; 16 y 17.) Hemos de indagar a qué Adán imparte esta orden y quién es él; porque, hasta ahora Moisés no lo ha mencionado, siendo ésta la primera vez que lo nombra. Seguramente, entonces, lo que quiere es darnos el nombre del hombre "modelado". "Llámalo «tierra», dice, porque eso es lo que significa «Adán»; de modo que cuando oigas «Adán» no pienses sino en la inteligencia terrestre y perecedera, pues la inteligencia «según la imagen» no es terrestre sino celestial."

91. Por otra parte, debemos averiguar por qué, si Adán asignó nombres a todas las otras creaturas, no se lo asignó a sí mismo. ¿Qué decir, ante esto? Pues, que la inteligencia que hay en cada uno de nosotros puede aprehender las demás cosas pero es incapaz de conocerse a sí misma; porque, así como el ojo ve los otros objetos y no se ve a sí mismo, así también la inteligencia conoce las otras cosas pero no se percibe a sí misma. Y si no, que pruebe decir quién es y de qué especie, si aliento o sangre o fuego o aire o alguna otra sustancia corpórea; o solamente que es un cuerpo o por el contrario una sustancia incorpórea. ¿No resultan, por lo tanto, necios los que indagan sobre la naturaleza de Dios? ¿Cómo, en efecto, podrían discernir con acierto sobre la sustancia del Alma del universo, sí ignoran la sustancia de su propia alma? Porque a nuestro entender, Dios y el Alma del universo son una misma cosa.

92. XXX. Evidentemente, pues, Adán, o sea, la inteligencia, no obstante dar nombre a las demás cosas y aprehenderlas, no establece nombre para sí mismo porque ignora quién es y no conoce su propia naturaleza. A él es a quien Dios formula instrucciones; no al hombre hecho según Su imagen y según la forma ejemplar; pues, mientras este último, aun sin ajeno estímulo posee la virtud por propio conocimiento; aquél, en cambio, sin que alguien se la enseñe, no es capaz de alcanzar la prudencia.

93. Difieren entre sí estas tres cosas: el mandato, la prohibición y la instrucción acompañada de exhortación. Porque, en tanto que la prohibición versa sobre las faltas y se dirige al hombre ruin; el mandato se refiere al recto proceder, y la exhortación, a su vez, se dirige al hombre intermedio, es decir al que no es ni ruin ni bueno, ya que ni delinque como para que alguien le prohíba, ni obra rectamente según las normas de la recta razón; y tiene necesidad de una exhortación que le enseñe a evitar las ruindades y le impulse a tender hacia las cosas elevadas.

94. Mientras al hombre perfecto, pues, vale decir, al creado según la Divina imagen, no es menester ni mandarle ni prohibirle ni exhortarlo, por cuanto el hombre perfecto no tiene necesidad de ninguno de estos requerimientos; el ruin, en cambio, necesita de mandato y prohibición; el carente de la suficiente madurez, por su parte, ha menester de exhortación y enseñanza; del mismo modo que el perfecto gramático o músico no necesitan de ninguna

directiva de las relativas a sus artes; y, en cambio, el inseguro respecto del objeto de su estudio ha menester de ciertas normas con mandatos y prohibiciones; y el que recién Comienza a aprender, precisa la enseñanza.

95. Con razón, pues. Dios ahora instruye y exhorta a la inteligencia terrestre, que no es ni ruin ni buena, sino intermedia. Los dos títulos: "Soberano" y "Dios", refuerzan la exhortación. Dios, en efecto, "Dios Soberano lo ordenó", a fin de que si llegaba a obedecer las exhortaciones pudiera ser considerado digno de beneficios por Dios; mas si, por el contrario, llegaba a rebelarse fuese mandado salir de Su presencia por el Soberano, en Su condición de señor y dueño de la autoridad.

96. Por eso también cuando Dios lo expulsa del parque, echa Moisés mano a los mismos títulos, pues dice: "Y lo expulsó Dios Soberano del parque del deleite para que trabajase la tierra de la que había sido tomado." (Gen, III, 23), a fin.' de mostrar que, pues las instrucciones las había dado el Soberano, como señor, y Dios, como benefactor; ahora también con las mismas prerrogativas sancionaba al que la había desoído, como que con los mismos poderes en virtud de los cuales lo exhortaba a obedecer, destierra al desobediente.

97. XXXI. Su exhortación fue la siguiente: "Comerás alimentándote de todo árbol que hay en el parque." (Gen. II, 16.) Mueve al alma del hombre a beneficiarse no con un árbol, es decir, con una virtud, sino con todas las virtudes; porque el "comer" simboliza el alimento del alma, y el alma se alimenta mediante la adquisición de los bienes y la práctica de las rectas acciones.

98. No dice solamente "comerás" sino también "alimentándote", es decir desmenuzando y triturando el alimento, no como lo hace cualquiera sino como un atleta, a fin de cobrar vigor y poderío. Porque también los atletas reciben instrucción de sus maestros en el sentido de no engullir sino masticar con lentitud para adquirir más fuerza. En efecto, el atleta y yo perseguimos distintos fines al alimentarnos; yo lo hago sin otro objeto que conservar la vida; él para adquirir musculatura y fuerza además, por lo cual entre sus prácticas figura también el masticar los alimentos. Eso significan las palabras "comerás alimentándote".

99. Pero formémonos una imagen aún más acabada de esto. El honrar a los progenitores es algo que alimenta y nutre.[60] Pero de diferente manera los honran los hijos buenos y los hijos ruines, porque estos últimos lo hacen por costumbre, y no "comen alimentándose" sino "comen" solamente. ¿Cuándo, entonces, lo hacen también "alimentándose"? Cada vez que habiendo examinado e interpretado los motivos, juzgan por propia convicción que tal cosa es noble. Y los motivos [61] son como éstos: nos han engendrado, nos han nutrido, nos han educado y han sido el origen de todos nuestros bienes. Del mismo modo, también el honrar al Que Es, es algo que alimenta; y lo "comemos alimentándonos" cuando al hacerlo, también examinamos sus fundamentos y apreciamos sus motivos debidamente.

[60] Es alimento del alma por cuanto consiste en la adquisición de los bienes y en la práctica de las rectas acciones.

[61] Los motivos de la honra que deben tributarles.

100. XXXII. "Pero del árbol de la ciencia del bien y del mal, de él no comeréis." (Gen. II, 17.) Luego, este árbol no se halla dentro del parque; porque si exhorta a comer de todo árbol que hay en el parque y a no comer de éste, es evidente que éste no se encuentra en el parque. Y es natural, pues, como dije,[62] en acto está, pero en potencia no. En efecto, así como todos los sellos están en potencia en la cera y en acto sólo aquel que ha sido estampado, del mismo

modo también en alma, cuya naturaleza es como la de la cera, todas las figuras están contenida? potencialmente, pero no todas en acto, y sólo aquella que se imprime en ella prevalece, mientras no quede borrada por otro sello que grabe en ella una imagen más clara y nítida.
[62] En 60 a 62.

101. Además surge el siguiente problema: cuando Dios exhorta a comer de todo árbol del parque, su invitación se dirige a una sola persona; en cambio, cuando prohíbe echar mano al que es causa del mal y del bien habla con más de uno. Efectivamente, en este último caso dice: "no comeréis" y "el día que comiereis" y no "no comas", y también "moriréis", no "morirás".

102. Ante todo es preciso señalar esto: que el bien es escaso y el mal, abundante. Por esto es ardua tarea hallar un solo hombre sabio; mientras que la multitud de ruines, en cambio, es infinita. Es natural, entonces, que sólo a uno prescriba nutrirse con las virtudes, y a muchos, por el contrario, abstenerse de ruindades, pues son miríadas los que las practican.

103. En segundo lugar, para la adquisición y práctica de la virtud no se precisa más que de una cosa: nuestro discernimiento; el cuerpo, no sólo no coopera en ello, sino incluso lo obstaculiza. Bien podríamos afirmar en efecto, que el cometido propio de la sabiduría es convertirse en ajena al cuerpo y a los apetitos de éste. En cambio, para el goce del vicio no sólo ha de contarse en cierta manera con la inteligencia, sino también con la sensibilidad, la palabra y el cuerpo.

104. En efecto, el hombre ruin ha menester de todos ellos para saturarse de su propio vicio. Porque, ¿cómo divulgará sus secretas verdades si careciese del órgano de la palabra? ¿Cómo se entregará a los placeres privado de estómago y de los órganos de los sentidos? Forzosamente, pues, mientras a sólo el discernimiento se dirige Dios cuando se trata de la adquisición de la virtud; por cuanto, como he dicho, él solo basta para la adquisición de ésta; cuando se trata, en cambio, del vicio, dirígese a varios: al alma, al órgano de la palabra, a los sentidos y al cuerpo, pues a través de todos ellos se manifiesta el vicio.

105. XXXIII. Por otra parte, dice "en el día en que comiereis de él moriréis con muerte". (Gen. II, 17.) Sin embargo, habiendo comido no sólo no mueren, sino además engendran hijos y se constituyen en origen de nuevas vidas. ¿Qué decir ante esto? Que hay dos especies de muerte: la propia del hombre y la propia del alma. La del hombre consiste en la separación del alma y del cuerpo; la del alma en la ruina de la virtud y la adquisición del vicio. 106. Por eso también dice no sólo "morir" sino "morir con muerte" indicando que se trata no de la muerte común sino de la muerte especial y por excelencia, que es propia del alma que se ha sepultado en todas las pasiones y los vicios. Y esta muerte es casi lo opuesto de la otra. Aquélla, en afecto, consiste en la separación de los elementos combinados que son cuerpo y alma; ésta, por el contrario, es el encuentro de ambos, con la victoria del inferior, es decir, el cuerpo, y la derrota del superior, o sea, el alma.

107. Y observa que, cuando dice "morir con muerte", se refiere Moisés a la muerte por castigo, no a la que sobreviene naturalmente. La muerte natural es aquella por la cual el alma se separa del cuerpo; la impuesta por castigo se da cuando el alma pierde la vida de la virtud y vive la del vicio solamente.

108. También Heráclito, siguiendo en este punto la doctrina de Moisés, dice acertadamente:

'Vivimos la muerte de aquéllos y morimos su vida", queriendo significar que ahora, mientras vivimos, el alma está muerta, y se encuentra como enterrada en el cuerpo; en tanto que, cuando morimos, el alma empieza a vivir su propia vida libre ya de la funesta atadura de este cadáver que es el cuerpo.

INTERPRETACIÓN ALEGÓRICA II

1. I. "Y Dios Soberano dijo: «No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle un colaborador acorde con él»." (Gen. II, 18. ¿Por qué, olí profeta, no es bueno que el hombre esté solo? Porque, dice, bueno es que el que es único esté solo; mas solo y único en sí es Dios, que es uno; y nada hay semejante a Dios. En consecuencia, puesto que es cosa buena el que el Que Es esté solo; y, en verdad, solamente a Dios puede referirse lo bueno; no puede ser bueno que el hombre esté solo.

2. El hecho de que Dios esté solo se puede explicar también de este modo: ni antes de la creación había cosa alguna junto a Él; ni, al adquirir existencia el mundo, se coloca cosa alguna junto a Él, porque Dios no ha menester nada absolutamente. Pero una interpretación mejor es ésta: Dios es solo y único, vale decir de naturaleza simple, no un ser compuesto; al contrario de cada uno de nosotros y de cuantas cosas han sido creadas, que somos compuestos de muchas cosas. Por ejemplo, en mí están contenidas muchas cosas: un alma, un cuerpo, la parte racional y la parte irracional del alma, así como los elementos calientes y los fríos, los pesados y los livianos, los secos y los húmedos del cuerpo. Dios, en cambio, no es un compuesto ni está formado por muchos elementos, sino un ser sin mezcla con otro alguno.

3. En efecto, si algo se agregara a Dios sería o superior a Él o inferior o igual. Pero ninguna cosa es igual o superior a Él; y nada inferior se le agrega. Si ello ocurriera también Él se vería disminuido; y, en ese caso, también Él sería corruptible, lo que no es lícito pensar siquiera. Dios, pues, pertenece al orden de lo determinado por lo uno y la unidad; o más bien el único Dios es quien determina a la unidad, pues, como el tiempo,[1] todo número es más reciente que el mundo y Dios es anterior al mundo y autor de él.
[1] Ver Sobre la creación, 26.

4. II. No es bueno, pues, que hombre alguno esté solo. Porque son dos las especies de hombres: la creada "según la imagen" y la "modelada" con tierra; y ni para el hombre "creado 'según la imagen" es bueno estar solo puesto que tiende con ansia hacia esa imagen; por cuanto la imagen de Dios es arquetipo de las otras cosas, y toda imitación tiende vivamente hacia el modelo del que es copia, y su lugar está junto a él; ni tampoco lo es, y con más razón, para el "modelado". No sólo es malo para él, sino además imposible pues con la inteligencia así formada forman estrecha unidad sentidos, pasiones, vicios y muchísimas cosas más.

5. A este segundo hombre le es asociado un colaborador. Éste es, en primer lugar, creado. "Hagamos", dice, "en efecto, un colaborador para él." En segundo lugar, es más .reciente que el ayudado. Antes, en efecto, ha formado Dios la inteligencia y se dispone ahora a formar al colaborador. Mas también en esta ocasión, aunque emplea términos referentes a la natural condición de las cosas, Moisés se está expresando alegóricamente. En efecto, los colaboradores del alma son los sentidos y las pasiones, y son más recientes que ella. Ya veremos, pues, de qué manera la ayudan. Comencemos por considerar el hecho de que son posteriores.

6. III. Así como, según los mejores médicos y físicos, parece ser que el corazón es modelado antes que todo el resto del cuerpo, a manera de fundamento o de quilla de nave, y sobre él se edifica el resto del cuerpo; por lo cual dicen también que él late todavía después de la muerte, pues, así como comenzó a existir antes del cuerpo, del mismo modo perece después que éste; así también la parte rectora del alma existe con anterioridad al alma total, y la parte irracional es posterior. Moisés aún no ha expuesto la creación de esta última, pero se apresta a

describirla. La parte irracional consiste en la sensibilidad y las pasiones cuyo origen se halla en los sentidos, especialmente si ellas no son resultado de determinaciones nuestras.[2] Este colaborador es, pues, posterior y. por supuesto, creado.

[2] Es imposible determinar con seguridad cuál de .dos. interpretaciones, corresponde dar a la expresión de Filón. Ella puede. entenderse de dos maneras: a) que Filón acepta para unos casos y rechaza para otros el punto de vista estoico, según el cual las pasiones son juicios mentales o determinaciones de nuestra inteligencia; b) que pone en tela de juicio tal doctrina, aunque sin rechazarla categóricamente; y afirma que en su opinión las pasiones son engendros de la sensibilidad, cosa que resultaría indudable si se descartara la opinión estoica.

7. Veamos ahora el punto aún pendiente: cómo le presta la ayuda. ¿De qué . manera nuestra inteligencia aprehende que tal cosa es blanca,, o negra, si no es usando la vista como colaboradora?, ¿Cómo, aprecia que la voz del cantor es dulce, o por el contrario desentonada, si no es utilizando al oído como auxiliar? ¿Cómo reconoce que los perfumes son agradables o desagradables, si no es echando mano al olfato como aliado? ¿Cómo distingue los sabores, si no es gracias a la ayuda del gusto?

8. ¿Y cómo lo suave.; y lo áspero, si no es por medio del tacto? Pero, como dije, existe,. otra especie de colaboradores: las pasiones. En efecto, el placer y el apetito contribuyen a la perpetuación de nuestra, raza; en , tanto que la pena y el temor muerden al alma y la impulsan a no descuidar nada; y la cólera es un arma de defensa que ha brindado a muchos grandes beneficios. Y lo mismo en el caso, de las otras pasiones. Por eso Moisés está del todo, acertado, al decir que "el colaborador" era "acorde con él"; porque realmente tal auxiliar es familiar a la inteligencia, como si se tratase de un hermano de su misma sangre, ya que la sensibilidad y las pasiones son partes y vástagos de una sola alma.

9. IV. Las especies de colaboradores son dos: una atañe a las pasiones, la otra obra en el campo de los sentidos.- En la presente ocasión creará Dios sólo la primera especie, pues. dice: Moisés: "Y Dios modeló todavía, sacándolas de la tierra, todas las bestias salvajes del campo y todas las aves del cielo, y las» condujo ante Adán para ver qué nombre les daría; y, todo: nombre que Adán asignó a un alma viviente ese fue su nombre". (Gen. II, 19.) Como ves, ésos son nuestros colaboradores:. las bestias, o sea las pasiones, del alma. Habiendo, en, efecto, dicho "hagámosle un. colaborador acorde con él" añade lo de "modeló las bestias", manifestando que las bestias son nuestros colaboradores.

10. No es acertado, empero, llamarlas "colaboradores", e impropiamente se las llama así. En realidad, resultan ser enemigos nuestros, tal como a veces los aliados de los estados resultan ser traidores y desertores; y en las amistades privadas los aduladores se nos descubren como enemigos en vez de camaradas. En cuanto a los términos "cielo" y "campo", los emplea como sinónimos; y designan alegóricamente a la inteligencia. En efecto, la inteligencia es como un "campo" en el que se dan innumerables nacimientos y crecimientos y como el "cielo", a la vez, lleno de naturalezas brillantes, divinas y felices.

11. Las pasiones son comparadas por Moisés con las bestias salvajes y las aves, porque, siendo salvajes y no domesticadas, destrozan al alma; y porque, a modo de los seres voladores, se precipitan volando sobre el entendimiento. En efecto, el asalto de las pasiones es penetrante e irresistible. El "todavía" agregado a "modelo" está justificado. ¿Por qué? Porque también más arriba dice que las bestias fueron modeladas antes de la creación del hombre, como se ve en estas palabras referentes al sexto día: "Y dijo Dios: 'Produzca la tierra el alma viviente según su género cuadrúpedos, reptiles y bestias salvajes'". (Gen. I, 24.)

12. ¿Qué es lo que Lo mueve, pues, a modelar otras bestias salvajes; ahora, no satisfecho con haber modelado las primeras? Desde el punto de vista ético la respuesta es ésta: en el ser creado la estirpe del vicio es copiosa; de tal manera que las ruindades no cesan de proliferar en ella. Desde el punto de vista filosófico debemos decir lo siguiente; anteriormente, en los seis días, creó Dios los géneros y las formas ejemplares de las pasiones; ahora, en cambio, crea "todavía" las especies.

13. Por eso dice Moisés "modeló todavía", porque lo que fue creado en la primera ocasión fueron los géneros, como se colige claramente de las palabras empleadas: "Produzca la tierra el alma viviente", no según su especie, sino "según su género". En todos .los casos hallaremos que ésta es la norma del Creador. Antes, en efecto, de las especies concluye los géneros. El caso del hombre no es una excepción, pues habiendo conformado previamente el género hombre, en el que Moisés afirma que está contenido el género masculino y el género femenino, posteriormente produce a Adán, la especie.[3]

[3] Posiblemente los términos *genos* = género, y *eidos* = especie, no deban entenderse en este pasaje en su sentido habitual sino en los de forma ejemplar o "idea" -y forma sensible o espécimen concreto respectivamente.

14. V. Ésta es la especie de colaboradores a que se ha referido Moisés; la. otra, es decir, la especie de la sensibilidad, la deja para más adelante, cuando el Creador emprenda la creación de la mujer. Habiendo diferido esta cuestión, hace una metódica exposición sobre la asignación de los nombres. Tanto en su sentido figurado como en su inteligencia literal la exposición es digna de admiración. En su sentido literal lo es por cuanto que el legislador atribuye la asignación de los nombres al primer hombre.

15, En efecto, según los filósofos griegos fueron los sabios los primeros que asignaron los nombres a las cosas. La versión de Moisés es superior, en primer lugar porque lo atribuyó no a algunos de los hombres de antaño sino al primero que fue creado. Le movió a ello el propósito de que, así como Adán fue formado para ser el principio de la generación de los otros hombres, del mismo modo él también fuera considerado el origen del uso de la palabra. Porque si no hubiera habido nombres, tampoco hubiera existido el lenguaje. El segundo motivo es que, en caso de haber sido muchos los autores de nombres, éstos habrían de resultar discordantes y no combinables entre sí, por haber sido asignados unos según unas normas, y otros según otras; en tanto que la adjudicación por obra de uno solo resultaría por fuerza acorde con la cosa designada, y el nombre sería un signo idéntico para todos los hombres, tanto de la cosa que designara, como del sentido que encerrara.

16. VI. El sentido de sus palabras en el terreno ético se explica así: a menudo usamos tí en vez de dio tí;[4] por ejemplo, en estos casos: ¿Por qué te has bañado? ¿Por qué andas caminando? ¿Por qué conversas? En todos estos ejemplos sé ha usado tí en lugar de día tí. Cuando Moisés, pues, dice "para ver qué [5] las llamaría", debes tú entender algo así como "para ver por qué la inteligencia llamaría, invitaría a aproximársele y saludaría a cada una de ellas", si sería solamente por no poder prescindir de ellas, dado que lo mortal está fatalmente atado a las pasiones y los vicios; o además por falta de moderación y búsqueda de lo superfluo; y si, para satisfacer las necesidades propias de la créatura terrestre, o bien por considerar que dichas cosas son excelentes y admirables en grado sumo.

[4] Efectivamente, en griego tí, que fundamentalmente significa qué, puede emplearse por *diá tí* = por qué.

[5] El sentido del pasaje bíblico es el que se ha dado en la traducción en 9, pero Filón amolda el

mismo a sus intenciones de la siguiente manera: a) Del pronombre *tí* = qué hace, legítimamente, *diá tí* = por qué, según lo aclarado en la nota anterior; de modo que, en vez de leer: cómo las llamaría o qué nombre les daría, lee: por qué las llamaría, b) Del verbo *kaleín* = llamar, dar nombre, pasa a *proskaleísthai* = llamar hacia si, invitar a aproximarse, y a *aspázesthai* = Saludar, dar la bienvenida, c) Recalca la función predicativa de "alma viviente" anteponiendo un *hos* = como. En suma., que lo que, según Filón, trata de ver Dios es por qué motivos la inteligencia acoge y saluda a los placeres; y qué placeres son acogidos y saludados por ella, y considerados como almas vivientes, vale decir, de igual dignidad que su propia alma.

17. Por ejemplo, el ser creado no puede prescindir del placer, pero el ruin usará de él como si se tratase de un bien perfecto; en tanto que el hombre virtuoso lo hará movido por la necesidad solamente; ya que, sin placer nada llega a existir en la raza mortal. Análogamente, en lo que concierne a la adquisición de las riquezas, el ruin considerará tal adquisición como el bien más acabado; el hombre noble como algo necesario y útil únicamente. Es razonable, pues, que Dios quiera ver y examinar cómo invita a aproximarse y saluda la inteligencia a cada una de estas cosas; si como bienes, si como cosas indiferentes, o si como males pero, por otra parte, útiles.

18. Por ese motivo también todo lo que la inteligencia hubiera invitado y saludado como "alma viviente" considerándolo de igual dignidad que el alma, eso convertíase en nombre no sólo de la cosa llamada sino también de quien]a había llamado así.[6] Por ejemplo, si la inteligencia había acogido al placer, se llamaba "amante del placer"; si al deseo, "propensa al deseo"; si a la licencia, "licenciosa"; si a la cobardía, "cobarde", y así en los demás casos. En efecto, así como por las virtudes, según las propias de cada uno, el hombre llámase prudente, sensato, justo o valiente, del mismo modo por los vicios recibe la inteligencia el nombre de injusta, insensata y cobarde cada vez que ha llamado a sí y acogido complacida a las disposiciones de alma correspondientes.

[6] Según sea e1«placer escogido y los motivos de la elección, la inteligencia recibe el nombre que especifica de qué placer es amante, nombre derivado del nombre del placer preferido.

19. VII. "E hizo. descender Dios un éxtasis [7] sobre Adán y durmióse éste. Y le sacó uno de los costados",[8] etc. (Gen. II, 21.) El pasaje en su sentido literal entra en el terreno de lo fabuloso. Porque, ¿cómo podría alguien admitir que de un costado de un hombre haya nacido una mujer o, en general, un ser humano? ¿Y qué impedía a la Causa crear también de tierra a la mujer, tal como había creado al hombre? El Creador era el mismo y la materia con la que forjábase cada cualidad es prácticamente inagotable. ¿Por qué, entonces, no modelaba a la mujer con otra porción de aquélla, teniendo tantas a su disposición, en vez de hacerlo de un costado? Por otra parte, ¿cuál de los dos costados tomó? Porque reconozcamos que sólo a dos puede referirse su indicación, pues nada nos permite suponer que sugiriera la existencia de un elevado número de ellos. ¿El izquierdo o el derecho?

[7] O sopor. Pero traduzco éxtasis, por conformarse mejor este sentido con la interpretación que en 31 hace Filón del vocablo *ékstasis*.

[8] O una de las costillas. Pero por lo que sigue se advierte que Filón entiende costado.

20. Puesto que rellenó con carne la cavidad del costado sustraído, ¿implica ello que el restante no estaba hecho de carne? [9] La verdad es que nuestros costados son gemelos en todas sus partes y están hechos de carne.

[9] El texto bíblico dice: "Lo rellenó de carne para sustituirlo." (Gen. II, . 21.) De donde, en un alarde de gratuita sagacidad, infiere Filón que, si sustituyó con carne el costado sacado, éste

no sería de carne; y, como es de suponer que ambos costados serían de la misma sustancia, tampoco el otro, el no sustituido, seria de carne.

21. ¿Qué decir, pues? En el lenguaje corriente "costado" es sinónimo de "fuerzas". En efecto, decir que un hombre tiene "costados" equivale a decir que tiene fuerza; decir que un atleta es de "buenos costados" significa que es fuerte; y cuando queremos significar que un cantante posee una gran potencia de voz decimos que "tiene costados".

22. Aclarado esto, debemos señalar lo siguiente: la inteligencia, cuando aún está desnuda y no confinada en el cuerpo, pues a la que aún no había sido encerrada se refiere Moisés, tiene muchos poderes: el de cohesión,[10] el de crecimiento, el de vida animada, el de pensar y otros innumerables de diferentes especies y géneros. Común también a los seres inanimados, como las piedras y maderas, es el poder de cohesión, del que participan también los huesos de nuestro cuerpo, que son semejantes a piedras. El crecimiento alcanza también a los vegetales, y en nosotros hay también partes semejantes a los vegetales, entre ellas las uñas y los pelos. El crecimiento es la cohesión pero ya con movimiento.

[10] Es decir, el poder de mantener la integridad o consistencia, evitando la separación de las partes. Sobre la cuádruple clasificación debida a los estoicos aquí tratada, ver Sobre la inmutabilidad de Dios, 35 y ss. Es difícil, por otra parte, entender cómo pueden darse algunos de estos poderes en el alma desvinculada aún del cuerpo. Lo de "desnuda" alude al pasaje "estaban desnudos los dos" (Gen. II, 25). Ver 53.

23. La vida animada, a su vez, es el crecimiento complementado con la capacidad de representación mental y de impulso. Este género de vida es común también a los animales irracionales, pero nuestra inteligencia tiene cierta parte análoga al alma del irracional. En cuanto al poder de pensar, él es peculiar de la inteligencia y común probablemente también a las naturalezas más próximas a Dios; pero entre las creaturas mortales es exclusivo del hombre. Este poder es doble: aquel según el cual somos seres racionales como dotados que estamos de una inteligencia y aquel conforme al cual somos capaces de expresarnos.

24. Pero existe en el alma otro poder estrechamente vinculado con éstos: el de la aprehensión sensorial; y a él se refiere ahora Moisés, pues su objeto inmediato no es otro que describir el nacimiento de la sensibilidad activa. Y no sin razón. VIII. "Porque después de la inteligencia correspondía crear, acto seguido, la sensibilidad, como colaboradora y aliada de aquélla. Por lo tanto, habiendo concluido de crear la inteligencia, modela Dios una creación que sigue a aquélla en orden de importancia y en poder; me refiero a la sensibilidad activa. Y lo hace con miras a completar el alma totalmente, y para posibilitar la aprehensión de los objetos presentes ante ella.

25. ¿Cómo es creada, pues? Como el mismo Moisés lo dice también: es decir, cuando la inteligencia está dormida. Y así ocurre realmente: cuando la inteligencia se ha dormido es cuando sobreviene la sensibilidad; y, consecuentemente, cuando está despierta la inteligencia, la sensibilidad permanece apagada. He aquí una prueba: cuando queremos discernir algo con exactitud, huimos a la soledad, cerramos los ojos, nos tapamos los oídos, nos despedimos de los sentidos. Así pues, cuando la inteligencia se yergue y esta despierta, la sensibilidad se eclipsa.

26, Pero nos queda por ver el otro caso: ¿qué le sucede a la inteligencia durante el sueño? Cuando, despierta y ardiente la sensibilidad, la vista contempla las obras maestras de los pintores y escultores, ¿no es cierto que la inteligencia permanece inactiva sin ocuparse de

asunto intelectual alguno? ¿Y qué pasa cuando el oído se entrega a la melodía de una voz? ¿Puede entonces la inteligencia discernir alguna de las cosas que le son propias? Ni por asomo. Y mucho más inoperante todavía se vuelve cuando el gusto se levanta voraz y se satura con los placeres del vientre.

27. Por eso Moisés, temeroso de que alguna vez la inteligencia no sólo se duerma sino incluso perezca completamente, dice en otra parte: "Y tendrás una estaca sobre tu cinturón; la tendrás y, cuando te sentares aparte, cavarás con ella y ocultarás tu suciedad." (Deuter. XXIII, 13.) En forma simbólica llama "estaca" a la razón, que "excava" en lo recóndito de los asuntos.

28. Y manda llevarla "sobre" la pasión, a la que es menester "ceñir" [11] para impedir que quede libre y suelta. Esto, por otra parte, es preciso hacerlo cuando la inteligencia, renunciando a. la tensión de sus actividades específicas, se abaja hacia las pasiones y "se sienta aparte" cediendo ante los apremios del cuerpo, y arrastrada por ellos.
[11] Juego de palabras intraducible al español entre *zóne* = cinturón, y *zonnynai* = ceñir.

29. Y es así como sucede tal cosa: cuando la inteligencia durante las voluptuosas reuniones se olvida de sí misma, vencida por los estímulos que la llevan hacia los placeres, quedamos esclavos y dejamos al descubierto nuestra suciedad. Si, en cambio, la razón se esfuerza en purificar la pasión,, ni al beber nos embriagamos ni al comer reventamos de saciedad; y, dejando de lado el desvarío, nos alimentamos sobriamente.

30. En consecuencia, el despertar de los sentidos trae aparejado el sueño de la inteligencia, y el despertar de la inteligencia va parejo con la inactividad de los sentidos; tal como con la salida del sol témanse invisibles los brillos de los otros astros y al ponerse aquél resultan visibles éstos. Como el sol la inteligencia, cuando está despierta, oscurece a los sentidos; y cuando está dormida, hace que éstos resplandezcan.

31. IX. Dicho lo que antecede, es preciso que señalemos cómo concuerdan con ello las palabras de Moisés. "Dios, dice, hizo descender un éxtasis sobre Adán y éste se durmió." (Gen. II, 21.) Correcto, puesto que el éxtasis y cambio de la inteligencia significan que ella está dormida; y "sale fuera de sí" [12] cuando deja de ocuparse en las cosas intelectuales, que le atañen como propias. Cuando no se ocupa en ellas, duerme. Con todo acierto también, dice que sale fuera de sí, es decir, que se vuelve, no por sí misma sino por obra de Dios, que "hace descender sobre él", vale decir, le hace sobrevenir y le envía el cambio.
[12] *Ékstasis* (éxtasis) expresa, etimológicamente el hecho de estar fuera de sí (*ek + stásis*) y de trasladarse a otro lugar; y el verbo *exístasthai* significa salir fuera de sí; lo que permite a Filón un juego de palabras intraducible al castellano.

32. Y así es, en efecto; porque si realmente el cambiar dependiera de mí, recurriría a él cada vez que quisiera; y, cuando no mediare una previa decisión mía en ese sentido, seguiría inalterable. Pero, en realidad, el cambio resulta ser opuesto a mis intenciones; y muchas veces, cuando estaba deseoso de concebir algo conveniente, me vi inundado por las corrientes de cosas inconvenientes que fluyen sobre mí: y al contrario, cuando me hallaba a punto de enfrascarme en el pensamiento de alguna cosa ruin, me limpié de él con pensamientos dignos, habiendo Dios por Su gracia derramado en mi alma una dulce corriente en vez de la amarga.[13]
[13] Adaptación del pasaje de Platón, Fedro 243 d.

33. Es forzoso, pues, que toda cosa mortal cambie; ya que ello es inherente a su condición, como lo es de Dios el no cambiar. Pero hay quienes, tras cambiar, permanecen tales hasta su

completo aniquilamiento; y otros que continúan su cambio sólo hasta donde cabe experimentarlo a un ser mortal, para recobrarse acto seguido. 34. También a esto se refiere Moisés cuando dice: "No permitirá Dios que el destructor penetre en vuestras casas para golpearos." (Ex. XII, 23.) En efecto, permite Dios que el destructor, es decir el cambio, que es la destrucción del alma, penetre en ella a fin de poner de manifiesto lo que es inherente a la naturaleza de las cosas creabas; pero Él no permitirá que el hijo del vidente Israel cambie tanto, que sea "golpeado" por el cambio; y en cambio, lo forzará a que retorne y emerja como de un abismo y se recobre.

35. X. "Tomó uno de sus costados." (Gen. II, 21.) Es decir, tomó uno de los muchos poderes de la inteligencia, el de la aprehensión sensorial. El término "tomó" no ha de entenderse como equivalente de "sacó", sino como sinónimo de "registrar", "incorporar a la lista", a tenor de lo que en otro pasaje se lee: "Haz el recuento de los despojos de la cautividad." (Núm. XXXI, 26.) 36. ¿Qué es, pues, lo que quiere sugerir? El término sensibilidad es empleado con dos acepciones: una, como disposición estática; disposición que poseemos incluso cuando estamos dormidos; la otra como actividad. Del primer tipo de sensibilidad, es decir, como disposición estática, ningún beneficio se deriva para nosotros, ya que con ella no aprehendemos objeto, alguno de los que tenemos delante. De la segunda, vale decir de la sensibilidad como actividad, sí, porque mediante ella logramos la aprehensión de las cosas sensibles.

37. Habiendo, pues, creado Dios la primera, es decir la sensibilidad como disposición cuando creaba también la inteligencia; inteligencia que formó dotada de muchas potencias en reposo; quiere ahora producir la sensibilidad como actividad. Y este tipo de sensibilidad es producida cuando la sensibilidad como disposición estática adquiere movilidad y se extiende hasta la carne y los órganos de los sentidos. En efecto, así como la generación se produce merced al movimiento del semen, también del mismo modo la actividad se origina al ponerse en movimiento una disposición estática.

38. XI. "Y rellenó con carne su lugar." (Gen. II, 21.) Esto equivale a «completó la sensibilidad como disposición estática conduciéndola a la actividad y extendiéndola hasta la carne y a toda la superficie del cuerpo»." Por eso añade también: "Y con él construyó una mujer" (Gen. II, 22); con lo que prueba que el nombre más apropiado y exacto de la sensibilidad es "mujer". En efecto, así como el varón se manifiesta en la actividad y la mujer en la pasividad; análogamente, la inteligencia tiene por esfera de acción la actividad; y la sensibilidad, a manera de mujer, tiene su campo en la receptividad.

39. Esto es fácil de entender a través de testimonios claros. La vista experimenta los efectos producidos por las cualidades visibles que la ponen en movimiento: la blancura, la negrura y las demás; el oído, a su vez, es afectado por los sonidos; el gusto, por los sabores; el olfato, por los olores; el tacto, por la aspereza y la suavidad. Y todos los sentidos sin excepción permanecen quietos hasta que se presenta ante cada uno de ellos el agente que desde afuera habrá de moverlo.

40. XII. "Y la condujo a la presencia de Adán; y Adán dijo: «Esto es ahora hueso proveniente de mis huesos y carne proveniente de mi carne»." (Gen. II, 22 y 23.) Dios conduce a la sensibilidad ya dotada de actividad ante la inteligencia, sabiendo que el poder de movilidad y de aprehensión de aquélla debe retornar a la inteligencia. Ésta al contemplar a la que antes poseía como potencia y como disposición estática, convertida ahora en algo acabado, en actividad y en movimiento, se maravilla y alza la voz asegurando que no se trata de algo ajeno

a él; sino de algo estrechamente vinculado con él.

41. En efecto, "esto, dice, es hueso proveniente de mis huesos", o sea, "poder proveniente de mis poderes" (porque "hueso" está tomado aquí en el sentido de "poder y fuerza") y "pasión proveniente de mis pasiones"; "y carne, añade, proveniente de mi carne". Y así es; sin la inteligencia la sensibilidad no puede sostener sobre sí] ninguna de las impresiones que experimenta, por cuanto aquélla ' es su fuente y la base en que se apoya.

42. Merece considerarse la razón por la que se añade "ahora"; pues sus palabras son: "Esto es ahora hueso proveniente de mis huesos." La sensibilidad es por naturaleza un "ahora", ya que solo existe con relación al tiempo presente. Porque, mientras la inteligencia abarca los tres tiempos, y conoce las cosas presentes, recuerda las pasadas y espera las futuras;

[43.] la sensibilidad, en cambio, ni aprehende lo futuro, ni experimenta nada análogo a la expectación o la esperanza, ni se acuerda de las cosas pasadas; sino está destinada por la naturaleza a ser afectada sólo por aquello que en el instante presente se halla ante ella y se mueve. Por ejemplo, mientras el ojo percibe ahora el color blanco por el objeto blanco que se halla presente, y por el que no está presente nada experimenta, la inteligencia, en cambio, se proyecta hacia lo que no está presente: hacia lo pasado a través de la memoria, hacia el futuro alimentando esperanzas y aguardando.

44. XIII. "Ella también será llamada mujer (Gen. II, 23); que es como decir «por esto[14] la sensibilidad será llamada mujer»; porque ésta es tomada del hombre" que la pone en movimiento. ¿Por qué, pues, agrega "ésta"? Porque se trata de otra sensibilidad, no tomada de la inteligencia, sino nacida juntamente con la inteligencia. Las sensibilidades, en efecto, son dos, como ya he dicho: la que existe como disposición estática y la que se caracteriza por la actividad.

[14] En la traducción castellana no se advierte de dónde saca Filón la conexión causal en que apoya el razonamiento que sigue. Pero el texto griego comienza por el dativo *táutei* = para esta; forma que en griego puede emplearse como adverbio demostrativo causal, con el significado de por esto; y Filón adecua la frase a sus propósitos leyendo: "Por esto será llamada mujer."

45. La que existe como disposición estática no es tomada de la inteligencia, vale decir, del hombre; sino nace junto con él. En efecto, la inteligencia, según he demostrado, cuando fue creada, fue creada junto con muchos poderes y disposiciones: la racional, la psíquica, la del crecimiento, como también la de la aprehensión sensorial. La sensibilidad activa, en cambio, procede de la inteligencia. Fue, en efecto, derivada de la sensibilidad existente en la inteligencia como disposición estática, para que se convirtiera en sensibilidad activa; de modo que esta segunda sensibilidad, es decir, la que se caracteriza por el movimiento, tiene por origen la misma inteligencia.

46. Pero necio es quien supone ser cosa verdadera que, en general, proceda de su inteligencia o de sí mismo cosa alguna. ¿No ves cómo "el vidente" [15] reprende a la sensibilidad personificada en la que se sienta sobre los ídolos,[16] Raquel, cuando ésta juzga que los movimientos tienen su origen en la inteligencia? En efecto, ella dice: "Dame hijos; si no, yo me moriré." (Gen. XXX, 1.) Pero él responde: "¡Oh engañada!, la inteligencia no es el origen de cosa alguna; sino Dios, que precede a la inteligencia, es el autor." Y por eso añade: "¿Por ventura estoy yo en lugar de Dios, que te privó del fruto de tu vientre?" (Gen. XXX, 2.)

[15] Es decir, Jacob o Israel, el hombre de visión, el que ve a Dios, apelativos que Filón aplica

tanto al patriarca como al pueblo de Israel.
[16] Gen. XXXI, 33.

47. Que el que engendra es Dios lo testimoniará Moisés cuando a propósito de Lía diga: "Y viendo el Señor que Lía era aborrecida, abrió su matriz; Raquel, en cambio, era estéril." (Gen. XXIX, 31.) Compete al hombre abrir la matriz. Pero la raza mortal lleva en sí un innato aborrecimiento hacia la virtud, por lo cual Dios honra a la aborrecida concediéndole la precedencia en los alumbramientos.

48. Y dice en otro pasaje: "Si un hombre tuviere dos esposas, una de ellas amada y otra aborrecida, si éstas le dieren hijos y fuere primogénito el hijo de la aborrecida... no podrá conceder el derecho de primogenitura al hijo de la amada, dejando de lado al hijo de la aborrecida, que es el primogénito." (Deut. XXI, 15 y 16.) Y en efecto, mientras los productos de la aborrecida virtud son primeros y más perfectos que todos; los del apetecido placer son los últimos de todos.

49. XIV. "Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne." (Gen. II, 24.) A causa de la sensibilidad la inteligencia, cuando se convierte en esclava de aquélla, abandona a Dios, Padre del universo, y a la virtud y sabiduría de Dios, Madre de todas las cosas; y. se mezcla y hace una sola cosa con la sensibilidad, y se diluye dentro de ella, de modo que los dos se tornen una sola "carne" y una sola experiencia.

50. Observa que no es la mujer la que se une al hombre, sino, al revés, el hombre quien se une a le. mujer, es decir, la inteligencia a la sensibilidad. En efecto, cuando lo superior, vale decir, la inteligencia se ha unido a lo inferior, o sea, la sensibilidad, se diluye en el orden de la "carne", que es inferior; en la causa de las pasiones, es decir, la sensibilidad. Cuando, por el contrario, es lo inferior, la sensibilidad, la que se allega a lo superior, la inteligencia, ya no será carne sino ambos serán inteligencia. Tal es este[17] hombre, el que prefiere el amor de las pasiones al amor de Dios.
[17] Tal "como queda descripto es el hombre desposado con dos mujeres al que se refiere el pasaje Deut. XXI, 15 y 16, citado en 48.

51. Pero existe también el otro, el que ha escogido lo contrario, personificado en Leví, el "que dice a su padre y a su madre: 'No te he visto'; y no reconoció a sus hermanos y desconoció a sus hijos." (Deut. LXXIII, 9.) Este hombre abandona a su padre y a su madre, es decir, su inteligencia y su materia corpórea, deseoso de tener como porción propia al Dios .único. "El Señor mismo", en efecto, "es su porción." (Deut. X, 9.)

52. La pasión es, pues, la porción del que ama las pasiones; Dios, la de Leví, vale decir, del que ama a Dios. ¿No ves también que prescribe llevar en el décimo día del séptimo mes dos machos cabríos, "una porción para el Señor y una porción para el que aparta los males"? (Lev. XVI, 8.) Y efectivamente, la porción del que ama las pasiones no es otra • cosa que una pasión que debe ser "apartada".

53. XV. "Y los dos estaban desnudos. Adán y su mujer, y no se avergonzaban." "La serpiente, empero, era la más astuta de todas las bestias terrestres que Dios Soberano había 'creado." (Gen. II, 25 y III, 1.) "Desnuda" está la inteligencia que ni se ha revestido del vicio ni dé la virtud, sino se halla realmente desnuda de uno y otra. Tal él alma del niño infante aún, que no ' tiene parte ni en uno ni otra, es 'decir, ni en' el bien ni en el mal, y está desprovista y desnuda de velos. Aquéllos, en efecto, son los vestidos del alma, con los que ésta se cubre y cobija; el

bien, el vestido del alma noble; el mal, el del alma ruin.

54 Ahora' bien, tres tipos de desnudeces pueden darse en el alma. La primera tiene lugar cuando ella permanece sin cambios y libre de todo vicio, y se halla desvestida y alejada de todas las pasiones. Por esta causa "Moisés asienta su tienda fuera del campamento, lejos del campamento, y fue llamada tienda del testimonio." (Ex. XXXIII, 7.) Esto significa lo siguiente: el alma amante de Dios "se desnuda" del cuerpo y de las afecciones de éste; y, huyendo "lejos" de ellos, adquiere una sede fija y firme en las perfectas doctrinas de la virtud.

55. Por eso Dios le presta Su "testimonio" de que ella ama las cosas nobles. Dice, en efecto, Moisés que "fue llamada tienda del testimonio." Y si calló el nombre del que la llama así fue para estimularla a averiguar con atención quién es el que presta su testimonio a los discerní-, mientes amantes de la virtud.

56. Éste es el motivo por el cual el sumo sacerdote no penetrará en el Santo de los Santos' con su túnica (Lev. XVI, 1 y ss.); sino habrá de despojarse de la túnica de la opinión y de las impresiones del alma; y habiéndola dejado a aquellos que aman las cosas exteriores y estiman la opinión más que la verdad, "desnudo", sin colores ni ruidos,. penetrará para ofrecer la libación de la sangre del alma y ofrendar como incienso toda la inteligencia a Dios, el Salvador y el Benefactor.

57. También Nadab y Abiud [18] los que se acercaron a Dios y, habiendo dejado la vida mortal, alcanzaron la vida inmortal, se presentan "desnudos" de la vacía y perecedera opinión. En efecto, los encargados de conducirlos, si ellos no hubieran quedado "desnudos" por haber roto todas las ataduras de la pasión y de la necesidad corporal, no los hubieran llevado envueltos en sus túnicas,[19] a fin de que la desnudez de los mismos y su incorporeidad no fuera envilecida por la irrupción de impíos pensamientos. No a todos, en efecto, ha de ser dado penetrar en los secretos de Dios, sino sólo a aquellos que son capaces de mantenerlos ocultos y guardarlos.

[18] Lev. X, 1.

[19] Lev. X, 5.

58. Por esto Misad y Elsafán no los recogen envueltos en los vestidos de ellos mismos sino en los de Nadab y Abiud, que habían sido abrasados por el fuego y elevados.[20] Éstos, en efecto, tras haberse despojado de cuanto los cubría, ofrecieron su desnudez a Dios, y dejaron a Misael y Elsafán sus túnicas, las que simbolizan las partes de lo irracional, que ocultaban lo racional.

[20] Elevados hacia el ciclo.

59. También Abraham se desnuda cuando oye: "Abandona tu tierra y tus parientes." (Gen. XII, 1.) E Isaac no se desnuda, pero siempre está desnudo y sin cuerpo, pues ha recibido el mandato de no "descender hacia Egipto,[21] es decir, hacia el cuerpo. Jacob, por su parte, ama la desnudez del alma, pues su suavidad significa desnudez. Dice, en efecto Moisés que "era Esaú un hombre velludo, y Jacob, en cambio, un hombre suave" [22] (Gen. XXVII, 11); razón por la cual además tuvo por esposa a Lía.[23]

[21] Gen. XXVI, 2.

[22] Pues el texto aclara que Esaú era velludo, cubierto de vello, y nada dice al respecto de Jacob, éste, infiere Filón, no era velludo sino tenia la piel descubierta o desnuda.

[23] Lía, en griego Leía, del adjetivo *leíos* = suave.

60. XVI. Ésta es una, la más excelsa entre las formas de desnudez.[24] La segunda es la opuesta

a ésta, y consiste en la privación de la virtud a causa de un cambio, cuando el alma delira y enloquece. Éste es el tipo de desnudez que experimenta Noé, quien se queda desnudo cuando ha bebido vino. Pero, gracias ,a Dios, el cambio y la desnudez de la inteligencia debidos a la privación de la virtud, no trascendió hasta los lugares de afuera, sino permaneció en la casa. Leemos, en efecto, que "se quedó desnudo dentro de su casa." (Gen. IX, 21.) Y así es; el hombre sabio, si incurre en una falta, no corre alborotado como el necio. Mientras el vicio de éste se desborda, el de aquél, queda reprimido; y por eso retorna a la sobriedad, es decir, se arrepiente y se recobra como de una enfermedad.
[24] Entre las tres formas o tipos señalados en 54.

61. Pero consideremos con más profundidad lo de que la desnudez tiene lugar en la casa. Cuando el alma, en su alteración, solamente concibe algo absurdo, sin pasar adelante hasta concretarlo en obras; la falta tiene lugar en el recinto del alma y en casa. Pero, si al pervertido designio se suma su concreción en el terreno de los hechos, de modo que se traduzca en obras, entonces la iniquidad se desborda también hasta los lugares exteriores.

62. Esto explica por qué es pronunciada una maldición sobre Cañan, por cuanto este [25] ha divulgado el cambio del alma; lo que viene a significar que lo extendió hasta el exterior y lo concretó en hechos añadiendo al mal concebido otro nial, la ejecución por vía del hecho. En cambio, Sem y Jafet son alabados por no haber seguido al alma en su acto, y haber, en cambio, ocultado su perversión.[26]
[25] Gen. 22 a 25. Cam ha contado a sus hermanos la embriaguez y desnudez de Noé, su padre, y éste, enterado, maldice a Cañan, hijo de Cam.
[26] Gen. IX, 26 y 27.

63. Por ello, además, los votos y obligaciones del alma se anulan cuando tienen lugar en la casa del padre o del esposo,[27] siempre y cuando los razonamientos ni prescindan de intervenir ni añadan su peso a la alteración del alma, sino, por el contrario, impidan la ofensa. En este caso, en efecto, también el Soberano de todas las cosas "la purificará". El voto de la viuda, en cambio, o de la repudiada no permite que quede incumplido. Dice, en efecto: "Cuantos votos haya pronunciado en nombre de su alma, seguirán vigentes para ella." (Núm. XXX, 10.) Y es lo razonable, por cuanto, si, rechazada, ha marchado hasta lo exterior, de modo que no sólo ha cambiado sino además .ha delinquido mediante hechos consumados, permanece incurable, ajena ya al discernimiento del esposo y privada de la persuasión del padre.
[27] Núm. XXX, 4 y ss. "El padre y el esposo" representan a la razón; y nuestros deseos no son culpables si la razón impide que ellos se traduzcan en actos. La "viuda" es el alma que se ha independizado del control de la Tazón, siendo su situación tal que no cabe esperar la intervención moderadora o de obstrucción de ésta.

64. El tercer tipo de desnudez es el intermedio. La inteligencia en ese estado se caracteriza por ser irracional y no tener parte ni en la virtud ni en el vicio. A esta desnudez se refieren las palabras de Moisés, y de ella participa también el niño. Por lo tanto las palabras "Estaban ambos desnudos, Adán y su mujer" significan lo siguiente: ni la inteligencia concebía ni la sensibilidad percibía, sino la una hallábase desierta y "desnuda" de pensamiento, y la otra de sensación.

65. XVII. Veamos, asimismo, qué se entiende por "no se avergonzaban." [28] Tres sentimientos sugieren estas palabras a nuestra consideración: la desvergüenza, el pudor y la carencia tanto de desvergüenza como de pudor. La desvergüenza es peculiar del hombre ruin; el pudor, del hombre virtuoso; y el no ser desvergonzado ni pudoroso caracteriza al que es incapaz de

discernir y de consentir. A éste se refiere lo que dice el pasaje. Y en efecto, el que no ha alcanzado aún la aprehensión de lo bueno y lo malo' no está en condiciones ni de avergonzarse ni de no avergonzarse.
[28] Como se advierte por lo que sigue, especialmente en 68, Filón no entiende la frase en el sentido en que normalmente cabe interpretarla, es decir, "no se avergonzaban", sino en el de "no cometían actos vergonzosos".

66. Ejemplos, pues, de desvergüenza son todas las: indecencias, cuando la inteligencia, en vez de poner al descubierto las cosas vergonzosas que debería ocultar, se vanagloria y enorgullece por ellas. También a propósito de Mariam, que hablaba contra Moisés, se dice: "Si tu padre te hubiera escupido en la cara, ¿no hubieras sentido vergüenza durante siete días?"' (Núm. XII, 14.)

67. Es que, realmente desvergonzada e impudente es la sensibilidad al atreverse a censurar y acusar a Moisés por aquello, por lo que merecía ser alabado;[29] y es despreciada por Dios, su Padre, frente al "fiel en toda la casa de Dios",[30] al que el mismo Dios había dado por mujer a la etíope, es decir, el pensamiento inalterable y profundo.[31] Éste fue el más alto encomio para él, porque había tomado a la etíope, vale'
decir, la naturaleza inalterable, purificada al fuego y digna de fe. Pues, así como en el ojo la parte que ve es negra, del mismo modo la facultad de ver propia del alma recibe el nombre de etíope.[32]
[29] Núm. XII, 1.
[30] Núm. XII, 7.
[31] El adjetivo *katakorés* = saturado, profundo, intenso, significa también negro intenso; y probablemente Filón asocia el vocablo con el color de la piel de la mujer etíope. Pero, bien puede ser también un juego de palabras entre *kata-korés* y *kóre* = pupila del ojo, ya que luego menciona la parte negra de éste.
[32] Filón relaciona la mujer etiope con la pupila del ojo, asociando seguramente el término *aithíops* = etíope, con *óps* = ojo; y a través de ello con la pupila de éste, *kóre*, negra como la etíope.

68. ¿Por qué, pues, siendo, como son, muchas las obras del vicio, ha mencionado una sola, la que se relaciona con la vergüenza, diciendo: "no se avergonzaban", y no "no cometían injusticias" o "no incurrían en falta" o "no cometían errores"? La causa está a la vista. ¡Por el único Dios verdadero!, yo entiendo que ninguna cosa es tan vergonzosa como el suponer que soy yo el que discierne y que soy yo el que percibe.

69. ¿Mi inteligencia, autora de sus discernimientos? ¿Y cómo? Porque, ¿se conoce a sí misma, quién es y cómo llegó a ser? ¿Y la sensibilidad, origen de sus percepciones? ¿Cómo puede decirse semejante cosa, si no es conocida ni por ella misma ni por la inteligencia? ¿No ves, acaso, que la inteligencia, que presume de ser ella la que discierne, muchas veces se muestra abiertamente incapaz de razonar, en los momentos de glotonerías, en las embriagueces, en los desvaríos? ¿Dónde está en esos momentos ese pensar que se atribuye? Y a la sensibilidad, ¿no se le escapa a menudo la capacidad de percibir? A veces viendo no vemos y oyendo no oímos, cuando la inteligencia, apartando por un momento su atención, se concentra en algún otro objeto de orden mental.

70. Mientras se encuentran, pues, "desnudos", la inteligencia de discernimiento, y la sensibilidad de percepción, nada vergonzoso hay en ellos; pero, cuando comienzan a aprehender, caen en la vergüenza y cárganse de afrenta, pues a menudo serán hallados

echando mano más a la necedad y a la demencia que al saludable conocimiento, y eso no sólo durante los hartazgos, en los momentos de desazón y en los instantes de desvarío, sino también durante todos los demás momentos de la vida; porque, mientras el predominio está en manos de la sensibilidad, la inteligencia permanece esclava sin prestar atención a objeto alguno de orden intelectual, y cuando es la inteligencia la que priva, la sensibilidad se muestra inoperante e incapaz de aprehender ningún objeto sensible.

71. XVIII. "La serpiente era la más astuta de todas las bestias que Dios Soberano había creado sobre la tierra." (Gen. III, 1.) Habiendo sido creadas ya dos cosas: la inteligencia y la sensibilidad, y hallándose éstas desnudas de la manera como se ha expuesto, era preciso que viniera a sumarse a ambas una tercera: el placer, para posibilitar la aprehensión de lo inteligible y de lo sensible. Porque ni la inteligencia, separada de la sensibilidad, podía llegar a conocer a un vegetal, a un animal, a una piedra, a un leño o, en general, a un cuerpo; ni la sensibilidad, sin la cooperación de la inteligencia, era capaz de aprehender las cosas sensibles.

72. Puesto que era, pues, necesario que ambas concurriesen juntas a la aprehensión de los objetos situados a su alcance, ¿quién las uniría sino un tercero, una atadura de amor y deseo, bajo el cetro y mando del placer, al que Moisés llama simbólicamente serpiente? [33]

[33] Recuérdese que nous = inteligencia, es masculino, por lo que esta unión matrimonial resulta mis natural en el texto griego, ya que se trata de un elemento masculino y uno femenino, la *disthesis* = sensibilidad.

73. Con sumo acierto Dios, el Creador de los seres animados, determinó el orden de su creación. Primero modeló al hombre, es decir, la inteligencia, como que es lo más digno de estima en el ser humano; luego, a la mujer, vale decir, la sensibilidad, y a continuación, en tercer lugar, después de aquéllos, al placer. Pero tan solo potencialmente, es decir, sólo en el pensamiento, difieren en edad; en cambio son de la misma antigüedad en el tiempo concreto. El alma, en efecto, lleva consigo todas las cosas a la vez, solo que unas en acto, y otras en la posibilidad de concretarse, si bien aún no han alcanzado su plena realización.

74. El motivo por el que compara al placer con una serpiente es el siguiente: el movimiento del placer es, como el de la serpiente, tortuoso y variable.[34] En primer lugar, se desliza en cinco direcciones, porque a través de la vista, del oído, del gusto, del olfato y del tacto es cómo sobreviven los placeres; pero los más violentos por su intensidad son los relacionados con el contacto sexual, mediante el cual la naturaleza lleva a cabo la generación dentro de cada especie.

[34] En griego *poikílos*, que, además de variable, significa astuto, de variados recursos o artimañas, calificativos que caben muy bien a la serpiente-placer.

75. Y no sólo por eso, es decir, porque se desliza en torno a todas las partes del elemento irracional del alma, decimos que el placer es variable, sino también porque son variadas las vías con que serpentea en torno a cada una de ellas. Por ejemplo, a través de la vista se originan variados placeres: todos los producidos por las pinturas y esculturas y por todas las otras creaciones artísticas con que cada una de las artes deleita a nuestros ojos, así como también por los cambios de los vegetales cuando germinan, florecen y dan frutos; y por la múltiple belleza de las formas de ciertos animales. De modo análogo placen al oído la flauta, la cítara y toda clase de instrumentos; las melodiosas voces de algunas creaturas irracionales, como las golondrinas, los ruiseñores y los demás pájaros dotados por la naturaleza de un canto musical; la grata voz de seres racionales, de los cantores que exhiben su arte en la comedia, en la tragedia y en todas las demás representaciones teatrales.

76. XIX. ¿Y qué se necesita para ilustrar acerca de los placeres del vientre? Pues' podríamos decir que cuantas son variedades de gustos agradables a nuestro alcance para estimular nuestra sensibilidad, tantas son las variedades del placer. ¿Y no es cierto que, siendo, como es, el placer cosa tan variable, correspondía que se lo comparase con un animal variable,[36] es decir, la serpiente?
[36] O astuto. Ver la nota anterior.

77. Por esa razón también, cuando la parte plebeya y turbulenta que hay en nosotros, anhela las moradas de Egipto, vale decir, de la masa corpórea, se precipita en los placeres portadores de muerte, no de la muerte que consiste en la separación del alma y del cuerpo, sino de aquella que consiste en la ruina del alma por obra del vicio. Leemos, en efecto: "Y envió el Señor hacia el pueblo las serpientes mortíferas, y éstas mordían al pueblo y perecía gran cantidad de los hijos de Israel." (Gen. XXI, 6.) Y así es realmente; ninguna cosa ocasiona tanto la muerte al alma como el desenfreno en los placeres.

78. Mas lo que muere no es la parte rectora de nuestro ser, sino la sometida, la plebeya. Y tanto tiempo es pasible de muerte cuanto tardare en reconocer su cambio mediante el arrepentimiento. Aproximándose en efecto, a Moisés decían aquéllos: "Hemos delinquido murmurando contra el Señor y contra tí. Suplica, pues, al Señor; que aparte de nosotros las serpientes." (Núm. XXI, 7.) Bien hacen en no decir: "Hemos murmurado contra Dios porque pecamos"; sino: "Hemos pecado porque murmuramos contra Dios". Porque la inteligencia, cada vez que delinque y se aparta de la virtud, echa la culpa de ella a los Divinos designios atribuyendo a Dios su propia defección.

79. XX. Pues bien, ¿cómo sobreviene el remedio del sufrimiento de éstos? Cuando otra serpiente, contraria a la de Eva, es decir, el principio de la templanza, es fabricada. Porque la templanza opónese al placer; y a la variable pasión, la virtud, también variable y en guardia contra su enemigo el placer. Así pues, manda Dios a Moisés que fabrique la serpiente de la templanza y le dice: "Haz para tí mismo una serpiente y ponía sobre un estante." (Num. XXI, 8.) Observas que no para otro alguno sino para sí mismo prepara Moisés la serpiente, pues Dios le prescribe: "Hazla para ti mismo", para que conozcas que la templanza no está al alcance de cualquier hombre, sino sólo del amado de Dios.

80. Es preciso, por otra parte, indagar por qué razón prepara Moisés una serpiente de bronce, siendo así que no tenía ninguna instrucción previa acerca de sus características. Posiblemente por las siguientes razones: en primer lugar porque, mientras las gracias Divinas son inmateriales y no pertenecen al orden de lo cualitativo, las de los mortales se presentan acompañadas de la materia. En segundo lugar, porque, si bien Moisés ama las excelencias inmateriales, nuestras almas, en cambio, no pudiendo despojarse de los cuerpos desean ! ardientemente la virtud bajo formas corpóreas.

81. Y, como el principio de la templanza es vigoroso y firme, es comparado con la sustancia potente y dura del bronce; y quizá también, porque, mientras la templanza que posee el amado de Dios es la más excelente y semejante al oro, la que se da en el hombre que ha adquirido la sabiduría en forma gradual, ocupa el segundo lugar.[38] "Todo aquel, pues, a quien una serpiente hubiere mordido, si mirare a aquélla, vivirá." (Núm. XXI, 8.) Y es muy cierto esto, porque, si la inteligencia mordida por el placer, es decir, por la serpiente de Eva, tuviere la fuerza suficiente para mirar espiritualmente la belleza de la templanza, vale decir, de la

serpiente de Moisés, y a través de ella a Dios mismo, vivirá. No ha menester otra cosa sino ver y reflexionar.
[36] Como lo ocupa el bronce respecto del oro.

82.-XXI. ¿No ves que Sara, la soberana sabiduría,[37] dice: "Porque el que lo oyere, se reirá conmigo." (Gen. XXI, 6.) Supón que alguno logra oír que la virtud ha engendrado a Isaac, vale decir, a la felicidad;[38] acto seguido elevará un himno de congratulación. Pues bien, así como es propio del que tal ha oído el congratularse; es propio también del que con clara visión contempla a la templanza y a Dios, el no perecer.
[37] Sara es concebida por Filón como la personificación de la virtud o la sabiduría soberana.
[38] Isaac personifica, según Filón, la risa, la alegría y la felicidad.

83. Muchas almas, empero, prendadas otrora de la firmeza y la templanza, y libres de pasiones, han experimentado, sin embargo, el poder de Dios y recibido un cambio hacia un estado inferior, manifestando así el Señor la diferencia entre Él y la creación, entre Él, que eternamente permanece inmóvil, y la creación, que se balancea e inclina en opuestas direcciones.

84. Dice, en efecto, Moisés: "Aquél que te condujo a través de aquel grande y pavoroso desierto, en el que viven la mordedora serpiente y el escorpión, y reina la sed; donde no hay agua; El que hizo brotar para ti una fuente de agua de la durísima roca; El que te alimentó en el desierto con el maná, que no conocían tus padres." (Deut. VIH, 15 y 16.) Ves que no sólo, anhelando las pasiones de Egipto, se precipita el alma en medio de las serpientes; sino también a veces en el desierto es mordida por el placer, es decir, por la pasión, astuta y semejante a la serpiente. Y el modo como la pasión obra ha recibido un nombre apropiadísimo, pues llámaselo "mordedura".

85. Mas no sólo son mordidos por el placer los que se hallan en el desierto; también lo son los que se encuentran dispersos. Yo mismo, en efecto, habiendo dejado parientes, amigos y país y marchado muchas veces a la soledad para meditar en alguna cosa de las que merecen ser contempladas, ninguna ventaja obtuve en ello; antes, por el contrario, distraída o mordida mi inteligencia por la pasión torció su rombo hacia términos puestos. Otras veces, en cambio, aun en medio de multitud innumerable mantuvo tranquilo mi discernimiento. Dios había dispersado la turba de impedimentos del alma y me había enseñado que las condiciones buenas o desfavorables no resultan de las diferencias de los lugares sino es Él quien mueve y guía el vehículo del alma por donde prefiere.

86. Volviendo a lo que decía, el alma se precipita sobre un escorpión, que equivale a "dispersión",[39] en el desierto; y la sed de las pasiones hace presa en ella hasta que Dios envía la corriente que brota de Su solidísima[40] sabiduría apaga con la salud inagotable esa sed del alma apartada de Él. La roca durísima es, en efecto, la sabiduría de Dios, que Éste distinguió como el más elevado y de mayor jerarquía de todos Sus poderes; y de la que da de beber a las almas que Él ama. Una vez que han recibido el agua para beber, llénanse también del maná, la más genérica de las sustancias. El maná, en efecto, es llamado "algo";[41] y "algo" es el género supremo; género supremo que no es sino Dios, después del cual viene el logos Divino, en tanto que las demás cosas existen tan solo en las palabras, siendo en ciertos casos por sus hechos concretos idénticas a lo no existente.
[39] Juego de palabras intraducible entre *skorpíos* = escorpión, y *skor-písmós* = dispersión.
[40] O durísima, otra de las acepciones del adjetivo *akrótonos* = escarpado, sólido, durísimo.
[41] Ver Interpretación alegórica III, 175 y nota.

87, XXII. Nota ahora la diferencia entre el que se desvía en medio del desierto y el que lo hace en Egipto. El uno experimenta las mortíferas serpientes, vale decir, los insaciables placeres que provocan la muerte; el otro, el ejercitante [42] tan solo es mordido y "dispersado" por el placer, pero no matado. Aquél es curado por la templanza, es decir, por la serpiente de bronce construida por el sabio Moisés; éste recibe de Dios la más excelente de las bebidas, la sabiduría de la fuente que Él hizo brotar de Su propia sabiduría.
[42] Jacob.

88. Ni siquiera de Moisés, el amadísimo de Dios, se aparta el placer, semejante a una serpiente; y he aquí lo que se lee: "¿Y qué les diré si no creyeren en mí ni oyeren mi voz, diciendo: 'Dios no ha sido visto por ti? Y dijo el Señor a Moisés: '¿Qué tienes en la mano?' Él dijo: 'Una vara'. Y Él dijo: 'Arrójala sobre la tierra'. Y la arrojó sobre la tierra, y la vara se convirtió en serpiente y Moisés huyó de ella.
Y dijo el Señor a Moisés: 'Extiende tu mano y tómala por la cola'. Extendió, pues. Moisés su mano y la tomó de la cola, y aquélla. tornóse vara en su mano. 'Así te creerán.'" (Ex. IV, 1 a 5.)

89. ¿Cómo se podrá confiar en Dios? Si se aprende que todas las otras cosas son mudables y sólo Él es inmutable. Dios pregunta,. pues, al hombre sabio que hay en la vida activa de su alma, ya que la "mano" es símbolo de la actividad. Éste responde que allí está la instrucción, a la que llama "vara". Por eso dice también Jacob, el que suplanta a las pasiones: [43] "Efectivamente, sobre mi bastón atravesé este Jordán." (Gen. XXXII, 10.) "Jordán" significa "descenso". Cuanto entre en la esfera del vicio y la pasión es peculiar de la naturaleza baja,[44] terrena y corruptible. En cambio, la inteligencia ejercitada atraviesa todo eso mediante su instrucción; pues torpe sería interpretar que atravesaba un río con un bastón en la mano.
[43] Alusión al hecho de que Jacob suplantó a su hermano Esaú en la. primogenitura.
[44] Intraducible juego de palabras entre *katábasis* = descenso, y *káto* = bajo.

90. XXIII. Acertada, pues, es la respuesta de Moisés, el amado de Dios. Porque, verdaderamente, la conducta del hombre virtuoso se apoya en la instrucción, como en un bastón,[45] y apacigua el tumulto y agitación del alma, a la que asienta sobre bases: firmes. Esta vara, cuando ha sido arrojada, se toma serpiente. Es natural, pues si el alma deja de lado la instrucción, de amante de Dios que era se trueca en amante del placer. Por eso Moisés huye de ella, ya que el que ama a Dios se aparta de la pasión' y del placer.
[45] En el pasaje bíblico se lee literalmente "en" o "sobre" mi bastón, no "con".

91. Pero, por cierto que Dios no aprueba su huida. Es que contigo, oh inteligencia mía, que eres aún imperfecta, armoniza el procurar huir y ponerte fuera del alcance de las pasiones, pero en el caso de Moisés, el perfecto, corresponde mantenerse en actitud de combate frente a ellas, resistirlas y combatirlas. Si así no ocurriere, no hallando ellas resistencia ni obstáculo, tras escalar la ciudadela espiritual, la sitiarán por completo y saquearán al alma a la manera de un usurpador del poder.

92. Y ése es el motivo por el que Dios prescribe a Moisés que la "tome por la cola"; que es como decirle: No te espante la hostilidad del placer y su salvajismo; por el contrario, apodérate de ella asiéndola fuertemente y acaba por vencerla. Efectivamente, será de nuevo bastón en vez de serpiente, vale decir, en vez de placer se tomará en tu mano instrucción.

93. Y en cambio tendrá lugar "en la mano", vale decir, en la acción del sabio. Empero, es

imposible que llegue a asir y acabe por vencer al placer, si previamente la mano no se "extiende", es decir, si el alma no reconoce que todas sus acciones y progresos débense al Divino favor y evita atribuirse nada a sí misma. Quien tiene abiertos los ojos determínase a huir de la serpiente; pero fabrica otra, aquella de bronce,[46] es decir, el principio de la templanza, para que, si alguien ha sido mordido por el placer, el ver a la templanza viva la verdadera vida.
[46] La de Moisés.

94. XXIV. Ésta es la serpiente en la que Jacob suplica que se convierta Dan. Éstas son sus palabras: "Dan juzgará a su pueblo, como una de las tribus de Israel" y "Conviértase Dan en una serpiente en un camino, en acecho en una senda transitada, mordiendo el talón del caballo, y el jinete caerá hacia atrás aguardando la salvación del Señor." (Gen. XLIX, 16 a 18.) Mientras el quinto hijo legítimo de Jacob nacido de Lía es Isacar; aunque si contamos los dos nacidos de Zelfa es el séptimo; su quinto hijo[47] es Dan, nacido de Bala, la criada de Raquel. Pero el motivo de esta observación ya hemos de ponerlo en claro en un trabajo sobre el asunto. El tema de Dan merece ser tratado aparte.
[47] Quinto contando juntamente legítimos y naturales: Rubén, Simeón, Leví, Judá y Dan.

95. El alma engendra de dos estirpes de hijos: una divina y otra mortal. Cuando ya ha concebido la superior, allí se detiene. En efecto, cuando el alma ha alcanzado el reconocimiento incondicional hacia Dios y el sometimiento en todo a Él, no tiene adquisición más alta que alcanzar.. Por ello cesó Lía de engendrar una vez concebido Judá, es decir, el carácter que manifiesta su reconocimiento.

96. Pero ahora comienza a formar la clase mortal, o sea, la que subsiste gracias a la deglución. El alimento, en efecto, es, a modo de fundamento, la causa de la conservación de la vida en los seres vivientes; y "Bala" significa "deglución". Y de ella, precisamente, nace Dan, cuyo nombro quiere decir "acción de discernir". Esta estirpe, en efecto, distingue y separa las cosas inmortales de las mortales. Por eso Jacob hace votos porque Dan llegue a ser amante de la templanza, y por Judá, en cambio, no formulará deseo análogo, porque éste ya posee el reconocimiento hacia Dios y la cualidad de resultarle grato.

97. Dice, pues: "Conviértase Dan en una serpiente en un camino." Nuestro camino es el alma, pues, así como en los caminos es dable ver la diferencia entre los seres: inanimados y animados,' irracionales y racionales, buenos y malos, esclavos y libres, jóvenes y viejos, viriles y femeninos, extranjeros y ciudadanos, sanos y enfermos, mutilados y enteros; del mismo modo también en el alma se dan procesos inanimados, incompletos, enfermizos, esclavos, femeninos y otros incontables llenos de defectos, y sus contrarios, los animados, intactos, viriles, libres, sanos, venerables, buenos, legítimos y realmente ciudadanos.[48]
[48] Es decir, no advenedizos ni extraños.

98, Conviértase pues, el principio de la templanza en una serpiente sobre! El alma que marcha a través de todas las circunstancias de la vida;' y coloqúese en "una senda transitada." ¿Qué quiere decir esto? Que, si la senda de la virtud es poco transitada, pues son pocos los que la recorren; en cambio, es transitada la del vicio; y así, lo exhorta a ponerse al acecho y tender una emboscada sobre la transitada senda, es decir, sobre la pasión y el vicio, en los que transcurren las existencias de los entendimientos que huyen de la virtud.

99. XXV. "Mordiendo el talón del caballo." Es obvio que es el carácter que sacude la estabilidad de lo creado y perecedero quien ataca el talón;[49] y que lo que ha sido comparado a

un caballo son las pasiones. La pasión es, en efecto, como el caballo, de cuatro extremidades,[50] impulsiva, rebosante de confianza y petulante por naturaleza, pero el principio de la templanza ama el: morder, herir y destrozar a la pasión. Y, cuando la pasión ha caído en la celada y ha sido abatida, "el jinete caerá hacia atrás". Por "el jinete" debemos de entender "la inteligencia que cabalga sobre las pasiones", la que cae de las pasiones, cuando éstas han sido descubiertas y "echadas por tierra."

[49] El término griego *pternízein* (derivado de pierna = talón} significa literalmente golpear o atacar por el talón, pero posee varios sentidos figurados, tales como engañar, suplantar por engaño (como Jacob a Esaú en la primogenitura), hacer zancadillas, dar por tierra o descalabrar. De allí las conclusiones que siguen, a lo largo de las cuales Filón emplea el verbo en varios de sus sentidos.

[50] Alusión a las cuatro pasiones: dolor, placer, temor y deseo.

100. Está bien dicho que no es hacia adelante hacia donde cae el alma; porque no debe el alma marchar delante de las pasiones sino detrás de ellas, para así aprender a controlarse. En esa afirmación contiénese una sana doctrina, pues, si el alma, habiéndose lanzado hacia el proceder culpable, desistiese de ello y cayese hacia atrás, no incurrirá en falta; y si, movida hacia la irracional pasión, no se precipitare tras ella sino se mantuviere a la zaga» alcanzará el fruto más excelente, que es la carencia de pasiones.

101. Por eso también, Moisés, seguro de que la caída "hacia atrás" equivale al liberarse de las pasiones, añade "esperando la salvación del Señor"; porque es realmente por Dios por quien es salvado quien cae fuera de ellas y no llega a concretarlas en actos. ¡Ojalá cayere mi alma con caída tal; y jamás monte el caballo indómito de la pasión, para que, habiendo esperado la salvación de Dios, alcance la felicidad.

102. Por ello, también, Moisés en su canto celebra a Dios porque "arrojó al caballo y al montado en él al mar" (Ex. XV, 1); es decir, arrojó a las cuatro pasiones y a la inteligencia mísera que monta sobre ellas, a la completa ruina y al abismo sin límites. Y éste es el asunto capital de todo el canto poco más o menos, y todos los demás refiérense a él. Y es verdad; pues, si la ausencia de pasión llegare a adueñarse del alma, ésta alcanzará la felicidad completa.

103. XXVI. Pero, es preciso examinar por qué razón dice Jacob que "el jinete caerá hacia atrás" (Gen. XLIX, 17), y en cambio, Moisés canta que fueron arrojados al mar el caballo y el que lo montaba. Pues bien, debemos señalar, al respecto, que el arrojado al mar es el carácter egipcio, que, aunque huye, lo hace bajo el torrente de las pasiones; mientras que el jinete caído hacia atrás no es de aquellos que aman las pasiones. La prueba está en que éste es "jinete", mientras que aquél es "una persona montada".

104. Un jinete, pues, tiene como cometido propio domar el caballo y sujetarlo de las bridas cuando se encabrita; en tanto que el papel del que simplemente monta es dejarse llevar por donde el animal fuere. Otro tanto ocurre en el mar: es tarea propia del piloto guiar la nave, mantener y rectificar el rumbo; en tanto que del pasajero es experimentar cuanto le sucediere a la nave. Por eso el jinete, que doma las pasiones, no es arrojado al mar; y, desmontado de ellas, aguarda la salvación del Señor.

105. Ahora bien, la sagrada palabra prescribe en el Levítico comer "de los animales reptantes los que caminan sobre cuatro patas y tienen piernas sobre sus pies, de modo que saltan mediante ellas" (Lev. XI, 21), entre los que se cuentan la langosta sin alas, el ataco,[51] el

saltamontes y el ofiómaca [52] en cuarto término. Y así debe ser, porque, si el reptil placer es cosa que no alimenta sino daña, seguramente la naturaleza que combate contra el placer es muy nutritiva y salutífera, y ella no es otra que la templanza.

[51] Una de las especies de langostas.

[52] Otra especie de saltamontes. Su nombre *opluomákhes* significa literalmente: que combate a las serpientes.

106. Combate, pues, oh inteligencia mía, contra toda pasión y sobre todo contra el placer, porque ciertamente "la serpiente es la más astuta de todas las bestias que Dios Soberano ha creado sobre la tierra." (Gen. III, 1.)

107. En efecto, el placer es la creatura más astuta que existe. ¿Por qué? Porque todas las cosas están sujetas a él y la vida de los ruines es dominada por él, y por cierto que las cosas producidas por el placer son alcanzadas mediante todo género de ardides: el oro, la plata, la gloria, los honores, los altos cargos, los materiales de las cosas perceptibles por los sentidos, las artes mecánicas y todos los arbitrios, de muy variadas especies, que nos procuran placer. A causa del placer somos culpables, y las acciones culpables no se dan sin una extrema astucia.

108. Por lo tanto, opónle el ofiómaca, es decir, el discernimiento; y libra contra él hasta el fin la más noble de las contiendas; y esfuérzate en la lucha contra el placer, vencedor de todos los otros; para así alcanzar la noble y gloriosa corona, que asamblea humana alguna ha conferido jamás.

INTERPRETACIÓN ALEGÓRICA III

1. I. "Y se ocultaron Adán y su mujer fuera de la presencia de Dios Soberano en medio del bosque del parque." (Gen. III, 8.) Expone Moisés una doctrina que nos enseña que el hombre malvado es un desterrado. Siendo, en efecto, la virtud una ciudad propia de los sabios, el que no es capaz de tener parte en la virtud queda excluido de esa ciudad, de la que el hombre malvado es incapaz de formar parte. Queda, pues, excluido y desterrado solamente el malvado. Y el desterrado de la virtud al punto se ha ocultado de la vista de Dios; ya que, si los sabios, por ser Sus amigos, están a la vista de Dios, resulta claro que todos los malvados desaparecen y se ocultan de Él, como cabe esperar en hombres que combaten y detestan a la recta razón.

2. Y así, el legislador atestigua que el hombre malvado es un hombre sin ciudad y sin hogar, cuando, refiriéndose a Esaú, hombre de áspero carácter y diestro en el vicio, dice: "Esaú, que era un experto cazador, era un hombre de campo." (Gen. XXV, 27.) No está, en efecto, en la naturaleza de ese cazador de pasiones que es el vicio el habitar en la ciudad de la virtud, y sí el perseguir una vida rústica e inculta con grande insensatez. Por el contrario, Jacob, el pleno de sabiduría, es, sin duda, un hombre de ciudad y tiene como residencia la virtud. Y por eso, dice Moisés acerca de él: "En cambio, Jacob era un hombre sencillo, que habitaba en una casa." (Gen. XXV, 27.)

3. Por la misma razón dice también: "Porque temían a Dios, las parteras construyeron casas para sí." (Ex. I, 21.) Es que las almas inclinadas a investigar los secretos ¡misterios de Dios, lo que, precisamente, significa "traer a la vida a los varones" (Ex. I, 17), edifican las prácticas virtuosas, en las cuales están determinadas a residir.
Mediante estas consideraciones ha quedado aclarado cómo el hombre malvado es un hombre sin ciudad y sin hogar, vale decir, un desterrado de la virtud; en tanto que el hombre de bien ha recibido como patrimonio el tener a la sabiduría como ciudad y morada.

4. II. Veamos a continuación qué se entiende por ocultarse alguien de la vista de Dios. Como no se la interprete en forma simbólica, será imposible aceptar esta afirmación, por cuanto Dios llena todas las cosas, las penetra todas y nada queda vacío o desocupado de Su presencia. ¿En qué lugar, entonces, habría alguien de situarse en el que Dios no esté presente? Moisés confirma esto también en otros pasajes diciendo: "Dios está arriba en el cielo y abajo sobre la tierra, y nada más hay excepto Él" (Deut. IV, 39); y también: "Aquí estoy desde antes de que existieras tú." (Ex. XVII, 6.) Dios, en efecto, está antes que toda créatura, y se halla en todas partes; de modo que resulta imposible ocultarse de Él.

5, ¿Y por qué nos admiramos, si, suceda lo que sucediere, tampoco podríamos huir ni ocultarnos de aquellos elementos de la creación que se dan en mayor número de cosas? Intente, por ejemplo, huir alguien del agua, del aire, del firmamento o del mundo todo. Por fuerza tiene que permanecer rodeado por ellos, porque, claro está, a nadie le será posible huir fuera del mundo.

6. Luego, siendo, como es, el hombre incapaz de ocultarse de las partes del mundo o del mundo mismo, ¿le sería posible ocultarse de Dios? En modo alguno. ¿Cómo entender, entonces, lo de "se ocultaron"? El hombre malvado cree que Dios se halla en algún lugar, no conteniéndolo sino siendo contenido, y por ello entiende además que puede ocultarse de Él seguro de que la Causa no se halla en aquel lugar en que él tiene determinado esconderse.

7. III. Una posible interpretación de esto es la siguiente: en el hombre malvado la verdadera

opinión acerca de Dios hállase envuelta en sombras y oculta, pues se encuentra llena de oscuridad, ajena a la Divina claridad necesaria para investigar lo que son las cosas. El hombre de esta clase está desterrado de la Divina presencia lo mismo que el leproso o el que padece derrames;[1] de los cuales el primero, que presenta dos colores diferentes,[2] no obstante ser una sola la Causa, es decir, el Autor de todas las cosas, confunde como causas en un mismo todo a Dios y a la creación, naturalezas opuestas; en tanto que el afectado por derrames hace derivar todas las cosas del mundo y retomar todas a él, considerando que nada ha sido creado por Dios; saliéndonos para ello, como secuaz de la opinión de Heráclito que es, con asertos tales como "la saciedad y la necesidad", "la unicidad del universo" y "la recíproca transformación de todas las cosas".

[1] Evidente alusión a Heráclito y su teoría de que todo fluye o deviene.

[2] Referencia a la coloración de la piel del leproso: carne viva y color natural.

8. Por eso dice la Divina palabra: "Arrojen fuera del alma santa a todo leproso y a todo el que padece derrames, y a todo impuro en el alma, tanto varón como mujer" (Núm. V, 2 y 3), y a los eunucos, con los órganos reproductores del alma cortados, y a los fornicadores, que han rehuido la autoridad del Uno, a los cuales les está por completo vedada la participación en la asamblea de Dios. [3]

[3] Deut. XXIII, 2.

9. En cambio, los sabios discernimientos, no sólo no se ocultan sino anhelan ardientemente manifestarse. ¿No ves que Abraham "estaba aún en presencia del Señor y habiéndose aproximado a Él le dijo: 'No destruyas al justo junto con el impío' (Gen. XVIII, 22 y 23), 'al que Te es manifiesto y conocido junto con el que huye de Ti y evita Tu presencia? Porque éste es un impío; en cambio, el que permanece en Tu presencia y no huye es un justo; porque sólo a Ti, Señor, es justo honrar.

10. El hombre piadoso no se halla en el mismo plano que el impío; por el contrario, hemos de alegramos de que sea justo. Por eso dice: "No destruyas al justo junto con el impío." A Dios, en verdad, nadie alcanza a honrarlo como Él merece, sino simplemente como es justo. Porque, si es imposible retribuir aún a nuestros padres con beneficios iguales a los recibidos de ellos, dado que es imposible engendrarlos a su vez a ellos, ¿cómo no va a ser imposible recompensar y reconocer en la medida de Sus merecimientos a Dios, que ha producido el universo partiendo de la inexistencia? Con ello, ciertamente, nos proporcionó cada una de las virtudes.

11. IV. A través de tres ocasiones, pues, oh alma, es decir, a través de las tres partes que componen la totalidad del tiempo,[4] hazte manifiesta siempre a Dios, no arrastrando contigo la femenina pasión de los sentidos, sino emanando el incienso del varonil y esforzado ejercicio del discernimiento. En efecto, la sagrada palabra [5] determina que en tres ocasiones durante cada año se presente cada varón delante del Soberano Dios de Israel.

[4] Es decir, el pasado, el presente y el futuro. Filón, como en Sobra las leyes particulares, II, 42 y s., se refiere a que el culto divino debe ser interrumpido.

[5] Deut. XVI, 16.

12. Por esto, también Moisés, cuando hubo alcanzado la condición de presente ante Dios, huye del faraón, encarnación de la dispersión, quien se jacta diciendo que no conoce al Señor.[6] "Retiróse", leemos, en efecto, "de la presencia del faraón Moisés y residió en la tierra de Madián" (Ex. II, 15), es decir, en el discernimiento sobre las cosas de la naturaleza, "y se sentó sobre la fuente" (Ex. II, 15) aguardando para ver qué "bebida haría llover Dios para su

alma sedienta y deseosa del bien.
[6] Ex. V, 2.

13. Aléjase, pues, del faraón, es decir, de la opinión que desconoce a Dios y ejerce la soberanía sobre las pasiones; y marcha hacia Madián, vale decir, el discernimiento, averiguando si le cabe ahora el permanecer en la tranquilidad o habrá de entrar nuevamente en controversia con el ruin para destruirlo. Considera si atacándolo prevalecerá hasta alcanzar la victoria, por lo que, repito, se mantiene quieto a la espera de si Dios habrá de concederle mediante un profundo y nada superficial discernimiento una fuente capaz de ahogar bajo sus aguas la embestida del rey de los egipcios, es decir, la embestida de sus pasiones.

14. Y por cierto que es considerado merecedor de la gracia, ya que, habiendo emprendido la contienda por los fueros de la virtud no cesa en la lucha hasta que contempla postrados y fuera de acción a los placeres. Por eso Moisés, en realidad, no huye del faraón; en tal caso hubiera escapado para no retornar; simplemente se retira, es decir, hace un alto en la pelea, como un atleta cuando respira y busca recobrar el alimento; hasta que, habiendo logrado, mediante divinas palabras, la ayuda de la sabiduría y de las demás virtudes, se lanza al ataque con fuerza irresistible.

15. En cambio, Jacob, pues es un suplantador,[7] que va adquiriendo la virtud no sin esfuerzo, mediante metódicos artificios (su nombre, en efecto, aún no había sido cambiado por el de "Israel")[8], huye de Labán y de los bienes de éste, es decir, de los colores, de las formas y de los cuerpos en general, a los que la naturaleza ha conferido el poder de dañar a la inteligencia a través de los sentidos. En efecto, puesto que no podía vencerlos completamente haciéndoles frente, huye temiendo la derrota en manos de ellos; siendo por ello muy merecedor de aprobación. "Haréis", dice, en efecto, Moisés, "precavidos a los hijos del vidente"; [9] (Lev. XV, 31) mas no atrevidos y amantes de lo que está por sobre sus posibilidades.
[7] Jacob, que suplantó a su hermano mayor Esaú en la primogenitura, mediante la astucia.
[8] Gen. XXII, 28. No es aún "el que ve a Dios".
[9] Israel o Jacob.

16. V. "Y engañó Jacob a Labán el sirio, manteniéndolo ignorante de su huida. Y huyó con todas sus cosas y atravesó el río y tomó el camino del Monte Galaad." (Gen. XXXI, 20 y 21.) Nada más natural que el ocultar que huye y no comunicarlo a Labán, encarnación del discernimiento que está a merced de los sentidos. Por ejemplo, si habiendo visto una belleza, te sintieres cautivado por ella y estuvieres a punto de perderte por alcanzarla, huye de su vista en secreto y no lo comuniques ya a la inteligencia, es decir, no vuelvas a pensar en ella ni a ocuparte de ella; porque los recuerdos prolongados, al imprimir profundas huellas en la inteligencia, la dañan y frecuentemente la precipitan en la ruina contra su voluntad.

17. El mismo principio vale para todas las atracciones, cualquiera fuere el sentido que en ellas interviniere. En estos casos la salvación reside en la secreta fuga; seguir con el recuerdo, en cambio, hablar de él, volver sobre él insistentemente oprime y esclaviza violentamente al discernimiento. Por lo tanto, oh inteligencia mía, si estuvieres a punto de quedar presa de algún objeto sensible presente ante ti, jamás trabes relación con él ni lo frecuentes, para que no seas dominada y precipitada en la desgracia. Al contrario, huye libre y presurosa prefiriendo la indomable libertad a la mansa esclavitud.

18. VI. Ahora bien, ¿por qué razón, como si Jacob ignorara que Labán es sirio, dice Moisés: "Ocultó Jacob a Labán el sirio"? También esto encierra una explicación no sin importancia.

En efecto. Siria significa "regiones altas". Jacob, pues, es decir, la inteligencia que se ejercita, cuando ve a la pasión en actitud humilde, se mantiene en su sitio calculando por las respectivas fuerzas que vencerá; pero cuando la pasión aparece elevada, engreída y altanera, la inteligencia que se ejercita huye ella primero, seguida de inmediato por todas las partes de su ejercicio, a saber: lecturas, reflexiones, actos serviciales, recuerdos de las cosas nobles, autodominio, práctica de las obligaciones ordinarias; y atraviesa el río de los sentidos, que sumerge y hunde al alma en las corrientes de las pasiones; y, habiéndolo cruzado, lánzase hacia la alta y excelsa región, vale decir, hacia el principio de la virtud perfecta.

19. En efecto, "tomó el camino del monte Galaad", y "Galaad" significa "migración del testimonio"; siendo Dios quien hace emigrar al alma desde las pasiones, personificadas en Labán; y le da testimonio de que su migración es provechosa y conveniente, y la guía desde las cosas ruines que toman al alma baja y rastrera, hacia la altura y grandeza de la virtud.

20. Por eso Labán, el amigo de los sentidos, que obra conforme con ellos y no según la inteligencia, se irrita, lo persigue y le dice: "¿Por qué has huido en secreto" (Gen. XXXI, 26) 'y no has permanecido en el goce del cuerpo y en la doctrina que escoge los bienes corporales y exteriores? No sólo has huido de esta concepción de vida sino me has arrebatado también la sensatez, es decir, a Lía y Raquel'. Éstas, en efecto, mientras permanecían con el alma, producían en ella sensatos pensamientos; pero, al partir dejáronle ignorancia y necedad. Por eso él añade: "Me has robado", es decir, 'me has arrebatado la sensatez'.

21. VII. El legislador aclarará en qué consiste el ser sensato. Agrega, efectivamente: "Y te has llevado a mis hijas como prisioneras de guerra" (Gen. XXXI, 26); y "Si me hubieras avisado, yo te hubiera hecho partir." (Íd. 27) Tú no hubieras hecho partir cosas antagónicas unas de otras.[10] Porque, si hubieras realmente hecho partir y dado libertad al alma, le hubieras quitado todos los sonidos tocantes al cuerpo y a los sentidos; porque así es como la inteligencia se redime de los vicios y las pasiones. Pero la realidad es que dices, por una parte, que estás dispuesto a hacerla partir libre; mas, por otra, a través de los hechos confiesas que la hubieras tenido en prisión. Porque, si las hubieras enviado "con músicas, tamboriles y cítaras" (Gen. XXXI, 27) y con los placeres propios de cada uno de los sentidos, en realidad no la hubieras hecho partir.[11]

[10] Como son el verdadero bienestar y los deleites inferiores, representados por la "música, el tamboril y el harpa", que menciona el texto bíblico.

[11] En otras palabras: si lo que entiendes por dejar partir libre es eso, lo que hubieras hecho no hubiera sido dejar partir libre sino todo lo contrario.

22. Porque, no es sólo de ti de quien huimos, oh Labán, amigo de los cuerpos y los colores, sino también de todas tus cosas, entre las que se cuentan también las voces de los sentidos, voces acordes con los actos de las pasiones. Hemos, en efecto, realizado por nuestra parte, como hombres ejercitados en la virtud que somos, un estudio necesario, que también Jacob realizó, para arruinar y destruir a los dioses extraños a1 alma, dioses fabricados de metal, cuya fabricación prohibió Moisés,[12] y que equivalen a la disolución de la virtud y la felicidad y a la formación y fijación del vicio y las pasiones; pues el material que se moldea, tras ser derretido, adquiere de nuevo fijeza.

[12] Lev. XIX, 4.

23. VIII. Dice el legislador lo siguiente: "Y dieron a Jacob los dioses ajenos, que tenían en sus manos y los aretes que pendían de sus orejas; y Jacob los escondió debajo del terebinto que estaba en Siquem." (Gen. XXXV, 4.) Éstos son los dioses de los hombres mines. No dice que

Jacob los tomara, sino que los escondió y destruyó. Lo cual es del todo exacto, ya que el hombre de bien nada tomará con miras a enriquecerse de cosas procedentes del vicio; sino las ocultará y hará desaparecer en secreto.

24. Del mismo modo también, Abraham, dirigiéndose al rey de Sodoma, que intenta con artificios realizar un trueque de creaturas irracionales por seres racionales, de caballos por hombres, le dice que no tomará ninguna de sus cosas, sino "extenderá" la obra de su alma, a la que él llama simbólicamente "mano", "hacia el altísimo Dios" (Gen. XIV, 22), pues no tomará "desde un hilo hasta la correa del zapato" (Id. 22 y 23) cosa alguna perteneciente al rey, "para que éste no diga que ha hecho rico al vidente,[13] cuando lo que le está ofreciendo es pobreza a cambio de su riqueza en virtud".
[13] En este caso aplicase el epíteto de vidente a Abraham, aunque ordinariamente Filón lo refiere a Jacob o Israel.

25. Las pasiones están ocultas y guardadas siempre en Siquem,[14] cuyo nombre significa "hombro"; porque quien se esfuerza[15] en procura de los placeres es inclinado a cuidar los placeres; pero son, en cambio, destruidas y arruinadas en la esfera de acción del hombre sabio, y no por corto tiempo, sino "hasta el día de hoy", vale decir, por siempre, ya que todo el transcurso del tiempo se mide con relación al hoy, pues el ciclo diario es la medida de todo tiempo.
[14] Ver Sobre la migración de Abraham 221.
[15] Filón relaciona los hombros con el trabajo, seguramente, a través del verbo *omízesthat* = llevar sobre los hombros, de la misma raíz que *omía* y *omfasis* = hombro.

26. Por eso, también, Jacob da a José como porción escogida Siquem,[16] es decir, las cosas concernientes al cuerpo y a los sentidos, por cuanto él ocúpase de trabajar en ellas; y en cambio, a Judá, el que confiesa su reconocimiento, no da presente alguno fuera de la alabanza, los himnos y los magníficos cantos de parte de sus hermanos.[17] Jacob recibe Siquem, no de Dios, sino "ganándola con la espada y por los arcos" (Gen. XLIX, 22), es decir, con las palabras que penetran y defienden. En efecto, el sabio somete a su voluntad aun las cosas secundarias, mas, en habiéndolas sojuzgado, no las guarda sino hace merced de ellas a quien por naturaleza es inclinado a las mismas.
[16] Gen. XLVIII, 22.
[17] Gen. XLIX, 8.

27. ¿No ves que, aunque aparentemente recibe los dioses, no se queda con ellos, sino los oculta, los hace desaparecer y los destruye para siempre lejos de sí mismo?[18] ¿Y a qué alma le fue dado ocultar y hacer desaparecer el vicio, sino a aquella a la que Dios ' Sé manifestó y a la que consideró digna de Sus secretos misterios? En efecto, Él dice: "¿Habré de ocultar Yo a Abraham, Mi siervo, las cosas que hago?" (Gen. XVIII, 17.) Bien está, oh Salvador, que Tú muestres Tus propias obras al alma que anhela el bien y que no le tengas oculta ninguna de Tus obras. Gracias a ello posee la fortaleza necesaria para huir del vicio y ocultar, cubrir de sombras y destruir siempre la dañosa pasión.
[18] Gen. XXXV, 4.

28. IX. Queda, pues, ya demostrado de qué manera el hombre ruin es un desterrado y se oculta de Dios. Examinemos ahora dónde se oculta. Dice Moisés que "en medio del bosque del parque" (Gen. III, 8), es decir, en el centro de la inteligencia, la que, a su vez, es el centro mismo de lo que podemos denominar el parque del alma entera. Y así es: el que huye de Dios fúgase hacia sí mismo.

29. Siendo, en efecto, dos las inteligencias: la del universo, que es Dios, y la inteligencia individual; el que huye de su propia inteligencia se fuga hacia la del universo, pues aquel que abandona su propia inteligencia confiesa que nada importa cuanto produce la inteligencia humana, y todo lo refiere a Dios; pero en cambio, el que huye de Dios afirma que Éste no es autor de cosa alguna, y que es él mismo quien produce todo cuanto adquiere existencia.

30. Tal el caso de muchos que afirman que todas las cosas que hay en el mundo se desarrollan automáticamente sin alguien que las guíe; y que es la inteligencia humana la que por sí sola ha establecido las artes, las profesiones, las leyes, las costumbres, las formas de convivencia comunitaria, y los principios de la justicia colectiva y privada tanto para los hombres como para los animales irracionales.

31. Ahora bien, tú, oh alma mía, ves la diferencia entre ambas opiniones. La una, en efecto, abandonando a la inteligencia particular, creada y mortal, y se acoge sin retaceos al patrocinio de la Inteligencia universal, increada e inmortal; la otra, por el contrario, negando la dignidad Divina, recurre erróneamente a la alianza de la inteligencia que es incapaz de prestar auxilio alguno, ni siquiera a sí misma.

32. X. Por esto dice también Moisés que "si el ladrón fuere descubierto horadando un muro y muriere al ser golpeado, no es culpable de asesinato, pero si el sol hubiere salido ya sobre él, será convicto y dará reparación con su muerte".[19] (Ex. XXII, 2 y 3.) En efecto, si alguien horadare la aseveración firme, saludable y recta que testimonia la omnipotencia que a Dios solamente pertenece, abriendo en ella una brecha, y fuere sorprendido en el momento de hacerlo, es decir, en la horadada y violada doctrina que concibe que quien obra es la inteligencia de cada uno y no Dios, es un ladrón que sustrae lo que pertenece a otro.

[19] Por supuesto, el texto bíblico dice otra cosa, y es lo siguiente: "Si el ladrón fuere descubierto horadando un muro y muriere al ser golpeado, el que lo golpeare no es culpable de asesinato (literalmente: para aquél no existe culpa de asesinato); pero, si el sol hubiera salido ya sobre él (sobre el ladrón), su matador será convicto y dará reparación con su muerte." Filón, extremando su sutileza, aprovecha la circunstancia de que en la prótasis del primer período hipotético del pasaje el texto griego no menciona al matador, ni lo hace tampoco en la apódosis del segundo; y entiende? que el dativo *autói* = para aquél o para el mismo (que, indudablemente, se refiere al matador) señala al ladrón. Lo cual le permite la siguiente» interpretación: Si la inteligencia que se envanece de sí misma y desconoce a Dios no alcanza a traducir en hechos sus opiniones, ha de dársela por muerta y puede considerársela libre de culpa como al ladrón muerto en las sombras de la noche; no así en caso de que "hubiere salido ya el sol", es decir, en caso de que se hayan concretado sus ocultas intenciones.

33. Porque todas las cosas son posesión de Dios, de modo que quien se asigna algo a sí mismo se apropia de algo ajeno y recibe un golpe dolorosísimo y difícil de remediar, es decir, la presunción, cosa que raya en la ignorancia y la necedad. Moisés omitió mencionar al autor del golpe. Es que éste no es otro que el mismo golpeado. Así como quien se frota a sí mismo es también el frotado, y quien se mata es simultáneamente matado, por cuanto la misma persona concentra en sí la actividad del que ejecuta y la receptividad del que es afectado; del mismo modo el que roba lo que pertenece a Dios y se lo atribuye a sí mismo, resulta ultrajado por su propia impiedad y presunción.

34. Y ojalá perezca por efectos de los golpes, es decir, ojalá se quede sin llevar a cabo sus

propósitos; porque aparecerá menor su delito. En efecto, unas veces el vicio se presenta en reposo, otras en movimiento. Cuando está en movimiento se precipita hacia la plena concreción de sus designios, por lo mismo, es peor que el estacionario.

35. En consecuencia, si la inteligencia que imagina que ella es la causa de cuanto llega a existir y no Dios, pereciere, es decir, se quedare tranquila y se reprimiere, no habrá incurrido en culpa de asesinato; en otras palabras, no habrá consumado la destrucción de la excelsa doctrina que atribuye a Dios la totalidad de los poderes. Si, en cambio, se hubiere elevado el sol, es decir, la inteligencia, cuya claridad es patente en nosotros, y estimare que es ella la que discierne las cosas, ella la que lo decide todo sin que nada, se le escape, es culpable y morirá para reparar la excelsa doctrina que ha destrozado, doctrina según la cual Dios es la única causa. Morirá por cuanto es hallada sin remedio y realmente muerta en sí misma, es decir, por cuanto se ha convertido en autora de una doctrina irracional, mortal y errónea.

36. XI. Ésta es también la causa por la cual la sagrada palabra maldice al que coloca en un lugar oculto una imagen grabada o fundida, producto de las manos de un artífice.[20] En efecto, ¿por qué, oh inteligencia, acumulas y atesoras esas ruines opiniones: la que sostiene que Dios, al que no es atribuible cualidad alguna, es de orden cualitativo tal como son los grabados; y la que, no obstante ser Él incorruptible, lo concibe corruptible tal como las imágenes fundidas; en vez de sacarlas al descubierto para que seas instruida por los expertos en la verdad sobre lo que te conviene aprender? Tú, en efecto,, crees ser hábil, porque estás práctica en groseros métodos de persuasión con los que te es posible combatir la verdad; pero tu impericia se hace patente en tu indiferencia por remediar esa penosa enfermedad de tu alma que es la ignorancia.

[20] Deut. XXVII, 15.

37. XII. Que el hombre ruin, huyendo del Que Es, se encierra en su propia incoherente inteligencia, lo testimoniará Moisés, el "que mató al egipcio y escondió sus restos en la arena" (Ex. II, 12), o lo que es lo mismo, tomó debida cuenta del hombre que sostiene que las cosas del cuerpo tienen preeminencia y juzga que las del alma no son nada, considerando a las pasiones como un fin.

38. Habiendo observado, en efecto, el trabajo impuesto por el rey de Egipto, vale decir, por el vicio conductor de las pasiones, al que ve a Dios;[21] ve al hombre egipcio, es decir, a la humana y perecedera pasión, golpeando y ultrajando al vidente; y después de pasear la mirada por toda el alma hacia aquí y hacia allá, y de no ver a nadie firmemente situado,[22] excepto Dios, el Que Es, y contemplar revueltas, en cambio, y agitadas las demás cosas, tras golpear y reconocer prolijamente al amante de los placeres, ocúltalo en la incoherente y confusa inteligencia del mismo, inteligencia privada de cohesión y unión con las cosas elevadas.

[21] Ex. II, 11. "Al que ve a Dios", es decir, a Israel.

[22] "Habiendo paseado la mirada en derredor hacia uno y otro lado, no ve a nadie..." (Ex. II, 12). Lo de "incoherente", literalmente "dispersa", es interpretación alegórica de la arena.

39, Este hombre, pues, ha venido a quedar oculto en sí mismo. El opuesto a éste huye, en cambio, de sí mismo y se refugia en el Dios de cuanto existe. XIII. Por esto dice el legislador: "Sacóle fuera y le dijo: 'Levanta tu vista hacia el cielo y cuenta las estrellas'." (Gen. XV, 5.') Nosotros, insaciables en nuestro amor por la virtud, deseamos abarcar esas estrellas y examinarlas a fondo, mas escapa a nuestras fuerzas el medir la riqueza de Dios.

40. A pesar de eso, gracias sean dadas al Que ama prodigar dones, por decirnos de esta

manera que Él ha colocado en nuestra alma gérmenes radiantes, brillantes y totalmente intelectuales, tal como ha colocado las estrellas en el cielo. Pero, ¿no es ocioso el agregar "fuera" a "lo sacó"? Porque, ¿quién saca hacia adentro? Sin embargo, lo que quiere significar es seguramente lo siguiente: lo sacó hacia el espacio más exterior, no hacia cualquier sitio de afuera que pueda ser encerrado por otros. En efecto, así como en las casas las habitaciones de los hombres son más exteriores que las de las mujeres, y el patio está más adentro que ellas; y la puerta del patio es exterior a éste, pero está adentro respecto de la puerta de entrada; del mismo modo también en la esfera del alma lo que esta. fuera de una parte puede estar dentro de otra.

41. De la siguiente manera hemos, pues de entender el pasaje: sacó a la inteligencia hacia la parte más exterior. ¿Qué ventaja habría, en efecto, en que ella abandonara al cuerpo, pero se refugiara en la sensibilidad? ¿Qué ganaría renunciando a la sensibilidad para acogerse a la palabra? [23] Es preciso, pues, que la inteligencia que ha de ser "sacada" y dejada en libertad, se aparte de todo: de las necesidades del cuerpo, de los órganos sensoriales, de los argumentos capciosos, de la retórica persuasiva, y por último de ella misma.

[23] O el logos pronunciado. Ver Sobre los querubines, nota 8.

42. XIV. Por ello también en otra ocasión Moisés se jacta diciendo: "El Señor, el Dios del cielo y el Dios de la tierra, que me sacó de la casa de mi padre." (Gen. XXIV, 7.) En efecto, no es posible que llegue a estar junto a Dios quien reside en un cuerpo y entre la raza mortal; eso sólo es dado a aquel a quien Dios libera de la prisión.

43. Por este motivo también Isaac, la alegría del alma, cuando medita y está a solas con Dios, se marcha dejando atrás a su propia persona y a su propia inteligencia. Léese, en efecto: "Salió Isaac hacia la campiña al atardecer para meditar." (Gen. XXIV, 63.) Y Moisés, la palabra profética, dice: "Cuando salga de la ciudad extenderé mis manos." (Ex. IX, 29.) La ciudad es el alma, pues ésta es también una ciudad del ser viviente, a quien da leyes y costumbres. Extenderé y expondré todas mis obras ante Dios llamándolo para que sea testigo e inspector de cada una de ellas, Él, a quien por ley natural no puede el vicio pasar inadvertido, sino debe por fuerza mostrarse sin máscaras y manifestarse claramente.

44. Cuando el alma en todas sus palabras y obras se ha tornado diáfana y próxima a la Divinidad, cesan las voces de los sentidos y todos sus importunos y detestables ecos. Porque lo visible invoca y llama hacia sí a la vista; el sonido al oído; el aroma al olfato y, en general, lo sensible invita hacia sí a la sensibilidad, pero todo esto cesa cuando la inteligencia, abandonando la ciudad del alma, atribuye a Dios el origen de sus obras y reflexiones.

45. XV. Y ciertamente están "pesadas las manos de Moisés" (Ex. XVII, 12); porque así como las acciones del hombre ruin son livianas e inconsistentes, las del hombre sabio serán seguramente pesadas, estables e inconmovibles; razón por la cual éstas son sostenidas por Aarón, la palabra, y Hor, que representa la luz. Y como ninguna luz hay en las cosas más clara que la verdad, lo que quiere Moisés mostrarte de manera simbólica es que las acciones del sabio son sostenidas por las dos cosas más necesarias, la palabra y la verdad. Por eso también, cuando muere Aarón, es decir, cuando ha sido hecho perfecto, es subido hacia Hor, que es la luz;[24] porque la perfección de la palabra es la verdad, cuya claridad se extiende más allá de la luz, y en procura de la cual se esfuerza la palabra.

24 Núm. XX, 25.

46. ¿No ves que al recibir Moisés de Dios el tabernáculo,[25] es decir, la sabiduría, en la que

acampa y reside el hombre sabio, lo fijó, lo dotó de firme estructura y lo asentó sólidamente, no en el cuerpo, sino fuera de él? A éste, en efecto, lo representa en la figura de una fortaleza, de un campamento lleno de peleas y de cuantos males trae consigo la guerra, y en el que está completamente ausente la paz. "Y fue llamado 'tabernáculo del testimonio'" (Ex. XXXIII, 7), vale decir, 'sabiduría testimoniada por Dios'; y en efecto, "todo el que buscaba al Señor salía en dirección a Él". Afirmación en todo acertada; porque si buscas a Dios, olí inteligencia, sal fuera de ti misma y búscalo diligentemente; si, en cambio, permaneces en los embarazos del cuerpo o en las presunciones que encierra la inteligencia, no habrá en ti tal búsqueda de las cosas Divinas, aunque fingieres que las buscas.
25 Ex. XXXIII, 7.

47. Pero no es seguro que, aun cuando lo buscares, halles a Dios; a muchos, efectivamente, no Se ha manifestado, resultando infructuoso su empeño del principio al fin. Con todo, la simple búsqueda basta por sí sola para hacernos partícipes de bienes, porque siempre los intentos en procura del bien, aunque no alcanzaren plenamente su objeto, regocijan por anticipado a quienes se empeñan en ellos.

48. Así pues, el hombre ruin, huyendo y ocultándose de Dios, se refugia en su propia inteligencia, enfermizo auxiliar; en tanto que el hombre de bien, por el contrario, abandonándose a sí mismo, se vuelve hacia la aprehensión del Uno, obteniendo así la victoria en una noble carrera, en éste que es el más excelente de los certámenes.

49. XVI. "Y llamó Dios Soberano a Adán y le dijo: '¿Dónde estás?'" (Gen. III.,9.) ¿Por qué sólo Adán es llamado, siendo así que también su mujer estaba oculta con él? Ante todo es preciso señalar que la inteligencia es llamada, dondequiera se hallare,[26] cada vez que recibe un reproche tendiente a poner freno a su claudicación. Pero no sólo ella es la llamada, sino también todas sus facultades; porque sin las facultades la inteligencia por sí misma se encuentra desnuda y es como si no existiese. Y una de sus facultades es la sensibilidad, que es la mujer.
[26] Es decir, cualquiera fuere su situación.

50. Por lo tanto, juntamente con Adán es también llamada la mujer, es decir, la sensibilidad. Pero no la llama Dios a ella particularmente. ¿Por qué? Porque, siendo, como es, irracional, no está en condiciones de recibir por sí misma una reprensión, ya que ni la vista, ni el oído, ni ninguno de los otros sentidos es capaz de recibir instrucción; de modo que no les es posible abocarse a la aprehensión de los objetos. Aquél que creó a la sensibilidad solamente le confirió la facultad de distinguir entre las cosas materiales. La inteligencia, en cambio, es la que recibe instrucción, y por eso Dios la llama a ella y no a la sensibilidad.

51. XVII. La expresión "*Poû eí*"[27] puede ser explicada de varias maneras. Primeramente, no en forma interrogativa, sino enunciativa, como equivalente de "Te hallas en algún lugar", pronunciada en este caso con acento grave: " *Poû eí*". En efecto, puesto que habías pensado que Dios se paseaba en el parque y que era contenido por éste, aprende que esa impresión tuya no era acertada, y escucha la suma verdad de la palabra que procede de la Divina Sabiduría; palabra según la cual Dios no se halla en lugar alguno, porque no es contenido sino contiene al universo; siendo la ubicación espacial característica de lo que adquiere existencia, por cuanto necesariamente es ello contenido y no contiene.
[27] Translitero la expresión *Poû eí* = dónde estás, en vez de insertar directamente la traducción, por ser imposible de otra manera captar las sutilezas fonéticas y semánticas de que hace gala Filón en el presente caso, aprovechando la circunstancia de que *Poû* puede ser indefinido,

exclamativo e interrogativo.

52. Según una segunda interpretación la expresión equivale a lo siguiente: ¡A dónde has venido a encontrarte, oh alma! ¡Por cuan grandes males has trocado tan grandes bienes! [Habiéndote llamado Dios a participar de la virtud, tú te has allegado al vicio; y habiéndote procurado el árbol de la vida, es decir, de la sabiduría con la que hubieras podido vivir, tú te has hartado en el goce de la ignorancia y la corrupción, prefiriendo el infortunio, es decir, la muerte del alma, a la felicidad de la verdadera vida!

53. La tercera interpretación es la interrogativa, para la cual caben dos respuestas. Una respuesta a la pregunta "¿Dónde estás?" es 'En ninguna parte. En efecto, ningún lugar tiene el alma del hombre ruin para acogerse y en el que asentarse. Ése es el motivo por el que también se dice que el hombre ruin es un hombre carente de lugar.[28] Un mal imposible de clasificar es calificado como carente de lugar.[29]
Y ése es el hombre ajeno al bien, que vive siempre alterado e inestable, vagando de un lado a otro como viento variable, y apartado totalmente de toda opinión firme.
[28] *Átopos* = sin lugar, significa además absurdo, extravagante, insensato, sentidos todos éstos que Filón asocia a la idea de hombre malvado.
[29] Es decir, no ubicable dentro de una determinada categoría, desubicado.

54. La otra respuesta que podría darse, y que es la que también empleó Adán, es ésta: 'Escucha dónde estoy: estoy donde están los que son incapaces de ver a Dios; donde están los que no escuchan a Dios; donde están los que se ocultan de la Causa; donde están los que huyen de la virtud; donde están los desnudos de sabiduría; donde están los que temen y tiemblan por falta de hombría y por cobardía de alma.' En efecto, cuando Adán dice: "Escuché Tu voz en el parque; tuve miedo porque estoy desnudo y me oculté" (Gen. III, 10); manifiesta todo cuanto acabo de decir; según lo expuse con la debida detención en las anteriores secciones.

55. XVIII. No obstante, en este momento Adán no está desnudo. Poco antes se ha dicho: "Hicieron cinturones para sí." (Gen. III, 7.) Pero también mediante esto quiere Moisés enseñarte que entiende por desnudez, no la del cuerpo, sino aquella por la cual la inteligencia se muestra desprovista y desnuda de virtud.

56. "La mujer", leemos, "que me diste por compañera,[30] ella me dio del árbol y comí." (Gen. III, 12.) Bien está el que diga, no "la mujer que me diste para mí", sino "por compañera"; porqué no me has dado la sensibilidad en propiedad, sino que también a ella la dejaste libre y sin trabas, y rebelde en cierta manera a los mandatos de mi discernimiento. Por ejemplo, si la inteligencia quisiere ordenar a la vista que se abstenga de ver, no por eso mirará ella menos lo que tiene ante sí. Y con el oído ocurre otro tanto: aunque la inteligencia le ordenare resueltamente no escuchar, si una voz le llegare, la recibirá perfectamente. Y por su parte el olfato, en viniendo olores hacia él, olerá, aun cuando la inteligencia le prohibiere acogerlos.
[30] En el pasaje se lee textualmente: "que diste conmigo (*met´emoú*)"; lo que tomado al pie de la letra permite a Filón llegar a las conclusiones del párrafo 57.

57. Por esto, Dios no "dio" la sensibilidad "al" ser animado, sino la "dio con" el ser animado. Esto significa lo siguiente: nuestra sensibilidad conoce todas las cosas junto con nuestra inteligencia y al mismo tiempo que ella. Por ejemplo, la vista se aplica a lo visible al mismo tiempo que la inteligencia. En efecto, el ojo ha visto el objeto corpóreo, y al instante la inteligencia ha aprehendido lo visto: que es negro o blanco o amarillo o rojo; triangular o

cuadrangular o redondo; o los restantes colores y formas. Y otro tanto ocurre en el caso del oído; ha recibido la impresión de la voz y al mismo tiempo la ha recibido la inteligencia. Lo' prueba el hecho de que ésta al punto ha reconocido si se trata de una voz baja o alta, armoniosa y rítmica o, por el contrario, si es destemplada y disonante. Y lo mismo se hace patente en el caso de los otros sentidos.

58. Completamente acertado también es haber agregado: "Ella me dio del árbol". En efecto, nadie, como no sea la sensibilidad, da a la inteligencia la masa "arbórea"[31] y perceptible por los sentidos. Porque, ¿quién ha dado a la inteligencia la posibilidad de conocer el cuerpo o la. blancura? ¿No fue acaso la vista? ¿Y quién, la de conocer la voz? ¿No ha sido el oído? ¿Y quién, el olor? ¿No ha sido el olfato? ¿Y quién, el sabor? ¿Acaso no ha sido el gusto? ¿Y quién, lo áspero y lo suave? ¿No ha sido acaso el tacto? Con todo acierto y verdad, entonces, ha dicho la inteligencia que 'sólo la sensibilidad me da las aprehensiones de las cosas corporales'.[32]

[31] O sea, material, corporal.

[32] Paráfrasis de "Ella me dio del árbol y comí." (Gen. III, 12).

59. XIX. "Y dijo Dios a la mujer: '¿Por qué has hecho esto?" Y ella dijo: 'La serpiente me engañó y comí'." (Gen. III, 13.) Una cosa es lo que Dios pregunta a la sensibilidad, y otra lo que ésta responde. En efecto, Dios inquiere algo acerca del hombre,[33] y ella no menciona a éste sino contesta algo referente a si misma, diciendo "comí" en vez de "di".

[33] Es decir, según Filón, Dios ha preguntado a la mujer por qué ha dado de comer del árbol a Adán; y ella se limita a responder "comí". Pero,. el aparente absurdo de la respuesta no es tal, ya que, en realidad, ha respondido con una gran verdad: comer ella y dar de comer al hombre van parejos, pues no bien la sensibilidad "come", es decir, capta las cosas sensibles, la inteligencia automáticamente "come", vale decir, aprehende a su vez lo captado por la sensibilidad.

60. Se me ocurre, pues, que si interpretamos esto en forma alegórica, solucionaremos la dificultad y demostraremos que la mujer responde acertadamente a lo que se le inquiere. En efecto, es necesario que, si ella ha comido, coma también el hombre; porque, cada vez que la sensibilidad se lanza hacia el mundo sensible y se llena con la representación del mismo, acto seguido también la inteligencia toma contacto con él, lo ase y se satura, en cierta manera, del alimento que él le proporciona. Y lo que ella dice es esto: He dado al hombre no por mi voluntad; porque, habiéndome vuelto yo hacia lo que tenía delante de mí, él, que es rapidísimo en sus movimientos, recibió por sí solo la imagen y la impresión.

61. XX. Observa que, mientras el hombre dice que la mujer ""ha dado", en cambio la mujer no dice que la serpiente ha dado sino que "ha engañado". Es que, así como es propio de la sensibilidad el dar; del placer artero y semejante a la serpiente, en cambio, lo propio es el engañar e inducir a error. Por ejemplo, la sensibilidad da a la inteligencia lo que por naturaleza es blanco, negro, caliente, frío, y no con engaño sino ajustándose a la verdad. Porque, como son las cosas que tiene ella ante sí así es la representación que llega a la inteligencia desde ellas, a estar a la opinión de la mayoría de los que investigan las cuestiones relativas a la naturaleza con no bastante precisión.[34] El placer, en cambio, no da a conocer a la inteligencia el objeto tal cual este es, sino lo falsea con artificio haciendo aparecer como provechoso lo que es dañoso.

[34] O "que no exageran (o extreman) la precisión en las investigaciones sobre la naturaleza." La expresión es difícil de entender y no se puede precisar a ciencia cierta a qué pensadores se refiere Filón. Tal vez, como propone Bailey, se trate de Empédocles, Leucipo y Epicuro.

Colson sugiere que la traducción podría ser "filósofos materialistas". En todo caso, es extraño que, buscando Filón un aval para lo que afirma, aparezca menoscabando la autoridad científica de las fuentes a que alude.

62. Análogamente, entre las cortesanas es posible ver a las feas tiñiéndose y pintándose el rostro para ocultar su fealdad; y es también el caso del hombre incontinente inclinado al placer del vientre. Éste, en efecto, acoge como un bien la abundancia de vino puro y de aderezados manjares, y sin embargo es dañado por ellos en el cuerpo y en el alma.

63. Asimismo, es posible ver cómo a menudo los enamorados enloquecen por las mujeres de más desagradable aspecto, mientras el placer los engaña describiéndoles, poco más o menos, las bellezas de formas y colores, la lozanía y proporción de partes de mujeres cuyas características son todas opuestas a ésas. Lo cierto es que ellos miran con indiferencia a aquellas que de veras están dotadas de belleza irreprochable, en tanto que desfallecen por aquellas que he señalado.

64. Engaños de toda especie son, pues, absolutamente normales en el placer; "dar", en cambio, es muy propio de la sensibilidad. El placer engaña y desorienta a la inteligencia mostrándole los objetos no como realmente son, sino como no son; la sensibilidad, en cambio, le da las cosas materiales con toda nitidez, tales como son por naturaleza, sin ficciones ni artificios.

65. XXI. "Y dijo Dios Soberano a la serpiente: 'Porque has hecho esto, maldita serás desde todos los ganados y desde[35] todas las bestias de la tierra; andarás sobre tu pecho y tu vientre, y comerás tierra todos los días de tu vida. Y pondré enemistad entre tú y la mujer, y entre tu simiente y la suya. Ella [36] vigilará sobre tu cabeza y tú vigilarás sobre su talón." (Gen. III, 14 y 15).

[35] Traduzco literalmente la preposición *apó* = desde, en vez de entre, por requerirlo la lectura en que Filón basará en el párrafo 107 su interpretación del pasaje.

[36] Ver nota 95.

66. ¿Por qué razón maldice a la serpiente sin darle ocasión para justificarse, siendo así que en otra ocasión manda, como es razonable, "que se presenten los dos entre los que tiene lugar la disputa" (Deut. XIX, 17) y no dar crédito a uno sin haber oído antes al otro? Y ves también que Dios no acepta por anticipado el testimonio de Adán contra su mujer sino da a ésta la oportunidad de defenderse cuando inquiere: "¿Por qué has hecho esto?" (Gen. III, 13.) Ella, por su parte, confiesa haber incurrido en falta a causa del engaño del artero placer, semejante a una serpiente. ¿Qué impedía, entonces, aun habiendo dicho la mujer que la serpiente la había engañado, que interrogase a la serpiente sobre si ella había cometido el engaño, en vez de maldecirla sin previo juicio y sin que mediara su autodefensa?

67. Debemos decir, por lo tanto, que la sensibilidad no es clasificable entre las cosas ruines ni entre las nobles, sino es algo intermedio, común al sabio y al necio; y tal que cuando se halla en el necio se toma ruin, y cuando se encuentra en el hombre de bien resulta noble. Es razonable, entonces, que, pues de por si no tiene una naturaleza depravada sino fluctuante y se inclina ora hacia el bien, ora hacia el mal, no sea juzgada culpable hasta que haya confesado que ha seguido a la peor parte.

68. La serpiente, en cambio, vale decir, el placer, es depravada de por sí. Por eso no se encuentra absolutamente en el hombre de bien; sólo el ruin disfruta de él. Como corresponde,

pues, niega Dios oportunidad de alegato a la serpiente, y la maldice pues no hay en ella germen de virtud, siendo culpable y malvada en toda ocasión y lugar.

69. XXII. Por esto también en el caso de Er sabe Dios que se trata de un malvado y sin que medie una acusación expresa sobre su culpa, lo mata.[37] Es que Él no ignora que nuestra masa de piel ("de piel", en efecto, significa "Er"), es decir, el cuerpo, es malvada e insidiosa contra el alma, un cadáver, una cosa siempre muerta. No pienses, en efecto, que cada uno de nosotros hace otra cosa que transportar un cadáver; ya que el alma sostiene y conduce sin esfuerzo ninguno al cuerpo, que de por sí es un cadáver. Y observa, si quieres, el vigor de ella.
[38] "Ahora", es decir, al cabo de un determinado tiempo, en la interpretación alegórica del pasaje.

70. El más vigoroso de los atletas no tendría fuerzas para transportar su propia estatua durante breve tiempo; el alma, en cambio, a veces hasta los cien años, transporta con facilidad la estatua del ser humano, y sin cansarse. No es ahora,[38] en efecto, cuando Dios mata a Er; por el contrario, desde el principio hizo que el cuerpo fuera un cadáver.
[37] Gen. XXXVIII, 7.

71. Malvado por naturaleza, repito, insidioso contra el alma, no a todos, sin embargo, aparece así, sino solo a Dios y a quien es amigo de Dios. Dice Moisés, en efecto: "Er era malvado a los ojos del Señor." (Gen. XXXVIII, 7.) Y la inteligencia, cuando se ocupa de las cosas celestes y se inicia en los misterios del Señor, juzga al cuerpo malvado y hostil. Pero cuando ella abandona la investigación de las cosas sagradas, lo considera amigo, pariente y hermano, como lo atestigua el hecho de que se refugie en las cosas que éste ama.

72. Por eso difieren el alma del atleta y el alma del filósofo. Porque, mientras el atleta todo lo refiere a la buena complexión del - cuerpo y, amante del cuerpo, como es, sacrificaría a la misma alma en provecho de aquél; el filósofo, en cambio, prendado de lo noble que vive en su propio ser, cuida del alma y no hace caso del cuerpo, un cadáver en realidad, teniéndolo en cuenta solamente, para que la parte más excelsa de su ser, el alma, no sea dañada por un ruin cadáver vinculado a ella.

73. XXIII. Ves que el que mata a Er no es el Señor sino Dios. Es que, al aniquilar al cuerpo, lo hace, no en su condición de Gobernante y Soberano, y empleando la autoridad sin límites de Su poder; sino usando de Su bondad y benevolencia ("Dios', en efecto, es el nombre de la bondad de la Causa), a fin de que conozcas que también a las cosas inanimadas las ha creado empleando, no la autoridad sino la bondad, tal como en el caso de los seres animados. Era, en efecto, necesario que para que se pusieran claramente de manifiesto las naturalezas superiores tuviera lugar también la creación de las inferiores por el mismo poder, es decir, la bondad de la Causa: bondad que se llama Dios.

74. ¿Cuándo, entonces, oh alma, te considerarás a ti misma, sin retaceos, portadora de un cadáver? ¿No será, acaso, precisamente cuando hayas alcanzado la perfección, y seas considerada digna de premios y coronas? En efecto, entonces es cuando serás amante de Dios y no amante del cuerpo, .Y alcanzarás las recompensas si se convierte en tu esposa la nuera de Judá, Tamar, cuyo nombre significa "palma", es decir, el símbolo de la victoria. He aquí la prueba. Cuando Er la ha tomado por mujer, de inmediato es hallado malvado y matado. Dice, en efecto, el legislador: "Y tomó Judá para su primogénito Er una mujer cuyo nombre era Tamar" (Gen. XXXVIII, 6); y agrega en seguida: "Y Er fue malvado a los ojos del Señor, y Dios lo mató." (Gen. XXXVIII, 7.) Y así es: cuando la inteligencia alcanza los premios de la

virtud, condena a muerte al cadáver, que es el cuerpo.

75. Ves tú que, por una parte, maldice a la serpiente sin admitirle alegato alguno, pues es el placer; y, por otra, mata a Er sin manifestar expresamente la causa, porque se trata del cuerpo. Y si lo examinas, amigo, hallarás que Dios ha creado en el alma naturalezas culpables y censurables, así como otras nobles y ponderables en todo sentido, tal como en el caso de las plantas y los animales.

76. ¿No observas que entre las plantas también a unas el Creador las ha formado aptas para el cultivo, útiles y saludables; mientras que a otras las hizo salvajes, dañinas y origen de enfermedades y de muerte, y que otro tanto ocurre con los animales? Entre estos últimos, sin duda alguna, creó también a la serpiente, de la que estamos ocupándonos ahora; ya que se trata de un animal dañino y mortífero de por sí. Pues bien, lo que la serpiente hace al hombre, eso mismo hace el placer al alma; por eso la serpiente es símbolo del placer.

77. XXIV. Así, pues, como Dios ha mostrado su repugnancia hacia el placer y el cuerpo sin manifestar las razones, así también ha favorecido a las naturalezas bien dispuestas sin que medien razones expresas, no habiendo, antes de brindarles sus alabanzas, reconocido obra alguna de ellas. Si alguien, pues, preguntara por qué dice Moisés que Noé halló gracia ante el Señor,[39] siendo así que anteriormente no había realizado, hasta donde llega nuestra información, ninguna obra meritoria, responderemos como corresponde diciendo que ello es prueba de que se trata de una naturaleza loable desde su nacimiento; su nombre, en efecto, significa "reposo" o "justo": y es preciso que el que cesa de cometer injusticias y faltas, cesando para reposar en lo noble y compartiendo su existencia con la justicia, halle gracia „de parte de Dios.
[39] Gen. VI, 8.

78. Pero "hallar gracia" no es sólo, como algunos Diensan, .equivalente a causar agrado, sino además lo siguiente: el hombre justo, al indagar acerca de la naturaleza de los seres, descubre este único y el más excelso "hallazgo": que todas las cosas son una "gracia" de Dios; y que de la creación no procede "gracia" alguna, ya que nada es propiedad suya, sino todas las cosas son propiedad de Dios, por lo que también la gracia Le pertenece a Él exclusivamente. Por ejemplo, la forma más correcta de responder a los que inquieren por el origen de la creación es seguramente que tal origen se halla en la bondad y la gracia de Dios, que .Él ha prodigado sobre la raza situada inmediatamente después de Él.[40] Efectivamente, todo cuanto existe en el mundo y el mundo mismo constituyen dones, prodigalidad y gracia de Dios,
[40] Vale decir, la raza humana, que es la que sigue inmediatamente en orden jerárquico a la Divinidad, raza para la cual Dios ha provisto cuanto existe en la creación.

79. XXV. Otro ejemplo es Melquisedec, a quien hizo Dios rey de la paz (esto, en efecto, significa "Salem") y sacerdote Suyo,[41] sin haber dispuesto previamente la concreción de obra alguna del mismo, haciendo de él desde su origen un rey pacífico y digno de Su mismo sacerdocio. Es, en efecto, llamado "el rey justo"; y un rey es enemigo del déspota, por cuanto el uno es autor de leyes, en tanto que el otro es un agente de ilegalidad.
[41] Gen. XIV, 18.

80. Así, mientras la inteligencia que es despótica establece para el alma y el cuerpo órdenes violentas, perjudiciales y causantes de profundas penas; me refiero a las prácticas viciosas y a los disfrutes de las pasiones; la que es rey persuade más bien que ordena, en primer lugar; y luego emite instrucciones tales, que mediante ellas el ser animado, cual un navío, realizará la

feliz trayectoria de la vida encaminado por el buen piloto, que no es otro que la recta razón.

81. Llámese, pues, al déspota soberano de la guerra; al rey, en cambio, príncipe de la paz, de Salem; y ofrezca éste al alma alimentos plenos de gozo y alegría, pues trae panes y vino, que los amanitas y moabitas negáronse a proporcionar al vidente;[42] causa por la cual se hallan excluidos de la Divina reunión y asamblea. En efecto, los amanitas, cuya naturaleza procede de su madre, la sensibilidad, y los moabitas, procedentes de su padre, la inteligencia, es decir, los caracteres que piensan que todas las cosas, estén comprendidas por estas dos, la inteligencia y la sensibilidad, y no adquieren noción alguna de Dios, "no entrarán", dice Moisés, "en la asamblea del Señor, porque ellos no salieron a vuestro encuentro con pan y agua". (Deut. XXIII, 3 y 4) cuando salíais de las pasiones de Egipto.
[42] Es decir, al pueblo de Israel.

82. XXVI. Mas, ofrezca Melquisedec en vez de agua vino, y délo a beber puro a las almas, para que ellas se tomen poseídas de una Divina embriaguez, más sobria que la sobriedad misma; porque él es un sacerdote, es decir, la razón que posee como porción suya al Que Es y madura sobre Él altos, vastos y sublimes pensamientos, como que es "sacerdote del Altísimo".[43] Y dice "Altísimo" no porque haya algún otro no altísimo. Dios es único "arriba en el cielo y abajo en la tierra; y no hay otro fuera de Él" (Deut. IV, 39); sino porque el concebir acerca de Dios pensamientos, no humildes y bajos, sino elevados, tales que trascienden toda grandeza, más allá de toda referencia a la materia, sugiere la imagen del más elevado de los seres.
[43] Gen. XIV, 18.

83. XXVII. ¿Y qué obra meritoria había ya realizado Abram,[44] para que Dios le ordenara abandonar su patria y parientes y habitar una tierra que Él mismo le habría de dar;[45] tierra que es una ciudad hermosa, amplia y muy próspera, pues grandes y preciados son los dones de Dios? Es que también a este carácter lo creó dotado de un rasgo digno de estima, como que "Abram" significa "padre elevado"; y ambos nombres sugieren loables condiciones en él.
[44] "Abram", primer nombre del patriarca, trocado más tarde en Abraham. Compárese la favorable interpretación del nombre "Abram" expuesta aquí con las ofrecidas en Sobre los querubines 4, Sobre los gigantes 62 y Sobre el cambio de los nombres 66.
[45] Gen. XII, 1.

84. En efecto, la inteligencia, cuando no oprime al alma a manera de déspota, sino la gobierna como un padre, no proporcionándole las cosas agradables sino dándole las convenientes, aun contrariando los deseos de ella; cuando, en general, apartándose de las cosas bajas, y de cuanto conduce a las cosas mortales, se eleva y se aboca a la contemplación del universo y sus partes; y, remontándose aún más alto, indaga acerca de la Divinidad y de Su naturaleza, movida por un inefable amor al saber; no puede entonces permanecer en las opiniones que sustentaba al principio; y, empeñada en su propia superación, busca trocar su residencia por otra mejor.

85. XXVIII, A algunos, aun antes de su nacimiento, acuérdales Dios hermosa forma y nobles disposiciones, y tiene determinado de antemano que habrá de caberles la más excelente porción. ¿No ves qué es lo que dice Abraham acerca de Isaac, cuando aquél no espera que habrá de ser padre de un hijo tal, sino hasta se ríe de la promesa y dice: "¿Le sucederá esto a un hombre de cien años; y dará a luz Sara, que tiene noventa años?" (Gen. XVII, 17.) Dios ratifica y confirma Su promesa diciéndole: "Sí, he aquí que Sara, tu mujer, te engendrará un hijo, al que pondrás por nombre Isaac; y estableceré Mi pacto con él para alianza perpetua."

(Gen. XVII, 19.)

86. ¿Qué es, pues, lo que ha hecho éste para merecer aun antes de su nacimiento ser alabado? Algunos de los bienes resultan provechosos cuando han llegado a ser realidad y están presentes; tales por ejemplo la salud, la nitidez de las sensaciones, quizá la riqueza, la fama; pues aun estas cosas pueden llamarse, tomando el término en un sentido muy amplio, "bienes". Algunos, en cambio, no sólo benefician cuando ya existen sino también cuando está predicho que van a existir; por ejemplo, la alegría, que es una feliz disposición del alma, no sólo regocija cuando, ya presente, se desarrolla activamente, sino también alegra anticipadamente cuando se la aguarda. Es que ella posee también la siguiente especial ventaja: mientras los restantes bienes alcanzan eficacia sólo en razón de su propia bondad particular; la alegría, en cambio, es un bien particular y general. Acompaña, en efecto, a todos los demás, pues nos alegramos por la salud, por la libertad, por la honra y por todos los otros bienes; de modo que es lícito decir sin temor a equivocarse que ningún bien existe en el que no esté presente la alegría.

87. Mas no sólo nos alegramos por los otros bienes cuando éstos se han producido ya y están presentes; sino también cuando están a punto de darse y se esperan. Por ejemplo, cuando esperamos que habremos de enriquecernos, o de obtener algún cargo, o de merecer alabanzas, o de descubrir el modo de librarnos de enfermedades, o de alcanzar salud y fuerza, o de trocar nuestra ignorancia en sabiduría, sentimos una alegría sin límites. Ahora bien, puesto que la alegría no sólo cuando está presente sino también cuando se espera hace desbordar al alma de regocijo, es natural que Dios haya considerado a Isaac digno de este gran nombre y de un grande don antes de que fuese engendrado. "Isaac", en efecto, significa risa del alma, alegría y regocijo.

88. XXIX. Otro caso es el de Jacob y Esaú. Cuando aún se hallan en el vientre materno declara Dios que el uno es jefe, conductor y señor; en tanto que el otro, Esaú, es subordinado y siervo. Es que Dios, el Hacedor de los seres vivientes, conoce bien Sus propias producciones antes aún de cincelarlas acabadamente a ellas mismas, los poderes de que luego dispondrán y, en general, sus obras y experiencias. De ese modo, cuando Rebeca, es decir, el alma paciente, marcha a preguntar a Dios, Éste le responde: "Dos naciones hay en tu vientre y dos pueblos se dividirán desde tus entrañas, y un pueblo será más fuerte que el otro, y el mayor servirá al menor." (Gen. XXV, 25.)

89. Ante Dios, en efecto, es por naturaleza esclavo lo ruin e irracional, en tanto que lo noble, racional y superior está llamado a gobernar y ser libre; y no cuando ya uno u otro ha adquirido plena existencia en el alma, sino también cuando todavía su existencia es incierta. Y así es, generalmente aun una pequeña brisa de virtud señala no sólo la libertad sino también el mando y la soberanía, y, a la inversa, el principio, sea cual fuere, de un vicio esclaviza al discernimiento, aun cuando todavía su engendro no haya alcanzado completo desarrollo.

90. XXX. Cabe preguntarse qué indujo a este mismo Jacob, cuando José hubo traído a sus dos hijos. Manases, el mayor, y Efraín, el menor, a extender las manos y posar la derecha sobre Efraín, el más joven, y la izquierda sobre Manases, el de más edad; y qué lo movió a decir, ante el disgusto de José por el hecho, y su creencia de que su padre se había equivocado involuntariamente en la imposición de las manos: 'No he cometido error; por el contrario', "lo sé, hijo mío, lo sé; éste también vendrá a ser un pueblo, y éste también será engrandecido, pero su hermano menor será más grande que él." (Gen. XLVIII, 19.)

91. ¿Qué hemos de decir sino esto: que dos facultades en extremo necesarias habían sido creadas en el alma por Dios, la memoria y la reminiscencia? La memoria es superior; la reminiscencia, inferior. La primera, en efecto, mantiene fijas y claras las aprehensiones, de modo que no se cometan errores por ignorancia; en tanto que la reminiscencia es precedida en todos los casos por el olvido, cosa mutilada y ciega.

92. Pero lo inferior, la reminiscencia, resulta ser más vieja que la superior, la memoria; porque (mientras la reminiscencia supone intervalos de olvido, la memoria es) [46] continua e ininterrumpida. En efecto, los que por primera vez nos abocamos a las artes no podemos adquirir enseguida pleno dominio de los principios que les conciernen, y así, nos encontramos al principio con que los olvidamos, y nuevamente los recordamos, hasta que, por el reiterado olvidarlos y el sucesivo recordarlos, al cabo acabará por imponerse una firme memoria. De lo que se infiere que la memoria, pues ha nacido más tarde, es más joven que la reminiscencia.
[46] La parte entre paréntesis es una reconstrucción hipotética para llenar una laguna del texto griego. La idea es que la memoria es más reciente porque supone una fijación que normalmente no se da en la etapa inicial del acopio de recuerdos.

93. Pues bien, "Efraín" es el nombre figurado de la memoria, pues significa "fructificación", y el alma del hombre estudioso produce su propio fruto, cuando mediante la memoria es capaz de retener firmemente los principios estudiados. En cambio, Manases representa a la reminiscencia; se dice, en efecto, que su nombre traducido significa "salido del olvido"; y el que escapa del olvido forzosamente rememora. Con sumo acierto,. por lo tanto, el engañador de las pasiones y practicante de la virtud, Jacob, extiende su mano derecha sobre la fructífera memoria, es decir, Efraín, y considera merecedor del segundo lugar a Manases, o sea, a la reminiscencia.

94. Pero, también Moisés de los sacrificadores de la Pascua, a los que habían sacrificado primero los alaba sobremanera, porque tras haber emprendido la travesía .desde las pasiones de Egipto perseveraron en esa travesía y ya no tendieron hacia ellas; en tanto que a los que habían sacrificado en segundo término los juzga merecedores del segundo lugar,[47] por cuanto, después de haberse alejado de aquéllas retornaron por el mismo camino, y, como si se hubieran olvidado de sus deberes, de nuevo se lanzaron a. hacer lo mismo, mientras los primeros habían perseverado sin volverse atrás. Por lo tanto, Manases, el que sale del olvido». corresponde a los que sacrificaron la Pascua en segundo término; Efraín, el fructífero, a los que lo hicieron en primer término.
[47] Núm. IX, 6 y ss.

95. XXXI. Por eso también Dios llama a Besalel por su nombre, y le dice que le ha concedido el don de la sabiduría y la ciencia, y lo ha designado artesano y director de todas las obras del tabernáculo, es decir, de las obras del alma,[48] no obstante que no ha indicado antes obra alguna de él que pudiera serle alabada. Es preciso, pues, decir que también aquí se trata de una forma estampada por Dios en el alma como se estampa una moneda de buena ley. Cuál, entonces, es la imagen impresa lo sabremos si previamente nos informamos con exactitud sobre el significado del nombre.
[48] Ex. XXXI, 2 y ss.

96. Pues bien, "Besalel" significa "en la sombra de Dios". Pero la sombra de Dios es Su logos,[49] del que Él se ha servido como de un instrumento para la creación del mundo. Pero esta "sombra", esto que podemos considerar como la imagen de Dios, es el arquetipo de las restantes creaciones. En efecto, así como Dios es el modelo de esa imagen, a. la que acabamos

de denominar "sombra", del mismo modo la. imagen deviene el modelo de las otras cosas, tal como lo demostró Moisés al comienzo de la legislación diciendo: "E hizo Dios al hombre según la imagen de Dios" (Gen. I, 27); con lo que da a entender que la imagen fue hecha como una copia de Dios, y el hombre, a su vez, hecho como una copia de esa imagen, una vez que ésta hubo adquirido propiedad de modelo.
[49] Ver Sobre la creación, nota 6.

97. XXXII. Observemos, entonces, cuál es el carácter impreso. Los primeros hombres trataban de averiguar cómo llegamos nosotros a conocer a la Divinidad. Más tarde los que, al parecer, han filosofado mejor [50] dijeron que hemos logrado la aprehensión de la Causa partiendo del mundo, de sus partes constituyentes y de las fuerzas que subsisten en ellos.
[50] Los estoicos, cuyos argumentos sobre el particular se tratan en Sobre las leyes particulares I, 32 a 35.

98. En efecto, así como, si alguien llega a ver una casa cuidadosamente construida, con vestíbulo, columnas, apartamentos masculinos, cuartos de las mujeres, y las otras construcciones, se hará una idea del que la construyó, pues no pensará que la casa fue acabada sin un artesano y su técnica; y de la misma manera en el caso de una ciudad, de un tempĺó o de toda construcción menor o mayor;

[99.] de idéntico modo también, si alguien, habiéndose aproximado a este mundo, como a una inmensa casa o ciudad, y habiendo contemplado el cielo rotando circularmente y conteniendo en sí todas las cosas; y los planetas y estrellas tijas moviéndose sin variación alguna rítmica y armoniosamente y con provecho para el universo; y la tierra, a la que cupo la región central, y las corrientes de agua y de aire ordenadas a modo de límites suyos; y además las creaturas vivientes, mortales e inmortales, y las diferentes especies de plantas y de frutos; razonará sin duda que estas cosas no han sido hechas sin un arte consumado, y que Dios fue y es el artífice de este universo. Los que así razonan llegarán al conocimiento de Dios a través de una "sombra", es decir, a la aprehensión del Artífice a través de Sus obras.

100. XXXIII. Existe, empero, cierta inteligencia más perfecta y más purificada, iniciada en los grandes misterios, que no conoce a la Causa partiendo de las cosas creadas, como podría conocerse la sustancia a partir de su sombra, sino dirigiendo la mirada más allá de lo creado, hasta alcanzar una clara visión del Increado, aprehendiendo así, desde Él mismo, a Él y a Su sombra; lo que equivale, como dijimos,[51] a aprehender a Su logos y a este mundo.
[51] Ver 96.

101. La inteligencia a que me refiero es Moisés, quien dice: "Manifiéstate a mí; que yo Te vea y Te conozca." (Ex. XXXIII, 13.) No me seas, pues, conocido a través del cielo, la tierra, el agua, el aire o, en suma, a través de cualquiera de los seres de la creación; ni vea yo Tu forma reflejada en otro alguno fuera de Ti, Dios, porque las formas, reflejadas en las cosas creadas, se diluyen mientras que en el Increado permanecen estables, firmes y eternas. Tal es el motivo por el que Dios ha llamado expresamente a Moisés y le ha hablado.

102. También llamó expresamente a Besalel, mas no de la misma manera. Uno recibe la nítida visión de Dios procedente de la misma Causa; el otro se informa acerca del Artífice, mediante un proceso de discernimiento, como a partir de una sombra, es decir, partiendo de las cosas creadas. Por esto hallarás que el tabernáculo y su ornamentación toda son preparados primero por Moisés y más larde por Besalel, ya que Moisés confecciona los arquetipos, y Besalel las reproducciones de los mismos. Es que Moisés tiene a Dios como instructor, conforme con la

norma impartida por Él: "Harás todo según el modelo que te ha sido mostrado en la montaña" (Ex. XXV, 40); en tanto que Besalel tiene por instructor a Moisés.

103. Y era lo previsible; porque, cuando se rebelan Aarón, la palabra, y Miriam, la sensibilidad, oyen que se les dice expresamente: "Si un profeta se aproximare al Señor, Él Se le dará a conocer en una visión" y en una sombra, no claramente; en cambio, a Moisés, que "es fiel en toda Mi casa, le hablaré de boca a boca, de manera clara y no con términos obscuros." (Núm. XII, 6 a 8.)

104. XXXIV. Puesto que hemos comprobado que son dos las naturalezas creadas, modeladas y cinceladas a la perfección por Dios, la una de por sí dañosa, vituperable y maldita; la otra, en cambio, provechosa y laudable; la una portadora de un carácter adulterado; la otra dotada de un legítimo cuño; elevemos una noble y armoniosa plegaria, que Moisés también ha elevado "para que Dios nos abra Su propio tesoro" (Deut. XXVIII, 12) y aquella excelsa razón preñada de Divinas luces a la que Él llamó cielo; y para que cierre completamente los tesoros de cosas malas.

105. Porque, así como los hay de bienes, así existen junto a Dios tesoros de cosas malas, como lo atestigua en el gran canto [52] cuando dice: "¿Acaso no están estas cosas guardadas junto a Mí y selladas en Mis tesoros en el día del castigo, cuando el pie de aquéllos resbalare?" (Deut. XXXII,. 34 y 35.) Como ves, existen tesoros de males; y, si el de los bienes es uno solo, pues, siendo uno Dios, uno es el tesoro de los bienes; muchos, en cambio, son los de males, puesto que los que delinquen son incontables, una multitud. Pero observa también en esto la bondad del Que Es: abre el tesoro de los bienes y cierra los denlos males, porque propio de Dios es ofrecer los bienes y apresurarse a distribuirlos, así como ser muy medido en lanzar los males.

[52] "El gran canto": así designa Filón en varios pasajes al Deuteronomio

106. Pero Moisés, insistiendo aún en la predisposición de Dios a prodigar dones y gracias, dice que no sólo en las demás circunstancias mantiene sellados los tesoros de males sino también, cuando el alma resbalare en su marcha en pos de la recta razón, es decir, cuando lo justo sería que se la considerara digna de castigo. Dice, en efecto, que mantiene "sellados los tesoros de males en el día del castigo"; demostrándonos así la sagrada palabra que ni siquiera contra los que pecan procede Dios a aplicar el castigo enseguida, sino les concede tiempo para el arrepentimiento y para que remedien y rectifiquen su yerro,

107. XXXV. "Y dijo Dios Soberano a la serpiente: 'Maldita serás desde todos los ganados y desde todas las bestias de la tierra'." (Gen. III, 14.)[53] Así como la alegría, siendo una buena disposición del alma, merece nuestros votos, el placer, es decir, la pasión,[54] que, alterando los límites del alma, la transforma en amante de las pasiones de amante de Dios que era, es digno de maldición. Y dice Moisés en las imprecaciones: "Maldito sea el que alterare los límites de su vecino." (Deut. XXVII, 17.) Dios, en efecto, ha colocado como límite y ley en el alma la. virtud, el árbol de la vida. Pero lo altera el que fija como límite el vicio, es decir, el árbol de la muerte.

[53] Desde", es decir, la maldición te llegará desde todos los ganados y desde todas las bestias de la tierra.

[54] La pasión por excelencia.

108. "Y maldito sea también el que hiciere perder su rumbo a un ciego en el camino" (Deut. XXVII, 18), "y el que golpeare a un prójimo arteramente." (Deut. XXVII, 24.) Y éstas son

cosas que hace el ateísimo placer. La sensibilidad, en efecto, es algo ciego por naturaleza, como que es irracional; pues es el poder de la razón el que nos hace ver. Por eso, con solo este poder aprehendamos también las cosas; en tanto que mediante la sensibilidad no alcanzamos a eso, por cuanto a través de ella solo llegamos hasta la representación de las cosas materiales solamente. 109. El placer, pues, ha engañado completamente a la ciega sensibilidad en la aprehensión de los objetos, ya que, cuando ella hubiera podido volverse hacia la inteligencia y recibir su apoyo, se lo ha impedido, conduciéndola hacia lo que solo se puede percibir exteriormente, y tornándola ávida de lo que produce placer; para que la sensibilidad, ciega como es, fuera guiada por un guía ciego; el objeto sensible; y, a su vez, la inteligencia, guiada por ambos guías incapaces de ver,: viniera a parar en tierra y no fuera ya dueña de sí.

110. Es que si en alguna medida las cosas hubieran sucedido como. naturalmente corresponde, preciso hubiera sido que esas ciegas facultades siguieran los pasos del clarividente poder de la razón, porque de ese modo los perjuicios hubieran sido más leves. Pero, tal como suceden las cosas, es tan grande la trama organizada por el placer contra el alma, que le ha sido forzoso a ésta echar mano a guías ciegos, constreñida y movida a trocar la virtud a cambio de cosas viles y a trocar su inocencia por maldades. XXXVI. La sagrada palabra prohíbe semejante trueque, cuando dice: "No cambiarás lo bueno por lo malo." (Lev. XXVII, 33.) 111. Maldito es por ello el placer. Pero, veamos cuan apropiadas maldiciones se pronuncian contra él. "Desde todos los ganados" dice Dios que es maldito.[55] Pues bien, nuestra irracional facultad de percibir sensorialmente es semejante a los ganados, y cada uno de nuestros sentidos maldice al placer como a su mayor y más odiado enemigo. Es que el placer es realmente enemigo de la sensibilidad. La prueba está en que, cuando estamos ya saciados de inmoderado placer, no podemos ni ver, ni oír, ni oler, ni gustar, ni tocar con claridad, siendo nuestros contactos con lo sensible confusos y. enfermizos.
55 Gen. III, 14.

112. Y esto es lo que experimentamos cuando cesamos de gozar del placer; mas, cuando nos hallamos en pleno goce del mismo, nos vemos privados por completo del sostén que nos brinda la cooperación de los sentidos, al punto de que nos parece haber quedado ciegos. ¿Cómo, pues, no proferirá maldiciones perfectamente justificadas la sensibilidad contra el placer, si éste la mutila?

113. XXXVII. Y también es maldito más que todas las bestias salvajes;[56] me refiero a las pasiones del alma, porque por ellas es herida y destrozada la inteligencia. ¿Por qué, pues, pensamos que es peor aún que las otras pasiones? Porque, podemos afirmarlo, el placer sustenta a todas ellas a modo de principio y base. En efecto, el apetito se origina a través del amor al placer; el dolor resulta de la pérdida del mismo; el miedo, a su vez, nace ante la incertidumbre de su conservación; de modo que es evidente que todas las pasiones dependen del placer, y que posiblemente aquéllas no se concretarían en absoluto si previamente no hubiese sido puesto aquello que las provoca, es decir, el placer.
[56] Aquí altera Filón el pasaje citado en 107, sustituyendo *apó* = desde, por para (seguida de acusativo) = más allá de.

114. XXXVIII. "Andarás sobre tu pecho y sobre tu vientre." (Gen. III, 14.) En efecto, en torno a estas partes, el pecho y el vientre, se cobija la pasión. Cuando el placer cuenta ya con los materiales que la producen, se instala en el vientre y las partes que están después de él; cuando, en cambio, carece de ellos, se afinca en el pecho, donde reside la cólera por cuanto los amantes del placer privados de los placeres se irritan y se exasperan.

115. Pero, examinemos con más detenimiento todavía el significado de esto. Nuestra alma consta de tres partes, que son: una, la parte racional; la segunda, la parte colérica,[57] y la tercera, la parte apetitiva. Algunos filósofos han distinguido las partes unas de otras por la potencia solamente; otros, también por sus lugares. Y más aún, han asignado a la parte racional la zona de la cabeza, diciendo que donde está el rey, allí están sus guardias personales; y que los guardias personales de la inteligencia, es decir, los sentidos, están situados en la cabeza, de modo que también el rey debe de hallarse en ella, por haberla recibido como la ciudadela de una ciudad, para residencia. A la parte colérica asígnanle el pecho, diciendo que por ello la naturaleza ha fortificado esta parte mediante una sólida y fuerte formación de huesos contiguos, como si hubiera armado a un buen soldado mediante una coraza y un escudo para la defensa contra sus oponentes. Y a la parte apetitiva le asignan la zona. abdominal y ventral, porque allí reside el apetito[58] es decir la tendencia irracional.

[57] Parte "colérica". Es imposible hallar en español un adjetivo que concentre las principales connotaciones del adjetivo griego *thymikós*, derivado del sustantivo *thymós* = soplo, vitalidad, fortaleza espiritual, corazón, voluntad, deseo, pasión, valor, cólera, etc. Escojo el sentido de colérica porque, al parecer, éste es el que más se adecua al juicio nada favorable que le merece a Filón esta parte del alma, a la que considera sede de una vituperable pasión, no de virtudes.

[58] O deseo de placeres o concupiscencia.

116. XXXIX. ¿Si, pues, averiguares, oh inteligencia, qué lugar tiene asignado como propio el placer, no examines la zona de la cabeza, donde reside la parte racional, pues no lo encontrarás ya que la razón combate a la pasión, y no puede residir en el mismo sitio que ésta. Efectivamente, cuando prevalece la razón, el placer se esfuma; cuando vence el placer, en cambio, la razón se convierte en desterrada. Busca en el pecho y en el vientre, residencias de la cólera y del apetito respectivamente, porciones de la parte irracional, pues es en ésta donde se encuentran nuestra facultad de elección y las pasiones.

117. Ahora bien, nada impide a la inteligencia salirse de los asuntos de orden intelectual, que le son propios, y entregarse a lo que es inferior. Esto ocurre cada vez que la guerra prevalece en el alma, ya que, entonces, forzosamente nuestra parte racional» que no es belicosa sino pacífica, se convierte en prisionera de guerra.

118. XL. En efecto, conociendo la sagrada palabra[59] cuan grande era la fuerza del impulso de una y otra pasión, de la cólera y el apetito, pone freno a ambas dándoles por conductor y piloto a la razón. Y primeramente refiriéndose a la cólera, empeñado en curarla y sanarla, se expresa de esta manera:

[59] Es decir, la palabra de Dios transmitida por Moisés.

119. "Y pondrás sobre el oráculo de los juicios la clara mostración y la verdad, y estará aquél sobre el pecho de Aarón cuando entrare en el lugar sacro, en presencia del Señor." (Ex.. XXVIII, 30.) Pues bien, el "oráculo" es en nosotros el instrumento del habla, que es la palabra pronunciada;[60] y ésta es o confusa y sin fundamento o probada y digna de fe; pero Moisés nos[61] lleva al conocimiento de la palabra pronunciada con discernimiento. Nos dice, en efecto, que el oráculo no es el indiscriminado e ilegítimo sino el "de los juicios", lo que equivale a "bien discernido y examinado".

[60] O mejor aún, el logos pronunciado. Ver nota 23.

120. Y expresa que dos virtudes excelentes en grado sumo, de esta palabra probada son la claridad y la verdad. Y está completamente en lo cierto; por cuanto, en primer lugar, la

palabra acude para hacer claras y evidentes los cosas a los demás, ya que escapa a nuestras posibilidades el manifestar la experiencia sobrevenida en nuestra alma por obra de las cosas exteriores, o dar siquiera una idea de ella. XLI. Ante esto nos vemos obligados a acudir a los signos transmisibles por la voz, es decir, los nombres y los verbos; los que es preciso que sean plenamente familiares a fin de que la otra persona capte claramente y en forma inequívoca su sentido. Además se hace presente a manifestarlas conforme a la verdad.

121. Porque, ¿qué utilidad encierra el expresarse con claridad y precisión, si por otra parte lo que decimos es falso? Si eso hacemos, por fuerza induciremos a error al que nos escucha y ello redundará en un inmenso perjuicio para él, ya que a su ignorancia se sumará la mala información. ¿Qué pasa, en efecto, si mostrándole una letra alfa digo al niño con claridad y precisión que es una gamma, o que la eta es una omega? ¿Y qué, si el músico señalando al principiante el género enarmónico le dijere que es el cromático; o señalándole el cromático, que es el diatónico; o refiriéndose a la nota más alta, sostuviere que es la intermedia; o indicando el tetracordio conjunto manifestare que se trata del "disjunto", o mostrando la cuerda más elevada, asegurare que es la más baja?

122. Hablará quizá en forma clara y precisa, pero no de acuerdo con la verdad, y de esta manera su palabra resultara perjudicial. En cambio, si respetare ambas condiciones: la claridad y la verdad, logrará que su palabra redunde en provecho del que aprende, merced a la aplicación de las dos virtudes de ella, las únicas, casi diría, que realmente posee.

123, XLII. Dice, pues, que la palabra de probada calidad,[61] es decir, la que posee las virtudes que le son propias, se asienta en el pecho (en el de Aarón, claro está), es decir, sobre la parte colérica, para que ésta sea guiada, en primer lugar, por la razón, y no sea dañada por su propia irracionalidad; luego, por la claridad, ya que por su misma naturaleza la cólera no es amiga de la claridad. Nadie ignora que en los que son presa de la cólera no sólo el discernimiento rebosa de alboroto y confusión sino también las palabras. Por lo tanto, era apropiado que la falta de claridad de la cólera fuera corregida por la claridad.

[61] Literalmente: juzgada, discernida; con lo que trata de recalcar Filón el sentido de la expresión "el oráculo de los juicios".

124. En tercer término, debe ser guiada por la verdad, porque además de los otros defectos la cólera tiene como peculiar también éste: el mentir; que ciertamente, de los que dan rienda suelta a esta pasión casi ninguno dice la verdad, como que son presa de una beodez, no del cuerpo, sino del alma. Ésos son los remedios para la parte colérica: razón, claridad de palabra y verdad en la misma; constituyendo virtualmente los tres una sola cosa, pues la razón unida a esas virtudes, es decir, a la verdad y a la claridad, cura la cólera, penosa enfermedad del alma.

125. XLIII. Ahora bien, ¿a quién incumbe llevar estas cosas? No a mi entendimiento ni al del primero que se presente, sino al entendimiento que ejerce el sacerdocio y ofrece los sacrificios con pureza, es decir, el de Aarón; y a este entendimiento no siempre, pues a menudo éste vuelve sobre sus pasos, sino cada vez que continúa sin volverse, cada vez que entra en el lugar santo, es decir, cada vez que el raciocinio entra acompañado de santas resoluciones y no las abandona.

126. Pero, a menudo la inteligencia entra con ellas en ciertas opiniones sagradas, santas y puras pero humanas al fin, como por ejemplo, las relativas a las obligaciones convenientes, las concernientes a las acciones rectas, las referentes a las normas establecidas, las que versan sobre la virtud según los hombres. Tampoco aquel cuyas disposiciones son éstas está en

condiciones de llevar el oráculo sobre su pecho con las virtudes correspondientes; sólo lo está, en cambio, aquel que entra en la presencia del Señor, vale decir, aquel que hace todas las cosas con intención puesta en Él y no sobreestima ninguna de las cosas inferiores a Él, sino atribuye a éstas lo que les corresponde, sin detenerse, empero, en ellas, sino remontándose hacia la familiaridad, el conocimiento y la gloria del Uno.

127. En efecto, la parte colérica de quien se hallare en estas condiciones será guiada por la purificada razón, que eliminará lo que hay de irracional en ella; por la claridad, que remediará lo que tiene de incierto y confuso; y por la verdad, que suprimirá lo falso.

128. XLIV. Aarón, pues, como es inferior a Moisés, quien amputa el pecho, vale decir, la cólera; no permite [62] que ésta se lance con desatinados impulsos, pues teme que dejada suelta se desboque como un caballo y pisotee al alma toda; antes bien, la cura y controla, primero, con la razón, para que contando son el mejor conductor no se rebele demasiado; y luego con las virtudes de la palabra, es decir, la claridad y la verdad. Porque, si la cólera es corregida de esta manera, de modo que acate a la razón ^ a la claridad y se ejercite en evitar la mentira, se evitará a sí misma una grande ebullición sino además dotará al alma entera de amables disposiciones.
[62] Es decir, como no puede amputarlo o eliminarlo totalmente, como Moisés, por ser inferior a éste, ha de conformarse con refrenarlo o moderarlo.

129. XLV. Pero, mientras Aarón, que, como he dicho, tiene esta pasión, intenta curarla con los salvadores remedios señalados; Moisés, en cambio, juzga que es preciso extirpar y separar del alma toda la cólera, inclinándose por la total supresión de la pasión y no por su atemperamiento. La sacratísima revelación testimonia mi aserto. Dice, en efecto: "Moisés tomó el pecho del carnero de la consagración y lo apartó como ofrenda ante el Señor; y esto se convirtió en la porción de Moisés." (Lev. VIII, 29.)

130. Del todo cierto; puesto que era cometido propio del amante de la virtud y amado de Dios, después de observar toda el alma, tomar el pecho, o sea, la cólera, y sacarla y cortarla, para que, amputada la parte belicosa, el resto tuviera paz. Pero lo saca no de cualquier animal, sino del carnero de la consagración, no obstante que también había sido ofrecido un becerro. Mas, dejando de lado a éste, fue hacia el carnero porque se trata de un animal naturalmente inclinado a dar topetazos, colérico e impetuoso, por lo cual los que construyen máquinas fabrican los más de los aparatos de guerra en forma de carneros.[63]
[63] Referencia a los arietes empleados para demoler murallas; máquinas cuyo extremo anterior remataba en una cabeza de camero de hierro o bronce, y cuyo nombre latino deriva precisamente del término latino aries = carnero.

131. La parte, pues, de nuestro ser semejante al carnero, impetuosa y confusa es la especie de la controversia; y la controversia es madre de la cólera; por lo que aquellos que más disputan en los debates y en las demás reuniones son también los que más fácilmente se encolerizan. Así pues, Moisés extirpa, como es necesario, la cólera, discordante engendro del alma disputadora y reñidora; para que, esterilizada, cese de engendrar cosas dañinas y para que esto, no el pecho ni la cólera, sino la extirpación de los mismos, se convierta en porción digna del amante de la virtud. Dios, en efecto, asignó al sabio la parte más excelente, es decir, el poder de extirpar las pasiones. Ves, pues, cómo el hombre perfecto procura siempre la total extirpación de la pasión.

132. En cambio, Aarón, el hombre que progresa permanentemente, siendo inferior a Moisés,

practica, repito, la moderación de la misma. En efecto, no puede todavía extirpar el pecho y la cólera; pero lleva, en cambio, hacia aquella al que la guiará, es decir, a la razón juntamente con las virtudes que la acompañan; en otras palabras, al oráculo, sobre el cual hállanse la clara exposición y la verdad.

133. XLVI. Pero más claramente nos expondrá la sagrada escritura la diferencia en el siguiente pasaje: "Porque de las manos de los hijos de Israel he tomado el pecho de la ofrenda puesta encima y el hombro [64] de la parte separada, de los sacrificios de vuestra salvación; y los di a Aarón y a sus hijos." (Lev. VII, 34.)
[64] Concretamente, el brazuelo, o sea, la parte de las patas delanteras de los cuadrúpedos comprendida entre el codo y la rodilla. Traduzco, empero, por hombro, por convenir al sentido que atribuye Filón a la parte del animal sacrificado, como se ve en el razonamiento que sigue.

134. Ves que éstos no son capaces de tomar sólo el pecho, y que han de tomarlo juntamente con el hombro. Moisés, en cambio, toma aquél sin éste. ¿Por qué? Porque él, como hombre perfecto que es, no pone sus miras en lo bajo [65] y vil, ni se conforma con moderar sus pasiones, y sin contemplación alguna ha extirpado completamente todas. Otros, en cambio, se lanzan a la guerra contra las pasiones sin imprimirle un ritmo intenso, flojamente, y se reconcilian y hacen las paces con ellas, tendiéndoles la palabra conciliatoria para que ella, a manera de un conductor, refrene su excesiva impetuosidad.
[65] Intraducible juego de palabras basado en la semejanza entre el sustantivo *brakhion* = hombro, brazuelo, y el adjetivo *brakhys* = corto, humilde, bajo, cuyo comparativo es *brakhion*, precisamente.

135. Además, el hombro es el símbolo del esfuerzo y del sufrimiento, y ellos caracterizan a aquel que atiende y administra las cosas santas, mediante la disciplina y el trabajo. En cambio, el hombre al que Dios ha favorecido con superabundancia de acabados dones está exento de trabajo. De más humilde condición y menos perfecto aparece el que adquiere la virtud con trabajo que Moisés, que la ha recibido de manos de Dios sin esfuerzo ni dificultad. En efecto, así como el mismo hecho de trabajar es de menor jerarquía e inferior a la exención de trabajo, así también lo es lo imperfecto respecto de lo perfecto, el ser que aprende del que sabe sin aprendizaje.[66] Por ello Aarón toma el pecho juntamente con el hombro, en tanto que Moisés toma el pedio sin el hombro.
[66] Es decir, saber revelado por Dios, adquirido sin necesidad de estudios ni maestros. Ver Sobre los sueños I, 167 y ss.

136. El motivo por el que lo llama "pecho de la ofrenda puesta encima" radica en que es necesario que la razón se coloque y asiente firmemente encima de la cólera, tal como si se tratara de un conductor que dirigiera a un caballo indócil y rebelde. Al hombro, en cambio, ya no lo llama "de la ofrenda" sino "de la parte separada". La razón es la siguiente: es preciso que el alma no se atribuya a s. misma su trabajo en procura de la virtud, sino "lo separe" de sí y lo atribuya a Dios, reconociendo que no son su propia tuerza ni su poder quienes le han procurado el bien, sino Aquél que además otorga el amor por el bien.

137. Ni el pecho ni el hombro son tomados como no sea del "sacrificio de salvación"; y es lo razonable, porque es entonces cuando el alma se salva; cuando, por una parte, la cólera está bajo las riendas de la razón y, por otra, el trabajo ha producido no un sentimiento de vanidad sino el reconocimiento de que todo se debe a Dios, el Benefactor.

138. XLVII. Hemos dicho ya que el placer avanza no sólo sobre el pecho sino también sobre el vientre, demostrando con ello que el vientre es la zona más apropiada para el placer, como que se trata, poco más o menos, del receptáculo de todos los placeres. En efecto, repleto el vientre, los apetitos por los demás placeres también se tornan vehementes; vaciado él, modéranse "éstos y se toman más tranquilos.

139. Por eso leemos en otro pasaje: "Todo el que avanza sobre su vientre y todo el que camina constantemente sobre cuatro patas, el que está provisto de muchos pies, es impuro." (Lev. XI, 42.) Tal es el hombre amante del placer, pues siempre avanza tras [67] el vientre y sus correspondientes pasiones. En el mismo plano del que se arrastra tras el vientre coloca Moisés al que camina sobre cuatro patas. Y con razón; pues cuatro son las pasiones inherentes al placer, como se ha señalado en un tratado especial sobre el asunto.[68] Impuros, pues, son tanto el que se halla habituado a una sola cosa: el placer, como el que se entrega a las cuatro pasiones por igual.

[67] Filón altera el pasaje, leyendo *epí koilían* = detrás del vientre, donde dice *epí koilíai* = sobre el vientre.

[68] Tratado del que no poseemos otra noticia.

140. Aclaradas estas cosas, observa una vez más la diferencia entre el hombre perfecto y el que progresa gradualmente. Anteriormente hemos comprobado, por una parte, que el hombre perfecto extirpa toda la cólera del alma irascible, y la toma gentil, sumisa, pacífica y amablemente dispuesta para todo así en las obras como en las palabras; y, por otra, que el hombre que progresa gradualmente, no pudiendo eliminar la pasión, por cuanto el pecho es su porción,[69] la modera con la palabra portadora de las dos virtudes: la claridad y la verdad. XLVIII. Ahora comprobaremos también, de modo análogo, que el hombre sabio y perfecto, o sea Moisés, arroja de sí y echa violentamente los placeres, en tanto que el de progreso gradual no hace otro tanto con toda pasión, sino contemporiza con aquella que es inevitable y simple, y aparta de sí a las que encierran deleites excesivos y superfluos.

[69] Lev. VII, 31.

141. Y así, a propósito de Moisés Icemos lo siguiente: "Y lavó con agua el vientre y las patas de la víctima ofrecida en holocausto." (Lev. IX, 14.) Perfectamente. El sabio, en efecto, consagra su alma entera [70] como digna que es de ser ofrendada a Dios por cuanto está libre de toda tacha voluntaria o involuntaria; y una vez en tales condiciones, se lava, purifica y desprende de todo el vientre y de todos los placeres que en él y más allá de él se originan; no de una determinada parte; y tanto desprecio hacia aquél le domina, que hasta prescinde de los alimentos y bebidas necesarias, nutriéndose con la contemplación de las cosas Divinas.

[70] Referencia a la víctima "ofrecida en holocausto", vale decir "quemada completamente".

142. Por eso también, en otro pasaje está atestiguado respecto de él que "durante cuarenta días no comió pan ni bebió agua" (Ex. XXXIV, 28), cuando se hallaba en el sagrado monte y escuchaba las Divinas comunicaciones en las que Dios manifestábale Sus leyes. Mas no sólo renunciaba a todo el, vientre sino también desprendíase al mismo tiempo de las piernas, vale decir, de los soportes [71] del placer; y los soportes del placer son las cosas que lo producen.

[71] Vale decir, los medios para alcanzarlo.

143. XLIX. Por eso, del hombre que progresa gradualmente, se dice que lava los intestinos y las piernas;[72] no todo el vientre, ya que no es capaz de expulsar a todo el placer, contentándose con poder desprenderse de las entrañas del mismo, es decir, de los delicados

deleites, que según los amantes del placer, son algo así como el aderezo final de los principales placeres; y son producidos por el rebuscado arte de delicados cocineros y confiteros.
[72] Lev. I, 9.

144. E insiste más todavía en que en el hombre que progresa gradualmente solo se trata de moderar las pasiones, señalando que mientras el sabio elimina sin necesidad de una orden, todo el placer del vientre, el hombre que progresa por grados lo hace mediando una orden. En efecto, a propósito del hombre sabio se dice: "Lavó con agua el vientre y las piernas" (Lev. IX, 14) sin orden previa y por libre decisión; en tanto que en el caso de los sacerdotes leemos esto: "Las entrañas y las piernas", no "las lavaron', sino "las lavarán."[73] (Lev. I, 9.) Muy exacto. Es, en efecto, necesario qua el hombre perfecto se encamine por su propia iniciativa hacia las acciones virtuosas, y que el que se ejercita lo haga ateniéndose a las prescripciones que respecto de lo que ha de hacer, que le formula la razón, a la que es noble cosa obedecer.
[73] O "habrán de lavar"; es decir, no se trata de algo librado a la propia iniciativa sino de una orden terminante de hacerlo.

145. Es preciso no olvidar que Moisés, al apartar de sí todo el vientre, vale decir, al hartazgo de su estómago, prácticamente se despoja también de las otras pasiones, pues el legislador recurre aquí a una porción para sugerir claramente el todo, y mencionando la parte más importante, describe virtualmente las otras a las que no se ha referido expresamente. L. Lo más importante en este caso es el hartazgo del estómago, que es como el fundamento de las otras pasiones. Ninguna de ellas, por lo menos, llega a desarrollarse si no es con el apoyo del vientre, al que la naturaleza ha hecho base de todas las cosas.

146. Por eso, habiendo nacido primeramente los hijos de Lía, es decir, los bienes del alma, y no teniendo aquélla más hijos después de Judá, el reconocimiento,[74] y estando a punto Dios de producir también los elementos de mejoramiento del cuerpo, apresta a Bala, la criada de Raquel para que engendre aún antes que su señora; y Bala es "la acción de engullir". Sabia Moisés, en efecto, que ninguna parte del cuerpo puede subsistir sin la deglución y sin el vientre, y que éste ejerce la dirección y mando de todo el cuerpo y de toda masa de materia vinculada al simple vivir.[75]
[74] Gen. XXIX, 35.
[75] Vale decir, dotada de las formas inferiores de vida: la vegetativa y la animal. Por eso ha dicho mis arriba que es la base o supuesto inicial de todo.

147. Observa atentamente, punto por punto, este sutil pasaje; porque no hallarás cosa alguna dicha sin fundamento. Moisés aparta el pecho; el vientre, en cambio, no lo aparta sino lo lava.[76] ¿Por qué? Porque el hombre perfecto, el sabio, es dueño de eliminar y cercenar totalmente la cólera poniéndose en guardia contra la ira; pero no puede cortar el vientre, por cuanto la naturaleza obliga a consumir los alimentos y bebidas, los que son imprescindibles aun para aquel que menos necesidades tiene de ellos, y se despreocupa incluso de los necesarios y ejercita en la abstinencia de ellos. Lave, pues, el vientre, y purifíquelo de las superfluas e impuras provisiones; que esto[77] es también un presente harto inmenso que hace Dios al amante de la virtud.
[76] Lev. VIII, 29 y IX, 14.
[77] El moderarse en los alimentos, ya que no es posible prescindir totalmente de ellos.

148. LI. Por eso [78] refiriéndose al alma sobre la que pesa sospecha de adulterio,[79] dice que, si ella, habiendo abandonado la recta razón, que es su esposo legítimo, fuere descubierta

entregada a la pasión, que deshonra al alma, "se hinchará en el vientre", lo que es como decir que, sin hartarse, insatisfechos siempre, la acompañarán los placeres y deseos del vientre, y jamás tendrá fin su insaciable apetito a causa de su grosería, sino llevará por siempre la pasión mientras aquéllos afluyen en indecible tropel.

[78] Referencia a lo dicho en el párrafo 146. Todo el párrafo 147 parece ser una acotación o nota del anterior.

[79] Núm. V, 27.

149. Yo, por ejemplo, conozco a muchos a tal punto precipitados en el abismo de los apetitos del vientre, que recurren a los vómitos para luego retomar de nuevo al vino puro y a lo demás. Es que la avidez del alma sin control no guarda relación con la capacidad receptiva de los órganos del cuerpo. Éstos, como receptáculos de limitada receptibilidad que son, nada admiten que la exceda y rechazan lo que sobrepase la medida; el apetito, en cambio, jamás se sacia, sino siempre continúa ávido y sediento.

150. Por ello. se añade también, como secuela del hecho de "hincharse el vientre", el "rasgarse el muslo".[80] En efecto, entonces desgárrase en el alma la recta razón, simiente y padre de las cosas nobles, como lo atestiguan estas palabras: "Si ella no fuere manchada y se mantuviere pura, será libre de culpa y dará a luz descendencia" (Núm. V, 28); es decir, si no fuere manchada por la pasión y fuere pura para con su legítimo esposo, que es la sana y soberana razón, tendrá un alma fecunda y fructífera, que engendrará el fruto de la prudencia, de la justicia y de toda virtud.

[80] Núm. V, 27.

151. LII. ¿Mas es posible, entonces, que nosotros, atados, como estamos, a un cuerpo, no atendamos a las necesidades corporales? ¿Y cómo es posible eso? Pero atiende. El sagrado guía indica al hombre que experimenta los apremios de la necesidad corporal la manera de encarar la cosa, la cual consisto en hacer uso de lo estrictamente necesario. Dice primeramente: "Haya un lugar para ti fuera del campamento" (Deut. XXIII, 12); llamando campamento a la virtud, en la que tiene asentados sus reales el alma. No es posible, en efecto, que la prudencia y la atención de la necesidad corporal ocupen el mismo emplazamiento.

152. Luego dice: "Saldrás allí afuera." ¿Por qué? Porque, mientras permanece al lado de la prudencia y su tiempo transcurre en la morada de la sabiduría, no puede el alma relacionarse con ninguno de los amigos del cuerpo, por cuanto su alimento consiste entonces en manjares más Divinos proporcionados por las ciencias, las que le hacen olvidarse también de la carne. Será, pues, cuando haya salido de los sagrados recintos de la virtud, cuando volverá hacia las cosas materiales que arruinan y oprimen al cuerpo. ¿Cómo, entonces nos habremos de poner en contacto con ellas?

153. "Ten, dice, una estaca en tu cinturón, y con ella cavarás." (Deut. XXIII, 13.) Es decir, la razón estará sobre la pasión extirpándola, acosándola y desenmascarándola. Lo que Dios, en efecto, desea es que nosotros ciñamos nuestras pasiones, y no las llevemos sueltas e incontroladas. Por eso con respecto a la travesía de las mismas, que es llamada Pascua, prescribe que sus "lomos estarán ceñidos" (Ex. XII, 11) o, lo que es lo mismo, que sus apetitos serán reprimidos. Marche, pues, la estaca, vale decir, la razón, tras la pasión e impídale tomar incremento. De ese modo, en efecto, sólo a las verdaderas necesidades atenderemos, y desecharemos, en cambio, lo superfluo.

155. LIII. Y si, hallándonos en convites y a punto de ir a gozar y aprovechar las cosas

preparadas, nos presentamos. acompañados de la razón, como por un arma defensiva, ni abusaremos de los alimentos más allá de la medida, como gaviotas» ni, por habernos saciado de vino puro desmedidamente, vendremos a parar en una borrachera con su obligada secuela de palabras necias. La razón, en efecto, frenará y sujetará la velocidad y el ímpetu de la pasión.

156. Bien lo sé yo, por ejemplo, que lo he experimentado a menudo. En efecto, he asistido a convites poco formales y a opulentas cenas, y cada vez que me he hecho presente sin la compañía de la razón, me convertí en esclavo de cuanto allí había preparado, quedando al arbitrio de salvajes señores, vale decir, de espectáculos, ejecuciones musicales y cantos, y cuanto produce placeres a través del olfato y el gusto. Cada vez, en cambio, que concurro acompañado de la convincente razón, en vez de esclavo me convierto en señor, y con la plenitud de mis fuerzas alcanzo la hermosa victoria de la fortaleza y la prudencia, en vigorosa y tenaz pugna con las cosas que excitan los desenfrenados deseos.

157. Pues, a ello se refiere cuando dice: "cavarás con la estaca" (Deut. XXIII, 13), es decir, desnudarás y distinguirás mediante la razón la naturaleza propia de cada pasión; del comer, del beber, de las complacencias sexuales; para que, discerniéndolas, conozcas la verdad sobre ellas; porque de ese modo sabrás que en ninguna de ellas se da el bien, sino solamente lo necesario y útil.

158. "Y llevando la estaca taparás tu inmundicia." (Deut. XXIII, 13.) Perfecto. Lleva, pues, a todas partes, oh alma, la razón, con la que es tapada, disimulada y cubierta toda inmundicia de la carne y la pasión. Porque todo lo que no está acompañado por la razón es inmundo, así como todo lo que está con ella es decente.

159. Así pues, mientras el hombre amante de los placeres avanza sobre su vientre; el hombre perfecto, en cambio, lava totalmente el vientre; y el hombre que progresa gradualmente, por su parte, lava las cosas que contiene el vientre; y el que está en los comienzos de su ejercitación saldrá afuera cuando se apreste a refrenar la pasión, llevando a la razón, llamada simbólicamente estaca, al encuentro de las exigencias del vientre.

160. LIV. También es acertado el agregar: "Andarás sobre tu pecho y sobre tu vientre." (Gen. III, 14.) El placer, en efecto, no pertenece a la categoría de las cosas tranquilas y estables; por el contrario, es de las móviles y llenas de trastornos. Porque, así como la llama está en movimiento, así, a modo de llama, la pasión, moviéndose en el alma, no permite que ésta permanezca en calma. Por eso Moisés no está de acuerdo con los que dicen que el placer es tranquilo.[81] La tranquilidad es propia de una piedra, de una madera y de toda cosa sin vida, pero es ajena al placer. Éste, en efecto, tiende a la excitación y al movimiento convulsivo, y en el caso de algunos, lejos de suponer tranquilidad, implica, por el contrario, entrega al movimiento intenso y violento.

[81] Probablemente alude a la filosofía epicúrea.

161. LV. Las palabras "Comerás tierra todos los días de tu vida" (Gen. III, 14) corresponden a la realidad de las cosas, pues los placeres que proporciona el alimento del cuerpo son placeres de tierra. Y yo diría que no puede ser de otro modo. Porque, siendo dos las partes de que se compone el hombre: el alma y el cuerpo, éste ha sido formado de tierra; en tanto que el alma, porción extraída de la Divinidad, es, en cambio, de aire, pues "Dios sopló en su rostro el aliento de la vida, y el hombre llegó a ser un alma viviente" (Gen. II, 7), y es, por lo tanto, razonable que el cuerpo, pues está formado de tierra,- tenga por alimentos familiares los que le proporciona la tierra; en tanto que el alma, como parte que es de la naturaleza etérea, tenga

alimentos etéreos y Divinos. Por eso, se alimenta con la ciencia, y no con las comidas y bebidas de las que ha menester el cuerpo.

162. LVI. Que los alimentos del alma no son terrestres sino celestiales lo atestigua suficientemente la sagrada escritura. "He aquí que Yo haré llover sobre vosotros panes del cielo, y el pueblo saldrá y recogerá la porción diaria para el día; de ese modo comprobaré si se guiarán por Mi ley o no." (Ex. XVI, 4) Ves que no con cosas terrestres y perecederas se nutre el alma sino con las palabras que Dios hace llover desde la elevada y pura naturaleza que Moisés denominó cielo.

163. Salgan, pues, el pueblo y conjunto todo del alma y recoja el saber e iniciése en él; no todo de una vez, sino "la porción diaria para el día"; en primer lugar porque no podrá contener toda junta la riqueza enorme de las gracias de Dios, sino se verá inundado por su impulso como por un torrente. En segundo lugar, porque es mejor que, recibiendo bienes suficientes en cantidad razonable, pensemos que Dios guarda en reserva los restantes.

164. El que va en busca de todo conjuntamente lo que consigue es perder la esperanza y la confianza, y llenarse de inmensa insensatez. Tórnase desesperanzado, por cuanto espera que Dios derramará bienes sobre él sólo en la presente ocasión y no también más tarde; desconfiado, puesto que no confía en que las Divinas gracias son ahora y siempre distribuidas profusamente entre quienes las merecen; e insensato, pues piensa que habrá de ser un guardián capaz de preservar lo que ha recogido de una vez, no obstante la oposición Divina. Una pequeña mudanza, en efecto, ha bastado para que la inteligencia que por orgullo atribuíase a sí misma seguridad y firmeza, se convirtiera en débil e inseguro guardián de todas aquellas cosas que creía bajo su segura custodia.

165. LVII. Recoge, pues, oh alma, lo suficiente y conveniente, y no más de lo suficiente, al punto de que resulte excesivo; ni menos tampoco, de tal modo que no alcance; a fin de que, manteniéndote en las justas medidas, no obres ilícitamente. Es preciso que cuando te ejercitas en la travesía que te aleja de las pasiones y cuando sacrificas la Pascua, alcances el progreso, que simboliza el cordero,[82] no en forma desmedida; porque dice]. Dios que "en cuanto al cordero, cada uno calculará lo que sea suficiente para él. (Ex. XII, 4.)[83]

[82] Etimológicamente *próbaton* = cordero, significa "el que avanza"; siendo de la misma raíz de *probáinein* == avanzar.

[83] El sentido literal del pasaje bíblico es que, si en una familia no hubiere suficientes miembros para consumir el cordero pascual, se invitará a participar en la cena al vecino mas próximo, y se calculará para él la porción de cordero que le resulte suficiente.

166. Tanto, pues, en el caso del maná como en el de todo otro beneficio que Dios otorga a nuestra raza, es bueno tomar lo razonablemente medido y calculado, y no lo que está por sobre nosotros. Porque hacer esto último es, ciertamente, propio de la codicia. Recoja, pues, el alma la porción diaria para el día; que así proclamará guardián de los bienes, no a sí misma, sino a Dios.

167. LVIII. Y el motivo de la prescripción que estamos considerando [84] es a mi parecer, éste: "el día" es símbolo de la luz, y la luz del alma es la instrucción. Muchos, ciertamente, han adquirido la luz que hay en su alma para la noche y la obscuridad, no para el día y la claridad. Por ejemplo, los que adquirieron las instrucciones elementales y la llamada cultura general,[85] y la filosofía misma sin otro propósito que lograr una vida regalada o una función de gobierno junto a sus soberanos. El hombre de bien, en cambio, adquiere el día sólo por amor al día; la

luz, sólo por amor a la luz; y la belleza, sólo por amor a la belleza y no con otro motivo cualquiera. Por eso es que también agrega Dios: "De ese modo comprobaré si se guiarán por Mi ley o no" (Ex. XVI, 4); que la norma Divina es ésa: valorar la virtud por la virtud misma.
[84] Es decir, la del pasaje del Ex. XVI, 4 (citado en 162), en la parte referente a recoger cada día la ¡porción diaria y nada más. Filón, empero, entiende lo de "para el día", no como una medida de tiempo, sino como lo opuesto a la noche, la luz frente a la obscuridad, como puede verse en las consideraciones que siguen.
[85] Traduzco por "cultura general" la expresión griega *enkyklíos paidéia* = educación o instrucción cíclica (literalmente), siguiendo a Marrou H. I., Historia de la educación en la Antigüedad, Eudeba, Buenos Aires, pág. 216. La *enkyklios paidéia* comprendía los estudios previos a la especulación filosófica, que durante la Edad Media se denominarían las siete artes liberales, vale decir: el *trivium* (gramática, retórica y dialéctica) y el *quadrivium* (geometría, aritmética, astronomía y música). Ver Sobre los querubines 105, y Sobre la unión con los estudios preliminares 11 y ss.

168. La recta razón, en efecto, prueba, como se prueba una moneda, a los que se ejercitan, para ver si están adulterados por referir el bien del alma a alguna cosa exterior; o si, como hombres cabales, la apartan y lo guardan en su entendimiento solamente. A tales hombres les es dado alimentarse, no con alimentos de tierra, sino con las celestiales ciencias.

169. LIX. Aclara aún más este punto cuando dice: "Por la mañana, cuando hubo cesado el rocío, apareció en tomo de todo el campamento; y he aquí que sobre la superficie del desierto había una cosa menuda como si se tratase de cilantro, blanca como escarcha sobre la tierra. Al verlo dijeron unos a otros: '¿Qué es esto?', porque no sabían lo que era. Mas Moisés les dijo: 'Este pan que nos ha proporcionado el Señor para que comamos es esta palabra que el Señor nos ha prescripto'". (Ex. XVI, 13 y ss.) Ves en qué consiste el alimento del alma: es la palabra de Dios, continua, a semejanza del rocío; la que encierra en derredor al alma toda y no permite que porción alguna esté ajena a ella.

170. Mas no en todas partes se manifiesta esta palabra; sino en el desierto de las pasiones y los vicios; y es sutil[86] para concebir y ser concebida, y sumamente clara y transparente para verse. Es, además, semejante al cilantro; y los agricultores aseguran que, si se divide la semilla del cilantro en innumerables porciones, cada una de las partes en que ha quedado dividida, si se siembra, germina tal como podía haberlo hecho la semilla entera. Tal es también la palabra Divina, capaz también de brindar beneficios no solo ella en conjunto sino además a través de cada porción, cualquiera fuere.
[86] "Sutil": Filón juega con las dos acepciones del término *leptós* = menudo (como se entiende en el pasaje bíblico) y sutil, tanto material como espiritualmente. En las consideraciones de este parágrafo y los siguientes se advierte que Filón toma el término lagos ora en el sentido específico de palabra ora en el de lagos divino en general.

171. Creo yo que la palabra de Dios se asemeja también a la pupila [87] de los ojos; pues, así como la pupila del ojo, no obstante ser una pequeñísima parte de él, alcanza a ver todas las zonas del universo, la inmensidad del océano, la vastedad del aire y del dilatado firmamento y cuanto el sol bordea en su marcha ascendente y descendente; así también la palabra de Dios está dotada de la más penetrante de las visiones, al punto de que es capaz de supervisarlo todo y con ella se hace claramente visible todo cuanto es digno de verse. ¿Qué puede, en efecto, ser más brillante y esplendente que la Divina palabra, por cuya participación también las demás cosas despójanse de su obscuridad y sombra ansiosas de participar de la claridad del alma?
[87] La semejanza del termino *kóre* = pupila, con *kórion* = cilantro (*coriandro*, en castellano

antiguo) ha sugerido, seguramente, a Filón, la relación entre uno y otro símbolo de la palabra de Dios.

172. LX. Una afección particular se origina en virtud de la palabra Divina. En efecto cuando ella ha llamado al alma hacia sí, provoca una congelación en todo lo terrestre corpóreo y sensitivo de nuestro ser. Por eso dice el legislador: "Como si fuera una escarcha sobre la tierra." (Ex. XVI, 14.) Y así es: cuando el que ve a Dios está abocado a su fuga de las pasiones, las olas, es decir, el ímpetu, el acrecentamiento y la soberbia de las mismas, solidifícanse. "Témanse sólidas en efecto, las olas en medio del mar" (Ex. XV, 8) para que el que ve al Que Es avance hasta dejar atrás a la pasión.

173. Pues bien, las almas que tienen ya experiencia sobre la palabra Divina, mas no son aún capaces de responder a la pregunta "¿Qué es?" (Ex. XVI, 15) pregúntanselo unas a otras. En efecto, muchas veces en presencia de un grato sabor no sabemos qué alimento es el que lo ha provocado y, habiendo percibido gratos aromas, no sabemos cuáles son. Pues, otro tanto ocurre con el alma; llena de alegría a veces, no sabe decir qué es lo que la alegra. Mas es instruida por el sagrado intérprete y profeta Moisés, quien le dirá: "Este pan" (Ex. XVI, 15) es el alimento que Dios ha proporcionado al alma para que se nutra de Su palabra y de Su doctrina; porque "este pan" que nos ha proporcionado para alimentarnos "es esta palabra". (Ex. XVI, 15.)

174. LXI. Dice asimismo en el Deuteronomio: "Y te afligió y te hizo padecer hambre y te alimentó con el maná, que no conocían tus padres, para revelarte que no sólo de pan vivirá el hombre sino también de toda palabra que sale a través de la boca de Dios." (Deut. VIII, 3.) Esta aflicción es una propiciación; como que, en el décimo día afligiendo a nuestras almas. nos será propicio.[88] En efecto, cuando nos vemos privados délas cosas agradables, pensamos que hemos sido afligidos, pero en realidad ocurre que Dios nos es propicio.
[88] Lev. XVI, 30.

175. Él provoca en nosotros también un hambre, no de virtud, sino de cuantas cosas engendran la pasión y el vicio. Lo prueba el hecho de que nos alimenta con Su propia palabra, lo más genérico que existe. "Maná", en efecto, significa "algo",[89] y éste es el más. genérico de los términos. Y la palabra de Dios está por sobre todo el mundo y es entre cuantas cosas han sido creadas la más antigua y genérica. Esta palabra "los padres no la conocían" (Deut. VIII, 3 y 16); no los verdaderos padres, sino los encanecidos por los años que decían: "Elijamos un caudillo y retornemos a Egipto" (Núm. XIV, 4), es decir, a la pasión.
[89] "Algo": otro cabal ejemplo de la desbordante fantasía de Filón en lo tocante a la lectura de los pasajes bíblicos. El aludido ahora es el de Ex. XVI, 13 y ss., citado en 169, según el cual los israelitas, al ver el blanco alimento, se preguntaban: "¿*Mahnú*? (¿Maná?)", equivalente a la pregunta griega: "*Tí estí toúto*?" = ¿Qué es esto?
Mas, como en griego la diferencia entre el interrogativo tí (qué) y el indefinido tí (algo) consiste tan solo en una variante de acento, le ha parecido a Filón que la diferencia es de tan poca monta, que bien pueden considerarse la misma palabra; y no ha vacilado en leer, en vez de "¿Qué es esto?", 'Esto es algo'. (Recuérdese que los signos de interrogación no se empleaban en los tiempos clásicos.)
Y, como en la terminología de los estoicos "ti" = "algo" es el término más genérico, el que más objetos abarca (equivalente al *on* = ente o ser aristotélico), que da fuera de toda duda que algo = maná = palabra o logos de Dios es lo más genérico que existe.

176. Proclame, pues, Dios al alma que "no sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra

que sale a través de la boca de Dios" (Deut. VIII, 3); vale decir, que será alimentada tanto mediante toda la palabra como mediante una porción de ella. "La boca", en efecto, es un símbolo del habla,[90] y la palabra es una parte de él. Pero es el alma de los más perfectos la que se alimenta con toda palabra; nosotros podemos estar contentos de ser alimentados con una porción de ella.
[90] Del "habla", vale decir, de toda palabra o del conjunto de las palabras.

177, LXII. Ahora bien, éstos [91] suplican ser alimentados por la palabra de Dios; Jacob, en cambio, mirando aún más allá de la palabra, afirma que es alimentado por el mismo Dios. Dice así: "El Dios al que complacieron mis padres Abraham e Isaac; el Dios que me alimenta desde mi juventud hasta este día; el mensajero que me libera de todos los males, bendiga a estos niños." (Gen. XL VIII,: 15 y 16.) Acertada manera de expresarse. Juzga que es Dios y no Su palabra, quien lo alimenta; pero, a la vez, juzga al mensajero, que es esa palabra, como un médico de males. Y nada más sensato que lo que dice; pues le parece bien que aquel Que Es dé Él mismo en persona los bienes principales, y que sus mensajeros y palabras den los secundarios, vale decir, todos los que involucran liberación de males.
[91] Los israelitas en el desierto.

178. Por esto, pienso yo, Dios, mientras nos concede por sí mismo, sin intervención de otro, la gracia de la salud. simple, es decir, de la que no ha sido precedida por alguna enfermedad en nuestros cuerpos; en cambio, la salud que sobreviene al quedar libres de una enfermedad, la concede a través del arte medicinal y la labor del médico, dejando a la medicina y al médico el mérito aparente de la curación, no obstante que, en rigor de verdad, es Él mismo quien cura mediante éstos o sin ellos. Y otro tanto ocurre en el caso del alma. Los bienes, o sea los alimentos. Él mismo los concede personalmente; en cambio, es a través de mensajeros y palabras como concede cuanto involucra liberación de males.

179. LXIII. La súplica de Jacob encerraba un reproche a José, el hombre de estado, el que se había atrevido a decir: "Te alimentaré aquí". Sus palabras habían sido: "Daos prisa, marchad hacia mi padre y decidle 'Esto dice...'" etc. Y luego: "Vuelve a mí y no te detengas"; para concluir así: "Y te alimentaré aquí, pues aún quedan cinco años de hambre." (Gen. XLV, 9 y 11.) Reprendiéndole, pues, Jacob y a la vez enseñando al engreído, dice: 'Ten presente, buen señor, que los alimentos del alma son las ciencias, las que han sido concedidas, no por la palabra perceptible a través de los sentidos, sino por Dios. El que me ha alimentado desde mi juventud y desde mi primera lozanía hasta mi plena virilidad,[92] Él mismo satisfará mis necesidades.
[92] O humanidad. Filón ha sustituido *eos tés heméras táutes* = hasta este día, del texto de los Setenta, por *mékhrt teléion photós*, que puede traducirse por: hasta (el) hombre completo, o por: hasta (la) perfecta claridad, según se interprete el genitivo *photós*. Como en 167 Filón ha dicho: "el día" es símbolo de la luz; bien podría aceptarse la segunda traducción.

180. José, pues, vivió la misma experiencia que su madre Raquel. Porque también ésta había supuesto que la creatura tiene algún poder, y por eso dice: "Dame hijos." (Gen. XXX, 1.) Pero el suplantador, censurándola, le dirá: 'Estás en un completo error, porque yo no estoy en lugar de Dios, el único que tiene poder para abrir las matrices de las almas, de sembrar en ellas las virtudes y de hacerlas fértiles y engendradoras de cosas nobles. Aprende de Lía, tu hermana, y hallarás que de ningún mortal ha recibido la simiente y el vástago, sino del mismo Dios', "como que, viendo el Señor que Lía era aborrecida, abrió su matriz; en tanto que Raquel era estéril." (Gen. XXIX, 31.)

181. Pero, observa una vez más lo sutil de este pensamiento: Dios abre las matrices de la virtud sembrando en ellas las nobles acciones; y la madre, habiendo recibido de Dios la virtud, no engendra para Dios, pues el Que Es no necesita de cosa alguna, sino engendra hijos para mí, Jacob. Pues por mí, seguramente, sembró Dios la simiente en la virtud, no para Sí. En consecuencia, hallamos que Uno[93] es el esposo de Lía, el que no es mencionado; y otro el padre de los hijos nacidos de aquélla; porque el que abrió su matriz es su esposo; y aquel para quien se dice que ella los da a luz. es el padre de los hijos.

[93] Es decir. Dios, quien fecundó a Lía.

182. LXIV. "Y pondré enemistad entre ti y la mujer." (Gen. III, 15.) Realmente el placer es un enemigo de la sensibilidad; a pesar de que algunos opinan que es un amigo íntimo. Pero, así como nadie llamaría amigo a un adulador, pues la adulación es una peste de la amistad; ni nadie diría que una cortesana es cariñosa para con su amante; ya que su ternura es para los regalos y no para él; del mismo modo hallarás, si lo examinas bien, que el placer se disfraza bajo una falsa apariencia de inmenso apego hacia la sensibilidad.

183. La verdad es que, cuando nos hemos saciado de placer, los órganos de nuestra sensibilidad pierden su vigor. ¿O no observas que los que se embriagan de vino o de amor, viendo no ven y oyendo no oyen,. y se ven privados del adecuado ejercicio de los demás sentidos? A veces también en medio de la turba desmedida del placer todo el vigor de los sentidos se relaja como si un sueño los abrazara. Precisamente el nombre del sueño proviene del relajamiento de los mismos.[94] Entonces, en efecto, el órgano de la percepción se afloja, del mismo modo que, cuando estamos. despiertos, pónese tenso, y las impresiones que recibimos de afuera no son ya obscuras sino sonoras y claras, y transmiten el sonido hasta la inteligencia. Es preciso, en efecto, que la inteligencia reciba el golpe del mismo para poder llegar a conocer las cosas exteriores, y alcanzar una vivida impresión de ellas.

[94] Filón se apoya en un inexistente parentesco entre *hyphesis* = relajamiento, y *hypnos* = sueño.

184. LXV. Observa que no dijo "Pondré enemistad para ti y la mujer" sino "entre ti y la mujer" ¿Por qué eso? Porque es "en medio", en lo que es un límite, por así decir, entre el placer y la sensibilidad, donde se origina la guerra entre ellos. Y lo hallado entre ambos son las bebidas, los comestibles y cuanto contribuye al logro de tales fines; cosas que son, cada una, a la vez objeto sensible y agente de placer. Cuando el placer, pues, ha abusado de éstas en forma inmoderada, al punto inflige un daño a la sensibilidad.

185. También las palabras "entre tu simiente y la de ella" se ajustan a la realidad de las cosas. En efecto, toda simiente es origen de existencia; pero, mientras el origen del placer es la pasión, un impulso irracional, el de la sensibilidad lo es la inteligencia, porque de ésta, como de una fuente, proceden los poderes de la sensibilidad. Tal es lo que enseña el sacratísimo Moisés, quien afirma que la mujer fue extraída de Adán al ser formada, lo que equivale a decir que la sensibilidad procede de la inteligencia. La misma relación, pues, que existe entre el placer y la sensibilidad media entre la pasión y la inteligencia, de modo que, pues aquéllos son enemigos, tampoco éstas pueden estar en paz.

186. LXVI. Y la guerra entre ambas es patente. Cuando la victoria queda del lado de la inteligencia, es decir,; cuando ésta se mantiene en la esfera de los objetos aprehensibles por vía intelectual e incorpóreos, huye la pasión; y, al revés; cuando es ésta la que obtiene una ruin victoria, la inteligencia cede quedando impotente para aplicarse a sí misma y a todas las

actividades que le son propias. Precisamente, dice el legislador en otro pasaje: "Cuando Moisés alzaba sus manos, Israel llevaba la ventaja; cuando las bajaba, prevalecía Amalec" (Ex. XVII, 11); mostrando con ello que, cuando la inteligencia se eleva a sí misma desde las cosas mortales y se mantiene en alto, cobra fuerza el que ve a Dios, es decir, Israel; cuando, en cambio, menguan los poderes que le son propios y se enferma, de inmediato se fortalece la pasión, es decir. Amalec, cuyo nombre significa "pueblo devorador", y en efecto, verdaderamente la pasión devora a toda el alma y la agota sin dejar en ella simiente ni chispa alguna de virtud.

187, Por ello también se dice: "Amalec dominadora de las naciones" (Núm. XXIV, 20), pues la pasión rige y domina a todos los que irreflexivamente viven en promiscua turba al azar y en confusión. Y, como a través de la pasión enciéndese toda guerra del alma, a las inteligencias a la que Dios otorga la paz, promételes Él arrancar "el recuerdo de Amalec de debajo del cielo". (Ex. XVII, 14.)

188. LXVII. Las palabras "Él[95] vigilará tu cabeza y tú vigilarás el talón de él" (Gen. III, 15), constituyen una incorrección de forma, aunque su sentido es correcto. Porque al dirigirse Dios a la serpiente háblale acerca de la mujer, y la mujer es "ella" y no "él". ¿Qué decir ante esto? Pues que ha dejado de referirse a la mujer, y ha pasado a hablar de la que es simiente y origen de la sensibilidad. Y el origen de la sensibilidad es la inteligencia; y el término "inteligencia" es masculino,[96] y refiriéndose a ella es preciso decir "él", "de él", etc. Correcto es, pues, decir al placer: 'La inteligencia vigilará tu fundamental y principal doctrina y tú vigilarás las bases y los fundamentos de lo que la complace, los que con razón han sido comparados con los talones.

[95] "Él": el texto griego emplea, en efecto, autos = él, cuando lo que cabía esperar era *auté* = ella, es decir, la mujer; por lo que en 65 he traducido: "Ella vigilará..."

[96] Masculino en griego. Ver Interpretación alegórica II, nota 33.

189. LXVIII. En cuanto al término "vigilará", él tiene dos acepciones: una es equivalente a 'cuidará y preservará'; la otra, igual a 'estará al acecho para destruir'. Ahora bien, por fuerza la inteligencia o es ruin o es noble. En consecuencia, la inteligencia insensata bien puede ser guardiana y atesoradora del placer, por cuanto se complace en éste, en tanto que la noble será enemiga de él; y aguardará con impaciencia el momento en que se halle en condiciones de destrozarlo totalmente lanzándose sobre él. Y, el revés, el placer protege los fundamentos de la inteligencia insensata, e intenta, en cambio, destruir y aniquilar los puntos de apoyo de la inteligencia sabia juzgando que ésta última se halla empeñada en arruinarlo a él, en tanto que la insensata procura los mejores medios para preservarlo.

190. Pero, aunque crea que engañará y frustrará a la inteligencia noble, él será el engañado por Jacob, experto en la lucha, no en la lucha del cuerpo sino en la que el alma libra contra los modos de vida contrarios a ella cuando combate contra las pasiones y los vicios. Y no soltará Jacob el talón de su antagonista, la pasión, antes de que ésta ceda y reconozca que ha sido engañada y vencida en dos ocasiones, una en su derecho de primogenitura, otra en la bendición.

191. Dice, en efecto, Esaú: "Con justicia ha recibido el nombre de Jacob, pues ya me ha suplantado[97] dos veces. En aquella ocasión tomó mi primogenitura; ahora ha tomado mi bendición." (Gen. XXVII, 36.) El hombre ruin asigna la procedencia a las cosas del cuerpo; el hombre de bien a las del alma, las que, en verdad, son de mayor jerarquía y realmente primeras como un magistrado en la ciudad, no por la edad [98] sino por su mérito y dignidad. Y

la soberana de este ser compuesto que somos es el alma.
[97] La relación entre el "talón" y el "suplantar" es inexpresable en castellano; pero en griego ambos términos son de la misma raíz: *pterná* = talón, y *pternízein* = suplantar (literalmente: golpear con el talón; de donde: hacer una zancadilla).
[98] Alusión al hecho de que Essaú era primogénito por la edad, y revestía la mayor jerarquía entre los hijos de Jacob, sin otro mérito que ése.

192. Quien es primero en virtud, pues, ha recibido las cosas que son primeras, y que le correspondían; pues ha recibido también la bendición junto con plegarias perfectas; y vano y fraguado sabio es el que dice: 'Tomó mis bendiciones y mis progenituras". Porque no son las tuyas, buen hombre, las que toma, sino las contrarias a las tuyas; ya que las cosas tuyas han sido consideradas dignas de servidumbre, y las de aquél, dignas de señorío.

193. Y si aceptas convertirte en siervo del sabio, podrás participar de la admonición y la corrección, desprendiéndote de la ignorancia y la grosería, plagas del alma; pues en su plegaria tu padre te dice: "Servirás a tu hermano." (Gen. XXVII, 40.) Mas no ahora, pues no habrá de soportar tu rebeldía, sino cuando "hayas desatado el yugo de tu cerviz" (Gen. XXVII, 40), arrojando de tí la jactancia y la insolencia que has adquirido al ponerte a ti mismo bajo el yugo del carro de las pasiones, al que guía la insensatez.

194. LXIX. Por ahora eres siervo de los pesados e insoportables amos que hay en ti, para los cuales la norma es no permitir que nadie llegue a ser libre. Pero si huyeres y te liberares de ellos, un señor que siente afecto hacía sus siervos, te concederá hospitalidad ofreciéndote claras esperanzas de libertad y no te entregará de nuevo a tus anteriores amos, pues ha aprendido de Moisés una lección y una norma inviolable: "No entregarás a su amo un sirviente que dejando a aquél se haya acogido a ti; y vivirá contigo en algún lugar de su agrado." (Deut. XXIII, 15 y 16.)

195. LXX. Pero, mientras no hayas huido y estés todavía sujeto a las bridas y riendas de aquellos señores, eres indigno de servir al sabio. La más elocuente prueba de tu natural no libre sino servil la tienes cuando dices: "Mi progenitura y mis bendiciones." [99] (Gen. XXVII, 36.) Estas palabras rayan en lo desmedido y torpe porque sólo a Dios compete hablar de "lo mío", ya que las cosas son realmente propiedad Suya.
[99] "Mis bendiciones": variante introducida por Filón en el pasaje citado en 191, donde dice "Mi bendición".

196. Por eso Él lo testimoniará también cuando diga: "Preservarás Mis presentes, Mis dones y Mis frutos." (Núm. XXVIII, 2.) Los "presentes" son superiores a los "dones", pues aquéllos se caracterizan por ser bienes grandes y perfectos, con que Dios favorece a los hombres perfectos; en tanto que los segundos se reducen a algo muy modesto, y son concedidos a los ejercitantes bien dotados que hacen progresos.[100]
[100] No hay diferencia de matices semánticos entre los términos griegos dóron y doma, los que significan presente, regalo, don, recompensa; de modo que en la traducción no he podido emplear términos que puntualicen las diferencias a que hace referencia Filón.

197. Por eso también Abraham, siguiendo el deseo Divino, se queda con los bienes que le venían de parte de Dios, pero desdeña quedarse con los caballos del rey de Sodoma,[101] así como los bienes de las concubinas.[102] Y, por su parte, Moisés juzga conveniente decidir personalmente los casos más importantes y confía el discernir en los asuntos sin importancia a jueces inferiores.[103]

[101] Gen. XIV, 21. Sobre la posibilidad de que la verdadera lectura sea "bienes que no lo son realmente" ver Sobre la migración de Abraham, nota 66.
[102] Gen. XXV, 6.
[103] Ex. XVIII, 26.

198. Quien se atreve a decir que algo es de él, quedará registrado como siervo a perpetuidad, lo mismo que el que dice: "He llegado a amar a mi señor, a mi mujer y a mis hijos; no saldré libre." (Ex. XXI, 5.) Bien está, ciertamente, que se reconozca siervo; pues, ¿cómo no ha de ser siervo el que dice: 'Mía es la soberana inteligencia, señora de sí misma cuyo poder es ilimitado; mía es también la sensibilidad, la que se basta a sí misma para discernir sobre las cosas corpóreas; míos son también los productos de ellos, tanto los intelectuales, que lo son de la inteligencia, como los sensibles, que lo son de la sensibilidad;
porque de mí depende el ejercicio del discernimiento y la experiencia de los sentidos'.

199. Pero no sea él el único que dé testimonio en su contra; sino sea también condenado por Dios, y soporte una eterna e inexorable esclavitud al ordenar Él que le sea agujereada la oreja para que no reciba palabras de virtud y sirva por siempre como esclavo de la inteligencia y la sensibilidad, malvados e implacables amos.

200. LXXI. "Y dijo a la mujer 'Multiplicaré tus penas y tu lamento'." (Gen. III, 16.) Es propio de la mujer, o sea, de la sensibilidad, una experiencia, un sufrimiento llamado "pena". Es que aquello que nos procura placer, es también origen de dolor; y pues nos deleitamos a través de los sentidos, por fuerza a través de ellos también padecemos. Pero, mientras la inteligencia noble y pura padece muy poco, pues muy poco alcanzan a afectarla los sentidos; por el contrario, no tiene límites el padecer de la inteligencia insensata, que no posee ningún antídoto en el alma, con qué defenderse de las enfermedades que provienen de los sentidos y las cosas sensibles.

201. Porque, de distintas maneras reciben golpes el atleta y el siervo: éste, soportando sumisamente los malos tratos y sometiéndose; el atleta, en cambio, aguardando firme, oponiéndose y rechazando los golpes que vienen sobre él. De una manera afeitas a un hombre y de otra esquilas a un cordero; ya que mientras el cordero se limita a sufrir pasivamente; en el caso del hombre, en cambio, se da una actividad recíproca, y podría decirse que éste corresponde a lo que experimenta, adoptando actitudes y posturas adecuadas al procesa de ser afeitado.

202. Pues bien, de manera análoga el hombre que procede irracionalmente soporta a otro como lo hace el esclavo; y se somete a los dolores como a insoportables señores, incapaz de hacerles frente y sin poder para extraer pensamientos varoniles y libres; por lo cual una incontable turba de sentimientos de dolor se derrama sobre él a través de los sentidos. En cambio, como si fuese un atleta saliendo con fuerza y vigor al encuentro de todas las cosas penosas, el hombre sapiente las enfrenta de modo tal que no es herido por ellas sino mira a cada una con absoluta indiferencia; y con juvenil ardor me parece pronunciar aquellas palabras ,de la tragedia dirigidas al dolor: "Quémame, consume mis carnes, satúrate de mí bebiendo mi negra sangre; porque las estrellas descenderán bajo la tierra y la tierra se elevará hasta el éter antes de que de mí te llegue una palabra lisonjera."[104]
[104] Fragmento de Eurípides.

203. LXXII. Ahora bien, así como Dios ha puesto en la sensibilidad todos los dolores en mayor medida, del mismo modo ha brindado al alma noble multitud incontable de bienes. Por

ejemplo, a propósito de Abraham, hombre perfecto, se expresa Dios de esta manera: "Por Mí mismo he jurado, dice el Señor; por Quien[105] has hecho esto; y por Mí no has rehusado a tu amado hijo; y bendiciendo verdaderamente te bendeciré, y multiplicando multiplicaré tu simiente como las estrellas del cielo y como las arenas de la orilla del mar." (Gen. XXII, 16 y 17.) Bien está, tanto el que haya confirmado su promesa con un juramento, como el que lo haya hecho con un juramento digno de Dios; porque, como ves. Dios no jura por otra cosa; puesto que nada es superior a Él; sino por Sí mismo, que es el más excelente de todos los seres.

[105] "por Quien"! así entiende Filón la expresión *hoû héneka*, que a veces toma ese significado, pero que en el pasaje oficia de conjunción causal, debiendo, por lo tanto, leerse: "porque has hecho..." Véase 209.

204. Sin embargo, algunos han dicho que no era apropiado para Él el jurar, ya que un juramento se toma como garantía de buena fe, y dignos de buena fe son sólo Dios y quien es amigo de Dios, como Moisés, del cual se dice: "Habiendo sido hallado fiel en toda Mi casa" (Num. XII, 7), y sobre todo, porque las palabras de Dios son verdaderos juramentos, leyes Divinas y sacratísimas normas; siendo prueba de su firmeza el hecho de que lo que Él dice ocurre, lo cual es la característica más importante de un juramento; de modo que se puede decir, como corolario, que todas las palabras de Dios son juramentos que resultan confirmados por su cumplimiento en el terreno de las realidades.

205. LXXIII. Dicen, ciertamente, que un juramento es poner a Dios por testigo acerca de un asunto en controversia, de modo que, si Dios jura, testimonia por Sí mismo; lo cual es absurdo, puesto que es preciso que el que testimonia algo sea una persona distinta de aquella por la cual da testimonio. ¿Qué hemos, pues, de decir? Ante todo, que nada hay de reprochable en que Dios dé testimonio para Sí mismo. ¿Qué otro, en efecto, sería capaz de dar testimonio por Él? En segundo lugar, que Él mismo es para Sí todo lo que hay de más preciado: pariente,. intimó, amigo, virtud, felicidad, dicha, ciencia, entendimiento,. principio, fin, todo, cada cosa, juez, decisión, consejo, ley, obra,. soberanía.

206. Además, si entendemos la expresión: "Por Mí mismo he jurado" en el sentido en que debe tomarse, acabaremos con esta argucia, que pasa de la medida. Porque, seguramente, esto debe entenderse del siguiente modo; ninguno de los seres que pueden dar garantía, puede darla en firme con respecto a Dios, pues a ninguno ha mostrado Él Su naturaleza, y ha dispuesto que ella sea invisible para toda nuestra raza. ¿Quién podrá decir de la Causa si es incorpórea o corpórea; si es cualitativa o que está exenta de cualidades?[106] En suma,. ¿quién podría asegurar algo sobre Su esencia o cualidad, sobre Su inmovilidad o movimiento? Sólo Él, ciertamente, afirmará. algo acerca de Sí mismo, por cuanto sólo Él posee con certeza un exacto conocimiento de Su propia naturaleza.

[106] Duda que está en flagrante contradicción con la seguridad de que hace gala Filón en numerosos pasajes cuando afirma que Dios es incorpóreo. y no cualitativo.

207. Es,. por lo tanto, solamente Dios la más firme garantía, en primer término de Sí mismo; en segundo lugar también de las obras. Suyas; de modo que es razonable que haya jurado por Sí mismo dando garantías respecto de Sí mismo; cosa que no sería posible que hiciese otro alguno fuera de Él. Por ello bien pueden ser considerados también como impíos aquellos que afirman que ellos han jurado por Dios, porque ciertamente, siendo, como es, imposible conocer nada acerca de Su naturaleza, debemos contentarnos con poder jurar por Su nombre, el cual como vimos, significa 'la palabra que interpreta". Su nombre, en efecto, puede ser Dios para nosotros los seres imperfectos, así como el Ser primero es Dios para los que son sabios y

perfectos.

208. Por eso Moisés, lleno de admiración ante la excelencia del Increado, dice: "Y tú jurarás por Su nombre" (Deut. VI, 13); no por Él mismo. Es, en efecto, suficiente para el mortal recibir seguridades y garantías de la palabra Divina; sea, en cambio, Dios la más firme seguridad y garantía de Sí mismo.

209. LXXIV. Las palabras "Por Quien has hecho esto" (Gen. XXII, 16) son señal de piedad; porque es norma piadosa hacer todas las cosas por Dios solamente. Por eso nos desprendemos del amado hijo de la virtud, es decir, el goce de la felicidad, cediéndolo al Creador, por entender que tal vástago debe ser considerado propiedad de Dios, y no de una creatura.

210. Bien dicho está lo de "bendiciendo bendeciré" (Gen. XXII, 17); ya que no faltan quienes llevan a cabo muchos actos que pueden calificarse de bendiciones, pero no lo hacen con el propósito de bendecir. Porque, incluso el hombre ruin ejecuta cosas que está obligado a hacer, pero no las ejecuta movido por una inclinación natural al cumplimiento del deber; y tanto el beodo como el demente a veces pronuncian palabras y realizan actos propios de personas sobrias, pero no son productos de un discernimiento sobrio; y los que están todavía en plena edad infantil hacen y dicen muchas cosas de las que se hacen y dicen una vez adquirido el uso de razón, pero lo hacer y dicen no como resultado de una aptitud para discernir, puesto que la naturaleza todavía no los ha educado para alcanzar ese discernimiento. Mas, lo que el legislador quiere es que el hombre sabio sea tenido por objeto de bendiciones no por un estado de ánimo pasajero ni por ser fácilmente maleable ante ajenas influencias, ni por simple azar, sino a causa de una fija disposición y condición bendecida.

211. LXXV. Pues bien,[107] no fue suficiente que la desventurada sensibilidad experimentara las penas en tan grande medida, y debió entregarse también "al lamento". El lamentarse supone una pena intensa hasta el exceso. Muchas veces, en, efecto, sufrimos sin que nos lamentemos; y cuando nos lamentamos es porque sufrimos las penas en medio de un inmenso torrente de aflicciones.
Dos son las formas de lamentación. Una sobreviene en los que apetecen y procuran cometer injusticias sin alcanzarlo: ésta es una lamentación ruin. La otra, en cambio, es propia de aquellos que se arrepienten y sienten dolor por su pasada claudicación, y dicen: [Desdichados de nosotros, cuánto tiempo hemos estado sin darnos cuenta de que nos hallábamos enfermos de la enfermedad de la insensatez, del extravío, de la injusticia en nuestra conductal.
[107] Retoma Filón la consideración del pasaje: "Multiplicaré tus penas y tu lamento." (Gen. III, 16.) Dicha consideración había quedado interrumpida en 203, para examinar el caso opuesto, vale decir, el de los abundantes bienes prodigados al alma noble.

212. Pero esta lamentación no sobreviene a menos que el rey de Egipto, es decir, la disposición atea e inclinada al placer cese y perezca abandonando el alma. Y en efecto; "después de aquel gran número de días murió el rey de Egipto" (Ex. II, 23); y entonces; no bien muerto el vicio, el que ve a Dios laméntase de su propia claudicación. "Los hijos de Israel", en efecto, "se lamentaron a causa de sus obras corporales y egipcias". Es que, mientras vive en nosotros el rey, que es la disposición de espíritu amante de los placeres, incita al alma a gozar con las faltas que comete; pero, cuando aquél muere, ésta se lamenta.

213. Por eso lanza gritos hacia su Señor suplicándole le evite en adelante claudicar y no permita que su perfeccionamiento sea incompleto. Porque a muchas almas descosas de arrepentirse no se lo permitió Dios; y, como impulsadas por contrarias corrientes, tomaron

sobre sus pasos, tal como le aconteció a la mujer de Lot,[108] la que se convirtió en piedra a causa de su amor hacia Sodoma y de su retorno hacia la naturaleza que Dios había destruido.
[108] Gen. XIX, 26.

214. LXXVI. Pero en el caso que nos ocupa, al decir que "el grito de aquéllos subió hasta Dios" (Ex, II, 23), da Moisés testimonio de la gracia concedida por el Que Es; porque, si Él no hubiera llamado hacia Sí a la palabra suplicante, ésta no hubiera subido, es decir, no hubiera sido elevada ni acrecentada, ni hubiera comenzado a remontarse hacia lo alto huyendo de la ruindad de las cosas terrestres. De allí que algo más adelante diga: "He aquí que el grito de los hijos de Israel llega hasta Mí." (Ex. III, 9.)

215. Muy hermoso fue que la súplica llegara hasta Dios, pero no hubiera llegado tan lejos a no mediar la benevolencia del Que la llamaba. En cambio, a algunas almas, se anticipa a salirles Él al encuentro: "Iré hacia ti y te bendeciré." (Ex. XX, 24.) Ves cuan grande es la gracia de la Causa, que se adelanta a nuestra indecisión y se anticipa a salimos al encuentro para beneficiar a nuestra alma con toda esplendidez. Y la expresión es una revelación plena de enseñanzas; porque, cuando un pensamiento de Dios penetra en la inteligencia, al punto se llena ésta de bendición y se cura de todas sus dolencias.

216. En cambio, la sensibilidad sufre siempre y se lamenta y engendra la aprehensión sensible con dolores y aflicciones irremediables, conforme Dios mismo dice: "Con dolores engendrarás hijos." (Gen. III, 16.) Engendran, en efecto, la vista la visión, el oído la audición, el gusto la gustación, y, en general, la, sensibilidad la aprehensión sensible; pero en el insensato ninguno de estos alumbramientos se produce sin penosa aflicción, ya que el dolor está presente cuando éste ve, oye, gusta, huele y, en general, aprehende sensorialmente.

217. LXXVII. Como antítesis de ello, en cambio, hallarás a la virtud rebosante de alegría en sus preñeces; al hombre de bien, engendrando con risa y buen ánimo, y al vástago de ambos, riendo también él. Que el hombre sabio engendra alegre y no con sufrimiento lo atestigua la Divina palabra en estos términos: "Dijo Dios a Abraham: 'Sara, tu mujer, no se llamará Sara sino que su nombre será Sara. La bendeciré y te daré un hijo de ella'." (Gen. XVII, 15 y 16.) Ya continuación agrega: "Y cayó Abraham sobre su cara y rió y dijo: '¿Quien tiene cien años tendrá un hijo, y Sara, que es ya nonagenaria, dará a luz?'." (Gen. XVII, 17.)

218. Es evidente que Abraham se alegra y ríe porque ha de engendrar a Isaac, o sea, la felicidad. Y ríe además Sara, vale decir, la virtud. Lo atestiguará el mismo libro diciendo: "Y Sara, cuyas menstruaciones habían cesado hacía tiempo, se rió en su inteligencia y dijo: 'Aún la felicidad no me ha sobrevenido hasta ahora; pero "mi señor", es decir, la palabra Divina, "es mayor" (Gen. XVIII, 11); a él le pertenece necesariamente aquélla,[109] y es bueno creer en él cuando promete".' Y lo engendrado es la risa y la alegría; porque eso significa "Isaac". Sufra, pues, la sensibilidad, y alégrese siempre la virtud.
[109] La felicidad. Por "mayor", que se refiere a la edad del esposo, en el sentido de "demasiado viejo", posiblemente entienda Filón "superior a ni".

219. Y en efecto, cuando ha sido engendrada la felicidad, dice la virtud con orgullo: "El Señor ha hecho la risa para mí; el que la oyere se reirá conmigo." (Gen. XXI, 6.) Abiertos, pues, los oídos, oh iniciados, recibid las sacratísimas instrucciones. La "risa" es la "alegría"; e "hizo" es equivalente a "engendró", de modo que lo que se ha dicho es lo siguiente: el Señor engendró a Isaac; pues Él es el Padre de la naturaleza perfecta, y siembra y engendra la felicidad en las almas.

220. LXXVIII. "Y dijo Dios: 'Y tu acogimiento será hacia tu esposo'." (Gen. III, 16.) Dos son los esposos de la sensibilidad: el legítimo y el corruptor. A manera de un esposo corruptor, en efecto, excita lo visible a la vista, la voz al oído, el sabor al gusto, y cada uno de los otros objetos sensibles a cada uno de los otros sentidos. Y estas cosas hacen volver y llaman hacia sí a la irracional sensibilidad, la dominan y la someten a su arbitrio. En efecto, la belleza esclaviza a la vista, el sabor grato al gusto y cada uno de los demás estímulos al sentido correspondiente.

221. Mira, si no, cómo el glotón es esclavo de los platos preparados por el trabajo de cocineros y reposteros; y cómo el que se conmueve hasta la turbación por la música, es dominado por la cítara, la flauta o un cantor de buenas condiciones. En cambio, sumo es el beneficio que obtiene la sensibilidad que se ha vuelto hacia su esposo legítimo, es decir, hacia la inteligencia.

222. LXXIX. Pues bien, veamos a continuación lo que expone el legislador a propósito de la inteligencia misma cuando la conducta de ésta se aparta de la recta razón: "Dijo Dios a Adán: 'Porque has prestado oídos a la voz de tu mujer y comido del árbol del que te había prescripto no comer, maldecida sea la tierra en tus obras'." (Gen. III, 17.) Sumo daño es que la inteligencia preste oídos a la sensibilidad; y también que la sensibilidad no escuche a la inteligencia; porque es preciso que siempre lo superior prevalezca sobre lo inferior, y que lo inferior acate a lo superior, y la inteligencia es superior a la sensibilidad.

223. Así como, cuando un conductor de carros domina y conduce con las riendas a los animales lleva el carro por donde se propone, pero, si éstos se rebelan contra las riendas y prevalecen, a menudo el conductor es dominado, y los animales, por la fuerza de su impulso, se precipitan a veces en una zanja y todo es arrastrado en desorden; y así como la nave lleva buen rumbo mientras el piloto, timón en manos, dirige la marcha convenientemente, pero zozobra cuando, soplando un viento contrario en el mar, las olas agitadas se han precipitado sobre ella;

[224.] del mismo modo, cuando la inteligencia, conductor y piloto del alma, gobierna a todo el ser viviente, como un gobernante en la ciudad, la vida sigue su recto curso; mas, cuando la irracional sensibilidad ejerce el predominio, una terrible confusión hace presa de ella, como cuando se alzan los siervos contra sus señores. Porque entonces, si hemos de decir la verdad, la inteligencia es presa del fuego y convertida en llamas, en medio de un incendio provocado por los sentidos sometidos a los objetos sensibles.

225. LXXX. Y Moisés nos previene acerca de tal incendio de la inteligencia, incendio que tiene lugar a través de los sentidos, diciendo: "Y las mujeres encendieron aún más el fuego en Moab". Porque "Moab" significa "procedente del padre", y nuestro padre es la inteligencia. El pasaje reza así: "Entonces dirán los que proponen enigmas:
'Id hacia Esebón para que sea edificada y para que la ciudad de Seón sea construida; porque un fuego ha surgido de Esebón y una llama de la ciudad de Seón y devoró incluso hasta Moab y consumió las columnas de Arnón. ¡Ay de ti, Moab! Has perecido, pueblo de Camós. Tus hijos buscaron su salvación en la huida, sus mujeres son cautivas de guerra del rey de los amorreos, Seón; y su simiente perecerá, Esebón hasta Debón; y las mujeres encendieron aún más el fuego sobre Moab'." (Núm. XXI, 27 a 30.)

226. "Esebón" significa "previsiones"; y éstas son enigmas llenas de obscuridad. Mira una

previsión de médico: 'Limpiaré al paciente, lo alimentaré, le prescribiré medicinas y una dieta, lo operaré y cauterizaré'. Sin embargo, muchas veces la naturaleza ha curado aun sin estas cosas, y otras veces el paciente ha sucumbido con ellas; de modo que ha quedado al descubierto que todos los cálculos del médico eran vanos sueños llenos de obscuridad y enigmas.

227. Por su parte el agricultor dice: 'Echaré las semillas, plantaré, crecerán las plantas, éstas darán frutos, los que no sólo serán útiles para el consumo necesario, sino además alcanzarán a dejar un sobrante'. Pero enseguida un imprevisto fuego, una tormenta o lluvias ininterrumpidas lo arruinan todo. A veces, sin embargo, lo que se había calculado se ha producido, pero el que lo había calculado no ha obtenido beneficio, sino ha muerto anteriormente, con lo que ha probado que era vana su presunción de gozar de los frutos de su trabajo.

228. LXXXI. Lo mejor, pues, es confiar en Dios y no en las obscuras previsiones y en las inseguras conjeturas. "Precisamente, Abraham confió en Dios, y fue tenido por justo." (Gen. XV, 6.) La preeminencia de Moisés, por otra parte, es testimoniada al asegurarse que es "fiel en toda Mi casa". (Núm. XII, 7.) Si, en cambio, confiamos en nuestros propios cálculos construiremos y edificaremos la ciudad de la inteligencia corruptora de la verdad. "Seón", en efecto, significa "que corrompe".

229. Por eso aquel que ha tenido sueños, al levantarse, descubre que todos los movimientos y esfuerzos del hombre insensato son sueños ajenos a la verdad. La misma inteligencia, en efecto, viene a resultar un sueño; porque así como es verdadera doctrina la que enseña a confiar en Dios, es falsa la que enseña a confiar en los vanos cálculos. Y un irracional impulso que se toma hábito "sale" de ambos: de los cálculos y la inteligencia corruptora de la verdad. Por eso dice Moisés: que "un fuego salió de Esebón y una llama de la ciudad de Seón." (Núm. XXI, 28.) Así, pues, es irracional el confiar en los persuasivos razonamientos o en la inteligencia que corrompe a la verdad.

230. LXXXII. "Devora incluso hasta Moab", es decir, hasta la inteligencia. Porque, ¿quién otro que no sea la desdichada inteligencia es engañado por la falsa opinión? Ésta devora y traga y consume las columnas que hay en ella, es decir, los pensamientos particulares, que están inscriptos y grabados como en una columna. Las columnas son "Arnón", que significa "luz de ellos", pues es en el razonamiento donde cada asunto-es aclarado.

231. Comienza, pues, a lamentarse por la terca y engreída inteligencia de esta manera: "|Ay de ti, Moabi has perecido". En efecto, si te atienes a enigmas con apariencias de verosimilitud has sacrificado la verdad. "Pueblo de Camós", es decir, tu pueblo y su poder, ha sido hollado, mutilado y cegado. "Camós", en efecto, significa "como a tientas"; y es propio del que no ve, andar de ese modo.

232. Los hijos de éstos, vale decir, los razonamientos particulares, se hallan fugitivos, y sus opiniones, que corresponden a sus mujeres, son prisioneras de guerra del rey de los amorreos, es decir, del "instructor de los charlatanes". Porque "amorreos" significa "charlatanes", siendo éstos un símbolo de la palabra pronunciada;[110] y el jefe de ellos es el instructor hábil en descubrir los artificios verbales y por él son embaucados los transgresores de las normas de la verdad.

[110] Ver Sobre los querubines, nota 8. En el pasaje emplea Filón para calificar al rey de los amorreos el término *sophistés* = instructor, sofista, .seguramente con toda la carga peyorativa del mismo.

233. LXXXIII. Seón, pues, el que corrompe la sana norma de la verdad, y su simiente perecerán junto con Esebón, es decir, los enigmas capciosos, "hasta Debón", cuyo nombre significa "pleito"; y con mucha razón porque las apariencias y los argumentos verosímiles no constituyen un conocimiento que tenga relación con la verdad sino polémica, disputa, enfrentamiento en controversia, rivalidad y todas las cosas de esta clase.

234. Pero no ha sido suficiente que la inteligencia soportara estas desgracias propias y en la órbita de lo intelectual; a ello hay que agregar que también las mujeres, es decir, los sentidos, han encendido un fuego, una gran hoguera sobre ella. Pero observa lo que quiere decir esto. Muchas veces durante la noche cuando no hacemos uso de nuestros sentidos concebimos extraños pensamientos acerca de muchas y diferentes cosas, pues el alma permanece siempre en actividad y sufre infinitos cambios. Cuanto ella misma de por sí ha engendrado bastaría, pues, para su ruina.

235. Pero, en realidad, también la turba de los sentidos ha introducido en ella una multitud incontable de desdichas. Ésta procede en parte de los objetos visibles, en parte de los sonidos; ora de los sabores, ora de los olores que excitan al olfato; y, seguramente, la llama que de ellos se eleva afecta al alma más desastrosamente aún que la que es engendrada por la misma alma sin el concurso de los órganos de los sentidos.

235. LXXXIV. Una de estas mujeres es la de Putifar, el jefe de cocina del faraón;[111] y es preciso examinar cómo éste, a pesar de ser eunuco, tiene mujer; porque aquellos que se ocupan más de la inteligencia literal de la ley que de su interpretación alegórica se hallarán ante algo aparentemente inexplicable. Ese verdadero eunuco y jefe de cocina que es la inteligencia que se entrega no sólo a los simples sino también a los excesivos placeres, ha merecido el nombre de eunuco y estéril en sabiduría, pues es eunuco, no de otro cualquiera sino del faraón, el dispersador de las cosas nobles. Porque, desde otro punto de vista, sería excelente convertirse en eunuco si ello consistiera en que nuestra alma pudiera huir del vicio y olvidarse de la pasión.

[111] Gen. XXXIX, 1 y ss.

237. Por esto también José, el carácter dueño de sí mismo, cuando el placer le dice: "Acuéstate conmigo" (Gen. XXXIX, 7), y puesto que eres hombre, no dejes de experimentar las pasiones y gozar de las delicias propias de la vida, se niega diciendo: "Pecaré contra Dios, el amante de la virtud, si me convierto en amante del placer; pues ésta es una mala acción." (Gen. XXXIX, 7.)

238. LXXXV. Y por ahora se limita a una pugna ligera, pero cuando el alma ha entrado en su propia casa y, refugiándose en sus propias fuerzas, ha renunciado a cuanto concierne al cuerpo y se ha abocado a las obras que le competen en cuanto alma, entonces el placer combatirá con tenacidad. José no entra ni en su casa ni en la de Putifar, sino "en la casa, para hacer su oficio." (Gen. XXXIX, 11.) Y el legislador no agrega de quién es la casa, a fin de que lo interpretes alegóricamente.

239. Pues bien, la casa es el alma, hacia la que él se retira abandonando las cosas de fuera, para estar, como se dice, dentro de sí mismo, y el "oficio" del hombre dueño de sí mismo consiste, podemos asegurarlo, en el cumplimiento de Divinos designios; porque allí no se encontraba ningún razonamiento contrario a ellos, de esos que suelen residir dentro del alma.[112] Pero el placer no desiste de combatir; y por el contrarío, habiéndolo tomado de sus

vestidos, le dice: "Acuéstate conmigo". Así como los vestidos son abrigo del cuerpo, lo son del ser viviente los alimentos y las bebidas. Y lo que la mujer dice es lo siguiente: ¿Por qué desistes del placer, sin el cual no te es posible vivir?
[112] Alegoría de las palabras finales de Gen. XXXIX, 11: "y ninguno de los de la casa se encontraba dentro".

240. Mira, yo me quedo con parte de lo que puede producirlo y te digo que no puedes subsistir si no aprovechas algunas cosas de las que producen placer. ¿Qué hace, ante esto, el dueño de sí mismo? Dice: 'Si estoy a punto de convertirme en esclavo de la pasión a causa de la materia que la produce, abandonaré también a la pasión y saldré afuera'. Dice, en efecto, que "dejando sus vestidos en las manos de aquélla, huyó y salió afuera." (Gen. XXXIX, 12.)

241. LXXXVI. "¿Quién preguntará tal vez alguien, sale adentro?[113] No pienses que pocos. ¿O acaso no están los que, habiendo desistido de saquear los templos, roban de una casa particular, y los que no golpean a su padre pero cometen atropellos contra un extraño? Éstos salen sí de las faltas mencionadas, pero incurren en otras.[114] Al hombre completamente dueño de sí mismo, en cambio, le es preciso huir de todas las faltas, tanto de las más graves como de las menos graves, y no estar complicado en ninguna absolutamente.
[113] Es decir, ¿no es una redundancia eso de "salir afuera"?
[114] O sea, siempre están dentro de la esfera de las faltas, aunque eviten algunas.

242. Ahora bien, José, como es un joven y no tiene fuerzas para contender con el cuerpo egipcio y vencer al placer, huye. En cambio, Fincas, el sacerdote, celoso con el celo por Dios, no ha procurado su propia salvación mediante la fuga; sino, tomando la "lanza", as decir, el espíritu del celo, no desistirá hasta que "haya atravesado a la madianita", vale decir, a la naturaleza que ha sido separada de la Divina compañía, "en medio de su vientre" (Núm. XXV, 7 y 8); para que jamás pueda esparcir el fruto o. la simiente del vicio. LXXXVII. En mérito a ello, el alma, extirpada la insensatez, obtiene una doble heredad en recompensa: la paz y la dignidad sacerdotal,[115] virtudes estrechamente emparentadas.
[115] Núm. XXVI, 13.

243. Preciso es, pues, no prestar oídos a tal mujer, me refiero a la miserable sensibilidad. "Dios", en efecto, "favoreció a las parteras" (Ex. I, 20) en atención a que no habían hecho caso de las disposiciones del faraón, el dispersador, y "habían salvado a los hijos varones" (Ex. I, 17)', que aquél quería aniquilar, pues estaba prendado de la naturaleza femenina, ignorando a la Causa y diciendo "No Lo conozco". (Ex. V, 2.) 244. Otra es la mujer en la que es preciso confiar; una mujer tal como nos consta fue Sara, es decir, la soberana virtud. El sabio Abraham le hace caso cuando ella le recomienda lo que debe hacer. En efecto, anteriormente, cuando aún no había llegado a ser perfecto y, antes de que su nombre fuera cambiado, todavía indagaba acerca de las cosas del mundo superior porque era incapaz de engendrar frutos de la virtud perfecta, Sara le aconseja que engendre hijos de su sierva, de Agar, es decir, de la cultura general.[116] "Agar" significa "residencia en el extranjero". Y en efecto, quien procura establecer su morada en la perfecta virtud, antes de ser inscripto en la ciudad de ésta reside en las enseñanzas tocantes a la cultura general para poder, mediante ellas, avanzar libremente en pos de la virtud.
[116] Ver la nota 85 sobre la *enkyklios paidéia*, simbolizada en Agar.

245. Pero, cuando ve que ha alcanzado la perfección y que ya puede engendrar.. .[117] Y si él, lleno de gratitud hacia la educación por medio de la cual se ha llegado a unir con la virtud, piensa que es penoso alejarla,[118] será apaciguado por una Divina comunicación que le manda:

"Cuanto te dijere Sara. presta oídos a su voz." (Gen. XXI, 12.) Sea ley de cada uno de nosotros lo que pareciere bien a la virtud, pues, si quisiéremos escuchar cuanto la virtud aprueba, seremos felices.

[117] Laguna en el texto griego. Seguramente debe suplirse algo así como: "Sara le pide que abandone ya a Agar, la instrucción general, pues ya puede engendrar hijos de ella misma, es decir, de la virtud".

[118] A Agar, la cultura general. "Alejarla", es decir, abandonarla para pasar a los estudios superiores.

246. LXXXVIII. Las palabras "Y has comido de este árbol, del único del cual te había prescripto no comer", son equivalentes a 'Has estado de acuerdo con el vicio, al que era preciso rechazaras con toda tu fuerza'. Por eso no eres tú el "maldito", sino lo es "la tierra en las obras tuyas". (Gen. III, 17.) ¿Cuál es, pues, la razón de esto? La serpiente es, lo sabemos ya, el placer, es decir, la irracional rebeldía del alma. Ella es maldita de por sí, pero la verdad es que sólo al hombre ruin se junta y no al hombre virtuoso. Pero, Adán es la neutral inteligencia, que unas veces resulta mejor y otras peor, por cuanto, siendo inteligencia, no es de naturaleza ni buena ni mala, sino suele, ya por obra de la virtud, ya por obra del vicio, cambiar lo bueno por lo malo y viceversa.

247. Es, pues, razonable, que Adán no sea maldecido a causa de sí mismo, como que él ni es vicio ni conducta regida por el vicio; y que, en cambio, en sus obras sea maldecida la tierra; ya que las acciones ejecutadas a través del alma toda, a la que el legislador denomina "tierra", son reprensibles y responsables cuando él realiza cada una de ellas obedeciendo los dictados del vicio. Por eso añade: "Con dolor comerás de ella" (Gen. III, 17), lo que es como decir: 'Con dolor alcanzarás el beneficio de la vida'. Efectivamente el hombre ruin penosamente durante toda su vida participa de su condición de ser viviente, sin tener motivo alguno de alegría. Motivo que por ley natural sólo puede tener origen en la justicia, en la prudencia y en las virtudes que comparten el trono de ésta.

248. LXXXIX. "Espinas y cardos te producirá." (Gen. III, 18.) ¿Y qué otra cosa se produce y germina en el alma insensata como no sean las pasiones, que pinchan y hieren? A éstas figuradamente las ha llamado Dios "espinas". El impulso irracional lánzase primeramente al encuentro de ellas como un fuego; y, una vez aparejado con ellas, incendia y destruye todas las cosas del alma. Leemos, en efecto, que. "si un fuego que se originare hallare espinas y quemare una era o espigas o un campo, el que prendió el fuego pagará indemnización". (Ex. XXII, 6.)

249. Ves que el fuego, es decir, un impulso irracional, al originarse no incendia las espinas, sino les sale al encuentro. En efecto, buscando, como busca, las pasiones, ha hallado a las que deseaba encontrar; y, cuando las ha hallado, incendia estas tres cosas: la virtud perfecta, el progreso gradual y las buenas cualidades naturales. Compara el legislador la virtud con la era, pues así como en ésta el grano es mezclado, del mismo modo mézclanse las cosas nobles en el alma del sabio. Al progreso gradual lo compara con las espigas puesto que uno y otras son incompletos y tienden hacia su plena madurez. Y a la buena disposición natural la compara con un campo porque recibe las semillas de la virtud.

250. Además, a cada una de las pasiones la llama abrojo [119] porque encierra tres elementos: la pasión en sí, lo que la produce y el resultado de ella; por ejemplo: el placer, lo placentero y la experiencia placentera; el deseo, lo deseable y el desear; la pena, lo penoso y el penar; el temor, lo temible y el temer.

[119] "Abrojo", que en griego se dice *tríbolos* o *tribólion* = de tren puntas, literalmente; de donde extrae Filón la consideración que sigue.

251. XC. "Y comerás la hierba del campo; con el sudor de tu rostro comerás el pan." (Gen. III, 18 y 19.) Usa como sinónimos los términos "hierba" y "pan"; ambos significan lo mismo. La hierba es el alimento del ser irracional; e irracional es el hombre ruin, que rechaza la recta razón; e irracionales son también los sentidos, que son parte del alma. Pero la inteligencia que se lanza en procura de las cosas sensibles por la vía de los irracionales sentidos, no sin trabajo y sudor las persigue. Dolorosa y penosa al máximo, en efecto, es la vida del insensato, puesto que persigue y se relame con todo lo que produce placer y con aquellas cosas que el vicio suele producir.

252. ¿Y hasta cuándo? "Hasta que", dice Dios, "retomes a la tierra de la que fuiste sacado". (Gen. III, 19.) En efecto, ¿no te ocupas ahora de las cosas terrestres y desordenadas, habiendo abandonado la celestial sabiduría? Corresponde, pues, averiguar cómo más tarde retorna. Pero tal vez el sentido de Sus palabras sea más o menos éste: la inteligencia insensata se ha apartado siempre de la recta razón, pero ella ha sido sacada no de la naturaleza que está en lo alto, sino de la materia más terrestre, y ya se mantenga estática ya se mueva, es siempre la misma y tiende siempre a lo mismo.

253. Por eso agrega también: "Porque tierra eres y hacia la tierra retornarás" (Gen. III, 19); lo que equivale a lo que antes he dicho. Pero también significa esto: tu principio y tu fin son uno solo y el mismo. Tuviste, en efecto, origen en las sustancias perecederas de la tierra, y de nuevo en ellas acabarás después de recorrer durante tu vida un camino, no un camino real, sino uno escabroso, lleno de zarzas y abrojos, producidos por la naturaleza para pinchar y herir.

SOBRE LOS QUERUBINES, LA ESPADA FLAMÍGERA

Y CAÍN, PRIMER HOMBRE NACIDO DE HOMBRE

(DE CHERUBIM)

1. I. "Y expulsó a Adán y puso frente al parque del deleite a los querubines y la flamígera espada[1] vuelta en todas las direcciones, para que vigilasen el camino del árbol de la vida." (Gen. III, 24.) Dice ahora Moisés "expulsó", en tanto que antes ha dicho "hizo partir" (Gen. III, 23); y no empleando los términos al azar, sino usándolos con pleno conocimiento de los objetos a los que con exacta y precisa correspondencia los aplica.

[1] En el texto de los Setenta figuran entre "deleite" y "a los querubines" las palabras "y colocó", por lo que el pasaje se lee: "Y expulsé a Adán y lo puso frente al parque del deleite; y colocó a los querubines y la flamígera espada.. ." Sin embargo, por lo que expresa Filón en 11 se advierte que no tiene en cuenta dichas palabras; por lo que las he omitido en la traducción.

2. Y así, mientras el que ha sido hecho partir 'no está impedido de alcanzar el retorno, el expulsado por Dios, en cambio, soporta un destierro eterno. En efecto, al que aún no ha sido apresado firmemente por el vicio le está permitido, si se arrepiente, retornar, como quien retorna a su patria, hacia la virtud, de la que se ha apartado; en tanto que el que está abrumado y dominado por una violenta e incurable enfermedad, queda fatalmente sujeto a sus inacabables horrores por toda la eternidad, arrojado miserablemente al lugar de los impíos, para que soporte una tremenda y permanente desgracia.

3. Así vemos que Agar, es decir, la cultura general intermedia,[2] se aparta dos veces de la soberana virtud, personificada en Sara; y que una vez vuelve sobre sus pasos. La primera vez, habiéndose alejado sin que mediara expulsión, cuando le hubo salido al encuentro un mensajero,[3] es decir, un Divino logos, retomó a la casa de su señor;[4] la segunda es desterrada definitivamente para no retornar.[5]

[2] Ver Interpretación alegórica III, 167.

[3] O ángel. Sobre los *lógoi*, mensajeros de Dios ver Sobre los sueños I, 137 a 149.

[4] Gen. XVI, 6 y ss.

[5] Gen. XXI, 14.

4. II, Hemos de señalar los motivos tanto del primer alejamiento como del destierro definitivo posterior. En la primera ocasión ni Abraham ni Sara habían aún recibido nuevos nombres; dicho en otras palabras: no se habían transformado en orden a la perfección de los rasgos de sus almas. El primero era, en efecto, todavía "Abram", o sea, "el elevado padre", empeñado en alcanzar la supraterrestre filosofía que se ocupa de cuanto acontece en el aire, y la filosofía sublime [6] de. los seres existentes en el cielo; filosofía que los matemáticos proclaman como la más elevada rama del estudio de la naturaleza.

[6] O elevada o celestial. Como poco antes en la calificación de supraterrestre, el adjetivo alude al nombre Abram = padre elevado.

5. Y Sara era todavía el símbolo de la soberanía personal, puesto que su nombre [7] significa "mi soberanía"; no habiendo experimentado aún la transformación en la virtud genérica, por cuanto todo género es necesariamente imperecedero, y el lugar de ella estaba aún en el orden de las virtudes particulares y específicas; siendo aún la prudencia como se da en mí, y del

mismo modo,]a templanza, la fortaleza, la justicia, virtudes perecederas todas ellas, dado que también yo, el ser que las ha recibido, soy perecedero.
[7] Que hasta entonces era Sara, y en adelante será Sarra. Filón traduce "Sara" al griego como "soberanía de mí", es decir, personal o de cada hombre. Por razones obvias en la traducción se mantendrá la forma "Sara", salvo en los casos en que Filón insiste en la oposición entre ambas variantes.

6. Por consiguiente, Agar, la cultura general intermedia, aunque hubiere intentado huir de la vida austera y severa de los amantes de la virtud, retornará de nuevo hacia esa misma vida, que es aún incapaz de poseer las virtudes genéricas y se limita todavía a participar de las particulares y específicas, en cuyo ámbito las cosas intermedias son preferidas a las elevadas.

7. Pero, más adelante Abram se convertirá ya de estudioso de las cosas de la naturaleza en sabio y amante de Dios, y le será trocado el nombre en Abraham, que significa "'escogido padre del sonido", por cuanto la palabra pronunciada [8] "suena", y el padre de la palabra, es decir, la inteligencia del hombre virtuoso es "escogido"; [9] y, por su parte, Sara dejará de ser "la soberanía personal" para convertirse en Sarra, nombre que significa "soberana"; en otras palabras, la virtud específica y perecedera se trocará en virtud genérica e imperecedera. 8. Y además los iluminará Isaac, la forma genérica de la felicidad, de la alegría y del gozo de los que han dejado atrás ya las reglas femeninas[10] y muerto para las pasiones;
Isaac, que persigue con diligencia los pasatiempos, no pueriles sino sagrados.[11] Y entonces serán expulsados los estudios preliminares, que llevan el nombre de Agar; y será expulsado también el hijo de aquéllos, el sofista llamado Ismael.
[8] O más precisamente: "el logas pronunciado", es decir, la palabra. Filón distingue dos *lógoi*: el lagos *endiáthetos* = logos pensado, razón o pensamiento; y el lagos *prophorikós* o *gegonós* = logos pronunciado, palabra. Con ello se ajusta a la distinción de los estoicos sobre el particular. Ver Sobre los gigantes 52, Sobre las intrigas 66, 92 y 126, y Sobre la migración de Abraham 71.
[9] "Escogido": adopto esta lectura, acorde con la cita del pasaje conservada en Clemente de Alejandría, Stromata V, 1, 8, desechando la de los manuscritos, por resultar aquélla más acorde con el resto del texto.
10 Gen. XVIII, 11.
[11] Alusión al Gen. XXVI, 8.

9. III. Entraran tales estudios en eterno destierro, siendo su expulsión confirmada por Dios al ordenar al hombre sabio atenerse a las palabras de Sara, quien sin rodeos dícele "que expulse a la criada y a su hijo". (Gen. XXI, 10.) Hermoso es obedecer a la virtud, sobre todo a la que nos presenta una doctrina como ésta, por cuanto las naturalezas más perfectas están completamente separadas de los modos de ser intermedios, y porque la sabiduría nada tiene que ver con la sofística, pues mientras ésta se esfuerza por elaborar argumentos verosímiles con miras a sentar falsas opiniones que perjudican al alma; la sabiduría, en cambio, mediante el estudio de las verdades, procura a la inteligencia el gran provecho del conocimiento de la recta razón.

10. ¿Por qué, pues, nos asombramos de que también Adán, la inteligencia que ha contraído la incurable enfermedad de la insensatez, haya sido desterrado por Dios de la región de las virtudes sin serle permitido retomar en adelante, si también arroja y expulsa de la sabiduría y de la presencia del hombre sabio, que han recibido de Él los nombres de Sarra y de Abraham, al hijo sofista y a su madre, la enseñanza de los conocimientos preliminares?

11. IV. Además en aquel momento [12] la flamígera espada y los querubines ocupan su puesto

frente al parque. La expresión "frente a" es empleada, ante todo, con el sentido de enfrentamiento hostil; en segundo lugar, aplicada a los que se someten a un arbitraje, como el que es juzgado por el juez; y en tercer lugar, para expresar una estrecha vinculación, como el estar frente a algo para observarlo detenidamente y familiarizarse más aún al cabo de una observación más cuidadosa, tal como se hallan "frente a" los pintores y escultores las pinturas y estatuas que les sirven de modelos.
[12] Es decir, en el momento en que Adán era expulsado del parque.

12. Un ejemplo del primer sentido, es decir, del de hostilidad es lo que se ha dicho de Caín: "Alejóse de la presencia del Señor y habitó la tierra de Nod, frente al Edén." (Gen. IV, 16.) "Nod" significa "agitación", en tanto que "Edén" quiere decir "deleite", siendo la primera, símbolo del vicio, que perturba al alma; y el segundo, de la virtud, que le brinda bienestar y deleite, no el enervado deleite que ofrece el placer a través de la irracional pasión, sino la alegría sin pena ni alteración a la que acompaña una grande placidez.

13. Pero, cuando la inteligencia se aparta de la visión de Dios, en la que le hubiera sido hermoso y provechoso permanecer sin alejarse, es forzoso que, como una nave en su travesía por el mar frente a la violencia de los vientos que la hostigan, sea al punto llevada de aquí para allá, sin que le quepa otra patria ni otra morada que la agitación y el trastorno, que son las cosas más opuestas a la firmeza del alma que nos viene de la alegría cuyo nombre es Edén.

14. V. Un ejemplo de estar "frente a" para un juicio lo constituye el caso de la mujer sospechosa de adulterio. Leemos, en efecto, lo siguiente: "El sacerdote colocará a la mujer frente al Señor y le descubrirá la cabeza." (Núm. V, 18.) Aclaremos qué es lo que Moisés quiere significar con esto. Lo conveniente resulta a veces inconveniente en la práctica, y lo no conveniente concrétase a veces de manera conveniente. Así, por ejemplo, la devolución de un depósito, cuando no tiene lugar por honesta resolución sino para perjuicio del que lo recibe o a título de treta con miras a la ulterior violación de una mayor confianza, no deja de ser una acción conveniente pero llevada a cabo de manera inconveniente.

15. En cambio, el hecho de que el médico, cuando tiene resuelto purgar u operar o quemar para bien del enfermo, no le diga la verdad, a fin de que no se atemorice por anticipado, y huya de la curación o sucumba extenuado en el momento del tratamiento; o el caso del hombre sabio que miente ante los enemigos para salvar a su patria, temeroso de que con la verdad resulte fortalecida la posición de los adversarios; siendo actos inconvenientes en sí, resultan justos en su ejecución. Por eso dice Moisés: "Sigue con rectitud la justicia" (Deut. XVI, 20); dando a entender que cabe la posibilidad de hacer lo justo sin rectitud, cuando el que decide no se aboca a ello con sana determinación.

16. Porque, en efecto, lo que se dice y se hace resulta claramente manifiesto para todos; pero, en cambio, no es claro el pensamiento según el cual se dice lo que se dice y se hace lo que se hace; y resulta imposible determinar si se trata de un pensamiento saludable y puro o si es enfermo y manchado con muchas impurezas. Ninguna creatura es capaz de discernir los motivos de una oculta determinación; sólo Dios lo puede y por ello dice Moisés que "las cosas ocultas son conocidas por Dios Soberano; las manifiestas lo son por la creatura". (Deut. XXIX, 28.)

17. Y también por eso ha sido dispuesto que el sacerdote y profeta, es decir, la razón, "coloque frente al Señor" (Núm. V, 18) al alma con la cabeza descubierta, vale decir, exponiendo sin ocultamientos la doctrina capital[13] y mostrando al descubierto los motivos en

los que ella se apoya, para que, juzgada por las exactísimas miradas de Dios, el incorruptible, o bien se ponga al descubierto su altanera simulación, verdadera moneda falsificada, o bien, si es inocente de todo mal, se vea limpia de los cargos contra ella, apelando al testimonio del único que es capaz de ver al alma desnuda.
[13] Juego de palabras entre *kephalé* = cabeza, y *kephálaion* = capital, principal, que encabeza.

18. VI. Tal es lo que se entiende por estar "frente a" para un juicio. En cuanto al estar "frente a" para forjar un vínculo estrecho, es el caso registrado a propósito del omnisciente Abraham. Dice, en efecto, la escritura: "Todavía seguía en pie frente a! Señor." (Gen. XVIII, 22.) Y prueba de esta intimidad son las palabras que siguen "Acercándosele dijo". (Gen. XVIII, 2.3.) Es que, así como armoniza con el sentimiento de hostilidad la separación y el desligamiento, con el de unión íntima, en cambio, armoniza la aproximación.

19. El mantenerse firme y adquirir una inteligencia inalterable es marchar cerca del poder de Dios, puesto que lo Divino es inalterable. En: cambio lo creado es variable por naturaleza. Si, pues, alguien, hubiera refrenado, por amor hacia el saber, el impulso propio del ser creado, y lo hubiere forzado a detenerse, no olvide que se halla próximo a la Divina felicidad.

20. Pues bien, es con sentido de intimidad [14] como asigna Dios la ciudad situada frente al parque a los querubines y a la flamígera espada; no como a enemigos que se aprestan a enfrentarse y combatirse, sino como a íntimos y amigos excelentes, para que sus potencias adquieran un recíproco anhelo por efecto de la común contemplación y de la ininterrumpida indagación, al inspirarles Dios, el generoso dispensador de dones, el alado y celestial amor.
[14] Intimidad entre los querubines y la espada, por una parte, y el parque por otra; no entre los querubines y la espada, o entre uno y otro querubín

21. VII. Hemos ahora de averiguar qué es lo que se simboliza mediante los querubines y la flamígera espada. Se me ocurre, en verdad, que representan alegóricamente el curso del cielo todo. En efecto, los movimientos asignados a las esferas celestes son de dos tipos opuestos: a una le ha correspondido el movimiento invariable, el propio de la identidad, orientado hacia la derecha; a la otra,[15] el variable, el propio de la alterabilidad, orientado hacia la izquierda.[16]
[15] En realidad, como se observa en lo que sigue, no se trata de "la otra' esfera, sino de las otras siete esferas que forman el circulo interior. Pero por lo visto, Filón emplea con harta libertad los términos *sphaíra* y *kykios* como se desprende también de lo que dice en 23, donde se lee que la esfera interior se divide en siete círculos. Sobre el sentido que en la cosmología platónica tienen los términos *tautoû* (por *toû autoû*) = de lo mismo o del mismo, y *thatérou* (por *toú hetérou*) == de lo otro o del otro, que, a falta de otras equivalencias españolas, he traducido por "de la identidad" y "de la alterabilidad", ver la nota siguiente.
[16] Recuérdese que en la astronomía platónica se concibe al universo como. una entidad esférica compuesta de un centro fijo: la tierra; en torno del cual giran las siete esferas del circulo interior, en el que se hallan el sol, la luna y cinco planetas o astros errantes, todos con movimientos irregulares: propios, de retroceso, de diferente velocidad y dentro de sus órbitas particulares; hallándose en la parte más exterior una octava esfera, o círculo exterior; la esfera de los astros no errantes o de cursos fijos, dotados de dos movimientos invariables: uno sobre sí mismo y el otro de avance a la par de la revolución del círculo exterior. Platón denomina a este círculo el circulo de "lo mismo", es decir, de la identidad o inmutabilidad, por oposición al círculo interior o círculo de "lo otro", vale decir, de la alterabilidad o variabilidad o cambio. Los astros de cursos fijos son calificados de "divinos" o "dioses visibles", tal como los califica Filón en Sobre la creación 27. Sobre el particular ver Timeo 36 c-d, 38 c-e y 40 a-b.

22. La esfera más exterior, que contiene las llamadas estrellas fijas, es una sola y siempre describe la misma revolución de este a oeste. Las esferas interiores, en cambio, siete en total, que contienen los planetas,[17] tienen dos movimientos de opuesta naturaleza cada una; uno voluntario y otro forzoso. Su movimiento involuntario [18] es análogo al de los astros fijos, como que se las ve pasar a diario. del oriente al poniente; en tanto que es de oeste a este el movimiento propio, en el que también sucede que las revoluciones de sus siete astros están asociadas a espacios de tiempo. Tales espacios de tiempo son iguales en el caso de los astros de iguales cursos, llamados el sol, la estrella matutina y el brillante.[19] Estos tres planetas son, en efecto, de la; misma velocidad. Son, en cambio, distintos los lapsos en el caso de los planetas de cursos diferentes; si bien guardan una proporción definida tanto cutre ellos mismos como entre ellos y aquellos tres.

[17] O astros errantes.

[18] Vale decir, que se produce forzosamente a la par del movimiento' universal.

[19] Venus y Mercurio.

23. Uno de los dos querubines representa, pues, la esfera más exterior, la zona extrema de todo el cielo, la bóveda en la. cual las estrellas fijas trasládanse en coro según un ritmo verdaderamente Divino, caracterizado por su regularidad y uniformidad, sin abandonar el lugar que el Padre, que las creó, ha establecido para ellas en el orden universal. El otro querubín es la esfera [20] contenida dentro, esfera en la que, al dividirla en siete partes, determinó Dios siete círculos que guardan determinada relación entre sí, adaptando a cada uno de ellos un planeta.

[20] Ver lo aclarado en la nota 15.

24. Y habiendo situado a cada astro en su propio círculo como a un conductor en su vehículo, a ninguno de esos conductores confió las riendas, temeroso de una conducción desacorde, y sujetó a todos a Su propio control, por entender que de ese modo sus marchas habrían de ser armoniosas y ordenadas al máximo. Con Dios, en efecto, todo es laudable;
sin Dios, en cambio, todo es vituperable.

25. VIII. Ésta es una interpretación de la alegoría de los querubines. En cuanto a la espada flamígera que gira, bien cabe suponer que representa el movimiento de los mismos y el eterno impulso del cielo todo. Pero quizá, según otra interpretación, los querubines simbolicen a ambos hemisferios;[21] puesto que están frente a frente cubriendo con las alas el propiciatorio;[22] y también los hemisferios están enfrentados uno con otro, hallándose extendido: sobre la tierra, que es el centro del universo, y separados por ella.

[21] En Sobre el Decálogo 56 y 57 se refiere Filón a los hemisferios celestes diciendo: "Como el cielo está en incesante revolución, los dos hemisferios se turnan diariamente, situándose uno arriba de la tierra y otro debajo de ella en apariencia, porque en realidad no hay arriba ni abajo en la esfera celeste."

[22] Ex. XXV, 19.

26. Como la tierra es la única porción del mundo que permanece fija, lo que permite que la revolución de uno y otro hemisferio resulte armoniosa en sumo grado al realizarse en lomo a un centro inmóvil, los antiguos la llamaron acertadamente Hestia.[23] La espada flamígera, por su parte, es símbolo del sol, el cual es, en efecto, una condensación de intensa llama, y resulta ser él más veloz de los seres, tanto que en un solo día da vuelta en torno de todo el mundo.[24]

[23] Hestia, divinidad protectora del hogar doméstico y público, personificaba también el fuego que se suponía ardía en el centro del universo. Filón aprueba tal designación, pues vincula la forma *hestía*, seguramente a través de la variante épico-jónica *histíe*, con el verbo *hístemi* = coloco, cuyo perfecto significa estoy colocado o fijo; y encuentra lógico que se dé un nombre

que significa fijeza a lo que permanece inmóvil.
[24] Es decir, posee las dos cualidades que se dan en la espada: la llama y el movimiento.

27. IX. Pero a menudo he escuchado un pensamiento más elevado, proveniente de mi propia alma, la que muchas veces suele sentirse inspirada por Dios y adivinar cosas que ignora. Lo evocaré y traduciré en palabras, si puedo. Decíame, en efecto, que aunque Dios es realmente uno solo,[25] dos son Sus supremas y primeras potencias: la bondad y la autoridad; y que mientras mediante Su bondad ha creado el universo, por Su autoridad gobierna lo creado.
[25] Ver Sobre la creación del mundo 171.

28. Y que en medio, como un nexo entre ambas, existe una tercera entidad, Su logos,[26] mediante el cual ejerce Su soberanía y manifiesta Su bondad. Los querubines son, pues, símbolo de estas dos potencias, la autoridad y la bondad; en tanto que la espada flamígera lo es del logos. El logos, en efecto, y sobre todo el de la Causa es rapidísimo en sus movimientos, y abrasador, como que él deja atrás a todas las cosas y las precede, habiendo sido concebido antes que todas ellas, y siendo manifiesto por sobre todas ellas.
[26] Ver Sobre la creación del mundo 20.

29. Acepta, pues, oh inteligencia, la imagen cabal de los dos querubines, para que, instruida acerca de la autoridad y la bondad de la Causa, recojas el fruto de una feliz suerte; ya que, de ese modo, conocerás enseguida cómo estas potencias sin mezcla forman una estrecha unidad, que pone de manifiesto la excelsitud de Su autoridad en las obras de Su bondad, y hace patente Su bondad en los actos de Su autoridad. De ese modo, podrás adquirir las virtudes que tienen origen en estas potencias, a saber, una animosa disposición y un piadoso temor ante Dios; y, consecuentemente, ante la grandeza de la soberanía del Rey no hablarás con jactancia cuando las cosas te fueren bien, y ante la dulzura del grande y dadivoso Dios no desesperarás de un cambio favorable, cuando soportares algo que te desagrada.

30. La presencia de una espada flamígera se explica por cuanto es preciso que acompañe a tales virtudes la razón,[27] ardiente e inflamada de por sí, que es la medida de las cosas, que jamás cesa de moverse con el máximo de celo en procura del bien, y rehuyendo de lo opuesto a él.
[27] Traduzco aquí logos por razón, aunque en otros párrafos translitero el término griego; porque sonaría algo extraño el decir logos humano en vez de razón humana. En otras palabras, he preferido la transliteración cuando el término se refiere a la potencia de Dios a cuyo cargo estuvo el concebir y crear el mundo, y empleo el pálido equivalente español razón cuando se trata de la facultad humana, aun en casos como el presente, en que parece referirse el autor a la doble acepción del término: razón y palabra. Ver Sobre la creación del mundo, nota 6.

31. X. ¿No ves que también el sabio Abraham, cuando comenzó a tomar a Dios por medida de todo y a no confiar en, ningún caso en lo creado, toma una imitación de espada llameante, "el fuego y el cuchillo" (Gen. XXII, 6), deseando vivamente separar y consumir lo mortal procedente de sí mismo a fin de remontarse hasta Dios con el entendimiento libre?

32. En cambio a Balaam, que es la personificación del pueblo insensato. Moisés, consciente de que el alma debe librar una guerra en procura del saber, lo presenta como desarmado, eludiendo el servicio de las armas y desertor. Dice, en efecto, Balaam a la asna, vale decir, a la norma irracional de vida,. sobre la que se halla montado todo insensato: "Si tuviera una espada, ya te habría traspasado." (Núm. XXII, 29.)[28] Infinitas: gracias demos al Artífice, por cuanto conociendo el frenesí de la insensatez, no le ha concedido el poder de la palabra (lo

que equivaldría a dar una espada a un demente), a fin de que no cause una tremenda e injusta destrucción entre todos los que le salen al paso.
[28] "Si tuviera espada...", dice Balaam; de lo que Filón infiere que no la tenía, y que, por lo tanto, no estaba armado.

33. Por otra parte, lo mismo que imputa [29] Balaam, imputa siempre desatinadamente cada uno de los. no purificados que dedican su vida al comercio, a la agricultura o a cualquiera otra actividad de las que procuran ganancias. Mientras sus asuntos se presentan todos sin excepción prósperos, cada uno de ellos cabalga regocijado, sostiene en firme las riendas y se niega tenazmente a soltarlas entendiendo que de ninguna manera estaría bien hacerlo; y a cuantos le hablan de desistir y moderar razonablemente sus deseos por cuanto el futuro es incierto, los tacha de envidiosos y celosos, proclamando que estas prevenciones no le son hechas con recta intención.
[29] Balaam echa en cara a su asna su presente dificultad, es decir, la atribuye la culpa de lo que le pasa.

34. Pero cada vez que le sobreviene un contratiempo o fracaso, reconoce en aquéllos una capacidad suma para prevenir los sucesos futuros como buenos adivinos; no obstante lo cual echa toda la culpa a lo que es absolutamente inocente, es decir, a la agricultura, al comercio, o a las otras actividades que juzgaba dignas de ser ejercidas como fuentes de recursos.

35. XI. Mas estas actividades, aunque desprovistas de órganos para hablar, se expresarán con el lenguaje de los hechos mismos, que es más claro aún que el lenguaje de la lengua, diciendo: [Falso calumniador], ¿no somos acaso aquellas en las que como bestias de carga cabalgabas muy pagado de tí mismo? ¿Acaso por mera insolencia te hemos preparado un desastre? [30] Mira al ángel armado, es decir, al logos de Dios, de pie frente a ti.[31] ¿No ves que es él quien hace que las cosas lleguen a buen o mal termino? ¿Por qué, entonces, nos enrostras ahora a nosotras, siendo así que antes, cuando los negocios presentaban buen aspecto para ti, no nos reprendías? Porque en lo que a nosotras toca seguimos siendo las mismas sin haber cambiado un ápice en nuestro modo de ser absolutamente.
[30] Núm. XXII, 30.
[31] Núm. XXII, 31.

36. Tú, en cambio, usando de criterios no sanos, andas impaciente sin razón ninguna, porque, si desde el principio hubieras entendido que la causa de tus éxitos o fracasos no es alguna de las empresas que acometes sino el logos Divino, que rige y guía cual piloto el universo, más fácilmente sobrellevarías lo que te sucede y dejarías de acusarnos falsamente y atribuimos cosas que no podemos hacer.

37. Si, pues, aquel guía, en un nuevo cambio, pusiere fin a tu guerra, y disipare las preocupaciones y confusiones que ésta provoca, proclamando la paz en tu vida; alegre y gozoso nos tenderás tu diestra, aun cuando seguiremos siendo las mismas que éramos; pero nosotras ni nos envanecemos por tu prosperidad ni nos preocupamos si te va mal; ya que estamos persuadidas de que no somos las causas ni de tus bienes ni de tus males, aunque a ti se te ocurran tales cosas acerca de nosotras. De lo contrarío, también habrían de atribuirse al mar en sí las prósperas navegaciones o los naufragios que sobrevienen y no a las variaciones de los vientos, que unas veces soplan con moderación en tanto que otras lo hacen con la violencia del huracán.

38. Porque a toda agua le ha correspondido por naturaleza el ser tranquila de por sí; y cuando

una brisa favorable acompaña a los timones y cada uno de los rizos va suelto, las naves, con las velas desplegadas, arriban a los puertos; pero, cada vez que repentinamente el viento se echa contra las proas, origina una violenta conmoción y trastorno y da vuelta la embarcación. Y sobre el mar, aunque en nada es culpable de lo sucedido, recae la aparente culpa, no obstante ser evidente que su calma o su violencia dependen de la suavidad o vehemencia de los vientos.

39. Pues, bien, entiendo que a través de todas estas consideraciones he demostrado suficientemente que, habiendo provisto la naturaleza al hombre de la razón como su mejor aliada, hace feliz y realmente sensato a quien es capaz de regirse por ella correctamente, y desdichado e insensato a quien no es capaz de ello.

40. XII. "Y conoció Adán a su mujer y ésta concibió y dio a luz a Caín; y Adán dijo: 'He obtenido un hombre por medio de Dios'. Y añadió Dios el engendrar ella a Abel, hermano de aquél."[32] (Gen. IV, 1 y 2.) A aquellos cuya virtud el legislador ha testimoniado, vale decir, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés y otros del mismo espíritu, no los presenta "conociendo" a mujeres.

[32] Como se advertirá en las consideraciones expuestas en 124, y en las contenidas en Sobre los sacrificios de Abel y Caín 10, Filón interpreta que el sujeto de "dijo" es Adán, y el de "añadió" es Dios, no obstante que la lectura correcta del pasaje es: "Y conoció Adán a su mujer, y ésta concibió y dio a luz a Caín, y dijo: 'He obtenido un hombre por medio de Dios'. Y añadió el engendrar (es decir: engendró en un segundo parto) a Abel, el hermano de aquél."

41. Es que, como la mujer, según decimos, es la personificación de la sensibilidad, y como el saber se alcanza mediante el apartamiento de la sensibilidad y la materia, se sigue que los amantes de la sabiduría más bien rechazan que buscan a, la sensibilidad. Y creo que es lo razonable. A aquellas que cohabitan con ellos llámaselas mujeres; pero, en realidad, se trata de virtudes: Sara, es decir, la autoridad y guía; Rebeca, o sea, la perseverancia en lo noble; Lía, rechazada y fatigada a causa de la ejercitación ininterrumpida, que todo insensato rechaza y aleja de sí con gesto de repulsa; y la compañera de Moisés, Sófora, cuyo nombre significa "avecilla", la que se eleva desde la tierra hacia el cielo, para contemplar allí las bienaventuradas y divinas naturalezas.

42. Es mi propósito hablar sobre la gestación y el nacimiento de las virtudes; pero tapen sus oídos o márchense aquellos que desvirtúan la santidad; porque es a los iniciados dignos de los sacratísimos misterios, a quienes se han de explicar misterios Divinos; y estos iniciados son los que practican con modestia una piedad realmente sincera y sin presunciones. No expondremos, en cambio, la sagrada revelación para aquellos que están envueltos en el incurable mal de la vanidad y miden lo puro y santo no con otro canon que la sutileza de sus palabras y frases y la impostura de sus ritos y costumbres.

43. XIII. Hemos, pues, de comenzar la sagrada instrucción de esta manera. El hombre se une a la mujer, es decir, el ser humano masculino al ser humano femenino, a fin de concretar, conforme con el orden de la naturaleza, los acoplamientos con miras a la generación de hijos. En cambio, a las virtudes, que engendran muchas y perfectas cosas, no les es lícito juntarse con hombre mortal; mas, si no reciben de ningún otro ser la simiente jamás de por sí solas podrán dar a luz.

44. ¿Quién, pues, es el que siembra en ellas los bienes sino el Padre de todas las cosas. Dios, el increado y creador de todo sin excepción? Él, pues, siembra, pero el fruto que Le es propio,

el fruto que ha sembrado, lo concede como un don. Es que Dios nada engendra para Sí, ya que nada necesita; sino para el que ha menester recibirlo todo.

45. Confirmaré lo que digo recurriendo al fehaciente testimonio del sacratísimo Moisés. Presenta, en efecto, a Sara concibiendo con ocasión de la visita que le hace Dios en su soledad,[33] pero engendrando no ya para el Autor de la visita sino para el que se deleita en el logro de la sabiduría, que se llama Abraham.
[33] Gen. XXI, 1.

46. Pero más claramente aún lo testimonia cuando, a propósito de Lía, dice que Dios fue quien abrió su matriz,[34] cometido éste que está reservado al esposo; y que ella al concebir engendró no para Dios, pues Éste de por Sí es totalmente suficiente para Sí, sino para el que sobrelleva un trabajo para el logro del bien, o sea, Jacob; de modo que la virtud recibe de la Causa las Divinas simientes, pero engendra para alguno de los que la aman, que es preferido a los otros pretendientes suyos.
[34] Gen. XXIX, 31.

47. A su vez, habiendo el omnisciente Isaac suplicado a Dios, tómase fecunda, por obra del que ha recibido la súplica. Rebeca, es decir, la perseverancia.[35] Y Moisés, sin que medie súplica ni ruego alguno, cuando toma a Séfora, la virtud alada y excelsa, hállala preñada sin intervención de mortal alguno absolutamente.[36]
[35] Gen. XXV, 21.
[36] Ex. II, 22. Sobre lo de "alada y excelsa" recuérdese lo dicho en 41.

48. XIV. Recibid en vuestras almas, ¡oh iniciados, cuyos oídos están purificados! estos pensamientos como misterios verdaderamente sacros, y guardaos de comunicarlos a ninguno de los profanos; antes poniéndolos en resguardo conservadlos en vuestro círculo como un tesoro en el que no hay ni oro ni plata, sustancias perecederas, pero está lo más hermoso de cuanto puede poseerse, es decir, el saber acerca de la Causa, de la virtud y, en tercer término, del fruto de ambas. Mas, si os hallareis con alguno de los iniciados que conociere algún nuevo secreto, uníos a él apremiándolo perseverantemente para que no os lo oculte, hasta que seáis claramente informados sobre él.

49. Yo mismo, iniciado en los misterios fundamentales a través de los escritos de Moisés, el amado de Dios, con todo, habiendo enseguida visto al profeta Jeremías, y conocido que no sólo se trata de un iniciado sino que es además de un experto intérprete de las sagradas verdades, no he titubeado en seguirlo; y él, como profundísimo inspirado que es, me ha revelado cierto oráculo, que pone en boca de Dios las siguientes palabras dirigidas a la pacifísima virtud: "¿No Me invocaste como tu casa, tu padre y el esposo de tu virginidad?" (Jerem. III, 4); con lo que establece claramente que Dios es una casa, la incorpórea sede de las incorpóreas formas ejemplares; el padre de, todas las cosas pues Él las ha creado, y el esposo de la sabiduría, que deposita la simiente de la felicidad en la tierra apta y virginal para beneficio de todo el género de los mortales.

50. Corresponde, en efecto, que los contactos de Dios sean con la naturaleza realmente virgen, incorruptible, intacta '¿y pura; lo contrario de lo que ocurre con nosotros, ya que los acoplamientos de los seres humanos con miras a la generación de hijos convierten a las vírgenes en mujeres. En cambio, cuando comienzan las relaciones de Dios con el alma, aquella que antes era mujer conviértese al punto en virgen, como que Aquél tomando a las degeneradas y nada viriles pasiones, por las cuales el alma se afeminaba, las sustituyen por las

rectas y puras virtudes. Así, no tendrá contacto con Sara hasta que en ésta hayan cesado definitivamente las menstruaciones [37] y haya tornado a la condición de virgen pura.
[37] Gen. XVIII, 11.

51. XV. Puede, con todo, suceder que eventualmente un alma virgen sea deshonrada al ser manchada por las desenfrenadas pasiones. Esto no afecta a la verdad del oráculo, pues éste no dice que Dios es esposo de una virgen, pues una virgen está expuesta a la mudanza y a la muerte, sino "de la virginidad", que, como forma ejemplar, es eternamente idéntica e inmutable. En efecto, mientras lo cualitativo está sujeto por ley natural a nacimiento y muerte; a las potencias que modelan las cosas particulares les ha sido asignada como patrimonio la inmortalidad.

52. Corresponde, pues, que Dios, que es increado e inmutable, siembre en la virginidad, que jamás se cambia en forma de mujer, las formas ejemplares de las inmortales y vírgenes virtudes. ¿Por qué, entonces, oh alma, siéndote conveniente permanecer virgen en la mansión de Dios, en contacto con la sabiduría, te mantienes alejada de ellas, y abrazas, en cambio, a la sensibilidad, que te corrompe y mancha? He aquí por qué engendrarás un hijo confuso y funestísimo, el fratricida y maldito Caín, una posesión que no es posesión. "Caín", en efecto, significa "posesión".

53. XVI. Tal vez resulte extraño este modo de expresarse que, contra lo que es habitual, emplea el legislador frecuentemente a propósito de muchas personas. Así, después de ocuparse de los nacidos de la tierra,[38] pasa a presentarnos al primer nacido de seres humanos; y, aunque acerca de él no nos tiene dicho absolutamente nada, dice simplemente: "engendró a Caín", como si muchas veces lo hubiera mencionado ya, y no se tratara de la primera vez que lo introduce para ocuparse de él en la narración. '¿Qué clase de hombre es este Caín, oh versado autor? ¿Qué nos has mostrado, poco o mucho, relativo a él antes?
[38] Es decir, Adán y Eva. La perplejidad que manifiesta Filón a continuación surge de que Moisés al mencionar por primera vez a Caín no ha aclarado su naturaleza y sexo.

54. Por cierto que no te era desconocido cómo deben asignarse los nombres con propiedad. Algo más adelante lo pondrás, por ejemplo, en evidencia, cuando, al pasar a referirte a esta misma Eva, digas que "conoció Adán a Eva; y, preñada, esta dio a luz un hijo, al que puso el nombre de Set". (Gen. IV, 25.) Seguramente hubiera sido mucho más apropiado que en el caso del primer vástago, que marcaba para los hombres el principio del engendramiento a partir de ambos progenitores, aclararás primeramente que la naturaleza del engendrado era masculina y a continuación dieras su nombre personal, Caín, si ése era.

55. Por lo tanto, puesto que no fue evidentemente la ignorancia de la manera como deben asignarse los nombres, lo que le hizo pasar por alto el uso normal en el caso de Caín, valdrá seguramente la pena indagar con qué propósito se expresó así al nombrar a los hijos de nuestros primeros padres empleando la forma apropiada para una mención incidental de los nombres en lugar de la que corresponde a una primera atribución de los mismos. Es posible que, como por conjeturas me parece a mí, la causa sea la siguiente.

56. XVII. Es norma general de la multitud de los demás hombres el asignar nombres sin que los mismos correspondan a las .cosas, de modo que nada tienen de común las cosas y las denominaciones que se les aplican. En los escritos de Moisés, en cambio, los nombres asignados son clarísimas representaciones de las cosas, a tal punto que forzosamente nombre y cosa resultan desde el principio lo mismo, y en nada difiere el nombre de la cosa a la que se

aplica. Posiblemente esto resulte más claro si consideramos el caso que tenemos a la vista.

57. Cuando la inteligencia que existe en nosotros, llamada Adán, habiéndose puesto en comunicación con la sensibilidad, causa, al parecer, de la vida de los seres animados,[39] llamada Eva, se le aproxima en procura de un mutuo acoplamiento. Ella, por su parte, envuelve y apresa, como en una red, en un proceso natural, lo sensible de afuera; a través de los ojos el color, a través de las orejas el sonido, a través de las fosas nasales el olor, a través de los órganos gustativos el sabor, a través de los del tacto cualquier tipo de cuerpo; y, fecundada, tórnase preñada y siente acto seguido los dolores del parto y engendra al mayor de los males del alma, la presunción. En efecto, la inteligencia pensó que todas estas cosas eran adquisiciones propias de sí misma, todo lo que había visto, lo que había oído, lo que había gustado, lo que había olido, lo que había palpado, y de todas ellas túvose a sí misma por inventora y artífice.

[39] Gen. III, 20. Ver Sobre la creación 139.

58. XVIII. Y nada tiene de extraño que le haya sucedido eso; porque tiempo hubo en que la inteligencia ni se comunicaba con la sensibilidad ni la tenía a su alcance, estando completamente aislada de toda convivencia y sociedad a la manera e los animales solitarios y no gregarios. En ese tiempo constituía por sí misma una clase de objetos, y no tenía contacto con un cuerpo, ni tenía a su alcance un instrumento de percepción sensorial mediante el cual perseguir a los objetos externos; siendo ciega e impotente; y no en el sentido en que lo dicen los más al contemplar a alguien privado de la vista, pues éste, despojado de un sentido, dispone, y con sobrada abundancia, de los otros;

[59.] en tanto que aquélla, privada de la totalidad de sus facultades sensitivas, era realmente impotente; resultando la mitad de un alma completa, al faltarle el poder mediante el cual la naturaleza ha dispuesto que sean percibidos los objetos corpóreos; una de por sí desafortunada fracción separada de su natural complemento, sin el soporte de los órganos de la sensibilidad, sobre los cuales hubiera podido apoyarse con fuerza en su vacilante andar. Por tal motivo profunda sombra derramábase sobre los objetos corpóreos, sin que ninguno resultara perceptible, ya que no existía la sensación en aquella por quien debían ser conocidos.

60. Queriendo, pues. Dios proveer a ésta no sólo de la aprehensión de las cosas incorpóreas sino también de la de los cuerpos sólidos, completó el alma total uniendo a la parte formada primeramente la otra sección, a la que designó con el nombre general de "mujer" y el nombre particular de "Eva", mediante el que simboliza a la sensibilidad.

61. XIX. Ésta, no bien adquirió existencia, derramó a través de sus partes, como a través de orificios, una compacta luz sobre la inteligencia, y dispersó las tinieblas; y, como si sirviera a un amo, la preparó para que de manera clara y muy nítida pudiera ver las naturalezas de las cosas corpóreas.

62. Y la inteligencia, como si hubiese sido iluminada por la resplandeciente claridad solar al cabo de la noche, o como si se despertase de un profundo sueno, o como un ciego que de improviso recobrase la vista, poníase en contacto de manera simultánea con todas las cosas que han sido creadas, cielo, tierra, agua, aire, vegetales, animales, con sus formas, cualidades, potencias, aposiciones temporarias y permanentes, movimientos, actividades, funciones, cambios, extinciones; y veía a unas, escuchaba a otras, gustaba a éstas, olía a aquéllas, tocaba a otras, y sentíase atraída hacia unas porque producían placer y retraíase de otras porque le causaban dolor.

63. Y así, habiendo observado en derredor aquí y allí, y tras considerarse a sí misma y considerar sus fuerzas, se atrevió a vanagloriarse con la misma presunción que el rey macedonio Alejandro. Dicen, en efecto, que también éste cuando estaba cierto de haber ganado el poder sobre Europa y Asia, hallándose de pie en un paraje dominante y habiendo observado atentamente toda la zona circundante, dijo: "Hacia una y otra parte, todo es mío", con lo que ponía de manifiesto en realidad una superficialidad propia de un alma pueril, ingenua y vulgar, no un espíritu real.

64. Pero antes de Alejandro, la inteligencia, al adquirir la facultad de percibir sensiblemente, y al aprehender a través de ella cada una de las formas corpóreas, llevada de una irracional presunción, hinchóse de vanidad, al punto de considerar que todas las cosas eran propiedades suyas y nada absolutamente de otro alguno.

65. XX. Ésta es la modalidad de nuestro ser que caracterizó Moisés bajo el nombre de Caín, nombre que significa "posesión"; modalidad que está llena de necedad o, más bien, de impiedad, por cuanto, en vez de pensar que todas las cosas son posesión de Dios, las supone suyas propias, aunque ni siquiera a sí misma se puede poseer con firmeza ni conoce siquiera cuál es su propia esencia. Sin embargo, si confía en los sentidos teniéndolos por capaces de captar las cosas sensibles exteriores, que nos diga de qué manera podría evitar el ver a medias, el oír confusamente o el errar en el caso de cada uno de los otros sentidos.

66. La verdad es que ninguno de nosotros está libre de caer constantemente en tales errores, por mucho que los órganos de que hagamos uso fueren precisos al máximo; ya que resulta difícil, por no decir imposible, liberarnos completamente de las naturales anomalías y del involuntario extravío, pues en nosotros y en torno de nosotros, fuera de nosotros y en todo el género mortal sin excepción se dan innumerables motivos de falsa opinión. No estaba, pues, en su sano juicio la inteligencia cuando supuso que son propiedades suyas a todas las cosas, y se jactó de ello en actitud presuntuosa.

67. XXI. También Labán, el que está aferrado a las cualidades, parece haber brindado ocasión de reír largo rato a Jacob, el que desechando éstas, pone su vista en la Naturaleza exenta de cualidades; cuando se atrevió a decirle: "Las hijas son hijas mías; los hijos, hijos míos son; los ganados son mis ganados y todo cuanto tú alcanzas a ver es mío y de mis hijas." (Gen. XXXI, 43.) En cada caso, en efecto, agrega "mío", a la vez que no pierde la ocasión de referirse a sí mismo y hablar de sí con jactancia.

68. Las hijas, dime, que son las artes y las ciencias que se dan en el alma, ¿dices tú que son hijas tuyas? ¿Y de qué manera? ¿Acaso, ante todo, no las posees por haberlas recibido de la inteligencia, que te las ha enseñado? En segundo lugar, es propio de tu naturaleza el que, así como pierdes otras cosas cualesquiera, también pierdas éstas, ya olvidado de ellas debido al cúmulo de los otros pensamientos, ya a causa de penosas e incurables enfermedades del cuerpo, ya por la vejez, dolencia sin remedio que fatalmente sobreviene a los de avanzada edad, ya por otros innumerables motivos cuyo número es imposible de determinar.

69. ¿Y qué? Cuando aseguras que "los hijos", vale decir, los pensamientos particulares del alma, son tuyos, ¿estás en tu sano juicio o te has vuelto loco, para suponer tales cosas? Porque tus melancolías, tus locuras, los extravíos intelectuales, las conjeturas sin fundamento, las falsas representaciones de los objetos, ciertos pensamientos vacíos, semejantes a sueños, que de por sí producen intranquilidad y agitación; el olvido, enfermedad habitual del alma, y otras

cosas más numerosas que las enumeradas socavan la seguridad de tu señorío y muestran que tales bienes son propiedad de otro y no tuya.

70. ¿Cómo te atreves a decir que son tuyos "los ganados", es decir, los sentidos? Porque la sensibilidad es algo irracional y semejante a las bestias. Constantemente te equivocas al ver y al oír; confundes a veces los sabores dulces con los amargos y otras veces los amargos con los dulces, y yerras continuamente más que aciertas en cada uno de los sentidos; y dime, ¿no te pones rojo de vergüenza sino te enorgulleces e hinchas de vanidad como si hicieras uso irreprensible de todas las facultades y actividades de tu alma?

71. XXII. Pues bien si tú cambiares y alcanzares una porción del discernimiento que necesitas, dirás que todas las cosas son propiedades de Dios, no tuyas: los razonamientos, los conocimientos, las artes, las conclusiones, los discernimientos particulares, las sensaciones, las actividades del alma a través de los sentidos y sin ellos. En cambio, si te abandonares definitivamente en la incultura y en la ignorancia, serás siempre esclavo de pesadas señoras:[40] presunciones, apetitos, placeres, injusticias, insensateces, falsas opiniones.

[40] Los sustantivos que siguen son todos femeninos en griego; de allí lo de "señoras".

72. Dios, en efecto, Moisés: "Si interrogado el siervo dijere: 'He llegado a amar a mi señor, a mi mujer y a mis hijos y no quiero salir libre' (Ex. XXI, 5); conducido ante el tribunal de Dios, teniendo a Éste por juez, le será confirmado aquello que ha pedido, previa perforación de su oreja con un punzón,[41] para que no pueda recibir la Divina comunicación de la libertad de su alma.

[41] Ex. XXI, 5 y 6.

73. En efecto, es propio del discernimiento verdaderamente esclavo[42] y del todo ingenuo, excluido y rechazado como fuera del Divino certamen, expresarse enfáticamente al referirse "al amor que ha llegado a sentir" por la inteligencia; a su opinión de que la inteligencia[43] es "su señor" y benefactor; a su afecto inmenso por la sensibilidad; y a su creencia de que ésta es propiedad suya y el mejor de los bienes y de que lo son también "los hijos" de ambos; tanto los de la inteligencia, es decir, el reflexionar, el razonar, el discernir, el deliberar, el conjeturar; como los de la sensibilidad, que son el ver, el oír, el gustar, el oler, el palpar, el percibir sensorial en general.

[42] El término griego *páis* = niño y esclavo, le permite a Filón, haciendo referencia a la primera significación, recalcar que el esclavo peticionante di pasaje bíblico comentado es completamente ingenuo, inmaduro.

[43] Recuérdese que *noús* = inteligencia, es masculino, lo que permite a Filón calificar a la inteligencia de "señor y benefactor".

74. XXIII. Es forzoso, realmente, que quien está vinculado estrechamente a estas cosas[44] no perciba ni en sueños la libertad, ya que solo huyendo y apartándonos de ellas alcanzamos a participar de la libertad. Otro[45] hay también, que, pagado de sí mismo y haciendo patente su demencia manifiesta: Aun cuando alguien me arrebatare algo, lucharé por ello como cosa que me pertenece y alcanzaré a imponerme. "Perseguiré"; dice, en efecto, "capturaré; me repartiré los despojos, satisfaré a mi alma; con mi espada causaré destrozos, y mi mano ejercerá el dominio". (Ex. XV, 9.)

[44] Vale decir, la inteligencia, la sensibilidad y sus "hijos".

[45] El faraón.

75. A éste puedo yo decirle: [Insensato!, no te das cuenta de que entre las creaturas todo aquel

que cree "perseguir" es perseguido; ya que las enfermedades, la vejez y la muerte, juntamente con la restante multitud de males voluntarios e involuntarios acosan, perturben y persiguen a cada uno de nosotros; y el que cree "capturar" a otro y "dominar" es capturado y dominado; y alguno, cuando aguardaba quedarse con el fruto de un saqueo y procedía a "repartir" las partes del botín, resultó vencido por los victoriosos enemigos, con lo que sobrevino a su alma la indigencia en vez de la "satisfacción" y la servidumbre en vez del "dominio"; y fue "'destrozado" en vez de destrozar sufriendo en plena medida todo cuanto pensó hacer a otros.

76. Es que este hombre era en realidad un enemigo de la convincente razón y de la misma naturaleza, cuando se atribuía a sí mismo todo cuanto toca al hacer y olvidaba todas las cosas que nos sobrevienen, como si estuviese libre del cúmulo de calamidades que de cada una de ellas se derivan.

77. XXIV. Trátase, en efecto, del "enemigo" que, según leemos, "dijo: 'Perseguiré y capturaré'." (Ex. XV, 9.) ¿Quién verdaderamente, puede ser enemigo más hostil para el auna que aquel que por orgullo atribuyese a sí mismo lo que es propio de Dios? Ciertamente, el hacer es propio de Dios y no es lícito adscribírselo a la creatura; lo propio del ser creado es la pasividad.[46]

[46] Es decir, el experimentar los efectos, el ser objeto de un acto sin intervenir en él como agente o autor.

78. Quien se anticipare a aceptar este papel pasivo como cosa propia y forzosa, fácilmente sobrellevará cuanto le sobreviniere, aun cuando fuere penosísimo; quien, en cambio, entendiere que no es cosa que le corresponda, oprimido por un peso infinito, sufrirá la pena de Sísifo [47] sin poder siquiera alzar la cabeza, agobiado por todas las cosas terribles que le acosan y postran, y añadiendo a cada una de ellas la bajeza y la sumisión, pasiones propias del alma degenerada y sin virilidad. Más le valdría, en efecto, que, fortalecido en su resolución y fortificado por su propia firmeza y perseverancia, virtudes poderosísimas, aguardase a pie firme, se aprestara para la lucha y ofreciese resistencia.

[47] Pena consistente en arrastrar rodando un gran peñasco hasta la cima de una montaña del Tártaro, desde la cual aquél volvía indefectiblemente a caer rodando hasta el fondo.

79. Aclaro esto. El ser trasquilado o afeitado se ejecuta de dos maneras; o con reacción y reciprocidad o con aceptación y sumisión de parte del que es trasquilado, o afeitado. Así, mientras una oveja, una piel o la llamada zalea [48] son trasquiladas por otro en actitud completamente pasiva, sin desarrollar actividad alguna ellas; el hombre, en cambio, mientras es afeitado opera conjuntamente, y se coloca y acomoda a sí mismo en la posición requerida combinando así la actividad con la pasividad. Otro tanto ocurre en la recepción de golpes.

[48] Piel de cordero.

80. Una manera es la que tiene lugar en el caso del esclavo que ha cometido faltas merecedoras de azotes o en el del hombre libre extendido sobre la rueda del suplicio en castigo de sus fechorías o en el de alguna cosa inanimada; porque son golpeadas las piedras, las maderas, el oro, la plata y todas las materias que se machacan y dividen en la fragua. La otra es propia del atleta que combate por la victoria y las coronas en un encuentro de pugilato o en el pancracio.[49]

[49] Competencia atlética en la que se combinaba el pugilato y la lucha denominada greco-romana.

81. Por cierto que éste aparta de sí con cada una de las manos los golpes que caen sobre él y

volviendo el cuello a uno y otro lado evita ser alcanzado por ellos; y a menudo apoyándose sobre la punta de los dedos de los pies y elevándose al máximo o conteniéndose y viniendo a las manos alternativamente logra mantenerse a distancia de las manos de su oponente, cuyos esfuerzos aseméjanse a un combate contra una sombra. El esclavo o el metal, en cambio, sométense sin reacción alguna soportando cuanto el que dispone determínase a ejecutar.

82. Pues bien, esta forma de pasividad jamás la admitiremos ni en lo que toca al cuerpo ni mucho menos en lo que atañe al alma; pero sí aceptaremos, dado que es forzoso que el mortal padezca, aquella que va acompañada de una reacción activa. De ese modo no nos extenuaremos enervados, postrados, doblegados anticipadamente, con las fuerzas del alma relajadas, como los afeminados; antes, por el contrario, fortalecidos con las energías de nuestra inteligencia, seremos capaces de aminorar y hacer más leve la embestida de las calamidades que nos amenazan.

83. Dado, pues, que ningún mortal aparece como sólido y firmemente dueño de cosa alguna, y los llamados señores reciben ese título como resultado de una mera opinión, no como expresión de la verdad; y puesto que es necesario que, así como hay vasallo y siervo, haya también jefe y señor en el universo; éste no puede ser otro que Dios, el único realmente gobernante y jefe; y el único de Quien con verdad puede decirse que todas las cosas son posesiones Suyas.

84. XXV. Reflexionemos además con cuánta sublimidad y de qué manera digna de la Divinidad enumera estas propiedades. "Todas las cosas", dice, "son Mías". Y todas las cosas son "presentes, dones y frutos, que cuidaréis y Me ofreceréis en Mis fiestas." (Núm. XXVIII, 2.) Con toda claridad ha establecido así que entre las cosas existentes unas son estimadas como beneficios intermedios llamados "dones"; otras, como beneficios, superiores designados con el nombre particular de "presentes"; otros, a su vez, son tales que no sólo pueden producir virtudes. como frutos sino además está en su naturaleza ser ya desde el principio al fin un fruto comestible, el único que nutre al alma del que persigue la visión Divina.

85. Quien hubiere aprendido esto y fuere capaz de conservarlo guardado en su inteligencia, ofrecerá a Dios su fe como irreprochable y hermosísimo sacrificio en "fiestas" que no son fiestas de mortales. Dios,. en efecto, reclama para sí las "fiestas", con lo cual establece una doctrina que no pueden desconocer aquellos que frecuentan la compañía de los filósofos.

86. Esta doctrina es la siguiente: solo Dios, en rigor de verdad, celebra fiestas, puesto que sólo en Él se dan el contento, la alegría y el regocijo; sólo a Él le es dado gozar de una paz sin mezcla alguna de guerra; Él está exento de pena, temor y participación en los males; Su existir es inalterable, sin dolor, lozano y pleno de felicidad pues Su naturaleza es perfectísima; o más bien, Dios es Él mismo la cima, el fin y el límite de la felicidad, y no participa de otra cosa alguna para acrecentar Su excelencia, sino, por el contrario, tiene distribuido desde la fuente de belleza que es Él mismo entre todos los seres particulares aquello que Le es propio. En efecto, las cosas buenas que hay en el mundo jamás habrían llegado a ser tales, a no haber sido hechas como copias de un arquetipo, el verdadero bien, el increado, feliz e incorruptible.

87. XXVI. Por eso Moisés en muchos pasajes de su legislación dice que el "sábado", que significa "reposo" es "de Dios" (Ex. XX, 10) y no de los hombres, con lo que puntualiza un rasgo esencial de la naturaleza de las cosas, porque entre los seres, en rigor de verdad, sólo hay uno en reposo y ése es Dios. Mas no es la mera inactividad lo que Moisés entiende por reposo, puesto que por naturaleza la Causa de todas las cosas es activa y jamás cesa de

producir las máximas excelencias; sino da ese nombre a la actividad caracterizada por una placidez inmensa y por la ausencia de todo sufrimiento o esfuerzo.

88. Es, en efecto, correcto decir que experimentan sufrimiento el sol, la luna, el cielo y el universo todo, ya que no son dueños de sí mismos y se mueven y trasladan sin interrupción, siendo clarísimo testimonio de sus esfuerzos las estaciones del año. En efecto, tanto los más importantes de los cuerpos celestes, al cambiar sus cursos volviéndose ora hacia el norte, ora hacia el sur, ora hacia otra parte; como el aire, calentándose, enfriándose y experimentando toda suerte de cambios en sus condiciones propias; prueban a las claras su cansancio, puesto que el cansancio es la causa de mayor importancia del cambio.

89. Necedad sería extendernos en referencias sobre las creaturas aéreas y las acuáticas, deteniéndonos a enumerar sus cambios generales y particulares, por cuanto éstas, en razón de que participan al máximo de la más baja de las sustancias, la terrestre, llevan en sí, como es lógico, una enfermedad mucho mayor que las creaturas del mundo superior.

90. En consecuencia, puesto que la causa natural del cambio en las cosas que cambian es el cansancio, Dios, que ni cambia ni se muda, debe necesariamente ser incansable. Por otra parte, el ser que está libre de debilidad, aunque haga todas las cosas, no cesará por toda la eternidad de estar en reposo; de modo que' sólo a Dios, y como cosa absolutamente propia, corresponde el estar en reposo.
XXVII. Hemos además demostrado que el celebrar fiestas es exclusivo de Dios; y que, por lo tanto, los sábados y las demás fiestas son fiestas solamente de la Causa y no de hombre alguno en absoluto.

91. Porque, consideremos, si quieres, nuestras celebradas reuniones festivas. Descartemos todas aquellas que han sido instituidas como resultado de ficciones míticas entre los pueblos bárbaros y los helenos, entre unos unas, entre otros otras, sin otro propósito que la vacua vanidad. Porque no alcanzaría la vida entera de los hombres para detallar las extravagancias propias de cada una de ellas. Con todo, algo podría decirse de todas conjuntamente sin extenderse demasiado, unas pocas palabras; y hemos de decirlas teniendo en cuenta sus ventajas.

92. En la totalidad de los festejos y celebraciones que tienen lugar entre los hombres, los hechos que despiertan admiración y apetitos son éstos: libertad sin trabas, desenfreno, holganza, excitación, embriaguez, festines, molicie, languidez, encuentros y festejos nocturnos, placeres indecorosos, lascivia a pleno día, insolencias violentísimas, empleo de las horas en actos de incontinencia, cultivo de la insensatez, preocupación por hacer bajezas, degradación total de lo noble, nocturnos trabajos en aras de los insaciables deseos, sueño durante el día, cuando es el momento de estar despierto, lo que significa obrar en contradicción con el orden natural.

93. En tales ocasiones mientras la virtud es objeto de irrisión, y tenida por cosa dañosa; el vicio, en cambio, es arrebatado con avidez, como algo provechoso; mientras las cosas que merecen practicarse son tenidas en menos, las que deben evitarse, son bien consideradas; mientras la música, la filosofía y toda cultura, imágenes verdaderamente divinas del alma Divina, permanecen calladas, alzan su voz aquellas artes, vehículos de corrupción, que procuran placeres al vientre y a los órganos que están más allá de éste.

94. XXVIII. Tales son las fiestas de aquellos a los que se titula felices. Y mientras sus

actitudes indecorosas se limiten a las casas y lugares profanos, menores me parecen sus faltas; pero cuando el desenfreno, como un torrente en avance, se lanza en todas las direcciones, e invade y viola los más santos lugares, no tarda en desvirtuar cuanto hay de santo en ellos consumando así sacrificios impíos, ofrendas ilegítimas, votos incumplidos, ritos sacrílegos, misterios profanados; y mostrando una piedad bastarda, una santidad adulterada, una pureza mancillada, una verdad falseada, un cuidado de Dios que es bufonada.[60]
[60] Clara alusión a los cultos orgiásticos y la prostitución sagrada.

95. Además purifican sus cuerpos con lustraciones y purificaciones; pero en cuanto a limpiar las pasiones de sus almas, pasiones que manchan la vida, ni lo quieren ni se preocupan. Muestran celo por ir a los templos con ropas blancas cubiertos de vestidos inmaculados, mas no se avergüenzan de ir hasta el mismo santuario llevando la inteligencia manchada.

96. Y mientras, si se descubre que algún animal no es perfecto e íntegro, es sacado del recinto consagrado, no permitiéndose que sea acercado a los altares, no obstante que en ningún caso el estar señalado por defectos corporales ha dependido de la voluntad del animal; en cambio, ellos, llevando sus almas cubiertas por llagas de penosas enfermedades que la potencia irresistible del vicio les ha producido; o más bien, mutilados, amputados de sus más nobles partes: la prudencia, la fortaleza, la justicia, la piedad y las otras virtudes que la naturaleza humana es capaz de cultivar; habiéndose llenado de impurezas por voluntaria determinación, se atreven a realizar actos de culto, seguros de que los ojos de Dios ven solamente lo exterior con ayuda de la luz solar, y sin considerar que, antes aún que las cosas visibles, contempla Él las invisibles empleando para ello Su propia claridad.

97. En efecto, la vista del Que Es no necesita de otra luz para la aprehensión, y Él mismo, siendo la luz arquetipo, emite incontables rayos, ninguno de los cuales es perceptible por los sentidos, y sí aprehensibles por la inteligencia todos. De allí que también solo Dios, que es aprehensible por la inteligencia, haga uso de ellos y ninguno de los seres que tienen asignada una parte en la creación los aproveche, ya que lo creado es de orden sensible y la naturaleza de orden intelectual no es perceptible por los sentidos.

98. XXIX. En consecuencia, puesto que Dios penetra de modo invisible en el recinto de nuestra alma, preparemos este lugar con toda la hermosura posible, para que llegue a ser residencia digna de Dios. De lo contrarío, se marchará sin ser visto hacia otra morada que Él tenga por mejor construida.

99. Porque, si cuando nos aprestamos a brindar una recepción a reyes, preparamos nuestras casas particulares con suficiente ornato, sin descuidar nada de lo que contribuirá a embellecerlas; echando mano a todas las cosas por nuestra propia iniciativa y liberalidad, conjeturando que así la residencia resulta la más grata, y a la vez posee la jerarquía que la hace digna de ellos, ¿qué clase de casa, entonces, es preciso preparar para Dios, el rey de los reyes, el señor de todas las cosas, que por dulzura y amor al hombre se ha dignado visitar a la creatura mortal y ha descendido desde las cimas del cielo hasta los confines de la tierra para beneficio de nuestra raza?

100. ¿Será de piedra o de madera? Ni lo pienses; no es santo decir tal cosa; porque, aun cuando la tierra toda se transformara de repente en oro o en algo más precioso que el oro; y enseguida fuera empleada, mediante las artes de los artífices, para la construcción de pórticos y propileos, habitaciones, atrios y templos, no se tendría un pedestal para Sus pies. En cambio, el alma honrada sí que es morada digna de Él.

101. XXX. Estaremos, pues, en lo justo y correcto si decimos que nuestra invisible alma es la morada terrestre del invisible Dios. Mas, para que la casa sea firme y hermosísima, coloqúense debajo como cimientos el natural talento y la instrucción; las virtudes y las prácticas nobles elévense sobre ellos y sea su ornato externo la adquisición de la cultura general.[51]

[51] Ver Interpretación alegórica III, 167.

102. Como raíces de un árbol destinado a procurar excelentes frutos, surgen del natural talento el acierto, la perseverancia y la memoria, y de la instrucción, la facilidad para aprender y la capacidad para concentrarse, condiciones sin las cuales la inteligencia no puede alcanzar su pleno desarrollo.

103. Merced a las virtudes y a las acciones cimentadas en ellas se originan la estabilidad y la firmeza de la segura residencia, resultando impotente frente a tanta fortaleza y fuerza todo intento de separar, alejar o hacer emigrar al alma del bien.

104. Del estudio de las lecciones preliminares en las que se adquiere la cultura general dependen las cosas que tocan al ornato de esa residencia que es el alma. En efecto, tal como los revestimientos, las pinturas, las tabletas, las aplicaciones de magníficas piedras, con las que se adornan no sólo los muros sino también los pisos, y todos los demás detalles de ese género nada agregan a la solidez; y el objeto de todos ellos es solamente producir placer a los residentes; del mismo modo el conocimiento que brindan los estudios de la cultura general adorna toda la mansión del alma.

105. La gramática lo hace escudriñando en el campo de la poesía y persiguiendo la información sobre los antiguos acontecimientos;[62] la geometría, proporcionándonos el sentido de la igualdad que resulta de la proporción, y remediando a través de la música elevada[63] mediante el ritmo, el metro y la melodía cuanto hay de desarmonioso, desmedido y discordante en nuestro ser; la retórica, buscando los medios de tratar con elocuencia cada uno de los asuntos, adaptando a todos ellos la expresión adecuada, provocando ora estados de tensión e impresiones intensas, ora el relajamiento de las tensiones y sensaciones de placer, juntamente con la fluidez y facilidad en el empleo de la lengua y de los órganos del habla.

[62] La *grammatiké* incluía, además de las cuestiones puramente gramaticales, el estudio de los autores literarios que hoy denominamos Filología.

[63] Extraña inclusión de la Música en el campo de la Geometría.

106. XXXI. Erigida una tal morada en el seno de nuestra raza mortal, todo cuanto hay sobre la tierra se llenará de bienhechoras esperanzas mientras aguarda el descenso de las potencias de Dios. Éstas llegarán portadoras de leyes y normas celestiales para santificarlas y consagrarlas en la tierra conforme con el mandato que les ha impartido el Padre. Entonces, convertidas en partícipes del mismo género de vida y compañeros de mesa de las almas amantes de la virtud sembrarán en ellas la estirpe feliz, tal como procuraron al sabio Abraham la más perfecta de las gracias, simbolizada en Isaac, por su residencia junto a él.[54]

[54] Gen. XVIII, 5 y ss.

107. Y en ninguna cosa se complace más la inteligencia purificada que en confesar que tiene por señor al Soberano de todas las cosas; ya que el ser siervo de Dios es el más alto motivo de orgullo, y no sólo es más estimable que la libertad sino también que la riqueza, que el poder, que todas las cosas que persigue el género humano.

108. Y de esta soberanía del Que Es resulta fehaciente testimonio el oráculo que dice: "La tierra no se venderá a perpetuidad, porque toda la tierra es Mía; pues vosotros sois extranjeros y forasteros en Mi presencia." (Lev. XXV, 23.)

109. ¿No establece clarísimamente que todas las cosas son propiedad de Dios y sólo en usufructo dispone de ellas la creatura? Dice, en efecto, que ninguno adquirirá a perpetuidad cosa alguna de la creación, puesto que solo hay Uno a quien absoluta y perpetuamente pertenecen todas las cosas. Dios, en efecto, ha cedido en calidad de préstamo todas las cosas creadas a las creaturas todas; y no ha hecho ninguno de los seres particulares completo al punto de no necesitar absolutamente de otra cosa, a fin de que, deseando cada uno obtener aquello de que carece deba forzosamente aproximarse al objeto que puede proporcionárselo y lo mismo haga éste con él, originándose así un mutuo y recíproco acercamiento.

[110.] De este modo, adaptadas unas a otras, y combinadas unas con otras tal como combínanse las desiguales notas de la lira, habían de llegar todas las creaturas a ser solidarias y concertadas; y a constituir una común armonía, acatando sin excepción cierto trueque universal que llevara al mundo todo a su plenitud.

111. Así es como los seres inanimados aman a los animados, los irracionales a los racionales, los árboles a los hombres, los hombres a las plantas, las especies salvajes a las cultivadas, las domésticas a las salvajes, el sexo masculino al sexo femenino y viceversa; y en general, las creaturas terrestres a las acuáticas, las acuáticas a las aéreas, y las voladoras a las ya nombradas; además el cielo a la tierra, la tierra al cielo, el aire al agua, el agua al aire y también las naturalezas intermedias unas a otras y a las extremas, así como las extremas a las intermedias y entre sí.

112. El invierno ama ciertamente al verano, el verano al invierno, la primavera a ambos y cada cosa carece y tiene necesidad, por así decir, de cada cosa, y todas las cosas han menester de todas las cosas, para que el todo, del que cada cosa es parte, pueda ser una obra, acabada, digna del Artífice, es decir, este mundo.[55]

[55] Para los párrafos 109 a 112 ver Epicteto, Máximas I, 12, 16. Recuérdese que el término griego *kósmos*, como el latino *mundus*, designa el orden, la belleza y la armonía de las partes.

113. XXXII. Habiendo, pues, combinado de este modo todas las cosas, reservó Dios para Sí mismo la soberanía sobre todas y asignó a Sus subordinados el uso y goce de ellos mismos y de las otras cosas; porque es a título de préstamo como poseemos para nuestro uso a nosotros mismos y a cuanto nos rodea. Por ejemplo, yo, que estoy formado de alma y cuerpo, aunque aparentemente poseo inteligencia, razón y sensibilidad, ninguna de estas cosas hallo que sea realmente mía.

114. Porque, ¿dónde se hallaba mi cuerpo antes de mi nacimiento? ¿Y a dónde se marchará cuando yo haya partido? ¿Dónde están, además, los cambios producidos por las distintas edades en quien aparentemente sigue siendo el mismo? ¿Dónde está el tierno infante, dónde el niño, dónde el recién salido de la niñez, dónde el poco ha adolescente, dónde el muchachito, dónde el barbiponiente, el joven, el hombre maduro? ¿De dónde proviene mi alma? ¿Adonde irá? ¿Cuánto tiempo será nuestra compañera? ¿Somos capaces de indicar cuál es su sustancia? ¿Y cuándo la hemos adquirido? ¿Antes del nacimiento? Pero, el caso es que no existíamos. ¿Y la poseeremos después de la muerte? Pero ocurre que los que somos compuestos y cualitativos y estamos dotados de cuerpos, habremos dejado de serlo, y nos lanzaremos hacia

nuestro renacer desprovistos de cuerpos, sin composición y sin cualidades.[56]

[56] Es imposible determinar si el renacer del que habla Filón consiste en la absorción del alma individual en el seno de la Divinidad, o si se trata de un sobrevivir de las almas a la conflagración general, para renacer en la posterior reconstrucción universal, como pensaban los estoicos. Al traducir "sin composición y sin cualidades" me he ajustado al texto de la edición Loeb, donde se lee "*asynkritoi ápoioi*"; lectura que se ajusta a la primera de ambas posibilidades, por cuanto la Divinidad es simple y sin cualidades. Si, en cambio, lo que quiere decir Filón es lo segundo, podríase aceptar la opinión de Cohn, quien, ajustándose a los manuscritos, lee "*synkritoi poiói*" = compuestos y cualitativos.

115. Pero ahora, mientras vivimos, obedecemos más que mandamos y somos conocidos más que conocemos; puesto que el alma nos conoce sin que nosotros la conozcamos a ella, y nos fija normas que por necesidad respetamos como respetan los siervos a su ama. Y cuando ella quiera acudirá en demanda de divorcio al arconte [57] y nos abandonará dejando nuestra casa desierta de vida. Y aunque la forcemos a permanecer, se nos escapará, ya que su naturaleza es sutil al punto de que no deja al cuerpo posibilidad alguna de asirla.

[57] Alusión a la práctica ateniense consistente en que la esposa acudiese ante el arconte en demanda de divorcio en el caso de que el esposo no consintiese de grado en la separación.

116. XXXIII. Y mi inteligencia, ¿es propiedad mía esta autora de falsas conjeturas, la proveedora de extravíos, la delirante, la fatua, la que en la enajenación, la melancolía y la senilidad manifiesta a las claras ser una negación de lo que su nombre sugiere? ¿Es posesión mía mi lenguaje, o mis órganos de expresión? ¿No es acaso suficiente una pequeña enfermedad para estropearnos la lengua, y coser la boca aun de los más elocuentes? ¿Acaso la consternación provocada por la creencia de un desastre inminente no ha paralizado la voz de muchísimos?

117. Ni siquiera de mi sensibilidad hallo que soy dueño; es más, quizá soy en cierto modo esclavo que la acompaña por donde ella va, hacia los colores, hacia las formas, hacia los sonidos, hacia los sabores y hacia las otras cosas materiales.
Entiendo que a través de todas estas consideraciones ha quedado en claro que son posesiones ajenas las cosas de que hacemos uso, y que no poseemos como cosas propias ni la gloria ni la riqueza ni los honores, ni los cargos ni cosa alguna de cuantas atañen al cuerpo o al alma, ni siquiera la misma vida.

118. Ahora bien, si reconocemos que sólo poseemos el uso de ellas, las cuidaremos como posesiones de Dios, teniendo presente desde el principio que la ley establece que el dueño cuando lo desea, retome las cosas suyas. De ese modo aliviaremos las penas que su privación nos provoca. En la práctica los más entienden que todas las cosas son propiedades de ellos y por tanto reciben grandísima pena no bien las pierden o echan de menos.

119. Resulta, en consecuencia, no sólo verdadera sino una de las doctrinas más reconfortantes la siguiente: el mundo y lo que hay en él son obras y posesiones de Aquél que las creó; pero el Propietario, como no tiene necesidad de ella, ha dispensado liberalmente la obra que le pertenece. El que la usa, en cambio, no la posee, porque no hay más que un solo Señor y Dueño de todas las cosas, el cual dirá con toda verdad: "La tierra toda es mía", lo que equivale a 'Todo lo creado es Mío'; "vosotros sois extranjeros y forasteros en Mi presencia". (Lev. XXV, 23.)

120. En efecto, unos respecto de otros todos los seres creados tienen la calidad de autóctonos

y eupátridas, [58] y gozan todos de idénticos honores y derechos; respecto de Dios, en cambio, todos están en la condición de extranjeros y forasteros. Cada uno de nosotros, en efecto, llega a este mundo, como sí llegase a una ciudad extranjera, de la cual no forma parte por derecho de nacimiento; y, ya en él, residimos temporariamente hasta que se cumple el tiempo de vida que se nos ha asignado.
[58] Términos usuales entre los atenienses, que aquí significan descendientes de la primitiva generación y de noble estirpe, indicando que entre los seres creados no hay diferencias de calidad o merecimientos.

121. XXXIV. Pero esas palabras encierran además una doctrina sapientísima que enseña que en rigor de verdad solamente Dios es ciudadano, siendo todo ser creado, extranjero y forastero; y que los llamados ciudadanos reciben ese título más por abuso de término que por que lo sean realmente. Mas para los hombres sabios es don suficiente el ser contados como extranjeros, forasteros junto a Dios, el único ciudadano, ya que en ningún caso un necio llega a ser extranjero y forastero en la ciudad de Dios, siendo, evidentemente un desterrado y nada más. Tal es lo que también ha proclamado Dios en términos que encierran una profunda doctrina. "La tierra, "dice", no será vendida en absoluto. [59] (Lev. XXV, 23.) No ha dicho por quién, a fin de que el iniciado en los conocimientos sobre la naturaleza saque provecho para su instrucción de lo que se ha callado.
[59] El pasaje está citado también en 108. Pero en la presente cita se aparta Filón de la fórmula original sustituyendo "*eis bebátosin*" = o perpetuidad, o "con carácter definitivo", por *prásei* = en absoluto, literalmente con venta.

122. Si examinas a todas las personas hallarás que los que se dice que otorgan beneficios más venden que dan y que aquellos a los que consideramos receptores de beneficios, en realidad los compran. En efecto, los que dan buscando el premio del aplauso o la fama, procurando una compensación por lo concedido, realizan en realidad una venta bajo el engañador nombre de regalo; pues no otra es la norma de los vendedores: recibir a cambio de lo que brindan. A su vez, los que reciben beneficios, preocupándose por retribuirlos y compensando de manera adecuada, actúan como verdaderos compradores, ya que los compradores saben que el recibir y el pagar van parejos.

123. Pero Dios no es un vendedor que pregona Sus bienes, sino un dispensador de todas las cosas, que hace brotar fuentes eternas de gracias, sin desear retribución, ya que ni Él necesita nada, ni creatura alguna es capaz de retribuir Su dádiva.

124. XXXV. Habiendo, pues, reconocido nosotros que todas las cosas son posesiones de Dios, mediante razonamientos fehacientes y con testimonios que no es lícito tachar de falsos, como que los que atestiguan son oráculos que Moisés registró en los libros sagrados; debemos repudiar a la inteligencia por haber pensado que el hijo nacido de su unión con la sensibilidad era. posesión suya, llamándolo por eso Caín;[60] y por haber dicho: "He obtenido un hombre por medio de Dios." (Gen. IV, 1.) También en esto último ha errado. ¿Por qué?
[60] Cuyo nombre significa, precisamente, posesión.

125. Porque Dios es la causa, no el instrumento; y lo que llega a la existencia es producido "por medio de" un instrumento, pero quien lo produce es una causa. Para la generación de algo, en efecto, es preciso que concurran varias cosas: aquello "por lo cual", aquello "de lo cual", aquello "mediante lo cual", y aquello "para lo que". Aquello "por lo cual" es la causa; aquello "de lo cual", la materia; aquello "mediante lo cual", el instrumento, y aquello "para lo que", el fin.

126. Pues bien, si preguntáramos qué es preciso que concurra para que toda casa o ciudad sea erigida, ¿no es cierto que la respuesta sería que se necesitan un constructor, piedra, madera e instrumentos? ¿Y quién es el constructor sino la causa "por la cual"? ¿Qué, las piedras y maderas sino la materia "de la cual" está hecha la construcción? ¿Cuáles, los instrumentos sino las cosas "mediante las cuales"?

127. ¿Y con qué fin sino para la protección y seguridad, es decir, aquello "para lo que"? Ahora bien, dejando las construcciones , particulares, contempla la más grande casa o ciudad, es decir, este mundo. Hallarás, en efecto, que su causa es Dios, por quien ha sido creado; que su materia son los cuatro elementos de que está compuesto; que el instrumento es el logos de Dios, mediante "el cual fue construido; y que la causa final de la construcción es la bondad del Constructor. Esta distinción es propia de los amantes de la verdad, que aspiran a un saber verdadero y santo. En cambio, los que afirman que han adquirido algo "por medio de" Dios, suponen que la Causa, el Autor, es un instrumento y que el instrumento, es decir, la inteligencia humana, es la causa.

128. La recta razón no puede menos que reprochar a José cuando éste afirma que el sentido correcto de los sueños sería descubierto "mediante" Dios.[61] Hubiera sido preciso, en efecto, que dijese que la exacta interpretación de las cosas ocultas tendría lugar necesariamente por obra de Dios, como causa de ella. Porque nosotros somos instrumentos empleados con mayor o menor intensidad, mediante los cuales tienen lugar las actividades particulares; el que produce el efecto de nuestras fuerzas corporales y anímicas es el Artífice, por quien todas las cosas son movidas.
[61] Gen. XL, 8.

129. Hemos, pues, de instruir como a ignorantes, a aquellos que no son capaces de distinguir las diferencias en las cosas; y a los que por afán de controversias confunden el sentido de sus expresiones, hemos de evitarlos como que se trata de meros disputadores. En cambio, hemos de aplaudir como a adeptos de una filosofía sin errores, a los que con cuidadosa indagación de las cosas que tienen ante sí, atribuyen a cada una que descubren el lugar que le es propio. 130. Precisamente Moisés dice a los que temen perecer en manos del ruin que con todo su ejército los persigue: "Manteneos firmes y mirad la salvación que procede del Señor, quien os la procurará" (Ex. XIV, 15); con lo cual nos enseña que la salvación llega, no "a través de" Dios, sino por obra de Dios, como autor de ella.

SOBRE EL NACIMIENTO DE ABEL Y LOS SACRIFICIOS OFRECIDOS POR ÉL Y SU HERMANO CAÍN

(DE SACRIFICIIS ABELIS ET CAINI)

1. I. "Y añadió Dios [1] el engendrar ella a Abel, hermano de aquél." (Gen. IV, 2.) La adición de una cosa implica la eliminación de otra, tal como sucede en el caso de los números y en el de los pensamientos del alma.[2] Luego, si hemos de decir que Abel es añadido, debemos suponer que Caín es eliminado. Para que lo desacostumbrado de los términos no confunda a muchos trataremos de averiguar con toda la exactitud posible la filosófica reflexión revelada en ellos.

[1] Ver Sobre los querubines, nota. 32.

[2] Pues en éstos el advenimiento de uno nuevo implica la exclusión del anterior del foco de la conciencia.

2. Ocurre que existen dos opiniones opuestas y en recíproca pugna; una, que todo lo atribuye a la inteligencia considerándola soberana de cuanto se da en nosotros al razonar, al percibir sensorialmente, en el movimiento y en la quietud; otra, que sigue a Dios y refiere todo a Él, como a un padre y soberano.[3] Alegoría de la primera es Caín, cuyo nombre significa "posesión", puesto que se cree dueño de todas las cosas; de la otra es símbolo Abel, cuyo nombre quiere decir "el que refiere (todo) a Dios".

[3] Sigo la corrección propuesta por Cohn para el final del pasaje, el que, leído tal como aparece en los manuscritos, es ininteligible.

3. Ahora bien, ambas opiniones son engendradas por una sola alma; mas, por fuerza, una vez nacidas, ellas son separadas, por cuanto es imposible que los enemigos convivan permanentemente. Por lo tanto, hasta que el alma no hubo engendrado a Abel, es decir, la doctrina del amor de Dios, residía en ella Caín, la doctrina del amor de sí mismo. Mas cuando aquélla hubo dado a luz al reconocimiento de la Causa, abandonó al reconocimiento de la inteligencia presuntuosa.

4. II. Pero más claramente aún aparecerá esto señalado a través del oráculo comunicado a Kebeca, la perseverancia.[4] En efecto, habiendo concebido en su vientre las dos naturalezas en pugna, la del bien y la del mal, y habiéndose representado cabalmente a una y otra conforme con lo que le sugería su recto discernimiento, y habiéndolas visto exaltadas y empeñadas en escaramuzas, preludios de la guerra en cierne, suplicó a Dios le manifestase qué le había sobrevenido y cuál podría ser el remedio de ello. Dios responde a su consulta diciendo: "Dos pueblos hay en tu vientre"; pero, agrega: "Dos pueblos serán separados desde tu vientre". Lo primero era lo que le había sobrevenido, es decir, la gestación del bien y del mal; lo segundo, el remedio, vale decir, la separación del bien y del mal, para que, apartados uno de otro, no habitasen en adelante el mismo lugar.

[4] Gen. XXV, 21 y ss.

5. Habiendo, pues. Dios agregado la buena doctrina, Abel, al alma, separó de ella a Caín, la opinión insensata. También Abraham, al abandonar las cosas mortales, "es agregado al pueblo de Dios" (Gen, XXV, 8), y recoge como fruto la incorruptibilidad, con lo que llega a ser igual a los ángeles.[5] Los ángeles, en efecto, son bienaventuradas almas sin cuerpos, y constituyen la hueste de Dios. Y del mismo modo se dice que el ejercitante Jacob se incorpora a un orden superior[6] tras abandonar el inferior.

[5] Vale decir, los mensajeros de Dios.

[6] Gen. XLIX, 33.

6. Asimismo Isaac, el que fue considerado digno del saber adquirido sin estudios, dejó todo lo corpóreo que estaba ligado a su alma, y fue agregado y asignado no ya a un pueblo, como los anteriores lo fueron, sino, según Moisés, a un género.[7] Es que el género es uno, lo más elevado de todo; "pueblo", en cambio, es un hombre común a muchos.
[7] Gen. XXXV, 29, donde se Ice; "Fue reunido con su familia." Como el término *genos* = familia, significa también género. Filón entiende que la suerte de Isaac (póstuma, según el texto bíblico) ha sido muy superior a la de los otros modelos de sabiduría, ya que en su condición de sabio a natura está situado en una categoría única y selecta, como es el género en la escala conceptual, de la cual constituye la culminación o cima, sin que comparta con otros géneros su situación de privilegio, como ocurre con las especies.

7. A cuantos, pues, se han perfeccionado mediante el estudio y la enseñanza cábeles un lugar entre los más; no es escaso, en efecto, el número de los que aprenden a fuerza de oír y ser instruidos, y a éstos ha asignado Moisés el nombre de pueblo. En cambio, los eximidos de las lecciones de los hombres y convertidos en discípulos bien dotados de Dios, una vez provistos del saber adquirido sin esfuerzo, son trasladados al género imperecedero y perfecto en grado sumo, siéndoles asignada una porción más valiosa que la de los anteriores; y entre los miembros de esta sagrada corporación está reconocido Isaac.[8]
[8] En los pasajes precedentes hace Filón referencia a las tres formas deeducación establecidas por Aristóteles: como don de la naturaleza, corno-resultado de la enseñanza y como fruto de la ejercitación; formas personificadas, según nuestro autor, por los patriarcas Isaac, Abraham y Jacob respectivamente.

8. III. Otro pensamiento del mismo orden nos es revelado...[9] Están además aquellos, a los que, habiendo Dios conducido más alto, preparó para remontarse por encima de todas las especies y los géneros, y los situó junto a Sí. Entre éstos cuéntase Moisés, a quien Dios dice: "Tú ponte aquí junto a Mí." (Deut. V, 31.) Así, a punto ya de morir, éste no "es agregado habiendo dejado. ..", como en el caso de los otros, pues no tienen cabida en el ni adición ni separación, sino es trasladado "a través de la palabra" (Deut, XXXIV, 6) de la Causa,[10] palabra mediante la cual fue formado el mundo todo. En ello aprenderás que Dios considera al sabio digno de los mismos honores que al mundo; pues mediante ese mismo logos que empleó para producir el universo, conduce a Su presencia al hombre perfecto desde las cosas terrenas.
[9] Laguna de cuatro renglones aproximadamente en el texto.
[10] La palabra de la Causa, es decir, Su logos. Filón emplea en este pasaje el término *rhéma* = palabra, que renglones más abajo sustituye por legos.

9. Y es más, cuando lo envió, a modo de préstamo, al ámbito de lo terreno, y permitió que residiese en él, no le asignó preeminencia alguna de las comunes a soberanos o reyes, mediante la cual ejerciera un dominio pleno sobre las pasiones del alma, sino lo erigió en dios, declarando súbditos y esclavos suyos a toda la región corpórea y a la inteligencia, soberana de ella. Dice, en efecto: "Te doy como un dios al faraón." (Ex. VII, 1.) Pero, en cuanto dios, no era susceptible de disminución o aumento, dado que Dios es pleno y totalmente idéntico a Sí mismo.[11]
[11] Es decir, inmutable.

10. Y por ese motivo se nos dice que nadie conoce el sepulcro de Moisés.[12] ¿Quién, en efecto, sería capaz de percibir el tránsito del alma perfecta hacia el Que Es. Ni siquiera ella misma, la que lo experimenta, creo yo que se da cuenta de su tránsito a un orden superior, pues está

poseída en esos momentos por la Divina inspiración. Dios, en efecto, no consulta la opinión del beneficiado respecto de las gracias que le habrá de otorgar, siendo Su norma extender sus abundantes beneficios a quien no piensa anticipadamente en ellos. Tal es el sentido de la afirmación de que Dios añadió a la inteligencia el nacimiento del bien perfecto, bien consistente en la santidad, cuyo nombre es Abel.
[12] Deut. XXXIV, 6.

11. IV. "Y Abel llegó a ser pastor de ovejas, en tanto que Caín era un trabajador de la tierra." (Gen. IV, 2.) ¿Por qué motivo, habiendo presentado Moisés a Caín como de más edad que Abel, ahora altera el orden, y menciona primero al más joven cuando se refiere a la elección de géneros de vida? Lo razonable, ciertamente, hubiera sido que primero el de más edad se aplicara al trabajo agrícola, y que después el más joven asumiera el cuidado de los rebaños.

12. Pero, evidentemente, Moisés no se anda tras las probabilidades y verosimilitudes, sino persigue la verdad pura. Precisamente cuando se acerca a Dios solo, sin testigo alguno, con franqueza Le dice que carece de facilidad de palabra, con lo cual da a entender que no siente apego por la elocuencia ni el arte de persuadir;

[13.] y agrega que esto lo experimenta desde unos pocos días atrás desde que Dios comenzó a hablarle como a Su servidor.[13] Y así ocurre: mientras aquellos que han entrado en la agitación y el oleaje de la vida son fatalmente arrastrados, sin que puedan asirse a ninguno de los firmes asideros que brinda el saber, dependiendo siempre de las probabilidades y conjeturas; por fuerza, en cambio, el servidor de Dios está asido a la verdad y rechaza sin más las invenciones ficticias, conjetúrales e inciertas de la elocuencia.
[13] Ex. IV, 10.

14. ¿Qué verdad se encierra, pues, en esto? [14] Que el vicio es mayor desde el punto de vista del tiempo, pero en calidad y dignidad es menor. Por consiguiente, quede la primacía para Caín en lo que a fechas de nacimiento se refiere, pero cuando se trata de comparar sus respectivas ocupaciones, es preciso adjudicar la preeminencia a Abel.
[14] En el problema de la precedencia entre ambos hermanos.

15. En efecto, ocurre que, no bien nace el ser animado,[15] desde los mismos pañales hasta que la edad de la madurez, renovándolo radicalmente, extingue el fuego ardiente de las pasiones, tiene por compañeros habituales a la insensatez, a la incontinencia, a la injusticia, al temor, a la cobardía y a las otras calamidades de esta clase; a cada una de las cuales nutren y acrecientan las nodrizas, los tutores y el hecho de que se inculquen y fijen costumbres y normas que destierran la piedad y forjan la superstición, que es la hermana de la impiedad.
[15] Más propiamente, el hombre, el ser humano.

16. Mas, cuando la juventud se ha ido, y se ha aliviado la agitada enfermedad de las pasiones; tal como al sobrevenir la calma de los vientos, comienza uno a sentirse dueño de una calma tardía y laboriosa alcanzada, asentado ya sobre la firmeza de la virtud, que ha apaciguado la continua e ininterrumpida agitación, el más pesado de los males del alma.[16]
Así pues, el vicio llevará la precedencia en el tiempo; la virtud, la primacía en reputación, honra y buen nombre. Testigo fehaciente de esto es el legislador mismo.
[16] Un desarrollo más completo de estas conclusiones se lee en Sobre la herencia de las cosas Divinas 293 a 299.

17. En efecto, tras presentarnos a Esaú, cuyo nombre significa insensatez, como mayor en

edad, concede la precedencia al nacido después, es decir, a Jacob, el epónimo de la ejercitación en el bien. Mas Jacob no se resolverá a aceptarla hasta que, como en un combate en la liza, su adversario sucumba dejando caer las manos en su impotencia y ceda los trofeos y la corona al que ha llevado a cabo una guerra sin tregua ni cuartel contra las pasiones. Dice, en efecto, que Esaú "entregó su progenitura a Jacob" (Gen. XXV, 33); admitiendo sin reticencias que, así como una flauta, una lira y los otros instrumentos musicales corresponden sólo al músico, del mismo modo lo supremo en valor, lo honroso según la virtud no corresponde a ningún hombre ruin, sino sólo al amante de la sabiduría.

19. V. Esta misma doctrina aparece expuesta en una ley que Moisés registra con sumo acierto y provecho, la que dice así: "Si un hombre llegare a tener dos mujeres, una amada por él y otra detestada, y tanto la amada como la detestada engendraren, y fuere primogénito el hijo de la detestada, al llegar el día en que distribuyere entre los hijos sus bienes, no podrá conceder el derecho de primogenitura al hijo de la amada dejando de lado al de la detestada, vale decir, al primogénito; sino reconocerá como primogénito al hijo de la detestada a efectos de entregarle de cuanto poseyere doble porción, porque éste es el principio de su descendencia y a él le corresponde el derecho de primogenitura." (Deut. XXI, 15 a 17.)

20. Fíjate bien, oh alma, y aprende quién es la detestada y quién el hijo de la detestada; y enseguida te darás cuenta de que a ningún otro que no fuere éste corresponde la dignidad de hijo mayor. Conviven, en efecto, en cada uno de nosotros dos mujeres hostiles y llenas del mutuo rencor, las que llenan la casa del alma con las controversias que originan sus celos recíprocos. De éstas a una la amamos teniéndola por dócil, dulce, muy apegada e íntima para con nosotros. Es la llamada placer. A la otra la detestamos considerándola áspera intratable, salvaje y completamente enemiga. Su nombre es virtud.

21. La primera se nos presenta lánguida a manera de cortesana y prostituta, con un andar tambaleante como resultado del exceso de lascivia y molicie, haciendo girar sus ojos, con los que seduce las almas de los jóvenes; lanzando miradas de osadía y desvergüenza, estirando el cuello para simular mayor altura de la que tiene, gesticulando y riendo con risa estudiada; con los cabellos de su cabeza trenzados con variado rebuscamiento, con los ojos pintados, con las cejas disimuladas; frecuentando unos tras otros los baños calientes; con un tono rosado que no es natural; vistiendo ropas suntuosas pintadas con profusos motivos florales; cubierta prácticamente de brazaletes, collares y todos los otros objetos fabricados de oro y piedras preciosas que constituyen el ornato femenino; despidiendo gratísimos aromas; teniendo la plaza por domicilio, contoneándose en las encrucijadas; persiguiendo una belleza espúrea a falta de la genuina.

22. Entre sus más asiduos acompañantes se cuentan la villanía, la precipitación, la desconfianza, la adulación, la impostura, el engaño, la falsedad, el perjurio, la impiedad, la injusticia, el libertinaje, situada en medio de los cuales, como directora de un coro, dice a la inteligencia: ¡Mira tul, en mis cofres hay de todos los bienes humanos (los Divinos están en el cielo), ninguno de los cuales hallarás fuera. Sí estuvieres dispuesto a convivir conmigo, te abriré tales tesoros y te brindaré por siempre el inacabable uso y disfrute de cuanto contienen.

23. Quiero, sin embargo, enumerarte previamente la multitud de los bienes atesorados, para que, si estuvieres de acuerdo, los acojas con pleno consentimiento y, en caso de que renunciares a ellos, no se deba tu negativa al desconocimiento. Conmigo están el desenfreno, la impunidad, la licencia, la despreocupación por los trabajos, la variedad de colores, las más melodiosas modulaciones de voz, costosos alimentos y bebidas, inmensa variedad de

gratísimos perfumes, amores sin fin, diversiones sin control, uniones carnales a voluntad, expresiones sin temor a censuras, acciones irresponsables, vida disipada, saciedad nunca colmada.

24. Si quisieres, pues, compartir conmigo tu tiempo, yo te prepararé y proporcionaré de estas cosas todo cuanto te conviniere, llevando cuenta de las comidas y las bebidas que te complacen, y de cuáles de las cosas que ven tus ojos, oyen tus oídos y huelen tus narices te son gratas. Nada de lo que descares te faltará; porque, a medida que consumas unas cosas tendrás otras aún en mayor número.

25. Porque en dichos tesoros hay plantas de verdor perenne, que germinan y producen frutos sin interrupción, de modo que a los ya madurados sigue detrás y alcanza la madurez de los nuevos de cada estación. Ninguna contienda interna o exterior ha devastado jamás a estas plantas; y desde que por primera vez la tierra las tomó en su seno, las rodea de cuidados, como una buena nodriza, hundiendo con toda fuerza hacia abajo las raíces cual si fueran cimientos, extendiendo su tallo sobre la tierra hacia el cielo, haciendo brotar ramas, que aseméjanse e imitan a los brazos y piernas de los seres vivientes, produciendo hojas, que crecen como cabelleras para la protección y a la vez el adorno, y finalmente frutos, objeto de todo el proceso.

26. Habiendo oído tales cosas la otra, que estaba colocada en un lugar oculto pero escuchando todo, temió que el entendimiento fuera, sin darse cuenta, cautivado, esclavizado y descarriado con tantos regalos y promesas; y al ceder además ante apariencias fraguadas hábil y astutamente para engañar, como que aquélla lo estimulaba, seducía y despertaba en él deseos de placer mediante amuletos y brujerías. Y haciéndose presente de improviso, se mostró llevando consigo todos los atributos que caracterizan a la mujer libre y ciudadana: andar seguro, serenísimo aspecto, color genuino tanto en lo que se refiere a su modestia como a su cuerpo, moral sin engaños, conducta libre de bajezas, resolución firme, expresión sincera, reflejo verísimo de sanos pensamientos, porte sin afectación, movimiento sin apresuramiento, vestidos decentes, y por adornos la sensatez y la Virtud, cosas más preciadas que el oro.

27. Acompañábanla la piedad, la santidad, la verdad, la licitud, la religiosidad, la fidelidad a los juramentos, la justicia, la equidad, el respeto a lo convenido, la solidaridad, la moderación, la prudencia, el orden, la continencia, la delicadeza, la frugalidad, el contentamiento, la modestia, la tranquilidad, la valentía, la nobleza, el buen discernimiento, la previsión, el buen sentido, la atención, el mejoramiento, el buen ánimo, la benevolencia, la gentileza, la dulzura, la filantropía, la grandeza de alma, la felicidad, la bondad. El día entero transcurriría mientras nombro las distintas especies de virtudes.

28. Y mientras éstas, colocadas a uno y otro lado, servían de escolta a la mujer, que iba en medio, ella, adoptando la actitud que le es habitual, comenzó con estas palabras: "He visto al charlatán, impúdico y falsario placer [17] preparado como para salir a escena y empeñado en asediarte con continuas conversaciones; de modo que, siendo, como soy, detestadora por naturaleza de los perversos, y temerosa de que seas engañado sin darte cuenta y de que consientas en los mayores males, creyéndolos excelentes bienes, he juzgado conveniente prevenirte, sin faltar en un punto a la verdad, sobre lo tocante a esta mujer a fin de que no vayas a caer en una impensada desdicha, apartado de lo que te conviene a causa de tu ignorancia al respecto.

[17] La circunstancia de que en español el término placer sea masculino (en griego *hedoné* es femenino) obliga a cambiar de género en el largo parlamento que la mujer-virtud dedica a la

mujer-placer; lo cual puede desorientar un poco al lector hispanohablante que ignore que en griego ambos términos: mujer y placer son del mismo género y, por lo tanto, no existe el inconveniente apuntado. Un inconveniente análogo presenta, según lo ya advertido en la Introducción (pág. 65), el término inteligencia (el *noús* en griego, y ente masculino en los razonamientos de Filón). Pero, mientras en el caso de "el placer" no ha sido posible sustituirlo por un equivalente femenino español, pues no existe, y he debido sacrificar la concordancia; en el caso de "la inteligencia", he salvado, en esta ocasión, el inconveniente echando mano a su sinónimo "el entendimiento".

29. Pues bien, entérate de que todo este aparato de que hace gala es prestado. Por de pronto, de las cosas que tocan a la genuina belleza nada lleva que le sea propio y provenga de sí; por el contrario, se ha cubierto de un espurio y falso atractivo, que no consiste en otra cosa que en redes y trampas tendidas para atraparte. Conociéndolas de antemano, procurarás, si eres sensato, dejarla sin su presa. Su aspecto es, en efecto, grato a los ojos, y su voz suena armoniosa en los oídos, pero está en su naturaleza el manchar al alma, el más precioso de los bienes, por éstos y por todos los otros medios. De las cosas que tiene, te ha mostrado las que habrán de serte placenteras si le prestares oído; mas ha ocultado con premeditada malicia las otras incontables que no procuran bienestar, previendo que a éstas nadie las aceptaría fácilmente.

30. Yo, en cambio, te revelaré y mostraré también ésas; y no imitaré los procedimientos de ella con el designio de hacerte ver sólo lo que hay en mí de atractivo y de disimular y ocultar lo que encierra dificultad; sino, por el contrario, pasaré por alto las cosas que brindan de por sí goce y alegría porque sé que ellas hablarán por sí mismas con la elocuencia de los hechos. En cambio, expondré con toda franqueza, en términos claros y mostrándolas abiertamente aquellas que causan dolor y son difíciles de soportar, a fin de poner bien al descubierto la naturaleza de cada una de ellas aun para aquellos que ven confusamente. Porque los que las experimentaren se convencerán de que las cosas mías que aparentemente constituyen los mayores males, resultan más nobles y estimables que los mayores bienes de ella.

31. Pero antes de comenzar a hablar sobre mis cosas, he de hacerte presente en la medida de lo posible todas las cosas que ella ha pasado por alto. En efecto, habiéndose referido a los bienes que ha atesorado: colores, sonidos, perfumes, sabores, cualidades, posibilidades propias del tacto y de todas las otras formas de sensibilidad; y después de hacerlas más dulces aún con la seducción de sus palabras; nada dijo de las otras cosas suyas: enfermedades y plagas que soportará sin remedio quien prefiriere sus favores; a fin de que, llevado por la brisa de alguna ventaja caigas preso en sus redes.

32. Ten, pues, presente, amigo, que si te convirtieres en su amante, serás todas estas cosas: inescrupuloso, atrevido, discordante, huraño, intratable, sin ley, violento, irascible, irrefrenable, insolente, indócil, apátrida, revoltoso, desordenado, impío, sacrílego, inconstante, inestable, excluido del culto, profano, maldecido, farsante, vengativo, jactancioso, presuntuoso, arrogante, vil, envidioso, murmurador, provocador, calumniador, frívolo, impostor, mentiroso, irreflexivo, relajado, artero, insociable, injusto, parcial, hosco, rencoroso implacable, engreído, desgobernado, sin amigos, sin hogar, criminal, indigno, rudo, bestial, esclavo, cobarde, incontinente, desarreglado, obsceno, afrentado, desvergonzado, inmoderado, insaciable, ignorante, insensible, disconforme, desobediente, rebelde, gemebundo, falaz, disimulado, desconfiado, mal reputado, aislado, inabordable, funesto, malévolo, desequilibrado, inoportuno, locuaz, charlatán, superficial, adulador, tardo, desconsiderado, imprevisor, imprudente, negligente, desapercibido, de mal gusto, engañado, fracasado, desorganizado,

indefenso, goloso, fácilmente arrastrable, flojo, sin firmeza, mañoso en grado sumo, pérfido, engañador, insidioso, alevoso, granuja, incorregible, indigente, siempre inseguro, vagabundo, agitado, impulsivo, vulnératele, enajenado, veleidoso, ambicioso, furibundo, vengativo, descontento, inconsolable, colérico, timorato, diferidor, contemporizador, suspicaz, infidente, pertinaz, mal pensado, pesimista, llorón, malicioso, demente, frustrado, informe, pernicioso, ávido de ganancias vergonzosas, pagado 'de ti, servil, demagogo, derrochador, insoportable, afeminado, inútil, disoluto, burlador, voraz, estúpido, es decir, un cúmulo de miserias indecibles.

33. Tales son los grandes secretos del muy hermoso y muy apetecido placer, que él con toda premeditación te ha ocultado por miedo de que tú, enterado, rehuyas unirte a él. En cambio, el sinnúmero y la grandeza de los bienes que guardo yo conmigo, ¿quién sería capaz de señalarlo dignamente? Los que ya han» participado de ellos los .conocen y también los conocerán a su ,tiempo aquellos que poseen un natural propicio, una vez llamados a participar en el festín, no en aquel con que los placeres saturan el vientre y alegran el cuerpo, sino en aquel del que la inteligencia, rodeada de virtudes y nutrida con ellas, goza y se alegra.

34. VI. Por esto y porque, como se dijo antes, las cosas santas en virtud de que está en su propia naturaleza el manifestar por sí mismas lo que son, desisto de referirme a ellas, aun cuando esto equivalga a pasarlas en silencio. Ni el sol ni la luna necesitan, ciertamente, de que alguien los dé a conocer, puesto que llenan de luz al mundo todo elevándose el uno de día y la otra de noche; su luminosidad es una prueba que no ha menester de testimonios por cuanto el dictamen de los ojos es más claro que el de los oídos.

35. Con franqueza, sin ocultar nada te diré que una cosa, sobre todo, de las que guardo conmigo resulta molesta y dificultosa; mas solo aparentemente, porque, si bien en un primer encuentro parece cosa penosa a nuestra imaginación, con su ejercicio resulta gratísima y la reflexión la muestra como conveniente. No es otra cosa que el trabajo, el enemigo de la indolencia, el primero y mayor de los bienes, el que lleva a cabo la guerra sin cuartel contra el placer. Porque, a decir verdad, Dios ha señalado a los hombres el trabajo como el origen de todo bien y de toda virtud; y fuera de él no hallarás que se concrete bien alguno entre los mortales.

36. Así como sin luz es imposible ver, siendo impotentes tanto los colores como los ojos para procurar la aprehensión mediante la visión, pues la naturaleza ha producido la luz como vehículo de comunicación entre ambos, y es a través de ella por donde el ojo se aproxima y aplica al color; por lo que la fuerza de uno y otro es inútil en la obscuridad; de la misma manera también el ojo del alma es impotente para aprehender las virtuosas acciones a menos que se sirva del trabajo como de una luz, en calidad de auxiliar. Situado, en efecto, entre la inteligencia y el bien hacia el que la inteligencia tiende, y atrayendo con una mano a una y con la otra al otro, él es quien produce los acabados bienes que son la amistad y la armonía entre ambos.

37. VII. Escoge el que quisieres entre los bienes; y hallarás que ha sido producido y ha llegado a ser firme mediante el trabajo. La piedad y la santidad son bienes, mas no podemos alcanzarlos sin el servicio de Dios, y un servicio está estrechamente vinculado con la emulación en los trabajos. La prudencia, la valentía y la justicia son todas ellas hermosas virtudes y bienes perfectos; mas no es dable alcanzarlas mediante el ocio. Hemos de darnos por contentos si mediante ininterrumpidos esfuerzos se tornan ellas accesibles para nosotros. El complacer a Dios y a la virtud es semejante a una por demás tensa armonía; [18] y ningún

alma está dotada de un instrumento capaz de sobrellevarla, por lo que a menudo el instrumento se ha relajado y aflojado de modo que ha descendido desde las elevadas formas del arte hasta las intermedias.[19]

[18] Referencia a la concepción platónica de la virtud como una armonía del alma; y, a la vez, al concepto estoico de que el mal moral es un relajamiento de la tensión existente en ella. Es por otra parte, frecuente en. 1 Ion comparar al alma con un instrumento musical, especialmente la lira. En el parágrafo hay una clara alusión a la tensión de las cuerdas de ésta.

[19] La virtud, según los estoicos, es el arte o técnica aplicado al gobierno de la propia existencia.

38. Sin embargo, también en las intermedias es grande el esfuerzo. Observa a todos los que se aplican al aprendizaje de la cultura general y a los llamados estudios preliminares; mira a los agricultores y a cuantos se proveen de lo necesario para vivir ejerciendo cualquiera de los . oficios y profesiones. Ni de día ni de noche están ellos libres de preocupaciones; por el contrario, nunca y en ninguna parte cesan," como se dice, de soportar sufrimientos en una mano, en un pie, en todas sus potencias; tanto que muchas veces prefieren incluso la muerte a su situación.

39. VIII. Y así como necesariamente han de ser cultivadas las, virtudes del alma por aquellos que anhelan tener su alma en condiciones propicias, así también se ven precisados a cultivar la salud y los poderes que le son anexos aquellos que prefieren, tener el cuerpo en condiciones favorables; y la verdad es que los cultivan mediante inacabables e ininterrumpidos trabajos todos aquellos que se toman a pecho las potencias que llevan eh sí y de las que resultan ser una combinación.

40. Todos los bienes, como ves, brotan y germinan del .trabajo como de una raíz única. Jamás, por lo tanto, consientas en renunciar a él, porque sin darte cuenta renunciarás al misma tiempo a un cúmulo inmenso de bienes. El Soberano del cielo y del mundo todo posee y proporciona a quien Él quiere los. bienes con una facilidad absoluta, como que también sin trabajo construyó otrora el mundo tan inmenso, y no cesa actualmente de conservarlo, también sin trabajo, para toda la eternidad. La ausencia de esfuerzo es, en efecto, un supremo atributo de Dios. En cambio a ningún mortal ha concedido la naturaleza el adquirir bienes sin trabajos. El objeto de esto es que Dios sea proclamado dichoso, el único feliz entre los seres, también por esta vía.

41. IX. Al trabajo, a mí parecer, le cabe la misma función que al alimento. Así como éste ha hecho depender de sí y puesto en directa conexión con él la vida y todas las actividades y experiencias propias del vivir; del mismo modo también el trabajo tiene pendientes de sí los bienes; pues, así como los que desean realmente vivir no pueden descuidar el alimentarse; de manera similar los que aspiran a adquirir los bienes han de pensar en el trabajo desde el principio; porque lo que es para la vida el alimento, es respecto del bien el trabajo.

42. Nunca,. pues, tengas en menos el trabajo; y así, mediante esa vía única,. podrás recoger la nutrida cosecha de todos los bienes. De ese modo, además, aunque en edad eres más joven serás considerado el mayor en edad,[20] y juzgado digno de la precedencia. Y, sí mejorando siempre, llegares a aproximarte a la perfección, no solo la precedencia se te concederá, sino además todos los bienes paternos, tal como a Jacob, el que mediante artimañas se-hizo dueño de los sitiales y fundamentos de la pasión; como a Jacob, que confesó sus experiencias diciendo: "Dios ha tenido misericordia de mí y todo es mío." (Gen. XXXIII, 11.) Palabras plenas de doctrina y de instrucción; ya que en la misericordia de Dios todas las cosas reposan

como en seguro puerto.
[20] Paralelo con la situación de Esaú y Jacob respecto de la primogenitura,

43. X. Tales verdades tiénelas aprendidas Jacob de Abraham, es decir, el abuelo de su educación, quien da al sabio Isaac todos sus bienes [21] sin dejar nada a los bastardos y torcidos pensamientos nacidos de sus concubinas como no fueran pequeños presentes acorde con la ínfima importancia de los mismos.
En efecto, los bienes verdaderos, es decir, las virtudes perfectas son posesiones del hombre perfecto y cabal; en tanto que los bienes que procuran los deberes secundarios se adaptan a los hombres no perfectos que llegan hasta los estudios de cultura general preparatorios, de los que son ejemplos Agar y Jetura; Agar, vale decir, "residencia en el extranjero", y Jetura, o "la que quema perfumes".
[21] Gen. XXV, 5. Filón califica aquí (Ver Sobre los sueños I, 47 y 75) a Abraham de "abuelo de la educación" de Jacob. Probablemente deba entenderse en el sentido de que a través de Isaac los principios a que Abraham ajustó su vida se transmitieron a su nieto.

44. Es que el que se contenta con los estudios de cultura general sólo como extranjero reside cerca de la sabiduría sin afincarse definitivamente limitándose a esparcir sobre el alma como una dulce fragancia procedente de la exquisitez del estudio de ella. Pero lo que él necesita para su salud no son fragancias sino alimentos. El olfato no es sino un servidor del gusto, algo así como el esclavo qué prueba previamente los alimentos de su reina;; y aunque reconocemos que escuna sabia creación de la naturaleza, consideramos que es un sentido subordinado. Y antes que los conocimientos subordinados hemos de procurar siempre los soberanos; antes que los conocimientos forasteros, los vernáculos.[22]
[22] Ver Interpretación alegórica III, 244.

45. Escuchadas tales cosas,[23] el entendimiento se aleja de la mujer placer, y se une a la virtud, pues reconoce la hermosura natural, legítima y santa en grado sumo de ésta. A la vez, conviértese entonces en pastor de ovejas,[24] en conductor, en piloto de las potencias irracionales del alma, y no permite que éstas se conduzcan de manera desordenada y discorde, sin quien las vigile y guíe, a fin de que sus rebeldes instintos no se precipiten en la ruina al carecer de asistencia como si una indefensa e incontrolada orfandad pesara sobre ellos.
[23] Vale decir, concluidas las advertencias hechas por la mujer-virtud. Sin embargo lo contenido en los párrafos 41 a 44 más parecen ser acotaciones personales de Filón que palabras puestas en boca de aquélla.
[24] Gen. IV, 2.

46. XI. Un ejemplo es el practicante,[25] quien, entendiendo que esa tarea es la más apropiada para la virtud, acepta "ser pastor de los rebaños de Labán" (Gen. XXX, 36), es decir, del que está apegado a los colores, las formas y los cuerpos inanimados en general. Pero lo será no de todos los rebaños, sino sólo de "los que habían sido dejados". (Gen. XXX, 36.) ¿Qué quiere decir esto? Por naturaleza lo irracional es de dos clases. Una es la irracionalidad propia del demente, al que suele calificarse de irracional, y consiste en la oposición a los dictados de la razón; la otra, que se da en los seres vivientes no racionales, consiste en la carencia de la razón.
[25] Jacob, el que practica o se ejercita en la virtud.

47. Los irracionales movimientos de aquél, me refiero a las actividades contrarias a los dictados de la razón, están a cargo de los hijos de Labán, "que se hallan situados a tres días de distancia" (Gen. XXX, 36.), forma simbólica de dar a entender que hallábanse separados de la

vida íntegra por toda la eternidad; como que el tiempo tiene tres partes, pues se compone de pasado, presente y futuro. En cambio, las fuerzas irracionales en el otro sentido, de las que también los animales irracionales participan, que no son contrarías a la recta razón, sino simplemente carentes de razón, son consideradas por el practicante como merecedoras de cuidado, pues entiende que sus errores proceden más que de un vicio maligno, de una ignorancia resultante de la falta de instrucción.

48. La ignorancia es un estado involuntario, un mal leve, y tiene en la enseñanza un remedio no difícil de lograrse; la maldad, en cambio, postración del alma contraída voluntariamente, obra de modo que resulta difícil de remediar si no incurable del todo. Y así, los hijos de Jacob, instruidos, como estaban, por su sapientísimo padre, aunque descienden hasta el cuerpo egipcio amante de las pasiones y entran en contacto con el faraón, el dispersador de los bienes, que se considera rey de ese compuesto que es el ser viviente; con todo, sin deslumbrarse ante su opulencia, confiesan que "no sólo ellos son pastores de ovejas sino también lo han sido sus padres". (Gen. XLVII, 3.)

49. XII. Y en verdad, nadie podría jamás enorgullecerse tanto por la autoridad y el poder como estos hombres se enorgullecían de ser pastores. Ciertamente, compete a los que son capaces de discernir, un cometido más augusto que la misma realeza, a saber: ejercer el dominio (como si se tratase del gobierno de una ciudad o de un país) del cuerpo, de los sentidos, del vientre, de los placeres que tienen lugar más allá del vientre, de las otras pasiones, de la lengua y, en general, de todo el compuesto que somos; y gobernarlos de manera enérgica y sumamente rigurosa, y al mismo tiempo con afabilidad. Porque,. al igual que un conductor de carros, deben ellos unas veces aflojar las riendas a los animales uncidos si obedecen sumisos; y otras ponerles freno conteniéndolos, cuando el impulso y el ímpetu hacia las cosas exteriores se tomen excesivos y rebeldes al control.

50. Yo admiro, además, al guardián de las leyes, Moisés, que, juzgando que el oficio de pastor es elevado y brillante cometido, lo tomó para sí. Él, efectivamente, preside y dirige las opiniones del superficial Jetró, conduciéndolas desde el tumulto de las preocupaciones de la vida ciudadana al aislamiento de la vida sin injusticias. En efecto, "condujo el ganado hasta el interior del desierto". (Ex. III, 1.)

51. Por eso también, como lógica consecuencia, "todo pastor de ganado es objeto de abominación por parte de los egipcios" (Gen. XLVI, 34), porque todo amante del placer abomina a la recta razón, el piloto y guía de cuanto es noble; tal como los muchachos díscolos detestan a sus maestros y tutores y toda actitud razonable encaminada a corregirlos e instruirlos. Moisés dice que "sacrificará a Dios las abominaciones de Egipto"[26] (Ex. VIII, 26), es decir, las virtudes, irreprochables y sumamente apropiadas ofrendas, que todo insensato sin excepción detesta.
De modo que es razonable que Abel, el que refiere las cosas más excelsas a Dios, sea llamado pastor; y que Caín, el que las atribuye a sí mismo y a su propia inteligencia, sea llamado trabajador de la tierra. En cuanto a qué se entiende por trabajo de la tierra, en anteriores libros [27] lo hemos expuesto.
[26] Es decir, lo que Egipto abomina, o sea, las virtudes.
[27] Nada se dice, sin embargo, en los libros precedentes acerca del tema. En cambio, en Sobre la agricultura 21 y ss. se presenta al trabajador de la tierra como hombre que trabaja para satisfacer las necesidades del cuerpo.

52. XIII. "Y sucedió que al cabo de unos días Caín trajo una ofrenda al Señor de los frutos de

la tierra." (Gen. IV, 3.) Dos cargos contra el amante de sí mismo aparecen aquí: uno es q...J manifestó su gratitud a Dios no inmediatamente, sino "al cabo de unos días y el otro, que ofreció "de los frutos" y no de los primeros frutes, o dicho con una sola palabra, de las "primicias".[28] Examinemos una y otra acusación; y primero la primera en el orden.

[28] "Primicias" o cosas producidas primero (*protogennémata*). El pasaje dice literalmente "cuyo nombre compuesto es".

53. Es necesario que nos apresuremos a abocarnos cuanto antes a la realización de las nobles acciones, obrando sin flojedad ni demora. No hay obra más excelsa que el agradar al Bien Primero sin dilación alguna. Por eso está prescripto: "Si hicieres un voto no tardes en cumplirlo." (Deut. XXIII, 21.) Ahora bien, un voto es, por una parte, un pedido de bienes a Dios,[29] y, por otra, una obligación para el que obtiene lo que esperaba, de ofrecer a Dios la corona del mérito, y no a sí mismo; y si es posible, hacer tal cosa sin dilación ni pérdida de tiempo.

[29] Quizá siga una laguna en el texto. Probablemente deba llenarse con algo así como: "con la promesa de satisfacer la deuda o la obligación contraída."

54. De los que en esto andan errados unos, por olvido de 'os beneficios de que gozan, han malogrado el bien inmenso que es la gratitud; otros, presa de una desmedida presunción, tiénense a sí mismos por autores de los bienes que les han cabido, y no a Aquél que es el verdadero origen de ellos; y, en tercer lugar, están los que incurren en la falta más leve que la de estos últimos y más grave que la de los primeros, de atribuir la producción de los bienes a la soberana Inteligencia pero sostener que es natural que ellos los obtengan, puesto que se trata de personas sensatas, valientes, sabias y justas, y en mérito a ello Dios los considera merecedores de Sus gracias.

55. XIV. La sagrada palabra opónese a cada uno de éstos. Al primero, es decir, a aquel a quien, perdida la memoria, le sobreviene un agudo olvido, le dice: "Cuando comas y te hartes, amigo, cuando edifiques y habites en hermosas casas, mientras crecen tus ovejas y tus bueyes y se multiplican tu plata, tu oro y todo cuanto te pertenece, no te ensoberbezcas en tu corazón, ni te olvides del Señor tu Dios." (Deut. VIII, 12 a 14.) ¿Cuándo, pues, no te olvidarás de Dios? Pues, cuando no te olvides de tí mismo. En efecto, si tienes presente la nada que eres tú en todo, tendrás presente la trascendencia de Dios en todas las cosas.

56. Al que se considera a sí mismo como autor de los bienes alcanzados lo llama a la reflexión en estos términos: "No digas: 'Mi fuerza y mi fortaleza de mi brazo me han dado todo este poder'. Antes bien, conserva en la memoria al Señor tu Dios, que es Quien te da la fuerza para alcanzar el poder." (Deut. VIII, 17 y 18.)

57. En cuanto al que se tiene por merecedor de la adquisición y goce de los bienes, reciba una novedosa lección en las palabras del oráculo que dice: "No en mérito a tu justicia ni por la santidad de tu corazón entrarás en esta tierra para poseerla", sino, en primer lugar, "a causa de la iniquidad de estas naciones", pues Dios hace que se precipite la ruina sobre sus maldades; en segundo lugar, "para que se cumpla el pacto que Él juró a nuestros padres". (Deut. IX, 5.) Ahora bien, "pacto de Dios" es una forma alegórica de designar las gracias de Dios; y por otra parte, es imposible que Dios, conceda gracia alguna que no sea perfecta; de modo que todos los dones del Increado son perfectos y completos, y entre cuantas cosas existen solo la virtud y las acciones virtuosas son completas.[30]

[30] El argumento es, al parecer, el siguiente: un pacto de Dios es un don de Dios: los dones de Dios son perfectos; y como solo la virtud es algo perfecto, la virtud es un donde Dios, no obra

del hombre.

58. Si, pues, acabáremos con el olvido, con la ingratitud, con el amor a nosotros mismos y con la generadora de tales vicios, la presunción, ya no andaremos tardos en el verdadero servicio ' por nuestra demora; y, dejando atrás y superando las cosas creadas, sin aferramos a ninguno de los seres mortales, iremos al encuentro del Señor preparados ya para estar en condiciones de cumplir Sus mandatos.

59. XV. Así, marchando con diligencia, rapidez y celo sumo exhortó Abraham a Sara, es decir, a la virtud, a que se diera prisa y amasase tres medidas de flor de harina y preparara panecillos cocidos bajo cenizas,[31] no bien Dios, escoltado por Sus dos más altas potencias, la soberanía y la bondad, y siendo uno en medio de ambas, hizo nacer en su alma vidente tres visiones, ninguna de las cuales es medible en modo alguno, pues Dios es infinito y también lo son Sus potencias; pero cada una es medida de todas las demás cosas. En efecto, Su bondad es la medida de los bienes; Su soberanía lo es de los sujetos a ella; y de todas las cosas corpóreas e incorpóreas lo es el Soberano mismo; en Cuyo servicio también aquellas potencias asumen la función de cánones y normas, y miden cuanto entra en sus respectivos campos.
[31] Gen. XVIII, 6.

60. Bien está que esas tres medidas sean como amasadas y mezcladas en el alma para que ésta, persuadida de que nada hay más excelso que Dios, quien está por sobre Sus mismas potencias, pues tanto se manifiesta aparte de ellas como se hace patente en las mismas, pueda recibir las señales de Su soberanía y de Su beneficencia; y, convertida en iniciada en los Divinos misterios, no los divulgue fácilmente, sino los guarde como un tesoro y los conserve en secreto y en silencio. Así pues, hallamos escrito "preparar panecillos cocidos bajo cenizas", porque es necesario que la sagrada palabra que nos inicia en lo tocante al Increado y Sus potencias permanezca oculta, dado que el conocimiento de los Divinos ritos es un depósito que no cualquiera es capaz de guardar.

61. XVI. La corriente de palabras que fluye a través de la boca y la lengua del alma incontrolada se derrama sobre todos los oídos. De los que las oyen unos, poseyendo anchurosos depósitos, guardan lo vertido; otros, en cambio, por la estrechez de sus conductos no pueden embeberlo, y lo desbordado se derrama sin control fuera y se esparce por todas partes, de modo que las verdades secretas flotan y sobrenadan en su superficie y, cosas dignas de todo cuidado, como ellas son, se precipitan cual si se tratase de simple basura, a merced de la corriente.

62. Por eso me parece que encararon la cosa con acierto aquellos que se iniciaron en los pequeños misterios antes de iniciarse en los grandes,[32] pues "cocieron[33] bajo la ceniza la masa que habían sacado de Egipto e hicieron panes ácimos" (Ex. XII, 39), es decir, cocieron la salvaje y cruda[34] pasión mediante la razón, que la ablanda, como si se tratara de un alimento; y no divulgaron el método de cocción y mejoramiento que le había proporcionado una Divina inspiración sino lo guardaron en secreto como un tesoro, sin ensoberbecerse por la revelación, sino humillándose y eliminando toda soberbia.
[32] Emplea aquí Filón las denominaciones con que los atenienses designaban las dos celebraciones anuales correspondientes a los misterios eleusinos. Para Filón "los pequeños misterios" son los ritos de la Pascua, ritos que constituyen la primera etapa en el camino de la perfección. En esta etapa el alma deja atrás Egipto, es decir, la pasión, y se inicia en las prácticas que llevan a la percepción de Dios.
[33] El verbo *péssein* = cocer, significa además madurar y ablandar los alimentos; y Filón juega,

en lo que sigue, con el doble sentido de este verbo y con el de *pepáineín* = madurar, cocer, aplacar, calmar.
[34] "Cruda" (en griego *omós*), tanto en el sentido de no cocido, como en el de crudeza o salvajismo moral.

63. XVII. Estemos, pues, siempre prestos y preparados para el agradecimiento y la honra del Omnipotente evitando toda postergación. Nos está prescripto, en efecto, cumplir con la Pascua, que consiste en el tránsito desde las pasiones hasta la práctica de la virtud, "ceñidas las espaldas", vale decir, prestos para el servicio; habiendo asido "las sandalias", es decir, nuestra masa de carne; "con los pies" firmes y asegurados; llevando "en la mano el bastón", o sea, la instrucción para la conducción recta y sin tropiezos de todos los actos a través de la vida; y, finalmente, comer "con prisa". (Ex. XII, 11.) Es que no se trata de un tránsito mortal; ya que es denominado la Pascua del Increado e Inmortal; y con mucha razón, pues no existe cosa noble alguna que no sea de Dios y Divina.

64. Examínalo, pues, sin dilaciones, oh alma, tal como el practicante Jacob, quien, al preguntarle su padre: "¿Qué es esto que has hallado tan presto hijo?", con profunda verdad respondió: "Es lo que colocó Dios Soberano ante mí." (Gen. XXVII, 20.) Experto, como había llegado a ser, en muchos asuntos, había aprendido que mientras cuanto la creación procura al alma ha menester de mucho tiempo para adquirir seguridad, tal como ocurre con las artes y las reglas de las artes que se imparten a los discípulos, las que, en efecto, no pueden llenar inmediatamente la inteligencia de los principiantes, como si se tratara de líquidos vertidos en vasijas; en cambio, cuando la fuente del saber, es decir, Dios, proporciona los diversos órdenes de conocimientos al género mortal, los proporciona al instante; razón por la cual aquellos que llegaron a ser discípulos aptos del único Sabio, alcanzaron rápidamente el descubrimiento de las cosas que buscábala.

65. XVIII. Ahora bien, la primera virtud de los principiantes es desear ardientemente que, imperfectos como ellos son, les sea dado imitar en la medida de lo posible la perfección de su maestro; y este Maestro es más rápido aún que el tiempo, como que el tiempo no cooperó con Él en la creación del universo, pues también él llegaba a la existencia a medida que lo hacía el mundo. Dios hablaba y simultáneamente creaba, sin que existiera intervalo entre ambos hechos. O para sugerir una doctrina más verdadera aún: Su palabra era obra. Por otra parte, nada hay aún cutre los mortales más veloz que la palabra, como que al torrente de nombres y de verbos desfila dejando atrás a la aprehensión de sus significados.

66. Y así como las corrientes perennes que manan a través de las fuentes, poseen un impulso que no cesa, pues siempre el nuevo flujo impide su cesación, del mismo modo la corriente de la palabra, cuando comienza a moverse, corre pareja con lo más rápido que hay en nosotros, la inteligencia, la cual deja atrás incluso a las naturalezas aladas.[35] Y tal como el Increado se anticipa a todas las cosas creadas, del mismo modo la palabra del Increado deja atrás la palabra de la creatura, aunque cabalgue a toda velocidad sobre las nubes. Por eso el Señor manifiesta francamente: "Ya verás sí Mí palabra te alcanza o no" (Núm. XI, 23);" con lo que señala que la palabra Divina supera en rapidez y da alcance a todas las cosas.
[36] O sea, más veloz que el vuelo de las aves. En Sobre el cambio de los nombres 247 hace Filón de las aves un símbolo de la palabra "pues la palabra es por naturaleza una cosa veloz y alada".

67. Pero, si Su palabra las deja atrás, con mucha más razón las deja el Mismo que la pronuncia, como en otro pasaje lo atestigua afirmando: "Yo estoy situado aquí y allí antes que

estuvieras tú." (Ex. XVII, 6.) Da a entender, en efecto, que Él subsiste antes que existiera cosa creada alguna; y que, estando aquí, está también allí y en otra parte y en todo lugar, por haberlo llenado todo totalmente sin haber dejado nada desierto de Sí.

68. Porque no dice: 'Yo estaré aquí y allí', sino: 'También ahora, cuando estoy presente, estoy situado al mismo tiempo aquí y allí. Y no porque me mueva cambiando de lugar de modo de alcanzar un sitio abandonando otro, sino con un movimiento de autoexpansión.
Por fuerza, pues, Sus leales hijos, que imitan la naturaleza del Padre, con toda diligencia y sin tardanza, ejecutan las nobles obras, entre las cuales la más excelente es honrar a Dios sin pérdida de tiempo.

69. XIX. En cambio, el faraón, el dispersador de las cosas nobles, no siendo capaz de recibir la visión de los poderes que escapan a las leyes del tiempo; y ciego, como es, de los ojos del alma, únicos que pueden aprehender las naturalezas incorpóreas, no se aviene a recibir ayuda a través de lo intemporal; y, abrumado por las ranas, vale decir, por las opiniones sin espíritu, productoras de sonidos y ruidos carentes y vacíos de sentido; al decirle Moisés: "Indícame cuándo he de suplicar por ti y tus servidores para acabar con las ranas" (Ex. VIII, 9); no obstante que, en apremios tan grandes como se hablaba, hubiera sido necesario decir; 'Ruega ahora mismo', hace caso omiso de ello y dice: "Mañana" a fin de mantener hasta último memento inalterable su irreligiosidad.

70. Esto es más o menos lo que acontece con todos los que no se deciden ni por uno ni por otro bando, aunque no quieran confesarlo en. sus declaraciones. En efecto,: cuando algo les sobreviene contra sus deseos, como no confían firmemente en Dios, su Salvador, de primera intención se acogen a los auxilios que procuran las créaturas: médicos, plantas, combinaciones de drogas, rígidas dietas y todas las otras ayudas que se usan entre los mortales. Y si alguien les dice: 'Acudid, necios, al único médico de las dolencias del alma, dejando de lado la falsamente, llamada ayuda que procede de la mudable creatura', ellos se reirán y bromearán diciendo por toda respuesta: 'Dejemos esto para mañana', dando a entender que en ningún caso suplicarán a la Divinidad en lo que concierne a la liberación de los males presentes.

71. Mas, cuando ninguno de los auxilios humanos basta, y todas las cosas, aun las medicinas, resultan ser nocivas, entonces, agobiados por su grande impotencia, renuncian los míseros a la ayuda procedentes de todos los demás seres y acudan, aunque contra su voluntad, tarde y reticentemente al único Salvador, Dios. Éste, como sabe que lo hecho por imperio de la necesidad carece de mérito, no en todos los casos obra conforme con Su norma habitual, sino sólo en aquellos en que hacerlo resulta conveniente y provechoso. Todo entendimiento, pues, que considera que todo cuanto existe es posesión suya, y se honra a sí mismo antes que a Dios (actitud que precisamente sugieren las palabras "sacrificar días después") ha de saber que se halla expuesto a ser acusado de impiedad.

72. XX, Hemos ya considerado suficientemente el primer cargo contra Caín. El segundo es como sigue: ¿Por qué las primicias que ofrenda son "de los frutos" y no de los primeros frutos? Seguramente, por la misma razón, es decir, para tributar la mayor honra a la creatura y una honra secundaria a la Divinidad. Porque, así como hay quienes prefieren el cuerpo al alma, el esclavo a la señora, así también hay quienes tienen reservada mayor honra a las créaturas que a Dios, no obstante la admonición del legislador para que "llevemos a casa de Dios Soberano las primicias de los primeros frutos de la tierra" (Ex. XXIII, 19), y no nos las atribuyamos a nosotros mismos. Y en verdad, lo justo es que reconozcamos como

pertenecientes a Dios todos aquellos movimientos del alma que ion primeros tanto en el orden como en valor.

73. Los primeros en el orden son de tal naturaleza que, no bien nacemos, comenzamos a participar de ellos: la alimentación, el crecimiento, la visión, la audición, el gusto, el olfato, el tacto, la palabra, el pensamiento, las partes del alma, las del cuerpo, las actividades de ambos y, en general, todos los cambios y movimientos naturales de los mismos. Los primeros en dignidad y valor, en cambio, son las rectas acciones, las virtudes y las prácticas acordes con ellas.

74. Es justo, pues, que ofrezcamos las primicias de los mismos; y las primicias de ellos consisten en la palabra portadora de gratitud que nace de una inteligencia sincera. Este ofrecimiento de gracias debemos dividirlo en las partes que le son propias, tal como tienen sus partes la lira y los otros instrumentos musicales. En efecto, cada uno de los sonidos que se arrancan de ellos es musical de por ,sí y está además plenamente adaptado para armonizar con los otros. Y lo mismo ocurre con los elementos gramaticales llamados vocales, los que tienen un sonido independiente y conforman un sonido completo unidos a otros.

75. Del mismo modo la naturaleza ha producido en nosotros poderes múltiples de sensibilidad, palabra e inteligencia, y ha dotado a cada uno de ellos de un cometido específico a la vez que los ha coordinado en la debida proporción para la recíproca cooperación y armonía; por lo cual, ya sea que consideremos cada uno de ellos separadamente ya todos en conjunto, con toda justicia podemos proclamar los felices resultados de su obra.

76. XXI. Así pues, "si trajeres una ofrenda de primicias", divídelas tal como la sacra palabra lo prescribe, a saber: primero "nuevas", luego "tostadas", luego "divididas", y finalmente "molidas". (Lev. II, 14.) "Nuevas", por el siguiente motivo. A aquellos que están apegados al tiempo antiguo, a la vieja edad de los mitos, y no han alcanzado a percibir la existencia del instantáneo e intemporal poder de Dios, ella los adoctrina e impulsa a la aprehensión de vigorosos pensamientos nuevos, lozanos y rejuvenecidos, a fin de que dejen de sustentar falsas opiniones nacidas de nutrirse de fraguados mitos que el largo curso de las edades ha transmitido para engaño de los mortales, y, por el contrario, al recibir del nunca envejecido Dios bienes nuevos y renovados, en abundancia sin límites, sean instruidos de modo que comprendan que con Él nada es antiguo, nada, en suma, es pasado, sino todo nace y subsiste al margen del tiempo.

77. XXII. Por este motivo dice también Moisés en otra expresión alegórica: "Te levantarás apartándote de la cabeza del encanecido y honrarás la cabeza del anciano." (Lev. XIX, 32.)[36] Con ella sugiere una profunda diferencia, porque "encanecido" significa aquí el tiempo con su total improductividad, del que es preciso apartarnos y huir, abandonando la ilusión que engaña a muchísimos y consiste en creer que el tiempo es capaz de producir algo. Por "anciano", en cambio, entiéndese aquel hombre que es merecedor de honra, de prerrogativa y de prioridad; y honrar al que es tal, fue la orden dada a Moisés, el amado de Dios. Dícele, en efecto, Dios: "Los que tú conoces, ésos son los ancianos." (Núm. XI, 16.) Con esto le da a entender que no acoge innovación alguna, y que Su norma es amar las verdades "ancianas" y dignas de la mayor reverencia.

[311] El pasaje, tal como aparece en la versión de los Setenta, se lee: "Te pondrás de pie delante de una cabeza encanecida." El razonamiento de Filón se basa en suponer que la persona encanecida es la que ha llegado a la vejez por el mero hecho de haber transcurrido el tiempo, mientras el anciano es aquel que, viejo o joven, se destaca por sus merecimientos y dignidad.

En griego presbíteros tiene ambas acepciones: anciano y venerable.

78. Es, en efecto, provechoso, aunque con ello no se tienda a la adquisición de la virtud perfecta sino simplemente a la formación como ciudadano, nutrirse con ancestrales y venerables pensamientos, y estar familiarizado con la antigua tradición de nobles empresas, que los historiadores y toda la familia poética han trasmitido para su recordación a los coetáneos y a la posteridad; mas, cuando el resplandor de la sabiduría adquirida sin estudio se nos ha encendido de improviso sin que lo previéramos ni esperáramos; cuando esta sabiduría, tras abrir los cerrados ojos del alma, nos convierte en espectadores de la sabiduría, en vez de oyentes de ella, colocando en nuestra inteligencia al más rápido de los sentidos, la vista, en lugar del sentido del oído, que es más lento; entonces resulta ocioso ya el ejercitar los oídos por medio de las palabras.

79. XXIII. Por eso también se dice: "Comeréis lo viejo y lo viejo de lo viejo, pero además sacarás lo viejo de la presencia de lo nuevo" (Lev. XVI, 10); [37] lo que significa que no es menester que rechacemos conocimiento alguno de los encanecidos por el tiempo; más aún, liemos de tender a la lectura de las obras de los hombres sabios y a escuchar los proverbios y narraciones de los que estudian la antigüedad, y desear siempre conocer lo relativo a los hombres y a las cosas de antaño, pues es gratísimo el no ignorar nada; pero, una vez que Dios haya hecho brotar en el alma los vástagos del saber adquirido sin maestros, hemos de abolir y extirpar de inmediato los conocimientos adquiridos mediante el estudio, los que, por otra parte, ya tienden a desaparecer y derrumbarse de por sí. Es, en verdad, imposible que el discípulo de Dios, el pupilo de Dios, el alumno de Dios, o como deba llamársele, soporte en adelante la guía de los mortales.

[37] El sentido probable del pasaje bíblico es: "Tendréis reservas en cantidad tal, que, para dar cabida a los nuevos alimentos, sacaréis fuera los nuevos."

80. XXIV. Sea además "tostada" la fresca madurez del alma, es decir, sea probada mediante el poder de la razón, tal como se prueba el oro con el fuego. La señal de haber sido probada y aprobada es su solidez. En efecto, así como el grano de las espigas bien crecidas es tostado para que en adelante no se ablande y la naturaleza ha querido que esto no se consiga sin fuego, de la misma manera también es preciso que la nueva ascensión hacia la madurez en la virtud adquiera solidez y firmeza por obra del poder inconmovible de la razón. La razón posee no sólo el don natural de fijar en el alma los principios adquiridos, impidiendo que éstos se dispersen, sino también el de aniquilar con vigor el impulso de la irracional pasión.

81. Observa, por ejemplo, cómo Jacob, el ejercitante, apréstase a cocer ese impulso en el preciso instante en que "Esaú" se encuentra "desfalleciente".[38] (Gen. XXV, 29.) Es que el hombre ruin se apoya en el vicio y en la pasión y, cuando ve que los fundamentos en los que se apoya son sometidos y debilitados por la razón, que los pone al descubierto, se encuentra, como era de esperarse, sin los vínculos que daban cohesión a sus fuerzas.

[38] El pasaje completo dice así en la versión de los Setenta; "Coció Jacob un guisado, y llegó Esaú agotado del campo.

82. Mas la razón no debe constituir un todo confuso sino ha de ser dividida en sus propias secciones. Esto es lo que quiere decir hacer ofrendas "divididas", pues en todas las cosas el orden es mejor que el desorden, y sobre todo en la razón, naturaleza que fluye con celeridad suma. XXV. Ella debe, en efecto, ser dividida en asuntos capitales, los llamados "asuntos pertinentes", y a cada uno de ellos deben de ajustarse los correspondientes procesos racionales, imitando de este modo a los arqueros hábiles, los que, después de colocar un determinado

blanco, tratan de que todas sus flechas den en él; pues el asunto capital aseméjase a un blanco; y el proceso racional a las flechas.

83. De esa manera el más preciado de los vestidos, vale decir, la razón, es tejido armoniosamente. En efecto, el legislador divide las láminas de oro en hilos, de manera de tejer con perseverancia mediante ellos las partes correspondientes.[39] Del mismo modo la razón, que es más preciosa que el oro, y constituye un variado conjunto de innumerables formas, es llevada a una loable perfección cuando es primero dividida con sutileza extrema en esos hilos que son los asuntos capitales, y luego recibe armoniosas demostraciones, semejantes a la trama de una tela.

[39] Éx. XXXVI, 10.

84. Además está prescripto que: "después de desollar la víctima del holocausto, la dividirán en sus miembros" (Lev. I, 6); a fin de que el alma se muestre primeramente desnuda, sin los vestidos con que la cubren las falsas y vacías conjeturas, y reciba luego las divisiones que correspondan. En efecto, la virtud, que es el todo y lo genérico, es dividida en sus especies primarias, a saber; prudencia, templanza, fortaleza y justicia, a fin de que, observando las diferencias que median entre ellas, aceptemos servirlas de voluntad a todas en conjunto y a cada una en particular.

85. Pero miremos cómo ejercitar nuestra alma para que no sea engañada y confundida por vagas y confusas representaciones, y para que pueda, en cambio, practicando las divisiones y clasificaciones de los objetos, considerar con detenimiento cada una de las cosas a fin de obtener una encuesta hecha con toda minuciosidad. Y otro tanto hagamos con la razón, la que, si se lanza en desordenada carrera, producirá obscuridad, pero si es dividida en sus propios asuntos capitales y en las demostraciones correspondientes a cada uno de ellos, resultará un todo armónico, un coherente conjunto formado por partes completas, semejante a un organismo viviente. Mas es preciso, si queremos que tales condiciones se afinquen firmemente en nosotros, practicar un ininterrumpido ejercicio y disciplina en las mismas. Porque el no perseverar en el saber cuando se ha tomado contacto con él, es como si, habiendo probado alimentos y bebidas, se nos impidiera comer y beber de ellos hasta estar satisfechos.

86. XXVI. Tras la ofrenda "dividida" corresponde hacer la "molida", esto es, después de la división conviene que residamos permanentemente, y descansemos en los pensamientos presentes en nuestro espíritu. Un ininterrumpido ejercicio torna sólido el conocimiento; del mismo modo que la falta de ejercitación engendra ignorancia. Muchísimos, en efecto, por descuido de la ejercitación física han llegado hasta la pérdida del vigor de que les había dotado la naturaleza. No siguieron el ejemplo de éstos aquellos que nutrieron su alma con el Divino alimento llamado maná; porque ellos lo molían y trituraban haciendo "panecillos cocidos bajo las cenizas" (Núm. XI, 8); resueltos a limpiar y pulir la celestial palabra de la virtud a fin de grabarla más firmemente en la inteligencia.

87. Así pues, cuando tú, conforme con la palabra Divina, reconozcas como ofrendas "nuevas" la plena madurez, como ofrendas "tostadas" la razón sometida al fuego e inconmovible, como ofrendas "divididas" la división y distinción de los objetos, y como ofrendas "molidas" la persistente práctica y ejercicio de las concepciones de la inteligencia, presentarás una ofrenda de los primeros y mejores frutos, vale decir, de las primicias del alma. Y, aunque nosotros anduviéremos lentos en ello. Dios no andará lento en tomar para sí a los aptos para Su servicio. Dice Él, en efecto: "Os tomaré para que seáis Mi pueblo y Yo seré vuestro Dios"'

(Ex. VI, 7); y "vosotros seréis para Mí un pueblo. Yo soy el Señor". (Lev. XXVI, 12.)

88. XXVII. Tales fueron los cargos contra Caín, que llevó su ofrenda después de unos días. Abel, en cambio, no ofreció lo mismo ni de la misma manera, sino llevó creaturas animadas en vez de inanimadas, mayores en edad y en dignidad en vez: de menores en uno y otro aspecto, vigorosas y suficientemente pingües en vez de debilitadas. Dice, en efecto, el legislador que su ofrenda consistía en "los primogénitos de sus ganados y en' los sebos de éstos". (Gen, IV, 4.)

89. En lo cual ajustábase a esta sacratísima prescripción: "Cuando el Señor tu Dios te haya introducido en la tierra de los cananeos, conforme a lo que juró a tus padres, y la haya puesto en tus manos, separarás para el Señor todo cuanto abre la matriz, los machos; de los rebaños de bueyes, en todos los ganados que poseyeres, todo cuanto abre la matriz, los machos, para el Señor, y a todo. el que abre la matriz de la asna, lo trocarás por un cordero; y si no lo trocares, lo rescatarás." (Ex. XIII, 11 a 13.) Lo que abre la matriz es el primogénito, y eso es lo que ofrenda Abel. Cuándo y cómo ha de ofrendarse esto, es lo que hemos de indagar.

90. Ocasión sumamente oportuna es, sin duda, el momento en que Dios te ha introducido en la tierra de los cananeos, es decir, en la razón presa de agitación; y no de cualquier manera sino "conforme a Su juramento", o sea, no para que soportes agitación, alteración y trastorno, arrastrado acá y allá sin estabilidad; sino para que, cesando tu agitación, goces de un sereno cielo y de la mar en calma y, arribando a la virtud,. que es como un refugio o una rada o un puerto excelente para. fondear, te asientes firmemente.

91. XXVIII. Respecto del juramento que Moisés atribuye a Dios, preciso es indagar si esto lo declara como cosa que de verdad puede ser atribuida a Dios; porque no son pocos, por cierto, los que creen que tal cosa no es propia de Él. Nosotros, en efecto, entendemos por juramento una apelación al testimonio Divino en un asunto controvertido. Pero Dios no puede? verse envuelto en incertidumbre o controversia por cuanto Él, no sólo la posee sino es quien ha mostrado a los demás claramente los modos de conocer la verdad. En cuanto a testigo, de ninguno ha menester absolutamente dado que no existe otro Dios, para que haya alguien igual a Él.

92. No es necesario insistir en que el que testimonia, por hacerlo precisamente, es superior a aquel para quien presta el testimonio. Es que, mientras éste necesita del testimonio, aquél lo brinda, y el que es útil merece siempre ser preferido al que necesita algo. Pero no es lícito pensar siquiera que haya algo superior a la Causa, cuando ni siquiera algo igual a Ella existe ni que le sea inferior por escasa diferencia, sino todo lo que viene después de Dios se halla a una distancia con respecto a Él equivalente a la que media entre dos órdenes de cosas esencialmente distintas.[40]

[40] Literalmente: "Todo lo que viene después de Dios aparece inferior a Él en todo un género."

93. Los hombres sí recurren al juramento para ganarse la confianza de aquellos que no confían en ellos; pero Dios es merecedor de confianza hasta en el simple hablar, de modo que por la seguridad que Sus palabras llevan implícita en nada difieren de los juramentos. Y sucede que, mientras nuestra sinceridad es confirmada por un juramento, el juramento mismo es garantizado por Dios, pues no es que Dios sea digno de confianza porque medie Su juramento, sino el juramento es seguro porque lo formula Él.

94. XXIX. ¿Por qué, entonces, le pareció bien al sagrado intérprete presentar a Dios

formulando un juramento? Para probar la flaqueza de la creatura; y, habiéndola probado, brindar a la vez consuelo y ánimo. Nosotros, en efecto, no somos capaces de conservar ininterrumpidamente en nuestra alma la reflexión capital, digna de la Causa, que dice: "Dios no es como el hombre" (Núm. XXIII, 19); para de ese modo elevarnos por sobre todas las representaciones antropomórficas.

95. Estamos en sumo grado atados a lo mortal, y sin poder concebir nada fuera de nosotros mismos, impotentes para salir de nuestras propias miserias y encerrados dentro de lo mortal como caracoles, y envolviéndonos a nosotros mismos a modo de una esfera, como los erizos, pensamos acerca del Bienaventurado e Increado lo mismo que pensamos de nosotros mismos; y, aun cuando evitamos la monstruosidad de decir que la Divinidad tiene forma humana, de hecho, sin embargo, admitimos la impiedad de pensar que tiene pasiones humanas.

96. Y así, le atribuimos manos, pies, entradas, salidas, enemistades, aversiones, hostilidades, arrebatos, es decir, partes y sentimientos, a los que la Causa es ajena, y entre esas cosas se halla también el juramento, que no es sino un recurso auxiliar de nuestra flaqueza.

97. "Si Dios, pues, te diere, separarás..." [41] (Ex. XIII, 11) dice Moisés delimitando situaciones. En efecto, si Él no te diere no tendrás, puesto que a Él Le pertenecen todas las cosas: cuanto hay fuera de ti, el cuerpo, la sensibilidad, la razón, la inteligencia, y todas las funciones de ellos; y no sólo tu persona, sino también este mundo. Y cualquier cosa que separares y sacares de él para ti, hallaras que se trata de algo ajeno. Nada posees, en efecto, como cosa propia ni la tierra ni el agua, ni el aire ni el cielo ni los astros ni forma alguna de cuantos animales y vegetales, seres perecederos y seres imperecederos hay:
de tal modo que, sea lo que fuere lo que trajeres a título de ofrenda, traerás siempre algo que pertenece a Dios y no a ti.

[41] El pasaje bíblico dice textualmente: "Cuando te la haya dado (o puesto en tus manos), separarás..."; pero Filón sustituye "cuando" por "'sí", y lee "Si Dios te diere..." Ello le permite sacar, una vez más, su conclusión favorita de que todo pertenece a Dios, y el hombre solo tiene en calidad de préstamo cuanto usa.

98. XXX. Observa, además, la perfecta santidad contenida en la prescripción de separar parte de aquello que nos ha sido dado y no presentar todo lo recibido. Porque son infinitos los dones que la Naturaleza [42] nos ha concedido, como porción reservada al género humano, sin que de todos participe Ella misma. Siendo, en efecto, increada, da la generación de seres; no necesitando Ella de alimentos, da alimentos; permaneciendo en el mismo estado, da el crecimiento; no admitiendo sustracción ni agregado, da la sucesión de etapas de la vida [no siendo corpórea], da este cuerpo orgánico con el que se puede tomar, dar, marchar, ver, oír, aproximar los alimentos, evacuarlos oportunamente una vez digeridos, apreciar las variedades de colores, hacernos oír mediante la palabra y realizar otras operaciones de las que conciernen a los servicios necesarios y útiles a la vez.

[42] Como en muchos otros pasajes, aquí la naturaleza aparece identificada con Dios.

99. Quizá diga alguien que estas cosas son indiferentes, pero que la Naturaleza no puede menos de tenerse reservada su parte en los bienes reconocidos como tales. Veamos, pues, de comprobarlo en los que a nuestro juicio son los más admirables entre estos "bienes de verdad", aquellos por cuya plena obtención en las mejores condiciones rogamos considerándonos felicísimos si los alcanzamos.

100. Pues bien, ¿quién no sabe que una vejez dichosa y una buena muerte son los mejores

entre los bienes humanos, y que de ninguno de los dos participa la Naturaleza, la que no conoce ni vejez ni la muerte? ¿Y qué tiene de extraño que el Increado no se digne a hacer uso de los bienes que tocan a los seres creados, cuando hasta los mismos seres creados tienden a poseer las virtudes, diferenciadas según las distintas especies en que se dividen? No pueden, por ejemplo, los hombres competir con las mujeres, ni las mujeres con los hombres en aquellas cosas que atañen exclusivamente al sexo opuesto; en caso contrario, si las mujeres trataran de imitar las prácticas de los hombres y éstos aceptaran las de las mujeres, cargarían las unas con la mala reputación de hombrunas, los otros con la de afeminados.

101. Por otra parte, la naturaleza ha separado ciertas capacidades, de modo que ni mediante la ejercitación podrían llegar a ser comunes. Así, el fecundar y engendrar es privativo del hombre conforme con las condiciones que le son propias, y la mujer no podría alcanzar tal cosa. A su vez, siendo la facilidad de dar a luz un bien propio de las mujeres, la naturaleza del varón no lo admite. En consecuencia, tampoco las palabras "como un hombre" (Deut. I, 31) han de entenderse literalmente en lo que a Dios se refiere. Se trata de una expresión de sentido figurado tendiente a ayudamos en nuestra debilidad.[43] Separa, pues, oh alma, todo lo engendrado, mortal, mudable, profano, de tu concepción de Dios, el Increado, el Imperecedero, el Inmutable, el Santo, el Único Bienaventurado.

[43] Es decir, en nuestra impotencia o incapacidad para aprehender las se nutre a un hijo.. ."

102. XXXI. Las palabras "de [44] todo cuanto abre la matriz, los machos, para el Señor" (Ex. XIII, 12) están del todo de acuerdo con la naturaleza de las cosas. Porque, así como las mujeres han sido dotadas por la naturaleza de una matriz como su parte más propia a fin de generar seres animados, así también en el alma ha sido establecido un poder para engendrar, mediante el cual la inteligencia se preña, gesta en su seno y da a luz muchas cosas.

[44] En el texto del pasaje bíblico citado en 89 no se lee "de todo.. ." (que es lo lógico) sino "todo..." En 104 y en la presente ocasión Filón altera el texto original empleando el genitivo *pantós* =: de todo. Por "que abre la matriz" entiéndase "primera cría".

103. Pero de los pensamientos engendrados unos son machos y otros hembras, tal como ocurre en el caso de los seres animados. Vástagos hembras del alma son el vicio y la pasión, bajo cuya influencia nuestra conducta toda resulta afeminada. Vástagos machos, en cambio, son las buenas disposiciones del alma y la virtud, por las que somos estimulados y fortalecidos. De estos vástagos las habitaciones de los hombres [45] han de ser reservadas exclusivamente a Dios; las habitaciones de las mujeres serán separadas para nosotros mismos. De allí la prescripción: "Todo cuanto abre la matriz, los machos, para el Señor".

[45] "Las habitaciones de los hombres" simbolizan aquí a los vástagos de sexo masculino, es decir, la virtud y las buenas disposiciones del alma; y "las habitaciones de las mujeres" aluden a los del sexo opuesto, o sea, el vicio y la pasión.

104. XXXII. Pero se lee además: "De todo cuanto abre la matriz de los rebaños de bueyes, en todos los ganados que poseyeres, los machos, para el Señor." (Ex. XIII, 12.) Después de haber hablado de los vástagos de la parte rectora,[46] comienza Moisés a instruirnos también acerca de los vástagos de la parte irracional, parte que cupo en suerte a los sentidos, a los que compara con los ganados. Ahora bien, los pequeños que se crían en los ganados son mansos y dóciles, como que son guiados por el cuidado de un pastor que los controla. Porque los que crecen sin control en plena libertad témanse salvajes por carecer de quién los domestique; en cambio, aquellos que se crían bajo guías, cabrerizos, boyeros, pastores, que ejercen la vigilancia requerida por cada clase de animales, ésos por fuerza se toman mansos.

[48] De la parte rectora del alma, es decir, de la inteligencia.

105. Así también la naturaleza ha dispuesto que el género los sentidos se divida en salvajes o mansos. Son salvajes, cuando, rebelándose contra la inteligencia, que es como un pastor para ellos, precipítanse insensatamente hacia las cosas sensibles exteriores; y son mansos, cuando, aceptando dócilmente el control, son guiados y regidos por el discernimiento, elemento rector de nuestro compuesto ser. Pues bien, todo cuanto los sentidos vieren, oyeren o, en general, percibieren bajo el control de la inteligencia, es macho y perfecto, pues cada percepción reúne las condiciones apropiadas.

106. Mas cuanto perciben sin ser guiados arruina a nuestro cuerpo, como se arruina una ciudad a causa de la anarquía. Una vez más, entonces, hemos de reconocer que entre los movimientos de los sentidos, los que responden al dictado de la inteligencia, que por fuerza son los mejores, se realizan de conformidad con la voluntad de Dios; en tanto que los rebeldes al control deben ser imputados a nosotros mismos, si somos arrastrados irracionalmente por el torbellino de las cosas sensibles exteriores.

107. XXXIII. Mas no sólo de estos animales sino también de "todo el amasijo" está mandado separar una parte. La prescripción está concebida en estos términos: "Y he aquí que, cuando comiereis del pan de la tierra, separaréis una porción consagrada al Señor. Como primicia de vuestro amasijo separaréis para ofrenda un pan. Como separáis la ofrenda de la era, así lo separaréis." (Núm. XV 19 y 20.)

108. El amasijo, en rigor de verdad, no es, estrictamente hablando, otra cosa que nosotros mismos, pues para nuestra plena conformación han sido reunidas y mezcladas numerosísimas sustancias. Mezclando, en efecto, y combinando frío con calor, y húmedo con seco, potencias opuestas, Aquél que modeló a los seres vivientes produjo con todas ellas un solo compuesto, el ser de cada uno de nosotros, que por tal razón es llamado aquí "amasijo". De este compuesto, cuyas dos divisiones fundamentales corresponden al alma y al cuerpo, hemos de consagrar las primicias.

109. Y las primicias son los santos impulsos de uno y otro elemento cuando prevalece la virtud, razón por la cual se establece un paralelo con la era. En efecto, así como en las eras los granos de trigo, de cebada y otros similares son separados en montones, en tanto que las espigas y las pajas y otros desechos son arrojados a otro lado, del mismo modo en nosotros unos elementos son excelentes y provechosos, y brindan alimentos verdaderos, mediante los cuales alcanza su perfección la vida recta. Éstos son los elementos que hemos de ofrecer a Dios. Los otros, en cambio, que nada tienen de Divino, han de ser abandonados como desechos para la raza mortal. Es de los primeros, pues, de los que hemos de separar las ofrendas.

110. Hay, empero, poderes enteramente libres de todo vicio a los que no es lícito mutilar para separarlos en porciones. Éstos son semejantes a los indivisos sacrificios, a los holocaustos, de los que es un claro ejemplo Isaac, el que fue designado para ser ofrecido a manera de víctima por no tener participación en corruptora pasión alguna.

111. En otro pasaje se dice también: "Conservaréis Mis presentes, Mis dones y Mis frutos para ofrecérmelos en Mis fiestas" (Núm. XXVIII, 2);[47] no separándolos o dividiéndolos sino ofreciéndolos plenos, perfectos y completos; porque la fiesta del alma consiste en el gozo que se halla en las virtudes perfectas, y perfectas son las que están libres de cuantos defectos son propios de la raza humana. Pero sólo el sabio celebra tal fiesta, y fuera de él ningún otro, ya

que es en extremo difícil hallar un alma que no haya gustado pasiones y vicios.
[47] Ver Interpretación alegórica 196, y Sobre los querubines 84.

112. XXXIV. Habiéndonos, pues, proporcionado Moisés la doctrina de las partes del alma, de la parte rectora y de la parte regida; y señalado en qué consiste lo masculino y lo femenino que hay en una y en otra, a continuación nos instruye acerca de las consecuencias que se siguen. Sabiendo claramente que sin esfuerzo no es posible alcanzar la generación masculina, dice a renglón seguido: "Todo lo que abre la matriz de la asna, lo trocarás por un cordero" (Ex. XIII, 13); lo que equivale a "Trocarás todo trabajo por progreso". En efecto, como sus nombres lo indican, el asno, que es un animal sufrido, simboliza el trabajo, en tanto que el cordero es símbolo de progreso.[48]
[48] Filón relaciona *ónos* = asno, con *pónos* = trabajo, aunque no existe parentesco alguno entre los dos términos griegos; y también, esta vez quizá con razón, los términos *próbaton* = cordero, y *probáinein* = avanzar, progresar.

113. Abócate, pues, al estudio de las artes, de las profesiones y de las demás cosas que pueden ser enseñadas, y no lo hagas en forma negligente y superficial sino con plena dedicación, teniendo tu inteligencia presta para sobrellevar pacientemente cualquier tipo de trabajo; y esfuérzate para que no te conviertas en presa de un trabajo inoperante, y logres, en cambio, progreso y mejoramiento, alcanzando el más honroso de los resultados. Porque el trabajo se sobrelleva por cuanto que es origen de progreso.

114. Pero si tú aceptares el esfuerzo que demanda el trabajo, y tu naturaleza ningún progreso hiciere en orden a tu mejoramiento, mostrándose opuesta a las mejoras derivadas del progreso, vuélvete y desiste; porque es difícil enfrentarse con la naturaleza. Por eso Moisés añade: "Pero si no lo trocares, lo rescatarás" (Ex. XIII, 13); lo que quiere decir:
"Si no pudieres alcanzar progreso a cambio de tu trabajo abandona también tu trabajo". Porque tal es lo que significa la palabra "rescatar", vale decir, que tu alma se libere de un cuidado" que no le aporta resultado y es ineficaz.

115. XXXV. Al hablar en estos términos no me refiero a las virtudes, sino a las artes secundarias y a otras labores necesarias que se practican con miras al cuidado del cuerpo y al logro de ventajas externas abundantes, porque el trabajo relacionado con los bienes y excelencias perfectos, aun cuando no alcanzare su objeto, es capaz de por sí de beneficiar a los que lo practican, en tanto que todo cuanto no tiene que ver con la virtud, si no es coronado por el éxito, es completamente inútil. Por ejemplo, en el caso de los seres animados, si los privares de la cabeza, se anulará el resto. Y la cabeza de nuestras acciones no» es sino el resultado de ellas, las que viven, por así decir, mientras ese resultado es adecuado, pero perecen si optas por fraccionarlo o amputarlo.

116. Así, desisten de proseguir, entre otros, los atletas incapaces de vencer y siempre vencidos. Desistan y cambien de profesión el comerciante y el armador que en sus travesías experimentan contratiempos uno tras otro. Y cuantos, habiendo cultivado los oficios intermedios, hubieren sido incapaces de adquirir conocimiento alguno a causa de su natural torpeza, merecerán aplauso si los abandonan. Porque tales cosas no se practican por el mero hecho de practicarlas sino con miras al objeto al que están destinadas.
117. Por lo tanto, si nuestra naturaleza pusiere trabas en el camino de los progresivos mejoramientos, no intentemos forzarla en vano. Sí, en cambio, ella nos favoreciere, honremos a la Divinidad con primicias y homenajes, que son los rescates de nuestra alma, que la liberan de crueles señores y la conducen a la libertad.

118. XXXVI. Moisés reconoce que los Levitas, que en lugar de los primogénitos llegaron a ser servidores del Único digno de ser servido, son los rescates de todos los otros. Dice, en efecto: "Y observa que Yo he tomado a los levitas de en medio de los hijos de Israel en lugar de todo primogénito que abre la matriz entre los hijos de Israel. Los levitas serán los rescates de éstos y serán Míos; porque Mío es todo primogénito. El día en que golpee a todo primogénito en la tierra de Egipto, Me consagré a todo primogénito en Israel." (Núm. III, 12 y 13.)

119. Llámase aquí levita a la razón que se ha refugiado en Dios y convertido en suplicante entre Él. Habiéndola Dios tomado de la parte central[49] y suprema rectora del alma, vale decir, habiéndola atraído y habiéndosela reservado para Sí, la juzgó digna de la porción correspondiente a los hijos mayores. De modo que de ello surge claramente que, mientras Rubén es el primogénito de Jacob, Leví lo es de Israel; y que si a uno cábele la precedencia en el tiempo, y al otro tócale en honra y dignidad.

[49] Alusión a lo de "en medio de los hijos de Israel".

120. En efecto, la natural capacidad, que es lo que significa el nombre de Rubén, es el origen del trabajo y el progreso, de los que Jacob es símbolo; en cambio, la fuente de la contemplación del único Sabio, contemplación en que ciméntase la dignidad de Israel, es el hábito del servicio Divino, del que es símbolo Leví. Así pues, tal como Jacob aparece como heredero de los derechos que confería a Esaú su primogenitura, cuando el celo por el vicio es vencido por el esfuerzo en pro de la virtud; del mismo modo también Leví, el que está adornado de la virtud perfecta, se llevará los derechos de mayorazgo de Rubén, el hombre de natural talento. La más clara muestra de esta perfección la constituye el hecho de que aquél se refugia en Dios y renuncia al trato de las cosas de la creación.

121. XXXVII. Éstos son, en sentido estricto, los precios que por su liberación y rescate paga el alma que anhela ser libre. Pero probablemente nos presenta Moisés también una doctrina muy necesaria, según la cual todo hombre sabio es un rescate para el insensato, el que no sobreviviría ni por escaso tiempo si aquél no procurara su conservación movido por la piedad y la previsión, como un médico que combate contra las enfermedades del enfermo, y las alivia o las cura totalmente, siempre y cuando la violencia del incontenible curso de las mismas no prevalezca sobre el cuidado solícito con que se les aplica el tratamiento.

122. Así, en efecto, es destruida Sodoma cuando en el platillo de la balanza bien alguno puede hacer contrapeso a la multitud indecible de males. Porque, si hubiera sido hallado el número cincuenta, conforme al cual es proclamada la liberación del alma de su esclavitud y su completa libertad,[50] o alguno de los números que a partir de éste va mencionando el sabio Abraham sucesivamente en orden descendente hasta el límite del diez, que corresponde a la educación,[51] no hubiera perecido la inteligencia tan miserablemente.[52]

[50] Referencia al año del Jubileo. Ver Lev, XXV, 10.

[51] La relación que establece Filón entre el número 10 y la educación tal vez se la haya sugerido el pasaje Lev. XXVII, 32, donde se lee: "Cada décima parte de cuanto pasa bajo el cayado será consagrada al Señor." En opinión de nuestro autor el cayado simboliza la educación como se advierte en Sobre la unión con los estudios preliminares 94, según Colson.

[52] Gen. XVIII, 24 y ss.

123. Con todo, es preciso que en la medida de nuestras fuerzas tratemos de salvar también a aquellos que están en vías de ser arruinados completamente por el vicio que llevan en sí,

imitando en ello a los buenos médicos, los que aun cuando ven que es imposible salvar a los pacientes, con todo prosiguen animosamente en sus cuidados, a fin de que, si sucediere algo contrario a lo que los otros esperan, no crean que ha sido por negligencia del médico. Por otra parte, si apareciere un principio de mejoría, por pequeño que fuere, su llama ha de ser avivada como la de un carbón al rescoldo con toda solicitud; porque existe la esperanza de que, desarrollándose y creciendo, pueda el hombre vivir una vida mejor y menos expuesta a tropiezos.

124. Yo por mi parte, ciertamente, cuando observo que alguno de los hombres de bien reside en una casa o en una ciudad, proclamo feliz a tal casa o a tal ciudad, y considero que su disfrute presente de bienes será duradero y que sus esperanzas de lograr los que le faltan se verán plenamente colmadas, pues Dios dispensa Su ilimitada e infinita riqueza a los que no la merecen en atención a los que son dignos de ella. Y hago además votos porque estos hombres de bien, ya que no les es dado escapar a la vejez, vivan al menos los más años posibles, porque entiendo que tanto tiempo durarán los bienes a los hombres, cuantos ellos alcanzaren a vivir.

125. Así, cada vez que veo u oigo que acaba de morir alguno de ellos, me entristezco y lleno de pesar. Y, no lo lamento tanto por ellos, como por los vivos. Ellos, al fin y al cabo, han llegado de conformidad con la naturaleza al fin inevitable después de haber vivido una vida dichosa y alcanzado una muerte honrosa; los otros, en cambio, privados de una grande y poderosa mano, por la que eran preservados, abandonados a su propia suerte, experimentarán pronto e intensamente las miserias que les son propias, a menos que una vez más en reemplazo de los anteriores la naturaleza les brinde nuevos protectores, tal como el árbol que, cuando se desprende de los frutos ya maduros, prepara otros que crecerán para alimento y disfrute de los capaces de aprovecharlos.

126. Así pues, como la más firme garantía de estabilidad en las ciudades son los hombres de bien, otro tanto ocurre en la ciudad compuesta de alma y cuerpo que constituye cada uno de nosotros: la más firme base de permanencia reside en los pensamientos amantes de la sensatez y el saber, a los que el legislador llama metafóricamente "rescates y primicias" por los motivos ya mencionados.

127. Así también dice que las ciudades de los levitas son "perpetuamente rescatables" (Lev. XXV, 32) porque el servidor de Dios cosecha como fruto la libertad eterna, renovándose incesantemente su salud en medio de los ininterrumpidos vaivenes del continuo devenir del alma. En efecto, el que las ciudades de los levitas sean rescatables no una vez sino, como él dice, siempre, sugiere la idea de que el servidor de Dios siempre está en cambio y siempre es liberado, sobreviniéndole el cambio en razón de su naturaleza mortal, y quedando reafirmada su libertad merced a la gracia del Benefactor, quien constituye la porción adjudicada al servidor.

128. XXXVIII. Vale la pena que examinemos, y no a la ligera, por qué razón tiene Dios abiertas las ciudades de los levitas a los fugitivos sin que Le parezca mal que convivan con los hombres más santos hombres considerados no santos, que han cometido homicidio involuntario. Hemos de señalar ante todo, conforme con lo dicho anteriormente, que el hombre de bien es un rescate para el ruin, de modo que es lógico que los que cometen faltas acudan a los consagrados a fin de alcanzar su propia purificación. En segundo lugar, diremos que los levitas acogen a fugitivos, y que también ellos son fugitivos virtualmente.

129. En efecto, así como aquéllos son desterrados de sus patrias, también éstos han renunciado a hijos, padres, hermanos, a cuanto hay de más íntimo y querido, para alcanzar la heredad inmortal a cambio de una perecedera. Difieren unos de otros en que la huida de aquéllos es contra sus deseos, como resultado de un hecho involuntario, en tanto que el exilio de éstos es voluntario y su origen está en el amor por lo más excelso; y además, en que los levitas constituyen el refugio de los primeros, mientras que el refugio de los levitas es el Soberano de todas las cosas. Mientras aquéllos en su imperfección tienen como provincia la sagrada palabra; éstos lo tienen a Dios, al que se consagran.

130. Y, todavía más, a los que han cometido un crimen involuntario les ha sido concedido habitar en las mismas ciudades en las que habitan los levitas porque también éstos han sido considerados dignos de privilegios en virtud de un sagrado crimen. En efecto, cuando el alma, vuelta hacia el dios egipcio, rindió inmerecido honor al cuerpo, representado en oro, entonces todas las sagradas palabras se lanzaron por su propia iniciativa armadas para la defensa con armas consistentes en demostraciones proporcionadas por el saber y, habiendo designado como guía y capitán a Moisés, el sumo sacerdote, profeta y amigo de Dios, libraron una guerra implacable en defensa de la piedad religiosa y no se llamaron a reposo hasta que hubieron destruido todas las doctrinas de los enemigos.[53] Es, por lo tanto, natural que quienes han ejecutado, si no las mismas obras, sí parecidas lleguen a vivir juntos.
[53] Ex. XXXII, 26 a 28.

131. XXXIX. Además de esta interpretación, admítase otra de carácter secreto, la que debe ser confiada a los oídos de las personas mayores vedándosela a los de los jóvenes. En efecto, entre todos los excelsos poderes concernientes a Dios hay uno que a ningún otro cede en excelencia, el de legislador. Él y no otro es el legislador y la fuente de las leyes y de Él dependen todos los legisladores particulares. Por su naturaleza esta potencia puede dividirse en dos: una, la que toca a la recompensa de los que obran rectamente; otra, la concerniente al castigo de los que obran mal.

132. El ministro de la primera de estas divisiones es. el levita. Éste, en efecto, tiene a su cargo todos los ritos referentes al perfecto sacerdocio, por cuyo oficio lo mortal alcanza la aprobación y el reconocimiento por parte de Dios, ya mediante los holocaustos ya con sacrificios propiciatorios ya en virtud del arrepentimiento de las faltas cometidas. De la segunda, es decir, de la referente al castigo, en cambio, llegan a ser ministros los que cometen un crimen involuntario.

133. Moisés lo testimonia en estos términos: "Pero no obró voluntariamente, sino lo entregó Dios en sus manos." (Ex. XXI, 13.) De lo que se desprende que las manos del matador son empleadas en calidad de instrumento, y que el que mediante ellas obra invisiblemente es otro, el Invisible. Bien está, pues, que convivan los dos servidores, ministros de ambas especies de la potencia legislativa; el levita, de la que asigna beneficios; el matador involuntario, de la que aplica los castigos.

134. Las palabras: "El día en que golpee a todo primogénito en la tierra de Egipto, Me consagré todo primogénito en Israel", no han de ser interpretadas en el sentido de que sólo en aquel tiempo en que Egipto soportó el rudo golpe del exterminio de sus primogénitos, los primogénitos de Israel tornáronse santos; sino hemos de entender que está en la naturaleza de las cosas el que esto suceda en nuestra alma siempre: antes, ahora y en el futuro. Cuando los más dominantes elementos de la ciega pasión son destruidos, entonces témanse santos los de más edad y más preciados hijos del que ve con agudeza a Dios.[54]

[54] De Israel.

135. El éxodo desde el vicio engendra, en efecto, la entrada en la virtud, como, a la inversa, el abandono del bien trae aparejada su sustitución por el mal en acecho. Por ejemplo, no bien acaba de partir Jacob,[55] cuando Esaú se hace presente en nuestra inteligencia, abierta a todo cuanto le llega, dispuesto a imprimir en ella, si puede, los caracteres del vicio en lugar de los rasgos de la virtud. Mas no podrá llevar a cabo su propósito pues, sin que él se percate de ello, se verá suplantado y privado de su herencia por la diligencia con que el hombre sabio ha sabido defenderse antes de ser víctima de su ataque.
[55] Gen. XXVII, 30.

136. XL. Pero Abel ofrece las primicias no sólo de entre los primogénitos sino de los sebos, [56] con lo que demuestra que han de apartarse para Dios las alegrías y abundancias del alma, todo cuanto protege y regocija. Observo asimismo yo que en las disposiciones sobre los sacrificios está establecido que las tres primeras cosas que se llevarán de las víctimas son el sebo, los riñones y el lóbulo del hígado,[57] A ellos nos referiremos separadamente. Ni una palabra, en cambio, del cerebro y del corazón, los que hubiera sido razonable que se ofrecieran antes que las otras partes, puesto que también en los escritos del legislador se reconoce que el elemento rector [58] reside en uno u otro de éstos.
[56] Gen. IV, 4. Aquí retoma Filón e) texto citado en 88, y habiendo tratado ya la primera parte, pasa a explicar la segunda.
[57] Lev. III, 3 y ss.
[58] Es decir, la inteligencia.

137. Más probablemente es por razones de profunda piedad y como resultado de un cuidadoso examen por lo que excluye estas partes de lo que se lleva al altar de Dios, ya que el elemento rector, por estar sujeto permanentemente a muchos cambios en uno y otro sentido, el bueno y el malo, siempre recibe impresiones diferentes, unas veces las de puro y legítimo cuño; otras, de cuño ruin y adulterado.

138. Así pues, el legislador, por entender que esta zona, que admite ambos elementos en pugna, lo noble y lo ruin, que es familiar a ambos, que tributa la misma deferencia a uno y a otro, no es menos impía que santa, apartóla del altar de Dios, porque lo ruin es profano, y lo profano es completamente impío.

139. Por esto ha excluido al elemento rector. Mas si éste experimentare una depuración, entonces, cuando todas sus partes estuvieren purificadas, será ofrecido en holocausto puro e inmaculado. Ésa es, en efecto, la ley relativa a los holocaustos: que nada, excepto los residuos de la alimentación y la piel,[59] que son evidencias de la debilidad del cuerpo, no de maldad, se deje para la creatura mortal; y que el resto, es decir, todo lo que muestra un alma completa en todas sus partes se ofrezca a Dios en holocausto.
[59] En ninguna parte del texto bíblico se encuentra referencia alguna a esta excepción en los holocaustos.

SOBRE LAS HABITUALES INTRIGAS DE LO PEOR CONTRA LO MEJOR

(GUOD DETERIUS POTIORI INSIDIARI SOLET)

1. I. "Y dijo Caín a Abel, su hermano: 'Vayamos al llano'. Y sucedió que hallándose ellos en el llano, alzóse Caín contra su hermano Abel y lo mató." (Gen. IV, 8.) Tal es lo que Caín desea: llevar a Abel mediante una provocación a una controversia y por medio de sofismas con apariencias de probabilidad y verdad llegar a dominarlo a viva fuerza. En efecto, extra-yendo de lo que aparece claro conclusiones relativas a lo que resulta obscuro, decimos que el llano hacia el que lo cita para el encuentro es representación de una disputa y combate encar-nizado.

2. Vemos, ciertamente, que los más de los encuentros en la guerra y en la paz tienen lugar en sitios llanos. En la paz cuantos contienden en los certámenes atléticos se lanzan al encuentro unos de otros en estadios y llanos espaciosos; en la guerra no es costumbre librar batallas de infantería y caballería en alturas, ya que mayores serían los daños resultantes de lo desfavorable de los terrenos que aquellos que se infirieren recíprocamente los enemigos.

3. II. La mejor prueba es que el que busca laboriosamente el saber, al enfrentarse con la condición contraria, es decir, la ignorancia, es presentado en un llano cuando guía, por así decir, el rebaño de los poderes irracionales del alma mediante reprensiones y correcciones. En efecto, "Jacob llamó a Lía y a Raquel,. y las envió hacia el llano donde estaban los rebaños" (Gen. XXXI, 4); con lo que establece claramente que el llano es representación de disputa.

4. ¿Por qué las llama? "Veo", decía, "que el semblante de vuestro padre no es para conmigo como era hasta hace poco tiempo. Mas el Dios de mi padre ha estado conmigo." (Gen. XXXI, 5.) 'Por eso', diría yo, 'Labán no te es favorable; por estar Dios contigo. Es que en el alma en la que se tributa honra a lo exterior y sensible cual si se tratase del mayor bien, en ésa no se encuentra la noble razón. En aquélla, en cambio, en la que Dios transita, no se considera como un bien lo sensible y exterior, a lo que corresponde la concepción y el nombre de Labán.

5. Cuantos se rigen por el principio del gradual progreso según la norma paterna, eligen el llano como lugar apropiado para orientar con renovadas enseñanzas los impulsos irracionales del alma. En efecto, las palabras dirigidas a José son éstas: "¿No están acaso tus hermanos apacentando en Siquem? Ven aquí, que te enviaré a su encuentro". Y él dijo: "Aquí estoy". Y Jacob le habló así: "Pues bien, anda y observa si tus hermanos gozan de buena salud y los ganados están en buen estado, y házmelo saber". Y lo envió desde el valle de Hebrón y él llegó a Siquem. Y un hombre lo halló errante en el llano, y el hombre le preguntó: "¿Qué buscas?" Y él dijo: "Busco a mis hermanos; dime dónde apacientan sus ganados". Díjole entonces el hombre: "Han partido de aquí; les oí decir: 'Marchemos hacia Dotaim'." (Gen. XXXVII, 13 a 17.)

6. III. Pues bien, de lo dicho se desprende claramente que era un llano el lugar donde ejercían la vigilancia de los irracionales poderes que había en ellos. Y por incapaz de soportar la sabiduría paterna, que es tan severa, José es enviado hacia aquéllos para que aprenda a cargo de más benignos instructores lo que debe hacer y lo que le resultará conveniente. Es que la doctrina que sigue es una maraña de elementos dispares, complicada y compleja en sumo grado; razón por la cual dice el legislador que se fabricaba para él una túnica de muchos colores,[1] con lo que demuestra que es el introductor de una doctrina inextricable e irresoluble.

[1] Gen. XXXVII, 3.

7. En efecto, sobre los tres géneros de bienes, a saber: los exteriores, los del cuerpo y los del alma, discierne más como un hombre de estado que. como buscador de la verdad; y, aunque trátase de cosas separadas unas de otras por diferencias totales de naturaleza, él las lleva a un mismo plano y las combina en una sola, pretendiendo demostrar que cada una ha menester de cada una de las otras y todas de todas, y que el complejo resultante de los elementos reunidos es realmente un bien perfecto y completo; en tanto que los ingredientes de los cuales esto ha sido formado son partes o elementos de cosas buenas, mas no bienes perfectos.

8. Dice, en efecto, que, así como ni el fuego, ni la tierra, ni cualquiera otro de los cuatro elementos de los que ha sido construido el universo constituye el mundo, pero sí lo constituye la reunión y mezcla de dichos elementos en un todo; de la misma manera no se halla que la felicidad se dé particularmente ni en las cosas exteriores ni en las del cuerpo ni en las del alma tomadas separadamente (cada una de ellas tiene, efectivamente, el carácter de elemento o parte), sino en el agregado de todas ellas.

9. IV. Es, pues, enviado para ser instruido en una doctrina distinta de ésta hacia hombres que consideran que sólo lo moralmente hermoso es bueno[2] y que lo moralmente hermoso es algo propio del alma como alma; y están convencidos de que las ventajas del mundo exterior y del cuerpo son bienes sólo de nombre, no de verdad. En efecto, Jacob le dice: "Mira, tus hermanos apacientan sus ganados" y gobiernan cada uno los elementos irracionales que hay en ellos, es decir, "en Siquem". (Gen. XXXVII, 13.) "Siquem" significa hombro, que es símbolo del trabajo paciente; y los amantes de la virtud llevan, efectivamente sobre sí una carga enorme, consistente en su resistencia al cuerpo y al placer corpóreo así como a las cosas exteriores y a los deleites que de ellas proceden.

[2] De conformidad con la doctrina estoica según la cual la belleza moral y el bien son una misma cosa. Ver Sobre la posteridad de Caín 133.

10. "Ven aquí, que te enviaré a su encuentro" (Gen. XXXVII, 13); vale decir: 'Acepta el llamado, y aproxímate llevando en tu entendimiento un espontáneo anhelo de instruirte en verdades superiores. Hasta el presente finges como si hubieras recibido la verdadera educación, ya que, aunque aún no has reconocido en tu fuero íntimo tal cosa, dices estar presto a ser objeto de una mejor enseñanza cuando dices: "Aquí estoy". Esto me hace pensar que estás más bien probando tu propia irreflexión y negligencia que manifestando solicitud por aprender. La prueba es que no pasará mucho tiempo sin que el verdadero hombre te encuentre errante en el camino,[3] siendo así que, si hubieras marchado con sana resolución hacia la ejercitación, no hubieras andado a la deriva.

[3] Gen. XXXVII, 15.

11. Y por cierto, las palabras con que tu padre te estimula no implican compulsión alguna, con el objeto de que sean tu espontánea diligencia y tu propia voluntad quienes te impusen a aplicarte a las prácticas más elevadas. Te dice, en efecto: "Anda y observa", es decir: 'Contempla, observa y considera el asunto con toda exactitud'. Preciso es, en efecto, que conozcas en primer lugar aquello sobre lo que habrás de esforzarte, y acto seguido entonces te apliques a la atención de ello.

12. Mas, cuando lo hubieres supervisado y abarcado con la mirada totalmente y en todas sus partes, examina además si aquellos que ya se han aplicado y han llegado a la plena consagración de ello, al hacer tal cosa "gozan de buena salud" (Gen. XXXVII, 14) y no des-

varían, como suponen los amantes del placer en medio de sus maledicencias y burlas contra ellos. Y no tengas por confirmados ni tu visión del asunto ni tu dictamen acerca de la salud de los que practican esta disciplina, hasta que lo "hayas hecho saber" (Gen. XXXVII, 14) a tu padre dándole noticia de ello. Porque los juicios de los recién iniciados en el aprendizaje son inconstantes e inestables; en tanto que los de aquellos que han hecho ya progresos son seguros, y solo apoyándose en ellos pueden los primeros adquirir solidez.

13. V. Si de esta manera buscares, oh inteligencia, las revelaciones de las palabras de Dios, por una parte, y de las leyes dictadas por hombres amados de Dios, por otra; ello te preservará contra cualquier aceptación de lo bajo y de lo indigno de la jerarquía de aquéllos. Porque este mismo relato del que nos ocupamos en estos momentos, ¿cómo podría admitirlo literalmente una persona en sus cabales? ¿No repugna acaso el buen sentido que Jacob, dueño, como era, de una riqueza propia de un rey, experimentara una escasez tal de servidores, que se viera precisado a enviar a uno de sus hijos a tierra extraña a traer informes sobre la salud de los otros hijos, así como sobre el estado de los ganados?

14. Su abuelo, aparte de la multitud de prisioneros de guerra que llevó tras derrotar a nueve reyes, poseía más de trescientos siervos nacidos en sus moradas. Y e ninguna manera hallábase mermado el patrimonio; por el contrario, con el transcurrir del tiempo todo sin excepción había ido acreciendo. Por lo tanto, pues disponía de servidumbre numerosa, no tendría Jacob por cosa conveniente enviar a un hijo, al que amaba especialmente, con un encargo que cualquiera de los menos listos de sus siervos hubiera podido llevar a buen término sin dificultad.

15. VI. Ves además que, como dato adicional, registra Moisés el nombre de la región desde donde Jacob lo envió, con lo cual invita casi abiertamente a renunciar a una interpretación literal. Dice, en efecto: "Desde el valle de Hebrón." (Gen. XXXVII, 14.) Ahora bien, Hebrón, es decir "unión" y "camaradería", designa simbólicamente a nuestro cuerpo, por cuanto éste se une al alma y ha establecido una especie de camaradería y amistad con ella. Los valles de él están constituidos por los órganos de los sentidos, que son grandes receptáculos de cuantos objetos sensibles hay en el exterior, objetos que derramando sus incontables cualidades y vertiéndolas en la inteligencia a través de los receptáculos inundan y sumergen totalmente a ésta.

16. Por ello en la ley relativa a la lepra está claramente señalado que, cuando en una casa aparecieren cavidades verduscas y rojizas, se remuevan las piedras en que aparecieren y se coloquen otras en su lugar,[4] es decir, que, cuando diversas cualidades, productos de los placeres, los deseos y sus parientes las pasiones, oprimiendo y abrumando al alma toda la ahuecan y disminuyen su nivel, débense remover los principios causantes de su dolencia e introducir en su lugar los principios saludables mediante la guía de la ley o también por obra de una correcta educación.

[4] Lev. XIV, 37 y ss.

17. VII. Viendo, pues, que José ha penetrado completamente en las cavidades del cuerpo y de los sentidos, invítalo Jacob a que, saliendo libre fuera de las madrigueras de éstos, se nutra del espíritu de fortaleza mediante la frecuentación de la compañía de aquellos que ejercitáronse antes en ella y son ahora maestros. Mas, aunque él piensa que ha realizado un avance, es hallado errante. En efecto, dice el legislador que "errante en el llano lo encontró un hombre" (Gen. XXXVII, 15); con lo que demuestra que el trabajo solo no es bueno, y que para serlo ha de ir acompañado por la habilidad.

18. Es que, así como resulta conveniente que cada arte sea cultivado con la calidad requerida y que no se cultive la música sin musicalidad, la gramática violando la gramática, y, en general, un arte sin arte o con arte grosero; del mismo modo no es el caso de cultivar la prudencia con malicia, la templanza por avaricia o ruindad, la fortaleza con temeridad, la piedad envuelta en supersticiones ni cualquier otro conocimiento conforme a la virtud sin verdadero conocimiento; pues toda práctica en estas condiciones constituye, lo reconocen todos, un camino impracticable. Por eso se ha establecido una ley que dice: "Sigue lo justo por vías justas" (Deut. XVI, 20); para que persigamos la justicia y toda otra virtud mediante las obras que guardan parentesco con ellas y no mediante las que les son contrarias.

19. Si, pues, vieres a alguien que no toma alimento o bebida cuando corresponde o rehúsa bañarse y untarse o descuida los vestidos que lo cubren o tiene el hábito de acostarse en el suelo y a la intemperie, y que con tales prácticas finge cultivar la templanza, compadécete de su extravío y muéstrale el verdadero camino de la templanza. Cuanto ha practicado no es otra cosa que un conjunto de trabajos infructuosos e interminables, que postran al alma y al cuerpo por el hambre y con otros malos tratos.

20. Puede alguien mediante aspersiones y purificaciones manchar su inteligencia mientras limpia su cuerpo; puede también gracias a su riqueza sobreabundante fundar un templo con esplendidez suma en sus expensas y gastos u ofrecer hecatombes o no cesar de sacrificar bueyes o adornar el templo con valiosas ofrendas empleando en ellas abundantes materiales y labores artísticas más estimables que el oro; no obstante ello no será registrado entre los hombres piadosos.

21. Es que también éste anda extraviado del camino que conduce a la piedad, puesto que cree que ésta consiste en ritos antes que en santidad, y ofrece dones al Incorruptible, que jamás aceptará tales cosas, adula al que no puede ser adulado, al que acoge complacido las demostraciones legítimas pero rechaza las bastardas. Y legítimas son las del alma que ofrece como simple y único sacrificio la verdad; bastardas son, en cambio, todas aquellas meras demostraciones mediante abundantes cosas exteriores.

22. VIII. Algunos sostienen que el nombre correspondiente al hombre que encontró a José errante por el llano no está mencionado.[5] En cierto modo también ellos son extraviados por su incapacidad para ver claramente el recto rumbo de las cosas. En efecto, si no tuvieran embotada la mirada del alma, hubieran conocido que este mismo nombre de "hombre" es el más apropiado y acertado para designar al hombre de verdad, el título más indicado para una inteligencia provista de expresión articulada y de razón.

[5] Gen. XXXVII, 15.

23. Este "hombre", que habita en el alma de cada uno de nosotros, unas veces aparece como gobernante y rey, otras como juez y arbitro de las controversias propias de la vida, pero otras, asumiendo el papel de testigo y acusador, nos convence desde dentro sin dejarse ver y sin permitirnos abrir la boca, asiendo y reteniendo la lengua con las riendas de la conciencia, modera su. presuntuosa y rebelde carrera.

24. Este demandante preguntó al alma, cuando vio su extravío: "¿Qué buscas?" (Gen. XXXVII, 15) '¿Acaso la prudencia? ¿Por qué, entonces, marchas tras la malicia? ¿O la templanza? Pero es que este sendero lleva a la ruindad. ¿La fortaleza, acaso? La temeridad es lo que se alcanza de este modo. ¿Es la piedad lo que persigues? Este camino, sin embargo, es

el de la superstición.'

25. Y, si el alma afirmare que busca los principios del saber y los ama como a los hermanos más próximos de su familia, no le creamos en absoluto. En efecto, no preguntaría ella: "¿Dónde apacientan?" (Gen. XXXVII, 15), sino '¿Dónde cuidan?'; porque los que apacientan proveen de toda clase de objetos sensibles en calidad de alimento al irracional e insaciable rebaño de los sentidos, un alimento por el que perdemos el control de nosotros mismos y nos sumimos en la desdicha; en tanto que los que cuidan, dueños, como son, del poder de gobernantes y guías, domestican, reprimiendo la vehemencia de los deseos, aquello que se ha tornado salvaje.

26. Por lo tanto, si buscara a los que realmente se ejercitan en la virtud, los hubiera buscado entre reyes y no entre coperos, panaderos y cocineros. Porque éstos preparan cuanto procura placer; aquéllos, en cambio, controlan a los placeres.

27. IX. Por lo cual responde acertadamente nuestro hombre al ver su engaño: "Han partido de aquí." (Gen. XXXVII, 17.) Refiérense a la masa corporal, señalando que todos aquellos que trabajan con tenacidad en procura de la virtud, alejados ya de la región terrena están resueltos a ocuparse de las cosas celestes sin llevar consigo ninguna flojedad corporal. Dice el hombre, en efecto, haber oído decir a aquéllos: "Marchemos a Dotaim" (Gen. XXXVII, 17), nombre que significa "abandono suficiente"; por lo que sus palabras atestiguan que no a medias sino en el más alto grado habíanse aplicado al retiro y abandono de las cosas que no contribuyen al logro de la virtud. A lo mismo aluden las palabras: "Sara había ya cesado de experimentar las reglas de las mujeres." (Gen. XVIII, 11.)

28. Las pasiones son femeninas por naturaleza y hemos de abocarnos a su abandono de acuerdo con los masculinos rasgos de las nobles afecciones.
Pues bien, "en un llano", es decir, en una disputa verbal, es hallado errante José, el introductor de una doctrina sutil, útil más para la política que para la verdad.

29. Entre los que luchan en los certámenes hay algunos que a causa del buen estado de su cuerpo, y al desistir por eso mismo sus opositores de pelear, han sido coronados sin haber peleado, obteniendo el trofeo de su fuerza incomparable sin haber hecho otra cosa sino frotarse con polvo para la lucha. Provisto de una fuerza como ésa en su inteligencia, la parte más divina de nuestro ser, Isaac "marcha hacia el llano" (Gen. XXIV, 63); no para enfrentar a alguien, ya que todos sus antagonistas sentíanse acobardados ante la grandeza y superioridad de cada uno de los rasgos de su naturaleza, sino queriendo solamente estar sin más compañía que Dios, el compañero de viaje y el guía de su camino y de su alma, y conversar a solas con Él.

30. Clarísimo testimonio de que no era mortal el que conversaba con Isaac es éste: Rebeca, la perseverancia, al no ver más que una persona, y recibir la impresión de una sola, preguntará al siervo: "¿Quién es ese hombre que viene a nuestro encuentro?" (Gen. XXIV, 65.) Es que el alma que persevera en los nobles propósitos es capaz de aprehender el saber adquirido sin estudio, que es lo que significa el nombre Isaac; mas no puede aún ver a Dios, el Soberano del saber.

31. Por esta razón el siervo, confirmando la impotencia de ella para captar al Invisible, al que conversa sin ser visto, dice: "Éste es mi señor" (Gen. XXIV, 65), refiriéndose en su indicación solamente a Isaac. No es, en efecto, razonable que, si hubieran sido dos los que se veían,

señalara a uno solo; pero ocurre que no había visto al Que no es posible señalar por ser invisible para todos los que se hallan todavía en las etapas intermedias.

32. X. Pues bien, creo que queda suficientemente demostrado que el llano hacia el que Caín invita a ir a Abel es símbolo de contienda y combate. En lo que sigue hemos de tratar de indagar sobre qué puntos versan sus investigaciones una vez que han marchado. ¿No está claro que sobre sus respectivos puntos de vista opuestos y en pugna? En efecto, Abel, que todas las cosas las refiere a Dios, encarna una doctrina amante de Dios; en tanto que Caín, que todo lo refiere a sí mismo, acorde con su nombre, que significa "posesión", es una doctrina amante de sí misma. Los amantes de sí mismos, cuando, una vez frotados con el polvo para la lucha, están prestos para enfrentar a los que honran a la virtud, combaten[6] sin cesar, hasta que han forzado a sus oponentes a ceder o los han destrozado completamente.

[6] Literalmente: "luchan en el pancracio". Esta competencia comprendía un encuentro de pugilato y otro de la llamada lucha greco-romana.

33. En efecto, en sus planteos no dejan, como se dice, piedra sin mover. ¿'No es, dicen el cuerpo la casa del alma'? ¿Por qué, entonces, no habremos de ocuparnos de la casa para evitar que se convierta en ruinas? ¿No son los ojos, los oídos y el conjunto de los demás sentidos algo así como la guardia personal y los amigos del alma? ¿No es, entonces, preciso estimarlos en la misma medida que a nosotros mismos? Y los placeres, los goces y los deleites que alcanzamos a través de toda la vida, ¿los ha creado la naturaleza para los ya muertos y para los que no han nacido jamás, y no para los que viven? ¿Qué es, entonces, lo que nos mueve a no aspirar a la riqueza, a la gloria, a los honores, a las dignidades y a las demás cosas de este orden, mediante las que se alcanza no sólo a vivir con seguridad sino también con felicidad?

34. La vida de estas dos clases de hombres es un testimonio de la verdad de lo que decimos. En efecto, los llamados amantes de la virtud son casi sin excepción gente de clase modesta, mirados con desprecio, humildes, carentes de las cosas necesarias, menos honrados que los mismos sometidos y esclavos, sucios, pálidos, esqueléticos, con el espectro del hambre a causa de su privación de alimentos, fáciles presas de enfermedades y siempre al borde de la muerte. Los que se preocupan por sí mismos, en cambio, son famosos, ricos, poderosos, aplaudidos, agasajados, sanos, corpulentos, robustos, de vida muelle y enervante, desconocedores del esfuerzo, y viven rodeados de los placeres que a través de los sentidos procuren las dulzuras de la vida al alma abierta para todas ellas.

35. XI. Cuando hubieron recorrido con su argumentación un dólico[7] de tal especie aparecieron como vencedores de los no experimentados en argucias sofísticas. La causa de la victoria, sin embargo, no residía en la fuerza de los vencedores sino en la debilidad de sus oponentes en esta clase de asuntos. En efecto, de los que se aplican a alcanzar la virtud, unos, habiendo llegado al grado de practicantes de obras dignas de aprobación, sólo en su alma atesoraron el bien, sin percatarse, ni siquiera en sueños, de las sutilezas verbales; otros alcanzaron ambas ventajas: su inteligencia se fortificó al máximo con el buen consejo y las buenas obras y sus palabras adquirieron vigor mediante el arte de la elocuencia.

[7] Dólico o estadio largo, equivalente a 24 estadios; extensión de la carrera más larga de las que se disputaban en los certámenes atléticos. La expresión significa aquí algo así como "cuando hubieron argumentado largo y tendido en semejantes términos".

36. Ahora bien, es conveniente que sean éstos los que salgan a librar las contiendas que deleitan a algunos, por cuanto están provistos de todo lo necesario para enfrentar en cualquier momento al enemigo; para los primeros, en cambio, no existe seguridad alguna. ¿Quiénes, en

efecto, estando desarmados, podrían enfrentar en igualdad de fuerza a hombres armados, en un combate que aun para los bien pertrechados resultaría desigual?

37. Pues bien, Abel no había aprendido el arte de la elocuencia y sólo con la inteligencia conocía lo noble. Por eso debió haber rehusado el encuentro en el llano, y no haber hecho caso de la propuesta del mal intencionado. Es preferible, en efecto, el retroceso a la derrota. A este retroceso los enemigos lo llaman cobardía; los amigos, precaución. Y puesto que los amigos no mienten, hemos de dar fe a ellos antes que a los mal intencionados.

38. XII. ¿No ves que Moisés a los sofistas que había en Egipto, vale decir, en el cuerpo, a los que llama brujos porque en cierto modo las buenas costumbres son sometidas a brujerías y arruinadas mediante los artificios y engaños de los sofismas, los trata. de evitar alegando que él no es elocuente,[8] lo que equivale a decir que no está naturalmente dotado para la oratoria, arte de exponer con brillo las conjeturas probables y verosímiles; y aseverando más adelante que no sólo no es elocuente sino además completamente mudo? [9] Pero mudo, no en el sentido con que aplicamos el término a los animales irracionales sino como lo atribuimos al que, no considerando justo echar mano a la palabra pronunciada a través del órgano del habla, se limita a estampar e imprimir en su inteligencia las normas de la verdadera sabiduría, que es la antítesis de la falsa sofística.

[8] Ex. IV, 10.

[9] Ex. VI, 12.

39. Y no se pondrá en marcha hacia Egipto ni entrará en pugna con los sofistas hasta ser ejercitado intensamente en la palabra oral. Dios le mostró y perfeccionó todas las cualidades que son esenciales en la expresión del pensamiento, eligiendo para ello a Aarón, hermano de Moisés, a quien éste acostumbra a llamar su "boca", su "portavoz" y su "profeta". (Ex. IV, 16; VII, 1.)

40. Todos estos títulos corresponden, en efecto, a la palabra, la que es hermana de la inteligencia; porque la inteligencia es la fuente de las palabras, y la palabra es la boca de aquélla, porque todos los pensamientos, como corrientes de agua provenientes de una fuente, manando a través de la palabra derrámase hacia donde son captados, y ésta es la encargada de exponer cuanto la inteligencia ha deliberado en su propio recinto de deliberaciones. Pero, además, la palabra es el profeta e intérprete de los oráculos que la inteligencia no cesa de emitir desde lo recóndito e invisible.

41. XII. Ésta es la manera adecuada de enfrentar a los que disputan acerca de estas doctrinas. Ejercitados en las formas de expresión ya no cederemos por inexperiencia en las artimañas sofísticas; antes bien, irguiéndonos y sosteniéndonos firmes, nos libraremos fácilmente de los hábiles lazos verbales de ellos. Éstos, después de ser puestos al descubierto una vez, aparecerán exhibiendo una fuerza que podrá servir para encuentros simulados pero no para combates de veras. En efecto, se trata de pugilistas que ganan fama mediante simulados combates entre ellos, pero adquieren pésimo renombre cuando se aventuran a una verdadera confrontación.

42. Pues bien, sí alguien, aunque tenga adornada su alma con todas las virtudes, no se ha puesto práctico en los recursos retóricos, si se mantiene callado hallará seguridad, ventaja exenta de riesgo; mas, si, como Abel, acude a la sutil disputa sucumbirá antes de lograr hacer pie firme.

43. Es que, así como en la medicina hay quienes saben curar casi todas las dolencias, enfermedades y debilidades sin ser por ello capaces de dar explicación, ni verdadera ni verosímil, sobre ninguna de ellas; y otros, al revés, siendo expertos en lo concerniente a las explicaciones teóricas y excelentes intérpretes de los síntomas, causas y tratamientos, asunto propio de la ciencia, resultan sumamente torpes en el cuidado de los cuerpos enfermos, e incapaces de procurarles ni aun la menor contribución a su curación; así también quienes se entregaron al logro de la sabiduría mediante las obras, olvidaron a menudo la manera de expresarla; en tanto que otros, instruidos a fondo en el arte de la palabra, ninguna enseñanza noble atesoraron en su alma.

44. No debemos, por lo tanto, sorprendernos de que estos últimos se atrevan a hacer gala de una lengua sin freno y plena de audacia, ya que no hacen sino poner de manifiesto la falta de sensatez que han cultivado desde un principio. A aquellos, en cambio, que, cual médicos, han sido instruidos en la parte concerniente a la cura de enfermedades y plagas del alma, conviéneles aguardar hasta que Dios les provea del mejor intérprete, vertiendo a modo de lluvia y haciéndoles visibles las fuentes de la expresión oral.

45. XIV. Hubiera sido, pues, conveniente que Abel, dando prueba de buen sentido, virtud salvadora, hubiera permanecido en la casa desechando la invitación para aquel enfrentamiento y enconada disputa, imitando con ello a Rebeca, la perseverancia, la que, ante la amenaza de Esaú, el cofrade del vicio, de dar muerte a Jacob, el practicante de la virtud, aconseja a éste, cuando está a punto de ser objeto de las maquinaciones de aquél, alejarse hasta que el cruel frenesí del mismo se apacigüe.

46. Es, en efecto, insoportable la amenaza que formula contra su hermano cuando afirma: "Acerqúense los días de duelo de mi padre para que pueda yo matar a mi hermano Jacob" (XXVII, 41); puesto que suplica que Isaac, el único ejemplo de creatura libre de pasiones, al que es revelado el Divino mandato de "no bajar hacia Egipto" (Gen. XXVI, 2), ajuste su conducta a los dictados de la irracional pasión, para que, según pienso yo, resulte herido por los aguijones del placer, de la pena o de alguna otra pasión. Con ello busca mostrar que el hombre que está aún lejos de la perfección y realiza progresos a fuerza de mucho trabajo puede no sólo ser herido sino destruido completamente. Mas Dios, que es bondadoso, ni permitirá que la representación de la estirpe invulnerable sea presa de la pasión, ni pondrá la ejercitación en la virtud en manos de un asesino demente para que éste la aniquile.[10]

[10] Es decir, no permitirá ni que Isaac, el perfecto, claudique ante la pasión ni que Jacob, el que progresa, perezca ante ella.

47. Y así, aunque la afirmación que sigue: "Alzóse contra Abel, su hermano, y lo mató" (Gen. IV, 8) sugiere al intérprete superficial la idea de que Abel fue aniquilado; una interpretación más cuidadosa permite afirmar que es el mismo Caín quien fue aniquilado por su propia mano. En efecto, debemos entender el pasaje de la siguiente manera: "Alzóse Caín y matóse a sí mismo",[11] no a otro.

[11] Sustituye Filón autón. = lo, al mismo, por heautón = a sí mismo, en el pasaje citado algo más arriba.

48. Y era de suponer que le sucedería tal cosa, puesto que el alma que ha extirpado de sí la doctrina de amor a la virtud y de amor a Dios está muerta para la vida de la virtud. En consecuencia Abel, he aquí lo más paradójico, es, a la vez, aniquilado y vive: es aniquilado en la inteligencia del insensato, pero vive la vida de felicidad en Dios. Testimonio de ello será lo que nos dice la Divina revelación en la que claramente se señala que Abel emplea su "voz", y

"manifiesta a gritos" [12] lo que ha soportado en manos de un familiar malvado. ¿Cómo, en efecto, podría hablar quien ya no existiera?

[12] Gen. IV, 10, donde se lee: "La voz de la sangre de tu hermano está clamando a Mí desde la tierra."

49. XV. Y así es: el hombre sabio, cuando en apariencias ha perdido la vida corruptible, vive en realidad la vida incorruptible; el ruin, en cambio, viviendo la vida del vicio, está muerto para la vida bienaventurada. Tratándose de los seres vivientes y cuerpos en general que se hallan separados entre sí,[13] es posible y fácil que lo activo se dé en unos y lo pasivo en otros. En efecto, cuando un padre castiga a su hijo tratando de corregirlo, o un maestro a su alumno, uno es el que castiga y otro el castigado. Mas cuando se trata de seres o de cuerpos unidos, en aquel donde se halla la actividad hállase también la pasividad y no en diferentes tiempos ni con relación a otra cosa sino al mismo tiempo y con relación al mismo sujeto. Por ejemplo, cuando un atleta se masajea en plan de adiestramiento, es indudable que también él es el masajeado; y si alguien se golpea o hiere a sí mismo, él es el golpeado o herido; y si se mutila o suicida no otro que él es el mutilado o la víctima del suicidio.

[13] Los estoicos clasificaban los cuerpos o cosas materiales en *diestôta* = separadas, como un ejército; *synemména* = conjuntas, como una casa o un barco; y *henoména* = unidas, que constituyen una unidad, como un ser animado.

50. ¿A qué viene lo que digo? A que el alma, no la perteneciente a los seres o cuerpos separados entre sí sino la de los que forman un todo unido debe necesariamente experimentar aquello que parece ejecutar, como ocurre por supuesto, en el caso presente; ya que, creyendo aniquilar la doctrina más amada de Dios, el alma resultó muerta ella misma por su propia mano. Prueba de esto es Lamec, el vástago de la impiedad de Caín, el cual dice a sus mujeres, dos opiniones contrarias a la razón:[14] "He matado a un hombre para herirme y a un joven para magullarme." (Gen. IV, 23.)

51. Es, en efecto, evidente que, si alguien mata al principio de la valentía, se hiere a sí mismo con la enfermedad opuesta, que es la cobardía; y que, si alguien aniquila la fuerza que le ha venido de la práctica de lo noble, se inflige a sí mismo desgracias y grandes ultrajes con no poca vergüenza. Y dice la perseverancia[15] que, si el ejercicio y gradual progreso[18] es aniquilado, pierde no un solo hijo sino también todos los demás, sobreviniéndole una completa privación de hijos.[17]

[14] Ver Sobre la posteridad de Caín 79 y 112. " Rebeca.

[16] Tacob.

[17] Gen. XXVII, 45.

52. XVI. Así como el que daña al hombre virtuoso [18] se inflige, como se ha visto, un castigo a sí mismo, del mismo modo el que reconoce que los mejores merecen las preeminencias alcanza un beneficio, que se dice ser para aquéllos, pero que de hecho es para sí mismo. La naturaleza y las leyes establecidas de conformidad con ella prestan fe a mis afirmaciones. En efecto, directa y claramente está establecido lo siguiente:

"Honra a tu padre y a tu madre, para que el bien sea para ti." (Ex. XX, 12.) No dice: "para los que reciben la honra" sino "para ti". Es que, si brindamos honra a la inteligencia, como al padre de nuestro compuesto ser, y a la sensibilidad, como a su madre, nosotros por nuestra parte seremos bien tratados por ellos.

[18] Personificados en Esaú y Jacob respectivamente.

53. Ahora bien, honrar a la inteligencia consiste en tributarle atenciones mediante cosas

convenientes y no mediante cosas placenteras. Y todo cuanto tiene su origen en la virtud es conveniente. A la sensibilidad, a su vez, se la honra no dejándola lanzarse de un solo impulso hacia las cosas sensibles exteriores, y sujetándola a las riendas de la inteligencia, la que time capacidad para dirigir como un piloto o conductor los irracionales poderes que hay en nosotros.

54. Si, pues, una y otra, la inteligencia y la sensibilidad alcanzaren el honor de que he hablado, forzosamente yo, que me sirvo habitualmente de ambos, resultaré beneficiado. Y, si aplicando estas consideraciones muy lejos de la inteligencia y la sensibilidad, acordares el honor propio de un padre al Creador del mundo, y el propio de una madre a la sabiduría, por cuyo medio llevóse a cabo la creación del universo, tú mismo experimentarás el beneficio. En efecto, ni Dios, que es plenitud, ni el sumo y consumado saber tienen necesidad de cosa alguna, de modo que quien Los sirve beneficia no a los Que reciben el servicio, pues de nada han menester, sino sobre todo a sí mismo.

55. El arte de los preparadores de caballos y el de los criadores de perros, consistentes en los conocimientos relativos a la crianza de caballos el uno y a la crianza de perros el otro, procuran a los animales las cosas útiles que éstos necesitan, y, si no lo proporcionaren, cabría pensar en que existe negligencia. Pero no es lícito decir que la religión, que consiste en el servicio de Dios, tiene por objeto procurar a la Divinidad cosas de que Ésta ha menester. Ella, ciertamente, no recibe utilidad de cosa alguna puesto que nada necesita y nada existe que sea capaz de beneficiar a Quien es superior en todas las cosas. Por el contrario, constante e incesantemente Ella beneficia al universo.

56. Así, pues, cuando decimos que la religión es el servicio de Dios, nos referimos a un servicio tal como el que a sus amos brindan los esclavo? que saben ejecutar con presteza lo que les está mandado. Mas habrá, a su vez, diferencias; porque los amos tienen necesidad de servicio, y Dios no lo necesita; de lo que resulta que aquéllos reciben de sus esclavos servicios que les beneficiarán; en tanto que a Dios nada procurarán los hombres fuera de un espíritu de amor hacia su Señor. Nada, en efecto, hallarán ellos que mejorar, dado que todas las cosas del Señor son excelentes desde un principio; y en cambio, alcanzarán para sí grandes beneficios al dar los pasos necesarios para llegar a ser partícipes de una relación estrecha con Dios.

57. XVII. Creo que lo dicho basta respecto de los que hacen aparentemente el bien o el mal a otros; pues ha venido a quedar en claro que es a sí mismo a quienes hacen una u otra cosa. Investigaremos ahora lo que sigue. Hay una pregunta en estos términos: "¿Dónde está Abel, tu hermano?" (Gen. IV, 9); a la que Caín responde: "No lo sé. ¿Soy acaso custodio de mi hermano?" (Gen. IV, 9.) Pues bien, merece considerarse si en rigor puede aceptarse el aserto de que Dios formula preguntas; porque el que pregunta o averigua, lo hace acerca de lo que ignora, y en procura de una respuesta, por la que vendrá a saber lo que ignora; y para Dios todo es conocido, no solo lo presente y lo pasado sino también lo futuro.

58. ¿Qué necesidad puede, entonces, haber de una respuesta que no ha de proporcionar al que interroga adquisición alguna de conocimiento? Pues bien, hemos de decir que tales expresiones [19] no deben, en el caso de la Causa, ser tomadas al pie de la letra; antes bien, así como es posible decir una mentira sin mentir, así también es posible formular una pregunta o interrogación sin preguntar ni averiguar. ¿Con qué objeto, entonces, se preguntará tal vez alguno se formulan tales preguntas? Pues, para que el alma que habrá de dar la respuesta se convenza por sí misma respecto de las cuestiones sobre las que expone bien o mal, y no por intermedio de otro que se le oponga o adhiera.

[19] Las del pasaje bíblico Gen. IV, 9.

59. Así, cuando Dios preguntó al sabio, me refiero a Abraham, acerca de Sara: "¿Dónde está tu virtud?" (Gen. XVIII, 9), no preguntó porque lo ignorara, sino porque entendía que era necesario que Abraham respondiera para destacar la alabanza que involucraban las palabras del mismo que hablaba. Leemos, en efecto, que dijo: "He aquí que está en la tienda" (Gen. XVIII, 9); vale decir, en el alma. ¿Y qué es lo loable que involucra la respuesta? Pues que dice: 'He aquí que llevo la virtud en mí mismo como un tesoro y ello no basta para hacerme feliz.

60. La felicidad, en efecto, consiste en el ejercicio y goce de la virtud, no solo en su mera posesión, mas yo no podría ejercitarme si Tú no trajeras desde el cielo la simiente y no la tornares fecunda y ella no diere a luz el género de la felicidad, es decir, a Isaac; y no concibo la felicidad sino como el ejercicio de la virtud perfecta a través de una vida perfecta. En consecuencia. Dios, complacido por su elección, concédele que oportunamente alcance a ver cumplido lo que ha pedido.

61. XVIII. A éste, pues, que reconoce que la virtud de por sí, sin la providencia Divina, es insuficiente para alcanzar el bien, la respuesta le trajo aparejada una alabanza. A Caín, en cambio, que asegura no conocer dónde se halla su hermano, alevosamente asesinado por él, la respuesta, consecuentemente, trájole un reproche. Creyó, en efecto, que engañaría al Que lo escuchaba, como si Éste no viera todas las cosas y no estuviera de antemano al tanto del engaño de que él se aprestaba a hacerle objeto. Mas todo el que piense que algo escapa a la mirada de Dios es hombre sin ley y degradado.

62. Además Caín incurre en la insolencia de decir: "¿Acaso soy yo custodio de mi hermano?" (Gen. IV, 9.) 'Pues, sumamente desdichada', díriale yo, 'habría de ser su vida si la naturaleza te hubiera designado guardián y custodio de tan gran bien, ¿O no ves que el legislador confía el cuidado y la custodia de las cosas santas, no al primero que se presenta, sino a los levitas, que son espíritus totalmente consagrados a Dios? La tierra, el agua, el aire y aun el cielo y el mundo todos fueron considerados heredad indigna de ellos; solo fue juzgado apropiado para ellos el Creador, en Quien habíanse refugiado en actitud de súplica genuina, convirtiéndose en servidores de Él, y haciendo patente su amor hacia su Señor mediante el ininterrumpido servicio y la incansable custodia de cuanto les está confiado.

63. XIX. Y no a todos los suplicantes les cupo convertirse en custodios de las cosas sagradas sino sólo a los que habían obtenido en suerte el número cincuenta, número que anuncia la desvinculación,[20] la liberación completa y el retorno hacia las pasadas situaciones'. Dice, en efecto, la escritura: "Esto es lo que concierne a los levitas: desde los veinticinco años entrará el levita en el servicio activo del tabernáculo del testimonio, y desde los cincuenta cesará en su ministerio y no ejercerá en adelante más sino será ministro su hermano. Estará a cargo de la custodia, mas no desempeñará funciones." (Núm. VIII, 24 a 26.)
[20] Ver Sobre los sacrificios 122.

64. Luego, puesto que el número cincuenta es perfecto,[21] y veinticinco es su mitad; y, como dijo uno de los antiguos, el principio es la mitad del todo, confía el legislador al que es la mitad de perfecto poner en práctica y realizar las santas acciones, mostrando su acatamiento a través de las obras; y al que es perfecto ya no le encarga el trabajo sino custodiar cuanto mediante el cuidado y el esfuerzo hubiere adquirido. Líbreme yo, en efecto, de aplicar mis esfuerzos a obtener cosas de las que luego no habré de ser el guardián.

[21] Filón no especifica ni aquí ni en otra parte alguna las razones para considerar perfecto al número cincuenta.

65. Así pues, mientras la práctica es un estado intermedio, no la perfección, puesto que se da en las almas no perfectas aún sino empeñadas en alcanzar la cumbre; la custodia, en cambio, es algo completo, consistente en entregar a la memoria los principios de las cosas sagradas adquiridas mediante la práctica, es decir, confiar el hermoso depósito del saber a una fiel guardiana,[22] la única que hace caso omiso de las múltiples y diestras redes del olvido. "Guardián", pues, es el nombre apropiado y saludable del hombre que recuerda todo lo que ha aprendido.
[22] Ver Interpretación alegórica I, 54 y ss.

66. En la etapa anterior, cuando se ejercitaba, éste era un discípulo bajo la guía de un maestro; pero, cuando llegó a ser capaz de custodiar, obtuvo la jerarquía y cargo de maestro, y eligió para los servicios subalternos de la enseñanza a su hermano, es decir, al logos pronunciado.[23] Leemos, en efecto, que "su hermano será ministro". (Núm. VIII, 26.) En consecuencia, la inteligencia del hombre de bien será la guardiana y administradora de las doctrinas de la virtud; mientras su hermano, la expresión oral, tendrá a su cargo la atención de los que persiguen la educación, a los que expondrá las doctrinas y principios del saber.
[23] Ver Sobre los querubines, nota 8.

67. He ahí por qué Moisés en sus bendiciones a Leví tras expresar muchas y asombrosas alabanzas concluye diciendo: "Él ha guardado Tus oráculos y ha observado Tu pacto"; y a continuación agrega: "Enseñarán Tus juicios a Jacob y Tu ley a Israel." (Deut. XXXIII, 9 y 10.)

68. Establece, pues, expresamente que el hombre virtuoso es el custodio de las palabras y del pacto de Dios; y además deja claramente sentado que es el mejor intérprete y maestro de Sus justas decisiones y leyes. La interpretación, en efecto, es una operación propia del órgano del habla, el que está emparentado estrechamente con ella; y la custodia, una función concerniente a la inteligencia, la que, creada por la naturaleza como un vasto depósito, contiene cómodamente las nociones de todas las sustancias y hechos. Ventajoso ciertamente hubiera sido aun para Caín, el amante de sí mismo, velar por Abel; puesto que, si hubiera sido custodio de éste, hubiera participado de una vida mixta e intermedia y no se hubiera saturado de vicio neto y sin mezcla.

69. XX. "Y dijo Dios: '¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama hasta Mí desde la tierra'." (Gen. IV, 10.) Las palabras "¿Qué has hecho?" expresan tanto la indignación por un acto ilícito como una burla hacia el hombre que cree que ha matado a traición. La indignación se produce ante la intención del autor del hecho, puesto que su propósito era destruir lo noble. La burla obedece a que éste cree que la trampa tendida ha sido contra alguien mejor que él, cuando en realidad ha atentado más contra sí mismo que contra su hermano.

70. Porque, como decía más arriba, el que parece estar muerto vive, puesto que aparece suplicando y haciendo oír su voz a Dios; en tanto que el que se supone que sobrevive está muerto con la muerte del alma, separado de la virtud, sin la cual no vale la pena vivir. De modo que la expresión "¿Qué has hecho?" equivale a 'Nada has hecho, nada has llevado a cabo'.

71. Ni tampoco, por cierto, logró su propósito, el sofista Balaam, vana turba de opiniones

discordantes y encontradas, cuando pretendió maldecir y dañar al hombre de bien; ya que Dios trocó sus maldiciones en bendición,[24] a fin de poner al descubierto la maldad del injusto, y al mismo tiempo, manifestar Su propio amor a la virtud.
[24] Núm. XXIII, 8.

72. XXI. Está en la naturaleza de los sofistas el disponer de sus poderes de manera encontrada, contradiciendo sus palabras a sus concepciones; y sus reflexiones a sus palabras, sin que haya acuerdo en punto alguno absolutamente. Fatigan nuestros oídos demostrándonos que la justicia tiene un valor social, que la prudencia es conveniente, que la templanza es cosa excelente, que la piedad es beneficiosa en sumo grado, y que las demás virtudes son sumamente saludables y salvadoras, y exponiendo paralelamente con lujo de detalles lo insociable de la injusticia, lo nocivo de la intemperancia, lo horrible de la impiedad y el enorme daño que ocasionan los otros vicios.

73. Y sin embargo, no cesan de pensar lo contrario de lo que dicen; y, cuando elevan loas a la prudencia, la templanza, la justicia y la piedad, entonces es cuando se los descubre más insensatos, inmoderados, injustos e impíos, perturbando y echando por tierra todas, podríamos decir, las leyes Divinas y humanas.

74. A éstos podría decírseles con razón lo mismo que la sagrada palabra preguntaba a Caín. ¿Qué habéis hecho? ¿Qué bien os habéis procurado? ¿Qué han aprovechado a vuestras almas tantos discursos acerca de la virtud? ¿Qué parte pequeña o grande de vuestras vidas habéis mejorado? ¿O qué? ¿No habéis, por el contrario, dado motivo para verdaderas acusaciones contra vosotros mismos; puesto que, mientras resultáis los mejores intérpretes, si se trata de sostener las nobles doctrinas y de fundamentarlas de palabra, se os sorprende siempre bien dispuestos y complacientes para con las cosas más ruines? ¿No ha muerto acaso en vuestras almas lo noble, y se ha encendido el fuego de lo ruin? Por ello ninguno de vosotros sobrevive.

75. Así como, al morir algún músico o algún gramático, la música o las nociones gramaticales que poseían perece juntamente con ellos, mas las formas ejemplares de aquéllas subsisten, y en cierto modo su vida es tan larga como el mundo mismo, y a ellas han de ajustarse los músicos y los gramáticos de hoy y del futuro en las sucesivas generaciones para siempre; así también, si la prudencia, la templanza, la fortaleza y la justicia, en una palabra, la sabiduría que alguien posee pareciere, no por ello estarán menos impresas en la naturaleza inmortal del universo la prudencia que no conoce fin y cada una de las otras imperecederas virtudes, conforme a las cuales hay actualmente hombres superiores, y los habrá en adelante.

76. A no ser que vayamos a afirmar que la muerte de determinado hombre particular produce la destrucción de la humanidad. Si esta humanidad es un género, una forma ejemplar, un concepto o como deba llamársele es cosa que sabrán los que se ocupan de indagar acerca de la exactitud de los nombres. Muchas veces, después de haber marcado un solo sello innumerables sustancias y habiéndose a veces reducido a nada todas las impresiones a la par de las mismas sustancias, él se conserva intacto sin haber experimentado en su propia naturaleza daño alguno.

77. Siendo así, ¿no creemos que las virtudes, aunque todos los caracteres que ellas han estampado en las almas de aquellos que las han practicado se anulasen como consecuencia de una conducta perversa o por cualquier otro motivo, conservarán eternamente su intangible e incorruptible naturaleza? Los profanos en educación, al no percibir las diferencias ni entre las totalidades y las partes ni entre los géneros y las especies, ni el hecho de que cosas distintas

suelen llevar el mismo nombre, mezclan y confunden completamente todas las cosas.

78. Aprenda, por lo tanto, todo amante de sí mismo, cuyo epónimo es Caín, que aquel que él ha matado es el homónimo de Abel, la especie, la parte, la impresión estampada que lo representa; no el arquetipo, el género, la forma ejemplar, que él supone que ha perecido junto con los seres vivientes, no obstante tratarse de algo imperecedero. Bien está, entonces, que alguien le diga en tono de vituperio y burla: '¿Qué has hecho, desventurado? ¿Acaso no está viva junto a Dios la doctrina del amor a Él, que tú crees haber aniquilado? Es de ti mismo de quien te has convertido en asesino al aniquilar arteramente lo único que podía hacerte capaz de vivir una vida irreprochable.'

79. XXII. Las palabras que siguen son excelentes en grado sumo no sólo en cuanto a la belleza de la expresión sino en cuanto a los pensamientos que nos descubre. Dicen así: "La voz de la sangre de tu hermano clama hasta Mí desde la tierra." (Gen. IV, 10.) La excelente factura de la frase resulta patente para todos los que no sean profanos en el arte de la palabra; en cuanto a los pensamientos que ella pone de manifiesto, los examinaremos en la medida de nuestra capacidad, comenzando por "la sangre".

80. En muchos pasajes de su legislación Moisés manifiesta que la sangre es la esencia del alma. Así, dice categóricamente que "el alma de toda carne es la sangre". (Lev. XVII, 11.) Sin embargo, cuando por vez primera, después de haber creado el cielo, la tierra y lo que hay entre ambos, el Modelador de los seres vivos creó al hombre, dice Moisés que "sopló en su rostro el aliento de la vida y el hombre se convirtió en alma viviente" (Gen. II, 7); con lo que, contrariamente a lo anteriormente afirmado, establece que la esencia del alma es el aliento.

81. Nótese que es norma de Moisés tener invariablemente presente siempre los principios sentados desde el comienzo, y considerar que las afirmaciones que siguen y se relacionan con las anteriores deben estar acordes con ellas. Por lo tanto, no diría que la esencia del alma es el aliento después de haber afirmado que lo era una sustancia diferente, la sangre, a menos que se estuviera refiriendo a alguno de los más necesarios y universales principios.

82. ¿Qué hemos, pues, de decir? Sucede que cada uno de nosotros según un primer análisis es doble: un animal y un hombre; y a cada uno de éstos le ha sido asignada una facultad, que le es connatural, de las propias del alma: al primero, la vital, en virtud de la cual vivimos; al segundo, la racional, por la que somos seres racionales. De la facultad vital participan también las creaturas irracionales; de la racional Dios es, no partícipe ciertamente, sino su origen, la fuente de la razón más antigua.[25]
[25] O de la razón arquetipo, que es el logos de Dios.

83. XXIII. Pues bien, a la facultad que es común a nosotros y a las creaturas irracionales cúpole la sangre como esencia; en cambio, a la facultad que emana de la Fuente de la razón cúpole como esencia el aliento; no el aire móvil, sino cierta impresión y huella del Divino poder, al que Moisés con apropiado nombre denomina "imagen", poniendo de manifiesto que el arquetipo de la naturaleza racional es Dios, en tanto que el hombre es imitación y copia; no me refiero a la creatura animada de doble naturaleza, sino a la más noble forma del alma, cuyo nombre es inteligencia y razón.

84. Por eso. dice que la sangre es el alma de la carne; porque sabe que la naturaleza de la carne no tiene asignada parte alguna en la inteligencia, sino participa de la vida tal como participa todo nuestro cuerpo, y llama, en cambio, aliento el alma del hombre, empleando el

término "hombre", no para designar el ser compuesto, como he dicho, sino aquella creación semejante a Dios, mediante la cual razonamos, cuyas raíces extendió Dios hasta el cielo y suspendió de la altísima bóveda de las llamadas estrellas fijas.[26]

[26] Ver Platón, Timeo 90 a y ss.

85. En efecto. Dios entre los seres terrestres creó sólo un retoño celestial: el hombre; y, mientras que fijó en la tierra las cabezas de los demás (todos, en efecto, tienen sus cabezas hacia abajo); elevó la del hombre hacia lo alto para que tuviera alimentos celestiales e imperecederos, y no terrestres y corruptibles. Por ese motivo fijó profundamente nuestros pies en la tierra alejando lo más posible de la facultad de razonar a la parte de nuestro cuerpo menos capaz de percibir sensiblemente, en tanto que a los sentidos, escoltas de la inteligencia, y a la inteligencia misma los estableció en la parte más alejada de las cosas terrestres poniéndolos en contacto con los círculos del aire y del cielo, que son imperecederos.

86. XXIV. No sigamos, entonces, los discípulos de Moisés, sin saber de qué manera alcanzó el hombre a formarse una concepción del invisible Dios. El mismo legislador, enterado de la. manera merced a una Divina comunicación, nos lo ha revelador y lo que dijo es esto: el Creador no ha provisto al cuerpo de un alma capaz de ver por sí misma al Hacedor; mas, por considerar cuan grandes beneficios reportaría a la creatura una concepción del Que la había creado, ya que Éste es la pauta de la felicidad y la dicha, sopló desde lo alto de Su propia deidad; el Invisible estampó en el alma invisible Sus propios rasgos para que ni siquiera el ámbito terrestre se viera privado de la imagen de Dios.

87. Pero el Arquetipo era de tal manera invisible, que tampoco Su imagen podía ser visible. Impresa según el modelo, encerraba concepciones no ya mortales sino inmortales. ¿Cómo, en verdad, una naturaleza mortal podría al mismo tiempo permanecer y estar ausente, observar este lugar y otro distinto, navegar por todo el mar y atravesar la tierra hasta sus confines, ocuparse de leyes y costumbres o, para decirlo en una palabra, de hechos y cosas? ¿O cómo podría aprehender, más allá de las cosas terrestres, también las cosas de lo alto, el aire y sus variaciones, las características de los períodos, y cuanto ocurre en las estaciones del año, ya inesperadamente ya de acuerdo con el curso normal de las mismas?

88. ¿Cómo, asimismo, le sería posible elevarse desde la tierra hasta el cielo a través del aire y escudriñar cómo son las naturalezas celestes, cómo se mueven, cuáles son los límites del comienzo y fin de sus movimientos, cómo de acuerdo con un determinado parentesco armonizan unas con otras y con el conjunto? ¿Cómo podría haber concebido las artes y las ciencias, que producen los objetos exteriores, y tienen una función en el mejoramiento del alma y del cuerpo; y forjado otras innumerables cosas, cuyo número y naturaleza no es fácil de expresar en palabras?

89. La inteligencia, como que es la más veloz de todas las cosas, es la única parte de nuestro ser que aventaja y deja detrás aun al tiempo, palpando fuera de las leyes del tiempo, merced a sus invisibles facultades, el universo, sus partes y las causas de aquél y de éstas. Mas al cabo, habiendo ido no sólo hasta los confines de la tierra y del mar sino hasta los del aire y el cielo, no permanece allí, pues considera que el mundo es un límite estrecho para su constante e incesante carrera y ansia ardientemente avanzar más allá y aprehender, si fuere posible la naturaleza de Dios, la que es inaprehensible excepto en lo que a Su existencia se refiere.

90. ¿Cómo, pues, podría explicarse que la inteligencia humana, tan pequeña, como es, contenida en un cerebro o en un corazón, es decir, en pequeñas cavidades, recorra abarcándola

en sí la inmensidad del cielo y el mundo, si no se tratara de una inseparable porción de aquella Divina y bienaventurada alma? Porque ninguna parte del ser Divino se separa y aparta de Él, solamente se extiende. Por eso la inteligencia, habiéndole cabido una parte de la perfección que existe en el universo; cuando se representa al mundo, se dilata hasta los confines de él, sin que por ello se desgarre; por cuanto su poder le permite extenderse.

91. XXV. Basten estas breves consideraciones en lo que toca a la esencia del alma. Siguiendo el debido orden, interpretaremos las palabras: "La voz de su sangre clama" (Gen. IV, 10) de la manera siguiente. Unas partes de nuestra alma son mudas; la otra posee voz. Las partes irracionales son mudas; la racional, la única que ha alcanzado la concepción de Dios, tiene voz. Con las otras partes no podemos aprehender ni a Dios ni cosa alguna de orden mental.

92. Una porción, pues, de la facultad vital, cuya sustancia es la sangre, ha obtenido, como especial prerrogativa, la voz y la palabra; no la corriente que fluye a través de la boca y la lengua; sino la fuente de la que por ley natural llénanse las cisternas del logos pronunciado. Esta fuente es la inteligencia, mediante la cual, ora voluntariamente ora involuntariamente, hacemos oír al Que Es nuestras peticiones y clamores.

93. Él, bondadoso y compasivo, como es, no rechaza a los suplicantes, y menos aun cuando gimiendo bajo el peso de los trabajos y padecimientos de Egipto claman sin falsedad ni fingimiento. En efecto, Moisés dice que entonces las palabras de aquéllos subían hasta Dios,[27] y que Él, al oírlos, los liberaba de los males que se cernían sobre ellos.
[27] Ex. II, 23.

94. Todas estas cosas sucedieron cuando hubo muerto el rey de Egipto. He aquí lo totalmente paradójico; porque era de esperar que, al morir el déspota, los oprimidos se alegrasen y regocijasen; y precisamente entonces gemían; pues se nos dice que "después de aquellos muchos días murió el rey de Egipto y gimieron los hijos de Israel." (Ex. II, 23.)

95. Tomada en su sentido literal la afirmación repugna al buen sentido; mas relacionándola con las potencias que existen en el alma se advierta la ilación interna. En efecto, cuando el que dispersa y rechaza las ideas sobre lo noble, es decir, el faraón, se muestra vivo y activo en nosotros y parece rebosar de salud, si es lícito hablar de buena salud en un ruin, acogemos el placer, desterrando la templanza más allá de los límites.[28] Cuando, en cambio, llega a ser impotente y, en cierto modo, muere el autor de la vida execrable y licenciosa, nosotros, ante el claro espectáculo de la vida sobria, deploramos y gemimos por nuestro viejo sistema de vida, pues, al preferir el placer a la virtud, hemos contaminado la vida inmortal con la mortal. Mas el único Benévolo, poseído de piedad ante nuestro incesante gemir, acoge a nuestras suplicantes almas, y dispersa sin dificultad la tormenta egipcia de las pasiones que se precipita sobre nosotros.
[28] O sea, lejos de nosotros.

96. XXVI. En cambio dirige contra Caín maldiciones del todo acordes con la enormidad del crimen de fratricidio, puesto que rehúsa arrepentirse. En efecto, en primer lugar le dice: "Ahora también serás maldito desde la tierra" (Gen. IV, 11); con lo que da a entender que no es ahora, con ocasión de su crimen, la primera vez que es abominado y maldito, sino también lo era antes, cuando proyectaba el asesinato, como que la intención es tan importante como la ejecución.

97. En efecto, mientras solamente concebimos acciones indignas con la imaginación desnuda

de la inteligencia, no somos acusados del designio ya que el alma puede, aun contra su deseo, desistir. Pero, cuando la ejecución se suma a los planes, también el haber tramado el hecho se torna reprensible, pues, por aquélla sobre todo se pone de manifiesto que el delito es de carácter deliberado.

98. Ahora bien, dice Dios que la inteligencia será maldita no desde otra cosa alguna sino "desde la tierra". Es que la parte terrena de cada uno de nosotros aparece como responsable de los más penosos infortunios de la inteligencia. Por ejemplo, el cuerpo, o afectado por una enfermedad arroja sobe ella las dolencias que le brotan y la llena de náuseas y desventura; o hinchado por el desmedido goce de los placeres, provoca el embotamiento de su agudeza de percepción.

99. Y por cierto que cada uno de los sentidos es un vehículo de daño, pues, viendo" el hombre la belleza, es herido' por los dardos de la terrible pasión del amor; oyendo anunciar la muerte de un pariente, es agobiado por el dolor. Hasta su paladar échasele encima muchas veces, maltratándolo con desagradables sabores u oprimiéndolo con una multitud de gustos deliciosos. ¿Y qué decir de las incitaciones a las complacencias sexuales? Éstas han arruinado ciudades enteras, países y vastas regiones de la tierra, de los que casi sin excepción da testimonió la multitud toda de poetas e historiadores.

100. XXVII. La manera como la inteligencia se torna maldita desde la tierra es descripta además en estas palabras: "la que [29] abrió su boca para recibir la sangre de tu hermano". (Gen. IV, 11.) Es penoso, realmente, que las bocas de los sentidos se abran y se dilaten para que los objetos sensibles, como un río desbordado, se derramen en los abiertos orificios sin que nada se oponga al violento embate, porque, en esas circunstancias, la inteligencia, tragada por oleaje de tal magnitud, resulta sumergida, incapaz hasta de salir a flote y mirar por sobre él.
[29] Es decir, "la tierra, que..."

101. Es, sin embargo, forzoso que hagamos uso de cada una de estas facultades, no para todo cuanto ella fuere capaz, sino para lo de más valor solamente. La vista puede, en efecto, ver todos los colores y formas; pero debe ver solo las dignas de la luz, no las que merecen sombras. El oído está capacitado para percibir todas las voces, pero debe ser sordo para algunas pues de lo que se expresa son incontables las cosas inconvenientes. Y no porque la naturaleza te haya dotado del gusto, oh insensato, te has de hartar de todas las cosas insaciable como una gaviota; porque muchas de las enfermedades que van acompañadas de agudo dolor han sido producidas por ingerir no ya el alimento necesario sino cantidades inmoderadas.

102. Y no porque hayas sido dotado de órganos reproductores con miras a la perpetuación de la especie, vayas detrás de los estupros, los adulterios y las demás uniones impuras, sino procura solo aquellas que conforme a la ley son vehículo de la perpetuación de la especie humana. Y no porque te haya cabido una lengua, una boca y órganos de la palabra, divulgues todo, hasta los secretos. La verdad es que hay casos en que conviene abstenerse de hablar, y creo yo que el aprender a hablar y el aprender a callar van paralelos, como que la misma facultad nos proporciona ambas cosas y aquellos que se explayan en cuantos asuntos debieran callar ponen de manifiesto no facilidad de palabra sino falta de control de la lengua.

103. Por ello procuremos seriamente atar cada una de dichas bocas con las indestructibles ataduras de la templanza, pues, como dice Moisés en otro pasaje: "Todo cuanto no fuere cerrado con una tapadera es impuro." (Núm. XIX, 15.) Ello significa que la causa de la desdicha reside en que las partes del alma hállanse desunidas, abiertas y desatadas, en tanto

que la rectitud de vida y de palabra lógrase si están aquéllas unidas y vinculadas estrechamente. Por fuerza, pues, maldice Dios al ateo e impío Caín, puesto que, abriendo las cavidades de su confuso ser, se queda con la boca abierta ante todas las cosas exteriores suplicando en su avidez poder llegar a poseerlas y hallar sitio para ellas mediante la destrucción de Abel, la doctrina del amor de Dios.

104. XXVIII. Por esta razón "trabajará" la tierra (Gen. IV, 12), no la "cultivará". Es que, mientras todo agricultor es un hombre experto, como que la agricultura es un arte, en cambio, trabajadores de la tierra son muchos simples particulares que ejecutan su trabajo sin experiencia en procura de lo necesario para la vida. Por lo tanto, éstos, si no tienen quien los dirija causan mucho daño en las obras que realizan; y si algo hacen bien, su eficacia se debe a la casualidad, no a su discernimiento. En cambio, las obras de los agricultores, que son llevadas a cabo con método, resultan útiles todas forzosamente.

105. Por eso el legislador atribuyó al justo Noé el oficio de agricultor,[30] enseñando que, como un buen agricultor, el hombre honesto extirpa en la agreste vegetación todas las plantas dañosas brotadas de las pasiones y los vicios, y deja todas aquellas que, aunque no procuren frutos, pueden ser a manera de muros la más firme protección del alma; y además cuida de todas las plantas de cultivo según las necesidades de cada especie y con distintos métodos, podando a unas, haciendo agregados a otras, aumentando el tamaño de unas, reduciendo el de otras.

[30] Gen. IX, 20.

106. Cuando ha visto que una viña extiende sus sarmientos, él, después de cavar surcos, los introduce en la tierra y los cubre enseguida con ella. Al poco tiempo aquéllos se transforman en plantas completas de partes de plantas que eran, en madres en vez de hijas; y aún más, alivian el peso de la edad de la viña madre; por cuanto, como sus muchos vástagos son ahora capaces de nutrirse solos, ella ha cesado de dividir y distribuir el sustento entre ellos, tarea que la debilitaba pues pasaba penuria de alimentos; y apenas llega a nutrirse debidamente, cuando, recobrada ya, rejuvenece de nuevo.

107. He contemplado, por otra parte, a otro hombre, que, ocupándose de los árboles de cultivo, cortó de uno no bien desarrollado la parte que sobresalía de la tierra, dejando una sección muy pequeña además de las raíces propiamente dichas; y habiendo entonces tomado de otro árbol robusto una rama bien desarrollada, raspó a ésta en uno de sus extremos hasta la parte interna; y a la sección del árbol que había quedado unida a las raíces hízole una incisión no muy profunda pero suficiente exactamente para practicar el injerto. Acto seguido levantando la rama raspada la colocó fijamente en la abertura.

108, De la unión de estos dos elementos resultó una sola naturaleza de árbol produciendo cada porción beneficios a la otra, ya que las raíces nutren a la rama injertada e impiden que se seque, y la rama les retribuye su nutrición con el regalo de copiosos frutos. Y hay en la agricultura otras innumerables operaciones habilidosas que no es preciso recordar ahora, ya que, sí me he detenido en éstas, el motivo solo ha sido aclarar la diferencia que media entre uno que trabaja la tierra y un agricultor.

109. XXIX. El hombre ruin no cesa de trabajar sin método en su cuerpo de tierra, en los sentidos, que están emparentados con él, y en cuanta cosa sensible externa existe; y daña a su desdichada alma; pero, aún más, daña a aquello que él tiene por su mayor fuente de beneficios, su propio cuerpo. En cambio, toda materia [31] es manejada con habilidad y según la

razón por el hombre virtuoso experto, como es, en el arte de la agricultura. Y cada vez que los sentidos se yerguen insolentemente y se precipitan con incontenible ímpetu hacia las cosas sensibles exteriores, son fácilmente contenidos mediante alguno de los procedimientos que le ha procurado su arte.
[31] El término griego hyle significa selva, vegetación, madera, materia, lo que le permite a Filón pasar del cuidado de la "vegetación", que cultiva expertamente el buen agricultor, al cuidado de "toda materia" por parte del hombre de bien.

110. Cada vez que la turbadora pasión se toma en el alma desmedida, y produce cosquilleos y excitaciones derivados del placer y el deseo; o, por el contrario, origina pesares y temores resultantes del miedo y el dolor; es aplacada con una saludable medicina preparada de antemano.
Y, por cierto, si algún vicio se agranda más y más, semejante a la enfermedad que se extiende como herpe por el cuerpo, es cortado por la cuchilla de la razón bajo la dirección de la ciencia.

111. De esta manera, pues, los brotes de la vegetación salvaje témanse cultivados; y las plantas de las cultivadas y fructíferas virtudes tienen todas como retoños las normas de conducta, y como frutos las nobles acciones. El hábil cultivo del alma desarrollará cada una de ellas, y gracias a esos cuidados la parte sobre la que dicho cultivo obrare alcanzará la inmortalidad.

112. XXX. Claramente se advierte, pues, que el hombre de bien es un agricultor, en tanto que el hombre ruin es un simple trabajador de la tierra. Y ojalá, al menos, que la parte de tierra que le cupo prestara su fuerza a aquel que trabaja el suelo y no le privara hasta de lo que actualmente tiene; porque dicho está: "No continuará dándote su fuerza" (Gen. IV, 12); palabras que señalan a qué vendrá a parar el hombre que no cesa de comer y beber siempre insaciablemente o que vive en ininterrumpidos placeres sexuales y sin que sus apetitos decrezcan en pos de la unión camal.

113. Mientras la carencia, en efecto, engendra debilidad, y la plenitud produce fuerza; la insaciabilidad es hambre causada por la abundancia de cosas útiles cuando va acompañada de una terrible intemperancia; y desdichados son aquellos cuyos cuerpos están llenos mientras sus deseos continúan todavía insatisfechos y sedientos.

114. En cambio, dice el legislador refiriéndose a los amantes del deber en el Gran Canto: "Los elevó sobre la fuerza de la tierra y los nutrió con los productos de los campos" (Deut. XXXII, 13); con lo que pone de manifiesto que el hombre que niega a Dios no alcanza su meta, a fin de que sufra una pena mayor aún viendo que no sólo no le es "prestada fuerza" en sus acciones sino, por el contrario, se le priva de ella; en tanto que los que van en procura de la virtud, situados por sobre las cosas terrestres y mortales desprecian en su gran superioridad, el poder de las mismas, pues Dios es quien guía su superación y pone a su alcance para su goce y sumo provecho los productos de los campos. Aquí las virtudes son comparadas con los campos, y lo que ellas engendran, con los productos de los campos. Trátase, en efecto, de verdaderas producciones; la prudencia produce el sensato proceder; la moderación, la conducta modesta; la piedad, las piadosas acciones, y cada una de las otras virtudes, la correspondiente actividad.

115, XXXI. Estos "productos" son, estrictamente hablando, alimentos del alma, la que, como dice el legislador, es capaz de chupar "miel de la roca y aceite de la dura roca." (Deut. XXXII,

13.) El término "roca" alude a la sólida e indestructible sabiduría de Dios, el alimento, la amamantadora, la nodriza de los que persiguen un sistema de vida imperecedero.

116. Esta Divina sabiduría, en efecto, convertida como en una madre de las cosas del mundo, provee sin tardanza de su propia sustancia a los hijos por ella engendrados; aunque no todos éstos han sido juzgados merecedores del Divino sustento sino sólo aquellos que han sido hallados dignos de sus padres; ya que muchos de ellos perecieron por hambre de virtud, que es más dura que el hambre de alimento y bebida.

117. La fuente de Divina sabiduría fluye unas veces con corriente más plácida y más suave; otras, con velocidad más acelerada y mayor ímpetu e impulso. Cuando mana plácidamente, endulza a la manera de la miel; cuando corre rápidamente, resulta una compacta materia que alumbra al alma como el aceite.[32]

[32] De una lámpara.

118. En otro pasaje Moisés usa un sinónimo para designar a esta roca y la llama "maná"[33] El maná es el logos Divino, la primera de todas las cosas existentes, cuyo nombre, "algo",[34] es el de máxima extensión. De él resultan dos pasteles, uno de miel y otro de aceite,[35] es decir, dos vías de educación absolutamente inseparables y dignas de nuestro celo, que desde un comienzo brindan la dulzura de las investigaciones de la ciencia, y luego lanzan la claridad de la más brillante de las luces sobre los que, no con repugnancia sino fuerte y fijamente y con una perseverancia, sin interrupciones ni paréntesis, se aterran a las cosas que aman. Pues bien, éstos, como decía, "son elevados por sobre la fuerza de la tierra." (Deut. XXXII, 13.)

[33] Ver Interpretación alegórica III, 173 y ss., de cuyo contenido se infiere que Filón entiende que el maná es símbolo de la Divina razón-palabra, es decir, del Divino logos. Ver Sobre los querubines, nota 8.

[34] Sobre la equivalencia "maná" = "algo" ver Interpretación alegórica III, nota 89.

[35] A esta conclusión llega Filón partiendo de Ex. XVI. 31 y Núm. XI, 8.

119. XXXII. En cambio, a Caín, el que ignora a Dios, nada brinda la tierra de cuanto contribuye a la buena salud, no obstante que él no se ocupa de cosa alguna que no guarde relación con ella. Por eso, como era de preverse, es hallado "lamentándose y tembloroso sobre la tierra" (Gen. IV, 12), es decir» envuelto en llanto y temor. Tal es la vida miserable del desdichado, al que han cabido las más dolorosas de las cuatro pasiones, el temor y el llanto; equivalente éste al lamentarse, y aquél, al temblar. Por fuerza, en efecto, hay un mal o presente o en cíeme sobre una vida tal; de modo que la espera del mal futuro engendra el temor, la experiencia del que está presente trae consigo el dolor.

120. En cambio, el hombre que va en procura de la virtud es incluido en los correlativos estados de felicidad, por cuanto, o ha obtenido ya el bien o está en vías de obtenerlo; y el poseerlo ya trae aparejada una completa dicha, lo más hermoso que es dable alcanzar; en tanto que la posibilidad de obtenerlo engendra la esperanza, alimento de las almas amantes de la virtud, merced a la cual, desprendiéndonos de toda dilación, avanzamos con espontánea presteza hacia las nobles acciones.

121. Por lo tanto, cuando la justicia ha engendrado en un alma una descendencia masculina, vale decir, el justo razonamiento, todas las cosas penosas son desterradas de ella. Testimonio de esto será el nacimiento de Noé, cuyo nombre significa "justo", a propósito de quien se dice: "Este hombre nos proporcionará descanso de nuestros trabajos, de los quebrantos de nuestras manos y de la tierra que Dios Soberano» ha maldecido." (Gen. V, 29.)

122. Es que la justicia posee un don natural, en primer lugar, de producir reposo en lugar del esfuerzo, mostrándose totalmente indiferente respecto de las cosas intermedias entre la virtud y el vicio, tales como la riqueza, la fama, las dignidades, los honores y otras de la misma suerte, por las que se esfuerza la mayor parte del género humano; y, en segundo lugar, de eliminar las penas que sobrevienen como. resultado de nuestras propias acciones. Moisés, en efecto, contrariamente a lo que afirman ciertos impíos, dice que el autor de los males no es Dios, sino "nuestras propias manos", en las que simbólicamente representa nuestras empresas y las espontáneas desviaciones de nuestra inteligencia hacia lo peor.

123. XXXIII. Pero, sobre todo, la justicia nos da descanso "de la tierra que Dios Soberano ha maldecido"; tierra que no es otra cosa que el vicio, que fija su morada en las almas de los insensatos; y contra la que, como contra una pesada enfermedad, el justo resulta ser una protección por cuanto ha encontrado en su justicia un universal remedio.
Y cuando ha expulsado los males, llénase de dicha, como Sara. Ésta, en efecto, dice: "El Señor me ha procurado la risa"; y añade: "Así pues, el que oyere se regocijará conmigo." (Gen. XXI, 6.) 124. Dios, en efecto, es el creador de la risa sana y del regocijo; de modo que no hemos de pensar que Isaac es producto de creaturas, sino obra del Increado. Efectivamente, si "Isaac" significa "la risa" y, según Sara, testigo fehaciente, el autor de la risa es Dios, con perfecta razón se puede decir que el padre de Isaac es Él. Mas otorgó parte de Su propio título a Abraham, el sabio, al que ha regalado la alegría, es decir, el vástago de la sabiduría, apartando de él el dolor. Y si alguien es capaz de oír la poesía de Dios,[36] no puede menos de regocijarse y acompañar en su alegría a quienes la han escuchado ya antes.
[36] Es imposible concentrar en español en un mismo vocablo las ideas de autor o hacedor y poeta, que expresa el término griego *poietés*, empleado aquí por Filón para referirse a Dios como autor de la risa y de la poesía que regocija al hombre sabio.

125. En la poesía de Dios no hallarás ninguna de las falsedades de los mitos, sino grabadas todas las inmutables reglas de la verdad: ni medidas, ritmos y melodiosos versos que cautivan el oído con su musicalidad, sino las perfectísimas obras de la naturaleza, las que poseen su propia armonía. Y así como la inteligencia se alegra cuando se dispone a oír los poemas de Dios, del mismo modo se regocija necesariamente la palabra, que suena acorde con las concepciones de la inteligencia, y está, podríamos decir, pendiente de ella.

126. XXXIV. Claramente aparecerá esto en la Divina comunicación a Moisés expresada en los siguientes términos: "¿Y qué? ¿No está tu hermano Aarón, el levita? Sé que él hablará por ti; y he aquí que él saldrá a tu encuentro y, al verte, se alegrará en sí mismo." (Ex. IV, 14.) Dice, en efecto, el Hacedor que Él sabe que el logos pronunciado,[37] como hermano, que es, de la inteligencia, habla; ya que lo creó, como un instrumento para ser la expresión articulada de todo nuestro compuesto ser.
[37] Es decir, Aarón. Ver Sobre los querubines, nota 8.

127. Este logos, por una parte, suena, habla y expresa los pensamientos para mí, para ti y para todos los hombres; y por otra, se adelanta para ponerse en contacto con los razonamientos de la inteligencia. En efecto, cuando la inteligencia se excita y cobra impulso hacia alguno de los objetos de su propia esfera, o movida de dentro por sí misma o recibiendo diferentes impresiones de las cosas de fuera, préñase y sufre los dolores del alumbramiento de sus pensamientos; y aunque quiere darlos a luz, no puede hasta que el sonido producido por la lengua y los demás órganos del habla, tomando en sus manos, como una partera, los pensamientos, los saca a la luz.

128. Este sonido es una voz que derrama sobre nuestros pensamientos una resplandeciente claridad; pues, así como las cosas que yacen en la obscuridad están ocultas hasta que una luz, alumbrando sobre ellas, las hace visibles, así también, los pensamientos atesóranse en un lugar invisible, la inteligencia, hasta que la voz los ilumina y revela todos como una luz.

129. XXXV. Hermoso sobremanera es, pues, el aserto de que la palabra sale para ir al encuentro de los pensamientos y corre hacia ellos presurosa por captarlos movida por su deseo de darlos a conocer. Es que para cada ser lo más deseable es la función que le es propia; y lo propio de la palabra es hablar, cosa que se apresura a hacer con cierta natural familiaridad; y se regocija y alegra cuando, como iluminada, ve y aprehende totalmente el sentido del asunto que se presenta ante ella, porque entonces, tomándolo a su cargo conviértese en el mejor de los intérpretes.

130. En todo caso, rehuímos de aquellos que en sus exposiciones verbales no muestran poseer un completo dominio de las ideas, no siendo otra cosa que charlatanes y locuaces, y enhebran un sin fin de arengas vacías, extensas y también, para decirlo claro, sin alma. Justo es, pues, que la palabra de estos tales, con esas inconveniencias, se lamente; y consecuentemente, es forzoso que manifieste alegría la del hombre que, partiendo de la consideración de los contenidos mentales, marcha adecuadamente preparado hacia la exteriorización de cuanto ha visto y de cuanto ha captado eficazmente.

131. Éste es un hecho por casi todos nosotros conocido merced a la diaria experiencia: cada vez que conocemos a fondo las cosas de que hablamos, nuestra expresión es alegre y regocijada, y rica en palabras sumamente expresivas y precisas, cuyo uso en amplia medida permite exponer con presteza y sin tropiezos, y, lo que es más importante, clara y positivamente aquello que se busca manifestar. En cambio, cuando no alcanzamos a captar con claridad los pensamientos nuestra expresión resulta desacertada e impropia por efecto de la oprimente escasez de términos convenientes y exactos; y de resultas de ello no solo fluye y corre sin rumbo en medio del disgusto y el hastío; sino además, en vez de convencer a los que escuchan, impresiona, y no puede ser de otro modo, dolorosamente a los oyentes.

132. XXXVI. Pero no toda palabra debe ir al encuentro de todos los pensamientos; el perfecto Aarón ha de ir al encuentro del perfecto Moisés. Porque, ¿para qué agregó Dios "el levita" a la expresión "He aquí que tu hermano Aarón..."; sino para enseñarnos que sólo al levita, al sacerdote, a la palabra virtuosa le corresponde el revelar los pensamientos que han germinado en un alma perfecta?

133. Jamás, en efecto, las palabras de los ruines deben llegar a ser intérpretes de las Divinas doctrinas, pues menoscaban con sus fealdades la hermosura de ellas; ni tampoco han de ser expuestas las doctrinas licenciosas y bajas por boca de un hombre de bien; sino siempre sagradas y santas palabras han de exponer las santas ideas.

134. Es fama que en uno de los estados que cuentan con mejores leyes[38] rige la costumbre siguiente: cada vez que algún ciudadano de vida incorrecta manifiesta su intención de presentar una iniciativa ante el consejo o ante la asamblea popular, se le veda el hacerlo personalmente, y le es requerido por decisión de los magistrados que delegue la gestión en alguno de los ciudadanos de conducta intachable. Éste se pone de pie y, acto seguido, expone lo que le ha sido confiado, apareciendo como improvisado discípulo del que le ha instruido, cuya boca ha sido cerrada; y dando a conocer conclusiones ajenas, convencido de que el autor

de la idea no es merecedor de ocupar ni siquiera el lugar de oyente o espectador. A tal punto llega la convicción de algunos de que no es cosa digna sacar provecho de los hombres injustos, considerando que es mayor el perjuicio de la vergüenza que ello trae aparejada que el beneficio que se alcanzará.
[38] Alusión a Esparta. Ver Plutarco, Morales 41 b y 801 b.

135. XXXVII. Esta enseñanza ha sido, al parecer, expuesta por el sacratísimo Moisés. Tal es lo que se desprende, en efecto, del hecho de que Aarón, el levita, salga al encuentro de su hermano Moisés y, en viéndole, se alegre en sí mismo.[39] La expresión "Alegrarse en sí mismo", amén de lo ya dicho, pone de manifiesto una doctrina de mayor trascendencia en orden al bien común, en la que el legislador enseña cuál es la alegría legítima y la más propia del hombre.
[39] Ex. IV, 4. La enseñanza en cuestión es que sólo el hombre virtuoso debe hacer uso de la palabra.

136. Estrictamente hablando, no hay motivo para alegrarse por la abundancia de riquezas y propiedades ni por el brillo de la fama o, en general, por alguna de las cosas exteriores, que carecen de alma y estabilidad y llevan en su seno el germen de su propia ruina; ni tampoco, ciertamente, por la fuerza corporal, la buena salud y las demás ventajas del cuerpo, que son comunes entre los hombres ruines, y que muchas veces han causado irremediable ruina a sus poseedores.

137. Por lo tanto, puesto que sólo en los bienes del alma se halla la alegría legítima y genuina, todo sabio se alegra, "en sí mismo", no en las cosas que suceden en torno de sí. Es que las excelencias de la inteligencia, por las cuales es justo felicitarnos, residen en uno mismo; mientras que lo que acaece alrededor de nosotros es o bienestar corporal o abundancia de cosas externas, por las cuales no vale la pena que nos enorgullezcamos.

138. XXXVIII. Habiendo, pues, demostrado en la medida de lo posible, mediante el testimonio verísimo de Moisés, que alegrarse es propio del sabio, demostremos en lo que sigue, echando mano al mismo testimonio, que también es peculiar de él la esperanza. En efecto, del hijo del Set, llamado Enós, nombre que significa "hombre"... esperanza,[40] dice que "éste fue el primero que esperó pronunciar el nombre de Dios Soberano." (Gen, IV, 26.) Y habla saludablemente. ¿Qué, en efecto, puede ser más familiar a un hombre de verdad que la esperanza y la expectativa de obtener bienes de parte de Dios, el único dispensador de dones? Tal cosa constituye, a decir verdad, la única generación de hombres en estricto sentido, pues aquellos que no esperan en Dios no tienen participación en la naturaleza racional.
[40] El texto aparece incompleto. Tal vez deba leerse: "El hijo de Set llamado Enós, nombre que significa 'hombre'", se distinguió (o sea caracterizó) por la "esperanza".

139. Por ello, habiendo dicho a propósito de Enós que: "Éste esperó pronunciar el nombre de Dios Soberano", añade expresamente: "Éste es el libro de la generación de los hombres." (Gen. V, 1.) Y habla con todo fundamento pues regístrase en el libró de Dios que la esperanza es algo privativo del hombre, de modo que por lógica oposición el que no espera no es hombre. Por lo tanto, mientras la definición de este compuesto que somos es "ser animado dotado de razón y perecedero, la del hombre según Moisés es "la disposición del alma que espera en el realmente existente Dios'.

140. Posean, pues o aguarden en todos los casos bienes los hombres cabales tras alcanzar como feliz patrimonio la alegría y la esperanza. Los ruines, en cambio, de los que Caín es un

cofrade, envueltos en dolores y temores, recojan la más penosa de las cosechas: el participar en males o aguardarlos; lamentándose por los pesares presentes, y temblando y estremeciéndose por las cosas temibles que les aguardan.[41]

[41] Gen. IV, 12.

141. XXXIX. Baste sobre esto con lo ya dicho, e indaguemos sobre lo que sigue. Dice Moisés: "Y dijo Caín al Señor: 'La imputación que recae sobre mí por Tu abandono es demasiado grande'." (Gen. IV, 13.) Considerando casos análogos, nos daremos cuenta del carácter de esta manifestación. Si un piloto abandona una nave en alta mar, ¿no ocurre por fuerza que en cuanto atañe a la navegación le va mal al barco? ¿Y qué? Si el conductor abandona la cuadriga en la carrera de caballos, ¿no es inevitable que la carrera se convierta en algo desordenado y sin control? Y otro caso: cuando un estado hállase abandonado por sus gobernantes y sus leyes, leyes que, en verdad, van impresas también en aquellos,[42] ¿no es cierto que la tal ciudad es desgarrada por la anarquía y la ilegalidad, males supremos? Pues del mismo modo, está en la naturaleza de las cosas el que perezca el cuerpo por la pérdida del alma, ésta, a su vez, por la privación de la razón, y la razón si carece de virtud.

[42] Ver Sobre la vida de Moisés, donde Filón afirma que "el rey es una ley viviente, y la ley es un rey justo."

142. Puesto que cada una de estas cosas que he mencionado conviértese en causa de daño para aquello que es abandonado por ella, podemos inferir cuan grande infortunio sobrellevarán aquellos que hubieren sido abandonados por Dios, a quienes Él, rechazándolos como a desertores de las más sagradas prescripciones, destierra por comprobar que son indignos de Su dirección y gobierno. Porque es bueno saber, en suma, que quien es abandonado por parte de alguien superior a él y benefactor se halla bajo imputaciones y acusaciones muy graves. ¿Cuando, en efecto, diría uno que el hombre inhábil experimenta el mayor daño? ¿No es cierto que cuando es del todo abandonado por la ciencia?

143. ¿Y cuándo el excesivamente ignorante y falto de instrucción? ¿No es cierto que cuando la instrucción y la enseñanza se han divorciado de él? [43] ¿Y cuándo miramos como más desdichados que de ordinario a los insensatos? ¿No es, acaso, cuando la sensatez los abandona totalmente? ¿Cuándo, a los inmoderados e injustos? ¿No es, acaso, cuando la templanza y la justicia pronuncian contra ellos una sentencia de perpetuo destierro? ¿Cuándo, a los impíos? ¿No es cuando la piedad los excluye de sus propios sagrados ritos?

[43] Literalmente: "Han entablado un juicio de divorcio contra él." Se trata de una expresión técnica de la jurisprudencia ática, que expresa el pedido de separación conyugal o divorcio presentado por la esposa ante el arconte. Ver Sobre los querubines 115.

144. Por tal motivo, a mi parecer, aquellos que no están completamente excluidos de la purificación bien pueden suplicar ser castigados antes que ser abandonados; porque el abandono los destruirá con toda facilidad como a nave sin lastre ni piloto, en tanto que el castigo los enderezará de nuevo.

145. ¿No son, acaso, mejores los niños que son castigados por sus instructores, cuando obran mal, que aquellos que carecen de preceptores? ¿No son mejores los que, cuando no se desempeñan correctamente en el aprendizaje de las artes, son censurados por sus maestros, que aquellos que no tienen quien los reproche? ¿No son, acaso, más afortunados y mejores que los jóvenes sin vigilancia aquellos a los que, sobre todo, les han cabido el privilegio de la dirección y el control naturales, que están asignados a los. padres sobre los hijos; o que, al menos, han tenido la suerte de contar con guías supletorios,[44] que la piedad por la orfandad

suele elegir como tutores para llenar el lugar de los padres en todo cuanto es de provecho?
[44] Posiblemente se refiera Filón a los tutores que el arconte ateniense designaba a los huérfanos cuando el difunto padre no había dejado instrucciones expresas al respecto.

146. XL. Supliquemos, pues, a Dios los que estamos convictos, por la conciencia de nuestras propias malas acciones que antes nos castigue que nos deje de lado. Porque, si nos deja solos nos convertirá no ya en siervos de Él, el misericordioso, sino de la creación, que no conoce la piedad: en tanto que, si nos castigare como corresponde y con dulzura, conforme con Su natural bondadoso, corregirá nuestras faltas enviando desde Sí hacia nuestra inteligencia Su propia palabra censurante y correctora, mediante la cual, tras reconvenirla y reprocharle sus errores, la sanará.

147. Por eso dice el legislador que "todo voto que una viuda o una repudiada hubiere formulado contra su alma" (Núm. XXX, 10) mantendrá su vigencia para ella. Diremos, en efecto, con toda razón, por una parte, que Dios es el esposo y padre de todas las cosas, pues suministra el germen y la generación de todas ellas; y por otra, que la inteligencia ha sido repudiada y ha enviudado de Dios o por no haber recibido el Divino poder de engendrar, o porque, habiéndolo recibido, ha concebido luego voluntariamente un aborto.

148. Por eso,. cuanto ella hubiere determinado, contra sí misma lo habrá determinado, y sus determinaciones no tendrán ya remisión posible. ¿Cómo, en efecto, no ha de ser un mal abominable el que una creatura completamente inestable y a merced de las circunstancias determine y enuncie con fijeza algo concerniente a sí misma, atribuyéndose las prerrogativas del Creador? Una de estas prerrogativas es aquella según la cual determina Dios cada una de las cosas de modo indubitable y firme.

149. Por lo tanto, no sólo se convertirá esa inteligencia en viuda del saber sino además será repudiada. Esto equivale a lo siguiente: el alma que "ha enviudado", pero que aún no ha sido "repudiada" en cuanto al bien y la belleza puede, en cierta manera, si persevera, hallar los medios de reencontrarse y reconciliarse con su legítimo esposo, la recta razón. Mas, la que una vez ha sido separada de su esposo y de su hogar sin posibilidad de reconciliación, por toda la eternidad ha sido arrojada, y no le será dado retomar a su antigua morada.

150. XLI. Sobre las palabras "La imputación que recae sobre mí por Tu abandono es demasiado grande" baste con lo que hemos dicho. Consideremos lo que sigue. Dice Caín: "Si Tú me arrojas de la faz de la tierra, también de Tu faz seré ocultado." (Gen. IV, 14.) ¿Qué estás diciendo, buen hombre? Si fueres arrojado de toda la tierra, ¿todavía habrás de ocultarte? ¿De qué manera?

151. ¿Es que podrías vivir? ¿O ignoras que la naturaleza ha concedido a los seres vivientes lugares diferentes, no los mismos, para morada: el mar a los peces y a toda la especie acuática y la tierra a las creaturas terrestres? Y el hombre en razón, precisamente, de los elementos constitutivos de su cuerpo es indudablemente también un ser viviente terrestre. Así pues, cada creatura viviente, cuando abandona las zonas que le son propias y va, podríamos decir, al extranjero, fácilmente perece: las terrestres si se sumergen bajo el agua;
los animales acuáticos si se aventuran sobre la tierra firme.

152. Por lo tanto, hombre, como eres, ¿a dónde te volverías si fueras arrojado de la tierra? ¿Nadarías bajo el agua imitando la manera de ser de los seres acuáticos? Pero es el caso que debajo del agua perecerías enseguida. ¿O querrías proveerte de alas y levantar vuelo para

andar por los aires, trocando tu naturaleza terrestre en aérea? Cambia, si puedes, el modelo y sello de la Divina moneda. La verdad es que no puedes, porque cuanto más alto te elevares a ti mismo tanto más rápido desde una zona más alta y con más violencia serás devuelto a la tierra, tu lugar natural.

153. XLII. ¿Pero podría un hombre u otro alguno de los seres creados ocultarse de Dios? ¿Dónde ocultarse de Aquél que nos deja a la zaga en todas partes; de Aquél que penetra con la mirada hasta los lugares más recónditos; de Aquél que ha llenado el universo de Sí; de Aquél de cuya presencia ni la más mínima porción de lo existente hállase vacía? ¿Y qué tiene de extraño que a ninguna de las creaturas le sea dado ocultarse del Que Es, cuando ni siquiera a los primeros elementos materiales le es dado escapar, siéndole forzoso, si huye de uno de ellos pasar a otro?

154. Si el Que Es hubiera querido emplear aquel arte mediante el que creó a los anfibios para producir también un nuevo ser viviente capaz de vivir en todos los elementos, este ser viviente, si, en caso de hallarse situado en zonas profundas, abandonase la tierra y el agua, llegaría hasta las regiones livianas por naturaleza, es decir, aire y el fuego; y al revés, si, viviendo en las altas regiones, buscara apartarse de ellas, no haría sino trasladarse de allí hacia la opuesta región. Es que le sería preciso aparecer sin excepción en una de las porciones del mundo, dado que le sería imposible precipitarse fuera del universo. A esto añádase que el Creador no ha dejado cosa alguna fuera del mundo, sino ha agotado enteramente todos los cuatro elementos para construir con perfección suma de partes perfectas el universo.

155. Siendo, pues, absolutamente impracticable el huir de la obra de Dios, ¿cómo no va a ser aún más imposible el huir del Creador y Soberano de ella? Nadie, pues, aceptando sin examen lo primero que le sugieren las palabras, cargue a cuenta de la ley su propia necedad, sino adquiera un conocimiento claro, observando con cuidado por la vía alegórica el sentido oculto del pasaje.

156. XLIII. Probablemente lo que Moisés da a entender en las palabras de Caín "Pues Tú me arrojas hoy de la faz de la tierra, también de Tu faz seré ocultado" (Gen. IV, 14) es lo siguiente: 'Pues Tú no me provees de los bienes de la tierra, no acepto tampoco los del cielo; y puesto que no hago uso y gozo del placer, también renuncio a la virtud; y pues no me haces partícipe de los bienes humanos, quédate también con los Divinos.

157. Porque, a decir verdad, las cosas que entre nosotros son tenidas por necesarias, valiosas y genuinas son éstas: comer, beber, deleitarse con la visión de variados colores, gozar oyendo toda clase de melodiosos sonidos, rebosar de complacencia con las exhalaciones olorosas de vapores que penetran por nuestras fosas nasales; hacer uso hasta la saciedad de todos los placeres del vientre y los órganos vecinos a él; no descuidar la adquisición de plata y oro; rodearse de honras, dignidades y de cuantas cosas tienden a procurar fama. ¡Lejos de nosotros, en cambio, la prudencia, la fortaleza y las austeras disposiciones de la justicia, que conforman una vida de esfuerzo! Y si acaso no podemos evitar tener tales cosas en cuenta en nuestros actos, no habrá de serlo en calidad de bienes que se justifiquen en sí, sino como instrumentos para el logro de bienes.'

158. ¡Oh hombre por demás ridículo! Así que tú afirmas que, si te privaren de las ventajas corporales y exteriores, no llegarás a ver a Dios.[45] Yo, en cambio, te digo que si te privaren de ellas llegarás necesariamente a verlo; ya que, libre de las irrompibles ataduras del cuerpo y las cosas corpóreas, tendrás una clara visión del Increado.

[45] Así interpreta Filón el pasaje "No llegarás a la vista de Dios." El texto bíblico dice literalmente: "También de Tu faz seré ocultado."

159. XLIV. ¿No ves que Abraham, abandonando la región, la familia y la casa paterna (Gen. XII, .1), vale decir, el cuerpo, la sensibilidad y la palabra, comienza a entrar en relaciones con los poderes del Que Es? En efecto, la ley dice que, cuando hubo partido de toda su casa, "Dios se le apareció". (Gen. XII, 7.) Con ello demuestra que Dios se manifiesta claramente a aquel que abandona las cosas mortales y se remonta hasta la incorporal alma de este nuestro cuerpo.

160. Tal es el motivo por el que también Moisés, "tomando su tienda la planta fuera del campamento" (Éxodo XXXIII, 7), y establece su habitación lejos del recinto corpóreo movido por la esperanza de que sólo de esa manera llegará a ser un perfecto suplicante y servidor de Dios. Se nos dice con suma exactitud que esta tienda se llama "tienda del testimonio", para mostrar que la tienda del Que Es existe realmente, y no se trata de un mero nombre. En efecto, de las virtudes la de Dios existe de verdad con una existencia real; ya que también solo Dios existe con verdadera existencia. Por eso Moisés dirá acerca de Él con suprema elocuencia: "Yo soy el Que Es" (Ex. III, 14) dando a entender que los otros seres, los inferiores a Él, no existen con verdadera existencia, y que lo que convencionalmente llamamos existencia es una mera apariencia. La tienda de Moisés, que es la representación figurada de la virtud propía del hombre, habrá de ser considerada merecedora, no de la existencia, sino simplemente del nombre, por cuanto es sólo una copia e imitación de aquella virtud Divina.

161. De esto se infiere que cuando Moisés es designado "dios del faraón" (Ex. VII, 1), no llega a serlo en realidad, y sólo en apariencia se supone que sea tal; porque yo sé ciertamente que Dios da y brinda mercedes, pero no puedo concebir que sea dado; y en los libros sagrados se dice: "Te doy como dios al faraón" (Ex. VII, 1), siendo pasivo; no activo el que es dado, mientras que el realmente Existente es activo necesariamente, y no pasivo.

162. ¿Qué se infiere, pues, de esas palabras? Que se dice que el hombre sabio es un dios para el hombre insensato, pero, en rigor, no es un dios, tal como una pieza falsa de cuatro dracmas no es un tetradracmo. Y, si se comparare al hombre sabio con aquel Que Es, se hallará que es un hombre de Dios; mas, si, en cambio, se lo comparare con un insensato, se hallará que es concebido como un dios, aunque no de verdad ni de hecho, sino en el plano de la imaginación y la apariencia.

163. XLV. ¿A qué, pues, esa vanidad de decir: "Si me arrojas fuera de la tierra, también Tú me serás ocultado". Porque ocurre lo contrario: si te sacare del ámbito terreno claramente te mostrará Su propia imagen. La prueba la tienes en que si tú fueres sacado de la presencia de Dios, no por serlo habitarás menos tu cuerpo terrestre. Léese, en efecto, a continuación que "salió Caín de la presencia de Dios y habitó en la tierra". (Gen. IV, 16.) De modo que no has sido arrojado fuera de la tierra ni has ocultado de tí mismo a aquel Que Es, sino, por el contrario, te has alejado de Él, y te has refugiado en la tierra, es decir, en la región mortal.

164. Y, por cierto, no todo "el que te hallare te matará" (Gen. IV, 16); como tú, falseando la verdad, arguyes. Porque aquello que es hallado lo es necesariamente, una de dos: o por algo semejante o por algo distinto. Si es hallado por algo semejante y familiar ello ocurre a causa de la afinidad y el parentesco mutuo; si lo es por algo distinto, la causa es la oposición e incongruencia. La semejanza tiende a preservar a aquello que le es afín; lo desemejante es inclinado a destruir aquello que difiere de su modo de ser.

165. Sepa, pues, tanto Caín como cualquier otro bribón que no por cualquiera que hallare a su paso será matado; y que, por el contrario, los inescrupulosos, los entregados con ardor a los vicios estrechamente vinculados a ellos, se convertirán en custodios y protectores suyos; mientras que cuantos se esfuerzan en procura de la prudencia y de las demás virtudes lo destruirán como a un enemigo implacable, si pudieren. Porque todos los seres, podríamos decir, tanto las personas como las cosas, son preservados por los que les son afines y amigos, y arruinados por los que les son extraños y hostiles.

166. Por ello la sagrada palabra, testimoniando contra la simulada simplicidad de Caín, dice; "Tus palabras no están acordes con tus pensamientos" (Gen. IV, 15); pues dices que todo el que llegare a descubrir las estratagemas en que eres hábil te matará; pero sabes bien que no todos lo harán; puesto que son incontables los que se han alistado en tu bando; sino solamente el amigo de la virtud y enemigo irreconciliable de tí.

167. XLVI. "El que matare a Caín", leemos, "dejará libre siete objetos merecedores de castigo". (Gen. IV, 15.) No sé yo qué sentido tiene tomado literalmente; porque no se aclara ni cuáles son los siete objetos, ni cómo es que son punibles, ni de qué manera son dejados libres y sueltos. De modo que por fuerza debemos reconocer que todo esto encierra un sentido más profundo expresado alegóricamente. Seguramente lo que Moisés quiso sugerir es más o menos lo siguiente. 168. La parte irracional del alma está dividida en siete porciones: vista, oído, olfato, gusto, tacto, palabra y generación. Si alguien aniquilare a la octava, la inteligencia, que rige a las restantes, y que aquí está representada en Caín, paralizará también a las siete. Todas ellas, en efecto, fortifícanse conjuntamente gracias a la sólida fortaleza de la inteligencia; y témanse débiles, en cambio, con la flaqueza de ella; y, si la inteligencia se corrompe completamente por obra del vicio, ellas son presa de desmayo y desfallecimiento.

169. Estas siete partes hállanse puras y sin manchas en el alma del hombre sabio, y resultan dignas de honor dentro de ella; en cambio, en el alma del insensato encuéntranse impuras, manchadas y, como ha dicho Moisés, resultan "merecedoras de castigo", vale decir, dignas de que se les apliquen penas, y exijan reparaciones.

170. Cuando, por ejemplo, el Hacedor se ha determinado a purificar la tierra con agua; y ha resuelto que el alma sea objeto de una purificación por sus innumerables faltas mediante un lavado y una limpieza de sus manchas a modo de sagrada expiación, exhorta al hombre que demuestra ser justo, que no ha sido arrastrado por el torrente del diluvio, a introducir en el arca, que no es sino el cuerpo, vale decir, el recipiente que contiene al alma, "siete parejas, macho y hembra, de los ganados puros" (Gen. VII, 2), pues considera justo que la razón noble use en estado de pureza todas las partes del elemento irracional.

171. XLVII. Y esto que prescribe el legislador se cumple necesariamente en todos los sabios. Tienen, en efecto, purificada la vista y cuidadosamente probados el oído y toda su sensibilidad en general, y también tienen la palabra sin mancha y controlados los impulsos de la sexualidad.

172. Ahora bien, cada una de las siete facultades es, por una parte, masculina y, por otra, femenina.[46] En efecto, puesto que o permanece en reposo o se mueve (reposa cuando está tranquila en las horas de sueño, y se mueve cuando desarrolla actividad mientras estamos despiertos) considerada en su quietud e inactividad, dícese que es femenina pues se halla sujeta a la pasividad; pero considerados su movimiento y actividad califícasela de masculina pues se la concibe en actividad.

[46] Alusión a la expresión "macho y hembra" del pasaje citado en 170.

173. Así pues, en el hombre sabio las siete facultades aparecen puras; en el ruin, por el contrario, todas aparecen merecedoras de castigo. Porque, ¿a cuántos suponemos que asciende el número de la multitud de los que cada día son traicionados por los ojos que desertan tras los colores, las formas y las cosas que no es lícito ver? ¿Y por oídos que se van tras toda clase de sonidos? ¿Y por obra de órganos del olfato y el gusto, atraídos por la infinita variedad de olores y sabores?

174. ¿Debo recordarte además cuan inmenso es el número de los que han sido arruinados por el torrente incontenible que brota de una lengua sin freno, o por el incurable frenesí de las pasiones sexuales con sus inmoderadas apetencias? Llenas están las ciudades, llena de uno a otro confín la tierra toda de tales males, de los que brota para el género humano la guerra sin tregua ni respiro, la mayor de las guerras, la que en plena paz se libra así en el plano individual como en el colectivo.

175. XLVIII. Por eso, a mi parecer, aquellos que no son totalmente ignorantes prefieren antes quedar ciegos que ver lo que no deben ver, quedar sordos antes de oír palabras dañosas, y tener cortada la lengua si con ello evitan decir lo que no se ha de decir.

176. Por ejemplo, dicen que algunos sabios, al ser torturados con la intención de que revelasen secretos, han desgarrado su lengua creando así una tortura más terrible para sus torturadores, impotentes después de eso para obtener la información que deseaban vivamente. Es mejor, a no dudarlo, ser convertido en eunuco que volverse frenético tras uniones ilícitas. Por cierto que todas estas cosas, pues hunden al alma en desastres irreparables, pueden hallar, y con razón, un castigo y vindicta de extremo rigor.

177. Dice el legislador a continuación que "puso Dios Soberano un signo sobre Caín para que nadie que lo encontrara lo matara." (Gen., IV, 15), sin dejar en claro de qué signo se traía, no obstante que es habitual en él mostrar mediante un signo la naturaleza de cada cosa, como cuando en los acontecimientos de Egipto cambia la vara en serpiente, la mano de Moisés en forma de nieve y el río en sangre.

178 Posiblemente, pues, para Caín el signo no es otro que el hecho mismo de no ser asesinado, es decir, que su vida no se extinguirá; porque en toda la legislación no está mencionada su muerte; lo que permite suponer que, como la Escila de la fábula.[47] la insensatez es un mal que no muere, pues no está sujeta a la muerte consistente en estar muerto, aunque soporta, en cambio, por toda la eternidad la muerte que consiste en estar muriendo. ¡Ojalá, sin embargo, sucediera lo contrario, es decir, que la ruindad fuera eliminada como consecuencia de su destrucción total! Pero la realidad es que, permanentemente encendida en llamas, contamina con la enfermedad que nunca cesa a aquellos que una vez han sido presa de ella.

[47] Odisea XII, 118, donde se lee que Escila "no es mortal sino un mal inmortal."